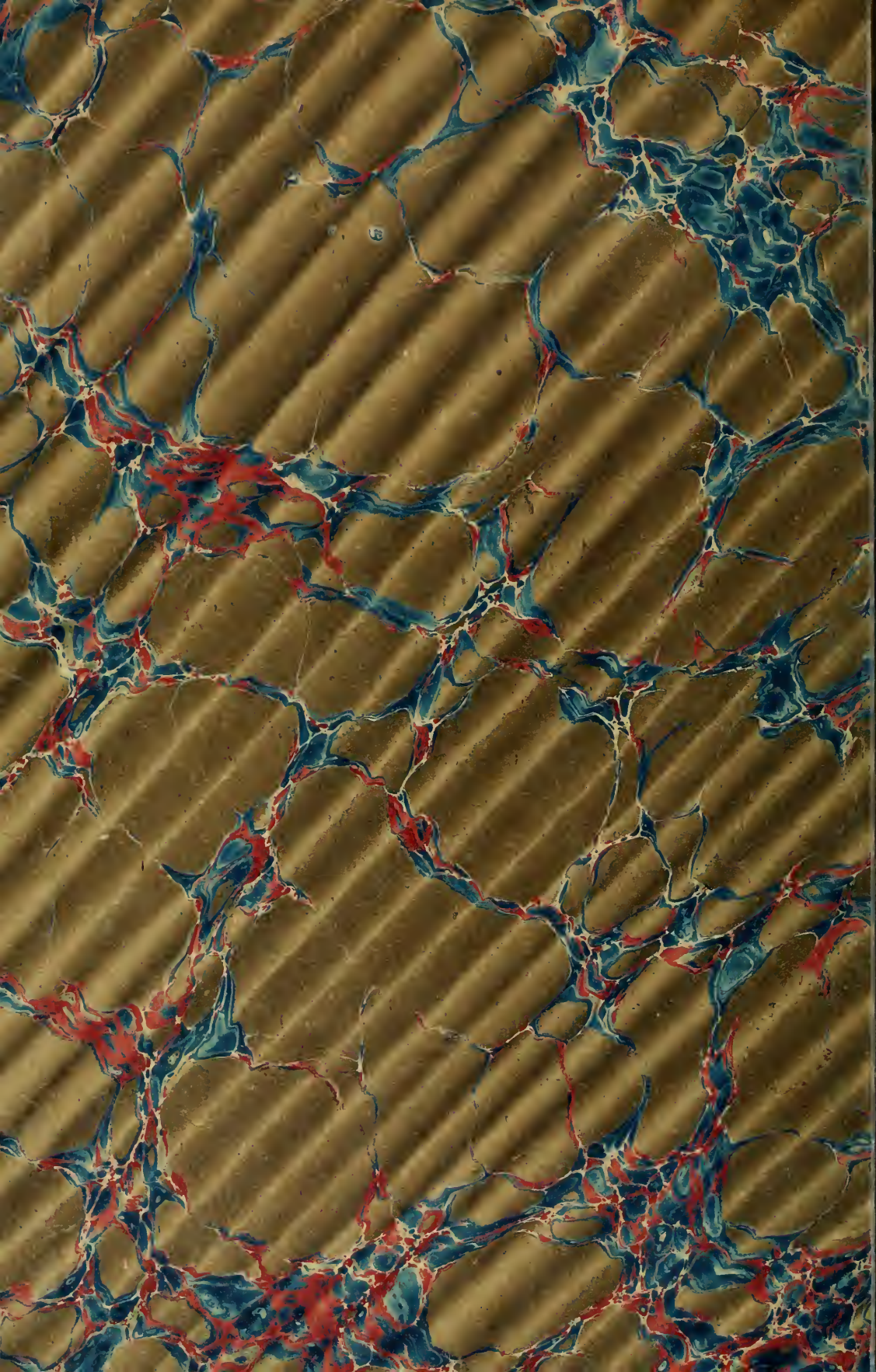
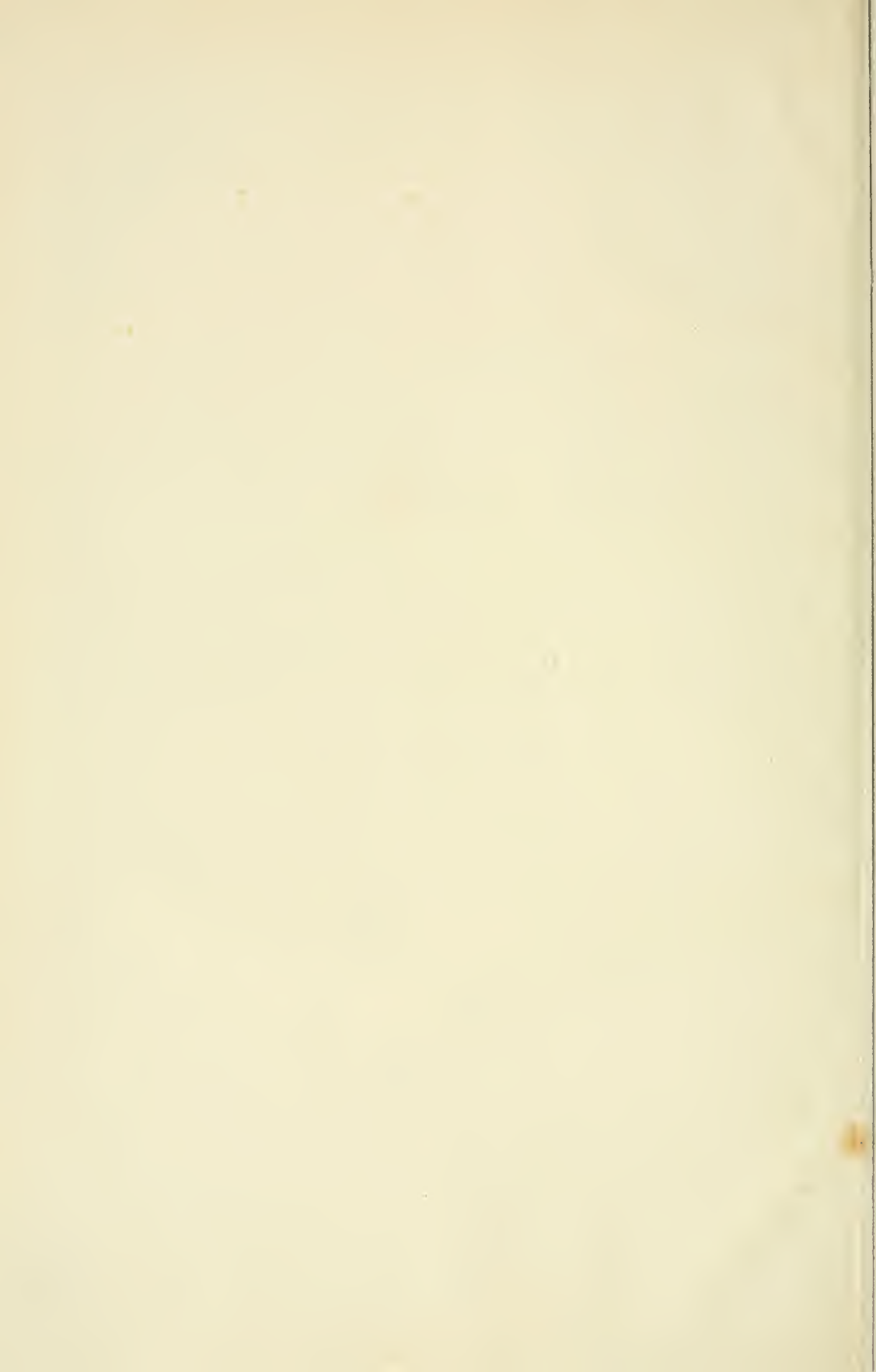


UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY



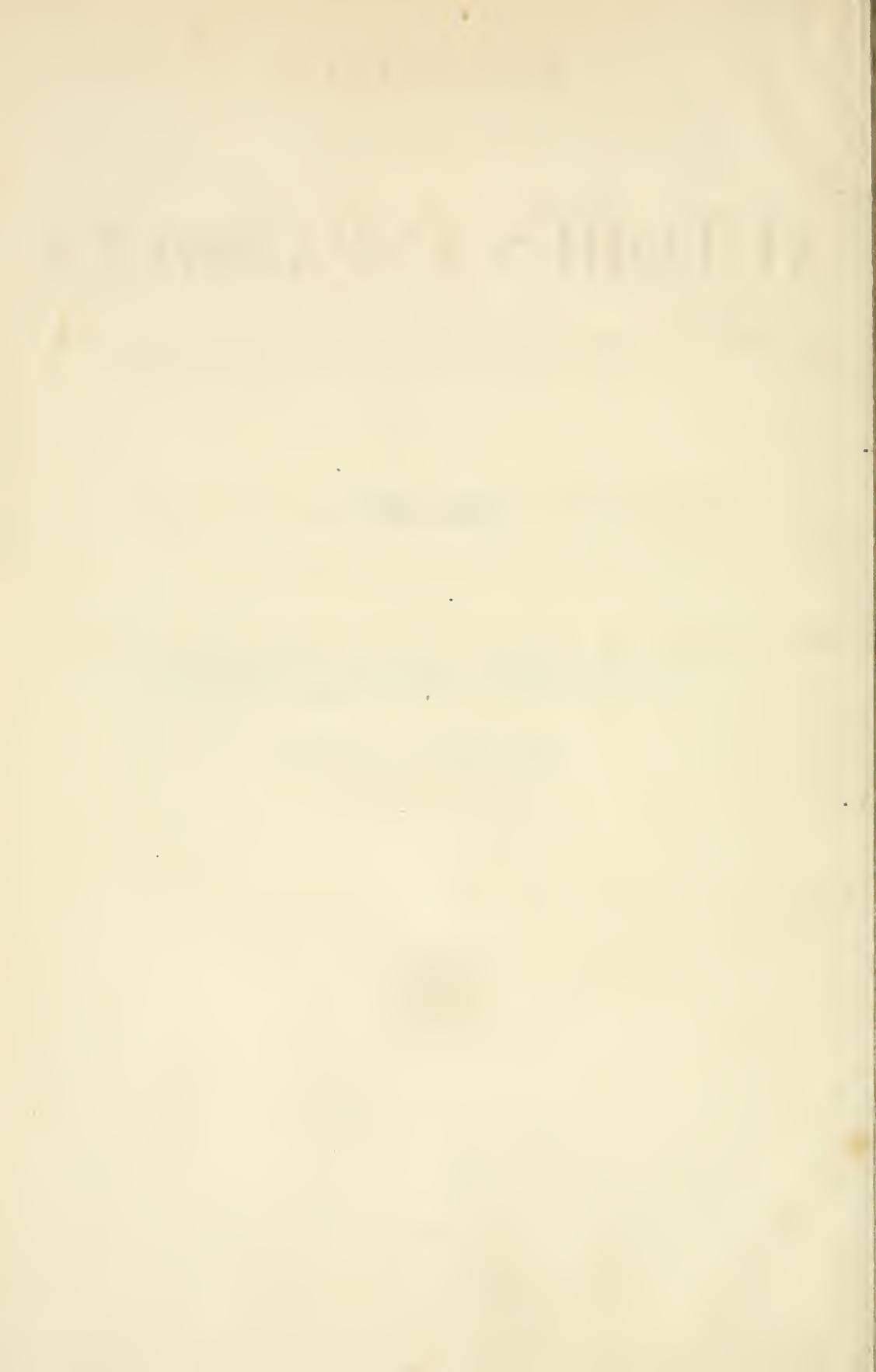






BIBLIOTECA
DE
AUTORES ESPAÑOLES.

(TOMO LXVII DE LA COLECCION.)



15.C.
B5823

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS.

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVIII.

COLECCION FORMADA É ILUSTRADA

POR EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

TOMO TERCERO.



MADRID,

M. RIVADENEYRA — EDITOR.

ADMINISTRACION : MADERA BAJA, NÚM. 8,

1875,

PQ

6171

A2 B5

t. 67

20493

6

ADVERTENCIA.

Aunque fieles á nuestro propósito de escoger con severidad relativa las poesías que constituyen la presente coleccion, no hemos podido ménos de darle la amplitud que requiere la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, en vista principalmente del carácter histórico que en sí lleva este insigne y vasto monumento de la civilizacion literaria de España. Para comprender de una manera cabal y luminosa el rumbo, el carácter y el alcance de toda la literatura de una nacion, forzoso es estudiar sus períodos de decadencia, de lucha y de regeneracion, así como sus épocas de infancia, de progreso y de florecimiento. Por eso hemos tenido que consagrarnos durante años enteros á la penosa y desabrida tarea de examinar centenares de libros y papeles impresos y manuscritos, triste depósito de la, por lo comun, infeliz y estragada poesía del siglo XVIII. Para encontrar autógrafos de escritores célebres ó tomos impresos, raros y olvidados, y asimismo para dar á nuestra coleccion la mayor luz y utilidad posible, hemos solicitado la ayuda de muchas personas ilustradas. Las más han correspondido á nuestros deseos, y nos complacemos ahora en tributarles aquí público testimonio de nuestro cordial agradecimiento, especialmente á nuestros esclarecidos amigos, mencionados á continuacion, los cuales nos han auxiliado muy eficazmente, los unos con sus libros y papeles, los otros con sus ilustrados consejos y algunas veces con sus propias investigaciones.

Sra. Doña Cecilia Böhl de Fáber (Fernan Caballero).

Sra. Doña Ramona Idígoras de Solís.

Excmo. Sr. D. Pedro José Pidal, Marqués de Pidal.

Sr. D. Pascual de Gayángos.

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

Ilmo. Sr. D. José Fernandez Espino.

Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro.

Excmo. Sr. D. Ramon de Mesonero Romanos.

Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.

Sr. D. José Sancho Rayon.

Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.

Sr. D. Julian Sanchez Ruano.

Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.

Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera.

Sr. D. José Bonilla Ruiz.

Sr. D. Luis de Villanueva.

Sr. D. Gumersindo Laverde Ruiz.

Sr. D. Eustaquio Fernandez de Navarrete.

Excmo. Sr. D. Cayetano Rosell.

Sr. D. Luis Ramirez y de las Casas-Deza.

Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Leon Ben-
dicho.

Excmo. Sr. Duque de Gor.

Excmo. Sr. D. Antonio Arjona y Tamariz.

Sr. D. Santiago Perez de Camino.

Sr. D. Jacinto Sarrasi.

EL COLECTOR, L. A. DE CUETO.



CATÁLOGO DE POEMAS CASTELLANOS

HERÓICOS, MÍSTICOS, HISTÓRICOS, BURLESCOS, ETC., DEL SIGLO XVIII.

Este catálogo, aunque copioso, es incompleto. Podríamos acrecentarla todavía. No juzgamos conveniente hacerlo, porque los poemas que habríamos de añadir son poco dignos de histórica recordación. El gran número de obras que mencionamos, muchas de ellas abortos infelices de las letras extraviadas, bastan y sobran para patentizar la manía de escribir cantos épicos y poemas extensos y trascendentales, que suele asomar en las épocas de decadencia; esto es, cabalmente cuando huye de las naciones el sentimiento poético popular, único que puede dar vida a la espontánea y verdadera inspiración épica.

Por razones análogas renunciamos a publicar otro catálogo abundantísimo, que hemos formado de los innumerables poemas líricos que nos salían al paso en nuestras investigaciones bibliográficas, relativas a la poesía castellana del siglo XVIII. Hemos pensado que si por una parte este catálogo constituye una curiosidad de historia literaria, no hay, por otra, razón ni ventaja en sacar a luz nombres, por lo común insignificantes y oscuros, que harlo merecen el olvido de la posteridad.

ALBUQUERQUE (D. José de Silvestre, duque de).

El Robo de Proserpina, poema heroico cómico. Madrid, 1751.

Cuando se publicó este poema, usaba el autor el título de *Marqués de Cuellar*.

ALVENDROS (D. Lucas Juan Pedro de). Escribano Real en la Chancillería de Granada.

Epilogo histórico de la prodigiosa vida del más activo incendio de caridad y misericordia, San Juan de Dios. Madrid, en la oficina de Manuel Martínez. Sin año de impresión. La licencia del Ordinario, lleva la fecha de 23 de Abril de 1752.

Es la historia del Santo, en una serie de romances populares.

ALTAMIRANO Y VAURRAGAS (Dr. D. Manuel).

Lo de antaño es lo de agora. Poema satírico, en octavas. Madrid, imprenta de José Doblado, 1785.

Lo llama el autor: *Rasgo poético ó canto en octavas, en obsequio de D. Santos Manuel Pariente y Célis*.

ALVAREZ DE TOLEDO (D. Gabriel).

La Burrumaquia. Poema burlesco, en octavas. Madrid, 1744. Sólo se publicaron 424 octavas de este notable poema.

ANDRONIO (nombre poético de un religioso amigo y compañero de fray Diego González).

Las exequias de Arion. Poema que, según creemos, no llegó a publicarse.

Fray Diego González lo menciona en una carta suya, de 11 de Noviembre de 1775, y lo califica de bellísimo.

Cartas de fray Diego González. — Colección perteneciente al Sr. Marqués de Pidal.)

ARENZANA (D. Donato de). Cura secretario del hospital del Amor de Dios, benedictino propio de San Andres, en Sevilla.

La Caida de Luzbel. Poema épico (469 octavas), dedicado a D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Sevilla, Padrino y Solís, 1786.

La Sociedad Triunfante, etc. Poema épico. Sevilla, Vazquez, Hidalgo y Compañía, 1785. — *Poema épico* llama el autor a esta composición, pero nada tiene de tal. Es meramente un canto lírico, en tercetos, a la industria popular.

ARIAS (D. Gomez).

El Clarín armónico de las Glorias y Milagros del Niño Máximo Thaumaturgo, San Francisco de Paula. Madrid, Joseph González, 1749.

Al frente de este poema, en tres cantos, hay un *Resumen* poético de algunos milagros del Santo.

ARIAS DE SAAVEDRA (D. Alonso).

Rasgo Épico. Descripción de las funciones celebradas en la muy noble ciudad de Ecija, en el enlace de las muy ilustres Señoras Doña Ines y Doña Maria-Teresa Barradas, hijas de los Marqueses de Peñafior, la primera con el Marqués de Cortes y de Graena, y la segunda con el Marqués de los Trujillos, Conde de Torrepalma. Córdoba, en la oficina de Juan Rodriguez; sin año de impresión. Son 119 octavas, de perversa poesía descriptiva.

ARRIAZA (D. Juan Bautista).

La Composición, canto fúnebre a la muerte del Duque de Alba. Madrid, 1796, en 8.º — Se imprimió con una traducción francesa del Marqués de Aguilar. También se hizo otra italiana por el Marqués del Mérito.

Emilia, poema descriptivo y moral, en dos cantos. Fué impreso por primera vez, en Madrid (1805).

La Cavilación solitaria, poema. *Terciosos ó las gracias del baile*, poema. *La Excelencia de las bellas artes*, rasgo didáctico.

Todas estas obras fueron incluidas en la colección de las *Poesías de Arriaza*, Imprenta Real, 1829.

ARTABE Y ANGUITA (El licenciado D. Gabriel de). Presbítero. Natural de Cádiz.

Obsequiosa métrica expresion de devoto afecto a nuestro muy glorioso Padre de la Caridad y Providencia, San Cayetano. Epitome breve de su ejemplarísima vida. Madrid, año de 1750. La primera parte del poema está escrita en romance endecasílabo; la segunda en octavas.

ARTIGA, olim *Artieda* (D. Francisco José).

Epitome de la Eloquencia Española. Poema didáctico. Madrid, en la oficina y a costa de D. Antonio Mayoral, 1771. Más de doce mil versos.

AYALA (D. Ignacio Lopez de).

Termas de Archena. Poema físico.

BACALLAR Y SANNA (D. Vicente). Marqués de San Felipe. Autor de los *Comentarios de la Guerra de España*.

Vida de los dos Tobías, poema en octavas (300). La primera edición, sin fecha. La licencia es de 1709. La segunda edición, en Madrid, 1746.

BÁGUENA (El padre Tomas).

La Píronca de Cortés. Canto épico (110 octavas). Fué escrito en 1778, para tomar parte en el certamen abierto por la Academia Española en el mismo año. Existe, inédito, en el archivo de la misma Academia.

BAHAMONDE Y SÉSSE (D. Francisco).

Conquista de Duvelandia por los españoles, en 1574. Rasgo poético. Valencia, por José Estéban; sin año de impresión.

BARBERÁ (D. José Ignacio de). Capitán de una de las compañías de caballos del reino de Valencia.

Esfera española reformada, en heróica alegórica descripción. Madrid, en la oficina de la Viuda de Melchor Alvarez. Año de 1701.

Poema en cien octavas, cuyo asunto es la sustitución de la dinastía austriaca por la dinastía de Borbon. Es una serie de confusas alegorías mitológicas, aplicadas a los sucesos contemporáneos del autor.

BENEGASSI Y LUJAN (Frey D. José Joaquin).

Vida del portentoso negro San Benito de Palermo, descrita en seis cantos jocosos del reducidísimo metro de seguidillas, con los argumentos en octavas. Madrid, Juan de San Martin, 1750.

Vida del glorioso San Dámaso, en redondillas y en estilo festivo. Madrid, Juan de Zuñiga, 1752. Se hizo otra edición de este poema en vida del autor (1765).

Descripción festiva de la suntuosa carrera y Reales funciones con que esta Imperial y coronada Villa ha celebrado la plausible entrada y exaltación al trono de nuestros Católicos Monarcas, los Señores D. Carlos III y D.ª Maria Amalia, en los dias 15, 14, 15 y 19 de Julio de este año de 1760. Madrid, Miguel Escribano; sin año de impresión.

Este poema está escrito en seguidillas, con una introducción en octavas jocosas.

BLANCO WHITE Y CRESPO (D. José María).

La Belleza, poema MS. Existía entre los papeles de D. Félix José Reinoso. Este poema era, según Lista, la mejor obra de Blanco.

BOGIERO (El padre Basilio).

Al Angélico Doctor Santo Tomas de Aquino, cenido por los ángeles con el cingulo de la pureza. Rasgo épico, en dos cantos. Este poema fué compuesto a fines del siglo XVIII, é impreso, con las *Poesías* del autor, en Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, 1817.

HONRÁS Y GOTA (D. Luis). Abogado valenciano. Después fué jesuita, pero por falta de ingreso no hizo voto alguno. Murió en 1802. — Escribió, escondiendo su nombre.

Vida de Hernán Cortés, hecha pedazos, en quintillas jocosas, por el semi-poeta Ingerio, Anastasio de Morales C. D. C. Valencia, por Miguel Esteban, 1797.

RUTEIRO DE MORAES Y VASCONCELLOS (Francisco). Caballero oriundo de Portugal; de la Academia Española.

Panegirico historial, genealógico de la Familia do Sousa. Córdoba, luego de Valverde y Leiva; sin año de impresion. (Fines del siglo XVII).

El Nuevo Mundo, poema heroico. Barcelona, Juan Pablo Martí, 1701. En octavas, y en diez libros.

El Alfonso, ó la fundacion del Reino de Portugal, Paris, 1712; chez Estienne Michallie. Otra edición se hizo en Salamanca, 1751. Esta última, dirigida por el autor, reduce y corrige a aquella. En la edición de Paris tiene el poema 1.413 octavas; en la de Salamanca, 1.110.

BETRÓN Y MEXICA (El padre José Antonio).

Harmonía Villa de Santa Teresa de Jesus, fundadora de la reforma de Carmelitas Descalzas y Descalzas. Madrid, Francisco del Hierro, 1722.

Este prólogo poema (1.961 octavas) tiene diez y ocho cantos, que el autor llama rasgos.

CANACUO (Dr. D. José Francisco).

Principales glorias y mayor grandeza de la ciudad de Córdoba, en verso. Córdoba, 1791; en S.^o

CAMPORREONDO (Doña María de).

Tratado Filosófico-Poético Escólico, compuesto en seguidillas, y dedicado al señor D. Fernando Espinola y Colonna, Duque de Sexto. Madrid, en la oficina de Miguel Escribano (sin año de impresion). La licencia del Ordinario es de 27 de Octubre de 1717. Este ridiculo poema didactico empieza así:

Esechad de mi pluma
Los documentos,
Que filosofos graves
Nos escribieron.....

CANDAMO (D. Francisco Antonio de Báuces).

El César africano; guerra púnica española. Poema épico de la conquista de Túnez, por Carlos V. — Parte de este poema fué publicado en Madrid (1720), por D. Juan del Rio Marin; casi todo el resto se ha hallado, manuscrito, recientemente.

CASBAS Y ÁTNSA (El licenciado D. Miguel).

Catirio del celador del Mamá Encaristoso. Poema religioso. Huesca, por Josef Lorenzo de Larumbe, impresor de la Universidad, 1702. En tomo.

CASERO (D. Antonio).

Verdadero método de enseñar á leer y escribir los sonidos simples y complexos, explicados brevemente en verso. Madrid, imprenta Real, 1785.

CASES Y XALÓ (D. Joaquín).

Jorge Piñillas, escondiendo su verdadero nombre con otro pseudónimo, D. Hugo Herrera de Jaspédis, se burló en punzante donaire de este escritor extravagante. (Véase el *Diario de los Literatos de España*, tomo VII).

Rasgo épico, verídica epiphonema, y alabacion cierta á favor de España, en el célebre trofeo que consiguieron en Cartagena americana las armas católicas contra Inglaterra, gobernadas por el Virrey de Santa-Fe, D. Sebastian de Eslaba. En Madrid, 1741. Sin nombre de impresor.

CASTILLO (D. Juan Ignacio Gonzalez del).

La Galinda, ó Francia Itzuelia; poema. Puerto de Santa Maria, 1791.

Esperie de invectiva contra los franceses. Fué reimpresso este poema en Cádiz, por el Sr. D. Adolfo de Casiro, en 1845-1846.

CASTILLO ANDRACA Y TAMAYO (El padre fray Francisco del). Del Real y militar órden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos.

Canto épico, á los mui ilustres Señores D. Melchor Mado de Molina, Marques de Monte-Rico, y D. Fermín Carvajal, Conde del Castill jo, en aplauso debido al buen éxito que tuvieron en la defensa contra los indios levantados en Huachuichiri. Cincuenta y dos octavas, algo menos que medianas. Lima, 1751.

Poema heroico funebre, á la temprana muerte de la Señora Doña Francisca Javiera de Castañeda, Condesa de Castañeda y de los Lamos. Un romance heroico y 154 octavas, llenas de pobrissimos conceptos. Lima, oficina de la calle de la Encarnacion, 1705.

Levanta y ejercicio de fuego que hizo en Lima..... el noble Regimiento del Comercio, en el día 20 de Enero de este año de 1768, que lo es tambien de Su Majestad. Canto en sesenta octavas reales. Impreso en Lima, en la oficina de la calle de San Jacinto.

CASTRILLO (Marquesa de). Natural de Salamanca.

Las glorias de Salamanca, poema heroico. Quedó sin concluir á la muerte de la Marquesa.

Don José Antonio Porcél leyó en la célebre Academia del Buen-Gusto un soneto en elogio de este poema. (Actas de la Academia.)

CASTRO (D. Francisco Antonio de). Caballero de la órden de Alcántara.

Laureola Sacra de la vida y martirio del Venerable Padre Diego Luis de Sanvitores, primer apóstol de las islas Marianas, natural de la ciudad de Burgos, y esclarecido mártir de la Campaña de Jesus. Madrid, imprenta de D. Gabriel del Barrio, impresor de la Real Capilla de S. M. Año de 1725. Otra edición se hizo en 1752. Poema, en octavas; ocho cantos.

Vida de la gloriosísima Señora Santa Ana. Bilbao, Antonio de Zafra, 1725. Poema en romance octosilabo.

CÉRIS Y GILBERT (D. Pedro). Jesuita expatriado.

Valencia. Poema en tres cantos, por Aglauro Edetano. Un tomo, impreso en Italia, sin nombre de impresor, el año de 1791. Fuster afirma que el abate CÉRIS escribió otros poemas, que dejó preparados para la estampa.

CICAR (D. Gabriel). De la Comision de pesas y medidas del Instituto Nacional de Francia, por S. M. C., en 1798 y 1799.

Poema fisico astronómico, en siete cantos. Fué impreso este poema en Madrid (imprensa de Rivadeneyra, 1881), con notas y una biografía del autor, por el capitán de fragata Sr. D. Miguel Lobo.

CISNEROS (D. Antonio María de), y D. Antonio Lorea.

Las Glorias de San Juan Francisco Regis, poema español, en varios metros. Recitado en las fiestas de la canonización del Santo, el día 22 de Junio de 1758. Madrid, herederos de Francisco del Hierro, 1758.

CLADERA (D. Cristóbal).

El Juicio final. Poema. Madrid, 1785.

CONCERNIC (El padre fray Juan de).

«Merced el nombre que se le daba, de Monstruo de Sabiduria y elocuencia.» (Alvarez y Baena.)

Parma gozosa. Poema en octavas, que im-

primió con el nombre de D. Juan de Madrid, 1715.

Escuela de Urania. Poema histórico. Madrid, 1754.

Es un poema escrito para la enseñanza moral y política de un jóven de ilustre prosapia.

CORTÉS DE ARANDA Y VILLALON (D. Álvaro).

Poema endecas labo, que contiene el principio, origen y progresos de la alta y verdadera ciencia astronómica. Córdoba, 1741.

CURCIO PALOMERO (D. Francisco). Abogado de los Reales Consejos.

Sinópsis armónica sobre la vida, virtudes y milagros del Apóstol de Licia, célebre taumaturgo, San Nicolás el Magno (de Bari). Valencia, por José Tomas Lucas, 1759.

Es un poema en romance heroico 1.408 versos. En estos términos arrogantes y alambicados expresa su intencion de escribir la vida del Santo:

Á navegar el golfo de tus hechos
Me arrojé, y cruzaré, siendo tu estrella;
Me al marineró osado le acabaría
La calma, no el furor de la tormenta.

ECNAVARRI Y UGARTE (D. Francisco Antonio de). Caballero de la órden de Santiago, oidor de la Real Audiencia de Méjico. Encubrió modestamente su nombre, llamándose únicamente *Un ingenio Cantabria*.

Rasgo épico, en que se decanta la feliz victoria de las armas españolas contra la armada inglesa, en la Guaya y Puerto-Cabello, en 1745.

En dos cantos, que llama el autor *estancias*, cada uno de cincuenta octavas. Temas literarios de la época, pero robusta entonacion. Méjico, 1744. — Se reimprimió en Cádiz, en la imprenta Real de Marina, el año de 1745.

EMPERADOR Y PICHÓ (El padre Vicente). Jesuita expatriado.

La Carleida, ó Gibraltar combatido y preservado por la paz, en 1785. Poema heroico, en veinte cantos. (MS.)

Este poema fué compuesto en Ferrara. Fuster dice que lo tuvo en su poder, y que paraba en la librería del erudito Borrull.

ENCISO (D. Félix).

Poema de la Poesia. En tres cantos. Madrid, imprenta de José Lopez, 1799. — Está dedicado al Príncipe de la Paz.

ENRIQUEZ ARANA (D. Gonzalo).

A la infancia del hombre, poema. Ciento cincuenta y siete octavas, precedidas de una breve introduccion, en versos pareados.

Nuestro amigo, el Sr. D. Pascual de Gárganos, posee este poema, que no llegó á imprimirse.

ENRIQUEZ DE NAVARRA (D. Luis).

Laurel histórico; panegirico Real de las gloriosas empresas del Rey, N. S., Philipo V, el Animoso, desde su feliz exaltacion al Trono, con los empircos de su edad florida antes de ocupar el solio; sucesos de Europa en el tiempo de su reinado, hasta el mes de Noviembre de 1707, y una breve descripcion de los reinos, provincias y ciudades que han sido y son el teatro de las guerras presentes. Madrid, en casa de Francisco Laso, 1708.

ERRO (D. Martin). Individuo de la Sociedad Vascogada, en la última mitad del siglo XVII.

Poema en honor de Cantabria. MS.

ESCANDON (El general D. Ignacio de).

Poema en celebracion de D. Maanel de Amat y Junient, Virrey del Perú y Chile. Lima, 1762.

ESCLAPÉS DE GUILLÓ (Pascual). Librero de Valencia.

Rasgo heroico, en que se manifiesta la solemnidad translation del S. S. Sacramento de la antigua casa del Oratorio de San Felipe Neri, de la ciudad de Valencia. MS.
Jimeno afirma que fué escrito este poema el año de 1756.

Escóriciz (D. Juan de). Arcediano de Alcazar y canónigo de la santa iglesia de Toledo.

Méjico conquistado. Madrid, en la imprenta Real, 1798. Veinticinco mil versos.
Tradujo el *Paraíso Perdido*, de Milton, en verso castellano, é hizo en Francia una hermosa edición, en tres tomos, de esta traducción. (Bourges, en la imprenta de J. B. C. Sunchois, 1812.)

FERNANDEZ AVILA (D. Gaspar). Cura de la parroquia de la villa de Colmenar, diócesis de Málaga.

La Infancia de Jesucristo, poema dramático, dividido en diez coloquios. Málaga, 1785.
En otra edición, hecha en Málaga el año de 1795 (imprenta de D. Félix de Casas y Martínez), añadió el autor dos *coloquios*.

FERNANDEZ DE MARMANILLO (D. Francisco). Presbítero, secretario del Secreto de la Inquisición del reino de Valencia.

Vida de San Pedro Arbúes, en verso latino y en octavas reales.
No conocemos la primera edición. Fué reimpresso en Valencia, por Antonio Jordazar, en 1729.

FORNER (D. Juan Pablo).

La Paz, canto heroico, en octavas. Madrid, en la oficina de Villalpando, 1796.
El Buen Gusto, poema.
Entre los autógrafos de Forner, que tenemos á la vista, hay un largo fragmento de este poema. Empieza así:

¡Oh tú, que aspiras á la gloria augusta
De ver tu nombre escrito
En los bronces del templo de la ciencia,

Dolor, vergüenza impía,
Vano arrepentimiento,
Imposible esperanza,
Llevaráste á la tumba dolorida,
A que muera tu nombre con tu vida, etc.

Discursos filosóficos sobre el hombre. Cinco discursos, en verso. Madrid, imprenta Real, 1787.

La Pedantomáquia. Poema burlesco.
Entre los citados autógrafos, encontramos, igualmente, un extenso fragmento del primer canto de este poema. Empieza así:

Tus glorias canto, Fatuidad augusta...
En una carta autógrafa de D. Joaquín María Sotelo á D. Martín Fernandez de Navarrete, escrita en Sevilla el 22 de Marzo de 1791, leemos lo siguiente:

«Forner ha escrito un poema, en octavas, en que pinta con mucha gracia, energía y novedad, la felicidad de un pueblo aplicado á la agricultura y á las artes; yo, un discurso sobre el influjo de la economía civil, en la observancia de las leyes. Ambas obras tienen un mismo fin, y ambas tendrán el mismo efecto, pues es inútil hablar á los sordos.»

El año en que fué escrito este poema, de Forner (1795), es bastante anterior á la paz con Inglaterra, que dió motivo á la composición del canto heroico titulado *La Paz*.

FRIAS (Antonio de).

El Lucero mejor del Sol Divino; Vida de San Juan Bautista. Madrid, Lucas Antonio de Bedmar y Narvaez, 1747.

FRYMA (D. Leonardo Manuel).

Panegirico del quinto Doctor de la Iglesia, Santo Tomas de Aquino. Madrid, en la oficina de D. Gabriel del Barrio, 1726.
Es un poema en romance.

GALLARDO (D. Bartolomé José).

El Verde Gabán ó el Rey en Berlina, poe-

ma joco-serio, en sextillas.—Fué publicada en Londres, por los años de 1815, una parte de esta obra, en el periódico *O Portugal*, que dirigia el Dr. Rocha.

El Triunfo del Rosario, poema burlesco, en dos cantos, en sexta rima. (Nunca se imprimió.)

El Coloquio de las camisas ó Las Camisas parlantes, poema. (No se imprimió.)

GALLARDO DE VILLARDEL (Isidoro F. Ortiz).

Las Noches alegres, Salamanca, 1738.

GARGALLO (Josef).

El Gramático, en verso castellano. Madrid, 1768.

GONZALEZ (El maestro fray Diego).

Las Edades del hombre, poema didáctico. Sólo escribió el libro primero, con el título *La Niñez*. Lo publicó el padre Fernandez, entre las poesías del autor, en Madrid, imprenta de D. José del Collado, 1805.

GONZALEZ MARTINEZ (Nicolas).

Métrica narracion ó breve poema histórico. Origen, olvido, restauracion y culto de Maria Santisima del Consuelo. Madrid, Antonio Marin, 1745.

GRACIA (D. Luis Antonio Oviedo y Herrera, conde de la).

Vida de Santa Rosa de Santa María, natural de Lima y patrona del Perú. Poema heroico, en 12 cantos. Madrid, 1711.

La Pasión de N. S. Jesucristo. Poema sacro.—Un romance, dividido en siete estaciones. Lima, imprenta de Francisco Sobrino, año de 1717.

GUERRERO (D. Sancho).

Métrico eneíomio, fúnebre canto, lírico elogio; Descripción numerica, gloriosas fatigas, angustiadas glorias de la Reina de los Angeles, Maria Santisima de los Dolores. Málaga, Juan Vazquez Piedrola, 1718.

Este poema es más conocido con el título: *Dolores gloriosos de Maria Santisima*.

HELGUERO Y ALVARADO (Doña María Nicolasa). Monja profesa del orden de San Bernardo, en el Real Monasterio de las Huélgas, de Burgos.

Vida de Santa Mafalda, Reina de Castilla y monja cisterciense en el Monasterio de Arrouca, en Portugal. ... á la que se ha añadido la versión de varios salmos de David, en versos, composición de la misma autora. Burgos, D. José de Navas, 1765.

Rasgo de la Vida del gran Patriarca San José, en dos cantos, y en versos. Burgos, don José de Navas, 1791.

Vida de Clemente XIV, en dos cantos, y en romance. Burgos, D. José de Navas, 1791.

HERDARA CRUZATE (D. Antonio).

Amoroso volcan que el Etna de un reverente afecto arroja de lo acendrado de su pasión, explicando la régia Proclamación de nuestro Católico Monarca, D. Carlos III, etc. (En octavas.) Madrid, Francisco Javier García, 1759.

(HIDALGO (D. Antonio). Capitan del regimiento de infantería Ilo de Oran.

Escueta descripción del ataque y bombo de Argel, en el año de 1784, dirigido al cargo del Excmo. Sr. D. Antonio Barceló, Teniente-General de la Real Armada Española. Madrid, Hilario Santos Alonso, 1784.

HUARTE (El canónigo D. Cayetano María).

La Dulceada, poema burlesco, en octavas. Después de la muerte de Huarte, fué publicado este poema, en Madrid (1807), por el Marqués del Mérito, amigo del autor. Más adelante fué reimpresso por otro amigo, que vivía con Huarte cuando lo compuso. (Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, 1855.)

HUERTA (D. Vicente García de la).

Endimion, poema heroico. Madrid, imprenta de Gabriel Ramirez, 1755.
Canto, en sesenta octavas. (Publicado en el tomo I de la presente coleccion.)

IGLESIAS DE LA CASA (D. José). Presbítero.

La Teología, poema. Salamanca, D. Francisco Tovar, 1790.

La Niñez laureada, en loor de D. Juan Picornell y Obispo, de edad de tres años, seis meses y veinticuatro dias, examinado públicamente por los doctores y maestros de la universidad de Salamanca, el día 5 de Abril de 1785. Salamanca, en la oficina de la Santa Cruz, por Domingo Casero, 1785.

Las Naves de Cortés, poema presentado al concurso poético de 1778. No llegó á imprimirse. Se conserva en el archivo de la Academia Española.

IRAZÁBAL (D. José Calvo de). Capitan de navio.

Poema en defensa de la religion. Manuscrito perteneciente á los papeles literarios de Jovellanos. (Colección del Sr. Marques de Vial.)

El poema, escrito en octavas, es una protesta contra las ideas antireligiosas de la escuela enciclopédica. Para dar idea del encono que le inspiran los filósofos que atacan los fundamentos morales de la religion católica, bastan estos dos versos:

Son Voltaire, Spinosa, Rousseau, Helvecio,
Un bufon, un ateo, un loco, un necio.

IRIARTE (D. Tomas de).

La Música, poema. Madrid, 1780. Imprenta Real.

El Egoismo.—«Parte de un poema filosófico, que el autor habia empezado y no continuó.» *Sempre y Guarinos*.—Se imprimió este fragmento de *El Egoismo*, en el tomo II de las *Obras de Iriarte*.

ISLA (El padre J. F.).

El Ciceron, poema satírico, en diez y seis cantos.—Inédito. El manuscrito autógrafo se conserva en el Ateneo de Boston.

Sumario de la Historia Eclesiástica, en verso, concluido hasta el presente año, por D. José Santos. A que se añade el *Sumario de la Historia de España*, del mismo padre Isla. Madrid, por Gonzalez, 1788.

IGLEA Y FONT (D. Antonio). Doctor en ambos derechos.

Barcelona ofendida por la muerte de su augusto y adorado Monarca, D. Carlos III. Poema heroico. Madrid, vinda de Ibarra, 1789.

Este poema fué leído por su autor, en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, el 25 de Febrero de 1789.

JAEN Y CASTILLO (D. Alonso). Profesor de filosofía y bellas-letras en la ciudad de Cádiz, su patria.

Compendio histórico-poético sobre los ilustres hechos de D. Simon de Anda Salazar, del Consejo de S. M., en el Supremo de Castilla. Cádiz, D. Manuel Espinosa de los Monteros, 1765.—Es un canto épico, en treinta y dos perversas octavas, relativo á la defensa de las islas Filipinas contra las armas británicas, en 1765.

Poema heroico; Vida y virtudes de la Serenísima Señora Doña Maria Amalia de Sajonia. Consagrado á la Católica Majestad del Señor D. Carlos III, su dignísimo Consorte. Puerto de Santa María, imprenta de la Casa Real de las Cadenas, 1761. (Sesenta y tres octavas, en que compiten mala poesia y mala versificación.)

Fantásticos sueños criticos-morales. Puerto de Santa María, por Francisco Rioja y Gamboa, 1761.

LARA (El padre maestro fray Francisco del). Monje profeso de San Jerónimo, prior del monasterio de San Isidro del Campo.

San Jerónimo. 6 el Sol máximo de la Iglesia. Poema heroico en octavas (1.215), dedicado al Conde de Torrejon, Mecenas de los poetas de su tiempo. Sevilla, Francisco Sanchez Reciente, 1726.

LUZAN (D. Bernabé Rebolledo de Palafox, Marques de).

Métrica Historia sagrada, profana y general del mundo. Sus tres primeras edades, sobre el libro del Génesis. Esta escrita en octavas reales. Zaragoza, por Juan Malo, impresor del hospital, 1751.

También conocemos de este poeta un canto, en octavas, *En aplauso de la ilustre Señora (mejicana) D.ª Maria Ignacia de Azor y Echeverez, hija de los Sres. Marqueses de San Miguel de Aguayo....* que, siendo rica, joven y hermosa, entró en el Convento de la Compañía de María y Señoras de la Enseñanza, de Tudela (1745).

LUAL (El muy reverendo padre maestro fray Rafael). Regente de estudios del Real convento de nuestro padre San Agustín, de Córdoba.

Obsequio de Córdoba á sus Reyes, ó descripción de las demostraciones publicas de amor y lealtad que Córdoba tribuló á nuestros Católicos Monarcas, en los dias 11, 12 y 13 de Marzo del año 1796, en que la honraron con su augusta presencia. Córdoba (sin año), imprenta de J. Rodríguez de la Torre. — Poema, en cinco cantos, con algunas notas aclaratorias.

LEDESMA (D. Francisco de).

Documentos de buena crianza, ahora nuevamente enmendados y añadidos con algunas reglas de bien vivir, por Juan de Laguna. Madrid, imprenta de Roman. Sin año de impresion. Fue anunciada esta obra en el tomo iv del *Memorial Literario* (1785).

Es una especie de poema didáctico, en redondillas, sobre la educacion. Contiene al fin romances, canciones y glosas espirituales.

LEON Y LUNA (D. Gabriel de). Caballero de la orden de Santiago.

Sacro y humana lira. Poemas. Madrid, 1751.

Viaje y destierro de Nuestra Señora la Virgen Maria, á Egipto. Poema en octavas. Corregido en la segunda edición por el autor. Madrid, Juan Muñoz, 1754.

En la primera edición (1722) el título de este poema era como sigue: *Canto cancio á la triunfante fuga y gloriosa destierro de Maria Santisima á Egipto.*

LEON Y MANSILLA (D. José de). Natural de Córdoba.

Saiedad Tercera. Siguiendo las dos que dejó escritas el Príncipe de los poetas liricos de España, D. Luis de Góngora. Con licencia, en Córdoba, en la imprenta de Estéban de Cabrera, impresor mayor de la ciudad, año de 1718.

La dedicatoria, á D. Pedro de Salazar y Góngora, dean de la catedral de Córdoba, lleva la fecha de 22 de Noviembre de 1718.

LISTA Y ARAGON (D. Alberto).

El Imperio de la Estupidez. Poema satirico, en cuatro cantos, contra los malos escritores, imitación de la *Dunciad*, de Pope. — Fué leído en la Academia de Letras Humanas, de Sevilla, el 22 de Julio de 1758. — Se imprime ahora por primera vez en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

La Inocencia Perdida, canto heroico. Fué premiado con el *acesit*, en junta celebrada por dicha Academia, el día 1.º de Diciembre de 1799. Se imprimió por primera vez este poema, precedido de la *Biografía* de Lista, en el año de 1818. Madrid, librería de don José Cuesta.

LOBO (El teniente general D. Eugenio Gerardo).

Sitia y rendición de Lérida. Poema (ochenta octavas).

Sitio de Campo-Mayor. Poema (cincuenta y seis octavas).

La Conquista de Orán. Rasgo épico (cientos octavas).

Estos tres poemas se publicaron en Madrid, 1758.

LOPEZ DE CASTRO (D. José Julian).

El Teatro Español, poema lirico; discurso histórico. Madrid, 1751.

Ya antes habia publicado el autor este mismo poema, sin año de impresion, con el siguiente título: *La Comedia Triunfante.* Lo reimprimió, en 1802, el actor D. Manuel Garcia de Villanueva, en su obra, *Origen, épocas y progresos del teatro español.*

LUZAN (D. Ignacio de).

La Giganteida, poema burlesco. (Quedó sin concluir.)

La Gatomiomaquia, poema jocoso. Contiene varios rasgos satiricos contra ciertos malos predicadores, famosos en aquel tiempo.

Habla de estos poemas el canónigo don Juan Ignacio de Luzan, en la *Vida* que escribió de su padre, el ilustre critico.

Juicio de París, renovado entre el poder, el ingenio y el amor. Canto épico, en octavas, á la entrada de nuestro monarca Fernando VI. Madrid, 10 de Octubre de 1746. (Tomo II del *Parnaso Español*.)

LLAMAS (D. José Antonio de). Presbítero.

Breve resumen de la portentosa vida de la Bienaventurada Sor Maria Ana de Jesus, natural de Madrid, Religiosa profesora en Tercera Orden de los Descalzos del Real y Militar de N.ª. S.ª. de la Merced, Redención de Cautivos. Madrid, imprenta de José Otero, 1784.

Este poema está escrito en octavas reales.

LLÓPIS (El padre Juan). Uno de los jesuitas extrañados del reino.

Rebelion de los Animales contra los Hombres. Este poema fué impreso en Valencia, por Francisco Brusola, en 1815. — Aunque escrito con libertad suma, no es, en realidad, más que una traduccion de un poema compuesto en lengua italiana, por el jesuita suco, el padre Lorenzo Ignacio Thibin, é impreso en Bolonia, 1794.

MADRAMANY Y CARBONELL (D. Juan Bantista). Dejó sin concluir un poema titulado:

La Quinta (MS.). Poema, en tres cantos. Sólo escribió dos de éstos.

Madrmany tradujo y anotó el *Arie Poética*, de Boileau (Valencia, por José y Tomas de Orga, 1787); y el poema burlesco, del mismo autor, *Le Lutrin* (El Facistol). Esta última traduccion quedó manuscrita.

MALO (D. Luis Martin). Fué primero fraile dominico, y luego soldado artillero de mar. Murió en 1790.

La Capilla de Nuestra Señora del Carmen, de Valencia. Poema nuevo, en que se relata la historia del santuario. Valencia, por José y Tomas de Orga, 1784.

MANZANO (D. Juan Manuel Alejo).

Rasgo épico, en obsequio del Excmo. señor D. Bernardo de Gálvez, por la Conquista de Pascacota. Se imprimió en Madrid, 1783, juntamente con una *Egloga* en obsequio del Excmo. Sr. D. Matias de Gálvez, presidente de Goatemala, por la conquista de Roatan.

La crianza mujeril al uso, Dánae, fábula original, satirico-jocosa. En octavas. Fue publicada, en Pamplona, con el seudónimo *El Br. Alejo Ducián, semi-poeta del siglo xviii*, el año de 1786.

MAÑER (D. Salvador José).

Historia métrica crítica de la sagrada Pasión de N. S. Jesucristo. Madrid, en la oficina de Antonio Marin, 1732.

MARCA Y BONRÁS (D. José).

La Rani-Ratiguerza. Poema jocoso, dedicado á Juan Rana, y dado á luz por uno de sus más afectos alumnos. Valencia, por Francisco Bargaute, 1790. Este poema es imitación de la *Batrachomyomquia*. Consta de un solo canto (113 octavas), que el autor llama *Cantigruido* único.

MARCHENA (D. José).

La Patria á Ballesteras, poema heroico. Marchena publicó un buen trozo de este poema, en sus *Lecciones de Filosofía moral y Elocuencia*.

MARIN (D. José María).

Vida inimitable.... de Santa Juana de Valois, Reina Cristianisima de Francia, etc. Palermo, Angelo Felicella, 1747.

Poema, en doce cantos, que el autor llama *estancias*; escrito en varios metros, por lo comun en octavas.

MÁRQUÉS (Fray Antonio).

Vida de N. Seráfico Patriarca San Francisco de Asis. Alcalá, Julian Garcia Briones, 1710.

MARTÍ Y ZARAGOZA (D. Manuel). Dean, célebre, de Alicante. Murió en 1757.

La Gigantomaquia. Poema en octavas, en cuatro cantos. En el siglo anterior se habian ya publicado otros dos poemas castellanos con el mismo título; uno del caballero portugués Miguel de Gallegos, en Lisboa, 1634; otro de D. Francisco de Sandoval, en Zaragoza, 1650.

El dean Martí compuso, ademas, en edad temprana, otro poema titulado *Saiedad*, á imitación de las *Saiedades*, de Góngora. Fué impreso, en Valencia, por Francisco Mestre, en 1682; esto es, cuando el autor sólo tenia diez y nueve años. Pertenece, por consiguiente, á la historia literaria del siglo xvii.

MARTINEZ (D. Diego). Cura de la villa de Tabuaya.

Piadosos recuerdos de los dolores que padeció la Madre de Dios en la Pasión, etc. Méjico, D. Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1788.

MAURY (D. Juan María).

La Agresion Británica, poema. Madrid, imprenta Real, 1806.

Espera y Almedora, poema, en doce cantos. Paris, H. Fournier, 1840.

Dido. Canto épico. Se imprime, por primera vez, en el presente tomo. Es una traduccion del cuarto libro de la *Eneida*, pero con un prólogo y un epílogo, originales de Maury, que dan á esta obra la forma y el carácter de un verdadero poema.

MELÉNDEZ VALDES (D. Juan).

La Caída de Luzbel, canto épico, en octavas. Valladolid, por la viuda é hijos de Santander, 1797.

El Magistrado. Poema didáctico. No llegó á imprimirse. Meléndez perdió el manuscrito á consecuencia de los trastornos políticos que le obligaron á emigrar á Francia.

MÉRAS (D. Ignacio de).

La Muerte de Barbaroja, poema heroico (en octavas). Madrid, 1797.

La Conquista de Menorca, por las armas combinadas de España y Francia, al mando del Excmo. Sr. Duque de Crillon, en el día 3 de Febrero de 1782, etc. Poema heroico (en octavas). Madrid, 1797.

MESSEGUER (D. Francisco).

La Lealtad Murciana. Rasgo poético, en dos cantos. Murcia, por Juan Vicente Teruel, 1803.

Este poema fué escrito á solicitud de la Junta de festejos de Murcia, con motivo del paso por aquella ciudad del rey D. Car-

Jos IV, con su familia, en Diciembre de 1802.

MONCADA FRIBB DE CIRIGUEFO (D. Luis Paulo). Oficial de Reales Guardias Españolas.

Sacra Laureada Corona, forjada en el elevado Mantuano Carpetano Monte, invencible éculo del Pindo, al canoro impulso de la náutica Ira de Apolo, colgada, por trofeo del cautivo Redcalor Jesús Nazareno, en los jinteles de su nueva Real Capilla, sita en el magnífico Matritense Templo de Rk. PP. Trianarios Descalzos, que ciñe las festivas pompas é ilustres aparatos con que se colocó dicha redimida Imágen en su augusto Trono.... En Madrid, en la oficina de Antonio Marin, año de 1756.

Es un poema descriptivo, en octavas.

MONTENCON (D. Pedro).

La Pérdida de España, por el Rey D. Rodrigo. Poema épico, en quince cantos. MS. autógrafo. (Papeles del Sr. D. Bartolomé José Gallardo.) Así empieza:

La lamentable pérdida de España,
La destrucción del reino de los Godos
Quiero entregar á la armonía del verso
Meonio-ibero, si el señor del Pindo
Da salida á mi intento, y si en mi pecho
La débil voz anima enardecida
Del estro, y són sublime de su plectro....

Por este principio, ya puede juzgarse del poema.

MONTIANO Y LUYANDO (D. Aguslin Gabriel de).

El Rapto de Dina, poema dedicado al Conde de Mahoni, coronel de dragones. Madrid, por Alonso Balvas, 1727.—Más adelante se reimprimió en Barcelona, sin expresar el año.

MONTIEL (El padre fray Antonio). Lector jubilado de su Provincia de Menores Observantes, de Granada.

El Eustaquio, ó La Religión laureada. Poema épico. Málaga, por D. Luis Carreras, 1796; dos tomos.

MOR DE FUENTES (D. José).

Las Estaciones. Poema. Lérida, imprenta de Corominas, 1819.

Principió la impresion de este poema en Lérida. Se terminó en Madrid.

Poética, en doce cantos.
La Abolomagua, poema burlesco, en seis cantos. Quedó inédito. De este poema y de la *Poética*, da noticia el autor mismo, en su autobiografía, titulada *Bosquejillo*, etc.

MORATIN (D. Leandro Fernández de).

La Toma de Granada, por los Reyes Católicos. Romance endecasílabo, impreso por la Real Academia Española, por ser, entre todos los presentados, el que más se acerca al que ganó el premio. Madrid, D. Joaquín Ibarra, 1779.

La Huertelina. Poema burlesco, en octavas. Sátira muy punzante, contra Huerta.—No quiso Moratin darlo á la estampa.

MORATIN (D. Nicolas Fernandez de).

La Diana, ó El Arte de la Casa, poema. Madrid, Miguel Escribano, 1765.

Las Naves de Cortés destruidas, canto épico. Madrid, 1785.

MOREJON Y SABATER (D. José).

Rasgo poético é histórico, que contiene los gloriosos hechos del Cardenal D. Egidio Albornoz; 1747.

MORENO DE TEJADA (D. Juan). Grabador de cámara.

Eccelencias del Pincez y del Buril. Canto, en cuatro silvas. Madrid, Sancho, 1804. Fue escrito este poema á fines del siglo xviii.

En el prólogo anuncia otro poema didáctico á la Escultura ó Arte del Grabado.

LA MUELA Y GALINDO (D. Romualdo).

Relacion métrica de los festivos cultos que consagró la muy noble y muy leal ciudad de Granada á la Invenzion de las sagradas Formas y del Copon que robaron unos ladrones en el Convento del Cármen, de Alhama, á 1.º de Mayo de 1725. Granada, Andries Sanchez.

MUÑOZ (D. Antonio).

Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero. Sin fecha. La licencia es de 1759.

Más adelante se reimprimió, en Madrid, 1789.

MUÑOZ DE BAENA, *Sabariego*, Perez de Saavedra (D. Joaquín). Caballero procurador, síndico general, de la ciudad de Córdoba.

Publicó el poema didáctico y sentencioso, titulado:

Las Trescientas del Cortesano. Muñoz de Baena declara que no pudo adquirir la menor noticia acerca del nombre del autor. Tal vez lo sea él mismo. Córdoba, D. Juan Rodriguez. Sin fecha de impresion. La licencia es de 1774.

MUÑOZ DE LEON Y OCAÑA (D. Luis José). Vecino de Sevilla.

Vida, martirio y algunos milagros del grande Taumaturgo, Apóstol de Praga y Protomártir del siglo, San Juan Nepomuceno. Compendio, en octavas rimas. Dedicado al cardenal arzobispo de Sevilla, D. Francisco Solís Folch de Cardona. (MS.)

Rasgo anon y poema heroico, en que se describe la Vida de la Seráfica Virgen Santa Catalina de Sena. Año de 1771. Está escrito en romance endecasílabo. (MS.)

Vida, en compendio, de San Francisco de Asis. En romance endecasílabo. (MS.)

Compendio de la vida y muerte de Santo Domingo de Guzman. En romance endecasílabo. (MS.)

Vida de San Antonio de Pádua. En romance endecasílabo. (MS.)

Vida del Angel de las Escuelas, Santo Tomas de Aquino. En romance endecasílabo. (MS.)

Todos estos poemas existen en la Biblioteca Provincial de Cádiz.

NAVARRO (El padre doctor Joaquin). De la Compañía de Jesus.

La Hermosura sin lunar, cual es la del alma y cuerpo de Maria Santísima, significada en su vida, escrita en estancias, de cancion real, y segun la reveló la Señora á su sierva la Madre de Jesus de Agreda. Madrid, Joaquin Ibarra, 1762.

Divide el poema en veintidos canciones, y no en cantos.

NIEBLA (El Conde de). Primogénito del Duque de Medina-Sidonia, y D. JOAQUIN OSORIO, hijo del Conde de Altamira.

Las Glorias de San Juan Francisco Régis, poema español, en varios metros. Madrid, herederos de Francisco del Hierro, 1758.

Fue escrito este poema para las fiestas de la canonizacion del Santo, pero no llegó á ser recitado en ellas, por la muerte del Marqués de Villena, abuelo del Conde de Niebla.

Nieto Y MOLINA (D. Francisco).

La Perromáquia. Poema heroico-burlesco, en cuatro cantos, en redondillas. Madrid, 1765.

El Fabulero. Madrid, por D. Antonio Muñoz del Valle, 1764. Diez poemas burlescos, de corta extension. Sus titulos son los siguientes: Polifemo, Alfeo y Aretusa, Apolo y Dafne, Pan y Siringa, Hipoménés y Atalanta, Las tres diosas, Hero y Leandro, El Narciso, La Rosa, y Júpiter y Europa.

NOROSA (El Conde de).

La Quicada, poema heroico-burlesco. Madrid, 1779.

Omniada, poema. (Más de 15.000 versos libres.) Madrid, 1816.

OLAVIDE (D. Pablo). Con el seudónimo: El Autor del Evangelio en triunfo.

Poemas Cristianos. Madrid, D. José Dobado, 1799.—Poemas didáctico-religiosos, con el título general *El Hombre*.

ORTI Y MAYOR (D. José Vicente).

Cosmografía, en verso. Consta de trece capítulos, y quedó sin concluir. (Véanse Jimeno y Fuster.)

OVIDEO Y HERRERA (D. Luis Antonio de).

Vida de Santa Rosa de Santa Maria, natural de Lima, y Patrona del Perú; poema heroico. Madrid, Juan Garcia Infanzon, 1711. Poema en octavas, doce cantos.

Poema Sacro de la Pasion de N. S. Jesucristo. Lima, Francisco Sobrino, 1817. Romance, dividido en siete estancias.

OZEJO (D. Pedro Nolasco de).

El Sol de los Anacoretas, la Luz del Egipto, el Pismo de la Tebáida, el Asombro del mundo, el Portento de la Gracia; la milagro sa vida de San Antonio Abad. Madrid, 1757

Este ridiculo poema, en octavas, se compone de cinco cantos, y á cada uno pone el autor por título uno de los pomposos nombres que da al Santo. El autor, en un folleto que escribió para defender su poema contra la sana critica del *Diario de los Literatos*, presume de haber imitado á Cóngora; y aún cree llevarle ventaja.

PALACIO (D. Juan Manuel de). Caballero de la orden de Santiago, gentil-hombre de boca de S. M., Veinticuatro y Procurador Mayor de la ciudad de Granada.

Vinje y destierro de la Virgen Maria á Egipto. Poema, en octavas reales, corregido por el autor en la segunda impresion. Madrid, por Juan Muñoz, 1734.

PERALTA (El padre fray Juan del).

Las tres Jornadas del Cielo.... Significadas en Gemidos, Deseos y Suspiros. Lima, imprenta de la Plazuela de San Cristóbal, 1749. Poema, escrito en liras.

PERALTA BARNUEVO ROCHA Y BENAVIDES (El Dr. D. Pedro).

Lima fundada, ó conquista del Perú; poema heroico. (En octavas, diez cantos.) Lima, imprenta de Francisco Sobrino y Bados, 1752; dos tomos, en 4.º.—En el prólogo de esta obra da el autor noticia de los siguientes poemas, tambien suyos:

Lima triunfante. (Impreso.)
Canto panegirico, en octavas, al tiro del Principe, nuestro señor, contra el toro que mató. (Impreso.)

La gloria de Luis, el Grande; panegirico, en lengua francesa, del rey Luis XIV.

El Triunfo de Astréa, panegirico del rey D. Felipe V.

PEREZ DE CAMINO (El Dr. D. Manuel Norberto).

La Opinion, poema (en octavas), con un discurso preliminar y notas. Burdeos, en la imprenta de Lawalle, Joven y sobrino, 1820.

Poética, en seis cantos y en octavas reales. Burdeos, casa de Carlos Lawalle, 1829. Fue escrita esta poética muchos años ántes de su publicacion.

PEREZ DE CÉLIS (El padre Isidoro). Lector jubilado de su Religion de Clérigos Regulares, Ministros de los enfermos agonizantes, y socio literato de la Real Sociedad Vascongada.

Filosofía de las costumbres, poema. Madrid, imprenta de D. Benito Cano, 1795.

Este poema está dividido en dos partes. La primera consta de nueve silvas, y la segunda de once. (Más de 10.500 versos.)

PEREZ VALDERRABANO (Dr. D. Manuel).

La Angelomáquia, ó Caida de Luzbel, poema de ensayo para merecer el premio pro-

mitido y suspenso por la Real Academia Española, Valencia, D. Javier Ruesgo y Gonzaloena, 1786. (Cien octavas, tres cantos.)

PIMENTA Y TORREZAN (D. Antonio María). Primogénito del Marqués de Villareal.

Las Glorias de San Juan Francisco Régis, poema. Madrid, herederos de Francisco del Hierro, 1758.

Fue recitado este poema, con acompañamiento de música, el 17 de Junio de 1758, en las fiestas que celebró en Madrid el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, con motivo de la canonización del Santo.

PINAZO (El padre Antonio). Jesuita.

El Rayo, Poema español, con notas eruditísimas para su ilustración. Mantua, por los herederos de Patzoni, 1802.— Se imprimió á expensas del rey D. Carlos IV, á quien está dedicado.

Los cielos, Poema, con notas para su ilustración. Valencia, por Ferrer de Urga, 1821.

El Filipo, Poema español, en que se da de mano á las ideas mitológicas, supliéndolas con las más puras de nuestra ciencia política y religiosa. (Manuscrito; Fuster, tomo II, pag. 400.)

P. QUEN (D. Carmelo Espiau de).

Elogio épico al Excmo. Sr. D. Antonio Barcelo... teniente general de la Real Armada. Ejaja, por Benito Baza, 1785.

P. SOS Y VARGAS (D. Juan).

La Perromáquia, invención poética, en ocho cantos. Madrid, D. Antonio de Sancho, 1756. Imitación de la *Gutomaquia*, de Lope de Vega.

El Rotrosasadt, ó Quijote trágico; architrágicísima tragedia, trabajada al uso del buen gusto de los trágicos compositores; tragedia á secas. Madrid, por D. Antonio de Sancho, 1785. Poema trágico-burlesco, para ridiculizar las malas tragedias.

Pizzi (Dr. D. Mariano). Médico y catedrático de lengua árabe, en los Reales Estudios de Madrid.

Gramática de la lengua árabe-erudita, en metro castellano.

Del manuscrito de este poema didáctico, da noticia Sempere y Guarinos.

PLANO (D. Juan de). Abogado de los Reales Consejos.

El Seno de Abraham, poema, en tres cantos. Madrid, García y compañía, 1805.

PORCEL (D. José).

El Adonis, Poema, en églogas. Manuscrito, que se ha publicado por primera vez en el tomo I de la presente colección.

PRADO TERRIN (El reverendo padre maestro fray Antonio Ventura de). Del orden de la Santísima Trinidad, de la Real Academia Española.

San Isidoro, eutropelia poética, etc., en siete centurias heroicas. Madrid, en la Imprenta Real, 1756.

QUINCÓES (El Dr. D. Gaspar Francisco de).

Glorias de Castilla, Timbres de Valladolid; santísima Vida... de San Pedro Regalado. Valladolid, imprenta de los Figueroas; sin año de impresión (1747). Poema, en octavas; tres cantos.

QUINTANA (D. Manuel José).

Las Feglas del drama. Ensayo didáctico, en tres partes. Fue escrito para el concurso abierto á los poetas por la Academia Española, en 1791. No se dió á la estampa hasta el año de 1821.

RAYMUNDO (D. Juan Agustín).

Glorioso combate, que en 17 de Octubre de 1765 sostuvo por más de cinco horas, en

el Mediterráneo, á cuarenta millas de Ibiza, el navio *Genoves* SAN FRANCISCO DE PAULA, al mando del Magnífico Capitán de Guerra don Domingo Castellano, con cinco jabeques y una fragata argelina. Cádiz, D. Pedro Gómez de Requena, 1761. Canto épico, en octavas.

REINA CEVALLOS (D. Miguel de la). Jurisconsulto americano; de la Academia Española.

La elocuencia del silencio. Poema heroico, en octavas. Madrid, Diego Miguel de Peralta, 1758.

Vida y martirio de San Juan Nepomuceno. Madrid, Diego Miguel de Peralta, 1758.

REINOSA (El reverendo padre fray Pedro de).

Santa Casilda, Reina de Toledo, ó la Prodigiosa Félix de la Gracia. Poema, en siete cantos, en octavas reales. Madrid, Lorenzo Francisco Mojados, 1722.— Otra edición se hizo, también en Madrid, en 1727.

REJON DE SILVA (D. Diego Antonio). De la Academia Española.

Fábula de Céfalo y Prócris, escrita en octavas *ja-a-sírias*. Este poema, compuesto en 1765, fué impreso en el *Memorial Literario* de Madrid, núm. LXV; Julio de 1788.

La Pintura, poema didáctico. Segovia, por Antonio Espinosa de los Monteros, 1786.

REBADENEYRA Y BARRIENTOS (D. Antonio Joaquín de). Abogado de la Real Chancillería de Méjico.

El Pasatiempo, poema endecasílabo didáctico. Dos tomos. Se hizo la segunda edición en Madrid, imprenta de Cano, 1786.

REPOSO Y VILLAS VILLAR DE FRANCOS (El licenciado D. Antonio). Presbítero.

La Barca más prodigiosa. Poema historial sagrado. Santiago, año de 1728; en la imprenta de Andres Prayz, de la Santa Inquisición.

Este poema contiene la historia y milagros del célebre Santuario de Nuestra Señora de la Barca, situado en los confines del Puerto de Mugia, en el reino de Galicia. En vez de cantos, está dividido en *declamaciones*, y cada una de ellas consta de 106 octavas.

RODRIGUEZ DE ARELLANO (D. Pascual).

Delicias del Manzanóres, poema. Madrid, por Ibarra, 1785.

RODRIGUEZ DE ARELLANO (El Licenciado don Vicente).

Extremos de Lealtad y Valor heroico Navarro; rasgo épico, á la memoria de los cinco caballeros que libertaron de la prisión á su Rey Carlos II de Navarra. (92 octavas.) Pamplona, Coscuella, 1789.

RODRIGUEZ GALAN (El padre fray Francisco).

La Primavera en Febrero. Toledo. Pedro Marqués, 1753. Poema, en octavas, cuyo objeto es celebrar la toma de posesion del Arzobispado de Toledo del Infante Cardenal D. Luis Antonio Jaime de Borbon.

ROLDAN (D. José María).

El Danilo. (MS.) Poema muy aplaudido por Lista.

Se conservaba entre los papeles de D. Félix José Reinoso.

RUZ (Sor Beatriz Ana). Religiosa agustina.

Poema de la Historia de la Pasión del Señor.

El maestro fray Tomas Perez incluyó este poema en el libro I, capitulo xxxi de la *Vida* de Sor Beatriz Ana Ruiz, que fué impresa en Valencia, en 1744.

RUZ DE LEON (D. Francisco). Natural de Nueva-España.

La Hernandia; Triunfos de la Fe y gloria de las armas españolas. Conquista de Méjico, proezas de Hernan Cortés, etc. Poema heroico, en doce cantos (1.600 octavas). Madrid, imprenta de la viuda de Manuel Fernandez, 1755.

RUZ SABELLI (D. Enrique).

Las glorias de San Juan Francisco Régis, poema español, en varios metros. Madrid, herederos de Francisco del Hierro, 1758.

Fue recitado este poema en las fiestas de la canonización del Santo, el día 19 de Junio de 1858.

SALANOVA Y GUILARTE (D. Pedro Alonso de).

Poema didascálico, sobre los principales herejes arcas que han pretendido turbar la sagrada religion católica, y los mas absurdos errores de sus falsas doctrinas en cada siglo de la Iglesia. (En tercetos.) Se publicó este poema en el *Memorial Literario* (Setiembre de 1786).

Poema didascálico, ó Restmen Político historico, sobre los veinte Conventos Generales que se han celebrado en la Santa Iglesia Católica, para extirpacion y anatema de las herejías y herezíarcas que la han perturbado. En estancias reales. Se publicó este poema en el *Memorial Literario* (Octubre de 1786). En el mismo *Memorial* (Agosto de 1787) fué atacado este poema. Más adelante lo defendió el autor (Setiembre de 1787).

Pequeño poema didascálico, sobre el origen de las naciones de la tierra, segun el repartimiento de los hijos, nietos y demas descendientes de Noé. Se publicó este poema en el *Memorial Literario* (Agosto de 1786).

SALAS (D. Francisco Gregorio de).

Observatorio Histórico, poema descriptivo, dispuesto en una égloga. La primera edición, hecha en Madrid, es de 1770. Despues se han hecho once ediciones de este poema.

SALDUEÑA (D. Alonso de Solis Folch de Cardona, conde de). Primogénito del Duque de Montellano.

El Pelayo, poema, en doce cantos, en octavas. Dedicado al rey D. Fernando el Sexto. Madrid, en la oficina de Antonio Marin, 1754. *El Fernando*, canto heroico. Valencia, 1805.

Fábula de Júpiter y Europa, poema, en cien octavas. Fue leído en la Academia del Buen Gusto. Porcel, en su *Juicio Lunático*, dice, con sobrada razon, que el estilo del poema es por demas *figurado, culto y pomposo*.

Este poema fué impreso sin expresion del año, ni del lugar, ni del nombre del impresor. El Sr. de Gayángos posee un ejemplar, que está en las actas de dicha Academia.

SALIENT (Sor Mariana). Monja profesa en el convento de Santa Clara, de la ciudad de Lorja.

Vida de la Seráfica Madre Santa Clara. En cuartetos. Valencia, Francisco Mestre, 1705.

SANCHEZ (D. Ángel). Sacerdote de la extinguida Compañía de Jesús, natural de Rioseco.

La Titida, ó Destrucción de Jerusalem, en tiempo del Emperador Tito. Poema, en doce libros y en silva. Madrid, 1795.— Dos tomos.

SAN JUAN (Conde de).

Prometeo. Poema alegórico. No hemos visto este poema. Escribió en su elogio un romance endecasílabo D. Gabriel Alvarez de Toledo.

SANTOS (D. José de).

Sumario de la Historia Eclesiástica, en verso. Madrid, en la imprenta de Gonzalez, 1788.

SARDACER Y TORCAZ (D. Jacobo). Natural de Galicia, clérigo.

Real de Esteyro, poema heroico joco-serio, en que á los doce navios que en aquel astillero se están construyendo, les echa Clio su guarnición al canto. Madrid, imprenta de José García Lanza, 1754. (Cien octavas.) Este poema está dedicado á la Marquesa de San Saturnino.

SERRANO BELEZAR (M. Miguel). Abogado del Colegio de Valencia.

Cantos épicos, en que la Religión católica consuela á España por la pérdida de sus dos Infantes, los Serenísimos Señores D. Carlos Clemente y D. Carlos Eusebio; la anuncia el feliz embarco de la Serna. Sra. Princesa de Asturias, D.^a Maria Luisa de Borbon, y la felicita por el no esperado nacimiento de los Sermos. Infantes D. Carlos y D. Felipe, acaecido entre ocho y once de la mañana del viernes, 5 de Setiembre de 1785. Valencia, por Francisco Burguete, 1785.

SILVESTRE DEL CAMPO (D. Pedro).

La Proserpina. Poema heroico joco-serio. Madrid, Francisco del Hierro, 1721. En octavas, doce cantos.

SORIANO Y JIMENEZ (D. Jacobo).

Conquista de la Florida. (MS.) Canto de la expedición de D. Pedro Ceballos al Rio de la Plata. (MS.), en octavas.

TAPIA (D. Eugenio de Tapia). De la Academia Española.

Sevilla Restaurada. Fragmentos de un poema épico. Tapia publicó, como muestra, en la primera edición de sus *Poesías* (1821), ciento treinta y siete octavas de este poema, principiado en las mocedades del autor.—En la segunda edición (1852) ofreció concluirlo. Sus ocupaciones se lo impidieron. *La Bruja, el Buede y la Inquisición*; poema romántico-burlesco, en dos cantos. Madrid, 1857, imprenta de los hijos de doña Catalina Piñuela.

Tapia publicó este poema satírico con el seudónimo de D. Valentin del Mazo y Correa.

TAFALLA NEGRETE (El Dr. D. José).

Justas del Reino de Aragon, rasgo épico, en octavas, con motivo de la beatificación de San Pedro Arbúes. Zaragoza, imprenta de Manuel Roman, 1706.

TELLEZ DE AZEVEDO (D. Antonio). Repartidor del número de Receptores de la Corte de Madrid y Reales Consejos.

Lira misteriosa para el camino de la Pasión. Se publicó en Madrid, 1727, con treinta láminas notables.

Métrica reverente descripción, que en el más proporcionado poema provoca la atención á eternizar lo plausible del gozo, que, en las más obsequiosas demostraciones celebró la majestuosa concurrencia de las dos Cortes española y lusitana, á las Reales, felices cuando deseadas entregas de la Serenísima Sra. D.^a Maria Bárbara, dignísima esposa del Sermo. Sr. Principe de Asturias; y de la Serna. Sra. D.^a Mariana Victoria, meritisima esposa del Sermo. Sr. Principe del Brasil; que se ejecutaron sobre las cristalinias corrientes del rio Caya, lince que divide las dos Coronas; el día 1.^o de Enero de este año de 1729. Poema heroico, en octavas.—Con licencia, en Madrid, en la imprenta de Juan de Ariztia. Sin año de impresión. La dedicatoria lleva la fecha de 8 de Febrero de 1729.

TERRIN (Reverendo padre maestro fray Buenaventura).

San Rafael, Custodio de Córdoba. Eutropia poética, sobre la historia de su patronato; en siete centurias heróicas. Madrid, en la imprenta Real, 1756.

TEZA (D. José de). Beneficiado de la Basílica.

Restamen de la Pasión de Jesucristo, arreglada al sagrado Texto; en endechas. Madrid, por los herederos de Escribano, 1788.

THERÁN (D. Francisco Manuel).

Lavrel del Sol Español.... Madrid, en la imprenta de D. Gabriel Ramírez. Sin año de impresión.

Es un poema narrativo, en octavas, á la proclamación de Carlos III (1759).

TORENO (Conde de). Alférez mayor del Principado de Asturias.

Trágica escena y dolorosa muerte de doña Blanca de Borbon, Reina de Castilla, que el autor «grababa en funestos cipreses, y escribía á un tiempo, á las orillas del Norece, en lamentables octavas.» Oviedo, D. Francisco Díaz Pedregal, sin fecha de impresión.—Fue escrito este poema en el mes de Diciembre de 1788. Así lo declara el Conde mismo en una nota.

La Muerte de Abel, poema moral, en cinco cantos. Oviedo, por D. Francisco Díaz Pedregal; 1788.

En 1785 se había publicado en Madrid (imprenta de Fernandez), una traducción de la *Muerte de Abel de Gesner*.

Las artes triunfantes en el coche de la Serenísima Princesa de Asturias, canto. Oviedo, por Francisco Díaz Pedregal, 1786.

Semuramis, Reina de Siria. Lanzas de valor, tracción y hermosura. Compendio de su vida y nacimiento. En octavas. Oviedo, don Francisco Díaz Pedregal, 1788.

TORREPALMA (D. Alfonso Verdugo y Castilla, conde de). De la Academia Española.

El Deucalon. Poema, en octavas. Madrid, 1770. (Se ha reimpresso en el tomo XXIX de esta *Biblioteca*.)

La Libertad del Pueblo de Israel por Moises. No conocemos este poema. Porel, en el *Juicio Lunático* (MS.), leído en la Academia del Buen-Gusto, dice que Torrepalma lo escribía en un desierto (Ciempozuelos), para divertir cierto quebranto. (Había muerto su hijo primogénito.)

El Juicio Final. Este poema se ha publicado por primera vez en el tomo I de la presente colección.

TORREPALMA (D. Pedro Verdugo Alborno, conde de). Padre de D. Alfonso, autor del conocido poema *El Deucalon*. De la Academia Española.

La Oliva. Poema (MS.).

No tenemos noticia alguna de esta obra hasta que la hemos visto citada en una oración literaria (manuscrito perteneciente al Sr. Marqués de Pidal), pronunciada por el Conde de Torrepalma, hijo del autor del poema, en la Academia del Buen-Gusto, que se celebraba en casa de la Exma. Sra. Marquesa de Sarria, Condesa viuda de Lémos, por los años de 1749 á 1751.

TORRES (El reverendo padre Presentado fray Tomas).

Liave interior que abre la puerta del palacio humano. Zaragoza, Manuel Roman, sin año de impresión (1706). Poema, en tercetos; dividido en capítulos (21), en vez de cantos.

TORRES VILLARROEL (El Dr. D. Diego de).

Conquista del Reino de Nápoles, por su Rey D. Carlos de Borbon; poema heroico, en octavas; dedicado á la reina doña Isabel Farnesio. Madrid, 1753.

TRAGGIA (El padre Joaquin). Sacerdote profesado en el colegio de las Escuelas Pías, de Zaragoza; escribió en Manila una gramática de la lengua tagala.

La Sanhada, rasgo épico, en dos cantos, en octavas. Madrid, imprenta de D. M. de Burgos, 1817.

TRUCEROS (D. Cándido María).

El Poeta Filósofo, en verso pentámetro. Sevilla, 1774. En la imprenta de Manuel Nicolás Vazquez y compañía.

La tiada Poema, en seis cantos. Describe la terrible inundación que molestó á Sevilla, en los últimos dias del año 1785 y los primeros de 1784. Sevilla, Vazquez y compañía, 1784.

Las Mojas, poema chisquihérico. Madrid, por D. Antonio Espinosa, 1789. Cuatro cantos, en romance endecasílabo. Trigueros publicó este poema con el seudónimo de D. Melchor María Sanchez Toledano.

Los Bacanales, poema (MS.). Pertenece á la colección del Sr. D. Luis Villanueva.

San Felipe Neri al Clero. Sevilla, en la oficina de Vazquez y compañía. Segunda edición. 1781. Rehere los principales hechos de la vida del Santo.

El Viaje al Cielo del Poeta Filósofo. Poema, escrito en tres libros, en elogio del Rey, nuestro Señor (que Dios guarde), Carlos III Pro. Sevilla, 1777; en la oficina de D. Manuel Nicolás Vazquez y compañía.

UREÑA (D. Gaspar de Molina, marqués de).

El Imperio del Piojo recuperado. Sevilla, en la imprenta de Vazquez Hidalgo y compañía, 1781.

(Este poema burlesco fué publicado con el seudónimo de D. Severino Amaro.)

La Posmodia, poema, en cuatro cantos, por uno que lo escribió. Madrid, imprenta de la calle de la Greda, 1807.

Cambiado, en su *Diccionario biográfico de Cádiz*, cita otro poema del Marqués de Ureña, escrito en elogio del Conde O'Reilly.

VACA DE GUZMAN (D. José María).

Las Naves de Cortés destruidas. Canto premiado por la Real Academia Española, en junta que celebró el día 15 de Agosto de 1778. Madrid, D. Joaquin Ibarra, 1778.

Granada tendida. Romance endecasílabo, premiado por la Real Academia Española, en junta que celebró el día 22 de Junio de 1779. Madrid, D. Joaquin Ibarra, 1779.

VEGA (D. Manuel). Monje y Chantre de Ripoll.

Poema elegiaco y dramático, en las fiestas de la traslación del cuerpo de San Olegario (1702).

Alcanzó este poema uno de los premios ofrecidos por los magistrados de Barcelona.

VIERA Y CLAVIJO (D. José de). Arcediano de Fuenteventura, dignidad de la Santa Iglesia de Canarias, individuo de la Academia de la Historia. Con el seudónimo de don Diego Díaz Monasterio, publicó:

Los Aires fijos. Poema didáctico, en octavas y en cuatro cantos. Madrid, Blas Roman, 1780.

El autor añadió á este poema dos cantos más, titulados, el uno:

Los Aires vegetales; y el otro:

La Máquina aerostática.

Dejó inédito el siguiente poema didáctico, en octavas, que recientemente ha sido dado á la estampa:

Las Bodas de las Plantas. Canto único. Barcelona, Federico Martí, 1875.

VILLARROEL (D. José).

Rasgo expresivo de los júbilos y fiestas con que la nobilísima ciudad de Salamanca replicó sus finisimos afectos, etc., á sus cinco amados y gloriosos hijos y Santos, y esclavos mártires Arcadio, Probo, Pascasio, Eutiquiano y Paulillo, los tres últimos hermanos. Salamanca, por Nicolás José Villagordo, 1745.

Es un poema descriptivo, en ciento ocho octavas. Fué leído en la Academia del Buen-Gusto, el 25 de Abril de 1750. (Actas de la Academia, MS.)

ANÓNIMOS.

Cantos dolorosos. Málaga, 1785.

Ceremonial de Estrados y crítica de visitos. El. Madrid, por D. Antonio Espinosa, año de 1780. Silva, dividida en seis capítulos; especie de poema didáctico, en estilo joco-serio, destinado á enseñar reglas de urbanidad. — Por donaire, está dedicado á la señora Mariblanca. (Estatua que había en la fuente de la Puerta del Sol.)

Diálogo entre Jesucristo y su Mística Espasa un Alma religiosa. Místico poema, en dos partes, para el día de la profesión de la reverenda madre Sor María de las Nieves (camaño de Santa Teresa), religiosa de velo negro de las reverendas madres carmelitas calzadas recoletas, etc. de Sevilla. Sevilla, D. Manuel Nicolas Vazquez y compañía, 1782.

(J. B. F.)

Elogio, en verso, á Bonaparte, y sus más célebres batallas y combates, hasta la rendición de Mantua. [Manuscrito perteneciente á la colección del Sr. D. Pascual de Gayángos.] Es un poema descriptivo, escrito en 1798.

La Entidia Literaria, poema heróico-burlesco.

Fué impreso en la segunda jornada del Viaje de un curioso por Madrid. Madrid, imprenta de Fuentenebro.

Expresiones de reconocimiento.... al señor D. Manuel de Amat y Junient, Virrey del Perú y Chile.... por la apertura del camino de la Piedra-Liza. Lima, oficina de la calle de la Encarnación, 1767. Poema, en cien octavas.

(D. D. A. D. S. F. D. C. D. S. M. D. C. Y. P.)
Fábula de Júpiter y Europa, en octavas.
Sin lugar ni año de impresion.

Geografía poética de España y Portugal, en octavas; dividida en seis cantos.

Este poema descriptivo debió de ser escrito ántes del año 1702, porque habla de Orán como perteneciente á la corona de España. Se imprimió en el *Almacen de Frutos Literarios* (1818).

(D. M. A. C. V.)

Grillomáquia (La), ó la guerra de los grillos. Poema, en diez cantos. Es un romance burlesco, de unos setecientos versos. — Manuscritos del siglo xviii. Colección del señor D. Pascual de Gayángos.)

Al pie del poema está consignada la licencia para la impresion.

Imágen poética de la Filosofía Moral, ó Retrato cristiano-político de un buen cortesano. Lima, oficina de la calle de la Encarnación, 1767. En España se hizo ántes otra edición, que no conocemos. Es un poema en romance.

Junta anual y general de la Sociedad Anti-Hispana, en el día de Inocentes, de 1779, y fin de fiesta en el cuarto del Marqués de Grimaldi.

Es un poema dramático-satírico, contra aquel célebre Embajador y Primer Secretario de Estado de Carlos III, escrito, segun se indiere del mismo poema, despues de haber hecho Grimaldi renuncia del Ministerio, y ántes que llegase á Madrid su sucesor, el Conde de Floridablanca, que á la sazón se hallaba de Embajador en Roma.

(Colección de manuscritos del Sr. D. Pascual de Gayángos.)

(Doña M. II.)

Poema, en alabanza del Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos, Capitan General de los Reales Ejércitos de S. M. Diálogo entre la España y Neptuno. (35 octavas.)

Se imprimió este poema, entre las *Poesías raras* de la autora. Madrid, imprenta Real, 1789.

Esta señora escondia su nombre, llamándose en sus obras impresas *Una dama de esta Corte.*

Empezó á escribir otro poema en honor del mismo General, pero no pudo terminarlo.

Poema heróico, al auto de fe que se celebró en esta ciudad de Granada, el día 31 de Enero de 1725. Granada; Andres Sanchez.

Relacion del festivo acto de aclamacion y levantamiento del Real Pendon á la Magestad del Rey N. S. D. Luis el Primero; celebrado por la imperial ciudad de Granada. En romance de arte mayor.

Sin lugar ni año de impresion.

Sampayo (El). Poema, en ocho cantos, escrito á fines del siglo xviii, cuando estaba en boga la insulsa broma literaria del Regimiento de la Posma.

(Manuscrito, perteneciente á la colección del Sr. D. Jacinto Sarrasí.)

La Sociedad Anti-Hispana de los enemigos del pais, formada y establecida en casa del Excmo. Sr. Marqués de Grimaldi, la noche del 28 de Diciembre, día de los Inocentes; año de 1778. Poema épico, en tres cantos.

Es una sátira violenta, contra el Ministro de Carlos III.

(Colección de manuscritos del Sr. D. Pascual de Gayángos.)

Sueño político. Poema inspirado por el advenimiento de Carlos III al trono de España. — Fué atribuido, sin fundamento, al padre Isla.

La Tauromáquia Sevillana, poema, en romance.

Don Alberto Lista habla de este poema en una nota del suyo *El Imperio de la Estupidez.*

Vida maravillosa, en verso, del Gran Patriarca San Camilo de Lelis, canonizado por la Santidad de Benedicto XIV. Imprenta de José Gonzalez, 1746.

SEUDÓNIMOS.

AGLAURO EDETANO. (Véase *Céris*.)

AMARO (D. Severino). (Véase *Ureña*.)

GABALLERO DE LA ARDIENTE ESPADA.

Vida, muerte y milagros del Marqués Mariscal de Ancre. Poema satírico-burlesco, en décimas. — (Códice del siglo xviii, que posee el Sr. D. Pascual de Gayángos.)

CIPARISO (Labrador Asturiano).

Canto, en elogio de la invencion del globo aerostático, y famosos viajes aéreos, ejecutados por las célebres Viajeros franceses, en los dias 21 de Noviembre y 1.º de Diciembre de 1783. Madrid, por D. Joaquin Ibarra, 1784.

En octavas.

DIAZ MONASTERIO (D. Diego). (Véase *Viera y Clavijo*.)

DUEÑAS (El bachiller Alejo de.... semi-poeta del siglo xviii.)

El verdadero nombre de este poeta es don Juan Manuel Alejo Manzano, Trigueros, Dueñas y Luján. (Véase *Manzano*.)

MADRID (D. Juan de). (Véase *Concepcion*.)

MAZO (D. Valentin del). (Véase *Tapia*.)

SANCHEZ TOLEDANO (D. Melchor María). (Véase *Trigueros*.)

SANTOS (José). (Véase *Isla*.)

UN INGENIO CÁNTABRO. (Véase *Echavarri*.)

Nota. En la lista de poemas castellanos publicada por el Sr. D. Cayetano Rosell en el tomo xxix de esta BIBLIOTECA, hay algunos poemas del siglo xviii, que no mencionamos en el presente Catálogo.

DON NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA:

(*Tesoro del Parnaso Español.*)

Nació en Madrid, en 14 de Diciembre de 1764; sus padres fueron don Nicolas Alvarez de Cienfuegos y doña Manuela Antonia de Acero. Estudió en Salamanca; y al lado de Meléndez, de quien fué grande amigo, se aplicó á la poesía y formó su gusto en ella. Vivió despues en Madrid retirado y viviendo solo con sus libros y con sus amigos. Algunas composiciones suyas, que empezaron á correr de mano en mano, y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla*, que se representaron particularmente, le empezaron á dar un nombre literario en el público, que se acrecentó con la impresion que hizo, en 1798, de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el Gobierno la redaccion de la *Gaceta* y de *El Mercurio*, y pocos años despues fué hecho oficial de la primera Secretaria de Estado. Así se hallaba cuando estalló la guerra de la Independencia. Cienfuegos, despues de haber corrido un peligro inminente de ser arcabuceado por los franceses despues del 2 de Mayo, fué, en el año siguiente de 1809, llevado á Francia en calidad de rehenes, y falleció al llegar á Ortez, en principios de Julio, de la enfermedad grave que ya gran tiempo le aquejaba. Su tragedia de *Pitaco* le abrió las puertas de la Academia Española, sin embargo de que, presentada al concurso de poesia, no obtuviese premio por razones particulares. Ademas de las poesias que se conocen suyas, dejó diferentes trabajos sobre etimologias y sinónimos castellanos; género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*El Laberinto*, 1844.)

DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS era un poeta y un ingenio singular, si por singular se entiende no ser parecido ni á quienes le antecieron ni á sus contemporáneos; no siendo la singularidad así entendida motivo de alabanza, como tampoco de vituperio. Cuando escribió todavía no era conocida en España la escuela que, tomando el nombre de romántica, se habia creado en Alemania, y que despues se ha dado á conocer dilatando sus doctrinas é influjo por otras naciones. Por clásico se tenía él sin duda, pues reconocia como ciertos y daba obediencia á los dogmas á la sazón reconocidos y venerados en la república literaria. Pero del gusto clásico distaba infinito, lo cual en todas sus composiciones se da á conocer, y más que en otras, en sus llamadas traducciones, que, con nombre de tales, son paráfrasis muy desviadas de los originales ciertamente.

CIENFUEGOS era, ademas, de aquellos hombres en quienes la conducta explica la naturaleza del ingenio. La entereza acreditada en los últimos dias de su vida, y de donde le vino la muerte un tanto temprana, se aviene bien con la rigidez y tiesura de su estilo.

Como escritor desemejante de lo general de los autores, ha tenido quien le admire con exceso,

y quien le desapruébe con no ménos vehemencia. Fué muy de moda celebrarle, si bien no faltaban en la época de su mayor celebridad quienes tachasen de mala idolatría el culto que le daban sus devotos, siendo comun que haya oposicion violenta en el imperio de la moda. En el cotarro de los criticos y sectarios de la escuela filosófica ó liberal privaba mucho, no obstante estar sirviendo un empleo de nota bajo el gobierno de Carlos IV. Al revés, los adoradores del poder de aquellos tiempos le tenian malquerencia, si aún en parte por razones políticas, tambien por motivos meramente literarios, sin tomar en cuenta el desafecto con que se le veia por ser de la parcialidad contraria. Los criticos y poetas sevillanos de aquella misma época, remedadores de los poetas andaluces que florecian reinando los Felipes, le tenian en alta estima, sin que pueda decirse con razon que fuese por serles parecido. En los dias inmediatos á los nuestros vinieron á ser mayores en número, ó si no en número, en poder, sus contrarios que sus amigos, de lo cual resultó gran mengua á su fama. Hasta el señor Quintana, su amigo, en el último tomo de su *Colectcion de poesías castellanas*, publicado cuando el renombre de CIENFUEGOS estaba en su ocaso, sin faltar al aprecio y admiracion que le profesaba, se muestra como medroso al ensalzarle, siendo hijas, sin duda, la tibieza y restricciones en la alabanza, no de menoscabo en el afecto y buena opinion, sino del conocimiento de haber decaído mucho en general una reputacion literaria en tiempos bastante cercanos muy subida.

No son muchos los que ahora leen las poesías de CIENFUEGOS. Otro tanto sucede con las de Meléndez, segun deja dicho en un artículo anterior de *El Laberinto* el escritor de estos renglones. Goza en general de escaso valimiento en el dia presente las composiciones del tiempo próximo pasado; siendo capricho muy comun mirarse los usos y las cosas de antepasados algo remotos con más aprecio que todo cuanto agradaba y prevalecia viviendo nuestros padres. Así, con el bigote y la perilla, vuelve la aficion á los poetas que florecian cuando estaban ántes en uso los tales adornos, y los escritores que lo eran cuando se llevaban rizos participan del descrédito actual de la hace poco desterrada moda. El *multa renascentur* es certísimo, pero se necesita para las resurrecciones que lo *resucitando* (perdónese la novedad de la voz latinizada) cuente algunos años de difunto.

CIENFUEGOS fué novador, y lo fué extremado en algunos puntos, quedándose muy corto en otros. Creó voces poéticas sin tasa; dió al estilo formas insólitas, y sin embargo respetó la regla de las unidades como poeta dramático, y aún como lírico se desvió poco de las reglas latino-francesas, reguladoras de la poesía y la critica cuando él componia. Su mayor atrevimiento consiste en haber hecho obrillas sin título de odas, canciones ú otro alguno, en cuya osadía le acompañó el señor de Quintana, su amigo.

CIENFUEGOS pasa por autor á quien su sobrado fuego poético consumia y arrebatava. En sentir del autor de este artículo, sentir del cual participan pocos, éste es un juicio muy equivocado. En otra ocasion le ha comparado el mismo que estos renglones escribe, á un caballo endeble de piernas, en cuyos movimientos desarreglados creen muchos ver muestras de fogosidad, siendo hijos de la causa contraria.

Y no porque faltase calor en el alma de CIENFUEGOS. Le tenia, pues lo acreditó con sus acciones, así como hacia alarde de él en sus escritos. Pero era su calor forzado. Digno es de alta alabanza quien venciendo las naturales inclinaciones, y contrayendo por ello mérito superior, hace aquellas mismas cosas difíciles para las cuales no le tenia destinado la naturaleza, pero lo artificial al cabo se descubre, y como la planta forzada nunca regala los sentidos tanto cuanto la natural, así lo adquirido con trabajo se diferencia de lo espontáneo en gran manera.

Era CIENFUEGOS hombre muy honrado, amante por demas de todo cuanto es grande y noble. Por desgracia parece que era poco viva su fantasía. Así es que se apasionaba por medio de su juicio, y faltándole calor natural para expresar su pasion, y queriendo igualar con lo animado de la expresion lo vivo del deseo, se esforzaba y se descomponia todo. Alguna semejanza hay entre su estilo y los extremos que para declarar sus conceptos hace un mudo.

Quebrantaba las reglas en que creia, y á las cuales es de presumir que intentaba arreglarse; estropeaba la lengua castellana, en la cual acreditan ciertos escritos suyos que estaba más que medianamente instruido.

Con tales y tan graves faltas juntaba, sin embargo, algunas muy buenas dotes. Acaso si hubiese querido volar con ménos rapidez y remontarse á menor altura, habria llegado á ponerse mucho más arriba del puesto donde ahora está y merece estar colocado.

Algunas pruebas justificativas del duro juicio que se acaba de dar suministran las obras de CIENFUEGOS.

Tómese por ejemplo *El Otoño*, composicion muy alabada por algunos críticos contemporáneos, y de la cual el crítico que escribió en la traduccion de Blair la parte correspondiente á la literatura española, hizo grandes y no muy atinados elogios.

¿Qué significa el

Luégo, luégo
cien copas ¡Evohé! dad á mi fuégo;
Otras ciento me dad?

Eso es ya traspasar los límites de lo posible, descubriéndose que tales extremos salen de un hombre sobrio, el cual sólo en los versos manifiesta una sed ó un vicio tan fuera de toda medida. ¿Y quién grita ¡Evohé! en los dias presentes, cuando, como cristiano, aunque malo en aquel momento, da rienda suelta á su apetito?

Lo demas de la composicion adolece del mismo defecto de extremar los afectos y las ideas.

El famoso dicho de Napoleon sobre que solamente dista un paso lo ridículo de lo sublime, fué repeticion, en términos quizá nuevos, de una idea antigua y muy cierta. Y muchas veces quien con lo ridículo tropieza y se estreña, es porque va corriendo en busca de lo sublime con ímpetu excesivo y fuerzas flacas para alcanzarlo.

De ahí nacen muchas faltas de CIENFUEGOS. Se nota en sus obras que á la sublimidad aspiraba siempre. En *La escuela del Sepulcro* (cuyo título mismo es una rareza), usando de unas personificaciones ó prosopopeyas por demas atrevidas, presentó la idea de muchachos jugando al escondite cuando aspiraba á presentar una imágen singular, tanto cuanto por la novedad, por la grandeza. Se habla aquí de la alusion al sepulcro de Alejandro en la expresion

Tumba del Macedon, ¿dónde te escondes,
Que no dices: aquí?

Igualmente en la misma composicion la idea de ir el hombre caminando, y hallarse en medio de eso con que la muerte

Le sale al paso,

no ofrece más alta idea á la imaginacion que la del tropezar un paseante con un objeto inesperado y no de su gusto al volver de una esquina.

Sin duda en medio de extravagancias tales aparecen casos en que el poeta llega á grande altura. No carecia de fuerzas, ni dejaba en sus esfuerzos de traspasar los límites de la medianía. En la elegía á un amigo lloroso por la muerte de su hermano, hay imágenes grandes á la par que afectos tiernos. Acaso la de la eternidad que arroja á un abismo los siglos despeñados frisa también con lo ridículo, pero frisa y no más, y áun al descontentadizo censor que en estas páginas daramente ejerce su desabrido oficio, parece hermosa.

Una consecuencia forzosa del empeño de ir más allá que consienten las propias fuerzas, es lo que, en el lenguaje artistico tomado prestado al arte de la pintura para aplicarle al de la poesía, se dice amanerado. Lo es CIENFUEGOS en grado sumo, y lo es en todo: en el modo de concebir sus ideas, en el de expresarlas; en suma, en la diction tanto cuanto en el estilo. Hasta llega á chocar al ménos advertido aquel continuo repetir un verbo al terminar varios versos:

Ah, llora, llora;
Oh, cesa, cesa.

Este amaneramiento lleva al poeta, cuando acomete la traduccion de un clásico, á asimilarsele en tal manera, que parafraseándole y retoriéndole, le convierte en sí propio. Si Horacio habia expresado una idea acerca de que así como la voz del trueno declaraba en el cielo la presencia de Jove, los triunfos de Augusto patentizaban su señorío en el mundo, y la habia expresado con clásica sencillez:

Cælo tenantem credidimus Jovem, etc.;

que Fr, Luis de Leon habia traducido con sobrada llaneza (1):

Porque en el cielo truena,
Reinar allá el gran Júpiter creemos;

CIENFUEGOS, rompiendo los períodos y violentando el estilo, cargándole ademas de epítetos ociosos, dice:

Alzase Jove, y á su augusta planta
Truena el Olimpo retemblante. El cielo
Es el trono del dios. Pronuncia Augusto;

Y á Bretaña y á Persia omnipotente
En el imperio encierra.
¡César, César es Dios sobre la tierra!

Si intenta mejorar las traducciones castellanas de Anacreonte, á los defectos de las antiguas añade los suyos peculiares, convirtiendo en palabrero lo que en el original es clásica y hermosamente sencillo. Donde el poeta de Téos habia dicho:

Naturaleza dió cuernos al toro y cascos á los caballos;

y aún el conceptuoso Villégas se habia contentado con añadir á la naturaleza el dictado de sabia, y con enumerar el número de los cuernos del toro y de los piés del caballo (poniendo, en vez de cascos, piés), CIENFUEGOS usa de un adjetivo de su invencion y escasa propiedad para el primer animal, y en cuanto al segundo, añadió en un verso una cosa que ni siquiera se entiende:

Armó natura al toro
Con la enastada frente,
Y al caballo con plantas
Que atras furioso vuelve.

Ejemplos semejantes bastan, y aún se puede decir que sobran, para acreditar lo errado del gusto de un autor.

CIENFUEGOS compuso tragedias y una comedia, porque rara vez quien tiene el dón de hacer versos, ó llega á hacerlos á fuerza de trabajo, juzgando en su orgullo dón natural haber llegado á adquirir la habilidad mecánica de la versificación, no cede al deseo de calzarse (hablando al uso clásico antiguo) el coturno, primero, y en alguna ocasion el zueco, queriendo con lo último dar pruebas de igual aptitud que para lo serio, para lo festivo.

Es dudoso que el poeta lirico pueda serlo dramático; pero la duda, nacida de la diferentísima esencia de la composicion donde el poeta habla por sí, suelta la rienda á su imaginacion, y aún la excita á remontar su vuelo, ó expresa sus afectos tiernos, descubriéndonos hasta lo íntimo de su alma, y aquella donde crea personajes, y olvidándose de sí propio, entra en el interior de cada ente de los que ha creado, y con él piensa y siente, y por su boca habla; la duda que de pronto como parece que deberia ser resuelta por la negativa, admite soluciones diversas, segun acreditan ilustres ejemplos. El ingenio de primer orden suele contar entre sus várias dotes la de la flexibilidad: la imaginacion más osada y fecunda es inventiva, y el dón de conocer y expresar bien las propias pasiones se extiende á veces á descubrir, conocer y saber declarar las ajenas. Ello es que en muchos grandes poetas dramáticos hay muestras de talento para la poesia lirica en su mayor perfeccion. Esquilo es lirico de primer orden. Los coros de Sófocles se igualan con las mejores odas. Los sonetos de Shakespeare son sentidos, graciosos, y bastarian á darle fama de poeta, sin contar con que en sus mismas tragedias hay trozos donde el estilo aparece con carácter lirico verdadero. Otro tanto sucede á Calderon en algunos trozos magníficos, si afeados con los lunares propios del mal gusto de su siglo, esmaltados con las singulares perfecciones características de su ingenio y fantasía. Todo el papel de Segismundo en *La Vida es sueño* es lirico puro. Racine, en los coros de *Ester* y *Atalia*, y en la inspiracion notable en los personajes de esta última tragedia, acredita que no era su vocacion inferior la de ensayarse y lucir en la poesia lirica sagrada.

(1) En la traduccion posterior de esta oda por el señor de Búrgos, es muy buena la primera estrofa, así como otras; aunque tambien nos parece pecar un poco en lo verbosa y en la añadidura del

epíteto *infando*, si bien éste quiere explicar lo que á los romanos disgustaba hablar de los partos ó peras, sus vencedores:

Proclama á Jove el trueno retumbando, etc.

Pero, no obstante lo dicho, si el lírico, componiendo tragedias, se queda siéndolo, no merece alabanza ciertamente. Y esto acaece con frecuencia; habiendo talentos que, sin ser cortos, son como duros, tiesos, incapaces de doblarse. Esos cabalmente equivocan su vocacion cuando abrazan la poesía dramática por carrera. De ellos era Allieri, y de ellos CIENFUEGOS, si bien parece profanacion del nombre del primero ponerle junto y como apareado el del segundo; pues el italiano, con todas su graves faltas, aún como dramático valia mucho, y el español, con todas sus buenas prendas, que en otra clase de poesía contrapesan sus no menores defectos, como trágico ó cómico vale poco más que nada. Pero en las mismas clases deben ser colocados ingenios en la calidad iguales ó parecidos, aunque en la cantidad desiguales en grado sumo.

Cuando las tragedias de CIENFUEGOS salieron impresas (porque representadas no queda memoria de si alguna vez lo fueron, una sola ó todas cuatro) no les faltaron elogiadores. El crítico escritor de los apéndices á la traduccion de Blair depuso su ordinaria severidad, trocándola en favor excesivo en el siguiente periodo: «La posteridad dará su propio lugar á las tragedias de DON NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, el primero que entre nosotros ha dado á este género su estilo, su colorido y su tono.» La posteridad ha llegado, y se excusa decir que ha revocado tan favorable sentencia. Don Manuel José Quintana, crítico hábil é ilustrado por demas, á la par que buen poeta, pero adorador del gusto frances, y obediente á la religion pseudo-clásica, que era la fe de sus primeros dias, mirando en CIENFUEGOS al amigo y al cofrade, se distrajo en las *Variedades* (1) como de paso á contraponer el mérito superior de la tragedia *La Condesa de Castilla*, comparándola con la malísima en verdad, compuesta por Cadahalso, sobre el mismo argumento.

Éstas eran opiniones de críticos; pero el principal en materia de dramas, el público, no se conformó con el parecer de los maestros. Han pasado dias, y la critica moderna, allegándose al sentir del vulgo de entónces, no ha confirmado un fallo favorable, revocado ya ántes por el olvido.

Las tragedias de CIENFUEGOS son lo que se llama clásicas, pues salvo en cuanto á los cinco actos que pedia Horacio como cosa indispensable, en lo demas se ajustan á las reglas, no traspasando en la accion el término fatal de las veinte y cuatro horas, ni desviándose, en los tres actos, del recinto de una ciudad, ni distrayéndose en episodios de la única, desnuda y lánguida accion que forma su argumento. No se hable en ellas de caractéres, pues los que representa son meros tipos vulgares, aquí de honradez como en el Rodrigo de *La Condesa de Castilla* y en el Almanzor de la *Zoraida*; allá de enamorados, como en los galanes y damas vaciados en la misma turquesa; ó más allá de tiranos que descomponen amorios y mandan muertes.

Lo que, sí, no es clásico en CIENFUEGOS, es el estilo, apartado cuanto cabe serlo, de la sencillez griega ó de la correccion latina, ó de la imitacion de ambas, que en *Racine* brilla tan pura. Véase la horrible confusion de metáforas en el trozo siguiente:

Hartos dias la muerte....
Sembró por nuestras fértiles campañas,
En vez del grano protector de vida,
Larga semilla de hambres y desgracias.

Donde ántes rosas y placer, ahora
Cadáveres y horror huella la planta,
Y en olor de sepulcro, en vez de rosas,
El aire tiñe sus funestas alas:

ó nótese á una mujer enamorada diciendo á su amante:

Porque tu lengua
Amor solo y amor y amores habla.

Ni en Shakespeare, gran pecador en este punto, pero admirable hasta en sus pecados, hay trozo que en lo incoherente de las imágenes pueda compararse con el primero, y en cuanto al segundo, Shakespeare expresaba el amor de otro modo:

Perdition catch my soul, but I love thee.
Maldito sea yo, si no te adoro.

Lo cual á algunos parecerá poco poético, porque hay gustos muy diferentes.

(1) *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*; periódico de Madrid, publicado hácia 1804 y 1805, y el mejor de su tiempo.

Con lo retumbante suele venir á juntarse lo pueril, achaque de que adolece mucho CIENFUEGOS. Es de esto ejemplo la, aunque tal vez oportuna, un poco trivial reflexion en el momento de caer mortalmente herida una persona que quizá habrá para ella cura :

Llevala: á sus heridas por ventura
Remedio se hallará, etc.,

dice Boabdil cuando ve traspasada de una puñalada á Zoraida, y otro tanto dice no sé qué personaje, en igual situacion, en el *Idomeneo*.

Injusto sería criticar duramente la comedia de *Las hermanas generosas*, mero juguete, y no más. Lo que imposibilitaba á CIENFUEGOS ser buen trágico, no le facilitaba ser buen cómico.

Y con tantos olvidos en la práctica de las reglas verdaderas del buen gusto, CIENFUEGOS era de saber nada escaso. Entró en batalla con *Capmany* sobre un punto relativo al lenguaje, y entró (en concepto de quien este artículo escribe) defendiendo una mala causa, cual era la legitimidad de la voz *detalle*; pero, si no llevó lo mejor en la pelea, se mostró en ella superior en ingenio y saber á su contrario. El elogio del Marqués de Santa Cruz, con todas las faltas de *Thomas*, copiadas y abultadas, pero no falto ni escaso de gala y primores de la mejor clase, así como no pocos artículos del *Mercurio*, dan honroso testimonio de su ciencia.

De su honradez, de su entereza, de su pasion viva á la virtud, le dan igualmente todos sus escritos. Alguna vez se deja llevar de pasiones, que si parecen de mal origen ahora, nacia de buena fuente cuando brotaron y se mostraron. La oda en alabanza de un carpintero es equivocada en su concepto general y en su fin, pero en la corte de Carlos IV, el hombre de bien y de afectos vehementes veia las cosas muy de otro modo que se ven en el presente momento; de cerca ciertos vicios feos, de lejos ciertas espléndidas maldades, mezcladas con heroicas virtudes. Alfieri, arrebatado é injusto, cobró odio á los pequeños despues de encontrarlos no mejores que los grandes; yerro grave, así como lo es buscar y creer haber descubierto la sublimidad sólo en la honradez humilde.

Lo noble de los pensamientos y lo bueno de los afectos, que, si no son vivos á causa de cierta natural frialdad, quieren serlo, no son las únicas prendas de CIENFUEGOS. Las tiene poéticas puramente, si bien aparecen desparramadas en sus obras y revueltas con los defectos que las deslustran; siendo la extrañeza en él á veces originalidad de aquella digna de ser alabada y hasta admirada, y soliendo acompañar el brío y novedad de la idea con iguales calidades de la frase. Hasta en *El Otoño*, en *La Primavera*, en el *Idilio de Palemon* se notan estas perfecciones, y en la *Elegia á un amigo sobre la muerte de su hermano* abundan, y en ninguna de las poesias del autor faltan.

Imposible es, hablando de CIENFUEGOS, aún como poeta, pasar en silencio los últimos hechos de su vida, de los cuales le sobrevino la muerte. Habia sido admirador de la revolucion francesa y de Bonaparte, á quien cantó en una de sus odas. Llegó el caso de que fuese España traidoramente invadida por el Emperador frances, quien, como para abonar la maldad de su conducta, prometió regenerar al pueblo al cual insultaba; y la regeneracion prometida consistia en poner dominantes en el suelo español las ideas largo tiempo abogadas por CIENFUEGOS. Pero éste desestimó la dádiva, y vió sólo el daño que la acompañaba, la afrenta hecha á su patria, y el deseo de ésta de no tolerar tanto agravio. Prefirió, pues, la causa de la insurreccion, con todos sus inconvenientes y todas sus fealdades justa y noble, á la de la dependencia y humillacion, dorada como estaba. En esto le imitaron otros; siendo de notar que si bien hubo excepciones, la *plana mayor* de nuestra hueste liberal de entónces se fué con los levantados, á pesar de ver entre ellos á los frailes, al paso que la plana mayor de los literatos cortesanos trocó gustosa de yugo, tomando el ilustrado despotismo del usurpador de tan buena gana como aguantaba el de nuestros reyes.

En un artículo de la *Gaceta de Madrid*, en Mayo de 1808, recién derramada la sangre de las victimas del memorable dia 2 de aquel mes, estando pujante el vencedor, y durándole todavia la ira de la pelea entre la soberbia del triunfo, salió á luz un artículo, donde se hablaba del Rey á la sazón caído en la red y cautivo en Bayona, contándose haber sido proclamado en Leon con grande alborozo y muestras de amor extremado. Estaba CIENFUEGOS encargado de dirigir la *Gaceta*, y fué llamado, reprendido y hasta amenazado de muerte por *Murat*, sin que él desmintiese su entereza ni sólo punto. Perdonósele entónces; pero recién vuelto José Napoleon á Madrid, á fines de 1808, mandó salir para Francia preso al poeta, oficial de la secretaría de Estado, quizá por-

que se acreditaba con palabras de impenitente del pecado antiguo. Allí murió muy pronto, y allí está sepultado, no lejos de algunos otros hombres de mérito que siguieron la opuesta bandera. Su muerte le valió de otro poeta un epíteto, con el cual, por ser acertado, será tan conocido cuanto por sus poesías; siendo natural que al recordar su nombre se presente á la fantasía su imagen como

La inexorable sombra de CIENFUEGOS.

POESÍAS.

ADVERTENCIA

puesta al frente de la edicion hecha, de órden del Rey, en la imprenta Real, el año de 1816.

En 1798 publicó don Nicasio Álvarez de Cienfuegos sus poesías, dirigiéndolas á sus amigos con la siguiente epístola dedicatoria:

Á MIS AMIGOS.

«¿Qué proteccion implorarán estos humildes versos, frutos queridos de mi alma y fiel expresion de su sensibilidad, de su ternura y de su melancolía? Sin otra pasion que la de amar, sin otra ambicion que la de ser amado, aquéllos solos serán mis Mecénas que puedan darme en cariño la única recompensa que deseo. ¿Quiénes serán éstos, sino los cariñosos compañeros de mi vida, los dueños absolutos de mi corazon, los que, sabedores de mis pensamientos, de mis inclinaciones, de mis afectos, de mis flaquezas y aún de mis vicios, me franquean recíprocamente sus almas para que lea yo en ellas su amistad y sus virtudes? ¡Oh descanso de mis penas, consuelo de mis aflicciones, remedio de mis necesidades, númenes tutelares de la felicidad de mi vida! ¡Oh amigos míos! ¿podría yo no daros un testimonio público de mi amor y de mi agradecimiento, cuando si alguna belleza moral hay en mis poesías, toda entera la he copiado de vuestros hermosos corazones? Su comercio íntimo me ha enseñado la indulgencia, la oficiosidad, la compasion, la franqueza, la veracidad, la ternura, la generosidad, el desprendimiento de sí mismo y tantas y tan preciosas virtudes como resplandecen eminentemente en vosotros, y que, incapaz de imitarlas, me contento con publicarlas con todo el entusiasmo de la admiracion y del reconocimiento. Recibid, pues, oh idolatrados amigos, en este pequeño tributo, el desahogo de un corazon hondamente penetrado de vuestra amistad; y más glorioso con ella que los Césares y los Alejandros con el imperio del mundo, me consideraré muy laureado si la posteridad dice algun día: Fué buen amigo — NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS.»

Esta primera edicion se acabó años há; y cuando el autor trataba de hacer otra muy mejorada, sobrevino la invasion de los franceses en España, á que se siguió la dolorosa usurpacion del trono de nuestro amado soberano, el señor don Fernando VII, y por consecuencia, la revolucion general que excitó en la península tan atroz perfidia. Hallábase á la sazón CIENFUEGOS en Madrid, de oficial de la primera secretaría de Estado, y desde luego dió á conocer su acendrada leal-

tad y patriotismo, que le acarrearon bien pronto la enemistad de los invasores. Así es que habiéndose publicado en la *Gaceta de Madrid*, cuya revision estaba á cargo de CIENFUEGOS, un artículo contrario á los designios del usurpador, fué llamado y reconvenido agriamente por Murat, á quien contestó con la noble entereza y dignidad que le caracterizaban. Desde entónces le juró aquel sanguinario déspota un odio irreconciliable, y á poco tiempo fué llevado á Francia, con otros patriotas, el virtuoso CIENFUEGOS, á pesar de sus grandes y manifiestos achaques. Las molestias y vejaciones padecidas en tan penoso viaje, la debilidad consiguiente á tantas fatigas, y más que todo, el amargo sentimiento de dejar á su patria oprimida y ahorrada por un detestable tirano, acabaron con este benemérito patriota y distinguido literato, que falleció, á pocos dias de su llegada, en Ortez, á principios de Julio de 1809; quedando privada la nacion, por circunstancias tan tristes y extraordinarias, no sólo de la nueva edicion de sus poesías, sino de otras muchas obras que habia trabajado, y en que se ocupaba en los últimos años de su residencia en Madrid.

Para suplir de algun modo esta falta, y satisfacer el deseo del público en la reimpression de estas poesías, la imprenta Real adquirió por compra algunos manuscritos y apuntamientos originales del autor, y de ellos ha podido sacar algunas otras composiciones poéticas, que con la tragedia el *Pitaco* se han reunido en esta edicion á las publicadas anteriormente. Al mismo tiempo se ha suprimido, por encargo que dejó hecho el mismo autor, una oda con que en la primera edicion celebró al general Bonaparte cuando en una de sus campañas de Italia respetó el sepulcro y la memoria de Virgilio; habiéndose hecho indigno de aquel elogio con sus posteriores usurpaciones y violencias.

Para dar una idea exacta del mérito de estas poesías, sería necesario hacer un detenido análisis de ellas, lo cual no admiten los estrechos límites de un prólogo; y así, baste observar que, dotado el autor de una arduente fantasía, y cultivada además su razon con buenos estudios, no podia ménos de hacerse un lugar distinguido en el Parnaso español, enriqueciéndole con nuevas y apreciables composiciones.

Muchas son, en efecto, las que eternizarán el nombre de Cienfuegos, y en las cuales ha sabido expresar con una diction verdaderamente poética y llena de energía los elevados sentimientos que le animaban. Estos se distinguen particularmente en sus tragedias, donde si falta aquella secreta magia con que el elegante y afectuoso autor de la *Fedra* mueve poderosamente las pasiones y enternece el corazon humano, se encuentran no pocas

veces aquellos pensamientos sublimes y animado diálogo que inmortalizaron al autor del *Cinna*.

Si el público recibiese esta edición con el aprecio que la anterior, la imprenta Real procurará publicar en otro tomo algunas obras de elocuencia y filología, que tenía

escritas el autor, y señaladamente los *Sinónimos de la lengua castellana*, y varias observaciones muy apreciables sobre la gramática de ella, á cuyo estudio dedicó especialmente su aplicación en los últimos años de su vida.

MI DESTINO.

En mi cunita pobre,
Menesteroso niño,
Entre inocentes sueños
Pesaba yo tranquilo,
Cuando hacia mí, sin flechas,
Amor risueño vino,
Y en torno de él jugando
Otros mil amercitos.
Al inflamado soplo
Del anhelante estío,
Yo, sudoroso y débil,
Yacía ena'decido.
Amor lo ve, y al punto
Me orea, compasivo,
Sus alas agitando
Con menear dormido.
Me alzó despues, suave,
A su regazo amigo,
Y allí tocó des veces
Sus labios con los míos,
Tras esto me cercaron
Sus tiernos hermanitos;
Todos me vieron, todos
Me hicieron mil cariños.
Y aun uno, el más gracioso,
Mudado en cefrillo,
Voló, y me dió tres besos
Y se durmió conmigo.
Despues, con blando acento,
El de Cíteres dijo:
«Hagamos á porfía
Feliz á aqueste niño.
Que no siga, inhumano,
En polvo y sangre tinto,
Los bárbaros pendones
De Marte vengativo;
Ni por el oro infame
Vaya en el frágil pino
De mar en mar buscando
Mortales precipicios;
Ni en el templo de Témis
Austero y pensativo
Pese en fatal balanza
Los premios y castigos.
A mi feliz imperio
Por siempre sometido,
Sean tiernos amores
Su perennal destino.
Ea, dos de vosotros
Derramen de continuo
En su inocente pecho
Ternuras y cariños.
Amante aquél le forme,
Este oficioso amigo,
Y entre los dos le crien
Humano y compasivo.»
Dijo; y voló dejando
Dos amores conmigo,
Y tras con el gracioso
Que se quedó dormido;
El cual, de mí prendado,
Jamás huirme quiso;
Antes hizo en mi pecho
Un delicioso nido,
Y desde allí, ¡no sabes
Oh tú, dueño querido!
Lo que por siempre clama
Con labio compasivo?
Que ardiente á Filis ame
Hasta el postrer suspiro;

Que es muy amable Filis,
Y amar es mi destino.

MIS TRANSFORMACIONES.

¡Oh si á elegir los cielos
Me diesen una gracia!
Ni honores pediría,
Ni montes de oro y plata,
Ni ver el orbe entero
Postrado ante mis plantas
Despues de cien victorias
Sangrientas é inhumanas.
Ni, de laurel ceñido,
Al templo de la fama
Con una estéril ciencia
Orgullosa me alzára.
Gocen en tales dones
Los que, infelices, aman
Comprar con su reposo
Los sueños de esperanzas.
Yo, que mis días cuento
Por mis amantes ansias,
A mi placer pidiera
Que mi sér se mudára.....
Cuando mi bien al valle
Desciende en la alborada,
Allí al pasar me viera
Rosita aljofarada;
Rosita, que, modesta,
Con suave fragancia
Atrayendo, á sus manos
Me diera sin picarla;
Y luego allá en su pecho,
¡Cuán gozosa y ufana
La nieve de sus pomas
Con mi ardor realzára!
Despues.... despues ¡qué hiciera!
Sombra fugaz y vana,
Un sol no más sería
Mi gloria y mi esperanza.
Tan pasajeros gozos
No, rosas, no me agradan.
Adios, que al aire tiendo
Mis rozagantes alas.
Mariposilla alegre,
Imágen de la infancia,
En inquietud cterna
Iré girando vaga.
Bien como el iris bella,
Frente á mi dulce Laura
En un boton de rosa
Me quedaré posada.
Ella querrá cogerme,
Y con callada planta
Vendrá y huiré, y traviesa
La dejaré burlada.
¡Y si el rocío moja
Mis tiernecitas alas?
Me sigue, soy perdida.
Me prende y me maltrata.
¡Si al menos, espirando,
Con trémulas palabras
Pudiese venturoso
Decirle: «Yo te amaba!»
No; cefrillo suelto,
Volaré á refrescarla
Cuando el ardiente Agosto
Las praderas abrasa.
Ya enredaré, jugando,
Sus trenzas ondeadas;

Ya besaré al descuido
Sus mejillas de nácar.
Ora en eternos giros
Cercando su garganta,
En sus hibleos labios
Empaparé mis alas;
O bien, si allá en la siesta
Dormida en paz descausa,
Yo soplaré en su frente
Mis más suaves auras.
Y cuando más se pierda
Su fantasía vaga,
Umbrátil sueñecito
Me iré á ofrecer á su alma.
¡Oh cuánta dulce imágen,
Cuántas tiernas palabras
Allí diré, que el labio
Quiere decirle y calla!
Más favorable acaso
Que pienso yo, á mis ansias
Sonreirá; ¡quién sabe
Si mis cariños paga?
¡Oh, si á mi amor eterno
Correspondieses, Laura!
Por todo el universo
Mi dicha no trocará.
Ídolo de mis ojos,
Dísa de toda mi alma,
Págárame, y al punto
Cesáran mis mudanzas.

EL PRECIO DE UNA ROSA.

En todos sus rosales
La madre primavera
Jamás á rosa alguna
Miró con más terneza.
En mil graciosos rizados
¡Cuán vária purpuréa
Sobre el regazo amante
Del boton que la estrecha!
¡Cómo en silencio suben,
Desde el pié contrapuestas,
Dos bien labradas hojas
Y se mecen sobre ellas
Una tal vez se dobla,
Gira, y fugaz la besa;
La otra lo ve cobarde,
Y quiere y va y no llega.
Ella, entre tanto, ríe
Mil fragantes esencias,
Y á su reír, ¡oh cuántos,
Cuántos desceos vuelan!
¡Oh rosa, honor del año!
Tu singular belleza,
¡Oh cuán feliz sería
Si Filis te quisiera!
Tómala, Filis, toma,
Y déme en recompensa
La dulce miel de un beso
Tu boquita risueña.
Ya vale más la rosa;
No te la doy, no; suelta,
Que el beso fué, y lozana
Mi flor aquí se queda.
Seis besos y otros tantos
Me has de pagar por ella.
Es poco, no; tú ignoras
Los ayes que me cuesta.
Fui, y al cortarla, impías
Me hirieron dos abejas

De un numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.
¿No ves cuán lastimada
Está mi triste diestra?
¡Ay Filis! sí, mi rosa
Precio mayor desca.
Un beso ¿y qué es un beso?
Quiere por cada abeja
Del numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.

LA DESPEDIDA.

Venid, venid piadosos,
Y consolad mi pena,
Los que el amor condena
A mi cruel dolor.
Oh vos, que habeis probado
La ausencia un solo instante,
Yo parto y soy amante;
¿Me olvidará mi amor?
A su belad rendido,
En ella embelesado,
Amarla es mi cuidado,
Servirla es mi loor.
En su contento vivo,
Su desplacer me mata;
Decid, ¿habrá una ingrata
Que olvide tanto amor?

Yo, mariposa amante
Que en pos de Náis volaba,
Y ante ella así me holgaba
Cual abejita en flor,
¿Podré vivir sin verla?
Partir es ley forzosa;
¡Ay triste! ¿si alevo
Olvidará mi amor?

En soledad y luto,
Ya léjos de mi amante,
Doquier veré delante
Su sombra y mi temor.
Cual si mi voz oyera,
Con suspirar doliente
Preguntaré á mi ausente:
¿Olvidará mi amor?

En mi ilusión perdido
Tal vez en tiernos lazos,
La estrecharé en mis brazos,
Y abrazaré mi error.
Deshecha en aire vano
Huirá Náis, y afligido
Diré: ¿Si ya en olvido
Tornó la infiel mi amor?

Bien como flor que el cáliz
Cierra en la noche fría,
Y hasta asomar el día
No torna á su esplendor;
Yo así, tu luz perdiendo,
Me encerraré en el llanto;
Y tú, ¿quién sabe en tanto
Si olvidará mi amor?

Que mil y mil hermosa
Te irán doquier diciendo,
Con la verdad mintiendo
Para engañar mejor;
¡Ay! en aquel instante
Que loan tu hermosura,
Dicen que tú, perjura,
Olvidará mi amor.

«¡Oh pobre Náis! alguno
Te clamará, malvado:
Tú lloras á tu amado,
Y él te olvidó traidor.
Que allá en pensiles nuevos
Versátil mariposa,
Por ir tras nueva rosa
Dejó perder tu amor.»

No creas; miente, miente
Su lengua engañadora;
Pregunta al beso que ahora
Te deja mi dolor,

¡Adios, adios! es fuerza;
¡Adios! Tal vez llorosa
Dí, como yo celosa:
¿Olvidará mi amor?

LA DESCONFIANZA.

Las rosas que, ya marchitas,
De tí con desden alejas,
La aurora me vió cortadas,
Y hermosas jóvenes eran.
Vivieron; fué para siempre
Su honor y antigua belleza.
¡Ay, todo cual sombra pasa,
Y el sér á la nada lleva!
Vendrá el Agosto abrasado
Ahogando flores; y muertas
Sus hojas, á otras regiones
Volará la primavera.
En pos el maduro otoño,
Mostrando su faz risueña,
Hará que el lánguido estío
Bajo sus pámpanos muera.
Mas el aquilon, bramando,
Se arrojará de las sierras,
Y lanzando estéril hielo,
Cubrirá de horror la tierra.
Así la lóbrega noche
Sucede á la luz febea,
Las risas á los lamentos,
Y á los placeres las penas.
Es el universo entero
Una inconstancia perpétua;
Se muda todo, no hay nada
Que firme y estable sea.
Y en medio á tantos ejemplos,
Que triste mudanza enseñan,
¡Ay Filis! ¿tu pecho solo
Tendrá en amarme firmeza?

EL AMANTE DESDEÑADO.

A par del risueño Tórmes,
En una anchurosa vega,
Abril, derramando flores,
Galan y amoroso reina.
Con aire gallardo suben,
En brazos de amantes hiedras,
Gigantes olmos, tejiendo
Ramadas de sombra eterna.
¡Oh cómo al són de sus hojas
Gime la tórtola tierna,
Y el ruiseñor á su arrullo
Enrístico se queja!
¡Ay, que su dulce quejido
El corazón atraviesa
Del triste Damon, que llora
Tendido en la dura tierra!
Nunca zagal por los montes
Guió las mansas ovejas,
Que le igualara en las gracias
Ni aventajase en las fuerzas.
Mil veces y mil dichoso
Si por aquellas riberas
No pasase Florinda
Su desdeñosa belleza.
Mil atractivos ocultos
Exhala su faz modesta
Sin cesar, y allá en sus ojos
Está amor lanzando flechas.
Toda es gentileza y gala,
Y afable á un tiempo y soberbia,
Rebosa gracias y amores,
Amores y gracias nuevas.
El amante desdeñado
La vió asomar por la sierra,
Y mira cuál va en rodeos
Bajando tras sus corderas.
Muda de color mil veces;
Huirla quiere y no acierta;

Teme, y su temor acusa,
Y desesperanzado espera.
La mira, y la incierta vista
Enojado aparta de ella;
No quiere, y torna á mirarla,
Y su loco amor condena.
Por tres veces á llamarla
Se resuelve, y las tres mismas,
Al ir á decir su nombre,
El llanto trabó su lengua.
Cansado de tanta lucha,
Al pié de un roble se sienta,
Y entre sollozos amargos
Así comenzó sus quejas:
«¡No era bastante ¡oh Florinda!
A tu bárbara soberbia
Verso de tantos despojos
Allá en el Tajo cubierta?
¿En qué te ofendieron nunca
Estas miserables riberas,
Para que cruel vinicies
Sembrando llantos y penas?
Tranquila paz respiraban
Nuestras inocentes selvas;
¡Mal haya el aciago instante
En que te acordaste de ellas!
Viniste tú, y han huido
De aquí por la vez primera
La paz, las risas, el gusto,
El candor y la inocencia.
Lamentos es todo el valle;
La fe perdida, se quejan
De su amante la zagala,
De su pastor las ovejas.
Dígame yo, que al mirarte
Abandoné á Galatea,
Que dejó por mí los pastos,
Donde vió la luz primera.
Infiel la olvida mi pecho,
Por más que en su amor se esfuerza;
Y á tí forzado te adora,
Y aborreceste quisiera.
¿Acaso te han merecido
Mis dolorosas tristezas,
Ni el favor de una mirada,
Ni un ¡ay! de piedad siquiera?
Ayer te ofrecí en el baile
Un ruiseñor con su hembra,
Y eriel mi dón arrojás,
Y huyes del baile y la vega.
Pastoras, zagales, todos
Rieron en mi vergüenza,
Y por mayor desventura,
Rió también Galatea.»
Aquí llegaba el amante,
Cuando la zagala fiera
Se volvió por donde vino,
Cansada ya de sus quejas.
El con la vista la sigue,
Y solo ya con sus penas,
¿Qué puede hacer? ¡infelice!
Llorando sus ansias templa.

LOS AMANTES ENOJADOS.

Arrebolada la aurora
Miraba desde su carro
En los cristales del Tórmes
Al Otea arrebatado.
En el cáliz de las rosas
Oyendo al céfiro blando,
Niño el Abril asomaba,
De rocío coronado.
El ruiseñor querellante,
De rama en rama saltando,
Salve, le dice, y gorjea,
Y son amores sus cantos.
Tal vez los roba el estruendo
Con que baja entre peñascos
Un arroyuelo travieso,
De roca en roca jugando,

Cae en el Tórme, que gira,
Y en orbes siempre más anchos
Anuncia á su reino el triunfo
De su nuevo tributario.
Todo lo miran de lejos,
Allá en los picos más altos
Colgadas, unas cabrillas,
De Filis pobre rabaño;
De Filis, zagala huraosa,
Del Tórme honor y encanto,
En cuyo semblante unidos
Reinan modestia y agrado,
Sus negros lánguidos ojos
Melancólicos girando,
No hay corazón que no rinda,
Y sin jamas intentarlo,
Sobre la mullida alfombra
De tréboles y amarantos
Yace pensativa y triste,
La sien posada en la mano,
Léjos allá por el suelo
Yace el rabel y el cayado;
Y sin tutelares silbos
Vaga sin ley el ganado.
Ni ya se engalana Filis,
Ni teje para su amado
Frescas guirnalda, ni canta
Sus amorosos cuidados.
En vano el Abril florido
Lle á la zagala; en vano
Su amor oficioso inculoran
Las cabras tristes balando.
Todo es perdido, no escucha;
Sus ojos no ven, sus labios
Callan; para todo ha muerto,
Y sólo vive en su llanto.
¿Qué penas su pecho afligen?
¡Amor, amor! ¡cuán tirano
Vendes tu favor! Su amante
Rompió con ella, enojado;
Tres días há que, enemigos,
Buscan diferentes pastos.
Filis ya cede: ¡es tan duro
Fingir desvíos amando!
Ya de la cumbre de un cerro
Damon, el pastor gallardo,
Desciende en pos de sus cabras,
El cáñamo restallando.
A encontrarle vino Filis,
Y al verle se alza temblando;
Quisiera esperarle, y huye,
Perdida en mil sobresaltos.
De haberle amado se duele,
Y nunca su amor fué tanto.
Se culpa del rompimiento,
Y es el pastor el culpado.
Al fin se atreve, y resuelta
Va con silenciosos pasos
Hacia Damon, que la observa,
Y se hace dormido el falso.
Llega; le mira, imprudente
Quiere arrojarse en sus brazos,
Y va; pero teme, pára.
Y rompe en amargo llanto.
Pasó aquel tiempo en que Filis,
Oculta, la vez mudando,
Llamaba á Damon dormido,
Y reía de su engaño.
¡Cuántos inocentes juegos,
Cuántos mímosos halagos,
Fruto de mejores días,
En su alma allí depararon!
Hoy son tormentos crueles
Y los redobla Melampo.
Que sobre el pecho de Filis
Sienta las callosas manos.
Este es el can vigilante
Que, guía leal del amo,
A la zagala anunciaba
La venida de su amado.
Siente, cuitadilla, siente,
Llora tu misero estado;

Que yo también, compasivo,
Tus lágrimas acompaño.
No temas que tus lamentos,
En los concavos sonando,
Llamen al pastor dormido
De su profundo letargo.
El vela y oye tus lloros
Y arde en tu amor..... ¡cielo santo!
Ella se arroja, atrevida,
De su Damon en los brazos.
El vuelve y alza y la mira,
Y en ira y amor luchando.....
¡Amor, amor! ¿quién resisto
A tu omnipotente brazo?
Se enlazan los dos amantes,
Y en mil besos regalados
Perdones tiernos se piden
Y se aman más que se amaron.

EL PROPÓSITO.

¡Salve, mi querido albergue!
¡Salve, mansion solitaria,
Nido feliz, do las Musas
El gozo y la paz me guardan,
Que en fin á tu dulce abrigo
Torno otra vez! ¡Cuántas ansias
Probé enajenado el pecho,
Que jamas en ti probára!
El amor..... ¿Qué no ha perdido
El amor? ¡Ah! todo es tramas,
Todo falsedad y engaños,
Todo doblez é inconstancia.
Me hablé, le creí, le sigo,
Y ¡ay! que al dolor me guiaba.
¡Crédulo yo! ¿Qué valieron
Mis experiencias pasadas?
¿Fué acaso la vez primera
Que, al mar del amor lanzada,
Sólo naufragios terribles
Halló mi perdida barca?
Me acuerdo que en otro tiempo,
Saliendo de una borrasca,
«Adios para siempre», dije
A las fluctuantes aguas.
«Mi chocita, mi inocencia
Y mis amigos me bastan.
No más amor, que las hembras
Todas son unas, y engañan.»
Esto decía, y ya entonces
De léjos me preparaba
El amor en nuevos lazos
Nuevas y nuevas desgracias;
Le vi, resistí, no pude.....
¡Es tan tiernecita mi alma!
Jura no amar cada día,
Y cada día más ama.
Fui débil, cedi; ¿qué mucho,
Si contra mí guerreaban
Mi gratitud, mi ternura
Y las lágrimas de Laura?
Viéme sensible, y al punto
Sus elocuentes miradas
«Amor, amor» me dijeron,
Y yo las vía y callaba.
Doquier de mí faz pendiente
Su sonreír, sus palabras,
Su seriedad, su silencio
En todo, y toda me amaba.
Yo en su pesar me afigia;
Pero, inflexible, exclamaba:
«No más amor; que las hembras
Todas son unas, y engañan.»
Mil y mil lágrimas tristes
La vi ocultar con sus palmas,
Y escuché mil sordos ayes
Espirar en su garganta.
No sé; pero triste imágen
De un dolor sin esperanza,
Parece que me decía:
«Yo moriré y tú me matas,

¡Eres piadoso y permítes
Que á tu rigor me deshaga,
Bien como al hielo del circo»
La amable rosa temprana? »
¡Hay resistencia que dure
Al eco de estas palabras?
Téngala allá quien no albergue
Mis compasivas entrañas.
¿Yo resistir? ¡ah! ¡perezca
Quien duro el odio aprata
De los dolorosos ayes
Que el mismo tal vez arranca!
No soy así; yo no puedo
Ver padecer, y trocará
Por las desdichas ajenas
Mis placeres y esperanzas.
Respira, infeliz amante;
Enjuga tus llantos, Laura;
Yo te amo; ¡y adios de nuevo,
Propósitos y palabras!
Al fin la amé, y en el punto
Que yo mi fe la juraba,
Con otro amante en silencio
Ella, cautelosa y falsa.....
¡Gran Dios! y ¡por qué la tierra
Sufre tan pérdidas almas?
¡Oh, salve, chocita mía!
De ti mi aflicción se ampara.
¡Oh, salve, salve mil veces!
A tu silenciosa calma
Torno al fin, y para siempre
Al amor daré la espalda.
¡Oh libros! ¡oh amigos dulces,
En que mis penas descansan!
Fuera de vos, ya la tierra
Es para mis ojos nada.
Ya no hay verdad en el mundo,
Ni fe, ni amor..... ¡Laura, Laura!
¡Así de un pecho sencillo
El fiel cariño se paga!
En vano, en vano confusa,
En llanto cruel ahogada,
Me buscarás, implorando
Con voz humilde mi gracia.
Si débil fui, ya soy firme,
Impío, cruel; ¡oh Laura!
Mucho te amé..... ¡Si á lo ménos
Alguna disculpa hallaras!
Yo te ayudaré; adormece
Mis justas desconfianzas.
Deslámbrame, y te perdono,
Y te amaré cual te amaba.
¿Qué digo, infeliz? ¡Es ésta
Mi entereza y mi constancia?
Huyamos; albergue mio,
Apaga oficioso, apaga
El fuego en que ardo, y responde,
Si viene á turbarme Laura:
«No más amor; que las hembras
Todas son unas, y engañan.»

LA VIOLACION DEL PROPÓSITO.

En vano, en vano rabioso
Las duras cadenas muerdo
Que amor, déspota inhumano,
Ató á mi rebelde cuello.
¿Qué vale que por romperlas
Sude en afanoso esfuerzo,
Si á cada triste conato
Un eslabon les anento?
¿Dó estás, propósito mio?
¿Dó estás, adios postrimero
Que ayer al amor y á Laura
Dije con brioso aliento?
¡Así la voz imperiosa
De mis vengativos celos
Enmudeció, y sólo ahora
Habla el amor en mi pecho?
¡Ay, que jamas tan tirano
Me subyugó! Todo entero

Con toda su ardiente llama
Va por mis venas corriendo.
Palpito, tiemblo, mis ojos
Lágrimas brotan de fuego,
Y mil fugitivos ayes
Abrajan mis labios secos.
Yo me ardo, yo me ardo; Laura,
Laura, aquí estás, yo te veo;
Eres tú misma; á tus plantas
Imploro tu amor de nuevo.
Idolo mio, perdona:
Si pude, en injustos celos,
Dejarte, ya arrepentido,
A ser tu esclavo me vuelvo.
Ni jamas, aunque quisiera,
Podria dejar de serlo.
¿Qué fuera de mí sin Laura,
Si sólo por ella aliento?
Mi vida, mi sér, mi todo,
¡Oh Laura!..... mi entendimiento,
Mi corazon, mis sentidos;
Todo en tí sola lo veo.
¡Adios, pasiones que un dia
Fuisteis mi dulce embelso!
Sed de saber, musas, gloria,
Ya para mí todo ha muerto.
Laura no más, Laura, Laura
Es mi pasion, mi universo.
¡Oh, viva con ella siempre,
Y muera con ella á un tiempo!

EL CAYADO.

Al ir tendiendo los montes
Sus más alargadas sombras,
Un ancho valle midiendo,
Que en paz dormanares corta;
Cuando las dormidas flores,
De Abril á la voz, hermosas
Dispiertan, su cárcel rompen
Y con timidez asoman,
El anciano Palemon,
Dejando la humilde choza,
Un siglo entero pasea
Por la verde y fresca alfombra.
¡Cuál brilla su augusta calva
A par del sol que la dora!
Y no es el sol más hermoso
Que la vejez virtuosa.
Dejad, cefirillos mausos,
Dejad las selvas do mora
Amor; que un hombre de bien
Vuestros halagos provoca.
Venid, venid oreantes,
Y las alitas de rosa
Sacudienlo, á Palemon
Seguid, cargados de aromas,
Todo es silencio en el valle;
No suena más que las ondas
Del sesgo rio, y de léjos
La dulce voz de una alondra.
Contemplando en unas flores
Está Palemon; las toca,
Las deja, torna á mirarlas,
Las deja otra vez, y llora.
«¡Así marchitas, decia,
Las que al espirar la aurora
La gala fueron del prado,
La envidia de las hermanas!
¡Oh tiempo, tiempo! á tus golpes
Se rinde cuanto el sol dora:
Ni el alto cipres respetas,
Ni la hiedra vil perdunas.
Todo lo destruyes, todo,
Hasta los montes y rocas.
Tambien fuí jóven un dia,
Y anciano me ves ahora.
Vendrá y hollará mañana
Lo que ese sol no trastorna.....
Yo vi esta pradera entónces,
¡Oh Palemon! ¡oh memorias!

Siglos enteros cercada
De mil pastoriles chozas.
De paz, de amores y risas
Morada fué deliciosa.
Todo se acabó; á mí solo
Conoce la vega ahora,
Solo quedé por testigo
De mudanzas dolorosas.
Ya es paseo de la corte
La que arboleda frondosa
Me vió nacer. ¡Cuántas veces
Me hospedó su fresca sombra!
¡Cuántas pacíficas siestas
De la estacion ardorosa
Me regaló en blando lecho
De lirios, trébol y rosas!
Aquel infeliz collado
Que está sustentando ahora
Ese jaspeado alcázar
Donde un cortesano mora,
En ménos aciagos dias
Escuchó mi voz sonora,
Cuando guiaba las danzas
De las ágiles pastoras.
Desde su cumbre florida
Bajaba con limpias ondas
Un arroyuelo travieso,
Mojado, al pasar, las rosas.
Sentado en él una tarde,
Di un colorín á mi esposa:
¡Ay años abriles míos!
Espiraron ya mis glorias.
Mudanzas tristes reparo
Doquier la vista se torna;
Todo ya me desconoce
Y en mi vejez me abandono.
Fresno inmutable, tú solo
Allá, en antiguas memorias,
Prestas á mi afan alivio
Y en mi soledad me gozas.
Tú me recuerdas un padre
Que bajo tu inmensa copa
En mi pecho las virtudes
Vertia desde su boca.
Tambien descubrir me oiste
Mi ardiente amor á mi esposa;
Y en las estivales siestas
Fresco me guardó tu sombra.
¡Salve, piadoso arbolito!
¡Mil veces salve y mil otras!
¡Carño mio por siempre!
¡Mi única esperanza ahora!
En tí está la vega antigua,
Mis padres, mi dulce esposa,
Mis inocentes niñeces
Y mi juventud fogosa.
¡Cuál me viste en otros tiempos,
Cuando en la edad de mis glorias
Era el primero en la lucha,
En el salto y en la honda!
Pasó mi honor; todo muere.
¡Cuán otro de aquél, ahora
Trémulo me ves, cediendo
A los años que me agobian!
Así es mi frente, cual sierra,
Allá, en Diciembre, nevosa;
Y las ya causadas plantas
Flaquean y me abandonan.
Fresno de mi amor, tus ramas
Hacia mi benigno dobla;
Dame un baston, ó rendido
Volver no podré á mi choza.
Con solo un triste cayado
Mi tierno amor galardonas.
Yo te servi con el riego,
Y es mia toda tu pompa.
¡Bendito seas, mi fresno!
Que ya una rama piadosa
Me alargas. ¡Qué buen cayado,
Palemon, tendrás ahora!
Arbol ingrato, ¿en la tierra
Me haces cuer? ¡En mal hora

Beba tu raíz el jugo,
Y el sol caliente tus hojas!
¡Segunda vez, por dafiarme,
A inclinar tus brazos tornas?
¡Ay, que una rama he cortado!
¡Ay, que me verá mi choza
Entrar con cayado! ¡Oh fresno,
Haga el cielo que tu pompa
Dure por eternos siglos,
Y cada vez más hermosa!
¡Jamás de Aquilon te opriman
Las furias tempestuosas,
Ni el rayo ardiente del cielo
Ofenda impío tu copa!
Cuando la nieve entristezca
Las soledades selvosas,
En tu follaje enroscada
Pose primavera hermosa;
Y cuando Agosto inflamado
Marchite las verdes hojas,
Cuelgue el Abril en las tuyas
La cuna feliz de Flora.
Amigo fresno, la muerte,
Que á nadie jamas perdona,
Porque el morir es forzoso,
Se acerca á mi presurosa.
¡Plegue, cuando al fin llegare,
Que por mi postrera gloria
Mis huesos algún piadoso
Al pié de tu tronco ponga!»
Dijo y lloró; y apoyado
Volvió el pastor á su choza:
Dió el sol el postrer suspiro
Y se tendieron las sombras.

EL FIN DEL OTCÑO.

¡Adónde, rápidos, fueron,
Benéfica primavera,
Tus cariñosos verdores
Y tus auras placenteras?
¿Dó están los amables dias
Cuando á la aurora risueña
De tus cálices rosados
Tributabas mil esencias?
¿Dó los pomposos follajes
Que oyeron las cantilenas
Del ruiseñor, en las noches,
Llenando de amor las selvas?
¿Dó estás, juventud del año?
Perdióse en la ardiente fuerza
De Agosto, murió el estío,
Y ahora Noviembre reina.
Noviembre, que despojando
Los bosques y las praderas,
Con amarillos matices
Las galas de Abril afca.
¿Cuál de los vientos al soplo
Para siempre caen en tierra
Las hojas al pié del tilo
Que vió su antigua belleza,
Y sus maternales ramas,
En soledad lastimera,
Los rigores del invierno
Desconfoladas esperan!
Del invierno, que dejando
Sus escarchadas cavernas,
Ya se adelanta, seguido
De borrascosas tormentas.
¡Adios, albergues queridos
De las aves halagüeñas,
Nidos de amor y teatros
De maternales ternezas!
Ya no abrigaréis piadosos
La desnuda descendencia
Del colorín, ni mi oido
Regalarán sus querellas.
¡Oh cuán diferentes cantes
Ahora doquier resuenan!
Que entre orfandades la muerte
Su carro aciago pasca,

¡Cuántas virtudes oprimen
Sus inexorables ruedas!
¡Cuánta esperanza sepultan
Y cuánto amor atropellan!
Ni la juventud perdonan
Ni el himeneo respetan.
¡Oh Filis, Filis! ¿quién sabe
Si ya en nuestro mal se acercan?
Nuestras niñeces volaron,
Y en pos las flores primeras
De la juventud. ¡Ay triste!
A nuestros días ¿qué resta?
En ellos ya desde lejos
Asoma, de canas llena,
La ancianidad dolorosa,
El desamor y tristeza.
Amemos, amemos, Filis;
Mira que rápidos llegan,
Que ya este otoño es memoria,
Y el tiempo destruye y vuela.

EL TÚMULO.

¡No ves, mi amor, entre el monte
Y aquella sonora fuente
Un solitario sepulcro,
Sombreado de cipreses?
¿Y no ves que en torno vuelan,
Desarmados y dolientes,
Mil amorcitos, guiados
Por el hijo de Citeres?
Pues en paz allí cerradas
Descansan ya para siempre
Las silenciosas cenizas
De dos que se amaron fieles.
Eramos niños nosotros,
Cuando Palemon y Astérie
Llenaron estas comarcas
De sus cariños ardientes;
No hay olmo que en su corteza
Pruebe de su amor no muestre;
«Palemon», los unos dicen,
Los otros claman «Astérie.»
Sus amorosas canciones
Todo zagal las aprende;
No hay valle do no se canten,
Ni monte do no resuenen.
Llegó su vejez, y hallólos
En paz y amándose siempre.
Y amáronse y espiraron;
Pero su amor permanece.
¿Te acuerdas, Filis, que un día,
Simplecillos é inocentes,
Los oímos requiebrarse
Detras de aquellos laureles?
¡Cuántas caricias manaban
Sus labios! ¡Cuántos placeres!
¡Cuánta eternidad de amores
Juraba su pecho ardiente!
Al verlos, ¿te acuerdas, Filis,
O tan preciosas niñeces
Volaron, que me dijiste,
Deshojando unos claveles:
Yo quiero amar; en creciendo,
Serás Palemon, yo Astérie,
Y juráramos, cual ellos,
Amarnos hasta la muerte?
Mi Filis, mi bien, ¿qué esperas?
El tiempo de amar es éste;
Los días rápidos huyen,
Y la juventud no vuelve.
No tardes, van al sepulcro
Donde los pastores duermen,
Y, á su ejemplo, en él juremos
Amarnos eternamente.

TRADUCCION

de las odas I, II, III y IV de Anacreon.

I.

Loar quisiera á Cadmo,
Cantar quisiera á Atridas;
Mas sólo amores suenan
Las cuerdas de mi lira,
Otra me dad, y cante
De Alcides las fatigas;
Pero tambien responde
Amor, amor la lira.
Héroes, adios; es fuerza
Que un vale eterno os diga.
¿Qué puedo hacer, si amores
Canta, y no más, mi lira?

II.

Armó natura al toro
Con la enastada frente,
Y al caballo con plantas
Que atras, furioso, vuelve.
La cavernosa boca
Sembró al leon de dientes,
Y la veloz carrera
Dió á la prófuga liebre.
Alas prestó á las aves,
Dió el nadar á los peces,
La sensatez al hombre,
¿Y olvidó á las mujeres?
No; ¿qué les dió? belleza,
Arma la más potente.
¡Ah, cedan hierro y fuego
A la que hermosa fuere!

III.

En medio de la noche,
Cuando parece el carro
Donde ostentó Bootes
Sus ya cubiertos rayos;
Cuando al mortal cerraba
Los ojos el cansancio,
De pronto amor parece,
Mis puertas golpeando.
«¿Quién de mi sueño, dije,
Turba el feliz descanso?»
Y respondió: «No temas,
Abre, soy un muchacho;
Por compasion me hospeda;
Que llueve, estoy helado,
Y en deslunada noche
Solo y perdido vago.»
Me lastimé de oírle,
Y voy, y enciendo, y abro,
Y un niño vi con alas,
Con aljaba y con arco.
Le siento á par del fuego,
Y caliento sus manos
Con mis palmas, y enjugo
Su pelito mojado.
Al fin se cobra, y dice:
«Trae, probaré del arco
La cuerda; que esta lluvia
¡Cuál me la habrá parado!»
La estira, y cual serpiente
Que pica y vuelve insanos,
Me hiere toda el alma,
Mi pecho tras; asando.
«Vengan albricias, huésped,
Grita riendo; el arco
Ileso está; tu pecho
No quedará tan sano.»

IV.

De los frondosos lotos
Á la fombra tendido,
Quiero beber oyendo
El són del móvil mirto.
La túnica prendida
Sobre el hombro, Cupido
En un rústico vaso
Me sirva el dulce vino.
Cual disparado carro
Marcha el tiempo, que impío
Nos deshace, mudando
La vida en polvo frio.
¿Y qué valdrá que entónces
Riegues con leche y vino
Y ornas con vanidades
Mi sepulcral olvido?
Ahora, miéntras siento,
Vierte esencias, amigo;
Traeme una hermosa, y ciñe
Mi sien de rosa y lirios:
Pues ántes que me pierda
En mi postrer suspiro,
Quiero gozar; id lejos,
Cuidados pensativos.

EL ROMPIMIENTO.

¿Será, será que osada
¡Oh Filis inconstante!
Quieras aún señorear, cual diosa,
Mi mente avasallada?
Y yo, cual tierno infante
Que, desvalido, en su nutriz reposa,
Y ella es su amor primero,
Toda su dicha, su universo entero,
¿Cifraré mi ventura
En pender de tu perfida hermosura?
En el silencio frio
De la noche callada,
Al rayo incierto de la opaca luna,
Yo ví, yo ví á ese impio;
Te ví, te ví abrazada
Con ese amante de mejor fortuna;
Tu acento fementido
Lleno de agravios resonó en mi oído,
Cuando, infiel, prometías
La fe que me juraste en otros días.
Tú, que en su amor ahora
Gozas, ¡oh mi enemigo!
¿Ay! breve, breve llegará el momento
Que en esa engañadora
Llores. Tambien testigo
Fué ese jardín de mi feliz contento,
Y murió en tus abrazos.
Húyela, que te miente, huye sus brazos;
De otra vezaz te fia: [zos;
No te ama Filis, no; que toda es mia,
Es mia; yo la amaba,
Yo la amo aún inconstante....
No la amo, la aborrezco.... ¡La ale-
¡La perfida! Engañaba [vosa!
Al más sincero amante.
Tanta promesa y esperanza hermosa,
Filis, ¿dó están? ¿qué has hecho
De tanta fe como juró tu pecho
Cuando amarme ofrecia
¡Críel, críel! hasta el postrero día?
¿Por qué entónces callabas
Los agudos pesares
Que me guardaba tu querer tirano?
¿Sacrilega esperabas
Profanar los altares
Cubriendo tu deshonor con mi mano?
¿Jamás la augusta pompa
Rió en mi fantasía. Rompa, rompa
La funeral cadena
Que á tus bárbaras leyes me condena,
Caiga, caiga deshecho
El ídolo engañoso

Que ante sus plantas me miró abatido.
 Arroje ya mi pecho
 Error tan ponzoñoso,
 Y que odio sea cuanto amor ha sido.
 ¡Oh si feliz tornára
 El tiempo que volé! Jamas manchára
 Ese monstruo sangriento
 Ni aun mis oídos con su torpe aliento.
 ¡Bárbara! ¡Mereciste
 Verte jamas señora
 Del corazon que te entregué, rendido?
 Tú misma lo dijiste;
 Que en cuanto Febo dora
 Nadie supo querer cual yo he querido.
 Y ¿cuál paga me has dado?
 ¡Ay! ¡Si me hubieras á la par amado
 De mi pasión fogosa!
 ¡Si me amaras aún, ingrata hermosa!
 Huye, esperanza vana;
 Huid, muertos amores:
 Filis, eterno adiós. Cuando mirares
 Esa beldad tirana
 Burlada de traidores;
 Cuando pruebes los bárbaros pesares
 Que á mi llorar me has hecho;
 Cuando herido de amor tu infame pecho
 Sólo piedad implore
 Y eternamente ingratitudes llore.
 Llegó, llegó el instante
 De mi fatal venganza.
 De soledad y desamores llena,
 Siempre verás delante
 Esta aciaga mudanza;
 Escucharás mi voz, que te condena,
 Y en cruel remordimiento,
 Al despedir el postrimer aliento,
 Ya tarde arrepentida,
 Temblarás de mi imagen ofendida.

Á GALATEA, QUE HUYÓ DE SU CASA
 POR SEGUIR Á UN AMANTE.

¡Huyes, ¡ay imprudentel
 De un ciego amor guiada,
 El dulce albergue maternal dejando?
 Cual alondra inocente,
 De su nido apartada,
 Que el reclamo de léjos escuchando,
 Hacia su par volando
 Torna, y en lazo fuerte
 Halla eterna prision ó dura muerte,
 ¡Corres al que mintiendo, oh Galatea,
 Tristes cariños, tu baldon desea?
 De cada huella que imprimió tu planta
 Un odio y un pesar se te adelanta.
 Huye, y tu madre en tanto,
 Tu madre, ántes querida,
 Te busca en vano, y encontrarte espera.
 Te llama en hondo llanto,
 Y no es correspondida.
 Tal la oveja con mísera carrera
 En pos va, lastimera,
 Del perdido cordero;
 Corre inquieta la vega, y el otero
 De mata en mata registrando atenta,
 A cada sombra sus dolores cuenta,
 Con acento tristísimo balando,
 En su favor á todos implorando.
 De temores cercada,
 ¡Cuánto, cuánto recela!
 ¡Qué perspectiva de dolor su mente
 Mira desesperada!
 Si tierna la consuela
 La voz de la amistad, un ¡ay! doliente
 Exhala, y solamente
 «Galatea» responde,
 «Galatea» no más, y huye, se esconde,
 Y silenciosa abriga su tormento,
 Fijo siempre en su hija el pensamiento.
 Pensando en ella la salud el día,
 Y la recibe así la noche fría.

En su lóbrego espanto,
 ¡Oh si su voz oyeras
 Cuando el regazo maternal te llamal
 Ya la enmudece el llanto;
 Ya, cual si allí la huyeras,
 «Tente, tente, críuel; ¡huyes? exclama,
 ¡Huyes de quien más te ama?
 Tu madre soy: ¡por suerte
 Mi cariño infeliz pudo ofenderte,
 Que, endurecida á mis ansiosas quejas,
 ¡Ay! tantos años de piedades dejas
 Por un monstruo, que odioso te arrebató!
 ¡Oh Galatea, Galatea ingrata!
 »Yo, como el ave amante
 Que el pecho ensangrentando,
 A sus hijos en el nido y anida,
 Desde el aciago instante
 Que te miré llorando
 Pasar de mis entrañas á la vida,
 En mi pecho acogida
 Te di, te di sustento,
 Te di todo mi amor, sangre y aliento,
 Y, pendiente de tí, siempre vivía
 En tu vivir, en que gozosa vía,
 ¡Cuánta noble virtud y honor hermoso!
 Y en mi helada vejez, ¡cuánto reposo!
 »¡Ciega! ¡cuánta mudanza
 En lo que allí soñaba!
 Con Galatea huyó la dicha mía,
 Falleció mi esperanza;
 La luz que me alumbraba
 Se tornó oscuridad, y mi alegría
 Es luto y agonía.
 La amaba, y me ha dejado;
 Me dejó para siempre. Esposo amado,
 Si, alzando de la tumba tenebrosa,
 Vieras el llanto de tu fiel esposa,
 ¡Creyeras que á tormento tan agudo
 Dar ocasion tu Galatea pudo?
 »Pudo, pudo.... la insana
 Á su madre abandona.
 Huye, y me deja como vid doliente,
 Que, cuando más ufana
 Riendo se corona
 De opulentos racimos, de repente
 Marcha del Occidente,
 Llega, y cae resonando
 El opaco granizo, y destronando
 Los pámpanos, los frutos, la esperanza,
 El suelo cubre de su atroz venganza;
 Y es la viña infeliz, ya despojada,
 De cuantos pasan con dolor mirada.
 »Mi más querida prenda,
 Única gloria mía,
 Ídolo de mi pecho, hija adorada,
 Mira, mira, esa senda
 Do tu pasión te guía,
 Está de espinas y dolor sembrada.
 ¡Oh madre infortunada!
 ¡Oh joven sin ventura!
 ¡Oh cuánta pesadumbre y amargura
 Te sigue! Abandonada de tu amante,
 Sin madre, sin virtud, en un instante
 Verás crimen, verás remordimiento
 Donde hallar esperabas el contento.
 »Guárdate, miserable;
 Que el cielo omnipotente
 Vengó el desprecio y paternal afrenta,
 Por siempre inexorable.
 ¡Quién sabe si al presente
 El Ser eterno tu castigo intenta,
 Y la espada sangrienta,
 Envuelta en muerte y llanto,
 Contra tí va á esgrimir? Detén, oh santo
 Señor, el golpe funeral. Espera,
 En mí se bebe tu venganza fiera;
 Me ofendió y la perdono. ¡Ay hija mía!
 Vuelve ya, vuelve á la que amaste un día.
 »Pon fin á su amargura,
 Torna á tu madre amante,
 O la harás para siempre desdichada,
 ¡Temerás, por ventura,

En mí airado se alante
Mi recelo y tu fuga ver pintada?
No, no; que más amada
Serás que nunca has sido.
No hallarás sino amor y eterno olvido
De cuanto fué... No vuelve. ¿Así dilata
El arrepentimiento? ¡Ingrata, ingrata!
Vendrás, y me verás ya sepultada,
Y sobre mí tu ingratitude sentada.»

Teniendo el autor, en una función casera de teatro, oído cantar una desposada a una señora, bajo el nombre de *Nice*, con un hermano suyo, bajo el nombre de *Tirsis*, hizo en su elogio la siguiente

ODA.

Tente, tente, cruel. ¿Así te alejas,
Tirsis ingrato, de tu Nice amada?
¡Así, cerrando el insensible oído
A sus ardientes dolorosas quejas,
Huyes, y en aflicción desesperada
La abandonas? ¡Será que fementido
Angues en dolores
Un alma que te dió tantos amores?
En vano escudas tu infeliz dureza
Con el destino que á partir te obliga:
Amor y sólo amor; no hay más destino
Para quien supo amar. Si la riqueza,
Si la sed ambiciosa te fatiga,
Si gloriosa te llama á su camino
La ensangrentada guerra,
Pante y siembra de llanto la ancha tierra.
Que Nice, ¡ay triste! á su dolor rendida,
Sola en el mundo, en congojoso llanto,
«Tirsis, mi Tirsis», clamará doquiera,
Y no será de Tirsis respondida.
¡Ay duno Tirsis! ¿dónde estás? en tanto
Que bu cas anhelante esa quimera
Que la ambición te inspira,
Nice te nombra y por tu amor espira.
Morirá, morirá, si es que resiste
Tu ingrato pecho al doloroso acento
Con que te llama á su amoroso lado.
¡Con qué vehemencia te recuerda, triste.
El tiempo en que tu solo pensamiento
Era tu Nice! ¡Tiempo afortunado,
De paz y de alegría!
¡Bello por siempre cuando amor quería!
¡Cuán elocuente su semblante mudo
Te pinta su dolor! Su hinchado pecho
Hierve, y hondos su-piros exhalando,
Ata su voz con invencible nudo.
Su planta tiembla. En lágrimas deshecho
Su demudado rostro, va buscando
En el tuyo su suerte.
¡Ay! tu separación será su muerte.
¡Apídate, cruel: ¿ves cuál te tiende
Las tiernas palmas y tu cuello enlaza
Y te estrecha en su pecho enamorado,
Y más y más en su pasión se enciende,
Y otra vez torna y á su Tirsí abraza,
Diciéndole en acento desmayado
Su lengua lastimera
Que te abraza otra vez y luego muera?
Lo deja, y clava en el piadoso cielo
La turbia vista, ya d senecagada,
Y clava su adicción. No hay en la tierra
Quien pueda mitigar su desconsuelo;
No hay más que un Tirsí, que ahora abandonada
La va á dejar. Cuanto anchuroso encierra
El orbe de hermosura
Es para Nice luto y amargura.
¡Qué haces, Tirsí? detén tu labio triste,
No pronuncie jamás la voz temida
De la separación, que es voz de muerte
Para el sensible amor... ¡Cruel! ¿qué hiciste?
Ya resonó en tu lengua aborrecida
El inhumano «adios», que á nunca verte
Condena á la infelicidad!
¡Qué! ¿el postrimero adiós lanzaste á Nice?
Vuelve, Nice; no irá; ya su partida
Desecha con horror.... En vano, en vano

La intento recobrar: pálida, helada
Del sudor de la muerte acomerida,
El sepulcro la espera.... ¡Insano, insano!
¿Dónde pierdes mi mente enajenada?
El telón ha caído....
Tirsis, Nice, volved: ¿dónde habeis ido?
¡Y finé todo ilusión! ¡Y el sentimiento
Que mi agitado pecho acogojaba
Fué sombra y nada más! No; es verdadera
La Nice que cantó; cierto el tormento
Que su sensible corazón probaba
En el terrible adiós: ni ¿quién pudiera
Con un mentido canto
Mandar al alma la aflicción y el llanto?
Amable Nice, tierna, generosa,
Que con el fuego que en tu pecho ardia
Abrazaste las almas que te vieron,
¡Cuánto tesoro de virtud hermosa
En tu llanto y dolor se descubría!
Los santos cielos sobre tí quisieron
De un corazón humar
La ternura verter con larga mano.
¡Vive, Nice feliz, vive dichosa,
A par de los deseos de un amigo
Que ama tu corazón! Y, madre tierna,
Hija obediente, enamorada esposa,
¡Que de tu sombra al maternal abrigo
Crezcan tus hijos, conservando eterna
Adentro en su alma pura
La virtud de su madre en su ternura!

TRADUCCION DE LA ODA DE HORACIO,

5.ª del libro III, que empieza: *Caro tonantem, etc.*

Álzase Jove, y á su angusta planta
Truena el Olimpo retemblante. ¡El cielo
Es el trono del dios! pronuncia Augusto,
Y á Britania y á Persia omnipotente
En el imperio encierra.
¡César, César es Dios sobre la tierra!
¡Osó de Craso el criminal soldado
La hacha encender á un bárbaro himeneo?
Y.... ¡oh patria! ¡oh corrupción! ¿pudo el romano
Encanecer de un suegro en las cadenas,
Postrándose ante el sólo
De un rey Medo, á la faz del Capitolio?
¡Qué fué su toga, su renombre y templos?
Tú lo previste, ¡oh Régulo! que hollando
Pactos infames, ante el ara augusta
De la posteridad sacrificaste
Con virtud despiadada
La juventud romana cautivada.
«Yo lo ví, yo lo ví, dijo, enclavados
En los púnicos templos los pendones
E incruentas espadas que el guerrero
Arrancar se dejó! Yo ví en las libres
Espaldas, entre lazos,
Los ciudadanos retorcidos brazos!
»VÍ ya patentes las herradas puertas
De los contrarios, y en triunfante gozo
Romper su arado los tranquilos surcos;
Los surcos ¡ay! de nuestra gloria llenos,
Que en más felices horas
Talaron nuestras armas vencedoras.
»Será que el oro de su vil rescate
Haga más fuerte al campeón esclavo?
Le hará más vil y engendradora de infamias;
Que nunca, tinta, su color nativo
La lana ha recobrado,
Ni su virtud el pecho amancillado.
Cuando luche la cierva, desprendida
De la nudosa red, será brioso
El militar que al pérfido enemigo
Confirió su salud. ¡En nuevas lides
Podrá temblar Cartago
Su vencimiento y funeral estrago
»De los brazos que en hierros ponderosos
El miedo de morir ató cobarde?
Buscando vida sin saber dónde estaba,
A paz forzaron el combate. ¡Oh mengua!
¡Oh gran Cartago, alzada

Sobre el baldon de Italia destrozada!»

Dijo; y del beso de su casta esposa
Huyó, cual siervo, y de sus tiernos hijos;
Y en torvo ceño, el varonil semblante
Fijó en la tierra, en tanto que afirmaba
Al dudoso Senado,

En su consejo atroz nunca imitado.

Parte veloz á su destierro ilustre,
Entre el llorar de la amistad, que lejos
Ve los tormentos que el sayon le guarda.
El no tiembla y los ve; marcha, y en torno
Rompe su brazo fuerte
El pueblo que mediaba entre su muerte.

Bien cual si huyendo la estruendosa Roma
Y el cargoso velar en la fortuna
De sus clientes, á rendir marchase
A la rústica paz amables cultos
De calma y de contento
En los campos hiecos de Tarento.

Á LA PAZ ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿Qué fogoso volcan amenazando

Hierva en mi corazón, que en paz dormía,
Bien como en el abismo hondi-tronante

Del Etna cuando brama y humeando
Va á romper? Tente, tente, fantasía,
¿Pó me arrastras? Perdona; mi sonante

Cítara suspendí; mi labio mudo

Para siempre olvidó la voz del canto.

Y ¿cómo he de cantar entre el espanto

Con que Marte sañudo

En rencorosa guerra

Muda en sepulcro la anchurosa tierra?

¡Oh Pirineo! ¡Oh campos de Girona!

¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja

De esta escena crúel de sangre y lloro,

Do el fratricidio la discordia abona,

Donde es muerte el honor? ¡Ay! ¡cuál refleja

El acero infeliz los rayos de oro

Del sol vivificante! ¡Cuál rechina

El carro horrible do el cañon sentado

Va de viudcz, y de orfandad preñado!

¿Cuánto llanto y ruina

Y sepulcro está abriendo

Del trémulo tambor el ronco estruendo!

Tened, crúeles. ¿Contra quién esgrime

El duro hierro la insensata mano?

¿Dó está la humanidad, el don divino

Que en nuestras almas, al nacer, imprime

La natura? ¿Perezca el inhumano

Que el feroz ministerio de asesino

El primero ejerció! ¿Que el hondo averno

Trague hasta el nombre del que alzó malvado

Altare al valor ensangrentado,

Y de laurel eterno

Ciñendo su cabeza,

Dijo: «¡Sea virtud la impía dureza!»

Hirió su voz de Jérges el oído,

Que, el escudo batiendo con la lanza,

La guerra ordena al hijo del Oriente.

En la ilusión de su altivez dormido,

Sueña que el universo á su pujanza

Ya inclina con temor la esclava frente.

Marcha, triunfa; de Esparta en los leones

Da, cía, los rodea, caen rugiendo,

Y su rugir Temistocles oyendo,

Mueve al mar sus pendones,

Y allí, la diestra alzada,

Tumba de toda el Asia fué su espada.

¿Huyes, oh Jérges? ¿Tan opimo fruto

Te valió tu venganza lisonjera?

¿Huyes? ¿Adónde huirás? ya se adelanta

A recibirte en doloroso luto

Asia; y «¿qué fué mi juventud guerrera?

Te pregunta. Mis campos, do levanta

El abrojo su frente ignominiosa,

Piden los brazos donde en paz amiga

Su sien posaba la materna espiga.

La amante lagrimosa

Busca á su amor, no le halla;

Que, poivo yerto, para siempre calla.

«Hijo adorado, en mi vejez odiosa

Unico puerto de mi ingrata suerte!

Desamor, soledad, ¿ésta es la herencia

Que me vuelven de tí? Noche afrentosa

De mi himeneo, en que el amor fué muerte,

¡Jamás seas!..... exclama en la vehemencia

De su hondo pesar la anciana madre,

Mientras la viuda, en lágrimas deshecha,

Los huerfanitos en su seno estrecha;

Y, la mente en su padre,

Mil futuros temores

Flechan su corazón con mil dolores.

«Tú me arrancaste con tu infanda guerra

Mi laboriosa paz y mis amores,

Entregándome al hambre y las maldades.

Y ¡oh cuánta sangre en mi domada tierra

Por tí veo correr! Por tus furores

Vuela entre victoriosas mortandades

Contra mí el macedon, y me saquea,

Y á su muerte.... ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impío,

Vuelve mis hijos al regazo mio;

Mis hijos de Platea,

Crúel, torna al momento,

Tórname mi virtud y mi contento.»

El Asia dijo; y á un su voz ahora

Desde el horror de sus desiertos clama

Por su sangre inocente. Oid, hispanos;

La madre España á sus lamentos llora,

Y con su ejemplo á la concordia os llama.

¿Será que vuestros pechos inhumanos

Resistan á su voz, que religiosa

Repite sin cesar que no hay ventura

Sin virtud, ni virtud sin la ternura

Y la union amistosa,

Adonde en ara santa

Feliz beneficencia se levanta?

¿Falte la tierra al que á su mismo hermano

Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,

Oh vírgenes del campo lagrimosas,

Que vuelve su señor. Con diestra mano,

Pues amor dictará sus dulces leyes,

Tejed guirnalda de azucena y rosas.

Madres sensibles, vuestro amargo llanto

Truéquese ya en placer y regocijos,

Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos

Tornan: sí, que el espanto

Va á cesar de la guerra,

Y en mieses de oro se orará la tierra.

¡Júbilo, salvación! ¡oh cuál se inunda

Mi espíritu en placer! ¿Oís que clama

«Paz, paz» el Pirineo ensangrentado?

Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda

Con sus hojas? La trompa de la Fama

Toda es paz, y á su són llora, abrazado

Del galo, el español, y maldiciendo

De la guerra y sus bárbaros horrores,

En amistad convierten sus rencores.

Los oye, y brama huyendo

La Discordia sangrienta,

Y en la oscura Albión su trono asienta.

¿Dó estais, pastores, que el silencio amado

De los montes dejasteis al ardiente

Estruendo del cañon? Volved tranquilos

A sus antiguos reinos el ganado,

Señoread las selvas do, inocente,

A las plácidas sombras de los tilos

El amor sus misterios os confía.

Desechad el temor: del alto cielo,

Yo lo vi, yo lo vi, que en rauda vuelo

Alma paz descendía,

De espigas coronada,

De genios y de musas rodeada.

Saludadla, cantad, hijos de Apolo.

«Salve, decidla, madre bienhechora

Del linaje mortal, cándida hermana

De la santa virtud! ¿De polo á polo

Rija un día tu mano vencedora!

¡Salve mil veces, y á la gente humana

No abandones jamás! ¿Pueda contigo

Comenzar el imperio afortunado

De la fraternidad, en que el malvado

Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa!»

LA PRIMAVERA.

Rosas, naced; que á la mansion del Toro,
De nativo placer y amores llena,
Se acerca el sol, de triunfos coronada,
Cual noble vencedor, la frente de oro.
Quebrantó, victorioso, la cadena
En que gimió la tierra, avasallada
Del nimen invernal. Las altas enebres,
Do estéril nieve Capricornio lanza,
Se estremecen de Febo á la pujanza,
Que en erizientes heladas pesadumbres
Los montes derrocando,
Vade su altiva eternidad triunfando.
Abrego silbador, cierzo bramante,
Lóbregos partos del sañudo invierno,
Huid do vuestro padre silencioso,
De su alcázar de hielo resonante
Os llama en Espitzberg (1). Huid, que tierno
Vuelve al campo del céfiro el reposo,
El padre de la luz. La primavera
Nació, y el coro de los manos vientos
Sopla suave, y abre á sus alientos
Su seno el campo, y rie la pradera,
Y en umbrosos frescores
Brotó la selva el sueño y los amores.

¿Oís? ¡quién parte con veloz huida
Ante la nube, que con marcha lenta
Por la aérea region se va tendiendo!
Es Favonio, que á Cérés la venida
Anuncia de la plácida, opulenta
Lluvia sutil. Sus rayos escondiendo,
Eclipsado va el sol; y á veces ama
El desplegar, la nube traspasando,
Los que ántes encubrió: léjos dorando
La nevosa altivez de Guadarrama,
Que los valles nublados
Alegra con sus iris variados.
¡Cuál, suspendida, por el vago viento
Flota la nube, de esperanzas llena,
Que las alondras revolantes miden,
Clamando «lluvia» en incesable acento!
¿Cae? Mi frente mojó, y el río suena,
Forman un orbe y otros que despiden
Otros más ensanchados, que rodan
Otras que inmensos en la orilla mueren.
¡Cuán regalados los oídos hieren
Los alisos, que trémulos menean,
Sus hojas, do jugando
El agua de una en otra va saltando.

Desciende al gremio de la madre Flora,
Que á sus hijas de perlas coronando,
Si ya débil prision hinche de vila.
¡Oh cuántas rosas la primer aurora
En verde cuna mirará asomando
Con tímida inocencia la enecogida
Y vergonzosa faz! Venid, aladas
Hijas del viento, atravesad ligeras
Las llanuras del mar; que placenteras
Os llaman ya las sombras sosegadas
Que Abril embalsamado
Tiende risueño sobre el verde prado.
Venid, que Flora á vuestro amor ofrece
Su bibleo dón, y Cér s espigosa,
Por nuestra descendencia ya afanada,
En misteriosa paz granando crece.
¡Oh, salve, salve, fuentejilla hermosa
De adormida corriente! De smayada
Tal vez Diciembre al Guadarrama frío
Te encadenó: benigna primavera,
Rompe tus grillos, corre, y la pradera
Florezca en tu correr, y el bosque umbrío
Redoble en tus cristales
La pompa de sus ramas inmortales.

Corre dichoso, y tu feliz corriente
Oiga nacer el trébol delicado
Y verde júncia entre la humilde grama.
Tu benéfico humor la árida frente
Cubra á aquel risco, y brille hermoscado
Con musgoso verdor. Mas ¡quién derrama
Por la ancha vega en profusión fragante
El balsámico olor que así enajena?
¡Oh coronilla! en la mojada arena,
De tu dorada flor eterno amante,
Quiero á su sombra fría
Posar la sien hasta que espire el día.

Doquier repara maternal natura
La anial destrucción, y la esperanza
Y paz renueva, y el placer y vida.
Y entre tanto ¡infeliz! ¡cuál amargura
Prueba mi corazón entre la holganza
Y risa universal? ¡Oh enardecida
Voz! ¡oh cantar del ruiseñor doliente,
Que amor, amor, en el silencio triste
Clama del bosque! En vano se resiste
El alma á su impresion; mi rostro siente,
De los ojos saltando,
Mis lágrimas ardientes ir bajando.

¡Amor, amor! la tierra, el firmamento,
Todo anuncia tu ley. Doquier envío
Los mustios ojos, de tu antorchas ardiente
Me cerca el resplandor; doquier tu acento
Me hiera, y veo que hasta el polo frío
La inspiración de tu deidad resiente.
Su indestructible hielo por tu mando
Se enternece, flaquea, y derretido
Despeñándose cae: tiembla oprimido
Con su mole el Océano, y bramando,
Tus cultos misteriosos
Léjos proclama en re ecos montañosos.

Los oye el Leviatán, inmensurable
Levantando la frente entre el helado
Coloso que sobre él vasto se tiende.
Amor le habló, cesó su formidable
Feroicidad; su pecho enamorado
Suspira de bil y en amor se enciende.
Ve á su amante y acorre, y atrevido
En el profundo mar se alza fogoso,
Y con placer terrible y estruendoso,
Cual Osa sobre el Pélion suspendido,
Cumpliendo, oh amor, tus leyes,
Al imperio glacial da nuevos reyes.

En tanto el Atlas el feroz rugido
Repite del león, que centellante,
Desordenada la gentil melena,
Por las selvas se agita al encendido
Volcan que le devora. Al que arrogante,
En otros días por la ardiente arena
Paseaba feliz su calma fiera,
Ora esclavo, sin paz, rinde impotente
Al yugo del placer la indócil frente;
Y á par de su rugiente compañera,
Con formidable agrado
Adora, á su pesar, al dios alado.

¡Vivificante amor! ¡hijo dichoso
Del alma primavera! En tus altares
Humea sin cesar de noche y día
El agradable incienso, que amoroso
Te ofrece todo sér. Doquier mirares,
Las caricias verás y el alegría
Con que, buscando sempiterna vida
En su posteridad, hace que estable
Subsista lo que fué. Yo, no culpable,
Yo solo, en juventud ¡ay mel perdida,
Entre tanto contento
Mi soledad y desamor lamento.

¡Y por siempre, sin fin, estéril llama
En mi pecho arderá? ¡nunca una amante
Daré empleo feliz á la ternura
De un triste corazón á quien inflama
Todo el día del amor, que ni un instante
Vivirá sin amar? ¡Dó está, oh natura,
Tu ley primavera! en vano, en vano
De un nuevo Abril renacerá florido
De un amor y otro amor; ¡ay! ¡se metido
De la pobreza á la imperiosa mané

(1) Spitzberg, archipiélago del Océano glacial ártico. (Nota del Colector.)

Nunca oiré delicioso,
 Nunca me oiré llamar padre ni esposo.
 Crúel disparidad, tú, monstruosa,
 Divinizando la opulencia hinchada
 Sobre la humillación del indigente,
 Sumergiste la tierra lagrimosa
 En desórden y horror. Por tí cercada
 De riqueza y maldad, alza la frente
 La insaciable codicia, que sangrienta
 Llamó suyo el placer y la esperanza
 Que la natura por comun holganza
 Dió á los humanos. Al sudor y afrenta
 El bueno es condenado
 Porque nade en deleites el malvado.
 El sibarita, en languidez ociosa
 Voluptuosamente adormecido,
 Sin poder desear, los brazos tiende,
 Y bebe sin cesar en la engañosa
 Copa de los placeres el olvido
 De la razón; y bebe, y más se enciende
 En implacable sed, y más corrompe.
 Los favores maternos usurpando
 De la naturaleza, el lazo blando
 Que le une al infeliz sangriento rompe,
 Y su virtud apena
 Y á estériles deseos le condena.
 ¡Oh Helvecia, oh region donde natura,
 Para todos igual, rie gozosa
 Con sus hijos tranquilos y contentos!
 De la rígida nieve en la fragura
 Allí tiene su templo candorosa
 La paz inmemorial. Ledos acentos
 Suenan en derredor del que, forzando
 Los campos con la reja reluciente,
 Con el sudor de su encorvada frente
 La frugal opulencia va comprando,
 Y esperanzas mayores,
 Y en larga ancianidad largos amores.
 De su cuna le rie el himeneo,
 Y entre honesto placer tierno le guía
 A la beldad que en la vecina choza
 Es de sus padres perennal recreo.
 La misma selva que sus juegos via
 En la hermosa niñez, luego se goza
 Con los suspiros de su edad amante,
 Y en su preciosa union las sombras presta
 Para las danzas de tan dulce fiesta;
 Sombras do su vejez ya vacilante,
 Cargada de memorias,
 Vendrá á buscar los días de sus glorias.
 ¡Bienhadado país! ¡oh! ¿quién me diera
 A tus cumbres volar? Rustiquecido,
 Con mano indiestra de robustas ramas
 Una humilde cabaña entretijera,
 Y ante el vecino labrador rendido,
 Le dijera: «Si justo, no desamas
 La voz de la desgracia virtuosa,
 Oye á un hombre de bien, que las ciudades
 Huyendo, cual abrigo de maldades,
 Busca en esta aspereza montañosa
 La paz y la ventura
 Con que le brinda maternal natura.
 » Si amaste alguna vez, por los placeres
 De tu primer amor, benigno cido
 Te merezca. En el culto misterioso
 Quiero iniciarme de la rubia Ceres,
 Y tú me iniciarás. Yo, somctido
 Para siempre á tu voz, no perezo
 Rehusaré el afán. O sople frío
 El cierzo nevador, ó el rayo ardiente
 Lance el sol estival, siempre obediente
 Me verás que, incansable, al bucy tardío
 Sigo en la marcha len a,
 La mano, de labrar, tal vez sangrienta.»
 Si; mi rústico dios me enseñaría
 La ley del labrador; y yo, rendido
 En tanto á la beidad de una pastora,
 Hija suya tal vez, ¡con qué alegría
 Oyera mi lección! Presto, instruido
 En mandar á los campos, mi señora
 Premiara mis fatigas con su mano
 Y una eterna ventura deliciosa.

III, Ps.-XVIII,

¡Cuál amaría á mi inocente esposa!
 Esposa, esposa, en mi querer insano,
 Clamaría doquiera,
 Y el eco mis amores repitiera.
 ¡Oh cuántas veces, mi querido dueño,
 De nuestro amor el fruto sustentando,
 A mis surcos viniera, y blandamente
 El tierno hijito entre la paz del sueño
 Ofreciera á mi vista, provocando
 Mi beso paternall su calma frente
 Besaría bañándola en millanto
 Y á su madre despues con tiernos lazos
 Estrechára mil veces en mis brazos;
 Y la besára en inefable encanto,
 Y otra vez la abrazára,
 Y más que nunca mi labor amára.
 Contando mi vivir por mis amores,
 De ellos cercado y de mi dulce esposa,
 Cuando anunciase Abril la primavera,
 Alegre cantaría sus loores;
 Y en la cabaña que hospedó oficiosa
 Mi pasado dolor, yo les dijera
 El antiguo pesar que al patrio suelo
 Me forzó á renunciar; la cruda guerra
 Que mueve á la virtud la impía tierra:
 Cual de los Alpes quebrantando el hielo
 Vine, y cómo, infelice,
 La informe choza con las ramas hice.
 ¡Ah! que al oírme con llorar doliente
 Bendecirán la rústica pobreza
 De su amable virtud, y á mí estrechados,
 Me amarán más y más, y más ardiente
 Crecerá en su cariño mi terneza,
 Y.... ¿por qué me engañais, sueños amados
 De la imaginacion? ¿dónde perdido
 Me llevan ¡oh virtud! tus ilusiones?
 No: jamas de mis Alpes las ficciones
 Realizadas veré, no; desqueredo,
 Sin hijos, sin esposa,
 Jamas será mi primavera hermosa.

EL OTOÑO.

¡Oh, salve, salve, soledad querida,
 Do en los halagos del Abril hermoso
 Vine á cantar en medio á los amores
 Mi eterno desamor! ¡Salve, oh florida,
 Oh calma vega! A tu feliz reposo
 Torno otra vez, y entre tus nuevas flores
 Engundando el sudor que á Sirio ardiente
 Pagó en tributo lánguida mi frente,
 Veré al otoño levantarse ufano
 Sobre la fría tumba del verano.
 Si, le veré; que la balanza justa
 Las sombras y la luz igual partiendo,
 En sus frescos palacios aprisiona
 Voluble al sol, que de su sien angusta
 La diadema inflamada desciñendo,
 De rayos más benignos se corona.
 «Otoño», clama de su carro de oro;
 Y otoño al punto, entre el favónio coro,
 Que Agosto adormeció, la faz alzando,
 El florido frescor vuela soplando.
 A su dulce volar ¡cuál reverdece
 La tierra, enriqueciendo su ancho manto
 De opulento verdor! La tuberosa
 Del albo cáliz en su honor florece,
 Y la piramidal, y tú, oh amaranto,
 De más largo vivir. Tu flor pomposa,
 Que adornaba de Mayo los amores,
 Hoy halla frutos donde vió las flores;
 Oyó quejarse al ruiseñor, primero,
 Y ya recibe su cantar postrero.
 Tú le viste brillante y florecido
 A este rico peral, que ora, agobiado
 Del largo enjambre de su prole hermosa,
 La frente inclina. Céfiro atrevido,
 De una poma tal vez enamorado,
 Bate rápido el ala sonora,
 Y la besa, y la deja, y torna amante,
 Y mece las hojitas, é inconstante

Huye y torna á mecer, y cae su amada,
Y toca el polvo con la faz rosada.
¡Otoño, otoño! ¡le miráis que llega
De colina en colina vacilante
Resaltando! ¡Ev-hé! salid, oh hermosas,
A recibirle al monte y á la vega,
Suspendiendo á los hombros el vacante
Ho- do mimbre. Corred, y en pampanosas
Guirnaldas coronad mi temulenta
Sien. Dadme vedras, que ardo en violenta
Sed báquica. ¡Evohé! cortad; que opimos
Entre el pámpano caigan los racimos.
¡Mil veces Evohé! que ya resucen,
Rechinando, el lagar. ¡Cuál, ay, corriendo
El padre Baco, en rios espumantes
Se precipita, y de la cuba llena
La ancha capacidad, que tiembla hirviendo!
Copa, copa; mis labios anhelantes
Se bañen en el néctar de Lico.
Hijos de Cères, vuestro duro empleo
Cesa; imita mis báquicos furores,
Que ya el año premió vuestros sudores.
Conmigo enloqueced. Ya está vacía,
Mi copa rellena, y en torno rueda,
Y los ecos repitan retumbando
Cien veces ¡Evohé! La selva umbría
Se adelanta hácia mí; ya retrocede,
Ya gira en derredor. ¡Cuál, ay, saltando
Los peñascos y montes de su asiento,
Vuelan ligeros por el vago viento!
Tierra y cielo se mueven. Luego, luego
Cien copas ¡Evohé! dad á mi fuego.
Ot- as ciento me dad; y que el arado,
Rompiendo el seno á la fecunda Cères,
La esperanza asegure en rubios granos
Al futuro vivir, y desvelado
Siembre nuevo placer. ¡Ah! los placeres
Cual humo pasan, y recuerdos vanos
Dejan en su lugar. ¡Veis cuál fallece
La a egria otoñal? ya palidece
El bojoso verdor, y el claro cielo
Llora cubierto en nebuloso velo.
El gozo es llanto. En los vapores lanza
El escorpion su bárbaro veneno,
Y abre las puertas de la tumba fria.
Muere el infante, misera esperanza
De la madre infeliz, que entre su seno
Le está viendo morir. En tanto impía
Vuela la muerte al trono de himeneo,
Huella al amor, y un bárbaro trofeo
Allí levanta, á la afligida esposa
Cubriendo el lecho de viudez sombrosa.
¡Tristeza universal! ¡quién ¡ay! me diera
Volar á otra región do más tardío
Lanzase otoño el postrimer aliento?
¡Que del Ré-is corriendo la ribera,
No oyese todavía al canto mío
Mezclar el ruiseñor su tierno acento!
Entre los bosques de Minerva errante,
La diestra armada del baston pujante,
El árbol de la paz despojaría
Y en rios de oro el suelo regaría,
U oprimiendo el ijar del espumante
Caballo, las selvosas espumas
Penetrara, las fieras persiguiendo.
¡Ois, ois que el eco retumbante
Hinche el aire de acentos ladradores
Y de agudos relinchos? Al estruendo
Huye el ciervo, se esconde, pára, mira,
Y tornando el ladrar, trémulo gira
Por entre el laberinto montuoso,
En otro tiempo su feliz reposo.
En vano, en vano en su favor implora
A su bosque. Las ramas alveosas,
Que galan de las selvas le aclamaron,
¡Oh fortuna crúel! prenden ahora
De su frente las galas ambiciosas
Que en silencio mil veces retrataron
Las ondas claras del arroyo amigo.
Ya todo se mudó; que su enemigo
Llega, y el triste por huir se agita,
Y más se encadena cuanto más se irrita.

No hay ya salud, que el ladrador ardiente
Le ve y se arroja, y á su cuerpo airoso
Se abalanza amagando, y, no exorable,
La majestad humilla de su frente.
¡Ciervo infeliz! tendido, sanguinoso,
Rodeado de muerte inevitable,
Los ojos tristes por la vez postrera
Alza al bosque do vió la luz primera;
Y entre el acero que sus gracias hiere,
Y recuerdos amargos, llora y muere.
Así tal vez del hombre la alegría
Espira en el dolor; y así sucede
A la risa otoñal el desconsuelo
Que á la estación brumal árido guía;
Ya nos rodea; sustentar no puede
La selva su ambición: pálido el suelo
Se encubre con las hojas que, bajando
Por el aire, en mil orbes circulando
Lentas van; caen, y yace lastimero
El selvoso frescor de un año entero.
¡Cuál silban en las ramas combatiendo,
Hijos de oscuridad, los rancos vientos,
Vedando á Cères su vigor fecundo!
Brama el mar, y los rios con estruendo
Arrastran los torrentes violentos
En turbias hondas con horror profundo.
Aveceitas de Abril, huid ligeras
Del Nilo á las benéficas riberas:
Aquí ya no hay placer; ha muerto Flora,
Otoño espira, y nos dejó la aurora.
Huyó cual sueño el añal contento,
Que alargaba mentida mi esperanza,
Y se llevó un otoño de mi vida.
Otro en pos volará, y en un momento,
Marchita flor mi juvenil pujanza,
La edad madura en lo que fué perdida,
Con albo pelo y encorvada frente
Me arrastrará la ancianidad doliente,
Y do pose la planta vacilante,
La tumba abierta miraré delante.
Presto será que solo y apartado
De todo cuanto amé, lllore extranjero
En este mundo muerto á mis placeres.
Vanamente el Octubre empampinado
Renovaré las risas placenteras.
¡Misero yo! perdidos mis quereres,
Sin amigos, sin padres, sin amores,
¡A quién me volveré? ¡cuál sé piadoso
Enjugará mi llanto congajoso?
Doquier publicaré naturaleza
Mi destierro. Vendrá el Abril florido
Ya sin mi juventud, sin las delicias
De un ya distante amor, de una belleza,
Polvo, sueño fugaz. Saldrá encendido
Agosto, recordando las primicias
De mi Apolo; ¡oh dolor! murió su canto
Para siempre. De invierno entre el espanto
Oír que de su helado monumento
Mudo me llama el paternal acento.
¡Oh soledad, oh bárbara amargura
De un sér aislado! Mi tristeza os llama;
Volad, amigos, que con tiernos lazos
Estrechándome, huirá mi desventura.
¡Pueda en medio de vos, pobre, sin fama,
Merecer vuestro amor, y en vuestros brazos
Venturoso vivir eternamente!
¡Pueda aprender de vos, la calma frente
Posando en vuestros dulces corazones,
De la santa virtud las instrucciones!
Y cuando ya la muerte se levante
A romper nuestra unión, pruebe conmigo
Su error. ¡Oh muerte, en mi cerviz descarga
Tu primero furor! ¡llamas quebrante
Mi corazón del doloroso amigo
Que ya bebe su fin, la escena amarga!
¡Ah, precédaos yo! ¡pueda mi lecho
Mirarlos rodear, y entre su pecho,
Con su amor olvidando mi tormento,
Darles al fin mi postrimer aliento.
¡Oh recreo feliz del alma mía!
¡Oh mis amigos! Cuando yacez helado,
De mi arroyo querido en la ribera

Un sepulcro me alzada, de sombra fría
De cipreses y adelfas rodeado;
Amadme siempre; y cuando otoño muera,
Mis cenizas con lágrimas regando,
Decid : «Nicasio», y repetid clamando :
«Hombre tierno y amigo afectuoso,
Fué su otoño en nosotros delicioso.»

MI PASEO SOLITARIO DE PRIMAVERA.

Mihi natura aliquid semper amare dedit.

Dulce Ramon, en tanto que dormido
A la voz maternal de primavera,
Vagas errante entre el insano estruendo
Del cortesano mar siempre agitado,
Yo, siempre herido de amorosa llama,
Busco la soledad, y en su silencio
Sin esperanza mi dolor exhalo.
Tendido allí sobre la verde alfombra
De grama y trébol, á la sombra dulce
De una nube feliz, que marcha lenta,
Con menudo llover regando el suelo,
Late mi corazón, cae, y se clava
En el pecho mi lánguida cabeza,
Y por mis ojos violento rompe
El fuego abrasador que me devora.
Todo desapareció : ya nada veo
Ni siento sino á mí, ni ya la mente
Puede enfrenar la rápida carrera
De la imaginación, que en un momento
De amores en amores va arrastrando
Mi ardiente corazón, hasta que prueba,
En cuantas formas el amor recibe,
Toda su variedad y sentimientos.
Ya me finge la mente enamorado
De una hermosa virtud : ante mis ojos
Está Clarisa; el corazón palpita
A su presencia; tímido no puede
El labio hablarla; ante sus pies me postro,
Y con el llanto mi pasión descubro.
Ella suspira, y con silencio amante
Jura en su corazón mi amor eterno :
Y llora y lloro, y en su faz hermosa
El labio imprimo, y donde toca ardiente,
Su encendido color blanquea en torno....
Tente, tente, ilusión.... Cayó la venda
Que me hacía feliz : un ceñirillo
De repente voló, y al són del ala
Voló también mi error idolatrado.
Torno ¡miser! en mí, y hállome solo,
Llena el alma de amor y desamado
Entre las flores que el Abril despliega,
Y allá sobre un amor lejos oyendo
Del primer ruiseñor el nuevo canto.
¡Oh mil veces feliz, pájaro amante,
Que naces, amas, y en amando mueres!
Esta es la ley que para ser dichosos
Dictó á los seres maternal natura.
¡Vivificante ley! el hombre insano,
El hombre solo, en su razón perdido,
Olvida tu dulzor, y es infelice.
El ignorante en su orgullosa mente
Quiso regir el universo entero
Y acomodarle á sí. Soberbio réptil,
Polvo invisible en el inmenso todo,
Debió dejar al general impulso
Que le arrastrara, y en silencio humilde
Obedecer las inmutables leyes.
¡Ay triste! que á la luz cerró los ojos,
Y en vano, en vano por doquier natura
Con penetrante voz quiso atraerle;
De sus acentos apartó el oído,
Y en abismos de mal cae despeñado.
Nublada su razón, murió en su pecho
Su corazón : en su obcecada mente
Ídolos nuevos se forjó, que impío
Adora humilde, y su tormento adora.
En lugar del amor, que hermana al hombre
Con sus iguales, engranando á aquestos
Con los seres sin fin, rindió sus cultos
A la dominación que injusta rompe

La trabazón del universo entero,
Y al hombre aísla y á la especie humana.
Amó el hombre, sí, amó; mas no á su hermano,
Sino á los monstruos que crió su idea;
Al mortífero honor, al oro infame,
A la inícuca ambición, al letargoso
Índolente placer, y á tí, oh terrible
Sed de la fama; el hierro y la impostura
Son tus clarines; la anchurosa tierra
A tu nombre retiembla y brota sangre.
Vosotros sois, pasiones infelices,
Los dioses del mortal, que eternamente
Vuestra falsa ilusión sigue anhelante.
Busca, siempre infeliz, una ventura
Que huye delante de él, hasta el sepulcro,
Donde el remordimiento doloroso
De lo pasado levantando el velo,
Tanto misero error al fin encierra.
¡Dó en eterna inquietud vagáis perdidos,
Hijos del hombre, por la senda oscura
Do vuestros padres sin ventura erraron?
Desde sus tumbas, do en silencio vuelan
Injusticias y crímenes comprados
Con un siglo de afán y de amargura,
Nos clama el desengaño arrepentido.
Esenchemos su vicio; y amestraados
En la escuela fatal de su degradación,
Por nueva senda nuestro bien busquemos,
Por virtud, por amor. Ciegos humanos,
Sed felices, amad; que el orbe entero,
Morada hermosa de hermanal familia,
Sobre el amor levante á las virtudes
Un delicioso altar, augusto trono
De la felicidad de los mortales.
Lejos, lejos, honor, torpe codicia,
Insaciable ambición; huid, pasiones
Que regasteis con lágrimas la tierra;
Vuestro reino espiró. La alma inocencia,
La activa compasión, la deliciosa
Beneficencia y el deseno noble
De ser feliz en la ventura ajena
Han quebrantado vuestro duro pecho.
¡Salve, tierra de amor! ¡Mil veces salve,
Madre de la virtud! Al fin más ansias
En tí se saciarán, y el pecho mío
En tus amores hallará reposo.
El vivir será amar, y donde quiera
Clarisas me dará tu amable suelo.
Eterno amante de una tierna esposa,
El universo reírán en el gozo
De nuestra dulce unión, y nuestros hijos
Su gozo crecerán con sus virtudes.
¡Hijos queridos, delicioso fruto
De un virtuoso amor! seréis dichosos
En la dicha común, y en cada humano
Un padre encontraréis y un tierno amigo,
Y allí.... Pero mi faz mojó la lluvia.
¿Adónde está, qué fué mi imaginada
Felicidad? De la encantada magia
De mi país de amor, vuelvo á esta tierra
De soledad, de desamor y llanto.
Mi querido Ramon, vos mis amigos,
Cuanto partís mi corazón amante,
Vosotros solos habitáis los yermos
De mi país de amor. Imagen santa
De este mundo ideal de la inocencia.
¡Ay, ay! fuera de vos no hay universo
Para este amigo, que por vos respira.
Tal vez un día la amistad angusta
Por la ancha tierra estrechará las almas
Con lazo fraternal. ¡Ay! no : mis ojos,
Adormecidos en la eterna noche,
No verán tanto bien; pero entre tanto
Amadme, oh amigos, que mi tierno pecho
Pagará vuestro amor, y hasta el sepulcro
En vuestras almas buscaré mi dicha.

Á UN AMIGO QUE DUDABA DE MI AMISTAD PORQUE HABÍA TARDADO EN CONTESTARLE.

¡Y dudas, dudas, Maricel querido,
De mi amistad, porque tan largamente

A las voces callé? ¿Podrá en mi mente
Entrar jamás el letargoso olvido
De mi felicidad, de mis amores?
¿Podrá mi corazón decir ingrato
A sus más verdaderos amadores:
«Nuestros antiguos vínculos desato;
Os destierro de mí? ¿Qué horror! ¡ay triste!
¿Cuanta noche, cuál caos espantoso,
Entonces en mi espíritu cerial
¡Adios, tierna piedad; adios, hermoso
Consolador placer de amarse amando!
¡Adios, oh mi feliz melancolía,
Que ahora de mis ojos arrancando
Este llanto que vierto, en vivas llamas
Mi corazón anegas, y le inflamas
En el volcan de amor que me devora!
Y ¡adios, adios, virtud! Desamorado,
¡Ah! ¿qué fuera de mí? La tierra entera,
Cual vasto yermo ante mis ojos viera
De sanguinarios tigres habitado;
Pues insensible para siempre, odiado,
Mi fiera hallaría por doquiera.
Ahora, que el Abril con blando aliento
Despierta á amor, y en su hermanal cadena
Enlaza al hombre recreando el mundo,
Yo espectador del general contento,
Cual muerto abrojo entre galanas rosas,
Vería sin gozar, el alma llena
De ródoras furias envidiosas.
¿Quién me había de amar? El sol naciente,
Su carrera de luz abriendo al día,
«Te aborrezco» gritara, y marcharía,
Cargado de mis odios, á Occidente.
La luna en pos, la perezosa frente
Recostando en los sueños bostezantes,
Tomara el cetro en la celeste esfera,
Y entre sus sombras tímidas y errantes,
«Huye, yo te persigo, me dijera;
Huye dentro de ti.» Y allí, ¿qué viera?
La soledad del cruel remordimiento.
Ya me parece que su triste acento
Me hiere, mis entrañas destrozando,
Y con terrible voz así me dice:
«Hombre de execración, tú, que infelice,
Tu interés del ajeno separando,
Lanzaste de tu pecho empedernido
El benéfico amor, recibe ahora
El justo galardón que has merecido.
Vive insensible; por deidad adora
A tu aislado interés; jamás tu pecho
Responda al ¡ay! de tu doliente hermano
Y sé tú solo tu universo entero.
Mas vive solo; tu interior tirano,
Sus calabozos lóbregos abriendo,
Te dé eterna prisión, donde tu oído
Sólo escuche el horror de mi alarido.
Jamás por ti la compasión fecunda
Abra las fuentes de su dulce llanto;
Espanta-lo el amor, nunca te infunda
De su aliento vital el tierno encanto;
Ni la amistad te halague complaciente,
Ni el gozo bienhechor ría en tu frente.
En vano, en vano al estruendoso trato
Del mundo apelarás; el mundo ingrato,
A tu fortuna próspera risueño,
Te venderá, fingiendo ante tus ojos
Simulacros fantásticos de amigos,
Que, mentidas imágenes de un sueño,
Huirán de ti cuando al dolor despiertes.
Entonces clamarás, y tu gemido,
Por desmayada soledad vagando,
En vanos ecos morirá perdido.
La vista ansiosa volverás buscando
Quien se aflija en tu mal, y solamente
Encontrarás en mí quien acreciente
Tu pesadumbre. Tu sepulcro abriendo,
Al desamor diré: «Sus ojos cierra,
Y que dura le sea hasta la tierra;
Y el último suspiro despidiendo,
Sin piedad en el tálamo arrojado,
De ninguno jamás será llorado;
No; ni tus hijos, ni tu misma esposa,

Si insensato te acoges á himeneo,
En llanto regarán la yerta losa
Que tu cadáver olvidado oprima.
Lágrimas de interés, llantos venales
Sus ojos verterán, porque han perdido,
No el padre ni el esposo aborrecido,
Sino el oro cruel que en él amaban;
Porque, menguada su feroz riqueza,
No ostentarán en triunfo, escandalosos,
Los vicios de su padre y su dureza.
Murió y nada dejó; maldito sea;
Estos serán los ayes cariñosos,
Los adioses que oirás en tu agonía.
Si la venganza lo ha jurado; viendo
Que no era amor quien tierno te guiaba
Al tálamo nupcial, clamó diciendo:
«¿Ven, sube, goza cuanto ansioso esperas;
Procrea, sí; pero procrea fieras.»
¡Ay! ¡perezca, perezca, dulce amigo,
Quien resiste al amor! Sin él, ¡qué fuera
Cuanto siente, cuanto es? Natura entera
Del caos en el tálamo yacia,
Cuando sonó una voz que «amor, decía,
Amor; yo soy unión, la unión es vida;
La desunión es caos, muerte, nada;
Sea, sea la unión.» En el instante
El orden se alza por la vez primera.
El inflamado sol sube triunfante
En su trono de luz, en torno mira,
Y nacen sus planetas, que hermanados,
Monta en su carro cada cual, y gira,
Y se tiende el espacio; el tiempo vuela,
Y en sus alas abrió las estaciones.
Cerca el aire la tierra, sopla el viento,
Las aguas caen, y en abismoso asiento
Todas unidas con perpetuos lazos,
El globo ciñen con fraternos brazos.
El sol ama, y su amor vivificante
De gozo maternal hinche á la tierra.
¡Oh cuánta vida en sus entrañas cierra!
¿Cuántos siglos de ser en este instante
Silenciosos allí se están labrando!
Naced, plantas, creed; y vuestras flores,
De su par cada cual enamorada,
Sin límites os vayan propagando.
Vuestra pompa en la tierra sustentada
En ella encontrará madre oficiosa:
Padre bueno en el sol, cuyos rigores,
Excesivos tal vez, sabrá amistosa
El agua mitigar con sus frescores;
Ora arroyuelo jugueteo saltando,
Ora opulento respetable río,
Y ora nube en los vientos cabalgando;
También el aire el liberal rocío
Amigo os prestará, y el nutrimento
Incógnito os dará, de vuestras hojas
Fiando su feliz beneficencia.
Todos los seres, tierra, firmamento,
Sobre vos derramando su influencia,
Os publican su amor y el vuestro piden,
Con el follaje que el otoño os roba,
A la tierra pagad, que agradecida
Se hará más maternal con nueva vida.
Al sol tributaréis vuestros vapores
Con que bebe su ardor, y reducidos
A lluvia bajarán; y los debidos
Dones volviendo al agua dadivosos,
En la limpia atmósfera más hermosa
Parecerá del sol la clara frente.
Al aire hospedaréis en vuestro seno,
Y allí, purgando su mortal veneno,
Puro le volveréis á la atmósfera,
Conservando su sér. De esta manera
A la amistosa unión todos los seres
Su bienestar debieron y su vida,
Y de especies la tierra se vio henchida.
Nace el hombre, los campos le saldan,
Y con sus pobres voluntarios frutos,
A sustentar su mendiguez ayudan;
Pero ya no bastando á sus tributos,
«¿Tiende á nosotros, tiende, le dijeron,
Tu brazo bienhechor; si compasiva

Tu amistad industriosa nos cultiva,
 Pródigos premiarémos tus sudores;
 Mas solo, ¿qué podrás? Venid, humanos,
 Volad á reunirnos, sed hermanos
 Del que solo no basta á su ventura;
 Que en la suya la vuestra se asegura.»
 El hombre obedeció, y en el arado
 Nació la sociedad. Allí, abrazado
 Del hombre el hombre, por la vez primera
 Toda la humanidad sintió en su pecho,
 Toda, toda su esencia, su alma entera;
 Hombre fué el hombre. Al sextial cariño
 El brutal apetito rindió el cetro,
 Y dió principio á la piedad paterna,
 Al afecto filial, á la fraterna
 Caridad y al desco generoso
 De amarse amando. El personal odioso,
 En interes comun ya convertido,
 Era un padre del jóven cada anciano;
 El jóven de los jóvenes hermano;
 Por donde quiera el inocente niño
 Huérfano hallaba maternal cariño,
 Y era un amigo cada semejante.
 Así el amor, perpétuo compañero
 Del tranquilo mortal, de día en día
 Le iba insensible á la vejez llevando,
 Por su carrera plácida sembrando
 En larga juventud larga alegría.
 Y cuando ya la muerte le brindaba
 A dormir en la paz del sueño eterno,
 Con lágrimas su tumba rociaba,
 Cubriéndola en las flores amorosas
 De sus frescas virtudes olorosas.
 Moria cual la rosa postrimera,
 Ultimo adios de la estacion florida,
 Que, viéndola espirar, todos dolientes
 Exclaman: «¿Que otra vez no renaciera!»
 ¡Oh amigo! ¡oh Muriel! cuanto es criado
 Es hijo del amor; toda belleza,
 Todo bien es amor; naturaleza
 Es amor y no más. Los negros males
 Son desunion, son restos infernales
 Del caos antiguo; amor los aborrece.
 ¡Ah triunfe, triunfe amor! ¡pueda algun día,
 El terco error y la ignorancia hollando,
 Traer los hombres á su dulce mando,
 La tierra en paraíso convirtiendo!
 ¡Pueda, los corazones encendiendo
 En caridad, llenar á los mortales
 De este mar de placer que ahora inunda
 Mi pecho, electrizado en sus amores!
 ¡Oh Muriel! ¡oh amigos bienhechores!
 ¡Oh Nicasio feliz, eternamente
 Me hará vuestro cariño venturoso!
 Que la pobreza, el deshonor odioso,
 Críel dolor, ignominiosa muerte,
 Me acometan; en medio del tormento
 Bendeciré con lágrimas mi suerte;
 «Soy feliz, soy feliz, diré contento;
 Amé, me amaron, me amarán por siempre.»

A DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

El recuerdo de mi adolescencia.

Caro Batilo, ¡para qué dispiertas
 En mi memoria los dormidos días
 Que en las calladas sombras del Otea
 A tu lado gocé? ¡días amables!
 Cual en tarde de Abril flotante nube,
 Que rociando va. Mirólos Tórmes
 De sus ondas en pos correr fugaces
 De mi florida juventud cargados.
 Sembraron ¡ay! en la tenaz memoria
 Larga cosecha de recuerdos tristes,
 Y volaron despues, y muertos yacen
 De lo pasado en el sepulcro inmenso.
 Ya jamas los veré; no al alma mia
 Las risas volverán, las esperanzas
 Inmortales del bien que en torno vuelan
 De aquella edad de mágicos encantos,
 La franqueza veraz, ni la bondosa

Inexperiencia, que inocente rie,
 Cual á amigo hermanal, á cada humano.
 ¡Sencilla juventud! nueva en el mundo,
 Le prodigas tu amor, porque le ignoras.
 Tu recto corazon, no corrompido
 Con el trato falaz, sordo á las voces
 De la añosa maldad, risueño abriga
 De las virtudes la semilla fértil.
 Así, cerrando su modesto cáliz
 Al nocturno vapor, la adormidera
 Dócil le presta al orante soplo
 Que Febo, al renacer, delante envia.
 Jamas en hondo afán tu erguida frente
 Dobló triunfante el cárdeno cuidado,
 Ni la envidia voraz, pálida hermana
 Del odio adusto, te arrancó en seco
 Llantos de destruccion, ni la perfidia
 Riendo muertes, enseñó á su rostro
 A negar la maldad que dentro hierve.
 ¡Cuándo jamas en tu tranquilo lecho
 Turbulenta ambicion alzando el trono,
 Los sueños ahuyentó para dictarte
 Rencor, deshermandad, crimen y muerte?
 ¡Cuándo avaricia entre inmortal pobreza
 Clavó en tu corazon tímido y solo
 La insaciabilidad del oro insomne?
 Dulce igualdad en fraternal cariño,
 Penas comunes y comunes gozos
 En fortuna comun; almas exentas
 De los pesares y el temor funesto
 Que aislan al mortal.... ¡yo vi aquel tiempo,
 Yo le vi, le gocé, y eternamente
 Su presta fuga llorarán mis ojos!
 Paz, reciproco amor, todo el deleite
 De la vida social fueron mis días
 En aquella estacion, ¡cándida imagen
 De la hermosa unidad de la natura!
 Allí fué el hombre mi oficioso hermano;
 En su querer me saludé felice,
 Y á lo futuro adelanté mi dicha,
 ¡Engañado de mí! que en pos, sin verla,
 Otra edad de dolor ya, ya asomaba
 Do el discolo interes, soplando estéril,
 Sofocára el placer y la inocencia.
 Llega terrible; de mis ojos huye
 La hermosa escena en que viví dichoso,
 Y un nuevo mundo en su lugar parece,
 Do busco en vano la perdida magia.
 ¡Adónde estais, amados compañeros
 De mi primera juventud? ¡adónde
 Os seguiré, que con vosotros halle
 La sencilla amistad, el gozo antiguo
 Y la risueña virtuosa calma?
 Fué, fué, responden, y en la torva frente
 Entronizada la inquietud rugosa,
 Tristes y solos, arrastrados giran
 De la fortuna en la insociable rueda,
 Que entre abismos de mal injusto muere.
 Insensible interes. En vano, en vano
 Fiel la memoria ofrecerá á su pecho
 El antiguo placer, cual dulce fruto
 De la fraternidad y las virtudes.
 Ellos, en tanto que suspiran tristes
 Y en llanto riegan tan feliz recuerdo,
 Nuevos inciensoes quemarán impíos
 A la injusta deidad; y en sus altares
 En propiciarla agotarán acaso
 La sangre y el honor y la inocencia
 De los que amaban en mejores dias.
 El interes gritó: *crimen, fortuna;*
 Y por siempre jamas se disociaron
 Los que amistad unió con lazo tierno.
 Mar incalvable de abisimos ondas
 Que el huracan de las pasiones hincha,
 Donde, aislado el mortal en frágil tabla,
 Sobre la muerte naufragante aleja
 Cual enemigo, y en las aguas hunde
 Al que las palmas moribundas tiende,
 Y asir en él su salvacion procura.
 Tal es, Batilo, el borrascoso mundo
 Do espiraron mis años bonancibles;
 Y tal mudanza por doquier presenta

El hombre gentil. Su niñez recibe
 Una infantil y juventud, hermosa,
 Doce, sensible al maternal acento
 De la natura, que oficiosa halaga
 Su tierno corazón, y le fecunda
 En placer, en virtud, en mil amores,
 Fabricando sobre él un templo augusto
 A la beneficencia. ¡Afan perdido!
 Pronto será que el pestilente sopro
 Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
 Aridice el o el alma infructuosa,
 Sin esperanza la semilla abogue
 Que natura plantó. ¿Dónde está el fuerte
 Que, integra su virtud, resista inmóvil
 El ch que atroz de las voraces ondas
 Que, en inflamado mar de hirviente lava,
 Entre montes de sombras humeantes,
 Ese volcán fulminador arroja,
 Estremeciendo el vacilante suelo?
 No, no te es dado á la humanal flaqueza
 Tan alto esfuerzo, ni arrostrar el riesgo
 Fue prudencia jamas. Al virtuoso
 ¿Qué le resta? ¡infeliz! suspira y huye;
 Rompe llorando los sociales lazos
 Que ¡no debieran! pero al erlmen guían:
 Su oscura probidad y algun amigo,
 Solitario cual él, son su universo.
 ¡Oh Batilo! ¡oh dolor! ¿Es ley forzosa
 Para amar la virtud, odiar al hombre
 Y huirle como á bárbaro asesino?
 ¡Congojosa verdad! Tú has encerrado
 En el sepulcro del dolor mis días.
 ¡Oh! ¿quién me di se el atrasar el tiempo
 Hasta arrancarle mi verdor marchito,
 O siquiera volar con mi Batilo
 A buscarle del Tórnes en la orilla?
 Le encontrara, allí está; por siempre inmóvil
 Entre sus ondas deleznables yace
 Mi adolescencia; por doquier mis ojos
 Halláran restos de sus frescas flores.
 Del Otea, el Zurguen, de la enriscada
 Aspejeza que mira amenazando
 Correr debajo el río hondi-sonante;
 Dequier me hiriera con dulzura triste
 La silenciosa voz de lo pasado.
 «Aquí, diria, deleitables horas
 De co dial amistad en ancho coro,
 Entre las risas del ardiente Baco
 Se te huyeron; allí las largas noches
 Velando ante las aras de Minerva,
 Para siempre, insensibles, te dejaron;
 Acá, de la Academia en los afanos
 Y las contiendas, intornables días
 Pasaron sobre ti; y allá, el Otea,
 De tu Batilo á par, te vió mil veces
 Correr sus huertas, y arrancar riendo
 La lechuga frugal, y á par del Tórnes
 Lavándola en sus aguas circulantes,
 Comerla entre las pláticas sabrosas,
 Nadando el alma en celestial contento.....
 ¡Oh inefable placer! ¡oh hermosas tardes
 De mi felicidad!..... Fucron, Batilo,
 Para siempre jamas; ¡pueda á lo ménos
 Vivir siempre inmortal nuestro cariño,
 Único resto de tan bellos días!

UN AMANTE AL PARTIR SU AMADA.

¡Ay, ay, que parte, que la pierdo! abierta
 Del coche triste la funes a puerta
 La llama á su pr sion. Laura adorada,
 Laura, mi Laura, ¿qué! ¿de mi olvidada,
 Entrás donde esos bárbaros crüeles
 Lójos te llevan de mi lado amante?
 ¡Ay! que el zagal el latigo estallante
 Chasquea, y los ruidosos cascabeles
 Y las esquilas suenan, y al estruendo
 Los rápidos caballos van corriendo.
 ¿Y corren, corren y de mí la alejan?
 ¿La alejan más y más sin que mi llanto
 Mueva á piedad su bárbara dureza?

Parad, parad, ó suspended un tanto
 Vuestra marcha! que Laura su cabeza
 Una vez y otra asoma enristecida,
 Y me clava los ojos: ¡que no sea
 La vez postrera que su rostro vea!
 ¿Y correis, y correis? dejad al ménos
 Que otra vez nuestros ojos se despidan,
 Otra vez sola, y trasponéos luego.
 ¡Corazones de mármol! ¿á mi ruego
 Todos ensordeceis? En vano, en vano
 Cual relámpago el coche se adelanta.
 En pos, en pos mi infatigable planta
 Cual relámpago irá, que amor la guía.
 Laura, te seguiré de noche y día,
 Sin que hondos rios ni fragosos montes
 Me puedan aterrar: tú vas delante.
 Asoma, Laura; que tu vista amante
 Caiga otra vez sobre mis tristes ojos.
 ¿Tardas, ingrata, y en aquella loma
 Te me vas á ocultar? Asoma, asoma,
 Que se acaba el mirar. Sólo una rueda
 A lo léjos descubrió; todavía
 La divisó, allí va; tened, que es mía,
 Es mía Laura; detenet, que os veda
 Robármela el amor: él á mi pecho
 Para siempre la unió con lazo estrecho.....
 ¡Ay! entre tanto que infeliz me quejo,
 Ellos ya para siempre se apartaron;
 Mis ojos para siempre la han perdido,
 Y sólo en mis dolores me dejaron
 El funesto carril por donde han ido.
 ¿Por qué no es dado á mi cansada planta
 Alcanzar su carrera? ¿Por qué el cielo
 Sólo á las aves el dichoso vuelo
 Benigno concedió? Jamas doliente
 Lloré el jilguero de su amor la ausencia;
 Y yo, entre tanto, de mi Laura ausente,
 En soledad desesperada lloro
 Y lloraré sin fin. Si yo la adoro,
 Si ella sensible mis cariños paga,
 ¿Por qué nos separais? En donde quiera
 Es mía, lo será; su pecho amante,
 Yo le conozco, me amará constante,
 Seré su solo amor..... ¡Tristel! ¿qué digo?
 Que se aparta de mí, y á un enemigo
 Se va acercando á quien amó algun día.
 Huye, Laura, no creas, desconfía
 De mi rival y de los hombres todos.
 Todos son falsos, pérfidos, traidores,
 Que dan pesares recibiendo amores.
 ¡Almas de corrupcion! jamas quisieron
 Con la ingénua verdad, con la ternura,
 Con la pureza y la fogosa llama
 Con que mi pecho enamorado te ama.
 Te ama, te ama sin fin; y tú, entre tanto,
 ¿Qué harás de mí? ¿te acordarás? ¿en llanto
 Regarás mi memoria y tu camino?
 ¿Probarás mi dolor, mi desconsuelo,
 Mi horrible soledad? Astro del cielo,
 ¡Oh sol, hermoso para mí algun día!
 Tú la ves y me ves, ¿dónde está ahora?
 ¿Qué hace! ¿vu-lve á mirar? ¿se affige? ¿llora,
 O rie con la imágen lisonjera
 De mi odioso rival que allá la espera?
 ¿Y ésta es la paga de mi amor sincero?
 ¿Y para csto, infeliz, desesperado
 Sufro por ella y entre angustias muero?
 ¡Ah! ninguna mujer ha merecido
 Un suspiro amoroso ni un cuidado.
 Tan prontas al querer como al olvido,
 Fáciles, caprichosas, inconstantes,
 Su amor es vanidad. A cien amantes
 Quieren atar en su cadena á un tiempo,
 Y rien de sus triunfos, y se ac laman,
 Y á nadie amaron porque á todos aman.
 ¿Y mi Laura también!..... No, no lo creo:
 Yo vi en sus ojos que me hablaba ausioso
 Su veraz corazón: todo era mío:
 Yo su labio escuché, y su labio hermoso
 Mío le declaró: cuantos oyeron
 Sus palabras, sus ayes, sus gemidos,
 «Es tuyo y todo tuyo», me dijeron,

Es mío, yo lo sé; que en tiernos lazos
 Mil y mil veces la estreché en mis brazos,
 Y al suyo uní mi corazón ardiente,
 Y juntos palpitaron blandamente,
 Jurando amarse hasta la tumba fría.
 ¡Oh memoria cruel! ¿Adónde han ido
 Tantos, tantos placeres? Laura mía,
 ¿Dónde estás, donde estás, que ya mi oído
 No escuchará tu voz armoniosa,
 Mucho más dulce que la miel bíblica;
 Que si cesar mi vista lagrimosa
 Te buscará sin encontrarte? Al *Prado*,
 Que tantas veces á tu tierno lado
 Me vió, soberbio en mi feliz ventura,
 Iré, por tí preguntaré, y el *Prado*,
 «No está aquí», me dirá, y en la amargura
 De mi acerbo dolor, en tantos lugares
 Allí tocó tu delicada planta,
 Todos los regaré con largo llanto,
 En cada cual hallando mil pesares
 Con mil recuerdos. Bajaré perdido
 A las *Delicias*, y con triste acento,
 «Laura, mi Laura», clamaré, y el viento
 Mi voz se llevará; y allí, tendido
 Sobre la dura solitaria arena,
 Pondráse el sol y seguirá mi pena.
 A tu morada iré; con planta incierta
 Toda la correré desesperado,
 Y toda, toda la hallaré desierta.
 Furioso bajaré, y á mis amigos,
 De mi ardiente pasión fieles testigos,
 Preguntaré en silencio por mi amante,
 Y ellos, la compasión en el semblante,
 Nada responderán. ¿Desventurado!
 ¿A quién me volveré? Si solo un día
 Durase mi dolor, yo me diría
 Feliz y muy feliz; pero mis ojos
 Un sol y otro verán, y cien tras ellos,
 Y á Laura no verán. Sus labios bellos
 No se abrirán, y entre cordial ternura,
 «Te amo», repetirán mil y mil veces;
 Ni con la suya estrechará mi mano;
 Ni gozará mirando la hermosura
 De su expresivo rostro soberano.
 ¡Ay, que nunca á mis ojos tan hermosa
 Brilló cual hoy cuando de mí partial
 Jamas, jamas lo olvidaré; una diosa,
 La diosa del amor me parecía.
 Si, mi diosa serás, Laura adorada,
 La única diosa á quien mi pecho amante
 Cultos tributará. Ya en adelante
 En todo el orbe para mí no existe
 Más belleza que tú ni más desco:
 Adorarte será mi eterno empleo.
 ¡Oh Guadiana, Guadiana hermoso!
 ¡Oh río entre los ríos venturosos!
 ¡Oh mil veces feliz! Tú á Manzanares
 Su tesoro robaste. Placenteras
 Mirarán á mi Laura tus riberas,
 Contemplando cuál pasan tus olitas,
 Y unas en otras sin cesar se pierden.
 Pensativa al mirarlo, en mi la mente,
 Ocultará en tu rápida corriente
 Con mil lágrimas tristes mil amores.
 ¡Oh si después hacia Madrid corriera!
 A las tuyas mis lágrimas uniera.
 ¡Ay! dila, dila, cuando allí la vieres,
 Que eternamente vivirá en mi pecho
 Su inextinguible amor; que acongojado
 La lloro sin cesar; que, lo he jurado,
 Cuando la sien de Abril ciñan las flores,
 Iré á exhalar entre sus dulces brazos
 Todo mi corazón, y mil amores
 En cambio á recibir; que ella constante
 Pague mi fe, porque en el mundo entero
 No encontrará un amor más verdadero.

Á UN AMIGO, EN LA MUERTE DE UN HERMANO.

Es justo, si: la humanidad, el deudo,
 Tus entrañas de amor, todo te ordena

Sentir de veras y regar con llanto
 Ese cadáver, para siempre innóvil,
 Que fué tu hermano. La implacable muerte
 Abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
 Y derribó en él. ¡Ay! á su vida
 ¡Cuántos años robó, cuánta esperanza!
 ¡Cuánto amor fraternal, y cuánto, cuánto
 Miserable dolor y hondo recuerdo
 A su hermano adelanta y sus amigos!
 Vive el malvado atormentando, y vive,
 Y un siglo entero de maldad completa,
 Y el honrado mortal, en cuyo pecho
 La bondadosa humanidad se abriga,
 ¡Nace y deja de ser! ¡Ay! llora, llora,
 Caro Fernandez, el fatal destino
 De un hermano infeliz: también mis ojos
 Saben llorar, y en tu aflicción presente
 Mas de una vez á tu amistad pagaron
 Su tributo de lágrimas. ¡Si el cielo
 Benigno oyera los sinceros votos
 De la ardiente amistad! Al punto, al punto
 Hacia el cadáver de tu amor volando,
 Segunda vida le inspiraría, y le do
 Presentándole á ti, «toma, dijera,
 Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo.»
 Mas ¡ay! el hombre, en su impotencia triste,
 No puede más que suspirar deseos.
 La losa cae sobre el voraz sepulcro,
 Y cae la eternidad; y en vano, en vano
 Al que en su abismo se perdió, le llaman
 De acá las voces del mortal doliente.
 Ni poder, ni virtud: ni humildes ruegos,
 Ni el ¡ay! de la viudez, ni los suspiros
 De inocente orfandad, ni los sollozos
 De la amistad, ni el maternal lamento,
 Ni amor, el tierno amor, que el mundo rige;
 Nada penetra los oídos sordos
 De la muerte insensible. Nuestros ayes
 A los umbrales de la tumba llegan,
 Y escuchados no son; que los sentidos
 Allí cesaron, la razón es muda,
 Helóse el corazón, y las pasiones
 Y los deseos para siempre yacen.
 Yacen, sí, yacen; el dolor, empero,
 También con ellos para siempre yace,
 Y la vida es dolor. Llama á tus años,
 Caro Fernandez; sin pasión pregunta:
 ¿Qué has sido en ellos? y con tristes voces
 Dirán: «Si un día te rió sereno,
 Ciento y ciento tras él, tempestuosos
 Tronando sobre tí, huellas profundas
 De mal y de temor sólo dejaron.
 Hórrido yermo de inflamada arena
 Do entre aridez universal y muerte
 Solitario tal vez algún arbusto
 Se esfuerza á verdear; tal es la imagen
 De esta vida cruel que tanto amamos.
 Enfermedad, desvalimiento, lloro,
 Ignorancia, opresión; este cortejo
 Nos espera al nacer, y apesadumbra
 La hermosa candidez de nuestra infancia,
 Que en nada es nuestra. Los demas ordenan
 A su placer de nuestro débil cuerpo,
 Y nuestra mente á sus antojos sirve.
 Si nuestro llanto á su indolencia ofende,
 Manda que pare su feroz dureza,
 O su bárbara mano enfurecida
 Sobre nosotros cae. ¡Niño infeliz!
 Llora ya, llora, cuando apenas naces,
 De la injusticia la opresión sangrienta,
 Y el desprecio, el baldon y tantos males,
 Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan.
 Tus años correrán, y por tus años
 Hombre te oirás decir; mas siempre niño
 Entre niños serás. Injusto y justo,
 Opressor y oprimido todo á un tiempo,
 De tus pasiones en el mar furioso
 Perdido nadarás. En lucha eterna
 De acciones y deseos, mal seguro,
 No sabrás qué querer; y fastidiado
 Con lo presente, volarás ansioso
 A otro tiempo y lugar, buscando siempre

Allá tu dicha donde estar no puedas.
 ¡Y qué valdrá que en tu virtud contento
 Goces contigo, si mirando en torno,
 Verás la humanidad acongojada
 Largamente gemir? Despedazado
 Tu tierno corazón, verá los males,
 Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro,
 Solo un estéril lloro es el consuelo
 Que puede dar su caridad fogosa.
 ¡Hay pena igual á la de oír al triste
 Sufrir sin esperanza? ¡Oh muerte, muertel
 ¡Oh sepulcro feliz! ¡Afortunados
 Mil y mil veces los que allí en reposo
 Terminaron los males! ¡Ay! al ménos
 Sus ojos no verán la escena horrible
 De la santa virtud atada en triunfo
 De la maldad al victorioso carro.
 No escucharán la estrepitosa planta
 De la injusticia quebrantando el cuello
 De la inocencia desvalida y sola;
 Ni olerán los sacrilegos incienso
 Que del poder en las sangrientas aras
 La adulación escandalosa quema.
 ¡Oh cuánto no verán! ¡Por qué lloramos,
 Fernandez mio, si la tumba rompe
 Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
 Tus dolorosas lágrimas; tu hermano
 Empezó á ser feliz: sí, cese, cese
 Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
 A tus amigos tu doliente rostro,
 Y á tu querida esposa y á tus hijos.
 El pequeñuelo Hipólito, suspenso,
 El dedo puesto entre sus frescos labios,
 Observa tu tristeza y se entristece;
 Y, marchando hácia atras, llega á su madre
 Y la aprieta una mano, y en su pecho
 La delicada cabecita posa,
 Siempre los ojos en su padre fijos.
 Lloras y llora, y en su amable llanto
 ¿Qué piensas que dirá? «Padre, te dice,
 ¿Será eterno el dolor? ¿no hay en la tierra
 Otros cariños que el vacío llenen
 Que tu hermano dejó? Mi tierna madre
 Vive, y mi hermana, y para amarte viven,
 Y yo con ellas te amaré. Algun día
 Verás mis años juveniles llenos
 De ricos frutos, que oficioso ahora
 Con mil afanes en mi pecho siembras.
 Honrado, ingenuo, laborioso, humano,
 Esclavo del deber, amigo ardiente,
 Esposo tierno, enamorado padre,
 Yo seré lo que tú. ¡Cuántas delicias
 En mí te esperan! Lo verás: mil veces
 Llorarás de placer, y yo contigo.
 Mas vive, vive: que si tú me faltas,
 ¡Oh pobrecito Hipólito! sin sombra,
 ¡Ay! ¿qué será de ti huérfano y solo?
 No, mi dulce papá; tu vida es mía,
 No me la abrevies, traspasando tu alma
 Con las espinas de la cruel tristeza.
 Vive, sí, vive; que si el hado impío
 Pudo romper tus fraternales lazos,
 Hermanos mil encontrarás doquiera,
 Que amor es hermandad, y todos te aman.
 De cien amigos que te rien tiernos,
 Adopta á alguno, y si por mí te guías,
 Nicasio en el amor será tu hermano.»

EN LA AUSENCIA DE CLOE.

Espera, tente, ¿por ventura esquivas
 Mi sincera pasión? ¡Huyes, ingrata,
 De quien nació para adorarte!..... ¿Adónde,
 Adónde has ido, celestial imagen
 De mi querida Cloe? Ahora, ahora,
 En este punto, en mis amantes brazos
 La vi, estreché mi corazón al suyo,
 Y palpitaba y palpitó, y mis ojos
 En los suyos ardieron, y mis labios
 En los suyos pegué, y un alma sola
 Entre los dos erró. Lo vi, no es sueño,

No es mentida ilusión; ¡cabe, por suerte,
 Tanta verdad en la apariencia vana?
 Aquí ha de estar; la llamaré: ¿Mi Cloe,
 Cloe, mi Cloe?..... Tenderé los brazos,
 Y á mis brazos vendrá. Cloe, ¿qué esperas?
 ¿Cloe, mi Cloe?..... Pero ¿en cuál delirio
 Así me arrastra mi exaltada mente?
 La llamo, y ella en apartad climas
 Mi voz no escucha. ¿Para qué destierras,
 Sol importuno, las piadosas sombras
 De la noche feliz? Dichoso en ella,
 Yo me gozaba en la mentida magia
 De un sueño bienhechor: ¡criel llamaste
 Con tu luz á mis párpados tranquilos,
 Y abrí inocente, y con mi dulce sueño
 Voló mi dicha y empecé mi llanto.
 ¡Astro de maldición! huye, apresura
 Tu giro de dolor; cae, y en tu ocaso
 También mi vida para siempre caiga.
 ¡Puedan los rayos de tu nuevo oriente
 En el féretro hallar mis yertos ojos
 Cerrados á tu luz, cayendo en torno
 El llanto de mi madre y mis amigos!
 Gocen, ¡ay! gocen de tu hermosa lumbre
 Los que, impacientes con la noche, anhelan
 Por tu presencia, y á la aurora llaman.
 Mas yo, ¡infeliz! que de mi Cloe léjos,
 No puedo ver su idolatrado rostro,
 ¿Qué es el sol para mí?..... ¡Triste! ¡algún día
 Me hizo también su resplandor dichoso!
 Al asomar su refulgente carro,
 Latiendo el pecho, la veré exclamaba,
 Y la vía en verdad. Ora risueño
 A su morada en la mitad del día
 Iba con planta presurosa, y Cloe
 Ya me esperaba. Los amantes brazos
 Al verme abría, y en su pecho ardiente
 Estrechándome tierna, un dulce beso,
 Un beso, todo amor, entre mis labios
 Iba á esconder; y luego me miraba
 Y sonreía, y de su boca en torno
 Mil y mil besos para mí nacían.
 ¡Ay! ¿dónde huyeron tan alegres horas?
 ¿Dónde están los juegos cariñosos, dónde
 Las lágrimas de amor, los juramentos
 De una eterna constancia, los desmayos,
 Los ayes de placer, las blandas quejas,
 Los enojos tal vez, nuncios felices
 De un cariño mayor en nuevas paces?
 Cloe, ¿dónde estás? Desesperado corro
 Por todas partes en tu busca, y hallo
 En todas partes soledad. Perdido
 Voy á los olmos, cuyas verdes ramas
 Una vez y otra en las serenas tardes
 Te miraban pasar, y allí sentado
 Esperándote estoy. Pasan las bellas,
 Pasan y pasan, y la noche viene;
 Pero mi amante no. ¿Qué es esto, Cloe?
 Cloe, ¿qué es esto? Cuando sólo vivo
 Al resplandor de tus hermosos ojos,
 ¿Así permites que en perpétua noche
 Me consuma el dolor? ¡Esta es la paga
 De tanto amor como mi ardiente pecho
 Anidó para tí, para tí siempre,
 Y sólo para tí? ¡Y eres piadosa?
 Iré: mis labios en aquesta noche
 El nombre odioso te darán de ingrata,
 Iré al instante; en tu mansion ahora
 Entrar furioso me verás. Partamos:
 La diré..... la diré..... ¡Poder del cielo!.....
 ¡Ay! las antorchas que en la noche umbría
 La entrada á su mansion iluminaron
 Todas muertas están: están cerradas
 En silenciosa oscuridad las puertas.
 Ha partido, es verdad; partió, y en vano
 Mi amor la busca en su fatal delirio.
 Ha partido por fin, y triste y solo,
 No habrá en la tierra quien me diga: «Te amo.»
 Ha partido por fin, y á mí me deja
 Cual huerfanito que la sombra pierde
 De su madre al nacer. Solo en el mundo,
 Estas lágrimas solas me acompañan;

Estas amargas lágrimas, que riegan
De su morada las paredes frías.
¡Paredes de mi amor! ¡ay si albergasen
Entrañas de piedad! Ellas conmigo
Llorarian también, ellas me amarán
Como las amo yo; pero mi labio
Las toca sin cesar, y ellas, heladas,
Mis besos y mis lágrimas reciben
Sin dolerse de mí. Guardad al menos
Estos cariños, y decid á Cloe
Cuando retorne á vos: «Aquí tu amante
Todas las noches te lloró, y entre ayes
Mil y mil veces repitió tu nombre,
Al són tal vez de la ruidosa lluvia.
Allí le vimos (levantando al cielo
Los mustios ojos, que despues volvia
Hacia el lugar adonde tú partiste)
Mil bendiciones enviar á Cloe.
Besaba el aire en su ilusión, diciendo:
«Acaso este aire tenderá sus alas
Y hacia ella volará, y jugando en torno
De sus mejillas, la dará mi beso.»
Despues, clavando con ardor la mano
Sobre su corazón, «hasta el sepulcro,
Más allá del sepulcro, eternamente
Suyo todo será, clamaba; y luego
¡Pueda un día, una hora, un mismo instante,
Abrazados los dos en nudo estrecho,
Sus labios y sus ojos en los míos
Mi pecho y corazón clavado al suyo,
Vernos así espirar! ¡Pueda una tumba,
Pueda un solo ataúd cerrar piadoso
Nuestras cenizas en descanso eterno!»
Aquesto la diréis; mas no: ¿quién sabe
Si entónces ella me amará, si odioso
Ya le será mi desdichado nombre?
Nombre que un día recreó su oído.
¡Ay, ay! tal vez su corazón prendado
De otro amante mejor.... Ámame, Cloe,
Ámame, si, como su amor te ria,
Mi lengua callará; mi triste labio,
Mudo á las quejas, se abrirá tan sólo
Para colmarto en bendiciones. Ama,
Sé tú feliz, y más que yo perezca.
«¡Ella es feliz!», exclamaré muriendo,
Y alegre exhalaré, pensando en Cloe,
Mi último amor con mi postrer suspiro.

LA ROSA DEL DESIERTO.

¿Dónde estás, dónde estás, tú, que embalsamas
De este desierto el solitario ambiente
Con tu plácido olor? Con él me llamas
Hacia tí más y más, te busco ardiente,
E ingrata á mi cuidado,
Triste me dejas en mi afán burlado.
Bella entre flores bellas,
¿Por qué te escondes y mi amor esquivas?
¿Temas que yo prefiera
A tu hermosa franqueza la al' anera
Pompa del tulipán ó la inodora
Anémone, que al iris desafia,
O del clavel la majestad grandiosa?
No; todo cede para mí á la rosa,
La rosa es mi placer; vén, vén, ofrece
Tu modesta beldad á mi deseo,
¡Oh rosa virginal! ¡Me engaña, ó veo
Su purpúreo color que allí aparece
Por entre una quebrada?
Es, es, no hay duda; en los paternos brazos
De su rosal sentada,
Con lentitud se mece
Al movimiento blando
De un ceñirillo que la está besando.
¡Oh, salve, salve! que mi vista ansiosa,
Cansada ya de la aridez penosa
Que en torno te rodea,
Al fin en tu belleza se recrea.
¡Oh flor amable! en tus sencillas galas,
¿Qué tienes, di, que el ánimo enajenas
Y de agradable suspension le llenas?

En cada olor que, liberal, exhalas,
De tu cáliz ingenuo, un pensamiento,
Un recuerdo, un amor.... no sé qué siento
Allá, dentro de mí, que, enternecido,
Suelto la rienda al llanto,
Y encuentro en mi aflicción un dulce encanto.
Sola en este lugar, ¿cuándo, qué mano
Pudo plantarte en él? ¿Fue algún anciano,
Que recordó sus días juveniles
Pasando por aquí, y al ver su muerte,
En recogerlos se afanó y guardarlos
Dentro de tu raíz, ó fué un amante,
Que abandonado ya de una inconstante,
Huyó á esta soledad, queriendo, triste,
Olvidar á su bella,
Y este rosal plantó, pensando en ella?
Era un hombre de bien, del hombre amigo,
Quien un yermo infeliz pobló contigo,
Que, en medio á la aridez, así pareces
Cual la virtud sagrada
De un mundo de maldades rodeada.
¡Ah! rosa es la virtud, y bien cual rosa
Donde quiera es hermosa,
Espinas la rodean donde quiera,
Y vive un solo instante,
Como tú vivirás. ¡Ay! tus hermanas
Fueron rosas también, también galanas
Las pintó ese arroyuelo, cual retrata
En tí de tu familia la postrera.
Del tiempo fugitivo imagen triste,
El corre, correrá y en su carrera
Te buscará mañana con la aurora
Y no te encontrará; que ya esparcidas
Tus mustias hojas, sin honor caidas
Sobre la tierra dura,
El fin le cantarán de tu hermosura.
¡Oh, si me fuese dado
Tus horas prolongar, cediendo un día,
En tu favor, del tiempo que me toca!
Gozoso más en breve marcharía
Hacia mi tumba helada,
Porque durase más mi flor amada.
¡Imposibles sueños! ¡Ay! si quiera
Toma, guarda ese beso
De mi amistad sincera,
Y esa parte de mí contigo muera.
¡Y qué! sola, olvidada,
Sin que su labio y su pasión imprima
En tí ninguna amante,
¿En fin perecerás sin ser llorada?
¿No volará en su muerte
Ningun ¡ay! de tristeza
De la fresca belleza
Que en tí contemple su futura suerte?
¡Oh Clori, Clori! para tí esta rosa,
Bella cual mi cariño,
Aquí nació: la cortará mi mano,
Y allá en tu pecho morirá gloriosa.
Guarda, tente, no córtés, y perdone
Clori esta vez; que por ventura injusto
Bajará á este lugar algun celoso,
Venganzas meditando allá en la mente
De una triste inocente,
Que amarle hasta morir en tanto jura,
Al mirar esta rosa, de repente
Se calmarán sus celos, y bañado
En llanto de ternura,
Maldecirá su error, y arrepentido
Irá á abjurarle ante su bien postrado,
O la verá tal vez algun esposo
Ya en sus cariños frío,
Y, la edad de sus flores recordando,
Fija la mente en su marchita esposa,
Clamará en su interior: «También fué rosa»,
Y con este recuerdo despertando
El fuego que en su pecho ya dormía,
La volverá un amor que de ella huía.
Y ¿quién sabe si acaso maquinando
La primera maldad, con torvo ceño
Vendrá algun infeliz, solo, perdido,
De pasiones terribles combatido?
Al llegar donde estoy, verá esta rosa,

La mirará, se sentará á su lado,
E ignorando por qué, su pecho, herido
De una dulce ternura,
Amará, de mi flor estimulado,
La belleza moral de su belleza.
¡Ay! que del crimen al cadalso infame
Tal vez ese infeliz se despenhara
Si esta rosa escondida
La virtud en su olor no le inspirára.
Queda, sí, queda en tu rosa prendida,
¡Oh rosa del desierto!
Para escuela de amor y de virtudes;
Queda, y el pasajero,
Al mirarte, se pare y te bendiga,
Y sienta y llora como yo, y prosiga
Más contento su próspero camino,
Sin que te arranque de tus patricias lares.
¡Es tan larga tu edad para que quiera
Cortarte, acelerando tu carrera?
No; queda, vive, y el piadoso cielo
Dos soles más prolongue tu hermosura.
¡Puedas, lozana y pura,
No probar los rigores
Del bárbaro granizo,
Ni los crudos ardores
De un sol de muerte, ni jamás tirano
Tus galas rompa el ródor gusano.
No; dura, y sé feliz cuanto desca
Mi amistad oficiosa;
Y feliz á la par contigo sea
La abejilla piadosa
Que, en tu cáliz posada,
Hace á tus soledades compañía.
Adios, mi flor amada,
Adios y eterno adios. La tumba fría
Me abismará también; mas si cu mi musa
Llego á triunfar del tiempo y de la muerte,
Inseparable de tu dulce amigo
Eternamente vivirás conmigo.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FUERTEHÍJAR,
EN LOS DÍAS DE SU ESPOSA.

¡Duermes, Germano, y el rosado Oriente
Va á proclamar el venturoso día
De tu más tierno amor? ¡Duermes, y en tanto
Vela tu amigo y á gozar te llama,
Y no atiendes su voz? Tal vez nos llegan
Las horas de placer, nos ven dormidos,
Y pasan y huyen, y el placer las sigue
Para nunca volver. El sueño entonces
¿Qué deja en pos sino pesar estéril?
Duerman los tristes; pero tú despierta,
Vén, vén: al punto á recibir marchemos
Entre las verdes pensativas ramas
De un desmayado saúz, el primer rayo
Del astro de la luz. Él, insensible,
Por la profunda soledad del cielo
Va silencioso en perennal viaje.
Si tú le esquivas, á tus voces sordo
Este sol pasará, y ¡oh cuánto, cuánto
Otro cual él se tardará en lucirte!
Este es el sol que de tu amable esposa
Cuenta los años. De la oscura noche
Léjos, un día amaneció radiante,
Y allí con él desde el materno seno
También Lorenza amaneció, Lorenza
Antes de lo que fué y es en la nada.
En ella busca á su querido objeto
Y le halla y le ama; y desde allí volando,
Corta lo por venir, entra en la tumba
Y ama en la tumba y en la tumba vive.
Distancias desconoce: en breve espacio
Lleva en el alma el universo entero.
No hay edades en él ni hay estaciones;
Que eterna primavera es el cariño;
Todo lo anima, lo embellece todo,
Cual embellece para tí, oh Germano,
Este día feliz. Y ¿qué! ¿tú solo
En él te gozarás? No, tus placeres
De tus amigos son; ellos tus penas

Sentirán otra vez. Nicasio te ama
Y ama á tu esposa, y ¡lo ignorais? Nicasio
Sabe también amar. ¡Oh cuál palpita
De júbilo mi pecho! Vén, estrecha,
Germano mío, en tus amigos brazos
Mi ardiente corazón, y á par del tuyo
Lata más vivo y tu placer redoble.
¡Oh cuál en ellos mi amistad se inflama!
¡Cuántos deseos de cariño hermoso
Hincan mi corazón, que allá en el pecho
Ya no acierta á caber! Es recha, estrecha
Dolor hermoso de su tierna madre.
Ella nació, para tí nació,
Y lo ignorabas tú. ¿Y en dónde estabas,
Dime, ó cuál eras en aquel instante?
Indímite garzon, entre los juegos
De tu edad bulliciosa te perdías,
Ciego á lo porvenir y á lo pasado.
¿Quién te dijera que á distancia tanta,
Léjos, allá en el gáditano suelo,
Del alma una mitad hoy te nacía?
¿Que de Lorenza la inocente cuna
Mecían la piedad, las tiernas gracias,
La compasión, la ingenuidad hermosa,
Tanto y tan bello amor como adelante
Para siempre tu pecho cautivaron?
¡Oh cuántas veces te alumbró este día
Igual á los demás, y confundido
Entre el vulgo de días le olvidaste!
¿Cuántas, cuántas después, cuando Lorenza
Con su querer le ennoblecía á tus ojos,
Fija la mente en los que ya pasaron,
En medio de dos lágrimas lanzaste
Un ¡ay! de amor, clamando entristecido:
«¡Oh, si posible el atrasarlos fuese,
Y de uno en otro, de mi esposa al lado,
Ir ascendiendo hasta el feliz instante
Que la miró nacer! Allí naciera
Mi cariño también; ella vería
Todo el espacio de su vida hermoso
Sembrado con mi amor desde su cuna.
Ma: ignorada para mí en su infancia,
No pude verla palpar dormida
Entre los pechos que manaron píos
En su boquita el cándido sustento.
Saltó jugando en su niñez traviesa,
Y no pude alternar allí en sus juegos
Ni sonreír con sus pueriles gracias.
Su adolescencia las primeras flores
Brotó lozana, y para mí no fueron.
¡Ay cuántos años sin su amor perdidos!»
¿Perdidos? no: con tu pesar amante,
Pesar hermoso de las almas tiernas,
Los haces revivir y amas en ellos,
Así el amor lo que perdió desquita,
Y poderoso el sepulcral vacío
Llena de lo que fué con lo presente.
La misteriosa eternidad del tiempo,
La inmensidad del insondable espacio
Es estrecha prisión para el cariño.
No hay límites con él: las alas tiende,
Vuela y penetra lo pasado, y vuela
Más y más cada vez; y así enlazados,
Bien cual hermanos, al salir nos halle
El pacífico sol.... ¡Oh, salve, salve!
¿Le ves, le ves que por las altas cumbres
Su rayo matinal tímido asoma?
¡Oh salve, salve, vencedor glorioso
De la muerte, del caos y la noche!
¡Monarca celestial! ¡brillante imagen
De verdad, de virtud y de hermosura!
¡Vivificante sol! ¡ay! siempre bello
Viendes con profusión por la ancha esfera
De tu lumbré inmortal las ricas galas.
O erie rosas tu vital aliento,
O en soplo abrasador las mieses dores,
O más templado a'egres las colinas
Con el verdor del pampanoso Octubre,
O allá en nublada oscuridad perdido
Cubras el mundo de invernal tristeza,
Siempre eres bello y tu belleza es tuya.
Mas tan bello cual hoy, ¡oh sol! perdona,

Mis ojos no te ven, ni cuando tierno
 La flor primera del Abril nos abres,
 Ni cuando entiera con honor tu ocaso
 Del verde otoño el postrimer suspiro.
 Más hermosa que tú mil y mil veces
 Reluce la amistad, y en este día
 Es la bella amistad quien te hermosa.
 Lorenza brilla en tí. ¡Pueda Lorenza
 Brillar entre su esposo y sus amigos,
 Cual tú feliz en medio á tus planetas!
 ¡Puedas sembrar de rosas y placeres
 Su fausto día, sin que nunca torne
 La vista ansiosa á lo pasado, huyendo
 De lo presente en él! ¡Siempre lograda
 Hasta en los sueños su esperanza vea,
 Y sueñe risas y virtud! ¡Que viva,
 Viva tan larga edad!..... Caro Germano,
 ¡Ay, ay Germano! Las fugaces horas
 Vuelan impías, y tras sí arrebatan
 Días y años y lustros, y en un punto
 Parece la vejez y en pos la muerte.
 ¡Oh, que no fuese á mi cariño dado
 El tiempo detener ántes que traiga
 Ese trance cruel! Nunca mis ojos
 Lo lleguen á mirar! ¡Antes resuene
 En mi hueco ataud el sordo ruido
 De la tierra fatal que cae rodando
 A henchir la soledad de los sepulcros!
 Sí, dulce amigo, con tu amada esposa
 Vive, vive feliz cuanto desea
 Mi fogosa amistad, y pueda el cielo,
 Cortando por piedad mi inútil vida,
 La vuestra prolongar próspera y bella!
 Toma este abrazo para tí, Germano,
 Y éste tambien para tu tierna esposa,
 Y toda el alma recibid en ellos.
 Cuando despues en mi sepulcro yazca,
 Este sol mismo volverá en Agosto,
 Y yo no le veré. Germano, entonces
 Siquiera en un recuerdo de tu mente
 Viva Nicasio, y á tu amable esposa
 Dando ese abrazo, la dirás lloroso :
 « Esto un amigo me dejó en tus días. »

LA PASTORCILLA ENAMORADA.

¿ En cuál hado nací tan funesto,
 Que á perpétuo dolor me condena?
 Allá dentro me aflige una pena
 Que yo siento y no puedo decir.
 Aborrezco lo que ántes amaba,
 Solitaria á llorar me retiro,
 Me pregunta mi madre y suspiro,
 Y respondo : « Yo quiero morir. »

¡ Ay! ¿ dónde están los apacibles días
 Que me vieron contenta
 Pastorear los mansos corderillos?
 De pesares exenta,
 Al són de los acordes caramillos
 Danzando entre las ágiles pastoras,
 Gocé largo placer en breves horas.
 Tal vez en ancho corro
 En medio á mis amigas referia
 Mil divertidos cuentos,
 Y reian conmigo, y yo reia.
 Tal vez se ejercitaban los talentos
 En resolver enigmas misteriosos,
 Y aquella que acertaba,
 Mil parabienes y una flor ganaba.
 ¡ Ay, cuánta y cuánta flor, premios dichosos
 De aquella mi agudeza,
 A mi madre llevé que los guardara!
 Ella los recibia,
 Y despues, repasándolos, decia :
 « Más premios has ganado
 Que las otras zagalas de este prado;
 Toma, toma este abrazo, Silvia mia. »
 ¡ Ay! ¿ qué valieron mis victorias bellas?
 Recogiéndolas hoy, marché con ellas
 A par del sesgo río,

Y de una en una las eché en sus ondas,
 Y vi cómo cayeron,
 Y en ellas, cual mis gustos, se perdieron.
 Ya ni las dulces flores,
 Ni el grato roscar de la mañana,
 Ni el espirar del sol, ni los pastores
 Con sus juegos nativos, nada alcanza
 A templar mis pesares;
 Ni la blanda amistad con sus consuelos,
 Ni de mi madre la cordial ternera;
 Más bien todo redobra mi tristeza.
 Dolor es cuanto siento,
 Cuanto miro es dolor, y triste vaga
 De dolor en dolor mi pensamiento.
 Fileno, ¡ ay Dios! Fileno.....
 Yo fallezco de amor, y él no me paga.
 En el alma clavado,
 Sin poder desecharle, va conmigo;
 Duermo, y allí á mi lado
 Entre sueños le veo;
 Despierto, y allí está con mis amigas;
 A Fileno y no más hallan mis ojos;
 Al bosque solitaria me retiro,
 Y allí á Fileno en cada sombra miro.
 Fileno por doquier; todo es Fileno;
 Y él, el ingrato, en mi dolor sereno.
 ¡ Ay! ni mis ojos mustios,
 Ni el pálido color de mi semblante,
 Ni mi cruel tristeza,
 Ni este morir en juventud perdida
 No ablandan su dureza.
 Todos se duelen de la pobre Silvia,
 Todos se esfuerzan á enjugar mi llanto,
 Todos la buscan; y Fileno en tanto
 Va de la triste huyendo,
 A Galatea por doquier siguiendo.
 Amala, que es hermosa y yo soy fea;
 ¡ Oh quién fuese la bella Galateal
 ¡ Tuviere yo á lo ménos
 Sus negros ojos y las dulces gracias
 De su reir! ¡ Tuviere
 No más que su fortuna!
 Que tan fea no soy si él me quisiera.
 Y aún hay quien, comparándome con ella,
 Dice que soy más bella.
 Mi madre en este día,
 Besándome en sus brazos, lo decia;
 Y mi madre no miente.
 ¿ Y no lo dice claro aquesta fuente,
 Que me retrata ahora en sus cristales?
 Todas mis compañeras
 Y todos los zagales,
 Y las mismas corderas,
 Todos, todos me quieren
 Y en todo á Galatea me prefieren.
 Mas ¿ qué vale, si en tanto
 Yo me consumo en doloroso llanto?

Avecilla en la jaula prendida
 Ve á su par, y le llama piando,
 Y al mirar que se aleja volando,
 Se contrista y no puede vivir.
 Madre, madre, yo soy la avecilla :
 El ingrato no atiende á mi ruego;
 No me es dado apagar este fuego :
 Madre mia, yo quiero morir.

EN ALABANZA DE UN CARPINTERO LLAMADO ALFONSO.

Virtutem..... invenies..... callosas habentem manus.
 SENECA, *De Vita beata*, 7.

Yo lo juré; mi incorruptible acento
 Vengará la virtud, que lagrimosa
 En infame baldon yace indigente.
 En despecho del oro macilento
 Y de ambicion pujante y envidiosa,
 Mil templos la alzaré, do reverente,
 Sus aras perfumando,
 Al orbe su loor iré cantando.
 Nobles magnates, que la humana esencia

Osasteis despreciar por un dorado
Yugo servil, que ennoblecíó un Tiberio,
Mi lira desoid, Vuestra ascendencia,
Generacion del crimen laureando,
Vuestro pomposo funeral imperio,
Vuestro honor arrogante,
Yo los detesto, iniquidad los cante.
Del palacio en la mole ponderosa
Que, anhelantes, dos mundos levantaron
Sobre la destruccion de un siglo entero,
Morará la virtud? ¡Oh congojosa
Chozo del infeliz! á tí volaron
La justicia y razon, desde que fiero,
Ayugando al humano,
De la igualdad triunfó el primer tirano.
Dilo tú, dilo tú, pura morada
Del integro varon; taller divino
De un recto menestral..... ¿Adónde, adónde.....
¿Quién sacrilego habló? ¿Qué lengua osada
Se mueve contra mí porque apadrino
A la miseria del virtud se esconde,
Mi Apolo condenando,
Innoble y bajo al menestral llamando?
¿Innoble? ¡Oh monstruo! ¡En el profundo averno
Perezca para siempre tu memoria
Y tu generacion! ¡Eternamente
Habrémós de ignorar que el sempiterno
Es padre universal? ¿que no hay más gloria
Ante su rectitud inteligente
Que inflexible justicia,
Ni más baldon que la parcial malicia?
Fué usurpacion, que, la verdad nublando,
Distinciones halló do sus horrores
Se ilustrasen. Por ella la nobleza
Del ocioso poder la frente alzando,
Dijo al pobre: «Soy más; á los sudores
El cielo te crió: tú en la pobreza,
Yo en rico poderío,
Tu destino es servir, mandar el mío.»
¿Y nobles se dirán estos sangrientos
Partos de perdicion, trastornadores
De las eternas leyes de natura?
Nobles serán los locos pensamientos
De un sér que innatural huella inferiores
A sus hermanos, y que audaz procura
En sobrehumana esfera
Divinizar su corrupcion grosera?
¿Pueden honrar al apolíneo canto
Cetro, toison y espada matadora,
Insiguas viles de opresion impia?
¿Y de virtud el distintivo santo,
El tranquilo formon, la bienhechora
Gibbia su infame deshonra sería?
¿Y un insecto envilece
Lo que Dios en los cielos ennoblece?
Levantaos, oh grandes de la tierra,
Seguid mis pasos, que á su tumba oscura
Alfonso os llama. Enbiestos y brillantes,
Con más tesoros que Goleonda encierra,
De vuestra claridad y excelsa altura
Presentad los blasones arrogantes,
Que á los vuestros famosos
El va á oponer sus timbres virtuosos.
Recibiólo al nacer sacra pobreza,
Para seguirle hasta el postrer aliento.
Nació, y oyendo su primer vagido,
Voló la enfermedad, y con dureza
Quebrantó su salud, eterno asiento
Fijando en él. Se queja, y al quejido,
Desde el Olimpo santo
Baja virtud para enjugar su llanto.
Crece, y sus padres con placer miraron
Crecer en él la cándida inocencia.
Corrió su edad, esclareció su mente,
Y ya su pecho y su razon le hablaron.
Mira en torno de sí, y es indigencia
Cuanto miró; y al contemplar doliente
Su familia infelice,
Un escoplo tomó, y así le dice:
«Objeto de mi amor, ¡ay! sólo es dado
El sustento al afán, y sólo el vicio
Se alimenta sin él. ¡Ley adorable

De mi adorable Autor! El triste estado
Ves de mis padres, cuánto sacrificio
Merezco á su cariño infatigable:
Ellos de noche y día
Compran con su dolor la dicha mia.
¿Por siempre gemirán? Es tiempo ahora
De amparar su vejez. Escoplo amigo,
Ya te puedo quitar; mi brazo fuerte
A tí se acoge, tu favor implora;
Tú mi apoyo serás y firme abrigo
Contra el hambre y maldad; harás mi suerte
Hasta el día postrero,
Y yo te juro ser fiel compañero.
«Empieza, empieza; y favorable el cielo
Bendiga tu empezar, y á tus labores
Dé rico galardón. Puedas un día
De mi triste familia ser consuelo.
Puedas ¡ay! de mi padre los sudores
Para siempre limpiar, y en compañía
De su divina esposa
Cerrar los ojos en quietud dichosa.
Y entónces, ¡ay! cuando orfandad doliente
Siembre en mis días soledad y lloro,
¿Adónde llevaré la débil planta,
Que temple mi dolor! Tú de mi mente
Las fúnebres imágenes que honoro
Piadoso aparta ya, la antorcha ardiente
Al amor concediendo,
Con dulce esposa mi penar partiendo.
Modelo de virtud, su fértil seno
Sabrá reproducir multiplicadas
Sus virtudes sin fin. Gozos filiales
El bien os ame: su críel veneno
No os soplen las maldades prosperadas.
Estudiad los ejemplos maternos,
Mientras la mano mia
Guarda vuestra niñez de la hambre impia.
¡Seductora ilusion! ¡Oh, quién me diera
En salud floreciente mis labores
No interrumpir jamás! Dios poderoso,
Que, paternal, desde tu angusta esfera,
Del infeliz recibes los clamores,
Yo me postró ante tí: vuelve piadoso
Hacia mí tu semblante,
Y mi quebranto cesará al instante.
Yo no deseo la opulenta suerte
De una alta condicion; tú me la diste:
Cual tuyo adoraré mi humilde estado.
Mas ¡oh mi padre! que tu brazo fuerte
Siempre me aparte de la senda triste
Del vicio; y que, á tu acento, recobrado
Mi vital desaliento,
En mi labor recoja mi sustento.»
Dijo y obró; y al verle, estremecido
El infierno tembló; y el vicio adusto
Miró caer su cetro fulminante.
Por tres veces «Alfonso» repetido
Por los ángeles fué, y, el nombre angusto,
De esferas en esferas resonante,
Dijo el Sér soberano:
Este es el hombre que crió mi mano.
Ven, oh tierra; venid, cielos hermosos,
Cantad las alabanzas del Eterno
Y admirad su poder imponderable:
Ved entre los anhelos trabajosos,
El hambre y el oprobio sempiterno,
Un carpintero vil: inestimable
Tesoro en él se encierra:
Es la imagen de Dios, Dios en la tierra.
Es el hombre de bien: oscurecido
En miseria fatal, nubes espesas
Su virtud anublaron, despremiada
Su difícil virtud. Si, enardecido
De la fama al clarín, arduas empresas
Obra el héroe, su alma es sustentada
Con gloriosa esperanza;
Mas la oscura virtud, ¿qué premio alcanza?
El desprecio, el afán y la amargura:
Tal fué de Alfonso el galardón sangriento.
Sacrificado á la inmortal fatiga,
¿Cuál fruto recogió? La parca dura,
Debilitando su vital aliento

Desde el mismo nacer, hizo, enemiga,
Que en trabajo inclemente
Fuera estéril sudor el de su frente.

Via á sus hijos y á su amante esposa
En las garras del hambre macilenta
Prontos á perecer; en vano, en vano
La enfermedad ataba poderosa
Sus miembros al dolor. Su alma, atenta
Al ajeno sufrir, su estado insano
Olvida, y en contento

Dobla por sus amores su tormento.
¡Oh tú, esposa feliz de un virtuoso,
Perpétua infatigable compañera
De su eterna aflicción ¡Teresa amable!
¿No es cierto que jamas tu santo esposo
Murmuró en su pesar? ¿que lastimera
Su pobreza adoró? ¿que inviolable
Su planta religiosa

Huyó de la maldad ménos costosa?

Y vosotros, oh prendas inocentes
De su inocente amor, hijos preciados
De Alfonso, hablad: decidnos las lecciones
Que os dictó ejecutando, los dolientes
Que tierno consoló, los angustiados
Que su hambre sustentó, los corazones
Que su atractivo ejemplo
Llevó rendidos de virtud al templo.

Bondad fué su vivir: en su semblante
Hablabla la deidad. ¡Oh cuántas veces
Mi espíritu, en respetos abismado
Ante tu majestad, probó el triunfante
Imperio de virtud! Mis altiveces
Allí desaparecian, y humillado
A sus palabras santas,

Tal vez quiso besar sus dignas plantas.

Yo le vi..... yo le vi..... ¡Funesto dial
Para siempre le vi..... Pálida muerte
Volaba en torno dél. ¡Infortunado!
Que el penúltimo sol entonces via.
Jamás, jamás su enfurecida suerte
Ostentó más rigor. Desfigurado,
Con furibundo acento
Me demandó su postrimer sustento.

¡Sacrosanta virtud! ¿Tú suplicante
A mí, débil mortal? Tú, tú lo viste,
Omnipotente Dios, el amargura
Que mi pecho bebió en aquel instante.
Nunca el sol para mí lució más triste:
Lloré mi dicha, ansié la tumba oscura,
Y ¡ojalá quien me diera
Que en el lugar de Alfonso padeciera!

Disipad, destruid, oh colosales
Monstruos de la fortuna, las riquezas
En la perversidad y torpe olvido
De la santa razón; criad brutales
En nueva iniquidad nuevas grandezas
Y nueva destrucción; y el duro oído
A la piedad negando,
Que Alfonso espire, en hambre desmayando.

¿Esto es ser noble? vuestro honor sangriento
En la muerte de Alfonso ¡ay, ay, que espiral
Pesadumbres, huid; cesad siquiera
De atormentar su postrimer aliento.
Inútil ruego. Adonde el triste mira,
Aflicción. Con sus hijos lastimera
Su esposa se le ofrece,

Y cuanto sufrirán él lo padece.

¡Dolorido varón! Ni un solo día
Alegre te miró, ni un solo instante
Rió tu probidad. Torvos doctores,
Vos, que enseñais que con la tumba fría
Cesan el bien y el mal, ved espirante
A Alfonso. Su virtud entre dolores,
¿Es nada, es nombre vano,

O hay un otro vivir para el humano?

Hay otro estado, donde espera el justo
Eterno galardón. ¡Ah! vuela, vuela,
Del santo Alfonso espíritu dichoso,
A la patria inmortal, adonde augusto
Te llama el Dios que justifico vela
Por su amada virtud. Paró nublado
Su invierno, y placentera

Ya le rie inmortal la primavera.

Goza, goza en la paz inalterable
El fruto dulce de tu amable vida.
Bebe de las delicias que en torrentes
Manan sin descansar del Inefable.
Yo entre tanto á la tumba oscurecida
Iré do tus cenizas inocentes
Yacen, y mis dolores
Mitigaré cubriéndola de flores.

Iré, la bañaré con triste llanto
En tributo anual, y cuando horrendo
El falso vicio deslumbrarme intente,
Allí te buscaré. Tu nombre santo
Invocará mi voz, y, el vicio huyendo,
A mi clamor la sombra reverente
Saldrá, y en soplo frío
Volverá la virtud al pecho mío.

¡Oh sepulcro que guardas el reposo
De tan justo mortal! Hasta la muerte
Has de ser mi lección. Tú la inocencia
Me enseñarás; lo honesto y virtuoso
Leeré en tu oscuridad; harás que fuerte
Sepa amar el afán y la indigencia;
Y que, allí atrincherado,
Huelle el poder del crimen entronado.

LA ESCUELA DEL SEPULCRO.

Á la señora Marquesa de Fuertehijar, con motivo de la muerte do
su amiga la Marquesa de las Mercedes.

¿Adónde, adónde los dolientes ojos
Vuelves? ¿Qué buscas, ó por quién exhalas
Tanto suspiro de dolor y angustia?

¿Qué atiendes, di, que el respirar parando,
El alma toda en el oído clavas,
Ansiosa de escuchar? En vano, en vano
Anhelas por oír: la quieta noche
A los mortales con su sombra encierra
Y acalla al mundo, que tranquilo yace
En un mar de silencio sumergido.
Mas ¡ay! ¿cuál són tan á deshora turba
La silenciosa paz de las tinieblas?

Y cesa, y vuelve á resonar, y pára,
Y resuena otra vez? Lloras, sí, lloras
Tu amarga soledad, oh triste amiga;
Gime, lamenta sin cesar, tu pecho
Se parta de dolor, y al labio envíe
El ¡ay! de la amistad desesperada.
El bronco són que tus oídos hiere,
Es la trompeta de la muerte, el doble
De la campana, que terrible dice:

«Fué, fué tu amiga. La que tantas veces
Te vió y te habló, y en sus amantes brazos
Tan fina te estrechó, y en tus mejillas
Su cariño estampó con dulces besos;
La que en su mente consagró tu imagen
Y en cuyo corazón un templo hermoso
Te erigió la amistad do siempre ardía
Tanto y tan puro amor, ya por las olas
Fué de la eternidad arrebatada:

Ahora mismo á su cadáver yerto,
En estrecho ataúd apisonado,
Alumbrarán con dolorosa llama
Tristes antorchas del color que ostentan
Las mustias hojas que al morir otoño
Del árbol paternal ya se despiden.
Ahora mismo yacerá en la síma
De la tumba infeliz, hollando lutos
Negros, más negros que nublada noche
En las hondas cavernas de los Alpes.
En torno de ella, y apartando el rostro
De su espantable palidez, sentados,
Compañía la harán los que otro tiempo,
Tal vez colgados de su voz, pendientes
De un giro de sus ojos, estudiaban
Su voluntad para servirla humildes.
Esta será ¡ay dolor! la vez postrera
Que la visiten los mortales, ésta
Su tertulia final y último obsequio
Que el mundo la ha de hacer. Sí; que estos cantos
Con que del templo la anchurosa mole

Temblando tura en rededor retumba,
 Su despedida son, son sus adioses.
 El largo adios final. ¡Oh tú, Lorenza,
 Ven por la última vez, ven, ven conmigo,
 Y á tu amiga verás; verás al ménos
 El cuerpo que amó; verás reliquias
 De una nada que fué! Mira que tardas,
 Y nunca, nunca volverás á verla,
 Nunca jamas; que ya sobre sus hombros
 Cargaron los ministros del sepulcro
 El ataúd, y marchan y descienden
 Con el á la morada solitaria
 Del oscuro no ser. Allí en los muros
 Cien bocas abre la insaciable muerte,
 Por donde traga sin cesar la vida.
 Y á tí, ¡oh *Quero* infeliz! ¡oh malograda!
 ¡Oh atropellada juventud! Caiste,
 Bien como flor que en su lozana pompa
 Hollada fué por la ignorante planta
 De un pasajero sin piedad. Caiste,
 Y ya otro rastro de tu ser no queda
 Que las memorias que de ti conserven
 Los que te amaron. Pasarán los dias,
 Y las memorias pasarán con ellos;
 Y entonces ¿qué serás? El nombre vano,
 El nombre solo en tu sepulcro escrito,
 Con que han qu rido eternizar tu nada.
 Tirano el tiempo, insultará tu tumba,
 Con diente agudo rócrá sus letras,
 Berrará la inscripcion, y nada, nada
 Serás por fin. ¡Oh muerte, muerte im! ¡al
 ¡Oh sepulcro voraz! en tí los seres
 Deshechos caen; en tí generaciones
 Sobre generaciones se amontonan,
 En tí la vida sin cesar se estrella,
 Y de tu abismo en la espantosa márgen
 El tiempo destructor está, sañudo,
 Arrojando los siglos despedados.
 ¿Qué son ahora los primeros dias,
 La edad primera de la tierra? ¿En dónde
 Las que fueron despues hoy halláremos?
 ¿Sóstr.s dónde está? ¿Dónde el gran Ciro,
 Babilonia y Semíramis? Pasaron,
 Cortando el tiempo, cual veloz saeta
 Que el aire hiende sin que rastro alguno
 Deje de su pasar. ¿Qué son ahora
 Los Césares, los Jerges, los Timures
 Y los héroes famosos de la Grecia?
 Voces y nada más. Y ¿qué es el siglo
 Que acaba de espirar? ¿Y qué es el dia
 De ayer, el de hoy en lo que va corrido?
 Muerte en ver lad; que cuanta vida el tiempo
 Nos ha llevado, en el sepulcro yace.
 ¿Es tan breve el vivir, y el hombre insano
 En hacerse infeliz sólo le emplea?
 Como en airada mar la fragil nave,
 Luchando entre borrascas horrosas,
 Corre perdida sin timon ni velas,
 Y en pos el huracan desenfrenado
 La va acosando en bárbaros embites,
 Y ora á las nubes las bramantes olas
 La arrojan, y ora con terrible estruendo
 La despeñan, rompiéndose, al abismo;
 Y ya anegada con salobre muerte
 Llorá su perdicion, y ya un fracaso
 Mira seguro en la enriscada playa
 Donde á estrellarse va: tal es el hombre
 Por el mar de la vida navegando.
 Siempre á merced de sus pasiones corre
 Entre tinieblas y borrascas tristes,
 En eterna inquietud, á lá en el alma
 Hondamente clavada la amargura
 Y la zozobra y el cruel fastidio
 Y desesperacion, sin que los ojos
 Vuelva jamas al relumbrante faro
 De la pura razon. En cada instante
 Vota acogerse á su sagrado puerto,
 Y á cada instante, quebrantando el voto,
 Se aparta más y más, y á nuevos mares
 Se confía, y á miseros naufragios.
 De ilusion á ilusion, de sombra en sombra.
 Va deslumbrado, con ardor abraza

Mil fantasmas de bien, y ellas le burlan
 Deslaciéndose, y halla el miserable
 Ansia y dolor donde esperó contento.
 Y vucla deslizándose entre tanto
 La vida, y se le escapa, y el sepulcro
 Le sale al paso, y ¿qué vivió?..... Cien voces
 Oigo que salen desde el centro frio
 De los sepuleros que «tormentos» dicen.
 «Tormentos», claman las doradas urnas
 Donde descansan las cenizas régias.
 «Tormentos», claman las inmundas hoyas
 Donde la plebe amontonada gime
 «Tormentos», las pirámides erguidas
 Que en sus entrañas cóncavas tragaron
 Cien dinastías del perdido Oriente.
 Y «tormentos, tormentos», desde el Norte
 Al Mediodía, desde Oriente á Ocaso,
 Toda la tierra sin cesar repite.
 ¿Dónde estás, dónde estás, soberbia tumba,
 Tumba olvidada del atroz guerrero,
 A cuya alta ambicion venía estrecha
 La inmensidad del tiempo y del espacio?
 Tumba del Macedon. ¿dónde te escondes,
 Que no dices aquí? Tal vez ahora
 Darás abrigo á las cansadas yuntas
 De algun humilde labrador honrado;
 Tal vez la tumba que te henchia, cubre
 Una choza infeliz, y las reliquias
 Del famoso Alejandro son paredes
 De algun pobre pastor, no conocido
 De otro mortal que de su tierna esposa
 Y de su perro y de su fiel ganado.
 El es feliz en su pobreza oscura,
 Y tú fuiste infeliz en la abundancia
 De tu hambrienta ambicion. El sus descos
 Por la necesidad de cada dia
 Mide, y prudente la natura acalla
 Con lo que fácil la razon exige.
 Así contento lo presente goza,
 Sin olvidarlo por correr ansioso
 A encontrar á mañana, y á perderse
 Allá en un porvenir que nunca llega.
 Y tú, ¿qué fuiste, venedor del mundo?
 Tú, de soberbia y ambicion linchado,
 Tú, que sangrientas lágrimas vertias,
 Temiendo atroz que la paterna espada
 Nada en la tierra te dejase libre
 Que poder oprimir, ¿fuiste dichoso?
 Las victorias del Gránico y del Iso,
 Persia á tu carro triunfador atada,
 Cien tronos de Asia, el Asia estremecida
 A un mover de tu pié, la tierra entera
 Arrodillada de tu nombre al eco;
 Tanta potencia, tanta gloria, ¿acaso
 Pusieron coto á tu ambicion? ¿No hallaste
 Por siempre un más allá que las entrañas
 Te roía doquier, y cada gloria
 Te presentaba desabrida y triste
 Desde el punto fatal en que era tuya?
 ¿Cuál fué tu vida? Nunca lo presente
 Existió para tí, que adormecido
 Vivias en los sueños de esperanzas,
 Desterrado por siempre en lo futuro.
 Para tí lo pasado fué un tormento,
 Un estímulo más, que te arrastraba
 A deseos sin fin, á largos planes
 De guerras y victorias y ruínas
 Y perpétua inquietud. Pues ¿cuándo, cuándo
 Viste? ¿Cuándo del feliz reposo
 Gozaste, y de la paz y la bonanza
 De las pasiones, y el alegre ciclo
 De un inocente corazon tranquilo?
 En el sepulcro, en el fatal sepulcro,
 Y sólo en el sepulcro descansaste;
 Y los mortales sólo allí descansan,
 Que raros son los que en vivir insanos
 De Alejandro no imitan el ejemplo.
 Si es tal la vida, ¿para qué lloramos
 A los dichosos que al tranquilo puerto
 Llegaron de la muerte, ya seguros
 De este mar de dolor que aquí nos cerca?
 Y si es justo llorar, ¿por qué así estéril

En lágrimas se pierde nuestro llanto,
 Sin que aprendamos á vivir felices
 En la escuela sublime del sepulcro?
 Enjuga ya, desconsolada amiga,
 Tu llanto de dolor, y atenta escucha
 De tu amiga la voz. No ha perecido
 Tu amiga para tí; que vive y te habla
 Desde su tumba sin cesar, y dice:
 «Mira del hombre la fatal carrera,
 Mira del hombre el paradero infuasto.
 Aquí ya para siempre se aniquilan
 Las grandezas del mundo, aquí se espantan
 Los sueños de la gloria, aquí los vientos
 De las pasiones se echan, y se borra
 El vaho del vivir, y el hombre es nada.
 Vendrá el trance cruel, vendrá, oh amiga,
 En que descendas á la eterna noche
 A acompañar mi soledad. ¡Aleje,
 Aleje el cielo tan fatal instante,
 Y cada nuevo sol más despejado
 El horizonte ensanche de tu vida!
 Pero al fin, ¿qué será, y encierra un siglo
 El más largo durar de su carrera?
 Sólo un pestañear, volviendo el rostro
 Verás tu muerte á tu nacer tocando.
 ¡Ay! á lo ménos, pues el plazo es breve,
 No, no le acortes, suspirando ansiosa
 Por otro día, y sin cesar por otro;
 Porque es nunca vivir, es vivir muertas
 Jugar este hoy por el mañana incierto.
 Léjos, léjos de tí las ilusiones,
 Que al misero mortal le van llamando,
 Y las sigue y se apartan, y engañosas
 Tendiéndole los brazos, le enajenan,
 Y le venden por fin, pues al sepulcro
 Le atraen, tropieza, cae, y ellas buyeron.
 Léjos de tí las bárbaras pasiones
 Que en torbellinos de dolor arrastran
 A los esclavos que las sirven ciegos,
 Y su fortuna de su mar confían.
 ¿Qué es la ambición, la vanidad, del oro
 La frenética sed? ¿qué los descos
 De una imaginación desenfrenada
 Y de un enfermo corazón? Errores,
 Y el error es un mal. ¿Quién en la tierra
 Fué dichoso jamás llorando males?
 La razón, la razón: no hay otra senda
 Que á la alegre virtud pueda guiarte
 Y á la felicidad. Por ella fácil,
 Tus descos y rudente moderando,
 Aprenderás á despreciar el mundo,
 La gloria y la opinión, preciendo sólo
 Lo que inflexible la razón aprueba.
 Así constante vivirás contigo,
 Vivirás para tí y harás más larga
 La próspera carrera de tus años,
 Porque al fin vivirás. ¡Oh cuál me gozo
 Al mirarte feliz en la grandeza
 De tu alma pura! Superior al cieno
 De este mundo infeliz, ni los desastres,
 Ni la persecución, ni los dolores
 Te podrán abatir, ni la fortuna
 Podrá mellar tu espíritu de bronce
 Con sus brillantes dones mentirosos.
 ¿Qué puede dar la misera fortuna
 Que no posca quien felice goza
 Una sana razón? Y ¿qué desgracias
 Ha de tener quien el mayor tesoro
 De una conciencia irreprensible y pura
 Dentro del corazón lleva escondido?
 ¡Oh Lorenza, Lorenza! ¡Oh tierna amiga!
 ¡Adios, adios! Desde el dichoso instante
 Que allá, en Pisuergra, te juré mi pecho
 Una eterna amistad, ¡falté, por suerte,
 Falté, responde, á tu veraz cariño?
 Siempre has vivido en mi memoria; siempre
 Ardí por tí mi corazón sincero;
 Siempre mis labios te dijeron finos
 Palabras de amistad, y eternamente
 Con mis consejos te probé y mis obras
 La verdad de mi amor. Bajé al sepulcro,
 Y él conmigo también: aquí á tu *Quero*,

Si es que un recuerdo para mí te queda,
 Por siempre encontrarás; de noche y día
 Y en todas partes te hablarán mis labios,
 Te hablarán la verdad. ¡Oh, nunca apartes
 Tu oído de mi voz! Adios, amiga,
 Adios, adios; la eternidad te espera.»

EN ELOGIO DEL GENERAL BONAPARTE, CON MOTIVO DE HABER RESPETADO LA PATRIA DE VIRGILIO.

.....Victorque viros super-eminet omnes.
 VIRGILIO.

Maron yacía en los Elíseos Campos,
 Y en torno de él volaban silencio sos,
 Cual los soles radiantes del Olimpo,
 Mil héroes; y á su vista arrebatado,
 Con celeste armonía
 Desatando la voz, así decía:
 «¡Oh venerables sombras generosas,
 Nacidas para el bien! ¿Por qué la tierra
 Tan en breve os perdió? ¿Por qué, inmortales,
 No eternizáis en ella la justicia,
 La virtud bienhechora
 Que en vuestra muerte irreparable llora?
 »A vuestro aspecto acobardado el crimen,
 Tiembra y huye y se esconde, y al abismo
 Su trono cae, y la virtud hermosa,
 Sobre el alzada, el universo entero
 Trae á su dulce mando,
 Leyes de union y de amistad dictando.
 »Faltais empero, y ¡ay!..... La primavera
 Muere en los brazos del estío ardiente,
 Pero otra igual renacerá. Un otoño
 En otro y otros sempiterno vive;
 Mas la virtud fallece,
 Y otra virtud en su lugar no crece.
 »¡Oh Fabricio, oh Camilo, oh Epaminondas!
 ¡Oh tú, que de tu patria en Salamina
 Fuistes el fundador! Y tú, ¡oh Aristides!
 ¡Oh Leonidas, oh Anibal, oh Scipiones!
 ¿Quién ¡ay! dará á la tierra
 Cuanto ya en vuestros túmulos se encierra?»
 Mira entre tanto á Bonaparte y clama:
 «No habéis muerto, vivís, héroes gloriosos,
 Todos, todos vivís. Joven valiente,
 Tú Marcelo serás.» Dijo, y el héroe,
 El baston empuñando,
 Va al enemigo rápido marchando.
 Llega, acomete y desbarata y triunfa;
 Batalla, y un ejército enemigo
 Fué, y otro y otros; vuela, es la victoria;
 Y á una sola campaña un siglo entero
 De heroísmo cargando,
 Gana la paz, la guerra esclavizando.
 Si; que al oírle desnudar la espada
 Tiemblan los muros de diamante, tiemblan
 Rios y montes. Sólo sin espanto
 La pobre aldea de Maron le mira,
 Que el héroe la respeta.
 Viólo en su tumba, y sonrió el poeta.
 Y rebotando en júbilo mi pecho,
 «Cumplióse, dijo, mi feliz presagio,
 Bonaparte inmortal. ¡Oh! ¡que á la vida
 No pudiese otra vez volver ahora!
 ¿Quién loarte me dicía
 Y que luego á mi túmulo volviera!
 »De mis cantos rayad, rayad á Augusto,
 Rayad á Enéas, y á Catón dictando
 Sus leyes á los justos del Eliseo;
 Que todo nombre de virtud y gloria
 De ellos rayado sea,
 Y Bonaparte en su lugar se lea.
 »Árbitros de la fama, hijos de Apolo,
 ¿Calláis? ¡Sin premio dejaréis las rosas
 Que de un maestro en el sepulcro amado
 Veis derramar? Al punto, al punto suene
 Vuestra lira felice,
 Y al heroísmo el genio immortalice.»
 Calló; y la Fama repitió mil veces

De Bonaparte y de Maron los nombres.
 Suena otra vez, y oyendo al heroísmo
 Gritar *no hay más allá*, «cesó mi imperio,
 Dijo; mi cetro rompa»;
 Y sonando otra vez, rompió su trompa.

EN ELOGIO DE UNA SEÑORA QUE EN UNA FUNCION
 PARTICULAR DE TEATRO HIZO EL PAPEL DE ZO-
 RÁIDA EN LA TRAGEDIA DE ESTE NOMBRE.

Como en su sabiduría y mérito resalta más que en ningún otro lugar, en el soliloquio que hay en el tercer acto, sobre él recae principalmente el presente elogio.

Era la noche; la modesta luna
 Con rostro melancólico reía,
 De las selvas calladas visitando
 La angusta soledad, do la fortuna
 Tal vez de algún amante se dolía,
 Sus lágrimas pasadas enjugando.
 Sueño, placer, amores
 Doquier volaban; y Zoráida en tanto,
 Sola con sus dolores,
 Las rosas del jardín regando en llanto,
 En la Alhambra se queja,
 Y mientras llora, Abenamet se aleja.
 ¿Se aleja? ¿y es verdad? Su idolatrado,
 Su solo gozo, su única esperanza,
 Todo su corazón, su mundo entero,
 Su Abenamet se aleja de su lado.
 ¿Pudo agostar el soplo de venganza
 Tantas flores de amor tan verdicastro?
 ¿Es de otro ya la mano
 Que, niña aún, Zoráida balbuciente
 Le ofreció? ¿Por qué en vano
 Feliz entonces la fingió su mente,
 Si iba á nombrarla esposa
 Su verdugo y su amor vil, alevosa?

Entra esta voz en su inocente oído,
 Y desmáyase y cae, y el reino odiado
 De la muerte en su pecho largamente
 Se dilata. El Terror desparavido,
 Al mirarla caer, yerto, erizado
 El cabello, se arroja omnipotente
 A los espectadores,
 Y ata sus miembros, y su labio abriendo,
 Los más hondos temores
 Va en sus almas atónitas vertiendo.
 Mado el Espanto vuela,
 Y el ¡ay! de todos en las fauces hiela.

Ya torna en sí la moribunda amante.
 Va á respirar, y su primer aliento
 Es un dolor que suena sollozando
 En sus entrañas. Quiere vacilante
 La cabeza elevar, y el sentimiento
 Se la abate imperioso. Suspirando,
 La vista en torno tiende,
 Y nada ve sino su odiosa vida.
 Lucha una vez, pretende
 Otra y otras alzarse, y desvalida
 Caer: ¿y en su angustia extrema
 Sin amparo se ve? ¿Dó estás, Zulema?

Con rencorosa voz; *¡bárbaro!* clama
 A su esposo feroz. Luego, gimiendo
 Con el tono de amor más lastimero
 Por su querido, *¡el infeliz!* exclama,
 Y agudo sigue un ¡ay! cual si, rompiendo
 Su corazón, lanzase el postrimero
 Aliento de su vida.
 Fija la mente en que su amor traidora
 La juzgó á su partida,
 Se ahoga en amarguras, calla, llora,
 Y en tanto mil pasiones
 Hablan en su semblante y sus acciones.

Odio, deber, amor, miedo, venganza,
 Un volcán de pasiones fulminantes
 Dentro en su alma combaten destrozada.
 El odio triunfa; con furor se lanza
 Del asiento: los ojos centellantes,
 La voz hirviendo en la garganta hinchada;
 Blanco y trémulo el labio,
 Incierto el pié, los músculos turgentes,

A su esposo en su agravio
 Le provoca, y en ansias impacientes
 A su querido llama,
 Y más que nunca en su delirio le ama.
 Tiende los brazos cual si allí le viera,
 Le repite su amor, enajenada
 Ya su esposa se juzga, y de repente
 Su ilusión desaparece placentera:
 En vez de Abenamet halla pasmada
 Que es ya de Bôabdil eternamente.
 Pára; sus miembros riega
 Frio sudor; su lengua entorpecida
 Al paladar se pega;

Vuelve al cielo la vista dolorida,
 Y calla y sigue el cielo
 En su quieto girar, y ella en su duelo.
 En su silencio estúpido la espanta
 La imagen de un esposo á quien ofende.
 Temes, sola se ve, marcha á su amiga,
 Y en vano, en vano la rebelde planta
 En busca suya acelerar pretende,
 Que el rígido pavor sus miembros liga!
 Su palpitante pecho
 Fuerza el aliento, y á Zulema llama,
 Y muere á largo trecho
 Sin respuesta su voz. Otra vez clama,
 Y *huye*, dice al momento,

Do no reas mi torpe abatimiento.
 ¿Cuál se aflige de amar, y siempre amando!
 ¿De aborrecer, y siempre aborreciendo!
 ¿De faltar á un deber que doloroso
 Un sepulcro infeliz le está guardando!
 ¿Cuán sublime expresion! está vertiendo
 Los afectos en mar tempestuosos.
 Su marcha, su semblante,
 Su silencio, su voz..... ¡Ah!..... No hay acento,
 No hay pincel que bastante
 Sea ni á bosquejar tanto portento:
 Ni ya mi pecho aspira
 Sino sólo á sentir: romped mi lira.

Rompedla al punto; que jamas mi mano
 La volverá á pulsar. Almas piadosas,
 No creais á mi voz, á su presencia
 Venid; ved á Zoráida. ¿Hay labio humano
 Que ose de sus acciones afectuosas
 Retratar la volcánica elocuencia,
 Ni el penetrante acento
 Que habla en la muchedumbre de sus males?
 Tan vasto sentimiento
 No cabe, no, en los pechos de mortales.
 Basta, Zoráida, tente,
 Que yo espíro al dolor que tu alma siente.

Y ¿quién resistirá? Llámese fiera
 El bárbaro mortal que no se ablande
 A tu voz y á tu vista abrasadora.
 ¿Zoráida celestial! ¡oh! ¡quién me diera
 De Píndaro y de Sófocles el grande
 Genio eternizador! En cuanto dora
 El sol, de gente en gente
 En alas de mi musa volaría
 Tu nombre eternamente,
 Y lágrimas sin fin arrancaría.
 Mas ¡ay! nací en mal hado.
 Admirarte y callar sólo me es dado.

CANCION (1).

*Incautos hijos de Marte,
 Imprudentes amadores,
 La fortuna en sus favores
 Tal vez os pierde falaz.
 Velad, velad.*

¿Cuántas veces silenciosa
 Va la traición siguiendo
 Con fermentido semblante
 Al invencible guerrero!
 Y cuando ya su inocencia

(1) Esta composicion y las siguientes son imitaciones del francés. Fueron escritas para la novela titulada *Gonzalo de Córdoba*.

Y su gloria sin recelo
Llevó al escendido lazo,
Le oprime en triunfo perverso.
Incautos hijos de Marte, etc.

El ruiseñor, paseando
De palma en palma su vuelo,
Las selvas llena de amores
Que lejos repite el eco.
Y el gavián entre tanto,
Desde sus rocas cayendo,
Se arroja sobre él. ¡Ay triste,
Que muere entre sus gorjeos!
Incautos hijos de Marte, etc.

Yo he visto al rey de las fieras
Que, al cazador persiguiendo,
Llega al precipicio triste,
En falsas ramas cubierto.
Las huella, cae, y al instante,
Por más que ruja, indefenso,
De su triunfante enemigo
Perece al tímido esfuerzo.
Incautos hijos de Marte.
Imprudentes amadores,
La fortuna en sus favores
Tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.

INSCRIPCION PARA EL SALON DE JUSTICIA DEL REY.

Palidece, ¡oh Maldad! doquier que huyas
Allí te seguiré. Con paso lento
En pos va del delito el escarmiento.
Vén, llega sin temor, huérfano triste,
Que aquí te espera el padre que perdiste.

OTRA PARA EL SALON DE CORTE DE LA REINA

El Amor, Honor y Gloria
Aquí entre inocentes juegos
Nacen, y el Pudor hermoso
Les da regalados premios.
No cuesta aquí la inocencia
El favor más lisonjero,
Ni en el amor hay flaqueza,
Ni furor en el guerrero.
Basta al valor la victoria,
Y á los corazones tiernos
Basta en amorosas lides
Poder triunfar complaciendo

CANCION EPITALÁMICA.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende.
Y al Himeneo, tu querido hermano,
La hacha inmortal enciende.
¡Oh fecundo consuelo
Del hombre! de tu asiento soberano
Baja en rápido vuelo
Riendo con la cándida inocencia.
Todo florece; el aire se embalsama.
¿Cuál encanto, cuál dios el pecho inflama?
¡Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡Salve! Escuchó nuestro feliz deseo;
Cantemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa
De azucenas y rosas coronando,
A la tímida esposa.
Su virtud, sus amores;
Doncellas del Genil, dulces cantando,
Al cielo sus loores
Alzad: vosotras de su pecho ardiente
Los secretos guardais. Virgen un día,
Los juegos y el placer con vos partia,

III, Ps.-XVIII,

Y sus descos os fió inocente.
¿Callais? ¡cuál pena vuestro pecho anida,
Que munda en llanto vuestra faz caída?

CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,
En nuestro coro virginal brillaba
Cual la palma triunfante
A par de humilde helecho.
Tierna, modesta, la virtud dictaba
En su sencillo pecho
El inocente amor que en este día
Premia Himeneo. ¡Día malhadado!
¿Y la arrancas por siempre á nuestro lado,
A nuestras inocencias y alegría?
¡Ah! más valiera libertad gozosa
Que de Himeneo la cadena hermosa!

CORO DE MANCEBOS.

El ruiseñor, que ahora
Repite sus querellas amoroso
Del ocase á la aurora,
Algun día contento
Su dulce libertad cantó orgulloso.
Amor le oía atento,
Y, en su pecho infantil adormecido,
Crece con él, cual encubierta llama.
Sopla la juventud, amor le inflama,
Y ¡adiós, libre reposo, ántes queridol
¡Adios! más vale esclavitud amada
Que estéril libertad desesperanza.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Huyeron, ¡ay! huyeron
Para siempre los días que á su lado
En delicias nos vieron.
Ya nos será la vida
Eterna soledad y desagrado.
Ella, en tanto, querida
Vivirá para amar. ¡Ay! imitemos
Sus virtudes; tal vez, tan virtuosas,
Nos verémos, cual ella, venturosas,
Y algun digno mortal.... ¡Ah! no hallarémos
Jamás otro Almanzor. ¿Cuánata natara
Unió á tanto valor tanta ternura?

CORO DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso
En sus cariños, en el márcio duelo
Su brazo impetuoso
Muerte, pavor, congoja.
Cual rayo ardiente en africano suelo
Irresistible arroja.
Vence, y triunfa de nuevo perdonando.
¿De dó tanta virtud? De sus amores.
Sed Moráimas, serémos Almanzores;
Que en ricos frutos se hermosea amando
La higuera ya feliz, que, ántes cercada
De estéril soledad, fué desamada.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

CORO DE DONCELLAS.

Vivas, Moráima tierna,
Vivas dichosa de tu esposo al lado
En primavera eterna.
Cada naciente aurora
Te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;
Y, siempre encantadora,
Más bella cada vez te halle tu esposo.
Fecunda oliva, tus hermosos hijos
Siembren con sus pueriles regocijos
Tu juventud de plácido reposo;
E, imagen paternal, allá en tu invierno
Cierren tus ojos en el sueño eterno.

CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado
Viva Almanzor en brazos de su esposa.
Volviendo coronado

De la batalla impla,
Una nueva virtud y gracia hermosa
En Morama le ría;
Y en candor infantil sus hijas bellas
Su faz halaguen con la débil mano.
Timidas crezcan, y el Genil ufano
La imagen maternal retrate en ellas.
Y, madres faustas, en su prole hermosa
Vea muriendo renacer su esposa.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende, etc.

CANCION GUERRERA.

*La guerra tronó: los ecos,
A su voz, «Abenhamet»,
Mil veces claman, y lejos
«¡Ay, ay! responde Jacn,
Mis fuertes torres
Van á caer.»*

El clarín sonó: guerreros,
Marchad blandiendo las lauzas
Sobre el relinchante bruto
Que el freno espumando tasca.
Allí donde el fiero Marte
Acerada muerte os guarda;
Allí, con sangre regado,
Nace el laurel de la fama.

La guerra tronó: los ecos, etc.

¿Qué vale que cien provincias
Mueva contra vos España,
Si ocho siglos de heroísmo
Se encierran sólo en Granada?
Doquier os cercan gloriosos
Las paternales hazañas;
Cien triunfos moriscos yacen
Doquier posáreis las plantas.

La guerra tronó: los ecos, etc.

¡Ay, que las tumbas se abren!
¿Oís que de ellas os claman
«Vencer ó morir»? ¡Perezca
Quien viva para la infamia!
Jurado está: el que á la muerte
Vuelva cobarde la espalda,
Amor será su enemigo
Y su verdugo la patria.

La guerra tronó: los ecos, etc.

Si os desalientan los rayos
De las diestras castellanas,
Volved un punto la vista
A las torres de Granada.
Allí del Genil las bellas
Os miran, y enamoradas,
Seguras de la victoria,
Os tejen ya las guirnaldas.

La guerra tronó: los ecos, etc.

¿Será que en baldon vencidos
Dejéis marchitar las palmas
Que en loor de vuestra gloria
Su amor ardiente prepara?
Lejos el temor. Doncellas,
Tejed sin cesar guirnaldas;
Que Abenhamet es caudillo
Y ordena triunfar Zoraida.

*La guerra tronó: los ecos,
A su voz, «Abenhamet»,
Mil veces claman, y lejos
«¡Ay, ay! responde Jacn,
Mis fuertes torres
Van á caer.»*

CANCION.

Rosal, rosal, ¿dónde está el tiempo
Que me oyó tu sombra amiga
Jurar un amor eterno
Al que el suyo me ofrecía?

Cuando en tí fijaba
La risueña vista,
¿Con qué amor tus rosas
Su prision cerrada abrían!

Hora sin amparo,
¿Qué harán? Afidigas,
Del pajizo trono
Para siempre caen marchitas.
¿Cuántas veces ¡ay! tu tronco
Nos vió en amantes caricias
Darle en cristalinas aguas
Su frescor y hermosa vidal!

Arbol infelice,
Mi recreo un día,
Ya tu solo riego
Serán las lágrimas mías.

Muerte son tus galas:
Pluguiése á mi dicha
Que, al caer, tus hojas
Cubriesen mi tumba fría!

FERNANDO Y ELCIRA.

Romance.

Vencido en infausta guerra,
De un príncipe moro esclavo,
Al triste són de los grillos,
Suspiros lanza Fernando.

No las delicias perdidas
Lamenta de aquellos campos
Donde por la vez primera
Le vieron del sol los rayos.

Ni le amarga la memoria
De sus padres, que, entre llantos,
Sin esperanza le llaman
Desde el Oriente al Ocaso.

Elcira, la hermosa Elcira,
Hija del rey africano,
Es la que llorar ordena
A su pecho enamorado.

¡Amor, amor! ¿quién resiste
A tu omnipotente brazo?
Desde el pastor al monarca
Triunfante arrastra tu carro.

Digalo la tierna Elcira,
Que en la llama de Fernando
Ardió, y dijeron sus ojos
Lo que callaban sus labios.

«Yo te amaré eternamente»,
Dice en su mirar Fernando,
Y el de Elcira le responde:

«Ama, que el premio te guardo.»
Se entienden; y amor los guía
A sus templos solitarios,
De donde terrible ahuyenta
Al insensible profano.

Allí, do entre áridos montes,
En precipicios tajados,
Se despeñan estruendosos
Torrentes mil espumando.

El amor les da su copa,
Y en deleitosos letargos
En la márgen del abismo
Los va adormeciendo falso.

Ya la prudente cautela,
Ya su opinion olvidaron;
Amor doquier los rodea,
Y es ciego el amor é incauto.

¡Ay, que sus tristes amores
Resucenan ya en el palaciol
¡Ay, que el iracundo oído
Hieren del rey africano!

Del rey, que, el pecho de bronce,
Ni amante jamás ni amado,
En pos de los amadores

Vuela respirando agravios.

Ministros de sus venganzas,
Le rodean sanguinarios
Cien inflexibles sayones,
De horrendas muertes armados.
Despertad, salid ¡oh amantes!
De ese funeral letargo,
Antes que, rotas las nubes,
Descienda mortal el rayo.
¿No escuchais la herrada planta
De los fogosos caballos,
Que hacen que temblando giman
Los ecos allá lejanos?

Elcira, asustada, atiende,
Vuela, registra, y « Fernando,
El Rey..... », exclama, y sus voces
Murieron en un desmayo.

Fernando se alza, duda,
Vaga con inciertos pasos,
Arde en furor, y resuelve
Arrojarse á sus contrarios.

Iba ya, cuando de Elcira
Se acuerda, y ileno de espanto
Torna, y la ve desmayada,
El rostro en sudor bañado.

Su palidez sostenia
Sobre un abismo un peñasco
Que va á caer, y hondo espera
Un torrente siempre opaco.

La ve, y palpita el amante;
Tres veces la nombra en vano;
Recoge su aliento, y posa
En su corazón la mano.

« ¿No vuelves? », clama; y oyendo
De un céfiro el soplo mauso,
Ver á su amada imagina
Entre bárbaros soldados.

Lanza mil trémulos gritos,
Y con el siniestro brazo
Estrecha á Elcira, en la diestra
Un corvo alfanje empuñando.

Ella, entre tanto, volviendo
Lentamente ya: sus labios
Mueve, suspira, entrecubre
La vista, y mira á Fernando.

La revuelve, y en el cielo
La clava; y luego, posando
En su amador la cabeza,
Prorrumpe en amargo llanto.

Llora y « te perdí, le dice.
¿Nos perderán?..... ¡ah!..... muramos;
No hay más partido..... la muerte
Dulce me será á tu lado.

» ¡Oh Fernando..... única gloria
De mi corazón! Te amo
Y te amaré..... » Aquí llegaba,
Cuando el monarca africano

Parce: grita, amenaza;
Mas con valor desgraciado
Su hija, sobre la roca
A su querido abrazando,

« Tened, tened, le responde;
Os juro que á un solo paso
Que adelanteis, al instante
Nos veréis precipitados.

» En las sombras de la muerte
Buscarémos el descanso
Y el amor que aquí nos niegan
Vuestros pechos inhumanos. »

Túrbase el Rey, y dudoso
Para; mas ¡ay! que entre tanto,
Ansioso del premio, á Elcira
Un sanguinoso soldado

Corre..... Deten, infelice,
¿Dó vas?..... ¡gran Dios! se lanzaron
Los tristes; los vió el torrente,
Y abrió sus ondas bramando.
Dió allí á sus amores tumba,
Y de entonces, solitario,
Sin cesar oye á la roca
Clamar: « Elcira y Fernando. »

CANTATA.

Al fin yo vuelvo con la noche fria
A ser feliz en la que el alma mia
Cual deidad señorea.
A verla tornaré, y en tiernos lazos
Estrecharán mis brazos
Aquel cándido seno palpitante,
Do mora la virtud casta y hermosa.
Sus dulces labios de azucena y rosa
Los míos libarán, y oiré anhelante
Su voz enamorada,
Por el amor tal vez interrumpida.
Entonces ¡ay! con lánguida mirada
Me inflamarán sus ojos eloquentes.....
¡Oh cuánto amor! ¡Oh cuántas inocentes
Caricias guardará! Tal vez ahora
Al rayo de la luna silenciosa
Espera, de su esposo
Las memorias queridas repasando.
Tal vez cuenta llorando
Los instantes que tardo á sus amores,
Y en los días mejores
Piensa cuando la vió
El Atlas enricado
Gozar siempre á mi lado
Amor inalterable y alegría,

Sombra fugaz, volaron
Tan florecientes días,
Y en pos de sí llevaron
Mi paz y mi placer.
¿Dó estás, pasada gloria?
¿Dó estás? ¡Ay triste! yaces
En la infeliz memoria
Que siempre clama: fué.

Fué mi fatal ventura,
Y para siempre fué. Discordia impura,
De la guerra infeliz soplando el fuego,
Sin esperanza me robó el sosiego.
De las tranquilas chozas paternales
Nos trajo á los horrores, á la muerte,
Y..... ¡oh! peor que el morir son los fatales
Vicios que esta region brota doquiera.
Osman, pérfido Osman..... ¡ah! teme, teme
Mi venganza rabiosa.....
¿Osastes á mi esposa
Declarar tu pasión? En vano, en vano
Tu pecho reventó la impura llama:
Mi esposa es la virtud, Zora me ama.....
Mas ¿quién sabe, gran Dios, si en este instante
Jura el pérfido ser su eterno amante?

Huye su vista, Zora;
Huye, y de mí te acuerda;
Por siempre fiel me adora,
Seré dichoso en tí.
¡Oh, si por dicha mia
No tan hermosa fueras!
Mi amor igual sería,
Empero más feliz.

CANTO FÚNEBRE.

CORO DE DONCELLAS.

¿Dónde está nuestra gloria,
Oh hijos de Ismael? El marchitado
Lauro romped que un día
Os ciñó la victoria,
Esclava de Ahnanzor. ¡Infortunado!
Le holló la muerte impía!
Venid, y de cipres la sien orlada,
En lágrimas regad su tumba helada.

CORO DE MANCEBOS.

Cubrid entristecidas,
¡Oh hijas de Ismael! vuestra hermosa
De dolor y de muerte.
¡Ay, ay! Ya orfanecidas,
Vuestras trenzas cortad, y sin ventura
Llorad al grande, al fuerte,
Al que héroe entre los héroes relucía,
Como en el cielo el luminar del día,

AMBOS COROS.

El cedro, que orgulloso
Alza á las nubes la pomposa frente,
Cae, y braman temblando,
Al caer estruendoso,
Las selvas, y á los ciclos, inocente,
Pide el pastor llorando
Su sombra. ¡Oh Almanzor, cedro caído!
Tu sombra paternal hemos perdido.

CORO DE DONCELLAS.

Virgenes desamadas,
Siervas tal vez, del Tajo la ribera
En llanto regarémos,
Allí desesperanzadas
Y ansiosas de morir, «¡Oh, si viviera
Almanzor!», clamarémos:
Nuestra patria nos viera venturosas
De un guerrero amador tiernas esposas.

CORO DE MANCEBOS.

¡A quién nos volverémos,
Que nos pueda salvar, cuando el cristiano
Alce la ardiente espada?
«Almanzor», clamarémos,
Y Almanzor callará; y el fiero hispano,
¡Oh patria desdichada!
Hollando nuestros miembros palpitantes,
Derrocará tus muros vacilantes.

AMBOS COROS.

Guarda, oh tumba sombría,
En paz le guarda con su esposa al lado.
Echad polvo, y doliente
Alzad la losa fría.
¡Vale, vale, Almanzor desventurado!
¡Ayl vale eternamente,
Y pueda un día la infeliz Granada
Desagraviar tu sombra ensangrentada.

ROMANCE.

Del amor víctima triste,
Mi dulce y sola esperanza,
Vivid, vivid, yo os lo ruego,
O eternas haréis mis ansias.
Si, cual decís por doquiera,
Vuestro corazón me ama,
Ved que sois único apoyo
De esta mujer desdichada.
Vos solo sois mi universo,
Vos, ¡y con misera planta
Correis á buscar la muerte,
Dejándome abandonada?
¡Que no cargara en mí sola
La pena que así os quebranta!
Vivid, vivid por mi vida,
Si ya la vuestra os amarga.

FIN DE LAS POESÍAS DE DON NICASIO ÁLVAREZ DE CIENTFUEGOS.

DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA

Y SUPERVIELA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y JUICIOS CRÍTICOS.

I.

DEL CABALLERO ALEMAN FERNANDO JOSÉ WOLF (1).

Nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. Aprendió las primeras letras en el Real Seminario de Nobles de aquella corte, y las ciencias militares en la escuela militar de Segovia. Acabados sus estudios, entró á servir en la marina real, y siguió esta carrera hasta los veintiocho años (2). Una larga enfermedad, que le puso á pique de perder la vista, y de cuyas resultas le atacó una miopía incurable, le precisó á dejar el servicio militar en el año de 1798. Ya un año ántes habia publicado algunas poesías con el título: *Las Primicias, ó coleccion de los primeros frutos poéticos de D. J. B.*, y ya en aquéllas hizo lucir su raro talento para la poesía, á la cual fué aficionadísimo desde sus más tiernos años.

A poco tiempo, entró en la carrera diplomática, y fué nombrado agregado á la legacion española en Londres. Aquí fué donde concluyó, en 1802, su poema descriptivo y moral *Emilia*, en dos cantos, impreso por primera vez y por separado, en Madrid, en 1805. En 1805 pasó á París, donde permaneció por algun tiempo. Despues de una ausencia de dos años y medio, regresó á España, poco ántes de estallar las revoluciones políticas que desde el año de 1807 agitaron á este país. ARRIAZA, partidario constante de su rey natural y del absolutismo, se declaró con igual fuerza y celo contra el rey intruso y los afrancesados que contra las Cortes de 1812 y el partido constitucional, combatiendo á sus adversarios como estadista y como poeta, con mano armada y con sátiras (3).

Restaurado el Rey, no pudo ménos de recompensar tanto fervor y aficion á su persona, nombrando á ARRIAZA sucesivamente caballero de número de la real y distinguida orden de Carlos III, su consejero y secretario de decretos, oficial segundo jubilado de la secretaria del despacho universal de Estado, y su mayordomo de semana. Fué individuo de las reales academias Española y de Nobles Artes de San Fernando. Murió en Madrid el año de 1857.

Puede decirse que ARRIAZA ha ocupado tambien la plaza de poeta de corte (4).

(1) Esta noticia biográfica fué publicada por Fernando José Wolf en su *Floresta de rimas modernas castellanas*. La reproducimos aquí con algunas adiciones y correcciones que hemos juzgado necesarias.

(2) Pinta algunas de sus navegaciones en la bella *Epístola á Próspero*.

(3) Fruto de aquel celo fueron sus *Discursos políticos*, publicados durante los seis años de la guerra de la Independencia, como *El Fanal de la opinion pública*, folleto impreso en Sevilla en 1809;— el discurso bajo el título *De necesidad virtud*, publicado en Sevilla despues de la desastrosa batalla de Ocaña;—las *Observaciones sobre el sistema de guerra de los aliados en la Península*, memoria escrita en

inglés é impresa en el año de 1810 en Inglaterra, en donde su autor se hallaba empleado por el Gobierno;—*El anti-español*, folleto;—y sus *Poesías patrióticas*, publicadas tambien por separado, la primera vez en Londres el año de 1810, y despues en Madrid, año de 1815, 8.º

(4) Sirva de prueba el libro IV de la última edicion de sus poesías, en la cual se imprimieron las pertenecientes á las épocas de restauracion, años 1814 y 1823, y el segundo suplemento del primer tomo, que contiene sus rimas á la reina Cristina de Borbon y á sus hijas las infantas. (Este suplemento corre tambien impreso por separado, Madrid, 1832; un folleto en 8.º)

La última y la mejor edición de sus poesías líricas es la que se imprimió en Madrid en la imprenta Real, año de 1829, 2 vol. en 8.º; reimpressa en París, año de 1854, 2 vol. en 18.º.—Esta edición va dividida en cinco libros, que contienen poesías de diferentes estilos. En el primero se hallan las *eróicas* ó del *género amatorio*; en el segundo las *descriptivas* y del *género ameno*; en el tercero y cuarto las del *género elegíaco y heróico*; y en el quinto las *jocosas* ó del *género satírico*.

Ya por esta variedad de asuntos se echa de ver la fecundidad y facilidad de su ingenio; y de hecho no se puede negar á Arriaza haber sido «predestinado como favorito de Apolo.» El señor D. Juan María Maury ha dicho de él: «Desde Lope de Vega, Arriaza es, de nuestros poetas, el que parece pensar en verso, y que ha logrado tanta fama como repentista.» Debe, pues, á la naturaleza «una cabeza armónica, un oído fino, y una posesion de lenguaje, que son (según su expresión, prólogo, página ix) dotes indispensables de un buen poeta.» — *Naturalidad, armonía, elegancia y claridad*, ha declarado él mismo expresamente ser las prendas más esenciales de la poesía, de las que trataba de dotar sus versos (prólogo, página v-vi), y de las cuales, en efecto, los ha dotado. Pero cuando dice (ibid., página xiv): «El poeta, entregándose á un *estro indeliberado*, es siempre responsable de sus versos, pero no de sus asuntos», se creería que un presentimiento involuntario le hace descubrir aquellos defectos de sus poesías que dejan abierta la puerta á la censura. Y de hecho se le ha tachado, y no sin fundamento, de escaso de originalidad en los pensamientos é imágenes y de profundidad en los sentimientos, así como de haber gastado su raro talento en hacer versos, aunque muy buenos, á asuntos triviales ó mandados por las circunstancias; consecuencia, ya se ve, de su extremada «facilidad de rimar y fecundidad de ingenio.»

II.

DE DON ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

Semanario Pintoresco español. — Tomo IV.

DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA Y SUPERVIELA, hijo legítimo del coronel retirado don Antonio José de Arriaza y doña Teresa Supervielá, nació en Madrid el 27 de Febrero de 1770. La extraordinaria disposición que desde su más tierna infancia manifestó para las letras, hicieron á sus padres concebir una esperanza que no salió fallida, y que llenó de gloria á los dignísimos padres escolapios del Lavapiés y á los preceptores del Seminario de nobles, en cuyas aulas adquirió el desarrollo de aquella imaginación tan delicada y fecunda; por manera que cuando á los doce años de edad fué nombrado cadete de artillería y destinado de colegial al de Segovia, empezaba ya á remir las brillantes hojas de que más adelante debía tejerse su corona literaria con embeleso de su familia y gloria de sus maestros.

Los notorios adelantos en la carrera emprendida, le distinguieron singularmente, y en premio á su aplicación pasó á guardia marina en 21 de Julio de 1787 al departamento de Cartagena, obteniendo el grado de alférez de fragata el 16 de Marzo de 1790, en el cual sirvió en varios buques de la escuadra española, durante la guerra contra la república francesa, desde 1795 hasta 1798, en que se firmó la paz de Basilea. Los conocimientos é intrepidez que manifestó en la ocupación de Tolón, el sitio de Rosas y otras varias expediciones, le valieron en 23 de Enero de 1794 el ascenso á alférez de navío. Ya en estos días el sonoro acento de su lira transformaba en delicioso eden de las Musas la tenebrosa cavidad de los bajeles en que navegaba; pero con la singularidad, poco favorable á su póstuma fama, de escribir pocas veces sus versos; de suerte que, fiados á la memoria, aunque ésta muy feliz, habrán desaparecido con el autor mil deliciosas creaciones selladas con las fuertes tintas que prestan los fuegos de la edad primera. Así fué que hallándose con el Duque de Mahón en París, por el año de 1797, quiso imprimir sus poesías con el modesto título de *Primicias*, y para poderlo realizar, tuvo que pedir las á su amigo, el distinguido literato don Martín Fernández Navarrete, que por curiosidad las había copiado á bordo, cuando Arriaza las recitaba á sus amigos. Éste fué su mayor y más formal ensayo, aunque no el primero, porque ya en 1796 habia publicado en Madrid el canto fúnebre titulado *La Compasión*, con motivo de la muerte del Duque de Alba.

Los días de la primavera juvenil, en que la gloria militar es un ídolo á quien rinden adoracion las almas nobles, habian desaparecido: los trabajos, disgustos y privaciones consiguientes á las campañas navales, reclamaban un descanso; y las Musas vencieron por entónces á Marte en la contienda que sostuvieron para colocar cada cual con exclusiva independencia á su hijo predilecto bajo la egida protectora de su respectivo poder. Por otra parte, la inclinacion del poeta á una vida tranquila, fuente de inspiracion, triunfó tambien, y ARRIAZA obtuvo en 10 de Febrero de 1808 su retiro, con recomendacion para destinos civiles, y el grado de teniente de fragata, que se le dió un mes antes, siendo por sus méritos nombrado, en 28 de Agosto de 1805, agregado á la legacion de Inglaterra, cuyo empleo sirvió poco tiempo por razon de la guerra que estalló entre aquella nacion y la España; de suerte que, habiendo regresado á su país, frecuentó el íntimo trato de las Musas, dando tambien á la prensa un opúsculo con el titulo de *Restitucion de las embarcaciones españolas con caudales*. Pero queriendo á la vez ser útil á sus conciudadanos con la importancia de obras recomendables, capaces de fijar y difundir el gusto de las bellas letras, publicó en 1807 la traduccion del *Arte poética de Boileau*, acomodándola en lo posible á las exigencias de la rima castellana.

La funesta aunque gloriosa guerra de la Independencia avivó el encendido espíritu de los poetas, dispuestos sólo, ántes, á cantar el amor en la serena estancia de los frondosos verjeles; y la musa de ARRIAZA practicó una terrible transicion, trocando la blanda cítara por el clarin guerrero. El denodado militar, que combatió en los mares por el honor de su bandera, sintió inflamar su pecho viendo peligrar la libertad de la patria, y si no empuñó entónces el matador acero para contribuir al exterminio de los conquistadores, no por eso fué ménos útil estimulando con sus producciones patrióticas á cuantos tenian sangre española. Estas poesías, que por entónces correrian de boca en boca, se entonaron con gran entusiasmo en los campos de batalla al acometer al enemigo, y en el tranquilo recinto de los hogares al celebrar las victorias de las armas nacionales. Con dificultad habrá español que ignore el prodigioso efecto de aquella cancion civica que empieza:

*Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!*

y el bellissimo himno al *Dos de Mayo*, la *Profecía del Pirineo* y otras muchas composiciones.

La lucha entre las armas españolas y los ejércitos de Napoleon estaba empeñada cuando ARRIAZA volvió á Inglaterra á desempeñar su anterior empleo en la legacion, con otras varias comisiones que el Gobierno legitimo le confirió en 4 de Mayo de 1810, convencido de que por las conexiones que le unian á varios personajes influyentes de Lóndres, y por su condicion de escritor y patriota, sería su presencia de grande utilidad á la causa nacional. Correspondiendo á este juicio, rechazó allí con el mayor calor y acierto los insultos hechos á nuestra nacion por la prensa inglesa, y dió á luz con este motivo un opúsculo titulado: *Observaciones sobre el sistema de guerra de los aliados en la península española*, cuyos trabajos merecieron el elogio de la Regencia, que le manifestó su aprobacion por oficio que le dirigió el ministro de Estado don Eusebio Bardaji y Azara, en 28 de Mayo de 1811, nombrándole en 17 de Setiembre de 1812 sexto oficial de la primera secretaria de Estado, en cuya carrera ascendió por turno hasta la clase de segundos.

Su mérito, cada vez más notorio, y la correcta dición de sus escritos, le colocaban en el número de los escogidos puristas; razones por las cuales la Real Academia Española le admitió como individuo honorario en 24 de Noviembre de 1814, promoviéndole á la clase de número en 8 de Febrero de 1821.

Ya estas distinciones y otras muchas que recibia de corporaciones y personas notables, le señalaban un lugar preferente entre los ingenios españoles; pero su más inmarcesible gloria consistía en el aprecio con que su nombre corria por todos los circulos sociales, siendo á un tiempo el regocijo de las Musas y el poeta mimado de su época. Sus versos, fáciles, llenos de sensibilidad, abundan de variedad de imágenes, sonidos armoniosos y comparaciones magníficas, exentas de toda afectacion y gongorismo, concurriendo en ellos la majestad del idioma, la cadencia del metro, la ternura del sentimiento, lo picante y gracioso de la sátira y la agudeza del epigrama.

Ocasión era ésta para tratar de vindicar á ARRIAZA del injusto desden con que parecen mirarle nuestros modernos vates, recordándoles aquí que hombre que supo cautivar la atención de todo un pueblo, que hizo familiares sus conceptos, que alcanzó el singular honor de ver reimpresas seis veces sus obras, no era ni podía ser un autor adocenado. Herrera, Rioja, Villegas y Melendez no tuvieron la satisfacción que ARRIAZA de escuchar las blandas inspiraciones de su musa acomodadas á los encantadores acentos de la música nacional, haciendo intérprete de ellas al bello sexo, á la juventud enamorada y al guerrero marcial. *La Despedida*, *La Declaración*, *La Barquilla*, *El Sueño*, y *El Amor y la Amistad*, aunque sabidas de todos, se oyen hoy con aprecio, aún después de las notables alteraciones ocasionadas en la poesía por la marcha de este siglo innovador.

La cortedad de la vista que padecía ARRIAZA era un poderoso obstáculo para el manejo de papeles en la secretaría donde estaba empleado, y por tanto el Rey le nombró, en 19 de Abril de 1818, su mayordomo de semana, honrándole después, en diferentes épocas, con honores de su consejo, título de su secretario con ejercicio de decretos, y caballero de número de la Real y distinguida orden española de Carlos III. Estas singulares distinciones, que entonces le engrandecieron, aunque sin envanecerle, fueron después, en el cambio de instituciones, la causa de que ARRIAZA quedase injustamente olvidado. El sentimiento de gratitud dominaba en él, y si cantó elogios al Rey, su Mecenas, no hizo en ello más que seguir el impulso de un corazón agradecido y leal. Debemos, sin embargo, ser imparciales, y confesar que estas inspiraciones de su alma no fueron, miradas bajo el aspecto puramente literario, las más gloriosas para su poética corona, pues ni sus cantos eucarísticos á Fernando, ni sus epitalamios, ni sus inscripciones para los arcos triunfales, merecen ponerse en parangón con sus anteriores composiciones, ni parecen dictadas por aquel fuego que le inspiró, en su celebrada canción del *Dos de Mayo*, versos tan bellos como los siguientes:

Este es el día en que, con voz tirana,
«Ya sois esclavos» la ambición gritó;
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
Murto es sí, dijo, pero esclavos no.

Vedlos cuán firmes á la muerte marchan,
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al Empíreo van.

O en la bellísima canción de *La Despedida*, aquellas tiernas estrofas:

Llega tú, objeto divino,
Tiéndeme los brazos bellos,
Que si logro yo que en ellos
Dulce acogida me des,
No conseguirá el destino
El golpe que quiere darme,
Porque ántes de separarme
Me verá muerto á tus piés.

No me enamoró tu trato
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto
Que tal vez nací con él;
Yo me figuré un retrato
De las Gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquél.

Sin duda la obligación de sus composiciones oficiales limitaba para ello su conocido ingenio, y luego la edad debía resfriar también su poético entusiasmo, como lo expresó él mismo en aquel hermoso soneto que hizo en sus últimos años á su esposa, y empieza así:

Ceden del tiempo á la voraz corriente; etc.

En 24 de Mayo de 1824 fué nombrado individuo honorario de la Real academia de San Fernando, en cuyo seno recitó de memoria y á presencia del Rey, en la distribución de premios verificada en 27 de Marzo de 1852, un discurso en verso, que por su mérito se imprimió en el cuaderno de actas que se publicaron; y en el año de 1829 hizo la última y más correcta edición de sus poesías, la cual fué recibida por el público con singular estimación.

Los últimos años de su vida fueron amargos, entre penalidades domésticas y el desconsuelo de haber perdido un hijo querido, que daba ya las más lisonjeras esperanzas. El extremo cuidado de su esposa y sobrina, doña Paula de Arriaza, que le amaba con ternura; el cariño de cuatro hijos que le quedaban, y el aprecio de sus numerosos amigos y apasionados, le sostuvieron hasta el 22 de Enero de 1857, en que falleció, á la edad de sesenta y siete años, siendo enterrado en el cementerio de la puerta de Fuencarral,

Las obras líricas de este poeta tienen aquella difícil facilidad que tanto honor hacen á las de nuestro gran dramático Moratin; pues, segun sentir del mismo ARRIAZA, no puede haber verdadera expresion de ideas donde no reine la mayor claridad de dicción, porque es muy ridículo atribuir á misterios del arte la falta de claridad, que algunos pretenden encubrir con el título de lenguaje poético. Es cierto que el camino que guia á este venturoso término es tan árido, que, fatigado en su carrera, incurrió alguna vez el poeta en algun desaliño; pero es disimulable y no digno de tomarse en cuenta, si se compara con las bellezas de que abunda. Conciliar la sencillez con la elegancia, proscribiendo la afectacion de tropos y figuras amontonadas sin discernimiento, fué siempre su punto de partida, y á esta feliz circunstancia debió su popularidad y el aprecio de los hombres entendidos.

III.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(*El Laberinto, periódico universal*; Madrid, 1844; número 13.)

Mientras de las universidades de España salian nuestros poetas de fines del siglo XVIII; letrados ó eclesiásticos que hermanaban otros estudios con el de la poesia, sectarios los más de la filosofia de aquel siglo, si bien algunos juntaban lo sumiso con lo irreligioso, al paso que otros anhelaban ver crecido el poder del pueblo, y menguado con el de la Iglesia el del trono; empezó á darse á conocer un poeta mozo, de escasos estudios; hasta entónces sin opiniones sobre cosa alguna, y sólo con deseo de vivir bien y ser festejado; militar de profesion, pero para vestir el uniforme y no para manejar la espada, sin que por eso se diga que desdijese de su profesion su aliento, pues sólo se indica que vivia principalmente en el ocio de la corte; de ingenio agudo; de sal cáustica; no falta de imaginacion; diestro y fácil en versificar; acertado en buscar consonantes, punto descuidado por los versificadores de aquellos dias; compositor de décimas, á la sazón caídas en desconcepto; repentista; en suma, de la clase de poetas que frisa con la de copleros. Sus versos gustaban sobremanera á la gente de corto saber y gusto poético no acendrado, y á las mujeres, que á la sazón en España estaban poco educadas; y ademas, eran más adaptables á la música que los de otros sus contemporáneos, y por eso gozaban del privilegio de ser cantados. Andando el tiempo, creció el tal poeta en fama y en mérito tambien, y al cabo ocupó un buen lugar en lo que se llamaba nuestro Parnaso entónces, DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA, que es el sujeto de quien ahora se va aquí hablando.

General es creer que para ejercitarse con acierto en la poesia, ó á lo ménos para descollar como poeta, se ha menester instruccion vasta y profunda. El

*Ego nec studium sine divite vena,
Nec rude quid prosit video ingenium,*

está en boca de todos, porque la autoridad de Horacio, que es razon venerar hasta lo sumo, para algunos tanto vale cuanto un dogma religioso. Y todavía no contentos varios criticos con el texto que se acaba de citar, apelan al

Scribendi rectè sapere est et principium et fons;

entendiendo *sapere* por *saber*, y no, como otros, por buen seso. Pero en nuestra edad de herejías, si todavía Horacio en critica vale lo que en religion los santos Padres, no tiene ya autoridad, que pide fe y obediencia como la de la Sagrada Escritura. Ello es que ha habido grandes poetas con escasa instruccion. No tenia mucha Guillermo Shakspeare, y en calidad de poeta puede ponerse en parangon con los primeros. Casi en nuestros dias, manejando la reja de un arado se formó en Escocia Roberto Burns, poeta sin duda de primer orden. El frances Béranger no sabe latin, y por consiguiente fué, en su niñez, de pocos estudios, como nacido y criado en condicion humilde y pobreza. Al cabo la instruccion es relativa, y en ella lo poco ó lo mucho varia con las circunstancias, sin contar con que, al tasarla, hay quien lo hace sin facultades ni calidades competentes.

Pero es conocido que hay una voz que sale del alma, y unos conceptos á que llega en sus vuelos más osados la fantasía, que no han menester el estudio, si bien con él aprenden á expresarse del modo conveniente.

Sin embargo, los poetas sin estudios son, por lo general, gente de condicion humilde, que, alejados de la sociedad, viviendo en una esfera inferior á lo levantado de sus pensamientos, están en frecuente y estrecho trato consigo mismos; con lo cual nutren el fuego divino que en su interior arde y los está abrasando. Distingúense por lo vivo de sus afectos, por lo arrebatado de su fantasía, por cierto deleite en observar la naturaleza, y por hallar relaciones entre el mundo exterior y el interior; obra todo ello de aquel á quien no distrae el trato con gente mediana y los gocees siquiera moderados.

Los hombres de estudios profundos pueden asimismo ser poetas de primer orden, si en ellos ayuda lo natural á lo adquirido. Un prodigio de ciencia era *Dante* tal cual se hallaba el saber humano en aquella su edad, sin que dañe su erudicion á lo vehemente y hondo de sus afectos, á lo vivo de su imaginacion, ó á la sencillez y valentia con que declara lo que concibe. Tampoco lo sabio quitó á nuestro fray Luis de Leon lo apasionado, lo tierno, lo fogoso. Basten estos ejemplos, dados por via de ilustracion como ejemplos de las doctrinas ántes sentadas.

DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA no estaba en el caso ni de los no educados ni de los bien instruidos. Había nacido y criádose en condicion mediana; hijo de padres nobles, tratando con personas cultas, y en el colegio de artillería, donde fué cadete, y en el cuerpo de la real armada, hubo de adquirir alguna instruccion, la cual fué sin duda dilatando con vária lectura. Sabía el frances y el italiano, y llegó á aprender un poco el inglés, y si no hay razon para tenerle por buen latino, tambien es de suponer, hablando al uso comun, que no ignoraba el *Musa muse*, y áun más allá de la «puente» del *Quis vel qui* había pasado. Faltábanle, pues, las condiciones que á los poetas que lo son por mero ímpetu y dón natural dan una índole peculiar y mérito subido. Tampoco tenía las que se ganan entre los libros, en apartamiento del mundo, en las áulas, entre hombres dados á los mismos estudios, censores á un tiempo y estimuladores de los trabajos que entienden y de que participan. En suma, la atmósfera en que vivía ARRIAZA era la de las tertulias; la de lo llamado el mundo, donde no se ven las esencias de la naturaleza, y de los hombres se conocen, más que las pasiones, los modales; atmósfera en que la planta poética nunca crece mucho, ni vive lozana, ni da frutos en sazón completa.

Y sin embargo, ARRIAZA tenía algunas dotes de las que son consiguientes á la falta de estudios, porque era más espontáneo, más fácil, más abundante que suelen serlo los hombres de mucha ciencia, y como ménos teneroso de pecar contra las leyes del severo buen gusto, al paso que incurria en las faltas, mostraba en sus obras ciertos méritos que el melindre de los sabios de cierta laya y doctrinas condena. No era romántico, ni supo que los hubiese hasta su vejez, cuando había pasado para él el tiempo de abrazar sectas nuevas; pero se separaba en la práctica y hasta en la teoría del rigorismo seudo-clásico de sus días, arrimándose á los copleros (que son parte, y no del todo despreciable, del gremio poético) en tiempo en que los poetas españoles apenas versificaban.

Cada autor, cada poeta tiene sus calidades naturales, sus méritos y deméritos, sus puntos altos y bajos, sin contar lo que debe á sus circunstancias y lectura. En ARRIAZA predominaba el ingenio; había un tanto de imaginacion, y de sensibilidad poco ó nada. Sus descripciones, sus afectos todos son del hombre de mundo, del siglo, pues en cuanto á pintar la naturaleza externa, si lo emprende alguna vez, lo hace en términos vagos é indistintos, y en cuanto al efecto de las escenas de la creacion en el alma del hombre, apenas le siente ó expresa. Sus amores son de los que pasan dentro de las ciudades y se siguen en los paseos, si es lícito valerse de una frase vulgar, «cortejando.» Entrado ya en años, vino la guerra de España contra Napoleon á hacerle poeta patriótico, y desempeñó bien esta tarea, aunque en sus versos más se encontraba mal humor contra los enemigos, y participacion en los afectos comunes á la sazón á sus compatriotas, que un fuego de amor patrio vivo por demás é intenso. Aun en sus composiciones patrióticas, más ingenioso que apasionado, equivocaba ó mezclaba el juguete con la imagen grande y sublime, y así en la profecía del Pirineo, una de sus obras mejores, se dice que á los defensores heroicos de Zaragoza estaban

Sobre sus sienes fieles

Lloviendo á un tiempo bombas y laureles;

lo cual pintado haria un cuadro ridiculo; y discurrido prueba poco calor y no más gusto en quien pensó y se expresó de tal modo.

Como agudo, ARRIAZA se dedicó á la sátira, propia composicion de poetas no muy tiernos, y criados y viviendo siempre en el trato del mundo. En los campos y á la vista de la naturaleza, so arrebató en el hombre la imaginacion ó se excitó los afectos; y solitario y comunicándose consigo mismo, le viene á suceder otro tanto, porque en lo interno y externo son demasiado magníficos el mundo y el alma, para dejar á quien medita en ellos tiempo de pensar en las ridiculeces que afean la sociedad y de ella misma nacen.

ARRIAZA era, pues, de la familia de Boileau y de Pope, aunque este último á veces dió muestras de apasionado, como, por ejemplo, en su *Carta de Heloisa*; pero en las familias hay semejanzas y diferencias, conservándose algo de las primeras en medio de las segundas; y así no hay motivo de negar el parentesco entre el frances, el inglés y el español porque no tuviesen entre sí la identidad de mellizos.

No era ARRIAZA un Horacio, en quien, á pesar de su filosofía epicúrea, de su vida cortesana, de sus no sanas costumbres, de su amor al trato del mundo, asoma sensibilidad profunda como la de aquel á quien se le soltase una lágrima en el punto en que lleva á lo sumo el entregarse al deleite. Al reves, aspiraba á ser sensible, y la sequedad de su alma no le consentia ser más que ingenioso, siendo como aquellos á quienes en las mayores penas se descubre cierta serenidad y prontitud de ingenio, saliendo con una agudeza cuando de ellos sería sólo de esperar una expresión de afecto apasionado.

En sus últimos días leyó más ARRIAZA, pero no llegó á tener principios fijos de gusto, pues fluctuaba entre doctrinas varias, y, siendo de condicion irascible, propendia á condenarlas todas unas tras de otras, por condenar á sus mantenedores. Así alababa *El Desden con el desden* y á Rita Luna, incomodado con el favor que se dispensaba al *Duque de Penthièvre*, representado por una *niña de reten*, y veía el punto primero de la tragedia en

Las lágrimas de Tito y Berenico

ó en el

Alma de Fedra é infierno de Hermione;

alabando al mismo tiempo á *Lope y Moreto*, y quejándose de que por la moda hubiesen sido desechadas

Sus piezas por «antiguas y ramplonas»,
por tener en vez de ellas
«Francesas cucamonas.»

Todo esto por indignacion á los aplausos dados á la tragedia de *Los Venecianos* y á *Maiquez*.

ARRIAZA metió la hoz en el campo de la política, y no poco, en los últimos años de su vida. Había sido cortesano del Príncipe de la Paz, privado á quien pagaba el pueblo en odio fuera de toda medida y razon lo excesivo de su valimiento; y le había celebrado más que otros. Pero en la guerra contra los franceses fué, como queda dicho, patriota puro, y nadie hizo más versos que él sobre aquella guerra.

Posteriormente se declaró contra los innovadores, apellidados liberales, y fué su enemigo franco en la buena y mala fortuna, pues si los denostó cuando estaban caidos, no los lisonjeó cuando los veía triunfantes. Una excepcion sólo hizo á esta regla (1). En un convite dado por unos amigos al señor don Luis de Onís, que recién publicada en España en 1820 la Constitucion de 1812, iba de ministro plenipotenciario de nuestro rey á la corte de Nápoles, compuso ARRIAZA unos versos de repente, segun decia, pero llenos de aparente entusiasmo y abundantes en estro y en hermosas imágenes, sobre tener sus dotes naturales de fáciles y sonoros. Pintaba allí al enviado como que iba nuestra revolucion

Δ Parténope á anunciar,

(1) Excepcion análoga son tambien los versos que recitó en una comida dada á varios diplomáticos por el Baron de C.... (Nota del Colector.)

y añadía:

A Parténope, que aún gime
Entre floridas cadenas,
Y aún la adulan sus sirenas
Con cantos de esclavitud.

Tú entre ellas nuncio sublime
Serás, y español Tirteo,
Que las alce al alto empleo
De cantar patria y virtud.

Y más allá había una hermosa imágen y no ménos bello simil, pues al pintarse que se veía en Nápoles

Lanzar tronando el Vesubio
De ardientes lavas diluvio
Hácia la etérea region,

ocurría el pensamiento de que

Tal dirás: la patria mía
Vió de Riego el heroísmo,
Precipitando al abismo
Las moles de su opresion (1).

Y hasta el final, aunque más tenía de obsequioso á la beldad y de galante que de patriótico, todavía pecaba por conceder divinidad á lo que ARRIAZA reputaba infernal ciertamente, y á lo que despues con más sinceridad llamó *arpiá*; porque, hablando de la linda hija del señor Onís, doña Clementina, aseguraba que

No puede ser más divina
La imágen de libertad.

Singular fortuna fué la de esta composicion, que en el autor fué un desgarró. El gobierno de Nápoles tuvo de ella noticia y se llenó de susto y congoja, y publicó que el Ministro de España le venía á revolver el Estado, y dió por prueba de su aserto y justificacion de su temor la de los versos aquí citados; calificando al ex-cortesano y entónces todavía anti-constitucional poeta, de jacobino; y de resultas de todo ello no consintió al señor de Onís pasar á su destino, poniendo dificultades á admitirle y obligándole á detenerse en Roma. De allí á poco, para mayor sigularidad, rompió una revolucion en Nápoles, sin ser ni promovida por el gobierno español ni deseada siquiera, pues le causaba embarazos graves, sin serle de ayuda, y el señor de Onís pasó allá triunfante puntualmente del modo y á lo que los versos dichos en el convite decían. Digno de verse era el apuro de ARRIAZA al contemplarse tenido por lo que no era, y juzgada obra de su intencion la que lo había sido de su flexible ingenio, y como él no adulaba á la revolucion, entónces triunfante, procuraba con empeño justificarse de la nota de *liberalismo*, hablando al uso de aquellos dias. De la composicion, como poeta, debía estar ufano, porque es de lo bueno entre sus poesías, lo cual asimismo le acredita de más diestro que concienzudo en concebir y expresar sus afectos.

Despues de esta digresion, que ha sido una entrada en el campo de la política, en que ahora, sin poderlo remediar, se mete quien piensa, habla, escribe u obra, poco hay que añadir, vueltos á la region literaria, á lo que de ARRIAZA se ha dicho.

Entre los poetas españoles de su tiempo le toca de justicia un asiento distinguido, no de los más altos ni de los bajos tampoco, sino algo aparte de donde están y deben estar sus contemporáneos. Entre los versificadores y rimadores descuella; aunque hoy ya esta parte mecánica de la poesía, descuidada cuando él escribía, es cultivada con acierto y lucimiento sumos. El ingenio, ó aquella parte de él á que los franceses llaman *esprit* y los ingleses *wit*, también es prenda poética, y lo fué sobresaliente en ARRIAZA. La imaginacion que remonta mucho el vuelo no era la suya, pero tampoco de imaginacion estaba falto. Ternura no hay que buscarla en él, ni aún cuando llora, y es de creer con sinceridad, á su hermano muerto en la guerra, y ménos en sus amores, puros galanteos. Es, pues, lo que llaman los franceses *poète de société*, pero muy perfeccionado, muy supe-

(1) El señor Alcalá Galiano citaba estos versos de memoria. Difieren algun tanto de los que el mismo ARRIAZA publicó en sus *Poesías*. (*Nota del Colector.*)

rior á los de su clase, la cual no es de gran valía. Por eso (valiéndonos del lenguaje clásico) tiene lugar en el Parnaso, al modo que á quien sobresale por demas en ocupaciones inferiores, suelen con razon concederse los honores de un cuerpo al cual no pertenece del todo, y del que, sin embargo, por la naturaleza de sus merecimientos, es acreedor á ser mirado como parte.

POESÍAS.

PRÓLOGO DEL AUTOR (1).

Si no hubiera tenido yo que consultar más que mi gratitud hácia el público por la graciosa acogida que hizo á la primera edicion de estos versos, ya hace cuatro años que estaria hecha la segunda, correspondiendo al deseo con que desde entónces se han solieitado inútilmente ejemplares, y tal vez pagado á excesivo precio los que se hallaban de segunda mano. Pero no ha estado en la mia el allanar más pronto los inconvenientes que se han opuesto á esta reimpression, especialmente contando entre ellos la ausencia de dos años y medio que he tenido que hacer de mi patria, y el tiempo que ha sido forzoso emplear en concertar con censores ilustrados las correcciones que debia sufrir la obra, para que ningun pasaje de ella quedase expuesto á interpretaciones que la extraviasen de lo decente y decoroso. Todo esto se ha hecho para restituir á la prensa estos ocios de mis primeros años, estimulado, no del ansia de reputacion literaria, pues no dejo de conocer cuán acibarada y peligrosa es la que se goza en vida, sino por aquella obligacion que contrae con el público todo escritor desde el punto en que la obra sale de sus manos, perteneciendo ya ménos á él que al comun de los lectores, cuya esperanza se ve engañada injustamente siempre que no halla en la libreria obras que, en virtud de los anuncios, excitaron su curiosidad.

Á pesar de tan felices auspicios, no ha disminuido en mí la desconfianza con que estos versos salieron á luz la vez primera, por no haberme jamas resuelto á darles aquella severa lima que debiera aproximarlos á la perfeccion prescrita por las buenas reglas; considerando que cuanto más aleja la edad de los dias en que ocurrieron los sencillos versos, ménos fácil es volverse á hallar en la disposicion de ánimo que los produjo. Los descuidados y alegres dias de la juventud traen consigo los afectos tiernos, las risueñas ideas, los versos dulces y el estilo que les conviene; el tiempo marchita muy en breve estas felices disposiciones; cuando el hombre, ya más severo y reflexivo, aspira á una perfeccion que es árida, por lo regular, y problemática, y en la que, por captarse la opinion de algun Aristarco sesudo, renuncia la de los que son jueces naturales en estas materias amenas, esto es, la juventud de ambos sexos, en cuya imaginacion risueña y corazon sensible hallan mejor acogida las dos únicas prendas de que yo me alegrára haber podido dotar mis versos; es decir, la naturalidad y la armonia.

Siempre he creído, y un instinto natural me lo ha

dictado desde mis más tiernos años, que no puede haber verdadera expresion de ideas en donde no reine la mayor claridad de dicción; que lo que el lector no concibe á la primera y simple lectura, no puede hacer en su imaginacion el pronto efecto que se requiere, y mucho ménos mover su corazon de modo alguno; que esta claridad debe ir siempre acompañada de una constante elegancia en el decir; pero que esta elegancia no consiste en una sucesion de inversiones gramaticales, de tantos adjetivos retumbantes, ni de tanta metáfora de metáfora, á lo que algunos dan el nombre de lenguaje poético, atribuyendo á misterios del arte su falta de claridad, sino es en el modo más selecto y noble de decir las cosas, á proporcion del estilo en que se escribe.

Pues si es cierto que una de las propiedades más generalmente observadas en la poesia es la de producir su efecto en toda especie de gentes, por lo cual se dijo que en sus principios domesticaba las fieras, ¿cómo podria producir tales milagros sino por la combinacion simultánea de una singular elegancia y claridad en el decir, con una armonia partienlar en la formacion de las cláusulas métricas? En virtud de cuya reunion, oyendo el hombre que las cosas más vulgares se le dicen de un modo más halagüeño y grato que el que esperaba de la conversacion vulgar, y sintiendo en el artificioso enlace de las voces cierta desusada armonia, no puede ménos de prestar atencion al poeta, mientras que alguna confusion extraña de figuras amontonadas, ó alguna dislocacion de voces, ó trastorno de la gramática, no empieza á convertirle en penosa tarea lo que le servia de sabroso pasatiempo. Por eso se verifica en cualquiera medianamente versado en el latin, serle más fácil el comprender y sentir una elegía de Tibulo ó de Ovidio que la mejor de nuestro Herrera y otros poetas que han escrito poesias amatorias; porque en aquéllos el lenguaje es tan sencillo y natural como los sentimientos que expresan, al paso que en los nuestros son igualmente confusos el lenguaje y los sentimientos. La mayor dificultad que á mi ver ofrece la poesia es el conciliar la suma sencillez con la elegancia; de suerte que ni el lenguaje cese de despertar la atencion á fuerza de trivial y desaliñado, ni la fatigue con la afectacion de tropos y figuras amontonadas sin discernimiento. El camino que guia por enmedio de ambos escollos es el único por donde se puede llevar al lector hasta el fin de una composicion, agradablemente entretenido.

Ademas, que si nuestra lengua permite algun género de inversiones moderadas, se resiste al abuso de ellas que se va introduciendo en el dia, como que altera la verdadera exactitud y precision de las frases, llevando á saltos el entendimiento de enigma en enigma, y ántes haciéndole inferir ó interpretar que comprender fácilmente lo que lee. Que siendo la armonia el medio

(1) Este prólogo, publicado en la edicion de 1807, y suprimido en las siguientes, fué reimpresso en la elegante edicion de 1829, última que hizo ARRIAZA de sus poesias. (Nota del Colector.)

principal de que la poesía se vale para cautivar nuestra atención y embelesar el oído, debe el poeta dirigir todo su conato á variarla infinitamente; y esto lo conocieron tanto los antiguos, que son innumerables los metros con que la enriquecieron, como nos lo prueban todas sus odas, tanto latinas como griegas. Tal era la importancia que daban á este artificio armónico, que jamás se verificó dejasen de concluir una composición en el mismo género de estrofas con que le empezaron; convencidos de que el encanto del oído depende de este mecanismo, siendo la facilidad de vencer estas dificultades el primer distintivo del poeta, sin el cual se confundiría en esta parte con el orador, que no guarda medida fija en sus períodos. La dificultad superada es lo que más lisonja y más se capta la admiración de las gentes; sin lo cual vendría á ser tan estimada una figura de cera como la mejor estatua de mármol, un sello en la creta como un camafeo, y el mérito de un Rafael como el de un estampador, que de una sola vuelta de tórculo reproduce sus pinturas.

Perdida que fué luego la prosodia entre la confusión de los lenguajes del Norte y Mediodía, la reemplazó la rima en toda la Europa; con la cual, combinada de mil maneras, se hicieron los mismos prodigios de armonía que con los dísticos y espondeos. La facilidad de rimar fué desde entónces compañera de la fecundidad de ingenio. Tan poco les costaba á los Tassos, Ariostos, Corneilles ó Rousseaux el producir los unos sus inmortales estrofas, y sus combinaciones de rimas masculinas y femeninas los otros, como á Ovidio y á Propertio el alternar sus exámetros y pentámetros, ó á Horacio el dar siempre un lugar fijo á sus sáficos y adónicos. Todos vencieron dificultades no vulgares, ni asquibles para quien no debe á la naturaleza una cabeza armónica, un oído fino y una posesión del lenguaje, que son dotes indispensables de un buen poeta.

Pero de muy pocos años á esta parte se hace alarde entre nosotros de llamar pueril y bárbaro este mecanismo, sin otra razón que la misma dificultad que ofrece á los que quisieran se les abriese el Parnaso por sólo los méritos de eruditos ó filósofos. Para éstos la elocuencia y los distintos géneros de prosa facilitarían vastísimo campo en que lucir sus talentos; mas se figuran que allanando las barreras que dividen los términos de la oratoria y la poesía, podrán pasearse francamente por entrambas jurisdicciones, á despecho de la naturaleza, que les condena á encontrar dificultades invencibles en lo que hizo tan liso y practicable para tantos claros ingenios, predestinados como favoritos de Apolo. Así es que practican y preconizan el *verso suelto*; verso que (en paz sea dicho) lo es más para los ojos que para el oído; pues apenas es dado sino á gentes muy versadas en la lectura de los poetas, no digo el deleitarse con él, sino aún el distinguirlo de la prosa, por su corta extensión, comparada con la de los exámetros antiguos, y la necesidad de confundirse cada verso con la mitad ó tercera parte del que sigue, para leerle con sentido; lo que destruye la cadencia de las once sílabas, y de los débiles acentos en que consiste nuestra prosodia, como ménos poderosa para sostener un verso que la fijeza de la latina. Cuando admiten el consonante es para colocarle á bulto donde convenientemente les ocurra, y en una silva de rimas aventureras. De esta suerte, en lugar de variarse y enriquecer la armonía, la embobrecen, dejándola tan confusa y vaga, que el oído del lector no sabe cuándo esperarla. ni acierta á reconocerla. ¿Qué dirémos si á la sequedad del verso suelto aún

se pretendiese agregar cierto estilo declamatorio, un tono sentencioso, un empeño de derramar la moral cruda, con exclusión de los mitológicos adornos y de las invenciones alegóricas? ¿Cómo reconocerémos á la amable poesía, tristemente sentada en la cátedra de Demóstenes, y tan léjos de los floridos bosques en que el grande Homero y el ingenioso Ovidio meditaban y creaban aquel universo poético, trasmitido hasta nuestros tiempos en brazos de todas las artes hijas de la imaginación? La práctica de estos principios, que tanto se recomiendan en varios tratados elementales publicados en estos últimos años, me ha parecido ser semilla de una nueva secta, que sucederá á las dos ya desterradas y conocidas con los nombres de *culteranismo* y *conceptismo*, la cual vendrémos á llamar *filosofismo*; tanto más hermana de ellas, cuanto se compone de los mismos elementos, que son hinchazon y oscuridad. Á cuya sombra todas las composiciones escritas por el mismo estilo, y sin artificio ni variedad en la versificación, parecerán todas retazos del mismo paño; y tan monótona y sorda su armonía, que habrémos de inferir tristemente que á la lira de Apolo se le han roto todas las cuerdas, no le queda más que el bordon, y todos tocan por él.

Sin embargo de lo cual, desearia yo se pudiese entender claramente que este monótono resultado únicamente, ó el uso exclusivo de aquel estilo amanerado, es lo que considero reprehensible, y no el que un poeta á quien su genio ó carácter natural inclina á dedicarse sólo á asuntos morales y filosóficos, lo practique con la maestría que yo mismo admiro en alguno de nuestro tiempo; pero que estas formas y modismos peculiares se hagan luego objeto de una ciega imitación ó copia por parte de los rutineros, y se prescriba el desprecio de las que fueron inventadas, usadas y establecidas por nuestros antiguos poetas, con tanta variedad y gala de la poesía castellana, es con lo que me parece no podrán nunca conformarse ni la razón ni el buen gusto. La raza de críticos, que abunda cuando la de poetas escasea, es la que prescribe estas leyes. Horacio, Píndaro, Anacreón, Virgilio, Ovidio, Lucrecio, se diferenciaban y distinguen respectivamente por estilo, tono y formas particulares. Y nuestros preceptistas modernos no querrán reconocer por poetas sino á los que escriban en el lenguaje de Herrera! Y bajo el relumbrante atavío de tal lenguaje (que si pudo brillar en sus odas, no hizo más que oscurecer sus elegías) adónde irá á parar aquella amable facilidad, tan difícil de conseguir; aquella naturalidad y fluidez, primer atractivo de la poesía, y que se tiene por cualidad inseparable de cuanto se llama sublime!

DIJO DIOS: QUE HAYA LUZ; Y LA HUBO LUÉGO.

Por evitar estos escollos, sin duda habrán caído mis versos en otros más lastimeros. Los días en que nacieron están ya sobrado distantes de los presentes, para que yo no los mire sino como un lector imparcial, á quien no se le ocultan muchas sombras que oscurecen el efecto de algunas malogradas disposiciones de ingenio. Yo reconozco todas las que me quieran echar en cara los críticos, y algunas más que se les escaparán á ellos, y de que yo no he tenido valor ni gusto para purificarlos. No hará, pues, mucho mi amor propio en resignarse contra los tiros de la crítica; mas, debiendo precaver los de la malignidad, que se aprovecha de los conceptos, pensamientos ó caprichos de una fantasía acalorada, para deducir consecuencias injustas sobre el modo de pensar y sobre la moral de los autores, no

puedo ménos de recordarle que estas composiciones fueron hechas en tiempos muy distintos de las circunstancias en que ya se leen; hijas todas del fervor accidental de la imaginacion, movida, ya de amor, ya de amistad, ya de gratitud, ya de tristeza ó despecho; y por consiguiente, que sus conceptos expresen sólo una situacion momentánea del espíritu, y de ningún modo los principios fundamentales que rigen al que los produjo. Una coleccion de poesías no puede ménos de ofrecer al juicio infinitas contradicciones; el poeta celebra mil veces con entusiasmo lo que en otros casos deprime; tras de una composicion en que se declama contra la guerra y sus agentes, sigue otra en que se excita el valor é inflama los corazones al desprecio de la vida; se maldice del amor en unos casos, y en otros se le solemniza en bellas frases; el poeta, entregándose á un estro indeliberado, es siempre responsable de sus versos, pero no de sus asuntos; bien al contrario de los historiadores y moralistas, que, llevando por principal objeto la verdad y la razon, nunca les es lícito disfrazarlas ni contradecirse á sí mismos.

Últimamente, esta nueva edicion contiene poesías de los diferentes estilos en que, segun el humor que me inspiraban los sucesos particulares ó públicos de mi tiempo, desenvolví mis ideas; comprendiéndose en estos últimos las gloriosas circunstancias de la asombrosa guerra de la *Independencia*, para cuya celebridad únicamente descarta yo que pudiesen llegar mis versos á la posteridad más remota.

El lector conoce la mayor parte de estas composiciones; y por las que van añadidas sólo me toca prevenirle que si acaso reconociere en ellas una sucesion de pinturas viva ó agradablemente contrastadas, pensamientos morales y tiernos, y versos armoniosos, no tiene por qué echar mano al compas para medir sus proporciones, sino es honrarlas con las mismas señales de aprecio con que ha sabido disimular lo que sólo pudo ser indulgencia hácia mis primeros ensayos. Y en tal supuesto,

De enemigos pedantes no pretendo
Para mis versos ni perdon ni excusa;
Pero segunda vez los recomiendo
A los amigos de mi pobre musa.

IDILIOS.

I.

LA IMPRESION PRIMERA, Ó EL PESCADOR.

Orillas del mar tendido
Un pescador á sus solas,
Como la roca á las olas,
Así burlaba á Cupido:
No pretendas, dios traidor,
Que te doble la rodilla;
Mi tesoro es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

Cuando algun encanto pez
Entra en mis redes, le digo:
Tal quisiera hacer conmigo
El amor alguna vez;

Pero no espere el traidor
Un vasallo en esta orilla;
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

Yo vi de Nerina ingrata
Al amante, ¡pobrecillo!
Que no vi ningún barquillo
A quien más la mar combata;
¡Y me ofrecerás, traidor,
Una ley que tanto humilla?
No; mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.

La bella Silvia, que en tanto
Por la ribera venia,
Oyó cómo repetia
El marinero en su canto:
«Nunca mandarás, traidor,
En mi voluntad sencilla:
Que mi bien es mi barquilla,
Mis redes sólo mi amor.»

Entonces Silvia le mira,
Y el corazon le penetra;
El va á repetir su letra,
Y en vez de cantar suspira.
Adios, pobre pescador;
Adios, red; adios, barquilla;
Que ya no hay en esta orilla
Sino vasallos de amor.

II.

LA DECLARACION.

Dulce posesora
Del corazon mio,
A quien nunca fio
Mi tierna pasion,
Las ansias, que un frio
Silencio devora,
Oye, posesora
De mi corazon.

Hoy á declararte
Mis penas me arrojó;
Preveo tu enojo,
Mas vano será;
Que irás á vengarte,
Y el mísero labio
Que te hizo el agravio,
Ya frio estará.

Muriendo, en mis ojos,
De lágrimas llenos,
Los tuyos serenos
Verán la ocasion.
Dirante muriendo
Que el alma te adora,
¡Crúel posesora
De mi corazon!

Si me amas, al cielo
Tu gloria es subida,
Pues dasme la vida,
Milagro de un dios.
Al mundo modelo
De dichas seremos,
Envidia darémos,
Si me amas, los dos.

Si no, pues me mata
Sentencia tan dura,
Será en tu hermosura
Mi sangre un borron;
¡Y quieres, ingrata,
Más ser destructora
Que dulce señora
De un fiel corazon?

¡Qué logra una rosa
Cerrando el capullo,
Cuando con orgullo
Se abren otras mil?

Ceder á rigores
De insectos inmundos,
Los besos fecundos
Del aura gentil.

No imites, hermosa,
Su ejemplo y desgracias;
Cede tantas gracias
A tanta pasión.
¡Ay! cedelas luego,
Y sé desde ahora
Feliz poseedora
De mi corazón.

POETA.

Cuando amor con Flora
Su imperio partía,
Turbó su alegría
Sola esa canción;
Por amor naciendo
Ganados y flores,
Sólo por amores
Muriendo Damon.

Con amor hermoso
Cuanto el triste mira,
Cuanto ve suspira
De amorosa unión;
Sin amor hermosa,
Sin amor ufana,
Sólo la tirana
De su corazón.

Ya en lúgubres modos,
Ya en llanto se explica,
Y en ecos replica
Todo á su canción.
Que amar saben todos;
Mas de amar ignora
Sólo la pastora
De su corazón.

III.

LOS ECOS.

*¡Ay quién se viera, cual se vió algun día,
Adorado del dueño por quien muere!
Ya Silvia me ha olvidado, y no me quiere;
¡Quién en palabras de mujer se fia!*

POETA.

El infeliz Fileno
A su Silvia engañosa
Así acusaba en la floresta umbría,
De cuyo verde seno,
Eco, ninfa piadosa.
Así su triste tema repetía.

FILENO.

Alma, ¿dónde encaminas tus deseos?
Pecho, ¿dónde diriges tus suspiros?
Ojos, ¿de qué delito fuisteis reos,
Que así procuran los de Silvia huiros?
¡Felices, mientras fuisteis sus trofeos!
¡Felices, siendo blanco de sus tiros!
Un día os oprimió su tiranía.

ECO.

¡Ay, quién se viera cual se vió algun día!

FILENO.

Yo gocé reunidos en mi pecho,
En aquel tiempo, que ahora lloro en vano,
Todo cuanto placer, cuanto provecho
Puede adular al corazón humano;
Pues aun que la fortuna le haya hecho
A otro el más poderoso soberano,
¡Quién será más feliz que quien se viere

ECO.

Adorado del dueño por quien muere!

FILENO.

Si, cielos, yo me vi de esta manera
Cuando el hado me fué más halagüeño,
Gozando de la fe más verdadera
Y objeto del cariño de mi dueño;
Pero ya la fortuna lisonjera
Desvaneció mis glorias como sueño,
Pues ¡con qué angustia el labio lo profiere!

ECO.

Ya Silvia me ha olvidado, y no me quiere.

FILENO.

¡Mas olvidado, ingrata, el dulce lloro,
Fueido amoroso de tu tierno anhelo,
Siendo un raudal de perlas el tesoro
Que redimía mi menor recelo?
Jurábasme una fe, que ya no ignoro
Fuese dejar en testimonio al cielo
Que se ve arrepentido en algun día

ECO.

Quien en palabras de mujer se fia.

IV.

AGLAURO Y MELISA.

No es sólo la dulcísima garganta
Del ruiseñor melodioso y vario
En las nocturnas horas, quien quebranta
El silencio del bosque solitario;

Que bajo el campo azul de las estrellas
También Amor ausente ó sin fortuna
Une con las del ave sus querellas
Y á los dormidos ecos importuna.

Así cuando del mundo huyendo Apolo,
Dejaba mudo el campo, el mar y el viento,
La voz de Aglauro entre las selvas sólo
De la plácida noche era el acento;

Lloraba la tardanza amarga y fiera
De un plazo á su esperanza concedido:
Amor, si afliges tanto á quien te espera,
¡Ay del que para siempre te ha perdido!

A la Arcadia entre sombras semejava,
Herido de su acento, el valle oscuro:
Yo cantaré los versos que él cantaba,
Que son del tardo amor fausto conjuro.

AGLAURO.

Versos, dulce expresion del alma mía,
Id á buscar á la que reina en ella
Y de mis ojos tanto se desvia.

Id, conducidos por mejor estrella
Que la que en mí domina y me prohíbe
Seguir constante su adorada huella.

Id por esos jardines, donde vive,
Si no ajena de amores, distraída
Del tributo de amor que en mí recibe;

Preguntando á las plantas si escondida
La celan, ó á las aguas de ese lago
Si las está mirando divertiéndose.

Y pues que de los versos el halago
Nadie siente como ella, y darles sabe
Con el mirto de amor glorioso pago,

Salidla al paso, y con rumor suave
Al oído decidla: «Allí te espera
Cuanto cariño en corazones cabe.

»Vé, graciosa Melisa, vé ligera,
Si el mismo que de dichas has colmado
No quieres ya que de inquietudes muera.

»Mira, en aquella piedra está sentado,
Lleno de tu memoria, absorto y triste,
Más que ella misma inmóvil y parado;

»Y, solitario, apenas ya resiste
De tu culpable ausencia á ingratos tiros,
Pensando en mil promesas que le hiciste.

»Los árboles le escuchan con suspiros
Acompañar al ruido de las hojas
Que arroлла el viento en rumorosos giros;
»Imitando en el ansia en que le arrojas,
De la noche el silencio, y no el reposo,

Que eso no lo permiten sus congojas.

»Ni tú sufras más tiempo que dudoso

Viva de aquella fe que le has jurado
Con dulce selio de tu labio heroso;

»Sino signe con paso apresurado

La margen de ese lago cristalino

En que se mira el cielo retratado;

»Y el mismo amor te enseñará el camino,

Pues jamas extravia á los amantes

Que seguir quieren su feliz destino.

»Los ojos de los astros rutilantes

Te verán sólo, pues la sombra amiga

Ciega los de la envidia vigilantes:

»Ni hallarás importuno que te siga;

Que sólo dan asilo estos lugares

A finos pechos en que amor se abriga:

»Ni te sorprenderán, aunque empleares

En coloquio feliz tan largos plazos

Como la diosa que nació en los mares,

»Cuando, encantado Adónis en sus lazos,

El destino crió la predecia

Que era el último aquél de sus abrazos.»

Mas cese, oh versos, ya vuestra armonía,

Y por himno de amor tan sólo suene:

«Vén á tu Aglauro, vén, Melisa mía;

Que en la dulzura que el ambiente tiene,

Y de esta fuente el murmurar sonoro,

Me anuncia el pecho que mi hermosa viene:

Ella es sin duda, que se esquila al coro

De las tres Gracias, al sonar entre ellas

Los dulces ecos de mi amante lloro.

Y ya en el cielo inñidad de estrellas

Rayos me envían de su luz templada

Por darme claras sus facciones bellas:

Suya es aquella gracia delicada,

Tierna voz, blando paso y dulce risa.

¡Oh sombra amiga! ¡oh noche afortunadal

Vén á tu amante, vén, dulce Melisa.

POETA.

Enmudecióse allí preludio el canto

De alegre, si, mas fugitiva gloria.

¡Qué de recuerdos tristes entre tanto

Debió mi corazón á mi memoria!

Ni un infortunio perdonó la idea

De los que en ella son proceso largo:

Desabrido mi labio paladea

De la copa de amor el dejo amargo.

Y llorando exclamé: «¡Pobres amantes!

No fieis de pasión tan fementida;

Que los gustos que da duran instantes,

Y los tormentos ¡ay! toda la vida.

V.

EL PROPÓSITO INÚTIL.

Ardí de amor por la voluble Elfrida,

Y ella en mi incendio se mostró abrasar:

Burló mi fe, pero sanó mi herida:

Amor, amor, no quiero más amar.

Amar al uso es conservar su calma

Y en falso labio la pasión mostrar;

Y pues amar y abandonar el alma

No se usa ya, no quiero más amar.

Díceme Amor: «¿Qué miedo te importuna?

Tus dichas yo me ocuparé en colmar,

Pues las tres Gracias voy á unirte en una.»

No importa, Amor; no quiero más amar.

Luégo á mis ojos se ofreció Delina

Cual solo Amor se la acertó á idear:

Yo digo al verla: «Es en verdad divina»;

Pero yo, en fin, no quiero más amar.

Es á su lado pálida la rosa,

Triste el lucero que preside al mar;

De incautas almas perdición forzosa;

Mas yo ¡ay Amor! no quiero más amar.

Se ven las flores, por besar su planta

Cuando ella baila, la cabeza alzar:

Se escucha á Erato si mis versos canta;

Mas yo ¡ay de mí! no quiero más amar.

De mil amantes la vere seguida;

Que ni áun sus dichas me darán pesar;

Y en celebrarla he de pasar mi vida;

Mas basta así; no quiero más amar.

«Signela pues, me dice el niño ciego;

Sin riesgo puedes de su luz gozar;

Que si te acercas, por desquido, al fuego,

Yo gritaré: No quiero más amar.»

Necio de mí, que con acción sumisa

A los pies de ella me dejé arrastrar,

Sin ver de Amor la maliciosa risa

Al yo decir: No quiero más amar.

Ya por instantes en mi incanto pecho

La llama antigua crece sin cesar;

Mas ¡ay Delina! el mal era ya hecho;

Que haberte visto es empezarte á amar.

VI.

EL CANASTILLO.

Yo vi, vecino al templo

De la Ciprina diosa,

A una diada hermosa,

Que era en su baile ejemplo

De adoración graciosa.

De otras diadas bellas

El coro la seguía,

Mas ésta, al frente de ellas,

El campo las abría;

Que el campo florecía

Bajo sus lindas huellas.

Puro como la nieve,

Como la niebla leve,

Pende de su cintura

Un velo que procura

Burlar el ceñillo;

Y rosas mil en torno

Son el sencillo adorno

De su talle sencillo.

Llevaba un canastillo

De florecillas varias,

Que libres desde el prado

Volaron voluntarias

Al canastillo amado.

Su cuerpo delicado

En dulce movimiento

Va imitando á la palma,

Que ya se dobla al viento,

Ya queda firme en calma.

Su ligereza es tanta,

Que apenas se divisa

Cuando la hierba pisa;

Y con lasciva planta

Y con lasciva risa,

Hace que al templo marche

El coro peregrino,

Bailando al són del parche

De un ronco tamborino.

Luégo que al templo llega,

El coro se despliega

Como en vistosa calle,

Y sola en medio al valle

Con actitud airosa

Queda ostentando el talle

La corifea hermosa.

Blanca como azucena,

Fresca como la rosa,

Libre cual mariposa,

Ya de atractivos llena

Sobre el un pie se pesa,

Mientras el otro vaga,

Y rebatiendo halaga

Al que por él reposa.

¡Cuán gentil! ¡Cuán ligera

Trisca por la pradera!

Anhelantes y lasos

Tras sus veloces pasos

Se afanan los amores,

Por aprender ardores,

Para turbar sosiegos;

Por aprender distintos
Lúbricos laberintos
Siguen su pié los juegos.
Ora corre, ora salta,
Ora vuela, ora falta
El tiempo al que la mira,
Y de placer suspira.
Ya elegante y altiva
Derecha el aire hiende;
Ya jugando furtiva,
Cual agua fugitiva
Por el valle se extiende,
Y unas flores sorprende
Y otras flores esquivo.
El canastillo en tanto
Con la sencilla ofrenda
Era su dulce encanto,
Su acariciada prenda.
Y así, en gentil retozo,
Alzando en cada salto
El canastillo en alto,
Al céfiro, de gozo,
Parece le decía:
«No verás en el templo
Ofrenda cual la mía.»
Y que le respondía
El céfiro: «Contemplo,
Oh ninfa deliciosa,
Que en ti veré la diosa
Cuando entres en el templo.»

VII.

TRANSFORMACIONES DE VÉNUS (1).

Por mostrarse entre las diosas
Vénus siempre aventajada,
De mil suertes caprichosas
Varió las formas hermosas
Con que en Chipre es adorada.
Y para tomar consejo
En tan diversos primores
De beldad, gracia y despejo,
Pidió á una fuente su espejo,
Y al prado un marco de flores.
Dejando lo delicado,
En grandes formas descuellas;
Y el cielo aplaude admirado
Al verla en nuevo traslado
Tan *colosal* como bella.
Luego, en la forma donosa
Con que el amor la encariña
Cuando en sus brazos reposa,
Brindando besos de rosa,
Parece ser *Vénus niña*.
Ya la doble parte oculta
Que de la espalda declina,
Ya la que en el seno abulta;
Y así ¡juán tierno! resulta,
¡Cuán virginal! *Vénus fina*.
Mas se ve pronto mudada,
Pues ostenta de repente
Cada forma tan marcada,
Que parece torneada
Por Amor, *Vénus turgente*.
Luego en la sin par figura
Con que á sus rivales priva
Del lauro de la hermosura,
Encanta con su dulzura,
Y es la *Vénus primitiva*.
Tras esto ostenta rigores
Con toda la turba amante,
Y aunque inspira mil ardores,
A uno solo da favores,
Y al fin es *Vénus constante*.

(1) Se hizo en Granada, clasificando el mérito diferente de las damas que componían una sociedad, y á las que cierto concurrente llamaba Vénus con varios epítetos, como *colosal*, *fina*, *primitiva*, *constante*, *hermosa*, etc.

Mas pronto se manifiesta
Tan caprichosa y tan varia,
Y á tantos votos se presta,
Que es mariposa en floresta,
Y en amor *Vénus voltaria*.
Finge despues que la inspira
Amor su llama invisible;
Con ojos lánguidos mira,
Con pecho ansioso suspira,
Y al cabo es *Vénus sensible*.
Y á nuestra vista se ofrece
Distraida y taciturna;
La luz del sol aborrece,
Sólo de noche aparece
Para ser *Vénus nocturna*.
Ya olvida el talle de diosa,
Y sólo el de ninfa imita;
Y de ser *Vénus airosa*
Pasa á ser *Vénus hermosa*,
Y luego *Vénus bonita*.

Ya entre dos hermanas bellas
La diosa, estando perpleja,
Sin saber cuál copie de ellas,
Forma un signo en dos estrellas,
Que llaman *Vénus pareja*.

Pero si en color trigueño
Baña el gracioso semblante,
Trasluciéndose en su ceño
Con lo esquivo lo halagüeño,
¡Ay qué *Vénus tan picante*!

Ya á las Gracias desafia
Con viveza juvenil;
Y ora baile, ú ora ria,
Toda es chiste y alegría,
Toda imita *Vénus gentil*.

También hace que en su mano
El cótalo se distinga,
Y moviendo por el llano
Pié fino y cuerpo gitano,
¡Quién no aplaude á *Vénus chingal* (2).

Al fin linda y sin colores,
Desmayada se reclina
En lecho de mustias flores,
Y te lloran los amores,
¡*Gran Vénus!* ¡*Vénus divina!*

Mientras Vénus se desvela
Con tales transformaciones,
El dios Vulcano la ceta,
Y á un alumno de su escuela
Llama, y dice estas razones:

«Ya que el ver te concedí
A Vénus transfigurada,
Corre luego al mundo, y di
Que el modelo se halla aquí,
Y las copias en Granada.

»Di también que en mil maneras
Es grata la juventud:
Mas sus gracias son quimeras
Sin llevar por compañeras
La modestia y la virtud.»

ANACREÓNTICAS.

I.

Brindando por las damas en un convite de Nochebuena, y por el buen éxito de nuestras armas en la América meridional, en el año de 1806.

Vengan bullendo copas,
Vayan volando versos,
Néctar vertiendo aquéllas,
Estos hirviendo en estro;
Nuestras radiantes frentes
Háganse reverberos

(2) La *chinga* es un ballico americano, que desempeñaba con gracia la persona á quien se aplicó este epíteto.

Del astro de las vides,
 Del sol de los sarmientos;
 Pues se ocultó en los mares,
 Sin que observase Febo
 Que iba en la zaga Baco
 De su carro soberbio;
 Y que saltando á tierra,
 Cuando lo ve traspuerto,
 «Voto á mis viñas, dijo,
 Que ha de ver ese necio
 Quién más alegre al mundo,
 Quién da mayor consuelo,
 Si sus flamantes rayos,
 O mis sorbos añejos.»
 Siguiéronle las horas,
 Curiosas del suceso,
 Y con ellas, en formas
 De mil alados genios,
 Van los ratos alegres
 Y preciosos momentos.
 Él iba dando tumbos,
 Y ellas le alzan riendo,
 Llevándole en sus brazos
 Por todo el mundo en vuelo.
 Unas lloviendo rosas
 En femeniles senos,
 Otras dando á la espalda
 Nuestros cuidados tercios,
 Y él derramando brindis
 Por entre espalda y pecho.
 ¿No le escuchais zumbando,
 No le sentís bullendo,
 Ya en vuestras venas dulce,
 Ya sonoro en mis versos?
 Ea, á su ley cedamos,
 Pues mandan sus preceptos
 Que en brindis de hermosuras
 Su licor apuremos.
 La libación primera
 Sea al amable dueño
 Que en amistad nos junta
 Con amoroso imperio;
 Y á este festín preside
 Con ademán más bello
 Que la elegante Juno
 Al del Olimpo excelso.
 Sigan luego las hijas,
 De amor peligros nuevos,
 Terpsícores del baile,
 Sirenas del acento.
 Luego en las otras damas
 Brindad del bello sexo
 Las gracias y virtudes,
 Los chistes y talentos.
 Y ¡quién por la que adora
 No brindará en secreto,
 Saboreando el vino
 Con tan dulce recuerdo?
 Si no encontráis más bellas,
 Brindemos por los feos,
 A quienes tizna Marte
 Con sangre y polvo negro;
 Por recobrar los lauros
 Que dió á nuestros abuelos;
 Los que en la austral comarca
 Llevan al yugo opresos
 A invasores beodos
 Que, en baldón de Lico,
 Vuelven su vino en llantos,
 Y no, como él, en juegos.
 No deis paz á los vasos,
 Canto y trago por ellos;
 No reparéis si es Grave,
 Ni Jerez ni Burdeos,
 Porque yo en cualquier vino
 Me halló gloria y provecho:
 Si como sangre es tinto,
 Me contemplo guerrero;
 Si es como el oro rubio,
 Téngome por un Creso.
 Y bien cual los peñascos
 Que con brazos de hierro

Lanzaban los gigantes
 Hasta los altos cielos,
 Salgan de las botellas
 Con resonantes ecos
 Los escupidos corchos
 A combatir los techos;
 Porque, néctar manando
 Y estro feliz vertiendo,
 Vengan acá esos vasos,
 Vayan allá esos versos.

II.

A las primeras partidas de campo que se hicieron á Chiclana después del largo sitio de Cádiz, y acabados de destruir los campamentos franceses.

La primavera alegre
 Llama con dulce risa
 Al campo de Chiclana
 Las gaditanas ninfas.
 Tras los aciagos tiempos
 En que la guerra impía
 Las tuvo entre murallas
 Medrosas y afligidas,
 Vedlas correr ansiosas
 Y ocupar á porfía
 Las deleznables lanchas
 Las ruidosas berlinas.
 ¡Cuál se unen y emparejan
 En comparsas distintas,
 Ya que amistad las junte,
 Ya porque amor las guía!
 La alegre carga sienten
 Las lanchas oprimidas,
 Y remando y cantando
 Se apartan de la orilla.
 ¡Oh cuán audaces otras
 En leves carros brincan,
 Y á los fogosos brutos
 A la carrera aguijan!
 ¡Cuál por llegar se afanan,
 Y con jocosa grita
 Al más ligero aplauden
 Y al perezoso animan!
 Bulle en placer Chiclana
 Al verse acometida
 Por mar y tierra á un tiempo
 De tropas tan festivas.
 Sus flores, sus guirnaldas
 Y sus verdes colinas
 Para sus danzas presta,
 Para sus juegos brinda.
 Todo es allí contento,
 Todo descuido y trisca;
 Donde tronaba Marte,
 Ya solo amor suspira;
 Pues que los sitios mismos
 Ora al placer dedican,
 Que ántes cubiertos vieron
 De tiendas enemigas.
 Donde asentada estuvo
 La horrenda artillería
 Que amenazaba á Cádiz
 Con espantosa ruina,
 Ahora se ordenan danzas
 De enamoradas lindas,
 Y hacen el són los himnos
 Que la victoria dicta.
 ¡Ay! que así se suceden
 En esta amarga vida
 Venturas y desgracias,
 Dolores y delicias.
 A completar las nuestras
 Parece ya se brinda
 La risueña esperanza
 Que hoy en los cielos brilla.
 Y de la mano asido,
 A nuestros brazos guía
 Rescatado al Monarca
 De su opresión prolija.
 Palma de tantas lides,

Premio á tantas fatigas,
Nos lo entrega, clamando:
«Triunfaste, España invicta.»

III.

En los días del teniente general de la real armada don Juan Ruiz de Apodaca, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Su Majestad Católica en la corte de Londres.

Hoy es el día fausto
En que dió á España el cielo,
Con su sol más hermoso,
El más claro ornamento.

Argonauta atrevido
Surcára el mar inmenso,
Desde do duerme en calma
Hasta do espira en hielos.

Adalid de la patria,
El húmedo elemento
Vió coronar sus naves
Cien ganados trofeos;

Y cuando ya sus sienes
Ornan palmas sin cuento,
Por servirla aún más, cambia
En oliva el acero (1).

¿Le conocéis, oh hermanos,
Que de nuestro almo suelo
Lanzados por sus males,
Gemís cual yo en destierro?
¿Conocéis al que sigue
De un Cano el grande ejemplo,
De un Lauria las hazañas,
De un Hazo los talentos?

Pues vedle allí sentado,
Cercado de consuelos
En su familia hermosa,
En sus amigos tiernos.

Miradle allí gozoso
Porque van renaciendo
Esperanzas del triunfo
De su rey y su pueblo.

El á beber os brinda;
Que un natal más sereno
Al fin celebrar logra,
Después de dos bien negros.

Bebed, pues, á que libre
La España con su dueño,
Junto á su excelso trono
Ocupe un digno puesto.

Bebed á que el pimpollo
Que gime entre tormentos (2),
Con su salud añada
De dicha al complemento:

Que éste día se pase
Sólo en placer sincero,
Huyan llantos y angustias,
Vengan risas y juegos.

Así este nuestro abrigo,
En poblado desierto,
Quiere que sus paisanos
Le rindan hoy obsequio.

Así verá cumplidos
La amistad sus preceptos,
La que en mis labios brida
Con copas y con versos.

(1) Alude á haber pasado el general Apodaca del mando de la escuadra del Océano, é inmediatamente después de rendir á la francesa del almirante Rosilly en la bahía de Cádiz en 1808, á ejercer el cargo de representante de España en Inglaterra, donde ajustó la paz entre ambas naciones, y tantos servicios prestó á su patria y á la causa europea. (Nota de la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* de Sevilla.)

(2) Hace alusión á la horrible desgracia que acababa de sufrir el hijo mayor del ilustre general, quedando ciego de resultas de una caída. (*Idem.*)

LETRILLAS.

I.

Á UNA AUSENCIA POR MOTIVOS DE SALUD (3).

En vano el remedio
Buscando salí;
Que está el mal en medio
De Laura y de mí.

La dulce costumbre
De estar noche y día
Gozando, alma mía,
Tu plácida lumbre,
Me es ya pesadumbre
No estando tú aquí;
Y en vano el remedio
Buscando salí.

¡Qué cuerpo afanado
Restaura su vida,
Si está el alma herida
De un triste cuidado!
No bien ausentado,
Muy luego advertí
Que está el mal en medio
De Laura y de mí.

Campos y aires densos
Que de ti me alejan,
Son los que me aquejan
Con males intensos;
Parécenme inmensos
Los pasos que di
Cuando alivio en vano
Buscando salí.

No en mí Laura hermosa
Está el mal que lloro;
Ni en mí, que la adoro
Como al sol la rosa;
Distancia enojosa
Me mata; y así....
Está el mal en medio
De Laura y de mí.

¡Ay qué duro asedio
Sufre el alma mía
De melancolía,
Soledad y tedio!
Vano fué el remedio
Que á buscar salí,
Si el mal se halla en medio
De Laura y de mí.

II.

AL TÉRMINO DE LA AUSENCIA (4).

Ya se acerca el día
De volverte á ver,
Luz de mi alegría,
Flor de mi placer.

La ausencia importuna
Ya veo espirar:
Mi próspera luna
Comienza á brillar.
¡Qué hermosa mudanza
Se deja ya ver!
La dulce esperanza
Me da nuevo sér....

Tal día, la aurora
Sea breve en rayar;
Pues si se demora
Su carro en guiar,

(3) Se hizo para cantarse por el tono de la canción conocida: «¿Qué horror me da el día!»

(4) Para cantarse con la música de la canción: «De amores me muero.»

En él, Laura mía,
Te hará amor poner;
Y aurora aquel día
Tú sola has de ser....

Tú, como ella, amores
Sabrás también dar,
Perlas á las flores,
Brillos á la mar,
Los rayos suaves
Dando á conocer
Con que sola sabes
Mi pecho encender....

Mas si el sol sus plazos
Corta á tu arbol,
Echate en mis brazos,
Yo seré tu sol.
Se unirá mi fuego
Con tu rosicler,
Y tendremos luego
Dulce anochecer....

Tiempo, haz tú que puedan
Veloces volar
Las horas que quedan
De cruel penar;
Y las lisonjeras
De feliz placer,
Luego cuanto quieras
Puedes detener....

Ya se acerca el día
De volverte á ver,
Luz de mi alegría,
Flor de mi placer.

III.

Enviando á una dama unos versos amorosos antiguos, que ésta le había pedido.

Como suele el agua limpia
De un arroyo trasparente
Ir huyendo de la fuente
A precipitarse al mar,
A tí, deliciosa Olimpia,
Estos versos se dirigen,
Olvidando hasta el origen
Del antiguo suspirar.

IV.

LA SATISFACCION.

A un amigo.

¡Tú también, dulce amigo,
Vienes con cruda mano
A desgarrar heridas
Que sangre están brotando!
Cuando á un abismo amaga
Precipitarme el hado,
¡Quieres tú dar impulsos
A su funesto brazo!

Yo vi, al volver la cara,
A mis amigos falsos
Ir con terror huyendo
De mi terrible estado;

Y habiendo cuenta sólo
Con tu amigable amparo,
Te vi seguir las huellas
Del escuadrón ingrato.

Mis ojos, no pudiendo
Disimular el llanto,
Iban siguiendo ansiosos
Tus fugitivos pasos.
Apellidé los títulos
Que en otros tiempos claros
Amenizar solían
Nuestro apacible trato.

«Querido compañero,

Amigo fiel», te llamo;
Mas tus oídos siempre
Los encontré cerrados,
Como al clamor inútil
Del pordiosero anciano
Suelen estar las puertas
Del opulento avaro.
Iban á dar tirantes
Con tus esfuerzos barbaros
Los estallidos últimos
De nuestro amor los lazos,
Cuando algún dios, movido
Del lamentable caso,
Quiso á mi voz volverles
Su natural encanto;

Y por postrer victoria
De la amistad, alcanzo
A ver que al fin te paras
A contemplar tu engaño.
Así como el que en sueños
Ve algún espectro pálido
Amenazar su vida

Con el puñal en mano,
Que se levanta atónito,
Frio y de aliento falto,
A registrar solicito
El aposento opaco,
Y satisfecho apenas,
Después de largo espacio,
Aun juzga ser verídico
El aparcente amago;

Así tu rostro expresa
Con miserables rasgos
La oposicion de afectos
Que tu candor turbaron.

Y como estás oyendo
La voz de mis contrarios,
Dudas si fingen ellos,
O solo yo te engaño.

¡Alternativa horrible
Para un corazón sano,
Ver comparar su crédito
Al del falaz malvado!

Me avergüenzo al decirlo;
Pero después reparo
Que es la vergüenza inútil
Donde el delito es falso.

Pero á la virtud pura
Que en juveniles años
Sembró en tu tierno pecho
El paternal conato,

De los remordimientos
Con el licor amargo
Dejo el funesto oficio
De vindicar mi agravio;
Que yo, enlazando al cuello

Los cariñosos brazos,
Las injustas sospechas
De mis amigos calmo.

EPIGRAMAS.

I.

Al original de un retrato muy parecido.

¡Qué diré que no hayan dicho
Cuantos ven en ese ceño
De lo esquivo y lo halagüeño
El más gracioso capricho?

Te diré, gentil Matilde,
Que el que busque en tu retrato
Cuanto al gusto le es más grato,
No le enmiende ni una tilde,

II. UNION Y GLORIA.

Salido de brindis al enlace de las banderas inglesa y española, que adornaban el ramillete de un convite entre izarnos de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

Así enlazadas y jamas opuestas
Las britanas banderas y españolas,
Siempre del Corso (1) á la ambicion funestas,
Descuelen por los campos y las olas.
¿Qué valen hierros que la infamia forje,
Si en este enlace generoso y blando
La mano experta del anciano Jorge
Sostiene al joven é infeliz Fernando?

Sólo á esta doble insignia corresponde
Dar vuelta ufana al orbe agradecido,
Mientras en Francia el tricolor se esconde,
Triste blason del mundo envilecido.

Grata á un tiempo á los fuertes españoles,
¡Oh noble insignia! y los ingleses bravos,
En la feliz comarca en que tremoles
Bastará á anunciar *que no hay esclavos*.

Del continente, al fin, verás lanzado
Al Corso *monstruo* á su infernal destino;
Ya que el valor inglés ha decretado
Que no será jamas *monstruo marino* (2).

III.

El marido paciente.

¡Hasta chismosa has de ser!
¡Hasta de vergüenza poca!
¡Hasta presumida y loca!
Dijo Fabio á su mujer.
¡Jesus, qué mal humor gastas!
(Respondió ella con viveza);
Yo no sé cómo hay cabeza
Que pueda aguantar tus *astas*.

IV.

Á una moza que se preciaba de tener muchos cortejos, y se le caian los dientes.

Pepa tiene por despojos
Mil amantes que la quieren;
Y ella dice que se hieren
En las flechas de sus ojos.
Yo digo: Pepa, es mentira,
Tus ojos son inocentes;
Tu boca no, que los dientes
En lugar de flechas tira.

V.

A una morena que negaba su amor.

Niega estar enamorada
Cierta morena hermosura:
La creen porque lo jura
Sin ponerse colorada.
Al contrario, yo presumo,
Del juramento á despecho,
Que guarda fuego en su pecho,
Pues le sube al rostro el humo.

VI.

A un diarista.

Hay cierto censor mensual,
Periodista atrabiliario,
Que criticando el diario
Se quiere hacer *inmortal*.
Quien de este Caton moderno

La loca esperanza arguya,
Lea una página suya,
Y ¡já qué le parece *eterno*!

VII.

Sobre el que se llamaba *viajero universal* sin salir de Madrid.

Brotando más que el Vesubio
Llamas de orgullo, aquí viene
Un viajero, que tiene
El título del diluvio.
¡Gran plagiarío!— Poco á poco,
Lector, y no me lo ultrajes:
El no habrá hecho los viaje
Pero la historia tampoco.

SONETOS.

I.

Las señas.

Perdí mi corazon, ¿le habeis hallado,
Ninfas del valle en que penando vivo?
Ayer andando solo y pensativo,
Suspirando mi amor por este prado,
El huyó de mi pecho desolado,
Como el rayo veloz, y tan esquivo,
Que yo grité: «Detente, ¡oh fugitivo!»
Y ya no le vi más por ningún lado.
Si no le conocéis, como en un ara
Arde en él una hoguera, y cruda herida
Por victima de Silvia le declara.
Dadle por vuestro bien, que esa homicida
Le hizo tan infeliz, que adonde pára
Mi corazon, ya no hay placer ni vida.

II.

Vénus burlada.

Vió Vénus en la alfombra de esmeralda
De un prado á mi adorado bien dormido,
Y engañada, creyendo ser Cupido,
Alegremente le acogió en su falda.
La frente le ciñó de una guirnalda
Y per hacer temible su descuido,
Puso en sus manos un arpon bruñido
Y la aljaba le cuelga de la espalda.
Hijo (le iba á decir), mas despertando
Mi Silvia la responde con enojos,
La aljaba y el arpon de sí arrojando:
«Toma, madre engañosa, esos despojos,
Porque me son inútiles, estando
Sin ellos hechos á vencer mis ojos.»

III.

La guardia de amor.

Amor, como se vió desnudo y ciego,
Pasando entre las gentes mil sonrojos,
Pensó en buscar unos hermosos ojos
Donde vivir oculto y con sosiego.
¡Ay Silvia! y vió los tuyos, vió aquel fuego
Que rinde á tu beldad tantos despojos,
Y hallando satisfechos sus anteojos,
En ellos parte á refugiarse luego.
¡Qué extraño es ver ya tantos corazones
Rendir, bien mio, los soberbios cuellos,
Y el yugo recibir que tú les pones,
Si á más de que esos ojos son tan bellos,
Está todo el amor con sus traiciones
Haciéndonos la guerra dentro de ellos!

(1) Napoleon.

(2) Acababa de verificarse la completa destrucción y quema en la ensenada de Basque de una expedición enemiga que iba á reforzar sus ejércitos en España.

IV.

La vida media.

¿Qué importa que del ciclo disparado,
Un rayo la soberbia torre abata,
Si de mi choza la cubierta chata
Me tiene á sus insultos resguardado?

Y si mientras del viento el mar hinchado,
Contra el escollo nave arrebata,
Estoy al fuego, entre familia grata,
Asando mis castañas, ¿qué cuidado?

Ardase el orbe entero en la braveza
Y en las guerras de Marte sanguinoso;
Que si de Silvia, por mayor fineza,
Besos me da de paz el labio hermoso,

¿Habrá opulencia igual á mi pobreza,
O ajena dicha me tendrá envidioso?

V.

El no.

¡Ay, cuántas veces á tus piés postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido
Un sí, cruel, que siempre me han negado!

Y pensando ya ver tu pecho helado
De mi tormento á compasión movido,
En vez del sí, ¡ay dolor! he recibido
Un no, que mi esperanza ha devorado.

Mas si mi llanto no es de algun provecho,
Si contra mí tu indignacion descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho,
Quítame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un no que tanto amarga.

VI.

La flor temprana.

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresion del hielo,
Un tierno almendro desplegar al cielo
La bella copa engalanada en flores;

Mas ¡ay! que en breve vuelve á sus furores
El cierzo frio, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdores.

Si tú lo vieras, Silvia, «¡Oh pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impia
No te deja gozar ni un breve gusto!»

Pues repítelo, ingrata, cada dia;
Que el cierzo frio es tu rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mia.

VII.

Los desvelos.

Queda dormido sobre el duro leño
El marinero, de bogar cansado,
Duerme, y á los sentidos del soldado
Marte ofrece tambien dulce belfeño.

Duerme el sabio despues que con empeño
Gran rato en su bufete ha meditado;
Sin hacer nada, el necio embelesado
Vase entregando poco á poco al sueño.

Yo solamente del comun reposo
No disfruto un momento, un breve rato;
Pues ¿cómo ha de vivir sino angustioso

Quien está viendo, Silvia, tu retrato,
A todas horas celestial y hermoso,
Pero á ninguna compasivo y grato!

VIII.

El desconsuelo.

Crecido con las lluvias de repente
Rompe el rio las márgenes que baña,
E inundando sus aguas la campaña,
Arrasa frutos, árboles y gente,

Al pastor, que asustado y diligente
Se subió, por librarse, á la montaña,
Ve desde allí el ganado y la cabaña
Envueltos en el rápido torrente.

Y aquel vivo dolor con que afligido
Mira ahogadas las tímidas ovejas,
Para siempre llorándose perdido,

No equivale á la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
Responde con desdenes á mis quejas.

IX.

La desesperacion.

Inhumano destino, dura suerte,
Furia de amor cebada en abatirme,
¿Cuándo te cansarás de persiguirme,
Y yo descansaré de padecerte!

Mas tu cruel constancia ya me advierto
Que en el averno has hecho voto firme
De no cesar con penas de afligirme
Hasta el instante mismo de mi muerte.

Muerte, pues si remedio de mis males
Has de ser, ¿en qué tarda tu venida?
Corta ya mis espíritus vitales;

No tu pálido aspecto me intimida,
Que será el ver que pisas mis umbrales
El único placer que tuve en vida.

X.

Antes de partir.

Silvia, ya raya el dia, y juntamente
La hora que á mí partir prescribe el hado;
Suave respira el viento, el mar salado
Lamiendo va las playas blandamente.

Antes, bien mio, que de tí me ausente,
Bien pudieras hacerme afortunado,
Y con suspiros de tu pecho helado
Moderar el dolor que el mio siente.

Ellos serán mi aliento en el camino;
Y cuando más de tí me halle distante,
Será mi vida este favor divino.

Los años volverán su giro errante,
Pero, á pesar del tiempo y del destino,
Partiré triste y volveré constante.

XI.

Adios á una fuente.

Quédate adios, ¡oh cristalina fuente!
Harto tiempo mi llanto has conocido
Con tus aguas mezclarse, y mi gemido
Quejarse de una ingrata inútilmente.

Quédate adios: no quiero yo se cuento
Que turbar tu reposo he pretendido
Con voces que se pierden en su oído
Como en el mar tu líquida corriente.

No te emponzoñe vibora nociva,
Ni te turbe del viento la braveza
Hasta que el mar undoso te reciba.

Y ¡ojalá el corazon de mi belleza
No imite tu inconstancia fugitiva,
Sino de tus cristales la pureza.

XII.

Brindando á las damas.

Vénus divina, madre de placeres,
Baja de tu mansion afortunada,
Pues miras esta mesa coronada
De la brillante flor de las mujeres;

Baja gozosa, y si dejar sintieres
El coro de quien eres festejada,
Ninfa verás aquí más agraciada
Que cuantas te acompañan en Cíteres.

Y si de tu jardin entre las flores
Al placer dejas y al amor dormidos,
No los despiertes, ni su ausencia llores,

Baja, que aquí hallarás nuevos Cupidos,
Pues tienen estas damas mil amores
En sus hermosos ojos escondidos.

XIII.

Al visitar SS. MM. la imprenta Real (1818).

Gime la prensa cuando al pliego ajusta
Vuestro nombre, Isabel, y el de Fernando;
Gime, y es de placer de estar gozando
De años Monarcas la presencia angusta.

Materia hallar quisiera más robusta
En que imprimir, la gloria eternizando
De un Rey al pueblo tan benigno y blando,
De una Reina tan bella, amable y justa.

Mas no, Fernando: ni á la huella intensa
Del buril, ni al pincel en sus matices
Cede en tu obsequio la afanosa prensa;
Que es su blason con tipos y matrices
Llevar tu voz á una distancia inmensa,
Y á doquier que la lleva hacer felices.

XIV.

En igual ocasion.

Á LOS SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES.

No tanto de placer queda colmada
La ansiedad del cansado caminante,
Cuando alzando los ojos ve delante
Las torres de la villa deseada:

Ni con júbilo igual ve recobrada
Su libertad la tortolilla amante,
Volando al dulce nido en el instante
Que rota ve la pérdida lazada;

Como al ver la bondad y gracia unida
De Carlos y Francisca, alegre aclama
La imprenta, á su favor agradecida.

Las letras sirven bien á quien las ama;
Tiempo vendrá en que paguen su venida
Con la inmortalidad y con la fama.

XV.

A unos amigos que le reconvenian sobre su olvido de la poesia.

Ceden del tiempo á la voraz corriente
Recias pilastras y columnas duras,
Las cúpulas rindiendo, que seguras
Se sustentaban en su excelsa frente.

Caduco desde el Líbano eminente
Baja el añoso cedro á las llanuras,
Ayer frondoso adorno en las alturas,
Hoy triste cebo en el hogar ardiente.

Contra la destruccion tampoco abrigos
Halló mi musa: que si busca ansiosa
Versos que ya la esquivan enemigos,

Sólo á ofrecer se atreve, afectuosa,
Verdad, y no ilusion, á mis amigos;
Caricias, no cantares, á mi esposa.

XVI.

Ofreciendo á una belleza una guirnalda hecha toda de mariscos.

Cuando del mar las ondas cristalinas
Vieron nacer de Vénus la hermosura,
No adornaban su frente ó su cintura
Mirtos de amor ni rosas purpúreas;

Pero el agua le dió galas marinas,
Perlas de su garganta á la blancura,
Y por guirnalda á su frente para
Caracoles y conchas peregrinas;

Esa gracia y beldad que en tí de senella,
Junto á la mar nació: pues no repares
En dar marino adorno á tu sien bella,

Para que en todo á Vénus te compares,
Y todos digan al mirarte: «Es ella,
En el momento en que nació en los mares.»

XVII.

Á una dama que acompañaba á su marido en campaña.

Marfisa duerme, y puestos á su lado
Amor y Marte, cada una' blasona
Dar á sus bellas sienes por corona,
Este su lauro, aquel su mirto amado.

Mia es la accion, protesta el dios airado,
Que ante mi bueste finó bella amazona;
Sí, pero al verla en ella (Amor razona),
Sin suspirar de amor no hubo soldado.

Ella es Pálas, que vuelve en sangre rojos
Los campos que admiraron su belleza.—
Ella es Vénus.— Marfisa abre los ojos:

Y ¡ay! que Marte, depuesta la braveza,
Pone á sus pies el lauro por despojos,
Y al punto Amor el mirto en su cabeza.

XVIII.

Al casamiento de la bella Rosa en los primeros dias de la primavera.

No risueña, cual tiene de costumbre,
Salió la aurora ayer en el oriente,
Sino turbado el oro de su frente,
Llena de languidez y pesadumbre.

La precursora Venus, cuya lumbre
Va aluhyentando las sombras á occidente,
Al verla caminar tan tristemente,
Le preguntaba así con mansedumbre:

«¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Te es acaso
La primavera ménos obsequiosa?
¿Quiere darte la flor ó el fruto escaso?»

«¡Qué primavera, dice, madre hermosa,
Si apenas doy en ella el primer paso,
Y ya me voy sin la primera rosa!»

XIX.

Al cumpleaños de Maraya R..., célebre poetisa inglesa.

Dame, Apolo, que pase en versos suaves
Del pecho al labio un tierno sentimiento,
Cantaré de Maraya el nacimiento,
Así como el del sol cantan las aves.

Yo conocí por ella, y tú lo sabes,
La gracia unida al varonil talento,
Y al ver sus ojos dije: *Amor, te siento*;
Y al ver sus versos: *Lésbos, no te albes*.

Sí; nueva Safo en su expresion centemplo,
Safo en sus versos dulces y elegantes;
Dos Safos cuento de la fama el templo;

Mas ¡ay! que, por senderos bien distantes,
Safo á Léneate honró con triste ejemplo,
Y ésta da el precipicio á sus amantes.

XX.

Á la entrada victoriosa del general Ricardos en Coliuvre.

Pisa Ricardos la ciudad tomada,
Y entre el tropel de la vencida gente,
Febo divino, Marte armipotente,
Salen tambien á celebrar su entrada.

Febo le toma la invencible espada,
Y con laurel eterno alegremente
Ciñe y enjuga la gloriosa frente,
De espeso polvo y de sudor bañada.

Contempla Marte el ademan bizarro,
Y al ver que respandee en su semblante
La gloria de Cortés y de Pizarro,

Alargóle la diestra fulminante,
É hizo montar en su soberbio carro
Al domador del Rosellon triunfante.

XXI.

Mis descos.

Si Dios omnipotente me mandára
De sus dones tomar el que quisiera,

Ni el oro ni la plata le pidiera,
Ni imperios ni coronas deseara.

Si un sublime talento me bastara
Para vivir feliz, yo lo eligiera;
Mas ¿qué de sabios recordar pudiera
A quien su misma ciencia costó cara?

Yo sólo pido al Todopoderoso
Me conceda propicio estos tres dones,
Con que vivir en paz y ser dichoso:
Un fiel amigo en todas ocasiones,
Un corazon sencillo y generoso,
Y juicio, en fin, que rija mis acciones.

XXII.

Consejos á un militar.

Si por la noble senda del dios Marte
Subir quieres al templo de la Fama,
Y arrebatár allí la verde rama,
Que la envidia jamas podrá quitarte;
Es fuerza, oh Blanco, que los estudios darte,
Pues en las glorias á que el dios te llama
No sirve ya el valor que el pecho inflama,
Si no lo temple y modifica el arte.

Es bien que por modelo te presentes
De altos varones la inmortal caterva
Que en letras y armas fueron excelentes.
Pues el lauro que Marte se reserva,
Para darlo por premio á los valientes,
Se lo da por la mano de Minerva.

XXIII.

A la batalla de Salamanca.

Soñaba yo, y en lecho damasquino
Una hermosa matrona vi dormida,
Y entre su misma prole acometida
Por un tirano y pérfido Tarquino.

En vano intentan del fatal destino
Sus hijos redimir á la afidida;
Que ellos sin armas luchan por su vida,
Y armado estaba el bárbaro asesino.

Ya el traidor casi su maldad corona,
Cuando junto á las márgenes del Duero
Se alza un hijo de Marte y de Belona.

Vuela, llega, derriba al monstruo fiero;
Y era la Iberia la infeliz matrona,
Y era Wellington el audaz guerrero.

XXIV.

En un convite, brindando por la última batalla ganada en España
por el Duque de Ciudad-Rodrigo.

Venid, Ticianos, á ilustrar pinceles;
Fidias, llegad á eternizar metales;
Prevenid plumas, cisnes inmortales;
Prodigad, musas, cantos y laureles.

Seréis divinos cuanto seáis más fieles,
Pintando, ya de Galia en los umbrales
Al Cid britano, y de pavor mortales,
Huyendo de él los vándalos crueles.

Unid al cuadro en mágicos colores
La independencia hispana y su alta gloria,
Como hermanas gozándose entre flores.

Y si queréis más timbre á su memoria,
Llamadle vencedor de vencedores,
Y á su triunfo victoria de Vitoria.

XXV.

Sobre el modo grosero con que algunos periodistas extranjeros hablaban acerca de los asuntos de España en el año de 1810.

¡Tres años de proezas singulares,
Sitios, asaltos, lides carniceras,
En que del Corso las legiones fieras
El acero español siega á millares!
¡Hallarse, Iberia, yermos tus hogares,

O en ellos luto y quejas lastimeras;
De tus hijos por todas las riveras
Bajando sangre á enrojecer los mares!
¡Ver la flor de Aragón y de Castilla
Que al cautiverio la cerviz prosterna
Primero que al tirano la rodilla!
¡Y á tanto honor con frases de taberna
La gacetera chusma aún amancilla?.....
¡Raza de Luis Freron (1), serás eterna!

XXVI.

Sentimientos de la España al tiempo de la partida de su legítimo
Rey en 1808.

Triste la España, «¿dónde vas, Fernando?»
Al hijo fugitivo dice ansiosa;

Y él sigue, y deja de su madre hermosa
Llevar los vientos el acento blando.

Ya la materna falda abandonando,
Pisa de Francia la ribera odiosa;

Y aún está oyendo aquella voz piadosa,
Que le repite «¿adónde vas?» llorando.

No ve ya al hijo la infeliz matrona:

Mas su voz oye, que con regio brio

Dice: *Tirano, es mia esa corona.*

Ella, al primer dolor gritó: *¡hijo mio!*

Mas luego, vuelta al déspota en Bayona,

Dame á Fernando, exclama, ó tiembla, impio!

XXVII.

La crueldad de la muerte.

Envuelta en sombras, alta la guadaña,
Trazando golpes de dolor profundo,

Iba la muerte recorriendo el mundo

Desde el alcázar regio á la cabaña:

Cuando en aquel que Manzanares baña

Fijando el ceño torvo y furibundo,

Miró á la esposa real, de su fecundo

Seno mil glorias prometiendo á España,

¡Dos victimas! gritó el espectro fiero.

¡Llanto de reyes! ¡pueblos afligidos!

¡Oh qué deleite! y descargó el acero;

Y dejando en un fétido tendidos

Ambos despojos, se encumbró altanero,

Triunfando entre lamentos y gemidos.

XXVIII.

Al valor y demas virtudes militares más dignamente premiadas.

Tú, que audaz recorriste sin cansarte
Los reinos de Cibéles y Neptuno,
Superando los riesgos uno á uno

Que al constante valor presenta Marte;

Tú, que de Iberia un tiempo baliarte,

Y hoy rayo á los rebeldes importuno,

Lidias porque en el orbe no haya alguno

Que de tu patria insulte el estandarte:

Yo te saludo, ¡oh bravo sin pretextos!

Soldado entre soldados sin segundo,

Norma igual de leales y modestos;

Y de mi pecho digo en lo profundo:

Ciña mi rey muchos laureles de éstos,

Y yo le fio rey de todo el mundo.

XXIX.

A la memoria de D. Mariano de Arriaza, hermano del autor, muerto gloriosamente de un tiro de artillería en la defensa de Madrid contra Napoleón, al amanecer del 4 de Diciembre de 1808.

Hoy se presenta á la memoria triste
Tu fin sangriento, ¡oh malogrado hermano!
Con tanta pena, que la gloria en vano
Tu cara imagen de laurel reviste.

(1) Célebre periodista violento y maldiciente del tiempo de la Revolución francesa. (Nota del Colector.)

«Viva mi patria y muera yo», dijiste,
Firme en el muro y con espada en mano;
Responde el trueno del cañon tirano,
Y envuelto en sangre á su rigor cediste.

Consternacion, pavor, silencio y llama
Siguió al desmayo de tu brazo fuerte,
Y sobre tu sepulcro se derrama.

¡Ay! que tambien en el morir hay suerte;
Que el terror mismo enmudeció á la Fama,
Y el mundo ignora tan gloriosa muerte.

XXX.

La real ofrenda.

La humilde lira, cuyos tristes sonos
Escuchásteis cautivo en tierra extraña,
Cuando esparciendo luto, en noble saña
Inflamaba por vos los corazones;

La voz que os saludó con sus canciones
Al bajar de Pirene la montaña,
Clamando «vuelve al trono», de tu España
Serenando disturbios y facciones;

La que léjos de vos tan vuestra ha sido,
Que ni la amancilló poder tirano,
Ni autoridad intrusa, ni partido;

Esa hoy eleva á vuestra régia mano,
Señor, cuanto su amor le ha sugerido
En gloria vuestra y del renombre hispano.

XXXI.

Entrada en Madrid de la Reina, nuestra señora (1819).

Vi á la Modestia huyendo ruborosa
Ojos, que la buscaban á millares;
Bella como la perla de los mares
Suele salir, ó del boton la rosa.

Vila con sencillez majestuosa
Recibir los aplausos populares,
Cual si fuera tributo á otros altares
El que se diera á su presencia hermosa.

Vila al palacio con graciosa huella
Subir, dando miradas de dulzura
Al pueblo, que por verla se atropella.

Y al fin, llegando á la suprema altura,
Vi sentarse en el sáló á par con ella
La Gracia, la Virtud y la Hermosura.

XXXII.

Sobre la situacion de España en el año 1820.

En vano, oh patria, la soberbia Roma
Cien lustros te oprimió sin humillarte;
En vano otros cien lustros sin dormarte
Te fatigó el alfanje de Mahoma;

Por cima de Pirene en vano asoma
Del opresor de Galia el estandarte;
Que pronto, en mengua de su furia y arte,
Su temido coloso se desploma;

En vano te probó con cien campañas
La Discordia, en conflictos tan prolijos,
Moviendo contra tí gentes extrañas:

Siempre el monstruo hallará tus hados fijos;
Mas ¡ay! teme se oculte en tus entrañas
Y arme en fin contra tí tus propios hijos!

XXXIII.

LA GLORIA MILITAR.

En obsequio de nuestro heroico libertador.

¡Qué importa que á valientes que tú escojas
Cifnas la frente, oh Gloria, de laureles,
Si la razon los tilda de crüeles
Y el interes se esconde entre sus hojas?

¡Ay! por sendas de horror, en sangre rojas,
Y al fulgor de incendiados chapitelos,
En carro asolador llevarlos sueles,
Despreciando lamentos y congojas!

«¿Quieres un triunfo ver, dice la Gloria,
A que aplaudir la humanidad no tema;
Sin ambicion ni estrago una victoria?
»¿Quieres un héroe de bondad suprema?
Quita los ojos de la antigua historia;
Mira en España al Duque de Angulema.»

XXXIV.

EN EL DIA DE SAN FERNANDO.

El deseo inútil.

Canta, me dice un natural deseo
De obsequiar en su día al Soberano;
Calla, me dice Apolo, que es en vano,
Pues yo la lira no te di de Orfeo.

Pero este gozo que en los rostros leo,
Este ansioso postrarse al sáló hispano,
Este amor al delirio tan cercano,
¿Se ha de entregar sin canto al vil Leteo?

¡No está, responde Apolo, en compañía
Del Rey la excelsa Amalia, á quien ni escaso
Su llama dió el Amor, ni yo la mia?

Pues de su labio en prosa, ó verso acaso,
Vale más: «Ten, Fernando, un feliz día»,
Que todos los elogios del Parnaso.

XXXV.

EN EL MISMO DIA.

Al rio que pasa por Aranjuez.

Tajo, tú, que el furor de las pasiones
Remedas en cascadas rumorosas,
Y luégo espejo claro entre las rosas,
Nos retratas de Amalia las facciones;

Alza la frente, á mis alegres sonos,
De la dorada arena en que reposas,
Y oye cuál tus orillas venturosas
Resuenan en aplauso y bendiciones.

¿Fernando su pueblo las ofrece,
Y hoy se venera su bondad propicia,
Que tanto, oh rio, á tí se te parece;

Pues, como tu corriente, su justicia
Con los soberbios riscos se embravece,
Y á las sencillas flores acaricia.

XXXVI.

Oyendo anunciar las campanas las exequias del Dos de Mayo.

Al anual luto, de un tirano insulto
Contra la lealtad de un pueblo entero,
Hoy nos llama con eco lastimero
El metal hueco, en religioso culto.

Lágrimas pide el sentimiento oculto
Que aún guarda el corazón de hecho tan fiero:
Lágrimas ya; que sangre ¡harta el acero
Vertió en venganza al infeliz tumulto!

Siete giros dió el sol ántes que viera
La espada deponer con que lidiando
Fatigó al corso la nacion ibera.

¡Gloriosa lid, pues terminó lanzando
Al ancho mar la coronada fiera
Y volviendo á su trono al rey Fernando!

XXXVII.

En el aniversario de la entrada del Rey, nuestro señor, en Madrid á su vuelta de Francia.

Católico monarca, que has vencido,
Siendo escudo á la fe de tus mayores,
Más que del fiero Marte los rigores,
Las perfidias de un siglo corrompido.

Tú, que Fernando y español nacido,
Colmaste nuestros votos y clamores,
Doblando así la afrenta á los traidores
Con dos títulos más de ser querido;

Hoy renueva, señor, Madrid el gusto
De haberte visto regresar triunfante
De la opresión de un invasor injusto.
¡Cuánta gloria no encierra un solo instante,
Pues da á tu sacra sien lauro el más justo,
Y al pueblo libre palma de constante!

XXXVIII.

En el día del cumpleaños de la Reina, nuestra señora.

Vuelve, aurora feliz; que la tormenta
Con que nos afligió discordia impía,
No permitió á la España hasta este día
Tranquila ver ni saludar contenta.
Luce serena ya, y el brillo aumenta
Con que sirves al sol de hermosa gula,
Dando á mi reina en años de alegría
Cuanto de amargo afán momentos cuenta.
Muéstrale que no siempre rodeado
El hispano dosel se halla de susto,
Ni siempre hay penas de Fernando al lado;
Sino que en paz ya gozarán del gusto
Que sólo á su alma bella es adecuado,
De hacer el bien y de premiar al justo.

XXXIX.

Al descubrirse desde el camino el real monasterio del Escorial, en ocasión del besamanos por el aniversario de la restitución del Rey, nuestro señor, á sus dominios.

Ved el gran panteón del gran monarca,
Prodigio de las artes en el suelo,
Que al mundo oculta, y recomienda al cielo
Los más nobles despojos de la Parca.

Su ostentación el límite demarca;
El mortal flaco en su ambicioso anhelo;
Y uniendo el sálto á la mansion del duelo,
El poder y la nada á un tiempo abarca.
¡Quién hoy mitiga aquel adusto ceño
Que esparció por sus muros la victoria
Cuando de San Quintín trajo el diseño?
¡Quién ha de ser, sino la anual memoria
Del día á las Españas tan risueño
Que á Fernando volvió su cetro y glorial!

XL.

A la señora Dalmani Naldi (1).

¡Oh tú, que á la región de la armonía
Me elevas, y en acentos seductores,
Nuevo Orfeo, mitigas los horrores
Que atormentan sin fin el alma mía!
Si admiro, oh gran Rossini, cada día
En la gentil *la Sala* tus primores,
Su labio de coral volviendo en flores
Los frutos de tu amena fantasía;
En la *Naldi* tu magia aún más campea
Cuando con suave y celestial dulzura,
Bella alma generosa, nos recrea;
Pues parece que, absorta en su ternura,
Baja la misma Venus Citeréa
Y le concede en premio la hermosura.

(1) Debemos la comunicación de este soneto á nuestro ilustre y amado amigo don Ramon de Mesonero Romanos, que lo ha conservado en su maravillosa memoria durante medio siglo. Ha tenido la bondad de escribirlo á ruego nuestro, y nos lo ha enviado con el apunte siguiente:

«En 1822 compartí los laureles en la ópera de los teatros de *la Cruz* y *del Príncipe*, las excelentes tiple señora *Adelaida Sala* y señora *Dalmani Naldi*. La primera, además, por su arrogante figura y acción teatral, era el ídolo de Madrid, y llegó al extremo de cantar al Conde de Fuentes, grande de España, que se casó con ella. La segunda acaso la superaba en habilidad artística; pero era extremadamente fea. ARRIAZA, aludiendo á estas circunstancias, dedicó á la última el soneto con ocasión de haber cantado admirablemente la ópera de Rossini *Elisabetta*, y sobre todo el rondó final

*Belle alma generosa,
A questo sen venite, etc.»*

(Nota del Colector.)

XLI (2).

A la corpulenta Marquesa de..., que había publicado contra ARRIAZA, en el *Diario*, una carta, escribiendo con z la palabra *poetisa*.

Tiró el cordon, sonó la campanilla,
Pidió para escribir lo necesario,
Y en un sillón como un confesonario,
Arrellanóse Marisabidilla.
Apolo, que al respaldo de la silla
Olfateaba el flujo literario,
La oyó cotorrear para el *Diario*.
¡Qué carta! ¡Qué dicción! ¡Qué tarabilla!
Y al fin le dijo: «*Poëtisa*, hermana,
Y no *poetisa* ha de escribir. Mañana
Cómprese por dos cuartos la cartilla,
Y cuando ya á las letras me responda,
La llamaremos *Marisabihonda*,
Que es muy pandorga para *Sabidilla*.»

XLII.

Viendo á Su Majestad visitar la imprenta Real.

Gran Rey, vos que con pasos vencedores
Del rigor de los hados enemigos,
Visitásteis los presos y mendigos,
Convirtiendo sus lágrimas en flores;
Ved ya como la prensa en sus sudores
Prepara á esa virtud fieles testigos,
Pues delante de Principes amigos
No gime, sino canta sus loores.
El taller de Minerva en un momento
Caractéres movibles combinando,
Retrata el fugitivo pensamiento.
¡Ah! Si al de tus vasallos ahora dando
Una sola expresión, un solo acento.....
¡Qué dijera el papel?.... ¡Viva Fernando!

XLIII.

El jugador.

Éste sí que es el modo verdadero
De aprovechar el tiempo; ésta sí es brava
Ocupación, en la que ayer estaba
Con sus sentidos cinco un hombre entero.
Decía yo: A la izquierda del banquero
Caerán el as y el tres; no lo acertaba:
¡Parece que la cosa no importaba?
Pues importó todito mi dinero.
Y aún más, que mi palabra es muy segura,
Y sobre ella también quiso fiarme
El otro, que fiaba en su ventura.
Perdí, me sofoqué; y al retirarme
Me dió un aire, cogí una calentura,
Y no tuve después con qué curarme.

XLIV.

Á los que con sólo una tintura de gramática creen poder juzgar en toda la literatura, aplicándoles la sentencia de Apéles: *Ne sutor ultra crepidum*.

Ante los ojos del concurso griego
Puso Apéles un rasgo de su mano;
Era la copia del pastor troiano,
Causa fatal del memorable fuego.
Consultaba el pintor con blando ruego
Los votos de uno y otro ciudadano:
Censura la sandalia un artesano,
Y el divino pincel la enmienda luego.
Entónces, lleno de soberbia el necio,
Pretende hacer ridículo aparato
De todo su saber, y en tono recio
Censuró lo más bello del retrato;
Pero Apéles, volviendo con desprecio,
Le dice: *Zapatero, á tu zapato*.

(2) Debemos también este soneto á la bondad del señor de Mesonero Romanos. (Nota del Colector.)

XLV.

Contra los ignorantes premeditados, hablando con Don Quijote de la Mancha.

¡Qué hace vuestra merced que no arremete,
Oh Don Quijote, y con sin par bravura
Rompe la envejada caputula
En que os dejó tendido Cide-Hamete!
La adarga empuja, vista el coscolete,
Y blandiendo en la diestra lanza dura,
Embistiendo la canalla sin ventura
De sandios que á eruditos se nos mete.
Mas ya os oigo decir, ¡ácia mi vuelto:
«Non mi quietud con voces alborotcs,
Sin demandas mi ayuda asaz resuelto;
»Pues te fago saber, y es bien lo notes,
Que si anda agora el mundo tan revuelto,
Es sólo porque en él sobran Quijotes.»

XLVI.

Diálogo entre el autor y Boileau.

Pobre Horacio frances, quedaste feo;
Tus reglas son ya nulas para España.
—¡Oiga, y qué poesía tan extraña
Se estila más allá del Pirineo!
Así falló Minerva.—Ya lo creo;
Si el mochuelo no fué que la acompaña.
—¿Qué arte fuiste á escribir!—El que no daña
Al verso, así en frances como en hebreo.
Pero si no hay barbero en las Castillas
Que cante un *voderil* (1), ni escrito vive
De tanto necio autor que al polvo humillas.
—Eso que te lo enmiende el que te escribe,
Y en donde hay *voderil* pon *seguidillas*,
Y en donde un necio autor planta un Olive (2).

XLVII.

Brindando en un convite de bodas.

Constante Celia, á quien la suerte en vano
Contradijo un afecto generoso,
Yo te aplaudo el placer de hacer dichoso
A quien se enlaza á tu preciosa mano.
Amor, que un tiempo te afligió tirano,
Hoy te arrebató en carro victorioso,
Y coronada de su mirto hermoso,
Al tálamo nupcial te lleva ufano.
Al blando yugo allí rindes el cuello;
Y, cediendo á la noche misteriosa,
Te mira el sol en su último destello.
Con el cariño que á una flor dichosa,
Que hoy la deja boton cerrado y bello,
Para verla mañana abierta rosa.

XLVIII.

A Olimpia cantando.

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
Que dulcemente canta y dulce rie,
Para aquel orgulloso que se engrie
De que ninguna gracia le enamora.
El ejemplo de una alma que te adora,
Por más que de tus ojos se desvie,
Hará que el más soberbio desconfie
De no rendirse á la fatal cantora.
Ye el suave olor que de tus labios parte,
Y aun el tacto evité de tus vestidos,
Y los ojos cerré por no mirarte;
Pero al sonar tu voz en mis oídos,
Olimpia, vi que para no adorarte
Es menester quedarse sin sentidos.

XLIX.

A la muerte de la Duquesa de Frias (1830).

Carro fatal, que dividiendo el viento
Al furor de la Parca que te guía,
Sacas del mundo á la que fuera un día
Su embelsco más dulce y su ornamento.
Para ese curso, al general lamento,
Suelta esa presa de la furia impía,
Deja á Piedad vivir como solía,
De amor delicia y de amistad sustento.
¡Mas, sordo tú, la rueda precipitas,
Avaro de entregar su nombre y gloria
Del olvido á las márgenes marchitas!!!
Anda, y renuncia á tu feroz victoria;
Porque, cuando á las Gracias se la quitas,
La adoptan ya las hijas de Memoria.

L.

POESÍA AL SOL,

en los días de la Reina, nuestra señora, doña María Cristina de Borbon (1831).

Templa por hoy ¡oh sol! la abrasadora
Lumbre que tu brillante faz fulmina;
Deja reinar serena y peregrina
La amable luz de la risueña aurora.
La que es delicia á Céfiro y á Flora;
Que hace asomar la rosa entre la espina,
Y es como la sonrisa de Cristina.
Que cuanto más se ve, más enamora.
Basta esa risa al día más hermoso.
Y más si la produce el dulce objeto
De quien es madre en brazos de su esposo,
El único.... Mas no; que con respeto
Me responde un acento misterioso:
«El único no es ya.... guarda secreto.»

LI.

A la Reina, nuestra señora (1832).

Mirad la copia del sin par modelo (3)
En que más gracia á más virtud se aúna,
A quien la bella Nápoles dió cuna,
Y trono digno el carpetano suelo.
Miradla atenta á derramar consuelo
Sobre infortunios, tierna y oportuna,
Como refleja la modesta luna
La luz del sol por el nocturno velo.
Vel que esparciendo por el vago ambiente
Brillo sus ojos, y su falda flores,
Como el volcan que la miró en su oriente,
Todo lo anima en rayos protectores,
Todo el encanto de Cristina siente,
Y todo es á sus piés dichas y amores.

LII.

En un convite en 1831.

Annque á cien copas de licor dorado
Juntéis, señoras, vuestro ruego expreso,
Nunca haréis ceda de la nieve el peso
Con que está el nimen en mi frente ahogado.
Pasó aquel tiempo en que se vió premiado
Mi verso en alas del amor travieso.
Ganando al labio de una bella el beso
Que estaba, acaso, á mi rival guardado.
Mas si se brinda, á que desde este día
La fortuna, enmendando sus desbarros,
Haga feliz tan noble compañía;
O para celebrar á los b zarros
Que defienden la hispana monarquía,
No apuraré yo copas, sino jarros.

(1) Vaudivilles son canciones populares satíricas en Francia.
(2) Era el editor del papel público intitulado *La Minerva*, que criticaba la traducción del *Arte Poética* de Boileau, sobre todo porque sus reglas no servían para la poesía española.

(3) Tomo II de la *Colección litográfica de cuadros del Real Museo*, 1832, frente al retrato de S. M. la reina Cristina, en pié, pintado por D. José de Madrazo y litografiado por Mr. Legrand.

LIII.

Apareciendo el sol en medio de un día muy nublado del invierno, al tiempo de estar celebrando en la mesa los días de su mujer.

¿Qué es esto! ¿Quién nos da de Mayo un día,
En medio del rigor de Enero helado,
De inesperadas flores matizado,
Que las Gracias esparcen á porfía?
Unos dirán que al dios de la armonía,
Otros que á Vénus tal prodigio es dado;
Mas mi pecho, á tu influjo acostumbrado,
Obra tuya lo cuenta, esposa mía.
Sí, mi Laura, tu día es una rosa
Nacida, acaso, en medio de la nieve,
Que una espina tan sólo hace enojosa;
Y es que á gozarla el alma no se atreve,
Porque siendo á mi amor tan deliciosa,
Cuanto más dulce pasará más breve.

LIV.

Celebrando el bello canto y ejecución de la señora Henriqueta Lalande, en las óperas de *Otelo* y *Zelmira*.

Tu voz encanta, tu expresion admira,
Lágrimas llueve á tu gemido el cielo;
Tigre de Hircania fué sin duda Otelo,
Pues no sintió lo que tu canto inspira.
Tú haces grato el dolor, bella la ira,
Sonoro el llanto, armonioso el duelo;
Y no fué objeto del paterno anhelo,
Ni es madre quien no llora con Zelmira.
¡Ah! Si ante ti enmudecen los humanos.
Tierna Enriqueta, y un silencio impones,
No interrumpido con aplausos vanos,
Es que el placer embarga las acciones,
Y les hace olvidar lenguas y manos,
Para sentir que tienen corazones.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO EN 1808.

Silencio y soledad, fuentes ocultas
De la meditacion; ¡con qué recuerdos
Volveis á contristar en estos días
De un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol á las nocturnas sombras
La posesion del mundo va cediendo;
Que las aves desmayan en sus cantos,
Y la humana inquietud busca el sosiego;
Las memorias ilustres de la patria,
Sus desastres, su gloria y sus trofeos
Van precediendo al carro de la noche,
Nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,
¡Oh, cuánto adornaréis el claro templo
De inmortal fama, conservando impresa
La actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
En amor patrio y memorables hechos
A los que vieron, con asombro al mundo,
Los Pelayos, los Cides y Toledos.
Testigos sois, oh ruinas de Gerona,
De Zaragoza, oh venerables restos,
Lauros de Talavera y de Arapiles,
Y palmas de Bailén, más puras que ellos.
Vosotros duraréis, doradas tablas
Que en el vasto Oceano de los tiempos,
Librarán del naufragio á tantos héroes
Que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
No del tiempo la hoz..... Pero ¡qué veo!
No estoy solo..... Las tropas reünidas
Del trémulo atambor al ronco estruendo.....
Curiosa multitud, que en torno llega

A contemplar dos frios monumentos.....
¡Qué dice en el semblante del soldado
Tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
Daoiz y Velarde..... ¡Oh malogrados
En flor de juventud! Nobles guerreros,
Como Eurialo y Niso en vida unidos,
Como Eurialo y Niso en gloria muertos.
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
Que cuando, sin deber y sin precepto,
A inevitable muerte os entregásteis,
Por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requerian
Una sola baja á vuestros pechos;
Abrieron, sí, mil puertas á la muerte,
Mas nada hallaren sino honor en ellas.
Ahora, á glorioso polvo reducidos,
En esos vasos fúnebres os veo,
Donde arrancais suspiros al soldado,
Y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah! mejor que en las urnas, vuestros nombres
En el nocturno pabellon del cielo
Van á resplandecer, signos de gloria,
Siguiendo el rayo del planeta hisperio.....
¡Mas ay! tambien á vuestra fama unido
Luce aquel día atroz..... Mayo risueño,
Aparta de él tus flores; de laureles
Cúbrele sólo, y de cipres funesto.....

*¡Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!*
Este es el día que con voz tirana,
Ya sois esclavos, la ambicion gritó;
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
Muertos sí, dijo, pero esclavos no.
El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar;
Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aun más tremendo comenzó á brillar.
¡Ay, cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid!
¡En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!
La lealtad y la perfidia armada
Se vió aquel día con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que alevé le asaltó en su hogar.
¿Y á quién afrentas proponéis, tiranos?
¿A quién al miedo imagináis rendir!
¡Al fiel Daoiz, al leal Velarde,
Que no supieran sin honor vivir?
El mundo aplaude su respuesta hermosa;
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nacion señal.
Temblando vimos al guerrero altivo,
Que en cien batallas no inmutó su faz,
De tanto jóven, que sin armas fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.
Victimas buscan sus airadas manos,
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el día fué funesto y duro,
Aun más la noche se enlutó fatal.
¡Noche terrible al angustiado padre
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche cruel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!
¡Noche fatal, en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que trunca de la Parca el fallo,
Y ¡ay! dicen todos, *¿quiénes morirán!*
Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad;
Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el ódio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podéis llorar,

Esos que veís que maniatados llevan
Al bello Prado, que el placer formó,
Son los primeros corazones grandes
En que su fuego libertad prendió;
Vedlos cuán firmes á la muerte marchan,
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al empíreo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos
Oid cuál gritan con horrenda voz:
«Venganza, hermanos; y la madre España
Nunca sea presa de invasor feroz.»

Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido se escuchó vagar:
«Gozad en paz, ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar.»

CORO.

*¡Noche terrible, llena de gloria,
Llena de sangre, llena de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!*
(1810.)

II.

A LA MUERTE DE LA REINA DOÑA ISABEL DE BRAGANZA (1819).

Melancólica vista al mundo ofrece
Día que se gozó sereno y puro,
Cuando insensiblemente desfallece
De la noche cediendo al velo oscuro:
El rayo mal seguro,
Débil resto de luz que al monte baña,
Sin alumbrar al valle ó la cabaña;
El enmudecer lento
De los hombres, los pájaros y el viento;
Todo infunde reposo y dulce calma,
Y todo mueve á despedirse el alma
De los objetos que gozó en el día
Con dulce y natural melancolía.

Mas cuando un astro hermoso, un sol divino,
En torrentes de luz rico y glorioso,
Asaltado en su próspero camino
Se ve de eclipse horrible y tenebroso,
Aquí es el pavoroso
Temblar de cuanto vive y cuanto siente;
Aquí el correr atónita la gente,
A los pasos huir trémulo el suelo,
A los ojos faltar lóbrego el cielo.
¿Y fenómeno habrá que ofrezca al mundo
Más luto, más horror, mal más profundo?
Sí; tu muerte, Isabel: astro halagüeño
De amor y paz que desde su alta esfera
La muerte sepultó en eterno sueño,
Y en luto y llanto á la nación ibera.

Tú, esperanza primera
Del triste, el inocente, el desvalido;
Tú, cariño infeliz de un rey querido;
Sólo á tu muerte es dado en un momento
Hacer universal el sentimiento,
Lágrimas prodigándote en tributos
Ojos que aún vicen la miseria enjutos.

No hay duros corazones á tu suerte,
Desgraciada Isabel: ni era tu estrella
Que uno te conociera sin quererte,
Sin acclamarte madre augusta y bella.
¡Ay Dios! ¡cuánto atropella
Con solo un golpe en ti la Parca dura
De juventud, de gracia y de ternura!
¡En tí de cuánto bien despoja al suelo!.....
Eras ángel en fin; volaste el cielo.

Y en yermo lecho queda el cuerpo frío,
Cual flor por el arado atropellada,
O como blanca oveja en rauda río,
Junto á su tierno corderillo ahogada.
A quien no faltó nada,
Todo le fué negado en tal instante;

Infeliz como reina y como amante,
Ni el labio desplegar pudo, que ansioso
Se heló sin pronunciar: «Adios, mi esposo.»

Su esposo, que angustiado, sin aliento,
Apuraba la copa dolorosa,
Y trocará á su suerte en tal momento
La de un pastor feliz junto á su esposa.
¡Oh noche desastrosa!

En pos de cuyo horror el sol se asombra
De hallar cadáver blanco en negra alfombra
La que dejaba ayer reina aplaudida,
Llena de juventud, de gracia y vida;
Y hoy sólo obtiene el misero tributo
De compasion, terror, silencio y luto.

Tanta es tu furia, oh muerte, y ni la libras
Por el fruto de amor que en breve espera:
Antes te irrita más, y el hierro vibras,
Que aún lo que no nació quieres que muera.
Tú repartiste fiera

El nupcial lecho entre afliccion y muerte:
Sólo el ánimo real golpe tan fuerte
Pudo sobrellevar, sin más consuelo
Que recurrir al cielo,

Acatando sumiso á eternas leyes
Que dan tambien dolor para los reyes.

Ya entónces alaridos y lamentos
Del palacio á las cúpulas ascienden;
Baña el llanto los tersos pavimentos,
Y de dolor los mármoles se hienden.

¡Ay! ¡de cuán poco penden
Gozo y pesar en míseros mortales!
Que ayer alegres vivas por los reales
Pórticos resonaban con estruendo;
Y hoy, pálida la Fama, repitiendo
Con ecos de dolor la triste nueva,
De corazón en corazón la lleva.

Óyelo, y llora la orfandad doliente,
Que hallará ¡oh reina! en tu bondad consuelo;
Óyelo, y llora la industriosa gente,
Que estimulabas con benigno celo;

Óyelo y visten duelo
Las artes bellas, que hoy en sus liceos
Favores (¡) tuyos muestran por trofeos;
Y aún los gratos vergeles, los variados
Bosques á tus delicias dedicados,
Que te guardaban sus primeras flores,
Al Mayo ¡ay! temo nieguen sus verdores,
Porque no ménos condolida Flora,

Apoyada á un ciprés, óyelo y llora.
Tú, en tanto, libre del humano velo,
Huyes á las moradas celestiales,
Bella Isabel, siguiéndote en tu vuelo
El inútil clamor de los mortales.

Por los brazos leales
Que dejas de Fernando el Descado,
Los del Santo Fernando habrás hallado:
Virtudes que te fueron favoritas,
Flores dando á tu sien nunca marchitas,
Regirás desde allí tu España en gloria,
Como quedas reinando en su memoria.

Llorad, ninfas de Iberia, el dulce encanto,
Perdido ya, de la divina Elisa,
Aunque ella ya no aliente vuestro canto
Con blando halago y plácida sonrisa.
No murmureis que omisa
Enmudezca mi lira en tanto luto;
Lágrimas son, no versos, mi tributo:
Su loor deba á pechos más serenos,
Y cante más quien la llorare ménos.

(1) Los principios de dibujo trabajados de su real mano, y regalados á la Academia de San Fernando para estímulo y honra de sus alumnos.

ODAS.

I.

RECUERDOS DE AMOR (1).

Suave sería al labio de mi musa
 Modular solitario sus congojas,
 Al són del agua y silbo de las hojas
 De selva y río en variedad confusa;
 Tal vez allí la ilusa
 Copia de mis pesares,
 En tan nuevos cantares
 Sonára, que envidioso á mis recreos
 El ruiseñor, en circulares giros
 Bajára, y repitiera entre gorjeos
 Lo que yo le cantára en mis suspiros.

Mas ¡ay! los sacros bosques son asilo
 De la inocencia, que del fondo grita:
 «Huye, profano, la mansion que habita
 Libre del oro el labrador tranquilo.
 Tú ves el Rhin y el Nilo
 Que al mar descenden rojos
 De sangrientos despojos;
 Pues vives en las córtes que á la guerra
 Mandan correr desde el amor los hombres,
 Cuando ellos van á ensangrentar la tierra,
 Vé tú, crüel, á celebrar sus nombres.»

Veo los héroes, oigo la victoria,
 Y en vano intento que su nombre anime
 Mi débil voz para cantar la gloria;
 Veo las córtes, y mi musa gime
 Ante el prócer sublime;
 Humilde no halla tonos
 Para cantar los tronos;
 Veo los cielos, y se ofusca el fuego
 De mi entusiasmo á su esplendor divino;
 Veo á mi Silvia, y reconozco luégo
 Que cantar la belleza es mi destino.

Beldad, seguro anuncio y embeleso
 Del amor, que se goza en tus prestigios;
 Sello de perfeccion que deja impreso
 Naturaleza en todos sus prodigios;
 Tú, que en los mares frígios
 Naciste, Citeréa,
 Milagro de la idea
 De los Apéles, Fídias y Ticianos;
 Yo te admiro en la tierra y en el cielo,
 Mas recibe el incienso de mis manos
 En Silvia hermosa, tu mejor modelo.

Que por más que mis ojos arrebate
 El gallardo animal que ama la guerra,
 Cuando al amor se arroja ó al combate,
 Y con cuádruple pié bate la tierra,
 Los colores que encierra
 El iris en su cinta,
 Ni la variada tinta
 Del sol naciendo entre celajes rojos;
 No hay para mí fenómeno más bello
 Que el ver á Silvia y sus brillantes ojos,
 Purpúrea boca, alabastrino cuello.

La vi deidad, y me postré á adorarla,
 Y por volver el ídolo benigno,
 La prosa olvido, y me dedico á hablarla
 En el lenguaje de los dioses digno.
 De entónces fué mi signo
 Pintar en mis canciones
 Sus dulces perfecciones;
 ¡Y cuánto, oh cielos, su beldad me humilla!
 Que es á su lado mi elocuencia parca

Un hilo de agua que en el campo brilla,
 Y el ancho mar que casi el mundo abarca.

Hijos mis versos, Silvia, de tus ojos,
 Cuando mi amor mirabas indecisa,
 Tras de mil que engendraron tus enojos
 Volaron mil nacidos de tu risa;
 ¡Oh, cómo se divisa
 En unos aquel frío
 De tu ingrato desvío,
 Y en otros un calor que al mismo exceda
 Con que en torno del eje diamantino
 La gran masa del sol rápida rueda,
 Ardiendo en fervoroso remolino!

Tú los cantabas, Silvia, ¡en qué lugares!
 ¿Te acuerdas de la selva en que habitamos,
 Que remedaba el ruido de los mares
 Con el sordo susurro de sus ramos?
 Muramos, ¡ay! muramos
 De vergüenza y disgusto;
 Que áun en algún arbusto
 Se ve escrito que en todo el universo
 Fuerza no habrá que á separarnos baste;
 Y áun está allí tu letra, allí mi verso;
 ¡Y dónde está la fe que me juraste!

Los sauces pintarán con elegancia,
 Bajo el imperio de los éuros roncós,
 En sus fugaces hojas tu inconstancia,
 Y mi tristeza en sus desnudos troncos;
 Destemplados y broncos
 Murmurarán los vientos
 De aquellos juramentos,
 Cuando desafiaste á aquella roca
 A firmeza..... ¡oh dolor! y ahora es aquella
 En la que sólo estampo yo mi boca,
 Porque sólo tu nombre encuentro en ella!

Tal lo dispuso irremisible el hado;
 Encubra el velo lúgubre y espeso
 Que oculta el porvenir, lo ya pasado.
 Silvia, murió el amor; mas no por eso
 Te ofendas de que impreso
 Subsista en mi memoria;
 Que si hay alguna gloria
 En conmover los bellos corazones
 Con dulces metros llenos de ternura,
 Y esto se diere á mí, serán lecciones
 De tus gracias, tu fuego y tu hermosura.

Y como corren á la mar undosa
 Las claras aguas por el campo ameno,
 A tí mis versos; brindales, hermosa,
 Tu blanda mano y tu mirar sereno;
 Guárdalos en tu seno;
 Y al abrigo de aquellas
 Cimas del Pindo bellas,
 Verá, de aliento y no de furia escaso,
 El monstruo vil que por morderlos lidia,
 Que no se oye en la cumbre del Parnaso
 El ladrar de la cueva de la envidia.

II.

AL CORAZON.

Pobre corazon mio,
 Te siento palpar apesurado:
 ¿Qué es del antiguo brio?
 ¿Tú tan acongojado?
 ¡Ay! ¿quién te ha puesto, dime, en tal estado?
 ¿Tú tiembles y enmudeces?
 ¿La presuncion altiva qué se ha hecho
 Con que quisiste á veces
 Salírte del pecho
 Por parecerle á tu arrogancia estrecho?
 ¡Qué! ¿Tan pronto se muda
 En temeroso un corazon valiente?
 Sácame de esta duda;
 Pues te tengo presente;
 Pero te desconozco enteramente.

(1) Esta oda fué compuesta al tiempo que Bonaparte batallaba junto al Nilo, y los franceses y alemanes en el Rhin, á lo que alude la segunda estrofa. El autor la tenía por la más poética y armoniosa de las suyas, y en la que más felizmente creía haber acertado á enlazar la ternura y la filosofía.

Sumergido te encuentro
 En las lágrimas mismas que derramas,
 Y veo de tu centro
 Salir voraces llamas;
 ¡Ah! no lo dudo, corazón, tú amas.
 No es menester respuesta
 Para que tu desgracia se autorice:
 Amas, sí; tu funesta
 Situación me lo dice,
 Y no te corresponden, ¡infelice!
 Fué de una vergonzosa
 Pasión tu libertad esclavizada:
 ¡Ay libertad preciosa,
 Víctima desdichada,
 En las aras de amor sacrificada!
 Con desprecio veas,
 Ajeno de caer en tal desbarro,
 De Amor las tiranías,
 Burlándote bizarro
 De los que tiran su triunfante carro.
 Mas ya te estoy mirando,
 Entre viles esclavos confundido,
 La cadena arrastrando;
 Al carro vas unido,
 Más que ninguno de ellos abatido.
 Más que ninguno de ellos;
 Pues si al Amor á sujetarse vienen,
 Sometiendo sus cuellos,
 Correspondencia tienen,
 O con las esperanzas se mantienen;
 Pero tú, sin ventura,
 Sin esperanza, odiado estás ahora,
 Amando una hermosura
 Injusta á quien la adora,
 Que sólo del ingrato se enamora.
 Cual Ícaro, tu vuelo
 Al claro sol de Silvia has levantado;
 Ya te ves de su cielo,
 Cual Ícaro, arrojado,
 Y en el mar de tus lágrimas ahogado.
 En tu esperanza vana
 Ni el más leve verás de sus favores;
 Pues guarda la inhumana
 Para otros los olores,
 Para tí las espinas de las flores.
 Son sus mayores gozos
 Ver tus ojos en llanto derretidos;
 Tus ayes, tus sollozos,
 Tus míseros gemidos
 Son música agradable á sus oídos.
 Pues, corazón cobarde,
 Esfuerza en la desgracia, toma aliento;
 Y ya que ella hace alarde
 De tu fiero tormento,
 Haz tú de abortirela el firme intento.
 Ya, ya por fin respiras
 Y noble correspondes á quien eres,
 Te burlas de sus iras,
 Injurias le profieres,
 La miras orgulloso y no la quieres.
 Contemplas los estragos
 Con que á otros pechos el amor afana;
 No escuchas sus halagos,
 Y haces su astucia vana,
 De Silvia huyendo la beldad tirana.
 Mas, corazón, ¿qué haces?
 ¡Al nombre de la ingrata te enterneces?
 ¡En llanto te deshaces?
 ¡Mil suspiros le ofreces?
 ¡Has olvidado ya que la aborreces?
 ¡Ay, que tu Silvia bella
 En situación te ha puesto bien terrible!
 El separarte de ella
 Aun dudo si es sufrible;
 Pero el abortirela es imposible.

III.

Á MI RIVAL.

Tómate el oro que la Arabia eria,
 ¡Oh mi rival, que como al rayo temo,

Vete á reinar adonde nace el día,
 Y áun te obedezcan en el otro extremo;
 Déjame á mí con la pastora mía.
 Su corazón!... ése es mi bien supremo.
 ¿Quieres un lauro que tu frente cifia
 Con mayor gloria que á ningún guerrero?
 ¡Ojalá, invicto en la mavorcía riña,
 Venza con sólo relucir tu acero!
 Déjame á mí de mi adorada niña
 Sólo un laurel que de su mano espero.
 El paladar sí recrear codicias,
 Yo pediré que te conceda el cielo
 En pece y avas todas las primicias
 Del ancho mar y del florido suelo,
 Mientras que yo, para gozar delicias,
 Ansioso al lado de mi Silvia vuelo.
 ¿Es tu ambición saber astronómica?
 Newton te dé su penetrar intenso;
 Quita los ojos de la estrella mía,
 Y ahí tienes mil en ese cielo inmenso;
 A la que sola con su luz me guía
 Suba la nube de mi solo incienso.
 ¿Es al poeta tu mayor envidia?
 Toma mis versos, que si no son bullos,
 El mismo Febo por vencerlos lluvia
 Cuando oye el nombre de mi Silvia en ellos;
 Y hasta las Musas, en nombrando á Silvia,
 Doblan al canto los sagrados cuellos.
 Pueda tu voz apaciguar la ira
 Del sordo mar y su sonoro estruendo;
 Naturaleza, al escuchar tu lira,
 Muda se pare, como yo esté oyendo
 La bella boca que placer inspira,
 Dulce cantando, dulce más riendo.
 Grato á mis voces el amor te brinda
 Las ninfas todas del recinto íbero,
 Y la que guarda, más preciosa y linda,
 Entre murrallas el sultan más fiero;
 Pero de Silvia tu ambición prescinda,
 Que á mí el amor me la brindó primero.
 Mi labio va donde tu planta pisa,
 Esclavo tuyo para siempre quedo;
 Y si á tu suerte puede ser precisa,
 Darte ¡oh rival! hasta mi vida puedo;
 ¡Pero de Silvia!... ni una sola risa,
 Ni una voz sola, ni un mirar te cedo.

IV.

A LA BELLA MADRE DE UN HERMOSO NIÑO.

¿Qué niño es ése que en su faz de rosa
 Los rasgos guarda de la tuya impresos;
 Que en ese seno agitador reposa,
 Y el néctar bebe de tus dulces besos?
 Hay quien le observa una virtud tirana
 Que esclavitud hacía su madre incita;
 Y «ése no es, dicen, criatura humana,
 Sino el Amor, que con su madre habita.»
 Que está sin venda, porque la ha arrojado,
 De tus encantos para ser testigo;
 Sin flechas ni alas, por haber jurado
 No más vagar, sino vivir contigo.
 Otros al verle tan amable, al paso
 Que no lo cubren más gentil los cielos,
 La gloria niegan al feliz acaso
 De otra que tanto te debió en desvelos.
 Tú embebecida lo oyes, y te places
 De ver cuál vaga el pensamiento ansioso
 De los desvelos con que amable le haces,
 Hasta el desvelo en que le hiciste hermo.
 Tu sexo un día se verá prendado
 De tantas gracias que tu afán le presta,
 Y nuestro sexo quedará vengado
 De los suspiros que su madre cuesta.

V.

ARANJUEZ.

En los días del Rey, nuestro señor.

¡Cuán bella, cuán risueña
La aurora de su carro nacarado
Se alza, y al mundo enseña
En pendón recamado
El nombre augusto del monarca amado.
Del sol á quien precede
Tan claro nombre excusa la salida;
Que el sol prestar no puede
Mayor contento y vida
Que da este nombre á su nación querida.
Espárcese en la esfera
El fuego de los pechos españoles,
Y Aranjuez revirbera
En la luz de mil soles
Con desusados brillos y arrebolos.
Cual nunca se regala
El aire en aromáticos olores;
Cual nunca de su gala
Se revisten las flores;
Cual nunca halagan hoy los ruiseñores.
Ni más puras y bellas
Dispuso el claro Tajo sus corrientes
Por reflejar en ellas
Retratos transparentes
De amenos bosques y graciosas fuentes.
Los raudales partidos
Con que á la Isla el río está ciñendo,
De golpe desprendidos
Y en cascadas cayendo,
El aire llenan de apacible estruendo.
Haciendo se deslice
Después el agua tan serena y rasa,
Que al pensamiento dice:
De movimiento escasa,
Así la vida resbalando pasa.
A su murmullo manso
Acompaña el del viento, que al frondoso
Bosque no da descanso,
Y su penacho umbroso
Balancea con silbo sonoro.
Y del concierto blando
Me parece salir salva festiva,
Que al expresar cantando
Las aves «viva, viva»,
«Fernando», añade el aura fugitiva.
Si, Fernando adorado,
Dos veces á tu pueblo fiel perdido,
Dos veces rescatado,
Tu nombre es el sonido
Que más encanta al español oído.
Hoy le aclaman triunfantes
Los que no le perdimos de memoria
Cuando fuimos constantes
En darte la victoria
Contra los enemigos de tu gloria.
Ya que días mejores
Gozar te vemos con feliz mudanza,
Y grato en sus colores
El iris de bonanza
De un cabo al otro de tu vida alcanza,
Ojalá llegue á tanto
Tu gloria y dicha en el ibero suelo,
Como la goza el santo
Tu glorioso abuelo,
Que fué en la tierra tu mejor modelo.
Que si la dicha pura
Es en el mundo incierta mariposa,
De ella al fin te asegura
Esa tu cara esposa,
Que de toda virtud es copia hermosa.
A quien sirven leales,
Cuidando de templar su régia lira,
Las Musas celestiales,
Cuando piadosa admira
Con dulces versos que tu amor le inspira.
Hoy su voz delicada
Sabrá daros, señor, digna armonía,

III, Ps.-xviii,

Mientras que, de cansada,
Siento yo que la mía
No pueda haceros más feliz el día.

VI.

CONTRA LA SEDUCCION.

¡Adónde vas furtiva y tortuosa,
Contra la hierba y flores arrastrando
El pecho infame, oh sierpe venenosa?
¡Cómo! ¡hacia el lecho blando
Que oprimen dulcemente adormecidos
Dos esposos unidos,
Cubiertos con el velo de inocencia,
Silbas y arrastras tu fatal presencia?

Tiemblan los mirtos que les hacen sombra,
Como á los soplos de Aquilón sañudo
Al verte, oh monstruo; y con horror se asombra
Aquel emblema mudo
Del tierno amor, la tórtola inocente,
Que desde aquella fuente
Miraba silenciosa sus delicias,
Aprendiendo favores y caricias.

Túrbanse al rededor del casto lecho
Las frescas auras que ántes amorosas
Le regalaban, mientras tú en acello
De cunmedio de las rosas
El verdinegro cuello al aire libras,
La aguda lengua vilras,
Y osas amenazar con mil martirias
A los que de placer sueñan delirias.

Ellos ayer ciñéronse en la ara
La nupcial venda, y se juraron fieles
La mutua fe que el universo ampara.
A sus ansias críeles
El galardón de amor disfrutaron ellos
En estos lazos bellos;
¡Y hoy quieres ver los bellos lazos rotos,
Y aniquilar, erúel, tan dulces votos!

No me oyes tú; que la virtud te irrita,
Te ensoberbeces al ver dichas ajenas,
Y tu negrura á profanar te incita
Las blancas azucenas;
Armaste, en vez de halago y tierna gracia,
De juvenil audacia,
Y el lascivo y sensual desasosiego
En lugar del amor te da su fuego.

Tranquilo duerme en tanto el par dichoso,
De sus gozos soñando el dulce fruto,
Y tú de forma humana y rostro hermoso
Te revistes astuto:
Lloran la humanidad y la hermosura
De verte en su figura,
Y la inocente esposa á sus gemidos
Abre los lindos ojos adormidos,

Y en tí los clava, en tí, que al claro brillo
Te turbas, pero hinchándote orgulloso
De que ya aquel mirar tierno y sencillo
Le robas al esposo.
Suenan la Seducción, nace el agravio
De tu engañoso labio,
Cuyo veneno mancha el nupcial lecho,
Y de la honestidad salpica el pecho.

Rubor artificioso en tu semblante,
Llanto en tus ojos, y en tu voz suspiros
Hacen el fingimiento interesante.
Mas ¡cómo seduciros,
Oh esposas, puede el eco lisonjero
De afecto tan grosero,
Que aun sin haber cogido las primicias
Quiere partir con otro sus delicias!

Será que al són feliz de la victoria
Duerma el guerrero vencedor, la frente

Ceñida con el lauro de la gloria,
Y que haya un insolente
Que una hoja arranque á la corona bella
Para adornarse de ella,
Sin que la gloria desde lo alto clame.
Ese es mi esposo, ese mi lauro, ¡infame!

Así vosotras, en beldad nacidas,
De amor, de gracia y de atractivos llenas,
Para consuelo al hombre concedidas
En sus amargas penas,
Pues vuestra posesion fué la ventura
De la pasión más pura,
¿Cómo podéis rendirla por despojos
De tan impuros péfidos arrojos?

¿Cómo hablará de amor quien no lo siente!
¿Cómo os adorará quien no os estima!
¿Cuál suspiro será, cuál ansia ardiente
Que su pasión exprima,
Que ya no haya agotado en competencia
La amorosa elocuencia
Del tierno esposo que tenéis al lado,
A confianza hermosa abandonado!

Él á su esposa abandonó su suerte;
Su honor cedió con tan amantes lazos,
Mirando sólo el brazo de la muerte
Por rival de sus brazos;
Tal vez el llanto de sus ojos brilla
Aun en vuestra mejilla;
Tal vez el *tuya soy* de vuestra boca
Aun por la selva el eco lo revoca.

¡Inútil voz! cuando la inícia lengua
El adulterio es pintar á inocente,
Porque ignorado del honor no es mengua.
¡Oh ilusos! ¡y el torrente
De amorosa ternura, el exclusivo
Rayo de afecto vivo
Correrá hácia otro pecho extraviado
Sin que lo sienta el corazón burlado!

¡Un amante ignorar cuando le extrañan
Del alma que antes solo poseía!
¿Así los ojos del amor se engañan?
Descubrir la alegría
Sobre el culpado rostro de la esposa,
Turbada, artificiosa,
De sus brazos sin fuerza las cadenas,
Y frío el corazón latiendo apenas....

¡Ay! harto pronto el bárbaro delito
Leerá el triste en el semblante amado,
Y en él su oprobio y su infortunio escrito.
De furias devorado,
Verá erizarse en monstruosos vicios
Y horrendos precipicios
De su antiguo soñar la senda amena,
De amor, un tiempo, y de deleites llena.

La atroz venganza en el herviente pecho
Rugiendo al punto abortará fracasos,
Ya no el amor, el parricidio al lecho
Conducirá sus pasos:
Cubrirán su razón con sordos velos
Los implacables celos;
Y el lecho, acaso, inundará igualmente
Con la sangre culpada la inocente.

Mas si un error feliz en la desgracia
Fascinare al esposo, siendo entonces
Mayor que su candor vuestra falacia;
Si con pechos de bronce
Ofrecéis á sus besos paternales
Los frutos criminales,
Y con escarnio veis que los abraza,
Aun cuando un odio interno los rechaza;

Alzad y ved; la bóveda celeste
Pobrada está de soles, su tamaño
No alcanzais, ni su luz quién se la preste;

Podrá un odioso engaño
A un infeliz burlar; mas no á los ojos
Que hacen que en sus enojos
Los raudos vientos por las selvas zumben
Y que los cielos cóncavos retumben.

VII.

LA TEMPESTAD Y LA GUERRA,
Ó EL COMBATE DE TRAFALGAR (1).

Cantar victorias mi ambicion sería;
Pero sabed que el dios de la armonía,
Dispensador de gloria,
El volver de fortuna en poco estima,
Y sólo el valor inclito sublima
Con immortal memoria.

Ved aún brillando aquéllos, en su templo,
Que vieron las Termópilas, ejemplo
De varonil constancia;
Y los que sucumbieron, no domados,
Bajo los tristes muros abrasados
De la infeliz Numancia.

Hay á quien de la cuna alza el destino
Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles;
Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos
Sus espinas crueles.

Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los clama; mas en tanto incienso
Yo mi razón no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.

¡Oh constancia! ¡Oh del alma ardiente brío!
Tiende la inmensa vista, excelsa Clio,
Por esos mares vastos;
Tiéndela; que á pesar de hados malignos,
Nunca la habrán parado hechos más dignos
De tus gloriosos fastos.
Mira, en baldon de Gádes opulenta,
Levantarse la furia más sangrienta
De los senos oscuros;
Y de su ávida mano, al mar lanzadas
Las Calidónicas selvas (2), transformadas
En fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,
Que en las puertas atlánticas descuellan,
Teniendo al mar á raya,
En ondas que, postrándose á su frente,
Llegan, cargadas de oro de Occidente,
A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros vendes á su encono,
Anglia infecunda, de las nieblas trono,
Campos que el sol no mira,
Que en sonrisa falaz Flora reviste
De estéril verde, en que la flor es triste
Y amor sin gloria espira.

Hidrópicos de aurífero veneno,
Al monstruo de codicia abren el seno,
Contra la gloria hispana,
Cuando en horrendas máquinas de muerte
Hasta el precioso fruto se convierte
De la comarca indiana (3).

(1) Por plaga poética fué tenido el su número de composiciones que en 1805 y 1806 se publicaron para ensalzar la gloria de los marinos españoles en el combate naval del 21 de Octubre de 1805. La crítica se mostró harto severa hasta con los escritores célebres de entonces, como Sanchez Barbero, Moratin, R. de Galvez y ARRIAZA. Solo perdonó la conocida oda de Quintana, que era en verdad la mejor de todas ellas. El *Memorial Literario* (20 de Abril de 1806) salió á la defensa de la oda de ARRIAZA que aquí publicamos. El artículo en que se analiza y juzga la obra termina de este modo:

«Encontramos imágenes muy nuevas, y desvirtuadas con todas las galas de la poesía.... Notamos igualmente mucha novedad en las rimas, muy buena elección, y, por lo general, fluidez. La oda de señor ARRIAZA merece ser estimada, y le hace honor. Es adorna apreciable, por cuanto la podemos añadir al corto número de buenas composiciones al combate de Trafalgar.» (Nota del Colector.)

(2) Bosques de Escocia.

(3) Inglaterra emplea el producto de sus Indias en mantener su preponderancia marítima.

De su armada, que en vano el mar rechaza
Al cielo, ó con abismos amenaza,
Hacen soberbia muestra:
No lo sufris, alumnos esforzados
De los Bazanes, y de ardor llevados,
Lanzais al mar la vuestra;

Y cual de opuestos vientos acosades,
Cruzándose ennegrecen los nublados
Las etéreas campañas,
Y conturbando al mundo en su bramido,
Disputanse el eléctrico fluido
Perviente en sus entrañas.

Tal de ambas partes la batalla llega
Y las alas flamígeras desplega,
Y nave á nave cierra.
Y libra ¡oh día, de infeliz renombre!
Cuatro elementos juntos contra el hombre
En brazos de la guerra.

¡Quién, entre torbellinos de humo denso,
Que á las aras de Marte en digno incienso
Mandan cóncavos bronceos,
De férreos rayos el silbar sin cuento,
Y el ruido, que desquicia el firmamento
De sus eternos gonces;

¡Quién, de llamas y sangre en tanto lago,
Mástiles estallantes y alto estrago
De derrocadas moles;

Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,
Vuestros sangrientos rostros no columbra,
Oh jefes españoles!

Impávidos, de rojo humor teñidos,
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,
Terribles, como en ciego
Combate de sacrilegos gigantes,
De los dioses los fulgidos semblantes
Entre nubes de fuego.

Con ronca voz vuestro coraje entona
El metálico grito de Belona,
Que al combatiente inflama:
Ni se teme mortal, cuando á sus ojos
De hirviente sangre ve raudales rojos,
Que el mismo al mar derrama.

Cuájase en hierro el aire, y se convierte
Cada átomo en un dardo de la muerte,
Cuyo enorme esqueleto
Gozoso en medio al golfo se levanta,
Viendo ejercerse allí con furia tanta
Su asolador decreto.

¡Oh cuál de juventud las flores siega
O á perpétuo dolor la vida entrega!
A un brazo mutilado
Sucede el otro, á la venganza presto,
O dura aún á pie firme el cuerpo inhiesto,
De su cerviz privado.

Mas ¡ay! que allí clara columna sube
De fuego al viento, y entre humosa nube
Desplómase al abismo
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos que aún no sueltan los aceros
Que empuñó el patriotismo.

Gime al estruendo el Trafalgar convulso,
Tiembra el Olimpo; cual si á duro impulso
De bárbaros titanes,
Nadando ardiendo fueran por las aguas,
De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,
Y á un tiempo mil volcanes.

De espanto estremecidos los voraces
Monstruos del mar, agólpanse fugaces
Hacia el hercúleo estrecho;
De horror el cielo en nubes se encapota,
Y de escándalo al mar bramando azota
El aquilon deshecho.

Y de su misma cólera espumosa
Nace la tempestad, de desastrosa
Noche fatal presagio;
Marte á su aspecto enfrena el alarido;
Scitia y Caribdis alzan el ladrado,
Námenes de naufragio.

A devorar los desperdicios tristes
De hierro y fuego rápidos venistes,
Cual rayo, olas y vientos:
¡Oh noche, quién podrá expresar tu espanto!

¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!
¡Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo
Naves que domellaron tiempo largo
Sus furores altivos:
Los hombres se hundén, y por siempre ansioso
Se cierra el cauce del sepulcro undoso,
Donde descenden vivos.

Minerva, ¡oh! salva al que en mejor fortuna
Hasta el lecho del sol desde la cuna
Sureó el terráqueo giro! (1).

¡Urania (2), á aquel tu confidente auxiliar
¡Amor, ¡ay! vuelve á una infeliz familia
De ése el postrer suspiro!

¡Tristes! ¡Nadando hácia la patria amada,
Y ella esquivarse, en sirtes erizada,
Que las olas esconden,
Y la muerte descubre, y á las voces
De los míseros náufraos, feroces
Ellas solas responden!

Jamas el viento eslabonar podría
Noche más dura á más horrible día;
Pero en tanto conflicto,
Quien tales hados superó constante,
¿Dónde hallará peligro que quebrante
Su corazón invicto!

¿Dónde? ¡Oh Clío!.... Mas tú de horrores tales,
Con buril de oro en tablas inmortales
Libras de olvido el daño;
Escribes, y la fama los publica,
Nombres que el eco Olímpico replica,
Gravina, Alava, Esgañó.

¡Y cuántos más que de mi voz suprime
El mismo amor que en mi memoria gime!
¡Oh Cosme!.... (3) ¡Oh dura suerte!
Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
Que á un amigo infeliz le cabe sólo
Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro
Vuestro valor probó sublime y puro,
¡Oh marinos hispanos!
Broquel fué de la patria vuestra vida,
Que al fin vengada y siempre defendida
Será por vuestras manos.

Rinda al león y al águila Neptuno
El brazo tutelar con que impertuno
Y esclavo al Anglia cierra;
Y ella os verá desde las altas popas
Lanzar torrentes de invencibles tropas
Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
De su muerto adalid (4), doblando el luto
Del Támesis umbrío;
Que si llenos de honrosas cicatrices
Se os ve para ocasiones más felices
Reservar vuestro brio,

Sois cual león, que en líbico desierto
Con garra atroz, del cazador experto
Rompió aschianza astuta;
Que no inglorioso, aunque sangriento y lazo,
Temido sí, se vuelve paso á paso
A su arenosa gruta.

VIII.

Lisonjeras ilusiones sobre la restauración de nuestra marina, y exhortación á los que se hayan de poner á su frente á imitar el valor y la práctica firme y dura en los trabajos del mar de los antiguos almirantes Roger de Lauria y don Juan de Austria.

¡Qué soberana voz, de pompa llena,
¡Oh Musas! embelca mis sentidos?
Os pido aliento, y suena
Canto armónico vuestro en mis oídos.
Descos atrevidos
Danme á pulsar la desusada lira,

(1) Alusión á los que dieron la vuelta al mundo.

(2) Urania, musa de la astronomía.

(3) Don Cosme Churrua, particular amigo del autor, y que murió en el combate.

(4) El almirante de la escuadra enemiga, el famoso Nelson, muerto en el momento de alcanzar la victoria.

Y antiguas glorias, que aún el orbe admira,
De España renovar con dulce canto.
Mas ¡ay! que el vuestro en tanto
Ser debido me acuerda á asuntos tales
Plectro divino y labios inmortales.

Alzase de las márgenes de Oriente (1)

Vuestra voz celestial; y al par con ella
Se alza de Vénus bella,
Dulce á la Iberia, la argentada frente:
No como astro luciente
Que los pasos del sol precede y guía;
Sino en gentiles formas, cual solía
Poblar los bellos bosques de Cítères
De amores y placeres:
O desnuda en la lid dejar mortales
De amor al juez, de envidia á sus rivales.

Y ella apenas las ondas de esmeralda
Rayo con tierna planta, y ya las frentes
De las Gracias rientes
Salen brillando en celestial guirnalda.
¡Oh cuál su linda espalda
Al matutino rayo ya blanquea!
¡Oh, cuál despierta el mar y centellea!
¡Cuán cerca escucho, oh Musas, vuestras voces!
Los céfiros veloces
Las llevan á los huecos silenciosos,
Y aves y ecos responden sonorosos.

No sólo vuestra voz, mas vuestro coro
Descubro ya, y á Urania la primera,
Que del sol la carrera
Trazando va con su compas de oro:
Majestad y decoro
La dan en manto azul áureas estrellas;
Siguen las otras sus divinas huellas:
Terpsícore concierta el noble paso
Con que de Oriente á Ocaso
Os deslizais; y Clio al labio lleva
La trompa que al Olimpo al héroe eleva.

Arde el cancel solar, y de repente
Cuatro caballos cándidos, que admiro,
Del sol soberbio tiro,
Saltan la valla del dorado Oriente.
¡Oh cuál marchan de frente
Por encima de nubes brilladoras!
¡Cuál los enfrenan las fugaces horas!
Las trenzas de ellas y las crines de ellos
Dando vislumbres bellos
Al juego de las auras que delante
Vuelan del carro rápido-rodante.

Del cual, en pie, sobre la excelsa cumbre
Descubro al joven (2) de inmortal belleza,
Cuya rubia cabeza
Al orbe enciende en vividora lumbre.
Y si hace se deslumbre
La humana vista al verle cada día,
¡Qué será cuando lleno de alegría
Con desusado brillo se presenta,
Y su pompa acrecienta
De Gracias y de Musas con el coro,
Que le abren paso entre celajes de oro!

«¡Oh premiador del mérito ignorado!
Apolo, tú en la forma tan gallarda
Que á eternos siglos guarda
De Belvedere el mármol animado,
No vienes hoy armado
Del dardo con que humillas la arrogancia
Al dragon de la envidia ó la ignorancia;
Sino en la diestra alzando un estandarte
Que vió pálido Marte,
Y en que triunfan las quillas españolas
Del viento audaz y las falaces olas.»

¡Y es tu respuesta celestial sonrisa!
Y sólo á embelesarme preparada
Callope, sentada
En nacarada nube, se divisa.
Su cítara me avisa
Del canto con preludio armonioso;
Y «¡oh instante para España venturoso

(Canta la musa), el día en que se acuerde
Que el mar la abarca y sin el mar se pierde!
Y si animosa al mar tu gloria fías,
Oh patria, tú serás la que solías.

» Altos designios de ventura el cielo
Al constante español propicio inspira;
Pues viendo cuál conspira
De naciones rivales el anhelo
Por ceñirle á su suelo,
Hoy le devuelve la feliz bandera
Que guió á nuevos mundos su carrera;
Preclara con hazañas tan brillantes
De bravos almirantes,
Cuya insignia de mando soberano
Es la que el dios de luz alza en su mano.
» Ese es el estandarte con que ¡udo
Roger de Lauria con gloriosos bríos,
De ominosos navíos
Dejar el vasto mar desierto y mudo;
Y puesto en pie, y sañudo,
Cual un marino dios, en la alta popa,
Sin orden de mi Rey, dijo, en Europa
No salga al mar ni un solo mástil..... ¡Cómo!
Ni el escamado lomo

Los pees mismos á asomar se atrevan
Si en él las armas de Aragon no lleran.

» Esa la noble insignia que en Lepanto
Astro de muerte fué, sombra importuna
A la otomana luna,
Que la eclipsó en rubor, sangre y espanto.
Y el joven de Austria en tanto,
Cual viento que ante sí nubes aleja
Y azul el viento á sus espaldas deja,
Así posterga el líquido elemento
Pavoroso y sangriento,
Y trémulas huyendo van delante
Mil naves del intrépido almirante.

» Es cometa esplendente, que perdido
Por el inmenso espacio un tiempo ha andado,
Y el cielo ha decretado
Vuelva á brillar de nuevo esclarecido.
Con odio envejecido
De la discordia aún duran los furios
Cubriendo el mar de velas y de horrores;
Las ninfas de ambos mundos, tan queridas,
Quiéren ver desunidas (3),
Y con ausencia bárbara amenazan
A las que en lazos de cristal se abrazan.

» Es abrigo á las palmas de victoria,
Que libres las marítimas campañas
Harán de ambas Españas:
Es el padron de la marina gloria;
Del templo de Memoria,
Donde era pabellon ese estandarte
Al joven de Austria, emulación de Marte,
Febo lo brinda á la atrevida mano
Del primer héroe hispano,
Que audaz y sabio á un tiempo en los bajeles
Sepa de Marte acumular laureles.

» Suceda á tantos héroes en el mando,
Y de la Iberia al enemigo asombre,
El digno, cuyo nombre
Remoto esté en la historia resonando.
Y en las naves llevando
Los fueros de su patria y de sus reyes,
Díete al inmenso mar tan dulces leyes,
Que sentado en la popa el navegante
Del inerme navío,
Cual de su patria por seguro río
Atraviése cantando el mar de Atlante.
» Ya de Mercurio los lucrosos tratos
Protegerá sobre las aguas Marte;
Y ya no serán parte
Del duro isleño bélicos conatos,
Ni alevos desacatos
A usurpar ó impedir los mutuos dones
Que se hagan las marítimas regiones,
Ni el bien turbar que en su amistad se encierra,

(1) Descripción del amanecer tal como se ve en el famoso cuadro del Gu'do que representa el carro del sol.

(2) Apolo. ó el sol.

(3) A'nde á la separacion de las dos Españas; consecuencia irremediable de la pérdida de la marina, que era el brazo de nuestro dominio en América.

Siendo rayo en la guerra,
No ménos que de paz astro benigno.
Musa, cantad el favorable signo.»
Cesó la Musa; y le responde en coro
El claustro celestial con canto nuevo;
Tremolado por Febo,
Rayos despidió el estandarte de oro.
Yo, que entre tanto ignoro
Quién serás tú, mercedor del verso,
Que valeroso elevarás un día
A tan alto esplendor la patria mía,
Sólo pido al Autor del universo
Ver no me niegue el venturoso oriente
En que, alzando el tridente,
Hagas del mar que nuestras costas baña
Campo eterno de glorias para España.

IX.

PROFECÍA DEL PIRINEO, EN JULIO DE 1808.

Como con rabia interna
Y centellantes ojos, asomado
Al escabroso umbral de su caverna,
Acecha el tigre al tímido ganado,
Que por la hierba mueve
Su pié lascivo y su vellón de nieve;

Así aquel vil tirano,
Que ensangrentó el dosel de Clodoveo,
Al tiempo de estampar el pié inhumano
En la falda del alto Pirineo,
Devoraba á la España
Con ojos llenos de perfidia y saña.

Ya era pasado entónces
El día atroz, que guardará esculpido
El triste averno en sus ardientes bronce;
Y en que robando á un príncipe querido,
Dejó en dolor profundo
Huérfana á España, horrorizado al mundo.

Y cuando en pié se erguía
Por ver, desde Pirene al mar de Atlante,
La extension de la hispana monarquía;
Girando en torno el lívido semblante,
De compasion ajeno,
En que escupió la envidia su veneno;

Ved que sobre una cumbre
De aquel anfiteatro cavernoso,
Del sol de ocaso á la encendida lumbre
Descubre alzado un pálido coloso,
Que eran los Pirineos,
Basa humilde á sus miembros gigantcos.

Cercaban su cintura
Celajes de Occidente enrojecidos,
Dando expresion terrible á su figura,
Con triste luz sus ojos encendidos;
Y al par del mayor monte,
Enlutando su sombra el horizonte.

Cual si la fuerza suma
De algun Titan lanzara de sus hombros
La mole con que Júpiter le abruma,
Tal le creyó, mirándole entre asombros,
El Corso anonadado;
Que no hay decir cómo quedó parado.

Pavor mortal le asalta;
Fijos los ojos, mas sin furia en ellos;
La boca abierta, mas de aliento falta;
Duramente erizados los cabellos
En su frente confusa,
Cual víboras del casco de Medusa,

Y luégo del membrudo
Espectro oyó salir un ronco acento,
Que hirió los valles cóncavos, tan rudo
Cual si exhalara el ábrege en su aliento,
Cuyo sún pavoroso

Revoea el eco trémulo y medroso.

«¡Napoleon! (tronando
Sonó la voz) ¡Napoleon! ¿en dónde
La majestad augusta de Fernando
Tu perfidia escondió? Traidor, responde
Del que llamaste hermano:
Te buscó grande, y te encontró villano.

» Él se entregó á esos brazos,
Que como los de un héroe le tendiste;
Magnánimo y leal cayó en tus lazos.
La máscara que hipócrita vestiste,
Sereno al punto arrojas,
Y de corona y cetro le despojas.

» ¡Oh complemento al crimen
Que te sentó y acompañó en el trono!.....
Mas ¿piensas tú que sus vasallos gimen
Desmayados en misero abandono,
O que se entregan viles,
Como grey sin pastor, en tus rediles?

» Tiende esa vista fiera,
Dale apacible pasto recorriendo
Ensangrentada y yerma la carrera
Que van tus huestes bárbaras siguiendo;
Robos y alevosías
Hasta Madrid te servirán de guías (1).

» Gózate al ver cubiertas
Sus calles de cadáveres helados,
Conservando tal vez sus manos yertas
Aun el pan ofrecido á tus soldados;
Que á tanta dicha alcanza
El galardón ¡traidor! de tu alianza.

» Mas ¡ay! sólo á tí mismo
Tus arteras perfidias son fatales:
La indignacion despierta al heroismo,
Tus grillos se convierten en puñales;
Ruge el león de España
Al rojo humor que sus guedejas baña.

» Y oye que el gran rugido
Es ya trueno en los campos de Castilla,
En las Astúrias bélico alarido,
Voz de venganza en la imperial Sevilla,
Junto á Valencia es rayo,
Y terremoto horrisono en Moncayo.

» Mira en haces guerreras
La España toda hirviendo hasta sus fines;
Batir tambores, tremolar banderas,
Estallar bronce, resonar clarines;
Y aún las antiguas lanzas
Salir del polvo á renovar venganzas.

» Suelta la dura reja
El labrador por la fatal cuchilla;
El tierno esposo á su familia deja,
Besa la madre al hijo en la mejilla,
Le arma el brazo inexperto,
Y le dice al partir: *Vengado ó muerto.*

» ¡Oh maldad! ¿y aún mantienes
En esas duras manos firme el yugo
Que á la española lealtad previenes?
Si en cada huésped distela un verdugo,
Ya, contra sus furoros,
Se levantan mil brazos vengadores.

» Ocupan la alta sierra,
Que inflama y tuesta el luminar del día (2),
Bravos hijos del Bétis y la guerra;
Y ya aquel que tu Anibal se decía,

(1) El pueblo de Madrid recibió á las tropas francesas con particular cordialidad y ternura, persuadido que sólo habían sido enviadas para sostener á Fernando VII, que acababa de subir al trono.

(2) Alude á la Sierra-Morena, cuya falda fué teatro de la memorable batalla de Bailén.

Más que sabio, altanero,
Se humilla al pié del Escipion ibero.

» ¡Qué es de la legion fiera
Que arrastró de Valencia la muralla?
Huye, y huyendo es vana la carrera
Del velez bruto y la acerada malla,
Que con puñal en mano
Salta á la grupa el leve valenciano (1).

» Mira allá á los que obligas
A devastar los campos en que escondo
Su raudal Guadiana; que entre espigas
Vuela la muerte sin saber de dónde;
¡Y cuán tremendo Marte
Los asalta sin trompa ni estandarte!

» Si sorprendiste en vano
A la industriosa gente de Barcino,
Vélos burlar las artes de Vuleano,
Y entre sus manos boradado el pino,
Con ceos victoriosos
Hacen callar tus bronces horrorosos.

» Crezca, en fin, tu despecho
Al pié de la invencible Zaragoza;
¡Cuál tus furias la hostigan sin provecho!
¡Cuál las confunde! ¡Cómo las destroza!
Oponiendo constante
Brazos de hierro y pechos de diamante.

» Qué es á ellos la arrogancia
De los fieros ministros de tu fraude,
Si en tanto de los héroes de Numancia
Desde el Olimpo un eco les aplaude?
Sobre sus sienes fieles
Lloviendo á un tiempo bombas y laureles.

» Pero ya la gallarda
Gente no sufre coto; y cual granizo
Se precipita de la nube parda,
Cuando al sonoro trueno se deshizo,
Tal se arrojan veloces
A derrocar tus águilas feroces.

» Oye en su sordo grito
El fallo de tu ruina, y ve en su frente
Que el dedo de las Furias les ha escrito:
Venga á tu hermano, que murió inocente;
Ni los manes reposan,
Que por el aire errantes les acosan.

» Si: ya llega bramando
Como huracan la nacional venganza,
Tus pérdidas falanges arrollando;
Y ya á tu hermano bajo el solio alcanza,
Que de la indigna mano
Trémulo suelta el cetro soberano.

» Ni la régia corona
En las turbadas sienes ya mantiene;
Mas del trono, que atónito abandona,
De un escalon en otro al suelo viene;
Y huye entre sus guerreros,
Como en banda de buitres carniceros.

» Tal será tu castigo,
Soberbio usurpador; del alto asiento
Caerás también (2). Yo, yo te lo predigo;
Yo, que por ley de celestial intento
Guardian de estas montañas,
Hado soy tutelar de las Españas.»

Siente apenas la vida

El mezquino tirano á sus acentos;
Y como sierpe acaso desprendida
De las garras del águila en los vientos,
Yerto en letal insulto
Cayó, enroscado, entre la hierba oculto.

X.

EPITALAMIO REAL (1819).

La destruccion fatal que al mundo aflige,
Y la conservacion de los mortales
Con incesante accion luchan iguales.
Esta al humano corazon dirige,
Que fluctuando en su voluble encanto,
Hoy es contento en él lo que ayer llanto.

Así el invierno á la estacion florida
Sucede; así las nieves á las flores,
Así alternan placeres y dolores.
Y en el vaiven de nuestra frágil vida,
Del mal al bien, ¡cuán lenta es la balanza!
Del bien al mal, ¡cuán rápida mudanza!

Pues si tal es la ley, y un grato estruendo
Oigo excitando á pública alegría
Desde el alto palacio á la alquería;
Si el cóncavo metal volta hiriendo
Los aires con sus trémulos sonidos,
Y el cañon con sonoros estampidos,

¡Qué haces, cítara ociosa, que no acudes
De Himeneo á juntarte al grato acento
Que en cielo y tierra resonando siento!
Lisonjas no, benéficas virtudes
Sólo reclaman hoy tus cuerdas de oro;
¡Podrás negarte á tan amable coro?

Saliendo de entre bosques olorosos,
Vén, céfiro gentil, benigno á España;
La aroma esparce que tus plumas baña,
O el ámbar que Cupidos vagarosos
Destilan de sus alas celestiales,
De Páfos sobre tálamos nupciales.

Pero ¡qué es la fragancia y los olores
Exhalados de rosas y jazmines,
Ni ambiente de aromáticos jardines,
Junto al aura feliz de mil amores
Que al áureo carro cerca, y acompaña
El encanto del Elba á nuestra España?

Pronto el coro de Gracias á su frente
Dará el velo nupcial; pronto en el ara
Encendrá el amor su antorcha clara;
Y entónces ¡ay! ¡quién pintará elocuente
Del agitado seno la ternura?
Sólo el sentirlo es tuyo, alma natura.

Vén, Himeneo; y cual la nieve puros,
Los reales pechos plácido regala;
El fuego amante de los dos iguala,
Y adormidos en paz gocen seguros,
Mientras que junto al tálamo halagüeño
Alma fecundidad les guarda el sueño.

Que ella propicia al fin vierta á raudales
Flores sobre la augusta ceremonia
Que hoy une el tronco ibero al de Sajonia.
Y que, viniendo en pos frutos iguales,
Al dulce rayo de tan fausto día
Resuene Iberia en himnos de alegría.

Iberia, ¡oh patria! á cuyo ardiente brío
Se deca el golpe de terrible encono
Que al opresor preipitó del trono;
A tus pies se estró su poderío,
Y la cerviz del pérfido caudillo
Doblóse á tu patriótico cuchillo.

Por amor á tu rey, Iberia altiva,

(1) Los valencianos, aprovechando su ligereza natural, alcanzan en la carrera a l. en galleria de coraceros del Mariscal Moncey, y saltando con agilidad de tigres a las ancas, derribaban á puñaladas á los ginetes.

(2) Este varón tuvo su cumplimiento á los siete años, con la celebre batalla de Waterloo, en que fué destruido todo el poder de Bonaparte, y el ejército derrotado a la isla de Santa Elena, donde acabó sus días.

Hiciste, vuelta á tu valor primero,
Emula de tu fama al mundo entero.
Tu alarido de guerra á la cautiva
Europa rescató de vil cadena;
Por tí respira en libertad serena.

De tanta usurpacion, tú, los despojos
Convirtiendo en trofeos de tu gloria,
Tu rey alzaste al carro de victoria.
Y ¡oh cuán grato, Fernando, fué á tus ojos
Mirar de héroes cubiertas tus Españas,
Y el orbe todo absorto en sus hazañas!

Premio y corona es á su noble celo
Hoy María Josefa augusta y bella.
Ya ve el emperio complacerse en ella
Al tercer Carlos, y oye al caro abuelo,
Que exclama: «Al fin, tú la lloraste, Italia;
Digna esposa será, cual fué mi Amalia.»

Viva, y reine feliz hasta aquel día
Que el tiempo cese, y que los reinos se hundan
Y en las ruinas del orbe se confundan,
Cuando extinguidos en tiniebla fría
Astros y soles entre horribles truenos,
Colmen de inmensidad los vastos senos.

En tanto ¡oh Dios! esa ominosa niebla,
Velo de error que nuestra mente empaña,
Aparta, aparta de la triste España.
¡Ay! la infelice gente que la puebla
Harto ha sufrido en gloria de sus reyes,
Harto en defensa de tus santas leyes!

XI.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, EN EL ANUNCIO
DE SU PRIMER EMBARAZO.

Grata es la rosa al delicado gusto
De una jóven sensible á par que bella,
Por ser de su rubor retrato justo,
Y de su fresca edad ver copia en ella.
Grato le es el diamante, cuyos brillos
Remedan de sus ojos la viveza,
O envueltos del cabello en los anillos,
Antorchas son que ilustran su belleza.

Grato el dón de las índicas orillas
En ámbares y esencias olorosas,
Porque á par del carmin de sus mejillas
Completan la ilusion de que son rosas.

Mas si es la bella el soberano dueño,
Elevada del sòlo á la alta cima,
Cuanto hay de material le es dón pequeño,
Y las flores del alma sola estima.

Así yo algunas de mi ingenio escaso,
Cristina augusta, ofrezco á tu guirnalda,
Cogidas, no en la cumbre del Parnaso,
Sino en lo más humilde de su falda.

No van á tí preciadas de alta ciencia,
Sino de rendimiento y de ternura,
Y aún más de haber debido su existencia
Al genio precursor de tu hermosura;

Cuyas doradas alas derramaron
Sobre la Iberia el dón de la armonía,
Y entre mil cisnes que en tu honor cantaron,
La aclamacion primera fué la mia.

Sentí tu gloria, y la canté al momento;
Y mi verso, inflamado en tu atractivo,
Fué, como el primer grito del contento,
Disoante tal vez, pero expresivo.

Mas, ¡ay! si al gozo de aclamarte esposa
Faltaba entónces expresion que cuadre,
¿Cómo he de hallarla en la ocasion dichosa
En que ya es dado el saludarte madre?

Bien lo predije, que «á tus rayos de oro
La paz lanzaba las civiles furias,
La Abundancia ofreciendo su tesoro,
Y la Fecundidad príncipe á Astúrias.»

Hizo el amor profético mi verso,
La esperanza se muestra en tí florida;
La gloria lo publica al universo,
Y España lo oye en júbilo enbebida.
Que en el vastago nuevo está esperando
Un héroe más á la española silla;
Y si falta un Católico Fernando,
Una Isabel tendrénos de Castilla.

Al ejemplo inmortal de sus mayores
Deberá tal valor, Cristina bella,
Y á que gracia y virtud sean las flores
Que irá cogiendo por tu hermosa huella.

Ya la preclara estirpe de Borbones
En tu talle gentil se hace presente;
Como un rosal descubre en sus botones
Las flores que han de ornar luego su frente.

Mi antigua lira, en tan feliz reseña,
Hace la salva, en himnos de alegría
A aquella hija del sol, hora risueña,
Que abrirá el cielo al natalicio dia.

Acogedlos, señora, cual las rosas
Que de su manto esparce primavera;
Que aunque otras nazcan luego más pomposas,
Gusta y merece más la flor primera.

Que si de vos los oye el regio esposo,
Mostraréis lo que en gracia el verso gana
Cuando se une á un acento armonioso
La pompa de la lengua castellana.

EPÍSTOLAS.

I.

LA BANDERA (1).

Delio, leí tus versos delicados,
Llenos de amenidad y de dulzura,
Y viendo tus trabajos ponderados,
Movíome á compasion tu desventura:
Vila negra prision de los malvados
Que retratar tu musa allí procura,
De quien eras ayer guardian severo,
Como allá en los infiernos el Cerbero.

Te juzgas infeliz; pero yo envidio
Eas que tú me pintas erudas penas,
Pues es mejor ser guarda de un presidio
Que arrastrar del amor duras cadenas;
Tú las noches en lánguido fastidio
Pasas, y yo de turbulencia llenas:
¡Cuánto más apacible es esa calma
Que en esta agitacion tener el alma!

Si tú vives cerrado, á tu despecho,
Entre facinerosos malhechores,
Yo, á mi pesar, albergo en este pecho
El mayor de los fieros matadores:
¡Cuánto mayor estrago tienen hecho
Los dardos del amor abrasadores,
Que con el fuego ó acerado hierro
La foragida gente de ese encierro!

Cuando tú ayer, al declinar la tarde,
A su colmo elevaste mi alegría,
Insidioso el amor, como cobarde,
Sus tiros á mi pecho dirigía:
En un balcón estaba haciendo alarde
De su beldad la desdeñosa mia,
Tanto que, enamorado de su cara,
El mismo sol por contemplarla pára.

Bien pudieran, á vista de sus ojos,
Oscurecer su brillo las estrellas;
Pudiera, viendo sus cabellos rojos,
Febo ocultar sus pálidas centellas:
Al mirar sus mejillas por despojos,
Rendir pudiera Abril sus flores bellas;
A su pecho el invierno llamar debe

(1) Es contestacion á unos versos que un amigo le escribía, hallándose éste de guardia en un cuartel de presidiarios, en ocasion en que el autor marchaba llevando una bandera entre la infanteria.

Lo más cándido y puro de su nieve.

Viendo en su boca la agradable risa,
Ocultará sus perlas el Oriente;
Ocultará sus perlas si divisa
Las que se asoman al coral riante:
A parecer oscuro le precisa
Al cielo lo sereno de la frente,
Pues, porque esté serena, allí le deja
Un iris la natura en cada ceja.

¿No ves al caminante en la espesura
De las frondosas selvas emboscado,
El le sobrecejo la noche oscura
Sin hallar el camino deseado?
¿No le ves triste y lleno de amargura
Mirar el cielo en nubes enlutado,
Y el agua que los arboles desgaja
Y derumbada de las nubes baja?

Y cuando solamente se está oyendo
El ronco silbo del soberbio Noto,
Un relampago vivo precediendo,
Que parece abrasarse el verde soto,
Rasga la nube el rayo con estruendo,
Tiembla la tierra en duro terremoto,
Y atonito y confuso el caminante,
No osa mover la planta atrás ni adelante?

De esta manera yo, cuando marchaba
Al compas de instrumentos belicosos,
Alta la noble insignia que guiaba
Al templo del honor los valerosos,
Cuando advertí que Silvia en mí fijaba
Los rayos de sus ojos luminosos,
Me turbe, paro, y resistiendo en vano,
Se me cae la bandera de la mano.

De la amorosa llama perturbado,
Rendí á sus piés la insignia del dios Marte;
¿Qué mucho, tremolando enarbolado
En su frente de Amor el estandarte!
¡Ay Delio! y pues ya ves mi triste estado,
Un consejo por último he de darte;
Y es, que si tienes corazón sensible,
Te guardes de su vista, que es temible.

II.

Á D. JOSÉ DE VARGAS (1).

Corred, volad, tímidos versos míos,
Mientras las Musas pavorosas gimen,
Por el árido bosque de navios
Que las espaldas de Neptuno oprimen;
Y en una de esas máquinas que bríos
Dan al furor para el sangriento crimen,
Hallaréis entre horribles cañones
A quien de paz os da sabias lecciones.

No os admire que insignias militares
Vista quien dulce paz os aconseja,
Ni verle pronto á ensangrentar los mares,
Cuando aislado el continente deja;
Dura necesidad de sus hogares,
No crueldad, no la ambición le aleja;
Necesidad y honor con falso brillo
Dan á su mano el bárbaro cuchillo.

El falso pendor, esa quimera
De todos aclamada, no entendida,
De la soberbia vil tan compañera
Como de la virtud de desconocida,
Es quien la venturosa paz altera,
Acibara los gustos de la vida,
Y dirige el poñal del hombre insano
Contra la esposa, el padre ó el hermano.

Tú, Vargas, del honor la senda triste
Pisas, dejando huellas inmortales;
No buscas esa gloria que consiste
En la desolacion de tus iguales;
Si por cumplir el cargo que escogiste,
Cual valeroso joven sobresales,
Aspirando á virtudes más sublimes,

La dura espada involuntario esgrimes.

También yo involuntario la desnudo,
Y el resplandor del hierro me horripa
Cuando contemplo el ministerio crudo
De matar, destruir, volver ceniza.
Mas ¡ay! que ya Belona el ancho escudo
Embraza, y de discordia el fuego atiza,
Llevando tras el horrible caudillo
El corazón soberbio y el sencillo.

Léjos, léjos de mí el eco tremendo
Del cañon que derriba las murallas;
No es mío de los hombres estar viendo
La mortandad horrible en las batallas:
Yo tiemblo al escuchar el duro estruendo
Con que entre picas y lucentes mallas,
Atropellando gentes presurosos,
Pasa de Marte el carro polvoroso.

Hay quien gusta de ver llena la tierra
De cadáveres pálidos y frios,
Y que rieguen los frutos de la guerra
De sangre humana caudalosos rios;
Pero á mí este espectáculo me aterra:
Llenos de humanidad los ojos míos,
Sólo pueden hallar horror y susto
Donde el fiero soldado encuentra gusto.

Otras vistas me agradan, y no aquellas;
De más sólidos bienes me enamoro:
Ojos que deslucís á las estrellas,
Cabellos que robáis el brillo al oro,
Labios que marchitáis las rosas bellas,
Pechos que de la nieve sois desdoro,
Hoy á vosotros pienso dirigiros
Un triste don de llanto y de suspiros.

Vosotros solos sois de mi avaricia
El objeto y la gloria deseada;
Mi tierno corazón sólo codicia
Un vuestro sonreír ó una mirada;
Mientras otro las horas desperdicia
En ganar la corona ensangrentada,
Las manos de mi Silvia deliciosas
Me coronen á mí de mirto y rosas.

Amigo, la pasión me desvanece,
Haciéndome soñar felicidades,
En un tiempo en que el sol no resplandece
Sino para aclarar negras maldades (2);
Vivimos (si tal nombre se merece
El gozar lo peor de las edades)
Días en que á la paz horrenda guerra
Arrojó para siempre de la tierra.

Tienda la noche su estrellado manto
Sobre la desgraciada faz del mundo;
Ya no me da su oscuridad espanto,
Ni su silencio tétrico y profundo;
Yo sólo respirar puedo entre tanto
Que á los demás vivientes me confundo,
Y sus tinieblas roban de mi vista
El objeto fatal que me contrista.

Un entusiasmo triste me sofoca,
Y siempre del propósito me aparta,
Negando aquella parte que les toca
A los divinos versos de tu carta;
Mas como ni mi ciencia, ni mi boca,
Pobre de voces, de defectos harta,
Pueden, Vargas, llegar donde tú alcanzas,
Oye reconvenções, no alabanzas.

¿Los peligros me mandas que rechuya,
Y de exponer mi vida así me acensas,
Cuando el próximo riesgo de la tuya
Pálido mira el coro de las Musas?
Y en tanto que la paz te restituya,
Se turban las corrientes Aretusas,
Llora también el rubio Febo intenso;
Tanto merece el gran cantor de Alfonso (3).

Me tributas elogios sospechosos:
En lugar de adularme, ellos me ofenden,
Pues me alabas en versos tan hermosos,
Que á los míos afrentan y reprenden;

(1) Es respuesta á los consejos que Vargas y Ponce le dió, en verso, para que dejase la carrera militar por el estudio de la literatura, hallando se embarcados ambos amigos en una escuadra que iba á dar la vela para la primera campaña contra la Francia.

(2) Estos versos, escritos en 1792, envuélven en presentimiento, harto acertado, de la serie de males que desde entonces ha estado padeciendo la Europa.

(3) Elegio de don Alfonso el Sabio, pronunciado en la Academia Española por don José de Vargas.

Cantos de ruiseñores amorosos,
Cuando en el bosque al cazador suspenden,
No formaron jamás tan dulce ruido
Como es el de tus versos en mi oído.

Si acaso visitar los patrios lares
Permite alguna vez la guerra impía,
Cuando en los dulces brazos te encontrases
De tu bella mitad, yo de la mía,
Entonces tus empresas militares,
Tu talento, tu gran sabiduría
Ocuparán mi voz; pero entre tanto
Ten la bondad de perdonar mi canto.

III.

Á PRÓSPERO (1).

Fija en el claro sol audaces ojos
La reina de las aves sin espanto,
Y el padre de las luces sus arroyos
Perdona, y su calor mitiga en tanto;
Yo, Próspero, que á vos en versos flojos
Y con musa infeliz mi voz levanto,
Si en vos un sol benigno no brillára,
Amistoso fomento no esperára.

Pero viendo cuán mansa se desliza
De vuestros beneficios la corriente,
Que todo lo fecunda y fertiliza,
Y es vuestro corazón su dulce fuente,
El mío sus temores tranquiliza,
Y un rato os pide levanteis la mente
De discordias de pueblos y naciones,
Para compadecer mis alicieiones.

Ellas son tantas, Próspero, que apénas
Les igualan tus prendas singulares,
Que es más que numerar cuantas arenas
Cubren el vasto fondo de los mares;
Oyelas, pues, en tanto que refrenas
El furor de disturbios populares,
Y que esgrimes la espada vengativa,
Sin apartar los ojos de la oliva.

Y mientras descansando del trabajo
Gozas la perspectiva amena y tosca
De las frondosas márgenes del Tajo,
Por donde el bello Brillador (2) se embosca;
Y el animal, soberbio de ir debajo,
Ensancha la nariz, el cuello enroasca,
El ojo brota fuego, el labio espuma,
Y con herrado pié la tierra abruma;

En tanto que los céfiros suaves
Andan volando en torno de tus sienes,
Por librarte un momento de los graves
Cargos que en la memoria siempre tienes;
En tanto que las flores y las aves
Y las aguas se dan los parabienes
Por verte reposando en medio de ellas,
Abre tu corazón á mis querellas.

No fué la inclinación del genio mío
El ejercicio duro en que me veo,
Que ya desde la infancia el lado impío
Se ensayaba en torcerme mi deseo;
Viendo yo que oponerse al poderío
De la fortuna es loco devaneo,
Adios diciendo á mi nativa choza,
Entré en las naves que la mar destroza.

Apénas vi tender los anchos linos,
Y con la corva quilla apénas toco
Los amargos y pérfidos caminos
Que se abrió la ambición del hombre loco,
Pensé dejar los fugitivos pinos,
Y mientras lo pensaba, poco á poco
Me iba engolfando por los mares altos,
Donde una nube da mil sobresaltos.

En tanto el aire empieza á oscurecerse,
La luna entre eclajes á ocultarse,
Los montes en las olas á esconderse,
Las olas en los cielos á estrellarse;

Comienzan los bajelos á no verse
Y en la salobre espuma á revolcarse,
La oscuridad alterna con la llama,
El cielo arriba, el mar debajo brama.

No bastan del marino los arroyos
Contra el furor del piélago terrible;
Que pronto de la nave los despojos
Nadando van por la extension movable:
Sin morir ven la muerte ante sus ojos.
¡Oh Dios! ¿por qué me diste tan sensible
Un corazón que destinabas ántes
Para ver padecer mis semejantes?

¡Tú, en cuyo pecho late el más humano,
Próspero, de los grandes corazones!
¡Oh bien feliz, pues tienes en tu mano
Sentir y remediar las aflicciones!
Que yo, al mirar cayendo al golfo insano
La flor de las marítimas regiones
Desde los altas popas del gran Carlos,
No pensaba en salvarme por salvarlos.

Calma la mar, aplácense las olas,
Purifícase el aire, y los bajelos
Quietos se ven como la cierva á solas
Cuando ya no la siguen los lebreles:
Hiriendo en las banderas españolas,
El sol las manifiesta á los infieles
Que al sur habitan del lugar por donde
Vendió á la España el vengativo conde.

Opuesto allí á los bárbaros marruecos (3),
De Ceuta las murallas abrigando,
A mi pecho asestados vi los huecos
Bronces que escupen el metal bramando.
¡Miseria humanidad! en mí tus ecos
El fanático honor estaba ahogando,
Y mil globos de muerte despedidos
Sentí pasar silbando en mis oídos.

La suerte de las armas por la orilla
Del africano mar luego me lleva,
De do vieron en frágil navecilla
Marte y Neptuno mi constancia á prueba.
Si la vida salvé, no es maravilla;
Que la Parca jamas su furia ceba
En quien desde su mismo nacimiento
Muere al placer y vive al sentimiento.

Entre tanto el monarca del abismo (4)
Con ambas manos el bidente aferra,
Y excediéndose en cólera á sí mismo,
Lo estribó contra el globo de la tierra;
A su choque, el ibérico heroísmo,
Que del árabe sufre eterna guerra,
Vió desplomarse á Orán sobre sus hombros,
Y volvió á renacer de los escombros.

Triste ilusión, señor, mi fantasía
Perturba, y viene á envenenarme el estro:
¡Ah! perdonad si escaso de alegría,
Piuturas melancólicas os muestro;
Pues el mortal á quien el cielo envía
Un corazón sensible como el vuestro,
Halla escondido en la tristeza un gusto
Que nunca prueba el alma del injusto.

Veo rasgarse del Olimpo el velo,
Y el Sér supremo en el enojo mismo
Con que precipitó del alto cielo
Al querubín rebelde en el abismo:
De Orán temblando el conturbado suelo
Al iracundo ceño del Altísimo,
Y el orbe todo en general desmayo
Al ver bajar de su venganza el rayo.

Rompiendo la region del éter puro,
Rápido centellante el rayo parte;
No hay astro que al pasar no deje oscuro,
Color de sangre en todos se reparte:
Cayó en la tierra, y con el choque duro
Su globo taladró de parte á parte;
Y penetrando hasta el tartáreo averno,
Fué á herir en la cabeza al monstruo eterno.
Alzó Luzbel la frente condenada
A dolorosa y sempiterna pena,
Y echó al empíreo trono una mirada

(1) Compuesta durante una larga enfermedad del autor, de que vino á perder casi la vista; y en ella se bosquejan algunas de sus navegaciones. En 1794.

(2) Nombre de un caballo,

(3) Defensa de Ceuta.

(4) Terremoto de Orán.

De rabia y de maligna envidia llena;
Mas viendo la fatal sentencia dada,
Que la desolacion de Africa ordena,
Tal gusto percibió, que su contento
Calmó por un instante el gran tormento.

Lanzó del pecho un espantoso grito
Para expresar sus infernales gozos,
Y el eco en las cavernas del Cocito
Descorrajó los negros calabozos.
Acerbos vengadores del delito,
Ministros de los bárbaros destrozos
Vinieronle á cercar, jurando fieles
Ejecutar sus órdenes crueles.

Cercaban á Pluton tropas feroces
De varias monstruosas criaturas,
Que con el son confuso de sus voces
Asordaban las bóvedas oscuras.
Mil vampiros horribles, mil atroces
Larvas de colosales estaturas,
Mil hambrientas arpias, y legiones
De esfiges hediondas y dragones.

Y entre mil varios monstruos que han nacido
En los cobardes pechos de hombres flojos,
Que vencerse á sí mismos no han podido,
Ni poner justo freno á sus antojos,
La Soberbia llegó con cuello erguido,
Brotando vivo fuego por los ojos,
Colérica, espumante y amarilla,
Al lado de Pluton plantó su silla.

Ella prestó la fuerza ruinosa
Al bidente infernal que hizo tu estrago,
¡Miseria Orán! Tu imagen lastimosa,
La crueldad de aquel momento aciago
Nunca sobre mi mente se reposa
Sin parecerme que en el aire vago
Se oyen los alaridos, los lamentos
De los que sepultaron tus cientos.

Pronto en su ayuda el galeon navega,
Favorecido de ambos elementos;
Que el hombre á sus desgracias siempre llega
Tan pronto como tarde á sus contentos.
Aun la trémula tierra no sosiega;
Antes en convulsivos movimientos
Hace temblar los muros quebrantados,
Pero no el corazón de los soldados.

Yo disfruté el deleite que más debe
Lisonjear el corazón humano,
Dando á los infelices, aunque leve,
El socorro primero de mi mano.
Era en el tiempo ya cuando se atreve
A insultar su desgracia el africano,
Que, para consolarlos de sus penas,
Les presentaba bárbaras cadenas.

Mas no las toleraban en sus cuellos
Los fuertes defensores de la plaza,
Ni el pavor que infundir no pudo en ellos
El terremoto, infunde la amenaza:
Su valor señalaron en aquellos
Hechos que nunca el tiempo despedaza,
Que tuvieron á raya al enemigo
Y de que yo tambien seré testigo.

Pero ya me conduce la risueña (1)
Fortuna á los momentos de mi vida
En que me pareció más halagüeña;
Y ya mi navicella, dirigida
Por soberanas órdenes, me enseña
Los mares que primero á su salida
Las luces ven del sol, cuando con ellas
Alumbra al mundo, ofusca las estrellas.

Siempre llamé felices las tareas
Del que viaja el mundo; y no os asombre
Que el hombre rectifica sus ideas
Cuanto más se compara con el hombre;
Y aunque pase más riesgos que de Enéas
Cuenta el que memorable hizo su nombre,
Esperanza los sustos borrar sabe,
Como en el agua el surco de la nave.

En aquella region voluptuosa
Donde la Europa al Asia se avcina,
Donde una y otra ostenta de envidiosa

Cuanto tiene de bella y peregrina,
Alza la frente antigua y orgullosa,
Diciendo al tiempo, Constantina,
Y sus torres tan altas se levantan,
Que las nubes en ellas se quebrantan.
Tal es la capital del turco imperio,
Soberbia, rica, innumerable en gente,
Donde gime en perpétuo cautiverio
La que reina en Europa dulcemente;
Donde cubren las nubes del misterio
Los más hermosos soles del Oriente;
Y donde hasta el placer es un vasallo
(¡Brutal placer!) del dueño del serrallo.

Fuera abusar, señor, de la paciencia
Con que estais tolerando mis locuras,
En las calles pintar la concurrencia
De trajes, de idiomas y figuras,
Como la mezquindad y la opulencia
Que á vista de las dos arquitecturas
La ignorancia presente ofrecen luego
Mezclada á lo mejor del genio griego.
Mis penas, no mis gustos, el motivo
Son, Señor, de acogerme á vuestro amparo;
Y sólo alguna vez el bien describo
Porque hagais en el mal mayor reparo.
Ya os pinté con un rasgo fugitivo
Aquel conjunto prodigioso y raro;
Ahora veréis, señor, entre qué sustos
Disfruta un infeliz sus breves gustos.

Bien sea de moradores la abundancia (2),
Que al exceso la atmósfera calientan,
O la supersticiosa vigilancia
Con que enjambres de perros alimentan,
O en sus enfermedades la ignorancia
Con que en vez de curarse las aumentan,
Funesta peste eternamente sopla
Dentro de la infeliz Constantinopla.

Vuelan exhalaciones de veneno
Por el aire, y aquel que las respira,
Aunque esté de salud y fuerza lleno,
Sin fuerza y sin salud al punto espira:
El hijo muere en el paterno seno,
Y el contagio fatal al padre inspira;
El, muriendo, á la esposa lo transfiere,
Y ella tambien con su familia muere.

Oyense por las calles los profundos
Suspiros de los míseros infestos;
Griegas en cuyos rostros moribundos
Se ven de amor los malogrados restos,
Muriendo entre los negros más inmundos,
Que el alma dan entre horrorosos gestos,
Y la vejez, que trémula se angustia,
Junto á la juventud pálida y mustia.

Crece la mortandad, crece el estrago
En los extremos frios y calores;
Yo fui cuando la tierra vuelve en pago
Frutos, al labrador, de sus sudores,
Y á cada instante envuelto en el amago
De la suerte comun, con mil temores
Atravesaba las infestas tropas,
Huyendo del contacto de sus ropas.

La vida libérté, que el alto cielo
La reserva tal vez para testigo
De la prosperidad y del consuelo
Que dáis á quien se acoge á vuestro abrigo:
No libre de salud, que el vivo celo
Con que en bien de la patria me fatigo,
Llevó á mi juventud lo más robusto,
Como cuando se seca un tierno arbusto.

Pero vos, cuya mano vencedora
Arrebató la venda á la Fortuna,
Obligándola á ser admiradora
De vuestras bellas prendas una á una,
Arrancadle la presa que devora
Con pertinaz teson desde la cuna,
Y en vez de una deidad tan inconstante,
Vos seréis mi fortuna en adelante.

(2) Causas diversas á que se atribuye la peste en aquel

IV.

Á FANNI,

SOBRE EL ASEDIO DE LA ISLA GADITANA.

Sensible Fanni, que con prendas bellas
De halagüeña virtud y mente clara
Tu sexo ilustras y sobre él descuellas;

Tú, que con gracia y con destreza rara
Das al papel la perfilada pluma
Que tus conceptos nobles me declara,

No esperes, no, que mi altivez presume
Contestar á las páginas preciosas,
De gusto y de instruccion patente suma:

Fuera oponer los cardos á las rosas
Con que ameno tu ingenio adorna y pinta
Las más vulgares y comunes cosas;

Dando á la carta aún en la negra tinta
Más gracia que Ticiano á sus colores,
Más encanto que el Iris á su cinta.

Más pidiendo á mi musa algunas flores
Que cubran los borrones que te escribo,
Porque á tu vista puedan ser menores,

Al punto el pensamiento fugitivo
Vuela hácia las campiñas en que moras,
Y Tétis ciñe con su brazo altivo,

A compartir las lágrimas que lloras,
Mirando esa ciudad, que fué tu cuna,
Hoy blanco de las armas destructoras.

Cádiz, la favorita de fortuna,
La más bella entre todas las ciudades,
Alegre y opulenta cual ninguna,

Ya de escándalo sirve á las edades,
Como albergue de un bando sedicioso,
Que aspira á hacerla emporio de maldades.

¡Oh! ¡Qué de pena al corazon hermoso
Que natura te dió, mi amiga triste,
Causará este espectáculo horroroso!

Tú, que amas ese pueblo, y que le viste
Tres lustros há, de gloria enardecido,
Servir la misma causa á que hoy resiste;

La causa de ese príncipe afligido,
De su religion santa y leyes justas,
Que á tan alta opulencia la han subido;

Y hoy, robando el laurel á las augustas
Siens del Rey, atarle con cadenas
A las columnas de Hércules robustas.

Para tí, que sus crímenes condenas,
Para todo español allí está escrito
El *non plus ultra* de amargura y penas.

Y no lava el borron de su delito
Cádiz con proclamar que fué forzada
Por ese enjambre bárbaro y precito;

Pues de gruesas murallas rodeada,
Ella pudo cerrar leal y fuerte
A la furiosa rebelion la entrada.

Que no fué tan pasiva y tan inerte
Cuando á Solano, mi infeliz amigo,
Arrastró ciega á lastimera muerte.

¡Cuánto más justo fuera igual castigo
En esos tigres que á su rey ultrajan,
Y ella les presta favorable abrigo!....

Pero ¡qué voces la corriente atajan
De mi dolor! ¡De gloria y de alegría
Qué faustas nuevas desde el cielo bajan?

¡Con que está á la francesa bazarria
La ruina del gran monstruo reservada,
Y el *Trocadero* es suyo en este día!

La noche saludó á la rebelada
Insignia sobre el muro inexpugnable,
Y el sol se halla la lis enarbolada.

¡Oh asombro de valor! sólo explicable
Por el honor frances, cuando es guiado
De Borbon por un vástago admirable.

Ni bastó el muralion tan decantado
Por más que amaguen muertos á millares
Cincuenta bocas de Vulcano armado;

Ni el foso, que era abrazo de dos mares,
Al pánico terror defensa vana,
Acumulando allí riesgos y azares;

Que como por pradera amena y llana
Marcha el héroe Anguluma, y los reparos

De Neptune y Vulcano á un tiempo allana.

Así lo hicieron los varones claros
Que en tiempo más feliz produjo España;
¡Ay! ¡por qué en este nuestro son tan raros?

Y ¡qué momento de sorpresa extraña
Habrá sido al soberbio comunero,
A quien su orgullo y su perfidia engaña,

Ver arrancando el franco granadero,
Humir salobre y tango cherrcando,
Con la vida la mecha al artillero!

Verle, en valer y lealtad brillando,
Lauros ganar en que á la par adquieren
Gloria Luis, y libertad Fernando.

Así son inmortales los que mueren;
Así se hacen amar los vencedores
En cualquier clima que á la luz nacieren:

Cuando libran su sangre y sus sudores
A derrocar un monstruo abominable
Poniendo fin á crímenes y horrores.

Restituir á un pueblo no culpable
Su antigua ley y un príncipe querido,
Que tuvo por desgracia el ser amable.

¡Por qué fatalidad en mí perdido
Siento aquel estro fácil, numeroso,
Que en la flor de mi edad me fué aplaudido,

Para dar á suceso tan glorioso,
Y al héroe que le dió dichosa cima,
Verso digno de labio generoso?

Otros á quien Apolo más estima,
Lo elevarán al templo de la fama
Con mejor plectro y venturosa rima;

Que á mí á sentir y á lamentar me llama
La suerte de mi rey hollado y preso,
Y el gran borron que á mi nacion infama.

Esto es lo que en el alma tengo impreso;
Esto lo que conturba mi memoria,
Y es en mi corazon funesto peso.

Ver todo aquel renombre, aquella gloria
De la hispana virtud, que apenas pudo
Contener en sus páginas la historia,

Por tierra derribada al choque rudo
De cien facciones, entre sí luchando,
Sin ser ninguna de la patria escudo.

Por ellas lacerada, está clamando
A extrañas gentes, que á volverla acudan
Su dulce paz, su ley y su Fernando.

Y á ellos les deberemos, si se mudan
Nuestros destinos, no á española diestra,
Que pocos buenos á la empresa ayudan.

¡Oh confusion! ¡Oh desventura nustral!
Que explicar en mis versos no es posible;
Ya que en toda expresion eres maestra,

Canta y píntala tú, Fanni sensible.

V.

LA GUERRA GALANA (1).

Apostaré, Belen, que si recibes
Esta epístola bética en tu mano,
Quién es el que te escribe no concibes,
Conociendo no ser tu primo-hermano (2);
Bueno es que de este gusto ahora te prives,
Pues aún para decirlo es temprano,
Y te basta saber que yo te estimo

Más que ningún hermano y ningún primo.
Pero impaciente tú, y hecha una fiera,
Te das blandas palmadas en la frente,

Y dices entre tí, más qué si fuera
Un jerezano chusco este insolente,
De estos que con su espada y su montera

Van perdonando vidas á la gente:
«Pues si yo le cogiera cara á cara,
Mil vidas que tuviera le quitára.»

¡Qué gusto me da el ver que te enfurceces!

(1) A una dama discreta, que, ofendida de que se hubiera concludido á favor de otra señora un soneto, cuyo principio estaba hecho por otro autor para ella, remitiendo á Jerez el soneto original, le da la preferencia sobre el nuevo, y decide que su autor no conoce el arte de hacer versos.

(2) Amigo del autor que residia en Jerez, primo de la interesada y motor de esta controversia.

Así me hace más gracia una belleza :
 Ya pones, maldiciéndome mil veces,
 A pública subasta mi cabeza:
 Un beso de tu linda boca ofreres
 (Para darme el castigo con presteza)
 A aquel que te describa tu enemigo:
 ¿Si? pues dame á mí el beso, y te lo digo.
 Yo soy claro, señora, no os asombre:
 Desnuda la verdad voy á ponerlos;
 Que al cabo es hembra la verdad, no hombre,
 Y no debes temer el verla en cueros:
 Sólo procuraré callar mi nombre,
 Que es de aspereza tal, que es exponeros,
 Si acaso vais á pronunciarlo airada,
 Á llagar vuestra lengua delicada.

Te engañas ciertamente si es que piensas
 Que soy traidor porque mi nombre oculto:
 No porque me divierta á tus expensas,
 Seré capaz de hacerte algun insulto:
 Para vengar mis públicas ofensas
 Me ocurre de baldones un tumulto;
 Pero al llegar las voces á mis labios,
 Se vuelven en requiebros los agravios.
 Pero, Belen, en vano desconoces
 Á quien en tu piedad busca un asilo,
 Y más cuando el refrán te dice á voces
 Que saques el ovillo por el hilo:
 Pues ven acá, tirana, ¿no conoces,
 Por lo frío y lo seco del estilo,
 Que es el insulso autor de aquel soneto
 Contra quien fulminaste tu decreto?
 Aquel que tuvo la insolente audacia
 De un soneto que estaba á vos compuesto,
 Darle otra conclusion fria y sin gracia,
 Poniendo el nombre de otra en vuestro puesto;
 ¿Por esto solo caigo en tu desgracia,
 Por esto me condenas, y por esto
 Llamas á mi soneto frío y soso,
 Y al del otro salado y sentencioso?

Pues me atrevo á decir, en el aprieto
 En que tus fieras iras me han metido,
 Que no tiene de bueno ese soneto,
 Sino el estaros, niña, dirigido:
 Bien es verdad que en el primer cuarteto
 Parece que el poeta, enardecido,
 Quiere llegar al cielo; mas la fiesta
 Valiente coscorrón despues le cuesta.

Yo, el vencedor de la amorosa aljaba....
 ¿Qué talento de autor, denle la palma;
 La Musa á rajatablas le soblaba:
 ¿Qué fuego! ¿qué expresión! pero ¿qué calma
 Le sucedió despues! ¿y cómo acaba,
 Hablando con el dueño de su alma,
 Despues de tanto ruido y vocería,
 Con una frigidísima tontería!

Empuña el gran poeta su clarín,
 Préstale todo el mundo su atención,
 Verémos qué resulta en limpio al fin;
 El parto de los montes, un ratón:
 Esos versos con tanto retintín,
 Es fuerza confesarlo sin pasión,
 No sólo indignos de Belen están,
 Mas de la misma burra de Balan.

Como al que dan un vaso de sorbete,
 Y no ha visto sorbetes en su vida,
 Que el bárbaro al principio se promete
 Engullirse á bocados la bebida,
 Pero apenas resuelto, se entromete
 El frígido tarugo, amortecida
 Se le queda la boca medio abierta,
 Tiosos los dientes, y la lengua yerta;
 Lo mismo á mí, teniendo embarazadas
 Las manos del soneto impertinente,
 Empiezan á ponerse moradas
 Las uñas, y yo á dar diente con diente;
 Queríanme persuadir mis camaradas
 Que de tercianas era el accidente,
 Y siguiendo la ley de medicina,
 Estuve ya si tomo ó no la quina.

Hablar de la medida no he querido,
 Porque en ella se encuentran mil trabajos;
 De música un papel me ha parecido,

Con unos puntos altos y otros bajos:
 Se me antoja que Apolo, enfurecido,
 Mirando juntos tantos versos majos,
 Á palos embistió lleno de enojo,
 Y un verso dejó manco, el otro cojo.
 Mas si el soneto estaba de tu gusto,
 ¿Quién me manda, Belen, reñir contigo?
 No quiero ocasionarte más disgusto;
 De tus amigos voy á ser amigo.
 Diré en elogio suyo, pues es justo.
 Que es soneto del tiempo; y no lo digo
 Porque él esté compuesto á lo moderno,
 Sino porque ahora estamos en invierno.

No me inueve á decir la verdad pura
 El que contra mí diestes tu decreto,
 Sino el ver que compongan con frescura,
 Teniendo en tu beldad tan noble objeto:
 Yo, si celebrar quiero la hermosura,
 Y más si amor me tiene á ella sujeto,
 Tanto nsalzar mi pobre estilo busco,
 Que en la esfera del fuego le chamusco.

En la esfera del fuego, ó bien mezclára
 Con los rayos del sol mis versos flojos,
 Si para enardecerme no bastára
 El fuego, Belenita, de tus ojos;
 Tus ojos, que lidiando cara á cara
 Al mismo Amor arrancan los despojos,
 Y le hacen confesar entre sus glorias
 Que no hay lauros sin ellos ni victorias.

Si acaso anduve en algo descompuesto,
 Concédeme el perdón, no seas esquivo:
 Bien ves está mi amor á tus pies puesto,
 Aunque mi pensamiento más arriba;
 Y á la menor sonrisa de tu gesto,
 A la menor mirada compasiva,
 Al menor si que de tu boca exhales,
 Harás de mí el mayor de los mortales.

VI.

Á UN AMIGO (1).

En este temblador y alarbe suelo,
 Para cuya conquista y obediencia
 Bastó algun día un español capelo (2),
 Gastando estamos meses y paciencia,
 Muchos marinos, muchos batallones,
 Y gran copia de usía y de excelencia.

¿Y aquí me piden versos tus renglones,
 Cual si viviera en el Parnaso amado?
 Pidiéranme venablos ó cañones.

Que entre escombros y ruinas sepultado
 Mi númen yace, envuelto en telarañas,
 De nuevas ruinas siempre amenazado.

Y aun tan hecho el mezquino á malas mañas,
 Que se burla al decirle que me cante
 De nuestros héroes nuevos las hazañas.

«Para cantar, me dice, en un instante
 Esos triunfos de poco más ó ménos,
 Con dos coplas del polo habrá bastante.»

¿Hay más perversa musa! ¿estamos buenos!
 ¿Son éstas aventuras del Quijote,
 Ó insignes hechos de heroísmo llenos?

«Calla, dice, simplon de capirote,
 Tantas glorias conviértelas en cero,
 Y, si acertarlo quieres, en cerote.

»Si hubiera habido un héroe verdadero
 Entre tantos, el moro que quedára,
 Que me lo claven en la frente quiero.

»Oh si el buen Cid Rodrigo levantára
 De la sepulcral lápida el volúmen,
 Sacando al sol su macilenta cara!

»Si no se ahogára en risa, que me emplumen,
 Aun no juzgande dignos de su enojo
 Á cuantos de valientes hoy presumen.

(1) Despues del terremoto de Orán escribe el autor desde aquella tabia, donde se hallaba embarcado en un buque en que estaba arbolada la corneta ó insignia del general del apo-tadero, ensuando la inacción de nuestras armas, la desigualdad de algunos premios, debidos al favor, y al fin pintando las cacerías poco felices en que se entretenían los oficiales.

(2) El célebre cardenal Jimenez de Cisneros,

¡Por cierto, nos diría, lindo arrojó
Es accechar los moros á distancia
Donde apénas se ven con el anteojol
»El refrán de á más moros más ganancia,
Que hizo el valor verdad de Pero-Grullo,
Ya lo graduó el miedo de arrogancia.
»Nunca de la razón yo me escabullo;
Un jayán fui, no supe hacer trincheras,
Pero trinché á los moros el orgullo.
»El lienzo tremolante en las banderas
Fué el solo murallón que en la batalla
Opuse á las contrarias armas fieras.
»Más gente de la bárbara canalla
Ha espachurrado á coes mi Babieca
Que tantas bombas, balas y metralla.
»Difunto estoy, y si me da jaqueca,
Y casualmente pego un estornudo,
Terblará el zancarrón allá en la Meca.»
Esto dijera el Cid; y no lo dudo,
Que cual funest el escudo de Minerva,
Murieron mocos al mirar su escudo.
Esto dijera al ver que en la caterva
Alarbe emplea envilecida España
Vanamente el vigor que en sí reserva.
Esto al ver los pertrechos en campaña,
Y perseguir con tiros de cañones
A los que él persiguió con una caña.
Si para un bruto tantas prevenciones,
¿Cómo resistirá el poder unido
De fuertes y políticas naciones!
¡Tal enjambre de premios repartido
En unos, cuyos méritos ignoro,
En otros, que ni áun ellos lo han sabido!
¡Oh Pebo, tu sagrada luz imploro,
Préstamela, si acaso no la ofusca
Tanta brillante charretera de oro!
Imitaré la extravagancia chusca
Del Cínico, que, armado de linterna,
Un hombre en medio de los hombres busca.
Pero mi musa, bachillera eterna,
Como débil mujer, se inquieta y salta
Si en ajenos negocios no se interna.
¡Qué le importará á ella que en voz alta
Llamen valiente al que para gallina
Sólo el verle poner huevos nos falta!
Siempre á morder ó censurar se inclina,
Y á la tonta le pega lo censora
Como á un padre prior la carabina.
Verémos si el humor se le mejora
Al leer en tu carta el nuevo grado
Con que la patria tu valor decora.
Mas la taimada al cabo ha reparado
Que otros lleven los hombros de oro llenos,
Y tú muestres el nno tan pelado.
Los grados para cátedra son buenos;
Que el magnánimo pecho no repara
En sesenta minutos más ó menos.
Si el valor como debe se premiara,
Vieras entre dos gruesas charreteras
Colorear tu rubicunda cara.
Yo no sé cómo chanzas tan ligeras
Puede seguir quien vive en un presidio,
Donde le afligen tan pesadas véras.
Mi situación comparo á la de Ovidio,
Pues no será peor que Orán el Ponto:
Tal es mi suerte, que la suya envidio.
No hay otra diferencia, por el pronto,
Que ser destierro el Ponto de un gran sabio,
Y serlo Orán, en mí, de un pobre tonto.
Las mismas amarguras por tu labio
Probaste tú también; mas la dulzura
Hallaste al fin, que por hallar yo rabio.
De día en día va mi desventura
En perseguirme haciéndose reacia,
Y con nuevas amarras me asegura.
Mi vista nunca de mirar se sacia
En el tope la insignia de dos cuernos,
Que en nuestras frentes es de mala gracia.
Más gustoso pasara cien inviernos
Ayudando al demático Caronte
A llenar de fantasmas los infiernos.
Que contemplar tan tétrico horizonte

En mi buque infeliz, del que no salgo
Sino, como las cabras, para el monte.
En él de nada sirvo, nada valgo:
Sólo cuando los otros van á caza
Suelo suplir la falta de algún galgo.
Bien puedes inferir qué linda traza
De cazas, pues son útiles en ellas
Los desmayados ojos de Arriaza!
De tanto cazador sigo las huellas.
Y armado con un chuzo, á lo sereno,
Parece voy pinchando las estrellas.
En caza hierve el áspero terreno:
Mas, de tantos que espuman sus hervores,
No hay quien nos sepa dar un caldo bueno.
Armados de escopetas los mejores;
Aunque, según lo que ellos van cazando,
Mejor lo harán con plato y tenedores.
Las aves mansamente van volando
Un conejo se espulga en cada mata,
Sin tener miedo al venatorio bando.
Mucho en el apuntar se disparata:
Hay tiro que tan sólo acertaría
Si pudiera salir por la culata;
Pues solamente así se enmendaría
Volando las perdices hácia el Norte,
Parar la munición al Mediodía.
Conviene al largo asunto dar un córte,
Adios, que ya me anuncia la campana
Caza de más sustancia y más importe.
Voy á comer, y á fe con buena gana.

VII.

Á FELICIANO (1).

En verso he de escribir, por más que avaro
Guarde los consonantes con cien llaves
Apolo, sin querer prestarme amparo.
Versos duros serán, que los suaves,
Llenos de gracia, pompa y hermosura
Sólo tú, Feliciano, hacerlos sabes.
Harto hace el triste vate que procura
Que once sílabas sigan á otras once,
Formando procesión lánguida y dura,
Y que si el primer verso acaba en *bronce*,
El pobre á quien la carta se dirige,
Por fuerza ha de llamarse *Alonso-Ponce*;
Pues la esperanza de esta ley no aflige
Á aquel que, como tú, los consonantes
Como entre peras sin temor elige;
Tú, sí, razón será que siempre cantes,
Sin que te valgan frívolas excusas,
Y al cielo la sonora voz levantes.
Tú, que dejas las gentes bien confusas,
Dulando si las Musas te han soplado,
Ó si tú eres el fuelle de las Musas.
Y quédese entre el polvo sepultado
El infeliz poeta á quien abate
De amor el yugo, y la opresión del hado.
Pero á ti, del Parnaso inclito vate,
Cuyos versos sin duda Apolo encierra
Dentro de algún lucido escaparaté,
Á tí te toca levantar de tierra
Mi desvalida musa, y darle el fuego
Que á todo ingenio en tu romance aterra.
Yo siempre á los romances tuve apego,
Pues con ellos su vida el ciego gana,
Y á mí me falta poco para ciego.

(1) Se escribió en respuesta á un romance de dicho amigo, en que éste le acusaba de inconsecuencia en la amistad, y le enviaba dos sonetos para que los censurase; el uno defectuoso por la demasiada repetición del apellido *Capuso*, y el otro de más mérito. Los primeros versos del romance, sin los cuales no se entendería la Epístola, son como sigue:

No canto del fiero Marte
Los peligrosos encuentros,
Ni canto opulentas villas
Ni derrocados imperios....
Mas de nuestra amistad canto
Los vínculos ya de-hechos:
Que en ella, por nuestro daño,
Astarot hoy anda suelto,

Principio a la autor de Aracana,
Y en decirnos las cosas que nos cantas
Se van medio romance y la mañana.
Acabas el exordio, y ya me plantas
Un pedimento en tono de abogado.
C'en el cual de patillas me levantas.
Dices que en el correo no has hallado
Carta mía al llegar á ese destino:
Y á mí ¿quién me escribió que habías llegado?
¿Soy acaso profeta ó adivino?
Lo que está junto á mí veo con pena,
¡Y veré á ochenta leguas de camino!
Sin culpa tu cariño me condena;
Yo no pude saber si tu navío
Dió fondo en el Ferrol ó en la Cayena.
Presida nuestro amante desafío
La diosa Astrea; su justicia invoco,
Que diga si el error es tuyo ó mío.
No conozco á *Astarot* mucho ni poco;
Pero, pues sientes tanto que *ande suelto*,
Sin duda debe ser un grande loco.
Abandonar la carta había resuelto;
Mas ya que en estas rimas infelices
Involuntariamente me hallo envuelto,
Vanos á los sonetos, que me deo
Te dé mi parecer sobre ellos: digo
Que son composiciones muy felices.
Pero no he de callarte, como amigo,
Los reparos de cierto apasionado,
Que gran reputación goza conmigo.
Capuzo (dice el tal) muy obligado
Te debe estar, pues su renombre acreces,
Haciéndole sujeto muy nombrado.
Y quien lea los versos que le ofrezco,
No acabará del todo la lectura
Sin nombrarle á lo ménos siete veces.
A fe que dice el tal la verdad pura:
Tanto poner el nombre del sujeto
Huele á rípió á cien leguas de andadura.
Y aquel *Capuzo* del primer cuarteto,
Tal capuzón quisiera yo que diese,
Que á salir no volviera en el soneto.
Ojalá éste el reparo único fuese
Que en la frente ceñuda y arrugada
Al rígido censor se le pusiese.
Siguió, pues, la lectura comenzada,
Llegó á aquel *casi llora*, y al instante
Dijo: «Esto no me gusta *casi nada*.»
Quitale al llanto el *casi* de delante,
Y déjale llorar á rienda suelta,
Que no es lo más impropio en un amante.
Ya tu composición quedaba abusuela
Por lo demás; pero el censor de pronto
Dijo con voz irónica y resuelta:
«Ó yo vivo engañado como un tonto,
Ó aquí hay un disparate positivo.»
Yo á responder en tu favor me apronto.
«No dicen que á su ausente con un vivo
Amor esa *Amarilis* corresponde?
Luego no viene á pelo *amor esquivo*.—
»Señor, yo dije, á nadie se le esconde
Que de aquello á que fuerza el consonante
Ni el poeta más clásico responde.
»Si en vez de *pensativa*, vacilante
Hubiera puesto en el renglón primero,
No fuera *esquivo* amor, sino constante.»
Amigo, el consonante y el dinero
Son dos cosas que en este mundo triste
Por las más poderosas considero;
Pues así como el rico á quien asiste
Un buen bolsón de mejicana fruta
La frágil castidad no le resiste:
Así, acabando un verso en *absoluta*,
Á mujer que se mete en el siguiente
Su honor el consonante le disputa.
Con esto el escrutinio impertinente
Tuvo fin, y el soneto á *Proserpina*
Por todos fué aprobado de excelente.
Si tu curiosidad tenaz se obstina
En conocer al reprobador adusto
Que tan inexorable te examina,
Sábetelo que es un griego que de Augusto

El siglo conoció, y en su palacio
Fué alojado; su nombre es el Buen-Gusto.
Floreció con Virgilio y con Horacio,
Y muertos ellos se acogió al Parnaso,
Donde vivió escondido largo espacio;
La española Talía no hizo caso
Jamás de él, y no fuera conocido
A no ser por el joven Garcilaso.
Este, habiendo la Italia recorrido,
En un valle se ve que le restaura
Con mil aromas el vigor perdido.
Sonando el agua y murmurando el aura,
Y respondiendo el eco, esparcen sólo:
«Aquí Petrarca suspiró á su Laura.»
Y sobre el solitario mausoleo
Reclinado el Buen-Gusto, se lamenta
De la perdida musa al rubio Apolo.
Entonces Laso á visitar le alienta
Las desvalidas náyades del Tajo,
Y los pastores que cantar intenta.
A nuestra España á su pesar le trajo,
Cuyo vulgo poético al buen viejo
Recebió con estéril agasajo.
Viendo, como en un claro y fiel espejo,
En él su barbarismo retratado,
Tomaron el huírle por consejo.
Fué el número de amigos muy contado
En aquel feliz tiempo, que en el nuestro
A dos indiferentes no ha llegado.
Este divino y singular maestro,
Cuyas huellas seguir procuro en vano,
Me dictó los errores que te muestro.
Resignación y enmienda, Feliciano.

CANCIONES.

I.

EL SUEÑO IMPORTUNO.

No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermosear mi sueño
Para volar con él:
Mi labio ¡ay Dios! te nombra;
Pero despierto, y pago
Caro el fugaz halago
Con un dolor cruel.

Ponga la noche al ménos
Tregua á las ansias mías;
Y pues me sobran días
Para apurar su hiel,
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermosear mi sueño
Para volar con él.

Muerte es la negra noche,
Muere del sol el rayo,
Ceden á igual desmayo
Campo, aveçilla y flor;
Y hallo en tan vasto luto
El infeliz consuelo
De ver el mundo en duelo,
Como lo está mi amor.

Si él á oprimir bastare
Mi párpado un momento,
El velador tormento
Siendo un momento infiel;
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermosear mi sueño
Para volar con él.

Cuando en la amarga lucha
De mi tenaz congoja

Sobre el cojin se arroja
Mi acalorada sien,
Este el postrer suspiro
Es, digo, y postrer gota
Que de mis ojos brota
Para el ingrato bien.

No anhelo sueño entonces,
Sino mortal letargo;
Mas ¡ay! que el llanto amargo
Vuelve á mis ojos fiel,
Tras la implacable sombra
De mi adorado dueño,
Que hermoseó mi sueño
Para volar con él.

No soy de los felices
A quienes blando el sueño
Suele volver risueño
Dichas que les robó.
A mí un sopor terrible
Lígame en férreos lazos,
Para arrojarne en brazos
Del ánsia en que me halló.

Para espirar soñando,
Sin despertar muriendo,
De tanto espectro horrendo
Entre el feroz tropel,
No vengas, dulce sombra
De mi adorado dueño,
A hermosear mi sueño
Para volar con él.

Sé fiel á mis desdichas,
Oh sueño; en tus delirios,
Píntame los martirios
De mi constante fe.
Píntame los rigores
O la crüel cadena
A que ella me condena
Cuando á sus piés me ve.

Mas si en mi mal piadoso
Vas á pintarla humana....
Mientes, que ella es tirana,
Rompe el falaz pincel,
Y huya la amable sombra
De mi adorado dueño
De hermosear mi sueño
Para volar con él.

II.

LA CELMIRA (1).

Hoy por la vez primera,
Verdad sencilla y pura;
Elevarás el mérito en tus manos;
Su forma verdadera,
Libre de la impostura,
Hoy será manifiesta á los humanos;
Con furores insanos
Sus divinos reflejos
Acechará la envidia desde lëjos.

A tí, deidad amable,
Consagro yo mi lira,
Cuya inocente voz el mundo extraña,
Porque en el execrable
Templo de la mentira
Nunca viles elogios acompaña,
Ni glorias del que baña
La tierra con espanto,
En sangre la mitad, el resto en llanto.

Mientras esos feroces (2)
Guerreros por las manos
De los que les maldicen se coronan,
Entonando sus voces
Elogios inhumanos
Al són de los suspiros que ocasionan,
Dulcemente se entonan
Los ecos de mi lira
Para cantar las glorias de Celmira.

El céfiro su aliento,
Las aguas su murmullo,
Aves y ninfas sus cantares glosan
De Febo en el asiento;
Pero viendo el orgullo
Noble con que cantar mis labios osan,
Las aguas se reposan,
Los aires se suspenden,
Las ninfas y los pájaros atienden.

Todo en silencio calla,
Y aún el silencio escucha;
Las praderas del Pindo se semejan
A un campo de batalla
Cuando la fiera lucha
Los vencedores y vencidos dejan;
Y hasta los que se quejan
De su tremenda suerte
Se entregan al silencio de la muerte.

Febo libra sus sienes
De los cabellos rojos,
Por no perder un eco de mi canto.
No te admire si tienes,
Celmira, en esos ojos
Para débiles hombres tal encanto,
Pues reparé, entre tanto
Que te nombraba el labio,
Mi propio rendimiento en el dios sabio.

Yo canté tu belleza,
De las almas consuelo,
Zagala, de los ojos alegría;
En quien naturaleza,
La fortuna y el cielo
Repartieron sus dones á porfía;
Y aún tuve la osadía,
Al par de tu hermosura,
De celebrar tu gracia y tu ternura.

El noble sentimiento
Que en ese pecho asiste,
Y ajenas desventuras no tolera;
Con que le das contento,
Sin que le pida, al triste,
Y remedios su mal tan placentera,
Que el triste no quisiera,
Cuando aliviado parte,
Acabar de tomar por no dejarte.

Así yo repasaba
Tus prendas de una en una,
Esforzando el acento; mas Apolo,
Que absorbo me escuchaba,
No es dado á voz alguna
(Dice) con dignidad, sino á mi solo,
Llevar de polo á polo
De Celmira la gloria;
Oid en el amor su gran victoria:

Al despuntar el día (3),
Cuando mi luz ya dora
Las copas de los álamos mayores,
De su redil salía,
Más bella que la aurora,
La dulce perdición de los pastores;

(1) Fué hecha esta composición á la Duquesa de Alba, por la representación que se efectuó en su casa, asistida de algunos amigos. Bajo el nombre y fábula de Celmira se elogia el completo desempeño que dió la Duquesa á la tonadilla del Misántropo; y luégo el buen gusto y lucimiento de toda la función, con alusión á las muchas prendas sociales que adornaban á tan amable dama.

(2) Sólo se alude á los que únicamente la ambición de gloria mueve á desear la guerra; no á los que, estimulados del honor ó la necesidad, toman las armas para asegurar la paz.

(3) Esta ficción es el asunto de la expresada tonadilla del Misántropo.

No con vivos colores
Afrentando á la rosa,
Sino pálida, triste y pesadosa.

Turbado el claro brillo
De sus celestes ojos.
Y queriendo ocultar con su cabello
El semblante amarillo,
Porque le da sonrojos
Llevar en él de su pasión el sello;
Viendo el Amor aquello,
Con agitar el ala
Esparce el pelo, y la pasión señala.

Cediendo á su destino
La cautada pastora,
Buscaba de Damon el aposento;
Tal vez en el camino
Se acuerda que el que adora
Desconoce de amar el sentimiento;
Y presagia el tormento
De sentir vivamente
Sin poder inspirar lo que se siente.

Ya ve, por fin, la casa
Del Misántropo adusto;
Y teme y se alborota vacilante;
Tal caminante pasa
De la congoja al gusto
Si la perdida senda ve delante;
Tal pasa el navegante
Del gusto á la congoja
Cuando duerme la mar, cuando se enoja.

En el umbral confusa
Piensa que sus pasiones
A las aras de amor le precipitan;
El pudor lo rehusa,
Pero grandes acciones
Siempre víctimas grandes necesitan;
Los incendios que agitan
Su pecho reconcentra,
Vence el amor, se determina, y entra.

En soledad austera,
Huyendo los placeres,
Vive Damon en rústico recreo;
Que como si no fuera
El padre de los seres
Amor, lo llama tope devanco,
Que nace del desseo,
Con la esperanza crece,
Y con la posesión desaparece.

No hay gracias de hermosura
Para su pecho helado,
Erizado de rígidos abrojos;
Ignora la dulzura
De amar y ser amado;
No consulta las risas, los enojos
De dos hermosos ojos
En el callado giro;
No conoce la fuerza de un suspiro.

La triste enamorada
Con todo el atractivo
Del bello sexo y de la edad florida,
De su pasión llevada,
Preséntase al esquivo,
De amor á un tiempo y de temor perdida;
La voz fué detenida
Por el dolor agudo,
Mas..... ¿qué no dijo su semblante mudo?

Yo vi la más hermosa,
La zagala más tierna
A los pies del mortal más inhumano
Quejarse tan ansiosa
De su congoja interna,
Que moviera á piedad un tigre hircano;
Yo vi bañar en vano
Su llanto el duro suelo,
Y en vano su lamento herir el cielo.

Ya en el cruel fijaba
Los ojos expresivos,
Y el cruel la miraba, y se reía;
Ya del pecho exhalaba
Suspiros fugitivos,
Y parece que en ellos le decía:
Vuélveme el alma mía,
Vuélveme el alma, fiero;
Y responderle el bárbaro: no quiero (1).

¡Inútiles rigores!
Venció..... mas tente, lira;
Todo sensible corazón te entiende:
En batalla de amores
Siempre vence Celmira;
Si su victoria, ciclos, os ofende,
Vuestro furor enciende,
Y á venganza os provoca,
Toned al hombre un corazón de roca.

Pero que no palpiten
Los que saben á prueba
El secreto placer de un triste llanto;
Que la ternura admiten,
Y ella misma les lleva
A ser amantes de Celmira, en tanto
Que le presta su encanto
Y su viveza propia
El noble original de quien es copia.

¡Modelo incomparable,
Más lleno de ternura
Que la diosa de Páfos y Citéres;
De cuya sombra amable
Huye la desventura,
Y la siguen jugando los placeres!
Tú logras cuanto quieres
Del corazón sensible
Por una seducción irresistible.

Cuanto tu rostro mira,
Cuanto tu planta toca
Abandonan los hados rigurosos;
Calma la mar su ira,
Marte el furor revoca.
Soldado y marinero son dichosos;
Cesan los dolorosos
Ayes de la indignancia,
Renace la esperanza en tu presencia.

Tú la frente serena
Alzas, donde reside
Más que el rayo del sol un genio claro;
Oyes gemir, con pena,
La educación que pide
A la moral benéfico reparo (2);
Y volando á su amparo
Con tu persona y bienes,
A corregir el vicio te previenes.

Piensas, y sus audacias
Prueban las bellas artes,
Erigiendo el teatro en un momento;
Ries, y las tres Gracias
Vuelan por todas partes
A colmar de deleite el aposento;
Hablas, te da su aliento
La dulce poesía;
Cantas, Febo te presta su armonía.

Así en amable lazo
Con dos hermosas damas,
Que parece en su seno han escondido,
Una desde el regazo
De Venus lentas llamas,
Otra menudas chispas de Cupido,
Con el joven querido
De tí, mas no tan solo,

(1) Reminiscencia evidente de una cantilena de Villanar.

(2) La *Scholaria mal criada*, comedia de don Tomás de Iriarte.

Que le quiere tambien el mismo Apolo.

Y la noble comparsa
De amigos, que con arte
Supieron dar aspecto verdadero
A la graciosa farsa
Del divino Iriarte;
Y aquella cuyo canto lisonjero
Suele aplaudir, primero
Que las batientes palmas,
El embeleso mudo de las almas.

Hiciste las delicias
Del concurso lucido,
Siendo tu casa templo del buen gusto;
Ganaste las albricias
Del autor ofendido,
Que vió dar á su pieza el precio justo;
Y el censor más adusto,
Participando el pasmó,
Tus gracias aplaudió con entusiasmo.

¡Instantes de ventura,
Breves como apreciables,
Precursores de mal tan excesivo!
Quien os dió la dulzura,
¿Por qué no os hizo estables,
Alargando un placer tan fugitivo?
Cual relámpago vivo,
Que en la negra tormenta
Brilla, deslumbra, y la tiniebla aumenta;

Así desaparece (1)
De nosotros Celmira....
Sin que mi canto detenerla pueda;
El númen desfallece,
Suelto la débil lira,
Paso á la voz el sentimiento veda;
Y más accion no queda
Al labio que la canta
Sino adorar su fugitiva planta.

III.

EL CIPRES,

Ó EL LLANTO DE UNA MADRE.

Triste cipres, que entre las nubes meces
Tu oscura cima y tu letal verdor;
Tú, que obelisco de afliccion pareces,
Al cielo eleva mi infeliz clamor.
Una flor lloro que la Parca dura
Robó á mi seno en su primer matiz;
Un hijo tierno, flor de mi ventura,
Que voló al cielo y me dejó infeliz.
Nunca á mi falda le verán mis ojos
Venir alegre y retozar gentil;
Ni más mi rostro de sus labios rojos
Sentirá el beso, entre caricias mil.
¡Ay, para siempre en su graciosa boca
De madre el nombre al espirar se heló!....
¡Y el de hijo en vano mi cariño invoca,
Que ya de un ángel no soy madre yo!
Triste cipres, si el lúgubre murmullo
Del viento airado te agradó tal vez,
Si te complace el gemidor arrullo
De tortolilla en misera viudez,
Pasará el viento, cesará el gemido,
Y tú en el yermo solo quedarás;
Mas de esta madre el llanto dolorido
Será contigo sin cesar jamas.

(1) Acabada de leer esta composicion, tomó la Duquesa el coche para Sevilla.

IV.

LOS DEFENSORES DE LA PATRIA.

CANCION CÍVICA (2).

Moto.

*Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!*

Partamos al campo,
Que es gloria el partir;
La trompa guerrera
Nos llama á la lid:
La patria oprimida,
Con ayes sin fin
Convoca á sus hijos,
Sus ecos oíd.

¿Quién es el cobarde,
De sangre tan vil,
Que en rabia no siente
Sus venas hervir?
¿Quién riñe sus sienas
A un yugo servil
Viviendo entre esclavos,
Odioso vivir?

Placeres, halagos,
Quedaos á servir
A pechos indignos
De honor varonil;
Que el hierro es quien solo
Sabrá redimir
De afrenta al que libre
Juró ya vivir.

Adios, hijos tiernos
Cual flores de Abril;
Adios, dulce lecho
De esposa gentil:
Los brazos, que en llanto
Bañáis al partir,
Sangrientos, con honra,
Veréislos venir;

Mas tiemble el tirano
Del Ebro y del Rhin,
Si un astro á los buenos
Protege feliz.
Si el hado es adverso,
Sabrémos morir....
Morir por Fernando
Y eternos vivir.

Sabrá el suelo patrio
De rosas cubrir
Los huesos del fuerte
Que espire en la lid:
Mil ecos gloriosos
Dirán: «Yace aquí
Quien fué su divisa
Triunfar ó morir.»

CORO.

*Vivir en cadenas,
¡Cuán triste vivir!
Morir por la patria,
¡Qué bello morir!*

V.

LA BATALLA DE SALAMANCA.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte
Que, en la más gloriosa accion,*

(2) Fué compuesta para reanimar el espíritu, abatido por los reveses que sufrieron nuestros ejércitos en 1809.

*El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.
voz.*

Ved cuál entre polvo y humo
Por los campos de Castilla
Va la bárbara gavilla
Que era un tiempo su opresion.
¿Quién los bate y los humilla
Con el rayo de victoria?
La trompeta de la gloria
Dice al mundo: Wellington.
¡Oh Wellington, nombre fausto
A la Iberia y caro á Martel!
¡Los contrarios en qué parte
Ileván de tu valor?

Tú los vences en los montes,
En los campos ven tus bríos,
Y las aguas de los rios
Te retraían vencedor.
Entre el Duero y claro Tórnes
Tú á los galos atropellas,
Y aun siguiendo vas sus huellas,
De su entera ruina en pos.
Siguelos, y Europa deba
A tu acero su rescate,
Y si un monstruo la combate,
La defienda un semidios.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte
Que, en la más gloriosa accion,
El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.*

VI.

A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad-Rodrigo despues de levantado el sitio de aquella plaza en consecuencia de sus victorias.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

I.

Ved cuál llega á gozarse en el seno
De la iberá leal gratitud,
El que oímos de lejos cual trueno
Dar á Gádes victoria y salud.
Hoy se muestra apacible y triunfante,
Y ayer bravo y con fiero teson,
Los tiranos lanzaba adelante,
Cual las nubes el duro Aquilón.

II.

Acojamos al héroe bizarro
En los muros que él mismo libró;
Y descienda del bélico carro
A gozar de la paz que nos dió.
No la oliva á su frente neguemos,
Ni la rosa de alfombra á sus pies;
Que él sabrá, cuando flores le demos,
En laureles volverlas despues.

III.

Él unió con el nuestro su brazo
Para hazañas de prez inmortal:
Tema, pues, en tan inclito lazo
El injusto opresor su dogal.
Y en el templo de eterna memoria,
Y en los fastos de la última edad,
Se unirá de Wellington la gloria
Con la hispana feliz libertad.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

HIMNOS Y CANTATAS.

I.

LA PIEDAD FILIAL Ó EL RESTABLECIMIENTO.

CANTATA (1).

AMELIA, ESPERANZA, CONSUELO.

AMELIA.

Con ecos de dolor, ¡oh Dios! ¿qué nueva
Sueña en mi corazon? ¡Misera Amelia!
¿Quién tu constancia prueba
Con golpe tan fatal? Pálidos veo
Los rostros de mis hijos,
Que en su madre infeliz los ojos fijos,
Miran y lloran. ¡Ah! tal vez los tristes,
De terribles presagios acosados,
De esta madre en el rostro hallar anhelan
Consuelos ¡ay! que de mi pecho vuelan.
Vuelan bien lejos, ¡sí! que mi ternura,
Mi amor mismo, ingenioso en darme penas,
Cuanto veo en anuncios me convierte
De amargura y dolor.... Mas ¡ay! ¿qué miro?
Lóbrega nube enluta
El paternal albergue: conturbado
Temblar parece el firme pavimento,
Rásgase al par la matizada alfombra,
Y de la muerte la amarilla sombra
Alzase del abismo al pié del lecho,
Y los lívidos ojos
Y los pálidos brazos revolviendo,
Con uno amaga hácia el sepulcro helado,
Con otro al cuello de mi padre amado.
¡Ay infeliz! Tente, crüel, no acabes
La ejecucion de un golpe tan terrible;
De esta familia ídolo y padre á un tiempo
Respeto en él; ¿no sabes
Que el placer y la vida de estos hijos
En esa sola victima se encierra?
¿Quieres cubrir de lágrimas la tierra?
¡Ah! que á mi triste voz no te conduelles;
Antes más irritada sus crüeles
Angustias atosiga con tu aliento:
A tu maligno ardor dobla la frente
El moribundo anciano; junto al lecho
Hijos y siervos tu clemencia imploran,
Y las virtudes desoladas lloran.
¿Cielos, lo consentis? ¿Serán despojos
De la Parca feroz las claras prendas
Que á Elfridio adornan? Sí, que la inhumana,
Más que de vidas, de virtud sedienta,
Los ojos apacienta
En las tumbas de Elóisa (2) y Abelardo;
Y nunca sacia su rencor profundo,
Mientras un tierno amor le quede al mundo.

(Aria.)

Robará la Parca odiosa
A este pecho su delicia;
Que la flor más olorosa,
Más excita la codicia
Del villano segador.

Altos cielos, dadme males
Que al fin cedan á consuelos;
No aflicciones inmortales.
Pues si Elfridio muere, ¡oh cielos!
Inmortal será el dolor.

ESPERANZA.

Mujer, que ostentas en tu frente pura
La imagen del dolor y la ternura,
¿Qué tienes, que en desdichas
Muestras venerar á los demas mortales?

(1) Fué cantada la primera vez por la señora Lorenza Correa con música del famoso maestro Fiderici.

(2) ARRIAZA altera aquí la pronunciación prosódica y natural de nombre de *Eloísa*, con el fin de dar armonia al verso. Es una licencia poco digna de imitacion. (Nota del Colector.)

AMELIA.

Yo sé sentir, mas no pintar mis males;
Sólo esta voz tu corazón dirija:
Elfrido en riesgo está; yo soy su hija.

ESPERANZA.

¡Harto justo dolor! Mas ¿qué infelice
Cierra su corazón á la esperanza,
Viendo por la carrera de la vida
Del bien y el mal la rápida mudanza?
Que cual las estaciones se varían,
Y al rededor del año van volando
Las nieves y los frutos y las flores,
Se suceden placeres y dolores.
Salvo es tu padre, el cielo lo presagia.

AMELIA.

Y tú, mujer ó diosa, cuya magia
A predecirme tal prodigio alcanza,
¿Quién eres, dime, quién?

ESPERANZA.

Soy la Esperanza.

AMELIA.

Mi pecho es insensible á tu influencia;
La esperanza es el sueño de los tristes:
Su ilusión los aduerme; pero luego
Despiertan á los males, y cual sombras
Las esperanzas huyense ligeras.
Y las más dulces huyen las primeras.

ESPERANZA.

Te alucina lo acerbo de tu pena;
Oye mi voz, que en tu remedio suena:

(Aria.)

Yo suavizo las pasiones
De los pechos en que vivo,
Del amante y del cautivo
Soy la calma y el sosten.
Si mantengo de ilusiones
Al que sufre penas reales,
El olvido de los males
A lo ménos es un bien.

AMELIA.

Esperanza divina, hija del cielo,
¿Quién no apetecerá tu compañía.
Cuando en el corazón de que te alcejas
La rabia ocupa el hueco que tú dejas?
Tú floreces en mí, tú me sugieres
De un padre anciano la afligida imagen
A su serenidad majestuosa
Restituida; ¿qué astro tan avaro
Habrás que niegue vida tan preciosa
A los suspiros que le eleva ansiosa
La tierna prole de quien era amparo?

ESPERANZA.

Sí; mas debieras elevarlos ántes
Al que sembró de estrellas el espacio,
Que habita el universo por palacio,
Que en bóveda los cielos ha encorvado
Para que allá resuenen los clamores
Del infeliz, y á su pensar profundo
Los soles arden y se anima el mundo;
Al Ser supremo.....

AMELIA.

A desarmar el hado.

ESPERANZA.

Por un digno mortal.....

AMELIA.

Un padre amado.

LAS DOS.

De nuestro ardiente celo
Vuela suspiro fugitivo al cielo.

(Plegaria á duo.)

Si un buen padre es, justo cielo,
De tu mano un gran favor,
Vuelve á Elfrido á nuestro anhelo,
O á estos pechos da valor.
Vivirá el amable Elfrido,
Pues tus leyes son de amor,

CONSUELO.

Albricias pide el genio del Consuelo,
Ninfas hermosas; vuelva la alegría
De vuestra faz á colorar las rosas;
Ya el suspirado bien piadoso el cielo
Por mano de las Gracias os envía;
La mano de una madre os lo presenta.
Atropos fiera en vano se resiste
De la fe conyugal al blando acento,
A la expresión de su semblante triste,
Y á un diluvio de lágrimas que honraban
De un hombre justo el riesgo y sentimiento.
Por fin cedió, y entre ansias y suspiros
Y amorosos desvelos
De una esposa querida,
Elfrido, al fin, renace
Lleno de majestad, de fuerza y vida;
Brillante á f como tras negra noche
El noble astro de luz que el Indo adora
Sale de entre los brazos de la aurora.

(Aria.)

Vuela á tu padre,
¡Oh hija afligida!
Que de la vida
Vuelve á gozar;
Y entre caricias
De prole hermosa,
Con las delicias
De amante esposa,
Daréis á Elfrido
Gustos sin cuenta:
Y haréis que sienta
Que de la vida
Vuelve á gozar.

AMELIA.

Almo Consuelo, que entre el alto coro
De los dioses te espacias en el cielo,
Mientras Felicidad de su urna de oro
Te vierte escaso á esta mansion de duelo,
¿Cabe esperar un bien entre mil males?
Cuando parece, en días tan fatales,
Yace la tierra en misero abandono,
De Fortuna entregada al nimen falso;
Que así nos lanza de la choza al trono,
Como desde la púrpura al cadaiso:
¿Puedo entregarme á la ilusión sublime
De recobrar á un padre? ¿Es cierta, dime,
Tan venturosa nueva? ¿Alienta Elfrido?

CONSUELO.

Lo juro, sí, por la divisa mia,
Constancia y Fe.

AMELIA.

¿Qué placida alegría!

CONSUELO.

Tan tierna madre como amante esposa
Delfina le salvó.

AMELIA.

¡Mujer dichosa!

Salvo es mi padre, el corazón respira,
Palpita el pecho, y de placer suspira.

(Aria.)

Dadme guirnalda bellas
Las que sabéis amar,
Que de Delfina en ellas
Quiero la frente ornar.
Ella nos ha salvado
A nuestro padre amado;
Este es de amor ejemplo,
Vamos de amor el templo
Con su memoria á honrar.
Dadme guirnalda bellas
Cuanto sabéis amar, etc.

CONSUELO.

Tú, Amelia, cuya frente ya las palmas
De la alegría engalanar parecen;
Tú, refrigerio de las grandes almas,
Esperanza feliz, cantad conmigo;

Pruebe nuestro placer que eternamente
La existencia de un padre amante y digno
Es de ventura el más hermoso signo.

(Terceto.)

Goce un padre entre prole tan bella,
Y en el seno de esposa tan fiel,
Como el árbol que ufano descuella
En el cerco de un tierno plantel.

AMELIA.

A su sombra el ganado se arrima,
A su abrigo se mece la flor.

ESPERANZA.

Se oye el canto del ave en la cima.
Y en su tronco la voz del pastor.

CONSUELO.

(Oh qué encanto y qué dulce armonía
De deleite, de amor, de alegría!

TODOS.

¡Y de Elfridio qué imágen tan fiel!
La de un árbol que ufano descuella
En el cerco de un tierno plantel.

II.

EL GOZO PÚBLICO.

Cantata.

CORO.

*¡Qué nimen tremendo del arco que vibra
Los dardos dispara con rauda fragor,
Y á España propicio, de furias la libra,
Que en ella esparcieron discordia y furor!*

(Recitado.)

¡Oh Dios, qué claridad dulce y fecunda
Oro derrama en los callados campos
Tras noche tan profunda!
Ya el céfiro revive entre las flores,
A cuyos dulces besos se negaba
Timido y pavoroso.
Calandrias y sonoros ruiseñores
Van en alegres tropas
Poblando de los árboles las copas.
Ayer todo era duelo y sentimiento;
Hoy es todo placer, todo contento.
Ya de Venus la estrella
Resplandecer se ve más pura y bella:
Ya del terror la nube no la empaña.
No hay duda, no; venturas para España
El cielo decretó. ¡Ni qué otra puede
De júbilo llenarla tan cumplido,
Sino la libertad de un rey querido!
Fernando es libre. Sus contrarios fieros
Huyeron espantados
Del brazo aterrador. La gran constancia
Del Rey, siempre serena, imperturbable,
Fué roca en medio al mar, do se estrellaron
Las olas locamente embravecidas
De una vil rebelion. Las caras vidas
De su esposa y hermanos,
De Fernando feliz al brazo asidas,
Se libran del furor de sus tiranos.

VOZ 1.^a

¡Ayer llanto, hoy dulce risa!
Ayer sierva y hoy señora,
Triunfa España vencedora
De una pérdida faccion.

VOZ 2.^a

Así aterra el Sér supremo
Al inicuo y al blasfemo,
Siempre al justo dando honor.

VOZ 1.^a

Cual se salvó fresca rosa
Del furor de un torbellino,
De su bárbaro destino
Así Amalia se salvó.

VOZ 2.^a

Se salvó de inicua saña,
Porque Dios reserva á España
Su hermosura y su candor.

VOZ 1.^a

Viva Amalia al Rey unida.

VOZ 2.^a

Viva el Rey de Amalia al lado.

LAS DOS.

Dulce lazo, en que cifrado
Tiene España el sumo bien.

TODOS.

Vivid siempre venturosos;
Y sin susto ni manecilla,
La corona de Castilla
Brille siempre en vuestra sien.

III.

HIMNO DE LA VICTORIA,

cantado á la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias
en Madrid, en 1808 (1).

CORO.

*¡Venid, vencedores,
Columnas de honor!
La patria os dé el premio
De tanto valor.*

Tomad los laureles
Que habeis merecido,
Los que os han rendido
Moncey y Dupont;
Vosotros, que fieles
Habeis acudido
Al primer gemido
De nuestra opresion.

Venganza os llamaba
De sangre inocente;
Alzasteis la frente
Que jamas temió;
Y al veros los dueños
De tantas conquistas,
Huyen como aristas
Que el viento arrolló.

Vos de una mirada
Que cehásteis al cielo,
Parásteis el vuelo
Del águila andaz;
Y al polvo arrojásteis
Con iras bizarras,
Las alas y garras
Del ave rapaz.

Llegad ya, provincias,
Que valeis naciones,
Ya vuestros pendones
Deslumbbran al sol;
Pálido el tirano
Tiembla, y sus legiones
Muerden los terrones
Del suelo español.

Son á vuestras plantas
Alfombra serena,
Laureles de Jena,
Palmas de Austerlitz;
Son cantos de gloria
Volver los cautivos
Sus gritos altivos
En llanto infeliz.

(1) Este himno, compuesto en 1808, ha sido el primero de esta clase, y modelo de cuantos se hicieron despues. Fué puesto en música por el célebre don Fernando Sor.

¡Oh, qué hermosos vienen!
 ¡Su porte cuán fiero!
 ¡Cuán brilla el acero!
 ¡Cuán cruge el arnés!
 Estos son guerreros
 Valientes y bravos,
 Y no los esclavos
 Del yugo frances.

Gloria, ¡oh flor del Bétis!
 Que habeis bien probado
 El brío heredado
 Del suelo natal;
 Que allí sin cultivo
 Crece y se levanta
 Del triunfo la plauta,
 La oliva inmortal.

Funesto es el día,
 Frances orgulloso,
 Y el campo ominoso
 Que pisas, también:
 La sombra de Alfonso
 Con iras más bravas,
 Su gloria en las Navas
 Defiende en Bailén (1).

Salve, honor del Turia,
 De Marte centellas,
 Pues vivos como ellas
 Al triunfo volais:
 La hueste enemiga
 Rompeis imprevistos,
 Y apenas sois vistos
 Victoria cantais.

Gloria, ¡oh valerosos
 Del solar manchego!
 ¡Oh cuán bello riego
 Dais á vuestra mies!
 Los surcos se vuelven
 Sepulcro á tiranos;
 Sangrientos los granos
 Se mecen despues.

Y en tanto en el Ebro
 Los pechos son muros
 Que atienden seguros
 Morir ó vencer:
 Siempre el sol los halla
 Lidiando con gloria;
 Siempre con victoria
 Los deja al caer.

¡Oh cuán claros veo
 Brillar en sus ojos
 Los fieros enojos
 Que van á vengar!
 ¡Oh cuánto trofeo
 Que ganó su espada
 Verá consolada
 La patria en su altar!

¡Oh patria, respira
 De males prolijos;
 Descansa en los hijos
 Que el cielo te dió!
 Ni temas que el arte
 Falte á su fortuna;
 Soldados la cuna
 Naciendo los vió.

Ya vengada, sólo
 Libertad y gloria
 Dejará en memoria
 Tu agravio en Madrid:
 Tiempo es ya que altiva
 La frente levantes,

Pues llegan triunfautes
 Los hijos del Cid.

Ninfas, vengan laureos
 Frescos, verdes, bellos;
 Enjugad con ellos
 Tan noble sudor:
 Ni olvideis la oliva,
 Que es planta gloriosa;
 Ni áun alguna rosa
 Que os brinde el amor.

IV.

HIMNO

de los Guardias de la real persona al Rey, nuestro señor, su coronel,
 en su augusto día.

CORO.

*Reclumbré el acero y el casco brillante,
 Tremolén penachos de palma y laurel;
 Y en torno á Fernando su Guardia constante,
 Celébrese el día del gran coronel.*

VOZ.

Clarín de la gloria, que al cielo levantas
 Las altas virtudes con eco inmortal,
 El Rey que adoramos se adorna con tantas,
 Que á él solo se debe tu eterno metal.

Alarín al Olimpo tu acento, anunciando
 La aurora festiva que hoy vemos brillar,
 Verás las virtudes del cielo bajando
 Del dulce Fernando la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? Fernando querido,
 La voz de tus pueblos te basta en loor;
 Tus Guardias leales por tí han aprendido
 Al són de las armas los cantos de honor.

Seis años nos vimos sin jefe, sin guía,
 La muerte mostrando su pálido horror;
 Tu nombre, que entónces las filas corría,
 Los pechos llenaba de alegre valor.

Así combatimos; y pocos quedamos,
 Siguiendo animosos tu regio pendón.
 Castilla es testigo; sus campos dejamos
 Manchados con sangre, mas no con baldón.

Si acaso nos cupo destino más grato,
 Y en quietas ciudades fijamos el pié,
 Tu imágen querida, tu augusto retrato
 Guardábamós siempre con celo y con fe.

¡Oh fe bien premiada! Tras tantos enojos
 Al fin nos es dado tu vida guardar;
 Tal ceden avaros, entre olas y abrojos,
 Sus flores el prado, sus perlas el mar.

Festear tu día se da á nuestro anhelo;
 Día en que del carro se levanta el sol
 A esculpir con oro, por el ancho cielo,
 «Fernando es delicia del pueblo español.»

¡De cuán bellas obras serémos testigos!
 Ya del sólio bajas al triste hospital,
 Ya estás consolando presos y mendigos,
 La cárcel y el foro sorprendiendo igual;

Dar honra al soldado, de su sangre en fruto,
 Las artes, las ciencias, la industria amparar;
 Y del poder regio, por digno atributo,
 Convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de Fernando brillante se ostenta
 La hermosa diadema con tanto matiz;
 Quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;
 Quien muere por ellas, áun muere feliz.

Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,
 Ni que la Elba lance su monstruo cruel,
 Si en el orbe encuentra su gloria contrarios,
 El orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio
 Defensores fuisteis de su bella edad,
 Y que en vuestras alas al hispano imperio
 Con su Rey trajisteis paz y libertad.

Prodigad hoy rosas á su augusta frente,
 Y con canto hacedle de celste voz
 Olvidar los males que sufrió inocente,
 Y áun de su tirano la memoria atroz,

(1) Alude á la circunstancia de haberse alcanzado la victoria de Bailén casi en el mismo terreno en que se consiguió la de las Navas de Tolosa por Alfonso VIII de Castilla.

V.

EL REGRESO DE FERNANDO (1).

INTRODUCCION.

Cielos, ¡qué miro!..... ¡La española escena
De tanta majestad y gloria llena!.....
¡Fernando, el deseado, el perseguido,
Por quién todo español ha combatido,
Mostrando entre los bélicos enojos
Rabia en el corazon, llanto en los ojos!.....
¡La joya que la España ha disputado
Contra ella á todo el universo armado,
Recuperada vuelve á nuestro seno!
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno
Y el rayo justo, que lanzó tu mano
Para hacer polvo á un pérfido tirano;
Gracias, pues tal valor, tanta constancia
Conservaste en los hijos de Numancia,
Que, con desprecio al enemigo bando,
Supieron proclamar: «Muerte, ó Fernando.»

Volved los ojos; vedle, si un momento
Os lo permite el llanto del contento;
Él es, sí, el nieto del augusto abuelo
Por quien las bellas artes nuestro suelo
Vieron en mil prodigios floreciente:
La misma majestad brilla en su frente,
A nuestro amor conserva igual derecho;
Igual beneficencia en su real pecho.
Aun ausente, mandó en los corazones;
Y hasta el soberbio autor de sus prisiones,
Al ver su porte y su semblante augusto,
Decía, exclamando entre despecho y susto:
«Mi poder en Fernando al fin se estrella,
Pues Es: aña le adora, y reina en ella.»
Pueblo que le lloraste en tu memoria,
Pues le llegaste á ver, canta su gloria.
Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,
Y con alegre luz tambien se muestra
En los ojos del caro augusto hermano
Y el real semblante de su tío anciano.

Pero, ¡qué versos á su nombre iguales,
De las Musas qué cantos inmortales
Le dirán nuestro amor?..... Señor, perdona
Si, por laurel debido á tu corona,
Repetimos los cantos militares
Que hicieron al paisano en sus hogares
Impávido arrostrar su adversa suerte,
Cantando y peleando hasta la muerte.
Ellos entretuvieron la esperanza
De nuestra independencia y tu venganza,
Y el eco del cañon fué el instrumento
Con que dimos tu nombre augusto al viento.
Mas escuchad, primero, el dulce tono
Con que de corazones en un trono
Os volvéis á sentar. Y así haga el cielo,
Fernando, al fin, que del ibero suelo
Aun la sombra del mal tu nombre ahuyente,
Y que brille á los ojos de tu celo
Como un prado anchuroso y floreciente;
Cuando ni nubes ni vecinos montes
Estrechan los serenos horizontes;
Donde el sol, si se asoma en el Oriente,
De una cuna de flores se levanta;
En el calor de la ardorosa siesta
De flores un Océano domina;
Y cuando en Occidente al fin declina,
Sobre un lecho de flores se recuesta.

HIMNO.

CORO.

*Vuelve al trono, Fernando querido,
Sube en brazos del pueblo más fiel,
Tú le harás tan feliz como has sido
Sostenido y regado por él.*

(1) Esta composición se hizo en los primeros días de Abril de 1814, á la primera noticia que se tuvo de la vuelta del Rey, nuestro señor á España, poniendo término á la gloriosa lucha sostenida por sus vasallos. Se prepararon para el teatro la introducción y el himno.

VOZ SOLA

Largo tiempo tu ausencia ha llorado
La constancia del pueblo español;
No es tan triste á la luna el nublado,
No es tan negro el eclipse en el sol.
Pero ya que tu vista descuella
De la guerra entre el luto y horror,
No es tan dulce en borrascas la estrella,
No es tan grata en desiertos la flor.
Deja, deja esa tierra homicida,
Que con grillos tu gloria ultrajó;
Vuelve, vuelve á esta patria querida,
Que con sangre tu injuria vengó.
Si ven ruinas al paso tus ojos,
Bienes son que nos trajo el frances;
Mas tambien son sus viles despojos
Esos huesos que pisan tus piés.

Cuando al márgen del Ebro llegares,
Ten presente, al mirar su raudal,
Que no daba el tributo á los mares
Sino en sangre enemiga ó leal.
Zaragoza te dice humeando
Que se supo abrasar, no rendir,
Y aún de noche á venganza, Fernando,
Sordos ecos se escuchan gemir.

Mas del pueblo, á quien dió la fortuna
En su seno mirarte al nacer,
Que de flores cubrió tu real cuna,
Y entre abrojos te ha visto crecer;
De Madrid tal será la alegría,
Cuanto fué de perderte el dolor;
Mayo solo te acuerda en un día
De Madrid la fineza en tu amor.

Al entrar por su puerta dichosa,
Entre vivas y alegre efusion,
¡Cuánta vista en el Prado azarosa
Turbará tu leal corazon!

Aquí fué por Fernando el delirio;
Por Fernando allí el pueblo lidió;
Y allá fué de la gente el martirio,
Que muriendo á Fernando invocó.

Mas tu nombre triunfante sonando,
Ya destierra la antigua afliccion,
Y á los timbres del quinto Fernando
Va de nuevo á elevar la nacion.

Al soldado, que sólo en tu nombre
Fué terror de la pérdida grey,
Nada habrá que en el orbe le asombre
Cuando lleve por jefe á su rey.

Reina; premia, y perdona en la tierra
De quien eres el iris gentil;
Ven á dar nuevo aliento á la guerra,
Y á enfrenar la discordia civil.

Tú sabrás reprimir la anarquía,
Pues en Francia admiraste su error;
Tú odiarás la feroz tiranía,
Pues sufriste á un tirano opresor.

Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado,
La desgracia su adverso crisol,
Y tu vista á su brillo eclipsado
Restituya el imperio español.

Y á los rayos de gloria, que en tanto
Se difundan del regio dosel,
Que se enjuguen la sangre y el llanto
Que han regado tu hermoso laurel.

VI.

EN EL DIA DE LA RESTAURACION EN 1823,
PINTANDO LOS MALES DE LA ANARQUÍA.

CORO.

*Triunfe España con cívica pompa;
Palmas, rosas y olivas juntad;
Pues da el cielo una mano que rompa
Las cadenas de la libertad.*

ESTROFAS.

Libertad se llamaba la arpia
Que el averno lanzó contra España,

Señalando por cebo á su saña
Sus blasones y antiguo laurel;
Mas su nombre era sólo anarquía;
Su semblante y su voz de sirena,
Que con hechos y entrañas de hiena
Nos reduce á coyunda criel.

Ved cuál sigue á su sombra ominosa
De mil vicios la turba funesta,
Entre todos su impávida cresta
Levantando la fiera ambición.
La venganza entre ruinas gozosa,
La calumnia cizaña sembrando,
Y la envidia las glorias manchando
Que en cien lustros ganó la nación.

A su impulso, ¡qué es ya de la Iberia!
No hay en ella rincón que no lllore,
O que sangre infeliz no colore,
Derramada con fría maldad.
Vasto campo de duelo y miseria
Hoy se ostenta su rica comarca,
En que iguales pastor y monarca
A los cielos imploran piedad.

Proclamóse en discordia y tumultos
Igualdad, repartiendo puñales;
Mas á todos en breve hace iguales
El sepulcro que se abre á sus pies.
Si al cadalso camina entre insultos
La inocencia sin prueba ni juicio,
Por vengarla en el mismo suplicio
Sus verdugos parecen después.

No hay sagrado, no hay sitio seguro;
Ni el hogar al vecino le ampara,
Ni el prelado halla asilo en el ara,
Ni aún al preso es esendo la ley.
Pues vagando asesino y perjuro
De palacios y templos entorno,
Con palabras de escarnio y soborno
Amenaza de muerte á su rey.

De Murat, ¡oh decreto homicidal!
¡Oh sangrienta jornada de Mayo!
¡Cuántas veces tu bárbaro ensayo
Repetido por ellos se ve!
¡Ay! si entónces fué sangre vertida,
Lo fué al ménos por brazo español....
Mas ahora es hermano, es amigo
Quien la vierte sin honra y sin fe.

¡Y esta afrenta en un pueblo que bravo,
A su rey por librar de cadena,
Retar supo al tirano del Sena
Con valor que á la Europa asombró!
¡Y hoy llevarlo hácia el mar como esclavo,
Despojado de régia grandezal....
De caribes es digna proeza;
Que de pechos ibéricos, no.

No, españoles, no es vuestra la afrenta;
Es de pocos que el vicio domina,
O que el falso saber alucina.
Y en tinieblas presumen lucir.
La civil libertad no se ostenta
Sino en medio de paz y justicia;
La equidad es su sola delicia,
Sin virtudes no puede vivir.

Ella sí, no la infame licencia,
Libra al justo y aterra al malvado;
Ella sola por siempre ha gozado
Ara digna en el pecho español.

Huyan, pues, á su hermosa presencia
De Fernando los guardas alevés,
Cual se ven derrumbarse las nieves
Derretidas al rayo del sol.

Saludemos al astro que guía
A Castilla los hijos de Francia;
No sañudos con fiera arrogancia,

Cual minis/ros de horrenda opresion;
Sino ardientes en noble osadía,
Y ostentando en su aspecto gallardo
El honrado valor de Bayardo
Y la gloria inmortal de Borbon.

A su frente el penacho flotante
Se descubre en el nieto preclaro
Del Enrique á la Francia tan caro,
Que triunfó con justicia y piedad;
No siguiendo á su rastro brillante
El furor ni la ciega venganza,
Sino paz y serena esperanza
De segura y feliz libertad.

Acceptemos su fausta promesa,
Que es la patria salvar del abismo;
No más tiempo, de un vil fanatismo
Nos deslumbre la antorcha fatal.
Que seguir en su bárbara empresa
Arrostrando una ruina evidente,
Es probar que apagó en nuestra mente
La razón su precioso fanal.

Y aún del Bétis, si al bruto arrogante
Desbocado en perdida carrera
Se le ve trasponer la ladera
Y á las cumbres furioso asaltar;
Si de pronto á su pié ve delante
Precipicio ó riscosa fragura,
Se recoge, se pára y procura
Generoso su vida salvar;

Así huyamos del borde horroroso;
Baste ya de terror y de agravio:
No sea más criminal en el labio
El antiguo decir: «Viva el Rey.»
Recordad que ese grito glorioso
Fué el que sólo en la noble campaña
La victoria aclamó, cuando España
A dos mundos dictaba la ley.

Españoles, librad á la historia
De escribir tantos odios crüeles;
Deponed los funestos laurales,
La pacífica oliva ceñid.
Y aspirando con prueba notoria
A borrar nuestros yerros fatales,
Entre filas de brazos leales
Vuelva el Rey de Sevilla á Madrid.

VII.

HIMNOS CANTADOS EN LOS TEATROS,
CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DE S. M. LA REINA
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON (1829) (1).

HIMNO 1.º

CORO.

*De Himeneo la antorcha relumbra,
Suenen dulces los himnos de amor;
Y en el solio aclamada se encumbra
De Cristina la gracia y candor.*

ESTROFAS.

Saludemos al astro risueño
Que amanece á la hispana region;
Que es encanto y placer de su dueño,
Como al pueblo presagio de union.
Ella alienta los tristes desmayos,
Ella en gozo convierte el pesar,
Y hace alegre con plácidos rayos
De esperanza las flores brotar.

CORO.

De Himeneo etc.

(1) Con música del maestro Carnicero,

De sus padres angustos seguida,
Aparece Cristina gentil;
Del deseo en las alas truida,
Como flora en las auras de Abril.
Y de la aurora carroza bajando
Entre encantos que atónita ve,
A su lado se encuentra Fernando,
Y la España postrada á su pié.

CORO.

De Himeneo etc.

Si el Vesubio en sombríos fulgores
De Crístina la ausencia lloró,
Manzanares, vestido de flores,
Su presencia festiva aclamó.
¡Oh, cuál corren pastores y ninfas
A la orilla por ver y gozar
En el claro cristal de sus linfas
Retratada su imagen sin par!

CORO.

De Himeneo etc.

Brilla hermosa en su rostro su alma,
En sus ojos su ingenio feliz,
Y su talle descuelga cual palma,
De la selva en el verde matiz.
A su fama venció en gentileza,
Ni el retrato le pudo ser fiel;
Que se pinta tal vez la belleza,
Mas la gracia se esquivo al pincel.

CORO.

De Himeneo etc.

Regios padres de joya tan bella,
Por quien goza la Iberia tambien,
Pues Fernando feliz se une á ella,
Recibid nuestro fiel parabien.
Lleve el; *Vivan los dulces esposos!*
Nuestra voz al celeste zafir,
¡Y ojalá que sus hijos preciosos
Igual viva nos puedan oír!

CORO.

De Himeneo la antorcha relumbre, etc.

VIII.

HIMNO 2.º

CORO.

*Guirnaldas de rosas,
Coronas de amor,
Premiad de Cristina
La gracia y candor.*

VOZ SOLA.

Ornad, flores bellas,
Sus sienes hermosas,
Que hoy ganan gloriosas
De Iberia el laurel.
Sed puras como ella,
No armadas de espina:
Seréis de Cristina
La imagen más fiel.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.
De gracias y encantos
Su vista nos llena;
Hourada la escena
Con ella se ve.
Melpómene llantos
Y horrores desvia,
Y alegre Talía
Se rinde á su pié.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.
Mas ella, que al justo
Dar premio consigue,
Y al vicio persigue
Con fiera acritud,

Hoy mira con gusto,
Cristina, en tu cielo
Su hermoso modelo
De gracia y virtud.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

Y vos, Reyes claros,
Que hacéis tal presente,
Pues fuisteis oriente
De tan bello sol,
No es dado el pagaros
Los dignos tributos
Con ojos enjutos,
A pecho español.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

¡Francisco! ¡Isabela!
¡Fernando! ¡Cristina!
Sus nombres combina
Con gusto el amor;
Mas ¡ay! que la esposa,
En día tan fausto,
De nuestro holocausto
Se lleva la flor.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

CANTOS LÍRICOS.

I.

EL TEMPLO DE VÉNUS.

Cual solitario cisne, que mirando
Próximo de morir el trance fuerte,
Con canto triste, armonioso y blando
Se pone el mismo á celebrar su muerte;
De esta manera yo, Dilerio, cuando
Cercano á padecer la misma suerte,
El fatal golpe de la parca espero,
Cantar mi muerte como el cisne quiero.

Si la amigable musa no desmaya,
Y si su influjo al espirar recibo,
Mi pena haré que á tus oídos vaya
Envuelta en los renglones que te escribo;
Pero Clio, al mirar la ardiente playa
En que desamparado ¡ay triste! vivo,
No osa dejar, por más que yo la brindo,
La deliciosa habitación del Pindo.

Hasta las mismas Musas me han dejado;
Que yo no sé si, viéndome perdido,
El amor ó el temor las ha alistado
De mi enemiga hermosa en el partido:
En el horrible y turbulento estado
A que la ingratitud me ha reducido,
Tan solamente á tu amistad apelo
Por único remedio y por consuelo.

A tí tan solamente, ilustre amigo,
Inestimable y firme compañero,
A tí te haré de mi dolor testigo,
Pues lo eres del amor más verdadero.
Lee esta triste carta en que me obligo
A pintarte el estado lastimero
De una alma que fluctúa entre pasiones,
Si no borra mi llanto los renglones.

La negra atrocidad, el inhumano
Rencor de aquel destino más impío,
No produjo jamás en pecho humano
Un dolor comparable al dolor mío:
En vano el corazón emplea, en vano,
Para oponerse al mal, su esfuerzo y brío;
¡Porque como corriente impetuosa,
Todo lo arrasa mi pasión furiosa.

Mi débil corazón, atribulado
De sus males por la horrible procela (1),

(1) De *procella*, palabra latina; borrasca. (Nota del Colector.)

Es cual barco en el golfo alborotado,
Sin palos, sin timón, jarcia ni vela;
De las hinchadas ondas volteado,
Veloz tan pronto hasta las nubes vuela,
Veloz tan pronto en el instante mismo
Se encuentra sumergido en el abismo.

Cuántas pasiones puso en el humano
La cólera temible de los cielos,
Tantas conspiran con furor insano
A conturbar mi pecho entre desvelos;
Esperanza, tristeza, amor tirano,
Odio, temor, resentimiento y celos;
Todas unidas en mi daño se hallan
Y contrapuestas entre sí batallan.

Y el eterno tesón de la congoja,
Que en descontento vuelve mi alegría,
De toda la esperanza me despoja
De mejorar de suerte en algún día:
Ni un instante el dolor la cuerda afloja
En el silencio de la noche nubria,
Ni cuando en la mitad de su carrera
Se pára el sol á iluminar la esfera.

¡Ay, cómo los placeres más completos
Ya se han mudado en fuentes de disgusto,
Y cuantos me rodean son objetos
Propios para excitar horror y susto!
De árboles secos, feos esqueletos,
De áridos montes el aspecto adusto,
Y en vez de flores, ásperos abrojos,
Que crecen con el llanto de mis ojos.

Si antes la sociedad me disgustaba,
Hallaba mi descanso en el retiro;
Pero el placer que el bosque ántes me daba,
Con aversion y tedio hora le miro.
El viento que las hojas meneaba,
Del arroyuelo el tortuoso giro,
Ni del preciado ruiseñor el canto
No tienen para mí ningún encanto.

El sueño, que las penas tanto engaña
Y á todos los vivientes hace iguales,
Pues el pastor que duerme en su cabaña
No echa de ménos las alcobas reales,
Si mis sentidos un instante baña,
La idea me presenta de mis males
En formas tan horribles y espantosas,
Que más que la evidencia son penosas.

Me acuerdo que una noche en que el exceso
De una cavilación tan incansante,
O de las mismas lágrimas el peso
Me hizo cerrar los ojos un instante,
El breve y melancólico embeleso
Un sueño me inspiró tan semejante
A la causa fatal de mis congojas,
Cual te dirá mi voz, si no te enojas.

En el florido campo de Citéres
Transportado de pronto me contemplo,
Morada de los lúbricos placeres
Do Vénus tiene su soberbio templo.
Gran tropa de varones y mujeres
Iban á entrar en él; y yo, á su ejemplo,
De una secreta fuerza arrebatado,
Puse los pies en el umbral sagrado.

Entré; pero paróme la hermosura
De la fábrica inmensa que veía;
Obra de amor, que unió para su hechura
Las Musas y las Gracias á porfia:
De aquel mármol, que al alba en su blancura,
Y en duración al tiempo excedería,
Las columnas, los arcos eran hechos
Que sustentaban los excelsos techos.

Abren sonantes y anchurosas puertas
Del templo el paso á la votiva gente,
Rodando en quicios de metal, cubiertas
De láminas de plata refulgente:
En ellas para siempre dejó abiertas
El buril de Vulcano diestramente
Altas memorias de hurtos amorosos,
Que son de amor los triunfos más gloriosos.

Vieras allí por el pastor altivo
En vivas llamas abrasarse Troya;
Llamas que lanza Atridas vengativo
Al robador de su amorosa joya;

Miras allí pintada tan al vivo
Del caballo la bélica tramoya,
Que parece se ve correr la gruta,
Y se oye hablar á Ulises elocuente.

Vieras á Dido allí, llena de enojos,
Del Trojano llorando el fingimiento,
Puestos los tristes aunque hermosos ojos
En las naves que ya se lleva el viento;
Y con las armas, únicos despojos
Del fugitivo amante, en un momento
Caer traspasado en las ardientes teas,
Con moribunda voz llamando á Enéas.

Vieras también á Júpiter tonante,
Dejando á un lado el celestial decoro,
Por una ninfa en la ribera errante
Ir trasformado en inocente toro;
Y á la guardada en muros de diamante
Gozarla convertido en lluvia de oro,
Mostrando no hay honor tan defendido,
Que amor no vengza, al interés unido.

Creyeras ver que el alto Olimpo estriba
Sobre la enorme cúpula dorada,
No habiendo humana vista que perciba
(Tal es su elevación) si está cerrada:
Unas veces del sol la llama viva
Como el cristal la deja iluminada;
Otras, oscurecido el vasto seno,
Se oye debajo retumbando el trueno.

De los sagrados muros en contorno
No se descubren dóricas labores;
Que del templo de amor el propio adorno
Sólo guirnalda son de hermosas flores:
Ellas, volviendo y revolviendo en torno
De las altas columnas, mil olores
Hacen subir desde la tierra al cielo,
Que en amantes deliquios dan consuelo.

Por gozar del Abril las verdes galas,
Concurrer pajarillos á millares,
Con el sordo susurro de sus alas
Rondando al rededor de los altares:
Amor, tú sus pasiones les señalas,
Tú los reñes en amantes pares,
Y malicioso te diviertes luego
En verlos respirar tu infausto fuego.

Yo estaba embelesado contemplando
Tan vasto, hermoso y mágico edificio,
Cuando advertí que se iba levantando,
Creciendo y resonando un gran bullicio.
«Vénus, Vénus, favor (iban gritando):
Amor, divino amor, sednos propicio.»
Y las mismas palabras que decían,
Las bóvedas del templo repetían.

Entró un carro tirado de palomas;
Un gran coro de ninfas le rodea:
En él sentada, y difundiendo aromas,
Iba en el traje Vénus Citérea
Que dió á su mano de las áureas pomas
La más gloriosa en la montaña Idea;
Velo que de las Gracias la más pura
Prendió oficioso á su gentil cintura.

¡Oh! si me diera aquí naturaleza,
En vez de pluma, su pincel valiente,
Pintára la hermosura y gentileza
De la madre de Amor omnipotente:
La graciosa apostura de cabeza,
Las negras cejas, la serena frente,
Y la rica madeja del cabello
Que se derrama por el albo cuello.
¡Quién pudiera pintar el atractivo
De los brillantes ojos y serenos,
Que con un mirar lánguido y lascivo
Lanzan de amor mortíferos venenos!
¡Cuántas veces á Jove vengativo,
Pronto á aterrar al mundo con sus truenos,
Estos ojos con sólo una mirada
Le dejaron la diestra desarmada!

Pero entónces tan dulce los revuelve,
Tan graciosa los pára y los retira,
Que en amor, en delicia, en fuego envuelve
La tierra, el cielo y cuanto al paso mira:
Aquí la paz á dos amantes vuelve,
Allá piedad en una ingrata inspira,

Acá las furias de un celoso calma,
Allí en la ausencia la inquietud de un alma.

Deslizado el pincel pintará luego
De su seno los orbes torneados,
Que á no encerrarse en ellos tanto fuego,
Dijera que de níve eran formados.
En ellos es donde Cupido ciego,
Cuando aplica los labios sonrosados,
Mama por leche aquel licor ardiente
Que le hace tan lascivo y delincuente.

Tanta belleza, tanta maravilla
Vi de la Dea en la divina cara,
Que cuanta estrella en ese cielo brilla
Para comparación no me bastará.
Los amadores ya con fe sencilla
Se iban humildes acercando al ara;
Su ofrenda en ella cada cual coloca,
Y, suspirando, á la deidad invoca.

Uno la blanca palomilla inmola,
Por pintar de su fuego la inocencia;
Otro la tortolilla viuda y sola,
Por abreviar los plazos de la ausencia;
El celoso la pálida viola
Y el olvidado humo de la esencia
Mas olorosa que la Arabia cria;
Yo sólo sin ofrenda me veía.

Como rosal, que al despuntar la aurora,
Rompiendo los pimpollos opresores,
Aunque varios matices atesora,
Siempre el carmin resalta en sus colores;
Así al verme entre el vulgo que la adora,
Sin ofrenda de inciensos ni de flores,
Se puso el bello rostro de la diosa,
No se si de enojada ó vergonzosa.

Mas ¡ay triste de mí! que su semblante
Dudar no me dejó de sus enojos,
Y vi salir un rayo penetrante
De cada cual de sus hermosos ojos.
«Pérfido adorador, traidor amante
(Me dijo), ¿qué pretendes tan arrojos?
¿Con qué poder, con qué derecho impío
Osas tú profanar el templo mío?

»Tú, el más infame y vil de los humanos,
A insultarme, sacrilego, te atreves!
¿No sabes que los dioses soberanos
Tiemblan de mis enojos los más leves?
Tú, sin ofrenda alguna entre tus manos,
Hacia el sagrado altar la planta mueves!
¿Hay un mortal que tal audacia tenga,
Y Citeréa Vénus no se venga?

»Pues á mi omnipotente padre hago,
Por la Estigia laguna, juramento
De causar en tu pecho tal estrago,
Que sirva á tus secuaces de escarmiento.
Una ingrata mujer te dará el pago
De esta profanación y atrevimiento:
Tú la amarás; mas de su pecho duro
No te prometas ni un favor, perjuro.

»Le explicarás tu amor; y ella, con ceño,
No querrá dar oídos á tu queja,
Sino huirá de tí con el empeño
Que del hambriento lobo huye la oveja;
La verás en los brazos de otro dueño
Y que á tí en tu furor morir te deja:
Así castigaré tus desacatos:

Hijo, da cumplimiento á mis mandatos.»
Dijo; y el niño Amor, que en el regazo
De su divina madre reposaba,
Alcanzó con pueril desbarrazo
Una dorada flecha de su aljaba,
El arco apoya en el siniestro brazo,
Y disparando con la diestra brava,
Tal herida el críel hizo en mi pecho,
Que á él mismo le pesó de haberla hecho.

Con la impresión del golpe doloroso,
De un salto me salí fuera del lecho;
El corazón me late presuroso,
Que ni el aliento puedo echar del pecho;
Y como el cervatillo que medroso
Huyendo va del cazador acecho,
A todas partes miro, y cuanto veo
Me parece ser sueño y no lo creo.

No es sueño mi dolor; que la divina
Silvia, por quien idolátrame muero,
Vengando á la colérica Ciprina,
Tanto odiándome está cuanto la quiero:
Ella desprecia en mí la pasión fina
Por hallar un amor ménos sincero;
¡Ah! no conoce, como yo, el estado
Doloroso de amar sin ser amado.

Así de mi dolor la contumacia
Me atormenta y oprime noche y día,
Y de esta suerte, amigo, mi desgracia
Siempre patente está en la fantasía.
¡Oh! si fuera tan viva su eficacia
Que diera fin á la existencia mía,
Viera yo terminado mi martirio;
¿Pero yo venturoso? ¡Qué delirio!

II.

LA SILVIA.

Fuentes del sentimiento y la armonía,
Regalo de los cisnes del Parnaso,
Primer favor que Febo les envía,
A ellos tan liberal, como á mí escaso,
Refrigerad mi ardiente fantasía,
Algunas flores derramando al paso
Sobre el recuerdo del fugaz contento
De que cantando alivio el pensamiento.

Que así como al soldado le es gustoso
Contar, de anciano, juvenil victoria,
O al inhábil marino, en su reposo,
De sus naufragios peregrina historia,
Yo así un instante de mi vida hermoso,
Un solo instante, traigo á la memoria;
Volviendo así tras la ilusión perdida
Corriente atrás del río de mi vida;

Mas no la lira pulsará mi mano
Para quien del amor dichas moteja,
Que canta el ruiseñor, y suena en vano
Para el villano su doliente queja:
Mas si pasa el sensible ciudadano,
Que caminando de su amor se aleja,
Luego á la voz simpática se pára,
Y al del ave infeliz su mal compara.

Dos veces su carrera dilatada
Al rededor del sol la tierra hacia,
Y el sol con influencia variada
En frutos diferentes la envolvía,
Sin que la hermosa Silvia, acostumbra da
A oír y despreciar la pena mía,
A una pasión tan firme y verdadera
Un solo rayo de esperanza diera.

Vanas eran mis tiernas persuasiones,
Sin fruto el suspirar, perdido el llanto,
Que ella la brava mar de mis pasiones
Miraba desde el puerto sin espanto;
Y cuando en lastimeras expresiones
Iba á exponerla humilde mi quebranto,
Dioses, que su semblante airado visteis,
Aun vosotros su cólera temisteis.

¿Veis en furor á la leona torva,
Que el duro lazo en destrozar se empeña,
Rabiosa despedir la garra corva,
Y al aire dar la polvorosa greña (1);
Ceba en el tronco que su fuga estorba
Los dientes que entre blanca espuma enseña,
Fuego brotan sus ojos encendidos,
La selva se estremece en sus rugidos?

No ménos obstinada en su despecho
Oye mis quejas Silvia, pues parece
Crece la ingratitude en aquel pecho,
Al paso que en el mío el amor crece;
Mi corazón, en lágrimas deshecho,
Los de las mismas fieras entenece,
Pero Silvia se burla, en su porfía,
De la ternura de ellas y la mía.

(1) ARRIAZA, llevado del ardor poético, olvidó aquí que la leona no tiene guedeja. (Nota del Colector.)

¿Quién, al ver la frescura de las rosas
En su apacible rostro, imaginára
Que bajo de apariencias tan hermosas
Un corazón impío se ocultára?
¿Impío? ¡Oh dioses! no; si las dichosas
Manosiones vuestras la piedad dejára,
¿Dónde encontrára asilo digno de ella,
Sino en el pecho de mi Silvia bella?

No es que un corazón tenga de diamante,
Insensible al amor, ¡oh Dios! no es eso;
Es que nadie la adora digno amante,
Aunque llegue á adorarla hasta el exceso;
Al lado de su mérito brillante
Es débil mi pasión, yo lo confieso;
Mas si yo no la quiero, busca en vano
Más fuego, más amor en pecho humano.

Así lo conoció la hermosa un día,
Que acaso en mí fijó sus claros ojos;
De un corazón que en vivo fuego ardía
Vió consumir los últimos despojos;
La vista del horrendo mal que hacía
Movióla á compasión, y de sus rojos
Labios dejó salir un sí tan tierno,
Que pudo hacer feliz al mismo Averno.

Palabra que al salir dejó suspensas
Las leyes á que el mundo se halla adjunto;
Los planetas sus órbitas inmensas
Cesan en describir por aquel punto;
Febo, rompiendo las tinieblas densas,
Lució de noche á las estrellas junto,
Y Neptuno, elevado sobre un monte
De agua, domina el férvido horizonte.

En medio del Olimpo amor risueño
Triunfante se presenta en la palestra;
Vénus, regocijada, con enipeño
La victoria del hijo al padre muestra;
Júpiter, descompuesto el grave ceño,
Revuelto el manto, sin acción la diestra,
Y casi fuera de su trono inmenso,
Contempla á Silvia atónito y suspeso.

Suspensas, quietas y en silencio mudo
Las auras de natura portentosas,
Buscan aquel feliz mortal que pudo
Entrañas ablandar tan rigorosas;
Y cuando de la boca en que el más crudo
Desden dictó respuestas siempre odiosas,
Venciste, tuya soy, Fileno, oyeron,
A sus antiguas leyes se volvieron.

Amor, que la inspiraste el dulce intento
De pagar mi pasión constante y fina,
La poderosa mano ni un momento
Levantes de tal obra, que es divina;
Al lado de mi Silvia el pensamiento
Adorará tu imagen peregrina,
Y serás más feliz puesto á su lado,
Que en la falda de Vénus acostado.

Mira ya renacer en el Oriente
El día más hermoso y más sereno,
En que dejará Silvia lo inclemente,
Haciendo venturoso á su Fileno;
Mira ya descollar su rubia frente
Al sol, de nuevos resplandores lleno,
Que los fogosos brutos apresura,
Para testigo ser de mi ventura.

En vano, de tu luz haciendo ensayos,
Oh Febo, al precipicio te conduces;
¿Qué será del torrente de tus rayos
Cuando Silvia abrirá sus claras luces?
Buscarás que tus pálidos desmayos
Oculen de la noche los capuces;
Pero Silvia hará claros tus sonrojos,
Ahuyentando la noche con sus ojos.

Mas si la escucho que á sus pies me llama
Para hacerme señor de su albedrio,
¿Cómo así cede el fuego que me inflama,
En vez de centellar con nuevo brio?
Un hielo por mis venas se derrama;
¿Lo has olvidado ya, corazón mio?
¡Ah! la idea del gusto que te aguarda
Te llena de temor y te acobarda.
Yo, que á la triste margen del Leteo
Bajara con valor y confianza,

No por un bien perdido, como Orfeo,
Sino por tener de él leve esperanza;
Cuando benigna á la fortuna veo,
Que alegre su dorada copa alcanza,
Y me brinda el placer más soberano,
¿No tendré esfuerzo de alargar la mano?

Tres veces á pisar llegué la puerta
Que al templo de mi diosa daba entrada,
Y otras tres veces la esperanza incierta
Hizo volver atrás la planta osada.
Entre frios temores medio muerta
Iba á quedar mi dicha sepultada;
Pero amor me dió fuerza de improvisio,
Y cercado me vi de un paraíso.

Veo extenderse una florida alfombra
Bajo mis pies, que huelan su verdura;
Cubrirese el cielo de apacible sombra,
Embalsamarse el aire de dulzura;
Tropa que me rodea, y no se asombra,
De tímidas coreillas; y natura,
Que hacer un sitio digno solicita
Del soberano dueño que le habita.

Suspendiome con súbito embeleso
La vista de los árboles frondosos,
Encoivadas las ramas con el peso
De los frutos más dulces y sabrosos;
A veces, figurando un bosque espeso,
Enlazados los troncos escabrosos,
Otras formando calles agradables
De hileras á la vista interminables.

Jamas aquellos árboles conmueve
De bramadores vientos el orgullo;
El dulce respirar del aura leve
Excita de sus hojas el murmullo,
A cuyo blando són tambien se atreve
La tortola á mezclar el de su arrullo
Y el de los ruiseñores, que sus nidos
Tienen entre las hojas escondidos.

No espera allí natura los sudores
De fatigados hombres ni de brutos,
Para cubrir los árboles de flores
Y sazonar los deliciosos frutos;
Ni del invierno teme los rigores,
Pues de sus producciones los tributos
En cualquiera estacion á Silvia ofrece,
Que ella su gloria y su deidad parece.

Las manantiales aguas cristalinas,
Bajando con estruendo despeñadas
Entre escarpadas rocas y colinas,
Formando van magníficas cascadas;
Y despues que las plantas más vecinas
Del benéfico humor dejan bañadas,
Se parten en arroyos bulliciosos,
Y se pierden jugando entre las flores.

Las flores, que en eterna primavera
Mantiene siempre frescas y olorosas
Silvia con la esperanza lisonjera
De hacerlas en su pecho venturosas;
La rústica amapola en él espera
Causar envidia á las purpúreas rosas,
Que puesta en tal esfera, en lustre y gala
La reina de las flores no la iguala.

Terminan la remota perspectiva
Cordilleras de montes á lo léjos,
Lagunas que del sol la luz más viva
Reverberan en trémulos reflejos,
Mieses que mueve el aura fugitiva,
Y ganados, y alegres zagalejos
Cantando y caminando hacia la aldea,
Que allá la niebla impide el que se vea.

En lo interior las aves inocentes,
Que están sonoros trinos ensayando,
El lento murmurar de las corrientes
Aguas que por el valle van cruzando,
La multitud de olores diferentes
Que el céfiro difunde al aire blando;
Todo delicias, todo amor respira.
Todo amores de Silvia al mundo inspira.

En fin, aquellos sitios fortunados
Parece solamente haber servido
De asilo á dos amantes conservados
De las ruinas del mundo destruido;

Yo, á quien tantos objetos encantados
 Tuvieron hasta entónces sin sentido,
 Pensé buscar la celestial figura
 De la que daba sér á la hermosa.
 No con tal prontitud atrás se deja
 La antigua selva por bajar al río
 La fatigada cierva, si le aqueja
 La sed en el ardor del seco esto,
 Como yo, revolviendo la perpleja
 Vista por todo aquel lugar sombrío,
 La imagen de mi bien iba buscando,
 Encantos y d'elicias despreciando.
 Pasé la multitud maravillosa
 Que de bellezas primavera envuelve;
 Pero mi pensamiento, que en la hermosa
 Silvia se ocupa, ni á mirarla vuelve;
 La majestad noté con que la rosa
 De su verde boton se desennueve;
 Pero al querer fijar la vista en ella,
 No (me responde Amor); *Silvia es más bella.*

Mas ¡ay! en vano el cuerpo miserable
 En busca del amado bien fatigo,
 Que iba huyendo de mi la sombra amable
 Con más velocidad que yo la sigo;
 Al fin, sobre aquel árbol admirable,
 Que no teme de rayos el castigo,
 Sentado vi de Citeréa al hijo,
 Que con maligna risa así me dijo:
 «Oye, Fileno, al fin de esa alameda
 Modular una voz grata, suave,
 Que el curso libre á los alientos veda,
 Y arrebatar los corazones sabe;
 ¡Juzgas ser el Favonio que remeda
 El cantar apacible de algun ave?
 ¡Ah! ¡con que, no conoces, inocente,
 Que es tu Silvia, que canta dulcemente!»

De un arroyo feliz siguiendo el rastro,
 Sentada ¡ay Dios! la vi en su verde orilla,
 Mas clara y luminosa que aquel astro
 Que en medio de la esfera inmóvil brilla;
 Sobre el brazo, más blanco que alabastro,
 Apoyada la angélica mejilla;
 Y los ojos, de amor ministros ciertos,
 De celestiales párpados cubiertos.
 De gracia y majestad á un tiempo llena,
 Amor á un tiempo y sumision infunde;
 Albo color de leche en la sarena
 Frente y garganta bella se difunde;
 En su rostro el candor de la azucena,
 Al carmin de la rosa se confunde;
 Mas la boca, mansion de amable risa,
 Sola en ella la rosa se divisa.

Inmóvil á tal vista, ni al aliento
 Osaba dar salida de medroso,
 Viendo con la quietud que el mismo viento
 Respetaba en silencio su reposo;
 Y no sé yo si acaso en tierno acento,
 A vista de prodigio tan hermoso,
Esta es mi Silvia, gloria de mis penas,
 Timido el labio pronunciase apénas;

Pues por una sonrisa maliciosa
 Que de los suyos separó la grana,
 Como suele el pimpollo de una rosa
 Abrirse al despuntar de la mañana.
 Mi suerte hasta la altura más gloriosa
 Vi remontarse próspera y ufana,
 Pues luego conocí que no dormía,
 Sino despierta estaba, y lo fingía.

Y huyen al punto ¡oh dicha! de su frente
 Cuantos desdenes ásperos prohiben
 Mi tierno amor, y me hace de repente
 El mortal más feliz de cuantos viven.
 Parece que la selva entónces siente
 Mi placer, que las aves le perciben.
 Pues coronando van en varias tropas
 De los vecinos álamos las copas.

Cada amorosa fuente se apresura
 Por arrojar al seno de su lago;
 Cada paloma muestra su ternura
 De su movible cola en el halago;
 Cada vid á su tronco se asegura;
 Cada muro á su hiedra vuelve el pago,

Y cada insecto liba mil olores
 En los sabrosos besos de las flores.

A cuyo són campastre y halagüeño
 Así se unió mi voz amante y pura:
 «¡Oh soberana Silvia, único dueño
 A quien me entrega amor y mi ventura,
 Depon, hermosa, el obstinado empeño
 De negar por trofeo á tu hermosa
 Un corazon que en sí siente el destino
 De ser premio á tu mérito divino.

»Que este delirio amante en que se inflama
 No lo ha encendido en él próprio el cielo.
 Sino para que brille en digna llama
 La suprema beldad que en tí dió al suelo;
 Y Himeneo estos vínculos reclama,
 Antes que el tiempo con furtivo vuelo
 Llegue, y mande á los frios desengaños
 Talar la flor de tus floridos años.

»Yo tu esposo he de ser; y esta voz mia
 No amor solo en mi labio la coloca,
 Sino que la afirmó con energía
 La voz de Silvia y su purpúrea boca;
 Y ambos corriendo entónces á porfía,
 No quedó tronco allí, ni dura roca,
 Sin recibir en cifra ó dulce empresa
 Nuestro contrato y nuestra fiel promesa.»

Mal segura promesa, ¡y qué te has hecho!
 Sombra, y no más, es ya la dicha suma
 Que tuvo esfuerzo de sentir mi pecho,
 Pero que no sabrá expresar mi pluma;
 Cobró ya su tiránico derecho
 El tiempo, que no hay bien que no consuma,
 Y del mio tan sólo me ha dejado
 Un ¡ay! que fué; mas ¡ay! que se ha acabado.

Ausente de ella vivo; en sus favores
 Clavó la envidia el venenoso diente:
 Perdona tú, ocasion de mis amores,
 Si te agravio en decir que vivo ausente:
 Vosotras, aveçillas, plantas, flores,
 A quienes mi ventura fué patente,
 Ya que no sois testigos de mi muerte,
 Ayudadme á llorar mi adversa suerte.

Cuando secretamente unos á otros
 Os estais prodigando las caricias,
 Acordaos, pajarillos, que nosotros
 Fuimos vuestro modelo de delicias;
 Y por el bello día en que vosotros
 Volásteis á pedirme las albricias
 De que Silvia me amó, venid, decidme
 Si Silvia piensa en mí, si Silvia es firme.

Y tú, dorado padre de los rios,
 Cuando pomposo en Portugal desaguas,
 La márgen llena de árboles sombríos,
 Que retratando van tus claras aguas,
 Préstales á los tristes ojos mios
 Tu raudal todo; y si apagar las fraguas
 Que mi pecho alimenta no lograres,
 Corre á perderse en los inmensos mares.

Silvia, tu nombre, Silvia, el pecho bronco
 En la orilla del mar al aire daba;
 Silvia, al estruendo de las olas ronco
 En la ribera opuesta el són acaba:
 Silvia, tu nombre crece con el tronco
 En que mi mano trémula le graba;
 Silvia, el aire silbando entre las cañas;
 Silvia, repite el eco en las montañas.

Al fin, aunque el furor de las estrellas
 Me destierre á los montes de la luna,
 Y allí existieren criaturas bellas.
 Si más bella que tú cabe en alguna,
 Yo les diré, mi bien, tan sólo aquellas
 Palabras que te dí en mejor fortuna:
*Nunca el ara en que Silvia fué adorada
 Será por otro fuego profanada.*

Pasó veloz aquel feliz momento
 A que siguieron tantos infelices;
 ¡Oh! no me representes, pensamiento,
 El mirto que nos hizo tan felices;
 Si mi dicha halló cuna en su cimicento,
 Ya su sepulcro envuelven sus raíces,
 Y el doble y corvo filo de la Parca
 Graba eterna en su tronco aquesta marca:

«Mirto dichoso, cuya copa espesa
 Fué del más puro amor corona un día,
 Conserva siempre en tu corteza impresa
 Esta señal de la ternura mía;
 Y al fatigado caminante expresa,
 Si viniere á gozar tu sombra fría,
 Que si el súbito bien la muerte diera,
 Bajo tu dulce sombra yo muriera.»

III.

PARABIEN POÉTICO

EN OCASION DE LOS REALES ENLACES
 DE SU MAJESTAD Y ALTEZA.

1816.

¡Qué ángel, qué genio, ó qué divina aurora
 Abre las puertas de un feliz Oriente
 Al destino español, que así le dora
 Con desusada luz resplandeciente!
 Rayos de gozo y paz consoladora
 Relumbran por los mares de Occidente;
 Y el iris celestial su arco lozano
 Tiende desde el Brasil al suelo hispano.

¡Quién me dará las alas que de un vuelo
 Me eleven hasta el templo del destino,
 Donde Febo gentil ceda á mi anhelo
 Su lira de oro y su cantar divino!
 Seguro entónces describiera el velo
 De dichas que ahora tímido adivino,
 Que anuncian el rayar de un fausto día,
 E inundan de placer la patria mía.

Ella disfruta un bien que tiempo largo
 Lloró perdido, y recobró con gloria,
 Su dulce posesión fiando á cargo
 De la fidelidad y la viciaria;
 Fernando era este bien, mas un amargo
 Recuerdo acibaraba su memoria,
 Y es que el sólo español tanto refleja,
 Cuanto el tálamo real yermo se queja.
 Ansiaba ver un árbol tan glorioso
 De nueva flor y vástagos vestido;
 El raudal de sus dichas generoso
 En bellos hilos de agua dividido;
 De su suerte el cimiento venturoso
 Con graciosas columnas sostenido,
 Y del cielo español el sol dorado
 En imágenes bellas reflejado.

Mas ¡qué podrás al gusto de tus hijos,
 Como buen padre, rehusar, Fernando?
 Tú no consientes anhelar prolijos
 Los dulces votos que los ves formando;
 Mas en el trono lusitano fijos
 Los ojos, con mirar sereno y blando,
 Pronuncias, y obediente á tu deseo,
 Se arroja amor en brazos de Himeneo.

Arde en amor el tronco de Braganza,
 Retiemblan de placer sus ramas bellas,
 Y creciendo al calor de la esperanza
 Una, más dulce y más dichosa entre ellas,
 Tanto en las auras elevarse alcanza,
 Que con su flor ya raya en las estrellas,
 En donde al tronco de Borbon tocando,
 Tus sienes baja á coronar Fernando.

Y esta rama, esta flor, ¡oh maravilla!
 Es Isabel, ¡oh voz de encanto llena!
 Es tan dulce en los campos de Castilla,
 Isabel de Fernando al lado sueña!
 Parece que de nuevo se amancilla
 Junto á la suya toda gloria ajena,
 Y otra vez vuelve á producir por mieses
 Bazanes, Lasos, Córdobas, Corteses.

Ya del Brasil la aurífera ribera
 Con delicado pié pisa la esposa;
 Ya va en la nave próspera y ligera,
 Rauda surcando la llanura undosa;
 Eolo y Tétis le abren la carrera;
 Y la gloria inmortal manda oficioso
 Que, respondiendo á nuestros dulces votos,

Gama y Colon le sirvan de pilotos.

Nave que á un tiempo los destinos guardas
 De dos monarcas y de dos naciones,
 ¡Oh qué de siglos, aun volando, tardas
 En sercuar la angustia en que nos ponéis!
 Tiende las alas prestas y gallardas,
 Boga por esas líquidas regiones,
 Y llega pronto á deponer dichosa
 En brazos de mi rey tu carga hermosa.
 Verás de cuántos hijos de la guerra
 La voz alegre tu llegada aclama;
 Unos que aun pisan la española tierra,
 Otros que el templo habitan de la Fama.
 Tantos presagios de ventura encierra
 De Braganza y Borbon la doble rama,
 Tantos recuerdos de inmortal renombre
 De Isabel y Fernando encierra el nombre.

Oyelo, y aun parece que encantada
 La América deponer el furor ciego,
 «Y á union tan bella, dice, estoy postrada;
 Ella me descubrió, y á ella me entrego.»
 Con España de nuevo ya enlazada,
 De amor respira, y no de guerra, el fuego,
 Su paz jurando en vivas de alegría,
 Por Fernando, Isabel, Carlos, María.

María y Carlos, que seguís las huellas
 Del gran Monarca al ara de Himeneo,
 Tambien vosotros os mostráis estrellas
 En que venturas de mi patria leo;
 ¡Qué mejor signo de esperanzas bellas!
 ¡Qué más presagio, qué mayor trofeo
 Que el ver formando lazos soberanos
 Las dos hermanas y los dos hermanos!

Ante estos lazos, que rendido adoro,
 No más los hados seguirán adversos;
 Volverá el fruto de los siglos de oro,
 Las dulces paces y los dulces versos;
 Ciencias y leyes se unirán en coro
 Para hacer juntas guerra á los perversos,
 Y el orbe todo rendirá sincero
 Veneracion y amor al trono ibero.

Así prodigue el cielo sus favores
 Sobre mi patria, á vuestros piés rendida,
 Más que veréis nacer hermosas flores
 A vuestros piés en la estacion florida.
 Pare el tiempo sus pasos destructores,
 Sin que por día cuente en vuestra vida
 De nuestro globo un círculo diurno,
 Sino la órbita inmensa de Saturno.

IV.

LA NORIA TRISTE,

Ó LOS TRES NIÑOS AHOGADOS EN UNA DE LAS
 DEL RETIRO.

La desgraciada ocurrencia de la muerte de tres muchachos hermanos (dos de ellos gemelos, de once años, y el otro de nueve), que perdidos primero de la casa de sus padres, parecieron luego ahogados en una de las norias del Retiro, produjo en todo Madrid un sentimiento general; y siendo éste particularmente simpático al corazón del autor, recientemente lastimado de un golpe semejante, le inspiró el ligero rasgo siguiente, que dedica á todos los que saben á prueba de cuánto dolor es para un padre la inesperada pérdida de los hijos.

Vida, vida infeliz, centella leve
 En estambre sutil cebada y presa,
 Que el soplo más fugaz turba y conmueve,
 Fronta á exhalar en misera pavesa;
 ¡Quién á gozarte sin temor se atreve,
 Viéndote amenazar de igual sorpresa,
 Cual en la edad de tristes desengaños,
 En el error de los floridos años!

De las mismas borrascas combatidos
 Cuantos de la existencia el golfo aramos,
 Robados á la muerte entre escondidos
 Escollidos son los días que gozamos:
 Ella nos amenaza áun no nacidos,
 Ella mece la cuna en que lloramos;
 Armas siendo, al vivir, de sus rigores
 Igualmente placeres y dolores.

Con loca imprevisión y a'e gre risa
 Entre los juegos que inocente emprende,
 El enjambre pueril sortea y pisa
 Los lazos que á sus piés la muerte tiende.
 Ni del peligro su razon le avisa,
 Ni el temor cauteloso le defiende;
 Juntándose en su boca en un momento
 El grito del dolor y el del contento.

Oíd de esta verdad el triste ejemplo,
 Y del paterno amor la amarga suerte,
 Que otro más lastimero no contemplo
 Ofrezcan los anales de la muerte:
 La lira que á tan triste asunto templo
 Es imposible que con él concierte,
 Mientras dos padres turban sus sonidos
 Con sus desesperados alaridos.

Gozaban ellos del felice estado
 Con que fecundidad á amor corona,
 De ocho hijos bellos en el cerco amado,
 Siendo reproducida su persona:
 Premio eran dulce al paternal cuidado
 Nativas gracias que la edad sazona,
 Y el venturoso hogar en cada día
 Sembraban de deleite y de alegría.

Cada instante con éxtasis miraban
 Esta guirnalda fiel de sus amores,
 Bendiciendo á los cielos, que abrigaban
 Con dulce influjo á tan hermosas flores.
 Mas ¡ay! los infelices no pisaban
 Este ovillo de espinas y dolores,
 Laberinto fatal, lleno de azares,
 Donde para un placer hay mil pesares!

Pues ¿per qué confiar en su ventura,
 Por más que les mostrase alegre frente,
 Cuando el genio del mal la más segura
 Busca, en que se haga su furor patente?
 A par del huracán, que en la espesura
 De las selvas lanzado de repente,
 Bramando dobla débiles arbustos,
 Y arranca enteros árboles robustos.

En una de estos días tarde aciaga,
 Tres de aquellas de amor flores sencillas,
 Con la acción que más tierna al alma halaga
 Abrazaron del padre las rodillas;
 Dos de ellos, de himeneo doble paga,
 En una misma cuna unas mantillas
 Vistieron, y por ser juntos nacidos,
 De los dichosos padres más queridos.

«Padre, padre, á sus piés le dicen ellos,
 Hoy fué la aplicación nuestra dichosa,
 Pues con seguro pulso y rasgos bellos
 Hemos hecho la plana más hermosa:
 Contento está el maestro, y entre aquellos
 Que aprecia en más nos da cabida honrosa;
 Contento tú también, con mano justa
 El premio nos darás que más nos gusta.

«Déjanos hoy salir al campo ameno
 En placentera unión y hora temprana,
 Pues nos convida el cielo más sereno
 Y la pradera, á nuestros juegos llana;
 Vendrá el pequeño Andrés, de gozo lleno;
 Y más nosotros, viendo cuál se afana
 Buscando al grillo que en la hierba se halla,
 Y canta al paso, y perseguido calla.

«Divertidos los tres, gustoso alarde
 De tu indulgencia y nuestra dicha harémos:
 Vamos, déjanos ir, que se hace tarde,
 Y más breve á tus brazos volverémos:
 Que á la merienda madre nos aguarde;
 Y á nuestras hermanitas les traerémos
 Cierta hierba que llaman sensitiva,
 Que, como ellas modesta, el tacto esquivá.»

Al blando ruego el padre no resiste,
 Y les concede la fatal licencia,

Aunque viniendo un sentimiento triste,
 Que el corazón opone á aquella ausencia.
 «Al fin, les dice, pues placer me diste,
 Justo es que os muestre yo correspondencia:
 Hijos, partid, y que al caer el día
 Vuelva á mi casa en vos nueva alegría.

«Siempre juntos marchad, y en medio vaya
 El delicado Andrés, porque oportuno
 El impetu de entrambos tenga á raya;
 Que por gemelos, aunque dos, sois uno.
 Ni os pareis en corrillos, ni deis vaya
 A ciego ni á lisiado ó pobre alguno;
 Sino el prado buscad que con sosiego
 Se brinde grato á vuestro amable juego.»

Así les dice, y la palabra blanda
 Apenas suena en el pueril oído.
 Cuando ya aparta la gruesa banda
 La leve planta del umbral querido,
 Y de su ciego gusto en la demanda,
 Ya la anchurosa calle han recorrido
 Que al arco excelso va que á la memoria
 Del tercer Carlos es arco de gloria.

Ya el Prado las frescas alamedas
 Atraviesan con pasos diligentes,
 Al sordo ruido de las raudas ruedas,
 Que se confunde al de sus claras fuentes.
 Dorados trenes, matizadas sedas,
 La gala, el lujo en sexos diferentes,
 Nada pára á los tiernos jovencillas,
 Que otros gustos los llaman más sencillos.

Ya, en fin, los lleva su veloz carrera
 Hasta el viejo porton y antigua plaza
 Cercada del palacio que antes era
 De ambos Filipos de la austríaca raza.
 Entran; mas ¡ay! sin ver la Parca fiera,
 Que, oculta en el umbral, los amenaza,
 Murmurando con sôn roneo, indistinto:
 «Ya no es vuestro el salir de este recinto.»

Mas los incautos pasan de corrida,
 Sin refrenar los juveniles fuegos;
 Que si hay errores en la humana vida,
 Los de la tierna edad son los más ciegos.
 ¡Oh cuántos sítios la mansion florida
 Brinda al deleite de sus caros juegos!
 Verdes alfombras, prados florecientes,
 Secrecos bosques y graciosas fuentes.

Y estos encantos nada les inspiran;
 Ni á detenerlos basta áun el rívido
 Del león, que á los libres que le miran
 Espanta aprisionado, y no vencido;
 Ni el blando movimiento con que giran
 Por el lago sereno y extendido
 Los ánades, con palas coralinas
 Dividiendo las aguas cristalinas.

Ni el canto de amorosas filomenas,
 Que entre árboles modula acorde y vario,
 Y en que el dulce embeleso de sus penas
 Encuentra el cortesano solitario,
 Les mueve á entretenerse en las amenas
 Sombras; sino que buscan al contrario
 Seco y desierto un montecillo oculto,
 Del vasto parque en el confin ineulto.

Allí encuentran los tres su paraíso;
 Allí fijan el pié, donde natura
 Parece que olvidar de en jó quiso
 Toda frondosidad, toda verdura:
 Sólo á diez arbolillos da permiso
 De estar su pobreza y su tristura
 Entorno de una noria carcomida,
 Inútil para dar al campo vida.

Mas como allí se ven solos y dueños
 De explayar su traviesa fantasía,
 Empiezan vivos, sueltos y risueños
 Sus juegos entre gritos de alegría.
 Ya entre sí se estimulan con empeños
 De agilidad y loca valentía;
 Ya en dar carreras, ya en saltar se huelgan,
 Ya á los débiles árboles se cuelgan.

Gozaban con un júbilo infantilino,
 Bien léjos de pensar los inocentes
 Que aquel fiero ministro del destino
 Volando andaba encima de sus frentes;

Que fué sombra inoportuna en su camino,
Y que hasta sus caprichos imprudentes
Eran traidoras redes que él tendía
Para volver en llanto su alegría.

Aparte de ellos el pequeño hermano
En su menuda caza se ejercita,
Buscando un negro grillo, que cercano
Con ala traidora el canto imita;
De ambos gemelos el esfuerzo vano
La vieja noria al movimiento incita,
Que entorpecida con revueltos lazos
Burlaba el brio de sus tiernos brazos.

Cansados dejan la palanca tosca
Por acercarse hácia la oscura sima
Que el agua escasa da profunda y hosca
Al torno agotador que rueda encima;
Haciendo que, á la par que en él se enrosca
La acuñil carga, trabajos gima:
Tanto se hunde en los senos de la tierra
Lo que el gran socavon profundo encierra.
Y ya en el suelo afirman la rodilla
Por no escurriirse en el movable escombros,
Y ya puestos de bruces en la orilla,
La negra poza observan con asombro.
¿No ves cómo resuena si uno chilla?
¿Cuál tu nombre repite si te nombro!»
(Dice el uno); y gritando: «¡Paco, Paco!»,
«Paco, Paco», repite el fondo opaco.

Entre tanto del Hado el monstruo horrible
De su vista feroz no los perdía,
Y alto sobre la noria, aunque invisible,
De sus odiosas alas la cubría:
Los ojos, de que un rayo el más terrible
Hácia el fondo del agua dirigía,
En él reverberaban rutilantes,
Cual dos claros carbunclos ó diamantes.

Al resplandor que vieron de repente
Los dos gemelos Inégo se alborozan:
«¿Qué será aquello, dicen, reluciente,
Que no la mano, mas los ojos gozan?
Joya será perdida incautamente,
Que aquí los tiempos con rigor destrozan:
Gusto fuera cogerla, y dar con ella
Dulce sorpresa á nuestra madre bella.—
»No tan baja está, no, dice un hermano,
Como parece el agua; y yo respondo
Que colgado en la rueda de una mano,
Con la otra bien podré llegar al fondo.»
Y, sin pensarlo más, se lanza ufano
A la rueda, y bajándose en redondo,
Con un brazo á la máquina se prende,
Y con otro la joya alzar pretende.

El rostro de la furia centellea
Con brillo, que en el agua más resalta.
El jóven desde el cuévano vocea:
«Acude, hermano, vén, poco me falta;
Si tú me ayudas, nuestra es la presea.»
Este al punto á la rueda también salta;
Y librando su cuerpo al aire vano,
Su brazo añade al brazo del hermano.

Mas ¡ay! que duramente estremecida
Al peso de ambos la ruinosa rueda,
La débil mano que á ella estaba asida
Al áspero temblor hace que ceda:
Bajan los dos con misera caída,
Sin que hermano valer á hermano pueda,
Y unidos de la sima en lo profundo,
Juntos, como al nacer, salen del mundo.

El hermanillo Andres, que al gozo atento
De cautivar sus grillos sólo andaba,
Cuando en su oído el último lamento
De sus tristes hermanos resonaba,
Corre desatinado y sin aliento
Adonde el ominoso pozo estaba:
La boca sin gemir yerta de espanto,
Los ojos sin llorar brotando llanto.

Duramente exténdidas adelante
Las manitas y brazos ternecuelos,
Corre; pero no mide el tierno infante
El término falaz de sus anhelos:
Llega y propasa el borde, y al instante
Pierde apoyo y favor de tierra y cielos;

Y al sepultarle el pozo, áun de él salía
La cariñosa voz de «¡Ay madre mía!»

Grito que alborozo á la furia alada
Con bárbaro placer, y el vuelo alzando,
Estremece la atmósfera turbada
Cual de buitres voraces negro bando;
Y ántes de hundirse en su infernal morada
Miró al pozo fatal, y vió espirando
Los tres hermanos darse en ciegos lazos
Los más forzosos y últimos abrazos.

A veinte estados de la tierra hundidos,
Robados á la luz del día claro,
El agua les sofoca los gemidos,
Y los tres mueren sin favor ni amparo.
¡Oh de un padre infeliz hijos queridos,
Cuánto su tierno amor os cuesta caro!
¡Ojalá fuera ménos su indulgencia,
Y nunca os diera la fatal licencia!

¡Qué ha de hacer cuando vea que se pasa
El instante, que anhela cuidadoso,
De que volvais á la paterina casa,
De su prole á cerrar el cerco hermoso!!
¡Cómo esa pobre madre pondrá tasa
Al dolor cuando el velo pavoroso
Tienda la noche, y al cerrar su puerta,
Vuestra atroz perdición dé ya por cierta!!

La desesperación á la esperanza
Sucedirá en sus pechos anhelosos,
Que á placer dejará su dura lanza
Clavada al corazón de ambos esposos;
A cuanto el eco de su voz alcanza
Llenarán de alaridos dolorosos,
Y sus ojos, al llanto siempre abiertos,
En vano os buscarán vagos é inciertos.

En tanto á toda madre esta memoria
Turbará en los vergeles del Retiro;
Ni el triste altillo y la funesta noria
Verá sin tributarle algun suspiro.
Y más si su ventura hace ilusoria
Tragedia igual, cual en mi suerte miro;
Que tambien lloro prendas harto amadas,
En tierna flor y sin razon robadas!

Árboles, que cereais el tosco asiento
En que de tanto mal fuisteis testigos,
No consentais en vos canoro acento,
Mostrándoos siempre del silencio amigos;
Obeliscos del triste monumento,
Y de vanos curiosos nunca abrigos,
Los padres sólo en vos su nombre graben,
Que son los que llorar los hijos saben.

V.

EMILIA,

POEMA DESCRIPTIVO Y MORAL.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Se imaginaba este poema por el año de 1802, con el fin de estimular la afición á las bellas artes en una señora de distincion que gustaba de emplear su caudal en objetos de magnificencia y gusto, proporcionando enseñanza á los niños huérfanos y pobres, de los que se proponia sacar artistas propios de la buena escuela de nuestros antiguos maestros en escultura, pintura y arquitectura. Su muerte hizo cesar el estímulo que tenia el autor para proseguir el poema, que pertenece al género descriptivo, poco versado por nuestros antiguos poetas, y que consiste en una serie de pinturas ó descripciones amenas, propias para divertir la imaginacion de un solitario. Se ha procurado envolver con tanto artificio el expresado objeto moral con las imágenes y floridos adornos de la poesía, que resulte insensiblemente la instruccion del mismo entretenimiento.

RESÚMEN DEL PRIMER CANTO.

1. Felicidad de los hombres de genio.—2. Invocacion á los amantes de la poesia.—3. Lamentase del estado turbulento de Europa.—

4. Breve exposición del feliz estado de paz, cuyos más bellos frutos son el objeto de este canto.—5. Convida á las almas pacíficas á salir en la soledad de los bosques.—6. Excluye de sus versos las imágenes guerreras.—7. Prelija por objeto de ellos á las bellas artes, y á Emilia por su heroína.—8. Descripción de la morada de Emilia.—9. La Pintura.—10. Efectos de perspectiva.—11. Los Campos.—12. El Mar.—13. Los Pescadores.—14. El Monte.—15. La Casenda.—16. Los Baños.—17. Las Ninfas.—18. El claro-oscuro.—19. La Arquitectura y sus efectos.—20. Su utilidad con el ejemplo de un anecdotado.—21. Su estilo en la morada de Emilia.—22. Paralelo entre la Vénus de Medici y el Apolo de Belvedere.—23. Puerta del gabinete de Emilia.

CANTO PRIMERO.

LAS ARTES.

Cuando pulsando cítaras sonoras ¹,
En sitios al amor plácidos sólo,
De un claro día en las postreras horas
Vuestros versos cantais, hijos de Apolo;
Que á vuestros piés mirais reir las flores,
Circundaros los cielos purpurinos,
Y suspirar las aves sus amores,
Uniendo á vuestra voz sus dulces trinos;
¡Oh cuán felices sois! ¡oh cuán ajenos
De rastrera ambición, vivis serenos,
De aquella solitaria paz prendados!
Al trono de verdura, en que sentados
Gozando estais del natural dominio
Que sobre el ancho mundo os dió natura,
Llegan confusamente quebrantados
Los ecos de aflicción que en las ciudades
A la inocencia arrancan las maldades.
Si al alma os llega el lúgubre gemido,
No ineficaz por eso la ternura
Se aduerme en vuestro pecho condolido;
Antes, cobrando ardor la llama pura
Del genio creador, benigna estrella
Que os halagó al nacer, brillais en ella,
Cual cristalino prisma al sol radiante;
Y con aquella fuerza y gracia misma
Con que al rayo de luz divide el prisma,
La tétrica ilusión que os afigia
Se esparea en vuestra amena fantasía,
En colores vivísimos variada:
El labio entónces vierte destilada,
Y envuelta entre poéticas ficciones,
Dulce moral en métricas canciones,
Que aplauden las esferas celestiales,
Que suspenden un punto nuestros males,
Que abraza el corazón tierno y humano,
Y que huye de escuchar vulgo profano.
Yo también, blandos cisnes del Parnaso ²,
Errante por las márgenes amenas
De un río, á quien los sauces abren paso;
Yo también, que sensible cuando apénas
Al cerco de mis años juveniles
Se enlazaba el verdor de quince Abriles,
Debí el dón de la vena numerosa,
Más que á natura, á una mujer hermosa;
Yo por un mar bien célebre en naufragios,
Del soplo de ambición al ronco estruendo,
Las borrascas políticas huyendo,
Vengo á abrigarme en vuestra ilustre tropa.
¡Ay! cuando en tanto incendio arde la Europa ³,
Que en mil partes herida y desgarrada
Es tumba, aun no bien madre, de sus hijos;
Cuando ve los sangrientos ojos fijos
Sobre sí de la bárbara discordia,
Cuya cabeza asoma agigantada
Por entre el negro pabellón de nubes
Que del averno exhalan los vapores,
Y que tenaz diluvia sus furores
Sobre mi patria, en que con brazo fuerte
Señala tantas presas á la muerte;
¡Qué otro consuelo, ¡oh Musas! qué otro abrigo,
Que vuestro coro y vuestro canto amigo,
Un corazón sensible encontraría
En mal tamaño, en duelo tan profundo!
¡Oh tú, región clarísima del mundo,
Pirámide de luz, ¡oh patria mía!
¡Qué furor te alucina, ó qué demencia?
¡Será, Europa infeliz, que por tu seno

Tantas antorchas difundió la ciencia,
Pródiga en tu favor, para que un día
Al fanatismo sirvan de fanales
Para abrasar los vínculos sociales
Y que más á placer su furia insana
Acierie á exterminar la especie humana?
¡Ay desgraciada ilustre, y quién te diera
Con tu pasado error tu paz primera!
Amante de la paz, en busca suya ⁴
Yo por los bosques solitarios vago;
Ella en los bosques tímida se oculta;
Que aun el fuego de Marte allí le insulta;
Mas por allí los pasos peregrinos
Revierte, de natura el blando halago
Allí se pára, enjuga los divinos
Ojos, apoya la serena frente
Sobre un tronco, y suspira dulcemente.
Y en tanto que contempla los favores
Que ella brinda y desprecia los mortales,
La amistad, el sosiego y los amores
Gozados por los simples animales,
Redobra en su presencia la armonía
La voz de amor de los campestres seres;
Que, cual la primavera de las flores,
Ella es madre de todos los placeres:
Las tórtolas arrullan de contento,
No hay ruiseñor que á su llegar no aplauda,
Sólo se oye un susurro, un blando aliento
De la carrera de los vientos rauda;
Libre murmura el agua, que sin dueño
Siguiendo va su curso voluntario,
Sin que la tuerza el hombre con empeño
De hacer morir sediento á su contrario;
Libres las flores prestan inocentes
Blando olor, no veneno, á los vivientes;
Libres las aves vuelan por los cielos,
Cantando amor sin suspirar de celos:
¡Sonora unión! ¡armonioso coro!
Su consonancia sirvame de lira;
Su voz unida á mi cadente pausa,
Pues es la paz el número que la inspira,
Cante deleites que la paz nos causa.
Venid á mí, benéficos vivientes ⁵,
Respiraréis de la opresión injusta
Ante quien son dos crímenes iguales
Amar el bien y lamentar los males;
Subid, subid conmigo á esta colina;
Ved aquí un raudal de agua cristalina
Que baja á refrescar la verde alfombra;
Ved estos lauros que doblga el viento,
Por cuya undulación y movimiento
La alegre luz alterna con la sombra;
Aun no los arranqué para sus triunfos
La férrea mano de la gloria vana,
Aun teñidos no están con sangre humana.
Ajenos de rencor venid, mortales,
Dejando en las ciudades (si ahora gime
En vuestro pecho) el odio que os merece
La perfidia de amigos desleales,
La ambición turbulenta que os oprime,
Y la auriífera sed que os empobrece:
En olvido poned, mientras yo cante,
Tan justa indignación; pues no mi labio
En ásperas verdades centellante
Por vengar de las leyes el agravio,
Hará tronar la amable Poésia;
Que ostentar la veraz Filosofía
Tan desnuda cual es, no está á su cargo,
Sino sus puntas revestir de flores,
Y con la miel disimular lo amargo.
Ni dando aliento audaz á la guerrera ⁶
Trompa, os haré volar por la carrera
De los héroes, pintando á cada paso
Reyes vencidos, Troyas humeantes,
Turbios y ensangrentados Escamandros;
Que aun del Indo el clamor suena en el día:
«Léjos de mí, funestos Alejandro;
¡Sombra del triunfo es fiel la tiranía,
Y sin cadenas no hay conquistadores!»
Yo no os convido á recordar furores,
Que por más que fanáticos críeles
Cubran las mortandades con laureles

Y al homicidio den pomposos nombres,
Gustos de furias son, mas no de hombres.

Mas si los dones apreciais del cielo ⁷,
Si os es grato seguir sus estandartes,
O debe algun tributo á vuestro ingenio
La Imaginacion, reina de las artes;
Si con rubor de veros en los brazos
Del perczoso espectro del fastidio,
Sabeis romper tan vergonzosos lazos,
Y osais pensar; ó bien como yo lidio
Quereis tambien participar de aquella
Ley de natura en ostentarse *rària*,
Y el genio humano en imitarla *bella*;
Si á ver de esta gran lucha los portentos
Se elevan vuestros nobles pensamientos,
Y de las artes el poder feendo,
Que adorna, ilustra y civiliza el mundo;
Esta es de Apolo la mansion secreta
Cuando se esquivo de su coro amigo;
Quien fije el pié se inflamará poeta:
Oidme pues, ó bien cantad conmigo,
Y vuestros gustos hallaréis dispersos
Por la corriente de mis dulces versos;
Dulces, en fin, si resonando en ellos
De Emilia el nombre, asegurar consigo,
Del gusto suyo en los ejemplos bellos,
Para las bellas artes un amigo.

La espléndida opulencia habia prestado ⁸
Al gusto delicado

De sus preciosos dones el tesoro,
Y el Buen Gusto con mano primorosa
Ornó la habitacion de Emilia hermosa,
La elegancia enlazando al real decoro.
Consolidaban mármoles lustrosos
Del pórtico sonoro el pavimento,
Del que empezaba en fácil incremento
A elevarse la bella gradería,
Que de pintados jaspes matizada,
Por entre la luciente balaustrada
A la estancia de Emilia conducia.
Con sonido halagüeño
La bóveda en lo alto repetia
La voz del que venia
A demandar por el hermoso dueño;
De cuya ingratitud, ¡cuántos suspiros
De enamorados pechos
Andan vagando en tortuosos giros
Y revolando por los altos techos!
No á mí el amor, que con cruel cadena
Ya me ligó de otra deidad al ara,
Me condujo de Emilia á los umbrales;
Sino el deseo de templar mi pena,
Contemplando la estancia hermosa y rara,
Y del dueño las prendas naturales:
Los deseos sociales
Con amistosas alas
De grada en grada fuéronme elevando,
Y por los tersos jaspes resbalando,
Vine á espaciarme en las soberbias salas,
Con tacto fino, en ornamento de ellas
Habia expendido en forma soberana
El noble gusto de las artes bellas
Los ricos frutos de la industria humana;
En graciosos filetes extendido
El dón luciente de la mina indiana,
Daba brillo, y no peso, á las labores
De frisos y cornisas,
Que elaboró el cincel de los amores,
Jugando entre las gracias y las risas.

Y tu pincel tambien, rival dichosa ⁹
De la naturaleza en su hermosura;
Tú, que á los ojos hablas, ¡oh Pintura!
Con mágico pincel robaste al Mayo
Los nativos colores

Que ostentan al salir las frescas flores
Del nocturno desmayo
Con el calor del matutino rayo.
A cuya reunión armoniosa ¹⁰
La superficie muda y uniforme
De las murallas, su nivel perdiendo,
Campo dilatadísimo y enorme
Desplegan á la vista, que reposa,

Ya en amena campiña, ya en horrendo
Bosque sombrío, ya en humilde choza,
Ya en apartada villa, que se emboza ¹¹
Allá entre pardas nubes y entre engaños,
Ya en bajo valle dulce á los rebaños,
Ya en alio monte, del Olimpo apoyo,
Ya en quieto lago, ya en saltante arroyo.
Así el enlace de las várias tintas
Escenas presta de ilusion distintas,
Y del hombre la imágen las releva,
Dando interres más noble á su hermosura.

Que si el pincel del mar la gran llanura ¹²

A confundir con la del cielo lleva,
Nublando al fondo las salobres salas,
Donde ostentan su imperio en crüeldades
Los aquilones que en sus rauidas alas
Suspenden las sonoras tempestades,
Tambien grato el pincel luego declina
A bosquejar la plácida marina,
Do las olas serenas

Parece que en las mórbidas arenas
Se abandonan con dulce movimiento
A descansar del ímpetu del viento.
¡Con qué gratos colores,
Con qué apacibles rasgos representa
La pobre gente que la mar sustenta!
Y en los necesitados pescadores ¹³

Esperanzas sencillas,
En pechos sin dobleces,
Llena de gozo el alma, y las barquillas
De los brillantes y escamosos peces;
Y allí el sensible espectador advierte
La bien lograda y bien dichosa suerte
De aquel que por vivir solo abandona
A la mar una red ó un triste cebo,
Y el que en medio del píelago ambiciona,
A costa de su vida, un mundo nuevo.

Ufano el arte, y con desden del suelo ¹⁴,
Allí alza un monte, y por su verde espalda
Cuantas floridas galas de la falda
De Flora se desprenden, al anhelo
De la naciente y libre primavera,
Tantas ostenta ufano en su ladera,
Tantas levanta con su cumbre al cielo.
Creyérais ver trepando los arbustos
Por la pendiente cima; en una parte,
Desde un bosque de mirtos y laureles
Parece que el Amor brinda sus gustos
A los hijos de Marte,
Y á la sombra de rústicos doseles,
A abandonar humano les convida
Su horrenda suerte por tan dulce vida:
Más allá se amontonan más robustos,
En selva umbría, el álamo frondoso,
El pino erguido, el olmo desdénoso,
Con frente ufana huyendo de los lazos
De la hiedra infeliz, siempre lasciva;
Todos, uniendo sus flexibles brazos,
Forman la verde bóveda, sonora
Al impulso del aura fugitiva;
Y eternamente entre sus senos mora
Sombra, silencio, amores y frescura.
Y tú tambien, genial melancolía,
Sentimental placer de un alma pura,
Madre del genio, y más hermosa al sabio
Que de los cortesanos la alegría,
Seca en el corazon, falsa en el labio.

Tal se ostenta al ocase esta montaña;
Mas por aquella faz que dora y baña ¹⁵
Aun con tímida luz el sol naciente,
Espectáculo hermoso y diferente
Los ojos pasma, y sentiuoso exalta
La admiracion; creyérais que de la alta
Cima, que en punta se avecina al cielo,
Y que detiene al águila en su vuelo,
Un raudal, un torrente, un mar de espuma
Se arroja, y vastamente se derrama
Por la fragosa sierra á quien abruma,
Y que al azote de las aguas brama;
La rauda inundacion al monte envuelve,
Al paso que se ensancha hácia la tierra;
Ya en brillante cascada se revuelve,

Por un lecho de rocas; si le cierra
El paso áspero risco que descuella,
Allí se remolina, allí se estrella,
Y allí espumando y herbollando salta,
Y en diamantes sin fin el aire esmalta,
Y venceidora al valle se derrumba,
Y al fondo del monte herido al són retumba.
Mas apenas venció la hinchada espalda
Del orgulloso Atlante, y á su falda
Le recibe la humilde y mansa vega,
Ved cómo el agua brava se sosiega,
Y en plateados rios dividida,
Con resbalosa huida
Por los floridos céspedes circula;
Y con tan insensible movimiento
Y tal silencio undula,
Que parece que duerme, y va con tiento,
Al repartir graciosa sus favores,
De no doblar los tallos de las flores;
Y haciendo el bien sin fausto y sin orgullo,
Que ni al favorecido el dón humilla,
Ni publica el favor con el murmullo,
En sus cristales retratado brilla
De la beneficencia el dulce encanto,
Que tú conoces, tierna Emilia, tanto.

Mas por aquella playa, ¿qué atractivo
Roba los ojos? mil graciosas ninfas ¹⁶
Veo, que huyendo del calor estivo,
Brindan sus cuerpos á las claras linfas:
Las linfas vienen á besar sus huellas,
Las ninfas huyen, resbalando en ellas;
Las linfas vencen ninfas fugitivas.
Y el triunfo empieza por las más esquivas:
Que muere siempre en amoroso juego
Haye el halago á que se rinde luego.
¿Qué de elegancia en las gentiles formas ¹⁷,
Qué de dulzura en los contornos bellos
Embelesa la vista! ¿adónde las normas
Halló el pincel para tan lindos cuellos,
Blancas espaldas, torneados brazos,
Flexibles talles, mórbidos regazos?
¿Y vosotras también, fuentes opimas
Del néctar de la vida, amable adorno:
Vos, que de nictes os guarnecéis en torno,
Mientras el fuego apunta en vuestras cimas,
Volcanes del amor, nevadas pomas!

¿Ay cómo al halagüeño
Voluptuoso rasgo que os dió vida
Ardió el pincel amante, y las palomas
De Venus se agruparon al diseño,
Creyendo hallar su Cíprida querida
En cada ninfa hermosa repetida!
Como el sol de quien huyen son, de bellas;
Pero, á pesar de serlo tanto, en ellas,
Divina Emilia, tú, que al orbe encantas,
Tu vista acaso ninfa reconoce
Que alguna sola de tus gracias goce,
Pero ninguna en que se junten tantas.

Tú, rensaminto mio, enamorado ¹⁸,
De la Pintura, absorto en sus prestigios,
De perspectiva en perspectiva vuelas;
Pero las voces faltan, los prodigios
Crecen, y circundado
Del númen de Jordan, en vano anhelas
Cautivar en tus versos sus colores:
Tú bien dirás que no creó las flores
Más bellas que el pincel naturaleza,
Cantarás la verdad y la viveza
Que expresa el gesto, y hasta el genio humano;
Pero si andaz el portentoso arcano
Entiendes penetrar del claro-oscuro,
Mira: ese luminar claro y fecundo,
Que en medio de los cielos se gloria,
Arbitro de la luz, de dar el día
De polo á polo al ámbito del mundo,
Si de su luz el más brillante rayo
Fulmina hácia ese muro
(Que en luto melancólico y umbrío
Entre cipreses el sepulcro frío
Pieta, donde los manes yacen juntos
De dos amantes por amor difuntos),
Le ve desfallecer en el desmayo

Que el arte obró, y el mismo sol se asombra
De no poder dar luz al rasgo oscuro
Que condenó el pincel á eterna sombra.

Mientras que la Pintura á mi memoria ¹⁹
Por muros y artesones repeta,
O los amenos campos que amé un día,
O los antiguos fastos de la historia,
La Arquitectura, audaz trastornadora
De la faz de la tierra, y del humano
Poder grandioso esfuerzo, me arrebató
Al par de la Pintura encantadora.
Y ¿quién, sin ella, distinguir pudiera
De la caverna del leon rugiente,
De la morada del castor mañoso
La habitacion del sér inteligente?
¿Quién los mares pobló? ¿quién, si no es ella,
El intratable piélago domella,
Y á pesar de sus iras procelosas,
Hace que vuelen raudos por su espalda
Bélicos muros? ¿Quién labró espaciosas
Las cunas del diamante y la esmeralda,
Y la honda vena en que el metal se forma,
En atrevidas bóvedas trasforma?
Y dejando su imperio subterráneo,
Vedla por esos vastos horizontes
Cuál, por haceros gratos y sombríos,
Rompe su enlace á los marmóreos montes,
Tuerce su curso á los viciosos rios.

Ved esos dos altísimos collados ²⁰,
Que, avaros guardas de diversos prados,
Se amenazan los dos con frente torva,
Soberbios con sus mutuos atributos,
Mientras su corpulencia el paso estorba
De amigas aguas á anhelantes frutos:
Perpétua desunion y eterna guerra
Se juran, cuando el hombre en su codicia
Los frutos ve morir que el uno encierra,
Y las aguas que el otro desperdicia;
Nuevo raudal presume de opulencia,
Y avaro, y prepotente con la ciencia,
¿Qué habrá que no presuma?
Pensativo á la falda se aproxima,
De donde apenas la nublosa cima
Descubrir puede; mas su industria suma
Los escala, los mide, los abruma
Con simétricas rocas; las alzadas
Frentes, de sólo el rayo ántes tratadas,
De un acueducto al fin sufren el yugo,
Pasa sonando el cristalino jugo.
Y las opuestas flores le saludan,
Y los sedientos campos le acarician.
Ved cuál las leyes del artista mudan
Las de natura, y su poder desquician.
Y cuál, sobre una y otra altiva loma,
Y sobre el arco hermoso que las doma,
Sobre el agua, que, alegre peregrina,
Por la region del céfiro camina,
Sobre tal mole, en fin, el caminante
Ve la imagen del genio descolante;
La imagen de su especie, destinada
Del bajo suelo á no apartar las huellas,
Rayando con la frente en las estrellas.
Magia tan alta Arquitectura encierra.

Mas no entonces me aterra
Con la potente mano ²¹
Que alzó la alta columna de Trajano,
Que enormes masas encumbró en los vientos
Y fatigó la edad con monumentos
De la alta gloria y del valor romano;
Sino fácil, sencilla, caprichosa,
Bien como el Dios que de alumbrar los cielos
Bajó á la tierra á cultivar la rosa;
Tal mansion, no la fuerza, mas la lira
De Apolo edificó, tanto respira
Todo alegría y celestial frescura;
No las tersas columnas desfigura
Labor prolija ó sobrepuesto adorno:
Cuando la vista embelesada en torno
Por alabastro y pórfido se espacia,
Los ve luciendo en órden tan sencillo,
Que la magnificencia á ti su brillo
Suaviza en la sonrisa de la gracia,

Movamos, pues, la planta; librétemos
 Los ojos, si es posible, del hechizo
 En que las bellas artes los cautivan;
 De Emilia al gabinete penetremos.
 Aquél es el umbral. Pero, ¿qué pismo
 Me encadena de nuevo? Mi entusiasmo
 ¿Dónde hallará palabras! Dos objetos
 De ilusión, si; que de materia..... el hombre,
 Si nunca en vida conocerlos cupo,
 ¿De cuál modelo ¡oh Dios! sacarlos supo!
 Dos seres del Olimpo que, naciendo
 Divinos de la griega fantasía,
 Su presencia inspiró la idolatría;
 Y ¿cómo ha de negársela el que mira
 De un lado una apariencia más hermosa
 Que el sexo seductor por quien suspira;
 Y la imagen del hombre, victoriosa
 De los humanos males,
 Del otro lado, en perfeccion iguales!

Desnuda ofrece aquella la belleza
 De cuanto en femenino forma adoramos:
 Este aquella grandiosa gentileza
 Que sólo á los sublimes héroes damos;
 Ella, como conoce que los ojos
 Del universo entero la devoran,
 Y unos la envidian y otros la enamoran,
 Muestra como que tímida procura
 Cubrir su desnudez con su hermosura.
 Bien la actitud lo indica
 De sus dos manos bellas,
 Pues mientras una de ellas
 Afectuosa al blanco seno aplica,
 Que algun suspiro de deleite abulta,
 Abandonando el brazo,
 Con la otra el dulcísimo regazo
 Modestamente en apariencia oculta.
 Prestando así, con tímido recreo,
 Un asilo al pudor y otro al deseo.

El ente varonil, la faz sublime
 Imperturbable, impávida levanta;
 El cerco de fortuna opreso gime
 Bajo su altiva planta;
 Revuélvense á sus piés bienes y males
 Sin que se imprima en su sereno gesto
 Flaca tristeza ó alegría insana;
 Complacido en vestir formas mortales
 Para divinizar la especie humana;
 Y el choque de los hados turbulentos
 Contemplando con ojos de victoria,
 Mira en el sol el carro de su triunfo
 Mira en el cielo el campo de su gloria.

Bellos seres, ¿quién sois? ¿acaso el fuego
 De mi entusiasmo imágenes aborta,
 O algun florido sueño me trasporta
 A la brillante edad del culto griego?
 Y tú, portento amable de belleza,
 ¿Es sólo tu existencia en mi deseo?
 O si á mis ojos creo
 Que están viendo latir tu pecho blando,
 Déjame ver de qué naturaleza
 Es esa encarnación mórbida y vaga
 Que me parece estarse recreando
 En la impresion del aire que le halaga;
 ¡Ay! presta que el sentido satisfaga
 Tanta curiosidad: ni te sonroses,
 Esquiva de mi incienso á las primicias,
 Por complacerte sólo en las caricias
 Y en las delicias de los altos dioses.

Trémula llega al blanco pié mi mano,
 Trémula toca, ¡oh Dios! y es mármol frío,
 Y estatuas y obras son del genio humano
 Las que animadas vió mi desvario.
 Mármoles que adoré, siempre los hombres
 Divinos os verán en los cinceles
 Que os dieron vida: gloria á vuestros nombres,
 ¡Apolo Fidiás! ¡Vénus Praxitéles!

Entre portentos tales de escultura
 Se abrió á mis pasos la risueña puerta
 Del asilo feliz do está encubierta
 De la esfera de amor la luz más pura.
 Yo ansioso vuelo á descubrir tal astro;
 Alzanse en pedestales de alabastro

Dos columnas de pórvido incienso:
 Bellas cual nunca espléndida Semiris
 Las vió brillando en fábricas de Oriente;
 De ambas se apoya en la dorada frente,
 No sé si el arco Iris
 O de Amor la ballesta:
 Sé que el que ufano á trasponer se apresta
 El encantado umbral, siente en el alma
 A un tiempo una sorpresa y dulce calma,
 Un embeleso, un halagüeño susto.
 Como si el arco del Amor le hiciera
 Cuando el del Iris en los cielos viera.
 Así hospedaba á la hermosura el gusto.

RESÚMEN DEL SEGUNDO CANTO.

1.—Desde la cuna se debe dirigir, mas no violentar, la inclinacion de los hijos.—2. Deben siempre ofrecer á buenos modelos á sus primeras miradas.—3. No intencion del ta to intelectual que llama a gusto, y su conexio n íntima con las ideas de virtud, de o ñe y de justicia.—4. Laudéntase el que en e mundo sea esto tan p o común, y transi cio n al gabinete de Emilia.— 5. Descrip cio n de este aposento.—6. Ilusio n de que el Poeta s e sirve para hacer la pintura de sus adornos.—7. El Buen Gusto manda a sus criados subalternos enriquezcan el gabinete de Emilia con los muebles, más e gantes.—8. Las alombras.—9. El sofá.—10. La péndola.—11. La porcelana.—12. Los espejos, grupos y candelabros.—13. Descubríese la verdadera causa de esta ilusio n.—14. Suerte infeliz de los expósitos.—15. Emilia pasa al albergue de estos desgraciados.—16. Encárgase de la educacio n de algunos.—17. Efecto y tributo de es a instruccion digic da por el camino de las bellas artes son todos los referidos a torios.—18. Presencia de Emilia.—19. Rasgos lí eros sob e su figura.—20. A unto de sus colo quios.—21. Impresio n de sus palabras en el ánimo del poeta, comparada á un amanecer nebuloso.—22. Epilogo y conclusio n alusiva á la muerte de Emilia.

CANTO II.

GUSTO Y BENEFICENCIA.

Aquel que ve la luz en tan propicia
 Hora, que en los arrullos de la cuna
 Natura con sus gracias le acaricia,
 Y con pródiga mano la fortuna;
 Que, tierna planta, erguirse asegurada
 De abrojos debe al paternal desvelo
 En tanto que ella crece abandonada
 A la influencia natural del cielo²;
 Si sus inclinaciones con sosiego
 A los objetos van que las despiertan,
 Sin chocar en obstáculos que luego
 En furiosas pasiones las conviertan,
 Su corazon, formado en el cariño
 De los que le cercaban cuando niño,
 No temerá que su placer le roben.
 Y amará á sus iguales cuando jóven.
 Entónces, ¡cuán serena entre destellos
 De amor, de paz, de gozo y de abundancia,
 Que el crepúsculo ornaron de su infancia,
 Saldrá la aurora de sus dias bellos!
 Lucirá apenas la primer centella
 De su naciente ingenio, cuando amigas
 Vendrán las Musas derramando en ellas
 Aromas que alcanzaron las fatigas
 De Miguel Angel, Milton ó Descártés.
 Ya en los sublimes ramos de las ciencias,
 Ya en los floridos campos de las artes,
 ¡Oh bien feliz, pues sólo las esencias
 Su razon gustará de las divinas
 Rosas, que entre malezas y entre espinas
 Lograron sus gloriosos inventores!
 Tendrá principio en medio de estas flores³
 Aquel secreto instinto, aquel interno
 Órgano de razon, gérmen eterno
 De toda rectitud, por quien el hombre
 Descengañado la primer guirnalda
 De la simple verdad eña en la frente;
 Y al estampar con labio reverente
 En la celestial orla de su falda
 De tan sublime adoracion el sello,
 Exclamó: *¡La verdad sola es lo bello!*
 Voz del buen gusto fué; voz que en el alma
 Del venturoso jóven que describo
 Proclamará virtud, siendo en la calma

De su inocente vida, al aflictivo
 Cuadro de las miserias de los hombres
 Bienhechor tan sensible, como esquivo
 Despreciador de los soberbios nombres
 Y falsos atavíos
 Con que del genio en la veloz carrera
 El mal gusto, entre locos descarríos,
 Di-fraza la hermosura verdadera.
 Idólatra del orden, su desvelo
 Por restaurar del mundo la armonía
 Despertará la industria hasta en el hielo
 De la mendicidad; y aquellas yertas
 Manos, en vil pereza abandonadas,
 Sólo en demanda del sustento alzadas,
 Dóciles á su voz, de hoy más, expertas,
 Haránse dueños del pincel que anima,
 Del buril que conserva, ó atrevido
 Cíncel que al cielo el gran padron sublima
 Do se estrellan las olas del olvido;
 Y su opulencia al fin, como el granero
 En donde cada laboriosa hormiga
 El fruto viene á hallar de su fatiga,
 Todo lo inundará, raudal fecundo
 De alivio al pobre y de ornamento al mundo.
 Tanto el buen gusto, entre el placer nacido,
 De la delicadeza hijo querido,
 Imperceptible á la virtud se enlaza;
 Y ¡oh virtud! si es tu basa la justicia,
 Y de ésta el orden sólo es la delicia,
 ¿Qué razón, qué alma bella en el buen gusto
 No adora el simulacro de lo justo!
 Pero mi canto suena, y tu sonrisa,⁴
 Lector austero, irónica me avisa
 Que ves sólo en mis rimas lisonjeras
 Un sér de la region de las quimeras;
 Que ni los favoritos de fortuna
 Son de indigencia ó de infortunio amparo,
 Ni el fausto regio, al infeliz tan caro,
 Ves que el buen gusto al esplendor reuna:
 Mil alcázares son masa importuna,
 Que ajencs brillos, no virtudes, doran,
 Y en torno de ellos ves pobres que lloran
 Ansiando al pié de los radiantes muros,
 Y dentro de ellos ves pechos más duros
 Que los metales ricos que atesoran.
 Véolo yo también, y en mi silencio,
 La verdad de tus labios reverencio:
 Mas preste educación su sábia mano,
 Verás unirse la opulencia al gusto,
 Y la grandeza al sentimiento humano.
 Y en tanto á serenar el ceño adusto
 Y en gozo vén á embalsamar tu pecho:
 Sígueme á mí bajo el amable techo
 Donde resuena el cántico sonoro
 De alegres musas, y en jovial familia
 Virtudes y artes celebrando á Emilia,
 Que las concilia en resonante coro.
 Rien estas columnas, y nos brindan⁵
 A traspasar el arco que en sus sienas
 Fácil se apoya. Arco triunfal, no tienes
 La altiva gloria tú de que se rindan
 A tu pié las cervices
 De reyes infelices,
 Cual los que alzaba Roma á la victoria;
 Mas ¡ay! que tienes tú la dulce gloria
 De ser trofeo alzado á la hermosura,
 La gracia y la ternura
 De Emilia; á tí fué dado el que decoreas
 Sus pasos bienhechores;
 Feliz cuando tu alegre pompa adorna
 Aurora de esperanzas su salida,
 Y más feliz cuando á tu albergue torna,
 De amistad, gratitud y amor seguida.
 Ocho esplendentes muros de alabastro,
 En blancura, extension y altura iguales,
 En prisma alegre la mansion terminan;
 Su cúpula es corona de cristales
 Que abre paso á la luz del primer astro,
 Cuyos suaves rayos le iluminan.
 Allí es donde los ojos no examinan
 Lo precioso, extasiándose en lo bello,
 Aun cuando ven en ello

Cuanto sábia escondió naturaleza,
 La ambicion presagando en la riqueza;
 Y allí es, por fin, en donde
 Todos los gustos vienen reunidos
 A cautivar á todos los sentidos.
 ¡Cuál magia á tal conjunto bastaría!
 En los Ausonios campos, algún día⁶
 Al genio tan felices, el Buen Gusto
 La deidad de mis versos vió, y pasmóse;
 Fué de su esencia amarla, y encendido
 Su rostro en sangre al ver que el mundo injusto
 Al vicio neciamente engrandecido
 Sólo elevar altos palacios ose,
 El cetro de oro alzó, y en torno vióse
 Cercado al punto de infinitos genios,
 Aéreos silfos, revolantes seres,
 Que entre liceos y útiles talleres
 Dictan la ley del gusto á los ingenios,
 Dando invisibles la postrera mano
 En cuanto crea hermoso el genio humano.
 «¿Dónde ociosos vagais, milicia mía?»⁷
 (El claro núnmen prorumpió), ¿fué sólo
 Cubrir la antigua Grecia de prodigios
 El destino que os dió propicio Apolo?
 ¿Llorais del Lacio acaso en los vestigios
 De mis artes la tumba en este día?
 ¿O mi imperio cayó con las deidades,
 Que en remotas edades
 El gran genio de Homero hizo divinas?
 Si aún es digna de culto la hermosura,
 Aun veo yo deidades peregrinas,
 Que no conoce el mundo á quien adornan;
 Aun veo en una sola criatura
 Juntas las gracias todas, que en mentidas
 Diosas la Grecia idolatró esparcidas.
 ¡Y tú la tierra indecorada oprimies!
 Digna mansion le dad, genios sublimes;
 Tal monumento clévese á su gloria,
 Que postergue de aquéllos la memoria
 Que bañaron los mares de Sicilia;
 Mi poder todo vuestra empresa auxilia;
 Cread, embelleced», gritó el dios sabio;
 Y al proclamar nueva deidad su labio,
 Su cetro de oro señalaba á Emilia.
 Momentáneos los silfos se esparcieron,
 Y de sus alas al batir volando
 Tal murmuréo sonaba por los cielos,
 Como el de los cautivos arroyuelos
 Cuando al rayar de Abril ceñío blando,
 Propicio empieza á liquidar los hielos.
 Sin duda entónces fué cuando officiosos
 Por contrapuestos climas se extendieron,
 Y en busca de ornamentos primorosos
 Los emporios del lujo recorrieron.
 La Asia voluptuosa á los afanes⁸
 De un silfo tributó ricas alfombras;
 La Asia, en que apenas las nocturnas sombras
 Disipa el sol, cuando á su luz divina
 Devotamente atentos ve los rostros
 De los supersticiosos musulmanes,
 Elevándole votos que en Medina
 Lance en la tumba de los falsos manes.
 Esa mórbida almohada, del risueño
 Color del cielo al despuntar del día,
 Robo de un silfo en Estambul (1) sería;
 Que si entre muros, por tirano dueño,
 A la hermosura esclava consagrada,
 Aun de los gustos al amor ahuyenta;
 Ya en ella, á mejor dueño dedicada,
 Sin suspirar de amor nadie se sienta.
 Ese veraz regulador del día⁹,
 Cuya secreta máquina remeda
 De las celestes ruedas la armonía;
 Cuyo volante al sol los pasos cuenta,
 Y cuya mano fiel girando lenta
 Nos avisa las horas que escondida
 Roba el ala del tiempo á nuestra vida;
 Aquí lo transportó, desde hábil mano
 De laborioso artífice britano,
 El enjambre fugaz de silfos leves;

(1) Estambul, nombre que dan los turcos á Constantinopla.

El, relumbrando en ópalo y topacio,
Reproduce con músicos sonidos
De su cuadrante los periodos breves
De la sensible Emilia en los oídos;
Y ella en lo oculto de su pecho llora,
Si no hizo un bien, perdida aquella hora.

Tanto brillante vaso en que se atreve ¹⁰
La porcelana á oscurecer la nieve,
De entre la misteriosa industria China
De algun amable silfo fué presa;
El los cargó de flores, y en contorno
De esta mansion, los puso como adorno
Del fresco gabinete de Amaltea;
Y vense allí domésticas las rosas,
Y no como en los campos desdeñosas,
Preciarse alegres del dorado vaso
Que del vergel al trono abridlas paso;
Y enrojecer de orgullo, y si temprana
Una al ponerse el sol se descolora,
Su puesto anhelan mil por la mañana,
Que abren el seno al llanto de la aurora;
Son del sentido cortesanas bellas,
Y de mano de Emilia encuentra en ellas
La amistad dones, y el amor favores;
Y ¿quién que ama al amor no ama las flores?

Las cristalinas láminas, que en puros ¹¹
Clarísimos espejos
Ensanchan el recinto de estos muros,
O que en vivos reflejos
Reduplican las formas elegantes
De etruscos vasos, grupos figurando,
Firmes lazos de atletas ó de amantes,
Fulgentes candelabros de alabastro,
O de cristal diademas sustentando
Luz que del día hace olvidar el astro;
De un genio.... Mas mi mente acalorada
Ilusamente vaga por risueña
Quimérica region, cuando desdeña
Reconocer en tanta
De arte, industria y primor obra maestra,
La mano compasiva y generosa ¹²
De una mujer, en atributos diosa,
Mortal ¡ay Dios! para desgracia nuestra.
Solas sus prendas fueron los prestigios ⁵
Que á esta mansion poblaron de prodigios;
Del invisible dón que la embellece,
En que el poder humano desfallece,
Y de otra Armida el cetro nos presagia,
Su sensibilidad sola es la magia.

Era Emilia feliz, mas condolidas
De otros mil infelices vió la suerte
Que desde los umbrales de la vida
Por sendas de afliccion van á la muerte;
Entre ellos cautivando sus cuidados
Los que por ley severa é importuna
Son del materno seno arrebatados
A lamentarse en extranjería cuna ¹⁴;
Que, naciendo entre el susto y la congoja,
Sólo un furtivo beso de su madre
Los inocentes labios recibieron,
Que desde entónces ya jamas se abrieron
El dulce nombre á proferir de padre;
Frutos tal vez de la pasion más tierna,
Que honor sepulta en orfandad eterna.

Sensible Emilia, y de piedad colmada,
Sus pasos guía al ominoso techo
Bajo el cual tanta misera inocencia,
En groseros cendales abrigada,
Con el licor de mercenario pecho
Entretiene la débil existencia.
Llega, y su corazón y sus oídos ¹⁵
Lastiman los gemidos
De la mal socorrida
Necesidad primera de la vida;
Que si entónces se explica querellosa,
En la edad varonil más imperiosa,
Al pecho que atormenta en altos gritos
Ordena la inclemencia y los delitos.
Próvida entónces rescatar procura
Del mal presente y la maldad futura
Parte de aquellos seres desgraciados
Y en lágrimas sus ojos arrasados,

Al mundo, que en su accion resplandecía,
Y al cielo, que admirado la veía,
De una mirada hicieron manifesto
Su afan por no poder salvar el resto.

Y como si en jardin de avaro dueño,
Que entre sus flores vive aprisionado,
Dama gentil se asoma, de halagüeño
Mirar, que con su ruego y con su agrado
Del severo guardian desarma el ceño;
Que entra alegre y se arroja, y el nevado
Pecho reclina al suelo, y las hermosas
Manos perdidas vagan por las rosas;
Y escogiendo fragancia y colorido
En tantas flores, párase indecisa;
Mas codiciosa del botín florido,
Son su despojo al fin cuantas divisa;
Hasta que espira el plazo concedido,
Que involuntario el pié mueve remisa,
Pareciéndole, al paso que se aleja,
Flores más lindas las que atras se deja,
Así vacila Emilia, así recorre
Con tierno afan el cándido tesoro,
Y á una inocente risa allí socorre,
Y allí se acerca á un infantil lloro;
Mas la hermosura ejerce sus derechos,
Y entre huérfanos mil sus ojos fijos,
En los más bellos encontró sus hijos.
Álzalos ella de la humilde cuna
A sus maternos brazos; los fomenta
Con cariñosos besos, una á una
Repasando sus gracias apacienta
Los compasivos ojos; anhelante
Quiere partir con la inocente carga,
Mas la detiene la querella amarga
De los que deja en triste desamparo,
Pobres y exentos de esperanza alguna.
¡Emilia! ¡oh de piedad ejemplo raro!
Tú en aquel duro instante
Los límites mediste á tu fortuna,
Y viendo no bastaba á tanto amparo,
De la riqueza la ambicion dorada
Clavó en tu pecho la primer punzada.

Parte, en fin, la sensible bienhechora
Del triste umbral que á su partida gime,
Y de aquella orfandad menesterosa
El enjambre de hijuelos que redime
La sigue vacilante; así á la hermosa
Vénus naciente de la azul campania,
El séquito de amores acompaña.
Materno amor, paterno hogar, familia ¹⁶,
Instructivas lecciones y cuidados,
De cuanto fueron al nacer privados,
Lo encuentran todo en la mansion de Emilia.
Ella les comunica su talento,
O más bien de sus prendas el ornato,
Y les infunde el dón del sentimiento,
¡Harto funesto en mundo tan ingrato!
Sus genios guía y su ambicion nativa
Por la gloriosa senda de las artes,
Cuyo esplendor los cerca en todas partes,
Y sus miradas mágico cautiva;
Sin ver el dueño en las estancias bellas,
Sino las nobles huellas,
¡Oh Buonarrotti! ¡oh memorable Urbino!
Del pincel tuyo, y su cincel divino,
Cetros de la ilusion, que al tiempo avaro
En cada rasgo una victoria quitan,
Y la gloria de un héroe resucitan.

La patria, en fin, artistas laboriosos
Recobra en los espúrios de su seno;
Y éstos del gusto juegos primorosos
De que aqueste recinto admiro lleno,
Brillantes artefactos que parecen
Por elegancia y gusto tan diverso
Contribucion de todo el universo ¹⁷,
Frutos de ingenio son que á Emilia ofrecen
Por sus cuidados tiernos y prolijos
Con dulce afan de su adopcion los hijos,
Y ofrendas son que gratitud dichosa
Libre tributa al templo de su diosa.
Así, pues, la verdad interesante
A la ilusion risueña sucedia,

Participando el éxtasis brillante
De mi imaginación la razón mía,
Cuzco un celeste pabellón flotante,
Que en la boca ondas fácil se partía,
Dando aliento á mi atención curiosa
La imprevista belleza ¹⁸
Del noble dueño, niñfa en gentileza,
Como en virtud y gracias semidiosa,
No las profanara en eterno día,
Por por, cuáralas en eterno día,
Que a los elogios su beldad se esquivaba
Como al tacto modesta sensitiva,
Llora el pincel que cantivarla emprende,
Y del pincel al corazón se prende.

Desde el claro cenit de su carrera
Haba la luz de Emilia el primer paso
Hacia el preciso universal oasis ¹⁹;
Ella feliz, en que su ardor modera
El fuego juvenil, el sentimiento
Es profundo y veraz, y en el semblante
Dalee expresion trasluce semejante
Al débil rayo que la luna envía,
Astro de amor y de melancolía.
Tal á mis ojos su semblante hermoso
Que á contemplantlo con dulzura empaña;
Hacia mí el paso lánguido y airoso
Encamina, brindándome halagüeña
El reposo á gustar al lado suyo
En sofá tan mullido y delicioso,
Como si en tal momento hubiera sido
A la amistad por el amor cedido.

Luego comienza de su boca hermosa
A destilar la plática sabrosa
De amable encanto y sentimiento llena;
De sus ojos la acción tierna y serena
Siguiendo la armonía
De tan suave acento,
Era con su expresion dulce cadena
De la imaginación y el sentimiento;
Porque tan pronto en ellos relucía
La luz de la verdad sencilla y pura
Que la razón desde su asiento envía,
Como el húmido rayo de ternura
Que de su tierno corazón partía.

Ni el aliento se atreve
Al oído á robar un solo punto
De atención al armónico conjunto;
Viendo que cada voz que salir debe
Entre el color y aroma de la rosa
De aquella boca hermosa,
La sensibilidad es quien la anuncia,
Y la delicadeza la pronuncia.

¿De órgano tan feliz cuál fué el asunto?

¡Oh, no consentas tú, divina Clio,
Que de dorado pase al labio mío
Lo que tú sola cantas dignamente
Con lira de marfil y cuerdas de oro,
De eternos seres al celeste coro
En medio del Olimpo omnipotente!
Tú les presentas, oh hija de Memoria,
En relucientes páginas la historia
De amables dones, frutos de su mano ²⁰,
Que endulzan el favor de la existencia
Que al cielo elevan el talento humano.
Cantas la paternal beneficencia,
Que al pobre sabe dar en el talento
Lo que ciega fortuna al opulento;
Y al tierno corazón abre camino.
Para enmendar agravios del destino.
Oyendo de tu voz; mas si algún día
Tu immortal genio mi ardimiento auxilia,
Siendo cruz y modelo á un tiempo Emilia,
Lo oirá el mundo entero de la mia.
Pase á su dulce voz, cual la de Orfeo,
Maravillando el margen del Leteo,
Ahuyentar de mi pecho los cuidados ²¹
Rocedores, y pálida tristeza
Que áun cercaban su víctima obstinados,
Rebeldes á la luz de la belleza.

Tal suele á tiempos la tiniebla fría,
Usurpando los límites del día,
Suspenderse en los cielos perezosa;

La aurora viendo su brial de rosa
Ennegrecido, y su brillar sin fruto,
Lágrimas vierte sobre el mundo en luto;
Hasta que el sol con su cuadrada ardiente
Salta la valla del turbado Oriente,
Y uniéndose al fuego de su faz brillante
El dardo de la diestra fulminante,
Rompe las sombras; el umbroso manto
Rasgado baja á la mansion del llanto.
Libre la Aurora de tan torpes lazos,
De su libertador se arroja en brazos;
Y confundiendo de su rostro hermoso
El débil rayo al rayo victorioso,
Del largo luto rien consolados
Los vastos mares y los verdes prados.

Éstos estaba yo feliz cantando ²²
Versos de gratitud enternecida,
Aun débil, mal seguro, y respirando
Pálido el labio el aura de la vida:
En flores de Helicon así adornando
La imagen tan hermosa y tan querida
De la que en mis dolencias protectora,
Me dió este aliento que respiro ahora.

¡Ay triste! y no miraba en mi embeleso
Que desde un cielo oscuro y nebuloso
Se iba desenrollando un velo espeso,
Tejido de las Parcas horroroso;
Donde en rojos caracteres impreso
Este decreto se leyó espantoso:

*No esperes de ella más, que ya no existe;
Piérdete el mundo, y muere Emilia triste.*

Tiendi las yertas manos amarillas,
Y el velo de tinieblas las embota;
El llanto que esperaban mis mejillas
Cayó en mi corazón gota por gota.
Silencio ya y dolor, musas sencillas;
Mi lira yazga en su sepulcro rota;
Que á quien me dió la vida, es triste suerto
Sólo poderle dar llanto en su muerte.

VI.

TERPSÍCORE, Ó LAS GRACIAS DEL BAILE (1).

Hija de la inocencia y la alegría,
Del movimiento reina encantadora,
Terpsicore, hoy te implora
Propia deidad mi ardiente fantasía.
Tú, que animada del impulso blando
Que siente toda ingenua criatura
Viendo á sus pies florida la llanura,
El cielo claro, el céfiro lascivo,
Vas sus fáciles saltos arreglando,
Y esparces gracia en su bailar festivo;
Tú, del sagrado fuego en que me inflamo,
Diosa de juventud, serás la guía;
Tú, á quien mil veces llamo
Hija de la inocencia y la alegría.
¡Oh, si volviendo atrás su fugitivo
Curso la edad, me viera con presteza
De la naturaleza
Transportado al oriente primitivo!
¡Cómo te viera en toda tu influencia
¡Oh diosa! deleitar á aquellas gentes
Que, áun sin pudor, se amaban inocentes!
Ellas, sin más adorno que las flores,
Y su candor por única decencia,
Iban bailando en pos de sus amores,
Y sobre aquellos cuerpos, que del arte
Aun no desfiguraban las falacias,
Lograbas derramarte
Tú, con todo el tesoro de tus gracias.
Mas ¡ay! que ruborosas de las cumbres
Se arrojaron las ninfas á los valles,
Y cubrieron sus talles
Con arte rudo, igual á sus costumbres.
Los árboles les dieron su corteza

(1) El poeta expresa en esta composición la impresión que hizo en su ánimo la vista de un hermoso baile pantomímico, ejecutado por una diestra bailarina.

Y sus frondosas hojas, y el ganado
Se vió de sus vellones despojado
Para cubrir las inocentes formas :
Despareció la humana gentileza ;
¡Y tú, naturaleza, te conformas!
En tus obras maestras ¡cuál ruina!
¡Y cuál, bajo la nube del misterio,
Terpsicore divina,
Perdiste lo más bello de tu imperio!

Tu imperio ya no luce, aunque se extiende
Sobre la airosa espalda, el alto pecho,
Y el tallo á torno hecho,
Que un envidioso velo lo defiende;
En vez de aquella ingenuidad amable,
Pródiga de las gracias que atesora,
Nos vino la modestia encubridora.
No es lícito á los ojos gozar tanto;
Mas el alma sensible, ¿cómo es dable
Que no halle en la modestia un nuevo encanto!
Más interesa en el jardín ameno
La rosa que naciendo se sonroja,
Que cuando, abierto el seno,
Va dando á cada céfiro una hoja.

De las líbricas gracias el prestigio
Hernanaste al pudor de tal manera,
Que la virtud austera
Se paró, enamorada del prodigio.
El alto cielo en tu favor se inclina,
Y la naturaleza con anhelo
Ansía la creación de algún modelo
Digno de tus lecciones : de gentiles
Miembros, de majestad alta y divina,
Incapaz de mover pasiones viles.
Tal su deseo fué; y entre millares
De bellas ninfas una fué elegida,
Cual Vénus de los mares,
De la espuma del Sena concebida.

Alargóle Terpsicore la mano
Al desprender de la nativa espuma :
Bajo su pié de pluma
La hierba apenas se dobló del llano :
En los mórbidos miembros á Cíteres,
En los tímidos ojos á Diana,
En el rubor semeja á la mañana :
Su acción con majestad voluptuosa
Anuncia, mas no brinda los placeres;
Cúbrela un manto de azucena y rosa,
Y así dulce, sencilla, delicada
(Copia, en fin, del objeto que idolatro),
De gracias coronada,
Se ofreció de la Iberia al gran teatro.

El bello aspecto enajenó las almas;
Mas luego suena el populoso claustro
Cual si agitara el austro
Un bosque entero de movibles palmas.
Ella el suelo y el aire señorea,
Mostrándose fenómeno, igualmente
Del cielo y de la tierra independiente :
Mírala el vulgo con el mismo arrobó
Con que otra vez una inocente aldeá
Majestoso descendiendo el globo.
Mas de las almas tiernas entre tanto,
¿Cuál aquel movimiento no sentía,
Aquel secreto encanto,
Aquel placer que llaman simpatía?

El sonoro coro de instrumentos,
Como las aves á la luz del alba,
Le tributa su salva;
Mas la tímida ninfa á sus acentos
Asustada se muestra; y como pide
Su delicada acción más dulce pauta,
Sólo modula la melosa flauta.
Entonces al suavísimo sonido
Imperceptiblemente se decide
Su movimiento blando y sostenido :
Parece á Galateo (1) cuando apenas
Su corazón palpita, y va con pausa
Sintiendo por sus venas
Aquella vida de que amor fué causa.

Despléganse los brazos con blandura,

Y noblemente erguida la cabeza,
A rodcar empieza
Los ojos desmayados de ternura :
Ya de los bellos brazos compañero
Preséntase en el aire el pié divino,
Pié que la tierra no pisó más fino :
Sólo en un punto imperceptible estriba
Que al suelo toque el otro pié ligero,
Y no vuele la bella fugitiva;
Ella suspensa está; también con ella
Enmudece la música; y entónces....
Una imagen tan bella
Nunca la Grecia la imitó en sus bronceo.

Vuelve á sonar con trémulo suspiro
La querellosa flauta, y el hermoso
Cuerpo á moverse airoso
En torno de sí mismo en lento giro.
¡Cielos! ¡oh! cuál las ávidas miradas
Van sucesivamente repasando
La flexible cintura, el brazo blando,
Del seno virginal la doble forma,
Y las demás que d'ja señaladas
El velo que á ceñirlas se conforma!
Mas ¡ay! qu' entónces un momento eterno (2)
Nos roba de sus ojos la luz pura,
Y en el nublado invierno
No es tan lenta la noche más oscura.
¿Dónde vas? ¿dónde estás? la flauta gime;
Y ella, como en un presto sobresalto,
Se alza en súbito salto
Y clárase de frente. La sublime
Orquesta resonando la saluda,
Cual relámpago vivo, el entusiasmo
Rompe, y deshace el silencioso pasmo :
Entre el espeso rebatir de palmas
No hay una voz, no hay una lengua muda;
¡Viva! suspiran las ardientes almas;
¡Viva! sueña en las filas inferiores;
¡Viva! en los palcos, relumbrantes de oro;
¡Viva! en los corredores;
¡Viva! repite el artesón sonoro.

Muestra el desnudo la indulgente falda,
Que las gentiles formas determina;
Su cabeza declina
Voluptuosamente hácia la espalda;
Siempre en su rostro la modestia impera;
Mas por cada deseo, compasivos
Devuelven un placer sus ojos vivos:
Placer de amor, que honestidad respira;
¡Placer de amar, necesidad primera
De un tierno corazón! ¡cómo el que aspira
Tu llama á confundir honesta y pura
Con una liviandad torpe y facticia,
Al pié de la hermosa
Pierde el sosiego y no halla la delicia!

Mas ¿qué mudanza súbita! La orquesta
Se precipita alegre, y en el aire
Con gracioso donaire
La ninfa sin cesar se manifiesta.
Como leve balón se alza y aterra (3) :
Dijeran que debajo de su planta
La atracción de la tierra se quebranta;
O bien que, de placer, en cada salto
Suspira el seno de la madre tierra
Y vuelve hermosa á levantarla en alto.
Vaga el rosado velo en el ambiente,
Y relevado en trenzas su cabello,
Deja ver claramente
La afectuosa posición del cuello.

Ni el presto pensamiento seguiría
La fuga de los piés; no es por el cielo
Tan fugitivo el vuelo;
Por el agua sin riesgo correría :
Si el uno se detiene, el otro en tanto,
Como paloma que agilita el ala,
Con batido halagüeño le regala :
Ya abandonan el suelo, y se restaura

(2) Al tiempo de dar la espaciosa vuelta hay un momento en que su rostro queda cubierto para los espectadores.

(3) Balón : pelota grande de cuero, hinchada de viento, que dejada caer repite, por su elasticidad, muchos saltos : antes de quedar perfectamente en reposo.

(1) Estatua de Pígalion,

Su aérea posiccion; ¡celeste encanto,
Que de inmortalidad respira el aural
Presta para ganar dulces despojos,
Y luego huir por las etéreas salas,
En sus pies y sus ojos
Lleva de Amor las flechas y las alas.

No abuses de ellas, no, mi ninfa, espera;
Ni así girando en círculo voluble

Esa imagen ligera
En un hermoso vértigo se nuble (1),
Como se turba el río cristalino
Al rededor del hoyo que le veda
Su curso, y se revuelve en remolino.
Nuestro amor la ofendió, sí; pues ya queda
Fija su planta, y veo en su hermosa
La expresion del dolor y la ternura;
Como niña que en fiestas amorosas,
De su querido amante, incauta siente
Junto á sus frescas rosas,
En vez del labio el atrevido diente.

Ninfa gentil, serena los enojos.
Isbel.... ¡ay cielos! que en mi propio agravio
Huyó tu nombre de mi ardiente labio,
Como tu imagen de mis tristes ojos.
Tú, que á la esfera del amor te subes,
¡Brinco amoroso de las gracias bellas,
Como ellas ágil y fugaz como ellas!
¿Cómo te ofende nuestro justo incienso,
Tú, que has nacido para hollar las nubes
Que andan vagando por el cielo inmenso?
¿Cómo tú misma la pasión no balagas,
Si cual abeja variando flores,
De pecho en pecho revolante vagas,
Vertiendo gracias y cogiendo amores?

Divina Isbel, tu cuerpo con molice
En las auras parece se recuesta:
Tan frívola tu planta como presta,
Halaga la terrena superficie:
Fresca hermosura, juventud riente
Tus nobles actitudes hermosea:
Y tal es tu decoro, que ni el aire,
Cuando bailando tu ropaje ondea,
Audaz se ve que tu pudor desaire.
Sublime Isbel, ese país, que ha dado
A Vénus y á Diana honra divina,
Vénus, ménos que tú dulce y graciosa,
Ménos casta Lucina,

Vuela, písale tú, serás su diosa.

Mas tú sigues risueña, y perfilando
El cuerpo celestial, libras su peso
Sólo en un pié, travieso
El otro al aire con los brazos dando (2).
Sólo tu rostro veo de soslayo,
Sólo de tus mejillas una rosa,
Y de tus vivos ojos sólo un rayo:
Todo me anuncia un atrevido vuelo;
Sí, linda Isbel; esa postura airosa,
Imagen de la paz y del consuelo,
No anuncia que te lances fugitiva
Del alto Jove á transportar la copa,
Sino á lograr la venturosa oliva,
Que está anhelando la infeliz Europa (3).

¿Quién goza, sino tú, el poder divino
De franquear la tierra, hender los vientos?
Pronto tus movimientos
Vuelo serán, los aires tu camino.
Tú, cual cres gentil, serás sensible;
Que nutrirse unos ojos tan fogosos
Con el hielo del alma es imposible:
Parte, y verás los hombres venturosos;
Vuela del Norte á los primeros climas;
Sube á los Alpes; sus nevadas cimas
Blanquean del candor de la inocencia;
De allí descubrirás el ara santa,

Que ya tal vez levanta

A la paz la feliz beneficencia.

A tu mano, á tu frente de alabastro
Dará la paz su bienhechora oliva;
Tú partirás, Isbel, rauda y altiva,
Y de serenidad serás el astro.
Las artes, con los ojos áun no enjutos,
Alfombrarán de rosas tu carrera;
Tú ni sus hojas doblarás siquiera
Con tu rápido pié: valles y montes,
Que la guerra dejó yermos de frutos,
Transpondrás, y en los bajos horizontes
Alzará el arador la frente ansiosa,
Ennoblecida de sudor, y al verte
Tan bella y luminosa,
Presentará su venturosa suerte.

¡Cuántos tributos de ternura y gozo
Te ofrecerán en tu glorioso giro!
La vinda ausente su último sollozo,
El padre anciano su postrer suspiro.
Mas cuando atenta á serenar los mares
Por el cristal del agua atraviesares,
Huye del agua tú, Náyade bella,
Huye del agua tú, sigue mi aviso;
Que si como un amor te ves en ella,
Tú serás en amor como Narciso.

Así lleves la paz al hemisferio,
Desde el Ibero hasta el Britano sòlo,
Del uno al otro imperio,
Y desde el Louvre al alto Capitolio.

Perdona, Isbel, perdona el extravío
De un entusiasmo que su bien presagia:
¿Qué puede producir la noble magia
De tu baile gentil, el señorío
De aquellas actitudes, do presiden
El amor, la belleza y la decencia?
Sino estas ilusiones de inocencia?
Y tú, divino origen de este encanto,
Térsicore, perdona mi embeleso
Por una ninfa que proteges tanto;
No juzgues ¡ay! por eso, arte divina,
Que mis incienso en tu honor rebajen,
Que á ti la gloria sólo se encamina
Del loor dado á tu perfecta imagen.

VII.

Á LA ENTRADA DEL REY, NUESTRO SEÑOR, EN MADRID, DESPUES DE PACIFICAR LA CATALUÑA.

Al descubrir la Náyade divina
Que en fresca gruta alberga Manzanares,
La anhelada carroza en que camina
Fernando excelso hácia sus regios lares,
Al pecho dió la lira cristalina
Que es sonoro preludio á sus cantares,
Y del labio, bañado en fiel contento,
Estas palabras encomienda al viento:
«Nuevo laurel hoy vuestra sien circunda,
Señor, y en nuevos rayos resplandec;
Nuevo placer tambien al pueblo inunda,
Y en vigor nuevo la obediencia crece.
Si en tramas viles la discordia abunda,
Palmas en ello á tu virtud ofrece;
Y al monstruo hasta en el fondo del Cocito
Perseguirá de nuestro aplauso el grito.

»Viva el que con un eco de su boca,
Viva el que con un rayo de sus ojos
Hizo volar á la discordia loca
De los campos que vuelve en sangre rojos;
Y á su fuga, las gentes, que provoca
A ser de su furor tristes despojos,
Cayéndoles las armas de las manos;
Corrieron á abrazarse como hermanos.

»¿Qué no se esperará de ese prestigio
Que supo unir pasiones tan rivales,
Hasta llevar á cabo el gran prodigio
De extinguir para siempre odios fatales?
Y que al bajar la furia al lago estigio
Diga entre sus ministros infernales:
«Perdí el sudor de afanes tan prolijos;
»De Fernando á los piés todos son hijos,»

(1) Vueltas rápidas que acostumbran los bailarines, y no siendo aprobadas de las gentes de gusto, el poeta las atribuye á un enojo de la ninfa.

(2) Postrera actitud en que se muestra para desaparecer de la escena.

(3) En estos últimos versos y en los siguientes se representa el poeta á la bailarina como la ninfa ligera que debe llevar la oliva de la paz por todo el mundo.

» Cual Bóreas fué tu aliento soberano,
 Contra nubes que abrigan en su seno
 Rayos que rugen con rumor lejano,
 Antes que al mundo los fulmine el trueno;
 Y llega, y las cispa al aire vano,
 Y deja el cielo azul y el mar sereno;
 Volviendo el mustio prado en sus colores
 A ser alfombra á ovejas y pastores.

» La paz, por tus bondades redimida
 De los sangrientos brazos de la guerra,
 Verterá de su falda agradecida
 Sus ricos frutos en la hispana tierra;
 Y al contemplarla todos tan florida,
 Y que el antiguo afán de sí destierra,
 Esta es, dirán, la mano de un rey justo;
 Este es el siglo de Fernando augusto.

» Vano será que contra tí la envidia
 Cien lenguas mueva, y la calumnia ciento,
 Si es tu virtud broquel á su perfidia,
 Y el amor de los pueblos tu cimiento;
 Con armas tales venturoso lidia
 Tu nombre amado en el iberio asiento;
 Pues que, Fernando y español nacido,
 Son dos títulos más de ser querido.

» Ni fuera tardo el genio en elevarte
 Estatuas en que vivan tus facciones,
 A ser los bronce dóciles al arte,
 Como á tí los rebeldes corazones;
 Víctimas que robaste al fiero Marte,
 Lágrimas que enjugaste con tus dones,
 Alas serán que lleven tu memoria
 De lengua en lengua á la futura historia.

» ¡Oh, nunca el hado en tu dominio rompa
 El hilo de las horas venturosas,
 Ni vuelvan á escuchar guerrera trompa,
 Robada la color, madres y esposas!
 Sino crezca y se eleve con la pompa
 Del ave que sus vistas vigorosas
 En la lumbre del sol andaz recrea,
 Y entre las tempestades se pasea.

» Pero en tanto, señor, que vuestro cido
 De las Musas el canto no rehusa,
 Será su gloria haberos divertido,
 Y á mi lira infeliz benigna excusa;
 Y más si ven que en algo han obtenido
 Una sonrisa de la angusta Musa,
 En cuya frente brilla, y acompaña
 La diadema de Apolo á la de España.»

Llegaba aquí, cuando el cañon sonoro
 Saludaba al Monarca alegremente;
 Añadiendo el clarín marcial decoro
 Al gozoso clamor de inmensa gente.
 Entónces ella, respondiendo en coro
 Cuantas Náyades pueblan su corriente,
 Cantó del Rey las peregrinas huellas,
 Y la paz que esparció flores en ellas.

HIMNO DE LA MUSA.

CORO.

*Lleve el canto victorioso
 A los astros la alta acción
 Del Monarca generoso
 Que venció con el perdón.*

¡Cuánta sangre y llanto enjuto!
 ¡Cuánta vida libertada!
 ¡Cuánta madre consolada!
 ¡Cuánto mal trocado en bien!
 ¡Qué laurel, oliva ó palma
 De pacífica victoria
 Bastará, divina gloria,
 De Fernando á la alta sien!

Sordo al llanto de su esposa
 Descendió del regio trono,
 Por domar el ciego encono
 Del anárquico interés.

Llega al pueblo de Barcino,
 De justicia sólo armado,
 Y creyendo hallarle alzado,
 Se le vió puesto á sus piés,

A sus plantas cae rasgado
 Del error el negro velo;
 A su vista arroja al suelo
 Su tizon la falsedad.
 Y su frente soberana
 Hace ver á Cataluña
 Que el Rey solo el cetro empuña
 Con suprema libertad.

En tan gran borrasca es frís;
 Premia al justo, al fiero humilla;
 Y del Ebro por la orilla
 Sigue en carro volador;
 Por las aguas reflejando,
 Rica en galas, su victoria;
 Que es penacho de la gloria
 La piedad del vencedor.

¡Oh, qué alegres ya le aguardan
 Las ciudades populosas,
 Que en sus márgenes umbrosas
 Bello adorno al Ebro son!
 A sus ojos sólo fian
 Redoblar del carro el giro,
 Y los brazos dan el tiro,
 Y la fuerza el corazón.

Levantar se ve á Moncayo,
 De su nieve ya desnuda,
 La gran frente que ceñida
 Otro tiempo osó mostrar;
 Se le ve guardando el rayo
 Para audaces é invasores,
 Y las palmas y las flores
 A Fernando prodigar.

A su falda Zaragoza
 Prueba en gozo su energía
 Por el Rey que defendía
 Cuando asombro al orbe dió;
 Como el héroe al ocio vuelto
 Muestra en días más felices
 Las antiguas cicatrices
 Que en su frente honor grabó.

Mas ¡con qué sorpresa grata
 Mira el Rey que Ebro divino
 Tiende un brazo cristalino,
 Y una airosa barca en él,
 Y á Navarra le desliza
 Entre remos voladores,
 De arboledas y de flores
 Por un mágico vergel!

Ya brillante en su alborozo
 Manifiesta bien Pamplona
 De Fernando en la corona
 Piedra ser de suma ley.
 El cañon suena en sus muros
 Con marciales regocijos,
 Y en las bocas de sus hijos
 El clamor de ¡viva el Rey!

Óyelo en lejanos ecos
 La cantábrica comarca,
 A la par que del monarca
 Ve llegar la majestad;
 Y en aquel solar fragoso
 No hay terror que no confirme
 Que allí siempre se hace firme
 La española lealtad.

Su presencia es como aurora;
 Pasa breve, apenas brilla,
 Pues los campos de Castilla
 Rien ya bajo sus piés;
 Y le ofrece el castellano
 Más servicios de su celo,
 Que hay de espigas en su suelo
 Y de granos en su miés.

Y aldeanos y pastores

Le proclaman inflamados,
Con los rostros abrasados
Al continuo ardor del sol;
Y en espigas y vellones
Le señalan, placenteros,
Los tesoros verdaderos
Para un príncipe español.

Bien lo dicen tantos ríos
Que á sus pies sus unas mecen,
Y esperar sólo parecen
De su cetro la señal,
A llevar por mil canales
De sus frutos el tesoro,
Y que el mar les vuelva en oro
Su riqueza natural

Mas ¡qué lira armoniosa
Dará aliento á la voz mía,
Con que exprese en este día
De Madrid el gran placer?
Lo que goza al veros juntos,
Gran Fernando y dulce Amalia,
Diga el númen de Castalia,
Si á esto alcanza su poder.

El tan sólo en cuerdas de oro
Sabrá hallar felices sonos
Que de hispanos corazones
Puedan ser el eco fiel;
Renovando alegres himnos
Que á la tierra y cielo avisan
Cuando Juno y Jove pisan
El olímpico cancel.

Salve, ¡oh sacras majestades,
Que en union pura y sincera
Elevais la gente ibera
A la gloria y la virtud!
Nunca espire en nuestro seno
El placer de que hoy blasona,
Y la palma que os corona
Dure siempre en juventud.

Del furor de guerra impía
Tú, Fernando, la alcanzaste,
Y piadoso la estimaste
En más precio que el laurel.
Perdonando al ya rendido,
De su error desengañado,
Vivo el brazo le has dejado,
Y te servirá con él.

Así el orbe ha conocido
Que en la anárquica tormenta
Gana más quien más aumenta
De sus pueblos el amor;
Y muy más aquel que el cielo
Destinó desde la cuna
A luchar con la fortuna
Y rendirla á su valor.

Y cuando otros, deslumbrados
De trofeos militares,
Dejan yermos los hogares,
De la caja al ronco són,
Y en legiones hacinando
De la edad la flor amable,
La hacen blanco miserable
Del mortífero cañon;

Que al asalto la concitan
De ciudades incendiadas,
Relumbrando las espadas
Entre el fuego más voraz;

Tú, ejerciendo en tus vasallos
Tu benéfico deseo,
Haz, del mar al Pinueo,
El asilo de la paz.

Cesó; mas ántes que su cuerpo airoso
Entregase del agua á la frescura,

Viendo perderse el carro presuroso
De árboles, gente y polvo en la espesura,
Dijo, elevada en el aspecto hermoso
Que el regío brillo al cielo que la dulzura,
Se disputaran con rival anhelo,
Por flor la tierra, por estrella el cielo.....

«¿Quién es aquella que entre nubes gira,
Como en el vago azul luna esplendente,
Que el lauro de Helicon chñe en su frente
Y el brazo tiende á la argentada lira?

» Los ojos vuelve al cielo que la inspira,
Su luz negando á la terrena gente.
¡Ah! si le pide á su Fernando ausente,
Harto tiempo por él Madrid suspira.

» Mas si ya se halla en tu presencia bella,
Si á tu lado su vida está segura,
Y deja atras tan victoriosa huella,
» Vuelve á nosotros ya la frente pura,
Y déjanos gozar, Amalia, en ella
De Fernando la gloria y tu ventura.»

VIII.

LA CAVILACION SOLITARIA (1).

De los bellos placeres el más puro,
De todos los consuelos el más grato,
No para el corazón perverso y duro,
Mas para el dulce y de inocente trato,
Eres tú, ¡oh soledad! En el Retiro
Ayer mis penas suspirando anduve,
Y nadie se burlaba del suspiro.

El azulado velo de zafiro
Se desplegaba en el sereno cielo;
Sólo la leve gasa de una nube
Transparentaba el azulado velo;
Majestuosamente el dios de Delo
Sus postrimeros rayos recogía;
Y aquel final tristísimo del día,
Los primeros anuncios de la noche,
El triunfo de las tímidas estrellas,
El confuso rumor del numeroso
Pueblo que desde lejos resonaba,
Todo á meditacion me convidaba.

¡Triste de aquel que á solas se desmaya
Cuando no ve á su lado al importuno,
Cuya melancolia no se explaya
En andar repasando uno por uno
Los objetos queridos á su idea!
Así gozaba yo, cual se recrea
El fatigado ciervo, que seguro,
Veloz burlando á los tenaces perros,
Respira encima de los altos cerros
Con anhelante boca el aire puro.

Con paso incierto y pensamiento vago
A la márgen llegué del ancho lago
Que el céfiro halagaba con molicie,
Sin rizar la serena superficie.
Al peso de mis graves pensamientos
Rendida mi cabeza,
Y el alma entre críteles sentimientos
Colmada de tristeza,
El pecho recliné sobre el herrado
Balaustre que abortó la ardiente fragua
Para marcar la esclavitud del agua.
Allí, observando el cristalino espejo,
Vi de la luna el pálido reflejo,
Más luminosa al paso
Que se iba hundiendo el sol en el ocaso;
Que es la luna en su brillo intermitente
Similar de una belleza enamorada,
Que de día á los ojos de la gente
Se muestra pesados y desmayada,
Pero apenas cubriendo el sol la frente
Da lugar á la noche deseada,
Sus gracias todas brillan al instante

(1) Este poema fué compuesto durante un paseo solitario del autor en los hermosos jardines de Madrid que tienen el nombre de *Bue Retiro*, y al márgen del magnífico estanque ó lago que se dilata el medio de ellos.

A los queridos ojos de su amante.

Así en aquellas horas difundía
Resplandor tan benigno y halagüeño,
Que las penas del alma adornecía,
Bañadas en balsámico befeño.
De la bóveda azul la láctea vía
Bajar al lago en mi embeleso miro,
Y por bajo del agua hacer su giro,
Y por bajo del agua los luceros
Al cielo dar brillantes reverberos,
Y por bajo del agua las estrellas
Trémulas repetir sus luces bellas.
Y así con tal viveza retratado,
El agua redoblaba el firmamento
Bajo mis piés, que me juzgué en el viento
Desde el suelo lanzado.
En el éter me vi. Creedme, ¡oh genios,
Que franquear sabeis la estrecha esfera
De los torpes sentidos!

Los que sabeis imaginar, creedme.
Nuestro misero globo, envuelto en niebla,
Se iba ya anonadando en el cotejo
De tanta masa colosal que puebla
La inmensidad. Extático me alejo
De la terrena atmósfera, dejando
Confundidos en ella los clamores
De la paciente humanidad, las vanas
Quejas del infeliz á quien natura
Dió sensibilidad y desventura,
El grito audaz del prepotente avaro,
Los llorosos vagidos
Que el naciente mortal tributa al mundo,
Los ayes del doliente moribundo,
El trueno de la guerra,
Que del bronce arrojado al cielo sube,
Y el que desde la nube

Pone bramando en turbacion la tierra.
Hondos bajo mis piés los aquilones
Vagaban sin aliento,
En tanto que con raudos movimiento
Iba mi cuerpo hendiendo la corriente
De la atraccion lunar: el resplandor
Disco del gran satélite crecía:
Yo leve caigo, y llevo en el momento
En que ya el sol le despertaba al día.

Un verde prado en su florida alfombra,
Un fresco arroyo á su sonante orilla,
Y árboles mil me hospedan á su sombra.
¡Cuánto fué mi deleite y maravilla
Al ver la luna, que aparece al mundo
Melancólica siempre y amarilla,
Toda cubierta de verdor fecundo,
Poblada toda de olorosas flores,
Acariciada de alicijos suaves
Y allégue dulce de amorosas aves!
Como mi vista se perdió en el llano,
Sin encontrar ni surcos ni labores,
Ni chozas de pastores,
Ni huella alguna de trabajo humano,
Dije exclamando: «¡Al ménos
Si estos valles amenos
Rebosan de verdura; si este prado
En tantos frutos ópimos abunda,
El rocío del alba le fecunda,
Y no el sudor de un pobre desgraciado!»
Un sentimiento entonces de ternura
Arrebató mis ojos á los cielos,
Y ¡oh Dios eterno! en su espaciosa anchura,
Por do girando van con raudos vuelos
Tantos orbes de luz, nunca mi mente
Llenó de admiracion cometa ardiente,
O al necio vulgo infausto meteoro,
Como el aspecto nuevo
De un astro hermoso, á quien hiriendo Febo
Comunicaba el resplandor del oro.
Once veces su rueda de topacio
El lleno de la luna contendría,
Y relumbrando en el celeste espacio,
Al gran broquel de Marte parecía.
El soberbio fenómeno ignorado
Me suspendió un momento,
De admiracion y júbilo exaltado;

Mas no sé cómo luégo poco á poco,
Mientras lo estaba contemplando lo atento,
El corazon de pena se me cenia:
Me hallé infeliz y conocí la Tierra (1).

Si; yo te conocí, triste planeta,
Destierro de los hombres, ¡oh morada
De duelo y turbacion, donde negada
Por siempre fué felicidad completa!
Te vi y temblé cual tímida paloma
Que pavorosa ve desde su nido
El fiero halcon, cuando en el aire asoma
Sobre las negras alas sostenido.
Tu presencia el consuelo me acibara
De verme libre y solo acá en la luna,
Y la distancia inmensa
Que de tí me separa
Tiemblo que en un momento se reuna.
Entre el negro vapor que se condensa
Al redor de tí, veo volando
El ominoso bando
De horribles Furias, del Error secuaces,
Cuyas miradas de furor voraces
Registran sin cesar mares y tierras
Y encienden sin piedad odios y guerras.
De allá te infunde, oh globo turbulento,
Su soplo abrasador la Ambicion fiera,
Que á tantos pueblos priva del contento
Cuando de un solo pecho se apodera.
La Calumnia de allí vierte la saña
Que á la virtud persigue sin amparo,
Y el solo aliento de su boca empaña
De una inocente vida el lustre claro.
Pálida, consumida y macilenta
La vil perseguidora de los sabios,
La Envidia, digo, allá se me presenta
Con los dientes mordiéndose los labios.
Enmascarada allí la Hipocresía
Virtudes miente y de las leyes habla,
Para perder al náufrago en la tabla
Con que salvarle del Error fingia.
Allí los Celos, con puñal en mano,
Bañando en sangre los amantes pechos
Y privando de amor los castos lechos;
Y la Discordia, en fin, monstruo nefando,
Con los ojos clavados en el oro
Que el sórdido Interes la va enseñando,
Con ronca voz y látigo sonoro
Las negras Furias de su carro hostiga,
Y derramando muerte, incendio y robo
Al redor del globo
Volando va la bárbara cuadriga.
Sangre y desolacion son los efectos
Que te produce ¡oh mundo! la alta gloria
De dar vida á los seres más perfectos;
La especie que con tanta vanagloria
Lleva en su frente escrito el privilegio
De origen celestial.—Con aire regio,
Mira, obsérvale allí cuál se pasea
Por aquel verde prado,
En hondos pensamientos abismado
El Hombre; mirale cuál señorea
Por la etérea region su frente altiva;
Parece que del cielo se deriva
La alta meditacion que le embelesa,
Y que el murmullo de los aires cesa,
Y que el susurro de las aguas calma,
Y el movimiento, que del orbe es alma,
Se queda en suspension, como esperando
El noble efecto del pensar profundo
Del monarca del mundo.
Como los ojos vuelve tan serenos,
Parece que benigna abre sus senos
Naturaliza, y da al humano imperio
De su fecundidad todo el misterio.
¡Qué creación tan nueva de placeres
Saldrá de su pensar! ¡De cuántos seres
Hará feliz y larga la existencia
Con su divina ciencia!....
Mas ¡oh prodigio! ¿dónde está? ¿qué es hecho?

(1) Aquí el autor se supone contemplando la tierra desde la luna, á donde habia llegado fantásticamente.

Rápida exhalación que brilla y huye
Despareció. ¿Dónde hallarán los ojos
Al ente pensador!—Sigue esos rojos
Rastros de sangre, esas horribles huellas
Que su fuga selló: mira por ellas
Centellar los reflejos
De un fuego abrasador: oye á lo léjos
Cuál atruena el recinto
Triste rumor, ya sordo, ya distinto,
Ecos de asolación, voces de ira,
Clamores del que yace y del que espira.
Veloz cual ciervo y más feroz que tigre,
Esa senda se abrió; la dulce calma
De su semblante era anhelar la palma
De destructor; el éxtasis sublime
De su razón la humanidad lo gime.

Mordió su corazón la ambición fiera.
Mira á uno y otro lado, en la carrera
Por do volaba insano
En busca del laurel más inhumano,
De la aniquilación anticipada
La ley común, y al filo de la espada
Con prematura suerte
Extendido el imperio de la muerte.
Tiemblan, vacilan, caen por todas partes
Los altos monumentos de las artes,
Y él los pisa feroz: de cada paso
Nace un nuevo fracaso,

Y de cada mirada un parricidio:
El terror y el pavor héroe le aclaman,
Y la orfandad y la vindez le infaman.

Si éste es el hombre cuando en fin grandioso
Fama inmortal de vencedor pretende,
Cuando hace de su vida el generoso
Sacrificio, los riesgos afrontando
Con que natura su igualdad defiende,
¿Qué cuando á sangre fría vil tirano
Escala el sólio, y de la régia mano
El freno de las leyes arrebató!

¡Qué si con duro pié pisa y maltrata
El cuello de las gentes que esclaviza!
¡Qué si se ensalza! ¡qué si se entroniza!

¡Oh Tierra! Mientras corro ahogado en pena
Un velo de dolor sobre esta escena,
Dime: ¿y éste es el hombre, el ente bueno
Que predilecto abrigas en tu seno?

¡Por éste, en primavera, tan hermosa,
Tan florida te ostentas!
¡Por éste en el verano armoniosa,
De tantas aves el amor fomentas?
¡En otoño, por éste te despojas
De dulces frutos y de alegres hojas?
¡Y por él, en invierno, al silbo horrendo
Del lóbrego águila te vas cubriendo
De escarcha y nieve, y el llover te inunda
Para serle después madre fecunda?

Pero ¿cuándo no ve el fatal destino
A la beneficencia haciendo ingratos!
De tu atmósfera el aire cristalino,
Tus inmensas llanuras, tus frondosas
Selvas, que esquivan los humanos tratos,
Y hasta el profundo seno de tus mares
Desde que el sol en círculo diurno
Los ilumina todos á su turno,
Todos de criaturas á millares
Poblados viven: todos son testigos
De su fraternidad, su paz amable,
Y del plácido amor dulces abrigos.
Solo la especie humana miserable
Fomenta sin cesar falsos amigos,
Usurpadores, viles egoístas,
Y cuantos hombres, tantos enemigos.
¿Quién, pues, conocerá sin que se asombre
Por justo rey del universo al hombre?
Que si de un Dios la racional centella
Sobre los otros seres le hace digno,
El la tuerce, la ofusca, abusa de ella,
Y sobre todos es siempre maligno.

Huye, pues, hándeté, piérdete luégo
En el seno profundo
Del espacio sin fin; piérdete, ¡oh mundo!
Abrumado de crímenes: la inmensa

Distancia oponga una muralla densa
Entre tu globo y mi vivir cansado:
Harto tiempo mis ojos han regado
Con lágrimas tu suelo,
Si tu que jamas pudiese por consuelo
Llamar mío un terror tan solo en cuanto
Bañaba pobremente con mi llanto.
Huye, pues, ó si no, la ley potente
Que al luminar del día te encadena'
Y en torno de él tu movimiento ordena,
Desfallecerse sientas, obediente
Cedas á su atracción, y derrocada
Caigas en el volcánico torrente
De su masa inflamada.

Tal vez el sol, el noble sol acaso,
Que contempló en oriente tus maldades
Por tan largas edades;
Tal vez el sol, que las lloró en ocaso,
No brillará más inocente y terso
Si en tus cenizas venga al universo.

Mi enérgico dolor á la terrestre
Esfera en tales voces se exhalaba,
Y de la luna aquel lugar silvestre
En silencio parece me escuchaba
Con religioso espanto:
Tal vez aquellos solitarios huecos
A sus felices ecos

Jamas oyeron revocando llanto.

Entonces ya mi ardiente fantasía
De una ilusión en otra andaba errante:
Pensaba ver que á la plegaria mía
Se iba envolviendo en un vapor oscuro
La imagen de la Tierra, ántes brillante;
Y que en la inmensidad del éter puro,
Como en profundo vértigo abismado,
Iban á aniquilarse confundidos
Tierras, mares, repúblicas, imperios,
Pirámides excelsas amasadas
En llanto, en sangre y en sudor de esclavos;
Páramos lastimosos de indigencia
Al rededor de un punto de opulencia;
Y todos los padrones insolentes
De la desigualdad de los vivientes,
Ya el soberbio conjunto
Del ámbito del orbe

Era á mi vista un punto
Que el infinito del espacio absorbe.
Contemplábalo yo; mas no insensible,
Que de la humanidad el triste grito
En medio á la catástrofe terrible
Hendiendo el aire á mis oídos llega,
Y críeldad jamas fué mi delito.
La tierna voz de la amistad que ruega,
Y en vano ruega, resonó en mi pecho,
A cuyo amparo el corazón deshecho
Volar ansiaba; ¡ay desgraciado intento!
Que entonces mismo ¡oh blando amor! tu acento
De imperiosa dulzura,
Aquel á quien no hay ser, no criatura
Que desconozca, y, de deleite llena,
Tu ley no siga y tu poder no adore;
Tu voz, Amor, saliendo lastimosa
De aquella boca hermosa,
Órgano de placeres,
Que un tiempo se glorió llamarse mía,
Y por quien algun día
Yo me juzgué el primero de los seres,
Porque ella me juró que me quería;
La voz de Silvia, flébil y doliente,
La voz de Silvia ¡ay Dios! sonó en mi mente,
Y al punto el gran dolor con mano acerba
El corazón me asalta y me comprime,
Me parte el alma y el valor me enerva,
Que por volar en pos de Silvia gime.

Cual suele el sueño, atribulando el lecho
De algun mortal, fingirle estar delante
De un enorme león, que centellante
La corva garra le presenta al pecho,
Que ni á gemir ni á guarecerse acierta,
Abrumado del peso y la congoja,
Y al fin del lecho el infeliz se arroja,
Y entre sudor y convulsión despierta,

Tal me vi yo cuando la angustia extrema,
 La conmocion de amor subitamente
 Disipó los errores de mi mente;
 Y la primera luz que en tal momento
 De la razon la antorcha luminosa
 Prestó á mi corazon, fué el pensamiento
 De que por más que injusta y rigurosa
 Persiga la desgracia á los mortales,
 «La amistad y el amor son dos consuelos
 Que nos dispensa en medio de los males
 La benigna influencia de los cielos.»
 Mas ¡ay! que viendo luégo cuán avara
 De mi mejor amigo,
 De mi dulce Mauricio me separa
 La valla de los altos Pirineos,
 Y de perfidia armada la belleza;
 Sin esperanza y casi sin deseos,
 Me quedé abandonado á la tristeza,

IX.

LA COMPASION.

CANTO FÚNEBRE, Á LA MUERTE DEL DUQUE
DE ALBA, EN 1799.

Triste llanto de amor, que las mejillas
 De amantes olvidados humedeces,
 Y cuando en sus turbados ojos brillas,
 Los elocuentes labios enmudeces,
 Tú, que del corazon las más sencillas
 Penas pintar supiste tantas veces,
 La presente afliccion que me devora,
 Triste llanto de amor publica y llora.

Lágrimas derramadas algun día
 Sobre la flor de mis perdidos años,
 Cuando inocente yo se la ofrecia
 A quien me dió tan duros desengaños;
 Voces de mi exaltada fantasia,
 ¡Siempre de amor proclamaréis los daños!
 ¡No sabréis olvidar su infausta llama,
 Cuando de Albano el túmulo os reclama!

¡Siempre de la amistad los firmes lazos
 Romperé, como débiles cabellos,
 Para arrojarme ciego entre los brazos
 De quien sólo procura ahogarme en ellos!
 Caiga el yugo de amor hecho pedazos,
 Que oprime tantos miserables cuellos,
 Y sepa el corazon un tiempo amante
 Palpar de amistad en adelante.

Pero, dulce amistad, único amparo
 Del infeliz que en la miseria gimé,
 Olvidado de todos, siendo raro
 El que tu voz atiende y le redime,
 ¡Nunca pisaré yo tu templo claro,
 Jamas he de besar tus aras, dime,
 Sino cubierto el corazon de luto,
 Para darte de llanto algun tributo?

Mientras unos con súplicas votivas
 Imploran tus benéficos enlaces,
 O gratos en tu altar cubren de olivas
 El manantial de sus eternas paces,
 ¡Yo sólo del amigo que me privas,
 Yo sólo de los nudos que deshaces,
 Del desgraciado injustamente Albano
 Me quejaré? pero ¡infeliz! en vano.

Mas ¡ay! no fuiste tú; la Parca fiera
 Le decretó sus bárbaros castigos,
 Que la tierna amistad jamas pudiera
 Perseguir al mejor de los amigos;
 La muerte fué, que de su ley severa
 Vió, con furor, librarse mil mendigos,
 Próximos á morir en la indigencia,
 Si no les diera Albano su asistencia.

Dime, Parca crüel, ¿cuando cebaste
 La torva vista en la region de España,
 Y sedienta de sangre rodeaste
 La seca mano á la fatal guadaña,
 Un soberbio siquiera no encontraste,
 Un vil adulador que el mundo engaña,
 Un ingrato, un avaro, un homicida,
 Y no robarnos tan amable vida?

Mas como sólo tienes por destino
 El desolar este mortal destierro,
 Cuantas flores adornan el camino
 Segando vas con el lunado hierro;
 Y cuando ves algun clavel divino,
 Alguna rosa que el materno encierro
 Rompe sobre las otras olorosa,
 Adios clavel, adios fragante rosa.

Así yo me quejaba en mi retiro,
 Absorto en la tristeza más profunda,
 Como si oyera el último suspiro
 De la naturaleza moribunda;
 Cuando improvisamente el cuarto miro
 Que de su extraordinaria luz se inunda,
 Y, sin ver de cuál arte, hallé las puertas
 Con sobrenatural impulso abiertas.

Tales prodigios vi; pasmado de ellos,
 Los ojos levanté llenos de espanto,
 Cuando fijando en mí los suyos bellos,
 Que ni los astros mismos brillan tanto,
 Sueltos con negligencia los cabellos
 Por su garganta, y sumergida en llanto,
 Se presentó, con parecer de diosa,
 Una mujer tan triste como hermosa.

Lánguida majestad, belleza grave
 Une en su rostro y femenil dulzura,
 Y un no sé qué de altivo, que no sabe
 Abatirlo la misma desventura;
 Tal como la azucena, antes que acabe
 De marchitar el tiempo su blancura,
 De palidez se cubre, así es aquella
 Prodigiosa mujer, pálida y bella.

Como un lucero, precursor del día,
 Se acercaba hácia mí con paso lento;
 Siempre nobleza y gracia descubria
 En su desfallecido movimiento;
 Cuando llegó á la humilde alcoba mia
 Se arrojó, suspirando, en un asiento,
 Dejó tender los brazos en la falda,
 Y acostó su cabeza hácia la espalda.

Puestos los tristes ojos en el cielo,
 De su belleza natural retrato,
 Como abismada en el amargo duelo,
 Inmóvil se mantuvo largo rato;
 Miraba yo entre tanto el negro velo,
 De su cuerpo gentil único ornato,
 Que sus miembros de nieve á trechos cubre,
 Y á trechos con modestia los descubre.

Incorrupto laurel ciñe su frente,
 Envuelto á los cabellos crespos de oro,
 Y coturnos dorados juntamente
 Ciñen sus piés con trágico decoro;
 En la derecha mano el peso siente
 Del instrumento de marfil sonoro,
 Con que supo inclinar á su deseo
 Al infernal Pluton el dulce Orfeo.

En actitud tan bella suspendida,
 Se mostraba á mis ojos semejante
 A la estatua á quien Júpiter dió vida
 Por complacer al escultor amante;
 La compasion con el respeto unida
 Embargaban mi accion, que vacilante,
 Por mujer ó por diosa, no sabia
 Si consolarla ó venerar debía.

Venció, por fin, al pasmo la ternura,
 Que es de mi pecho antigua vencedora;
 ¡Oh, cuánto es infeliz la criatura
 Cuando el poder de la piedad ignora!
 El que no siente ajena desventura,
 Y al ver en otros lágrimas no llora,
 La sensacion más dulce no percibe
 Que una alma generosa en si recibe.

Llegué á sus piés turbado y temeroso;
 La diosa, al adorar sus plantas bellas,
 Sintió con la impresion del labio ansioso,
 El calor de mis lágrimas en ellas;
 Y volviendo del pasmo doloroso,
 Dirigió las benéficas centellas
 De sus ojos á mí con tanta gracia,
 Que para hablarla así, prestéme audacia:
 «Mujer, en cuyo rostro soberano
 Aun el dolor amable comparece;

Angel del bello coro que cercano
Al supremo Hacedor incienso ofrece;
¿Que quieres, di? ¿Cuando al furor insano
De sus gentes el mundo ya perece,
Vas á regar con llanto infructuoso
El monton de sus ruinas lastimoso?

»Di, ¿qué maligna causa tan activa
Del infierno salió, que fué bastante
A turbar de la paz la imagen viva
En la serenidad de tu semblante?
¿Quién del sosiego celestial te priva,
Y te conduce trémula y errante,
Cuando ves de los hombres la arrogancia,
Del más perverso de ellos á la estancia?

»Si el ver que el universo se extermina,
Y que desatendiendo los clamores,
Se desploma la cólera divina
Sobre sus corrompidos moradores,
Es la fatal y penetrante espina
Ocasión de tan íntimos dolores,
De su desolacion la causa mira,
Y volverás tu compasion en ira.

»Pero por esos ojos, que á este suelo
Dan la fertilidad, y que serenan
Las soberbias borrascas en el cielo
Cuando los vientos encontrados truenan,
Rasga á tu corazon el negro velo,
Y las desgracias que de horror le llenan,
Hoy manifestas á mis ojos queden,
Si tal vista sufrir los míos pueden.»

La diosa, al paso que mi voz atiende,
Serenarse su rostro parecia;
Dulce color de rosa en él se enciende,
Como en Oriente al despuntar el día;
Al fin la generosa mano tiende
Para enlazar la vaciante mia,
Y con un triste y natural agrado
Me alzó del suelo y me sentó á su lado.

Tres veces, suspirando, sus pupilas
Copias de su dolor fueron tan fieles,
Que en los mismos Nerones y los Silas
Aplacára los ánimos eriales.

Luégo se me fijaron más tranquilas
Al rasgar de su boca los claveles,
Que con pausado y débil movimiento
Así exhalaban el divino aliento.

«¡Oh tierra! ¡oh mar! ¡oh globo miserable!
En el error y la ignominia envuelto;
Llegó el fatal momento irrevocable
En que tu triste fin quedó resuelto;
Harto tiempo la diestra formidable,
Por verte de tus torpes vicios vuelto,
Mantuvo en alto la brillante espada,
Siempre suspensa y siempre provocada.

»Mortal, que por lo pobre y desvalido
Sin duda eres sensible al mal ajeno,
¿Cómo me desconoces, cuando he sido
Hospedada mil veces en tu seno?
Yo, cual te lo demuestra mi vestido,
Y mi semblante de dolor tan lleno,
Un tiempo Meipomene fui llamada,
Ya soy la Compasion, aunque olvidada.

»Fué lamentar los males de la tierra
Y convidar al llanto mi ejercicio,
La paz amancillada por la guerra,
Y la virtud que huyendo va del vicio;
No ya que de los hombres me destierra
La soberbia, la envidia, el artificio;
Pues en vez de apiadarse los malvados,
Sólo viven haciendo desdichados.

»Prófuga, desvalida y sin consuelo
Iba ya á abandonar la gente ingrata,
Cuando el benigno movedor del cielo,
Que ofrece el bien, y siempre el mal dilata,
Mostróme un corazon lleno de celo,
Por los que el hado rígido maltrata,
Tierno, sensible, afable, generoso,
Y grande, al fin, porque era virtuoso.

»Si el triste marinero, á quien oprime
Sobrerbia tempestad, cuando más fiero
Brama la mar, el viento silba y gime
El encorvado mástil en que espera;

Cuando ya no hay remedio que le anime,
A la luz de un relámpago se viera
Surto dentro del puerto en salvamento,
No igualára su gusto á mi contento.

»A mi vivo contento, que olvidando
De los ingratos hombres el ultraje,
Al corazon de Albano fui volando,
Que siempre ser debiera mi hospedaje.
Así al rumor del venatorio bando
Desplega la paloma su plumaje,
Y huyendo por las auras vagarosa,
En medio de sus hijos se reposa.

»Entonces respiré y enjugué el llanto,
Al ocupar la produccion más bella
Que animó el Criador desde que el manto
Del cielo matizó con tanta estrella.
Allí quiso fijar el templo santo
De la virtud para mirarse en ella;
Y en el piadoso altar fijo en su centro
Es donde yo mi paz perdida encuentro.

»¡Oh, con cuánto placer en aquel pecho
Los momentáneos años se pasaban,
Exhalando suspiros en provecho
De los que en su presencia suspiraban!
La humanidad cobraba aquel derecho
Que el poder y el orgullo le usurpaban,
Siendo el único título de Albano,
El de amigo leal y ciudadano.

»Mas ¡ay de mí que tan feliz reposo
Cedió á la ley de la inconstancia humana.

Aunque de Albano el corazon piadoso
Me resguardaba á su codicia insana,
Buscábame con ojo rencoroso
Mi rival fiera, la Impiedad tirana,
Y de la Gratitud siguiendo el hilo,
Halló, por fin, mi solitario asilo.

»Tiránico placer, funesto gusto
Por su espantoso ceño se derrama;
Maligna risa mueve el labio adusto,
Sonando al modo del leon que brama.
No mira el ruiseñor con tanto susto
Tortuosa subir de rama en rama
Sierpe que devorarle el nido intenta,
Cual yo miraba á mi rival sangrienta.

»Yo te vi, soledoso albergue mio,
Destrozado te vi, como destroza
Con rápida creciente el raudal rio
De algun pastor la solitaria choza.
Yo con suspiros quise al cuerpo frio
Infundir el aliento que no goza,
Sin reparar, cuitada, en el intento,
Que yo tambien estaba sin aliento.

»Como la flor que adorna el palpitante
Seno de una doncella delicada,
Prendida por la mano del amante,
Y por el labio de ella acariciada;
Que si la ve la madre vigilante,
Con celoso furor y mano airada
La arrebatada, la pisa, la deshoja,
Y ella con vivas lágrimas la moja:

»No de otra suerte el jóven malogrado,
Mientras suele fortuna más propicia
En el seno de España colocado,
El era su consuelo y su delicia;
Hasta que la Impiedad con ceño airado,
Ansiosa de que triunfe la Malicia,
En el sepulcro, exánime, le arroja,
Y España con sns lágrimas le moja.

»¡Albano, Albano! á tí te dió la suerte
Un dón bien infeliz en la ternura,
Cuyo brillo á los ojos de la muerte
Te distinguió de la progeie impura;
Y como debe herir tu ¡echo fuerte
El que ofender á la virtud procura,
Tu vida, á los mortales tan preciosa,
Víctima fué de la tremenda diosa.

»Acaso al desplegar las pavorosas
Insignias del planeta furibundo,
Para no ver escenas lastimosas
Debiste, Albano, abandonar el mundo,
O para no escuchar las dolorosas
Querellas del vencido moribundo,

Juntas del vencedor al alarido,
Que va á morir despues sobre el vencido.

»Ni fuera tuyo ver campos desiertos,
Sangrientas y dobladas las espigas
Con el peso de tantos hombres muertos,
Y caballos que parten sus fatigas;
Ancianos y mujeres ir inciertos
Huyendo de las huestes enemigas,
Y de un solo soldado al movimiento
Perecer mutilados más de ciento.

»No pudiera sufrir tu noble pecho
Tal vista, tal furor, tales horrores;
Pero sí descender al pobre techo
De los necesitados labradores,
Donde tal vez en el angosto lecho
Padece de la fiebre los ardores,
Padre infeliz de su familia en medio,
Que sólo con llorar le da el remedio.

»Parece fuesen tuyas las desgracias,
Segun la conmocion, la pena interna,
Segun las generosas eficacias
Con que le remediabas, ¡alma tierna!
El enjambre de hijuelos te da gracias,
Y más que todos grata se prosterna
La madre, cuando al párvulo inocente
Presenta el pecho cándido y turgente.

»Entonces te vió el sol en el ocaso
Saliendo de la misera cabaña,
A cuya baja puerta enfermo y laso
Aun el pálido padre te acompaña;
Tus rodillas abraza en cada paso,
Y con su llanto cada cual las baña;
Y se quedan mirándote perplejos.
Hasta que al fin te pierden á lo lejos.

»Con todo, ni sus votos inocentes,
Ni de tantas virtudes el encanto
Permitieron los hados inclementes
Que pudieran llegar al cielo santo.
Salió la robadora de las gentes
Contra la dulce causa de mi llanto,
Y quedó, con tormento tan profundo,
Viuda la Compasion, huérfano el mundo.

»Para el sectario vil del Egoismo,
Que oye gemir, y no conturba el ceño,
Se perderá tu nombre en el abismo,
Tu memoria será cual sombra ó sueño;
Mas para el que, olvidado de sí mismo,
Respeto la desgracia, y halagieño
Se llega, y la remedia por su mano,
No morirás, no morirás, Albano.

»De éstos apreciarás el justo lloro,
No el odio de los ánimos feroces,
A quienes Ambicion con lengua de oro
Persuade tantos crímenes atroces,
A quienes amistad, honor, decoro,
Viejas costumbres son, bárbaras voces,
Virtud el ocio, la mentira oficio,
Móvil el interes, ídolo el vicio.

»Todo lo roba el tiempo y desaparece
Al revolver de la voluble rueda;
Y de cuanto á los hombres envanece,
Saber, fausto, hermosura, nada queda.
La voz de la lisonja se enmudece
Cuando la vida al malhechor se veda;
Mas si muere el benéfico inocente,
La voz de la verdad es elocuente.

»Ella y la gratitud tu nombre eterno
Harán sonar, Albano, entre suspiros,
Mientras nos den su luz el sol superno
Y baja luna con alternos giros;
Sepultada la Envidia en el averno,
Llorará la impotencia de sus tiros;
Y en la losa, benéfico tu nombre,
Hará llorar, no horrorizarse al hombre.

»Adios, que ya en el aire se columbra
La rival que á mi daño se abalanza,
Y ya su mismo fuego me deslumbra,
Y ya me rasga el manto con la lanza.
¿Quién me dará el escudo que acostumbra
A rechazar su bárbara pujanza?
¡Faltó en Albano mi mejor encanto!
¿Quién escuchará ya la voz del llanto!»

Diciendo así, su pálida figura
Con su voz en el aire se perdía;
Volvió á quedarse la mansion oscura,
El corazon medroso me latía.
Yo dudé si era sueño ó si locura;
Pero al amanecer del nuevo día,
Vi que todos los tiernos corazones
Lloraban la verdad de estas visiones.

X.

LA FUNCION DE VACAS.

Grande alboroto, mucha confusion,
Voces de vaya y venga el belctin,
Gran prisa por sentarse en un tablon,
Mucho soldado sobre su rocin:
Ya se empieza el magnífico pregon,
Ya hace señal Simon con el clarin,
Elregonero grita: «Manda el Rey»;
Todo para anunciar que sale un buey.

Luégo el toro feroz sale corriendo;
(Pienso que más de miedo que de ira):
Todo el mundo al mirarle tan tremendo,
Ligero hacía las vallas se retira:
Párase en medio el buey; y yo comprendo
Del ceño con que á todas partes mira,
Que iba diciendo en sí el animal manso:
«Por fin, aquí me matan, y descanso.»

Sale luego á echar plantas á la plaza
Un jaque presumido de ligero;
Zafio, torpe, soez, y con más traza
De mozo de cordel que de torero:
Vase acercando al toro con cachaza;
Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
Parte tras él, furioso como un diablo,
Vuelve la espalda y dice: «Guarda, Pállo.»

Siguiese á tan gloriosa maravilla
Un general aplauso de la gente:
Uno le grita: «Corre, que te pilla»;
Otro le dice: «Bárbaro, detente.»
Y al escuchar lo que el concurso chilla,
Iba diciendo el corredor valiente:
«¿Para qué os quiero, piés? dadme socorro;
¿No es corrida de bestias? pues yo corro.»

A las primeras vueltas ya se halla
El toro solo en medio de la arena:
Por no saber qué hacerse, va á la valla,
A ver si en algun tonto el cuerno estrena;
Mas desde allí la tímida canalla,
Que estando en salvo de valor se llena,
Al pobre buey le ablandan el cogote,
Unos con pincho, y otros con garrote.

En esto, con su capa colorada
Sale á la plaza un malcarado pillo,
Puesto en jarras, la vista atravesada,
Y escupiendo al traves por el colmillo,
Dice con una voz agacharada:
«Echen, échenme acá el animalillo»;
Mas viene el buey; él piensa que le atrapa;
Quiere echarle la capa, pero escapa.

Hecha al fin la señal de retirada,
Que en otras partes suele ser de entierro,
Pues muere el animal de una estocada
O á las furiosas presas de algun perro,
Sale el manso y pastor de la vacada,
Y al reclamo del áspero cencerro,
La plaza al punto el buey desembaraza,
Quedando otros más bueyes en la plaza.

XI.

CRISTINA EN EL ADVENIMIENTO AL TRONO,
(1829.)

No una vez sola, iluminando el cielo,
Ráfagas de carmin vierte la aurora;
Que cuantas linda en el nocturno velo,
Tantas le rasga, alegre, vencedora:
Así la Iberia, no una vez consuelo,
Sino mil haya en el afan que llora,
Y siempre un astro de feliz ventura
Sale á reirle en su mayor tristura,

Tarbóla en tiempo la ambición sangrienta,
Que en armas toda y fuego la circunda;
Mas apenas soberbio le presenta
Al noble cuello la fatal coyunda,
Cuando el valor antiguo, que alimenta
Los generosos pechos en que abunda,
Eleva hasta el nivel del heroísmo,
Y precipita al monstruo en el abismo.
Ni le valió volver con cien cervices
Y con cien lenguas á ostentar su saña,
Y, en sedición ardiendo, áun las raíces
Del honor y virtud robar á España;
El honor y virtud nuevos matices
Desplegan en la sangre que los baña,
Llevando, en triunfo del Monarca amado,
Al anárquico genio al carro atado.

No quedará recurso al hado adverso
Para aligir á la constante Iberia.
A no inventar su rabia el más perverso
Que á largos lutos pudo dar materia;
Dos reinas, que adoraba el universo,
Asilos de infortunio y de miseria,
Gloria del pueblo, encanto del Monarca,
Una tras otra nos robó la Pareja.

Profundo luto oscureció la tierra,
Sumióse España en mares de amargura;
El valor, que sobró para la guerra,
Faltó para sufrir tal desventura....
Pero cuando más negra nos aterra
Tal tempestad, ¡qué luz serena y pura,
Qué sonrisa del cielo, qué bonanza!
Qué iris bello nos vuelve á la esperanza!

¡Qué claro rayo de Pirene altivo
La barrera oriental matiza y dora,
Cual con su pié de rosa fugitivo
Pinta en el cielo la risueña aurora?
¿De qué semblante parte el atractivo
Que á un tiempo nos admira y enamora?
¿Qué deidad nueva ilustra el horizonte,
Y en carro de marfil supera el monte?

Huyen de la desgracia los nublados;
Recobra el cielo el manto de zafiro:
En risa y en placer se ven trocados
De España el luto, el llanto y el suspiro;
Flores brota en sus riscos más nevados
Pirene al soportar del carro el giro,
Y de sus valles en los hondos huecos,
Cristina, sin cesar claman los ecos.

Cristina, ¡oh Dios! Cristina es halagüeño
Nombre, que Ebro ya escucha en sus orillas,
Y que, como al salir de un torpe sueño,
Repiten anhelosas las Castillas....
Mas ¡qué región del mundo, ó qué risueño
Clima, fecundo en altas maravillas,
Nos vuelve el bien que nos faltó en Amalia?

Y me responde el eco: «¡Italia! ¡Italia!»
¡Oh región de placer! no eres llamada
Jardín del mundo, en vano, ó paraíso,
Ni en vano hacer de tí copia abreviada
De su vario poder natura quiso;
Gracias y amores te hacen su morada,
Artes y ciencias su crisol preciso;
Al par de España eres fecunda y bella,
Y algunas veces infeliz como ella.

De honor llenásteis con igual fortuna,
Juntas un tiempo, el campo de la guerra,
Y ante los héroes de que fuisteis cuna
Enmudecida se postró la tierra;
Juntas turbásteis la otomana luna,
Y hasta en los climas en que el sol se encierra
Juntas hicisteis el pendón tremole
Que rinde el mundo á la Borbonia prole.

¡Oh cuán preciosa flor es de la rama
A cuya sombra tu esplendor se acrece
La que en Iberia el bálsamo derrama
Que nuestro luto y llanto desvanece!
Ya su presencia la esperanza inflama
Del Monarca y del pueblo, y les ofrece
Que á un tiempo encontrarán, dulce y piadosa,
La orfandad madre, la viudez esposa,
Y cual del sol la lumbre matutina,
Que empieza á despuntar tras noche oscura,

Dora primero el monte ó la colina,
Que entre flores se espacie en la llanura;
Así al trono español ántes Cristina
El rayo envía de su luz más pura,
Y llena de placer sereno y blando,
Antes que al pueblo, al pecho de Fernando.

Que su alto aprecio á la nación hispana
En él inspira el generoso anhelo
De asegurarla en sucesión lozana
Su bondad propia, paternal desvelo.
Así firmeza opone soberana
A tanto mal con que le prueba el cielo;
Por eso de su amor caros despojos
Resigna humilde, y templea sus enojos.
Mas luego el gozo universal levanta
De insólito placer salva festiva,
Que al paso que Cristina se adelanta,
Los abatidos ánimos cautiva;
No hay árbol en contorno, ó verde planta,
Mirto amoroso ni gloriosa oliva,
Que no tienda sus ramos, y los doble
En triunfal arco á su cuadriga noble.

Ni le opone Pirene erguida espalda,
Cual Aníbal, un tiempo, á las legiones,
O cuando con horror vió hácia su falda
Precipitar los galos batallones;
Alfombras, sí, la brinda de esmeralda,
Grutas sombrías, verdes pabellones,
Y limpias aguas, que á la tropa amiga
Restauran del cansancio y la fatiga.

Tropa, mas no de ninfas fabulosas,
Es la que en torno al carro se divisa;
Virtudes reales son, dotes preciosas,
Que brillan en su rostro y dulce risa:
La piedad, que es blason de almas hermosas;
La concordia, en los pueblos tan precisa;
La modestia, la gracia y la dulzura
Llevan al trono en alas su hermosura.

Y las silvestres Dríadas, pulsando
Rústicas liras con cantar sonoro,
Van su descenso al valle acompañando,
Con grácil cuerpo y pié saltando en coro;
Las náyades del Ebro, despejando
De la onda clara los cabellos de oro,
Rivales de ellas en donaire y brío,
Anuncian su presencia al dios del río.

Y Ebro, dejando el coralino lecho,
Al aire da su forma corpulenta,
Y derramada por el vasto pecho,
La ondosa barba su raudal aumenta;
Matizada su orilla á largo trecho,
Como un marco de flores se presenta
Del espejo que en su onda cristalina
Previene á tan angusta peregrina.

Y ella pasa sin ver grupos de amores
Que la siguen volando, entre placeres
Que á sus piés nacen, cual se anuncia en flores
La presencia de Vénus en Cítères;
Y votos son de alegres labradores,
Que en ella imploran el favor de Céres;
O expresión del amor que el Rey concibe
Que en boca de sus pueblos la recibe.

Si esto siente el umbral solo de España,
¡Qué será el corazón al poseerla,
Cuando admire que el mar que el Indo baña
Jamás le tributó más linda perla!
Por propia joya, no de tierra extraña,
La augusta madre nos la da al traerla;
Que si dió fruto en peregrino cielo,
La rama es hija del hispano suelo.

Por tal la acepta la nación valiente
Que dilató su cuna á orbe segundo,
Siempre envidiada de extranjera gente,
Nunca rendida á Marte furibundo;
Y aquella misma generosa frente,
Que no humillara al domador del mundo,
Hoy reverente y con placer la inclina
Ante tus plantas, celestial Cristina.
De ellas se elevará con más firmeza
A empresas arduas de gloriosa estima;
Que cuando le estimula la belleza,
El valor español más se sublima,

Así del castellano la braveza

A la expulsión del moro puso cima,
Porque en Granada le sirvió de escuela
Lidiar ante los ojos de Isabela.

¡Qué no será cuando el dosel ostente
La sangre de seis héroes en tus venas;
Ver que en Luis y Fernando es tu ascendiente
La régia santidad: que en dar cadenas
Al bélico furor del brio ardiente,
De Henrico y Carlos la memoria llenas,
Y con los grandes Luis y Carlos partes
Bella patrona ser de ciencias y artes!!!

Las castellanas Musas, aunque fieles,
Temen ser á tu gloria escaso auxilio,
Como á la que la nacido entre laureles
Que sombrean la tumba de Virgilio;
Empero de Aretusa en los verjeles
Ordena acorde el virginal concilio,
Ya que no deban á Petrarca ó Tasso,
Pedir su lira á Herrera ó Garcilaso.

Llega, pues, Virgen real, que ya Himeneo
Llora impaciente tu demora larga;
Vén á hacer de tus gracias dulce empleo
En este pueblo, que su bien te encarga;
Cumple de su Monarca el fiel desco,
Y haz que el triste cipres y adelfa amarga
Que en su frente anudó la Parca dura,
Hoy vuelva en mirto y rosas tu hermosura.

Ofrenda digna de la régia pompa
Será tu mano, que, en virtudes rica,
El rayo adverso de la estrella rompa,
Que en nuestro daño su influencia aplica;
Así la Fama con su etérea trompa
Al Ebro, al Tajo, al Bétis lo publica;
Y que á la España colmarás de bienes,
Si le haces tantos como gracias tienes.

XII.

AL DESEADO ARRIBO
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA (1829).

En brazos del amor la ninfa bella
Que la feliz Parténope ennoblecce,
Cual en el cielo refulgente estrella,
En los mantuanos lares resplandece.
Apénas sienta su divina huella,
Nace el placer, y la alegría crece;
Llenando á toda Iberia de consuelo
El dulce bien que le concede el cielo.

Del monarca de España más amado
Será la más augusta compañera,
Y en sus caricias mirará premiado
Su paternal afán la gente ibera.
La paz, asegurada en su reinado,
Derramará sus dones placentera
Sobre el pueblo leal que fiil la aclama,
Y madre y reina con placer la llama.

Plácido enlace, que la Europa admira,
Y asegura la union de tres naciones,
Que con envidia el universo mira
Gobernar á los ínclitos Borbones.
Eterno afecto al español inspira,
Y con grata efusion los corazones
Himnos cantan de amor á su señora
Y á los monarcas que la Italia adora.

Liega, inclita Cristina; tu ternura
Premio del pueblo el sin igual respeto;
Y el gozo con que adora, en su ventura,
Del grande Carlos al augusto nieto.
En el trono, por él, la virtud pura
Reina contigo, y el error sujeto,
Verá, cobrando España su decoro,
La venturosa edad del siglo de oro.

XIII.

Al oír la salva con que se anunciaba el nacimiento de la serenísima
Princesa primogénita (1830).

De gozo sirve, y no de susto, el trueno
Al que se afana en rústicas fatigas,

III, Ps.-XVIII,

Cuando, rompiendo de la nube el seno,
Lluvia abundosa espárese en sus espigas;
Así, con rostro de zozobra ajeno,
Oyen las Musas, de la paz amigas,
El suceso, que hoy fausto se proclama,
Aun en las bocas con que Marte brama.

Llevan tronando en estampidos secos
Feliz anuncio á la nación ibera
De monte en monte, y por los valles huecos
Retumbando se esfuerza y regenera;
Tan dulce són aligeros los ecos
Cuidan que siempre dure y que no muera,
Sino que se prolongue al mar profundo,
Y llegue alegre hasta el confín del mundo.

¡Con que ese anuncio fija el hado incierto
De nuestra patria? ¡Oh trueno afortunado!
No es tan grato el fanal que enseña el puerto
Al bajel entre escollos empujado;
No es tan suave la lumbré al cuerpo yerto,
No es tan bella la vida al desahuciado;
Ni al que á remo sin fin la ley condena
Es tan dulce ver rota su cadena.

En su alegre relámpago relumbra
La española region, y la balanza
De su destino hasta el cénit encumbra,
Campo espacioso abriendo á su esperanza;
¡Cristina un fruto de su seno alumbró!.....
¡Y el sexo amable á poseerlo alcanza!.....
Mas siendo flor de planta tan hermosa,
No importa, no, que sea clavel ó rosa.

Y ¡oh Dios! si aún en la misera cabaña,
De escasez y aflicción nativo asiento,
En lecho humilde y bajo débil caña
Un pastorecillo nace y da contento;
Tal, que resuena en torno la campaña
En parabien del triste nacimiento,
Y el infeliz consorcio es celebrado
De dar al mundo un nuevo desgraciado,
¡Qué no será, bajo artesón brillante
De palacio ostentoso en mármol y oro,
Donde esperan un rey, y un pueblo amante
En cuna ebúrnea su mejor tesoro!
¡Qué no será cuando el oído encante
El dulce són del infantilino lloro,
Y en la doliente madre se divisa,
Tras tanta pena, la primer sonrisa!

Entónces es á reyes y naciones
Gozo común y público consuelo,
Y esto anuncian los bélicos cañones
En gran rimbombo estremeciendo el suelo;
Esto el aire azotando los pendones,
Y el cóncavo metal girando á vuelo;
No en vano alarde de sangrienta gloria,
Mas cantando de amor dulce victoria.

Que es triunfo cierto sobre el lado ciego
Que con futuros males nos comina,
Esa inocente prenda de sosiego
Que en brazos del monarca da Cristina;
Y él al gran pueblo la presenta luégo,
A cuyo imperio y gloria la destina,
Y es delirio el clamor del alborozo,
Y diluvio de lágrimas el gozo.

Ansiaba yo cantar placer tan vivo,
Y me espaciaba solitario en donde
Manzanáres de miedo al rayo estivo
Sus claras aguas en la arena esconde;
Y cuando más llamaba á Febo esquivo,
Que á mi cansada vez ya no responde,
Otra más delicada me suspende
Cuyo concepto fué: mira y atiende.

Luégo vi que los árboles crecían,
Y de pintadas aves se poblaban;
Las márgenes del río se extendían,
Las arenas cual nácar relumbaban;
Las aguas desde el fondo refluían
Y á besar del palacio el pié llegaban;
Y con caudal inmenso Manzanáres
Correr pomposo á enriquecer los mares.

Mas por el plano azul de su corriente
Mi vista un carro de coral cautiva,
Que surcando las aguas blandamente
Al impulso de blancos cisnes iba;

Y reclinada en su espaldar luciente
En talle airosa, en ojos expresiva,
Náyade tal, que sola bastaría
A disculpar la plegia idolatría.

Al paso que en las ondas se resbala,
Daba al prado matiz, y brillo al cielo,
Y aura de vida al ánimo regala
Que al corazon conforta, y da consuelo;
De sus varios y lumajes hacen gala
Las aves, sin cesar lanzarse á vuelo;
Mas, cual si fueran animadas flores,
Le cantan al pasar salvas de amores.

Pero su curso ante el palacio hispano,
Porque á los blancos cisnes halagüeña,
Con torneado brazo y blanca mano
Y dedo de marfil les hizo seña;
Entonces del conjunto sobrehumano
De sus encantos dió bella rescña.
Mostrando en todos perfeccion tan rara
Que la envidia á enmendarla no acertara.

Des genies luego del gracioso coro
Que triscando en la concha se divisa,
Un arpa danla de cristal sonoro,
Que ella recíe con genial sonrisa;
Tienen las manos en las cuerdas de oro,
Su pié en los trastes que gracioso pisa,
Y sobre el arpa, que á pulsar empieza,
Descuella airosa la gentil cabeza.

Los cantos de la selva suspendidos,
Sólo uno se oye en la encantada nave,
Que á distinguir no aciertan los oídos
Si es órgano mortal, ó ninfa ó ave;
Sólo si que sus labios divididos
Respiraban un s'én blando y suave.
Cual si saliera fresca y vagarosa
La voz de un ruiseñor por una rosa:

CANTO DE LA NÁYADE.

Frescas aguas y arboledas,
Solitario albergue mío,
¡Con qué gusto en vuestro río
Salgo el aura á respirar!
Sostened las leves ruedas
De mi carro y cisnes bellos,
Y oiréis al paso de ellos
Vuestra dicha en mi cantar.

En mi plácido retiro
Vivo humilde en paz serena;
Mientras pobre entre la arena
Mi raudal perder se ve.

Mas no sé qué fuerza hoy miro
Que me ensanega en el espacio,
Y de Iberia al gran palacio
A besar me eleva el pie.

¡Quién alienta mis desmayos,
Quién mis aguas reproduce?
¡Qué astro nuevo brilla y luce
En la ibérica region!

Uno sólo, cuyos rayos
Al bien público destina,
De Fernando y de Cristina
La feliz constelación.

No es su esfera el alto ciclo,
Que en la tierra resplandece,
Y por mano real se mece
En cuna de oro y marfil;
Trasluciendo en claro velo
La inocencia que allí posa,
Como Fernando bondosa,
Como Cristina gentil.

Ya de ambos angustos dueños
Las prendas, juntas en una,
Son mecidas en la cuna
Por la gracia y la virtud;

Y el labio, que mueve en sueños
Con halagüeña sonrisa,
Muestra á España por divisa

Prosperidad y quietud.

La elegante palma bella
Del Sebeto trasplantada,
Por mis aguas fecundada
Parca en frutos no será;
Hoy es tierna copia de ella
La que en gozo nos inunda,
Y mañana más fecunda
Del Rey otra nos dará.

Así ahuyenta los temores
Que turbaban nuestro suelo,
Su sonrisa es la del cielo
En roja aurora boreal;
Tal se ve cubrirse en flores
El más árido terreno,
Si imprevisto de su seno
Brotó un puro manantial.

Del Olimpo ya descendiendo,
De una en otra sien suprema,
De Castilla la diadema
En perfecta sucesion:
Y entre ambos polos se tiende
Cadena de reyes bella,
Siendo Isabel Luisa en ella
El más precioso eslabon.

¡Oh, si abrir me fuera dado
El gran libro del destino,
Y con aliento divino
Sus misterios declarar!
¡Cuánto honor fuera cantado,
Cuánto lauro y cuánta hazaña,
Del teson con que la España
Esta prenda ha de guardar!

Basta que la paz la envuelva
En sus más floridos lazos,
Que la reciba en sus brazos
La firme fidelidad;
Y mientras duerme, y en selva
De laureles se cobija,
Minerva sola dirija
Los progresos de su edad.

Que á sombra del solio hispano,
Al paterno apoyo unida,
Aprenda á regir querida
El noble cetro español.
Y ceda á un feliz hermano
El lauro que ciñe ahora,
Cual vemos la bella aurora
Ceder el Oriente al sol.

Esto enunció la ninfa encantadora,
Esto oyó Manzanáres en su orilla;
Ya triste al ver que con la vez sonora
Se alejaba la algre navecilla,
De sentimiento humilla
Su altiva frente el río.
Y la mágica pompa y señorío
Que debió á la presencia de su diosa,
Volvió á estrecharse en margen arenosa.

Prestos al par volvieron
A su forma primera
Los árboles que ciñen su ribera,
Y tan gradiosos á mis ojos fueron.
De aves tambien quedando de improvisó
Despeblado tan bello paraíso.
Llevóse, en fin, el viento
Ante mi vista ansiosa
Escena tan grandiosa
De esplendor, de ventura y de incremento;
Pero mi pensamiento
Conservó fija la apacible idea
De que aquella tal vez imagen sea
De la prosperidad á que camina
España, en la era de su dueño amado,
Y á que la elevará de grado en grado
La prole de Fernando y de Cristina.

XIV.

Miniatura poética ó breve cuadro descriptivo de la honorífica y agradable sorpresa bondadosamente dispensada por la Reina, nuestra señora, á la Guardia Real y voluntarios realistas, haciéndoles asistir formados y sin banderas ante su real palacio durante el heptadecimo día 10 de Octubre (1831), cumpleaños de su augusta primogénita, y dándosela luego de su real mano y señaladas con su real nombre, para perpetua gloria y estímulo de toda la tropa española.

INSPIRACION LÍRICA.

¿Qué no pueden favor, gracia y belleza
En una augusta boca concertados,
Cuando dictan constancia y fortaleza
Por único tributo á sus cuidados!

Decidílo, ¡oh soldados!
Que ayer al són del parche réunidos,
Brazo con brazo y pié con pié marchando,
Presentásteis los pechos agnerridos
Ante el excelso alcázar de Fernando.

Alto hicisteis allí con pié seguro,
Y en la Real Guardia y los realistas fieles
Añadió el trono á su defensa un muro.
«Vengan riesgos aquí, vengan laureles»,
Era expresion en los semblantes fieros

De aquellos granaderos;
Al paso que en sus ojos
Arden mal encubiertos los enojos
De no ver tremolar sobre sus frentes
Los antiguos pendones

Que en símbolos de almenas y leones
Infunden fortaleza á los valientes,
Y en la horrisona lid sirven de guía.

Cristina los miraba y sonreía,
Pues medita en su bien mayor ventura,
Mientras que desde el trono,
Cuyo esplendor recrece en su hermosura,
Con maternal ternura
Y elegante abandono

Dando á besar su mano,
Colmaba de delicia al pueblo hispano.
Y luego que el rendido acatamiento
Del obsequioso pueblo fué acabado,
Alzase de su asiento

Cristina, y en pié ostenta el agraciado
Talle ¡ay! de nuevas esperanzas lleno
Con que honra á España su fecundo seno;
Y su dulce mirar en torno espacia
Con rayo tan vivaz y tan sencillo,
Que la majestad misma en él su brillo
Suaviza en la sonrisa de la gracia.

Al fin descende de las régias gradas,
Cual del Olimpo la elegante Juno,
Dando el favor postrero á cada uno
De amable complacencia en sus miradas.
Y al ir pisando el alfombrado suelo
Hasta dejar la sala suntuosa,

Muéstrase á nuestro anhelo
De entrar en su real cámara afanosa,
Que allí reside el blanco de su celo.

La cortina era ya velo importuno
Al pueblo, y ella á su presencia llama
De la impaciente tropa á los caudillos,
Que con sorpresa admiran su semblante,
Espaciando de gloria ardientes brillos,
En vez de la simpática dulzura,
Que es nativa expresion de su hermosura.
A Venus miran transformada en Pálas,
Triunfante entre oriflamas y banderas;
En cuyas telas recamadas de oro,
Con más realce y con mayor decoro
Que en las ya rotas flámulas guerreras,
Resaltan de la Iberia los blasones
En flamantes castillos y leones.

¡Oh cuán digno dosel á su grandeza
Formaban las enseñas militares!
Así la Isabel magna de Castilla
Reposando en moriscos adárces,
Resguardaba con bárbaros pendones
Del solar rayo la inmortal cabeza,
Y en solio tal Granada se le humilla.

Mas vuelta hacía los nobles campeones

Así por siempre memorable suena
Su voz de encanto llena,
Al paso que, hermanada á la armonía
De tan suave acento,

De sus ojos la accion tierna y serena
Eran con su expresion dulce cadena
De la imaginacion y el sentimiento,
Porque tan pronto en ellos relucía
La llama del honor brillante y pura,
Que á sus fieros alumnos Marte envía,
Como el rayo halagüeño de ternura
Que de su noble corazon partía.

Prorumpió al fin, y la sublime historia
Recojó este concepto en tablas de oro,
Para encanto inmortal de la memoria:

«Desde que al descender del Pirineo,
En demanda del Rey que esposo adoro,
Admiré en el solar de las Españas
Felicidad y honor, fué mi desco
Unir mi nombre y gloria á tus hazañas.

»Y en el día que á mi alma más recrea,
El más feliz para el amor materno,
Le inscribo en las banderas, donde sea
A vuestro corazon recuerdo eterno.
»De mí mane os las doy, porque guiando
Por la ardua senda en que el amor camina,
Hagais lo que debéis por mí Fernando,
Sin olvidar el nombre de Cristina.»

Los caudillos que absortos la escucharon,
Se postran á sus piés, sin atreverse
A recibir un don, que imaginaron
Sólo á precio de sangre merecerse;
Los pechos en silencio palpitaron,
Los labios no acertaron á moverse,
Y el sentir de sus fieles corazones
Lágrimas lo explicaron, no razones.

Luego al compas de parches rumorosos,
Al clarín de la fama concertados,
Llevan marchando alegres y gloriosos
Tan sublime presente á sus soldados;
Y ellos desde las filas animosos
Ven en los tafetanes desplegados
Que en la lid á que Marte los destina
La señal de vencer es ya Cristina.

XV.

RASGO LÍRICO

en celebridad de la jura de la Infanta doña María Isabel Luisa como
princesa heredera (20 de Junio de 1833).

Suelta, al rayar del Sol resplandeciente,
El colorin su vena armoniosa,
Y remeda el murmullo de una fuente,
O canta el nacimiento de una rosa;
Tierna y pura es su voz; mas ¡ay! quien siente
Ya pesar sobre sí la carga añosa,
¿Cómo ajusta la suya al digno tono
De la flor nueva que hoy adorna el trono!

Tuyo el canto será, Febo divino,
Pues sólo tú tan noble estilo usas,
Cuando en el alto monte Cabalino
Hablas al bello coro de tus musas;
Cuando aplicando el labio al cristalino
Licor de las corrientes Aretusas,
Enardeces la mente, y dices cosas
Gratas al cielo, al suelo provechosas.

Cántara yo el placer de un pueblo inmenso
Aplaudiendo en olímpica carrera
A un earro, que ofuscado en polvo denso,
Vuela á ganar la palma lisonjera;
Mas no la exaltacion, el gozo intenso
Con que vota su fe la gente iberá
De su caro Fernando á la hija amada,
En el umbral del trono colocada.

Tan grandiosa ocasion mi mente abruma,
Vacilando en tropel de ideas solas
Que llegan y huyen, cual marina espuma
Desvanecida al peso de las olas.
¿Y será en tal afan que yo presuma
Que, cual clavel nacido entre amapolas,

Raro favor del dueño que me inspira
Haga vibrar las cuerdas de mi lira?
Sí; que entre hierba, en el verdor de Mayo
Yace, tal vez, un tosco cristalillo;
Velo al pasar el inocente payo,
Sin que le mueva su valor sencillo;
Mas si acaso después del sol el rayo
Le llega á iluminar, le da tal brillo,
Que, creyéndole ya diamante hermoso,
Vuelve á cogerle el payo codicioso.

Sólo así herido de vital centella
Puede mi ingenio alzarse á empresa tanta,
Cual saludar á la graciosa estrella
Que sobre nuestro Oriente se levanta;
Del sol hispano, y de su aurora bella
Dulce reflejo, que la vista encanta;
Y á quien hoy suben votos de mi musa,
En el desórden que el contento excesa.

¡Ansia del porvenir! Signo evidente
De la inmortalidad de nuestras almas,
Que añades al placer del bien presente,
Dulce atractivo de futuras palmas;
¡Cómo tu noble influjo un padre siente!
¡Cuánto sus tiernas inquietudes calmas,
Pintándole la gloria y bienes fijos
Que deben disfrutar tras él sus hijos!

Esto de un padre Rey la mente inflama,
Esto arrebató á un pueblo enternecido;
Cuando aquél lleva al trono, éste proclama
La sucesión de un vástago florido;
Y una Isabel será..... La etérea fama,
Alborozada al nombre esclarecido,
Dando aliento al clarín, dice á la historia:
«Este es el tiempo de cantar la gloria.»

Otra Isabel, engrandeciéndolo á España,
Junto el Moncayo al suelo de Castilla;
Y ardiendo en gloria de marcial campaña,
Libró á su patria de la infiel cuchilla;
La ciencia, que á otros Reyes fuera extraña,
De apreciar el talento, en ella brilla;
En Colón distinguió saber profundo,
Le dió su espada, y conquistó otro mundo.

Ufana de esta Pálas coronada
Que le legó memoria tan gloriosa,
España no recela, ántes le agrada
Ver la corona en sienes de una hermosa;
La virtud y el error tienen entrada
Donde se alberga un alma generosa;
Todo sexo es capaz de altos renombres,
Las grandes almas son los grandes hombres.

Y una, que envuelta entre las hojas tiernas
De su primera flor el cielo brinda,
Del árbol de Borbon, que sus eternas
Ramas al tronco de Pelayo alinda,
¡Cómo podrá dudar que sus internas
Adoraciones la nación le rinda,
Hoy que en el trono agélica deseuella
Sobre la falda de su madre bella!

Que en tan precioso asilo es verla en manos
De la beneficencia y la dulzura,
En el seno de paz que vuelve hermanos
A cuantos lidian en discordia dura;
De donde huyen rencores inhumanos,
Y la fidelidad duerme segura,
Respirando el valor con que algún día
Hará feliz la hispana monarquía.

De reales hembras nuestro fuero ha hecho
En ley de sucesión fijas estrellas,
Tanto que en muchos Reyes el derecho
Fué un regalo de amor por mano de ellas;
Del vuelo de los siglos á despecho
Vivas aún duran sus acciones bellas,
Y el brillo oscurecer de su memoria,
Es robar los diamantes á la historia.

Con valor y virtud nuestros mayores
Acataron á Urracas é Isabels,
Como vemos regir riendas de flores
Los leones del carro de Cibéles;
Y en su beldad templados los rigores
Bravos los vimos ser, mas no crüeles;
Que entónces arrostrar la lid más dura
Era un feudo pagado á la hermosura,

Así evitaron tiempos de licencia,
En que á tantos dictára la codicia
Que en aras de la propia conveniencia
Se inmolen el derecho y la justicia;
Y así diademas dando á la inocencia,
Y á Isabel siendo nuestra fe propicia,
España acata á sus antiguas leyes
Jurando reina á la hija de sus reyes.

Babilonia brilló con monumentos
Por Semiramis bella al cielo alzados,
Estímulo á los choques más sangrientos
Fué una Teresa de Austria á sus soldados;
Largos frutos de industria y de talentos
Catalina alcanzó climas helados,
Semiramis, Teresa, Catalina,
Sed fausto anuncio á la hija de Cristina.

Que ésta desde ora ante sus ojos pinta
Cuadro inmortal de generosos hechos,
Que de la ingratitud la negra tinta,
Nunca podrá borrar de nuestros pechos.
Así, cual iris fué; su vária cinta
Tiende sobre nublados ya deshechos;
Hoy la aclama su córte Carpentana
Sensible, amable y bella soberana.

Tal será el grito que en triunfal decoro,
Entre ondeantes ricas colgaduras,
Dará gozosa á tu carroza de oro
Gente en el suelo y gente en las alturas;
Del aire, en tanto, respondiendo en coro,
Se oirán las arpas de las Gracias puras,
Que son ornato á la Princesa bella,
Y también juran el reinar con ella.

Ya el templo en oro y púrpura vestido,
Ya el ara al sacro rito preparada,
Ya el congreso de Próceres unido,
Ya abierto el libro de la ley sagrada;
Todo atiende el momento apeteido
En que el hispano pueblo sancionada
Deje á Isabel su fe, cual digno ensayo
Para elevarla al trono de Pelayo.
Sube el áureo escalon, Princesa niña,
Del puesto augustó á que derecho obtienes;
Donde guirnalda que el amor te ciña
Preparan al laurel tus bellas sienes,
Dónde la que en su falda te encarniña
Te enseñe á convertir males en bienes;
Siendo allí, de tus padres en presencia,
Años de paz, tus años de inocencia.

CANTOS DIDÁCTICOS.

I.

Á LAS NOBLES ARTES.

INTRODUCCION.

El Rey es númen del talento hispano;
Para vencer en generosas lides
Alcanza el español fuerzas de Alcides,
Si le brinda un laurel su angusta mano.
Hoy es el triunfo de las artes bellas;
Hoy el Monarca las levanta al cielo:
¿Podré seguir su generoso vuelo?
¿Dirá mi débil voz que parten ellas
Con la virtud gloriosos atributos?
¿Que su guirnalda esmaltan de colores,
Y que, si bellas obras son sus frutos,
También las bellas artes son sus flores?
¡Ah! canta tú sus pasos bienhechores,
Musa de la verdad, y hazles justicia.
Aquel que ve la luz en tan propicia
Hera, que en los arrullos de la cuna
Natura con sus dones le acaricia,
Y con pródiga mano la fortuna;
Que, tierna planta, erigirse asegurada
En atrojos debe al paternal desvelo,
En tanto que ella crece encadenada

A la influencia natural del ciclo;
Si sus inclinaciones con sosiego
A los objetos van que las despiertan,
Sin luchar con obstáculos que luego
En furiosas pasiones las conviertan;
Su corazón, formado en el cariño
De los que le cercaban cuando niño,
No temerá que su placer le roben,
Y amará á sus iguales cuando joven.

Entonces, ¡cuán serena entre destellos
De amor, de paz, de gozo y de abundancia,
Que el crepúsculo ornaron de su infancia,
Saldrá la aurora de sus días bellos!
Lucirá apenas la primer centella
De su naciente ingenio, cuando amigas
Vendrán las Musas derramando en ella
Aromas que alcanzaron las fatigas

De los que Apolo unió á sus estandartes,
Ya en los sublimes ramos de las ciencias,
Ya en los floridos campos de las artes.
¡Harto feliz! pues sólo las esencias
Su razón gustará de las divinas
Rosas, que entre malezas y entre espinas
Lograron los gloriosos inventores.

Tendrá principio en medio de estas flores
Aquel secreto instinto, aquel interno
Órgano de razón, germen eterno
De toda rectitud, por quien el hombre
Desengañado la primer guirnalda
De la simple verdad ciñó en la frente;
Y al estampar con labio reverente
En la celestial orla de su falda
De tan sublime adoración el sello,
Exclamó: «La verdad sola es lo bello.»

Voz del buen gusto fué, voz que en el alma
Del venturoso joven que describo,
Proclamará virtud; siendo en la calma
De su inocente vida, al aflictivo
Cuadro de las miserias de los hombres,
Bienhechor tan sensible, como esquivo
Despreciador de los soberbios nombres
Y falsos relumbrantes atavíos
Con que del genio en la veloz carrera
El mal gusto entre locos descarríos
Disfraza la hermosa verdad.

Idólatra del orden, su desvelo,
Por restaurar del mundo la armonía,
Despertará la industria hasta en el hielo
De la mendicidad, y aquellas yertas
Manos, en vil pereza abandonadas,
Sólo en demanda del sustento alzadas,
Dóciles á su voz, de hoy más expertas,
Haránse dueñas del pincel que anima,
Del buril que conserva, y atrevido
Pincel que al cielo el gran padrón sublima,
Do se estrellan las olas del olvido.
Y su opulencia, al fin, como el granero
En donde cada laboriosa hormiga
El fruto viene á hallar de su fatiga,
Todo lo inundará, raudal fecundo
De alivio al pobre y de ornamento al mundo.

Tanto el buen gusto, entre el placer nacido,
De la delicadeza hijo querido,
Indivisible á la virtud se enlaza;
Y ¡oh virtud! si es tu basa la justicia,
Y de ésta el orden sólo es la delicia,
¿Qué razón, qué alma bella en el buen gusto
No adora el simulacro de lo justo?

Pero mi canto suena, y tu sonrisa,
Sabio Liceo, irónica me avisa
Que no es en mis rimas lisonjeras
Ningún sér del país de las quimeras;
Sino que esa virtud consoladora,
El amor á lo bello y á lo justo,
Esa gracia que todo lo decora,
Esa beneficencia, ese buen gusto,
Vivo y presente lo miras ahora
En uno y otro soberano augusto,
En Fernando, en Cristina, cuyas prendas....
No las profanará la musa mía,
Por perpetuarlas en eterno día;
Que á los elogios su beldad se esquila,

Como al tacto modesta sensitiva;
Huye el pincel que cautivarla emprende,
Y del pintor al corazón se prende (1).
Pero es su real designio que hoy tan sólo
A las hermanas tres, hijas de Apolo,
Escultura, Pintura, Arquitectura,
Se tributen obsequios y oblacones.
Por eso yo de sus alegres dones
Timido acento voy á dar á algunos,
En versos nuevos no, pero oportunos
Preludios de mi vaga fantasía;
Que el aura del favor, en este día
Dispensado á las artes sin ejemplo,
Trae á sonar en su dichoso templo.
Y si para expresar cuadros felices
Temeis me falten tintas ó matices....

RASGO DIDÁCTICO (2).

También las Musas cuentan por pinceles
El dulce metro y la sonora rima;
Y es suyo retratar con rasgos fieles
Cuanto en gloria y valor el mundo estima.
Homero fué pintor al par de Apéles.
Quien del estro feliz que á ambos anima
No siente en sí la inspiración secreta,
Ni será artista, ni nació poeta (3).

Pásmase el hombre al contemplar la altiva
Cúpula del soberbio Vaticano;
Mira asombrado que en el mármol viva
La figura de un dios por griega mano;
Pásmase al ver que Venus expresiva
Salga de un lienzo que animó Ticioano,
Sin distinguir la mente, mal segura,
Si el hombre es criador ó criatura.

Mas el supremo Autor, que el orbe mueve,
Sus dones en el hombre así ha fijado,
Que no alcanza á crear la flor más leve,
Pero sí á retratar cuanto es creado.
La luz ordena que á su mente lleve
De cuanto tiene forma el fiel traslado;
La imitación que esta verdad exprime
Es de las artes la intención sublime.

Así en terso cristal ó clara fuente
Se pintan montes, árboles y prados,
Distintos, desde un seno transparente,
Confusos, de cristales empañados,
Lo mismo el hombre en luces eminente
Los objetos que ve deja expresados
Con tal verdad, cual nunca se previno
Al que no goza de su don divino.

¡Oh fantasía! ¡oh genio imitativo,
Distinción de la humana inteligencia,
Cuanto al placer añades de atractivo,
Cuanto á la vida agrado y conveniencia!
Paras el curso al tiempo fugitivo,
Y á lo que ya murió das existencia;
Por tí cuanta virtud el orbe admira,
En lienzo, en bronce, en mármoles respira.

Que en vano escribe páginas la historia
Que á referir sucesos sólo alcanza,
Si de los héroes dignos de memoria
No nos diera el pincel la semejanza.
El los presenta respirando gloria
Y ejerciendo el rigor de espada ó lanza,
En soberbios bridones cabalgados,
Hollando muertos y arrollando osados.

Veo á Pescara en el que rige fiero,

(1) Muchos de los anteriores versos se hallan ya en el poema *Emilia*. (Nota del Colector.)

(2) Fué hecho para la exposición pública de la Real Academia de San Fernando, en 1826.

(3) Estos últimos versos son imitación evidente de aquellos otros que en 1808 había recitado don Juan Nicasio Gallego en la misma Academia de San Fernando:

Quien al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
En corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.

(Nota del Colector.)

Y un rey postrado á su sangriento estribo;
Que muestra reprimir su ardor guerrero
Por templar la alicción del real cautivo;
Veo á Farnesio, al reflejar su acero
Las raudas ondas del Escalda altivo,
Firme en el puente, entre abrasadas ruinas,
Burlar la furia de flotantes minas.

Créese ver los bravos campeones,
Y los campos pisar en que batallan;
Tanta verdad respiran sus facciones,
Tan perfecta ilusión los ojos hallan.
Si se muestra el clarín, se oyen los sonos,
Si cañones se ven, piensas que estallan;
Causando están pavor brazos que hieren,
Y moviendo á piedad ojos que mueren.

Mas no siempre el pincel sus rasgos bellos
Enluta con la guerra asoladora,
Que fecundo á placer extiende en ellos
El manto de la noche ó de la aurora;
Y el lienzo iuminando, en los destellos
De la primera luz que el campo dora,
Ofrece grato entre árboles y flores
Danzas de ninfas, juegos de pastores.

O bien blanquea un tûmulo lejano
Entre el verde ciprés y el vago ciclo,
Que al alma inspira un sentimiento humano,
Mezclado de dulzura y desconsuelo;
La pastoril Arcadia así en Albano,
De lágrimas se ve por entre un velo;
Y un recuerdo fugaz hace presente
La mal dormida pena en nuestra mente.

Del seno en que se ocultan las pasiones
El arte imitador siempre es la llave,
Que al colmo de las inclitas acciones
Les abre el paso y dirigirlos sabe;
Pálsamo dulce en duras alicciones,
Que de la ausencia el mal hace suave;
Pues no está ausente todo el que pintado
Puede el rostro mirar del bien amado.

Si tal prodigio alcanza la armonía
Del color y la sombra contrapuesta,
Superior la escultura, su osadía
En indócil materia manifiesta;
Al peñasco más duro que se ería
De la escabrosa sierra en la alta cresta,
Le desbasta, y con mano milagrosa
Hace salir las formas de una diosa,

Y nace Galatea. ¡Oh Dios! ¿Quién diera
Tal morbidéz al mármol, tal dulzura!
¡Bañarse el labio en risa lisonjera!
¡Latir el doble seno con ternura!
El cîncel, por temor de que la hiera,
Retira el escultor; y en la hermesura
Desconociendo de su genio el fuego,
Cae á sus piés enamorado y ciego.

La corriente del tiempo que destruye
Generaciones, y el albergue de ellas,
Todo lo envuelve en ruinas, pero huye
Tal vez de herir á las estatuas bellas;
Así á Venus y Apolo restituye
A nuestra admiración, á ser estrellas
Que si un tiempo adoró la idolatría,
Hoy al bello ideal sirven de guía.

De más altas empresas vencedora,
Y engrandeciendo más el genio humano,
La audaz arquitectura, que aún decora
La griega fama y el poder romano,
Es de la vida amable protectora;
Y su compás un cetro, que en su mano
Fuerza á los destructores elementos
A respetar sus altos monumentos.

Aun duran, fatigando á las edades,
De Ménfis los soberbios obeliscos;
Aun puentes que dominan las ciudades,
Arcos que enlazan enramados riscos,
Gimnasios que recuerdan crueldades,
Columnas entre rústicos apriscos,
Y de elegancia y gusto altos ejemplos
En bellos terms (1) y elevados templos.

(1) *Terms*, magníficos palacios romanos en que había no sólo baños públicos, sino también gimnasios, bibliotecas y jardines. (Nota del Coleotor.)

Los hombres mueren, y las obras duran;
Ni aun polvo son los héroes que recuerdan:
Las tres bellas hermanas aseguran
Que los frutos del genio no se pierdan;
Contra el ocio y la envidia, que murmuran,
Cuantos sienten lo bello, en dar concuerdan
Larga inmortalidad y eterno brillo
A Miguel-Angel, Fídias y Murillo.

Tú durarás también, ¡oh maravilla
Que del brio español marcas el vuelo,
Y en elegancia y majestad sencilla
Uncs el solio á la mausoleo del duelo;
Que el poder de los reyes de Castilla
Muestras á par que el religioso celo,
Y recordando la feliz victoria,
Bastas de Herrera á eternizar la gloria! (2).

¡Y aun ociosos estais, hijos de Apéles?
¡Aun esperais estímulos mayores!
Movéd buriles, fatigad pinceles,
Preparad lienzo, repartid colores,
Y en bellos cuadros mereced laureles
Propios á ennoblecer vuestros sudores;
Y que la España enseñe á otras naciones
A emprender y pintar nobles acciones.
Que artes bien nobles son, pues que se pide
Hermosura y nobleza en lo que imitan.
Fernando, desde el solio en que reside,
El amparo les da que necesitan;
Y pues su augusto hermano las preside,
Francisco y Sebastian las ejercitan,
Y Francisca de Asís se place en ellas,
¡Cómo podrán no ser nobles y bellas!!!

II.

ARTE POÉTICA (3).

Canto primero.

Cualidades de los buenos versos y de los buenos poetas.

Del Pindo en vano en la suprema cumbre
Aspira á merecer métricos lauros
Temerario escritor. Si no le inflama
Estro divino, ó ya no plugo al cielo
Que naciese poeta, en corta esfera
Su escaso ingenio arrástrase cautivo;
Y su infeliz clamor encuentra siempre
A Febo sordo, indócil al Pegaso.

¡Oh tú, que sigues del talento ameno,
Con peligroso ardor, la áspera senda!
Guarda no consumirte en pobres versos,
Ni, atribulando á fugitiva musa,
Al ánsia de rimar ingenio llames;
Teme de tu afición el falso halago,
Y antes que escribas tu aptitud sondea (4).

Entre los claros genios que benigna
Creó natura, en repartir se place
Sus varios dones. ¡Pinta bien el uno
En dulces metros amorosa pena;
Un epigrama armar de un dicho agudo
Saben otros también; hasta los astros
Malherbe (5) encarecer los claros héroes,
Y celebrar Racan (6) bosques y ninfas.
Mas hay también quien las lisonjas oye
De su amor propio, y engañado escribe;
Y el que de algun meson con rudos versos
Iba tiznando ayer los rotos muros,
Hoy á cantar se arroja impertinente
Del pueblo hebreo la triunfante fuga;
Por los desiertos á Moisés persigue,

(2) El Escorial. (Nota del Coleotor.)

(3) Traducción del *Art poétique* de Boileau. Hizo ARRIAZA esta traducción para el Seminario de Nobles de Madrid. (Id.)

(4) Horacio, *Arte poética*, 38. etc. (Id.)

(5) François de Malherbe, poeta francés del siglo xvi, notable especialmente por la pureza de su lenguaje y de su estilo. (Id.)

(6) Honorat de Eueil, marqués de Racan, discípulo y amigo de Malherbe. Escribió idilios, muy estimados en su tiempo. Fue uno de los primeros individuos de la Academia Francesa (1635). (Id.)

Y con su duro Faraon se anega (1).

Ya festivo trateis, ya grave asunto,
Hermáneos la rima al buen sentido,
Que discordes no están cuanto álguien piensa,
Sierva es la rima, obedecer le cabe:
Quien primero en buscarla se afanaba,
Hállala luego dócil á su mente:
De la razon al yugo al fin se rinde,
Y, lejos de dañar, sirve y adorna.
Mas de quien la descuida ella se esconde,
Y el sentido despues la busca en vano.
Seguid, pues, la razon, y de ella sola
Valor y lustre vuestro verso aguarde (2).

De insensato furor alucinados,
Los más desquician siempre el pensamiento,
En sus monstruosos versos desdefiando
Decir lo que otro imaginar pudiera.
Huyamos tal exceso, y la honra toda
De tan vano oropel guarde la Italia.
Todo ceda y se acerque al buen sentido;
Que si es la senda angosta y resbalosa,
Y á leve olvido el precipicio sigue,
Sólo por ella la razon camina.

Autor hay que prolijo no descansa
Si su objeto no apura y desmenuza:
Se le ofrece un palacio, y lo primero
La fachada te pinta; una por una
Por las estancias todas te pasea;
Cada dos pasos á un balcon te asoma
Para que notes los balaustres de oro;
Un vestíbulo aquí, la escalinata
Por otro lado, y por contar del techo
Los óvalos, la nuca te destruye.
Todo astrágalo es, festones todo.
Yo voy saltando páginas, y apenas
Por el jardin me salvo escabullido (3).
Huye tú así tan vanos pormenores;
Siempre lo que es superfluo es enojoso,
Y empalagado el gusto lo repugna:
Sabrá escribir quien sepa ser conciso.

Por evitar un mal, ¡oh, cuántas veces
Damos en mal mayor! (4). Un verso flojo
Que voy á corregir, duro le vuelvo.
Quiero no ser prolijo, y me hago oscuro:
Aquél, por no afectar, es seco y pobre;
Este no es bajo, y piérdese en las nubes.
Quieres te ame el lector, varia el estilo;
Que si uniforme y siempre igual camina,
Aunque más brille, es fuerza nos aduerma
Y son poco leídos los autores
Que, reclamados del sueño, en igual tono
Nos cantan siempre á estilo de salmódia.
Feliz aquel que con flexible verso
Y con ligera voz llevarnos sabe
De grave en dulce y de jocos en serio (5):
Dulce al lector su libro, á Febo grato,
Hará que sin cesar de su librero
Cerquen la tienda ansiosos compradores.

En todo asunto huid los bajos modos,
Pues cabe su decoro en todo estilo.
Pudo agradar ó deslumbrar un día
Burlesco absurdo, á confusion del juicio;
Henchida de retruécanos vulgares
Corrió sin freno licenciosa rima;
Y el Pindo habló lenguaje de mercados,
Disfrazado en truhan el mismo Apolo (6).
De la provincia se extendió esta peste
A Paris y la corte, desde el pueblo
A boca de los príncipes pasando:
No hubo, en fin, chocarrero sin aplausos,

Y el mismo D'Assoucy (7) logró lectores.
Al cabo ya la extravagancia fácil
De tan vil gusto apercebió el palacio:
Lo que es grotesco ó natural gracioso
Distinguir supo, y desterró por siempre
A las provincias la grosera gracia.
¡Oh, nunca empañe tus sencillos versos
Género igual! mas de Marot (8) aprucia
La culta chauza, y de talento sirva
La burla infame al charlatan de plaza.

Tampoco vayas, de Brébeuf (9) á ejemplo,
Por ser Farsalia, en campos hacinando
De heridos héroes montes gemebundos.
Toma un medio, con arte sé sencillo,
Noble sin pompa, y sin afeite grato.
Cuanto agradar no deba, omite cauto,
Severo oído á la cadencia ajusta,
Y el hemistiquio en la mitad del verso
Quede siempre suspenso, haga una pausa.

Procura que en el tuyo presurosa
Una vocal con otra á herir no vaya;
Sonoras voces presta á la armonia,
Y huye el enencontro de sonidos duros:
La idea más feliz, el mejor verso
Pierde el vigor cuando al oído ofende.

Del Parnaso franceses allá en la infancia
El capricho fué ley: líneas rimadas,
Voces de inelegante desaliño,
Sin ritmo ni medida eran los versos:
En tan grosera edad supo el primero
Villon dar regla á la rutina oscura
Del viejo trovador; Marot tras éste
Con mascaradas, tríos y balatas
Varió la rima, y al rondel gracioso
Con estribillo intercalar sujeta,
Nuevo artificio en componer mostrando.
Ronsard (10) despues con raro modo emprende
Todo arreglarlo, y todo lo confunde:
Y aunque gustó algun tiempo, al fin la musa,
Que en frances quiso hablar latin y griego,
Vió derrumbarse con grotesco salto
De sus vocablos el pedante orgullo,
Y del loco escritor la gran caída
Sirvió á Deporte y Berto de escarmiento (11).

Vino Malherbe, en fin, primero en Francia
Que al metro supo dar cadencia justa:
Mostró el valor de bien situadas voces,
Y al Pegaso, aun feroz, redujo al freno.
Sabio escritor, á quien la lengua debe
No herir ingrata al delicado oído:
Dió movimiento y gracia á las estancias,
Y vedó el cabalgar verso con verso.
A todos fué, y aun es, modelo y guía.
Sigamos, pues, sus huellas, imitando
De su elegante frase la pureza;
Porque á la menor duda que en el verso
Suspende la atencion, desmaya al punto,
Y de sonidos vagos fastidiada,
Al misterioso autor seguir desdeña.
Talentos hay que entre tinieblas densas
Sus confusas ideas siempre envuelven,
Impenetrables de razon al rayo;
Tú, ántes que escribas, á pensar aprende;
La expresión copia siempre al pensamiento,
Clara ú oscura, como lo es él mismo;
Lo que bien se concibe bien se enuncia,

(7) Charles Coupeau d'Assoucy. Tradujo en versos burlescos *El robo de Proserpina*, de Claudiano, y *La Metamorfosis*, de Ovidio. (Nota del Colector.)

(8) Clément Marot, famoso poeta frances del siglo XVI. Fué hecho prisionero por los españoles en la batalla de Pavia. (Id.)

(9) Guillaume de Brébeuf. Tradujo en verso *La Farsalia*, y prefería Luciano á Virgilio. (Id.)

(10) Pierre de Ronsard, famoso poeta del siglo XVI. Su afan pedantesco de introducir el griego en el frances dañó mucho á su poesia y á su gloria. (Id.)

(11) El abad Philippe Desportes, feliz imitador de Marot. Murió el mismo año en que nació Corneille (1606). — El obispo Jean Bertaut imitó á Ronsard, evitando el énfasis y la afectacion. Contribuyó á la conversion de Enrique IV. — Para que este verso de ARRIAZA sea verso, hay que pronunciar Bertaut de esta manera: Bérto. ¡Singular audacia tenia el poeta para castellanizar los apellidos extranjeros! (Id.)

(1) Alude al académico frances Marc-Antoine Gérard de Saint-Amand, autor de un poema épico *Moïse sauvé*. Algunos criticos franceses juzgan que Boileau trata á este poeta con sobrada severidad. (Nota del Colector.)

(2) Horacio, *Arte poética*, 309.

(3) Alude á Soudéri, autor del poema *Alaric*, en el cual se emplean cerca de quinientos versos para describir el palacio del héroe. (Id.)

(4) Horacio, *Arte poética*, 25, 31, 230. (Id.)

(5) Horacio, *Arte poética*, 345. (Id.)

(6) Alude al poema de Scarron, *Virgile travesti*. (Id.)

Y voluntaria la dición se ofrece.
Sobre todo, la lengua en vuestro estilo,
Siempre sagrada é inviolable sea:
Con voz impropia ó con vicioso modo
En vano adula ingrato s6n mi oreja;
Ni hay para mi aflicción como el encuentro
De un solecismo en la mitad de un verso.
El autor más sublime, sin lenguaje,
Será en el fondo un escritor maldito.

Trabaja, aunque te apuren, con sosiego,
No de inútil presteza haciendo alarde;
Rápida frase de tropel forjada,
Más que el ing nio, el poco juicio indica;
Así, por blanda arena deslizado,
Y entre flores perdido el arroyuelo,
Más me deleita que el rumor fragoso
Con que un torrente entre peñascos cac.
Afánate despacio; y veinte veces
La tela vuelva al obrador tu mano.
Limar conviene siempre, y pulir mucho,
Añadir algo, y condenar sin miedo (1).

Ni basta que un escrito, hirviendo en faltas,
Rasgos de ingenio alguna vez despidas;
Su lugar propio ocupe cada cosa,
Y al principio y al fin responda el medio;
Y, cual piezas por mano delicada
Juntas, un s lo todo hagan las partes (2).
Ni léjos del asunto divagando,
A buscar vayas frases peregrinas.

¿La crítica te espanta? A criticarte
Aprende tú severo: la ignorancia
Es de sí propia nata admiradora.
Busca amigos que sepan ser censores,
De todo error intrépidos contrarios;
Confíales tu obra, y para oírlos,
La vanidad de autor caiga á sus ojos;
Mas no llames amigo al lisonjero
Que en aplauso exterior de ti se burla;
Toma al consejo, y no al elogio, gusto.

Al punto exclama un lisonjero: ¡Oh, bravo!
No hay verso que no admire y no celebre;
Todo es bello, divino, con elogios
Te interrumpe al leer, y de ternura
A cada paso el llanto se le suelta.
De extremos tales la verdad carece:
Inflexible, severo, el buen amigo
Nunca en errores descausar te deja,
Negligencias de estilo no perdona,
Ni dislocado un verso sufrir puede;
La locución enfática reprime,
Allí el sentido, aquí la frase enmienda:
Aquella construcción, dice, es oscura,
Aquel término equivoco, aclaradlo:
Así habla siempre el verdadero amigo (3).
Mas tal lenguaje raro autor le escucha:
Tercos en defender cuanto producen,
Del agraviado error toman la parte.

¿La expresión, dices, de este verso es floja?
—Justamente es mi verso favorito,
Responderá. —Por fría yo quitará
Aquella voz. —La más feliz de todas.
—Me disgusta esa frase. —A todos gusta.
Firme así en no ceder, tu misma nota
Le da á estimar su error, y luego dice
Busca un censor que de sus vers s sea
Juez imparcial; mas su modestia es bzo
En que te prende, á fin de que los oigas (4).
Los oyes, y te deja; y otro incanto
Busca á quien embobar, que nunca falta;
Que si necios autores tiene el siglo,
De admiradores necios no escasea;
Pues se hallan en París, como en provincia,
En el alto palacio y grave foro:
Engendro literario no hay tan triste

Que no halle un cortesano por padrino,
Y, en sátira acabando, nunca falta
A un tonto otro más tonto que le admire,

Canto segundo.

Carácter, estilo y propiedad concerniendo á cada género de poemas

Cual no se adorna en fiestas la aldeana
De oro luciente ó rica pedrería,
Mas de su prado amigo alcanza flores,
Que da en guirnalda á sus airoas trenzas;
Así halagüeño y con modesto porte
Brilla sin pompa el elegante idilio;
Su estilo, simple, ingenio y no fastoso,
Esquiva el lujo de pomposos versos,
Y debe sólo á su genial dulzura,
No á grandes frases, el placer que inspira.
Muchos, perdiendo el hilo delicado,
Tabel y avena de despecho arrojan,
Y locos, en mitad de un tierno idilio,
Hacen sonar la rumorosa trompa;
De miedo Pan se esconde entre las cañas,
Y huyen al agua tímidas las ninfas.

Otros, de humor contrario, á sus pastores
Prestan lenguaje tan villano y tosco.
Que el desgraciado verso tristemente
Por la tierra se arrastra envuelto en lodo;
Cual si Ronsard grosero á inflar volviera
La ruda avena en góticos idilios,
Convirtiendo, á despecho del oído,
A Títilo en Anton, y en Menga á Filis.

Sigue, si anhelas el mejor sendero,
De Virgilio y Teócrito los pasos;
Lee sus áureas páginas, escritas
De mano de las Gracias, noche y día (5):
Reglas del arte son sólo sus versos,
Que lo más bajo á ennoblecer enseñan,
A pintar á Pomona en sus vergeles,
Flora en sus campos, y de dos pastores
Decir el dulce contender cantando;
Lazos de amor llorar inevitables,
A Dafne hacer laurel, flor á Narciso,
Y con cual arte, en fin, selva y zampoña
Pueden á veces ser de un c6nsul dignas (6).
Tal gracia, tal valor la égloga tiene,

Con más sublime s6n, no más altivo,
La flébil elegía, en negro manto,
Suelto el cabello, entre cipreses llora:
Gustos de amor pintando ó dulces penas,
Conmueve ó satisface á la hermosura;
Mas para propagar tan blando fuego
Conviene amante ser más que poeta.
¡Oh cual la musa lánguida me enoja.
Que de su llama siempre habla entre hielos,
Y artificiosa, por rimar, presume
Siempre morir ó enloquecer de amores!
Voces son, y no más, sus graves ánsias;
Sólo por tema arrastran sus cadenas,
Su afán bendicen, su prision adoran,
Y dan al juicio y la razón tormento.
No fué, en verdad, tan afectado el tono
En que inspiraba amor los dulces versos
Que suspiró Tibulo, ni de Ovidio
Inflamando la tierna melodía,
De la amorosa ciencia los arcanos
Así dictara. Al corazón tan sólo
Toca dar blando aliento á la elegía.

Igual en brío, y superior en pompa,
La oda sus alas ambiciosas tiende,
Y sube al cielo á embelesar los dioses.
Ya en Elide (7) abra el campo á los atletas,
Ya al polvoroso vencedor corone,
O á Aquiles en furor pinte á la orilla
Del Símonto, ó al soberbio Escalda

(1) Horacio, *Arte poética*, 292. Sátira x, 72, lib. i. (Nota del Colector.)

(2) Horacio, *Arte poética*, 23. (Id.)

(3) Horacio, *Arte poética*, 424, 428, 445. (Id.)

(4) Alude al poeta *Philippe Quinault*, maltratado en las *Sátiras* de Boileau. «Se reconcilió conmigo, dice el mismo Boileau, únicamente para poder hablarme de sus versos.» (Id.)

(5) Horacio, *Arte poética*, 268. (Nota del Colector.)

(6) Virgilio, *Égloga* iv, 3. (Id.)

(7) Boileau designa aquí á *Pisu*, la antigua capital de la *Élide*, donde se celebraban juegos olímpicos. (Id.)

Haga humillarse de Luis al yugo,
Cual oficiosa abeja á veces vuela
De flor en flor, los prados despojando,
Danzas, festines, juegos ora pinta;
Ora un beso celebra, dulce robo
De los labios de Filis, que sin fuerza
Le rehuye, y que á veces caprichosa,
Para dejarle arrebatar le niega (1);
Y aunque sin freno al parecer delira,
Hijo es del arte su desórden bello.
Léjos de mí los tímidos cantores
Que al estro dan didáctica medida,
Y no del héroe el vuelo generoso,
Sino el hilo sutil del tiempo siguen.
Ni osan alzar los ojos de la historia,
Ni á Dola toman sin rendir á Lila (2),
O si con versos coronistas ántes
No echan por tierra de Courtraí los muros,
¡En fuego oh cuán avaro les fué Apolo!

Por probar á los galos rimadores
Aquel singular dios, dicen, que un día
Rígidas leyes prescribió al soneto.
En dos cuartetos de medida iguales
Con gracia hizo alternar dos solas rimas;
Luégo seis versos enlazó en tal modo
Que el concepto en tercetos los separe:
Toda licencia prohibió en tal obra,
Fijóle el mismo número y cadencia,
Cerró la entrada á todo verso débil,
La misma voz no consintió dos veces,
Y así, en fin, le adornó, que si es perfecto,
Al más largo poema en precio iguala.

Mas ¡ay! que inútilmente mil poetas
Al premio aspiran: el soneto es fénix
Que áun está por hallar: se admira apénas
En Gamboldo, en Minard ó Maleville (3),
Uno ó dos entre mil; los otros tristes,
Cual los de Pelletier, sin ser leídos,
Del librero al droguista van de un salto,
Porque les viene siempre al pensamiento
Larga ó corta la rígida medida.

En más ceñidos límites, más libre,
El epigrama es, con frecuencia, sólo
Un dicho agudo envuelto entre dos rimas.
Tiempo fué en que ignoraron nuestros vates
Del conceptillo ó sutileza el uso:
De esta plaga la Italia el dón nos hizo,
Y al vulgo deslumbró, que al nuevo cebo
Ávido corre, y de favor le colma;
El insolente cunde, y luégo infesta
Con enjambre de equívocos el Pindo:
Al simple madrigal primero invade,
Penetra luégo hasta el soneto altivo,
Abrigale en su estilo la tragedia (4),
La elegía le admite en sus clamores:
No daba amor suspiro sin concepto.
Ni hubo pastor que en su dolor no fuera
Más fiel á la agudeza que á su Filis.
Andaban los vocablos con dos caras,
Como en el verso, en la corriente prosa;
Con ellos hizo equívoca el jurista
La ley, y el doctor grave el Evangelio (5).

La ultrajada razon, al fin despierta,
Le expulsó por jamas del serio estilo,
Y marcado de infamia en cualquier obra,
Le confinó por gracia al epigrama
Con tal que el chiste láncese oportuno
Del pensamiento, y nunca del vocablo.
Así se atajó el mal, aunque en la corte
Quedaron siempre insípidos graciosos,
Miserables juglares, partidarios
Del gusto añejo del jugar de voces.

No porque yo repruebe que festiva
O maligna la vena á tiempo abuse
Del sentido indirecto de un vocablo;
El exceso reprendo, y que te ocupes
En aguzar con frías sutilezas
La cola de un insípido epigrama.

Cada poema en galas privativas
Se adorna: así, por hijo de las Galias.
Muestra el rondel su ingenuidad alegre:
En su gótica forma áun la balata
Por el capricho de las rimas luce;
Y el simple madrigal en noble tono
Respira amor, ternura y sentimiento.

De sátiras se armó la verdad misma.
No por herir, mas por mostrarse al hombre:
Lucilio la adoptó (6), cual fiel espejo
De los vicios de Roma, vindicando
A la humildad de la opulencia altiva,
Y al justo á pié del pérfido en litera.

Horacio á esta acritud su humor jocoso
Juntó, sin que en su tiempo hubiese en Roma
Falso ni necio impune, y triste el nombre
De escarnio digno, y propio á la cadencia,
Que se halló preso en su maligno verso.

Persio, en el suyo, oscuro aunque nutrido,
Más cosas afectó envolver que voces.
Juvenal, hecho al escolar estruendo,
La hipérbole mordaz lleva á lo sumo;
De terribles verdades su obra henchida,
En sublimes bellezas centellea:
Ya que, al abrir de un pliego, á sus piés huelle
Del vil Seyano la adorada estatua:
Ya que al Senado arrastre á los ministros
Aduladores trémulos ó infames
De un suspicaz tirano; ó, roto el freno
De su impúdica furia, á Mesalina
Venda en vil precio al lupanar romano;
Siempre en estro y furor sus versos hierven (7).

Procaces versos toleró el latino;
Mas el lector frances ama el decoro:
Cualquier sentido obscuro le displace,
Cuando la voz no le disfraz honesta:
Candor quiere la sátira, y no en voces
Desvergonzadas predicar vergüenza.

Arte y juicio áun la leve seguidilla
Requiere (8). Mas no es raro que el acaso
O el vino inflame á una ignorante vena,
Y un niño sin talento haga una copia.
De hallazgo tan casual no el humo vago
Suba á desvanecer tu mente incauta.
¡Que es ver cómo el autor de una copilla
Se apropia al punto el título de vate!
Luégo un soneto suda, ó bien trasnochó
Por seis repentes que improvisa al día;
Y gracias si, en locura rematado,
No imprime al fin sus maravillas necias,
Y él mismo al frente de ellas no se graba
Por buril diestro, y de laurel ceñido.

Canto tercero.

Reglas del buen gusto para las tres más arduas empresas de la
poesía: Tragedia, Poema épico y Comedia.

LA TRAGEDIA.

No hay sierpe horrible ó monstruo que no pueda
El arte imitador volvernos grato,
O á quien de un pincel vivo el artificio
No comunique gracia. La Tragedia
Así, cuando de Egisto (9) ensangrentado

(1) Horacio, Oda XII, lib. II. (Nota del Colector.)
(2) Lila y Courtraí se rindieron en 1667; Dola en 1668. (Id.)
(3) Gambold, poeta conceptuoso é insulso, muy admirado en el famoso Hôtel de Rambouillet; Maynard, discípulo de Malherbe; Maleville, muy aplaudido por sus sonetos. Estos tres literatos entraron en la Academia Francesa en la época de su fundación. ARRIAZA española aquí sus apellidos de un modo harto extraño. (Id.)
(4) Boileau alude especialmente á la *Silvie*, de Mairé. (Id.)
(5) Alude especialmente al predicador agustino el padre André, que salpicaba sus sermones de chistes de mal gusto. (Id.)

(6) Horacio, *Sátira* I, lib. II, 62. (Nota del Colector.)
(7) Aquí suprime ARRIAZA la traducción de siete versos de Boileau. (Id.)
(8) Aquí suprime igualmente muchos versos, y sustituye la *seguidilla al caudeville*, del cual habla Boileau, tomándolo en su primitivo sentido, esto es, el de coplas satíricas populares. (Id.)
(9) Boileau no menciona aquí á *Egisto*, sino á *Edipo*, aludiendo á la obra inmortal de Sófocles. (Id.)

Pinta el dolor, ó al parricida Oréste (1)
Voces presta de atroz remordimiento,
Acierta á entretener aún con el llanto.

Tú, á quien la gloria escénica enamora,
Acércate á obtenerla en nobles metros;
Y si en la escena cautivar quisieres
Los votos de París, y que tus obras,
Cuanto más repetidas, más gustadas,
Se vuelvan á pedir tras largos años,
Haz que en tus dramas la pasión señora
Derecha al corazón vaya, y le inflame:
Si de un grato furor el vário impulso,
Ya de dulce terror, ya de suave
Compasión, no le anima, en vano ostentas
Sábias escenas y cruditás frases (2);
Que al auditorio, en aplaudir moroso,
Melarán más tus lógicos discursos;
Hasta que de retóricas cansado,
Verás que al fin se duerme ó te critica.
¡Agradar y moverme es el objeto?
Inventa, pues, recursos que lo logren:
Que á los primeros versos preparada
La acción, éntre en materia presurosa:
Risible personaje es á mis ojos
El que decir no acierta á lo que viene,
Y al declararme su embrollada intriga,
Lo que era diversion me hace tarea (3).
Fuera mejor que, decorando el nombre,
Dijera: yo soy Pirro ó soy Oréste (4),
Que de oscuros enigmas, sin decírnos
Nada á la mente, henchirnos las orejas.

Cuanto más breve expóngase el asunto;
Sea de la escena el sitio único y fijo;
Deja estrechar mil años en un día
Al impaciente ibero, que en los actos
De sus fogosos dramas saca al héroe,
Niño al primero, al último caduco (5);
Pero, según razón, sea entre nosotros
La acción con arte tal distribuida,
Que en un sitio, en un día, un hecho solo
Tenga hasta el fin el auditorio atento.

Jamas cosa increíble se presente;
Que ni aún lo cierto es siempre verisímil.
Portento absurdo á recrear no alcanza,
Ni á interesar lo que razón repugna.
Dése á la narración lo que á la vista
Negarse deba: sé cuanto más vivo
Se ñja lo que vemos; pero hay cosas
Que el oído las sufre y no los ojos.

Crezca así el nudo de una en otra escena,
Que ya en su colmo fácil se desate:
Nada con más vigor hiere la mente
Que cuando en medio de un tejido enlace
La verdad, cual relámpago saliendo,
Da á todo aspecto nuevo y no previsto.

La Tragedia, al nacer, tosca y sin forma,
Sólo era un simple coro en que, danzando,
Llor y ruego á Baco se entonaba,
Porque del viñador cumpliese el voto;
Estro prestando el vino á los rivales,
Premio era un chivo al vencedor del canto (6).
Téspis fué quien primero en mosto ungido,
De actores mal vestidos rodeado,
Paseó en carro tan feliz locura,
Y á la aldea admiró y al peregrino (7).
Al coro Esquilo unió los personajes,
Máscara más decente al actor puso,
Y, calzado el coturno, hollar les hizo
Tablados altos en abiertas plazas (8).

Nace el genio de Sófocles, y el drama
Por él adquiere pompa y armonía;

Une coro y acción, y el rudo verso
Lima en tal modo, y de expresión le envuelve,
Que á la cumbre ensalzó la griega escena,
Do no arribaron las latinas musas.

Tuvieron nuestros místicos mayores
El teatro en horror, y este deleite
Por largo tiempo en Francia fué ignorado:
En París le ocupó la vez primera,
Dicen, turba de incultos peregrinos,
Que en su celo piadoso, al par que simple,
Los divinos misterios dió al teatro.
La ilustración, por fin, á su ignorancia
Desengañó del uso irreverente;
Y aquellos, sin misión, predicadores (9),
Dieron lugar á Fedra, Elena ó Pirro:
Soltó el actor la máscara, y reemplaza
El solo violín música y coro.

Pronto raudal feliz de afectos tiernos,
Cual la novela, el drama señoriza
Amor, de cuya acción la fiel pintura
Siempre hasta el corazón se abre camino.
Sea amante el héroe vuestro, yo os lo apruebo;
Mas no le hagais pastor almbarrado:
Que no ame Aquiles como Aminta ó Tirsis,
Ni en Artaménos transformeis un Ciro (10).
Y así el remordimiento al amor cerque,
Que no virtud, debilidad parezca.

Huye puerilidades, precavido,
De romancescos héroes, sin que niegues
Cierta flaqueza aún á las almas grandes.
Ménos impetuoso Aquiles mismo
Disgustaría (11); me deleita el verle
Llorar cual niño, mas llorar afrentas:
Sombra es que sirve á realzar su imagen,
Y la verdad del natural descubre.
Consérvale su forma en tus escritos:
Muestra soberbio y codicioso á Atreidas,
Piadoso, austero y religioso á Enéas;
Cada uno, en fin, con su carácter propio.
Ni ménos diligente estudiar debes
Costumbres y usos de eras y países,
Fuentes eternas de indoles distintas;
Ni des, como en la *Clelia* (12), al Lacio antiguo
Vivacidad francesa; ó ver nos hagas,
Romano en nombre, en hechos parisino,
Un *Caton* tierno, un *Bruto* pisaverde.
Todo se excusa en frívolos romances;
Si la ficción divierte, á más no aspira;
Mas en la escena inviolables leyes
De decoro y verdad la razón dicta.

Si de tu ingenio el personaje es fruto,
Carácter dale igual, en que invariable
Concluya al fin, cual se mostró al principio (13).
Inadvertido ó presumido á veces,
Tal un autor sus héroes se asemeja,
Que si es gascon, les da gascon lenguaje,
Y se oye á Calprenedo (14) oyendo á Juba,
Naturaleza amena, al par que vária,
Propia expresión á cada afecto asigna,
Y á la cólera dió voces briosas,
Como á la humillación tonos suaves (15).

Ante Troya incendiada Hécula triste
No exhale hinchadas quejas, ni describa
En qué hórrido lugar *por siete bocas*
Se arroja el Tánais en el Ponto Euxino (16).
La ostentación de tan hinchadas frases
Cede á los que se prendan de sonidos:
Propias son del dolor blandas querellas (17);

(9) Fueron prohibidos por decreto del Parlamento (1548). (*Nota del Colector.*)

(10) Alude á la novela de Madeleine de Scudéri, *Artamène ou Grand Cyrus*. (*Id.*)

(11) Horacio, *Arte poética*, 120. (*Id.*)

(12) Alude á la novela de Mademoiselle Scudéri, *Clélie, histoire romaine*. (*Id.*)

(13) Horacio, *Arte poética*, 125. (*Id.*)

(14) Gantier de Costes de La Calprenède, autor de prolifas y afectadas novelas y de infelices tragedias, muy admirado por Madame de Sévigné. (*Id.*)

(15) Horacio, *Arte poética*, 105. (*Id.*)

(16) Séneca, el trágico; *Troada*, escena 1.^a (*Id.*)

(17) Horacio, *Arte poética*, 95. (*Id.*)

(1) Alude á la tragedia de Eurípides. (*Nota del Colector.*)

(2) Éste es un ataque á Corneille, y especialmente á su tragedia *Othon*, en la cual tres ministros aburren al espectador con prolijos razonamientos políticos. (*Id.*)

(3) Alude á la exposición del *Heracles* de Corneille. (*Id.*)

(4) Hay de ello ejemplos en Eurípides.

(5) Alude á Lope de Vega. (*Id.*)

(6) Horacio, *Arte poética*, 220. (*Id.*)

(7) Horacio, *Arte poética*, 275. (*Id.*)

(8) Esquilo vivía un siglo después que Téspis, esto es, cuatro siglos antes que Jesucristo. (*Id.*)

Llora tú, y obtendrás el llanto ajeno (1).
Voces que el actor dice en hueco tono,
No parten, no, de un pecho enternecido.

Ardúa palestra en Francia es el teatro,
En delicados criados fecunda;
No logra autor allí fáciles palmas;
Siempre halla bocas á silbarle prontas:
Si necio ó charlatan le llama alguno,
Es fuero que al entrar compra á la puerta.

Autor que ha de agradar, pruebe ingenioso
Mil tonos: ora el medio, ora el sublime,
En nobles sentimientos siempre ameno,
Siempre agradable, sólido y profundo,
Rasgos de luz esparza inopinados:
Con maravillas nuevas tenga siempre
Suspensa la atención; que cuanto diga
Se fije en la memoria, y la obra entra
Deje un largo recuerdo en nuestra mente.

Tal habla, obra y se ostenta la Tragedia.

LA EPOPEYA.

El Épico poema, aún más grandioso,
Con fábulas sustenta y con ficciones
La vasta narración de acción más larga.
Todo á la admiración en él conspira,
Todo en él toma cuerpo, alma y semblante.
Deidad en él toda virtud se vuelve.
La prudencia es Minerva; la hermosura,
Vénus; ni del vapor hijo es el trueno,
Mas de Jove en furor que aterra al mundo;
Negra procela al navegante horrible
Es Neptuno, que airado el mar azota;
No revocada voz eco, mas ninfa
Que se lamenta en llanto á su Narciso.
A tan bellas ficciones elevado,
Así el vate sus cantos ameniza,
Lo adorna, ilustra y engrandece todo,
Y á cuanto llega en flores lo reviste.

Que una borrasca las dispersas naves
De Enéas lleve á la africana orilla,
Es usado rigor de la fortuna;
Mas que de Juno el odio inveterado
Por largos mares sin cesar persiga
Los restos de Ilíon; que á ruego suyo,
Eolo de sus lóbregas cavernas
Desenfrene los vientos procelosos
Y amotine las olas; cuando se alza
Neptuno, que imperioso las increpa,
Y de una voz serena el mar y el cielo,
Las naves de entre sirtes arrancando,
Ved lo que asombra y de interés nos llena.
Sin ornamento igual desmaya el verso,
La poesía desfallece y muere (2),
Y un orador sin nervio es el poeta,
Insulso narrador de áridos cuentos.

Mal se encamina el que diversas fuentes
De lo maravilloso y bello busca;
Y al Dios de la verdad y sus profetas,
Dando el lugar que á las deidades, hijas
De fantástico número, sus lectores
A cada paso en los infiernos hunde,
De Belcebú y Satanás al lado.
Misterios tan terribles mal se avienen
Con profanos adornos: sólo ofrece
Penitencia y castigos merecidos
A la conciencia rea el Evangelio:
Mezclarle con ficciones fuera darle
Falsa apariencia á la verdad más seria.
¡Cosa bella por cierto es la pintura
De un feo diablo, aullando contra el cielo (3)
Por deslucir á un héroe, y que en la lucha
El divino poder sucumba á veces!

Hízolo un tiempo el Tasso con aplauso,
Se me dirá: no intento disuadirlo;

Mas sé que de su patria honor no fuera,
Ni en tanto le apreciara el siglo nuestro,
Si el héroe que cantó, siempre devoto,
Sólo con pios rezos se ocupase
En domar á Satan, y no llegaran
Un Tancredo, un Reinaldo, una Clorinda,
Un fiero Argante á engrandecer su cuadro.

En un cristiano asunto no por eso
Ingerir quiero fábulas paganas (4);
Mas querer despojar de sus ficciones
La profana pintura, al reino undoso
Los Tritones quitar, el doble filo
A las Parcas, y á Pan su alegre avena,
Vedar que de Caron la barca triste
Pase á un pastor al lado de un monarca,
Escrúpulo es pueril, y al fin tan vano
Como pensar en agradar sin gracias.
Luego ni figurar á la Prudencia
Sabréis, ni á Témis dar venda y balanza,
Ni á la Guerra pintar con faz de bronce,
Ni con horario en mano huyendo al Tiempo.
¡Y habrán de ser tan bellas ilusiones
Como paganos ídolos proscritas!
Deja se precien de su error piadosos;
Mas tú con tino á los antiguos sigue,
Sin que, cristiano irreverente, vuelvas
Al Dios de la verdad en dios de errores.

Mira cuál de la fábula al contacto
Nacen bellezas; aún los nombres mismos
Son fortunados del verso; Oreste, Enéas,
Agamenon, Idomeneo, Ulises,
Helena, París, Héctor, Menelao....
¡Qué me diréis de la graciosa idea
Del necio vate, que entre tantos dignos
Tomó por héroe suyo á *Childebrando* (5),
Sino que sólo un nombre extraño y duro
Hace risible ó bárbaro un poema!

¡Quieres siempre agradar, jamas cansando?
Elige un héroe á interesarme propio,
Así en virtud como en valor preclaro.
Grande aún en sus defectos; en sus obras
Siempre digno de gloria, cual fue César,
Cual Alejandro ó cual Luis en suma;
Y no á Eteócles ni á su inicu hermano (6):
De héroe vulgar fastidian las proezas,
Profusos no os mostréis en incidentes;
La cólera de Aquiles bastó á Homero
Para un largo poema; otros el suyo,
Abrumándole en galas, le empobrecen.

Sé expedito en narrar, rápido y puro,
Como en el describir rico y pomposo;
Allí prodiga versos elegantes,
De bajas circunstancias siempre exentos;
Y no como aquel loco, que pintando
Del pueblo hebreo el paso fugitivo
Por medio de las ondas suspendidas,
A verlo trac los peces asomados
A las ventanas (7), y un rapaz que corre
Y juega y salta, y tira piedrecillas,
Y risueño á la madre ofrece alguna.

¡A qué pararse en frívolas ineptias!
Guarde el poema proporción debida;
Modesto sea el exordio, y no afectado (8),
Sin que montado en el Pegaso apenas
Prorumpa el verso en són vociferante:
Al vencedor de vencedores canto (9).
A tanto prometer, ¿qué efecto sigue?
Nace un ratón del monte al gran preñado.
¡Cuanto más vale aquel maestro antiguo,
Que sin tanto aparato, en dulce tono,
Fácil, sencillo, armonioso dice:
¡Canto las armas y el varón piadoso,

(4) Alude al *Ariosto*. (Nota del Colector.)

(5) Alude á un interminable poema heroico de Jacques Carel, titulado *Childebrand ou les Sarrazins chassés de France*. (Id.)

(6) Alude á la *Troada* de Estacio. (Id.)

(7) Alude al poema *Moise saurá*, del académico Gérard de Saint-Amand, donde se halla este verso:

Les poissons ébahis les regardent passer. (Id.)

(8) Horacio, *Arte poética*, 126-144. (Id.)

(9) Alude al poema de Scudéri, *Alaric*. (Id.)

(1) Horacio, *Arte poética*, 102. (Nota del Colector.)
(2) Boileau confiesa que le habían inspirado este desaliento precioso los escritos contra la mitología pagana de *Saint-Sortin-Desmarte*s, uno de los primeros individuos de la Academia Francesa, escritor muy protegido por el Cardenal de Richelieu. (Id.)
(3) Alude al *Tasso*. (Id.)

*Que, de la frigia orilla desterrado,
Jusó el primero el suelo de Larinia!*

La musa no se acerca fulminante;
Queriendo cumplir mucho, ofrece poco;
Bien pronto la veréis raudal fecundo
Pronunciar los oráculos del Lacio,
Pintar las negras ondas de Aqueronte,
La sorda Estigia, y por el bello Elisis
Mostrar vagando Césares futuros.

De imágenes alegres orna el verso,
Tal, que ilusos los ojos veilas crean;
A un tiempo cabe ser plácido y grande:
¿Lo sublime á qué sirve, si es cansado?
El Ariosto y sus burlescos cuentos
Prefiero á todo autor helado y grave,
Que á ménos tiene el que las Gracias oren
Mirar festivas su fruncido ceño.

Bien pudiera decirse que algun día,
Por la naturaleza alceccionado,
Robase Homero el ceñidor á Vénus;
Tal abunda en agradros: cuanto toca
En oro lo convierte; entre sus manos
Todo halagüeño rie, sin mezclarse
Jamás fastidio á su delicia pura;
Estro feliz inflama sus discursos,
Nunca en vagos rodeos distraído;
Sin dar orden simétrico á sus cantos,
Todo halla en ellos su lugar preciso,
Todo está sin esfuerzo preparado,
Fácil se explica todo, y cada verso,
Cada voz presurosa al fin conduce (1).
Ama sus cantos, ámalos sincero,
Que es sacar fruto ya saber gustarlos.

Poema en invencion y orden perfecto,
No es obra, no, de un frívolo capricho;
Tiempo y estudio pide; á un principiante
No le es dado tentar tan ardua empresa.
Mas sucede también que herido á veces
De efímera centella un triste vate,
La falsa inspiración erce, y se aplica
La épica trompa al inexperto labio;
Luego prorrumpe en versos vagabundos,
Que eleva á saltos con penoso esfuerzo,
Donde sin juicio ni instrucción desmaya,
Por falta de alimento, el fuego fatuo,
De su incapacidad por disuadirle
Trabaja en vano el público desprecio;
Que él se aplaude á sí propio, y el incienso,
De los demás negado, él se prodiga;
Pobre inventor Virgilio es á su lado;
Párvulo Homero en la ficción grandiosa (2);
Si el siglo actual de su sentencia rie,
A la posteridad sin miedo apela;
Mas mientras vuelve el delicado gusto,
Que al fin dará esplendor á sus escritos,
A un lóbrego almacén se van los tristes
A disputar en singular pelea
Su duración al polvo y la carcoma.
Dejados, pues, con ellos entenderse,
A nuestro fin sin divagar volviendo.

LA COMEDIA.

La aura feliz del trágico coturno
Dió vida á la comedia; en ella el griego,
De natural maligno, en formas varias
De su mordacidad vertió el veneno;
Sufrió el pudor, sufrió la virtud misma
De la irrisión naciente infames tiros;
Del mérito más puro el vilipendio
Enriqueció al poeta, que entre un coro
De nubes hizo á Sócrates el justo
De un populacho vil servir de escarnio (3).
La ley, al fin, á refrenar acude
Audacia tanta, y la prudencia impone
Al cómico mordaz, vedando sábia
Descubrir nombres ó imitar semblantes.
Así, perdido el frenesí primero,

Rie sin amargura la comedia (4).
Sin hiel increpa, sin veneno instruye,
Y dulce agrada en versos de Menandro (5).
Al nuevo espejo cada cual que mira
Se ve con gusto, ó no se reconoce;
Del cuadro fiel de la avaricia rie
El mismo avaro que sirvió á la copia;
O los aires de un necio bien trazados,
Satisfecho el modelo los aplaude.

Sigue á natura con sagaces ojos,
Si la cómica palma ansioso anhela;
Estúdiala en el hombre, que si indagas
Del corazón los senos escondidos,
Sabrás lo que es un pródigo, un avaro,
Un honrado, un hipócrita, un celoso,
Y alegrando la escena felizmente,
Sabrás darles acción, gesto y palabras.

A la imagen más simple el color vivo
De cada cual aplica, pues fecunda
Naturaleza en genios singulares,
Facciones varias en las almas graba,
Que un gesto, una mirada hace patentes;
Y el dón de penetrarla en pocos cupo.

Voluble el tiempo áun nuestros genios cambia;
Cada edad tiene el suyo, y gustos nuevos.
El joven, en caprichos fervoroso,
Dócil se presta á la impresión del vicio,
Frívolo en discurrir, vario en descos,
A la censura, y no al placer, remiso.

Luego la edad viril, con más consejo,
Busca al prócer, negocia, se contiene,
Hebra cauto el golpe de fortuna,
Y al porvenir ajusta sus proyectos.

La triste senectud siempre atesora;
Guarda, y no para sí; con pié de hielo
Camina á sus designios; los pasados
Tiempos encomia, y el actual deprime;
Y á la risueña juventud reprende
Los dulces gustos que la edad le niega.

No juvenil audacia al lento anciano,
Ni de éste al joven des el grave tono,
La corte estudia y la ciudad observa,
Que á competencia se darán modelos;
De tan fecundas minas sus escritos
Enriqueció Moliér, y al colmo fuera
Del arte, ornado de laurel más puro,
Si ménos popular, no degradara
Con tan baja expresión sus doctos cuadros,
Gesto vulgar prestando á sus figuras,
Lo bufon prefiriendo á lo gracioso,
Y con Terencio á Tabarin (6) juntando.
¿Quién por hijos tendrá del genio mismo
Al Misantrópico y á Scapin grosero? (7)

Mal sufre la comedia el llanto y pompa
Del trágico dolor (8); mas no descienda
A mendigar con indecentes modos
De plaza en plaza la plebeya risa.
Culta y civil se muestre en sus gracejos;
Suéltese fácil su difícil nudo,
Guíela el juicio á que jamás incauta
Caiga en escena de interés vacía;
Su llano estilo elévese oportuno,
Su hablar abunde en chistes, que pasiones,
Sagazmente entendidas, desenvuelvan;
Recíprocas se enlacen las escenas,
Gracias que al juicio ofendan no la adornen,
Ni de lo natural jamás se aparte.
Mira en Terencio un padre, con qué rostro
Rifendo está del hijo enamorado
La imprudencia, y el gesto del amante
Al oírlo, y que luego á su querida
Vuela, á olvidar la sábia cantinela (9).

(4) Horacio, *Arte poética*, 231. (*Nota del Colector*.)

(5) Menandro, contemporáneo de Alejandro. Floreció unos tres siglos antes de la era cristiana. (*Id.*)

(6) Tabarino. Célebre farsante milanés, que componía, y representaba en el Puente-Nuevo de París, sainetes y mogigangas, á principios del siglo xvii. (*Id.*)

(7) Hay no pocos críticos franceses que no se conforman con este severo juicio de Boileau acerca de Molière. (*Id.*)

(8) Horacio, *Arte poética*, 89. (*Id.*)

(9) Alude á *La Andriana*, y á *Los Adelfos*, comedias de Terencio. Esta última fué imitada por Molière en *L'Ecole des maris*. (*Id.*)

(1) Horacio, *Arte poética*, 148. (*Nota del Colector*.)

(2) Estos versos aluden á una sátira, poco justa y atinada, de Saint-Sorlin-Desmarests sobre la *Iliada* y la *Eneida*. (*Id.*)

(3) Alude á *Las Nubes*, comedia de Aristófanes. (*Id.*)

No son pinturas éstas, ni retratos;
Son hijo, padre, amantes verdaderos.

Honre la escena enhorabuena el vate,
Que, respetando al público, embelesca
Con la razón, sin que jamás la choque;
Mas al juglar, que en divertir prodiga
Largo caudal de equívocos groseros,
Déjale armar la chocarrera escena
Allá en el Puente-Nuevo, en que sus farsas
Con estruendosas carcajadas premie
De viles siervos la ignorante turba.

Canto cuarto.

La moral de los escritores.

Un médico, se cuenta, hubo en Florencia (1),
Grande hablador y célebre asesino,
Público azote y peste de su tiempo:
Por la calle era el verle, perseguido
Ya del hijo pidiendo al muerto padre,
Ya del que le echa en cara la ponzoña
Con que en sus brazos reventó á su hermano;
Aquí el marido, allí la esposa muere,
Secos de sangre ó llenos de ruibarbo;
La tos se vuelve tisis á su entrada,
Y en sus manos delirio la jaqueca.
De horror cubierto, al fin deja la villa,
Y un solo amigo, que entre tantos muertos
Le queda, á su palacio le conduce.
Era un abate el tal, rico y tocado
Del furor de arquitecto. Al punto el hombre
Se muestra cual nacido para el arte.
Como un Vitruvio (2) hablaba de edificios;
Ya de un salon condena la fachada,
Mejor lugar señala á un atrio oscuro,
Y la escalera enmienda. Sorprendido
Llama el abate á su maestro de obras,
Que le oye, admira, aprueba y se corrige.
En fin, para abreviar su extraña historia,
Digo que, abandonando el matasanos
De Galeno la ciencia incierta y vaga,
Toma la escuadra y regla, y con asombro
Universal, formado se le admira,
De médico incapaz, digno arquitecto.

Su ejemplo sirva de lección: prefiere
Ser albañil si tu talento es ése,
Mecánico artesano y distinguido,
A mediocre escritor, vulgar poeta.
En cualquier arte hay puestos diferentes,
Que siempre pueden con honor llenarse;
Mas en el peligroso de hacer versos,
De mediano á peor no hay paso alguno.
Frio escritor responde á autor maldito:
Un lector no distingue en su desprecio
Hondo saber de autor que le fastidia:
Un loco nuevo á risa y nos divierte,
Y aun vale más que el escritor helado
Que á hacernos bostezar tan sólo acierta:
Venga un burlesco Bergerac (3) mil veces,
Antes que de Motin (4) leer me manden
Un solo verso alambicado y frío.

Precave el són de elogios lisonjeros,
Con que en corrillos varios te celebren
Admiradores frívolos ó necios;
Pues versos hay que recitados placen,
Y que á la luz que la impresion les presta,
Viciosos halla el ojo penetrante (5).

Gamboldo (6) así, despues de tanto aplauso,
Descansa intacto en casa del librero.

Asiduo en consultar, escucho á todos;
De un tonto viene acaso un sano aviso.
No es decirte por eso que te vayas
Leyendo acá y allá cuanto compongas;
A imitación del rimador furioso,
Que, armónico lector de ásperos versos,
A cuantos le saludan se los canta,
Al que va á sus negocios deteniendo,
Sin que haya de las presas de su musa,
Ni santo templo ni ángel que te guarde (7).

La crítica, ya he dicho, acoge grato;
Blando á su voz, sin murmurar, corrige;
Mas de necios consejos no hagas caso (8).
Con más orgullo que saber, algunos
Reprenderán injustos en tu obra
Del verso más feliz la hermosa audacia;
¿Qué vale responder á sus sofismas,
Si él los reputa honor de su talento,
Y, ciego entre tinieblas, se figura
Que no se escapa un átomo á su vista?
Sus consejos elude, que el creerlos
Fuera anegarse, huyendo del escollo.
Pero escoge un censor de mente sana,
De alta doctrina, y cuya franca pluma
Raye sin miedo lo que tú sospechas
Flojo, y te disimulas indulgente.
El sabrá de tu espíritu dudoso
Las sombras ahuyentar, sabrá decirte
Con cuál estro feliz un claro ingenio
Los barto estrechos límites del arte
Sabe salvar, cuando es el arte mismo
El que le enseña á sacudir el yugo (9).
Mas ¡cuán raro es hallar censor tan digno!
Que juzga mal los versos con frecuencia
Quien los hace mejor, y que en su aprecio
A Virgilio confunde con Lucano (10).

Vates, prestad á mi advertencia oídos:
¿Queréis hacer amables vuestros versos?
Sembradlos de lecciones provechosas,
Con la dulzura utilidad mezclados; (11)
Que no se paga el sabio de guirnaldas,
De flores sí, que le prometan fruto.

Trasluzca en los escritos retratado
Vuestro carácter propio en rasgos nobles.
No aprecio yo los licenciosos padres
De tantas obras que el pudor repugna,
Donde la virtud gime desdorada,
Y alzan los vicios seductora frente.
Pero no me juzguéis tético genio,
Que hace guerra al amor, y de su adorno
Despojando la escena, llamar osa
A Rodrigo y Jimena corruptores (12).
El amor más impuro en puros versos
Cabe expresar, sin que á lo honesto dañe:
Por más que Dido seductora lllore,
Yo, llorando con ella, la condeno.
Musa inocente y de asechanzas libre,
Commueve, y nunca el corazón pervierte;
Su llama el humo del error no turba.
Adora la virtud; sin ella en vano
Querréis sublimes ser, que la bajeza

dividuos de la Academia Francesa. Tradujo á *Guzman de Alfarache*, y escribió muchas poesías, adquiriendo con ello cierta nombradía literaria. Pero su fama de poeta se desvaneció rápidamente cuando publicó, en 1656, su pesado poema *La Puella*, en cuya composición había empleado treinta años. (Nota del Colector.)

(6) *Gombaut*. Véase la nota sobre este poeta en el canto I, página 121. (Id.)

(7) Alude á *Charles Duperrier*, latinista notable, uno de los siete poetas que formaron la llamada *Piquade francesa*. Boileau refiere que este Duperrier le obligó, contra toda su voluntad, á escuchar versos suyos en una iglesia. (Id.)

(8) Horacio, *Arte poética*, 472. (Id.)

(9) Alude Boileau en este elogio al académico y abogado *Olivier Patru*, amigo de Racine. Pasó por el más severo crítico de su tiempo. (Id.)

(10) Alusión hostil á Corneille. (Id.)

(11) Horacio, *Arte poética*, 343. (Id.)

(12) Alude al famoso teólogo jansenista de Port-Royal *Pierre Nicole*, el cual sostiene, en un escrito sobre el teatro, que las tragedias de Corneille, por su espíritu pagano, corrompen el entendimiento y el corazón. (Id.)

(1) Alude á Mr. Perrault, médico de París, que dejó la medicina por la arquitectura. (Véase la carta de Boileau al Mariscal de Villeroy, 1676. (Nota del Colector.)

(2) Boileau no menciona aquí á Vitruvio, sino á *Mansard*, célebre arquitecto que fué muy protegido por la reina Ana de Austria, y dió su nombre al techo partido, muy común en Francia, que se llama *mansarde*. (Id.)

(3) *Savinien Cyrano de Bergerac*, valiente soldado é ingenioso poeta. Escribió para el teatro; pero la obra que le dió verdadera fama fué su *Voyage dans la lune*, sátira imitada por Voltaire, Swift y otros insignes escritores. (Id.)

(4) *Pierre Motin*, autor de insulsas poesías. (Id.)

(5) Aquí alude Boileau á *Jean Chapelain*, uno de los primeros in-

Del corazón delatarán los versos.

Vayan lejos de tí bajas envidias,
Torpe infección de espíritus vulgares,
Que jamás halla entrada en los sublimes,
Y es de mediocridad signo indeleble.
Negra rival del mérito la envidia,
Lazos te tiende en las doradas aulas,
Y no pudiendo erguida hasta él alzarse,
Por igualarle á sí, le ceba por tierra.
Nunca en tan bajas miras te deprimas,
Que no lleva al honor tan vil sendero.
Sé consiguiente, y la amistad cultiva:
No basta ser en los escritos grato,
Sino ameno en el trato y las costumbres.

Muévate amor de gloria, y no vil lucro,
Que es de infame escritor indigno objeto.
Bien sé que esperar puede un alma noble
De su fatiga el premio, mas me indigno
De ver que celebrados escritores,
Infieles á la gloria, hambrientos de oro,
Se vendan del librero á los salarios,
Y hagan tráfico vil la arte divina.

ORÍGEN DE LA POESÍA.

Antes que, usando el dón de la palabra,
Dictára la razón leyes al hombre,
De selva en selva y de uno en otro prado,
En busca del sustento, andaba errante;
Y á merced de sus rústicas pasiones,
Derecho era la fuerza, con que impune
La robustez airada era asesina.
Mas luego del discurso la armonía
Logró templar tan bárbaras costumbres;
Pues las dispersas tribus, atraídas
De sus oscuros bosques, en ciudades
Pudo asociar, de muros circundadas;
Dando la ley, servida de suplicios,
Asombro al malo, aliento á la inocencia,
Gloria tan alta á los primeros versos
Es fama se debió: de aquí se dijo
Que al sonoro cantar del dulce Orfeo,
Embelesados los agrestes brutos,
Su furor olvidaban; y las piedras,
Movidas de Anfitión al són suave,
Se iban llegando al pie de la alta Tébas,
Hasta elevarse en portentosos muros.

Tanto en su oriente alcanza la armonía.
Lengua del cielo fué después el verso:
Desde el pecho en furor de un sacerdote
Lanzó versos proféticos Apolo;
Homero, antiguos héroes recordando,
Inflama en verso el bélico ardimiento;
Muestra Hesíodo en métricas lecciones
Al tardo campo á acelerar las mieses:
Así, en cadentes páginas escrito,
El verso dió el saber á los mortales,
Las saludables máximas llevando
Al corazón por el suspenso oído.

Justo incienso á las Musas bienhechoras
La Grecia dió por tan feliz portento,
Y aras de gratitud alza á su gloria.
Mas ¡ay! que acude la vileza luego,
Tras la indigencia, á degradar el Píndo;
Amor del lucro infecta los talentos,
Mentiras bajas manchan los escritos,
Que, destinadas á comercio infame,
Ponen á precio el genio y la armonía.
Jamás vicio tan torpe te ennegrezca:
Cuando la sed del oro te devore,
Huye las limpias aguas de Aretusa,
Que no en riqueza abundan sus orillas;
Y al cantor grande, como al héroe excelso,
Sólo fama y laurel ofrece Apolo.

Mas no de luto se vive únicamente
(Me oigo decir): mal puede un triste vate,
Hambriento y pobre, resistir el grito
De la necesidad en sus entrañas,
Ni entre laureles pasearse ayuno.
Nunca viera sus Ménades Horacio
Sin apurar alegre el buen Falerno;

Y si, cual Colletet (1), sólo aguardara,
Para comer, la paga de un soneto.

Es cierto; mas no atige á nuestro Píndo
Tanta escasez: ¡por qué abrigar tal miedo
En un siglo en que el astro más benigno
Sus rayos vuelve hácia las artes bellas?
Hoy de indigencia al mérito redime
Alto favor de un príncipe ilustrado (2)
Musas, dictad su gloria á vuestros hijos,
Y es la mejor lección que podeis darles:
Nuevo Corneill (3) conságrese á su nombre,
Al par del que pintó Cides á Horacios;
Que un Racin (4), dando á luz prodigios nuevos,
Retratos suyos forme en nuevos héroes;
Que al labio de las lindas Benserada (5)
Dícte en clogio suyo amables versos;
Ségre (6) le lleve al campo en sus idilios,
Y en su honor lance el epigrama dardos.....

Mas ¡qué autor tan feliz en otra *Encida*
Al Rhin medroso llevará este Alcides?
¡Qué docta lira al són de sus hazañas
Hará mover los montes y las selvas;
Sabrá cantar al báltavo asombrado,
Que, temiendo náufrago, se inunda;
Ni tantos aterrados batallones
En *Mastricht*, cuyo espanto el sol ilustra?

Canto yo; y en los Alpes nueva gloria
Junto al vencedor rápido me llama:
Caen *Dola* y *Salines* (7), y humeando
La fulminada *Besanzon* sucumbe.
¡Qué es de los fuertes que en fatales tramas
Ostentábanse dique al gran torrente?
¡Acaso piensan detenerle huyendo?
¡Fundan su gloria sólo en evitarlo? (8).
¡Qué de arrasados muros! ¡qué de rotas
Falanges! ¡qué de gloria y de laureles
En su carrera rauda arrebatados!
Redoble el estro en su loor, poetas,
Para que el verso alcance á honor tan alto.

Yo, que hasta aquí, en la sátira nutrido,
Nunca entonar osé trempa ni lira,
Sabré mostrarme en campo tan ilustre,
Y acordaros con voces y miradas
Estas lecciones que mi musa, áun jóven,
Del trato recogió del buen Horacio:
Vuestro ardor concitando al fin glorioso,
Premio y corona os mostraré de léjes;
Mas también perdenadme si, celoso,
Separo el oro á veces de la escoria,
De autores necios los defectos noto;
Censor molesto, aunque oportuno á veces,
Más que apto á producir obras perfectas,
A reprobar las malas inclinado.

SÁTIRAS.

I.

CRÍTICAS DEL TEATRO.

ADVERTENCIA DE ARRIAZA.

El teatro español, cuya prodigiosa fecundidad en piezas originales ha servido por mucho tiempo de emu-

(1) *François Colletet*, autor de *La Muse coquette* y de otras poesías de estables. (Nota del Colector.)

(2) Luis XIV. (*Id.*)

(3) *Corneille*. (*Id.*)

(4) *Racine*. (*Id.*)

(5) *Isaac de Benserade*. Compuso muchos versos cortesanos para las fiestas de Luis XIV. (*Id.*)

(6) *Jean Regnaud de Segrais*, poeta académico, autor de novelas y de idilios en su tiempo muy estimados. (*Id.*)

(7) Celebra las conquistas de Luis XIV en las plazas de Holanda y Franco Condado. (*Id.*)

(8) Alude al famoso general austriaco *Conde de Montecuculi*, que blasonaba de haber logrado evitar la batalla. (*Id.*)

lacion y asombro á las demas naciones, se ve en el día oscurecido y abrumado por el sinnúmero de traducciones del frances con que, presumiendo enriquecerle, le han empobrecido los mezquinos traductores. No son regularmente las obras de los primeros ingenios de Francia las que nos regulan, sino producciones medianas ó de segundo orden, cuyo principal efecto y artificio consiste en preparar, por medio de una serie de diálogos prolijos y mal hablados, una catástrofe horrorosa é inverosímil, como son los asesinatos alevosos, ejecutados con todos sus atroces pormenores á vista del espectador; los tribunales de justicia, con todas sus fórmulas pesadas y antipoéticas; y últimamente, el espectáculo asqueroso de los cadáveres destrozados en los cadalsos.

En tales monstruos escénicos hemos estado bebiendo, sin sentir, las máximas, usos y costumbres de la revolucion francesa, en vez del honor y fina cortesanía que nos recuerdan nuestras antiguas comedias. Uno de los dramas que se granjearon más número de esta clase de admiradores fué la que se intituló tragedia de *Blanca ó los Venecianos*, pieza contraida á las circunstancias particulares de la conquista de Venecia por los franceses, y en la cual, para derribar un gobierno, por quien era el estado veneciano una república rica, independiente y llena de prosperidad, se le procuraba hacer odioso, y excitar el interes á favor de un frances aventurero. Este da motivo á la tragedia con quererse casar con la hija de un senador, contra la voluntad del padre, que la queria dar á otro senador (como es el órden); y el frances, desde una capilla, en que tenía cita con la niña, escaparse á la llegada del padre, por un agujero á casa de un embajador; lo que estaba prohibido con pena de muerte por una ley, con que empieza la accion dramática; hasta que, llamado el frances á juicio, no se quiere disculpar, de rabia porque el carcelero le dijo haber visto casarse ya á su querida; y así sufre la pena de garrote, de que se da espectáculo al público con ridicula y asquerosa perspectiva. Esta pieza, tan hija de la política napoleónica, fué ejecutada con la más rigurosa pantomima ó imitación de los actores de París; esto es, con gritos, gestos y aullidos del mal gusto moderno en aquella capital. De todo lo cual se burla el autor en la siguiente sátira, de un modo bastante distinto para poder prescindir de la vista de los originales.

REFLEXIONES DE ENTRE-ACTOS

HECHAS

EN LA TRAGEDIA DE «BLANCA Ó LOS VENECIANOS».

C'est un droit qu'à la porte on achète en entrant.
(BOILEAU, *Art poétique*, chant III.)

¿El Senado en el foro á qué se junta?

¿Qué negocio le trae?—¡Brava pregunta!

El ver unos amores de novela

Mejor que desde el patio ó la cazuela.

—No es mala impertinencia de señores;

Vaya, diviértanse los senadores;

Pues con su compañía reverenda,

Cuatro retrucanillos de contienda,

Un frances entre tantos sacristanes,

Que se mueven cual mazos de batanes,

Y entre dos de ellos de familia un pacto,

Cátate concluido el primer acto.

—¡Hola! Censor, pasito, con sosiego;

Aquí tu laconismo es puro griego:

Por uno que te entiende ó te interpreta,

Hay ciento de cuchara de bayeta,

Y con aquel candor con que han tragado

Dos tribunales y un ajusticiado,

Clamarán: «¡Impostura manifiesta!

Digo, ¿es lance de amor una ley puesta

En tela, y aún dictada, que condena

Á todo embajador á cuarentena?

¿Y un espion frances hecho togado

Porque de un soplo aseguró un estado?»

Esto dirán, y quedarán muy vanos.

—¿Sí? pues yo les diré: Béseos las manos,

Señores; mas prosigan su camino,

Que yo hablo sólo aquí con mi vecino,

Que al ver escena plena y tanto estruendo,

Todo es rascarse y bostezar, diciendo:

¿Qué es de la exposicion, que no la hallo!

¿Cuándo sale, con treinta de á caballo,

Pues abertura anhelan bien brillante,

Ese protagonista que nos cante:

«Aquí verán el fin más desgraciado

Del hombre más sin gracia cnamorado!»

—Yo, por más que le digo que allí votan

Senador al que luego le acogotan;

Que la causa es amor, y éste el suceso

Que anuncia de Venecia el gran congreso,

Y á más que hay procesion; calla ó me humilla

Diciendo ser tragedia gigantilla,

Con enorme cabeza y cuerpo cnano.

El hombre es material, se aplica al grano;

En punto de intres no gasta flema:

Yo, por no airarlo más, sigo en mi tema;

Que el interes de accion se queda intacto

Despues de concluido el primer acto.

Segundo. ¿Lugar nuevo, escena aparte?

Pues vamos con la música á otra parte.

Ya tenemos á Blanca la rollona

Muy cariacontecida y remonona,

Que quiere, si el autor no lo remedia,

Casarse.—Pues que vaya á la comedia.

—No señor; que la anima el gran deseo

De morir cual esposa de Teseo,

Y ya por este mes le llega el turno

De ensangrentar con gloria su coturno.

—Vaya, pues que se muera como pueda;

Y el viejo torbellino es quien lo cureda,

Proponiendo á la chica un matrimonio

Con quien no puede ver más que al demonio.

¿Y el novio? Ellos se entienden, por supuesto,

Y era la primer vez que hablaban de esto;

Resortes son del arte, aunque no exactos,

Pero excelentes para llenar actos.

—Resorte que del arte es el oprobio

(Grita el vecino); y sin mentar el novio,

¿Quién vió jamas matrimonial contrato?

¿Cómo pudo ese viejo mentecato

Pensar llegase á adivinar su hija

Que para yerno suyo el padre elija

A su antiguo rival, si ella es testigo

De que á él se le sentaba en el ombligo?

¿Esta es tragedia, fábula ó conserja?

—Esos sí son escrúpulos de vieja,

Y ésta es una de aquellas fruslerías

Que yendo días y viniendo días

Suceden una vez: no es ley expresa

Que ocurra en sociedad de sobremesa,

En visita, en pasco ni en el coche,

Y ocurrió en el teatro aquella noche.

No hay que dudarle, el viejo es un buen hombre,

La Blanca ¡un alma! así como su nombre;

Y esta credulidad, que ofende á tantos,

Es lo que yo les hallo de más santos.

Márchase el viejo á prevenir la dote,

Como diciendo para su capote:

La chica ya se hartaba de soltera,

Y por casar se casa con cualquiera.

Y aquí entra Moncasin: á muy buen tiempo

Viene con sus requiridos de entretiempos;

Pues casi ya le abraza la muchacha,

Cuando hétele que, en chupa y sin garnacha,

Capelo, el personaje de interes,

Aunque no el ménos bobo de los tres,

Sale diciendo: Yo soy el dichoso.

Blanca está lela, Moncasin celoso,

Capelo en babia, y regañando á trio,

Se dicen poco, malo, turbio y frijo;

Se comunica á la luneta el hielo,

Y el telon, de fastidio, viene al suelo,

—No viene al suelo, que se tiene en vilo;
Ni así, oh censor, de tu tijera al filo
Cercenar quieras el mejor pasaje,
Cuando Capelo dice en buen lenguaje:
¿Tres en lance de amor? alguno sobra;
Yo me voy, perdonad la mala obra.
Que se quedan los dos mustios, sombríos,
Temblando en convulsión de celos frios,
Que el incendio vomita por el pronto;
Mas luego d'la niña a un *calla, tonta*,
La bandera pacífica tremolan,
Y que se arrullan y que se atortolan.

—Déjame, pues tan lindo te parece,
Si no quieres que silbe, que bostee.
¿Yo he de ver vuelto en frío parasismo
Ese rayo del fuego del abismo
Llamado amor, pasión gigante y fiera,
Que no halla en leyes freno ni barrera,
Término en la razón que la deslinda,
Que se arroja á la muerte, y no se rinde?
¿Alma de Fedra, infierno de Hermíone!
¿Quién en bocas tan frías te pone!
Que en dos escenas no hallan más consejo
Que el de implorar á un negativo viejo;
¿Qué viejo, ni poder, ni padre media
Ante el trágico amor! que si en comedia
Es risueño y versátil cortesano,
En la tragedia es déspota tirano.
¿Y he de oír, no su estilo conveniente,
Apasionado, enérgico y ardiente,
Sino la turbia y tibia algarabía,
Como entre Septentrion y Mediodía,
Siempre glosando aquella frase rancia
De sensibilidad y de constancia,
Nunca escogida, y siempre chabacana,
Que á nuestra pobre lengua castellana
Levanta mil franceses testimonios?
Venga abajo el telón con mil demonios.

Tercer acto. Yo debo estar enfermo,
Porque aquí está lo bueno y yo me duermo.
Sobre el cambio de un novio, que ella odia,
Sale Blanca á cantar la palinodia
Jugando de entendique y de penséque.
«Picara, dice barbas de tembleque,
A ver el novio»; y se aparece entre ellos.
¿Quién lo trajo? El auter por los cabellos.
El mismo que ántes hizo noche al viejo,
Diciendo lo llamaban á consejo,
Y el que se lleva con cualquier pretexto
Al mueble que en la escena le es molesto.
No bien se han visto, y se arma la camorra,
Y los gritos del juego de la morra:
En vil filón á convertirse viene
La grandiosa mansion de Melpomene:
Todo es equivocar con el exceso
De dos perros que rabian sobre un hueso,
Su expresión noble y su clamor sublime;
Pero el pulmón por más que los anime,
Nunca en el corazón serán sentidos
Furores que desgarran los oídos.

—Señor, que aquí hemos visto muchos meses
En Francia declamar.—¿Y los franceses
Sólo saben gritar? ¿Y qué, esas gentes
No hacen llorar un rato á sus oyentes?
¿Y semejaute zambra y gritería,
Tal disonancia y confusión podría
El tono ser jamás que immortalice
Las lágrimas de Tito y Berenice!
Talma el modelo fué: ¡oh! que ese Talma
Podrá prestar su gesto, y no su alma.

El pasmo de la escena es cuando el viejo
Se está en sus trece; y el bribón cortejo
Se echa á sus pies á hacer la gatatumba,
Y luego le da un grito que le tumba.
Malo ve el pleito, y lo remata á voces,
Se retira hacia atrás, ojos atroces,
Gesto..... pero el pincel aquí refreno,
Que en mala situación no hay actor bueno.
¿Quién no dirá, tras de una vez tan recia,
Que quien la dió se tragará á Venecia?
Pero nunca dirán con más razón,
Grito de montes, parto de ratón,

Acto cuarto. Aparato penitente,
Lámpara, altar, y Blanca la doliente,
Que ántes de dar al duro yugo el cuello
Tiene dada una cita al frances bello
En la misma capilla.—Pero, boba,
Mejor que la capilla era la alcoba:
¿No habrá lugar para un favor siquiera?
¿No ves que Barba-cana allí te espera,
El señor cura y toda la pandilla,
Que te quiere casar con el golilla?
Si ellos vienen, cuitada, ¿en qué escondrijo
Lo podrás ocultar?—¿Qué quieres, hijo?
La fatalidad trágica me asedia.

—Hija, es verdad, fatal es tu tragedia.
Por lo que es cuenta, el tío galán llega,
Le propone la fuga, ella se niega,
Y no sé yo si el sitio de la cita,
El santo altar, ó lámpara bendita,
Le sugiere la fuerte tentación
De ponerse los dos en oración.
Sin duda se diría por tal caso
Que amor y devoción distan un paso.
Y estando de rodillas los devotos,
Haciendo, en vez de amor, extraños votos
De no tener más celos (que es empeño
Como el de no tener hambre ni sueño),
Sin dejarles decir amén siquiera,
Cátate la legión casamentera,
Que á turbar viene el místico recreo
Cantando letanías á Himeneo;
Y tras de tanto triunfo y tanta gloria,
Que la tragedia omite, y aún la historia,
El héroe paladín de las bravatas
Se va por un boquete medio á gatas,
A lo ratón, que enfile el agujero
Cuando siente la llave en el granero.
Los tiranos se agarran de la hermosa,
Y al enlazar su mano con la odiosa
Del Senador, la niña se amortigua;
Y aquí, amigos, la historia no averigua
(No será estilo en trágicos enredos)
Si á lo menos las manos por los dedos
Se llegan á tocar, ó dando en vago,
La bendición nupcial quedó en amago.

Muchos el matrimonio dan por huero;
Mas lo abonamos yo y el mandadero.
El, porque á Blanca vió tendida y yerta
Al pie de un novio y con la mano abierta;
Siendo ¿quién sabe! estilo veneciano
El dar la pata á la que da la mano;
Yo, por ver sólo un medio en tal pasaje
De introducir á un nono personaje,
Quien sin tener carácter bien notorio
Al pobre Moncaín ni al auditorio,
Es de su muerte el móvil fidedigno;
Resorte igual no es del coturno digno.
No es sostener cautiva en esta parte
Nuestra ilusión, que es la verdad del arte;
Ni es dar al nudo solución bastante,
Ni es conducir la acción interesante
A su fin necesario y lastimero,
Sino arrastrar la res al matadero.

El quinto, no matar da el catecismo,
Y el precepto de Horacio da lo mismo:
No matar en la escena, ó por lo menos,
No destrozar los corazones buenos.
Esto al autor de Blanca importa poco,
Nos trata como á niños con el coco;
Nos ofrece por acto un desvarío
Como noche de invierno negro y frío:
Nos hace el bú con hígubres capuces,
Feroz enlutado y funerarias luces,
Anuncios del entierro del buen gusto;
Mas lo improbable amansa cualquier susto.
¿Cómo, si es compasivo el carcelero,
Se divierte en burlar al prisionero?
Pues aunque pudo ver la nupcial hacha,
Nunca vió se casase la muchacha.
Será la sombra del poeta acaso,
Que fuerza el lance por salir del paso.
¿Dónde está ese carácter tan honrado
De Capelo, que viendo que el culpado

Es su triste rival, incontinente
No se tiene por juez incompetente,
Se levanta ligero de la silla,
Y cuelga de una percha la gollita!
Y aquel secretar con el fantasma
Padre, que al cabo ha de morir de asma?
Tanto sin caridad bufa y rebufa!
Tanto sacude la peluca bufa!
Y el otro juez de palo allí tendido
Mientras los dos se hablaban al oído,
Tostando una poltrona, hecho un panarra,
Tocándose en la tripa la guitarra?
¿Qué diré del hipócrita Capelo,
Cuando entra Blanca y se levanta el velo,
Que pide se examine aquel testigo,
Que se suspenda el bárbaro castigo,
Y nos la viene á echar del justo juez
Cuando al otro le han roto ya la nuez?
Si la maldad humana es tan impía,
Nunca engaña con tanta grosería:
Tribunal tan infame, si es que existe,
Melpomene orgullosa lo resiste.
¡Patíbulo en las tablas! ¡vil capricho!
Remendon de coturnos, ¡quién te ha dicho
Ser fuente de las trágicas pasiones!
El que es lecho de muerte á los ladrones?
¿No sabes, infeliz, que no conviene
Sino el noble puñal á Melpomene,
Cuya herida, y la sangre que derrama,
Al cadáver que cubre nunca infama?
¿Que la sangre vertida es lastimosa,
Y sangre agarrrotada es asquerosa?
¿Que el terror es placer de almas sensibles,
Y el horror, de caníbales horribles?
¿Que deslumbrar los ojos, y no el juicio,
Es de linterna mágica el oficio?
Déjale sus ahorcados y sus brujas;
Mas si en la escena tú la sobrepujas,
Algun niño, es verdad, romperá el llanto,
Alguna madre abortará de espanto;
Pero el varón sensible y de buen gusto
Oye cuál grita con desprecio justo:
¡Y sólo á Mécasin le dan garrote!
¡Pues qué, el autor no tiene su gañote!
Asesinar el gusto es su delito;
¿Por qué no va si quiere ancho, expedito,
Juntar gran turba, y jueces bien propicios,
De gente que se educa en los suplicios,
Con sus ajusticiados á la plaza,
Y el trono de *Racine* (1) desembaraza!
¡Oh musa! tú, cuyo favor implora
Ultrajado el Buen-Gusto, y, vengadora,
Los dardos todos armas, en su auxilio,
De Juvenal, de Persio y de Lucilio,
Serena el pecho airado, y sin enojos
Vuelve un momento los amables ojos
Hacia el vate á quien rígida fulminas:
Tú verás que del Pindo en las colinas
Á resonar su nombre á veces viene,
Que favorable á veces Melpomene
Su inspiración le vierte en larga vena,
Y de su patria atónita la escena
Al ver á *Oscar*, ó *Mario* el de *Minturno*,
Tembló bajo la estampa del coturno.
Si aquel genio que entonces ha brillado
Es ya un astro sangriento y eclipsado,
Vuestra es la culpa, ¡oh musas inconstantes!
Que hoy arruináis al que elevásteis ántes.
Vuestros caprichos son nuestras excusas:
¡Oh leve sexo! ¡oh sueños de las musas!
Al mismo Homero alguna vez fatales,
¡Por qué dormís también las inmortales!
Y vosotros, en fin, paisanos míos,
Que incautos á los nuevos desvaríos,
Vais á templar las penas verdaderas,
Con alegres ó téticas quimeras
En la escena, la moda halló el secreto
De que arrumbeis de Lope y de Moreto
Las piezas por antiguas ó ramplonas;
¡Y al fin, qué os da! Francesas cucamonas.

(1) Racine.

Débil para arredrar vuestro desseo
La lluvia ó nieve, henchis el colisco.
¡Y allí qué veis? El cielo me confunda
Antes que oír la loca barauanda
Con que, en honor del desbarrado ingenio,
Haceis temblar los arcos del proscenio,
Y aplausos dais que Apolo no reparte.
¡Pensais gozar de Sófocles el arte
Cuando de horrendas farsas sois testigos?
¡Ah! perdonad; no es eso ver, amigos;
Eso es tener dos ojos en la cara,
Hechos como con palo en simetría,
Por donde entra la luz común del día,
Mas no los rayos de la ciencia clara.

II.

CARTEL DE COMEDIAS (2).

Hoy lunes, fiesta pascual,
En obsequio al nombre real,
Se iluminará el corral
Con esperma de sartén,
Que hará á los ojos muy bien,
Y á los vestidos muy mal.
Habrá gente hasta el portal,
Empujon, grita y vaiven,
Y en un drama colegial,
Que tradujo no sé quién;
Una niña de reten,
En papel sentimental,
Se las tendrá ten con ten
Á la dama inmemorial
Del *Desden con el desden*.
¡Y en los Caños del Peral,
Que es teatro principal?
La orquesta sonará bien
Si zurrán bien al timbal;
Mas para lo sustancial,
Que es festejar á *aquel sol*,
Que un día al orbé español
Ha de dar lustre cabal,
Habrá auto sacramental
Sacro-místico-moral,
Que en tono lacrimonial
Recordará al pecador
El pecado sucesor
Del pecado original.
La atención será mortal
Mientras la version se estrena
De un retazo de misal;
No la de la *Magdalena*,
Sino de un buen oficial.
Habrá fervor y atrición
Por terror y compasión;
Y al dar el golpe fatal
De la mandíbula asnal
Sobre el cráneo fraternal,
Pondrá el señor director
Junto á cada espectador
Un buen vaso lacrimal.
Lo que es pompa teatral,
Esa sí, no tendrá igual.
Traje, el que del padre Adán
Heredó San Sebastian,
Que no arruinará el caudal,
Porque no es más que un pañal.
La comparsa pastoral
Tan vestida al natural,
Que yo apostar no me atrevo
Que si pasare casual
La ronda de *pan y huevo*,
No los lleve al hospital.
La escena hacia Palestina,

(2) En un mismo día de gala y cumpleaños del Príncipe de Asturias, parece se concertaron los teatros de la corte en representar dramas lúgubres, como fué, en el llamado de la Cruz, la triste comedia del *Duque de Pentievere*, y la *Muerte de Abel* en el de los *Caños del Peral*, con una opereta, por añadidura, con el título del *Duelo*; de todo lo cual, y de la circunstancia de suplir una muchacha de doce años el papel de la famosa *Rita Luna*, hizo el autor este jocoso anuncio en 1803.

Como quien vuelve la esquina
Del paraíso terrenal;
Decoración celestial
Con nube negra y mohina;
Viento, trueno y culebrina.
Voz del cielo, y no divina,
Sino un poco catarral,
Que con su arcanga eternal
Prueba sin anacronismo
Que en tiempo antediluvial
No se inventó el laconismo
En la corte celestial.

Y con una ópera igual,
Que emigró de un funeral,
Se fijará estacional
En cada esquina un cartel;
Y nadie leerá en él
Sino Abel y más Abel,
Y el primer odio mortal
De los primeros humanos,
Hasta el primer besamanos
Que se dé el *Juicio final*.

III (1).

A UNA COMEDIA.

Dulce entretenimiento de mi vida,
Engaño lisonjero de mis horas,
Lección de la virtud más perseguida;
Comedia que en tus versos atesoras
Tanta moralidad, que me parece
Te compuso el autor comiendo moras;
¿Cómo tan sin razón desaparece
Tu divertida farsa de un teatro,
Que aplausos nuevos cada vez te ofrece?
Después que por ahí dicen más de cuatro
Que el padre que te hizo merecía
Lo hicieran en Sevilla veinticuatro (2)....

Chichones en la frente; y á fe mía
Que la máscara estaba por quitarme,
No pudiendo sufrir más la ironía.
Mas, pues tuve paciencia para estarme
Tres horas calentando la luneta,
Sin sacar de sustancia ni un adarme,
No será bien que á crítico me meta;
Antes alabaré con mil amores
Á la pieza, á la musa y al poeta.
Tú, Rufino, entre todos los autores
Sabes hacer llorar cuando te ríes,
Sabes hacer reír por más que llores.
¿Pues qué, si entre cristianos y zегries
Te hallas de molde en la leyenda un lance?
Al punto en tres atajos lo deslies;

Tomas el trocillo del romance,
Que entre cristiano y moro lo equilibras,
Y no hay un mosquetero que te alcance.
Que si se le hinchán del testuz las fibras,
Por versos, no hay temor; tu númen diestro
Los pare á libros, y los vende á libras.

Puedes gloriarte, sin igual maestro,
Que tu comedia, á fuerza ya de oír, la
La saben todos como el Padre nuestro.
¿Y quién podrá abstenerse de aplaudirla,
Viendo que va los vicios derribando,
Como la bola que los bolos birla?

Pruebas no debe ser siempre tan blando
De la mujer el corazón afable,
Sino duro también de cuando en cuando.
Que en vez del abanico gasten sable
Para echar con modestia un brazo abajo
Al que en ley de modestia no les hable.

Que tengan libertad y desparrajo
Para encerrarse á solas con un moro,
Sin temer les suceda algun trabajo.

Y siendo ella preciosa como un oro,

(1) Fué hecha esta sátira contra la comedia titulada *La Judit castellana*, y en ella se critican los defectos comunes á este género de comedias, entre historial y romancesco, aunque en realidad inverosímil y ridículo. Casi al mismo tiempo atacó Moratín este vicio en el teatro, con *El Cufé ó La Comedia nueva*.

(2) Dábase este nombre á los regidores de algunas ciudades de Andalucía.

Y el moro más travieso que Tarquino,
Mantenga invulnerable su decoro;

Pues sólo la requiebra con el fino
Lenguaje de un arriero en el empeño
De caérsele un macho en el camino.
Ella se duerme, y él le guarda el sueño;
Pero empieza á gritar como una urraca:
¡Abdemelik, Abdemelik, mi dueño!

Hay una mora, que es la parte flaca,
Y por mostrar la pobre algun recelo,
A poco más le dan con una estaca.
Quedan los dos amantes pelo á pelo,
Judit dormida, el bárbaro impaciente,
Y en esta situación se corre el velo;
Quedándose tan fresca allí la gente,
Sacando para sí una consecuencia,
Que, á mi ver, tiene mucho de indecente.

No es ménos verosímil la apariencia
Cuando, buscando al Conde de Castilla,
Y fados del moro en la conciencia,
Va de los castellanos la pandilla
Por la cárcel pegando tropezones,
Sin llevar un candil ni una cerilla.
¿Y andando por tan lóbregos rincones,
No han de pensar que el moro los embroma
Aquellos santos ínclitos varones!

Pero luego el devoto de Mahoma
Los va metiendo á todos en la trena (3),
Y él las de Villadiego al punto toma.
Conde y más conde por la cárcel suena,
Armándose un maldito vocerío,
Que á sempiterno conde nos condena.
Uno tropieza en él, ¡pasaje impío!
Y sobándole á tientas un carrillo,
Dice con frialdad: «¡Ay, que está frío!

»Que saquen luz; y al punto un monaguille
Sin más ni más saca un hachón de á vara,
Como si lo llevara en el bolsillo.

Que si él desde el principio lo sacara,
Á los pobres leales castellanos
Más de cuatro porrazos les ahorrara.
Todos, ya por los pies, ya por las manos,
Se agarraron á él con furia ansiosa,
Como corren al toro los alanos.

Y al resplandor del hacha luminosa
Uno de la devota compañía
Hizo la oración fúnebre famosa,

Empezando por una letanía
De condes y más condes, que Morfeo
Narcótico mejor no inventaría.
Enternecióse todo el coliseo
Cuando las alabanzas escucharon
Del derrengado conde mustio y feo.

Las débiles mujeres le lloraron,
Y dicen se llenó más de una espuerta
De perlas que sus ojos derramaron.
Con gestos tristes y la boca abierta
Todos están llorando, hasta las mulas
De los coches que estaban á la puerta.

Hielo (que fuego no) por mis medulas
Corre, Rufino, viendo la viveza
Con que nuestras pasiones estimulas.
Ya de Judit la singular braveza
Á Abdemelik, después de diez y nueve,
Hoy va á cortarle la última cabeza.

Insensible es aquel que no se mueve
Á llorar, á rabiar como un muchacho,
Por más que tenga el corazón de nieve,
Mirando al pobre Abdemelik borracho,
Y á Judit que le lleva hácia la cama,
Donde le piensa dar tan mal despacho.
¡Oh lección de moral para una dama!
Que por más que la envidia se la muerda,
Siempre al autor celebrará la fama.

Sale después, y á fe que no era lerdá,
El alfanje en la diestra, y empuñando
Un cabezon de turco con la izquierda.
La sangre que las tablas va regando
Diera horror, si tan claro no se viera
Ser un pingajo que le va colgando,

(3) *La trena*, la cárcel; voz del dialecto gitano.

Modelo de virtud la más austera,
En la mujer se quedará esculpido,
Si es la mujer alguna verdulera.
Y al filósofo autor será debido,

Si mañana á otra niña se le antoja
Ir á hacer la experiencia en su marido.
Pero yo lloraré mientras despoja
El aquilon de pámpanos las viñas,

Y á revolver el ancho mar se arroja.
Mientras el hielo cubre las campiñas
Lloraré que el teatro no florezca
Con esta ó semejantes socaíñas.

Lloraré que en las tablas no parezca
La Judit castellana otras cien veces,
Aunque el gusto del crítico padezca.

¡Oh público español, pues lo apetece,
Que siga Abdelmelik sacando cuellos,
Y la Judit cascándole las nueces!

Que mientras embobado esteis con ellos,
Yo admiraré la fuerza y la viveza
De la musa que canta en versos bellos:

La Discordia levanta su cabeza (1).

IV.

EL POBRE DIABLO.

SÁTIRA AGRI-DULCE Á FLORA.

Si fuera mio, como fué de Fídis,
Manejar el cincel maestramente,
Dejáramemorables tus perfidias,
Ingrata Flora, á la futura gente.
No pienses amoldára á tu figura
Bronce ó mármol tenaz; tal es mi estrella,
Que aunque la viera ser de piedra dura,
Era capaz de enamorarme de ella.

Antes, ingrata bella
(No te puedo nombrar sin requiebrarte),
Los esfuerzos del arte
Agotára mi ingenio

Para hallar copia á tu voluble genio,
Buscando entre sirenas ó criéles
Esfinges de que hacer símbolos fieles
De tus interminables variedades
Y tus innumerables crueldades;

Mas ¡qué sé yo si te amo todavía!
No puedo hacerte mal, y te lo haría
Si quisiera verter por esta pluma
La hiel que has derramado en mi alegría.

Si de tu vanidad la blanca espuma,
Si de tu ingratitud la negra tinta,
Y tu encarnada liviandad te pinta,
Quedará un tricolor en el traslado,

Que el diablo se dará por retratado.
Pero son unas armas tus defectos,
Que aunque para vengarme las aplique,
No las sé yo tomar sin que me pique.

No faltarán modelos muy selectos
De que sacar las gracias, los encantos,
Y hacer un figurín muy de tu gusto,
Pero que pueda dar al miedo un susto.
Estos originales,

¡Sabes, Flora, quién son? son mis rivales.
¡Cómo! ¡te enojas ya? ¡Me haces espantos!
¡Qué culpa tengo yo de tus caprichos?
¡Por qué has amado tan extraños bichos?

Figúrate, Florita, por un rato
Que yo soy tu escultor, y que en resumen
Tomo un rasgo de cada mentecato
De cuantos ser tus ídolos presumen:

Bien ves que en el retrato,
Aunque yo de mi ciencia echase el resto,
Saldría un pobre diablo, por supuesto.

Como ya es éste el último regalo,
No te lo haré de piedra ni de palo,
Sino de la materia más preciosa,
Cual conviene á una dama melindrosa,

Que subdivide un dulce haciendo muecas
Entre docena y media de babiecas.
De marfil, de azabache y de granate
Será. Prevenle un buen escaparaté.

¡Hermoso atar de día blo! Por la cola
Determino empezar, parte integrante
De un diablo, y que se pega en el instante
Al simplon á quien haces la mamola.
Todos eran coliferos tus muebles;
Pero la que yo al mio le dispongo
Será la de aquel fatuo monicongo
De las patas endebles;

Quien por tomarte palco y carruaje
Se alzó con tu cariño y mis desfalcos;
Y era muy propio de él, que en su pelaje
Se me antojaba un cobrador de palcos.
Ente sin gracia, ni virtud, ni vicio,
De cuyo cuerpo y alma el ejercicio
Es dar los buenos dias, romper coches,
Comer, fumar y dar las buenas noches.
Pues mi diablo irá alegre con su cola
Como si le colgáran una estola.

Ahora bien, no ha de ser el diablo cojo,
Piernas ha de tener; pues las escojo
En aquellas tan débiles y curvas
Del bobo..... Pero, Flora, ¡tú te turbas?
¡Hola! ¡conoces hablo del muchacho,
Seis dias tu cortejo,

Abate marimacho,
Mitad mujer y otra mitad cangrejo,
De quien hizo pintura tan profética
Horacio, al principiar su arte poética (2).
¡No hablaré yo del fatuo indefinible,
A la par insensato é insensible,
Que posee tres lenguas las más bellas,
Y nunca sabe qué decir en ellas?
¡No quieres hable de él? Pues ya no hablo;
Pero sus piernas vayan á mi diablo.

Ya necesita un cuerpo mi modelo:
Coqueta mia, á tu inconstancia apelo:
Ella me hace acordar de aquel enorme
Barrigón montaraz con uniforme,
Por quien se dijo al veros mano á mano:
«¡Esa muchacha va á escoger amantes
Al Gabinete, sala de elefantes!»
Bien acredita, Flora, aquel indiano
Que no siempre te pagas de hermosura,
Pues con un as deoros en la mano,
No le fallas á nadie la figura.

¡Oh qué escena tan rara en aquel día
Presentaba á los ojos tu belleza,
Su fealdad, y mi mortal tristeza!
El amor nos miraba, y se reía.

¿Cabeza? lleve el diablo la del lindo
Héroe de tu pasión la más sublime,
Que aunque ella no contenga, si se exprime,
Más sesos que una pera de Longuindo,
Es, por lo tanto, tierna, almibarada,
Tan débil, que perdiera la chabeta
Si se viera obligada.

A aprender ni aun dos líneas de gaceta;
Y formas triunfen, que el talento es grilla;
Mas no lo tengas, Flora, á maravilla,
Que cuando se vió Jove sin un cuarto,
Porque con Dánae se gastó un tesoro,
No cuenta Ovidio que se fué á su cuarto
A morderse las uñas, ni hacer versos
Largos, pesados, cual los hace Floro,
Que si se le hinchán del testuz las fibras,
Los pare á libros y los vende á libras (3);
Sino que, más tunante,

(¡Oh maldito retruécano!) el Tonante
Se convirtió en gentil lúbrico toro
O en cisne candidísimo y canoro,
En cuyo fuego ardieron como estopa
El corazón de Leda y el de Europa.

La moral es de bulto, ella nos clama:
«Dejad de los estudios la molestia;
Para obligar á una bonita dama,
Basta con ser una bonita bestia.»

¡Dura sentencia! de que yo me alejo,
Pese al viejo rector de las estrellas;

(2) *Destinat in piscem madden formosa superne.*

(3) Este verso y el anterior se hallan ya en la sátira *A una comedia*. (Nota del Colector.)

(1) Oda *A la Paz*, por el Conde de Noroña.

Que el sexo abunda de excepciones bellas,
 A cada instante desmintiendo al viejo:
 ¡Ojalá, oh Flora, fueras tú una de ellas!
 A tal cabeza es fuerza corresponda
 La oreja del Esopo (1) atrabiliario
 Que, cuando te metiste á sabijonda,
 Tomaste por cortejo literario,
 Quien de un tordo ó de un ganso en compañía,
 No sé si por instinto, ó por capricho
 De abonar el refrán de *Dios los cria*,
 Glorioso se despierta cada día
 A decir mal lo que otros bien han dicho:
 Que criado entré libros, embutido
 En libros, y de libros mantenido,
 Se tiene por un crítico severo,
 Como lo es cualquier mozo de librero.
 A sus fábulas llama originales:
 Bien hecho; que si no, dirán los bobos
 Que le ha robado á La-Fonten (2) las sales,
 A Pedro las raposas y los lobos,
 Y al fabulista griego las morales.
 Pero eso ya es hacer juicios perversos:
 Dile, Flora, que en ello no se meta,
 Pues todo el mundo dice, al ver sus versos:
 «Esto no es cosa de ningún poeta.»
 Pero ¿cómo sin cuernos la cabeza
 De un diablo? quejaránse los pintores.
 No lo permitas, niña, que á las flores
 En tu inconstante seno producidas,
 Regadas con tus lágrimas fingidas,
 Y ventiladas por tus ayes tiernos,
 El fruto luego ¡cáspita! son cuern.....
 Prosigo mi labor.... pero ¡qué digo?
 ¡Fatal mujer! ¡siempre ha de ser mi suerte
 Perder el seso y delirar contigo!
 Trabajar sin materia es cosa fuerte;
 Pues aunque más me presten tus amantes
 Mamarrachos bastantes
 Para treinta retablos,
 Y colocar una legión de diablos,
 Si este pequeño, que á tus pies dedico,
 Ha de ser tricolor, gracioso y rico,
 ¿Dónde hallaré materia para ello?
 ¡Adónde el azabache oscuro y bello,
 El marfil blanco y los granates rojos?.....
 En tí, Florita, en esos negros ojos,
 Purpúrea boca, alabastrino cuello.
 Mas ¡ay! que si le doy en abundancia
 Las prendas que en tí lucen, mientras hablo,
 Le pegará las alas tu inconstancia,
 Y se me escapará mi pobre-diablo.

V.

LA FÁBULA DE LAS FÁBULAS.

Advertencia.

En unos años en que reinaba en la corte una plaga de fábulas (como la pudiera haber de tercianas), satirizaron al autor en una de ellas, haciendo decir mil disparates á un pobre *Alano* y un *Perdiguero*, introducidos á conversacion con Apolo por uno que se firmaba *Roman de Pinos*. En respuesta se hizo la siguiente, que restañó el flujo de fabulizar que atormentaba al crítico, con sumo gusto de Madrid, y para sosiego del arca de Noé, de donde hacia la requisición de alimañas para interlocutores de sus fábulas.

(1) Este Esopo debe ser el autor de la fábula satírica con que atacaron al nuestro en el *Diario de Madrid*, de quien se defiende en la composición anterior y en la presente: sucedía esta competencia literaria en 1798. Todas las de esta naturaleza no se deben considerar sino como esgrimas de ingenio, que estimulan el amor propio sin herir á fondo la verdadera estimación de los autores.

(2) La Fontaine.

Fiero tropel de coces y patadas,
 Y de galopes dura trapisonda,
 Dejaba estremecidas y atronadas
 Las comarcas del Pindo á la redonda;
 Eran los animales, que á bandadas
 Abandonaban las antiguas cuevas,
 Corriendo á guarecerse en otras nuevas,
 De un sátiro al furor más ignoradas.
 De pánico terror sobrecogidas,
 Las opuestas especies confundidas
 (Que suele hacer amigos la desgracia),
 Iba corriendo, igual en eficacia,
 Junto al torvo león el tigre fiero,
 Y junto al lobo el tímido cordero.
 En estas confusiones una Zorra,
 Que iba también huyendo del fracaso,
 Mas echó el guante á una gallina al paso,
 Empezó á cavilar: «Ya que una corra,
 A lo ménos sepamos nuestro daño;
 No sea que el engaño
 A perdición me traiga,
 Y por huir el mal, en el mal caiga.»
 Dice, y revuelve los sagaces ojos;
 Y entre unos pinos (¡San Roman me asista!)
 Dos Perros se le ofrecen á la vista,
 Mustios, caídos, magullados, cojos,
 Y aullando en tiple á modo de cerrojos.
 La Zorra, al arrostrar el caso horrendo,
 Un salto dió hácia atrás; cuentan algunos
 Que fué de compasión, y otros, más tunos,
 Dicen que fué sintiendo
 Que no fueran gazapos los tullidos,
 A quienes interrumpe los aullidos.
 Así la muy ladina,
 Lamiéndose de plumas de gallina
 El falso labio, meneando el hopo
 (Que asimismo lo refiere Esopo),
 «¿Quién os derrenga las robustas ancas,
 Hermanos canes, con indigno trato,
 A tí, Alano, á pesar de tus carlancas,
 Y, Perdiguero, á tí con tanto olfato?
 Mas si el dolor vuestra oratoria corta
 Y no podeis contar vuestros apuros,
 Vamos á lo que importa;
 Decid: ¿dónde estaremos más seguros?»
 Levantando el hocico de la tierra,
 El Alano responde en lengua perra:
 «Guay, guay de tí, Raposa, si no corres;
 Que aunque cayeran sobre tí cien torres,
 Fuera ménos que el mal que nos derrenga.
 Guay, guay que no venga
 El sátiro que caza
 Con una de las dos puertas de Gaza,
 Que Sanson transportó sobre los lomos.
 La máquina que á todos pone susto,
 De que nosotros ya víctima somos,
 Es un tablon de pino el más robusto,
 Barreado de versos, como plomos,
 Tachonado de ripios, como clavos,
 Y pobres consonantes á los cabos,
 Forzado cada cual con su cadena.
 Este tablon, que él llama á boca llena
Fábula original, con pobre orgullo,
 Es quien nos tiene en un continuo aullo,
 Pues lo dejó caer sobre nosotros,
 Y allí embutidos como en duros potros,
 Perdidos de dolor hasta el instinto;
 Sugiriéndonos el tal laberinto
 De vaciedades, y una prosa en rima
 Tan áspera, tan ruda é importuna,
 Que es más dulce tener la tos perruna.
 Las fieras, con temor de que las halle
 Y las derribe el *fabulario* encima,
 Unas se arrojan de la cima al valle,
 Otras del valle trepan á la cima.»
 Mientras el derrengado se lamenta,
 La sorda baraunda se acrecienta;
 Tiembla la firme tierra, rebatida

Con tanto golpe de pezuña hendida:
 Estallaban los duros alcornoques
 De los fugaces ciervos á los choques,
 Que topando con ellos ciegameute,
 Desenramaban la frondosa frente;
 Y en medio de esta broma
 El fabulero cazador asoma,
 El ancho y rudo fabulón alzado,
 Y al que coge debajo lo desloma.
 La Zorra, encaramada en un collado,
 Apenas le ve, dice: «Toma, toma,
 ¡El Sátiro no es éste que algun día
 Se llamó en el Parnaso *Traga-libros*,
 Y Febo lo expulsó porque veía
 Que los tragaba y no los digería?»
 Cuando en virtud de la ferrada tabla
 Se hallaron los cuadrúpedos con habla,
 Y las primeras voces
 Que llevaron los céfitos veloces,
 Y los primeros ecos
 Que revocaron los profundos huecos,
 Gritaban á los mártires caninos:
 «*Roman de Pinos*, guay, *Roman de Pinos*,»
 Mientras llamaban todos, la Raposa
 Se burla y pone piés en polvorosa.
 De esta fábula, tú (ni yo tampoco),
 Lector amigo, aunque te vuelvas loco,
 Podrás sacar moralidad ninguna.
 Por ella no se ve que la fortuna
 Ayude al más valiente ó más eobarde;
 Que debamos morir pronto ni tarde,
 Ni cuáles de virtud son los caminos;
 Sólo avisa al buen gusto que se guarde
 De fabulones de *Roman de Pinos*.

VI.

FABULILLA (1).

EL RUISEÑOR, EL CANARIO Y EL BUEY.

Junto á un negro buey cantaban
 Un ruiseñor y un canario,
 Y en lo gracioso y lo vário
 Iguales los dos quedaban.
 «Decide la cuestión tú»,
 Dijo al buey el ruiseñor;
 Y metiéndose á censor,
 Habló el buey y dijo: *Mu*.

INSCRIPCIONES.

Recordando el mérito de la difunta Marquesa de Santa Cruz, con motivo de las bellas obras de su mano que se expusieron en la Real Academia de San Fernando.

En pintar tan extremada,
 Como bella en su figura,
 Era la mejor pintora,
 Y era la mejor pintura.

Al busto de su amigo don Francisco Solano, cuya actitud es estar mirando con intrepidez.

¿Qué estás mirando?—El númen de la gloria.
 ¿Qué le pides?—La muerte ó la victoria.

Al busto de la señora Rita Luna, en calidad de trágica.

Si algun mortal tan insensible vive
 Que de esa tu expresión siendo testigo,
 Dolor igual al tuyo no recibe,
 No le pidas al cielo otro castigo
 Más que el mismo rigor que le prohíbe
 El dulce bien de respirar contigo.

(1) Se hizo contra quien, sin nociones de gusto, criticaba lo que no entendía.

Al busto del célebre Carlos Fox. (Traducida del inglés.)

Pisó las sendas gloriosas
 Del patrio amor más constante,
 Siempre sereno el semblante
 Entre borrascas faciosas;
 Nadie sin admiración
 Fué de sus luces testigo,
 Y nadie sin serle amigo
 Conoció su corazón.

AL DUQUE DE ALBURQUERQUE,
 muerto en Inglaterra de una pasión de ánimo originada de su propio pundonor.

EPITAFIO.

Grande en la cuna y en la lid valiente,
 En Talavera, en Alcabón glorioso;
 Fué en las puertas de Alcides al torrente
 Del galo audaz antemural diehoso;
 Y viendo al fin que con maligno diente
 Se acereaba la envidia al lauro hermoso
 Que en su frente el honor dejó enlazado,
 Murió con sólo imaginarlo ajado.

Para los arcos triunfales preparados por la heroica villa de Madrid para celebrar la entrada de S. M. á su vuelta de Francia.

Sobre el arco de enmedio, que era imitación del de Tito en Roma.—*Inscripción en prosa.*

¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!
 Elegiste el cautiverio, y abandonar tu cuello inocente
 A la enchilla de un verdugo,

Antes que derramar la sangre de tu indefenso pueblo.
 Pero de éste la prodigiosa constancia
 Fatigó á la ambición misma.

Desmayaron los brazos del atónito tirano.
 Madrid decora con el arco triunfal de Tito el camino
 De tu libertad.

Entra, y descansa en el trono de tus mayores.

Sobre el de la derecha.

Tiniebla y luz á un tiempo no es posible,
 Ni estar vicio y virtud al par reinando:
 Cayó Napoleón, cometa horrible,
 Y álzase y brilla el astro de Fernando.

Sobre el de la izquierda.

Hijos, haciendas, leyes y exenciones,
 Todo nos lo robó la tiranía;
 Mas robar no logró los corazones,
 Y allí Fernando oculto residía.

*Sobre otro arco junto á la casa de Villa;
 en nombre del Ayuntamiento.*

La cabeza del pueblo que fué osado
 A insultar al tirano en su victoria,
 Hoy rinde á su monarca recobrado
 Homenaje de amor y eterna gloria.

En una de las rejas de la casa del Excelentísimo señor Duque de Alagon.

Ni al nacer más deseado,
 Ni al vivir más perseguido,
 Ni á más precio rescatado,
 Cual tú, Fernando adorado,
 Príncipe en el mundo ha habido.
 Sol eres, que al desputar,
 En un mar de llanto un día
 España te vió eclipsar,
 Y hoy vuelve á verte entre un mar
 De lágrimas de alegría.

Al busto de la Reina doña Isabel de Braganza, en la casa de expósitos, de la cual era protectora.

Miradla, es Isabel : aquí fué madre
La que en dos mundos Reina : aquí mil veces,
De la orfandad oyendo los clamores,
Llegó á su cuna y la cubrió de flores.

En las exequias de la Reina doña Isabel de Braganza.

1.^a

Pura como la luz Isabel bella,
Volvióse al astro de quien fué centella;
Quien imitáre su inocente vida,
Llérela ausente, pero no perdida.

2.^a

De una piadosa Reina á los despojos
Se alza ese luctuoso monumento;
Que aún pudieran gozarla nuestros ojos,
Si no nos la encubriera el firmamento.

3.^a

En el atrio de la iglesia.

Hoy el dolor de un rey el templo santo,
En honra de Isabel, cubre de luto;
Ven, pueblo, á dar á la que amaste tanto
Un triste adios por último tributo.

Sobre los arcos triunfales con que fué recibida la Reina doña María Amalia de Sajonia á su primera entrada en Madrid.

EN LA PUERTA DE ATOCHA.

Su dicha y tu triunfo Madrid aclamando,
Por medio estos arcos, excelsa María,
Tus pasos gloriosos solicito guía
Al trono que amante te brinda Fernando.

ARCO DE LA CALLE DE ALCALÁ.

Del alto Olimpo descienden
Mercurio y Minerva sabia
A pedir que en Madrid sea
Nuestra jóven soberana
Madre del comercio y ciencias,
Al par que lo es de las Gracias.

En la derecha.

Bella, bondosa y en edad florida,
Llena de gracia y de piadoso anhelo,
Sí, la virtud que se lloró perdida
En nueva imágen nos devuelve el cielo.

En la izquierda.

Los dias de amargura ya pasados,
Los soles de alegría son venidos;
Volveis á esperar gracia, ¡oh desgraciados!
Volveis á tener madre, ¡oh desvalidos!

En el reverso del mismo.

Para el más alto trofeo
Tu antorcha enciende, Himeneo,
Dos almas reales dichosas
Hoy ceden á tus ardores;
Preven guirnalda de rosas,
Dispon conciertos de amores.

En la derecha.

En borrascoso mar el iris brilla;
Cesan luto y horror, sonríe el cielo;
De igual serenidad, gozo y consuelo
El astro de Sajonia es á Castilla.

En la izquierda.

Con justo aplauso á venerarse vuelva
En Manzanáres la deidad del Elba;
La gratitud de España la corona,
Que aún no ha olvidado la virtud sajona.

ARCO DE LA VILLA.

Sirve de triunfal corona,
Arco, á la augusta sajona;

Que si al alto cielo agrada
El voto que te ha elevado,
Tú le servirás de entrada
Al más glorioso reinado.

Reverso del mismo.

Pon ya fin á tu carrera,
Reina amable, y considera
Que si vacilante estuvo
Ese trono que allí ves,
La lealtad lo mantuvo
Para rendirlo á tus pies.

Sobre una fuente.

Fuente que al pobre mantienes,
Dulce, pura y abundosa,
No eres sola en hacer bienes;
Pues la rival más hermosa
Desde hoy en la Reina tienes.

En el túmulo erigido por la Duquesa de Benavente á su difunta hija la Marquesa de C.

Dios solo es grande; la grandeza humana
De Josefa Giron ya es sombra vana.

Desde esta tumba con dolor profundo
La ofrece á Dios quien la produjo al mundo.
Cuéntele el cielo en méritos de gloria
Las prendas que hacen grata su memoria.

En el sepulcro de los amantes del Rey que salieron á recibir á las tropas realistas y fueron degollados por los revolucionarios en el camino de Alcalá.

EPITAFIO.

¡Ay de nosotros, que en aciago día
Fieles la insignia á saludar volamos
De religion y rey! Fiera anarquía
Con inclemente espada nos inmola,
Y esta espada ¡qué horror! era española.

En los arcos erigidos para recibir á sus majestades y altezas de vuelta á su corte y trono. Año de 1823.

EN EL ARCO DE LA PUERTA DE ATOCHA.

En la fachada que mira al camino.

Triunfante de enemigos descales
Hoy vuelve el Rey á su glorioso centro;
Salgan los corazones á su encuentro,
Y huya el que no le amó de estos umbrales.

En la que mira á Madrid.

Cual volaron las hojas de este prado,
Del cierzo al soplo, ajados sus verdores,
Tal de nosotros huyan los rencores
Al dulce aspecto del monarca amado.

EN EL ARCO GRANDE ERIGIDO EN LA CALLE DE ALCALÁ.

Sobre el arco principal.

Ya llega el que, de reyes descendiendo,
De rodilla en rodilla,
Nació á ser soberano de Castilla.
Volad, ingratos, rodead su trono;
Que es muy dulce en su labio un «Yo os perdono.»

Hacia la puerta del Sol.

Vuelve á unirnos en paz, lazo precioso
De Fernando y Amalia,
En bien de Iberia y gloria de la Galia.
La rebelion vencida
Sea el último conflicto de su vida.

LÁPIDAS DEL PRIMER FRENTE.

A la Reina.

No movieron tus virtudes,
Dulce Amalia, al bando alevé;
Mas el cielo al fin se mueve,
Y sus gracias venturosas

A tus lágrimas hermosas
Solamente se les debe.

A los Infantes.

En fortunas y conflictos,
Siempre á vuestro rey adictos,
Seréis, infantes hispanos,
En fidelidad y amor
Grande ejemplo á los hermanos,
Y á los vasallos mayor.

A Luis XVIII.

Lo que nunca acabar pudo
De familia el regio nudo,
Hoy confirman tus trofeos;
Pues tu gran favor obliga
A que todo español diga:
«Gran Rey, ya no hay Pirineos.»

Al augusto Duque.

Sólo en tí, excelso Angulema,
Cabe la ventura extrema
De restituir con gloria
A su prole un padre amado,
Y traérselo sentado
En el carro de victoria.

LÁPIDAS DEL SEGUNDO FRENTE.

A los reales esposos.

¡Oh reyes! en nuestro pecho
Mandad siempre en tierna union.
De Fernando es el derecho
De ejercer recta justicia,
Y de Amalia la delicia
De alcanzarnos el perdon.

Al ejército frances.

Id, valientes militares;
Contad en vuestros hogares
Que si vuestros triunfos bellos
Nos dieron rey y quietud,
Nos dejais tambien con ellos
Ejemplos de gran virtud.

A la patria.

Deja el luto, cese el llanto,
Dulce patria, y vuelve al canto;
No de aquel horrible són
Que la sangre nos helaba;
Sino el himno con que alaba
A Fernando el corazon.

A los realistas españoles.

¡Qué bien sientan los laureles
En la frente de los fieles,
Que á su buen rey aclamando,
Fueron bravos en la lid!
Cuando hay reyes cual Fernando,
Hay soldados como el Cid.

SOBRE LAS ESTATUAS
COLOCADAS DENTRO DEL ARCO PRINCIPAL.

Marte.

No siempre con sangre pago,
Ni á mi carro sigue estrago,
Luto y desesperacion;
Sino que la paz le guía,
Y en pos lleva la alegría
Cuando en él sube un Borbon.

Céres.

Pagad tributo á los reyes,
Guardad al campo sus leyes,
Premiad del pobre el sudor;
Y coronada de espigas,
Seré grata á las fatigas
Del celoso agricultor.

EN LA PLAZA REAL.

El brazo poderoso al oprimido
Se enlaza, y los malvados se estremecen.
Del gran Luis Fernando es socorrido.

El real cetro Angulema da á sus manos,
Y los grillos del Rey á sus tiranos.

EN LA IMPRENTA REAL.

En los fastos del tiempo, en letras de oro
Brilla, día feliz, en que la imprenta
Cesa de ser puñal y arma sangrienta
De vil calumnia y público desdoro.
Ya sirviendo á las ciencias y al buen gusto,
Se somete á tu ley, Fernando augusto.

EN EL ARCO DEL AYUNTAMIENTO.

Al reverso.

Vuelve al pueblo que ausente te ha llorado,
Y ojalá en él, Fernando, te eternices.
Harto la adversidad nos ha probado
Que no podemos ser sin tí felices.

En los arcos triunfales á la entrada en la capital de Su Majestad
la reina Cristina.

EN LA PUERTA DE ATOCHA.

I.

Del astro nuevo ante los rayos de oro
La paz enfrena á las civiles furias,
La abundancia promete su tesoro,
Y la fecundidad Principe á Astúrias.

II.

Cristina llega, el público entusiasmo
Aclama de su Rey la dulce esposa.
¡Mas ay! los ojos gozan de otro pasmo;
La buscan Reina, y se la encuentran diosa.

En las cuatro caras de un templete de Himeneo, erigido
en el Prado.

INSCRIPCIONES.

I.

Aquí Himeneo ha erigido
El templo que os embelesa,
Al enlace esclarecido
Del Monarca más querido
Y la más bella Princesa.

II.

Como entre nubes estrella
En lo azul del cielo brilla,
Así Cristina descuella,
Y así luce en su sien bella
La corona de Castilla.

III.

Son sus gracias verdaderas
Gentileza y juventud;
Pero son más hechiceras
Por llevar por compañeras
La modestia y la virtud.

IV.

Gloria á la preciosa union
De auspicios felices llena;
Que junta en solo un blason
De Nápoles la sirena
Y de Castilla el leon.

En el arco Constantino levantado en la calle de Alcalá.

I.

Alta mole triunfal bella y robusta,
Cesa de recordar fiera victoria,
Y alza tu frente aquí con nueva gloria
Abriendo paso á la familia augusta,
Que vió salir Parténope llorando;
Y hoy, en nuestros hogares peregrina,
Prenda nos deja en la inclita Cristina,
Que hará feliz á Iberia y á Fernando.

II.

Gloria y virtud hoy logran por trofeo
 La diadema en el ara de Himeneo;
 Llega, amable Cristina,
 La mano que te ornó con tales dones,
 Al galardón debido te encamina;
 Llega, que nuestros fieles corazones
 Te esperan para abrirse á la alegría,
 Como las flores el nacer del día.

Al pié del balcón de orquesta formado en las gradas de San Felipe
 el Real.

En Nápoles Princesa, fué querida;
 Como Reina en Madrid, será adorada.

En la fachada de la Real imprenta.

Jóven, bondadosa y bella,
 Luce ya de Perténope la estrella;
 Buriles y pinceles
 Pintad, si habeis de darnos sus facciones,
 Las tres Gracias en una, y seréis fieles;
 Mas la amable bondad de sus acciones,
 Hacer patente, y retratar su alma.....
 La imprenta sola alcanzará esta palma.

En el nacimiento de la serenísima Infanta doña María Luisa
 Fernanda, hija segunda de Sus Majestades (1832).

Gloria al oriente de la excelsa Luisa,
 Nueva esperanza del ibero solio;
 Mírela el cielo con feliz sonrisa,
 Mezcan su cuna derramando flores
 Gracias y amores.

MADRIGALES.

I.

La Reina doña Isabel de Braganza, aplicando á la prensa su real
 mano, sacó estampado el siguiente

MADRIGAL.

Aunque de negra tinta concebidas,
 Y de la prensa en el afán nacidas,
 Las letras que aquí estamos
 La suerte de las rosas no envidiamos.
 Si á ellas el sol les da matices rojos,
 Mejor es nuestra estrella
 En ver por primer luz la de los ojos
 De la augusta Isabel, bondosa y bella.

II.

Á una dama enferma, después de haber acompañado á su marido
 á campaña.

Pues diste, bella enemiga,
 Tu tierno pecho á las balas,
 Si marchitó la fatiga
 De tu hermosura las galas,
 Es que Vénus te castiga
 De haber imitado á Pálas.
 Pero al cabo la alegría
 Volverá á tu hermoso cielo;
 Pues por su interés un día
 Dirá Vénus: «En el suelo
 ¡Cómo habrá una efígie mia,
 Si yo rompo este modelo!»

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

LA DESPEDIDA DE SILVIA.

Ya llegó el instante fiero,
 Silvia, de mi despedida,
 Pues ya anuncia mi partida
 Con estrépito el cañón;
 A darte el adiós postrero
 Llega ya tu tierno amante,
 Lleno de llanto el semblante
 Y de angustia el corazón.

Llega tú, objeto divino,
 Tiéndeme los brazos bellos;
 Que si logro yo que en ellos
 Dulce acogida me des,
 No conseguiré el destino
 El golpe que quiere darme,
 Porque ántes de separarme
 Me verá muerto á tus piés.

¡Oh! si las pasiones nuestras
 Fueran de igual violencia,
 El dolor de nuestra ausencia
 Se partiera entre los dos;
 Mas tú un semblante me muestras
 Indiferente ó contento,
 Cuando yo no tengo aliento
 Ni aun para decirte adiós.

Murmurando un manso río
 Baña el prado con sosiego,
 Y por fruto de su riego
 Bellas flores ve brotar;
 Tú en silencio, llanto mío,
 Mi afligido pecho bañas,
 Y de Silvia las entrañas
 No consigues ablandar.

Mas ¿qué dices, Silvia mia,
 Con ese tierno suspiro?
 ¿Por qué entre lágrimas miro
 Tus ojos resplandecer,
 Cual nube que en claro día
 Opuesta al sol se deshace,
 Y el sol con sus rayos hace
 Brillar el agua al caer?

¿En mí los lánguidos ojos
 Fijas con tanta ternura?
 ¿Sin faltarle la hermosura
 Falta á tu rostro el color?
 ¿Vas á abrir los labios rojos,
 Y el sentimiento los sella?
 ¡Que en ti haya de ser tan bella
 Aun la imagen del dolor!

¡Insensato! yo pensaba
 Que la amarga pena mia
 Algun alivio tendría
 Si tú penáras también;
 Al error que me engañaba
 Concede, Silvia, el perdón;
 Ya siento más tu aflicción
 Que ántes sentí tu desden.

Bien mío, por Dios te ruego,
 Serena el triste quebranto;
 No vale tan bello llanto
 Cuanto el mundo encierra en sí.
 Pasen por tí con sosiego
 De amor las horas serenas,
 Y aquellas de angustias llenas
 Que se detengan en mí;

En mí, miserable y triste,
 Por el cielo destinado

Para soportar del haído
La bárbara criellidad;
No en tí, que hermosa naciste,
Llena de un poder divino,
Para tener el destino
Sujeto á tu voluntad.

Por él tendrás el consuelo,
Mientras que mi ausencia llores,
De encontrar mil amadores
Más de tu gusto que yo.

Otro á quien dispense el cielo
La fortuna de agradarte;
Pero otro que sepa amarte
Como yo te amo, eso no!

No me enamoró tu trato,
Ni tu semblante perfecto,
Sino un simpático afecto
Que tal vez nací con él.

Yo me figuré un retrato
De las gracias verdaderas,
Y conocí que tú eras
El original de aquél.

No suele, en tierra caído,
Tan turbado é indeciso
A un relámpago improviso
El caminante quedar,

Como yo de amor perdido
Al mirar tu bello rostro,
Pues luego á tus pies me postro
Y te adoro á mi pesar.

Mas yo parto..... ¡ay Dios! mis penas
En la explicación no caben;
Los cielos solos las saben,
Que el fondo del alma ven,
Y vieron las horas llenas
De deliciosos recreos
Que colmaron mis deseos
En los brazos de mi bien.....

Ya las aguas blandamente
Mueve afable ventolina,
Y de la gente marina
Se oye la confusa voz;
Ya del ancla el corvo diente
Del fondo tenaz retiran:
Todos á darme conspiran
Una muerte más veloz.

Ya con planta vacilante
Piso la débil barquilla,
Pronta á abandonar la orilla
Y llevarme al gran bajel.
Silvia, á tu infeliz amante,
En los últimos momentos,
¡Qué funestos pensamientos
No le asaltan de tropel!

Conozco el dulce desquite
Con que pagas mis ternezas,
Se me acuerdan tus finezas,
Tu cariño bien lo sé:
No hay prueba que no acredite
Tu pasión en mi presencia;
Pero ¿quién sabe en la ausencia
Si sabrás guardarme fe?

Ese atractivo divino,
De mi sumo bien origen,
Tal vez los hados lo eligen
Por principio de mi mal;
Y mientras yo, ausente y fino,
Mi perdida prenda lloro,
Los encantos que yo adoro
Gozará un feliz rival.

No, mi bien; no, gloria mia,
¡Oh! no se lleven los vientos
Esos tiernos juramentos

Que el universo envidió:
«Venzamos la tiranía
Del tiempo y de la distancia
Con la invariable constancia
Del lazo que nos unió.»

Al salir el sol brillante,
Al poner sus luces bellas,
Al nacer luna y estrellas,
Estaré pensando en tí:
No me apartaré un instante
De esta idea encantadora;
Y tú entre tanto, traidora,
Ni aun te acordarás de mí.

A solas mi pensamiento,
Engolfado en esos mares,
Repasará los lugares
Donde contigo me vi:
Entonces mi sentimiento
Hará sensibles los broncees;
Tú, más que ellos dura, entonces
Ni aun te acordarás de mí.

Aquí vi sus perfecciones,
Allá la juré mi dueño,
Allí con labio halagüeño
Me dió el venturoso sí.

Tal vez estas reflexiones
Harán que el dolor me acabe;
Y tú entre tanto, ¿quién sabe
Si te acordarás de mí!

Lamaré instante de gloria
Aquel en que vi tu gracia,
Y origen de mi desgracia
El punto en que la perdí:
Mil veces esta memoria
Me hará renovar el llanto;
Y tú, ¿quién sabe entre tanto
Si te acordarás de mí!

Cuando sólo se estén viendo
En el cielo las señales
Con que asusta á los mortales
El supremo Criador,
Oigase el tronar horrendo
En las cavernas más hondas,
Y del mar las turbias ondas
Se levanten con furor;

Cuando, impelido del Noto,
El soberbio mar Tirreno
Quiera desde su hondo seno
Las estrellas asaltar,
Y emplee el triste piloto
En vez de la ciencia el ruego,
Viendo ser su nave el juego
De la cólera del mar;

Entre los roncós clamores
De gente que atribulada
Ante sus ojos la espada
De la muerte ve lucir,
Yo haré que de mis amores
Tan negro horror se despidia,
Y ¡adios, Silvia de mi vida!
Se oirá en los vientos gemir.

II.

LAS QUEJAS.

ENDECHAS.

Llanto infeliz, que sólo
De dulce y lisonjero
Tienes la amable causa
Por quien te estoy vertiendo;
Llanto infeliz, que á fuerza
De humedecer mi seno,
Ves cuán inútil eres

Para apagar su fuego;
 Llanto infeliz, tu curso
 Para por un momento,
 Mientras escribo á Silvia
 Mis amorosos versos.
 Lágrimas, no borrados;
 Que, despues de leerlos,
 Ella de su memoria
 Los borrará bien presto.
 Tal la veloz paloma
 Por la region del viento
 Pasa sin dejar rastro
 Del vagaroso vuelo;
 Tal llegarán mis voces
 A su adorado objeto
 Sin que en su pecho hiera
 Ni aun el final de un eco.
 Pero herirán los valles,
 Los encumbrados cerros,
 Los extendidos mares
 Y hasta los mismos cielos.
 A compasion movido
 El sensible universo,
 Todo estará llorando,
 Y tú, crúel, riendo.
 Tú, á quien las llamas suben
 De mi voraz incendio;
 Tú, á quien los aires vuelan
 De mis suspiros tiernos;
 Que enamoras las aves,
 Que encadenas los vientos,
 Que embalsamas las auras
 Con tu divino aliento,
 Y con tus ojos..... ¡Dioses!
 Pudieras todo arderlo
 Si sólo á mí sus rayos
 Todos no hubieran vuelto.
 Ellos en mi encontraron
 Un corazon dispuesto
 A alimentar volcanes
 De inextinguible fuego.
 Miráronme benignos,
 Coronaron mi afecto,
 Y Amor jamas vió lazo
 Tan dulce como el nuestro.
 Las Gracias, envidiosas,
 En su bailar ingenuo
 Trataban de imitarle
 Con inocente juego.
 Cuantos lazos hacian,
 Quedaban imperfectos;
 Amor lo ve, y se rie,
 Que conoce el misterio.
 Dias harto apacibles
 Para durar serenos;
 Dias que vió la envidia
 Con ojos de veneno;
 Y vomitando de humo
 Mil torbellinos negros,
 Los enlutó entre nubes
 De borrascosos celos.
 ¡Cual fué mi angustia, ¡oh dioses!
 Al punto en que cubierto
 De sospechas injustas
 Vi su semblante bello;
 Cuando en aquellos ojos,
 Emulacion de Vénus,
 Para expresar ternura,
 Vi pintado el desprecio!
 No más fria quedára,
 Más sin color ni aliento
 La risueña aldeana
 Si de su falda, al tiempo
 Que va á sacar las flores
 Que le dió el prado ameno,
 Viera en su blanca mano
 El escorpion más negro,
 Que yo cuando trocado
 Vi todo mi recreo,
 Mi única gloria toda
 En todo mi tormento.
 ¡Tan poco te merecen,

Oh Silvia, mis afectos,
 Que á la primer calumnia
 Ya los contemplas reos!
 ¡Yo dejarte por otra!
 ¡Yo no amarte! ¡Oh blasfemos!
 ¡Pudieron escucharos
 Desarmados los cielos?
 Mas ellos no, tus ojos.....
 Ojos que estais tan hechos
 A leer en el fondo
 De este corazon vuestro,
 Descended al profundo
 De mi angustiado seno,
 Descended penetrantes,
 Descended justicieros,
 Y hallad, si os fuere dado,
 Un solo sentimiento
 Que no proclame á Silvia
 Por soberano dueño.
 Regístrese á las luces
 De tan vivos luceros
 Si en mis aras se quema,
 Sino por ella, incienso.
 Para tí, ídolo mio,
 Que entronizada en medio,
 Das norma á mis destinos
 Y vida á mis deseos.
 ¡Yo dejarte por otra!
 ¡Yo, que si me hallo lejos
 De tí, tu misma imagen
 No basta á mi consuelo!
 ¡Que amo más uno solo
 De tus dulces recuerdos,
 Que todas las finezas
 Y amorosos extremos
 De cuantas hermosuras
 Pueblan al universo!
 ¿No me oyes, inhumana?
 ¡Ay cuánto los perversos
 Que mi alma te han quitado,
 La tuya corrompieron!
 Pues que de ella ahuyentaron
 Hasta el placer supremo
 De dar lágrimas dulces
 Al infortunio ajeno.
 ¡Vuelves de mí tus ojos!
 ¡Ni siquiera merezco
 Vengan á ser mis jueces
 Mis vencedores bellos?
 Corred, lágrimas mías,
 Suspiros de mi pecho,
 Decid á esa inhumana
 Me consienta á lo ménos
 A sus plantas crúeles
 Dar el último aliento;
 Que para su venganza,
 ¡Qué más quiere si muero!.....

III.

Implorando á favor de la Real Imprenta la proteccion de Sus Majestades, que fueron á visitarla en 1818.

ESTANCIAS.

Feliz hora y bien lograda
 La que trac vuestro esplendor,
 Rey benigno y Reina amada,
 De Minerva al obrador.
 Bien es digna del tomento
 Y el favor de un sabio Rey
 La invencion que al pensamiento
 Ha sabido dar su ley.
 El volára fugitivo,
 Siempre vago y siempre infiel,
 Si la imprenta su cautivo
 No le hiciera en el papel.
 Deteniendo al tiempo el paso,
 Por la imprenta aun hoy ois
 La lira de Garcilaso,
 La elocuencia de Solís.

Y ya con tipos fecundos
 Las copias multiplicando,
 Haga á un tiempo que dos mundos
 Oigan la voz de Fernando;
 Ya lleve vuestras bondades
 Impresas en sus renglones,
 Siempre os gana voluntades,
 Siempre os rinde corazones.
 La imprenta, señor, ampara,
 Que es digno de vuestra gloria,
 Mientras otra se os prepara
 En el templo de memoria;
 Donde el apolinco coro
 Grabará con mano fiel
 Otro nuevo siglo de oro
 Por Fernando é Isabel.

IV.

Á Lidia, comiendo en el campo.

IMITACION DE CATULO.

Amémonos, Lidia mia,
 En la edad de los amores,
 Sin curarnos de la envidia
 De los viejos detractores.
 Nacen y mueren los días
 Entre tinieblas y albores;
 Pero nuestra luz, si espira,
 No vuelve á sus esplendores.
 La de tus ojos me abrasa;
 ¡Ay! si á templar mis ardores
 Tus deseos te convidan,
 Ellos quedan vencedores.
 Déjame beber mil dichas
 En esa boca de flores;
 Tus labios serán la copa
 De los más dulces licores.
 A mil de los míos dales
 Mil tuyos por sucesores,
 Y luego con mil te pido
 Que los labios me devores.
 Verémos en la porfía
 De ardientes competidores,
 Si tú me los das más dulces,
 O yo te los doy mejores.
 Así honrarémos el día
 Y estos sombríos verdores
 Que nuestra mesa engalanan;
 Y ántes que mi ausencia flores,
 De tal suerte confundamos
 Mis goces y tus favores,
 Que no los cuente la envidia
 De los viejos detractores.

V.

Dando los días de San Antonio á una señorita,
 hija de un diplomático.

Derramar flores á cargas
 Hoy pide la ceremonia;
 Mas yo he de decirte, Antonia,
 Cuatro verdades amargas.
 Oye, y el color no mudes
 Mientras de mi boca escuchas
 Ciertos delitos, que muchas
 Los tuvieron por virtudes.
 Mientras las bélicas palmas
 Cubre tu padre de olivas,
 Tú adquieres armas nocivas
 Con que hacer guerra á las almas.
 ¡No son terribles audacias,
 Que dejen siempre confusas
 Tu voz, cantando, á las Musas,
 Tu pié, bailando, á las Gracias;
 Y que del merecimiento
 Robes á otras la esperanza,
 Siendo una triple alianza
 De bondad, gracia y talento?

Así á quererte convidas;
 Y tu patron, que en el cielo
 Agente es de nuestro anhelo
 En buscar cosas perdidas,
 «No tengo yo mala fiesta
 (Dirá al ver tus perfecciones)
 Si he de hallar los corazones
 Que andan perdidos por ésta.»
 Pero el modo de que crezca
 Su fama, y todos le aclamen,
 Será, si por mil que te amen,
 Halla uno que te merezca.

VI.

Cenando en su casa con varios amigos y señoras.

Aunque Apolo no lo ordene,
 Por dar gusto á ojos tan bellos,
 Si el consonante no viene,
 Lo traeré por los cabellos.
 Yo colmara de loores
 Algun rostro peregrino;
 Pero en la mesa, señores,
 La mejor moza es el vino.
 Como soy de instruccion flaco,
 Su inventor no sé quién fué;
 El gentil dice que Baco,
 El cristiano que Noé.
 Pero ésa es cuestion de nombre,
 Porque al cabo un dios sería
 El que pudo hacer que el hombre
 Beba á copas la alegría.
 A celeste origen debes,
 Vino, virtudes tan altas,
 Pues hasta el alma te embebes,
 Y la engrandeces y exaltas.
 Tú haces al necio entendido,
 Al torpe elocuencia das,
 Y hasta el sabio más sabido
 Con tu sabor sabe más.
 Si te bebe el rencoroso,
 Contigo olvida el agravio;
 Si el callado y misterioso,
 Le asoma el secreto al labio.
 De Marte das las centellas
 Al ojo del bebedor,
 Y en los ojos de las bellas
 Eres rayo del amor.
 Vuélvese franco y leal
 Pecho que en tí se bañó,
 Y al hombre haces tan cabal,
 Cual Diógenes no le halló.
 Que otro gallo le cantára,
 Si el socarrón del anciano,
 Por linterna, lo buscára
 Con una bota en la mano.
 De tan suave licor llena,
 Sube al cielo, copa mia,
 Y brindemos tú y mi vena
 Por tan grata compañía.
 Por estas damas levanto
 Tu cristal á las estrellas,
 Aunque digas vale tanto
 No apartar los ojos de ellas.
 Y por mi esposa te apura
 Mi labio, en fin, de una vez,
 Antes ¡ay! que mi ternura
 Vuelva en Lágrima el Jerez.

VII.

Carta á mi amigo Togores (1).

Voto á bríos, que he de escribir
 Cuatro letras á Togores,
 Aunque no está con dolores

(1) ARRIAZA escribió en su mocedad muchas composiciones de carácter íntimo, que ni él destinaba á la publicidad, ni es lícito dar á la estampa, por su índole de libres devaneos de un ingenio bromista y jovial. La presente carta es una de esas composiciones familiares.

Mi musa para parir;
Pues á trueque de decir
Que soy un amigo fiel,
Te escribiré en el papel,
No digo una carta entera,
Sino toda una cartera,
Y, si me enfado, un cartel.
De un resoplillo valiente,
Al salir de Cartagena,
Nos dejó la veta llena
Un ventarrón de Poniente.
Principiamos de repente
A andar millas á montón,
Y en tres millas que el soplon
Fué soplando á dos carrillos,
Logramos con sus soplillos
El soplarnos en Mahón.

Con famosos aparatos
Se ve una ciudad en cuesta,
Que parece está dispuesta
Para que la suban gatos.
Yo les dije á mis zapatos:
Hijos, trepad con despejo;
Y al oír tan buen consejo
Mis zapatos se reían.
Sin duda que ellos tenían
La risita del conejo.
Las mujeres como esponjas
Van de huecas y estufadas,
Con unas tocas tapadas,
Que se me antojaron monjas.
Como las vi por las lonjas
Tan modestamente andar,
Las juzgué honestas sin par;
Mas notando algunas pocas,
Vi, que aunque con tantas tocas,
Se dejaban bien tocar.

Como las vide tan bellas,
Bendije al Dios que las hizo,
Y me hice el encontradizo
Con una ninfa de aquellas.
A puro seguir sus huellas,
Consigo el que se detenga;
Mas no bien en tierna arenga
Le hice saber mis antojos,
Que ella, bajando los ojos,
Me dijo: Buena nit tenga.

A bordo me fui después,
Con harta resolución
De no volver en Mahón
A poner jamas los piés.
Ya tan sólo el interés
Me lleva de ser tu amigo.
En la amistad que contigo
Profeso, mi dicha fundo;
Que de lo demás del mundo,
Se le da á Arriaza un higo.

Dime si la promoción
Llegó á ese departamento,
Y envía lista al momento
De los que incluidos son.
Dios me saque sin lesión
De la mahonesa raza,
Aunque de salir mi traza
Por ahora no se descubre....
Mahón, primero de Octubre.
Tu fiel amigo, Arriaza.

VIII.

Del Amor : á Silvia (cuartetos) (1).

¿Conócesle, ocasión de mi cariño,
A ese niño, obediente á tus antojos,
Ese, que aún fuera un inocente niño,

Nos la ha franqueado nuestro amigo, el ilustrado señor don Adolfo de Castro. Sólo publicamos de ella una parte, por no consentir otra cosa el exceso de su donairoso desenfado. (Nota del Colector.)

(1) Son traducción libre del C. de B.

A no haber hecho de él un dios tus ojos!
El solo reina porque tú le inspiras
Fuego y poder con tu divinas luces,
Vive del aire que al hablar respiras,
Nace en las flores que al andar produces.
Cuanto te ven le rendirán trofeos;
Y el sumo bien de merecer favores
Hará que aborte la virtud deseos,
Y que enloquezca la virtud de amores.

IX.

EL VATICINIO (2).

Brillaba el cielo al rayo de la luna,
Era el silencio de los hombres dueño;
Y á los que designaba la fortuna,
Igualaba el favor del blando sueño.
Los ojos sólo del hispano Atlante
Negábanse á gozar tan dulce olvido;
Que no quiere jamas que un solo instante
El bien de su nación le halle dormido.
En tanto es fama que la Paz hermosa,
Que á nuestra España por su influjo asiste,
«Duerme, varón feliz, dijo, y reposa,
Y disfruta del bien que á mí me diste.
» Por tí yo, de la Europa fugitiva,
Dos veces á tu patria fui llevada;
Desde el alto Pirene con la oliva
Y desde el Tajo undoso con la espada.
» El mundo ve cuán firme y vigilante
A la quietud común la tuya inmóvil;
En guerra ó paz al viento semejante,
Dulce en el bosque ó fiero con las olas.
» Que no sin gloria á tu valor bizarro
Se dió de tierra y mar el mando en uno;
Y es tuyo gobernar de Marte el carro
Y lanzar el tridente de Neptuno.
» Ya en las legiones que tu Rey te fia
Dictando estás la militar reforma,
De cuyos hechos se honrará algún día
El fiero dios que te inspiró la norma.
» Día vendrá que al eco de tus labios
Se alzará en pie la ibérica pujanza,
Para tomar de pérfidos agravios
Con generosos triunfos la venganza.
» Cuando imploren matronas españolas
Sus hijos á la paz y al mar fiados,
A hierro y fuego ¡oh rabia! entre las olas,
Con asechanza bárbara inmolados,
» Volarán á tu voz naves guerreras
A debelar piratas arrogantes,
Y erizándose un tiempo las riberas
De espadas diestramente fulminantes,
» Tú darás á esas madres en despojos
Vuelta en oprobios la enemiga furia,
Banderas con que enjuguen de sus ojos
La sangre que es el llanto de la injuria.
» En tanto, huyendo irán con desconcierto
Las insulares huestes en campaña,
Y hallarán largo el mar y estrecho el puerto
Al descubrir el pabellón de España.
» Duerme, que velarán en tus loores
Las Musas á quien das dulce fomento,
Y enlazarán tus lauros con sus flores
Y encantarán tus sueños con su acento.»
Así dijo la Paz; y un punto sólo
El héroe entre los lazos de Morfeo,
Adurmiose feliz; mas despertólo
De hacer á otros felices el deseo.

(2) Esta composición no se encuentra sino en una edición de poesías escogidas de ARRIAZA (hecha en corto número de ejemplares que se agotó en breve. Antes se había publicado en París, gallardamente traducida al francés, probablemente por el señor don Juan Maria Maury. Estos versos son un homenaje al Príncipe de la Paz lo cual explica desde luego por qué el poeta, que tan bondadosa protección debió siempre á Fernando VII, cuidó de no reproducirlos en las ediciones posteriores de sus obras. (Nota del Colector.)

X.

El honor del cuerpo de artillería.

DÉCIMA.

Gloria al cuerpo, que el primero
Por la boca de un cañon,
Respondió á Napoleón
« Obedecerte no quiero, »
Pues es incendio guerrero,
Que ya en todas partes arde
Y aterra al Corso cobarde,
Todo es efecto del rayo
Disparado en *dos de Mayo*
Por DAOIZ y VELARDE.

XI.

En una comida dada á individuos de la carrera diplomática
por el baron de C., en 1820.

Si el ingenio en mi brillára
Al par de la voluntad,
Nadie el lauro me ganára
De cantar la libertad.
Mas la lira á tanto punto
No pudiendo alzar cual quiero,
Cederé tan noble asunto
Al mejor rival de Homero.
Yo con númen subalterno
Al baron mi copa inclino,
Que nos da el adios más tierno
Con buen plato y con buen vino.
Y aún á tal brindis me atrevo
A unir otro más sabroso,
Y será al carácter nuevo,
Será al título glorioso
Con que de hoy más se presenta
En cualquier nación extraña,
Todo aquel que representa
Los intereses de España.
Pues le cabe la alta suerte
De ser agente leal,
De una nación libre y fuerte
Y un rey constitucional.

XII.

Á LA NOCHE.

Al concluirse una larga cena, para ahuyentar el sueño que algunas
de las damas decían tener.

Retírate, noche umbría,
Huye al tenebroso averno,
Y no nos robes un día
Tan digno de ser eterno.
¡Qué! ¿por llenar de placeres
El lecho de algun tirano,
Privar nuestra vista quieress
De objeto tan soberano?
Si vienes haciendo alarde
De tus divinas estrellas,
Noche, ya has llegado tarde,
Las vemos aquí más bellas.
Mas tú dirás ser el sueño
Quien nuestro gusto destierra,
Pues con oculto beñeo
Los bellos párpados cierra.
Si es así, por compasion,
Dile al pesado Morfeo,
Que no quiera ser ladrón
De tan amable recreo.
Pues con pestañas abiertas
Le invoca la senectud,
Que acuda, y deje despiertas
La hermosura y juventud.
Mas ¡ay! que sordo á mi canto,
Todo lo rinde á porfía
Bajo su lóbrego manto.

Oye, pues, mi ruego tierno:
Retírate, noche umbría,

Huye al tenebroso averno,
Y no nos robes el día
Más digno de ser eterno.

XIII.

En ocasion de una comida que se dió á don Luis de Onís, al ir do
embajador á Nápoles, acompañado de su hija (1).

Dadme flores, dadme vino;
Muchacho, ¿en qué te detienes?
Cíñe mis alegres sieness
De patriótico laurel;
Pues que es ya nuestro destino
Razonar sin fingimiento,
Y es ya libre el pensamiento
En la lira y el papel.

¿Y en tal tiempo el patrio suelo
Dejarás, amigo caro,
Desdeñando el cielo claro
Que ya España ve brillar?
Sí; que el digno, el gran modelo
Presentar conviene al Tíbre,
Y que España al fin es libre
A Parténope anunciar.

A Parténope, que aún gime
Entre floridas cadenas,
Y aún la adulan sus sirenas
Con cantos de esclavitud.
Tú, entre ellas, nuncio sublime
Serás, y español Tirtéo,
Que las alce al alto empleo
De cantar patria y virtud.

Y aún si allí vieres un día
Brotar, bramando, el Vesubio,
De ardientes rocas diluvio
Contra la ctérea region;
Dirás: tal la patria mia
Vió el intrépido heroismo,
Precipitando al abismo
Las moles de la opresion.

Mas si en el dulce traslado
De la diosa de Acidalia
Dar quisiéreis á la Italia
Simbólico parabien,
Llevad siempre á vuestro lado,
Presentad vuestra hija bella,
De flores, frescas como ella,
Coronada la alba sien;

Roto á un lado el yugo infame
Que al español ya no aflige,
Y el código que nos rige
Al otro lado, y contad
Que no hay mortal que no exclame,
Al ver así á Doralina:
No puede ser más divina
La imagen de libertad.

(2) Esta composicion, de la cual cita algunas cuartetas el señor-Alcalá Galiano en su juicio critico de ARRIAZA (página 41 del presente tomo), se ha hecho tan rara, que no hemos podido encontrarla en ninguna de las bibliotecas publicas y particulares de Madrid, sin embargo de que nos ha ayudado activamente en esta investigación nuestro bondadoso amigo y compañero, el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch.

ARRIAZA publicó estos versos en una edición de sus poesías, hecha en un tomo, en la imprenta Real, el año de 1822. Despues, como poeta áulico y con noble sinceridad adherido á la persona del rey Fernando, que lo colmaba de atenciones, no sólo no juzgó oportuno reproducir en las ediciones sucesivas una poesia cuyo espíritu político distaba tanto del que llegó á reinar en el palacio de aquel monarca, sino que contribuyó, segun puede conjeturarse, á hacer desaparecer la citada edición, la cual contenia versos que, segun la expresion de un distinguido literato cordobés, hubieron de ser para él « un remordimiento y un cuidado. »

Un amigo nuestro ha dado al fin, en una provincia, con un ejemplar de aquella edición. De este ejemplar se han copiado esta composicion y la señalada en esta misma página con el número XI, la cual, tambien por motivos políticos de su época, suprimió ARRIAZA en las ediciones posteriores. (Nota del Colector.)

XIV.

En una comida que dió el Comisario General de Cruzada, señor Varela, á los oficiales de la Primera Secretaría de Estado, dijo el señor ARRIAZA las siguientes

DÉCIMAS (1).

¡Atónito estoy á fe!
Varela nos ha obscurado
Con todo lo que no ha entrado
En el arca de Noé.
Cuanto pez Neptuno ve
Hoy mi apetito estimula;
Comisario de la *Bula*
Os hizo vuestra carrera;
Yo por mi gusto os hiciera
Comisario de la *Gula*.
A cuantos tu mesa abriga,
A ser de cruzada induces;
Salen haciéndose cruces;
Pero no es en la barriga:
De la cuaresmal fatiga
El ánimo se consuela;
Pues son una bagatela
Cuarenta dias de ayuno,
En comiendo sólo uno
En la mesa de Varela.

XV.

El Amor y la Amistad.

RONDEL.

Si amistad se vuelve amor,
Adios, quietud de la vida.
No hay momento sin dolor
Si amistad se vuelve amor.
Huyamos, pues, el rigor
De la simpática herida;
Que amistad vuelta en amor,
Adios, quietud de la vida.
Si amor se vuelve amistad,
Adios, placer de la vida.
¡Qué insulsa tranquilidad
Si amor se vuelve amistad!
Amantes, el bien gozad
De vuestra afición querida,
Que amor vuelto en amistad,
Adios, placer de la vida.
Mas sin amor ni amistad,
Adios, imán de la vida.
Toda union es soledad
Sin amor, sin amistad.
El pecho á un amigo dad,
Y el alma á una fiel querida;
Pues sin amor ni amistad,
Adios, imán de la vida.

XVI.

Versos que el día de San Juan pronunció de memoria la mesa, comiendo con varios amigos, que le instaban á componer, en 1830.

Hoy es precepto el ruego:
Á discrecion me rindo;
Sin ser volar al Pindo
Empresa de mi edad;
Que si de amor en alas
Pisé otra vez su cima,
Hoy á cantar me anima
La voz de la amistad.

Bebamos y cantemos;
Y cuanto al alma pesa
Debajo de la mesa
Dejémoslo caer;
De la tristeza hollemos
Las importunas tropas;

Y líquido en las copas
Bebamos el placer.

Que es gusto verse en coro
De amigos reunidos,
Los riesgos ya vencidos
De agitacion civil;
Y que al festin presida,
No Marte ensangrentado,
Sino Baco sentado
En su mejor barril.

Con él me las den todas:
Que no le falta tino
Para escanciar su vino,
Y hallar su gloria en él;
Y más al ver que el galo
Hoy á su cargo toma
Poner, pese á Mahoma,
Bodegas en Argel.

Bien dignas son del brindis
Dos bellas que á porfia
El dón de poesía
Supieron estimar;
Y que en constantes pruebas
Al orbe satisfacen
De que los vates hacen
Algo más que cantar.

Lo es el cantor enérgico
Que hizo sentir al mundo
Del piélago profundo
La calma, ó el furor;
O el que del Dos de Mayo
Cantó tierna elegía;
Pintando de aquel día
La sangre y el horror (2).

Y á tí te brindo ausente (3),
Que con vena graciosa
Á mi Matilde hermosa
Supiste hacer honor;
Siendo al materno oído,
Que se extasió escuchando,
Un ruiseñor cantando
Sobre una fresca flor.

Sigan así otros brindis:
Pues los dias risueños
Tragos son bien pequeños
Que los cielos nos dan;
Gane yo en vuestro aprecio
Los quilates mayores:
Y estas serán las flores
De mi mejor San Juan.

XVII.

En elogio de una excelente cantora.

¡Eres tú la que realizas
La ficcion de las sirenas,
Que arrebatas y enajenas
Con armónico raudal;
Cuya voz suspende el alma
En accents seductores;
Tan fresca como las flores,
Tan pura como el cristal?

Ya te escucho, y en mí siento
El placer refrigerante
De un cansado caminante
Que emboscada fuente halló;
Y despues de andar vagando
Tras del sordo y manso ruido,
El encanto de su oído
A su ardiente labio dió.

(2) Don Manuel José Quintana y don Juan Nicasio Gallego, que se hallaban en la mesa.

(3) El general de marina don Francisco Ciscar, que había hecho unos lindos versos á una hija del autor.

(1) Esta y otras varias poesías de ARRIAZA, incluidas en esta coleccion, se conservaban inéditas. (Nota del Colector.)

¡Qué alma habrá que no te rinda
De su admiracion tributos!
¡Qué ojos hay que estén enjutos
Cuando cantas tú el amor!
¡Ni qué español que no aplauda
Al ver junto por ti sola
En una boca española
De Italia todo el honor!

Mas, si á mí sólo me es dado
Emplear en tus loores
De un triste invierno las flores,
Como el viejo Anacreon,
¿Por qué del mérito al lado,
Dejarme el cielo ha querido
Tan despejado el oído,
Tan jóven el corazon?

Ya á Semíramis nos cantes,
Ya la víctima de Otelo,
Tu voz sube y cruza el cielo
Cual el rayo tronador;
O bien muere dulcemente
En cadencias amorosas,
Como espira entre las rosas
El eco del ruiseñor.

De antiguas sombras amantes
La pasion tu canto expresa,
Cuya viva imágen cesa
Al cerrar los labios tú.
Mas ¿cesar podrá el encanto
Que obra en mí tu voz divina?
¡Oh! *mai più*, nueva Issolina,
Olvidarte ¡oh Dios! *mai più* (1).

XVIII.

ara acompañar una cuna que se regalaba á una señora que se hallaba próxima al parto.

Al fruto de tu amor, sea niña ó niño,
Dedicó esta expresion, Cintia querida,
Porque quiero que sólo á mi cariño
Deba el primer descanso de su vida.

XIX.

emplaciendo al deseo de una señora que había conocido desde niña, de que escribiese versos en su libro de memorias.

Este libro en sus hojas me convida
A recrear mi mente en tu belleza,
Dulce tarea de la edad florida,
Que la razon prohíbe á mi flaqueza;
Mas todo junto á tí, Clarisa, es vida,
Al frente de tus ojos no hay tibieza,
Y la pluma á que alumbran sus fulgores,
O nada ha de escribir, ó escribe amores.

Y ya te represente el pensamiento
En formar flores émula á natura,
Ya juntando al armónico instrumento
De tu gracioso labio la dulzura,
Ya volando á caballo á par del viento,
Al soberbio animal dando hermosura,
No hay corazon que dude en tal instante
Si nació para amigo ó para amante.

El mio del papel al blanco armiño
Confía esta expresion afectuosa;
Que no es posible te hable sin cariño
Quien te miró pimpollo y te ve rosa.
Mas ¡ay! que al ver mis versos sin aliño
Al pedestal de imágen tan preciosa,
Todos dirán : ¡qué musa tan avara!
Más merece la flor de Trastamara.

XX.

A otra señora en igual ocasion.

¡Qué quieres ya de una lira
Enmohecida y cansada?

¡Qué de una musa olvidada,
Que en vez de cantar suspira?
Ya tristemente delira
Quien dulcemente cantó:
Si un tiempo el amor sacó
De mi rudeza centellas,
Hoy la amistad vive de ellas,
Y ésa te consagro yo.

XXI.

A una dama que, habiéndose hecho leer por el autor la composicion titulada *La Cavilacion solitaria*, manifestó la mayor sensibilidad al escucharla.

Quando te leí mi canto
Vi tu rostro al primer verso,
Y dije : «En el universo
No se da *más bello* encanto.»
Seguí leyendo; y en tanto
Vi llenarse de expresion
Tus ojos, y la pasion
Animar tu colorido :
«¡Caramba! dije corrido,
Más bello es su corazon.»

XXII.

EN EL DIA DE SANTA TERESA,

respondiendo al brindis que le hicieron unos amigos por una hija suya de tres años, que tenía aquel nombre.

¡Con qué indecible sorpresa
Escucho vuestra atencion!
Brindaís por mi corazon
Brindando por mi Teresa :
Tambien á mí me interesa
Ansiar por su robustez,
Con la esperanza tal vez
De que, con amor sencillo,
De báculo y lazarillo
Me servirá en mi vejez.
Duerme entre tanto la hermosa,
Y vuestro favor no siente;
Mas con sonrisa inocente
Mueve sus labios de rosa :
Así responde amorosa
A tan fina urbanidad;
Bastando en su tierna edad
Que su padre os lo agradezca,
Hasta que ella os lo merezca
Por su talento y bondad.

XXIII.

El ramillete (2).

Acoged hoy, señor, grato y benigno,
Un doméstico dón de humilde mesa;
Obsequio, al fin, que si de vos no digno,
Amor sin tasa y lealtad expresa.
Sí, buen Fernando, admite así amoroso
Nuestro festejo y pobres regocijos,
Cuanto es á un tierno padre más sabroso
El pan que come en medio de sus hijos.

Nuestro jefe, que un tiempo fué testigo
De tu opresion y tu penar injusto,
Así como el dolor partió contigo,
El intérprete es hoy de nuestro gusto.

Sencillo amor el plato te sazona;
¡Cómo no has de apreciar tan fiel anhelo,
Si, áun primero que el cetro y la corona,
Un corazon hermoso te dió el cielo!

Tu prision recordando y nuestra pena,
Corazones enlazan tu retrato;
¿Y quién podrá negarse á tal cadena,
Si no es el corazon de algun ingrato?
Tras el pasado luto, ¡qué halagüeña
Nos colmó tu presencia de alegria!
Feliz la hija del sol, la hora risueña

(1) Palabras de la cancion italiana, á que daba particular expresion la cantora.

(2) Fué presentado al Rey, nuestro señor, por sus criados de la real casa, en 1814, con estos versos.

Que abrió el cancel de tan hermoso día.
 En ella vió nuestra esperanza ansiosa
 Lo cerca del dolor que el gusto alinda;
 Sangre suele costar coger la rosa,
 Y cuanto cuesta más, tanto más linda.
 Así, como á la reina de los prados,
 Gozamos al que es rey de nuestras almas;
 ¡Oh! dichas mil prodigiente los hados,
 La paz su oliva, ó la victoria palmas.

INSCRIPCIONES DEL RAMILLETE.

En el costado de frente á S. M.

Por los años desdichados
 Que pasaste en cárcel triste,
 Y amasado el pan comiste
 Con sospechas y dolor,
 Hoy te ofrecen tus criados
 Este ramo, que te expresa
 Ser ya platos de tu mesa
 La ternura y el amor.

Para el costado opuesto.

¡Cuánto brilla una diadema
 En las sienes de un rey justol
 Bien lo ve, Fernando augusto,
 Quien la adora en vuestra sien.
 A esta dicha y gloria extrema,
 Que perdida recobramos,
 Este obsequio tributamos
 En eterno parabien.

XXIV.

En ocasion de un concierto dado á Sus Majestades por su primer pintor de cámara don Vicente Lopez.

Acostumbrados á penas,
 Lo que ven los ojos dudan;
 Así en el mundo se mudan
 Tristes y alegres escenas;
 Y ó bien libre de cadenas
 Ceñido el regío laurel
 Entre su gente más fiel
 Veo al ídolo de España,
 O es Lopez quien nos engaña
 Con su mágico pincel.

No; que es nuestro soberano,
 Que hoy quiere honrar los pinceles,
 Como Alejandro honró á Apéles,
 Y Carlos Quinto á Ticiano.
 El arte se eleva ufano,
 Fernando, con tal ventura:
 Dichoso, pues te procura
 Con los encantos de Orfeo
 Un instante de recreo
 Por tres años de amargura.

Rivales de las de Italia,
 Cuatro españolas sirenas
 Dan dulce olvido á tus penas
 Y á las de la angustia Amalia:
 De ésta, en la diosa de Idalia
 Si halla rasgos la pintura
 Con que imitar la figura,
 Será vana semejanza;
 Pues nada á expresar alcanza
 Su modestia y su dulzura.

Allí en su obsequio á porfía,
 Con cadencias y colores
 Se apuraban en primores
 La pintura y la armonía.
 Y al querer la musa mía
 Hacer versos en su honor,
 Apolo conocedor
 Me dice en secreto: «Mira,
 Dale á la Reina esa lira;
 Que ella los hace mejor» (1).

Así un buen príncipe premia

Al genio que sobresale:
 Sola su presencia vale
 Por cien años de Academia.
 A nobles obras apremia
 Al más tímido su vista:
 Ni hubo jamas quien resista
 A rey que á su tiempo ha dado
 Una mirada al soldado
 Y una sonrisa al artista.

XXV.

Billete hecho á petición de un caballero que queria deshacerse de un empeño contraído á ciegas.

Noche y amor por mitad
 Mi error de ayer han causado,
 Mas hoy los dos me han quitado
 Su venda y su oscuridad.
 Amante es de la verdad
 Quien tuyo lo fué, hija mía;
 Si vió lo que no querria
 Quien te amó á ciegas, no hay daño,
 Pues que tardó el desengaño
 Lo que tardó en ser de día.

De noche fueron tus tratos
 Y sin candil me enamoras,
 Y haces bien, que á tales horas
 Son pardos todos los gatos.
 Hicimos nuestros contratos,
 Y á cortejarte me ajusto;
 Pero hoy al fin tuve el gusto
 De ver tu gracia y tu gala,
 Y á no tomar calaguala,
 Me quedo muerto del susto.

Trocadas nuestras ideas,
 Yo te dije: «Bella aurora»;
 Y tú á mí: «Si esto es ahora,
 ¡Qué será cuando me veas!»
 Pero voló el tapafeas
 De la noche, y vino el día;
 Y ¡ay mi bien! ¡quién pensaria
 Que amor durase tan poco!
 Pero es niño, y viendo al coco,
 Cayó con alferecía.

XXVI.

IDEAS HIPERBÓLICAS

sobre uno que, convidando á comer á sus amigos, los estimulaba con su ejemplo, comiendo más que todos.

¡Oh voracidad inmensal
 Nadie lo que comes sabe,
 Ni cómo tanto te cabe,
 Si no lo metes á prensa.
 En ménos que uno lo piensa
 Talas una mesa á diente:
 Detente, amigo, detente;
 Si no, habrémos de creer
 Que sólo á verte comer
 Has convidado la gente.

Capones, pavos, perdices,
 En sabrosa letanía,
 Se te cuelan á porfia
 Por entre barba y narices.
 Los testigos infelices,
 A quien convidar te plugo,
 Si han de sacar algun jugo
 Y dar al convite un tiento,
 Que aprovechen el momento
 Que se te atasque un mendrugo.

Aquel famoso Milon,
 Que se merendaba un toro,
 Comparártelo es desdoro;
 Tú fueras su co-milon.
 Danos capitulacion
 Contra tan fieros bocados,
 Pues los platos ya arrasados,
 Si esas agallas no domas,
 Está á pique que te comas
 También á los convidados,

(1) La reina Amalia de Sajonia componia, en efecto, versos castellanos. Algunos hemos leído, de escaso mérito en verdad. (Nota del Colector.

Eres terror de las fondas
 Con tan dilatado pasto,
 Porque si han de darte abasto,
 Es fijo que las desfondas.
 En tus tragaderas hondas
 Se embute en breve una casa,
 Pues es cierto que propasa
 Tu comer largo y aprisa
 A todo cuanto se guisa
 Y á todo cuanto se asa.

XXVII.

Julepe entre un gitano y un jaque (1).

Dijo un jaque de Jerez
 Con su faja y traje majo:
 «Yo al más guapo el juego atajo,
 Que soy jaque de Ajedrez.
 Un gitano que el jaez
 Aflojaba á un jaco cojo,
 Cogiendo, lleno de enojo,
 De esquilur la tijereta,
 Dijo al jaque: «Por la geta
 Te la encajo si te cojo.»
 —«Nadie me moja la oreja»,
 Dijo el jaque, y arrempuja;
 El gitano también puja,
 Y uno aguija y otro ceja.
 En jarana tan pareja
 El jaco cojo se encaja,
 Y tales coces baraja,
 Que, al empuje del zancajo,
 Hizo entrar sin gran trabajo
 A gitano y jaque, en caja.

XXVIII.

VERSOS HECHOS DE REPENTE.

I.

una dama que, presentándole una copa, le pedía un brindis y un verso.

Tú, Delia, á beber me brindas,
 Y á fe que no se ofrecía
 A Júpiter la ambrosia
 Por unas manos más lindas;
 Pero es fuerza que prescindas
 Del verso que ansiando estás:
 No suene en tu boca más
 Ese vocablo perverso;
 Quitale la erre al verso,
 Y dame á mí lo demas.

II.

otra que le pedía el brazo después de haberse servido del de un prebendado.

¡Yo, señora!... ni por pienso;
 No me juzgueis tan profano:
 ¿Yo he de tomar una mano
 Que me daís oliendo á incienso?
 Entre este concurso denso
 Dejádme que me escabulla;
 Que yo, si otra vez, por bulla,
 Quiero ser favorecido,
 Volveré á tus piés vestido
 Con balandran ó casulla.

(1) «La historia de estos versos es la siguiente: Hallábase mi padre de guardia en Palacio, donde, como usted sabe, era mayor domo y serana del rey don Fernando VII, en ocasión que lo estaba también su amigo el conde de Giraldehi, que tenía igual empleo, y me, como italiano, pronunciaba mal el español. Acertó á pasar el rey, que iba á la habitación de uno de sus hermanos, y al ver á mi padre, le ordenó que compusiese unos versos con difícil pronunciación, para que los leyese el conde de Giraldehi. Vana fué la resistencia de mi padre. Se vió obligado á obedecer, componiendo estos versos en diez minutos.» (Carta del señor don Juan Bautista Ariza, hijo del célebre poeta, al Colector.)

III.

A otra muy bella, que le daba en un convite el pié forzado:
 «Me aplaudirá el universo.»

Todo ingenio desconfía
 De celebrar á quien ama;
 Pues si en su obsequio derrama
 Las flores de poesía,
 Dicen que es cortesanía,
 O bien lisonja del verso;
 Pero en ti ¡ay Julia! es lo inverso;
 Porque, ya en verso, ya en prosa,
 Sé que si te llamo hermosa
 Me aplaudirá el universo.

IV.

Preguntando cuáles desdenes herían más, los de una fea querida por capricho, ó los de una hermosa.

PARANGON.

Es la bella, en sus rigores,
 Como jardín, que en tributos,
 A quien no ceden los frutos
 Embelesa con las flores.
 Ella aplica á los dolores
 Del vencido la dulzura,
 Que es dote de la hermosa;
 Y al desventurado obliga
 A que la mano bendiga
 Que labró su desventura.

Pero en viéndose triunfante
 Femenil escuerozo ó bicho,
 Bella sólo en el capricho
 De su alucinado amante,
 No perdonará un instante
 Del triunfo sin ofender;
 Que á la que tanto al nacer
 La naturaleza injuria,
 No le falta para furia
 Sino es el aborrecer.

XXIX.

REALIDAD EN ILUSION.

Melodrama.

IBERIA (figura alegórica de España).

¡Antiguo caos, confusion primera,
 Mar de tinieblas, centro pavoroso,
 Profunda inmensidad, nocturna esfera!
 Sepúltame en tu seno tenebroso;
 Niégame toda luz de estrella ó luna;
 Cúbreme toda de tu manto umbroso;
 Que así conviene á mi cruel fortuna,
 Que el mundo ignore la existencia mía,
 Al cielo y á los hombres importuna.

¡Ay! Yo la más feliz era algún día
 De cuantas ninfas Jove enamorado
 A Europa bella dió por compañía.
 A mí me cupo en suerte el mejor prado,
 En espigas y flores abundoso,
 Por el más claro cielo acariciado.

Cercábase con brazo poderoso
 Neptuno, siendo á mis espaldas muro
 Del áspero Pirene el gran coloso.

Y en tal estado próspero y seguro,
 Madre me hallaba de hijos eminentes,
 Que eran de honra y valor espejo puro.

Generosos, no ménos que valientes,
 Sembrar virtudes y coger laureles
 Era su oficio en las extrañas gentes.

¡Cuán dulce me era el contemplarlos fieles
 A su rey y á su fe, morir por ellos,
 Y por ellos vencer lides crueles!

Mi yugo dieron á enemigos cuellos,
 Y ley al sol de que jamas alzara
 Del imperio español sus rayos bellos.

Esta corona de victorias rara,
 ¡Con qué placer miré que de Fernando
 En las augustas sienes se apoyara!

Yo me gozaba en mi ventura, cuando
Lanzó en mi daño la infernal garganta
De la civil discordia el negro bando,
Su ponzoña vertiendo en copia tanta,
Que de mi esfera el apacible ambiente
Corrompe todo, y la inocencia espanta.
Furor de sedición, codicia ardiente,
Placer de sangre y rabia de facciones,
De la nación más tiel turba la mente.

Rotos los naturales eslabones
De amistad y de amor, en rabia insanos,
Entre sí se devoran cual leones.
No hay hijos para padres, no hay hermanos;
Todos persiguen, todos acriminan;
Nadie defiende, todos son tiranos.

Mis campos, que furiosos exterminan,
Se cubren de cadáveres sangrientos,
Que incendiados palacios iluminan.

Ni hay piedad al rendido; que sedientos
De sangre, ante los cuerpos mutilados,
Placer del vencedor son los tormentos.

¡Y á este enjambre de tigres irritados,
¡Oh Fernando, oh mi rey, ¡qué horrible suertel
Se ven tus tristes días confiados!

Muriendo á cada paso con la muerte
Que te hacen presenciar de mil leales,
Que no tienen más crimen que quererte.

Tu mismo pecho real de sus puñales
Sólo se libra porque tu ángel bello
Te cubre con sus alas celestiales.

Pero mil veces á tu augusto cuello
Los viste relumbrar entre baldones,
Que serán de mi afrenta eterno sello.

¡Y en esto ¡oh Dios! pararon mis blasones?
¡Oh Cortéses, oh Cides, oh Pelayos,
Que hubisteis las olímpicas regiones!

Hijos míos, que fuisteis los ensayos
De mi primer valor; por mí al gran Jove
No intercedais, sino pedidle rayos.
Y cual otra Níobe,

De sacrilega prole rodeada,
Lanzadlos sobre mí. La degradada
Generacion percreea.

Así el valor antiguo resplandezca
Con que supisteis de mi vasto seno
Arrojar al vencido sarraceno,

De admiracion y espanto á toda Europa
Llenar hácia las huestes españolas;

Y por en medio de ignoradas olas
Llevar á otra region y orbe distinto
El glorioso pendon de Carlos Quinto.

Esto os debe rogar mi desventura,
¡Oh antiguos capitanes!
Contra esa nueva raza de Titanes,
Que soberbia á los reyes se rebela.
¡Quién me socorre, ¡oh Dios! quién me consuela!

CORO.

*Consolemos á Iberia afligida,
Que en sus hijos no encuentra consuelo:
Pues implora el amparo del cielo,
Consolada del cielo será.*

IBERIA.

¡Qué escucho! ¡qué armonial
¡Qué dulce voz penetra hasta el abismo
De mi dolor! No son ya mis querellas
Importunas al cielo y las estrellas.

CORO.

*Consolemos la bella afligida
Si en el mundo no encuentra consuelo.*

IBERIA.

¡Consuelo!!!

CORO.

Si en el mundo no encuentra consuelo.

IBERIA.

¡Consuelo en deshonori! ¡vida en infamial
No, no lo sufre Iberia.

¡Consuelo! y sus leones generosos
Convertidos he visto en tigres fieros;
Fieros, pero alevosos,
Que al rendido devoran,

Y huyendo del valiente se desdoran.

CORO.

Si en el mundo no encuentra consuelo.

IBERIA.

¡Consuelo! ¡y arrasados
Vi mis templos sagrados,
Del valor religioso alta memoria,
Pues cada cual recuerda una victoria!
¡Consuelo! ¡y mi buen rey abandonado
Y á prision reducido
Por la ferocidad de un vil partido!
¡A tanto mal quién puede dar consuelo!

CORO.

*Pues implora el amparo del cielo,
En el cielo su amparo hallará.*

LUTECIA (*figura alegórica de Francia*).

¡Iberia, Iberia hermosa,
Y tanto como hermosa desgraciada!
A varonil matrona,
Madre de tantos hijos esforzados,
De Marte en otro tiempo laureados,
La desesperacion y abatimiento
Mal pueden convenir. La que es piadosa,
En la tribulacion más importuna
Mira al cielo y desprecia á la fortuna.
Los males que tú lloras
Tambien por mí pasaron;
Mis hijos algun dia
Cual los tuyos se hallaron
En fierá insurreccion y rebeldía;
Y aun fué más ominoso el negro bando
Al trono de Luis que al de Fernando.

(*Aria viva y graciosa.*)

Mas aquella suerte fierá
Se tornó en felicidad,
Porque el cielo remunera
Al que fia en su bondad.
Victoriosa mi constancia
Al furor del mal supera;
Y de gloria y de abundancia
Me brilló tan claro sol,
Que desde el sôlo de Francia
Daré vida al español.

IBERIA.

Bella ninfa del Sena, alma delicia
De nuestra madre Europa;
Cuando con tantas gracias te acaricia
Risueña la fortuna,
¿Se habrá apurado en tí toda su copa,
Sin que á Iberia infeliz le quepa alguna?

LUTECIA.

No; respira, y los ojos enjugando
Del largo llanto, cuenta entre tus hijos
A los que levantando
El pendon del honor, lo sustentaron
En combates sangrientos y pralijos.
Un Quesada, un Merino y un Eroles,
Y otros que aun hacen ver que hay españoles.

IBERIA.

Dignos son de mi amor. Mas ¿hay quien quier
Su esfuerzo sostener?

LUTECIA.

La Europa entera
De entusiasmo marcial por tí se enciende,
Y en los sôlos que rigen sus comarcas,
Llenos de indignacion y fortaleza,
Alzanse en pié los incultos monarcas.
Ve á un Guillermo, un Francisco, un Alejandro
A sus tropas decir, mirando á España:
«Ya que con nueva saña
La rebelion que en Francia habeis vencido
Entre el Bétis y el Tajo ha renacido,
Volad, soldados, y de la hidra infame
Las cabezas segad.» Mira al momento
De las gradas del trono, cuya imagen
Se refleja en mis aguas,
Y al pié del gran monarca que le ocupa,

Precipitarse armado
 Angulema esforzado,
 Y rápido cual rayo,
 Al frente de sus huestes vencedoras,
 Vuella sobre el Pirineo y el Moncayo;
 Salva también la sierra
 Que su florido curso al Bétis cierra;
 Y sin dar paz á su invencible acero,
 Arrolla al mar al rudo comunero.
 Ve cuál lo encierra en la ciudad de Alcides;
 Y gritando triunfante:
 «No pasarás, maldad, más adelante»,
 Cual Hércules acaba la alta empresa;
 Pues de manos sacrilegas sacando
 La descada presa,
 Libre vuelve á su trono al rey Fernando.

IBERIA.

¿Qué dices! No es posible; ni mi mento
 Alcanza á concebir prodigio tanto,
 Ni mi amargo dolor cede al encanto
 De tu voz lisonjera.

LUTECIA.

¿No? Pues házselo ver, urna esplendente
 De mis aguas: retrata y reverbera
 Los rostros soberanos
 De Fernando y Amalia,
 Gloriosos y triunfantes de tiranos.
 Deléñes, que las armas de la Galia
 Orlais con vuestras colas escamosas,
 Pasad de las alcobas de Anfítrite
 A mi urna, que os admite
 Y os brinda con su curso cristalino
 Para el alto destino
 De mostrar á la ibérica matrona
 La adorada persona
 De su absoluto dueño,
 Junto al caro diseño
 De su querido esposo y real familia.
 Mi poder todo vuestra empresa auxilia:
 Venid, corred, volad.

IBERIA.

¡Oh dicha extrema!
 ¡Gloria á Luis Diez y ocho y á Angulema!
 Eterna confusión al negro bando.
 Gracias, eterno Dios: ¡viva Fernando!!!

LUTECIA. (*Señalando los retratos de los reyes.*)

Ved de vuestros suspiros y clamores
 El dulce objeto, hispanos.
 Dad armónico acento á sus loores.
 El triunfo de tan dignos soberanos
 Suene en alegres coros.
 Salid á difundirle, ecos sonoros,
 De las cóncavas grutas que os abrigán;
 Y de insultos vilmente repetidos
 Con eco atroz, borrando la memoria,
 En himnos hoy á su virtud debidos,
 Del Austro al Septentrion vuela su gloria,

HIMNO.

CORO.

*Cese el grito pavoroso
 De mentida libertad.
 Vuelva el cántico glorioso
 De la antigua lealtad.*

¡Oh cuán grato que es el canto!
 ¡Oh cuán dulce es la armonía
 Cuando salta de alegría
 En el pecho el corazón!
 No ya aquel clamor de espanto
 Que la sangre nos helaba;
 Sino el himno con que alaba
 A Fernando su nación.

Furia fué del negro averno
 Quien, poniendo un duro sello,
 De Fernando el nombre bello
 Proscribió por criminal.

Mas en tanto el pecho tierno
 Siempre fiel ha repetido:
 «Viva el solo que ha nacido
 Rey de España natural.»

Por un rey ciento aclamaban,
 Fruto vil del negro bando,
 Cuando Dios les dió en Fernando
 Un portento de bondad.
 Y á tal reina desdafiaban,
 Que, si al fin mortal no fuera,
 El empero la eligiera
 Por estrella ó por deidad.

Mas ya triunfa tu dulzura,
 Bella Amalia, ya no lidia
 Con las sierpes de la envidia
 Que silbaban á tus pies.

Ya tu vista es la ventura
 De este pueblo que te aclama,
 Y á tu esposo sirve y ama
 Cuanto en torno de ti ves.

Y hasta el mismo atroz martirio
 Que te dió la audaz vileza,
 Y en que tu noble entereza
 Se probó en la adversidad,
 Ya aparece como un lirio
 En tu guirnalda de flores,
 Que variando los colores,
 Aumenta la majestad.

Vive y reina en nuestro pecho
 Junto al dueño que adoramos;
 A los dos os consagramos
 Nuestra vida en tierna union.
 De Fernando sea el derecho
 De ejercer recta justicia,
 Y de Amalia la delicia
 De alcanzarnos el perdón.

Y vos, amables infantas,
 Consuelo del Soberano,
 Rogad al augusto hermano
 Que olvide el pasado error.
 Pues toca, en desdichas tantas,
 De las tres Gracias al celo
 Echar para siempre el velo
 A un cuadro de tanto horror.

Apoyad su bello encanto
 Con vuestra noble energía,
 ¡Oh infantas! fiel compañía
 Del buen monarca español.
 Que halagar con dulce canto
 Es del ruiseñor la gracia,
 Y del águila la audacia
 Es volar mirando al sol.

CORO.

*Cese el grito pavoroso
 De mentida libertad.
 Vuelva el cántico glorioso
 De la antigua lealtad.*

XXX.

EL HOGAR PATRIÓTICO,
 Ó LOS TRES ESTILOS.

Sirve de introducción á la PROFECÍA DEL PIRINEO, el DESENFADO PATRIÓTICO, y el VIVIR EN CADENAS (1).—
 La escena representa lo interior de un cortijo de Andalucía, situado junto á Chiclana, donde se figurará un grande hogar: alrededor de él estarán sentados varios mozos de campo, y mujeres ocupadas en toda clase de faenas ó labores caseras. En puesto preferente estará sentado *Anselmo*, labrador acomodado, su traje decente, de campo, á estilo andaluz: carácter franco y formal.

(1) Véanse estas composiciones en sus lugares respectivos.

Sus dos hijas *Currita* y *Elena*, vestidas á la labradora, y ocupadas una en coser, y otra en avivar el fuego, deben cantar al último: su carácter sencillo y suave. *Álvaro*, huésped en la casa, bien vestido, con marsellé, botines, y demas arreos del traje andaluz; carácter honrado, pero manejando alternativamente el estilo irónico y el serio. Finalmente, el solitario *Leonardo* debe figurar en su traje una especie de ermitaño: ropa talar, de color pardo, ceñida por la cintura, la barba larga, cayado y sombrero chambergo; carácter tétrico, pensador, abstraído, el habla cortada y misteriosa, y hablando en tono de inspirado. Esta composicion puede servir de muestra de los tres estilos de poesia lírica. El sublime en la PROFECÍA DEL PIRINEO, que se escribió en el año de 1808: el jocoso en el Diálogo entre el PATRIOTA Y EL EMISARIO, escrito en 1810; y el lírico ligero en la cancion de VIVIR EN CADENAS, compuesta en la triste situacion de España despues de la fatal batalla de Medellin.

INTERLOCUTORES.

ANSELMO, *labrador acomodado.*

CURRITA. } *Sus hijas.*

ELENA..... }

ÁLVARO, *patriota acérrimo.*

EL DOCTOR JARABES, *emisario.*

LEONARDO, *solitario.*

Comparsa de aldeanos y labradores vestidos con aseó.

EL HOGAR PATRIÓTICO.

Anselmo, Álvaro, Currita, Elena y varios mozos de labranza y aldeanas.

ANSELMO.

¡Buen frio! vaya, señores,
Que el invierno bien se explica.
¡Qué haces que no echas más leña
En ese hogar? ¡eh, Currita?

CURRITA.

Ya voy, padre: á tal faena
No hay brazos que ya resistan.
Dos cargas llevo gastadas,
Y aún no se ha acabado el día.
En el corral queda poca;
Y el cuento es que no hay quien siga
En ir á buscarla al monte,
Porque están esas campiñas
Inundadas de franceses.

ÁLVARO.

¡Que esa canalla maldita
Se haya al fin de haber colado
En la hermosa Andalucía!.....
Es cosa de darse al diablo.

ELENA.

¡Se acuerda usted que en Sevilla.....
Franceses?..... aquí no cueban,
Todo el mundo nos decia?
Pues á fe que ya hay franceses
Sobre la Giralda misma.

CURRITA.

¡Mal haya quien nos los trajo
Del mar á la propia orilla,
Donde la alegre Chielana,
Sanlúcar, Santa María
Les sirvan de campamentos!

ANSELMO.

Ellos pararán, Currita,
Porque cuanto más se extienden,
Tanto más se debilitan.
Si las ciudades los sufren,
Los campos los desafian;
Y al cabo jamas son dueños
Sino del suelo que pisan.

CURRITA, *con sensibilidad.*

Pero en tanto, padre mio,
¡Qué de sustos y fatigas

No caerán sobre nosotros!
¡Qué de familias perdidas,
Buscando, como las fieras,
En las montañas guarida!
¡Y acaso hay sitio seguro
De la barbarie enemiga?
En las ciudades saquean,
En los campos asesinan,
Y en todas partes destruyen,
Infaman y tiranizan,
¡Ah bárbaros! ¡Ah cruëles!

ANSELMO.

Confíemos en Dios, hijas,
Pues tan hermosa es la causa
Que defendemos, tan digna
Del brío español, que es fuerza
Que Dios por suya la elija.

CURRITA.

Si señor, ese es el tema
Con que siempre nos replica
Este solitario triste
De grave fisonomía,
Que está de huésped en casa.
Bien pocas son las palabras
Que gasta, más en su misma
Tristeza. cuánto nos dice?
Siempre esperanzas respira
De que al fin de Bonaparte
Triunfará la España invicta.
Ayer mismo, estando juntos
Muchos mozos de la quinta,
De los sucesos de España
Nos hizo una profecía,
Que mal año al vil tirano
Si alguna vez se realiza.
Pero allí viene. ¡Ay, señor!
Haced que nos la repita.

Entra el solitario Leonardo, y saluda sin hablar, inclinando la cabeza.

ANSELMO.

¡Ola! buen don Leonardo,
Tambien parece os convida
El tiempo á buscar la lumbre.
¡Teneis frio?

LEONARDO.

Quando agitan
El alma recias borrascas,
En que la patria peligra,
Poco se apercibe el cuerpo
De los rigores del clima.

ANSELMO.

Tambien para el que está hecho
A pasearse en las cimas
De los frios Pirineos,
Donde hielo se respira,
Poco importan los inviernos
De la bella Andalucía.

LEONARDO, *con aire distraído.*

¡Cuándo volveré á vosotras,
Oh cumbres encanecidas
De nieve, secreto abrigo
De mi solitaria ermita!
¡Oh sublimes compañeras
De mi retirada vida!
Como nunca el cortesano
Con soberbia planta os pisa,
En vos la lisonja muere,
Y la inocencia respira.
Vosotras, no las ciudades
Ruidosas y corrompidas,
Por mas vecinas al cielo,
Nobles montañas, sois dignas
De los oráculos grandes,
Que revelar á mi vista
Quiso una vez.....

CURRITA, *con viveza.*

Padre mio,
Haced por Dios que los diga.

ANSELMO.

Vaya, señor Leonardo,
Bien sabéis cuan productivas
Son las sublimes ideas
De una ardiente fantasía
Para infundir fortaleza
En las humanas desdichas.

LEONARDO, *con fuerza*.

No son fantasmas ilusas
Las que yo vi: mi pajiza
Cabaña del Pirineo
No sufriera la mentira;—
De los destinos de España
El cielo se dignó un día
Hacerla templo, ó morada
De verdadera Sibila.—

Con tono de inspirado.

Oídme..... Oídme..... Os lo digo
Como lo vi; y es la misma
Verdad, como por el dedo
Del destino se halla escrita
En páginas indelebiles
Del libro eterno de vida.

Aquí hace una breve pausa, y sentados todos alrededor de él, declama

LA PROFECÍA DEL PIRINEO (1).

ÁLVARO.

¡Qué asombro!

ANSELMO.

¡Qué portentosa

Vision!

CURRITA.

¡Y será posible

Que tan feliz esperanza
Alguna vez se realice?

LEONARDO.

No lo dudeis. El supremo
Hacedor, que del horrible
Bonaparte hizo el azote
Que nuestros vicios castigue,
También en la ambición misma
De su corazón, permite
El germen que lo destruya,
Si persevera en su crimen.

ELENA.

¡Cielos! abreviad el plazo.

Entra un mozo de labranza.

MOZO.

Señor, por el arrecife,
Que va del Puerto á Chiclana,
Vienen gentes; y aunque siguen
Todos adelante, hay uno
Que al cortijo se dirige.

ANSELMO.

Si es de los buenos patriotas,
Hallará en mí quien le brinde
Con cuanto vale mi casa,
Y mi fortuna permite;
Pero, si es afrancesado,
Que le socorra á quien sirve.

ÁLVARO, *mirando hácia los bastidores*.

No parece sino abate:
Y á fe que viene hecho un dije;
Sycio, y chorreando agua.
¡Á que es de los ministriles
Que ha mandado el rey Botellas
Hácia Cádiz á que intime
La entrega de los navíos
Desde un ridículo esquife?

ELENA.

¡Y qué respuesta llevaron
Los indinos?

ÁLVARO.

Nada: un chisto
De un cañon de á veinticuatro,
Que á poco más van á pique.

CURRITA.

¡Ah bravos marinos! siempre
Vuestro valor se distingue.
Ya se coló en casa.

ÁLVARO, *mirando adentro*.

Toma!....

Pues si le conozco: es triple
Doctor, bajá de tres borlas,
Que manda, y la renta exprime
De un hospital en mi tierra;
Doctor Jarabes le dicen
Todos, por lo empalagoso
Del estilo con que escribe
Proclamas para el rey Pepe?
Y es *berengenario* insigne.
Ya llega, déjenle ustedes
Que yo le haré que se explique.

(Entra el Doctor Jarabes en traje negro como de abate, y una gran berengena por cenera. Con un pañuelo hará como que se enjuga el vestido del agua del mar; y dirá todos los primeros versos dirigiéndose al público, sin reparar en los que estén en la escena.)

Síguese

EL DESENFADO PATRIÓTICO.

ó diálogo entre un emisario del rey *Pepe*, que vino á pedir la entrega de la escuadra española á los franceses en la bahía de Cádiz, y un buen patriota, á quien se encontró en el camino de Chiclana.

Cuando la siempre memorable y gloriosa contienda que contra el usurpador Napoleón sostuvo la nación española no ofrecía ya á sus ojos sino la más desastrosa perspectiva; que los ejércitos del enemigo se hallaban en su mayor incremento; las plazas fuertes, sin ser socorridas, rindiéndose una por una, y el gobierno legítimo reducido al estrecho recinto de las murallas de Cádiz, cuya rendición intimaban, tremolando, con presuncion de invencibles, las banderas del tirano, fué la primera diligencia de éste el introducir en la plaza gran número de proclamas seductoras y artificiosamente confeccionadas con expresiones de esperanza y miedo. No dejaban éstas de producir sus efectos en los ánimos contristados durante los primeros días del sitio; y á fin de contrarrestarle, y restituir al espíritu público aquella alegría y serenidad con que se habían mirado hasta entónces los mayores peligros, se escribió el siguiente diálogo, ridiculizando los principales argumentos y medios de seducción de que se valía el enemigo por boca de sus partidarios, ó más bien de los que, ya sujetos á su yugo, tenían que hablar así contra sus propios sentimientos; habiendo sido tanto más útil y necesario el robustecer el espíritu público en tan apurada situación, cuanto más distante se hallaba entónces la plaza de aquel grado de fortificación que fué despues adquiriendo, para resistir, como lo hizo, tres años, hasta el amanecer del feliz día en que vió disiparse como el humo del frente de sus murallas el ejército sitiador.

DESENFADO PATRIÓTICO.

EL PATRIOTA Y EL EMISARIO.

EMISARIO.

¡Qué terquedad de gentes! ¡qué demencial
¡Perderse el mejor trozo de elocuencia
Que sugirió la escuela de Triana!
¡No escuchar la oración ciceroniana
Que en estilo escribió de caramelo,
Por proclama, el melibúo Maquiavelo!
¡Devolver del rey *Pepe* los oficios!
¡Y, al fin, de sus satélites novicios

(1) Véase entre las *Odas*.

Hacer volver atrás una barcada,
Sin dejarles salir con su embajada!
Pues juro á *Pepe* pagarán la pena:
Lo juro por la verde berengena (1)
Que traigo al pecho; venerable escudo,
Que me le miro, me lo toco, y dudo
Tanto valor se diese á un juramento,
Siendo yo tan capaz de hacer un ciento;
Porque esto de jurar es gesto mío,
Y juro en falso siempre que me rio.
Cádiz ha de tronar, pese á quien pese.

PATRIOTA.

Doctor Jarabes, ¿qué furor es ése?
¿Qué extraña novedad, qué furia rara
Enciende los carbuncos de esa cara?
¡Llegó de los abates la reforma,
Y vos no entrásteis en la nueva norma?
¿O bien de ese hospital que os da la renta,
Y de Mercurio la virtud fomenta,
Se ha levantado bueno todo enfermo,
Dejando al director hecho estafermo?
Vaya, explíquese ya, señor letrado.

EMISARIO.

Estoy furioso y algo mareado,
Desde el pié al solideo hecho una sopa,
De haber ido sentado en alta popa
De un buque de tres puentes (que así llamo
Donde el que rema va) del rey mi amo.

PATRIOTA.

Bien se conoce, abate rubicundo,
Que no fué vuestro oficio en este mundo
Navegar en alcázares de cedro,
Sino andar en la barca de San Pedro.
—Mas ¿dónde ibais, al fin, en ese leño,
¿O escuadra universal de vuestro dueño,
Surcando audaz las gaditanas olas?

EMISARIO.

A intimar á las naves españolas
Su rendición al gran *José Primero*;
Que desde el general al marinero,
Y hasta el león de proa, en el momento
Se acerquen á prestarle juramento:
Que él en la playa los espera.

PATRIOTA.

Vaya,
No es mal palacio para el rey la playa,
Sala de audiencia de un señor *Pepillo*:
¿Con que, sin sacar blanca del bolsillo,
Quiere tener navíos y arsenales?
¿Lindo! ¿y qué respondieron los navales,
Por ser vos quien en ello se interesa?

EMISARIO.

Dijeron: «¡bravo empeño se atraviesa!
Padre, si está despacio, tienda usía
La vista por la horrenda artillería
Que corona esos regios entrepuentes,
De FERNANDO á la voz rayos ardientes,
Y verá si son hechos para entregas.....
Pero si lo hace el *Rey* por las bodegas,
Las de Jerez apure, y luego avise.»
Y al punto, viendo que arreglarles quise,
A fumar se pusieron los tumbones.

PATRIOTA.

¡Gente de mar, que es corta de razones!

EMISARIO.

Ya les hice entender, como de paso,
Que de los buques mi amo no hacía caso,
Porque los daba ya por excluidos
A todos ellos, por estar podridos.

PATRIOTA.

¡Oiga, y lo que discurre el buen *Jusepe*!
O es Salomón, ó sabe más que Lope:
Si de la zorra, al fin, no es algún primo,
Que por agraz no se comió el racimo;
Con que, podridos, ¿sí? pues que los deje,

Y si no se los dan, que no se queje.

EMISARIO.

Ya lo hace, aunque no sé por qué manía
No les quita el anteojo en todo el día;
Y será compasión de ver metidos
Entre buques ingleses los podridos;
Que es, como ya sabéis, gente mezquina,
Y no pueden en punto de marina,
Como mi amo y señor, tirar de largo.

PATRIOTA.

Padre Jarabes, sí, ya me hago cargo;
Y, aunque novicio renegado, veo
Que os portáis como antiguo corifco
En el arte al frances tan productiva
De volver la verdad patas-arriba.
Ya estáis pronto á probar con suficiencia
Que la razón de ayer, hoy es demencia.
¡No disteis mala vuelta á la setana!
Quien os oyó en sermón de ayer mañana
Por FERNANDO inflamar el patriotismo,
Hoy es por *Pepe*, y perorais lo mismo.
Ayer para escribir lo que se piensa
Clamó esa voz por libertad de prensa (2);
Y hoy queréis que se quite hasta el tintero
Al que no escriba por *José Primero*.

EMISARIO.

Y con mucha razón: mudanza es ésa
Que en mi operó el placer de la sorpresa;
Pues cuando yo esperé, por las pinturas
De los que al fin le habrán mirado á oscuras,
Ver un rey tuerto, y fiero cual vestigio,
Me hallo un lindo filósofo del siglo,
Largo orador, que por su linda traza,
Su estampa noble y su flamante raza,
No puede ser sino que á España cuadre.

PATRIOTA.

¡Qué! ¿lo traeis para caballo-padre,
Segun vais enseñando por la calle
A las viejas su estampa y su buen tal?
Si ellas chillan al paso, *el pueblo aclama*,
Vosotros le decís, y él se lo mama;
Y no es aclamación, sino chacota
De ver un rey que les parece sota;
Que si dos ojos cuenta ya en la cara,
Porque de Francia el otro le llegará,
¿Es su derecho más por no ser tuerto?
Decís que es gran filósofo: eso es cierto,
Que es cosa rara; y puede que deslumbre
Aquí en este país, donde es costumbre
Ver en cátedras gente de otra estofa,
Ver sobre el trono un rey que filosofa.
¡Oh si viviese el sabio que decía:
Pobre y desnuda vas, filosofía;
Y, llegando á pisar la infima grada,
A la filosofía coronada
Viera del trono ibero allá en la altura,
Cuál exclamara: «¡Oh tiempos de ventura!
¿Con qué nuevo sistema y desde cuándo
Se encarama uno así filosofando?»

EMISARIO.

¡Cuenta!.... que ese discurso bien denota
Lo insurgente que sois y lo patriota:
Ya poco el tribunal nos interesa,
Pero temed la *policía francesa*;
Que si aquél os quemase hasta los huesos,
Esta os alza la tapa de los sesos.
—Hubo un tiempo en que el sabio, no lo niego,
La virtud estudiaba en el sosiego,
Sin deseos, morando en las florestas,
Como tortuga con la casa á cuestas:
Mas ya filosofía anda más lista,
No se oponen *filósofo y conquistador*;
El Macedón y el Cínico severo
Se van de brazo por el mundo entero (3);

(2) Pocos días ántes de la entrada de los franceses en Sevilla, publicó uno de estos emisarios una *Memoria sobre la libertad política de la prensa*.

(3) Alude á la visita que, si no miente la tradición, hizo Alejandro Magno al cínico Diógenes.

(1) El pueblo de Madrid dió en llamar burlescamente *la orden de la berengena* á la cruz honorífica creada por José Napoleón.

Y no es contradicción ni desgobernio
Para un rey muy filósofo y muy tierno
Empuñar un alfanje damasquino,
Asolar el país de su vecino,
Desalojar del trono al soberano,
Romper la nuca al que le jure en vano,
Los soldados matar á cuantos puedan,
Y el rey filosofar con los que quedan.
—Esta dicha á tu patria está guardada,
Aunque despues de yerma y arrasada,
Mas ¡qué importa á la real filosofía,
Con tal que vuestros nietos algun día
Con los franceses vayan á los toros!

PATRIOTA.

¡Con los franceses! como con los moros.
Si fiestas han de hacer los nietezuelos
A los que han degollado á sus abuelos,
Serán dos, invocando al gran Pelayo,
Vispera Siciliana, y Dos de Mayo.

EMISARIO.

Maligna es la alusion, y amargo el tono,
Pero por esta vez os lo perdono.

PATRIOTA.

Pues filósofo sois, la tolerancia....

EMISARIO.

Esa, no es cosa lo que se usa en Francia:
Ahora se aplica al ciego patriotismo
Otro calmante.

PATRIOTA.

¿Cuál?

EMISARIO.

El terrorismo.

PATRIOTA.

Bien lo sé, y harto vemos sus estragos
A vuelta de promesas y de halagos.
Bien sé cómo reparte su ternura
Cualquier tirano que reinar procura.
Así el salteador, que en el sendero
Sorprende al descuidado pasajero,
Ceba en el hombre firme su cuchillo,
Y no hace mal al que le da el bolsillo,
Maneja igual con indistinta mano
El cetro de Neron y el de Trajano:
De un lado atiza las ardientes teas
Con que incendia las rústicas aldeas,
En donde el triste labrador, honrando
Su dulce hogar y el nombre de Fernando,
Muere infeliz, y con su sangre inunda
Tierra que fué con su sudor fecunda;
Y por otro, soberbio eleva al viento
El más pomposo y triste monumento
Que la fama eternice á las edades
De corrompidas, fáciles ciudades,
Que incensaron su bárbara fortuna.
—Mas no son ellas, no, la noble cuna
Del glorioso teson que España ostenta;
Por campos y montañas se alimenta,
Donde respiran, bajo abiertos cielos,
El aura del honor de sus abuelos.
Allí están de la patria los escudos;
Allí los duros brazos, los forzudos
Pechos, cubiertos de ásperos vellones,
Cuya raíz está en los corazones;
Allí no halla pretextos la molice,
Ni seducción con que las almas vicia;
Insurrección no llama al patriotismo,
O al teson de Girona, fanatismo;
Y hácia el usurpador que al orbe aterra,
Moviendo el odio eterno eterna guerra,
Mil veces que sus huestes insolentes
Inunden nuestras chozas inocentes,

Tantas las dejarán libres y solas,
Al par del loco empeño de las olas,
Que, si la playa asaltan á millares,
Todas recaen de espaldas en los mares.

EMISARIO.

Pero, hombre, todo no ha de ser Numancia;
La constancia es virtud, pero algo rancia:
Yo siempre en este género de esgrima
Me voy al lado del que se halla encima.
Cuando vi sublevarse al pueblo insano,
Prorumpí: «Viva el pueblo soberano.»
Siguióse la Central, y yo, al encuentro
Saliéndole, me hallé como en mi centro.
Vino José Primero, y sin gran pena,
De su orden me colgué la berengena;
Y si despues, rodando más la bola,
Viene á mandarnos un bozal de Angola,
Veréis que con el negro me congracio,
Y aún hundiré á estornudos el palacio.
—Así se vive en puestos y en honores,
Con sólo en la opinion cambiar colores;
Y adios, que el rey me aguarda, y más no puedo.

PATRIOTA.

Busca, pues, esc rey que te dió el miedo,
Tuerto ó derecho, Salomon ó tonto;
Vé, y bésale la mano por el pronto,
Mientras piensa su real sabiduría
Dónde le han de besar al otro día.
Pero dile que en Cádiz, más que el arte,
Alzó el honor un noble baliarte,
Donde el valor se colmará de gloria....
Mas, supuesto que el rey sabe de historia,
Dile (y esto terciándote el manteo,
El brazo en jarras y algo de ceceo)
Que si leyó que de Hércules la saña
Con su gran maza recorrió la España,
De vestiglos sin fin andando á caza,
¡Cuenta!.... que en Cádiz se dejó la maza.

ANSELMO.

Así son, cual más cual ménos,
Todos los hispano-galos:
Sirvan una vez los malos
De diversion á los buenos.
Risa, indignacion y hastio
Me causa su vil lenguaje:
¡Que así á la patria se ultraje
Y á la razon!

CURRITA.

Padre mio,
Su impertinencia olvidemos;
Y por ver si lo consigo,
Todos, si quereis, conmigo,
Algun himno entonaremos.

ÁLVARO.

Sca, pues, el que dictado
Por la desesperacion,
Fué canto de redencion
Al labrador y al soldado.
Y lo mismo en la campaña
De Ceres, que en la de Marte,
Sonó junto al estandarte
De los leones de España.
Cuyo glorioso concepto
Consiste sólo en decir

*Virir en cadenas
¡Cuán triste virir!
Morir por la patria
¡Qué bello morir!* (1).

(1) Véase esta canción cívica entre las demas canciones, pág. 81.

DON JUAN MARÍA MAURY.

NOTICIAS BIOGRAFICAS Y JUICIOS CRITICOS.

DE DON EUGENIO DE OCHOA.

Nació MAURY en Málaga, el año de 1772; fueron sus padres don Juan Bautista Maury, del comercio marítimo de aquella ciudad, que adquirió riqueza y celebridad en su carrera, y doña María Benitez de Castañeda, señora granadina. Estudió en Francia, y completó su educacion en Inglaterra; visitó la Italia y residió mayormente en París. Fué caballero de la orden de Carlos III, é individuo de la Academia Española.

No publicó este poeta, salvo alguna rara excepcion, los versos de su juventud.

Imprimió en Madrid, el año 1806, un canto épico intitulado la *Agresion Británica* (1), en que señaló la critica de aquella época mucha gala de ingenio, acaso excesiva, y brillante versificación.

En los años de 1826 y 1827 dió á luz en París su obra francesa, *L'Espagne poétique*, coleccion de poesías escogidas castellanas, traducidas en verso frances, acompañadas con disertaciones analíticas y artículos biográficos, históricos y literarios. Fué acreditada esta produccion de un extranjero por la aceptacion general de la prensa periódica parisiense, alabándose en ella, ya la disposicion, ya el desempeño, en sus diferentes partes. Acogiola tambien con aplauso, y aún agradecimiento, nuestro público ilustrado.

En 1840 se imprimió, tambien en París, con el título de *Esvero y Almedora*, el poema español, en doce cantos, que anunciaba la dedicatoria de *L'Espagne poétique*.

No deja de parecer particularidad notable, ser calificado el mismo sujeto como escritor frances en verso y prosa, y lucirse con maestria en la poesia castellana.

ADICION Á LA NOTICIA ANTERIOR.

Á la anterior noticia biográfica, publicada por el señor don Eugenio de Ochoa, en los *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos*, poco podemos añadir.

Obligado MAURY á expatriarse por haber sido diputado en las Cortes de Bayona siguiendo el bando de José Bonaparte, pasó la mayor parte de su vida en Francia, sin que llegára á entibiarse nunca el ardiente amor que profesaba á su patria.

En París se complacia en el trato de los españoles, especialmente de aquellos que, como el eminente guitarrista Sor, y los escritores Búrgos, Martinez de la Rosa, Salvá, Saavedra y Alcalá Galiano, estaban dotados de talento artístico ó literario. Estos y otros muchos españoles distinguidos encontraron constantemente en casa de MAURY afectuosos obsequios y el sabroso solaz de las artes y de las letras.

El colector de estas poesías, siendo todavía muy jóven, halló tambien en casa de MAURY obsequiosa y cordial acogida (1856). Fiel á este recuerdo de amistad, se complace ahora en salvar del olvido algunos versos inéditos del esclarecido escritor, y otros que andan diseminados y como perdidos en publicaciones fugitivas, de los cuales ya nadie se acuerda.

Ademas de *L'Espagne poétique*, del poema *Esvero y Almedora*, y de los escritos suyos publicados en el presente tomo y en el xxix de la BIBLIOTECA, escribió MAURY :

(1) Este canto épico se ha publicado en el tomo xxix de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES.

Eloisa y Abelardo, epístola heróida. Madrid, 1810. (Es una imitación de Pope.)

El Génesis pagano.

La Tempestad, poesía.

Varios escritos filológicos (muy notables; puede verse uno de ellos en la *Gramática castellana* de Salvá).

Varias poesías sueltas, que no se imprimen ahora, porque la familia de MAURY no las conserva, y no hemos tenido la fortuna de encontrarlas.

MAURY hizo algunos viajes á España. En 1845 vino á Madrid por última vez. Traíale el deseo de ver á sus amigos, y el intento, por desgracia no realizado, de hacer una edición de sus obras completas. Sus bienes de fortuna habían disminuido de tal manera, que se vió en la triste necesidad de solicitar un empleo. Martínez de la Rosa, ministro de Estado, le concedió el consulado de España en Ruan, que acababa de crear. No pudo MAURY disfrutar de este beneficio. Marchó á París, donde murió á los pocos días, el 2 de Octubre de aquel mismo año, á los setenta y tres de su edad.

L. A. DE C.

ANÁLISIS DEL POEMA ESVERO Y ALMEDORA

DE DON JUAN MARÍA MAURY,

LEIDO Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR SU SECRETARIO PERPÉTUO DON JUAN NICASIO GÁLLEGO

EN LA SESION DE 1.º DE ABRIL DE 1841 (1).

No deja de ser un notable fenómeno de nuestra época, tan fecunda en sucesos extraordinarios que un gran poeta español se haya dado á conocer al mundo literario por una obra magistral escrita en frances, la mayor parte en verso. Reconociendo en sí cabal aptitud para manejar por todos los tonos el instrumento que ha sabido apropiarse el privilegio de idioma universal, se propuso DON JUAN MAURY entronizar en el Parnaso europeo á las musas de su patria, y tuvo la felicidad de conseguirlo. Desde Garcilaso y Lope hasta Melendez y Quintana, desde el grave y elevado Herrera hasta el festivo Alcázar, aparecieron hablando en frances los principales poetas castellanos, y lo hicieron en términos, que sin duda merecieran la aprobacion de los muertos, si hemos de juzgar por el voto favorable de los que viven.

La aceptacion unánime, ó por mejor decir, el aplauso universal de los literatos españoles, no fué, ciertamente, el único efecto que produjo en nuestra Península *L'Espagne poétique*; preciso es reconocer que los elogios participaban de otro sentimiento que debe ser no ménos lisonjero para su autor: la gratitud de cuantos abrigan en su pecho el amor de las glorias nacionales. Los franceses, empeñados en encarecer las dificultades de su lengua, y sobre todo las de su versificación, que por largo tiempo han querido pintar á los extranjeros como una especie de arca santa á que no les es lícito acercarse, se alborotaron á tal punto, que faltó poco para calificar á grito de sacrilega profanacion la audacia del poeta malagueño; pero forzoso les fué resignarse, y no pasó mucho tiempo sin que la crítica parisiense se allanase á tributar á la osadía del extranjero no ménos manifiesta y general aprobacion que sus compatriotas, alabando con grandes encomios así la fluida versificación del traductor, como su prosa de un carácter original, que mereció los epítetos de fácil y aguda, de instructiva y nerviosa, y hasta de amena y elegante. Bastará citar algunas líneas del periódico de mayor crédito en materias literarias, que no acostumbra á prodigar los elogios, y que pasa en aquel país por una autoridad crítica poco ménos que irrecusable

(1) No consintiendo el carácter especial de la coleccion presente la inclusion en ella del extenso poema *Esvero y Almedora*, publicamos este exce-

lente análisis, que da tan luminosa idea de la índole literaria y prendas poéticas del SEÑOR MAURY. (Nota del Colector.)

Dice así: «Le choix de poésies espagnoles, traduites en vers français par Mr. MAURY, est très propre à accroître le goût pour la langue et la littérature d'un peuple ingénieux, spirituel et original dans ses conceptions.... Si don JUAN MAURY est espagnol par la naissance, on le prendrait pour un français par le talent avec lequel il écrit en français, soit en prose, soit en vers; et pour un cosmopolite, par la manière dont il connaît et apprécie toutes les langues de l'Europe.» (*Journal des Débats*, 16 Juillet 1827.)

Mas por gratas que fuesen á don JUAN MAURY tales expresiones, y por distinguido que sea el puesto que á punta de lanza supo ganarse en el Parnaso frances, no era posible que dejase satisfecha su ambicion literaria el título de mero traductor. Razon era que aquel escritor, que en delicadas y filosóficas observaciones habia sabido demostrar á los extranjeros la excelencia y primores del idioma castellano, aspirase á comprobarlos con el ejemplo en un poema en que pudiesen campear su ilustrado talento, su lozana fantasia y su admirable versificacion, fluida ó nerviosa, cortada ó rotunda, graciosa ó terrible, segun lo requiera la naturaleza ó variedad de sus asuntos. Esta soltura, esta flexibilidad con que, sin el menor esfuerzo, recorre como se le antoja todos los tonos de la trompa ó de la lira, son las dotes principales que le distinguen. Los recursos del arte que posee y emplea, los más arduos embarazos de la melodia y del metro, de la frase y de la rima, todo desaparece ante aquella asombrosa facilidad con que nació; y si algunas veces se echan de ver en sus versos giros desusados, mucha propension á la elipsis, poca explicacion del concepto, no es, ciertamente, por no encontrar otros medios de expresarse. Léjos de eso, tenemos pruebas de que, en brevísimo tiempo y sin la menor fatiga, desenvuelve un pensamiento de mil maneras. Aquello lo hace por un sistema que estamos distantes de aprobar; lo hace por un infundado temor de ser insuiso, trivial ó pesado; lo hace por la falsa creencia de juzgar al comun de sus lectores dotados de aquella penetracion rápida y profunda que él debió al cielo; pero no anticipemos ideas que más adelante hallarán colocacion oportuna. No titubeó en adoptar para su poema la más noble y más difícil combinacion métrica, la octava del Tasso y del Ariosto, á cuyo *Orlando* se asemeja más aquél que á ningun otro de los conocidos, tanto en su vasto plan, como en la multitud de episodios y en la diversidad de estilos que lo hermosean, si bien se diferencia de su modelo en la decente reserva que corresponde á la más refinada cultura de nuestro siglo. De la destreza con que ha sabido manejar la octava, dando mayor variedad á su ritmo por medio de los córtes propios del gusto moderno, sin perder de vista las pausas fundamentales de su armonía; de la riqueza de las rimas, siempre nobles; de la natural y espontánea afluencia de los periodos poéticos, y de la novedad, colorido y frescura de su estilo, presentaremos al lector algunas muestras en este artículo. Entre tanto, le daremos una idea del plan de la obra, al cual sentimos no poder tributar tantos elogios como á su desempeño.

Los personajes *Esvero* y *Almedora*, actores principales del poema, y de los cuales toma el título, obran en él en sentido contrario; conviene á saber, la heroína es quien trabaja y se afana por frustrar los intentos del héroe, empleando al efecto los medios portentosos de que puede disponer. El argumento, ó más bien el pretexto de esta obra está sacado del *Paso honroso*, celebrado en bellos versos por nuestro distinguido poeta el señor Duque de Rivas, descendiente del célebre mantenedor de aquellas justas. Era éste un jóven paladin del reinado de Juan II y de la ilustre familia de Quiñones, llamado Suero (convertido por el señor MAURY en *Esvero*), que se hizo famoso por la indicada hazaña caballeresca, de la cual formarán suficiente idea los lectores por solas estas palabras del memorial que presentó al Rey pidiendo su permiso: «É como yo sea en prision de una señora de grand tiempo acá, en señal de lo cual todos los juéves traigo á mi cuello este fierro, segun noticia es en vuestra magnífica corte é reinos, é fuera dellos, por los fautes, que semejante prision con mis armas han llevado..... agora, poderoso señor, en nombre del apóstol Santiago, yo he concertado mi rescate, que son trescientas lanzas rompidas.....», etc.

Mas como el hecho de romper trescientas lanzas sería negocio de pocas páginas, y más para MAURY, que escatima las palabras como si le costasen dinero, era forzoso que diese mayores enanches al asunto, si habia de llevar á cabo su proyecto de escribir un gran poema, en que pudiese explayar el cúmulo de ideas que hervian en su mente, las galas de su fecunda imaginacion, los sentimientos de su alma apasionada y fogosa, todo ello mezclado con gracejos de una genialidad andaluza. Tal parece haber sido su pensamiento primordial, considerando el asunto, como considera un gran músico el breve tema ó motivo en que se apoya para derramar despues los raudales de armonía que le inspira su genio. Así es que vemos á nuestro poeta abandonar muy pronto

las vallas del torneo y echarse á volar, segun la expresion aplicada á un célebre inglés, por los espaciosos campos del mundo y de la vida. Así las justas, que dan principio al poema, se suspenden en el canto primero, para no volver hasta el último. ¿Cuál fué la causa de tal interrupcion? ¿Qué es lo que pasa en tan largo periodo? Trátemos de ponerlo en claro.

Los obstáculos que el autor tuvo precision de crear como nudo y trama de su poema, á fin de retardar su desenlace, que es la union de Esvero y Rosalinda (así se llama la señora de quien el héroe se confiesa cautivo), empiezan por la suspension de las justas, y la indica ya el condestable don Alvaro de Luna al fin del canto 2.º En el 3.º se verifica el convenio de una tregua de veintin dias, á cuyo término se celebrarán de nuevo las justas, y les servirán de complemento saraos magníficos y otras suntuosas fiestas de palacio. Tomóse esta determinacion de resultados de una espléndida embajada que al efecto envió Almedora al Rey de Castilla. ¿Quién es esta Almedora? El poeta no ha querido anticipar tal noticia á sus lectores: más adelante lo sabrán; no es justo que cometamos la indiscrecion de declararlo ántes de tiempo; sólo se sabe que en Oriente le erigen aras, y que le debe Castilla obsequios y servicios extraordinarios. En el mismo canto 3.º se columbra ya otro *elemento* de oposicion. El jóven Bazan, íntimo amigo del héroe, y cuyos vínculos acaban de estrecharse más y más con el juramento y solemne ceremonia de la fraternidad de armas, es su rival oculto, siendo de advertir que en otro tiempo estuvo enamorado, no de Rosalinda, sino de Palmira, su hermana, muerta en la flor de su edad, y no inferior á ella en hermosura. Conoce aquel secreto de Bazan la discreta enviada de Almedora, y con premeditado fin que este conocimiento motiva, logra con sus gracias empeñarle en que se declare su caballero.

Pero el obstáculo por excelencia, el verdadero nudo de la fábula se encuentra en el canto 4.º Algo habria que censurar en este pasaje; sin embargo, no lo harémos por no parecer sobrado quisquillosos.

Aprovechándose el héroe de las treguas concertadas, es cosa muy natural que tomase sin demora el camino de la quinta en que vivia retirada la señora de sus pensamientos. Aunque ya se acercaba la noche cuando descubrió la venturosa mansion, no era tanta la oscuridad, que dejase de ver á un caballero que, saliendo precipitadamente de la quinta, metió espuelas al caballo y huyó por aquellos campos á rienda suelta. En vano se empeñó en alcanzarle, porque su brido estaba fatigado por la marcha de todo el dia, y cuando más se afanaba en clavarle los acicates, sintió tras de sí los pasos de otro caballero que iba tambien en seguimiento del fugitivo. En breve reconoció en él á su primo Raimundo, conde de Altano, hermano de Rosalinda, todo bañado en sangre. Háblele herido el prófugo en el momento mismo en que le sorprendió con la que no titubea en llamar su pérfida hermana, la cual, interponiéndose entre los dos, consiguió estorbar el bien merecido castigo de su cómplice. Tal fué en resumen la relacion del Conde. Fácil es conocer la impresion que debió producir en nuestro héroe tan infausta noticia. Al estupor en que por el pronto queda sumergido, se sigue una especie de frenesi que le arrastra á ejecutar actos inauditos de violencia; acomete empresas temerarias; sostiene combates homéricos; triunfa de obstáculos portentosos, y cae al fin exánime á impulso de sus mismos esfuerzos. Rezagado Raimundo por la necesidad de que le vendasen su herida, llega por fin á tiempo de socorrer á su desgraciado primo, y le trasporta á su alcázar de Altano, en cuyas cercanías habian pasado tan extraordinarias escenas, que ciertamente están descritas con vivisimos rasgos y colorido, obra de un pincel vigoroso, no ménos que de una imaginacion rápida y brillante.

No vendrá mal ahora que digamos algo del condado de Altano, sito en la portentosa Helbrida, teatro y manantial de la parte maravillosa de nuestra fabula. Fundólo el infante don Raimundo, hijo segundo de Alfonso IV de Castilla, que cedió primero y luégo disputó la corona á su hermano Ramiro. Despues del triunfo definitivo del último, á quien pinta la historia cruel é implacable en sus venganzas, se vió precisado el Infante á refugiarse en las escabrosidades de la Helbrida, país entónces solitario y silvestre, donde se fortificó de cuantos modos le sugirió su ingenio. Mejorado este señorío por sus sucesores, lo ha sido extremadamente desde que lo heredó el conde Raimundo, su poseedor actual. La sílfida Almedora, que era como el ángel tutelar de este ilustre mancebo, habia derramado á manos llenas en aquel retiro todos los tesoros de su mágice poder, convirtiéndolo en un verdadero paraíso. Allí erigió el Conde el sepulcro de Palmira, su hermana gemela, sobre el cual viene con frecuencia á pagar el tributo de sus lágrimas á tan malograda hermosura.

Esvero, á quien dejamos semivivo en el alcázar de Altano, no vuelve á parecer hasta el canto 7.º La accion entre tanto no progresa, porque el canto 6.º es de todo punto retrógrado y dedicado á sucesos procedentes; pues si bien otro personaje, que se nos da á conocer en el canto 5.º, el bizarro y galan Principe de Onsido, constituye un nuevo *elemento* de oposicion, no llega á colmo hasta el 11.º, que es donde estalla sangrienta la rivalidad entre tan temible seductor y el amante de Rosalinda.

Ya tenemos dos rivales de nuestro héroe, pues el lector recordará que el débil Bazan, su amigo y hermano de armas, lo era tambien, aunque secreto; el cual, á consecuencia de su empeño con la sagaz Eldiz, mensajera de Almedora, se deja conducir, por disposicion de ésta, al sepulcro de su primera amante Palmira. A vista de su tumba le acosa de pronto la idea de su ingratitud y olvido, no ménos que la perfidia con que falta á los deberes más sagrados de la amistad. Déjase caer agobiado con el peso del remordimiento, cuando hé aquí que sobre la cúspide del sepulcro se le aparece su primera amante, quien con blandas expresiones le anima á que fomite su nueva pasion, añadiendo que merece la aprobacion del cielo. Eldiz, acudiendo á aprovechar las impresiones de este momento en que vacila la virtud de Bazan, le induce sagazmente á que éntre en el palacio y llegue á la estancia donde yacia su desgraciado amigo. A los abrazos se siguen las explicaciones, y tras ellas la meditada crisis. A este lance, pintado con notable viveza y vigor, se refiere el quinto verso en la primera octava del poema:

De la amistad, conflictos y finezas.

Bazan cede, como era de esperar, contra las intenciones de Almedora, que de semejante enredo se prometia un rompimiento en vez de una cordial reconciliacion de los dos amigos. La rivalidad de Bazan desaparece para siempre, y con ella queda destruido ese obstáculo, caminando desde aquí la accion á su término con paso más constante y seguro. Pero ¿quién es Almedora? ¿Y qué interes tiene en promover embarazos á la felicidad de Esvero? El autor no ha querido decirnoslo todavía. En fin, ya en el canto siguiente empieza á levantar una punta del tupido velo con que se ha propuesto ocultarnos los secretos muelles de su máquina; ya Almedora se presenta en carne humana en medio de sus doncellas; ya la vemos lamentarse de su suerte y depositar sus penas en el pecho de su fiel Eldiz; ya nos da á conocer su pasion y nos hace partícipes de sus tormentos. En el mismo canto, que es el 8.º, se aclara el lance del encuentro nocturno del caballero que el Conde de Altano sorprendió en la mansion de Rosalinda, y queda ésta completamente justificada para con los lectores.

Ya con esto hemos dado un gran paso: es probable que en el canto 9.º progresems franca-mente. Todavía no: este canto es completamente episódico; el autor hubiera podido hacer de él otro poema, y no escaso de mérito. Mas llega el canto 10, en el cual, despues de recrear á sus lectores con deliciosas descripciones de un país lleno de encantos, conduce el poeta á su héroe á la presencia de Almedora, y á fe que ya era tiempo. Entónces se descubre que Almedora no es otra que Palmira. ¿Quién ha obrado este prodigio? ¿Qué santo milagroso la sacó del sepulcro? ¿Quién la dotó de aquel poder que le ha dado la apariencia de un ente más que humano? Hasta el fin no lo sabrémos; preciso es prestar paciencia, ya que el poeta ha tenido el capricho de mortificar nuestra curiosidad, contra el uso comun de los que han escrito obras de esta clase. Los más tienen secretos que ocultar á sus personajes, pero con sus lectores suelen usar de mayor franqueza.

Almedora era, pues, Palmira, y Palmira ciegamente enamorada de Esvero. Síguese una escena entre los dos interesantísima, de inimitable dulzura, al mismo tiempo que llena de animacion y de verdad; empeñándose por fin un trance peligroso para la virtud de un galan en cuyas venas hierbe sangre juvenil; crisis la más ardua del poema, y de la cual á duras penas salen airo- sos y triunfantes dos sujetos, el héroe y el poeta. Esta es una de las *duplicadas lides* que se anuncian en la primera octava.

Deja Esvero la Helbrida, porque se acerca el término de la tregua, y aún es de recelar que a su llegada se haya dado principio á los festejos de palacio que pidió al Rey Almedora en su embajada, lo cual hizo ésta con el objeto de sacar de su retiro á Rosalinda y exponerla á los halagos seductores del brillante Principe de Onsido. En esto anduvo más acertada que en la conferencia de los dos amigos rivales, porque el Principe acometió la empresa sin rebozo; mas Esvero, que,

como es de suponer, no estaba de humor de consentirlo, le provoca á un duelo y le vence. La generosidad con que trata al vencido príncipe le arranca la sincera confesion de que, á pesar de las apariencias, Rosalinda, lejos de admitir sus obsequios, habia correspondido á ellos con repetidos desdenes. Al propio tiempo se hacen públicos, de resultas de cierto trágico acaccimiento, los arcanos del combate nocturno ocurrido en la quinta, con lo cual, cerciorado Esvero de la fidelidad de su amante, implora su perdon. Rosalinda lo otorga, y la felicidad de entrambos parece de todo punto asegurada. Un lance inesperado renovará la cuestion y el interes.

Rotas ya las trescientas lanzas, y libre Esvero del pleito homenaje, desempeñado con fortuna y bizarría, en el momento en que las músicas celebraban el triunfo del héroe y la próxima ventura de los dos amantes, se presenta un heraldo pidiendo con voz terrible *campo y duelo á muerte*. El retado es Esvero, el retador el Conde de Altano, que en breve aparece armado de todas armas pidiendo el combate. Queda suspenso el concurso, y aguarda temeroso el éxito de aquel trance improviso. ¿Cómo saldrá Esvero del paso? es lo que preguntan los lectores, que ya saben que el Conde de Altano es Almedora, es Palmira, y que Esvero no lo ignora. Por esta vez el poeta, compadecido de ellos, ha tenido á bien descubrirles este secreto al principio del mismo canto. Allí se refiere que el verdadero conde murió; que Palmira, su hermana gemela, en virtud de la perfecta semejanza, que llegaba hasta el punto de equivocarla con él, pudo tomar su traje y su nombre, resignándose á pasar por muerta, todo por mandato de su padre, dominado de una vehemente pasion. Esvero sale airoso de este nuevo apuro, venciendo á su adversario sin ofenderle. Esta segunda de las *duplicadas lides*, el triunfo del héroe, dulcificado por su graciosa cortesanía, la imprevision del lance, todo, en fin, está desempeñado con mano maestra. En tal momento se ve levantarse lentamente una cúpula aérea, donde, convertido otra vez el supuesto Altano en la mentida Almedora, se ostenta ahora semejante á Citerea. Quédase suspensa sobre el circo por algunos instantes, arroja desde allí las armas y el arnes que tan mal la han servido, y elevándose majestuosamente, se oculta entre las nubes y desaparece del todo.

Tal es la accion del poema, despejada de la multitud de episodios y accidentes que la obstruyen. Ahora bien; si el lector es de tan buena pasta que nada le importa ignorar la causa de los sucesos que pasan á su vista; si no se impacienta de ver cuán á menudo se corta la narracion en que iba tomando interes; en una palabra, si lo que busca es poesía y más poesía, va bien librado: hallará en este libro un tesoro inagotable. Ábrase por donde quiera, se puede apostar á que encuentra cosas que le sorprendan y admiren: tal es la superioridad con que todos los incidentes están concebidos y desempeñados. Aquí hallará ejemplos, y aún pudiera decir modelos, así de estilo chancero y festivo como de la más alta grandilocuencia; pensamientos profundos, descripciones de una frescura y amenidad inimitables; rasgos originales y atrevidos; narraciones, ya magníficas, ya tan concisas que causa maravilla que hayan podido encajonarse de un modo á parecer óbvio y espontáneo en el molde de una ó de pocas octavas; el lenguaje y los arrebatos más vehementes de la pasion, y el de la más simple y natural sencillez, ajustados siempre á la perfeccion métrica, en la cual resalta á cada paso su asombrosa maestría. En suma, notará en todas ocasiones el sello de un talento superior que domina sus asuntos, ora se humille hasta el modesto hogar del labrador, ó penetre en la hedionda cueva de los ladrones, ora profundice los arcanos metafísicos ó remonte su vuelo por los espacios de la fantasia.

Presentarémos muestras de una media docena de géneros, declarando que con respecto á su eleccion no hemos puesto la mira sino en la variedad de los estilos y en la brevedad de los pasajes que citamos:

NARRATIVO.

HERÓICO.—*Rendicion de Francisco I.*

Dijéralo Francisco, aquel de Francia,
Que ungido apénas del solemne olio,
Devoraba en idea la distancia
Que del Luvre separa al Capitolio.
Fortuna, emblema eterno de inconstancia,
Ya persuadia el duplicado sôlio,
Y saludó la Italia soberano
Al regio triunfador de Mariüano.

Mas del Tesino en la fatal ribera
Se apresta otra batalla, asombro al río
A mortandad acostumbrado: fuera
Tuyo ilustrarla, poderosa Olio.
Pendón haciendo la real cimera,
Francisco en sangre rey, soldado en brio,
Entre los suyos sobresale, cuanto
Sus altos lirios entre humilde acanto.
¡Vano tan gran valor! La voz, la vista,
El ejemplo de Dávalos inflama
A sus infantiles: «Muerte al que resista;

Paz al rendido», victorioso clama.

No ya triunfos el príncipe, conquista

No ya lidiando espera, honor y fama

Sólo defiende, y su cuchilla sola

Amontonadas víctimas inmola.

Deshecho empero su escuadron, carece

De todo amparo; á conservar la vida

Condescendiendo, á Dávalos ofrece

El arma ensangrentada, al fin rendida:

El enemigo entónces desaparece,

Se oculta el fiero, el agresor se olvida;

Queda el vencido augusto; su presencia

El vencedor sumiso reverencia.

Lúgo en el suelo la rodilla hincada,

Del rey frances el español guerrero

Besó la mano al recibir la espada;

Al punto desprendió su propio acero,

Y haciendo ofrenda de él, «si no os enfada,

Cénidle, dijo al noble prisionero,

Que mal está, delante de un soldado,

Tan heróico monarca desarmado.»

PINTORESCO.

JUSTAS.

¡Cuánto undoso penacho cabecea!

¡Cuál arde al sol la rebrunida malla!

Enérspase el conflicto, ágría pelea,

Cual nunca, imágen de marcial batalla.

Aquí parte, allí pára, allá flaquea.

Suena la punta hiriendo, el fuste estalla

Rompiendo astillas, con violento salto,

Vuelan por cima al mirador más alto.

Coronando los altos miradores,

Ostentan hoy de las insignes bellas

Las galas vistosísimos colores,

Los aderezos nítidas centellas.

Ya de rico pensil parecen flores,

Ya de apacible firmamento estrellas:

Noble corona que el concurso aclama:

«Cúpula hermosa al templo de la Fama.»

Por medio de los bélicos arrojés,

Á pesar de que el círculo se agranda,

¡Á cuántos van siguiendo hermosos ojos,

Porfiados al par de la demanda!

Si del hierro tal vez fueron despojos

Divisa ó trena, banderola ó banda,

Envíos incesantes las reponen,

Que sigan distinguiendo y galardonen.

Ya, al estruendoso choque, espesa bruma

Levanta el polvo y quita que se vea;

Mas de los yelmos dominó la pluma,

Y de las cotas el brillar clarea.

Turbado mar dijeran y la espuma

Rizada y leve que por cima ondea,

Y que del viento el ímpetu sonoro,

Olas de acero revolviése y oro.

JOCOSO.

PERICO ENTRE ELLAS.—*Cuento referido por una doncella del alcazar.*

Nació bonito y se crió mimado

El murciano galañ Pero Fonclara,

Hidalgo, buena lanza, aunque preciado,

Más que del brazo, de la linda cara:

Á sus juegos de esgrima aficionado,

Cuando crecido, á par se aficionára

De su madre á jugar con las doncellas:

Viene de allí lo de *Perico entre ellas*.

Siguió su inclinacion á muchas, cuando

Fuera ya tiempo de fijarse en una;

Ventecico entre flores susurrando,

Palabras dulces y seguir la tuna.

Después de producido algun desmando,

Dió con la chica del señor de Osuna:

Oyóle grata el requebrar de moda,

Y estrechar algo más á union que á boda.

Concertaron que dentro del castillo

Quedase aparentando que se iba:

El escondite el hueco de un portillo:

Á las doce tendrán cena festiva:

Á las once, asustándole, el pestillo

Levantán; es la jóven compasiva:

Porque no se fastidie en no hacer nada,

Le trae ocupacion proporcionada.

Dos aves que pelar para el asado,

Pues no hay criado en que fiar.... La hora

Ansiada dió; las dos, las cuatro han dado;

Ya se tienden los rayos de la aurora.

Danle en fin libertad: sale emplumado,

Saludándole así la voz traidora:

Pollitos pele quien peló la pava,

Y plumas vista el que de gallo andaba.

DIDÁCTICO.

Origen de las Estaciones.—Parte de la entrada del tercer canto, dirigida al Invierno.

Con el solaz de los risueños días

Equitativo tu rigor alterna,

Y la existencia enérgico varias,

No sin desquite al que tu fin discierna:

Quejáronse las zonas que regías,

Á otras cansaba primavera eterna,

Cuando corria un fácil paralelo

La tierra enfrente al equador del cielo.

La tierra entónces inclinó su eje;

Y en ambos hemisferios cada clima

Trajo, torciendo, á que del sol se aleje,

Al paso que el opuesto se aproxima.

Si de rosas aquí guirnaldas teje,

De pámpanos allá corona opina;

Busco reparos al extremo frio,

Cuando el chileno á su mayor estío.

Y esotros orbes asimismo veo,

Sesgos rodando con accion compuesta,
Cercos formando al astro giganteo,
Que luz á todos y al espacio presta,
Cual las parejas que á gozoso empleo
Impele activas la sonante orquesta,
De tus saraos elegantes galas
Con vueltas giran por fulgentes salas.

LÍRICO.

La Imaginacion.—Al principio del canto vi.

Tuyo, oh maga fantástica y valiente,
Los cielos allanar, interno mundo
Abrir, y como el aire trasparente,
Tu vista penetrar el mar profundo.
Y cuanta existe forma diferente
Materia y tinta, en el crisol fecundo
Tuyo acendrando, producir al dia,
No lo que fué, mas lo que ser podia.
Muchas, oh amena pródiga, te debo
El universo peregrinas galas:
Sifidas y Húris, Citerea y Hebe,
Y serafines de esplendentes alas.
Las Pérís fuego, las Valkirias nieve,
Edén y Olimpo, Eliseos y Valhalas:
¡Cuanta hermosura! Entre ellas la primera
La que soñamos juvenil quimera.

O ya taladro para incauto uso,
Tambien la vara mágica en tu mano
El laberinto penetrar confuso
Suele, que llaman corazon humano.
Llegas al cieno que natura puso
Al fondo, en partes pútrido pantano:
Tal vez entónces del vapor te pasmas,
Y huyes de hurgar los fétidos miasmas.

Vuélvete, vuelve á tu feliz altura,
Que, aérea joya del etéreo espacio,
Cual globo de jabon, de un soplo hechura,
Leve se alzó tu nítido palacio:
El sol le pinta de esmeralda pura,
Rubí cambiante, nácar y topacio,
Y allá del iris sobre el arco posa
Cual sobre tulipán la mariposa.

DRAMÁTICO.

NOBLE.—*Desafío de Esvero con el Príncipe.*

Brilla en las salas régias deslumbrante,
Aclamado salió de la palestra
El príncipe frances, goza arrogante
Del supuesto favor la falsa muestra;
Á quien Esvero: «Á proseguir constante,
Sería de envidiar la dicha vuestra;
Empero, ¿no teméis de la fortuna,
Caballero galán, revuelta alguna?»

—«No acostumbro temer: me persuado,
Sí, que en efecto es venturosa al sumo,
Con deberos mi suerte ese cuidado.»

—«No me lo agradezcáis; de más presumo.»
—«¿Y es?» —«De saber el término llegado
Á glorias tantas convertirse en humo.»
—«Mucho sabeis; mas puede ser; suceda
Lo que depende de la instable rueda.

El bien que aprecio está más alto.» —«¡Baje!»
Exclama el joven, y la mano asiendo
Á su rival, la estrecha con coraje.
—«Muy bien:» Onido le contesta: «entiendo.»
—«Hora.» —«Al salir de la funcion.» —«Paraje.»
—«Donde queráis.»

Reto de Altano á Esvero.—(Entra hablando el Senescal.)

—La ley el campo que pedis concede.
¿Las armas? pronunció. —Lanza y espada...
El juez del campo al retador: ¿Non puede
La vuestra ofensa esser desagraviada?
—Respuesta: No. —¿Hay algo que vos quede
Que alegar ó pedir? —Respuesta. Nada.
—Pues id, pues id, y Dios valga el derecho.
Los dos: Amen. Se determina el trecho.

FESTIVO.

El joven aturrido Leori chanceándose con su escudero, celoso marido.

Diálogo: ¿Qué nuevas de Mesina,
Don Pablo? —Useñoría es quien las sabe.
—Aquí me escribe un cabo de marina
Que tu mujer.... —Decid. —No es cosa grave:
Ha desaparecido, —¿Serafina?
—¡Qué! ¿Tienes otra? —¡Por San Justo! acabe
Usted, Señor. —Ya dije y demasiado;
Pues me encargan tenértelo callado.

ORATORIO.

Exhorto de un ulema, ántes de la batalla de Elvira.

Entónces un Ulema, á quien si falta
La clara luz del que á Jesús adora,
El profético espíritu le exalta
Que á la Sibila antigua de la Aurora;
Delante, hácia las filas vuelto, en alta
Voz, del confuso estruendo vencedora,
¡Ay, tristes, exclamó, si á tal estrecho
No oponéis fuerte brazo y fuerte pecho!

Muslimes, bien lo veis: treguas ni paces
Importan nada á la nacion impía,
Ni dominar sus ídolos falaces
Toda esa España que el Korán regía.
Allí tendidas sus sangrientas haces,
Soberbias, la postrer Andalucía
Ya desmandando están: ¡Dios sólo es fuerte!
¡Maldicion al cristiano, y guerra á muerte!

Ni vosotros queráis vencidos vida,
Pensando que sin honra os quede al ménos
La patria; ¡oh patria!... Eterna despedida

Preparad, granadinos agarenos.
 dios, régia ciudad, vega florida,
 Hermosas fuentes, cármenes amenos,
 Altura en nieve revestida toda,
 Cual virgen con su túnica de boda.
 Cual con abierta boca anhela empleo
 El cocodrilo á los agudos dientes,
 O á su Genha espantosa el ángel reo
 llamando está las almas delincuentes,
 Cual, de otro Eden llorado expulsos, veo
 Que á los peñascos de la Sirte ardientes,
 Que á las arenas de infeliz Tehama
 La fiera Libia para siempre os llama.

DESCRIPTIVO.

POÉTICO.—*Parte de los encantos de la Hielbrida.*—
Canto x.

Ya más que de la Arcadia y siglo de oro
 se captarán poéticas escenas:
 Gracias y Risas en festivo coro
 lira formar mudanzas y cadenas.
 Escucha melodías de Peloro,
 Y unirse á las dulcisonas sirenas
 arpas cólias, sin contacto humano,
 armoniosas por el aire vano.
 No, empero, el coro cuya voz trasciendo
 El casto amparo de las ondas deja;
 El tosco halago que al pudor ofende
 De aquí proscrito sin accion se aleja.
 Por cima, alguna al asomarse tiende
 flotante velo en pródiga madeja;
 Pero observada, si lo advierte, lista
 Burló más honda el rayo de la vista.
 Suena el arpeggio á música lejana
 que saludará al Héspero risueño,
 O á la que, precursor de la mañana,
 Suele tan vaga modular un sueño:
 Cuando también la atmósfera liviana
 imágenes de insólito diseño
 Tengan, cual nubes dominando el globo,
 se deshacen con el blando arrobo.
 Solo el compas, señor de la armonía,
 El tema imprime en consonancia llena,
 Fiel la danza de las ninfas guía,
 El canto de las náyades ordena:
 El cual parece el lago do nacia
 Comunicar su fluidez serena,
 Que la delicada superficie
 Tratado el sonido en pago le acaricie.
 Las auras vienen á llevarse el canto;
 Las aguas frunce agitador su vuelo;
 Tizan las hojas de la selva el manto;
 Bullen las flores animando el suelo:
 En suelo, y agua, y aire, del encanto
 Cómplice activo se mostraba el cielo,
 Tasmoso hablando el inefable idioma
 De sombra y luz, y de matiz y aroma.

FILOSÓFICO.

El raudal.—*Canto VIII.*

Allá decoro á la ática morada,
 Del soberbio poder Naturaleza
 Vecina, y por lo tanto avasallada,
 Aquí se goza en su genial braveza:
 ¡Qué otra! ¡qué hermosa en el raudal lanzada
 Sin freno, al suelo y aire alta belleza!
 ¡Nube de espumas, lluvia de diamantes,
 Rayo y trueno en sus ondas rebramantes!
 Se ven las aguas, de region más alta,
 Atropellarse hácia el tejado estrecho,
 Donde, entre sí, como lugar les falta,
 Revueltas pugnan con furor: un trecho
 Rabioso el rio retrocede; asalta
 Aquí y allí las rocas, y deshecho
 Parte sube en vapor; al tiempo mismo,
 El copioso caudal se hunde al abismo.
 Ciego torrente así la vida humana
 Se precipita con veloz carrera:
 Entre congojas y pugnar se afana
 Por llegar donde alcance su quimera;
 Y cuando corre acaso más ufana,
 Da con la tumba, que al nacer la espera:
 Mientras la etérea parte se desprende,
 Y á su nativa elevacion asciende.

RELIGIOSO.

Principio del canto XII.

Del año apénas en la quinta casa
 Entrando el sol, ¿cómo es que tal sublima
 Fogoso el paso, y penetrante abrasa
 Del frio Sena el nebuloso clima?
 Su luz, que darnos suele tan escasa,
 Y á la imaginacion la desanima,
 Ya inspiradora en rayos me rodea,
 Iluminando mi anhelante idea.
 Y agrandándose el cuadro que dilata
 La amenidad en torno peregrina,
 Debajo de la bóveda de plata,
 Por donde el astro filgido camina,
 Desde un punto á mi vista se retrata
 De este globo, que fácil examina,
 Toda la creación, y allí suspenso
 Me gozo en ella y en su Autor inmenso.
 Y á dicha ostenta al Todopoderoso,
 Y en mi embeleso admiracion merece,
 Cuanto el vasto caudal del mar undoso,
 La gota de agua que en la flor se mece;
 Cual del Asia el turífero coloso,
 Preso en un vidrio purpurino pece;
 La nube hollando desdeñosa garza,
 O el insectillo de la humilde zarza.
 Artífice de tanta maravilla
 Que delante de mí se manifiesta,

A tí me postro, lineada la rodilla,
 Por tí, para doblarse á tí dispuesta.
 Alábetela voz, si bien sencilla,

A quien el habla tu bondad le presta;
 Eternamente á tí que me la diste
 Adore el alma, que inmortal existe.

Por lo que mira al plan fundamental de la obra, dirémos que no deja de haber combinacion en la idea, pericia en la distribucion, método en el orden (ó desorden) con que se va desenvolviendo poco á poco; pero debemos reconocer, por otra parte, que es un edificio en que se ha escaseado, más de lo conveniente, los materiales, y acaso rasgado claraboyas que lo iluminen. Puede muy bien compararse á un templo gótico, ligero y atrevido en sus bóvedas y pilares, delicado y elegante en sus labores; pero bañado su interior de tibia y opaca luz, á fin de mantener la atencion recogida y evitar profanas distracciones. Por supuesto no podrán designarse en todo el poema cien vocablos de sobra, pero hubieran hecho muy al caso algunos centenares más de versos, donde ciertas indicaciones, oportunamente introducidas, sirviéssen de reseñas al lector, á fin de que no perdiese el rastro del misterioso personaje, móvil principal de toda su máquina. Éste, pues, es un ente *trino*, que representando tres papeles diversos, es unas veces Altano, otras Palmira y otras Almedora, bajo cuyos disfraces trama y dirige el enredo; pero á los lectores no se les facilitan medios de sospecharlo. Muy al principio, por ejemplo, se nos presenta un actor (el caballero extranjero) que se nos desliza entre las manos. Contribuye á la exposicion del poema, y cuando, por ser el primer personaje con quien se encuentra el lector, empieza inspirarle algun interes, se va de pronto y desaparece para siempre. Si el poeta nos hubiera dado á entender que el tal desconocido, que observaba los aprestos del torneo, los veia con sobresalto que estaba interesado en frustrar su celebracion, y que su marcha tenia por objeto emplear medios conducentes á este resultado, nos hubiera hecho fijar la atencion en él, y tal vez reconocerle, cuando con diverso traje vuelve á comparecer en la escena. Si cuando Altano se apresura á acusar á su propia hermana, hubiese querido el poeta insinuarnos que algun interes oculto movia, ó bien que procedia alucinado por apariencias falaces, hubiera avivado nuestra curiosidad y alentádonos á continuar la lectura con más ahinco, bajo el concepto de que allí se escondian arcanos que descubrir, una madeja que desenredar y un desenlace que completase la obra. Por no hacerlo así, aunque el autor procede, como decíamos, con un plan bien delineado y sigue con paso seguro hasta su término, más de una vez se figuran los lectores que camina á tientas, y no sabe adónde irá á parar; pues si bien de tiempo en tiempo suelta una ú otra palabra que meditada con cuidado despertaria ciertas sospechas, esto no es bastante, ni aún para los más advertidos, por cuanto nadie debe esperar que en una obra de recreo tenga que poner tan profunda atencion como en resolver un problema. Recordarémos, por último, el pasaje en que Palmira se aparece á Bazan encima de su sepulcro, trozo magistralmente desempeñado y que apenas produce efecto, por falta de la preparacion conveniente. Que Bazan se engañe creyendo que una verdadera aparicion de su amante difunta, está muy en su lugar; pero, ¿á qué fin engañar al lector? ¿Por qué no se le declara, ó por lo ménos, por qué no se le da margen á recelar que aparecida es Almedora? Por culpa de esta omision cree que el poeta ha querido suponer un milagro para el cual no reconoce antecedentes ni motivos. Contribuye tambien á que se descarte el lector la multitud de prodigios que obra Almedora, y por los cuales la mira de buena fe, como un sér superior, como una de aquellas creaciones de la fantasía, que carecen de existencia real. Los medios de que al efecto se vale no se declaran hasta el fin; así el engaño del lector dura tan como el poema. No hay duda en que, para dar verosimilitud á la parte maravillosa de éste, una ocurrencia felicísima del autor el suponer que las admirables invenciones de nuestro tiempo como la de las máquinas del vapor, la de la electricidad, la de los globos aerostáticos, etc., eran conocidas en el siglo xv en los países orientales, donde Palmira adquirió tales conocimientos, que hizo uso despues en España. Mas, ¿por qué no revelar al lector este secreto? El poeta dice que desde las primeras octavas lo deja indicado. Así es la verdad, pero ¿en qué términos? Persuadiendo á la *industria humana*, le dirige estos cuatro versos:

Permite que la vaga poésia,
 Amiga de portentos ideales,
 Á tu verdad le deba sus engaños,
 Anticipando el fruto de los años.

Digase de buena fe si son suficientes estos versos, dichos tan de paso y sin aclaracion ulterior, para que los lectores caigan en la cuenta de que los prodigios de Almedora son efectos naturales, y ménos cuando el poeta la califica de sílfida rotundamente. Parece haber querido poner á los curiosos en la precision de leer su libro dos veces, y en este caso es de esperar que lo lean muchas.

Ocurre, por último, una observacion general sobre el conjunto de la obra. Con ser su plan tan extenso, casi todo el gasto lo ha hecho la imaginacion. Carácterés hay no pocos, algunos nuevos; novísimo el de la misteriosa heroína, tan natural como extraordinaria, tan dulce como sublime y enérgica; pero carácter histórico, apénas se ve uno, que es el del héroe, y éste en razon de un accidente sólo, el caballeresco de las justas. En un poema de esta categoría hubiéramos deseado algo más de colorido local y de costumbres de la época. ¿Por qué no dió más lugar en él á la historia de su patria, ya que se propuso elegir un héroe castellano, y colocar en España la escena de su triunfo y aventuras? No es esto decir que se olvide de las glorias nacionales. Léjos de perderlas de vista, se ve el esmero con que á su modo las recuerda y engrandece. Con rara maña introduce, en su obsequio, cosas que no se esperaria hallar en la narracion de un acaecimiento del siglo xv. Tal es la victoria de Pavía, que se ha visto en las citas; y no falta en el poema, ni la gran figura de Napoleon, á quien hostiga y desconcierta la elígie de los *leones rojos*, que por todas partes se le aparecen en una bandera; ni el hombre cuya vasta idea, demandando otro mundo al Océano, completó el universo; ni los dos por quienes aquellas altas cumbres del Ecuador se humillaron á las torres de Castilla, sobre cuyo último asunto se leen dos octavas de extraordinario vigor y osadía de pensamiento; pero son dos octavas, dos no más, y se acabó. Tal es la costumbre de nuestro poeta; grandes pinceladas á manera de relámpagos, raptos con que suele entusiasmar al lector, para dejarle burlado de pronto, escapándose á lozanear por otras regiones.

Baste de crítica, y á fin de desenojar al autor, si han podido causarle enfado observaciones que por su naturaleza misma no deslucen su obra, pues no las mereceria otra de ménos alto ingenio, le lisonjearémos con la cita de algunas octavas más de aquellas de tan natural y perfecta estructura, que no parecen compuestas, sino labradas en un cuño y de un solo golpe como las medallas.

OCTAVAS SUELTAS.

Esta, tan singular por las desinencias.

Cual retemblando la inspirada Pitia,
Para el conflicto que prevé cobarde,
El Dios la apremia y acongoja y sitia,
Y efervescente en sus entrañas arde;
Cual raudas trajo de su patria Escitia
El aquilon las nubes de la tarde,
Tal arrebatada, y en el pecho nuestro
Así fermenta y estremece el estro.

Y ésta, tan crudamente enérgica.

Recientemente la comarca andaban
Reos que fomentó culpable incuria,
Y yerros, fraude principiando, acaban
Violentos robos y asesina furia;
Que el brazo ensangrentado en sangre lavan,
Ya de la humana grey porcion espuria:
Sus reuniones hórrida academia
De tosca obscenidad y atroz blasfemia.

Y esotra, tan rara y de tal exactitud, que dicen los jugadores de ajedrez que no hay más que pedir.

Ora á su rey en agolpado ataque
La reina de marfil pronta socorre;
Ora el ébano emboza artero jaque
De sesgo alfil ó de arrollante torre:

Ya de un caballo que oportuno saque,
Pende la accion; ya de un peon que ahorre:
Tales comparo al juego de la Arabia
Táctica diestra y estrategia sábia.

Vaya otra notable por su fluidez, y aún por su novedad.

Y cien gayados músicos, unido
Al obóe el laud en pautas nuevas,
Armónicos recuerdan al oído
Las mágias de la cítara de Tébas,
Y responden con bélico sonido
Indio timbal, moriscas ajabebas:
Manda á su vez altisona la trompa
Los movimientos á la noble pompa.

SIMILES.

Relativo á una jóven delicada, á quien prendó el voluble Alfredo.

Tal florecias, el Olimpo ornando,
Diosa de juventud, púdica Hebe,
Delicia á Jove poderoso, cuando
Amores tuyos con el néctar bebe:
O en actitud ingénua adelantando
El cuerpo grácil, cual las hojas leve,
Cabe el Brenta fugaz te vió Canova
Y para el mármol tus encantos roba.

Con referencia á la misma, cuando entra en dudas acerca de la constancia de su seductor.

Tal la paloma que del arca pía
Al aire fué lanzada sin defensa,
Sus ténuas alas trémula tendia,
Sobre las aguas con pavor suspensa;
Que ni señal para servir de guía,
Ni un breve apoyo en la extension inmensa;
Tal de la jóven el discurso incierto
Gira sin norte en piélago sin puerto.

Al mismo Alfredo.

Tal fué dotado en gracias y heroismo,
Tribuno popular ó jefe egregio,
Alcibiádes; y vário y siempre el mismo,
Sobresalir su innato privilegio;
Que en Atenas, modelo de aticismo,
Su fausto en Persia rivaliza el regío,
Y en Esparta excedió su parsimonia
Á la frugalidad lacedemonia.

Á Almedora, acercándosele Esvero.

Tales, cuando con lúgubres querellas
El caledonio bardo, en voz potente,
Nocturno hendia un cielo sin estrellas,
Al bronco són del mugidor torrente,
Las que lloró Morven vírgenes bellas
Se aparecian á su clara mente,
En forma esbelta y en aéreo traje,
Vagas á par del frívolo celaje.

CUADROS BREVES.

Véase esta pintura de la mariposa y del caballo, que no ha habido poeta que no los pintase; por lo mismo podrá notarse mejor el modo particular del nuestro.

Ledo insectillo, libre como leve,
Goza y compite del Abril las galas,

Ya néctares y aljófares se lleve,
Ya al sol extienda el iris de sus alas.
En pos del oro suyo, ópalo y nieve,
Persiguiéndole van lindas zagalas,
Á quienes él, con táctica festiva,
Hace que aguarda y burlador esquivia.

El caballo es el que llevaba el Cid en la batalla, que, segun parece, venció despues de muerto.

Engañado el bridon, del noble peso
Se ensobberbece, las narices hincha,
El pecho ensancha, y como quiera opreso,
Pugna el resuello por romper la cincha;
Blanquea el aire el salpicar espeso
De espuma, que feroz bufa y relincha,
Sentando el casco con tan regio brío,
Que parece decir: «El suelo es mio.»

Concluyamos con un par de cuadritos preciosos de otro género; pertenecen á un lugar peregrino, á un Eliseo especial, ideado para los amantes que fueron infelices.

En grata paz figúrome que veo
Fedra, olvidada del garzon esquivo,
Y de Ariadne y del fatal Teseo,
Sentada al pié del ateniense olivo.
Con halago tal vez vago deseo
Le representa un carro fugitivo,
Ó entre la sombra de enramada selva
Gustosa aguarda á un cazador que vuelva.

Safo en férvido amor, en estro ardiente
Encendida, la cítara dispone;
Su queja abrasa el sideral ambiente,
Ó adula en tiernos himnos á Dione.
Manda la diosa que la tersa frente
Faón con mirto y lauro la corone,
Y eche los brazos al flexible talle,
Y con su boca á la quejosa acalle.

Hay, en resúmen, infinito que alabar en las partes de un todo criticable; mucha belleza exterior, con organizacion defectuosa.

En vista de las pruebas que el autor tiene dadas de ciencia y criterio, no pudieron ocultársele los inconvenientes de su plan respecto á la accion, y los estimó, sin duda, de ménos importancia que las ventajas de la mucha variedad, lograda á costa de aquel interes; á nosotros nos ha parecido que fué pagarlas más caro de lo que debiera. Ojalá pudiéramos decir (pues tan altas dotes nos merecen la mayor estimacion) que el *Esvero y Almedora* de don JUAN MAURY es un poema sin tacha. Mas ya que tanto no nos permita el amor de la verdad, nos complacemos en reconocer que si su obra francesa le granjeó del otro lado del Pirineo la reputacion de buen versificador y consumado prosista, en la española apenas hay página en que los lectores imparciales no se vean forzados á exclamar cuando ménos una vez: ¡MAURY es un gran poeta!

VISION APOLOGÉTICA.

CARTA DE D. JUAN MARÍA MAURY AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO (1).

Mi estimado compañero y amigo: íbase me olvidando otra vez haber escrito cierto poema castellano, cuando un accidente, remoto, á primera vista, de deber producir los recuerdos y demas efectos que diré, ha sido, como quiera, ocasion de invadirme la mente, de golpe y á modo de avenida, gran parte de las especies que me ocuparon mientras lo estaba componiendo.

Suelo concurrir en casa de un excelente sujeto, español transatlántico, frenólogo sin segundo, tan imbuido en su sistema favorito, que, siendo por otra parte el desprendimiento una de sus muchas prendas, si por ventura hubiese divisado el bulto de la *adquerencia* en la cabeza de un criado suyo, no dudo que, á trueque de que las señas no fallasen, celebraría de véras ser robado por él. Acaso habrá V. alcanzado á conocer en esa capital al estatuario malagueño Chasés, amigo de Goya, hombre de luces naturales nada comunes y de singular agudeza, el cual acostumbraba á defender la proposición de que en el *Quijote* se encerraba la ciencia toda. Se sabe cómo lo mismo encontraba en el libro del profeta su segundo califa Omar, y de qué modo lo dió á entender á expensas de la biblioteca de Alejandría; pues poco le falta á este mi amigo para atribuir á la obra de un doctor tudesco igual extension de doctrina y utilidad. Así que, en su concepto se extiende el influjo de ella lamente á la literatura, y con especialidad á las obras de ingenio y fantasía, «por cuanto, segun lo explica, manifestando poderse hermanar en un mismo sujeto cualidades que ántes se tenían por incompatibles, ha abierto campo á combinaciones de caracteres nuevos, particularmente interesantes por su extrañia y contrastada individualidad.» En fin, dias pasados se adelantó á pretender que en las obras de Walter Scott, Byron, Bulwer, Hugo, Dumas, Sand, Balzac, Sue y Manzoni, se hacian palpables los indicios de haber bebido sus autores en aquella fuente de luz creadora.»

Sin ser yo de los mofadores de Gall, ni haberlo sido nunca, ántes muy partidario suyo, ya tanto como eso he resisti; sentando, al contrario, como opinion me robable, que los más de los escritores indicados no han siquiera abierto un libro de frenología. Que ahí están, sin deberle nada á la tal ciencia novísima, y sin uedarles en zaga á las imaginaciones modernas, las el género de que se trata, alabadas siglos hace, en un Cervantes y un Shakspeare, sin contar el Aquiles del adre Homero.

A estas razones contestó resuelto el tenaz mantenedor: «Que si pudieron tan altos ingenios acertar hasa cierto punto con semejantes verdades, lo hubieran

hecho todavía mejor, á conocerlas fija y cumplidamente. Y asestando á su contrincante un argumento *ad hominem*, falló que otra cosa sería el *Esvero* y *Almedora*, si el poeta, ántes de idear los caracteres, hubiese estudiado con toda detencion aquel fecundo cuanto luminoso sistema.» No fué mal tapaboca, si bien se encontró entre los circunstantes un alma indulgente y caritativa, que poniendo en alto punto el carácter principal del poema citado, pretendió que cabalmente militaban en su formacion las condiciones de variedad y contrastes que la actual discusion encarecia con tanto aprecio. Vuelto al tema principal, y esforzado por algun otro concurrente el argumento de que, para apoyar las imaginaciones en cuestion, así las modernas como las antiguas, han podido bastar ejemplos, vistos ó sabidos, de señalados contrastes en un mismo sujeto, se sacó á plaza al gran Newton comentando el *Apocalipsis*. «Esto es, decia el que lo citó, haberse acomodado el genio de la exactitud con el más extravagante embolismo que se haya visto en letra de molde; sobre cuyo particular se razonó bastante tiempo.»

Regresado á mi domicilio, me entró la gana de, ántes de recogerme, enterarme algo más de aquella poesia que sacó de su dilatado arbo el inspirado de Pátmos. Tenia á la mano la robusta Biblia inglesa de Brown; me engolfé en los folios denodadamente.

Habiendo cumplido mi deseo hasta donde pudo consentirle el marceo que me tomó al cabo de un rato, cerré el libro, y entre dormido y beodo, me metí en la cama con la buena moza del capitulo XVII, asistiéndonos los veinticuatro ancianos, y mirándonos los cuatro brutos con sus ojos delanteros y traseros.

Siguió deslumbrando á los cerrados míos el resplandor que acababan de leer, arrojado por inmensa copia de ciriales, lámparas y estrellas, como quiera antorchas dignas del cuadro que iluminaban; pero se moderó poco á poco tanta luz para alumbrar adecuada y apaciblemente la escena ó vision principal que me he propuesto trasladar lo mejor que pueda.

Sucedió vibrar de nuevo aquella cuerda que fué meneada accidentalmente en la discusion fisiológico-literaria referida. Sonó en mi mente *Esvero* y *Almedora*, pero ¡con qué vigor! Usted lo irá viendo. Mientras tanto, habiéndose atravesado (como acontece de ordinario cuando se sueña) otras especies é imágenes más ó ménos confusas, llegaba á la sazón á campear limpia y de bulto una, particularmente relacionada con semejante sueño de sueños. Era la grande escalera de Jacob, la cual se enderezaba sobre el mar de vidrio con sus ángeles propios, que subian y bajaban, guarneciéndome además los dos lados los cuatro apocalípticos portadores de los cuatro vientos. Fué sin duda lo que hubo de original la formacion de retablos y grupos en el diseño del nuevo cuadro, especie de representacion figurativa de mi obra,

(1) Nos parece oportuno publicar, despues del *Análisis de Esvero y Almedora*, esta curiosa carta, inédita, de MAURY relativa á su poesia, en la cual resaltan las doctrinas críticas y la prosa animada é genial de este insigne escritor. (Nota del Colector.)

donde vinieron á parar y resumirse las visiones antecedentes. Habia pugnado por encimarse y lucirse en la altura donde alcanzaba la escalera santa (sacrilega pretension) la señora linda del capítulo XVII; pero así que asomó, la aluyentaron los cuatro vientos; si bien huýó llevándose la escalera.

Hé aquí, pues, que en su lugar me apareció mi predilecta sílida sobre la cúspide de una pirámide viviente, compuesta de los actores que se movieron por su impulso, ó existían bajo su dominio, y han podido llamarse su séquito épico.

Sobrepuesto, al modo de Almedora, al gremio de sus secuaces, ostentábase el bizarro paladin, ocupando alta silla en el mismo primer término, pero algo más abajo que el asiento de la sublime hermosa, como si fuesen, él un Coburgo, y ella su consorte reina.

Algo atrás y con representación inferior, pero sin faltarle comitiva poética, alzaba el galán príncipe frances la despejada frente. En fin, autorizada por sí misma, y en esfera singular, quedaba la adorada altiva, objeto de la accion, á manera de ídolo de oro, recatado á lo interior del temple.

Cuyas cuatro secciones constitutivas, así ordenadas, compartían el cuadro compuestas del modo siguiente: en el gran concurso por la sílida dominado despuntaba, bastante cerca de ella, su íntima secretaria y servidora, la malagueña Eldiza, y ya á cierta distancia, Kora, la narradora americana, á par de Brigitte, la sensible cantora de allende al Reno. Centro de un sistema, al mismo tiempo que planeta de aquel sol, Eldiz traía consigo y en su dependencia propia á su hermano el poeta Aben-Amar, dando éste la mano á la esclava Haleva; y seguía asimismo otro no menos suyo, el atolondrado Leori, el cual llevaba á los desarreglados Pablo y Serafina como sus particulares satélites.

Asistió algun tiempo allí el jóven Bazan, manifestando así su eventual dependencia de Almedora, si bien perteneciese en propiedad al dominio de Esvero.

Ocupaban los trámites inferiores figuras ménos distintas, que parecían representar, ya los actores subalternos del canto 4.º, custodios y defensores de las fronteras helbrides; ya las ninfas conocidas poco más que por sus nombres, Arsile y Lice, Georgia y Aricia, Iride, Tirse, y Almé, y Crato, y Clia.

En fin, al pié de la pirámide y sirviéndole de basa, estaban los gozosos moradores de otra Arcadia, señalados en el canto 8.º, y de éste y del 10.º canto, los grupos aéreos, coros y comparsas, aquí esparciéndose, allí agolpándose en leves indeterminados bosquejos.

En la seccion del Héroe pertenecían y los fueron dados los primeros puestos á Bazan y al paje Leon, y después al infante Lope Estúñiga; mereciendo más abajo lugar visible el condesal de la justa, y de entre los justadores castellanos, el festivo narrador Aller. Tambien del bando opuesto se agregó á la dependencia de Esvero, por la bella lanzada que de él obtuvo, el buen hermano Rojañor, seguido del paje de D. Fadrique y de Lucía la fácil lugareña; áun asomó allí cierto enamorado maduro, que tambien á Esvero le debió algo; esto es, el abrazo de un potente oso; y agregábanse, mal su grado, los castigados facinerosos del canto 11.º

Al gremio de los dependientes inmediatos de la accion de su jefe, añadieron Bazan y Estúñiga, como dependencia peculiar de que le debían homenaje, no pequeño número de gentes con quien habian tenido relacion directa; entre ellos el sabio rústico Jerónimo Valero, con alguno más de su familia; el vanidoso inglés

Proud, el incasto lacayo Cártamo y el embajador moro Adelbar; asistian á éste, por complemento y remate, e renegado Leyppo-Audalla, y la cristiana ventera Maruj, con su falso Lucifer, el guapo Diego.

Ostentaba en su esfera el príncipe frances á su preciosa conquista la dulce Idema, acompañada de la su persticiosa nodriza, conquistada primero. Venian después dos no ménos desgraciados por culpa de él: los amantes Huberto y Celamita, á quienes seguia Hermigio Vasi-der-Halde, el enriquecido necio. Concurría al complemento del grupo el jefe de los monederos falsos, con su rezadora sirvienta; y de entre la servidumbre de Idema y de Alfredo, el presumido Flenri, Pierre el muerto-vivo, y la maliciosa jóven del cuento de *Poético entre ellas*.

No se divisaba más personalidad que la del desmayado cortesano del canto 12.º en la esfera especial de Rosalinda, centro empero virtual del cuadro todo, como origen de la generalidad de los actos, significados por los numerosos personajes allí vistos simultáneamente.

Llenaban todos el desco de Ariosto canto 19 de que *Come il viso si mostrase il core*. Sin más que mirarlo se reconocia la índole de cada uno, y el papel que habian de representar, si cumplió con su obligacion, que los hizo hablar y moverse.

De Almedora han dicho ser «un tipo de idealismo amor; una encarnacion de los más abstractos sentimientos de ternura (1); personaje maravilloso, obrando repetidos portentosos, efectos de las condiciones mismas de su existencia; carácter no ménos interesante que extraordinario, de donde se desenvuelven los extremos de la pasion en un alma de mujer (2); individualidad peregrina, heroína que no puede confundirse con ningun otra por la naturaleza mixta de su índole; combinacion de lo heroico, ó, por decirlo mejor, de lo poético ideal con la verdad de la condicion femenil; por donde ha podido bajar sus afectos hasta los confines de la mujer de llana esfera, y subir y rayar más alto que los de ninguna otra lastimosa amante immortalizada por la poesia; creacion de gran valentia y novedad» (3).

A Esvero se le ha calificado de «un Amadis de Gaul sin su puerilidad y exageracion, caballero galante enamorado, que anda corriendo deshechas aventuras pronto á todo, dispuesto á todo, con tal de dar lustre al nombre de su dama, y altura á su reputacion de valiente paladin (4); que juntó con algo del brío y poder de los heroes homéricos, costesania, elegancia y galas de ballerescas; audaz, al sumo, y arrebatado en los chistes, dulcísimo en los afectos» (5). Tales se mostraban los dos. Parando la atencion en otros personajes más se podia notar desde luego al príncipe frances, francamente legítimo y príncipe verdadero: endiosado egoísta tan frívolo como valiente; que de los infortunios de un menino lo que más pondera es lo que á él le han dado que sentir; á quien siempre se le ocurre hablar de *poder, autoridad, dominio, leyes del gobierno, palacio, sus padres, hombres de su esfera*, y con una estocada de muerte en el cuerpo todavia dice: *El hombre como yo*. Y esa catástrofe sangienta la ha provocado por su vanidad, y del codiciado favor le bastaban las apariencias. Con la mucha cortesania y noble lealtad para con

(1) *El Iris*, núm. 13, año 1841.

(2) *Correo nacional*, 20 Mayo 1841.

(3) *El Pensamiento*, 31 Agosto 1841.

(4) *El Iris*.

(5) *Correo nacional*.

su sexo juntando gran iniquidad respecto al otro; impropio seductor en suma; incapaz de amor, y entónces tan desventurado como lo es el ángel caído, segun la amantísima Teresa.

¿Qué distinto se muestra, allá entre los de Almedora, aquel tan perdido por ella, el árabe Aben-Ismaël; amante árabe de cierto, ardiendo por la belleza material; atroz en sus rebatos y venganzas, es corte espantoso el de su alfange, fuego de la zona tórrida el de sus venas.

Pudiérase advertir asimismo el contraste y suma diferencia en el modo de sentir de dos amantes hermosos: la altiva Rosalinda y la dulce Idema. Aquella, por un resentimiento de su orgullo, expone á una muerte violenta á su amador; ésta, vendida en su amor, agraciada sin rebozo, no le pesa, sin embargo, haber cedido, y sigue adorando á su seductor inclemente. Por otra parte, ingénua como Idema sencilla y dócil, la semi-alemana Celamita no ama de la misma manera. Parecido á la amistad, su amor no es una pasión: le superó el deber, y en sus extremos de dolor por la muerte del que la amaba, no siente tanto á una amante como lamenta á un infeliz. En Idema todo es amor instintivo, pasión ciega, abnegación absoluta, culto hacia el objeto amado; para ella amar á Alfredo es el fin á que nació.

Mientras, hemos dejado en el gran círculo de la vida á una que no dió cabida á ninguno de esos amores: la donosa confidente Eldiza, papel nuevo, jóven afectuosa cuanto agraciada y advertida, que no alienta ni vive sino para su señora adorada; jamás trabaja por su propia cuenta; todo el blanco de sus afanes es Almedora; á nadie quiere, á nadie ve, nada le puede sino su ama; ésta es un sér que arroba todo el suyo, una luz que absorbe toda su existencia» (1).

El dependiente inmediato de Esvero, el doncel Leon, si bien ya brillantemente donado, parece no haber legado todavía á la adolescencia, y no ha entrado en las vías del paje de don Fadrique, ó del *Cherubin* de la condesa de Almaviva, enamorado de todas. Su efervescencia se desfogaba en juegos, suertes y travesuras, revolviendo, aborotando y animando el retiro de su padrino augusto. Había Estúñiga reunido en la misma anda los oradores opuestos y enemigos, Orduño y Aloz; el prócer republicano y el plebeyo realista, los cuales dieron á entender que los sistemas revolucionarios, á quienes cuadran es á aquellos que en derribando se hallan abocados á encimarse subiendo sobre las ruinas.

Acertaban también á encontrarse en la misma sección dependiente de Esvero, traídos el primero por Estúñiga, y el segundo por Bazan, dos caracteres tan contrapuestos como lo son la personificación de una perversidad innata y sistemática, y la de natural y práctica sabiduría bondadosa y el malvado Jovencía y el antes mencionado Jerónimo Valero. Aproximados allí igualmente, mirábanse uno á otro dos altos personajes en quienes probó la fortuna sus revueltas: el rey Lusian de Armenia y el condestable D. Alvaro de Luna. Daba muestras en su semblante el rey caído del anhelo por volver á mandar que había manifestado en el canto 9.º; y el Condestable, cuyo reintegro se anunciaba hacia el fin del poema, parecía vituperar el empeño del monarca, olvidando sus propias gestiones é intrigas del canto 2.º

Como si fuese un asiento de tendido para ver torear á Montes, ó años pasados, una silla á la mesa del señor

Comisario de la Santa Cruzada, andaba á la redonda mucha gente afanada por tener lugar en esta escena. Bastaba haberle tenido en el poema, chico ó grande, rezado ó cantado, y aún soñado, con tal de que acompañasen señales suficientes para individualizar al sujeto. Supongo vendría el rey Arturo seguido del burlón Laugher; la inconsolable viuda de Ulrico el cruzado; el bizarro paladín Marco-Antonio, tronchador del crocodilo; Melibeo con su Aglaura; el Cid difunto á caballo oscando á Abu-Beker el galancito Pero-Fonclara; el padre de Almedora y el de Esvero; Juan Belloto con su bien contentadiza mujer; los dos niños con quienes hizo camarada el de Vénus; el fiero egipcio Abul-Amet y sus víctimas; Colon, Cortés y Pizarro, y aún Napoleón con Josefina, los dos Mahometos I y II, el primero y el segundo César y Rómulo, Junio Bruto, Constantino y Tito, Pedro I de Rusia, el Segundo Filipo de España y Elisabet de Inglaterra. Unos se apadrinaban con Rojafior, otros con Aller, otros con Brigitte. Estos acudían al rey Leon, estotros á Estúñiga, á Esvero estotros; los abuelos de Jerónimo á su nieto. Los niños venían preguntando por Juan de Mena. El emperador de Trebisonda andaba en busca de una cantinera, como de persona obligada á favorecerle. Gran sagacidad manifiesta siempre el que pretende, en hallar relaciones para echar empeños. Dígalo el *Litigante* de los de Racine, y aquella razón que invocó para ser atendido por su juez: *Monsieur, je suis batard de votre apothicaire*. Entre los arriba nombrados pretendientes, algunos se conceptuaban con derecho para requerir el apoyo directo del poeta; y por mí, entráran todos con otros más que he omitido y acaso entrarían; pero no lo puedo cerciorar, ni pude entónces advertirlo, por cuanto vino á darme en qué entender, por mi propia cuenta, una de las revoluciones de moda, que todo lo cambian en un abrir y cerrar de ojos. Trastornóse súbito el gustoso estado en que me tuvo embebecido la relatada manifestación de naturalezas y figuras ideadas por mí, tan gustoso, que no se goza con más placidez el hombre dormido ó la mujer dormida, que habiendo acertado á darle á su estómago la porción cabal de alimento que le cumplía, permanece largo tiempo en la dulce ilusión de soñar que vuela por esos aires. Ignoro por qué trama enemiga, ó sugestión diabólica, volviéndose la criatura contra el Criador, como allá en el tiempo de la rebelión del arcángel y de los suyos, se me amotinaron de repente en gran tropel mis personajes, precipitándose como para echarse encima.

La primera vez que vi la fantasmagoría del que se llamaba el físico Robertson, lo que me hizo mayor impresión, y segun lo visto, más duradera, fueron unas caras encendidas, que de un léjos aparente, negro como boca de lobo, se abalanzaban hacia uno con la rapidez del rayo, como si le fueran á devorar, tostado á vuelo.

Éstas, por fin, acometían frente á frente. Un ataque en dirección opuesta, y notable también, suele representarse en el primer teatro de esta capital. Entre las asainetadas comedias del autor de *Tartuffe*, que tan sin razón le perjudicaron en el juicio del de *L'Art poétique* (como si semejantes juguetes, aún cuando fuesen tan chabacanos cuanto aquéllos son divertidos, pudiesen ser parte á quitarle á un autor el lauro merecido por obras maestras). Iba diciendo que entre las *petites pièces* de Molière suele echarse el *Pourceaugnac*; y el pobre protagonista consigue á duras penas huir el cuerpo á un ejército de practicantes, armados todos del cilindro cóncavo que remata en punta,

(1) *El Pensamiento*.

Hay ocasiones, en que todo, como dicen, se convierte en substancia; dispuesta la máquina de cierto modo, basta cualquiera remota analogía para despertar recuerdos, que acomodamos perfectamente con el objeto que nos ocupa. Así se renovaron en mi ánimo dormido las imágenes que acabo de indicar, é hicieron fusion con el pronunciamiento inesperadamente movido contra mí. Y como si no bastasen para revestirle de angustia y terror, tuvimos todavía peor, por coleta y añadidura: agrégoles nada ménos que la escena de nuestro celeberrimo sobre todos los héroes dramáticos, don Juan Tenorio, cuando (no me acuerdo si en ópera, comedia, ó baile) cae de piés en el infierno. Siempre me dió lástima ver cómo se estrellaban con el pobre condenado, no los demonios, cuyo oficio es atormentar, pero otros humanos, conocidos suyos; pidiéndole cuenta, quién de la vida, quién de la honra que le quitó, como si se la pudiera volver. Con que, figúrese usted, amigo mio, cuánto más de véras debí dolerme del paciente actual, cuando resultaba ser yo; demas de tener mis agresores caras de fuego y manos armadas del instrumento que dije. «¿Cosa pudo bastar á tal cruza?», exclamaria Garcilaso al ver á un autor tratado así por los suyos: la cosa fué hallarse descontentos y agravados del modo con que los trató.

El que más levantaba el grito con su articulacion gutural, era Aben-Ismaíl, bramando de cólera porque á un hijo del desierto lo hubiese reducido al papel de *chichisbeo-patito* italiano; y con la sangre que en sus venas hervia, y conocimiento innato de lo que formas valen, obligándole á echarse á platónico y dar la vuelta al mundo en pos de rastros y reflejos. Bazán, sin meter tanto ruido, bufaba, como quiera, por haber, segun decia, pasado plaza de bobaliton; crédulo en demasía y no ménos fácil que veleidoso, tomando y dejando amores al antojo del señor poeta.

Á Escro salimos con que se le habia sentado en el estómago el desmayo que le tomó en el canto 4.º, por cuanto se desmayó Almedora en el 11.º y tambien en el 12.º; donde se desmayó Rosalinda un poco ántes, y ántes Celaniti en el 8.º, sin contar la congoja de la ventera Maruja. Decia que bastaban y sobraban esos desmayos femeniles, y no á un hombre de pelo en pecho asemejarlo á las hembras, porque le acomodó al autor haer noche con su héroe, y para pretextar una causa suficiente, no le dió lugar en la venta á que se comiese si quiera un par de huevos.

Paso en silencio un sinnúmero de quejas subalternas, como, por ejemplo, la de Serafina, furiosa de que se hubiese menoscabado su limpia fama; y luego á las de mi Almedora, la cual, sosegado el tumulto, supo exponerlas con el modo propio de su crianza y comedimiento.

Quejábanse la hermosa de que no la hubiese dado más persuasiva, ni consentido gestiones más eficaces para vencer una resistencia que no estuvo en mucho. Que, de todos modos, en mí pendia el logro de su pasión, y que no habia razon ni justicia para ser ella la desdénada, cuando se la representaba como la más acreedora á ser correspondida. Á ésta ya contesté dando, si no descargos, á lo ménos explicaciones de mi conducta. No haberla suplido modos de seducir más estrechos, confesé haber sido insuficiencia en aquel entónces, y más tarde se hubiera hecho mejor. En cuanto á quedar vencida ella, y triunfante su rival, ella tan apasionada y dulce, la otra tan sosa y espetada, quejárase á los padres Barnabitas de Lescar, en cuyo colegio estudié los principios de moral artística, y tambien á dos grandes ingenios

entre los modernos románticos, que parecen haber estudiado lo mismo.

Crearon á Corina y á Rebeca, oponiéndoles Lucila y Lady Rowena, y estas segundas se vieron galardonadas por los autores, mientras pocos lectores habrá que no simpaticen más con las otras dos.

De haber seguido mi propio impulso, despreciando doctrinas y ejemplos, no te sucediera, Almedora mia, salir desairada del lance aquel, más que despues se lo llevase todo la trampa. Fuera de que, merced á mi larga experiencia, no debia arredrarme el miedo de causar así tu desventura: mientras anduve por el mundo y entre sus moradoras,

De diez que vi felices,
Nueve habian tenido sus deslices.

«Pero ¿quién es ese que se aparece de improviso, adelantándose con paso tan resuelto?» Así me hizo exolamar y cortar la plática con Almedora la llegada de uno que no habia formado parte de ningun grupo, y venía, sin embargo, como autorizado ámplia y completamente. Luégo le reconocí por el arpa y la corona de plumas de pavon que traía á modo de los trovadores provenzales; personaje verdadero, por cuya circunstancia se hicieron algo atras, cediéndole buen espacio del proscenio, los que fueron hechuras de la imaginacion. «Ves, prorumpió Juan de Mena (pues era él), que vengo arreado con los atavíos en que te plugo disfrazarme. Debí aceptarlos para presentarme como una pertenencia de tu obra; pues, por lo demas, la tal arpa, atravesada como bandolera de guardia de Corps, y el sombrero de plumas de pavo real, ni los gasté en mi vida, ni en Castilla se usaron por ningun tiempo. Traigo el ánimo de tener contigo una conversacion larga y tendida, autorizado por el parlamento que me hiciste á la entrada de uno de tus cantos, y en desquite de la parsimonia con que en suma me permitiste usar de la palabra; y verdaderamente, ya que te acordaste de mí, no hubiera debido ser por tan poco negocio. Pero me dejaré de convenciones personales, movido esencialmente por el interes del arte, al cual nunca le pierde la aficion el que se la tuvo sincera.

»Mala época elegiste, tocayo y compañero mio, para emprender y producir lo que se llama un poema. Mucho habia andado el mundo desde los días en que la Europa principió á ocuparse de epopeyas con interes y criterio. Al cabo, dejada la dramática poco ménos que única y sola, ha ido dilatando su dominio todo lo posible, y naturalmente con perjuicio ajeno. Ella es la que tiene un público; la épica no: venga donde viniere, no encuentra gentes hechas á sus mañas y enteradas de sus privilegios; y la generalidad de los aficionados á las obras de ingenio, criados, digámoslo así, por el drama, reciben las demas composiciones con impresiones del teatro, y se inclinan á juzgarlas en razon de hábitos que ya para ellos son reglas. Ademas de esta circunstancia relativa á la naturaleza de la obra que ibas á acometer (que si la hubieses atendido bastaba para que te abstuvieras), resuelto á llevar tu idea á cabo, todavía te era necesario auxiliarte, para el desempeño, del gusto dominante respecto á modo, forma, ideas, afectos, doctrinas, deduciéndolo del carácter general de la literatura contemporánea, primer interes del que escribo. Nunca le estará bien arrojarse atolondradamente, sin contar con simpatías y con que podrá procurar de tiempo en tiempo la satisfaccion que causa á los leyentes el

encontrar lo que tácitamente desean. Pues tambien debió arredrarte esta obligacion imposible de cumplir, en vista de ser tu época la de tan completa anarquía literaria, que ése será el carácter que la distinga en los tiempos venideros. Estabas viendo brotar tantos modos y tantas teóricas, y tentativas tan diversas en cortísimo intervalo, que el elemento invasor no tenía lugar para desterrar al invadido, ni le hubo, segun la expresion de uno de tus franceses, para despues de la refriega enterrar á los muertos. Por manera que parecen guerreros que están descansando y volverán á la demanda, ó más bien tienen vida aún y andan juntos los principios sucesivos, asemejándose esta edad á una de aquellas raras familias en que el abuelo asiste á las bodas de sus nietos. Con que has tenido que andar á tientas sin guía ni apoyo, á cuya falta de auxilios forzosa has añadido otra voluntaria.

»Tras de escribir en tierra extraña, te fuiste á encerrar en una quinta, procediendo por tí y ante tí, sin que se te hayan proporcionado útiles y aún indispensables consejos.

»Bien los habrás echado de ménos más tarde, y reconocido tu error en razon de tus muchos yerros, por la crítica señalados. No hablo de la que no ha hecho más que denigrar en globo; me contraigo á la de nuestro tocayo el secretario de vuestra Academia, donde como quiera se trasluce á cada paso el amigo, no sólo por el bien que dice, sino por el mal que ha dejado de decir. Debió, por ejemplo, cargar más la mano en el capítulo de la falta de preparacion, ó indicar con especial censura el caso del príncipe frances, que ocupa todo un canto sin que se pueda sospechar á lo que viene. Omitió ademas, contentándose con una leve insinuacion, los graves cargos que habia que hacer al nudo de la fábula, y que á su ingenioso discernimiento no pudieron ocultarse en toda su latitud.

»Sacada la idea de la novela de Ariodante, está en primer lugar el padecido engaño que constituye aquel nude, bien léjos de tener en tu poema la verosimilitud que en el de Ariosto. No asistian al falso Altano los mismos fundamentos que á los dos hermanos bretones para creer en apariencias; apariencias tan bien calculadas y dispuestas las unas, cuanto las otras vagas y casuales. ¿No podia haber sido la del lance nocturno una dama ó doncella de Rosalinda? Y dado que no le cupiese duda, ¿convenia el papel de denunciadora á una hermana, á una heroína de epopeya? Mas si, como es posible, duda el lector; si puede sospechar que no habló la acusacion con toda certeza; que más que el celo obraron los celos, ya se agrava el caso desdorosamente, y ha sido haber hecho tu predilecta Almedora el papel del odioso Polineo.

»Item, ¿dirélo sin que te duela demasiado? En un punto esencial y aún constitutivo de tu composicion, en la mezcla de géneros, repugnante á muchos lectores, no entendiste el modo verdadero y ariostizaste al revés. Pasar del tono familiar y festivo al serio y elevado se verifica sin que choque, es dar el autor más de lo prometido; dejarse ir del elevado al familiar es, al contrario, chasquear al lector, dándole ménos. En un sistema la alteracion de tono viene á rer ascenso, y en el otro degradacion, y gusta más á todos subir que bajar.

»En fin, has usado una diccion tan ajustada, que, aunque intachable en cuanto á castizo, no se parece el tuyo al castellano de ninguno de tus predecesores; y en tu empeño manifesto de sacarle el jugo al idioma, dijera, y se ha dicho, que «no estás contento si cada

»verso no es una sentencia, si cada palabra no es un pensamiento, si cada octava no estalla á fuerza de estar »rehenchida de ideas, y de ideas expresadas por el camino más corto». Acabó, más bien por no ser cansado que por faltar materia.

«Bien venido», salté yo entónces, cogiendo pronto la palabra ántes que se le antojase volver á coger el látigo, «bien venido, illustre y docto Mena, serías de cualquiera modo, con esos atavíos ó sin ellos: distintivo que autorizó á los amenos trovadores donde primero florecieron y descollaron, dítele al darte aquel dictado como cosa competente; y no te empache ni me lo repuebes, que no por eso ha parecido tu figura ménos bien.

»Vamos á ver de ir contestando por partes á tu substancioso razonamiento.

»Elegir época, Mena amigo, suele no ser más fácil que escoger patria ó parientes. — ¿Sale usted con este tiempo? (debía de hacerlo malo), le preguntaban á uno con sorpresa; el cual respondió, preguntando á su vez si, por ventura, habia oído. La misma respuesta puedo dar. Si los inconvenientes que has indicado y conocí, no me apartaron de mi proyecto, explicase lo bastante por el fenómeno que apunté en otra parte, y no habrá dejado de verificarse en tí mismo ¡oh poeta! aquello que le pasa al hombre de nuestra especie cuando, dominado exclusivamente por el instinto de animal productor, llegó el caso de no pensar más de en echar afuera lo que hierve en sí; y lo mismo valdria decirle á él que aguarde ocasion más oportuna, como irse con igual recado á una preñada de nueve meses.

»Es cierto que de consultar la época literaria actual, no habia que sacar mucho fruto para auxilio; periodo de transicion, la consideré como una puente, y me quedé más acá; empero, y sin embargo, no se ha caminado á ciegas y sin derrotero; que luz y aún luminarias habrá siempre en los tiempos anteriores para el que escribe poemas.

»Virgilio se guió por Homero; el Tasso por Homero y Virgilio; Voltaire por Homero, Virgilio y el Tasso; Dante y Ariosto por ninguno. Camóens y Milton, con igual independencia, tirando cada uno por su rumbo, sacaron epopeyas tan poco parecidas á las anteriores, como diferentes la una de la otra; á tí te inspiró Dante, y nuestro Ereilla siguió libremente una línea especial, conforme con su índole y profesion. De aquí saqué yo otorgarme á mí mismo permiso para adoptar el sistema y plan que más me conviniese. Item, habia visto á la entonada musa del coturno, que un tiempo no conversó más de con reyes y príncipes, ir descalzándose poco á poco y andar esferas inferiores, tratando toda clase de gentes; pensé que pudiese hacer otro tanto la de la trompa altisonante, y con toda oportunidad bajar de supunto en nuestros días.

»Esa es la índole de mi composicion; una modificacion del género noble, como se ha modificado la nobleza misma; lo que va de la corte de Luis Felipe á la del décimocuarto, ó ya de la etiqueta del Telémaco y las familiaridades del novelero escoces. Y como sea, empero, en Walter-Scott el modo noble el constitutivo, dirémos tambien que al revés ariostizó; sistema que, ya ves, no trae consigo todo el mal que significaste; eso de que guste más subir que bajar es segun y conforme; lo contrario le sucede al caminante, cuyo caso semeja con bastante propiedad el ejercicio del legente.

»Respecto á la accion y al interes cifrado en ella, confesaré que no creí fuesen de tanto momento, ni la gente que lee poemas tan curiosa que le importe sobre-

manera el cómo y cuándo acabarán. Decíame yo, soliloquiando: «En cuantas epopeyas saboreamos, lo que ménos nos ocupa es el éxito. ¿Qué se nos da que se tome la asediada Troya (ni se le dió mucho al poeta, que la dejó tomar), ni que sea Enéas, y no Turno, el yerno del rey Latino? ¿Ni aún que se gane á Jerusalem, que se habia de perder tan luego? Pero la despedida de Héctor; pero la visita de Juno á Vénus en solicitud del cinto que inspira amor; pero el dolor de Aquiles por la muerte de su amigo; pero Dido, Armida, Herminia, Camila, Clorinda, Amata, hé aquí quién y quiénes dejan los vivos y gustosos recuerdos del embeleso que derramó en nuestras almas el poeta. El interés y la atención se estuvieron repartiendo constantemente entre una multitud de accidentes y el asunto principal, sin contar la parte que les cupo á sentencias, cuadros, descripciones y otros accesorios, ropaje propio de estas poesías.

»Resulten de ellos, en buen hora, otras tantas demostraciones á la marcha de la accion y desvíos del interés; que no fué la musa épica sentenciada á andar sin parar, como Juan Espera-en-Dios, no más vestida que, ántes del pecado, nuestra madre Eva. Ni es tampoco su obligacion estar siempre moviendo é interesando, ni le fué mandado ceñirse á los recursos de esa especie: reune en sí, al contrario, todos los poderes de la poesía; cobra censo de todas sus riquezas; y arreos que afearían á su hermana, la dramática, le sientan á ella perfectamente. En algo, como quiera que no perjudicase á las regalías de la que era mi númen, me propuse adoptar frecuentemente los modos de la otra, hecho cargo de su actual predominio: aludí á la introduccion de bastante diálogo y narraciones puestas en boca de los actores diferentes; medio, por otra parte, de variar el estilo y producir más verosimilitud.

»Acercando la observacion á tiempos no remotos y al país inmediato de donde han venido y no dejarán de venir los influjos al nuestro, vi, al florecer la poesía, expresar con energía afectos generales, sin mucho arte en los modos ni arreglo en las ideas; siguió la época de esmerarse al sumo la diction, despues vino la de atender principalmente al valor de los conceptos: marcó la primer época Corneille el poderoso trágico; descolló despues el elegantísimo autor de *Fédra* y de *Atalia*; siguió la escuela volteriana de la era enciclopédica.

»Entre nosotros, despues de nuestro siglo de oro, padre de la expresion vaga, estro y desórden (por desgracia demasiado anterior al de los franceses, que se aprovecharon de él bajo mejores influencias), transcurrido el largo espacio que se sabe, tuvimos el esmerado y sabroso decir de la primera publicacion de Melendez, y despues el estudio pensador de que sus tomos ulteriores fueron escuela.

»Por último, una intencion general puede notarse en la literatura europea del siglo; conviene á saber: el análisis de efectos y caracteres individuales, y su combinacion en el mecanismo de la vida social; efecto del mismo impulso que, de la tragedia política, la habia hecho descender al drama casero.

Creíme, pues, con esos cuantos datos, razonablemente guiado para idear un sistema de composicion que correspondiese á sus results presumibles, en una época más ó ménos próxima. En cuanto al desempeño, propúseme: primero, individualidades y variedad; despues, sobre todo, esmero en el estilo y en toda la parte artística, con abasto regular de ideas; pues lo que por los antecedentes pude, sobre todo, presumir del gusto actual y venidero, fué total descrédito del oropel y des-

tierno del palabreo vacío, y la abundancia estéril, que con un pensamiento, ó la mitad de uno, alimentarian su par de pliegos. La abeja construye artificiosamente las casitas de su fábrica, y las llena de miel; es el panal la versificación, y la miel es el concepto. Miéntros, he leído tambien que el estilo sobre la idea era el colorido sobre el bosquejo, el esmalte sobre el diente, y que á los hombres de estilo pertenecia el porvenir. Compruébalo el lauro de Racine que la reaccion romántica no ha podido marchitar, y la fama superior, que (á pesar de tanta inferioridad, cuando ya no señoreó su diction) vemos que, por sólo su primer tomito, no ha desamparado á Melendez. Y sabes, docto vate, que del cantor de Enéas y Dido fué la excelencia del decir lo que Augusto alegó para no cumplir el fallo de destruccion decretado contra su obra por el gran poeta. Valiendo tanto en mi estimacion el buen decir en substancia y forma, ¿querian ustedes que no procurase sacar del idioma todo el partido que me fuese dado, y, vulgarmente hablando, tender la pierna hasta donde alcanzasen las sábanas? Cuando, practicando, por otra parte, uno tan acompasado, intolerante y estrecho como el frances, donde no hay caminar sino sujeto y encarriladas las ruedas, me hallaba entónces en medio de la anchura, abundancia y franquicia de la hermosa y socorrida lengua castellana, archivo de lindezas, tesoro de originalidad, tan propensa á la osadía y desprecia-dora de pequeñeces. Dotada de las cualidades más opuestas: aguda, festiva y pícarasca, cuanto austera, solemne y majestuosa; que ya se luce pomposamente galana, como bajel empavesado un día de salva real; ya, limpia como el agua, se allana y alisa como las arenas; apta para los modos populares lo mismo que para los primores de la elegancia, para la dejadez voluptuosa como para la estóica rigidez; con sonidos y medios materiales adecuados para todo intento imitativo; áspera, ruda y bronca donde haga al caso, si bien genialmente dulce, fluida y melodiosa por extremo, ofreciendo tantos recursos sacados de su doble origen, y por ejemplo, así como «capitanes, castillos, torres y centinelas», poniendo á nuestra disposicion «adalides, alcázares, almenas y atalayas.»

»Que si tiene sus tropiezos y resistencias, para eso está la diligencia del artista; no hay instrumento músico sin dificultades, y que mal tocado suene bien.

»Si me pareció capaz de aquella concision que es condicion primera del vigor y la energía, no ha sido hacerle agravio, ni veo que por haber esforzado igual concepto para con su idioma tan allegado al nuestro, se haya reprobado al trágico Alfieri. Fuera de eso, lo que en el poeta italiano fué modo continuo y característico, no ha podido ser en mí más de accidental, según las ocasiones; y la variedad de que consta mi obra no permitia se durase mucho en el tono enérgico ó sus semejantes. Pero la especie de censura que ponderó mi diction de concisa y llena en los términos que has referido, la hizo demasiado honor, y pudiera creerse un elogio disfrazado con el traje de bien compuestas hipérboles. Si es que embeba la fatal imputacion de oscuridad que ha zumbado en mi oído, contestaré que no dejaré sin duda de tener el poema pasajes donde se requiera alguna atencion por parte del leyente; pero me atreveré á afirmar que será casi siempre, como llevo apuntado, en materias de cierto órden, donde la prosa misma del idioma más claro entre los modernos y entre todos los idiomas, como lo es el frances, no se deja entender de prisa y corriendo. No se lee el *Contrato social*, ó las *Cartas pro-*

vinciales, ó algunas de la *Nueva Heloisa*, tan corrientemente como tal ó tal traduccion en verso prosaico, ó el romance de Francisco Estéban. Razonamientos, trozos filosóficos que se hallan alguna vez á principios ó á fines de canto; pensamientos de la misma naturaleza, insinuados accidentalmente, han podido ocasionar modos quizá intrincados; pero cuando toda esa parte de la obra adoleciese del defecto en cuestion, es una porcion de ella minimísima, si cabe doblar el superlativo, y dándolo de barato pudiera contraer á mi caso el dicho vulgar: «Por un perro que maté me llamaron mata-perros.» En fin, se ha dicho, y con verdad, que es el estilo la fisionomía del escritor; si no se parece mi modo de escribir al de ninguno de mis anteriores en el oficio, tampoco probablemente mi cara, sin ser más extraño lo uno que lo otro.

Componer en el retiro tiene su pro como su contra. El carcer de consejos puede compensarse con la gran libertad de que goza la fantasía, mayor facultad para imaginar, más facilidad para aprender, mayor aptitud para sentir; hallarse uno frente á frente y mano á mano con la naturaleza, proporcionándose tan bellamente pintar al vivo, ver, conocer, vivir con sus personajes ideados, á quienes no hacen sombra los de carne y hueso, siendo el poeta (¡poderoso medio de lograr sus fines!) el primero que experimente las ilusiones que intenta producir.

»Mientras, esto de pedir consejos trae consigo peligros, así como ventajas; pues habrá hermano en el arte que, consultado, censure lo mejor para desanimar, y otros abusarán de la noticia anticipada para de antemano desacreditar la obra.

»Que muy pocos, hermano Mena, se parecen al tocayo nuestro, á cuya crítica magistral y benévola aludiste. Con ése sí que aprovecharán las consultas, y de haberle tenido á mi alcance en tiempo oportuno, saldría yo con más mejoras que las legales de tercio y quinto.

»Ya era tarde para el *remedio* cuando receté sus *reparos*; pero si Dios, por ser todopoderoso, me proporcionase segunda edición, manifestaría mi agradecimiento en los mejores términos que me ha parecido podía agradecer; esto es, por medio de enmiendas obedientes y conformes. Entendámonos, sin embargo.

»Aunque se haya censurado el plan, no se ha dicho que deje de irse desenvolviendo debidamente, ni el autor de seguirlo con paso seguro hasta su término, ni que se aparte la accion de la sencillez requerida, y que en los últimos cantos no progrese con rapidez. Tampoco se dirá que el contexto general de la obra no corresponde al título, si se atiende á todo lo que en ella hacen ó disponen, dicen ó de ellos se dice, Almedora y Esvero. La gran piedra de choque ha sido la detencion de la marcha á los principios por repetidas interrupciones accidentales, distrayendo del asunto fundamental. No volveré á la cuestion de si debe ó no la accion épica estar siempre de camino; sólo diré que el defecto de que adolece sin duda el Esvero en esta parte es achaque, por desgracia, intrínseco ó innato, parecido á la pasion de cierta jóven enamorada; pasion que, segun dijo la letrilla,

«No saldrá del alma,
Sin salir con ella.»

»La cura radical estaria en cercenar la mitad del escrito, proporcion poco mayor de lo que pudiera suprimirse en las más epopeyas, si se quiere dejarle á la accion el camino libre y limpio como para andar sobre las

tablas. Vendríame entónces á salir una obra distinta y distante de lo que me propuse; de eso no trato. Pero los daños nacidos de la falta de preparacion, de aclaracion y de insinuaciones ó semi-revelaciones oportunas, ésos los tengo remediados, á mi ver, satisfactoriamente. Pues no sólo he procedido de acuerdo con todo lo indicado por la critica sobre el particular, sino que he ampliado, y no poco, las aplicaciones del sistema, de donde resultan ya cumplidas algunas indicaciones particulares tuyas, y algo más atendida y explicada (si no justificada del todo, que nunca fué mi ánimo) mi apasionada heroína, *adorable aunque yerre*.

»Si llegase á tanto la aficion que decias merecerte aún el arte, manifestándose en el desco de sus aciertos para goce de todos los que lo entienden, ó más bien si fuese tal tu benevolencia, cortesania y desprendimiento, que, á pesar de lo poeta, puedas aquietarte á escuchar versos de otro, débete yo ahora este favor inestimable. Pídate, y á esas señoras y esos señores aquí presentes, un rato de atencion para las correcciones que he preparado, las cuales consisten en la introduccion de cierto número de octavas, que ojalá ¡oh gran genio! te parezcan pocas por haberlas oído sin cansancio, y bastantes por cuanto conceptúes que llenarán su objeto. Espero asimismo, y te lo ruego con todas vérsas, que á esa condescendencia añadas la bondad de darme sobre todo ello tu sincero parecer, y ahora á lo ménos estaré seguro de nuevos errores, asistido de consejero tan superior entre los adecuados y competentes.»

No sé cómo pude encontrar para mi plegaria toda esa facundia por el estilo de antaño. Sea como fuese, sin aguardar la demandada vénia ni otra contestacion poca ni mucha, me puse á reproducir en voz sonora la serie de enmiendas y adiciones que voy á trasladar, y seguí de un tirón, sin echar de ver, engolfado en mi negocio, lo que entre tanto iba sucediendo (1).

.....
Aquí dió fin la relacion de mi trabajo enmendatorio; pero ¿qué habia sucedido con mi auditorio mientras lo estuve relatando? Mantuviéronse quietos en sus puestos respectivos, donde habian regresado, los personajes nuevos; pero, apenas oído, barrantando instintivamente la conclusion de lo concerniente á su papel, echaron á andar cada uno por su lado, llevándose á sus satélites los que los tenian; con que, poco á poco se fué despejando la escena. Deteniase todavía cortésmente mi bien criada Almedora, despues de sus cuatro octavas últimas, como despues de los postres acostumbra un convidado atento; pero, al oir en la siguiente el encomio de Rosalinda, pegó un grito desacordado, y dando un puntapié á su pirámide, con que la derribó y deshizo toda, desapareció rápida, como si fuera el mismo vendaval. El compañero Mena, segun noticias, se habia escurrido ántes del segundo verso de la octava primera. Recordado yo con el grito aquel, se me vino á la memoria el centinela del soneto á quien, de las ilusiones que se habia estado fraguando durante su posta, lo que, concluida, le quedó, fué

«Hallarse en cuerpo con la pica al hombro.»

Á mí, tras de tanto golpe de gente, máquina y baurunda, me sucedia encontrarme solo, en frente de una

(1) Aquí copia MAURY gran número de enmiendas y adiciones, que no juzgamos oportuno reproducir, no habiendo sido impreso en la BIBLIOTECA el poema *Esvero y Almedora*. (Nota del Colector.)

mesa con avíos de escribir, y como el otro la pica al hombro, yo una pluma entre los dedos. De donde ha salido el presente rapsódico somnábulo cartapacio, que,

pidiendo perdón de la cortedad, pasa á besar á usted la mano atenta y rendidamente.

Paris, á 20 de Junio de 1844.

JUAN MARÍA MAURY

POESÍAS.

ELEGÍA.

(1804.)

¡Y ya no existe! ¡Ay Dios! ¡Y no me es dado,
Por tanto afán y religioso anhelo,
Cuando no oír su voz, ni ver sus ojos,
Siquiera arrodillado
Besar el yerto pié, con llanto ardiente
Bañarle, y reverente
Adorar sus despojos!

¡Oh distancia fatal (1), oh tardo pliego!
¿Qué vale que el aviso
Me lleve de su mal, y parta lúego,
Si entónces ¡ay! ya á mi idolo cubria
Avara tierra fria?

Tierra vuelvemelé; la muerte en vano
Ajado habrá su rostro venerable;
Yo haré que mudo hable
A mi mente fatídica inspirada
Por el Dios del dolor, y que ella lea
De un tierno padre en la marchita frente
Cuál haya sido su postrer idea,
Si grato en mí pensó. Dejad que vea
El terrible espectáculo que al punto
Mi vida ha de acabar; al punto ¡oh dicha!
Con el que fué mi todo y ya difunto
Yace, juntadme, oh númenes, propicios
A mi última plegaria y sacrificios.

A su lado..... Mas ¡ay! un alma pura,
Cual la suya eficaz, sublime, ardiente,
Aquella universal, perenne fuente
De amor y beneficios,
Esferas de ventura
Habitará que á trecho inmenso ponen
Al que inocencia estéril, buen deseo
Y pasivo candor tan sólo abonen.

Generoso mortal, ¡qué noble empleo
Á esta vida tan parca transitoria
Tú le supiste dar! En ti volvióse
El provecho virtud, la industria gloria,
Tu genio fué la vara
A cuyo toque el árido peñasco
Manantiales fructíferos brotara.
Tu magnánimo espíritu la guía,
Que hallaba nuevos modos
De labrar en tu bien el bien de todos.
Tu próspera fortuna
Las benéficas naves conducía
Al Norte helado, y donde muere el día,
Y también á su cuna;

Y primeras, ó solas,
Donde se eclipsa la otomana luna (2)
Arbolaste banderas españolas.
¡Naves felices! al ansiado puerto
Llegaban: ¡cuánto dista

Mi suerte de la suya!
Al horrisono mar que surco incierto,
Ni cabe que imprevista
Serenidad la calma restituya,
Ni abrigo adonde de mis ansias huya.

Mas tú, que por mi bien tanto anhelaste,
Al objeto infeliz de tus desvelos

Desde los altos cielos

Dime si acaso ves; ¡alcanzan, dime,
Á tu region los ayes exhalados
Cuando mi pecho congojoso gime?
¿Se te recuerda allá la infausta suerte
Que ya me cupo, y mis amargas penas,
Bien ántes que llegára ¡ay Dios! tu muerte
El cáliz á colmar; y cuán impía
Fortuna el fruto de tu afán paterno,
Que un claro porvenir me prometia,
De entónces devoré; de un vulgo insano
Expuesto al discurrir, mi nombre opreso
Bajo el enorme peso
De empeños que la ley redime en vano;
Humillada mi frente,
Marchita el alma mía,
Perdida su energia,
Y acaso la razon que ornó mi mente?.....

En tal abatimiento,
Enmedio á tanto padecer, exento
Quedábame siquiera
El corazon; ¡oh saña! ¡oh Parca fiera!
Un yermo es la ciudad (3); enferma y triste
Tu vida ¡ay! no resiste;
Dispersa vaga tu familia, y miéntras
Tu pérdida mi pecho despedaza,
Con otras le amenaza
Aquel azote asolador; ¡oh cuánto
Fomento encuentra mi dolor! Conmigo
Tú llorarás, oh padre y tierno amigo,
Si los reinos de luz consienten llanto.

Mas siendo tal mi desventura, y siendo
Tan reciente la herida
Que en hiel y sangre el corazon me anega,
¿Cómo es que infiel sorprendo
Alguna vez mi pena distraída,
Y mis ojos sin lágrimas? Perdona,
Oh padre de mi vida.

De la doliente humanidad ya sea
Natural condiccion buscar su calma,
Como el agua el nivel, ó ya que al fiero
Golpe aturdida, atónita mi alma
Pueda aún dudar; ¡ciega ilusion! El día
Que al fin con libre entrada
Penetre en la infelice patria mía,
Hoy del resto del mundo separada;
Llegando ¡ay triste! á los paternos lares,
No aquellos tiernos brazos
Para estrecharme se abrirán, mi boca
No encontrará sus manos tutelares.

¿Adónde está? preguntaré: dolientes
Muros y gentes, funeral adorno,
Y silenciosas lágrimas en torno
Responderán: *Murió*. No más; dejadme:
Respetad mi dolor; silencio exijo,
Silencio eterno en mi dolor, y nunca,
Nunca aspireis á consolar á un hijo.

¿No piso ya la estancia,
Donde las horas de quietud, y alguna
De activa vigilancia,
Mi digno padre consumir solía,
Escuchando tal vez bramar las olas?
De esa luz importuna
Libradme; en este ya sagrado templo

(1) El autor de esta elegía se hallaba en país extranjero cuando recibió la noticia de la enfermedad de su padre, y viniendo á asistirle, en el camino tuvo la de su muerte.

(2) En los puertos rusos del Mar Negro.

(3) Málaga.

Conmigo quede y las tinieblas solas.
 ¡Lóbrega noche, amiga de la muerte,
 Tu pavoroso horror mi mal divierte!
 Cuando tu adusta majestad contemplo,
 La fantástica idea
 Se goza en las imágenes que crea.
 Mas ¿qué miro? ¡Oh portentoso! Él es: radiantcs
 Los negros orbes reconozco, aquellos
 De la espaciosa frente hermosos arcos,
 El rojo labio, y parcos
 Canecientes cabellos,
 Y urbano porte; ¡oh dicha! Él es; tú eres;
 Idolatrada sombra, ¿qué me quieres?
 Si bien al labio falta
 La dulce voz, que en resonar severa,
 De la Deidad el trueno pareciera,
 A mi agitado espíritu ¿qué dices?
*«Hijo, templa el gemir, un tiempo espera
 De auroras más felices.
 Para consuelo en tu aflicción acerba
 Otro yo mismo el Hado te conserva,
 Otros objetos que tu amor apuren.»*

Sombra consoladora,
 Que por alivio á mi penar señalas
 Esperanza y amor, celestes dones;
 ¡Luego aún eres mi amparo! y mientras duren
 A la imaginación sus nobles alas,
 Oh dulce padre mío,
 No todo te perdí. Si algún momento
 Desfallecido el ánimo desmaya,
 Ó de virtud la senda se me esconde,
 Tú me dirás por dónde
 Quieres que firme vaya;
 Tú alentarás mi corazón. En tanto,
 Grato recibe el fúnebre tributo
 Que la Musa que amaste, envuelta en luto,
 Exhaló flébil, y que en fácil canto
 Vertiendo la expresión de mis afanes,
 Votiva ofrece á tus sagrados manes.

EL FESTIN DE ALEJANDRO.

Oda en ritmo ditiámbico (1).

Era el regío festin que en Persia esclava,
 Por su conquista daba
 El hijo de Filipo arripotente;
 En su trono imperial, con ásis adorno,
 Sus próceres en torno,
 El héroe sobrehumano alza la frente.

Táis al lado de él, lozana rosa,
 Como, á sus nupcias, oriental esposa,
 En flor de juventud esplende hermosa.

¡Copia feliz, feliz, feliz mil veces!
 Solo el valor,
 Solo el valor,
 Solo ¡oh valor! á la beldad mereces.]

En medio al coro armónico
 Subido Timoteo,
 Con tacto volador pulsa la lira:
 La nota ondula trémula,
 Y altísimo recreo
 Al paso de ascender mágica inspira.

Principia en Jove el canto,
 Á quien hizo el Amor (puédolo tanto)
 Dejar los sitios de celeste encanto;
 Y que, dragon mentido, el dios se encorve,
 Y en radiante espiral se alce sublime
 Á Olimpia bella cuando unido imprime
 La imagen de sí mismo un árbitro del orbe.

Se aplaude el canto y más se reverencia:
 De una deidad se entiende la presencia:

«¡Deidad!», proclama el coro;
 «¡Deidad!», revoca el arte son sonoro.

El rey suspenso
 Bebe el incienso:
 Se goza dios: la sien divina
 Inclina,
 Y estremecer presume el orbe inmenso.
 Ensalza ahora el estro numeroso
 Á Baco siempre jóven, siempre hermoso.

Ya viene en su pompa
 El ledo inmortal:
 Que rompa la trompa
 Y el indio atabal.
 Muestra el rostro rubicundo,
 Jubiloso rosicler;
 Tú, por quien celebra el mundo
 El placer que hay en beber.

Que llega, que llega; aliento al obóc:
 Y el coro que loe
 Al ledo inmortal:
 Es de Baco el dón divino;
 Del soldado es dicha el vino:
 Don divino,
 Dulce vino:
 ¡Dulce el bien despues del mal!

Baco embravece al béclico mancebo:
 Cuanta batalla dió dala de nuevo:
 Tres veces á los rotos debarata;
 Tres á los muertos mata.

En la encendida frente,
 En la pupila ardiente,
 El frenesí que apunta observa el vate;
 Y mientras cielo y tierra desafia,
 Cambia armonía
 Él, y su orgullo abate.

«Que musa lastimera»,
 Pensó, «piedad requiera.»
 Dice entonces de Dario,
 Grande y pio,
 Á quien hunden, hunden, hunden,
 Hunden ¡ay! golpes del hado:
 Derrocado
 De áureo trono,
 Y en su sangre revoleado:
 ¡Qué abandono!

Nadie, de cuantos régio mantenía,
 Le asiste á su agonía:
 Yace espirado en la desnuda tierra,
 Y ni un adicto el párpado le cierra.

Quedóse el vencedor mirando al suelo
 Con desconsuelo:
 De la fortuna, en su turbada mente,
 Recorre el vário giro:
 Se exhala algún suspiro;
 Brotar el lloro siente.

Sonrie, cierto el gran cantor
 Que cerca está dulce dolor;
 Y al tono acuerda
 Amiga cuerda,
 De la piedad sacando amor.

Blandamente en modo lídio
 Vierte al pecho sed de halago:
 «Es», cantó, «la guerra estrago,
 No acabar; error; fastidio.
 Son vapor gloria, memoria;
 El honor mera quimera.
 La victoria,
 Capitanes,
 ¡Qué de afanes!
 Los conoces:
 ¡Vale el mundo que lo ganes!

(1) Es traducción del poeta inglés J. Dryden. El traductor ha seguido las variedades de versificación que caracterizan el original.
 (Nota del Colector.)

¡Valga, valga que lo goceas?
Has al lado á Táis linda:
Logra el bien que un dios te brinda.»

Doliente queja revelaba en tanto
La victoria de amor, obra del canto.
El príncipe contempla, ansioso, aquella
Autora bella
De su penar;
Suspira
Y mira;
Suspira y mira;
Vuélve á mirar
Y á suspirar:

Y apoyo, ¡oh ninfa! de sí mismo ajeno,
Vencido el vencedor pide á tu seno.

Suene otra vez la lira de oro;
Alto; más alto el són canoro:
Del sueño vil los vínculos quebrante,
Rompiendo en él cual trueno rebramante,

¡Ay! ya, ya está, despiertos
Los ojos con espanto revolviendo:
Cual si de entre los muertos
Le alzara la cabeza el són tremendo,

«¡Venganza, venganza! su Píndaro clama:
Las Fúrias acuden, los ojos de llama,
La crin de culebras; sus silbos oid:
Tras de ellas de sombras un lívido bando,
Blandones vibrando;
Son griegos segados en bárbara lid,

Quedaron insepultos,
Yaciendo desdorados;
Vengad tales soldados;
Vengad tales insultos.

¡No veis indicar los castigos?
Miradlos tender los hachones,
Señalando las pérsicas mansiones
Y los templos de dioses enemigos.»

Aplauden los grandes, el rey los apoya:
Que empuña una tea con torva alegría;
Destocada va Táis de guía,
Al estrago alumbrando la vía,
Y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.

LA RAMILLETERA CIEGA.

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fe;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.

Para mí ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color;
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.

Cierra, cierra tu cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.

Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mí sér:
Debe el pecho apagar una llama
Que no puede en los ojos arder.

Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú la vida has vivido de amores,
Del Favonio halagada feliz.

Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podeis admirar:
La infeliz con su llanto la riega:
Ojos hay para sólo llorar.

LA TIMIDEZ.

ROMANCE.

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y adonde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalba, sirena
De los mares que tributan
A España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras.

Más festiva que las auras,
Más ligera que la espuma,
Hermosa como los cielos,
Gallarda como ninguna,
Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazón que no robe,
Ni quietud que no destruya.

Así Rosalba se goza,
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empeña la siya.

Lisardo, joven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos que por Rosalba
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso, en fin, si supiera
Que audacias amor indulta.

Idólatra más que amante,
Con adoración profunda,
A Rosalba reverencia,
Y deidad se la figura.

Un día alcanza otro día,
Sin que su amor le descubra;
El respeto le encadena,
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos
Dijeran que más presume;
Pero él, comedido amante,
O los huye ó no los busca.

Perdido y desconsolado,
Una noche en que natura
A meditacion convida
Con su pompa taciturna,

Miéntras el disco mudable,
En que ceñirse acostumbrá,
Entre celajes de nácar
Esconde tímida luna;

Al márgen del sacro río
La inocente suerte acusa,
Y así fatiga los aires
Con endechas importunas:

«Baja tu vuelo,
Amor altivo,
Mira que al cielo
Osado va;
Buscas en vano
Correspondencia,
Amor insano,
Déjame ya.

»Déjame el alma
Que otra vez libre
Plácida calma
Vuelva á tener:
¡Qué digo, necio!
El cielo sabe
Si más aprecio
Mí padecer.

»Gima y padezca,
Una esperanza
Sin que merezca
A mí deidad;
Sin que le pida

Jamas el premio
De mi perdida
Felicidad.

» Timida boca,
Nunca le digas
La pasión loca
Del corazón,
Adonde oculto
Está su templo,
Y ofrenda y culto
Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,
En que sus ojos abundan,
Le interrumpe, y las palabras
En la garganta se anudan.
Cuando junto á la ribera,
En un valle donde muchas
Del árbol grato á Minerva
Opimas ramas se cruzan,
Suave cuanto sonora,
Lisardo otra voz escucha,
Que, enamorando los ecos,
Tales acentos modula :

« Prepara el ensayo
De más atractivos
La rosa en los vivos
Albores de Mayo :

» Si al férvido rayo
Su cáliz expone,
Que el sol la corone
En premio ha logrado,
Y es reina del prado
Y amor de Dióne.

» ¡ Oh fuente ! En eterno
Olvido quedarás
Si no te lanzaras
Del seno materno ;

» Tal vez el invicno
Tu curso demora,
Mas tú, vencedora,
Burlando las nieves,
A tu ímpetu debes
Los besos de Flora.

» Y tú, que en dolores
Consumes los años,
Autor de tus daños
Por vanos temores,
» En pago de amores
No temas enojos,
Enjuga los ojos,
Que el Dios que te hiere
Más culto no quiere
Que audacias y arrojios.»

Rayos son estas palabras
Que al ciego jóven alumbra,
Quien su engaño reconoce
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda ;

Mas muda la selva en vano,
Y en vano la sombra oscura ;
No sufre orgullosa Vénus
Que sus victorias se encubran.
Lo que celaron los ramos,
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos
La fe y amor que se juran
Leyeron, y ruborosas
Se volvieron á sus urnas.

DIDO.

CANTO ÉPICO (1).

PROEMIO.

Harto asaltó la tempestad á Enéas :
Númen sujeto al cetro de Neptuno,

Eolo cede y cálmanse las olas
Que, obedeciendo á la implacable Juno,
Había levantado ; empero, solas
Con siete naves de su flota, arriba
A firme costa el príncipe troyano ;
Ni de un alto peñon bajel ninguno
Se alcanza á ver por el undoso llano.

Explorando el país, de Acates iba
Acompañado, y una selva entraba,
Cuando, según creyó, saliendo de ella,
Se le presenta allí su madre bella.
De una espartana virgen cazadora
Es la apariencia : al hombro arco y aljaba,
Ceñido el seno en túnica sencilla,
Coturno al pie, desnuda la rodilla :

« ¡ Habiéis, jóvenes, visto, por fortuna,
De mis amigas, diceles, alguna
Vestida de una piel de lince, á voces
Acosar ó seguir con pies veloces
A un pardo jabali ? », Ciprida dijo.
Y de Ciprida así responde el hijo :
« Amiga tuya ni viviente alguno
Vimos, ¡ oh virgen ! y de cierto diosa,
Que ni forma ni voz tienes humana :
De esta selva tal vez Driada hermosa,
O ya de Febo la feliz hermana :
Dí (y el incienso nuestro en tus altares
Arderá repetido), ¿ qué lugares,
Diva, son éstos de la tierra adonde
Nos trajo la inclemencia de los mares ? »

« No me es debido tal honor, responde
Citerea. Las vírgenes fenicias
Coturno gastan y carcaj. Venido
Eres á un reino púnico, y cercano
Estás á la ciudad que funda Dido,
Lacual, huyendo de su alevé hermano,
Aquí de tirtos trajo una colonia,
Y soberana la aclamó su gente ;
Su historia contaré sucintamente :

Hija de Belo, y casi niña, esposa
Fué del opulentísimo Siqueo,
Tierno jóven que amó cándida. Al trono
Subió Pigmalion, su hermano, reo,
O ya capaz de cuanto crimen osa
La codicia feroz. Éste al cuñado,
Mientras un sacrificio en apartado
Recinto hacia por robarle, impío
Asesinó. Pudo tener oculto
Un tiempo el hecho, y á su aflicta hermana
Entretener con esperanza vana.
Mas en sueños el misero insepulto
Aparecido á la infeliz, la herida
Le enseña y el lugar que el fratricida
Con su sangre regó ; también tesoro
Escondido señala, inmenso en oro,
Y manda apereibir secreta huida.
Luego que Dido con horror despierta,
Y lo soñado ha visto manifiesto,
La fuga con aquellos se concierta
Que odian ó temen al tirano, modo
De apoderarse de la flota, y presto,
Siendo una jóven quien dirige todo,
Logran huir, llevándose consigo
Las naves, su tesoro, y gran riqueza
Juntamente del pérfido enemigo.»

Dijo Cipria, y volviendo la cabeza,
Se exhala en derredor lumbre celeste,
Y del blondó cabello ámbra y rosa ;
Hasta las plantas la cogida veste
Suelta, y su paso denunció la diosa.
Luego á su madre conociendo : « ¡ Oh cuánto,
Exclama Enéas, con el hijo tuyo
Crüel, á par de su enemiga suerte
Le sueles engañar ! ¡ Nunca á mi llanto
Darás asir tu mano, hablarte y verte,
Sabiendo que eres tú ? » La diosa en tanto
Cerca á los dos con nube que proteja

autógrafo de este poema á la bondad de la Señora Doña Josefa Maury de Fabás, hija del esclarecido poeta. Como verá el lector, constituye la parte principal de esta obra la traducción del canto IV de la *Enéida*. Maury tuvo la feliz idea de añadir un proemio y un epílogo, formando así un poema completo.

(1) El Colector de estas poesías debe la comunicación del original

Su entrada en la ciudad tiria, y se aleja,
Regresándose á Páfos, sus amores,
Donde anidan sus candidas palomas,
Y en cien aras la sirven con aromas
Sabecas pastas y fragantes flores.

Hácia el pueblo los dos siguen la vía.
Subidos á una próxima eminencia,
De donde todo ya se descubría,
Admiranse de ver tanto edificio
Levantado ó alzándose, bullicio
Tan grande, activo, tal magnificencia,
Donde vieran há poco ínfimas chozas.
«¡ Dichosa tú, que de tu afán el pago,
Exclama Enéas, y tus muros gozas.»
Dijo, y penetran por la gran Cartago.
En el templo de Juno, ocultos siempre,
Entran : aquí la Reina, al atrio interno,
Del estado naciente en el gobierno
Viene á providenciar cada mañana.
Llegaba entonces. Bien como Diana,
Cuando á la márgen luce del Eurótas
El coro de sus Driadas devotas,
Linda, entre todas descollando ufana,
Y alzáse el pecho de Latona, henchido
De orgullo y gozo ; en medio de su córte
Se muestra así señoreante Dido
En lozana hermosura y regio porte.

A poco tiempo que en su trono asienta,
Enéas ve delante de las gradas
Los jefes de las naves separadas
De él por la tempestad, merced rogando ;
Pues en la playa acometidos cuando
Arribaron, asilo se les niega,
Con amenaza de incendiar los buques.
Ilionéo, que por todos ruega,
De aquel rigor se queja con dulzura ;
Invoca los trabajos elocuente
De los hijos de Troya ; la reciente
Destructor torm nta, y del naufragio
De su rey la angustiosa conjetura.

La Reina en breves cláusulas responde :
« De un nuevo estado la defensa á dura
Ley nos obliga. Como quiera, adonde
La suerte os trajo descausad seguros :
Troyanos, disfrutad el puerto y muros.
De lo que falta os haga, abastecedores
Mandaré. Partirán hoy mensajeros
Que de Libia recorran la ribera,
De vuestro rey en busca : ¡ así le hallen,
Y con vosotros ojalá viniera. »

Abrese á tales voces de repente
La nube, y queda Enéas aparente,
A un Dios olímpico en todo semejante,
Gracia, figura y pálido semblante ;
Pues á su madre se le dió que influya
En su belleza la celeste suya.
Prorumpie el héroe así : « De ti delante
Miras al que buscar pía mandarás,
¡ Grande Reina ! que sola entre inhumanos
Compadece los míseros troyanos. »
La gratitud, el júbilo, á los suyos
Salvos mirando, prestan á su acento
Rara energia en términos urbanos.

Dido hermosa, admirada, algún momento
Calla aún ; ya le habló de esta manera :
« ¡ Cuál, hijo de los dioses, inclemente
Hado te arroja á bárbaros países,
Y persiguió tu vida donde quiera ?
¡ No eres Enéas tú, del frígido Anquises
El concebido, y cabe el Simóente
Dado á luz por la diosa de Citera !
De vuestros tucros frígidos descendiente,
Bien se me acuerda que al sidónio suelo,
Lanzado Téucro de su patria, vino
Favorecido por mi padre Belo.
Aunque enemigo de Ilíon, solía
La iliaca virtud y bazarria
Encarecer. De entonces yo de Troya
He sabido, y tu nombre. ¡ Ánimo ! Este
Suelo, Troyanos, ya consuelo os preste :
No siempre á la Fortuna vi risueña,
Y el infortunio á socorrer enseña, »

A Enéas lleva Dido á su palacio,
Donde un banquete espléndido prepara,
Las salas puestas con grandeza rara.
Mientras Enéas por su Ascanio envía,
Y los presentes que destina á Dido :
Corona de oro mate y pedrería,
Y cetro igual, que de Ilíone han sido,
La Príamida augusta ; un brazalet
De rubies y aljófares ; vistosa
Túnica de hebra azul y oro tejido,
Y un bordado cendal, labor prolija
De Leda, en fin, que, inauspicia da esposa,
A Troya trajo su funesta hija ;
Prendas salvadas del incendio. Lleva
El cargo Acátres y la fausta nueva.

Empero Citerea recelosa
De la púnica fe, de alguna idea
Que trace infausta la satúrnica diosa,
Acuerda que, de Ascanio en vez, Cupido
Vaya, mudada la figura, y sea
De los presentes portador ; tenido
Por el dardánio infante, fácil luégo
En la Reina podrá verter su fuego.
Que así, prendado el corazon, con fijo
Afecto y agasajo persevere,
Y á par de ella, si cabe, ame á su hijo.
A Idalia Vénus llévase entre tanto
Dormido el nieto por celeste encanto,
Y el truenque deshará, tornando el alba.
El festín saludó música salva.

En almohadas de vellon y oro
El centro del banquete ocupa Dido ;
Asienta en cama de especial decoro
Contigua Enéas : adecuado asunto
Van ocupando en derridor magnates
De Troya y de Sidon. Jóvenes ciento
El plato sirven y las copas llenan.
Veinte criadas el servicio ordenan
Adentro, y dan incienso á los Penates.
Ya, levantando el último cubierto,
Vinieron los presentes, y á porfía,
Si celebrados son, más todavía
Del lindo portador belleza y gracia.
En contemplarlo misera no sacia
Dido los ojos. Llégase el mentido
Ascanio : ella le sube á su regazo,
Y estrecha al pecho con amante brazo :
¡ Qué poco sabes, infelice Dido,
Cuán formidable dios te asedia ! Astuto
El á Siqueo aleja de su mente,
Mientras le infunde la pasión naciente.

El áurea copa del antiguo Belo,
Destinada á las sacras libaciones,
La Reina alzando : « ¡ Oh tú, de tierra y cielo
Supremo Reinador, dice, que impones
De la hospitalidad las leyes santas,
Haz que este día á Tirios y Troyanos
Sea feliz, y su memoria viva
En larga edad por términos lejanos ! »
Dijo, y la libación hizo votiva.
Mézclanse Tirio y Frigio, á fuer de hermanos,
Incauta á grata plática se entrega ;
Al huésped Dido preguntando siempre,
Y el veneno de amor bebiendo ciega.
Llega á pedirle al fin que extensamente
Los casos y catástrofes de Troya
Y los azares de su vida cuente ;
A cuyo ruego Enéas obediente,
Relata fiel la memorable historia,
Donde le cupo merecida gloria.

FIN DEL PROEMIO.

DIDO.

CANTO.

La Reina triste sin descanso pena :
Alimentado el fuego en cada vena
De ella se apoderó. Mucho su mente,
Mucho recuerda al inclito, al valiente,
Al bello jóven, y su imagen graba,

Cual sus acentos, en el pecho herido,
Ni la procura el sueño ni breve olvido.
Los campos Febo apenas alegraba,
Del polo echando la tiniebla fría,
Cuando á su hermana la infeliz decía:
«¿Por qué el desvelo atónita me espanta?
En mi region, ¡qué huésped, Ana mía!
¡Qué gentileza, cuán denuedo, cuánta
Virtud demuestra! No lo dudes, hijo
Es de los dioses que la fama dio.
Sangre humilde el temor denota, y fiero,
¡Qué de combates acabó su acero!
Si no fuese en mi pecho ánimo fijo
A otro ninguno más unir mi suerte,
Desde el que amé para llorar su muerte;
Si no me fuese el himeneo odioso,
A este yerro, tal vez, ceder pudiera.
Desde la desventura lastimera
De Siqueo, la sangre de mi esposo,
Entre sus dioses, por la mano impía
De mi hermano vertida, no lo niego,
Quebrantar mi firmeza, el alma mía
Mover pudo este solo; ¡ay! las señales
En mí conozco del antiguo fuego.
Mas, trágume la tierra, ó Jove mismo
Arrojeme tronando al negro abismo
(¡Ciego imperio, impia linde, ondas fatales!),
¡Oh pudor! antes que arrollar tus fueros.
Quien mis amores alcanzó primeros,
Ese en la noche guárdelos profunda.»
Dijo y el pecho en lágrimas inunda.
«¡Oh tú, más que la luz dulce á tu hermana,
Elisa hermosa!», le responde Ana,
«¿Será que, al fin, de madre los amores,
Y, mistia en flor de juventud lozana,
Del alma Vénus el premiar ignores?
¿Piensas que, mientras solitaria afanes,
De ello se curen los helados Manes?
¿Yeme: desdénaste, y no me admiro,
A Yarbas y otros altos pretensores
Que África ilustra, ó califica Tiro;
Si repugnaste desamado esposo,
¿Contra un afecto pugarás gustoso?
» Contempla dónde estás: ¿debo decirte
Cuáles te cerquen bélicas naciones?
El Númda, el Getúlio, á las regiones
Desiertas Barca próximo, y la sirte
De ampararte incapaz; y harto sabidas,
¿Las amenazas de tu hermano olvidas?
Los dioses, sí, tu valedora Juno,
Las frías proras dirigieron. Piensa,
Elisa, en tu ventura y gloria inmensa,
Con los dos pueblos hermanarse en uno.
Tú congráciate al cielo en sacrificio
Solemne; esfuerza el celo hospitalicio.
Causas de detenerse expresa, abulta:
Naves que reparar; ceñudo invierno
Y lluvioso Oríon, que el cielo oculta.»
Con tales voces el ardido y tierno
Pecho inflama de amor; luego esperanza
Las dudas vuelve y los respetos lanza.
Al templo á poco entrambas se dirigen.
Conforme al rito de fenicio origen,
Á Febo ofrecen, Céres y Liéo
Recentales, y á Juno la primera,
Por quien su lazo afirma el himeneo.
Con ricos dones coronando el ara,
Dido, empero, hermosísima prepara
La sacra copa; riega su ligera
Mano el testuz de cándida novilla,
Adentro ya siguiendo la cuchilla,
Consulta las entrañas humeantes;
¡Necio vaticinar! ¡Ciegos amantes!
Aras no son ni votos de provecho:
Mientras llaga tenaz le mina el pecho,
Blanda llama le gasta esencia y vida.
Vaga Dido abrasándose, Demente
Discurrir la ciudad, cual cierva herida
Por tiro de un pastor rigidamente,
Entre los bosques de la verde Creta;
Que llano y cerros del Dictéo amado
Salva fugaz, y al misero costado

Adhiere fija la mortal saeta.
Por sus almenas, sin cesar rogado,
Y al regio alcázar al troyano lleva;
Ostenta su ciudad, su tío lujoso,
Y las riquezas que en su fuga trujo;
Empero hablando córtase. Renueva
Siempre el banquete al declinar del día;
Pide oír, y otra vez de Troya atiende
Los infortunios y del labio pende
Del narrador. Cuando en los cielos guía
Hacia los mares al sidéreo bando
Vencida luna, el sueño apadrinando,
Por la sala desierta, Enéas ido,
Ella desata el fervido gemido.
Siempre al ausente, ausente, escucha y mira,
En los cojines que oprimió ya se echa;
Ya al hijo, imagen suya, al seno estrecha,
¡A la improba pasión dulce mentira!
Cesan las torres de subir; de Marte
Deja la juventud los ejercicios;
Defensa al puerto, al muro baluarte
Van á faltar; á urgentes edificios
No se da fin. Las máquinas (del arte
Prodigio colosal) sobran. Empero
Como de Jove la consorte vea
Mengua tanta, dolor tan lastimero,
Estas voces dirige á Citeréa:
«¡Cierto, á la gloria tuya y del artero
Hijo tuyo altos méritos añades!
¡Vencida una mujer por dos deidades!
De mi noble Cartago cuántos celos
Desde luego tuviste era sabido:
Entre las dos no acabarán los duelos
Nunca? ¿No vale más de lo que haces
Que un himeneo, en fin, selle las paces?
Ya cuanto descaste has conseguido:
Arde en los huesos la infelice Dido.
Rija ambos pueblos, junta con la mía
Tu ley: mi tía de tu frío esposa;
Sus tios dote que á tu mano fia.»
A cuya oferta la ciprina diosa
Sagaz responde, conociendo el dolo,
Y que el reino de Italia intenta solo
Juno impedir, cediendo el africano:
«¡Quien tan demente que lidiar prenera
Contigo, ó tal propuesta oyera en vano?
Por mi parte, ¡ojalá posible fuera!
Empero dudo que agregarse en un
Las dos naciones, y en igual fortuna
Las dos coronas Júpiter lo quiera.
Eres su esposa; tuyo con el ruego
Vencer; procede; seguiré.»—«Cuidado
Mio será; mas oye desde luego»,
Contesta Juno, «lo que ya trazado
Tengo. Mañana, cuando en lumbré leve
La aurora, amaneciendo, el aire envuelva,
La amante Dido con Enéas debe
Salir á caza; al punto que en la selva
Internados estén, nublado horrendo
Lluvia y granizo arrojará, rompiendo
Con trueno aterrador; de noche oscura
Cercado el cielo, cada cual abrigo,
Huyendo, buscará por la espesura;
La misma gruta al príncipe troyano
Y á Dido ha de acoger; yo de antemano
Allí; si ya contar puedo contigo,
Himeneo vendrá mandado; quiero
Hacerla vuestra en lazo duradero.»
Concede Vénus con falaz sonrisa.
El alba en tanto apenas se divisa,
Quitando lustre al cándido lucero,
Cuando selecta juventud salvaba
Allá las puertas. No se olvida aljaba
Ni red, lanza ni dardo. Acuden fieles
Los jinetes Masilios; de lebreles
Sigue la tropa. De soberbia lleno,
El regio palafren, púrpura y oro
Luciendo, tasca el espumante freno.
Arriba Grandes, inclito decoro
Del trono, esperan; sale, en fin, lozana
De juventud, la bella soberana.
Clámide asiria, en pérsico bordado

Orlada, lleva; es oro su calzado;
 Oro flexible anuda su cabello;
 Oro y concha el carcaj, coge un zafiro
 Y oro de Ofir su túnica de Tiro.
 Los próceres de Troya, Ascanio bello,
 Y en hermosura y gentileza solo,
 Al frente de ellos la acompaña Eneas.
 Tal de Xanto en las márgenes Ideas
 Su gallarda belleza ostenta Apolo,
 O ledo torna á la materna Delo,
 Acostumbrado á que su altar incienso
 El Agatirso, el Dríope, el Cretense,
 Y con rítmico pié batan el suelo.
 O de Licia los campos hibernos
 Deja, y de Cinto por la falda amena
 Ya discurre; el carcaj al hombro suena,
 Y el lauro cerca los undantes rizos.
 Tal se ostentaba hermoso el Frigio claro.
 A los altos llegando y breñas duras,
 De los brutos recónditos amparo,
 Un súbito tropel ya de monteses
 Cabras se precipita á las honduras;
 Ya de ciervos allá vagan cuadrillas,
 Que al río en polvo esconden las orillas,
 Ó van veloces á arrollar las mieses;
 Gózase Ascanio en su corcel ligero,
 Aquí y allí persigue sin reposo;
 Ver que se lance prefiriera, empero,
 Rojo león ó jabalí cerdoso.

El cielo en tanto con bramante estruendo
 Truena, y torrentes un nublado horrendo
 Arroja; tirios, frigios y el precioso
 Nictó de Vénus huyen cada uno
 Procurando un abrigo el más cercano.

La misma gruta el príncipe troiano
 Y Dido entran. Dan la Tierra y Juno
 La señal..... Lumbre el éter al liviano
 Himeneo tristesima le presta.

Las ninfas por el monte ágrío alarido
 Mandan. ¡Día infeliz! ¡Hora funesta!
 No la sujeta ni razón ni fama
 Ya; su insana pasión no esconde Dido,
 Y la culpa su voz consorcio llama.

De Libia entónces por los pueblos vuela
 La Fama, el más veloce de los males
 Á quien la fuerza andando se acrecienta;
 Medrosa, á los principios se cautela,
 Rumbos despues tentando desiguales,
 Toca el suelo su pié, nubes su frente.
 Digna hermana de Encélado y de Ceo,
 La tierra la engendró con el deseo
 De venganza. Ave monstruo, tantos tiene
 Cuantas plumas, oídos, vigilantes
 Ojos, bocas y lenguas incansables,
 E igual velocidad en piés y alas.
 Por la noche, sin sueño, oculta viene;
 De día invade concurridas salas
 Ó altas almenas, y de allí, de espanto
 Tal vez llenando las ciudades, vierte
 Duelos y glorias de la misma suerte.

En decir lo que ha sido y que no ha sido
 Gozándose, contábales, al tanto,
 A aquellas gentes la ominosa dea
 De un frigio Eneas á Africa venido,
 A quien tributa sus halagos Dido;
 Y, olvidado el reinar, sólo se emplea
 El largo invierno en regalados goces.
 A Yarbás llegan las punzantes voces.

De Jove Ammon y de una ninfa, al suelo
 Robada de los fieros Garamantes,
 Hijo este rey, con poderoso celo
 Cien templos á su padre alzó gigantes.
 Grato el fuego á los dioses, noche y día
 En las aras magníficas ardía:
 Los suelos riega en pingües sacrificios,
 De flores con guirlandas liberales
 Los pórticos adorna y frontispicios;
 El cual, enfurecido á nuevas tales,
 Al cielo alzadas las devotas manos,
 De los altares ante el sacro fuego,
 A Júpiter así dirige el ruego:
 «Júpiter fuerte, á quien vistoso culto

Báquico dan tus fieles Mauritanos,
 ¿Esto permites? ¿Son estruendos vanos,
 Á la ofensa no amagan y al insulto
 Tus rayos, cuando tronador aterras?
 Una mujer errante á nuestras sierras
 Arriba; algún espacio que cultive
 Y funde una ciudad, á expensa poca,
 Por la orilla del mar de mí recibe;
 Sujeta siempre á mi dominio, y loca
 Desprecia, al fin, el cetro que la brindo,
 Y me antepone otro Dardanio lindo.
 ¡Que el nuevo París, con su lidia toca
 Y perfumado bozo, así me robe!
 ¡Y soy tu hijo, poderoso Jove!»

Oye el Rey de los dioses, y la vista
 Vuelta hácia aquellos débiles amantes,
 Tan otros hoy de lo que fueron ántes:
 «Solicito los céfiro alista,
 Hijo, á Mercurio dícele, y dirige
 Para Cartago el vuelo, adonde Eneas
 Olvida, en ocio vil altas ideas;
 Parte, y palabras que en su mente fije
 Véle á llevar. Concepto diferente
 Formaba y diónos de él su madre bella;
 Para otro fin, una y dos veces, ella
 Del griego acero le libró. Valiente
 Sangre de Téucro, ¡él era quien debía
 Regir á Italia belicosa y pia!
 Fundar un pueblo que imperase al orbe!...
 Si otra atención su pensamiento absorbe,
 Y por sí gloria tanta no le mueve,
 ¡Al hijo suyo defraudarle debe
 De ella y de Roma? ¿Qué medita? ¿Espera
 De enemigos favor? Vuelva al dominio
 Que en él se libra el ánimo; requiera
 Su estado ausonio y vínculo lavinio.
 Parta sin más demora: esto pronuncio;
 Sé de mi voluntad rígido anuncio.»

Dijo: á su regio padre el mensajero
 Dios obediente, cálzase ligero
 Los talaros aligeros que, ora
 Por cima al suelo si á la mar se muevan,
 Cual relámpago, rápido le llevan.
 La vara luégo empuña voladora,
 Que ánimas leves trae del Averno;
 Otras le manda á descansar eterno;
 Quita el sueño y lo da; fácil ahuyenta
 Los vientos, ó disuelve la tormenta.
 Vuela y pronto descubre el agrio Atlante;
 Atlante, que azotar continuamente
 Ve de lluviosas ráfagas su frente
 Pinifera, ciñéndola constante
 Nube invernal; encima estriba el cielo;
 Cubre nieve sus hombros densa, y mana
 Ríos; su añosa barba escarcha el hielo.
 El hijo, aquí, de Maya (era su abuelo
 Materno, pues, el monte) un breve instante
 Para. Ya sigue, y cual su vuelo allana
 Á ras del agua el ave pescadora,
 Deslízase entre cielo y tierra ahora,
 Y salva el dios las líbicas arenas.

Luégo, el alado pié sentado apenas
 En la nueva ciudad, por ella advierte
 Fundando techos el troiano fuerte.
 De nácar es el puño de su espada,
 Pende á sus hombros clámide bordada
 En oro, de la Reina obra y presente.
 Llega el nuncio y le dice estas palabras:
 «¡Luego, cartagines marido, labras
 Esta ciudad! Empresa diferente,
 Que olvidas ciego, era la tuya. El mismo
 Rey de tierras y cielo á tí me envía.
 ¿Qué intento aquí te empeña todavía?
 ¿Qué esperas? Si tal es el parasismo,
 Que ya tu propia gloria no te mueve,
 La de tu sangre considera; el tierno
 Ascanio, á quien el ítalo gobierno,
 Roma y el suelo hespérico se debe.»
 Dicho lo cual, negándose al sentido,
 El núnmen se incorpora al aire leve.
 Eneas enmudece estremecido,
 Todo en la frente se le eriza el pelo;

Aviso tanto que le envía el cielo
 Pasma su corazón. La tierra (cara
 Todavía) dejar al punto ansuára.
 Mas ¡ay! ¿Cómo? ¿En qué voces á la amante
 Reina decir!..... ¿Dónde empezar!..... ¿Qué instante
 Escoger!..... Ya un arbitrio, ya otro piensa,
 Y la mente entre mil vaga suspensa.
 Lo que decide al fin dispone presto;
 A Mnesteo, á Cloantes y á Segesto
 Manda llamar, y les revela todo:
 La flota habilitar tácitamente,
 Que estén prontas las armas y la gente
 A ellos encarga, y la intencion se calle.
 El, entre tanto, coyuntura y modo
 De aplacar á la Reina acaso halla;
 ¡Amantísima Dido, bien ajena
 De que se rompa su feliz cadena!
 Pártense, y en el cargo que le cupo,
 Cada cual de los tres gustoso ordena:
 Harto pronto la Reina (¿quién aspira
 Una amante á engañar?) su daño supo;
 Ella, que ya temiera sin motivo,
 Tuvo luz al primer preparativo.
 Hay ya rumores de zarpar. En ira
 Arde feroz, las calles, semejante,
 Atraviesa, á la férvida Bacante,
 Cuando á la orgía trienal su turno
 Llegó, llamada al excitante rito
 De Citeron por el clamor nocturno.

Con Enéas se encara al fin: «¡Delito
 Tanto ocultar, oh pérfido, creíste!
 ¡De oculto huir!..... ¿Y no te detenía
 Nuestro amor, ni la fe jurada un día,
 Ni Dido muerta y su agonía triste?
 ¡El invierno y los fieros aquilones
 Arrostrar engolfándote dispones,
 Críel! Si el rumbo aún no dirigieras
 A incógnitas orillas extranjeras,
 Si Troya fuese, ¿á Troya, por ventura,
 Iríase con mar tan mal segura?
 ¡Huyes de mí!..... Por este llanto, esta
 Mano tuya, por tí (puesto que nada
 Me dejó mío mi pasión funesta),
 Por vuestras dichas, por la unión gozada,
 Himeneo de amor; si cupo, á suerte,
 Que en algo te merezca agradecido,
 O si alguna afición pude deberte;
 De mí, de tanta perdición te pido
 Que te lastimes. Si es que á dicha acierto
 El ruego, y cabe aún, muda de intento.
 Por tí mi pueblo me aborrece, guerra
 Me amenazan los reyes de esta tierra,
 Por tu causa. Pudor y miramiento,
 Y fama que á las auras me subía,
 Por tí perdido todo. ¡Ay! ¿á qué suerte
 Me dejarías próxima á mi muerte?
 Huésped, nombre que solo todavía
 Del de esposo ha quedado, ¿qué me queda
 Que esperar? ¿En mi régia (1) hórrido estrago,
 Cuando Pigmalion cumpla el amago,
 O ya cautiva á su Getúlia pueda
 Yarbás llevar la reina de Cartago?
 ¡Siquiera, si, antes de tu marcha, alguna
 Prenda de tí debiese á mi fortuna!
 Un tiernuzuelo Enéas, que jugará
 En mi claustro (2), del padre imagen cara,
 Acaso abandonada enteramente
 No me creyera.» Cesa: él, en la mente
 Siempre el mandato de los dioses fijo,
 Mirando al suelo, con fatiga dijo:
 «Reina, jamás lo mucho que te debo
 Podré negar, ni dudará remisa
 Mi gratitud; mientras alumbre Febo,

Mientras me lata el corazón que llevo,
 Con tierno amor me acordaré de Elisa.
 Vengo á los cargos. Nunca abandonára
 Yo tus dominios, ni de mí lo creas,
 Furtivo; libre sí: nunca del ara
 Nupcial que ardiesen presumi las teas.
 Si hubiesen permitidome los hados
 A mi arbitrio vivir, y mis cuidados
 Tratar, á Troya, á sus reliquias pío
 Sólo atendiera allí: Pérgamo fuera;
 Tuviera otra Ilion el pueblo mío.
 Italia, pronunció la voz severa
 De Apolo y del oráculo de Licia;
 Italia sola debe mi codicia,
 Mi amor y patria ser. Si á tí consuelo
 Te ha dado esta ciudad, y tú, fenicia,
 Un reino fundas en el libio suelo,
 ¡Envidiarás á la troyana gente
 Que busque un suelo, donde al fin asiente,
 En extraña region? Siempre que viste
 La noche al mundo de su luto triste,
 Mi padre Anquises, enojada sombra,
 Mi pecho angustia al paso que me asombra.
 Ni de la idea se me aparta el caro
 Objeto, el hijo á quien me dice claro
 Que agravio, y su acordada herencia impido.
 Hoy el nuncio de Júpiter (lo juro
 Por los dos), de él mandado, el éter puro
 Surcando, me ha su voluntad traído;
 Luminoso le vi salvar el muro
 Yo mismo, entró su voz mi propio oído.
 No agravies con las quejas el quebranto
 Mío y el tuyo, á Italia no me lleva
 Mi voluntad.» Exasperada, en cuanto
 Cesó, rompe ella así con furia nueva:

«Ni una diosa tu madre, ni ha podido
 Ser tu sangre de Dárdano; nacido,
 Sí, del Cáucaso horrendo, á tigre fiera,
 Feroz mamaste los odiosos pechos.
 ¿A qué disimular? ¿O ver se espera
 Que pase á más en los indignos hechos?
 ¿Dio á mí llanto una lágrima? ¿Un instante
 Se enterneció? ¿De una infeliz amante
 Lástima tuvo? ¿La miró siquiera?
 ¿Qué más decir? Entiende que mi diosa,
 La gran Saturnia y Júpiter divino,
 Detestan ambos tu perfidia odiosa;
 ¿De quién fiar? Al naufrago mezquino
 Acojo y doy dominio en mis estados,
 Necia; su flota y súbditos salvados
 Por mí se ven, á mole insana. Ahora
 Tenemos los oráculos de Apolo
 Y los de Licia, Anquises á deshora;
 De Jove mismo el nuncio y mensajero
 Por las auras venido, apremiadora
 Orden á dar. No hay duda; ¡de esto sólo
 Se ocuparán los dioses!..... Ya no quiero
 Yo detenerte; vé, corre los mares;
 Busca esa Italia, donde un reino esperas;
 Mas si algo las deidades justicieras
 Pueden, cuando más próspero bogares,
 En escondido escollo de repente
 Te estrellarás; y moribundo, *Dido*
 Dirá tu voz. La temblarás ausente,
 Armada contra tí con hacha ardiente.
 Y cuando, del llagado pecho ido
 Sea calor y espíritu, de espanto
 A tu lado mi sombra, donde quiera,
 Te llenará. De tanta ofensa, tanto
 Castigo sea el galardón que ganes,
 Y yo saberlo aliviará mis manes.
 Esto dicho, partiéndose, no espera
 Contestación; dejándose en el pecho
 A Enéas voces y amargor. Del día
 Huye la luz, y en cámara sombría
 La alza la servidumbre á blando lecho.

Se angustia Enéas, que en el pecho siente
 Amor cuanto piedad. Anhelante
 Consolar h llagüño á la doliente;
 Empero, á los preceptos obediente
 Del cielo, acude á revistar su flota.
 Su voz dirige, alienta y apresura:

(1) Régia; palabra latina que significa *mansion Real, corte, reino*, etc. Aquí se refiere indudablemente á la ciudad de Cartago. Virgilio dice así:

*¿Quid moror? an mea Pygmalion dum mania frater
 Destruat?*

(Nota del Colector.)

(2) Claustro. MAURY usa aquí este vocablo en la acepción anticuada de *cámara*. (Id.)

Ya la nave encallada al mar se bota,
Remos verdes, maderos sin hechura
Se traen de la selva, en la premura
De partir. Bajan de cualquier manera.
Los troyanos del pueblo á la ribera.
Tal bulle en torno de un montón de espigas,
Colonia audaz de pródigas hormigas,
De donde á su almacén lleven el grano
Para el invierno, anhelo del verano:
Va por sus vías en hilera larga
La tropa negra con la breve carga,
Paran algunas á ayudarse, y prisa
Le dan algunas á la que es remisa.
Todo es actividad. ¡Qué suerte amargal
¡Cuáles, Dido infeliz, son tus enojos,
Desde tu alcázar el confuso estruendo,
Que al de las olas se mezclaba, oyendo;
El tráfigo fatal viendo tus ojos?
¡A cuánto obligas, oh pasión tirana!
Al llanto y ruego recurrir medita
De nuevo, á más humillación se allana,
Porque antes de morir nada se omite.
«¡Ves ese odioso movimiento, hermana,
Dice á la suya, en la marina y puerto,
De Frigios todo en rededor cubierto?
Ya ponen á los mástiles coronas,
Ya al viento llaman las tendidas lonas.
De haber podido trance tan funesto
Prever, lo llevaría. Sólo esto
Haz, hermana, por mí; sola conoces
Su mente, y para el pecho de diamante
Trámites blandos y adecuadas voces;
De tí solía confiar bastante:
Ve rogadora al huésped arrogante.
Yo no juré con el airado griego
A Troya debelar á sangre y fuego
En Aulis; contra Pérgamo navios
No envié; no de Anquises venerando
La tumba profané. ¡Por qué negando
Se está licencia á los acentos míos?
¡Por qué la prisa? Esta merced postrera
Haga á una amante mísera siquiera:
Aura próspera aguarda y fácil ida.
No ya consorcio ni la fe vendida
Invocaré, ni que renuncie pido
Al Lacio ameno y reino prometido:
¡Tiempo, respiro en que posible sea
A mi desgracia acomodar la idea!
¡Última esa merced! De mí te apiada:
Yo con morir la dejaré pagada.»
Así rogaba, y llantos y gemidos
Una vez y otra vez llorosa lleva
La dulce Ana, sin que nada mueva.
Se opone el Hado. Al Héroe los oídos
Piadosos cierra un Dios. No de otra suerte
A un roble antiguo, por los años fuerte,
Batiéndole á porfía alpinos vientos,
Pugnan por arrancar: de hojas sembrada
Deja la tierra; cruje; empero á nada
Cede, aferrado el tronco á los cimientos;
Que su raíz al Orco se aproxima
Cuanto á los cielos se acercó la cima.
Al héroe así los llantos y lamentos
Combatieron el pecho inútilmente:
Su intento guarda la inturbada mente.
Entónces sí que Dido desdichada
Todo el rigor de su infortunio siente:
Morir quiere no más; mirar le enfada
Al cielo; y, porque mal á mal se añada,
Ha visto al ofrecer ¡horrendo caso!
Un sacrificio, derramar el vaso
Negra la leche, y convertirse el vino
En sangre: visto solo esto por ella,
Y aún para con su hermana el labio sella.
A sus estrados ademas vecino
Hay un recinto que á su muerto esposo
Consagró y orna en culto religioso
Con ramos verdes y albo vellocino.
De allí su voz oír se le figura
Llamarla triste entre la sombra oscura.
De su palacio tiene por costumbre
Ya un buho flébil visitar la cumbre,

De donde vierte fúnebre gemido.
Atérranla presagios de otros días;
Y el mismo Enéas fiero, aparecido
En sueños siempre. Que, dejada, erra
Sola imagina, y por ignotas vías
Busca á sus tirios en desnuda tierra.
Tal un tropel de Euménides implas
Y dos soles, y Tébas duplicadas
Pentéo ve; tal, lamentable ejemplo,
Oréste, de su madre, huyendo al templo,
Da con las Furias al umbral sentadas.
Vencida del dolor, el pecho todo
Al furor entregado, y decidido
Morir, consigo acuerda el tiempo y modo.
Mas de esperanza con serena frente
Color dando al despecho, á la doliente
Ana le dice así la triste Dido:
«Hallé, hermana, camino, albricias dame
De dejarle de amar ó que él me ame.
» De Océano á los términos, que Apolo
Trata en su ocaso, y á Etiópia junto,
Do afirma Atlante el refulgente polo,
Se encuentra de la tierra un breve punto,
Fatídica mansion. Es donde mora
La gran sacerdotisa, en otra era,
Del hespérico templo celadora.
Ella daba al dragon su pasto, y era
Quien cultivaba el árbol do cogía
Líquida miel y helada adormidera.
Ésta ha venido aquí, de un fiel Masilio
Traída, á darme su potente auxilio.
Pues á las almas, á su arbitrio, envía
Los duelos tristes ó los lanza de ellas;
Los ríos pára, apaga las estrellas,
Manda en los manes. Tú verás su canto
Cómo arranca los árboles, y en tanto
Bajo su planta retremblar el suelo.
Por las deidades y por tí lo juro:
¡Oh dulce hermana! rentiente apelo
A artes mágicas. Tú callada erige,
En aula interna y despejado techo,
Ancha pira: las armas del perjurio
Dejadas en mi cámara, y el lecho
¡Ay! donde me perdí, cuanto ha quedado
De él encima pondrás. Así lo exige
La alta sacerdotisa, y manda el Hado
Destruir cuanto fué de aquel malvado.»
Pálida al sumo habló; sospecha empero
No cupo en Ana del designio fiero
Que encubría, de azar más riguroso
Que la ocasión del inmolado esposo.
Con celo al tanto el cargo desempeña.
Al aire en lo interior la pira alzada,
Hecha de hachones y breosa leña,
Con guirlandas la Reina y con letales
Ramas la estancia autorizó: la espada,
La imagen de él sobre la pira pone,
Sin olvidar que ofrenda la corone.
Nuncias la cercan aras funerales,
Suelta la crin desordenada al viento,
Truena el acento en la tremenda boca
De la sacerdotisa; hórrida invoca
Númenes del terror tres veces ciento,
Y Erebo y Cáos, y la triple Dea.
Hierbas despues para el conjuro emplea
Nuevas, segadas en menguante luna,
En cuyo negro zumo está la muerte.
Sobre ellas agua del Averno vierte,
Y consiguió que al mixto se reuna
Excrecencia extirpada de la frente
De un potro nuevo. La infeliz doliente,
Descalzo un pié, la veste descénida,
Ante las aras, en las pías manos
La oblacion, á los dioses soberanos
Impetra; y si hay alguno que no pierda
Fiel la memoria de la fe vendida,
Pide que vengador de ella se acuerde.
Era la noche: en medio de su giro
Los astros á los débiles humanos
Sueño sabroso y plácido respiro
Traían de fatigas y pesares:
Sosegadas las selvas y los mares,

Dormidos los ganados, y las gayas
Aves, ya al seno de tupidas hayas,
Ya cabe lagos, ya entre zarza ruda:
Todo era paz bajo la noche muda.
Mas no Dido infeliz duerme en su lecho:
Sueño para los ojos, para el pecho
Calma no hay. Repiten las fatigas,
El fuego, y destemplanzas enemigas
Su desdicha revuelve así consigo:
«¿Qué hacer? ¿Iré, ludibrio de las gentes,
A requerir antiguos pretendientes?
¿Del Getulio, del Nómada, mendigo
Consortio tantas veces desdiciado,
O de los frigios el benigno agrado
Solicito en sus naves y le pido,
Por saberlos de pecho agradecido?
¿Me admitirían las soberbias naves?
Y si lo hicieran, crédula, ¿no sabes
Cuál trasmitió la fraude y la perfidia
Laomedonte á su progenie lidia?
Sin eso, ¿cómo ir? ¿Sola, y que sea
De ellos séquito yo! ¿Vendrán los tirios,
O la corte no más que me rodea?
Ellos, que de Sidon saqué violentos,
¿De nuevo han de querer, por mis delirios,
Correr el mares y arrostrar los vientos?
Muere, pues, cual mercedes; tus tormentos
Más remedio no tienen. ¡Ay, conmigo
Demasiado piadosa, hermana triste,
Estos males primero tú me hiciste,
Y entregaste á mi bárbaro enemigo!
¿Inocencia no pudo el himeneo
Consentir!!! ¿No la fe tan prometida
Guardase á las cenizas de Siquéo!.....»
Se exhala así la queja de la herida.
En tanto Enéas, en la popa alzada,
Seguro de partir, al sueño blando
Cedia, en todo providencia dada.

Del modo mismo otra vision, soñando,
Tiene, y lo mismo le amonesta: en nada
El rostro al de Mercurio es diferente,
Cabello y voz y juventud luciente.
«Hijo de Vénus, ¿entregarte, dice,
Al sueño puedes en peligros tales?
¿Sabes que intentos para ti fatales
En su mente revuelve la infelice,
Decidida á morir? ¿Y desperdicias
Las auras que oyes susurrar propicias!
Huye veloz mientras te da que huyas;
No tardarás en ver de naves suyas,
Teas é incendio horrible el mar cubierto,
Si la aurora te alumbrá hoy en el puerto.
¡Ea, pues, á partir! vária y mudable
Es la mujer.» El núnen, sin que hable
Más, se oscurece en el vapor sombrío.
Palpitante despierta el jefe pio.
Llama, y los suyos anhelante activa.
«A las velas, amigos, á los remos;
Levad las anclas ó cortad los cables;
Así lo mandan órdenes de arriba:
¿Dios, quien quiera que fuiste, obedecemos!
Astros al cielo envía favorables,
Y ledo acude tú.» Dijo, y sacando
La espada régia, el cañamo torcido
Troncha: todo es ardor el frígido bando.
Arrancan, rompen. De la playa huido
Ya prestos han: la flota el golfo abrumba,
Y boga fácil levantando espuma.

Aire y tierras la aurora en luz recama,
Dejándole á Títon el áurea cama.
A la primer vislumbre había al puerto
Dido mirado, y viéndole desierto,
Y allá las naves navegando ledas,
Tres, cuatro veces con su mano el bello
Pecho maltrata, arráncase el cabello:
«¡Es ido..... huye! ¡oh Júpiter, que puedas
Tal consentir! exclama. ¡Un vil, un vago
Burlar así la Reina de Cartago!
¿Y no se precipitan ya los mios
De la ciudad! ¿No lanzan mis navios
En pos! Armarse, mis fenicios; luégo
Remos y velas requerir, y fuego

Que incendie atroz. ¿Qué digo, y dónde, insana,
Estoy? Tu error, Dido infeliz, tocando
Ahora: entónces lo debieras, cuando
Cedias la grandeza soberana.

¿Y ése á su padre en hombros ha llevado,
Y que lleva á sus dioses de él se dice?
¿Y es su lealtad para conmigo ésa!
¿Y de su cuerpo trozos no he mandado
Hacer y al mar tirarlos! ¡No los hice
De su Ascanio y servirlos á su mesa!
¿Hubiera sido peligrosa empresa?
Y que lo fuere: ¿en qué temor repara
Quien va á morir? Sus naves sumergiera;
Sus tiendas incendiara; exterminara
Al hijo, al padre y á la raza entera,
Y sobre ellos gustosa pereciera.
¡Oh sol, que todo con tu antorcha clara
Lo alumbras! ¡Noble hija de Saturno,
Que mis agravios ves! Hécate muda,
Que por sus plazas con pavor saluda
De las ciudades el clamor nocturno;
Diosas del Orco, Furias vengadoras,
Númcenes todos de la triste Dido
Moribunda, atended, y el merecido
Pago al inicuo dad; las frígias proras,
Si es fuerza, arriben á segura playa,
Si así lo quieren Júpiter y el Hado;
Que por un pueblo bélico asaltado,
De Ascanio léjos, prófugo, no haya
Quien le socorra; de los suyos vea
Matanza atroz. Si, á suerte, se resigna
A los conciertos de una paz indigna,
Nunca disfrute el reino que desca,
Sino que muera en su verano luégo,
Y en lecho vil le dejen insepulto.
Esto pido, este exhalo último ruego
Con el aura vital. Tirios, hermanos,
Odio jurad á los de Troya ciegos;
Mi feudo sea y de mis manes culto;
No haya paz, no haya acuerdo, ó queden vanos.
Sal de mis huesos, vengador ingente,
Que á fuego y sangre á la dardánia gente
Allá persigas, do cabrá, doquiera;
Opuestos mar á mar, playa á ribera,
Pido, arma al arma, esos conciertos traten;
Entónces, sin cesar, eternamente,
Niet s de nietos entre sí se maten.»

Dijo, y aquí resuelve en qué manera
Sin tardanza dejar la vida odiosa,
Llamando á Bárces, ama de Siquéo
(Cubre á la suya en Tir la fria losa).
«Ama buena, le dice, este recado
Lleva á mi hermana; díla que deseo
Se purifique en la auspicada fuente,
Y habilite las reses, cual mandado
Por la sacerdotisa ha sido. Vénite,
La sien ceñida del listón sagrado.
A Jove Estigio el sacrificio luégo
Quiero hacer entablado ántes; á cuanto
Del Dardánida fué pegarle fuego,
Y fin así poner á mi quebranto.»

Va la anciana á su cargo, y nada advierte,
Dido, espantada de su propio intento,
Descompuesta, el mirar sanguinolento,
La palidez de la cercana muerte
En la mejilla trémula, internada
¡Ay! ya en la estancia fúnebre, á la pira
Sube, desnuda la ominosa espada,
Presente suyo en otro fin; la mira;
Mira de Enéas los demas despojos;
Al que tálamo fué vueltos los ojos
Después, suspende el llanto y la congoja,
Y de golpe al fatal lecho se arroja.
Voces, á poco, blandas profería:
«Dulces prendas, el tiempo que los hados
Quisieron, recibid esta alma mía,
Y libertadme al fin de estos cuidados.
Vivi: cuan léjos diérame que ande
Fortuna, la carrera anduve, y grande
Mi sombra al Lete bajará. Preclara
Ciudad fundé; vengué mi esposo muerto,
¡Feliz, oh cuánto, si jamás á puerto

Libio bajel dardánico llegará!»
 Pegando el rostro contra el lecho : « ¡Al cabo
 Sin venganza morir!!! Muera, que muera,
 Basta; así, pues, así, contenta acabo.
 Desde la popa infiel, del sacrificio
 Este vea humar la ardiente hoguera
 El fiero, y siga bajo tal auspicio.»

Venla caer, entrando, sus criadas,
 El acero sangriento, ensangrentadas
 Las manos. El clamor sube á los cielos,
 Llena la régia el eco de los duelos
 Femeniles; el pueblo se alborota,
 Como si en la ciudad bárbara flota
 Lanzase huestes, cúpulas y casas,
 Torres y templos reduciendo á brasas.
 A la impia nueva cae sin sentido
 Ana primero, ahora el dolorido
 Pecho y el rostro con sus manos hiere,
 Y por medio al bullicio atropellando,
 Se queja tierna á la infeliz que muere :
 « ¡Con que, así me engañaste, hermana! ¡Cuando
 Una pira quisiste, era por esto!
 ¡Y entretenerme, y darme cargos era
 Para alejarme de tu fin funesto!
 ¡Y á tu hermana leal por compañera
 No quisiste! Segará entrambas vidas
 Un mismo filo y nos dejará unidas.
 ¡Críel! Con inmolarte has inmolado
 A tu hermana, á los tuyos y al Estado.
 Aguas me dad para la herida; á suerte
 Si queda un débil hálito, lo quiero
 Aspirar, disputándolo á la muerte.»

Las gradas superó su pié ligero,
 Contra su pecho á la espirante hermana
 Estrecha, ahogada en llanto; de la herida
 La sangre hirviendo en atajar se afana,
 Y su túnica enjuga la vertida.

Los graves ojos Dido abrí procura,
 Y se han vuelto á cerrar; su vida apura,
 Siempre hirviendo la llaga en sangre nueva,
 Tres veces en un brazo alzarse prueba,
 Tres se derriba en el cojín. Del cielo,
 Con vista vaga entre afanoso velo,
 Busca la luz, y al encontrarla gime.

Compadecida omnipotente Juno
 De la congoja que aquella alma oprime,
 Y difícil morir, á Iríde envía;
 Pues no muriendo por decreto alguno,
 Sino por sí y una pasión funesta,
 El cabello fatal suyo no había
 Proserpina cortado todavía,
 Y asignádola al Orco. Iríde presta,
 Mil colores luciendo al sol opuesta,
 Bate las alas húmidas y encima
 De la cabeza párase : « ¡El mandato
 Cumplo que aguarda Dite, ejecutora
 Celeste, y de ese cuerpo te desato!»

Dijo, el cabello corta, y se sublima
 Leve á su Olimpo. Ido el calor, ahora
 La vida por las auras se evapora.

DIDO.

EPÍLOGO.

Después que, en juegos que la Frigia usa,
 Han por Anquises funerarias honras
 Ilustrado los campos de Aretusa,
 Y, otra vez á las órdenes celestes
 Sumiso, se apartó del rey Accstes,
 Al fin ya Enéas cesa las espumas
 De surcar, y el ansiado suelo pisa
 En las arenas de la ausonia Cúmas.

Solicito á la gran sacerdotisa
 Acude, á quien Apolo en bosque sacro
 Dió custodiar su noble simulacro,
 Y la Juno infernal la tierra entorno,
 Lindero extenso del tartáreo Aórn.

« Ves á Enéas troyano, hijo de Anquises,
 Que pide ¡oh virgen! dícele, tu amparo,
 Mi pío ruego favorable atiende :
 Puesto que están las puertas y la vía

Aquí por donde al Orco se descende,
 Dame que vaya hasta mi padre caro,
 Tú lo puedes, y ser mi fausta guía,
 ¡ Oh virgen ! á quien Hécate confía
 Esta región : el mismo que viniera
 Á ti mandado me dejó y espera.
 Yo de mi suerte conocer arcanos,
 Y á mis futuros inclitos romanos,
 Entre las sombras que en bosquejo admite
 Anticipadas el umbral de Dite.

» ¡ Oh de los dioses hijo ! la Sibila
 Responde, alto Dardánida, al Averno
 Es obra fácil descender, abiertas
 Perennemente las fatales puertas
 Deja de Cérces el temido yerno.
 Pero volver atrás y el áurea lumbré
 Gozar de nuevo, ése el empeño, ésa
 Es, príncipe troyano, la ardua empresa.
 Pocos, también progenie de los dioses,
 Que Júpiter amó, y al cielo alzaba
 Grande valor, pudieron. Si tanto
 Fué, como quiera, lícito que oses ;
 Si dos veces el suelo del espanto
 Y estíguas aguas á tratar naciste,
 Oye lo que ántes cumple hacer. Existe
 Un ramo en la espesura de este valle,
 Cuyo vástago es oro, oro las hojas :
 Fué concedido sólo á quien le halle,
 Y suyo le haga, el ámbito profundo
 Atravesar del subterráneo mundo.
 Esta ofrenda Proserpina reclama :
 Arrancado, otro igual brota la rama.
 Béscale, pues, y cógele. Del Hado,
 Si verdaderamente eres llamado,
 Con tu mano se irá dócil ; empero,
 De lo contrario, no presumas ceda
 Á esfuerzo de hombre ni poder de acero.»

Dijo. Enéas bajar, vertiendo aromas,
 Del cielo ve dos cándidas palomas,
 Que ser las de su madre reconoce :
 « ¡ Oh Diva ! exclama, acúdeme, y do sabes
 Que es mi ocasión, diríjanme tus aves.»
 Ellas, apenas han tocado el suelo,
 De nuevo se alzan, y de vuelo en vuelo,
 Sin alejarse nunca demasiado,
 Porque de vista no las pierda, paran,
 Posando, al fin, sobre el paraje ansiado.
 Espesa copa que derrama umbría
 Noche en el árbol : como quiera, el oro
 Entre la opacidad se traslucía.
 Suyo hizo Enéas el feliz tesoro.
 Con la Sibila entónces adelanta
 Hacia el Estigio la resuelta planta ;
 Oposición el rígido barquero
 En balde intenta, y el feroz Cerbero ;
 El héroe allana la mansion de Pluto.

Oye, á la entrada, débiles gemidos
 Ya trascender por el eterno luto :
 Son vírgenes, son jóvenes venidos
 Sin culpa, ó propio acuerdo, á fin temprano,
 Gimen no lejos otros que la muerte
 Ciegos se dieron con su propia mano.
 ¡ Oh, cuál quisieran á la dura suerte
 Que acabaron, volver ! ¡ Anhelo vano !
 Siete veces los cerca el lago horrendo.

El paso Enéas más allá moviendo,
 Por los campos del lloro entra dolido,
 Donde de mirto obscuras alamedas
 Vagan las almas, en silencio triste,
 A quienes, impio amor, aquí trajiste,
 Sin que en la muerte calma les concedas.
 A Evadne y Fedra, Laodámia y Prócris
 Encuentra en esos pálidos caminos,
 Á Erifile enseñando las heridas
 De la mano de un hijo recibidas,
 Y á la consorte del severo Mínos.

Estos los campos son, postrer morada
 De angustia, adonde á Dido malhadada
 Predestinó su trágica fortuna.
 Cual entre nubes la naciente luna,
 Tal en la sombra de la selva errante,
 Descubre el héroe á su ofendida amante.

Y, acercándose, así, Dido infelice,
 Bañado el rostro en lágrimas le dice
 Con amorosa voz: «Nuncio seguro,
 ¡Ay! demasiado, refirió tu muerte;
 Y yo, ¡triste de mí! ¡la causa he sido!
 Por las deidades del Olimpo juro,
 Por las lumbreras del Empíreo, y cuanto
 Los manes tienen de solemue y santo,
 De tu reino, princesa, haber partido
 A mi pesar: las órdenes del cielo,
 Por quienes ando en la region del duelo,
 Del mismo modo me obligaron. Nunca
 Pude tampoco imaginar pendia
 Extremo tanto de la ausencia mía.
 Deten el paso; con rigor no quieras
 De tu vista privarme: las postreras
 Palabras van á ser éstas que el Hado
 Hablarte, amada sombra, me consiente.»
 Decía, de aplacarla esperanzado.
 Ella, sin que despeje el halagüeño
 Encarecer su desabrido ceño,
 Cual si grabado por cincel valiente
 De estatua hermosa en la marmórea frente,

Vueltos los ojos á otro lado, sólo
 Con la mano le indica adonde mire.
 Mira Enéas y ve ¡triste portento!
 Una figuracion de mausoleo,
 Sombra y verdad, ceniza y monumento:
 Una encendida pira, horrible hoguera,
 Y un lecho encima, en él atravesada
 Su misma amante con su propia espada.
 Empero al lado, con mirada fiera,
 Un guerrero africano, en quien la rica
 Armadura denota el alta esfera,
 Otros dolores que advertir le indica.
 Del túmulo elocuente el ancho estrado
 Está, y el suelo más allá, sembrado
 De anillos de oro, y dice cada anillo
 Una cabeza de romano insigne.
 Uno entre mil pasados á cuchillo.
 Respaldando el vengado mausoleo,
 En haces forman cuádruple trofeo
 Boca abajo las águilas romanas,
 Y encima de estos bélicos despojos
 Graba una mano en caracteres rojos:
Tesino, Trévia, Trasimeno y Cúnas.



DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.⁽¹⁾

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DE DON NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

(*El Museo Universal*, 1857.)

Decía QUINTANA en el año 1813 al ilustre Cienfuegos, muerto pocos años antes :

«Nada importa que el mármol del sepulcro le tenga ya separado de la region de los vivientes.

¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimacion que unen entre sí á los hombres?»

Estas palabras deben ser repetidas ahora por los que, como nosotros, tenemos el sentimiento de anunciar el término de la vida del más esclarecido discípulo de Melendez.

Para QUINTANA habia llegado, en efecto, la época de la posteridad aún antes que la muerte le arrebatára de entre nosotros. Anciano de más de ochenta años, hacia ya tiempo que habia dejado la pluma, con la cual se supo conquistar tantos laureles en España, en Europa y en América. Justamente celebrado de propios y extraños, calificadas sus obras entre las verdaderamente clásicas, proclamado como el patriarca y restaurador de la moderna literatura, como el cantor del patriotismo y de la virtud, como el Plutarco español, su muerte produce en nosotros el dolor natural del que ve desaparecer poco á poco los últimos representantes de una época gloriosa para nuestra patria; pero no añade nuevos quilates á la reputacion del grande hombre; no hace más que imprimir su sello indeleble en el diploma de inmortalidad que los contemporáneos le habian otorgado.

El cadáver de QUINTANA reposa ya en la noche del sepulcro, pero su genio vive y vivirá entre nosotros mientras dure la historia, mientras haya una literatura nacional, mientras existan corazones capaces de comprender, apreciar y admirar la belleza en sus manifestaciones diversas. No ha roto, pues, no ha podido romper la muerte los lazos que á él nos unian. En su dilatada vida, consagrada al servicio de su patria, se ha conquistado un puesto entre los claros varones, cuya historia dejó escrita con esos rasgos indelebles que sólo nacen del que es capaz de sentir, comprender y ejecutar lo que describe.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA nació en Madrid, en 11 de Abril de 1772, é hizo sus estudios de humanidades, primero en Córdoba y despues en Salamanca. Tuvo por maestros al insigne poeta Melendez Valdes, á don Pedro Estala y al erudito y esclarecido escritor Jovellanos (2).

Dióse á conocer la índole de su genio, tanto en los escritos poéticos, como en los históricos y políticos, todos marcados con el sello de un ardiente patriotismo, de un intenso amor á la virtud

(1) En el tomo XIX de la BIBLIOTECA se publicaron las *Obras completas* de QUINTANA. A pesar de llamarse *completa* esta coleccion, se omitieron en ella algunos escritos notables, en prosa y verso, sin razon literaria que alcance á explicarlo. Nos complacemos ahora en rendir un nuevo homenaje á aquel varon insigne, completando en la parte poética la coleccion de sus obras.

Casi todos los versos suprimidos en la mencionada coleccion han sido há poco reunidos y dados

á la estampa por los ilustrados editores señores Medina y Navarro, con una extensa y exacta biografía, hábilmente escrita por un sobrino del ilustre poeta, y un atinado juicio crítico, debido á la elegante pluma de nuestro amado compañero, el señor don Manuel Cañete. (*Nota del Colector.*)

(2) Estudió en la universidad de Salamanca, y fué colegial de *La Magdalena*, uno de los varios colegios menores que habia en aquella ciudad, donde se reunieron entónces esclarecidos ingenios. (*Id.*)

y á los altos hechos, y de un horror profundo á la tiranía y á la corrupcion (1). Teniendo á la vista en su primera juventud los ejemplos de una corte corrompida, sus primeros acentos casi puede decirse que fueron los de la indignacion; y ya se dirija á su amigo *Cienfuegos* convidándole á gozar de la vida del campo en versos llenos de imágenes dignas de Gésner, ya cante las glorias de *Padilla*, ya la *invencion de la imprenta*, ya el *combate de Trafalgar*, ya fije sus miradas en el *panteon del Escorial*, ya traiga á la memoria la restauracion de nuestra patria en su tragedia *Pelayo* (2), su voz robusta y enérgica trueno contra todo lo que ve inmoble, bajo, abyecto, en derredor de sí.

La invasion de 1808 enardeció aún más su patriotismo, y haciéndose intérprete de los sentimientos de que entónces se hallaban poseidos todos los españoles, llamó al combate y á la libertad á aquella raza que parecia degenerada, y que se levantó poderosa y gigante ante los ojos de la atónita Europa. Sus odas *A España despues de la revolucion de Marzo de 1808*, y su grito de guerra *contra los franceses* son la expresion más digna, más fiel y más sublime del espíritu que animaba entónces á nuestros padres. Incapaz de someterse á la tiranía el que habia conservado la independencia de su alma aún en medio del abatimiento general, revindicando en 1797 la memoria de *Padilla* despues de tres siglos de ultrajes, abandonó los puntos que los franceses ocupaban, y siguió á la Junta Central como oficial 1.º de sus oficinas, redactando las proclamas y los más célebres documentos de aquella época. No deseuidó, sin embargo, otros trabajos literarios (3), y ántes de terminar aquella lucha, escribió, por encargo de la Regencia, como secretario de la comision nombrada al efecto, un luminoso informe sobre los medios de arreglar la instruccion pública, en el cual se expusieron ideas de gran progreso para su tiempo, y que más tarde, en 1822, debian llevarse á cabo. Es notable tambien en este género el discurso que pronunció por encargo de la Direccion de Estudios al instalarse la Universidad Central; establecimiento que debia desaparecer á impulso de las vicisitudes políticas, en las cuales el mismo QUINTANA, atendidas sus ideas, no podia ménos de verse envuelto.

Pero la persecucion no entibió su fervor patriótico ni su amor á la verdad. Refugiado en Extremadura en 1825, escribió sobre los sucesos de la segunda época constitucional unas *Cartas á lord Holland*, que son un precioso monumento de gusto y de correccion literaria, así como de imparcialidad, de severidad y de verdad históricas.

Esta fué la última obra importante que de la pluma de nuestro autor ha visto la luz pública. Ella y las anteriores le habian conquistado demasiados laureles para que anhelase ceñirse otros nuevos, al paso que las desgracias, las vicisitudes, los desengaños, las miserias de estos últimos cincuenta años, y los achaques inseparables de la edad, justifican bastante su silencio posterior.

Sus contemporáneos, como hemos dicho, le habian decretado ya la palma de la inmortalidad. Prócer, senador en várias legislaturas, director de Estudios en 1855, coronado públicamente en una reunion solemne, vice-presidente del Consejo de Instruccion pública en los últimos tiempos, no habia sociedad ni academia que no se enorgulleciese de contarle entre sus más preclaros individuos (4). A las siete de la mañana del día 11 de Marzo de 1857 recibió la extrema-uncion, y pocas horas despues exhaló, con la tranquilidad del justo, el último aliento.

Las obras que nos quedan de su pluma pertenecen á tres géneros distintos, en los cuales descolló igualmente: poesia, historia y política. Ademas de los escritos que hemos mencionado, escribió la tragedia *El Duque de Viséu*, y tenia muy adelantadas otras tres, con los títulos de *Roger de Flor*, *El Príncipe de Viana* y *Blanca de Borbon*. Todo el mundo sabe y cita tambien con elogio su oda á la expedicion española enviada para propagar la *vacuna en América*. Entre sus obras históricas sobresalen las *Vidas de españoles célebres*, libro que comprende las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana, el Gran Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, don Álvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas. Escribió tambien

(1) Una de sus primeras obras fué el ensayo didáctico titulado *Las reglas del drama*, escrito en 1791. (*Nota del Colector.*)

(2) En 1805 dió al teatro el *Pelayo*. Cuatro años ántes se habia representado su primera tragedia *El Duque de Viséu*, imitada del drama inglés *Castle Spectre*, de Mateo Léwis, novelista y escritor dra-

mático, famoso en aquel tiempo por su monstruosa novela *El Fraile*. (*Nota del Colector.*)

(3) En 1807 publicó el primer tomo de su obra *Vida de españoles célebres*. No publicó el segundo hasta el año de 1830. (*Idem.*)

(4) En 1814 tomó asiento en la *Academia de San Fernando* y en la *Española*. (*Idem.*)

una noticia histórica y literaria sobre *Cervántes*, otra sobre *Melendez Valdes* y una *introduccion* para la coleccion que formó de poemas castellanos.

Por último, las *Cartas á lord Holland*, sin dejar de ser una narracion histórica, pueden considerarse más bien como políticas, por expresar las ideas del autor en materias de gobierno y administración.

Sus escritos inéditos, segun su última disposicion testamentaria, no se publicarán sino despues de un maduro exámen, encomendado á una comision de eruditos y personas inteligentes.

QUINTANA ha dejado á la *Academia de la Historia* la corona de oro que en ceremonia pública ciñó sus sienes hace pocos años (1), á la de *San Fernando* el busto de Jovellanos, á la *Española* un ejemplar de la obra de lord Holland sobre Lope de Vega, al país su genio, que no ha muerto, y sus inspirados acentos, que tantas enseñanzas contienen para la juventud, anhelosa de seguir sus huellas.

CARTA DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO. (*Autógrafo.*)

Toledo, 27 Mayo 1846.

SEÑOR DON FÉLIX CALVO Y CABALLERO, CANÓNIGO DE CÓRDOBA (CALLE DE SAN ROQUE).

Paisano y dueño: Al arreglar aquí mis papeles, de vuelta y asiento en esta casa de campo (La Alberquilla, donde vivo á las órdenes de usted), me encontre borraradas en gran parte ciertas especies curiosas, que oí de labios de usted ahí á nuestra buena vista, el 24 de Julio de 1845, y apunté de lápiz en mi libro de memoria, relativas á sus primeros estudios, siendo su condiscípulo el famoso DON MANUEL QUINTANA.

Las que puedo sacar en limpio de mi libro y mi memoria son las siguientes:

Primeramente, que QUINTANA no nació en Cabeza del Buey, sino en Madrid.

Que estudió gramática latina en Córdoba.

Que su preceptor era extremeño y natural de Cabeza del Buey, el cual se llamaba (no sé si le bien) don Manuel Salas, y estaba casado con una extremeña de Campanario.

No me acuerdo de si me añadió usted que despues empezó ahí QUINTANA á estudiar filosofía, y pasó luego á Salamanca á continuar ese estudio y seguir carrera.

Sírvase usted ratificarme y ampliar cuanto pueda estas noticias. Y de camino quisiera merecer de usted me dijera si un don Francisco Borja de Salas, natural (creo) de Campanario, que, cuando yo estudiantillo, fué allá de médico, y lo ha sido más de treinta años, era hijo del preceptor Salas, porque conservo no sé qué memoria confusa de haberle oído decir que fué tambien condiscípulo de QUINTANA.

Usted dispense la impertinencia y mande cuanto sea de su agrado á este su afectísimo paisano y S. S., Q. S. M. B.,

B. J. GALLARDO.

APUNTE AUTÓGRAFO DE GALLARDO.

QUINTANA.

Noticias que me da en Córdoba, 1.º Octubre 1845, el señor don Francisco Fernandez Muñoz yerno de don José Mariano Moreno, profesor de letras humanas.

QUINTANA estudió latin en Córdoba con un preceptor llamado D. Manuel Salas.

Moreno estudiaba con don José Baña, presbítero, preceptor de la catedral, de cuyo estudio

(1) Alude á la coronacion de QUINTANA, como poeta, en el salon del palacio del Senado, el dia 25 de Marzo de 1855. Llegó QUINTANA al pié del trono, apoyado en el brazo de don Francisco Martinez de la Rosa. La reina doña Isabel II, al ceñir con la

corona de oro las sienes de su antiguo ayo, le dijo estas palabras: «Me asocio á este homenaje en nombre de la patria, como reina; en nombre de las letras, como discipula.» (*Nota del Colector.*)

iban con frecuencia varios alumnos á la clase de Salas á provocarlos á argüir, contendiendo los de un grado mismo de estudios. En una de estas ocasiones arguyó QUINTANA con Moreno, y éste le venció, de cuyas resultas quedaron tan amigos, que continuaron su trato, y aún despues de muchos años no olvidó QUINTANA la amistad de Moreno.

Al retirarse la Junta Central por Córdoba le visitó para renovar su amistad.

JUICIOS CRÍTICOS DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA. ⁽¹⁾

DEL CID, DE CORNEILLE (2).

Fué sin duda feliz y sublime el pensamiento del poeta que ideó el primero presentar en el teatro la lucha del amor con el honor y piedad filial, y que se propuso arrancar lágrimas de admiracion y compasion con este espectáculo verdaderamente moral y grandioso.

Los romances castellanos en que estaban consignadas las tradiciones populares sobre las proezas del *Cid* ofrecian el mejor argumento para aquella combinacion dramática, y Guillen de Castro, apoderándose de un minero tan rico, acertó á sacar de él las primeras joyas con que se adornó la tragedia francesa.

Es tan conocido el asunto del *Cid*, que tal vez sería importuno detenernos á explicarle. Pero ¿quién no admirara los infinitos recursos que ofrecia al poeta? ¿Dónde podria hallarse una situacion más patética que la de Rodrigo y Jimena? Ellos se aman, sus padres aprueban su cariño, y el himenco va á coronarle; pero el Conde hace una afrenta á don Diego, la cual no puede lavarse sino con sangre, y Rodrigo tiene que vengarla con la muerte del ofensor, miéntras que Jimena tiene que perseguir en Rodrigo al matador de su padre.

Considérese despues el asunto por la parte moral, y búsqese una leccion más fuerte que el castigo dado á la insolente arrogancia del Conde, el cual, al tiempo que atropella á la virtud venerable en las canas de don Diego, y arrostra todo el poder de la corte ofendida de su insulto, es muerto á manos de un mancebo sin experiencia y sin gloria: un ejemplo de virtud más heroico que el de los dos amantes marchando al terrible deber de perseguirse uno á otro, en medio de los clamores de la pasion que se rebela en vano contra lo que el inflexible honor les ordena.

Atiéndase, por último, á la bella combinacion de los cuatro caracteres principales: el Conde, orgulloso y fiero, confiado en su valor personal y en su poderío; don Diego, inútil ya para vengarse, mas sintiendo con la mayor energía todo el rigor de su afrenta; Rodrigo, lle-

vando en su corazon juvenil todo el fuego del amor, todas las inspiraciones del valor y del heroismo; Jimena, tierna, sensible, apasionada, condenada á llorar, á querellarse y á mostrar un rigor y una inflexibilidad que no caben en su pecho.

Una vez encontrado un asunto en que la accion sea interesante y noble, y los caracteres vigorosos y sostenidos, es necesario que el autor tenga muy poco talento para que su composicion salga sin bellezas. Nada hubiera dejado Guillen de Castro que hacer á Corneille si el arte hubiera estado más adelantado en su tiempo, y el público español más acostumbrado á la sencillez.

La disposicion de su obra es en los principios grande y teatral. La ceremonia de armar caballero á Rodrigo nos recuerda que estamos en aquellos tiempos en que el honor era la primera de las virtudes, como la mejor fortuna de un noble: las escenas de la altercacion y agravio hecho á don Diego, sus resentimientos y preparativos de venganza, la confusion penosa de Rodrigo, todo está desempeñado con calor y energía. El desafio hecho á vista de Jimena, que con ruegos y suspiros quiere contener á su amante, y á vista de don Diego, que inflama á su hijo para la venganza, está grande y teatralmente concebido: por último, es bella sobremañera la idea de que Rodrigo, despues de muerto el Conde, se presente como una víctima al resentimiento de su dama, y que los dos no hallen otro consuelo que llorar, afligirse, desesperarse y separarse más enamorados que nunca, y más que nunca distantes de unirse.

A la invencion y disposicion de estas situaciones felices, se agrega por lo comun una ejecucion vigorosa y alcorada, versos numerosos y valientes, expresiones nuevas y enérgicas, siendo sólo de desear que el autor hubiese siempre observado la nobleza y decoro que algunas veces se echan ménos.

Tales son las dotes apreciables que se hallan en una parte de la comedia de Guillen de Castro, dotes en las

(1) QUINTANA se distinguió en su juventud no solamente como poeta, sino tambien como crítico agudo é instruido. Muy conveniente sería, para poder formar juicio cabal de sus prendas literarias, estampar aqui, sacándolos del olvido en que yacen, algunos de los notables artículos criticos que publicó en las *Variedades de ciencias, literatura y artes*, revista que empezó á redactar el año de 1802, en union con don José Rebollo, don Eugenio de la Peña, don Juan Alvarez Guerra, don Juan Blasco Negrillo, don José Miguel Aléa, don Jove Folch, don Tomás Garcia Suelto, y algun otro. Pero el carácter especial de esta coleccion de *Liricos del si-*

glo XVIII no nos permite dar rienda á nuestro deseo. Nos limitamos, pues, á reproducir dos juicios criticos relativos á la obras dramáticas *El Cid* y *La Mogigata*. Es, sin duda, curioso ver cómo juzgaba QUINTANA, en aquella era en que la critica tomaba rumbos tan diferentes de los que sigue en nuestros días, á dos poetas de indole y nùmen tan diversos como Corneille y Moratin. (Nota del Colector.)

(2) Esta tragedia se publicó en Madrid en 1803, traducida por don Tomás Garcia Suelto. (*Idem*.)

cuales se deja atras muchas veces al gran poeta que le imitó. Pero la admiracion que tantas bellezas producen justamente, se convierte despues en indignacion ó en risa al ver finalizar en monstruo disforme, segun la expresion de Horacio, la figura que habia empezado con las proporciones y atractivos de una hermosa dama.

Rodrigo embiste y vence á los moros á vista del espectador, va peregrinando á Santiago, merienda en el camino, socorre á un gafo llagado, este gafo se trasforma despues en san Lázaro, y anuncia á Rodrigo sus glorias futuras. Y como si los hechos del *Cid* no bastasen á la comedia, el poeta acumula en ella las lecciones de esgrima dadas al príncipe don Sancho, la pintura de su ambicion, la perspectiva de su muerte, los temores de doña Urraca, el testamento del Rey y el Consejo de Estado que celebra para la particion de sus reinos. Parece que el Genio de la tragedia, irritado con el poeta por no haber seguido su inspiracion, le abandona en manos del desacierto, y las *Mocedades del Cid*, que al principio presentan los caracteres de una bella composicion dramática, acaban siendo una miserable leyenda dialogada y versificada sobre los sucesos ocurridos en la corte de Castilla en el tiempo de la juventud de Rodrigo.

Esta fué la obra que un amigo de Pedro Corneille le aconsejó que imitase, despues de haberle incitado anteriormente á que aprendiese el español. Nuestra lengua y literatura tenian entónces en la Europa el mismo influjo que nuestro poderío, y en Francia se habia hecho más de moda en aquella época por el casamiento de Luis XIII con Ana de Austria, hija de Felipe III. Corneille hizo representar su *Cid* en 1636, y las bellezas que imitó y tradujo de la comedia española, unidas á las que su talento supo añadir, causaron un entusiasmo general ó hicieron una revolucion en el teatro. Desde aquella época la escena francesa, donde ántes se oian solamente conversaciones insípidas y ridículas con nombre de tragedias, empezó á acostumbrarse á la regularidad, al decoro, á la pintura de los grandes caracteres, de las grandes pasiones y de las costumbres de las naciones más célebres de la tierra.

Los aplausos y aclamaciones con que fué recibido el *Cid*, ofendieron á los poetas rivales de Corneille, que exhalaban su envidia en un torrente de críticas é injurias. Escribióse un largo discurso para probar que el asunto de aquella tragedia no valia nada; que pecaba contra las principales reglas del poema dramático; que no habia juicio en su disposicion; que estaba llena de malos versos; que casi todas sus bellezas eran robadas, y que, por consiguiente, la estimacion que se hacia de ella era injusta. Y ¿quién era el que se tomaba este tono de superioridad insultante respecto de un hombre como Corneille? Era Jorge Scudéri, escritor conocido hoy solamente por su envidia ridicula contra el autor del *Cid*, por los sarcasmos de Boileau y por la risa de la posteridad.

Otros cien libelos se escribieron contra Corneille, los cuales prueban, segun dice su célebre comentador, que en todos tiempos hay hombres á quienes enfurece tanto el mérito ajeno, que deseen toda razon y decencia. El cardenal Richelieu, que en medio de sus designios políticos tenia tambien la ambicion de ser poeta, sin embargo de que como primer ministro dió á Corneille una pension, en calidad de autor se puso al frente de los enemigos del *Cid*, y mandó á la Academia Francesa que hiciese un exámen severo de la tragedia. Aquel cuerpo literario obedeció, pero su crítica, llena de cortesía y de imparcialidad, ni contentó al Cardenal, ni correspon-

dió á las esperanzas de los adversarios del poeta, los cuales siguieron llamándole *corneja del Parnaso, corazon vil y bajo, plagiarío ingrato*, etc.

Si el conocimiento de su propia fuerza y los aplausos del público, *rebelado*, como dice Boileau, *contra la liga del primer Ministro*, no hubieran sostenido á Corneille, el arte, que habia dado un paso colosal, hubiera retrocedido lastimosamente, y él no tuviera la gloria de ser su creador y su padre. Pero su espíritu firme y elevado, adquiriendo fuerzas con la contradiccion, como con la presion un resorte, proújalo despues á *Horacio, Cinna, Polieucto, Pompeyo, Rodoguna, Heracleio y Sertorio*, obras inmortales, en que el arte se ve adelantando ya hácia la perfeccion, y donde aquel gran poeta dejó los rasgos y caracteres de una majestad, de una fuerza y de una elevacion, que despues no han sido igualadas de nadie. Pero volvamos al *Cid*.

Corneille despojó cuerdelmente la accion de su tragedia de todos los incidentes que no tenian relacion con el casamiento de los dos amantes. Este casamiento es propiamente el asunto de la pieza; la afrenta hecha á don Diego, el desafio y la muerte del Conde constituyen el nudo, y el valor heroico de Rodrigo, que salva á su patria de los moros y vence al campeón que toma á su cargo la venganza de Jimena, produce el desenlace.

Mas, á pesar del talento del poeta, la composicion ofrece todavia defectos considerables. El impertinente personaje de la Infanta, el débil y casi indecoroso papel que hace el Rey, el carácter de don Sancho, frio en sus amores y rivalidad, la falta de artificio en las escenas, cuyo enlace se rompe frecuentemente; en fin, las desigualdades del estilo, que á veces desciende á la familiaridad cómica, y á veces se pierde entre conceptos ó hinchados ó falsos, acusan el descuido de Corneille, ó se resentien de la infancia en que el arte se hallaba entónces.

Dijimos arriba que Guillen de Castro se deja muchas veces atras al poeta frances, y en prueba de ello nos contentaremos con citar los pasajes siguientes:

CONDE.

Si el viejo Diego Lafnez,
Con el peso de los años,
Caduca ya, ¿cómo puede,
Siendo caduco, ser sabio?
Y cuando al Príncipe enseñe
Lo que entre ejercicios varios
Debe hacer un caballero
En las plazas y en los campos,
¿Podrá, para darle ejemplo,
Como yo mil veces hago,
Hacer una lanza astillas,
Desalentando un caballo?

DIEGO.

Que estoy caduco confieso,
Que el tiempo al fin puede tanto;
Mas caducando, durmiendo,
Feneciendo, delirando,
Puedo, puedo enseñar yo
Lo que muchos ignoraron.
Si ya me faltan las fuerzas
Para con piés y con brazos
Hacer una lanza astillas
Y desalentar caballos,
De mis hazañas escritas
Daré al Príncipe un traslado,
Y aprenderá en lo que hice,
Si no aprende en lo que hago.

LE COMTE.

*Joignez à ces vertus celles d'un capitaine,
Montrez lui comme il faut s'endurcir à la peine,
Dans le métier de Mars se rendre sans égal,*

*Passer les jours entiers et les nuits à cheval,
Reposer tout armé, forcer une muraille,
Et ne devoir qu'à soi le gain d'une bataille.
Instruisez-le d'exemple; et vous ressouvenez
Qu'il faut faire à ses yeux ce que vous enseignez.*

DOM DIEGUE.

*Pour s'instruire d'exemple, en dépit de l'envie,
Il lira seulement l'histoire de ma vie.
Là dans un long tissu de belles actions
Il verra comme il faut dompter les nations,
Attaquer une place, ordonner une armée,
Et sur de grands exploits bâtir sa renommée.*

¿Quién no ve desmayados en los versos franceses aquella vivacidad y brío que anima á los españoles? ¿Qué otras dos imágenes podía escoger la arrogancia para insultar á la decrepitud, que las de *hacer una lanza astillas y desalentar un caballo*? ¿Qué energía, qué calor en aquella repetición *puedo, puedo*! Corneille, describiendo una por una las cualidades del buen general y el buen soldado, es un declamador que amplifica, mientras que Guillen de Castro es un poeta que da vida á lo que pinta.

Poderoso es el contrario,
Y en palacio y en campaña
Su parecer el primero,
Y suya la mejor lanza.

*..... Au surplus, pour ne te point flatter,
Je te donne à combattre un homme à redouter.*

Toca las blancas canas que me honraste,
Llega la tierna boca á la mejilla
Donde la mancha de mi honor quitaste.
Soberbia el alma á tu valer se humilla....

*Touche ces cheveux blancs, à qui tu rends l'honneur,
Viens baiser cette joue, et reconnais la place
Où fut jadis l'affront que ton courage efface.*

Sal-les al paso, emprende esta jornada,
Y dando brío al corazon valiente,
Pruebe la lanza quien probó la espada.

*De ces vieux ennemis va soutenir l'abord;
Là, si tu veux mourir, trouve une belle mort.*

No puede negarse que algunos de los versos franceses que van citados son muy bellos, mas no igualan á los del original ni en fuerza, ni en colorido, ni en armonía; si Guillen de Castro hubiera escrito toda su comedia en el tono que tienen los últimos, ¿quién pudiera luchar con él? Pero su imitador, que cede á veces á su originalidad, á su valentía y á la feliz índole de nuestra lengua, compensa esta desventaja con la superioridad manifiesta que consigue en otros pasajes.

DOM DIEGUE.

Rodríguez, as tu du cœur?....

RODRIGO.

*..... Tout autre que mon père
L'éprouverait sur l'heure.*

No podía, en mi sentir, imitarse con más maestría, ni trasladarse con más decoro la prueba que Lainez hace del valor de su hijo, y el *soltedes padre en mal hora* de Rodríguez, que Castro copió de los antiguos romances con ménos nobleza de la que correspondía á la dignidad del asunto.

Tengo valor,
Y habré de matar muriendo.

Le poursuivre, le perdre, et mourir après lui.

Aquí la idea es la misma, pero está más bien expresada en el verso frances. Al llegar á él es cuando dice el comentador de Corneille: *Pues que este verso está en*

el español, el original contenía todas las bellezas que hicieron la fortuna del Cid frances.

Con efecto, el carácter interesante de Jimena, y los combates que sufre interiormente, están ya bastante indicados en la pieza española; pero es cabalmente el personaje que ha recibido más mejoras en la pluma de Corneille:

RODRIGO.

¿Me aborreces?

JIMENA.

No es posible,
Que predomas mi estrella.

CHIMENE.

Va, je ne te hais point.

RODRIGUE.

Tu le dois.

CHIMENE.

Je ne puis.

JIMENA.

Véte, y déjame penando.

RODRIGO.

Quédate, iréme muriendo.

RODRIGUE.

*Adieu, je vais traîner une mourante vie,
Tant que par ta poursuite elle me soit ravie.*

CHIMENE.

*Si j'en obtiens l'effet, je t'engage ma foi
De ne respirer pas un moment après toi.*

Estos ejemplos, en que el frances vence tan claramente al español en pasión, en expresión y en nobleza; en fin, aquel excelente verso:

Sors vainqueur d'un combat, dont Chimène est le prix,

manifiestan que Corneille, conducido por un dichoso intento ó por sus conocimientos en el arte, vió la necesidad de hacer resaltar más la amable sensibilidad y ternura de Jimena, para dar mayor interés á su fábula; en ella la voz lamentable del amor contrasta admirablemente con los feroces clamores de la arrogancia y las fieras expresiones del pundonor vengativo y del valor guerrero, que alternativamente se oyen al Conde, á Lainez y á Rodríguez.

Entre las muchas traducciones del *Cid* frances que Corneille tuvo la satisfacción de juntar en su gabinete, pudo tal vez comprenderse la imitación que hizo don Juan Bautista Diamante, intitulada *El Honrador de su padre*. La fábula tiene en ella más sencillez y regularidad que en Guillen de Castro, pero le faltan su originalidad, su calor y su valentía; hay algunas escenas traducidas de la pieza francesa en versos fluidos y fáciles, pero débiles generalmente; y por último, todo queda estropeado con la mezcla disparatada de mil bufonadas y familiaridades indecentes.

Después se hizo otra traducción, cuyo autor ignoramos, y es la que se representaba algunas veces en nuestros teatros; y si bien en ella se guardó más fidelidad que en la obra de Diamante, todavía, sin embargo, estaba muy distante de corresponder al original.

Harto más digna de Corneille es la que acaba de publicar el señor García Suelto. En ella se ha adoptado una versificación noble y digna de la tragedia, se ha procurado evitar los conceptos falsos ó hinchados en que á veces cae el estilo de Corneille, y se han hecho algunas alteraciones juiciosas, tales como la supresión de los dos personajes de la Infanta y Leonor, y la reducción de aquellos pasajes en que el diálogo excesivo y la declamación (vicios característicos del teatro frances) enfrian el interés de la acción; en fin, la traducción

cion se conforma generalmente al sentido del original, y presenta á veces trozos de versos felices, que no copiamos aquí por no alargar más este artículo, ya tal vez excesivamente prolijo.

Por la misma razon no nos detendremos tampoco en citar los versos que nos han parecido dignos de correccion. Hemos notado generalmente un desaliño, hijo, al parecer, de la precipitacion con que la traduccion se ha hecho. De aquí, sin duda, provienen ciertas voces y aun frases que desdicen de la elegancia poética, los versos aislados, y la poca gracia que se nota en muchos de los

córtex que el diálogo obliga á hacer en ellos y en la rima. El señor García Suelto manifiesta facilidad, y aunque ésta es un dón muy apreciable, es preciso, sin embargo, precaverse contra ella, porque suele degenerar en descuido, y entónces aleja de la perfeccion. Cuando un sujeto á quien acompañan el talento, estudios y disposiciones del señor García Suelto traduce á un poeta como Corneille, no debe limitarse á que su trabajo sostenga la prueba del teatro; debe aspirar tambien á que por todos aspectos se le considere como una obra de literatura.

LA MOGIGATA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR INARCO CELENIO.

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL COLISEO DE LA CRUZ EL DIA 19 DE MAYO DE 1804.

Nada hay más difícil ni más delicado que atinar con el juicio que debe hacerse en un periódico de una pieza nueva de teatro, así porque es la cosa que más llama la atencion pública, como porque frecuentemente es una señal de discordia. Casi nadie habla de ella con justa imparcialidad; los unos la levantan á las nubes, mientras que otros, ó la deprimen manifestamente, ó guardan una indiferencia y un silencio afectado, señal todavía de su reprobacion. En medio de esta agitacion, el periodista, que debe manifestar su juicio al público, se halla en un conflicto verdaderamente temible. ¿Alaba? Es un parcial, un miserable adulador del poeta. ¿Censura? Es un detractor, que aspira á ganarse nombre atacando á los que le tienen.

Y la posicion es más apurada cuando el autor tiene ya granjeada su reputacion, y á la par de ella, enemigos y parciales; cuando, conocida su obra por copias que han corrido, ó por representaciones privadas que se han hecho, todo el mundo tiene formado su juicio en bien ó en mal acerca de ella; juicio que vanamente se intenta ó fijar ó dirigir en los diarios. La suerte está ya echada, y el periodista queda siempre mal ó con unos ó con otros, y muchas veces con todos.

La *Mogigata* se halla en este caso; conocida por copias en que seguramente no se conoceria su autor, y por representaciones donde se le conocia aun ménos, ya era tiempo de que el público la tuviese en la forma y correccion correspondiente al crédito que gozaba. Su autor debe estar satisfecho de la acogida que ha tenido en la escena; y nosotros, que sinceramente hemos aplaudido su triunfo, vamos á manifestar nuestro dictámen, exponiendo con la ingenuidad que nos es propia el efecto que nos han hecho su representacion y lectura.

Don Luis y don Martin, caballeros de Toledo, y hermanos, tienen cada uno una hija, á quien han dado diferente educacion. El primero, juicioso y entendido, ha criado á doña Ines con la ternura de padre y con la atencion y confianza de amigo, mientras que el segundo, terco y violento, no ha tratado nunca á doña Clara sino con un rigor impertinente. Los frutos de estos procedimientos tan diversos son los que debieran esperarse. Doña Ines, vir-

tuosa, modesta y generosa, corresponde á los prudentes desvelos de su padre; doña Clara, al contrario, ha tomado el partido de engañar al suyo ó de fingirse devota, cuya apariencia lleva hasta el punto de decir que quiere ser monja. Loco don Martin con la virtud de su hija, da la mano á ese proyecto con tanto más gusto, cuanto por instantes espera la rica herencia que un beneficiado de Andalucía, tío de doña Clara, ha prometido dejarla, y es claro que haciéndose ella monja, todo queda á disposicion de su padre.

Los dos hermanos viven juntos, y con ellos está á la sazón don Claudio, hijo de un amigo de don Luis, con quien éste habia pensado casar á su hija. Pero el don Claudio, simple en extremo, con sus ribetes de calavera, no puede convenir á la discreta doña Ines. Así lo piensa el mismo don Luis, que habia proyectado la union sin conocerle; cuando en esto llega á Toledo Perico, criado de don Claudio, mozo alegre, travieso y dispuesto siempre á cualquiera bellaquería. Y encontrando á su amo sin dinero, imposibilitado de pagarle lo que le debe de sus salarios, y mal dispuesto con su futura doña Ines, piensa, para mejorar de fortuna, que si don Claudio se casa con doña Clara, la herencia prometida á ésta dará remedio á todo. Don Claudio aprueba el pensamiento; pero, pusilánime en extremo, no se atreve á embestir de frente á la beata, y quiere que Perico le diga su amor y la sondee.

Interrumpelos el tío Juan, demandadero de las monjas donde ha de entrar doña Clara, el cual viene con una carta de la Abadesa para don Martin, en que le pide entregue al dador cierta cantidad de dinero, propia del convento, que se halla en su poder, en atencion á que el mayordomo, por una dolencia repentina, no puede ir á hacerse cargo de ella. El demandadero deja la carta en manos de Perico, y éste con ella proyecta sacar el dinero al viejo, y cubrir las trampas de don Claudio, pagándose tambien de sus salarios.

Los enredos se empiezan felizmente; Perico habla con doña Clara, y ella, despues de mil monadas y melindres, cita á don Claudio para hablar con él en aquel sitio por la siesta; disfrazado despues con un traje ri-

diculo, y fingiéndose hermano del mayordomo enfermo, pillá á don Martin el dinero de las monjas.

La conferencia de don Claudio con doña Clara se verifica, y entre los dos conciertan casarse á pesar de don Martin y de todos; mas la voz desentonada de don Claudio despierta á parte de la familia. Acude doña Ines, y acude despues don Martin, que hallándolos juntos, pregunta qué es aquello: doña Ines sinceramente responde que serian su prima y don Claudio, y la beata para justificarse recurre á sus artificios, diciendo que aquello y más merece por sus pecados. Así se canoniza á los ojos de su padre, que llora con ella, la mima, y trata indignamente á su sobrina. Don Martin va desde allí á decirselo todo á don Luis, quien, aunque al principio duda, saca mañosamente de la criada el secreto de los amores de don Claudio y doña Clara, y la certidumbre de la inocencia de su hija. Por último, los dos amantes vuelven á verse y á tratar de sus cosas, y la beata, con llantos y razones afectadas, alienta la cobardía de don Claudio, y él se sale á consultar con un amigo suyo lo que debe hacerse.

El resultado de esta conducta es que los dos se resuelven á firmar un papel de casamiento y á escaparse de la casa. El papel se hace y se firma; pero en esto llega de Sevilla la noticia de que el beneficiado, sabiendo que su sobrina doña Clara se iba á meter monja, deja por heredera á doña Ines; y cuando don Martin, todo agitado y colérico con semejanza nueva, está echando pestes contra el testamento y el testador, entra el demandadero á dar otro recado de las monjas, y de paso habla del billete y del dinero. Los dos hermanos empiezan á traslucir algo del chasco; llaman á Perico, que, reconocido por el demandadero, canta de plano y entrega parte del dinero, diciendo que lo demas lo tiene don Claudio. Éste, reconvenido por aquella ruindad, cree que le hablan de sus tratos con doña Clara, y los confiesa; y ella, viéndose descubierta, se pone al lado de don Claudio, y descaradamente le dice que la saque de aquella casa, pues no necesitan de nadie. Entónces don Luis les entrega la carta de Sevilla y los confunde. En fin, doña Ines manifiesta su condicion humana y generosa mitigando la terrible cólera de don Martin y ofreciéndose á partir la herencia con su prima. Todos la aclaman, todos la bendicen, y la comedia se acaba.

Aunque esta exposicion no es más que el esqueleto de la fábula, ya manifiesta, sin embargo, que, tomada como está de las costumbres más comunes de la vida, la parte artística que debe dominar en ella es la verdad, aquella verdad compatible con el interes y el agrado. Se la encuentra, en efecto, no sólo en la invencion del asunto, sino tambien en su disposicion, en los incidentes particulares que le desenvuelven, en la expresion de los caracteres, y sobre todo, en la marcha y córtés de los diálogos. Y ésta es una prenda tan preciosa en las artes, tan necesaria en la comedia, y tan difícil de encontrar y desempeñar, que basta sola para asegurar la reputacion de las obras de esta clase. Por ella nos encantan Terencio y Molière; y el autor que sigue sus huellas no desmiente en su última obra el feliz talento que habia mostrado en las anteriores.

La accion empieza y procede naturalmente sin lances embarazosos que la confundan; se trata de si doña Clara se meterá monja como su padre lo tiene creído, y como se lo ha dado á entender á todos. Los preparativos se están haciendo; pero se atraviesa don Claudio, habla de amores, y adios vocacion y fingimientos. Doña Clara, por premio de ellos, se halla al fin casada con un tonto,

sin herencia, y á merced de su prima, á quien tan vilmente ha calumniado.

Los caracteres están bien determinados, y tienen entre sí aquella oposicion necesaria para darles realce sin afectacion y sin violencia. La discrecion y juicio de don Luis hacen resaltar el poco tino y la terquedad de don Martin; la pusilanimidad y atolondramiento de don Claudio, el despejo y travesura de Perico; en fin, la franqueza y sinceridad de doña Ines, el disimulo y bellaquerías de la beata. La posicion en que están don Martin y su hija está perfectamente expuesta en estos versos que dice don Luis á su hermano:

Quando era niña mostraba
Candor, excelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las más ligeras
Faltas: gritabas, no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha.
Tu rigor produjo sólo
Disimulacion, cautelas.
La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y carceciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa,
Y así que adquirió destreza
Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que sólo cuando más vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

Este es el efecto moral del drama: el que oprime y tiranice, sea padre, sea esposo, sea maestro, no debe esperar más frutos que disimulo, engaños y alevosias; y en esta parte la lección que da la *Mogigata* es fuerte y bien entendida. Resta saber si era ésta la principal intencion del autor, de lo cual hablaremos despues.

La disposicion de la fábula, si bien presenta partes dignas del mayer elogio, tiene otras que en nuestro dictámen no son tan recomendables. La exposicion es bella, y excelente sobremanera el desenlace producido por el carácter atronado de don Claudio. Es muy cómica la presencia de espíritu de doña Clara, que sorpreendida por su padre hablando del casamiento con Perico, vuelve sobre sí, y empieza á tratar de monjío con una destreza singular. Grandemente concebida está tambien la escena entre don Luis y doña Clara, donde el uno, á fuerza de cariño y de sinceridad, quiere hacer hablar francamente á la otra, miéntras que ella, envuelta en su disimulo y gazmoñería, tira á embaucarle tambien y á ponerle mal con su hija. Podiéramos citar igualmente otras donde lucen el mismo conocimiento del corazon humano y la misma felicidad en la ejecucion; pero es preciso evitar la prolijidad.

Debemos manifestar, sin embargo, que hay algunas escenas que no están pensadas con tanto acierto, sobre todo por su poca ó ninguna conexion con la accion principal. Tales son la de Perico y don Claudio sobre repartir el dinero pillado á don Martin; la de don Luis y don Claudio sobre salir á recibir al padre de este último; las de don Luis con Perico sobre la lista de los vestidos de don Claudio; en fin, la de Lucía con don Claudio sobre la propina que le pide por sus buenos oficios con doña Clara. La duda momentánea que produce el incidente de la siesta en la conducta de doña Ines, se disipa demasiado presto, y la deja indiferente á los enredos y maquinaciones posteriores. Por otra

parte, el episodio del demandadero, que da ocasion al feliz desenlace, tal vez está demasiado inconexo con el resto de la accion, y tal vez un pasaje de esta importancia podia tener más relacion, ó con el beaterio de doña Clara, ó con el enredo de su boda.

No se persuada nadie por esto que tenemos la presuncion de dar lecciones al autor en un arte que tan bien posee. Persuadidos de la inmensa distancia que hay entre poner un defecto á una escena, y escribir esta escena, áun cuando el defecto sea cierto, nosotros proponemos nuestras reflexiones como dudas que sujetamos á su decision misma, como miras nuevas que nos dicta el interes que hemos visto su comedia.

Mas, aunque la critica que hemos indicado esté fundada, no hay duda en que estos ligeros descuidos desaparecen con la facilidad y fluidez de la versificacion, con la verdad y naturalidad del diálogo, y con la gracia, pureza y propiedad del estilo, sembrado todo de sales, de donaires y de idiotismos de conversacion y de lengua, colocados con la mayor oportunidad. En esta parte, la más fuerte del autor, hay siempre mucho que admirar, y casi nada que reprender. Decimos *casi nada*, porque ciertos rasgos, bien que pocos, no serán, en nuestro dictámen, aprobados por el buen gusto.

Aquello de correr don Claudio por la casa, derretir la manteca en la cocina y escaldar al gato, la pintura infame que hace de su mismo padre en la escena última del acto segundo, la socallina indecorosa é importuna de Lucia, y alguna otra expresion nos han parecido cosas recargadas, impropias del asunto y poco correspondientes á lo demas. ¿Pues qué! Un escritor que derrama á manos llenas en su estilo tantos chistes, tantas gracias festivas y naturales, ¿ha de valerse, para hacer reir, de estos pormenores, más propios de sainete que de comedia, y ciertamente indignos de su talento?

Convenimos, es verdad, en que éstas son bagatelas, que no pueden contrapesar una centésima parte del mérito literario que hay en la obra; mas lo que no nos parece de tan poco momento son las consideraciones que se nos han ofrecido al ver la manera con que el autor ha concebido su personaje principal.

El objeto de esta pieza es excitar á los hombres á que no se fien de apariencias, y á que aprendan á distinguir la virtud verdadera de la falsa; tal es la moralidad con que la comedia se termina. La pintura de la hipocresía es el medio elegido para conseguir este fin, y es preciso confesar que era el más óbvio, como el más acertado. Pero ¿la hipocresía está retratada en la *Mogigata* con los colores que le convienen? Aquí está la duda; el autor sabe, el lema puesto al frente de su obra lo anuncia, que el malo, cuando se finge bueno, entónces es el más malo de todos. Ahora bien, si se estudia bien el carácter de doña Clara, se verá que no es el personaje peor de los que entran á componer la accion. Oprimida y ostigada por su padre, ha dado en hacer la sántica para librarse de sus impertinencias; su beaterio no contribuye á otra cosa que al engaño en que está don Martin; por lo demas, nadie la cree, nadie la estima, y si don Claudio se inclina á ella, no es en atencion á su virtud, sino á la herencia que espera. Así es que don Claudio y Perico son mucho más malos; sobre todo Perico, travieso y bellacon, es el héroe de la comedia; él anima á don Claudio, solicita á doña Clara, estafa á don Martin, forma el enredo de la boda, en una palabra, es el muelle de más actividad que hay en toda la máquina.

Las maldades que comete doña Clara no son tampoco de tal consecuencia que puedan servir á hacer resaltar

el vicio presentado á la correccion pública. Aynnar en público, y engullir en secreto; decir que lee libros devotos, cuando se entretiene con novelas y libretos de pasatiempo; retirarse á hacer oracion mental, y ponerse á charlar con los mozelos del barrio; sonsacarle á su prima un novio montecato, que ella desprecia, echarle la culpa del alboroto de la siesta, y, en fin, procurar malquistarla con todos, santificándose á sí propia; éstos son vicios harto frecuentes en las mujeres, áun sin ser mogigatas, y que por desgracia no son los mayores de que adolecen.

Otros pecados, otros embrollos de mayor consecuencia deberian ser, en nuestro dictámen, los que caracterizasen á la hipócrita; con otros colores más fuertes debe presentarse á la risa y execracion públicas este vicio abominable, que hace cómplice al cielo de las maldades del mundo, usurpa el respeto debido á la verdadera virtud, excluye de sí toda amistad y confianza, siembra la division en las familias, y vive de malignidad y de rencores.

Y no es porque la comedia carezca de rasgos y áun escenas en que se ve la correspondiente energía; tales, por ejemplo, nos parecen los siguientes:

CLARA.

Hija, en el mundo
El que no engaña no medra.
Practicando la virtud...

INES.

Practicándola, en cualquiera
Estado serás feliz.

CLARA.

Pero no dudes que aquella
Vida penitente, humilde,
Es más pura, más perfecta.

INES.

Sí, pero lleva consigo
Obligaciones tan serias,
Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si la cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y si no, despues de amarga
Vida, ¡qué suerte le espera!

CLARA.

Eso sí, tú siempre... vamos
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.

INES.

¡No he de aprobarla!
Sí, prima, y no te parezca
Que yo la repugne en tí
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La ménos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.

CLARA.

Esa apetezco, ésa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

DON LUIS.

Si llegarás
A ocultar, que no es posible,
Toda la flaqueza humana
Con diabólico artificio,

Que el vulgo ignorante aplauda,
Aunque seduzcas al mundo,
¡Infeliz! á Dios no engañas.

¡Oh virtud como te ultrajan!

CLARA.

Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...

(Al ver á don Martín, muda el tono y la acción.)

Sólo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer:
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad
Mayor corona se guarda, etc.

Estos y otros pasajes, repetimos, están al nivel del objeto moral de la comedia por su fuerza y su valentía; lo está toda la escena entre don Luis y doña Clara; lo está también la última, modelo de dignidad y de nobleza, que no puede ser escuchada ni leída sin una conmoción deliciosa; pero el carácter de doña Clara, ya se consideren sus intenciones, ya los incidentes á que da ocasión, ya, en fin, su existencia pasiva en la comedia, pues está atendida á lo que Perico y don Claudio quieren hacer de ella, si bien corresponde al plan y naturaleza del cuadro que ha ideado el autor, no es, en nuestro dictámen, suficiente á presentar en toda su ridiculez y perversidad el vicio que se intenta corregir.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos dicho, la *Mogigata*, en nuestro sentir, debe sostener y acrecentar la reputación que el autor se tiene adquirida en un género tan difícil. Los deseos que hemos notado, unos prueban lo árduo del arte, y otros están salvados con una plumada; y en cuanto al defecto del carácter principal, tal vez debe atribuirse más á las circunstancias que á culpa del autor, el cual da en su obra, no una, sino muchas señales de poder tratar á la hipocresía como merece.

El buen suceso que ha tenido en el teatro, los aplausos y la aprobación pública deben animarle más y más á cultivar un género en que, según dice en su linda dedicatoria, las Musas han vinculado su fama. Hallándose en lo mejor de su edad, y por consiguiente, en la fuerza de su talento, seguido de una reputación tan justa y tan envidiable, seguro de la favorable disposición con que sus obras se esperan y se oyen, ya debe aspirar á más: debe dar la ley, y no recibirla, pintar más en grande, perseguir otra clase de vicios que los que ha ridiculizado hasta ahora, vengar á los buenos de los malos, haciendo á éstos objeto de la risa y execración universal, y marchar atrevidamente á ser el primer pintor de los desvarios de su siglo, que harta cosecha tiene en que ejercitar sus talentos. Nuestra estimación hácia él, y el celo que nos anima por la gloria y progresos de nuestra literatura, son los que nos dictan estas reflexiones, y no le hacemos la injuria de sospechar que pueda ofenderse de ellas.

POESIAS.

Á VALERIO.

EPÍSTOLA (1).

En fin, ya tus pinceles y colores
Envidia son, Valerio, á los más diestros....
¡Dichoso tú! que manejando ahora
Con tal destreza y tan felice suerte
Una arte celestial y encantadora,
Gozoso y satisfecho, logras verte
Dueño del hombre y sus pasiones todas:
Tú, con la magia del pincel seguro,
Su atención arrebatas donde quieres;
Tú, llevando la vista á los placeres,
Tornas suave el corazón más duro,
Y horrendo espanto y confusión inspiras
Cuando, Marte animando tus pinceles,
Solo combates y furor respiras.

Levante, pues, el misterioso velo
Con que natura sus beldades cubre,
Tu gran genio, y sus ámbitos girando,
La belleza ideal beba en su fuente.
Que, cual águila rápida, á las nubes
Se lance impetuoso, y discurriendo
Los magníficos orbes celestiales,
De idealidad se llene, y descendiendo
Desde allí al suelo, de tu mente altiva
Todo lo bajo y terrenal desvie,
Díctele tus obras y tu mano guíe.
Tú en su vuelo ambicioso no detengas
El giro arrebatado de sus alas,

Ni que la servidumbre al gusto ajeno,
Ni el interés tu inclinación te ahoguen.
El haberse tal vez abandonado
A móviles tan bajos los pintores,

¡Cuántos males, Valerio, ha producido!
Hubo un tiempo infeliz, en que vendido
El pincel á fanáticas ideas,
Feroicidad y horror sólo pintaba.
El negro fanatismo, con la mano,
Con la mano funesta y execrable
Con que al hombre y la tierra desolaba,
Llenó de horror los cuadros, y con sangre
Manchó todos los templos: hay algunos
En cuyos tristes muros verás sólo
Suplicios, muertes bárbaras y miembros
De los troncos sangrientos arrancados,
Palpitantes aún: vuelve á otra parte
La vista, ¿y qué hallarás? Velos oscuros
Y lóbregas capillas, macilentos
Cadáveres vivientes, las virtudes
Con aspecto el más horrible... Mi alma,
Asustada al mirar tales profanados,
Huye del sacro templo profanado,
Y maldice y detesta á sus pintores.

Yo no culpo los hechos varoniles
De aquellos héroes que á su Dios mostraron
Tan inmensa lealtad, que abandonaron
La vida á la crueldad de los gentiles,
Y con su sangre la verdad sellaron;
Mas me ofende un horror, que desfigura
La bondad de la Ley, manchando á un tiempo
Su cándida pureza y su hermosura.

Así, Valerio, pues que amable quieres
Hacer la religión, píntala amable
Cuando de Dios excelso y adorable
Una imagen mostrar quieras al hombre.
Que no con gesto amenazante y fiero
Su timidez y poquedad asombre:
El benéfico Ser en él se vea,

(1) Esta epístola sobre la filosofía del arte de la pintura, dedicada á un pintor insignie, fué recitada por QUINTANA en la Academia de San Fernando el 4 de Agosto de 1790. Es la inspiración de una musa que aún no ha soltado los andadores, pero que prueba á caminar por sendas arduas y encumbradas. QUINTANA tenía diez y ocho años, pero en medio de la inexperiencia ya asoma en algunos rasgos el númen patriótico y brioso que había de levantarse después á tanta altura. (Nota del Colector.)

Y la bondad del Creador del mundo
En su semblante retratada sea.
Que rayos puros de su inmensa gloria
Tu mente enciendan cuando el templo ornarás.
Y si los héroes de la Ley pintares,
Parezcan inflamados en su gloria.
La virtud del horror es enemiga,
Y cuando en ellos presentarla quisieras,
Que á imitarla me mueva y lo consiga.

Ya Mengs y Rafael te precedieron
En la carrera de tan noble empresa.
Imitales, Valerio: ellos pintaron
Con dignidad la religion divina,
Y en su augusta nobleza la mostraron.
De pasmo al orbe atónico llenaron
Con su sublimidad y expresion viva;
Y la mano del tiempo, que derriba
Los marmoles y torres más enormes,
Jamás removerá de sus asientos
Aquel altar que la brillante gloria
A su estudio ha elevado y sus talentos.

Dejemos, pues, al fanatismo insano
Su carácter sangriento: abandonemos
Sus máquinas horribles, y busquemos
Otras, del siglo en que vivimos dignas,
Más humanas, más dulces, más amables.
Pero evita el extremo: no te enerves,
Y que al desamparar la aborrecida
Vereda del terror, no te abandones
A la afeminacion más corrompida.

Lucidio, aquel pintor cuyo gran genio
Frutos tan excelentes prometia,
Y que á immortalizar los grandes hechos
Sólo parece que nacido habia,
Por algunos sibaritas corrompidos
Por adular el gusto afeminado,
Su talento sublime ha abandonado,
Su robusto pincel y sus ideas.
Y en vez de dedicarse á las acciones
De los antiguos ínclitos varones,
Se encuñtra enteramente embecido,
Pintando á Julia descubierta el seno,
Y al Amor en sus brazos adormido;
El cual despidió su letal veneno
Contra un amante que el encanto mira
Del seno regalado, y que suspira,
De dulce fuego arrebatado y lleno.
¡Abandono funesto! ¡Entrometerse
En tales liviandades un Lucidio!
Su mano, su pincel y sus colores
Aborre en sin duda el ocuparse
En los juegos, la risa y los amores.
En vano estudia y su saber apura:
La morbidez suave y la dulzura
De la linda zagala que pintaba,
Del escabroso cuadro habian huido.
Jamás á hombre ninguno ha concedido
Natura avara la excelencia en todo.

El género, Valerio, á que te inclines
Únicamente tu atencion se lleve,
Sin que á objetos diversos la encamines.
¿Es sensible tu pecho por ventura?
¿Tienes un alma tal, que alborozada
Llore al mirar la humanidad honrada
Por una noble accion? Sigue su impulso,
Y estudiando la historia, en ella mira
Acciones mil sensibles y suaves,
Y el bien en contempla y la piedad admira.
Allí verás á Marcio, ardiendo en ira,
Abandonar su bárbaro proyecto
De la tierna Veturia al solo aspecto:
Allí verás tambien un templo augusto
Que á la piedad filial se construyera:
El fué cárcel un tiempo horrible y fiero,
Donde una ma re nifera gemia,
A morir sin sustento abandonada.
Su hija, empero, allá corre desalada,
Y los feroces guardias engañando,
Entra, la abraza ansiosa, y aplicando
Un dulce pecho á la materna boca,
La nutre y la sustenta. ¡Piedad grande!
¡Ingeniosa piedad! Merecedora

De los dulces y bellos sentimientos,
Que ¡oh sexo femenino! tú solo inspiras.

Más si á la gloria á que encendido aspiras
Quisieres arribar, busca la gloria.
Si las fuertes virtudes te arrebatan,
Si el patriotismo honroso y la victoria,
Y los héroes sublimes y sus hechos
Tu espíritu conmueven, inflamado
Camina, y sigue por el gran sendero
Que ya Lucidio abandonó primero.
Los altos hechos que la madre Hesperia
Con tanta muchedumbre ha producido,
Y que abismados en el hondo olvido
Tiene una infame negligencia, salgan,
Salgan á luz: los lienzos, animados
Por tu noble talento y tus pinceles,
Muestran aquellos héroes olvidados,
Cuyas grandes virtudes y almas grandes
Por tí sus descendientes las estimen,
Honren su patria y al valor se animen.

El hijo de Fabia, acaudillando
En medio de Gijón á los astures,
Y las fuertes cadenas quebrantando
De la patria oprimida: el Cid Rodrigo,
Obligando á su mismo soberano
A jurar de que cómplice no fuera
En la pérdida muerte de su hermano:
Guzman, que desde el muro de Tarifa
Ve al bárbaro cruel que le presenta
De un hijo amado la funesta muerte,
O de su ilustre nombre el vil desdoro;
Y el héroe no faltando á su decoro,
Con generoso brazo al punto arroja
Su espada fulminante al campo moro,
¿No son, Valerio, acciones que merecen
Alabanza inmortal? ¿No son acciones
Donde un genio elevado como el tuyo
Puede brillar y eternizarse puede?

Héroes sublimes, si mi humilde lira,
Que sólo amores lánguida suspira,
Fuese bastante á vuestros grandes hechos,
Yo, mi voz levantando, cantaria
La España ennoblecida en vuestras glorias,
Y de vuestras espléndidas victorias
La rápida carrera seguiria.
Que su trompa inmortal la poesía,
Y su pincel divino la pintura
Dediquen para siempre á eternizarlos.
Vosotros, de la patria firme apoyo,
Terror del moro en las batallas fuisteis:
Vosotros siempre al pueblo defendisteis
De la dura opresion y tiranía;
Y vosotros carácter le prestabais,
Y vosotros le dabais energia.

Cuando Caton y Bruto contemplaban
Las imágenes libres y grandiosas
De los primeros cónsules del Tiber,
Y respirar sus frentes generosas
El patriotismo y libertad veian,
En un noble entusiasmo se encendian,
Y á libertar la patria se aprestaban.
Caton, el primer hombre de la tierra,
Viendo triunfar al bárbaro tirano (1),
La vida acaba por su misma mano;
Y Bruto sacrifica en noble brío
Aquella ansiada víctima, y se esconde
Entre las ruinas y funesta tumba
Donde la antigua libertad yacía.

¡Qué gloria para tí! si en algun día
Un descendiente de Guzman, mirando
Su accion por tu pincel eternizada,
En ejemplo tan grande se inflamase,
Y sus virtudes á imitar volase,
¡De cuántos lauros tu cabeza entonces
Adornarán la patria y la pintura!
Animo, pues, Valerio: insta y apura
Los secretos del arte en tus tareas:

(1) El bárbaro tirano es Julio César. No extrañará tan exaltado lenguaje, y quien considere que esto lo escribía QUINTANA en los albores de la juventud, y en una época en la cual la critica historica era superficial y apasionada. (Nota del Colector.)

Que el genio y la razón siempre te guíen.
Así te igualarás á los varones
Que ya te han precedido: así se sube
Do el grande Rafael, Mengs peregrino,
De la áurea eternidad en las mansiones,
Tienen su asiento en esplendor divino (1).

A ELMIRA (2).

¡Ay! ¡que el amor, en sus venganzas fiero,
Nunca perdona el corazón ingrato
Que injustamente le ofendió primero!
Yo, atado á la cadena
De la austera razón, sigo gimiendo
Sus dolorosas huellas,
En tanto que las flébiles querellas
De mi adorada amante, el aire hendiendo,
Dan en mi corazón..... Perdona, Elmira:
Si al fin venganza á mi impiedad deasas,
El amor te la da; mírale ardiendo
En rencorosa ira,
Tornarse en furia por vengar á Elmira:
Y decirme, «¡Ah cruel! ¡así te alejas
Del tesoro de gracias y de amores
Que en ella te ofrecí, y á los dolores
Abandonada y sin piedad la dejas?
¿Qué más lograr de mi favor debías?
Para, inocente como la alba nieve
Que en el silencio de las selvas yace,
Y el alto sol mirándola se embebe,
Jamás las palmas que la Arabia cria
A competirla osaron
En fresca gentileza y gallardía.
¡Ah bárbaro! tú nunca
La mereciste; adios, queda entregado
Al desaliento misero, y las penas
En que inhumano á la infeliz condenas.
Llegó tu vez, las fuentes se secaron
Del sentimiento en tí: vive, mas sea
Sin amor, sin placer!»

Perdona, Elmira;

¿Por qué tanto rigor? si hubo un instante
Desde la aciaga hora
En que te dije adios, que no hayas sido
De este pecho amante
Encanto celestial, reina y señora;
Si hubo un momento nunca en que el olvido
Desvanecer pudiese
De tu amor inefable la memoria,
Que el ambiente me falte que respiro,
Y de verte jamás pierda la gloria.
Como flecha del arco despedida,
Por mi furioso frenesí lanzado,
He corrido, he volado,
Salir ansiando en mi ligera huida
De este amor que me sigue encarnizado.
Vi la pompa soberbia que despliega
En su centro el poder; mi fantasía,
A su esplendor enajenada y ciega,
Las agradables horas recorría,
Cuando á par de tus gracias y hermosura,
Pintada mi ventura
En tus celestes ojos yo veía:
¿Ventura que un monarca envidiaria!
Tal vez trepaba á la fragosa altura
De la encumbrada sierra,
Y allí insano vagando,
Mis sollozos lanzaba y mis dolores
Debajo de los árboles sombríos,
Al eco de los vientos bramadores,
Mientras las pardas nubes
Sobre mi frente atónita volaban,
Y á mis pies los torrentes se arrojaban.
¡Oh soledad sublime y turbulenta!
¡Cuántas veces oíste el dulce nombre

Que mi amorosa boca repetía,
Y que en tus hondas cuevas estrellado
A herir mi oído sin cesar volvía!
¡Cuántas viste grabarle en la corteza
Del duro roble! ¡Cuántas,
Cansado de mi vida y mi amargura,
Los precipicios horribles buscaba
A encontrar en su abismo sepultura!
Héme en fin á tus pies, triste, anhelando
De tu favor divino
Un rayo de alegría:
Tuya es mi vida, y tuyo mi destino:
Perdona, Elmira mía,
El error de un momento en que los cielos
Me han dejado caer, porque más pura,
Más acendrada mi pasión se vea.
Vuelve hácia mí tus apacibles ojos;
Que escrito en ellos mi perdón se lea,
Y que amor, en sus iras menos fiero,
Benigno admita al corazón ingrato
Que injustamente le ofendió primero.

Á UN AMIGO

que, bajo el emblema de una violeta, me escribía lisonjas y esperanzas.

SONETO.

No con vana lisonja y blando acento
Me quieras engañar, huésped del prado;
Yo no soy lo que fui: rigor del hado
Me condena por siempre al escarmiento.
Nunca lozana á su primer contento
La planta vuelve que truncó el arado,
Por más que al cielo le merezca agrado
Y que amoroso la acaricie el viento.
Anda, pasa adelante; en otras flores
Más ricas de fragancia y más felices
Pon tu dulce cuidado y tus amores;
Que es ya en mí por demas cuanto predices,
Pues el aire del sol con sus ardores
Quemó hasta la esperanza en mis raíces.

ODAS.

I.

En la muerte de la excelentísima señora doña Piedad Roca de Togores, duquesa de Frias.
(1830.)

¿Nos escuchas, Piedad? ¡Ó ya en tu oído,
Negado al sentimiento,
Tardo penetra el congojoso acento
Del lúgubre alarido?
Abre al menos los ojos, y cercado
Verás tu lecho triste
De los hijos de Apolo, que ya viste
Con tan celeste agrado;
Que ora afligido su doliente canto
Hasta el Olimpo envían,
Y arrancarte á los ámbitos porfían
Del reino del espanto.
Ni oye ni ve... Cual sierpe espantadora
En contemplar se agrada
La miserable cierva emponzoñada
Que atroz al fin devora,
Tal la muerte cruel á la agonía
De nuestra amiga atiende,
Y el aire que infecta se suspende
Con bárbara alegría;
Y con su mano descarnada oprime
El anhelante pecho,
Que, al fiero impulso del dolor, deshecho
Y enronquecido gime.

Ya de la tumba la mansion postrera
Abre su centro oscuro,
Do con cien brazos de diamante duro
La eternidad la espera.

Y allí... ¿No hay compasión? ¿No habrá en el cielo
Un númen que propicio
Use con ella su piadoso oficio
Y acalle nuestro duelo?

(1) En estos últimos tres versos y en algun otro hemos adoptado leves variantes que encontramos en un antiguo manuscrito de Salamanca. (Nota del Colector.)

(2) Esta composición, suprimida en las ediciones posteriores, fué publicada por QUINTANA en la primera edición de sus poesías (1892). (Id.)

¡Tú, amor, lo sufrirás? ¡Tú, que en la cuna

Su albor primero viste,
Y el dón precioso de agradar le diste,
Mayor que su fortuna?

¡Oh Dios! Esa beldad, flor de Castilla,
Que al Tamesis, que al Sona
Con gracia noble y majestad serena
Fue encanto y maravilla;

Esa boca apacible, afectuosa,
Que en grata melodía
Sales sin fin y discreción vertía
De su flamante rosa;

Esos ojos purísimos, que sólo
Su patria dar pudiera,
En cuya luz alegre reverbera
El gran fanal de Apolo;

¡Todo, todo ceniza y horror ciego
Va á ser en un instante!

Deten ¡oh muerte! el brazo fulminante;
Detenle á nuestro ruego.

Déjala contemplar su hermoso día;

¡Quién vió á la flor lozana

Morir ántes que cumpla una mañana
Ni el sol á mediodía?

— «¡Temeraria ilusión! ¡Loca esperanza!

¡Atajar á la muerte en su camino?

¡A mí, que sorda soy cual la venganza,
Y aún más inexorable que el destino?

» Granos todos de incienso al fuego que arde,
Delante de mi altar sois consagrados:

Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¡Por eso habeis de importunar los hados?

» *Piedad* nació para morir ahora;

Á esta ley de rigor debió la vida,

El que por verla agonizando llora,

Su oriente acusa y su existencia olvida.

» Bella fué, bella aún es, la amasteis bella:

¿Quereis que venga la vejez odiosa

Y en ella estampe su ominosa huella?

Muera más bien que envejecer la hermosa.

» Muera más bien que su candor nativo

Empañe el tiempo y su esplendor deshaga;

El tiempo, que tan impio como esquivo

A la misma virtud vence y estraga.

» Viva anhelaís la que tan noble ha sido,

La que tan dulce fué; mas, ¡por ventura

Este lauro en su frente, hoy mercedido,

De ostentarlo hasta el fin está segura?

» No puede en vicios convertir mañana

Las que adorais virtudes? ¡Oh insensatos!

Dejad esa querella injusta y vana,

Y no os mostreis al beneficio ingratos.

» Yo en mi sueño letárgico y profundo

Le doy estable paz, descanso cierto:

Yo contra el rocío temporal del mundo

Aseguro su gloria y soy su puerto.

» ¿Qué valen, pues, tan frívolos clamores?

No es á ellos dado enternecer mi oído;

Y ya que no es posible á mis rigores,

Salvadla en vuestros cantos del olvido.» —

Dijo así la feroz, y en risa amarga

Bañado el rostro horrendo,

Las espantables alas extendiendo,

El golpe atroz descarga

Sobre la triste víctima, que herida

Cierra los bellos ojos,

Dando en un ¡ay! al monstruo los despojos

De su infelice vida.

II (1).

CRISTINA.

Cancion epitalámica al feliz enlace de S. M. C. don Fernando VII
con la serenísima señora doña María Cristina de Borbon.

AL REY NUESTRO SEÑOR.

Nunca osára, Señor, la musa mía
Al eco unir del general aplauso

Los ecos de un aliento que se apaga,

Por la desgracia y por la edad cansado.

Ved cómo yace envuelta en largo olvido

Mi inútil lira: trémula la mano

Va sus cuerdas á herir, y á hallar no acierta

Su antigua resonancia y su entusiasmo.

Otra fuerza, otra voz, otra armonía

Pide al cantarse el venturoso lazo

En que vos afirmáis vuestra ventura,

Y también su esperanza el orbe hispano;

Y á ensalzar dignamente de *Cristina*

La florida hermosura, el dulce encanto

Y la indole celeste, áun no bastára

A Píndaro su voz, la suya á Horacio.

Mi timidez iguala á mi respeto;

Pero vos lo quereis; y á quien los hados

Quisieron siempre defender propicios

Y en la alta cima del poder sentaron,

¿Cómo un flaco mortal, que sin su escudo,

Juguete fuera del rencor contrario,

Este esfuerzo, aunque débil, negaría,

Sin riesgo al fin de parecer ingrato?

¡Ah! no: suene mi voz, los aires rompa;

Y aunque ronca y cansada, el holocausto

Haga de su temor ante las aras

Del refundente sol que ya adoramos.

Quizá aquel fuego que á mi musa un día

Pudo animar en sus mejores años,

De sus yertas cenizas sacudido,

Vuelva á encenderse á tan hermosos rayos.

Otros la cantarán con más fortuna,

Con talento mayor; y hasta los astros

Alzar conseguirán su ínclito nombre,

En las alas del genio arrebatados.

En mí supla al talento el buen deseo;

Y estos rudos acentos de mi labio,

Que van de vuestra esposa al régio oído,

Hallen, Señor, si no alabanza, agrado.

SEÑOR,

Á L. R. P. DE V. M.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

CANCION.

*Accipe fortunam generis, diadema resume,
Quod tribuas natis, et in hac penetralia rursus,
Unde parens progressa, redi.*

CLAUDIANO.

¡Oh belleza! alto dón, rico tesoro,

Precioso bien á la mujer guardado,

Con más vehemencia ansiado

Que el diamante oriental, y más que el oro;

¿Quién te dió ese poder? ¿De quién hubiste

La magia celestial? En donde quiera

Que muestres esa lumbre

Por siempre vencedora,

Reinar y avasallar como señora,

Rendir y embelesar es tu costumbre.

Vedla en los campos de Vertuno y Flora

Cuando los huella con gallardo brío,

Y allí, en puros aromas y en colores,

Humillará las flores,

Hijas del sol y alumnas del rocío.

O si ya de la selva en el sombrío

Recinto, al eco ronco

Del resonante caracol, las fieras

Volando en su caballo alza y fatiga;

Ellas con planta alada huyen ligeras

De la Ninfa veloz, y huyen en vano:

Su vista penetrante las persigue,

Y el rayo abrasador arde en su mano,

Arde y estalla; el plomo silba, caen,

Y el eco suena en torno. El bosque adora

Su bella cazadora,

Ansiando ufano que á batirle vuelva

La que con su atractivo sobrehumano

Es Flora en el jardín, Cintia en la selva.

Y si en el rico estrado reclinada,

Cual dama delicada,

Habla discreta y apacible ríe,

¡Oh! cuál tras sí los corazones lleva,

(1) En la sección de *Odas* colocamos esta canción. Por sus elevados conceptos y por su entonación noble y robusta, pertenece á la más alta esfera de la poesía lírica. (Nota del Colector.)

Sea que el pié fugitivo en danzas guie,
 Sea que al sonoro acento
 De su arpa, herida en delicioso tono,
 Rinda las almas y embebezca el vicento!
 Subidla luego al resplandor del trono;
 Y á su aire augusto, á su ademán divino,
 Veréis la tierra canudecer, postradas
 Ante ella las naciones,
 Y en aplausos sin fin y adoraciones,
 Sus destinos cifrar en su destino.
 ¿Qué la beldad no alcanza
 Cuando se une al poder? El mismo cielo
 Obedece á su anhelo,
 Si al cielo acaso conmover le agrada:
 A una sola voz suya, á una mirada,
 Apaga Jove el iracundo rayo,
 Depone Marte la sangrienta espada.
 ¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
 Joven real, cuya dorada cuna
 Tú ya meciste en su primer oriente?
 Ella en su faz purpúrea y noble frente
 Lleva escrita su gloria y su fortuna.
 Y espléndida y riente
 Se lleva por los campos de la vida,
 Cual la estrella de amor, cuando en el cielo
 Por los espacios lóbregos se lanza
 A abrir la puerta al venidero día;
 Y brilla con la luz de la alegría,
 Y es bella como es bella la esperanza.
 ¿No es ésta ya la que á la régia silla
 Destina alegre el hado,
 Con el pueblo español ménos airado?
 ¿La misma que en la orilla
 Del Sebeto feliz creció primero
 A ser delicias del Monarca Ibero,
 Y astro de paz benéfico á Castilla?
 ¿Oh cuánto tarda ya! ¿Cómo no llega,
 En alas de los céfiros traída,
 A contentar al público deseo?

Tú, que el soberbio tálamo preparas,
 Mira arder el incienso ante las aras
 Y vén á nuestra voz, santo Himeneo.
 La sien ceñida de amaranto y rosas,
 Con apacible vuelo
 Del Olimpo á la tierra tú descienes:
 Por do quiera que tiendes
 Las alas vagarosas,
 Huyen las nubes, se serena el cielo;
 Y de la antorcha al sacudir la llama
 Que la adorable esposa á Ibérica guía,
 Del Ebro á Guadarrama
 Que todo se penetre en tu ambrosía.

Todo te aplaude: en resonantes himnos
 Todo se inunde: el monte
 Los diga al valle, y los repita el río,
 Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
 ¿No veis cuál resplandece
 Del arrebol del alba enrojecida,
 Por las gracias ornada,
 Y de alta gloria y majestad cercada?
 ¿No veis cómo á los rayos de su frente
 Todo con grata admiración se inclina?
 Ella es; la augusta *Reina* de Occidente:
 Ella es; la amable y celestial *Cristina*.
 ¿Nombre adorado, y en España ahora
 Primera vez oído, ¡oh! siempre seas
 Con tanto amor y gratitud cantado
 Como hoy estás de aclamación seguidol
 Estrechamente al de *Fernando* unido,
 Escrito en letras de oro centelleas;
 Y en medio á los magníficos festones.
 A las bellas guirnaldas con que el arte
 Tu cifra con la suya enlazar pudo,
 Es más estrecho el nudo
 Con que la voz del regocijo alzando
 Su alborozado aplauso al raudal viento,
 Suben juntos á herir el firmamento
 Los nombres de *Cristina* y de *Fernando*.
 Vén, pues, y de tu estirpe, oh nueva esposa,
 La fortuna recibe: orne tu frente
 La diadema esplendente
 Que pases luego á tu progenie hermosa.

Aquí nació tu madre virtuosa;
 De aquí el destino á la dichosa Italia
 Nos la robó; y al saludar contigo
 Este albergue real, un tiempo suyo,
 Ufana de la luz que la acompaña,
 Decir parece á su querida España:
 «Aun más que te debí te restituí.»

¿Qué te suspende, oh Musa? Ya á Himeneo
 Con su doble guirnalda
 Ceñir la sien de los esposos veo:
 Ya el áureo velo tiende..... ¡Oh! No te atrevas
 Más adelante á penetrar..... Un día
 La antigua poesía
 En el canto nupcial plácido y leve
 De amor el triunfo celebrar solía;
 Cuando, más halagüeña que sublime,
 La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,
 El inefable encanto
 Del tímido pudor, que cede y gime,
 Y tanto halago y tanto
 De que entonces te adornas, oh hermosura,
 Para más abrasar: la ufana rosa,
 Cuando á besarla llega
 El céfiro, amorosa
 La pompa así de su beldad despliega.

No empero igual licencia, oh Musa mía,
 Te es permitida á tí; mayor reserva
 Se debe á la deidad alta y triunfante,
 Vénus sin duda en su gentil semblante,
 Pero en decoro y majestad Minerva.
 Deja ese tono, pues, de mil ya usado,
 Y cantado ya á mil: diverso acento
 En este gran momento
 Deberá ser el tuyo, otras las sendas
 Son que el délfico Dios abre á tu gusto;
 Y cuando al són del plectro el aire hienidas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.

Desde ese trono excelso en que sentada
 Los ámbitos de Ibérica señoras,
 Tiende la vista y mira en todas partes
 Arcos sublimes, títulos, trofeos
 Y fiestas en tu honor: dulce tributo
 Que vuelto en gala el doloroso luto
 Rinde á tus plantas la nación hispana.
 Recibe tú su amor y sus deseos;
 Recíbelos, oh ninfa soberana,
 Con dulce afecto á sus plegarias pío;
 Y la suprema voluntad doblando
 Del amante Monarca á tu albedrío,
 Haz de tus ojos al clemente fuego,
 Benigno el mando y poderoso el ruego.

Que bien esta region mercedora
 Es de tu afán y maternal cuidado:
 Mira con cuánto agrado
 La favorece el sol, qué rico el suelo,
 Qué apacible es el aire; en donde quiera
 Verás la primavera
 Florecer y reír; y el siglo de oro
 Renovado á tu voz, la dura encina
 Y envejecido roble
 De su áspero cabello
 Miel para tí destilarán, ¡*Cristina*!
 ¿Buscas un bello clima? ¡Este es tan bello!
 ¿Buscas un pueblo noble? ¡Este es tan noble!
 ¿Acaso palmas del honor preguntas?
 El mundo te responda, que asombrado,
 Por la española intrepidez doblado,
 Apenas pudo contenerlas juntas.

Su número fué escándalo; y la suerte,
 El cáliz de favor con que algún día
 Nos embriagó falaz, trocó á rigores:
 Dos siglos de dolores
 Vanse á cumplir, y aun viva
 Parece arder su saña vengativa.
 ¡Oh discordia! ¡Oh rencor! Tristes pasiones,
 Ministras vilces de venganza extraña,
 Y ajenas tanto al corazón de España,
 ¿No es tiempo ya de que ceséis? ¿No es tiempo
 De que sus hijos alcen
 La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran
 Los castellanos pechos,
 A tal fortuna y contratiempos hechos,

Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!

Y habrán de serlo al fin : que decretado
Sin duda fué por el querer del cielo
Este enlace magnífico y sagrado
Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna esposa
Del Monarca español, fiel compañera
De su incesante afán y alto desvelo!
Tú en obra tan sublime
Asístele eficaz; triunfo debido
Es ése á tu cander, á tu hermosa,
A tu espíritu excelso.... ¡Quién me diera
Romper el velo que la edad futura
Entre sombras esconde, y ver mi España
Acorde dentro, respetada fuera,
Vuelta á la gloria y rica de ventura!
Acelerad, oh cielos, tales días,
Y salgan ciertas las promesas mías.

¡Oh, cómo el genio imitador entónces
El inmenso caudal que en sí atesora
Desplegará, y en mármoles y en bronceos
La efígie hermosa y los ilustres hechos
Dará de la inmortal restauradora!
¿Podrá á tanto bastar la fantasía?
¡Ah! mientras que á porfía
Las artes ostentando sus primores
Contiendan en su honor, en medio alzada
Con dulce exaltación y ardiente brío
Dirá la gratitud : «Vuestros loores
No pueden ser eternos sin el mío.
Este es el perdurable, el verdadero,
El que conviene á su bondad divina :
Yo la grabé en el pecho al pueblo ibero
Cuando en letras de amor puse : *¡Cristina!*

1829.

ROMANCES.

I.

La diversion.

El amor se ha desprendido
De los brazos de su madre,
Y alegrando el universo,
Se está suspenso en el aire.
El os contempla, zagalas,
Y mirándoos se complace
Al ver las gracias que os dieron
Las estrellas liberales.
El al placer os convida,
Al regocijo y al baile ;
¿Y seréis sordas vosotras
A sus influjos suaves?
¡Mirad cuál todo se anima!
De flor se visten los valles.
De hierba se cubre el campo
Y el viento pueblan las aves.
Animáos también vosotras ;
Gozad la estación amable,
Que sobrada vida os queda
Para devorar pesares.
Más rápido que una flecha
Que vuela hendiendo los aires,
El tiempo vuela y se muere,
Muere el tiempo y no renace.
Tiempo vendrá en que os aflijan
Las memorias lamentables,
De placeres que perdisteis,
De horas que desperdiciásteis.
Ea, pues ; que nada se pierda,
Salid alegres al baile,
Los instrumentos resuenen
Y la risa os acompañe.
Ven tú, la alegre zagala,
Atención de mil amantes,
Y cuyos ojos, si miran,
No hay corazón que no abrasen.
Plácidamente severa,
Severamente agradable,

Te acompañará tu hermana

Y alentaréis todo el valle ;

Mientras que á encantarnos venga,

Mientras que enlazada sale

Con la gallarda Belisa

La linda y modesta Dafne.

Vén tú, en fin, ninfa divina,

Vén, en fin, y no te tardes,

Tú, en cuya tez los claveles

Con la azucena combaten ;

Tú, en cuyos labios de rosa

Fabrica amor sus panales,

Y en cuyo soberbio seno

El placer viene á posarse.

¡ Dichoso aquel que tu beldad admira,

Que tus gracias contempla atentamente,

Que el blando influjo de tu genio siente,

Que de amor puede hablarte, y que suspira !

Mérida, 1792.

II.

A Dafne, en sus días.

Á aquella airosa andaluza

Que en las riberas de Cádiz

Es, por lo negra y lo hermosa,

La esposa de los cantares ;

A la que, en el mar nacida,

La embebió el mar de sus sales,

Cada ademán una gracia,

Cada palabra un donaire ;

Vé volando, pensamiento,

Y al besar los piés de Dafne,

Dile que vas en mi nombre

A tributarle homenajes.

Hoy son sus alegres días,

Mira cuál todo la aplande :

Ménos fuego el sol despidе,

Más fresco respira el aire.

Los jazmines en guirnaldas

Sobre su frente se esparcen ;

Los claveles en su pecho

Dan esencias más suaves.

Y ya que yo, sumergido

En el horror de esta cárcel,

Ni aún en pensamiento puedo

Alzar la vista á su imagen,

Rompe tú aquestas prisiones,

Y vuélvete allá á recrearte

En el raudal halagüeño

De su sabroso lenguaje.

Verás andar los amores

Como traviesos enjambres,

Ya trepando por sus brazos,

Ya escondiéndose en su tallo,

Ya subiendo á su garganta

Para de allí despeñarse

A los orbes deliciosos

De su seno palpitante.

Mas cuando tanto atractivo

A tu placer contemplares,

Guárdate bien, no te ciegues

Y sin remedio te abrases.

Acuérdate que en el mundo

Los bienes van con los males,

Las rosas tienen espinas

Y las auroras celajes.

Vistióla, al nacer, el cielo

De aquella gracia inefable

Que embelesa los sentidos

Y avasalla libertades.

Los ojos que destinados

Al Dios de amor fueron ántes,

Para que en vez de saetas

Los corazones flechase,

A esa homicida se dieron

Negros, bellos, centellantes,

A convertir en cenizas

Cuanto con ellos alcance.

Y cuentan que amor entónces

Dijo, picado, á su madre :

Pues esos ojos me ciegan,
Yo quiero ciego quedarme.

Venza ella al sol con sus rayos;
Pero tambien se adelante
En su mudanza á los vientos,
En su inconstancia á los mares.

Y fué así. Las ondas leves
Que van de margen en margen,
Los céfiros que volando
De flor en flor se distraen,
No más inciertos se miran
En sus dulces juegos, Daine,
Que tú engañosa envenenas
Con tus halagos fugaces.

Dime, ¿áun se pinta el agrado
En tu risueño semblante,
Y respiran tus miradas
Aquella piedad suave,

Para con ceño y capricho
Desvanecerla al instante,
Trocar la risa en desvío
Y el agasajo en desaires?

Y dime, á los que asesinas
Con tan alevosas artes,
¿Los obligas aún, crüel,
A consumirse y que callen?

Mas no importa: que padezcan
Los que en tu lumbre se abrasen;
Que tú, con sólo mirarlos,
Harto felices los haces.

Yo tambien, á no decirme
La razon que ya era tarde,
Y á presumir en mis votos
El bello dón de agradarte,

Te idolatrara, tú fueras
La mayor de mis deidades;
Pero ¿quién es el que amando
No anhela por que le amen?

De amigo, pues, con el nombre
Fué forzoso contentarme;
Pero de aquellos amigos
Que en celo y fe son amantes....

Basta, pensamiento; vuelve,
Vuelve ya de tu mensaje,
Y una sonrisa á lo ménos
Para consolarme trae.

16 de Julio de 1815.

III.

La fuente de la mora encantada.

Oye, Silvio, ya del campo
Se va á despedir la tarde,
Y no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.

Ya el redil busca el ganado,
Ya se retiran las aves,
Y en pavoroso silencio
Se ven envueltos los valles.

Y tú en tanto embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.

¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que la maldicen los madrcs?

Mira que llega la hora;
Huye veloz y no aguardes
A que el encanto se forme,
Y que esas ondas te traguen.

¡Véntel!... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imágen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales,

Como ilusion entre sueños,
Como vislumbre en los aires,
Incierta al principio y vaga,
Se confunde y se deshace;

Hasta que al fin más distinta
En su apacible semblante,

De sus galas la hermosura
Hace el más vistoso alarde.

La media luna que ardia
Cual exhalacion radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos suaves,
Mostraba su antiguo origen
Y el africano carácter
De los que á España trajeron
El alcoran y el alfanje.

Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
Y de labor tambien mora
La rica alfombra en que yace,
Toda ella encanta y admira,
Toda suspende y atrae
Embargando los sentidos
Y obligando á vasallaje.

Mirábala el pastorcillo,
Entre animoso y cobarde,
Queriendo á veces huilla,
Y á veces queriendo hablalle;

Mas ni los piés le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta á formar palabras
La lengua helada en las fauces,

Sólo la vista le queda
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodigio
Que allí contempla delante.

Ella al parecer dormia;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,

Que en deliciosa ternura
Conviercen luego y deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante,

Y abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaeas,
A él se vuelve, y querellosa
Le dice con voz suave:

— «¿Viniste al fin? ¿Qué de siglos
De esperanzas y de afanes
Me cuestas! ¿Dónde estuviste,
Que tanto tiempo tardaste?

Mírame aquí encadenada
Por la maldición de un padre,
A quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme.

«Vive ahí, me dijo irritado,
Ten esa fuente por cárcel;
Sé rica, pero sin gustos;
Sé hermosa, pero sea en balde.

»Enciéndante los deseos,
Consumante los pesares,
De noche sólo te muestras,
Y el que te viere se espante.

»Y pena así hasta que encuentres,
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
Y entre esas ondas te abraze.»

»Ya otros ántes han venido,
Que, pasmados al mirarme,
El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.

»No lo seas tú: aquí te esperan
Mil delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamás se dan ni se saben.

»Vén, serás aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante;
Vén...»; y los brazos tendia
Como queriendo abrazarle.

A este ademan, no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado,
Se arroja al pérfido estanque.

En remolinos las ondas
Se alzan, la víctima cae,
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

IV.

A Somoza (1).

En vano el ingenio animas,
Que ya olvidado reposa,
Y de mi lira pretendes
Que á tus acentos responda.
¡Versos yo! Si los cantará
Entre estas ásperas rocas
Y en estos campos ingratos,
Aborrecidos de Flora,
¿Cómo pudiera vestirlos
De la elegancia y la pompa
Con que los hijos de Apolo
Dan vida eterna á sus obras?
Quizá lo fui yo algun día,
Y la délica corona
Refrescó tal vez mis sienes
Con el verdor de sus hojas,
Cuando del padre Océano
Canté el poder y la gloria,
E escuchándome las ninfas
Y aplaudiéndome las ondas;
O cuando rayos lanzaba
Al opresor de la Europa,
En ecos ántes no usados
De las Musas españolas.
Huyó aquel tiempo: los años,
Las desventuras me agobian,
Y lo que ántes fué osadía,
En desaliento se torna.
Huyó aquel tiempo, y no es fácil
Que yo con fuerzas tan pocas,
Para que el mundo me escuche,
Mi largo silencio rompa.
Canten los que son dichosos;
Pero el infeliz que llora,
Guarde para sí el gemido
Y sus lástimas esconda;
Que las orejas del mundo
Son esquivamente sordas
Al lamentador poeta
Que, en vez de cantar, solloza.
Cuando de la vida mía,
Ahora ya tan borrascosa,
Pero entónces tan serena,
Comenzó á rayar la aurora,
Mil grandiosas esperanzas
Eran mi existencia toda,
Que el ánimo me exaltaban
Entre ilusiones hermosas.
La libertad y la patria,
Con la luz que las corona,
La beldad con sus encantos,
Con sus laureles la gloria,
Númenes fueron celestes,
Que mi alma nueva y fogosa,
Postrada ante sus altares,
Adoraba á todas horas.
¡Qué de incienso entre mis manos!
¡Cuántos himnos de mi boca
Salieron, poblando el aire
De alabanzas y de aromas,
Que despues cambió la suerte,
Tan temeraria y tan loca,
En ponzoña que me abrasa,
Y en dogales que me ahogan!
¿Dónde os fuisteis desde entónces,
Imágenes deliciosas,
Pensamientos grandes, dónde,
Dónde aquel númen?... Perdona,
Dulce amigo, si tan léjos,
Donde la suerte me estorba
El bálsamo saludable
De tu voz consoladora,
Mi corazón, hostigado
De tan acerbos memorias,
A la hiel del desaliento
Tristemente se abandona.

¿Quieres que cante? Pues alza
De sus ruinas lastimosas
Ese templo, cuya afrenta
A ira y lástima provoca:
Saca á la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que ahorrrojada la tiene
La iniquidad de la Europa;
Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel y á la victoria;
Y entónces quizá se anime
Mi voz trabajada y ronea,
Y á lucir vuelva en mi frente
Del genio la sacra antorcha.
Entónces también mi lira...
Mas ¿qué esperanza traidora
A tal delirio me lleva
Con sus falaces lisonjas?
Nunca ya en las manos mías,
Compañera de mis glorias,
Te verás, hinchendo el aire
Con tu voz majestuosa,
Lira de oro; nunca. Un día,
Como prenda ó como joya
Brillante, en las nobles aras
De mi patria victoriosa
Cayó, y del ciprés infausto
Que á su sepulcro da sombra,
Para padron ó escarmiento,
Te miras pendiente ahora.
Allí la lluvia te ofende,
Allí los vientos te azotan,
Y algun esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.
Yo sé que tú te estremeces,
Y en tus cuerdas, aunque rotas,
Algun eco sordo se oye
De indignacion y congoja.
Sufre ¡oh lira!: igual destino
A tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna,
Que en sus afrentas se goza.
El calla; imita su ejemplo,
Y desamparada y sola
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio y reposa.

Abril de 1826.

Á LICÓRIS,

consolándola de una ingratitud.

ENDECHAS.

¿Por qué de tus penas
Ir siempre seguida?
El duelo importuno
¿Por qué no mitigas?
¿No ves que, cebadas
Así las desdichas,
Estragan, Licóris,
La flor de la vida?
Ya un año ha corrido,
Y el mal que te agita,
Pintado con llanto
Se ve en tus mejillas;
Tus ojos hermosos
Están todavía
Mirando el camino
Que lleva á Castilla;
Y al amado ausente,
Que criel te olvida,
En alas del viento
Mil quejas envías.
Gustando memorias,
Soñando delicias,
Que luégo, despierta,
Se tornan acibar,
Engañas las noches,
Consumes los días,

(1) Es don Jo é Somoza, cuyas poesías líricas hemos incluido en el presente tomo.

Y el dardo en tu pecho
Más hondo se fija.

¡Ay, que los ingratos
No valen, amiga,
Los crudos pesares
Que da su perfidia!

Ya del año rie
La estacion florida
Y vuelve á los campos
La antigua alegría.

Vuelve tú á la tuya,
Y las auras mismas
Que el lóbrego luto
De invierno disipan,

Tambien desvanezcan
Con ala benigna
Tus negros cuidados,
Tus penas esquivas.

Torne á tu semblante
Tu apacible risa;
Las galas te adornen,
Los gustos te sigan.

Que en honda tristeza
No quiere que giman
La diosa de Gnido,
Las Gracias festivas.

Tan amable aseo,
Discrecion tan fina,
Y un pecho en que reinan
Verdad y justicia,

Son prendas, zagala,
Que siempre cautivan,
Y es bien ciego el hombre
Que infiel las olvida.

Tú de sus mudanzas
La venganza fia,
Que el cielo á los tales
Con ellas castiga.

Llegará, no dudes,
Tiempo en que se rinda
A quien su cariño
Le pague en delicias.

Y desesperado
Volverá la vista.
Lanzando suspiros,
A la Andalucía.—

Así abandonada,
Del mar en la orilla
La suerte lloraba
De Minos la hija.

¿Qué fué del ingrato
Que así la afligia
Y ejemplo dió al orbe
De tanta perfidia?

Abrazos helados
Y falsas caricias
Le daba tan sólo
Su cómplice indigna.

Que adúltera luego,
Furiosa, perdida,
Llenó sus penates
De eterna ignominia.

Ariadna entre tanto
Gozaba en su isla
Consuelos de dioses
Regalos de ninfas;

Y esposa de un núnen,
Al cielo subida,
En trono de estrellas
Espléndida brilla.

Marzo 18 de 1825.

VERSOS PARA LOS ÁLBUMS DE VÁRIAS DAMAS.

I.

A la señorita doña María Encarnacion Fernandez de Córdoba (1),
hija de los Marqueses de Malpica, á ruego de su tia la Marquesa
de Cerralbo.

Tarde este libro á tus manos
Se vuelve, niña gentil,
Con el tributo de versos
Que me piden para tí.

Bien quisiera yo que fueran
Dignos de tu verde Abril,
Tan frescos como la rosa,
Tan puros como el jazmin;

Y que volando atrevido
A modo de aura sutil,
Las alas de los amores
Te pareciera sentir.

A haber gozado un momento
De tu amable trato, al fin,
Fueran más bellos, sin duda,
Como inspirados por tí.

Una vez sola, al pasar,
Cual relámpago te vi,
Y no es más dulce la aurora
Cuando comienza á reir.

Y al ver la gracia y la gala
Con que brillabas allí,
Entre las danzas festivas
De las bellas de Madrid,

¡Bien dichoso es quien la adora!
Sin poder más, prorumpí.
¡Y el que le deba un suspiro,
Mil y mil veces feliz!

No pienses tú que desdece
Este acento juvenil
De los años que severos
Ya se agolpan sobre mí,

Pues aunque no deba amar,
¿Por qué no podré aplaudir
En el tributo de versos
Que me piden para tí?

18 de Junio de 1835.

II.

A la señora doña Dolores Perinat de Pacheco.

Obedezco, y mi nombre en este pliego
Pongo con mano incierta y temerosa;
Porque versos escritos á una hermosa,
Otra edad necesitan y otro fuego.

Viniera á mí tan poderoso ruego
Al tiempo de mis años juveniles,
Cuando al brillante sol de Andalucía,
En mi algun rayo de entusiasmo ardía.

Mas ya agobiado con setenta abriles,
¿Pudiera yo cantar, y en versos bellos
Dar mi feudo poético á Dolores
Tal que la luz se reflejase en ellos?

Es imposible; en vano de las Musas
Implorára el favor: ellas lo niegan,
Y á cláusulas discordes y confusas
Mi ya exánime acento al fin entregan.

Virgenes son: cual virgenes lozanas
A la vejez se muestran desdeñosas,
Y de la vista de Saturno huyen,
Que agosta y quema sin piedad las rosas.

24 de Mayo de 1843.

III.

A la señorita doña T. F. y B.

Capricho al fin de mujer,
Que, niña amable y hermosa,

(1) Hoy marquesa de Santa Cruz.

Pienso que no hay en el mundo
 Quien á su gusto se oponga.
 ¡Desgraciado así este libro
 Desde las primeras hojas,
 Y que las manche un anciano
 Con su verso ó con su prosa!
 ¿Quién te engañó, Teresita,
 Para que pidas ahora
 A un árbol caduco flores,
 A una árida peña aromas?
 Esto ya ves que no es dable
 Ni aún á tus labios de rosa,
 Ni á tu ademán inocente,
 Ni á tus ojos de paloma.

Los muchos años, amiga,
 De las gracias nos divorcian,
 Y á quien las gracias le faltan,
 Nada espere de vosotras.

Los requiebros os dan risa
 Si salen de nuestra boca,
 Las atenciones os cansan,
 No os obligan las lisonjas;
 Y si algún consejo os damos
 De nuestra cosecha propia,
 Decís que á quien no los pide,
 Todos los consejos sobran.

Por eso en aquestos libros,
 Archivos de vuestras glorias,
 Donde guardáis el incienso
 De los hombres que os adoran,

Entre mil rasgos brillantes
 De sus plumas ingeniosas,
 Impertinencias de viejo
 Da lástima que se pongan.

Ceso, pues, aquí en las mías,
 Y en verdad que no son pocas;
 Mas tú las disculparás,
 Por amable y por hermosa.

Madrid, 14 de Setiembre de 1843.

IV.

A la señorita doña Dolores Fajardo.

Rosa que nace en el jardín cercado,
 Del viento acariciada y del rocío,
 Crece allí con lozano señorío
 Del pie rústico libre y del arado:
 Así, Dolores, tú, bajo el sagrado
 Del albergue paterno recogida,
 Gozas la aurora de la dulce vida
 Exenta de peligro y de cuidado.

Mas no siempre en la rama protectora
 La rosa puede estar: llega su día,
 Y el amante solícito la lleva
 Como ofrenda votiva á su señora.
 Tú eres feliz é independiente ahora;
 Mas también pasarás por esta prueba
 Cuando, asiendo tu mano, el Himeneo
 Del seno de tu padre cariñoso
 Te lleve á las delicias de un esposo.

¡Détele Dios igual á tu deseo!
 ¡Détele amable, firme, generoso,
 De condición benévola y sincera,
 Que como á esposa sin igual te estime,
 Y como á dama sin cesar te quiera!

V.

A la señorita doña M. D.

De cuantos en este libro,
 Ya con versos elegantes
 O ya con prosa ligera.

Te tributen su homenaje,
 Unos serán tus amigos,
 Otros quizá tus amantes,
 Y todos en tu alabanza
 Procurarán esmerarse.

Quién dirá que á Apéles vences
 En dar la vida á un semblante,
 Cuando juega entre tus dedos
 Tan maravilloso el lápiz;

Quién, si tu sutil aguja
 Oro y matices reparte
 Sobre los lienzos que animas
 Con tu labor admirable,
 Dirá que asistir pudieras
 Al fabuloso combate
 En que igualar á Minerva
 Le costó tan caro á Aracne;
 Quién, cuando á tus formas bellas
 Das movimiento en el baile,
 Y en mil gratos laberintos
 Llevas tus plantas fugaces,
 Te dirá que en cada vuelta
 Tu gentileza y donaire,
 Como embelesan los ojos,
 Arrastran las voluntades.

¿Qué no dirán? Mas yo dudo
 Que, por mucho que se afanen,
 Donde llegan tus primores
 Sus alabanzas alcancen.

No te diré que á las mías
 Fuera la empresa más fácil;
 Pero tendrán de sinceras
 Lo que de halago les falte.

El que fué tan caro amigo
 De tu generoso padre,
 Y gozó en su dulce trato
 Tantas horas agradables;

El que te vió tantas veces,
 Niña, en brazos de tu madre,
 Con tus pueriles criccias
 Pagar sus besos suaves:

Ese, al preguntar si alguno
 Con más véras que él te aplaude,
 Razon será que le crean
 Cuando responda que nadie.

VI.

A la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Ya la corona lírica tus sienes
 Con no usado esplendor ceñido habia,
 Cuando tú, en tu magnánima porfía,
 Lauro mayor á tu ambición previenes:

Y á vista de Madrid estremecido,
 Su puñal á Melpómene arrebata,
 Y al noble Munio en su dolor retratas,
 Librándole por siempre del olvido (1).

Aspira á más; y si el valor guerrero
 Tal vez tu nùmen sin igual inflama,
 Dale aliento á la tropa de la fama
 Y venza en fuerza y majestad á Homero.

Así crezca tu honor, Musa española.
 Sé del Parnaso gloria y esperanza,
 Y el mundo te tribute la alabanza
 Que nadie mereció sino tú sola.

Madrid, 24 de Junio de 1844.

VII.

Á la señorita doña Flora de Ferrer.

¿Qué pondré en verso yo aquí
 Para Flora de Ferrer,
 Que á su oído delicado
 Pueda llegar sin desden?

Galanterías desdican
 De mi enfadosa vejez;
 Consejos, son importunos;
 Lisonjas, yo no las sé.

Mas diréle de su padre
 Que le conocí y amé,
 Y aunque han pasado ocho lustros,
 Es como si fuera ayer.

Que unas miras, un deseo
 Y una solícita fe
 Estrecharon estos lazos.
 Que no se han roto después.

(1) Alude al drama trágico *Munio Alfonso*, de la señora Gomez de Avellaneda, representado por primera vez, en Madrid, en la primavera de 1844. (Nota del Colector.)

Saludo, pues, á su hija
Con el más vivo interés;
Y en ecos, si no elegantes,
Los más ingenuos tal vez,
Pido al cielo que de flores
Siempre sembrados estén
Los senderos de la vida
Para Flora de Ferrer.

Madrid, 15 de Setiembre de 1846.

VIII.

Á la señorita doña Aurora de Ferrer.

Al anunciar el alba el nuevo día,
Toman su propia forma y sus colores
El campo, el mar, los árboles, las flores,
Que la noche en sus sombras confundía.
Así da vida al mundo y alegría
Del rubio sol la blanca precursora;
Y así variando la apacible tinta,
Da lustre y nuevo sér á lo que pinta
Con su diestro pincel la amable Aurora.

1.º de Noviembre de 1846.

IX.

Á Facundita Honrubia.

Quando el rigor de la desgracia un día
Me llevó encadenado al Pirineo,
Miserio triunfo y criminal trofeo
De la más ominosa tiranía,
La aurora de tu edad amanecía,
Y eras purpúrea flor que alza su frente
Al halago del céfiro inocente,
Y se abre á la esperanza y la alegría.
Allí tu canto resonó en mi oído;
Allí tu candoroso y dulce trato
Me defendió contra el desden ingrato
Del poder, en mi daño embravecido.
Vaya lejos de mí, puesta en olvido,
De su injusta opresion la triste idea;
Mas no así tu amistad consoladora,
No así la voluntad noble y sincera,
Que desde aquellos tiempos hasta ahora
Se ha mantenido sin mudanza alguna
En mi adversa y mi próspera fortuna.

Madrid, 20 de Febrero de 1847.

X.

A la señora doña Cármen Quintana, esposa del ministro y general
Ros de Olano.

Que eres amable, y como amable hermosa,
Mil te lo han dicho ya; mil todavía
Te lo dirán tambien en verso y prosa,
Y yo, á ser más galán, te lo diría:
Que un destello tal vez de viva llama
Diera mi moribunda poesía
Para obsequiar tan elegante dama.
Mas lo veda mi edad; sesudo y grave
Tengo que ser como conviene á un viejo;
Y así, en vez de una flor vaya un consejo:
Ya que la suerte del poder al lado
Te puso como esposa y dulce amiga,
Haz que tu patria, complacida al verte
En esa cumbre, tu valor bendiga.
Un lauro que acrecientas á su gloria,
Un favor que te deba un desgraciado,
El bien que hagas, en fin, con más agrado
Se ha de pintar despues en tu memoria,
Que ese esplendor de títulos y honores,
Que esa ilusion magnífica del mando,
Y más que ese tropel de adoradores
Que donde quier te sigue y te importuna
Colgada su esperanza en tu fortuna.

Madrid, 3 de Octubre de 1847.

XI.

A la señora marquesa, viuda de Cerralbo.

Árdua es la prueba, generosa amiga:
¡Versos yo en este libro, y los primeros!
Dormida estaba tu razon sin duda
Cuando diste cabida á tal deseo.

Bien quisiera tener para agradarte
Aquel vigor antiguo y aquel fuego
Que animaban mi pluma en otros días
Y algunos lauros á mi frente dieron:

Quando del mar en la tendida playa
Canté la gloria y el poder inmenso,
Alternando los sonos de mi lira
Con el són de las ondas y los vientos,

O cuando rayos sin cesar lanzaba
Contra el poder del déspota europeo,
Dando en defensa de la patria mia
Ecos de libertad entónces nuevos....

Aquel tiempo pasó; pedir ahora
La misma fuerza á mi cansado aliento,
Es en jardín talado pedir flores,
Ó la pompa del mundo en un desierto.

Y aun si en este lugar me permitieses
Escribir todo el bien que de tí pienso,
Más fácil y agradable la tarea,
Más aplaudido fuera el desempeño.

Tú, empero, expresamente lo prohibes,
Acaso imaginando que el incienso
Rendido en tales libros á las damas
Tiene más de obligado que de ingenuo.

Cumplase, pues, tu voluntad suprema;
Y, exentos de lisonja, yo te ofrezco
Versos que en nada tu modestia ofenden
Si es que son dignos de llamarse versos.

Y si alguno despues cuando los lea
Quiere ceñudo comparar con ellos
Las galas que en las páginas siguientes
Prodigarán el arte y el ingenio,

Dí que el yerro fué tuyo, y que escuchando
Sólo de tu amistad el noble afecto,
Diste un prólogo insulso á un bello libro,
Diste un pórtico pobre á un rico templo.

Madrid, 20 de Febrero de 1848.

XII.

A la señorita doña Eladia Espartero de Montesino.

Cumplo al fin mi palabra; y por ventura
Pudiera, amable Eladia, contentarte
El tributo de versos que te envío,
Si fuera fan feliz como tardío.

Porque falta el ingenio y falta el arte
Al que agobiado con ochenta abriles
Viene en esta contienda á tomar parte,
Propia sólo de alientos juveniles.

Ellos con otra gracia, otro colores,
En este libro ercribirán primores;
Yo que ya por mi edad soy más severo,
Llamaré tu atencion á aquellos días,
En que cercada de esplendor y gloria
Y debajo el laurel de la victoria
Sus bellas ramas por dosel tenías.

Modesta como flor allí crecías;
Modesta ahora tambien, tu hogar tranquilo
Fijas en el albergue respetable
Donde ciencia y virtud tienen su asilo;
Suerte por cierto digna y envidiable
Que tal vez no alcanzó mujer ninguna,
Pues ¡á quien si no á tí dió la fortuna
Tener siempre en su noble compañía
Gloria, valor, virtud, sabiduría!

8 Diciembre 1849.

XIII.

A la señora doña Concha Martínez de Figueras, recién casada.

Pues mi nombre ya escrito en este libro,
No es bastante á mostrar mi buen deseo,

Y es preciso que en verso se presente
El tributo de honor que á Concha debo,

Obedézcase al punto; y acatando
De quien así lo manda el justo imperio,
Id á los piés de Concha, versos míos,
Bien poco dignos de llamarlos versos.

Yo la ví florecer desde la cuna;
Yo la ví, niña, en sus pueriles juegos
Triscar con sus alegres compañeras,
Y vencerlas en gracia y en aseó.

Creció despues en gala y bazarria,
Ya respirando juvenil aliento,
Y era lo que en las selvas son las palmas,
Y lo que en las estrellas los luceros.

Y modesta y amable en donde quiera,
Delicia de sus padres, embeloso
De cuantos su presencia contemplaban
En la espaciosa calle y en los templos.

Un enjambre de amores la seguía:
¿Quién la tendrá? se preguntaban ellos,
Y avivando la duda y la esperanza,
¿Quién la tendrá? les replicaba el eco.

Hubo uno, en fin, que venturoso pudo
Llevar la ninfa al ara de Himeneo,
Y allí enlazar su vida con su vida,
Jurándose los dos amor eterno.
Las palabras que entónces pronunciaron
Subieron á las bóvedas del cielo,
Y el lazo que los une será al mundo
El más hermoso y envidiable ejemplo.

Madrid, 20 de Julio de 1850.

XIV.

A la niña Eloisa d'Herbil, eminente pianista.

Cumplo lo que ofrecí, niña Eloisa:
Voy á escribir mi nombre es este libro,
Y así de los aplausos que en él leas
El tributo primero será el mío,
¡Ojalá fuera igual á lo que vales!
Mas el que no te ha visto ni te ha oído
No puede hablar de tí cual corresponde,
Aunque te admire como yo te admiro.

Felices son los que te ven y escuchan,
Los que gozan el mágico atractivo
Que tienen tu hermosura y la armonía
Para embargar el alma y los sentidos.
Y aunque niña inocente ya en tus ojos
Ven el destello del albor divino,
Que promete á su espléndida carrera
Un tan irresistible poderío.

Así el sol al nacer luce y no abrasa;
Más dejadle que avance en su camino,
Y al llegar con su carro al mediodía
Veréis que todo el aire está encendido.
Tal serás tú, maravillosa niña,
Tal serás tú, lindísimo prodigio,
Cuando en alas del génio alces el vuelo
Para honra de tu patria y de tu siglo.
Crece, vive feliz, corre la senda
Que á tu brillante gloria abre el destino;
Y yo que te lo anuncio, en estos versos
El más sincero parabien te envío.

Madrid 22 de Aril de 1855.

XV.

A la señorita doña Pilar Sinués y Navarro, que habia hecho unos
versos á mi coronacion.

Tú pusiste una flor pura y graciosa
En la corona que adornó mi frente,
Y á mí es muy grato en la ocasion presente
Cefiir tus sienes de flamante rosa.
Vas, amable Pilar, á ser esposa,
Consagrando en las aras de Himeneo
Tu libertad y gracias juveniles.
¡Dichoso á quien se guarda este trofeo!
Yo, aunque agobiado con ochenta abriles,
Tomo, cual debo, parte en tu alegría,
Y en débil, sí, pero sincero acento,
Tu nombre doy para aplaudirle al viento,
Y acompaño tu triunfo en ese día.

Madrid, 10 de Enero de 1856.

DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

NOTICIA BIOGRÁFICA (1).

DON FÉLIX JOSÉ REINOSO, dean de Valencia, ministro del Tribunal Supremo de la Rota española y caballero comendador de la orden americana de Isabel la Católica, nació en Sevilla el 20 de Noviembre de 1772. Estudió por espacio de doce años las ciencias eclesiásticas en la universidad literaria de aquella ciudad. En 1793, de acuerdo con sus condiscípulos don Alberto Lista y don José María Roldán, estableció una Academia de Letras Humanas, que duró hasta 1801, apreciada en el reino por sus obras y por el mérito de haber difundido los principios del buen gusto literario en Sevilla, donde, puede asegurarse, los más de los jóvenes que han descollado en literatura desde aquella época le debieron su educación, ó la han debido posteriormente á sus más notables individuos, que todos desempeñaron luego cátedras de varias enseñanzas. El poema *La Inocencia perdida*, impreso en 1804, fué, así como otras de sus obras, premiado por aquella Academia.

En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz de la ciudad de Sevilla, que sirvió con singular celo hasta 1811. Además de sus oficios pastorales, que le han granjeado grata memoria en aquella feligresía, instituyó una junta de caridad, cuyo reglamento fué presentado como estímulo y modelo á los demás señores curas por su amigo el oidor don Joaquín María Sotelo, encargado por el Real Acuerdo para propagar en la población semejantes instituciones. Por medio de esta junta estableció en su parroquia la hospitalidad doméstica, proporcionó lactancia y escuela á los niños desvalidos, y socorrió todo género de necesidades. En su casa estableció la vacunacion pública y gratuita, logrando generalizarla en Sevilla, donde anteriormente se había malogrado semejante empresa, y fomentarla en otros pueblos de la provincia.

En el hambre que se padeció en Sevilla en 1811, en que morían muchos infelices por las calles, formó dos hospitales de desfallecidos de ambos sexos, en que se dió á más de 700 personas curacion y asistencia esmeradas. Auxiliábale y compartía con él estas y otras útiles tareas, su gran amigo el señor don Manuel López Cepero, á la sazón cura del Sagrario, y después dean de la santa Iglesia de Sevilla.

La Sociedad Económica de esta ciudad le confirió por aclamacion, á fines de 1815, su cátedra de humanidades, suspendida algunos años, en cuya restauracion leyó un discurso *Sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y la rectificacion de las pasiones*, que publicó la Sociedad. Para su desempeño, que duró cinco años, ordenó un curso filosófico de literatura, escrito por él en gran parte originalmente, y del que existen algunas copias, aunque incompletas.

Asociado por la Diputacion provincial de Cádiz á sus tareas facultativas, desde mitad del año de 1820 hasta el último tercio de 1825, redactó muchos escritos, ora en apoyo de los intereses

(1) Esta noticia fué publicada en Sevilla al frente de una reimpression del poema *La Inocencia perdida*, el año de 1845. Por su brevedad la hemos escogido. Pero advertimos á nuestros lectores que si desean adquirir cabal y luminoso concepto de la vida y merecimientos de REINOSO, consulten la extensa y excelente biografía que, en 1845, publicaron los señores don Nicomédes Pastor Díaz y don Francisco de Cárdenas en la *Galería de Españoles*

célebres; como asimismo la no ménos notable que ha sido no há mucho impresa al frente de las *Obras* de REINOSO, que está dando á luz la *Sociedad de Bibliófilos andaluces*. Esta última biografía ha sido escrita, con gran copia de auténticos datos, por el señor don Antonio Martín Villa, docto y veraz escritor, que fué siempre grande amigo y admirador de aquel varon insigne. (*Nota del Colector.*)

económicos de la provincia, ora para el orden de su administracion, ora para el fomento de su prosperidad. De ellos se imprimieron, entre varios otros, diferentes proyectos de nuevas poblaciones en su distrito, un *Modelo de ordenanzas municipales*, y el *Plan del censo de la provincia*, formado por un nuevo sistema que se expone en una introduccion razonada y en gran número de tablas ó estados, para presentar la poblacion bajo todas sus relaciones y aspectos físicos, políticos y religiosos.

En la misma época publicó en Sevilla sus *Reparos sobre los capítulos primeros y sobre el estilo del proyecto del Código Penal*, obra muy apreciable, y en la que se demuestran sus profundos conocimientos como filósofo y como juriconsulto.

A principios de 1827 fué nombrado por el señor don Fernando VII primer redactor de la *Gaceta de Gobierno*, cuyo cargo desempeñó tres años. Dejó este empleo por habérsele conferido la presidencia de una comision encargada de formar la estadística general del reino, cuyos trabajos, proyectados y reglamentados por él, no lograron entónces ser llevados á feliz término. Posteriormente se han intentado realizar en parte por el Ministerio de la Gobernacion de la Península, circulando de real orden, en 1857, una instruccion trazada sobre aquel plan y acomodada á las nuevas circunstancias.

En Febrero de 1855 fué comisionado por el Rey con otros dos sujetos de conocida ilustracion para preparar todos los decretos, comunicaciones, formalidades y ritos de la jura de su Majestad la Reina doña Isabel II, como heredera del trono, examinando las actas y registros de estas solemnidades, correspondientes á un espacio de cuatro siglos.

En el año siguiente le nombró su Majestad individuo de la Inspeccion general de imprentas y librerías, de la cual fué decano por más de dos años hasta su supresion en 1858.—Ántes se le habia conferido por el Rey difunto el deanato de la santa iglesia metropolitana de Valencia, y habia sido presentado á su Santidad para juez auditor del Tribunal de la Rota en 1855.—Desempeñó de real orden otras muchas comisiones y encargos literarios.—Falleció en Madrid este ilustre sevillano, cuando evacuaba y meditaba otros trabajos de la mayor importancia, el 27 de Abril de 1841.

En 1816 publicó en Francia el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles sometidos bajo la dominacion francesa*, obra muy conocida y apreciada, que fué impresa primero en Auch (1816), y despues en Burdeos (1818). De ella se hizo una nueva edicion en Madrid, en 1842.—En los últimos años de su vida se ocupó REINOSO en reunir materiales para otra obra importante sobre el *Diezmo*, que dejó trazada en una *Memoria* que aún no se ha publicado.—Ha dado á luz otros opúsculos sobre materias de legislacion y literatura, y várias poesías diseminadas, todas de un mérito sobresaliente, cuya mayor parte se halla en el *Correo de Sevilla*, periódico literario publicado en esta ciudad á principios del presente siglo.

APUNTE AUTÓGRAFO DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

«DON FÉLIX JOSÉ REINOSO, presbítero, cursó la filosofía y teología en la universidad de Sevilla, y persuadido desde su juventud del esmalte que dan á las ciencias los conocimientos de las letras humanas, se propuso cultivarlas, á cuyo fin se asoció á algunos amigos, con quienes se dedicó á estudiar en secreto los principios generales del gusto, la elocuencia, la poesía, la historia, geografía y demas ramos que constituyen el curso de las buenas letras, formando una academia privada, que tuvo principio en 10 de Mayo de 1795.

»El fruto de su aplicacion lo vió Sevilla en las *Poesías de una Academia de Letras Humanas*, impresas en esta ciudad, por la viuda de Vazquez y Compañía, año de 1797, en 8.º mayor; en cuya coleccion se insertaron muchas de DON FÉLIX REINOSO, que aunque eran el primer fruto de su estudio, los conocedores de estas cosas las juzgaron dignas de la luz pública.

»Mas esto era sólo un ensayo, y fueron más acabadas algunas que con el nombre de *Fileno* se publicaron en el *Correo literario*.

»Mas cuando la Academia tuvo la suerte de que sus tareas fuesen mejor conocidas, por haberse trasladado en el año de 1799 al colegio mayor de Santa María de Jesus, cuyos individuos le ofre-

cieron un hospedaje digno de su ilustración y generosidad, el señor REINOSO tuvo la gloria de que se le premiase, en competencia, un poema en que describe el estado feliz de que cayeron nuestros primeros padres por el pecado, asunto propuesto por la misma Academia para el *certámen* de premios del citado año.

»La edición furtiva que se hizo en Madrid de este poema dió motivo á su autor para que, corrigiendo los innumerables defectos de que salió plagada, la publicase con este título: *La Inocencia perdida*, poema en dos cantos; Madrid, en la imprenta Real, año de 1804, en 4.º

»Aquí tuvieron fin los estudios amenos de su autor, que muy luégo se dedicó á llenar los sagrados deberes de su ministerio, habiendo ganado por oposicion, no siendo aún sacerdote, el curato de la iglesia de Santa Cruz de esta ciudad.

»Luégo que las tropas francesas se apoderaron de esta ciudad, deseando el rey intruso ganar los sujetos de más opinion, le nombró en una *prebenda* de nuestra catedral.

»En el año de 1816, la *Real Sociedad Patriótica*, de que el señor REINOSO es individuo facultativo, le nombró su *catedrático de Humanidades*, que mantiene de estas letras, cuyo encargo desempeña actualmente. » (Matute, *Hijos de Sevilla*, tomo 1, página 547, MS. original.)

JUICIO DE LA «INOCENCIA PERDIDA»,

poema en dos cantos, premiado por una Academia de letras humanas de Sevilla, en junta pública de 8 de Diciembre de 1799; su autor DON FÉLIX JOSÉ REINOSO (1).

DE DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nosotros estamos muy léjos de aprobar la superchería de que el autor se queja, y de que procedió la primera edición de este poema, publicada á fines del año pasado. Pero si esta edición espúrea y miserable, contra la cual quiso el señor REINOSO reclamar al instante públicamente, ha sido la causa de la que anunciamos ahora, en donde la obra se presenta al público con toda la corrección que su autor ha querido darle, reprobando la conducta del primer editor, habrémos de agradecerle en parte este agradable presente que se hace ahora á nuestra literatura.

La soberbia de Luzbel; su envidia hácia la felicidad del hombre, criatura de una especie tan inferior á la suya; el venturoso estado de nuestros primeros padres en la inocencia; el artificio con que es seducida Eva para gustar del fruto prohibido; la flaqueza de Adán, que la acompaña en su culpa; el Eterno irritado de su inobediencia; el Verbo aplacándole y ofreciéndose á satisfacer por el hombre; y por último, la salida de los dos culpables de aquel lugar de delicias, son los objetos que se pintan en este pequeño poema, en cuyo plan el autor se ha atenido juiciosamente á las ideas generalmente conocidas, creyendo quizá, y con razon, que en esta clase de asuntos cualquiera innovacion es sumamente arriesgada.

Los personajes que entran en la composicion del cuadro están pintados con la propiedad conveniente: soberbio y envidioso Luzbel, curiosa Eva, débil Adán, poderoso y grande el Eterno. Sus razonamientos están adaptados á su situacion y circunstancias, y generalmente interesan, sin embargo de que en la parte dramática del poema el autor no se presente tan ventajosamente como en la descriptiva.

Aquí es donde encontramos su mérito principal. La dición es generalmente noble y escogida, el estilo animado y poético, los versos sonoros y armoniosos. Jamas la bella y difícil versificación de la octava se ha visto en estos últimos tiempos manejada tan superiormente, y nosotros lo decimos con una satisfaccion igual al placer que hemos tenido en su lectura. Véase, por ejemplo, esta comparacion, cuando Luzbel se lanza desde el abismo á la tierra:

Cual de Etna la alta cima vacilante
Tiembla encendida, el hondo seno brama,

Y el humo en pardas nubes ondeante
De luz cárdena en ráfagas se inflama;

(1) Se publicó este juicio en el tomo III de las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes* (1804).

El célebre poema de REINOSO, *La Inocencia perdida*, fué ya publicado en el tomo XXIX de esta BIBLIOTECA. No nos parece inoportuno reproducir aquí,

como recuerdo de historia literaria, el juicio crítico que escribió Quintana el mismo año en que se imprimió por primera vez *La Inocencia perdida*. (*Nota del Colector.*)

Súbito de la boca honditonante
 Raudal de turbio fuego se derrama,
 Que hendiendo el arduo monte en ancha calle,
 Piedras y árboles vuela al hondo valle;
 Rápido corre la feraz campaña,
 Allanando las selvas; el arado
 Y el buey tardo arrebatá, y la cabaña

Y al pastor dentro arrolla descuidado;
 Trastorna los palacios su impia saña,
 Rueda estruendoso el artesón dorado;
 Caé sobre el mar sin aplacar su ira,
 Y por las ondas encendido gira;
 Tal rauda sale del abismo horrendo,
 Envuelto en negras llamas el impío, etc.

Véase esta otra, en la incertidumbre de Eva al tiempo de la tentación, donde el autor ha querido luchar con la comparación antigua de la luz del sol ó de la luna, reflejada en el agua movizada:

Cual Sirio abrasador ó el frío Arturo,
 Cayendo sobre el mar, su luz envía,
 Del olmo traspasando el toldo oscuro,
 Que susurrante mece el aura fría;
 Ora entero se mira el fulgor puro,

Ora se pierde entre la pompa umbría,
 Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
 Ya en destellos se parte y desaparece;
 Así de Eva la mente vaga, incierta,
 Ya se alienta, ya teme, etc.

Puede también citarse como un modelo de estilo gracioso y fácil esta octava del canto 1.º:

En tanto la ovejueta en la llanura,
 Al verse que de presto goza vida,
 Celebra á par del lobo su ventura
 Y á triscar con halagos le convida;

Tal vez mirando acaso hácia la altura
 Ve las aves vagar embebecida,
 Y á sus cantares, de ella no sabidos,
 Responde simplecilla con validos.

Y como muestras de la misma facilidad, pero de un estilo más grandioso y más lleno, estas dos del canto 2.º:

En medio el Paraíso su guirnalda
 Sobre palma y ciprés coposo extiende,
 Árbol bello, que en ramos de esmeralda
 Lucientes pomos de carmin suspende;
 Árbol funesto, á cuya umbrosa espalda,
 Blandida al aire, su guadaña tiende
 La hambrienta Parca, por fatal tributo
 De quien gustáre el delicioso fruto.

Llega debajo el árbol, cuando presta
 Horrenda sierpe de la hojosa cima
 Súbito se desrolla, y vibra enhiesta
 La aguda lengua que Satan anima;
 Plega en arcos la espalda, la alta cresta
 Sobre la inmensa mole se sublima;
 Eva, á su vista, pavorida huyera
 Si temor la inocencia conociera.

Este rasgo último es sobremanera ingenioso y delicado. Nos sería fácil aumentar las citas, pero el poema es tan corto, y hay en él tantas señales de talento, que sería preciso copiarle casi entero, si hubiésemos de insertar en este artículo todas las cosas apreciables que contiene.

Mas este mismo reconocimiento que hacemos del talento del autor, y de mérito en su obra, nos autoriza á manifestar con sinceridad y franqueza lo que en ella no nos ha parecido que corresponde ni á uno ni á otro. Ya á primera vista el asunto no se presta mucho, en nuestro sentir, á la imaginación del poeta. Un maestro del arte ha dicho que los misterios de la religión cristiana eran poco susceptibles de los ornatos poéticos, y en efecto, si se considera que para tratar bien un asunto es preciso dominarle mucho, y que la fantasía le altere y modifique á su arbitrio, dándole un sér nuevo y nuevos aspectos, se verá que no cabiendo esta licencia en objetos que es fuerza adorar con terror y respetar en silencio, el talento poético debe por precisión manifestarse en ellos desnudo de invención, tímido en los planes, y triste y pobre en el ornato. Milton, se nos dirá, ha hecho un poema épico del pecado original; pero si la imaginación verdaderamente sublime de aquel gran poeta pudo esparcir en algunos trozos de su obra bellezas que serán eternas; por otra parte, su asunto ¿no le ha obligado en el resto á presentarse ménos como un poeta émulo de Homero, que como un catedrático explicando lecciones de teología?

Otra cosa que se hace notar en el poemita español, es que la seducción no está preparada con el artificio correspondiente. La serpiente en Milton llama la atención de Eva, no por su terribilidad, sino por lo bello y vistoso de sus formas y de sus colores; la atención se convierte luego en maravilla al oírse articular palabras, ¡y qué palabras! Eva en ellas es la soberana del universo,

la imagen más noble del Criador, digna de mandar á los ángeles, y de que los dioses la sigan, disputándose el honor de servirla. ¿Cómo es que habla? se pregunta Eva, y el tentador responde que el fruto delicioso de un árbol le ha dado la palabra y una inteligencia divina. Admirada y llena de curiosidad, quiere ver aquella milagrosa planta, y se deja guiar por la serpiente al sitio en donde está. Á su vista reconoce que aquél es el árbol prohibido, y resiste á la tentacion; pero las sugerencias pérfidas del seductor, el aspecto detestable que da á la prohibicion, la vista hermosa del árbol, el aroma que despidе el fruto, todo parece que naturalmente la conduce á vacilar y á caer.

Este pasaje, uno de los que hacen más honor al ingenio y arte de Milton, era un buen modelo para imitarse, no en toda su extension, sino acomodado á las dimensiones que el poeta español ha dado á su obra. En esta última, la serpiente es horrible, no vistosa; sus palabras, en vez de ser de insinuacion y artificio, son de blasfemia y de indignacion; y es claro que este lenguaje, en vez de persuadir á Eva, debía, al contrario, repugnarle y horrorizarla.

En cuanto á la ejecucion, áun cuando, segun ya hemos manifestado, es acreedor el autor á grandes elogios, nos parece, en primer lugar, que el sistema de lenguaje adoptado por él es demasiado atrevido. Las voces *enantes*, *podrecida*, *nudo* (por desnudo), *frutecida*, *lasa*, *pavorida* y alguna otra tan nueva ú olvidada como ellas, no ofrecen en su uso aquella razon de neeesidad ó de energia con que se disculpen ó se autoricen. Igualmente parecen viciosos por la frase estos versos:

..... Y ella *en paga*
 Los lleva á su regazo y los halaga.

Salen ¡ay! la mansion de la alegría,
 Donde ¡infelice yo! nacer debía.

Nos parece que el uso comun de los autores y de la conversacion es decir *en pago*, y no *en paga*, y que la supresion de la preposicion *de* en el penúltimo verso, es opuesta á nuestra sintáxis. Esto último es tan reparable, que más bien nos inclinamos á creerlo yerro de imprenta que distraccion ó error del escritor.

Es lástima tambien que siendo el autor generalmente tan sonoro y numeroso en sus versos, haya dejado por corregir algunos á quienes hace desagradables la frecuencia de sinalefas duras y difíciles; tales, por ejemplo, son éstos, sacados de las primeras octavas:

Cantaste de Jehová á su pueblo amado.....
 Turbado escuchará *él* mentido Apolo.....
 Airado sacudió *el* rayo primero..... (1).

y otros de la misma clase, esparcidos acá y allá en el poema, que disminuyen algun tanto el placer de su lectura, y no pueden encontrarse sin ceño en medio de los demas.

Como no dudamos que el señor REINOSO tendrá ocasion de volver á imprimir su obra, esperamos que entónces haga desaparecer estos lunares, siempre reparables en un poema de tan corta extension, y no correspondientes al gusto y talento distinguido que en él se manifiestan.

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

(1) De estos tres versos insonoros REINOSO se prestó á corregir solamente los dos primeros. (*Nota del Colector.*)

POESIAS.

ANACREÓNTICAS.

I.

LA MIRADA DE FÍLIS.

(1793.)

Queriendo el niño alado
Del valor de sus armas
Hacer glorioso alarde,
A Filis dió su aljaba :
A Filis, por quien goza
El imperio en las almas;
A Filis, la que vence
En hermosura á Páfia.
Ufana el arco toma
La graciosa zagala :
Prueba á tirar ; mas pronto
Léjos de sí lo aparta.
Que muy más que la flecha
Que á dioses avasalla,
Penetra de mi Filis (1)
Una dulce mirada.

II.

Á LAS NINFAS DEL BÉTIS.

(Imitacion de Villegas.)

(1793.)

Vosotras, ninfas bellas,
Del Bétis dulce coro,
Cuyas sagradas huellas
Veces mil han regado
Las lágrimas que lloro :
Decid al dueño amado,
A Filis, la inclemente,
Que da verdor al prado,
Y ternura á la fuente,
Y fragancia á las flores;
Por quien muere de amores
El ánimo doliente;
Cuando al hacerle salva
Los dulces ruiñeñores,
Saliera á esta ribera,
Más lumbrosa que el alba,
Sembrando placentera
Alhelies y rosas
Con sus plantas hermosas ;
Decidle ¡ay! el quebranto
De un corazon sincero,
Sus ansias y su llanto;
El llanto lastimero,
Que al Bétis argentado
Nuevo raudal acrece.
Mas, ninfas, si escuchais,
Nada ya le digais ;
Que el llanto de un cuitado
A Filis endurece.

(1) Correccion de Lista. Antes decia :

Muy más hiere de Filis.

De esta y otras correcciones de Lista tenemos noticia por unos apuntes autógrafos de don Juan Gualberto Gonzalez, amigo de Reinoso y de Lista, que nos franqueó el excelente caballero y sabio magistrado don Francisco Perez de Anaya. (Nota del Colector.)

III.

LA CRUELDAD DE FÍLIS.

(1793.)

Por fin, oh bella Filis,
Y más crüel que bella,
¿ Mi amor fiel, mi constante
Amor así desprecias?
Yo sufrí tus desdenes,
Yo vencí tus sospechas,
¡ Ay! yo te amé; yo, Filis,
Te amé sin recompensa.
¡ Qué veces, por no verme,
Tornaste con fiereza
El rostro, el bello rostro
Que el alma tras sí lleva !
Por tí, por tí afanado
Se vió en duras cadenas
Mi vivir, sin que oídos
Hallase en tí mi pena.
Mas un dichoso día
Los ojos halagüeña
Volviste á mí: yo vide
Tu faz más placentera.
¡ Ay! yo pensé, engañado,
Tras la cruda tormenta,
Gozar de tus favores
En calma duradera.
Mas presto tu cariño,
Cual luz que leve vuela,
Huyó : ¿ tal era el premio
Debido á mi fineza?
Cual triste naufragante,
Entre la oscura niebla
Luchando con las olas,
Peligros mil supera,
Que á vista ya de playa
Pierde la tabla incierta,
Y misero perece
Cuando la vida espera,
Así ¡ oh dolor! tú, impía,
Tras la fortuna adversa
Mi vida dilataste
Por dar muerte más fiera.
Filis, ingrata Filis,
¿ Estanta tu dureza,
Que mi amor, mi constante
Amor así desprecias?

IV.

Á UN PAJARILLO.

(1793.)

Avecilla parlara,
Que con trinos suaves
Saludas á la aurora
Cuando su lumbre esparce:
Así jamás el Austro
Tus vuelos embarace,
Que á Filis bella digas
Mis quejas y mis ayes.
Donde el sol más lúcente
Vieres, do más fragantes
Con olores las rosas
El viento perfumaren,
Allí mora la ingrata
Que á un infelice amante
En pena y lloro eterno

Mirando se complace,
Vé y en tu canto dile
Que cuando el alba nace,
Y cuando Febo muere,
Lamento inconsolable.
Di que el gemir contino
Al céfiro suave
Contrista, y mis sollozos
Repite por el valle.
Y dile que no puede
Mi firme amor mudarse :
Que por tan bella causa
Son dulces los pesares.
Y si el desden acerbo
Mi vida terminare,
La gloria de adorarla
No alcanzará á robarme.

ODAS.

I.

A la concepcion de Nuestra Señora (1).

Deja ya la mansion del suelo oscuro
La Virgen Madre, y con ligero vuelo
Hiende veloz la trasparente esfera.
El manto desprendido al aire puro
En ondas vaga, y por el alto cielo,
De rosicler bordada su carrera,
Cual iris reverbera,
Y en mil visos las nubes esclarece.
Su semblante ya pálido oscurece
El rojo Delio, y orna su sagrada
Planta Cintia postrada,
Y el genio de los males se estremece (2).
Al alto llega y soberano asiento
Do el Hacedor del cielo en quicios de oro
Los orbes mueve y á su acento rige.
No allí vano (3) laurel, digno ornamento
Es á la sacra sien de quien el lloro
Destierra que al mortal misero aflige ;
Mas augusta se elige
De estrellas mil corona refulgente,
Que eterna ciña la dichosa frente.
Luégo en dorada nube luminosa
La silla gloriosa
Ocupa junto al Rey omnipotente,
A su vista se humillan respetosos
Los espíritus sacros, que contino
Cercan, la faz cubierta, el trono santo,
Y alegres cantan himnos sonorosos.
Y las sublimes almas, que el divino
Reino esperaron en dichoso llanto,
El misterioso canto
Repiten veces mil, y el dulce acento
El alto Empíreo (4) llena y el contento.
Y ¡quién, dicen, es ésta que á deshora,
Cual rutilante aurora,
Segura vuella hasta el supremo asiento?
El Padre Dios entonces, con inmensa
Voz, que oyó siempre el cielo prosternado (5),
« Esta, dijo, es mi esposa sacrosanta,
Libre por mí de la primera ofensa,

Por quien funesta muerte al mundo ha entrado:
Esta mi Esposa diva, cuya planta
Victoriosa quebranta
Del hórrido dragon la frente dura,
Y á la mezquina, esclava criatura
Salva del yugo infame y triste llanto,
Y cierra con espanto
Del hondo lago la caverna oscura.
» El triste reino en lúgubre gemido
Resuena en torno : tiembla el rey tirano,
Y la corona pierde de vil hierro ;
Y el duro cetro, en humo denegrido,
El susto quita de su torpe mano.
Ya el hombre, salvo del antiguo yerro,
El tan largo destierro
Por esa Virgen sacra se levanta ;
Ya de la celestial morada santa
Las cerradas un tiempo eternas puertas,
Se miran siempre abiertas,
Y entra (6) el mortal su venturosa planta ;
» Vendrá un tiempo felice que este arcano
Manifieste á los hombres, y que honore
El orbe tal pureza, agradecido.
En cuanto al sol su lustre dure ufano
Y el alto cerco con sus rayos dore,
Holocausto en sus aras repetido,
Á su gloria debido,
Gozoso ofrecerá. Ya el suelo hesperio
Votos dirige al inmortal misterio.»
Así habló el Rey del cielo poderoso,
Y Febo luminoso
Se para en el cenit del hemisferio (7).

II.

A Jesucristo sacramentado (3).
(1796.)

¡Y qué, Señor, bajo ese opaco velo
La majestad se esconde,
El poder y esplendor que en luz ardiente
Enciende y llena el anchuroso cielo?
¡Dó el trono soberano
Está, el alcázar? ¡dónde
La corte que entre nube reverente
Asiste á la deidad, de cuya mano
Pende la tierra, á cuya vista airada
La mar huye espantada?
Tú bajas, ¡oh! de tu esplendor desnudo,
A esta humilde morada
Para habitar en el mortal mezquino,
Para estrecharle en amoroso nudo.
¡Oh, Señor! ¡qué es el Lombre?
Prole infiel engendrada
En miseria y pecado, ¡Amor divino,
Inmenso como Dios! ¡Así tu nombre,
Tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
Se humilla á tu baja!za!

(6) Entra. Verbo activo, como el *sale* que REINOSO enmendó luégo en el último verso de *La Inocencia perdida*; aunque para mí no es defecto. (Nota de don Alberto Lista.)

(7) Correccion de Lista. REINOSO habia escrito así estos dos versos:

Y el carro luminoso
Suspendió Febo en medio el hemisferio.

(Nota del Colector.)

(8) Esta oda, publicada por primera vez en Sevilla el año 1797, en un tomo titulado *Poesías de una academia de Letras Humanas*, recibió tales modificaciones de mano del mismo REINOSO para la edición de sus obras poéticas que á su fallecimiento dejó preparada, que la oda corregida llegó á ser una obra casi distinta de la que el autor habia escrito en Sevilla, allá en los tiempos de su mocedad. Era REINOSO poeta artificial, y á pesar de su gran talento, se trasluce en sus versos, singularmente cuando los corrige, el fatigoso esmero de quien atiende más á las formas de escuela que al hechizo de la inspiración espontánea. En muchos casos la lima del filósofo lastima la expresión natural del poeta. Hemos preferido, sin embargo, así en ésta como en las demás composiciones, el texto depurado por el autor, que ha tenido á la vista la *Sociedad de Bibliófilos andaluces* en la publicación que ha hecho recientemente de las *Poesías de Reinoso*. Es indudablemente el texto más autorizado, y el más conforme con el gusto y las miras del autor en sus últimos años. (Id.)

(1) Fué leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, el 8 de Diciembre de 1795.

(2) Este verso está corregido por don Alberto Lista. REINOSO lo habia escrito así:

Y Saturno y Mavorte se estremece.

Lista, al hacer la correccion, escribió en nota, relativa á este verso y á los dos anteriores, las siguientes palabras: « Nombres de la mitología, de que no debiera usarse en esta composicion. » (Nota del Colector.)

(3) Vano. Correccion de Lista. Decia *mustio*. (Id.)

(4) Empíreo. Correccion de Lista. Decia *Olimpo*. (Id.)

(5) Estos dos versos fueron corregidos por Lista. Antes decian así:

Entónces el Padre Dios con voz inmensa,
Que escucha siempre el cielo prosternado. (Id.)

No ya, como en Horeb, de enmedio el fuego
 Un acente imperioso,
Aparta, le dirá, *del lugar santo*;
 Ni otra vez el mortal entre humo ciego,
 Sobre el Siná encendido,
 En trueno pavoroso
 Oír la voz divina con espanto.
 De sí pródigo Dios, al hombre unido,
 Fué su víctima ya; y ora ¡oh portentoso!
 Ser quiere su alimento.
 ¡Cuál ¡oh! será la fortunada gente
 A quien el rostro amable
 Su Dios así le muestre generoso?
 Entonad ¡oh mortales! dulcemente
 Canto no interrumpido:
 La piedad adorable
 Load, load del Dios que en delicioso
 Manjar se os da. ¡Oh amor! ¡Oh! convertido
 Yo en tí viviere, el alma desmayada,
 En dulzura anegada!

III.

Al nacimiento de Jesucristo.
 (1796.)

Del Padre omnipotente
 Tú el saber y esplendor; tú, la esperanza
 Del misero viviente,
 Benigno oye los votos que á tu nombre,
 Por cuanto Febo á iluminar alcanza,
 Tributa fiel el hombre.

Benigno oye sus votos,
 Libertador de la cautiva gente:
 Ante los más remotos
 Siglos, igual en sér, de su alta ciencia
 Te engendró el Padre, de la eterna mente
 Eterna descendencia.

Antes que el mar profundo,
 Sus brazos dividiendo, el suelo unido
 Tendiese por el mundo,
 Y rompiendo los bóforos violento,
 A tu soplo, del Cáucaso temido
 Temblára el hondo asiento;

Antes que la luz pura
 Volára en blanda llama por la esfera,
 Y atada Cinosura
 Al polo inmóvil, el escuadron lumbroso
 De los soles tras ella revolviere
 Tu brazo poderoso;

Y el eterno vacío
 Que poblaron los orbes ya llenaba
 Tu inmenso señorío:
 En silencio la nada respetosa,
 Para brotar los seres aguardaba
 Tu palabra imperiosa,
 ¡Y débil ora yaces
 Y flaco aliento tu deidad respira!
 Eterno siendo, naces;

Sufres siendo impasible: el almo coro
 Tu faz de gloria prosternado admira,
 Nublada en tierno lloro.
 Los quicios de diamante
 Sobre que el mundo con perenne vuelo
 Rueda en giro sonante,
 Esas trémulas manos afirmaron.
 ¡Esos bracitos el fulgente cielo
 Cual lienzo desrollaron!

Mas ¡oh! que áun escondido
 Muestras tu gloria y tu poder presentes,
 A su primer vagido
 Renace la creacion: un astro luce
 Nuevo en Empíreo, y las remotas gentes
 A adorarle conduce.

En letargo profundo
 El orbe reposaba; del ocaso
 Su rayo moribundo
 Nublosa y débil luna despedía,
 Y en leves sombras con dormido paso
 La noche se envolvía;
 Cuando súbita lumbre,

Inundando la esfera, desvanecce
 La vaga muchedumbre
 De cándidos luceros: arde el viento
 En raudales de luz, y se esclarece
 El orbe soñoliento.
 Su seno el yermo helado
 Al dulce fuego dilatarse siente,
 De lirios coronado:
 De verde musgo el pedernal cubierto
 Riega, y fecunda en abundosa fuente
 El árido desierto.

No ya serpiente oculta
 El pié hiere al incauto caminante,
 Ni más la selva inculta
 Ponzoña guarda entre falaz maleza;
 Néctar destila y bálsamo fragante
 La cariscada aspereza.
 ¡Qué apacible se mira
 El lobo entre nevados recentales,
 Olvidada su ira,
 Retozon halagallos! atrevidos
 Tras él triscan en saltos desiguales
 Con débiles balidos.

¡Y qué nuevo portentoso
 Pasmada admira súbito natura?
 El raudal movimiento
 Detiene el globo; su mecer ondoso
 Para el mar; plega el aire con blandura
 Las alas silencioso.

¡Cuál en dulce armonía
 Henchido sueña en derredor el cielo!
 Todo mana ambrosia,
 Y una voz..... ¡no lo oís? *Gloria en la altura*,
Gloria, dice, *á tí, Dios: paz en el suelo*,
Paz al hombre y ventura.

Paz, gloria: el grato acento
 Corre veloz y hasta el lejano polo
 De paz se llena el viento.
 Riegan olivas, en alegre bando,
 Y al hombre anuncian paz, gloria á Dios solo
 Los querubens volando.

¡Paz! Consolaos, mortales;
 ¡Gloria al Rey de la paz! Ya la justicia
 Los tristes eriales
 Pisa otra vez del mundo delincuente,
 Y ella y la paz el beso de delicia
 Se dan que al hombre aliente.
 ¡Paz! Al lóbrego Averno
 Gimiendo huyó la guerra fratricida.
 El Hacedor eterno,
 Que en paz universal formó al humano,
 Para que la recobre ya perdida
 Se humilla á ser su hermano.

IV.

AL SÉR SUPREMO, CONTRA LOS INCRÉDULOS.
 CÁNTICO.

Imitacion de la poesía hebrea.
 (1796.)

Effunde iram tuam in gentes que te non noverunt.
 PSALM. 78.

Dijo el necio: «No hay Dios.» Osado un hombre
 Pretendió sojuzgar el orbe entero
 Á su arbitrario mando,
 Y el poder fingió artero
 Del nimen vengador, en cuyo nombre
 Su imperio levantar. Cayó temblando
 Y dobló entónces la cerviz al yugo
 La muchedumbre ilusa.—El hombre siente
 Cual el bruto viviente.
 Quien á un tirano plugo
 No; natura es su dios. ¿Dónde está, dónde,
 Esa deidad que del mortal se esconde?
 Tú, Señor Dios de Abran, en cuya ira
 Saltan los montes de pavor, y en humo
 Ardiendo sube el suelo
 Del sacro templo sumo,

Oye mi voz, y al insolente mira
 Que osó mover su lengua contra el cielo.
 Tú, Dios, tú hablas victorias. ¡Oh! delante
 De tu faz va la muerte: tu vestido
 De llamas guarnecido.
 ¿Quién á ti semejante
 Entre los fuertes es, Jehová guerrero?
 Rayos tus ojos son, la voz tu acero.
 Tu gloria anuncia el firmamento alzado
 En sus lumbres sin fin. Nace fulgente
 El sol, y al universo
 ¡Dios! proclama en Oriente
 ¡Dios! el véspero suena: alza nevado
 Sobre las cimas el semblante terso
 La luna y *Dios* repite; *Dios* el coro
 De estrellas en su giro ardiendo clama.
 Vuela cual leve llama
 El acento sonoro
 Por el orbe; mas, ciego el descreído,
 Tapió con ambas manos el oído.
 Dijo: «No hay más allá de lo terreno,
 Mañana no seré. Venid, bebamos;
 Holgemos este día:
 Al justo persigamos
 Y al buéfano infeliz. Cual prado ameno
 El opresor florece; en Dios confía,
 Y es humillado el simple.»—¡Ay Dios, que brama
 El descal! De su furor creciente
 Nos sumerge el torrente:
 En nuestro pan derrama
 La hiel, en nuestro pecho agudas penas:
 Sus manos de orfandad y sangre llenas.
 ¡Y prospera el infiel! Señor, mi planta
 Resbala y titubea, yo ardo en celos
 Por la paz del malvado.
 Cual águila en sus vuelos,
 Así él crece en su dicha y se levanta,
 Y dije: En vano al corazón manchado
 Y las manos lavé; de la mañana
 A la tarde padezco.—Mas te agravio,
 Señor, con torpe labio;
 Porque la mente insana
 El fin no ve del justo que en tí fie;
 Y entónces, ¡ay del que de Dios se rie!
 ¿Dónde el feroz huirá? Si de la aurora
 Toma las alas y con raudo vuelo
 Corre allá do los mares
 Valladar son del suelo,
 Le alcanzará tu diestra vengadora.
 Tornaránse sus dichas en azares,
 Cual heno al fuego pasarán sus días.
 «La noche esconderá en su seno umbrío,
 Dijera aquel impío,
 Mi crimen y falsías.»
 Mas no hay sombra ante Dios: la niebla oscura
 Brilla á sus ojos como llama pura.
 Manda presta tu ira cual rugiente
 Leon devorador: caiga el espanto
 Sobre el necio orgulloso:
 Su manjar sea el llanto.
 ¡El fuerte de Israël con sesga frente
 Oirá su nombre blasfemar? ¡Gozoso
 Moverá el arrogante la cabeza
 Contra Jehová? ¡Contra Jehová el gusano!
 «Que venga, dice ufano;
 Que muestre su grandeza
 Ese Dios y creerlo.» ¡Y lo percibe,
 Señor, tu oído, y aun el fiero vive?
 ¡Y vive él y te mofa!—Tiende, ¡oh! tiende
 El brazo triunfador al mar bramante
 En sus lindes encierra.
 De tu airado semblante
 El fuego lanza que las nubes hiende
 Y los cedros del Líbano soterra.
 ¡Sús! Vibra, ¡oh Prepotente! el duro pecho
 Atraviese tu dardo enherbolado,
 Y caiga aquel malvado:
 Caiga y á su despecho,
 Falleciente, el poder confesará
 Deel que es, el que ha sido, el que será.

V.

La creacion (1).

(1796.)

¡En qué furor sagrado ardiendo el pecho,
 Algun núnem que ignoro
 Tras sí me lleva?... El horizonte estrecho
 A mis ojos se extiende:
 Ya del éter los ámbitos deploro,
 Globos de luz sin número trasciende
 La mente absorta.... ¡Espíritu divino!
 ¿Acaso al gran destino
 Me elevas que el mortal perdió culpado,
 O á la silla del ángel derribado?
 Vanos nombres, que en mundo simulacro
 Honró ciego el viviente,
 ¿Adónde estais? Yo miro el trono sacro
 Del Señor, cuya diestra
 Los orbes vuelve y rige Omnipotente.
 Su frente excelsa el pensamiento muestra
 Que dió vida al no ser.... ¡Hacedor santo!
 Tu inmortal obra canto,
 Que Apolo ignora y el mentido coro.
 ¡Oh! tú me inspira, á quien humilde adoro.
 Tú fuiste siempre, sólo tú. El vacío
 Do rueda el universo,
 Sólo tu sér llenaba y poderío.
 Tú llamaste á la nada,
 Y de los mundos material diverso
 Brotó en sus senos á la voz sagrada:
 Inmenso, rudo bulto denegrido
 En las aguas hundido
 Que, volando, tu espíritu agitaba
 Y en gérmenes de vida fecundaba.
 Mas no entre sombras la sublime idea
 Entallar convenia
 Sobre el tosco embrión.—*Que la luz sea,*
 Sonó el divino acento,
 Y fué la luz. De entre la noche umbria
 Rápido se desprende por el viento
 Un vapor luminoso que á deshora
 El espacio entredora,
 Como sin astros las nevadas cimas
 Timido albor en los polares climas.
 Y á la imperiosa voz obedeciendo,
 Las aguas difundidas
 Se agolpan y se lanzan con estruendo
 En catarata inmensa,
 Abriendo el lecho do morar unidas.
 Entónces descegió su faz extensa
 La tierra enjuta, y Mulhacen la frente
 Alzó, y el Etna ardiente,
 Cual un gigante con robusta planta,
 Súbito despertando se levanta.
 Desde el abismo de la tierra ciego,
 Dulce calor envía
 Á la aterida faz el vivo fuego
 Que sus limos fomenta,
 Y el oro y jaspes en las entrañas cria.
Plantas, naced.—Habló, y al cielo exenta
 Se sublimó la palma: en musgo y flores
 Se visten los alcores
 Que orlan las mieses de dorada zona,
 Y el Líbano de cedros se corona.
 Pero á ese globo espléndido ceñida
 No fué la grande empresa.
 La lumbrosa materia removida
 Al mando omnipotente,
 Se aglomera en el éter, y sospesa,
 Y ya inmenso fanal brilla en Oriente.
 Fuiste, ¡oh sol! y á la luna otro hemisferio
 Dividiendo tu imperio
 Diste alumbrar, como en país lejano,
 Su potestad delega el Soberano.
 Ni basta un Sol: innumerables ciclos

(1) Esta oda no es, en verdad, la que REINOSO escribió en 1796, y fué publicada en Sevilla en 1797. REINOSO la corrigió muchos años después, ó por mejor decir, la refundió de tal manera que apenas quedan en ella vestigios de la obra primitiva, que sólo tenía ocho estrofas. (Nota del Colector.)

Uno sobre otro alzados,
Desplega Dios cual transparentes velos
Do su diestra derrama
Lluvia intensa de soles argentados,
Un rayo de su frente los inflama:
Un soplo los impele de su aliento
En raudos movimiento:
En grupos los ordena un gesto solo,
Y centro á su girar les dió en el polo.

¡Oh! ¿Quién los contará? ¿Quién atrevido
Sus órbitas corriera,
Por la insondable inmensidad perdido,
Si ya el rápido vuelo
Pidiese al Aquilon? ¿Ante su hoguera
Cómo alentar el morador del suelo,
Fijar la vista en su fulgor celeste?.....
¡Oh Dios! tu templo es éste,
Sus lámparas los astros..... Yo su giro,
Su fuego ignoro y en silencio admiro.

De aquí la faz en tu inacesa lumbre,
Tornando al bajo mundo,
El hondo abismo, la criscada cumbre,
El llano, el vago viento,
Todo se puebla á tu querer fecundo,
Todo se anima á tu vital aliento;
Cual joven muerto, al despuntar el día,
Ciego, inmóvil yacía
El orbe ante la luz: tu voz resuena
Y de vida y acción el mundo llena.

Hablaste; oh Dios! y dilatarse siente
Como un pecho que aspira,
Y latir dentro el piélago obediente,
Súbito inmensa prole
Sus senos hinche y resbalando gira,
Diversa en formas, en esmalte, en mole;
Del gusanillo al levitán horrendo,
Cuyo dorso entreviendo,
Teme dar el piloto en un bajío,
Y cauto el rumbo tuerce del navío.

No tan ligera del sereno lago
Alza súbito el vuelo
Nube de ánades densa, si el amago
Del cazador advierte;
Cual entónces del mar al ancho cielo,
Ufana con su pompa y libre suerte,
Infinidad aligera se eleva;
Y con audacia nueva
Los aires cruza saludando al día,
Y de gala los llena y armonía.

¡Y aún nueva agitación!... La voz de vida
(¿Oís?) manda á la tierra
Despertar y animarse. Conmovida,
Órganos, sentimiento
Da á sus glebas informes la alta sierra,
Da el valle, henchidos del vivaz aliento,
No así en lóbrega noche al caminante
Fugaz llama radiante,
De pronto, objetos mil muestra presentes,
Como el suelo se inunda de vivientes.

Todo vive á tu voz... Mas ¿quién alcanza,
De esa grey, tus portentos?
¿Qué labio te dará digna alabanza?
El himno, el dulce lloro
De gratitud, de amor, no sus acentos
Incultos sonarán en rudo coro.
Falta un gran ser, prodigio de tu brazo,
Que uniendo en alto lazo
Lo eterno á lo mortal, del mundo rey,
Dé gloria al cielo y á la tierra ley.

¡Oh! (¡silencio, vivientes!). En su seno
El Hacedor augusto
Medita, se aconseja. De amor lleno,
Hagamos, dice, al hombre
Imágen nuestra, que el obsequio justo
Nos dé y al orbe impere en nuestro nombre.
No ya nace al mandato soberano;
La omnipotente mano
Le fabrica por sí; y aunque en el suelo
Puesto, la vista se dirige al cielo,
Y á la sublime celestial figura
Lanza la mente inmensa
Una centella de su lumbre pura,

Que de saber y gloria
Y dominio la inviste.— ¡Ay! una ofensa.....
¡Hombre infeliz! Cayó.... Mas la memoria
De su grandeza en el humilde estado,
Cual un rey destronado,
Guardando en su interior, el que perdiera
Antiguo imperio recobrar espera.

VI.

A ALBINO (1).

Firmeza de la virtud.
(1796.)

De lirios y violetas olorosas

Se adorna placentera,
Reclinada la bella primavera
En tálamo de rosas.

Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
El estío sediento,
Y aja su pompa, y al airado viento
En aristas la entrega.

Templa otoño sus fuegos, y racimos
Ciñe y doradas pomas,
Y el ambiente embalsaman los aromas
De sus frutos opimos.

Pero el cierzo invernal hórrido zumba,
Con las crujientes alas
Desnuda al año las postreras galas,
Y le arroja á la tumba (2).

¿Qué bien (3), oh dulce Albino, habrá durable
En la mortal flaqueza,
Si en giro así fugaz naturaleza
Enseña á ser mudable?

Do la alta torre y orgulloso muro
Al cielo se levanta,
¡Cuán presto el bucy con perezosa planta
Llevará el hierro duro!

Voraz el tiempo su mortal guadaña
Blande, y con fiero encono
Sobre las gradas del volcado trono
Erige la cabaña (4).

Así fenece la mayor ventura,
Velo el hado esquivo
Derriba al triunfador del carro altivo
A la indigencia oscura.

La virtud sola es fuerte, Denegrida
Cubre su faz la esfera,
Y con luz espantosa reverbera,
En llamas encendida.

O estallando del monte la alta frente,
Con horrisimo estruendo
Se despedaza; pálida gimiendo
Vaga la triste gente.

Sólo entónces seguro el virtuoso
No busca el vano asilo,
Y opone fuerte el corazón tranquilo
Al estrago horroroso (5).

Si truena el cielo, y de las aves huye
El temeroso bando,
Y busca en vano el nido que bramando
El huracán destruye,

Su vuelo entónces rápida levanta
El águila altanera,
Y el rayo mira desde la alta esfera
Cruzar bajo su planta.

Tiemble asustado en su feroz ventura
De Sicilia el tirano;

(1) D. José María Blanco.

(2) Esta estrofa y la anterior fueron añadidas por el autor cuando corrigió sus poesías. (Nota del Colector.)

(3) ¿Qué bien? corrección de Lista. Antes decía: ¿Qué cosa..... (Id.)

(4) Esta estrofa es de Lista. REINOSO había escrito esta otra:

El tiempo destructor con torpe saña,
En curso acelerado,
Erige sobre el trono destronado
La misera cabaña. (Idem.)

(5) Corrección de Lista. REINOSO había escrito:

Con sesgo rostro y corazón tranquilo
Ve el estrago horroroso. (Idem.)

Sócrates, mientras, con tranquila mano
El letal vaso apura.

¡Ah! sólo la virtud del tiempo fiero
Triunfa y adversa suerte;

¡Qué puede en ella, inexorable muerte,
El golpe de tu acero?

Hiere..... del justo cumples la esperanza,
Rompiendo su atadura.

Ya vuela suelto á la incalable altura,
Do tu segur no alcanza.

VII.

Á LICIO (1).

De los vanos descos.

(1796.)

¡Qué torpe frenesí al mortal insano

Ciega, oh mi Licio? En vano

Naturaleza ofrece, bienhechora,

Al humano reposo

Los dones que atesora;

En vano hacer intenta

Feliz al hombre; de la pena ansioso,

Feroz consigo, él mismo se atormenta.

No ya en dulce solaz el placer puro,

De cuidados seguro,

Goza el humano pecho no turbado.

¡Qué al mortal aprovecha

El bien tan suspirado,

Si jamas su sed vana

Con la dicha lograda satisfecha,

Nueva inquietud por nuevo bien le afana?

Su heredad mira el labrador ufano

Ya del dorado grano

Más que los Libios campos coronada;

Mas luego al prado ameno

De rosa aljofarada

Cubierto en copia rica,

Vuelve los ojos, de tristeza lleno,

Porque no en su provecho fructifica.

Brilla trémulo el mar en extendido

Sulco, cuando torcido

Manda el rayo, subiendo por la esfera,

La luna silenciosa;

Mas Fabio en la ribera

Suspira desvelado,

Porque le aparta la region dichosa

Do yace el metal rico sepultado.

¡Adónde, alma contento, en presto vuelo

Veloz huyendo el suelo,

Del triste pecho la quietud llevaste?

Crüel, crüel deseo,

Tú solo, tú ahuyentaste

El sosiego anhelado

Del viviente, que en vano su recreo

Busca ya, en ansia viva congojado.

De entónces el sosiego abandonando

El ambicioso bando,

Mora sólo en sencillos corazones.

Su cetro obedecido

En altos pabellones

Levante la codicia;

Solo en misero hogar, desconocido,

Vive el contento y vierte su delicia.

Reposa el zagalejo descuidado

Bajo el olmo elevado

En pobre lecho de menuda grama;

El aura placentera

Del ámbra que derrama

Su cabello humedece;

Y revolando en torno lisonjera,

Sobre su rostro posa y lo adormece.

No la ambicion del mando pretendiendo

Su sueño no rompido

Turba, ni de la gloria el nombre vano,

Cuando el esplendor puro

De Febo soberano

Por la lejana cumbre

Resbala en brillos mil al soto oscuro,
Los ojos abre, heridos de su lumbre.

Despierta ledó, y de pintadas flores
Esmalta en mil colores

Su pobre trajecillo. Por el prado,

¡Oh! ¡Cuán tranquilo canta

Tras su humilde ganado!

De inocente alegría

Bañado el rostro cándido, levanta

Sus puras manos saludando al día.

¡Mortal feliz! oh Licio. ¡Y altanero,

Vil lo llama y grosero,

El hombre vil en ambicion sumido?

Almo, dulce reposo,

En vano apetecido

Del viviente afanado

Tras falso bien, el ánimo ambicioso

¡Oh! jamas goce tu placer sagrado.

VIII.

Á JOVINO (2),

apreciador de la juventud estudiosa.

(1796.)

Calíope, descendiende;

¡Oh! del celeste asiento,

Desciende, diosa; la region vacía

En raudó vuelo desprendida hiende.

Vén, tu sagrado aliento

Al mortal cante, que la frente alzada,

Desdeña la mirada

De los humanos, y de Parca impía

Triunfador, sube hasta la fija altura

Do brilla Cinosura.

¡Vén! ¡oh! mas ¿qué?... yo miro

Los atrios eternos

Abrirse..... prosternando yo os adoro,

Deidades santas. Sobre el alto giro

Las sillas inmortales

Se miran de los númenes sagrados;

¡Ah! ¿lo veis? Si, sentados

Allá aparecen en brillante coro,

Y al gran padre se ve de cuanto anima

Del Olimpo en la cima.

Y auricrinado Apolo

Canta, la sien orlada

De frondoso laurel; en torno gira

Su coro en fuegos mil, y el ancho polo

Con la voz regalada

Blandos ecos despide; el torvo ceño

Desnuda ya, y risueño

Oye Mavorte la canora lira,

Y aparta el rayo Jove soberano

De la encendida mano.

Aparta el rayo ardiente,

Y vistosa guirnalda

De lauro fértil en su mano muestra;

De lauro que del Pimpla floreciente

En la ramosa falda

Entrelazaron de azucena y rosas

Las castálidas diosas.

¡Y á qué deidad la omnipotente diestra,

A qué genio inmortal, mente divina,

Tal galardón destina?

Mas ¿quién al sacro asiento,

Del hombre nunca hollado,

Audaz extiende la gloriosa planta?

Tal intrépido corta el raudó viento,

Del ave arrebatado,

El lozano garzon del alto Ida;

La region encendida

Huella, serena el rostro, y se levanta,

Ardiendo la sien rubia en viva lumbre,

A la celeste cumbre,

Do en copa de oro ardiente

La eternal ambrosia

Ministro sirve al celestial senado;

Ora al varon sublime y elocuente

(1) Don Alberto Lista.

(2) Don Gaspar Melchor de Jovellanos.

Que con alta osadía
De Febo al lado su esplendor aumenta,
Lledo el néctar presenta,
Baja del trono Jove alborozado,
Y al mortal sabio del laurel luciente
Ciñe la heroica frente.

Y.... huid, huid, profanos,
El padre altisonante
Habla, y ¡oh! «Sube, dice, al almo coro,
Sube al coro de dioses soberanos.
La silla rutilante
Ocupa, oh gran Jovino. No tu nombre,
Invocado del hombre
Abismará vil tumba; el torpe lloro
Dejad; no muere, no, á quien Helicona
Teje eterna corona.

»Tú, cual astro brillante,
Clarecerás el suelo,
Cortando sesgo el giro luminoso;
Y al ver en ciega noche el navegante
Crispar llamas al cielo,
Fijo el pálido rostro hácia el oriente,
Te rogará ferviente
Que nazeas á frenar el mar ventoso,
Y bañada en tu humbre placentera
Brille clara la esfera.
»O al aura tremolando
En hilos mil radiantes,
Bañado en vivos rayos, el cabello,
En curso arrebatado
Estallidando el eje de diamantes,
Regirás los caballos voladores,
Luego que sus colores
Haya sembrado en cándido destello
Por las puertas de oriente la alba Aurora,
Cuando aljófares llora.

»Ah! no, no menor premio
Febo Apolo prepara
A su ministro fiel, que sabio honora,
Y al docto afan inflama su almo gremio;
Del Permiso en el ara,
Do aromas arden ante Delio sacro,
Tu augusto simulacro
De vates cercará tropa canora,
Y el dios contigo del Parnaso ibérico
Dividirá el imperio.

»Allá la horrible trompa
Por el Alpe escarpado
O el nublado Alpenino al hombre espanto;
Y el ronco són con ayes interrompa
Al orbe acongojado.
Alzados en monton se ven espesos
Desencarnados huesos
Blanquear entre el humo revolante,
Y el suelo esconden hierros mil rompidos
En sangre enmohecidos.

»Mientras, feroz guerrero
Corre por palpitantes
Cadáveres trepando, en la cruel mano
Blandiendo al campo el sangrentado acero.
Los llorosos infantes
Sus ternezueros brazos al impio
Tienden con débil brío,
Para estorbar el golpe, que inhumano
Al caro padre ante sus ojos hiere;
Abrazándolos muere.

»Así bárbaro el hombre
Su furia en hombres ceba,
Volando necio tras infame gloria;
Tú, goza en alma paz mayor renombre.
Do el curso Bétis lleva,
Pintando flores en las ondas pías,
Do en cercos mil sus Driás
Lazan la hiedra al árbol de victoria,
De un ramo y otro ceñirán tus manos
A vates soberanos.»

La olivosa ribera,
A do tu sacro acento
Oyó Romula un tiempo enardecida,
Tornas así á ilustrar. Tal la alta esfera
Del luto soñoliento
Titan despoja alegre, y á deshora

Del ancha mar sonora,
La sien de nuevos rayos guarnecida,
Alza en Oriente, y su esplendor fecundo
Llueve otra vez al mundo.

IX.

En la muerte de mi singular amigo, el señor don Joaquín María Sotelo.

(1831.)

Du juste qui n'est plus, respectez le repos.
LEGUYE.

¡Ay! ¿qué quieres de mí, destino impío?

Aun ronco sollozaba,
Postrado del dolor, el pecho mio,
Y ya tu saña fiera
Nuevo dardo asestaba

Que mi llagado corazón partiera.

¿Qué te detiene más? Dobla la herida,
Dobla el golpe inelmente:

Tú llevaste mi amor, lleva mi vida.

¿Qué apoyo, qué modelo

A la virtud sufriente

Resta en el mundo ya?... Murió Sotelo.

¡Amigo sin igual! ¿Quién en tal grado

Pudo talento y ciencia

Con la modestia unir? ¿Quién ha hermanado,

Cual tú, fuerza y blandura?

¿Quién el celo y prudencia,

La perspicacia y candidez más pura?

De la justicia intérprete y ejemplo,

A la prófuga Astrea

Contigo sientas en su antiguo templo.

Por tí en su rito vario

Oráculos franquea

De Marte y de Cilenio el santuario (1).

Tú, si furiosa al militar insulto

La plebe se levanta,

Brama, corre feroz, crece el tumulto

Y á conjurar la suerte

El valor se adelanta,

Mostrando al pueblo inevitable muerte,

Númen de paz sobre la turba alzado,

Calmas su furia ciega (2):

Como Neptuno de entre el Ponto hinchado

Eleva la alta frente,

Y las ondas sosiega

Tenpando sobre el golfo su tridente.

O ya en Setúbal, consejero sabio

Del adalid ibero,

Blagaz cual Néstor, tu elocuente labio

De pérdida alianza

Salva el tercio guerrero

Que á la patria en Bailén dará venganza (3).

¿Y quién tu ardor, tu sobrehumano celo

Dignamente cantara,

Cuando gime cautiva en largo duelo?

No: jamas tan ufano

El cuello levantara

La indefensa justicia ante el tirano (4).

Ni imperio, ni violencia, nada pudo

De tu diestra esforzada

Robar al pueblo el tutelar escudo.

Tú, la víctima triste

Ya bajo el golpe helada,

(1) Don Joaquín María Sotelo fué alcalde del crimen de la Real Audiencia de Extremadura, oidor de la de Sevilla y fiscal togado en el Consejo Supremo de la Guerra.

(2) En 6 de Marzo de 1801 se amotinó el pueblo de Cáceres contra un batallón de Guardias Valonas. Sotelo, alcalde cántico del crimen, se presentó solo en la plaza entre los gritos y las balas de los furiosos, y logró con sus persuasiones apaciguarlos.

(3) Sotelo, nombrado consejero del general Marqués del Socorro, para los negocios civiles, en la expedición de Portugal (1807), salvó en Lisboa y en Setúbal al ejército español de las asechanzas del general francés.

(4) Sotelo, durante la invasión francesa, hizo grandes esfuerzos para dar alivio á los pueblos, que tanto padecieron en aquel funesto período.

El cuchillo homicida detuviste.

Ni cuando el joven sobre el padre anciano

Pálido desfallece,

Invocó yo tu corazón en vano.

Junto á la huesa umbría,

¡A cuántos amanece,

Por tí devuelto, el fugitivo día!

La tempestad huyó.... Mas no; que airada,

Su furor continúa

Contra el iris de paz.—¡Virtud hollada!

¡Quién ¡ay! con tal presagio

Te honrará si fluctúa

El que á tantos salvára del naufragio? (1).

¡Ah! Tú la honraste, espíritu sublime,

Cuando el encono horrendo

Y la calumnia impávido te oprime:

La honró el monarca augusto,

Tu lealtad protegiendo,

Y la honra el cielo coronando al justo.

Del mundo ingrato á la celeste esfera

Huyes, mi tierno amigo.—

Pues muere la virtud, ¡con ella muera

La envidia fermentada!

¡Ay! Lloradle conmigo,

Lloradle vos, que le debeis la vida.

Lloradle vos, á quienes fiel aduna

La virtud en su gremio,

Y al mérito adorais, no á la fortuna.

Virtud sola concede

A la virtud el premio;

Mas sólo amor y llanto darle puede.

X.

Elfrido, en los días de Silvia.

Sal ya, rosada aurora,

Y el velo de colores

Desplega leda sobre el mustio prado:

Las estrellas menores

Que sueltas vagan ora

Perdidas por el aire sosegado,

Cual el albo ganado

Se extiende desaparecido

Por el herboso egido,

Recoge ya en el plácido occidente,

Y al yermo cielo nazca el sol luciente.

El sol, que en este día,

Pintando la pradera

Que viste el Bétis de olorosas flores,

Oyó la vez primera

En danzas de alegría

Decir SILVIA riendo los amores.

«Amor, amor, pastores»,

Un eco resonaba,

Salido del aljaba

Del ciego dios: y amor con blando acento

Cantó el zagal y repitiólo el viento.

Y á la feliz cabaña

Do tierna flor nacía

La niña Silvia de cabellos de oro,

Tras amor, que las guía

Por la verde campaña,

Corren las Gracias en festivo coro.

En risa el blando lloro

Le tornan, y Cupido,

El trémulo vagido

Cogiendo con su boca dulcemente,

Besóla el puro labio balbuciente.

Y cual susurra lento

Favonio delicioso,

Meciéndose en el cáliz de las flores,

Así el doncel gracioso

Con muy más dulce aliento,

«Crece, la dijo, Silvia, mis amores:

Crece feliz. ¡Qué ardores,

Cuántas ansias y enojos

Ya destellan tus ojos!

Tú no amarás, y cuanto baña el río

Sufrirá en tu desden el yugo mio.»

Creció Silvia, y celosas

Las rubias pastorcillas

En pos miran de Silvia á los zagales.

Ya salgan las cabrillas

Antes que el sol, golosas

De des-puntar al llano los gramales,

O en saltos desiguales

Trepén por los otros;

Ya tornen los corderos

Balando hácia el redil, cantan suaves

A Silvia los pastores y las aves,

Aquí llegaba Elfrido,

Cantando la alborada,

Cuando Silvia de mirto y bellas flores

Pareció coronada,

Alegando el egido

Como el sol cuando dora los alcores,

Los dulces ruiseñores

Sus trinos dan al viento:

En voces de contento

Y en bailes mil el alborozo crece;

Sólo Elfrido la mira y enmudece.

XI.

En el nacimiento de la serenísima señora doña María Isabel Luisa, infanta de España (2).

En vano el sacro Olimpo

Osaron insultar con fiero encono

Los hijos de Títeas. Derrocados,

Levanta Jove el victorioso trono,

Y su dominio y la comun ventura

En su prole asegura.

Que nace el claro Apolo,

Y de Luzon hasta do muere el día

Reinatránquilo en la anchurosa esfera;

Mas quiso el número que los orbes guía,

Fuese primero su celeste hermana

La cándida Diana.

Osó un aventurero,

Teñido en sangre, al sólio de Pelayo

Alzar la altiva planta: entre sus huesos

Herido cae del vengativo rayo.

Fernande impera ya, y el cetro ibero

Aguarda un heredero.

Su natal deseado

Da en esperanza la divina Elisa,

Don primero de amor. Así la aurora

Con delicada luz y blanda risa,

Templa oficiosa para el astro ardiente

Los senos del Oriente.

Hiere el dulce destello

Del labrador los ojos adormidos,

Que la esteva dejara, amedrentado

Del trueno y rayo y huracán. Tendidos

Alza los brazos y la luz bendice

Que alegre sol predice.

Tú le anuncias, oh Elisa,

Pura y serena como el alba aurora,

En tu oriente sonries, y al hispano

El bien anuncias que perdido llora,

Cuando las iras fatigado cuenta

De la anterior tormenta.

¡Qué volcan espantoso

Sobre Hesperia se lanza, despeñado

De la rugiente cima de Pirene!

Por la muerte y las furias, ¡ay! tirado

Bajar yo vi con infernal cohorte

El carro de Mavorte.

Desolacion y llanto

Y sangre y muerte por do quier. El fuego

Las mieses tala y los palacios hunde:

(1) Sotelo sufrió durante cinco años un proceso criminal como empleado de los franceses, y una dura y amarga prision, ya en la cárcel, ya en el hospital, donde perdió sus escasos bienes, su salud y dos de sus hijos.

(2) Hija del rey don Fernando VII y de la reina doña Isabel de Braganza. Nació el 21 de Agosto de 1817; murió el 9 de Enero de 1818. (Nota del Colector.)

Caen los valientes al embate ciego
Del hierro: caen al hambre desmayada
Los que huyeron la espada.

Escuálidos fallecen

El niño tierno y el rugoso anciano,
Yo recibí sus lágrimas heladas;
¡Y á cuántos ¡ay! mi compasiva mano
Detener pudo en su postrer lamento
El fugitivo aliento!

¡Victoria! alegres tonos
Dad, musas, á mi lira: huyó el impío,
¡Victoria! ¡Libertad!..... mas ¡ay! el orco
Nuevo monstruo vómila. En fiero brío
Sacude el hacha la discordia airada,
De viboras crinada.

¡Qué furor, españoles,
A marchitar os lleva los laureles
De la victoria? ¡Pueden los hermanos
A sus hermanos perseguir? ¡Crueles!
¡No basta á vuestro cuenco despiadado
El llanto derramado?

Los campos reflorecen:
Cunde el ganado: el demolido techo
Más alto se levanta: el galo amigo
Abraza al español. Sólo en el pecho
Que de facción el tósigo recibe,
El rencor siempre vive.

Tras el igneo torrente
Que desoló voraz el campo Ausonio,
Vesubio así de pámpanos se viste,
Y hospeda en rosas el vital Favonio.
Mas ¡ay! su oculto fuego se embravece
Y á nuevo estrago crece.

Y sólo, ¡oh tierna Elisa!
Íris de amor, el bondadoso cielo
A tí concede serenar su enojo.
La risa y gracias en festivo anhelo
Mecén la cuna, y Paz dice riente
Tu labio balbuciente.

Sus ardores templando
Tocaba el sol de Astréa la morada,
Cuando el genio de Iberia, conolido,
Volvió su rostro á la nación amada,
Y en un sulco de luz cortando el cielo,
Desciende en presto vuelo.

Las alas esplendentes
Extiende sobre el pueblo congojado,
Rasgando en torno las grupadas nubes:
Su silbo acalla el aquilón airado:
«Que nazca Elisa», dice: y ya serena,
«Elisa» el aura suena.

«Crece feliz tu aliento
De la discordia apagará las teas:
Las sierpes ahogará tu blanda mano.
Ya con tu risa celestial recreas,
Y de union y de amor al suelo hesperio
Comienzas el imperio.

»Tú del augusto padre,
Padre también del afligido hispano,
Desarmarás la diestra levantada.
Tú mostrarás al suspirado hermano
De dominar el corazón la gloria,
Que da eterna memoria.

»Doma el Asia Alejandro,
Y de Júpiter hijo se proclama;
Mas con él muere el orgulloso nombre.
Perdona Tito y hace bien; la fama
Delicias de los hombres le apellida,
Y el nombre no se olvida.

»Que no el mármol ni el bronce
Dan la inmortalidad; mas sólo exento
De la lluvia, del fuego y las edades
Triunfa y eterno vive el monumento
Que amor por las benéficas acciones
Grabó en los corazones.»

Habló el genio: la esfera
Inunda el sol con fuego más tranquilo,
Y al Canadá, do el bárbaro le adora,
Y á do le insulta el morador del Nilo,
Vierte, girando por la etérea cumbre,
Su bienhechora lumbre.

XII.

Las Artes de la imaginación.

(1830.)

Divina exhalación, sagrada llama,
Del Hacedor eterno desprendida,
Brilla del hombre en la inspirada mente.
Si ya el saber la inflama,
Sublime inteligencia sigue ardida
Del cometa el incógnito sendero,
Ó al Olimpo arrebatada el rayo ardiente;
Si en rumbo más austero
Luz del bien la dirige,
Modera al hombre y á los pueblos rige.

Y no la alta razón, no de justicia
Hubo el mortal la inspiración tan sólo,
Del soberano origen noble muestra;
Que la deidad propicia
Mandó su aliento desde el claro polo,
Y al espíritu humano fiel destello
Comunicó de su creadora diestra.
Entonces nimen bello

Brilló la fantasía,
Y al genio enciende y sus portentos cria.
A su mágica acción, cual niebla leve
Se levanta del mar, trupa encantada
De simulacros silenciosa nace.

Formas, color, relieve
Y movimiento y vida les traslada,
Sus modelos robándole á natura,
Aun la intenta vencer; y audaz rehace
Y más bellos figura
Cuantos el áureo claustro
Serres abarca de Aquilon al Austro.

Ó traza nuevos mundos: y á su imperio
Plega la noche el estrellado manto;
Y bella jóven desparciendo rosas,
Por el confín aerio

Entre velos de gualda y amaranto
Sube la aurora, sobre ruedas de oro,
Coronado de ráfagas lumbrosas
Febo asoma á su lloro;
Y amor vibra encendida

Ante él su antorcha, derramando vida.
¡Oh cuánto el hombre en su fugosa mente
Osó crear! De nimen, de ninfas,
De genios puebla su hechizado mundo.

El desligado ambiente,
El sonido veloz, las claras linfas,
El bosque, la pradera, embebecido
Mira animarse á su poder fecundo.
¡Dulce error, que el gemido
De sus males tempera,
Y ablanda el ceño á la verdad severa!

Mas no la mente del mortal activa
Sólo en prestigios el poder ostenta;
En densa mole retener procura
La ilusión fugitiva,

La vacía de su seno, y ya sustenta
Sólido cuerpo á la interior fantasma,
Y ya se afirma y á los ojos dura.
La ve el hombre, y se pasma
Del poder sobrehumano

Que asocia á la creación su débil mano.
El á la tierra del abismo oscuro
La tosca piedra arranca y la trasforma,
Y faz y miembros y pasión le imprime.
Ya alienta el mármol duro,
Ya es un viviente, un dios..... ¡Ay! ¡dó la forma,
Sabio escultor, de la deidad hallaste?

¡Dó la belleza y majestad sublime!
El culto eternizaste
Que pudo el arte solo,
No un falso rito, conservar á Apolo.
¡Cíncel divino que á la roca helada
Y al bronce da blandura y movimiento!

Ya del Pitio los músculos oculta,
Cual si fuera animada
La augusta imagen de celeste aliento (1);

(1) Ce corps, dont aucune veine n'interrompt les formes et qui n'est agité par aucun nerf, semble animé d'un esprit céleste. (WINCKELMANN.)

Ya, si finge la humana fortaleza,
 En Hércules los mueve y los abulta;
 Ya la muelle terneza
 Y dulce continente
 El hierro dócil en Antínoo miente.
 Por el renace Sócrates; triunfante
 Por él aun vive y á su pueblo ampara,
 Dando la paz al bienhechor de Roma (1),
 De la edad inconstante
 La ofensa el arte pródiga repara.
 La noble vida que abrevió natura
 Vuelve á los héroes y los siglos doma;
 Y la fama asegura
 Que dió de *Praxitéles*,
 De *Fidias* y *Lisipo* á los cincceles.
 Ni á tí, espíritu audaz, *Miguel* terrible,
 Ni á tí, elegante *Duquesnoy* (2), mi canto
 Dejar pudiera en injurioso olvido.
 El lauro inmarcesible,
 Sabio *Gaspar*, en tu expresivo encanto;
 Correcto *Alonso*, en tu grandeza pura;
 En tu belleza, oh *Cano* esclarecido (3),
 La española escultura
 Ceñir también se precia,
 Y niega vasallaje á Italia y Grecia.
 Ceded, empero, que valor más alto
 Ya se levanta en el nativo suelo.
 ¡*Alvarez* inmortal! tu grupo miro,
 Y en tierno sobresalto
 Mi pecho late al peligroso duelo.
 ¡Cuál por el hijo en el encuentro rudo
 Tiembla el herido anciano! y el suspiro,
 El ademan sañudo,
 El snsto, la impotente
 Venganza muestra en su alterada frente!
 Osado en tanto al agresor espera
 El bello jóven, la cuchilla alzada
 Y en torva indignación su faz ardiendo.
 La vista altiva y fiera,
 Las altas cejas, la nariz inflada,
 Y de los nervios la tensión pujante
 Su arrojo anuncian y el estrago horrendo.
 Al padre palpitante
 Cifiendo con ternura,
 Su izquierda le defiende y asegura (4).
 Ni sólo formas al grosero bulto
 Y vida el arte da; fondo, saliente,
 Distancias muestra en superficie lisa.
 Como en el seno oculto
 A desigual hondura tersa fuente
 Zagalas, flores y árboles bosqueja,
 Así copia de objetos improvisa,
 Se adelanta, se aleja,
 Se espacia en igual plano,
 Do nada encuentra la engañada mano.
 ¡Oh pínec! ¡Oh prodigio! De natura
 Audaz abriendo el penetrar sagrado,
 La mágica hurtaste de la etérea lumbré
 Que portentos figura;
 O tienda el Íris su cendal gayado,

(1) Marco Aurelio, en el acto de anunciar la paz al pueblo romano. Su estatua ecuestre del Capitolio inclina el cuerpo hacia adelante, y extiende la diestra con la mano abierta hacia abajo, indicando tranquilidad y protección.

(2) *Francisco Duquesnoy*, llamado *Il Fiammingo* por los italianos, y conocido también entre nosotros por *El Flamenco*, puede caracterizarse por la noble elegancia de su estilo, así como *Miguel Angel Buonarroti*, nombrado antes, por la osadía y la fuerza.

(3) *Gaspar Becerra*, el más sabio de nuestros antiguos escultores, notable por la expresión de sus estatuas. — *Alonso Berruguete*, antecesor suyo, el primero que trajo á España la corrección del dibujo, la grandiosidad de las formas, la pureza, ó depuración de los defectos individuales en que consiste lo ideal. — *Alonso Cano*, distinguido por la belleza de sus figuras, y más célebre que los otros entre nuestros grandes pintores. Todos cultivaron las tres artes, aunque sobresalieron en la escultura. Todos estudiaron el *antiquo*, los dos primeros en Roma, y el último en las bellas estatuas traídas al palacio de los duques de Alcalá, en Sevilla.

(4) Existe en el Museo de Madrid este grupo colosal, de carácter griego. Su modelo se conserva en el palacio de la embajada española en Roma, donde es la admiración de los artistas y viajeros inteligentes. Su autor, don *José Alvarez*, primer escultor de cámara, murió en Madrid, á fines de Noviembre de 1827. (REINOSO describió este grupo y el de *Daviz* y *Velarde* en la *Gaceta de Madrid*.)

O finja el día boreal aurora,
 Y soles nuevos la falaz vislumbre;
 O en la selva á deshora
 Mil sombras en sosiego
 Se levanten de Cintia al blando fuego.
 Tú de oscuros y claros el hechizo
 Supiste descubrir, *Apolodoro*;
 Vió *Zéus* la beldad, la gracia *Apéles*.
 Y ¿á quién pródiga hizo,
 Divino *Rafael*, de su tesoro
 Cabal ostentación naturaleza?
 Tus cuadros, de su tipo copias fieles
 De expresión, de belleza....
 Copias no, que con celos
 Ella los ve, y quisiera por modelos.
 Por modelos, oh *Vargas*, los tuviste
 De pureza bellísima y ternura,
 De grandioso carácter (5). Y ¿qué norma
 Tú conocer pudiste
 En ambiente, en espíritu y soltura,
 Pintor de la verdad, *Velazquez* sabio?
 Del lienzo un aire vagaroso forma,
 Que aspirar quiere el labio (6);
 Todo en acción se mira,
 Se mueve el hombre y el caballo gira.
 Mas si al uno beldad, si al otro audacia
 Natura entre sus dotes dió propicia,
 A ti reserva, seductor *Murillo*,
 La dulzura y la gracia.
 Otros el pasmo son, tú la delicia;
 Mi corazón es tuyo. ¡Cuál encanto
 Derrama tu pínec! ¡Qué tierno brillo!
 Tú del Empíreo santo
 La luz viste sin velo,
 Y la mostraste pura al bajo suelo.
 Nada sacia al mortal. Del colorido
 La variedad renuncia, y cual la esfera
 De su turquí brillante se corona,
 Al papel traducido,
 Luz adquiere el diseño más austera
 Con una sola tinta. *Mórgen* vive
 En ella y *Edelweiss*, *Selma* y *Carmona*;
 De ella *Gésner* recibe
 Las flores que profusa
 Teje á la hiedra su campestre musa (7).
 ¡Y qué mansion á maravilla tanta
 La tierra yerma so el desnudo cielo
 Ofrecer pudo al arte creadora?
 El arte la levanta;
 El arte osada y libre, sin modelo
 Mueve las rocas y la mole inerte
 En los aires ordena; la decora,
 Y en palacios convierte;
 Así al acento puro
 Surgen las piedras del teban muro.
 ¡Qué elegancia y concierto! ¿Cómo sube
 Por las columnas libre, y se recrea
 La vista en sus coronas! Lenta gira
 Como la vaga nube;
 El cornison magnífico pasea,
 Por el ancho fastigio se dilata;
 Ya la cúpula audaz pasmada admira,
 Y con sorpresa grata

(5) *Luis de Vargas*, discípulo en Roma de *Perino del Vaga*, que lo había sido de *Rafael*, cuyo estilo muestra en sus obras. El señor *Cean*, alabando la exactitud de su dibujo, la grandiosidad de sus formas, la nobleza de sus caracteres, la expresión y otras dotes de este gran artista, añade que si hubiese en sus tablas ambiente y degradación de luces y tintas, hubiera sido el mejor pintor de España. — *Il est été non seulement le meilleur peintre d'Espagne, mais encore du monde*, dice monsieur Quillet, que le llama el mejor dibujante que tal vez ha existido, y le coloca entre *Rafael* y *Julio Romano*. Pero sus defectos eran propios del tiempo, como lo advierte el mismo señor *Cean*. ¿Estuvo libre de ellos el mismo *Rafael*? Es lástima que no haya en el Museo de Madrid algún cuadro de este eminente profesor. Sus obras se conservan en Sevilla, su patria.

(6) « Parece que no tuvo parte la mano en su ejecución, sino que se pintó con sola la voluntad », dice *Mengs*, hablando del célebre cuadro de *Las Hilanderas*.

(7) *Salomon Gésner*, tan célebre por sus idilios, no sólo fué poeta, sino pintor, músico, impresor y grabador. Imprimió el mismo sus poesías, adornándolas de muchas estampas dibujadas y grabadas de su mano, con la dulzura y gracia que había dado á sus versos.

Vuela á la aeria cumbre,
Do quiebra el sol su postrimera lumbre.
¡Panteón! ¡Portentoso monumento
Del pueblo rey, dominador del mundo!
¡Del tiempo, de los bárbaros triunfante!
Bajo tu inmóvil asiento
Hundidos yacen en el caos profundo
Veinte siglos.... Tú vives, y la inmensa
Bóveda elevas como á Olimpo Atlante,
Y aun la mente suspensa
La mira al aire vano
Lanzada sobre el alto Vaticano (1).

Más bello y grande, cuanto más severo
Que Buonarroti, el español artista
La soberbia basilica levanta,
Del gran monarca ibero
Palacio y tumba. La creó Bautista,
La amplió, la decoró el insigne Herrera;
Herrera, cuya fama se adelanta,
Cual águila altanera
Que surca el ancho cielo
Y el reino de la luz mide en su vuelo.
La unidad, la sencilla galanura,
La noble majestad, del fondo olvido
Do las sumió el delirio y la ignorancia,
Tú, sublime Ventura,
Revocaste á la luz. Su renacido
Imperio afirma Villanueva, alzando
El museo inmortal, grandiosa estancia
Que el augusto Fernando

A las artes ofrece,
Y en prodigios sin número enriquece (2).
Dadme lauros, oh Musas, dadme flores,
Y de guirnaldas orlaré la frente
A los genios que honoran vuestro templo.
¡Gloria, eternos lauros,
Sabios artistas! La mansion fulgente
Do vuestras obras el monarca ostenta,
Al orbe admiración, al arte ejemplo,
Gozad sin fin, exenta
Del fuego y hierro impio,
Y allí dure grabado el verso mio.

XIII.

En la muerte del señor don Juan Agustín Ceán Bermúdez,
historiador filósofo de los artistas españoles (3).

(1830.)

Vuelve á mis manos, olvidada lira,
Y si al fugaz contento
Ya no responde tu cansado acento,
Sosten mi flaca voz cuando suspira.
Ministra un tiempo del alegre canto,
Hora temple mi llanto.

(1) El Coliseo es el monumento más suntuoso que resta de la antigua Roma.—Se ha preferido, sin embargo, el Panteón, porque es más cláico, porque se conserva más íntegro, y porque cuadra mejor con las indicaciones que se hacen en la estancia anterior, de un cenepio arquitectónico. Miguel Ángel tomó de él la idea para la enorme cúpula de San Pedro. *Che ingegno! Stanciare nel aria il Panteon!* exclama el no ménos acre que inteligente *Milizia*. Esta idea de haber puesto el Panteón en el aire, repetida por otros, es la que expresan los últimos versos.—No puede ningún edificio compararse en magnificencia con la fábrica de San Pedro, el mayor y más rico templo del mundo; pero le excede incomparablemente el Escorial en la unidad del plan y en la majestad sencilla y noble de su construcción; y no la mole, ni la riqueza, sino el gusto depurado, hace el mérito de las obras artísticas.

(2) Don Juan de Villanueva, honor de la arquitectura española, trazó y edificó el magnífico Museo del Prado, por orden y en los últimos años del señor don Carlos III, y se continuó durante el siguiente reinado. En este edificio, lo más bello de la corte, ostentó toda la nobleza del arte, con un juicio exquisito, sin miembros ociosos é insignificantes, sin ornatos extraños é inútiles. Deteriorado gravemente durante la invasión francesa, fué reparado por el señor don Fernando VII y destinado para galería de cuadros y de escultura.

(3) Autor del *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes*; de la *Vida de Juan de Herrera*; de los *Diálogos entre Juan de Herrera y Battista Antonelli*; del *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*; de las *Memorias para la Vida de Jovellanos*; de la *Carta sobre el estilo y gusto de la escuela sevillana en la pintura*; de la *Respuesta á monsieur H. Le Bas*, ar-

lanto debido á la virtud severa,
Debido á la fe pura
Y á los talentos que en la tumba oscura

quitecto de París, sobre la parte que Vignola y otros artistas extranjeros habían tenido en la construcción del monasterio del Escorial, y de otras varias obras.

Publicamos á continuación, como curioso testimonio de la amistad que unió á Lista con REINOSO, y de la esculpulosidad filológica de la generación que ha precedido á la nuestra, una carta de Lista relativa á esta celebrada oda de REINOSO. Posee el original de esta carta nuestro ilustrado amigo el señor don Javier de Leon Bendicho. (*Nota del Colector.*)

LISTA Á REINOSO.

San Sebastian, 30 de Octubre (1830).

«Mi querido Fileno: He leído tu oda con la mayor atención, y me ha parecido dotada de la elocuencia triste y sombría que requiere el asunto, sin faltarle el calor que la amistad ha debido darle. En cuanto á pensamientos, los hay muy nuevos y felices, como el del *nebli* y el del *arbol fértil*. La composición, pues, es bellísima; porque el plan es filosófico y natural, y la expresión excelente. Vamos á ver si puedo contribuir con mis reflexiones á que sea mejor. — Primero, cuando las estanzas acaban en verso corto, habiendo otros largos, es de absoluta necesidad que el verso último suene muy bien, como éstos de tu elegía:

Se arrojará á la llama,
Hacen durar su imperio.
Arrebató al dominio, etc.

»Pero hay algunos que tienen armonía más desmayada, como éstos:

A la sombra querida.
Por su voz redimido.
Al que alivia sus males.

»Éstos son los tres únicos cuya armonía no me gusta. Bien he conocido que tú has bajado de intento el tono, para acomodar la armonía al género; pero la sonoridad del último verso es obligada. Fué al varón sabio que ilustrará el suelo.

»Me suena duro: si el *fué* pudiera caber en el verso anterior, quedaría bien.

El *nebli*, de la prisión exento.

»¿Sería demasiado afectado, de la *piquéla* exento? Sonaría más el verso, y la palabra es propia.

La Invidia, *torcedor del hombre*.

»Este epíteto me parece demasiado duro; yo quisiera alguna cosa que indicase la rabia que da á la envidia de verse obligada á humillarse; como esto que me ocurre de pronto, y que tú mejorarás:

.... La invidia, aunque indignada brama,
Se humilla á su alta fama.

»Supongo que pondrás notas donde hablas de los artistas y de sus obras y aun de las de Ceán, en favor de los lectores legos, como yo; cuida de que sean muy cortas.

La rendición figura, el que á Menipo.

»Duro, por la dificultad de las sinalefas; y es lástima, porque la construcción poética es excelente.

»Ansioso, diéresis muy violenta y de armonía contraria á la significación, porque es pesada. *Solícito, anheloso*, ya que no *anhelante*. Tú buscarás.—La estancia del mar es excelente, y el epíteto *sañudo* mejor que *rugiente*, porque éste indica el ruido y aquél la furia, que contrasta con oleazuable arena; también es mejor que *hinchado*, que sólo indica la figura. En esta estrofa has tenido una intención poética, que yo percibo, y que quisiera estuviese más claramente expresada; y es que la arena enfrena el mar, al cual no resiste el espolón. Hé aquí en prosa, como yo quisiera que estuviesen los dos versos últimos: «A quien no resiste el espolón y lo despedaza bramando». Con esta construcción se ve mejor el contraste. Ahora mismo me ocurren estos dos versos:

Cuando el fuerte espolón, que le embaraza,
Rugiendo despedaza.

»En fin, ya conoces mi pensamiento, y si te parece bien, lo sabrás poner mejor.

En alto vuelo.

»No me gusta, y poco después hay un *rolé*.

El ángel del consuelo.

»Es excelente, y debes decir en el anterior que llevaba los votos al cielo. Los dos últimos versos de la elegía es menester mudarlos.—Allí se necesita un pensamiento que, sin dejar de ser tierno, sea más nuevo.—He quedado fastidiado del papel de crítico que me has obligado á hacer. Pero vivo seguro de que te he hablado en conciencia. No te noto las bellezas, porque todo me ha parecido excelente, fuera de los pasajes que llevo citados, y aun á pesar de ellos (que es menester toda nuestra severidad para advertirlos), la composición parecerá digna de ti y de su objeto....»

(Aquí siguen varios párrafos de negocios confidenciales, y después continúa):

»Yo estoy euredado con una oda al nacimiento de la Princesa; luego entraré con la corrección de la de Moratin, que ya tengo acabada. Entonces te embromaré con ellas; *petimusque damusque vicissim*....

»Desde todas partes te ama tu Licio.»

Con *Bermudo* lanzó la Parca fiera,
¡Ay! llanto inútil para dar la vida
A la sombra querida!
¡Y el hombre justo, del vivir modelo,
Muere á par del malvado!
¡Y breve aliento como al necio dado
Fué al varón sabio que ilustrará el suelo!
¡El feraz árbol, cual la seca rama,
Se arrojará á la llama!

No; vive el justo, á la mansion impura
De la maldad robado,
Eterno vive, do ni agravia el hado,
Ni de los hombres el furor conjura.
Triunfa el neblí de la pigtiela exento
En más noble elemento.

Vive el sabio en sus obras, su memoria
A par del tiempo crece;
Su voz oyen los siglos, y engrandece
Lejana edad la merecida gloria.
Muda la envidia, torcedor del hombre,
Ya se humilla á su nombre.

Así bajando el sol á la onda fria,
Bañado el orbe deja
En blanda luz; y cuando más se aleja,
De otros fanales su reflejo envía:
Lumbreras que en el huérfano hemisferio
Hacen durar su imperio.

No, dulce amigo: en el sepulcro odiado,
De tu saber la lumbré
No se apagó, que aún brilla en la alta cumbre,
Do á las artes el templo has levantado.
Aun muestra allí tu voz el genio ibero
De la gloria el sendero.

Allí la magia de *Velazquez* vive,
Y del *Vandick* hispano
El amable pincel: allí de *Cano*
El triple genio eternidad recibe,
Y edad logra por ti más duradera
La fábrica de *Herrera*.

Que así la tabla como el bronce duro
Y el mármol en ruínas
Hunde, y se lleva en pos obras divinas,
El soberbio fronton y el alto muro,
De los siglos la indómita corriente
En funeral torrente.

Sí; la gran mole que erigió Filipo,
Y el lienzo que remeda
La gloria que vió *Antonio*; el que de *Breda*
La redención figura, el que á *Menipo*,
El tiempo deshará, cual sol la nieve,
O viento el humo leve.

Pero no así del arquitecto sabio
Perecerá el renombre;
No el de *Murillo* así: tu claro nombre,
Que de *Bermudo* immortaliza el labio,
Oh gran *Velazquez*; triunfará de olvido,
Por su voz redimido.

Ansioso el viajante busca en vano
Los portentos de *Apéles*,
Y el mármol seductor de *Praxitéles*,
A quien Guido ofreciera culto insano:
Sólo del tiempo su memoria *Plinio*
Arrebató al dominio.

Que sólo el débil pero sabio acento
El voraz curso enfrena,
Cual pone lindes deleznable arena
Del mar sañudo al relinchar violento
Que el robusto espolon que le embaraza
Bramando despedaza.

Vive siempre y da vida el venturoso
A quien el cielo diera
La palabra inmortal. Mas aún espera
De amor un monumento más glorioso,
La eterna bendición de los mortales,
Al que alivia sus males.

¡Ah! yo lo vi: cuando á mi lado un día
Al infeliz doliente,
Al misero amparabas, en ferviente
Lloro envueltos sus votos recibía,
Y al Eterno llevaba en alto vuelo
El ángel del consuelo.

Con él voló tu espíritu. — Y esquivá

Huyes ora mi abrazo,
Cara imagen. — ¡Oh, vén! y en tierno lazo
La dulce unión y la amistad reviva.
Mas ¡ay! que renacer, no al bien llorado,
Sólo al dolor fué dado.

XIV.

En la temprana muerte de don Pedro Alcántara Sotelo (1).
(Á DON JOSÉ LOPEZ RUBIO.)

¿Y siempre he de llorar? ¿Mi edad cansada,
Como el añoso roble,
De la segur á golpes repetidos,
De uno y otro dolor continuo herida,
Al filo del dolor caerá rendida?

¡Ay! ¿qué me resta ya! Padres, hermanos,
Porciones de mi vida

Fueron ya todos: mis amigos fueron:
Nueva familia que el amor me diera
Por la que injusta hirió la muerte fiera.

¡Y tras ellos tú vas!... ¡Dulce renuevo
De mi Sotelo amado,
Imagen cara del mejor amigo!
Le sigues, como el sol del Occidente
Cayendo al mar el Héspero luciente.

¡Noche de mi dolor! El hado acerbo
A todos arrebató

Para entregarme á solitaria muerte.
¡Ay! el postrer gemido en mi agonía
Solo recibirá la Parca impía.

Vén, mi querido Flavio: en la ribera
Del turbio Manzanáres
Los restos yacen del que tierno amabas:
Vén, y uniendo tu llanto al llanto mío,
Demos calor á su cadáver frío.

Ni edad florida, ni candor amable,
Ni gracias, ni talentos,
Ni saber, ni virtudes le libraron.
Todo se hundió en la haesa.... Destructora,
Igual á Tito y á Neron devora.

Mas no, no muere la virtud: no muere,
Triunfa, quien las cadenas
De la mortalidad rompe dichoso:
Triunfa, y ya libre y de morir exento,
Eterno goza en eterno asiento.

¡Vida falaz! de la existencia humana
Cercena cada día

Una porción y arrójala al sepulcro.
Cayó la juventud, y edad más yerta
Voraz aguarda con la losa abierta.

¡Silvio feliz, que entero su tributo
Al destino pagando,
Se redimió del yugo inevitable!
¡Ah! dejó nuestros climas, como Febo
Para lucir sobre horizonte nuevo.

Al otro lado de la huesa umbría
La vida verdadera
Fijó inmutable su dichosa estancia:
En su borde desnuda el polvo triste,
Y otro ser inmortal el hombre viste.

Allí principia el bien. — ¡Amargos días
Los del hombre empleados
En sufrir y anhelar! Del mundo dueño,
Tan sólo, en César, el puñal agudo
La insaciable ambición extinguir pudo.

(1) Esta oda, acaso la más estimada entre las de REINOSO, es en su mayor parte una refundición de otra que, con el título *En la temprana muerte de Dóris*, publicó el autor en el *Corro de Sevilla*. REINOSO profesaba la más tierna amistad á don Pedro Sotelo, á quien conocimos, y que era en verdad un doctado de virtud y talento. Fué para él, indudablemente, la muerte de este dignísimo jóven un motivo de pesar i tenso y duradero. Y sin embar. o, para llorar poéticamente su muerte, le ocurre sacar del olvido una composición escrita ántes del nacimiento del mismo Sotelo. Llena está la oda de ideas filosóficas y cristianas, noblemente expresadas; pero la elaboración artística del literato asoma más claramente que la efusión del do'or verdadero, más que la emoción directa é inmediata del corazón.

Lo mismo acontece en la preciosa oda *A la muerte de Cean Bermudez*. REINOSO es de aquellos poetas que, hasta para expresar las adicciones del alma, piensan más que sienten. (Nota del Colector.)

De lo futuro en el dudoso abismo
 Juzga el viviente ciego
 Las horas entrever de su ventura.
 Llegan, huyen, se llevan su esperanza,
 É iluso en nuevas horas la afianza.
 ¡Ah! ¡no la alcanzará! que el bien soñado
 Se desliza impalpable
 Como fosfórea luz en noche oscura.
 Siempre ansioso de goees, nuevos seres
 Busca para gozar nuevos placeres.
 Tú, Silvio, los hallaste; ¡cuáles mundos,
 Cuál Eden delicioso
 Habitas! ¡oh! de globos coronada,
 Gira á tus plantas la encendida esfera
 Y absorto miras la creacion entera.
 Que ignora Febo la mansion dichosa
 Do más suave espira
 Sin estival ardor serena lumbre;
 Al ávido mortal allí compensa
 Inmensa dicha, su ambicion inmensa.
 Allí extático Silvio eterno *hosanna*
 Canta en célico acento,
 Su voz uniendo á las del almo coro.
 ¡Ay! ¡las oyes, mi Flavio! ¡Quién daría
 Nuestros ecos mezclar á su armonía!
 ¡Y tú, feliz, del infelice amigo
 Olvidas la memoria,
 De tu amado Fileno! ¡No en la altura
 Mueven á los celestes nuevos males?
 ¿No el clamor sube allá de los mortales?
 Sí, amado, tú me llamas. Tú la mano
 Me da: pase la sima
 Que de la eternidad separa el tiempo:
 Pasémosla; ¡oh mi Flavio! — En la alta cumbre
 ¿No le ves destellando pura lumbre?
 Volemos á su lado. Tal ansioso
 Por ignorado rumbo
 Se lanza en curso rápido el cometa:
 A la region del sol las alas tiende
 Y en sus rayos purísimos se enciende (1).

XV.

A don Manuel Lopez Cepero, su amigo, cuando quedó libre de su
 confinamiento en la Cartuja de Cazalla.
 (Fragmento de una oda, no concluida.)

Quise cantar desde el primer momento,
 Caro Manuel, tu libertad ansiada,
 Y mi voz desmayada
 No pudo hallar ni números ni acento;
 Que en dudosa alegría
 Tímido el corazón la reprimía.
 ¡No eras más libre en el retiro oculto
 De la apacible soledad, do el alma
 Disfruta dulce calma,
 Que no del mundo en el feral tumulto,
 Que agitan las pasiones,
 Forjando á la virtud duras prisiones?
 Ni al dolo ni al poder allí vecino,
 Correr en paz tus bonancibles días
 Como el arroyo vías,
 A quien tu mano señaló el camino;
 Como exento á su grado,
 El olvido creció por tí plantado.
 De tu pequeña creación gozabas,
 Señor de tí, cual del inmenso cielo
 Goza el ave en su vuelo;
 Aquí las turbas, á su vez esclavas,
 Al poderoso oprimen;
 No hay libertad en la region del crimen.
 Mas sólo aquí, do ciegos los mortales
 El yugo aceptan de la fuerza insana,
 La dicha sobrehumana

(1) Variante. REINOSO escribió así, en un principio, estos dos últimos versos:

Y andaz del éter las regiones mide,
 Buscando el sólio do Jehová preside.

(Nota del Colector.)

Hallarse puede de aliviar los males.

.....

XVI.

A Licio, que le aconsejaba gozar del placer (2).

(1829.)

Facit indignatio versum.

Goza, mi Licio, de las blandas flores;
 Goza el aliento que del áureo Toro,
 Vida inspirando y amorosos fuegos,
 Febo derrama.

Goza las pomas y el sabroso néctar
 Que en rubios granos, de la fiel balanza
 Luégo sazona, coronando á Otoño,
 Prez de Liéo.

Y el lauro eterno que á tu sien Apolo
 Y á las ardientes que ciñera Urania,
 Ornen de rosas y de hiedra enlacen
 Ciprida y Baco.

Tú, do lazados el Adur y el Nive
 Mezclan sus ondas, y en geniales coros
 Náyades bellas de los dos raudales
 Danzan unidas;

Libre y gozoso por la amena margen
 Pulsas la lira que te diciera Bétis,
 Y á la union grata que fecunda el prado
 Cantas amores.

Yo, solitario, á la sedienta orilla,
 Que Manzanáres humedece apenas,
 Y el campo yermo que aridece á Mautua,
 Piso y detesto.

¡Ay! no su risa para mí la aurora,
 No sus guirnaldas primavera envía:
 Rayos la esfera, y el airado suelo
 Brota zarzales.

Dura cadena la dolidá planta
 Traba y oprime: ponderoso yugo,
 Que un poder necio sobre mí desploma,
 Corva mi cuello.

¿Qué á mí placeres? Al cordero y tigre
 Antes aduna, que al dolor y dicha.
 No de Procusto sobre el fiero lecho
 Vénus reposa.

¡Cuánto en el gozo desconoce el hombre
 Del hado adverso la indomable fuerza!
 Bebe; ¡cuidado! del placer la copa,
 Dice al doliente.

Di al lapón rudo, que del Tanna helado
 Coja las rosas: de la ardiente Libia,
 Di al duro ascanta que respire el fresco
 Dulce Favonio.

Sufre tu suerte. — La imperiosa ley
 Tal es del triste, venturoso Licio:
 Al infortunio la paciencia es dada,
 No los placeres.

EPÍSTOLAS.

I.

Á SILVIO.

(1799.)

Sube en reposo por el vago cielo
 La luna, de luceros coronada,
 Y su cándida luz serena envía
 Sobre el dormido mundo. La faz yerta
 Del orbe sin color, huyen dispersos
 Los hombres fatigados, y ora yacen
 Simulacros de muerte en sus guaridas,

(2) Contesta á una oda de don Alberto Lista. Véase esta oda en el presente tomo entre las poesías de Lista.

Silencio, oscuridad, sublimes genios,
De la virtud amigos, yo os saludo :
A vuestra vista desaparece el crimen,
Y refugiado en los impuros lechos,
Al perverso atormenta, que punzado
De su aguijón, despierta y lucha insomne,
Y anhela en vano la quietud del justo.

Huyamos, oh mi Silvio; la impía turba,
Ora que duerme la maldad, huyamos :
Así tal vez escapa el caminante
Cuando al sueño se entregan los bandidos.

¡ Ah ! Por qué el hombre, para el bien formado,
Torna en su daño los preclaros dones
Que á ser feliz le concediera el cielo ?
En fuerza al elefante, en ligereza
Le hizo al ciervo inferior, para obllgarle
A que en la union comun buscasse amparo
Contra males sin número que, solo,
Ni rechazar ni precaver pudiera.
Mas dióle alto destello de su lumbré,
Soberana razon, que moderase
La humana sociedad con leyes justas :
Y en medio alzó de la infelice grey
Un ara tutelar, excelso trono
Do el Dios augusto presidiera al órden,
Do recibiera los humanos ruegos,
El debido homenaje, y de amor mutuo
La sancion diera al sentimiento innato,
Símbolo de familia, que ante el padre
Los obedientes hijos congregará,
Y unidos todos por comun origen,
Uniese á todos en fraterno lazo.

Mas ¡ ay ! esa razon que el alto imperio
Fundar debiera, dirigiendo acordes
Sus móviles de obrar, y al fin prescrito
Los estímulos varios de natura
Concertar entre sí, cual ésta ordena
Las encontradas fuerzas, y el reposo
Forma del universo en fiel balanza :
Esa razon que dominar debía,
Soltó sin freno las pasiones todas,
Y sucumbió, postrada al recio empuje,
Cual débil caña al huracan violento.
Dócil el hombre al turbulento impulso,
Volcó el sagrado altar : de sus hermanos
Rompió el nudo feliz : la fuerza unida
Que se ordenára á la comun defensa,
Descaminó, y en exclusivo apoyo
De su loca ambicion ó vil deleite,
Al privado interes distrajo impío.
La inteligencia con que vence ó burla
El furor ó la astucia de los brutos,
El hombre usó para domar los hombres,
Osado con los débiles ; artero,
Pérfido con los fuertes, la violencia
Y dolo fueron las certeras armas
Con que afirmó su odiosa tiranía.

A los iguales dominó orgulloso :
Conspiró infiel contra el magnate : duro,
Ultrajó al desgraciado : al inocente
Persiguió furibundo : al opulento
Despojó usurpador : sus liviandades
Sació lascivo con la infamia ajena.
De entónces ¡ ay ! la sociedad humana,
Que una sola familia ser debiera,
En campo de batalla, en cruda liza
Se convirtió de opresos y opresores,
De asesinos y víctimas. Seguro,
Independiente, exento, su existencia
Procura el bruto y de la raza propia
La inmunidad acata. En tropa unida
Congréganse los tigres, los leopardos
Júntanse en un albergue ; no sangrientos
A devorarse correrán.— Impíos,
Aprended de las fieras á ser hombres.

Mentís, blasfemos, que al Autor sagrado
Acusais de los males, obra sólo
Del humano, rebelde á sus preceptos.
A cada ser el Hacedor benigno
Las dotes dió y recursos con que hubiese,
Cuanto era capaz de ella, su ventura.
Del bien y el daño propio dió el instinto

A los aeres sensibles, y éste solo
Dirigió sus acciones : no la esfera
Trasapó alguno por su Autor prescrita.
Mas un impulso compasado y ciego
Ligar no debió al hombre, á quien el mando
Supremo dió de los demas vivientes :
Para ser soberano le hizo libre.

¡ Deslustrado mortal ! El albedrío,
Dado para su mérito y su gloria,
En fuente impura convirtió de males.
La luz del bien que destelló en su mente,
El grito de justicia que en su pecho
Resuena á su pesar, rebelde abjura.
Venda los ojos, de robusto acero
El corazon guarnece, y ciego, osado,
Cual si fuera su dios, al mar se arroja.
La libertad, que en su felice cuna
Tornó en arma de muerte, que el origen
Envenenára del linaje humano,
Mancipó el hombre á su eternal suplicio.
Siempre la ostenta para hollar la ley ;
La ley, do vinculada su ventura
Y el órden fué del universo todo.

Hizo el ensayo en su heredad dichosa,
Y perdió el sacro Eden : la tierra luégo
Fué su morada, y asoló la tierra.
Aun pudo ser feliz : aún derribado
Del alto puesto y la suprema dicha,
Lucrar para su bien pudo los medios
Que le dejó natura. El arco y flechas
Señor le hicieron respetar del bruto,
Y la reja fecunda de los campos
El dominio le dió. Defensa, abrigo
En fácil vestidura, ya donado
Le tributaba aquél ; sustento y sombra
En árboles y espigas la alma tierra
Le dió feraz de su rasgado seno.

Ni la deidad, mezquina con sus hijos,
A las necesidades miró sólo
De un penoso vivir : ¡ cuántos placeres,
Delicias cuántas prodigó, que hicieran
Amable al hombre la afanosa vida !

No el romano opulento en copa de oro
El Palermo bebiera ; el sibarita
No lánguido llamára el fugaz sueño
En tálamo de rosas, ni el egipcio
De obeliscos á Ménfis coronára.
No sus púrpuras Tiro, sus aromas
No cambiára Sabá ; ni las regiones
Que halló Colon, al esforzado ibero
Las piedras dieran y el metal preciado,
Que afemináran su vigor robusto.

Más tranquilos, más puros dió natura
Sus placeres al hombre. Al soto umbrío
Formó de musgo y flores blando lecho
Juvenil primavera : en pos otoño
De embalsamadas pomas y racimos
Los árboles y pámpanos corona.
Suda el mortal para obligar la tierra
En anheloso afán ; mas con usuras
La tierra premia su tenaz fatiga ;
Y de jazmines y rosado trébol
En zonas odoríferas guarnece

La mies que corta su nervudo brazo.
Vagan por la campiña simplecillos
Los frutos de su amor, y en blanda risa
Van troncando las flores ; cuál la rosa
Busca más encendida ; cuál se afana
Triscando entre la juncia tras el lirio
Que eleva sobre rojos alhelies
El seno virginal : otro sentado
En la mullida grama, teje, miéntras,
De tierna mimbre y oloroso mirto
Simple guirnalda, y las cogidas flores
En matizado círculo acomoda.

Corren alegres, y al cansado padre,
En el dental subidos con anhelo,
Los bracillos alzando, le coronan
La sudorosa sien y el labio ofrecen,
Pidiendo el beso paternal en pago.

En tanto le prepara en limpi mesa
Sobrio manjar la diligente esposa,

Que entorno ciñe de sabrosos frutos,
Aun de la flor nativa guarnecidos.
Y cuando arde el lucero que al ganado
En los rediles cierra, ante la choza,
A par de su marido reclinada,
Embelesados miran cuál se mueve
Tras delgado celaje el bello Arturo,
De esmaltadas figuras rodeado,
Que sosegadas tras Calixto giran.

Céfiro en el regazo de las flores
Dormido posa un tanto, y con susurro
Despertando revuela, y sus perfumes
Esparce en derredor de los amantes.
Allí resbala cándido arroyuelo
Sobre el rizado césped, y su giro
Torciendo entre los árboles del soto,
En sus linfas les lleva con murmurio
El puro sueño; el sueño no rompido,
Que en dulces trinos robarán las aves
Cuando asomarse la inocente aurora,
Trayendo paz al venturoso humano.

Alzase ledo el padre y su casilla
De paz ve rodeada y de abundancia,
Y de placer y amor cubierto el valle.
Y no bastaron tan copiosos dones
Para saciar en el humano pecho
El ansia de gozar? Y luego, unidos
En sociedad pacífica, ¿no todos
Pudieron disfrutar de iguales bienes?
Para el pro general obrando acordes,
¿No mejorarlos y aumentar pudieron?

Trabajando en comun, en comun goza
De su tesoro la industriosa abeja.
Contenta de la suya, á su consorte
Ninguna lanza de la celda amiga,
Que de consuno todas fabricaron:
No le arrebató el delicioso néctar,
Que á todas basta y laboraron todas.

Sólo el hombre insaciable no consiente
Ser venturoso en la comun ventura:
Sólo la quiere para sí. Su anhelo
Es acrecer la que le cupo en suerte
Parcial herencia, despojando á todos
De la porcion que hubieron. Así pugnan
Entre sí los humanos: sus pasiones
Un feudo exigen siempre, y ese feudo
Han de pagar los que tambien le exigen.

Ve aquí brotando las pasiones torpes
En la social union, y ve con ellas
La impotencia nacida de aplacarlas;
Nacida la discordia, los furores,
La guerra infiel, la asolacion, la muerte.

Cual, aguijado de la sed rabiosa,
Anhelante y rastrero corre el tigre
Del Ganges la ribera, y de improviso
Alzándose en los piés, se lanza fiero
Sobre las reses que al raudal acuden,
Las rinde, vuelca, sus entrañas rasga
Para abrevarse en la caliente sangre;
Tal devorado del ardor perenne
Vaga el hombre frenético: á la tierra
El seno rompe, y del oscuro abismo
El duro pedernal, el hierro agudo
Saca á la luz, y en el fraterno pecho
Abre mil puertas á la avara muerte.
Las selvas tala y el anciano tronco,
Que su guirnalda matizó de flores,
Cubriendo el campo de verdor sombrío,
Quiebra, y desnudo de la pompa ufana,
Estéril leño sobre el mar le arroja.

Sus pacíficas lindes ven las aguas
Asaltar; braman, y en grupadas olas,
Cual montes enriscados, se levantan,
Pendientes sobre el tronco; el noto airado,
Abrego coronado de tormentas,
En derredor le embaten: ora alzado
En las nubes se esconde; ora en los senos,
Mansion eterna de la eterna noche,
Derrumbado se abisma y desaparece.
Buedan en tanto en la nublada esfera
En carro tronador las tempestades,
Y granizado de sangrientas llamas,

Ruge encendido el viento, y piedra y rayos
Y espanto y destruccion al mar envía.

Arde ya el leño: en las bramantes olas
Nada el cárdeno fuego retratado
Sobre negro verdor: huye estruendoso
Y en las hondas cavernas se guarece
Tímido el leviatán: los polos crujen,
Y al orbe desquiciado el mar inmenso
Sorber en sus furores amenaza.

Así en el caos primero, el fuego y tierra,
Atlante y Pelion, Orion y Sirio,
Y el Austro y Aquilon, cual masa informe,
En las agnas yacieron sepultados.
Tal vacila convulso el universo
Orillas del abismo.—Sólo el hombre,
El hombre, para el mal osado sólo,
Mira insensible las airadas ondas
Desde la inmóvil playa, y temerario
Salta sobre el esquife naufragante.

Tras él del hondo averno desatadas
Se lanzan la crueldad, la fraude inicua,
La esclavitud cargada de cadenas,
La llorosa orfandad, las furias todas.
Virtuoso mortal, que en paz tranquila
Ves en cuna de oro al sol naciente
Las sienes coronar de nuevos rayos;
O bien habitas la escondida tumba
Donde muere su luz, y las estrellas
Bordan el manto á la futura noche;
Teme, infeliz: en tu ignorado asilo
Teme de hoy más: el indomable golfo
Surca ominosa nave, de discordia,
De sangre y lloro y vastacion henchida.
Ya llega á tus riberas: huye, incauto,
Huye; mas ¡ay! en vano; muerte, muerte,
Clama el cañon horrrisonante. Oyólo
Tormentorio y tembló: la extrema playa
Muerte repite, y despedido el eco,
Rueda sobre las ondas desiguales,
Sonando muerte en los helados polos.

¡Autor del universo! ¡así voraces
Formaste á los humanos, que en sus iras
Á esclavizarse, á degollarse corran?
¡Oh! no: tú la afeccion, los sentimientos
Les grabaste de amor, de amor el nudo
A su poder, conservacion y dicha
Hiciste cooperar; y preparando
Su instinto, su razon, su excelsa mente
Para un mundo mejor, divina ley
De amor les diste y celestiales premios.
Pero insensible, alucinado, impío,
Al corazon se niega; el bien más cierto,
Que el concurso amigable le daría,
Renuncia; huella el divinal mandato;
Y en pos se lanza codicioso el hombre,
De un interes falaz que le deslumbra
Y al precipicio arrastra do perezca.
No socios que atraer: sólo enemigos
Que combatir y despojar conoce:
No el apoyo comun, su presa busca.
Así vaga perdido el breve dia
De su infausto vivir, tras vanas sombras
Que errantes desaparecen en la huera,
Do en callado pavor cien y cien siglos
Se hundieron con la nada. Allí los héroes,
De maldicion cargados, descendieron,
Y no son más; pero la tierra vive
Amasada con sangre, y al arado
Los blancos huesos que ocultára, entrega;
Y maldicion les clama: mil ciudades
Arrasadas lamenta el pasajero,
Y maldicion á su sepulcro envía.

Este es el hombre, Silvio; la corona
Ésta de su ambicion y sus furores.
Huyamos ¡ay! La perezosa luna,
En su carro de sombras recostada,
Tocando ya al cenit, alza tardía,
Guarnecida de sueños, la alba frente.
Silvio, mi Silvio, á la inhumana turba
Robémonos veloces. Saldrá Febo
A mostrar con sus rayos los horrores
Ocultos ora; la fatal cadena

De crímenes que enlaza el universo.
Saldrá de los vivientes descuidados
A ahuyentar el reposo; al duro remo
Tornará el triste, á la homicida lanza.
Con él sube el tirano al solio augusto;
Al hierro vuelve el oprimido esclavo.

Huyamos... ¡Infelices! ¿quién nos dicra
Poder hacerlo! ¡Bárbaras prisiones
Nos ligaron sin fin! Así el piloto
Quisiera huir la tempestad sañuda,
Precursora de muerte; mas al triste
Tocar no es dado la segura playa.
Tal vez corta las gúmenas osado,
Y las entenas con fragor derriba,
Y sin pensar en el negado puerto,
Escapar del naufragio sólo anhela.

Así ¡oh mi Silvio! tú: si no es posible
Revocar los humanos á su dicha,
Enfrena su crueldad: afortunado
Tú puedes, sí. De la sagrada Astréa
Óráculo veraz contigo sube
La alma justicia á su perdido solio.
A tí fió la humanidad llorosa
Vindicar sus agravios; tú la vengas:
Y pues sociables ¡ay! hacer no puedes,
Haz, Silvio, á los mortales ménos fícos.

II.

Á ALBINO,

(1798.)

¿ En qué el ocio diviertes cuando el suelo
Pisas ora de Gádes, dulce Albino?
¿ Miras acaso sobre herradas proas
Descollar entre monstruos nadadores
Al ángulo avaro, que en lejanos climas
De nuestro suelo pródigo apartara
El padre universal de los mortales?
¿Cuál, domada su furia, no ya cubre
De terror vano la ribera hesperia,
Y bramando feroz apaga el hacha
Con que arder quiso la mansion de Alcides?
¿O ya escondido al popular tumulto,
La suerte lloras del viviente insano,
Que vendados los ojos, se apresura
Al precipicio abierto por él mismo?

¡Oh! sí, mi caro Albino, tú en silencio
Huyes cautos los lazos deleznales,
Que á la virtud extiende y la inocencia
Un pueblo seductor, do el egoísmo,
El sórdido interes, las artes viles,
Ensangrentado el odio, el ocio muelle,
La torpe languidez en blando lecho,
La irreligion y el desenfreno anidan.

Tu dócil corazon sencillo y puro
Do quiera ve á los hombres, allí teme
Tropezar inexperto su ruína.
¡Ah! ¿qué es el hombre? ¿qué es el hombre, Albino,
Sino un feroce monstruo que en sus iras,
Si pudiese, los orbes destrozara?
En su pecho ha erigido un templezuelo,
Do venera, continuo prosternado,
A su propio interes, único nùmen
Que en nuestro siglo de impiedad se adora.
¿Ves cual con sesgo rostro y halagüeño,
Do brilla infiel candor, tiende los brazos,
Y al seno estrecha al engañado amigo,
Que no ve incauto el encubierto dardo?
¡Infeliz! es la víctima primera
Que ha de sacrificar: sobre las aras
Perecerá del idolo terrible.
Mas ¿qué no sacrifica? Su descanso,
El amor conyugal, la fe sagrada,
La patria, la salud, la vida misma.
¡Ah! ve los holocaustos, ve los votos,
Hé aquí el aroma que en hedionda pira
Al torpe simulacro ondoso sube,
Que de enmedio la turba alce la frente,
Que nos diga dó está, dónde se oculta,
Quien no rompió de humanidad los lazos;

Quien del fraterno amor, de amistad santa
Las leyes no violó, ni á su interese
Pospuso avaro el universo todo.

En vano Julio de dorados granos
Los campos entapiza, y sus afanes
Fecundo paga al labrador activo,
No ya los frutos de la tierra alivian
Su misero vivir; no ya de pomas
Corona ledo la sudosa frente.
Triste, en mezquina mesa apenas gusta
De silvestre manjar. El jornalero,
El mortal sólo á los mortales útil,
En abatido hogar, desfallecido,
Helarse mira sus robustos brazos,
Que el torpe lujo y opulencia dieran
Al poderoso corrompido en vicios,
Y para sí el sustento áun no ganaron,
El misero sustento. Que la tierra
Sus dones vierta en abundosa copia,
Matice el bosque y el egido herboso
En guirnalda de pámpanos y espigas;
O contra el hombre airada la faz yerta,
De escarcha cubra y granizado el cierzo
Al verde campo la esperanza robe,
Todo es igual al infelice: siempre,
Siempre perece: y virtuoso alaba
La mano que lo oprime. Sus esquilmos
El crudo avaro, enmuellecido en ocio,
Cautiva impío, y en colmadas trojes
Encarcela el sustento arrebatado
A los vivientes: tesoro incóuto
De los bienes que pródiga natura
Igual derrama á los humanos todos.

No ya la gloria los mortales pechos,
Ni la grandeza enciende y heroísmo.
La alma beneficencia, las virtudes,
Que al eco de los dioses ardua senda
Descubrieron un tiempo á nuestros padres,
Cual ellos han faltado; mas no falta
El interes, la presuncion ratera
Por alcanzar la pompa. Vil lisonja,
Infame adulacion hoy el camino
Al esplendor allanan y alto puesto,
Presa otro tiempo de ambicion augusta,
Ya de vil ambicion. Quien la alta mole
Ensalza astuto, y bajo el hondo asiento
El precipicio cava, do perezca
Derrocado el magnate: quien infeno,
Con planta firme y denodada frente
Por sus ruínas trepa, ése arrebatada
Impune el lauro y su cabeza ciñe:
Destrozos hacinados son la base
De su solio infernal. Si la justicia
De la mansion de gloria á tales héroes
La inmortal silla niega, ¿qué varones
Nuestro siglo dará, cuya memoria
Sobrenade en los tiempos del olvido,
De la Perca triunfante? ¿Cuáles nombres
La edad futura adorará? La muerte,
La destruccion tan sola ancho camino
Muestra, cual nunca, á la terrible fama.

Llora la esposa y de pequeños hijos
En dulce tropa al inhumano padre
Las rodillas le ciñe. En vano luchan
Sus manecillas tiernas por asirlo:
La anciana madre, ante el umbral tendida,
Al fiero muestra los rugosos pechos
Que la vida le dieron, y hora esperan
Dar sin su apoyo en la callada tumba.
Nada lo enfrena: con forzado brazo
Los hijuelos derriba, y á la esposa
Y á la trémula madre huella impío.
¿Y á do se precipita? ¿Qué remedio
Lleva en su fuga á los humanos tristes?
¡Ay! va á talar sus campos, sus moradas
Va á derrocar, y al misero habitante
Entre el polvo oprimir y las ruínas:
Va á degollar los hijos en el seno
Sangriento de las madres. Los sollozos,
La destruccion y la orfandad le siguen.
Héroes de espanto, cuyo infando nombre
Leerán grabado en sangre nuestros nietos

Sobre los yermos campos, vuestra fama
La maldición será de las edades.
Sabedlo, sí, feroces; ¡oh! sabedlo,
Que mil generaciones en un día
Abismais en la nada silenciosa
Con los que nunca fueron. Vendrá un tiempo,
Cuando entre huesos pálidos camine
Temeroso el pastor tras su rebaño,
Por do se alzara el encumbrado muro,
Al hijo tierno la doliente madre,
Hé allí, dirá, do el numeroso pueblo
Opulento vivió. Donde se anida
En sombrasa caverna el voraz lobo
Destrucción del ganado, allí moraban
Mil y mil ciudadanos: tus abuelos
A esta parte habitaban: en un hora
Bajaron todos al sepulcro umbrío.
Fueron y ya no existen. Tristes sombras
Entorno esas ruínas revolando,
Pereza, claman, la memoria infaueta,
Pereza en el Averno y no se cuente
El día en que nació quien tantas vidas
Mudó en no ser, quien las mansiones altas
Al viento dió en cenizas, y de cardos
Espigó el valle, padre de las rosas.

Amor, amor, virtud, amistad santa,
Delicia un siglo del mortal felice,
Almo consuelo, que el vivir penoso
En dulzura tornáras y alegría.
¡Ay! ¿dó moras, amor? ¿Por qué nos huyes?
Tú los humanos pechos algun tiempo
En delicioso nudo relajabas.
La sencilla verdad, la fe más pura,
El ingenuo candor y la inocencia
La sosegada tierra, en quietud grata,
Habitaron unidas. ¡Ay! huyeron,
Huyeron, sí, de los mortales tristes.
Mas qué, ¿no volverán? Si el mundo insano,
Herviendo en fraudes, del regazo impuro
Las lanzó, y en su templo al odio impío
Estatuas levantó, ¿ni un ara sola
Elevará al amor el puro incienso?

Albino, dulce Albino, vuelve, ¡oh caro!
Vuelve á mis brazos, á tu amigo vuelve,
Y de amistad el culto renovemos.
Lazados nuestros pechos, dulce llama
De amor alentarán, y el trono antiguo
Sentará en ellos la amistad augusta.
¿Qué á tí los hombres? Su tumulto insano
Huye con veloz planta, y vuelve, ¡oh! vuelve
A tus amigos todos; pocos éstos,
Cierto, muy pocos son; mas ellos solos
Para tí fueron en felices días
El universo entero. ¡Ah! ¿qué placeres,
Tiempo, tiempo fugaz! ¿Qué deliciosos
Placeres nos llevastes! ¡Ay! ¿Te acuerdas?
Licio, tu Licio y tu Fileno fueran
Tu gozo, y son y lo serán eternos.
Vuela á su seno y la sonora lira
Que riberas del Bétis nos dió Apolo
Pulsemos otra vez. La virtud santa,
La amistad, la virtud..... sólo estos ecos
Del Bétis suenan las amables Drias.

SILVAS.

I.

En loor de los ilustres poetas sevillanos.
(1796.)

De florida verbena y verde oliva
La cana sien ornada,
Sus puras aguas con murmurio ondoso
Vertía el padre Bétis, y en tranquilo
Y sesgo curso la ribera amada
Fecundaba gozoso,
De púrpura pintando el suelo herboso,

Do la ciudad sagrada
Del libio domador fué levantada,
El bullicioso coro
De ninfas, ora en la caverna umbría
Con giros mil en torno le rodea;
Ora en la márgen fría,
Al aire sueltos los cabellos de oro,
El valle de alhelies matizado
Con mil danzas recrea.
El tímido ganado
Allí zagalas llevan y pastores,
Y de olorosas flores,
Entrelazadas con el mirto bello,
Esmaltan su cabello;
Y en placer inocente,
Y en cantar apacible, no estudiado,
Al campo dan y al viento sus amores.
Tal vez la ovosa frente
Levanta el sacro río embebecido,
Y escucha el canto y el tañer suave,
Y otra ventura descansar no sabe.
Mas Febo esclarecido,
Que á Hispalis alma destinado habia
De cuantas vegas con su lumbre dora (1)
En el vandallio suelo,
Do su divino plectro sonoro
Y celeste armonía
Al Ibero mostrase venturoso,
Desde el sereno cielo
Á Bétis mira, y muy más alta gloria
En los futuros siglos le predice.
«Será un tiempo, decía,
Será un tiempo felice,
En que con alto vuelo tu memoria
Eterna pasará de gente en gente;
Y en el opuesto polo
Tu nombre, del olvido victorioso,
Suará, y tu ribera floreciente
Envidiará el Eridano y Pactolo.
Sí, ya los héroes veo
Que dentro largos años por la suerte (2)
Destinados te son: cual de *Eliodora* (3)
En tus amenos prados
El dulce nombre suena, en la canora
Cítara repetido
Del que su ardor á Pindaro, atrevido
Ha de robar, y al soberano asiento
Del claro Olimpo el verso numeroso
Levantará esforzado; y á su acento
Ana Jove, el almo Jove, estará atento.
¡Oh! salve veces mil, salve, glorioso
Vate inmortal! Por tí el sagrado coro (4),
Por tí el licor sabroso
Que el alto Helicon riega, ya olvidado,
Renovaré, del Bétis en la márgen,
Del Permeso la gloria (5).
»Tras él *Aminia* viene, el tierno *Aminia*,
Y en mirto coronado
El gracioso zagal, en tu llanura
Sobre la verde hierba no pisada,
A los pastores cuenta reclinado
Su trabajo amor y su ventura:
Y como dejó el Adda, enajenado

(1) Este verso es de Lista.

(2) Por la suerte: corrección de Lista. REINOSO había escrito por los hados, buscando sin duda consonante á prados. (Nota del lector.)

(3) *Eliodora*: nombre poético que da Herrera en sus cantos á la Condesa de Gelves. Herrera, inimitable en sus defectos y en sus perfecciones, era el principal modelo de la escena sevillana del siglo XVIII. El afán estéril de asemejarse á Herrera es visible en Reinoso. Por eso es tan palabarrera é imitadora toda la poesía de la primera época de este escritor esclarecido. (Id.)

(4) El sagrado coro: corrección de Lista. REINOSO había escrito el coro sagrado. Aquí, en nuestro sentir, no anduvo Lista acertado. Por una parte suprimió el consonante de sagrado con olvidado, y no advirtió, por otra, que colocando la palabra coro al fin del verso, lo hacía asonante del que le precede y del que le sigue, lo cual produce perverso efecto. (Id.)

(5) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito:

En la márgen del Bétis abundoso
Tendrá estable morada. (Id.)

Al eco dulce del marfil sonoro,
Que enfrenará tu curso cristalino :
Al acento divino,
Por quien del gran Lucano
La trompa suena en idioma hispano.
» ¡ Oh ! ¡ cuántos genios, cuántos
Excelsos genios, de mi ardor movidos,
La lira pulsarán suavemente
En deliciosos cantos !
De tu mansa corriente
Las Náyadas saliendo, los subidos
Sones repetirán, y en troncos duros
Entallarán los versos aprendidos;
Y de laurel y rosas
Guirnalda componiendo (1), por su mano
Les ceñirán las sienes venturosas.

» Mas no con tono errante
El plectro sonará en capricho vano :
Un varon sobrehumano
Aquí será, que acuerde los sonidos,
Y leyes dé al que cante :
Que cual el docto Lacio,
Habrá también la Bética un Horacio.

» Y á los que enardecidos
La cítara sonante
Mover emprendan, al afán glorioso
Alentará un espíritu generoso (2).
El de la patria en el augusto templo,
De la justicia santa
Oráculo será, y á los mortales
Con su canto inflamando, claro ejemplo
A la lira dará y eterno nombre,
Y con osada planta
Por la escabrosa vía
Los llevará, por do á la cumbre alzada
Treparon ya los héroes celestiales.
Así el alto renombre,
A él concedido sólo,
Gozará, de llamarse nuevo Apolo.

» Mas ¡ oh ! levanta, Bétis, ¡ oh ! levanta
La esclarecida frente,
Y mira ya conmigo la ventura
Que gozarás feliz. Hispalis alma,
Oye, entiende tu gloria permanente :
¡ Ah ! la gloria inmortal que te asegura
El pecho estremecido (3)
En un nuevo furor y prodigioso,
Cual jamás ha sentido.

Oid, lejana gente,
Mi sacra voz y espíritu adivino,
Y de Hispalis el nombre glorioso
Escuchad en silencio reverente;
El nombre oíd del suelo venturoso
Do la escena elocuente
La Hesperia ve nacer. Con larga mano
Su encanto delicioso

Aquí las Gracias vierten, y al humano
Inflaman en aliento soberano.
¡ Cuál en festivo zueco el genio ibero
Al alzado teatro sube ufano
Y el vicio y necesidad alegre mofa ! (4).
¡ Cuál, oh, con faz risueña
En ingenuo solaz al hombre enseña,
Y en risas mil suaviza placentero
Su vivir lastimero !

Esfuerza ¡ oh sacra Fama !
De tu trompa el aliento sonoro (5),
Y del ínclito *Rueda* el nombre ilustre
Al mundo anuncia en vuelo presuroso :

Y cuanto espacio de mi pura llama
Recibe claro lustre,
Del sabio ingenio adore la memoria,
Y de Bétis admire la alta gloria. »
Habló Febo, y con rayo luminoso
El ancho templo esclareció, do el hado
Cubre en oscuro velo
El lauro y sacro asiento destinado
A los héroes que el cielo rutilante
Produce en tardo vuelo.
En duro hierro atado,
Con el rostro anhelante,
Allí el tiempo fugaz extiende en vano
La planta destructora,
Y el ala bate con afán insano,
Por entrar al recinto soberano,
Que de muerte y olvido exento brilla,
Y con vuelo inhumano
No logra arrebatarse el sacro nombre (6),
Que á los siglos llevado, el orbe honora
Y en ara permanente invoca el nombre.

Los ojos alza á la region dichosa
El claro Bétis, y su honor futuro
Contempla arrebatado.
Allí en bronce luciente,
Que la inmortalidad ha consagrado,
Y que embota los filos de la Parca (7),
Grabados ve los nombres vencedores
Del ilustre *Rioja*, de *Cetina*,
Del *Marcial Andabuz*, del elocuente
Pacheco y otros mil. El alto asiento
Advierte que en celestes esplendores
Almo Febo destina,
Cual genios superiores
Del ibero Parnaso, al sacro *Herrera*
Y al que de dos pastores
El áspero lamento
Cantó, dorado Tajo, en tu ribera (8).

Viólo Bétis gozoso,
El cristalino vaso suspendido,
Que vierte la onda pura :
Y el campo florecido
Y sacro muro de Hispalis glorioso
Baña en curso espumoso,
De perlas mil y rosas revestido :
Y las sonoras aguas apresura,
Porque á Neptuno digan su ventura.

II.

A Elisa, protectora de los expósitos.

Nace en el valle la temprana rosa,
Y tímida descoge el puro seno
Por beber á la aurora el primer rayo.
Mas ¡ ay ! que ya envidiosa
Se lo esconde la nube, y rauda trueno
Y densa lluvia á la infelice envía.
Ya la hiere el granizo,
Ya la sacude el ábrego rugiente;
Ni seto la defiende al rudo embate,
Ni la cubre clemente
Mano alguna prendada de su hechizo,
Ó de su frágil sér compadecida.
En tan duro combate
Débil y sola, la marchita frente

(6) Este verso y los dos anteriores son de Lista. REINOSO los había escrito así :

De la muerte triunfante
No el velar inhumano
Arrebata tras sí el augusto nombre. (II.)

(7) Verso de Lista. REINOSO había escrito :

Exento al filo de la Parca duro. (II.)

(8) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito :

En dolorido acento
El lamentar cantó en otra ribera.

Lista puso á estos versos la siguiente nota marginal :
« ¿ Es Garcilaso ? No debe entrar en esta composición, ó no entrar solo. (Id.) »

(1) *Componiendo*: corrección de Lista. Decía *adornando*. (Nota del Colector.)

(2) Alude á don Juan de Argüjio, elegantísimo poeta y protector generoso de las letras. (Id.)

(3) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO :

El sacro pecho hirviente :
El pecho la asegura estremecido. (Id.)

(4) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO :

¡ Y alegre burla del error insano
El imperio altanero ! (Id.)

(5) Este verso es de Lista. REINOSO había escrito :

El aliento hazafioso. (Id.)

Sobre el delgado vástago ya inclina,
Y el agua destilando en tierno lloro,
Sola y débil lamenta su ruína.

Mas la nube pasó: con brillo nuevo
Difunde por la esfera su tesoro,
De luz y vida coronado Febo;
Y á la flor aterida
Dulce calor y aliento restituye.
Ella al benigno rayo
Tornando del desmayo,
La yerta faz levanta agradecida;
Y en más suave olor, carmin más bello,
Al sol paga el benéfico destello,
El brillo ostenta de la nueva vida.

No es sin fin el dolor: el Nümen santo
Que hizo brotar la luz del caos oscuro,
Sacó del mal el bien. De la desgracia
Nació la compasion: del llanto acerbo
El delicioso llanto,
Que da consuelos y placer recibe.
Tal vez el hado sus furores sacia
En victima inocente,
Que nace al infortunio, al dolor vive.
En el primer sollozo abandonada,
Las manecitas tiende y busca en vano
El blando arrimo, el maternal fomento:
Llora y nadie la escucha.... ¡ Desolada
Percecerá en su albor? ¡ Y el crudo viento
Disipará insensible su gemido?
¡ Más valiera no ser! No; que ya enmienda
El rigor de la suerte
Piedad compadecida,
Y una madre le da que la defienda.
No quien en presa la dejó á la muerte,
No: sólo es madre quien salvó su vida.

Tú, Elisa virtuosa,
Tú su madre serás.... Ya en tu regazo,
Apagando el quejido, se reposa:
Despierta, y desu Elisa
No alcanzando á ceñir el albo cuello
En cariñoso lazo,
Paga el amor con su primer sonrisa.
Del tronco así cortada,
Y expuesta á perecer, la rama tierna,
Si ya en árbol más bello
Por industriosa mano trasplantada,
Halló el apoyo y adopción materna,
Con nueva pompa crece,
Y de flores y pomas le guarnece.

ELEGÍA (1).

Á ALBINO (2).

En la muerte del señor don Juan Pablo Forner.

¡A qué precio, mi Albino, el alto cielo
A la pérdida luz vuelve piadoso
El sabio arrebatado en presto vuelo?
¡Oh! si el llanto, si el ruego fervoroso
Devolviera á la sombra inanimada
El celestial espíritu glorioso!
Mas ¡ay! ¡quién de la Parca despiadada
Calmó el rigor, ni del fatal acero
Logró la vida redimir cortada?
¡Triste y misera vida! El hado fiero
Trueca improviso la mayor ventura
En llanto eternamente duradero.
Llora, mi Albino; que á la tumba oscura
A Norferio ha llevado; al gran Norferio:
No es la suerte del genio más segura.
Mas ¿por qué el detestado ministerio
No ejerce igual, ni igual, si bien impio,
Sojuzga los vivientes á su imperio?

¡Maron arrebatado al reino umbrío
Será en temprana edad, mientras un Babio
No teme al hado, en su favor tardío?

¡Ah! crece el duro acanto sin agravio
Del Noto adverso, que la flor hermosa
Marchita á su nacer, tal muere el sabio.
Tal es del bien la condicion forzosa
En un mundo de males; brilla y muere
Cual en la noche exhalacion lumbrosa.
Sutil destello que al mortal confiere
El ciclo de su luz, cuanto más puro,
Más veloz á su esfera se transfiere.

Así pasó Norferio: al suelo oscuro
En su rápido tránsito luciendo,
Voló triunfante al inmortal seguro.
El misterio del hombre, el caos horrendo
De errores que abortó saber insano,
Esclareció, de nuestra vista huyendo.
En su giro ilustró del sér humano,
Que autómató fingiera el desvarío,
La condicion y objeto soberano.

Del órden racional mostró al impío
Ser Dios el centro, como el sol fulgente
De los astros que corren el vacío.
Los altos dogmas declaró elocuente
De Témis; celador de su balanza,
El rigor vano combatió ferviente.

El de los siglos que á contar alcanza,
Sólo en hechos solícita, la historia,
Revelar quiso al mundo la enseñanza.
El de su patria restauró la gloria,
Por extranjera emulacion manchada,
Y vengó de sus sabios la memoria.
¡Y lauros tantos abismó en la nada,
¡Oh Norferio! y robó nuestra ventura
Para daño comun la Parca airada!

No: jamas del saber la lumbre pura
Nublará, ni tu fama el golpe fiero;
España en su dolor te lo asegura.
Del Calpe infausto al valladar postrero,
En sôn lúgubre el aire estremecido,
Tu nombre lleva por el suelo ibero.

Y más que todos Bétis condolido,
Que oyó tu canto y el laud sonoro,
Al mar lanza de Atlante su gemido.

En derredor vagando el triste coro,
El coro de zagales ¡ay! tu amado,
Muda su alegre voz en tierno lloro,
Y ¡quién ¡miserol! clama desolado,
Quién será ya en contiendas pastorales
Por juez del cantar dulce señalado? (3).
Las diosas del saber en funerales
Lamentos cercan la funesta losa,
Traspassados sus rostros celestiales.

Cuál de lauro inmortal y fresca rosa,
Con el vertido llanto salpicada,
Ciñe la tumba y de azucena hermosa.

Cuál, del dolor agudo desmayada,
Al brazo apoya el pálido semblante,
Junto al caro sepulcro derribada.
Cuál, turbada, con mano vacilante
Las flores ya deslaza que tejía
En orla de colores rozagante.

En coronas espléndidas que un día
Su sien de nuevo ornáran, y ya en vano
Otro sabio á esperar se atrevería.

Cuál el ara levanta, do en lejano
Siglo será invocado del viviente
Norferio á par de Apolo soberano.
En tanto le consagra en sôn doliente
Su canto celestial, que ignora el hombre,
Ceñido Febo de cipres la frente.

Y aunque mi flaca voz del alto nombre
De Norferio es indigna, que de olvido
Triunfó inmortal con célebre renombre,
En desusada llama el pecho ardido,
Me inspira un númen, que al hispano suelo
Proclame yo su nombre esclarecido.

(1) Fué leída en la *Academia de Letras Humanas* de Sevilla, el 23 de Abril de 1797.

(2) Don José María Blanco.

(3) Forner habia sido juez de los premios de la *Academia de Letras Humanas*. A esta circunstancia alude REINOSO en estos versos.
(Nota del Colector.)

Glorioso vate, que el excelso cielo
 Habitas ya, do entre celajes de oro,
 Rasgado ante tu vista el sacro velo,
 Al Hacedor del orbe en más sonoro
 Y eterno canto alabas prosternado,
 Tu voz uniendo á las del almo coro;
 No temas que mi acento desmayado
 Deslustre tu virtud; no en la alta esfera,
 Cual en el mundo, el genio es manciado.
 Allí absorbe tu sér la gloria entera
 De la deidad que de esplendor te inviste,
 Y á su adalid los triunfos remunera (1).
 Gózala, sí : mientras en canto triste
 Repitiendo las Musas tus loores,
 Lloroso el pueblo á tu sepulcro asiste.
 ¡Ay! (clama desparciendo blandas flores
 Y siempre-viva por el mustio prado,
 Perfumando la tumba sus olores).
 ¡Ay! No ya otro Norferio del sagrado
 Helicon vengará, ni de su fuente,
 El honor tantas veces ultrajado.
 ¡Y trepará de hoy más la insana gente,
 Que en vil tropa turbó con ronco alulido
 Los acentos que Febo oye presente?
 ¡Cuál un tiempo se vió, desfavorido
 A la voz de Norferio el torpe bando,
 Despeñarse con hórrido alarido!
 Y la trompa sublime resonando,
 El lauro desceñirse el sacro Apolo,
 La frente al caro vate coronando!
 Mas ¡ay! su trompa triste, ruina solo,
 Rota yace : la que en vigor y alteza
 No halló igual de Calixto al otro polo.
 Rota su lira ya, sin gentileza
 Roto el zueco, envidiosa se adelanta
 La Parca á destrozarnos con fieraza.
 Y ya de Pimpla la caverna santa
 Solo en ayes resuena. ¡Se debía
 Al desgraciado coro pena tanta?
 En un tiempo que agravios mil sufria,
 ¡Infeliz! ¡le asestaba el golpe airado,
 Avara de su bien, la muerte impía? (2).
 Querido Albino, ¡y cuando así angustiado
 El Pindo llora en dolorido acento,
 Tornar podremos al cantar usado?
 ¡Oh! vuela á las moradas del contento
 A sonar, ¡oh mi lira! que sumido
 Tu dueño yace en inmortal lamento;
 No da más voz mi plectro que el gemido.

HIMNOS EN LOOR DE SAN ISIDORO.

I.

Isidoro ilustra la Religión.

Ante la hueste arriana
 Fuerte adalid se presenta
 Leandro ; ni le amedrenta
 Del vulgo la furia insana,
 Del tirano la crueldad.
 Triunfa, las sienes vendada,
 La fe en el antiguo asiento,
 Do ya con más puro aliento

(1) REINOSO, al corregir severamente esta elegía, suprimió aquí los siguientes tercetos :

Cuando turbado el ateista inmundo,
 No osando alzar la voz en tu presencia,
 Huyó temblando á tu saber profundo.
 Tú los delirios de la humana ciencia
 Declaraste al mortal : los sacrosantos
 Designios de la eterna providencia.
 Tu inmortal sér, ya libre de quebrantos,
 El sér, por quien al impio guerra diste,
 Goza anegado entre placeres santos.

(Nota del Colector.)

(2) Aquí suprimí el autor otros dos tercetos, y esta vez con sobrada razón. (Id).

Su voz oirá inmaculada
 La líbera posteridad.

Llevado al celeste coro
 El pastor que á la fiel grey
 Redujo al pueblo y al rey,
 Mas luz da á la fe Isidoro,
 Da á la Iglesia más honor.
 Así la aurora naciente
 Rasga al orbe el negro velo ;
 Mas luégo, señor del cielo,
 Subiendo el sol por Oriente,
 Le inunda en su resplandor.

De su voz el trueno fuerte
 Huye pálido el impio,
 Y este noble poderío
 Deja despues de su muerte
 A su silla en heredad.
 Su sólio domina alzado
 Entre el tumulto agareno,
 Cual sobre nubes sereno
 A su pié el Ande nevado
 Ve rugir la tempestad.

El amoroso
 Da á su rebaño
 Pasto sabroso,
 Y al lobo extraño,
 Que le amedrenta,
 Terrible ahuyenta
 De su redil ;
 Cual oficiosa
 Labra la abeja
 Miel olorosa,
 Y al fiero aleja
 Que le arrebatara
 Su labor grata
 Con mano hostil.
 Ya enjambre sabio
 Lo mostró un día,
 Cuando en su labio
 De la ambrosía
 Fabricó el nido
 Como en florido
 Dulce pensil.

II.

Antes de morir anuncia la pérdida de España.

Á la tumba cercano Isidoro,
 De Rodrigo predice el desdoro,
 De la misera patria el dolor.
 « ¡ Ay ! exclama, tus culpas, oh España,
 Del Potente encendieron la saña,
 Que ya el rayo vibró en su furor.

» Sobre el godo la muerte revuela
 Y su trono y sus huestes asuela,
 Cual las mieses furiosos huracan.
 » ¡ Ay ! tus ondas orladas de espigas,
 ¡ Cuántos yelmos, oh Lete, y lorigas,
 Cuántos cuerpos al mar volcarán !

» Ya, ya surgen del afro las popas,
 Ya descenden las bárbaras tropas,
 Ya las miro los campos correr.

» Tal se vió de Coré en el estrago
 Entre llamas ignífero lago,
 de Jacob la progenie envolver.

» Mas célica alegría,
 Depuesto ya el encono,
 Baja del almo trono :
 Hispanos, confiad.

» Feliz nacerá un día
 En que benigno el cielo,
 Sobre el amado suelo
 Derrame su piedad.

» Las cruzadas entenas
 De la española gente,
 Domando tu corriente
 Verá la turba infiel ;

» Y rotas las cadenas,
Bétis, del cuello laso,
Darás abierto paso
Al cautivo Israel.

» Que ya Jehová guerrero,
Al soplo de su enojo,
Hundiendo en el Mar-rojo
La pérfida legion,
» Por sólido sendero
El golfo dividido,
Salvó al pueblo escogido
Del duro Faraon.»

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

El pastor soldado.

La obscura vida del campo
Á Dorilo desagrada,
Y por fatigas más nobles
Quiere trocar su cabaña.

El nombre vano de gloria
Con grata ilusion le encanta,
Ni juzga felices horas
Las que no aplandidas pasan.

« Sufre nieves el soldado
Cuando por los Alpes marcha,
Ó ya en la areno-a Libia
De sudor la tierra baña.

» Tal vez despierta asustado
Al ronco són de las cajas,
Tal en vez de dulce sueño
Le cubre la dura escarcha.

» Mas sus afanes consuela
La lisonjera esperanza
De que ellos entre los hombres
Memoria eterna le alcanzan.

» Vierta en buen hora su sangre,
¿ Y qué! si con ella graba,
Libre de olvido, su nombre
En el templo de la Fama? »

Así diciendo Dorilo,

Su quieto hogar desampara,
Deja el pacífico arado,
Y empuña alegre la espada.

Mas ¡ay triste! que aun no ha visto
Roja en sangre la campaña,
Marchar descubierto el pecho
Por entre enemigas lanzas.

Inocente zagalejo,
Vuelve, vuelve á la majada,
Donde ceñida de rosas
Tu bella Filis te aguarda.

Vuélvete á gozar del prado,
En que, al despuntar el alba,
Cortabas las tiernas flores,
De puro aljófár bañadas.

¡Ay! ¿ Piensas tú que es lo mismo
Troncar la delgada vara
Al clavel ó á la azucena,
Que al contrario la garganta?

Vuelve ¡ay! vuelve, simplecillo,
Que la mano acostumbrada
A manejar el cayado,
Mal sabe regir la lanza.

II.

En el álbum de la señora doña María de los Dolores Puche
de Leon-Bendicho.

¿Cuál perfeccion, qué dote peregrina
De cuantas rica Dóris atesora,
Ensalzará la página primera
Que á sus recuerdos la amistad destina?

¿Será el semblante bello,
Ó la vaga luciente cabellera,
Ó aquel lustre de aurora
Que al gentil aire, al torneado cuello,
Al mirar dulce, al conversar suave,
Da el frescor juvenil?..... Luégo se alabe
La faz linda, el donaire y el talento,
Sublime dón que á los demas decora;
Primero la virtud.—Cual sus colores
En breve y puro aliento
Alcanzan de la luz las tiernas flores,
De ella su precio la beldad recibe;
Ella al tiempo y las gracias sobrevive.

DON DIONISIO SOLÍS⁽¹⁾.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Por sí mismo y como á escondidas, dice don Manuel José Quintana, hablando de Moratin, que se formó aquel insigne cómico español en el gusto de la poesía; sabemos, empero, que el célebre Inarco tuvo por padre á un poeta eminente, de quien difícil es creer que no inspirase á su hijo alguna afición á un arte que tan felizmente habia él cultivado. Contemporáneo fué y amigo de Moratin otro hombre, otro escritor dramático distinguido, que á solas, en la oscuridad y batallando siempre con obstáculos casi invencibles, dedicó toda su vida al culto de las Musas; les debió favorables inspiraciones; enriqueció con muchas obras nuestra escena, y por una calamidad incomprensible, ó como si le hubiese destinado la Providencia á vivir y morir oscuro, jamas debió una señal de aprecio á su país, ni una voz de aplauso á la fama.

DON DIONISIO VILLANUEVA Y OCHOA, conocido con el sobrenombre de Solís, nació en Córdoba el año de 1774. Fueron sus padres don Juan de Villanueva y doña Antonia de Rueda, que le destinaron á la música, después que hubo estudiado en Sevilla latinidad, retórica y poética, bajo la direccion de don Justino Matute y Gaviria, literato amigo de don Juan Pablo Forner. Estos fueron los únicos estudios que al jóven Dionisio le costearon sus padres; pero se aventajó en ellos de tal suerte, que ántes de los quince años de edad habia ya traducido en metro castellano varias odas de Horacio, y escrito otras composiciones líricas originales con dición tan correcta y robusta, que admirado Forner al mostrárselas el catedrático Gaviria, las igualaba con las de fray Luis de Leon, y honró á Solís repetidas veces con el nombre de *Leon moderno*. Sólo un año tomó en Sevilla lecciones de música y composicion del maestro Ripa, que lo era de capilla á la sazón en aquella catedral; y no más que con estos conocimientos, con la destreza que habia adquirido en el violin, y la confianza en sus naturales disposiciones, se acomodó, para no ser gravoso á sus padres, con una compañía de cómicos, y compuso la letra y la música de una tonadilla que se ejecutó con aplauso en Valencia.

Hasta aquí nada ofrece la vida de Solís que pueda admirarnos mucho; los talentos precoces en ningún país abundan como en España, aunque en ninguna parte se aprovechan ménos; lo realmente maravilloso es, que un jóven que habia abrazado la vida del teatro, que se veía rodeado de hombres, los cuales ni leían, ni estudiaban, ni sabian leer tal vez otra cosa que los papeles de su repertorio, hiciese, á fuerza de constancia y afán, en medio de mil privaciones, los estudios que son absolutamente necesarios á un poeta, si no quiere escribir desatinos. El frances, el italiano, el inglés, el griego, lógica, metafísica, ética, geografía, historia, legislación y economía política, todo lo estudió por sí solo, y todo lo aprendió bien, principalmente las lenguas y la historia nacional. A los cuarenta y siete dias de haber empezado á estudiar el idioma de Homero, se halló capaz de traducir en verso la *Batracomiomaquia*.

Por el año de 1899, Solís, que habia abandonado la profesion de músico, vino á Madrid como primer apuntador del teatro de la Cruz. Esta fué la profesion de un hombre á quien su ingenio lla-

(1) El manuscrito de estas poesías inéditas nos ha sido franqueado con bondad suma por la señora doña Ramona Idígoras de Solís, viuda de uno de los hijos del modesto cuanto esclarecido escritor. No pudiendo incluírlas todas por falta de espacio, he-

mos suprimido varias traducciones de Horacio y algunas composiciones, de carácter imitativo, escritas cuando el autor no habia salido de la adolescencia. (*Nota del Colector.*)

maba á figurar en el mundo literario de un modo brillante; sabido es que en España la literatura á nadie da de comer por sí sola. Dióse á conocer como escritor dramático, ó como aficionado á lo ménos á este género, con la traduccion del célebre drama titulado *Misanropía y arrepentimiento*, que se estrenó en el coliseo de la Cruz á 30 de Enero de 1800, y tuvo 18 representaciones.

La version de Solís está hecha, como todos saben, en verso, no del original alemán, sino de la refundicion que puso en escena en París la famosa actriz madama Molé. En el mismo año de 1800 un D. A. G. A., que no sabemos si fué don Agustín García Arrieta, dió á luz una nueva traduccion del mismo drama, hecha en prosa, á la cual puso por encabezamiento un prólogo, donde decia que la traduccion de Solís era defectuosísima por estar en verso, por haber puesto en tres actos una composicion cuya estructura exigia la division en cinco del original, y sobre todo, por no haber seguido á aquél con la fidelidad debida. El buen señor de las iniciales, para enseñar á Solís cómo debian trasladarse al castellano las obras dramáticas extranjeras, copia el diálogo frances sin soltura, sin gracia, sin comprenderlo á veces, ó sin acertar á expresarlo dramáticamente; siendo lo más singular que, escribiendo en prosa, se quede en ciertos pasajes inferior en sencillez, naturalidad, concision y vehemencia al que escribia con el estorbo de la versificacion. Para traducir un drama es necesario ser poeta; y aunque la version de Solís adolezca de algun defectillo de aquellos que no puede evitar una mano aún poco ejercitada, se ve allí un gran conocimiento del teatro, y tanto en la lectura como en la representacion aventaja infinito á la que hizo un hombre que parece ignoraba que una obra destinada á la escena no puede ser rigurosamente traducida. Don Dionisio Solís, que dividió su traduccion en tres actos, ya por complacer al actor Antonio Pinto, ya por no desagradar á un público acostumbrado á espectáculos en tres jornadas, aconsejó despues que se representase la *Misanropía* en cinco, y así la hemos visto hacer hasta estos últimos años.

El año 1807 dió al teatro la traduccion del *Oréstes* de Alfieri, que se ejecutó por la compañía del Príncipe á 30 de Enero. Esta obra puede señalarse como dechado de traduccion en el género á que pertenece. *Habent sua fata libelli*. La version que Jáuregui hizo del *Aminta* le ha granjeado una fama inmortal: la traduccion de la obra maestra del *Sófocles* italiano, traduccion incomparablemente más difícil, y desempeñada por lo ménos con igual acierto, no ha dado á Solís gloria ninguna. Entre los jóvenes que hoy se dedican á las bellas letras hay muchos que no la han leído, y otros que no saben de quién es; no recuerdo que ningun literato de la época pasada escribiese una línea en elogio del *Oréstes* traducido. Este olvido, esta indiferencia, cuando apenas se veia una traduccion regular en los teatros de Madrid, son muy extraños. ¿Consistiria acaso en que creyesen los que conocian al traductor que era imposible ser apunte del teatro y poeta de mérito? Dios lo sabe.

No es mi ánimo hacer un exámen de la traduccion del *Oréstes*. En mi concepto Solís bebió al autor original su espíritu de tal manera, que si Alfieri hubiese escrito en lenguaje español, hubiera expresado sus pensamientos como Solís, ó no se hubiera podido leer ni representar su tragedia. El público que habia escuchado los fáciles y sonoros versos de la *Hormesinda*, de la *Raquel*, de *Numancia*, y dos años ántes los eminentemente trágicos del *Pelayo*, mal hubiera podido soportar una diccion como la de Alfieri, robusta y enérgica sí, pero cortada por lo comun, áspera á veces, y destituida siempre del halago que prestan al metro la rima ó el asonante. Cótéjense el original y la traduccion del siguiente monólogo con que da principio la tragedia, y véase si está conservado el brío del texto italiano, y si ha ganado poco en armonía y soltura, á pesar de la traba que el traductor se impuso, adoptando para su version nuestro romance endecasilabo.

Escribe Alfieri :

ELETTRA.

*Noite ! funesta, atroce, orribil notte,
Presente ognora al mio pensiero ! ogni anno,
Oggi ha due lustri, ritornar ti veggio
Vestita d'atre tenebre di sangue;
Eppùr quel sangue, ch'espiarti debbe,
Finor non scorre.— Oh rimembranza ! oh vista !
Agamemnon, misero padre ! in queste
Soglie svenato io ti vèdea, svenato ;*

*E per qual mano ! — O notte, almen mi scorgi,
Non vista, al sacro avello. Ah ! pur ch'Egisto,
Pria che raggiorni, à disturbar non venga
Il mio pianto, che al cenere paterno
Misera reco in annüal tributo !
Tributo, il sol, ch'io dar per or ti possa,
Di pianto, o padre, e di non morta speme
Di possibil vendetta. Ah ! sì, tel giuro :
Se in Argo io vivo, entro tua reggia, al fianco
D'iniqua madre, e d'un Egisto io schiava,*

*Null'altro fammi ancor soffrir tal vita,
Che la speranza di vendetta. E lungi,
Ma vivo, Oreste. Io ti salvai, fratello;*

*A te mi serbo; infin che sorga il giorno,
Che tu, non pianto, ma sangue nemico
Scorrer farai sulla paterna tomba,*

Traduce Solís:

ELECTRA.

¡Oh noche! ¡horrenda, pavorosa noche,
Eterna en mi memoria! Cada un año,
Dos lustros son, te muestras á mis ojos
Manchado en sangre el tenebroso manto;
Y aún vive, aún vive el que morir debiera
Para expiar tu horror. ¡Recuerdo amargo!
¡Dolorosa memoria! ¡Inclito padre,
Debelador del Asia! ¡En tu palacio,
De tus aras domésticas á sombra,
Muerto con impiedad!..... ¡Y por qué mano!
Deja que en el silencio de la noche
Me acerque á tu sepulcro solitario,
Antes que venga, al despuntar el día,

A interrumpir tu matador mi llanto;
Llanto filial, que en anual tributo
A tu memoria paternal consagro.
Lágrimas y dolor quiero á tus manes
No satisfechos ofrecer, en tanto
Que sacia mi rencor tu sed de sangre;
Que si aún aliento ¡oh padre mio! al lado
De mi traidora madre y bajo el cetro
De su adúltero infame, es esperando
El día afortunado en que á mi saña
El cielo le abandone. Está lejano,
Lejano sí, pero aún existe Oréstes,
A quien mi amor del pérfido librando,
Guarda para ofrecerte en sacrificio
Su impura sangre en tu funesto mármol.

Con igual acierto trasladó el año de 1815 á nuestro idioma la *Virginia* del mismo autor, y en el de 1822 el drama de Chénier titulado *Juan de Calás*. Estas obras y la *Camila*, representada el año de 1828, fueron las únicas (1) de Solís que vieron la luz pública, poniendo sólo su nombre en las últimas y en la *Misantropía*; en la *Virginia* colocó sus iniciales no más, en *Oréstes* nada. *Camila* es una traduccion, ó por mejor decir, es una imitacion, no del *Horacio* de Corneille, tragedia de igual argumento, sino de otra que escribió en idioma italiano un poeta jóven, cuyo nombre no hemos podido adivinar por sus iniciales A. L. U. La edicion que de esta *Camila* hemos visto es de Venecia, año de 1799, y corresponde á la conocida coleccion titulada *Il Teatro moderno aplaudito*.

Obra de este mismo género fué tambien la tragedia titulada *Polimenes, ó los Misterios de Eléusis*, representada el año de 1826. Antes que ella habia dado el mismo año á las tablas la de *Zeidar, ó la familia árabe*, traduccion de la que escribió en frances monsieur Ducis con el título de *Abusfar*. En ambas, pero especialmente en la segunda, son admirables la versificacion y el lenguaje.

A este tiempo ya, y en diferentes épocas, habia refundido Solís un gran número de comedias antiguas; trabajo difícil, aunque de ningun lucimiento, para el cual tenia una habilidad en la que nadie le ha excedido. *La Villana de Vallecás*; *Cuántas veo tantas quiero*; *Quien ama no haga fieros*; *La Celosa de sí misma*; *Por el sótano y el torno*; *El mejor Alcalde el Rey*; *El Pastelero de Madrigal*; *El Alcalde de Zalamea*; *La dama duende*; *La segunda Celestina*; *La dama boba*; *Marta la piadosa*, *El escondido y la tapada*; *Todo es fortuna*; *El Rico hombre de Alcalá*; *García del Castañar*, y otras muchas piezas de nuestro antiguo teatro le debieron el revivir en la escena, de donde estaban mucho tiempo habia desterradas (2). El tino con que imitaba Solís el estilo del autor cuya obra restauraba era tal, que un célebre humanista y poeta de nuestros días, habiendo asistido á la representacion de una de estas comedias, y escrito despues un análisis de ella, fué á alabar precisamente como lo mejor de la pieza un trozo de versificacion que era todo de Solís; tan felizmente habia sabido darle el colorido dominante en el cuadro. Refundicion hubo en que ingirió Solís más de mil versos, no dejando casi de la obra original sino el título y alguna escena.

Las producciones más importantes de su pluma han quedado inéditas con sentimiento de los pocos que las han leído. A la época en que se quejaba Moratin de que se imprimiese todo, suce-

(1) No precisamente las únicas. En el citado año 1828 imprimió tambien una piececita en un acto, titulada *La comparsa de repente*, que formó parte de la funcion dispuesta por el Ayuntamiento de Madrid para felicitar á Fernando VII á su regreso de Cataluña.

Se halla impresa la comedia de Tirso, titulada

La Villana de Vallecás, refundida por DON DIONISIO Solís; pero la edicion se hizo, ó sin anuencia del refundidor, ó despues de su muerte y sin contar con sus herederos.

(2) Tambien tradujo varias óperas, como *El Delirio*, *La Griselda*, *Horacios* y *Curacios*, etc.

dió otra en que por maravilla se daba á la prensa una obra del género escénico; la cavilosidad y la barbarie de la censura, y la indiferencia con que Solís miraba sus escritos, fueron causas más que suficientes para que no viesen la luz pública sino los que hemos indicado. Había traducido además *El Maligno*, de Gresset, con el título de *El Enredador*; *La Gazmoña (La Prude)*, de Voltaire, con el de *La Sevillana*; y *El Mahoma*, del mismo autor; y había hecho una excelente imitación de *La Fédima* del Conde Tana. Una controversia literaria que tuvo Solís con Moratin le indujo á escribir una tragedia original, que tituló *Tello de Neira*; muchos años despues compuso otra, tomando por protagonista á la desventurada reina doña Blanca de Borbon, y finalmente dos comedias: *La Pupila* y *Las Literatas*. Inútil es hablar del mérito de unas composiciones que el público no puede juzgar. Las cuatro piezas mencionadas están sujetas á todo el rigor clásico; la comedia de *Las Literatas* tiene un pensamiento muy moral, interes, movimiento, chiste; y si se hubiera representado en el tiempo á cuyas circunstancias alude, hubiera agradado mucho; pero las dos tragedias le son muy superiores; en la de *Tello* me parece que hay más correccion, en la de *Blanca* más interes, dignidad y grandeza. A la época en que ambas hubieran podido aparecer en los teatros, ya no se querian tragedias. Conviene decir aquí, en elogio de la imparcialidad de Solís, que habiéndole leído don Antonio Gil y Zárate su *Blanca de Borbon*, escrita sin tener noticia de la de nuestro autor, éste juzgó que la de Gil era preferible para la escena, y le animó á que la hiciese representar. Por otro lado recordamos haber oído al mismo don Antonio Gil que la *Blanca* de Solís era acaso la tragedia española mejor versificada. ¿Por qué este modo de hacerse justicia recíprocamente, no ha de ser general entre las personas de talento?

Hablando del autor, nos hemos olvidado del hombre, que si valia mucho en el Parnaso, valia más aún en la sociedad. Modesto, juicioso, observador, callado, fiel amigo, excelente esposo, excelente padre, si no era estimado de todos, era porque solamente algunos le conocian. La única persona de quien recibia consejos Máiquez en lo perteneciente á su arte, era el apuntador Solís. Ensayaba Isidoro un día el papel de García del Castañar, y llegando al conocido verso:

Yo sé la mujer que tengo,

aquel gran actor dió á la frase una expresion fuerte de resentimiento, de enojo. Solís le interrumpió para decirle que García, hallándose tan seguro de la virtud de su esposa, debía pintar esta seguridad, esta tranquilidad, en aquellas palabras. Máiquez se rindió al punto á una observacion tan justa. En la tragedia de *Numancia* acostumbraba Máiquez tambien pronunciar con grande energia aquellos dos versos de Megara:

Escipion, carne humana nos mantiene,
La sangre de los cuerpos beberémos.

Solís le replicó: «Si ve Escipion que le dan á gritos esa respuesta, le parecerá una fanfarronada, se reirá de ella, y creerá que el general numantino en nada piensa ménos que en cumplirla; es necesario que se vea ahí la calma terrible del hombre que ha tomado una resolucion cruel, pero firme, irrevocable.» Máiquez contestó: «Todos los galanes que ántes que yo han hecho este papel, gritaban aquí; y con un auditorio acostumbrado á esto, si no chillo, ¿quién me aplaude?» Se ve, por los dos ejemplos citados, que Solís conocia el arte de la declamacion, y por el postre-ro, que Máiquez conocia al público.

Cuando ocurrió la invasion de los franceses, el año 1808, Solís, aunque casado y con hijos, impelido de aquel patriotismo puro y ardiente, de que tal vez no podemos ya formarnos idea, se alistó de granadero en el segundo batallon de voluntarios de Madrid. Prisionero en la desgraciada accion de Uclés, le condujeron á Madrid, invadido del tifus castrense, dolencia que trasmitió involuntariamente á su familia cuando fué puesto en libertad á fuerza de diligencias de su esposa, la apreciable actriz doña María Rivera. Habiendo acompañado á Cádiz, el año 1825, al gobierno constitucional, fué confinado despues en Segovia, y la censura se armó en lo sucesivo de un rigor fanático contra sus composiciones, prohibiéndole todas las que pudo. Deseoso de contribuir por su parte con algunas piedras á la construccion del templo de la Melpómene española, habia elegido seis asuntos de historia nacional para otras tantas tragedias; pero las enfermedades, que

le acosaban hacia muchos años, y que se le habían agravado con la edad, sólo le permitieron, acabada ya la *Blanca de Borbon*, trazar el plan de *Guzman el Bueno*.

La sociedad patriótica de la Habana le nombró su Socio corresponsal en señal de la estimacion que hacia de sus escritos, de los cuales habia visto la *Camila* y unas composiciones líricas que poseia el secretario de aquella corporacion, D. Domingo del Monte. Esta fué la única demostracion de aprecio que debió Solís á sus paisanos. Quien lea sus traducciones, sus refundiciones, sus obras originales (si llegan á ver la luz pública), no podrá negar á don DIONISIO SOLÍS el título de escritor laborioso y correcto, de versificador valiente, de poeta trágico distinguido, acreedor por lo ménos al mismo lauro que algun otro coetáneo suyo, como Cienfuegos, que goza de celebridad sin haber hecho un drama capaz de sostenerse en la escena (1). Murió oscuramente en Madrid, como habia vivido, por Agosto de 1854. Tuvo tres hijos, á quienes educó en el amor á la virtud y en el odio á las tablas; y á la amistad del menor, llamado don Dionisio como su padre, hemos debido las noticias que damos en estos breves apuntes.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Dulce es tras el horror de noche umbría
Cándido sol en matutino cielo,
Dulce á la sed, en abrasado suelo,
De fuentecilla el són límpida y fría;

Dulce al piloto, tras borrasca impía,
La blanca orilla en que bendice el cielo,
Y al triste enfermo el plácido consuelo
Que á su nocturna pena ofrece el día.

Pero ni el sol que luce en el Oriente,
Ni del raudal el eco bullicioso,
Ni al tímido piloto el patrio nido,
Ni la salud al mísero doliente
Tan dulce es para mí, cual tu amoroso
Besos, ¡oh Corina! con mi beso unido.

II.

Puro y luciente sol, ¡oh, qué consuelo
Al alma mía en tu presencia ofrezces,
Cuando con rostro cándido esclareces
La oscura sombra del nocturno velo!

¡Oh, cómo animas el marchito suelo
Con benéfica llama! ¡Y cómo creces
Inmenso y luminoso, que pareces
Llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!

¡Oh sol! entra en la espléndida carrera
Que el dedo te señala omnipotente,
Al asomar por las etéreas cumbres;

Y tu increado Autor piadoso quiera
Que desde oriente á ocaso eternamente
Pueblos felices en tu curso alumbres.

III.

Canta, blanco palomo, y de la aurora
El róseo carro con tu acento llama,
Que atenta escucha en la mullida cama
La esposa á quien tu cántico enamora.

Canta, y anuncia la estacion de Flora,
Y el delicioso incendio que te inflama,

Miéntρας, sentado en la frontera rama,
Otro palomo solitario llora.

¡Felice tú, que puedes con tu canto
Al alma penetrar por el oído
Del ave amante en que tu bien se funda!
¡Y mísero de mí, que el triste llanto
En que á solas me miras consumido,
Sin fruto el rostro y sin cesar me inunda!

IV.

¡En media hora un soneto! ¿A qué cristiano
A tan bárbaro afán se le condena?

¿Y es Filis quien lo quiere? ¿A qué otra pena
Me sentenciara un Fálaris tirano?

¡Pues qué, no hay más? ¿O están tan á la mano
Los consonantes como en esta amena
Márgen del Turia la menuda arena

En que tu blanco pié se imprime ufano?
No, cara Filis, mándame otra cosa,
Ora de riesgo sea, ora de afrenta;

Que á cuanto de mí ordenes me concedo.
¡Pero un soneto, y que por ser tú hermosa
En ello al fin mi necesidad consienta?

No, Filis, no, perdóname; no puedo.

V.

Hércules es custodio del rebaño,
Pero á la fe que su defensa es cara,
Pues que me exige culto, incienso y ara
Y ofrendas mil en ella cada un año.

Con más piedad el saltador extraño
Por dicha el redil mísero tratara,
Y con ménos codicia me dejara
Medios en él de remediar mi daño

Pues no, Alcides, no más; el beneficio
Me cuesta mucho, y fuera poco cuerdo
Tener guardian que de mis reses toma.

No te quiero; por Dios, busca otro oficio:
¡Pues qué me importa á mí, si al fin las pierdo,
Que el ladrón ó que el númer me las coma?

(1) Esto no es culpar á Cienfuegos; es dolerse del gusto de nuestro público entónces, que no supo

apreciar el mérito de *La Condesa de Castilla* y *La Zoraida*.

VI.

Estos que miras, Celestina hermosa,
 Prole española, en nombre milicianos,
 Escuadron es de armados ciudadanos,
 En quien la madre patria espera ansiosa.
 En ellos, pues, su libertad reposa,
 Y el acero que brilla entre sus manos,
 Sólo afilado está contra tiranos,
 Si es que alguno este suelo oprimir osa.
 Ellos de las cadenas inclementes
 Que rompimos nos guardan. ¡Quiera el cielo
 Sus almas conservar libres y puras,
 Y que nunca, instrumentos inocentes
 De la ambicion y del mentido cielo,
 Nos las echen más viles y más duras!

VII.

¿Por qué aspiro sin fruto, Anarda bella,
 A lo quearme tu impiedad resiste?
 ¿Por qué mi amor en alcanzar insiste
 Lo que me impide merceder mi estrella?
 ¿No fuera bien buscar á mi querella
 En el asilo de mi triste tumba
 El anhelado fin, pues que consiste
 Mi única dicha y mi consuelo en ella?
 Necio, ¡qué pronto, de esperar cansado,
 Se abate tu pasion ántes osada
 Y con el miedo la fortuna mide!
 ¿Qué amador fué constante y no fué amado?
 ¿O qué mujer, del hombre importunada,
 No le concede al fin lo que le pide?

VIII (1).

Pacífica quietud, reposo amado,
 Morada dulce para mí y tranquila,
 Donde con lentitud la Parca afila
 El cuchillo á mi muerte destinado;
 Donde sin codiciar lo que el tostado
 Siracusano en el Agosto ensila,
 Estoy de lirio y de olorosa lila
 En abundante mesa coronado;
 En tí aspiro á morir, sin que ni lloro,
 Murmurio ó queja el fallecer me cueste,
 Dejando en manos mi destino eterno
 Del sér incierto á quien incierto adoro,
 Sin esperar su música celeste,
 Sin recelar la llama de su infierno.

IX.

Dicen que eres mudable, don Pepito,
 Que fuiste de Manolo cortesano,
 Soneteruelo del frances tirano,
 Y de sus odres perenal mosquito.
 Que mudando de altar, de culto y rito,
 Fuiste, tras esto, maratista insano;
 Y para postres, del Neron hispano
 Semanalmente adulador contrito.
 Pero no dice bien; el pueblo miente,
 Ni ménos hay razon porque afrentando
 Te esté, y traidor y apóstata te llame.
 Antes en eso mismo que insolente
 Te echa Madrid en cara, estás mostrando
 Cuán firme has sido siempre en ser infame.

(1) Este soneto fué compuesto en sueños, á excepcion de los dos primeros versos del segundo cuarteto, de los cuales nunca pude acordarme al estar ya despierto, y que me fué necesario suplir para completar los catorce. (Nota del Autor.)

CANTILENAS.

I.

Escucha, Fili, atiende
 Lo que me inspira el cielo,
 Y de mi boca aprende
 Lo que en su nombre el cielo
 Me manda publicar.
 El dice que preside
 Amor sobre tu estrella;
 Que amor tus pasos mide;
 Que pues naciste bella,
 Naciste para amar.

Que cielo, mar y tierra
 Dependan de su imperio;
 Que todo cuanto encierra
 El lúcido hemisferio
 Es obra del amor.

Que nada aquí resiste
 Su fuego omnipotente;
 Que en todo amor asiste,
 Y que su influjo siente
 Aun la insensible flor.

La nacarada rosa
 En su capullo mira
 Cuál abre pudorosa
 Al aura que suspira.
 Su seno de carmin.

Con blando curso el rio
 La baña y la rodea,
 Su olor del bosque umbrío
 Balsámico recrea
 El plácido confin.

Con ella la aldeana
 Se adorna cuello y frente,
 Con ella quiere ufana
 A vista de su ausente
 Hermosa parecer.

La mira satisfecho
 El preferido amante,
 Y de su blanco pecho
 La forma palpitante,
 El trono del placer.

La duracion de un dia
 El cielo le concede;
 Mas ya la noche fría
 La abate, sin que quede
 Memoria de que fué.

Al cielo se querella
 Marchita, y no mirada
 De rústica doncella,
 Del labrador pisada
 Con insolente pié.

Oh Fili, considera
 La suerte de la rosa;
 No al triste que te quiera
 Te muestres desdeñosa,
 Fiada en tu beldad.

Beldad que se limita
 A un punto y desaparece;
 Que presto la marchita,
 Que presto la oscurece
 La noche de la edad.

II.

Elogio de la inconstancia.

Pues me acusa de inconstante
 En su cólera mi amante,
 No conoce que la ausencia
 Es la muerte del amor.
 Fastidiosa impertinencia

O retrato del infierno,
Pretender que abrase eterno
En las almas este ardor.
Ser voluble me acomoda,
Que no es malo, pues es moda;
Ni prometo, ni limito
A uno solo mi querer.
La inconstancia no es delito;
La constancia, sí, es locura;
Que placer que siempre dura
Es tormento, y no placer.

A la noche sigue el día,
A la pena la alegría;
Ni constante en un aspecto
Permanece cielo y mar.
Todo, en fin, está sujeto
A mudanzas en el mundo;
Considere si me fundo
Quien me culpe de mudar.
Una anciana ó una fea
Con su amante firme sea,
Y prométele su boca
Adorándole morir.
A una linda sólo toca
Disfrutar de su belleza,
Y en asunto de firmeza
Prometer y no cumplir.

III.

¡Oh tú, que en los alisos
De la floresta umbría
Y al lado de tu amada,
Dulce cantor, anidas!
¡Felice tú, que en noche
Silenciosa y tranquila,
Tu cántico amoroso
A los ecos inspiras!
¡Tú, de quien con deleite
Es la canción oída
Del ave, por quien blando
Y melódico trinas!
¡A quien la áurea Dione
En copa de delicias
Para premiar tu canto
Con sus placeres brindal
¡Triste de mí, que canto
De la tirana mía
El ceño, y sus oídos
Se cierran á mi lira!
Mi lira, que templando
El tono á mi desdicha,
Mi dolor en sus cuerdas
Armónica suspira.

IV.

¡Cómo intentas, tirana
A mi cariño siempre,
Que de mi triste lira
Amor las cuerdas temple?
¡Cómo que cante pides
De mis pasados bienes,
Si es llanto la armonía
De mi suave chélis?
Si el eco lastimoso
De mi cítara quieres
Que en tu beldad á un tiempo
Y en mi tormento suene,
Modera tú primero
El ceño que oscurece
El cielo luminoso
De tu cándida frente,
Y esos ojos, en donde
Amor su llama enciende,
Apacible á los míos
Un solo instante vuelve.
Que mal podrá mi labio
Cantando obedecerte,

Si tú quieres que cante
Y mi dolor no quiere.

V.

¡Oh cuán hermoso eres,
Felice pajarillo!
¡Y cómo están acordes
El mío y tu destino!
Tú de esa cárcel moras
En el áureo recinto,
Y amor á su cadena
Tiene mi cuello asido.
Tú para Nise entonas
Enamorados trinos,
Y sólo para Nise
El plectro suena mío.
Tú su retorno aplaudes,
Como en el bosque umbrío,
Cuando aparece el blanco
Lucero matutino,
Y yo, cuando á mis ojos
Aparecer la miro,
De amor á un mismo tiempo
Y de placer palpito.
Mas no es al mío en todo
Tu estado parecido,
Y en esto la fortuna
Diferenciarnos quiso,
Que tú sediento pones
El amoroso pico
En la entreabierta rosa
Que baña el ostro tío,
O entre los lácteos orbes
De cándidos armiños
Para felice sueño
Encuentras dulce nido;
Y yo tímido y triste
Y callando te miro,
¡Y cuántos al mirarte
Me cuestras de suspiros!
¡Oh cuán afortunados
Fuéramos, pajarillo,
Si en todo se acordasen
El mío y tu destino!

VI.

¡Por qué mirarme airada,
Cuando mi dicha es poca,
Si fué para tu boca
Mi amante boca osada?
Si á impulso de amorosa
Llama, tormento impío,
El labio puse mío
En tu animada rosa,
Bien queda satisfecho,
Pues tus iras me oprimen,
De mi felice crimen
Tu rencoroso pecho.
Piedad, arrepentido,
Piedad mi amor implora,
Que de tu ofensa llora
El error cometido.
No, Nice, me condene
Tu ceño fulminante,
Por un tan solo instante
A que en eterno penc.
Mi culpa te confieso;
¡Mas tú en la ocasión esta
Qué pierdes, si me cuesta
Un alma por un beso?

VII.

¡Para quién á tu frente,
Inocentilla Nice,
Al asomar la aurora
Esa corona ciñes?

¡Esa que componiendo
 Por la pradera fuiste,
 De púdico amaranto,
 De blancos alelíes?
 Si es para darle á Elicio,
 Que idolatrarte dice,
 No creas en palabras
 De que el amor se rie.
 Que el céfiro que corre
 Entre las rosas libre,
 Las ondas de este río,
 Que al mar su curso mide,
 No son en su inconstancia
 Acaso ménos firmes
 Que el fementido amante
 A quien tu amor se rinde.
 Ahora en ese bosque
 Sentado al par de Fili,
 El cuello con sus brazos
 A la pastora ciñe.
 En rostro, boca y pecho
 Su ardiente boca imprime,
 Y á todo aspira, puesto
 Que á nada le resisten.
 Y apresurando el triunfo
 Que le promete Cipris,
 Busca otra flor en ella
 Cual la que tú le diste.

VIII.

Las cumbres del Himeto
 Sudoroso y cansado,
 Buscando una colmena,
 Escala el dios de Páfos.
 Encuéntrala, y apénas
 Tiende á un panal la mano,
 Cuando de fiera punta
 La saca lastimado.
 Llora, y mirando al cielo,
 Promete al númen sacro
 De su madre que quede
 Memoria de este agravio.
 Promételo, y á Cloe
 Encuentra sola al paso,
 Y en su boca una parte
 De miel pone el tirano.
 «Y en testimonio, dice,
 Perpétuo de mi llanto,
 El que te ame se acuerde
 De mi dolor, llorando,
 Y sienta, si tu boca
 Fuese á besar osado,
 En el alma la punta,
 Y la miel en tus labios.»

IX.

Corriendo en este campo
 Un día siendo niño,
 Miré salir un áspid
 Del pié de un alto aliso.
 Miréle, que á la entrada
 Del tenebroso nido,
 Do el céfiro suave
 Mecía un blanco lirio,
 Ufano se aplacia,
 Ufano de sí mismo,
 Mostrando el áureo dorso
 Al astro matutino.
 ¡Oh, cómo de esmeralda
 Y de carmín teñido,
 Cual flor en dulce prado
 Me parecía lindo!
 ¡Y cómo tras el tronco
 Del árbol escondido,
 Suspenso reprimía
 El mudo aliento mío!
 De su beldad prendado,
 Mi incauta mano quiso

Asirle al fin, y darle
 Mi pecho por asilo.
 Mas contra mí inflamado
 De cólera el impio,
 Con un ¡ay! lastimoso
 La retiré mordido.
 Anuncio del suceso
 Que en años más cumplidos
 Me prometía en Nice
 Mi mísero destino.

X.

Me abraso, es cierto, Clórida;
 Mas no de llama amante,
 Mas no por tí inconstante;
 Ni el corazon pretende
 Arder por quien ofende
 Su cariñoso ardor.
 Que al contemplarte, pérvida
 Al dulce afecto mío,
 El nudo rompo impio
 En que me ataste acaso;
 Y si por tí me abraso,
 Es de ira, y no de amor.

XI.

¡Ay! que prometí, Clórida,
 Celoso no quererte
 Y airado aborrecerte,
 Y al eco de tu acento
 En nueva llama siento
 Con más furor arder.
 Que mal resisto un mísero
 Al Dios irresistible
 Que blando y apacible
 A padecer condena,
 Y brinda con la pena
 En copas de placer.

XII.

No miento, Clórida,
 Que siempre armado
 Del arco ebúrneo,
 Te asiste al lado
 El niño Amor.
 No, no es fantástica
 Ilusion ésta;
 Es que benéfico
 Se manifiesta
 Conmigo amor.
 El de tu mérito
 Tributos cobra
 De amantes lágrimas,
 Y todo es obra
 En tí de amor.
 O estés colérica,
 O estés risueña (1),
 A usar te enseña
 El arte amor.
 Si el pié á la métrica
 Dulce armonía
 Ajustas rápida,
 Al pié confía
 Su triunfo amor.
 Si para el cántico
 Tiendes la bella
 Mano á la cítara,
 Al eco de ella
 Responde amor.
 Si en rosa y púrpura
 Bañas tu boca,
 En sus nectáreos
 Círculos toca
 Su flecha amor.

(1) Aquí falta un verso. (Nota del Colector.)

Si aeaso plácido

Tu rostro mira,

O melancólico

Placer inspira,

O llanto amor.

En risa y cántico,

En llanto y queja,

Nunca, mi Clórída,

De tí se aleja

Un punto amor.

Pero no mírole

Tirana bella

En tu alma indómita,

Que no hay en ella

Piedad ni amor.

XIII.

Quien trocar en reposo

No quiera su dolor,

Nunca del crudo amor

Pise la senda.

Del niño artificioso

Escape y su poder,

Procúrele romper

El arco y venda.

Principia fraudulento

A un triste á acariciar,

Para que empiece á amar,

Y en él se fie.

Y á poco, del tormento

Que le induce á sufrir,

Mirándole morir,

Plácido rie.

Que es deleitosa, dice,

Su saëta mortal,

Y que no causa mal

A los amantes.

Mas pronto el infelice

Que della herido es,

Echa ménos despues

Lo que fué antes.

Huid, huid medrosos,

Mancebos, de su red,

Y en el triste aprended

Ejemplo mio.

Que en sus lazos nudosos

Opreso me sentí,

Y al remedio acudí,

Mas fué tardío.

XIV.

Con Filida jugando,

Cupido le decia :

Pastora de estos campos,

Dame tu palomilla;

Tu palomilla blanca,

Que juguetona y linda

Le quiero dar un beso

Y hacerle mil caricias.

Ella, no sospechando

Del niño, inocentilla

Le entregó su paloma

Con mucha cortesía.

Pero apénas la suelta,

El niño con malicia

Corta el hilo y escapa

Por la region vacía.

Ella llora, la llama,

Con el amor se irrita,

Vuelve á llamarla en vano

Y por ella suspira;

Y el pérfido, mirando

Sus lágrimas con risa,

Apresurando el paso,

Le dijo : « Inocentilla,

¿ Qué lloras y me aeusas

De traicion y malicia ?

¿ Cuando más fiel he sido

Con quien de mí se fia ? »

XV.

Cuando el pródigo y justo

Moderador del cielo

Concedió el cetro de oro

Al plácido Himenco,

Este dijo á su hermano :

« Dioscillo flechero,

Tú me harás las cadenas

Y los amantes hierros. »

El, al punto, gustoso

Obedeció el precepto,

Y de purpúreas rosas

Las compuso risueño;

Mas dejó las espinas,

Y así quedó sujeto

A tormentos y penas

El placer de Himenco.

XVI.

Hizo el Amor un día

De Primavera mofa,

Porque duraban poco

Sus flores olorosas.

Pero ella le replica

Con risa burladora :

« Di, niño, ¿ tus placeres

Duran más que mis rosas ? »

XVII.

Un día, cara Filis,

Vi al dioscecillo alado,

Rota la blanca venda,

En su taller pintando.

Me llevo con silencio,

Y estando más cercano,

Me quedé doblemente

De lo que vi admirado.

Tu imagen retrataba,

Color era mi llanto,

Mi corazón la tabla,

Y su pincel un dardo.

XVIII.

Bate del mar profundo

Con tormentosas iras,

En deslumbrada noche,

El ábrego la orilla.

Rueda horrisono el trueno,

La esfera cristalina

De sus etéreos ejes

Temblando se desquicia.

Pálido el marinero,

Que con las ondas lidia,

Y sus llanuras ara

Con quebrantable quilla,

Al irritado cielo

Las manos extendidas

Piedad le pide, y poco

De su piedad confía;

Que del undoso ponto

En las entrañas frías,

Sepulcros mil y abismos

Inmensurables mira.

Cuando callando el austro,

Las olas entumidas
 Se calman, y en el éter
 Plácido el iris brilla.
 Y hacia el felice puerto
 La mísera barquilla
 Dirige, y de su margen
 La amada arena pisa.
 Que no de otra manera
 De la deidad propicia,
 Que del mortal amante
 Y sin descanso cuida,
 Reparte en nuestro suelo
 La mano compasiva
 El bien y el mal, y entrambos
 Benéfico equilibra.
 Así que no abatido
 El ánimo se rinda,
 Ni del dolor se postre,
 Medroso, á la porfía.
 Consuélese el que llora,
 Espere el que suspira;
 Que siempre el infortunio
 Fué nuncio de la dicha (1).

XIX.

¡No escuchas qué lejano
 Ronco murmurio suena,
 Y que en cárdena llama
 El éter centellea?
 ¡No miras cómo en nubes
 Del sol la blanca esfera,
 Y en sombras tenebrosas
 En derredor se llena,
 Y que en el bosque el austro
 Las alas tiende inmensas,
 De oscuridad cubriendo
 La amedrentada tierra,
 Y cómo el árbol sacro
 Que en esta orilla ondea,
 La sien frondosa inclina
 A la borrasca horrenda?
 ¡Cuál llueve! ¡Cuál sonoro
 El raudito trueno rueda,
 Y aterrador el eco
 Retumba en la florestal
 Guárdate, Cloe; mira
 Con inflamada diestra
 Al dios del rayo asiendo
 Las célicas saetas.
 ¡Ay triste! ¡Quién asilo
 Benéfico nos diera,
 Contra el fulmíneo cielo
 Y la inundada tierra!
 Entrémonos, bien mio,
 En esta oscura cueva,
 Que de la temerosa
 Tempestad nos defienda.
 Vamos, ¿en qué te tardas?
 Entra, mi amor, en ella,
 Y acaso olvidaremos
 El rayo y la tormenta.

XX.

Crece, modesta rosa,
 En las orillas sacras
 Del Bétis, ni aún de mano
 De tu señor tocada.
 Crece, que sacudiendo
 Las susurrantes alas,
 Volando te corona
 En derredor el aura.
 Crece, y el día el ostro

De tus corolas abra,
 Y al áureo sol enseñe
 Tu rubicundo nácar.
 Corre, modesta rosa,
 Que al seno destinada
 Estás por quien tu dueño
 Arde en amante llama.
 ¡Dichosa flor! ¡Qué trono,
 Oh flor afortunada,
 Por ese trono el triste
 Elicio no trocará!
 ¡Oh, si él la rosa fuera
 A Cloe dedicada,
 Y entre los lácteos orbes
 Que su cendal recata,
 Ostentacion haciendo
 De su destino ufana,
 Besándolos muriera,
 Muriendo los besará!

FÁBULAS.

I.

EL CERVATILLO.

«Escúchame, hijo mio;
 No así con imprudencia
 Corras al monte solo,
 Buscando tu ruína entre sus breñas.
 »El oso, el lobo, el pardo
 Y el tigre mora en ellas;
 El tigre, que el más fiero
 Es entre todas las montañas fieras;
 »El tigre, que tirano
 Monstruo de la floresta,
 Es terror y verdugo
 De la familia desdichada nuestra.
 »Por eso tú no dejes
 Esta hermosa pradera,
 Y en la plácida orilla
 De este abundoso río te apacienta.
 »No á las feroces manos
 Del tigre morir quieras,
 Y á tu mísera madre
 Causa de llanto y de dolor le seas.»
 Así á su cervatillo
 Le decía una cierva,
 Que como madre teme,
 Y como madre enamorada y tierna.
 «Bien está, madre mía,
 Por mí no paseis pena;
 Que no es fácil que al tigre
 Deje de conocer por esas señas
 »Ídos, y sin recelo
 Podeis dormir la siesta;
 Que aquí en el prado quedo
 Con el oído atento y siempre alerta.»
 Esto dijo el cervato;
 Y aunque medrosa ella,
 Al bosque se retira,
 Y á sus anchuras, por su mal, le deja.
 En esto que á sus ojos
 Un jabalí se muestra,
 Pacífico y tranquilo,
 Si bien de catadura horrible y fea.
 «¡Ay! ¡Si será éste el tigre!
 Que sus ásperas cerdas
 (Decía el venadillo),
 De la crueldad del ánimo son muestras.
 »¡Ay! ¡Qué dientes tan duros
 Y torcidos me enseñan!
 El es, él es sin duda,
 Y mi temprana muerte miro cerca.
 »Mas no, que de una encina

(1) Esta composición fué escrita en 3 de Febrero de 1832, para contestar á un soneto que le envió su hijo don Emilio desde la villa de Chinchon, hallándose éste de médico titular de la misma.

A la sombra se acuesta,
Y del caído fruto
De sus fecundas ramas se sustenta.
»Pero ¿qué es lo que miro?
¿Qué alimaña es aquella
Que con callados pasos
Del bosque sale y hácia mí se acerca?
»¿Qué majestad, qué frente
Tan plácida y serena,
Y qué fuego en sus ojos
Tan nobie y tan sublime centellea!
»¿Qué cola tan airosa
Con que barre la tierra!
¿Y qué pintadas fajas
Del lomo al vientre en círculos alternan!
»No, no es éste, no es éste;
Segun me dió las señas
Mi madre, no es el tigre,
Ni á ser el tigre, tan hermoso fuera.»
No bien lo dijo, cuando
Con rápida carrera
El tigre le acomete
Y entre sus uñas le arrebata fieras,
«¡Ay! decía llorando
El cervatillo en ellas,
Que di crédito al rostro,
Y necio me fié de la apariencia.»

II.

LAS RANAS Y LAS CAÑAS.

En un profundo estanque,
Cercado de espadañas,
De alisos y de cañas,
De la nacion ranesca
La inmensa muchedumbre
Su morada tenía;
Pero lo que sentia
Con mucha pesadumbre,
Era que aquellas cañas
Altas y numerosas
La tienen prisionera,
De su dicha envidiosas,
Ocultando á sus ojos
La esmaltada pradera
De blancas florecillas,
Cercana á sus orillas.
Esto al acuátil pueblo
Es lo que más aflige,
Y al cielo se dirige,
Para que en fin, clemente,
Les quite aquel odioso
Obstáculo de enfrente.
No sé bien si piadoso
O si cruel con ellas,
El cielo oyó sus tristes
Y continuas querellas.
Lo que es cierto es que un día
El amo á sus criados
Les manda que al momento
Los alisos copados
Y las umbrosas cañas
Abatiesen á tierra,
Porque dejar queria
Del anchuroso estanque
Libre la margen fria.
Cuál sería el contento
De las cenosas ranas,
Píntelo quien pudiere
Y más poeta fuere;
Sólo referir puedo
Que noches y mañanas,
Sin prevision ni miedo,
Cantando á sol y á luna
Bendicen su fortuna.
Pero al eco atraídos
Pájaros carnívoros,
Que las ven sin defensa,
Garra y pico fieros
Esgrimen en su ofensa;

Y cada cual llorando
Al espirar decia :
«¡Ay! ¡Cuánto mejor era
Que la muerte que sufro,
La perdida y amada
Dulce oscuridad mia!»
Por eso dijo el sabio
Con elocuente acento :
«Ocultate del mundo
En olvido profundo,
Y vivirás contento.»

III.

LA SENTENCIA DEL LEON.

Un leon africano
Recorria las tierras
De su dominio, al lado
De un bucy y una pantera.
Un día que, abrasados
Del sol y las arenas,
En la sombría estancia
Entran de una floresta,
Paciendo descuidado
Con un corcillo encuentran,
Que aunque quiso, no pudo
Escapar de sus presas.
Con su robusta mano
Le ase el leon, y en tierra
Le abate, y encendido
En cólera le afrenta.
«¿Cómo traidor, le dice,
Cómo en mis bosques entras
A pacer sus frondosas
Ramas sin mi licencia?
Pues muere, y de tu crimen
Sufre, traidor, la pena,
Y con tu muerte á otros
Osados escarmienta.»
A ejecutar principia
El leon la sentencia,
Y entre dientes decia
La desdichada bestia :
«Tirano, quiera el cielo
Que como muero mueras,
Y otro tirano encuentres
Que imite tu inelemencia.
— Parece que murmuras
Y que de mí te quejas,
Le dice al triste corzo
La coronada fiera.
— No es, señor, que se queje,
Ocurre el bucy aprieta,
Sino que se somete
A su fatal estrella;
Y aunque está de la muerte
Entre tus manos cerca,
Tu justicia bendice
Y su culpa confiesa.
— No es eso, dice entónces
Al leon la pantera,
Antes implora al cielo,
Gran señor, en tu ofensa;
Y añadiendo el infame
Al crimen la insolencia,
Te maldice y te llama
Tirano á boca llena.»
Al oír esto, un rato
Mudo el leon se queda,
Y meditando á solas
Una y otra respuesta,
Generoso le tiende
Al corcillo la diestra,
Y, «libre estás, le dice,
Confía en mi clemencia;
Anda, y deja el recelo
Y corre mis florestas,
Y de su verde grama
Sin miedo te apacienta.
Ahora no examino,

Continúa la bestia monstruosa.
En esto, que en frenético desco
Ardiendo y en amor, por la arenosa
Orilla un armador americano
Sigue á su amada, aunque la sigue en vano;
Que con desden y con desaires ella
A su amoroso ardor sólo responde;
Y cuando el triste al cielo se querella,
Ella con risa al llanto corresponde;
Que no hay fiera al dolor más despiadada
Que la que sin amar se juzga amada.

«¿Por qué, crüel (el misero la dice),
Insensible te muestras á mi duele?
¿Qué quieres tú? ¿que para ser felice
Acometa mi amor en tierra y cielo?
Dilo, que aunque me pidas imposibles,
Todos á mi pasión serán posibles.

»Si es cierto lo que ofreces (le replica
La americana desdeñosa y fiera),
A esa, que al respirar del sol salpica
Con su rocío la inflamada esfera,
Ballena de este mar, mácala, y fio
Que se trueque en amor el ceño mio.

»Si tienes la osadía de rendilla
En medio de esas ondas, y postrada
La arrastras á mis piés hacia esta orilla,
Mi dueño entóuces te proclamo, y nada
Le rehusó á tu amor, que de mi pecho
Serás señor, y de mi mano y lecho.»

Piensa el amante, y entre sí medita
Antes de prometer; y, «mucho, dijo,
De mi tu amor, tirana, solicita;
Pero pues él, en mi memoria fijo,
Con perecer ó merecerte cuenta,
Mira cómo á mi amor nada amedrenta.»

No bien pronuncia esta palabra, asiendo
La maza y dos tapones de madera,
A nado se encamina, el mar abriendo,
A la ballena temerosa y fiera;
Y á ella sin miedo ni terror se arrima,
Y cuando es ocasión le salta encima.

La bestia colosal brama iracunda
Cuando el Belerofon americano
Sobre sí siente, y corre la profunda
Inmensidad del unduloso llano;
Mas él su cuello con la mano aferra,
Y sus narices anchurosas cierra.

En entrambos á dos respiraderos
Con la maza un tapon á golpes mcte,
Que repetidos á compas y fieros,
Mandan al monstruo á la mansion del Lete;
Pues en su seno el aire detenido,
Sin poder respirar muere rendido.

Hacia la orilla el vencedor ufano
Impele muerta la ganada presa;
Cúmplele la doncella con su mano,
De su ánimo prendada, la promesa,
Que no pensó jamas que cumpliría,
Ni que cupiese en él tanta osadía.

Pero ¿qué cosa á la pasión resiste?
O ¿quién es poderoso á reprimillas?
Nadie, sin duda; y nuestro bien consiste
En moderarlas sí, no en destruirlas;
Que sin ellas el hombre, á ser posible,
Fuera un madero inútil é insensible.

VII.

LA ZORRA.

Ni una gallina sola
Se veía en cierta aldea,
Desde que allí una zorra
Fijó su domicilio y residencia.

Ni las trampas y perros,
Ni los mozos que alerta
Estaban por pillarla,
Consiguieron dejase tal vivienda.

Mas por fin el demonio,
Que es el que todo enreda,
Hizo que la bribona
En una trampa á su pesar cayera.

Allí fueron los llantos,
Sollozos y promesas;
Tanto, que ablandó hasta
Aquellas mismas que matar intenta.

«¡Ay infeliz! decía,
Ya la muerte se acerca;
Mas no temo la muerte,
Que sólo mis delitos me atormentan.

»Una voz de venganza
Cruelmente me rodea,
Y sin cesar me grita:
Recibe el premio que mereces, fiera.

»Ay, si de aquesta trampa
Por acaso saliera,
Cuán distinta sería,
Y en proceder y en todo cuán diversa!»

Una gallina oía
Las amargas querellas,
Y acércase á la zorra,
Apiadada con ver su llanto y pena.

Y, «querida, le dice,
¿Es posible que seas
De nuestra infeliz raza
Enemiga tan bárbara y sangrienta?

»Dime, ¿qué es lo que hacemos
Nosotras, que, sin guerra
Ni enemistad con nadie,
Sólo estamos del bien de otro contentas?

»Mas, con todo, si ofreces
(Porque mi bondad veas)
Ser desde hoy nuestra amiga,
Te pondré en libertad así que quieras.

«— ¡Ay! te lo juro; pronto
Hazme tan gran fineza,
Y obtendrás al instante
El premio digno á tan bizarras prendas.»

Entónces la gallina
Corre por darla suelta,
Mas aún no estaba libre,
Cuando se vió despedazada y muerta.

En fin, no quedó pavo
O pollo que no muera
En las cruentas garras
De la bárbara zorra sin clemencia;

Aprendiendo, aunque tarde,
Cuánto nos interesa
No fiarse del llanto
De aquel que cual la zorra impío sea,

VIII.

LOS DOS GALLOS.

Eran dos gallos poderosos, fieros,
Y como poderosos quimeristas,
De quien treinta conquistas
Y cien combates siempre afortunados
La fama refería.

Pues fué el caso que un dia,
Por una bicoquilla, una friolera,
De rencor y de cólera inflamados,
Se llaman á la lid: Arde en sus frentes
La nacarada cresta

Y las rojas papadas, que pendientes
Les bajan sobre el cuello. La floresta
Inmediata repite
Su canto belicoso;

Y sin que de más trompa necesite
Su iracundo furor, se embisten fieros,
Y de sus piés los cándidos aceros
Tiñen de sangre, y la asustada tierra

De sudor y cólericas espumas
En torno cubren y de rotas plumas.
Prolija fué y dudosa la batalla;
En fin, ambos cansados

Y alentando con pena,
Se rindieron, postrados
De su combate, en la manchada arena.
Un perro que tendido
A la sombra de un álamo frondoso
A la lid asistía,
De su necio furor compadecido,

«Amigos, dice á entrambos, á fe mia
Que teneis el cerebro
A componer; ¡por una friolerilla
Armar una rencilla,
Y abiertas de los dos frentes y cuellos,
Morir sin ser llorados!
¡Y luego nos reimos de los hombres!
Pues ¿qué más necesidad harían ellos?

IX.

EL LABRADOR Y EL LETRADO.

Un astuto labrador,
Dicen que de Andalucía,
Porque es tierra en que se cria
Más que en las otras la flor
Del fraude y la picardía,
En casa de su letrado
Entra con rostro afligido;
Toma un asiento á su lado,
Y principia comedido
El discurso preparado.
«En los pastos de mi aldea
Teneis, señor, un rebaño,
Le dice, de buen tamaño,
Que á la orilla se recrea
Del Guadalete este año.
Pues cabe este propio río
Para mi labor se cria
El pobre rebaño mio,
En quien la esperanza mia
De mi sustento confío.
Pero es el caso que un toro
De los mios, el más fiero,
A quien para padre quiero,
Porque es rojo como un oro,
A escondidas del vaquero
Se salió de mi manada,
Y en la vuestra se metió,
Y de una crúel cornada
¡Ay! una vaca os mató
De poca edad y preñada.
Por esto, de mi conciencia
Sin descanso remordido,
Que me señaleis os pido,
Con caridad y prudencia
En el caso sucedido,
Lo que por ley me compete,
Sin formación de proceso
Que al uno y al otro inquiete,
Restituíros por eso,
Sean ocho ó cuatro ó siete.

— Está bien, dijo el curial;
Se conoce que, aunque llano,
Tienes alma, eres cristiano,
Y temes, como mortal,
Al comun Juez soberano.
Pues bien, por la vaca muerta
Y el no nacido ternero,
Pues que su pérdida es cierta,
Otra vaca es lo que quiero,
Pero ni manca ni tuerta,
Ni flaca, ni mal cornada,
Ni abigarrada, ni pia,
Ni estéril, por Dios, y fria,
Sino fecunda y preñada,
Como la difunta mia;
Otro toro, y en dinero
Cien ducados; de este modo
Doy á entender que te quiero,
Y queda compuesto todo
Sin ministril ni portero.
— Me parece bien, le dijo
El taimado labrador;
Pero de lo que me aflijo
Es de que el caso, señor,
Aunque no hay duda que es fijo,
Es al contrario; que el toro
Que mató de una cornada
A la misera preñada,

Y era rojo como un oro,
Fué el toro de su vacada;
Y la vaca que pacia
Descuidada y murió della,
Como os referí, era mia;
De esto nace mi querella
Y el llanto de mi Lucía.

— De modo..... dijo el letrado,
Que la cosa..... sí, la cosa
De ese modo es contenciosa,
Y..... pero estoy ocupado;
Yo consultaré á Salgado,
La ley del reino y Olea
Sobre el suceso presente,
Y me informaré en tu aldea;
Porque, en fin, todo hombre miente,
Y no es justo que te crea.
Puedes acudir á estrados,
Que buenos jueces tenemos,
Y el litigio comencemos;
Que entre copias y traslados.....
En fin, verémos, verémos.

— ¡Holal! Con que, cuando era
Mio el toro matador
Me proponíais que os diera
Dinero y toro, señor,
Y otra vaca paridera!
Y ahora, que la perdida
Vaca es mia, ¿os resistis
A pagármela, y decis
Que á la ley de la Partida
Para apurarme acudis?
¡Y es ésta, señor, la ciencia
De que os mostrais tan pagado,
Porque aturdis á la Audiencia?
¡Cómo ha de ser buen letrado
El que no tiene conciencia?»

X.

LA OLLA Y LOS CARBONES.

Estábase una olla
Sobre ciertos carbones encendidos,
Llena de agua caliente,
Mas era tan vehemente
El furor de la llama
(Segun dicen autores muy leídos
Y dignos de memoria,
Que tratan de esta historia),
Que la olla, no gustosa, gime y clama
Que no la abrasen tanto,
Y pidiendo primero mil perdones,
Dice de esta manera:
«Señores los carbones,
Escuchad mi demanda lastimera,
Si no quereis que muera,
Segun es vuestro fuego
De furioso y activo;
Mirad que ya mi daño es excesivo;
Que no me queméis ruego,
Pues puede á mi ruína
Ser la vuestra vecina.»
Así dijo la pobre, pero en vano
Clamaba lastimosa;
Que ¿quién podrá ablandar ningun tirano
Qual es el fuego insano?
Este, pues, ni descansa ni reposa
En aumentar su ardor, y tanto hizo,
Que al fin se satisfizo,
Y la olla malhadada fué rompida;
Mas el agua, vertida
Sobre la lumbre fuerte,
Ocasiónó su muerte
Y apagó los carbones en venganza.
Así..... mas, pluma, quedo;
Que no es tan grande la ventura mia,
Que puedas explicar la alegoría
Sin pavor y sin miedo;
Y puesto que tú y yo con harta pena
Vivimos en cadena,

Para un otro lo dejo;
Que no estoy yo tan mal con mi pellejo.

XI.

EL ASNO, EL BUEY Y EL CABALLO.

En amor y compañía,
En un florido prado,
Un fuerte bucy pacia,
Un burro y un caballo.
De una en otra palabra,
A examinar pasaron
Quién de los tres tenía
Más derecho al aplauso;
O quién la preferencia
Merecía en tal caso,
Equitativamente
Sus méritos pesando.
Si por su ardor el potro,
Si el bucy por sus trabajos,
O por su no dudosa
Utilidad el asno.
No disputemos; sean
(Dijo en esto el caballo)
Los hombres nuestros jueces,
Que están más á la mano.
Estos tres que aquí vienen
Podrán muy bien juzgarnos;
Que yo á lo que ellos digan
Al momento me allano.

Está muy bien, responden,
No hay más sino llamarlos;
Que todos serán justos,
Puesto que son cristianos.
Sin más tardar los llaman,
Les refieren el caso,
Y quedan la sentencia
De su parte esperando.
«¿Qué hay que dudar en eso?
El asunto está claro,
Dijo, hablando el primero,
Un chalan de caballos.

»El potro es quien merece
De la contienda el lauro;
Y el que lo niegue, salga
Y lo verá en el campo.

»—Poco á poco, compadre,
No hay que alterarse, paso,
Replica un molinero,
Del asno apasionado;
»Que donde está el jumento
Nadie levanta el gallo,
Ni hay animal más útil
En todo lo criado.»

Un labrador repone:
«Oh señores, no tanto,
Ni defraudar es justo
Al bucy de sus aplausos.

»El sólo es quien merece
Preferencias y lauros,
Pues en él la riqueza
Se funda de mis campos.

»—¡Hola! ¡hola! les dice
Colérico el caballo:

¿Con que, de la sentencia
De todos tres sacamos
Que el interes es sólo
Quien os dicta esos fallos,
Y que á él sólo presente
Teneis al pronunciarlos?
—»Pues, tonto (le responde
El labrador burlando),
¿Cuándo no fué lo mismo
Acá entre los humanos?»

XII.

EL AMOR DE LA CASADA.

Al lado del lecho
Del triste marido,

Con quejas llorosas,
Con tiernos suspiros,
La bella Clarina
Acusa de impío
A su no cansado
Bárbaro destino.
(Oh muerte! decía,
Si acaso en tu oído
El eco resuena
Del tormento mio,
Vén, y de mis dias
Tristes y afligidos
La carrera corta
Con airado filo.
Vén, pues, vén aprisa;
Que muerto el bien mio,
La luz me es tormento,
La vida martirio.
La muerte, que oculta
En un rinconcillo
La escucha, se muestra
Al momento mismo,
Y «¿quién es, la dice,
Quien me llama á gritos?
¿Quién es? Ea, pronto,
Que estoy de camino.
—No era yo, señora,
Clarina la dijo;
Que es aquel enfermo
Que está allí tendido.»

XIV.

LOS DOS LEONES.

En un desierto africano,
Donde el sol la arena abrasa,
Desde la celeste casa
Del olímpico tirano,
Un fiero leon montano,
Afligido
De la sed, por el oído
De una sonora fuente,
Al rumor de la corriente
Corre al márgen atraído.
Otro leon, el ruido
Escuchando,
Y sus ondas codiciando,
Se acerca tambien á ella,
Y aplacar pretende en ella
La sed que le está abrasando.

No bien se miraron, cuando
Cada cual
Intenta de su raudal
Ser absoluto señor,
Transformándose en furor
Su sed, y en ódio mortal;
Que aunque pudieran sin mal
Ni rencilla
La sed que los amancilla
Entrambos satisfacer,
Ninguno quiere ceder
La posesion de su orilla.
La cólera al rostro brilla
De ambos ellos,
Con sus ardientes resuellos
Arde el aire en derredor,
Y la crin, con el furor,
Se les eriza en los cuellos.

Tiemblan de terror al vellos
Otras fieras,
Que por llanos y laderas,
De su furia amedrentadas,
A sus lóbregas moradas
Se encaminan á carreras.
Rugen, y las uñas fieras
Desnudando,
Y los dientes rechinando,
El uno al otro acomete,
Y cada cual se promete
Triunfar ó morir matando.

Fuése la lid dilatando
De mil suertes;
Que aunque para muchas muertes
Bastan sus dientes desnudos,
Si entrambos á dos son crudos,
Entrambos á dos son fuertes.

No será fácil que aciertes
Quién la ira
Que en su ardiente pecho inspira,
Deja el primero cansado;
Que, en sangre y sudor bañado,
Uno de otro se retira.
Con dificultad respira
Cada cual,
Y en el tostado arenal
Desangrados y tendidos,
Se acercan desfallecidos
Hacia la fuente fatal.
Pero su escaso raudal,
¡Oh dolor!

Mientras ellos con furor
Combaten por causa dél,
Se seca, y no queda en él
Agua en que aplaquen su ardor.
Así de sed y rencor
Ambos mueren.

Estos versos se refieren
A los hombres ambiciosos,
Que del cetro codiciosos,
Reinar en el mundo quieren;
Que á los otros se prefieren,
Y que al mando
Sin descansar aspirando
Que para su mal reciben,
Siempre descansando viven
Y fallecen descando.

— XV.

EL MOCHUELO Y LA PALOMA.

Un maldito mochuelo,
Lleno de achaques y de edad abuelo,
En su estancia sombría
Su infortunio, llorando, maldecía.
¡Ay desdichado y triste!
Que nadie, nadie en mi dolor me asiste,
Y en este oscuro hueco
Solo me aflijo y me responde el eco.
Una blanca paloma,
Al oír esto, por el aire asoma,
Y al misero mochuelo
Procura cariñosa dar consuelo.
«¿Qué es esto, camarada,
Que así teneis el alma atormentada?
La paloma le dice.
¿Es posible que sois tan infelice,
»Que no teneis esposa
Que os asista piadosa,
Ni hijos tampoco, ni tampoco nietos,
Pacíficos ó inquietos,
»Que con juegos ó burlas, como suelen,
Esa continua soledad consuelen?
Decidme, ¿nunca oísteis
Sonar de padre el nombre en el oído?
»Ni de jóven quisisteis
En los nudos de amor estar unido?
—¿Y á qué? dijo el mochuelo.
¿Para estar siempre lleno de recelo
»Con alguna mochuela,
Aficionada á broma y castañuela,
Que á su celoso y misero marido
Trajese al retortero,
Y á quien, al mes de estar con ella unido,
Transformase de pájaro en carnero?
¿O que me hiciese padre
De algun truhan y pícaro mochuelo,
Que, á imitación de su traidora madre,
Siempre rogase por mi muerte al cielo?
»Pues parientes, señora,
Nunca los conocí, ni conocellos

Quiero tampoco ahora;
Que todos (y no hay duda), todos ellos
Son malos y traidores,
Fáciles de irritar, murmuradores,
Dísculos, displicentes
Y al ajeno dolor indiferentes.
Por esta causa, pues, ni en su amor erco,
Ni tenellos deseo.

—»Pero tendréis amigos (la sensible
Palomilla le dijo),
Que del afán que padecéis prolijo
El peso os aminoren,
Y con amor á vuestro llanto lloren;
Que en ellos nuestro bien está fundado
Y la familia son del desdichado.

—»¡Amigos! ¡Qué locura!
No es á ese parecer conforme el mio;
Ménos en la amistad que en la ternura
Y en el amor de los parientes fio.

—»Con que, en fin, ¿ello es que en este mundo
A nadie habeis amado?

—Cierto, y profeso el odio más profundo
A todo lo criado.

—Pues, ¿qué extrañais, señor, de esa manera,
Que si á nadie quereis, que nadie os quiera?

— XVI.

MERCURIO Y LAS CUATRO SOMBRAS (1).

Cumpliendo su cargo el alado Mercurio,
Por sendas cubiertas de noche sombría
Cuatro sombras muertas el dios conducía
Al seno infernal con doliente murmurio.

Una hermosa dama, que en años floridos
De misera muerte fué triste trofeo;
Un poeta ilustre, que en lauro febeo
Los doctos cabellos aún muestra ceñidos.

Era de familias un padre el tercero,
El cuarto un soldado, caudillo animoso,
Con triunfos sin cuento en el mundo famoso,
Y merecedor de la lira de Homero.

«¿Ay triste! la dama llorando decía;
Mi amante sin mí morirá de dolor,
Que sólo en la tierra, difunto su amor,
Me llama, y maldice las luces del día.
»Ay Dios! ¡Con qué ardor anudando mi cuello,
Morir me ofrecía, y besando mi mano,
Si del duro cielo el decreto tirano
Un lazo rompiese tan dulce y tan bello!

—»Por mí, dijo el padre, mis hijos sin duda,
Y al lado con ellos mi buena mujer,
Se afigen y lloran á más no poder,
Sintiendo mi muerte desdichada y cruda.

«¿Cuán grande será su pesar y su llanto!
Dios solo, que puede, consuelo les dé;
Que de otra manera, lo creo de fe,
Bajarán conmigo á llorar su quebranto.

—»Y ¿quién eres tú, ni qué importa tu muerte?
El héroe soldado á la sombra le dijo.

Yo soy quien con mucha más causa me aflijo
Y siento el rigor de mi contraria suerte;

»Que en este momento celebran mi fama
Los pueblos rendidos á mi ínclito acero,
Desde las orillas del fecundo Ibero
A las en que el sol cuando nace se inflama.

»¿Quién era más digno de ser en el mundo,
Como lo es mi gloria, en él, inmortal?

—Yo, dijo el poeta; que en cuerpo mortal
Alumno fui sacro del dios rubicundo.

»Ni frente serena, ni rico tesoro,
Ni en sangre enemiga manchados trofeos,
No son más que sombra, fugaces deseos,
Si no les da fama el plectro canoro.

»Conmigo fué sólo la muerte importuna,
Que dejo en la tierra de mí eterna fama,
Y en este momento su nimen me aclama,
Y erige á mi nombre estatua ó columna.

(1) Esta y otras fábulas son traducidas ó imitadas. (Nota del Colector.)

»—Mucho siento, dijo Mercurio burlando,
Que nada de cuanto imagináis sea;
Tu amante, señora, con otra más fea
Está, porque es rica, sus bodas tratando.
»Tú, que á tu consorte la juzgas plañendo,
Está consolada buscando marido;
Tus hijos contando el oro escondido;
Que les dejas poco, y no más, sintiendo.
»En fin, porque esteis de la cosa instruídos,
Caudillo y poeta, que hablabais de gloria,
Sabed que la tierra os tiene en memoria
Como si no fuérais en ella nacidos.»

XVII.

EL SOFÍ Y LA MATRONA.

A cierto rey persiano,
Conquistador de oficio,
Aunque sin otro indicio
De cruel ó tirano,
A la que se ceñía
Patrimonial corona,
Añadía Belona
Coronas cada día.
Cien caudalosos ríos
Bajo su regio mando
Corrían, fecundando
Sus anchos señorios.
Pero, bien que ambicioso,
A sus pueblos oía,
Y el memorial leía
Del pobre querelloso.
En esto confiada
Una madre ofendida,
A sus piés dolorida
Y en lágrimas bañada,
Se le arroja clamando:
Y, «una madre infelice
Tienes en mí, le dice,
Tu piedad implorando.
»Desde el confin lejano
De tus estados lleigo;
Oye, señor, mi ruego
Y castiga á un tirano.
»Un bárbaro soldado
A mi Catun amada,
En mi triste morada,
El honor ha robado;
»Siendo cruel de suerte,
Que para más manecilla,
Dió fuego á mi chocilla,
Y á mis pastores muerte.
»Por esto hasta tu trono
Vengo desesperada;
Tú, excelso rey, te apiada
De mi triste abandono.
»— Pobre mujer, lo siento,
El buen sofí le dijo;
Y como soy me afijo
De escuchar tu lamento.
»A fe mía quisiera
Dar á tu mal remedio,
Y si encontrára medio,
Al punto se lo diera;
»Pero á tanta distancia
Del centro de mi estado,
¿Qué puede mi cuidado,
Ni qué mi vigilancia?
»El sol, que ilustra el cielo
En diferentes modos,
Ni siempre da, ni á todos,
Con sus luces consuelo.
»Para unos rubicundo
Y sin cesar refleja,
Interin á otros deja
En tenebror profundo.
»Por tanto, la insolencia
Del soldado asesino
Remítela al destino
Y súfrela en paciencia;

»Que puedo abominarlo
El crimen y osadía;
Mas en tal lejanía
No puedo remediallo.
»— ¿No puedes? la matrona
Le responde ofendida,
¿Y ostentando ceñida
La frente de corona,
»Consientes oprimiros
De bárbaros que alistas?
Pues ¿á qué nos conquistas,
Si no puedes regirnos?»

XVIII.

LOS ANIMALES CONTENTOS.

Sentado en trono de luciente nube,
Júpiter dijo un día:
«Que cuanto en esta inmensa monarquía
Que el hombre llama tierra,
Bajo la forma de animal se encierra,
Se presente á mis ojos;
Y si hay alguno á quien de su figura
La forma cause enojos,
Y de ella esté, por su suerte, descontento,
Dígallo, en fin, y quedará contento.
Hable la mona y hableme sin miedo,
Y, si quiere, me informe
De qué otro modo mi bondad la forme.
— Señor, ¿yo de otro modo?
Pues ¿no es perfecto todo
Cuanto se encuentra en mí? ¿Boca, narices,
Del rostro los matices,
Soltura, agilidad, ojos y frente,
Pasos y continente?
¡Ay! no señor; contenta en mi destino,
Tengo mi cuenta echada,
Y no hallo en mí qué reformar en nada;
Ahora, en cuanto al cochino,
Sí, le noto de obeso,
Y hay bien que reformar.— Quedo con eso
Digo, señoría mona,
Y cada cual se mire á su persona,
Que yo contento estoy con esta mia,
Y no la trocaría
Por la de un arcediano, aunque me diera
De marranillos mil una cochera;
Que aquí donde me veis, soy muy donoco,
Y vamos, que no creo
Que sea ningún oso.
— ¿Cómo, cómo, insolente?
Animal sucio y más que todos feo,
¿Tú compararte á mí? Si estás demente,
Busca, busca un moderno Padalirio
Que cure tu delirio.
Pues ¿qué miras en mí que no te asombre?
Que á imitación del hombre
Bailo el minué, y á números ajusto
Las formas elegantes
De este edificio clásico y robusto,
No como los obesos elefantes,
Mole informe de miembros,
Sin flexibilidad.— Hola, querido,
No seas descomedido,
Y no injuréis á quien el sabio Nilo
Con religioso estilo
Incienso ofrece, adoración y culto;
Que sabré castigar tamaño insulto.
Preguntad en Siam, ó donde al día
Cede la noche umbria
Del Gangético mar el señorío,
Quién soy yo, que confío
Que quedaréis corrido y satisfecho.
Miradme qué bien hecho,
¿Qué majestad, qué gracia, qué contornos?
No como la ballena,
De fofas carnes y corcovas llena,
Monstruo del mar, indómito coloso
Del reino borrascoso,
A quien pudiera Jove,.... — ¿Quién me nombra?

Dijo á esto la ballena con un trueno
 En el neptunio seno,
 Cubriendo cuatro millas con su sombra,
 Caridad, caballeros,
 Baste de presuncion, baste de fieros,
 Y cada cual se mire
 Y á sí mismo se enmiende,
 Y no entre á censurar lo que no entiende;
 Que si todos están de su figura
 Contentos y pagados,
 No lo estoy ménos yo de mi hermosura.
 — Está bien, dijo el Dios, esto me basta;
 Cada uno de vosotros nota y mira
 Con ojos perspicaces
 De los otros el mal, y de sí mismo
 Contento los retira;
 No lo extraño, ni nada que me asombre
 Encuentro en ese orgullo,
 Pues como sois vosotros es el hombre,»

VILLANCICOS.

I.

PARA LA KALENDA.

ESTHER, figura de la Virgen Maria.

*Et recordatus est Dominus populi sui,
 ac misertus est hereditatis sue. (ESTHER,
 capitulo x, versículo 12.)*

*Non enim pro te, sed pro omnibus hæc
 lex constituta est. (IDEM, capitulo xv, ver-
 sículo 13.)*

AMAN.

Muera esa indómita
 Nacion impía,
 Sienta la cólera
 Cruenta mía;
 Sufra mis iras, muera Israel.

CORO DE SOLDADOS.

Sufra tus iras, muera Israel.

AMAN.

Quiero en sus pálidos
 Tristes despojos
 De sangre y lágrimas
 Saciar mis ojos;
 No quede al mundo memoria de él.

CORO DE SOLDADOS.

No quede al mundo memoria de él.

MARDOQUEO.

Tú del idólatra
 Bárbaro escita,
 Que en nuestra pérdida
 Su orgullo irrita,
 Libra tus hijos, Dios de Israel.

CORO DE HEBREOS.

Libra tus hijos, Dios de Israel.

MARDOQUEO.

Mira cuál tímido
 Tu pueblo llora;
 Con llanto el misero
 Tu auxilio implora,
 Y en él espera, y sólo en él.

CORO DE HEBREOS.

Y en él espera, y sólo en él.

MARDOQUEO Y SEGUNDO CORO.

Deten tu cólera,
 Basta el amago.

AMAN Y PRIMER CORO.

Mi ardiente cólera
 Sienta en su estrago.

MARDOQUEO Y SEGUNDO CORO.
 ¡Misericordia!

AMAN Y PRIMER CORO.

¡Muera Israel!

AMAN
 y los suyos.
 Caiga cual piedra
 En mar profundo;
 No quede al mundo
 Memoria dél.

MARDOQUEO
 y los suyos.
 No sin tu amparo
 Tu pueblo muera;
 Que en él espera,
 Y sólo en él.

ESTHER. (*Recitado.*)

Señor, ¡oh Dios!

ASUERO.

¿Qué tienes, Esther mía?

¡Es Asuero, tu esposo, algun tirano,
 O tu amoroso hermano?
 Toca mi cetro de oro,
 Y no temas morir; que á tí no llega
 El precepto comun. Habla, sosiega.

ESTHER.

Señor, si es que tu esposa
 Halló en los ojos de su dueño gracia,
 Libra mi vida de la saña odiosa
 De un orgulloso impio,
 Y libra por mi amor el pueblo mio.

ASUERO.

Pues ¡quién.....

ESTHER.

Aman, el rencoroso tracio,

Que á morir me destina,
 Y enemigo de Esther y de su patria,
 Juró de entrambos la cruel ruina.

ASUERO.

Pues muera Aman; el pueblo, su enemigo,
 Venturoso en mi amor sea contigo;
 Sea con él eterna tu memoria,
 Y tu gloria, oh Esther, sea su gloria.

ESTHER.

Al Señor de los orbes cantemos,
 Domador de la cólera impía
 Que borrar de la tierra queria
 Su memoria, su pueblo y su altar.

CORO.

Al Señor de los orbes cantemos, etc.

MARDOQUEO.

A tí gloria, señor poderoso,
 Que suspendes piadoso el amago,
 Y del fiero, del próximo estrago
 Has querido á tus hijos librar.

UN HEBREO.

Silba el viento en las tómidas ondas,
 Brama el mar con horrisono trueno;
 Brilla el sol luminoso y sereno,
 Y enmudecen el viento y el mar.

DOS HEBREOS.

Tú los ojos hermosos volviendo,
 Con temor y modestia le miras,
 Y del persa monarca las iras,
 Bella Edisa (1), pudiste calmar.

TRES HEBREOS.

Eres, sombra de Esther, más dichosa,
 Que á la antigua tartárea serpiente
 Ha de hollar poderosa la frente
 Y su orgullo feroz quebrantar.

CORO.

Al Señor de los orbes cantemos, etc.

(1) ESTHER, capitulo II, versículo 7: *Qui (scilicet Mardocheus) fuit nutritus filius fratris sui Edissæ, quæ altero nomine vocabatur Esther.*

II.

Benedicite, angeli Domini, Domino; laudate et superexaltate Eum in seculum. (DANIEL, capítulo III, versículo 58.)

CORO DE ÁNGELES.

Espíritus celestes,
Puro y cándido coro,
En nuestras arpas de oro
Cantemos al Señor.

1.º

Espíritu amoroso,
Mi lengua te bendiga,
Y temerosa diga
El himno armonioso.
Tú nos creaste amando,
Amando nos sustentas,
Y amando nos alientas,
Para decir cantando
Las obras de tu amor.

CORO.

Espíritus, etc.

2.º

De la menuda arena
Al sol que te corona,
Todo tu amor pregonas,
Todo tu amor lo llena.
Y con diverso modo,
El ángel soberano
Y el misero gusano
Muestra, Señor, que todo
Es obra de tu amor.

CORO.

Espíritus, etc.

A duo.

Amor anuncia el día,
Amor la sombra oscura,
Amor el aura pura
Y la borrasca umbría;
Amor el mar undoso,
El río cristalino,
Y el astro matutino
Anuncia luminoso
En su carrera amor.

CORO.

Espíritus, etc.

A trio.

Pero más con el hombre
Amando te señalas,
Con quien el sér igualas
De tu inefable nombre.
¡Bendiga, pues, mil veces
Tus altas maravillas!
Que por su amor te humillas,
Que por su amor padeces,
Y mueres por su amor.

CORO.

Espíritus, etc.

Recitado.

¡Cuánto, Señor, oh cuánto,
Esperando este día,
Vertió la tierra doloroso llanto!
Mas trocando el dolor en alegría,
A tí su voz levanta,
Y tus piedades y tu gloria canta.

Aria.

Preso en árida cadena
Llora el misero su pena,
Y llorando espera el día
De la dulce libertad.
Su dolor la tierra opresa
En perpétuo horror gemia,
Esperando en tu promesa,
Confíando en tu piedad.

CORO.

Espíritus celestes, etc.

III.

Et peperit filium suum primogenitum. (LUC., capítulo II, versículo 7.)
Anima autem mea exultabit in Domino; et delectabitur super salutari suo. (Psalmos XXXIV, versículo 9.)

MARÍA Y JOSÉ.

MARÍA.

Como á su bien querido
Llama, en ausencia de él,
La tortolilla fiel
Con tierno acento.

JOSÉ.

Como corcillo herido
Con saeta mortal,
El límpido raudal
Busca sediento.

LOS DOS.

Llamándote gemia,
Implorando tu amor
Con ecos de dolor,
El alma mía.

MARÍA.

Pero en blando sueño,
Mi dueño, reposa.

JOSÉ.

La voz amorosa,
Esposa, deten.

LOS DOS.

Suspende tu curso,
Céfiro halagüeño,
Que en plácido sueño
Descansa mi bien.

CORO.

Suspende tu curso, etc.

1.ª

Tus alas de rosa
Inmóvil sujeta,
La calma dichosa
Del niño respeta,
O vertiendo flores
Silencioso vén.

OTRO.

Tu labio sediento
Con su labio toca,
Respira el aliento
De su pura boca,
Que espira suave
Cual rosa en edén.

CORO.

Suspende tu curso, etc.

Á TRES.

Su sueño profundo
No inquietes ahora,
Que á sus piés el mundo
Callando le adora,
Y en él considera
Su gloria y su bien.

Á DOS.

Pacífico llega,
Pacífico pasa,
Y calma y sosiega
La llama que abrasa
Su pecho amoroso
En sueños también.

CORO.

*Suspende tu curso,
Céfiro halagüeño,
Que en plácido sueño
Descansa mi bien.*

IV.

Exortus est in tenebris lumen rectis.
(Psalm. cxi, versículo 4.)
Et dixit illis Angelus: a Nolite timere;
ecce ego evangelizo vobis gaudium mag-
num, quod erit omni populo.» (Lúc., ca-
pitulo II, versículo 10.)

PASTOR.

Pastorcilla de estos campos,
Que tu blanca manadilla
Apacientas á la orilla
Del pacífico Jordan.

PASTORA.

Pastorcillo de estos campos,
Que tu blanca manadilla
Apacientas á la orilla
Del pacífico Jordan.

LOS DOS.

Deja el sueño, que en las sombras
Discurriendo blancas lumbres,
Estos llanos, esas cumbres
Coronando en torno están.

CORO DE ÁNGELES.

Rompa los aires el claro acento
Del triste infierno pasmo y terror,
Y en sus espacios repita el viento:
Paz á los hombres, gloria al Señor.

ÁNGEL. (Recitado.)

Pastores, no temais. El prometido
A la llorosa tierra
Dominador pacífico ha nacido.
En Betlehem de Judá, temblando al hielo,
Niño menesteroso
Vereis al Hacedor de tierra y cielo,
Que su ingénito sér al mundo oculta
Para domar al tentador horrendo,
Y su rabia infernal vencer, muriendo.

CORO.

Rompa los aires, etc.

PASTORELA.

Valles de Gehona,
Campos de Sion,
Cantad, que os alumbra
Con más esplendor
De virgen aurora
Pequeñuelo el sol.

UN PASTOR.

Señor poderoso,
Niño por amor,
De blanco rebaño
Cándido pastor,
Humildes venimos
Al plácido són
Del silbo amoroso
Que suena en Sion.

PASTORELA.

Valles de Gehona, etc.

UNA PASTORA.

Hermoso es el lirio
Del fértil Hermon,
Hermosa en el prado
La purpúrea flor,
De rústicas sienes
Corona y honor;
Pero es más hermoso
Mi niño pastor.

CORO.

Valles de Gehona, etc.

A duo.

En sombra nocturna
Rugiendo asaltó
Tu aprisco el hambriento
Tartáreo leon.
Empero contigo,
Monarca pastor,

Ninguno es el riesgo,
Ninguno el temor.

PASTORELA.

Valles de Gehona, etc.

A tres.

Recibe gustoso,
Divino Pastor,
Los dones que humilde
Te dedica amor.
Pobres, pero dignos
De tu agrado son,
Si admites con ellos
Las almas en dón.

PASTORELA.

Valles de Gehona, etc.

CORO DE ÁNGELES Y PASTORES.

Rompa los aires el claro acento
Del triste infierno pasmo y terror,
Y en sus espacios repita el viento:
Paz á los hombres, gloria al Señor.

V.

1.^a

Por florecer tu cuna,
Oh celestial Infante,
Con mano esparce amante
Sus rosas el Abril.
Que si Diciembre frío
Su púrpura deshace,
Un nuevo sol las hace
Nacer de mil en mil.

2.^a

Si de tu puro labio,
Monarca pastorcillo,
De amaraco y tomillo
Manando está la miel,
Concédele piadoso
Al ansia que me anima,
Que con mi boca imprima
Un solo beso en él.

3.^a

Hermosa Virgen, Madre
Del Hacedor eterno,
Asombro del infierno,
Remedio á todo mal,
Tú nuestro error, oh Virgen,
Con dulces ojos mira;
Aplaca tú la ira
Del Padre celestial.

VI.

Al portal, pastorcillos,
El paso apresurado,
Y al Dios recién nacido
Corred á saludar.

Madre doncella,
Plácida estrella,
Que al mundo anuncia
Serenidad.

Tú por nosotros
Al niño pide,
Y el ruego mide
Por su piedad.
Buena noche, linda noche
De clemencia y de perdon,
En que se abren los tesoros
De la celestial Sion.
Conducido de su afecto,
A la tierra baja Dios,
Y de su redil amado
Solicita ser pastor.

CORO.

Suene, pues, en tierra y ciclo
Su piedad y nuestro amor.

Buena noche, linda noche
De clemencia y de perdón.

1.^a

Espíritu inefable,
Tú nos creaste amando,
Amando nos sustentas
Y amando nos alientas,
Para decir cantando
Las obras de tu amor.

CORO.

Suene, etc.

2.^a

La tenebrosa noche,
El resplandor del día,
La tempestad sombría,
Sus ecos temerosos,
Indicios son dichosos
De tu inefable amor.

CORO.

Suene, etc.

3.^a

En cuna de quebranto
Al frío te estremeces;
A pena sólo y llanto,
Pastor hermoso, creces;
En una cruz padeces,
Y mueres por amor.

CORO.

Suene, etc.

4.^a

Dulcísima María,
Del tierno niño madre,
Comparta la fe mía
Su adoración con ambos,
El de clemencia padre,
Tú madre del amor.

CORO.

Suene, etc.

VII.

Todo sea contento,
Suene flauta y tambor,
Y armónico al acento,
Al són del caramillo
Celebre el pastorcillo
Que del celeste asiento
Baja en traje de amor.

Ceda la noche umbría,
Y en los mares de Oriente
Su coronada frente
Alegre muestre el sol;
Que iluminando al día
Otro sol más fecundo,
Sale á ilustrar al mundo
Con cándido arbol.

Todo sea contento, etc.

VIII.

Villancicos al nacimiento del Hijo de Dios.

CORO.

Cantad, pastorcillos,
Cantad y bailad,
Que en medio de sombras
Y de oscuridad
El sol increado
Se mira brillar.

1.^a

Amoroso pastorcillo,
Cuya sien de lis y rosa
Con diadema luminosa
Coronando el sol está,
Por tus altos atributos,

Como inmensos, infinitos,
Tén, Señor, de mis delitos
Y mis lágrimas piedad,

CORO.

Cantad, etc.

2.^a

Esta flor que en las riberas
Del Jordan el alba cria,
A tu sien, sacra María,
La dedica mi humildad;
Que si bella y olorosa
Es honor del prado ameno,
En tu frente ó en tu seno
La deslucen tu beldad.

CORO.

Cantad, etc.

3.^a

Con dolor de mis ofensas
Baña el rostro el llanto mío,
En tí sola, en tí confío,
No me niegues tu piedad;
Que entre tanto que la vida
Me conceda el santo cielo,
Tú mi amparo y mi consuelo
Y mi madre tú serás.

CORO.

Cantad, etc.

—

IX.

CORO.

Celebrén cielo y tierra
A nuestro Rey pastor.

1.^a

Hebreos pastorcillos,
En medio de la noche
Su rubicundo coche
Muestra en el cielo el sol,
Y en la fecunda orilla
De este cercano río,
Cándido y puro brilla
El astro de Sion.

CORO.

Celebren, etc.

2.^a

Cual tímido corcillo
Busca de fresca fuente
La límpida corriente,
Te busca apresurada
El alma enamorada
Del triste pecador.

CORO.

Celebren, etc.

3.^a

La rosa entre las flores
Domina por más bella,
Brilla la blanca estrella
Al apuntar el día,
Y mucho más María
Brilla que estrella y flor.

CORO.

Celebren, etc.

4.^a

Cuando contra mi culpa
Te irrites, Dios y Padre,
Pida por mí tu Madre;
Invóquete clemente,
Y á tu piedad presente
Mi llanto y mi dolor.

CORO.

Celebren, etc.

5.^a

Benéfico y piadoso,
Al pecador ampara,

Mis crímenes repara;
Da muestra que me quieres,
Que por mi culpa mueres,
Que mueres por mi amor.

CORO.

Celebren, etc.

X.

Recitado.

Dormía el Dios infante,
Y de sombra pacífica cubría
Sus párpados el sueño;
Amor se sonreía
En su cándido rostro,
Y de su pecho al suspirar suave
El céfiro esparcía
Con susurrantes alas blando aroma,
En tanto que un pastor así decía:

Copla.

Pasa, oh céfiro nocturno,
Sopla dulce y silencioso,
No interrumpas el reposo
Del Monarca de la paz.

CORO.

Pasa, etc.

1.^a

Tú, María, que madre dichosa
De Jesús en el rostro te miras,
No le inquiete, si acaso suspiras,
Tu suspiro del sueño el placer.

CORO.

Pasa, etc.

2.^a

Vos, séráficas mentes canoras,
Celestial hermosísimo coro,
Con las alas de púrpura y oro
A su cuna el dosel le formad.

CORO.

Pasa, etc.

3.^a

Cuando el sol con su luz abra el día
Y estos campos fecunde y colorea,
Halle al niño durmiendo, y adore
En el sueño á su inmenso Hacedor.

CORO.

Pasa, etc.

XI.

Pastores, no temais; el Rey del cielo
Es nacido en Belén. Oír el llanto
De la triste Sión quiso piadoso,
Del cerco luminoso
De su trono inmortal baja á la tierra.
Por el hombre se humilla
A padecer un Dios; por él se presta
El poderoso, el fuerte,
A redimir su culpa con la muerte.
Tras nocturna borrasca sombría
Calla el mar, brilla el sol, luce el día
Y sucede la calma al terror.
Así un Dios aparece benéfico,
Que del mundo los llantos serena,
Ostentando con él tras la pena
Su poder, su clemencia y su amor.

Cordero cándido,

Niño dichoso,
Padre amoroso,
Dulce pastor,
¿Quién hay que mire
Tu rostro pálido,
Que no suspire
Por tí de amor?

CORO.

Del coro armónico
El eco suene,
Y el aire llene
De tu loor.

1.^a

Dios, que benéfico
Bajas al suelo,
Tú á quien el cielo
Llama Señor,
¡Oh! cómo al frío
Tiembblas del Ártico,
Tú, que al estío
Prestas calor.

CORO.

Del coro, etc.

2.^a

Tu sol pacífico
Rompa sublime,
Esta qué pálida
Al mundo oprime
Sombra de horror.

XII.

En las sombras de la noche
Más ufano brilla el sol,
Por los aires se difunde
De las cítaras el són.
Estos montes se coronan
De celeste resplandor,
Todo anuncia que ha nacido
El Monarca de Sión,
A ejercer entre nosotros
El oficio de pastor.

CORO.

Suene el cántico, suene, pastores,
Testimonio sincero de amor.

EPÍSTOLAS.

I.

Á DON FRANCISCO BAHAMONDE.

*Difertur, unquam tollitur
Ullus amor.*

PROP.

Tímido el criminal rodea el ara
Del núnen que ha ofendido; tiembla, llora,
Ora se aparta, ó con temor se acerca,
Tiende la mano trémula, y doblando
La medrosa rodilla, al Dios le ofrece
La flor nacida en su heredad inculta,
Que aunque inodora y árida, crecía
Al blando són de susurrantes ondas,
Con que del sacro altar corona el mármol
Para expiar con el dolor la culpa.

No ménos, oh Francisco, temeroso
Al acercarme á tí, temblando pulso
Del canoro marfil las dulces cuerdas,
Que en días más pacíficos ¡ay triste!
De Dévora en honor tejíó coronas
De himnos de triunfo y belicosos cantos,
Emulas de las palmas del Idume.
Mas ora muda y soñolienta calla
La lira blanda mía, que pendiente
De un árbol solitario, en noche oscura
Se querella doliente, y de sus sombras
De terror llena el tenebroso espacio.
¡Oh tú, dichoso! ¡Oh tú, caro Francisco,
Muchas veces dichoso! por quien luce
Siempre cándido el sol. Tú reposando
Bajo los ramos del laurel umbrío

Que de frescura te rodea y sombra,
Ora pulsas el plectro que en Olimpia
Resonando inmortal entre las manos
Del dirceo cantor, y en los oídos
Del numeroso pueblo, que pendía
De su contento sacro, al astro inmenso
Que nos alumbraba suspendió sonoro.
Ora á imitar al músico de Théos
Te aprestas, cuando armónico suspira
Amor, no más que amor, entre las copas
Del pampinoso Baco. Ora poblando
Los aires de tus quejas, acompaña
Las arpas de Sion al ronco estruendo
De la áspera cadena, que oprimido
Macera el cuello en afrentoso nudo
Del cautivo Israël. Con él te quejas,
Con él en metro doloroso lloras,
Cuando por la de Ebron la triste orilla
Del Eufrates ocupa. Entónces Eco
Replica y gime á tu gemido, mientras
Atento el lauro á tu dolor inclina
La verde copa á coronar tu frente.
¡Triste de mí! que opreso de la saña
De un destino tiránico, me quejo
Sin consuelo en mi pena, y nada miro,
Y nada espero, sino eterno llanto
Que mis mejillas bañe. Inútilmente
Al blanquear de la oriental aurora
Escucho el dulce plácido murmurio
De fresca fuente, el cántico suave
Del colorín, que en reiterados trinos
Saluda al sol; el céfiro amoroso
Que en tálamo aromático dormía,
Correr bullendo con sonantes alas,
Desde el que rey del prado alza la frente
Cándido lirio á la citérea rosa.

Inútilmente la celeste llama
Del astro matinal, padre del día,
Dora la sien del nebuloso monte,
De donde el frío amante de Oritia
De muertas puebla á la cercana Manto.
En vano ¡oh Dios! por el espacio etéreo
Rodar en orden silencioso miro
Mil claros mundos, rutilantes piedras
De la inmortal diadema que se ciñe
A tu increada frente. Al áurea lira
La mano tiendo, é inflamada siento
En dulce llama de canoro númer
La poética mente. El cerco de oro
Del radioso Olimpo piso, y quiero
De su armónica esfera á los sonidos
Unir el de mi cítara; mas presto,
Presto otro númer en mis manos rompo
El osado laud, y como piedra
En insondable mar me precipita
Al tenebroso abismo, en que esperando
Me está en oscuridad eterna y triste
Vida de oprobio y muerte sin memoria.

¡Oh si pudiera el infelice cuello
De entre estos nudos desasir! Si un día,
Inclinando su rostro al llanto mío,
Piadoso el cielo á mi dolor, rompiera
La cárcel en que muero; ¡cómo, cómo
Corriera enamorado á tus orillas,
Claro y fecundo Turia! ¡Cómo en ellas
Tañería tu cítara, ¡oh Francisco!
La cítara inmortal con trastes de oro,
Tendido á par de sus corrientes ondas!
A par de ellas tendido, cuando muestra
Blanca su frente la modesta luna,
Y con ebúrneo carro surca leve
El adormido mar. ¡Cuál sonaría
Mi Euterpe pastoril por los oteros
Que baña el río en su tranquilo curso
Con límpido raudal! Las pastorcillas,
De su métrico pié la tierra hollando,
Bailarian al són; su undosa crencha
El aura mecería, el fresco nardo,
La anémone olorosa ceñiría
Su sien cándida y pura, y á los ecos
Del caramillo extraño la sonrisa
Se asomára en sus bocas dulce, como

Rie la aurora en el luciente nácar
De su purpúrea cuna, ó como ninfa,
Amante ninfa en enramado bosque,
De su amador al lado. ¡Ay! ¡quién me diera
Gozar tan alto bien! Uno y mil tronos
Daría en trueque, y púrpuras y cetros.
Y los tronos ¿qué son? ¿Qué el ostro tirio,
Muelle pompa del Asia, ó la que cria
Entre sus ondas la eritréa Tétis,
Nítida perla que al ornato nace
De tiránica sien? Misero ciego,
Fantástica ilusión y sombra y nada.
Nunca ¡oh Francisco! en las tranquilas horas
Del nocturno silencio, cuando el mundo
Dormido en torno, la ambiciosa mente
Rápida surca el ideal espacio
En sus etéreas alas, y se crea
Mil ilusorias dichas, nunca el sólo
Codicio de un monarca; el odio nunca
Que confundido al llanto de cien pueblos
Compra el tirano que oprimiendo teme,
Y que ciñiendo el contrastado trono
En férreo cerco de iracundas puntas,
Lleno de culpas y de asombros lleno,
En el penoso lecho implora triste
Al sueño, que impiadoso se retira
De sus medrosos párpados, en tanto
Que al criminal oído el temeroso
Precursor de la cólera celeste
Horrendo el trueno y retumbando rueda.

Nunca en el alma mía le di entrada
Al bárbaro desecho de los lauros
Con que el impío Marte á sus alumnos
Ciñe en la lid, ni que la muda tierra,
Con el asombro estremecida al fiero
Ronco sonar de mis canoros bronce,
Bañe de sangre y silencioso llanto
Mis conquistadas palmas. Otro aspire
A oscurecer con la triunfante sombra
De su estandarte bélico del Istro
Al mar de Calpe, en tanto que pasando
Por ruínas y llamas, y de horrible
Maldición clamorosa un sordo estruendo
Resonando á su cido se encamina
Al templo de la fama; un solo instante,
Un instante no más, y sus trofeos,
Su pompa, su ambicion, su nombre todo
Miseria presa es todo del sepulcro,
Que se lo traga y cierra para siempre
En fúnebre silencio el frío mármol.
Mi pacífica mente no ambiciona
Esa fama críel comprada á precio
Del dolor de los otros, ni á que cuente
En áspera cadena la oprimida
Medrosa tierra el número prolijo
De mis odiosos días, y á que implore
Su ansiado fin al inclemente cielo.
Un campo limitado y fértil, una
Fecunda manadilla, una que al lado,
Inocente pastora, hermosa madre
De hermosa prole, con amante beso
Mi sueño rompa, y tu amistad, Francisco:
Esto no más codicio; en esto sólo
Mi gloria, mi ambicion, mi dicha fundo.
Empero ¡ay Dios! que la feral estrella
Que al triste curso fúnebre preside,
De mi destino misero me induce
A conocer el bien, á apeteccle,
Y á morir léjos dél; cual caminante
Cansado y sudoroso, que al sonido
De dulce y murmurante fuente cilla
El pié apresura; de sus claras ondas
El cristal mira que á templar le llama
Su ardor en ellas, su frescor suave
Respira en ilusión; pero cercado
De la abrasada arena que el desierto
A su deseo opone, al peso rinde
Del cansancio el espíritu, y opreso
De su dolor y de su sed fallece.

II.

Á BELARDO.

Fragmento.

Dices bien, mi Belardo, te confieso
Que con razon me culpas de imprudente,
Y á mi inútil ardor llamas exceso.

Confieso que mi espíritu impaciente,
A tolerar á brutos no enseñado,
Peca en no reprimir su ímpetu ardiente;

Que es contra la salud tomar cuidado,
Por lo que, aunque te mates, poco á nada
Puede quedar con ello remediado.

Que á ser mofa del necio condenada
Está la liberal filosofía,
De la moderacion acompañada.

Lo sé, Belardo, mas la poca mia,
Pensando á la pasión ponerle un freno,
Del error y del crimen se ofendia.

Amante de lo bello y de lo bueno,
Aplaudia lo bueno, y de lo malo
Con rostro abominar libre y sereno.

Contra nuestro español Sardanapalo,
Sin temerle ofendido ni iracundo,
Ora blandia su censorio palo,

Ora el infame altar del Dios íamundo,
A quien supo adorar Madrid postrado
Y con silencio respetar profundo.

De cieno mancillar con pecho osado
Supo y quiso, y la adúltera insolente
Su culto con furor vió profanado.

Mas ¡el premio cuál fué de mi imprudente
Musa, Belardo? Cárcel y cadena,
Odio, persecucion, muerte inminente.

Que aún me parece que á mi oído suena
De mi tímida esposa el amoroso
Triste suspiro, el llanto de la pena,

Que en mitad del silencio tenebroso
De noche insomne sin cesar corriendo
El mio interrumpia y su reposo.

Pero no puedo más, ni nunca entiendo
Que se muestre mi cólera remisa
Al mal que noto y que curar pretendo.

Mal que creciendo con furiosa prisa
Por España en el pecho, excita el mio,
Ora la indignacion, ora la risa.

.....

III.

FRAGMENTO.

.....
Mas ora mi dolor quiere que calle;
Quiérello así la pérdida Corina,
A quien pensé tan sólo dedicarle.

Al eco de otro amante acaso inclina
Más plácida el oído, y por ser mio,
Mi laud y mi cántico abomina;

Y mientras que las ondas de este río
Con mi llanto acrecienta, al lado ella
De su amador recorre el bosque umbrío.

¡Cruda, tirana, aborrecible estrella
Que á mi suerte presides! Basta y cede
Al eterno clamor de mi querella;

Que ya mi pecho resistir no puede
A tanto padecer; borra, te ruego,
Que ni aún reliquia de su afecto quede

De mi mente á la infiel; calma este fuego
En que mi corazón apasionado
Arde sin esperanza ni sosiego,

O ábreme el mármol del sepulcro helado,
Y en él mi nombre de infelice suerte
Quede en eterna sombra sepultado.

¡Oh, ten piedad! Concédeme la muerte,
Tú que te aplices en mi mal, oh cielo,
Si este bien puedo al ménos merecerte;

Cubra con poca arena el frío suelo
Mi despojo mortal; déle la tierra
Paz á mi afán, á mi pesar consuelo.

Mire Corina la que á Elicio encierra

Rústica piedra en su feral reposo,
A quien del mundo su impiedad destierra;
En ella fije el rostro desdenoso
Y diga: «Este me amó, fui su señora;
Prometí hacerle con mi amor dichoso,
Y yace aquí, porque le fui traidora.»

ROMANCES.

I.

ROMANCE MORISCO.

«Escuchadme, castellanos,
Y tú, alcaide, que paseas,
De su defensa cuidadoso,
Las murallas de Antequera;

»Escucha á Celín, si acaso
Es que de Celín te acuerdas,
A quien llaman los moriscos
Mantenedor de sus fiestas:

»El que en el funesto día
Que las lunadas banderas
De las armas de Fernando
Fueron por desdicha presa:

»A pesar de tres heridas,
Sin esperanza y sin fuerzas,
No dudó de solo á solo
Hacerte á ti resistencia.

»A ti, por quien tantas madres
Del Albaicín se lamentan,
Y al oír tu nombre, al seno
A sus maridos estrechan.

»Perdona si baña el llanto
El rostro mio, y no creas
Que puede llorar sin causa
Quien de tu acero no tiembla.

»Pero si en ánimos nobles
Es la osadía cadena
De la amistad, hoy contigo
La mia te recomienda;

»Y enternecido y piadoso,
Al considerar mi pena,
Que te lastimes confío,
Y que mi súplica atiendas.

»Maleca, ínclito caudillo,
Mi idolatrada Maleca
Está en tu poder, y ausente
Muero de dolor por ella.

»El título de su esposo
Quiso el cielo darme apenas,
Cuando sonaron en torno
Las castellanas trompetas,

»Y el católico escuadrón,
Tremolando sus enseñas,
Cubrió de sombra estos campos
Y de terror á Antequera.

»Perdimosla, y más que todos
Este desdichado en ella,
Pues que Maleca perdida,
¿Qué más que perder le queda?

»Tú solo puedes, tú solo,
Del pesar que me atormenta
Templar la impiedad, y hacer
Que no me mate su ausencia.

»Restítuyemela, alcaide,
Y el Padre comun, que premia
La misericordia, cuide
De remunerarte de ésta.

»¡Oh, quién para su rescate
Poderoso á darte fuera
Las minas que el rico Idaspes
Y el índico mar rodea!

»Pero todos mis tesoros
En cuatro acémilas bellas
Están para tí, cristiano,
De esta ciudad á las puertas.

»Treinta telas de brocado,

Seis alcátifas de Persia,
Tres purpuradas marlotas,
Reamadas de oro y perlas.
»Doce espadas, que blandidas
Por tu belicosa diestra,
Guay del triste que en la lid
Esté de sus filos cerca!

»Cinco potros obedientes
Al acicate y la rienda,
Los más bellos que del Bétis
La orilla pacen amena.
»Ropas de cándida lana
Y paños que labran sedas,
Que afrentan con sus matices
Las de Milan y Florencia.

»Todo es poco, lo sé, alcaide,
Pero mi contraria estrella
Esto y no más me permite
Ofrecerte por Maleca.

»Si esto no es bastante, añade
Mi persona á mis riquezas,
Y de su mano traslada
A mi cuello su cadena.

»O si á dárme la resistes,
Manda que de esas almenas
El más certero dispare
A mi pecho su ballesta.

»Mátame, si; esto te pido,
Apíadente mis querellas;
Que para sentir desdichas,
¿Qué importa que un triste muera?»

Calla con esto, y el rostro
Inclina lloroso á tierra,
Y espera á que desde el muro
Le dé el alcaide respuesta.

«No temas, le dice éste;
Moro enamorado, alienta;
No pienses que en mí el oído
A la compasión se cierra,

»Ni que tienen los cristianos
Las entrañas tan de piedra,
Que nunca en ellas penetren
Del númen de amor las flechas.

»También sienten, también lloran,
Como los moros sus penas,
Y sufriendolas aprenden
A compadecerse de ellas.

»Para que sepas si es cierto,
Libre te doy á tu prenda;
Condúcela tú, soldado,
Y franqueadle esas puertas.

»Con mi esposa en sus estrados
Recamando está una tela,
Con que mi Alfonso en las armas
Contra Archidona se estrena.

»Esos tesoros, Celín,
Con que rescatalla piensas,
Para ti queden, y nada
Por ser piadoso me ofrezcas.

»Para ti son, nada quiero;
Que los hombres de mi esfera
Pelcamos con la espada,
No traficamos con ella.

»Esa es tu esposa, ahí la tienes;
Y pues con llanto la mercas,
En cambio de lo llorado
Bien mereces que te quiera.

»Tómala en ancas y parte,
Pártete, Celín, aprieta,
Pues ya el padre de las luces
Está del ocaso cerca.»

Atónito de su dicha,
Lo que el alcaide le ordena
Cumple el moro, y con palabras
Para responder no encuentra.

Por un rato llora y calla;
Al fin, torciendo las riendas
Hacia Conil, pone al bruto
Las aceradas espuelas.

Mas ántes de que se aleje,
«Adios, alcaide, te queda,
Adios, le dice, y él tome

Tu ilustre accion por su cuenta.

»Adios», le repite; y dando
Libertad en la carrera
Al caballo, desaparece
En la cercana floresta.

Dicen que por el camino
La rescatada Maleca,
Al volver Celín la cara,
Quizá con la intencion mesma,

Le imprimió en la boca un beso,
De su amor en recompensa,
Precursor de otros placeres
Que para la noche espera.

II.

ROMANCE ALEGÓRICO.

A la sombra de una encina (1),
En cuyos ramos antiguos
Colgó el frances victorioso
Los trofeos de ocho siglos;
En medio de blancas rosas,
Al lado de un fresco mirto (2)

Solitario y venturoso,
Crecia un cándido lirio (3);
Ora en sus hojas bullia
Suspirando el cefirillo,
O en su aromático seno
Ora dormia tranquilo.

Y satisfecho y contento
Bajo el tutelar abrigo
De la poderosa encina,
Nunca receló peligros;
Cuando á deshora, sonando
Los vientos embravecidos,

Se cubrió en sombras del claro
Sol el luminoso disco.
Rueda retumbando en torno
El trueno, y al estampido

De sus horrisonos ecos
Tiembra el inmortal Olimpo,
Y abriendo las negras puertas
De su cárcel el abismo,

A sus cavernosos senos
Llama al mortal oprimido.
Eterno Dios, que presides
A los humanos destinos,
¿En qué piensas, que no acorres
A tus inocentes hijos?

Mira cómo gira el rayo
En fogosos remolinos,
Exterminando y sembrando
De ruinas su camino.

Mira caer, al impulso
Del impetu enfurecido,
La encina, la añosa encina,
Honor de los campos míos;
Y mira al pastor, que un día
Sudoroso encontró asilo

Bajo sus ramas, llorando
Su antiguo esplendor perdido.
Yace también junto á ella
El ántes hermoso mirto,

Cubriendo el estéril suelo
Con sus ramos esparcidos.
El laurel, honroso premio
De los valientes caudillos,
Agora lo pisa y mira

Con desden el peregrino.
Y tú, amor de estas riberas,
Jóven y gracioso lirio,
Yaces también deshojado
Y sin esplendor marchito.

¿Cómo no aplacó la saña
De los hados enemigos
Esa hermosura, que el cielo

(1) El trono frances, ó por extension, Luis XVI.

(2) La reina de Francia.

(3) El Delfin.

Partió liberal contigo?
Yo me acuerdo, yo me acuerdo
Cuando en tiempos más tranquilos
Te saludaban las aves
Con sus armónicos trinos.
Cuando al margen de las aguas
De tu paternal dominio,
Tu blanco pie con respeto
Besó el orgulloso río.
Y, al dorar el sol naciendo
Las cumbres de aquestos riscos,
Te bendecía la tropa
De rústicos pastorillos.
Y agora viles insectos,
Del polvo que hollabas, hijos,
Profanan tus blancas hojas,
Sin piedad y sin castigo.
¡Oh bella flor, algún día
Placer de los ojos míos,
Y agora ocasion eterna
De mis eternos suspiros!
Admitelos, y con ellos
El llanto que te dedico;
Pues padecer es el tuyo,
Y llorar es mi destino.

III.

Orillas del mar de Alcides
Tendia sus blancas redes,
Pescador con poca dicha,
El anciano Filarete.
Contempla, le dice Amíclas,
Cómo pacífico muere
El cándido sol, oh padre,
En las ondas de occidente.
Al cisne mira ceñido
De cien círculos de nieve
En sus últimos reflejos
Sumir la arqueada frente,
Y dilatando sus alas,
Abrir los senos de Tétis,
Formando purpúreos surcos,
En que apacible se mece.
¡Oh, cómo es dulce el sonido
Que del oloroso ambiente
El soplo forma en los olmos
Que en esas llanuras crecen,
Y cómo el céfiro manso
Bate las alas lucientes
De oro y de nácar, y ondea
Las aún no maduras mieses!
Mira cuán blanca la luna
Tras de la estrella aparece
De la noche, que á su reina
Las sendas abre celestes.
¡Oh cuán bello es, padre mío,
Lo que en su aura nos ofrece
El cielo, y qué afortunado
El que esta fortuna siente!
Es cierto, le dijo el padre;
Espera en su piedad siempre,
Que sólo al que en ella fia
Le es permitido que espere;
Y quiera él que nunca el crimen
De tus años inocentes
Con dolorosa memoria
La serenidad altere.
¡Ay! bien presto, caro Amíclas,
De la orilla de esta fuente
Y de ese enramado bosque
Me despediré por siempre;
Que á otra morada más dulce,
Donde de tu lado ausente
Y libre de afán descansa,
Me está llamando la muerte.
Tú quedarás. No te pido
Sino que de mí te acuerdes,
Hijo mío, y que piadoso
Al desdichado te muestres;
Llora con él y á su llanto

Llanto de lástima ofrece.
Halle en tí consuelo el triste,
Y amparo el que más no tiene;
No desdénas nunca al pobre,
Ni tus puertas, inelmente,
Al cansado caminante
Que llame á tu asilo cierras;
De tu barquilla contento,
No codicies otros bienes,
Cuya posesion incierta
Tu plácido sueño inquiete.
¡Qué son las perlas del Indo,
Qué la púrpura luciente
Con que el poderoso ciñe
Las atormentadas sienas?
¡O qué importa, amado Amíclas,
Que con cien arados pueble
El rico y tendido espacio
De las llanuras del Bétis?
Todo es sombra. Sombra sólo
Con que la ambicion nos miente,
Y que del afán que cuesta
Nos deja el dolor en trueque.
Quince lustros hace, Amíclas,
Que de estas márgenes huésped,
La red al mar ó la caña
Mi trémula mano tiende,
Y acaso en oscura noche,
Con poco dichosa suerte,
Abrió sus ondas la quilla
De mi quebrantado leme,
Cuando el áfrico iracundo,
Dándole el costado inerme,
Entre sirtes me ofrecia
En fiero mar cierta muerte,
Y orando lloroso al cielo,
Miré en el rosado Oriente
Nacer pacífico el astro
A quien la borrasca cede;
Que nunca cierra el oído
Al llanto del inocente
El Padre comun, aun cuando
Airado con él se muestre.
Dichoso el que en él confia
Y en dulce oscuridad siempre,
Ni de otro, querido Amíclas,
Espera, ni de otro teme.
Nada Amíclas le responde;
Mas aunque mudo, elocuente,
Besa llorando la mano
Que el buen anciano le tiende;
Y asiendo de un remo y otro,
Porque ya el mar se oscurece,
Dirige el pequeño esquife
Hacia su tranquilo albergue.

IV.

Adios, soledad umbría,
Enramado bosque, adios,
Donde fui cuando él queria
Afortunado en amor.
Para siempre adios quedaos,
Que rendida á su pasión,
Flérida á mí me desdénas,
Y prefiere á otro pastor.
A otro pastor que del Turia
Trujo mi suerte á Arlanzon,
Si más rico, no más tierno,
Y ménos fiel que yo soy.
Tiránico amor, ¡es éste
El premio con que contó
Mi bien fundado cariño,
Celos, ausencia y rencor;
Y que léjos de mi patria,
En extranjera region,
Pobre, abandonado y triste,
Busque otro río, otro alcor,
Otra floresta en que lllore
Solitario mi dolor,
Y de mi pastora cuento

A sus ecos la traicion?
 Tomad, ninfas de Castilla,
 Esta es la que me ciñó
 Corona de mirto y rosas,
 De este umbroso bosque el dios,
 Cuando mi citara pudo
 Triunfar con plácido són
 En armónico certámen
 Del cdetano cantor,
 Acordaos por lo ménos
 Del misero Coridon,
 Ya que la infiel no se acuerde
 De mi amor y de su amor,
 Decidle que no le pido,
 En el estado en que estoy,
 Sino es un suspiro, ó una
 Triste memoria sinó.
 ¿No respondeis? ¡Ay de mí!
 Nadie muestra compasion
 De mi llanto, ó se lastima
 De un desdenado pastor.
 Pues no, criuel, no confies
 Que dado que á morir voy,
 No tome de tu inconstancia
 Mi ofensa satisfaccion;
 Que pálida sombra, cuando
 Extienda con frio horror
 Su manto la noche y abra
 Sus ondas el mar al sol,
 Apareceros prometo
 En este bosque á los dos,
 Y á tí y tu pastor pediros
 La cuenta de mi dolor.

V.

Tened cuidado, os intimo,
 Pastorcillas de este bosque,
 Cuando en su recinto opaco
 El sueño por dicha os tome.
 No há muchos dias que á sombra
 De este proceroso alorçe
 Me quedé dormida, léjos
 De mi alcor y mis pastores,
 Y soñé, atended, que amor,
 Niño en la apariencia y pobre,
 Desnuda en el frio suelo
 La cándida planta pone.
 Que con pié tardío y laso
 Se encamina hácia mí, en donde
 Entre amaranto y cantueso
 Las fuentes nacen del Tórmes.
 «No á mí te acerques, le dije;
 Que no es á mi edad conforme
 Que en esta floresta, y sola,
 Tu mano á mi pecho toque.
 Huye de mí, que no quiero,
 Cuando todos te conocen
 Por traidor en nuestra aldea,
 Que en mí confirmes el mote.
 —Mira, me responde el niño,
 Bañado su rostro entónçes
 De llanto, cuánto es mi estado
 A tu temor desconforme.
 Mirame, pastora, ciego,
 Mira mis alas, que torpes
 Baten apénas, mojadas
 Del rocío de la noche.
 ¡Ay, triste de mí! que errante,
 De este enmarañado bosque
 No pienso salir, si tú
 Por piedad no me socorres;
 Ten lástima, pastorcilla,
 No á mi lamento de bronce
 Te muestres; así de Elicio
 Nunca separada llores.»
 Compadecida me acerco,
 El se acerca, ¡ay Dios! y asíóme
 De la mano: tras mis plantas
 A caminar se dispone,
 Mas no bien la tocó, siento

No sé qué ardor, que me corre
 Al corazon, y que el rostro,
 Aunque á mi pesar, no esconde.
 Quise huir; mas ¡ay cuitada!
 Que de uno de sus arpones
 La punta el traidor al pecho
 Para impedirlo me pone.
 «¿Es éste, pérvido, el premio,
 Es éste, le dije entónçes,
 Que darle tú á mi piadosa
 Credulidad te propones?»
 Esto decia y queria,
 Aunque con fuerzas menores,
 Desasirme dél luchando;
 Mas ¡quién hay que amor no postre?
 Dígalo yo, que rendida
 Caí de ese tronco informe
 Al rústico pié, en la alfombra
 Que una y otra flor compone.
 Y cuando desperté, ¡ay triste!
 No sé bien cómo ó por dónde,
 Me hallé en los brazos de Elicio,
 Enamorada y de noche.

VI (1).

En noche nublada y triste,
 Al pié Zoraide de un árbol,
 Que en sus tendidas llanuras
 Las ondas lamen del Darro;
 Roto el animoso pecho,
 El escudo acicalado
 Roto en la pradera, y roto
 En su noble frente el casco;
 Con su amor á un tiempo mismo
 Y con la muerte luchando

.....

VII.

La tierna pastora mía,
 Una tarde del estío,
 Sentada á la fresca sombra
 De este bienhechor aliso,
 Dándole en el rostro un beso
 A su blanco corderillo,
 Beso que no son más dulces
 Los de la deidad de Cipro,
 «Mira bien cómo te quiero,
 Aunque tú á mí no, le dijo,
 Cordero mio, y estima
 Ese beso á mi cariño;
 Que si por dicha supiera
 El pastor por quien suspiro,
 Que más que no á tí querría
 Dárselo mi amor á él mismo,
 No hay duda que su contento
 Fuera comparable al mio,
 Si me adora como dice
 Y no es mentidor Elicio.
 — No miente Elicio, le dije,
 Saliendo del bosque umbrío,
 Donde mi amor me tenía
 Acechándola escondido.
 Dámele, pues, y daréte
 En trueque dél tantos mios,
 Que el que me los cuente, cuenta
 Las arenas de este río.
 Mas no pienses que es él solo
 El bien único á que aspiro.....
 Por no ofenderte, á la sombra
 De la soledad y el sitio,
 Soy tan tímido, que un beso,
 Y no otra cosa, te pido.»

(1) No se ha encontrado más que el presente fragmento. Lástima, en verdad, porque este principio de romance tiene la gallarda entonacion de Góngora. (Nota del Colector.)

CÁNTICOS SAGRADOS.

I.

A CRISTO CRUCIFICADO.

1.^a

Al pié del leño de que pende
El moribundo Redentor,
Pues que mi llanto no le ofende,
El llanto muestre mi dolor.
La sangre dél, que baja al suelo,
Bañe la frente á su ofensor;
Sienta una parte de su duelo,
Ame á quien muere por su amor.

CORO.

*Contéplale espirando,
Misero pecador;
Al ménos tu dolor
Muestra llorando.*

2.^a

¿Quién fué el críel que de tu frente
Pudo la nieve mancillar?
¿Quién de ese círculo inclemente
Tu sien hermosa coronar?
¿Cómo se quiso tu paciencia
A los tiranos humillar?
¿Cómo no pudo tu inocencia
Su alma de mármol apiamar?

CORO.

Contéplale, etc.

3.^a

Profunda herida tu costado
De fiera lanza quiso abrir,
Que al corazon atormentado
Pueda más penas añadir.
Corre de sangre un largo río,
Que abrevia el curso á su vivir.
¡Y de dolor, oh padre mio,
Correr la miro, sin morir!

CORO.

Contéplale, etc.

4.^a

El Hombre-Dios al pueblo implora
Con qué aplacar su sed críel,
Y con clemencia burladora
Le ofrece el fiero absinto y hiel.
Bebe, Señor, mi triste llanto,
Tu sed aplaca sólo en él;
Que le produce mi quebranto
Y te le ofrece una alma fiel.

CORO.

Contéplale, etc.

5.^a

La frente inclina, y esto anuncia
Que ya está próximo á espirar,
Y el solo acento que pronuncia
Su dulce boca, es perdonar.
Inmenso Dios, Jesus clemente,
Dame de lágrimas un mar,
Y un corazon que eternamente
Al tuyo amante sepa amar.

CORO.

Contéplale, etc.

6.^a

Señor, á quien el cielo adora,
Mira piadoso mi afliccion;
Sólo por ti mi culpa llora,
Ten de mi culpa compasion.
No mis delitos recordando,
Consumes tú mi perdicion;

Que cuando un Dios fallece amando,
Día es de amor y de perdon.

CORO.

Contéplale, etc.

II.

A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

1.^a

Puro y cándido lucero,
Claro lirio, intacta rosa,
A mis ojos más hermosa
Que las palmas del Cedron;
Ese rostro de clemencia
Vuelve á mí, dulce Pastora,
Y con súplicas implora
En el cielo mi perdon.

2.^a

De ese Infante considera
Los afectos cariñosos,
Que con ojos amorosos
Se complace en tu beldad;
Que parece que con ellos
Te enamora y dice, pide;
Pide, pues, y el ruego mide
Con la mia y tu piedad.

3.^a

De tiniebla borrascosa
Se me cubre el claro día;
Tú, piadosa, ¡oh María!
Dale oído á mi clamor.
No afligido me abandones
Cuando el alma desfallece;
Muestra ¡oh madre! que mereco
Este título tu amor.

4.^a

Con la sangre del cordero
Tu rebaño está teñido;
En tu aprisco recogido,
¿Quién le puede amedrentar?
Brame fiera en torno mio
La maléfica serpiente,
Que tú sabes de su frente
El orgullo quebrantar.

5.^a

Cuando airado con nosotros
Arme el brazo en nuestra ofensa,
Tú, María, la defensa
Toma, y calma su furor.
Tú le muestra el blanco seno,
Y le acuerda que eres madre,
Que es tu hijo y nuestro padre,
Tú pastora y el pastor.

6.^a

De ternísimos afectos
Siento llena el alma mia,
Y en ti sola, en ti, María,
Puedo y quiero confiar.
Que bien juzgo que en mi abono
Tú benéfica intercedes,
Cuando lágrimas concedes
A mis ojos que llorar.

ODAS.

I.

¡Tierra, mar, cielo santo,
A quien las voces del placer envío,
Si antes lúgubre canto
Y voz de muerte resonaba en torno

El triste llanto mío!
 Ya se alejó el pesar, ya el sacro mirto,
 Por la mano más bella que natura
 Pudo formar, mi sien amante ciñe,
 ¡Qué oí! ¡Qué oí! Felice,
 ¡Oh! felice mil veces el momento
 En que mi dicha aseguró su boca,
 Boca más que la rosa ardiente y pura,
 Cuando lascivo el viento
 Al rocío de amor sus hojas abre.
 ¡Y es verdad? ¡O el beleño,
 Que en las tranquilas alas
 Lleva suave el vagaroso sueño,
 Ilusion derramó sobre mis ojos?
 Y de la Cloë mia
 El blando corazón, á quien la Cipris
 Miró con dulce risa, ¿será cierto
 Que en amor de un mortal un tiempo ardía?
 ¡Imágen deliciosa!
 ¿Qué es para mí la tierra? El suelo yerto
 Verán mis ojos, los hinchados mares
 Gemirán, y la frente procelosa
 Sacudirá Aquilon, trayendo el rayo
 Envuelto entre los negros torbellinos;
 El Padre de los seres
 Ponga su enojo en la cabeza mia,
 Y el sacro autor del día
 Su luz esconda á mis felices ojos,
 En sombras abismados
 De destrucción y muerte;
 Que yo diré contento,
 Bendiciendo mi suerte
 Hasta el postrer suspiro:
 «Amé, me amaron y en amor espiro.»

II.

¿No ves la blanca aurora,
 Graciosa Cloë, cual del rico manto,
 Que en púrpura colora,
 Prodigas al cielo santo
 Las claras luces con que brilla tanto?
 ¿Y cuál la fresca rosa,
 Que imita la color de ardiente llama,
 Descoge licenciosa
 El seno do derrama
 El alba pura aljófares que inflama?
 ¿No ves cuál jugueta
 El rapacillo Amor, que diligente
 Con lirios mil rodea
 La ya térgida frente
 De un recental lavado en clara fuente?
 ¿Y el vagaroso viento
 Cual se mece suave entre las flores,
 Cuyo divino aliento
 En sabeos olores
 Empapado matiza sus colores?
 Pues á tí, Cloë mia,
 A tí ofrece la madre primavera
 La luz del nuevo día,
 La rosa placentera,
 La clara fuente y aura lisonjera.
 Vuélvete al cielo y mira,
 Vuelve los ojos hácia el fértil suelo,
 Y todo amor respira,
 Que con rápido vuelo
 Hince ligero amor, y tierra y ciclo.
 No en el carro dorado
 Corre más presto Febo, ni su alada
 Cuadriga al fresco prado
 De la nariz hinchada
 Esparce la veloz llama sagrada;
 Que el amor, cuya frente
 Corona el blando mirto y rosa pura
 Del Oriente á Occidente,
 Moviendo con presura
 Las alas, ciñe en torno á la natura.
 Salve, oh amor, tú eres
 Dulce esperanza al hombre; tú en su vida
 Derramas tus placeres;

Y tu idea perdida,
 ¿A quién no fué la luz aborrecida?

III.

¿Y quién no sintió el fuego
 Que amor derrama al pecho del poeta,
 Si no pisó la planta de la muerte
 La dulce rosa de su edad primera?
 ¿De amor la sacra mano
 Guió la pluma del suave Gésner,
 Y Albano y Rafael bañaron juntos
 El pincel sacrosanto
 En la copa de amor..... ¿Y qué no haría
 Aquel que llena mar y cielo y tierra?
 Así el pastor del Ida
 Por su impulso tiñó la fugaz flecha
 En la sangre del hijo de Pelco,
 Y el polvo tucero amancilló su frente.
 Así la horrible Parca
 Cubrió con negras alas á Patroclo,
 Víctima de los dones
 Que Cipris hizo al hijo de Priámo.
 Así el veloz caballo
 Del carro de Pelops corrió á la meta,
 Por el azote del amor herido,
 Cual rayo asolador rompe la nube;
 Y así naturaleza
 Apareció á la voz de su precepto.
 El dió á los frios peces
 Poder engendrador; él á las aves
 Extendió con su mano el blando lecho;
 El domó la cerviz del críel tigre
 Al suave deseo de ser padre;
 El hermanó los átomos dispersos
 En el inmenso espacio, y de natura
 El sacro ramo le bañó en rocío,
 Rocío productor. En fin, al hombre
 Le dijo: «Ama por siempre,
 Y tú serás feliz.» Y á su precepto
 El hombre respondió: «¿Y será cierto?
 ¿Y yo seré feliz si amo por siempre?
 Pues por siempre amaré.» ¡Salve mil veces!
 ¡Sacrosanto precepto, que me acuerdas
 El placer de existir! Y tú, mi amada,
 Sometida al amor, si el tiempo amigo
 O el dios de mi ventura lo permite,
 Versos harás cual Safo enamorada.

IV.

En elogio del lord Wellington, despues de la batalla de Tolosa.

Sic itur ad astra.

HORAT.

Presta, oh ilustre capitán, tu oído
 A esta que ebúrnea entre mis manos sueña,
 Con trastes de oro, castellana lira;
 Y al bélico sonido
 Con que los antros de Tolosa atruena,
 El britano cañon sus ecos une,
 Que amor de patria y libertad inspira.
 Para el blanco bridon. Breves instantes
 Su curso detendré y á la fortuna
 De tus triunfantes armas. No adelantes
 El paso, espera. Ten, detén las riendas,
 Y ántes que el sol en su luciente cuna
 Derrame el día, que al acento mío,
 Caudillo heróico, con piedad atiendas
 Te pido; escucha. A mi amistad consiente
 Que estas del Pindo inmarcesibles rosas
 Entreteja al laurel que orna tu frente.
 Tú, de Francia terror; tú, belicioso
 Libertador del oprimido mundo,
 Que del Corso ambicioso
 A los feroces piés desde el profundo
 Seno de Atlante á la alemana Tétis,
 El férreo cetro con dolor sufria;
 En fin, mírale roto; mira el llano
 Por el inclito acero que en tu mano

Blande la muerte, de reliquias tristes
 Sembrado en torno; la corriente fría
 Mira del Ebro, y sus cruentas olas
 Correr tardías, de crinados cascos
 Al espantoso cúmulo impedido
 Su rauda curso, y de estandartes rotos.
 Mira el campo franceses nadar teñido
 En su caliente sangre;
 Su hueste amedrentada
 Mirala huir de tu animosa espada,
 Buscando asilo contra tí del bosque
 En el profundo horror; llamar la sombra
 Que tenebrosa en torno se dilate,
 Y de tu furia el último rescate
 Resto de sus escuadras. Por la alfombra
 Que á sus medrosos piés le tiende el prado,
 El tesoro esparcir que ornato pío
 Fué del altar ó de mitradas frentes;
 Ansioso, apresurado,
 Las altas escalar cimas umbrías
 Del Pirene; y en ellas aún mal cierto
 De que el opaco tenebror retarde
 El triste fin que merecida llora,
 Del miedo al nimen implorar, que oculte
 Noche inmortal á la futura aurora.
 ¡Y quién pudiera á su laud canoro
 El ímpetu enfrenar, y en triunfo tanto,
 Plácido no pulsar sus cuerdas de oro,
 O enmudecer al canto
 Que en torno esparce de la libre patria
 El musical concento?
 Tú por ella lidiaste; deja en ella
 Que suene tu loor. Que si las aras
 Donde de la piedad el sacro acento
 Al comun padre en tímida querella
 Su dolor ofrecía,
 Cesa de mancillar con burla impía
 El tirano frances; si el mármol frío
 No abre su impura mano en que la muerte
 Las últimas esconde
 Tristes reliquias del mortal, y al aire
 Las esparce sañudo;
 Si el eco no responde,
 ¡Y sólo el eco! al arador que mudo
 Desde la alta colina
 Mira y lloroso de abatidas moles
 O de asolada miés la ámplia ruína;
 Si de las rotas haces esparcidos
 No mira en torno de truncados cuellos
 Cúmulo horrible; si las rojas cruces
 De Alfonsos y Fernandos
 No arrastra ya por el cruento lodo,
 Y si á Castilla, en fin, mira en Castilla,
 De tí, noble adalid, es obra todo.
 Obra es de tí, si al moribundo infante
 Su sangre el seno maternal no ofrece
 Por único alimento;
 A tí es deudor, si el astro de la noche
 Llorando amor en tálamo no puro
 No le cuenta su oprobio, y del tormento
 Que le oprime fallece;
 Por tí la Erinne, que del reino oscuro
 De las sombras salida, entre nosotros
 Su trono puso, desde el almo Bétis
 Retorna al patrio Sena.
 Por tí tan sólo en su piedad el cielo
 Con fraternal cadena
 Nos torna á unir; por tí siente consuelo
 El comun llanto, y si contenta y libre
 La pastorcilla mia
 Dulce su amor en la floresta umbría
 Remite al canto, y con felice trueco
 Plácido y libre le responde el eco.
 Osa ¡caudillo ilustre! osa y confía
 Del nimen que te apresta
 Muchas otras en ésta,
 Que ora te ciñe militar corona
 A la cándida sien. La que el tirano
 A su frente rodea, el trono impío
 En que se sienta, anonadar tu mano
 Puede, y lo harás; que la celeste llama
 Miro encender, y de Aquilon escucho

El ofendido rey que á la lid llama
 Al escuadron que fiero
 Al franco usurpador cercando en torno
 De círculos de acero,
 Muerte ó afrenta á su espantada ofrece
 Vista feroz por uno y otro lado.
 Sús, ¡á qué esperas? La fortuna asiste
 Tus armas; ¡quién resiste,
 Quién al ardor y al ímpetu iracundos
 Del indomado astur; del que en Bardulia
 Los llanos de Arlanzon ara fecundos;
 Del que del Darro en la olorosa orilla
 Respira, ó del Oróspeda en las cumbres
 Mora pastor de blanca manadilla,
 O con las quinas purpuradas barre
 De Luso el sacro mar, si tú, caudillo
 De ellos, furor á su furor añades,
 ¡Tú, que de pueblos tres te aclamas héroe!
 No, no lo dudo. Del tirano toca
 La audacia al fin, sin fruto resistillo
 Quiere; que el cielo á su impiedad apoca
 Los rápidos instantes.
 Acaso ora es ludibrio el que fué ántes
 De las ninfas del Moskua asombro y miedo
 Trilistado pendon. A tí tan solo
 Espera el mundo. A tí, Fernando, espera,
 Desde que en su prision esparce Apolo
 Sus benéficas lumbres, é ilumina
 Del que le ciñe tenebroso muro
 El mármol frío, y dolorido inclina
 A los últimos cercos de Occidente,
 Donde le llama nuestro amor, la triste
 Descoronada frente,
 Que fortuna siniestra
 Se ocupa en oprimir, y fija el rostro
 Llorando en tí y el preso pié te muestra,
 Paréceme que siento,
 Al decir esto, del furor celeste
 La mente enardecida.
 Oid, los que lidiáis, héroes ilustres,
 Por la patria ofendida
 Y el oprimido rey; preste á mi acento
 Castilla fe, y á la pelea apreste
 Los acerados filos. En el cielo
 Está de la alta omnipotente mano
 Escrito el fallo de la causa impía
 Contra quien se arma el mundo.
 Acelerad el paso; á la osadía
 La fama es compañera.
 Suenen la trompa que al frances anuncie
 Muerte y terror. Que en su encendida esfera,
 Antes que en noche occidental espire
 El sol, á París busque,
 Y soledad no más y escombros mire.
 Id, pues; marchad. Abierto
 El camino teneis, el triunfo es cierto.
 Que si el laud que en cántico sonoro
 Al certámen os llama,
 Puede entre el inmortal cándido coro
 De cisnes alternar que el Bétis cria
 O el mantüano rio,
 No lo dudeis, os cantaré; y que España
 Le aplauda espero, y que le inspire Clío.

V.

La invasion francesa (1823).

A las armas, no hay medio; del tirano
 Que á Francia oprime y que su trono afrenta,
 ¡No ois cuál rugen en la traidora mano
 La bárbara cadena con que el cuello
 De la indomable España atar intenta?
 ¡No ois tronar con eco repetido
 El duro bronce, y la arborosa frente
 Undular no miráis del Pirineo
 De marcial trompa al bélico sonido?
 ¡Un estruendoso, un rápido torrente
 De armas y armados desde su alta cumbre
 No miráis descender hácia los llanos,
 Hácia los llanos que en su ameno curso

El Ebro undoso á fecundar camina,
Amenazando á nuestra cara patria
Llanto y desolacion, muerte y ruina?
Pues ¿qué esperais, indómitos iberos?
Brille el pendon del castellano Marte
A las lumbres del sol, y los aceros
Que en San Marcial de sangre aborrecida
Bañasteis animosos.
Las sombras contemplad, que coronadas
De las palmas del triunfo en nuestros campos,
Sacan de sus sepulcros tenebrosos
La noble frente, y libertad os claman;
Y sus pechos mostrando,
Por ella rotos, pero no rendidos,
Incitándoos están á la pelea,
Y en vuestro amparo al sacrosanto llaman
Númen de Maraton y de Platea.

A su acento, miradle, corta el éter
Con alas de oro, de bronceo cerco
La sien corona, el asta luminosa
Blande terrible, y de esplendor inmenso
Llena la tenebrosa
Tierra, como brillar tras noche ¿umbría
En el radioso Oriente
Se mira al astro creador del día.
El os llama á la lid, él de la espada
Os arma de Milciades, y quiere
Que en torrentes de sangre desatada,
Arda fulminea en españolas manos
Cual funesto cometa,
Nacido sólo á amedrentar tiranos.

«Por esta senda, os dice, se camina
A la inmortalidad; senda es de sangre,
Pero senda es de honor, de donde el héroe
Nunca el paso declina. Y ¿cuál más fértil,
Cuál más fecundo en héroes cria el cielo
Que el hispánico suelo?

¡Patria del Cid y patria de Padilla!
¡Oh tú, inclita Castilla!

Aun en tus montes, respirando el aura
De dulce libertad, nace el soldado
Con pecho denodado
A contrastar lidiando á la fortuna;
Aun su dichosa cuna
Sombra de triunfos plácida rodea,
Aun el hórrido són de la batalla
A su oído impertérrito recrea;
Al eco de la trompa se adormece,
Y entre franceses huesos
La libre madre sin temor le mece.

Ea, pues, al combate; siempre al lado
Me tendréis, confiad, de acero y saña
Y de furor armado.
El estandarte de la libre España
Sea terror al mundo; el sacro nombre
De libertad con sonoro estruendo
Del pórvido Luis en la áurea estancia
Haced que suene horrendo,
Oigalo y tiemble en sus orillas Francia.
Oigalo y tiemble, que del númen mío
Los animosos pechos inflamados,
A vuestras armas de mi culto fio
Que la gloria extendais. Apresurados
Corred, héroes de Hesperia;
Corred, y el eco horrisono retumbe
De patria y libertad la ártica Tétis,
Del alto Calpe al áspero Rifeo,
Del mar de Trixco al turdetano Bétis.
Que en vano contra España tiende al aire
Las abatidas lises
El tirano frances; en vano llama
Huestes de mercenarios asesinos,
Que en nuestra ofensa con su acento inflama.

Lleguen, que los caminos
Abiertos les están por donde entraron
Sus padres, y las tumbas que ocuparon.
Lleguen, que armado de inclita osadía,
Del Ter ocupa la undulante arena,
Blandiendo en alto el triunfador acero,
Mina, terror del Sena,
Y Abisbal y Morillo y Balletero,
Que aun no marchito á la sublime frente

Ciñen el patrio lauro
De las francesas lides, y su fuerte
Brazo es aún ministro de la muerte.
Sús, españoles, al combate; el canto
De la lid entonad; canto que infunde
De los tiranos al oído espanto,
Cuando rápido al aura se difunde.
Por mí lidiáis, en pos de mí y á sombra
Del estandarte de la patria. Sangre
Cubra los campos de purpúrea alfombra,
Sangre francesa; y de uno y otro río
Corran triunfantes las cruentas olas
De la hispana Anfitrite al seno frío.
Las cimas escalad, las altas cimas
Del helado Pirene,
Y el bisoño soldado en nombre mío
Su ánimo en ellas y su acero estrene.
¿A qué esperais? Mirad cómo en tumulto
Pisa vuestro confin el bando impío.
No es español quien el traidor insulto
No sale á resistir. Héroes, seguidme;
Encuentre á nuestras manos su ruina
Esa vil muchedumbre.
La patria os llama, el cielo os patrocina;
No receleis, abierto
El camino teneis, el triunfo es cierto.»

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

Diálogo.

JUAN. — REBECA. — ADONÍAS.

JUAN.

Noche serena, en verdad.

REBECA.

La luna, que blanca brilla
En esta arenosa orilla,
Destierra su oscuridad;
Que como en la sombra fría
Tiene el mando y presidencia,
Suple con su luz la ausencia
Del astro padre del día.

JUAN.

Dices bien, que en los amenos
Prados del fértil Jordan
Sus claras luces están,
Sin echar al sol de ménos,
Las cimas iluminando
De este bosque deleitoso,
Que el río en su curso undoso
Pasa alegre retratando.
¡Cómo refleja el lucero
En sus ondas! Las estrellas
Resplandecientes y bellas,
¡Cómo brillan! Que si infero
Del no comun esplendor
Que en el puro cielo ostentan,
Su fin, á su modo intentan
Celebrar á su Señor.

REBECA.

Es cierto, que como dijo
Nuestro pastor Adonías,
Ya están cumplidos los días
En que el Dios Jesus, el Hijo
Del Créador soberano
Venga, resuelto á morir,
Con su sangre á redimir
Al triste género humano;
Y á su dulcísimo nombre
Tiemble Lucifer y mate
La muerte, y así rescate
De su esclavitud al hombre;

Que en señas y profecías
Ofrecido nos lo tiene.

JUAN.

¡Bendito sea el que viene
De las altas jerarquías
A este suelo pecador
A sufrir muerte cruel,
Y á buscar con gusto en él
Trabajo, oprobio y dolor!
Que como si en él cupiera
Ni aun la sombra del delito,
O que su sér infinito
Capaz de mancilla fuera,
¡Viene, al mandato rendido
De su Padre y su Señor,
A morir cual pecador
Y por pecador tenido!

REBECA.

¿Cómo, la noche faltaste
Que nació el niño en Belén?

JUAN.

No quiso tan alto bien
Darme el cielo.

REBECA.

¿Pues cuidaste
Que era mentira el anuncio
Que nos dió del nacimiento
De Jesús, llenando el viento
De luz el celeste nuncio,
La noche que en la cabaña
Descansábais descuidados
Pastorcillos y ganados?

JUAN.

No; mas mi desdicha extraña
Quiso que echáramos suertes
Sobre cuál se quedaría,
Y salió la triste mía.

REBECA.

Mal juzgas que así diviertes
Mi curiosidad; pues sé
Que de Adonías lo sabes,
Que con palabras suaves,
Llenas de ciencia y de fe,
Te lo dijo; y que lo cuentes
Te suplico, amado Juan,

JUAN.

Mientras las cabras están
Durmiendo, y los diligentes
Perros con atento oído
Rondan el redil, te sienta
Y escucha, daréte cuenta
De lo que me han referido.
Mas espera, que Adonías,
Si no miente la blancura
De su pellico, apresura
El paso á sus alquerías.
El podrá con más acierto
Dar cuenta de lo que vió
Aquella noche, que yo.
Mejor es llamarle.

REBECA.

Es cierto,
¿Adonías?..... Distraído
Sin duda en sus pensamientos,
No escucha nuestros acentos,
¿Adonías?

JUAN.

Aun no ha oído.

ADONÍAS.

¿Quién llama?

REBECA.

Rebeca y Juan.

ADONÍAS.

Rebeca y Juan, ¿qué queréis?

JUAN.

Venid acá y lo sabréis.

ADONÍAS.

Pues aquí estoy.

REBECA.

Que mi afán
Satisfagais es mi intento.

ADONÍAS.

¿Qué afán?

REBECA.

Primero que diga
Cosa alguna, si os obliga
Mi ruego, tomad asiento.

ADONÍAS.

Está bien; mas ¿qué queréis?
Que pronto estoy á servirlos.

REBECA.

Pues mi deseo es oiros
Referir lo que sabeis
Del niño Jesús hermoso
Y de su madre María,
Blanca como el blanco día.

ADONÍAS.

Rebeca, ¿difícultoso
Es sin duda lo que pides;
Porque ¿qué fecunda boca
No será en su elogio poca
Si á sus méritos la mides?
Menos difícil sería
Los astros enumerar,
Y las arenas contar
Que el mar en su seno cria.

REBECA.

No os resistais, si mi amor
Estimais en algo.

JUAN.

Amigo,
Si mis ruegos son contigo,
Por fortuna, de valor,
Dale á su curiosidad
Este gusto.

ADONÍAS.

Pero.....

REBECA.

Vamos,
Que atentos los dos estamos.

ADONÍAS.

Pues lo queréis, escuchad:
Era la noche, y entre red nudosa,
Mientras tornando el sol, de aquesta orilla
Las flores tiñe de carmín y rosa,
En sueño está la blanca manadilla;
Nocturna escarcha cándida y lustrosa
A los reflejos de la luna brilla,
Y al derredor de la encendida llama,
Busca el pastor á su cansancio cama.
Mudo silencio, soledad profunda
En torno reina del tendido prado;
Duerme la vaca allí de ubre fecunda,
Del becerrillo mamanton al lado;
Duerme el vaquero, á quien el sueño inunda
En acurdo, y exento del cuidado
De su rebaño, á la quietud presente
El ánimo abandona y nada siente.
Cuando en el medio de la noche oímos
Que con celeste són cándido coro
Rompe los vientos, y en sus manos vimos
Las arpas resonar con cuerdas de oro;
Músico plectro y cimbalo sonoro
En acuerdos armónicos sentimos,
Y el cántico decir: *Cese la guerra,
Gloria en el cielo á Dios, paz en la tierra.*
La admiración, el sobresalto, el susto,
Confundidos allí con la alegría,
Y con el miedo batallando el gusto,

Absortos y suspensos nos tenía;
¿Cómo pintar, cómo decir, al justo,
La clara lumbre que afrentando al día,
En derredor del escuadron alado,
Enciende el río é ilumina el prado?

No brilla más en el rosado Oriente
Cuando se muestra el sol amaneciendo,
Ni la diadema que su roja frente
De rayos ciñe, el mar emblanqueciendo,
Es más puta, más cándida y luciente
Que el coro celestial, que con estruendo
Canoro baja, y las etéreas salas
Rápido corta con tendidas alas.

Uno de entre ellos, que con rostro humano
Y forma de mortal se nos inclina,
Soltando, dijo, el labio soberano:
«Pastores, no temáis, que está vecina
La redención del infernal tirano,
Y su castigo y su inmortal ruína;
El Hombre-Dios, el poderoso, el fuerte,
Viene muriendo á derrocar la muerte.
»Id á Belen, que en infantiles fajas
Y en un portal á la inclemencia abierto,
De fria noche y entre humildes pajas
Le veréis niño y de favor desierto.
Bendito tú, que del imperio bajas,
De mortal carne y de dolor cubierto;
Tú, que quisiste, en tu saber profundo,
Ser hombre, y eres el Creador del mundo.»

Dijo, y tornando con alegre acento
Su cántico á entonar el coro santo,
E iluminando en derredor el viento,
Dejó en las almas humildad y espanto;
Entónces, pues, á su mandato atento,
Yo el primero de tierra me levanto,
Incito á todos que á Belen corramos,
Y á Belen todos al momento vamos.

Celeridad á nuestros pies sin duda
Dió la esperanza y les calzó el deseo,
Pues que ni el frío de la noche ruda
Ni la distancia del camino, creo
Que pudo entorpecer la lengua muda:
Todo fué, en fin, placer, todo recreo,
Hasta que cerca de Belen á un lado,
Se vió el portal en cielo transformado.

Estaba el niño, que al ardiente estío
En el Agosto abrasador inflama,
Con señas de dolor temblando al frío,
Y un pesebre no más era su cama;
Inmensa luz le cerca, y el sombrío
Portal llenando la celeste llama,
Muestra que el niño que entre pajas llora,
Es el Señor de la diurna aurora.

José, el padre, con el pobre manto
Cubre sus tiernos miembros y desnudos;
Una mula y un buey del niño santo
Muestran piedad, aunque animales rudos;
La Virgen Madre con su boca en tanto
Besó los labios de Jesús, y mudos
Los dos con el placer y regocijo,
A Dios adoran en Jesús, su hijo.

Llegamos á sus pies, y allí cantando
Canciones mil en señas de contento,
Con fe y amor el labio desatando,
Formamos todos musical conciento;
Y cada cual sus dones presentando,
Uno la miel, otro el cabrito, atento
Da á la Madre del Niño, otro sincero
De blanca lana ofrécele un cordero.

Ella admitiendo con amable risa
Nuestras ofertas, se nos muestra hermosa,
Cual blanco lirio ó roja manutisa,
O como en prado nacarada rosa;
Que aunque tienen beldad Zulma y Edisa,
Y son honor de aquesta orilla umbrosa,
La del tierno Jesús Madre doncella,
Era entre muchas bellas, la más bella.

En fin, contentos de la dicha nuestra,
Dejamos aquel sitio cuando el día
Estos otros con el sol nos muestra,
Y alumbró el techo de la choza mia;
Y mi placer es tal, que á la siniestra

Suerte no temo, ni á la saña impía
Del tirano infernal; que miéntras vela
Dios en mi ayuda, en vano es su cautela,
Que en tanto que la Madre del Eterno
Á su inmensa piedad por mí interceda,
Ni me da susto el tenebroso infierno,
Ni la fortuna con su inestable rueda;
Á ella dedico con afecto tierno
Mi corazón, en quien grabada queda,
Que en este de dolor destierro mio,
En ella sólo y su piedad confío.

REBECA.

Afortunado pastor,
¡Oh quién como tú la viera,
Y echada á sus pies la diera
Testimonio de su amor
Con el llanto de mis ojos!

JUAN.

¡Quién á la hermosa María
Rendido no ofreciera
El alma toda en despojos!
Pero pues no es fácil esto,
Cantemos en su alabanza.

REBECA.

Dices bien, y ande la danza.

ADONÍAS.

Pues si ha de ser, sea presto,
Que aunque mi ciencia es tan poca,
Estas humildes canciones
Las dictan los corazones
Y las pronuncia la boca.

II.

EL PASTOR Y LA MAR.

Con recuerdos de dolor,
Del mar en la orilla fria,
Lamentándose decía
Un entendido pastor:

«Maldito sea el primero
Que quiso necio trocar
La verde pradera al mar
Y la quietud al dinero;

»Y sediento de tesoros
Á una tabla se confía,
Y allá donde abrasa el día
En los arenales moros,

»O donde de oscuridad
Se cubre y tenebla el cielo,
Con incesante desvelo
Busca su felicidad;

»Como si en climas lejanos
Dios acaso la escondiera,
O benigno no les diera
Parte de ella á los humanos.

»O que para merecer
El nombre de afortunado,
Ni honores ni rico estado
Fucra acaso menester.

»Como si el estar contento
Consistiera en la opulencia,
Y no en la pura conciencia,
Libre de remordimiento.

»¡Misero del que ambicioso
Su muerte en el mar procura,
Y en su líquida llanura
Siente el austro borrascoso,

»Que soplando con furor,
Las ondas al cielo empuja,
Y su esfera cristalina
Cubre de sombra y terror!

»Y con embates impíos
Y con impetu críel
Quebranta al triste bajel
Entre escollas y bajos!

»Entónces haciendo alarde
De arrepentimiento el triste,

A la muerte se resiste,
Clama al cielo, pero tarde;
»Tarde, que para escarmiento
De otras almas codiciosas,
En las aguas procelosas
Tiene fin su loco intento.
» ¡Oh cuánto la quietud mia
Es al oro preferible!
Y ¡cuánto más apacible
Esta floresta sombría,
» Mi pacífica cabaña
Y mi pobre manadilla
Que el palacio en que su silla
Tienen los reyes de España!
» Que no trocara este paño
Rústico por su brocado,
Ni por su cetro el cayado
Con que guio mi rebaño.»
El pastor esto decía,
El rostro en el mar fijando,
Que con un susurro blando
Y en dulce calma dormía.
« En vano tranquilo veo
Tus ondas, oh mar, le dice;
En la tierra soy felice:
Te conozco y no te creo.»

III.

LA PREGUNTA DE LA NIÑA.

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solicito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.
Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anochece,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada.
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,
A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.
Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.
» Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda, que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé cómo no morí.
Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
El instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y sólo uno,
Que me diciera permiti.
Desde entonces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.
Siempre orillas de la fuente

Busco rosas á mi frente,
Pienso en él y me sonrío,
Y entre mí le llamo mío,
Me entristezco de su ausencia,
Y desco en su presencia
La más bella parecer.
Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo;
Dígame, querida madre,
Si sentía por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento
Deliciosa enfermedad.
Diga usted con qué se cura
O mi amor, ó mi lecura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

IV.

FÍLIS LLOROSA.

A las orillas de este río
Quiero sentarme á suspirar,
Para que corra el llanto mío
Entre sus ondas hácia el mar.
Bajo tus ramas, sauce umbrío,
Busco descanso á mi pesar,
Si le concede el hado impío
Tiempo á mis ojos de llorar.
En fin, Elicio, tú me dejas
Sin duda en busca de otro amor,
Y ni te apiadas de mis quejas,
Ni te lastima mi dolor.
¿Por qué, tirano, te me alejas?
¿Por qué tu pecho me es traidor?
¿Por qué el pesar con que me aquejas
No cambia en muerte tu rigor?
¿En dónde buscas, fementido,
Dónde otra Filis tierna y fiel,
Que, de otro afecto poseído,
Tu error perdone y te ame infiel?
A mis lamentos presta oído,
Mira mis lágrimas, críel;
Tu amor Elicio sólo pido,
Muera en tus brazos y con él.
¿Quién ¡desdichada! me dijera,
Cuando á tu llanto me rendí,
Que mentiroso y falso era!
¿Por qué tan presto te creí?
¡Ay! ¡quién entonces, quién supiera
Lo que ahora el cielo muestra en mí!
Que la que amor en hombre espera,
Hallará el pago que yo en tí.
Cuánto me acuerdo de aquel día
En que tus labios escuché:
«Tu mano, Filis, sólo es mía,
Démela el cielo, ó moriré.»
Yo, enamorada, te creía,
Y en tus promesas me fié;
Siempre quererte prometía,
Y tú burlaste de mí fe.
Torna, bien mío, á la cadena
Con que el amor nos quiso unir,
Deten el curso, el paso enfrena,
Que apresurado intenta huir.
Pero ¿á quién digo, á quién, mi pena,
Si no la quiere Elicio oír?
¿Si airado el cielo me condena
A padecerla y á morir?

V.

LA CONSTANCIA EN AMOR.

No imagines que el rigor
Mi constancia, Fili, altere;

A tí sola Elicio quiere,
 Por tí sola siente amor.
 Tus desdenas
 Me son bienes,
 El tormento
 Me es contento,
 Y delicia mi dolor.

Con su loco frenesí
 Otros siguen anhelantes
 Por las ondas espumantes
 Del lejano Potosí.

Ni poseo
 Ni deseo
 Plata y oro,
 Mi tesoro
 Está sólo, sólo en tí.

De tu rostro la beldad,
 Que en mi pecho señorea,
 Hace, Fili, que me sca
 Apacible tu crueldad.

Si me miras
 Y te airas,
 Los enojos
 De tus ojos
 A los míos son piedad.

Si colérica y cruel
 Me amedrentas con tu ceño,
 No por eso, dulce dueño,
 Te es mi pecho ménos fiel.

Que te miro,
 Y suspiro,
 Y en secreto
 Te prometo
 Nunca, Fili, serte infiel.

VI.

Bellos ojos, más brillantes
 Que los rayos del lucero,
 Por quien ardo, por quien muero,
 Bellos ojos, despertad.
 No cerrados y dormidos
 Os encuentre mi quebranto;
 A los ecos de mi llanto
 Os abrid y me mirad.

Es la noche, fiera Clori,
 Y á tu umbral el ánsia mía
 A la cítara confia
 Tu impiedad y mi dolor.
 Por clemencia, no les cierres
 A mis cantos el oído;
 Solamente que oigas pido
 Los acentos de mi amor.

Aura fría que repites
 Lastimada mi querella,
 Tú la di que no por bella
 Se acredite de cruel.
 Tú mi llanto, tú mis quejas
 A la impía le refiere;
 Dile tú que Elicio muere,
 Y que muere siempre fiel.

VII.

Debajo de estos plácidos ramos,
 Que dan de día sombra y frescor,
 Ora que es noche, juntos bebamos
 Este de Baco dulce licor.
 Este que al lado límpido pasa
 Cristal cansado de murmurar,
 No, compañeros, la sed que abrasa
 A nuestros labios ose aplacar.
 Sólo merece el dios de Nisa
 El núnmen nuestro de noche ser,

Núnmen que al rostro saca la risa
 Y que en las almas cria placer.

VIII.

¡Adónde, clara noche,
 Está el horror profundo
 Con que amedrenta el mundo
 Tu oscuro tenebror?

¡Por qué maldice el hombre
 Tu sombra temeroso,
 Si encuentra en tí reposo
 Su afán y su dolor?

¡Qué cándida ilumina
 La luna el bosque umbrío!
 ¡Qué lento pasa el río.
 Que se encamina al mar!
 ¡Qué cerco numeroso
 Le forman las estrellas,
 Queriendo todas ellas
 Su frente coronar!

¡Qué universal silencio!
 ¡Qué soledad amena!
 ¡Y cómo el aura suena
 Con plácido bullir!
 Tan sólo algun suspiro
 Se escucha enamorado,
 Que el eco lastimado
 Procura repetir.

¡Oh noche! tú á mis ojos
 Pareces siempre hermosa,
 Ni opaca ni medrosa
 Alteras mi placer.
 Igual á tí quisiera,
 Cuando lloroso peno,
 Pacífico y sereno
 Mi corazón tener.

IX.

LA INGRATITUD.

No me reprenda,
 Madre, mi llanto,
 Ni que la rienda
 Suelte al quebranto,
 Porque estas lágrimas
 Nacen de amor.
 Por mi consuelo
 Deje que lllore,
 Pues quiso el cielo
 Que me enamore
 De un hombre pérfido
 Y engañador.

Mire al impío
 Con qué insolencia,
 Del candor mío,
 De mi inocencia,
 Porque fui crédula,
 Quiso burlar.

Cuando constante
 Juzgué su pecho,
 Del mío amante
 No satisfecho,
 Con falso término
 Me fué á dejar.

¡Quién me diría
 Que el fermentido
 Me pagaría
 Con duro olvido,
 Cuando firmísimo
 Su amor creí?
 ¡Por qué le irrita
 Mi fe amorosa?
 Si solicita
 De mí otra cosa,

Que llegue y pídale;
Diré que sí.

Mas ¡ay! que ausento
No oye mi queja;
El impaciente
De mí se aleja,
Quizá solícito
De otra beldad.
Amor, ostenta
Tu poderío;
Pague mi afrenta
Aquel impío,
Sienta tu cólera
Su iniquidad.

X.

LA ANARQUÍA.

Monstruo que en su nacer mata al Estado,
Y le mata al morir, abriendo el trono
A la feroz espada de un soldado.

XI.

EL HOMBRE.

¿Qué es esta nada á que llamamos hombre?
El sueño de una sombra.

XII.

Oh vos, que con pié cándido,
Ninfas del bosque umbrío,
Pisais la margen flórida
Del edetano río,
Si en el placer de un mísero
Os complacéis piadosas,
Ceñid de oliente amáracó,
Ceñid mi sien de rosas.
Y ora que el astro delfico
Fallece en Occidente,
Y que en su ausencia el Héspero
Muestra la blanca frente,
Al eco siempre armónico
De esta mi ebúrnea lira,
De quien amante el céfiro
Los cánticos suspira,
Alumnas de Terpsicore,
Soltad las crenchas de oro,
Mientras con planta métrica
Formais alegre coro.
Nice, Nice, la indómita
Al cetro de Cupido,
Abrió á mi amor con lástima
Y á mi dolor su oído.
No ya teñido en cólera,
Como lo fué primero,
Tuerce á mi triste súplica
El rostro hermoso y fiero.
Ni mi importuna cítara
A enmudecer condena;
Mi cítara, que intérprete
Fué siempre de mi pena.
Mas en su boca plácido
Amor abre á la risa,
La que colora el múrice
Purpúrea manutisa;
Cuando en tono dulcísimo
Le canto mi tormento,
Y esta en que arder frenética
Llama de amor me siento.

EPIGRAMAS.

I.

Á un viajero presumido.

Desde el Rubricato al Bétis,
Desde Calpe al Pirineo,
Has recorrido buscando
Plumas, presuncion y flecos.
De cada pueblo has traído
Lo peor que encuentras, Celio;
Que ésta es la suerte del que
Sale de su patria necio;
Pero di, ya que transitas
Cada un año por cien de ellos,
¿No habria un país de donde
Trajeras entendimiento?

II.

Refundidor baladí,
Bárbaro de buena fe,
Ya que refundes, ¿por qué
No te refundes á tí?

III.

¡Drama horrible! De trece personas
Mueren siete al puñal de un traidor;
Y entre tanto inocente, perdonas,
Cielo injusto, á su bárbaro autor.

LETRILLA.

AMOR MENDIGO.

*Una limosna le dad
Al amor en caridad.*

Niño y solo, triste y pobre,
Ando errante en bosque umbroso
Sin el arco poderoso
De que se arma mi deidad.
Caminantes, si os asiste
Compasion de mi quebranto,
Lastimaos de mi llanto,
Socorredme por piedad.

Una limosna, etc.

Mis adornos y mis armas
Es Anarda quien me quita,
Que usurparme solícita
Mi celeste potestad.
De rodillas y llorando
A sus piés pedí clemencia;
Mas ni pudo mi inocencia
Ablandarla, ni mi edad.

Una limosna, etc.

Los que fuéreis sus amantes,
Si pudiéreis encontrarla,
Sin oírla ni mirarla,
Arco y flechas le quitad.
Teman todos el estrago
Que en las almas cause horrible,
Si á mi dardo irresistible
Acompaña su beldad.

Una limosna, etc.

DON ALBERTO LISTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

El día 5 de Octubre de 1848, á las nueve de su mañana, falleció en Sevilla el sabio humanista, profundo matemático y gran poeta DON ALBERTO LISTA, una de las más puras y brillantes glorias de la España moderna.

Esta pérdida llenó de luto el corazón de los hombres ilustrados de todos los partidos, y muy señaladamente el de los muchos que en él veían, no sólo una inteligencia de primer orden, mas también un maestro querido, un amigo á toda prueba y casi un segundo padre. Éralo, en efecto, para sus numerosos discípulos el SEÑOR LISTA; y es seguro que no hubo uno solo entre los muchos á quienes cupo la suerte de recibir sus lecciones, que no conservára en el fondo de su alma un sentimiento dulcísimo de veneración y de cariño filial á la memoria de aquel sabio tan indulgente; de aquel hombre superior, tan sencillo y tan bondadoso, que no sabemos si debía más aún al tierno afecto que inspiraba á sus alumnos, que á la luminosa claridad de sus explicaciones, los sorprendentes resultados que constantemente obtuvo en el ejercicio de la enseñanza.

Trece años de edad contaba DON ALBERTO LISTA cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicación y precocidad, único en los anales del entendimiento humano. El dón de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en LISTA: como había nacido poeta, había nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era más feliz que cuando, en medio de su cátedra, veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que había algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducía entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Aténas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creación; otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones desaparecía el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecía sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debía establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él, por su parte, nunca fué infiel; y en este sentido solía decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, don Alejandro Bengoechea, después catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid: «Tus discípulos son *mis nietos*.» Su memoria era prodigiosa; muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algún pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rio-

ja y Calderon entre los españoles. «*Pensar como Rioja y decir como Calderon*», era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfeccion del arte. ¡Cuántos, sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos días de su juventud estudiosa, en que, como á nosotros, les era dado disrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores.

LISTA es el hombre que ha ejercido mayor y más saludable influjo sobre nuestra época en España: éste es acaso su título más glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á LISTA en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento ó por conviccion á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfrenada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligion y la anarquía. En toda clase de materias, el orden era su ídolo. De aquí su pasion por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del orden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesia, que es la ciencia de la belleza, la cual, en último análisis, no es más que la armonía suprema, el orden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos; á nuestro juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido DON ALBERTO LISTA: un historiador sagaz verá en él, más que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, LISTA será en ella lo que sería en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Perugino los laureles de Rafael.

Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas; precisado, como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas veces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, LISTA ha descendido al sepulcro á la edad de setenta y tres años, sin contar un solo enemigo; ¡privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores, que no han respetado á otros nombres igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, se ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura venerada de DON ALBERTO LISTA, protegidos uno y otra por el amor de toda una generacion agradecida. LISTA no tenía ni podia tener enemigos, porque no sabía hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aún en el duro ejercicio de la polémica periodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle, empero, las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero sólo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca se valia más que de armas corteses; nunca en las juntas políticas, á que más de una vez le llevaron la conviccion y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamas mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabía juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y, sobre todo, elogiar con efusion. Sus alabanzas eran poderosos estímulos, estímulos eran tambien sus críticas, porque no humillaban, no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio, sino un efecto natural de su apacible condicion, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suele estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio con razon, *genus irritabilite vatum*, raza por cierto no ménos quisquillosa é iracunda en nuestros días que en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. Él lloró con sinceras lágrimas la muerte de Me-

lendez, de Cienfuegos, de Moratin, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sabio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida*, don Félix José Reinoso, ese hombre eminente, para quien no ha empezado todavía (¡tal es nuestra injusticia!) el juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios: las mismas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; sólo que Lista, más feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz como los patriarcas de la Biblia, *lleno de días*, honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, después de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado en parte para él aquel poético deseo que expresa en uno de sus más bellos romances! (1).

Unióle tambien desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el doctor don Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablista adivinó años ántes de que hubiese publicado escrito alguno, y aún la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona, en Junio de 1817 (2), que original guardamos como un objeto precioso. Asociado con él y con el sabio helenista y seguro crítico don José Gomez Hermosilla, publicó desde Agosto de 1820 hasta Julio de 1822 los diez y siete tomos de *El Censor*, el periódico más importante y mejor redactado que ha existido en España. Entre los literatos de su tiempo, éstos fueron, con los señores don Juan Nicasio Gallego, don Juan Gualberto Gonzalez y don José Maria Blanco, pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del país y hasta de la lengua de Cervantes, sus más íntimos amigos. Si se nos preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabriamos, en verdad, qué responder; sólo diríamos que muchas veces le hemos oído recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á don Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á don Ventura de la Vega, á quien en punto á gala y pureza en la dición ponía encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.

Vamos ahora á dar algunos ligeros apuntes biográficos del hombre insigne á quien consagramos estas páginas.

DON ALBERTO LISTA nació en Triana, arrabal de Sevilla, el día 15 de Octubre de 1775, de padres pobres (don Francisco Lista y doña Paula Aragon), que se sostenian con una fábrica de telares de seda. Al mismo tiempo que aprendia aquella profesion, hizo sus estudios en la universidad de su ciudad natal, donde cursó filosofía y teología, y se dedicó á las matemáticas, en cuya facultad sirvió de sustituto en la cátedra que está á cargo de la Sociedad Económica de la misma capital, á la *edad de trece años*, segun ántes dijimos; todo esto sin perjuicio de trabajar en la fábrica de telares para sostener á sus ancianos padres y á su numerosa familia.

En 1796 fué nombrado profesor de matemáticas en el Real Colegio de San Telmo de Sevilla, y desde esta época se dedicó exclusivamente á la enseñanza. Fué en aquella época individuo de una academia particular de humanidades, donde se reunieron los hombres que se dedicaban en Sevilla á la amena literatura, y cuyo objeto era restablecer las ideas de buen gusto y el lenguaje de nuestros escritores del siglo xvi, restaurados en las poesías de Melendez, Moratin, Jovellanos, Quintana, Gallego y otros literatos célebres de fines del siglo xviii. A los veinte y ocho años recibió las sagradas órdenes.

Arrojado á Francia por las tempestades políticas, y restituido á su patria en 1817, obtuvo al año siguiente, por oposicion, la cátedra de matemáticas, erigida por el consulado de Bilbao; allí empezó el curso de esta ciencia, que despues completó en Madrid, adonde se trasladó en 1820. Del año 1820 al 1823 profesó matemáticas, historia y humanidades en el colegio de San Mateo, del

(1) ¡Feliz el que nunca ha visto
Más rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(2) En esta carta, interesante por muchos conceptos, leemos que por entonces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo*. Es la única noticia que tenemos de ella.

que salieron tantos jóvenes que despues han figurado en primera línea en todas las carreras. Uno de ellos ocupaba, al morir LISTA, un puesto en el consejo de la corona. Para uso de sus discípulos de aquel colegio dió á luz su excelente *Coleccion de hablistas* y varios tratados de matemáticas.

En 1822 publicó su coleccion de poesías, y en 1828 escribió el suplemento al Mariana y Miñano, que forma el tomo ix de la edicion de la *Historia de España* que comenzó á publicarse aquel año en Madrid. Convencido de la falta que hacia en nuestra literatura una *Historia universal*, empezó á publicar en 1829 la traduccion de las obras históricas del Conde de Segur, hasta donde este autor la dejó, con numerosas adiciones, y la continuó hasta nuestros días. Entre sus producciones más notables, debemos mencionar su *Curso de literatura dramática*, explicado en el Ateneo de Madrid, del que por desgracia sólo se han publicado algunas lecciones. En 1837 hizo una segunda edicion de sus poesías, en dos tomos, muy corregidas y aumentadas.

En 1838 pasó á Cádiz á dirigir un colegio; de allí se trasladó á Sevilla, de cuya santa iglesia catedral le nombró canónigo S. M. durante el breve ministerio del señor Egaña, y en cuya universidad era ya decano de la facultad de filosofía desde que se hizo el último arreglo de las universidades, siendo ministro de la Gobernacion el señor don Pedro José Pidal. Las Reales Academias Española y de la Historia le contaban en el número de sus individuos. Desde el año de 1855 estaba condecorado con la cruz de caballero comendador de Isabel la Católica.

Muy reducidas son en verdad estas líneas para tan alto asunto: otros escribirán de él con la extension debida (1). La *Sociedad de autores dramáticos*, deseosa de honrar la memoria del señor LISTA, resolvió dedicarle, entre otros obsequios, una *Corona fúnebre*, testimonio de cariñosa admiracion á uno de los hombres más sabios y más respetables que ha producido nuestra época. La *Corona fúnebre* fué publicada en Sevilla, y escribieron para ella varios de los mejores ingenios de nuestro país.

Suspendamos, pues, aquí este breve homenaje rendido á las altas prendas morales del señor LISTA: el tributo de afecto y de gratitud que le consagramos en el fondo de nuestro corazon durará en él, con su memoria, lo que nos dure la vida.

EUGENIO DE OCHOA.

(1) Nuestro ilustrado amigo (ya difunto), el señor don Francisco Perez de Anaya, realizó el vaticinio del señor Ochoa, dando á luz en el mismo año

de 1848 una extensa *Biografía del señor don Alberto Lista y Aragon*, seguida de algunas poesías inéditas del célebre escritor. (*Nota del Colector.*)

POESÍAS ⁽¹⁾.

PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICION (1837).

Aplicado desde mi primera juventud á estudios sumamente serios, por la naturaleza de mis obligaciones, descansaba de mis tareas con el trato amable de las Musas, que ha sido constantemente mi consuelo en las adversidades, y mi recreo en la feliz medianía que he gozado gran parte de mi vida. Fruto de esta disposicion de mi alma son las poesías que di á luz por primera vez en 1822, y cuya segunda edicion ofrezco ahora al público.

Pero la experiencia enseña que no siempre lo que es un placer para el autor, lo es para los lectores. En mi sentir, todo el que se reconozca poseido de la inspira-

cion poética debe presentar al público sus producciones cuando ya ha podido darles todo el grado de perfeccion de que él es capaz, y aguardar con paciencia y resignacion la sentencia de la parte culta, inteligente é ilustrada de la sociedad. Esperando este juicio imparcial, y no queriendo influir en él de manera alguna, eché á volar, por decirlo así, la primera edicion de mis poesías, desnuda de toda recomendacion externa; pues aún la dedicatoria se dirigia á uno de mis mejores amigos, hombre del mérito más sobresaliente, pero á quien los sucesos políticos han separado para siempre de su patria, de tal manera, que no creí conveniente designarle sino bajo un nombre supuesto. Con el mismo le dedico esta segunda edicion, y le dedicaria mil que publicase, porque la amistad nunca debe ser un nombre vano, sobre todo para un poeta.

Dada á luz mi primera edicion, el público ilustrado, no sólo de mi patria, sino tambien de las naciones extranjeras, dió su sentencia, y fué, por fortuna mia, indulgente y favorable. Esto me ha animado á hacer se-

(1) Publicamos estas poesías en el mismo orden que les dió el autor en la última edicion, hecha en la Imprenta Nacional. Al fin de ellas añadimos algunas otras que no fueron incluidas en ninguna de las ediciones de LISTA. (*Nota del Colector.*)

gunda edicion ; pues á haber sido adverso el juicio que se hubiese formado de mis composiciones, no tengo tanto amor propio, ó quizá lo tengo demasiado, para volver á incomodar con ellas á mis lectores.

Yo no puedo juzgar de mis inspiraciones, pero sí de mi sistema poético, y así lo explicaré brevemente. Mi modelo es Rioja, y mi cuidado al componer, ha sido siempre revestir con las formas, la expresion y el lenguaje de este gran poeta los pensamientos que la inspiracion me sugeria. Esto lo he hecho en una gran variedad de poemas, sagrados, profanos, filosóficos y amorosos.

En estos últimos he procurado imitar más bien el derlirio razonado de la pasion, propio de nuestros poetas del siglo XVI y XVII, para los cuales el amor era un culto, que el derretimiento de los italianos ó galantería de los franceses, para los cuales el amor no es más que un placer.

En fin, he pugnado por reunir en la versificacion muy variada en cuanto á los metros, la valentia y fluidez de mi maestro Rioja, con el artificio admirable y generalmente poco estudiado de los versos de Calderon.

Tal ha sido mi sistema de *poetizar*; y en mi sentir, todo mi mérito en esta parte podrá consistir, cuando más, en ser un *discipulo aprovechado* de Rioja. En cuanto á la invencion de los pensamientos, ya he dicho que se deriva de la inspiracion ; y de ésta no puede juzgar el poeta, porque no depende de él, sino los lectores por la simpatia que produzca en ellos.

Réstame hablar de esta segunda edicion. En ella he añadido algunas composiciones, escritas ó corregidas despues de publicada la primera.

En cuanto á las ya publicadas, hubiera tenido mucho placer en suprimir algunas, cediendo al consejo de amigos inteligentes que así lo querian. Pero una consideracion, que no pertenece al arte, aunque es de mucho peso para mí, me ha obligado á conservarlas todas. Ya han visto la luz pública : buenas ó malas, ya son, por decirlo así, propiedad de la república literaria. No he creído justo defraudarla de ellas por complacer mi amor propio ilustrado con advertimientos posteriores ; y tampoco es justo, materialmente hablando, defraudar á los compradores de la segunda edicion de las composiciones que contenia la primera.

Mi oda intitulada *El Triunfo de la tolerancia* ha disgustado á cierta clase de lectores : mas yo me compadezco de ellos, si su disgusto nace de creer la intolerancia *civil*, que es la única de que allí se habla, medio eficaz para proteger la verdadera religion. El cristianismo es el culto de la inteligencia, y la inteligencia es tolerante. Arroja de su seno á los que no creen en él ; mas no los entrega ni á los suplicios ni á la espada.

He debido hacer estas advertencias al principio de la segunda edicion, aunque sólo sirvan para compensar el profundo silencio que guardé en la primera. En ésta esperaba el juicio del público : en la actual debo darle gracias por la favorable acogida que dió á mis *Poetas*, y explicarle los medios con que procuré merecerla.

DEDICATORIA.

Á ALBINO (1).

La ilusion dulce de mi edad primera,
Del crudo desengaño la amargura,
La sagrada amistad, la virtud pura
Canté con voz ya blanda, ya severa.

No de Helicon la rama lisonjera
Mi humilde genio conquistar procura :
Memorias de mi mal y mi ventura,
Ropar al triste olvido sólo espera.

A nadie sino á tí, querido Albino,
Debe mi tierno pecho y amoroso
De sus afectos consagrar la historia.

Tú á sentir me enseñaste : tú el divino
Canto y el pensamiento generoso :
Tuyos mis versos son, y ésa es mi gloria.

POESÍAS SAGRADAS.

I.

LA MUERTE DE JESUS.

¡Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? Y el impío bando,
Que eleva contra tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado :
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena ;
Amor, más poderoso que la muerte :
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y el leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¡Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¡Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¡Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¡Cuál brazo impío
A tu frente divina
Cinó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, críeles :
Al Santo perdonad, muera el malvado :
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado :
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,

(1) Don José María Blanco.

Ante Dios irritado,
No expiación, fuera pena del pecado.
Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía,
Y á la maldad que dominaba el suelo,
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaotb su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbré,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cuál palido cadáver discurría.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¡Oyes, oyes cuál clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo nazca la esperanza.
¡No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesus doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Vén, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulminea espada,
Y el último suspiro del Dios fuerte,
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, oh tierra:
Rompe, oh templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; mas la maldad aterra,
Y un grito de furor lanza el profundo:
Muere..... Gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

II.

LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR.

De tu triunfo es el día,
Oh Santo de Israel. La niebla oscura,
Que la maldad impura
Al orbe difundía,
Con celeste vigor rompe á deshora
Inesperada aurora.
Aquella noche horrenda,
Que ciñó el mundo de enlutado velo,
Robó la luz al cielo
Y al sol la ardiente rienda,
Y amenazó á la esfera diamantina
Su postrimer ruína:
Y aquel pavor, que el seno
Estremeció de la confusa tierra,
Mezclando en dura guerra
Los aires con el trueno,
Cuando vagó el cadáver animado,
Del tumulto lanzado:
Y el silencio ominoso,
Que al pavor sucedió de la natura,
Y el luto y la tristura
Del suelo temeroso
Disipa, inmenso Dios de la victoria,
Un rayo de tu gloria.
Tú del sepulcro helado
No esperaste á forzar la piedra dura;
Que apenas en la altura
Del Aries sonrosado
Señaló de tu triunfo el sol brillante
El decretado instante;
Con poder silencioso
Á la muerte su víctima robaste,

Y la tierra agitaste
En pismo delicioso;
Y la prole, ya siglos sepultada,
Restituyó admirada.
Entónces vió rompida
El tirano su bárbara cadena,
Y la mansion de pena
De santa luz herida:
Brama y humilla á su señor la frente
La vencida serpiente.
Que en su sangre bañado
Entró una vez al santuario eterno,
Y lanzó en el averno
La muerte y el pecado,
Y convocó á sus blancos pabellones
Ya libres las naciones.
Mas tú, pueblo inhumano,
Estirpe de Jacob aborrecida,
¡Tiembra! mira erigida
La vengadora mano.
Huye, pérdida turba, la sagrada
De Sion dulce morada.
Jerusalén divina,
Ensalza, ensalza tu cerviz gloriosa;
Ya prole numerosa
El cielo te destina,
Por tí no concebida, que á la gente
Tu inmortal gloria cuente.
El fuego soberano
Espera ya, que en abrasado aliento
Inflamará el acento
Del niño y del anciano,
Y su vision las vírgenes turbadas
Cantarán inspiradas.

III.

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR.

Himnos de honor las puertas eternas
Resuenan: el empíreo «gloria» clama:
«Gloria» el inmenso espacio reverbera.
Los giros celestiales
Deja, lucie te sol; más pura llama
Que la que crece en tu inmortal hoguera,
Los cielos dora: el Redentor glorioso
Asciende vencedor esclarecido:
Su nombre aplaude el pueblo redimido
En cántico gozoso.
«Elevad, canta, príncipes celestes,
Las puertas elevad: los atrios de oro
Abrid á vuestro rey: al rey triunfante
Abrid, aladas huestes.»
Y «¿quién es nuestro rey?», el santo coro
Entona en las almenas de diamante.
«El fuerte, el grande, el Dios de la victoria:
Abre, oh cielo, tu alcázar refulgente;
De las virtudes el Señor potente
Es el rey de la gloria.»
Ya, ya la puerta del empíreo gira
Sobre el aura quicial, y del Inmenso
Descubro la mansion. ¡Voces mortales
La dirán? tú me inspira,
Querub, y cantaré. Fulgor intenso
Circula por las gradas eternas:
El padre Dios la inaccesible cima,
Velado de su sér, augusta mora:
Brotó á sus piés la llamada engendradora,
Que cielo y tierra anima.
El Hijo de María entra glorioso,
De angélicas escuadras aclamado,
Formándole su grey noble corona;
Y el hombre venturoso,
En la mansion celeste ya heredado,
El himno alegre de victoria entona.
«¿Quién sube del Eterno al sólio santo?
El varón de inocencia, el justo, el fuerte:
El que bajó, triunfando de la muerte,
Al reino del quebranto.»
Enamora los cielos su mirada;
Y cual la luz de la naciente aurora

Vence el sol del cenit, su frente brilla
De triunfo coronada,
Postrado el ángel su beldad adora,
Y el abrasado serafín se humilla;
Del Eterno á la gloria merecida
Sobre cielos de cielos se levanta,
Y el trono huella con sublime planta
Del Padre de la vida.

«Padre, dice (y los orbes enmudecen
Para escuchar su voz), venci: la tierra
Liberté ya de su enemigo eterno.
No en ella se enfierecen
Los espíritus pérfidos que encierra,
Ligados por mi diestra, el hondo averno.
En los torrentes de mi sangre yace
Su maldad extinguida y tu venganza,
Y el mortal abatido á la esperanza
Y á la virtud renace.

» Libres vienen, mi triunfo acompañando,
Los siervos de la antigua tiranía.
Tu inmutable decreto ya he cumplido.
Ora el supremo mando,
La gloria, el esplendor, la gloria mía,
La que me diste ante los tiempos, pido.
Yo te ensalcé en la tierra: la criatura
Por mí tu augusto nombre allí bendice.»
Habló el Hijo eternal; y así le dice
El Padre de la altura:

«Vén, hijo de mi sér, triunfa y domina:
Yo vi tu humillacion, tu triunfo ahora
Cielo y tierra verán. El monstruo impío
De tu planta divina
Será vil escabel. Pide, y la aurora
Y el ocaso serán tu señorío.»
Dijo; de nuevo el cielo se alborozó
En himnos; y en su seno reclinado
El gran Jhová recibe al Hijo amado,
Y eterno en él se goza.

IV.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

La gloria de Dios vivo
En la morada de los hombres brilla;
Mortales, humillaos: suba el incienso
En ondeante nube
Y el ruego humilde al trono del Inmenso.
Mas, oh Dios de la altura,
¿Tú herido, tú mortal? ¿qué blanco velo,
Cual lienzo mortuorio,
Cubre la majes ad que adora el cielo?
Amor omnipotente,
Que te entregó á la cruz, cuyo mandato
Consumaste al morir esclavo suyo,
Renovando en el ara
Aquel de caridad dulce misterio,
Conserva las señales de su imperio.

No ya con voz de trueno
Y rayos funerales
Aterra á los mortales
El Dios de Siná;

Que dulce y amoroso
Del cielo se desprende,
Y víctima desciende,
Que inmolará Levi;
Y sobre el ara santa
Repetirá propicio
El grande sacrificio
Que consumó por mí.

*Gustemos, mortales,
Del pan de la vida,
Del vino sabroso,
Que vírgenes cria.*

La eterna sabiduría
Mora en el humano pecho,
Y el amor de la criatura
Es su delicia y recreo.

*Gustemos, mortales, etc....
En este manjar suave,
Que oculta cándido velo,*

Tus dones, Rey de la gloria,
Por tu poder se midieron.
*Gustemos, mortales, etc....
Tu misericordia eterna
Recibimos en tu templo,
Y los términos del orbe
La salud del mundo vieron.
Gustemos, mortales,
Del pan de la vida,
Del vino sabroso,
Que vírgenes cria.*

V.

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Cuando amanece al angustiado mundo
La sacrosanta Virgen,
De la mancha primera preservada,
Detiene absorta la celeste esfera
Su raudó movimiento,
Y retiembla de gozo el firmamento.
Júbilo nuevo en las etéreas cumbres
El angélico bando
Siente añadirse á su placer eterno:
Jhová depone el rayo vengativo,
Y la inocencia amada
Brilla otra vez del hombre en la morada.

Entónces Uriel, á quien fué dado
El gobierno del día,
Y en el ardiente sol fijó su trono,
Esparciendo su voz por cuanto alumbró
El flamígero vuelo,
Así cantó el placer de tierra y cielo:

«¿Cuál es esta que sube vencedora
Del seno de la nada

À ilustrar las mansiones de la vida?
La plateada luna no es más bella
Entre el coro estrellado,
Ni el sol más puro en el cenit rosado.

» ¡Cómo nuevo verdor y vida nueva
Recobran las montañas,
Dó á ser delicia de la tierra nace!
Júbilo, Nazareth; salud, Carmelo:
De Jericó la rosa
Ya florece en tu suelo más hermosa.

» ¡Cuánto pavor infunde su semblante,
Del ángel dulce encanto,
A la hueste infernal de las tinieblas!
¿Ois, ois cuál brama enfurecido
El orgulloso bando?

¿Cuál sus puertas se cierran restallando?
» No más terrible intrépida falange

Al débil enemigo
Marcha para el combate y la victoria.
Triunfa, hermosa mujer: el Dios potente
Su rayo te confía,
Y su terror ante tu faz envía.

» ¡Quién como tú, gran Dios? Ángeles puros,
Altas inteligencias,
Benedicid su piedad, ¿No veis cuál mira
La triste tierra con benignos ojos?

¿No veis ya disipado
El ceño, que ocultó su rostro airado?

» Himno de triunfo al Verbo, al amor santo
Bendicion sempiterna.

Mortales, respirad, que ya fenece
El largo cautiverio, el sol divino
Ya seguirá á la aurora,
Cuyo esplendor vuestras mansiones dora.

» Angeles, ensalzada, Del Dios sumo
Hija, madre y esposa,
Y reina vuestra es: ¡Dichoso el día
Que nace para el bien de los mortales!
A su belleza y gloria

Himnos de amor cantad y de victoria.»

Dijo Uriel, y con el cetro de oro
Señala en la alta esfera
El instante feliz. Cánticos nuevos
Las empíreas regiones enamoran,

Y á su hermosa criatura
Ledo sonrie el Padre de la altura.

VI.

LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Nunc facta est salus.
APOCAL.

¿Cuál desusado canto, lira mía,
Se agita entre tus cuerdas? ¿Vago acaso
De Helicon fabuloso en las praderas,
O el fuego inspirador al pecho envía
La deidad del Parnaso?

¡Ah! no el falaz ruido
Oigo ya de las ondas lisonjeras;
No ya el laurel mentido,
Que del Permeso halaga la corriente,
Al sacro vate ceñirá la frente.

Tú, diva Madre, que en celeste trono
De eterno rosicler brillas gloriosa,
Aurora del empíreo, tú me inflama:
Tú del averno el enemigo encono
Domaste victoriosa:

El triunfo esclarecido
Concédeme cantar. La pura llama,
Que al alumno querido
Se desprendió de Pátmos en la arena,
Bañe mi labio en abundante vena.

Cantaré, oh Diva, y el alegre canto
Alegre oirá Sion: las trenzas de oro
Sus bellas hijas ornarán de rosas,
Y ya olvidadas del cautivo llanto,
Tu nombre en dulce coro
Ensalzarán al cielo:

El himno en sus cavernas sonoras
Repetirá el Carmelo,
Y despedido de su cima umbría
Volará al golfo donde muere el día.

Libre del hierro infame alza la frente
El hijo de Abraham, y ve rompido
El del yugo pesado cautiverio.
La soberbia señora de Occidente,
Que á sus plantas rendido
Vió el orbe silencioso,

Ya á más suave y celestial imperio
Dobla el cuello orgulloso:
Ya nace la salud: cantad, mortales;
Cayó el antiguo solio de los males.

Y si tal vez de mi enlutada lira
Voló lúgubre el són, cuando al humano
De Eden perdida lamentó la gloria
Y el justo ardor de la divina ira;
Ora de su tirano
Cantaré salvo al hombre:

Ciñe flores, y ensalza la victoria,
Lira, y el sacro nombre,
Que redobla el bramido y lloro eterno
Al rencoroso rey del hondo averno.

Al rey, que enmedio el lago tenebroso
Ya en cadenas de fuego gime atado
Al trono adusto que erigió el delito;
Deshecha la corona, el cetro odioso
Yace aparte arrojado:

Los ásperos clamores
Feroz repite el escudron precito:
¡Ah! en vano: sus furores
Oprime un mar de fuego denegrido,
Y envuelve entre la llama el ronco aullido.

Su reina en tanto en el sagrado muro
Corona el ángel, y al humilde suelo
Desciende el himno dulce de alegría:
Enajenado mira el rostro puro,
Placer de tierra y cielo,
El serafín amante;

Y canta en arpa de oro el bello día,
Que el tímido semblante,
En ira y ceño desde Eden velado,
Mostró Jehová á los hombres aplacado,

¡Cántico eterno de virtud y gloria!
La gran naturaleza conmovida

Señora de ambos orbes la apellide;
Jehová se goza en la inmortal victoria
De su esposa elegida;
El rostro soberano
Blanda sonrisa entre el fulgor despide;
Y de la augusta mano,
Que siembra en las estrellas lumbré ardiente,
Nace el dorado sol más refulgente.

¿A quién la inmensa fuerza que atesora
Tu brazo revelaste? Esclava muere

De Adán la prole mísera y culpada:
Culpada sí, mas tu clemencia implora.
Su humilde ruego hiere
Los ejes diamantinos;

El rayo apartas de la diestra airada,
Y los ojos divinos,
Do en regalada luz la piedad mana,
Vuelves benigno á la mansion humana.

Miras del hondo averno nube impura
Ceñirla en torno: el humo ennegrecido,
Que de tu sólo la inaccesa lumbré
Ya presumió eclipsar, tizna tu hechura;
El querub foragido

Desploma sobre el hombre
De su eternal furor la pesadumbre,
Y en tu sagrado nombre,
Que del labio mortal la culpa lanza,
Si en tí no puede, ejerce su venganza.

De vil metal cabe encendida pira
Se erige idolo vil; y el padre impio,
Dando sus hijos á la llama ardiente,
Dios lo adora. Ministro de tu ira,
El tirano sombrío

Se ceba en sangre y lloro,
Y lo aplaude su dios la insana gente:
Brinda en copa de oro
El impuro placer funesta llama,
Y la torpe Citera dios lo aclama.

Tú, prole de Jacob, sola tú lloras
La esclavitud comun; flores engaza
A su dura cadena el mundo ciego;
Feroz Luzbel las sienes vencedoras
Del triste lauro enlaza,
Que le ofrece el humano.

Lo mira el Dios excelso; en vivo fuego
Arde contra el tirano
El rostro de Jehová; su voz tonante
Estremece los muros de diamante.

«¿Y qué, dice, la gente aborrecida
Al mundo imperará? Del reino umbrío,
Que destinó mi diestra vengadora
A ser de pena y de maldad guarida,
Bástale el señorío.

¿Quién fijó al mar herviente
De arena el valladar? ¿Quién á la aurora
La senda refulgente,
Cuando al nacer la luz del bello día,
El empíreo aclamó la gloria mía?

»Arroje el cetro injusto: allá abatido
Reine el querub, do en lumbré tenebrosa
Cercado siempre el denegrido trono
Le fué y el triste imperio concedido.

Cual sierpe venenosa,
Allí ponzoña fiera
Exhale libre su inmortal encono;
Otro señor espera
Del hombre la mansion; tú, alma alegría,
Tú al orbe tornarás: nazca María.»

Dijo, y nace María; cual cercana
Al claro sol la vespertina estrella,
Brilla apacible entre su luz radiante,
Tal parece del ángel soberana
La inocente doncella;

Y por las gradas de oro
Al seno de Jehová volando amante,
Le ve el alado coro
Inundar, en sus brazos reclinada,
De grato ardor la celestial morada.

Y «¿quién es ésta? cantan; semejante
No se vió en el empíreo; su hermosura
Los relucientes cielos enamora:
Alba, purpúrea, más que el sol brillante,

Más que la luna pura.

¿Cuál gloriosa guerrera

Alza feliz la frente triunfadora?

Vence, oh Diva: la esfera

Triunfa, vence, resuena alborozada;

Gloria, honor á Jehová: ¡triumfo á su amada!»

«Triunfa, sí, dice el Padre soberano,

Con la voz grata, que los orbes mueve:

Humana, mas no esclava, la corona

De cielo y mundo te ciñó mi mano.

Vé, y al monstruo conmueve

De la usurpada silla.

No temas del veneno, que inficiona

La tierra, vil manciella.

Triunfa, oh pura, del hórrido enemigo:

El poder de mi diestra va contigo.»

Habló Dios, y del gremio sacrosanto

Vuela la Virgen por el cielo abierto.

La luz divina, que en sus ojos mora.

Rayos lanza al monarca del quebranto.

Así del corvo puerto

Rompe nave guerrera

De los salados mares domadora,

Y cortando velera

El vasto golfo en argentada raya,

Lleva el terror á la enemiga playa.

De celestiales huestes rodeada

Desciende del empíreo, y la ancha esfera

Con espléndido albor risueña dora;

Del radiante cenit la cumbre alzada

Riega por su carrera

Encendidos rubies;

Y vertiendo el palacio de la aurora

Sus rosas y alhelies,

Desde el Can á la helada Cinosura

Vuelan aromas de eternal dulzura.

Se aparta el sol de su encendido cielo,

Y orlando á la alma virgen, ledo brilla

En rededor sus luces derramadas.

Plega la luna el argentado velo,

Y á sus plantas humilla

Las pálidas centellas;

Y del sereno polo desgajadas

Las lumbrosas estrellas,

Tejen sobre el cabello reluciente

Aurea corona á la nevada frente.

Toca ya el leve viento, y dilatado

Bajo la hermosa planta se enardece.

Como tal vez en noche tempestosa,

Si Noto, de la Libia desatado,

Los astros oscurece,

Por entre el negro velo

Rompe súbito el alba, rie gozosa

La faz del mustio suelo,

Y el éuro matinal, regando albores;

Pinta los campos de argentadas flores.

Calla el silboso viento, herida vaga

Del puro rayo la tiniebla fría,

Y do la Sirte entre las ondas sube,

Busca deshecha la nativa plaga;

Así al brillar María,

Después de Eden al mundo

Primer risa halagó. La impura nube,

Que le ciñó el profundo,

Brama, en cárdena luz su seno anega,

Y sobre el patrio averno se replega.

Ve el querub de su imperio el fin cercano,

Y mayor ira exhala: el aire embiste

Con grito horrendo la tartárea gente.

¡Ay de la tierra! asciende su tirano;

Y con gemido triste

Retiembla pavorosa:

¡Ay de la mar! sobre su faz ardiente

Se agita estrepitosa

La tempestad, y horrisona rugiendo.

Responde ronca al avernal estruendo.

Ya la funesta puerta se estremece,

Y estalla fragorosa; entre humo y trueno,

Dragon sañudo, por la dura escama

Vertiendo sangre y roja luz parece;

Preñados de veneno

Siete cuellos enhiesta:

Arde ceñida de insaciable llama

Cada ominosa cresta,

Y de diez negras astas coronado,

Aterra al hombre atónito y postrado.

Rompe del negro lago: contra el cielo

Vibra el monstruo feroz la cola ardiente;

Y en pos, teñidas de horrosa lumbre,

Estrellas mil y mil arroja al suelo.

Así rugiendo herviente

Incendio proceloso,

Rompe del Etna la abrasada cumbre,

Y entre el humo nublado

Globos de fuego pálido desgaja,

Y de ardido alquitrán los mares enaja,

Ya por los vientos sublimado anhela,

Entrecabiertas las fauces devorantes,

Buscando presa y lid; cual ominoso

Cometa rojo en el espacio vuela.

Con ojos llameantes

La pura Virgen mira,

Y contra el bello rostro, que amoroso

Placer celeste inspira,

Vierte negro raudal, clamando guerra,

De la ponzoña que infestó la tierra.

Mas ¡oh! primero nube congelada

Bajo el cerco lunar la faz radiante

Manchára al sol, ó en pos la noche fría

Corriera de la aurora nacarada,

Que el virginal semblante,

Dulce esplendor del cielo,

Sintiese de Luzbel la nota impía;

Cae sin fuerza al suelo

La lava infausta, y por abierta cueva

Al Orco patrio su veneno lleva.

Miguel en tanto armado resplandece

Contra el monstruo, cual súbito en el viento

De ennegrecida nube brota el rayo.

«Hijos de Dios, exclama (y se estremece

El tartáreo cimfiento),

Guerra y triunfo; el querube

Ya fué de nuestras iras triste ensayo;

Ora atrevido sube

Y lid al cielo mueve; lid le demos;

Los triunfos del empíreo renovemos.»

Dijo, y no así del bronce desatada

Densa nube de balas, ruina y muerte

Lleva al muro enemigo, cual clamando

«Victoria al gran Jehová», la hueste alada

Sigue al caudillo fuerte.

Sus furiosas legiones

Mueve el Orco, en sus peñas tremolando

Los negros pabellones.

Corre los aires pavorosa llama;

Gine alterado el mar, y el polo brama.

Vibra Miguel la fulgurante lanza,

Y grita en voz de trueno: «Siente, impío,

Siente mi brazo domador: su rayo

Le confió Jehová, Dios de venganza.»

Hiere; y cual vuela umbrío

Ante Aquilon silboso

El nublado polar, en vil desmayo

Rugiendo silencioso

Huye el monstruo á exhalar la acerba pena

Del mar remoto en la desierta arena.

«Salud, felicidad», clama natura

En uno y otro mar. El Bóreas frío,

Al descender de la invernal montaña,

Que en hielo eterno riega Cinosura,

Callado el soplo impío,

Canta blandos amores;

«Amor», resuena la feliz campaña,

Donde en lecho de flores

Nace cándida el alba, y ante el día

Las dulces auras de su seno envía.

Todo es placer; entre rosada lumbre

Alegre primavera vierte al mundo

El Aries rojo del cenit dorado;

Y de Ararat la blanquecida cumbre

Y el Eufrates profundo

Huye el nublado Enero;

No ya asuela los campos encrespado

El Istro ó Volga fiero;

Mas tranquilas sus ondas lisonjeras
Besan blando las plácidas riberas.

Himnos de honor y cantos de victoria

Entona el alma coro: «fué arrojado
El antiguo dragon; triunfo á María
Cantemos, y á Jehová la eterna gloria.
¡ Cuál fuiste despeñado,
Astro de la mañana,

Del orbe juzgador! Tu fuerza impía
Voló cual niebla vana;
Ya es reino nuestro el usurpado mundo;
Arda en ira y furores el profundo.

«¿ Quién como tú, Jehová? Tu nombre augusto
¿ Que nombre igualará? dijo el querube;
En alas de Aquilon al escondido
Solo me ensalzará, do reina injusto.

*Venid; la oscura nube,
Que lo oculta, rompamos;
Y á par de Dios, con mando dividido,
El empero rijamos.*

Tú, abaoth, hablaste, y no parecen,
Y al tartaro lanzados enmudecen.

»; El impio! los coros celestiales
Rebeló; de la tierra, frandulento,
Destronó la inocencia. Se arrojaron
Al mundo entónces los avernos males.

Ora el bando sangriento
Devorar preparaban
La esposa de Jehová. Se disiparon;
No parece do estaban;

Júbilo y gozo al ángel; paz al suelo;
Confesion de salud al Rey del cielo.»

Así en legres cánticos resuena
El coro celestial, habla María;
Pendiente el ángel de su voz suave,
Calla y la mira. El firmamento enfrena
Su escondida armonía.

El curso presuroso,
En el viento librada, para el ave;
Y al mundo ya dichoso

En su amable beldad, noble y sencilla,
La inocencia de Eden más pura brilla.

Y dice: « Huyó el tirano, alzá la frente,
Hijos de bendición; prole escogida,
El largo lloro enjuga, á tí glorioso
El Rey vendrá de la futura gente.
Por cuanto el sol despida

Los rayos voladores,
Dominará con cetro poderoso.

Los últimos furores
No temais del querub. Dios ha vencido,
Preparad los caminos á su Ungido.

» Descenderá de la inaccesa cumbre,
Do con glorioso pié hne la esfera
El que del mundo las maldades lava.
Nace, esperado sol; ya de tu lumbré
Brilla el alba primera,

Al Todopoderoso
Piugo elevar á tanto honor su esclava;
Yo del amor hermoso

Madre elegida soy; cantad, vivientes;
El de mi seno nacerá á las gentes.

» El nombre del Cordero sin manilla,
Naciones, celebrad. Manso cordero,
Tú, de las huestes pérdidas estrago,
Eres leon de Israel; tú lo acaudilla,
Fulmina, el mon-truo fiero

Á tus plantas rendido,
La opresa grey desatarás del lago,
Y en tu sangre teñido.

Sangre, que sella el testamento eterno,
Romperás los candados del Averno.»

Dice; y cual corren encendidas lumbres,
Que exhaló al aire el sosegado cielo,
Y en los montes se pierden á deshora,
Vuelta á ocultarse en las desiertas cumbres,
Que tu florido suelo,
Palestina, rodean;
Do al Dios inmenso, que Salen adora,
Mil víctimas humean;
Y olor de suavidad en densa nube
De puro incienso ante su trono sube.

VII.

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

Huyó del polo el Aquilon sombrío,
Y el cielo, ya sereno,
Piadoso vierte el cándido rocío,
Que ocultaba en su seno.

En tus entrañas, tierra, agradecida
Recibe el dón fecundo,
Y la salud prodúcele y la vida
Al angustiado mundo.

Florece, oh Tercbinto, y de tus flores
Brille la pompa ufana
Al desatar sus claros esplendores
La plácida mañana.

Y de ellas el Aurora refulgente
Orne sus manos puras,
Cuando hoy anuncie á la oprimida gente
El sol de las alturas (1).

Corre alegre, oh Jordan, y en tus riberas,
De Jericó las rosas
Embalsamen del aura lisonjera
Las alas vagorosas.

El cedro inmenso la cerviz erguida
Levante al alto cielo,
Y su aroma dulcísimo despida
La cumbre del Carmelo.

Pasó la nieve del invierno triste,
Y del Hermon la faldá
Depone el hielo rígido, y se viste
De carmin y esmeralda.

Albricias, Israel; ya compadece
El cielo tu gemido;
Vuelve al benigno sol, que te amanece,
El semblante afligido.

Mira el libertador, que de tu mano
Y del cuello doliente
Romperá las cadenas, y al tirano
Quebrantará la frente.

Alza del polvo; ya empezó tu Santo
La lid y la victoria;
Y cífete, oh Sion, el regio manto
De tu esplendor y gloria.

Y convertida en gozo la amargura,
Con festivas canciones
Convoca el universo, y su ventura
Anuncia á las naciones.

VIII.

LA CONVERSION DE LOS GODO
EN EL REINADO DE RECARDO.

Cantemos al Señor. Desde la cumbre
Del alzado Pirene
Hasta el remoto mar, donde la lumbré
Del claro sol á sepultarse viene,
Al Hijo sacrosanto
Se exhala ya de adoracion el canto.
¡ Pueblo feliz! Anuncia á las naciones
Que en el sagrado leño
Reina el Dios del amor: los corazones
Ya reconocen su triunfante Dueño,
Y el pérfido arriano

(1) LISTA corrigió abundante y esmeradamente en la edad madura esta y otras poesías sagradas, escritas en la mocedad, cuyo primitivo texto puede verse en el libro titulado *Poesías de una academia de letras humanas de Sevilla*; Sevilla, 1797.

Como por lo comun acontece, estas enmiendas, hechas friamente á deshora, dan en correccion ménos de lo que quitan en espontaneidad y lozanía. Sirva de ejemplo la presente estrofa, que en un principio fué escrita de este modo:

Y de ellas el aurora refulgente
Orne su frente pura,
Sin que el fiero aquilon ni el austro ardiente
Marchiten su hermosura.

(Nota del Colector.)

La antorcha funeral agita en vano.

Que asaz gimió la Iberia esclavizada

Bajo su yugo impío;

La blasfemia, en el solio coronada,

Ambiciosa de infando señorío,

Emula del averno,

Presumió destronar al Verbo eterno;

Y el nombre divinal, salud del mundo,

De los labios mortales

Por siempre desterrar: bramó el profundo;

Lanzáronse las huestes infernales;

Gimió el orbe, admirado

De verse en el error encadenado.

¡Cuánta sangre vertió! ¡Cuántas crueldades

En el hispano suelo

Su oprobio irán diciendo á las edades!

Tú, víctima real, del justo cielo

Impetraste ferviente

La libertad de la española gente.

Habló el Inmenso, y, cual la ardiente llama,

Con ímpetu devora

La seca arista y la marchita rama

Que el Agosto sediento descolora,

El súbito castigo

Así desciende al bárbaro enemigo.

La santa fe coloca Recaredo

Sobre el augusto solio

Y alegre mira la imperial Toledo

Enlazarse por siempre al Capitolio

Su iglesia venerada,

Con sangre de mil mártires regada.

Entre el cántico dulce de alegría

El inspirado acento

Alzó Leandro, de los fieles guía:

El que domó con celestial aliento

Al tirano sañudo,

Siendo, divina fe, tu firme escudo.

Y dice: «¡Para siempre! el monstruo impío,

Oh venturosa España,

Ya para siempre huyó. Del Bóreas frío

Los tristes golfos probarán su saña,

Y el pueblo del Oriente,

Con su necio saber vano y demente.

»Sí, impura Grecia, sí; tus pabellones

Para el vicio adornaste;

En sutiles y gárrulas cuestiones

La ley sencilla del Señor trocaste;

La esclavitud más fea

Y gárrula impiedad tu suerte sea.

»Mas tú, español, la religion sagrada

Conservarás que hoy brilla

Á este suelo feliz. Si miro alzada

Sobre tu cuello incógnita cuchilla,

Confesarás muriendo

La ley que defendiste combatiendo.

»¡Cuántos siglos de lid! Mas ¡cuán brillante

Te aguarda la victoria!

A tu ceiro y tu fe la más distante

Nación vendrá, llamada de tu gloria;

Tu inmensa monarquía

El círculo verá de todo el día.

»Será un tiempo, que lleve el fuerte hispano

Los lindes de las tierras

Á las playas del último Océano,

Y fije en nuevas y encumbradas sierras,

Sepulcro de la aurora,

Del hombre Dios la insignia vencedora.

»Este es el premio que á tu fe constante

Reserva el justo cielo.»

Dijo Leandro: el Tajo ondisonante,

Al resbalar por el florido suelo,

Suspendió blandamente

De sus doradas aguas la corriente.

IX.

EL SACRIFICIO DE LA ESPOSA.

En la solemne profesion religiosa de la madre sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de Santa María de los Reyes de Sevilla.

«Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura teñido.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Al ara sacra del amor divino

Un nuevo corazón de nueva esposa

Vuela feliz; ¡qué lumbre deliciosa

Rompe del cielo el muro diamantino!

Pura llama, desciende;

Desciende, oh llama del amor triunfante.

¡No veis, no veis cuál prende

En la víctima el fuego devorante?

¡No veis, ya consumida,

Cuál renace en el gremio de la vida?

Se aceptó la oblation. Del alto cielo

Mira Jehová con divinal agrado

La esposa, que siguiendo al Hijo amado,

Toda fe, toda amor, se roba al suelo.

¡Oh, cuál brilla en su frente

La corona nupcial. ¡¡Cuál en sus manos

El anillo luciente!

Léjos, léjos de aquí, viles profanos;

Dios, Dios..... de su presencia

Llena está la mansion de la inocencia.

¡Mansion de dulce paz, donde domina

Virtud sencilla en puros corazones,

Y desplega sus blancos pabellones,

Reina del bien, la caridad divina!

Aquí entre abrojos crece

La rosa virginal; lirio profundo

De casto olor florece;

Y al ver manando en crímenes al mundo,

Gemidos sin consuelo

La penitencia exhala al justo cielo.

O bien la esposa conmovida entiende

La voz suave del Esposo santo,

Y de gozo y loor el dulce canto

De sus amantes labios se desprende;

Y en la mortal criatura,

Al ver su amor angélico emulado,

De la celeste altura

La escucha el serafín arrebatado;

Y á su gemido tierno

Une los himnos del hosanna eterno.

Entra ya, dulce esposa. El mundo impío,

Que ignora la virtud, gime al perderte;

Y las falaces lágrimas que vierte,

Opone astuto á tu invencible brío.

«¡Adónde, clama, adónde

La juvenil beldad, que me ilustraba,

Eclipsada se esconde?

Y si ardor de virtudes la abrasaba,

¡Por qué el puro modelo

Robar pretende al corrompido suelo?»

¡Aduladora voz! ¡Clamor alevé,

Con que el rey del orgullo delirante

Aterrar piensa el ánimo constante

Que á hollar su pompa y vanidad se atreve!

¡Di tú, jóven esposa,

Si á esconder vas los dones celestiales

Bajo olvidada losa,

Y si inútil á tí y á los mortales,

Estéril inocencia

En brazos gozarás de la indolencia?

¡Ah! en el sagrado y solitario huerto

Miro entre humildes flores erigido

El tronco augusto, en que de amor herido,

El Dios de los amores pende yerto.

Aquí la paz del mundo,

Y la salud y vida de las tierras,

Y el terror del profundo

Entre tus brazos venturosos cierras;

Y el raudal sacrosanto

Colora en sangre tu virgíneo manto.

¡Sangre de redención! que vió vertida

De Palestina el monte portentoso,
Y que ora al sacrificio generoso
De tu sér precio da de eterna vida.
Para el hombre culpable
Logra del cielo la piedad propicia
Tu holocausto aceptable;
Y entre el delito puesto y la justicia,
Sobre la insana gente
Que descargue sus iras no consiente.
Te ofreces, sí. Mas ¡ay! ¡qué niebla oscura,
De horror, de pena y de aflicción cargada,
En denegridas luces inundada,
Amenaza feroz tu frente pura?
Yo escucho del averno
Las serpientes silbar; ya la tristeza
Clava el puñal interno;
El sol huyó; la oscuridad, que empieza,
Y la imagen del crimen
Tu desolado corazón oprimen.

El rostro de inocencia listimado
Vuelves, buscando en tu dolor consuelo;
Y ves la cruz, y en ella al Rey del cielo
A la inmensa juaicia abandonado,
Bebió el vaso infinito,
Do rebosaron las divinas iras,
Por ajeno delito.
Oh tú, que al nombre de su esposa aspiras,
Por tu culpa y la ajena
Debes gemir; tu dignidad lo ordena.
¡Lloras? ¡Llanto feliz! ¡Tierno rocío,
Que de aflicción las flores fecundando,
Produce de clemencia el fruto blando,
Logrado en tu penar, al mundo impio!
¡Padece! ¡Ay! padece:
Por tu tormento en la angustiada tierra
La paz y el bien florece:
Desaparece, oh maldad; huye, impia guerra;
Y al reino del espanto
Víctimas robe tu encendido llanto.

Que tal poder el soberano Esposo
Dió de la esposa, que suspira, al ruego.
Tiende al mundo los ojos. ¡Ves el fuego
De la verdad quemarlo? ¡Ves ansioso
La cuchilla el hermano
Sobre el hermano alzar? ¡Al pie no miras
Del pálido tirano
Yacer el hombre? ¡El humo no respiras,
Humo de sangre y muerte,
Que la discordia enfurecida vierte?

Jehová, el justo Jehová desde la cumbre
De su gloria eternal también lo mira.
Vela su rostro el ceño de la ira:
Y en vez de blanda y regalada lumbre,
Furor y ardores lanza:
Ya, ya en su mano súbito se enciende
El fuego de venganza;
Y ya rugiendo asolador descende
Sobre el mundo enemigo
El rápido ministro del castigo.

Mas ¡oh! si de terror y espanto llena,
Cubre los orbes nube denegrida,
Y el rayo ardiente, que bramando anida,
Ya en el culpado corazón resuena,
Las manos virginales
Y el rostro ardido en caridad levantas;
En bien de los mortales
Brotó tu corazón lágrimas santas;
Y en el pecho doliente
Nace el suspiro de piedad ferviente.
¡Salud, oh mundo! Por tu bien suspira,
Y de amor é inocencia coronada,
Ya contra tus maldades fulminada,
Sobre sí llama la celeste ira.
Del Dios, que tú has herido,
¡No ves cómo á la cruz los brazos ciñe?
¡No ves cómo el vestido
En los torrentes de su sangre tiñe,
Y su ruego inocente
De Jesús une al ruego omnipotente?

Venza al del crimen tu clamor, ¡oh esposa!
Venza, y al pie del tronco ensangrentado
Gime, donde el cordero no manchado

Victima eterna del amor reposa:
Ruega, que acepto sube
Tu ruego y sacrificio al santo cielo.
Ya la funesta nube
Desapareció; respira, ¡oh triste suelo!
La vengadora espada
Jehová depone de la diestra airada,

X.

EL CANTO DEL ESPOSO.

En una profesión religiosa.

«Pues ya, si en el egido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

El amante sagrado,
Que de la cruz pendiente nos convida
Al seno regalado,
A la preciosa herida,
Del misero mortal asilo y vida;
Cual suele tierna el ave
Su consorte arrullar desde la rama,
Con dulce voz suave,
Que caridad derrama,
La nueva esposa á sus verjeles llama.
Oye, feliz esposa,
Oye su voz; que el céfiro callado
Ni juega con la rosa,
Ni vaga en el collado,
Por no turbar su acento enamorado.

«Vén, ¡ay! esposa mía,
Dice herido de amor, vén; ¡floreciente
No ves la cumbre fría
Del Líbano eminente,
Que de alto hielo coronó su frente?

»Mas ya corre sonoro
A fecundar las plácidas praderas,
Volcando arenas de oro;
Ya alfombra sus laderas
De guirnaldas de flores placenteras.

»Huyó el sañudo invierno:
Huyó del prado la tiniebla umbría,
Y ya el Favonio tierno
Al valle su alegría,
Y su luz clara restituye al día.

»Ya verdes resplandecen
Las viñas de Engaddí; del fruto amado
Sus vides se enriquecen;
Ya en el bosque ha sonado
De la tórtola el canto lastimado.

»Vén, ¡ay! dulce amor mío;
De las vertientes del Hermon nevadas
Baja el blando rocío;
Sus florestas hermosas
Jericó esmalta de purpúreas rosas.

»No es ya la noche dura,
Cuando, cubierto de escarchado hielo
Entre la niebla oscura,
Amante y sin consuelo,
Me vió á tu umbral enristricido el cielo.

»En el silencio vieras
Pasar del monte con feroz rugido
Las despiadadas fieras,
Y mi pecho afligido
Buscar en tí consuelo á su quejido.

»Y la naciente aurora,
Al derramar sobre el sediento prado
Las lágrimas que llora,
Me oyó, de amor llagado,
Dulce quejarme de tu pecho helado.

»Mas ya sereno el día,
En que mi amor triunfase, resplandece
Vén, pues, esposa mía,
Ya mi huerto florece,
Y sus frutos dulcísimos te ofrece.

»El tronco de la vida,
Entre olorosas flores levantado,
Da sombra apetecida;

Pende el fruto sagrado,
De sencillas esposas deseado.
»Y yo seré, amor mío,
De mirra para tí manojito tierno,
Que no ajará el estío
Ni lo helará el invierno,
Y que arderá por tí de amor eterno.
»De los demás pastores
Desoye el canto y deja la guarida,
S pulta tus amores
En mi huerta escondida;
Muerte dulce es mi amor y dulce vida.
»Aquí yo las manzanas
De suave olor arrojaré en tu seno;
Y cuando á las mañanas
Brindáre el sol sereno,
Lirios te cogeré del prado ameno.
»Del prado, que mil fuentes,
Del altísimo monte despeñadas,
Riegan de relucientes
Azucenas preciadas
Harémos nuestras candidas moradas.

»Aquí apacible sueño,
En mi divino gremio recogida,
Mientras vuela risueño
El aura de la vida,
Gozarás entre flores adornida.
»Y á las vírgenes tiernas
Pediré de Sion, mientras fogoso
Penetra en las cavernas
Del sol el rayo hermoso,
Que no turben tu plácido reposo.
»Y luego en despertando,
Aromas pedirás, pedirás flores,
Y con gemido blando
Te quejarás de amores,
Y exhalarás la vida en mis loores.
»Pues qué, si adonde mana
El blando vino en solitaria parte
Te llevo, dulce hermana,
Por más enamorarte,
Y afirmo de mi amor el estandarte?
»Ay! vén; más que la muerte,
Más que la saña del horrible averno
La caridad es fuerte.
Vén, y en mi pecho tierno
Muere para vivir de amor eterno.»
Así cantó el Esposo,
Y el aura celestial lleva su acento
Con susurro amoroso,
Y de su blando aliento
Siente la esposa perfumado el viento.
Tras los dulces olores
Corriendo va de su inmortal amado;
Y hallóle entre las flores
Del huerto reclinado
Y de cendales cándidos velado.

XI.

EL CÁNTICO DE ZACARIAS.

Bendice mil veces, bendice, alma mía,
En himno sonoro al Dios de Israel,
Que manso y clemente visita su pueblo,
Y fuerte quebranta el yugo cruel.
David, ya en tu casa, cual padre amoroso,
El cetro temido fijó del poder:
Judá vió en sus montes tras largo infortunio
Salud y ventura al pueblo nacer.
Así anunciadora de eterna palabra
La voz de sus santos su oráculo fué,
Y desde los tiempos primeros del mundo,
Profetas y ancianos suspiran por él.
Su mano nos salva del crudo enemigo,
Que quiso abrevarnos de llanto y de hiel:
Ni ya temerémos que al pueblo escogido
Los fieros se atrevan de Edom y Betel.
Si fué á nuestros padres un Dios de clemencia,
Y libres salieron de Egipto y Babel,
La santa promesa no olvida, que oyeron
De fuego bañadas las zarzas de Oreb.

Abram, nuestro padre, oyó su promesa;
Juró el Dios inmenso, altísimo y fiel
Bajar á sus hijos, y manso y benigno
Del crimen antiguo la víctima ser.

Y libre y contento Israel ya no debe
Ni mano enemiga ni espada temer:
Adore á su Dios, y observe obediente
La ley promulgada al santo Moisés;
Y goce en eterno serenos los días
Que van á nacerle de gloria y placer.
Candor y justicia la plebe coronen;
Que el Dios de sus padres descienda á Salen.

Y tú, feliz niño, profeta llamado
Serás del Señor; porque irás ante él,
Abriéndole paso por ruidos desiertos,
Y de áridas peñas brotando la miel.
Ahuyenta la culpa del pecho malvado,
Y siembra en las almas divino saber:
Prepara los frutos al Sol de justicia:
Salud é indulgencia será en Israel.

¡Oh dulce clemencia! ¡Oh entrañas de padre!
¡Oh Dios bondadoso! El hombre ¿quién es,
Que así en las alturas naciendo benigno,
Sus tristes mansiones ilustran tus piés?
La luz nace al mundo, que en densas tinieblas
Y en sombras de muerte lanzado se ve.
Mortales, seguidla; pues ella nos muestra
La senda dichosa de paz y de bien.

XII.

A SILVIO, EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¿Y quién podrá, mi Silvio, el lloro triste
A tu lloro negar? Ya de mi pecho
Ronco se exhala el canto del gemido,
Y en torno vuela á mí enlutada lira
El genio del dolor. ¡Ay, tu contento
Se sepultó en las sombras de la tumba!
No darán ya tus paternales labios
El ósculo de amor.... Las dulces gracias,
Recien sembradas en el rostro hermoso
Por la inocencia cándida, volaron
Ante el helado soplo de la muerte.
Así tal vez la rosa que mecieron
Los céfiros de Abril, destronca impío
El Noto silbador, cuando á deshora
De la espumosa Sirte se desata.
¡Oh Dorila! ¡Oh beldad! ¡Oh tierno padre!
¡Oh nombre de dolor, que en otro tiempo
Tu corazón, mi Silvio, enajenaba
En gozo celestial! Del seno herido
¿Quién te podrá arrancar la aguda flecha?
Cuando del Bétis á la amena orilla
Viniste á ser de la injuriada Témis
Severo vengador, con triste acento
Te anunció lucha eterna contra el crimen
La voz de la amistad. El brazo armado
Cantó del malhechor, la espada impía
Contra el amigo pecho enarbolada,
Y la calumnia atroz, que sobre el justo
Tiende de la maldad el negro velo.
Mas ¡ay! que no anunció tan cruda pena
Su profética voz. La Parca esquivo
Tu placer acechaba desde el Bétis.
¿Cómo desapareciste, lumbre clara,
De los paternos ojos, con tu ausencia
A lágrimas sin fin ya condenados?
¿Qué nubes te eclipsaron, tierna aurora,
En tu primer albor? Brillaste pura,
Como el astro sereno de la tarde
Se mece entre los plácidos reflejos
Del sol occidental. ¡Ay! luce apénas,
Y á las mansiones lóbregas de ocaso
Baja en curso veloz. ¡Súbita huiste,
Y en la noche del tálamo te ocultas!
No hay más amor, oh Silvio. Aquí encerrados
Yacen los tuyos so la losa fría,
Y eternos yacerán.... Gemidos, lloro y
Lloro desolador..... ¡Hé aquí tu suertel
No halagará ya el aura del consuelo
Tu frente dolorida: no en tus labios

Hallará la amistad blanda sonrisa.
 Porque «¿dó está? mi bien, mi dulce encanto
 ¿Dó está, dó huyó?» Al acento lastimero,
 Las horridas mansiones de la muerte
 «¿Dó está, do huyó?», te vuelven despiadadas.
 ¿Dó está? Mortal, si á la morada oscura
 Te conduce el pesar, donde dominan
 Los lúgubres horrores, y la Parca
 Alza sobre cadáveres su trono,
 Desciende, el llanto calma, y oye atento
 La enseñadora voz de los sepulcros.
 Descendamos, mi Silvio, y los sollozos
 Oprime, que no es dado á humano afecto
 Su centro penetrar. Pavor sombrío
 Mi cabellera eriza. Destemplada
 De mi trémula mano cae la lira.

¡Region de soledad! A tus umbrales
 Muere el dolor y el gozo, y en tu seno
 La inmóvil eternidad augusta manda.
 Contempla, Silvio, esos despojos frios,
 Reliquias de tu bien, y busca en ellos,
 Si puedes, ¡ay! el rostro de belleza
 Que al tuyo sonrió. ¿Dó están los brazos
 Que en derredor el cuello te halagaban
 Con ternura infantil? ¿Dó fué el asiento
 De aquellos dulces ojos, que al mirarte
 Cual claros astros del amor brillaban?
 Murieron y no son. ¿Y qué los cubre?
 Noche eterna en su velo tenebroso,
 Ó al seno revolaron de la nada.

Mi Silvio, ¿oyes la voz, voz de consuelo,
 Voz de gozo, que nace cual la aurora
 De entre las nieblas de la noche oscura?
 «Mansion de eterna vida mora el justo
 Que muere en el Señor.» Vive, mi amigo,
 Y vive para tí. Será que un día
 Restituya el sepulcro devorante
 Los despojos del mundo, y animado
 Ese aterido polvo, en lazo eterno
 Al celestial espíritu se anude,
 Y tú padre serás. Esta esperanza
 Repose entre las penas de tu pecho,
 Como entre espinas la purpúrea rosa.
 Salve, santa esperanza: tú en los brazos
 Del divinal amor serás cumplida,
 Cuando el padre, el amigo, el tierno esposo
 Las dulces prendas que perdió recobre
 A nunca más perderlas. Sí, mi Silvio:

El augusto silencio de la tumba
 «Vida sin fin al virtuoso» clama.
 ¿Qué es el placer humano? La aura leve,
 Cuando derrama en las nacientes flores
 La lluvia matinal, no más ligera
 Vuela fugaz sobre el sediento prado.
 ¿Qué es la edad? ¿Qué es la vida? Cual arroyo,
 Que por los verdes campos serpentea,
 Complacido en regalos, va á perderse,
 Á pesar suyo, en el remoto golfo;
 Así el tiempo arrebatada en su carrera
 Al hombre y sus afectos, y en su seno
 La eternidad terrible los abisma.
 ¡Desgraciado el mortal que su ventura
 Al caduco deleite necio fie!

Santa virtud, que vivirás eterna
 Despues que todo muera, tú eres sola
 El bien de los mortales: tu hermosura
 No deslustran las nieblas de la muerte.
 Ella, mi Silvio, á la mansion de dicha
 Condujo tu Dorila. ¡Venturosa,
 Que el hermoso candor de la edad tierna
 Llevó consigo al plácido sepulcro!
 ¿Y nos tros lloramos? Blandas flores,
 No funesto cipres ni mustio helecho,
 Debemos derramar, mi dulce amigo,
 En la tumba feliz de la inocencia.
 Aquí su pura y amorosa sombra
 Sentirémos vagar. La pena aguda
 Alanzará del dolorido pecho,
 Y ya tranquilo esperarás el día
 Que vueles en las alas de la muerte
 Al dulce bien que te robó sañuda.

XIII.

LA PROVIDENCIA.

De la miseria en el profundo seno
 El infeliz decia:
 «No hay Dios: en vano su esplendor sereno
 El padre de la luz al orbe envía.
 »En vano sometida á ley constante
 Gira la inmensa esfera.
 Y en curso igual el Oríon radiante
 Sobre el mar del ocaso reverbera.
 »¿Qué es el lazo eternal con que natura
 Los seres encadena,
 Si un Dios injusto su mejor hechura
 Al delinquir y á padecer condena?
 »Yo vi, yo vi á las nubes sublimado
 Y triunfante al impio,
 Y de placer y gloria circundado
 Por la tierra extender su señorío.
 »Y mientras goza, el inocente gime
 En la prision oscura,
 Y al són de la cadena que le oprime
 Llora infeliz su indigna desventura.
 »El pan de la afliccion es su alimento,
 Y el lloro su bebida,
 Y ansiando por el último momento
 Arrastra el peso de su amarga vida.
 »No hay Dios donde hay maldad: la espada impía
 Es el Dios del humano:
 Su trono la sañuda tiranía,
 Y la triste virtud un nombre vano.»
 Dijo; y del cielo al muro diamantino
 Lanza gemido ardiente,
 Y el poder blasfemando del destino,
 Cubre entre el polvo vil la faz doliente.
 Mas la verdad sus rayos brilladores
 Desde el empero envía,
 Y el velo dispó de los errores,
 Que la ofuscada mente oscurecia.
 Vió entónces derroscarse en el averno
 El sólio del malvado,
 Y eterna maldicion y llanto eterno
 Exhalar de su pecho atormentado.
 Y al justo en las mansiones de la vida
 Unido al Dios, que implora,
 Bendecir la inocencia perseguida,
 De las pruebas del hado triunfadora.
 Mortal, necio mortal, que un solo instante
 Para morir animas,
 ¿Presumes tú dar leyes al Tonante,
 Que hace temblar las celestiales cimas?
 Deja que á la virtud hermosa y pura
 La adversidad persiga,
 Y que al malvado la fortuna impura
 De rosa y de laurel corone amiga.
 Deja al desórden que domine al mundo:
 Vendrá el terrible día,
 Que arranque á la maldad el cetro inmundo
 Y grite el cielo: «la venganza es mia.»
 El alma es inmortal: puede una hora
 Labrar tu eterna suerte:
 Ejerce la virtud.... á Dios adora....
 Y lo demas te enseñará la muerte.

XIV.

A LA RESURRECCION DEL SALVADOR.

EL CANTO DE LA ESPOSA.

Virgenes de Judea,
 El tierno canto oid. Hiere la esposa
 El arpa deliciosa,
 Que á su pastor recrea,
 Y canta sus loores
 Entrando en la mansion de los amores.
 «Bálsamo derramado
 Es tu nombre suave. La pastora
 Deja al rayar la aurora
 Pacer libre el ganado;
 Al dulce olor anhela,
 Y en pos de tí por la pradera vuela.

» Y ya de los pastores
No cuida ni el placer ni los pesares,
Ni atiende sus cantares,
Ni escucha sus amores,
Y solicita ansiosa
El bosque de la mirra deleitosa.

» ¡Ay! yo busco, bien mío,
Los campos de azucenas florecientes,
Y las vivas corrientes,
Que no seca el estío,
La esmaltada ribera

Y los prados de eterna primavera.

» Y ¿quién podrá arrancarme
La guirnalda feliz que me has ceñido?
Ni ¿quién podrá al egido,
Que moras tú, robarme?
¡Ay! tú mi pecho heriste:
De entónces sólo tú mi gloria fuiste.

» Sólo tú, dulce amado;
Y ni el blando cantar, ni el bosque umbroso
Te borrarán, oh esposo,
Del pecho enamorado;
Ni la abundante choza,
Ni del soberbio la veloz carroza.

» Si; yo te vi pendiente (1)
Del duro leño, y enlutado el cielo
Cubrió de negro velo

Su faz resplandeciente:
Los ríos se turbaron,
Y los eternos montes vacilaron.

» Y en la mansion oscura
De silencio y de muerte pavorosa,
Bajo la dura losa
Se eclipsó tu hermosura;
Cual entre el hielo frío
Sepulta al lirio el águila impío.

» Mas ya dejás triunfante
Las sombras del sepulcro y de la muerte:
Ciñe, oh tú, ciñe, oh fuerte,
La espada fulminante:
Vence, tuyo es el mundo;
Las legiones domaste del profundo.

» Es tu rostro amoroso
Más que el sol del cenit puro y luciente:
Ciñe la bella frente
De triunfo, oh dulce esposo;
Al trono de la vida
Sube á gozar la gloria merecida.

» Y las tiernas esposas,
Que en santo amor encadenadas tienes,
Coronarán tus sienas
De inmarcesibles rosas;
Y entre las blandas flores
Tu beldad cantarán y sus amores.»

Dijo, y al suave canto
Enamorado sonrió el esposo,
Y á su verjel hermoso,
Del cielo dulce encanto,
Benigno la convida
Y le da en su regazo eterna vida.

XV.

IMITACIÓN DEL SALMO *BEATUS VIR QUI NON ABIIT IN CONCILIO IMPIORUM.*

Dichoso el que motines
Huyó de gente impía,
Ni entró en la senda umbría
Que trilla el pecador,
Ni estuvo en los jardines
Do el vil placer reposa,
Escuela contagiosa
Del vicio y del error.

Mas siempre meditando
De Dios la ley sagrada,
El alba sonrosada,
El Vésper lo hallará.
La adora humilde cuando
El sol en rayos crece,
La cumple si fallece
Su luz, vencida ya.

Cual árbol floreciente
Será, que en los cristales
Se ve de los raudales
Que bañan su raíz:
El fruto refulgente
A tiempo da seguro:
Ni ofende invierno duro
Su copa y su matiz.

No así será el impío,
No así: cuando hace guerra
El noto de la sierra
Al rápido águila,
Las pajas que su brío
Al suelo ha arrebatado,
Del triunfo del malvado
Imágen viva son.

Vendrá el día que quieran,
De horror y susto llenos,
Unirse con los buenos
Los hijos de Betel;
Mas ¡ay! en vano esperan:
Su senda va á la muerte,
Y el Dios terrible y fuerte
Conoce á su Israel.

XVI.

IMITACIÓN DEL SALMO *DOMINI EST TERRA.*

¿Quién es de la gloria
Monarca y Señor?
El Dios de virtudes:
Cantad su loor.

Dominio es la tierra
Del Dios soberano;
Fundóla su mano
Sobre ondas del mar;
Y el orbe que encierra
Naciones sin cuento,
Su rayo violento
Aprende á temblar.

¿Quién es de la gloria, etc.
¿Quién sube á la cumbre
Do reina el Potente?
Quien puro y clemente
Su pecho guardó;
Ni apaga la lumbre,
Que el alma asegura,
Ni mano perjura
Con sangre tiñó.

¿Quién es de la gloria, etc.
Salud y clemencia

Recibe felice:
Su prole bendice
El Dios de Raquel.
Le da la inocencia
Y el gozo colmado,
Y el pueblo ensalzado
Suspira por él.

¿Quién es de la gloria, etc.
Alzad vuestras puertas,
Ilustres del cielo,
Descorre tu velo,
Mansion eternal;
Y en ellas abiertas

Cantad la victoria
Al Rey de la gloria,
Triunfante del mal.

¿Quién es de la gloria, etc.
Con brazo extendido
Triunfaste, Dios fuerte,

(1) Los corifeos del oscurantismo, para incomodar al autor, pretendieron persuadir al Rey, cuando por primera vez se publicó esta composición en un periódico de Madrid, el año de 1825, que toda ella, y muy particularmente esta estrofa, hacía alusión á la muerte de Riego. (Nota del Autor.)

Del Orco y la muerte
En áspera lid.
El solio debido
Te espera, ¡oh glorioso!
Al Rey poderoso
Las puertas abrid.
¿Quién es de la gloria, etc.

XVII.

IMITACION DEL CÁNTICO DE EZEQUÍAS.

Yo dije : «mi vida
Llegó á su mitad,
Y abierto el sepulcro,
La va á devorar.»
Los últimos años
Perdidos son ya :
En vano los busco,
Que no llegarán.
Y dije : «mis ojos
No vuelvo yo á alzar
En tierra de vivos
Al Dios de Isaac.»
Perdí el dulce suelo,
Mansion de solaz :
Perdí de los hombres
La grata amistad,
Cual tienda que arranca
Pastor montaraz
Y envuelve sus lienzos
Al rudo estadal :
Así quedó el seno
En triste orfandad ;
Que de él á mis hijos
Robado me han.
Sañuda tijera
El hilo vital
Cortó, cuando apenas
Ocupa el telar.
De un sol á mi vida
La lumbre darás.
Aguardo otra aurora
Y vuelvo á penar.
Cual león mis huesos
Rompiendo ya estás :
De un sol á mi vida
La lumbre darás.
Yo ciamo cual suelo
Implume piar,
Sin madre, en el nido
La alondra vivaz.
Cual triste paloma
Medito en mi afán.
Señor, yo fallezco ;
Tu auxilio me da.
Mas ¡ay! clamo en vano :
¿Qué puedo esperar?
El brazo que hiere,
¿Sanarme querrá?
El alma inundada
De pena mortal,
Mis años perdidos
Recuerdo en tu faz.
Señor, si es tan leve
La vida que das,
Destruyeme y vuelve
Tu hechura á animar.
Gocé del deleite
La infiel vanidad,
E interna amargura
Turbaba mi paz.
Mas tú, cual las nubes
El Bóreas polar,
Disipas mis culpas
Y alivias mi mal.
Que no el que descende
Al lago voraz,
Ni muerte ni abismo
Tu gloria dirán.
Te alaban los vivos,
Y el viejo en su hogar

Anuncia á sus nietos
Tu excelsa bondad.
Libértame, ¡oh padre!
Y haré resonar
Con salmos eternos
Tu santa heredad.

XVIII.

A mi amigo don José de Musso y Valiente, habiéndome regalado una copia del Niño Dios durmiendo, del cuadro de Rafael, litografía por su hija doña María de la Encarnación Musso y Valiente.

Yace vestido del humano velo
El Dios de los amores poderoso,
Y oculta en blando sueño y misterioso
La majestad que adora el alto cielo.
De inocente candor dulce modelo
Eres, ¡oh tierno niño y amoroso!
Y al culpado, que el mar tempestuoso
Surcó de las pasiones, das consuelo.
La mano de una angélica hermosura
Copia la sacra imagen, trasladada
Del gran genio que el Tiber reverencia.
Y en la copia escribió la amistad pura :
«Alivio á la vejez desengañada,
Dado por la beldad y la inocencia.»

LÍRICAS PROFANAS.

I.

Á LA RESTAURACION DE BUENOS-AIRES
EN 1806.

¿Quién roba de mi cítara suave
Las rosas que algún día
Vénus, Cupido y Febo le ciñeran?
¿Cuál núnen soberano me presenta
El lauro refulgente,
En vez del mirto que adornó mi frente?
Dulce cantar, del corazón delicia,
Himnos que di engañado
Un tiempo á la beldad perecedera,
Huid con su ilusión, que ya sublime
Con generoso anhelo
Al arduo templo de la gloria vuelo.
¿Qué nuevo grito de victoria escucho
Girar por su alta cumbre?
¿Es el scita feroz, de quien el trace
Ya acobardado y fugitivo tiembla?
¿Es el galo animoso,
Del Vístula y del Albis victorioso?
Mas ¡oh! que desde el margen apartado
Del Paraguay inmenso
Vuela sobre los golfos de Occidente :
Victoria, clama, á la indomable España ;
Y el eco repetido
La playa aterra de Albión vencido.
¿Dó está la fuerza y el orgullo osado
Que el pielago espumoso
Abrumó con mil naves? Si soberbio
Al dilatado mar impone leyes,
Ya entre sus turbias olas
Huye de las banderas españolas.
Tú en tus murallas dominar los viste,
Metrópoli opulenta,
Reina del Paraguay ; cual pronto brilla
Relámpago veloz, y luce apenas,
Cuando á la parda nube
A sepultarse entre sus sombras sube.
De la traición, no del valor vencida,
Su yugo padeciste :
Allí cantaron himnos de victoria
Los fieros de Albión ; de tus tesoros
Su codicia saciaron,
Y el cetro de la América empuñaron.
Empero ¿cuál cohorte valerosa

A tus muros se acerca?
 Llegar, combate, aterra: el orgulloso,
 Que nuevos triunfos de ambición soñaba,
 Humilde gime ahora,
 Y la piedad del vencedor implora.
 Ilustres vencedores, ya respira
 La América angustiada:
 Ya el tirano del húmido tridente
 Huye al seno del mar, y un solo día,
 Una sola victoria.
 Os sublima al alcázar de la gloria.
 Mas ¡ay! velad: no el sueño del descanso
 Mortífero os sorprenda
 A la sombra falaz de los laureles.
 ¿No veis cruzar por el cerúleo Estrecho
 Las naves empinadas,
 De muerte y de furores recargadas?
 ¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre,
 En ira y rabia ardiendo,
 La tierra infesta apenas libertada.
 ¿No ois tronar el bronce, hervir el golfo?
 ¿No veis al golpe duro
 Cuál se desploma el tresdoblado muro?
 Ya la mal defensible fortaleza
 Cayó que os guarecía,
 Tristes pueblos, doblad, doblad la frente
 Al fiero vencedor. El yugo impío
 Que os imponga orgulloso,
 Haga la sumisión ménos gravoso.
 Si; que ya marcha en escuadron cerrado
 De innumerable gente,
 No á lidiar, á rendir; viene en su furia,
 Imágenes sombrías meditando
 De robo y de matanza,
 A saciar su rencor en la venganza.
 Volvieron, sí; mas en la lucha fiera
 Otra vez encontraron
 Hijos de España. El rayo de Mavorte
 Brilla en sus diestras; las guerreras frentes,
 Coronadas de gloria,
 Cifre el sacro laurel de la victoria.
 El pueblo, sus hogares defendiendo,
 Al soldado se iguala,
 Y el soldado á los héroes: trueno ardiente
 El cañon, y en mil ecos alternado
 Su horrisono estallido,
 Dilata hasta los Andes el sonido.
 En sus armas y número confía
 El escuadron britano,
 Y ardiendo en saña el animoso ibero,
 En su constancia y su valor. La patria
 Ve expuesta al trance fuerte,
 Y arrostra por su amor la cruda muerte.
 ¡Cayó el tirano en fin! ¡Victoria á España!
 ¡A los ilustres hijos
 Del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!
 ¿Acaso siempre triunfará el impío?
 ¿El hispano ardimiento
 Cederá al genio de Albión sangriento?
 ¡Ah! no: aquellos valientes en un día
 Las victorias vengaron
 Que el envidioso mar robó á la España.
 De Trafalgar los manes insepultos
 Las playas recorrieron,
 Y en la lid sus espadas dirigieron.
 ¡Pueblo español! Tres siglos de infortunio,
 De esclavitud horrenda,
 A mancillar tu gloria no han bastado:
 El valor, la constancia es tu divisa;
 Y esclavo ó soberano,
 La suerte tuya fijará tu mano.
 Las águilas del Tíber, los enjambres
 Del Báltico nevoso,
 Y el árabe feroz y mil tiranos
 Pasaron; mas tú, augusto entre ruínas
 De un trono y otro hundido,
 Sobrenadas al tiempo y al olvido.
 ¿Cuál tu suerte será? Si tu cadena
 Alguna vez rompieses,
 Y esa constancia indómita animase
 La santa libertad, ¡ay! aquel día
 En sempiterno abismo

Se hundirá el insolente despotismo.
 Sobrevivió del galo á los furores:
 El taciturno isleño
 Al mar lo desterró; viciosa Italia
 Sobre el altar que le erigió le mofa;
 Mas su postrer ruína
 Al denodado ibero se destina.

II.

LA VICTORIA DE BAILÉN.

Tronó la alzada cumbre de Pirineo,
 Y sobre el suelo hispano
 Lanzó horrorosa nube de asesinos,
 Y las madres de iberia al triste pecho
 Los hijos estrecharon,
 Y piedad y venganza reclamaron.
 Pasa el dorado Tajo y las vertientes
 Del Mariano monte
 La caterva sin ley. Nuevas matanzas
 Viene y nuevos destrozos meditando;
 Y en su furor sañoso
 Dijo entónces el bárbaro orgulloso:
 «Venid, y en la florida Andalucía
 De oro y sangre saciemos
 Nuestros sedientos pechos. Sús, varones:
 ¿No sois los invencibles que llevaron
 Muerte, luto y ruína
 Del Rhin á la remota Palestina?
 »Mirad vuestros laureles. Reteñidos
 Están de sangre humana,
 Y de inocente lloro salpicados.
 Teñidlos más y más. *Que gima el hombre:*
 La Bética asolada
 Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.
 Y ¿qué, la España aclaman y Fernando
 Esa misera gente?
 ¡El yugo esquivan que se digna darles
 El gran Napoleón! ¡Necios! perezcan,
 Y allá en la tumba fría
 Los laureles recuerden de Pavía.»
 Así dijo aquel fiero, que tendiera
 Sobre el Arno florido
 Los silenciosos velos de la muerte.
 No olvidarás, Arezo, su barbarie,
 Ni tú, playa tirrena,
 De cuerpos muertos de tus hijos llena.
 Y marchan, y en el Bétis centellea
 El águila ominosa,
 Y en los muros de Córdoba asolada:
 El campo hermoso, que la estéril nieve
 Burló de Enero yerto,
 El horrible cañon vuelve en desierto.
 Mas ¡oh! ¡cuáles banderas se desplegan
 Contra el águila altiva?
 Forjóse el rayo en el ardiente seno
 De Híspali la leal: ya despedido,
 Venganza amenazando,
 Los aires que atraviesa va quemando.
 ¿Huyes fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo emjambre
 De bárbaros no miras
 Que *sangre y oro* enfurecidos claman?
 ¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto
 Y la sierra fragosa
 Aun no aseguran tu crueldad medrosa?
 Españoles, volad. Hijos de Marte,
 Que el Ganges y el ocaso
 Hicisteis resonar con vuestro nombre,
 Volad, arrebatad á esos perjuros
 Sus laureles odiosos,
 A la misera Europa tan costosos.
 Castaños inmortal, nombre de triunfo,
 Dulce alumno de Pálas
 Y querido de Marte, á tí encomienda
 Su justa causa España: la victoria
 Tus estar dartes guía,
 Y su temido rayo te confía.
 A la gloria conduce y la pelea
 La juventud ardiente,
 Que el sol occidental benigno mira.
 Esgrima, esgrima el paternal acero,

Que de sangre agarena
 Tiñó mil veces la española arena.
 Marchas, guerrero, y lentitud prudente
 Los impetus enfrena
 De ese escuadron de héroes : al soberbio,
 Que en su terror afecta despreciarte,
 Tus fuerzas ocultando,
 La inevitable tumba vas labrando.
 Así vuela tal vez cándida nube,
 Cuyos bordes colora
 El sol naciente de risueña grana,
 Cuando la tempestad horrible lleva
 Contra el cielo sereno,
 Y el rayo asolador ruge en su seno.
 O cual águila augusta, que divisa
 La garza descuidada
 En la otra parte del tendido cielo,
 Sube tranquila á la region suprema,
 Donde el viento enmudece,
 Y en el alto cenit audaz se mece :
 Ve y se complace en la segura presa,
 Y más veloz que el rayo
 Rápida por los aires se desprende;
 El redoblar de sus batientes alas
 A lo lejos resuena,
 Y de triste pavor las aves llena.
 Así glorioso con torcida marcha,
 Que el mismo Marte guíe,
 El enemigo bando acometiste ;
 Y avaro así de la española sangre,
 El laurel de tu gloria
 No manchará los fastos de la historia.
 ¿Quién sube por el Bétis? ¿Quién terrible
 El defendido paso
 Rompe ya de Mengibar? ¿Quién asciende
 A las alturas de Bailén y al campo,
 Do humea todavía
 Del sarraceno infiel la sangre impía?
 Y ¿qué, Dupont, vacilas? La alta sierra
 Te niega sus gargantas,
 Por sus audaces hijos defendidas.
 ¡Miseró! ¿Dónde irás? Tienes delante
 Cabe el Bétis undoso
 Al fuerte ibero, de tu sangre ansioso.
 Huye, infelice, huye : negra noche,
 Escudo de malvadas,
 Cubre en tu horror su vengonzosa fuga;
 Mas ¡ay! que en tu camino se interpone
 Nuevo escuadron valiente,
 Que rendirte ó morir sólo consiente,
 Truena el cañon : del monte despedido,
 El horrisono estruendo
 Las campiñas del Bétis vallenando,
 Y entre el rumor del parche estrepitoso
 Desolacion y guerra
 Anuncia atroz á la afligida tierra.
 Mas ¡oh! cede el impío : su fiera
 Y su orgullo altanero
 Postra el valor del inmortal Castaños :
 Yace abatida el águila rapante,
 Terror de las naciones,
 Al pié de nuestros fuertes escuadrones.
 ¡A Castaños victoria y á la patria!
 A los hijos valientes
 Del almo Bétis gloria inmarcesible!
 ¿De España acaso triunfará el impío?
 El ibero ardimiento
 ¿Sabrá humillarse al opresor violento?
 ¡Ah! No. Allá triunfe sobre el Rhin nevado,
 Ó cual tigre rabioso
 En las selvas del Wístula domine,
 Ó al otomano estúpido, que el yugo
 Trucea ledo y tranquilo,
 Fácil sojuzgue en el remoto Nilo.
 Guerreros valerosos, en un día
 Vengásteis los baldones
 Con que el tirano envileció la España :
 Del Mayo infando las llorosas sombras
 En la tumba se alzaron,
 Y al vengador ilustre saludaron.
 No, no es inútil la vertida sangre,
 Ni el valor desgraciado,

Que la fortuna injusta no corona.
 La sangre de Leonidas fué á los persas
 La señal de ruina.
 Y los lauros regó de Salamina.
 Vive, glorioso vengador : tu nombre
 Tiembla el galo vencido,
 Y venera la Europa belicosa :
 Vandalia, madre antigua de guerreros,
 Su claro honor te llama,
 Y España libre tu valor aclama.
 ¡España, España! ¡Amada patria mia,
 Patria de los valientes
 Que el largo oprobio de tu faz borraront
 Cuando tu afecto de mi pecho salga,
 Mi cantar abatido
 Sepúltese en el polvo del olvido.
 Ni en las umbrasas faldas de Helicon
 Honor tenga mi lira,
 Y mustio, de mi frente envilecida
 Caiga el laurel sagrado de los vates,
 Cuando á tu excelsa gloria
 El cántico no entone de victoria.
 ¡Oh patria! ¡Nombre amado, que al oírlo
 Las almas enajena!
 ¿Quién no se goza en tus gloriosos triunfos?
 ¿Cuál es el corazon de duro bronce,
 Que tus males no llora,
 Ni al bienhechor que te defiende adora?
 ¡Hijos de España! ¡Pueda el canto mio
 Vuestras heroicas almas
 Enardecer! Al campo de la muerte
 Volad! Y los fortísimos aceros,
 De la patria esperanza,
 Esgrimid por su gloria y su venganza.

III.

A LAS RUINAS DE SAGUNTO.

Salve, oh alcázar de Edetania firme,
 Ejemplo al mundo de constancia ibera,
 En tus ruinas grandiosa siempre,
 Noble Sagunto.
 No bastó al hado que triunfante el peno
 Sobre tus altos muros tremolase
 La infausta enseña que tendió en el Tiber
 Sombra de muerte.
 Cuando el Pirene altivo y las riveras,
 Ródano, tuyas, y el abierto Alpe
 Regir le vieron, de la marcia gente
 Rayo temido.
 El rauda Trebia, el Trasimeno rojo
 Digan y Capua su furor : Añido
 Aun vuelca, tintos de latina sangre,
 Petos y grevas.
 Digno castigo del negado auxilio
 Al fuerte ibero ; que en tu orilla ¡oh Turia!
 Pudo el romano sepultar de Anibal
 Nombre y memoria.
 Pasan los siglos, y la edad malvada
 Y el fiero tiempo con hambriento hierro
 Gasta, y la llama de la guerra impía
 Muros y tronos.
 Mas no la gloria de Sagunto muere;
 Que sus ruínas del fatal olvido
 Yacen seguras, más que tus soberbias,
 Rómulo, torres.
 Genio ignorado su ceniza eterna
 Pródigo asiste ; que infeliz, vencida
 Más gloria alcanza que sangriento triunfo
 Da á su enemigo.
 Resiste entera tu furor, oh peno ;
 Para arruinada tu furor, oh galo;
 Lucha y sucumbe, de valor constante
 Digno modelo.
 A la fortuna coronar no plugo
 Su santo esfuerzo ; mas la antigua injuria
 Sangrienta Zama, Berecina helado
 Vengó la nueva.

IV.

EN LOOR DE DRUSO.

(Traducción de Horacio.)

Como el ave, del rayo devorante
Ministradora fiel, á quien benigno
El Dios mayor de las olimpias sedes
Sobre los aires y la grey volante
Le concedió el imperio (premio digno
Al robo del púrpúreo Ganímides),
Jóven ya, mas de empresas ignorante,
Huye el risco natio

A do la impele el heredado brio;

Y al ahuyentar las brumas heladoras
El vernal viento, que florece el año,
Del no usado volar la da enseñanza,
Meciéndola en las alas tembladoras;
Ora enemiga al tímido rebaño
Sobre el redil con impetu se lanza,
Ora contra serpientes luchadoras
Ardiente la espolea

El amor de la presa y la pelea;

O bien cual en los prados florecientes
Al sabroso pacer la cabra atenta,
Del pecho de la roja madre mira
Separado al leon probar sus dientes,
Oye el rugido, y misera se cuenta
Primera presa á su inexpertira ira;
Así, Druso, del Alpe en las vertientes
Guerrear victorioso

Te vió el grison y el bávaro selvoso.

El bávaro feroz, la diestra armada,
Cual amazona, de segur lucien e :
Quién en sus selvas la esgrimió el primero,
Musa más docta lo dirá ; ni es dado
Investigarlo todo á humana mente.
Vencedor largo tiempo el pueblo fiero
Las márgenes corrió del Rhin nevado ;
Mas ya gime vencido

A los pies del mancebo esclarecido.

Y prueba cuánto en nobles corazones
Puede la ilustre condicion, criada

Bajo faustos auspicios ; cuánto inspira
Su valor en los jóvenes Neronos
De Augusto el alma paternal. Copiada
El fuerte su virtud gozoso mira
En hijo fuerte. Heredan los bridones
Y el novillo animoso

De sus padres el impetu fogoso.

Débil paloma el águila atrevida
Jamás engendrará ; mas la enseñanza
Los generosos pechos robustece,
Y la innata virtud, que allí se anida,
Del futuro valor alta esperanza,
Brotó á su sábia voz. Do quier fallece
La santa norma de inculpable vida,
Maldad corrompedora
Las bien nacidas indoles desdora.

Cuánto debes, oh Roma, á los Neronos,
Diga vencido Asdrúbal y el Metauro,
Y aquel sereno y delicioso día,
Gloria de los latinos campeones,
Que primero brilló con noble lauro,
Desde que el hijo de Cartago impía
Voló por los anónios torreonas,
Cual llama por las teas
O el Euro por las ondas ciclopeas.

De entónces prosperaron vencedores
Los jóvenes romanos, y en las aras
Que la impía guerra devastó, se alzaron
Para siempre los dioses protectores,
Clamó Aníbal : « ¡ Oh nunca tú lidiáras,
Peno infeliz, cual ciervos, que insultaron
Para su mal los lobos agresores,
Cuando triunfo sería
Evitar con ardidés su osadía !

Esa naci n valiente, que agitada
Desde la teucra playa á la latina,
Robó á la hoguera de Ilíon famosa
Hijos, padres y dioses, rodeada
De muerte y de peligros, cual la encina

En la cumbre del Álgido sombrosa
Por tenaces segures desmochada,
Fuerza y valor adquiere
Del enemigo acero que la hiere.
No más feroz contra el cansado Alcides
La hidra lerneá recreció cortada,
Si mayor monstruo dió la infanda Tébas.
Arda, y madre de fuertes adalides
Nace más bella, Véncela, y osada
Aterra al vencedor : con fuerzas nuevas
Batallará gloriosa nuevas lides,
Que aplaudan las romanas
Y lloren las esposas mauritanas.

« No ya, Cartago, de la espada mia
Nuevos triunfos oírás : pueblo africano,
Tu esperanza y fortuna ya fenece,
Y fué el de Asdrúbal tu funéreo día. »
A un Claudio ¿ qué hay difícil del romano
Júpiter protector, los favorece,
Y el consejo y la ingenita osadía
Sus empresas corona
En los sañudos trances de Belona.

V.

A BACO.

(Traducción de Horacio.)

Vi á Baco, sí (generacion futura,
Tú lo crearás), que en ásperas guaridas
Cánticos á las ninfas enseñaba ;
Por la densa espesura
Sus orejas erguidas
El capripode sátiro mostraba.

¡ E vah ! aún tiemblo del pavor reciente ;
Mas temblando palpita complacido
Mi corazón que el Dios ha subyugado.
Piedad, Baco potente,
Piedad : ya estoy rendido ;
Temible, oh tú, del grave tirso armado.
¡ Ah ! puedo ya las tiadas falaces
Cantar, del vino la escondida fuente,
La dulce leche en abundosos rios,
Y las mieles fugaces
Que el tronco refulgente
Destiló de sus cóncavos vacíos.

Cantaré de tu esposa afortunada
La corona nupcial, que lucir veo,
Gloria añadida á la mansion divina ;
Y á tu voz asolada
La casa de Penteo,
Y del tracio Licurgo la ruína.

Tú el golfo, tú las bárbaras riberas
Domaste : tú beodo en apartadas
Cumbres de las bistónides sañudas
Las densas cabelleras,
Al hombro derramadas,
Con inocentes víboras anudas.

Tú, cuando por montañas eminentes
El bando de terrígenas impio
El Olimpo escaló, de garra armado
Y de leoninos dientes,
En el Cocito umbrío

A Reco el fiero derribaste osado.
Aunque no de guerrero esclarecido
Renombre hubicies, Dios de los placeres,
De la festiva danza y los solaces,
No en combates temido ;
Mas tú, glorioso, eres

Árbitro de la guerra y de las paces.
De áurea punta la frente coronando
Te vió el Cervero en la tartárea roca ;
Muere el ladrillo en su feroz garganta,
Y manso coleando,
Con la trilingüe boca
Halagó al irte tu divina planta.

VI.

VIAJE DE VIRGILIO.

(Traducción de Horacio.)

Así la amable diosa,
Que reina en Chipre; así su luz serena
Te den, nave preciosa,
Los dos hermanos de la bella Helena;
Y desatando el aura deliciosa,
El padre de los vientos soberano
Enfrenó á los demas el vuelo insano.
¡Ay! mi Virgilio, prenda á tí cedida,
Y que debes volver, entrega sano
A la cecropia arena,
Y en él la mitad guarda de mi vida.
De diamante formado
El pecho tuvo y de robusto acero
Quien al piélago airado
Un leño frágil entregó primero.
Ni temió el Austro altivo desatado
Contra el fiero Aquilon, ni las lluviosas
Hiadas, ni las furias procelosas
Del Noto que en el Adria siempre manda;
Bien encrespe sus olas espumosas,
O bien manso y ligero
Restituya á la mar su quietud blanda.
Al mortal atrevido
¿Qué riesgo espantará, cuando sereno
Vió el golfo embravecido
De escollos y nadantes fieras lleno?
En vano Jove el mundo dividido
Ciñó con océano dilatado,
Que apartase los hombres, y alterado
Enfrenase su intrépida osa ía,
Si á su pesar del piélago negado
El más remoto seno
Atravesara velez la nave inopia.
De sosiego impaciente
Y ansiosa de su mal, feroz y osada
La sacrilega gente
Se precipita á la maldad vedada.
El hijo de Japeto el rayo ardiente
Robó del sol: su fraude pernicioso
Siguió de males escuadron sañoso,
Que la tierra oprimió con rabia fiera,
Y la muerte, que en paso perezoso
La ley nunca evitada
Cumplió primero, abrevia la carrera.
Surgió Dédalo el viento
Con alas al mortal no concedidas;
El Orco macilento,
Mansiones por las furias defendidas,
Hércules penetró con firme aliento;
Nada es difícil al orgullo humano;
Ya desde el Osa, con furor insano,
Al mismo cielo se atrevió primero:
Ni permite que Jove soberano
Las iras merecidas
Deponga, ni su rayo justiciero.

VII.

Á LA LIRA.

(Traducción de Horacio.)

Si alguna vez de afanes olvidado,
Las selvas, oh mi lira encantadora,
Halagué dulce con tu voz sonora
Al importuno vulgo retirado,
Yo te ruego que ahora
Versos entonces, que á la edad presente
Vivan, y aplanda la futura gente.
Oh tú, del alto cielo concedida
Por vez primera al lesbio ciudadano;
Y bien entre el furor de Marte insano
La hostil falange en vergonzosa huida
Sintió su fuerte mano,
O bien libre del piélago sañoso,
Logró cansado el puerto venturoso;
Siempre en himnos gozosos ensalzaba

Á Baco y á las Musas y á Cupido,
Y á Vénus, cuyo nombre repetido
Con el del niño ciego celebraba;
Y á su jóven querido,
Hermoso por lo negro del cabello,
Y por sus negros ojos dulce y bello.
Salve, alegre consuelo de mis males,
Del abatido corazón reposo,
De Febo honor, de Jove poderoso
Hechizo en los banquetes celestiales;
Salve; mi labio ansioso
Con solemne oración de quien te invoca,
Y pide el fuego que á cantar provoca.

VIII.

Á LAS MUSAS.

Doctas Pimpléas, que las verdes faldas
Morais alegres del feliz Parnaso,
Donde Castalia su inspirante onda
Vierte suave;
Sed á mi canto fáciles, el día
Que vuestros dones celebrando grato,
Del padre Bétis el laurel frondoso
Ciñó á mi lira.
¿Y cuál primera mi atrevido acento
Dirá á Vandalia, de canoros cisnes
Madre fecunda, del divino Herrera
Madre gloriosa?
Tú, Melpomene, del puñal infausto
La diestra armada, que al feroz guerrero
Luciente aterra cuando cae del hado
Victima triste.

O bien, Urania, de tu voz celeste
Arrebatado, la mansion etérea
Diré de Jove, y el poder que temen
Hombres y dioses.

Que si fulmina su indignada diestra,
Sobre los polos del excelso Olimpo
Tiembla el palacio, la cabaña humilde
Tiembla de Báucis.

Ya de Polimnia los festivos coros
Seguiré alegre; cantaré las selvas
Tuyas, oh Euterpe; ó la que al vicio azota
Musa maligna.

Tú, dulce Erato, de mi amante pecho
Nunca olvidada; que si bien los años
Con triste hielo mi rugosa frente
Ciñen y enfrian;

En otro tiempo me cediste el arpa,
Donde resuenan los amores tiernos;
Y el blando canto las hermosas ninfas
Gratas oyeron.

Debí á tus dones en mi edad florida
Dulces contentos que volaron leves;
Mas su memoria de agradable pena
Baña mi seno.

Tú, musa augusta, que con santo plectro
Muestras al hombre la virtud hermosa,
A tí mi lira, mi postrer aliento
Rindo y dedico.

Por tí los muros de la antigua Tébas
Levantó osada la anfiónica lira;
Por tí siguieron al ismarío Orfeo
Montes y fieras.

Por tí Delille, armonioso y blando,
Gloria es del Sena. Pope, más severo,
Por tí en la cumbre de Helicon sagrada
Goza renombre.

Tú, dulce Clío, mi ferviente ruego
Oye benigna; desusado canto
Y audaz emprendo, que del sacro Bétis
Pare las ondas.

IX.

A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE CÁDIZ.

Del almo Pindo la mansion gozaba
El coro virginal, amor de Apolo,
En no turbada paz; sus dulces selvas

Con primavera eterna florecían,
Titan subiendo del rosado oriente
A dispensar su luz al universo.
Con más sereno ardor, más pura lumbre
Bordó su cima, y á las caras hijas
Mas halagüeño coloró el semblante.

Allí en angusta tropa los sombríos
Bosques y las lauríferas orillas
Los coronados vates paseaban.
Bajo frondosa vid, la cana frente
De pámpano ceñida, los amores
Entonaba y de Baco el dón suave
El tierno Anacreón; en torno ledas
Le escuchaban las gracias bulliciosas.
Aquí el tebano Píndaro rodea
Del sacro lauro las dichosas sienes
Al vencedor olímpico; sañuda
De Homero más allá suena la trompa
Y el fiero Marte canta y los combates.

Mas súbito de nieblas coronado
Tronó el Septentrion; el ronco estruendo
Oyó el mar de la Sirtis, y «guerra y muerte»
Clamó el godo feroz, clamó el lombardo.
Roma tiembla; las madres pavorosas
Al seno estrechan la inocente prole.
Densa nube de bárbaros se arroja
De las playas del Báltico nevado
Sobre las dos Hesperias. Grecia gime,
Nada en sangre, sepúltase en ruínas
El esplendor de sus divinas artes.

Tímido el coro de las dulces Musas
Al padre Apolo los llorosos ojos
Vuelve pidiendo en su aflicción consuelo.
De las trémulas manos cae la lira
Al lesbio y al latino. Anacreonte
Huye dejando sobre el yelmo suelo
La pampinea guirnalda. Sus gemidos
Oprime el són de la homicida trompa.
Febo entónces el velo tenebroso
Rompió á la edad futura, y á sus hijas
Reveló así su gloria venidera.

«Si el puñal del odioso fanatismo
Y la segur de la críel barbarie
Hoy dominan el mundo, será un tiempo
Que extienda la razón su cetro de oro,
Y vuestro sólio, que llorais sumido
En la densa tiniebla, al triste caos
De la edad de furor sobrenadando,
Se asentará sobre la culta Europa.
¡Oh! ¡ cuántas aras erigirse veo
A vuestro angusto nombre! Sobre el Tíber,
Sobre el mudable Sena ya se canta
El triunfo del saber. Ya la poesía
Las márgenes del Vístula embellece,
Y la lira de Safo y la de Alceo
Resuena en la nevosa Petersburgo.
La vista, empero, á la mansion de Alcides
Consoladas volved, que á vuestra gloria
La juventud de Cádiz se consagra.

¡Amable juventud! la voz del genio
Y el fuego activo de mi santa lira,
Templada en el Olimpo, sus centellas
Derramará en tu seno, y por las playas
Do se dilata el Oceano inmenso
Y por dó Bétis rinde su tributo
Al piélago apacible de Occidente,
Llevará el eco los sublimes cantos
Que oyó Grecia; y al Tíber y al Iliso
No envidiarán las ondas eritreas.
Allí cuando en los reinos de Anfitrite
El carro ardiente bañe, luz templada,
De blando verso y de saber fecunda,
Les enviaré de mi encendida frente.

Al templo de la gloria, dulces hijos,
Audaces caminad; el santo lauro
Y las rosas de Vénus os esperan.
Vosotras en la orilla del Pernesio
Preparadles guirnaladas, y sus nombres
Grabad en los alisos de Helicón.»
Dijo; y las Musas sus divinos ojos
Al mar de Alcides plácidas volvieron,
Y los caros alumnos sonrieron,

X.

En loor de don Juan Melendez Valdes, restaurador
de la poesía española en el siglo XVIII.

Cual la selvosa cumbre de Apenino
De brumas cuaja el erizado invierno,
Las campiñas de Italia amedrentando;
Sus sendas pisa místico el peregrino,
Viendo el arbusto tierno
Y el haya y olmo añoso
Con la acopada nieve blanqueando;
Y en el otero herboso,
Que el sol de Abril bañó de lumbre pura,
Triste el pastor y muerta la natura;
O cual la dulce llama de la aurora,
Cuando despunta en el rosado Oriente,
De las australes sirtis abortada,
Horrible tempestad cubre á deshora;
Brama el cierzo inclemente;
De la encendida nube
Rápido vuela el rayo, y desatada
Del mar bravo sube,
Enlutando los orbes, noche umbría,
Que á los mortales ojos roba el día;

Así envolvió caliginosa niebla
La primer gloria del Parnaso ibero;
Tendió el error su cetro despiadado,
Y la densa y mortífera tiniebla
Oprime en sueño fiero
El genio independiente.
Desde Pirene al Bétis, desmayado
Muere su fuego ardiente;
Y do sonáran cánticos suaves,
Sólo se escuchan graznadoras aves.
Yace entre el polvo vil despedazada
La cítara sublime, donde Herrera
De Austria cantó las armas victoriosas;
La lira de Villegas delicada,
Y la que más severa
Ensalzara hasta el cielo
Á Argensola y Rioja, de viciosas
Malezas cubre el suelo,
Do el estrago y tus hierros contemplando,
Sombra del gran Leon, vagas llorando.

Febo, empero, al lamento doloroso
De las fugaces Musas compasivo,
Vuela en su carro al último occidente.
Airado mira al escuadron sañoso
Hollar lauro y olivo,
Y el arpa y laud sonoro
Que fué su gloria. El arco omnipotente
Vibra la flecha de oro;
«¡ Y qué, dice, será que el monstruo impío
Domine el fértil clima que fué mío?
«¡ Por qué donde sonaron mis loores
Más dulces que en la cumbre del Parnaso,
Sus pabellones la barbarie ondea?
¿ Por qué los campos que sembró de amores
La voz de Garcilaso,
Triste silencio oprime?
Natura, oye mi voz. El genio sea
Que su gracia sublime
Restituya á la musa castellana:
Nazca ya el padre de la lira hispana.»
Dijo, y Melendez fué. La tierna mente
El mismo Apolo forma, y de las ciencias
Los arcanos recónditos le inspira.
En sus labios destila miel luciente
Perfumada de esencias.
La delicia del mundo
Dulce amor en su seno ya suspira,
Y del carcax fecundo
Le da la flecha, que atrevida y blanda
Las almas postra y los sentidos manda.
Cual del nevado seno de la aurora
Animoso se lanza el sol ardiente
Á la roja mansion del Mediodía;
Alegres ven la tierra y mar sonora
La vida y luz presente:
La natura adormida
Despierta en brazos del hermoso día,
Y, de su rayo herida,

La noche con su escuadra rutilante
Se sumerge en los piélagos de Atlante.

Así el joven gallardo en el regazo
De las sensibles Musas resplandece;
Sus primeros acentos destruyeron
De la antigua barbarie el ciego lazo.
Pulsa la lira, y crece
Desusada alegría.

Canta: los fieros monstruos ya cayeron;
Y al son de su armonía

Retoña el lauro, cuya sombra amada
Cubrió del *docto* ibero la morada.

El plectro de oro la sublime Clío

Aplica en tanto á la divina lira;

Su giro enfrena el espacioso cielo;

El agua pende en el callado río.

Del mar la herviente ira

El austro regalado

Templa á deshora, y al hispano suelo,

Dó el eco alborozado

La dulce voz mil veces reverbera,

Anuncia así su gloria venidera:

«Tejed, ninfas de Iberia, la guirnalda

De verde mirto y encendida rosa

Al genio celestial que os amanece.

Cogedlas en la plácida esmeralda,

Que el márgen deliciosa

Del sacro Tórmes llena;

Allí el Zurguén, do Filis resplandece,

Y la florista amena,

Y las gracias del céfiro inconstante,

Y canta amores tiernos tierno amante.

«O bien de fresco pámpano ceñidle

La pura frente y lira, enajenado

Del néctar que en los vasos centellea,

En las castalias ondas desleíde

El vino más preciado,

Cuando á gozar provoca

Las ninfas y pastores del Otéa;

Que en su risueña boca

Dulce beso imprimió Baco y Citéres,

Y es padre de las danzas y placeres.

«Mas cuando ya los años juveniles

Caigan como la flor de primavera,

Ante la edad madura deshojados,

No la sañuda cólera de Aquiles

Dirás, ni el asta fiera

De Marte armiposente;

Que Vénus á tus labios delicados

Sólo entonar consiente

Del amador los plácidos solaces,

Las breves guerras y las blandas paces.

«O ya si mi deidad á ti descende,

De pompa, majestad y gloria llena,

Y en soberano ardor tu pecho tierno

Más animosa y atrevida enciende,

La magnífica escena

De las artes hermosas

Y el triunfo cantarás, ó en el averno

Las huestes orgullosas

Aprisionadas que al querub siguieran

Y al trono inaccesible se atrevieran.

«Mas; ¿quién podrá á los campos y á las flores

Robarte? A ti te ofrece la natura

De su beldad la pompa variada.

Tú, festivo entre risas y entre amores,

Ya de la rosa pura,

Ya del clavel triunfante

Celebrarás la gracia delicada:

O al hondo mar de Atlante

Lanzarse Apolo entre carmin y grana,

Cediendo el cielo á la argentea hermana.

«O bien la dulce y pastoril avena

Robando al tierno Gésner, enlazado

Dirás á amor con la virtud sencilla,

La piedad filial, y de la amena

Campaña el dón preciado,

Y la linda pastora,

Que entre el pudor y la inocencia brilla

Más pura que la aurora,

Y cándida beldad y fe constante

Ofrece en premio al venturoso amante.

»Mas ya vuela el otoño de la vida
Sobre tu edad; y entónces más suave,
Mas apacible sonará tu canto.

Entónces de tu cítara subida

Cada suspiro grave

Un himno á la natura,

Y al Hacedor de la natura santo

Será y á la ternura;

Dando con tus acentos celestiales

Lecciones de virtud á los mortales.

»Aunque ¡oh mengua! ¡oh baldón! del patrio suelo,

Que con tu dulce voz ennobleciste,

Lamentas alejado la ira impía,

Y los gemidos de tu amargo duelo

Garoua escucha triste.

El Ródano insolente

Suspende, complacido en tu armonía,

Su rápida corriente,

Y se florece al canto desusado

La etérea cumbre del Pirene helado.

»; Qué furor, oh crüeles! la alma lira

Que en sus clemencias os concede Apolo,

¡Así echais á regiones apartadas?

¡Así el varón ilustre, por quien gira

Más rico que el Pactolo

Y envidia de naciones

El breve Tórmes? ¡Cuándo renovadas

Oiréis ya las canciones

Que el céfiro á sus vegas repétia?

¡Quién el fuego os dará que genios cria?

»Mas triunfa tú desde el extraño clima,

Viendo los hijos de tu noble aliento.

El orgulloso Tajo, el Dauró, el Bétis

Tu gloria aclaman ya. Tú el Dios que anima

El español acento,

Y en cuanto embravecido,

La Iberia ciña el piélagos de Tétis,

Serás, libre de olvido,

Arbitro de la lira soberano,

Y nuevo Apolo del Parnaso hispano.»

Cantó, y la verde cumbre de Helicón

Al destino aplaudió del genio ibero:

La alegre frente Anaëon desnuda

Del pámpano, y el vaso y la corona

Le alarga placentero.

Horacio ve envidioso

Al Píndaro español, y le saluda

Con ceño respetoso;

Y Virgilio, en sus brazos sollozando,

Tierna sublimidad le va inspirando.

XI.

Á LA MUERTE DE DON JUAN MELENDEZ VALDES.

«*Et dulces moriens reminiscitur Argos.*»
VIRGILIO.

No muere el genio, no. Pudo la tumba

Encerrar las cenizas

Del inmortal Batilo; mas el fuego,

Que su divino espíritu animaba,

Sobre los siglos vuela,

Y á la sublime eternidad anhela.

Y vivirá mientras al mar del ocaso

Los españoles ríos

Vuelquen las ondas que halagó su acento,

Y á la beldad y á su cantor enlacen

Refulgente corona

Las soberanas ninfas de Helicón.

Del amor en el seno y en los brazos (1)

De la amistad llorosa,

¡Ay! exhalaste el último suspiro:

La dulce imagen de la patria amada,

Que ennoblecíó tu lira.

Ante tus ojos moribundos gira.

(1) Su esposa doña Maria Andrea de Coca y su sobrino don Cristóbal Melendez Valdes, fie'es compañeros de sus infortunios, fueron su único consuelo en la larga y penosa enfermedad que precedió á su muerte.

Los cierras á la luz. Con tardas ondas
Breve raudal mezquino (1),
Del sacro Tajo y Bétis envidiado,
Ignora, cuando riega de tu tumba
Las marchitadas flores,
Que allí yacen de Iberia los amores.

En tanto más perece monumento
Que los de Roma y Caria,
Un rey piadoso á tu memoria eleva (2).
El bronce muere y se deshace el mármol;
Mas el canto divino

No se rinde al imperio del destino.
Tu sombra agradecida se conmueve,
Y en el sepulcro helado
Circula un rayo de tu hermoso genio;
Que por cantar al bienhechor augusto,
Hoy de la Parca fiera

La inexorable ley romper quisiera.
Descansa, sombra ilustre: cuantos vates
Son hijos de tu aliento

Desde el Ebro á la playa gaditana,
Cumplirán tu deber, y el sacro nombre
Del Pindo en los verjeles
Coronarán las Musas de laureles.

Y tú, tierra hospital, que sus cenizas
Benigna ocultas, salve;
Eterno y dulce Abril de flores ciña
Y embalsame con aura deliciosa
La humilde tumba donde

Al Tibulo español la Parca esconde.
En ella yace á un lado el plectro de oro
Que en ternura sublime
Las sonoras cuerdas encendia,
Y el pámpano y el mirto citereo
Que su lira adornaba,
Y del vendado dios rota la aljaba.

Salve, bella Occitania: oh tú, querida
Mansion de las Pierias,
Su primer llama á trovadores tiernos
Tú viste difundir, cuando sañuda
En fieros torreones
La barbarie arbolaba sus pendones.

Desde el Alpe al selvoso Pirineo
No hay monte, valle ó rio,
Que no acuerde la gloria de las Musas;
A Florian el dulce y virtuoso
El Gard arrebatado
Oyó de madre selva coronado.

Más allá la Nereida enternecida
Aun hoy llora la muerte
Del malogrado Garcilaso; el Sorga,
Resbalando entre limpias guijuelas,
Cuando halaga las flores,
Susurra de Peirarca los amores.

Aquí el margen del rápido Garona
Oye los dulces cantos
Que á la sensible Isaura (3) se consagran:
Allí la ninfa del Adur vencido
Quiere aplacar con ruegos

La inexorable sombra de Cienfuegos (4).
¡Oh tierra sacra á Febo! Ya el destino

A tanto nombre ilustre
Unió el del padre del Parnaso ibero.
Salve mil veces, y en tu gremio gocen
Amado y quieto asilo
Los manes del dulcísimo Batilo.

XII.

ELOGIO DE FILENO (5).

Dame, dulce Talía,
Tu lira ya templada:
Ciñela de las rosas que colora
Con blanda luz el alba nacarada,
Trayendo en su regazo al nuevo día;

Y del ramo que adora
El sacro Apolo en el Anfriso ameno,
Corona á mi Fileno.

Mientras que yo le canto,
Triunfando del olvido,
Del bético Parnaso excelsa gloria;
El acalló el horrisono graznido
De infaustos buhos; y el acerbo llanto,
Que la antigua victoria
Causara del error al coro hermoso,
El enjugó piadoso.

Que apenas la ribera
Del Bétis cristalino
Halagó vencedor su dulce acento,
Cae desplomado el trono diamantino,
Que la barbarie pérfida erigiera,
Y ya repite el viento
Vago de flor en flor y de hoja en hoja,
Los cantos de Rioja.

Salve mil y mil veces,
¡Oh tú, del dios de Delo
Grata delicia, alumno el más amado
Que vió en su selva el heliconio suelo!
¡Oh tú, que entre los genios resplandece
Del Bétis celebrado,
Cual sobre el coro de la noche umbrosa
Brilla la luna hermosa!

Contra el bando enemigo
No el vengativo rayo
Del claro Dios ya implorarás ferviente,
Oh tú, cisne del Bétis: frío desmayo
Le oprime, y el silencio es su castigo.
Si el margen floreciente,
El más amado de las Musas santas,
Ajó con viles plantas,

Ora abatido yace:
Canta el vandadio rio,
Oh mi Fileno, el triunfo soberano:
La bella ninfa de su cauce frio
En las dulces canciones se complace,
Que entregada á tu mano
Renueva ya en su plácida ribera
La cítara de Herrera.

Y la blanda terneza
Del cantor de Heliodora
Y el digno acento de sublime lira
Febo nos vuelve con tu voz sonora:
Por la amistad tu pecho y la belleza
Inocente suspira,
Y son de la virtud sacros loores
Tus cánticos de amores.

Y luego desdeñando
La trompa horrisonante
Que la guerrera ninfa te ofrecia,
Pasas de Eden los muros de diamante,
Y de Milton rival, cantas llorando.
La mansion de alegría,
Y el arpa de Sion lúgubre y triste
Con sábia mano heriste.

Mas ¡ay! ¡por qué la lira,
Cantor divino, arrojas,
Y de Grocio y de Locke el genio austero
Súbito invocas? ¡Las amables hojas
Desciñes del laurel? ¡Qué Dios te inspira?
¡Hirióte el dardo fiero
De ambicion, y á los pueblos y á los reyes
Dictar presumes leyes?

No; que oyó el grito horrendo
Del ciego fanatismo:
Vió de la humanidad el lloro ardiente,
Y va á librarla del abierto abismo.
Vedle ya la justicia defendiendo:
Ved el pecho inocente,
Ya, ya del fiero golpe casi herido,
Por su voz defendido.

La saña y el encono
Y el interés sombrío
Sojuzga su elocuencia vencedora.
De la verdad afirma el poderío,
Y erige á la clemencia excelso trono:
Así la encantadora
Voz del tracio en las ismaras riberas

(1) El Heraclito.

(2) La edición de sus poesías, hecha de orden de S. M. en la imprenta real, será en los siglos futuros uno de los primeros títulos de la nación española á la gloria poética.

(3) Restauradora de los juegos florales de Tolosa.

(4) Yace en Orthez, donde murió año de 1809.

(5) Don Félix José Relmoso.

Calmó las ondas fieras,
 ¡Triunfo al hijo de Apolo!
 ¡Triunfo al varón divino,
 Del Pindo honor, de la inocencia escudo,
 De la amistad modelo peregrino!
 No basta á mi Fileno un lauro solo:
 Cuantos la gloria pudo
 Plantar, ciñendo su inmortal morada,
 Cogió con mano osada.
 Ya el Abril refulgente
 Los valles de Helicon
 Lledo guarnece de floridas galas:
 Ya más vi tosa y nítida corona
 Tejen las ninfas para orlar tu frente:
 Ya las tendidas alas
 Bate alegre en la cima del Parnaso
 El cándido Pegaso.
 En ella abierto mira
 Para tí el templo sacro
 De la inmortalidad. ¡El ara ardiente
 No ves, do ante el celeste simulacro
 Sube el incienso en abrasada pira?
 Junto al solio eminente
 Del mismo Apolo entre su lumbre clara
 Tu solio se prepara.
 Allí de esplendor puro
 La Iberia enriqueciendo,
 Glorioso triunfarás: himnos sonoros
 Se entonarán, tu nombre engrandeciendo
 Do Bétis baña el hispalense muro,
 Y á sus vates canoros
 La docta frente ceñirá tu mano
 Del lauro soberano.

XIII.

A DALMIRO: EL GENIO DE SU AMIGO ANFRISO
NO ES PARA LA POESÍA SUBLIME (1).

Fileno cantará, Dalmiro mío,
 Con voz que emule la del sacro Homero,
 Del primer hombre el ciego desvarío
 Y el castigo severo.

Cómo perdida su feliz morada,
 El delito á sus hijos dejó en suerte,
 Y del furor de Dios ministra airada,
 Al mundo entró la muerte.

Mas no tu caro Anfriso el flaco aliento
 A la region celeste alzar procura,
 Ni del sol con funesto atrevimiento
 Beber la lumbre pura.

El Sér inmenso, cuya voz potente
 En inmutables polos fijó el mundo,
 No osaré yo cantar, ni de su mente
 El consejo profundo.

Alas de fuego ciñe, y sublimado
 Sobre la baja tierra en raudo vuelo,
 Asciende Milton y penetra osado
 Las bóvedas del cielo.

A su admirada vista un punto solo
 Es cuanto abraza la inferior esfera;
 Y ya bajo sus pies del claro polo
 Mira arder la lumbrera.

Ve enajenado cuál la estrella ardiente
 Llena de fuego el eternal vacío,
 Y en torno de ella la inclinada frente
 Vuelve el planeta umbrío.

Por la region de inaccesible lumbre
 Con vuelo más audaz las alas tiende,
 Y del celeste alcázar en la cumbre
 El éter puro hiende.

A las moradas inmortales llega,
 Do ensalza al Hacedor el almo coro,
 Y el abrasado serafín le entrega
 Templada el arpa de oro.

Sus labios toca, y en la llama santa
 El dilatado pecho enardecido,
 Del que es el adorable nombre canta,
 Ser que será y ha sido.

Mas ¿cómo, gran Jehová, tu alteza anhela

Engrandecer el hombre dignamente,
 Si el querubín del sol su rostro vela
 Ante tu rostro ardiente?

No de mi débil lira gloria tanta
 Será en humilde tono oscurecida:
 Mi musa ni altanera se levanta,
 Ni teme vil caída.

Más dulcemente á tí, cándida aurora,
 Cantaré, cuando ya tu luz temprana
 Los horizontes plácida colora
 De sonrosada grana.

Y cuando ya la pavorosa noche
 Del nuevo día la venida siente,
 Y precipita el estrellado coche
 Al lóbrego Occidente.

Y á tí, luciente sol, cuando rompiendo
 Del alterado mar las ondas frías,
 Con pura luz los orbes encendiendo,
 El carro ardiente guías.

Cantaré alegre cuál el verde prado
 De variados matices se enriquece,
 Y entre lirios y rosas al ganado
 Crecido pasto ofrece.

Y cuál en la corriente placentera
 Febo se mira del sereno río,
 Y su imagen, que activa reverbera,
 Tiembla en el cristal frío.

O bien cuál el arroyo sonoro
 Entre lucientes guijas libre salta,
 Y las flores del margen delicioso
 De aljófares esmalta.

¿Pues qué, si la amistad, gloria de hombre,
 Dulce Dalmiro, canto en la pradera,
 Y aprende de mi voz tu amado nombre
 La vándala ribera?

Salve, santa amistad, sola consuelo,
 Alivio sola tú de mis pesares:
 Salve, y atiende desde el alto cielo
 Benigna mis cantares.

Que ya de un corazón atormentado
 Único gozo y esperanza eres.
 En tí busco mi paz, escarmentado
 De pérfidos placeres.

XIV.

A DALMIRO.

(Imitación de Horacio.)

Tú, querido Damiro, tú conmigo
 Del Alpe fiero la nevada cumbre
 Y los carpacios riscos vencerías:
 Tú de la Hercinia al intrincado abrigo,
 Que jamas conoció del sol la lumbre,
 Y al golfo del Japón me seguirías;
 Ó al piélago inclemente,
 Que ciñe al libio ardiente,
 Ó á dó el Indo del alba los corales
 Recibe en sus raudales.

Mas ¡ojalá que el término sereno
 De mi vejez consiga en el florido
 Campo que baña el Bétis sosegado!
 Mi triste pecho, de amargura lleno,
 Olvidará las penas que ha sufrido,
 Y logrará el reposo suspirado.
 No sed del oro insana,
 No la ambición tirana,
 No del amor el venenoso fuego
 Turbará mi sosiego.

Allí de un infeliz el fértil suelo
 Dulce mansion será, donde el aliso
 Compite al del frondoso Guadiana,
 Ni es envidiado el refulgente cielo,
 Que retrata en sus ondas el Anfriso;
 Donde se eleva de Hispalis ufana
 El muro generoso,
 Y el cerro do lloroso
 De Itálica lamenta el peregrino
 El mísero destino.

De la pálida Parca el hierro fiero
 Allí termine mi enojosa vida,
 Blandamente mis miembros desatando:

(1) *Dalmiro*, nombre poético de Cadalso. *Anfriso*, nombre que LISTA se da á sí propio.

Tú, amigo, á mi suspiro postrimero
En tu seno darás dulce acogida,
Y el no elevado tûmulo regando
De helecho y mustias flores,
Te verán los pastores
Mis cenizas honrar, bañado en llanto,
Con el funéreo canto.

XV.

A ARISTO : LA TRANQUILIDAD DE LOS
ALUMNOS DE LAS MUSAS.

(Imitacion de Horacio.)

Las Musas, caro Aristo, dulcemente
Al nacer me halagaron,
Y de mirto y de laureo refulgente
Mi cuna entrelazaron.

Y cuando en la apacible primavera
De mi edad vagué solo,
Junto al Bétis su lira placentera
Me dió templada Apolo.

Halló mi juventud abandonada
En su clemencia asilo,
Y exento de pesares, mi morada
Fué el Helicon tranquilo.

Cuando entre mil cuidados enojosos
Se afligen los mortales,
Doy al mar y á los vientos tempestosos
La tristeza y los males.

Seguro vivo si tu antorcha brilla,
Alma paz, á la tierra,
Y seguro si esgrime su cuchilla
La enfurecida guerra.

¿Qué á mí, si sobre el Istro caudaloso
Napoleon fulmina,
Ó el angio con mil naves orgulloso
Los piélagos domina?

Tú, que en las puras aguas te complaces
Y en abundosas fuentes,
Dulce Clio, te pido que me enlaces
Las flores refulgentes;

Flores cogidas en el fresco abrigo
De tus selvas umbrosas;
Y teje de ellas á mi caro amigo
Guirnalda olorosa.

Que sin tí nada pueden mis canciones;
Y el nombre de mi Aristo
Llevar quisiera en mis mortales sonos
De la aurora á Calisto.

Cántalo, musa, tú. La amistad tierna
Es digna de tu lira,
Y un alma dulce, que el amor gobierna
Y la virtud inspira.

XVI.

A EUTIMIO : QUE DISIPE LOS PESARES CON EL
VINO.

(Imitacion de Horacio.)

Alaben otros de la sábia Atenas
El antiguo esplendor, ya sepultado
En miserables ruínas;
Ó ya del Ande las avaras minas,
Ó de oro y plata el Méjico abastado;
Ó el fértil campo y márgenes ajenas
Que esclavizan al Ródano insolente;
Ó la ciudad del Soma floreciente,
Sobre cenizas pérdidas fundada;
Ó la que entre las ondas levantada
Del Adria domadora,
Libre se juzga y el placer adora.

Cual de Bizancio el elevado muro
Ensalzará, que el Bósforo domina;
Y cual el rico puerto
De Ulisipo, ó al orbe entero abierto
El Támesis nublado, ó la marina
Do pierde su raudal el Elba puro,
De soberbias murallas coronado,
Otros del Rhin el valle dilatado

Celebrarán, y del Danubio errante:
Y otros del Sena la ciudad triunfante,
De mudables señores,
Aplaudirán con líricos loores.

A mí ni el bello márgen del Po frío,
Ni del soberbio Tiber las riberas
Me son tan deliciosas
Como las puras aguas sonoras
Del lento Guadaira, y las praderas
De la humilde Alcalá, y el bosque umbrío,
Donde de Baco y del amor preciado
El mirto con la vid crece enlazado;
Y aquellas arboledas florecientes,
Humedecidas de perennes fuentes,
Cuyos mansos raudales
El sabio moro dividió en canales.

Bien me detenga en su feliz orilla
El Garona extranjero, ó ya los sotos
Del Nervión florido,
Aquel suelo será por mí aplaudido
Y objeto dulce de mis tiernos votos.
Allí á la sombra de la vid sencilla
Su licor blando la amargura ahuyenta,
Cual súbito disipa la tormenta
El puro nото que la mar envía;
Ó cual trayendo el sonrosado día
La aurora refulgente,

Lanza la noche al lóbrego Occidente.
Olvida, olvida con el dulce vino
Tus penas, caro Eutimio, ya te quejes
De un amor malhadado,

Del venturoso Tajo desterrado,
Ó ya los montes de Aquitania dejes,
Donde te liga el pérfido destino.
De bárbara discordia el grito horrendo

Y las civiles armas Pen huyendo;
Si páramo desierto ó selva umbría
Contra la tempestad le defendía,
Del viento y la mar brava
Con el henchido vaso se burlaba,

Y á los tristes amigos les decía:
«Estamos ya en los brazos de la suerte,
¡Oh amados compañeros!

No tan crûel será como los fieros
Que, proclamando libertad, dan muerte.
Dejemos para siempre la isla impia,
Do su trono ha sentado el fanatismo;

Y las corrientes del cerúleo abismo
Y el Aquilon impávidos sigamos,
Y un inocente pueblo establezcamos
En vastas soledades,
Que de la Europa ignoren las maldades.

»De mí fiad: bajo seguras leyes
Iguales viviremos y ordenados.

¡Oh amigos valerosos!
De la antigua Albión restos preciosos,
Que visteis vuestros campos abrasados,
Teñido en sangre el solío de los reyes,
Y al execrable usurpador infando
En nombre de la patria degollando.
¡Son más que aquéllos los presentes males!
Hoy las tristes memorias funerales
Con el vino borremos:
Mañana al mar inmenso volveremos.»

XVII.

LA SEGURIDAD.

(Traducción de Léonard.)

Si las tranquilas ondas de Occidente
Halaga el blando viento,
Y jugando en las velas mansamente,
Las lleva por el húmedo elemento,

Siguen mis ojos á la nave alada
Y envidio su ventura;
Y vierto, ausente de mi patria amada,
Lágrimas de pesar y de ternura.

De gozo salta el corazón, si suena
Sobre el golfo batiendo,
Torcido el remo, y las riberas llena

De los grumetes el festivo estruendo.

Quiero dejar las florecientes cimas
Que circundan mi prado,
Y llevar á otros mares y otros climas
El bien y el mal de mi inconstante hado.

Mas cuando en alas de Aquilon silboso
La tempestad desciende,
Y lanzándose el rayo tortuoso,
Los encrespados piélagos enciende,

Me vuelvo entonces al oculto abrigo
De mi humilde cabaña,
Que entre las ramas del laurel amigo
Burla del rayo y de Aquilon la saña;

Y exclamo: «venturoso el que dormido
Al són del arroyuelo,
Ni oyó del mar el áspero bramido
Ni vió su espalda amenazar al cielo.»

XVIII.

AL SUEÑO.

El himno del desgraciado.

«El grande y el pequeño
Iguals son lo que les dura el sueño.»

Desciende á mí, consolador Morfeo,
Único dios que imploro,
Antes que muera el esplendor febeo
Sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día
Me encuentre aletargado,
Cuando triunfante de la niebla umbría
Asciende al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
Tu calma silenciosa

Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
Estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
De Pluto y de Citéres,
Las que á la tarde fueron ilusiones,
A la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamas la matutina estrella
En tus brazos rendido

Al que bebió en los labios de su bella
El suspiro de amor correspondido.

¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento;

Que es perpétua delicia su existencia,
Y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando
La sonrosada aurora,

Y el ave sus amores va cantando,
Y la copia de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
La noche sosogada,

Y de trémula luz esmalta el cielo,
Y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
Huye en veloz carrera,

Úne con breve y plácido reposo
Las dichas que ha gozado á las que espera.

Mas ¡ay! á un alma del dolor guarida,
Desciende ya propicio;

Cuanto me quites de la odiosa vida,
Me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿De qué me sirve el subito alborozo
Que á la aurora resuena,

Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena?

¿De qué el ave canora, ó la verdura
Del prado, que florece,

Si mis ojos no miran su hermosura,
Y el universo para mí enmudece?

El ambar de la vega, el blando ruido,
Con que el raudal se lanza,

¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,
Último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
La esfera luminosa;

En vano, de almas tiernas confidente,

Los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama
A un pecho enamorado,

Si su tranquila amortiguada llama
Resbala por las faldas del collado,

No es para un corazon de quien ha huido
La ilusion lisonjera,

Cuando pidió, del desengaño herido,
Su triste antorcha á la razon severa.

Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh tú, sueño piadoso,

Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yacza mi mente,

Y muerto mi sentido;

Empapa el ramo, para herir mi frente,
En las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño
A la ceniza yerta,

Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,
Más felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida
Fantasmas voladores,

Ni los sucesos de mi amarga vida
Con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento
La triste imagen fiera;

Bástale su malicia al pensamiento,
Sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérídos placeres,
Que volarán contigo;

Y el dolor de perderlos cuando huyeres,
De atreverme á gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena

Mi ardiente fantasía,

Que azaz libre será para la pena,
Cuando me entregues á la luz del día.

Vén, termina la misera querella
De un pecho acongojado,

¡Imagen de la muerte! despues de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

XIX.

EL MEDIODÍA.

¡Cuán sereno esplendor el sol hermoso
Derrama por la esfera,

Ya cercano al cenit! Venció su rayo
La niebla oscura de la noche fria;

Venció al Euro inclemente,

Árbitro de los piélagos de Oriente.

Y triunfador á la celeste cumbre,
Cual monarca glorioso,

Asciende al trono de su vasto imperio.
Allí su hoguera inextinguible vierte

En inmensos raudales
Luz y vida á los orbes celestiales.

Siente el calor en el recinto umbrío
De la amena enramada

El rebaño, que trisca alborozado;

Y el pastor, recostado en el lindero
Entre las blandas flores,

Canta con dulce avena sus amores.
Se esparce por los valles la vacada;

En el sereno rio

Jugueton salta el libre pecezuelo;

Mientras al són de la segur tardía,
De su amorosa pena

El rudo leñador los montes llena.
Salve, benigna luz; celeste llama

Que el hombre animas, salve:
¡Cuán deliciosa suavidad serpea

Por mis lánguidos miembros! ¡Cuán tranquilo
En la verde floresta

Me asalta el sueño de la dulce siesta!
Del rayo caluroso van huyendo

Por el soto sonriente
La mansa oveja y el pastor cansado;

Y el perro, que espantaba vigilante
Con áspero ladrido,

Bajo el fresco arrayan yace tendido,

Vén, sueño recreador; ya de sus fuegos
El sol ardiente inunda
La dorada mansion del Mediodía.
Vén, te invoca la sombra del aliso,
Que agita el viento blando,
Y el plácido arroyuelo susurrando.
Las aves suspendieron los amores;
Sólo su tierno arrullo
La tórtola tal vez del bosque envía.
Vén, dulce sueño, vén; que recostado
Sobre la verde grama,
Un pecho libre de ambición te llama,

XX.

LA VEGETACION.

Vén, suspirado Mayo; ya en las urnas
De los últimos plélagos de ocaso
Las Náyades lluviosas se escondieron;
El hijo silbador del alto polo
Encadenado gime en las vertientes
Del Dofre estéril; so la algosa fírt
El ábrego invernal yace oprimido,
Y descendiendo del celeste toro
El céfiro fecundo, entre las flores
Rey de la primavera se corona.
A su presencia el gérmen escondido,
Que en su seno abrigó la madre tierra
Bajo el hielo sutil, robusto brota
Y la llama del sér espárese al mundo.
Siente el vivaz impulso el alto cedro,
Que en las bases del monte palestino
Afirma sus raíces; y lo siente
La humilde tricolor, que la verdura
Con su matiz recamará del prado,
¡Qué oceáno de vida se derrama
Sobre el sediento campo! El pardo velo
Ya desaparece, y de brillantes hojas
El desnudo frutal su copa viste.
Fecundidad sonríe, y de sus dones
El más pelado risco se engalana,
Y hasta en la ardiente arena del desierto
Súbitas islas de verdura brotan.
¿Dó está la escarcha que elevó el Diciembre
En pirámides mil? Ya desatada,
Serpeante arroyuelo, plata y perlas
Derrama en los arbustos de su margen.
¡Cuál vuelan en las alas del Favonio
Las semillas de vida, que otros prados
Esmaltarán de floreciente gala!
¡Cuál recibe en su seno la flor tierna
El pólen procreador! Unas alegres
Al viento y á la luz abren el cáliz,
Lecho de su placer; otras, más cautas,
Entre el matiz de las cerradas hojas
Al universo ocultan sus amores.

Creced, ¡oh hermosas é inocentes flores!
Sed del alba delicia, y de la tierra
El más dulce cuidado; sed del hombre
El placer, el consuelo y la esperanza.
El delicado olor de vuestro seno
Al alto cielo suba, cual tributo
Del mundo agradecido; la hermosura,
Sencilla é inocente cual vosotras,
Para adorno del pecho ó de la frente
A las perlas del Ganges os prefiera.
Mas ¡oh! ¡quién debilita los matices
Que pintaban el prado! El sol impio,
¿Por qué á la rosa en su esplendor temprano
El pétalo luciente descolora?

¿Por qué, verdor hermoso, que cubrias
Las abundantes mieses, vas dejando
El vástago gentil, y en ruda avena
Y en raspa adusta se trocó tu pompa?
Y tú, blando azahar, que de oro y nieve
Los pensiles atlánticos ceñiste,
Y á la amable deidad de las praderas
Colmaste de tu aroma el lindo seno,
¿Por qué marchito, sin honor ni gloria,
Al pié del árbol hacinado yaces?
Mas ¡ay! Fuerza es ceder, flor desgraciada,
Al hado inexorable. Si te adorna

Del pétalo pomposo la natura,
No, no es por tí; los rayos fecundantes
En él se quiebran de la luz; tu seno
Con sus vivaces fuegos penetrando,
El dulce fruto que abrigaste animan.
Breve es tu edad, y víctima peroces
Del crudo amor; como el placer humano,
Así blando y fugaz pasó tu brillo.
Mas fué tu vida hermosa. El fresco ambiente
Con tu fragancia saludable y pura
Templaste para el hombre: si ora yaces,
Lastimosa beldad, lánguida y mustia,
Benéfica en tu muerte, el suave fruto,
Memoria tuya y de tu amor, nos dejas.

Mira cuál vaga entre montones de oro
Alegre el labrador; y recogiendo
El sabroso alimento de los hombres,
Arrostra el sol ardiente del estío.
Mira cuál corta de la vid frondosa
Los purpúreos racimos; cuál derriba
Del pintado verjel las dulces pomas.

Salve, naturaleza bienhechora,
Que la esperanza y el placer del hombre
Y el adorno del mundo al puro seno
De las amables plantas confiaste.
Salve: jamás del labio agradecido,
Jamás del pecho, que benigna inspiras,
El himno faltará de tus loores.

XXI.

A OLIMPIA, CANTORA INSIGNE.

Tal vez con trino blando hirió mi oído
Amante ruiñeñor, cuando á deshora
La fiel consorte que su pecho adora
Reclama desde el nido.

Yo sentí el murmurar del arroyuelo
Sobre límpidas guijas resbalando,
Y el estruendo sublime que elevando
Las aguas van al cielo,

Ya en los jardines de la Granja fría
Surtidores inmensos se desprendan,
O ya, *Versalles*, rápidas desciendan
Por tu repuesta umbria.

Yo percibí medroso navegante
Del británico estrecho el sordo ruido
Con que en las playas de Albión dormido
Desbrava el mar de Atlante.

Yo del anciano Samio, á quien venera
La antigua Italia, alumno silencioso,
Imaginé el concierto sonoro
De la estrellada esfera.

Yo fui jóven, y amé, y enloquecido
Del dulce labio de la amada mía,
El tímido suspiro gocé un día
De amor correspondido.

Mas yo escuché tu voz, Olimpia hermosa,
Cuando en subidos tonos halagaba
Las márgenes del Sena, y encantaba
Soto y vega frondosa.

Y olvidé cuanto pudo mis sentidos
Otro tiempo hechizar; que al blando acento
En nuevo y desusado movimiento
Quedaron sorprendidos.

Y oír me pareció el divino canto
Que exhala el serafín, si en arpa de oro
El Hacedor anuncia al almo coro
La gloria y nombre santo.

No fué ilusión; que en tí la imagen pura
Adoré de celeste inteligencia,
Al contemplar de un ángel la inocencia,
El canto y la hermosura.

XXII.

A una señora, no conocida del autor sino por la noticia
de sus virtudes.

Jamás vió el infeliz á quien la suerte
Condenó en su nacer á noche impía,
Los esplendores nítidos que vierte
El luminar del día,

Mas su calor benéfico sintiendo,
Lo bendice y adora agradecido;
En su ofuscada mente revolviendo,
Cuando su nombre ha oído.

Si será, visto, tan amable y grato
Como el murmurio de apacible fuente,
O cual halaga su excitado olfato
De la rosa el ambiente.

Yo así del hado la implacable ira
Y de perdidos bienes la memoria
Lamentando, de verte, bella Amira,
No conseguí la gloria.

Mas ¡oh! por la fragosa y triste sierra,
Do me aprisiona el Aquilon sañudo,
Se anunció en tí cuanta bondad la tierra
Lograr del cielo pudo.

El ingenuo candor; la noble mente,
Por las sensibles Musas inspirada;
La mano siempre abierta al indigente,
Y la amistad sagrada,

Fueron, divina Amira, las señales
Con que la fama consagró tu nombre,
Grabado ya en las aras eternas
Que al bien levanta el hombre.

Y en vano la modestia, que encubria
La virtud, cuando oculta más hermosa,
Su mal seguro velo desprendía
Ante la vista ansiosa.

De puros rayos la corona ardiente
En que el disco inmortal esconde Apolo,
Le anuncia, apenas raya en el Oriente,
Al ocaso y al polo.

Y si humilde se encierra la viola
En su cárcel de plácida verdura,
Ni la luz sus matices tornasola,
Ni al Euro se aventura;

Ni elevado en el vástago brillante
El lirio envidia su celeste gala,
Bien la descubre el céfiro, fragante
Del aroma que exhala.

Yo, ignorada beldad, la lira mía
Consagré, bien que anciana, á tus loores,
E invoqué en mí exaltada fantasía
El dios de los amores.

Nácar suave, que al aurora tiñe
Los celajes del lóbrego horizonte;
Cándida nieve, con que Enero ciñe
La cumbre de alto monte,

Mezclados en tu rostro y en tu cuello
Imaginé, y la lumbré soberana
Puse en tus ojos, que el lucero bello
Prodiga á la mañana.

Luégo te di las formas hechiceras
Que el genio adivinó de Praxitéles,
Y cuantas gracias brillan placenteras
De Italia en los verjeles.

«Necio, Urania exclamó (y el plectro de oro
Sacudió blandamente en mis oídos),
De tal belleza el celestial tesoro
No alcanzan los sentidos.

»Tú la hermosura frágil sólo cantas,
Puro, aunque frágil, y preciado velo,
En que se gozan las virtudes santas
Y ostentan su modelo.

»Y olvidas el espíritu dichoso,
Que de supremo fuego iluminado,
En dulces ojos y en semblante hermoso
Su imagen ha grabado.

»Todo acaba; y dos muertes el destino
Reservó para tí, triste hermosura;
Una, del tiempo al hierro diamantino;
Otra en la tumba oscura.

»Sólo la alma virtud al cielo crece,
Do fué su cuna, do tornar desea;
Allí á Amira el elogio que merece
Dará la excelsa Astrea.»

XXIII.

A don Manuel José Quintana, en su vuelta á Madrid en 1828.

Vuelva en hora feliz á las riberas
Del breve Manzanares

Aquel vate divino, cuyo canto,
Trayendo al fuerte ibero á los altares
Del patriotismo y á las lides fieras,
Fué del galo terror, de España encanto.
Vuelva, que ya la paz sus pabellones
Benéfica extendiendo,
Palmas al genio da; del crudo Marte
Cesó el fragor horrendo,
Y al abismo lanzada la discordia
Que prolongó la lucha y los temores,
Guirnaldas cogen en el fértil suelo,
Unidos con las Musas los amores.

Vuelva, que ya la escena mantúana
Le espera armado del puñal luciente
Con que el héroe de Asturias libertando
A la oprimida gente,
Castigó los delirios de su hermana.
¡Ay! dignos de piedad, si piedad cabe
En quien su sangre por la patria olvida;
Si, agraviado español, perdonar sabe.

Y ¿cuál nuevo espectáculo preparas,
Hijo de Melpomene,
Al público terror? ¿Acaso herida
Presentarás la lusitana hermosa,
Victima del orgullo? ¿O bien cayendo
En la ciudad del Bósforo alevosa
A manos de los mismos que liberta
Al gran Rugero, y en venganza justa
De bravos almugávares la espada
El Helesponto en sangre retiniendo?
¿O bien con libre pluma, dedicada
De nuestros héroes á la inmensa gloria,
Nuevos laureles añadir te agrada
Al que en su tumba consagró la historia?

Escribe ó canta, tu nación lo espera;
Apolo te sonríe;
Y en tu fama presente y venidera
De un fiel amigo el corazón se engrice.

XXIV.

A don Ventura de la Vega, en respuesta á una oda que escribió en elogio mio.

Quando tu lira, que templó Dione,
Cánticos dulces de amistad resuena,
Y el nombre humilde de tu caro Anfriso
Robas al Orco;

Callan los vientos alterados, calla
El mar sonante, que la playa ibera
Azota fiero, y sus raudales Bétis
Plácido guía.

Gózase ufano en el laurel que ciñes
Con docta mano á su felice alumno,
Y ya á tu frente de la sacra oliva
Teje coronas.

Fileno, gloria de su herbosa márgen,
Émulo digno del sublime Herrera,
Adopta grato el que á su musa cedés
Himno suave.

Y «canta, dice, oh jóven, á quien dieran
Su blando beso Melpomene y Clío;
Canta, y las rosas que el Permeso riega,
Ciñe á tu lira.

»La virtud canta y la amistad, y el hombre
Unido al hombre en hermanales lazos;
Tu voz primera cual sañudo trueno
Tiemble el impío.

»Así en la cuna el animoso Alcides
Las bravas sierpes domeñó, probando
Aquellas fuerzas que sentir debían
Lerna y Tifeo.

»Así del Ebro la veloz corriente
Detuvo el tracio, y de la Ismaria playa
Monstruos y riscos su divino canto
Blandos oyeron.

»Febo á tu mente concedió benigno
El rayo osado de su pura llama;
Dió á tusacentos su dulzura Vénus,
Marte su brío.

»Mas cuando subas con gloriosa planta
A la ardua cumbre del doblato monte,

Y allí á los vates de la Iberia seas
Digno modelo;

»No olvides ántes visitar las aras
Y el templo austero de la gran Minerva,
Y en vez de mirto, robe misterioso
Cubra tus sienes.

»De su ave sacra en la callada noche
Sigue constante el velador graznido;
Y los tesoros que el profano ignora,
Roba á Sofia.

»Cisnes de Mantua y de Venusa, nombres
Que en Helicon consagró la fama,
Reyes del canto, en todas las edades
Gloria de Apolo;

»La alta doctrina del sublime reo,
Honra y oprobio de su madre Aténas,
Dió á vuestras musas que al excelso Olimpo
Vuelen osadas.

»Sí, amado Vega: de Parnaso el númen
Tanto promete al estudioso genio;
Y es de Epicteto la lucerna débil
Faro del Pindo.»

XXV.

Á DON FERNANDO DE RÍVAS (1).

Tú, ambicioso Fernando, no contento
Con el mirto gentil que Vénus misma
Ciñe amante á tus sienes juveniles,
Aspiras al laurel que altivo crece
En la ardua senda del Parnaso. Orlado
De un ramo y otro á la querida patria
Piensas volver desde el voluble Sena.
; Noble ambicion, que excitará tu amigo!
Y perdona si ilustre veterano
De Apolo, las veredas de Helicon
Se atreve á señalarte. Ya mis dedos,
Trémulos por la edad, vagando errantes,
No aciertan con las cuerdas de la lira,
En mis débiles manos mal segura;
Y las ninfas del Pindo, al fin mujeres,
De los ruegos se burlan de un anciano.
Mas la noble amistad será mi musa
Y animará mis labios: tú, benigno,
Si no mi canto, acepta mis deseos.

Muere, oh Fernando, el fósforo brillante
Del humano placer, apenas luce
Pocos momentos en la mano ansiosa
Que se atrevió á tocarle; mas no muere
La lumbre del saber: vence los siglos,
Y á la sublime eternidad aspira.
; Cuándo el acento del sagrado Homero,
Cuándo la voz del cisne mantüano
Ó los himnos del vate de Venusa
El hombre olvidará?... Vuelan los tiempos,
Y en sus rápidas alas arrebatan
Reyes, tronos, naciones y ciudades.
; Quién conoce el lugar do el primer cetro
Empuñó el fundador de Babilonia?
; Dó está, Cartago, tu orgulloso muro?
; Dó tus naves, oh Tiro? ; Quién posee,
Damasco altiva, tus montones de oro,
Despojos del ocaso y de la aurora?

Mas el nombre divino de los vates
Vivirá mientras goce el triste humano
De este sueño fugaz que llaman vida.

La noble inspiracion, que al canto mueve,
Es el sagrado aliento con que al hombre
Animó el Hacedor, cuando del polvo
Le ensalzó á ser su imagen; y las obras
Que esta aura celestial y eterna cria,
Tienen su vida, y perecer no pueden.

Mas en balde, mi amigo, el pecho herviente
Sentirás de su fuego enardecido,
Si el estudio tenaz no da alimento
A su divina luz; que inútil llega

Grande antorcha al fanal amortecido
Que sin pábulo yace. Las sentencias
Que sublime dictó filosofía
Á Ciceron y á Sócrates; los cuadros
En que de Roma el triunfo y el oprobio
Pintaron Livio y Tácito; las glorias
De tu nacion que al Ganges y al Ocaso
Aterró vencedora con sus armas;
Y en fin, cuanto los hombres llaman grande;
Cuanto herir puede y elevar á un tiempo
En alas del saber la fantasía,
Meditarás atento y cuidadoso.

De aquel sublime són llena tu oído,
Que en siglo más feliz el Tajo y Bétis
De los iberos cisnes escucharon;
Mas cauto evita los perversos monstruos,
Que el amor de la necia sutileza
Y la hinchazon ridicula produjo.
Habrás adelantado, si los versos
Del tierno Garcilaso se deslizan
Á tu pecho halagüeños cual las ondas
De pura y mansa fuente entre las flores;
Si te hechiza, severa cuanto dulce,
La lira de Rioja; si de Herrera
El desusado canto te arrebató.
Imitarás la suavidad sublime
Y candorosa de Leon; mas huye
Tal vez su toco desalño; teme
Como sierpes las gracias seductoras
Del atrevido Góngora, y de Lope
No te deslumbre, no, la fácil-musa,
Que da entre mil guijarros un diamante.

Y si imitar quisieres los poetas
Que ilustran nuestra edad, atento estudia
La correccion de Moratin, la frase
Y el tono de Batilo, y de Cienfuegos
La entereza y vigor; mas no el estilo,
Á las leyes del habla mal sujeto.
Los demas viven, y al acerbo diente
De la envidia cruel expuestos yacen;
Mal en su tumba morirá la envidia,
Y sus nombres gloriosos á otros siglos
Revelarán las trompas de la fama.

Y ¡oh, si el tuyo tambien, caro Fernando,
En la futura edad fuese aplaudido,
Y oyese yo desde el sepulcro oscuro,
Que será pronto mi postrer asilo,
Tu elogio resonar! Grata alegría
Sentirá entonces mi ceniza yerba;
Deseará repetir tus alabanzas
Mi sombra, mas los labios entreabiertos
Sellará al punto el cetro de la muerte.

XXVI.

Á MI AMIGO DON JOSÉ DE MURGA, EN SU DÍA.

Quiero de blanco lirio y pura rosa
Ceñirte, lira mia,
Y halagar de Helicon la falda umbrosa,
Cantando de mi amigo el fausto día,
Urania, mis acentos escuchando,
Al alumno querido
Sonreirá, y las Castalias á su mando
Aplaudirán tu nombre repetido.
Minerva, para ornar tu sábia frente,
Enlazará festiva
Con las murtas del Pindo floreciente
De Euclides y Newton la rara oliva.
Y luego la canora Melpomene
Tu corazon amable
Dirá, y el dulce asilo que en él tiene
La casta fe, la paz inalterable.

Y el decoro modesto, y la prudencia,
De las virtudes guía,
Y el celo dirigido por la ciencia,
Y el justo ceño á la maldad sombría.
Mas el canto á las ninfas celestiales
Del Permeso dejemos,
Y aquí nosotros, míseros mortales,
Modestamente á tu salud brindemos.

(1) Nuestro compañero y amigo don Fernando Rodriguez de Rivas, conde de Castilleja de Guzman, ilustrado caballero de Sevilla, antiguo diplomático y senador. Ha fallecido recientemente (1873). (Nota del Colector.)

Venga Baco, y su llama halagadora
Viva en los ojos salte;
Ni tu inocente risa encantadora,
Dulce amistad, de nuestros labios falte.
Ni el plácido licor tu amable esposa
Hoy nos lo mida escaso;
Si el placer en los ánimos rebosa,
Rebose el vino en el sediento vaso.
Que es grato dar á la feliz locura
Un rápido momento;
Y prudente olvidar con su dulzura
Los pesares de un siglo de tormento.
Vive, amado José; y si mi canto
Oyen las Musas pías,
La amistad, la virtud y el amor santo
De seda y oro tejerán tus días.

XXVII.

EL EMIGRADO DE 1823.

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo,
Que devora sus raros habitantes,
Y no conoce la virtud; do cubre
Alma de tigre máscara alevosa
De religion mentida; do el perverso
En el nombre de Dios mata y sonríe
Y á su víctima insulta; do envenena
El vil error de la moral la fuente.
Ni el trono está seguro ni la choza
De su furia infernal.... ¡Ay del monarca
Que en reprimirla piense! Mil legiones,
Agavilladas de furiosa plebe,
Bajo la enseña de la paz, los burtos
Defienden, que á la estúpida ignorancia
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;
Y el yugo asolador que los oprime,
La noble inteligencia embruteciendo,
Proclaman ley del cielo sacrosanta.

¡Quién contrasta la infanda tiranía
Que á las almas se atreve, do no llega
El dominio del cetro ó de la espada?
¡Qué no osará el poder á quien se postra
La mente soberana? No hay afecto
Libre de su opresion; el amor gime;
Yacen rotos los lazos con que une
El padre al hijo, á entrambos la consorte
Benéfica natura; ya vacilan
De la moral las leyes eternas.
Obligacion es delatar; dar muerte,
Un acto de heroismo; las ideas,
Impiedad y ruína; sólo ensalzan
La estupidez, que sanguinaria y dócil,
Reina de las virtudes se apellida.

¡Desgraciado de aquel que mostrar ose
Tu antorcha, ¡oh razon pura! los puñales,
Que el rencor y calumnia ya preparan,
Al fiero rayo del poder unidos,
Le herirán indefenso. ¡Muy más triste
Quien al público bien se consagrare,
Ardida el alma en noble patriotismo!
No hay más artes aquí que echar la garra
Al fruto opimo del sudor ajeno,
Gritando ó *libertad ó altar y trono* (1).
¡Qué importa á estos impíos que su patria,
Arbitra en otro tiempo de ambos mundos,
Pobre, inexhausta é ignorante, sea
Ludibrio de las gentes? Si ellos gozan
Del artista y colono los despojos,
Que mil abusos á sus manos llevan,
Reinen estos abusos; y el que intente
Reformarlos, perezca; que es contrario
De las antiguas leyes venerandas,
Protectoras del ocio y de la fraude.

Ni el asilo doméstico respetan,
Ni dignidad, ni mérito. El esbirro,
En el silencio de la noche oscura,
Manto del crimen, su poder despliega,

Y rompe el blando sueño, que á los hombres,
Bálsamo de los males y cuidados
El cielo concedió. Gime el esposo,
De su esposa y su prole dividido,
Y en indignas prisiones ahorrado.
Nadie goza el descanso; al inocente
Ensueños tristes atormentan; todos
Se admiran, cuando ven la luz del alba
Rayar en el Oriente, no haber sido
Despertados al grito de una fiera.
Tal vez á pocos la opresion alcanza;
Mas ¡qué vale, si á todos estremece?
El opulento teme sus riquezas,
Cebó de los insectos; el que goza
Alguna parte del poder, la teme;
Ve mil y mil á suplantarle aspiran.
Teme el sabio si el bien que ha meditado
Sospecha el delator; teme el esposo,
Si la belleza que feliz le hace,
De al un potente irritará el deseo.
Sólo ve tranquilo y descuidado
El que no es poseedor.... ni aun de una idea.

Y ¡hay quien quiera morar en este bosque
De bandidos y monstruos? ¡quien desee,
Donde el poder al mérito persigue,
Tener parte en el mando?.... Ajenos climas
Busquemos, do tranquila la inocencia
En venturosa paz logra sus días;
Do protege la ley sin echar lazos,
Y do la autoridad sólo se siente
En el bien que dispensa ó mal que evita.
Mas ¡ay! que, aunque infeliz, eres mi patria,
¡Oh suelo dulce donde habitan fieras!
Al dejarte, en pedazos dividido
Siento mi corazón.... ¡Cuántos recuerdos
Mi mente asaltan! Este duro roblo,
Hijo del elevado Pirineo,
Reciba en su corteza mis suspiros:

Un hijo tuyo, oh patria idolatrada,
Huye de tí, mas sin dejar de amarte:
Si le destierra la fortuna airada,
Todo su amor te queda cuando parte.
Y tú, Occitania bella, acoge blanda
A tu huésped antiguo, que otro tiempo
Moró alegre tu plácida espesura,
Y hoy te pide sosiego, no ventura.

XXVIII.

LA MUERTE DE PATROCLO.

«Ya de Patroclo el pecho
Hirió la hecátorea lanza,
Y de su ardiente sangre
El duro campo baña.
No, Aquiles, le guardaron
Tus celestiales armas,
Que sólo á tu defensa
La diosa destinara.
Mas tú prudente huyes
Las ásperas batallas,
Y sólo te recrean
Los juegos y las danzas,
Prefieres los deleites
Al campo de la fama,
Y al grito de Belona
Las liras de Accidalia.
Mas ya que así á la gloria
Renuncias y á la patria,
Y con fingidas iras
Tu torpe amor recatas,
¡Por qué á tu dulce amigo
Dejaste que volara
Do no dudosa muerte
Sañuda le aguardaba?
Tú le enviaste á Héctor,
Terror de Europa y Asia,
Como al neblí de Escitia
La tierna inermes garza.
Y en el combate duro
Ni tu amistad le ampara,
Ni con tu voz le animas

(1) Solo se censura aquí el horrendo abuso que se hizo en las diversas épocas de aquel año de estas palabras, sagradas por otra parte para todo buen español. (Nota del Autor.)

Ni aun con mirar le inflamas,
Tú, tú le diste muerte;
Su sombra va indignada,
Y en la ribera Estigia
De tí pide venganza,
Y de Priamo el hijo,
Que tus despojos guarda,
En tus tranquilas popas
Ya prenderá sus llamas.
Huye, Aquiles; de Egeo
Las rizas ondas pasa;
Y oculte otra vez Scíros
Tus gozos y tu infamia.»

Así el sagaz Ulises
A Aquiles denostaba,
Cuando su pecho ardía
En fuegos de venganza.
Al Itaco insolente
Mira indignado, y calla;
Y de Ilíon al muro
Furioso se abalanza.
Héctor cae; no su sangre
Sació la ardiente rabia;
De Aquiles á la furia
¿Qué víctimas bastarán?
Así virtud, denuedo,
Gloria, amistad acaban,
Si enciendes, Vénus cruda,
Tu inextinguible llama.

XXIX.

AL REY NUESTRO SEÑOR, PROTECTOR DE LAS
BELLAS ARTES.

Composicion inserta en la coleccion litográfica de los cuadros del
Museo, enfrente del que representa á S. M. á caballo.

Si el arte del pincel dió movimiento
A tu imagen, *Fernando*, y noble vida,
Cuando refrenas con gallardo aliento
Del brido cordobés la frente erguida,
Fué corto dón y escaso monumento
De mortal genio y mano agradecida;
Que á consagrar tu gloria aun no bastára
El dios que tiene en Helicon su ara,
¿Qué verso dignamente ensalzaria
Al protector augusto de las artes?
O ¿en qué mármol el bien se grabaria
Que á sus alumnos pródigo repartes?
Tú con el núnen que los genios cria,
El alto imperio de la gloria partes;
Si él les inspira el fuego soberano,
El pábulo á ese fuego dé tu mano.

Por tí su bella fábrica adelanta,
De Enropa envidia, el español Museo;
Espléndida mansion, que á Febo encanta,
Y desdén por ella su Liceo;
Por tí á la gloria el genio se levanta,
Que temió de la tumba ser trofeo;
Y ornada de laurel su frente eleva
La sombra del sublime Villanueva.

Por tí este templo, de las Musas nido,
Poseerá los prodigios de belleza,
Que en tersa piedra el arte ha repetido,
Del buril emulando la pureza;
Por tí verá la Europa ya reunido
Aquel tesoro de inmortal riqueza,
Que á tus palacios dieron los pinceles
Del Zéuxis español y ausonio Apéles.

Prodigando á las artes generoso
Grandes modelos de una y otra escuela,
De los artistas bienhechor piadoso,
Al genio das las alas con que vuela;
Hijo del cielo noble y luminoso,
Sin el poder que en su fomento vela,
Ni aspira á gloria, ni renombre adquiere,
Y en ocio estéril se consume y muere.

Que en vano el oro en el natal minero
Sus preciosos raudales prolongára,
Si el hombre no buscase su venero
Rompiendo el seno de la tierra avara;

En vano de los astros el sendero
Con fuego inextinguible se abrasára,
Si un héroe bienhechor del sol fecundo
No diese un rayo al atrido mundo.
¡Salve, oh tú, de las artes florecientes
Promovedor excelso! venerado
Vuele tu nombre á las futuras gentes,
En mármoles y liras celebrado;
A la nestórea edad siglos aumentes,
Del amor de tus pueblos coronado;
Y á tus augustos piés humear se vea
De la discordia la extinguida tea.

XXX.

A LAS BODAS DE FERNANDO VII Y MARÍA
CRITINA DE BORBON.

Ninfa real, que en la campiña amena
Del Sebeto y su márgen floreciente
Y en la playa feliz de la Sirena
Hechizo fuiste de la ausonia gente;
Pues truecas de Parténope la arena
Por el Tajo y su aurifera corriente,
De un pueblo, fiel al rey y á la belleza,
Oye el voto que dicta la terneza.

Mil siglos goza el trono; y más que el trono,
El amor de un monarca esclarecido,
Que de la suerte domeñó el encono,
Y las discordias condenó al olvido.
Tu gloria excelsa, que en acorde tono
Hoy canta de Hipocrene el coro unido,
Mientras tu nombre el español bendice,
En la edad venidera se eternice.

La virtud santa, que meció tu cuna,
De tan augustos padres invocada,
Cifra el laurel espléndido, que aduna
De Pirene y de Alcides la morada;
Exenta del poder de la fortuna,
Suba contigo al sólio venerada,
Y de amor y bondad el mirtó blando
Enlace al cetro justo de Fernando.

Y ofrezca al seno del amante esposo
Florida juventud, gracia risueña,
Rosas sembradas del pudor hermoso,
Apostura gentil, habla halagüeña;
Y en el lecho nupcial, do misteriosa
Tremola ya el placer su casta enseña,
Al dulce amor Fecundidad sonría;
Y tú, cielo, la excelsa prole envía.

Prole de bendicion, que la esperanza
Cumpla del valeroso pueblo hispano;
En juvenil edad la ardiente lanza
Vibrará contra el bárbaro africano;
Y cuando la razon ya se afianza
Con la luz del consejo soberano,
Prudente dictará benignas leyes
Que admiren las naciones y los reyes.

Ni sólo del amor las prendas caras
Estrecharán el lazo de Himeneo;
Que no en balde, Cristina, ante sus aras
Te vió Minerva, Apolo en su Liceo.
Orne la oliva con sus hojas raras
Las rosas fugitivas del deseo;
Y la santa amistad, del cielo hija,
Al vendado rapaz sábia dirija.

Cuando por los afanes fatigado,
De un justo rey solícito desvelo,
Busque tu esposo aquel sosiego amado
Que á España da su paternal anhelo,
En tu habla dulce admirará hechizado
De la alta mente el generoso vuelo,
Y en tu sonrisa, envidia de la aurora,
Todas las gracias que el mortal adora.

Así el poder en el regazo hermoso
Del tierno amor y la virtud descansa,
Y los cuidados del reinar penoso
La blanda voz de la amistad amansa.
El torrente, en la sierra impetuoso,
Por la florida vega se remansa,
Y en sus bellos colores complacido

Por el cauce feliz corre adormido.
¡Oh tú, del alto cielo dón divino,
De Iberia por las súplicas logrado!
Acepta el gozo público, adivino
De las venturas que prepara el hado.
La esplendente diadema, que al destino
Te enlaza del monarca más amado,
Corona al estrechar tu frente pura
La virtud, el amor y la hermosura.

XXXI.

AL MISMO ASUNTO.

Albricias, suena la ribera undosa
Del sacro Tajo en su espesura amena;
Albricias Mantua, y el inmenso pueblo
Gira gozoso.

Los faustos *rivas* por el suelo hispano,
Cual puros rayos del naciente día,
De monte en monte hasta el remoto golfo
Rápidos vuelan.

Oyelos grato el animoso Celta;
Los que del Turia y Guadalete beben,
Y la alta sierra, do su agreste cuna
Tuvo Pelayo.

Vén, Himeneo, alborozados claman
Pueblos dichosos por su rey felice;
Viva la ninfa del campano río;
Vén, Himeneo.

Sus lindos ojos al esposo lancen
Mas vivo incendio que el del patrio Soma;
De la sirena con su dule acento
Venza el hechizo.

Y entre las flores que risueña Vénus
Al genial lecho y los amores viertan;
Mezcle Lucina sus fecundas rosas;
Vén, Himeneo.

Aquí do enlazan sus raudales claros
Adur y Nive, y en remanso alegre
Pintan el cielo, de nupciales dichas
Plácido emblema;

¡Ay! no me es dado de la patria amada
Ver el contento, ni escuchar los himnos
Que á su Fernando la española musa
Canta sublime.

Mas lo que puedo con mi acento débil
De léjos sigo su celeste tono;
Que no desdeñan caudalosos ríos
Miseria fuente.

Y en cuantos climas de su rey amante
Respira un noble corazon ibero,
Del fausto Sena al mar que entrambos indios
Férvido ciñe;

Diré el reinado de la paz hermosa,
Y la clemencia á la hermosura unida,
Y en cien cadenas la discordia atada,
Fiera bramando.

Y entre los dones de la rubia Cérés
Vertiendo alegre sus riquezas Pluto,
Y el mar inmenso que españolas naves
Sulcan de nuevo,

Diré los triunfos que á la augusta prole
Reserva el cielo, y los laureles sacros,
La verde oliva que á sus sienes tejen
Marte y Minerva.

Y si el acento de inspirado vate
Rompe los velos á la edad futura,
De los dos mundos los iberos fuertes
Miro enlazados.

En tanto, oh lira, tus ancianas cuerdas
Entrega al Austro que de España viene,
Y ledo clama: «¡que Fernando viva!
¡Viva Cristina!»

XXXII.

En el día de S. M. la reina nuestra señora doña Isabel II, en 1833.

Cuando el furor de la discordia impía
Derramaba sin fin sangre española,
¡Qué bandera de paz, oh patria mia,

Por tus antiguos muros se tremola?

En las manos benéficas de un númen
Sobre las tierras, sobre el mar ondea,
Y en vano el ódio y el error presumen
Quemarla audaces con su infanda tea.

Vod á *Cristina*, cuyo noble acento
«Paz, clama, al español. Cesen las lides»;
Y «paz» repite alborozado el viento
Desde Pirene á la mansion de Alcides.
Velada en negro luto su hermosura;
Sobre la tumba de *Fernando* llora;
Mas ¡oh! la mente generosa y pura
Ni el dolor rinde ni el pesar desdora.

Que á España, prenda de su amor, no olvida;
España, de *Isabel* sagrada herencia;
Y el cielo decretó que nueva vida
Le diesen la beldad y la inocencia.

Ya á tu nombre, *Isabel*, el fuerte hispano
Vuela ansioso á la lid y á la victoria;
Ya, al besar con ardor tu tierna mano,
Predice siglos de ventura y gloria.

Si de males la fúnebre cohorte
Se arrojó fiera sobre el patrio nido,
Ya entre falanges que lanzára el Norte,
Ya en las iras del pueblo dividido;

A una sonrisa tuya el trono amado
Aparezca de Témis y Amaltea,
Calme tu voz el piélago alterado,
E iris grato de paz tu cetro sea.

Así en oscura noche pavorosa,
Si brama el Bóreas y retumba el trueno,
Rayo improviso el alba deliciosa,
Y alegra el orbe con fulgor sereno.

Así en las selvas del Moncayo frio,
Mansion de helada nieve y crudo rayo,
Se alza la rosa con lozano brio,
Dulce primicia del naciente Mayo.

Crece, oh augusta *Niña*, que fecunda
De héroes España adorará tus leyes,
Y el nombre de *Isabel* por vez segunda
Respetarán los pueblos y los reyes.

POESIAS FILOSÓFICAS.

I.

LA BENEFICENCIA.

Nostri pars optima senatus.
JUVEN.

Alma beneficencia, ya te canto;
Asaz sonaron en mi acorde lira
Del dios vendado la funesta ira
Y de su madre el venenoso encanto;
Asaz en la ribera
Del patrio Bétis aumenté su gloria
Cuando en voz placentera
Sus flechas celebrando y mi victoria,
De Emilia los loores
Aplaudieron las ninfas y pastores.

Dulce ilusion, aunque gozosa, vana,
Que lo mejor robaste de mi vida,
Huye veloz como la luna herida
Del triunfante esplendor de la mañana;
¿Qué fuego desusado
Hierve en mi pecho? ¿qué centella ardiente
Con brillo regalado
Penetra el seno á mi ofuscada mente,
Y de su horror oscuro
Brotó de la virtud el rayo puro?

No más hermoso entre la niebla fria
Del alterado piélago de Oriente
Levanta el sol la enrojecida frente,
Padre y monarca del rosado día;
No más tierna la aurora
Sobre la flor del aterido prado
Su blando aljófara llora;
No más sereno el céfiro templado

Dulce calor fecundo

Vierte en los sercs del inmenso mundo.

Salve, luz celestial, fuego escondido,

Que en este yerto corazon dormias,

Salve; disipa con tus llamas pías

La ciega oscuridad de mi sentido;

Mi espíritu enardece;

Purifica mis labios; pueda el canto,

Que ya en mi pecho crece,

Si la voz de un mortal alcanza á tanto,

Domar la envidia fiera,

E igualar de los siglos la carrera.

O más bien, vuela tú, y al triste humano

Comunica tu llama abrasadora

En la fulgente cuna de la aurora,

Y donde hiela el último Oceano;

Tu ardor hermoso sienta

Desde el feroz caribe, que tranquilo

De sangre se alimenta,

Hasta el esclavo estúpido del Nilo,

Que á la alzada cuchilla,

Cordero inerme, la cerviz humilla.

Se verá entónces la anchurosa tierra

En hermanales vinculos unida,

Y huyendo de tus rayos pavorida

Su negro pabellon plegar la guerra;

Odio, rencor, venganza,

Interes, ambicion, copiosos males,

Que dió con la esperanza

La caja de Pandora á los mortales,

Ya tan irfaustos nombres

Sólo en la historia aprenderán los hombres.

Pálido cae de vuestra impura frente

El funesto laurel que la adornaba,

Y el orgullo infernal que os animaba,

Postrais rendidos á la luz naciente.

¿No veis la envidia horrenda,

Que el celeste esplendor bramando esquivo,

Y por oculta senda

Vertiendo fiera su ponzoña activa,

Huye con raudo vuelo

A nunca más turbar la luz del cielo?

¿No veis, no veis al ciego fanatismo,

De su ominoso solio derrocado,

Cuál gimiendo se lanza despechado

A la negra mansion del patrio abismo?

El puñal de Megera

Ved cuál se escapa de su ardiente mano;

Ved de su cabellera

Las serpientes dormir; el grito insano,

Precursor de destrozos,

Oprime ya con pérdidas sollozos.

Pérfidos, sí; que ardiendo en viva saña

Recuerda altivo sus funestas glorias,

De Merindol y Albiga las victorias,

Y la extinguida hoguera de la España.

El siglo infausto llora,

Que el alma devoró de los mortales

Su antorcha abrasadora,

Y erigió entre nublados celestiales,

Del crédulo esperanza,

El trono del orgullo y la venganza.

El libre pensamiento los inpios

Oprimiendo en oscura servidumbre,

Consagraron á un Dios de mansedumbre

De humana sangre caudalosos rios;

Su bárbara cuadriga

Holló los cetros y el laurel triunfante

Y de la paz amiga

La dulce rama; el fuego devorante,

Que sus ruedas abrasa,

Yerma el campo infeliz por donde pasa.

Mas ¡ah! que ya cesaron los horrores

Del tenebroso siglo de la ira,

Y el abatido monstruo ya suspira,

Devorado de inútiles furores.

Y tú, yerto egoismo,

Que la frente á los cielos levantaste,

Y un imperio en tí mismo

Del universo entero te formaste,

¿Cómo cayó espantoso

De tu poder el hórrido coloso?

Cual sube audaz en las heladas cimas,

Que el aterido mar del Norte baña,

De endurecida nieve alta montaña,

Muerte y terror de los polares climas;

Firme, inmoble y segura

Sufre el eterno sol del Cancero ardiente;

La inmensa mole y dura

Opone al rayo de la luz clemente,

Y en su seno acogida,

Niega por siempre al fuego de la vida;

Así en el corazon, que el monstruo fiero

Con su hielo infernal entorpeciere,

Jamas la triste humanidad espere

Restos hallar de su calor primero.

¡Ay de aquel desgraciado

Que á su interes ó á su placer se atreva!

El hierro despiadado

Ya amenazando está. Sin que le mueva

Ni el rencor ni la saña,

Tranquilo en sangre y lágrimas se baña.

Furias del Orco, huid; y tú, amor santo,

Padre de cuanto anima y cuanto crece,

Benigno á los mortales respaldece,

Y vierte al orbe tu apacible encanto.

La oscura venda deja,

Con que la infiel mudanza te cubria,

Y la celosa queja;

Por ella el hombre te llamó algun dia,

Maldiciendo tu imperio,

Placer mentido y torpe cautiverio.

Las dulces flechas que te dió natura

Para esparcir del sér la llama ardiente,

Templa, oh amor, en la sagrada fuente

De la amistad inextinguible y pura;

Y el amante, enlazado

A la gentil beldad que lo enamora,

En lágrimas bañado,

Exclame al despuntar de cada aurora:

«¡Destino venturoso,

El de hacerte feliz, siendo dichoso!»

Tú, divina amistad, del alto cielo

Al mundo, que te implora, ya descende,

Y en sus heridas amorosa extiende

El bálsamo apacible del consuelo.

Gloria de los mortales,

Salve: tú robas á la humana vida

La mitad de los males;

Y á la breve porcion, tal vez mentida,

Del bien, tú sola eres

Quien renuevas los rápidos placeres.

Contigo la piedad en lazo amado

Temple al hombre los ásperos enojos,

Y el tierno llanto de sus dulces ojos

Calme el llanto infeliz del desgraciado:

Así el blando rocío

El Euro entre sus alas atesora;

Y cuando el soplo frio

Del Aquilon los campos descolora,

Con su lluvia templada

Vuelve el sér á la rosa desmayada.

Mas ¡oh! ¡ves la bondad, naturaleza,

Que tus inmensos ámbitos domina,

Y entre los rayos de su luz divina

Ostenta pura su inmortal belleza?

Yo escucho el grato acento

Que inunda de placer los corazones;

Yo miro al vago viento

Enarbolar los cándidos pendones,

Y su númen sagrado

El orbe todo venerar postrado.

Ya, ya la mano al pálido indigente

Tiende benigno el prócer: junto al lecho

Del moribundo en lágrimas deshecho

Ya la piedad el poderoso siente:

Ya el oro fermentido,

Por el que vió otro tiempo la doncella

Su limpio honor vendido,

Es dote y premio á la modestia bella,

Y con hermosas flores

Enlaza la virtud y los amores.

Contempla el padre anciano enajenado

De sus caducos años el consuelo,

Y sonríe al festivo nietezuelo,
Que con gracia infantil juega á su lado;
Y en su vejez felice,
Último rayo de un sereno día,
Al bienhechor bendice
Que coronó sus canas de alegría,
Y plácido y tranquilo
Desciende de la tumba al quieto asilo.
Y tú, joven beldad, ¡cuán dulcemente
En la mansion del infeliz suspiras!
De la sañuda enfermedad las iras
¡Cuál templas tu ternura diligente!
¡Con qué rosas aviva
Las gracias de tu angélico semblante
La bondad compasiva:
Las ve el amor; adóralas tu amante:
Y el premio entre sus brazos
Da á tu piedad con regalados lazos.
Mas ¡veis á aquellas almas celestiales,
Que en sus aras reunió beneficencia,
El seno penetrar de la indigencia
Y arrancarle el secreto de sus males?
¡Cuál endulzan piadosos
De un triste corazón el triste duelo!
¡Cuál brillan generosos,
De la maldad, que dominaba el suelo,
Enemigos osados,
Para el bien de la tierra conjurados!
¡Santa conjuración! Todas las gentes
Seguirán tu bandera victoriosa:
Prepara ya, posteridad dichosa,
Laurel sagrado á las heroicas frentes.
Triunfad: el mundo entero
Subyugue el entusiasmo que os anima;
Y volando ligero
De nación en nación, de clima en clima,
Por siempre cante el hombre
De la virtud el sacrosanto nombre.
Salve, hermosa virtud. ¡Cómo, si dabas
Alma y vida á mi sér, no te sentía?
¡Cómo en mi seno sin vigor yacía
La fuerza celestial que le inspiraba?
Ya sé cuál es la fuente
De aquel vago llorar que la ternura
Vertió á mi rostro ardiente;
Ya conozco del bien la emoción pura,
Que el misero gemido
Tal vez me sorprendió del desvalido.
Renueva, pues, tus cuerdas, dulce lira;
Y en desusado y victorioso acento
Acalla el grito del rencor sangriento
Y la voz de la muerte y de la ira.
Rompe el velo sombrío,
Que ocultó al hombre bajo el torpe imperio
Del egoísmo impío,
De su existencia el divino misterio,
Y enseña á los humanos
A ser en dulce paz dulces hermanos.
Que este impulso del bien, que en su clemencia
A nuestras almas concedió natura,
No puede, no, morir: la envidia impura
El lanzó de la edad de la inocencia.
El en la selva umbría
El hombre al hombre unió, cuando entre breñas
La sociedad nació:
El, postrando las hórridas enseñanzas
Del interés inmundo,
Los Casas y los Pen produjo al mundo.
Instinto natural allá en el seno
Del hondo corazón yace escondido,
Do el orgullo y el vicio fermentado
Lo aduermen con su plácido veneno;
Mas cuando el torpe encanto
Rompe una vez de la infernal cautela,
Por donde el rojo manto
Extiende Febo, generoso vuela,
Y estrecha blandamente
En lazo bienhechor la humana gente.
Así del claro sol destello puro,
En tímida centella trasformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro.

Mas si activo el acero
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
Con ímpetu ligero
Sobre el pábulo breve se derrama,
Y crece y es hoguera,
Y al Alpe y á Pirene consumiera.

II.

LA BONDAD ES NATURAL AL HOMBRE.

¡Quién fué, quién fué el primero
Que á la crédula gente dijo impío:
«Despeñado por lúbrico sendero
Se precipita al mal vuestro albedrío,
Y hechuras de una imbécil providencia,
El crimen y el dolor son vuestra herencia?»
¡Quién fué, que en torpe olvido
De la virtud sencilla é inocente
El siglo sepultó? ¡Que así atrevido
Del pecho humano blasfemó insolente,
Y calumnió con pérfida impostura
Igualmente al Criador y á la criatura?
El averno profundo
Lo abortó en sus furores sobre el suelo
Para tender al engañado mundo
Del atroz fanatismo el ciego velo,
O porque pueda sancionar impía
Sus crímenes la adusta tiranía.
¡Malo el hombre, insensato?
¡Corrompido en su sér? De la increada,
De la eterna beldad vivo retrato,
En quien el sacro original se agrada,
Sólo un monstruo será, que horror inspira,
Prole de maldición, hijo de ira?
Y ¡por qué en su semblante
La dulzura y bondad impresas lleva?
¡Por qué la vista noble y radiante
Al alto Olimpo generoso eleva,
Como buscando ansioso é impaciente
De su origen la cuna refulgente?
¡Quién á su pecho ha dado
Este instinto de amor, que el hombre liga
Al hombre en sociedad? ¡Quién le ha enseñado
En las delicias de la paz amiga
A dividir con los demás mortales
La herencia de sus bienes y sus males?
¡De dónde el tierno llanto,
Que, si ve al infeliz, su rostro baña?
¡De dónde de la patria el amor santo,
La piedad paternal, la justa saña
Que brota en los airados corazones
Si el despotismo arbola sus pendones?
Bueno nace y hermoso
El alma sér, honor de la natura:
Y aun entre el llanto acerbo y doloroso,
Que en su niñez le arranca la amargura,
Brilla en sus dulces labios pura y lisa
De la bondad la angélica sonrisa.
Y luego joven siente
La activa llama del amor suave,
Y eternizando su existencia ardiente,
Como de Arabia la insepulta ave,
Nuevos seres produce el claro día,
Antes que yaza su ceniza fría.
Y en regalados lazos
La dulce prole su cariño paga,
A su cuello estrechada y á sus brazos:
Sustenta protector, plácido halaga;
Y en perpétuo solaz tranquilo espera
El fin forzoso á su feliz carrera.
Tal es el hombre cuando
Ni la opresión ni el fanatismo impío
Forma en las tierras ambicioso bando;
Libres las almas del furor sombrío,
Que á temblar y á matar las arrebató,
Y tiembla el necio y el malvado mata.
Tal es el que cantaste,
Dulce Virgilio, tú, cuando tendido
Al pié de umbrosa haya le miraste
En apacibles ocios divertido,

Enseñando á los ecos gemidores
El nombre de su bella y los amores.

Ó bien más virtuosos

El que vió en las helvéticas montañas,
Gésner sublime, de Aquilon silboso,
Del hielo agudo despreciar la saña;
Y en medio á la selvática natura
Aras alzar al dios á la ternura.

Así del Erimanto

Vagó el hombre feliz por las riberas,
Sonando eterna paz en blando canto
El eco de las ménalas praderas,
Cuando olvidados bélicos furores,
Dió Arcadía el cetro á cándidos pastores.

Y aquella edad dorada,

Desconocida en la sangrienta historia,
Mas cuya grata imagen, lastimada,
La humanidad conserva en su memoria,
Y que pintaron en el suelo ibero
El tierno Fenelon y el sacro Homero,
Las riberas del Bétis

Feliz la vieron en virtud sencilla;
Y el gaditano mar, donde de Tétis
Cayendo al gremio el sol, último brilla,
A la codicia, á la ambicion armada
¡Ay, breve tiempo! defendió la entrada.

La infame sed del oro

Y el amor del poder enflurecido
De sangre humana y de inocente lloro
Bañó el misero suelo entristecido,
Y en los vestigios de la choza pía
Sus palacios alzó la tiranía.

Y luego levantando

La adulacion su fermentido acento,
Del cielo hizo bajar el regio mando,
Santificando al opresor violento;
Y á un execrable y bárbaro asesino
Proclamó imagen del poder divino.

Gritó entonces artera

La vil supersticion: «tristes humanos,
Sufrid y obedeced: si brilla fiera
La dura espada en homicidas manos,
Sufrid: nacisteis todos criminales;
Así Jove castiga á los mortales.»

Y así fué esclavo el hombre,

Y así malvado fué. Su genio ardiente
Buscó en la guerra el inclito renombre:
Suroó los mares la perversa gente,
Y á sus reyes y dioses imitando,
La triste humanidad fué destrozando.

¡Qué fuerza bienhechora

Volvió al hombre su bondad natia?
Que del ardiente golfo de la aurora
Hasta do hiela Cinosura fria,
El poder, la maldad y la impostura
Su sagrado carácter desfigura.

Vosotras, consagradas

Almas á la virtud, la humana mente
Formad piadosas: caigan las lazadas
Que el fanatismo le ciñó inclemente,
Y libre la veréis, noble y gloriosa
Lanzarse al bien, que conocer no osa.

Y si yace oprimida

De la verdad la tímida centella,
Cual suele entre la niebla denegrida
Que exhala el mar, la vespertina estrella,
Romped heroicos con potente mano
El torpe hechizo al corazon humano.

¡Dónde el alma sublime

Está, que el fuego sacrosanto inflama,
Y que del hombre el infortunio gime?
Nazca ya al mundo la encubierta llama,
Nazca; y en mil incendios esparcida,
Siembre de la bondad la hermosa vida.

III.

LA AMISTAD.

«Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo.»

RIOJA.

El himno santo de amistad rebosa
De mi inspirado seno:

Tú, celestial virtud, mi númen eres.
Resuena audaz, oh lira; un nuevo modo
Y desusado emprende: el fuego ardiente,
Que al pítico cantor dispensa Febo,
Y el sabio desvarío

Que derrama en los vates Hipocrene,
Son hielo y niebla junto al fuego mio.

Brote la voz del corazon: resuene
En tiernos corazones,
Asilos tuyos, oh amistad.—Respondan,
Cual flébil eco, en la repuesta gruta.

Aquí tienes tus aras, aquí tienes,
Deidad oculta, victimas y templo.
Aquí la espada impía
No alcanza, ni la astucia del inicuo,
Ni el furor de la armada tiranía.

Léjos, profanos, id. Allí os aguardan
Con la ambicion sañuda

La maldad y el críel remordimiento.
Pues lo queréis, sed infelices. Niegue
A vuestro helado pecho sus ardores
El sol de la amistad; y en pos corriendo
De pérdida esperanza,
Al fiero númen erigid del mando
El altar de la envidia y la venganza.

Ó al cenagoso piélago lanzados

De sórdidos placeres,
A Vénus sin amor, sin dulce risa
A Baco invocaréis, ó ya de Pluto
El dón aciago anhelaréis sedientos:
Todo lo gozaréis, ménos la dicha;
La dicha, hermosa herencia
Que á un tierno corazon el cielo guarda
Hasta entre el polvo vil de la indigencia.

Para el amigo pecho reservastes,

Benéfica natura,
Tu inexhausta belleza. ¿Qué es el canto
De las pitadas aves, si mi Eutimio
Conmigo no lo oirá? ¿Qué es la verdura
Del fresco valle, el nácar de la aurora,
Ni el Austro enamorado,
Que halaga el blando seno de las flores,
Si á gozarlos sin tí soy condenado?

Brilló hermosa la tierra, brilló el cielo
Al feliz hombre, cuando

Transmitir pudo su emocion suave
En otro corazon. La pura fuente,
Que por floridas márgenes resbala,
La blanda luz de la argentada luna,
Los astros, que salieron
Bajo su imperio á embellecer la esfera,

Emblemas del amor entonces fueron.

Y la mujer divina, cual descuella
La rosa nacarada
Entre las hijas del Abril florido,
Las tiernas gracias y el pudor mostrando,
De la beldad se coronó por reina.

Arde el hombre á su vista, y de su seno
Viva llama desprende;

Llama fugaz, que muere dando vida,
Y que de nuevo la amistad enciende.

¿Quién consuela, infelice moribundo,
Tus últimos instantes?

El caro amigo, en cuyo seno espiras.

¿Quién el pecho ulcerado, que lamenta
La ingratitud y la perfidia, vuelve
Al amor de los hombres? El amigo,
Que le guardó constante

Su corazon, y ni el sañudo hierro,
Ni del tirano el cetro fulminante

Aterró su lealtad: sube animoso
Al fiero cadahalso,

Y con su muerte ilustre lo ennoblece :
 Rompe muros, escuadras atropella,
 Arrostra el golfo y su indomable furia,
 Audaz se entrega á la sangrienta saña
 Del bárbaro enemigo,
 Denodado acomete al mismo averno,
 Por dar la vida á su adorado amigo.
 ¡Cuán grata de mi rápida existencia
 Duplica los placeres
 El alma amante, que en mi bien se goza!
 ¡Cuál consuela mis lágrimas el llanto,
 Con que responde á mi aflicción! ¡Cuál arde
 En mi pecho, oh virtud, tu santo fuego,
 Cuando tu mano miro,
 Eutimio amado, al infelice abierta,
 Y su pena halagar con tu suspiro!
 No es tan dulce al cansado caminante,
 Si la crecchia montañá
 Venció, ó el hielo de la cumbre alpina,
 Complacido vagar por los pensiles
 Del sosegado Po, como á tu Anfriso,
 Del crimen fatigado y de los hombres,
 Hallar en tu alma pura
 El no violado é inocente asilo
 Do anidan la virtud y la ternura.
 Fulmina, ¡oh Jove! Agote el infortunio
 Contra mi sus rigores :
 Persigame el poder : grave mis días
 Horrenda proscripción : niégume esquivo
 Sus dones el amor : derrame el cielo
 Sobre mi sus incendios devorantes :
 No verás á las quejas
 Mi labio abrirse, ni al dolor mi pecho,
 Si un dulce amigo en tu piedad me dejas.
 Hijos de la amistad, almas queridas,
 Abrid los tiernos brazos
 Y el blando seno al amoroso vate.
 Vosotros sois mi bien y mi tesoro :
 ¡Qué es sin vosotros el vivir! Si un día
 Perderos debe el desgraciado Anfriso,
 Ertónces, Parca impía,
 Su existencia, ya inútil y enojosa,
 Lanza al abismo de la tumba fría.

IV.

AL MISMO ASUNTO.

¿Dónde, santa amistad, tu pura llama
 Anima á los mortales? ¿Qué dichoso
 Clima ilustra tu rayo generoso,
 O en cuál region tu fuego se derrama?
 ¿En qué pueblo el luciente
 Febo de cuantos dora
 De la remota aurora
 Hasta do muere el día,
 Oye aclamar tu nombre dulcemente
 En himnos de alegría?
 Tú del piadoso cielo fuiste dada
 Al mundo, y con tu influjo soberano
 En grata paz el venturoso humano
 Gozó los años de la edad dorada.
 El odio enfurecido
 Y el interés inundo
 Aun no el Orco profundo
 Lanzará sobre el suelo;
 Y vivió el hombre con el hombre unido,
 Digno de tí y del cielo.
 Mas ¡oh! cual leve sombra el inocente
 Siglo pasó y el tiempo afortunado :
 La negra envidia el hierro despiadado
 Puso en la mano á la sencilla gente :
 Viendo brillar su filo
 Contra el inerme pecho,
 De tu altar, ya deshecho,
 Elevas temerosa
 El presto vuelo, y al celeste asilo
 Te refugias llorosa.
 Hija de la virtud esclarecida,
 ¡Oh! vuelve, vuelve al olvidado trono,
 Que profanó el mortal, cuando el encono

Tiñó en sangre su mísera guarida ;
 Vuelve, y la infanda guerra
 Doma y la triste ira ;
 Tu suavidad inspira
 En tiernos corazones,
 Y adore ya feliz la inmensa tierra
 Tus cándidos pendones.

V.

Á DON FRANCISCO JAVIER DE HORE.

Los sentimientos de la humanidad no son incompatibles con la
 profesion militar.

Pietas insignis et arnis.
 VIRGILIO.

De la herborosa sirte se desata
 Horrible tempestad ; la luz serena
 Oscurece del sol y enluta el orbe ;
 El rayo brama en la encendida nube,
 Y rasgándole el seno,
 Su rápida carrera sigue el trueno.
 Las cavernas retumban ; los peñascos
 Estallan con fragor ; vuelcan los rios
 Embravecidas ondas ; las arenas
 Revuelve el mar sobre la adusta playa ;
 Y los tristes humanos
 Alzan al cielo trémulas las manos.
 Ese terror universal, que sienten
 Hombres y fieras, el sañudo silbo
 Del Noto asolador, la densa lluvia
 Que las campiñas cubre, ¡anuncia al mundo
 Su destruccion postrera
 Y de un airado Dios la saña fiera?
 No ; ya el veneno de la peste activo,
 Que en los calmados vientos escondia
 El otoño febril, consume el rayo :
 Ya con sus fuegos cárdenos renueva
 El caluroso ambiente,
 Y temple el alto sol del Sirio ardiente.
 Y esa incesante lluvia, que amenaza
 De la afligida Pirra el triste siglo,
 Y aquel torrente, que el ríscoso márgen
 Vence soberbio y acomete el campo,
 Á la estacion florida
 Preparan ya los gérmenes de vida.
 Sí, mi Javier ; la próvida natura
 Ligó al forzoso mal el bien suave.
 Bajo el estéril hielo crece oculta
 La espiga del Abril ; al seco estío
 Los plácidos aromas
 Debe el frutal y las sabrosas pomas.
 De esas montañas áridas, reliquias
 Volcánicas del globo, monumentos
 De destruccion y ruina, se despeña,
 Sembrando vida en la llanura, el rio.
 ¿Quién, sino el mar sañudo,
 Dar libre paso á otro hemisferio pudo?
 Maldiga el delicado ciudadano
 La adarga y lanza del bravoso Marte ;
 Cargue de execracion aquel primero,
 Que en breves tubos encerró la muerte,
 Y con industria fiera
 El rayo abrasador robó á la esfera.
 ¿De qué fuerza sin él contra el impío
 La sociedad se armará? ¿quién pudiera
 De la ajena ambicion vivir seguro?
 ¿Qué no osára la infanda tiranía,
 Si su furia traidora
 No contuviese espada vengadora?
 El tranquilo placer que goza el hombre,
 Ya habite los palacios, donde brillan
 La púrpura y el oro, ó retirado
 Al seno de Minerva, ó bien le cubra
 Techo de humilde paja,
 Debe al guerrero, que imprudente ultraja.
 Y si cual suele el espumoso rio
 Minado el dique, la enemiga hueste
 Por las campiñas patrias se derrama,
 De su indiscreta compasion entónces

El áspero castigo
 Ve de la humanidad el necio amigo.
 Y ¿no es humanidad la dulce vida
 Por la patria entregar? ¿quién más piadoso
 Que el que defiende de opresión injusta
 Matronas, niños, jóvenes y ancianos,
 Y el incendio y la muerte
 Contra el inicuo usurpador convierte?
 ¡Hiero, sí; mas tranquilo el caro hermano
 Descansa en brazos de la dulce esposa;
 Mata, y el suelo tiñe en roja sangre,
 Y espiga de cadáveres las lindes;
 Mas de feroz violencia
 Florece libre la paterna herencia.
 Y si tal vez el enemigo fiero
 Las armas rinde á su valor, olvida
 Que fué enemigo, y le soeorre hermano;
 Nunca hirió noble brazo al abatido,
 Que su piedad reclama;
 Sino al soberbio, que á la lid le llama.
 Así modelo á la futura gente
 De valor y piedad miró Sielia
 Al gran Timoleon, cuando á los mares
 Medroso huyendo y derrotado el peno,
 Su libertad amada
 Gozó de Cérés la feliz morada.
 Justa cuanto horrorosa fué la prueba
 Que á su austera virtud pidió el destino;
 Que en sangre fraternal manchó su patria,
 Mas sangre de un tirano. Agradeida
 La ciudad de dos mares,
 Al fuerte vengador erige altares.
 Dios del corintio fué; mas ¡ay! crinada
 De víboras la Euménide sañuda,
 Ante sus ojos gira; ve teñido
 De rojo humor el profanado techo,
 Y huye á climas lejanos,
 Ya endurecido á castigar tiranos.
 Ofrecióle la altiva Siracusa,
 Libertada por él, cetro y diadema;
 Diadema y cetro adornan la indignada
 Del fiero hermano maelenta sombra,
 Que de vil tiranía
 Odiosa imagen le persigue impía.
 Y dice: «¿por qué, pues, yerto cadáver
 Allí á mi acento vengador caíste?
 ¿Por qué yace á las fieras desperdicio
 Desde la infausta Escila al Lílibeo
 El bárbaro africano,
 Si el yugo ha de oprimir al triste humano?»
 «No; depongo el acero. Alzarlo manda
 La humanidad sobre el feroz malvado
 Que pide la corona y grita al hombre:
Esclavo sé. Deber tan doloroso
Ya dejé satisfecho,
 Y destruí; ¡infeliz! mi tierno pecho.
 «¿Brilló la libertad? basta la sangre;
 ¡Eterna maldición al que levanta
 Sobre hacinas miserables ruínas
 Con hierro y llama en soledad horrenda
 Su injusto poderío,
 Y se atreve á decir: *el hombre es mío!*
 «Doliente humanidad, la lanza aguda
 Vibraré sólo en tu defensa. Amigos,
 No se dirá que al sanguinoso solio
 Subió Timoleon, ó que por tierra
 Tanto muro postrado,
 Tanto cuerpo de fuertes destrozado.
 «Sirvió sólo á mi orgullo. En este asilo
 Lamentaré la víctima que el cielo
 A inmolarse obligó. Goce Trinacria
 La dulce libertad; y si algún día
 La amenaza un tirano,
 Pronto á vengarla encontraréis mi mano.»
 Dijo; y el templo augusto de la fama
 Le abrió las puertas de oro. Tú, que aspiras
 Al sagrado laurel; tú, á quien ya vieron
 Pródigo de tu sangre las riberas
 Del lento Guadiana,
 Despojo á la ambición gala y britana,
 Y ansioso del peligro y la pelea,
 De noble intrepidez modelo fuiste,

No pienses que por la áspera carrera
 Del fiero Marte encontrarás la gloria,
 Si su furor violento
 No temple la piedad con blando aliento.
 ¡Valor y humanidad! almas sublimes,
 Que oprime, mas no abate el infortunio;
 Almas nobles, defensa de la patria,
 Cuando la patria en su defensa os llame,
 Mientras yace olvidada
 En ocio ingrato vuestra invicta espada.
 Amad al hombre y socorredle. Un día
 Méenos severo os mirará el destino;
 Y si tal vez á la espantada tierra
 Lanza Belona el grito de la muerte,
 Un corazón piadoso
 Sabréis llevar al trance riguroso.
 ¡Con qué placer te miro, dulce amigo,
 Levantar puro las angustias aras
 De la santa virtud para los hijos
 Del implacable Marte! ¡cuán gozoso
 Entre su grito horrendo
 La voz de la piedad estoy oyendo!
 Vuela, alma generosa.... De furores
 Fácil es inundar la tierra, fácil
 Verter de sangre caudalosos ríos;
 La grande empresa y árdua y sólo digna
 De un corazón sublime,
 Es consolar la humanidad que gime.

VI.

LA MAÑANA.

Rompe la niebla el sonrosado día
 Del apacible Oriente,
 Y sobre el golfo de la aurora fría
 Renace el sol ardiente.
 Por los inmensos orbes se derrama;
 La natura adormida
 Siente el calor de su celeste llama,
 Y sér recobra y vida.
 Que si robó la luz al triste suelo
 La noche silenciosa
 Cuando mostró sobre el cenit del cielo
 Su frente pavorosa;
 Ora lanzada al piélago de Atlante
 El reino de las horas
 Te cede, astro del día rutilante,
 Que la tierra enamoras.
 Ya el pajarillo por la selva umbría
 Salta en ligero vuelo;
 Los grillos rompe de la nieve fría
 El tímido arroyuelo.
 Abren su cáliz las nacientes flores,
 Y cefirillo osado
 Les roba en mil balsámicos olores
 El beso regalado.
 Todo es beldad. Hasta el breñal ríscoso
 Verdura y rosas mana:
 Hasta el pantano estéril de oloroso
 Junquillo se engalana.
 Caro Melanio, y tú, de las pastoras,
 Dulce Aristo, cuidado,
 Venid; gozad tan deliciosas horas
 Con vuestro Anfriso amado.
 Que así del cielo la piedad halaga
 Los miseros mortales,
 Y con placeres fáciles les paga
 Los no evitados males.
 ¿Por qué engañado en pos de su tormento
 Anhela el hombre insano,
 Cuando naturaleza á su contento
 Brinda con larga mano?
 ¿Quién recoitado al pie de los laureles,
 Que agita el manso viento,
 Envidia los magníficos doseles
 Del pérsico aposento?
 ¿Quién el templado ambiente respirando
 Y el ámbar de la vega,
 Sueña en las glorias del funesto mando
 Y á la ambición se entrega?

Jamas en débil leño oyó el bramido
Del piélago inclemente
Quien se adormió una vez al blando ruido
De la emboscada fuente.

Otros se ciñan el laurel sangriento
Del bárbaro Gradivo,
Y bajo techo rústico el contento
Me halague á mi festivo.
Abre, natura, á un alma que inspiraste,
Tus brazos bondadosos;
Soy hombre; á ser dichoso me formaste,
Y á hacer á otros dichosos.

VII.

A ALCINO.

(Imitación de Horacio.)

Huyó la nieve fría:
Cobra el campo su hierba; el eminente
Árbol su copa umbra;
Ya menguado el torrente
Besa humilde la margen floreciente.
Ora que el verde manto
Tiende sobre los valles primavera,
Al són de dulce canto
Va la niufa ligera
Hechizando con danzas la pradera.
Mas nadie, Alcino, fie
Del sol alegre y el templado viento;
Si ora Favonio ríe,
El estío sediento
Le lanzará de su florido asiento,
Para morir apénas
Vierta otoño pomífero sus dones
En las selvas amenas;
Y luego en los peñones
Rebramarán los crudos aquilones.
En alas de las horas
Rapidísimo el año se desprende;
Mas de Abril las auroras
Tornan, si Febo asciende
Al rojo toro, y el centí enciende.
De Enero las ruínas
Mayo alivia; nosotros, si pasamos
Las puertas diamantinas
De Aqueronte, quedamos
Polvo y sombra, y al ser jamas tornamos.
Que no, Alcino, á mis brazos
Te volverán de allí la dulce lira,
Que entre pampineos lazos
Blando placer suspira,
Ni la santa piedad, que en tí respira.
No de aquellas mansiones
Cintia pudo librar su alumno amado;
Las tartáreas prisiones
De Piritoo osado
Romper á la amistad no le fué dado.
Goza, goza la hora,
Que aunque fugaz, benigna se te ofrece;
De la Parca traidora
Te burla, y favorece
Al desvalido, que á tu umbral fallece.
Cuanto placer gozares,
Cuantos bienes con mano generosa
Al pobre dispensares,
Lo aumentas á la hermosa
Vida, y lo libras de la tumba ansiosa.

VIII.

A LA SABIDURIA.

(Traducción libre de Richardson.)

Ya el ave de la noche
Deja el oscuro albergue,
Donde esquivó del día
La lumbre refulgente;

Y en tanto que las horas
Bebeñ al mundo vierten,
Entre las densas nieblas
Sus negras alas tiende.
Con apagado canto
Los vientos ensordece;
A meditar convida,
¡Y el necio vil la teme!
De Pálas atenéa
Amor, salve mil veces;
Yo al aviso severo
De tu voz obediente,
Del templo do sus aras
Tu augusta diosa tiene,
En la callada noche
Saludo los dinteles.
Cuando la hermosa luna
Su blanda luz extiende,
Y la ilusión mentida
Del mundo desaparece,
Ni la ignorancia osada
Fingir colores puede,
Que con doloso brillo
El pensamiento cieguen;
Entónces ¡cuán benigna
Del que á implorarla llegue
El silencioso voto
Aceptará elemento!
Minerva, ¡oh tú, del hombre
Alivio dulce siempre!
¡Oh delicioso origen
De cándidos placeres!
En tus divinas aras
Mi humilde ruego suene,
Que de ambicion exento
El corazon te ofrece;
Y de la luz guiado,
Que grata me concedes,
A más dignos objetos
Aspiro noblemente.
No el mando suspirado,
No del Ofir los bienes,
No la flor venenosa
Codicio de Citéres;
Del humano deseo
Ridículos juguetes,
Son para el necio dichas,
Y envidias para el débil.
A mí tu santa llama
Benévola desprende,
Que la inmortal belleza
De la virtud me muestre;
Los monstruos exterminen
Y la tiniebla ahuyente,
Que del vivir la senda
Infestan y oscurecen.
De un pecho puro dame
La alegría inocente,
Y que tu ley divina
En mis afectos reine.
Marchita edad tirana
Las rosas del deleite,
Y á ser polvo en la tumba
Aprenderán los reyes;
Mas con verdor eterno
Prosperan tus laureles,
Ni del tirano olvido
La odiosa mano sienten.
Tú el corazon del sabio
Benigna fortaleces
Para arrostrar del vulgo
Las mofas insolentes:
Por tí al malvado huye,
No, empero, le aborrece;
De la maldad se indigna,
Del vicio se conduce.
Salve: si tú lo animas,
Vencer mi pecho puede
Del hombre la injusticia,
Las iras de la suerte.

IX.

A BERILO, ROGÁNDOLE QUE VUELVA AL BÉTIS,

A LOS BRAZOS DE SUS AMIGOS.

Asaz de nieve y hielo
 El monte su cerviz mostró cubierta,
 Asaz del crudo cielo
 La campiña desierta
 Sufrió el granizo destrozada y yerta.
 El Noto proceloso
 Despoja á Abril de su florida gala;
 Y silbando horroroso,
 La mies naciente tala
 Y el fuerte roble con la tierra iguala.
 Al claro Bétis vimos
 Ceñida levantar la ovosa frente,
 Y los troncos opimos
 En su rauda corriente
 Llevar al dios del húmido tridente.
 Las miserables cabañas
 Del cierzo y de la lluvia heridas yacen;
 Y al pie de las montañas
 Malignas hierbas nacen,
 Que los hambrientos corderillos pacen.

Con dolorido llanto
 El pastor sus mejillas humedece;
 El tardo buey en tanto,
 Bajo el yugo fallece,
 Y el ganadillo trémulo fenece.
 ¿Cuál dios ¡ay desventura!
 Invocarán los cándidos pastores?
 Tú, Pan, de la espesura,
 Que con tus ninfas mores,
 Sal coronado de espadaña y flores.
 O tú, que del ganado
 Defensa y de las rubias mieses eres,
 ¡Ay! sobre el yermo prado,
 Benigna madre Ceres,
 La abundancia derrama y los placeres.
 Mas tú á nuestros egidos,
 Dulce Berilo, vén; el cierzo fiero
 Templará sus bramidos,
 Y el mirto placentero
 Florecerá en las faldas del otero.
 Que la amistad divina,
 De los pesares dulce encantadora,
 La tristeza termina,
 Y halaga cuando llora,
 Y disminuye el mal, y el bien mejora.

Al aherrado Oréstes
 Exento de temor Pilades vino,
 Y ni aceradas huestes,
 Ni el suplicio vecino,
 Ni del tirano el pecho diamantino
 Su espíritu aterraron;
 Desciende al calabozo, y dulcemente
 Sus pechos se adunaron;
 Y templo refulgente
 Fué de amistad la cárcel inclemente.
 Dejó en aquel momento
 Libre á Oréstes la Erinis vengadora
 Y el azote cruento:
 Ni la voz gemidora
 Resonó de la adúltera traidora.
 Al reino del espanto
 Alcides por su amigo descendiendo,
 El sempiterno llanto
 Cesó, y el ronco estruendo,
 Y del trifuente can el grito horrendo.

X.

LA VIDA HUMANA.

¡No ves, Fileno, en la florida espalda
 De aquella umbrrosa sierra y eminente
 Como un hilo de plata entre esmeralda
 Nacer bullendo imperceptible fuente?
 Y ¡cuál resbala por la herbosa falda

Tan ténue y fugitiva su corriente,
 Que del aura sutil aún no es sentida?
 Así comienza nuestra frágil vida.

Vela despues, cuando segura pisa
 Del primer llano el floreciente suelo,
 Con otras várias en alegre risa
 Ya convertida en plácido arroyuelo.
 Ora por los declives baja aprisa
 Buscando el valle con risueño anhelo:
 Ora lenta, la selva circundando,
 Con las flores del márgen va jugando.

O bien, ya más audaz, por la cascada
 Se precipita á la profunda umbría,
 Donde entre densas nieblas asombrada,
 Al prado sale á ver la luz del día.
 Deslizase, del susto ya olvidada,
 Siendo del campo hechizo y alegría,
 Sobre alfombras de nácar, oro y grana,
 Y es viva imagen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,
 Su caudal con las lluvias aumentando,
 Que veloz, atrevido é impaciente
 Por pedregosos valles va sonando:
 Apenas sufre ni el marmóreo puente,
 Ni el márgen, que acomete rebramando,
 Ni el firme robledal de su ribera,
 Ni el monte que se opone á su carrera.

Ya llega á la escarpada catarata,
 Y sin mirar su riesgo, obedeciendo
 Al ímpetu, que ciego lo arrebata,
 Se lanza á los abismos con estruendo;
 Yace entre espumas de nevada plata,
 Aprisionado su furor gimiendo;
 Y las ondas, al viento abandonadas,
 Tiñen el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva
 Sobre el risco musgoso, que lo ataja;
 Y á la campiña, que de pompa nueva
 Vistió el Mayo gentil, airado baja:
 Redil y chozas por delante lleva,
 Y la encina firmísima desgaja;
 Y templado jamas y siempre altivo,
 Es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado á caudaloso río,
 La extendida llanura dominando,
 Por los ribazos de su márgen frío
 Con majestad tranquila va pasando:
 No le amedrenta ni el sediento estío,
 Ni el sol que le amenaza fulminando:
 Y sosegado en su feliz carrera,
 Mengua no teme, y crecimiento espera.

Mírale con qué orgullo desdeñoso
 Recibe los tributos, que á porfía
 Le rinden, ya el torrente impetuoso,
 Ya el manso arroyo de la selva umbría:
 La ribera, que el valle delicioso
 Con raudal apacible florecía,
 Pierde su nombre, y en sonoro estruendo
 Por el cauce fatal entra gimiendo.

Más adelante otro soberbio halla,
 Tan audaz, tan valiente y tan crecido,
 Opuesto en su camino. Undosa valla
 Alzan las aguas: dóblase el bramido:
 Disputan en acérrima batalla
 De quién todo el caudal irá regido:
 Vence, é hinchado la corriente eleva,
 Y esclavizado á su contrario lleva.
 Ingrato al bosque amigo, que acopado
 Le adornó con sus sombras placenteras;
 Pérfido al muro, que besó humillado
 Cuando apenas llenaba sus riberas,
 Bate, si crece, el torreón alzado,
 Los troncos vuelca, inunda las praderas:
 No hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
 Y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos
 Quiebra lánguido y débil: mil corrientes,
 Que van á herir los márgenes limosos,
 Parten su fuerza en pequeñas fuentes:
 Aquel caudal, que muros generosos
 Combatiera, y ciudades florecientes,
 Es sólo inerte masa y extendida,

Al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que lo reprimen
Puentes soberbios, muelles elevados:
Que sus raudales retorcidos gimen,
Del espolon macizo quebrantados;
Que mil bajelos la cerviz le oprimen,
De riquezas y crímenes cargados,
Del mar vecino la amargura sienten,
Imágen tuya, oh senectud doliente.
Ya la cerúlea espalda, amedrentado,
Ve al ponto inmenso, que sorberle espera:
Ya solícito escucha y aterrado
El continuo rugir de la onda fiera:
Ya á su pesar camina arrebatado
Al tablazo extendido, donde muera:
Ya la mar le recibe dividida;
Y así, Fileno, acaba nuestra vida.

XI.

Á TIRSI.

El temor de lo venidero es inútil.

Desprendióse aquilon del polo umbrío:
Ya lento el arroyuelo
Corre apenas, cuajado el cauce frio
En prisiones de hielo;
Y la flor, que, de perlas salpicada,
Á su orilla crecía,
Marchita, entre la nieve sepultada,
Su belleza natía.
Ya el labrador en reja brilladora
Trueca el pértigo ardiente,
Y tras la tarda yunta de la aurora
Mira la luz naciente.
Abre en tendido sulco el almo seno
Á la fecunda tierra;
Y entre la nieve, de esperanza lleno,
Pródigo el grano encierra.
Y espera el fruto á su industrioso anhelo
En mieses abundosas,
Cuando Mayo gentil al fértil suelo
Vierta encendidas rosas.
Mas ántes ¡ay! que en la vernal morada
Del Aries nazca el día,
Tal vez su vida y su esperanza amada
Segará parca impía.
Ultimo invierno, Tirsi, el hado triste
Daré á tu vida acaso
El que ora en tempestad sañuda embiste
Los piélagos de ocaso.
Saber el fin que decretó el destino,
No es dado á los mortales:
¿Qué vale, Tirsi, con temor mezquino
Aumentar nuestros males?
Reine en tu pecho el plácido alborozo,
Y el nocio afan alanza;
Ni pierdas, caro amigo, el cierto gozo
Por dudosa esperanza.
La edad caduca por fatal sendero
Vuela á la tumba oscura,
Goza el tiempo que es tuyo; el venidero
¿Quién, Tirsi, lo asegura?

XII.

A DALMIRO.

Deben abandonarse los cuidados.

(Imitación de Horacio.)

¿Qué te importa, si el galo belicoso
Vence, Dalmiro mio,
El Rhin soberbio, ó en el Alpe helado
Tremola sus pendones victorioso,
Ó si el britano impio,
Del orbe separado,
Los piélagos altera
Y llena de terror la playa ibera?

¡Ah! ¡Cuán pequeño afan á nuestra vida
Impuso el justo cielo,
Cuando con blanda voz naturaleza
Á gozar de sus dones nos convida!
No, pues, el vano anhelo
De la infausta riqueza,
Ni el inútil cuidado
De hoy más perturbe el pecho sosegado.
Sí: que la juventud cual leve viento
Huye precipitada,
Y la árida vejez con planta odiosa
Huella la flor más tierna, de su aliento,
De su albor despojada.
No igual la luna hermosa
Muestra siempre el semblante,
Ni igual despide el sol su luz brillante.
¿Por qué, pues, con empresas superiores
Á la flaqueza humana
El ánimo caduco fatigamos?
Cifne ¡oh Dalmiro! de olorosas flores,
Cifne la sien ufana;
Y mientras que gozamos
De nuestro Abril florido,
Las penas enojosas da al olvido.
Y riberas del Bétis delicioso
Alegres discurriendo,
En grata union á la amistad divina
Entonemos el himno sonoro:
Y luego el manso estruendo
De fuente cristalina,
La noche y Filomena
Convidarán á la quietud serena.

XIII.

Á ALBINO.

La felicidad consiste en la moderación de los deseos.

(Imitación de Horacio.)

Descanso pide al cielo el navegante
Cuando entre niebla oscura
Se oculta Febo, ni su luz brillante
Da cierta Cinosura.
Descanso pide el galo belicoso,
Domador de naciones:
Descanso el anglo, cuando el mar undoso
Discurrén sus pendones.
Mas ¡oh! no el triunfo de la guerra impía,
Dulce Albino, lo adquiere,
Ni cuantas perlas y oro Febo cria
Adonde nace y muere;
Sino el parco vivir, la sobria mesa,
El pecho descuidado,
Que la ambición no aguija, ni embelesa
El interés malvado.
Y el dócil corazón, que blando cede
Á la fortuna ciega,
Y entre el placer, que grata le concede,
Olvida el que le niega.
¿Por qué en deseos el mortal destruye
La breve edad que alcanza,
Y en pos del bien mentido, que nos huye,
Anhela la esperanza?
¿Por qué otro sol buscando y otras tierras
Inquieto, di, te agitas?
Si de la amada patria te destierras,
A ti jamás te evitas.
Goza el placer, que próspera natura
Te ofrezca sin desvelo;
Templa con blanda risa la amargura,
Que te destine el cielo.
¿Quién es feliz en todo? Si al contento
Va la desgracia unida,
Halaga con el bien tu pensamiento,
Y el mal futuro olvida.
Febo te dió su lira numerosa;
La virtud un amigo:
Rompe la venda á la ilusión dañosa
Y vive ya contigo.

XIV.

Invocacion del poema de Lucrecio, *De rerum natura*.

Madre de los romanos, alma Vénus,
 Deleite de los hombres y los dioses,
 Que el navegable mar, la tierra fértil,
 Productora de los frutos, llenas
 Con tu nombre divino; tú, que el orbe,
 Que los astros girantes señorcas;
 Tú, por quien se conciben los vivientes
 Y á la luz pura de los cielos nacen,
 Tú el Aquilon sañudo, tú la bruma
 Del escarchado invierno al polo ahuyentas;
 Que apenas apareces, la morada
 De Céres brota flores, te sonríe
 El extendido ponto, y resplandece
 Con blanda llama el sosegado viento;
 Y cuando la rosada primavera
 Abre las puertas del fulgente día,
 Y el amoroso Céfito, rompiendo
 La prision del ocaso, halaga el mundo,
 El coro volador de dulces aves
 Anuncia tu llegada, el tierno pecho
 Herido con tu arpon; rebaños, fieras,
 Por entre alegres hierbas van saltando;
 Pasan ligeras los veloces rios,
 Y el atractivo del placer siguiendo,
 Do quier las llamas obedientes vuelan.
 Tú el blando amor esparces, ya en los campos,
 Que pinta el ledo Abril, ya en las montañas,
 Ya en los senos del piélago rugiente.
 De amor llenas la selva; «amor» resuenan
 Las frondosas mansiones de las aves;
 Y así del sér la llama fugitiva
 Por tu divino influjo se propaga.
 Inspira tú mi acento, tú, que el mundo
 Y la natura mandas; nada amable,
 Nada alegre es sin ti; nada del día
 Goza sin tí la refulgente lumbré.

XV.

PODER DE LA IMAGINACION EN EL SUEÑO.

(Traducción de Delille.)

Así en continúa accion la fantasía
 Discurre á su placer; pinta, engrandece
 Y produce fecunda. Cuando al orbe
 Tiende la quieta noche el negro velo,
 Y duermen vientos, piélagos y selvas,
 ¿Quién no siente su activo poderio?
 Cual resuena vibrante el duro bronce,
 Aun despues de pulsado; cual la barca,
 Impelida una vez de fuerte brazo,
 No olvida el remo y sobre el agua vuela,
 Así aun en la quietud se agita el alma,
 A los impulsos que sintió obedece,
 Y la noche en sus cuadros copia el día,
 Y eco los sueños son de las ideas.
 El pincel delirante á veces une,
 Separa á veces sin razon ni tino,
 Y muda y desconcierta los objetos;
 Como en el claro espejo de las ondas
 Vemos pintarse el inclinado tronco
 Superior á su copa, la alta nube
 Por el profundo abismo circulando,
 La tierra bajo el agua, los corderos
 En la mansion del pez, y los arroyos
 Corriendo por la bóveda del mundo;
 Mas el alma del cuadro no varía.

Soñando el orador, divide en partes
 Su sermon y fastidia al auditorio.
 Soñando el juez, por la chillante rueda
 De una elocuencia bárbara arrullado,
 Duerme en el tribunal; sueña el ministro,
 Y su desden y gravedad ensaya,
 Y extiende al memorial la corta mano;
 En sueños el actor sobre la escena
 Su accion despliega y su mirada firme;

En pos corre el autor del consonante,
 Y de la liebre el cazador; descubre
 El avaro infeliz nuevos tesoros;
 Sueña el grande veneras; y al mendigo,
 Benéfico Pentieuvre, el llanto enjuga.
 Del caro amigo, cuya ausencia llora,
 El amigo en sus sueños ve la imagen;
 La hora recuerda, reconoce el sitio
 En que la acerba y triste despedida
 Con silencioso lloro prolongado,
 Inmóviles sus ojos le siguieron.
 ¿Describiré el delirio de un amante,
 Y aquellos dulces sueños, que enriquece
 Con ilusiones plácidas Morfeo?
 Palpitando el amor y la esperanza
 En su anhelante seno, ve y escucha
 La celeste beldad que le enamora.
 Sobre el clavel purpúreo de sus labios
 Muere el desden, y nace blandamente
 La lánguida sonrisa del cariño.....
 Mira, ¡oh felicidad! mira sus brazos,
 Sus regalados brazos extenderse,
 Y en amorosos nudos rodearle.....
 Recibe el beso ardiente del deseo.....
 Tiembla bajo la mano encantadora
 Que lo acaricia..... El refulgente día
 Envidiará al nacer, oh noche oscura,
 Tus prestigios; ¡qué mucho, si en el néctar
 Del dulce amor empapas tus beleños?

XVI.

Á ALBINO.

Tú del sacro Helicon, mi dulce Albino,
 Ascendiste á la cumbre soberana,
 Y fuiste en ella honor del almo coro;
 Para tí su divino
 Mirto Vénus ufana
 Cultivó entre los nácares y el oro;
 Y si imitas de Apolo el sacro acento,
 Y de su noble aliento
 Celebras la victoria
 En desusada lira,
 El refulgente ramo de la gloria
 Que adora el Bétis, por tus sienes gira.
 Mas no por igual senda el dios de Delo
 A la inmortalidad pródigo guia
 Cuantos bebieron la Castalia fuente;
 Cual el templado cielo
 Canta y la selva umbría
 Y del manso arroyuelo la corriente.
 Cual de celeste ardor arrebatado,
 Levanta el vuelo osado,
 Y el soberano asiento
 De Júpiter temido
 Describe audaz, y el vasto firmamento,
 A su voz poderosa estremecido.

Cual las revueltas haces, y el horrendo
 Carro de Marte, y la homicida guerra,
 Y el asta de Belona ensangrentada,
 Y el pavoroso estruendo
 Con que al mortal aterra
 La trompa, por las madres detestada.
 Cual el dulce solaz de los pastores,
 Los tranquilos amores
 Dirá y el ocio blando;
 Y cual del generoso
 Baco, la copa alegre vaciando,
 Celebra agradecido el dón precioso.

Mi musa no las rosas y aletíes,
 Que halaga ledo con raudal sonoro
 El Pernesio apacible, altiva quiere;
 Ni orientales rubies,
 Ni las coronas de oro,
 Que Febo á sus alumnos repartiere,
 Si modesta viola, malva errante
 O girasol amante
 Tejieren mi guirnalda,
 Entónces tu glorioso

Triunfo del Pindo en la canora falda
Admirado veré, mas no envidioso.

XVII.

Á FILENO.

El sosiego de la virtud.

¡Oh mil veces feliz quien del profano
Vulgo no conocido,
Burla de la ambición el dardo insano,
Y se acoge al retiro apetecido!
La paz, oh mi Fileno,
La paz lo halaga en su amoroso seno.

Y respirando el aura deliciosa
De la santa alegría,
Gozoso y grato en voz armoniosa
Himnos entona al Hacedor del día,
Cuando del rojo Oriente
Eleva Febo la encendida frente.

Y cuando al ocultar su lumbre pura,
La noche sosegada
Va descubriendo entre la niebla oscura
De luces mil la esfera iluminada,
Canta el poder divino,
Que señaló á los astros su camino.

¡Ah! no en vano á su vista resplandeco
La tierra engalanada
Con las riquezas que al mortal ofrece;
Su alma pura, de gozo enajenada,
Recibe el dón precioso,
Y humilde adora al bienhechor glorioso.

No la homicida trompa á los furiosos
Y á las lides lo inflama,
Ni del pérfido dios de los amores
Arde en su pecho la funesta llama;
Tú, virtud, sola eres
La fuente perenal de sus placeres.

¡Hija del cielo! tu favor divino
¿Podrá serle negado
Al que contrario y bárbaro destino
Arranca del sosiego suspirado,
Ligándolo inclemente
Con duro lazo á la perversa gente?

¡Ah! no; vierta en el mundo su veneno
La maldad orgullosa;
Del varón justo el no manchado seno
Será de la virtud morada hermosa;
Y aquel sagrado abrigo
No violarán ni el crimen ni el castigo.

XVIII.

LA GLORIA DE LOS HOMBRES BENÉFICOS (1).

Reina ya en nuestros climas; la ribera,
Beneficencia santa, te convida
Del olivoso Bétis, do florida
Se complace la amable primavera;
Aquí do reverbera,
Cayendo en occidente,
La amortiguada luz del sol hermoso,
Erige, erige el trono venturoso,
Y triunfa eternamente.

Héroes de paz y bendición, la gloria
Os ceñirá de plácidos laureles;
No con manos sangrientas y crueles
Los robará la bárbara victoria,
Ni mostrará la historia
De innumerables hombres
Sobre el campo los restos hacinados;
Ni de su sangre y maldición cargados
Vuestros augustos nombres.

Difundís del saber la lumbre clara,
De la virtud los celestiales dones;
Y graba en los humanos corazones

El dulce amor vuestra memoria oara.
Allí el cielo os prepara
Más grato monumento
Que cuantos sobre el campo devastado
La mano erige del feroz soldado
Al vencedor sangriento.

A vuestra voz confuso desaparece
El ocio y el error: do espino rudo
Pobló las vegas, entre el hielo agudo,
Ya la naciente espiga reverdece,
Al labrador ofrece
La selva engalanada
Entre colgantes flores fruto opimo,
Ya de la hojosa vid pende el racimo
En la roca escarpada.

Por vos el sabio á la mansion ardiente
Se eleva de la luz, madre del día,
Y del celeste giro la armonía
Audaz revela á la admirada gente.
En el nítido oriente
Señala la áurea cuna,
Do nace el sol tras la rosada aurora,
Y el desigual semblante, que colora
A la argentada luna.

O cuando de Aquilon la nave herida,
Del mar desierto en la escollosa playa,
Rotas velas y antena, incierta vaga,
De las hinchadas olas combatida,
La senda ya perdida
Al marinero yerto
Señala en el fanal que el polo luce,
Y de la cara patria lo conduce
Al suspirado puerto.

Por vos el genio á la natura hermosa
Vencedor roba el misterioso arcano,
Y noble dón del cielo soberano,
No se adormece en languidez ociosa.
La juventud fogosa
Busca en las sábias lides (2)

El verde lauro del pastor de Anfriso;
Por vos no envidia Bétis al Iliso
Sus Hiparcos y Euclides.

¡Ah! si á la hiedra de Helicon luciente,
De mi cítara humilde pompa altiva,
Minerva entrelazó la sacra oliva,
Del ramo que á Newton ciñó la frente,
Vuestro es; el pecho ardiente
En juvenil anhelo
De excelsa gloria y de saber ardía;
Y con el premio, que los genios cria,
Me ensalzasteis al cielo.

Y tú, amable niñez, dulce esperanza,
Dulce amor de tu patria, ¡cuán piadoso
De vuestro labio de carmin gracioso
Admite Dios el himno de alabanza!
Dios de bondad, tú lanza

Al denegrido averno
El vicio, y en mil hierros oprimido,
Jamás de la inocencia el fermentido
Empañe el lustre tierno.

Mas ¿veis? ¡O bien encanto delicioso
Me engaña? Yo la miro; ledo brilla
Entre el amado coro, que acandilla,
Mas que de humana su semblante hermoso.
Ora del Pindo umbrroso
Sobre la lira mía,
Blandas rosas, lloved: la virtud canto;
Resuene en Helicon su nombre santo
Con más grata armonía.

Elisa (3), salve, oh tú, de nuestro suelo,
Del Bétis dulce gloria. Salve, amada
Siempre y digna de amor; tú fuiste dada
A nuestra patria del benigno cielo.
Por tí su justo celo

(2) La Sociedad propone premios anuales á los discípulos más sobresalientes de las tres clases de matemáticas, que estaban á su cargo.

(3) La señora Marquesa de Paradas se habia consagrado á la educación de la niñez en una de las tres amigas gratuitas erigidas por la sociedad. Tan noble ejemplo, seguido por otras señoras, contribuyó poderosamente á mejorar la educación del bello sexo.

(1) Leída en junta general de la Sociedad patriótica de Sevilla, en 24 de Noviembre de 1800.

Anima el virtuoso;
Y al ver de la bondad la imagen pura,
Tiembra el crimen audaz, y en noche oscura
Se esconde tenebroso.

Tú en la niñez de la virtud derramas
El fuego que tu pecho ha consumido.
Tal vez, amante esposo, complacido
Verás embellecer sus puras llamas
A la beldad que amas,
Y con blanda sonrisa
Dirás feliz: «la cándida inocencia,
La dulce paz, la celestial prudencia
Adoro en tí de Elisa.»

Vive feliz, y si á la lira mía
Triunfar del tiempo audaz fué concedido,
Tu gloria vivirá libre de olvido
Desde la aurora hasta do muere el día;
Y mientras la fe pia,
El ánimo elevado
Y la bondad no odian los mortales',
Cual nuncio de favores celestiales
Será tu nombre amado.

Hijos de Apolo, ¡y la gallarda frente
Doblaréis más ante el guerrero injusto?
¡Postraréis á sus pies el lauro augusto,
Que habeis cogido en la Castalia fuente?
De Gradiov inclemente
Olvidese la ira,
Oh virtud, por tus cándidos pendones;
Abrase vuestros nobles corazones
El fuego que me inspira.

Las trompas arrojad: de Pirro alabe
Otro y de Aquiles los funestos nombres:
Mi lira, bienhechores de los hombres,
Sólo cantar vuestras hazañas sabe:
Y mientras Delio acabe
Su perpétua carrera
Del mar de Iberia en las espumas frias,
Vuestra gloria inmortal dirán los días
A la edad venidera.

XIX.

LA FELICIDAD PÚBLICA (1).

Sobre las cuerdas de mi lira vuelan
El cántico del bien, ora que tiende
La dulce paz sus blancos pabellones,
Y de la adusta frente los guerreros
El yelmo ensangrentado desenlazan.
Héroes de maldición, el hierro impío
Y el tronante cañon dejad; la tierra,
Ya saciada de sangre y de ruinas,
Dichosa ser sin vuestra espada anhela.
Y tú, felicidad, del alto cielo
El más precioso don, mi acento mueve;
Enseña por mi voz á los mortales
El arte de gozar; y la hermosura
De la santa virtud brille á sus ojos:
Cual otro tiempo á cándidos pastores
En la dorada edad tú amanecías
Con los primeros rayos de la aurora,
Y al derramar los sueños deliciosos
La oscura noche, libres de cuidados
En tu materno gremio reposaban.

¡Por qué el hombre olvidó la ley suave
Que le dictaste entonces? El deseo
Del bien de los demás ¡por qué no anida
En el humano corazón? Mortales,
Sólo á este precio lograréis la dicha.
¡Quién me diese exhalar del pecho mío
El fuego bienhechor que lo consume,
Y en los helados ánimos lanzarlo!
Tú, ambición del poder; tú, del averno,
Pálida envidia, reina; tú, vil ódio,
De insaciables serpientes devorado;
Vosotras, pestes del horrendo Erebo,
Al patrio abismo huid; libre la tierra

De la ominosa hueste, en el humano
El ya feliz humano se complacea.

Labra, oh natura, en tu escondido seno
El hierro bienhechor; labra, no temas;
Que no ya el hombre en homicida punta
O alfange corvo trocará tus dones;
Ni sepultado en el amigo pecho
El pérfido puñal, horrorizad las
Gemirán tus entrañas maternales;
Mas convertido el mineral precioso
En reja aguda, de la hermosa tierra
Penetrará los escondidos senos,
Y hará brotar la fuente de abundancia.
Desde las altas sierras desatadas,
Derramarán el germen de la vida
Sobre las vegas los fecundos ríos;
No ya enrojecerá la sangre humana
Su raudal puro, ni Eco en sus riberas
Del bronce asolador el estallido
Lanzará flébil al remoto golfo;
Mas el sonido de la dulce avena
Y el canto del amor sobre sus ondas
Resbalará tranquilo; el Euro leve
Lo llevará, cuando la aurora nace,
Desde los labios del pastor querido
Al redil de su bien; dulce el Favonio,
Cuando el sol muere, en sus purpúreas alas
Lo halagará, y á la canción suave
Sonreirá amante la gentil pastora.

Rodeará en tanto á la fecunda madre
La prole de su amor; no de su gremio,
Del gremio maternal el hijo insano
Se arrojará tras el fantasma impío
De gloria funeral, ni de la trompa
El ronco són aterrará sus lares.
Cual la robusta encina, que vegeta
Desde el antiguo siglo, no insultada
Del huracán, verá los dulces hijos
A su lado crecer. Firme y profunda
La virtud en sus ánimos se asienta,
Como el monte que estriba sus raíces
En las bases del mundo. El padre amante
Sobre la esteva del arado espera
La risa matinal. Trabajo y premio
Son su felicidad; el verde prado
Da á su rebaño pasto delicioso
Entre las bellas hijas de la aurora;
Sobre su frente, del sudor cargada
Y de la honrosa ancianidad, tranquilos
Se multiplican del placer los días.

Mas ¡cuál prora veloz el ancho golfo
Rompe en sulco espumante? La alegría
Y el bien lleva á las márgenes remotas,
Y el bien traerá á los campos de su patria,
Pacífico habitante de la cuna,
Do en los brazos del Euro nace el día,
Goza tranquilo tan feliz morada.
No, Ganges, tus riberas florecientes,
Ni tu sacro raudal enrojecido
Verán los dulces pueblos de la aurora,
Y vosotras, mansiones del ocaso,
Que veis templarse en los inmensos mares
El carro abrasador, que dora el cielo,
No temais; no ya viene la alta nave,
De muerte, luto y destrucción preñada,
A espigar de cadáveres los campos
Y á trocar sangre y crímenes por oro.
Sólo viene pacífica á ofreceros
Los dones que derrama la natura
En los prados del Bétis. Las riquezas,
Que el abismo del piélago espumoso
Y el fiero Noto separó del hombre,
En busca suya vuelan á otros climas
Bajo las alas de tranquila popa.
Así el mortal, fundando su ventura
En la dicha común de sus hermanos,
Une en lazo de paz entrambos orbes.
¡Dulce ilusión! vosotros, oh felices,
Oh gloriosos varones, de la patria
A un tiempo la esperanza y la delicia,
A vosotros el cielo ha concedido
Dar vida á mi ilusión, Sientan las almas,

(1) Leída en junta general de la Sociedad patriótica de Sevilla en
24 de Noviembre de 1802.

Del bien comun y de virtud sedientas,
Brillar sobre las márgenes del Bétis
Un nuevo sol de nueva edad de oro.

Haced bien, instruid; que agradecida
De la posteridad la inmensa prole
Esculpirá en el templo de la gloria
Vuestro nombre y loor. «Aquél primero,
Dirá, sembró de refrulgent lumbré
La senda del deber, y las lecciones
Del mutuo amor dictaba á los mortales.
Aquél de nuevos gérmenes poblaba
Las patrias vegas, y el vigor natio
Su genio agricultor enriquecía
De la fecunda tierra. Sobre el Findo
Se sació aquél de la inspirante onda,
Y cantó la virtud y los solaces.
Cuál la balanza que equilibra el mundo
Enseñaba, y la fuerza que arrebató
Al sol ardiente el pálido Saturno,
Y entre argentadas lunas lo sostiene,
Y cuál, en fin, con sobrehumano acento
A la admirada juventud corría
El velo del empireo; *Dios, mortales,
Un Dios de amor vuestro destino rige;
El dulce amor es la virtud hermosa,
Y eternidad de amor será su premio.*»
Así dirá; y en el sepulcro frío
Vuestros callados manes escuchando
Las bendiciones de la edad futura,
Gozarán otra vez del bien que hicieron.

XX.

EL TRIUNFO DE LA TOLERANCIA (1).

¡Ay! ¡cuándo brillarás, felice día,
En que estreche el humano
Con el humano la amorosa diestra?
¿Cuándo será el momento que destierre
A la olvidada historia
El grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
El dón más delicioso,
Del misero mortal desconocida,
¿Adónde, adónde fijarás tus aras,
Cuando en tu fuego ardiente
Se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende, y tu santo trono sean
Rendidos corazones,
Y la virtud tu sacrificio; extiende
El cetro bienhechor, que te confía
El Hacedor del mundo,
Y llena el orbe de tu ardor fecundo.
¡Oh tantas veces tanto suspirada
De las almas sensibles,
Y apenas á sus votos concedida!
Ven; contigo la paz, la tolerancia
Y la amistad hermosa
Embellézcan la tierra ya dichosa.
Que asaz de sangre retió su acero
El fanatismo impio,
De la máscara hipócrita velado;
Asaz quemó su antorcha asoladora,
Á la ambición prestada,
Del inocente la infeliz morada.
Sí, yo los vi; ¡los monstruos! de ira ardiendo,
Sedientos de venganzas,
Invocaron á un Dios de manselumbre;
En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozar volaron los mortales.
¡Oh tristes campos de la antigua Albiga!
¡Oh cavernas del Alpe!
¡Oh noche infanda de delito y muerte,
En que el furor sagrado y la perfidia
Y la ambición insana
Las Galias inundó de sangre humana!

Y tú, ¡oh España, amada patria mía!
Tú sobre el solio viste,
Con tanta sangre y triunfos recobrado,
Alzar al monstruo la cerviz horrenda,
Y adorado de reyes,
Fiero esgrimir la espada de las leyes.
¡Execrables hogueras! allí arde
Nuestra primera gloria;
La libertad comun yace en cenizas
So el trono y so el altar. Allí se abate
Bajo el poder del cielo,
Del libre pensamiento el libre vuelo.
¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
Qué sed devoradora
De sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis en esa víctima sin crimen,
Que la impiedad condena,
De la patria la misera cadena?
Y ¡qué, grande Hacedor! ¡en nombre tuyo
Siempre el mortal perverso
Degollará y oprimirá? Creando,
Cuales su corazón, un Dios de ira,
¿Volará á las matanzas
Invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¡qué grito por la esfera umbría
Desde la helada orilla
Del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
Y vuela al mediodía
Y al piélago feliz do nace el día.
Sí; que una vez el Hacedor benigno
Dijo: *Que la luz sea,*
Y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
Y desde el Tajo hasta el remoto Ganges
Desplómase al abismo
Las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz; ya destruido
Ves el imperio horrendo
Que levantó el error; ya se oscurece
Al celestial aspecto de la lumbré
La abominable hoguera,
Que un diluvio de sangre no extinguiera.
¡Ay! que ya del Océano saliendo
La lumbré bienhechora,
Por los iberos campos se dilata.
¡Ay! que ya las riberas inundando
Del levítico Bétis,
Llega á las playas últimas de Tétis.
Mas ¡oh! ¿dónde se fija? ¡oh santuario
Por siempre respetable,
Otro tiempo espelunca de furoros!
Sí, santa luz; do tus reflejos miro,
Allí con luz sombría
De la superstición la antorcha ardia.
Ardia, sí; y los hombres engañados,
Que deslumbró su fuego,
Allí mismo la muerte fulminaban,
En tu nombre, oh Señor de las piedades;
Allí, allí los insanos
Degollar meditaban sus hermanos.
Y la calumnia, como sierpe astuta,
Que sus vestigios borra,
La víctima inocente sorprendía;
Y pérdida de Témis la balanza
Oprimió al acusado
Con el peso de un Dios de furia armado.
Ese lumbroso oriente, ese divino
Raudal inextinguible
De saber, de bondad y de clemencia,
Fué trono de feroces magistrados,
Cuya justicia impía
Vengar de Dios la injuria presumía.
¡Olvido eterno á su crueldad! y sea
Castigo á tanto crimen
El perdón, que las víctimas conceden.
Si es posible, tu vel, oh tolerancia,
Sepulte sus errores,
Y tú, prole futura, los ignores.
Hijos gloriosos de la paz, el día
Del bien ha amanecido;
Cantad el himno de amistad, que presto
Lo cantará gozoso y reverente

(1) Leída en una sociedad de beneficencia.

El tártaro inhumano
Y el isleño del último Océano.

XXI.

Epístola á Jovino, elevado á una magistratura.

Ya en fin, Jovino, los serenos días
De la virtud renacen; ya alentada
Con el favor de la justicia augusta,
Asciende al santo solio y se corona;
Al solio, tanto tiempo disputado
Por la perfidia vil, que horribles sañas,
Negra calumnia y alevoso hierro
A la inocencia y probidad opuso.
Tiempo infeliz aquel, dulce Jovino,
Que el mérito temblando caminaba
Al debido esplendor, por entre puntas
De no evitadas flechas, que á tu seno
Asestó infame y escondida mano.
Mas la virtud, en cuyas santas aras
Un puro corazón siempre ofreciste,
Tus vacilantes pasos dirigia;
Y el puñal venenoso y las saetas
De tí apartó su impenetrable egide.
¡Ah! tal vez densa y horrorosa nube
Vomita al aire el pálido Aqueronte,
Que en rauda remolino sube al cielo,
Y se afirma en los mares; desde el polo,
Cual descogido velo, al austro ardiente
En las alas del Noto se despliega.
En vano la acomete el tibio rayo
De la naciente aurora, que perdido
Entre sus sombras vencedoras muere,
Y á los mortales ojos huye el día.
Mas pronto desde el Ganges se desata
El Euro volador, que ante su rostro
La extendida tiniebla va abuyentando;
Y partiéndola en rápidos celajes,
La arroja triunfador al seno oscuro
Del remoto Occidente; el sol rosado
Muestra benigno la encendida frente,
Y postrado el mortal la luz bendice,
Y al dador de la luz gozoso adora.
Tropa feroz, de la virtud divina
Enemigos jurados, su luz santa,
No el sañudo rencor, no la calumnia,
Que en vuestro labio anida, no la envidia
Eclipsarán, ni la impiedad funesta,
Que reina de los vicios coronada,
A nuestro siglo reservó el averno.
Procede su esplendor de aquella lumbre,
Inaccesible á vuestra fiera audacia;
Y el blasfemo furor presume en vano
Manchar el sol de sempiterna vida.
El inspira en el pecho virtuoso
Soberano vigor; del mundo impío
No la horrible amenaza lo acobarda,
Ni lo eleva el favor. Manso, apacible
En la prosperidad, libre y contento
En la adversa fortuna, nunca pierde
El puro norte que sus pasos rige.
Abre el malvado la funesta huesa,
Do el justo caiga, en la ignorada via,
Y con ramaje péfido la encubre.
Del sendero fatal mano invisible
Aparta al inocente; el ciego lazo
Del vil insidiador será la tumba.
Sí, mi Jovino; la virtud hermosa
Hoy por tí triunfa; de la santa Astrea
Oráculo veraz, da tú á los hombres
El reinado feliz de la justicia.
¡Venturoso el mortal cuyo destino
Del labio justo pende! No en el oro
Fundará su orgullosa confianza
El magnate inmoral que al pobre insulta;
Ni el favor ambicioso los delitos
Sepultará del malhechor ilustre.
Seguro y sin temor el calumniado
Verá á su juez, y en el sereno rostro
Las señas llevará de su inocencia,

Temblando en tanto el impostor perjuro,
No abatida la frente el pobre humilde
Ante el avaro, llorará vendida
La misera heredad de sus abuelos
En precio de la usura, ni los hijos
Mendigarán, ni la doliente esposa
Vil sustento al autor de su ruina.
Mientras sus brazos del vigor natio
Gocen robustos, la pequeña tierra
Con el útil sudor bañará alegre,
Y rey de su heredad, al cielo santo
Bendecirá sobre el precioso fruto.

Mas ¡venturoso tú, que en paz tranquila,
Útil á los mortales y á tí mismo,
El precio sentirás de la existencia!
No en purpurado solio, ni á un vicioso,
A un turbulento pueblo tú presides,
Mas do mora en sencillos corazones
La amistad no manchada, el amor blando
Y la dócil piedad: allí le plugo
A la virtud el erigir su trono:
Allí debes reinar; ¡qué á tí el insano,
El confuso rumor de las ciudades,
Donde el hombre, ignorante de sí mismo,
Corre, engañado por la vil caterva,
La senda del placer, hasta que halla,
Término inevitable, su ruina?
¡El justo acaso en la mansion del crimen
Aspirará á mandar? ¡Podrá ser útil
En la guarida horrenda de los malos
Quien sólo á la virtud rinda homenaje?
Cual en oculta selva donde moran
Rapaces lobos, tierra corderillo,
Que inocente se entró por la espesura,
Tiembla á la vista del feroz rebaño,
Y del pavor cogido, sin defensa,
La no dudosa muerte quieto aguarda;
Resuena el bosque con alegre aullido,
Y los voraces dientes rechinando,
Cada cual por su presa lo señala;
El justo, así, que inadvertido llegue
Do reina la maldad, víctima triste
Caerá inmolada al odio ó á la envidia.
¡Ah! no la gloria de enmendar los hombres
El móvil es de los que aspiran ciegos
Al supremo poder; la ambición sola,
La funesta ambición sus pasos guía.
¡Qué espíritu ominoso, desatado
Del seno del Erebo, á los mortales
Inspiró el ansia del sangriento solio?
Ese de gloria asolador fantasma,
Que ocupa con su sombra el universo,
Y que el menor desastre vuelve en humo,
¿Quién el primero lo mostró á la tierra?
El ronco són de la homicida trompa
Tras sí arrebató al héroe, y al combate
Cual sangriento león se precipita;
Y da de mil cadáveres cubierto
El fértil campo, que de roja espiga
Doró el Mayo gentil; la rabia infanda
En los despojos míseros se ceba;
Y aclamando la bárbara victoria,
Su adusta sien corona de laureles
Con inocente sangre reteñidos;
¡Gloria por cierto de los tigres digna!
¿Cómo la aplaude el hombre, á cuyo pecho
Sentimientos tan dulces dió natura?
Desde el luciente solio, do se agotan
Las riquezas del Indo, duerme imbécil
Un monarca, de esclavos rodeado,
El efímero sueño del orgullo.
Y se llama glorioso, cuando gime,
Sin que él lo sepa, su extendido imperio,
De sátrapas facciosos devorado.
Alma beneficencia, hija divina
De la virtud, ¿do está el mortal felice,
Que siguiéndote á tí busca la gloria,
La verdadera gloria, que tú enseñas?
Mortales, atended su voz sagrada:
«Ama á tu semejante, y en silencio
Goza el dulce placer de serle útil.»
Blanda ley, que otro tiempo, mi Jovino,

En tu sensible corazón grabaste.
 Ora, amigo, entre cándidos pastores
 La ejercerás benigno. El alto cielo
 A tu cuidado la inocencia fia.
 Depósito sagrado, que inviolable
 Puro le volverás; leyes, costumbres,
 Igual vigor tendrán do tú rigieres.
 No á la asechanza del malvado expuesta
 La tímida doncella, el padre anciano
 Verá segar en flor sus esperanzas
 Una vil seducción, y dolorido
 Descenderá al sepulcro silencioso.
 El amor conyugal al casto lecho,
 De numerosa prole coronado,
 Presidirá con inmortal autortcha,
 Y entre festivos nietos su edad larga
 Gozará en paz el venerable abuelo.
 ¡Dulces escenas! ¡ah! tú las realiza,
 Y sé feliz, haciendo venturosos.
 ¡Quién me diciera, Jovino, que á tu lado,
 Haciendo mía tan dichosa suerte,
 En tus delicias mi penar trocará!
 En tanto desde el Bétis te saluda
 El desdichado Anfriso, que fallece
 De pesares eternos devorado.
 Solo tú, dulce amigo, de mis penas
 Conoces la amargura, y en tí solo
 Un malherido corazón descansa.
 Mas tú vive dichoso, y tus virtudes
 La dulce bendición del cielo atraigan.
 En no turbada paz tus años vuelen,
 Cual entre blandas flores se desliza
 Oculto el arroyuelo; vive, amigo,
 Al bien, á la virtud; la amistad santa
 Reine por siempre en tu sensible pecho.
 Mas ¡oh! ¡nunca el amor, dulce Jovino,
 Con sus arpones ásperos lo hiera!

XXII.

Á FILENO.

Debe gozarse del placer (1).

(1829.)

Ya, mi Fileno, desde el rubio toro
 Vierte el sol jóvenes sus calientes rayos,
 Y las prisiones que forjó el invierno
 Rompe de nieve.

Sobre guijuelas resbalando corre,
 Gloria del valle, ondisonante el río;
 Y el nuevo césped de su humilde orilla
 Muerte suave.

Rie natura. Con sus flores rie
 Alegre el prado y el verjel lozano.
 Ya la enramada su naciente sombra
 Da á los amores.

¡Cómo en las rosas jugueteo se mece,
 Hijo de Mayo, el cefirillo loco!
 ¡Cómo repite enamorada el ave
 Vuelos y trinos!

Todo es contento; todo al pecho humano
 Brinda delicias. El raudal sonoro,
 Fragante el aire y el calor estivo,
 Vida del mundo,

Un Dios anuncian, que benigno, amante,
 Dando á los hombres el capaz sentido,
 Para su dicha cuanto el sol colora
 Pródigo cria.

Una sonrisa de su augusta frente
 Vertió en sus obras la inmortal belleza;
 Y otra, fecunda del placer, los gozos
 Alma produjo;

Cuando en la aurora del primero día,
 Que brilló pura sobre el caos antiguo,
 Su gloria excelsa alborozado el ángel
 Dijo á los orbes,

¡Ah! ¡por qué el hombre, del orgullo esclavo,
 Sigue una sombra de virtud fingida,
 Rebelde al cielo, y sus hermosos dones
 Fiero rehusa?

Gozar no es crimen; que á gozar convida
 Quien dió tan fácil el placer divino,
 Y del desco el aguijón sabroso
 Puso en las almas.

La docta frente te ciñó Minerva
 De eterna oliva, y de su lauro Clío;
 ¡Guirnalda estéril! del amor la anude
 Mirto fecundo;

Que un solo instante de delicias vale,
 Cuando halagüeña te acaricie Vénus,
 Más que los bronces do tu nombre helado
 Guarde la fama.

Y si los cantos que en sublime lira
 Al aura diste del Vandalio río;
 Si Eden perdido, si el saber que doma
 Bárbaros odios;

Serán eternos en la edad futura,
 Y á par de Herrera y Pufendorf te ensalzan
 La musa ibera y la imparcial justicia,
 Libre de olvido;

¡Por qué la vida que tendrán tus obras,
 Tú mismo pierdes? ¡Disfrutarla esperas
 Cuando, en la tumba, inútil gloria halague
 Yerta ceniza?

Goza, Fileno; si el error austero
 Templó en su nieve tus fogosos años,
 Las raras canas que en tus sienes brillan,
 Cubre de rosas.

Harto ya hiciste por los hombres; vive
 Algun momento para tí. Dispensa
 También Apolo al perezo October
 Plácida llama.

SONETOS.

I.

MOISES.

Expuesto fué del Nilo en la corriente
 El que á Israel intrépido acaudilla,
 Borrando de la faz la vil manilla
 De esclavitud á su oprimida gente;

Y al rey, que en la niñez tierna, inocente,
 Ensangrentó la bárbara cuchilla,
 Con vigor celestial hiere y humilla,
 Y sepulta en el piélago inclemente.

Así necios los míseros tiranos,
 O mandan que no nazca el pensamiento,
 O que, si nace audaz, al nacer muera.

Más oculto se expone á los humanos,
 Y crece, y llega el vengador momento,
 Y al déspota sumerge la onda fiera.

II.

ORÉSTES.

Dirige, Atrida, un númen enemigo
 Tu puñal, entre víctimas errante;
 Y sangre brota abierto y palpitante
 El seno, que aunque aleve, fué tu abrigo.

De venganzas argivas ya testigo,
 Huye el sol; arde en ira el gran tonante,
 Y no despidie el rayo devorante
 Por darte igual al crimen el castigo.

Vive, y vive á las furias entregado;
 Que de tu madre el adulterio feo
 Y el hierro infando á tu maldad no alcanza;

Y entre cuantos delitos han manchado
 La casa infame del horrendo Atréo,
 El delito mayor es tu venganza.

(1) Véase en las poesías de don Félix José Reinoso (Fileno) la contestación que dió á la presente oda, que fué en su tiempo muy celebrada. (Nota del Colector.)

III.

ARÍSTIDES.

Arrojas de tu gremio, pueblo insano,
Porque el nombre de *justo* no te agrada,
De la virtud la imagen consagrada,
Gloria y modelo del linaje humano.

Pronto será, que la homicida mano
Brille, de ilustre sangre mancillada;
Y la teja, ya honrosa y deseada,
Por la cicuta trocará inhumano.

Goza Esparta sus héroes; Roma altiva,
Los triunfos y laureles prometiendo,
Su feroz prole incitará á adquirirlos;

Y Aténas sólo á la virtud esquivo,
Los varones ilustres persiguiendo,
Sabe, más que otro pueblo, producirlos.

IV.

DEMÓSTENES.

Rayo de la elocuencia, ¿por qué truenas,
Si es ya la libertad un nombre vano?

Trasíbulo, lanzando al espartano,
No el vicio y la maldad lanzó de Aténas.

De tu sublime voz la patria llenas;
Brillan asta y arnes contra el tirano;
Mas ¡ay! del griego en la cuidada mano
Las armas pesan más que las cadenas.

Sumido en ocio y en delicias, ¿quieres
Que el hierro, de los persas tan temido,
Contra el astuto macedon esgrima?

Y aunque al tirano vengas, nada esperes;
Que á un pueblo turbulento y corrompido,
¿Cuándo falta un Filipo que lo oprima?

V.

FOCION.

¿Perdiste, pueblo ingrato, la memoria?
¡Ay! ese anciano, que á la muerte envías,
Por sus hazañas numeró sus días,
Y te dió en cada hazaña una victoria.

Con él morirá Aténas; y tu gloria,
Que sólo en sus virtudes sostenías,
Se enterrará con sus cenizas frías,
Y en su suplicio acabará tu historia.

Cuando hubo en tí valor, no lisonjero
Demandaste cual inclitas mercedes
Tu misma sangre á un bárbaro tirano;

Y esclavo ya del macedonio fiero,
Libre y grande te juzgas porque aún puedes
Dar muerte al más ilustre ciudadano.

VI.

VIRGINIA.

Vuela, Virginia, por la vez postrera
De un padre al seno, víctima adorada;
La libertad de Roma esclavizada
Y el honor y la muerte allí te espera.

El puñal de Lucrecia otra vez hiera,
Corra otra vez la sangre inmaculada,
Y á los tartáreos dioses consagrada,
Deje, tirano, tu cabeza fiera.

La ven, y vuelven del fatal desmayo
Los tímidos esclavos, ya varones;
Que al contemplar cuál mano la vertía,

La oprimida virtud súbito rayo
Rompe de los airados corazones,
Y devora la infame tiranía.

VII.

MARCO BRUTO.

¿Pensaste, oh Bruto, que á nacer volviera
La libertad do Sila no aterrado
Depuso la segur, de herir cansado,
Teñida en sangre de la Italia entera?

¿De qué al mundo sirvió tu virtud fiera!
A un tirano clemente y desarmado
Dado te fué oprimir; mas no fué dado
Que libre Roma y corrompida fuera.

Pérfido Octavio, Antonio sanguinario,
Pendiente de un puñal, con mano impla,
Tienen ya esa corona, que aborreces.

¡Oh virtud necia! ¡Oh brazo temerario!
Si era forzosa ya la tiranía,
¿Por qué á monstruos tan bárbaros la ofreces?

VIII.

ROMA BAJO LOS CÉSARES.

Pan y circenses pide el pueblo fiero,
Que sometiendo á su constancia el hado,
Al pié del Capitolio vió postrado
Al peno, al galo, al griego y al ibero.

Pan y circenses pide; y el que entero
No temió á Anibal junto á Roma armado,
Aprende, de sus triunfos ya olvidado,
A obedecer á un déspota altanero.

Mas de aquella pobreza, que dió leyes,
De aquel valor, fatal á los humanos,
Que hizo temblar los pueblos y los reyes,

Conserva, aún degradado, las señales;
Y así tan sólo pide á sus tiranos
Breve alimento y juegos funerales.

IX.

TITO.

Aquí yace el gran Tito, que elegido
Para colmar la tierra de alegría,
Del trono desterró la tiranía,
Y venerado fué sin ser temido;

Y aunque el cetro, á sus manos concedido,
Hasta el linde del orbe se extendía,
Igualó el cetro la virtud, y el día
Que no hizo un bien, lloró como perdido.

El hierro destructor la Parca esgrime,
Y sus floridos años inclemente
Lanzó al abismo del sepulcro helado.

Mas el amor universal lo exime;
Que jamás morirá quien justamente
Delicia de los hombres fué llamado.

X.

MARCO AURELIO.

A tí, sublime Aurelio, que el romano
Venera entre sus dioses por primero,
He de cantar; á tí, del orbe entero
Padre, moderador y ciudadano.

Tú á Roma, herencia siempre de un tirano,
Registe, á todos blando, á tí severo;
El cetro de Neron sañudo y fiero
Fué adorable y benéfico en tu mano.

Y acusando las bárbaras crueldades
Que el poderío y la ambición maquinan,
Tu nombre irá diciendo á las edades

Que sólo imperio justo y justas leyes
Hay donde los filósofos dominan
O donde son filósofos los reyes.

XI.

EL TRONO.

De la régia amistad por fruto adquiere
Arato una ponzoña devorante;
A Luna incauto el odio, ya triunfante,
Con la segur de la justicia hiere;

Y la hermosa israelita, que prefiere
Un rey al cetro y al laurel brillante,
Casi en los brazos de su augusto amante
De mil puñales traspasada muere.

Conoce Arato á su asesino, y gime;
Raquel su tierno Alonso en vano nombra;
A Luna cubre ignoble sepultura.

Ya el trono ¿á quién deslumbra? ¿á quién oprime,
Sabiendo que es mortífera su sombra
Al valor, la amistad y la hermosura?

XII.

A FERNANDO III DE CASTILLA.

Fernando, honor del trono, tú el primero
Su invicta fuerza á nuestra España diste;
A la discordia audaz freno impusiste
Y debelaste al mahometano fiero.

Padre del venturoso pueblo ibero,
Aun más que de tus hijos, tú reuniste
Virtudes de hombre y rey, y á un tiempo fuiste
Sabio, legislador, justo y guerrero.

Dejaste al Bétis tus cenizas caras;
Al Bétis, cuyos altos torreones
Purgó tu acero del comun tirano.

Y si tan pronto al cielo no voláras,
Hubieras tremolado tus pendones
En las playas del bárbaro africano.

XIII.

SULLY.

Noble Sully, tú osaste ser humano
Junto al altivo trono, y sus favores
Dispensaste, á pesar de aduladores,
Fácil al pobre y duro al cortesano.

Fuiste amigo, no esclavo ni tirano,
De un rey; y á los fanáticos furoros,
De pérfida ambición encubridores,
La máscara arrancó tu sabia mano.

Tú á la Europa, ignorante todavía,
Enseñaste el primero quién conserva
Mejor que el hierro el solio de los reyes;

Y siendo el pro comun tu eterna guía,
Las dádivas de Pluto y de Minerva
Enlazaste en el cetro de las leyes.

XIV.

Á ENRIQUE IV DE FRANCIA.

Mueres, Enrique, y en la tumba encierra
Fanático furor los bellos días
Que á tu patria, á la Europa, prometías,
Plegado ya el pendón de infanda guerra.

Si tu clemencia y tu valor lo aterra,
Sus iras se embravecen más implías;
Y en vano mil virtudes oponías
Al monstruo vil, que dominó la tierra.

Pasó la horrible noche de su gloria,
Y en el oscuro abismo encadenado,
Ni aguza su puñal, ni sangre vierte.

Más aun espanta al mundo su memoria;
Y de tan fieros crímenes culpado,
El más fiero de todos fué tu muerte.

XV.

GONZALO DE CÓRDOBA.

Tú, Gonzalo inmortal, fuiste el primero,
Que dictó leyes al furor de Marte;
Por tí siempre invencible su estandarte
En ambos orbes tremoló el ibero.

El altivo frances y el turco fiero
Probaron, ya tu espada, ya tu arte,
Que de la tierra á la abrasada parte
Antes lanzára al árabe guerrero.

Sin dejar de ser fiel, fuiste envidiado
De tu rey, y en su tumba, que cercana
Fijó á la tuya misterioso el hado,

Gime al ver que tu gloria y la española
Coronan tu ceniza; y sombra vana
Aun se indigna del Liri y Ceriñola (1).

XVI.

A LA MUERTE DE DON RAMON DE LA PALIZA,
MI AMIGO.

Vive el inicuo, y logra sosegado,
De crímenes sembrada, su carrera,
Y burla en larga vida y placentera
La tarda indignación del cielo airado.

Y el justo, cuyo aliento prolongado
Dulce consuelo de los hombres fuera,
Baja al sepulcro en su sazón primera,
De la envidiosa Parca arrebatado.

¡Ay! cuando más de tí se prometía,
En tu temprana edad te pierde el suelo,
Y la fe y la bondad mueren contigo.

Y robó el hado en tan acerbo día
A las virtudes su mejor modelo,
Y al triste humano su mayor amigo.

XVII.

A EUTIMIO.

Suele al mirar la nave zozobrando
Alegarse el que habita en la ribera,
No del mal que á los náufragos espera,
Sino de la quietud que está él gozando.

A mí, del crudo piélago escapando,
En que probé de amor la saña fiera,
La razón bienhechora, aunque severa,
Me da en su seno acogimiento blando.

Más defendido con su amparo cierto
Y asegurado en su eminente abrigo,
Tiemblo, Eutimio, á la mar embravecida;

Pues al tender la vista desde el puerto,
Eres tú el que naufragas, dulce amigo,
Mitad, la que más amo, de mi vida.

XVIII.

A ALCINO.

El que escapó del piélago violento,
Habiendo ya bebido la onda fiera,
Fastidiado vegeta en la ribera,
Y volver quiere al mar y al crudo viento.

Mi corazón tornó, de amor exento
Y escarmentado, á su quietud primera;
Mas ¡ay! ya nada teme, nada espera,
Y es sinsabor y es tedio cada aliento.

Detesto la razón; su luz me ofende;
Amo el placer falaz, que fué mi daño,
Y echo ménos, oh amor, tus dulces dones.

Que no, mi Alcino, sin dolor se aprende
Tras tantos siglos de sabroso engaño
El arte de vivir sin ilusiones.

(1) Junto al Liri (el Garellano) y en Ceriñola alcanzó el Gran Capitán sus mayores triunfos.

XIX.

Á DELIA.

Si vi tus ojos, Delia, y no abrasaron
Mi corazon en amorosa llama;
Si vi tus labios, que el Abril inflama
De ardiente rosa, y no me enajenaron;

Si vi el seno gentil, do se anidaron
Las gracias; do el carmin, que Vénus ama,
Sobre luciente nieve se derrama,
E inocentes mis ojos lo miraron;

No es culpa, no, de tu beldad divina;
Culpa es del infortunio, que ha robado
La ilusion deliciosa al pecho mio.

Mas si en el tuyo la bondad domina,
Más querrás la amistad de un desgraciado
Que de un dichoso el tierno desvario.

XX.

LA SOCIEDAD.

Do el bárbaro habitó choza mezquina,
De sangre y latrocinios siempre ansioso,
Seguro por la ley, quieto y dichoso
El hombre en las ciudades se avecina.

Y do se alzaba bajo triste encina
El crudo altar del druida espantoso,
Verjeles pinta el Mayo delicioso
Y recama de mieses la colina.

Estos son, sociedad, tus gratos dones;
Tú al placer, tú á la paz, tú al amor santo
Convidas los humanos corazones.

Que la perfidia vil, el ódio esquivo,
Y de la envidia el rencoroso llanto,
Reliquias son del bosque primitivo.

XXI.

LA ENVIDIA.

Dulce es á la codicia cuando alcanza
Doblar el oro inútil, que ha escondido;
Dulce al amor, feliz ó desvalido,
Meditar ya el placer, ya la esperanza.

Dulce es tambien á la feroz venganza,
Que no obedece al tiempo ni al olvido,
Los sedientos rencores que ha sufrido,
Apagar entre el fuego y la matanza.

A un bien aspira todo vicio humano;
Teñida en sangre, la ambicion impía
Sueña en el mando y el laurel glorioso.

Sola tú, envidia horrenda, monstruo insano,
Ni conoces ni esperas la alegría;
Que ¿dónde irás que no haya un venturoso?

XXII.

LA ESPERANZA.

Dulce esperanza, del prestigio amado
Pródiga siempre, que el mortal adora,
Ven, disipa piadosa y bienhechora
Las penas de mi pecho acongojado.

Vuelve á mi mano el plectro ya olvidado,
Y al seno la amistad consoladora;
Y tu voz, oh divina encantadora,
Mitigue ó venza la crueldad del hado.

Mas ¡ay! no me presentes lisonjera
Aquellas flores que cogiste en Guido,
Cuyo jugo es mortal, aunque es sabroso.

Pasó el delirio de la edad primera,
Y ya temo el placer, y cauto pido,
No la felicidad, sino el reposo.

XXIII.

LA RAZON INÚTIL.

Es tarde ya para que amor me prenda
En su lazo halagüeño y fementido;
Que aunque tal vez de la razon me olvido,
El hielo de la edad, ¿quién hay que encienda?

Es tiempo ¡ay tristet! que á su voz atienda
Mi juvenil esfuerzo ya perdido,
Despues de haberla insano desoido,
Cuando ser pudo de mi esfuerzo rienda.

Asi va; los humanos corazones
Sufren en la verdad y en el engaño;
Y sin gozar de sí ni un solo día,

Venden la juventud á las pasiones,
La edad madura al triste desengaño,
Y la vejez á la razon tardía.

XXIV.

Á ELISA.

En vano, Elisa, describir intento
El dulce afecto que tu nombre inspira;
Y aunque Apolo me dé su acorde lira,
Lo que pienso diré, no lo que siento.

Puedé pintarse el invisible viento,
La veloz llama que ante el trueno gira,
Del cielo el esplendor, del mar la ira;
Mas no alcanza al amor pincel ni acento.

De la amistad la plácida sonrisa,
Y el puro fuego, que en las almas prende,
Ni al labio ni á la citara confío.

Más podrás conocerlo, bella Elisa,
Si ese tu hermoso corazon entiende
La muda voz que le dirige el mio.

XXV.

DEL AMOR.

Alcino, quien los ásperos rigores
De una ingrata beldad vencer procura,
Ni encantos á la tékala espesura,
Ni á la remota Cólcos pida flores.

Amar es el hechizo que en amores
La victoria y las dichas asegura,
Y somete el pudor y la hermosura,
Y corona al amante de favores.

Mas si el vil seductor quiere que sea
Una impura pasion amor hermoso,
No se admire de verle desdeñada;

Que no es amante el que gozar desea,
Sino el que sacrifica generoso
Su bien y su placer al de su amada.

XXVI.

LA AUSENCIA.

Nace la aurora, y el hermoso día
Brilla de rojas nubes coronado;
En mi pecho, de penas abrumado,
La sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía
Es para mí graznido malhadado,
Y estruendo ronco y són desconcertado
El blando ruido de la fuente fria.

Brotan rosas el soto y la ribera;
Para mí solo, triste y dolorido,
Espinas guarda el Mayo floreciente.

Que ésta es, oh niño dios, tu ley primera;
No hay mal para el amor correspondido,
No hay bien que no sea mal para el ausente.

XXVII.

LA DUDA.

¿Si será de amistad, Filis hermosa,
La grata llama que en el pecho sienta,
Que como propio tu dolor lamento,
Y soy feliz cuando eres venturosa?
¿O será amor? Tu imagen deliciosa
Grabada está en el alma, y el momento
Que obligado la deja el pensamiento
Me es ingrato el pensar, la vida odiosa.
Amor es. Este ardor de verte, este
Inefable placer cuando te veo,
¿Quién sino el dulce amor puede inspirarlo?
Mas ¡ay! es como tú puro y celeste;
É ignorando los fuegos del deseo,
Halaga el corazón sin abrasarlo.

XXVIII.

A MI AMADA, EN EL DIA DE SU SANTO (1).

Vén, primavera, vén; y ántes que dores
La hermosa cuna donde nace el día,
El dulce nombre de la amada mía
Corona con tus rayos y esplendores.
Brote la tierra anticipadas flores;
Sople el aura gentil que el Mayo cria;
Rebose en selva y prado la alegría
Y el ruiseñor festivo cante amores.
Añade nuevo lustre á la hermosura
De mi adorado bien, y nuevo encanto
A aquel mirar, que cuando hiere, halaga.
Y añade nuevo fuego á la ternura
De su pasión, que nunca será tanto
Que al de mi ansioso pecho satisfaga.

XXIX.

LA BELLEZA.

(Traducción del Petrarca.)

¿Dónde cogió el amor, ó de qué vena,
El oro fino de su trenza hermosa?
¿En qué espinas halló la tierna rosa
Del rostro, ó en qué prados la azucena?
¿Dónde las blancas perlas con que enfrena
La voz suave, honesta y amorosa?
¿Dónde la frente bella y espaciosa?
Más que el primer albor pura y serena?
¿De cuál esfera en la celeste cumbre
Elió el dulce canto, que destila
Al pecho ansioso regalada calma?
Y ¿de qué sol tomó la ardiente lumbre
De aquellos ojos, que la paz tranquila
Para siempre arrojaron de mi alma?

XXX.

LA TIMIDEZ.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando el planeta que embellece el día
Vuelve á la casa del rosado toro,
Y entre las puntas de encendido oro
Vivificante ardor al suelo envía;
No á la faz sólo de la tierra fría
Da en bellas flores nítido decoro;
Mas de la vida el celestial tesoro
Lleva del centro á la mansion umbria.
Así mi hermoso sol su luz me ofrece;
Me mira, y va en mi seno derramando
De dulce y blando amor llama halagüeña.
Mas ¡ay! mi labio tímido enmudece,
Y aquel precioso fuego malogrando,
Pierdo sin fruto la estación risueña.

(1) 19 de Marzo.

XXXI.

LA QUERELLA.

(Traducción del Petrarca.)

Cuando Febo en los piélagos de Atlante
Templa su ardor y el aire se oscurece,
Quejas doy de mi mal, que entónces crece,
A la alba luna, al cielo rutilante.
Mi dolor cuento, simple é ignorante,
A amor, que en los rendidos se enfierce;
Al adormido mundo, que enmudece,
Y al dueño esquivo de mi pecho amante.
De mis cansados ojos huye el sueño;
Triste suspiro y lamentable lloro
En mi rostro y mis labios halla el día.
En tanto el alba su esplendor risueño
Difunde hasta el cenit; ¡y el sol que adoro
No amanece á templar la pena mía!

XXXII.

LA NOCHE.

(Traducción del Petrarca.)

Ora que callan cielo, tierra y viento,
Y duermen sosegados ave y fiera,
El negro carro lleva por la esfera
La noche, y yace el mar sin movimiento;
Yo sólo peno y ardo, y ni un momento
Desbrava mi dolor, ni tregua espera;
Mas ¡ay! que él es de mi existencia entera
A un tiempo la delicia y el tormento.
En un raudal cuajado de amargura
Mi ardiente sed alivio y refrigerio;
Una es la mano que me hiere y cura.
Y así en el breve término de un día
Mil veces, crudo amor, renazco y muero,
Y siempre incierta está la vida mía.

XXXIII.

REGALO A UNA NUEVA ESPOSA.

(Traducción del Bondi.)

Esta, que aún lleva la encarnada espina,
Gloria de su verjel, purpúrea rosa,
Y esta blanca azucena y olorosa,
Bañada de la lluvia matutina,
Un pastorcillo á tu beldad divina
Ofrece, pobre dón á nueva esposa;
Y no mal te convienen, Fili hermosa,
Cuando á adornar tu pecho las destina.
Del virgíneo carmin la rosa llena
Retrata tu pudor, y en sus albores,
Tu casta fe la cándida azucena;
Y ese mirto que anuda las dos flores,
Es, felices esposos, la cadena
Con que os enlaza el dios de los amores.

XXXIV.

LA NECEDAD.

(Traducción del italiano.)

El duro remo en la cansada mano,
Y sometido al látigo inclemente,
Implora el galeote tristemente
La libertad, aunque la implora en vano.
Mas si tal vez la alcanza, luego insano
De abandonar los mares se arrepiente;
La dicha de ser libre ya no siente,
Y en precio vil la vende á su tirano.
Así yo delirante, dueño impío,
Con la argolla fatal mi cuello gravo,
Aunque logré por tu traición romperla,
Y aun es mayor que su delirio el mío;
Pues sin merced alguna ser tu esclavo,
Es dar la libertad y no venderla.

XXXV.

EL AMOR PERFECTO.

(Traducción del Zappi.)

Amo á Leucipe : aunque Leucipe ignora
Mi callada pasión , la amo constante ;
Mi gloria es adorarla ; el pecho amante
Ni premio anhela , ni piedad implora.
Y la amo , aunque gentil y halagadora
A un dulce esposo su belleza encanto ;
Que no el purpúreo celestial semblante
Ni el lindo seno en ella me enamora.
Y la amaré cuando la pompa verde
Marchite de su Abril el tiempo odioso ;
Que amo en ella aquel bien que no se pierde.
Y la amaré cuando eclipsada estrella
Desfallezca mortal ; que más hermoso
Será entónces el bien que adoro en ella.

XXXVI.

A Fermin Didot, literato, poeta y tipógrafo insigne.

Tú, que los signos del varon Dircéo,
Primero escritos en voluble arena,
Fijaste en sábia lámina, que enfrena
La voz fugaz del genio ó del deseo ;
Tú, que la antigua gloria de Tirtéo
Celebraste en las márgenes del Sena ;
Tú, en cuya docta frente se encadena
La guirnalda de Esquilo á la de Alceo ;
Pues un ara sublime has elevado
A los nombres de Estéfano y Plantino (1),
Donde el tuyo, más grande, es deseado,
Acepta el dón sincero, aunque mezquino,
Que á la ciencia modesta consagrado,
De tu fama inmortal ya es adivino.

XXXVII.

A la muerte de doña María Candelaria Casajus.

Linda hermosura, que en su edad florida
Ennoblecíó del Bétis la ribera,
Al soplo helado de la Parca fiera
Yace aquí en triste polvo convertida.
¿ Por qué mi amarga y enojosa vida
Aun el golpe fatal gimiendo espera ?
¿ Por qué el árido espino persevera,
Si la rosa cayó, del cierzo herida ?
Jóven á las mansiones del espanto
Desciendes : la vejez, triste al perderse,
Queda entregada al tedio y al quebranto.
Así se burla de la edad la suerte ;
Y yo baño tu losa en tierno llanto,
Cuando debieras tú llorar mi muerte.

XXXVIII.

Al rey nuestro señor, en su regreso á Madrid en Agosto de 1828.

Mira á tu rey, ¡ oh Mantua afortunada !
Que siglos mil y mil glorioso viva ;
Mira en sus sienes la fulgente oliva,
Y á sus piés la discordia encadenada.
La paz sigue su triunfo, coronada
Con gratos dones de la industria activa,
Y en el excelso trono, compasiva,
Perdona errores la clemencia amada.
Sólo tu voz, Fernando, consiguiera
Volver su imperio á las violadas leyes
Y abatir del rencor los pabellones ;
Y sólo en tu poder la patria espera ;

(1) Estéfano: LISTA traduce así el apellido de Roberto Étienne, ilustre tipógrafo de París.—Plantino: Cristóbal Plantin, famoso tipógrafo francés, establecido en Amberes. Hizo, por mandato de Felipe II, una edición magnífica de la Biblia poliglota, de Alcalá. (Nota del Colector.)

Que el legítimo solio de los reyes
Es el puerto de náufragas naciones.

XXXIX.

EL SOL Y LA VIDA.

(Traducción del inglés, de White.)

¡ Oh noche ! cuando á Adán fué revelado
Quién eras, y aún no vista, oyó nombrarte,
¿ No temió que enlutase tu estandarte
El bello alcázar de zafir dorado ?
Mas ya el celaje etéreo, blanqueado
Del rayo occidental, Héspero parte ;
Su hueste por los cielos se reparte,
Y el hombre nuevos mundos ve admirado.
¿ Cuánta sombra en tus llamas ocultabas,
Oh sol ! ¿ Quién acertára, cuando ostenta
La brizna más sutil tu luz mentida,
Esos orbes sin fin que nos velabas ?.....
¡ Oh mortal ! y ¿ el sepulcro te amedrenta ?
Si engañó el sol, ¿ no engañará la vida ?

XL.

A la academia del Mirto, que me había regalado una excelente oda en elogio mio.

Otro nombre buscad, de la armonía
Más digno y de inspirar vuestras canciones,
Si queréis que del Pindo en las mansiones,
Oh amable juventud, Febo os sonría.
Que si pudo enseñaros la voz mia
Cómo se alcanzan sus preciados dones,
¿ Qué valen ¡ ay ! mis timidas lecciones
Junto al tuyo, que Homeros cria ?
Vuestra es la edad del genio y los placeres,
Vuestro el laud de Euterpe soberano,
Vuestro el vigor de juventud activa.
Coged lauros y el mirto de Citeres,
Y dejad que en la frente de un anciano
Se marchite con él su antigua oliva.

POESÍAS AMOROSAS.

I.

LA PRIMAVERA.

Huyó el sañudo invierno,
Y en la templada esfera
Sobre las alas del favonio tierno
Brilla la primavera.
Y su guirnalda hermosa
Risueña deshojando,
De blanco lirio y encendida rosa
Las vegas va sembrando.
No ya de nieve helada
Yace el prado cubierto,
Ni de amores la selva despojada,
Ni el monte triste y yerto.
Que es delicia del cielo,
Cuando nace, la aurora,
Y ámbares vierte, y el fecundo suelo
De blanda luz colora.
Ya pulsa el arpa de oro
La bella Citeres,
Y en tiernas danzas su festivo coro
Los oteros rodea.
De mirto, pues, y flores
La frente coronemos,
Oh Dalmiro, y al dios de los amores
Dulces himnos cantemos.
La juventud convida,
Y entre clavel y rosa

Brinda la ilusión vana de la vida,
 Aunque vana, gozosa,
 Que l'égo, edad tirana,
 Las dichas desvaneces,
 Y del mortal la plácida mañana
 No brillará dos veces.
 ¡Ayl huye la alegría
 Tu rostro macilento,
 Y entre tus densas sombras, Parca impía,
 Se pierde en un momento.
 De la fatal guadaña
 No hay abrigo seguro;
 Que así hiere la mísera cabaña
 Como el soberbio muro.

II.

A ELISA.

Cuando á los campos sales, bella Elisa,
 Se reverdece el prado;
 Brota la selva amor y el cielo risa,
 Y ledo trisca el jugueton ganado.
 Las márgenes del río á tu hermosura
 Tributan amorosas,
 Sobre lechos de plácida verdura,
 Cándidos lirios y encendidas rosas.
 El ave te saluda dulcemente,
 Cuando en la selva amiga
 Contra el sol en los fresnos de la fuente,
 Cual bajo manto maternal, se abriga;
 Y cuando á ocaso entre celajes de oro
 Decline el rayo estivo,
 Tejerán los zagales dulce coro
 Al són del arroyuelo fugitivo.
 Y allí tu nombre el amoroso canto
 Y tu risa es gracioso
 Celebrará, y la risa y el encanto,
 Que enajena al pastor más desdenioso,
 Y luego en los alisos de la cumbre
 Lo grabarán risueños;
 Y cuando siga á la vencida lumbre
 La noche oscura derramando sueños,
 Con frescas y apacibles enramadas
 Ornarán tús umbrales,
 Y para tí de pomar sasonadas
 Esquilmarán los fértiles frutales.
 Luego vendrá la sonrosada aurora,
 Y en tu serena frente,
 Que la inocencia plácida colora,
 Nacerá un sol más bello y refulgente.
 Así en gozoso círculo girando
 Tu juventud florida,
 De la beldad los triunfos disfrutando,
 En continuo solaz gozas tu vida.
 Ama, Elisa gentil. Sereno el cielo
 Ora brilla y tranquilo;
 De la edad teme el inminente vuelo,
 Y contra su furor busca un asilo.

III.

EL CONVITE DEL PESCADO.

(Traducción del Metastasio.)

Vén, ya baja la noche, amada mía,
 Y en la fresca ribera
 Respirarás de la marina fría
 El aura placentera.
 Vén, dulce amor; su delicioso aliento
 Gocemos en la arena,
 Ora que el soplo del favonio lento
 Crespa la mar serena.
 Deja, mi Elisa, la feliz cabaña
 Que alberga tu hermosura,
 Y descienda el placer de la montaña
 A la playa segura.
 Cuando esparce la noche el negro velo,
 Más lucientes y bellas
 Verás el claro mar, émulo al cielo,
 Retratar sus estrellas;

Y en ascendiendo á la celeste cumbre
 La luna sosegada,
 Rielar en largo surco su alba lumbre,
 Por las ondas quebrada.
 Y cuando nazca el sonrosado día,
 Al són de ruda avena
 Te contaré, dulce zagala mía,
 Mi enamorada pena.

O si más, bella Elisa, te recrea,
 Entre las blandas flores,
 De Glauco ó de la linda Galatea
 Cantaré los amores.

Tú con dorada caña y corvo anzuelo,
 Pescadora y zagala,
 Las deidades del mar y las del suelo
 Envidiarán tu gala.

¡Ah! no ya el pez se salvará escondido
 Tras el peñasco algo;so;
 Que vendrá alegre por el mar tendido
 Al lazo venturoso,
 Y las ninfas del piélago sereno,
 Dejando los cristales,
 Festivas te ornarán el albo seno
 De lúcidos corales.

IV.

DEBE GOZARSE DE LA JUVENTUD.

(Imitación de Horacio.)

¡No ves cómo blanquea
 Coronada de nieve la alta cumbre,
 Y sus hojas desea
 Le selva yerta y del Abril la lumbre,
 Y en prisiones de hielo
 Se para encadenado el arroyuelo?
 Echa con larga mano
 En el fuego la encina destrozada;
 Del aquilon insano
 Burla la furia en la mansion cerrada,
 Y la que el Létes cria
 Llene los vasos plácida ambrosía.
 Que las altas deidades
 Sosegarán los vientos tempestosos.
 Las dulces soledades
 Del bosque y los oteros deliciosos
 Y la gentil pradera
 Gozarás en la alegre primavera.
 Mas no del tiempo fies,
 Que en alas de las horas va volando.
 Ora bebes y ries;
 Este momento inesperado y blando,
 Que concede la suerte,
 Róbase astuto á la implacable muerte.
 Mientras tu frente hermosa
 No amenace con rugas y con canas
 La senectud morosa,
 Goza de Abril las plácidas mañanas
 Y las danzas y amores,
 Y con tu bella hablar entre las flores.
 Y su reir travieso,
 Cuando artera se oculta en los rosales,
 Castigue el dulce beso;
 Más dulce que de Himeto los panales
 Al jóven amoroso,
 Y á la que lo resiste aún más sabroso.

V.

LA LUNA.

Mueve la luna el carro soñoliento
 En tardo giro, y tibio resplandece
 Por la esfera su rayo macilento,
 Que los vecinos astros oscurece;
 Y mientras se adormece
 En blando sueño el mundo sosegado,
 Las tinieblas disipa, y la campaña
 Y el silencioso prado
 De sus reflejos plácidos se baña.

Vence la cumbre del opuesto monte,
Y dominando la inferior ladera,
Brilla elevada en todo el horizonte,
Y retrata su imagen placentera
En la sesga ribera.
En tanto el bello Arturo al mar sonoro
Baja en curso veloz precipitado,
Y el cayado de oro
Esconde en el cristal del golfo helado.
Y las medrosas horas, ocupando
El ancho cielo, en toda su carrera
Los extendidos campos va sembrando
De mustia adelfa y triste adormidera.
Renueva lastimera
Filomena su canto dolorido;
Y al aire dando las nocturnas alas,
Con hórrido graznido
Los bosques llena el ave grata á Pálas.
En profundo letargo entorpecida
Yace la tierra; el aquilon rugiente
Cesa; la inmensa mar calla adormida;
Mas ¡ay! vela el amor; su voz potente
La bella diosa siente;
Y el carro abandonando en la alta esfera,
Al Latmo umbroso vuela, en cuya falda
Su Endimion la espera
Sobre lechos de rosa y esmeralda.
¡Oh crudo amor! despues que el vengativo
Brazo aplicaste al arco más certero,
Y la flecha, teñida en fuego vivo,
Traspasó de Diana el pecho fiero,
No ya con pié ligero
Correr le place tras fugaz venado
Del fértil Erimanto las riberas,
Ni el venablo acerado
Esgrimir en las ménalas praderas.
Solo del Latmo la floresta oscura
Y la cima selvática le agrada.
Allí el pudor divino y la hermosura
Cede á un mortal; y amante más que amada,
Rinde al amor el culto silencioso,
Que entre sus ninfas pérdida le niega;
Y al jóven venturoso
Las breves horas de su imperio entrega.
Mas ¡oh! ¡cuán triste y pesados sienta
Del nuevo día el resplandor cercano!
Ya en las brillantes puertas del Oriente
Ve la cuadriga del odioso hermano
Rayando el Oceano;
Suspira, y maldiciendo el giro eterno,
Que de su dulce amante la desata,
Bañada en llanto tierno
Vuelve á regir el pértigo de plata.
Salve, oh benigna diosa, oh tú, del sueño
Y del silencio tímido señora;
Salve: derrama al mundo tu befeño,
De dichosos amantes protectora.
Si el bien, que me enamora,
A la plácida sombra de tu velo
Mi tierno pecho llena de alegría,
¡Oh! nunca dore el suelo
La clara luz del importuno día.

VI.

LA QUEJA.

(Imitando el estilo de Calderon.)

Si pudo el llanto mio
Triunfar, Elisa bella,
De mi infeliz estrella,
De tu desden impio,
Y me permites hoy que bese nifano
La pura nieve de tu hermosa mano;
A tus plantas rendido
Humilde amante llevo,
Y aceptado mi fuego,
Si no correspondido,
Un corazon en cada aliento deja,
Y un alma enamorada en cada queja.
Llorar fieros desdenes,

Celos, rigor, mudanza,
Tan falsa la esperanza,
Tan rápidos los bienes,
Es la herencia comun, que han dividido
Entre sí los vasallos de Cupido.
Mas ¡quién de los favores,
Elisa, se ha quejado?
Sentir el que es amado
Es locura en amores
Tan nueva, que tu esclavo hallar procura
Suspiros que disculpen su locura.

Cuando el desden, bien mio,
Hirió mi pecho tierno,
Siendo mi llanto eterno
Y eterno tu desvío,
Esperé que aprendiese maltratado
El arte de olvidar lo que se ha amado.
Más de una vez la pena
Viendo que me afligia,
El mismo amor queria
Que huyese tu cadena,
Y cediese mi cárcel rigurosa
A un alma más paciente ó más dichosa.
Mas cuando á mi ternura
Tu pecho es ménos fiero,
Ni libertad espero,
Ni espero paz segura;
Que eres muy bella tú, yo desdichado,
Y necio ó tibio, amante confiado.

Ese jóven gallardo,
Que, para darme enojos,
Roba á tus dulces ojos
Miradas que yo aguardo,
Me hace temer que siga mi ventura
La instable condicion de la hermosa.

Galan y lisonjero,
Habiéndose añadido
A dichas de admitido
Licencias de extranjero,
Ya que no te merezca algun cuidado,
Consigue al ménos tu apacible agrado.

Yo celoso, afligido
Y amante venturoso,
Que es dos veces celoso,
Y él amante y oido,
Decide tú si en mi inconstante suerte
El lograr tu favor es vida ó muerte.
No es justo ya que ignore
Si el bien ó el mal me has dado;
Ser debo el envidiado,
Elisa, y no el que llora;
O goce solo yo tu amor entero,
O vuelve á darme tu desden primero.

VII.

AL MISMO ASUNTO.

(Imitacion de Horacio.)

Cuando tú alabas, Filis, de Cratilo
El talle airoso y el mirar ardiente
Y la destreza en someter al freno
El alazan brioso;

Apénas puede el corazon la ira
Contener que lo inflama; demudado
Se inclina mi semblante, y loco y ciego
Con encendido llanto,

Que las mejillas pálidas inunda,
Del fuego lento que me abrasa el alma,
Te doy á mi pesar, ingrata Filis,
Señales manifiestas.

Ardo, si los colores que lo adornan
Brillar miro en tu pecho fementido;
Ardo, si entre las vueltas de la danza
Con sus brazos te estrecho.

¡Ay! sus brazos robustos, avezados
A la sangrienta lid, ofender pueden
Ese florido cuerpo, donde Vénus
Todo su encanto puso.

Ni esperes de él constancia: si indignado

Suena en el campo el grito de Mavorte,
Vuela el guerrero á la funesta gloria,
Y del amor se olvida.

Premia, premia el ardor inextinguible
De un tierno pecho que por tí suspira;
Que en él sólo la muerte, dulce dueño,
Podrá borrar tu imagen.

VIII.

LA ENTRADA DEL INVIERNO.

Ya, dulce Albino, deshojó el Noviembre
Del blando otoño la gentil guirnalda;
Rugen los notos y aquilon envía
Mares de nieve.

Nace el invierno, hiela con su aliento
El monte altivo, la mansion de Flora;
Yo con el vino su crueldad sañuda
Burlo y sus iras.

Ni el grato Baco del amor suave
Desdeña al fuego del hogar seguro
Las dulces flechas, que en tus ojos, Filis,
Tira á mi pecho.

Los gratos dones nos prodiga el Lete
De sus viñedos, ni la hereúlea playa
Ni la fenicia Málaga nos niega
Vino suave.

Pláticas largas é inocentes risas
La noche abrevian. Las malvadas horas
Roban la vida, del placer divino
Raudas huyendo.

Tú de Minerva las sagradas aras
Pisas insomne, y de Cupido y Baco
La dulce llama, que al mortal recrea,
Próvido huyes.

Y de Sileno la pampínea enseña
Y de Accidalia los nevados cisnes
Dejas, y al ave de la noche augusta
Sigues callado.

Ya en negra tabla los certeros signos
Copias de Hipatia, del divino Euclides
Y a las figuras, que la inmensa tierra
Miden y el orbe.

Nuevo Keplero, á los cétricos astros
Dictarás leyes; mientras yo modesto
Y más felice las de Filis bella
Tierno recibo.

IX.

EL AMOR NO CONOCIDO.

Vuelve, adorada Filis, vuelve al seno
De los constantes cándidos amores;
Vuelve á la orilla, do su nido hicieran,
Del Bétis cristalino.

Vén, que el ardiente inextinguible fuego,
Que en el pecho de Anfriso derramaste,
Para exhalar en férvidas caricias
Espera tu presencia.

Creció escondido: con el falso nombre
De la amistad aleva serpando
Por mis entrañas todas, de repente
Cual es se manifiesta.

Así de nieve su elevada cumbre
Corona el Etna, y la mansion severa
De áspero invierno y de aquilon silboso
Al peregrino anuncia.

En tanto abrasa el cavernoso abismo
Oculto fuego, y repentino lanza
Por su humeante dividida cima
Mares de ardiente lava.

Rugen los bosques encendidos, ruge
El hervoroso piélago, bañado
De llama infausta, y cárdenas centellas
Vomita al firmamento.

¡Ah Filis, Filis! te engañé: los dulces
De amistad que me diste blandos besos,
Para mí fueron las sañudas flechas

Del insano Cupido.

Maligno sonreía el niño ciego,
Y de mi necio orgullo se burlaba:
«Prueba, me dice, prueba de este arco
La fuerza vencedora.

»Aprende á amar á Filis sin peligro:
Aprende á ver sus celestiales gracias,
Su blanda risa, su colmado seno
Y sus ardientes ojos:

»Aprende á ver los bienes más preciados
Que á sus dulces amantes da Cítères,
Sin sentir del amor y del desco
El aguijon sañudo.»

Ya estoy vencido: si tu flecha esquivo
Sin conocerla; ay triste! me ha llagado,
Yael cuello doblo á tu seguro yugo
E imploro tus piedades.

Mas no; de tí, maligno, nada espero:
Sólo espero en tu pecho bondadoso,
Oh dulce Filis, que á mi triste herida
Remedio des suave.

No pido que al delirio correspondas,
En que me abraso; mas concede al ménos
Los besos de una amiga compasiva
Al labio de tu Anfriso.

X.

EL CONVITE DE ESTÍO.

Se exbalan ya de mi verjel frondoso
Suavísimos aromas,
Y por las ramas del frutal pomposo
Cuelgan racimos de esmaltadas poimas.

Venid, dulces amigos. Cuando al día
Venza la noche oscura,
Más bella luz á la enramada umbría
Dará, querida Emilia, tu hermosura.

Sileno, no del pérsico aparato
Osteutes el tesoro,
Ni el dón de la amistad sencillo y grato
En vasos brindes de funesto oro.

Rosa tardía, que entre nieve crece,
No adorne mi guirnalda;

Ni el preciado jacinto que florece
Del alto Olimpo en la remota faldá.

Mas coge, Aristo, el arrayan nativo
Que alfombra nuestros prados,
Y el cándido jazmín y el lirio altivo,
De alegre mejorana entrelazados.

Y de mi amada la graciosa frente
Ciñan, y el albo seno,
Y á sus labios de rosa el fresco ambiente
Lleve el aroma del cercado ameno.

Cede el calor, el rayo fulminante
Ni aún dora la montaña;
Y en los profundos piélagos de Atlante
Su carro enardecido Apolo baña.

Vén, dulce amiga, vén. La vid hermosa
En su sombra se engrie;
Templa Aristo la lira armoniosa,
Tu Anfriso canta ya; Sileno ríe.

La mesa de sus frutos deliciosos
El verano rodea.

Mira cómo en los vasos anchurosos
El regalado néctar centellea.

Bebamos: que tus ojos más ardientes
Flechará el dulce vino;
Y entre festivos juegos é inocentes
La Parca burlarémos y el destino.

XI.

A EMILIA.

Vén, mi pastora. Los templados rayos
Del sol de primavera
Fecundan ya nuestra feraz campiña.
Las rosas vierte el Mayo delicioso
De su lecho florido,

Cuna feliz de amor correspondido.

Vén : la tórtola amante ya despierte

De su abrasado seno

El quejido de amor : la selva umbría

Resuena con su arrullo, y el Favonio

Lo conduce en sus alas,

Do envidiosas lo escuchan las zagalas.

¿No ves la aurora por el rojo Oriente

Derramar esplendores

Al adormido mundo ? ¿No respiras

El ámbar de las flores, que guarnecen

La esmaltada ribera,

Y el aroma que exhala la pradera ?

Mira cuál quiebra en la argentada gota

Del matinal rocío

El sol naciente sus primeros rayos.

Mira cuál cubren campos y colinas

Las ondeantes mieses,

Y cuál refozan las alegres reses.

Todo es placer y amor : el ave canta,

Y los blandos amores

En torno vuelan del caliente nido.

Céfiro, por las vegas discurriendo,

De ardiente amor suspira :

Naturaleza toda amor respira.

Ama tú, dulce Emilia : vén, corona

De tu Anfriso las penas ;

Ya las primeras frutas he cogido

De mi verjel, y entre las frescas hojas

Las puse en la sombría,

Junto á la gruta de la fuente fría.

Ya despojé las altas rosaleras

De su fecundo esquilmo ;

Ya tejí el venturoso ramillete

Y la guirnalda que en tu frente y seno

Yo pondré enajenado,

Premiando una sonrisa mi cuidado.

En tanto tu rebaño, desaparecido

Por el vecino otero,

Despuntará la hierba aljofarada ;

Y cuando baje del cenit ardiente

La calurosa siesta,

Triscará solazado en la floresta.

Entonces su frescura deliciosa

Nos dará el arroyuelo,

De perpetuos laureles coronado ;

Y sentada á la margen floreciente,

Que besan sus raudales,

Mirarás tu hermosura en los cristales.

O si ya entre los árboles del bosque

El ruiseñor lamenta

Su malogrado amor, la grata imagen

Renovarás del llanto afortunado,

Que venció tus desdenes

Y trocó mi penar en dulces bienes.

O ya del colorín la voz suave

Enajenada oyendo,

Que entre las ramas del frutal se queja,

Suspirarás de amor, y de tus ojos

El dulce ardor sereno

Lanzará ardor á mi encendido seno.

Cupido sonreirá. Del centro frío

De la vecina gruta

Nos llamará con voz irresistible.

Entonces ¡ay ! traspasará tu pecho

Su dardo más ardiente,

Que amar sólo permite á quien lo siente.

¡Ay, vén ! ya el astro del rosado día

La hermosa frente alza

Del seno de la aurora ; y yo inundado

De la niebla, el lucero todavía

Viva luz destellaba,

Y ya junto á los sauces te esperaba.

XII.

LOS CELOS.

Esta es la mansa y cristalina fuente
Do tantas veces vi mi dulce amada,
Mientras Febo rayaba el claro oriente,

Dar envidia á la aurora nacarada.

Aquéllos son los céspedes floridos,

Do al aura, respirando los olores,

Envenenó mi mente y mis sentidos

Su tierno canto derramando amores.

Sentada allí, la tarde fugitiva

En deliciosa plática olvidamos ;

Allí la juré amor, cuando festiva

Cifó mi frente de dolorosos ramos.

Junto á aquel arrayán con blando lloro

Bañó el puro semblante enardecido,

Y en mis felices manos el tesoro

Entregó de su mano apetecido.

En este bosque, de placer sedientos,

Coronamos á amor de nuevas glorias ;

Allí y allí... ¡oh lugares ! ¡oh momentos !

Dadme á Emilia, ó guardad vuestras memorias.

¿Dónde, perdido bien, de mí volaste ?

¡Ay ! vuelve, vuelve al pecho que te adora.

Tú, verjel, que felice me miraste,

¿Dónde ocultas mi amada encantadora ?

El viento entre las ramas murmurando,

«Tras otro amante fué», triste me dice :

La fuente, sus cristales agitando,

«Burló, clama, tu amor ; muere, infelice.»

Las flores, que su planta embellecía,

Ora gimen marchitas y llorosas ;

«No precia ya tu amor la ingrata impía ;

Por otro amante anhela y otras rosas.»

¿Y esto, Emilia, es amar ? ¿Y acaso ahora

En contemplar mis penas te complacés !

¡Y á ese nuevo feliz, que te enamora,

De mi eterno dolor gozar le haces !

¡Oh perfidia ! ¡Oh baldon ! Teme, perjura,

Todo el furor de un injuriado amante ;

Mas ¡ay ! que te defiende la ternura,

La ternura, que ultrajas inconstante.

¡Oh, nunca del amor correspondido

La sonrisa en tus labios sorprendiera !

¡Nunca de tu mirar enardecido

El veneno mortal probado hubiera !

¡Emilia ! nombre amable, nombre odioso

A un alma que te adora y que atormentas,

¿Por qué las gracias del semblante hermoso

Con el engaño y la inconstancia afrontas ?

Del penar más acerbo é inclemente

Triste ejemplar al amor ofrezco,

¡Ay ! condenado á amar eternamente

La misma fermentida que aborrezco.

XIII.

EL AMOR INMORTAL.

En tus hermosos ojos templar pudo

El dios de los amores

Aquel arpon tan dulce como agudo,

Que para herirme coronó de flores.

De ese cabello de oro, que enajena

Mi pecho enamorado,

Pudo tejer la plácida cadena

Que á tus plantas me tiene aprisionado.

O en los lirios del seno, ó en la rosa

Del cándido semblante

Pudo labrar la cárcel deliciosa

Que preparaba á tu feliz amante.

La juventud, la gracia halagadora,

El tallo torneado,

Esa risa más dulce que la aurora

Cuando ilumina el soñoliento prado ;

Tu hechicera mirada, tu festivo

Candor, tu hablar suave

El corazón más fiero y más esquivo

Domar pudiera ; y el amor lo sabe.

Mas no con rayo que mudables vientos

Apaguen, quiso herirme,

Ni en caducos y frágiles cimientos

Labrar una pasión constante y firme.

Yo vi en tí el puro asilo do se anida,

La cándida inocencia,

Y al blando sentimiento la fe unida,

Y en verde juventud dócil prudencia.
 Yo vi cuán compasiva é indulgente
 Con apacible agrado
 Tu hermosa mano alivia al indigente,
 Tu dulce hablar consueta al desgraciado.
 Yo lo vi y te adoré, y en llama eterna
 El pecho me encendiste;
 Que la santa virtud, la piedad tierna,
 Del crudo tiempo al huracan resiste.
 Deshójase la flor de la hermosura,
 Se agostan los placeres,
 Y allá en la margen de la tumba oscura,
 Deleite encantador, ni aún sombra eres.
 En tí, mi dulce bien, cuando tu aurora
 Florece placentera,
 Amo el carmin, que no se descolora,
 Amo la luz, que siempre reverbera.
 ¡Ay! este amor de mi felice vida
 Será el postrer aliento,
 Y su llama inmortal correspondida
 Arderá más allá de aquel momento.

XIV.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO.

Sunt lacrymæ rerum.
 VIRGILIO.

¡Qué horror! La fiera noche
 Ha triplicado el denegrido manto
 De tinieblas sin fin, Huyó del cielo
 El nocturno esplendor; no hay una estrella
 Que con su yerta amortiguada lumbré
 Hierá la oscuridad del firmamento.
 Oscuridad, silencio, del destino
 Imágenes angustas, ¡cuán terribles
 Acongojais mi atormentado pecho!
 ¡Cuán bien correspondeis á los latidos
 De un mal herido corazón!... Ya brama
 El aquilon sañudo,
 Ya ruge en los lejanos horizontes
 El trueno aterrador.... La negra esfera
 Cárdeno rompe el precursor del rayo,
 Su efímero fulgor mezclando á veces
 Con la luz de esa lámpara sombría,
 Que á mis cansados ojos roba apenas
 La densa oscuridad.... Triste silencio
 Domina infausto esta mansion de llanto,
 Otro tiempo mansion de mi delicia,
 Trono del dulce amor.... Yo solo velo,
 Solo; y ¿yo solo peno?... Todos duermen;
 Mas ¡ay! que no descansan.... ¡qué suspiro,
 Encendiendo los vientos á deshora,
 Hierde mi corazón!... ¡No le conoces,
 Triste Anfriso? ¡ah! que no. Dichosos días,
 Que en mis brazos la visteis reclinada,
 Palpitando de amor y de ternura,
 Entónces, sí, su enardecido seno
 Del placer exhalaba los suspiros;
 Mas éste es de infortunio.... ¡qué agitada
 Duermes el único bien de la alma mía,
 Hermosa en su dolor, muy más hermosa
 Que cuando alegre, satisfecha y tierna
 A mi lado esperó la luz del alba!
 Duermes, mi bien, mi encanto, mi delicia;
 Dulce como el olor de las praderas,
 More el sueño en tus ojos; duermes, amada,
 Desata, blando amor, del bosque idílico
 Las más templadas auras, y al oído
 Mi fuego y mi constancia le susurren.
 Halaga entre tus brazos, oh Morfeo,
 Su herido corazón; que se regale
 En la querida imagen de su Anfriso.
 Derramad en su frente atormentada
 Las rosas del placer, y los recuerdos
 De tan gozosos como breves días,
 Que mi ventura fué, que fuí la suya,
 Disipan los pesares de su pecho.
 Mas ¡ay! que no.... ¡Cuál gime! ¡enál palpita
 El blanco seno! ¡cuál la linda mano
 Oprime el corazón por sostenerlo!

¡Cuál arden sus mejillas! destrenzada
 La hermosa cabellera, circulando
 Por el nevado cuello, vaga incierta.
 Pero ¡qué miro! ¡lloras, dulce Elisa!
 Lloras ¡ay! y envenena el infortunio
 De ese breve descanso los momentos.
 Una lágrima sola se ha escapado
 De sus cerrados párpados; girando
 Sobre el carmin de su purpúreo rostro,
 Brilla como la perla del rocío
 Entre el matiz de la naciente rosa.
 Bebedla, labios míos; mas no, ¡ay triste!
 El silencio respeta de sus penas,
 Amante corazón.... Seis veces Febo
 Trajo la luz al aterido mundo,
 Seis veces las tinieblas de la noche
 Envolvieron el cielo, mar y tierra,
 Y un solo instante la amorosa hija
 El lecho de la madre moribunda
 No cesó de regar con tierno llanto.
 ¡Oh piedad filial! toda perdida
 En su amargo pesar, de sí olvidada,
 De un amante olvidada que la adora,
 Entre el temor y la esperanza anhelá,
 Se agita al lado de la dulce madre,
 Llorá y oprime el encendido lloro
 Por robarlo á su vista. Los cariños,
 Que la angustiada enferma le prodiga,
 El arpon del dolor clavan más hondo
 En su afligido corazón. Recuerdos
 De la edad juvenil, de la edad tierna,
 La infeliz orfandad, que la amenaza,
 Cuanto gozó y penó, todo la aflige.
 Alma celeste y pura, hermoso pecho,
 Do la santa virtud fijó su trono,
 Gloria de mi existencia y dulce hechizo,
 Mi bien, mi amor, mi todo, ¡quién pudiera
 El rayo asolador de la desgracia,
 Quedando libre tú, recibir solo!
 ¡Hija del infortunio! ¡quién me diera,
 Que aqueste triste pecho, acometido
 De tormentos sin fin, olvido, celos,
 Desden, desolacion y horror de muerte,
 Los abatidos ojos levantando,
 Satisfecha y gozosa te mirase!
 Muriera yo, ¡ay de mí! mas no penáras....
 Duermes, mi dulce bien; duermes, amor mío;
 Tu existencia, un momento interrumpida,
 Te robará al dolor.... Recibe ahora
 En este breve y temeroso beso,
 Que apenas hollará tu pura frente,
 Los votos de un amante enardecido.
 El vivió para tí; morir promete
 Porque vivas feliz. Reposa, amada,
 En el regazo plácido del sueño.
 Cesa ya de silbar, ábrete impío;
 Cesa, horrorosa tempestad; sus alas
 Tiendan el astro y el vaciono blando;
 Que está el bien de mi vida descansando.

XV.

A DON DIEGO MONTERO, MI AMIGO.

«Y el pesar de su ausencia vi trocarse,
 No en pena, no en congoja, en cruda muerte,
 Y en fuego eterno el alma atormentarse.»
 GARCILASO.

Almansa, 2 de Octubre de 18....

Aquí, do de Berwik la excelsa gloria
 El mármol á los siglos va anunciando,
 Y del inglés vencido la memoria,
 Pides, querido amigo, que templando
 Mi ya olvidada cítara, del viento
 Suspenda el curso con su tono blando.
 Quieres que el ceño adusto y macilento
 De esa montaña lóbrega y sombría
 La suavidad mitigue de mi acento.
 Y podrá resonar la lira mía
 En esta soledad tan dulcemente

Como en el Bétis resonar solía?

¡Podrá el herido corazón doliente,
Este sensible corazón, que llora
Con lágrimas sin fin su bien ausente?
¡Podrá exhalar la voz encantadora,
Que tal vez complacido y satisfecho,
Me cyó la noche y la naciente aurora?

No, mi Montero; á un afligido pecho
Sólo gemir, sólo penar le es dado,
En amorosas lágrimas deshecho.

Tú ignoras en qué abismo quiso el hado,
Flechando de una vez todas sus iras,
Precipitar á un triste desgraciado.

¡Ves el desnudo monte? ¡el valle miras,
En donde exhala el lívido torrente
Las mortíferas auras que respiras?

Pues comparado al peso que inclemente
El corazón me oprime de continuo,
Es dulce otero y prado floreciente.

Este áspero desierto y sin camino,
Lleno sólo de sombras funerales,
Que á la ambición sacrificó el destino;

Es campiña de mieses y rosales,
Do se goza el Abril, si se compara
Á la eterna amargura de mis males.

Y el cielo abrasador, que nube rara
Entolda, y cuyo fuego despiadado
Las árticas montañas liquidará,

Es el cielo que al Tempe regalado
Cubre, ó al bello Dauro ó Guadaira,
Junto al ardor del pecho atormentado.

Mi corazón anhela y no respira;
No es sangre, no, que es fuego el que en mis venas,
Consumiendo mi ser, violento gira.

Oye la historia amarga de mis penas;
Óyela y tiembla, amigo, si algún día
Quiere el amor que arrastres sus cadenas.

En la ribera plácida que enfria
Cualquier, do el sol del occidente
El postrer rayo de su fuego envía,

Vi una hermosa en el verdor luciente
De sus floridos años, que el sentido
Me enajenó festiva é inocente.

De Minerva y las Musas atraído
Pasará yo mi juventud dichosa,
En fáciles cuidados divertido.

Por vez primera entónces la amorosa
Llama probé; se decidió mi suerte,
Y dueño halló mi voluntad ociosa.

Sentí, ¡ay de mí! sentí que hasta la muerte
Sin redención estaba ya enredado
En el lazo tan dulce como fuerte.

La celeste ocasión de mi cuidado,
No juveniles gracias y hermosura,
Ostentó sólo á un pecho ya entregado;

Mas un alma tan firme, tan segura
De su valor, bondad tan generosa,
Tan grato hablar, tan tierna risa y pura,

Que la fiera más fiera y más sañosa
Y un corazón de triplicado acero
Postrárá fácil á su planta hermosa.

¡Quién te podrá decir, dulce Montero,
Lo que fué de tu Anfriso en el instante
Que al declarar la pena de que muero,

El pecho, que temí duro diamante,
Y sin piedad á mi dolor y esquivo,
Sus lágrimas dijeron que era amante?

Dulce raudal de amor copioso y vivo
Deslizarse miré por sus mejillas,
Blandos ojos volver á su cautivo;

Y aquella blanca mano, á la que humilla
La rosa su carmin, su albor la nieve,
Entre mis manos venturosas brilla.

Ni el templado favonio, cuando mueve
Sus alas entre plácidos olores,
Ni el puro aljófár, que la aurora llueve,

Tan gratos son al prado y á las flores,
Como las bellas lágrimas que vierte,
Nuncios de la ternura y los amores.

En esperanzas mi temor convierte;
Mi pena en gloria; y el favor perjuro
¡Simple! aplaudi de la inconstante suerte,

¡Cuán incauto ¡ay de mí! canté seguro

En la lira que Apolo me fiara,
Su gracioso desden, su halago puro;

Las encendidas rosas de su cara,
Su torneada mano, el dulce beso,
Dulce siempre, ó lo diera ó lo negara;

Su blanda risa y plácida, embeleso
Del ciego corazón, y el tierno llanto,
Que el fermentido amor bebió travieso!

Testigos fueron de mi alegre canto
La aurora y la tiniebla. El claro día,
Tendiendo al orbe su rosado manto,

Los fuegos del ardiente mediodía,
La fugitiva tarde, todos vieron
Inundada en placer el alma mía.

Diez veces la morada enrojecieron
Del Áries los febeos esplendores,
Diez veces el remoto polo hirieron;

Yo divertido en plácidos amores,
Aquel siglo de gloria delicioso
Como el aura fugaz pasó entre flores.

Y en un momento el hado envidioso
Convirtió de mi dicha el claro día
En noche oscura y cielo tempestoso.

Y el despiadado amor, cuya alegría
Son los ayes que el misero suspira,
Me arrojó, Marte, á tu contienda impía.

La horrenda enseña de venganza é ira
Seguí infelice lejos de aquel prado,
Do el blando pecho en que viví respira;

De aquella boca y seno delicado,
De aquel dulce ademán, de aquellos ojos
Que adora el corazón desventurado.

¡Ay! ¡Qué á mí con los ásperos enojos
De la guerra cruel? ¡Cuándo he querido
Parte, fiera ambición, en tus despojos?

Allá siga el tirano empedernido
Las armas sin piedad; siga el estruendo,
Siga el carro de Marte embravecido,

Atienda de la trompa el són horrendo,
Complácese en el campo ensangrentado,
Que el cañon de destrozos va cubriendo;

Y un tierno corazón enamorado
Sólo placer, sólo respire amores,
Sólo ambicione amar y ser amado.

Logre trofeos de inocentes flores,
Cogidas en el seno de su hermosa,
Y arrebathe dulcísimos favores.

Dé á la batalla seña sonora
Del blando beso el plácido estallido,
Y él termine la lucha deliciosa.

Yo, alumno de las Musas y Cupido,
En el campo de horror, á mi despecho,
Por la ajena ambición fui conducido.

Me arrancó airada del paterno techo,
Y sin ser á otra cosa poderoso,
Mi adorado placer voló deshecho.

¡Por qué no sufre el cielo rigoroso,
Contra el humano misero indignado,
Que ningún amor viva dichoso?

¡Quién! ¡infelice! como yo fué amado?
¡Quién, divertido en fáciles placeres,
Vivió de la ambición más olvidado?

¡Cuándo al metal que tú, codicia, adquieres,
Troqué la paz ó dulce medianía,
Ni el bien tranquilo, cuya fuente eres?

Nada bastó. Del claro Mediodía
Hasta los mares lóbregos del polo
Creció el incendio de la guerra impía;

A cuantos pueblos ilumina Apolo
Se extendió destructor; y ¡no tocado
Mi humilde techo se librará sólo!

Fué preciso, Montero, que arrancado
De su firme raíz el trono ibero,
Y el orgullo frances fuese humillado,

Para que de mi sueño lisonjero
Despertase infeliz; para que huyese
Aquel asilo del amor sincero;

Para que bajel misero siguiese
El impulso del viento enfurecido,
Y entre escarpadas rocas pereciese.

Y porque muera ¡ay Dios! tan abatido

Cuanto dichoso fui, la cruda ausencia
Es quien devora el pecho dolorido;

De cuantos el amor en su inclemencia
Monstruos produce, el monstruo más horrendo,
Que no cede al valor ni á la paciencia.

Hiere el desden; y al paso que va hiriendo,
Cual la lanza de Aquiles, sanar sule,
El ofendido orgullo conmoviendo.

Aunque entre halagos la inconstancia vele
Su pérfida crueldad, el desengaño
Destroza el lazo vil, que agrada y duele.

Sabe sufrir un año y otro año,
Combatiendo al amor el pecho fuerte,
Que descubrió una vez su torpe engaño.

Y si tu amado bien robó la muerte,
Muere y descansa; que en la muerte acaba
Todo el poder de la implacable suerte.

Mas ¡ay! la ausencia ¡qué dolor no agrava?
Ni qué dulce esperanza la consuela,
De la sospecha vil tímida esclava?

Tal vez injusto el corazón recela
(Perdona, Elisa, á un desgraciado amante)
Que un amor más dichoso te desvela;

Y tal vez temo, si pasión constante,
Belleza y juventud yertos despojos
Fueron ya de la tumba devorante.

El sospechado mal ciertos enojos
Me causa, y en mi acerba desventura,
Cuanto puede temer lloran mis ojos.

Feliz tú, amigo, que en la pena dura
De tantos miserables compañero,
Tienes cierto consuelo á su amargura.

De tu esposa el halago placentero,
Interpuesto al dolor que te persiga,
Sus iras quebrará y el golpe fiero.

¿Qué puedes, suerte acerba y enemiga,
Cuando te ensañas más, contra un dichoso,
Que estrecha al seno su adorada amiga?

Su bondad dulce y celo afectuoso
Te formarán con plácidas caricias
De ternura y virtud el nudo hermoso.

Hasta las penas te serán propicias;
Que del amor el beso regalado
En ventura las trueca y en delicias.

Yo en tanto solo, mísero, privado
De consuelo, lamento con mi pena
Las de mi ausente bien é idolatrado.

Cada ay que exhala la ribera amena
Do otro tiempo el amor nos sonreía,
En mi afligido corazón resuena.

Quizá en el seno de la verde umbría
Buscas, mi dulce bien, aquella fuente
Primer testigo de la gloria mia.

Y su escondida y plácida corriente
Llorando aumentas, y al laurel imprimes,
Do tu nombre grabé, beso doliente.

Tal vez si el llanto tímido reprimes
Entre el odioso popular ruido,
Con tu mudo pesar el pecho oprimes.

Desgraciada beldad, si á tu gemido
Es consuelo saber que de tus males,
Mas infelice yo, nunca me olvido,

Juro por esos ojos celestiales,
Hechizo y ya tormento de mi pecho,
Abrasado con fuegos inmortales,

Que hasta yacer exánime y deshecho
El tiempo corazón que en tí vivía,
Penará, siendo tuyo, satisfecho.

Yo te he enseñado, dulce amada mía,
La senda del placer; ora te enseño
A contrastar la adversidad impía.

Fácil es de la dicha el blando sueño;
Mas ¡quién guardó á un ausente fiel memoria,
Si el destino cruel muestra su ceño?

Aspiremos, mi bien, á esta victoria,
Que hay también en las selvas de Cupido
Para el constante amor laurel de gloria.

Ya, generoso amigo, ya has sabido
La acerba causa de mi eterno duelo;
Compasión y amistad sólo te pido,
Pues no es posible á mi dolor consuelo.

XVI.

LA RECONCILIACION IMPOSIBLE.

Mujer que destrozó con furia impía
De un casi eterno amor los firmes lazos,
No espere ver amigo entre sus brazos
Al que engañado amante fué algún día.

Puede estimar un triste desdenado
El rigor que se opone á su fineza;
Que no es culpa el desden en la belleza,
Ni es ignominia al fin no ser amado.

Suspendase á los celos la venganza;
Que aunque el herido pecho sienta el daño,
La prontitud de un útil desengaño
A perdonar convida la mudanza.

Mas olvidar un siglo de caricias,
Dorar con falsedades el olvido,
Calumniar el amor más encendido,
Y acusar como culpas sus delicias,

¿Quién lo sufre? La infiel que cruda hiere
Y luego injuria, su sentencia escribe;
Que el amor que á los celos sobrevive,
Bajo la espada del agravio muere.

Tus perfidias, Elisa, disiparon
La ilusión dulce que adoraba ciego;
Y ¡án buscas, necia, de amistad el fuego
En cenizas de amor, que ya volaron!

Pregunta dónde está mi antigua llama,
No á mí, sino á tu pecho fementido,
Que, ya de furias, ya de amores nido,
Jamás conoce si aborrece ó ama.

De tu incierto cariño é inconstante
Sufré, necia beldad, la justa pena;
Que no vuelve á la pérfida cadena,
Una vez libre, el injuriado amante.

Nunca, Elisa falaz, nunca me amaste;
¿Cuándo pecho amoroso fué inclemente?
¿Por qué me heriste, infiel, si era inocente?
¿Por qué, si criminal, no perdonaste?

O en fin, si tan sañuda me aborreces,
Y tu halago en furor lloré trocado,
¿Por qué, ya aborrecido é insultado,
El dulce afecto de amistad me ofresces?

¡Ah! quédate con él; con él convida
A un alma ménos tierna ó más paciente;
Ni soy tan necio yo, que hacer intente
Amiga fiel de amante envilecida.

XVII.

Á SERAFINA.

(Imitación de Horacio.)

¿Qué lloras, Serafina? El caro esposo,
Que te robó el destino,
Volverá á tí más tierno y amoroso.

Si Marte despiadado
De los campos del Bétis cristalino
A las australes playas lo ha arrojado,
No tu cariño olvida;
Que su prenda te llana y dulce vida.

Esgrime contra el fiero independiente,
Mientras que brilla el día,
Fiel á patria y á amor, la espada ardiente;
Y cuando restituye
El descanso común la noche umbría,

El grato sueño de sus ojos huye,
Y en solitario lecho
Tu ausencia gime, en lágrimas deshecho.

Al donaire, las gracias, la hermosura
De mil nuevas beldades
Prefiere de su pena la amargura.
Ciegas por él suspiran;
Ya con artes de amor, ya con verdades
Al firme corazón flechas le tiran:
En vano; que al mar fiero
No es erizado escollo tan entero.

Tú, empero, teme que al audaz Silvano
Más de lo justo quieras;

Aunque ninguna lira el verde llano
 Ni los frescos abrigos
 Mejor llene en las vándalas riberas,
 Ni alguno entre sus jóvenes amigos
 Por el prado ó la selva
 El bridon cordobes más diestro vuelva.
 Cierra temprana tu modesta puerta,
 Ni á su amoroso canto
 Dé entrada fácil la ventana abierta;
 Ni mires cuidadosa
 Si espera insomne de la aurora el llanto;
 Y aunque al són de la cítara quejosa
 Te llame ingrata y fiera,
 En el cauto desden tú persevera.

XVIII.

EL CUMPLEAÑOS DE CELMIRA.

Scribe quod quævis nosse puella velit.
 PROPERC.

Plácido vuelve el delicioso día
 Que tus floridos años,
 Linda Celmira, y tu beldad aumenta;
 Y al despuntar en el rosado oriente,
 Con sus trinos suaves
 Lo aplaude el coro de las dulces aves.
 Sereno brilla el cielo; el prado rie;
 Rie la fresca selva,
 Que de verdor temprano se engalana;
 Alegre el claro sol comienza el día
 Tras la risueña aurora,
 Y el pastor amoroso sólo llora.
 Lágrimas vierte de ternura y fuego
 Al ver la peregrina
 Deidad que ilustra el olivoso Bétis;
 Y «¿quién, elama, los ojos vencedores
 Podrá ver de Celmira,
 Sin probar del amor la infausta ira?
 »Aquellos labios de rubí, encendidos,
 Los labios son que Psíquis
 Al escondido amor cedió turbada;
 Y el ondeante y nitido cabello
 Es la guirnalda umbrosa
 Que ciñe en el cenit la luna hermosa.
 »El ámbar puro de su puro aliento
 Es la esencia que roba
 A las rosas el céfiro atrevido;
 Y su voz celestial, el dulce canto
 Con que blandos amores
 Vénus inspira al dios de los furores.
 »Su risa virginal, la luz templada
 Que el alba vierte al prado,
 Cuando riega las flores; su albo seno,
 Doble colina, cuya falda cubre
 Tesoro apetecido,
 Que el mismo amor contempla enardecido.
 »Arde, pastores, ya; cual corre el hielo,
 En ondas desatado,
 Ante el sol de caliente primavera,
 Así á tu vista el corazón más duro
 Se abrasa en dulce fuego,
 Por tí anhela y renuncia á su sosiego.
 »Dos giros hoy añade á los tres lustros
 De tu edad venturosa
 El claro Apolo. Joven azucena,
 Que en el pensil de amor brillas temprana,
 Quien tu hermosura viere,
 Nunca otra vez la libertad espere.»
 Así llora el pastor. Tu nombre graba
 Del álamo en el tronco,
 Y de amorosas quejas llena el viento;
 Sólo suena en las márgenes del Bétis
 El nombre de Celmira,
 Y el eco en los collados lo suspira.
 Mas tú, gozosa en tu beldad lejana,
 De amor burlas las iras
 Y el arco triunfador; su arpon ardiente
 Te perdonó hasta ahora, y á tus juegos
 La inocencia sonrie
 Y sosegada juventud te engrie,

Sólo te place la rosada mano
 Por el blando instrumento
 Llevar, enajenada en su armonía;
 O bien gozar del baile, tu delicia,
 El rumor placentero,
 Moviendo al dulce són el pié ligero.
 ¡Ay, cuánto fuego enciendes! Bien enlaces
 El torneado brazo
 Al feliz compañero; bien rehuyas
 El lindo cuerpo con desden nativo,
 O bien sueño amoroso
 Finjas sobre su brazo venturoso.
 ¡Terpsícore del Bétis! Cuantas ninfas
 Por sus riberas danzan,
 En aire y gala superior te envidian.
 ¡Ay! mientras el zagal tus pasos sigue
 Con amoroso anhelo,
 Tú, descuidada, burlas su desvelo.
 No siempre así será. La pura llama,
 Que tú inspiras, probando,
 De dulce amor palpitará tu seno;
 Por tu mejilla delicioso llanto
 Correrá en blando giro,
 Y exhalará su plácido suspiro.
 Sí, Celmira; las gracias que benigna
 Te prodigó natura,
 No en vano anuncian tu sensible pecho,
 Nacido para amar y ser amado.
 Y ¿á quién guarda el destino
 De tu dulce ternura el dón divino?
 El mismo Adónis le verá euidioso
 Desde el gremio de Vénus;
 Cupido mismo dejará á su Psíquis
 En los lechos de Gnido solitaria,
 Y el nombre de tu amado
 Coronará del mirto enamorado.

En tanto oye benigna las canciones
 Que tu beldad celebran;
 Esta es la lira que cantó de Elisa
 La constancia y amor, é hizo su nombre
 En el Bétis famoso,
 Y del olvido y tiempo victorioso.
 Lira feliz, que de laurel eterno
 É inmarcescibles rosas
 Apolo rodeó; su verde mirto
 Le ciñó la deidad de los amores;
 Y de su fuego llena,
 Sólo ternura, sólo amor resuena.
 Ora es tuya. Hermosísima Celmira,
 Yo vi varias bellezas;
 Cual me hechizó por el mirar sereno
 De sus lucientes ojos. Ya en los labios,
 Ya en dorado cabello
 Me hirió el amor ó en el tornátil cuello.
 Yo las canté. De la beldad divina
 Amador entusiasta,
 Doquier la vi adoré su pura imagen;
 Mas ¡ay! que sólo en tí reuní Cupido
 Las gracias celebradas,
 Que en mil hermosas brillan separadas.
 Salve, oh bella; tu nombre, repetido
 En las vandalias liras,
 Llenará siempre el delicioso márgen
 Del claro Bétis; vivirá en su vega
 Tu querida memoria,
 Y crecerá en sus álamos tu gloria.

XIX.

LA AUSENCIA.

(Traducción de Léonard.)

Partió mi bien á la lejana aldea,
 ¡Ay! ya la selva umbría
 O el pintado verjel ¿á quién recrea?
 Huyó el campo, desnudo de alegría,
 La madre de las flores,
 Y abandona el amor nuestros pastores.
 Entre aquellas colinas, Dóris bella,
 Te robaste á mis ojos,

Céfiro, si has pasado junto á ella,
Vén, y consuete al ménos mis enojos
El ámbar regalado
Que su labio de rosa ha respirado.
Y ¿cuál árbol feliz ora le ofrece
Su plácida frescura?
¿Qué prados su nevado pié florece?
¿En qué fuente contempla su hermosura?
O ¿cuál floresta amena
Con su canto dulcísimo resuena?
¡Ay, quién fuera la flor de su tocado,
O la cinta que enlaza
Su seno, ó de su pié blanco calzado,
O en sus vestidos ondeante gaza,
O el pajarillo ufano
Que ella besa y regala con su mano!
Tú, ruiñeñor, al nido delicioso,
Do el placer te convida,
Vuelas. ¡Ay! vuela, mientras yo envidioso
La prenda lloro de mi amor perdida;
Si tuviera tu vuelo,
¡Cuán pronto fuera donde está mi cielo!
Ya ¿qué me importan las pintadas flores
De la verde pradera
Que me vieron feliz; los resplandores
Del sol ni la apacible primavera,
Ni el aura que respiro,
Ni cielo y campo, si á mi bien no miro?
Mas tú, mi amada, entre el rumor nocivo
De bulliciosas fiestas,
¡Olvidarás nuestro cantar nativo,
Y el placer que animaba tus florestas,
Y la danza inocente
Y las guirnaldas que ceñí á tu frente?
¡Ay! no me dejes. Morirá tu amante,
Si la dulce terneza
Que ardió en tu pecho, apagas inconstante.
Puede rendirse esclavo á tu belleza
Un pastor más hermoso;
Mas ¿dónde lo hallarás tan amoroso?
Regálale en la imagen de tu ausente
Cuando el alba amanezca,
Y al morir y al nacer el sol ardiente;
Que el delicioso sueño te la ofrezca,
Y que sea, mi gloria,
Cuando despiertes, tu primer memoria.
Si adorada te ves de nuevo amante,
Nuestro primer momento
Recuerda; coloraba mi semblante
La timidez, y el corazon sediento
En mis ojos brillaba
Y en mis trémulos labios palpitaba.
El dulce valle que moré contigo,
Ya es triste y enojoso;
Huyo la voz de mi mejor amigo;
Cuanto amé en otro tiempo me es odioso;
Y en tan amargo duelo
Pido mi Dóris al amor y al cielo.
Estas las flores son do descansabas;
Cantando aquí á tu lado
Risueña y cariñosa me mirabas;
Allí unido pació nuestro ganado;
Allá me despedía
Cuando al ocaso se lanzaba el día.
Volved, volved, momentos deliciosos;
Vuelve tú, dulce amada,
A animar estos bosques silenciosos;
Y al tono de la flauta enamorada,
Mis cantos de alegría
Despertarán los ecos de la umbría.

XX.

CELIA Á ANFRISO.

Ya, caro Anfriso, de la flecha impía
Tu tierno corazon gemirá herido,
Que destruyó mi rápida alegría.
Y el llanto de amistad habrás vertido
Sobre su tumba, y á la sombra helada
El homenaje del dolor rendido.

Y ¿por qué á esta infeliz desesperada,
En su inclemencia, le negó la suerte
Ver por lo ménos la ceniza amada?
Yo hubiera con mi abrazo en nudo fuerte
Su espíritu ligado; y la presa
Robado hubiera á la implacable muerte;
Y sobre el yerto labio, ya pavesa
De mustia llama, con mi labio ardiente
La vida del amor dejara impresa.
Yo penetrara de vigor caliente
Sus medio helados miembros; yo volviera
El fresco lirio á la amarilla frente;
Y á los ojos que cubre noche fiera,
Envidiaba un tiempo del rosado día,
La alegre claridad restituyera.
Compasiva tal vez la Parca oiría
Mi angustiado gemir; mi tierno llanto
Los reinos del horror conmoviera;
Y si el lloro de amor no puede tanto,
Muriera con mi bien; este consuelo
No negará el destino á mi quebranto.
Ora sólo la imagen de mi duelo
Y la voz de aflicción desconsolada
Concede á mi dolor el crudo cielo.
En la campiña mustia y apartada
El dulce nombre de mi bien perdido
A los vientos entrego lastimada.
Murió *Aléxis*, me vuelve en su bramido
El silboso aguileón de la montaña;
Murió, me vuelve el noto enfurecido.
Tal vez la vista fijo en la campaña,
Que de verdor eterno coronado,
El cristalino Bétis sesgo baña;
Allí mi pecho libre y descuidado
El solaz grato de la edad primera
Gozó en alegres juegos regalado.
De la amistad la llama placentera,
Que brilla sin quemar, y amor paterno
Único fin de mis enlaidos era.
¡Ah! no entónces temí que en fuego interno
Se abrasáran mis venas, ni el destino
Me condenase á suspirar eterno.
Mas ¡ay! que cuando el cielo más benino
Me sonrió, á desdichas inmortales
El despiadado amor me abrió el camino.
Allí al autor querido de mis males
Vi; allí le amé, y amor correspondido
Nos coronó de rosas celestiales.
Tú, Anfriso, con los dos en lazo unido
De amistad generosa, tú notaste
El incendio crecer no resistido.
¿Por qué, criuel, la llama no atajaste
En su nacer con oportuno aviso?
¿Por qué el fuego mortífero aprobaste?
Mas todo fué para mí mal preciso,
Si el amor y la suerte conjurados,
En mi su ira probar el cielo quiso.
¿Quién me diera, oh amigo, que inundados
De las letéas aguas mis sentidos,
Quedáran tantos bienes olvidados?
Dulces bienes de amor, ¿por qué sois idos?
Y si sois idos ya, de mi memoria
Para siempre volad, volad perdidos.
Pregunta, Anfriso, mi amorosa historia
Del verde tronco á la corteza fría,
Donde impresa á su par creció mi gloria.
Pregunta al valle, á la enramada umbría,
Al prado, al monte, al río; todos fueron
Caros testigos de la dicha huyer.
Si las tinieblas lóbregas huyeron
De la naciente aurora, venturosa,
Mi dulce *Aléxis* celebrar me vieron.
Y si cubrió la noche pavorosa
Los cielos, por su ausencia suspirando
Me sorprendió la luna silenciosa.
Todo era amor. Favonio susurrando
Entre las flores; manso el arroyuelo
Las tranquilas riberas halagando;
El dulce resplandor del claro cielo,
El trinar de las aves, la alegría.
Que vierte el alba en el sediento suelo;
Todo hablaba de amor al alma mía;

Y de mi pecho á la emocion ardiente
Encantado mi Aléxis sonreía.

¡Ay! de tanto placer, cielo inclemente,
Ya, qué nos resta?... un túmulo lejano
Y de mis ojos la perenne fuente.

Ni esparcir puede mi amorosa mano
Las flores del dolor sobre su losa,
Y el dolorido llanto pierdo en vano.

¡Cayera donde mora silenciosa
En sueño eterno su ceniza cara,
Y allí espirára Celia venturosa!

Mas (lo que puedo) á la fúesta ara
En gemidos sin fin el alma envío,
Que ya á seguir su sombra se prepara.

Vuela á su tumba, tú, suspiro mío,
Y clama sin cesar: «Amor eterno,
Que anime el polvo del sepulcro frío.»

En él encerró ya mi afecto tierno
El malogrado Aléxis; allí viva,
Y gócelo en olvido sempiterno.

Que ya de nuevo amor nueva cautiva,
No me verán formar nuevos enlaces,
De mis primeros nudos fugitiva.

¡Qué á mí de los pastores los solaces,
El celoso pesar ni la alegría,
Las falsas guerras ni las blandas paces?

Dulce y perdido bien del alma mía,
Si más allá de la inflexible muerte
Dura el ardor con que me amaste un día,

El voto acepta y lágrimas que vierte,
Por siempre tuyo, mi amoroso pecho;
Tus manes adorar será mi suerte.

Y en mi dulce morir, un mismo helecho
Cubra nuestra ceniza enamorada:
Y el peregrino, en lágrimas deshecho,

Dirá: «De Celia, amante y desgraciada,
La Parca marchitó la edad florida,
Mas no el amor; hasta en la tumba helada
A su adorado Aléxis yace unida.»

XXI.

A Aletino, que abandonó el estudio y las Musas por el amor.

Aletino, ya en fin de amor anhelas
Los pérfidos placeres.

El fuego devorante
Que consume tu pecho, en vano celas.
Ya el hijo de Citéres

Arboló contra tí su arpon triunfante,
Y entre el sumiso bando
Del carro de su gloria vas tirando.

Y ¿de qué rubio y nítido cabello
Se labró tu cadena

De esclavitud? ¡Cuál mano
De rosa y de jazmín la echó á tu cuello,
Que ni la cumbre amena

Visitas ya del Pindo soberano,
Ni en las nocturnas horas

El santo núnem de Minerva adoras?

¡Y quién negará ya que á la árdua sierra
Subir pueda el torrente,

O Bétis cristalino

Dejar ceñudo la tartesia tierra,
Y su mausa corriente

Llevar al cauce del Genil divino,
Si las sábias taréas

Truecas tú por las lides citeréas.

¡Ah! mejor prometiste. Vuelve al seno
De la amiga Helicón;

La márgen esmaltada
Otra vez corre del Permeso ameno,
Do el lauro y la corona,

Por la dulce Melpómene enlazada,
Y enardecido aliento

Fecho te dió y el plácido instrumento.

Mas ¿quién podrá la flecha emponzoñada
Del seno desclavarse?

¿Quién podrá hacer que olvide
Su dulce error un alma enamorada?

Verás al indio helarse

Bajo el fuego inmortal que Áries despide,
Antes que de sus brazos
Inexperto amador rompa los lazos.

XXII.

EL DESENGAÑO.

Renace la estación de los amores,
Y el apacible aliento
Del céfiro vernal la tierra inflama;
Ya la desnuda rama
Se ciñe de hojas mil; crecen las flores
En el herboso asiento.

Su velo ceniciento
Deponc la enramada; el alba llueve
Sus fecundos aljófares al prado,
Y el cierzo destemplado

Duerme en el polo sobre estéril nieve.

Ves, caro Albino, en la feraz campiña
La halagüeña esmeralda

Con que borda su manto primavera;
Ya convertirse espera

En la dorada mies, que á Céres ciña
Mas preciada guirnalda.

Ya descubre su espalda
Libre de hielo el monte; ya florece
El matizado Abril la inculta breña,

Y en la tajada peña
El lentisco oloroso retoñe.

El cándido rebaño en las praderas
Pace la hierba fría,

Que esmalta el agua del raudal sonoro;
En bullicioso coro

Vagan las zagalejas placenteras
Por la floresta umbría.

Nace el rosado día;
De las pintadas alas el rocío

Sacude el ave y por la selva gira;
Gozo el valle respira,

Gozo resuena el viento, gozo el río.

Mas ¡ay de mí! yo peno. En la natura

Es sólo desdichado
Tu Anfriso. Al pié de la colina verde

Que caudalosa muerde
Del padre Bétis la corriente pura,

Gimo y maldigo el hado.

Ni el resplandor templado

Que Febo enciende en el alegre cielo,
Ni la noche siguiendo por la esfera

Su esmaltada carrera,

Término dan á mi continuo duelo.

Recuerdo triste el curso presuroso
De mi edad descuidada

Por el injusto amor acelerado;

Tan en balde esperado
El bien, y el mal tan cierto y tan costoso,

Y la paz suspirada

Para siempre ahuyentada

Del corazón. Cual ábrego violento

Voló el placer de un año y otro año,

Y el tardo desengaño

Vino en pos de aquel pérfido contento.

Así tal vez por calles pedregosas

Corre el turbio arroyuelo,

Que al apartado mar raudo se aleja,

Y cieno ingrato deja,

Mientras sus ondas bajan presurosas,

En el estéril suelo.

¡Ay! con ligero vuelo

Pasó la verde juventud; pasaron

Con ella risas, juegos y cantares,

Y de eternos pesares

El vestigio infeliz sólo dejaron.

Un tiempo, un tiempo en el amable seno

De la inocencia pura

Tranquilo reposé: con faz risueña

Me acarició halagüeña

Y gocé libre y de inquietud ajeno

Su celestial dulzura.

Mas ¡ay! con mano dura,

Con mano irresistible al mortal brío,
 Me arrancaste, oh amor, de su regazo,
 Y en tu funesto lazo
 Mi tierno pecho encadenaste impío.
 Yo, simple, te adoraba, y tus loores
 Y tu halago mentido
 En lira juvenil canté gozoso;
 Mi lira, que amoroso
 El padre Delio enguinaldó de flores
 Y del lauro querido,
 Ora en infausto olvido
 Yace, rompido el plectro y cuerdas de oro,
 Mustio el laurel, las flores marchitadas
 Entre el polvo pisadas,
 Y el triste dueño en miserable lloro.
 Mas tú, amor, que embelleces la natura,
 Mas en pez, en ave y fiera
 La delicia y el sér benigno inspiras,
 ¿Por qué ejerces tus iras
 Sólo contra el mortal? Beber procura
 Tu copa lisonjera;
 ¿Por qué ponzoña fiera
 Le das en ella, si el placer brindaste?
 Hiere blando tu arpon, dulce, apacible
 En la planta insensible,
 ¡Y al hombre sin piedad lo enarbolaste!
 Sepultada en el hielo desfallece
 Del Diciembre nevoso
 La tierna rosa, honor de la pradera;
 Mas si á la primavera
 El amante favonio blando mece
 Su vástago espinoso,
 Del soplo cariñoso
 Siente la inspiracion, y conmovida,
 Las bellas hojas tímida despliega,
 Y á amor su seno entrega,
 Y es delicia y placer su corta vida.
 ¡Dichosa flor! la juventud de un día
 Gozas brillante, y mueres
 Sin ver la triste luz del desengaño.
 Yo, infeliz, por mi daño,
 Tu númen invoqué, razon ímpia,
 Y más funesta eres
 Que los falsos placeres.
 Tú dispaste el dulce devaneo
 Que me halagaba, y dejás su memoria;
 O vuélveme mi gloria,
 O de gozarla quitame el deseo.

XXIII.

VÉNUS BUSCANDO AL AMOR.

(Traducción del Tasso.)

Reina inmortal de la tercer esfera,
 Hoy en la tierra busco
 Al fugitivo amor, mi dulce hijo.
 Jugando ayer en mi encantado gremio,
 Ó maligno ó incauto,
 Me hirió el costado con su flecha de oro;
 Y huyendo del castigo,
 Pasó los aires súbito volando,
 Ni sé dónde se oculta mi tesoro.
 Recobrarle es mi afán: registré luego
 Todo mi cielo de una en otra parte,
 Y la esfera de Marte,
 Y cuantas dora con su hermoso fuego
 El gran padre del día,
 Y en ninguna encontré la gloria mía.
 Ora, blandos mortales, pues mil veces
 Habita vuestro suelo,
 Vengo á ver si por dicha aquí ha bajado.
 No espero entre vosotras encontrarle,
 Oh bellas ninfas; que aunque osado juegue,
 Risueño, con el oro ensortijado,
 Y en torno de las rosas
 Del semblante gentil vuela suave,
 Y piedades reclama,
 Y pide albergue, vuestro pecho esquivo
 Rechaza al niño y su sabrosa llama;

Mas los hombres amantes

En su pecho cortesés le reciben.

Amigos, ¿dónde está mi amor amado?

Quien me lo diga tome de mi boca

Por galaridon el beso más suave

Que Vénus sepa dar; y el que dichoso

Le vuelva á mi regazo

De su destierro voluntario, espere

Otro premio mayor, el más precioso

Que puedo conceder, aunque conceda

Del amor la extendida monarquía:

Yo por el lago Estigio

Juro cumplir la celestial promesa.

¿Dónde está amor? ¿Ninguno me responde?

¿Todos callan? Quizá yace escondido;

Quizá del hombro las pintadas alas

Dejó, y del brazo el pasador temido,

Y vive entre vosotros ignorado.

Mas yo sus señas os daré, que bastan

Para burlar su astucia.

Aunque de edad y de perfidia cuenta

Muchos siglos, es niño, y tan travieso,

Que á cada instante muda sitio y forma,

Jugueton y versátil; mas su juego

Lleno está de peligro. Fácilmente

Prende y se apaga su iracundo fuego,

Y casi en un momento llora y rie.

Su cabello, encrespado en rizos de oro

Y poblado en la frente,

Como los tiene la fortuna vária;

Mas si vuelve la espalda, no hay alguno

De que asirse pueda. Sus colores

Más vivos son que la encendida llama;

Su lascivo mirar páfida risa

Al soslayo derrama;

Siempre en giro veloz los ojos mueve

Y á fijar las miradas no se atreve.

Su lengua, que parece en miel suave

Bañada de continuo,

Forma palabras dulces y graciosas,

Y aunque tal vez truncadas é imperfectas,

Son claras é ingeniosas.

En sus labios parece blanda risa,

Y la perfidia y los engaños todos

Aquella risa encubre,

Cual entre ramo y flor fiera serpiente.

Primero humildemente,

Cual pobre peregrino,

Pide el niño por gracia una guarida;

Mas en el pecho incauto ya acogido,

Se ensoberbece y manda

Altivo é insolente;

Las llaves arrebatada

Del corazón; arroja al dueño antiguo,

Y otro nuevo entroniza;

La razon esclaviza;

Quita é impone leyes;

El que huésped entró, manda tirano;

Y al que se opone á su sañudo imperio,

Persigue y acongoja el inhumano.

Os dije ya sus señas;

Si entre vosotros vive, yo os suplico

Que digais dónde está. ¿Sigue el silencio?

¿Pensais quizá ocultármelo? ¿Quién pudo

Tener amor oculto, simplecillos?

Pronto los ojos y la lengua indicios

Darán del huésped páfido. El insano

Que en su pecho quisiere

Cruda sierpe esconder, con grito agudo

Vendrá al fin lastimado á descubrirla.

Mas pues aquí no encuentro

Al hijo de mi amor, ántes que vuelva

A la esfera celeste,

Buscarle quiero en apartados climas.

XXIV.

EN LAS BODAS DE MIRTILA.

Desde los mares de mi patria suena
 El canto del amor; ¿qué ninfa hermosa,

Qué celeste vision ora conduces,
Alma Vénus, al ara de Himeneo?
Mirtila, gloria de los dulces prados,
Que dora el sol cayendo al occidente
Con sonrisa benigna, de Cupido
Al fin sintió los plácidos ardores.
Amor, supremo dueño de los seres,
Hoy erige su trono entre las hijas
Del africano mar; islas felices,
Que veis al astro abrasador del cielo
Templar cansado en vuestras frescas ondas
Su guirnalda de luces fulminante,
No envidiéis ya de Chipre ni Citera
Los deleitosos valles. Nueva Psiquis,
Por lo que amor dejara la de Gnido
En su lecho de aromas, las orillas
Del Atlántico piélago hermosa.
Está en su rostro la brillante nieve
Templada con la rosa; la benigna
Luz de sus ojos sobre el campo esparce
El plácido calor del sol naciente;
La pura risa de la blanca aurora
Tiñe sus labios; su gracioso seno
Es la colina, que en su falda cubre
Los tesoros de amor; su hablar suave
Es el canto de Vénus, con que á Adónis
Halagó blanda en su hechizado gremio.

No ya, felices campos de mi patria,
Veréis yacer en inocencia inútil
Tan bella flor, ni sola y sin amores
Temer del tiempo la fatal guadaña.
No, Mirtila; la gracia encantadora,
El rostro de beldad, los ricos dones
Con que adornó Cupido tu hermosura,
No estériles serán. De ardor suave
Tus ojos se animaron; y aquel fuego
Que en el pecho del jóven venturoso
Encendiste, hechizando su existencia,
Por el tuyo de nieve se dilata.
Entre cándidos lirios resplandece
La rosa del pudor sobre tu rostro,
Y en tu hablar apacible se desliza
El gemido de amor: tu tierno pecho
Bate y suspira, y en los bellos ojos
Los rayos de Cupido centellean.

Beldad, tú del hermoso amor recibes
Las más celestes gracias; á él las vuelves.
Deja, Mirtila, que tus sienes orle
Su guirnalda de rosas; son cogidas
En el verjel de Idalia; con suspiros
Y lágrimas amantes florecieron;
Tejióla amor, y á tus hermosas plantas
Los juegos y las risas la presentan.
Fecundidad sonríe; tu hermosura
Mirará el genial lecho retratada
En venturosa prole, que en mil nudos
Estrechará los lazos de Himeneo;
Y amor feliz y amor correspondido
Y amor sin fin coronará tus días.

Mas ¿dó vuelo? ¿qué canto desusado
El pecho herviente llena? Del Pernesio
Miro correr las cristalinas ondas;
Estas son, Pindo, tus umbrósas selvas,
Aquél el valle de Helicon; la fuente
Do reside el espíritu del canto,
De la Castalia cumbre se desata.
Tu elogio son, Mirtila, dulces himnos
Que resuena el Parnaso. El dios de Delo
Así canta en la cítara divina,
Que enfrena el fiero piélago y del Noto
Acalla el ronco horrisono bramido:
«Ninfas del Pindo umbroso, entre las flores
Que la guirnalda de la esposa bella
Tejen, y el mirto de la idalia márgen,
Entrelazad el lauro de Helicon.
Las artes, que otro tiempo su delicia
Y dulce encanto de su edad primera
Fueron, hoy la coronen; que no en vano,
Bella Mirtila, tu naciente seno
Para el amor formaron. Las lecciones
Que al sencillo pastor dictó Cupido
En el sonido de la ruda avena,

No en vano las oíste. El Éuro blando,
El manso susurar del sesgo río,
Céfiro entre las flores bullicioso,
Imágen son de amor. Jóven felice,
No sólo el puro rostro de Diana
Y las gracias de Vénus en tus brazos
Al pecho amante estrechas; cuanto el cielo
Pudo inspirar de sus celestes dones,
El candor virginal, la fe constante,
La piedad dulce, el ánimo modesto,
Por las sensibles Musas instruido,
Y al que no encubre avara sus tesoros
Naturaleza, un genio sobrehumano
En tu dichoso seno se recata.
¡Ah! goza; del placer la dulce fuente,
Que amor te brinda, agota; sé de amantes
El modelo y la envidia, y de Mirtila
Gloria y felicidad; y antes que el alba
Colore al Teyde de su luz serena,
Recibe el dulce beso de Himeneo.»

XXV.

FRAGMENTOS DE UNA NUEVA ÓPERA

DE REINALDO Y ARMIDA.

ARMIDA.

¡Qué tranquilo descansa
Mi dulce amor! y en su apacible sueño,
¡Qué hermoso el alma toda me enajena!
Deslízate callada, pura fuente;
No canteis, avecillas, ni sus alas
Mueva el céfiro blando;
Que está el bien de mi vida descansando.

Duerme, y á tu memoria
Ofrezca, dulce dueño,
El delicioso sueño
La imágen de mi amor;
Que si olvidarme puedes
En ese breve instante,
Para mi pecho amante
Es siglo de dolor.
Tierno corazón mío,
¿Por qué recelas, di? ¿Por qué te agitas?
El héroe que idolatras
Corresponde á tu amor. Mas ¡ay! ¿qué pecho,
En su pasión constante,
Perder no teme á su adorado amante?

Mas el temor es vano,
Inútil el desvelo,
Y ofende mi recelo
Su noble corazón;
Que ingrata ser no puede
Un alma noble y pura,
Y el triunfo me asegura
Mi encanto y su pasión.

ARMIDA.

Sólo eres tú del alma
La gloria y la ventura.

REINALDO.

La vida es muerte dura
¡Ay dulce amor! sin tí.

ARMIDA.

¿Me olvidarás, Reinaldo?

REINALDO.

Soy firme, y soy tu amante.

LOS DOS.

Guarda mi bien constante,
El alma que te di.

Oye mi tierno ruego,
Oh dios de los amores,
Y en { lazo afortunado,
 paz afortunada,

Yo viva por mi { amado,
 amada,
Mi { amado } viva en mí.
 amada }

CORO DE CRUZADOS.

Vén, defensor de la cruz,
Deja esta pérdida tierra;
Rompe, oh rayo de la guerra,
Las cadenas del placer.

UBALDO.

Fué su primer deseo
La lid y la victoria,
Y al nombre de la gloria
Mis pasos seguirá.

O libraré mi amigo
Del torpe hechizo fiero,
O su olvidado acero
Mi sangre teñirá.

REINALDO.

¿Qué soldados son éstos?.... Mas ¿qué veo?
Ubaldo, dulce amigo....

UBALDO.

¿Quién eres tú?

REINALDO.

Y á tu querido alumno
Desconociste ya?

UBALDO.

Mi alumno era
Rayo de Marte, altivo, generoso,
Gloria de Italia y de la cruz defensa;
Tú en ocio torpe y bajo el torpe hechizo
De mágica hermosura,
Halagada de pérfidos placeres;
¡Ah! perdona; Reinaldo tú no eres.

REINALDO.

Si es el amor delito,
Nadie será inocente;
De amor la llama siente
El aire, tierra y mar;
Y hasta el leon furioso,
Del dulce fuego herido,
En áspero rugido
Lecciones da de amar.

UBALDO.

Ama, pues, bello jóven;
Cuando en Salen, á su valor rendida,
Tremolen la cruz santa los cristianos,
Dirán: *Venga Reinaldo, ya no hay riesgo;*
Y añadirán: *Cuando en sangrientas lides*
Junto á los sacros muros
La Europa con el Asia batallaba,
Reinaldo de cobarde se ocultaba.

REINALDO.

¡Cobarde yo!.... ¡oh injuria!....
Mas ¡ay! bien merecida....
¡Oh oprobio de mi vida!....
Que tiemblen mi furor.

UBALDO.

Ya triunfo; ya su pecho
Con noble fuego arde.

REINALDO.

¡Yo infame!.... ¡Yo cobarde!....
Adios, funesto amor.

LOS DOS.

Tiña enemiga sangre,
Tiña otra vez } mi } lanza;
 } su }
Volemos sin tardanza
Al campo del honor.

CORO DE CRUZADOS.

El viento ligero,
Llenando las velas,
Al muro nos guía
Que ciñe á Sion.

El árabe tiemble,
Y Europa confíe;
Que ya de Occidente
Despierta el leon.

ARMIDA.

Tiemble el orbe mi furia;
Estallen las esferas, y lanzado
El Aquilon silboso
A las llanuras de la mar, levanto
Montañas de agua al cielo amedrentado;
Y su abismo profundo
Del pérfido bajel sepulcro sea,
Que me roba mi bien.

UBALDO.

Vanos prestigios,
Tú, Reinaldo, no temas.

REINALDO.

¡Yo temer! Del averno enfurecido
Arrostrará los monstruos, el horrendo
Fragor del rayo, el piélago sonante;
¡Ay! sólo temo el lloro de una amante.

ARMIDA.

Tú lo causaste, impío.

REINALDO.

¡Oh voz! ¡Oh amor suave!

UBALDO.

Ya pronta está la nave;
Reinaldo, vén tras mí.

REINALDO.

Voy, y el alarbe tiemble;
Pues en la lid más dura
El llanto y la hermosura
Intrépido vencí.

ARMIDA.

Vuelve, bien mio,
Vuelve á mirarme;
Piedad imploro,
Cuando no amor.
¡Ay! yo fallezco;
Vuelve, tiranc,
Ceba tus ojos
En mi dolor.

CORO DE CRUZADOS.

A la lid y á la gloria volemos,
Despreciando las selvas de amor;
Que un instante sus rosas marchita,
Y del lauro es eterno el verdor.

CORO DE GENIOS INFERNALES.

Del hondo Tártaro
El negro seno
A tu voz lúgubre
Sumiso está.
La tierra, el piélago,
Si tú lo imperas,
Con fragor hórrido
Estallará.

ARMIDA.

Tú, palacio eminente,
Tú, florido jardín, de mi ventura
Otro tiempo testigos,
Y ya de mi infortunio monumentos,
Despareced; la vengadora llama
Consuma fuentes, árboles y flores;
Muera todo, pues mueren mis amores.

Espera, infiel Reinaldo,
Espera, ya te sigo;
No, bárbaro enemigo,
No lidiarás sin mí.
La lid de Marte fiera
Prefieres á mi halago;
Y yo, ¡qué injusto pago!
Yo moriré por tí.

No pienses, ingrato, ante de mi pena,
No pienses que has roto la hermosa cadena
De rosa y de mirto que amor nos tejió.
¿Qué importa que dejes mi selva encantada?
Armida te sigue, y amante y amada.
Jamás la hermosura su hechizo perdió.

ROMANCES.

I.

A EUTIMIO, EN LA MUERTE DE SU MADRE.

*Ad tumultum, viridi quem cespitem inunem,
Et geminas, causam lachrymis, sacraverat aras.*

VIRGILIO.

Si es cierto que amistad blanda
Tristes lágrimas enjuga,
Bien la mano de tu Anfriso
Podrá suavizar las tuyas.
¡Ay dulce Eutimio! Si iguales
Nos maltrató la fortuna,
Si iguales en su regazo
Nos acogieron las Musas,
Y si iguales en tus aras,
Amable virtud, nos juntas,
¿Por qué, de tu pena avaro,
A un tierno amigo la ocultas?
Ese túmulo, ceñido
De helecho y verbená mustia,
Que levanta entre cipreses
Su humilde pompa y oscura,
Di, ¿qué cenizas contiene?
¿Es de un caro amigo tumba,
O bien el amor lo erige
A malograda hermosura?
¿Gimes? ¿Y á mi voz responden
Ardientes lágrimas mudas?
¿Y los acentos que empiezas,
Entre suspiros se anudan?
Lo que tú obstinado callas,
Ese mármol lo divulga,
Do de su víctima el nombre
Perdonó la muerte dura.
De tu dolor el misterio
La amistad temblando busca;
*A la mejor de las madres
De un fiel hijo la ternura.*
¡Infeliz! gime y lamenta;
Nunca tus lágrimas, nunca
Igualarán tu infortunio,
Por acerbas ni por muchas.
¿Perdiste una madre! ¿Oh nombre
De inefable amor, que anuncia
Cuantos afectos á un alma
O la deleitan ó angustian!
Tal vez la amistad violan
Del insano amor las furias,
Cuyo estrecho lazo rompe
La infidelidad perjura.
Entre ambiciosas sospechas,
Amor paternal, fluctuas;
Y un hijo ingrato é indócil
La ley más sagrada burla.
Mas ¡ay! del pecho materno
¿Cuándo faltó la ternura?
Ni ¿qué ardor ó qué constancia
Podrá igualarse á la suya?
¡Lloremos, mi dulce Eutimio,
Lloremos juntos. La tumba
Allá en los campos del Bétis
Mi adorada madre oculta.
Y á tí, léjos de tus brazos,
Te la arrebató sañuda
La Parca, do tus amores
Remoto sepulcro cubra.
¡Siquiera el yerto cadáver
Poseyeses, y en la urna
Su helada ceniza fuera
Testigo de tu amargura!
Sólo un túmulo vacío
Consagras, imagen muda
Del dolor; falaz imagen,
Que tus acentos no escucha.
Este solitario asilo,
Que el sol apenas alumbra,

Y donde flébil el aura
Tristes acentos murmura;
Esas ramas lastimeras,
Que al suelo bajando mustias,
Fúnebre pompa de otoño,
La muerte del año anuncian:
Esta fuente, que resbala
Callada por la espesura;
Aquella selva, que aterra
Melancólica é inculta;
Ese monte, que amenaza
Con su pesadumbre adusta
Todo el campo, y que parece
Túmulo de la natura;
Albergue de la tristeza
Son, y las almas lo buscan,
Que á gemir sin esperanza
Condenó la suerte injusta.
Aquí, Eutimio, lamentemos,
Tú mis penas, yo las tuyas,
Y nuestras lágrimas sean,
Como los consuelos, mutuas.
Tu herida, por ser reciente,
Es quizá la más profunda,
Y quizá al dolor de hijo
Otros recuerdos se unan.
La pérdida de una madre
Aflige el alma más dura;
¿Qué será, cuando es Rosaura
La que el túmulo sepulta?
Rosaura, honor de las playas
Gaditanas, en quien juntas
Por la primer vez se vieron
Ciencia, virtud y hermosura.
Aquel corazón, que en balde
No imploró el infeliz nunca,
Y que en el tuyo la imagen
De su piedad perpetúa;
Aquel alma noble y sabia,
Que hermanó con la ternura
De esposa y madre las prendas
Que el hogar cristiano ilustran;
Que de la inocencia hermosa
Conservó la llama pura,
Y agradable á Dios y al hombre
Toda justicia acumula;
¿Quién dignamente, mi Eutimio,
Podrá llorarla? ¿Qué cruda
Aflición, qué acerba pena
Debe igualarse á la tuya?
Mas ¡oh! ¿perdida es por siempre?
¿Su existencia por ventura
En el seno de la nada
Callada sombra se oculta?
¡Ah! que no; vive y gloriosa
Por eternidades triunfa,
Ni es que el Dios de las virtudes
Que fenezca el justo sufra.
Sí; la tumba inexorable
Podrá en su tiniebla oscura
Cubrir el polvo aterido,
Que un frágil vínculo anuda;
Mas no el espíritu hermoso,
Que activo y noble se encumbra
Sobre la region etérea
Del solio inmenso á la altura;
Y allí en el gremio sagrado,
Fuente de amor, do se inunda
De celestiales placeres,
Espera que á él te reunas.
Un tiempo será, mi Eutimio,
Que el orbe estallando crujía,
Y entre piélagos de fuego
Cielos y tierras se hundan.
El sol yacerá apagado,
Caerá deshecha la luna,
Y en la confusion primera
Se abismará la natura.
Entonces su hermosa alma,
Libre en la mansion augusta,
Sobre las ruinas del mundo
Brillará cándida y pura,

¡Cuál es tu victoria, oh muerte,
Si aún esa ceniza mustia,
En que te cebas, es fuerza
Que el sepulcro restituya?
Ella desde el alto cielo
Tus lágrimas ve y enjuga,
Dulce amigo, y se enciernece
Del dolor que le tributas.
¡No la sientes más suave,
Más madre que lo fué nunca,
Cómo invisible y presente
Tu amargo penar endulza?
¡Ayl aquellas almas tiernas,
Que en la vinicla profunda
Ven de clara luz bañadas
Las lóbregas sepulturas;
Cuando las sombras que adoran
Se aparecen; cuando escuchan
Dulces cantos, que el silencio
De los sepulcros perturban;
Sin duda el júbilo santo
Prueban que tú ahora, y sin duda
La fe, el amor y el consuelo
Su exaltada mente ofuscan.
¡Dulce ilusión! ya tus ojos
En grato lloro se anublan,
Y la ferviente esperanza
Todas tus penas subyuga.
Gimamos, pues, y esperemos;
Declina la edad caduca,
Y en la orilla del sepulcro,
Flor del placer, yaces mustia.
Cetros, coronas y espadas
En su abismo se sepultan;
Allí calla la elocuencia
Y se eclipsa la hermosura.
Sólo la virtud ignora
Los horrores de la tumba,
Y en el naufragio del mundo
Sobrenadará segura.
Renunciemos en sus aras
Las brillantes imposturas
De la vida; el denso velo
Caiga á la maldad inmundada.
Las lágrimas que vertamos
Santa piedad nos infundan,
Y la humanidad doliente
Socorramos en su angustia.
Este de dolor sagrado
Montmento nos reuna,
Donde ¡oh virtud! gozarémos
Tu contemplacion profunda;
Que en las sombras del sepulcro
Altos misterios se ocultan;
Más que la vida parlara,
Enseña la muerte muda.

II.

LA CABAÑA.

Entre las cimas del Alpe
Sobresalen dos montañas,
Que coronadas de nieve
Al cielo sus frentes alzan;
Una al grato Mediodía
Presenta la herbosa falda;
Otra hácia el Norte se eleva
Y del Aquilon la ampara.
Yace entre las dos un valle,
Del Abril querida estancia,
Y á fecundar sus praderas
Un claro arroyuelo baja.
En estas sicrras mi padre
Fijó su humilde cabaña,
Guarida de la inocencia
Y de la virtud morada.
Su pajizo techo, expuesto
Al Austro que lo regala,
Jamás del Noto alterado
Probó la indomable saña.

Libre del Bóreas, sus hielos
Tarde ó nunca la maltratan,
Y el astro hermoso del día
Con blanda lumbre la halaga.
En la falda, que visitan
Los céfiros, colocada,
Domina el bosque del Íser
Y del Ródano las playas.
Ofrecen fecundos prados
Alimento á las manadas,
Y las vertientes estío
De doradas mieses cuaja.
Sabrosa é incauta pesca
Da el arroyo y dulce agua,
Y las breñas de los montes
Fácil y segura caza.
El rústico caserío
Coronan tendidas hayas,
Que para contar mis años,
Oh amado padre, plantabas.
Entre ellas lozanos crecen
Cercos de pura esmeralda,
Adonde el mirto y la rosa
Unen matiz y fragancia.
Más allá brotan los frutos
De Vertumno; en las quebradas
Del monte sus blandas pomos
El paciente otoño aguarda.
Allí nací, y allí alegre
Mi simple niñez gozaba,
Cuando destrozó mi asilo
El rayo de la desgracia.
¡Feliz el que nunca ha visto
Más rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!
Del Autor del universo
Bendecir la mano sabia,
Y amar á mi padre fueron
Los cuidados de mi infancia.
Dios quiso que mis delicias
Huyeran cual sombra vana,
Y que desde niño el cáliz
Del infortunio probára.
Mi padre, fiador de un pobre,
Sintió la justicia avara
Del acreedor, y á otro dueño
Pasó mi humilde cabaña.
En ella murió, llorando
Mi niñez desamparada,
Y entre las hayas del huerto,
Más feliz que yo, descansa.
Un anciano virtuoso
Mis lágrimas enjugaba,
Y de mi orfandad abrigo
Fué su no opulenta casa.
Dió á mi juventud consejos,
Dió á mis penas esperanza,
Y en él un segundo padre
La Providencia me guarda.
Mas ¡ay! para mí no hay dicha
Léjos de aquella cabaña,
Aquel valle, aquella fuente,
Que impresas llevo en el alma.
¡Qué me importan las ciudades,
La opulencia, ni las galas,
De frívolos corazones
Inquietudes adoradas?
Más quiero el tranquilo ambiente
Que en mi niñez respiraba,
Que los ámbares del Ganges
Ni los perfumes de Arabia.
Más quiero el grato silencio
De la repuesta enramada,
Solamente interrumpido
Por las fuentes ó las auras,
Que de las soberbias córtices
Las bulliciosas estancias,
Donde todo es impostura,
Todo, hasta el placer, engaña.
Más quiero el humilde lecho
Do fácil el sueño halaga,

Que velar medroso y triste
 Entre ropas de oro y grana,
 En la dulce medianía
 Mi edad dichosa gozara,
 De envilecida miseria
 Libre y de opulencia vana.
 Bajo la paterna choza
 Alegres me despertáran,
 Cuando despunta la aurora,
 Los trinos de la alborada.
 Entónces la tarda yunta
 Sigüera; ó si Junio alza
 Ya de maduras espigas
 La rubia sien coronada,
 El dulce esquilmo de Céres
 A las campiñas robára,
 O al favor del fresco viento
 Hiciera crecer la parva.
 Ya bajo los piés el néctar
 De Baco se deslizará;
 Ya el Setiembre de sus frutos
 Me cediera la guirnalda.
 Cuando abre la puerta al año
 La primavera rosada,
 Y en el seno de las flores
 Moja el Céforo sus alas;
 Cuando todo es vida, todo
 Placer; cuando brilla ufana
 La bella naturaleza
 Con su más pomposa gala;
 Del Dios que anima los orbes
 La grandeza contemplára,
 Cantando los beneficios
 De su diestra soberana.
 Cuando á mi adorado padre
 Tierno llanto consagrara,
 Fuera su tumba mi templo
 Y su vida mi enseñanza.
 En el trabajo y descanso
 Imitándole, las hayas
 Que plantó, su fresco abrigo
 Por la siesta me brindáran.
 Así, cual tímida fuente,
 Que entre adelfas va callada,
 No conocidos del hombre
 Mis dulces años voláran,
 Hasta que el golpe forzoso
 Diese la fatal guadaña,
 Y en la tumba de mi padre
 Mis cenizas reposáran.
 Cuando ilusión tan amable
 Veré en realidad trocada,
 Oh querida choza mia,
 Dulce objeto de mis ansias?
 Dicen que á cobrar mi herencia
 Corta cantidad bastara
 De ese metal peligroso
 Que los ciudadanos aman.
 Almas tiernas, que mis males
 Escuchásteis y su causa,
 Vuestra piedad generosa
 Un desgraciado reclama.
 Pueda una vez la opulencia
 Hacer un feliz, de tantas
 Como oprime al desvalido
 Y sus lágrimas ultraja.
 Y pues hay quien más estima
 El oro que mi cabaña,
 Y á precio de un vil metal
 La felicidad se alcanza;
 Dadme para conseguirla,
 Que en siendo mia, de entrambas
 Indias las riquezas todas
 Hollaré con firme planta.
 Así el Hacedor supremo
 Os corone de sus gracias,
 Y de prole virtuosa
 Felices padres os haga;
 Y en vuestra vejez postrera
 A la paternal morada
 Para besaros la mano
 Numerosos nietos vayan;

Favoreced mis deseos,
 Alentad mis esperanzas;
 Que en brazos de la virtud
 La felicidad me aguarde.
 Y el Dios que protege al pobre,
 Y que la inocencia ampara,
 Mis piadosos bienhechores
 Premiará con mano larga.

III.

CELIMA.

«Si quieres ver, Zaide amigo,
 Todo el cielo en una bella,
 Y competirse hermanadas
 Bondad, gracia y gentileza,
 No faltarás esta tarde
 Del Genil en la alameda,
 Que es la fiesta de Celima,
 Y corren cañas por ella.
 Celima, honor de Granada,
 Y de la hermosura reina,
 La adorada de su esposo,
 La celebrada en la vega.
 No hay dama que no la envidie,
 No hay moro que no la quiera,
 Del Guadalquivir al Dauro
 Y del estrecho á la sierra.
 Mira ya por el Alhambra
 Bajar cuadrillas diversas,
 Cuyas lanzas y garzotas
 Vistosamente se mezclan.
 Vén, y admirarás el fausto
 De las galas y libreas,
 Los recamados jaeces
 Y las africanas yeguas;
 Y en los palacios y huertos,
 Que el herboso valle cercan,
 Reunida de Andalucía
 La hermosura y la opulencia.
 Mas cuando al balcon saliere
 Celima por ver las fiestas,
 Fijarás en ella sola
 Tu vista vaga é incierta.
 Ya no hay ojos para Arminda,
 Para Fátima ó Belzeida;
 Que habiendo visto á Celima,
 No hay beldad que lo parezca.
 Correrá el velo de gasa
 A sus dos claras estrellas,
 Y envidia serán del día,
 Y gloria del que las vea.
 Cuando el almaizar listado
 A la airosa espalda tienda,
 Y en rizos de ébano puro
 Suelte la umbrosa madeja;
 Guarda el corazón, amigo,
 Que en aquellas redes negras
 No hay alma que no encadene,
 Ni libertad que no prenda.
 Méenos brillará en su frente
 El cerco de ricas perlas,
 Que en sus mejillas la rosa
 Y en sus manos la azucena.
 Las plumas de su turbante
 No tan gallardas ondean
 Cuando apacible las mece
 El viento de la ribera,
 Como el talle delicado
 Inclina afable y risueña,
 Si á saludar se levanta
 A sus amigas y deudas.
 Centro blanco y cabos rojos
 Son los colores que precia,
 Porque significan juntos
 Sinceridad y ternera.
 Como el sol es su hermosura,
 Que hechiza á todos y alegra,
 Su familia la idolatra,
 Y las demas la veneran,

De amantes hijos cercada,
 Oliva fértil semeja,
 Que entre copiosos renuevos
 Promete más á la vega.
 Y si ha podido sus gracias
 Decirte mi tosca lengua,
 Las virtudes de su alma
 Se sienten, no se celebran.
 ¡Ves la gloria que la ilustra,
 Los placeres que la cercan,
 Sin que el destino ni el tiempo
 A su ventura se atrevan,
 Y entre tantos corazones,
 Que sólo agradarla anhelan,
 Correr sus felices días
 En serenidad perpétua?
 Pues en secreto derrama
 Piadosas lágrimas tiernas
 (Yo lo sé bien, que ella misma
 Me honró con su confianza)
 Por un infeliz, que gime
 En la prision de Baeza,
 Do sus contrarios le tienen
 O con justicia ó sin ella.
 Este infortunio la aflige,
 Este tormento la aqueja;
 Que no es Celima dichosa
 Si sabe que hay quien padezca.
 Dulce corazon, que sólo
 Para la virtud alientas,
 Cuando tú las lloras, ama
 El desgraciado sus penas.
 Esta angélica ternura
 No es conocida en la tierra,
 Que hay piedades que envilecen,
 Y consuelos que atormentan.
 Mas Celima, ¡santos cielos!
 Cuando alivia la miseria,
 Piden sus modestos ojos
 El perdon de conocerla.
 Al que blanco de sus iras
 Eligió la suerte adversa,
 Le basta ser infelice
 Para que su amigo sea.
 ¡Con qué suavidad le mira!
 ¡Cómo se pinta halagüeña
 En su apacible sonrisa
 Celestial beneficencia!
 Si en el corazon de un hijo
 Despunta la flor primera
 De la bondad, y al mendigo
 Tiende la mano, áun incierta,
 ¡Con qué ardor, con qué delirio
 Al dulce seno lo estrecha,
 Y en mil regalados besos
 Su virtud naciente premia!
 ¡Si la vieras cuál suspira
 Con el triste! ¡Si la vieras
 El secreto de sus males
 Arrancar á la indigencia!
 Cuando tormentos más graves
 A un pecho infeliz apremian,
 Su elocuencia compasiva
 O los suspende, ó los templá.
 Dígalo el cisne del Tajo,
 A quien dió fortuna ciega
 En cada virtud un riesgo,
 Y un suplicio en cada idea.
 Léjos de su patria amada
 Gime en indigna cadena;
 Sólo tu amistad, Celima,
 Sus males adormeciera.
 O yo lo diga. Deshecho
 El timon, rotas las velas,
 Y destrozado el navio
 De los mares y las peñas;
 Abortado de las olas
 Apenas besé la arena,
 Cuando, deidad de infelices,
 Encontré mi puerto en ella;
 Y aunque tú sabes, amigo,
 Que no hay remedio á mi pena,

Llagas que halague, mortales
 Scrán si no las consuela.
 Dios á la tierra, Celima,
 Te concedió, porque hubiera
 Angel para el infortunio
 Y para el naufragio estrella.
 Tu imaginacion ardiente
 Otro ensalzará, ó la fuerza
 De ese ingenio que te abre
 El imperio de las letras;
 O ya el delicado instinto
 De lo bello, á quien presentan
 El saber y la armonía
 Sus más preciadas riquezas;
 O tu donaire, ó las gracias
 De tu nativa elocuencia,
 O el no comun maridaje
 De la hermosura y modestia.
 Mas cuantos dones prodigan
 Fortuna y naturaleza,
 Nada son si no es piadosa
 El alma que los posea.
 Esta es la beldad, que sólo
 Adoro yo en tí; que ésta,
 Ni el tiempo la descolora,
 Ni los cuidados la menguan.»
 » Mas ya de Sierra Nevada
 El sol á apartarse empieza,
 Y las cuadrillas se cruzan,
 Y las dulzainas resuenan.
 Ven conmigo, y tomaremos
 Puesto de donde la veas,
 Y allí admirarán tus ojos
 Más que te ha dicho mi lengua.»
 Esto á Zaide el desterrado
 Del Guadalquivir dijera,
 Y hácia el Genil se encaminan
 A ver las cañas por verla.

IV.

BELINDA.

«¡Qué hechizo derrama el cielo,
 Hermosa, en tu voz divina,
 Que ya en las almas no cabe
 Otro placer que el de oirla?
 No á la nacarada aurora,
 Cuando el Oriente ilumina,
 Con más dulzura aplaudieron
 Las pintadas avecillas;
 No más lastimera y tierna
 La amorosa tortollilla
 Lamentó al perdido esposo
 En las ramas de la umbría;
 No más grato el arroyuelo,
 Saltando entre tersas guijas,
 Con blando murmurio halaga
 Los céfiros de la orilla;
 Ni el ruiseñor, si desoye
 Su voz la consorte esquivá,
 Más dolorosas querellas
 Al eco del valle envía.
 El amor, cuando en tu rostro
 Sembró la rosa encendida
 Del Abril, cuando en tus labios
 Destiló la miel del Híbla;
 Porque á tu hermosura no haya
 Libertad que no se rinda,
 Puso en tus ojos su incendio
 Y en tu acento sus delicias,
 Y en vano, amantes incantados,
 Huiréis de su hermosa vista;
 Que hay tambien para el oido
 Dulce inevitable herida.
 ¡Con qué atractivo donaire,
 Con qué graciosa arteria,
 De amor las plácidas leyes
 Tu voz halagüeña dicta!
 Ya en verso elevado y puro
 Celebres su blanda risa,

O ya en vulgares canciones
 Afectos nobles describas.
 ¡Cuánto placer mana entonces
 Tu boca, cuántas caricias!
 ¡Con cuánta ilusión los pechos
 Euardecidos palpitan!
 Ya de artificioso amante
 Cantas la astucia maligna;
 Ya más tierna y seductora
 Himnos al placer suspiras.
 En tus labios sér y forma
 Recibe la simpatía.
 Y al dulce lazo de Vénus
 La primavera convida.
 Al pescador que blasfema
 El poder de amor, castigas;
 Y al que le imite, igual pena
 Tus ojos le pronostican.
 Las blandas quejas, las lides
 Del desden, sus breves iras,
 Y del jardín de Citeres
 Las deliciosas guaridas,
 ¡Quién, Belinda, las describe
 Como tú? ¡Quién alma y vida
 Con más verdad, con más gracia
 Prestó á la voz fugitiva!
 Mas ¡oh! si en lúgubres tonos
 Gime enlutada la lira,
 Y del amor desgraciado
 La doliente queja imita,
 No es entonces la belleza
 Que adoramos: no es Belinda;
 Es con todos sus prestigios
 La dulce melancolía.
 Es Psiquis, que el bien perdido
 Llora en la escarpada cima;
 Es Vénus cuando en sus brazos
 El jóven amado espira.
 ¡Cuán lánguidas sus miradas
 Desfallecen! ¡Cuál oscila
 Su lindo seno! ¡Cuán triste
 Baña el llanto sus mejillas!
 ¡Cómo en el bello semblante
 Mágico el dolor se pinta!
 ¡Ay! ¡Cuál será el alma fiera
 Que á tanta ilusión resista?
 Dígalo yo.... ¡Cuántas veces
 Corristeis, lágrimas mías,
 Si de la homicida ausencia
 Lamentó la furia esquivar!
 ¡Cuál penetraba en mi seno
 Su flébil voz! ¡Cuál hería
 De este corazón sensible
 Las más delicadas fibras!
 Yo escuchaba las querellas
 De una ausente; yo creía
 Ver la solitaria selva
 Donde en libertad suspira.
 Tal vez tú misma consuelas
 Mi acerba pena; tú misma,
 Belinda, tal vez la halagas
 Amistosa y compasiva.
 ¡Ah! gocen otros felices
 Glorias, placeres y risas;
 Que yo en gemir á tu lado
 Cifraré toda mi dicha.
 Con tal que tu hermosa mano
 Mi llanto enjague benigna,
 Lágrimas que te apiadan,
 Amor llorarlas querría.
 Si él las causó, y es tu acento
 El que á verterlas me obliga,
 La amargura de su fuente
 Tu hechicera voz mitiga.
 ¡Ay! esas gracias, que templan
 Pesares, que almas cautivan,
 No al arte solo de Orfeo
 Pienses que le son debidas.
 Puede la música al labio
 Prestar su vaga armonía;
 Mas no de afectos é ideas
 La expresión casi divina,

¡Sabes, hermosa, en qué fuente
 Brota el fuego que fulminan
 Tus ojos? ¡Quién á tu canto
 La ardiente pasión inspira?
 Ese pecho, do entre lirios
 La fiel ternura se anida;
 Ese corazón, que sólo
 Para el dulce amor palpita.
 Feliz, no ya el que merece
 Entre adoradas caricias
 Ser tuyo; ventura tanta
 Los mismos dioses envidian;
 Sino el que alguna memoria
 Te deba, y si complacida
 Le miras, pueda imponerte
 El tierno nombre de amiga.
 Con él burlaré atrevido
 Tu furor, oh suerte impía;
 Y este pecho, aunque en sus hierros
 El infortunio lo oprima,
 Libre y contento á tu lado
 Verás que late y respira,
 Y la amistad generosa
 Halaga su acerba herida.
 ¡Ay! de tan sabrosa llama
 Las puras blandas delicias
 Sólo es dado el explicarlas
 A los que saben sentir las.
 Si cantas, todas mis penas
 Enmudecen; si me miras,
 Huye el dolor de mi pecho,
 Vuelve á mi rostro la risa.
 Así del cantor de Tracia
 La voz oyendo y la lira,
 El reino infausto de Dite
 Sintió una vez la alegría.
 Vive feliz; tu belleza
 Burle del tiempo las iras,
 Y ni el tiempo ni la suerte
 Jamas perturben tus dichas.
 De las almas tiernas seas,
 Cual tú mereces, querida,
 Y siembre el amor de flores
 La carrera de tus días.
 Esta expresión de mi afecto
 Recibe afable, y oívida,
 Por ser pura y verdadera,
 Lo que pierda por ser mía.»
 Así el desterrado Anfriso
 Dice á la hermosa Belinda,
 Cuando su voz alegraba
 Del Gers odioso la orilla.
 Ella sus tiernas razones
 Premia con blanda sonrisa,
 Y vuelve á cantar, y Anfriso
 Enmudece para oír la.

V.

Á LUCINDA.

(Imitación de Horacio.)

Dime, por todos los dioses,
 Dime, Lucinda, ¡qué impío
 Furor, qué amor malhadado
 Te impele á arruinar á Aristo?
 Ya de la sabia Minerva
 Olvida los sacros ritos,
 Y evita cual sierpe fiera
 El ántes amado libro.
 Fué un tiempo en que, coronado
 De oliva y cárdeno lirio,
 Del Bétis su voz divina
 Halagó el márgen florido.
 Las bellas ninfas, sacando
 El pecho del sacro río,
 Pagaban enamoradas
 Sus canciones con suspiros.
 ¡Cuántas veces, linda Iberia,
 Depuesto el pudor altivo,

Por escucharle bajabas
Al valle de los alisos!
En vano; que amor no habia
Su juvenil pecho herido;
Todos sus placeres eran
Con su lira y sus amigos.
Ora á los ojos se esconde
De Sileno y de Cratilo,
Ni responde á los acentos
Del tierno cantor de Anfriso.
Así dicen que de Tétis
Se ocultó el valiente hijo,
Dejando el lauro y la espada
Por femeniles vestidos.
Mas los brazos de Deidamia
No fueron seguro asilo;
Que allí la trompa de Ulises
Despertó su ardiente brío.
No esperes, falsa Lucinda,
Tenerle siempre escondido;
Que al grito del desengaño
Huyen de amor los prestigios.

VI.

EL DESPECHO.

«Con horrible agujero fuiste
Plantado y en triste día,
Tronco infausto, do engañado
Grabé el nombre de Lucinda.
¿Qué encantamento funesto
Mis potencias sorprendidas
Pervirtió, cuando á una ingrata
Di la voluntad cautiva?
Si es su beldad seductora
La que rindió el alma mía,
Los ojos que la miraron
Debieron perder la vista.
¿Por qué no estalló mi mano
Cuando en tu corteza fría
Divulgué, necio, mi oprobio
Y el triunfo de mi enemiga?
¿Por qué enamorado quise
Que crezca su gloria altiva
Tanto como tú crecieses
En verdor y lozanía,
Si la ingratitud odiosa,
Que en su leve pecho habita,
Dejará por siempre al Bétis
Su memoria aborrecida?
Y aunque en sus hermosos labios
El clavel de Mayo brinda,
¿Qué importa, si fuente son
De venenosas mentiras?
No mires, incauto amante,
Aquel seno de delicias;
Que se oculta entre sus pomas
El áspid de la perfidia.
Teme, teme de sus ojos
La mirada dulce y viva,
Que donde hieren no dejan
Sino incendios y ruínas.
El Céfito, que lascivo
Su lindo talle acaricia,
Exhala oculto veneno,
Y muere el que lo respira.
Sí; con hermosos colores
La piel jaspeada brilla
Del tigre, y mueve los ojos
Con aparente alegría.
Mas las penetrantes garras
En tanto pérfido afila,
Y á la descuidada presa
Con grito horrible se tira.
Así al amador sencillo
Con tu hermoso rostro hechizas,
Y á un Elísio de placeres
En tus brazos le convidas.
Esperas á que á tus plantas,
Ardiendo de amor, se rinda;

Y luégo en su pecho clavas
Del desden la flecha esquivada;
Y en sus acerbos tormentos
Te recreas complacida,
Y tus juegos y solaces
Son los ayes que suspira.
¡Oh furor! ¡y yo engañado
Me abrasé en tu amor un día?
¿Y á un alma doble y tirana
Di un alma tierna y sencilla?
Huye del tronco, oh funesto
Nombre de la fementida:
Estorba, puñal agudo,
Que en él crezca mi ignominia.
Y tú, infausto árbol, que diste
A mi amor y sus mentiras
Tu corteza, oprobio seas
Del triste verjel que habitas.
Jamás se cubran tus ramas
De verdor; jamás floridas
Gloria del otero sean
Cuajadas de fruta opima.
Ni de la aurora el rocío
En blandas perlas recibas,
Ni del fecundo Favonio
El puro aliento de vida.
El ardiente sol te abrase,
La helada nieve te oprima,
Y nunca el ave amorosa
Por nido tu copa elija.»

Así enfurecido Aristo
Borra el nombre de Lucinda;
Lo ve la pérdida, y ríe
Con desdeñosa sonrisa,
Y dice: «Borra mi nombre,
Que yo lo entrego á tus iras;
¡Feliz si borrar del pecho
Pudieses la imagen mía!»

VII.

EL TEMOR DE LA MUDANZA.

Reclinado está el amor
En el regazo de Celia,
Y entre los lirios del seno
La blanda mejilla asienta.
Los brazos de rosa y nieve
A la cintura rodea,
Y con sus divinos labios
La cándida mano besa.
Pone á sus piés el manojo
De las vencedoras flechas;
De un rosal dejó pendientes
Con el arco aljaba y venda.
Sus lindos ojos sonríen
A los ojos de la bella,
Y con su beso y su halago
Olvida el de Citerea.
Aléxis mira gozoso
Las deliciosas ternezas
Con que el amor que lo abrasa,
Su amante zagala premia.
Al dulce niño acaricia
Con mano amorosa y tierna;
El bello rostro le halaga
Y al pecho ardiente lo estrecha.
Alaba los claros ojos,
Que con su llama halagüeña
En ardor correspondido
Los corazones incendian;
O bien los rosados labios,
Del placer segura prenda,
O ya los dulces arpones,
Que al mismo Jove sujetan.
Mas al descubrir las alas,
Que ora recogidas plega,
Y que tendidas al viento,
Son de la inconstancia enseña,
De la infiel mudanza Aléxis
La herida mortal recuerda,

Y con acento turbado
 Así le dice á su Celia :
 « ¿ Qué importa que tu favor
 Hoy corone mi esperanza,
 Si amor capaz de mudanza
 No puede llamarse amor?
 Que pierda, Celia, el volar,
 Si quieres dicha segura,
 Pues le basta á la hermesura
 Su inclinacion á mudar.»
 Dijo, y con ligera mano
 Las lindas alas desplega,
 Y sus varios tornasoles
 Ya para cortar se apresta.
 Huye amor de entre sus brazos,
 Y al rosal cercano vuela,
 Y así maligno responde,
 Y de su temor se venga :
 « Cuando olvidada de tí
 Muere la fineza suya,
 ¿ Qué importa que yo no huya,
 Si ella me echará de sí?
 Si tu amorosa pasion
 Quieres lograr sin recelo,
 No á mí me quites el vuelo,
 Sino á Celia el corazon.»

VIII.

EL RESPETO.

(Traduccion del inglés.)

Corazon, guarda tu llama
 En lo más hondo del pecho;
 No advierta la bella Elisa
 Ni aun el humo de su incendio.
 En vano es el llanto; en vano
 Ardientes suspiros tiernos;
 ¿ De qué te sirve la queja,
 Si es imposible el remedio?
 Toda senda á la esperanza
 Niega tu adorado objeto:
 Para alcanzarlo, es muy alto;
 Para olvidarlo, muy bello.
 Muere callando, y tan sólo
 Se permite á tu deseo
 Beber de sus lindos ojos
 El no evitado veneno.
 Distante de su hermosura,
 Como el esclavo del dueño,
 Ni el menor gemido rompa
 La estrecha ley del silencio.
 Teme, teme que tus males
 Conozca la causa de ellos,
 Y que su burla ó su odio
 Castiguen tu atrevimiento.
 ¡ Ay! tú verás su hermosura
 Entregarla el hado ciego
 A un mortal más venturoso,
 Pero que la adore ménos;
 Y en aquel alma divina
 Y en aquel celeste cuerpo
 Mil gracias, que tú hallarias,
 Desconozca tibio ó necio.
 Y poseerá distraído
 Tantos hechizos sin verlos,
 Y ella gemirá quejosa,
 Medio gozada en su seno.
 Elisa ignora, y es fuerza
 Que lo ignore, el noble fuego
 Que su belleza y las Musas
 En tu espíritu encendieron.
 Con su idolatrada imágen
 Regala tu pensamiento:
 Y halague tu acerba herida
 Este dulce devaneo.
 Siempre al despertar la veas,
 Siempre te la ofrezca el sueño,
 Y guarda en el pecho amante
 Su memoria y tu secreto.

IX.

LA VICTORIA INESPERADA.

« Adios, adorada ingrata;
 Quédate con tus desdenes,
 Que ya el pecho resistencia
 Para sufrirlos no tiene.
 Tres años há que te adoro,
 Desde aquella noche aleva
 Que entre juegos y alegrías
 Me diste herida de muerte.
 Y ¿ qué he conseguido? celos
 Y rigores, sin deberle
 Ni á tí, ni al amor, ni al hado
 Aun la esperanza más débil.
 Ya disimular no puedo
 La pasion que me enloquece;
 Tus amigas la murmuran,
 Y hasta tu madre la entiendo.
 Es público que á otro amante
 El dón de tu mano ofreces:
 Todos me miran y rien,
 Y algunos me compadecen.
 Fuerza es morir; mas no vea
 Que hay quien en mi mal se alegre,
 Y á mis últimos suspiros
 Nupciales cánticos mezcle.
 Mira cuál es mi suplicio,
 Cuando voluntario ausente
 A más que á morir me obligo,
 Condenándome á no verte.
 Ni espero que ausencia ó tiempo
 Tan acerba herida templen;
 Que puede partirse Anfriso,
 Mas olvidarte no puede.
 Ni temas que nuevos lazos
 Mi desventura consuelen;
 Quien te adoró, bella Emilia,
 Te adorará hasta la muerte.
 Dulce bien del alma mía,
 Adios, adios para siempre,
 Ya que el destino y los celos
 Y el tirano amor lo quieren.»
 Así se despidió Anfriso
 De la pastora inclemente,
 Que á tres siglos de ternura
 Opuso un alma rebelde.
 Ella en ignorado fuego
 Incendiarse el pecho siente,
 Y en su corazon helado
 Las voraces llamas prenden.
 De Anfriso aparta los ojos,
 Por si reprimirse puede;
 Mas ¡ ay! que á mirar su amante
 Más enardecidos vuelven.
 Hasta que al amor rendida,
 Arde en su rostro la nieve,
 Timidos suspiros lanza
 Y llanto amoroso vierte;
 Y al zagal que despedido
 Huye, y su triunfo no advierte,
 Diciéndole « yo te adoro»,
 La blanca mano le tiende.
 Anfriso se arroja á ella,
 Le imprime besos ardientes,
 A su corazon la lleva,
 Y entre las suyas la prende.
 Estrecha su Emilia al seno,
 Y entre rosas y claveles
 De la encendida mejilla
 Las dulces lágrimas bebe.
 Goza, pastor, goza el premio
 Que bien merecido tienes;
 Un despecho y un suspiro
 Hicieron feliz tu suerte.

X.

EL PESCADOR ANFRISO.

ROMANCES.

1.

Amante pastor de Filis,
Cuyos suspiros ardientes
Oyó sonar en sus vegas
La amena orilla del Bétis,
Escucha del triste Anfriso
Los cantares con que suele
Consolar su pena amarga
De un perdido bien ausente;
Y ora pidas á tu lira
El himno fúnebre y cerqueas
El sepulcro de Norferio
De rosas y de laureles,
Ó bien furor más sublime
Tu agitado pecho lleno,
Y cantes las bellas obras
De la diestra omnipotente,
No de un infeliz amante
El tierno llanto desprecies,
Con que del Bétis aumenta
La clara y sesga corriente:
Que en él tú también llorando
De Filis las esquivéces,
Quiso amor que de sus flechas
La cruda herida sintieses.

Ya la selva que colmada
De frutos brillaba fértil,
Cuando orló otoño de pomas
La guirnalda de su frente,
Con su triste ausencia queda
Expuesta al hielo y la nieve,
Y el temido invierno anuncian
Los rigores del Noviembre.
Cubiertos de escarcha fría
Yacen mustios los verjeles
Que el dulce florido Mayo
Vistió de su pompa verde.
Del prado desaparecieron
Ya las rosas y claveles,
Y en el aterido suelo
Hasta el rudo espinoso muere.
Su dulce soplo el Favonio
Retira al mar de Occidente,
Y de las polares cumbres
El fiero aquilón desciende;
Sobre los campos y valles
Bate sus alas rugientes,
Y en la empinada montaña
Los duros robles conmueve.
Cuando embravecido gime
Y en sus copas se enfurece,
No hay tronco que no sacuda,
Ni peñasco que no tiemble.
Bétis recibe en su seno
Los ya copiosos torrentes,
Y con el aumento altivo,
Emulo del mar, se tiende.
Mánchase de pardas nieblas
Su faz tersa y trasparente,
Y en vez del undoso espejo,
Enturbias aguas vuelve.
Con la mudanza alterado,
Deja el pez el hondo albergue,
Donde del anzuelo astuto
Las asechanzas no teme.
Cercano al aire enemigo,
El agua más alta hiende
Y al pescador cauteloso
Abundante presa ofrece.
Entrambas orillas corren,
Unidos en tropa alegre,
Cuanto el anzuelo enlazan
Y cuantos la red extienden.
Fórmanse en la abierta márgen
Mil cabañas diferentes,
Y cubren el ancho río

Remos, barquillas y redes.
En tanto el joven Anfriso,
De otros cuidados pendiente,
Sólo en apartada playa
Lloraba su triste suerte.
Por la ausencia de su Elisa
Amargas lágrimas vierte,
La más hermosa zagala
Que vió en su márgen el Bétis.
Con un mismo arpon sus pechos
El amor tirano hiere:
Elisa idolatra á Anfriso,
Por Elisa Anfriso muere;
Mas viendo que ya el invierno
Muestra la arrugada frente,
Y temiendo que sus iras
En su manadilla emplee,
En las encumbradas sierras
Contra el hielo las guarece,
Y sin la luz de sus ojos
La vida de Anfriso es muerte.
Atada á un desnudo tronco
La misera barca tiene,
El remo en la seca arena,
Y al sol tendidas las redes;
Y el corazón y la vida
Fijos en su bien ausente,
Hacia la envidiada cumbre
Los llorosos ojos vuelve;
Árboles, montes y peñas
Con su lamento enternece,
Y en triste lloro consume
La flor de sus años verdes.
¡Oh amor! si al que bien te sirve
Con tanta impiedad ofendes,
¡Quién á tu insufrible yugo
Doblará el cuello obediente?

2.

De la mal formada choza
A su olvidada barquilla
Sale el pescador Anfriso
Al primer albor de un día.
Tardamente costea
Triste y solo las orillas,
Donde de Itálica nombre
Apénas queda y cenizas.
Contempla de su grandeza
Las destrozadas reliquias,
Y dejando aparte el remo,
Así llorando decía:
«¡Oh lamentables despojos
Del tiempo! ¡Oh tristes ruinas!
Infeliz y fiel imagen
Sois de la ventura mía.
Las altas torres, que al cielo
Elevarse presumían,
Al acero y á la llama
Se desplomaron rendidas.
De arcos, columnas y estatuas
Gastados trozos se miran,
Y entre ellos la ingrata tierra
Serpientes brota y espinas.
Yace entre el polvo deshecho
Tu esplendor, tu pompa antigua;
Triunfo que reservó el hado
A la africana cuchilla.
Así devanece el tiempo
Los placeres de la vida,
Y en un momento destruye
La gloria de muchos días.
¡Ah! yo, necio, imaginaba,
Cuando gocé mis delicias,
Que instantes tan venturosos
Nunca la edad llevaría.
Pasó derramando amores
La primavera florida,
Y mis cantos alegraban
El aura de las campiñas.
Vino el sediento verano,
Y el rayo ardiente del día

En la floresta me hallaba,
 Defendido de sus iras,
 Donde de un amor felice
 Las ansias correspondidas
 Mi tierno pecho llenaban
 De inalterable alegría.
 De pámpanos y racimos
 Cubrió el Setiembre las viñas,
 Y entre sus vides Cupido
 Nuevos gozos me ofrecia.
 Breves cuanto dulces horas,
 ¿Dó volasteis fugitivas?
 ¿Cuándo volveré á encontrarte,
 Oh felicidad perdida?
 Ahuyentó el sañudo invierno
 La estacion de mis delicias,
 Y me arrebató á los montes
 La mitad del alma mia.
 En duro tormento ahora
 Arrastro la odiosa vida,
 Acrecentando mis penas
 La memoria de mis dichas.
 ¿Dónde estás, bien adorado,
 Que así de un triste te olvidas?
 ¡Miserol! Que mis suspiros
 Escuchar no puede Elisa!»
 Calló, y en copioso llanto
 Se inundaron sus mejillas;
 Las bellas ninfas, al verle,
 Lloraron compadecidas.
 Hacia la pesca su barca
 Con las demas encauina;
 Mas su pena y su zagala
 Van en su memoria fijas.

3.

Ya el horizonte de nieblas
 Cubre el austro silbador,
 Que de la espumosa sirte
 El Diciembre desató.
 Suben á turbar del dia
 El sereno resplandor,
 Y al campo aterido roban
 La luz benigna del sol.
 Torrentes de espesa lluvia,
 Que á su seno el mar fió,
 Del viento agitados, vuelan
 En remolino veloz.
 Entre las aguas el hielo
 Corre en deshecho licor,
 Y ya los cuajados copos
 Arroyos de nieve son.
 Eleva el Bétis sus ondas,
 Y con doblado furor
 Ya de las márgenes rompe
 La mal segura prision.
 De las inundadas vegas
 El zagal medroso huyó,
 Y la inútil reja guarda
 El paciente labrador.
 Desde un elevado risco,
 Donde el agua no alcanzó,
 Mirando el destrozo estaba
 El amante pescador;
 Mas sólo afligen su pecho
 Las crueldades del amor,
 Y contra él en triste acento
 Tales quejas pronunció:
 «¡Oh tirano dios! Si quieres
 Hacerme amable el horror
 Que por los campos esparce
 La rigorosa estacion;
 Si quieres que no desee
 De Abril el plácido sol,
 ¡Ay! vuelve, vuelve á mis brazos
 El bien de mi corazón.»

4.

Precipitando sus ondas
 Por entre oscuras cañadas,

Enfurecido un torrente
 De la umbrosa sierra baja.
 Cuando los estivos rayos
 El ardiente can vibraba,
 Su raudal sediento apenas
 Regó las áridas plantas;
 Mas ora que espesa lluvia
 Cubre el campo y la montaña,
 Por las campiñas tendido,
 Al Bétis lleva sus aguas.
 Junto á su ribera Anfriso
 Pensativo renovaba
 De sus perdidos placeres
 Tristes memorias y amargos.
 «¡Venturoso arroyo, dice,
 Cuya fuente pura baña
 Las altas cumbres que habita
 El dulce bien de mi alma!
 Cuando á la tarde recoja
 Sus ovejuelas cansadas,
 ¡Ay! tal vez por tus orillas
 Conducirá la manada,
 Y cuando al nacer el dia
 Envidia de Febo salga,
 Quizá á mirarse en tus ondas
 Un breve rato se para.
 Ora en menudos cristales
 Lavarás su mano blanca,
 Y ora besarás lascivo
 Con blando giro sus plantas.
 Tú á su amable vista siempre,
 Ufano de verla, pasas,
 Y la dicha que tú logras
 A un tierno amante es negada.
 Dame nuevas de mi ausente:
 ¿Gime? ¿Busca solitaria,
 Dejando el redil alegre,
 Las sombras de la enramada?
 Tal vez ora, dulce Elisa,
 Por la misma orilla vagas,
 Y lamentando á tu Anfriso,
 Verterás lágrimas blandas,
 Que con las felices ondas
 Al mar correrán mezcladas,
 Quedando, con tal tesoro,
 Rica su corriente clara.
 Verted, verted, ojos míos,
 Tierno lloro; que en las aguas
 Quizá se unirá dichoso
 El llanto de mi zagala.
 ¡Oh instantes de gloria! Cuando
 En mis brazos enlazada,
 Unido tu pecho al mio
 De blando amor palpitaba,
 Entónces, sintiendo el fuego
 De su más ardiente llama,
 Tus lágrimas y las mias
 En tu rostro se encontraban.
 ¡Oh dulce llanto del gozo!
 ¡Oh lágrimas siempre amadas!
 ¡Ay! ¡Si eterna tu corriente
 Mis mejillas inundará!»

5.

Pasó del Enero frio
 La nieve, y no ya cubierta
 El monte de eterno hielo
 Su empinada frente muestra.
 Tal vez el cierzo, irritado
 De agitar los troncos, cesa,
 Y tal el blando Favonio
 Por los yermos campos vuela,
 Sintiendo el venir cercano
 De la amable primavera,
 La bella flor del almendro
 Sus blancas hojas despliega.
 Del agricultor anima
 La esperanza lisonjera,
 Y las primicias del año
 En temprana pompa ostenta.
 De hojas se pueblan las ramas,

Desnudas ántes y yertas,
Y el frutal de los verjeles
Verde y frondoso descuella.
Ya en el cáliz su perfume
La tímida rosa encierra,
Y gloria del prado, erige
Su vástago la azucena.
Mas no del Febrero instable
Bonanza fija se espera;
Que tal vez, cuando reía
El alba más halagüeña,
Y con su fértil rocío
Alentó las plantas tiernas,
Por el viento desatando
Lluvia de menudas perlas,
Entónces pequeña nube,
Al templado rayo opuesta,
Que en el claro mediodía
Divisó la vista apénas,
Se desenvuelve, ocultando
La hermosa luz de la esfera,
Y hasta el remoto horizonte
Tiende su infausta tiniebla.
Del preñado seno, en tanto,
Lanza horrorosas centellas,
Que los espacios del aire
De pálida lumbre llenan.
Brama el rayo; su bramido
Por valles y cumbres suena,
Y al centro de las montañas
Huye asombrada la fiera.
De helado y rudo granizo
Vierte despues lluvia densa,
Que la tierna planta oprime
Y la mies naciente quema.
En fiero huracan el Noto
Ruge indignado en la selva,
Y á su embate sacudida,
La robusta encina tiembla;
Y cuando ya despojada
De troncos la cumbre deja,
Se lanza precipitado
Sobre el valle y la pradera.
Su furia no re-istida
En la humilde choza emplea,
Y en su raudó remolino
Cabañas y establos lleva.
Mas presto sus senos rompe,
Herida del sol, la niebla,
Y el rayo que la traspasa
Dora la afligida tierra.
En partes mil dividida
Desparece. El noto cesa,
Y vuelve á halagar el aura
Las ramas de la floresta.
El iris de oro y de nácar
Los bellos visos despliega,
Y precursor de bonanza,
Mares y cielo hermosa.
Anfriso entónces decia:
« Despues de cruda tormenta,
¡Cuán dulce es del claro día
Gozar la lumbre serena!
Atento á mejor fortuna,
Sufré el misero sus penas,
Y para aliviar sus males
La dulce mudanza espera.
¡Ay triste! ¡Que de los mios
El ansiado fin no llega!
¡Ay del que amor despiadado
A eterno gemir condena!»

6.

Perdida esperanza mia,
Sin cuyo alivio sentir
Me vió el amor sus rigores
En una ausencia infeliz;
Vuelve á mi pecho y alienta;
Que ya el apacible Abril
Los amenos campos borda
De alegre y varió matiz.

El más infecundo prado
Se viste de flores mil,
Y rica esmeralda brota
La ménos fértil raíz.
Entre la menuda grama
Ya comienzan á lucir
El albor de la azucena
Y de la rosa el carmin.
Los árboles que en el Bétis
Miran su erguida cerviz,
La cristalina corriente
Truecan en verde pensil.
Alienta, afligido pecho;
Llegó la estacion feliz
Que tus lágrimas enjuge
La zagala más gentil.
Ya las altas sierras deja,
Donde se ausentó de mí,
Y entre los pastos del llano
Fija el nudoso redil.
En breve, dichosas vegas,
Afrentar y competir
Veréis su rostro al clavel,
Y sus manos al jazmin.
Amante corazón mio,
Templa tu acerbo gemir;
Que presto, presto á tus penas
Llega el anhelado fin.
Así el pescador Anfriso
Cantaba, cuando á reir
Ya serenas empezaban
Las auroras del Abril.

7.

Labradores de estas vegas,
Pastores de estos ribazos,
Decid ¡ay! si á mi zagala
Habeis visto en vuestros campos.
Así las bellas pastoras,
Su altivo desden postrando,
El dulce yugo de Vénus
Reciban en vuestros brazos.
Así goceis en perpétuo
Solaz del bien suspirado,
Sin que jamas de la ausencia
Probeis el dolor amargo.
Hoy es el felice día
En que amer, ménos tirano,
Volver promete á mi vista
El hermoso sol que aguardo.
Si visteis una zagala,
Con cuya presencia ufanos,
De nuevas flores se adornan,
Y nuevo verdor, los prados;
Si en su tersa y pura frente
Visteis la aurora brillando,
O el cándido enhiesto cuclío
Vencer de la nieve el ampo;
Señas son de la que adoro,
Que en mi pastora envidiaron
Cuántas zagalas ilustran
La márgen del Bétis claro.
La dulce risa del alba
Baña sus hermosos labios,
Y en su rostro resplandece
El sereno sol de Mayo.
En el fuego de sus ojos
Templa Cupido sus dardos,
Y en sus rizos de oro teje
Los más halagüeños lazos.
Buscando viene á un amante,
De quien se ausentó llorando;
Lágrimas que en dulce gozo
Hoy convertirá en sus brazos.
Yo, misero, corro el valle
Una y otra vez en vano,
Desde que vino el lucero,
Más que otras mañanas tardo.
El puro aljófár del alba
Mis cabellos ha bañado,
Y el primer rayo del día

Me halló corriendo los campos.
Mas ¡ay! ¿No es ella? ¡Mi Elisa,
Que baja de aquel collado?
¡Ob amor! Ya en fin mis suspiros
Tu duro pecho apiadaron,
Dijo, y con ligera planta
Venec el interpuesto prado,
Cual ciervo herido del valle
Busca el profundo remanso,
La gentil zagala entónces
Deja el cándido rebaño,
Y por do su Anfriso viene
Vuela amorosa á encontrarlo.
En dulce nudo se enlazan,
Amantes ya afortunados,
Y sólo un momento premia
Las ansias de todo un año.

8.

De los rediles del prado
A las márgenes del río
La bella Elisa guiaba
Los sedientos corderillos.
Tendida la red tenía
Sobre las ondas su Anfriso,
Y en la apacible corriente
Nadaba el batel tranquilo;
Cuando del manso ganado
Oye los tiernos balidos,
Y de su Elisa en la orilla
Reconoce el blando silbo.
Coge la red presuroso,
Y el remo al agua tendido,
La barca hasta la ribera
Conduce de un solo giro.

Elisa, en tanto que al márgen
Desciende su ganadillo,
Le espera á la fresca sombra
De un verde y frondoso aliso.
Amoroso la saluda,
Y sobre el césped florido
Del regalado Favonio
Gozan el sopro benigno.

Ya á descender empezaban
Las sombras del monte erguido,
Y ya en los bosques se oía
De la tórtola el gemido,
Cuando la amante zagala
Repite al dulce querido
La canción que á las montañas,
Descendiendo al Bétis, dijo.

«A Dios quedad, altas sierras;
Desatado el hielo frío
En mansos raudales baña
Los piés del musgoso risco.
De las empinadas cumbres
Huye el invierno aterido,
Y ya su olor á los vientos
Entrega el blando tomillo.
La zagala que llorosa
Tantas veces habeis visto,
Cubierta de dura escarcha
É inundada del rocío,
Guiar su pobre manada,
Y entre amorosos suspiros
Enseñar á vuestros ecos
El nombre amado de Anfriso,
Hoy de vosotras se aleja,
Antes que el ardiente estío
El céfiro que os recrea
Convierta en sopro encendido.
Ansiosa busco los prados,
Donde ya el Mayo benigno
Las flores que al alba nacen
Tiñe de colores vivos.
Los prados que el claro Bétis
Fertiliza cristalino,
Y por sus dulces rediles
Trueco el montaraz aprisco.
A sus orillas me llaman,
Por si enjugárlas consigo,

Lágrimas de un tierno amante,
Y cuanto tierno querido.
A darle la alegre nueva
Volad, volad, vienteceillos:
Decidle que de las sierras
Ya descender me habeis visto.
Decidle que ya los valles
Veloz en su busca piso;
Decidle que ausente muero,
Y que hasta verle no vivo.
A Dios quedad, altas cumbres,
Y así del rayo enemigo
Vuestros verdes troncos sean
Siempre respetado asilo.
Si acaso por vuestra falda
Tal vez pasáre mi Anfriso,
Decidle que ya su nombre
Conoceis por mis gemidos.»

Así cantó la zagala,
Y alegres los pajarillos
La dulce canción aplauden,
Volando al caliente nido.
Envidiosas la celebran
Las bellas ninfas del río;
Su amante no; que está todo
Sólo en mirarla perdido.

9.

Del alto cenit Apolo
Al seno de Tétis baja,
Y en el mar del Occidente
El dorado carro lava.
De entre las ondas envía
Rayos de su luz templada,
Que apenas torcidos doran
Las cumbres de las montañas.
Perdido el tibio reflejo
Por el ancho viento vaga,
Y del incendio del día
Vuela fugitiva llama,
Hasta que entre densas nieblas
Amortecida se apaga,
Y el imperio de las sombras
Deja á la noche atezada;
A la noche, que rigiendo
Los negros caballos pasa,
Y opio y beleño sacude
De sus voladoras alas.
Ante ella la planta incierta
Perezoso el sueño arrastra,
A quien las medrosas Horas,
Callado coro, acompañan.
El negro manto, que pende
Del cielo en la cumbre alta,
De uno á otro polo tendido,
Entrambos orbes abraza.
Su tiniebla oscura en tanto
Trémulo esplendor traspasa,
Que en encendidas centellas
Vierte la esfera estrellada.
Cual del apacible Oriente
Asciende al cénit ufana,
Y cual en veloz carrera
Al turbio ocaso se lanza.
El astro fijo del polo
Arde en su eterna morada,
Y á las sombras del silencio
Preside su lumbre clara.
En tardo curso á su lado
Revolviendo el carro baja,
Y el resplandeciente Arturo
Rige sus ruedas nevadas.
En pos de él girando corren
Las estrellas más lejanas,
Y por el callado cielo
Al helado mar resbalan.
Las aguas del manso río
Con plácido estruendo pasan,
Que la flébil Eco lleva
A las vecinas montañas.
Rendidas las flores yacen,

Sus tiernas hojas plega ...
 Que del nocturno rocío
 El fresco céfiro enaja.
 El prado duermes, las aves
 Los calientes nidos guardan,
 Y aterido el mundo espera
 La dulce risa del alba.
 Solo y despierto, la vista
 Tendida á la opuesta playa,
 El amante Anfriso yace
 Al umbral de su cabaña,
 En la playa do amorosa
 Su tierua Elisa le aguarda,
 Cuando en el cénit del cielo
 La noche su curso parta.
 ¡Cuán perezosas las horas
 Para el pescador pasaban!
 ¡Ay! ¡Y cuánto de un amante
 El bien anhelado tarda!
 Suspira, y ora impaciente
 Al crudo amor quejas daba,
 Y ora la inquietud penosa
 Templaba con la esperanza.
 Surta la barquilla yace
 En la margen sosegada,
 Casi tendida la vela,
 Y el remo dado á las aguas.
 Deja la choza, y al río
 Con rápidos pasos baja,
 Y el feliz instante espera
 Que trueque en placer sus ansias,
 Entre tanto el frío Boótes
 Al carro la vuelta daba,
 Y al horizonte vecino
 Guía el pértigo de escarcha.
 Por entre pardos celajes
 Oculta su luz nevada,
 Y bajo el brillante polo
 La noche media señala.
 Vuela el pescador entónces,
 Al batel ligero salta,
 La bañada sirga corta,
 La vela extiende á las auras.
 Gozoso y triunfante gira
 Hácia la ribera amada,
 Y la interpuesta corriente
 Con veloz carrera pasa.
 Crece el plácido silencio,
 Y en las orillas calladas
 El blando batir del remo
 Sólo tal vez resonaba.
 Cupido alegre en la popa
 Rige la dichosa barca,
 La mano al timon asida,
 Y al aire abiertas las alas.
 En torno girando vuela
 De amores la tropa vaga,
 Y el astro hermoso de Vénus
 Le destella lumbre blanda.
 De la apacible ribera
 Los céfiros se desatan,
 Y las esencias de Flora
 Sobre las ondas derraman.
 Benignos y bonancibles
 La tendida vela ensanchan,
 Y arriba el feliz Anfriso
 Al puerto de su esperanza.
 Al tronco de un verde aliso
 Deja la barquilla atada,
 Entre mimbreras oculta
 Y al abrigo de la playa.
 De altos álamos y sauces
 Densas arboledas pasa,
 Y entre las amigas sombras
 Busca su Elisa adorada.
 Entre tanto los rediles
 Deja la hermosa zagala,
 Donde ya en tranquilo sueño
 Su manadilla descansa.
 Con pié recatado vuela
 Por la tendida campaña,
 Y del humilde collado

Al repuesto soto baja;
 Por entre erguidos laureles
 Bullicioso arroyo salta,
 Que coronado de adelfas,
 En busca del Bétis vaga.
 Con vueltas mil serpentea
 Por la frondosa enramada,
 Y con murmullo suave
 El fresco margen halaga.
 A su orilla en greña oscura
 Los arrayanes se enlazan,
 Y en hondas cuevas ofrecen
 A amantes ninfas morada.
 Su triste querella entona
 Filomena entre las ramas,
 Y en el profundo silencio
 Los tiernos amores canta,
 Al dulce Anfriso llamando,
 Su voz Elisa acompaña,
 Y de Anfriso á los oídos
 La lleva benigna el aura.
 Del blando acento guiado,
 Vuela á su bella zagala,
 Y enire amorosos suspiros
 Llegan á animar á sus plantas.
 Ya de la naciente luna,
 Que el horizonte dejaba,
 Á un tiempo montes y valles
 Pálido el reflejo baña.
 Los tiernos amantes mira,
 Y envidiosa y lastimada,
 Vuelve el hermoso semblante
 Del Latmo oscuro á la falda.
 ¿Quién tan deliciosa noche,
 Dulce amor, á cantar basta?
 ¿Ni quién dirá dignamente
 Las victorias de tu aljaba?
 Al niño alado, amadores,
 Sin temor rendid las almas;
 Que el placer y la ventura
 Bajo su yugo os aguardan.

10.

Ya las sombras de la noche
 Disipa la aurora alegre,
 Y de perlas, oro y nácar
 Esmalta el templado oriente.
 La pura luz de sus rayos
 Por ambas esferas tiende,
 Y del cielo oscurecidas
 Las estrellas desaparecen.
 El prado ríe, las flores
 El blando céfiro mece,
 Y el néctar de la mañana
 En su lindo seno vierte.
 Despiertan las avecillas,
 Y en bandadas diferentes
 No hay rama donde no posen
 Ni valle por do no vuelen.
 Con sonora voz saludan
 Al nuevo sol que amanece,
 Y anuncian en sus quejidos
 De amor los dulces placeres.
 «Amor, amor», en las vegas
 Canta el pastor inocente,
 Y «amor» la llorosa Eco
 Del lejano monte vuelve.
 El pez en el seno undoso
 Sus gratos ardores siente,
 Y de blando amor suspiran
 Las rubias ninfas del Bétis.
 Junto á su zagala Anfriso
 Celebraba dulcemente
 El arco que doma el mundo,
 Y el arpon que dioses hiere.
 Oye desde el fértil Gnido
 Amor los himnos fervientes,
 Y de su voz invocado,
 Ya en la ribera parece.
 A su vista nueva llama
 Por prado y vega se extiende,

Y el grito de «amor» suave
 Repite el céfiro leve.
 Pulsa la lira; los vientos
 Al sacro acento enmudecen,
 Y el Bótis, enajenado,
 Su sesgo raudal detiene.
 «Amantes felices, canta,
 Vivid venturosos siempre;
 Que ya os preparo benigno
 Sólo delicias y bienes.
 Si el fiero dardo de ausencia
 Vuestro pecho hirió inclemente,
 Ya amor, cuanta fué la pena,
 El blando consuelo ofrece.
 Así premio á quien constante
 Sufre el rigor de la suerte,
 Y de invencible ternura
 Su corazon fortalece.
 Ora de lirios y rosas
 Ceñid la gallarda frente :
 No el ábrego las marchite,
 Ni el rayo estuvo las queme.
 Gozad, y en vuestros amores
 De constancia ejemplo quede,
 Que despues á sus zagalas
 Los tiernos pastores cuenten.
 Y vosotras, Gracias bellas,
 No canteis que al Latmo verde,
 Ardiendo en mi fuego, Cintia
 Por Endimíon descende;
 Ni que al fiero y crudo Marte
 Le desceñi los laureles;
 Ni que el padre de los dioses
 Mi temido imperio siente;
 Mas porque conozca el mundo
 Cuánto mis arpones pueden,
 Cantad que ya en los amantes
 La ausencia sus iras pierde.»

XI.

LA PRIMAVERA.

(Traducción de Metastasio.)

¡Ay Dios! ya, mi dulce amado,
 La campiña reverdece,
 Y ya el aterido bosque
 A vestir sus ramas vuelve.
 Nuncio de la primavera,
 Desde el templado Occidente
 Vuela céfiro importuno,
 Que el corazon me entristece.
 La nueva estación te llama
 Al campo de honor y muerte :
 ¡Ay! y cómo sin tu amante
 Vivir podrás, triste Irene?
 No respires, aura blanda,
 Que un alma amorosa hieres :
 No tan pronto, Abril florido,
 Extiendas tu mano fértil.
 Cada flor que se colora,
 Cada renuevo que crece,
 ¡Ay de mí! ¡cuántos suspiros
 Cuestan á mi pecho ardiente!
 ¿Quién fué el primer despiadado
 Que hizo al acero inocente
 Instrumento de homicidio,
 Y para matar dió leyes?
 Jamas la grata ternura
 Su corazon inclemente
 Penetró, ni sintió el crudo
 De amor los blandos placeres.
 ¡Ay! ¡qué demencia! ¡Es posible,
 Que por las iras crüeles
 De un enemigo el halago
 De una dulce amante trueque?
 ¡Ay! no, querido Fileno,
 No, simple, engañarte dejes :
 Si es que las guerras te agradan,
 También amor guerras tiene.
 El buen amante es soldado ;

Sufre el calor y la nieve :
 La experiencia y el ingenio
 Y el valor triunfos le adquieren.
 También amor dicta ardidés,
 Espera, asalta, defiende,
 Huye, se rinde á partido,
 Da paces y enojos mueve;
 Mas son amables las paces
 Y son los enojos breves,
 É igualmente halaga el triunfo
 Al vencido y al que vence.
 Así no hay pena que en gozo
 Benigno el amor no trueque.
 Mas ¡ay! el fatal instante
 Ya la odiosa trompa advierte.
 Tente, ingrato : ¿por qué huyes?
 No te pido tus laureles :
 Poco te pido, hombre duro ;
 Mírame otra vez y véte.
 Véte, y conserva en tu vida
 La de tu infeliz ausente,
 Y vuelve, si puedes, mio;
 Pero victorioso vuelve.
 Adonde quiera que vayas
 Lleva mi dolor presente,
 Y di : ¿quién sabe si ahora
 Vive mi constante Irene?

XII.

LA HISTORIA DEL AMOR.

De mil sospechas cercado,
 Entro de amor al verjel,
 Como niño en sala oscura,
 Que á mover no acierta el pié.
 Una esperanza risueña,
 Aunque falaz, me encontré,
 Y unos bellos ojos fueron
 De mi libertad la red.
 Negro rizado cabello,
 Tornátiles manos, que
 Roban al jazmín su albuza,
 Y su carmín al clavel;
 Dulce y gracioso donaire,
 Y un halagüeño desden,
 Que esperando ser vencido,
 Lastima sin ofender,
 Con blandísimas prisiones
 Encadenaron mi sér,
 Y fui del amor esclavo,
 Y mi esclavitud canté.
 Mas ¿á quién dió el niño ciego
 Dicha asegurada, ó quién
 No halló al dolor acechando
 En la senda del placer?
 Hiríome un áspid sañudo
 Que entre las rosas pisé;
 Llegó el veneno á mi pecho,
 Y puso un infierno en él.
 ¡Cuántos siglos de furores
 Insano sufrí, hasta que
 Me curó con su cauterio
 El desengaño crüel!
 Mis verdes años marchitos,
 Y herida el alma, de aquel
 Centro de dolo y perfidia
 Escarmentado salté.
 Huye, juventud incauta,
 De ese dios, niño y sin fe;
 Que hay áspides en sus flores
 Y tiene absintio su miel.

XIII.

NARCISA.

La bella Narcisa ilustra
 Del Ebro la fértil playa,
 Y mil corazoncs vuelan
 Adonde pone las plantas.
 De aquellos felices campos

La juventud más gallarda,
A su hermosura rendida,
La corteja y acompaña;
Y en otra parte se llora
Su ausencia, aunque corta, amarga;
Que ninguna ausencia es corta
Para quien de veras ama;
Mas la ribera del Ebro
Arde en júbilos y danzas,
Y de pesares ajenos
Su propia ventura labran.
Narcisa, afable y risueña,
Los tiernos obsequios paga;
Pero su hermosura altiva
Domina, no se avasalla.
Los maliciosos cavilan,
Y diz que amante y amada
Algun bien premiado afecto
Dejó en su querida patria.
Quejosos y tristes gimen,
Y los corazones claman:
«¿Qué importa que aquí esté ella,
Si dejó en su tierra el alma?»
Mas no por eso desisten,
Aunque celosos, de amarla;
Que nunca el amor fallece
Mientras vive la esperanza.
El desterrado del Bétis
Lo diga, que una mañana
Le dejó muerto de amores
En el baile de las Pascuas,
Y cuando loco por ella
Se retiró á su posada,
Así al compañero Elísio
Turbado le preguntaba:
«La recién venida,
Que ostenta gallarda
El sol en sus ojos
Y el Mayo en su cara,
Dime quién es, amigo;
Porque al mirarla,
Exhalada en suspiros
Me robó el alma.
»Corrió por el clave
La mano rosada,
Y vista y oído
A un tiempo halagaba.
Yo no sé cuál sentido
Mis males causa;
Sólo sé que en sus manos
Me prendió el alma.
»Cantó, y amorosa
Venció su voz blanda
La voz de las aves,
Que anuncian el alba.
Yo en sus dulces acentos
Absorto estaba,
Y aquel placer de oír la
Me costó el alma.
»Su talle y sus brazos
Desplega en la danza,
Y el pié le mecían
Amor y las Gracias.
Yo enajenado y ciego
Le rendí el alma;
Mas ¡ay! que á tanto hechizo
Una no basta.
»Mas de sus lindos ojos
Si logro una mirada,
Gloria serán mis penas,
Dulce placer mis ansias;
Que una mirada suya
Vale mil almas.»

XIV.

FÍLIS.

Ya Filis del Gers odioso
Abandona las riberas;
A un amante esposo sigue,
Y mil corazones penan;

Filis, aquella hermosura,
Que á todos encanta; aquella
Que el corazón más exento,
Sin saber cómo, sujeta;
La de los lindos cabellos,
La de la risa halagüeña,
La que en sus ojos anida
Amor, dulzura y modestia.
Cuando al delirio del baile
El airoso talle entrega,
Son de tiernos corazones
Sus hermosos piés cadenas;
Cuando el tono enamorado
Pide á la dulce vihuela,
Y con los dedos de rosa
Hiere las sonoras cuerdas,
¡Cuánto hechizo, cuánto fuego
Derrama! ¡cuán halagüeña
Su voz celestial las almas
Tras sí enajenadas lleva!
¡Y es fuerza, Filis divina,
Que al Bétis partas! ¡y es fuerza
Que los valles del destierro.
Que alegrabas tú, te pierdan!
Tus dulces amigos gimen,
Aunque tu dicha celebran,
Y otros, ménos generosos,
Callan y en secreto penan.
El desterrado del Bétis,
Cuya amistad pura y tierna
Se iguala al amor en fuego
Y le excede en la firmeza,
Con más voluntad que ingenio
La olvidada lira temple,
Y al despedirse de Filis,
Le canta de esta manera:

«Vé, Filis amada,
Al márgen ameno,
Do manso y sereno
El Bétis se agrada;
La vega esmaltada
De eternos colores,
El mirto y las flores,
La fuente y el prado
Asilo sagrado
Allí son de amores.

»Al nudo amoroso
Allí te convida
La tierra florida
Y el sol delicioso.
Allí fué dichoso
Tu mísero amigo;
Perene testigo
Será de tu gloria
La acerba memoria
Que lleva consigo.
»Oh amada ribera
Del vándalo río!
¡Oh bosque sombrío!
¡Oh verde pradera!
La dicha que espera,
Da á Filis hermosa;
Mi pena enojosa
Será suspendida;
Que aún amo la vida,
Si es Filis dichosa.»

XV.

EL AGÜERO.

Después de tan larga ausencia,
Vuelvo á tu márgen, oh Bétis:
De mis primeros amores
Guardada, salve mil veces.
¡Con qué placer que discurro
Tu orilla! ¡Cuán dulcemente
Respiro el aura apacible
Que en tus álamos se mece!
Si bien un temor impío,
Aunque justo, me detiene;
Que quien amores halla cuando vuelve,

Are en las aguas y en el viento siempre.

Aqué! es el verde prado
Donde sus ojos ardientes
Me hirieron la vez primera
De un amor y mil desdenes;
Mis enamoradas ansias
Le declaré en esta fuente,
Que sonora y cristalina
Su curso entre guijas tuerce.
Prado y fuente son los mismos;
Amante pecho, ¿qué temes?
Mas ¡ay! quien halla amores cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siempre.

Allí amorosa y benigna
Mitigó sus esquivaces;
Allí enojada á mis quejas
Opuso un alma rebelde.
Al márgen de aquel arroyo,
Enlazados blandamente,
Nos dió su apacible abrigo
La sombra de los laureles.
¿Cómo tan dulces memorias
De amor olvidarse pueden?
Mas ¡ay! quien halla amores cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siempre.

Pero ¡oh dolor! en los troncos
Que ciñen el soto alegre,
De mis amorosas cifras
Ni aun vestigios permanecen;
Y en las ramas, do cantaba
El ruiseñor dulcemente,
Miro deshechos los nidos,
Que respetaba el Dící mbre.
Ya para tí no hay asilo,
Amor, bien puedes volverte;
No en vano temias
Mudanzas alevés;
Que quien amores halla cuando vuelve,
Are en las aguas y en el viento siempre.

XVI.

LA PRECAUCION.

En vano, traidora Elisa,
Mi antigua pasión reclamas;
Que en la misma tumba yacen
El amor y la esperanza.
Tantos siglos de ternura,
Tanto amor, tan dulces ansias,
Breves guerras, blandas paces,
Irás, halagos, constancia,
Cuya historia aún se conserva
En este aliso grabada,
Tú sola en un solo día
Sepultaste en la mudanza.
Y fué un rival heredero
De mis dichas y tus gracias,
Y un largo infierno dejaste
Al pecho, que te adoraba.
Gemí, lloré, todo en vano;
Que, en mi penar solazada,
De tu nuevo amante el triunfo
Con mi suplicio aumentabas.
Razon, desengaño, orgullo
En curarme se empleaban,
Y el desesperar fué entonces
La salud de mis desgracias.
Ya estoy tranquilo, ya puedo
Despreciar la que me agravía;
A mi rival compadezco,
Que debe temblar, si ama.
Todos los nudos rompiste;
¿Qué quieres de mí, tirana?
Si amor, tú le diste muerte;
Y si amistad, tú me engañas.
Afecto tan noble y puro
Caber no puede en un alma
Que insultó fiera é impía
Al corazón que injuriaba.
Adios, y no por vengarme

Tu llanto desprecio, ingrata;
Que evitar á una enemiga
Es precaucion, no venganza.

XVII.

Á VENUS.

(Imitacion de Horacio.)

Las lides, por tantos años
Interrumpidas, renuevas
Otra vez, oh cruda Vénus,
Y enciendes el pecho en guerras,
¡Ah! perdona á un afligido,
Que de tus arpones tiembla;
Oh tú, de dulces amores
Madre inclemente, ya cesa.
Ya diez lustros de mi vida
Volaron; no soy cual era
Bajo el imperio de Elisa
En mis juventudes tiernas.
Deja á un corazón, ya duro
Para tus gratas empresas,
Y en los jóvenes floridos
Que te invocan, triunfa y reina.
Si quieres un pecho digno
De tus ardientes saetas,
A los umbrales de Albano
Tus blancas palomas lleva.
Allí juveniles bríos
Hay, y varonil belleza,
Y en breve edad grande ingenio,
Y ya madura elocuencia.
Soldado constante y fuerte
Seguirá tu blanda enseña,
Humillando á sus rivales
Y extendiendo tu potencia.
El grato incienso de Arabia,
La dulce y templada avena,
La voz de acordada lira,
Que sólo amores resuena,
Y el coro siempre festivo
De jóvenes y doncellas,
Que embelesadas las almas
En sus piés hermosos llevan,
En solaz siempre perpétuo
Allí tus triunfos renuevan,
Y más víctimas te rinden
Que Idalia, Gnido y Citera.
Mi pecho ya no alborozan
El vino ni las bellezas,
Ni de amor correspondido
Las esperanzas lo alientan.
Huyo las lides de Baco,
Huyo de Vénus las flechas,
Ni ya me agrada la frente
Coronar de flores nuevas.
Mas ¡ay! ¿por qué, si te veo,
Vuelvo á llorar, Filis bella,
Y en otro tiempo elocente,
Torpe silencio me hielas?
Ingrata, en vano me huyes;
De tus desdenes me venga
El dulce sueño, y prodiga
Las venturas que tú niegas;
Y ya en los lechos floridos,
Que pinta la primavera,
Ya entre las aguas del río,
Ya en el bosque, ya en la selva,
Pagando mi amor, suave
Y amorosa te presenta.
Ilusion es; pero amando,
¿Qué dicha hay que no lo sca?

XVIII.

A la muerte de la Excelentísima Señora doña María de la Piedad Roca de Togores, duquesa de Frias, etc. (1).

Donde el régio Manzanáres
Con sesgo raudal camina,
Y alcázares y tugurios
En su breve espejo imita,
Amor y amistad, la venda
Rota, la antorcha extinguida,
Junto á un sepulcro abrazados,
Flores y llanto prodigan.

Allí entre el silencio eterno
De místicas sombras se eclipsa,
Astro de virtud y gracias,
El sol hermoso de *Frias*.

Brillante fuego del genio,
Bondad nunca desmentida,
Tierno pecho que un suspiro
Del infeliz conmovia;

Dulce candor, dulce habla,
Encantadora sonrisa,
Ardientes ojos, do puso
Vénus todas sus delicias.

A un soplo del cierzo helado
Entregaste, acerbo día,
Y tristes yertos despojos
Son ya de la Parca esquivia.

A tí, beldad malograda,
Lamenta la humilde umbria
Do el lloro de la indigencia
Enjugaste compasiva;

A tí los sacros verjeles,
Que Hipocrene fertiliza,
A cuyos cisnes canoros
Inspirabas en su orilla.

Por tí el Támesis nublado
Y el fausto Sena suspiran,
Y á los rios de tu patria
Tu cuna y sepulcro envidian.

Vienen los vates de España,
De ciprés la sien ceñida,
Y en el tímulo deshojan
Laureles, rosas y olivas;

Los que del Turia y del Ebro
Beben; los que Tórmes cria;
Por los que Tajo y Henáres
Levantán su frente altiva;

Los del laurífero Bétis,
Dauro y Genil, prole antigua
Del árabe ardiente, alumnos
De su fuego y su osadía;

Todos funerales himnos
Entonan, todos su lira
De helecho fúnebre enraman
Y tristes ayes le inspiran.

«¡Murió!», resuenan de Mantua
Las enlutadas colinas;
«¡Murió!», repiten las cumbres
De Guadarrama y Fuenfria.

Todo es afliccion; no hay alma
Sin quebranto; no hay mejillas
Que las lágrimas no bañen;
No hay corazon que no gima.

Mas ¡ay! que entre tantas penas,
Cual cedro á humildes aristas,
Hay una que á todas vence,
Y á enmudecer las obliga.

Mirad al huérano esposo,
Que ya sólo tiene vida
Para el dolor; sobre el mármol
Solloza más que respira;

Y llama crúel al cielo,
Y á la suerte llama impía;
Del llanto acerbo testigo
Arboles, fuentes y ninfas.

Rota en el polvo y sin cuerdas
Yace el arpa de solia
De la amenazada patria

Celebrar las nobles iras.

Las que ciñó en otro tiempo
Palmas de honor merecidas,
Hora despechado arroja
Y entre la arena las pisa.
«Emblemas de inútil gloria,
¡Qué valeis, gimiendo grita,
Si el bien por quien yo os amaba
No ha de verla ni aplaudirla?»

»Sagrados vates de Iberia,
Cantad mi prenda perdida;
Vuestro antiguo compañero
Ya muriendo os lo suplica.

»Si os unió conmigo el dulce
Lazo de amistad sencilla,
Y al triunfo de vuestros cantos
Alegre yo sonreia;

»Si noble rival la cumbre
Pisé de Helicon florida,
Desconocido á las sierpes
De la ponzoñosa envidia;

»Si la sombra de Batilo,
Del gran Batilo, que anima,
Febo del Parnaso ibero,
Vuestras canciones y lirás,

»Consolé, de dos naciones
Reparando la injusticia,
Cuando salvé del olvido
Sus venerables cenizas (2);

»Por los lauros que á su gloria
Debéis; por la llama activa
Del genio que en vuestros pechos
Sublime furor incita;

»Dad á mi querida esposa
Nombre y fama esclarecida,
Sagrados vates de Iberia,
En cantos que eternos vivan.

»Yo, triste y mudo habitante
De esta funeral campiña,
Consonaré á vuestras voces
Sólo con lágrimas pías;

»Que no el elevado acento
Concede al dolor Polimnia,
Ni roba al land sus sones
La mano desfallecida.

»Tal vez en los nuevos troncos
Grabaré su dulce cifra,
Y crecerán, y con ellos
Del pecho amante la herida.

»Este valle solitario,
Que los pesares habitan,
O el Julio ardiente le abruma,
O el hielo agudo le oprima,

»Será mi asilo postrero,
Donde, sombra fugitiva,
Se oculta en la infausta losa
El bello sol de mis días.

»En tanto del fiero olvido
Libradla, y por siempre viva
En la memoria del hombre
Quien no morirá en la mia.»

¡Esposo infeliz! Si es cierto
Que en las almas doloridas
Sublime y firme esperanza
Justos dolores mitiga,

Calma el llanto, y á ese helado
Sepulcro, que la delicia
De tu juventud lozana
Guarda en miserías ruínas,

Pregunta si esconde entero
Todo el bien que fué tu dicha,
Y si de la avara muerte
Nada reservó la ira.

Los bellos ojos, las rosas
Del semblante, la armonía
De las formas con que al mundo
Beldad efímera, hechizas,

(1) Este romance se imprimió en la *Corona fúnebre* que se publicó en Madrid, año de 1830, en honor de dicha ilustre señora,

(2) España, patria de Meléndez, le debe un sepulcro. Francia, centro de la civilización, no debió dejar al restaurador de la poesía castellana en la tumba ignoble, de donde le trasladó el Duque de Frias á un monumento muy decoroso.

Todo es ya polvo. No alcanza
Ni saber ni fuerza invicta,
Ni la hermosura, ni el cetro,
A evitar la ley precisa.

Esos himnos que á su gloria
Vates célebres dedican,
Caeán con ellos al seno
Donde los siglos se abisman.

Hasta el nombre que celebran
Morirá; la piedra misma
En que tu dolor grabaste
Volverá el tiempo en cenizas.

Sólo para las virtudes
No hay muerte. Del cielo hijas,
Dan vida eterna en el cielo
Al alma que las cultiva.

Alza, pues, los tristes ojos,
Alza á la patria escogida,
Última patria que al bueno
La Providencia destina.

¿No la ves hollando el orbe
Con firme pié? ¿No la miras
Ceñir de beneficencia
Las rosas nunca marchitas?

¿No ves cómo leda abraza
Al hijo que lloró un día,
Sin temer ya que la muerte
Le arrebatase á sus caricias?

La bondad y la inocencia,
En celeste lazo unidas,
Te esperan: la tumba es puerta,
Y la santa virtud guía.

Convierte el fiero quebranto
En esperanza benigna,
Que el ábrego del sepulcro
Lleva al puerto de la vida.

Allí se ignoran las penas,
Allí no mienten las dichas,
Ni el aura de los placeres
Con denso aroma fastidia.

Cuanto el mundo llama bienes,
Que el necio mortal codicia,
Es nada: *virtud y pobleo*
Son del vivir las reliquias.

Ese triste monumento
Con honda atencion medita,
Y hallarás el dulce alivio
De tu mal; gime y confía;

Que del sepulcro en el márgen
Muere la ilusion mentida,
Y allí, verdad bienhechora,
Comienza tu monarquía.

XIX.

Á ARMINDA,

EN SU CUMPLEAÑOS, DIA ÚLTIMO DE ABRIL.

Yo vi que del nuevo Mayo
El Abril se despedía,
Y en los brazos le dejaba
Una hermosura divina,

Tan tierna, mas tan graciosa,
Que apenas siente la vida,
Y ya en sus rosados labios
La inocencia sonreía.

Su bella cara se esmalta
De la púrpura subida
Con que el sol del Occidente
Las próximas nubes pinta.

Los medio dormidos ojos
Amorosa llama envían,
Más dulce que la del alba
Cuando entre celajes brilla.

El oro de su cabello
Forjó el amor en sus minas,
Siendo los hermosos rizos
Del Tajo y Ofir envidia.

No en los golfos de Citera
Vénus pareció tan linda

Como la beldad que al Mayo
Benigno el Abril confía.

«Rey de los meses, le dice,
Si tu guirnalda florida,
Deshojada del Favonio,
Me debió su primer risa;

»Si cuantas rosas nacieron
En mi breve imperio animas,
Y al aliento de tus auras
Cobran pompa y lozanía;

»Para esta sola te pido
Los cuidados y caricias;
Y aumenta, siempre que vuelvas,
Sus encantos y sus dichas.»

Dijo, y Mayo lo promete;
Y creces, hermosa Arminda,
A ser modelo de gracias,
Y de tus padres delicia.

XX.

Á ISMENIA.

Quien vió al sol recién nacido
Entre los brazos del alba,
Jugando su luz suave
Con las fuentes y las ramas;

Si entregado al sueño algunas
Horas, vuela la mañana,
Y al despertar ve sus rayos,
Que cielos y tierra abrasan;

¿Con qué admiracion contempla
Del astro ardiente la llama,
Y al grato esplendor primero
El nuevo incendio compara!

Tal vez mira el peregrino
Entre márgenes pintadas
Halagar pequeño el Ebro
Del alavés la campaña;

Y despues le ve cifiendo,
Claro en nombre y rico en aguas,
Con raudal majestuoso,
Las torres de Laetania.

Yo vi el boton entreabierto
De la rosa que mostraba
Un rubí naciente, anuncio
De su hermosura y su gracia;

Y volví, y halléla reina
Del prado altiva y gallarda,
Sobre el vástago extendiendo
Las puras hojas de nácar.

Si, bella Ismenia; tu Anfriso,
Que en tu niñez halagabas,
Llamándole buen amigo
Con tierna y graciosa habla;

Cuando á merced de los hados
Náufrago llegó á tu casa,
Y logró en su triste suerte
El puerto de la esperanza;

Vió en tí la naciente rosa,
El sol que el Oriente raya,
Y el jugueton arroyuelo
Que en los valles se solaza.

Lnégó á otros climas lejanos
Le llevó fortuna vária,
Sufriendo en males y bienes
Del destino la inconstancia.

Del Adur en las riberas,
Cuando vuelve á verte, halla
Rosa erguida, ilustre rio,
Y hoguera que amores lanza.

Mas aunque ya doce lustros
Mi encorvada frente gravan,
Y el infortunio y el tiempo
Ciñen mi rostro de canas,

No renuncio el dulce nombre
Que otras veces me llamabas,
Y tu corazon hermoso
Negar no puede á mis ansias.

Los pocos bienes que goza
La triste vejez reclama,

Y siempre fueron eternas
Amistades de la infancia.

XXI.

Á EUGENIO.

Scribendi rectè sapere est et principium et fons.
HORACIO.

Sin la antorcha de las ciencias
No esperes, mi dulce Eugenio,
Penetrar de Apolo y Clio
Los soberanos misterios.

Yo, como tú, cuando el rostro
Doraba el bozo primero,
Sentí en el hervor del canto
Alborozado mi pecho,

Y al aura de la armonía
Entregándome inexperto,
De juvenil arrogancia
Fuí vergonzoso escarmiento.

Pude escapar del naufragio,
Si bien de légamo lleno,
Y la tabla y los vestidos
Colgué, Minerva, en tu templo.

Allí de Newton y Euclides
La sagrada voz oyendo,
Mi espíritu enajenado
Los orbes corrió del cielo.

Allí el corazón humano
Sagaces me descubrieron
El que domó á Catilina
Y de Anyto el noble reo (1);

Y volví á cantar, y pudo
Tal vez halagar mi acento
Del Bétis, fecundo en cisnes,
Los márgenes placenteros.

Sí, amado; naturaleza
En vano nos dará el estre,
Si el saber no vivifica
Las voces y los conceptos.

Cual las pisadas del manso
Toda la grey va siguiendo,
Y en monótono balido
Atruena valles y cerros;

Así desnudo de ideas
Camina estúpido el genio,
Y la ajena voz repite
Y jamás remonta el vuelo.

¿Qué valen huecas palabras,
Ludibrio del primer viento?
¿Qué vale en sílabas once
Haber empujado un verso,

Si del ánimo dormidos
Deja todos los afectos,
Y no da á la fantasía
Ni á la razón alimento?

Estudia y sabe y sé útil,
Si quieres, amado Eugenio,
Penetrar de Apolo y Clio
Los soberanos misterios.

XXII.

DEL AMOR.

Filósofo despiadado,
Rompe, destroza, arruina
De Egipto, de Grecia y Roma
Las ingeniosas mentiras.

Yo abandono á tus furores
De Marte la lanza esquivada,
Al padre del siglo de oro
Y al dios que nos vuelve el día.

Separa á Clicie de Febo,
A Pluton de Proserpina,

Y al que domó los titanes
El ardiente rayo quita.

Y destiéralos por siempre
De los cuadros y las liras,
So color de que son viejos,
Y en vez de halagar fastidian.

Mas ¡oh! no toques severo
Al hijo de Vénus Cipria,
Que nunca envejece, y vive
Mas que imperios y ruinas.

Armado de dulces flechas
Sale de la selva Egnidia,
Siguiendo travieso el coro
De los juegos y las risas.

A Marte postra; á las Gracias,
El ala batiendo, incita
A cogerle, y en el seno
Les clava la oculta vira.

Huye á su madre riendo;
Álzase la venda, y mira
Sus incendios, y con mano
Les amenaza festiva.

Filósofos, vuestras sean
Ciencias, leyes y provincias;
Decretad de los imperios
El nacimiento y caída;

Que amor no muda; su suerte
Es reinar entre delicias;
Y no podréis, como otras,
Derribar su monarquía.

XXIII.

EL DESENGAÑO INÚTIL.

El corazón sumergido
En amargos pensamientos,
Va el triste Alcino del Bétis
Por la orilla discurriendo.
De su juventud primera
Contempla perdido el tiempo,
Cuando adusto el desengaño
Los pasos siguió al deseo;

Y la ilusión lisonjera,
Que halagó su incauto pecho,
Sabe que es falsa, y maldice
Y adora su devaneo.
Contempla sus verdes años,
Que amor se llevó en tormentos,
Cual las florecidas mieses
Marchita á deshora el cierzo.

Lloroso mira los troncos
Do grabó dulces recuerdos;
Que habiendo muerto su gloria,
¿Qué importa que crezcan ellos?
Al valle de los laureles
Baja del frondoso otero,
Do con sus pastoras danzan
Alegres los zagalejos.

A la fiesta le convidan
Por dar á su mal consuelo,
Y las sensibles zagalas
Le ven con rostro halagüeño;
Mas nada aliviar alcanza
Las heridas de su seno,
Que las dolencias de amor
No se curan con ejemplos.

Torna el baile; hiere el són
De la dulce flauta el viento,
Y vuela cada zagal

Al norte de sus deseos.
Todo es júbilo y bullicio,
Todo es delicia y contento,
Y entre tantos venturosos
El solo vive muriendo.
Ve en inocentes placeres
Corazones satisfechos,
Cuando amor condena el suyo
A eterna cárcel de celos.
Ve en dulces lazos el baile
Unir los amantes tiernos,

(1) Este reo es *Socrates*. Su enemigo Anyto le hizo condenar á beber la cicuta. (Nota del Colector.)

Cuando la indigna cadena
Arrastra de antiguos hierros.
Con el comun regocijo
Van sus tristezas creciendo,
Y doliente y despechado
Dió tales quejas al cielo :
« Amor, tu fiereza impía
Con tal rigor me ha ofendido,
Que un esclavo en mí has perdido,
Y mi libertad ya es mía.

Sufra del hado el rigor,
Pues quebranté tus cadenas ;
¿ Qué importan todas las penas
Donde no hay penas de amor ? »

Dijo, y al volver los ojos,
Bañados en llanto acerbo,
Vió bajar su infiel Ismenia
Al baile desde el paseo ;
Mas ¡ ay ! ¡ cuán hermosa y linda !
¿ Con qué dulcísimo incendio
Sus ojos, rayos de amor,
Arden los amantes pechos !
¿ Cuán blandamente su boca,
Convidando al dulce beso,
En deliciosa sonrisa
Abre el clavel halagüeño !
¿ Cuál se esparcen fugitivos
Los rizos de su cabello,
Cuando el céfiro los tiende
Por la nieve de su cuello !
¿ Cómo palpitan inquietas
Las pomas del albo seno,
Que avaro el amor reserva
Para el más felice dueño !
¿ Con qué atractivo donaire
El tierno y florido cuerpo
Obliga á las Gracias todas
Que sigan sus movimientos !

Alcino la ve, y amante
Comienza á gemir de nuevo ;
Y así al pasar la zagala
Le dijo turbado y ciego :
« Zagala, tanta hermosura,
Tanto donaire y primor,
Te aumenta sin duda amor
Por crecer mi desventura.

Mas ¿ qué importa ? tuya es
Otra vez mi voluntad ;
No quiero más libertad
Que suspirar á tus piés. »

XXIV.

LA DECLARACION.

« ¿ Por qué con voz halagüeña
Mis duras penas encantas,
Y tan dulces me diriges,
Jóven beldad, tus miradas ?
¿ Soy acaso de ellas digno ?
Un pecho afligido, un alma,
En quien imprimió la suerte
El sello de la desgracia,
¿ Puede sentir de Cupido
La ardiente sabrosa llama,
Ni ser agradable asilo,
Bella Elisa, á tiernas ansias ?
¿ No ves que mis tristes ojos
De llorar cansados vagan,
Y un corazón compasivo,
No un pecho amante, reclaman ?
En mis pálidas mejillas,
¿ No miras cómo grabada
El implacable infortunio
Dejó su diestra tirana ?
Busca digno objeto, busca
Digno empleo de tus gracias
En esa de amor querida
Verde juventud lozana,
Y no en quien volvió por siempre
A los placeres la espalda,

Y sólo en la amiga muerta
Fin á su penar aguarda.
Cuando el céfiro lascivo
Al pintado soto baja,
Y entre las fragantes flores
Tiende sus travicidas alas,
A la medio abierta rosa,
Hija querida del alba,
El seno que le resiste,
Descubre audaz y lo halaga ;
Mas no á la que ya marchita
Probó de aquilon la saña,
Y al pié del ramo sin gloria
Yace mustia y deshojada.
No al olmo desnudo y yerto
La halagüeña vid se abraza,
Sino al que descucilla altivo
Con la pompa de sus ramas.
¿ Quién en el risco aterido
Buscó el clavel, ó entre zarzas
De punzante y rudo espino
Aguardó la mies dorada ?

» Mas tú, cariñosa y tierna,
Me miras, y no te espanta
Ver al furor de la suerte
Mi infeliz vida entregada.
Teme el riesgo á que te expone
El crudo amor ; teme, incauta ;
Ya sobre ti brilla fiera
La amenazadora espada.
Con esta ley el destino
Mi triste existencia graba :
*A la que adorare Alcino,
Siga adversidad infausta.*

» Tus hermosísimos ojos,
Que amor fulminan ; tú habla,
Mas dulce que al seco prado
El llanto de la mañana ;
Las rosas del rostro, el lirio
Del seno, las suaves gracias,
Que entre mil bellas te adquieren
De la hermosura la gala,
Víctimas del infortunio
Cayeran místicas y ajadas,
Si á mi desgraciada suerte
Tu feliz suerte ligaras.

» Mira cuán alegres todos
Del convite se levantan,
Con tierna mano estrechando
La del dulce bien que aman,
El pastor enloquecido
Busca su hermosa zagala,
Y el que con los piés no puede,
La sigue con las miradas.
¿ Cuán festivos, cuán contentos
Mezclan las ardientes danzas,
Uniendo amantes suspiros
Al sonido de la flauta !
El bosque ameno su sombra
Les da, sus soplos el aura,
Y ya la naciente luna
Con blanda luz los regala.
Todo es gozo en la pradera ;
Cuando en mi pecho cebada
Inextinguible tristeza
Su mortal veneno exhala.
¿ Por qué de tantos felices,
Bella Elisa, te separas,
Y oyendo mis quejas, pierdes
El placer que allí te aguarda ?
Tú gimes ; tus lindos ojos
Dulces lágrimas derraman ;
De piedad ó de amor sean,
Mi suerte queda fijada ;
Que ellas, amado bien mío,
Más que las del alba gratas,
A un misero restituyen
De ser feliz la esperanza.
Ya mi corazón es tuyo,
Mira bien cómo le tratas ;
Que aunque desgraciado, es noble,
Y á adorarte se consagra,

Las penas de amor tan sólo
A mi pecho le faltaban;
¡Triste de mí, si algún día
Me obligases á llorarlas!

Mi temor perdona; un triste
Jamás seguro descansa,
Y teme en los mismos bienes
Escondida la desgracia.
Y pues tu pecho y el mío,
Ardiendo en la misma llama,
Bajo los duros auspicios
De la adversidad se enlazan,
No olvides que un infelice
Te entrega toda su alma,
Y que hacerle amable debes
La acerba vida que arrastra.»

Así el desgraciado Alcino
A Elisa su amor declara,
Cuando la fiesta del Mayo
En el Bétis celebraban.
Elisa estrecha su mano,
Gozosa á un tiempo y turbada,
Y dice: « Si la fortuna
Nos persiguiera contraria,
Cuando en nosotros, mi Alcino,
Descargue toda su saña,
Dos bienes no ha de robarnos,
Que son, ternura y constancia.»

XXV.

Á LASTENIA.

En vano, bella Lastenia,
Vi de tus ojos risueños
La luz; en vano brillaron
Los lirios del albo cuello.
Ni las encendidas rosas
Que tus mejillas cubrieron,
Ni el aroma de tus labios,
Ni el oro de tu cabello,
Ni cuantas flechas Cupido
Dispara desde tu seno,
Lograron más que embotarse
Contra el mármol de mi pecho.
Y no, no las fieras rocas,
Niño indócil, me parieron,
Ni en las tigres de la Hircania
Tuve primer alimento.
Que cuando doró mi rostro
El florido bozo tierno,
Amé fiel y fui amado,
Y adoré mi cautiverio.
Mas ¡ay! que cuantas dulzuras
Esperé de un blando afecto,
Pronto las lloré trocadas
En desden, olvido y celos.
Gemí, loco y despechado,
Ni pude romper mis hierros
Hasta que el fiel desengaño
Me dió su amargo remedio.
No más amor; y si aún arde
Entre cenizas su fuego,
En la pura hermosa llama
De la amistad lo convierto.
Si aceptas, Lastenia amable,
El dón que ofrecerte puedo,
Poseerás en tierno lazo
Un corazón verdadero.
Ni ofendida lo desdeñas,
O por tibio ó por incierto,
Que más que el amor de otros
Vale la amistad de Ismeno.

XXVI.

EL RECELO.

Y ¡qué! ¡tan mal, bella Emilia,
Te es conocido mi afecto,

Que una corta ausencia crees
Capaz de entibiar su fuego?
¡Ay! ¡cuánto de tus temores,
Dulce bien, quejarme debo,
Cuando juzgas débil llama
El más devorante incendio!
Ponme en los climas sombríos
Que azota sañudo el cierzo,
Y do entre escollos de nieve
Reina el crizado invierno.
Allí en solitaria choza
Verás que por tí gimiendo,
El ardor de mis suspiros
Enciende el helado viento.
Ponme de la adusta Libia
En los áridos desiertos,
Que ignorados del Favonio,
Tuesta más cercano Febo.
Allí tu adorada imagen
Será mi pena y recreo,
Y añadiré con mi llanto
Nuevo ardor al mustio suelo.
Ponme en la apacible vega
Que halaga el plácido Alfeo,
Eterna mansion del Mayo,
Dulce cuidado del cielo.
Sin tí sus bellos jardines
Me serán horrible yermo,
Diciembre la primavera,
Y aquilon el fértil éuro.
¡Tan presto, mi bien, se olvidan
Tanto cariño halagüeño,
El dulce unir de los labios,
El blando enlazar del cuello?
¡Cuándo tan gratas memorias
Se borrarán de mi pecho,
Si son la gloria que adoro
Y la vida con que aliento?
¡Ay, zagala! El amor mío
Es fuerza que viva eterno,
Pues resistió inalterable
A esquivéz, mudanza y celos.

IDILIOS.

I.

EL DESDEN.

Si tu desden, bien mío,
En dicha tuya fuera,
Yo alegre padeciera
Y amara tu desden.
Mas ¡ay! ¡qué vale, hermosa,
La condicion esquivá,
Si á ti también te priva
Del más preciado bien?

Tú me adoras; el rostro,
En púrpura encendido,
Brotó mal reprimido
El amoroso ardor,
Y tus hermosos ojos,
Depuestos los desvíos,
Flecharon á los míos
La llama del amor.

El venturoso Anfriso,
Correspondido amante,
Vió su pasión constante
Premiada con tu fe.
¡Qué dicha! todo es mío,
Tu corazón, tu vida,
Y de mi amor vencida,
Amar tu gloria fué.

¡Ay! ¡por qué, si ya el ciclo
Unió nuestro destino,

Y lazo tan divino
Cupido nos tejió,
Niegas á mis descos
El placer anhelado,
Y opones á tu amado
Desden que ya venció?

La flor que vergonzosa
Se cierra á la mañana,
Del céfiro, tirana,
Burlando está el dolor;
Mas cuando ya vencida
Á amor rinde tributo,
En cáliz, hoja y fruto
Recibe al vencedor.

¡Ves al ave, cuál vaga,
Del amor fugitiva,
Y que al consorte, esquivo,
Le deja padecer?
Pues pronto, más benigna
Al amante quejido,
Verás que el dulce nido
Es cuna del placer.

Mira la vid frondosa,
Del olmo enamorada,
¡No la ves, rechazada,
Su asalto renovar?
Pues pronto amor constante
Domará la aspereza,
Y la dura corteza
Se dejará abrazar.

Todo, Elisa, condena
Á un alma injusta y dura;
Cuanto hay en la natura
Imágen es de amor.
Tú sola, dulce ingrata,
Mis ánsias no sosiegas,
Y á Cupido le niegas
La prenda del favor.

No es tan duro, bien mío,
Tejer hermosos lazos,
Y á un amante tus brazos,
Blanda prision, ceñir,
O en los sedientos labios
De un dichoso querido,
De amor correspondido
Dulce sello imprimir.

No mal, mi bien, descansa
En cándida mejilla
Un rostro donde brilla
Inextinguible ardor,
O en el nevado cuello
La enardecida boca,
Cuando á gozar provoca
El indomable amor.

¡Ay, bella! no retardes
Ya más la dicha mía;
No espere mi alegría
En brazos del desden.
Y si del pecho esquivo
Logré ya la victoria,
A coronar mi gloria
Vén, dulce amada, vén.

II.

LA FELICIDAD.

Modera, dueño mío,
Mi dicha y tus caricias. Ya en mi pecho
No cabe el alborozo : ya fallece
En amantes desmayos
Al peso del placer correspondido.
Sí, dulce bien : conserva
Esta vida feliz, que te consagro,

Y no en el fuego ardiente de tus ojos,
O en tus blandas palabras ó en la risa
De tu amorosa boca la consumas ;
Que á un tierno corazon enamorado
Y de tu amor sediento
El exceso del gozo es un tormento.

Mas no, mi amada :
Vuelve á mirarme;
Que sin tu halago
No sé vivir.

Dulces favores
No darán muerte
Al que tus iras
Pudo sufrir.

¡Oh gozoso recuerdo
De mis amargos dias! ¡Oh desdenes
Ora tan dulcemente compensados!
¡Oh enamoradas ánsias! ¡Oh tormentos
De celosa inquietud! ¡Oh tristes penas,
Que una mirada tuya trocó en gloria!
Del abismo profundo
Tus deliciosos brazos me elevaron
Al cielo del amor. Aquel momento,
Que decidió mi triunfo y tu ternura,
Vale una vida entera de amargura.

Dulce hechizo de un alma
Que sin tí fallecía,
Recíbela, no es mía,
Que sólo tuya es.

Logré el constante pecho
La suspirada gloria :
Tu amor es mi victoria,
Y amarte mi interes.

III.

EL RECELO INJUSTO.

Al alma enamorada,
Más que tu halago tierno,
Es dulce, Elisa mía,
Tu tímido recelo.
Yo lo adoro ; es la prenda
Más cierta de tu fuego;
Que de temores vive
El firme amor sincero.
Con tal que la injusticia
Conozcas, y mil besos
¡Ay bella! satisfagan
La injuria de un momento.
De mi constancia eterna
¡Tú dudas, dulce dueño?
¡Qué fuerza habrá que arranque
Tu imágen de mi pecho?
Pregúntale mis ánsias
Al bosque, do crecieron
Con sus altivos troncos
Tus cifras y mis versos;
O al cristalino rio,
Guyo apacible espejo
Mis lágrimas ardientes
Mil veces encendieron;
La fuente que susurra;
El céfiro halagüeño,
Que jugueton menea
Las ramas del otero ;
Las rosas que al aurora
Te prodigó mi huerto,
Y con dichosa mano
Fijé sobre tu seno ;
De enamoradas ánsias
Testigos mudos fueron,
Y ya gratos emblemas
De mi constante incendio.
¡Ay dulce bien! No temas
Mudanza en mis afectos ;
Que olvidos no conoce
Amor, si es verdadero.
Mas si tu pecho asalta
Tal vez algun recelo,
Confiesa la injusticia,
Y páguenla mil besos.

IV.

LA TEMPESTAD.

¡Cuál silba en el otero
El Aquilón furioso! ¡Con qué saña
Ruge el trueno en el valle y la montaña!
¡Ay! ¡Qué cárdeno fuego
Rompe las nieblas de la noche oscura?
Embravecido el Noto
Contra los riscos de la cumbre alpina,
Desgaja el roble y la robusta encina.

¡No basta ¡ay Dios! que gima
Lanzado á tierra ajena?
¡Por qué á crecer mi pena
Bramó la tempestad?
En áspero desierto,
Sin luz y sin camino,
Un triste peregrino
¿Dónde hallará piedad?
No calma el viento airado,
No calla el ronco trueno. ¡Cuál retumba
En la lejana cumbre,
Que inunda el rayo de horrorosa lumbre!
¡Cuál despiden los cielos
Mares crecidos de violenta lluvia!
¡Cuál se lanza, orgulloso
Con el aumento, el rápido torrente,
Y ensordece los valles su corriente!
Piedad, cielos, piedad: perdido vago,
Miserico y solo por la selva umbría:
¡Ay! ¡nazca pronto el suspirado día!

Mas ya del oriente
Abres la áurea puerta,
Y naces, dulce aurora,
A iluminar la esfera.
Ya cesan los truenos,
Huyen las tinieblas,
Y el sonrosado día
El mustio campo alegra.
¡Oh blanda mudanza,
Que el mundo recreas,
Y en júbilo conviertes
La desventura acerba!
¡Ay de quien fallece
En continua pena!
¡Ay de quien á sus males
Ningun alivio espera!

V.

LA AUSENTE.

Quien las penas de amor ha sentido,
En mi acerba aflicción se consuele;
Que ninguna ¡ay de mí! tanto duele
Como ver a un amante partir.

Vivo, y late mi pecho oprimido,
Y jamas suspirando reposa:
Vivo, y siento la vida enojosa,
Ni es tan duro mil veces morir.

Aquel triste y amargo tormento,
Que de mí, dulce bien, te robaste,
No hay gemidos, no hay llanto que basto
A igualar su tormento y rigor.

El adios doloroso tus labios
Balcucientes formar no pudieron;
Mas tus ojos llorando dijeron:
«Seré firme: no olvides mi amor.»

Tu mirada doliente y suave,
Que mi rostro fijó, parecia
Moribundo reflejo del día,
Que se eclipsa en las ondas del mar.
Al fin partes, y misera quedo
En tiniebla horrorosa y oscura;
Ni mis ojos verán la luz pura
Que otro tiempo los supo alegrar.

Dulce dueño de un alma cautiva,
Que en tus lazos el cielo encadena,

No recales que olvide tu pena:

Es mi gloria que penes por mí.

Si tú gimes, mi pecho amoroso
Corresponde á tu tierno quebranto;
No hay placer que se iguale á mi llanto,
Pues lo vierto, mi amado, por tí.

VI.

A UN ÁRBOL.

(Traducción del francés.)

Tronco infeliz, desnudo y sin verdura,
Imagen fiel de mi mortal dolor,
Si marchitó el invierno tu hermosura,
¡Ay! yo probé las iras del amor.

Mas tú, al reir la dulce primavera,
Gloria serás del plácido verjel:
Mi corazón ningún alivio espera,
Ni Mayo habrá para mi mal criel.
No des jamas tu sombra ó tu corteza
Á infiel beldad, á pérfido amador,
Y el que á engañar se atreva la ternura,
Conserve en tí renombre de traidor.

Yo huiré de tí, de tu enramada umbrosa,
Que un tiempo dió su asilo á mi placer;
Mas al morir tu primavera hermosa,
Tú me verás contigo padecer.

VII.

Á MI AUSENTE, EN SU DIA.

Pide al viento sus alas,
Y vé, suspiro mío,
Adonde el hado impio
Me niega á mí volar;
Que si á mi hermosa halagas
El labio sonrosado,
Cuál pecho te ha exhalado
No puede, no, dudar.

El fuego que me abrasa,
Ardiendo va contigo,
Y el de su pecho amigo
Podrás tambien crecer;
Que allí puro y constante
Amor sus alas mueve,
Y aquella hermosa nieve
No sabe más que arder.

Dile que sufro y lloro
Las iras del destino;
Que un pecho diamantino
Labrará mi gemir;
Y que es, en tantas penas,
La más acerba y dura
Estar de su hermosura
Ausente, y no morir.

¡Por qué la injusta suerte,
Que me robó mi gloria,
No arranca la memoria
De aquel perdido bien?
Y así de pena exento,
Y exento de alegría,
Del hado burlaria
El áspero desden.

Mas ¡ay! ántes que olvide
Y tanto amor ofenda,
El rayo, dulce prenda,
Se lance sobre mí.

De clima en clima errante,
Desconsolado y triste,
El alma en que viviste
Es siempre para tí.

Adonde el sol ardiente
Los rostros descolora,

O adonde muere Flora
Y brama el aguilon;
Bajo la hoguera estiva,
O entre el agudo hielo,
Serás gloria y consuelo
Del tierno corazón.

Por tí suspira, cuando
Llorosa el alba nace;
Por tí, si Febo yace,
Y el mundo duerme ya,
El sueño con tu imagen
Engaña mi deseo;
Cuando despierto, creo
Que huyendo de mí va.

Vegas, do gocé un tiempo
Caricias adoradas,
Donde no eran soñadas
Las dichas del amor;
En vuestro seno llora
A su infeliz ausente,
Y á la emboscada fuente
Confía su dolor.

Vuelve el ya ingrato día,
Cual ántes venturoso,
En que tu nombre hermoso,
Bien mío, celebré;
En la estacion amena
De plácidos amores,
Que dió la tierra flores,
Hollada por tu pie.

¡Ay, cuánta dicha el cielo,
Mi Elisa, prodigaba!
¡Cuán grato nos brindada
Cupido su favor!

Todo de amor hablaba
Al tierno pecho mío;
El prado, el monte, el río
Brotaban dulce amor.

¡Qué nos quedó de tanta,
De tan fugaz ventura?
Una infeliz ternura,
Como infeliz, leal.

Mas ella, vida mía,
Es mi existencia entera,
Y entre la pena fiera
Consuelo celestial.

Que si lloré en un día
Perdido mi tesoro,
Pues me amas y te adoro,
No todo lo perdí.

El corazón, huyendo
Del aire que respiro,
Se exhala en un suspiro,
Y vuelve libre á tí.

Recíbale piadoso,
Mi bien, mi dueño amado,
El seno regalado,
Donde feliz vivió;

Y en él su pena esquivada
Consuela enamorada,
Que aún lleva atravesada
La flecha que lo hirió.

VIII.

EL TÚMULO.

¡Ay! ¿dónde huyeron
Los bellos días,
Que de alegrías
Colmaba amor?
Sólo un sepulcro
Perdonó el hado,
Templo adorado

De mi dolor.

La muerte fiera,
Dulce bien mío,
Con brazo impío
Te arrebató.
Robó á mi pecho
Todas sus glorias;
Tristes memorias
Sólo dejó.

Por tí gimiendo,
Sombra querida,
Mi edad florida
Consumiré.
Ni en la pradera
Cantaré amores,
Ni entre las flores
Me adormiré.

A la adorada
Ceniza fría
El alma mía
Se exhalará;
Y allí estrechando
Lazo constante,
¿Quién, dulce amante,
Lo romperá?

Cuando el sepulcro
Regueis, pastores,
De mustias flores
Fúnebre honor;
Volved diciendo
Con voz llorosa:
«Bajo esta losa
Respira amor.»

IX.

LA JARDINERA.

Anacreónticas.

I.

Del álamo de Alcides
Y de laurel coñida,
Para cantar las guerras
Templaba ya mi lira.
La diosa de Citera
Del brazo me la quita,
Y afable sonriendo,
En blando amor la hechiza.
«¿Por qué tu dulce acento,
Me dice, lo dedicas
A las marciales lides,
Si puedes á las mías?
Cuando los bellos ojos
De la sin par Mirtila
Abrieron en tu pecho
La más sabrosa herida,
Sintiendo amores, ¿cómo
Celebrarás las iras?
Canta, canta sus gracias;
Canta la blanda risa
Que en sus purpúreos labios
Al tierno amor convida;
Canta de sus jardines
Las plácidas delicias,
Las venturosas flores,
Que crecen á su vista,
Y del vendado niño
Victorias y caricias.»
Dijo, y en vez del lauro
Ciñó á mi humilde lira
De su pensil de Idalia
La rosa y clavellina.
Ya sólo de ti canto,
¡Ay jardinera mía!
Amor el premio sea
De versos que amor dicta.

2.

Cuando disipa el alba
La fúnebre tiniebla,
Y hermosa precursora
Del sol, el mundo alegra;
A sus verjeles sale
Mi amada jardinera,
Más que la aurora linda
Y más que Apolo bella,
Las flores, al mirarla,
Nueva beldad ostentan,
Y al aura, que las mueve,
De mil olores llenan.
En la floresta umbrosa
Dulce alborada suena,
Con que las tiernas aves
Saludan su belleza.
Con la nevada mano
Las blandas flores riega,
Y del estivo rayo
Piadosa las preserva.
¡Ay, Mirtila! ¿tan sólo
Piedad merecen ellas?
¿Por qué del fuego mío
No calmas la violencia?

3.

Ayer me dió Mirtila
Un oloroso ramo,
Que de diversas flores
Tejió con diestra mano;
Y al dármele, su rostro
Se abrasa en fuego blando,
Y flores su mejilla
Más lindas roscaron.
¡Ay, ramo! tú lo sabes;
Cuando feliz y ufano
En su mano te hallabas,
Dime, ¿suspiró acaso?
¿Te besó cariñosa
Y al seno delicado
Te llevó? ¿Lo sentiste
De gozo palpitando?
Dime, dime qué ardores
Al darte la agitaron;
Si no es amor, yo muero;
Si es amor, yo me abraso.

4.

¿No ves aquella rosa,
Que con beldad lozana
El lindo seno ofrece
Al céfiro del alba?
Pues aún no bien las sombras
Del alto monte caigan,
Cuando su pompa hermosa
Mustia verás y ajada.
No pierdas, no, Mirtila,
Tu plácida mañana;
La más brillante rosa
Al otro sol no alcanza.

5.

¡Oh amor! así de Psíquis
El blando beso logres,
Sin que envidiosa Vénus
Se ofenda ni lo estorbe;
Así del alto Olimpo
Por dueño te coronas,
Y tus arpones rindan
Al padre de los dioses;
Que cuando de Mirtila
La bella luz adore,
Inspires tú benigno
Mis perturbadas voces.
Al labio da osadía,
Si al pecho diste ardores;
Que no hay piedad ni cura

A heridas que se esconden.
Mira qué hermosa viene,
Coronada de flores,
En su amor abrasando
Desde la orilla al monte.
Sé propicio, oh Cupido,
Y en eternos loores,
Sobre mi dulce lira
Resonará tu nombre.
Mas ¡ay! que cuantas fuerzas
Para decirle amores
Me das, en sólo amarla
El corazón las pone.

6.

Era la siesta, cuando
El sol ardiente abrasa
Con devorantes rayos
Verjeles y montañas.
Amor quemando el pecho
Con más activa llama,
Al huerto de Mirtila
Mis pasos arrebató.
Por él mi amada prenda
Airosa caminaba,
Venciendo su hermosura
La luz del cielo clara.
Bate Favonio dulce
Sus vagorosas alas,
Y en giros mil lascivo
El lindo talle halaga.
Al bosque de los mirtos
Mueve la bella planta,
Y callado la sigo
Entre amorosas ansias.
En su retiro umbroso
Se recuesta y descansa,
Sobre florido lecho,
Que envidian los de Idalia.
Suspira, y sus ardientes
Suspiros lleva el aura,
Y delicioso llanto
Su tierno rostro baña.
Y corriendo ligero
En perlas desatadas,
Con ellas enriquece
Del césped la esmeralda.
Arrebatado entónce
Llego, y con voz turbada
Piadoso le pregunto
De su dolor la causa.
Dime, y los dulces ojos
De mí tímida aparta,
Y el semblante colora
De rosa, nieve y nácar.
Maligno amor reía,
Y de la ardiente aljaba
La más aguda flecha
Al blanco seno clava.
El fuego por sus venas
Triunfante se derrama,
Y dice «yo te adoro»
Con voces desmayadas.
¡Oh dios de los amores!
A tus divinas aras
Mi corazón rendido
Por siempre se consagra.
Vosotras, que felice
Me veis, hermosas Gracias,
Decid, decidle á Vénus
Que ya Mirtila ama.

7.

De las preciadas flores
Que en su jardín cultiva,
Una guirnalda hermosa
Entretejió Mirtila.
De púrpura y de nácar
Las unas van teñidas,
Y á cual de la inocencia

El puro albor eubria,
Y en lazos de geranio
Y verde mirto unidas.
Con ella ornó mi frente
Ya tierna, ya festiva.
Pues víctima á tus aras,
Bien mio, me destinás,
Desde que fué el amarte
La vida de mi vida,
Ya coronada tienes
La víctima ofrecida;
¿Por qué, di, no la hieres,
Si está en morir su dicha?

8.

A un eminente olmo,
Honor de la pradera,
Entrelazó Mirtilla
Las ramas de una hiedra.
De los tenaces brazos,
Que el duro troneo cercan,
La altiva copa cede
A la amorosa fuerza.
De su constancia el triunfo
Tú misma me celebras,
Ingrata, y á la mia
El dulce premio niegas.

9.

¿No ves la luna hermosa
Qué clara, qué tranquila
Por el cénit del cielo
El albo carro guía?
¿No ves cómo la noche,
De beleño ceñida,
Espanto perezoso
Al ancho mundo inspira?
Allí de los amores
El astro puro brilla,
Que en benévolo rayo
Su tierno influjo envía.
Reguemos, pues, las flores;
El aura fugitiva
Con apacible soplo
Al riego nos convida;
Y en tanto que la aurora
Con dulce y grata risa
De nácar y de perlas
No siembre la colina,
En union venturosa,
Del blando amor delicia,
Reguemos los jardines
Hasta que venga el día.
No quede flor sin riego,
Por alta ó escondida;
La flor que no se riega,
¡Ay! morirá marchita.

10.

Amor, deja tus flechas,
Depon la venda hermosa,
Y al cándido Himenéo
Enciéndele la antorcha.
La frente de Mirtilla
Unidos ya coronan
De la constancia el lirio
Y del pudor la rosa.
De su pensil las flores
Lecho nupcial le forman;
Por la que yo suspiro
Es linda sobre todas.
Vén, Himenéo, vuela;
Que Apolo ya las ondas
Del piélago de ocaso
Con tibio rayo dora.
Y tú, mi dulce lira,
Celebra armoniosa
Del más ardiente afecto
La más feliz victoria.

Y cuando nazca el alba,
Las aves bulliciosas
Imiten en sus nidos
Tus cantos y mis glorias.

X.

EL SUEÑO.

(Traducción del francés.)

En los jardines de Gnido
Contigo el sueño me unió,
Y un arrayán escondido
Su amiga sombra nos dió.
¡Oh qué beldad! no tan pura
Comienza el alba á reír.
Tú cediste á mi ternura;
Yo iba en tu seno á morir.
Mas ¡ay! Cupido envidioso
Velaba; yo desperté;
Solo en mi pecho amoroso
Tu imagen querida hallé.
Con mi dulce sueño huíste,
Y de aquel dichoso error
Nada más me queda ¡ay triste!
Que tu hermosura y mi amor.
Ya sólo, amada delicia,
La vida espero de tí;
Que siéndome tú propicia,
¿Qué puede amor contra mí?
Haz que el hijo de Citéres
Trueque, movido á piedad,
Tantos soñados placeres
A un momento de verdad.

XI.

MI DESEO.

¿Sabes, hermosa Emilia,
Cuál es el bien que ansio,
Y cuyo ardiente voto
Los dioses me inspiraron?
No son, no, los tesoros
Del Ganges celebrado,
Ni el oro y las riquezas
Del opulento Craso.
Ni de Marte en las lides
Brillar funesto rayo,
Ni que mi frente ciñan
Laureles sanguinarios.
Tampoco los favores
Del necio prócer amo,
Ni junto al trono fiero
Mandar esclavizado.
«Acaso te deslumbra
La gloria de los sabios.»
No: léjos de mi vista
Los triunfos literarios,
¿Yo de opinion ajena
Viviera? ¡Yo, temblando,
Del ignorante vulgo
Comprá el torpe aplauso?
«Quizá en el blando vino
Sepultas tus cuidados,
Y sigues con Sileno
La enseña del gran Baco.»
Es cierto que algun día
Bebí, su partidario,
Y no, no poca gloria
Sus lides me alcanzaron;
Mas ya del traidor néctar
Detesto el dulce engaño;
Que sin razon no hay hombre,
Ni gozo en el letargo.
Tú callas, bella Emilia;
Mas tu silencio es vano;
Que no una vez mis ojos
Mi pecho te mostraron.
Artera, tú sonríes;

Ya tu malicia alcanzo;
Lo que mis ojos dicen,
Repetirán mis labios;
Con tal que des en paga
Un beso anticipado,
Por él de mis descos
Sabrás el grande arcano;
Y te diré, mi Emilia,
Cuál es el bien que ansio,
Y cuyo ardiente voto
Los dioses me inspiraron.

XII.

LA ENTREVISTA.

Cuando el rigor, bien mio,
Nos separó del hado,
Tu rostro vi inundado
En lágrimas de amor.
¡Por qué, si más benigno
Nos concedió un momento,
Este fugaz contento
Me amarga tu dolor?

Mas ¡ay! no alivia el verte
Mi acerba desventura,
Pues miro en tu hermosura
Mi ya perdido bien.
Tormento son del alma
Tus gracias celestiales;
A dar fin á mis males,
Sañuda muerte, vén.

Porque ¡ay de mí! ¿qué vale
Gloria pasada á un triste?
Ya, Elisa, me perdiste;
Ya Anfriso te perdió.
¿Qué vale en pena tanta
Amor correspondido,
Que ni desden ni olvido
Un punto perturbó?

¿Qué vale la constancia,
El tierno llanto, el ruego,
El amoroso fuego
Y el misero gemir,
Si inexorable el hado
Juró nuestra ruina,
Y su impiedad continua
Nos obligó á sufrir?

¿Por qué miré esos ojos,
Funestos como bellos?
¿Por qué de tus cabellos
Prisiones me labré?
¿Por qué mi pecho, Elisa,
Con tu desden no heriste?
¿Por qué correspondiste
Con dulce amor mi fe?

¡Oh furia! ¡Yo apartado
Del bien del alma mía!
Yo, que por tí vivía,
¡Ayl moriré sin tí.
¡Lloras! Amor tirano,
Si la crueldad te agrada,
Tu flecha emponzoñada
Dispara contra mí.

Mas deja libre á Elisa
De tu furor sañudo;
¿En qué ofenderte pudo
Su cándida beldad?
¿En qué el pudor ingenuo?
¿En qué el ardor constante?
Es infeliz y amante,
E implora tu piedad.

Mas lloras.... ¡ay Elisa?
Llora. Tu amargo llanto

Le pide al cielo santo
Venganza contra amor.
Verted, pues, ojos míos,
Las lágrimas de muerte;
Verted, y de la suerte
Cedamos al rigor.

Dulces ojos, deidades,
Que en mi infortunio adoro,
Unamos nuestro lloro
Y crecerá el sentir.
Y de tan dura pena
Contento el hado esquivo,
Nos dará compasivo
La dicha de morir.

XIII.

EL PRIMER AMOR.

(Traducción del Metastasio.)

¡Qué bien dijo, amor, quien dijo
Que tu primer llama era,
Si una vez prendió en el pecho,
Entre cenizas centella,
Y oculta esperando que el aura la mueva,
Al más leve soplo levanta una hoguera!
Dígalo yo; que si miro
Tal vez mi enemiga bella,
De su perfidia me olvido,
Contemplando su belleza;
De nuevo amoroso suspiro por ella,
Y es Nise de nuevo mi gloria y mi pena.
Ni tan sólo es alimento
Del fatal delirio el verla;
Que en todas partes encuentro
De mi perdición la senda;
El monte y el río, el prado y la selva
Heridas mal sanas de amor me renuevan.
Allí me rindió; este prado
La vió premiar mi terneza;
Junto á aquel bosque la ingrata
Se burló de mis querellas;
Y fieles testigos de paces y guerras,
Las fuentes y troncos su historia conservan.
Digo amores á las ninfas
Por divertirme con ellas;
Mas si en Clori ó Silvia admiro
El donaire y gentileza,
Y en cantar sus gracias mi lira se emplea,
El alma suspira: *mi Nise es más bella.*
Del amor, dulce bien mio,
Por tí conocí la fuerza;
Por tí sola vivir quiero,
O morir si tú lo ordenas;
Y al pecho afligido dé alivio en sus penas,
Que tú de mi suerte el árbitro seas.

XIV.

EL PREMIO.

Estos son los preciosos momentos
Que concede la suerte á un amante;
Ya cansada la diosa inconstante,
Terminó mi infeliz suspirar;
Y al rigor, los desdenes, los celos,
Que afligieron mi pecho amoroso,
Ya sucede el placer delicioso,
Dulce premio á mi triste penar.

Bellos prados de grata verdura,
Que regó tantas veces mi llanto,
Hoy veréis cómo viene mi encanto,
Y os florece su amable reir;
Y tan tierna, benigna y graciosa,
Como esquivaba otro tiempo y tirana,
Volverá, cariñosa y ufana,
Gozo y gloria mi eterno gemir.

Lindas flores, que al céfiro blando
Prodigais los nativos olores,
La fragancia de puros amores,
Cuando venga mi dueño, esparcid ;
Vientecillos, venid de la selva,
Do cultiva sus mirtos Cupido,
Y asaltando ligeros su oído,
Las lecciones de amor repetid.

Clara fuente, que riegas el prado
Dividida en perenes raudales,
¡ Cuántas veces tus puros cristales
De mis ojos el llanto enturbió !
Cuando venga á mirarse en tus ondas,
Y retrates su gracia y lindeza,
Dí tambien : « Por amar tu belleza
Un amante mi curso aumentó. »

Mas ¡ ay cielo ! que viene mi Elisa,
Dando envidia á la cándida aurora.
¡ Cuántas gracias su rostro atesora !
¡ Cuántos rayos esparce de amor !
Fuentes, flores, arroyos y vientos,
Regalad cariñosos mi amada,
Cantad, aves, mi prenda adorada,
Mientras premia de Anfriso el ardor.

XV.

LA LIBERTAD.

Feliz el alma que huye
De tus cadenas, amor,
Y para siempre deja
Tu lóbrega prision.
Ni grillos ni argolla siento ;
Libre nací, libre soy ;
Y libre gozo, oh día,
Tu plácido esplendor,
Ni aun la señal de los hierros
En pié ó en mano quedó ;
Mi frente no del sello
Conserva ya el borron.
Tan osado el desengaño
La fatal cárcel rompió,
Que vió el amor mi fuga,
Y no lanzó su arpon.
Ya de mi antiguo tirano
Me burlo tan sin temor,
Que á sus agudas flechas
Expongo el corazon.
De la amistad, su enemiga,
La enseña siguiendo voy,
Y á mi placer blasfemo
De aquel mentido dios.
No hay beldad, por más que ostente
En rostro y cuello el albor,
La aurora en la sonrisa
Y en el cabello el sol,
Que merezca otro cuidado
Á mi libre desamor,
Que el de cantar sus gracias
Tranquilo y sin pasión.
Ni temo crudos desdenes,
Ni ardo en celoso furor,
Ni su funesta venda
Me pone la ilusion.
Amo sólo por mi gusto ;
Olvido cuando hay razon ;
Y á la amistad le pido
Las dichas del amor.
Y tú, inconstante hermosura,
Cuya mudanza acabó
Con sólo un desengaño
Mi gloria y mi dolor,
No temas, no, que te ultraje
Injusta y libre mi voz,
O que tu nombre manche
Con áspero baldon.
Insulte un débil amante
La belleza que adoró,

Y exhale en duras quejas
El no extinguido ardor.
Nadie tus divinas gracias
Celebrará más que yo ;
Las dichas que te debe,
Mi pecho no olvidó.

Y si mi penar fué largo,
Y el placer sombra veloz,
Culpa es de amor y mia,
No es culpa tuya, no.
Tú estas inocente, Emilia ;
Ese vendado traidor
Fué quien, ardiendo el mio,
Tu fuego consumió.

O, más bien, yo fui tan loco,
Que me persuadí ¡ oh error !
Que en pecho de una bella
Durara la pasión.

Cuantas penas tu inconstancia
No esperada me causó,
De aquel delirio insano
La medicina son.

Cualquier hermosa la dicra ;
Mas de tu mano es mejor ;
Que al fin, más blanda hiere
La que rendida amó.

De aquel amor tierno, de esta
Saludable curacion,
Emilia hermosa, quedo
Dos veces tu deudor.

XVI.

FÍLIS SEPARADA DE SU AMANTE.

Invierno erizado,
Que enlutas el cielo,
Y cubres de hielo
Las almas y el prado ;
Por tí los raudales
Su curso entorpecen,
Por tí languidecen
Los tiernos frutales.
Le robas sus flores
Al márgen del río,
Y al bosque sombrío
Sus nidos y amores ;
Su grata verdura
Al valle aterido,
Su pasto al egido,
Y á mi mi ventura.
Perdí á tu venida
Mi amante, mi amado,
Mi tierno cuidado,
Mi gloria y mi vida.
Imploro doliente
Al hado y al cielo ;
Mas no dan consuelo
A penas de ausente.
La misma esperanza
Mis males aumenta ;
Que amor siglos cuenta
En breve tardanza ;
Y allá cuando dieres,
Gentil primavera,
Fulgor á la esfera,
Y al mundo placeres,
Verá el alma mia
Al dueño que adora ;
¡ Cuán lenta es la aurora
De aquel feliz día !
El soplo suave
Del céfiro blando,
La selva brotando,
Los cantos del ave,
Pradera halagüeña
De amor y recreo
Mi ardiente deseo
Las finge ó las sueña.
Si tal vez depone
El monte su nieve,

Y á abrirse se atreve
 La flor de Dione,
 Aquel breve rayo
 Engaña el sentido,
 Y á Enero le pido
 Las flores de Mayo.
 Mas viene á deshora
 El Noto irritado,
 Y roba al collado
 La luz que lo dora.
 Al prado se lanza,
 La rosa fallece;
 Con ella fenece
 Mi dulce esperanza.
 Perdida alegría
 De un alma doliente,
 Si el hado inclemente
 De tí me desvia,
 Borrar tu memoria
 Del pecho no puede;
 Que amor nunca cede,
 Y amarte es mi gloria.
 Ni temas que huya
 Tu dulce cadena;
 Que alivio mi pena
 Pensando en la tuya;
 Y á pechos leales,
 Amor, les previenes
 Que esperen los bienes,
 Si sufren los males.
 Su ley, dulce amado,
 Constantes guardemos
 Y así triunfarémos
 Del tiempo y del hado.

XVII.

EL PONCHE,

Al dios celebremos
 Que alegre y festivo
 Difunde en las almas
 Su dulce furor;
 Y dando benigno
 Delicia sin pena,
 La flecha sañuda
 Despunta de amor.

Al dios celebremos
 Que al Bétis florido
 Trajeron las naves
 Del fiero Albión;
 Que tal vez el suelo,
 Fecundo de males,
 Produce á los hombres
 Benéfico dón.

De palma remota
 Corona su frente;
 Su rostro iracundo
 Enseña á reir.

El vaso espumante,
 Henchido en la mano,
 Su voz poderosa
 Debemos oir.

No temas, mi Filis,
 Su fuego nativo;
 Que templará su fuego
 El blando azahar.
 Gocemos del día
 Brillante y sereno;
 Que es necio el que espera
 Pudiendo gozar.

XVIII.

LA SIMPATÍA.

Rayo de amor, celeste simpatía,
 Fuego inmortal que abrasa sin dolor,

Llama feliz, que al de su amante envía
 Un corazón con dividido ardor;
 Tu lumbre fué la favorable estrella
 Que me guió á los pies de Filis bella.
 Tú, blanda paz del mundo y de los seres,
 Ligas al sol el astro matinal;
 Por tí el león suspira los placeres,
 Y unen por tí dos fuentes su raudal;
 Por tí al mirar de Filis la hermosura,
 Del tierno amor probé la llama pura.
 En tierra, mar y viento tú dominas,
 Al bruto, al pez, al pájaro fugaz;
 La linda flor hácia la flor inclinas,
 Y al duro imán el hierro montaraz;
 Tu lazo fué, divina simpatía,
 El que me unió con la adorada mía.

XIX.

AL CUMPLEAÑOS DE EMILIA.

Es hoy el fausto día
 Que á tus floridos años
 Un nuevo giro añade
 El padre de los astros.
 Y aunque de mustia escarcha
 Yace cubierto el campo,
 Y á la prision de hielo
 El manso arroyo atado,
 Alegra monte y valle
 No sé qué nuevo encanto,
 Y dulce primavera
 Halaga los collados.
 La flor que de la nieve
 Temía los estragos,
 Al viento y luz descubre
 El cáliz esmaltado.
 Calla el furioso soplo
 Del Aquilon insano,
 Y va por los oteros
 El céfiro jugando.
 No ya la aurora nieva
 Entre celajes pardos,
 Que vierte en los pensiles
 El alelí del Mayo.
 Las aves que perdieron
 Nidos y sombras, cuando
 El rígido Diciembre
 Taló su pompa al árbol,
 Ya bulliciosas vuelven,
 Y animan selva y prado,
 Y cantan sus amores,
 Y oye el amor sus cantos.
 Menos adusta alza
 Su faz el monte cano,
 Y nítida esmeralda
 Matiza su costado.
 Todo es placer; el cielo
 Sereno brilla y claro,
 Y brota en las praderas
 Abril anticipado.
 Sí, hermosa Emilia, hoy vuelve,
 El Bétis alegrando,
 La luz en que naciste
 A ser de amor milagro.
 Venid, pastores. Sea
 Júbilo y danza el prado,
 Y nuestra dulce amiga
 Gozosos aplaudamos.
 Desprecia ya, Sileno,
 De amor el fiero dardo;
 Que si en la cera encarna,
 Se embotará en el mármol.
 Baña de alegre risa
 Los juveniles labios,
 Aunque tu risa ofenda
 Al flechador tirano.
 Y tú, de las pastoras,
 Aristó fiel, cuidado,
 Tu blanda lira pulsa
 Que vence suspirando.

El són de la ternura
Al aire dé su encanto,
O del amor triunfante
El plácido desmayo.
Así en tu edad florida
Trocabas sollozando
De tu inconstante Iberia
Las quejas en halagos.
Oyelos tú gozosa,
Divina Emilia, en tanto
Que digna voz á Apolo
Pide tu Anfriso amado.
Y si mis versos pueden,
En Helicon grabados,
Al golfo del olvido
Sobrenadar ufanos,
Irá de gente en gente
Tu nombre idolatrado,
Ni tu amable memoria
Marchitarán los años;
Mas vivirá halagüeña,
Mientras el sol de ocaso
Derrame sobre el Bétis
Sus moribundos rayos.
Vive feliz, delicia
De tus amigos caros,
Y sus sencillas flores
Recibe con agrado.
Mas si el amor se oculta
Artero en algun ramo,
Con sólo que lo aceptes,
Ya queda bien premiado.

XX.

LA QUERELLA INÚTIL.

Si ardientes suspiros,
Si lágrimas tiernas
Vencer no pudieren
Tu cruda fiera,
Del pecho brotaron,
Al pecho se vuelvan.
Un tiempo mi afecto
Premiaste risueña;
Trocó tu mudanza
Mis glorias en quejas:
Mas ¡ay! pues son vanas,
Al pecho se vuelvan.
Más fácil, lanzada,
Se pára la piedra,
Que escuche los ruegos
Mudable belleza;
Inútiles ruegos
Al pecho se vuelvan.
Los necios rivales
Tu olvido celebran,
Y escuchan riendo
Mis tristes querellas:
Del pecho salieron:
Al pecho se vuelvan.

XXI.

LA MUDANZA.

Lamento, infiel, lamento,
Aun más que tu mudanza,
El ver sin esperanza
Y eterna mi pasión:
Que cuando tu perfidia
Herido y triste llora,
Perdido bien, te adora
El tierno corazón.

Y cual la vid podada
Con más vigor recrece,
Y herido retoñece
El alto ciclamor;

Así cuando en tu pecho
Las iras son mayores,
Levanta más ardores
Mi inextinguible amor.

¡Ay! ¿Quién, tormento mío,
Así pudo trocarte?
¿Es delito el amarte,
O lo es amarte yo?
Mas tú de mi delito,
Crüel, la culpa tienes.
¿Por qué brota desdenes
Un pecho que ya amo?

¿Quién convirtió en desvíos
Aquellos dulces lazos?
¿Quién me cerró los brazos,
En que feliz viví?
¿Por qué murió en tu boca
El beso regalado?
¿Por qué tu labio helado
Ya es mudo para mí?

Perdí el mirar suave,
Perdí el suspiro ardiente,
Y en mi gemir doliente
Te gozas desleal.
¿Por qué la muerte impía
No acaba mis dolores,
Y sacia sus furors
La causa de mi mal?

Mas tú, mi dulce Emilia,
Entonces ¡ay! piadosa
Sobre mi helada losa
Llorarás tu rigor;
Y tarde arrepentida
Del duro ceño impío,
Dijeras: «El fué mío
Con verdadero amor.»

Ora, que aún vivo y puedo
Gozar de tus piedades,
Depon fieras crueldades
Y al tierno pecho vén.
Consuele en él tu halago
Cuando tu ceño ha herido,
Y vuelva amor perdido,
A ser su dulce bien.

XXII.

AL AMOR.

Amor, ¿quién entiende tus fieros engaños,
Tus paces, tus guerras, tu falsa dulzura,
El plácido halago, la acerba amargura,
Que tejen la vida del triste amador?
El sol más luciente le nace riendo,
Y logra dichoso tus blandos favores;
Mas súbito un áspid le muere entre flores,
Y abrasa sus venas celoso furor.

Amante de Emilia, probé su desvío:
Su ingrata belleza dejaba indignado:
Vencerla no pude llorando y postrado,
Y sólo un enojo domó su desden.
Gocé sus favores, gemí sus mudanzas,
Romplí mi cadena, volví á sus caricias,
Lloré mil pesares, cante mil delicias,
Y fué de mis años la pena y el bien.

La ausencia y los celos con furia doblada
Mi pecho affligieron sensible y amante:
Mis tristes querellas burló la inconstante,
Gozándose en verme rendido al dolor.
Busqué en la mudanza remedio á mis males,
Y el mismo remedio mis males aumenta;
Y siempre asaltado de nueva tormenta,
El píelago airado surqué del amor.

Y cuando en el templo del fiel desengaño
La tabla he fijado del náufrago leño,
La ingrata me halaga, y al áspero ceño
Sucede la risa del dulce querer.

Amor, te conozco: la ingrata hermosura
Reparte contigo los crudos arpones;
Que sólo os agrada prender corazones,
Y si huyen la pena, brindais el placer.

XXIII.

LA AMISTAD.

Filis, tu amistad hiciera
Mi tierno pecho feliz,
Si al fuego suave que sientes é inspiras,
Amor no mezclára su llama sutil.

¡Cuán gallardo crece el lirio,
Gala del templado Abril,
Si el soplo del euro conmueve sus hojas,
Y riega la fuente su verde raíz!

Mas si ardiente el sol de Junio
Sobre él comienza á blandir
El férvido rayo, que abrasa los campos,
Y trueca en incendios el claro cenit,

Lánguido y mustio fallece,
E inclinada la cerviz,
El vástago seco, marchitas las hojas,
De tristes ruínas alfombra el pensil.

Amor, tiránico dueño,
Me ha condenado á gemir
La dicha que logro, gozando tu afecto;
Que tú amas tranquila, y yo ardo por tí.

Si miro tus bellos ojos
A los míos sonreír,
Y el beso apacible de amiga me ofreces,
Yo loco el de amante quisiera imprimir.

Tus miradas, tus caricias,
Tus juegos, toda tú, en fin,
La imagen me ofreces del puro cariño;
Y yo suspirando lo gozo infeliz.

Cese ya el engaño; ó ama
Como yo, ó huye de mí;
Que humanas venturas las mide el deseo,
Y gozo no entero no es gozo, es morir.

XXIV.

EL ESCARMIENTO.

Amor, ya libre respiro
De tu piélago espantoso:
Ya en el seguro reposo
De las orillas me miro.
Si aún suspiro,
No es de amante, es de cansado;
Que quien en el trance airado
Con vida escapó de Marte,
Aun sueña que sigue el fiero estandarte,
Y tiembla el peligro despues de pasado.

La hermosura encantadora
Que aprisionó mi albedrío,
De mi ciego desvarío
Se burla ingrata y traidora.
Fué señora
De mi amor, y aún lo sería,
Si tan necia como impía,
Creyendo eterno su imperio,
No hubiese rompido del vil cautiverio
Los vínculos fuertes su indigna falsía.

¡Dichosos los desconsuelos
Que tu rigor me ha costado!
¡Dichoso el llanto, el cuidado,
La agitacion, los desvelos,
Y aún los celos!
Que en tu mudanza ó desden
Hoy recibo el paraben
De cuantas penas mi vida
Por tí atormentaron; que así, fementida,
A fuerza de males labraste mi bien.

Y tú, flechero vendado,
Que un tierno pecho engañaste,
Adios para siempre: baste
Los años que me has robado.
Su sagrado
La amistad me brinda abierto;
Ya ocupo tranquilo el puerto:
Filis y Euterpe me ofrecen
Los sacros laureles, que siempre florecen,
Y el puro cariño, que nunca es incierto.

XXV.

AL MISMO ASUNTO.

Injusto es tu enojo, querido bien mio;
Si yo desconfío del niño vendado,
Tambien he probado su falsa esperanza,
Su triste mudanza.

Yo náufrago he visto la mar alterada,
La nave azotada tocar las estrellas,
Y raudas centellas el piélago horrendo
Y el aire encendiendo.

Yo vi, peregrino, la senda perdida,
En fiera avenida crecido el torrente,
Cubrir dique y puente, y el campo inundado
De yerto ganado.

De violas y rosas el prado florido
Gocé divertido; cogí las más bellas,
Y un áspid entre ellas vertió por mi seno
Su ardiente veneno.

No extrañes que turbe el fiel escarmiento
La gloria que siento, tu rostro adorando;
Que es necio el que, amando, del dios que lo en-
Las artes no entiende. [ciende,

XXVI.

EL DESEO.

Ya de fulgentes flores se adorna primavera;
El céfiro apacible discurrir por el prado;
Verdura deleitosa el plácido collado
Y mirto florecido corona la ribera.

La edad de los amores
Ya vuelve; el dios vendado su cierto arpon envía;
Ya abrasa en vivo fuego zagalas y pastores;
Ya vuelo á tus rediles, ya vuelo, Filis mia.
No aljofarada hierba de recental querida,
Ni tanto al seco arbusto la lluvia es deliciosa,
Ni de cobarde gamo la loba deseosa,
Ni de repuesta fuente la cierva mal herida,
Cual yo de tu semblante
Busco la luz hermosa, que afrenta la del dia;
Si el aterido invierno me vió gemir constante,
Ya vuelo á tus rediles, ya vuelo, Filis mia.

Llevaba mis suspiros el Aquilon silboso
Del Nervion nublado al Ebro floreciente;
De su feliz ribera y de mi amada ausente
Mil veces acusaba al Mayo perezoso.
Cuando el agudo hielo
La tierra marchitaba, el aire entorpecía,
Y de agrupada nieve cubrió su faz el cielo,
Por tí, mi dulce Filis, el corazon ardía.

Ya traspongo ligero los cántabros collados;
Del alaves tranquilo discurro las montañas;
Diviso allá á lo léjos las plácidas campañas
Y de abundantes mienes los rios coronados.
Desciendo al Ebro hermoso,
Y busco en su ribera mi gloria y mi alegría.
Allí están sus rediles; amor, ya soy dichoso,
Que ya vuelva á mis brazos la amada Filis mia.

XXVII.

LA ESPERANZA AMOROSA.

No hay diosa que iguale
Mi dulce adorada,

Ni aurora rosada,
Ni sol cuando sale.
Dale, Vénus, dale
La poma de oro,
Que es Fili el tesoro
Más lindo de amor;
Filis bella es la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.
El alma arrebatada
Su blando desvió;
Hirió el pecho mío,
Severa, no ingrata;
Si tal vez maltrata
Osados desvelos,
Con dulces ojuelos
Mitiga el dolor;
Filis bella es la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.
Si el mirto y la rosa
Los huertos florece,
Guirnaldas le ofrece
Mi mano amorosa;
Su frente graciosa
Con ellas ciñendo,
Mi amada riendo
Aumenta mi ardor;
Robo un beso á sus labios divinos,
Y no se me enoja del Ebro la flor.
Mi afecto constante
Su nieve ya inflama,
Y dulce me llama
Su amado y su amante;
Y cuando brillante
Robáre el estío
Las ondas al río,
Y al prado el color,
Será mia la gloria del Ebro,
Y de la hermosura la gala y la flor.

XXVIII.

EL BESO.

Cual suele, venciendo su márgen riscoso,
Lanzarse á las tierras
Soberbio el torrente, é inunda primero
La humilde pradera,
Y luego crecido con lluvia incesante,
No admite riberas,
Y chozas y establos, ganados y puentes
Las ondas se llevan;
Del súbito estrago el rústico huyendo
Se acoge á la sierra,
Y, allí guarecido, los turbios raudales
Seguro contempla:
Así los furios del niño vendado,
Que Jove respeta
Al ver que domina con pérfido cetro
Entrambas esferas,
Burlé asegurado, buscando en tu pecho
¡Ay Filis! centellas
Del fuego inocente que enciende las almas
Con llama halagüeña.
Amiga constante, premiando mi afecto
Gozosa y risueña,
En plácidos juegos, en puras caricias
Y en pláticas tiernas,
Las horas sabrosas fugaces volaban,
La vida con ellas,
De amor ignorando la risa dañosa,
La ardiente saeta.
Mas ¡ay! que en el pecho sintiendo á deshora,
Cual sierpe cubierta,
La herida funesta probé de su aljaba,
Que mata y recrea.
Al bosque apacible de altivos laureles
¡Ay Filis! ¿Te acuerdas?
Huyendo de Febo, llevónos un día
La férvida siesta.
Allí recostados al márgen florido
De fuente encubierta,

Que en mansos raudales los mirtos y rosas
Halaga parlera,
De tórtola amante hirió nuestro oído
La ardiente querella,
Y en trinos suaves su fuego amoroso
Lanzó Filomena.

No sé qué torrente de llama sabrosa
Corrió por mis venas,
Y en dulce esperanza de nuevos placeres
Mi pecho enajena.

Ansioso te pido el beso de amiga;
Y tú, blanda y tierna,
Mi ardiente mejilla con boca inocente
Buscabas contenta.

¿Por qué ya, sedientos de gozos acerbos,
Te di en vez de ella
Mis labios, que osaron sellar por su daño
La rosa entreabierta?

¿Por qué, respirando su aroma divino,
Gusté de entre perlas
La miel destilada que fiera ponzoña
Ya el alma me quema?

Después de aquel día, mi pecho encendido
Sosiego no encuentra,
Ni el campo me agrada, ni busco del Bétis
Las plácidas vegas.

Dejé los amigos, los libros me enfadan,
Y, Filis, tú misma
Con blandos afectos, con puras caricias
Mi pecho atormentas.

Y al mal que padezco, querido bien mío,
Remedio no queda,
Si no haces que al beso que fué mi ruína,
Mil besos sucedan;

Al nombre de amigo, delirios amantes;
Y al prado y la selva,
El tálamo blando, la antorcha fecunda,
Que amores sosiega.

XXIX.

A MUSEO.

..... *Operosa parvus*
Carmina fingo.

HORAC.

No al plectro sublime
Del vate Dircéo
Se atreve, oh amigo,
Mi lánguido genio.
Humilde abejuela,
Que agota su esfuerzo
Libando en el márgen
De Henáres ameno,
Ya el suave tomillo,
Ya el rudo cantueso,
Escribo afanado
Difíciles versos.
Cual férvido río
Del monte corriendo,
Si acrecen sus aguas
Las lluvias y el viento,
Así el ditirambo
De Pindaro inmenso
Se lanza, y los lauros
Recoge de Febo.
Tú cauto le sigue,
Mi amado Museo;
Su curso señala,
No emules su aiento,
Que yo amedrentado
Admiro su vuelo,
Si el aura de Apolo
Le eleva hasta el ciclo.
No en alas de cera,
Surcando los vientos,
A golfos remotos
Daré nombre nuevo.
Más tenue y suave
Del grato Permeso,
Ya rosas, ya lirios
Despunto risueño.

Beldad é inocencia,
Amores y juegos
Diré, si algo canto
Que escuches sin ceño.

XXX.

LA TEMPESTAD Y EL ASILO.

¿No miras, vida mía,
Oculto el claro sol? ¿No ves la nube
Que enluta el bello día,
Cuál por los cielos se despliega y sube?
¡Ay! deja ya el solaz y la alegría
De ese margen feliz; teme, cuitada,
Que, mientras juegas con las olas, ruja
La tempestad, el rayo se embravezca,
Y el firmamento sacudido cruja.
Tiempo habrá en que florezca
Tu lindo pie la orilla deliciosa
Del cristalino Bétis; ora teme;
Blando abrigo te ofrece mi cabaña,
Y la rama frondosa
Del laurel, que verdor eterno baña,
La cubre protectora y amorosa.
Vén, y aquí burlarás la cruda saña
De los airados vientos; vén, hermosa;
Que ya rebrama el Aquilon y el Noto,
Del polo y de las sirtes descendiendo.
¿No oyes el silbido horrendo
Que resuena en los árboles del soto?
¿No ves ennegrecida la alta esfera,
Cerrarse el horizonte,
Cuajada en nieblas la cerviz del monte,
Y herida de altas ondas la ribera?
¡Ay! vén, que amor te llama;
Amor vela por tí. Tu riesgo advierte,
Más doloroso á mi sensible pecho
Que las iras del hado y de la muerte.
Huye, aún es tiempo; la remota cumbre
El rayo tiñe en pavorosa lumbre.

Esta cabaña umbrosa
Tu dulce asilo sea,
Y aquí enjugar te vea
Mi llanto el blando amor.

Premia, adorada hermosa,
Mi corazón sincero,
Y breme el rayo fiero
Y el austro silbador.

XXXI.

Á ARMINDA, EN SU BODA.

Permite, bella Arminda,
Que en la feliz guirnalda
Con que el amor premiado
Tus sienes hoy enlaza,
De la amistad la rosa
Brille modesta y blanca,
Y al mirto de Citera
Nueva belleza añada;
Que aumentan mucho el precio
De la ventura humana
Los cantos que la anuncien,
Las voces que la aplaudan.
Y ¡oh! ¡si me fuese dado
Templar mi lira anciana,
Y que en alegres himnos
Apolo la hechizara!
¿Con qué placer diría
De tu hermosura y gracia,
De tu inocencia amable
Las dignas alabanzas!
Tu filial ternura,
Piadosa y noble alma,
Candor, modestia, ingenio,
Gozoso yo cantará;
Y el impaciente joven,
Cuando con mano osada

El velo de Himenco
Abrase entre sus llamas;
Y la virtud, que acepta
Del tierno amor las ánsias,
Y los preciosos frutos
De union tan dulce y fausta.
Mas si de Febo el lauro
Me niega esquivia Urania,
De la amistad las voces
A enmudecer no alcanza;
Las que ella te desea
Vivas edades largas,
Feliz y virtuosa
Y amante y adorada.

XXXII.

EL VINO Y LA AMISTAD.

¿Por qué, buscando la dicha,
Se afanan sabios y necios,
Cuando tan fácil la tienen
En el néctar de Lico?

*Bebed, dulces amigos,
Los vasos empinad,
Y unidos celebremos
El vino y la amistad.*

Cuando Arminda rigorosa
Desprecia mi amante fuego,
Con mi Silvio y con mi vaso
De sus desdenes me vengo.

Bebed, dulces amigos, etc.
Cuando á la amistad brindando,
Mi Aristo, contigo bebo,
Más que el laurel de Minerva,
La dulce botella aprecio.

Bebed, dulces amigos, etc.
La triste ambición del oro,
Amigos, huya al Averno,
Y las flechas de Cupido
Contra los vasos quebreemos.

Bebed, dulces amigos, etc.

XXXIII.

Á FILIS, EN EL DIA DE SU SANTO.

Perdona, bella Filis,
Que cante todavía
Tu hermosura y tus gracias
Mi cítara atrevida.
Si de tus lindos ojos
La dulce luz divina
Es rayo de Cupido,
Y de su madre envidia;
Si en el semblante puro
Sus rosas encendidas
La juventud y el Mayo
Sembraron á porfía;
Si en ese pecho, donde
Triunfante amor domina,
Con la ternura grata,
Santa virtud respiras;
Culpa de tu belleza,
Filis, será y no mía,
De mi extinguido genio
Que aún ardan las cenizas.
¿Quién sufre sin cantarlo
El fuego que tú inspiras?
¿Ni cuándo á hechizo tanto
Enmudeció la lira?
Y más volviendo Febo
Fausto y feliz el día
En que tu dulce nombre
Los cielos solemnizan.
¿En cuántos corazones
Grabado está! ¿Cuál gira
Por los amantes labios,
Que tiernos lo suspiran!
De la amistad, en tanto,

Candorosa y sencilla,
 Los votos y los dones
 Recibe tú benigna.
 La amistad, que emulando
 A amor, no quema y brilla;
 Que sin su venda es ciega,
 Y libre se esclaviza.
 Las Musas y las Gracias,
 Los juegos y las risas,
 De seda y oro tejan
 El hilo de tu vida.
 Amor y orgullo seas
 De tu feliz familia;
 De tus amigos tiernos
 La gloria y la delicia.
 Nueva beldad tu rostro
 Adquiera cada día;
 Nueva virtud tu pecho,
 Tu suerte nueva dicha.
 Y pues tus bellos ojos
 La ley severa dictan,
 Si un venturoso haces,
 Que mil esclavos giman;
 Cuando á Cupido, Filis,
 Tu altivo pecho rindas,
 Su rosa encantadora
 Te ofrezca sin espinas.

XXXIV.

EL VERJEL DEL AMOR.

Siguiendo las orillas
 De un plácido arroyuelo,
 Llegué á un jardín hermoso,
 Envidia del Híbléo.
 Allí es corona el árbol
 Del matizado suelo;
 Donde á la flor naciente
 Halaga el manso viento.
 La plácida esmeralda
 Ofrece blando lecho
 A los raudales puros,
 Que al valle van riendo;
 En tanto que las aves,
 Saltando en el otero,
 El eco de las selvas
 Repite sus gorjeos.
 Allí purpúrea rosa
 Eleva el lindo cuello,
 Afrenta de Diana
 Y dulce amor de Vénus.
 Al vástago dichoso
 Enajenado llevo;
 Mas ¡ay! hiere mis manos
 Con su espinoso cerco.
 Yo dije: «Las espinas
 De la esquivéz no temo;
 Que fáciles se rompen,
 Cuando una vez hirieron.
 Sólo temo entre flores
 El áspid de los celos;
 Que no hay contra sus iras
 Ni asilo ni remedio.»

XXXV.

LA INCONSTANCIA DE LA SUERTE.

Brilló el dorado Febo
 En el cenit luciente;
 Mas ya inclemente
 Desde el Erebo
 Tiende la noche fria
 El manto oscuro que sepulta el día
 Nace gloria del prado
 La nacarada rosa;
 Mas ya en la umbrrosa
 Sierra alterado
 Ruge el ábrego fiero,

Y difunta beldad la ve el otero.
 El piélago apacible
 Sulcó feliz navío;
 Mas rayo impío
 Baja terrible,
 Y los breosos lazos
 Y el abeto inmortal quiebra en pedazos.
 De amor los dulces biénes
 Gocé y el dón divino;
 Tronó el destino,
 Y á sus vaivenes
 Fué mi dicha adorada
 Luz muerta, nave hundida y rosa helada.

XXXVI.

EPITALAMIO EN LAS BODAS DE ARDELIO

Y AMARILIS.

Á Ardelio.

Lo juré, caro Ardelio; de Cupido
 Juré no más cantar sobre mi lira;
 Y las rosas de Chipre, que me diera
 Para ornarla la diosa de Accidalia,
 Le desceñí, y el mirto enamorado
 Arrojé adusto léjos de mi frente.
 Ya sólo la virtud, la amistad santa
 Determiné cantar. La sacra oliva,
 De la sacra Minerva dulce premio,
 La sencilla natura, y el reposo
 De un corazón contento y moderado
 Mi humilde musa celebró tranquila.
 Mas ora del amor los dulces dones
 Me agrada renovar; ora que vierte
 Las llamas de su fuego más suave
 Sobre el altar del plácido Himenéo.
 Si; canto del amor, de la delicia
 General de los hombres, cuando unido
 A la santa virtud, en casto lazo
 Anuda los sencillos corazones;
 Hé aquí, mi dulce amigo, la ventura
 Que tu inviolable fe, que tu constancia
 Y la de tu Amarilis hoy corona.
 Y el canto del laud amartelado
 Que riberas del Bétis me dió Apolo,
 ¿Negára yo á mi Ardelio? Bellas gracias,
 Aquellas flores que en mi edad primera
 Para mi frente prodigó Heliconia,
 De nuevo dad al olvidado vate.
 Ya la ternura y la belleza canto,
 Y la amistad, que al tuyo en blando nudo
 Ligó mi corazón, ora halagüenia,
 Para aplaudir tu amor, me entrega el plectro.
 Ama, oh Ardelio, y goza; feliz vive;
 ¡Ah! vive á la virtud, al himenéo,
 Al amor de Amarili; en paz dichosa
 Vuelen serenos tus amables días;
 Y en tu favor el soberano cielo
 Oiga benigno el voto de tu Anfriso.

1.

Ya del cenit rosado
 Desciende primavera,
 Y de pintadas flores
 El verde prado riega;
 Amor el hondo valle
 Y el alto monte sueñan;
 De dulce amor suspira
 La ninfa de las selvas.
 Y el tierno zagalejo,
 Cuando á la luz primera,
 El céfiro del alba
 Discurre por las vegas,
 Si el manso ganadillo
 Sobre el otero lleva,
 A resonar los troncos
 El blando nombre enseña,
 De alegre canto el ave
 Las enramadas llena,

Y en torno los amores
Del dulce nido vuelan.
A la temprana llama,
Que el orbe sonrosea,
Amor en las campiñas
Triunfando se presenta.
¿A qué pastor no hieren
Sus vencedoras flechas,
O qué zagala hermosa
Su imperio no sujeta?
Al yugo apotecido
Se rinden y lo besan,
Y al blando cautiverio
Con júbilo se entregan.
Mas víctimas vulgares
Hoy el amor no acepta;
Que en nobles corazones
Prender su fuego intenta.
Tú, del tartesio campo
Delicia y gloria excelsa,
Ardelio, á tí dirige
Su más ardiente flecha.
No de su aguda punta
La blanda herida temas;
Que del cielo, que adoras,
La disparó su diestra;
Del rostro de Amarilis,
Que acordes hermosean
De rosas Accidalia,
Y Cintia de azucenas.
Arde de amor; que amada
De tí la virgen bella,
Del fuego que te abraza
Será su pecho hoguera.
Gozad, jóvenes tiernos,
Gozad la edad risueña;
Ya amor correspondido
Os teje la cadena.
La antorcha de himenéo
Ya brilla placentera;
Ya el suspirado instante
De ser felices llega.
Y tú, del cielo hija,
Alma virtud, desciendas;
Que no hay sin tí placeres
Que efímeros no sean.
Las flores juveniles,
Edad sañuda, siegas;
Y en alas, la hermosura,
Del crudo tiempo vuela;
Mas el celeste lazo
Que la virtud estrecha,
Siempre de nuevas rosas
Coronará ella mesma.
Hoy al placer os llama
La dulce primavera.
Del céfiro vencido
El Aquilon se ausenta.
Fecundidad sonríe,
Y complacida espera
El misterioso lecho
Colmar de prole bella.
Vivid, y amor constante
Del Bétis la ribera
En los futuros días
Con vuestro ejemplo aprende.

2.

Y ¿qué á la tierna esposa,
Amor, qué le prometes?
¿Darásle de tu aljaba
La flecha más ardiente
O el arco victorioso
Que el mismo Jove teme
¿O el hechizado mirto
Que en tus jardines crece?
«No; ¿qué Amarilis bella
Arpon ni hechizos quiere,
Si en sus divinos ojos
Más cierto encanto tiene?
Daréla, sí, á sus días

Felicidad perenne,
Y contará dichosa
Por horas los placeres.
No, cual suelo, mudable,
Mas grato y firme siempre,
El pecho de su Ardelio
Será mi eterno albergue.
Y en fin, porque á su dicha
Ninguna dicha llegue,
Haré que el himenéo
La venda me renueve.»

3.

Oye, Amarili, el canto
De amor correspondido,
Con que celebra Ardelio
Su gloria y tus hechizos.
«De tus ojos, mi amada,
Más dulce me es el brillo
Que á los sedientos valles
El matinal rocío.
Es tu sonrisa el alba,
Que alegra los egidos,
Y de tu frente nace
El sol de Abril florido.
Envidian tus colores
La rosa y el armiño,
Y el aura de tu aliento
El ámbar exquisito.
Mas ¡ay! las lindas gracias
Que en tu beldad admiro,
De otras gracias reciben
Su blando poderío.
Dulzura no alterada,
Pudor sin artificio,
Bondad y fe que tienen
Tu corazón por nido,
Labraron la cadena
Que amor para mí hizo,
Y que jamás, hermosa,
La deshará el olvido.
Primero por las sierras
Huirán del mar los ríos,
Y el sol volverá á oriente
El lúcido camino;
Será del campo gozo
Primero el hielo esquivo,
Y odiado el dulce pasto
Del tierno corderillo,
Que amor de mí existencia
No tenga el señorío,
Y tú, mi bien, no seas
La vida por quien vivo.
¿Qué valen los tesoros,
Del necio regocijo,
Ni so dorados techos
El miedo y el fastidio?
Amor, virtud, belleza
Será el tesoro mío;
Hé aquí, benigno cielo,
Los dones que te pido.
Ven tú, adorada esposa,
A ser mi dulce hechizo.
Ilustre tu hermosura
Mi venturoso aprisco.
Ven; que Mayo te ofrece
Sus rosas y sus mirtos,
Y las risueñas fuentes
Su espejo cristalino.
Ven; colma de un amor
El voto enardecido,
Y el pecho, que ha llorado
Consuele amor benigno.»
Así con tierno acento,
Que inspira el dios de Gnido,
De la esperanza exhala
El plácido suspiro.
La dulce voz recogen
Los céfiros festivos,
Y de la amante esposa
La llevan al oído.

4.

Vén, dios de los placeres ;
 Tu pura antorcha arda ;
 Vén, de cándidos lirios
 La frente coronada.
 Vén ; ya el amor te espera ;
 Ya las festivas Gracias
 Las rosas de Citera
 Vertieron sobre el ara.
 El céfiro apacible
 Agita ya sus alas,
 Y esparce sobre el lecho
 Del Mayo las fragancias.
 Vén; que tu luz espera,
 Mas linda que Accidalia,
 La esposa embellecida
 De amores y de gracias.
 Ternura, que la enciende,
 Pudor, que la recata,
 Del amoroso Ardelio
 Las atrevidas ansias ;
 Y la ilusion hermosa,
 En realidad trocada,
 Ilustrará benigna
 Tu misteriosa hacha.
 Desciende ; el trono deja,
 Do vencedor preparas
 Placer á la ternura
 Y premio á la constancia.
 Oye la voz festiva
 Que llena la montaña,
 Y del tartesio rio
 Las húmidas moradas ;
 Vén, himenéo, vuela ;
 Amor te da sus alas,
 Y su brillante velo
 Las sombras y Diana.
 Vén, y al candor primero
 Verá envidiosa el alba
 De Ardelio y Amarilis
 La union afortunada.

XXXVII.

EL DESENGAÑO.

Oyó, Elisa, mis votos
 El cielo, y ya clemente
 Al agitado pecho
 La dulce paz le vuelve.
 ¿Qué pena podrá ahora
 El alma entristecerme,
 Si la funesta flecha
 Ya del amor no siente?
 El áspero destierro
 Del siempre amado Bétis,
 La proscripcion injusta,
 Del hado los vaivenes ;
 La ausencia de los mios,
 Que el corazon me hiere,
 Y de enemigos fieros
 Los odios y las redes ;
 Dulzura para Anfriso
 Serán y gozo alegre,
 Como tus lazos, fiera,
 Escarmentado deje.
 Ya fugitivo surque
 Los golfos del oriente,
 Adonde el curo apenas
 Las quietas ondas mueve ;
 Ya el piélago del norte
 Intrépido navegue,
 Donde entre heladas nubes
 El mustio sol fallece ;
 No ya de ajeno arbitrio
 Dependerá mi suerte,
 Ni de un tirano dueño
 Mis males y mis bienes.
 Para gozar del mundo

Los rápidos placeres,
 No esperaré que Elisa
 Los goce ó los apruebo ;
 Y si mi vida aflige
 La adversidad perenne,
 No buscaré en su pecho
 Consuelos que atormenten
 Soy libre ya, soy mio :
 Amor su imperio pierde :
 De la ilusion mentida
 Rompi la venda aleve,
 Gracias te doy, Elisa,
 Que falsa é insolente
 Mi perniciosa herida
 Sanaste para siempre.
 No más amor : la vida
 Asaz de males tiene,
 Sin que el falaz prestigio
 Los doble ó los aumente.

EPIGRAMAS.

I.

A VÉNUS.

Deja, oh madre del amor,
 Las bellas selvas de Gnido :
 Vén á mi jardin, te pido,
 Con el niño flechador.
 Venga el no agreste pudor,
 Que flores temblando pisa,
 Las Gracias, la blanda risa ;
 Y en tan delicioso alarde,
 Si ha de ser feliz la tarde,
 Vénus, que no falte Elisa.

II.

EL DESPEDIDO.

(Traduccion del frances.)

Me amaba ayer *con furor*,
 Segun dijo, mi querida,
 Y hoy en carta muy cumplida
 Se despidе de mi amor.
 Venid, feliz sucesor,
 Estos efectos tomad,
 La copia de su beldad,
 Sus billetes más de ciento,
 Su pelo y su juramento
 De eterna fidelidad.

III.

LA FÁCIL.

(Traduccion del frances.)

¿Al primer asalto mia?
 Por Dios, que esto va, señora,
 Más pronto que yo queria ;
 Si ha de durar más de un dia,
 Resistid siquiera una hora.

IV.

BELDAD PERFECTA.

Un retrato formó el cielo
 De belleza celestial :
 Carmin, nácar y cristal
 Dieron color al modelo :
 Su risa fué la que al suelo
 Derrama el alba graciosa ;

Talle y mirar de una diosa;
Y añadió á tanta hermosura
Un alma modesta y pura,
Y le dió por nombre *Rosa*.

V.

LA TARDE.

Ya el rayo declina, ya Febo el último otero
Con lumbre plácida desde el ocaso dora.
Céfiro, dejando alegre la apacible floresta,
Árbitro del Mayo, por la pradera ric.
Al laurel agita, al árbol sacro á Minerva,
Y á tí, del margen verde corona, tilo.
Las claras ondas su hermosa copa retratan,
Y nuevo encanto da, retratada, al río.
Mas Céfiro, el margen, los troncos, verde pradera
Y pura linfa, que entre la grama huye,
Todo lo vence Filis; que amante, al són de mi avena,
A mis rediles su manadilla guía.

VI.

Á FILIS.

Filis, tus adoradores
Burlas alegre y festiva,
Cual la ninfa fugitiva
Que juega con los amores.
Jóven beldad, los ardores
Que inspiras aún no has sentido;
Mas cuando prenda Cupido
En tu corazón su fuego,
Verás cuán serio es el juego
Que empieza con un gemido.

VII.

AL AMOR.

(Traducción del italiano.)

¿Por qué no tienes ojos, dulce niño
Más bello que los dioses, más hermosos?
Responde amor: « Los cielos
Me los dieron vivaces y graciosos,
Y á mis hijos los di, que son los celos. »

VIII.

AL AMOR.

Tal vez, amor, bajo el sagrado velo
De la amistad encubres tu furor:
El corazón se entrega sin recelo,
Y en él clavas la flecha á tu sabor.
Tirano dios, cuya perfidia lloro,
El infortunio me enseñó á temer;
Mas ¡ay de mí! si mi peligro adoro,
¿Qué vale, amor, tu astucia conocer?

IX.

Lazo de blandas flores
Me tejó el amor:
Yo recibí inocente
La suave prisión;
Mas al romperlas,
¡Ay de mí! que las flores
Ya eran cadenas.

X.

Ruiseñor amoroso,
Vuela y no temas,
Vuela y no te acobarden

Balas ni flechas.
Dame tus alas;
Verás si á mí me asustan
Flechas ni balas.

XI.

Amante pecho mío,
Ya llegó el tiempo
De olvidar que pudiste
Romper tus hierros;
Que amor decreta
A esclavo fugitivo
Doble cadena.

XII.

Tú del bien de mi vida
El seno adornas,
¡Oh rosa! donde muero,
Mueres dichosa;
Que de este cielo
Te consume la envidia,
Y á mí el deseo.

XIII.

Me agraviaste y pretendes
Que yo me rinda;
Tú que el puñal clavaste,
Sana la herida.
Que es caso fuerte
Querer que un ofendido
Quejoso ruegue.

XIV.

Amoroso suspiro,
Vuela á mi bella;
Vuela tan silencioso,
Que no te sienta;
Y si te siente,
Dile que eres suspiro,
No de quién eres.

XV.

Tiende, noche benigna,
Tu oscuro velo;
Que me importa la vida
Ver á mi cielo;
Y amor me dice
Que tu sombra y su venda
Me harán felice.

XVI.

Nunca esperes, ingrata,
Paces conmigo;
Desengañado amante
No es buen amigo;
Que aunque más nobles,
La amistad también tiene
Sus ilusiones.

XVII.

No te contentes, Fabio,
Con ser querido;
Camina á la victoria,
Pues ya hay camino.
Muchos se pierden
Por dormirse á la sombra
De sus laureles.

XVIII.

Jamas, Filis hermosa,
Seré tu dueño;
Mas si tú lo eres mío,
Vivo contento;
Que en nobles almas,
El merecer la dicha
Casi es gozarla.

XIX.

Yo desdenné, celoso,
Su tierno halago,
Y ella los dulces ojos
Volvió llorando;
Y juez los celos,
Ella fué la inocente,
Yo fui el reo.

XX.

Vén, hermosa serrana,
Vén á mi selva;
Que el sol por esos campos
Tu rostro quema;
Vén y no tardes;
Que aquí hay fuentes y sombras
Y amor y amante.

XXI.

Si me niegan la dicha
De poseerte,
La gloria de adorarte,
Mi bien, no pueden.
Y no la diera
Ni aun por la misma dicha
Que se me niega.

XXII.

Borrar del pecho quise,
Fiera, tu imagen,
Y ya casi me alegro
De no olvidarte;
Que es tu recuerdo
El más seguro aviso
Del escarmiento.

XXIII.

Deja siempre una parte
Libre del pecho,
Y no, Filis incauta,
Lo des entero.
Ten un asilo,
Donde, si amor te ofende,
Puedas huirlo.

XXIV.

Un desden agradable,
Filis, no daña,
Cuando de ser vencido
Deja esperanza;
Y es el más sabio,
El que al amor aviva
Sin injuriarlo.

XXV.

Sufriste mis desdenes
Tierno y constante,
Y á olvidarme aprendiste,

Cuando yo á amarte.
¿Cuál es tu dicha,
Ingrato, si al gozarla,
Ya no la estimas?

PIEZAS ESCOGIDAS DE LOS POETAS RUSOS,

TRADUCIDAS AL INGLÉS

POR EL SEÑOR JUAN BOWRING (1).

(Traducción del inglés. — Varios fragmentos.)

Venid, flores de Clio, de los campos
Que azota el Bóreas con perpétua nieve,
A exhalar vuestro aroma bajo el cielo
De Albión, más benigno. Si guirnaldas
Teji á la luz de la polar estrella,
Que os vió nacer, más atrevido ahora
A trasplantaros voy do el ámbar puro
Aun conserveis y el colorido hermoso.
En tu templo feliz, britana musa,
Penden nobles coronas consagradas
Por el genio y el tiempo; ¡tantos vates,
Cuyo acento aun resuena entre sus tumbas,
Tu antiguo altar con himnos celebraron!
A nombres tan augustos, nuevos nombres
No osaré yo enlazar; mas si al Parnaso
Añado humilde dón, grato, aunque humilde,
Mi esperanza premié, llené mis vatos.

¡Oh tú, eterna unidad, cuya presencia
Llena el espacio, el movimiento rige,
Brilla inmutable sobre el raudó vuelo
Del tiempo asolador! ¡Dios sin segundo,
Sér sobre todo sér, único y trino!
Incomprensible, inexplorable, agotas
Contigo sólo la existencia entera.
Tú abrazas, tú diriges, tú mantienes
El universo. ¡Oh sér á quien el hombre
Dios apellida, y lo demas ignora!
Podrá osada medir la humana mente
Del Océano los profundos senos,
Sus arenas contar, contar los rayos
Que se exhalan del sol; mas no hay medida,
No hay peso para tí. ¡Quién romper pudo
El velo en que ocultaste tus arcanos?
La centella más pura, más brillante
De la razon humana, aunque se encienda
En tu sagrada luz, vencer no puede
La inmensa oscuridad de tus decretos.
Piérdese en ella el pensamiento altivo,
Como el instante que pasó se pierde
En la insondable eternidad. Tú fuiste
Quien á la primer nada llamó caos,
Y existencia despues. En tí principio
Tuvo la eternidad; único origen
Eres tú de la luz y la armonia;
Toda beldad, toda existencia es tuya;
Tu palabra es creadora; el universo
Lleno está de los rayos de tu lumbré;
Tú eres, fuiste y serás glorioso, grande,
Dador del sér, sostenedor del mundo.
Rodeaste el universo no medido
Con tu cadena augusta, y le inspiraste
El soberano aliento; tú reuniste
El principio y el fin, sabio enlazando
La dulce vida á la forzosa muerte.
Cual de la ardiente llama se desprenden
Centellas voladoras, de tu seno
Los soles y los mundos se exhalaron;
Y cual bulliendo entre la luz febéa,
Mil átomos fugaces de oro brillan
Al rededor de la argentada nieve;
Así la hueste alada de los cielos
Resplandece cantando tu alabanza.
¡Cuántas antorchas que encendió tu mano,

(1) Esta composicion y las siguientes no han sido incluidas en ninguna edicion de las *Poesías de Lista*. (Nota del Colector.)

Vagan infatigables por la esfera,
Obedecen tu voz, muestran tu gloria
Con beldad elocuente y giro activo!
¿Qué sois, brillantes astros? ¿Sois columnas
De lúcido cristal, raudales de oro,
Lámparas de éter puro, ó otros soles
Que mil y mil sistemas iluminan?
¿Y qué son para tí? Lóbrega noche
Comparada al fulgor del mediodía;
Menos que gota para el mar inmenso.
Y yo, mortal, ¿qué soy? — Mil y mil mundos,
La innúmerables hueste del empero
Aumentada á miríadas, brillando
Con cuanta gloria el pensamiento alcanza,
¿Qué son en tu presencia? Solamente
Un átomo insensible; y yo, la nada.

Nada soy; mas tu lumbré bienhechora,
Traspassando los orbes, á mi pecho
Llegó también; tu espíritu divino
En mi espíritu brilla, como el rayo
Puro del sol en la delgada bruma.
Nada soy, mas yo vivo, y á tí anhelo
En alas del deseo; por tí animo,
Aliento y crezco, y en tu amor confío,
Y aspiro hasta tu solio soberano.

Y pues yo existo, ¡oh Dios! sin duda existes.
Moderador del orbe, tú dirige
Mi pensamiento á tí; tú lo refrena,
Y de mí errante corazón sé guía.
Átomo hundido en el inmenso mundo,
Yo soy algo, Señor, pues tú me hiciste.
Entre el cielo y la tierra colocado,
Último ya de los mortales seres,
Estoy cercano á la mansion dichosa,
Cuna del ángel, y en el linde mismo
Do empieza del espíritu la patria.
Yo completo la escala de los seres:
De la materia el último escaje
Se pierde en mí, y á mí se sigue luego
El espíritu puro. — ¡Yo soy polvo,
Y mandar puedo al rayo; yo monarca
Y esclavo, insecto y Dios! — ¿Cuál fué mi origen?
¿Cómo existió esta máquina admirable,
Tan misteriosamente concebida,
Tan portentosamente organizada?
Nada sé; sólo sé que un poder sumo
Dió al embrion humano ser y vida,
Que él de sí mismo recibir no pudo.
¡Oh palabra creadora, fuente eterna
De la vida y del bien, alma del alma!
¡Oh Dios de mi salud! Tu amor, tu lumbré
En su brillante plenitud mi pecho
De un inmortal espíritu llenaron.
El vencerá los reinos de la muerte,
El ceñirá las nobles vestiduras
De sacra eternidad; y levantando
Sobre la tierra vil sus santas alas,
Volará á tí, su autor, su inmensa fuente.
¡Oh esperanza inflexible! Si no dignos
Son de tí los humanos pensamientos,
Tu imagen, que en los ánimos grabaste,
Te pague el homenaje de alabanza.
Sólo así, oh eternal sabiduría,
Oh infinita bondad, sólo así puede
Mi humilde pensamiento á tí elevarse.
Admiro el universo, noble hechura
De tu diestra; tus leyes obedezco;
Adoro tu grandeza, y cuando voces
Ya faltan á mis labios, habla el alma,
De gratitud las lágrimas vertiendo.

¡Ah! protégedlo de la nieve fría.
Inspirad al cultor que le dé abrigo,
Removiendo la tierra destrozada
Por los torrentes de copiosa lluvia.
Tú, benigna Minerva, que adoptaste
La sacra oliva para el bien del hombre,
Ahuyenta del asilo donde crece,
El reodor diente de voraz ganado.
Haz que ciñan punzantes cambronerías
La alhaciga preciosa, y desde el cielo
Protege del colono los afanes.

En la cima escarpada de alto monte,
De donde nieves lanza el Bóreas frío,
Por más grato y feliz que el suelo sea,
Jamás se elevará la verde oliva.
Rivales del Atlante, erguidas cumbres,
Asperas sierras, que las nubes densas
Tocando osadas provocais sus rayos,
Ornad, ornad vuestra nevada frente
Con la robusta capa de alto pino;
Que Minerva, enemiga de aspereza,
Dulces abrigos busca, y de sus dones
Hace risueña delicioso alarde
En un lugar templado, en fácil tierra,
Que no combatan la humedad ni el viento.

Cantamos ya la ley con que la tierra
Embebe de la atmósfera los jugos,
Y en el húmedo gremio los conserva,
Cual cede al suyo el vegetal naciente,
Que en sus delgadas venas lo elabora,
Y activo lo convierte en alimento.
También cantamos ya de qué manera,
La ley común de muerte obedeciendo,
Descompuesta la planta, de su tumba
Hace brotar la vida de otras plantas.
Mas no bastó que fecundase el campo
Para otra flor el vegetal marchito;
No bastó que á la luz de Febo expuesto,
Fuente de vida para nuevos seres,
Derramase en el viento de aire puro
Benéfico raudal, y en sí guardase
De mofíticos gases el veneno.
Fué preciso además, Madre sublime,
Para perfeccionar tu exelsa obra,
Que el jugo concretado en tierna planta,
De hojas, flores y frutos la adornase,
Y al animal nutriendo, elaborado
En su seno de nuevo, ya sirviese
De grato abono al vegetal futuro,
Ya fuese á enriquecer de los mortales
El magnífico reino inanimado.
Así los entes todos se encadenan,
Y de áridas ruinas brota fértil
El gérmen de la vida. La materia,
Mil veces descompuesta, y mil tornando
A nueva forma en círculo incesante,
La faz del universo vivifica.
Así las ondas, que el estancue inmenso
Llenan del Oceano, transformadas
Por el rayo solar en vapor leve,
Y condensadas por el aire frío,
Se precipitan sobre el alto monte;
Y desde allí en torrentes y riberas,
O en fuentes de cristal y arroyos mansos,
Vuelven de nuevo al piélagos nativo.

Llega la hermosa y fresca primavera;
Reverdecen los bosques; brotan flores,
Precursores del fruto; el sol derrite
Las cristalinas nieves, que fundidas
Van á aumentar los rápidos torrentes.
El pintado amoroso pajarillo
Entre el nuevo verdor alegre canta;
Céfiro besa la naciente rosa,
Y convida á los sátiros saltantes
Y al fauno osado á perseguir las ninfas
Que por las selvas huyen. Ven, oh Nise,
Juntos vaguemos por el fértil campo;
Las nuevas flores que en las ramas cuelgan,
Nos tejerán guirnaldas olorosas,

GEÓRGICAS PORTUGUESAS

DE LUIS DA SILVA MOZINHO DE ALBUQUERQUE.

(Traducción del portugués. Varios fragmentos.)

Driadas tiernas, que del nuevo tronco,
Morada vuestra, recelais el daño,

Vén, que el cándido lirio, el verde mirto
Y la fragante pulchra rosa
Tus sienas orlarán. Venid, placeres,
De Flora bella fieles compañeros;
Venid, risas; venid, juegos suaves,
Que ya Vénus las cándidas palomas
Con el cendal purpúreo dirigiendo,
Desciende leda en su dorado carro.
En pos las bellas Gracias, desatando
Al viento jugueton las trenzas de oro
Sobre los cuellos de alabastro, tejen
Danzas festivas, que en alegres giros
Remedan bulliciosos los amores,
Dulce placer halaga las tareas
Del feliz labrador, y de continuo
Canciones amorosas vuelve el eco.

Ya do encorva Cáncro ingentes (1) brazos,
Llega al astro del día en la elevada
Porción del cielo; el encendido estío
Sucede á la templada primavera.
Ya el estambre al pistilo fecundado
Deja el fruto formar, y cae en tierra
Con la corola de matiz diverso;
Mas, cerrado el ramaje de los troncos,
De Febo opone al rayo enardecido
Verde muralla, que romper no osa.
En muelles lechos de amarillo juncos,
Al márgen del torrente, ya mezquino,
La Naide, de espadaña coronada,
Sobre la exhausta urna se adornece.
Sale del matorral triste lagarto
O escamosa serpiente, el dardo fiero
Vibrando al sol. Sobre los techos pia
De Frogne el hijo, y Filomela infausta
Concluye el canto que halagó las selvas.
Ya el color de esmeralda cede al de oro,
Ya la cargada espiga se estremece,
Herida de los aires. ¡Oh momentos
De placer para el campo!

Más al fin siente el bucy, perpétuo esclavo,
De la crüel vejez la cercanía;
Dichoso si, cansado de las penas
De una vida afanosa, en el reposo
Esperando del tiempo el tardo hierro,
Terminase la edad sus tristes días;
Pero esclavo del hombre mientras vive,
Más allá del morir le es provechoso.
No bien completó el sol los doce giros,
Su suerte muda; súbito comienza
Trato dulce y falaz, cierto presagio
Del destinado golpe postrimero.
Es conducido á prados abundosos;
No oprime ya su cuello el fuerte yugo;
Los granos succulentos, las raíces
Que más aprecia, la batata blanda,
Con la sal, que despierta el apetito,
Allí se le prodiga; mas en breve,
Herido el triste de imprevisto golpe,
Cae en tierra á las manos de aquel mismo
Por cuyo bien vivió.

ODAS.

I.

Á LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Sobre una peña fria reclinado
El miserable cuerpo, en llanto acerbo
Baña el suelo aterido
El triste Padre del linaje humano,

Ya arrojado del plácido recinto,
Do en sencilla inocencia,
En grata paz gozó breves instantes;
Breves, ¡ah! que pudieron ser eternos.
Gime y suspira, y el helado viento,
Que en la cumbre vecina se enfurece,
Encienden sus suspiros.
Llora, y las blandas lágrimas regando
Sus pálidas mejillas,
A la tierra infecunda se desliza,
Que el fruto amargo del dolor promete.
Fijo su dolorido pensamiento
En tí, sagrada Eden, y de tu hermosa
Mansion afortunada
En el perdido bien, tristes recuerdos
De pasadas venturas
Hierren su corazón, y al cielo airado
Los ojos vuelve, renovando el llanto.
Contempla de su altiva inobediencia
El fruto venenoso, y al delito
Y á la implacable muerte
El misero linaje abandonado;
Considera el vil triunfo de la envidia,
Y con candado eterno
La puerta celestial negada al hombre.
En tanto un esplendor, que el aire enciende
En brilladora luz, hiere sus ojos,
Y suspende el sollozo dolorido;
Turbado mira la elevada esfera
Abrirse luminosa,
Y lanzar de su seno ardiente globo
De fuego rutilante.
Desciende, y á la tierra tenebrosa
En mil bellos colores ilumina;
Y el donnegrido manto
Con que ciñó su faz lóbrega y triste
La oscura noche, ardiendo en viva llama,
Se disipa abrasado,
Y baña al mundo en cénica alegría.
Sus lumbres peregrinas animaba
Espíritu celeste,
Que al viento esparce en blando movimiento
Fulgor sereno del divino rostro:
Llega á Adán, y del tiempo venidero
La dichosa esperanza
Así le anuncia en elevado acento:
«Deja el amargo llanto,
Oh lastimado Adán; la piedad suma
El misero destino de tus hijos
Compasiva miró. Ya el bien prepara
A la afligida gente,
Y el solio de la culpa en vil ruína
Envolverá su poderosa mano.
El Hijo, el Hijo amado, de su lumbre
Eterno resplandor, víctima digna
Se ofrecerá, expiando tu delito.
Cual corderillo mudo,
Que sin balar camina al sacrificio,
Le verá el mundo, con el peso enorme
De las humanas culpas agobiado,
Llegar al ara é inmolarsse en ella.
Preparad al Señor los corazones,
Generacion feliz; la estéril tierra
Hará fecunda el celestial rocío.
El curso perezoso,
Oh tiempos, abreviad, y del Excelso
Llegue el glorioso día,
Y en él la dicha al afanado mundo.
¡Qué refulgente aurora se levanta
Del desierto horroroso,
Y en luz benigna la campaña dora!
Yo miro el sol, que de su puro seno
Nace resplandeciente,
La paz y la salud dando á la tierra.
Vén, clara aurora, vén; la primavera
Prepara ya de sus hermosas flores
El aroma oloroso á tu venida.
¡Oh Adán! no en su semblante
Cándido y puro, de tu vil delito
Cayó la negra mancha contagiosa.
Cual virgen azucena
En la floresta esparce sus olores,

(1) Esta voz es poética é imitativa. No sé por qué ha de carecer de ella el idioma español, que tiene por lo ménos tanto derecho como el portugués á enriquecerse con el tesoro de la lengua latina.

(Nota del Autor.)

No expuesta al fiero enojo
Del ábrego cruel; así el inmundo
Anhérito infernal del monstruo horrendo
No empañará su celestial belleza.
La sierpe ponzoñosa el cuello enhiesto
Postrará enfurecida,
Y emprenderá infestar con su veneno
La vencedora planta que la oprime;
Mas ella generosa
Quebrantará feliz su altiva frente,
La alta victoria celebrando el cielo.
En ella, Adán, en ella reparada
La desgracia primera
Se verá; y el gemido doloroso
Vuelto en himno sonoro,
Alegre el mundo aplaudirá su gloria.
En tanto, mientras llega el claro día
En que ventura tal el hombre aleance,
Mortales, esperad, y la esperanza
Consoladora calme el triste llanto.»
Dijo; y á la elevada
Region el raudal vuelo dirigiendo,
Dejó encendido en esplendor luciente
El viento trasparente.

II.

Á LA MUERTE DE DORILO.

Cara ceniza fria,
Que otro tiempo el espíritu animaba,
Mitad del alma mía,
¡Ay! ¡cuán amargo llanto
Renuevas en mis ojos, que llenaba
De gozo y de placer tu amada vista!
¿Quién consuelo al quebranto
Dará, que al peso del dolor resista?
Tú, triste Melpoméne, tú me inspira
El funesto cantar; á tí el sagrado
Febo concedió el canto lastimado
Y la lúgubre lira.
Mas ¡ay! en torno del sepulcro umbrío,
Que yo mismo de flores rodeado
Dejé, y en tiernas lágrimas bañado,
Callado el coro pío
Yace, sobre las cítaras canoras
Los rostros descansando;
Ni responden sonoras,
Cual en acento blando
El Bétis las oyó, por mí invocadas,
De sus ninfas sagradas
La gloria celebrar; ahora llorosas,
Mi débil voz escuchan silenciosas.
Nada, en fin, del destino
Estorbar puede la implacable mano,
Que al hórrido camiuo
Atroz conduce al miserable humano.
No, querido Dorilo, del eterno
Hado te libró el ruego enardecido,
No el llanto amigo ni el amor paterno.
¡Ay! cuando el fin temido
Se acerca, que la Parca nos prescribe,
Al sepulcro igualmente
Baja el anciano que en congoja vive,
Y el jóven floreciente.
El cielo, el cielo, airado
Contra la tierra impía,
Le arrebató la luz que la ilustraba,
Y de pavor bañado
El semblante quedó, que la alegría
Y el candor animaba.
Tú, pudor no manchado,
Tú, inviolable verdad, la faz doliente
¿Dónde más volveréis? ¡Y cuándo ¡oh santa,
Oh adorable virtud! que ves helado
El pecho que inspiró tu llama ardiente,
Consuelo encontrará pérdida tanta?
Sin tí, pues, dulce amigo,
En dura soledad al viento dando
Tiempos ayes, del Bétis la corriente
Aumentaré llorando.

¡Ay! cuando tú conmigo
Pisabas la ribera floreciente,
Y á la sombra del álamo frondoso
El sonoro ruido
Gozábamos del aura placentera,
¡Cuán alegre era entonces el hermoso
Matiz que al extendido
Campo esparce la bella primavera!
Mas ahora, que de tí, Dorilo amado,
Por una eterna ausencia
Fallezco separado,
Nada es grato á mis ojos. La presencia
Del claro sol que anima al universo,
Y en todo cuanto vive el gozo inspira,
Odiosa es para mí; odioso el terso
Cristal donde su rostro el Bétis mira.
Triste me ofrece el pálido semblante
La oscura noche fria,
Y triste miro el resplandor brillante
Con que anuncia la aurora el nuevo día.
Espíritu inmortal, que á la alta esfera
Dirigistes el vuelo,
Donde, ya libre del humano velo,
La ley no temes de la Parca fiera;
¡Oh si el dolor pudiera
Romper el hilo de mi amarga vida,
Y en lazo más feliz contigo unida
El alma viviera!

SONETOS.

I.

(Traducción del Taso.)

Amor alma es del mundo; amor es mente,
Que al sol dirige en su abrasado vuelo,
Y al astro errante que circunda el cielo
Hace que enfrente el curso ó lo acrecienta.
La tierra, el aire, el agua, el fuego ardiente
En viva llama ó condensado hielo
Alimenta; por él dulce consuelo
Logra el hombre; por él la pena siente.
Mas, aunque augusto rige á su mandado
Cuanto extendido abraza el hemisferio,
Mostró en los dos su fuerza más triunfante;
Y desdeñando el círculo estrellado,
En vuestros dulces ojos su alto imperio
Fijó, y sus aras en mi pecho amante.

II.

(Traducción del abate Leonio.)

No hay en el prado flor, onda en el río,
Tronco en la selva, ni en el campo viento,
A quien en triste y lamentable acento
No llorase mi amante desvarío.
Mas cuando á la que causa el dolor mio
Pretendo declarar el mal que siento,
Falta la voz, y el perturbado aliento
Vuelve al pecho, cuajado en hielo frío.
¡Dura pena de amor! siento la herida
De su flecha cruel, y hablar no es dado
A quien sanar pudiera su veneno.
¡Ah! ¿cómo hablar podré, si enardecida
El alma, cuando mira el rostro amado,
Dejando el corazón, vuela á su seno?

III.

(Traducción del Marqués Bentivoglio.)

Yo vi, ¡triste memoria de mi penal
Yo ví el amor en hábito mentido
Por el prado vagar, pastor fingido,
Al dulce són de la templada avena;
Yo lo reconocí por la cadena

Mal oculta en el manto desceñido;
Vi el arco que los dioses han temido,
Y de dorado arpon la aljaba llena.
Y exclamé: «Huid el lobo, que engañoso
Hoy se finge pastor, tristes ganados;
Huid, pastores, el cantar doloso.»
Airado Amor entónces, «Pues aspiras
A verlos de mi engaño libertados,
Tú solo, dice, probarás mis iras.»

IV.

Á ROBESPIÈRE.

Mata, destroza; de exterminio fiero
Sáciate, Robespierre; vierte, inhumano,
La pura sangre de tu triste hermano,
Y otra vez y otras mil alza el acero.
Al golpe atroz de tu segur primero
Perezca el orbe, y con furor insano
Al astro de la luz llegue tu mano,
Y hunda feroz al universo entero.
Húndase, y vive solo tú, malvado,
Ante el Dios de bondad; en él te queda
El castigo á tus furias reservado.
Mira esa sangre que tus labios baña;
Oye el remordimiento, que ya hereda
De innumerables víctimas la saña.

ÉGLOGA.

Aristo.

POETA.—ELISIO.

POETA.

Del Garona en la margen extranjera
Su pobre manadilla
Apacentaba Elisio, el desterrado
Pastor, que en la olivífera ribera
Do el sol de ocaso sobre el Bétis brilla,
Vivió otro tiempo en venturoso estado;
Mas, enemigo el hado,
Le arrojó de aquel suelo floreciente
Al clima de los ciezos bramadores,
Y en solo un día le robó inclemente
Su choza, su rebaño y sus amores.
Sólo su triste corazón consuela
Liberio (1), caro amigo,
Hijo de aquel cuyo subido canto
Por las llanuras de Occitania vuela (2),
Que lamentó de Elisa y su enemigo
La amarga historia, y de Cartago el llanto.
El hijo, aunque no á tanto
Su verso eleve en la templada avena,
Canta el amor, las seivas y las flores,
Y la pura virtud que lo enajena.
Cándido enseña á cándidos pastores,
Mas entre tanta pena dolorosa,
La que de Elisio el pecho
Con más duros recuerdos atormenta,
Es de Aristo la muerte lastimosa:
De Aristo so el pajizo humilde techo
Del Bétis, ¡dulce amigo! la tormenta
Con que el prado amedrenta.
El Aquilon lanzándose á deshora
De las heladas cumbres de Calixto,
No es tan triste á las hijas de la aurora
Como á Elisio la muerte de su Aristo.

Ya la agradable pompa del otoño
Deslumbra el Noviembre, y las airadas
Ondas temen los fuertes gubernalles;
Marchito en el frutal muere el retoño
Y las hojas del árbol desgajadas
Forman en el verjel pálidas calles.
Por cenagosos valles
Derramaba el Garona su ribera,
Cuando al són de la rápida corriente
La canción funeral y lastimera
Así Elisio empeco con voz doliente.

ELISIO.

Recibe, Aristo, un túbulo extranjero,
Sólo del triste Elisio frecuentado;
Aquí el clamor de mi sollozo fiero
Oirá sólo la sombra de mi amado;
Y pues del Bétis el hermoso otero
Para honrar tus cenizas me es negado,
Atiende compasiva al llanto mío,
¡Oh ninfa, tú, del occitanio río!
No de mustio arrayan ni blandas flores
La tierra, con mis lágrimas bañada,
Regarán suspirando los pastores
Cuando al aprisco vuelvan su manada.
Al túbulo vacío, mis amores,
Un pobre césped cerrará la entrada,
Testigo del eterno llanto mío,
¡Oh ninfa, tú, del occitanio río!
¿Por qué la suerte en el fatal momento
Del lecho funeral me ha dividido?
Elisio hubiera su postrer aliento
En sus amigos labios recogido.
Hubiera con su abrazo el movimiento
Por sus helados miembros esparcido,
Y el poder de la muerte suspendiera,
Si á tanto alcanza la amistad sincera.
Y si era el hado que en tu edad florida
Al amor y amistad fueses robado,
Por mis manos la tierra conmovida,
Hubiera el blando túbulo formado;
Y luego aquella rama enristecida
Lo entoldára del joven malogrado,
Cuando aquí en ocio ingrato el dolor mío
La ninfa ve del occitanio río.
Vinieran los pastores, y entre ellos
Fíleno, honor del Bétis, y lloroso
Aquel divino (3) que en los campos bellos
Cantó el amor sencillo y generoso;
Destrenzados los nítidos cabellos
De las lindas zagalas, coro hermoso,
Á su amador perdido lamentarán,
Y con fúnebres himnos te invocarán.
Y desaparecido en la pintada vega
El cándido rebaño y sus amores,
Olvidará el pastor que el alba llega.
Por escuchar mi queja y sus loores.
En cuanto el Bétis cristalino riega,
Templando el Can estuvo los ardores,
Se extendiera la voz del canto mío,
Que apenas oye el occitanio río.
Y del líquido seno levantando,
Ninfas tartesias, vuestra ovosa frente,
El nombre de mi Aristo celebrando,
Al píelago volará de Occidente;
Y moviera á piedad mi lloro blando
Al rey feroz del húmido tridente:
Lleva á los mares, lleva el canto mío,
¡Oh ninfa, tú, del occitanio río!
Mas nadie como tú, dulce Fíleno,
Tiernas lágrimas diera, que á su lado
Del patrio campo en el egido ameno
Tus juveniles años has gozado.
Su postrer canto lo exhaló en tu seno,
Cual cisne en frescas hierbas reclinado,
Y á mí entre tanto me aprisiona impío
En su ribera el occitanio río.

(1) Mr. Le Franc de Pompignan, hijo del famoso autor de la *Dido*, poeta lleno de gracias, mi hñésped y mi bienhechor. Sus virtudes son superiores en mucho á mi débil talento, pero no al sentimiento de gratitud que me ha dictado su elogio. (Nota del Autor.)
(2) Occitania, nombre antiguo de Langüedoc.—*Occitanio río*, el Garona.

(3) El autor del hermoso drama pastoral *Los amantes generosos* es uno de los poetas que más han ilustrado en nuestros días la patria de los Herreras y Riojas. (Nota del Autor.)

Y tú, Cratilo (1), ejemplo de amadores,
 Gloria de la amistad, que perseguido
 Del áspero infortunio, á sus rigores
 El fuerte pecho opones no vencido;
 Tú, al esparcir las crecidas flores
 Desatarás el llanto reprimido,
 Cual si al voraz incendio se avecina
 Por sus extremos la troncada encina.
 ¡Y qué llanto igualará al sentimiento
 O de tu Iberia ó de la Emilia mia?
 Aquella, triste en amoroso acento,
 Esta, con blanda voz de amistad pia,
 Enfrenarán el vuelo al rando viento;
 Pararán la corriente al agua fria,
 Y de sus tiernas ansias conmovidos,
 Dieran los montes lúgubres gemidos.
 ¡Caras prendas! ¡Ay triste! ¡Quién pudiera
 Unir al vuestro su afligido canto!
 El grato amor y la amistad sincera
 Templarán dulces mi mortal quebranto.
 Al amor sepultó la ausencia fiera,
 No escucha la amistad mi tierno llanto,
 Y sólo eres testigo al dolor mio,
 ¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!
 ¡Ay! ¡Dónde huyeron las alegres horas
 Que a tu lado gozaba en la pradera
 Cuando, al nacer las candidas auroras,
 Tu cítara templabas lisonjera?
 El dulcísimo acento de las pastoras
 Escuchaban con risa placentera,
 Y el nombre de la ninfa que adorabas
 En el tronco del álamo grababas.
 Y yo, á la sombra del frutal tendido,
 Tu lira oyendo entre las frescas flores,
 De la vecina fuente al blando ruido,
 Al placer me entregaba y los amores.
 Mi apacible solaz no interrumpido
 Envidiaban zagalas y pastores.
 Trocaste á tanto bien, destino impío,
 La odiosa margen de extranjero rio.
 ¡Momento duro aquel, oh dulce amigo,
 Que me arrancó de tí! ¡Quién me dijera
 Que cuando, á nuestras lágrimas testigo,
 La triste noche de mi ausencia fiera,
 El cielo, á tantas dichas enemigo,
 En muerte y en dolor las convirtiera,
 Y aquel abrazo el último sería
 Que al cuello de mi Aristo estrecharia?
 A orfandad rigurosa condenado,
 Sin placer, sin amores, sin cantares,
 Llevando á la ventura mi ganado,
 Repetiré á las selvas mis pesares;
 Empero el nombre de mi Aristo amado
 Resonarán los campos que bañares;
 Pues oye compasiva el llanto mio,
 ¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!
 Ya ¡qué me resta? Adios, choza inundada
 De mi llanto, Liberio generoso;
 Adios, adios, redil; adios, manada;
 La aborrecida luz dejo gozoso;
 Sólo en el seno de la tumba helada
 Junto á mi Aristo encontraré reposo;
 Mas no olvides jamas el canto mio,
 ¡Oh ninfa, tú, del occitanio rio!

POETA.

Aquí calló el pastor, que desmayados
 Sobre la arena fria
 Los doloridos miembros palpitaban.
 Los ojos derramados
 La postrer luz del dia,
 De palidez cubiertos, contemplaban.
 Despedidos rodaban
 El cayado y la avena

(1) Si acaso estos débiles versos llegan un día á tus manos, ¡oh mi amado Cratilo! no te será difícil conocer cuál es la divinidad que me lo ha dictado, ¡oh tú el más tierno y el más infeliz de los amantes, el más generoso de los amigos! Pocos se podrán lisonjear de ser tan amados como tú lo eres de tu agradecido Elisio.

(Nota del Autor.)

De la ya incierta mano, y al tormento
 De su perdido bien y mal presente
 Terminara en morir su cruda pena,
 Si el áspero lamento
 No oyera diligente
 El mayoral Liberio, y en sus brazos
 Al techo pastoral lo condujera.
 Entre tanto de Tétis los abrazos
 Buscaba el rojo Apolo; blando el sueño
 Por la tendida esfera
 Los hombres y animales recreaba,
 Y bajo el manto de la noche umbría
 De su tormento Elisio descansaba,
 Y aún descansando el infeliz gemía.

ROMANCES.

EL PUENTE DE LA VIUDA (2).

I.

«No vayas á Miraflores (3)
 Esta tarde, amado hijo;
 No vayas, que ruge el Noto,
 De horrenda tormenta indicio.
 ¡No ves enlutado el cielo,
 Cuajado en nieblas el risco,
 Y los siniestros celajes
 Brotando del mar vecino?
 ¡Oyes, oyes en los troncos
 Del fiero huracan los silbos?
 Mira ya en cárdena lumbre
 Los horizontes teñidos.
 El trueno zumba; los campos
 Se blanquean del granizo;
 Y tras él, la densa lluvia
 Inunda mieses y apriscos.
 ¡Cuán alterado el Mijáres (4)
 Alza su raudal mezquino,
 Soberbio con el aumento,
 Cual villano enriquecido!
 Mira en la Rambla (5) á lo léjos
 Cuál baja el arroyo altivo,
 Y el ántes árido cauce
 Llena con fiero bramido.
 No tu vida, que es la mia,
 Cárlos, pongas á peligro;
 Que agradecerá tu Julia
 Que por hoy no la hayas visto.
 El pesar de corta ausencia
 Sufrirá con fiel cariño;
 Que el amor, si es virtuoso,
 Sabe vencerse á sí mismo.
 Si de su amoroso pecho
 He de juzgar por el mio,
 Que el riesgo no arrostrés pide
 Al Dios de los afligidos.

(2) El argumento de estos romances se funda en una tradición popular del reino de Valencia, que tiene todos los visos de ser verdadero su origen. La tradición está tan arraigada en el país, que al pasar por Villareal, hubo quien me indicase como construido por la Viuda, el hermoso puente del Mijáres, de trece arcos, hecho en el reinado de Carlos III, siendo ministro el Conde de Floridablanca, en la penúltima decena del siglo XVIII, por el arquitecto don Bartolomé Ribelles, siendo comisionado para la obra el Marqués de Valéras. (Nota del Autor.)

(3) Miraflores, casa de campo, que finge el poeta situada al otro lado del Mijáres y de la Rambla con respecto á Villareal, y que se supone era la habitación de Julia, prometida esposa de Cárlos, y de sus padres. (Id.)

(4) Mijáres, río del reino de Valencia, que pasando por entre Villareal y Almazora, desemboca en el Mediterráneo. (Id.)

(5) La Rambla, cauce de un arroyo casi seco, pero que en los temporales de agua viene muy furioso, y más crecido que el Mijáres, especialmente si proceden las lluvias de las partes de Aragón y del Maestrazgo de Montesa. Corre por la parte del Noroeste, y desemboca en el rio casi enfrente de Villareal. De tiempo inmemorial tiene el nombre de Rambla de la Viuda. (Id.)

De tu suspirado enlace
 Ya la licencia ha venido;
 No malogres por un hora
 De amante constancia un siglo.
 Jamas, si en las fieras lides
 Mostraste tu pecho invicto,
 Las lágrimas de una madre
 Desalentaron tus bríos.
 Que aunque afligida y viuda,
 Sin más amparo ni arrimo
 Que tú, Carlos de mi alma,
 Supe enfrenar mis quejidos.
 Por tu Dios, tu rey, tu patria
 Volabas al trance esquivo;
 En tales causas, es siempre
 Bien perdido lo perdido.
 Gloria y bienes aumentaste
 De tu casa al timbre antiguo;
 El rey tus bodas permite,
 Y eres amante y querido.
 En Villareal (1) te adoran
 Caballeros y vecinos,
 Y desde el Cenia al Segura
 Es tu nombre esclarecido.
 Este tesoro de dichas,
 Que el cielo nos dió benigno,
 No destruya, amado Carlos,
 Tu impaciente desvario.
 Si Dios reclama sus dones,
 Resignémonos sumisos;
 Mas disiparlos nosotros
 Es locura y es delito.
 Tu vida, expuesta en las guerras,
 Concedió á los ruegos míos;
 Lo que con Dios alcanzaron,
 Alcanzen tambien contigo.
 ¡Ay! no cesa la tormenta,
 Ni la lluvia; brama el rio,
 Y las sombras se anticipan,
 Y crujen cielos y abismos.
 De Villareal no salgas
 Esta noche, Carlos mio;
 Como madre te lo ordeno,
 Y por tu esposa lo pido.»
 A la maternal ternura
 Carlos responde propicio;
 Concede lo que le ruega;
 Duda si podrá cumplirlo. «
 Retírase, y en su pecho
 Comienza nuevo conflicto:
 Julia aún no sabe que tienen
 De ser felices permiso.
 ¿Pasará la edad de un día
 Sin que vuele enloquecido
 Donde el gozo que le oprime
 Exhale en dulces suspiros?
 ¿A femeniles temores
 Se mostrará sometido,
 Quien en el campo la espalda
 Jamas volvió al enemigo?
 Eso no; nunca su Julia
 Le llame cobarde ó tibio;
 Es intrépido y es jóven,
 Y amante correspondido.
 A hurto de su madre baja
 Por no escuchar sus gemidos,
 Ensilla el mejor caballo,
 Y se entrega á su destino.

II.

Por la orilla del Mijáres
 Discurre el fuerte mancebo,
 Fija la vista en el rio,
 Y en su amada el pensamiento,
 Redobla el Noto su furia;
 La oscuridad va creciendo;

Sólo el relámpago á veces
 Traspasa su denso velo.
 En diluvios se desatan
 Los copiosos aguaceros,
 Y las pobres fuercecillas
 Corren arroyos soberbios.
 Tres veces intenta Carlos
 Lanzarse al raudal violento,
 Y tres el bridon paciente
 Rehusó el servicio funesto.
 Ya contra el curso del agua
 Sigue la ribera atento,
 Por si algun vado le ofrece
 Méenos temeroso el riesgo.
 Ya su caballo espolea,
 Soltándole todo el freno;
 Ya examina entre las nieblas
 Los ribazos más someros.
 Cruza el rayo por las nubes;
 Ruge el Noto; el firmamento
 No concede ni aun el brillo
 Del más escaso lucero.
 Al bosque de los laureles
 Llega, cuyo bulto negro
 Sombras añade á las sombras
 Con sus erguidos renuevos.
 Allí méenos hondo el rio
 Correr suele y más extenso,
 Cuando manso entre las piedras
 Deja puente al pasajero.
 Allí piensa atravesarlo;
 Y su leal compañero,
 Más dócil al acicate
 Adonde el peligro es méenos,
 Entra en las ondas y avanza;
 Ya pierde el fondo, y los remos
 Nadando extiende; ya opone
 Al raudal el firme pecho.
 Con hábil instinto el paso
 Va poco á poco torciendo;
 Parece que cede, y vence;
 Y es la esperanza su esfuerzo.
 Ya de la opuesta ribera
 Conoce cercano el puerto,
 Y por romper la corriente
 Agota el último aliento.
 Ya pisa alegre la arena,
 Bien que anhelando; y su dueño
 A Miraflores dirige
 Los pasos y los afectos.
 Ni le amedrenta del agua
 El sonido, ni del trueno,
 Ni la oscurísima niebla,
 Ni el crudo silbar del viento.
 Ya la ermita de Quiteria (2)
 Deja, cuyo humilde techo,
 Herido del agua, inunda
 El rayo en lívidos fuegos.
 Hasta el balcón de su amada
 Ya puede alcanzar su acento,
 Y ya divisa en la quinta
 De las lucas el reflejo.
 Mas ¡ay! que el arroyo altivo
 Se opone á su ardiente anhelo,
 Y las ondas despedidas
 Niegan paso á sus deseos.
 Arrostra el nuevo peligro:
 Y el bridon, cansado y yerto,
 Obedece, aunque temblando,
 De la espuela el duro hierro.
 No el agua profunda ofrece
 Allí el peligro más cierto;
 Sino el ímpetu, que arrastra
 Con ella chozas y aperos.
 Los riscos de la montaña
 Arranca de sus cimientos,
 Y los árboles más firmes

(1) Villareal, poblacion hermosa del reino de Valencia, situada á la derecha del Mijáres, donde se supone que tenían su casa la Viuda y su hijo. (Nota del Autor.)

(2) La ermita de Santa Quiteria está colocada á la orilla izquierda del Mijáres, muy cercana á él, un poco más al norte de la embocadura de la Rambla. Esta ermita es de la jurisdicción de Almazora, cuyo ayuntamiento es patrono de ella. (Nota del Autor.)

Se lleva el torrente fiero.
Entre las ramas de un tronco
Se anuda el caballo, á tiempo
Que la avenida furiosa
Le acomete ya indefenso.
De la cañada profunda
Cae deribado en el centro,
Y el remolino sumerge
A caballo y caballero.....

Rompe á deshora la luna
Con sus tímidos destellos,
El negro manto extendido
Por las bóvedas del cielo.
La tempestad cesa; templea
Su silbo el ábrego horrendo,
Y del agua embravecida
Enmudece el ronco estruendo.
La amante, que no dormía,
Afívida del recelo,
Temiendo al amor y á Carlos,
Que nunca temer supieron,
Desciende con sus criados
Del alba al rayo primero
Al márgen, présaga el alma,
Como fiel, del caso acerbo.
Las ondas ya retiradas
Dejaban la rambla en seco,
Y entre sus quiebras yacían
Carlos y el caballo muertos.
Julia le ve y le conoce;
Destroza su amante seno
El ay del dolor, y cae
Amortecida en el suelo.

III.

Yace el joven infelice
De su esposa en el estrado;
Ella sin sentido, y toda
La quinta en acerbo llanto.
Sube el gemido á los cielos.
Al ver que un momento infausto
Tan preciosas esperanzas
De amor y gloria ha robado.
Cuando al féretro funesto
Se acerca con piés turbados
La triste madre, el quejido
Espira en todos los labios.
Enmudece la familia,
Y su aflicción respetando,
Ni á consolarle se atreven,
Ni aún á detener sus pasos.
Ella inmóvil se alimenta
Del espectáculo amargo;
Clava la vista en su hijo,
Levanta al cielo las manos.
Algunas lágrimas corren
Por su semblante angustiado;
Del dolor que va á exhalarle,
Un suspiro fué presagio.
Mas súbito el rostro brilla
De ardor purpúreo bañado,
Y como celeste lumbré
Sus tiernos ojos lanzaron.
No es ya una madre que mira
Cadáver al hijo amado;
Que en sus facciones se anuncia
Un sentimiento más alto.
En ellas, aunque abatidas
Por el tormento y los años,
De un pensamiento sublime
Se pinta el júbilo santo.
Así en tarde tempestosa
Rompe á deshora el nublado,
Y entre pálidos celajes
Aparece el sol de ocaso.
Todos la observan confusos,
Creyendo el pesar templado;
Lloran; sus ojos, ya enjutos,
Las lágrimas renunciaron.
En su interior se recoge;

Ora; y el camino hallado
A la voz, mirando al cielo
Y despues al hijo caro,
Dice: «No sufra otra madre
De mi orfandad el quebranto,
Ni infausto el Mijáres sea
A otro joven malogrado.
Tú, Dics, que ves mi tormento,
Tú, que puedes consolarlo,
Dame fuerzas con que cumpla
El bien que me has inspirado.»
Con rostro apacible á Julia,
Ya vuelta de su desmayo,
Consuela, y de ella y sus padres
Se despide sollozando.
Vuelve á su casa; el cadáver
Llevan los tristes criados,
Y solícita prepara
Los funerales de Cárlos.

IV.

A Villareal concurre
La nobleza valenciana,
Y con lágrimas sinceras
Los lutos y arneses bañan.
Luchando contra la muerte,
Del siglo la pompa vana,
El espectro de sus glorias
Lleva hasta la tumba infausta.
Mas allí entre densas sombras
Su mentido brillo apaga,
Indudable testimonio
Dando al hombre de su nada,
Más noble tributo ofrecen
Enternecidas las almas,
Cuando al joven malogrado
Tristes lamentos consagran.
Llora la esposa afívida;
Quéjase de ser la causa
De tanto mal, y quisiera
No haber sido tan amada.
Lloran amigos y deudos;
Sus compañeros de armas
De los pechos varoniles
Ardientes gemidos lanzan.
Y allá en solitaria choza
La indigencia, consolada
Por él, al cielo dirige
Sus eficaces plegarias.
Con ellas unida suena
La voz de la fe sagrada,
Y «dicha eterna á los justos
Que en el Señor mueren», clama.
Mas el dolor de su madre
Ni se pierde entre palabras,
Ni en suspiros se evapora
Ni en lágrimas se desata.
Serena, impasible, atiende
A honrar los que la acompañan,
Y sus pésames recibe
Con tristeza mesurada.
Terminado el triste duelo,
Al que inmediato heredaba
El blason de las Centellas (1)
Los bienes cede y la casa;
Y reducida á los suyos,
Humilde mansion se labra
Entre el templo de Quiteria,
No ménos pobre, y la Rambla.
De alarifes y de obreros
Se vieron luégo pobladas
Ambas orillas del río,
Y del torrente las gabias.
Y en breve sobre el Mijáres
Hermoso puente se alza,
Y otro más fuerte y erguido

(1) El poeta ha podido atribuir el hecho á esta familia ilustre, sin temor de que se quejen los que hoy llevan tan noble apellido.

(Nota del Autor.)

Sobre el triste arroyo pasa,
Al primero, de *Quiteria* (1),
Patrona del pago, llama;
Y *Puente de la Viuda*
Al que consuela sus ansias,
Su casita templo era
De beneficencia santa,
Donde al pobre y peregrino
Socorro y albergue daba.
A la tumba de su hijo
Y al cauce infausto cercana,
Recuerdos tan dolorosos
La caridad mitigaba.

Muchos siglos con seguro (2)
Pié por los puentes pasara
El caminante, burlando
Del fiero huracan la saña.
Mas, del tiempo carcomidas (3),
Ambas fábricas al agua
Cayeron; sólo vestigios
Se conservan entre zarzas.
¡Qué hay reservado al inmenso
Poder de la edad tirana,
Si á defender sus preciosas
Obras la virtud no basta?
Mas ella entre las ruínas
Venerables sobrenada,
Y de emociones celestes
Al pasajero embriaga.
¡Oh fuerte mujer! ni el hombre
Para tí construye estatuas,
Que á los tiranos del mundo
Infame el temor levanta;
Ni tu nombre en sus anales
Conserva la historia ingrata,
Que á los ilustres malvados
Sus tristes pinceles guarda.
Mas ¡qué importa si en el cielo
Ciñes la eterna guirnalda,
Que el agua, dada al sediento
En humilde barro, alcanza?

Á la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.

¡Qué mujer celestial rompe á deshora
La esfera diamantina,
De lumbrosas estrellas coronada?
Orla el sol su sagrada vestidura;
La luna está á sus piés. En vano, en vano,
Dragon antiguo, tu ponzoña viertes.
Ya fulmina la lanza
Que del Empíreo te arrojó, ya caes
A los piés de la hermosa quebrantado.
El ángel admirado
A cielo y tierra su belleza canta;
Y ella triunfante, sobre el monstruo impío
Pone segura la celeste planta.

Albricias, mortales;

Que ya sonrosea

Del Sol de justicia

La aurora halagüeña.

Huyó al patrio averno

La noche funesta,

Y en luces de gracia

Se inunda la tierra.

Ya en el árido desierto

Brotó cristalina fuente,

Ya del celeste rocío

Puro vellon se humedece,
Y al valle de los esclavos
Hermosa Virgen descende,
Exenta, libre y fecunda
Del Salvador de las gentes.
A tu intercesion, oh Virgen,
La humana miseria apele;
Cuanto Dios con el imperio,
Tú con la súplica puedes.

Cádiz, 30 de Setiembre de 1839.

A la reina nuestra señora doña Isabel II, por la terminacion de la guerra civil en las provincias Vascongadas y en Navarra (4).

(1839.)

Huyó el usurpador. Himno de gloria
Resuena alegre en la afligida España,
Y el lauro de victoria
Enjuga el llanto acerbo que la baña.
Almas valientes que en la lid sañuda
Muerte arrostraron firmes, muerte dieron,
Ya la concordia añuda,
Y amigos son los que contrarios fueron.
Merced al héroe, cuya invicta espada,
En mil trances sangrientos vencedora,
Con la oliva sagrada
Se enlazó de la paz que el hombre adora.
Su voz, que al fiero cántabro aterrará,
Oh Luchana, en tus campos funerales,
Oyó absorta Vergara,
Sepulcro de los odios y los males.
Y el fusil cae al suelo, y se estremece
El hiebro agudo en la homicida mano,
Y el cañon emudece,
Y el hermano se abraza al caro hermano.
¡Oh suelo de mi patria! monumento
De rencor, de furor, de venganza,
Siente ya el dulce aliento
Del aura celestial de la esperanza.
Sí; que el ibero, aunque engañado, tiene
Su noble corazon por norte y guia;
Y si tal vez sostiene
De la ajena ambicion la enseña impía,
Vuelve, oh virtud, á tu feliz sendero,
Cuando la luz del desengaño brilla,
Y con ánimo entero
Depone fiel la indómita cuchilla.
Al que fué del error ciego instrumento
Da consejo mejor su pecho mismo;
Y abjura ya contento
Al infernal pendon del fanatismo.
Y á los delirios de soberbia injusta
Prefiere el cetro santo de las leyes,
Que tñ, Isabel augusta,
Heredaste gloriosa de cien reyes.
¡Isabel! nombre angélico, que unido
Al de Cristina, el español amante
Grabará enternecido
Con letras de oro en muros de diamante.
¡Nombre de bendicion y de ventura!
¡Nombre de paz!..... Ya el genio poderoso
Lleva á la edad futura
De vuestra gloria el canto delicioso.
Y anuncia el feliz siglo, el sosegado
Reino de la amistad y la abundancia,
Y el saber ensalzado,
Y abatido el error y la ignorancia.
Que si los vientos enristrada hiere
La lanza, huye la ciencia, Apolo hura,
La luz del genio muere
Al soplo de la guerra asoladora.

EN UN ÁLBUM.

Después del rígido invierno
Espera el Abril sus rosas;

(4) Esta oda fué publicada en Sevilla á nombre de la Academia sevillana de Buenas Letras. (Nota del Colector.)

(1) En efecto, el puente antiguo del Mijáres, de un solo arco, se llamó *Puente de Santa Quiteria*; y no conociéndose quién lo fundó, ha podido el poeta atribuir su construccion á la Viuda. El de la Rambla, llamado *Puente de la Viuda*, es el que realmente le atribuye la tradicion. (Nota del Autor.)

(2) El camino de Barcelona á Valencia pasaba ántes por los puentes de Santa Quiteria y de la Viuda. (Id.)

(3) Destruídos los dos puentes, era grande el peligro y continuas las desgracias de los viajeros cuando ocurrían avenidas en la Rambla; por lo cual, no sólo se construyó en tiempo de Carlos III el nuevo puente del Mijáres, situado más abajo de la embocadura de la Rambla, sino también un nuevo camino que pasa por Villareal y por dicho puente á Castellón de la Plana. (Id.)

Mas ¡ay! que las más hermosas
Sólo un día vivirán.

Y apenas su blando aroma
Goza el prado y la enramada,
De la rosalería amada
Al pie marchitas están.

Mueren, mas su olor suave
Llenó de vida el ambiente;
Mueren, mas eternamente
Produce el fruto otra flor.

Así la frágil belleza,
Expuesta, oh tiempo, á tu saña,
Si la virtud la acompaña,
Conserva eterno esplendor.

Sevilla, 28 de Julio de 1844.

AL NIÑO ALBERTO PEREZ DE ANAYA (1).

Mi nombre llevas, Alberto,
Y el ser debes á un amigo,
En mi adversidad probado,
Y en mis bienes complacido.

Por tu nombre y por tu padre
Con doble deber dirijo
Al cielo fervientes votos,
Y el cielo los oye pío.

En favor tuyo le ruego,
Y no temo hallarle esquivo;
Que á la amistad é inocencia
Nunca cerró sus oídos.

Mas no los ricos tesoros
De Crespo para tí pido,
Ni de la ambición sañuda
Los infaustos regocijos,

Ni los beleños del ocio,
Ni de Accidalia los mirtos,
Ni de las funestas lides
El laurel, en sangre tinto.

Mente sana en cuerpo sano
Ruego, y noble patriotismo,
Mediana y modesta suerte,
Instrucción, virtud y juicio.

¡ Virtud!..... su angelico sello
Grabe en tí, tan fuerte y fijo,
Que jamas borrarle pueda
La inmoralidad del siglo.

Sé de tus amables padres
Gloria en tus años floridos,
De sus canas alegría,
De su senectud arrimo.

Y entre tantas bendiciones,
Tambien para mí suplico
Que del autor de tus dias
Imites el fiel cariño,

Y pueda yo, caminando
De la tumba al cierto asilo,
Decir: «La amistad del padre
Ya reflorece en el hijo.»

Sevilla, 2 de Julio de 1847.

EL IMPERIO DE LA ESTUPIDEZ.

Poema satírico en cuatro cantos; traducción libre, en verso suelto,
de la *Dunciad*, de Alexandro Pope (2).

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Alexandre Pope, célebre poeta inglés, que floreció á principios de este siglo, escribió el poema de la *Dunciad*, contra los malos escritores de su tiempo, con quie-

nes estuvo siempre en perpétua guerra; destino fatal que han sufrido en todos tiempos los grandes genios, y que en nuestros dias experimentó uno de los más beneméritos escritores de España, cuyo nombre bastará á honrarla en la posteridad. Este poema es una verdadera sátira, y la máquina épica sirve sólo de misterioso velo, que oculta un tanto los personajes, para dar al lector el placer de conocerlos, atribuyéndose el trabajo y mérito de descubrirlos por sí mismo. Así, áun cuando no se observe en él una gran regularidad de plan, un enlace seguido, una catástrofe bien preparada y una acción conocida siempre y de cierta extensión y tiempo, debe advertirse que la falta de estas bellezas, propias de la epopeya, no deben disminuir mucho el mérito de un poema que en su fondo es una sátira.

Aunque el genio inglés, demasiado vehemente y desreglado de imaginación, no sea el más propio para dar á las composiciones poéticas la unidad, regularidad y verisimilitud que constituyen la principal belleza de las obras de determinada extensión y complicación de intereses, Pope, sin embargo, ha adquirido, áun entre los franceses, que pecan por el otro extremo de nimia exactitud, la reputación de poeta filósofo. Es, sin duda, el que mejor ha conocido, de sus nacionales, las reglas del arte, y el que mejor ha sabido sujetarse á ellas. Los defectos que notó al poema de Estacio, poema que, por el movimiento desreglado de pasiones, está muy dentro del genio inglés, son una prueba de esta verdad. Otra, y la más convincente, es su poema del *Rizo de Belinda*, en el que, al mismo tiempo que se admira la imaginación fecundísima del poeta, que en una acción tan pequeña como cortar un caballero el rizo de una dama, encontró tantos y tan bien nacidos episodios, se advierte regularidad bastante en el plan y movimiento de la acción, siempre, lo confieso, se dejará ver el estro violento de su nación; pero ya es mérito haber corregido este defecto en la parte principal de su obra.

Mas en el presente poema siguió muy diferente camino; en todo él reina un desorden propio y característico de la sátira, y como fué éste el fin primario del poeta, no dudo que á él sacrificara la regularidad de la acción. Veráse esto más á las claras si se considera que el segundo y tercer canto, que son episodios accidentales, por no estar íntimamente ligados con la acción, ocupan tanto espacio en este poema como el primero y cuarto, en que se canta el hecho principal; disposición muy ajena de la unidad é interés épico; y ¿á qué otra causa deberá atribuirse, sino á que estos episodios son, por su naturaleza, más capaces de los rasgos fuertes y punzantes de la sátira, como se ve con sólo leerlos? En ellos encontró recurso el autor para ejercitar la musa de Juvenal más que en otra parte, y así se detuvo tanto allí como en el resto del poema.

Estoy, pues, muy lejos de suscribir á la opinión de un célebre francés, que coloca la *Dunciad* en un lugar superior al *Lutrin* (3). Las bellezas de este otro poema, que es una cabal epopeya, son de un género muy diferente que las de la sátira inglesa. El gran mérito de ésta consiste en la valentía del pincel satírico, con que su autor pone de bulto los caracteres ridículos de sus héroes; en el bellísimo y original pensamiento de haber

beamos en dar á la estampa esta obra, hasta ahora inédita, porque está sembrada de alusiones satíricas á los poetas españoles del siglo último, demuestra el desenfado y la travesura que asomaban en el ingenio de LISTA en los albores de su juventud, y caracteriza las tendencias literarias que reinaban en la llamada *Escuela sevillana*. (Nota del Colector.)

(3) *Le Lutrin* (*El Facistol*), poema burlesco de Boileau.

(1) LISTA había cumplido setenta y dos años cuando escribió este romance. Es acaso su última composición. (Nota del Colector.)

(2) Esta traducción fué leída en la Academia de Letras Humanas de Sevilla, el 22 de Julio de 1798. Veintidós años tenía LISTA cuando tradujo, ó, mejor dicho, imitó el poema de Pope. No titu-

dado un tono de heroísmo á toda su narracion, que hace resaltar más y más la ridiculez de la accion y de los personajes, pensamiento llevado hasta el cabo con toda felicidad; en la multitud de situaciones semejantes á las de la epopeya en que presenta á los actores; últimamente, en la viveza de sus sales y magnificencia de sus imágenes. Hablando de esta parte, anticipo lo que debiera decir despues, de mi traduccion: es que quizá he mejorado el original en algunos pasajes magníficos, cuya grandeza consistia en las imágenes; mas en la parte satírica y en cuanto á las sales epigramáticas de que está llena la obra toda, no puedo desconocer que me he quedado no pocas veces *inferior* al poema inglés, y que no he podido trasladar como quisiera aquella fuerza cómica, que era característica del genio de Pope. Me he propuesto dar con esta traduccion á conocer á los literatos españoles un poema en que tanto abundan las bellezas satíricas, y que puede servir de ejemplo en el género mixto de cómico y heróico, y en aquella clase de sátira en que los caracteres ridiculos se visten á la heróica, para que más brillen con tal desigualdad. En cuanto al estilo y diction poética, he procurado hacer la obra absolutamente española, engalanándola á la usanza de Castilla, de modo que más bien parezca natural que extranjera, y vestida al uso del país.

Mas esta transformacion, que es en lo que debe consistir el mérito de una buena traduccion, no es la más esencial que se ha hecho en la presente. Como á los españoles interesa muy poco oír los nombres desconocidos de los malos escritores que inundaron la Inglaterra á principios del siglo, resolví, conservando la máquina y organizacion del poema, y, en cuanto fuera permitido, sus mismos pensamientos, sustituir á los *estúpidos* ingleses los escritores idiotas de nuestra nacion, cuya lista no ha sido, por desgracia, ni muy corta, ni muy difícil de hacer. Mas siempre he tenido la prudencia de no nombrar á sujetos vivientes, á no ser anónimos, ó que estén silbados de toda la nacion. La estupidez es propia de todos los países y siglos; así que no es de admirar que cuando los genios superiores ilustran el reino con sus luces y conocimientos, haya tambien ingenios de la ínfima clase, que, halagados de un falso brillo de gloria, ó instigados del hambre, lleguen á ser la vergüenza y el oprobio del orbe de las letras, y consigan al fin el digno premio de sentar sus nombres en un eterno olvido. El poema está consagrado á celebrar los triunfos de la estupidez y á manifestar los medios de que se han valido y valen sus secuaces para afirmar el trono de tan terrible núnen; los grandes genios, que son el honor y la esperanza de la nacion, verán cuáles obstáculos deben oponerse á la dilatacion de este imperio.

Volviendo á las mudanzas hechas en la traduccion, aunque hay las más veces muy exacta semejanza entre los estúpidos de todas las naciones, pues todos son fundidos en un mismo molde, con todo, como no siempre es ésta fácil de encontrar, algunas veces ha sido menester modificar los pensamientos del original, otras suprimirlos enteramente, sustituyendo tal vez algunos trozos de propio caudal. Algunos pasajes característicos del genio y de la libertad inglesa se han suprimido enteramente.

Pero la alteracion más notable consiste en el héroe del poema. Buscando un jefe de partido en que se reunieran todas las circunstancias necesarias para subrogarlo dignamente al héroe de la *Dunciad*, observé que el famoso Rosely, aunque por dicha no español, estaba, por desgracia, tan connaturalizado en nuestro país, gracias á sus gracias admiradores, que podia reputarse por

ciudadano de nuestra república literaria. No era fácil hallar entre nuestros escritores adocenados de estos tiempos un estúpido de recata que haya hecho tanta riza en el saber español, acaudillando bajo sus banderas todos los botargas de la literatura. Por otra parte, como esta clase de sátiras se versa más bien acerca de las obras que de las personas mismas, y la obra de Rosely quizá no ha logrado en su suelo nativo, á pesar de dos ó más impresiones, la cuarta parte de la celebridad que en España, donde reanimó el partido peripatético, y moribundo, me resolví á elegirlo por héroe, y hacer que su traslacion á nuestro reino (que debe siempre entenderse alegóricamente) fuese una parte principal del poema.

Últimamente, las prendas literarias de Rosely son tan en grado heróico, que cualquiera de ellas bastaria para coronarlo, sin disputa, por monarca de la idiotez. Su impudencia en desacreditar los escritores más piadosos, en llenar de oprobios los nombres más sabios y respetables, su admirable mendacidad en atribuirles doctrina y opiniones que no conocieron, su audaz orgullo en decidir soberanamente sobre materias que no son de su instituto, su infidelidad en trincar los pasajes y marañar el sentido claro y genuino de los autores; finalmente, los infinitos absurdos de todo género que se escabullen á cada plumada de su mano, y el nuevo sistema, original suyo, de mezclar á la algarabía del peripato los principios matemáticos de los modernos; todo, todo lo hace acreedor al imperio de la estupidez.

Éstas son las advertencias que me pareció debian servir de preámbulo á mi traduccion. Acaso, despues de leida, parecerá á algunos que ni el poema las merece, ni la version que presento. Si así fuere, la benignidad de mis compañeros disimulará los defectos de elocucion y traduccion castellana, en vista del inglorioso trabajo que ha costado, mucho mayor de lo que tal vez se creerá.

CANTO PRIMERO.

Argumento.

Proposicion del poema.—Invocacion.—La Estupidez, al recorrer los lugares sujetos á su dominio, fija la atencion en Rosely, que desesperado por el poco efecto que produjo su *Xuma*, determina abandonar el ejercicio de escritor, forma una pira de sus libros y le pone fuego. La diosa acude, y lo apaga con un maravilloso artificio. Conduce á Rosely á su templo, de donde, guiados de agitero favorable, pasan á la Iberia, y en las orillas del Bétis es proclamado el héroe por monarca del bando estúpido.

Canta, oh Muza, la madre poderosa
De la mentecatez, y el hijo heróico
Que, á la fertil Iberia trasplantado
De las playas tirrenas, mostró al mundo
Cuán igualmente en todos los países
Un verdadero zote fructifica,
Y di cómo el antiguo *Peripato*,
Que olvidado yacia en vil sepulcro,
A sus rebuznos despertó, y alzando
Del polvo la cerviz, su frente adusta
Volvió á mostrar ceñida de laureles.

Tiembla la Iberia, vieno en su recinto
El núnen tutelar de la barbarie
Tender segunda vez el duro cerco.
Vosotros, editores, á quien Jove
Y la violencia de un asnal destino
Hizo de su grandeza el instrumento;
Vosotros, que admiráis y eternamente
Admiraréis su estúpida impudencia,
Decidme por qué medios la alta diosa
Logró adormir en su profundo sueño
El genio ibero, y cómo esparcir supo
Luengo entorpecimiento en mar y tierra.

Antes que los mortales aprendieran
A escribir y leer, y el gran Tonante

De su cerebro produjera á Pálas,
Su dominio extendió en el ancho mundo
La augusta Estupidez, hija del Cáos,
Y de la eterna Noche, que empezando
Ya á envejecer, hubieron del Destino
Esta prenda feliz de sus amores.
En confusion al padre semejante,
Y grave cual la madre, nunca ociosa,
Emprendedora, audaz, pesada y ciga,
Sobre todas las almas duro imperio
Ejerció en el desórden primitivo;
Y aún hora, siendo diosa y no pudiendo
Morir, trabaja en restaurar su gloria.

Tú, querido *Fileno* (1), á quien Apolo
Cine la sábia sien de eterna oliva,
No, no diras que la potente diosa
El campo abandonó que baña el Bétis.
Aquí, do resonó la dulce lira
Del sacro Herrera, cuyo són suave
Hoy se escucha en tus cantos repetido,
Y donde de Sevilla la alta gloria
Al cielo eleva el nombre de Montano;
Aquí con más ardor fijar su imperio
La Estupidez emprende; de sus alas
Negro veneno vierte, cuyo influjo
Produce de Saturno el nuevo siglo,
Siglo de plomo, siempre duradero.
Cerca de la mansion donde su trono
Ha puesto la Locura, oscura cueva
Anchamente se extiende, que un nublado
Impenetrable á nuestra vista cubre;
Cuya triste morada eternamente
Habita el Pedantismo y la Pobreza.
De esta caverna fria, donde el viento
Se enfurece en airado remolino,
Salen los escritores, disfrazados
De monstruos, que la Iberia atemorizan.
De aquí diversas obras, de aquí nacen
Las vidas de los santos en copillans (2),
Los *Florilegios sacros*, las novelas
Francesas, aún despues de tradueidas,
Diarios de toda clase, pensamientos,
Anécdotas, discursos consorinos;
En fin, de aquí los cantos que celebran
Al gran Francisco Estéban y á Florencio.
La augusta Estupidez aquí el asiento
De su imperio fijó, y el alto trono,
Por sus cuatro virtudes sostenido;
La Intrepidez, que ostenta valerosa
Ancha y serena frente y lengua libre;
La tranquila Pobreza, que derrama
Pródiga su favor en los que tienen

(1) Reinoso.

(2) Es sobre todas conocida la *Vida de san Benito de Palermo*, escrita en segnidillas por el célebre *Benegasí*. Mas no es conocida como debiera la *del hombre angélico y ángel humano, santo Tomas de Aquino*, en trece salmos, que con esta gracia pingo a su autor llamar la cáfila de segnidillas *macrenas* en que, á imitación del de *Benegasí*, está destrozado este precioso poemita, que no sabemos haya gemido hasta ahora bajo los tórculos tipográficos, por no haber dado en manos del colector del *Parnaso español*. Mas, á despecho del hado impropio, hemos logrado ver, aunque de paso y por vislumbre, esta obra, que tapa y recata y encaneca nuestro académico don Justino Matute, en un códice de no sé cuantas páginas, porque no está foliado, en cuarto grueso, bien conservado, encuadernado en pasta oscura con florones de oro pimiento por el lomo; escrita con tinta parda y letra grifa, clara y corpulenta, que manifiesta bien tener sobre trescientos sesenta meses de antigüedad. No hemos podido hallar, despues de haber desentelarañado mil zaquizamies y basureros eruditos, todas las circunstancias que quisiéramos acerca de su autor, que es anónimo; fatalidad cruel que ha seguido siempre á los grandes genios de la literatura. Empero no seremos avaros de las pocas noticias que sobre este asunto hemos podido averiguar, y tal vez la posteridad nos deberá algun día el saber que el escritor bolearo de la *Vida de santo Tomas* se llamó Mauricio; que fué natural de Canarias, y precursor en la carrera poética, de su paisano don Tomas de Iriarte; que vivió en Sevilla algun tiempo; que fué capellan de un don Alfonso Tello, y lleno al fin de Dios y merecimientos, cerca del año sesenta de este siglo, arrebatado de una calentura, ... al truenento filo de la trucidante Parca, *obdormirít in Domino*.

Acaso esta nota parecerá demasiado prolja á algunos lectores superficiales; mas los sabios, que se chupan los dedos tras de tan apreciables antigüallas, conocerán cuán diminuta es, y tal vez habrá erudito que vuelva y la repase hasta tomarla de memoria. (*Nota del Autor.*)

Hambre y sed de escribir, y en el espejo
De la prudencia la risueña imagen
Se ofrece al escritor de eterna burla;
Mas la Justicia literaria llega,
Y en su balanza el peso respectivo
De la ridiculez y el oro mide,
Y á su varon consuela, prefiriendo
Un doblon á una estéril alabanza.

Aquí observa la Diosa en el profundo
Y tenebroso Cáos, ciertos seres
Sin nombre, que en el seno de sus causas
Duermen tranquilamente y en reposo;
Hasta que la Avaricia, ó de tres días
El hambre inexorable, desenvuelve
Sus elementos, y al confuso enjambre
Título da de drama, ó de poema.
Aquí ve cómo yacen en su estado
De embrion las ideas primitivas;
Cómo un absurdo derivado de ellas,
Recien-nacido, chilla; y con informes
Versos por la rutina acumulados,
Sobre métricos piés el pecho arrastran.
Aquí un triste vocablo sutilezas
Ciento y ciento produce, y la orgullosa
Necedad como el Sena serpentea.
Allí una imagen mal fraguada ofrece
Figuras que se admiran de encontrarse,
Y mil comparaciones que no existen.
Acullá de metáforas horribles
Una banda camina, que la mano
Se dan, por la violencia haciendo gestos.
La Comedia y Tragedia en dulce nudo
Se enlazan y á la ópera se allegan,
Formando nueva raza el Poema heróico.
El tiempo se detiene á tu mandato
Imperial, y el océano sonoro
Se trasmuta, obediente, en tierra firme.
La alegre descripción con blandas lluvias
Riega el Egipto, y á la nueva Zembla
Enriquece de frutos, y el desierto
Líbico de olorosas flores llena;
Colinas forma que de nieve brillan,
Y montes, que embellece eterna grama,
Y el helado Diciembre, respirando
Los olores de Flora, en hielo agudo.
La mies madura yace sepultada.

La Diosa de las nieblas estas cosas
Contempla, y otras más desde un nublado,
Que la escena engrandece y perfecciona.
De un oropel vestida, cuyos visos
Continuamente mudan, se complace
En el mundo fantástico que cria;
Y los monstruos efimeros mirando
Cuál nacen, y á la nada prestos vuelven,
Con el barniz de su color los pule.
Por todo el orbe complacida mira
Cuál florece su imperio, y cómo humilde
Desde el helado inglés al indio adusto
Besa el mortal su cetro glorioso.

En el suelo español con más ternura
Fija los ojos, do hijos más amados,
Aunque siempre rebeldes, ha tenido.
En él recuerda la suprema Diosa
Los altos triunfos que logró su pueblo,
Por una sucesion no interrumpida,
Desde el divino Góngora hasta ahora.
Anuncia que la raza esclarecida
Immortal vivirá, pues que los padres
Fielmente de sí mismos en sus hijos
Imprimirán la imagen, ya descubra
Al gran *Gerardo Lobo*, que aún hoy brilla
En el *Pastor de Frumie*, cual exceden
Secuaces mil y mil á Sotomarne (3);
Y finalmente, arrebatado, observa
Cómo Mira de Mescua respaldece
En el furor teatral de Valladolides.

Á las tierras que parte el Apenino
Vuelve los ojos, y su viva imagen
En ninguno más fiel, más peregrina,

Que en Rosely descubre; en este padre
De monstruos que formó naturaleza
Para encanto del viejo Peripato,
Para ejemplo y modelo en que los hombres
Aprendan á ser burros con sucesos.

La Estupidez, del gozo enajenada,
Observa el grave rostro silenciosa;
El rostro audaz, que en póstros colores
La ingratitud de su adorada patria,
Que su mérito olvida, tiñe ahora,
Y sin haber comido, el cruel destino
Maldice y la fortuna envidiosa.
Junta los esparcidos borradores
De la suma infeliz; la gruesa pluma
Royendo airado por espacio breve,
En fin al suelo arroja enfurecido;
Y de uno en otro pensamiento triste,
En un abismo vasto se sumerge,
Do en olas mil se vuelve, por si encuentra
Su perdido juicio; mas no hallando
Fondo alguno, otra vez desesperado
La pluma toma, y á escribir se pone.
En torno de él volando, se apresuran
El Embrión y el Aborto, que le ofrecen
De Escoto y de Leibnitz trozos unidos,
La petulante absurdidad, que al modo
De la homicida bala, se introduce
Del cerebro en las áridas cavernas;
Y, en fin, cuanta quimera engendrar puede
La ceguedad y el frenesí le cercan.
Con los clavados ojos tardamente
Sus libros considera y reconoce;
Aquí (se acuerda), aquí sólo los labios
Bañó; aquí á furiosas tragantadas
Bebió el agua enturbiada por él mismo,
Y allí chupó, cual la industriosa pulga,
Retales de Newton, que encadenados,
Entre ergos de Goudin (1) sufren el yugo
Del Peripato, taciturno observa.

Los demas libros á la vista ostentan
Bella encuadernación, y en esto solo,
Y en ser nuevos, su mérito se funda;
Unos en altitud se proporcionan
A la tabla que ocupan; otros brillan
Con la dorada pasta que el cariño
Paternal les concede, y su belleza
Al loco autor expia los defectos:
Allí el glorioso Beyerlinck (2) levanta
Entre los suyos la cerviz, y al lado
El insigne Tesoro (3) resplandece,
Y ostenta, en competencia de Alcíate (4),
El Marini aún emblemas más oscuros,
Con otras muchas obras que felices
A este asilo vinieron, escapando
Del fuego ó de las manos del tendero.
Gótica biblioteca, que purgada
De griegas y romanas producciones,
Honrar pudiera al mismo Soto-Marne;

Pero obras más sublimes, que contienen
Ciencias más altas, advertir se dejan.
Allí Goudin y el gran Palacios (5) duermen
Su sueño, en piel de burro encuadernados;
Acá se ven, merced á los aromas,
Descarnados de lógica, tres cuerpos
Como momias: Froilan, la gruesa frente
Audaz extiende, y la infelice tabla,
Condenada á sufrir el peso enorme
De Aldrovando y Gonet, gimiendo astilla.

Rosely, enajenado, de estos libros
Una docena toma, una docena
De los más gruesos, que á envolver especias

Destinados ya fueron, y él piadoso
Rescata, y un altar construye excelso.
Una hecatombe de ergos y de instancias
Adorna el ara, y grueso libro en fólío
De Súlulas, perpétuo fundamento
De sus escritos, base es de la hoguera,
Que con libros menores continúa
Siempre disminuyendo, y en su cima
En mil pedazos por su mano un tomo (6)
Del triste Genuense destronado,
La pirámide excelsa cierra y cumple.

¡Oh diosa! (exclama entónces), que prescribes
Límite al arte y al saber del hombre,
Primer objeto del cuidado mío,
Suprema Estupidez, ¡oh el más amado
Interés de mi pecho! Tú conoces
Cuánto empleé mi infatigable aliento
En defender tu antigua y noble causa;
Mi ingenio á tu deidad de sus escritos
Consagró las primicias desde el día
Que salió el primer ergo de mis labios,
Y fiel será hasta el último rebuzno;
Contigo comencé, contigo acabe
Mi pluma sus tareas: tú, alma diosa,
Concede á este cerebro que formaste
La plenitud gloriosa de tu genio.
Niega, niega al talento de los hombres
El claro resplandor de lumbre viva,
Y en su lugar concédenos piadosa
Tus nublados benéficos: si alguno
Pretende esclarecernos, tú interpone
El manto oscuro de la noche antigua.
Si algún impertinente pretendiese
Del ingenio alcanzar la luz divina,
Impenetrable muro se levante
Entre él y la razón, ó deshaciendo
El hilo del discurso, su cerebro
Adorna tú de bellas telarañas.
Bastante he trabajado; y si tu trono
Algun valor pudiera defenderlo,
Esta pluma que ves, que una lechuza
Proveyó para asombro de la Hesperia,
Hubiera obrado maravilla tanta.
Mas ¡ah! la gloria á que anhélame roba
El destino envidioso: ¿de qué sirve
Ser jefe del moderno Peripato,
Y haber de sus alumnos adquirido
El sufragio común? Mi suma vuela
De sabio en sabio, y aún Newton se estudia.
¡Ah! Pensé que tu reino, amable diosa,
A esfuerzos de mi pluma se extendiese,
Y que ella á sepultar tus enemigos
En duradero olvido bastaría.
Mas el genio ominoso que á la Italia
Preside adusto, mis empresas tronca;
Tu pueblo gime en reducido bando,
Mientras el septentrional filosofismo
Del Alpe baja en numerosas huestes,
Y ocupando triunfante entrambos mares,
Silba mi suma, y tu poder desprecia.
¡Ah! No de hoy más tus hijos de su jefe
El nombre heroico llorarán burlado;
Pero no pienses, Necedad sagrada,
Que abandonando de escritor el nombre,
Tu partido abandono infamemente.
De Rosely la frente y el cerebro
Aun existe, y así mientras exista
El tono de impudencia, y una noble
Grosería que aplauden los pedantes,
Resonará en mi labio, y la completa
Oscuridad, que á todos encantaba,
Y la apacible ineptia, con que alegre
El lisonjero elogio de tu bando
Recibí, eternamente será mía.
Vosotras, en pecado concebidas
Y en locura nacidas, obras mías,
Proscritas ó que deben proscribirse,
Después que os purifique sacra llama,
Ascended, ascendid al alto cielo.

(6) Se sabe con cuánta crueldad ha tratado Rosely á este sabio escritor. (Nota del Autor.)

(1) Matías Bernardo Goudin. Matemático y filósofo francés del siglo XVIII. (Nota del Colector.)

(2) Lorenzo Beyerlinck, erudito holandés del siglo XVI. (Id.)

(3) Siete escritores ilustres de este apellido hubo en el Piamonte, en los siglos XVI y XVII. Probablemente alude aquí LISTA al historiador, Conde Manuel Tesoro. (Id.)

(4) Andrés Alcíate, jurisconsulto y literato milanés del siglo XVI. (Id.)

(5) Puede conjeturarse que este gran Palacios es el insigne y fecundo escritor granadino Miguel de Palacios, famoso teólogo y filósofo escolástico del siglo XVI. (Id.)

No iréis vosotras á servir de forro
A autores de gramática, ni envueltas
En vosotras serán especia y clavo;
Antes permita el hado que gozosas
Las dulzuras logreis de un grato olvido,
Del profano mortal siempre ignoradas,
O bien á la mansion de la locura
Llegueis, donde las cosas destruidas
Con las que aun no han nacido se confunden.»

Dijo; y algunas lágrimas bañaron
(¡Oh prodigio!) su rostro macilento.
Tres veces avenia al sacrificio
Un prólogo encendido, y otras tantas
De la mano temblando caer le deja.
En fin vuelve la cara, y á la pira
El fuego prende; remolinos densos
De humo envuelven al punto el sacrificio.
Arde la inmortal suma, y el enojo
Del despechado autor su estrago causa,
Lo que, despues de una edicion y otra,
Los silbos de la Italia no lograron.
Renúvase su llanto, cual lloraba
El desdichado Priamo á la vista
Del Ilión en humo y fuego envuelto.

El resplandor de la encendida hoguera
A la Diosa llegó, que pavorida
Vuela ligera al fuego devorante,
Y sobre él precipita la *Riada* (1).
¡Oh maravilla! Se anonada al punto
La alta llama, y tronando desaparece.
Su anchura circunferencia el lugar llena
En un velo de espesos nubarrones;
Tan bella apareció como aquel día
Que el imperio adquirió del genio humano.
Conduce entre los brazos á Rosely
A su palacio angusto, y él, gozoso,
Conoce y besa el dulce suelo patrio.
Aquí el opio sagrado reverdece,
Propio de la gran Diosa; aquí alimenta
Sus lechuzas, y aquí erigir propone
El trono de su imperio formidable.
Al héroe manifiesta el exquisito
Tesoro de sus obras; le demuestra
Cómo el acaso forma pensamientos,
Que unas veces carecen de sentido,
Y otras ostentan un completo absurdo;
Cómo Sumas en hórridos libelos
Pueden degenerar; cómo pasando
Índices de materias, se liberta
Un escritor de devanar e el seso
Y perder su salud leyen los libros.

Despues la Diosa derramó benigna
Sobre su alta cerviz el licor sacro
Exprimido del opio y del beleño;
Cuando ¡oh prodigio! hácia la izquierda truena,
Y del último seno de Occidente
N-gra bandada de nocturnas aves
Se lanza al aire y oscurece el día.
Sobre los mares y las tierras vuela;
Baten las alas, y al confuso estruendo,
Y al ronco són del hórrido graznido,
Brama el mar y los vientos se ensordecen;
El ominoso bando rauda guía
Farda lechuza, ante el sagrado templo
Pára el curso; y en tanto que rodean
Al inmortal Rosely sus secuaces,
Recogiendo las alas, sobre él posa.

«¡Oh presagio dichoso! exclama alegre
La Estupidez, recíbelo, hijo mio;
La tierra espera tu apacible reino.
Deja en hora feliz la ingrata patria,
Y á do el hado te llama, do te espera
Imperio amado en los iberios pueblos,
Con destino mejor los mares pasa.
Allí reinó el glorioso Sotomarin,
Célebre por su furia; su corona
Tus sienes orlará, tu solo digno,

Rosely ilustre, fuiste de tal gloria,
Oiga mi voz el pedantesco bando,
Y el rey que les ofrezco adore humilde;
El lauro apetecido su anchura frente
Cifia feliz; vén, pueblo afortunado,
El narcótico influjo que benigno
Tu rey inspira, anima tus canciones
A entorpecer el mundo en duro sueño.»

Dijo; á su lado y en excelso trono
Brilla Rosely, en densos nubarrones
La augusta frente y el dosel ceñidos.
Del fresco Manzanáres sube en tanto
Pardo vapor, cuya atraccion violenta
Del templo de la Diosa el trono arranca;
En alas de los vientos rauda llega,
Pasando el mar, á las Iberias playas;
El negro bando de agoreras aves
Lo sigue, los graznidos renovando.
Sobre el centro de Iberia el vuelo pára,
Cuando del Bétis en la extrema orilla
La augusta Estupidez fijó los ojos.

«Miras, hijo, exclamó, miras la tierra
Do habitan mis contrarios más temidos;
Allí rebelde bando se levanta
Contra mi imperio, y la cerviz altiva
Emprende libertar de nuestro yugo.
Allí nos dirijamos, y la silla
Del poderoso reino coloquemos.»

Dijo, y de nuevo vuelan hácia el Bétis;
El bando volador sonante aplande.
Cual por las segas vueltas del Meandro
Alegres corren los nevados cisnes
Cuando del pasto vuelven, dando al viento
De los canosos cuellos blandas voces;
Resuena el manso rio, y á lo léjos
Del dulce són herido el asío lago;
Así en alegre tropa sus graznidos
El negro bando esparce por los aires,
A su deidad siguiendo; al Bétis llegan,
Y allí abaten á tierra el vuelo altivo.

Apénas ocupó el vandalo suelo
El rey, cuando á rendirle el homenaje
Vasallos mil y mil corren gozosos.
Como cayó de Júpiter la viga
Desde los altos cielos, el estruendo
Sonó horroroso en la húmida laguna;
Las ranas, ya del susto convertidas,
¡Viva el rey Viga! en alta voz clamaron;
Así el bárbaro pueblo exclama alegre:
¡El rey Rosely viva! y el acento
Corrió veloz hasta llegar aullando
Del copero á la plácida llanura.

CANTO SEGUNDO.

Argumento.

La Estupidez manda proclamar juegos en honor del nuevo monarca.—Ejercicios de la carrera y del rebuzno en el Copero.—Ejercicio del nadar en el *Tigarete* (2).—Para concluir las fiestas, ordena la diosa que se lean á presencia del numeroso concurso el *Eustaquio* y el *Floritigio*.—El sueño se apodera de todos, y así se terminan los juegos.

Sobre trono magnífico, que forman
Cortezas de alcornoque, resplandece
Rosely, de honor lleno y de alta gloria;
El contento orgulloso y la alegría
Que excita en él el sentimiento interno
De su mentecatez, brilla en sus ojos.
De todos la atencion en él se fija,
Y al paso que lo admiran y contemplan,
Adquiere cada cual un nuevo grado
De estupidez; sus sabios editores,
Que no dejan su lado, el rostro ostentan
Luciente en esplendor de vivo bronce.
La pompa ufana de este alegre día,
Rosely heróico, sólo compararse
Puede á la que logró el famoso cuerno,
Antípoda del gusto, cuando orlada

(1) Poema en que Trigueros (*el Porta Filósofo*) cantó la avenida del Guadalquivir en el año de 1783, y capaz, por su frialdad, de apagar no sólo el incendio de una pira, mas el mismísimo del Templo de Diana. (*Nota del Colector.*)

(2) Arroyo cenagoso de Sevilla.

La sien de oliva y de laurel sagrado,
Ascendió al Capitolio victorioso.

La Reina manda en todos sus imperios

Los juegos proclamar que hacer intenta
Para alegrar su generosa prole.
Un centenar de ciegos, ya instruidos
En dar voces en público, convocan
Los hijos de la augusta soberana.
Innumerables tropas se avecinan
De todas partes, que sin gente dejan
La comarcana tierra y la remota,
Mezcla la más graciosa que se pudo
Imaginar jamas, do se juntaba
El lienzo humilde con la seda altiva,
Y el rico tafetan con los andrajos
De un misero poeta; aquéllos llegan
En doradas carrozas, calesines
Ocupan otros; cuál cansado viene
De caminar á pié, cuál oprimiendo
El duro ijar á un burro ó á un caballo.
Unos dejaron de soberbia casa
Magnífica morada; de un colegio
Vinieron otros, y otros miserables
De un oscuro desvan la vez primera
Salieron á ver luz y ganar fama.

Aquí en dulce alborozo se saludan
Todos los hijos de la augusta Diosa;
Y el soberbio copero destinando
Para lugar de los solemnes juegos,
El clamer sonoro se levanta,
¡Al copero, al copero! y ¡al copero!
El pueblo repitió con grito alegre;
Y en mil distintas tropas presurosos
Al campo de la gloria se avecinan.
La amable Estupidez, que se complace
En reir á costa ajena, les prepara
Una graciosa burla; la figura
De un escritor enmedio se aparece
De la palestra, y á los más ligeros
Manda la Diosa que á cogerle vayan:
No un esqueleto misero y delgado,
Cubierto sólo de pellejo en huesos,
Era la tal figura; sí una mole
Tan pesada y maciza, que no fueran
Bastantes á elevarla una pulgada
Doce hambrientos poetas de estos tiempos
Miseros, en que todo degenera.
Su forma una perdiz asemejaba,
Gruesa y grande, aunque sólo era formada
De negro hollín y condensado aire.
La Estupidez adorna su cabeza
Con dos brillantes ojos, mas que nada
Quieren decir; de plumas el cerebro
Era, y el corazón de duro plomo.
Y por más perfeccion, entre otros dones,
La augusta Necedad le dió el talento
De proferir períodos sonoros
Sin alma ni sentido. Jamas pudo
Feliz casualidad formar un necio
Más semejante á un sabio. Y así algunos
Juicio le atribuyeron, y le nombran
Philoastheias (1). Con ardor contempla
La multitud el fantasmon, y el nombre
De público escritor enciende á todos.
El gran *Apologista* se levanta,
Y en alta voz exclama: «El premio es mio;
Y el que ose disputármelo me tenga
Por mortal enemigo. Ese fantasma
Entrará en mi clientela, do otros muchos
Encontrará de semejante forma.»
Dijo; y quién á ponerse se atreviera
Contra el universal Apologista?
Temeroso silencio todos guardan;
Mas indignado el siempre valeroso,
El bravo Hugo Imparcial, replica fiero (2):

«Rival, no la bravata el premio adquiere,
Sino el valor heroico.» No bien dijo
Estas palabras, cuando airado parte,
Y lanzándose en medio á la carrera,
Atras deja al contrario. Cual del ala
Se sirve y de los piés, la leña huyendo,
Triste somorgujon, así el gran Hugo,
Que á una cierta distancia parecia
Un rápido molino, sus espaldas,
Sus piés y manos presuroso agita
Para correr mejor. Al cielo llega,
Imparcial, *Imparcial*, el grito agudo,
El Apologizante en vivo enojo
Arde, y al cielo tiende la ancha mano;
«Sabio Mercurio, dice, pues presides
Al comercio industrioso, si algun día
Supe, tus doctas leyes observando,
Tráfico hacer de elogios y censuras,
Socorre este tu alumno, y mi osadía
Consiga el premio, á que anhelando aspito.»

Hay un lugar en la remota India,
A la orilla del Ganges, donde suele
Mercurio, largas horas empleando,
Ejercitarse en envolver especias.
Aquí llegó, ofrecida por la Astucia,
La súplica del héroe; el dios la dobla
Con seis onzas de clavo y de pimienta,
Y la arroja al monton, donde yacian
Con el mismo destino algunas hojas,
De sus números doctos arrancadas.
¡Efecto portentoso! Al punto, en fuerza
De oculta simpatía, cual si hubiesen
Con mágico licor su cuerpo ungido,
Con vigor nuevo corre presuroso
El valeroso atleta, atras dejando
Su contrario, y al fin de la carrera
Llega, echando la mano codiciosa
Adonde la gran Nada estaba fija,
O estarlo parecia; de sus ojos
Desaparece el fantasma, cual nocturna
Vision, ó cual figura que en las nubes
Descubrir piensa la engañada vista.
Resuena el campo entónces en risadas,
Que el eco entre los árboles repite;
La bella Necedad, diosa halagüeña,
Se desmorece en risa, y llamar manda
Uno y otro rival ante su vista.

«Hijo, al vencedor dice, no personas,
No escritos necesitas; sólo nombres
Los números encierran, y alabanzas
O injurias dadas con igual justicia;
Así de tu carrera el premio sea
El nombre del fantasma, y á tu cargo
Queda el manchar la letra bastardilla,
Dos números ó tres en su defensa;
Tú, valiente *Imparcial*, no desmedrado
Mí mano augusta dejará tu celo;
Tú leyes dictarás; y como supo
El gran *Philoastheia* en pocas hojas
Dar generales leyes de poesia,
Así tú, la dramática enseñando
Al cómico *Crayon*, que precipite
La marcha de la accion, los dos principios,
El físico y moral, y otras mil cosas,
Mostrarás en lenguaje no entendido.
Entre tanto (prosigue) nuevos juegos
Quiero que se celebren, y mis hijos
Admiren del estruendo la eficacia.
En hora buena aspiren lo que logran
De *Moratin* el genio y de *Melendez*,
A mover y alegrar los corazones.
Sólo á vosotros concedió el destino
Trastornar el espíritu, lanzando
Ruidoso trueno sin materia alguna;
Inspirad la locura y la alegría
Con trompeta y bocina, y al són triste
De lúgubre campana, los lectores

(1) *Philoastheias*. — Reflexiones sobre la rima. — Se puede decir que este papillito está en cuatro lenguas; el nombre del autor en griego, el epigrafe en latín y el cuerpo de la obra en hispano-gallico. — Hay rebuznos que no pueden expresarse en un solo idioma. (Nota del Autor.)

(2) De éste hay una critica de la comedia *El Filósofo enamorado*.

rado, de Ferner. Entre todos los escritores bilingües que ha producido nuestra nacion en este siglo, éste es quizá al que más á las claras ha manifestado el proyecto de destruir el bello castellano. (Nota del Autor.)

Sumergid en profundo abatimiento;
Dichosos artificios cuando falta
Ya que decir, y lánguido fallece,
Después de cuatro versos, un gran genio.
A aquel, pues, cuya voz se levantará
Entre el clamor de los rivales sola,
Estos tres pitos servirán de premio;
Y si alguno consigue felizmente
Por un esfuerzo heroico más sonoro
Rebuznar que un jumento, le destino
Un tambor y palillos adyacentes.»

Dijo; y al punto de diversos sonos
Se llena el aire: cuál con mil visajes
Grita, y cuál farfullando tartamudo.
El terreno igualmente se disputan
Valderrábano (1) el grande y *Benegasi*,
Y opuesta á ambos la Safo gaditana (2),
Levanta el tono con igual suceso.

«Basta (exclamó la Diosa); cada uno
Un pito logrará; el ansiado premio
A méritos iguales igual sea.

Y dando digno fin al juego ilustre,
Alza la voz, amados vocingleros,
Y resuenen las bóvedas celestes.»

Cual la jumenta triste, á quien separa
De su querida prole, dura puerta
De un avaro, cerrada con dos trancas,
Lamenta en doloroso rebuznido,
Así tus traquilarterías produjeron
Gritos enormes, que el pulmon robusto
De un profundo escolástico no diera;
Tu fuerte voz, *Zavala*, allí se oía,
Y la tuya, oh *Fermin*; mas sobre todas
Se eleva al cielo la del gran *Comella* (3).
Los montes gimen al terrible estruendo,
Y los asnos del Tajo, sus orejas
Tímidos extendiendo, el pasto olvidan.
Conforme, pues, por vencedor declara
La aclamación comun al que ha sabido
Tan alto rebuznar, tan largo tiempo.
Del copero después abandonando
La amada habitación, al sitio pasan
Por donde el orgulloso *Tagarète*,
De los arroyos rey, lleva el tributo
De su basura al Bétis argentado.

«Aquí, pues, zabullid, amados hijos,
Clama la Diosa, y contendid cuál sea
Más hábil en romper el blando fango.
Quien más lama sacare, y la onda pura
Del Bétis enturbiare á más distancia,
En fina pasta logrará por premio
De Fontenelle (4) los *Mundos* traducidos.
También destino á quien mejor zabulla
Un cangrejo de plomo; á los restantes
De carbon una libra á cada uno.»

Dijo; y *Butron* (5), llegándose á la orilla
Con intrépida faz, ligeramente
En lo alto de una barca se encarama
Que allí estaba, y se lanza de cabeza
Al negro horrible abismo; admiran todos
La habilidad de quien tan alto sube
Para dar más profunda zabullida.

(1) El autor de la *Angelomaguila*, poema que probablemente hubiera yacido, con el nombre de su autor, en eterno olvido, si el *Apolo*logista universal no lo hubiera hecho célebre con su crítica. *Asinus asinum fricat*. (Nota del Autor.)

(2) Esta es *doña Teresa de Guerra*, de quien tenemos una apreciable colección de piezas sueltas, como glosas y décimas, entre las que lo más digno de observación es una censura de un sermón en paresados, que empieza así:

Biforme ventilabro de un sermón,
Que anda muy hueco, porque es de papelon.
..... (Id.)

(3) Nombres de los poetas cómicos, que por tantos años han sido el encanto y la admiración de los teatros de Madrid, don *Gaspar de Zavala* y *Zamora*, don *Manuel Fermin de Laviano*, don *Luciano Francisco Comella*. (Id.)

(4) Si el mérito de una traducción consiste en conservar cuanto sea posible el original, ninguna mejor que ésta, que nos lo ha dejado en frances. Es verdad que tal vez toma alguna libertad el traductor, y traduce, por ejemplo, *equinoctio de Marte*, por *equinoctio de Marzo*. (Id.)

(5) Autor del poema de *Santa Teresa*, de estilo rimbombante. (Id.)

Trigueros va despues; se agita en torno,
Por donde pasa, la onda cenagosa;
Mas en breve se cierra; todos claman
Suspirando: *Trigueros* se ha perdido.
El autor del *Eustaquio* (6) tardamente
Su cuerpo arrastra en la profunda lama,
Siempre temiendo el elevarse un punto.
Si la perseverancia consiguiera
El premio destinado, ni aún osára
Valderrábano el grande á competirle.
En torno de él, sin el menor ruido,
Tranquila el agua como en hondo lago,
Forma un charco cubierto de verdina.
Zabulló luego de mendigos torpes
Tropa ignorada; cada cual llevaba
A cuestras un hermano macilento;
Producciones efímeras del hambre,
Que habiéndose un momento sostenido,
Se precipitan al verdoso fondo,
Do sumergidos para siempre yacen.
Un lado, como piedra enmudecido,
Su gran padre *Mañer* (7) está sentado,
Como en la muerte de sus hijos Niobe,
Y en un canto de bronce estas palabras,
Para padron eterno, se leían:
Pasajero, éstos son..... ¡ah! no, éstos fueron
Censor, Apologista y compañía;
Pero ¡á qué cosa compararse puede
El heroico furor con que á las aguas,
Aun acabado de llegar, se arroja
El gran cantor de las taurinas fiestas? (8).

Su brazo, cuyo esfuerzo favorecen
Las leyes de la inercia, un remolino
Rápido forma. Nunca hubo cangrejo
Que más habilidad mostrara, sea
Para andar hacia atras, ó bien, astuto,
Para calarse al fondo de la lama.
En fin, á parecer vuelve cubierto
De verdina y de gloria, y la propuesta
Traduccion y el cangrejo pide á voces.
En tanto suena un hórrido estallido,
Y abriéndose las alas, se levanta
De enmedio de ellas un tremendo bulto,
Que aunque de ovas cubierto, cierto aire
Tenia de grandeza; y cuando hablaba,
A los simples mortales excedia.
Este *Triguero* era, que inauditas
Cosas y maravillas no esperadas
Contó á todos del hondo *Tagarète*,
Como despues de haberse sumergido
Las dulces ninfas del lugar sabroso,
Del rostro encantador se enamoraron.

(6) El poema del *Eustaquio*, del padre Montiel, es un modelo de insulsez, de majadería, de perversa versificación y de cuantos monstruos puede producir una imaginación plúmbea. Causa indignacion ver que á fines del siglo XVIII se imprimiesen en España tales poemas; pero de algun consuelo sirve verlos tambien olvidados al mes de su publicación. (Nota del Autor.)

(7) *Mañer* parece que fué el primero que publicó en España papeles periódicos. (Id.)

(8) La *Tauromaquia sevillana*, compuesta en versos lanzados, y traducida en un romanzen, parte castellano, parte gringo, en que se llama *bicorne* y *Timante* al Parnaso, y se dice *ultroncamente* y otras palabras vascongadas, que no incluyó Larramendi en su *Diccionario*, es un poema en que se canta el restablecimiento de las fiestas de toros en Sevilla. Jemas ha habido poeta, incluso el mismo Homero, que haya observado tan bien como su autor el precepto de Horacio,

Sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam
Viribus; etc.

porque ni el genio tutelar de los cornudos hubiera desempeñado tan dignamente tan digno argumento. Sobre todo los sevillanos deben estar agradecidos eternamente al cantor de las cornadas, por haber descubierto que Sevilla, no ya debe ser estimada por su suelo, por su clima, por el talento, docilidad y heroísmo de sus hijos; sino que es el ejemplo, la norma, la pauta, el prototipo, la turquesa donde deben vaciarse los mejores pueblos del mundo. Y ¿montas por qué? Cargad aquí, oyentes míos, la consideración: porque es la más abundante en toros bravos.

Bomba, que van los versos:

Sevilla, fundacion de Hércules Cedro,
Es ejemplo de todas las mejores
Ciudades, porque es más abundante
De toros bravos y caballos nobles. (Id.)

Y la joven Lutecia, muy más dulce
Que arroje, la morena cueradamente
Y la bella Nigrina lo conducen
A un amarillo tálamo, do gratas
Más caricias le hicieron amorosas
Que otras veces las Náyadas á Hilas.
Como estas diosas el lugar le muestran
Do el Estige por uno de sus brazos
Sus aguas con el Bétis comunica,
Así por bajo el mar plácido Alfeo
Hondo camino ha abierto, y á Trinacria
Sale á mezclarse con esquiva ninfa.
Este brazo lo forma la corriente
Del Léthes, y vapores levantando
Del tenebroso reino de los sueños;
Así ciertos efectos explicarse
Pueden del Bétis, cuyas puras ondas
En unos sueños inundan, y á otros suelen
Causar visiones, tragos y fantasmas.

La confusa caterva deja entónces
La orilla del arroyo, y se encamina,
Pasando el matadero y el osario,
Al monton alto; allí se detuvieron
En lo elevado de la cumbre amada,
Y allí se proclamó con pompa augusta
Ejercicio más fácil que termine
Gloriosamente tan solemnes juegos.
La Estupidez á la caterva dijo:

«¡Oh críticos! vosotros, mis alumnos,
Cuyas cabezas, cual balanzas fieles,
Determinan exactas cuanto lleva
En pesadez un escritor á otro;
Vosotros, que medís quién contribuye
Más felizmente á trastornar el alma,
Trigüeros ó el *Censor*, en verso ó prosa,
Atended á la prueba que os propongo:
Aquel que sin dormirse leer escuche
Desde el principio al fin una obra de éstas,
Y venciendo con pecho valeroso
Del sueño los encantos soberanos,
Oídos de Ulises y ojos de Argos tenga,
Será nombrado juez de los escritos
Pretéritos, presentes y futuros.
Este es el privilegio sempiterno
Que á tan dura cabeza le destino.»

Tres sofistas y tres procuradores
Al punto se presentan, que dotados
De igual talento y con el mismo gusto,
Con igual sutileza se preparan,
Del furor poseídos que los ergos,
Y los pleitos inspiran, á dar voces,
Hacer preguntas y buscar respuestas.
Dos lectores llegaron, cada uno
Escortado de cuatro palanquines,
Que los pesados libros conducían;
A palanca se trajo el *Florilegio*
Con gran dificultad; para el *Eustaquio*
Fué preciso maroma y cabrestante.
El poderoso chis fué repetido
Mas de una vez, é impuesto, en fin, silencio
A la tropa, que un círculo formaba
En derredor de los lectores, éstos
En voz pausada su lectura empezán,
Con torpe lentitud llegan cansados
Al fin de una carilla, y extendiendo
Su cuerpo en cada línea que pronuncian,
Adormidos, bostezan y prosiguen.
Como los altos pinos, cuyas copas,
Inclinándose, ceden á la furia
Del Austro, si el airado soplo calla,
A erguirse vuelven con umbrosa pompa;
Así de los oyentes las cervices
Se levantan é inclinan, según cesa
O vuelve á proseguirse la lectura.
Harnero el fuerte, Harnero por tres veces (1)
Empezó á hablar, y tras el omilócuo
Alipio (2) sus esfuerzos acobarda,

Y le puso la barba contra el pecho.

Los que estaban más cerca, dominados
Del mágico poder de las palabras,
Se duermen los primeros; y desde ellos
El venenoso sueño su contagio
Hasta los más lejanos pronto extiende.
Así, pues, los lectores se tendieron
Sobre sus libros, do los ojos cierran,
Ann algo entro los dientes farfullando.
Cual la piedra á las aguas arrojada
De algun tranquilo lago, con su impulso
Forma pequeño círculo, á quien siguen
Con orden sucesivo otros mayores,
Así la mutacion de quien el centro
Era el sitio do estaban los leyentes,
Se extiende más y más á la redonda
Sobre un mar de cabezas, que se inclinan,
Ya á una parte, ya á otra, suayemente,
Segun es más ó menos la eficacia
Del verso ó de la prosa encantadora.
Comella aún quiere hablar, pero al fin falta
Su voz (3); el que escribió las anécdotas
Do nunca se oye hablar naturaleza,
No pudo acabar una que empezaba
A contar en su tono lastimero.
Gutierrez deja la infeliz Clarisa,
Y Zavala el teatro, el *Censor* calla,
En fin calla Rosely y duerme y ronca,
Así el tranquilo sueño los trabajos
Terminó de este grande y fausto día.

CANTO TERCERO.

Argumento.

Rosely baja en sueños á las orillas del Leteo, donde *Lozano* le manifiesta los triunfos antiguos de la Estupidez y los que ha conseguido en los últimos días. Le predice al mismo tiempo estar ya próximo el momento en que se ha de restablecer el imperio del Caos.

El glorioso Monarca su cabeza
Descansa en el regazo de la Diosa,
Que al sitio más oculto y retirado
De su sagrado templo le conduce.
Allí de mil vapores tenebrosos
Y de profunda noche le rodea
Oscuro velo, denso, impenetrable,
Que jamas la razon traspasar pudo.
Aquí, pues, oye oráculos y habla
Con los dioses; de aquí su origen tienen
Las visiones políticas, los sueños
Y agradables delicias de los locos,
Los amores platónicos, la piedra
Filosofal y el general desco
De adquirir duradera eterna fama.
Sobre las alas rápidas llevado
De su imaginacion, el Rey descende
Al pavoroso imperio de las sombras,
Una sibila que jamas su rostro
Bañó sino en la fuente de Beécia,
Aunque del indio Méjico habitante (4),
De furor erizados los cabellos,
Y de ramplon zapato el pié ceñido,
Al monarca conduce, que entre tanto
Va buscando del sol la paralaque (5).
El gran *Villamediana*, que otro tiempo
Fué dulce cisne, y ya callando gime,
Sirviendo de Caron, presta su barca.
En la oscura ribera por do corre

algunas de las églogas con que plugo á su autor amenizarlo. Esto se llama tocar el pito en medio de la epopeya. (Nota del Autor.)

(3) Anécdotas tituladas la *Voz de la Naturaleza*, en seis cuaderitos, para cuya impresion se agotaron, seguramente, cuantas interrogaciones y admiraciones habia en todas las imprentas de España. (Id.)

(4) Todos saben que hablo de la célebre monja de Méjico *Sor Juana Ines de la Cruz*. (Id.)

(5) Son muchas y muy graciosas las lindezas que el benditísimo, sapientísimo y humilísimo Rosely se deja decir acerca de este importante punto de la Astronomía. (Id.)

(1) El *Corresponsal del Censor*, hombre que poseía el talento de repetir con la más acendrada insulsez cuanto ya estaba dicho bellisimamente por nuestros buenos prosistas y poetas. (Nota del Autor.)

(2) Uno de los héroes del poema del *Eustaquio*, ó interventor de

El denegrido Léthes está Bivio,
Ocupado en bañar las tristes almas
De los autores cuando al mundo vienen,
Y aniquilando en ellas la potencia
De juzgar y sentir el fatal baño,
Estúpidas las hace á toda prueba.
De aquí su vuelo rápido dirigen,
Después de zambullir á las imprentas,
Y nuevos cuerpos piden, los que logran,
O bien en pergamino, ó bien en pasta.
Sus enjambres exceden á las luces
Que el firmamento adornan, y á las tropas
De abejas que al entrar la primavera
Liban las flores con susurro blando.

Mientras el Rey con admirado rostro
El fenómeno observa, se presenta
A sus ojos un sabio no difícil
De conocer; sus extendidos hombros
Y sus largas orejas bien mostraban
Ser *Lozano* (1), que en voz siempre ceñida
A metro y a sonancia así le dice:

«Oh tú, mortal dichoso, que has nacido
Para mirar lo que ninguno pudo
Ver sino en sueño, admira los portentos
De la negra corriente del olvido.
Aun antes de nacer, estas sagradas
Riberas recorriste; el viejo Bivio
En ellas te bañó cien y cien veces.
Pero ¿cómo el mortal, siempre ignorante
De su suerte anterior y venidera,
Puede saber su estado primitivo?
¿Quién sabe á cuántos cuerpos de borricos,
Por la circulación no interrumpida,
Tu ánima pasará, y en cuántos burros
La albarda sufrirá de un dueño impio?
La estupidéz antigua y la moderna
En tí se reunirá, y al universo
Se verá por su medio propagada.
Y para que lo veas, nuestra reina
Ofrecerá á tus ojos ahora mismo
La vision lisonjera de sus triunfos.
Tu admirarás magníficas escenas,
Mas ya pasadas; la eminente gloria,
Que hora el reinado de su madre ilustra,
Contemplarás; y el esplendor brillante
De los pasados y futuros días,
Velozmente á tu vista reluciendo,
Inflamará tu pecho generoso.
Sube sobre este monte, cuya cumbre
Llega á tocar las nubes, dominando
Los lugares sujetos al imperio
De nuestra grande y soberana Diosa.
Mira su negro pabellón tendido
Del uno al otro polo, con su sombra
Cubriendo las naciones de la tierra.
Vuelve tu vista al brillado: Oriente,
Do nace el sol y á do tuvieron cuna
Las ciencias todas, ilustrando el orbe.
Un monarca á los dioses semejante,
Aquel monarca que extendido muro
Del fiero Scita opuso á las catervas,
En un momento destruyó su pompa.
¡Dioses, qué hoguera al cielo se levanta!
En un punto la llama destructora
De muchos siglos los portentos sabios
Devora, y al airado viento entrega.
Vuelve al Austro los ojos, y otro incendio
Igualmente glorioso se descubre,
Que del alma la dulce medicina (2)
Envuelve abrasador en humo y fuego.
Observa cuán pequeño es el espacio
Del globo que la luz amortiguada
De las ciencias ilustra. Aun no apenas
Empiezan á brillar, y densa nube
De vándalos sus rayos oscurece.
Donde se agita en raudo remolino
La laguna Méotis, donde corre

El Tánais nebuloso, lentamente
Traspassando montañas de alta nieve,
El Norte, de los godos madriguera,
De los hunnos y alanos por millares
Vomita sus feroces campeones.
Contempla el fiero rostro de Alarico,
De Genserico la sangrienta mano,
Y tiembla al nombre del blasfemo Atila.
El ostrogodo audaz destruye el Lacio,
Y el fiero visigodo á sus furoros
Hace gemir las Galias y la Italia.
Ves el pueblo feliz, miras los campos
Plácidos que primero favorece
La blanda luz de la temprana Aurora.
El árabe profeta allí reúne
Las tribus victoriosas, y en el solio
Coloca la ignorancia consagrada.
Los pueblos de Occidente ciencias y artes
Proscriben, y en grosero y torpe sueño
Observan un estúpido reposo.
Roma, la sabia y valerosa Roma,
Soberana otro tiempo de las artes,
Las arroja de sí con mano impia.
Padua suspira, viendo ya entregado
Su amado lirio á las voraces llamas.
Yace arruinado el circo, caen los templos,
Las calles llenas de héroes, lleno el Tíber
De dioses que embarazan su corriente.
Los milagros de Fídis y de Apéles
Sacro fuego destruye, ó sacra mano.
¿No ves esa península á lo léjos,
Que allí parece? En su recinto hermoso
Hoy quiere de su imperio nuestra madre
Fijar la régia silla; ya, hijo mio,
Ya se acerca el momento deseado.
En esta tierra suya muy amada
Bajo sus alas reunirá gozosa,
Como paloma sus ingratos hijos,
Que osaron desertar de sus banderas.
Considera las inclitas hazañas
Que el destino prepara á tu reinado;
Mira cuántos soldados, y cuán fuertes,
A defender se juntan tu diadema.
Cuenta, cuenta sus hijos, conforme ellos
Salgan á ver la clara luz del día.
Cual la madre Cibéles, que en las altas
Moradas del Olimpo ve gozosa
Cien hijos suyos sacrosantos dioses,
Así la grande Estupidéz, guiando
Al monton alto su caterva amada,
Y con los tiernos ojos recorriendo
Su Parnaso, millares de sus hijos
Estúpidos verá sin tacha alguna.
Mira en aquel que ufano se presenta
Con un negro murciélago en la mano (3),
Su imitador Horacio. También tiene
Sus Horacios la estúpida Castalia.
¿No ves ese que sigue? Pues diez cartas (4)
En breve tiempo ha escrito, defendiendo
En ellas los derechos soberanos
De nuestra diosa. Si prospera el cielo
Los esfuerzos heroicos de su pluma,
No quedará español que no rebuzne.
Mira con atención respetuosa
El rayo ardiente de las sacras ciencias,
Defensor de tu amado *Peripato*;
Allí el *Quijote* está quejoso y triste
¡Miser! de un remiendo mal cosido.
Y tú, infeliz *Rodrigo*, en verso heroico,

(3) Es bien conocida la oda al Murciélago, imitación de Horacio, *Ille nefar*, etc.; queriendo elegir el autor un objeto horroroso, eligió al murciélago. (Nota del Colector.)

(4) Diez cartas de un español residente en París á su hermano residente en Madrid, sobre la *Oración apologética por la España*, de Forner. Es este precioso librito el más abundante de bellezas de cuantos se acotan en todo el poema. Entre otras muchas verdades nuevas que halló su autor, se le debe el saber que la obra de Melchor Cano no sirve sino para los Tomistas y Escotistas, y que no es de mérito alguno para la Europa. Débesele también el sublime pensamiento de negar que la religion cristiana es la más magnífica de todas las religiones. ¡Qué escritos! ¡Qué sabios! ¡Qué censores de Forner! Estas cartas se atribuyen á uno de los Iriartes. (Id.)

(1) Escritor de mal gusto del tiempo de Felipe IV; bien conocido por su célebre *David perseguido*. (Nota del Autor.)

(2) Ptolomeo llamaba así la célebre Biblioteca de Alejandria. (Nota del Colector.)

Penas ya tu funesta incontinencia (1).
 Mas allá están dos cisnes denegridos,
 Que admira en sus teatros Manzanárcs,
 Cuyas agnas más rápidas caminan
 Al són de sus dulcísísimos acentos.
 Héroe sin nombre, la mortal desdicha
 Evitaréis de ser con vuestras obras
 Condenados á fama duradera.
 Unos cruelmente tratan la armonía,
 Y hacen sonar la lira cual sonáran
 Asadores diez mil que á un mismo tiempo
 Y en un mismo lugar su vuelta dieran.
 Otros la rima y la razón ofenden
 Ignalmente; á Prisciano la cabeza
 Rompen, y el cuello cándido al Pegaso.
 Estos de nuevo cuño Anacreontes
 Y Píndaros alguna vez parecen
 Que el vuelo elevan; mas al fin, causados,
 Se sumergen en rauda remoliño.
 ¡Callad, oh lobos! La argentada luna
 Al monte Latmo baja; los aullidos
 De Endimion dormido la arrebatan,
 Y la noche más triste se ennegrece (2);
 Respondedle vosotras, ¡oh lechuzas!
 Corred, versos de *Iglesias*; confundiros
 No temais con los hijos de *Balbuena* (3),
 Uniendo la dulzura y el fastidio,
 Picante sed, pero sin fuerza alguna.
 ¡Oh *Sedano*! ¡Oh *Iriarte*! ¡Qué decreto
 Bárbaro del destino entre vosotros
 Una guerra introduce no esperada?
 En buen hora los necios aborrezcan
 Los importunos sabios que los burlan;
 Mas sempiterna paz reinar debía
 Entre héroes de la estúpida caterva.
 Abrazaos, pues, mis hijos; el encono
 Dejad y la venganza perniciosa.
 La *Epístola de Horacio* no merece
 Que os espongaís á pública vergüenza;
 ¡No ves aquellos dos que se atosigan
 A puros cumplimientos allí abajo?
 Pues el uno se eleva, y un poema
 Épico desembucha en un instante.
 Ecija ilustre, la materia diste,
 Tu príncipe jurando, á que sonára
 El pito heroico en los tartesios campos.
 Mas ¡quién es el que sale de aquel cuarto
 Tan grave y serio, y de erudito polvo
 De la cabeza al pié todo cubierto?
 Peregrino mortal, que se alimenta
 De ergos y distinciones; se propuso
 Defender que la ciencia más sublime,
 Aun debiera estudiarse burralmente.
 ¡Oh! pase á las edades venideras
 Su estupidez, como él ha trasmitido
 La del pasado tiempo á nuestros días.
 Observa, observa los escoliastas,
 De nieblas circundados, que allí yacen,
 Pálidos y delgados de leer libros.
 Estos sólo ver pueden en lo oscuro,
 Como lechuzas; cada testa abarca
 Un número de escritos prodigioso:
 Siempre leyendo están; así consiguen
 Felizmente no ser jamas leídos;
 Considera aún á aquel que en nuestros días (4)
 El genio de Demóstenes y Tulio
 Con oraciones bárbaras ostenta
 En la ciudad del Bétis. ¡Con qué noble
 Sencillez los absurdos se deslizan
 De su fecunda pluma! ¡Qué dulzura
 Se aplasta en sus períodos redondos!
 Prosigue; ¡oh tú! Prosigue tus tareas,

Y los sabios admiren de un muchacho
 La habilidad, que á declamar se pone
 En alta voz las cosas que no entiende.
 Gran *Arenzana*, *Gabez*, *Zacarías* (5),
 ¡Nombres ilustres! El glorioso reino
 Ennoblecen, y en los augustos fastos
 De la Mentecatez, con piedra blanca
 Haced que se señalen nuestros días,
 Y para colmo de ventura tanta,
 Contempla el espectáculo, hijo mío,
 Que se ofrece á tu vista, más glorioso
 Y más encantador que cuantos puede
 El arte producir ó la natura» (6).

Rosely entónces, más regocijado
 Que cuando oyó al de Aquino hablar hebreo (7),
 Vuelve la vista, y mira un portentoso
 Caballo blanco, que á los cielos sube,
 ¡Grande esfuerzo del arte! por garruchas.
 Un anillo del dedo de un espectro,
 Un hórrido pastor arranca osado,
 Al punto de la Górgona el silbido
 Se escucha, mil dragones horroresos
 Vomitan llamas, nobles caballeros
 Se ven acometer fieros gigantes.
 El infierno se eleva, el cielo baja,
 Para juntos bailar sobre la tierra.
 Mezclados giran á una y otra parte
 Dioses, vestiglos, músicos y furias,
 Ninfas y faunos, héroes y zagalas;
 A un mismo tiempo se presenta un baile
 Y una batalla, una ciudad se gana,
 Y un feliz casamiento se celebra,
 Hasta que al fin ¡oh misero destino
 Del humano placer! todo lo acaban
 Doce varas de lienzo desplegadas.

Un torrente de estúpida alegría
 El pecho del monarca inunda entónces.
 «¡Qué poderosa mano ha producido!
 Exclama, tan hermosas maravillas!»
 Lozano le responde: «En tí, en tí mismo,
 Rosely, están; á tí te considera,
 Y en tu alma encontrarás la fiel imagen
 De todos esos monstruos. ¡Aun más quiere?
 Contempla en el nublado que allí miras
 Aquel mágico jóven, cuyo hermoso
 Vestido está de puras llamas de oro
 Todo sembrado. A una mirada suya
 Gobierna el orbe, al rayo le da alas,
 Y por mandado suyo suena el trueno.
 Las estrellas y soles que allí abajo
 Relucen, su esplendor á él solo deben;
 El ó subir ó descender las hace.
 Admirad, admirad el jóven bello,
 Que colgado aparece noblemente
 Sobre nube veloz de papel blanco.
 ¡Con qué intrépido esfuerzo se presenta
 A una espantosa lluvia de alverjones!
 Pero ¡aun más hechiceros! ¡Aun nos quedan
 Encantadores, que en el aire vago
 Disputen el mandar los elementos!
 ¡Qué serpiente es aquella chamuscada
 Que atraviesa los vientos? ¡Qué espantoso,
 Qué formidable estruendo de cajones
 Desquiciados se escucha? Ya, ya miro
 Que ésta es la destruccion de la Goleta.
 Aplaudid, pues, *chorizos* y *polacos*;
 La noble emulacion de estos partidos
 Rivales, cuyo esfuerzo generoso,
 Digno de eterno elogio, para siempre
 Afirmará el poder de nuestro imperio (8).
 ¡Y tú estas maravillas no conoces?
 Pues tuyas son, el hado las reserva

(1) El *Rodrigo*, de Montenegron. Drama unipersonal, género nuevo de poema, en que se han dado muchos y muy graves rebuznos. (Nota del Colector.)

(2) El *Sueño de Endimion*, poema que en nuestros días ha resucitado el estilo de Góngora. (Id.)

(3) Es admirable la habilidad con que *Iglesias* ha sabido convertir los octavas de *Balbuena* en estanzas para dos odas. (Id.)

(4) Este es el trauctor sevillano del *Arte poética de Horacio*. Véase la nota que sobre esto hay á los principios del cuarto canto.

(Nota del Autor.)

(5) Poetastros sevillanos, poco anteriores á nuestros días. (Nota del Autor.)

(6) Los siguientes versos relativos á los planes regulares y exactísimos de nuestras comedias de teatro. (Id.)

(7) Este es uno de los muchos testimonios que con bonísima intención le ha levantado Rosely al Santo bendito. (Id.)

(8) Alude á los bandos que formaron los apasionados de los teatros del *Príncipe*, de la *Cruz*, y de los *Caños del Perál*, que tomaron respectivamente los burlescos nombres de *Chorizos*, *Polacos* y *Panduros*. (Nota del Colector.)

Para ilustrar tu plácido reinado.
Yo, yo las anuncié; mas, ay, no pude
Vivir para gozarlas; yo famoso
He sido, ¡oh hijo mío! yo he logrado
El placer dulce de mirar mis obras
Leídas por todo género de gentes.
Una moral profunda en verso puesta,
Aunque á prosa sonaba, y pensamientos
Ligeros como el plomo, revestidos
De bufonadas, símiles y ejemplos,
Me han adquirido el general aplauso.
También yo versos hice, y *Soledades*,
Con perdón tuyo, oh *Góngora*, sea dicho.
Mas no sólo de versos se alimenta
Un estúpido genio, á su osadía
De pábulo servirle todo debe.
Como la paja vil, del Bóreas frío
A do quiera llevada, así el poeta
Hogar no tiene ni morada fija.
Tú, pues, más advertido y más dichoso,
De las Musas los ocios abandonas,
Y á los trabajos útiles te entregas
De libelos en suma; ¡oh hijo mío!
Como piedra que rueda á quien su mismo
Peso la ayuda á caminar más pronto,
Nada podrá impedir tu heróico aliento.
La Estupidez enlaza la cadena
Del destino y la pone entre tus manos.
Mas tú, ilustre Rosely, tú naciste
Para adornar el viejo *Peripato*
Con el charlatanismo de tus días.
Dicta leyes, y nueva catadura
Darás á los teatros de Minerva.
No ya cuando de formas sustanciales
O de futuriciones se ventile
La importante cuestión, con secos ergos
Resonarán las bóvedas sagradas,
Tus alumnos el lápiz algebráico
Sabrán ya manejar, y tus pulmones
Servirán en geométricos vocablos,
Que unidos á la antigua algarabía
De tus sabios abuelos, nueva lengua
Formarán para encanto de las aulas.
Ánimo, pues, y el elevado genio
Aplica á filosóficas empresas;
Y admirada la Europa, en los alumnos
Del escolasticismo brillar mire
El oropel del ilustrado siglo.
Y tú, *Bavio*, depon la adormidera
Que triste ciñe tu angustiada frente.
Doblad, hijos de Febo, la rodilla,
Mirad aquí, mirad el que anunciaron
Los antiguos oráculos divinos.
Este el Augusto es que en nuestros días
Renovará los tiempos de Saturno.
Ya los astros al sitio destinado
Llegan; ya llega el poderoso instante.
Ved nuestro Apolo, el verdadero Apolo,
De laurel coronado. Nuestro Midas
A la escena ya asiste presidiendo.
Recordad, recordad las predicciones
De nuestra antigua edad: cuando aparezca
El ánima de Zóilo disfrazada
En figura de grajo, el venturoso
Pueblo donde se muestre, en su recinto
Verá elevado el trono soberano
Del caos profundo y de la eterna noche.
Ya, ya, Bétis sagrado, lo escuchaste,
Y tus ondas más rápidas pasaron.
Hispalis bella, ensalza tu cabeza,
De gloria coronada; las naciones
Venerarán tu nombre prosternadas.
Llegad, llegad, afortunados días,
Y las artes y ciencias para siempre
Las márgenes ibéricas abandonen.
Ningun autor se esté sin proclamarlo:
Solo dirija ya las sábias plumas
La impudencia y la envidia; de ignorante
Note cualquiera al mismo Verulaxio.»
Basta, basta, exclamó al punto el monarca,
Regocijado; y la vision amable
Por la puerta de hierro desaparece.

CANTO CUARTO.

La Estupidez dicta leyes á su pueblo y establece por medio de ellas su reinado. A un bostezo suyo se sumerge todo el orbe literario en un profundo sueño. El poeta invoca la Musa para que le inspire; pero ésta no puede asistirle por estar dormida en la modorra universal; lo que necesaria y naturalmente debe dar fin al poema.

¡Oh tú, hermoso Cáo, y tú, eterna
Profunda noche, por instantes breves
Permitidnos de luz un débil rayo.
Vuestra densa tiniebla en parte cubra
Y en parte deje ver el gran suceso
Que el osuro destino ya prepara.
Númenes poderosos, cuyo imperio
Canto, mientras el tiempo me arrebató
Sobre sus alas en veloz carrera,
Suspended, suspended por un momento
Vuestra fuerza de incercia, y en cantando,
Cargad con el poeta y con sus versos.

La cantilena ardiente á los cerebros
Su pernicioso ardor comunicaba;
Mustias las flores yacen; la luz bella
Del sol pálida alumbra, y las lechuzas,
Del calor oprimidas, desamparan
Sus moradas, umbrosas aún de día.
Cuando la augusta prole de la noche
Y del caos, felizmente aprovechando
Tan favorable union de circunstancias,
Audaz emprende aniquilar el orden
De natura, y formar un mundo nuevo,
De estúpidos poblado y de pedantes,
Restableciendo así la edad de plomo.

Al alto trono asciende; su cabeza
Oculta en el nublado y lo restante
Del cuerpo en oropeles mil relumbra,
Porque la Necesidad se manifiesta
Siempre con impudente confianza;
La cerviz de Rosely en su regazo
Blandamente descansa. Al pie del trono
Aherrojado el saber callando gime,
Tiembra el ingenio en la cadena dura,
Y la rebelde lógica, que osada
Fué á mostrar la verdad, esclava yace.
Yace lánguida y triste la elocuencia,
Y el sofisma feroz su mando impio
Sobre todas las ciencias ejerceita.
Las locas matemáticas quisieron
Guardar su libertad, mas si no alcanzan
A contenerlas los vulgares hierros,
El gran Rosely supo destruirlas,
Y de ciencias exactas orden nuevo
Nació al instante de su sábia frente.
Las Musas nacen ciegas, y no pueden
Un paso dar, sin que sus piés dudosos
La adulación dirija, ó bien la envidia.
La tragedia, oprimida, ya espiraba
Triste y débil, si no hubiera acudido
La comedia su hermana á socorrerla.

Todo el Castalio coro, en triste llanto
La faz bañada, á ti, dulce *Meléndez*,
Y á ti, *Moratin* sabio, vuestro auxilio
Implorando en su mal, tímido vuelve.
Suena entonces la trompa de la Fama
Última vez, y al trono de la Diosa
Los pueblos convocó del universo.
Un mismo instinto jóvenes y ancianos
Inspiró, cuantos sienten en su alma
De la Mentecatez el alto imperio.
Ninguno de ellos necesita guía;
La atracción poderosa y de la mente
La fatal pesadez los precipita
Hacia el centro común; todos encuentran
Lugar alrededor del aureo solio,
Bien como activa tropa y susurrante
De abejas, á su reina acompañando,
Enjambre circular en torno forman.
Algunos se retienen y quisieran
No pasar adelante, é impelidos
Por los que van llegando, entran incantos
En la esfera atractiva de la Diosa,

Y de ella arrebatados, su potencia
Adoran y confiesan prosternados.

A éstos se siguen, la cerviz erguida,
Los traidores á Apolo, que doblaron
Ante la Diosa ya la infiel rodilla.
Van despues los profanos atrevidos
Que anuncian los misterios de Helicon
Sin influjo de Febo; los Mecénas
Falsos que con estúpido socorro
Maltratan, protegiéndolas, las artes;
Un rimador de aquí para allí andaba,
Que versos por dinero componia,
De mil ricos patronos rodeado.
Que codiciaban glosas y canciones.
Despues con paso augusto se avecina
El inmortal Hermógenes; la turba
De zotes abre calle, y su tontera
Admira con estúpido silencio.
No temas, no, oh Hermógenes divino,
Que tu mentecatez ya sea ignorada
De los siglos futuros; cuando el tiempo
Devorador, al cabo de cien dias
Sus obras dé al olvido, eternamente,
Para inmortal padron de tus hazañas,
Subsistirá *El Café* (1), y siempre al lado
Del gran Comella se verá tu busto.

Despues con aire alegre se presenta
Un estúpido extraño; al són suave
De una vieja guitarra va entonando,
En estilo de jácara, un romance
De ajusticiado. Al punto se le llegan
Mil y mil necios, y el romance compran,
Lo abren, lo ven, y el título decia:
La Epistola de Horacio á los Pisones (2).
Con alegre sonrisa el rostro baña
La Diosa, y así dice: «¡Oh hijos míos!
Atended los consejos de una madre.
Estos autores que los sabios llaman
Modelos del buen gusto, haced que brillen
Sin luz propia en ahorcadas traducciones (3).
Admirad, admirad el nuevo lustre
Que ha recibido Horacio; los poetas
Brillan más cuanto más los desfiguran.»

Entónces un espectro se aparece
Con unas formidables disciplinas,
De sangre de muchachos rociadas,
Y bañadas en lágrimas paternas;
La hórrida sien ceñida de palmetas
Elevaba feroz; horror y espanto
De todos los muchachos se apodera;
Y la turba salaz del gran colegio,
Echando nudos mil á la pretina,
El genio del lugar temblando adora.

«Sólo por la palabra, ronco exclama
El pedagogo, el hombre se distingue
De las bestias; así sólo las voces
Objeto deben ser del hombre docto:
Sólo voces nosotros enseñamos.
Apostados cual fieles centinelas
Ante la grande puerta de las artes,
Nunca permitiremos que se abra
Sino en breve resquicio. Cuando empieza
El sentido comun á desplegarse
De un jóven de talento, é importuno
Pregunta, ratiocina y forma ideas,
La petulante audacia reprimimos
De su imaginacion, y hasta la muerte
Le hacemos discurrir sobre las voces;
A cuyo efecto siempre procuramos
Que ejerzan sus pulmones diariamente.
Cualquiera, pues, que fuese del alumno
El talento, sabemos vigilantes
Fijar un muelle armónico á su alma.»
La Diosa exclama entónces: «¡Por qué quiere
La juventud viciosa saber tanto?
Enseñad, enseñad, oh pedagogos,

Siempre como hasta aquí; que los alumnos
Sepan los nombres y jamas las cosas;
Conténtese un poeta con la rima;
Si más instruccion busca, lea el *Rengifo* (4).
Un orador de voces rimbombantes
Llene su pieza y cumpla sus funciones;
A un lógico le basta el pegar gritos.»

Dijo, y apenas dijo, cuando mira
Llegar en tropa hasta unos cuatrocientos
Amigos de Aristóteles, que engordan,
Oh Tórmes, tus somníferas riberas;
Tambien los tuyos, oh sagrado Henáres;
Tras ellos de sofistas impudentes
Y críticos se mezcla gran caterva;
A su frente marchaba el gran Ferrari;
Todos hacen humilde reverencia
Ante el excelso trono, mas el héroe
Sólo algun tanto la cabeza mueve,
Y atropellando la apiñada turba,
Al pié del trono llega y así exclama:

«Separad, separad esta canalla
De vuestro solio, oh Madre poderosa.
Quitáos de aquí, profundos ignorantes.
No imagines, oh Reina, que se oculta
Ménos estupidez en el semblante
Grave de un sabio que en la faz risible
De un conocido loco. Cual la lama,
Que nunca se va á fondo, así nadamos
Medio dormidos en la faz primera
De la sabiduria. En vano afana
El divino Newton en aclararnos
El órden de las cosas; yo he tejido
Un denso velo, que le oculte á todos,
A su pesar, las leyes de natura.
El principio más claro he conseguido
Hacer que nadie entienda, digno efecto
De mis explicaciones tenebrosas;
Y cuando mis lectores han llegado
A adquirir las ideas más oscuras
De lo que sin mi industria fácilmente
Hubieran entendido, entónces gasto
Papel y tinta, no sobre el asunto,
Mas sobre mil ideas que se ocurren
A mi fecunda mente, todas propias
Para hacer la materia más confusa;
Como el sabio gusano, que su tela
Próvido labra, hasta que al fin él mismo
Se sepulta en el lóbrego capullo;
Si á alguno concedemos que se llegue
A estudiar esta ciencia, y permitimos
Que corra las escuelas, bien tenemos
Cuidado de que en todo se asemeje
Al saltador que pasa muchos aros
Sin tocar á ninguno. En el momento
Logramos sofocar el mucho ó poco
Talento que tuviere, limitando
Su aplicacion á cálculo sin uso
Y sin utilidad, ó bien le hacemos
En un terreno abstracto dar mil vueltas
De caracol, donde sus piés den siempre
En un mismo lugar, sin andar paso.
Así petrificados los ingenios,
A un exacto nivel los reducimos,
De donde nunca salen. ¿Veis el trozo
De mármol en que yace convertido
Nuestro alumno feliz? Llegad ahora,
Llegad, pues, á pulirlo y á labrarlo,
Y sacad de él un hombre, si es posible;
Pero ¿á qué son inútiles palabras!.....
Yo miro un jóven, su ayo y una ninfa,
Que vienen de viajar por ese mundo.»
Dijo, y al punto se retira airado.
Cual la sombra de Ayax enfurecida.
Aparecióse una brillante tropa,
De bordades vestida, muy alegre,
Que rompe los enjambres de pedantes.
Pausadamente el principal se acerca,
Y así habló el orador que le acompaña,

(1) Alude á la célebre comedia de Moratin. (*Nota del Colector.*)

(2) Este es el autor de las oraciones retóricas de que se habló en el canto tercero. Véase la nota. (*Nota del Autor.*)

(3) Este precepto ha seguido constantemente el traductor español de *La Iliada*. (*Id.*)

(4) Libro bastante conocido y apreciado, mucho más despues que su docto adicionador le ha dado aquel aire de barbarie, que no estaba bien descubierto en la obra. (*Nota del Autor.*)

Ante el excelso trono de la Diosa:

«Recibe, grande reina, el más perfecto
De tus alumnos, á tu sacro númer
Desde su tierna infancia consagrado.
Su padre vió gozoso las virtudes
Morir en él con sucesion dichosa;
Su madre vió cumplidos sus deseos
Y sus ardientes votos cuando el jóven
Creció sin seña alguna de costumbres.
Esta maturidad que tú le diste,
Tan temprana y tan poco duradera,
Hizo que jamas fuese niño ni hombre.
Tu mano le cubrió con un nublado,
A cuya sombra sin estorbo alguno
Atravesó la escuela y el colegio.
Lleno de su esplendor, su loco fausto
Oprimió la ciudad; tierras y mares
Corrió despues, y vió toda la Europa,
Y la Europa lo vió; por todo el mundo
Las gracias que nos distes, esparcimos;
Tú con benigna mano nos guiaste.
Llegamos á la orilla deleitosa
Del hondo Sena, que bañando pasa
Cuatro teatros; sobre el ancho Tíber
A los italianos encontramos,
Llenos de orgullo por sus bellas artes.
Los valles hermosísimos corrimos,
Que inspiran la molicie, donde alegres
Cantan, danzan y tocan los esclavos.
Vimos, en fin, el santuario bello
En que la amable Venus se complace,
Donde el Adria soberbio, en vez de armados,
Barcos lleva de máscaras cargados,
De músicos, de amantes y de eunucos.
Él, en fin, visitó toda la Europa
Bajo mi proteccion, y en su viaje
Los vicios adquirió de cada reino.
Los cafés y las fondas digno objeto
Fueron de su atencion, y á los licores
Y á las viandas su instruccion redujo.
Así sabe beber con mucho acierto
Y comer sin escrúpulo. Olvidando
Su lengua nacional, no se molesta
En saber otra alguna que la supla.
Un duelo le obligó á tomar la huida
De una corte extranjera, y á su patria
Con una cantarina da la vuelta.
¡Ah! ¡Cuán feliz he sido, que á sus lares
Restituyo mi héroe, y enriquezco
Mi dichosa nacion con una Vénus!
Amable Estupidez, tú la proteges.
Y de aqui en adelante que los hijos
De la disolucion tu trono afirmen,
Y te den una larga descendencia.»

Dijo; la Diosa acepta los amantes,
Con su velo los cubre, y la vergüenza
De su semblante y de su seno arroja;
Entónces una tropa al trono llega,
Cual numeroso bando de langostas,
Y cada cual ofrece algun presente
Maravilloso, como son, un nido,
Una flor, un gusano ó una concha.
Los que á toda la turba precedian,
Con horrisonos gritos el auxilio
Imploran de la excelsa soberana.

«Diosa, madre comun, exclama el uno,
Oye mi humilde ruego; esta flor bella,
Cultivada por mí, fué digno objeto
De mis cuidados; la serena lluvia,
El claro sol y el favorable viento
Recibió por mi mano; yo le puse
De cortado papel la redondela
Do sus fragantes hojas descansarán;
Y la varita con boton dorado,
Donde manifestaba su belleza.
¡Cuán lozana y hermosa! Sus colores
En ella derramó el Abril florido,
Y en variedad vistosa parecia
Ella sola un pensil. ¡Ay! ved ahora
La mudanza fatal; la indigna mano
De ese amador de insectos contentibles
Deslustró su esplendor; la primavera

Su más hermosa hija muerta llora.
Castigadle, ó mi alma en este punto
Al campo Elísio baje, ó la natura
Su bello colorido jamas pierda.»

Dijo, y el llanto sus mejillas baña;
El acusado así se justifica:

«De toda la caterva brilladora
Que, extendidas las alas argentadas,
Baten al dulce céfiro volando,
Al entrar la apacible primavera,
La mariposa más linciente y bella,
Viéndolo yo, sobre un rosál se posa.
Procuréla coger; ella se escapa,
Y va de flor en flor mi vista huyendo.
De temor agitado y de esperanza,
La persigo dudoso; se detiene,
Me detengo tambien; á volar vuelve,
Yo me lanzo detras; al fin se fija
Sobre una planta, do logré cogerla.
Yo ni de flores ni color entiendo,
¡Oh Diosa! sólo atiendo á lo que abraza
Mi ramo: esto es el caso sucedido.
Para mi excusa, el que se ofrezca basta
Sobre aqueste papel mi amada presa,
Hermosa aún en su muerte; ante tus ojos
Ved esta incomparable mariposa.»

«Ambos la obligacion habeis cumplido
De vuestro encargo, la Deidad responde;
Vivid contentos, conservad fielmente
El gusto á que nacisteis destinados.
Para cada cerebro hay un objeto
Particular, que excita su potencia;
Para unos una almeja es un prodigio,
Para otros la picada de una abispa.
Cuál busca con anhelo de un gusano
El capullo aún informe, y cuál se aplice
En deshacer los nidos de lechuzas.
Mortales, atended; llegará el dia
En que sepais que la razon es dada
Sólo para aplicarse al serio estudio
De las moscas, mirar todas las obras
De natura, y fijarse solamente
En bagatelas vanas, que la impidan
Al Sér divino remontar el vuelo.»

Dijo la Diosa, y súbito aparece
Un horroroso mágico; en su mano
La fatal copa trae, de que ninguno
Puede beber sin olvidarlo todo,
Sus amigos, su patria y á sí mismo.
La copa así de Circe en brutos varios
Los compañeros del sagaz Ulises
Convirtió; cuál, ladrando los sabuesos,
Sigue á la caza, cuál veloce corre
Con el fuerte caballo, y cuál rebuzna;
Mas éstos, por un raro privilegio,
En asnos convertidos, aún conservan
La voz, figura y el semblante humano.
En esta copa dió á beber la Diosa
Una impudencia andaz que bronca viste
La faz de bronce, y embrutece á todos.
Unos arrebatados se enardecen
Cual corriente de plomo derretido,
Y otros duermen tranquilos cual beócios.
Los primeros se lanzan al sagrado
De las artes y ciencias, y á ruina
Miseria y triste reducido dejan
Tu augusto templo. Los demas se aplacen,
Sentados gravemente en dar tormento
A Horacio, tristes odas rebuznando.
A otro lado sirenas engañosas,
Con vanos sonos las cabezas vanas,
Sólo de viento llenas, encantando
De jóvenes incautos, que adormidos
Al acento doloso, ya no oian
La trompa de la Fama, que á la gloria
Y al combate sus ánimos incita.
Ilustres nombres que en el almo templo
De la inmortalidad estais grabados,
¡Para qué tanto afan? Ya vuestros nietos
A cantar y bailar han aprendido.

La Diosa, en fin, á la pedante turba
Concede ámplio poder para que enseñen

Las bellas letras; quien por un esfuerzo
De industria y de trabajo Laya alcanzado
A empalar un gusano, ó bien conocea
La rubia y el almendro, en cualquier parte
Podrá enseñar las naturales ciencias
Del modo ya dispuesto, y las abstractas
Se darán por Goudin en todo el orbe.
Despues sobre ellos, del sagrado opio
Derramó una botella, y así dijo:

«Id, ¡oh queridos hijos! ¡oh mi prole
Amada, mi cuidado y mis delicias!
Id, pues, por todo el orbe, y mis principios
Esparcid desde el uno y otro polo.
Mis órdenes son claras, mis preceptos
Fáciles de cumplir; sed orgullosos,
Estúpidos y vanos, y esto en todo.
Afirmad mi poder, y todo ingenio
Temblando adore mi terrible nùmen.
Inflamad, inflamad los nobles pechos
De un estúpido ardor, que nunca sepa
Adónde tíjamente dirigirse.

Contemplad los modelos que la augusta
Ancianidad presenta á vuestros ojos.

¡Quién de vosotros, oh sonoros cisnes
Del sucio Tagarete, resistirse
Podrá al impulso noble que os inspira

La lectura del gran Gerardo Lobo?
Vosotros que hácia estudios más severos
El ánimo inclináis y el genio grave,
Leed á *Soto-Marne* noche y día:

Vuestra dura cabeza de impudencia
Hallará allí una fuente inagotable
Y de mentecatez presuntuosa.

Mas ¡oh! ¡qué cosa habrá que exceder pueda

De cuanto el tiempo antiguo ha producido,
Ni la moderna edad, á la obra eterna
Que justamente admiran nuestros días!

¡Oh gran Rosely! ¡oh tú, de mi dominio
La más firme columna! A tí se debe
La produccion gloriosa de la *Suma*.»

Aun iba á decir la excelsa Diosa;
Mas el nombre fatal que ha pronunciado,
Por una oculta fuerza que el destino
Le concedió, la obliga á que bostece,
Y al punto se adormece la natura.

¡Qué mortal al bostezo poderoso
Se podrá resistir? Cual selva umbrosa
De antigua encina y de frondoso roble
Densamente poblada, voraz fuego
Prendido á un alto pino rauda enciende,
En globos de humo y llamas la atraviesa;

Así el fatal fenómeno circula
Por todas las cabezas, y en un hora
Adormió todo el orbe literario.

¡Oh Musa! tú me inspiras, pues tú sola
Puedes, porque los sabios tienen poca
Memoria, y los estúpidos ninguna.
¡Quién el primero fué, cuyas pestañas
Cerró el sueño fatal? ¡Quién por más tiempo
Se defendió de su poder temido?
Dí cómo atravesando el ancho mundo,
Sobre el funesto carro de belcño
La adusta sien ceñida, en su letargo
Aprisionó los miseros mortales.
Canta, oh Musa, y los pueblos de la tierra
Escucharán tu canto silenciosos.

En vano, en vano su asistencia invoca;
La hora terrible que en profundo sueño
Sumergerá los orbes ya se acerca;

La Musa cede al soñoliento impulso.

¡Llegó, llegó el momento formidable!

El negro trono mira de la noche
Y del cáos tenebroso; á su presencia,
A su horrible presencia, los colores
Brillantes del ingenio se disipan.
En vano algunas débiles centellas
De luz se dejan ver; el meteco
Se precipita al fondo de las nieblas.

Cual la voz horrorosa de Medea
Ennegreció los astros uno á uno,
Y el hijo astuto de la blanca Maya (1)
Los ojos de Argos sucesivamente
Adurmió con la vara soñolienta;

Así del cáos la niebla pavorosa
Se esparce por las artes, y á su vista
Toda la luz eclipsa de las ciencias.

Ya la verdad se precipita huyendo
Á su morada antigua, do en profundo
Silencio eterno dolorida gime

La alma filosofía, que otras veces
Al sumo bien alzara el rauda vuelo.

Algunas ya de las segundas causas
Divisa sólo entre las pardas sombras.
Por tu auxilio recíproco dolientes
Las ciencias tristes claman y las artes;
No de virtud, no de amistad humana,
No ya brilla de amor centella alguna.

Ya, pues, restablecido el formidable
Imperio tuyo miras: á tu mando,
Oh cáos, cede la luz, y amortecida
Huye de las tinieblas vencedoras.
Extiende, oh grande autor de la anarquía,
Extiende el denso velo; el orbe todo
Entre las sombras de la noche envuelve.

(1) *Maya*, madre de Mercurio, el cual logró dormir á Argos, al son del caramillo. (*Nota del Colector.*)



DON JUAN NICASIO GALLEGO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

DE DON VENTURA DE LA VEGA.

No hay en España persona alguna un tanto aficionada á las bellas letras que no pronuncie con respeto este nombre : no hay poeta ni escritor público, de cualquier género que sea, desde los más humildes hasta los más empujados de nuestra época, que no le consulte sus obras y haga en ellas, sin más exámen, cuantas correcciones le indique : no hay discusion literaria que no se termine á su arbitrio : no hay, en fin, quien ose replicar al que en materias de buen gusto asienta una opinion, añadiendo : *así piensa DON JUAN NICASIO GALLEGO.*

Y esta especie de absoluta autoridad, esta incontestable supremacía, esta universal dictadura, ¿de dónde procede? ¿en qué se funda? ¿qué par de estantes tiene que destinar el literato en su biblioteca para colocar las obras de un hombre de tanta fama?

No hay libro ninguno que lleve al frente su nombre (1). Siete odas ó elegias de regulares dimensiones, publicadas en el espacio de treinta y seis años, y alguno que otro soneto ó romance, han bastado á colocar al SEÑOR GALLEGO entre los primeros poetas que honran el Parnaso español : de qué calidad sean las tales siete composiciones, inútil es decirlo ; ademas, que no hay en España literato que no las sepa de memoria.

Fenómeno es éste que no aciertan á comprender en el día aquellos que, como dice Iriarte,

Aprecian por el tamaño
Los libros y por el bulto;

pero el que tiene aima para sentir las bellezas de la poesía, no sólo reconoce y acata la justicia de tan merecida opinion, sino que de las siete composiciones del SEÑOR GALLEGO aún juzga que sobran seis para colocarle en el sitio que ocupa. Quéjanse algunos de que haya escrito tan poco : lástima grande es ciertamente ; pero lástima para las letras, no para su fama.

No me detendré á analizar sus poesías : como noticia, sería excusado, pues ya he dicho que nadie las desconoce : como crítica, á ninguno es dado abrir de nuevo un juicio que ha sentenciado ya una generacion entera.

En Zamora nació el año de 1777, pueblo que nunca habia dado muestras de envanecerse con tal hijo, hasta que mal y de mala manera le incluyó en una terna de senadores. Allí hizo los primeros estudios, pasando luego á Salamanca, donde en 1800 concluyó su carrera y recibió las sagradas órdenes. El trato con Melendez, restaurador del buen gusto en la poesía castellana, inflamó su fantasía y despertó en él ese genio que tan hermosa página ha añadido á nuestro Parnaso. Pasó luego á Madrid, donde conoció al malogrado Cienfuegos y al señor Quintana, con quien desde entónces le unieron vinculos de no interrumpida amistad ; y en 1805 le nombró el Rey director de la casa de pajes. Servia este empleo y publicaba en el *Memorial literario*, periódico que salia á luz en Madrid, alguna que otra composicion ligera, cuando en el año de 1807 llegó la noticia de la defensa de Buenos-Aires contra los ingleses.

(1) Cuando esto escribia el señor Vega, no habia aún publicado la Academia Española las *Poesias* de don J. N. Gallego. (*Nota del Colector.*)

Permitase al que esto escribe dedicar aquí un recuerdo á aquella heroica ciudad, donde tiene la gloria de haber nacido, y en cuya suerte no ha cesado ni cesará de interesarse vivamente su corazón, á pesar de las 2.000 leguas que hace más de veinte años le separan de la que siempre llamará su patria.

No hay ejemplo en la historia de un hecho más glorioso. Un pueblo abierto, donde no había á la sazón ni un solo soldado, se ve acometido de repente por un ejército de 12.000 hombres, mandado por un hábil general. Desatino era soñar siquiera en defenderse; pero las heroicidades, ¿qué son en su origen, sino desatinos? Los habitantes corren en tropel á la plaza y piden á gritos armas y municiones: el Cabildo (así se llama allí el ayuntamiento) cede á la voluntad del pueblo, toma algunas disposiciones para aquella inconcebible resistencia y llama á la ciudad al virey don Santiago Liniers, que á la aproximación de los ingleses, viéndose sin tropas, se habia retirado al campo. Los paisanos armados guarnecen las azoteas, los balcones, las ventanas, las puertas; y al penetrar los enemigos en la ciudad, empieza á llover sobre ellos un fuego mortífero. La lucha fué sangrienta, pero breve: al cabo de algunas horas, los ingleses tuvieron que rendirse á discreción, quedando todos, incluso el general en jefe, prisioneros de guerra.

No es extraño que tan gloriosa acción encendiese el estro de los poetas y produjese la primera oda en que el señor GALLEG0 derramó el fuego poético que encerraba en su alma, y que sólo aguardaba, para inflamarse, una chispa de entusiasmo. No es ya el cantor tierno y delicado, émulo del dulcísimo Melendéz; es el poeta vigoroso y robusto, que empuña la trompa de Herrera, y viendo en su fantasía á la América del Sur alzarse sobre los Andes, lanzando el grito de guerra, exclama:

Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra,
Y el ronco hervir de los volcanes calla.

Por entónces fué tambien cuando, á consecuencia de una disputa literaria habida en la tertulia del señor Quintana, hizo en ocho días la traduccion de la tragedia de Arnault, titulada *Oscar*, que proporcionó uno de sus mayores triunfos al grande actor Isidoro Máiquez, y en la cual dejó á muchas leguas el mérito del original frances.

La sangrienta jornada del 2 de Mayo de 1808 fué la que inspiró al poeta su segunda composicion: no hay nada más hermoso en castellano. Aquella elegía puso el sello á su fama; y bien hubiera podido desde entónces colgar la lira, seguro de que no era fácil elevarse, como poeta lírico, á más altura. Muchos años hace que en semejante dia todos los periódicos de Madrid reproducen aquella magnífica elegía, llena de noble indignacion y patriótico entusiasmo, en la cual, despues de repetir el grito de *¡guerra y venganza!* lanzado por la nacion contra los invasores, dice:

Guadalquivir guerrero
Torna al bélico són la régia frente,
Y del patron valiente
Blandiendo airado la nudosa lanza,
Corre gritando al mar: *¡guerra y venganza!*

En el mismo año hizo el señor GALLEG0 la tercera de sus composiciones, que tituló *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, y leyó en una sesion de la Academia de San Fernando. Esta composicion es de las ménos conocidas, pues no tengo noticia de que se haya impreso nunca; pero en nada desmerece de las demas. Como compuesta bajo el influjo de los sentimientos de independencia que ardian en el corazón del poeta en aquella época, está llena tambien de alusiones á los hechos gloriosos de la nacion, y así es que, hablando de la pintura, presenta, entre otros, un cuadro magnífico del sitio de Zaragoza, que concluye con esta imágen:

¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso
Monton de escombros de la antigua torre,
Que á la horrisona bomba se desploma,
Allí el aragones su frente asoma
Impávida y serena,
Y al terco sitiador de espanto llena.

Desde esta fecha corre un largo periodo, en que la musa de tan gran poeta enmudece profundamente. La llegada de Napoleon con su ejército obligó al señor GALLEGO á abandonar la capital y refugiarse á Sevilla, y luego á Cádiz. Allí fué diputado de las primeras Cortes que se instalaron en la isla de Leon, y las tareas legislativas no le dejaron espacio sino para tal ó cual soneto ó himno patriótico. Volvió luego á Madrid, y á la llegada del Rey en 1814 fué uno de los perseguidos y encarcelados por sus opiniones liberales. Hallándose confinado en una cartuja de Andalucía, compuso la elegía *A la muerte del Duque de Fernandina*, composicion tambien poco conocida del público, y que siento no tener á la vista, para trasladar aquí alguno de sus muchos trozos de tierna melancolía.

Ocurrió en 1818 la sentidísima muerte de la reina Isabel de Braganza, y este doloroso acontecimiento inspiró al señor GALLEGO una de sus mejores obras. La elegía en tercetos que compuso entónces, basta por sí sola para hacer la reputacion de un gran poeta. Siento que los límites de este artículo no me consientan copiarla toda. Recordando en ella el día en que la Reina, llena de juventud y hermosura, desembarcó en Cádiz, dice:

Ostentosa su marcha fué. Ostentoso
Bajel, Favonio con halagos puros,
Meció de Cádiz en el golfo undoso;
Y al ronco estruendo de los bronce duros,
Bella como la diosa de los mares,
La saludaron los hercúleos muros.
Aun el rumor de aplausos á millares
Oir, y el grito de las torres, creo,
Y el festivo sonar de mil cantares.

Obsérvese el giro poético de estas frases: obsérvese, sobre todo, el hipérbaton que hay en el último terceto, la feliz colocacion de los verbos determinante y determinado; y dígase si, cuando la lengua castellana se presenta manejada así, tiene que envidiar á la latina ni á ninguna. En otro lugar hay este sentido trozo, en que el señor GALLEGO pedía por sus amigos proscritos, y el cual suprimieron los censores de aquella época:

De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
No pocos, ¡ay! no pocos, en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.
Otros, gimiendo por su patria amada,
El agua beben de extranjeros rios,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.

Desde aquí corre otro periodo de diez años, en que vuelve á enmudecer la musa del señor GALLEGO.

En 1830, con motivo de la muerte de la Duquesa de Frias, compuso la notable elegía que se insertó en la *Corona fúnebre*, impresa en Madrid entónces, y poco despues la última hasta ahora de sus poesías, que es una oda al nacimiento de la princesa Isabel, actual reina de España (1).

Hé aquí enumeradas las siete obras con que ha llegado á colocarse en primera línea entre los poetas españoles, y no hablo de otras composiciones cortas, con que se honraria el más eminente literato.

La Academia Española le abrió sus puertas, y le nombró su secretario perpétuo. En estas útiles tareas, y en el trato de poetas y artistas, que reciben de su amistad y consejos aliento y luz para cultivar con acierto las artes y las letras, pasa su vida retirada y tranquila, gozando ya de una fama que pocos alcanzan de sus contemporáneos.

(1) Vega escribió estos apuntes biográficos en 1843.— En el mismo año fueron publicados en el *Museo de las Familias*. (Nota del Colector.)

II.

DE DON EUGENIO DE OCHOA.

Una biografía completa del ilustre escritor DON J. N. GALLEG0 debería contener, á más de las noticias de su vida que vamos á dar, un análisis detenido de cada una de sus composiciones, ó cuando ménos, de las principales. Este trabajo, sin embargo, aunque útil para la juventud estu-
diosa que se dedica al cultivo de las letras, no entra por ahora en el plan que nos hemos propues-
to: acaso tampoco es llegada todavía la ocasion de emprenderle con entera probabilidad de acier-
to, por cuanto ni es fácil juzgar bien de los objetos que se miran muy de cerca, ni desprenderse
bastante de los afectos personales, para que no se trasluzca rastro de ellos en la crítica. Dia ven-
drá en que el autor de la elegía *Al Dos de Mayo* sea colocado por la opinion desapasionada de la
posteridad en el lugar que verdadera y legítimamente le pertenece entre los poetas de este siglo:
hoy, vivo aún el recuerdo de las raras prendas de ingenio y de carácter que tan respetado y que-
rido de todos sus amigos hacian á nuestro inolvidable compañero, viva aún la dolorosa impresion
producida por su pérdida, no es dado asignarle aquel lugar con la imparcialidad debida. La Aca-
demia Española, á la que por tantos años y con tan estrechos lazos estuvo unido el personaje que
es objeto de estas líneas, se reconoció inhábil, al publicar sus obras poéticas en 1854, para hacer
otra cosa, con respecto á él, que lamentarse una vez más de tan sentida muerte, unir su voz al
coro de justas alabanzas que nunca negó al SEÑOR GALLEG0 la opinion pública, y dedicar á su
memoria aquel modesto tributo de estimacion, debida al literato eminente, al buen ciudadano,
al fiel amigo. Vamos, pues, á limitarnos, por estas razones, á consignar, desnudo de análisis y
comentarios, y ciñéndonos en todo á relaciones dignas de entero crédito, un resumen de la vida
y de las principales producciones literarias del SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEG0.

Nació en la ciudad de Zamora, el 14 de Diciembre de 1777, siendo sus padres don Felipe Ga-
llego y doña Francisca Hernandez del Crespo, ambos de acreditada nobleza; y despues de cursar
primeras letras y latinidad bajo la direccion de un tal Pelaez, buen humanista, pasó, á la edad
de trece años, á Salamanca á emprender su carrera de filosofia y derecho civil y canónico, que
concluyó en 1800. Frutos de su vehemente aficion á la poesia fueron en aquella época algunas
composiciones, de las que sólo se han conservado pocos fragmentos; pues ya fuese efecto de ex-
cesiva modestia, ya de natural indolencia en el autor, es lo cierto que siempre fué descuidadisi-
mo con sus propias obras, al paso que nadie con más vivo desvelo que él se interesaba por las
de los demas. «El SEÑOR GALLEG0 (escribia en 1845 uno de sus biógrafos) es el protector nato, el
amigo de confianza de todos los jóvenes que aspiran al glorioso tinte de poetas: él los aconse-
ja, los anima, les corrige sus obras, y á todas horas están abiertas su puerta y su benevolencia
para cuantos de buena fe van á reclamar el auxilio de sus luces y larga práctica en el arte.» Al
mismo tiempo que el literato de quien escribimos merecia y justificaba con una bondad verda-
deramente paternal este hermoso elogio, sus propias composiciones eran objeto para él de una
indiferencia muy parecida al desden. Citamos este hecho, observado por los amigos del SEÑOR GA-
LLEG0 en todas las épocas de su vida, y que él mismo solia confesar con laudable ingenuidad,
porque á más de dar la explicacion natural de la escasez de composiciones suyas que se conser-
van, constituye en cierto modo uno de los rasgos característicos de lo que pudiéramos llamar su
personalidad literaria. Digamos, ántes de pasar adelante, que en efecto el SEÑOR GALLEG0 fué en
vida tan apreciado ó más, por su gusto exquisito en literatura y su bondadosa facilidad en dar se-
guros consejos á cuantos acudian á consultar con él alguna produccion, que por el número é im-
portancia de las suyas propias. El SEÑOR GALLEG0 es, sin duda, un acabado modelo en el arte de
bien decir; su entonacion poética rara vez deja algo que desear, pero los amigos de las letras no
pueden ménos de lamentar vivamente que su fecundidad, ó acaso su aplicacion para los trabajos
literarios, en que tanta gloria hubiera podido ganar, fuesen en todo tiempo tan inferiores á lo que
de su privilegiado talento y vasta instruccion debia esperarse.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados de licenciado y doctor, y
de recibir las sagradas órdenes, vino el SEÑOR GALLEG0 á la corte, donde en Mayo de 1805 hizo
oposicion á una capellanía de honor de S. M. En Octubre del mismo año le nombró el Rey di-

rector eclesiástico de sus caballeros pajes, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. Por entónces empezó á darse á conocer al público como poeta, con várias composiciones ligeras, que vieron la luz en los periódicos de aquella época, y otras que corrieron de mano en mano con grande aprecio entre los inteligentes.

Al volver los franceses á Madrid, capitaneados por Napoleon, tomó el SEÑOR GALLEG0 el camino de Sevilla, siguiendo al Gobierno legítimo, y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital del reino. Antes habia obtenido una prebenda de Murcia, y la primera Regencia le nombró para la dignidad de chantre de la isla de Santo Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable periodo de tiempo no se oyeron los acentos de su musa sino muy rara vez, siendo esto en verdad no de extrañar, pues era natural que absorbiesen por entónces toda su atencion los arduos deberes de diputado en las Córtes generales que se instalaron en la isla de Leon el 21 de Setiembre de 1810. Ya antes la Junta Central le habia nombrado individuo de una comision encargada de reconocer, clasificar y extraer multitud de planes, informes y memorias sobre la convocacion de Córtes, reformas de leyes y otros proyectos remitidos al Gobierno por todas las corporaciones y personas notables del Estado, invitadas por una circular de la misma Junta. En premio de estos servicios y de sus méritos anteriores, se le confirió la dignidad arriba citada, de la cual le impidió ir á tomar posesion su eleccion de diputado á Córtes. En ellas se mostró defensor constante, aunque siempre templado, de las nuevas doctrinas, y muy particularmente de la libertad de imprenta, de cuya comision fué individuo y secretario, habiendo sido redactados por él los varios proyectos sobre esta materia que sucesivamente fueron elevándose á la categoría de leyes del reino. Aquella primera y última excursion del SEÑOR GALLEG0 por el terreno de la política le fué fatal bajo dos conceptos, impidiéndole dedicarse á las letras en la edad más á propósito para cultivarlas con aplauso, y suscitándole una persecucion, cuyos efectos se hicieron sentir para él casi hasta el fin del reinado último. Restituido el Monarca al trono de sus mayores, el SEÑOR GALLEG0 se vió sucesivamente preso en una cárcel pública durante diez y ocho meses, confinado por cuatro años en la cartuja de Jerez, trasladado de ella, en 1816, á peticion suya, por enfermo, al monasterio de la Luz, junto á Moguer, y pocos meses despues al convento de Loreto, en el ajarafe de Sevilla, á dos leguas de esta ciudad. En él le encontró la revolucion de 1820, á la que debió su libertad y su reposicion en la direccion eclesiástica de los caballeros pajes de S. M., en Abril de aquel año, siendo al poco tiempo promovido á la dignidad de arcediano mayor de Valencia, que disfrutó y poseyó hasta los primeros meses de 1824, en que, vuelto el Rey de Cádiz, se le despojó de ella por una Real orden, fundada en el célebre decreto que declaró nulo cuanto habia hecho S. M. desde el 7 de Marzo en adelante. Reclamó una y muchas veces de aquel despojo, de que no habia idea ni ejemplo en la Iglesia española, por ser contrario á la disciplina y leyes eclesiásticas; pero, lejos de ser oido, sufrió una nueva persecucion, que le obligó á refugiarse en Barcelona, bajo la salvaguardia de la guarnicion francesa que ocupaba aquella plaza, en la cual permaneció hasta que, evacuada tres años despues por las tropas extranjeras, tuvo que emigrar á Francia.

Cuatro meses no más pasó en Montpellier, al lado de sus íntimos amigos los Duques de Frias: el natural deseo de activar la pretension de su arcedianato le movió á regresar á Barcelona en Abril de 1828, calmados ya algun tanto, al parecer, los furores de la reaccion absolutista. De allí fué obligado á trasladarse á Valencia, donde, por fin, despues de vejaciones sin cuento, que mal podríamos recordar sin pena y rubor, lució para él una aurora feliz en ocasion del enlace del Rey con la augusta madre de nuestra actual soberana. Relajado grandemente, á resultas de aquel suceso, el rigor de las persecuciones políticas, fuéle ya permitido venir á Madrid y adelantar de cerca sus justísimas pretensiones, con tan buena suerte y tan eficaces apoyos, que dos meses despues del nacimiento de nuestra actual soberana el poeta era agraciado con una canonjía de Sevilla, la cual fué á residir inmediatamente. Hasta entónces puede decirse que habian durado las consecuencias de su malhadada diputacion de 1810: añadamos ahora que entónces tambien tuvieron definitivo término las agitaciones y desgracias de su vida pública.

Por no interrumpir esta narracion, hemos omitido un hecho muy digno de recordarse, por decoro de las letras, y por cuanto honra mucho al escritor de quien hablamos, no ménos que á otro á quien la Academia tenia á dicha, hace pocos años, contar en el número de sus individuos. Nos referimos á la traslacion de los restos mortales del insigne restaurador de nuestra poesia lirica, don Juan Melendez Valdes, desde la parroquia de la aldea de Montferrier, donde estaban depo-

sitados provisionalmente, al digno monumento que les consagró en el cementerio de Montpellier el Duque de Frias; piadoso y patriótico pensamiento, debido al SEÑOR GALLEG0, cuyos son igualmente el epitafio y los elegantes dísticos latinos que se esculpieron en la losa sepulcral y forman parte de esta coleccion.

Otro suceso feliz para el SEÑOR GALLEG0 ocurrió aquel mismo año de 1850: su entrada en la Academia Española, de la cual llegó á ser secretario perpétuo en 1859, por haber ascendido á director el señor don Francisco Martínez de la Rosa. Ya en el año de 1814 habia sido nombrado académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en cuyo cargo, como más adelante en los de consiliario y presidente de la misma corporacion, desplegó siempre notable celo y consumada inteligencia.

Residió en Sevilla, su prebenda, hasta Mayo de 1855, en que volvió á Madrid á disfrutar las vacaciones; y cuando en Setiembre se disponia á restituirse á su iglesia, le retrajo de hacerlo la aparicion del cólera morbo en aquella ciudad. Precisado á quedarse en Madrid, obtuvo de S. M. el nombramiento de conjuex del Excusado, y poco tiempo despues una plaza supernumeraria en la Rota de la Nunciatura Apostólica, de cuyo tribunal era auditor honorario desde el año de 1820. Al ejercicio de la judicatura eclesiástica en ambos tribunales se le agregó por entónces, y posteriormente hasta la época de su fallecimiento, el desempeño incesante de várias comisiones literarias, y sólo una política, aunque ésta nada más que por pocos meses, cual fué la censura de varios periódicos, que le confió el Gobierno en 1854. De aquéllas fueron las principales la de formar un pian general de estudios, en union con los señores Quintana, padre La Canal y Liñan; la plaza de número de director de estudios, cuando se restableció la direccion en 1855; la presidencia de la Comision de exámen de libros de texto para la enseñanza, y últimamente el cargo honorífico y gratuito de vocal del Real Consejo de Instruccion pública. En remuneracion de tantos y tan desinteresados servicios, S. M. se dignó agraciarse, en 1844, con la gran cruz de Isabel la Católica, de cuya orden era comendador desde 1854. En 15 de Agosto de 1845 fué nombrado Senador del reino. Por último, en 20 de Abril de 1852 mereció ser promovido á la dignidad de arcipreste del Pilar en la santa iglesia de Zaragoza, de la cual no llegó á tomar posesion por su avanzada edad y habituales dolencias.

Creemos no haber omitido hecho alguno importante relativo á la vida pública del SEÑOR GALLEG0. Si hubiéramos ahora de entrar en el exámen de sus varios trabajos políticos y literarios, y más aún en el de sus inolvidables prendas como hombre privado, mucho habríamos de añadir para dar á los que no han tenido la fortuna de conocerle, una idea cabal de aquella inteligencia tan elevada y recta, de aquel corazon tan honrado, de aquel trato amenísimo, de aquella sólida virtud, que tan caro le hacian á sus numerosos amigos; pero ya hemos dicho que no es ésta la ocasion oportuna de juzgar al poeta ni de pintar al hombre. Lo primero es tarea reservada á la posteridad; para lo segundo no nos sentimos con fuerzas ni serenidad de ánimo bastantes. Le quisimos demasiado, y está todavía harto reciente su irreparable pérdida, para que pudiéramos hacer de él otra cosa más que un panegirico apasionado, lo cual tampoco sería propio de este lugar. Limitémonos, pues, á cumplir la última y más dolorosa parte de nuestro encargo, recordando en breves líneas la postrera enfermedad y muerte del SEÑOR GALLEG0. Fué ocasion de aquélla una caída que dió en la noche del 22 de Diciembre de 1851, hallándose en la plaza de Oriente contemplando la lucida iluminacion del Real Palacio, con que se solemnizó el nacimiento de la señora Princesa de Astúrias. El golpe que recibió cayendo de espaldas y procurando, aunque en vano, sostenerse asido á un árbol, fué tan violento, que le originó la rotura, ó más bien, la luxacion de la cabeza del hueso del muslo izquierdo: esta lesion, grave siempre, y que lo era mucho más, atendida la avanzada edad del paciente; complicada ademas con una fuerte afeccion asmática que ya de antiguo le agobiaba, abrevió el fin de sus dias, que vió llegar con cristiana y ejemplar resignacion, preparándose á la muerte como quien sabe que despues de ella comienza la verdadera vida: la limpieza de su conciencia mitigaba sin duda para él las amarguras de aquel duro trance. Por último, en la madrugada del 9 de Enero de 1855, rodeado de su familia y de sus amigos, en el cuarto segundo de la casa propia de la Academia Española, que está señalada con el número 26 en la calle de Valverde, y en la que tenía su habitacion como académico secretario, entregó su espíritu al Criador, y en la tarde del siguiente dia su cuerpo á la tierra en el cementerio de San Justo y San Millan, donde una sencilla inscripcion recuerda los principales títulos y las virtudes que tanto le recomendaron en vida.

Era el SEÑOR DON JUAN NICASIO GALLEGO de aventajada estatura, grueso á proporecion, de grave y expresiva fisonomía, agudo en el decir y muy consecuente y afectuoso con sus amigos. El mejor retrato suyo que se conserva es el que ejecutó al óleo, y litografió despues para el periódico titulado *El Artista*, el acreditado pintor don Federico de Madrazo.

Várias de sus obras poéticas fueron reunidas y publicadas en coleccion el año de 1829 por el apreciable literato habanero don Domingo del Monte, en Filadelfia; mas sin conocimiento del autor, y algunas en vista de textos poco fieles; por lo cual dicha coleccion alcanza hoy poco crédito entre los inteligentes. Movida de esta consideracion, no ménos que de un cordial afecto y singular estimacion á su último secretario, resolvió la Academia, por unanimidad, en la sesion inmediata siguiente al fallecimiento del SEÑOR GALLEGO, publicar una coleccion selecta y esmerada de sus obras poéticas, nombrando al efecto una comision de su seno, encargada de recoger y ordenar, no sólo las que ya eran conocidas por hallarse impresas y diseminadas en multitud de periódicos, mas tambien todas las que pudiese obtener entre las várias que de notoriedad corrian manuscritas en poder de algunos amigos del autor, ademas de las que naturalmente debian encontrarse entre los papeles dejados á su muerte. Cumplió la comision su encargo con diligente esmero, hecho lo cual, procedió á un escrupuloso cotejo entre los diferentes textos reunidos, á fin de fijarse en el que pareciese más fidedigno, y á un desapasionado exámen de las composiciones que definitivamente habian de figurar en la edicion de la Academia, haciendo de ellas tantas divisiones como son las clases á que corresponden, y adoptando, para su respectiva colocacion, el órden de fechas, hasta donde fué dable.

Confiamos que esta reimpression en la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES, que es un glorioso monumento nacional, será grata á los amigos de las letras (1).

POESÍAS.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO.

Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRG., *En.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
En tu silencio pavoroso gime,
No desdenes mi voz: letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el tremendo día
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execracion! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al averno;
Mas ¡quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo
Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo:
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos

Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el leon guerrero
Lanza á sus piés rugido lastimero.

¡Ay, que cuai débil planta
Que agosta en su furor hórrido viento,
De victimas sin cuento
Lloró la destruccion Mantua afligida!
Yo vi, yo vi su juventud florida
Correr inerte al huésped ominoso.

Mas ¡qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,
En quien su honor y su defensa fia,
La condenó al cuchillo.
¡Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?

Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno,
Rueda allá rechinando la cureña,
Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el joven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,

(1) A las poesías contenidas en la coleccion hábilmente ordenada por la Academia Española, añadimos ahora algunas otras de auténtico origen, que no son indignas, al ménos por lo limpio del len-

guaje y lo acicalado y robusto de la versificacion, de ser incluidas en la citada coleccion, que con especial gusto reproducimos ahora en la BIBLIOTECA.

(Nota del Colector).

La triste madre, la afligida esposa
 Con doliente clamor: la pavorosa
 Fatal descarga suena,
 Que á luto y llanto eterno la condena.
 ¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
 ¡Cuántos ayes do quier! Despavorido
 Mirad ese infelice
 Quejarse al adalid empedernido
 De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?
 Exclama el triste, en lágrimas deshecho.
 «Mi pan y mi mansion partí contigo,
 Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
 Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
 ¡Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
 Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
 Con dura muerte y con indigno ultraje?»
 ¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
 El monstruo infame á sus ministros mira,
 Y con tremenda voz gritando, ¡fuego!
 Tinto en su sangre el desgraciado espira.
 Y en tanto, ¿dó se esconden,
 Dó están ¡oh cara patria! tus soldados,
 Que á tu clamor de muerte no responden?
 Presos, encarcelados
 Por jefes sin honor, que, haciendo alarde
 De su perfidia y dolo,
 A merced de los vándalos te dejan,
 Como entre hierros el león, forcejan
 Con inútil afán. Vosotros sólo,
 Fuerte DAÍZ, intrépido VELARDE,
 Que osando resistir al gran torrente,
 Dar supisteis en flor la dulce vida
 Con firme pecho y con serena frente;
 Si de mi libro musa
 Jamas el eco adornó á tiranos,
 Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
 Allá del alto asiento
 A que la accion magnánima os eleva,
 El himno oíd que á vuestro nombre entona,
 Mientras la fama aligera le lleva
 Del mar de hielo á la abrasada zona.
 Mas ¡ay! que en tanto sus ventanas alas,
 Por la opresa metrópoli tendiendo,
 La yerma asolacion sus plazas cubre,
 Y al áspero silbar de ardientes balas,
 Y al ronco són de los preñados bronce,
 Nuevo fragor y estrépito sace,
 ¡Oís cómo rompiendo
 De moradores tímidos las puertas,
 Caen estallando de los fuertes gonces?
 ¡Con qué espantoso estruendo
 Los dueños buscan, que medrosos huyen!
 Cuanto encuentran destruyen,
 Bramando, los atroces foragidos,
 Que el robo infame y la matanza ciegan.
 ¡No veis cuál se despliegan,
 Penetrando en los hondos aposentos,
 De sangre y oro y lágrimas sedientos?
 Rompen, talan, destrozan
 Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
 Aquí, matando al dueño, se alborozan,
 Hier n allí su esposa acogojada:
 La familia asolada
 Yace espirando, y con feroz sonrisa
 Sorben voraces el fatal tesoro.
 Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
 Mustio el dulce carmin de su mejilla
 Y en su frente marchita la azucena,
 Con voz turbada y anhelante lloro,
 De su verdugo ante los pies se humilla
 Tímida virgen, de amargura llena;
 Mas con furor de hiena,
 Alzando el corvo alfanje damasquino,
 Hiende su cuello el bárbaro asesino.
 ¡Horrible atrocidad!.... ¡Treguas, oh musa,
 Que ya la voz rehusa,
 Embargada en suspiros mi garganta!
 Y en ignominia tanta,
 ¡Será que rinda el español bizarro
 La indómita cerviz á la cadena?
 No, que ya en torno suena
 De Pálas fiera el sanguinoso carro,

Y el látigo estallante
 Los caballos flamígeros hostiga.
 Ya el duro peto y el arnes brillante
 Visten los fuertes hijos de Pelayo.
 Fuego arrojó su ruginoso (1) acero:
 ¡Venganza y guerra! resonó en su tumba
 ¡Venganza y guerra! repitió Moncayo:
 Y al grito heroico que en los aires zumba,
 ¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
 Guadalquivir guerrero
 Alza al bélico són la régia frente,
 Y del Patron valiente
 Blandiendo altivo la nudosa lanza,
 Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!
 ¡Oh sombras infelices
 De los que aleve y bárbara cuchilla
 Robó á los dulces lares!
 ¡Sombras inultas que en fugaz gemido
 Cruzáis los anchos campos de Castilla!
 La heroica España, en tanto que al bandido
 Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
 Brindó felicidad, á sangre y fuego
 Le retribuye el dón, sabrá piadosa
 Daros solemne y noble monumento.
 Allí en padron cruento
 De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
 La vil traicion del déspota se lea,
 Y altar eterno sea
 Donde todo español al monstruo jure
 Rencor de muerte que en sus venas cunda
 Y á cien generaciones se difunda.

II.

A LA MUERTE DEL DUQUE DE FERNANDINA,
 HIJO DE LOS SEÑORES MARQUESSES DE VILLAFRANCA.

Cartuja de Jerez, 1816.

¡Qué triste són, qué canto dolorido
 Detiene el curso al rauda Guadalete
 Y en tono sepulcral hiere mi oído?
 Entre el manso ruido
 Del fúnebre cipres que arrulla el viento,
 ¡No escucho el caro acento,
 Los tiernos ayes de mi ilustre amigo (2),
 Que, solo, al pié de un túmulo suspira?
 Estos ¡no son los ecos de su lira?
 Sí, que mi pecho en llanto se deshace,
 Y allá en el polvo, do olvidada yace,
 Se escuchan ¡ay! por dulce simpatía
 Tristes gemir las cuerdas de la mía.
 ¡Será ¡miseró yo! que infansta estrella
 Del caro fruto de su amor le prive,
 O el sol hermoso, en cuya lumbré vive,
 Llore, eclipsado, de su esposa bella?
 ¡Antes la santa huella
 Del tardo cenobita oprima el mio,
 Que ver, oh Aspasia, in sepulcro frio!
 Mas no; de su lamento
 Es otra la ocasion. En són agudo
 Clamar las torres de Sidonia sienta,
 Que redobla el pavor del campo mudo.
 Ya la fúnebre nueva
 Por los góticos claustros se difunde,
 Rápida como el viento que la lleva,
 Y el eco de la noche en el desierto
 Repite ¡ay Dios! que Fernandina es muerto.
 ¡Ah! ¿Y es verdad? ¡Ni su inocente vida,
 Que el verdor no gozó de veinte abriles,
 De tan aciago fin salvarle pudo!
 ¡Ni el vigor de sus años juveniles,
 Ni el alto alcázar, ni el dorado techo
 Fueron al golpe atroz bastante escudo!
 ¡Y en tanto, satisfecho
 De lustros y de crímenes cargado,
 Triunfa el protervo y la virtud oprime!

(1) Variante. En vez de *ruginoso*, dicen algunas copias *fulminante*.
 (2) Alude á una composicion al mismo asunto, que acababa de escribir el señor Duque de Frias.

¡Y en tanto el desgraciado,
Que en la amargura gime
Y á quien más que el morir la vida espanta,
Mal su grado encanece
Y á par que en años en miserias crece!.....
¡Oh Providencia inescrutable y santa!

¿Cuánto de aquellos días
El recuerdo me aflige en que, la ausencia
Del cautivo monarca lamentando,
El lento curso de la edad sentías!
Te vi, te vi mil veces
Probar el temple á la flamante espada,
Y la clin del bridon con blanda mano
Impaciente halagar, bañado en gozo.
Yo vi tu faz de cólera inflamada
(Que del naciente bozo
La débil sombra matizaba apénas)
Al són del parche y al marcial estruendo,
Y en noble saña hirviendo,
La sangre de Guzman henchir tus venas.

Mas ¿á qué de esta suerte
Con pasadas memorias devaneo,
Cual con sueño fugaz, si en solo un punto
Tanta esperanza ¡ay Dios! marchita veo
Al rudo soplo de áspera fortuna?
Tú, que mi llanto ves, pálida luna;
Tú, que el usado giro terminando
Una vez y otras dos, al jóven viste
Entre las garras del dolor luchando,
Que al fin con rabia inusitada y fiera
Fundió sus huesos, como el sol la cera;
Al contemplar que ni un momento aplaca
Su cólera inclemente,
Entre el negro crespon de nube opaca
De horror velaste la argentada frente.

¿Y quién en tanto al afligido padre
Dar consuelo sabrá? ¿Quién la agonía
Pintar al vivo de la tierna madre,
Que junto al hijo exánime gemía?
«¡Ay triste! prorumpia;
¿Dónde mis dulces ilusiones fueron
Para nunca tornar? El rico estado,
Los tesoros ni el arte ¿qué valieron?
¿Quién me dijera, oh niño desgraciado,
Que para verte en tan atroces penas
El sér te di, te alimenté á mi pecho!
¿A quién ¡ay! al morir le falta un lecho?
El mendigo infelice

Hállalo en pobre paja ó suelo frio,
¡Y el cielo se lo niega al hijo mío!» (1).
Dice; y alzando, al lastimado acento,
Su voz el Duque y lánguida cabeza,
En que el sello de muerte
Grabado estaba y la filial terneza,
«No así al dolor rendida
Queráis, dijo, señora, de esta suerte
Perder conmigo tan preciosa vida.
Esos niños mirad que en torno lloran
Y tiernamente os aman;
Tambien los inocentes madre os llaman,
Y vuestro afecto y proteccion imploran.»
No dijo más; lanzando un ay profundo,
Que recorrió los altos artesanos,
Selló la Parca el labio moribundo
Y al alma abrió las fúlgidas regiones.

Vióse al letal gemido,
Cual bella palma que derriba el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.

No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguardan sólo y eternal quebranto,
Desgraciada mujer! Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida; inmóviles los ojos,
Con voz quebrada, sin acción, sin llanto,
Llama al hijo infeliz, que no responde;
Alzase y azorada,
La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por dónde;

De su prole angustiada,
Que sus pasos detiene y la rodea,
No oye la voz querida,
Ni ve la luz febea;
Que en un mar de tinieblas sumergida
Sin él se juzga, y desamada y sola.
¡Musa, no más! Las nubes arrebola
Ya el alba soñolienta, á mis mejillas
Las lágrimas se agolpan, y embargada
Mi lengua de dolor repugna el canto.
Cesa, y en raudo vuelo,
Pues á mí no me es dado, á las orillas
Del Manzanáres torna,
Y en la tumba sagrada
Depon la adelfa que tu sien adorna.
Si allí por dicha á la matrona hallares
El hijo caro demandando al cielo,
Dile, y á sus pesares
Dar logrará tu voz dulce consuelo,
Que ya ceñido de inmortal corona,
En el empuero coro
Himnos de gloria venturosos entona
Al Dios omnipotente en arpa de oro.

III.

Á LA MUERTE DE LA REINA DE ESPAÑA

DOÑA ISABEL DE BRAGANZA.

(1819.)

*Ostendent terris NASC tantum fata, neque ultra
Esse sinent.*VIRG., *En.*

¿Por qué revuelta en pavoroso velo
Cubres la angusta faz? ¿Qué agudas penas
De improviso clamor turban tu cielo?

¿Ves, oh patria infeliz, de sangre llenas
Tus hazas al furor de Marte crudo,
Y á tu adorado rey entre cadenas?

¿Será forzoso que el potente escudo
De nuevo embraces y la lanza fuerte
Que los grillos romper del orbe pudo?

¡Ay! No será; que el fallo de la muerte
Ni el valor lo revoca ni el acero;
Llorar, sólo llorar es hoy tu suerte.

¿No hay esperanza? ¿Es cierto que su fiero
Soplo extinguió la antorcha lusitana,
Que inundaba de luz el campo ibero?

¿Es verdad que tu excelsa soberana
Brilló tan sólo el término de un día,
Como la rosa del Abril temprana?.....

¡Ay! Vuelve al triste són, cítara mía;
Vuelve otra vez al querellar doliente,
Nunca avezada al gusto y la alegría.

¿Ciña el ciprés las canas de mi frente,
Que argentó del pesar la mano adusta,
Más bien que de los años la corriente;

Y el claro nombre de Isabel angusta
Oigan estas olivas y nopalos,
Mudos testigos de mi suerte injusta.

Que no es dado á mi canto los reales
Palacios penetrar, y en grato acento
De Fernando infeliz templar los males.

Tú, Reina hermosa, que á tan alto asiento
Por mil virtudes encumbrada fuiste,
Dejando á España lágrimas sin cuento,

Tú sí que escucharás el eco triste
De un desdichado, que de angustia y duelo
Más que de luto estéril se reviste.

¿Por qué tan pronto del hispano suelo,
Sorda á nuestra aflicción, huyes, señora,
Sumido ya en eterno desconsuelo?

¿No hallaba aquí tu mano bienhechora
Mejillas que enjugar, do guerra impía
Vertió sin fin su copa asoladora?

¡Oh! Torna, torna á la mansion que un día
De alma delicia y de placer colmaste,
Y ora se cubre de tiniebla umbría,

Y del pueblo leal que abandonaste
La atruena el grito y tórballa el quebranto,
Buscando en vano el bien que le robaste.

(1) El Duque pasó la enfermedad y murió sentado en una silla, porque la angustia y la fatiga no le permitieron estar acostado un solo punto.

Y ¡adónde, adónde en infortunio tanto
 Los ojos volverá, si tú le dejas?
 ¿Quién cegará las fuentes de su llanto?
 Mas ¡ay! que en balde me deshago en quejas;
 Que en balde emprende de la Parca dura
 Desarrugar mi voz las torvas cejas.
 ¡Ni del regío semblante la dulzura
 Detuvo impía el brazo á tu venganza,
 Ni en tan florida edad tanta hermosura?
 ¡Qué te ofendió la perla de Braganza,
 Que así empañaste su esplendor divino,
 Cortando de dos mundos la esperanza?
 Y ¡es éste, oh cielo, el íncrito destino
 Que España á su inocencia prometía,
 Cuando cubrió de alfombras el camino?
 ¡Duran tal vez las flores todavía
 Que holló su planta! ¡Oh tiempo venturoso,
 Presente en mi inflamada fantasía!
 Ostentosa su entrada fué; ostentoso
 Bajel favonio con halagos puros
 Meció de Cádiz en el golfo undoso;
 Y al bronco estruendo de los broncos duros,
 Bella como la diosa de los mares,
 La saludaron los hercúleos muros (1).
 Aun el rumor de aplausos á millares
 Oir y el grito de las torres creo,
 Y el festivo sonar de mil cantares.
 Al fulgor de la antorcha de Himeneo,
 Modesta, hermosa, placida, lozana,
 Llegar la ven las playas de Mnesteo,
 Y al dulce lado de su dulce hermana,
 Con ánsia noble y anhelante prisa
 La cerca el pueblo fiel, corre y se afana.
 Ella, que en este afán su amor divisa,
 Responde grata con galán saludo,
 Su labio de coral bañado en risa.
 Por verla el padre Bétis, con nervudo
 Brazo apartó los juncos de su frente,
 Y á espectáculo tal paróse mudo.
 En triunfo la llevó la hispana gente
 Con júbilo sin par y altos loores,
 Manzanáres humilde, á tu corriente;
 Y entre marciales salvas y entre flores
 Llegó á los brazos del angusto esposo,
 Sembrando hechizos y cogiendo amores.
 Mas ¡ay de mí! ¡qué vale que engañoso
 Prestigio alegres horas me recuerde,
 Si ya son hoy tormento doloroso?
 Que no más pronto ¡oh Dios! su aliento pierde,
 Por el pérfido plomo sorprendida,
 Blanca paloma entre la grama verde,
 Que en flor le arrebató la dulce vida
 Como rayo veloz muerte villana,
 Abriendo un solo golpe tanta herida.
 ¡Oh frágil pompa! ¡Oh condicion humana!
 ¿En qué cimiento tu firmeza estriba,
 Vago sueño, humo leve, sombra vana?
 Por más que el globo círculos describa,
 No olvidará Madrid la infausta escena
 Que en lágrimas baño de sangre viva.
 Ajada vió en tu cunello la azucena,
 Malograda Isabel, y á los leones
 Del desierto dosel rugir de pena.
 Mal suplida en los lúgubres salones,
 De tus ojos miró la muerta lumbre
 Por el triste fulgor de cien blandones.
 Del alcázar la inmensa pesadumbre
 Tembló de espanto al súbito alarido,
 Que lanzó la aterrada muchedumbre.
 Uno madre la llama; enardecido,
 Otro á los cielos su oración levanta,
 Del alto sollozar interrumpido:
 Anhelan éstos por besar la planta
 De su reina infeliz; aquél, postrado,
 Susurra triste su plegaria santa.
 Cerca, despues, del fétido agolpado,
 Con gemidos el pueblo la seguía
 Al sordo són del parche destemplado,
 Y á par que el eco vago repetía

Confusas quejas contra el hado ingrato,
 Dobló un anciano su rodilla fría.
 Miró lloroso el fúnebre aparato,
 Y al viento dió su trémula querella,
 Del profundo dolor suspenso un rato.
 «¡Adios por siempre, dijo, reina bella,
 De madres y princesas gran modelo,
 Gloria de Portugal, de España estrella!
 »¡Cuántas semillas de tristeza y duelo,
 De perpétuo crecer y hondas raíces,
 Deja tu ausencia al castellano suelo!
 »Ya más no te hallarán los infelices
 Que socorrió tu mano, ni el guerrero
 Te mostrará sus largas cicatrices.
 »Ni escucharás el viva placentero
 Del pueblo aclamador, que, en tierra fijos
 Sus ojos, cambia en luto lastímico.
 »De tí esperaba el fin á los prolijos
 Y acerbos males que discordia impura
 Sembró con larga mano entre tus hijos.
 »No pocos, ¡ay! no pocos en oscura
 Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
 Redoblan hoy su llanto de amargura.
 »Otros gimiendo por su patria amada,
 El agua beben de extranjeros ríos,
 Mil veces con sus lágrimas mezclada.
 »Mas si oye el cielo los sollozos mios;
 Si un ángel lleva al solio refulgente,
 Mensajero de paz, los votos píos,
 »Por ti tendrá del Padre omnipotente
 Mi rey consuelo en su mortal quebranto,
 Prosperidad y union la hispana gente.»
 Dijo, y tornó á llorar. Callada en tanto,
 Con ademan doliente se acercaba
 La régia comitiva al templo santo.
 Ya el cántico sagrado se escuchaba
 Del cóncavo metal al ronco trueno
 Que en los atrios inmensos resonaba.
 ¡Ay, que ya para siempre aquel sereno
 Rostro, en medio á las preces funerales,
 Marmórea tumba recibió en su seno!
 Dándole entónces los eternos vales,
 Cayó la losa; al lúgubre ruido
 Retemblaron las urnas sepulcrales,
 Y en su centro se oyó largo gemido.

IV.

Á LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

(1830.)

Al sonante bramido
 Del piélago feroz, que el viento ensaña,
 Lanzando atras del Turia la corriente;
 En medio al denegrido
 Cerco de nubes que de Sirio empaña
 Cual velo funeral la roja frente;
 Cuando el cárabo oscuro
 Ayés despierte entre la breña inculca,
 Y á tardó paso soñoliento Arturo
 En el mar de Occidente se sepulta;
 A los mustios reflejos
 Con que en las ondas alteradas tiembla
 De moribunda luna el rayo frío,
 Daré, del mundo y de los hombres léjos,
 Libre rienda al dolor del pecho mio.
 Si, que al mortal á quien del hado el ceño
 A infortunios sin término condena,
 Sobre su cuello misero cargando
 De uno en otro eslabon larga cadena,
 No en jardín halagüeño,
 Ni al puro ambiente de apacible anورا
 Soltar conviene el lastimero canto
 Con que al cielo importuna.
 Solitario arenal, sangrienta luna
 Y embravecidas olas acompañen
 Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
 Que escenas sólo de aflicción recuerdas;
 Lira que ven mis ojos con espanto,
 Y á recorrer tus cuerdas
 Mi ya trémula mano se resiste!
 Vén, lira del dolor: ¡Piedad no existe!

(1) Variante. Dice así este verso en las antiguas copias:

La saludaron de Hércules los muros.

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disipaba!
¡Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Más digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mía!
Y ¡qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adiós oír me dejás?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! derramen sin duelo
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.
¿Por qué, por qué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, señora?
¿Por qué al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste,
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oído
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron,
A tu arribo, marcial salva triunfante.
Con inmóvil semblante
Esucho amedrentado el són horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua, que á su empuje se encumbraba
Y hasta las altas grimpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio, en tanto,
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, oh deidad! del gaditano muro
Grita la muchedumbre alborozada;
¡Salve, oh deidad! de gozo enajenada,
La ruidosa marina,
Que á tí se agolpa y el batel rodea,
Y al cielo sube el aclamar sonoro,
Como al aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citeréa.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gádes;
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejilla pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasión, que á dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¿quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubría,
Que en cuerpo tan gallardo relucía
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Bétis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que al fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavon matiza;

Ya la vária fortuna
Del cetro godo y del laurel romano,
O el poder sobrehumano
Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca.
Pero otro dón magnífico, sublime,
Más alto que el ingenio y la hermosura
Debiste al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazón? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso,
Un sacrificio heróico hervir hacia.
Entonces agitado
Tu rostro angelical resplandecía
De más purpúreo rosicler cubierto;
Del seno relevado
La extraña conmoción, el entrecabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos,
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademán, los mal seguros
Acentos, la expresión.... ¡Ah! Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De esto feliz, de inspiración divina,
Mostró Casandra en los dardianos muros,
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y sólo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Sólo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor, su hermano.
¿Quién, sino tú, señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frío tálamo la Aurora,
Entrar osára en la mansion del ermen?
¿Quién, sino tú, del duro carcelero,
Ménos al són del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen,
Quisiera el ceño soportar? Perdona,
Cara *Piedad*, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico ejemplo,
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa Amistad digna corona....
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumía,
Cuando, sordo á mis quejas,
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo día.
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oído;
Los vacilantes ojos
Clavo en la ruda puerta, estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atención excita,
Que hacía mí sin cesar la mano agita
Con labio mudo y sonreír funesto.
Salto del lecho y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
De aquella triste y lóbrega caverna,
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desaparece,
Como visión fantástica, el cerbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!

¡Por qué, por qué benigna,
Clamé, bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, señora,
Esta morada indigna,
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime,
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.

«A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espire
La voz de la amistad mis pasos guía,
Sino á esferzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crimen en su pecho sienta
El punzante aguijón; que al alma noble,
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el són de los cerrojos la intimida.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamas estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea :
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.»

Serálo, sí; lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino..... No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo : es tarde; basta ya, señora.

«¡Adios! ¡Adios! Del vulgo malicioso,
Que al despuntar del sol sacude el sueño,
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!»
Aguarda..... «¡Adios!.....» Y en soledad sumido,
Oigo ¡ay de mí del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.

¡Oh digno, oh generoso
Dechado de amigo ad! ¡Oh alegre dial
¡Y en dónde estás, en dónde,
Angel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mía?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternales!
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol
En balde importunáis. Hará el rocío
Del venidero Abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no esperéis que el tûmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,
Íncrito vate (1), entallarán cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles.....
¡Inútil afanar! La cien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa citara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion..... ¡En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino (2).
Mas ¡ay! ¡podrá su lira

Forzar las puertas del eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar, en tí clavado?
A más alto poder, misero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige,
Que entre sollozos lûgubres exhalas.
Al Sér inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña,
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Daré benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

ODAS.

I.

EL RIZO DE CORINA.

(1801.)

¡Oh dulce prenda por mí bien hallada,
Dón amoroso de mi amante dueño,
Tú, que halagüeño á su belleza diste
Nuevos hechizos;

Lindo cabello, que escuchaste un día
Los tiernos ayes de mi ninfa ausente,
Cuando en su frente te meció travieso
Manso Favonio!

Dime, te ruego, si de mí se acuerda;
Si por su amigo suspirar la oiste;
Dime si viste de la ausencia el llanto
Vivo en tus ojos.

Así seguro de voraces llamas
Gozarte puedas en su faz hermosa,
Seña amorosa con ardid formando
Cifras y flores.

¡Callas? ¡Qué anuncia tu silencio triste?
¡Tal vez que el soplo del olvido pudo
Matar sañudo de mi amor la llama
Mustia en su pecho?

No; que yo he visto en mi cruël partida
De sus luceros lágrimas fogosas
Correr copiosas hasta el albo seno,
Nido de amores.

¡Callas? Te entiendo; venturoso un día
Plácido ornabas su gentil cabeza,
Y hoy en tristeza y soledad envuelto,
Lloras tu estado.

Ni ya los ojos de mi bien me ocultas,
Ni te ensortijas de su cien en torno,
Ni el simple adorno de tus bellos rizos
Luce en su cuello,

Ni ya te ostentas con primor cogido
De rica joya ó cándida guirnalda,
Ni por su espalda jugueton ondeas
Libre y airoso.

Débil juguete de fortuna inestable
Gloria tan alta misero perdiste.
Así yo triste de la excelsa cumbre
Vine al abismo.

Desde la cumbre de sus dulces brazos
Vine al abismo de insondable pena,
En donde, llena de despecho, el alma
Yace sumida.

Tú sólo puedes de tan dura ausencia,
Rizo precioso, suavizar el ceño;
Tú, de mi dueño mudamente hablando,
Templas mis males.

Grato recuerdo de mi fiel Corina,
Mi amante pecho tu morada sea,

(1) El Duque de Frias.

(2) Alude á la Corona fúnebre, escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

Que en él campea su gallarda imágen,
Copia de Vénus.
Verásla siempre de mí fe señora,
Gloria y encanto y esperanza mía,
Hasta aquel día que la madre tierra
Cubra mis huesos.

II.

A CORINA AUSENTE, EN SU CUMPLEAÑOS.

(1801.)

Ya al esplendor de Febo
Brilla del Aries el vellon dorado
Corina, y ya de nuevo
De flor se viste el prado,
Y alegre salta el tímido ganado.
Ya el leon carpentano
La nieve arroja de su helada greña,
Que hasta el sediento llano
Baja de breña en breña,
Y en arroyos de plata se despeña.
Ya vuelve Primavera,
Dando al cielo fulgor y al campo flores;
Ya su voz hechicera
Sueltan los ruiseñores
A la dulce estación de los amores.
Ya del zagal sencillo
Se oye el tierno cantar, y en pos resuena
Su blando caramillo,
Y la campiña amena
De alegres juegos y placer se llena.
Ya, en fin, se acerca el día
En que, abrumada del invierno triste,
Recobró su alegría
La tierra, y tú naciste,
Y nuevo ser con tu beldad le diste.
Así dió vida al suelo
Del primitivo Abril la fértil huella;
Así en oscuro cielo
Nació brillante estrella,
Y en su concha de nácar Vénus bella.
Que de tu rostro hermoso
Tanto la luz se esparce y reverbera,
Cual tiende el sol fogoso
La rubia cabellera,
Bañando en oro la oriental ribera.
Y más vivos colores
Tu boca ostenta de carmin divina,
Que entre nevadas flores
La fresca clavellina
Al sonreír del alba matutina.
¡Ay! tan gentil belleza
Goza, Corina, impenetrable al sello
Del tiempo y la tristeza,
Y en rosa y lirio bello
Cien mayos enguirnalden tu cabello.
Yo triste, á crudo invierno
Y á llorar en tu ausencia condenado,
Ni oigo á Favonio tierno
Suspirar por el prado,
Ni el trino de las aves concertado.
El fecundo rocío
Igual al hielo estéril se me ofrece;
Igual halló el río
Que hinchado se embravece
Y el manso arroyo que las flores mece.
¡Do fueron, ¡ay! Corina,
Las dulces horas de delicia llenas,
Cuando á la hojosa encina
Entre mirto y verbenas
Sombra debió tu lecho de azucenas?
En mi laud sonaban
Mi fe, mi dicha y mi amoroso orgullo,
Y con él alternaban
Las tórtolas su arrullo.
Y de la fuente el plácido murmullo,
¡Oh! Déme amor que pueda
Tus gracias ensalzar, como solía,
Con voz sonora y leda,
Cuando la vida mía

Por tí, contigo y para tí quería.
Hora el dolor que siento
Con ayes sólo desfogar me place;
Que en triste desaliento
Sumida el alma yace
Y en su propio delirio se complace.

III.

A LA DEFENSA DE BUENOS AIRES.

(1807.)

Tú, de virtudes mil, de ilustres hechos
Fecundo manantial, á quien consagran
Su vida alegres los heroicos pechos;
Patria, deidad augusta,
Mi númen es tu amor. Su hermoso fuego,
Que aun hoy las piedras de Sagunto inflama;
El que arrojó la chispa abrasadora,
Baldon y estrago de la gente mora,
Que aun brilla desde el Cántabro hasta Alhama,
Da que pase á mi voz; sublime el eco
Del éter vago los espacios llene,
Sus glorias celebrando,
Y atras el mar Atlántico dejando.
Hasta el remoto Patagon resuene.
De allí no léjos las britanas proras
Viera el indio pacífico asombrado
Sus costas invadir, y furibundo
Al hijo de Albión, que fatigado
Tiene en su audacia y su soberbia al mundo,
Cual lobo hambriento en indefenso aprisco,
Entrar, correr, talar. Montevideo,
Que ya amarrado á su cadena gime,
Con espanto en sus muros orgulloso
Ve tremolar su pabellón, ansioso
Lanzar del cuello el yugo que le oprime,
Mientras la rienda á su ambición soltando
El ánglo codicioso,
La rica población (1) domar anhela,
Que de Solís el río
En su ribera occidental retrata
Cuando á la mar con noble señorío
Rinde anchuroso su raudal de plata.
¡Cuán presta ¡oh Dios! la ejecución corona
Las empresas del mal! El ánglo altivo
Tiempo ni afán perdona.
Vése en la playa las inmensas naves
Presurosa ocupar la isleña gente,
De muertes mil cargada,
Y en pos hender la rápida corriente.
Ya la soberbia armada,
Batiendo el viento la ondeante lona,
Vuela, se acerca y á la corva orilla
Saltan las tropas. Ostentoso brilla
El padre de la luz, y á los reflejos
Con que los altos capiteles dora,
La sed de su ambición la faz colora
Del ávido insular. Así de léjos
Mira el tigre feroz la ansiada presa
Y con sangrientos ojos la devora.
Alzase en tanto, cual matrona augusta,
De una alta sierra en la fragosa cumbre
La América del Sur; vése cercada
De súbito esplendor de viva lumbre
Y en noble ceño y majestad bañada.
No ya frívolas plumas,
Sino bruído yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero;
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero,
La vista fija en la ciudad; y entónces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra,
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
¡Españoles! clamó; cuando atrevido

(1) Buenos Aires.

Arrasar vuestros lares amenaza
El opresor del mar, á quien estrecho
Viene el orbe, ¿será que en blando lecho
Descuidados yazgáis, ó en torpe olvido?
O acaso, echando á la ignominia el sello,
Daréis al yugo el indomado cuello?
¿Do mis Incas están? ¿Adónde es ido
El imperio del Cuzco? ¿Quién brioso
Domeñó su poder? ¿No fué trofeo
Del castellano esfuerzo poderoso?
¿Y ora vosotros, sucesion valiente
De Pizarro y Almagro, envilecidos
Ante el tirano doblaréis la frente?
¿Cederá el español? ¿Oh! ¿Nunca sea
Que América infeliz con viles hierros
Al carro de su triunfo atar se vea!

»No; jamas se verá; que en noble saña
Siento inflamarse ya los fuertes pechos
De los hijos magnánimos de España,
De la patria á la voz. Caigan deshechos
Y á cenizas y polvo reducidos
Templos y torres y robustos techos,
Primero que rendidos
El mundo os vea al ambicioso isleño.
Ni la ciudad, al enemigo abierta,
Sin reforzado adarve y bastiones,
El brío arrebre del heroico empeño.
Cuando la fama aligera os acíame
Por remotas regiones,
Nueva Numancia occidental la llame,
Mostrando á las atónitas naciones
Que no hay más firmes muros
Que un ánimo constante y pechos duros.»

Dijo; y cual se oye en la estacion de Tauro
De volador enjambre numeroso
El sordo susurrar, así incesante
Bélico afan en la ciudad se escucha,
Que, sin que el fuego del breton la espante,
Se apresta osada á la tremenda lucha.

Ya doce mil guerreros,
De mortíferos bronces precedidos,
A las débiles puertas se abalanzan,
Y los limpios aceros
Del rayo brillan de Titan heridos;
Ya sus columnas en las anchas calles
Intrépidas se lanzan;
Por montes y por valles
Del militar clamor retumba el eco,
Y el trémulo batir del parche hueco.
Trábase ya la desigual pelea
Y del fiero enemigo el paso ataja
Furioso el español; cruza silbando
El plomo; inexorable se recrea,
Sus victimas la Parca contemplando;
Crece la confusion; al cielo sube
El humo denso en pavorosa nube,
Y al bronco estruendo del cañon britano,
Que muertes mil y destruccion vomita,
Impávido el esfuerzo castellano
Lluvias arroja de letal metralla.
No hay ceder; no hay ciar. De nuevo estalla
Retumbante el metal del anglo fiero,
Que el horizonte atruena,
Mas el valiente ibero
Ni el ruido escucha ni al estrago atiende;
Que en almas grandes, que el honor enciende,
Más alto el grito de la patria suena.

Suena, y el pecho del esclavo inflama,
Y es un guerrero ya. Los moradores
Invictos héroes son. ¿Cuál multiplican
La ciega rabia y bélicos clamores
Las artes de dañar! Inmensas trabes,
Y lumbré y peñas por los aires bajan
Sobre el misero inglés; profundo foso
Y alta trinchera su furor atajan.
El en tanto, animoso,
Redobla el fuego y el teson, y truenan
Contra su hueste horribles cañones,
Rios de sangre de Albión vertiendo.
Desplómanse los fuertes torreones
Con ronc0s estallidos,
Y al espantoso estruendo

Con que los altos techos se derrumban,
Se oyen gemir los vientos comprimidos
Y hasta en las cuevas de los Andes zumban.

Tiende la noche el pavoroso velo,
Cubriendo tanto horror. Do quier se escucha
Del triste isleño el lúgubre gemido,
Que con la muerte irrevocable lucha.
Su caudillo infeliz (1), que estremecido
El fiero estrago entre tinieblas mira,
De su domada hueste
Los restos junta, y pálido suspira.
Al fin, vertiendo su esplendor celeste
La nacarada Aurora,
Su vista aparta de la horrible escena.
¿Cuál de pavor se llena
El britano adalid! Allí, en confuso
Tropel, de sus soldados
Rotas armas y cuerpos hacinados
Contempla, y se horroriza,
Y el abatido ardor buscando en vano
De su fiereza brava,
El pelo se le eriza,
Desampara el baston la yerta mano,
Y un espanto glacial sus miembros traba.

América triunfó. ¿No veis cuál brilla,
Tremolado en su diestra el estandarte
De las excelsas torres de Castilla?
Ve el pueblo valeroso
Sitiado al sitiador; del fiero Marte
Depone el rayo, y al Olimpo eleva
Clamor de triunfo en himno placentero.
Muéstrase entónces el caudillo ibero (2)
Al britano, que atónito enmudece,
Y de la salva América las playas
Dejar le ordena; el anglo le obedece.
A las naves temblando
Los restos suben del vencido bando;
Y cual suele medrosa
La garza huir del sacre furibundo,
Así la escuadra, huyendo presurosa,
Surca asombrada el piélago profundo.

Lauros, palmas traed, y ornad, iberos,
La frente al vencedor. De la victoria
En alas vuele tan brillante hazaña
Al templo de la gloria.
Feliz anuncio sea
De nuevos timbres al blason de España,
Y en letras de oro en su padron se lea.
Y vosotros, del Tajo
Canoros cisnes, cuya voz divina,
Cuando en ardor patriótico se enciende,
El blando són del agua cristalina
Y el coro de sus Náyades suspende;
Vuestra lira sonora,
De la rama inmortal dispensadora,
Al cielo alzando tan heroico brío,
Las altas glorias de la Iberia cante,
Y en sus alas levante
El tono humilde del acento mio.

IV.

Á LA INFLUENCIA DEL ENTUSIASMO PÚBLICO EN LAS ARTES.

Leida en la Real Academia de San Fernando en su junta general,
para la distribucion de premios, celebrada el día 24 de Setiembre
de 1808.

¿Cuál, en rápido vuelo,
El númen fué que á Píndaro y á Apéles
Al remoto cenit alza y encumbra
Del estrellado cielo
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbra?
¿Quién es el poderoso
Genio que al vate y al pintor valiente
La débil línea y el fugaz sonido,
Venciendo al orgulloso
Atlas que erguida la marmórea frente

(1) Whitelock.

(2) Liniers.

Sobre los montes de África descuellan,
Con marca fiel de eternidad los sella?

¿Quién? Sólo el corazón. Cuando inflamado
De vehemente pasión oprime el pecho,
La osada fantasía

Cede á su ardor, y el cerco de la esfera,
Siendo ya á su poder límite estrecho,
Sus obras inmortales

Del tiempo vencen la veloz carrera.
El fué quien blando suspiró en Tibulo,
Trazó los celestiales

Rasgos que á Vénus dan gracia y belleza;
El la noble osadía

Fijó de Apolo en la gentil cabeza;

Y á par que en el sonoro

Canto de Homero al implacable Aquiles

El penacho agitó del yelmo de oro,

Y en su seno encender los ayes supo

Con que la triste Andrómaca suspira,

Dió el intenco gemir al noble grupo

Dó en lastimero afán Laoconte (1) espira.

El sólo fué. Si la espartana gente,

Ardiendo en sedición, calmó Terpanandro;

Si Timoteo audaz con prestos sonos

Logró encender el alma de Alejandro

En el vario volcan de las pasiones,

Primero las sintió. Quien á los ecos

De virtud y de gloria no se inflama,

Ni al tierno sollozar del afligido

Súbito llanto de piedad derrama;

El que al público bien ó al patrio duelo,

De gozo ó noble saña arrebatado,

Cual fuego que entre aristos se difunde,

O como chispa eléctrica invisible

Que en instantáneo obrar rápida cunde,

Su corazón de hielo

Hervir no siente en conmoción secreta,

Ni aspire á artista, ni nació poeta.

En balde, ansioso, el mármol fatigando,

Puliendo el bronce, en desigual contienda

Pugnará con tesón! Por más que hollando

De insuficiente imitación la senda

Al Corregio sus gracias pida, ¡en vano!

Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,

Nunca en su tabla el hijo de Dióne

Maligno excitará falaz sonrisa,

O al fiero ardor de los combates Ciro;

Ni hará gemir la moribunda Elisa,

Ni Hécula sierva arrancará un suspiro.

Y ¡qué! en las artes sólo

Ejerce el corazón su noble influjo?

Cuanto el hombre en magnánima osadía

Digno, grandioso y singular produjo,

Obra es suya también. Dadme que un día

Su frente un pueblo alzando

Al balcón de extranjera tiranía,

Temblar de justa indignación se vea;

Que la máscara hipócrita arrojando,

Que al bien opone el sórdido egoísmo,

El honor, la virtud su númen sea;

Y ántes que, en muda admiración suspenso,

Sus rasgos de heroísmo,

Su saber, su valor, sus glorias cuente,

Podré el cauce agotar del mar inmenso,

Y á par de Sirio levantar mi frente.

¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre,

Célebre Aténas, de las artes templo,

Y hora misero polvo y triste ejemplo

De la barbarie y del furor del hombre!

Ya sus leyes dictando

Contemple á tu Solon, ó á Fidias mire

La gran deidad del Atica animando (2);

Ya embebecido admire

Del dulce Anacreón la voz divina,

O al fuerte impulso de tu heroico brio

Hollada en Maratón y en Salamina

La soberbia de Jérges y Darío;

De tu gloria, asombrado,

Ante el coloso excelso me confundo,

Y veces mil te aclamo, enajenado,

Modelo, envidia, admiración del mundo.

Mas, ¿quién podrá del público entusiasmo

Los portentos medir? Su hermosa llama

No bien lució en tu seno, oh patria mía,

Y ya al Índico mar vuela tu fama.

Tú, que atenta me escuchas,

Amable juventud, y en lid activa

Entre las armas y las artes luchas,

Contempla ¡cuán hermosa perspectiva

De grandeza y de honor se abre á tus ojos!

Tú, de fervor patriótico inflamada,

En tanto que entre bélicos despojos

Aterra al domador de cien naciones

La saña de los héspedes leones,

Per cuanto el mar abarca con sus olas

Extenderás sus hechos generosos

Y el blason de las artes españolas.

Si; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos

De la Hesperia seréis. Si en vano un día

Atónito el viajero,

Del Cid el bulto y de Cortés buscando,

Los términos corrió del pueblo ibero,

A vuestro genio ardiente

Tanta dicha el destino reservando,

Respirar los verá. Que de repente

En firme pedestal se alce Pelayo

Y al pérfido opresor del orbe espante;

Haced que su semblante,

En santo fuego y cólera encendido,

Llene de horror las playas agarenas,

Y en su tumba Tarif lance un gemido,

Que haga temblar las líbicas arenas.

Mas ¡qué! ¡la antigua España

Modelos de heroísmo y bizarría

A vuestro noble afán concede sólo?

¿Ya en su seno fecundo no los cria?

¡Qué! ¡no oís el rumor de tanta hazafia

La ancha esfera llenar de polo á polo?

Ellos harán eterno vuestro nombre;

Vosotros su valor. Patente veo

La edad futura, y la espaciosa entrada

Descubro del magnífico Museo,

Donde entre claros timbres y blasones,

Su sien de lauro ornada,

Inélitos héroes á Castilla ostentan,

Y en los regios salones,

Que en usos viles profanados fueron (3),

Subir las artes miro

A más alto esplendor que nunca vieron

Grecia ni Roma, ni Sidón ni Tiro.

Allí pincel fogoso,

De Polignoto envidia y de Timántes,

Las proezas brillantes

De Cataluña indómita renueva;

El galo, aquí, medroso,

Sueltas las riendas al brido lozano,

Huye el furor del ágil edetano;

Allá en acento rudo,

Como acosada fiera de Jarama,

Dupont soberbio entre cadenas brama,

Mientras Bétis sañudo

Petos y cascós y águilas sangrientas

Revuelve entre sus aguas turbulentas.

No lejos, tremolando

Las barras de Aragón, á Augusta veo

Contra el tesón del vándalo luchando;

Y como roca altiva, que resiste

Una vez y otras mil la rabia suma

Del mar hinchado, que feroz la embiste

Y al cielo arroja la sonante espuma,

Domando así su bárbara porfía,

Opone al galo fiero

Pechos de pedernal, brazos de acero.

¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso

(1) La Vénus de Medicis, el Apolo de Belvedere y el Laoconte estaban en el salón de la Academia en que se leyó esta oda, y á estas estatuas se hace alusión en ella.

(2) La famosa Minerva de este escultor, que estaba en el Parthenon de Aténas.

(3) Las magníficas galerías del Museo del Prado sirvieron de caballerizas á los franceses, desde su entrada en Madrid hasta la batalla de Bailén.

Montón de escombros de la antigua torre,
Que á la horribil bomba se desploma,
Allí el aragones su frente asoma
Indómita y serena,
Y al terco sitiador de espanto llena.

Mas ¿qué otra imagen tu atención cantiva,
De amor tu pecho y de placer colmando,
Parnásida feliz? ¡No ves orlada
De fresco lauro y de naciente oliva
La régia sien del séptimo Fernando?
¡El rey no es éste que Madrid gozosa,
Con vivas mil y cantos de alegría,
Del sol de Tauro á la esplendente lumbre
Vió en majestad bañado y lozanía?
¡Cuán grande! ¡Cuán augusto
Ya de Pirene en la enriscada cumbre
Huella con firme planta
De su alevé opresor la infiel garganta!
¡Grata esperanza! Tan dichoso día
¿Será que luzca al horizonte ibero?
Sí, no dudeis; lo decretó el destino.
El español guerrero
Romperá, rey amado, tus prisiones,
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tito serás; benigno el cielo,
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por tí suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre.... y romperé mi lira,

V.

Á CELMIRA, EN SUS DIAS.

(1809.)

Rasgando alegre el nebuloso velo
Con sus dedos de rosa,
Ufana vuelve primavera hermosa
A dar vida al verjel, fulgor al cielo.
Vuelve, y do quier derrama
De su rocío el inmortal tesoro,
Que al sacudir su cabellera de oro,
La flor revoge y la sedienta grama.

Desde el brillante carro señorea
El éter luminoso;
Bebe el aire su aliento delicioso,
Y valle y monte y selvas hermo sea.

Vuelve el rostro sereno
Del claro Bétis á la fértil vega,
Y el bello prado, que fecunda y riega,
Mira de ninfas y de amores lleno.

Mas ve á Celmira en su dichoso día
Almas mil cautivando,
Sueltas las alas á Favonio blando,
Y este saludo plácido le envía:

«Salve, Celmira hermosa;
Mil veces salve, celestial doncella,
Más que la reina de las flores bella,
Más que la madre del amor graciosa.

«Tú, á quien cedió mi ruiseñor canoro
Su garganta divina,
Delio su ardor, su cítara Corina,
Y el dulce Anacreón su plectro de oro,

«Salve; y risueño el gusto
Volando en torno á tu nevada frente,
El sombrío pesar de tí se ahuyenta,
Cual de mis luces el invierno adusto.

«¿A qué mis galas donde están tus ojos?
Su influencia hechicera
Alegría y verdor da á la pradera,
Y en lindas rosas torna los abrojos.

«Donde tu mano toca,
Brota un ramo de frescos alelles,
Y si con dulce agrado te sonries,
¿Qué clavel hay más bello que tu boca?»

Dijo la diosa del Abril; ligero,
A la ninfa halagando,
Baña las alas en su aliento blando
Y á su madre retorna el mensajero,

VI.

Á la bendición de la bandera del primer batallón de las milicias
nacionales de Valencia, en 16 de Setiembre de 1821.

¡Qué insólita alegría,
Qué falange marcial, qué grato acento
De bélica armonía,
Qué faustos vivas sientol
¡Qué de plumas sin fin agita el viento!
Corred, hijas hermosas
Del Turia, y de sus márgenes amenas
Guirnaldas olorosas
Traedme á manos llenas
De frescos amarantos y azucenas;
Que no los batallones
Soberbios son del déspota que un día
Domeñó cien naciones,
Y con audacia impía
La madre España encadenar creía.

Hermano, amigo, esposo
Veréis entre ellos, plácida esperanza
Del comunal reposo.
Formad festiva danza;
Resuene el aire en himnos de alabanza.
¿Veis cuál se ostenta ufano
Su porte altivo y su ademan guerrero?
¿Veis en la fuerte mano
Con grato reverbero
Doblar la luz del sol el limpio acero?

¿Cómo la insignia vuela,
Labor y ofrenda de gentil matrona! (1).
La insignia que no anhela
Destrozos de Belona,
Ni de laurel sangriento se corona.
Pacífica bandera,
En solo un ramo de modesta encina
Cifrar su dicha espera,
Y al templo se encamina,
Pidiedo humilde bendición divina.

Allí con santo celo,
Doblando ante el altar desnuda frente,
Al Dios de tierra y cielo
Alza la armada gente
Sus tiernos votos, su oración ferviente.

No palmas de victoria
Implora de los santos tutelares,
Sino la dulce gloria
De honrar los patrios lares,
Guardando en paz los cívicos hogares.

Juran, sí, los primeros
Verter su sangre por el libro amado,
De los hispanos fueros
Depósito sagrado,

Al fulgor de mil bombas promulgado;
Que en él aún más brillante
El solio ibero indestructible dura,
Y en sello de diamante
Perpétua se asegura
La fe de Recaredo ileña y pura.

Júranlo, y de repente
Al fiel concurso músicas festivas
Lo anuncian, que impaciente,
Las bóvedas altivas
Del templo atruena en redoblados vivas.

¡Plegue á Dios que cumplido
Por tiempo largo y próspero se vea
Su anhelo, y el erguido
Pendón, que al viento ondea,
Símbolo eterno de concordia sea!

VII.

Al fausto nacimiento de la serenísima señora infanta doña María
Isabel Luisa, después reina de España.

(1830.)

«¡Cuán ciegos los mortales,
Del esplendor del solío deslumbrados,
Ventura tal de la fortuna imploran!

(1) La señora Marquesa de Fuente el Sol.

Si el ídolo que adoran
 Los oyese benévolo y el sumo
 Bien que ansiosos codician otorgára,
 Como el aroma vil que arde en el ara,
 Su dicha vieran disiparse en humo.»
 Así exclamaba un día
 Mi rey amado, en lágrimas deshecho,
 Y el ¡ay! doliente al encunbrado techo
 Entre el oro y los mármoles subía.
 «¡Qué importan, prosiguía,
 A la humana ventura el regio trono,
 La pompa ni el poder? Oír gemidos,
 A la tierna amistad negado el seno,
 Y á la verdad angusta los oídos;
 Fingir rostro sereno
 Cuando la pena el corazón devora,
 Juguete ser de adulación traidora,
 Y ver mintiendo celo á la perfidia:
 Tal es de los monarcas el destino,
 Que, fascinada, envidia
 La ambición de los hombres insensatos.
 ¡Ah! ¡Qué vale, oh dosel, que el vulgo hechices,
 Si hasta el dón celestial de hacer felices
 Lo acibara el temor de hacer ingratos?
 Sólo es dichoso un rey cuando, depuesta
 La púrpura enojosa,
 Solaz le ofrece la filial ternura,
 Y con su cara esposa,
 De sus amables hijos circundado,
 De inocente placer el vaso apura.
 Mas ¡ay! que no tué dado
 Gozar tan alto bien al alma mía.
 ¡Oh cuántas, cuántas veces
 Soñó mi fantasía
 Verlos correr con planta vacilante
 Por los jardines de Aranjuez floridos;
 En puro estanque á los dorados peces,
 Con el sabroso cebo seducidos,
 A su mano atraer; sobre una rosa
 Sorprender la versátil mariposa;
 O ya afectando varonil talante,
 De caña armados ó sarmiento rudo,
 Honrarme graves con marcial saludo!»
 ¡Engañosa ilusión! ¡Fantasmas vanos
 De apariencia falaz! ¡Benigna suerte
 Da á mis caros hermanos
 En prole hermosa descendencia larga,
 Y en su estancia feliz bulle festivo
 Rumor de inquieta y plácida alegría,
 Cuando tristeza amarga,
 Silencio, soledad reina en la mial
 Así mi angustia crece,
 Y el curso de los años fugitivo
 Prolijo, eterno á mi dolor parece.
 ¡Y no es mejor que, á compasión movida,
 Dé fin la muerte á mi gemir cansado,
 Que estar sin esperanza condenado
 A atravesar el yermo de la vida,
 Como en el aire exhalacion ligera,
 Que sin dejar señal cruza la esfera?»
 Con tan lúgubre acento
 Fernando se quejaba
 En las tinieblas de la noche umbría;
 El són de su lamento
 Por las excelsas bóvedas vagaba,
 Cual eco sordo de huracán lejano.
 Llamando al sueño en vano,
 Que de sus místios parpados huía,
 Sintió que de repente,
 Balsámica esperanza al pecho dando,
 Una voz celestial así decía:
 «Alza, buen rey, la congojosa frente,
 Cese tu largo duelo,
 Y el ya fecundo tálamo prepara;
 Que en augusta doncella te depara
 La anriada sucesion piadoso el cielo.»
 Oyó el monarca atónito y ufano
 Los gratos ecos de la voz divina.....
 Cuando, improvisa, al horizonte hispano,
 Astro de amor, apareció Cristina.
 De las playas amenas
 Donde desagua el Ter entre jardines,

Hasta el campo feraz que el Tajo baña,
 La venturosa España,
 Mostrando alegre su esplendor bizarro,
 Con danzas y festines
 Recibe de su Rey la esposa bella.
 Siguen las Gracias la florida huella
 Que estampa el calce del triunfante carro,
 Y en grupos mil la cercan los amores,
 Jugando en torno en apacible vuelo.
 Luce en sus labios el carmin del alba;
 Brilla en sus ojos el fulgor del cielo;
 Hácela el coro de las aves salva,
 Y al ver en su mejilla el dulce hoyuelo,
 De la sonrisa y los donaires nido,
 Bate las palmas el rapaz Cupido,
 Que con su dedo le imprimió en la cuna,
 Présago de su gloria y su fortuna.
 Admiróla Madrid: sus bellos ojos
 La alborozada poblacion suspenden,
 Por los vecinos campos extendida.
 El bronce truena; la montaña herida
 Revoca el eco; las esferas hienden
 Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
 De las torres y alcázares se agolpa
 La inmensa muchedumbre,
 Gritos sin fin de aclamacion lanzando;
 Calles, plazas y templos atrouando,
 Sube el clamor de vítores al cielo,
 A par que de los altos miradores,
 Batiendo el blando velo,
 Rinden las damas á su reina hermosa
 Tributo en vivas y homenaje en flores.
 Ella en tanto, graciosa,
 Aquí y allí con plácido saludo,
 Su amable risa y su bondad ostenta,
 Y el bullicioso júbilo acrecienta,
 Mientras embebecido
 Al diestro lado el Rey la contemplaba
 Sobre un potro lozano,
 Que blanca espuma en derredor lanzaba,
 Temblando el suelo al asentar la mano.
 Así la corte ibera
 Festejó reina y hospedó señora
 A la ninfa gentil, á quien en breve
 Dará de madre el nombre venturoso.
 Sí, que la diosa que á Endimion adora
 Ya el término cumplió de giros nueve,
 Y el próspero momento
 Se acerca..... ¿Ois?..... ¡Qué extraño movimiento,
 Que rumor nuevo la quietud altera
 De la régia mansion? Á la ancha plaza,
 ¿Por qué tan presuroso
 El pueblo corre y con ardor se abraza?
 ¿Cuál anuncio dichoso
 Da fuego al bronce, el cimbalo voltea?
 ¿Qué cándido pendón al viento ondea?
 ¡Oh claro, oh bello día,
 De almo consuelo y de memoria eterna!
 ¿Cómo la lira mía,
 Sabrá cantarte dignamente, y cómo
 Pintar al vivo la expresion sublime
 Con que ansioso Fernando,
 Padre feliz, en la mejilla tierna
 Del fruto de su amor el labio imprime
 Por la primera vez? Al dulce beso,
 Con otros mil la acarició Cristina,
 Que lánguida mirada,
 De vanagloria y regocijo llena,
 Fijó en su esposo, y luégo
 Su prenda idolatrada
 Se paró á contemplar con faz serena.
 ¡Con qué inefable amor, con qué embeleso
 Los rasgos examina
 De aquel gracioso, angélico semblante!
 Sus facciones no ve; las adivina
 Con maternal penetracion, en ellas
 La copia hallando de sus formas bellas,
 Y en medio al gozo que su pecho siente,
 El muerto brillo de sus labios rojos
 Y una cuajada lágrima en los ojos
 Reliquias son de su penar reciente.
 Tal suele en Guadarrama

Caliginosa tempestad formarse
 En seca tarde del ardiente estío.
 Véase la parda nube desplegarse,
 Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
 Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
 El rayo serpear, crujir el trueno,
 Hasta que, abierto el seno,
 Rompe sañuda en turbidos raudales,
 Que piedras, troncos, mieses arrebatan
 Con impetu feroz..... En breve, empero,
 La nube pasa, y por el bosque verde
 El sol esparce su esplendor primero,
 Sin que otro indicio apénas lo recuerde,
 Que en las tranquilas hojas suspendida
 Gota brillante, en perla convertida.

La nueva en tanto cunde
 En alas de la fama; de Isabela
 El claro nombre por los aires vuela
 Y entre el público aplauso se difunde.
 ¡Cuánto alborozo el pueblo carpentano
 Ante el alcázar regio
 Ostenta, amante, en redoblados vivas!
 De músicas festivas
 Alterna el coro, y en jovial tumulto
 Los hijos todos del recinto hispano
 Celebran fieles á su infanta bella.
 Oyese del lejano
 Confin del suelo astur el canto grave,
 Que en círculo anchuroso
 Lento y seguro pié compasa y mide,
 El baile cstrepitoso
 De la feliz Valencia, do preside
 La morisca dulzaina; allí resuena
 El crótalo andaluz al són alegre
 Que las béticas playas enajena;
 Allí cuantos la orilla
 Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre
 Renuevan hoy en danzas y cantares
 Gratos recuerdos de los patrios lares.
 ¡Oh tú, preciosa niña, objeto caro
 De tanto aplauso y general contento;
 Tú, que quizás con infantil quejido,
 Forzosa deuda que á natura pagas,
 Respondes sólo á mi cansado acento!
 Duerme, tierna Isabel, duerme, reposa;
 Y las musas iberas,
 Que en tu alabanza el júbilo reuna,
 Para adornar tu cuna
 De mirto y lauro tejerán festones;
 Y de heroicas acciones,
 Que el timbre augusto de Borbon realzan,
 Te servirá de arrullo el noble canto.
 Duerme, y permite que tu madre hermosa,
 Ora asustada al eco de tu llanto,
 Goce tranquila en dulces ilusiones
 De tu ventura el porvenir risueño:
 Que la española fe te guarda el sueño.
 Y tú, sol de Fernando, Reina amada,
 Que absorba y muda el ánimo recreas
 En tu cara Isabel, y en tal instante
 Ni el mismo trono olímpico deseas,
 Gózala un siglo, y el afan materno
 Compense en gracias su niñez serena,
 Como el susurro de Favonio tierno
 Paga en fragancia cándida azucena.
 Que allá en el tiempo que de veinte abriles
 Sus ojos vieren renacer las flores,
 Y el mundo á sus encantos juveniles
 Ofrezca adoracion, tributo amores;
 Si de Iberia en el solio soberano
 Dieren las patrias leyes
 Asiento digno á más feliz hermano,
 Cien poderosos reyes
 De las lejanas y vecinas zonas
 Rendirán á sus plantas cien coronas.

EPÍSTOLAS.

I.

A PRADINA.

(Junio de 1803.)

Tu hechicera beldad y tus virtudes
 Aprecio más, bien mio, que la vária
 Brillante perspectiva de los puestos,
 Honras y gozos con que el mundo halaga.
 Sólo en tus brazos encontré la dicha;
 Enlazado á tu cándida garganta
 Hallé de la ventura el dulce colmo,
 Y en divinos placeres me anegaba.
 Tres veces de la hermosa primavera
 Nuestros amores vió la faz rosada,
 Y tres veces con plácida sonrisa
 De mirto y flores nuestra sien ornára;
 Mas la ausencia, ¡ay de mí! la ausencia impía
 Te arrebató á mis ojos; ¡cuántas ansias,
 Cuánto infortunio y eternal tormento
 Hundió en mi corazon la inútil marcha!
 Solo, asombrado, cual el triste buho,
 Que asusta con su grito las montañas,
 Por las orillas del undoso Duero
 Corrí, llorando mi fortuna aciaga.
 Aquí y allí, confuso, extraviado,
 Con paso incierto y voz desentonada,
 De mi ciega pasión enloquecido,
 Por mi Pradina al bosque preguntaba.
 Pradina, tristemente respondia
 El eco sordo de las peñas altas;
 Y Pradina también allá en el río
 Iba sonando entre las turbias aguas.
 Limpias ondas del Orbigo felice,
 Que entre los olmos la mansion retrata,
 La fúnebre mansion que el dueño mio
 Prefirió á mis caricias acendradas,
 Volved atras; decidle cuántas veces
 Vísteis de Duero la corriente brava,
 Con mis copiosas lágrimas envuelta,
 Turbar la vuestra cristalina y mansa;
 Mientras Pradina con desden injusto,
 En su grato retiro sosegada,
 Sin más pensar en su infeliz amigo,
 Las antiguas promesas olvidaba.
 Mas ¡ay! que el tiempo de quejarme es ido.
 Ya llanto eterno y soledad me aguardan;
 Pues, para más dolor, no le ha quedado
 Ni un quimérico apoyo á mi esperanza.
 Despues que el orgulloso despotismo,
 Ó más bien tu tibieza y mi desgracia,
 La funesta barrera levantaron
 Que á los dos para siempre nos separa,
 Los campos atroné con mis querellas,
 Desesperado y loco; vomitaba
 Injurias mil contra los hombres todos,
 Cual furioso volcan que airado brama.
 Pero á esta furia impetiosa y ciega
 Sucedió presto la terrible calma,
 En que mi corazon aletargado
 Melancólicamente se anonada.
 Ya ni reir ni lastimarme puedo;
 Espira el ¡ay! cobarde en la garganta,
 Y el dolor todo, en mi interior sumido,
 Con callado puñal le despedaza.
 ¡Cuánto tuve perdido! De tiempo en tiempo
 El bálsamo precioso de tus cartas,
 Como en verano el húmedo rocío
 Refresca las campiñas abrasadas,
 Con delicioso y celestial influjo
 La activa fuerza de mi mal templaba;
 Mas hoy desconocida me abandonas,
 Y ves mi padecer y no le calmas.
 ¡Ay! ¿por qué tal rigor? ¿Es por ventura
 Delito amar? ¿Es crimen la constancia?
 Ya que no aspiro tu rosado aliento,
 ¿Querrás que se dividan nuestras almas?

¡Han de olvidarse los ardientes votos,
Las firmes y dulcísimas palabras
De un afecto sin fin, que á nuestro labio
La fe sencilla y el amor dictaban?

No sé, no sé, Pradina, si esta idea,
Si esta ausencia cruel jamás se sacia,
O si presumes que deber austero
Te impele riguroso á procurarla;

Pero entre tanto que, á pesar del duro
Tormento que la abate y menoscaba,
Del sol hermoso la radiante lumbre
Mire, y fomenté mi desdicha amarga;

Ora logre feliz ver tu semblante,
Mansion de las bellezas y las gracias,
Ora infelice, de tu vista lejos,
Me separen incógnitas distancias;

Tuyo será mi corazón sincero,
Siempre abrasado en amorosa llama,
Y en él tu imagen y bondad sublime
Perpétuamente vivirán grabadas.

Y si acaso mi musa lastimera,
Que sólo sabe bosquejar mis ansias,
En lúgubres endechas algún día
Con más osado vuelo se levanta,

El nombre y la virtud de mi Pradina
Á extraños climas llevará la fama,
Y la historia fatal de mis amores
Vivirá eterna en las sensibles almas.

Entonces á los jóvenes amantes,
Sobre el dulce regazo de su amada,
Arrancará tal vez algún suspiro
La triste relación de sus desgracias.

Bien que ya no serán tan insufribles
Si su recuerdo compasión te causa,
Y una lágrima sola derramares
Al recorrer las líneas de esta carta.

II.

AL EXCMO. SR. CONDE DE HARO,

ANIMÁNDOLE AL EJERCICIO Y BUEN USO DE LA
POESÍA.

(12 de Junio de 1807.)

Aquí do vuelto á los maternos brazos
Vivo felice, y del tropel de afanes
En que la corte bulliciosa hierve
Descansa el corazón; donde engañosos,
Ni el oro corruptor pervierte al bueno,
Ni el falso brillo del poder deslumina;
Plácida, oh Conde, á regalar mi oído
Llegó tu musa, y á sus tristes ayes
Con débil voz de fúnebre elegía
Responde Duero, y con doliente lloro
Desgreñadas sus ninfas le acompañan.
Oyó de Antonio (1) el nombre, oyó tus ecos,
Que suspirando el céfiro difunde,
La selva, el prado y por do quier unidos
Los aires pueblan su loor y el tuyo.
¡Virtud, santa virtud! sañuda en vano
Su amarga hiel la envidia ponzoñosa
Lanza en tu daño, y la calumnia infame
Ruge y te acosa con feroz ladrillo.
Tú, de modestia y de candor armada,
Cual tras lóbrega nube más brillante
Derrama su fulgor el rey del día,
Tu faz ostentas, y los monstruos viles
Pálidos huyen y á tu luz se occultan.
¡Feliz aquel á quien seguirla es dado,
Y ensalzarla también! Su eterna antorcha
Mostró luciente en su natal Sofia,
Y risueñas las Musas le arrullaron.
Tu cuna, dulce amigo, cariñosas
Mecer les plugo, y en el sacro fuego
Benignas inflamarte, cuya llama
Ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,

Y al templo augusto de la gloria guía.
Sigue su impulso fiel. Tu acento puro,
Debido á la verdad, nunca profane
La torpe adulación. Del que inflamado
De ardiente caridad se afana y suda
Por embotar las puntas acerradas
De los abrojos ásperos que cubren
La senda del vivir; del juez que, al oro
La faz negando y al poder y al ruego,
La balanza de Astrea igual mantiene;
Del que, en tenaz vigilia desvelado,
Ocultas fuentes del saber descubre;
De la virtud, en fin, doquier brillare,
Eterno galardón tu canto sea.

Mas no ceñuda y rígida presumas
Que el eco dulce del amor desdén
La apacible virtud: ella á sus juegos,
Si la inocencia y el pudor los guía,
Benigna ríe y plácida le halaga.
¿Quién es el triste que á su impulso blando
Nunca cedió? ¿Qué mármol de una hermosa
Desconoció el poder? Canta á tu amada,
Canta sin miedo su gentil donaire,
Su tez de rosa y sus cabellos de oro.
Que yo en tu canto armónico la vea,
Batiendo el aire su cendal de nácar,
Triscar cual ninfa por la margen verde
Del régio Manzanáres: de sus ojos
Tiembale la luz en las fugaces ondas,
Y las húmedas trenzas sacudiendo,
Oigan su voz las náyades del río;
O bien tus tiernos cánticos aplauda,
Y una sonrisa de su linda boca
Grata los pague, ó tímida suspire.

No es un mal el amor. Otros agobian
Á la paciente humanidad: el fraude,
La baja envidia, la impiedad horrible,
El seco amor de sí, la fe violada,
El tiránico orgullo y la rabiosa
Sed de mando... ¡Oh dolor! ¡Tiembblas, amigo,
Tiembblas? ¿Será que el insoiente ceño
Del vicio entronizado te intimide?
¡Nunca! Levanta el brazo, el duro azote
De la sangrienta sátira descarga,
Y abate la cerviz que alza impudente
Con desenfreno audaz. Que el mundo vea
De la calumnia vil la oculta trama
En que ley y verdad envueltas gimen;
Descubre el dolo con que mina astuta
Pérdida seducción; arranca y huella
La máscara al hipócrita; tu pluma
Rompa de un rasgo el reforzado cofre
Del ávido usurero, y el tesoro
Que el crimen hacinó patente brille.

No, empero, siempre mal y vicios veas,
Amado Conde; ni censor te ostentes
Acre, adusto, mordaz; ni la enojosa
Pastor de deprimir tu pecho agrie.
Tal Fabio con frenética locura
Por negra lente el universo acecha:
Todo á sus ojos es infame; en todo
Voraz se ceba su camino diente;
Do quier de la maldad descubre el sello,
Y el gesto frunce, y vomitando hiel,
El mundo infama con gritar de arpía.

Haz bien y canta el bien. Al hombre el cielo
Para el hombre crió; que no, cual clama
Torva misantropía, la inocencia,
El honor, la piedad del orbe huyeron;
Ni sólo habitan los oscuros claustros,
Las pajizas cabañas ó el humilde
Taller del menestral. Dignanse á veces
De honrar pintados techos, y entre el brillo
Del oro y de los mármoles se hospedan.

Mas ya te oigo decir: «¿Dó están, amigo,
Dónde? De la virtud la sombra veo:
Sí, la sombra, y no más.»— Cuando afanoso
Por la ancha Libia el infeliz viajante
Mares y mares de inflamada arena
Huella perdido, y en sudor bañado,
Con vista inquieta y trémula, de horrible
Sed que le ahoga por templar la hoguera,

(1) Don Antonio Tavira, obispo de Salamanca, á cuya muerte escribió el Conde la composición á que aluden estos versos. Fué un prelado sabio y virtuoso, pero calumniado y perseguido.

Mira angustiado el horizonte de oro,
 Pidiéndole un raudal; allá lejano
 Le descubre á su ver; redobla ansioso
 El paso y el teson; se afana el triste,
 Y ve del agua la apariencia sola,
 Que al reflejo del sol le ofrece un mármol.
 ¿Qué hará? ¡Infeliz! De su anhelar rendido,
 Junto á la roca aletargado cae,
 Y frescos bosques y risueñas fuentes
 Le brinda el sueño plácido y le adula,
 Y aquel momento en la ilusión se goza.
 El tu norma será. Si el mal te aqueja,
 Sueña al ménos el bien; que al dios del Findo
 No plugo en vano electrizar tu frente
 Con la chispa inmortal que endiosas al vate,
 Feliz destello de su luz preclara.
 Si la fria razon, de piés de plomo,
 Entre escollos de horror al hombre guia
 Con certero compas, tú sola sabes,
 Osada fantasía, mundos nuevos
 Darle, y á su pesar impetüosa,
 Como torrente que, feroz bramando,
 Rocas y troncos y cabañas lleva,
 De la alta cumbre de Apenino al centro
 Del mar y al carro de Flegon ardiente
 Llevarle á tu placer. Del grande Homero
 ¿Quién resiste á la voz? Con él recorro
 Los campos de Dardania; entre la nube
 De polvo denso los caballos sigo
 Del implacable Aquiles, y al soberbio
 Airon del casco que agitado ondea
 Tiemblo azorado y pálido; suspiro
 Con la misera Andrómaca, y escucho
 Los estallantes látigos, el sordo
 Batallar de los héroes, el doliente
 Murmullo de Escamandro... ¡Y dónde, dónde,
 Soberano cantor, la magia hallaste
 Que me arrebata así? ¿Quién los colores,
 Milton sublime, y las etéreas luces
 Con que el arcángel esplendente brilla,
 Dió á tu pincel? ¿Cuál fuerza á los cerrojos
 Del malogrado eden el diamantino
 Sello alzó para tí? Tú sola sabes,
 Fantasia feliz, mil mundos nuevos
 Al hombre dar y engrandecer su mente.
 ¿Suelta, no temas, las brillantes alas
 Á tu imaginacion, y nuevos orbes
 De ventura y bondad fecunda créa,
 Donde el amable jóven, que el impuro
 Soplo no encalleció del vicio infame,
 Al amor de la paz y las virtudes
 Abra su corazón. Que allí no vea
 Del odioso interés, que al hombre aísla,
 La ávida faz, ni el orcpel del lujo
 Como al indio salvaje le fascine,
 Ni de ambicion frenética arrastrado,
 Á fuer de hiena por los campos corra,
 De humana sangre y destruccion sediento.
 ¡Oh loca ceguedad! ¿Quién contra el hombre
 Al hombre encarnizó?... Perdon, amigo,
 Perdon si en santa cólera me inflamo
 Contra ese azote carnícoro, horrible,
 De la inocente humanidad. La patria
 Armó tu diestra del tajante acero
 De tus progenitores, y á sus filios
 Su defensa, su honor, su gloria fia;
 Mas no te ofenda que el furor destete
 De la guerra insaciable. En sangre tintos,
 En sangre fraternal los lauros veo
 Del tigre macedon: de sus victorias
 No el himno infausto á mis oídos llega.
 ¿Y cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos
 Resuena el grito de cien mil familias
 Que en la orfandad ó el cautiverio gimen?
 ¿Y tú le cantarás? Si acaso un tiempo
 La belicosa trompa al labio aplicas,
 Sólo para inflamar los pueblos suene
 En santa indignacion; si un nuevo Jénjis,
 En su ambicion insana, más terrible
 Que en su cólera el mar cuando furioso
 Naves y chozas y naciones traga,
 Á tu patria dirige el cetro duro

Con que hoy amaga audaz de los Triones (1)
 El remoto país; mas no con sangre,
 En guerra injusta y bárbara vertida,
 Las cuerdas de tu cítara salpiques,
 Ni el triste objeto de tu canto sean
 Luto y dolor, asolacion y estragos.
 Canta la dulce paz; canta á tus hijas,
 Las artes bienhechoras; la abundancia,
 Que ante su carro placentera rie,
 Su copia rica prodigando en torno;
 La industria activa, y el comercio, y cuantas
 Ciencias y nobles máximas conducen
 Á suavizar el belicoso gérmen
 Que hoy despuebla los campos, convirtiendo
 La culta Europa en horda de caribes.

III.

Contestacion á unos tercetos improvisados por varios amigos (2).

Roca, Vega, Breton, Diaz, Romea,
 Recibí vuestro métrico billete,
 Deprisa escrito en reunión pímplea,
 Donde á favor del dulce pajarete
 Y al retintín de la espumante copa
 Hilvanábais tercetos siete á siete.

(1) Esto se escribió en 1807, durante la primera guerra de Napoleón contra el Emperador de Rusia.

(2) Lo fueron de sobremesa en un fraternal convite, dispuesto el día 14 de Diciembre de 1840 por el señor don Mariano Roca de Togores, hoy marqués de Molins, para celebrar los días de nuestro insigne poeta, y son los siguientes:

A DON JUAN NICASIO GALLEG0, EN SUS DIAS.

Al salir de un opiparo banquete,
 Donde ha habido de todo, incluso dátiles,
 Y leche de las Navas por sorbete;
 Lleno aún de los hálitos volátiles
 Que alego por disculpa á los errores
 En que abundan mis números tornátiles
 (Que los hiciera yo quizá mejores,
 Si hubiera sido en su festín más parco
 El magnífico Roca de Togores),
 Antes de tropezar de charco en charco
 Por sucias calles en oscura noche,
 Malos versos escribo á un Aristarco;
 Y no invoco ni á Apolo ni á su coche;
 Que para acreditarte mi carlino
 Basta un metro ramplón á trochemoche.
 Vale ¡oh Nicasio! A desear me ciño
 Que recobres los ímpetus guerreros
 Con que incensaste á Vénuo cuando niño,
 Y que entre los mejores y primeros
 De tus amigos numerosos cuentes
 A don Manuel Breton de los Herreros.—
 Yo también, el menor de los presentes,
 Este terceto miserable empalmo
 En los de don Manuel antecedentes,
 No inspirado del dios que rige el alma
 Coro de las hermanas, ni del régio
 Poeta flébil inventor del salmo,
 Para decirte en mala prosa, egrégio
 Vate español, que escuchas bandadoso
 Este de mi laud humilde arpegio.
 Con que te felicita ¡oh gran coloso
 Intelectual y físico! hoy, que llega
 De tu natal el día venturoso.
 Este que al Dios del universo ruega
 Te guarde á tus amigos, de los cuales
 Es uno don Ventura de la Vega.—
 Pero ¿cómo entre plumas tan caudales
 Podrá la mía, descompuesta ahora,
 Buscando amigos, encontrar rivales?
 ¿Ni qué habré de decir á la canora
 Cítara que las *Victimas de Mayo*
 Canta á la par que el universo llora?
 Tal vez el pueblo invicto de Pelayo
 Envejecido ve su brazo ardiente
 Primero que tu vena; así Moncayo
 Corona en nieves la ríscosa frente
 Cuando arrastra los pámpanos Octubre;
 Mas no del Ebro cesa la corriente.
 Así la escarcha que tus sienes cubre,
 El lanro, que ganara en los albores
 De la vida, perenne nos descubre.
 Pasó la primavera con sus flores;
 Recoge, pues, en el invierno el fruto
 Que te da de amistad Roca Togores.—

¡Triste de aquel que, condenado á sopa
S ráfica y al néctar de las fuentes,
Puede sólo sentir fuego de estopa!

Tuve en verdad estímulos vehementes
De acrecentar la alegre compañía;
Mas la lluvia sin fin cayó á torrentes,
Y fuerza fué del natalicio día,
Entre memorias tristes y confusas,
Pasar solo la tarde oscura y fría.

Más inflaman las mesas que las musas,
Aun cuando, al escribir, trémula mano
Trace, en lugar de letras, semifusas;

Y no sé que tuviese el juicio sano
El que fingió disuelta en agua pura
La ispiración de Apolo soberano.

Sube un pobrecito, echando la asadura,
El Pindo arriba, ansioso de entusiasmo,
Sudando el quilo por ganar la altura;

¿Y no será rechifla y áun sarcasmo,
Que el dios le ofrezca un vaso de Hipocrene,
Que le eórtel el sudor y le dé un pasmo?

Mejor quizá con la razón se aviene
De aquella chusma el delirar eterno
Que con brujas y espectros se entretiene;
Y atormentada de furor interno,
Desdñando el favor del sacro monte (1),
Su aciaga inspiración pide al infierno.

Mas yo me atengo al padre Anacreonte,
Viejo tuno y maullon, que lo entendía
Más que el cantor de Gama ó Rodamonte,

Y con brúndis de Chipre y malvasia,
De las muchachas jónicas cercado,
Calentaba su dulce poesía.

Tendido sobre el césped de un collado,
La cana sien de pámpanos corona,
Con la botella ó el porron al lado.

Allí sus cantos báquicos entona,
A que, cual moscas á la miel, acude
De las ninfas la turba juguetona:

A la que el beso ó el pellizco elude,
Y sorda á los halagos de su musa,
De sus traviesos brazos se sacude,

Deponiendo el rabel ó cornamusá,
Toma el porron el viejo marrullero
Y con un par de sorbos la engatusa.

De tan sábia opinión os considero;
Seguid del Teyo Anacreon las huellas
En prez y gloria del Parnaso ibero;

Y aunque no os acaloren ninfas bellas
(Más castos, si bien jóvenes, que el viejo),
Tomad el plectro y desirpad botellas;

Que al dulce influjo del licor añejo
Correrán vuestros versos como ríos,
Sembrados de agudezas y gracejo.

En tanto yo, sin juventud, sin bríos,

¿Con que, yo he de escribir? Vamos, me inmuto.

Con Breton, Roca y Vega; ¿cómo lidio?

Pues no hay remedio; de amistad tributo

Sean mis pobres versos; y el que envidio

Cantor ilustre de las Nobles Artes,

Y de Oscar y Malvina y de Dermidio;

El que por gran poeta en todas partes

Reconocido está, con faz severa

No los ha de acoger. ¡Oh! no, no apartes,

Nicasio, de mi epístola primera

Los ojos, porque acaso no la midas

Por los cantos enérgicos de Herrera.

No ricas galas á mi ingenio pidas;

Que pobre y triste en su humildad rastréa;

Mas si del corazón las más queridas

Flores son los recuerdos, cuando lea

Nicasio estos renglones, que reciba

Uno, y muy tierno, de Julian Romea.—

Y es justo, sí, que la brillante oliva

Del triunfo del saber orne tu frente,

Que para gloria de tu patria viva.

Mi pobre musa en la ocasión presente

Salud te envía, admiración y canto,

Que entusiasmo por ti gozoso siente.

Así de la amistad el fuego santo

El desagrado en tí, Nicasio, borre,

Que excite ahora con orgullo tanto

José María Díaz de la Torre.

¿Qué gracias ¡pésia tal! queréis que siembre
En estos metros lánguidos y fríos,

Si á más del cierzo que corrió en Setiembre,
Contra mi buen humor veis conjurados
El hielo de mi edad y el de Diciembre?

Solo á vosotros, jóvenes amados,

Esperanza y honor de las Españas,

De Cintio y de Lico acariciados,

Os toca difundir por las extrañas

El nombre de la patria, que os admira,

Mientras envuelta en polvo y telarañas

Descansa en un rincón mi pobre lira.

16 de Diciembre de 1840.

SONETOS.

I.

LA PRIMAVERA.

Sacude Abril su fértil cabellera,
Y el ancho suelo puéblase de flores;

El alba le saluda, y mil colores

En torno brillan de la clara esfera.

Anuncia alegre el soto y la pradera

La vuelta de la risa y los amores,

Y arroyos, aves, selvas y pastores

Cantan la deliciosa primavera.

Rie el zagal; alégrase el ganado;

Todo el placer de su presencia siente,

El bosque, el río, el páramo, el poblado;

Mas yo, que estoy de mi Pradina ausente,

Suspiro solo y de tristeza helado,

Cual si bramára el ábrego inclemente.

II.

Á QUINTANA,

POR SU ODA AL COMBATE DE TRAFALGAR.

(1805.)

¿Es la lira de Píndaro valiente

La que en mi oído atónito resuena,

A cuyo són sublime, que enajena,

Las glorias canta de la griega gente?

No, que es del gran Quintana el plectro ardiente,

Que del nombre español el mundo llena:

A su voz brama el mar, el bronce truena

Y el combate inmortal se ve patente.

Goza á par de los héroes que ensalzaste,

Píndaro nuevo, el lauro peregrino

Con que sus sienes y la tuya ornaste;

Pues al alto lugar que os da el destino,

Si tú por sus hazañas le ganaste,

Suben hoy por tu cántico divino.

III.

Á CORINA, EN SUS DIAS.

(1806.)

Id, mis suspiros, id sobre el ligero

Plácido ambiente que el Abril derrama;

Id á los campos fértiles do brama

En ancho cauce el orgulloso Duero.

Id de Corina al pie sin que el severo

Ceño temáis del cano Guadarrama,

Pues el ardor volcánico os inflama

Que en mí encendió la hermosa por quien muero,

Saludadla por mí; su alegre día

Gozad ufanos, y el cruel tormento

Recordadle del triste que os envía;

Y en pago me traed del mal que siento

Un ¡ay! que exhale á la memoria mía,

Empapado en el ámbar de su aliento,

(1) Por supuesto, no es el Sacromonte de Granada.

IV.

Á LA MEMORIA DE GARCILASO.

(1807.)

Rio, ¿dó está de Laso la divina
Musa que un tiempo suspiraba amores;
La que tu verde sien ciñó de flores
Y suspendió tu linfa cristalina?

A tu márgen la alondra matutina
Modula al són del agua sus loores,
Y el dulce lamentar de dos pastores
Resuena grato en la imperial colina.

Zagales de Aranjuez, que en lastimera
Voz recordais su muerte cada día,
Vosotros los del Tajo en su ribera,

Dejad ¡ay! que la humilde musa mía
Dé flores á su citara ligera
Y tierno llanto á su ceniza fría.

V.

Á MI VUELTA Á ZAMORA, EN 1807.

Cargado de mortal melancolía,
De angustia el pecho y de memorias lleno,
Otra vez torno á vuestro dulce seno,
Campos alegres de la patria mía.

¡Cuán otros ¡ay! os vió mi fantasía
Cuando, de pena y de temor ajeno,
En mí fijaba su mirar sereno

La infiel hermosa que me amaba un día!

Tú, que en tiempo mejor fuiste testigo
De mi ventura al rayo de la aurora,
Sélo de mi dolor, césped amigo;

Pues si en mi corazón, que sangre llora,
Esperanzas y amor llevé conmigo,
Desengaños y amor te traigo ahora.

VI.

AL NACIMIENTO DE PRADINA.

Quando, al morir el polvoroso estío,
El otoño asomó la rubia frente,
Frescura dando al congojoso ambiente,
Vida á las plantas, movimiento al río,

Nació Pradina, y celestial rocío
Vivificó las flores de repente;

Arrullólas Favonio blandamente,
Y el sol brilló con nuevo señorío.

Alegre al verla el ruiñeñor trinaba,
Y de su boca de coral salía

Fragante olor que el aire embalsamaba.

«¡Triste de ti, Casinio! (cuando abría

Los bellos ojos, el amor clamaba),

¡Ay de tu libertad, y aún de la mía!»

Dijo; y sin que pudiese
Contener Cupidillo su alegría,
Llegó, se sonrió, besóla y fuése.

VII.

Á GLICERA.

¿Qué imposibles no alcanza la hermosura?
¿Quién no cede á su hechizo soberano?

Adónde llega su poder tirano

La fábula, la historia lo asegura.

Renuncia Adán la celestial ventura,

Su dulce halago resistiendo en vano;

Por ella París el valor troyano

Arma y conduce á perdición segura.

De una manzana la belleza rara

Causó de entrambos la desdicha fiera,

Que de tu amor los gustos acibara;

Mas si á verte llegasen, mi Glicera,

El uno de tu mano la tomara,

El otro á tus encantos la rindiera.

VIII.

AL CUMPLEAÑOS DE PRADINA.

¡Pradina hermosa! cuando Dios quería,
Y yo feliz tus años celebraba,
De tu presencia angelical gozaba
Y en tu blando mirar me embebecia.

De tu boca dulcísima la mía
En tiernos besos el maná gustaba,
A tu bella garganta me abrazaba,
Y de amor y placer desfallecía.

Mas hora ¡triste! de tu lado ausente,
De la esperanza el mentiroso halago
Es cuanto gozo en mi dolor vehemente.

Beso un papel; abrazo el aire vago;
La hiel del tedio gusto solamente,
Y en amargura y llanto me deshago.

IX.

Á PRADINA.

Quando mi bien el campo hermoseaba
Que del Orbigo baña la corriente,
Yo, de su vista celestial ausente,
Solitario y lloroso me quejaba.

Hoy que la veo al fin, hoy que esperaba
El dulce premio de mi amor ardiente,
Hállola sin piedad, dura, inclemente,
Y más mi angustia y mi dolor se agrava.

Pues bien, Pradina; si al afecto mio
Perpétuo llanto y desamor le espera,
Culpa de ausencia ó del olvido impío,

Goce yo tu sonrisa placentera,
Y más que en fuerza de tu infiel desvío
Gimiendo viva, y suspirando muera.

X.

Á CORINA AUSENTE.

(1808.)

Mi solo y dulce amor, Corina hermosa,
Anhelada mitad del alma mía,
De cuyos bellos ojos nace el día
Puro como en Abril purpúrea rosa;

El alma, que sin ti jamás reposa,
Sin tí, su única gloria y su alegría,
En un gemido el parabien te envía,
Pues Febo dió su vuelta presurosa.

Vuelan los años, ¡ay! y sin estruendo
Fugaz los sigue juventud florida,
Su mágica ilusión con ella huyendo.

¡Feliz quien goza el sol de su querida,
Y triste aquel que, en soledad gimiendo,
Ausente pasa el Mayo de la vida!

XI.

Á MI CARAMILLO.

(1808.)

Rómpase ya la misera flautilla,
Que entonando de amor tiernos cantares,
Si no aplacó su voz soberbios mares,
Supo alegrar los campos de Castilla.

En són festivo el Tórnese á su orilla
Sonar la oyó sin sustos ni pesares,
Y ora escucha sus quejas Manzanáres,
Y el llanto ve correr por mi mejilla.

Mas si cantar de aquella sólo sabe,
Que ya no osa nombrar el labio mio,
La belleza gentil, los garzos ojos;
Como mi dicha y mi esperanza acabe,
Y envueltos con mis lágrimas el río
Lance al Tajo profundo sus despojos.

XII.

Á ZARAGOZA,

RENDIDA POR EL HAMBRE Y LA PESTE, MÁS BIEN
QUE POR EL VALOR FRANCES.

(1809.)

Viendo el tirano que el valor ferviente
Domar no puede del leon de España,
Ni el lazo odioso de coyunda extraña
Dobla el fuerte Aragon la invicta frente,

Juró cruel venganza, y de repente
Se hundió en el Orco, y con horrible saña,
Del reino oscuro que Áqueronte baña,
Alzó en su ayuda la implacable gente.

De allí el desmayo y la miseria adusta,
De allí la ardiente sed, la destructora
Fiebre salieron y el contagio inundo.

Ellos domaron la ciudad augusta;
No el hierro, no el poder. ¡Decanta ahora
Tu triunfo, oh Corso, y tu valor al mundo!

XIII.

Á LESBIA, EN SU CUMPLEAÑOS.

(1810.)

Del nacarado Oriente á los umbrales,
Entre ráfagas bellas de oro y grana,
Torna á lucir la espléndida mañana
Que al mundo abrió tus ojos celestiales.

Pura brille y feliz; huyan los males
De tí, divina Lesbia, como vana
Niebla al sol estival, ó cual ufana
Disipas la aridez si al campo sales.

Meció tu cuna en la estacion amena
El arrullo del céfiro, y más flores
Que sus halagos con tu aliento crias.

Arda á tus piés la juventud de amores,
Y tu lozana edad goza sin pena;
Que cuando gracias da, no aumenta dias.

XIV.

Á LORD WELLINGTON,

EN LA TOMA DE BADAJOZ.

(1812.)

A par del grito universal que llena
De gozo y gratitud la esfera hispana,
Y del manso y ya libre Guadiana
Al caudaloso Támesis resuena,

Tu gloria, oh Conde, á la region serena
De la inmortalidad sube, y ufana
Se goza en ella la nacion britana;
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue, y despierte el adormido polo
Al golpe de tu espada (1); en la pelea
Te envidie Marte y te corone Apolo;

Y si al triple pendon que al aire ondea
Osa Aleto amagar, tu nombre solo
Prenda de union, como de triunfo, sea.

XV.

AL EXCMO. SR. CONDE DE HARO,

HIJO PRIMOGÉNITO DEL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS,
AL CUMPLIR UN AÑO.

(1814.)

Precioso niño, si á templar mi pena
Basta el recuerdo de tan fausto dia,

Y al cielo llega la plegaria mia,
En vez de lira al són de mi cadena,

Dará benigno á tu niñez serena,
Delicias de tu casa y su alegría,
Más que soñado néctar ó ambrosia,
De salud y placer la copa llena.

Tu brazo un tiempo blandirá brioso
De tu padre el acero, cuando altivo
Batas la ijada al alazan fogoso :

Docto cual él serás, y ardiente y vivo;
Cual tu madre, gentil, discreto, hermoso;
Cual ambos, bueno, amable, compasivo.

XVI.

LOS HOYUELOS DE LESBIA.

(1815.)

Cruzaba el hijo de la cipria diosa
Solo y sin venda la floresta umbria,
Cuando al pié de un rosal vió que dormia,
Al blando són del mar, mi Lesbia hermosa;

Y al ver, pasmado, que su faz graciosa
Los reflejos del alba repetia,
Tanto se deslumbró, que no sabia
Si aquélla era mejilla ó si era rosa.

Alargó el dedo el niño entre las flores,
Y en ambos lados le aplicó á la bella,
Formando dos hoyuelos seductores.....

¡Ay, que al verla reir, la dulce huella
Del dedo del amor mata de amores!
¡Feliz el que su boca estampe en ella!

XVII.

Á LA EXCMA. SRA. DUQUESA DE FRIAS,

EN SUS DIAS.

(1815.)

Cuando improvisa mi prision oscura
Tornó en verjel tu planta bienhechora,
Y vió asombrada la naciente aurora
En tus ojos su luz brillar más pura;

No bastando mi pecho á tal ventura,
Las gracias viendo do el espanto mora,
Así al perderte prorumpí, señora,
Bañando el claustro en llanto de ternura.

« Ángel celeste, hechizo y ornamento
Del mundo, véte en paz, y el cielo pío
Sin fin te colme del placer que siento! »

Este fué, dulce amiga, el voto mio;
Hoy le renueva el alma y el acento,
Y en pobres versos á tus piés le envío.

XVIII.

Á UN BARRILITO DE VINO DE JEREZ,

QUE ME REGALÓ UNA SEÑORA.

(1816.)

Jugo divino, honor de Andalucía
Y envidia del flamenco y del britano;
Tú, por quien el Olimpo soberano
Torciera el gesto al néctar y ambrosía;

¡Cuál me colmára, el verte, de alegría,
Más que con Hebe Júpiter, ufano,
Si á henchir mi copa con su blanca mano
Se hallase aquí la hermosa que te envia!

El rubio Febo en sus collados tiene
Puro cristal: mi labio lo rehusa,
Que á tan helados sorbos no se avicne.

Sé, pues, mi númen tú, y ella mi musa,
Y al diablo doy los brindis de Hipocrene,
Y el chorro de Castalia y de Aretusa.

(1) Alude á que el Emperador de Rusia vacilaba en declararse
contra Napoleon.

XIX.

Á DON ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DESPUES DUQUE DE RIVAS.

(1817.)

Tú, á quien risueño concedió el destino
(Digna ofrenda á tu ingenio soberano)
Majear del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino;

Vibrando el plectro y animando el lino,
Logres, Saavedra, con certera mano (1)
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.
Lógralo, y logre yo, si más clemente
Me mira un tiempo la áspera fortuna,
Que ora me niega en blando són loarte,
Tejer nuevas coronas á tu frente,
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

XX.

Al primer pintor de cámara don Vicente Lopez, por haberse dignado S. M. aceptar sus obsequios, asistiendo á su casa, con la Reina y toda su real familia, en la noche del 11 de Febrero de 1824.

Si plugo á Carlos con la régia mano,
Que á Marte arrebató palmas sin cuento,
Alzar del suelo el mágico instrumento
A que gloria inmortal debe Ticiano;

Si vió Velázquez, de su dicha ufano,
Premiar todo un Filipo su talento,
Dando á su efígie en inclito ornamento
La roja insignia del patron hispano;

Hoy, á despecho de la envidia injusta,
Te ofrece, Lopez, tan feliz destino
De otro monarca la bondad augusta,
Que en favor desusado y peregrino,
Da á tus desvelos recompensa justa
Y nuevos timbres al pincel divino.

XXI.

Á BERNARDINA (2),

EL DÍA EN QUE CUMPLIÓ CATORCE AÑOS.

Dorando alegre en la oriental ribera
Frescos racimos, que el otoño cria,
Otra vez torna el apacible día
Que abrió tus ojos á la luz primera.

¡Oh, si tan grande mi ventura fuera,
Que en él gozar te viese, Dina mía,
Esa edad de inocencia y de alegría,
Triscando como sílfida ligera!

Si de tu vida en el risueño oriente,
El dulce nombre de tu madre bella
Formar te oí con labio balbuciente,
¡Por qué me ha de negar infausta estrella
Te mire ufano en tu verdor naciente,
Y en gracias tantas competir con ella?

XXII.

PARABIEN AL REY FERNANDO,

POR SU ENLACE CON LA PRINCESA DE NÁPOLES
MARÍA CRISTINA.

(1829.)

Al clamor de la pública alegría,
En que el pecho español su aliento apura,
De cuyos ecos á su cueva oscura
Huye bramando la discordia impía,

Gozad ¡oh Rey! en tan dichosa día,
Nuncio veraz de siglos de ventura,

La flor de gentileza y hermosura
Que la bella Parténope os envía.

Nunca el vivo placer, Fernando agosto,
Que en vuestra frente generosa brilla,
Altere de fortuna el ceño adusto;

Y á tan plácida union deba Castilla
Un príncipe feliz, clemente, justo,
A quien doblen dos mundos la rodilla.

XXIII.

A la señorita doña María de la Encarnación Gayoso, el día despues de haber cantado en casa de su hermana la Excma. señora Condesa de Toreno.

(1831.)

Aun en mi corazón, con fuego impreso,
Y en mi atónito oído resonando,
Dura el suspiro de tu acento blando,
Más dulce que de amor el primer beso.

Al donoso ademan, al embeleso
De tu expresion y tus miradas, cuando
Cantas, el aire bético imitando,
¿Quién, Corila gentil, no pierde el seso?

Bella, sensible, juguetona, esquiva,
Me exalto y río, y me estremezco y lloro
Al eco de tu voz tierna ó festiva.

¡Feliz quien goce el mágico tesoro
De tantas gracias, y contigo viva,
Y escuche de tu labio un *yo te adoro*.

XXIV.

AL ILMO. SR. OBISPO DE ZAMORA,

EN SUS DIAS,

(22 de Diciembre de 1831.)

Hoy, que sus rayos el mayor planeta
Mustios y oblicuos á la tierra envía,
Y envuelto en nieblas y en escarcha fria,
Del trópico trocá la helada meta;

Para dar vado á la emocion secreta
Que el alma siente en vuestro fausto día,
Sin invocar á Euterpe ni á Talía,
Sola mi gratitud me hará poeta.

Gozadle un siglo, y por el santo celo
De tal pastor, que honrará el Vaticano,
De las sagradas infulas modelo,

Hoy, para bien del pueblo zamorano,
Más bendiciones os conceda el cielo,
Que tiene repartidas vuestra mano.

XXV.

Á JÚDAS.

(1831.)

Quando el horror de su traicion impía
Del falso apóstol fascinó la mente,
Y del árbol fatídico pendiente,
Con rudas contorsiones se mecía;

Complacido en su mísera agonía,
Mirábase el demonio frente á frente,
Hasta que ya, del término impaciente,
De entrambos piés con ímpetu le asía.

Mas cuando vió cesar del descompuesto
Rostro la convulsion trémula y fiera,
Señal segura de su fin funesto,

Con infernal sonrisa placentera
Sus labios puso en el horrible gesto,
Y el beso le volvió que á Cristo diera.

XXVI.

A una señorita que me pidió versos quando en medio de la lucha fratricida de don Pedro y don Miguel de Portugal apareció el cólera en aquel reino y se propagó por Andalucía.

(1833.)

Del padre Tajo el agua cristalina
Con su puñal sacrilego ensangrienta,

(1) Variante, GALLEG0 escribió en un principio:
Logres, Saavedra, con dichosa mano.

(2) Hija de los duques de Frias; despues duquesa de Uceda.

De estragos siempre y lágrimas sedienta,
Civil discordia en la nación vecina.

La ambición, que á dos príncipes fascina,
De Montiel los escándalos ostenta
A la asombrada Europa, y muda y lenta
Peste voraz sus pueblos extermina.

¡Ay, que ya el monstruo la comarca huella
De los hijos del Bétis, que á millares
Abandonan su hogar despavoridos.

¡No escuchas sus lamentos, Dina bella?

¡Y hora me pides himnos y cantares!
Pídeme llanto, indignación, gemidos.

XXVII.

PLEGARIA Á NUESTRA SEÑORA,

ESTANDO DE PARTO LA REINA CRISTINA EN 10 DE
OCTUBRE DE 1830.

Dulce consuelo del linaje humano,
Madre excelsa de Dios, sacra Lucina,
Humillado á tus piés la frente inclina
Con ardiente fervor el pueblo hispano.

Si nunca vierte lágrimas en vano
El que se acoge á tu bondad divina,
Vuelve, Señora, al lecho de Cristina
Los bellos ojos, la piadosa mano.

Muévate de Fernando la agonía,
Que en zozobra cruel pregunta, espera,
Teme, se afana, alienta, desconfía.

De su penar los plazos acelera,
Y ántes que su fulgor esconda el día
Agite el viento la feliz bandera (1).

XXVIII.

MIS DESEOS.

Á la Excm. Sra. Condesa de Toreno, en el día de sus bodas.

(1835.)

Siempre, bella Pilar, siempre risueño
Luzca á tus ojos el solemne día;
Que de tus gracias su ventura fia
Quien se envanece de llamarte dueño.

Cien veces Mayo ofrézcate halagüeño
Las flores que sin él tu aliento eria:
Corra tu edad en plácida alegría
Como un sabroso y bonancible sueño.

De amables niños, lisonjero adorno
De matrona feliz, fórmate en breve
Séquito digno turba bulliciosa,

Que al agruparse de su padre en torno,
Entre blandas caricias le renueve
Rasgos y hechizos de su madre hermosa.

XXIX.

Á LA TERMINACION DE LA GUERRA CIVIL

EN LOS CAMPOS DE VERGARA.

(1840.)

¡Qué inusitada aclamacion festiva
Convierte en gozo de mi patria el duelo?
¡Por qué de mar á mar con rauda vuelo
Suenan sin fin centuplicado el viva?

La Paz, sí; ¡no la véis, de fresca oliva
La sien ornada, descender del cielo,
En su diestra agitar cándido velo,
Y ahuyentar la Discordia vengativa?

¡Oh momento feliz! Su horrible tea
De la nación magnánima española
Maldita siempre y execrada sea;

Y anuncie el blanco lino que hoy tremola,

Y en que la cifra de Isabel campea,
Un grito, un pensamiento, un alma sola.

XXX.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORA DOÑA TOMASA ANDRES DE BRETON.

(1842.)

¡Cuál como tú feliz, bella Tomasa,
En quien Breton extático se mira,
Y en tu amor quinquenal (no, no es mentira;
Vuelve la hoja y lo verás) se abraza! (2)

« Hermosa mucho más la tengo en casa »,
Dice á toda beldad que el vulgo admira,
Tus ojos son el númen que le inspira,
Tuyo el hechizo que á sus versos pasa.

Solo falta ¡oh dolor! que en la terneza
De sus deliquios conyugales, cuando
Á la madre de amor, no á Febo, invoque,

La gran fecundidad de su cabeza,
La *unidad de lugar* atropellando,
En ménos alto punto se coloque.

XXXI.

Á SAN FERNANDO.

(1842.)

Desciende de las fúlgidas mansiones,
Ilustre leónés, santo guerrero;
Muévate á compasion el trono ibero
Que en el Bétis plantaron tus legiones.

No tiene ya Corteses ni Colones
Que rindan á sus piés otro hemisfero:
El que era envidia ayer del orbe entero,
Ludibrio es hoy de reyes y naciones.

Mira á tu nieta cándida, inocente,
Que en infantiles juegos divertida,
Ni aun el rumor de la borrasca siente.

Guarda y protege su preciosa vida,
Y esa corona trémula en su frente,
De mil contrarios vientos combatida.

XXXII.

EN LA TRASLACION DE LOS RESTOS

DE DON PEDRO CALDERON AL CEMENTERIO DE SAN
NICOLAS.

(Agosto de 1843.)

Gloria y delicia de los patrios lares,
Buen Calderon, de tu fecunda vena
El copioso raudal el orbe llena,
Venciendo espacios y cruzando mares.

Difunden hoy tus dramas á millares
Las prensas de Leipsick, los oye Viena,
Y hasta en las playas bálticas resuena
El cisne del modesto Manzanáres.

¡Oh hispana juventud! Si al arduo empeño
De hollar del Pindo la sublime altura
No te alentáre porvenir risueño,

Esa pompa, ese mármol te asegura
Con muda voz que, si *la vida es sueño*,
Siglos de siglos el renombre dura.

XXXIII.

Á MARGARITA, EN SUS DIAS.

(1845.)

Dos veces y no más, Márgara mía,
Dos veces y no más plugo al destino

(1) Estaba anunciado que una bandera puesta en las azotenas de palacio designaría al público el nacimiento de un príncipe, siendo roja y amarilla, y el de una infanta, siendo blanca.

(2) Alude á otro soneto de D. Manuel Breton de los Herreros, escrito en la primera hoja de dicho *Album*, y en que celebra su ventura conyugal al cabo de cinco años de matrimonio.

Que á tu lado me hallase el matutino
Plácido ambiente de tu fausto día.
Gozoso entónces admirar solía
Los rasgos de tu ingenio peregrino,
Y al eco de tu labio purpurino
Colmaba el pecho insólita alegría.
Todo cambió. Por términos extraños,
Perdida ya de verte la esperanza,
Me acosan males, tedio, desganaos.
Sólo en mi corazon no hallo mudanza;
Que el poder de las penas y los años
En él tu imágen á borrar no alcanza.

XXXIV.

PARA EL ÁLBUM DE D. P. DE T.

Á TULITA DE AVELLANEDA.

(1847.)

Hoy, que sus rayos el mayor planeta (1)
Mustios y oblicuos á la tierra envía,
Y envuelto en nieblas y en escarcha fría,
Del trópico tocó la helada meta (2),
Tula criel, ¿pretendes indiscreta
Que salga á relucir la musa mía?
¿Dónde hallará calor mi fantasía?
¿Quién con setenta abriles es poeta?
¡Ay, que del estro se extinguió la llama!
Pasó la edad del canto y los amores,
Y ya la ávida huesa me reclama.
Sólo, del crudo invierno en los rigores,
Trocar es dado al númer que te inflama,
Las nieblas en fulgor, la escarcha en flores.

XXXV.

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS,
FUNDADOR DEL TEATRO ESPAÑOL.

(Octubre de 1851.)

Ese que en honra de la patria un día
Alzó tu mano, esclarecido Conde,
Monumento á las Musas, do se esconde
Tras la risueña máscara Talía;
Campo de noble lid, donde á porfía
Luchan los genios españoles, donde
Con nuevos triunfos nuestra edad responde
De otra edad á la excelsa nombradía;
Hará que justa en tu alabanza apure
La alta fama su aliento, y en la historia
Lugar tan encumbrado te asegure,
Que durará de España en la memoria
Cuanto en los siglos venideros dure
De Lope y Tirso y Calderon la gloria.

XXXVI.

A MI SEÑORA DOÑA DOLORES PERINAT
DE PACHECO.

¡LO QUE PUEDE EL TIEMPO!

(1848.)

Volvíome loco una mujer hermosa
Diez lustrós há: lloré, seguí su huella,
Ví el soberano bien cifrado en ella,
Y ensalcé su beldad en verso, en prosa.
Dije que sus mejillas á la rosa
Prestaron su carmin; que no tan bella
Fué la madre de amor; llaméla estrella,
Cielo, sol, querubín, arcángel, diosa.
Mas hoy, ¿qué diferencia, cara amiga!
¿Tanto pueden los años!... ¡Ay! perdona
Que tan amarga sequedad te diga:
Siempre que veo tu gentil persona

Exclamo, cuando más, ¡Dios te bendiga!
Y vuélvome tranquilo á mi poltrona.

XXXVII.

Á LA SEÑORA DOÑA JOSEFA ESPINOSA
DE LOS MONTEROS.

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FLORA FERRER.

Si, Pepa, bien lo sé: Flora es tan linda,
Que pocas competir podrán con ella:
Descubre cada párpado una estrella,
Y es cada labio suyo media guinda.
Ríome yo de la gentil Florinda,
Que fascinó á Rodrigo, y áun aquella
A quien dió París la manzana bella
Dudo que á sus encantos no se rinda.
Por Dios que, si me pongo, en breve rato...
Sí, sí, ¡pereza fuera! ¡Vive Cristo,
Que voy á hacer al punto su retrato!
Píncel, tintas, marfil, todo está listo...
Pero, Pepa, ¿no soy bien mentecato?
¿Cómo la he de pintar, si no la he visto?

XXXVIII.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS (3).

Si no brindo con vino á tu salud,
Como lo manda el uso *inmemorial*,
Caro Mariano, en Pascua ó *Carnaval*,
Es senil impotencia, no es *virtud* (4).
Observante me han hecho del *talmud*
Los años con su rígido *ritual*;
Mas te festejaré desde el *portal*,
Como la murga, al són de mi *laud*.
¿Quién pudo imaginar que soy *aquel*
Que pudiera engullir por *colación*
Hasta el arco y la tripa del *rabel*?
Y hoy debo confesarte ¡oh *confusion*!
Que si á la verdad santa he de ser *fiel*,
Puches piden mis dientes, no *turron*.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

LA DULCE VENGANZA.

(1800.)

Riñó conmigo mi Corina un día;
Gritó y mesó los nítidos cabellos;
Torció las manos y los brazos bellos,
Y al amor y sus gustos maldecía.
En su venganza y frenesí, furiosa
Juró negarme el brillo de sus ojos,
De sus mejillas la naciente rosa
Y el dulce néctar de sus labios rojos.
Yo, que la adoro y por sus gracias muero,
Temblé al oír el juramento impío,
Y ofuscando la voz el llanto mío,
Así le dije en tono lastimero:
«Si de tu amante la pasión te aña,
¿Por qué el vengarse tu furor retarda?
Oprime el cuello que tu amor respira;
Traspasa el pecho que tu imágen guarda.

(3) El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, rogó á varios literatos, amigos suyos, y entre ellos á Gallego, que le acompañasen á celebrar en su casa la Nochebuena del año de 1851. Al efecto les dirigió en forma de circular un festivo soneto, al cual, y sujetándose á las mismas rimas, contestó con otro soneto cada uno de los convidados. Por esta singularidad, y por ser el que publicamos, aunque un juguete á que el autor no dió ninguna importancia, el último acento de su bien templada lira, se le ha dado lugar en la presente coleccion.

(4) El autor acababa de cumplir setenta y cuatro años.

(1) *Vieux style*.

(2) El primer cuarteto de este soneto es igual al de otro que antecede, dirigido al Obispo de Zamora.

» Justo es que en mí tu cólera desfogues ;
 Que quien no supo complacerte muera ;
 Yo halagaré la mano que me hiera ,
 O besaré el dogal con que me ahogues .»
 Ella la vista en el florido suelo
 Fijó, depuesta su fiera brava ,
 Y en su regazo sobre el blanco vello
 De aroma un ramo deshojando estaba .
 « ¡ Por qué sin causa , proseguí , te enojas ,
 Crúel ? » Y en tanto levantó la frente ,
 Miró hácia mí, rióse blandamente ,
 Y del aroma me arrojó las hojas .
 Luego enjugó mis húmedas mejillas ;
 Luego oficiosa me alió el cabello :
 Despues jovial sentóse en mis rodillas ;
 Despues los brazos enlazó á mi cuello .
 Risueña entónces, con su ardiente labio ,
 Más vivo que el carmin, selló mi boca ,
 Y en pos del beso que mi ardor provoca ,
 Ufana prorumpió : *¡ venga mi agravio !*
 Modelo eterno á los amantes sea
 La atroz venganza de mi dulce amiga .
 ¡ Quien no perdona, que perdon no vea ,
 Y odiado espire quien el odio abraza !

EL VATICINIO.

Á LESBIA.

(1800.)

Pronta á dejar la bética ribera ,
 Que ya en ardor bañaba el blondo estío ,
 Un ¡ ay ! lanzó la madre primavera ,
 Un ¡ ay ! envuelto en flores y rocío .
 Del llanto del Abril nació la rosa ;
 De la espuma del mar Vénus divina ;
 De aquel dulce suspiro Lesbia hermosa ,
 Más linda que la rosa y que Ciprina .
 Nació, y del alba anticipó el saludo
 La turba alada, al rayo de la luna ,
 Al par que, asidas en airoso nudo ,
 Las Gracias vuelan á mecer su cuna .
 Amor las palmas de placer batía
 Cuando los tiernos párpados alzaba ,
 Y al ver la nueva luz, que afrenta al día ,
 Ciego á sus piés depositó la aljaba .
 Y « ¡ oh niña ! dijo , á tu beldad despojos
 Son ya las flechas, del amor divisa ;
 ¡ Cuántas más almas herirán tus ojos !
 ¡ Cuánto más fuego encenderá tu risa !
 » ¡ Oh qué deseos rondarán lascivos
 Tu fresco labio y tu mejilla pura !
 ¡ Oh qué miradas y ayes fugitivos
 Tu blanco seno y tu gentil cintura !
 » Ciego á tus piés y en lágrimas deshecho ,
 Uno entre tantos rendirá el destino ;
 Uno á quien baste á derretir el pecho
 Con solo un rayo tu mirar divino .
 » Hijo de Apolo, en flébil querellas ,
 Dará á tu nombre armónicos cantares ,
 Que al alumbrar de fúlgidas estrellas
 Difunda el viento por los anchos mares .
 » ¡ Ay, cuánto afán al misero le espera ,
 Sin fin luchando con su ingrata suerte ,
 Continuo cebo de mi ardiente hoguera ,
 Viviendo el triste en prolongada muerte !
 » ¡ Felices ambos si tu seno abraza
 Chispa fugaz, del suyo desprendida !
 Que no es beldad la que sin mí se pasa ,
 Ni en pechos duros el placer se anida .
 » No quieras ver marchita tu belleza ,
 Como, en el yermo, inútil amapola ,
 Que intacta vive en eternal tristeza ,
 Y nace y muere desamada y sola .
 » Mas no será ; que un alma hermosa veo
 Unida al cuerpo angélico y bizarro ,
 Y en tí la gloria y el mayor trofeo
 Que el orbe admire en mi triunfante carro .»
 Así dijo el amor . ¡ Ay Lesbia amada !
 Cumplida está su predicción funesta ;
 Cumplida en mí, que el alma embelesada

Rendí á tu gracia y tu virtud modesta .
 Dentro del pecho siento al inhumano
 De su pérfido triunfo hacer alarde ;
 Si ; que una hoguera me anunció el tirano ,
 Y es un volcán el que en mis venas arde .
 ¿ Sabes, oh Lesbia, comparado al mio ,
 Qué es el ardor de tu apacible llama ?
 Tibio lucir de fósforo sombrío
 Junto al globo inmortal que el aire inflama .
 ¡ Y eterno habrá de ser ? ¡ Me niega el cielo
 Que este incendio voraz se temple un día ?
 ¿ Dónde hallará mi padecer consuelo ?
 ¿ Dónde ? — En tus brazos ó en la tumba fría .

Á UNA TÓRTOLA.

ANACREÓNTICA.

(1800.)

Dichosa tortolilla ,
 Que en inocentes juegos
 Las horas entretienes
 De mi adorado dueño ;
 Tú, á quien ofrecen, gratos ,
 Copa sus labios tiernos ,
 Taza su mano bella ,
 Cuna su lindo seno ;
 Que del gentil regazo
 Subiendo al albo cuello ,
 Mueves sus rizos de oro
 Con revolar inquieto ;
 Tú, que sin tasa gozas
 La luz de sus luceros ,
 Y el néctar de su labio
 Y el ámbar de su aliento ;
 Cuéntame, por tu vida ,
 Pues sabes sus secretos .
 ¿ Suspira cuando parto ?
 ¿ Se alegra cuando vuelvo ?
 ¿ No acusa la inconstancia
 Del caprichoso tiempo ,
 Para mi bien tan tardo ,
 Para mi mal tan presto ?
 ¿ Se acuerda de quien triste
 Por ella está muriendo ,
 O á más remotos climas
 La lleva el pensamiento ?
 Mas ¡ ay, que ayer, airada ,
 Con ademán severo
 De irrevocable muerte
 Me fulminó el decreto !
 ¿ Y cuál, cuál es mi crimen
 Para rigor tan fiero ?
 Si amarla no es delito ,
 Culpable no me siento .
 Sé tu mi interesora ;
 Súbete al hombro bello ,
 Y con arrullos blandos
 Repítele estos versos :
 « No guardes, Lesbia hermosa ,
 Tan implacable ceño ;
 Que arduos inocentes
 No son engaños negros .
 » Yerro de amor, señora ,
 Son perdonables yerros .
 ¿ Qué mucho que tropiece ?
 ¿ No ves que es niño y ciego ?
 » Ni es la venganza halago
 De generosos pechos ;
 Que amar es dulce cosa ,
 Y odiar, crúel tormento .»

Á LA AUSENCIA DE CORINA.

ENDECHAS.

(1804.)

Pobre lira mia ,
 Que entre juncia y flores
 Dulce són de amores

Modulaste un día ;
 Risueña corriente,
 Que en silencio vagas
 Y al jazmin halagas
 La cándida frente ;
 Verde prado ameno,
 Perezoso río,
 Bello bosque umbrío,
 De mis ayes lleno ;
 Fuente cristalina,
 Césped venturoso,
 Que sombra y reposo
 Brindaste á Corina ;
 Ya de mí se esconde,
 Que mi mal no siente ;
 Lira, prado, fuente,
 ¿ Me diréis en dónde ?
 Llámola afligido,
 Búscola azorado,
 Del valle al collado,
 Del monte al egido.
 Dobla mis congojas
 El céfiro blando,
 Que así suspirando
 Dice entre las hojas :
 « Más flores hubiera
 Si aquí se acercára ;
 Que es su linda cara
 Sol de primavera. »
 Mas ¡ ay Dios ! que en tanto
 De su amor me priva,
 Mis quejas esquivas,
 Desprecia mi llanto.
 Huye y no responde ;
 Yo sin ella mero ;
 Náyades de Duero,
 ¿ Me diréis adónde ?
 En pos de sus huellas
 Voló mi contento,
 Cual se lleva el viento
 Mis hondas querellas.
 Tú, que mal templada
 Yaces ora y triste,
 Y un tiempo te viste
 Por la infiel ornada,
 Si alegres amores
 Modulaste un día,
 Gime, lira mía,
 Gime mis dolores.

EL PUDOR.

ANACREÓNTICA (1).

Cuando en su concha Vénus
 Salió de entre los mares,
 Brilló la luz del día
 Más pura y rutilante.

(1) Como muestra del exceso con que corrigen sus obras algunos poetas, copiamos aquí esta anacreóntica, tal cual fué escrita y publicada en 1804. Con las enmiendas ha ganado algo sin duda en robustez y sobriedad de estilo, pero ha perdido no poco en sencillez y espontaneidad.

Cuando la blanca Vénus
 Salió de entre los mares,
 Brilló la luz del día
 Más pura y agradable.
 Entonces de las flores
 Nació el olor suave,
 El verdor de los prados,
 La frescura del aire.
 Entonces murmuraron
 Las fuentes y raudales,
 Blando sopló Favonio,
 Cantó amorosa el ave.
 Vertió risueña el alba
 Aljófár abundante,
 Y el botón de la rosa
 Mostró su tierno cáliz.
 El universo entero
 Se admira y se complace,
 Y más fecundos rayos
 El rubio Febo esparce.
 Abrió el excelso Olimpo

Entonces de las plantas
 Nació el olor suave,
 La pompa de las selvas,
 El aura de los valles.
 Entonces aprendieron
 Á modular las aves,
 Y el plácido murmullo
 Las fuentes y raudales.
 Al verlas se disipan,
 Huyendo por los aires,
 Las nubes procelosas,
 Las negras tempestades.
 ¡ Cuán bella resplandece
 La diosa ! ¡ Cuán fragantes
 Donde sus ojos fija,
 Nardos y rosas nacen !
 Ufana se recrea
 Ciprina al contemplarse,
 Bañando la sonrisa
 Sus labios celestiales.
 Al amoroso fuego
 Que en sus miradas arde,
 El universo todo
 Se anima y se complace.
 ¡ Cómo su frente brilla !
 ¡ Qué hechicero contraste
 Forman los rizos de oro
 Que el cefirillo bate !
 Jugando rodeaban
 Su carro de corales
 Amores y placeres,
 La risa y el donaire.
 Abrió el excelso Olimpo
 Sus puertas de diamante,
 Y el coro de los dioses
 A recibirla sale.
 Estaba Citerea
 Sin velo que ocultase
 De la admirada turba
 Sus formas virginales ;
 Y al ver que así la miran
 Y la belleza aplauden
 Del pecho alabastrino,
 Del delicado talle,
 Bajó los lindos ojos
 En actitud cobarde,
 Y el fuego de sus labios
 Enrojeció el semblante.
 De este ademan de Vénus
 Nació el pudor amable,
 Dando á su tez de nácar
 Espléndido realce.
 Pudor, pudor divino,

Sus puertas de diamante,
 Y al solito la condujo
 De las altas deidades.
 Iban en pos jugando,
 No lejos de su madre,
 Amores y placeres,
 La risa y el donaire.
 Al verla, enajenados
 Los dioses inmortales,
 Su carro de jazmines
 Cercan por todas partes.
 Estaba Citerea
 Sin velo, sin ropaje
 Ni cendal que ocultára
 Sus formas celestiales ;
 Y viendo que embebidas
 La examinan, y aplauden
 El pecho de alabastro,
 La morbilidad del talle,
 Bajó los bellos ojos,
 Sonrojada y cobarde,
 Y el fuego de sus labios
 Llenó todo el semblante.
 De este ademan de Vénus
 Nació el pudor amable,
 Y á su hechicero rostro
 Le dió mayor realce.
 Pudor, pudor divino,
 De la inocencia imagen,
 ¡ Qué gracias, qué embelesos
 Te deben las deidades !

De la inocencia esmalte,
¡Qué gracias, qué embecosos
Te deben las beldades!

EL PADRE Y SUS DOS HIJOS.

APÓLOGO DE FLORIAN.

(Traducción libre.)

(1808.)

Del opaco Diciembre en noche fría
Un padre con sus hijos, en mi aldea,
Al calor de la humilde chimenea
Las perezosas horas divertía.
A su lado el menor se entretenía
De naipes fabricando un edificio
Con más cuidado y atención severa
Que el famoso Ribera
Trazando el plan del madrileño hospicio;
El mayor repasaba
(Pues ya en la edad de la razón rayaba)
Una mugrienta historia,
Depósito de cuentos y diálatos,
Su lengua atormentando y su memoria
Con nombres mil de reyes y magnates.
Mas, juicioso notando
Que unos llamaba el libro *fundadores*
Y otros *conquistadores*,
«¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?»
Aquí llegaban, cuando
Con feliz inocencia,
Su travieso hermanito,
Que acababa gozoso
De coronar su alcázar ostentoso,
Saltaba de alegría y daba un grito.
Colérico el mayor se alza violento
Al verse interrumpido,
Y de un solo revés arroja al viento
El palacio pulido,
Dejando al pobre niño el desconsuelo
De ver su amada fábrica en el suelo.
El padre entonces con amor le dijo:
«La respuesta mejor está en la mano;
El *fundador* de imperios es tu hermano,
Y tú el *conquistador*. ¿Lo entiendes, hijo?»

Canción para el aniversario del Dos de Mayo, puesta en música
por don Mariano Ledesma.

(1812.)

*En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;
Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.*
Miradnos, sacros manes,
Gemir en triste coro,
La faz bañada en lloro,
Y el alma en odio y hiel.
Mas sangre en vez de llanto
Se os debe por tributo;
Y en vez de adelfa y luto,
Trofeos y laurel.
En este infausto, etc.
¡Quién ¡ay! del negro día
Que hoy dobla nuestras penas
Las bárbaras escenas
Renueva sin terror?
Erízase el cabello,
Se agolpa el llanto ardiente,
Y el pecho hervir se siente
De cólera y furor.
En este infausto, etc.
¡Oh colmo de la infamia!
No osando los malvados
Lidiar con desarmados
En lucha desigual;
Mintiendo en el semblante

Su rabia vengativa,
Cubrieren con la oliva
Su pérfido puñal.
En este infausto, etc.
No paz con los tiranos,
Que es muerte solapada;
Afilan más la espada,
Brindando su amistad.
Mirad los infelices
¡Cuál mueren entre horrores!
Mirad á los traidores
Gozarse en su maldad.
En este infausto, etc.
Quien vió la sangre y ropas
Sembradas por el suelo,
Que exprese el desconsuelo
Que el alma le enlutó.
Los aires ensordecen
Las víctimas que gimen;
A tan horrendo crimen
Su luz el sol perdió.
En este infausto, etc.
Cautivo aquel recinto
Nos grita al alto ejemplo:
El es de España el templo;
El es el patrio altar;
Y al lauro del que al Sena
Los vándalos ahuyente,
En voto reverente
Sus aras debe honrar.

En este infausto, etc.
¡Qué vale que hoy nos vean
Los mares gaditanos
Cercar en ayes vanos
Fingido panteón?
Formemos de pendones,
En más dichosos días,
A sus cenizas frías
Más digno pabellón.
En este infausto, etc.
En tanto á sus verdugos
Persiga en triste sueño
Del Prado madrileño
Espectro aterrador.
Sangrienta el agua beban,
Sangriento el cielo miren,
Y en sangre al cabo espiren
Por hierro vengador.

*En este infausto día,
Recuerdo á tanto agravio,
Suspiros brote el labio,
Venganza el corazón;
Y suban nuestros ayes
Del céfiro en las alas,
Al silbo de las balas
Y al trueno del cañón.*

PLEGARIA AL AMOR.

¡Salve, divino amor, del hombre vida,
Fuego dulce y fecundo,
Deidad amable, que á placer convida
Por todo el ancho mundo!
¡Salve, luz celestial, perpétua llama
De cuanto existe y dura,
Raudal perenne, que do quier derrama
Alegría y ventural!
¡Qué, di, sin tu favor del orbe fuera?
La fresca pradería,
El bosque hojoso, la feraz ribera
Yermo horrible sería.
Por tí gozamos las purpúreas rosas,
Del céfiro halagadas;
Por tí cantan las aves amorosas
Sus tiernas alboradas.
Por tí ostenta su gala y gentileza
El alazán ligero;
Por tí se humilla y doma su braveza
El leopardo fiero.
Por tí colores mil la flor esmaltan;
Por tí brilla el rocío;

Por tí en el valle los corderos saltan;
 Por tí murmura el río.
 Por tí sin tregua juventud lozana
 Se agita y se alborozó;
 Por tí la bella jóven se engalana
 Y en su beldad se goza.

Tú solo el dios entre los dioses eres,
 Y tu mirar risueño
 Más alcázares rinde, cuando quieres,
 Que del Olimpo el dueño.

Contra el furor de mis atroces penas
 Tu alto favor imploro;
 Que al incesante són de tus cadenas
 De Lesbia ausente lloro.

Tú, niño alado, que en su linda boca
 Mi sumo bien pusiste,
 Y enternecer su corazón de roca
 En premio me ofreciste,
 Guárdame, en pago del pesar que siento,
 En su pecho nevado,
 Pura como el aroma de tu aliento,
 La fe que me ha jurado.

Haz que sus ojos dulces y serenos,
 Do bebe luz el día,
 Vicieran dos tiernas lágrimas al ménos
 A la memoria mía.

LA HOJA DE LENTISCO (1).

ALEGORÍA.

(1816.)

Hoja seca y solitaria,
 Que vi tan lozana ayer,
 ¿Dónde de polvo cubierta
 Vas á parar? — No lo sé.

Léjos del nativo ramo
 Me arrastra el cierzo crüel,
 Desde el valle á la colina,
 Del arenal al verjel.

Voy donde el viento me lleva,
 Resignada por saber
 Que ni suspiros ni ruegos
 Han de templar su altivez.

Hija de un pobre lentisco,

(1) Esta alegoría es imitación de una linda fábula del célebre poeta francés Antonio Vicente Arnault.

También la imitó Leopardi. Juzgamos oportuno copiar aquí la versión de este esclarecido poeta, para que se vea con cuánta gentileza han expresado ambos escritores el mismo pensamiento, según la índole de sus idiomas respectivos:

IMITAZIONE.

*Lungi dal proprio ramo,
 Povera foglia frate,
 Dove vai tu? — Dal faggio
 Là dov'io nacqui, mi divise il vento.
 Esso, tornando, a volo
 Dal bosco alla campagna,
 Dalla valle mi porta alla montagna.
 Seco perpetuamente
 Vo pellegrina, e tutto l'altro ignoro.
 Vo dove ogni altra cosa,
 Dove naturalmente
 Va la foglia di rosa,
 E la foglia d'alloro.*

Juzgamos oportuno copiar aquí, igualmente, la fábula francesa que sirvió de original á los dos ilustres poetas:

LA FEUILLE.

FABLE.

*De ta tige détachée,
 Pauvre feuille desséchée,
 Où vas-tu? — Je n'en sais rien.
 L'orage a frappé le chêne
 Qui seul était mon soutien.
 De son inconstante haleine,
 Le zéphyr ou l'aquilon,
 Depuis ce jour, me promène
 De ta forêt à la plaine,
 De la montagne au valon.
 Je vais où le vent me mène,
 Sans me plaindre ou m'effrayer;
 Je vais où va toute chose,
 Où va la feuille de rose
 Et la feuille de laurier.*

(Nota del Colector.)

Voy adonde van también
 La presunción de la rosa
 La soberbia del laurel.

EL CONDE DE SALDAÑA.

ROMANCE.

(1826.)

¿Quién es aquel caballero
 Que en las márgenes del Esla
 El potro ardiente fatiga,
 La dura lanza maneja?
 Coraza y almete adornan
 Roja banda, plumas negras;
 Bruído paves embraza,
 Y osada divisa ostenta:
 Es un corazón alado
 Que se remonta á la esfera,
 Y encima un rótulo dice:
No subas más, que te quemas.
 Ninguno en el ancho circo
 Se le opone; que ya deja
 En doce altivos encuentros
 Doce contrarios en tierra.
 ¡Viva de Saldaña el conde!
 De boca en boca resuena;
 Todos vencedor le aclaman,
 Y admirados le contemplan.
 Desde la alta galería,
 Ornada de ricas telas,
 El Rey su valor aplaude,
 Y á darle el premio se apresta.
 El de un salto se derriba
 Desde el arzon á la arena,
 Y del Monarca las plantas
 Bizarro y modesto besa.

« Dame, gallardo mancebo,
 Dijo el Rey, la fuerte diestra;
 Que es justo apriete la mia
 Mano que tan bien pelea.
 Con esta luciente espada,
 Que fué del rey don Friela,
 En premio de tu victoria,
 Honre al valor la belleza,
 Y del toledano adarve
 A las torres de Antequera,
 De los turbantes moriscos
 Estrago y asombro sea.»

Dijo; y sonrojado el Conde,
 Bajó humilde la cabeza;
 Que al querer darle las gracias
 Trabajó el respeto su lengua.
 ¡Oh cuántos pechos enciende!
 ¡Con qué afán las damas bellas
 Los blancos velos agitan
 Y al cielo su triunfo elevan!
 Entre todas sobresale
 La infanta doña Jimena,
 Que á la voz del Rey su hermano
 Ceñirle la espada intenta.
 ¿No veis cómo sus mejillas,
 Antes de carmin cubiertas,
 Palidecen, y en sus manos
 Cinturón y espada tiemblan?
 ¡No advertís que el caballero,
 De hinojos en su presencia,
 Estátua inmóvil parece,
 En triste lucillo puesta?
 No es mucho que así se turben
 Cuando Alfonso los observa;
 Cien cortesanos los miran,
 Mil curiosos los acechan.

Días há que en viva llama
 Amor con veloz saeta,
 Atropellando respetos,
 Inflamó sus almas tiernas.
 Fe de esposos se juraron
 Entre las doradas rejas
 De un jardín, sin más testigos
 Que una esclava y las estrellas.

Mas ¡ay, que en excelso alcázar
Mal un secreto se alberga,
Y á par de los régios tronos
El suyo la envidia siental
Ya el palacio lo murmura:
¡Ay de entrambos si es que llegan
Al alma de Alfonso el Casto
Tan mal celadas sospechas!
Del Rey cuyo indócil cuello
De amor el yugo desdella,
Y como atroces delitos
Sus dulces yerros condena.—
Mas ya la callada noche
Cubre el mundo de tinieblas,
Y vencedor y vencidos,
Toman de Leon la vuelta,

Sañudo en tanto va jurando al cielo
Su desdoro vengar Nuño de Arlanza,
Que al primer bote de la ardiente lanza,
Vencido por el Conde, cayó al suelo.
Estaba solo el Rey, de lid sangrienta
El plan trazando contra el moro un día,
Cuando con alma llena de falsía
Nuño en el régio alcázar se presenta.
Secreta audiencia pide, y admitido
En la estancia do mora el Rey potente,
Así comienza á hablar el fementido,
Con triste faz y labio balbuciente:
«Hay quien osa, señor, con vil mancilla
Profanar de este alcázar el decoro,
Mientras vos, esgrimiendo la cuchilla,
Triunfais con gloria del soberbio moro.—
¿Y quién es el traidor, Alfonso exclama,
Que á tal se atreve? Di: pronto castigo,
Como del rayo asoladora llama,
Acabará tan pérfido enemigo.—
Jamás, dice el hipócrita, este arcano
De mi pecho saldria, si no fuera
El honor de tan digno soberano
Quien al remiso labio aliento diera.
Tal vez será imprudencia: infausta suerte
Me amenaza tal vez; pero en buen hora
Caiga el mal sobre mí, venga la muerte
Con tal que vos sepais quién os desdora.
El Conde de Saldaña hasta la altura
Del régio sólio se remonta ufano
En alas del amor, y su locura
Escandaliza al pueblo castellano.

Vuestra hermana, señor....—¡Cómo! ¿la Infanta
Amar al Conde? ¡Nuño, vive el cielo!....»,
Clama el sañudo Rey, y en su garganta
La voz se anuda convertida en hielo.

Mas luego se reporta, y mesurado,
«Si es cierto, añade, el crimen, pena dura
Castigará tan pérfido atentado;
Mas ¡ay, Nuño, de ti si es impostura!—
¿Impostura, Señor! Si tal agravio
Cualquiera otro que vos.... Haced, empero,
Pesquisa cual monarca justiciero,
Y hallaréis que verdad os dice el labio.
Ejecutólo Alfonso, y convencido
De que Nuño de Arlanza no le engaña,
Su enojo reprimiendo, comedido,
Así habla cierto día al de Saldaña:

«De Navarra al monarca en propia mano
Quiero que entregues, Conde, aqueste pliego,
Y del fuerte de Luna al castellano
Estotro al pasar deja: parte luego.»

Apénas brilla la rosada aurora,
Y ya el Conde se apresta á la partida,
Mientras Jimena solitaria llora,
Sin abrazarle en tierna despedida.

Al castillo de Luna prontamente
Llega el desventurado caballero,
Y la carta entregando, de repente
Cae el rastrillo y queda prisionero.
«¡Traidor! ¿qué intentas?», irritado dice,
Echando mano de su acero, el Conde;
Y el alcaide excusándose, «¡Infelice!
Preso estás por Alfonso», le responde.
Quitante al punto la luciente espada,

Que terror de los moros era un día,
Y una mano le arranca, despiadada,
Los ojos do la Infanta se veía.

Ella entre tanto en la mansion oscura
Gime de un claustro, y por su esposo clama;
Mas ¡ay, que en perdurable desventura,
No verá más al infeliz que llama!

Epitafio y dísticos latinos, esculpidos en el sepulcro de Melendez, en el cementerio de Mompeller, adonde fueron trasladados sus huesos en 1828.

†

D. O. M.

JOANNIS, MELENDEZ, VALDES
HISPANI. POETAE. CLARISSIMI
AN. MDCCCXVII. DIE XXIV. MAII
MONSPELII. SUBITO. EXTINCTI
MORTALES. EXUVIAS
PER. UNDECIM. AN. SPAT. INDECORE. SEPULTAS
AC. OBLIVIONI. FERE. TRADITAS
IN. HUNC. DIGNIOREM. LOCUM
BERNARDINUS. FERNANDEZ. DE. VELASCO
DUX. DE. FRIAS
ET. JOANNES. NICASIVS. GALLEGO
ARCHIDIACONVS. VALENTINVS
NON. SICCVS. OCVLIS
TRASFERENDAS. CURARVNT.
R. I. P. A.

(Aqui hay un trofeo, compuesto de una lira y caramillo, rotos, y entrelazados con una corona de laurel, y por bajo los dísticos siguientes:)

Quam dederant dulci charites arguta Batillo
Fistula, Volcarum litore fracta jacet.
Digna siracosio calamo, citaràque Properti,
Dum repetit moestas carmina blanda Tagus,
Te, Lede, qui niveis lambis felicius undis
Hunc tumulum, serves pignora cara rogat (1).

EN EL ÁLBUM DE UN VENTRÍLOCUO.

EPIGRAMA.

(1831.)

Causa tal placer á todos
Oírte hablar *por la panza*,
Que el público, en tu alabanza,
Habla despues *por los codos*.

(1) Don Alberto Lista, dió noticia de la indicada traslación, y tradujo el epitafio y los versos latinos en la *Gaceta de Madrid* de 11 de Setiembre de 1835. Su traducción es ésta:

Á Dios óptimo máximo.

Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias, y Juan Nicasio Gallego, arcediano de Valencia, cuidaron, no sin lágrimas, de que los restos mortales de Juan Melendez Valdés, esclarecido poeta español, que murió repentinamente en Mompeller el 24 de Mayo de 1817, sepultados indecorosamente por espacio de once años, y casi enterrados al olvido, fuesen trasladados á este más digno monumento.

Descanse en paz, amén.

TRADUCCION DE LOS DÍSTICOS LATINOS.

Aquel, que á su Batlle concedieran
Las Gracias, caramillo sonoro,
Roto en la playa de los Volcas (*) yace.
Mientras repite el Tajo entristecido
Sus blandos versos, dignos de la avenida
Sicula y de la lira de Propertio,
Te ruega, oh Ledo! (**), á tí, pues más felice
Bañas con frescas ondas esa turba,
Que tan queridas prendas le conserves.

(*) Nombre que tenían los antiguos habitantes de la parte litoral del Languedoc.

(**) Nombre antiguo del río que pasa junto á Mompeller. Hoy se llama Léz.

Para el álbum de la Condesa de la Tour-Manbourg, á su salida para Roma en Mayo de 1840.

Del Turia y Bétis el fecundo suelo,
Donde á nunca morir nacen las flores,
Ni pone grillos á la fuente el hielo,
Imágen del eden, mansion de amores;
Dulce morada, y de tus gracias digna
Fuera, Condesa, en el confin de España,
Cuando la suerte la miró benigna,
La cruda suerte que en su mal se ensaña.
Mas hoy, que, ardiendo en fraticida guerra,
Rencores, sangre, asolacion te ofrece,
Deja, señora, tan aciaga tierra,
Y su fatal destino compadece.
Huye, y salvando sus nevadas cimas,
Cruza la falda del gigante Alpino,
Y allá descansa en los amenos climas
Que el mar circunda, y parte el Apenino.
Mas cuando ufano en valles y florestas,
Con la pompa de Mayo engalanadas,
Un pueblo alegre en bulliciosas fiestas
Te salude con vivas y alboradas,
Merezca algun recuerdo á tu ternura
Y una piadosa lágrima á tus ojos,
De mi patria infeliz la desventura,
Donde tan sólo ves ruinas y abrojos.

En el álbum de la Exema. Sra. Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda.

(Noviembre de 1843.)

Si mi memoria honrar de este volúmen
En las más nobles páginas deseas,
Fuerza, Tula, será que tú mi númen,
Mi sola inspiracion, mi Apolo seas.
Mi fatigado espíritu consumen
Hondos cuidados, tétricas ideas,
Al torcedor de duros desengaños
Rendido aún más que al peso de los años.
Un rayo solo préstame, te ruego,
De los que dió á tus ojos Sirio ardiente,
O un fúlgido destello de ese fuego
Con que natura electrizó tu mente;
Que ya ni del arpon del niño ciego
Mi yerto corazon la punta siente,
Ni el ardor todo de las nueve hermanas
Basta á templar el hielo de mis canas.
Sólo me es dado de tu voz divina
Mudo admirar la fuerza encantadora,
Que vibrando en la esfera cristalina,
Oye admirada, al despertar, la Aurora.
Emula de los lauros de Corina,
Que te legó su citara sonora,
Haz que tu canto armónico se encumbre
Adonde enciende el sol su viva lumbré.

A Mr. Frédéric Madrazo, en le voyant faire le portrait de madame la Marquise de..... placé dans une belle terrasse de fleurs.

MADRIGAL.

Dis moi, cher Frédéric, par quel prestige heureux
Quand tu fais un portrait, j'en vois paraître deux;
L'un dans ce beau jardin, par ton pinceau fidèle,
Et l'autre dans mon coeur, par les yeux du modèle.

LA ÚLTIMA CENA.

El cordero pascual, sagrado emblema
De víctima suprema,
Todo el pueblo judaico disponia,
Mientras el verdadero
Reparador y celestial cordero
Al odio ciego la traicion vendia.

De derramar la sangre redentora
Se aproxima la hora,
Hora que al tiempo precedió en la mente
Del Hacedor Eterno;

Hora que con horror prevé el infierno,
Y al cielo abisma en pismo reverente.

Mas en tanto la víctima sublime,
Cuya sangre redime
Á un mundo criminal, y el fin espera
De su mision divina,
Sus pasos al cenáculo camina,
A celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que elegidos,
Cual amigos queridos,
Llama Jesus á su banquete augusto;
Y los que deben fieles
Las penas compartir, duras, críeles.
Que el cielo envia al corazon del Justo.

Doce apóstoles son, doce tan sólo,
Y la traicion y el dolo
Al uno tornan pérdida enemigo,
Que como vil serpiente
Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.

El último es que llega conturbado
Al convite sagrado;
Vedle, de horror se eriza su cabello,
Y en su mirada incierta
Y adusta faz, de amarillez cubierta,
Del crimen lleva el infamante sello.

Jesus, empero, con serena frente
Le recibe elemento,
Y al alma vil del criminal aterra
Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavora
Que bajo de su pié se hunde la tierra.

Y, ¿será, oh Dios, tu mansedumbre tanta,
Que allí, á tu mesa santa,
El manjar gustará por tí bendito,
Y llegará su boca
Al borde mismo que tu labio toca,
Y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh! sí, miradle: de Jesus enfrente
Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
Y con empeño vano
Quiere encubrir, bajo su helada mano,
La maldicion en su semblante escrita.

Mirándole el Señor, busca benigno
Algun dichoso signo
De sincero dolor, pues su presencia
Por su amor enmudece,
Y ya el perdon en su mirada ofrece
Al despertar de Júdas la conciencia.

«Uno me vende de vosotros», clama:
A tan inicua trama,
Llenos de horror, su indignacion reprimen;
Mas el divino acento
Excita sólo altivo atrevimiento
En el vil corazon que alberga el crimen.

«¿Por ventura soy yo?», pregunta osado
El Apóstol culpado,
Y «Tú lo has dicho, le responde Cristo:
Con presto paso llega
Mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entrega!
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!»

Dice, y bajando la inclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
A su oido Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»

Mas ántes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante

Previsto tiene para dar al mundo,
De admiración suspenso,
El alta prueba de poder inmenso,
Perpétua prueba de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos,
Alza los soberanos
Ojos al cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento,
Y en néctar de los ángeles el vino.

¡ Hecho inefable, que al empíreo asombra !
Quien prodigio le nombra,
Su excelcitud deprime y su grandeza :
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razón proclama su flaqueza.

Mas ¡ quién, Señor, tu voluntad limita ?
La víctima infinita,
El Dios que el tiempo y el espacio mide,
El Rey del cielo y tierra :
Todo ese cáliz misterioso encierra,
En ese pan mi Redentor reside.

¡ Oh, de clemencia inescrutable abismo !
Así se ofrece él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y aún su sangre santísima permite
Que entre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el Sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Júdas ; ciego, fascinado,
Huye en veloz carrera.....
Donde un cordel á su garganta espera,
Premio final de su horrible atentado.

En el mirador de la Cartuja de Jerez, el año de 1816.

OCTAVA.

Condujo aquí por términos extraños
A un misero mortal suerte volitaria,
Después que consumió sus verdes años
En triste vida turbulenta y varia ;
Enseñáronle insignes desengaños
A no esquivar la celda solitaria,
Y á desdeñar el tráfico importuno
El santo ejemplo de la grey de Bruno.

1.^a

Tu pueblo, Amalia, que al Eterno implora
Bañando el mármol de la tumba fría,
Más que tu muerte, el desconsuelo llora
De quien contigo el cetro dividía ;
Modera, empero, su aflicción, señora,
Dulce esperanza de ofrecerte un día,
De tu heroica piedad digno tributo,
Por pira, altar ; adoración por luto.

2.^a

Yace ¡ oh dolor ! en la mansion oscura
La que vimos ayer Reina de España,
Que no es contra la muerte más segura
Morada excelsa que infeliz cabaña.
No falaz esplendor, pompa más pura,
Séquito de virtudes la acompaña ;
Que sólo el bueno, el religioso, el justo
Es en la tumba el grande y el angusto.

Que haccerlos donde estuvierdes,
Es llevar á Toro guindas,
Así, sin furor pimpléo,
Sin Hipocrene ni Apolo,
Diré los que basten sólo
A expresar mi buen dcese.
Paulita contemple ufana
Prosperar su prole bella,
Tierna y amable cual ella,
Y cual tu ingenio lozana.
Y entre placeres diversos,
Sin pesadumbres ni engaños,
Logre que iguallen tus años
La duración de tus versos.

Á la señora doña Paula de Arriaza, en la misma comida, dada con ocasión de ser los días del santo de su marido.

DÉCIMA.

Á ofrecer á Paula flores
Gusto y ocasión me excitán ;
Mas ya su brillo marchitan
De la estación los ardores.
Sólo el Pindo en sus loores
Guardará siempre una rosa,
Pues si, como dama hermosa,
De rivales no carece,
Sobre todas la merece,
Como madre y como esposa.

Á la Reina doña María Cristina. Dedicatoria improvisada en la solemnidad del acto de entregar á S. M. un álbum el Liceo.

Este, que gracia á vuestros piés implora,
De la lira y pincel ténue tributo,
Cuando el furor de guerra asoladora
Cubre el suelo español de sangre y luto,
Flor es de amor y gritud, señora ;
Flor que á ser llegará colmado fruto,
Si al cielo debe España, en su amargura,
Tiempos de paz, de gloria, de ventura.

Quintillas improvisadas en los momentos de votarse al Gnadalquivir el vapor *San Fernando*, alias *Trajano*, el 30 de Mayo de 1840.

Baja valiente y galano
De tu constructora orilla ;
Tus nombres ostenta ufano ;
Que grandes fueron Trajano
Y el que conquistó á Sevilla.
No temas de la mar fiera
Los ominosos desmanes ;
Que tambien de esta ribera
Lanzada fué la galera
Del osado Magallanes.

Mas no en remotas regiones
Tu vela hincharán los vientos ;
Ni tus ferrados tablones
Oprimirán batallones,
De sangre y oro sedientos.

Es más dulce tu destino ;
Que, entre rosas y azahar,
Te abre el Bétis cristalino
Un perfumado camino
Hasta el gaditano mar.

Y la risa y el contento,
Y la amorosa alegría
Tendrán en tu popa asiento ;
Que habrán de ser tu ornamento
Las bellas de Andalucía.

SU NOMBRE.

Jácara romántica (burlesca).

El olor de la azucena,
La aureola de San Roque,
El postrer rumor del día
Que va huyendo de la noche ;

Octavas para el catafalco de la iglesia de los Padres Escolapios de Valencia, en las honras que celebró á la muerte de la Reina doña María Josefa Amalia la Real Maestranza de Caballería de dicha ciudad.

Á mi amigo el señor don Juan Bantista Arriaza. (Versos improvisados en su mesa, el día 24 de Junio de 1830.)

Aunque con versos me brindas,
Pocos de mi labio esperes ;

Los lamentos de un amigo
Que el grito en el cielo pone;
La secreta despedida
Del tiempo que toma el tole;
El ruido que forma el beso
De dos tiernos amadores;
La banda que una tormenta,
Cuando su furor depone,
Al sol deja por trofeo
De rutilantes colores;
Un acento inesperado,
Que el corazón reconoce;
El designio más oculto
Que inocente virgen forme;
El primer sueño de un niño
Entre fajas y andadores;
El cántico de un rosario
Cuando de lejos se oye;
El gemido que Memnon
Daba en los líbicos montes
Al divisar de la aurora
Los indecisos albores;
El murmullo que temblando
Se apaga en el horizonte;
Y en fin, cuanto el mundo todo
Por dulce y grato conoce,
No es para mí, lira mía,
Tan dulce como su nombre.
Pronúnciale callandito,
Como responso de monje;
Pero en nuestros cantos suene,
Por mañana, tarde y noche.
El solo en el templo oscuro
Será nuestro cirio y norte,
Aunque contra alguna esquina
Nos demos de coscorrones.
El la voz sagrada sea
Que en el altar ó en la torre,
Como anuncio de sereno,
Un mismo grito pregone.
Mas ántes, amigos míos,
Que mi musa se remonte,
Y echando fuego y venablos,
Corra sin saber por dónde,
Y en sus raptos furibundos
Mezcle tan plácido nombre

Con otros que el mundo vano
Orgullosamente encomie,
Olvidando en su delirio,
Que, como tesoro en cofre,
Amor le escondió en mi pecho
Con cien candados de bronce;
Hincad todos la rodilla,
Que han de oírse mis canciones,
Lo mismo que el miserere,
Entre sollozos y azotes;
Y heridos por tus acentos
Vibren los aires veloces,
Como si al bajar un ángel
De las etéreas regiones
Con su aleteo invisible
Nos refrescase el cogote.

En el álbum de la señorita doña Matilde Carondelet.

LA AMABILIDAD.

(Octubre de 1845.)

Si del trato apacible la dulzura
No le presta las gracias que atesora,
Sólo es, bella Matilde, la hermosura
Apariencia fugaz, flor inodora.
Grata amabilidad, dulce ternura,
Duplicando su fuerza seductora,
Con nuevo hechizo su poder aumentan,
Y su influencia mágica sustentan.

En el álbum de la señorita doña Adela Carondelet.

LA FELICIDAD.

(Octubre de 1845.)

No es la felicidad, hermosa Adela,
Realizar juveniles devaneos,
Ni sentada en brillante carretela
Oro y perlas lucir en los paseos.
Sólo la alcanza quien prudente anhela
Por ceñir á su suerte sus deseos,
Y, oponiendo al pesar esfuerzo y calma,
Logra al fin conservar la paz del alma.

EXÁMEN

DEL

JUICIO CRÍTICO DE LOS PRINCIPALES POETAS ESPAÑOLES DE LA ÚLTIMA ERA,

OBRA PÓSTUMA DE DON JOSÉ HERMOSILLA,

Y DADA Á LUZ POR DON VICENTE SALVÁ, EN VALENCIA, AÑO DE 1840 (1).

Habiendo leído con algun cuidado el primer tomo de esta obra, me figuré que entre su autor y su editor pasó ó pudo pasar el diálogo siguiente:

Hermosilla. Vamos, señor Salvá, dígame usted con franqueza qué le ha parecido mi *Juicio crítico*, y si está en ánimo de encargarse de su impresion.

(1) Creemos muy oportuno publicar aquí esta aguda y atinada crítica, no sólo porque se refiere á poetas del siglo XVIII, sino porque resplandecen en ella el claro discernimiento crítico y filológico, y la severa imparcialidad de DON JUAN NICASIO GALLEGO. (*Nota del Colector.*) *

Salvá. Si con franqueza lo he de decir, me ha parecido un elogio exagerado de Moratin, y una amarga diatriba contra Meléndez, bajo el disfraz de un título en que descubro, además, no pocos visos de superchería.

H. ¿Elogio exagerado? ¿Superchería? ¿Qué es lo que usted dice?

S. No se enfade usted, que yo me iré explicando. ¿No es elogio exagerado de Moratin no encontrar en todas sus obras sino media docena de pecados, menos que veniales, pintarle siempre como el poeta de los poetas y el modelo de los modelos, apurando en su alabanza

cuantas frases y exclamaciones tiene nuestra lengua, y repitiendo á cada paso: *Esto es lo que se llama poesia; en esta composicion todo es sublime, perfecto, inimitable; no hay nada igual en nuestro Parnaso.* ¿No deberá llamarse diatriba contra Meléndez un escrito en que se ve claro el empeño de encontrar defectos en sus obras, ya con ridículas cavilaciones y quisquillas gramaticales, ya suponiendo plagios que no cometió, ya disputando sobre si tal composicion que llama oda, debe llamarse *cancion* ó *silva*, ya sobre si el encuentro de ciertas sílabas es ó no mal sonante, ya acusando este verso de prosaismo, aquel de galicismo, y ya, en fin, diciendo ¡cosa rara! que tal romance es bueno, pero un poco largo, y que el otro no es malo, pero tiene cosas que á usted no le gustan, sin decir cuáles son? ¡Ah, señor Hermosilla! Este pueril y mezquino compas de los gramáticos, no es la pauta por la cual debe juzgarse á los poetas como Meléndez. La viveza de las imágenes, la oportunidad de las comparaciones, los arrebatos de una fantasía lozana sin extravagancia, la belleza y dulzura de la versificación, la naturalidad y ternura de los afectos, y sobre todo, la impresion que deja en el ánimo y el halago que produce en el oído la reunion de todas estas dotes, eso es lo que constituye la esencia y la excelencia de la poesia. Y ¿qué valen, en tal caso, los reparos minuciosos de los gramáticos? ¿No desaparecen como el humo á la simple lectura de una estrofa, en quien tiene alma que sienta, imaginacion que se exalte, y oído que perciba la música de los buenos versos?

Y ¿qué dirémos de la que usted llama *doctísima critica* de las obras de Moratin, hecha por don Juan Tineo, y que sirve como de introduccion á la obra de usted? Si en ésta recae la censura sobre las miserables menudencias que dejó indicadas, aquélla, por el contrario, se reduce á encomios desmedidos y rotundos de su idolo, y á sangrientas invectivas y acriminaciones contra Meléndez y su escuela. Tales y tan absolutas generalidades merecen alto desprecio, y sólo prueban que el transcurso de veinticinco años, durante los cuales tantos y tan grandes intereses y vicisitudes han agitado el ánimo de los españoles, no ha sido bastante á endulzar en el suyo la hiel y el encono con que la pandilla que rodeaba el pedestal de Moratin á principios de este siglo, se ocupaba en zaherir á la escuela de Meléndez. Y ¿qué refutacion cabe de las magistrales sentencias de Tineo, cuando las presenta sin otro apoyo ni razon que su dicho? ¿Qué obras nos ha dejado Tineo, para que por ellas podamos juzgar del peso y acierto de sus decisiones? ¿En qué títulos se funda la autoridad que presume deber reconocer los lectores en sus fallos doctorales? Todo el contexto de su *doctísima critica* no rebosa más que cólera y veneno. No quiere que Meléndez haya escrito un solo verso mediano, y al hablar de la dedicatoria que precede á *La Mogigata*, de Moratin, se irrita con éste porque dice que habiendo querido

..... la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitó del Zurguen,

vino la musa de Menandro y le quitó con enfado la cítara y flautas pastoriles, diciendo que su talento no era á propósito para tal empresa. Y ¿qué dice á esto don Juan Tineo? Que Moratin hizo esta confesion por pura modestia. Yo conocí y traté á Moratin, señor Hermosilla, y sé muy bien que la modestia no era su virtud dominante. Usted debe tener tambien hartas pruebas de ello, y por si las ha olvidado, bastará que yo le recuerde aquel romance, dirigido al Conde de Florida-

blanca, pidiéndole un beneficio, y en el cual, á pesar de ser todavía muy jóven, dice al Ministro que espera de él su felicidad, porque el ciclo tiene reservado á su gobierno

*Hacer florecer las letras
Y dar favor á los sabios.*

¿Qué tal? ¿No es admirable la modestia de Moratin? Pero supongamos que por modestia confesó no poder llegar á competir con Meléndez en los géneros que éste cultivó, ¿cabe modestia en asegurar que se propuso imitarle? ¿Trata nadie de imitar lo que no tiene por bueno? Luego Moratin no tenía de Meléndez la opinion que su panegirista, sucediendo con los entusiastas de aquel ilustre escritor, lo que se decia de los palaciegos de Luis XVIII, que eran más realistas que el monarca mismo. Yo aprecio mucho á Moratin, y usted lo sabe; pero esas alabanzas tan encarecidas con que Tineo y usted se empeñan en remontarle á la más empinada cumbre del Pindo, le perjudican, léjos de favorecerle, pues dan ocasion á que, ofendido alguno de esa escandalosa parcialidad, le ajuste las cuentas tan menudas, que no quede muy bien parado.

H. No negaré que acaso Tineo y yo nos háyamos excedido algun tanto en los elogios de nuestro amigo, y en cargar la mano á Meléndez con sobrada severidad; pero de esto á *superchería* hay una gran distancia; y confieso que esta palabrita me ha picado. ¿*Superchería*? Si Tineo viviera.....

S. No la apliqué yo á Tineo. Este buen señor, francamente y sin ambages, dijo: *Segun mi modo de entender, Moratin es el primer poeta del mundo, y Meléndez el más despreciable.* Ya ve usted que esta generalidad á nadie convence. Escritos de igual naturaleza, áun cuando los sazone la sal y pimienta de la sátira más fina, llaman, tal vez, la atencion momentáneamente, sepultándose á poco tiempo en la oscuridad del olvido, mientras la fama del hombre célebre, á quien en ellos se intentó deprimir, crece con los años y ocupa siempre en la estimacion pública el digno lugar á que supo elevarse. Pero usted no se ha conducido con tanta franqueza, y perdone usted que se lo diga. Usted, vendiéndose por amigo de Meléndez, y refiriendo hechos y gestiones que lo indican, disimula hipócritamente su malquerencia, le trata con visible parcialidad en su *Juicio critico*, y quiere que aparezca este opúsculo como una obra desapasionada y escrita para instruccion de la juventud. ¿Qué instruccion han de sacar los jóvenes de la lectura de un libro en que se pinta á Moratin como un gigante y á Meléndez como un pigmeo, en que el critico tiene ojos de lince para hallar defectos en éste, y los tiene de topo para no distinguir en aquél la más leve mácula?

H. Poco á poco con eso, señor Salvá; yo no hablo al aire, como Tineo, ni censuro por el empeño de censurar. Doy razon de mi dicho, y le apoyo siempre en sólidos fundamentos. Y si no, veámoslo; ahí está el manuscrito.

S. Enhorabuena. Empezando por las anacreónticas, dice usted que en la estrofa 6.^a de la segunda se encuentran dos defectos. Dice así:

Tú de las roncacas armas
Ni oírás el són terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.

Es el primer defecto no aparecer con claridad si las sirtes braman en mal seguro leño, ó si el que está embarcado en él es quien desde allí las oye bramar. ¿No es ésta una duda voluntaria y sin viso de razon?

El segundo defecto consiste en que las sirtes, que son unos bancos de arena, no braman, pues las que braman son las olas que en ellos se estrellan. Aquí se olvida usted de que la primitiva y general acepción de la voz *sirtes* es la de peñascos combatidos por las olas, y no hay cosa más comun entre los poetas antiguos y modernos, que pintarlos como unos monstruos, que con sus bramidos aterran á los navegantes, deseando devorarlos. ¿No es fuerte cosa que por el ánsia de hallar defectos á Meléndez, se empeñe usted en condenar hasta los ladridos de Escila y Caribdis?

II. Cuando las metáforas están ya tan autorizadas.....

S. No me interrumpa usted, que luego hablará cuanto quiera. En la preciosa anacreóntica *Á una fuente* (página 198) reprueba usted que Meléndez diga *amable sueño*, porque este adjetivo sólo se aplica á las personas. Podrá ser cierta la observacion, segun el estricto rigorismo gramatical; pero no sé yo por qué no ha de poder aplicar un poeta el adjetivo *amable*, en ese y otros casos, en el sentido de *grato* ó *apacible*. Reprueba usted tambien que diga *ondosa culebra*, decidiendo que esta calificación sólo viene bien á los fluidos, como el mar ó el viento, que son los que forman ondas; mas no á los sólidos como las culebras. ¿Pues qué, no forman ondas ciertos caminos con sus sinuosidades? ¿No las forman las montañas, los pabellones y otras mil cosas naturales y artificiales? ¿Puede estar más propia y oportunamente aplicado aquel adjetivo que al movimiento ondulatorio de ciertos reptiles? Ya veo que segun el fallo de usted, no podrán decir los poetas el *ondoso cabello*, pues tambien es sólido, y no líquido ni fluido.

Tacha usted, por último, el encuentro de las sílabas *te te* del verso

Transparente te lanzás,

y otras varias que descubre su lente crítico en las obras de Meléndez. No diré yo que ésta deje de ser falta reprehensible; pero ¿por qué no aplicó usted el mismo lente á las de Moratin? Sirva de ejemplo este verso suyo, en la oda á Cárlos III:

Hoy el cetro te ofrece,

Entre el *tete* de Meléndez y el *trote* de Moratin, no se advierte gran diferencia.

EL CONSEJO DEL AMOR.

En esta anacreóntica no tiene usted más reparo que oponer, que haber usado en ella Meléndez la palabra *bese*, por cuanto representa con excesiva desnudez una idea voluptuosa.

H. ¿Y qué? ¿Me negará usted que los poetas deben poner sumo cuidado en no presentar imágenes lúbricas, ni emplear expresiones que ofendan el pudor y hagan sonrojar á la inocencia?

S. Léjos de negarlo, me parece muy laudable ese escrúpulo. Lo que extraño es que no ofendiese la delicadeza de su oído el impecable Moratin en estos versos:

*¡Ay! si bentgna un día
Cede la ninfa mía
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.*

Esto es algo peor que el *bese*, y la expresion harto desnuda é indecente.

H. ¿Cómo? ¿Dónde está ese pasaje?

S. Aquí lo verá usted en la *oda á Nísida*, que ensalza usted á las nubes, diciendo *que no la tiene mejor el mismo Horacio* (página 41).

H. Hombre, es verdad ¿Dónde tendría yo los ojos! S. No se apure usted; que áun nos queda largo camino que andar.

A LA PRIMAVERA.

En esta y otras ocasiones critica usted que Meléndez use de verbos neutros ó intransitivos como si fuesen activos, desentendiéndose de que ésta es una de las galas del lenguaje poético, reconocida por tal en todos los idiomas y naciones cuando se emplea con juicio y buen gusto. En la composicion de que tratamos reprueba usted que diga Meléndez, hablando de las aves:

*Suspirando delicias
Por el bosque se pierden.*

Igual reprobacion le merecen las siguientes locuciones:

De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullia.
..... los jilgueros
Trindándole la alborada.

En otro lugar, hablando Meléndez con una madre sobre el cariño que tiene á su hijo, le dice que no hay

*Ternura que no le grite,
Ni bendición que no le eche.*

Estas expresiones tan bellas y poéticas las censura usted con burla y rechifla, comparándolas con las frases culteranas *guiñar pasmos* y *gemir arrullos*, de que hizo mofa Tomé de Burguillos. ¿Cuán ciego es preciso estar para no echar de ver la diferencia!

Al recorrer más adelante la oda de Meléndez, AL AMOR CONFESÁNDOSE RENDIDO, en la cual dice que su verso

Sólo suspira amor,

vuelve á machacar sobre el absurdo de hacer transitivos los verbos neutros, reproduciendo el *gemir arrullos*, y el *guiñar pasmos*, y añadiendo que aquella expresion está copiada de Boileau, que dijo:

les amours, que soupírait Tibulle,

y concluye usted con el chiste de que en España no podemos *suspirar amores*. Tanta lástima, créame usted, merece quien no siente la ternura y belleza de aquella expresion, como desprecio si, percibiéndolas, la moteja por pura malevolencia. Lo más reparable es, que, ora fuese por ignorancia, ora por tildar á Meléndez de plagiarío, cita usted en falso á Boileau, el cual no dijo que *Tibulo suspiraba amores*, sino *versos*.

H. ¿Cómo que no?

S. Lo dicho dicho. Aquí está el mismo Boileau, que no me dejará mentir.

*Ce n'était pas jadis sur ce ton ridicule
Qu'amour dictait les vers que soupírait Tibulle.*

Algo más atrevida es la expresion metafórica de Boileau que la de Meléndez por la mayor analogía que tienen los suspiros con *los amores* que con *los versos*; siendo digno de observar que siempre ha merecido á los franceses grandes elogios aquella expresion, á pesar de que el verbo *soupirer* es tan neutro é intransitivo en su idioma, como el *suspirar* en castellano.

Es tal, sin embargo, la obstinacion de usted en no conceder á los poetas la libertad de emplear como activos los verbos neutros, que estampa los siguientes clausulones (pág. 207): «Y para que no se dude que esta disparatada licencia no es un legítimo engalanamiento

de la poesía, sino un abuso detestable y perjudicial, SÉPASE que ni Homero entre los griegos, ni Virgilio entre los latinos, ni los demás poetas de ambas naciones, hicieron jamás transitivos los verbos neutros de sus respectivas lenguas. ¿Cómo habian de cometer semejante solecismo? Las reglas principales de la gramática (y una de éstas es la que distingue los verbos neutros de los transitivos), cuando una vez están sancionadas por el uso general, uniforme y constante, son inviolables, y el quebrantarlas un delito capital en el código literario. Insisto é insistiré todavía en este punto, porque veo con dolor que esta licencia, ó más bien este reprehensible abuso, introducido y autorizado por Meléndez, y llevado al extremo por Cienfuegos, ha corrompido ya en pocos años nuestra hermosa lengua, y acabará con ella dentro de poco si se tolera y aplaude.»

H. Sí señor, lo dije y lo diré siempre. Es un escándalo, una calamidad lamentable.

S. No se aflija usted, señor Hermosilla, ni nos atemorice con sus pronósticos y anatemas, dictados por el ciego espíritu de partido. Siento no haber tenido tiempo para averiguar si los poetas griegos fueron tan observantes de ese rigorismo gramatical, como usted asegura con tal magisterio; pero entre tanto sírvase decirme si reconoce á Lucano por poeta latino.

H. ¿Quién lo duda?

S. Pues oiga usted estos dos versos de la Farsalia:

Quique nec humentes nebulas, nec rore madentem
Aera, nec tenues ventos suspirat Anauros. (Lib. 6.)

H. A ver.... sí, verdad es; pero ya usted sabe que Lucano no se cuenta entre los poetas del siglo de oro, y....

S. Poco á poco: ¡y Tibulo y Juvenal son buenos poetas?

H. Eso es otra cosa: ¡vaya á que no usaron ellos como transitivos los verbos neutros?

S. Ya se ve: ¿cómo habian de cometer semejante solecismo? ¿no es verdad? Pues oiga usted:

Suspirant longo non visam tempore matrem. (Juv., sat. XI.)
Quod si forte alios jam nunc suspirat amores. (Tib., lib. IV, El. V.)

¿Qué dice usted á esto, señor Hermosilla? ¿Tiene usted más arbitrio que cantar la palidonia? Pues SÉPASE que las citas de casos iguales fueran en mayor número, á no haberme querido yo contraer al solo verbo de la disputa en que nos quiso usted presentar á Meléndez como plagiarlo de Boileau.

H. Vea, amigo mío, que con los años flaquea la memoria en términos increíbles. Y luego, como aquel Moratin era tan rígido en la observancia de los fueros del lenguaje, y le tenía á uno tan imbuidas sus máximas de purismo....

S. Por eso sin duda se abstuvo de incurrir en ese crimen capital del código literario.

H. Ciertamente.

S. No será malo que usted me diga si reputa por verbos intransitivos á *crecer* y *arder*.

H. ¿Quién puede dudar que lo son?

S. Pues ahora vea usted si están empleados como transitivos en los versos siguientes:

..... Cuyas ondas puras
Van á crecer del Tejo la corriente.
..... Las soberbias torres
Arderá de Hion la llama activa.

H. En efecto, apostaré á que son de algun poeta de la escuela salmantina.

S. No son sino de don Leandro Fernandez de Moratin. Los primeros se hallan en el idilio Á LA AUSENCIA,

del cual dice usted nada ménos que es el más hermoso y perfecto que tiene hasta el día nuestro Parnaso.

Los otros son de la traduccion de la oda de Horacio á Póstumo, acerca de la cual, y de las demás que vertió el mismo poeta en castellano, conviene usted con la opinion de Tineo en su *doctísima crítica*, quien repite igualmente el consabido fallo de que no las hay mejores en el Parnaso español. ¿Cómo se ocultaron á la perspicacia de usted tales solecimientos? ¿Tiene usted algo que contestar á esto?

H. Sí señor, y mucho. En el uso transitivo de los verbos *crecer* y *arder* no incurrió Moratin en el delito capital literario de alterar su naturaleza. No hizo otra cosa que cometer un arcaismo, pues tales verbos se usaron como activos antiguamente.

S. No fuera ésa mala contestacion, si usted mismo no la hubiera desvirtuado, cuando condenó á Meléndez por haber usado como activo el verbo *bullir* en su anacréontica DEL VINO.

H. ¿Pues qué dije?

S. Tenga usted paciencia, que ya lo estoy buscando. Estas son sus palabras (página 207): «No se me diga, para disculpar á Meléndez, que el verbo *bullir* fué antiguamente transitivo y significó *mover* ó *menear*, y de consiguiente que aquí no hay licencia, sino arcaismo. Porque entónces responderé: 1.º, que éste es uno de aquellos arcaismos que no deben usarse, y 2.º, que la acusacion queda la misma, pues siempre resulta que á un verbo hoy neutro se le hace transitivo por arcaismo.»

H. Confieso que tengo mania contra esa locucion antigramatical, y á no haberseme pasado por alto esos versos de Moratin, no hubieran quedado sin reprensión.

S. ¿Y qué hubiera usted dicho contra un pobre poeta que tuvo valor de escribir:

Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Reventaba incendios....

H. ¡Jesus qué desatino! Ese sí que es gongorismo de primer orden. Diga usted si estaria mal aplicada á su autor la comparacion de *guiñar pasmos*, y si merece la zumba del buen Burguillos.

S. Sin embargo, el verbo *reventar*, aunque la Academia lo califica de neutro, suele usarse tambien como activo, y en este caso la expresion podrá tacharse de hinchada; pero....

H. No, señor, aquí no hay disculpa. El verbo *reventar* se usa como activo cuando significa *hacer que otra cosa ú otro individuo revente*. Así decimos: *al saltar la zanja reventé los pulmones*; *llegué en pocas horas, pero reventé el caballo*. Mas éste es caso distinto, y en él es intransitivo el verbo *reventar*, ó no hay verbos intransitivos en la lengua castellana. ¡*Reventar incendios*! Esto sólo Cienfuegos ha podido decirlo en los tiempos modernos. Él solo es capaz de incurrir en un crimen tan capital, en un abuso tan abominable.

S. No, amigo, no ha sido Cienfuegos el reo, sino Moratin.

H. ¿Cómo! ¿Eso es posible?

S. Véalo usted aquí en la ELEGÍA Á LAS MUSAS, que con suma complacencia nos ha copiado íntegra (página 145), sin faltarle punto ni coma; por cierto que la encarece usted hasta el extremo de decir que no hay palabra en ella que no haya salido del corazon, y que es la mejor en su linca que tiene nuestro Parnaso.

H. No lo puedo negar. Algun demonio me cegó cuando hice este exámen.

S. El demonio de la pasion, bajo cuya influencia

está escrito ese libro desde la portada á la fe de erratas. Con Moratin siempre entusiasmado hasta perder el seso; con el pobre Meléndez tan escrupuloso, tan difícil....

H. ¿Qué es eso de difícil, señor Salvá? ¿Cómo se conoce que ha vivido usted en París muchos años! Esos son un galicismo garrafal, y no de los ligeros de que alguna vez acuso á Meléndez; galicismo que en verdad no recelaba pudiese salir de los labios del autor de una gramática de la lengua española. ¿Se rie usted?

S. ¿Pues no me he de reir?

H. Extraño mucho que ignore usted que el adjetivo *difícil* nada significa en nuestro idioma, aplicado á las personas, si no se sigue un verbo en infinitivo que determine el objeto de la dificultad, v. gr.: *Juan es difícil de convencer; Los gallegos son difíciles de engañar*. Pero el tal adjetivo á secas sólo puede aplicarse á las cosas, como *negocio difícil, problema difícil*. En francés es diferente: se aplica á las personas, y quiere decir *niamente escrupuloso, delicado con exceso*; en una palabra, *descontentadizo*. ¿A qué viene esa sonrisa burlona? ¿Estoy acaso diciendo algun disparate?

S. Todo lo contrario, señor don José. Convengo con usted en que es un solemne galicismo, que de propósito dejé caer por ver qué tal sentaba.

H. ¿Cómo había de sentar? Si Moratin lo hubiera oído, no le esperaba á usted mal latigazo. Dale con la risa.

S. Me estoy riendo hace rato del chasco que usted se va á llevar. Ese galicismo estupendo, garrafal, intolerable, lo cometió Moratin en la sátira *El Filósofastro*, en la cual dice (página 219):

*Más difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres.*

H. Hombre, déjeme usted verlo.

S. Aquí está. ¿Qué cabizbajo se ha quedado usted! Levante ya los ojos del libro. ¿No ha tenido usted tiempo sobrado para leer verso y medio?

H. ¡Jesus! ¡Jesus! Estoy aturdido.

S. Serénese usted, y sigámonos nuestro repaso.

H. Confieso, amigo mío, que no creí jamás encontrar en usted un enemigo tan acérrimo de nuestro Moratin. Muy lejos de eso, le juzgaba apasionado suyo.

S. Y lo soy en realidad. Ya he dicho que estimo mucho á Moratin, que me deleito en leer sus comedias y otras composiciones, en que hay cosas muy dignas de elogio. El enemigo de Moratin es usted, pues su vergonzosa parcialidad me ha puesto en precision de medirle con la misma vara con que usted mide á los que cree que le hacen sombra. Vuelvo á repetir que á los poetas célebres y á los demás escritores que merecen la aceptación universal no se les juzga por medio de reparos pueriles. Tales censores son los que llama por burla Ciceron *cantores formularum* y *auceps sillabarum*; esto es, ensalzadores de las fórmulas y cazadores de sílabas. No diré que son infundadas todas las tachas que usted nota en Meléndez, ni que usted deje una ú otra vez de hacerle justicia; pero las de Moratin se le pasan por alto, ó se convierten en primores. Digo más; algunos de los defectos imputados al primero están respirando mala fe por todas sus letras.

H. En eso no convengo; habré estado con él rígido y minucioso, si usted se empeña en ello; pero siempre la convicción ha dictado mis observaciones.

S. Ahora lo veremos. En la anacreóntica de Meléndez á un baile critica usted la estrofa que dice:

*De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El amoroso fuego
Que el seno las agita.*

Recae la censura sobre la inexactitud de la expresión *cantar el fuego*, como si no supiese usted que en poesía se canta todo; las armas, el campo, los héroes. ¿Cabe un reparo más pueril y malicioso? Dice usted que el fuego se *enciende, se apaga, se aviva*, pero *no se canta*. Según eso, Virgilio no debió decir: *Arma virumque cano*, porque las armas *se forjan, se afilan, se esgrimen*, pero *no se cantan*. ¿Y por qué no aplica usted á Moratin tan singular doctrina, cuando dice, hablando de la toma de Panzacola:

*Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña
La América triunfante?*

¿Puede la América triunfante *cantar lauros*, y no pueden las aves *cantar el fuego amoroso* que las agita? ¿Y será razón poderosa para negarlo decir que los lauros *se cortan, se riegan, se hacen con ellos coronas y escabeches*; pero *no se cantan*? ¡Ridícula frialdad!

En la anacreóntica *A un pintor* reprende usted las *turgentes pomas* de la estrofa 19, diciendo que es más decente decir *pechos*, y añade que *turgentes* es voz algo *quirúrgica*. ¿Algo? ¿A tales reparos qué se ha de constatar?

En la anacreóntica *A la esperanza* y en otras composiciones afea usted el uso que hace Meléndez del adverbio *ora* en lugar de *ahora*, aun cuando confiesa que lo han hecho igualmente los poetas del siglo XVI; es decir, los principales maestros, como Garcilaso, Herrera y fray Luis de Leon. Cabalmente el adverbio *ahora*, si se emplea como voz de tres sílabas, hace flojo y arrastrado el verso, y si se contrae á fin de que sólo se cuenten dos, resulta escabroso y duro. Estas razones, y sobre todo la autoridad de los grandes poetas citados, debieran dejar á salvo á Meléndez de semejante censura, á no haber empeño formal en atribuirle defectos.

Esto lo confirma el que reprobando usted en Meléndez la contracción de la misma palabra *ahora*, reducida á dos sílabas, en este verso:

Ahora cantará, cual ansíe algun día,

añade: ¿Por qué no dijo *ora*, como otras veces? De modo que le reprende usted aquí por no haber hecho lo mismo que le afea en otros lugares. ¿Cabe en esto buena fe?

H. Lo que yo quise decir es, que ménos malo fuera que hubiese puesto *ora* en vez de *ahora*, sin que esto sea dar mi aprobacion á ese adverbio anticuado.

S. Las voces y frases poéticas empleadas uniformemente por los principales poetas del siglo XVI no merecen la calificación de anticuadas, y el adverbio *ora* no tiene la nota de anticuado en el diccionario de la Academia.

H. Mucho será que no la tenga.

S. A fe que pronto saldrá usted de la duda. Aquí está (octava edicion, página 402): *Ora*, adverbio de lugar. *Ahora*.

H. Estoy convencido; pero en la mala fe no convengo.

S. En la anacreóntica *A la brevedad de la vida* le acusa usted de prosaico por estos dos versos:

*Y á los meses los años
Suceden por la posta,*

sin hacerse cargo de la sencillez propia de este género,

ni de que hay prosaismo de versificación, de lenguaje y de expresión. La de este lugar no puede ser más rápida, pintoresca y significativa; los versos son buenos, y la dición es familiar y sencilla cual conviene.

¿Y en qué consiste que no hayan parecido á usted prosaicos estos versos de Moratin?

Todo lo manda y todo lo gobierna....
Ellas su auxilio deben ofrecerte....
Habiéndole comido el patrimonio....

Y sobre todo, estos dos con que da principio á una oda:

Don Genaro, don Zoilo
Y doña Basilisa.....

¿No parecen á usted buen par de versos para una oda, y principalmente el segundo?

H. Yo no sé, en verdad, por qué se obstinó ese hombre en bautizar con el nombre de oda ese romancillo, gracioso, eso sí, pero del género más familiar y humilde.

S. En el romance *Al colorin de Filis* reprueba usted que Meléndez llame á la jaula *ominoso encierro*. La razón es porque *ominoso* es lo que *anuncia males*, y siendo el encierro el mayor mal que puede afligir á un jilguero, dice usted que aquel adjetivo no tiene objeto, y por consiguiente es impropio. Lo que es impropio en un crítico de buena fe, es inventar sofisterías para dar cierta apariencia de razón á sus voluntarias imputaciones. Supongamos que no deba aplicarse el adjetivo *ominoso* á un mal ó á una situación que no pronostique otros males. ¿El encierro de un colorin no le anuncia la pérdida de su libertad para siempre; que vendrá la primavera y no podrá gozar la frescura de los bosques, ni saludar la salida de la aurora, ni celebrar sus amores? ¿No es esto criticar por criticar?

H. ¡Vaya, que está usted inexorable!

S. No es ménos voluntaria y capciosa la censura de un verso de Meléndez en el romance *Los segadores*, en que hablando del sol, dice:

En su inmenso ardor nos baña.

Tacha usted de impropia esta metáfora: ¿y por qué? Porque *ardor es la impresion que sentimos al acercarnos á un cuerpo ardiente, y hasta ahora nadie se ha bañado en impresiones*. ¿Puede ignorar usted ni nadie que *ardor es calor excesivo*, y que los ardores del sol se llamarán siempre tales, aun cuando se prescinda de si hacen, ó no, impresion en nosotros? Lo mismo pudiera decirse del calor y del frio. Si estas palabras no significan otra cosa que la impresion que sentimos al acercarnos á un cuerpo frio ó caliente, no podrémos decir con propiedad: *El calor del sol vivifica los campos; El frio de Enero atrasó las sementeras*. No sé, pues, cómo ha de salvar usted su buena fe en orden á tan fútil reparo. Pero como usted no se contenta con poner defectos á Meléndez, sino que ademas suele tomarse la libertad de enmendarle la plana, me fuerza á decirle que la reforma que propone del citado verso, decidiendo que estaria mejor,

En su inmensa luz nos baña,

es desacertada, por no decir otra cosa. En prueba de ello bastará recordar que en el romance *Los segadores* se trata del sol ardiente de Julio, y que la circunstancia de bañarnos en su inmensa luz, lo mismo se verifica en verano que en invierno.

H. En esa parte doy á usted la razón; no caí en ello. Mas dejando este punto, y á fin de acreditar á usted que

no es tan excesivo el rigor de mi censura respecto á Meléndez, observe usted en qué términos he hablado de *Las bodas de Camacho*, drama que tirios y troyanos han convenido en calificar de perverso. Á tener yo, como usted supone, ese afán de ensangrentarme en su autor, ancho campo hubiera tenido para anatomizarlo verso por verso. Sin embargo, no lo he hecho así, contentándome con adherirme simplemente al concepto uniforme de cuantos han hablado de aquella malaventurada comedia.

S. No, amigo, no crea usted que me da papilla con esa moderación maliciosa. Usted es muy ladino, pero á mí no me engaña. Ha dicho usted entre sí: ¿Á qué emplear mi escalpelo, como los cirujanos, en un cuerpo muerto? Lo que importa es tiznar y desacreditar con la juventud lo que se ha ponderado como excelente y digno de imitarse. No deja usted, á pesar de eso, de hacer en pocos rasgos festiva mofa de la ignorancia de Meléndez acerca del estilo y lenguaje cómico, citando el *risum teneatis* despues de copiar docena y media de versos, á fin de que los lectores suelten la carcajada. Pregunta usted ademas en tono de compasion cómo el buen Meléndez, sabido el poco aprecio que tuvo su comedia en el teatro y fuera de él, se empeñó en insertarla en la coleccion de sus poesías, haciendo así pública y perpétua su deshonra.

H. Cierito que lo dije, y lo repetiré cien veces.

S. ¿Su deshonra, señor Hermosilla? ¿Y por qué?

H. Porque no es comedia, ni la versificación ni el estilo son de comedia, ni tal composicion es otra cosa que una larga égloga dialogada, dispuesta en forma dramática, como el *Aminta del Taso* y el *Pastor Fido del Guarini* (página 277).

S. Luégo usted mismo desvaneece su acusacion, confesando que Meléndez no se propuso hacer una comedia, sino una pastoral por el estilo de las dos indicadas, que tanta celebridad tuvieron en su tiempo. Si Meléndez no consiguió igual aceptacion, ya porque el gusto literario hubiese tomado un nuevo rumbo, ya porque cometiera el desacuerdo de dar al teatro una composicion que, aunque dialogada, no era propia de la escena, ya, en fin, por no haber sido feliz en la imitacion de sus modelos, no por eso deja de haber en *Las bodas de Camacho* trozos de poesia lirica y elegiaca, bastantes por sí solos para acreditar á un gran poeta. Como no tengo á mano las obras de Meléndez, me habré de contentar con repetir los mismos versos que usted copia por via de rechifla.

¡Ay, cómo en estos valles,
Morada ántes de amor, hoy del olvido,
Basilio fué dichoso!
¡Oh, tiempo, tiempo! ¿Dónde presuroso
Tan presto te has huido?
La crédula esperanza, que mi pecho
Abrigó tantos años, ¿qué se ha hecho?
¿Es ésta, infiel Quiteria, la ventura
De tu zagal amado?
Amado, sí, cuando inocente y pura
Como la fresca rosa,
Y mucho más hermosa,
Nos dió el amor sus leyes celestiales.
En fin, todo lo alcanza la riqueza,
Y en adorar el oro son iguales
Ciudades y alquerías.
El mérito es tener, y la belleza
Cede del poderoso las porfías,
Como la caña al viento, etc.

Estos versos no deshonran á nadie, señor Hermosilla, por más que usted los haya elegido de propósito para ridiculizarlos, presentándolos como objeto de burla, y añadiendo que los restantes son de la misma calaña. ¿No se avergüenza usted de expresarse en tales térmi-

nos? Gana me está dando de carcar con los referidos versos un trozo cualquiera de los de usted de su traducción de Homero; mas como por una parte no me he propuesto juzgar á usted en calidad de versificador, sino en la de crítico imparcial, y por otra pudiera usted ofenderse de que empleaba armas prohibidas, me abstendré de ello, y pasaré al examen de otro punto.

H. Ya va usted estando pesado, y no poco.

S. Tenga usted paciencia. De la anacreóntica *Á LA AURORA* sólo dice usted que no le suena bien; *¡Salud, divina Aurora!* y le parece que es la fórmula francesa *je vous salue*, añadiendo que, sin duda por eso, el autor de la epístola á Andres (Moratin) censuró el; *¡Salud, lúgubres días!* del mismo Meléndez. No está claro si Moratin hizo dicha censura porque no le sonaba bien á usted aquella apóstrofe, ó por haberla creído semejante al *je vous salue*, de los franceses. Si es por la última circunstancia, como parece más probable, forzoso es convenir en que entrambos tienen razon. No cabe duda en que tal fórmula es parecida al *je vous salue*, de los franceses; al *io vi saluto*, de los italianos; al *salve*, *sancte parens*, de Virgilio; al *salve, Regina*, de la Iglesia; al *salvete, flores Martirum*, de Prudencio, y en fin, á todos los saludos del mundo. Pero ¿qué se infiere de aquí contra la anacreóntica de Meléndez? Si esto no es criticar al aire, confieso que no lo entiendo.

H. Yo en ese pasaje nada critico: digo simplemente que se parece á la salutación francesa; pero ni le apruebo ni le repruebo.

S. Ya veo que usted, habiendo pronunciado su fallo Moratin, renuncia al uso de su razon, y se somete á su dictámen, bajando sumisamente la cabeza.

H. Yo juzgo por mí mismo, y en nadie reconozco el derecho de sojuzgar mi razon.

S. ¿Cómo no? ¿Cuántas veces se limita su censura de usted á estas solas palabras? *Baste decir que está en la epístola á Andres.* No parece sino que la tal epístola es edicto de inquisicion. ¿Y qué diré de la estafalaria denominacion de *loista*, voz ridícula, inventada por usted para hacer un nuevo cargo á Meléndez por mero capricho?

H. No hay tal capricho: es un hecho innegable que Meléndez usa el pronombre *lo* en lugar de *le*, lo cual, fuera de las locuciones neutras, es un gran defecto.

S. ¿Por qué es defecto? Porque usted lo dice. Harto sabida es la controversia entre los gramáticos sobre si debe emplearse el pronombre personal *le* en solo el caso dativo, dejando el *lo* para el acusativo, ó si en uno y otro debe usarse el primero. Usted es de esta última opinion, y llama *loistas* á los que siguen la contraria, como llama *magüeristas* á los que emplean voces anticuadas. Semejante cuestion permanece indecisa, y en tal estado se hallará hasta que el uso general y uniforme llegue á resolverla. Entre tanto, cualquiera tiene libertad para usar el *le* ó el *lo* indiferentemente, segun le acomode ó le convenga y sin que nadie le pueda tachar por ello de infractor de las leyes del buen lenguaje. Meléndez, por lo mismo, unas veces dice *lo*, y es lo más comun, y otras *le*. De aquí toma usted pié para clamar contra el *loismo* de aquel escritor cuantas veces tropieza con su malaventurado pronombre, sin que esto le salve de otra reprimenda cuando escribe *le*, pues entónces le reprende usted porque infringe su sistema favorito, dejando de ser *loista*. ¿Y quién ha dicho á usted que Meléndez es *loista* ni *loista* por sistema? El empleo que indiferentemente hace de una y otra terminacion probaria, á quien no criticase por flujo de criticar, que Meléndez, lejos de ser sistemático en este punto, se

aprovecha de la libertad que el uso tiene autorizada.

H. Pero usted no se hace cargo del ambiguo y poco decente sentido de várias expresiones, cuando en ellas entra el pronombre *lo*. Sólo por esto debiera desterrarse tal locucion, segun lo indico en varios lugares de mi *Juicio crítico*.

S. ¿Y qué adelantariamos con eso? Supongamos que se proscriba el *lo* por una ley del reino, hecha en Córtes, promulgada á són de clarines, y con su sancion penal por añadidura. ¿Qué sucederá en ese caso? Que todo el mundo dirá *le* en esas expresiones ambiguas, y tendremos la misma dificultad.

H. Ya lo veo: á la larga vendríamos á dar en el propio inconveniente.

S. Vamos á otra cosa. Censurando usted la oda *AL PANATISMO*, deja caer la especie de que la expresion de este verso:

Bandera de la luna triunfadora,

es de Herrera. No sé si quiere usted dar á entender que Meléndez robó este verso al poeta andaluz. Pero aunque así fuese, no hay ninguno de cuantos se han ocupado en versificar que ignore cuán fácil es tomar el poeta por suyo un verso que le ocurre, siendo en realidad reminiscencia de otro que ha leído. Cuando Moratin estampó este endecasílabo:

Por las concavidades retumbando,

creo yo que estaba muy distante de imaginar que cometia un plagio.

H. Pues qué, ¿no es suyo ese verso?

S. No señor, que es de su padre en el canto á *LAS NAVES DE CORTÉS*; bien que pudiera alegar derecho á su propiedad, como su heredero legítimo y único.

H. Déjese usted de bromas.

S. Enhorabuena; pero volviendo al verso de Meléndez:

Bandera de la luna triunfadora,

dígame usted si la falta que le pone tiene otro fundamento que el maligno prurito de criticar.

H. ¿Pues qué digo de él? Ya no me acuerdo.

S. Que incurrió en la impropiedad de decir *la luna*, debiendo haber dicho *la media luna*, por no ser sino *media* la que campea en los estandartes moriscos.

H. ¿Y en eso no tengo razon?

S. Tuvírala usted si no hiciera siglos que á cada paso leemos en nuestros escritores en prosa y verso *las africanas lunas*, *las lunas otomanas*, cosa que le consta á usted tanto como á mí, y de la cual pueden citarse ejemplos á centenares. Así en España, cuando se dice *la media luna*, se entiende que es la de la plaza de toros.

H. No puedo negar que en eso anduve algun tanto quisquilloso.

S. Pues no creo lo estuviese ménos en la censura de estos cuatro versos de Meléndez, contenidos en su oda *MI VUELTA AL CAMPO*, y en los cuales un labrador ve

El río ondisonante
Entre copados árboles torciendo,
Eugañar con su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo.

Aquí nota usted dos defectos: primero, que diga *torciendo* sin añadir *el paso ó el curso*, como si esta omision perjudicase á la claridad, y no fuese de uso general y corriente. ¿Cuántas veces habrá usted dicho y oído decir: *el camino tuerce á la derecha*, *El arroyo va*

torciendo hacia la villa, sin necesidad de que se añada *su direccion ni su curso!*

El segundo defecto consiste en aplicar impropriamente el adjetivo *circulante* á la fuga del río. No diré yo que convenga este adjetivo con propiedad matemática al giro tortuoso que por lo comun llevan los rios; pero no puedo dejar pasar sin contestacion el que añada usted que el tal epiteto se puso allí por *la fuerza del consonante*. Esta calificacion es injuriosa á Meléndez, y lo seria para cualquier versificador mediano, pues no hay cosa más fácil que dar nuevo giro á los versos cuando la rima es rebelde. Meléndez lo estampó, porque, con razon ó sin ella, lo juzgó pintoresco y oportuno. De lo contrario, hubiera alterado el primer verso y expresado su pensamiento de distinto modo. Y á fe que no sé yo cómo se defendería Moratin, ni por dónde sacarían el caballo sus ciegos panegiristas, si les dijésemos que sólo *la fuerza del consonante* (al cual confesaba el mismo poeta tener muchísimo miedo) le habia obligado á emplear dos voces notoriamente impropias en las composiciones siguientes: primera, al nueve plantío que hizo el mariscal Suchet en la Alameda de Valencia. Léense en ella estos versos:

*Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendí á su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejé de Guido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido
En la que ve crecer floresta umbría.
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.* (Página 54.)

¿Qué *centellas* del monte Olimpo son éstas? Que por venir Cupido á gozar de la frondosidad del plantío y de los ojos verdes (¿por qué verdes?) de las valencianas, dejó los pensiles de Guido y la mansion del Olimpo, se comprende muy bien; pero que deje *sus centellas*, no lo entiendo. ¿Será, pues, juicio temerario sospechar que tales centellas entraron en el verso forzadas por las *ninfas bellas* en que se propuso el autor que terminase la estrofa?

La segunda impropiedad, procedente de la maldita rima, se encuentra en la composicion de Moratin dirigida á un ministro sobre la utilidad del estudio de la historia. Hablando de la caída del imperio romano por la invasion de los bárbaros, principia un periodo con estos versos (página 107):

*Y como desatado
Suele el torrente de la yerla cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el margen con impetu violento,
Arboles, chozas, y peñascos duros
Rápido quebrantando, y espumoso,
De los puentes la grave pesadumbre
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así bárbaras gentes, etc.*

¿No es una compasion que en un trozo de nueve versos, en que sólo los dos últimos están rimados, no hallase el poeta otro consonante á *precipita* que el frío y sosegado *quita*? ¿Qué quiere decir que un torrente furioso quita la pesadumbre de los puentes y la riqueza de los campos? ¿No está el símil diciendo de justicia otro verbo que contenga en sí la idea de una violencia tan terrible como *arrastra*, *arrebata*, *aniquila*, *destruye*? Usted, amigo, como no aplica á Moratin el mismo microscopio que á Meléndez, léjos de descubrir la mota más ligera en esta composicion, dice de ella (página 106): «Citaré algunos trozos (uno es el copiado), no para notar defectos, porque en toda ella no los hay, sino para presentar modelos de la más sublime poesia.»

III.—Ps. XVIII.

De la oda *AL PLANTÍO DE LA ALAMEDA VALENCIANA*, es decir, la de *las centellas*, «asegura usted, después de otros encomios á cual más encarecido, que *no tiene pero; que fué dictada por el mismo Apolo, y que ella sola probaria que Moratin no sólo es el mejor de nuestros poetas cómicos, sino el más perfecto de cuantos han escrito versos, desde Rioja hasta el día, en los géneros en que ejercitó su pluma*» (página 52). ¡Rotunda decision! ¡Admirable imparcialidad! ¿Aun pudiera hacer á usted otra observacion sobre *el atrevimiento del Amor* en la oda de que estamos hablando....

H. Hombre, déjeme usted por Dios, que ya estoy mareado con tantas observaciones, y tengo la cabeza como un timbal.

S. En buen hora; pero no piense usted que ha de acabar aquí la fraterna. Mañana será otro día.

S. Aquí me tiene V. puntualísimo y dispuesto á llevar á cabo la demostracion.

H. No me rompa V. la cabeza con más demostraciones: diga de una vez si quiere encargarse de la impresion de mi obra, que es el punto que dejamos pendiente.

S. ¿Con que, segun eso, insiste V. en el propósito de echarla á volar por esos mundos de Dios con su nombre y apellido en la portada?

H. Sí, señor; con mi nombre y apellido. ¿No ve V. que una critica anónima tiene visos de sátira, y yo quiero dar á mi obra la apariencia de doctrinal, y como complemento práctico de mi *Arte de hablar en prosa y verso*?

S. Ya veo, amigo, que es V. incorregible. Yo creí haber convencido á V., en nuestra pasada conferencia, de que sus juicios son apasionados é injustos, y de que esta ciega parcialidad aparece clara en cada página, en cada línea de su *Juicio crítico*. ¿Y aún tiene V. el empeño de que esa mala fe se haga pública, y caiga sobre V. una lluvia de folletos, donde salgan á relucir el *Arte de hablar*, la traduccion de Homero y el *Jacobinismo*, que felizmente gozan de profundo descanso en los almacenes de la imprenta? Yo suponía que después de nuestra conversacion hubiera hecho V. algunas enmiendas, reformando aquellos juicios de más palpable injusticia, y suprimiendo muchos de los reparos pueriles con que tizna á Meléndez, y que V. se vió obligado á confesar por tales.

H. ¿Enmendar y suprimir? Nada ménos que eso: no pienso quitar ni una coma. Verdad es que conviene con V. en que á veces anduve algun tanto escrupuloso, pero tambien lo confieso en mi obra, y doy enseguida mis descargos.

S. ¡Ah, pecador impenitente! ¿Dónde está esa confesion, que no recuerdo haber leído?

H. Véala V. aquí (pág. 249).

S. A ver, (leyendo) «ELISA ENVIDIOSA (Meléndez).

Cuiden de realzar su lustre.

» Contraccion durísima de las dos vocales *e-a*, que deben pronunciarse con separacion. Para que haya » verso, es necesario leerle como si estuviese escrito

» *Cuiden de realzar su lustre.* »

Déjeme V. suspender por un momento la lectura, que quiero salir con un tapaboca al encuentro de este reparo.

Leucónoe, ni los números caldeos....

Este es el verso de Moratin, en el cual, si ha de me-

recer tal nombre, hay que hacer una violenta contraccion de las vocales *o-e*; de manera que es preciso leerlo así :

Leucone, si los números caldeos....

Pregunto : ¿ es igual el caso ?

H. De modo..... que..... sí..... parece....

S. No tiene usted que cansarse; los ejemplos son idénticos. Ahora sigo leyendo.

« Tal vez me dirá alguno : usted es demasiado rígido. Si los poetas no se toman esas licencias, ¿ cómo han de hacer buenos versos ? Respuesta : como los hizo Moratin, en cuyas obras no se encuentra una sola de las innumerables incorrecciones y licencias de prosodia que se permitió Meléndez. Y éste es el gran mérito de aquel insigne poeta. Hacer sonoros versos atropellando las leyes de la gramática, y alterando arbitrariamente la prosodia usual de las voces, no es ciertamente difícil. La dificultad consiste en hacerlos magníficos, llenos de grandes ideas, sin rípios, en un lenguaje purísimo, correcto, propio y verdaderamente poético, y sin tomarse una sola licencia que no esté autorizada por el uso de los buenos escritores. »

¿ Con que, ésta es la confesion y los descargos ? ¿ Con que, Moratin es el modelo de los modelos, y el tipo de la perfeccion, en que no se encuentra ni un solo pecado venial en orden al rigor prosódico, á la pureza y correccion del lenguaje, á la magnificencia de la versificacion, y á cuantas dotes constituyen la excelencia de la más alta y sublime poesia ? Amigo, no hay paciencia para leer encomios semejantes. A ellos solo puedo contestar que vaya usted respondiendo á estas preguntas :

¿ Hacer á *Leuconoe* voz de tres sílabas no es la misma licencia de prosodia, que la de Meléndez cuando hace de dos á *realza* ?

¿ Es lenguaje purísimo el de : *Más difíciles somos, etc.* ?
¿ Es locucion propia decir :

*La ciudad famosa
A quien del Ebro la corriente baña,*

en vez de la *cual*, como prescribe la gramática ?

¿ Son versos magníficos :

*Y á Diomedes, más fuerte que su padre.....
De los suyos. O Dios Omnipotente.....?*

¿ No es un ripio miserable el del Olimpo y sus *centellas* ?

¿ No es prosa ramplona

Hablándole comido el patrimonio.....?

¿ No atropella las leyes de la gramática el que hace concertar adjetivos masculinos con un sustantivo femenino ?

H. ¿ Dónde ? ¿ Cuándo ?

S. En un epigrama cuyos primeros versos son los siguientes :

*¿ Ves esa repugnante criatura
Chato, pelon, sin dientes, estevado, etc.*

¿ Una criatura *chato*, una criatura *pelon*, no son por ventura concordancias más que vizcaínas ?

¿ Es idea grandiosa llamar á un sucio coche, simon de los tiempos pasados, *máquina opulenta* ?

H. Eso ya lo advierto yo en su lugar, y digo que la voz *opulenta* vino allí arrastrada por el consonante (página 29).

S. No era muy difícil dar con el adjetivo *mugrienta*, que le venia pintiparado. Fuera de eso, el que usted lo advierta no abona el desatino,

H. No, pero prueba mi imparcialidad.

S. Ésa, no hay duda, es admirable. Vamos siguiendo.

¿ No es lenguaje, no sólo incorrecto, sino absurdo, el de esta copla en que termina uno de sus romances :

*Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran ?*

en lugar de decir *que le celebren*, de modo que el pícaro asonante le obligó á estampar que los Marones, que todavía no han venido al mundo, le están ya celebrando ?

H. Tambien ese disparate y falta gramatical están anotados por mí terminantemente (página 80).

S. ¿ Con que, en suma, usted advirtió y censuró la impropiedad en la máquina opulenta, y la ménos grave de los futuros Marones ?

H. Sí, señor ; y si no, vea usted las páginas citadas.

S. Pues, de ese modo, ¿ cómo tiene usted valor para decirnos que en las obras de Moratin no se encuentra una sola incorreccion, licencia ni ripio, y que en todo es purísimo, magnífico y correcto ? ¿ No es esto contradecirse usted groseramente ?

H. No por cierto ; una ú otra excepcion no destruyen la regla general, y pocos lunares no afean un rostro hermoso.

S. Podrá ser así ; pero de un rostro que tiene pocos lunares, no se puede decir que no tiene ninguno. Bien es verdad que para usted sus lunares son primores, y las composiciones más triviales no sólo las elogia como portentos del arte, sino que las encarece como empresas de suma dificultad, columbrando en ellas misterios recónditos que sólo existen en su alucinada fantasia. Tal es, por ejemplo, la oda *A Jovellanos*, obra de muy corto mérito, reducida á una docena de expresiones cortesanías, y escrita en un metro facilísimo y de poca gracia, el cual supone usted que es una invencion peregrina con que aumentó Moratin una nueva cuerda á la lira española.

H. Si usted es de esa opinion, tendrá á bien permitirme que yo prefiera la del mismo Inarco, quien lo dice terminantemente en una nota, añadiendo que aquel metro, de invencion suya, es una imitacion de otro latino.

S. ¿ De cuál de ellos ?

H. Eso no lo expresa Moratin ; pero yo presumo que del asclepiadeo, ó más bien del exámetro (página 33).

S. Para examinar ese punto será preciso que copieemos un trozo de la oda susodicha. Dice así :

*Id en las alas del raudó céfiro,
Humildes verros, de las floridas
Vegas, que diáfano fecunda el Atlas,
Adonde lento mi patrio río
Ve los alcázares de Mántua excelsa.
Id, y al tiustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á los Alusas,
Para mi siempre nimen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle.*

Éstos son los versos desconocidos, con los cuales da á entender su autor que ha aumentado una cuerda á nuestra lira, imitando no sé qué especie de metro romano. Éstos, los que usted presenta como una invencion singular, ponderando la *facilidad con que manejaba Moratin la lengua y cómo jugaba con las dificultades, que de intento buscaba y sin esfuerzo vencía.*

H. Lo dije y lo repito.

S. Luego veremos qué gran invencion es ésta y qué dificultades ofrece. Entre tanto dirémos algo sobre la versificacion latina á que más se asemeja. — Usted se inclinó al verso asclepiadeo, y en efecto, si tiene semejanza con alguno, es con éste, Los versos :

*Id en las alas del raudo céfiro....
Maccenas atavis edite regibus....*

forman á nuestro oído una cadencia, si no idéntica, muy aproximada. Así, no alcanzo cómo reformó usted su opinión diciendo que remedaba más bien el exámetro latino.

H. Lo dije, porque el mismo verso castellano, cargado con el segundo de Horacio:

O et præsidium, et dulce decus meum!

no me sonaba ya de igual modo.

S. Por disonante que á usted le pareciese, no sé cómo pudo usted descubrir la más leve conformidad entre el verso de Moratin y el exámetro, cuando para echar de ver la enorme diferencia que media entre uno y otro, no hay necesidad de acudir ni á las reglas prosódicas ni al testimonio del oído, pues basta la simple vista.

*Id en las alas del raudo céfiro.... (Verso de Moratin.)
Oye pío, responde grato, censura severo.... (Exámetro.)*

A fin de que se note más palpablemente la desproporción, he puesto un exámetro castellano, pero compuesto de voces tan latinas, que sin más que una leve alteración en las desinencias, se convierte en un verdadero exámetro latino.

H. Ya veo que el uno es mucho más largo que el otro.

S. ¿No lo ha de ser? El primero no tiene, en rigor, más de diez sílabas y el segundo quince; y si los medimos por piés, como lo hacían los romanos, el exámetro tiene seis y el asclepiadeo cuatro.

H. No se cansa usted más; ya veo que dije un disparate; pero mi equivocación nada tiene que ver, ni con el mérito de la invención, ni con la dificultad de la escritura, que, como dije, supo vencer Moratin sin esfuerzo.

S. Para esclarecer ese punto, quisiera que me dijese usted si tiene por difícil el verso de cinco sílabas, como los de aquella fábula de Iriarte:

*Vió en una huerta
Dos lagartijas
Cierta curioso
Naturalista.*

H. No me parece de una gran dificultad.

S. ¿Y si fuesen sueltos ó libres?

H. ¡Oh! Estando exentos de la traba del asonante, los considero facilísimos.

S. Pues para que lo estén los cuatro citados, convirtámoslos las lagartijas en alacranes y dirémos:

*Vió en una huerta
Dos alacranes
Cierta curioso
Naturalista.*

H. Bien; ¿pero qué tiene eso que ver con el punto que ventilamos?

S. Una friclería; como que toda la invención de Moratin está reducida á escribir en un renglón dos versos de cinco sílabas, convirtiéndolos en uno de diez.

*Vió en una huerta dos alacranes
Cierta curioso naturalista....
Id en las alas del raudo céfiro
Humildes versos de las floridas....*

Le parece á usted, si con tan peregrina invención le quedarían hirviendo los sesos, y tendría que comerse las uñas para vencer las dificultades que presenta?

H. Hombre.... sí.... hasta cierto punto....; pero no acabo de convencerme de la perfecta conformidad de esos cuatro versos. El primero de Moratin veo que ter-

mina en una voz esdrújula, que no existe en ninguno de los otros.

S. Creí que no ignoraba usted que un esdrújulo al fin del verso no altera su naturaleza, ni se toma en cuenta el aumento de la última sílaba.

H. Es verdad, no me acordaba.

S. De todos modos, para que aparezca más patente la identidad, pondrémos, en lugar de alacranes, una vez esdrújula, verbi gracia:

VERSOS DE CINCO SÍLABAS.

*Vió en una huerta
Varios cernícalos
Cierta curioso
Naturalista.*

*Id en la alas
Del raudo céfiro
Humildes versos
De las floridas....*

INVENCION DE MORATIN.

*Id en las alas del raudo céfiro.
Humildes versos de las floridas....
Vió en una huerta varios cernícalos
Cierta curioso natura lista.*

¿Está usted convencido?

H. Iguales parecen. Vea usted quién había de imaginar que todo el misterio estaba reducido á poner en un renglón dos versos de cinco sílabas, que son tan antiguos y manoseados. ¡Toma! Como que Moratin mismo tradujo en ellos la oda de Horacio *Integer vitae*, diciendo:

*El que inocente
Su vida pasa
No necesita
Morisca lanza.*

S. Cierta; ahí lo tiene usted, ponga esos cuatro versos en dos líneas, quiteles el asonante y está todo hecho.

*El que inocente su vida pasa
No necesita morisco dardo.*

Dígame usted ahora si esto es haber añadido una cuerda á la lira castellana y si resplandece la modestia de Moratin en la indicada nota.

H. En efecto, ya no me parece tan admirable la invención, aunque me tomaré tiempo á fin de meditar sobre la exactitud de las observaciones de usted.

S. Pues para eso, y para ensayarse usted, si gusta, en hacer versos iguales, le daré á usted la receta, que de intento traigo en el bolsillo.

RECETA.

Toma dos versos de cinco sílabas,
De aquellos mismos que el buen Iriarte
Hizo en su fábula lagartijera.
Forma de entrambos un solo verso,
Y esto repítelo según te plazca.
Mezcla si quieres, que es fácil cosa,
Algun esdrújulo de cuando en cuando,
Con esto solo, sin más fatiga,
Harás á cientos versos magníficos,
Como estos míos que estás leyendo.
Así algún día los sabios todos,
Los Hermosillas del siglo próximo,
Darán elogios al digno invento,
Ora diciendo que son exámetros
Ó asclepiadeos, ora que aumentas
Con nueva cuerda la patria lira,
No hallando en Córdoba laurel bastante
Con que enramarte las doctas sienas.

H. Poco á poco, señor don Vicente. Eso es ya burlarse de mí, y por muchos ensanches que se den á la amistad que nos une, no creo que deba usted emplear, ni yo sufrir, semejantes bufonadas. Aquí dió fin nuestro conversacion, y venga mi manuscrito.

S. Vamos, no se enfada usted, que esto es una broma,

y á fin de desenojarle voy á referirle un chasco gracioso que me sucedió hace pocos dias con uno de mis chicos. Estando éste leyendo la traduccion que usted acaba de recordarme, de la oda de Horacio, *Integer vita*, me dijo con mucha formalidad: Papá, ¿qué especie de arma antigua era la que los romanos llamaban *fusco*? Hombre, le contesté, yo no tengo noticia de tal arma. Yo imagino, me replicó, que el *fusco* vendria á ser á manera de un tridente, ó acaso de un chafarote.—¿Pero en qué to fundas? ¿Dónde se hace mención de ese instrumento?—Aquí, en la primera estrofa de una oda de Horacio, traducida por Moratin:

El que inocente
Su vida pasa
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljabas
Llena de flechas
Envenenadas.

Majadero, le dije yo, ¿no ves que ese *Fusco* es el nombre propio del sujeto á quien Horacio dedicó la oda?—«Y yo, ¿en qué lo podia conocer? Metido entre las armas, lo tuve por una de ellas; y si ciento lo leen, otros tantos lo interpretarán del propio modo.» Entónces volví á leer la estrofa, y viendo el lugar que ocupa aquel nombre, conocí que el muchacho tenía razon.

H. ¿Y qué quiere usted decir con eso?

S. Que Moratin no acertó á colocar el tal vocativo en términos que apareciese con la debida claridad su pensamiento.

H. Ciertó que el reparo es de importancia. Ya se ve, á falta de otros más graves, tiene usted que añadir fruslerías, que pueden llamarse muy bien escrúpulos de monja.

S. ¿Y no es de monja el escrúpulo de usted cuando aparenta escandalizarse de los versos de que habla Meléndez en la oda ó idilio *al sueño*, dados, ¿á quién? ¿á una rosa? Fuera de eso, tenga usted por seguro que si nos pusieramos á examinar una por una las obras de Moratin con la detencion y malignidad con que usted repasa las de Meléndez, descubriríamos defectos de más bulto.

H. Á fe que no encontraría usted ni arcaísmos, ni trasposiciones violentas como en Meléndez y sus secuaces, que desfiguran el idioma sembrándole de voces anticuadas.

S. También Moratin las emplea cuando le acosa la necesidad, como allí: *No vos ofende*, y despues,

Suele el cultor acumular los frutos,....

Ya ve usted que ahora decimos: *No os ofende*, y él lo hubiera dicho también si no quedara manco el verso. En orden á la voz *cultor*, en igual de agricultor, sucede lo mismo; se valió de la primera (que es anticuada, y como tal la califica la Academia) por no haber podido acomodar la segunda. Por lo relativo á trasposiciones, no hay quizá ninguno de nuestros poetas que las haya usado más violentas, ni con profusion más destemplada.

H. ¿Qué es lo que usted dice? ¿Hay acaso escritor cuya dicción sea más natural y castiza, ni que más respete las leyes gramaticales? Es cuanto me quedaba que oír.

S. No hay que acalorarse. Usted sabe muy bien que una de las excelencias de la lengua castellana es la gran facilidad que permite, para alterar y combinar de mil modos la colocacion de las palabras, pero tampoco ignora usted que hay algunas que forzosamente

han de ocupar un lugar determinado y no pueden trasponerse.

H. Eso es clarísimo: por ejemplo el relativo *cuyo*, como que siempre se ha de aplicar al sustantivo que más próximamente le precede, no sufre trasposicion que le aleje del mismo.

S. Es muy cierto; y tenga usted presente esa observacion, porque más adelante tendrémós que recordarla. Entre las voces que no admiten trasposicion se encuentran en primer lugar los títulos ó dictados que anteceden á los nombres propios, como *fray Pedro ha muerto*, *don Juan está en Segovia*.

H. Así es, no se puede decir *fray ha muerto Pedro*, *don está en Segovia Juan*.

S. En la misma regla se comprenden los artículos, los adjetivos numerales, los demostrativos y algunos más, v. gr.: *El paño es bueno*, *un terno me ha caído*, *este caballo relincha*.

H. En efecto, nadie puede decir *el es buen paño*, *un me ha caído terno*, *este relincha caballo*. Hasta aquí estamos acordes.

S. Bien está; pues, sin embargo, algunos de nuestros poetas han solido divorciar las indicadas voces, intercalando otras palabras y aun frases enteras; pero lo han hecho rarísima vez, y en ocasiones en que un sentimiento profundo autorizaba esta licencia; pues ya sabe usted que la pasion se explica en frases cortadas é interrumpidas con exclamaciones, las cuales en cualquier lugar del período tienen entrada libre y colocacion oportuna. Así lo hizo Rioja, ó sea Rodrigo Caro, al empezar su cancion á las ruinas de Itálica, diciendo:

Estos, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora
Campos de soledad,....

Tan notable osadía contra las leyes del buen lenguaje, no sólo merece disculpa en este caso, sino elogio por ser oportunísima para infundir desde luego en el lector el mismo sentimiento que inspiró al poeta la vista de la destruccion de aquel gran pueblo.

H. Es mucha verdad, y ahora me acuerdo de que Moratin suele emplear la misma trasposicion alguna que otra vez.

S. ¿Cómo alguna que otra vez? Le cayó tan en gracia, que acaso no hay ni una sola composicion suya en que no se encuentre, llegando á tal extremo el abuso de esta licencia, que suele usar de ella dos y más veces en un centenar de versos.

H. Vamos, vamos, eso ya es mucho exagerar.

S. Para que vea usted que no exagero, citaré las que me ocurren.

Si ya depuesto el que vibró, indignada,
Rayo fulminador,.... (Al nacimiento de la condesa de Chinchon.)

Cuantas debe gozar la patria, un día,
Mercedes altas,.... (Ibid.)

Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desuados. (Oda á Trafalgar.)

Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crüeles,.... (Epístola á D. Simon Rodrigo Lasso.)

Y los que devastó furor impio
Feraces campos,.... (Oda á Suchet.)

En la que va á crecer floresta umbría. (Ibid.)

Del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,.... (A Póstumo.)

Si alguna inflama
Pura centella del poder d'vino. (Al nac. de la cond. de Chinch.)

Y la que osada d'side el Nilo al Bétis
Sus águilas llevó, prole de Marte,.... (Epístola á Jovellanos.)

A los que ya de estrellas se coronan,
Abuelos suyos,.... (A la Marquesa de Villafranca.)

Ese que aduerme en ebúrnea cuna,
Pequeño infante,.... (Ibid.)

*Esto: que formo, de primer desnudos.
No castigados de tu docta lima.
Fáciles versos.... (A la Marquesa de Villafranca.)
Esa que veis llegar, máquina lenta.... (Soneto á Clori.)
Esta que me inspiró fácil Tulla,
Moral ficción.... (Epístola al Principe de la Paz.)
Estos que levantó de mármol duro,
Sacros altares, la ciudad famosa.... (Soneto á la capilla del Pilar.)*

Me parece que bastan los ejemplos apuntados para probar á usted que no ha sido ponderacion mia; que el empleo frecuente de unas mismas formas y giros poéticos arguye pobreza y hace amanerado el estilo; y sobre todo, que ese respeto á los fueros del idioma, esa correccion esmerada, esa sobriedad en el uso de licencias y trasposiciones atrevidas, no son tales como usted las encarece.

H. Del modo con que usted presenta sus citas, reuniéndolas todas en un monton, es claro que han de producir mal efecto en el oído; pero en su propio lugar le hacen muy bueno, y hasta ahora no he oído que hayan chocado á nadie.

S. Si, señor, han chocado, y yo tengo bien presentes los malos ratos que dieron los críticos á Moratin cuando publicó su composicion á la batalla de Trafalgar, burlándose del citado hipérbaton:

*Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desnudos.*

Entónces le aplicaron, y no sin causa, la sabida zumbra que hace de semejante licencia al autor de la *Gatomaquia*, diciendo:

En una de fregar cayó caldera:

Y digo que no sin causa, porque en este verso median sólo tres palabras entre el *numeral* y el *sustantivo*, y en los de Moratin se intercalan nada ménos que nueve entre el *artículo* y el *nombre*, número que suele llegar á once, como sucede en uno de los contenidos en la epístola á Jovellanos.

H. ¡Qué cuentas tan menudas! Eso es lo que se llama hilar delgado.

S. Usted me obliga á ello con sus encarecidos elogios de Moratin. Déjele usted gozar del honorífico puesto que dignamente ocupa en el Parnaso español, y no se empeñe en encaramarle á la cumbre, á par del mismo Apolo.

H. No tanto, amigo, no tanto.

S. ¡Con que, no tanto! La oda al plantío de la alameda de Valencia sienta usted (página 52) que la dictó el mismo Apolo. De otra composicion á los Padres del Limbo, dice usted que *parece escrita por un ángel*, y que *no sólo en nuestro Parnaso, sino en cuanto usted conoce de la literatura moderna, no hay un trozo de tan sublime poesia* (página 34).

H. No puedo negar que me embelesa la lectura de sus obras, y que cuando las veo se me van las horas sin sentir, y no me acuerdo de nada ni de nadie.

S. Que entónces no se acuerda usted de nadie, estoy tan distante de creerlo, que no titubeo en asegurar que se acuerda de todo el mundo, y que los encomios de aquél, no tanto proceden de la predileccion con que le mira, cuanto del odio á sus rivales.

H. Esa es una de las ofensas gratuitas é infundadas con que usted acostumbra favorecerme.

S. ¡Infundada! Si usted está tan ciego que no lo cree así, me obligará á demostrárselo con repetidos ejemplos.

Despues de alabar usted el soneto *Á Clori en coche simon* (la máquina opulenta), diciendo que *no le hay igual en los mismos italianos, siendo los inventores del*

soneto, añade usted que esta composicion sola bastaria para probar que Moratin era, *cual ninguno de sus contemporáneos*, lo que se llama un poeta; y más abajo añade: *¿Quién de ellos hubiera sabido pintar con decorosas expresiones la pesadez del coche*, la mala calidad de las mulas que tiran, los inútiles esfuerzos del cochero?

Elogiando usted el soneto titulado *La despedida*, y despues de encarecer la ternura con que amó á su autor, y el entusiasmo con que le admiró, vuelve á hablar de *sus contemporáneos*, encumiéndole sobre todos ellos.

Hablando usted del cántico *A los padres del limbo*, se le va la cabeza en términos que no encuentra frases con que encarecerlo. Algunas quedan apuntadas, por lo cual sólo expresaré las últimas, que son las que se refieren á mi actual propósito. *¿Y oscuros pedantuelos se atreverán todavía á decidir* ex-trípode que Moratin no fué poeta lírico? De modo que jamas pierde usted de vista á los contemporáneos, deprimiéndolos con adjetivos de malquerencia y menosprecio. ¿Y qué diré á usted del adverbio *todavía*, que está rebotando presuncion y jactancia por todas sus letras? Bórrelo usted cuanto ántes, si no quiere que los pedantuelos se rian de su fatuidad.

H. ¡Por qué se han de reir?

S. Porque diciendo usted (no probando) que aquella composicion es magnífica, inimitable y divina, le pregunta si *todavía* se atreverán á decir que Moratin no es poeta lírico, equivale á esta otra: Diciendo yo que es excelentísimo, ¿habrá quien tenga la audacia de dudarle?

H. Yo no he querido dar á entender eso: lo que quic-ro decir es, si despues de leer esa composicion, se atreverán á negar que Moratin fué poeta lírico.

S. Eso fuera bueno si ahora se publicara el tal cántico por primera vez; pero sigo adelante.

Habla usted de la oda *A Nisida*, y despues del turbion de elogios consiguientes, dice que éstas son las verdaderas odas horacianas, introducidas en nuestra poesia por Garcilaso, Camóens, fray Luis de Leon, Francisco de la Torre y otros. *y llevadas al más alto grado de perfeccion por Moratin*, y concluye dando una dentellada á los que por desgracia han confundido las odas con las canciones pindáricas y petrarquescas, *designando en esto á los contemporáneos*. Prescindo, por no ser mi objeto en esta ocasion, de la peregrina idea de separar las odas de Píndaro de las de Horacio, y asociarlas con las canciones de Petrarca, como composiciones de igual naturaleza y artificio.

Viene despues la epístola *Á un ministro*, sobre la utilidad de la historia; empiezan de nuevo los arrebatos de admiracion, y acaba usted su panegírico diciendo: *Esto si que es hacer hablar á las Musas el lenguaje de la filosofia y de la moral. ¿Y las bárbaras cattervas que están atrincheradas en nuestros Parnasos dirán todavía que Moratin sólo fué poeta cómico?* Estas bárbaras cattervas, que son los contemporáneos, no dejarán de agradecer á usted la cortesanía con que las trata.

Al fin del alto elogio de la epístola lagartijera, y despues de ponderar las dificultades que de intento buscaba Moratin, *y sin esfuerzo vencia*, añade usted: *compárese con los canijos versificadores, que tanto sudan para componer una estrofa mediana*.

Por último, maravillado usted de la excelencia de los dos sonetos de Moratin, uno *A la memoria de Meléndez*, y otro *A la muerte de Múiquez*, dice del primero que no le hizo mejor, ni tan bueno, el elogiado, y termina los encomios del segundo con estas expresiones: *esto se llama*

ma ser poeta, y lo que á esto no se parece, se llama ser coplero.

Inútil es aglomerar otras citas para convencer á usted de que en sus elogios de Moratin tiene tanta parte por lo ménos su ojeriza contra los rivales de este poeta, como el alto concepto que le merece. Así las mayores alabanzas le parecen á usted insípidas y frías si no las sazona con la mostaza de la injuria y desprecio de los que juzga émulo de su gloria.

H. Será lo que usted quisiere; pero mientras no me haga ver que no tengo razon, y que los tales sonetos y demas composiciones son defectuosas, y no merecen el alto concepto en que las tengo, podrá usted tachar mis elogios de algo exagerados, pero no de injustos.

S. Para eso era preciso ir las desmenuzando como usted desmenuza las de Meléndez, y ya tengo dicho á usted que no apruebo ese método de juzgar á los poetas, pero si usted quiere que por via de ensayo demos un repaso á algunas de las que usted reputa por más acabadas, verá cómo no falta que decir sobre ellas.

H. Mucho me complacería ver qué defectos les encuentra el señor Salvá.

S. ¿Si? pues daré á usted gusto con dos condiciones: 1.^a, que el exámen sea breve, y recaiga sobre dos ó tres cosas de las más notables, pues para hacer lo mismo con todas sus obras, fuera forzoso emplear demasiado tiempo; 2.^a, que esto se entienda dejando á salvo mis principios en la materia, que no son ciertamente los de criticar con sólo el fin de encontrar defectos. Téngase, pues, entendido que yo voy á hacer en esta ocasion con las poesías de Moratin lo que usted haría si las hubiese escrito Meléndez.

H. Enhorabuena.

S. Empecemos por el soneto *A Máiquez*. Dice usted que es magnífico, y pondera lo bien expresado que está el objeto de la tragedia, que es el de robustecer el alma para que resista al vicio y desprecie los riesgos que puede ofrecer la práctica de la virtud. ¿No es esto?

H. En efecto, eso es lo que digo.

S. Pues yo creo que en ambas cosas padece usted equivocacion. Para probarlo no es menester pasar del primer cuarteto. Dice así:

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma;
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion resistes.

Si á cualquiera, sin otra prevencion ni antecedentes, se le pregunta cuál es el arte, el agente, el móvil que tiene eficacia bastante para excitar los afectos humanos, restituyendo la calma al hombre irritado, y encendiendo en ira al que está sereno, contestará con la *elocuencia*, ya sea en prosa, ya en verso, y alguno dirá tal vez que la *música*, pero ninguno que la *declamacion*. Esta se limita á expresar con toda propiedad, en voz, gesto y accion, las palabras y afectos que el poeta atribuye á sus personajes. Por tanto, si á éste le falta el necesario talento para pintarlos con la naturalidad y el sentimiento propios de su situacion y carácter, no podrá el cómico, por más que se esfuerce, excitar en el ánimo de los espectadores los afectos que se propuso, y no supo expresar el autor. La elocuencia, pues, es la fuente verdadera y única, el manantial, puro ó impuro: el cómico viene á ser el conductor que da paso á sus aguas, turbias ó cristalinas. No quiero decir con esto que sea un vehículo simple ó maquinal de los sentimientos y expresiones del poeta; confieso, por el contrario, que la declamacion es arte difícil, y que de la

perfeccion ó imperfeccion con que se ejerza, depende en gran parte el buen ó mal efecto que la obra de aquél produce en los espectadores; pero el fuego central, la fuerza mágica está en ella; la declamacion no es más que un auxiliar suyo.

Aun es mucho ménos exacta la idea contenida en los dos segundos versos, á saber: *que Máiquez supo robustecer la virtud del alma, que resiste al oro, al hierro y á la opresion*. Usted dice que en estos versos está bien definido el objeto de la tragedia, y Moratin no habla de su tragedia y su objeto, sino del trágico y su habilidad. *Tú solo supiste*, etc. Ahora bien; si se pregunta, como arriba indiqué, cuál es el agente, el poder mágico, capaz de infundir en el alma del hombre tal valor y esfuerzo, que haga frente al hierro y al oro, y desprecie la muerte y todo género de amarguras y peligros, ¿dirá nadie que es el cómico Máiquez, ni la declamacion, ni la tragedia? ¿No dirá que es la exaltacion de alguno de los sentimientos ó pasiones humanas, especialmente de las nobles y generosas? ¿No dirá que es el entusiasmo guerrero, patriótico ó religioso? ¿Quién llevó á Régulo á Cartago, á San Lorenzo á la hoguera, á Colon al Nuevo Mundo? Decir que tan prodigiosos efectos los sabe producir un cómico, ¿no es decir un solemne desatino?

Pasando ahora á los versos que usted gradúa de *magníficos*, solo observaré que no pueden merecer este concepto los de un soneto en que se encuentran rimando cuatro verbos, tres de los cuales están en segunda persona de un tiempo mismo, y son *supiste, conseguiste, dividiste*. Rimar de este modo prueba esterilidad y pobreza; pero en cambio estaba seguro el autor de que hasta apurar todos los versos en *er* y en *ir* de la lengua castellana, no le podían faltar consonantes.

H. Pues yo estoy cansado de ver emplear tales rimas á los poetas de gran nombre, entre ellos al mismo Garcilaso.

S. Es mucha verdad; así están rimados los tercetos de uno de sus sonetos (1); mas en esto no debe ser imitado, y si en ellos se fundará la gloria del Cisne del Tajo, no hubiera llegado su nombre hasta nosotros. Bien seguro estoy de que no hay mediano versificador en España, que no se avergonzara de que pasasen por suyos.

Pero demos una ojeada al soneto *A la memoria de Meléndez*, del cual dice usted que es superior en mérito á cuantos compuso este poeta:

Ninfas, la lira es esta que algún día
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tórmes; cuya voz armoniosa
El ensueño de las ondas detenía.
Quede pendiente en esta zelva fría
Del lauro mismo, etc.

En este primer cuarteto se echa de ver una incorreccion notable en el uso del pronombre *cuyo*, que el autor quiso aplicar á Batilo, y en ley de buena gramática se refiere al Tórmes.

H. ¿Al Tórmes? ¿Y por qué?

S. Por ser el sustantivo que le precede, y con arreglo á la doctrina que usted sentó, hablando de las trasposiciones, no es posible entenderlo de otro modo.

H. Ya, pero á fin de salvar esa ambigüedad, despues del Tórmes se pone punto y coma.

S. Aunque usted le ponga una pared maestra, y al

(1) Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llévame junto el mal que me dejastes, etc.

recitar el verso se detenga en Tórmes diez minutos, siempre estas palabras:

*Del Tórmes; cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenía,*

quieren decir que la voz armoniosa del Tórmes era quien detenía el curso de las ondas. Ya ve usted que no es esto lo que el poeta quiso dar á entender.

H. Ese reparo no es más que una quisquilla despreciable.

S. Algo de eso podrá haber; pero ¿no es quisquilla reparar, por ejemplo, en que Meléndez no debió decir *Anacreon*, sino *Anacreonte*? Prosigamos.

*Intacta y muda entre la pompa verile,
Solo en sus fibras resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde.*

¿Quiere V. hacerme el favor de decir qué *fibras* son éstas?

H. ¿Qué *fibras* han de ser? Las cuerdas de la lira.

S. Jamas he visto á ningún escritor castellano, de prosa ni de verso, llamar *fibras* á las cuerdas, ni en cuantos diccionarios he podido registrar se encuentra semejante voz en ese sentido.

H. La habrá tomado Moratin del idioma latino, y bien sabe usted que es lícito españolizar voces de la lengua madre.

S. Mucho hay que decir sobre eso; pero es el caso que en tal acepcion jamas he visto empleada aquella palabra por los autores latinos del buen tiempo, ni se halla en los vocabularios de este idioma. ¿La ha visto usted por ventura?

H. Yo solo recuerdo haberla leído en un himno del oficio de San Juan Bantista.

S. Cierto: en el de visperas:

Ut quædam laxis resonare fibris, etc.;

pero no ignora usted que el autor de este himno fué el diácono Paulo, que floreció á fines del siglo VIII; es decir, en los tiempos de la infima latinidad.

H. Lo que sé muy bien es que los latinos conocian dos especies de cuerdas en los instrumentos músicos, las de metal y las de tripa. Á todas en general las llamaban *chorda* y áun *fides*; pero con este nombre solian designar particularmente á las segundas, á las cuales daban tambien el de *nervi*. Cicéron dice que los griegos consideraban como parte esencial de una educacion esmerada la destreza *in nervorum vocumque cantibus*.

S. En eso no hay duda. Tambien Horacio, en su oda á *Mercurio*, llama *nervi* á las cuerdas de la lira,

*Tuque testudo resonare septem
Caillida nervis;*

mas ninguno las llama *fibræ*, y siendo cierto, como lo es, que ni en latin ni en castellano se conoce esta voz, ¿quién dió facultad á Moratin para usarla? ¿Hay en esto la acrisolada correccion y propiedad que usted le atribuye?

H. Yo presumo que Moratin usó el nombre de *fibras* en el sentido de *nervi*; esto es, de cuerdas fabricadas de intestinos de animales.

S. Es muy posible, porque en realidad entre *nervios* y *fibras* alguna semejanza se advierte, pero siempre fué sobrada libertad. Por otra parte, ¿no era más propio y honorífico para Meléndez dar á su lira cuerdas doradas? Así podría resonar el viento en ellas, en vez de que, pendiente la lira de un laurel en la *selva fria* del Tór-

mes, poco tiempo resonarian siendo de tripa, pues estarían podridas y rotas en ménos de una semana.

H. Eso ya es mucho sutilizar; y lo que yo le digo á usted es que cuando Moratin puso *fibras*, pudiendo escribir *cuerdas*, que cabe en el verso perfectamente, motivos tendria para hacerlo.

S. ¿Quién lo duda? Los tuvo muy grandes, y yo le diré á usted cuáles fueron. Escribió:

*Sólo en sus cuerdas resonando el viento,
El claro nombre de su dueño acuerde.*

Esto de *cuerdas* y *acuerde* le sonó mal, y con harta razon. Entónces, no sabiendo cómo salir del apuro, encajó *fibras*, pegase ó no pegase.

H. Ya se ve, en empeñándose en tropezar en pelillos....

S. Á fe que usted no necesita de eso para sus censuras. ¿En qué pelillos tropezó usted para decir que los romances de Meléndez eran buenos, en general, pero tenian el defecto de ser demasiados? ¿Á quién, sino á usted, le ha ocurrido la especie de que es defecto de lo bueno el ser mucho? Por fin, reconoce usted que hay pelillos en que tropezar, y eso que no quiero meterme en el último tercio, por no ser pesado, pues aquello de la *ignorancia feroz* de la patria no se aviene muy bien con el *lamento de la misma*, y presta materia para algunos reparos. Mas, en cambio, darémos un vistazo á la famosa composicion *Á la muerte de Conde*, que en el dictámen de usted no tiene igual en nuestro Parnaso, y se complace en insertarla íntegra, á fin de que los contemporáneos aprendan á ser poetas. Empieza así:

H. Dios nos la depare buena.

S. *¡Te vas, oh dulce amigo,
La luz huyendo al día!
¡Te vas, y no conmigo!*

Lo primero que me ocurre es la incorreccion de la segunda frase, pues en buen castellano no se dice *huir la luz al día*, sino *la luz del día*, y así lo hubiera dicho Moratin, si le hubiese cabido en el verso.

Otra impropiedad se advierte en la misma locucion respecto á su sentido, y consiste en que el *huir* es acto voluntario. ¿No es así?

H. Ciertamente, porque áun cuando el mal de que se huye sea gravísimo, en mano del hombre está el arstrarle, si le prefiere á la fuga. Esto es lo que enseña el axioma: *Voluntas, etiam coacta, voluntas est*.

S. Lo ha explicado usted perfectamente. Pues bien, en eso me fundo yo para afirmar que sólo se dirá con propiedad que *huye la luz del día* el que se mata á sí mismo. Del que no se halla en este caso, deberémos decir que *la luz del día es la que huye de él*. Hé aquí por qué es impropia aquella locucion, pues es de presumir que Conde muriese contra su gusto.

H. En punto á sutilezas, veo que puede usted apostárselas al mismo Escote.

S. Vamos al tercer verso, que en mi sentir adolece de otra impropiedad.

¡Te vas, y no conmigo!

Moratin debió decir: *¡Te vas sin mí!* *¡Te vas y no me llevas!* *¡Te vas, y no voy yo contigo!*

H. Pues ¿no es lo mismo?

S. No, señor; *Te vas, y no conmigo*, supone que Moratin trataba de hacer algun viaje, y esto no es verdad. Nadie se va con el que se está quieto. Veamos otra estancia,

*Las nueve de Helicóna
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.*

Estas donaciones están un poco oscuras. Cuando en la oración hay una serie de posesivos iguales y sin interrupción alguna, se refieren todos, en buena gramática, al mismo sujeto. Si decimos: Juan me dió sus guantes, su capa y su sombrero, damos á entender que estas prendas pertenecían á Juan. *Las nueve de Helicóna* dieron á Conde sus diáfanos cristales y su lira de marfil. Si estos dos *sus* hacen relación á *Helicóna*, viene muy bien en orden á los cristales, pero muy mal en orden á la lira, porque la fuente Helicóna no tiene lira que dar. Si dichos dos posesivos se refieren á las Musas, pase la donación de la lira, pero los cristales son de Helicóna, y no de éstas. Además, hay no poca duda respecto á su lira. ¿Tenían las Musas una sola lira para las nueve, y se la dieron á Conde? ¿O tenían cada cual su lira y le regalaron nueve liras? Fuerza es convenir en que todo este pasaje está confuso y embrollado.

*Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.*

La caña pastoril no significa un instrumento músico, como, sin duda, quiso darlo á entender Moratin. ¿Por qué no dijo flauta, y mejor avena? Ni en las varias acepciones que trae el *Diccionario* de la voz caña, ni en ningún poeta antiguo ni moderno, recuerdo haber hallado semejante voz en el sentido de gaita ó zampoña.

H. ¿Qué tacha tan pueril!

S. Como muchas de las de usted. Vamos adelante.

*El ritmo y afuencia
Que usaron eloquentes
Arabia, Roma y Atica
Supiste declarar.*

El verbo *declarar* significa en este caso lo mismo que *aclarar*; es decir, poner en claro lo que está oscuro y confuso. Por lo mismo, estará bien dicho que Conde supo *declarar el ritmo* que usaron los griegos, los romanos y los árabes, por ser para nosotros materia confusa é intrincada; pero aquello de que *supo declarar la afuencia de dichas naciones*, no lo entiendo. *Afuencia* se llama la *facilidad de explicarse con abundancia de palabras y expresiones*. Donde hay *afuencia* no es menester aclaración, porque *afuencia sin claridad* no se concibe. Lo que tal vez suele necesitar de aclaraciones es lo que se refiere en términos muy laconicos. Hay, por tanto, en la expresión de Moratin falta de propiedad.

H. Ya escampa.

S. *La Historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó á tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y mármoles
Amiga te mostró.*

¿Quiere usted decirme qué broncees abultados son éstos?

H. ¿No está bien claro? Medallas, bajos relieves, estatuas, como la de Marco Aurelio, los caballos de Venecia, etc., etc., etc.

S. Pues, siendo así, encuentro en esta estrofa una palpable impropiedad. Aquí tenemos dos verbos, que son *entregar* y *mostrar*. El primero significa *pasar ó trasladar una cosa de la mano ó del poder de quien la tenía á la mano ó al poder de otro sujeto*. Por consiguiente, lo que se *entrega* es siempre un objeto manejable. El verbo *mostrar* quiere decir *exponer una cosa á la vista de alguno, enseñársela con el dedo ó de otra manera*. De estas definiciones, cuya exactitud es innegable, se deduce

que Moratin trocó los frenos, diciendo que la musa de la Historia *entregó* á Conde broncees abultados, y le *mostró* códices. Más natural sería que le *entregase los códices y le mostrase los broncees*.

Hay, además, otra idea falsa ó mal expresada, pues dice que le *entregó*

Bronces que el arte abulta.

Lo que hace el arte es *animar* los broncees, darles forma, expresión y vida. Esto fué, sin duda, lo que quiso y no supo decir Moratin. No es objeto del arte *abultar los broncees*, que harto abultados son de suyo.

H. Basta, basta. Ya veo yo que criticando de ese modo, no hay en el mundo composición sin defecto.

S. ¿Quién lo niega? Así es como usted critica á Meléndez.

H. Vea usted qué impertinentes reparos, tratándose de una composición que Tineo alaba con encarecimiento, y á la cual dió no menos elogios en el número 30 del *Censor* mi amigo don Alberto Lista.

S. Por lo que hace á Tineo, repito á usted que en mi estimación tienen poco peso sus encomios. No diré lo mismo de don Alberto Lista, cuya idoneidad, ó por mejor decir, cuya superioridad en tales materias reconozco y respeto, como la reconoce y respeta toda España. Alabaría, no lo dudo, la oda elegiaca *A la muerte de Conde*, tanto por ser propio de su carácter honrar á todo el mundo, cuanto porque para formar su juicio procedería con benévola intención, considerando en aquella obra, ya en su totalidad, ya en cada una de sus partes, la armonía de sus estrofas, la oportunidad y el orden de sus pensamientos é imágenes, la naturalidad, viveza y expresión de los afectos, y en fin, la impresión que deja su lectura en el ánimo de los lectores imparciales, que es la piedra de toque más legítima y segura. Pero no descendería á desentrañar malignamente y por ápices su estructura, vocablo por vocablo y sílaba por sílaba, como usted ha hecho con el pobre Meléndez, ó como yo lo hago ahora con Moratin. Proceder de este modo es lo mismo que si para juzgar de la belleza y fragancia de una rosa fuésemos examinando y arrancando sus hojas una por una.

Basta con lo dicho para hacer ver que nadie hay perfecto: que Moratin no puede presentarse á la juventud como un modelo sin tacha; que la crítica maligna rara vez deja de encontrar dónde hincar el diente con más ó menos razón, y por último, que del mismo modo que estamos obligados á ser indulgentes con el prójimo en orden á sus defectos morales, debemos serlo respecto á sus flaquezas literarias, teniendo presente aquella copla de Quevedo:

*Todos somos concebidos
En cosquilla original;
Quien no las tiene en los lados,
Las tiene en el espaldar.*

H. Todo eso está muy bien; pero vamos á lo que importa: ¿imprime usted mi obra, ó no la imprime?

S. ¿Sin enmiendas?

H. Sin enmiendas; *quod scripsi, scripsi*.

S. La imprimiré, pero será poniéndole un prólogo, en que declare paladinamente *que disiento de la opinión de usted en el juicio que forma de Moratin; que los elogios de usted y de Tineo son parciales y exagerados, que los tributan á su ídolo con ciego entusiasmo y repetición empalagosa, y que estoy muy distante de tenerle por el mejor y más perfecto de todos los poetas que han escrito desde Rioja hasta nuestros días, en cuantos géneros ejercitó su pluma. ¿Le acomoda á usted así?*

H. ¡Qué disparate! ¿Lo dice usted de véras? Si así sucediese, sería usted el primer editor del mundo que desaereditase de propósito la obra que tratára de publicar.

S. Pues lo seré, no le quede á usted duda, porque no quiero aventurar mi reputacion literaria, tal cual ella sea (1).

(1) En efecto, el editor ha cumplido puntualmente su palabra.

H. Y ¿se figura usted que he de ser yo tan necio, que entregue mi manuscrito á quien se propone desautorizarle y rebajar su mérito?

S. Está bien; aguardaré para publicarlo á que usted se muera.

H. En tal caso, haga usted lo que guste; pues, como dicen los franceses, *après moi le déluge*. — JUAN NICASIO GALLEG0,

FIN DE LAS POESÍAS DE DON JUAN NICASIO GALLEG0.



DON JAVIER DE BÚRGOS.⁽¹⁾

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en la ciudad de Motril, provincia de Granada, el 22 de Octubre de 1778, de familia noble, aunque escasa de bienes. Al principio de su carrera se dedicó á las ciencias eclesiásticas, pero mostrando siempre especial afición al estudio de la elocuencia y la poesía, se trasladó á Madrid en 1798, donde sólo permaneció dos años, al cabo de los cuales volvió á su país.— Durante la invasión francesa desempeñó cargos honoríficos, de cuyas resultas tuvo que emigrar, en 1812, y permaneció en el extranjero hasta el año de 1817, en el cual fijó su residencia en la corte. En 1824 fué á París, de orden del Gobierno, á desempeñar una comision de Hacienda, y en 1827 regresó á España. Desde entónces ocupó siempre puestos distinguidos en la Administracion, hasta que en 1833 fué nombrado ministro de Fomento, y más adelante senador del reino, consejero real, y por último, ministro de la Gobernacion, en 1846. Fué individuo de la Academia Española. Falleció en Madrid, el 22 de Enero de 1848, á los sesenta y nueve años y tres meses de edad.— Sin contar sus comedias y sus poesías líricas, los escritos más notables de Búrgos son: la famosa exposicion que elevó al Rey desde París, la Instruccion á los subdelegados de Fomento, la traduccion de Horacio, sus Lecciones de administracion, y la historia ó *Anales del reinado de doña Isabel II*. Al principio de esta obra hay una extensa biografía de Búrgos, en la cual se hallan varios de los documentos que acabamos de citar.

POESÍAS.

ODAS.

I.

Á LA RAZON.

¿Dó, agobiadas las frentes
De vagas aprehensiones,
Aceleradas corren tantas gentes?
¿A qué se apiñan en estrecha senda
Cien siglos, cien naciones?
Paz piden todos, y en fatal contienda
Se ofenden, se maltratan;
La verdad buscan, y el error acatan.
Traidor él, su falsía
Vela, y fascina y miente,
Y guiar finge al triste que extravía.
¿Quién no le vió, ostentando ardiente celo,
Proclamarse insolente
El vengador del ofendido cielo,
Y entre preces austeras
Alzar cadalsos y encender hogueras?

Si el impulso violento
Mostró atajar más tarde,
¿No substituyó á un mal males sin cuento?
De apagar el incendio que atizára
Hizo estéril alarde;
Tolerante ser quiso, y hundió el ara
Su torpe desvarío;
Huyó de ser fanático, y fué impío.
Campeon de las leyes,
Paladín de sus fueros
Tal vez ser quiso, y combatió á los reyes,
Exageró con fementido encono
Livianos desafueros;
Escalon del patíbulo hizo al trono,
Y sobre él alzó aleve
La brutal tiranía de la plebe.
¿No veis cuál acaudilla,
Blandiendo hierro y llama,
Ruin demagogo la soez cuadrilla?
«Libertad, igualdad», grita furioso,
Y al que su igual proclama
Despoja sin piedad, y temeroso
De que su bien recobre,
Si rico le robó, le oprime pobre.

(1) Debemos la comunicacion de estas poesías, algunas de ellas inéditas, á nuestros distinguidos amigos don Augusto de Búrgos, hijo del célebre

escritor y ministro, y el dignísimo magistrado don Francisco Perez de Anaya. (*Nota del Colector.*)

Vedle de las conciencias
 Hollando el santuario,
 Proscribir culto, escarnecer creencias;
 O ya, halagando de cruel gavilla
 El furor sanguinario,
 Entregar á la bárbara cuchilla
 Más víctimas que al fuego
 Lanzó jamas el fanatismo ciego.
 ¿Qué importará que el yugo
 Rompa del monstruo odioso,
 Justa una vez, el hacha del verdugo?
 ¿Brotará acaso de su sangre impía
 El ansiado reposo?
 No; brotará frenética anarquía,
 Y, abriendo un nuevo abismo,
 De ella á su vez sangriento despotismo.
 ¿Podrá á su cetro odiado
 Acaso imprimir lustre
 La espada heroica de feliz soldado?
 No; entre uno y otro bético trofeo
 Caerá el déspota ilustre;
 Caerá con ruido, y nuevo Prometeo,
 Allá en tierras extrañas
 Roerá hambriento buitre sus entrañas.
 Mas ¿no hará por ventura
 El opresor hundido
 La condicion del hombre ménos dura?
 No, no; reemplazarán déspotas ciento
 Al déspota caído.
 Várido el disfraz, distinto el instrumento
 Será de los rigores;
 Mas siempre habrá oprimidos y opresores.
 ¿No amaga hoy á la vida
 De un rey pío y humano,
 Enbiesto siempre, el hierro parricida?
 ¿No se revuelve la licencia loca,
 Que disfrazada en vano,
 Predica paz cuando al motin provoca,
 Y con audaz doctrina
 La sociedad por sus cimientos mina?
 Y ¿siempre en lucha impía
 El imperio del mundo
 Disputarán licencia y tiranía?
 ¿De opresion siempre y crímenes y males
 En el círculo inundo
 Se agitarán los miseros mortales?
 ¿Jamás hasta la altura
 Se elevarán del bien y la ventura?
 Tú, cuya luz divina
 Las flotantes esferas
 Guía perenne, plácida ilumina;
 Tú, sublime Razon, que desde el cielo
 A mil orbes imperas,
 ¿Consentirás que el morador del suelo
 Te befe en su miseria,
 Y al espíritu rija la materia?
 Del alto firmamento
 Desciende, y á mis cantos
 Benigna imprime tu celeste aliento.
 Da á mi ardor anunciar al universo
 Tus oráculos santos;
 Que revelando del error perverso
 La audacia y la falsía,
 Del bien yo al hombre mostraré la vía.

II.

EL PORVENIR.

¿Es pez el que en la espalda
 Del piélago salado
 Abre entre espuma surcos de esmeralda?
 No, que á intervalos en batir se place
 Las blancas alas sobre el aura pura.
 ¿Es cisne por ventura?
 No, que humo espeso exhala su costado.
 ¿Es un volcan que de las ondas nace?
 No, que su mole entre ellas sobrepuja.
 ¿Qué es, pues? Es nave que el vapor empuja.
 Ya blando, ya violento,
 Á su antojo algun día

Ó la mecia ó la estrellaba el viento.
 Por rumbos ciertos la dirige ahora
 De poderoso gas soplo constante,
 Y al huracan bramante,
 Al escollo y la calma desafia;
 La industria anima, el tráfico mejora;
 Y á la tierra un poder nuevo revela,
 Cuando á un tiempo pez nada, y cisne vuela.
 De invento así en invento,
 Por senda ántes oscura,
 Atrevido se lanza el pensamiento.
 De la vária y vivaz naturaleza
 Guíale por el vasto laberinto
 El generoso instinto
 Del propio bien y la comun ventura;
 Instinto que, la guerra y su cruceza
 Condenando feroz, hace en la tierra
 Suceder larga paz á larga guerra.
 Mas de esta paz la calma
 ¿Por qué fatal destino
 No hace mejor la condicion del alma?
 Se aumenta el oro, sí; mas sus raudales
 Sólo fecundan de uno ú otro modo
 De la materia el lodo.
 Corre el mortal, pero en afan mezquino
 Sólo corre tras goces sensuales;
 Y de deseos y temores lleno,
 Ser rico logra, pero no ser bueno.
 Así por luengos años
 Llorará todavía
 Su raza fraudes, crímenes y daños.
 Las ilusiones de mentida gloria,
 Los extravíos de ambicion insana,
 De la ignorancia vana
 Fatuo el desden ó abyecta la falsía,
 Con sangre aún escribirá la historia,
 Mientras del apetito á los excesos
 De la razon no oponga los progresos,
 Y diga cuál restaura
 La dignidad del suelo
 El sabio alzado á la region del aura;
 De allí al orbe lunar despues volando,
 De allí al de Vénus y al del rubio Apolo,
 De allí al helado polo;
 Y cual entónces el tupido velo
 A la infinita creacion alzando,
 Anuncia, absorto en éxtasis profundo,
 Los milagros que encierra tanto mundo.
 De sus cimas eternas
 Bajará denodado
 De la tierra á las lóbregas cavernas.
 Su mole allí sobre ejes de diamante
 Girar verá en el círculo de un día;
 Verá la mano pía
 Que de colores engalana el prado;
 Y de rico veneno y flor fragante,
 Que el fugaz tiempo por igual divide,
 Su curso arregla y sus periodos mide.
 Y el arcano eminente
 Arrancará á natura
 De las funciones de la humana mente;
 Cómo al lodo el espíritu se apega;
 Quién lo une, cuándo, dónde; de qué suerte
 De la materia inerte
 Afecta la impulsión al alma pura;
 Cómo, al contrario, á la materia ciega
 El espíritu imprime el movimiento,
 Y quién bastó á ordenar tanto portento.
 Y de dobleces llenos,
 Registrando en seguida
 Del corazon los escondidos senos,
 Del ciego error y miserias pasiones
 Subirá, en fin, hasta el oculto origen;
 Verá allí cuál corrigen
 Hábitos malos ó índole torcida
 Buenos ejemplos, sábias instrucciones,
 Y consagrado á augusto ministerio,
 De las costumbres fundará el imperio.
 Afirmaránle leyes,
 Que, en su presencia iguales,
 Acatarán los súbditos y reyes,
 Hábitos, opinion, costumbres, ritos,

Unos serán del Austro hasta la Osa,
De la estirpe dichosa
No romperán los lazos fraternales
Vanidad, interés, pasión, delitos;
Y blando, bueno, dócil el humano,
Siempre en un hombre mirará un hermano.

III.

EL TRIUNFO DEL DEY DON FERNANDO VII
SOBRE LOS ANARQUISTAS DE ESPAÑA.

(1814.)

¿Es sueño? ¿Es ilusión? ¿Dó se han hundido
Las montañas gigantes
Que á los cielos sus cimas levantaban,
De eternas nieves coronadas ántes?
¿Cómo ha desaparecido
Aquella que los vientos agitaban,
Guirnalda de altos robles, Pirineo?
¿Por cuál encanto veo
Ya los valles profundos
De mi patria, y del Tajo los verjeles,
Del alcázar del dueño de dos mundos
Brillar de aquí los altos capiteles?

Pero ¿quien es la cándida matrona
Que á abrazar se adelanta
Aquel jóven de blonda cabellera?
Sobre el trono de oro se levanta,
Que la tostada zona,
Para que envidia á las naciones fuera,
A la potente Iberia en feudo envía;
La rica pedrería
Del abrasado Oriente
De su diadema excelsa en torno brilla.
Mas ¡ah! su manto esmaltan refulgente
Las armas de Aragón y de Castilla.

España, España es, que á su hijo amado
Del patrio Manzanáres,
Jubilosa, en la márgen placentera
Ve, en fin, llegar á sus augustos lares.
De esplendor rodeado,
Cual puro el sol en su luciente hoguera,
Del triunfador laurel de iarga vida
La roja sien ceñida,
De fuerza el pecho lleno,
Latiendo en fuerza de su amor felice,
La matrona le estrecha en su albo seno,
Y le torna á estrechar, y así le dice:

«Vén, llega, frías de paz, llega en buen hora,
Príncipe deseado,
Hijo de gloria, lustre de mi suelo;
Propicio, oh jóven venturoso, el hado
La diestra valedora
Á tí guardó tenderme en mi hondo duelo;
Hijos desnaturalados me aherrojáran;
En su delirio osáran,
En su delirio infando,
Pactos dictar infames, duras leyes
Al nieto ilustre del tercer Fernando,
A la estirpe gloriosa de cien reyes.

»¡Cruel! aún á bárbara pelea,
A sacrilegas lides,
Su frenesí rabioso provocaba.
¡Ah! ¿No sabían que, mejor Alcides
Que el que la hidra Lerneá
Postró al blandir de la potente clava,
Mejor Belerofonte que el que hiriera
A la criel Quimera,
Al abismo hundieras
El loco orgullo, el presumir liviano,
Y que suaves leyes les daries,
Tú, númen tutelar del pueblo hispano?

»Sí, darás las, Fernando generoso;
Tu voz nos las promete,

Del Ter al Miño el eco resonará,
Del Vidasoa al turbio Guadalquivir,
Del despotismo odioso
No incensarán ya más la torpe ara
Esos mis hijos, que tu amor engrie;
Ya la aurora les rie
De holganza perdurable;
De entre los campos que tu voz reanima
El viejo Pan su frente venerable
Orlada encubre de la miés opima;

»En cauces mil por su abrasada tierra
Rueda sus ondas puras
El ancho Bétis; riega el hondo Duero
De Castilla las áridas llanuras;
De la escarpada sierra
Ruede felice el bullidor venero
De Cartago á los campos calurosos;
De aquilones sañosos
Libre y rudos ataques;
Vuela entre vegas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,
De la imperial Toledo hasta Lisboa.

»De la humana razón claros fanales
Por tí las ciencias brillen;
No el error torpe, la ignorancia dura,
La vil calumnia su esplendor mancillen;
Por ellas los raudales
Corren do quier de plácida ventura;
Del anhelo del bien la dulce llama
Por ellas se derrama
En la tierra anchurosa;
Ellas el pecho duro suavizan,
Ellas el alma elevan generosa,
De los pueblos la gloria inmortalizan.

»Á par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofía;
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radiante,
El genio se levante;
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles,
Emulen sus cincelos soberanos
El divino cincel de Praxitéles.

»Atónita la tierra, hijos, gozaos;
Ya vuestra industria admira
Eclipsar la del Támesis y el Sena;
Del rico Chino y la hábil Cachemira
Las españolas naos,
El rojo pabellón en la alta entena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;
De la ardiente Golconda
El preciado diamante
Á mis playas traer, y cuantas cria
Perlas Ormuz, aromas el Levante,
Y Ceilan perfumada especería.

»Tanto la paz de bienes atesora;
Gloria, honor á Fernando,
Que abrió del bien las fuentes perennes,
Al bando loco la cerviz domando.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,
De nácar y arrebol colora el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El crudo Bóreas, al opuesto polo,
De paz el himno y de loor resuene;
El cántico entonad, hijos de Apolo.»

IV.

AL DESPOSORIO DEL REY DON FERNANDO VII
CON LA SEÑORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

El Pirene derrama
De su falda oriental fulgor divino,
Y súbito la llama
Se extiende hasta los campos de Barcino,
Y del Turia á la vega,
Y á la que humilde el Manzanáres riega.
Tras de larga agonía,
El vuelo elevan, por feliz portento,
Las artes á porfía,
Y al insólito alegre movimiento
De brazos y talleres,
De la alma paz renacen los placeres.
La suave pintura
Por allí vida imprime al lienzo blando;
Por allá la escultura
Va los mármoles duros animando;
Con tan nobles ejemplos
La arquitectura erige arcos y templos.
Allá mejor Vulcano
Que el que armas en las fraguas sicilianas
A Marte forjó insano,
De plata y oro ricas filigranas
En preseas ajusta,
Que brillen luego sobre sien augusta.
Allí hábil lapidario
Labra el topacio que el Brasil envía,
O en ejercicio vario
Pule el diamante que Golconda cria,
Y engarza perlas ora,
Que en conchas cuaja el reino de la aurora.
Débil infante rica
Malla entre tanto de sutil celaje
Cabe el Segre fabrica,
Que á normandas y belgas aventaje,
O á la hermosura ufana
Con vistosos tejidos engalana.
Mientras el blondito rizo
Realza de la púdica matrona
El penacho pajizo
Que al pájaro de Eden ciñe y corona,
Y sobre el hombro ondea,
Que envidiara la misma Cíterea.
Mas ¡cómo de repente
Todo en la noble España galas viste?
¡Qué hado feliz consiente
Trocar en gozo abatimiento triste,
Luto en pompa festiva,
Silencio inquieto en jubiloso viva?
De pebete sabeo
Olorosa columna al cielo sube;
El plácido Himeneo
Velado baja en trasparente nube,
Y entre aromas y flores
Rien los genios, triscan los amores.
Con dedo rutilante
Enlaza Himen á la diadema hermosa
De preciado diamante
Fresca guirnalda de arrayan y rosa,
Y en los esposos brilla
La esperanza y ventura de Castilla.
Turbólas la pobreza,
Que entre montes de escombros alzó un día
Su horrorosa cabeza;
Siguiéronla el encono, la anarquía,
La verdinegra envidia,
Con que en vano, tal vez, la virtud lidia.
Hoy, que Himeneo sella
El pacto á que homenaje el amor rinda;
Hoy, que la real doncella
Al tronco de Borbon vástagos brinda,
Del Dios ante las aras
Rien las artes á Minerva caras.
Del gozar opulento
Ellas dilatan la anchurosa esfera;
Al pobre dan sustento,
Y alegría á su prole placentera;

Que el trabajo asegura,
Con la paz, la abundancia y la ventura,
Donde él reina, su tea
No la discordia desgrefiada agita;
De su cuerno Amaltea
Placeres vierte y al placer excita;
Que nunca el venturoso
Turbar de los demas piensa el reposo.
Bien tal, que dure eterno,
El consorcio real promete á Iberia;
Con el ocio al averno
Se hunde el rencor, la envidia, la miseria,
Y la patria afligida
Renace, en fin, á venturosa vida.

V.

LA PRIMAVERA.

A un amigo, en sus días.

¡Qué ambiente regalado
Súbito vivifica al orbe entero?
¡Quién, mientras al ganado
Retojar hace en el musgoso otero,
En la tierra profunda
Los vegetales gémenes fecunda?
¡Quién el raudal de plata
Que sesga ondisonante en la pradera,
De los montes desata,
Do de vellones cándidos cubriera
Capricornio inclemente
La fértil falda y la pelada frente?
En su girar corno,
Del Aries Febo á la mansion se avanza,
Y al aterido invierno
De la Ursa helada á las cavernas lanza,
Y su triunfal carrera
Vuelve á empezar la dulce primavera.
Del suyo marcha al lado
El carro de oro de la cipria diosa,
De cisnes arrastrado;
El niño Amor en su regazo posa,
Y de la mano asidas,
Se acarician las Gracias desceñidas.
Céfiro voladores
Abren la marcha, el aire suavizan,
Del almendro las flores
En su obsequio los campos entapizan;
En su obsequio la vega
Las hojas de sus árboles despliega.
Sobre el cogollo erguido
El ruiseñor por verlas se encarama,
Y de amor poseído
Y gozo, salta de una en otra rama,
Y de requiebros finos
Hinche la esfera en regalados trinos.
En el herboso prado,
Del fresco arroyo á la frondosa orilla,
Agitase inflamado
El toro en el amor de su novilla,
Y los peñascos huecos
Léjos repiten de su amor los ecos.
Sobre todos los seres
La dulce primavera derramando
Va de amor los placeres,
Y á las caricias, al halago blando
Del céfiro, amorosa,
Su cáliz virginal abre la rosa.
¡Qué es el amor, empero,
Del ave, del cuadrúpedo ó la planta?
Un instinto grosero,
Que nunca de la tierra se levanta;
Mientras á la empirea cima
A ti amor de otra especie te sublima.
Del sol de primavera
En tu natal brilló la llama pura,
Porque tu vida fuera
Toda, José, de amor y de ventura;
Porque en tu blando seno
Siempre amistad y amor hallase el bueno,

Este amor es la fuente
De inefable placer, de eterna fama;
Fecundo, útil, potente,
Bálsamo sobre el misero derrama
A quien la vida aqueja;
Es el amor que á Dios nos asemeja.

VI.

Á LA CONSTANCIA.

No del varon constante
Turba la paz, de Marte el grito horrendo,
Ni el piélago bramante,
Ni el pavoroso estruendo
Del ronco trueno en derredor rugiendo.
Ni del tirano airado
La torva faz ó el ánimo inclemente.
Ni el orgullo exaltado,
En anhelar ardiente,
Alzando al cielo su vacía frente.
Cual la robusta encina,
Del Aquilon y el Noto en la pelea
Présaga de ruina,
La selva enseñoorea,
Y el pomposo ramaje ufana ondea;
Tranquilo así oye el bueno
Los alaridos de furioso bando,
Y con rostro sereno
Mira el acero infando
De su cerviz en torno revolando.
Que del tósigo ardiente
Mientras la copa Sócrates apura,
Del aura trasparente
Hendiendo la onda pura,
De la inmortalidad trepa á la altura.
Y trepas firme y ledo,
Temblar haciendo á la injusticia fiera
Tu impasible denuedo,
Oh gran Molé, en tu hoguera,
Cual sol brillando en su abrasada esfera.
Mientras bata importuna
La onda salobre de Neptuno el coche;
Mientras la blanda luna
Tibia luz desabroche
Entre las sombras de callada noche;
Vuestra eterna memoria
La fama llevará de gente en gente,
Y el cántico de gloria
Sonará reverente
De do ríe la aurora hasta Occidente.

VII (1).

Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones
El mortal prosternado
Con razon cultos á Minerva y Céres,
Que una inventó el telar y otra el arado.
Roto por él, sus dones
Y de dulce abundancia los placeres
Prodigó el ántes yermo y triste suelo
Al humanal anhelo.
El silvestre madroño
Huyó y la jara del ribazo umbrío,
Que cubrió de racimos el otoño
O coronó de mieses el estío.
Minerva, en tanto, por divino juicio,
Las pieles de leones
Por la lana trocó, que tejió grata.
En telas trocó el arte los vellones
Que el múrce fenicio
Vino á teñir de espléndida escarlata.
Cundieron lúego por el mundo bajo
Los bienes del trabajo.

Más cómoda guarida
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;
Encantos nuevos encontró la vida,
Y sus furores mitigó la guerra.
No, pues, hoy temas que á civil pelea,
A sacrílegas lides,
De nuevo incite la discordia brava.
La activa industria, sí, mejor Alcides
Que el que la hidra Lernea
Postró al blandir de la potente clava,
Mejor Belerofonte que el que hiriera
A la crúel Quimera,
El aliento en las fauces
Sofocará del presumir liviano,
Y raudales de bien por anchos cauces
Hará que corran por el suelo hispano.
Sí, correrán; que la comun ventura
Al iluso, al malvado
Desarma, que á la patria herir amaga,
Mientras se finge su leal soldado.
De la anarquía impura
Jamás se alista en la cohorte aciaga
El que en trabajos útiles se engrie.
Mientras de la paz ríe
La aurora refulgente,
Entre los campos que la esteva anima,
El viejo Pan la venerable frente
Orlada encumbra de la miés opima.
En mil canales por su ardiente tierra
Ruede sus ondas puras
El ancho Bétis. Riegue el turbio Duero
De Castilla las áridas llanuras.
De la empinada sierra
Del Segre bullidor corra el venero
Del Urgel á las fértiles regiones.
De recios aquilones
Libre y rudos ataques,
Vuele entre velas la segura proa
Del Cantábrico mar á los Alfaques,
De la imperial Toledo hasta Lisboa.
Dar cima á tan magníficos portentos
Las ciencias pueden sólo.
Las ciencias, pues, como fanales brillen,
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo
Los altos pensamientos
Del sabio turben ni su honor mancillen.
De la felicidad guía á la cumbre
De las ciencias la lumbré.
Bajo el humilde techo
Ellas groseros hábitos suavizan,
Aliento dan al generoso pecho,
De los pueblos la gloria inmortalizan.
A par las artes, de su luz guiadas,
Decoren á porfía
De la sagrada Témis los palacios,
Las mansiones augustas de Sofia.
Las alas desplegadas,
Cual águila caudal que á los espacios
Se alza rauda del éter radiante,
El genio se levante.
Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles;
Emulen sus cinceles soberanos
Al divino cincel de Praxitéles.
En el felice porvenir gozaos,
Que á nuestra industria mira
Correr tras la del Támesis y el Sena,
Del Chino activo y hábil Cachemira.
Las españolas naos,
Ondeando el gallardete en la alta antena,
Veo ya hendiendo la cerúlea onda,
De la rica Golconda,
Del rival con enojo,
Los diamantes cargar, y cuantas cria
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,
Y Ceilan perfumada especería.

Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora
De vida y de riqueza,
Tanto amenazan de orfandad y males
Discordia atroz ó misera Pereza.
De Calpe á do la aurora,
De la noche eclipsando los fanales,

(1) La mayor parte de esta oda es refundición y muchas veces reproducción literal de la que algunos años ántes habia escrito Búrgos al *Triunfo del Rey D. Fernando VII*. Hemos creído conveniente no suprimir aquí las estrofas repetidas, por las acertadas variantes que la presente oda contiene. (Nota del Colector.)

En nácar y arrebol inunda el cielo;
Del alcázar de hielo,
Do su manida tiene
El rudo Bórcas, al opuesto polo,
De Paz é Industria la alabanza suena;
El cántico entonad, hijos de Apolo,

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LA EPIDEMIA DE 1804.

Á AMIRA.

Elegía.

No, no me culpes, celestial Amira,
Si estorban daños que cual yo tú sientes,
Pulsar en tu loor mi débil lira.

No dan sus cuerdas sonos elocuentes,
Que las afloja y enroquece el llanto
Largo y acerbo de apenadas gentes.

De la existencia se rompió el encanto,
Que, algun día pacífica y serena,
Amarga ahora el pesar, turba el espanto.

Corre hielo mortal de vena en vena,
Y de atroz fiebre el hálito apestado
De la atmósfera el ámbito envenena.

De los nocturnos bulos arrastrado,
Rueda y retumba el carro de la muerte;
Corva segur su brazo descarnado

Esgrieme sin piedad, y de una suerte
De la fosa al abismo precipita
Al consumido anciano, al joven fuerte.

No del pobre el contacto en ella evita
El rico, ni el del sabio el ignorante,
Ni envuelve al adormido sibarita

En perfumada nube la fragante
Goma que á Cádiz el Arabia envía,
Ni el astrónomo á cálculo arrogante

Sujeta al sacro lumínar del día,
Ni á ese millon de soles que la esfera
De luz recaman en la noche umbria.

Para todos igual la Parca fiera,
En la honda zanja hacina confundido
Todo lo que hoy no es ya, y ayer aun era.

Ventura ayer de Málaga, encendido
Reflejaba el fanal, y hoy de su puerto
Se aleja el navegante estremecido;

Y su recinto lúgubre y desierto
La imágen sólo ofrece de honda pena
Y larga ruina y porvenir incierto.

No ya Ceilan á su infestada arena
Tributará olorosa especería,
Ni sus modas el Támesis ó el Sena;

No el belga encajes, ni de la Ursa fria
Ofrecerá el morador helado
El blando lino que entre escarchas cria;

No cera virgen, cáñamo preciado,
Velludas pieles ni robustos pinos,
No el bávaro su queso delicado.

No el té suave los remotos chinos,
Medicinales drogas el Levante,
Cabo y Madera sus sabrosos vinos.

Mas ¿adónde el piloto la cortante
Proa dirigirá del rico leño.
Que contagio y horror no halle delante?

De la airada fortuna el torvo ceño
Bruma hoy do quier á la afligida España,
Y de la muerte el pavoroso sueño.

En la alta Cádiz la rabiosa saña
Tambien se ceba de la fiebre impía,
Que su paz turba y su esplendor empaña.

En hora triste de menguado día
Del opuesto hemisferio playa enferma
Abortó tan cruel y hedionda arpia.

Tus esperanzas y tus hijos merma

Ella tambien, Cartago desdichada,
Y tus campiñas y tus plazas yerma;
Y huye tus aguas la potente armada,
De tu riqueza manantial fecundo,
Y tu poder se torna en sombra y nada.
De la nada en el piélago profundo
Así se sumen de hora en hora, Amira,
El anhelar y el presumir del mundo.
Cual la ambicion apágase la ira,
Y lo mismo el amor que la esperanza
Entre congojas y dolor espira.

¿Por qué, pues, el mortal ciego se lanza
Tras la torpe ilusion que poco dura?
Sólo asegurarán su bienandanza
La paz del alma, la conciencia pura.

II.

EN LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARÍA ISABEL DE BRAGANZA,

(1819.)

Cancion fúnebre.

Yo lo vi, yo lo vi, blando batía
Sus alas cual de nieve puros ampos
El genio de la hispana monarquía.
Sobre altas cimas ó frondosos campos
Del Pirineo austral ora volaba,
Y ora al confin del túrgido Océano,
Donde el «No hay más allá» plantó la mano
Del fuerte Alcides, de potente clava.

De allá vió á los hispanos campeones,
Moderados en paz, fuertes en guerra.
Viólos virtudes, glorias y blasones
Mostrar y conseguir en mar y tierra.
De su virtud y lealtad seguro,
Vió á Alfonso Perez de Guzman el Bueno
Al confiado bárbaro agareno
Arrojar el puñal del alto muro.

Y satisfecha del Señor la saña,
Vió retornar al africano suelo
Al fiero alarbe que á la triste España
Siete siglos cubrió de horror y duelo.
Vió entre mil héroes al tercer Fernando,
En cuya faz el celo de Dios brilla,
En las gigantes torres de Sevilla
Los pendones de Cristo tremolando.

Miró á las olas entregarse ufanas
Escasos pero intrépidos guerreros,
Caminando á domar reinos lejanos
Sin más que su valor y sus aceros.
Miró al gafo triunfante é insolente
De Cádiz estrellarse en las arenas,
Y deshechas y rotas sus cadenas,
Vuelto Fernando á la española gente.

Nave vió, en fin, entapizada y bella
Rauda surcar el piélago de Tétis,
Y en triunfo conducir régia doncella
A las amenas márgenes del Bétis.

La diadema de rica pedrería
Que ornó á Fernando, su Isabel alcanza,
Y el tronco de Borbon y de Braganza
Mil vástagos preciosos prometia.

Mas ¡ay! que el genio de la noble España
La faz celeste encubre, y se estremece.
¡Ay! que la Parca su fatal guadaña
Blande en su horrible diestra y se enfurece.
¿Contra quién tal rigor, diosa temida?
¿Contra quién muestras la segur alzada?
¡Ay! que el clamor desoye despiadada,
De Isabel corta la preciosa vida.

De Isabel, de Fernando tierna esposa,
Dulce esperanza de la patria hispana,
Del triste protectora generosa,
Alto honor de la tierra lusitana,
Union y paz con celestial dulzura
Siempre clamaba, sin cesar pedia,
Sin fin ansiando el suspirado día
En que brillase la cun ventura.
Españoles, llorad; hase eclipsado

De vuestra gloria el astro refulgente,
La aurora que con dedo nacarado
Abre al día las puertas del Oriente.
La negra noche, cuyo oscuro manto
La luz recama de un millon de soles,
Hálleos, oh valerosos españoles,
Sumidos ¡ay! en doloroso llanto.

¡Ay! veces mil de Dios la airada mano
La amarga copa del dolor derrama
Sobre el suelo que pisa el noble hispano,
Que ocupó las cien trompas de la fama.
Tal un día, por culpas de Rodrigo,
Rodó en sangre teñido el Guadalete,
Y roto tanto godo capacete,
Fué gran padron del celestial castigo.

Pero no; que ya ráfaga brillante
De viva luz el horizonte baña.
Isabel, en su carro radiante,
Pasea el éter que circunda á España.
Presuroso á su encuentro el genio vuela,
Verde palma en su diestra ella tremola,
Y ceñida de fúlgida aureola,
La voluntad del cielo así revela:

«Genio inmortal, que de la Iberia mia
Presidiste por siglos el destino,
Vuelve al celeste coro; á tí me envía
Hoy á anunciarlo el Hacedor divino.
Está aplacada su terrible saña;
A mi voz tu ala santa el aire hienda;
Que á mi amor el Altísimo encomienda
Los hados de Fernando y de la España.
»Tú, esposo augusto, que á mi frente un día
Ceñiste amante la diadema hispana,
Haz por siempre feliz la nación pia,
Que por servirte se afaná y se afana.
Al sabio ampara, al infeliz consueta,
Al bueno acata, al presumido asusta,
Y la edad venidera honrará justa
Los nombres de Fernando y de Isabela.»

III.

A DON MANUEL MARÍA DE ARJONA,

EN SUS DIAS.

Romance esdrújulo.

Á tí, ilustre canónigo,
Que entre esperezos lánguidos,
Empapas de tus sábanas
Los sulfurosos hábitos;

A tí, que en levantándote,
Asaltarán cual vámpiros,
Ya el pretendiente estético,
Ya el petardista impávido;

Ora entre fisiólogos,
Químicos ó botánicos,
Revuelto andes con vértabras,
Con flores ó con ácidos;

Ora con los cosmólogos
Al seno del Atlántico
Húndaste, ó encarámeste
A sus escollos áridos;

O en los Alpes piníferos
Copos admires cándidos,
O del Vesubio ignívoros
Los bostezos satánicos;

A tí estos mis versículos
Envío, que hará clásicos,
No su estructura métrica,
Sino mi amor simpático.

De un par de velas trémulas
Á los reflejos pálidos,
De tu fiesta en la vispera
Con duro afán extráigolos.

Con cariño recíbelos,
Con indulgencia trátalos;
Que caben votos sinceros
En los humildes dactilos.

¡Oh! llegue el día próspero
Que entre trasportes báquicos

Te aclamen ilustrísimo

Millares de gazzápiros....

—¿Qué me deseas, misero?

—Ver en tu mano el báculo,

Que de la alta basilica

Ostentes en los ámbitos.

—De báculos ni andróminas

No entiendo, voto á chápiro,

Ni de la esposa mística

Me tienta el sacro tálamo.

Encántanme de Flérida

Los atractivos mágicos,

Y de su boca célica

El aliento balsámico;

Su boca, que anunciándome

De amor dulces oráculos,

En rojo con sus ósculos

Torna mi color pálido.

—Esas, si, son andróminas,

Incurable romántico;

De las monsergas déjate,

De magias y de bálsamos,

Y de la vida ascética

Respecta más los hábitos,

Si quieres de paz sólida

Encumbrate al pináculo.

IV.

Á DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS,

EN SUS DIAS (1).

Cantilena.

Al dulce Batilo,

Á aquel de quien brota

El labio suave

Preciados aromas,

Y de Hibla florido

Las mieles sabrosas;

Ya cante de Filis

La blanca paloma,

Al seno volando

De azucena y rosas;

Rústicos placeres,

O bullentes copas,

Que el olvido brindan

De mortal zozobra;

O pulsa sublime

Las cuerdas eólicas,

Y el vuelo á las nubes

Osado remonta;

Al cisne de Tórmes,

Del Parnaso antorcha,

Amor de las Musas,

De la Iberia gloria,

Salud, musa mia,

Llévale hoy, que torna

El aniversario

De su ilustre aurora.

A él, si laud blando

Con tu plectro tocas,

Si vates te precian,

Si buenos te encomian;

A él solo le debes

Tan grata aureola.

Mostróme en mi infancia

La senda penosa

Por do él á la cumbre

Trepó de Helicon.

Alzados, de nubes

Allí sobre alfombras,

Vi á Píndaro, al cielo

Eleas coronas

Grandioso ensalzando,

Virtudes heroicas;

Vi á Alceo divino

Con lira sonora

Hundida cantando

(1) Meléndez estaba en Francia, emigrado.

Tiranía odiosa;
 Vi al viejo de Téos,
 De Baco las copas
 Loando, y los juegos
 De la cipria diosa;
 De Venuso al vate,
 Los furores ora
 Airado increpando
 De civil discordia:
 Burlon ya los vicios
 Riendo de Roma,
 Y ya del buen gusto
 Lecciones preciosas
 Dictando, que admiren
 Edades remotas.
 Y al suave Laso,
 Y al dulce Rioja,
 Y al sublime Herrera,
 Leones y Borjas,
 Góngoras, Villegas,
 Sotos y Argensolas.
 «Sigue tú sus huellas,
 Si fama ambicionas»,
 Me dijo, y tendiome
 Su diestra efeciosa.
 Vé, musa, y de hiedra
 Su cana sien orla,
 Y viva más años
 Que da el Mayo rosas,
 Racimos Octubre,
 Más que espigas blondas
 En Julio el solano
 Ardiente tremola,
 Que copos Diciembre,
 Y líquido aljófár

Derrama en los prados
 De Títon la espesa,
 Cuando por las puertas
 Del Oriente asoma,
 Su carro arrastrando
 Las rápidas horas.
 Llenó ya, Batilo,
 Al mundo tu gloria,
 Y tu paz en vano
 Perturbar blasonan
 Rencor mal nacido
 O envidia alevosa,
 Abortos villanos
 De ciega discordia.
 En el entusiasmo
 Ardiente te goza
 Con que hoy tus amigos
 Tu loor entonan.
 Cual tú ostentan ellos
 La constancia heroica
 En que del encino
 Las flechas se embotan;
 Y esperan que el día
 Brille en que lumbrosa
 La verdad disipe
 Del error las sombras;
 Cual alzado Febo
 Del seno de aurora,
 De púrpura y nácar
 Su sien ciñe roja,
 Y eclipsa las luces
 De miles de antorchas,
 Que el fúlgido manto
 De la noche bordan.

FIN DE LAS POESIAS DE DON JAVIER DE BÚRGOS.

DON JOSÉ SOMOZA.

NOTICIA BIOGRÁFICA, ESCRITA POR ÉL MISMO (1).

Don José Somoza nació en la villa de Piedrahita, provincia de Avila, en 29 de Octubre de 1781.

Fueron sus padres don Ignacio de Somoza Carvajal y doña Juana Muñoz Barrientos, los cuales, cuando su hijo llegó á la edad de seis años, fueron á establecerse á Salamanca para estar á la vista de la educacion de aquél y de otro hijo mayor que estudiaba la filosofía en aquella universidad.

Pero ni su virtuosa madre, que murió cuatro años despues, ni el desconsolado padre, que le sobrevivió otros seis, pudieron ver fruto alguno de la educacion esmerada que habian procurado á DON JOSÉ SOMOZA: era desaplicado y aún vicioso; se acompañaba con la gente más perdida, vestía traje de torero, y sus ménos culpables pasatiempos eran la esgrima y el juego de pelota: por fortuna no tuvo afición á les naipes, y hoy es el día que no conoce la marcha de ningún juego de cartas, pero habia abandonado várias veces la casa paterna y aún corrido algunas ciudades de España en compañía de estudiantes de la Tuna. Nada le habia aprovechado un instruído y virtuoso ayo que habian puesto á su lado, nada la sociedad más escogida que se reunia en casa de sus padres, ni la que por el verano traía la Duquesa de Alba al palacio de Piedrahita, y el recto y justo don Manuel José Quintana, que le habia conocido en Salamanca, ha confesado despues que estaba persuadido de que perecería en un cadalso el Somoza, á quien él hoy quiere tanto como se ve por la dedicatoria del cuarto tomo de las *Poesías selectas castellanas* (2). La orfandad en que se halló á los diez y seis años, cambió total y repentinamente sus costumbres. Dejó la universidad, y se vino á vivir con su hermano á la casa paterna en Piedrahita. Se encerró en la escogida librería de su padre, donde, ayudado de lo poco que habia aprendido de las lenguas extranjeras, se entregó á la lectura, á la meditacion, al verdadero estudio y á la soledad, con tanto ardor y pasion como ántes se habia dado á los desórdenes.

Así vivió hasta la edad de veinte años, sin que turbase su tranquilidad otro incidente que la célebre causa que la Inquisicion formó á los señores Cuesta de Avila, en que le hubieran envuelto sin la actividad y proteccion de la Duquesa de Alba, que le queria extraordinariamente.

Entónces fué á Madrid y fué bien recibido de los antiguos amigos de su padre, que se complacieron en ver la diferencia y enmienda que habia en su carácter y conducta, y no les pareció tan ignorante en las letras ni en las artes como le habian juzgado. Goya aplaudió alguna vez las

(1) Los originales autógrafos de esta noticia autobiográfica, escrita en Piedrahita, y de las poesías de SOMOZA (no pocas inéditas) nos fueron comunicados por nuestro ilustrado y bondadoso amigo el señor don José María Huet, cuya familia tuvo estrechas relaciones de amistad con SOMOZA. (*Nota del Colector.*)

(2) Merecen consignarse aquí las palabras que emplea Quintana para juzgar á SOMOZA, despues de llamarle el discípulo más querido y de mayores dotes, de Melendez:

«Hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazon más afectuoso y

sensible la razon más fuerte y despejada; que cultiva las Musas y la filosofía con ardor, y es dichoso con ellas, porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplacion pensamientos grandes y profundos, sentimientos elevados y generosos, que él expresaria, si quisiera, con la energía de Ossian y con la pluma pintoresca de Thompson.» (*Nota del Colector.*)

caricaturas que hacia enredando con el lápiz ó la pluma en su estudio, y el severo Jovellanos soltó alguna vez la risa oyendo las canciones picarescas que cantaba á la guitarra, porque hacían un contraste singular con el sombrío y melancólico carácter que mostraba Somoza en su semblante. Lo que no pareció bien á ninguno fué su obstinada manía de no tomar carrera ni fijarse en Madrid, siendo su única pasion las letras y artes, y que prefiriese el campo un hombre á quien no gustaba ni la caza, ni la pesca, ni la agricultura, ni el manejo de su casa, ni los pleitos y chismes de lugar. Pero él, á pesar de todos, dejó á Madrid y volvió á Piedrahita para continuar viviendo como queda dicho, hasta el año de 1808, primero de la guerra de la Independencia. Entónces tomó las armas, y aunque tuvo que dejarlas pronto por no abandonar á su hermano enfermo y á su hermana viuda, eran tan conocidas sus ideas, que los franceses le atribuyeron la sublevacion del país y del regimiento Real extranjero, compuesto de suizos al servicio de España, que habian jurado á José, y despues en Piedrahita se insurreccionaron, desertándose más de doscientos á Ciudad-Rodrigo. Somoza fué presentado al general gobernador de Avila (el padre de Víctor Hugo), quien, al verle herido de un bayonetazo en un muslo (porque en efecto habia hecho resistencia), se contentó con exigirle palabra de no tomar las armas ni ausentarse de la provincia, la que cumplió fielmente; mas no por eso dejó de padecer persecuciones, prisiones y multas en toda la serie de la invasion francesa.

Meléndez, que habia sido su maestro, y el Conde de Cabarrus, amigo de su padre, se empeñaron en favorecerle con la mejor fe del mundo.

Fué nombrado subprefecto, pero renunció, y el ministro Almenara, en el oficio de admision de la renuncia, le dice: *Su Majestad espera de usted que sea en adelante un súbdito tranquilo y obediente á los reales decretos.*

Tambien le habian llamado los amigos que estaban en Cádiz, pero él no se movió del lado de su hermano enfermo, hasta que el gobierno constitucional vino á Madrid, que entónces hizo un corto viaje á aquella capital.

Nada tuvo que sufrir en la reaccion política de 1814, hasta que una carta que le dirigió el arcediano de Avila, Cuesta, emigrado en París, fué interceptada y presentada á Lozano de Torres, ministro de Fernando el Sétimo. Su casa fué allanada, sus papeles registrados, y él llevado en arresto á Madrid; pero se sobreseyó en la causa por no resultar complicidad alguna de parte de Somoza.

En 1820, restablecido el régimen constitucional, fué nombrado jefe político de Ávila, y aunque renunció, S. M. le repitió la órden de ejercer el destino, al ménos hasta que se verificasen las primeras elecciones de diputados á Córtes. Realizadas éstas á los seis meses, repitió la renuncia, y no siendo admitida, se trasladó á Madrid, en donde su dimision fué al fin aceptada por el ministro Argüelles, que le condecoró, al admitírsela, con la cruz de Carlos III, la cual jamas quiso llevar, diciendo que le era vergonzosa una condecoracion dada por un ministro que no tenia ninguna.

Al caer la Constitucion en 1823, fué preso y llevado de Piedrahita á la cárcel pública de Ávila, cárcel que él habia hecho mejorar siendo jefe político; pero eran tantos los presos cuando él y su hermano entraron, que no les tocó otro albergue que la carbonera del edificio. De allí salieron á los cuatro meses. Su hermano habia cegado, y él habia contraído un penoso mal de piedra; y no fueron por cierto de los peor librados entre los que salieron de las garras del cura Merino. Otra causa militar le formó posteriormente el general San Juan, de Badajoz, pero tampoco tuvo otras resultados que la de una prision dilatadísima.

En 1834 fué nombrado procurador á Córtes por Avila, y en 1836 diputado por la misma para las Constituyentes.

En 1838 no pudo ser senador porque no tenia la renta. Siempre ha vivido soltero, y no porque aborrezca á las mujeres.

Siempre ha estado en compañía de su hermano mayor don Juan Somoza, que murió en 1829, y desde entónces sigue en la compañía de su hermana doña Mariantonia, de edad de setenta y tres años. Reside y es vecino en Piedrahita, habitando la casa y el cuarto en que nació cincuenta y ocho años hace, lo cual tiene él á gran felicidad y mira como prueba de que las revoluciones de este medio siglo no son tan destructoras como las de otros tiempos.

Tiene escrito bastante en verso y prosa, pero sólo se han impreso un cuaderno de poesías en Sevilla, publicado por don José Nuñez en 1852, otro por don Manuel Calero, en Madrid, en 1854, y

un suplemento á los dos, por el mismo Calero, en 1855. En prosa sólo hay impresas las *Memorias de Piedrahita*, dedicadas á su ahijada doña Ramona del Acebal y Arratia, impresas en 1857, y repartidas á sus amigos, lo mismo que la *Carta sobre el duelo*, impresa en el presente año de 1859 (*).

(*) Como complemento de las noticias biográficas que anteceden, nos parece oportuno publicar la siguiente carta, de carácter íntimo, que honra las prendas morales de SOMOZA. Á ello nos autorizó la señora doña Paula del Acebal y Arratia de Huert, á quien fué dirigida:

«Setiembre 25, 1847.

»Recibí la del 21, y autorizo á usted y á esos señores Pacheco y Masarnau para hacer lo que quieran con mi biografía, bajo la inteligencia de que los hechos son ciertos y hay testigos. Tampoco hay inconveniente en que ustedes añadan (con verdad) acciones que puedan servir de contrapeso á la vida del hombre malo. La primera fué ceder una capellanía de sangre, que yo poseía como segundo hijo, á un sacerdote pobre para que mantuviese á su madre, criada de casa en mi infancia. Otra y mejor, fué salvar la vida y dar asilo oculto en mi casa á un caballero maestrante con quien nuestra familia estaba en pleito y mortal enemistad desde el tiem-

po de mis padres, y á quien en el año de 1808 buscaba una partida de guerrilla en Piedrahita para asesinarle. (Nota: el abuelo de la Paz García, bien lo sabe ella.) Cuando, por muerte de mi hermano Juan, heredé lo vinculado, reparti entre mis sobrinas la mayor parte de lo libre, que consistía en una cabaña lanar, diciendo á los que lo juzgaban imprudencia, que el querer ser muy rico me parecía tan absurdo como el querer ser muy gordo el que tiene unas carnes regulares.

»Desde 1834, que salí de las cárceles y de las persecuciones, no sólo he perdonado, sino protegido, á todos mis delatores y dañadores, no sólo como alcalde cuando lo he sido, sino como vecino influyente de Piedrahita, y esto quisiera yo que se estampase para que ellos lo leyesen, que á buen seguro que lo desmienta nadie.

»En fin, si quieren ustedes piropos, no hay más que copiar la dedicatoria del señor don Manuel Quintana. Pero todo esto, en tal caso, no debía ser yo quien se lo dijese á Ochoa en las notas biográficas que me pide.....—JOSÉ SOMOZA.»

RECUERDOS É IMPRESIONES DE SOMOZA.

UNA MIRADA EN REDONDO

Á LOS SESENTA Y DOS AÑOS (1).

¿Qué he visto? ¿Qué he aprendido? ¿Qué he hecho en este tiempo?

He visto variar de forma los gobiernos, las leyes, las ideas de casi toda la Europa, de la América entera, y del África y del Asia desde Argel hasta la China.

He aprendido que los hombres saben lo bastante ya para querer gobernarse, y pensar en estar bien; pero no lo suficiente para verificarlo. Que en ciencias y en artes útiles han dado un vuelo asombroso sobre todos los siglos conocidos. Que en costumbres (por lo mismo) mejora la humanidad; que habrá en el mundo ménos antropófagos, ménos terrenos incultos, ménos pantanos infectos, ménos bosques desiertos y mares impracticables y desconocidos; ménos causas, en fin, de inercia, de ignorancia, de miseria y mal. Viniendo ahora á tratar de lo que he hecho, tendré que extenderme mucho, porque no habiendo hecho nada, quiero dar la razon de

no haberlo hecho. Á pesar de que mis padres se esmeraron en darme una excelente educacion, por cierto, tengo que confesar que les dí chasco. Preferí los ejercicios de fuerza y de accion á los intelectuales. Ni aun siquiera gané ningun año cédula de curso en las escuelas públicas, y si me la concedieron, fué por no dar á mi padre pesadumbre. Á estas horas no he tomado ninguna carrera, ni he ejercido ninguna profesion. Quisieron que tomase la eclesiástica, y diéronme capellanías de familia; pero muertos mis padres las cedí. Pensé que para ser clérigo tenía que ser demasiado virtuoso, si habia de vivir bienquisto. La jurisprudencia me pareció desde luégo una ciencia tan oscura y tan incomprensible para mí, que juzgué una indignidad y una insigne mala fe el ponerme á ejercerla.

Una vez me vi tentado á ser negociante en grande, de resultas de una conversacion que tuvo con mi padre el Conde de Cabarrús sobre su establecimiento de maderera en Holanda. No me disgustaba el ser medio marino, el ser cosmopolita; mas cuando reflexioné que tenía que hacer cuentas, yo, que no he podido aprender la tabla de multiplicar, me negué á ser de los jóvenes empleados en la empresa. La carrera de las armas me deslumbraba á veces, y parecia ser la más conforme á mi vanidad pueril de valentía. Mi entusiasmo por esta cualidad fué tan desde niño, que preguntado por mi madre, á los cinco años, qué deseaba ser, respondí que torero, porque ha-

(1) Para que pueda formarse cabal concepto del carácter de Somoza, publicamos este curioso artículo, que el mismo dió á luz en Salamanca el año de 1843, esto es, nueve años antes de su muerte, ocurrida en Piedrahita el 4 de Octubre de 1852.

También insertamos algunos otros de esos brevísimos bosquejos de sus pasadas impresiones, en los cuales tan claramente resplandecen su espíritu observador, su sensibilidad y el natural desembarazo de su estilo. (Nota del Colector,

bía visto á Romero en la plaza con la espada en la mano recibiendo aplausos, y no sabía yo entónces, como lo supe despues, que el bueno del Sr. Pedro estaba pretendiendo renunciar la carrera de la gloria por una plaza de guarda de puertas.

No me deslumbro, por fin, la carrera militar, porque vi en ella luego una alternativa odiosa de obedecer sin pensar ó de mandar sin razon. Por supuesto, el mandar á los hombres me ha parecido siempre el oficio más tonto y más mezquino de la sociedad; sólo el ser indispensable le puede hacer ejercer, pero el mandar en la guerra lo he juzgado un tormento para la honradez.

En tiempos escribí unas reflexiones sobre el heroismo, y referí en ellas, hablando de Escipion, que es de los reputados por más justos y humanos (y literato ademas, que fué singularidad entre los antiguos héroes), una barbaridad de las que llaman un golpe de Estado. Supo Escipion que en la ciudad de Lucia, á una legua de Numancia, la juventud toda queria ir á auxiliar á los sitiados. Envía tropas para que se apoderen de cuatrocientos jóvenes inermes, y traídos á su presencia, ordena que se les corten las manos derechas. Y era el delito de estos españoles amar la gloria, la libertad, la patria, como Escipion mismo. Hay en la vasta ciencia de hacer mal, cálculos, pensamientos, invenciones más ó ménos repugnantes á la humanidad.

El que ideó la guillotina bien pudo ser de corazon humano; pero el que inventó el potro de tormento era un malvado necesariamente. Si la mutilacion de cuatrocientas manos inocentes fué un acto necesario al heroismo, ningun hombre de bien puede ser héroe. Ni á los ojos de la razon puede haber tal heroismo, es decir, grandeza y excelencia en virtudes cardinales, sino en guerra defensiva contra una agresion injusta. En Numancia, si hubo héroes, los ha habido en Zaragoza. Á los que no reconozco es á los héroes de oficio. Si al meteoro de nuestra era, llamado Napoleon, en medio de sus triunfos y conquistas, todos los habitantes de la tierra le hubieran dicho simultáneamente: *Manda, y déjanos en paz*, estoy en que se hubiera disgustado. Cervantes, en el discurso de las armas y las letras, quiere dar á las primeras la preferencia de gloria, porque el fin de las armas es la paz, que es el mayor beneficio de la sociedad. ¡Ojalá esta solucion fuese tan cierta como es ingeniosa! Mas creo que la preeminencia de las armas sobre las letras, y aún sobre la virtud, en el vulgar sentir, consiste en que á la idea de grandeza unimos comunmente la de poder destructor é irresistible. Por este cobarde modo de apreciar la grandeza, el leon es el rey de los bosques, el águila el de los aires, y el centro del supremo Dios del cielo era el rayo vengador. Los griegos alzaron estatuas hasta á los luchadores y las prostitutas, porque la celebridad daba el mérito; mas las virtudes modestas nunca tuvieron la gracia suficiente para ser miradas sobre un pedestal. Aun hoy estamos muy atrasados sobre el particular. Las acciones más grandes, las más útiles, las más difíciles, las del valor pasivo, son poco admiradas, y el perdón de las injurias, el luchar con las pasiones, el vencerse á sí mismo, ¡vive Dios que suponen más valor que el andar al morro con los doce pares!

Concluida esta difusa digresion (que no será la última), vuelvo á tomar el hilo de mi historia y digo: que no sólo se me pasaban los años sin tomar carrera, sino sin tomar estado. Pero esto sí, confieso francamente, que era miedo y cobardía. ¡Veia tan pocos matrimonios que me pareciesen envidiables! ¡Veia tan pocos hijos que correspondiesen á la esperanza paterna! Y si

todo ha de decirse, veia en mí tan pocas prendas de las esenciales para ser un buen padre de familia, que nunca me atreví á serlo, más por no hacer desgraciados que por no serlo yo mismo. Ademas, la época no me fué favorable; á los veinticinco años de mi edad comenzó la guerra de la Independencia, á la que ha seguido la revolucion y la guerra civil, y la han acompañado las emigraciones, los destierros, las prisiones, las pérdidas de bienes, que de todo me tocó algo. Si esta disculpa no es satisfactoria, aún tengo otra que dar. Un hermano enfermo, una hermana viuda, sus tres hijas aún sin colocar, formaban un grupo interesante, de que debía ser el centro y el punto de apoyo, por mi edad, por mi salud, por mi independencia misma, y así no quise separar entónces ni mi persona ni mi capital de esta amable compañía. Ella me lo ha agradecido, y el público de mi época tambien lo ha tenido á bien: prueba de que fué bien hecho. Pero como esta memoria que voy escribiendo debe ser franca y verídica, no quiero dejar de confesar aquí que, aún cuando no hubieran mediado ellos, para mí justos motivos de permanecer soltero, quizá no hubiera mudado de estado. Habia yo tomado miedo y aversion al matrimonio, porque tenia presente el de mi maestro Melendez, enlazado con una mujer de las que el público no puede juzgar malas, y son, á pesar de esto, intolerables.... (1).

Ya tendrán curiosidad de saber los lectores (se entiende los que gustaren de que les hable de mí) cuáles han sido las inclinaciones, las ocupaciones y las distracciones mías. Respondo que las de todos los demas, excepto cazar, jugar y pretender. La poesia, música y pintura me han tenido en el paraíso. El campo ha sido y es mi amigo íntimo, y así no hay una sombra, un soplo de aire, un ruido de hojas ó aguas que yo no sepa entender y apreciar. Pero ¡cosa rara! el campo que no es de mi país, no es comprensible para mí, ni me da casi placer. En cuanto á ocupaciones económicas, mi capital, como el de mis hermanos, poca administración ha necesitado, como que ha consistido en ganados y rentas: mi buen hermano cuidó de él mientras vivió, y mi hermana ha tenido la misma bondad. Hasta ahora siempre he tenido personas que se interesen por mis bienes mejor que yo mismo. Codicia no he tenido todavía, ni tampoco he caído en el vicio contrario de apeteer para dar. Tuve ocasion, por fortuna, de convenirme con tiempo de que la enfermedad de la beneficencia llega á hacer la desgracia de mucha gente buena. La Duquesa de Alba la padecía, y era preciso ocultarle el dinero, como á los hidrópicos el cántaro del agua. No tenia fuerza bastante para reflexionar que todo el oro del mundo es insuficiente contra la multitud de males y calamidades que es preciso ver u oír, y que no es con el oro solamente con lo que se pueden hacer beneficios. Una mirada, un saludo, una sonrisa, una lágrima suelen ser de un valor infinito en ocasiones. Conoci aquí á un buen hombre, el tío Moron, que no habria dado, ni podido dar nunca, una peseta, y era el emblema de la beneficencia, y me atreví á asegurar que gozaba más que yo los placeres de ejercerla. Siempre que me le encontraba iba haciendo algun bien; ya dirigiendo el agua al huerto de una viuda que estaba enferma, ya antecogiéndole las reses que estaban haciendo daño en un sembrado, ó con un niño en los brazos que

(1) Aquí suprimimos un trozo curiosísimo, relativo á la esposa de Melendez Valdés, porque ya lo publicamos, en nota, en el *Bosquejo his órico-crítico* que se halla al frente del primer tomo de esta coleccion (pág. CXXXVIII). (Nota del Colector.)

se había extraviado. Un día le vi venir por un arroyo arriba con unas telas al hombro, mientras que una jovenita corría hacia él llorando y repitiendo : « ¡Dios se lo pague á usted, tío Moron! » Á lo que la gritó él : « ¡Mira que ya van dos, que tambien el otro día te recogí las madejas que te llevaba el río! ¡Tú, ó eres muy dormilona, ó traes quebradero de cabeza! » Y la chica cambió el llanto en una carcajada. Hay que evitar en la virtud de la beneficencia el acaloramiento de la compasion, que no sólo expone á hacer inútil y estéril el bien, sino á ocasionar males de consideracion. Ejemplo : el célebre arcediano de Ávila, don Antonio de la Cuesta, era muy benéfico ; pero su rectitud, y su talento, y sus profundos estudios no han evitado que sea más crédulo, inexperto y fácil de engañar á los sesenta años, que cualquier niño á los doce. Todas las mujeres públicas de París, Madrid ó Cádiz estafaban y sacaban proteccion á un hombre cuya pureza hubiera dejado mal á la cortesana griega que apostó á hacer pecar á todos los filósofos. Me contó su primo Serna que un día, estando de huésped en su casa el arcediano, solicitó hablarle cierta buscona, que se suponía viuda de un oficial de mérito. Entró el criado de Serna á avisar al arcediano, y éste, que no consentía que en su cuarto entrasen hembras, salió á hablarla á la antesala, diciendo al criado que les dejase solos. La señora, por supuesto, le declaró un patético romance que hizo derramar lágrimas á nuestro buen amigo. Echó mano al bolsillo para socorrer á esta nueva Lucrecia, pero el bolsillo de Cuesta estaba generalmente tan limpio como su alma. Por fortuna vió dos onzas que estaban sobre una mesa, las que la dió, disculpándose de la escasez del socorro, pero exhortándola muy elocuentemente á la perseverancia en la virtud. Cabalmente estas dos onzas las había dado Serna á su criado para el gasto de casa, y el honrado doméstico, que las estaba apuntando en su membrete de cuenta cuando llamó la dama, no creyó, ni por el pensamiento, cuando volvió á buscarlas, que el arcediano las hubiese tomado, ni la dama había entrado en dicha pieza hasta que estaba en ella el arcediano. Así el pobre muchacho, convencido de haberlas perdido, se lo confesó á su amo, pero éste no lo creyó, ni era fácil de creerlo cuando él mismo confesaba que no había salido de casa, por lo que Serna despidió al tal jóven, que si no era ladrón, era incapaz. Pasados algunos días preguntó Cuesta á su primo por aquel doméstico, á quien quería mucho, y no veía ya en la casa. No se le dé á usted nada, le dijo Serna, y le contó el motivo de haberle despedido. » Imposible, dijo Cuesta; aquella fisonomía no puede haberme engañado; » y tomó su defensa con calor. En la conversacion vino á aclararse que el suceso había ocurrido el día en que el arcediano había estado de visita con cierta señora viuda, y él entonces recordó que había tomado el dinero. Por supuesto que llamó al criado, le pidió mil perdones y volvió á colocarle en la casa; pero le decía Serna : « (Yo quisiera, primo mio, que usted diese una disculpa que tenga visos de tal respecto de este lance. ¿No se le ocurría á usted que aquel dinero, pues que no era de usted, era de alguno? ¿Que aún suponiendo que nos hallemos en el siglo de oro, la comunidad de bienes no autoriza á coger, sin decir nada, lo que ya está destinado á otro objeto? ¿Que el orden público y la sociedad no subsistiría dos horas entre la especie humana, si el principio de usted se estableciese? » Y el buen primo decía avergonzado : *los acaloramientos de la compasion!*

Volviendo á hablar de mí propio, quiero satisfacer á mis lectores sobre una cuestion la más interesante á

casi todos los que leen biografías. Es á saber : usted, señor SOMOZA, en resumidas cuentas, ¿ha sido feliz ó no? Y van á quedar pasmados cuando me oigan responder afirmativamente; que lo he sido y que lo soy. Señores, hablemos claros. Yo, porque ustedes no quieran creerme, no he de dejar de decir la verdad. Quizá nuestra divergencia consistirá en no entendernos; ustedes sin duda tienen más sublime idea de la felicidad, y la reconocen sólo en el estado de éxtasis, por ejemplo, de un novio enamorado en el día de la boda. Yo cuento por feliz todo momento en que puedo decirme : *no estás mal*. Digo, pues, que en mi vida han superado *los ratos no malos á los ratos malos*. Y cuenta que he sufrido dolores y que tengo achaques. Desde mi juventud, y de resultas de un juego de pelota, he padecido el mal que los facultativos denominan el cálculo ó la piedra. Me ha dado malos ratos en verdad, pero no los tormentos continuos que dicen que acompañan á este mal; y atribuyen los médicos esta fortuna á que la piedra es obtusa. Con las pesadumbres grandes que tambien me han affigido, tambien me ha sucedido lo mismo: el tiempo las ha hecho obtusas. Otra razon (quizá la principal) de no haber yo tenido *muchos malos ratos*, ha sido mi situacion, y el haber nacido en aquella mediana, *ni envidiada ni envidiosa*, que dijo el poeta. En efecto, el que para vivir y para colocarse tiene que empujar á otros y arrojarlos de su puesto, ó arrostrar los peligros y los precipicios por donde se camina á la fortuna, ha de padecer muchas adversidades; y tambien, por otro estilo, el que para ser feliz necesita figurar, ostentar, ensancharse, encaramarse en alto; es decir, que no sabe ser feliz de incógnito; este tal, por lo mismo que excita la envidia general, tiene que acarrearle muchos adversarios. El que salve el tropiezo de la vanidad, cuenta con que todo el mundo le dejará ir en paz por su camino. Los hombres, cuando no se les humilla, no exigen ni siquiera que se los haga bien; se dan por muy contentos de que no les hagan mal. Mas ¡ay del que se pone en guerra abierta con el amor propio de la sociedad, sea de obra, sea de palabra, sea con el buen fin de reformarla! El defecto mayor en mi carácter, el más perjudicial á mi felicidad, ha sido una inclinacion irresistible á la burla y al epigrama en la conversacion; pero protesto aquí solemnemente que cada chanza ó donaire que ha salido de mi boca, y que ha hecho reir á algunos á costa del inocente á quien he visto corrido y sonrojado en mi presencia, me ha privado de sueño y de sosiego por una ó por muchas noches, y que mi corazon y mi memoria han sabido vengar completamente al ofendido.

Tengan esto entendido mis amigos y mis conocidos, para quienes escribo esta memoria, que concluyo aquí, y que tal vez continúe si continúa mi vida.

Piedrahita, 30 de Octubre de 1843.— JOSÉ SOMOZA.

MI PRIMERA SENSACION BENÉFICA.

(FRAGMENTO.)

Á los diez años daba yo malas muestras de mi persona, y mis travesuras eran ménos inocentes que las de los otros niños. En el tiempo de los nidos corría los campos, trepaba á la copa de los más altos álamos, escalaba las puntas de los riscos cubiertos de hiedra, penetraba los bosques más sombríos; ni perdonaba, como los otros chicos, á la alegre golondrina que habita en el hogar del labrador; ántes bien acechaba la ocasion en que éstos acudian á sus labores para abrir sus ventanas

ó sus puertas, coger los pajarillos, ó quebrar los huevos y destruir el nido. Las mujeres me trataban de sacrilego, y sólo toleraban estos atentados por consideración á la bondad y á las virtudes de mi padre. Un día me fui armado de un larguísimo varal á caer el nido de la golondrina que criaba en el techo del portal de la casa de Ayuntamiento; y para que la pájara no se me escapase, cerré, aunque con trabajo, las altas puertas de la calle; mas la pobre avecilla, despues de haber volado en torno de sus hijos, se me escapó por una reja baja, de donde salía un débil resplandor de luz artificial. Fui á asomarme, alzándome en las puntas de los piés, y vi un lóbrego calabozo, de donde se exhalaba un olor fétido y se escuchaba ruido de cadenas, acompañado de bajos y lamentables suspiros. Sorprendíome esta triste mansión, y más cuando sentí una de mis manos, que tenía apoyada en la reja, cogida y apretada por otra mano áspera y sumamente ardiente. Quise huir, mas no pude desasir mi mano. Entónces se presentó á la reja un semblante descarnado y pálido, casi cubierto todo de una barba espesa y cana. Salieron de sus labios trémulos palabras, entre las cuales pude distinguir: «No temas, hijo; soy un pobre preso» (1). El temor, que me erizaba el pelo, no me impidió buscar en mis bolsillos, con la mano que tenía libre, un real de plata, que era mi caudal, y alargársele á aquel espectro. Pero él, asíéndome tambien de aquella mano, me dijo: «No..... no....., es menester que me salves la vida.» Mi situación no era muy cómoda, porque el buen hombre, tirando de mis brazos para acercarme á sí, me obligaba á apoyar la frente contra la reja; pero la curiosidad y la compasión me la hacían tolerable. «Soy un pobre anciano, abandonado en este calabozo por una muerte acaecida en un pinar de esa sierra, y mi inocencia sola no me librará á lo ménos de perecer de frio y de mis achaques si me coge otro invierno en esta cárcel. Mira, hijo mío, en tu casa está, segun he sabido, el señor don Juan Meléndez, fiscal de Valladolid; cuéntale mis miserias; que me atienda, que estoy con calentura hace seis meses; que me haga el favor, al ménos, de que se me justicie prontamente.» El infeliz comenzó á sollozar, y yo igualmente, sin tener ya miedo ni acordarme de la golondrina. Eran cosas más serias las que debían ocupar á un hombrecillo que podía ya salvar la vida á otro. Lleno de estas reflexiones hablé, lloré, conmoví; me acuerdo que mi padre exclamó abrazándome: «¡Ay si viviera tu madre!» Don Juan Meléndez era muy sensible. Vió al preso, se informó de la causa, le halló inocente y le ofreció su apoyo. Yo no cabia de gozo, me veía acariciado y fuera de un pupilaje en que me habian metido por travieso. Pasmábame el que ser bueno fuese tan fácil y tan agradable. Tres meses habian pasado desde que Meléndez habia llegado á la chancillería, y mi preso caía en una melancolía, de que ni mis socorros ni mis consuelos podian sacarle, cuando un día recibí mi padre carta con copia de la favorable sentencia.

¡Yo que lo oigo! sin decir nada á nadie, sin buscar el sombrero (nevaba fuertemente con ventisca), plántome en la calle, corro á la cárcel, me empino á la reja y grito como un loco: «Tío Moreno, ya está usted libre.» Esta imprudencia causó el efecto que era natural; el anciano cayó redondo en tierra, dando con la cabeza en el poyo de la ventana. Por fortuna mi buen padre, sospechando el motivo de mi salida, habia venido á buscarme, y por su orden fué socorrido prontamente el

preso. Éste de allí á pocos días salió de la cárcel y pudo pasearse por el pueblo, llevándome en brazos siempre á la taberna, al juego de pelota, al tiro de barra, y á todos les decía: «¡Este es el ángel que me ha librado.» Yo le quise mucho, como que le debía los mejores ratos que habia experimentado; y le socorrí hasta su muerte, que no sucedió sino algunos años despues, sin que los muchos que han pasado hasta el día me le hayan hecho olvidar. Siempre que miro en un techo un nido de golondrinas suspiro por el tío Moreno; pero este suspiro mismo no carece de dulzura.

Cuando algun fatuo en Madrid me pregunta con desden cómo puedo vivir entre las peñas, casi que me da gana de contarle este caso, y hacerle comprender que la felicidad no sólo habita allá en los coliseos, en las concurrencias ni aun en las bibliotecas espaciosas; se la suele encontrar, aun sin buscarla, hasta en la reja de una triste cárcel!

USOS, TRAJES Y MODALES DEL SIGLO XVIII.

(FRAGMENTO.)

El siglo XIX, en que hoy vivimos, ha ocasionado tal revolucion en nuestros trajes, usos y costumbres, que es necesario para comprenderla haber visto ú oído muy por menor el método de vida que observaban las gentes en el siglo anterior, que tuvo la fortuna de alcanzar.

Apénas un caballero se levantaba del lecho, ya se le estaba esperando para hacerle la barba (porque ningun español se afeitaba á sí mismo); esta operacion era entónces más dilatada que en el día, en que dos tercios de cara se quedan sin rasurar. En seguida de este afan comenzaba su oficio el peluquero, que no empleaba poco tiempo en batir, enseñar, freir y empolver la cabeza. Acto contínuo principiaba el prolijo trabajo de vestirse, que no le finalizaban los más diligentes en ménos de tres cuartos de hora; tantas eran las piezas de sus atavíos, y tantas las hebillas con que se ajustaban, desde la que apretaba el corbatín hasta las que sujetaban el calzado. Terminada por fin esta faena, nuestro hombre ceñía su espada, tomaba bajo el brazo su sombrero, y se encomendaba á Dios para arrostrar la intemperie á cuerpo gentil y la cabeza descubierta. Si caminaba á pié, era con suma precaucion y tiento, para librar del polvo ó de los barroes la media de seda blanca y el zapato á la mahonesa. Conoció un militar que adquirió extraordinaria consideracion y fama porque atravesaba á Madrid en invierno sin enlodarse. Y no era extraño que tal cualidad fuese envidiada, porque el correr las calles no era empleo limitado, como ahora, á los que tienen agencias ó negocios. El más independiente de los hombres tenía los indispensables deberes de un ceremonial distribuido con tal exactitud y precision, que no habia dias de holganza. Se daban pascuas tres veces al año; se felicitaba á todos en el día del santo de su nombre y en el aniversario de su nacimiento. Faltar á una enhorabuena ó á una misa de parida era bastante para que dos familias se enconasen. El más corto viaje no podia emprenderse sin una despedida general, que tenía su paga al día siguiente, y se repetía á la vuelta con nombre de bienvenida. En las festividades de los santos cuyo nombre más abunda, un extranjero que entrase en cualquier ciudad ó villa la hubiera juzgado envuelta en una conmocion política ó en un incendio. Las gentes todas, corriendo azoradas, se encontraban, se impelían, gritándose y estorbándose. Había infelices que se caían muertos de cansancio y despecho por faltarles el

(1) La cárcel de Piedrahita está en el piso bajo de la casa Ayuntamiento.

tiempo para acudir á peinar, calzar, afeitar y vestir á sus parroquianos. Tal era la sociedad en estas solemnidades. Pero hablemos de los días ordinarios. Á la una se comía, y se comía más que ahora, pero era necesario más habilidad para saber comer que para saber ganarlo. Había unos cucuruchos de carton para adaptarse encima de los vuelos, porque era cosa sentada que el uso de las manos era nulo mientras estaban rodeadas de tales adornos. Se habían inventado otras máquinas y preservativos para librar de manchas el bordado de la chupa y las vueltas del pecho de la camisola; pero ninguna de estas invenciones era tan complicada y singular como las que había que usar para dormir la siesta, costumbre general y tal vez útil en nuestro clima. Yo vi al célebre Jovellanos boca abajo, sin tocar en la almohada sino con la frente, para no descomponer los bucles.

Porque sólo á las personas que no habían de concurrir despues á grandes tertulias, les era lícito prescindir del peinado y recogerse el pelo en una redecilla. Estos salían embozados en una capa de grana, pero no más aptos para pasear en el campo, porque la media de seda y el escarpín no permitía salir de los caminos reales. Al fin, los hombres sentaban el pié, pero las damas, elevadas sobre dos tacones, daban pasos peligrosos y parecidos á los de la gallina cuando escarba. Oprimidas además por una cotilla cruel, ¿qué ejercicio podían hacer, ni qué agitacion eran capaces de resistir? Tan perpétua era en ellas la cotilla, que había madres de familia que criaban á sus hijos dándoles el pecho por una pequeña trampa ó portezuela practicada en el peto de la cotilla misma, mientras las infelices criaturas, apretando su rostro inútilmente contra las inflexibles ballenas, buscaban el calor del seno maternal.

Había día de tres metamorfosis en los caballeros. Capa y cofia á la mañana, á lo militar despues, y á la tarde de majo para ir á los toros. Para tan dulce recreo mezclábanse entre la plebe los más graves personajes con montera malagueña. Y allí se divertían á silbar ó se desgañaban á pedir perros. Los teatros (llamados corrales con mucha razon) no ofrecían mayor moralidad ni menos alboroto. El silencio, decoro y compostura lo tenía reservado la gravedad española para las tertulias. Nada en efecto más grave y patético que un *refresco*. Las damas en el estrado formaban una batalla infanqueable, que no daba otro signo de sensibilidad que el movimiento acompasado de los abanicos. En otra paralela, se hallaban los señores, también colocados por el órden de clases, dignidades y méritos. Como si allí se hubiesen reunido, no á solazarse, sino á escuchar la tremenda sentencia del valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion festiva ó interesante. Sólo los jugadores de naipes, colocados en medio de la estancia, tenían derecho á gritar y decirse baldones, ó marcar á porrazos en la mesa el número de sus triunfos. Pero éstos eran piés fijos, que jamás cedían su puesto, y cuya vida había sido un revésino de medio siglo. Concluida esta funcion, retiradas las familias á sus casas, empleaban tanto tiempo para despojarse de sus complicadas galas, como el que habían gastado en adornarse de ellas. Mientras que se desarmaba la cabeza de la dama, abatiendo el enorme crizon y escofeta, en la frente de su esposo se destruían baterías de rizos, que se envolvían en algodones. ¡Cuántas de estas nocturnas sobremesas presencié siendo niño, admirado y afligido al ver disminuirse, aniquilarse la estatura, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia, cuyas facciones y fisonomías quedaban para mí desconocidas!

La última de las diarias ocupaciones ostensibles de nuestros mayores era la de dar cuerda á los relojes de faltriquera; y no era éste pequeño ejercicio, porque cada individuo usaba dos, y cada uno con dos sobrecajas. ¡Todo era duplicado en aquel feliz tiempo! Dos muestras, dos pañuelos y dos cajas para el polvo.

Tal es el bosquejo de aquellas costumbres, inocentes cuanto se quisiere, pero formularias. El propietario, el mercader, el artesano, el pobre, el rico, el noble y el plebeyo, por fórmula entregaba su hijo al dómíne; por fórmula se matriculaba el gramático; por fórmula emprendía una carrera; por fórmula se graduaba; por fórmula tomaba un uniforme; por fórmula se embarcaba para América, de donde volvía sin saber que había antipodas; y por fórmula, en fin, el mayor número de los hijos de familia se dedicaba á la profesion vitalicia de pretendiente en la córte, gastando, encaneciendo y meditando la *Guia de forasteros*. Pero la profesion más formularia en trajes, usos y modales ha desaparecido como el nenúfar y plantas agáricas por el cultivo. Tales eran los abates, objeto de tonadillas, de sainetes, de países de abanicos. Objeto de curiosidad, de admiracion y de entretenimiento para el bello sexo, como lo son las mandrágoras para los aprendices de botica. El que quiera conocer á fondo las costumbres españolas en el siglo XVIII, estudie el teatro de don Ramon de la Cruz, las poesías de Iglesias y los caprichos de Goya.

LA DUQUESA DE ALBA Y FRAY BASILIO.

La persona de quien hablo es la última heredera de los estados de Alba, Maria Teresa de Silva, en quien la naturaleza había personificado tan hermosamente la beneficencia; y digo la naturaleza, porque el arte nada había hecho en su favor. No había recibido educacion alguna, ni había oido buenos preceptos, ni había leído buenos libros, ni había visto sino malos ejemplos. Mas la naturaleza de este sér era respecto del bien, lo que la de los metales respecto del iman.

La primera vez que despues de casada vino á Piedrahita, distinguió entre las gentes que la visitaban á un *fray Basilio*, viejo, cojo, tartamudo, mal criado, y tan ignorante, que no había podido hacer carrera alguna en la comunidad, y le habían enviado de proenrador al convento de monjas de este pueblo. El buen religioso era tal, que la más refinada malicia y la calumnia, que ya se aprovechaba de las imprudencias de aquella amable jóven, no pudo atribuir su familiaridad con aquel fraile sino al extraño capricho de reirse de sus simplezas, y todos le miraban como al Sancho de esta nueva Duquesa, de cuyas faldas era inseparable, y que, para que la acompañase en sus paseos á caballo, le había regalado una mula muy mansa y andariega.

En una de estas cabalgatas echó de ver la Duquesa que fray Basilio se había quedado atras y aún perdiéndose de vista, por lo cual se paró y mandó á algunos criados que corriesen á saber qué le había sucedido, y aún á poco rato, viendo que no parecía, marchó ella misma á galope en su busca, seguida del resto de la comitiva. Era el caso que el buen fray Basilio había visto, no lejos del camino, un ternerillo atollado en una zanja, á quien la madre no podía socorrer, y bramaba alrededor suyo. El caritativo fraile había dado voces á los lacayos para que volviesen á sacar el animal, que perecía; pero ó no le habían oido ó no habían hecho caso, y fray Basilio había tenido la bondad de apearse y meterse en la zanja y sacar al becerro en brazos con harto trabajo,

porque ya he dicho que era cojo, que gastaba muleta. No le había costado ménos fatiga despues el volverse á subir al borde de la zanja, y lo peor de todo fué que cuando ya estaba arriba, la vaca, que le vió asido al ternero, corrió á quitársele, y á testeradas volvió á arrojar al fraile de cabeza en la zanja.

Á esta escena del drama habian llegado los criados, y áun la estaban celebrando con carcajadas malévolas, que resonaban por el valle de Corneja mientras el fraile perneaba en el fango, cuando llegó la Duquesa. Un grito de ésta hizo cesar la algazara de aquella gente socz, y entraron y orillaron y pescaron al caritativo padre, que en estando fuera contó el caso, añadiendo: «¡Cuerno, señora Duquesa, y lo que cuesta hacer un beneficio!» La Duquesa estaba frenética contra todos, y á un *bello espíritu* madrileño, que en hora inenaguada le ocurrió glosar el lance chocarramente, le hizo enmudecer diciéndole «que el lodo del semblante de aquel fraile valia más que sus epigramas y que su persona», y comenzó á llorar, y abrazó á fray Basilio, y le daba mil besos, y replicó al Duque porque la rogaba que se serenase: «Cuidado, Duque, con ponerse de parte de los malos; que seré capaz de creer que no hay aquí más buenos que fray Basilio y yo.—No nos entienden, fray Basilio. Yo, si, le conocí á usted desde el primer día, y vi un alma á la manera de esta con que Dios me ha dotado y de que le doy gracias.»—Se empeñó en volverse con el fraile á casa, y no hubo remedio, aunque el Duque proponia seguir el paseo y que al padre se le llevase al pueblo por los domésticos. «De tales domésticos, replicaba la Duquesa, ni mi marido, ni el fraile, ni yo debemos servirnos: ¡canalla, que es capaz de persuadirnos que somos mejores que ellos.»

Nada he añadido: Fontenelle ha dicho, con relacion á un ósculo dado por una gran dama á un hombre de letras, que tales recompensas no son las destinadas á las ciencias; yo no sé si deben serlo á la bondad maltratada, pero siempre he creído que la admirada, envidiada, murmurada, y quizá poco conocida Duquesa de Alba, hubiera sido capaz de repetir en sí misma la accion que cuenta Mariana de doña Maria Coronel, si posible hubiera sido convencerla de que el alivio de la humanidad se conseguia por tal medio.

Por esta clave tal vez debiera estudiarse la aparente discordancia de sus costumbres.

EL RETRATO DE PEDRO ROMERO.

Siempre que miro el retrato de Pedro Romero pintado por Goya, admiro el ingenio de este artista, que en un retrato de medio cuerpo ha encontrado medios de caracterizar á aquel torero célebre y singular. Su semblante, que está muy parecido, respira honradez y áun sensibilidad, sin que se advierta nada que indique la ferocidad desalmada de las costumbres gladiatorias. Sólo una de sus manos, que está abierta y apoyada sobre el otro brazo, es la que manifiesta la profesion del personaje. Esta mano de atleta se presenta en primer término, y llama la atencion de los espectadores para que no duden respecto al ejercicio y fuerza del que miran. La primera vez que vi este retrato en el estudio de Goya, recordé una conversacion de mi padre relativa á Pedro Romero.

Se trataba de la inmoralidad de las corridas de toros, y conviniendo mi padre en todas las inectivas triviales y repetidas contra este espectáculo, decia que sin embargo habia él recibido una leccion de mo-

ral muy fuerte y profunda en la corrida de toros en que murió un hermano de Pedro Romero. El lance sucedió en la plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados. Apenas Pedro Romero, jóven entónces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada, y corre hácia el toro sin pedir licencia á la autoridad, sin escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veia probable la de este otro; que amarillo de cólera, erizado el cabello, con sola la espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hácia la fiera, y para llamarla la atencion y separarla del cuerpo de su hermano da un grito espantoso. Cuando oí aquel grito (decia mi padre), no tuve por increíbles aquellos gritos que en las batallas de Homero dan los guerreros, y son oidos en medio del combate. Este grito produjo un general silencio; el interes de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la funcion el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalariadas y de poca importancia que le persiguen. En efecto, ¡qué escena! un padre arrodillado en medio de la plaza, y que pide al cielo le conserve un hijo, al tiempo que acaba de ver espirar el otro. Todo el mundo se interesa ya por esta desgraciada familia. El terror y la compasion en el más alto punto se han apoderado de todos. En este intervalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra el otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme, dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores. Las voces y palmadas de aplausos resuenan por todas partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas; el público y la gloria le es indiferente; no es aquel Pedro Romero airoso y gallardo que concluida la estocada se solia congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pié; es un desgraciado hermano, es un individuo de la humanidad que pasa por la rueda de pasiones y dolores que ocasiona un desastre, y que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de un padre. Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza. La funcion no prosigue; el espectáculo se da por concluido con este acto; los espectadores bajan de sus asientos, convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena que interese. Cada uno quiere ir á meditar en silencio ó á comunicar con sus familias la sensacion que ha experimentado, y á gozar de la seguridad de no haber perdido desastrosamente un hijo ó un hermano.

LA JUSTICIA EN EL SIGLO PASADO.

En la noche de Año Nuevo de este, 1840, quiso mi hermana cenar á la mesa su sopa y su ensalada de apio, y mientras de sobremesa fumaba yo mi cigarro, la hablé del nuevo juez que habia venido, y que me estaba temiendo (como temo siempre que viene una autoridad nueva) que fuese para turbar la tranquilidad del pueblo.

—Ve ahí lo que á mí no me quitará el sueño, contestó mi hermana, que estaba medio dormida.

—Y ¡por qué, María Antonia?

—Porque á quien conoció al corregidor Grima, que es el primer juez que yo vi en este pueblo, nada puede asustarla en la materia. Tú no le alcanzaste, continuó mi hermana, despabilándose y entrando en materia,

Pues era un corregidor de gorro blanco, cogote y cara de salmón cocido, vestido de terciopelo leonado y zapatos de castor. Le llamaban el *Duque, mi señor*, no sólo porque siempre llamaba él así al Duque de Alba, que le había dado este corregimiento de su señorío, sino porque era más déspota y más endiablado que el mismo duque viejo don Fernando de Silva, y no deja de ser ponderación. Tan fanático, que no quiso dar cumplimiento á la orden del Consejo suprimiendo las procesiones de disciplinantes, que tú tampoco alcanzaste, y en que todos los borrachos, asesinos y perdidos, vestidos de penitentes, cubierto el rostro y ensangrentada la espalda, en las noches de Semana Santa insultaban, robaban y forzaban impunemente. En Salamanca la Marquesa de Almarza, al entrar en la iglesia, fué manchada de sangre por ellos, y un militar que tiró de la espada para reprimir tan asqueroso insulto, fué arrestado y castigado. Por repetidas quejas se prohibieron, pero en Priebahita duraron un año más, merced al señor Grima.

Era tan preocupado é ignorante, que formó causa á un mozo de caminos que llaman Pepe el Andarique, de extraordinaria agilidad é incansable en el andar, por lo que el vulgo decía que tenía pacto con los espíritus malignos, y el licenciado Grima por tal delito lo iba á poner preso, si el muchacho no se hubiera amparado de padre, quien se lo recomendó al obispo de Ávila, Merino, noticiándole la ridícula causa de su inquisitorial persecución.

Otra vez una vieja, á quien, de puro fea, flaca y pobre, la perseguían por bruja los muchachos, fué á pedirle justicia al señor Grima, y él la echó de su casa á bastonazos, y de uno de los golpes que la alcanzó el bestia, quedó tuerta la tía Andrina, que así se llamaba.

Pero cuando la ferocidad de este animal llegaba á su colmo, era cuando se trataba de los privilegios del *Duque, mi señor*. Tenía éste aquí un coto de conejos, los cuales devoraban lindamente los frutos de las huertas inmediatas. Una noche un labrador, careando de su garbanzal una banda de conejos, tiró un palo y acertó á uno de ellos, que fué á morir dentro del coto, y el labrador se atrevió á entrar por él; pero el guardabosque, que se le echó encima, le denunció ante el tribunal de Grima. Pues señor, *embargados sus bienes y á préstamo*, de donde no volvió; he conocido á sus hijos pidiendo á nuestra puerta.

Así se administraba la justicia en aquel tiempo, que algunos elogian, no sé si á fuer de tontos ó de picaros.

¡Me estremezco todavía cuando me acuerdo del día en que dieron tormento al tío Cortijo! — Javiera, véte á acostar, que esto no es para tus nervios.

Voy á contarte aquel caso repugnanté, pero útil para tus cuadros morales.

Aquí interrumpí á mi hermana, diciéndola:

— Conocé al tío Cortijo ya muy viejo, y como había oído decir que le habían dado tormento, le rogué más de una vez que me enseñase los pies, que le habían desoyuntado, y me horrorizaba al verlos.

— Pues bien, continuó mi hermana, era él joven y buen mozo y trabajador, que andaba á cargas de leña, cuando se le formó causa por la muerte del guarda del monte de la Jura. Es de advertir que no le mató él; quien le mató fué un compañero suyo, á quien él nunca quiso descubrir, y que lo ha declarado al morir en Zamora, muchos años hace. Los había cogido el guarda cortando en el citado monte público, y mientras dicho guarda contaba los pies para hacer la denuncia, y decía: «No pagais con cuanto teneis vosotros y vuestros

padres», el compañero de Cortijo, indignado, descargó el hacha sobre su cabeza.

Cortijo, encausado y preso (el reo se había fugado), no estaba ni convicto ni confeso, aunque había varios indicios contra él, y Grima falló *tormento*. Que se figure cualquiera la consternación del pueblo al ver entrar por la plaza al verdugo de Salamanca, precedido de la cruel máquina llamada potro. Muchas gentes se ausentaron, y cuando llegó el momento de la cruel ejecución, los vecinos cerraron todas las puertas y ventanas, y aún creían oír por los cañones de las chimeneas los alaridos del atormentado. Una hermana y la novia de Cortijo (estaba amonestado) tuvieron el valor y la ternura de asistir á enjugarle el sudor y darle agua, que no sé cómo Grima se lo consintió, porque aquel monstruo, al ver que el inocente Cortijo había sufrido el tormento sin declarar á su gusto, quiso que se repitiese. Entonces se vió un fenómeno bien raro (todas las gentes de mi edad lo saben): el verdugo, abogando por la humanidad, por la justicia, que hollaba aquel mal juez, mal letrado, mal hombre, y resistiéndose valiente y victoriosamente á repetir la ejecución. En vano Grima quiso que los cirujanos declarasen, por el pulso del paciente, que podía sufrir más. El verdugo se negó, y pidió testimonio á los escribanos, é intimidó al tigre.

Todas las mozas del pueblo con panderos, con vendas, con licores y conservas fueron á la cárcel, y Cortijo les decía:

— Chicas, si esta lengüecita hubiera dicho hoy un sí, no pudiera mañana dar el sí delante del altar á la mi rubia; ella y Dios son quien me han dado el valor en la agonía.

Tales eran las leyes, las costumbres de mi tiempo, y en el tiempo del rey Carlos III, que en verdad él por sí no fué un tirano, pero el pueblo, sí, era esclavo.

LA VIDA DE UN DIPUTADO Á CÓRTEES.

Mi querida hermana: No extraño que en ese pueblo, de donde no sales, me creas feliz y contento, desempeñando el más honroso cargo que la nación pudo darme. Te equivocas, sin embargo, y para convencerte te diré por menor cuál es mi vida.

Cada día, al despertar, y mientras me desayuno, leo los papeles públicos, y suelo reparar que en la sesión de la víspera han equivocado el monosílabo de mi votación; y no creas que es éste pequeño disgusto ni pequeña ocupación la de lograr que los taquígrafos rectifiquen la equivocación. Al fin á mí, que no he hablado, no me es imposible conseguir esta comida; pero ¡ay del triste orador cuyo discurso han cambiado totalmente, haciéndole decir tales simplezas, que cree oír el infeliz las carcajadas que escuchan doce millones de bocas al llegar el correo á las provincias!

Si es día de comisión, hay que vestirse de prisa, y á pesar de los lodos y del frío (soy legislador de á pié), acudir á la cita, donde, si se llega tarde, se sufren convenciones de los compañeros, y si temprano, se riñe ágramiente con los que van llegando, y se sigue riñendo y renegando todo el tiempo que la comisión dura, que suele ser hasta la hora de abrirse la sesión del Congreso, adonde hay que ir á sentarse ya con la sangre quemada y la cabeza hecha un horno.

Lo que pasa en las sesiones todo el mundo lo sabe, y sólo te hablaré de algunos incidentes que no pueden estar al alcance del público, y que son inevitables en las grandes reuniones. Ya le ocurre á un compañero

venir á comunicarme una nueva agradable, pero es reservadísima, y como él ignora el mal aliento que tiene, me suministra un emético con la mejor intencion. Á veces otro, que pasa de pronto por detras del banco mío, enredando un boton de su vestido en las greñas de mi pelo, me precisa á lanzar un grito agudo, que el Presidente ahoga con la terrible voz *jorden!* No falta quien, pasando por delante, se pára un momento á saludar á las damas de las tribunas, fijando gentilmente su baston en mis encogidos piés y en el único clavo que en ellos tengo; las lágrimas se me saltan en tormento semejante, y tengo que gastar bota rajada por todo el tiempo que dure aquella legislatura. Salgo al salon de columnas para fumar y estar ancho, pero no bien me he sentado, se me acerca un buen patricio á leerme una memoria para acabar la guerra en tres semanas, sin pedir nada á nadie; yo, que procuro hacer más corto el rato, enredando con la regla de rayar papel que está sobre la mesa de escribir, en un raptó de impaciencia hago una carambola con la salvadera y la caja de rapé de un venerable prelado que está leyendo periódicos, y se la abro, y se la vierto, y tengo que pedirle mil perdones por mi mala crianza. Huyo hácia un grupo que se halla apiñado en un rincón oscuro, pero retrocedo al punto, porque están empollando una interpelacion. Me paseo, pero tengo que parar, porque un celoso hidráulico explica á otros varios su plan de canales. Las baldosas del piso son provincias, y en un mar de saliva que hay en ellas, embarca con el pié las puntas de cigarro, que serán los buques que crucen el reino. Si voy á la chimenea, un jugador de tresillo, que disputa con los que le han ganado la noche ántes, me hace juez de sus bien combinadas jugadas, y tengo que ocultar mi ignorancia en los naipes, á fuerza de arcos de cejas y fruncimientos de labios. Por dicha, ántes que llegue el último codillo, suena la campana que llama á votar, y todos acudimos al salon de sesiones. Concluida la de aquel día, salimos, no sin haber precedido cambios y recambios de capas y sombreros.

Si ha sido la votacion interesante, es muy probable que algun conocido que ha estado en la tribuna me diga en la calle con voz severa y dándome en el hombro: *¡Hoy ha perdido usted á esta pobre nacion!* En seguida de esta flor, se vino á mí cierto día un hombre como un gigante, moreno y vellosó, á quien yo no conocía, y estrechándome en sus brazos, me levantó del suelo, haciéndome tres veces perder tierra, dándome otros tantos vivas, como á defensor del pueblo. Otra vez en lo alto de la calle, con un viento Norte que llevaba la cara, me agarró un malcontento de la capa, y sobre el cuello de ella se detuvo á escribir por su mano la proposicion que debía yo formular para remediar en parte los males que habia hecho con mi voto, hasta que al fin llegaron en mi auxilio los caballos del coche de un ministro, que le hicieron separarse, y yo logré escabullirme, llegando casi á gatas á mi casa.

En ella es muy frecuente estarme ya esperando algunos buenos vecinos de los pueblos de la provincia, que todos quieren enterarme de sus solicitudes para que las recomiende en los correspondientes ministerios. Es en vano quererles persuadir que un diputado á Córtes es un representante de toda la nacion, no de una sola provincia, y no debe promover asuntos particulares: ellos, que han comido ya, aprovechan el tiempo en que yo lo hago leyéndome ó refiriéndome sus exposiciones y los documentos en que las apoyan. Algunos otros no vienen á solicitar, sino que son electores que influyeron en mi nombramiento, y vienen á conocerme y á compla-

cerse en su obra, ó al contrario á decirme: «Don José, somos francos; usted no ha correspondido á los descos del país; no le da usted esplendor; no parla usted, y estamos afrentados.» Yo procuro excusarme con mi falta de voz y de salud, y áun les enseño los dientes aporillados y cadaverosos, que dejan escapar el aire de mi boca cual de un fuelle. Nada les convence, ni me queda otro arbitrio que abreviar mi comida, y con ella en la boca despedirles en la calle y refugiarme á un café.

Allí busco una mesa solitaria, pero pronto me atisba algun político que caza de espera allí para saber por menudo todos los incidentes de la sesion del día. Mientras entre sorbo y sorbo procuro satisfacerle, llegan otros y otros y otros, y tengo que comenzar otras diez veces, y luégo no me dejan proseguir, glosando cada cual las ocurrencias segun sus diferentes opiniones, y la cuestion se acalora, y el codazo de un buen lógico echa á rodar la taza y el platillo ó el braserrillo con lumbré. ¡Feliz quien logra salir sin manchas ni quemaduras!

Me voy á mi tertulia á buscar paz. Una señora de familia diplomática, á quien no esperaba yo encontrar allí, exclama viéndome entrar: «Me alegre que usted venga, padre de la patria. ¿Á qué no ha apoyado usted el disparate que han aprobado hoy las Córtes?» En vano quiero excusarme, en vano mudo de conversacion. No, no hay remedio, tengo que confesar cómo he votado. La reyerta que se me arma entre los concurrentes dura hasta más de las once. Obligado á tomar parte y deshacer mil equivocaciones, abandono, en fin, el campo, roneo, sofocado y ardiéndome las sienes. Ceno en silencio, sin gana y de priesa, y me voy á la cama.

Viene Farrancho á sacarme las botas, y le tienta el demonio de hablarme de la quinta, y se empeña en que su hijo no debe entrar, y que todos están mal con la ley de reemplazos, y que las Córtes no miran por los pobres. Mi irritacion llega al colmo. La medida se ha llenado, y tengo la barbarie de darle una patada, que le sienta en el suelo. Se levanta y se marcha, y yo me quedo al borde de la cama extático, aburrido, avergonzado de mi brutalidad. Me acuesto, pero no duermo. Las horas se me pasan dando vuelcos. Pienso en el último día de Caton (aunque sea mal comparado), y en la injusta puñada que dió aquel romano al fiel doméstico que le rehusaba la espada con que se quitó la vida.

EL RISCO DE LA PESQUERUELA (1).

El torrente ha callado. Una columna de hielo desciende desde lo alto de la roca hasta el profundo estanque, en que la luna refleja un momento, llevada rápidamente en un trono de nubes agrupadas como los precipicios que rodean la cumbre de *Peña negra*; el viento de cuando en cuando sacude las altas copas de los robles de *La Pesqueruela*. Las sombras que forman, se cruzan en el bosque como espectros amenazadores. El silencio de la noche reina melancólicamente, interrumpido sólo por el grito del cuervo, posado sobre un risco del bosque, el risco *del sepulcro*, el risco de las lágrimas. Allí es donde termina algunas veces el paseo del poeta solitario; al pié de aquel risco reposa y medita sobre la desgraciada suerte de su patria. *Patria*, voz funesta en las habitaciones de los hombres, y que el bueno, para pronunciarla, tiene que buscar el desierto ó las cavernas del monte de *la Sura*.

(1) Llámase *La Pesqueruela* la hacienda que SOMOZA prefería, en la cual fué enterrado por órden suya.

Ramona, Paula, María (1), ¿quereis saber mi historia en aquel risco? Escuchad; y cuando la juventud os pregunte cómo y por qué dificultades y amarguras se ha conseguido la libertad pública, contadla el cuento del risco de *La Pequeruela*.

Es necesario que la memoria retroceda veinte años. Era el año de 1814, era un día de Mayo, y eran las seis de la tarde, cuando mi ahijada Cecilia (2), que apenas sabía andar, entró en mi cuarto llorando, y me dijo: «Esta carta de parte de mamá, que la ha escrito papá desde Madrid.» En ella se referían las prisiones de todos los buenos: el primer nombre que hirió mi vista fué el de Argüelles. No había acabado de leerla, cuando voces tumultuosas y tiros de fuego llamaron mi atencion. La calle estaba inundada de pueblo; una procesion, dirigida por el clero, paseaba el retrato de Fernando VII gritando: *Viva la religion y mueran los impíos*. Cecilia, sobrecsaltada, se asía á mis rodillas, y mi pesadumbre misma me impedía levantarme. En medio del alboroto se escuchaba una voz de mujer que decia: «Ingratos, infames, no entraréis; le defiendo yo, y daré de puñaladas al que llegue al umbral de la puerta.» Algunas otras mujeres defendían también la puerta á los que querían entrar en mi casa: se había hecho correr la voz por los clérigos de que Argüelles estaba oculto en ella. Quien se oponía era Leonarda, la mujer de un herrador del pueblo. Era jóven y había servido en casa de mis padres. Yo la vi desde lo alto de la escalera, suelta la trenza del pelo, descubierta la espalda y el pecho, por haberla rasgado el vestido. Tenía un cuchillo en la mano, é insultaba á la canalla diciendo: «Bribones, el día de Pascua vendreis á recibir *el pan de la limosna*; pero hoy seré yo quien os reciba.» Y habiendo intentado algunos agruparse, cerró la puerta de golpe, y subiendo y abriendo un balcon de mi casa, dijo á las demas mujeres que estaban en la calle: «Id á tocar á fuego para que los hortelanos de *las huertas* acudan.» En un momento se oyeron las campanas, y la procesion siguió su camino. Ya había anochecido. Leonarda, por mi órden, tomó en brazos á la niña Cecilia para llevarla á su casa; los criados no se atrevían á salir; yo tampoco me atrevía á mandárselo, ni sabía qué resolucion tomar, y me paseaba solo y pensativo por el corredor que da sobre el jardin. Pronto volvieron á escucharse gritos á lo léjos y tiros de salvas. *Viva la Inquisicion y viva el Rey*, gritaban; pero otros gritos, también á lo léjos, les contestaban: *Viva Leonarda y don José Somoza*. Estos eran los vecinos de *las huertas*, que, habiendo acudido al pueblo y enterados del asunto, habían tomado sus escopetas para defenderme, y les acompañaban sus mujeres, y Leonarda al frente. Al cabo de algun tiempo cesaron las voces, y pude descansar. Al siguiente día monté á caballo y atravesé el pueblo para ir á *La Pesqueruela*. Todo estaba tranquilo en las calles y la plaza; todos me saludaron con respeto. Llegué al bosque de *La Pesqueruela*, y me senté al pié del risco, cuyo musgo verdeguaba ya por el rocío de la primavera. Al pié de este risco entré el libro de la Constitucion, que traía conmigo; lloré por mis amigos de Madrid, y me recosté sobre la capa para descansar. Allí meditaba sobre el destino de los hombres de bien, cuando una voz agradable de mujer, que venía cantando canciones del país, me

obligó á alzar la cabeza. Era Leonarda, y parecia el genio del bien, que acudia al socorro del inocente desgraciado. Llegó á mí, y entregándome un bolsillo, me dijo: «Este es el dinero que entre mi marido y otros se ha podido juntar para usted; porque mi marido dice que debe usted marcharse, sí, señor, y buscar otra tierra donde no se persiga á los hombres como usted; y lloraba y me apretaba la mano. Yo la obligué á sentarse á mi lado y la dije: «Pero, muchacha, ¿por qué te interesas tanto por mí? ¿Eres liberal? Yo apenas te conozco: ¿no eres recién venida de Madrid y estás casada con Pepe el herrador?—Sí, señor, me respondió; y yo le he querido á usted siempre, porque mi padre, el guarda del monte, nos contaba el bien que nos había hecho su padre de usted. Una vez, mi pobre padre estando en cama con un brazo roto, envió el señor don Ignacio á un catedrático de Salamanca, que había venido á curar á su madre de usted, para que curase el brazo á mi padre. Desde entónces siempre que usted pasaba por mi puerta me llamaba mi padre la atencion y decia: *no negará la casta*. Me acuerdo que una tarde de verano, tendria usted nueve años, saltó usted por la cerca de nuestro huerto y se subió usted en el guindo; comenzó usted á echar abajo las ramas con las guindas, y luego se tendió usted á dormir debajo del árbol. Mi madre, que había conocido á usted, me dijo: «El es travieso; pero anda, coge una rama del árbol y estate á su lado quitándole las moscas para que duerma.»—¿Pero despues no me has vuelto á ver? dije yo.—Sí, señor, en Madrid, porque yo serví en casa de Berganza, el apoderado de la Duquesa de Alba, y le vi á usted en casa y en la de la Duquesa con su padre de usted.—Pero bien, ¿por qué me quieres ahora, que soy liberal? ¿Sabes tú si eso es bueno?—Sí, señor, porque veo que los malos no les pueden ver, y es liberal mi marido, y le quiere á usted tanto como yo. Mire usted lo que dijo mi Pepe el otro día, comiendo con su sobrino el cura de *Sebastian Perez*, y con mi cuñada la molinera de *la Cañada*: dijo mi marido, hablando de usted: *Como ésta es gracia de Dios* (y cogió el pan de la mesa), *que me alegrará de que á don José le gustara alguna mujer para que hubiese hijos de su sangre*.—Cátese usted, señor don José, en pasando estas cosas, porque mi marido dice lo que todos, *que se van á acabar los Somozas y se pierde el pueblo*.» Entónces reparé que lloraba, y las lágrimas caían en mi mano, que tenía asida la suya.—JOSÉ SOMOZA.

EL ÁRBOL DE LA CHARANGA.

Quien haya estado en Sevilla sabrá que, saliendo de ella por la puerta de Triana y dirigiéndose á la orilla del Guadalquivir, se encuentran algunos álamos, de los cuales uno se llama el de la *Charanga*. Bajo su sombra, y en algunos asientos de piedra que le rodean, se reúne en las tardes hermosas, que lo son casi todas las del año, una tertulia, de conversacion variada y curiosa. La situacion y las vistas no pueden ser más graciosas. El rio corre por delante; á la izquierda está el Arenal, paseo siempre concurrido; á la derecha el puente de barcas y un dilatado horizonte azul, en que se oculta el sol en su occidente por entre una multitud de palos y velachos de embarcaciones ancladas. El motivo de reunirse es el de beber agua de la alameda con anises, por un ochavo, en un puesto que allí hay.

Los personajes que concurren no son notables por su jerarquía ni por sus riquezas, sino por su poquísima apprehension sobre el día de mañana. Algun oficial de

(1) La señora doña María del Acebal de Arratia de Uzo, la excelentísima señora doña Paula del Acebal de Arratia de Huet y la señora doña Ramona del Acebal de Arratia de Muñoz y Larrainzar.

(2) Hija del diputado á cortes Nájera, muerta despues en Madrid, en los brazos de SOMOZA, y llorada amargamente por éste en varias poesías.

francos, otro que ha servido en la marina de suplente de piloto, algun exclaustro ó un actor desechado por viejo, algun dependiente de la Carraca cuando *Dios quería*, con otras varias gentes, cuyo modo de vivir es un problema que no puede resolverse sino por el general de que, en la *tierra de Dios*, ni es grave asunto comer, ni necesario abrigarse, ni tampoco encender lumbre. El clima cuida del pobre, y el sol suple las faltas del Gobierno. Así es que la misma miseria no tiene allí ese aspecto lúgubre, feroz, desesperado que en *Los misterios de París* lastima intensamente nuestra vista. En la reunion de que trato reina generalmente el buen humor, se habla de todo, se gobierna el mundo, se dispara en grande, y tambien se razona muy lógicamente más de cuatro veces.

Esta tarde, de que hablo, tenía la palabra en la sesion un hijo de la tierra, sargento retirado, entrado en dias, y que acababa de llegar de Londres, donde habia permanecido desde el fin de la guerra de la Independencia. «Señores, decia, desengañémonos; el inglés tiene mucho saber. Yo me ha convencido de ello en cerca de treinta años que he vivido (¡cuidado!) entre todo el señorío de *Inglaterra*, porque ya he dicho á ustedes que me llevó consigo un general de *Wellington*, por una humorada de las que suelen, porque le gustaba oírme tocar la guitarra y cantar la cachucha y el jaleo *probe*, etc. Y allí hubiera dejado los huesos, porque le tomé ley; pero el amor de la patria arrastra al hombre en llegando á mi edad; y su *mercé* se hizo cargo; y ¡Dios se lo pague! me ha señalado un *diario* en un *comercio* para mientras viva. Pues, como digo, allí los ricos, los señores, los grandes, no son holgazanes. ¡Cá!... Estudian y se aplican más que los demás, si cabe. Sólo he conocido un señorito (sobrino de un lord, por cierto) haragan y dejado. Pero verán ustedes; el tío era mucho de casa, y yo le oía varias veces quejarse á mi general del abandono del sobrino. «¿Quién habia de creer, decia, que un muchacho que prometia tanto, que ha hecho tan buenos estudios, que debe, por pundonor y hasta por obligacion, sostener y aun aumentar el esplendor, la nobleza de mi casa y de mi nombre, al llegar á la mayor edad se haya hecho indiferente é insensible á todo? En vano le estimulaba el honor por todos los caminos. Le indicaba la carrera militar. *Los héroes no son de moda, ni necesari* los, responde. Pues, sino, la diplomática. *Soy demasiado claro de color para no sonrojarme*. Pues bien, la legislación, la defensa de las libertades de tus conciudadanos te pueden dar celebridad y honor. Como á *O'Connell*, que á estas horas, ni se sabe, ni él sabe lo que quiere. No rabuena; no seas tribuno ni agitador; pero siquiera escribe, publica el resultado de tus meditaciones en política, en moral, en bien de la humanidad. *Se ha escrito todo, y hay que pensar sobre la ejecucion*. No le he podido sacar otra palabra del cuerpo, y me tiene aburrido.»

--Mi general le procuraba consolar al tío, haciéndole ver que, al fin, su sobrino no sólo tenía talento é instrucción, sino muy buenas costumbres, ni era dado á las bromas, ni á los juegos, ni á las hijas de Adán. Pero no se tardaron muchos dias sin que el tío viniese á casa, apesadumbrado el hombre, que se le podia ahorcar con un cabello, á decir al general que el chico se habia largado de la noche á la mañana, despues de haber empeñado ó vendido todo su patrimonio (era rico por su padre é independiente del tío), dejándole una carta que decia: *tío, si no volviésemos á veras, se habrá usted librado de un inútil sobrino*. Pues señor, oigan ustedes la mayor calaverada que se ha hecho en el uni-

verso, desde nuestro padre Adán. En un demonio de un globo, hecho á su costa y mision, se habia soplado de un vuelo en los Estados-Unidos en término de tres dias.»

La carcajada de los concurrentes, al oír semejante especie, retumbó en la torre del Oro.

«Echa pólvora á esa *bomba*, ó que la quiten plomo, que se cae», decia uno; y contestaba otro: «Es que se acuerda el compadre, aunque viene de tan lejos, dónde tiene la pila del bautismo.» Cuando hubieron cesado los apóstrofes al orador, que, cruzados los índices de sus dos manos, juraba por el *Señor del gran poder* ser verdad lo que habia dicho, tomó la palabra un fraile trinitario, que habia sido de la *redencion*, y dijo á la concurrencia:

«No hay que reirse ni chancearse. Yo confirmo lo que ha dicho el señor, porque lo han publicado los periódicos. El sobrino de lord Bentinck, en efecto, ha tenido el arrojo de meterse, con otros seis ú ocho pájaros, de esos que llaman filósofos, en un globo aerostático, al cual se da direccion con tanta facilidad como un caletero guia su calesa á la plaza de toros. La perfeccion de la máquina se debe á haberla aplicado el llamado *tornillo Arquimedes*.

«—Pero ¿qué es el *tornillo de Arquimedes*? preguntaron algunos concurrentes.—No es muy fácil explicarlo: es, acabando en pocas palabras, la jeringa con que *Inglaterra* administra los *elisterios* á la Europa. El *tornillo de Arquimedes*, que aplicaron los ingleses hace veinte años á la navegacion por el vapor, neutralizó enteramente las serias medidas coercitivas y reaccionarias de la Santa Alianza; y hoy, que ya por fin la Europa conoce y adopta el uso de la navegacion por el vapor, que tan inmensas ventajas ha proporcionado á la nacion inglesa, como prueba claramente el Príncipe de Joinville en su Memoria (que es tambien un *elisterio* á su padre), salimos con esta nueva maula y artimaña del *tornillo de Arquimedes*, para que los señores inglesitos se suban á pasear por encima de nuestras cabezas. Así puede decirse, por desgracia, que la gente de aquella tierra siempre se halla con un sentido más que los demás.

«—Por de pronto, lo que á mí se me ocurre, dijo un cesante de aduanas, es que ya es excusada é inútil toda nuestra oposicion al tratado de comercio. Porque excusado será que se multipliquen ejércitos de carabineros en las costas y fronteras: en una sola noche Gibraltar nos vaciará más fardos algodones que pueden fabricarse en este siglo. Y no sólo las costas serán inundadas por el contrabando, lo serán las provincias interiores. Habia que poner resguardo sobre las azoteas y tejados, para impedir que los géneros entrasen por las buhardillas.

«—Todo eso es cierto, señores, dijo un patron de barco; pero tambien lo es que el tal descubrimiento puede ser muy útil á la humanidad. Si se atraviesa el Atlántico en tres dias, en quince se dará la vuelta al globo, y el globo, así cruzado en todas direcciones, llegaria á ser muy pronto como la habitacion de una sola familia: seriamos todos unos en lenguaje, en costumbres y aun en opiniones. Los tesoros del saber humano circularian, se propagarian por todo el universo como los rayos de la luz solar. ¿Qué adelantamientos no resultarían para la geografia, para la astronomía, para todas las ciencias, para todos los artes, para las letras todas! Resultaria, además, por precisa consecuencia, minorarse ó extinguirse las aversiones, los odios, las desavenencias, las guerras, y aumentarse en la proporcion

misma y prodigiosamente los medios de subsistencia para todos los pueblos, para todos los hombres.—Eso pido, exclamó otro. ¡Caramba!..... que está uno aquí como el animal de América, que llaman *el perezoso*, que tiene que vivir y que morir en el tronco en que nace; porque si los frutos de él no son bastantes para mantenerse, perece de extenuación antes de tener tiempo suficiente para arrastrarse á otro árbol. No, señor; que haya medios de moverse y trasladarse y buscar la subsistencia en todos los países habitables. Esto es bueno para el pobre, y para el rico tambien es conveniencia poder pasar la mañana en Valencia, el mediodia en París, y la noche en la ópera de Lóndres. Es cosa sumamente saludable poder mudar de clima y de temperatura á discrecion; ir á invemar á las tierras meridionales y pasar el verano en las del Norte; en fin, no tener uno envidia á los chorlitos.»

Y se rieron y se levantaron todos, porque oscurecia, y cada cual se retiró embozándose y encendiendo el cigarro á la candelá del puesto de agua, que ya enviaba su reflejo al rio y al *Árbol de la Charanga*.—José SOMOZA.

LAS FUNCIONES PATRIÓTICAS EN UN PUEBLO DE CASTILLA EN 1835.

En la plaza, delante de la casa del Ayuntamiento, está un piquete de milicia urbana, que tiene los fusiles en pabellon. Es la hora de los novillos, y sólo se espera, para comenzar, al señor Gobernador civil, que debe presidir en el balcon del consistorio. El cabo Barra, cruzado de brazos y con la cabeza baja, silba el himno de Riego, sin mostrar la impaciencia que sus compañeros. «¡Qué dice usted á esto, señor Félix? le preguntan algunos.—¡Quién, yo? dijo el cabo Barra, con una sonrisa amarga, que prolongó sus bigotes hasta las orejas: desde que le vi ayer al gobernador este, en la otra villa, dar los vivas, cuando recibimos al gobernador de la otra provincia, dije: *No serás tú el Dios que me ha de salvar á mí*. ¡El otro que le vino á visitar, sí que puede ser templado! Sin fantasía ninguna y como si fuera un naide, con su sombrero blanco y su pantalón de lienzo (aunque es urbano); nos dijo nada más: *Ciudadanos se trata de ser libres; viva la libertad!*.....—Cabo de escuadra....., gritó el comandante entonces, vaya usted con cuatro hombres á ver qué riña es aquella, á la puerta del Triste.»

Era la tía Conejera quien gritaba en un gran corro de hombres y mujeres, que aplaudian con grandes carcajadas los denuestos que estaba vomitando contra el secretario del Ayuntamiento.—Sí, pícaro, lo digo, que es un pícaro; que ahora da los novillos suyos, para que los corran y hacer el obsequio al señor Gobernador, porque éste no le quite la secretaría; y cuando cayó la lápida, echó todo el tintero sobre el renglón del índice donde rezaba que habia sido nacional voluntario, ¡el bribonazo!—Vamos, tenga usted prudencia, la dijo el cabo Barra, y vea usted el sitio donde estamos. No es regular, tía Tomasa, aguarlos la funcion que hacemos á nuestra Reina.—¡Y á mí qué me importa, gritó la Conejera, que mande Perico el de los..... y no dijo *Palotes*, sino otra desvergüenza. Ni es fácil inferir las desvergüenzas que hubiera ensartado, si no hubiera tenido que separarse el grupo que la rodeaba, para dar lugar á que entrase, por la puerta del meson del Triste, una partida del resguardo, que venía preguntando por el herrador. El herrador, que estaba ya colocado sobre un

poyo del mostrador para ver los novillos, se hacia el sordo. «Venga usted, señor mariscal, gritaba el comandante de la ronda, á echar á mí caballo algunos clavos.»

Los clavos, ¡qué compasion!

(cantaba el herrador espereándose),

Y espinas que le sacaron,
Segunda vez tra-pasaran
De María el corazon.

Pero, poniéndose en pié sobre el poyo, exclamó en alta voz el herrador: «¡Calle..... el Administrador convidado al balcon de Ayuntamiento!—¡El Administrador!.....», repitieron en otro ángulo de la plaza, y cundió la palabra por el circo entero, encarándose todos los espectadores al balcon de Ayuntamiento. En efecto, á la izquierda del Gobernador se veia una gran cara, adornada con una peluca bermeja. «El que echó tantas firmas contra los liberales, decian; el que nos robó en el año 23 y echó la culpa á los negros.» Y cuanto más impertérrito permanecia el hombre en su asiento, más tenaz y más terco estaba el público en gritar: «Vaya fuera del Ayuntamiento.....» Y hubiera pasado á más el alboroto, si una buena alma no hubiera tenido la buena ocurrencia de hacer echar á la plaza el primer campeon.

Hay en medio de la plaza una abundante fuente, que arroja el agua desde una taza, copa ó urna de granito, colocada sobre una columna estriada, y vierte en un pilon profundo, espacioso y siempre lleno. Sobre el alto pretil de este pilon se habia subido un pobre forastero, huyendo del novillo que acababa de salir, y que, en su primer carrera al rededor de la plaza, la habia dejado barrida de gente. El carnicero del pueblo, que sabe sacar la capa, echó la primera suerte; y para dar diversion al señor Gobernador y á todos los espectadores, fingiendo que el novillo le seguia, partió á toda carrera hacia la fuente, y dió un fuerte empujon al pobre forastero, haciéndole caer y zambullirse en el agua del pilon. La general carcajada fué estrepitosa y seguida de palmadas de aprobacion, y una y otra fueron repetidas cuando se vió salir al desdichado, transido, trémulo y aturdido con el peso, no sólo del agua que empapaba su ropa, sino del escarnio público.

Mil gentes se descuelgan de los tendidos, y le cercan y le silban, y le echan aire con los sombreros. De todas partes gritan: «Será un vago, un faccioso, algun espía. ¡A qué no trae pasaporte? ¡A la cárcel!..... Echarle un par de grillos, para que declare.»—No era un vago, ni un espía, ni un faccioso. Era un jóven extremeño, que habia venido buscando jornal. Tenia diez y seis años, y era muy agraciado de semblante y de muy gentil cuerpo, hermosos ojos y cabello rubio suavemente rizado; pero estaba ojeroso, y caidas sus negras y largas pestañas sobre los cárdenos párpados. Un Páris ó un Adónis con cuartanas; porque cuartanas tenia, sin duda ocasionadas por la miseria y la fatiga. Yo le vi, y yo contemplé la afieccion profunda é intensa de aquel amable sér, igual mio por la ley (irrisoria igualdad), abandonado en medio de la ereacion, sin que nadie le ofreciera una mano compasiva en que apoyar su cabeza, ni una camisa para enjugar sus carnes, ni una voz, ni un suspiro de consuelo. ¡Y ésta es la sociedad perfeccionada, la civilizacion europea? Este hombre, entre los salvajes, hubiera poseído y gozado, ó hubiera perecido en la caza ó en la pesca; en los gobiernos griegos y romanos hubieran podido ahogarle sus padres, si no podian mantenerle. Pero aquí no, ni áun suicidarse puede; se lo pro-

híbe la religion, que cree y debe creer, porque así se lo enseñan y mandan las leyes y las costumbres. La perfeccion social es tal, respecto á este individuo, que le precisa indispensablemente á prolongar su misera é in-

útil existencia, sin poseer ni gozar nada ni nunca. Envuelto en melancólicas ideas, abandoné la funcion patriótica, y retiréme, casi arrepentido de contribuir á lo que llaman bien público. — JOSÉ SOMOZA.

POESÍAS ⁽¹⁾.

SONETOS.

I.

LA LIBERTAD.

Á Horacio Cocles.

Horacio, solo, en el angosto puente
Que entre la infamia y la virtud habia,
Detuvo el carro de Mavorte un dia,
Y á la injusta victoria osó hacer frente.
Su fatal rueda opuso inútilmente
La ciega diosa que los hados guía;
Contra ella un pecho en que el honor ardia
Fué á la salud de Roma suficiente.
Muestran las ondas su profundo abismo
En vano; de las líquidas mansiones
Sale y sostiene al héroe el dios del Tibre.
El justo, el bueno, el dueño de sí mismo
Contra la adversidad y las pasiones
Así lidia, así vence y así es libre.

II.

A la primera violeta de la primavera.

Naces de planta inculta, flor modesta,
Con la viciosa zarza confundida,
Por el ingrato cierzo sacudida.
A la inclemencia del invierno expuesta.
Solitaria, olvidada, humilde, honesta,
Entre lóbregas nieblas escondida;
Nueva esperanza, empero, y nueva vida
Va en tu aroma al desierto, y es floresta.
A tu fragante olor rie natura,
Huye el genio del mal del yerto suelo,
Torna Céforo, Amor, Pomona y Ceres.
Anuncio de bonanza y de ventura,
De la aterida humanidad consuelo,
Y amable imagen de la virtud eres.

III.

Deslumbra al mundo el templo de la gloria,
Do mil héroes contempla colocados,
Que en el bronce y el mármol entallados,
Le presenta la fábula ó la historia.
Carros de triunfo, palmas de victoria,
Trofeos sobre tumbas levantados
Son los funestos timbres destinados
A recordarnos su fatal memoria.
No allí el genio del bien á ti propicio
¡Oh humanidad! se adora; en el olvido
Yacen, sin ser de reverencia objeto,
Los fuertes, que, invencibles contra el vicio,

IV.

En la humildad ó sobre el trono han sido,
Sócrates, Marco Aurelio y Epicteto.

¿Quieres vivir por el placer mecido?
¿Ver sentada á tu mesa la alegría?
¿Gozar cuando en el mar se apaga el dia,
Lecho que el Dios del sueño haya mullido?
¿Que arregle la salud cada latido
De tu pulso, y conserve su armonía?
¿Que contra el tedio y la melancolía
Tu pecho de Minerva esté asistido?
¿Quieres clavar la rueda á la fortuna?
¿La fama hacer volar de gente en gente?
¿Dar á la envidia el tártago amargoso?
¿Quieres, en fin, sin miedo á ley alguna,
En leda holganza y con serena frente
Del mundo disfrutar? Sé virtuoso.

V.

Cuando en la siesta, sobre fresco estrado,
Sombra y reposo á Lesbía da su estancia,
Un dichoso clavel le da fragancia,
Entre el desnudo seno colocado.
Mécese el verde vástago, inclinado
Hacia la luz con singular constancia,
Por más que se la oculte la distancia,
O cancel persa y árabe entoldado.
Busca y sigue el reflejo vacilante,
Y del cáliz en púrpura teñido,
Aroma delicioso ofrece al dia.
Flor en tu pecho, Lesbía, semejante
A la virtud del pecho bien nacido,
A quien verdad alumbra y honor guía

VI.

Contemplo, Lesbía, y no me canso de ello,
Tus ojos, donde duerme Amor armado;
Tu boca, en que las Gracias han besado,
Después de modelar tu rostro bello.
La cabeza elegante, el albo cuello,
El seno blandamente acariciado
Por las alas del céfiro, que osado
Vaga entre las madejas del cabello.
Inclinacion á la virtud me infunde
Cada accion tuya, en cada movimiento
Celeste beatitud contemplar creo,
O luz que inunda y en placer confunde
Del fanático el torvo pensamiento
Y el espíritu fuerte del ateo.

VII.

La que ha de enamorarme ha de ser bella,
Pero sencilla, afable, bondadosa;
No activa ni cruel, como la diosa
Que cuesta vidas acercarse á ella.
Driada agreste, y no gentil doncella,

(1) Publicamos todas las poesías que en 1842 dió á luz el mismo SOMOZA, y ademas no pocas inéditas, cuyos autógrafos tenemos á la vista. Sólo hemos suprimido algunas, escritas para la intimidad, las cuales, en su familiar desenvoltura, van más allá de lo que consienten los fueros de la publicidad. (Nota del Colector.)

Es la que al hombre como en selva umbrosa
Al tigre acecha en caza peligrosa
Para ofenderle ó evitar su huella.

Risa en los labios, paz en las miradas,
Dulzura en las razones, y en la frente,
Como en el pecho, honestidad sin arte,
Son las gracias con Vénus adoradas,
Y las que acompañárete igualmente
He de ver, oh virtud, al abrazarte.

VIII.

Al grabador Esteve, abriendo la lámina del cuadro de la Sed,
pintado por Murillo, que existe en la Caridad de Sevilla.

En templo humilde, en lienzo oscurecido,
El númen de Murillo es admirado
Por el de Esteve, que medita osado
Robar su presa al tiempo y al olvido.

«A la inmortalidad restituido
El bello original, multiplicado
Irás, y á las edades consignado
En el metal de mi buril herido.»

Dijo; y luego á la empresa generosa
Aplicará la mente y diestra mano,
Su genio á honrar el genio consagrando.

Así Platon, la ciencia más preciosa
Benéfico legó al género humano,
Las lecciones de Sócrates copiando,

IX.

No envidies la ventura del malvado,
Aunque en torno danza: las Gracias veas,
Ni entre nubes de incienso dios le creas,
Cuando en olas de pompa va anegado.

Sus crímenes perennes á su lado
Mira alumbrados de infernales teas,
Y de Medusa las culebras feas
En la frente del bueno que ha insultado.

De Baco el brindis ledo le enfurece,
De Vénus le parece amargo el beso,
Veneno en el placer le ofrece el vicio,
La péndola del tiempo le estremece,
Gime de la mortal segur al peso,
Ve en la tumba la escala del suplicio.

X.

¿Es infierno la vida, ó limbo inerte?
Hoy estúpido el hombre, ayer alevé,
Frenético mañana, sandio en breve,
Ya en lela infancia, ya en caduca muerte.

Es falso el débil, es injusto el fuerte,
Sólo malignidad ó error le mueve,
En pasiones tenaz, en juicio leve,
Siempre en contradicción, que nunca advierte.

Cadalso inmenso el mundo me parece,
Donde el género humano condenado
A errar, gemir y atormentarse creo;
Mas la virtud mi engaño desvanece,
Y me demuestra que el mortal honrado
No es verdugo jamás, ni jamás reo.

XI.

Cárcel, que opones inflexible reja
Á la inquietud siniestra del bandido,
Que, en pavorosa soledad huido,
Consigo mismo á su pesar le deja;

Tras cier rastrillos al delito aleja
De la vista del bueno, y de su oído
Prologado sollozo, hondo gemido,
Desesperada y blasfemante queja.

Salve, ¡oh mansion de tantos maldecidos!
Yo te bendigo, y veces mil contemplo
La oscura hiedra que tu muro viste,
Un tiempo recordando de mi vida,

En que asilo sagrado y santo templo
Contra la envidia á la inocencia fuiste.

XII.

Hoy la pobreza á caminar nos lleva
Por senda que á escarpada cumbre guía,
Do la virtud á la sabiduría
Llama, y el temple de las almas prueba.

Terror vence al mortal, si en region nueva,
Por incógnito mar y zona fría,
A penetrar do no penetra el día,
Entre sierras de hielo el ferro leva.

Tal al verte, oh pobreza, se apodera
Del vil que merecerse así acredita;
El fuerte, el sabio, sin pesar, sus dones
Devuelve á la fortuna que los diciera,
Y que al quitarlos solamente quita
Vicios al malo, al bueno obligaciones.

XIII.

La luna mientras duermes te acompaña,
Tiende su luz por tu cabello y frente,
Va del semblante al cuello, y lentamente
Cumbres y valles de tu seno baña.

Yo, Lesbía, que al umbral de tu cabaña
Hoy velo, lloro y ruego inútilmente,
El curso de la luna refulgente
Dichoso he de seguir, ó amor me engaña.
He de entrar cual la luna en tu aposento,
Cual ella al lienzo en que tu faz reposa,
Y cual ella á tus labios acercarme;
Cual ella respirar tu dulce aliento,
Y cual el disco de la casta diosa,
Puro, trémulo, mudo retirarme.

XIV.

Á CECILIA.

Bendiga el cielo tu inocente vida,
En cultivar las artes empleada,
Placer honesto en paternal morada
Goces y des, por buenos aplaudida.

La perfección, á pocas concedida,
Logres, al clave y bastidor sentada,
Do tu voz por Euterpe es modulada,
Por Minerva tu mano dirigida.

Si aprovechas, Cecilia, el dón amable
Con que el númen del bien te favorece,
Dedicada á tan nobles ejercicios,

Ni serás juego de fortuna instable,
Ni víctima cual mil que el mundo ofrece
Del tedio, del pesar y de los vicios.

XV.

El llanto de tus ojos abundante,
Que las lenguas pestañas humedece,
Es la lluvia de Mayo, que oscurece
La luz del sol, y pasa en breve instante.

Es el iris que en bóveda brillante,
Vida, abundancia y paz al mundo ofrece,
Mientras el cáliz de las flores mece
Blando beso de céfiro fragante.

Así tu llanto al infeliz recrea,
Anuncio fausto de beneficencia,
De consuelo, de alivio, de contento.

Nunca tu llanto ménos dulce sea,
Ni te le arranque la infernal violencia
De oprobio, envidia ni remordimiento.

XVI.

Llega, rayo de sol, que lentamente
Vienes á esta prision todos los días,

Cifíes mis sienes pálidas y frías,
Y el ósculo de paz das á mi frente.
Llega; mas ¡ay, que alejas prontamente
Tu lumbre de estas bóvedas sombrías,
Donde ese dulce rayo que desvías
Me enlaza al universo únicamente!
Sol, cuya universal beneficencia,
Por el inmenso espacio difundida,
No agota el bien en tu fecundo seno,
¡Salve! y goza la excelsa preeminencia,
Al misero mortal no concedida,
De ser impunemente recto y bueno.

XVII.

Densas nubes vomita el Occidente,
La noche en carro de ébano se sienta,
Vuela en alas de fuego la tormenta,
Hierva el rayo en la espuma del torrente;
La selva tala el huracan mugiente,
Tronchada cruje el haya corpulenta,
Rueda el risco al barranco y le acrecienta,
Los montes en el mar hunden su frente;
La luna en olas de tinieblas nada,
Es trono del relámpago la esfera,
Y el imperio del mal anuncia el trueno;
La luz y paz, que en hora bienhadada
El cielo al angustiado mundo diera,
Huye y se acoge al corazón del bueno.

XVIII.

Vagaba por el bosque amor llorando,
Perdido el tino, como niño y ciego;
Silvia, compadecida y á mi ruego,
Los brazos le tendió, pero callando.
El conocerla procuró, tentando
Rostro y cuello, y al seno tocó luego,
Que dócil Silvia se prestaba al juego,
Mil ímpetus de risa sofocando.
Mas la divina mano que indecisa
Entre las perfecciones vacilaba
De tal belleza, á tal exámen presta,
Tropezó en dos hoyuelos que la risa
En torno de sus labios dibujaba,
Y entonces dijo Amor: «Mi madre es ésta.»

XIX.

Al señor don Agustín Argüelles, cuando, al volver del destierro,
Le abrazó su amigo el autor.

Huyó el invierno, perezoso y lento,
Y cadenas de hielo echó al torrente;
Miróle un día el sol piadosamente,
Y al campo dió esperanza, espuma al viento.
Llevó en sus alas aquilon violento
Las nieblas del Océano inclemente,
Y alzó la luna su serena frente,
Y en las ondas refleja el firmamento.
Semejante á la luz en la pureza
Vuelve, y al firmamento semejante,
El pecho de invencible fortaleza,
Que hoy contra el pecho mío palpitante
Late, pues hoy en amistosos lazos
El honor de mi patria está en mis brazos.

XX.

A LOS DOS AZARAS (1).

En alas de su genio conducidos,
Á la inmortalidad son elevados,
Como Cástor y Pólux abrazados,
De Febo en las mansiones admitidos.

No fueron héroes para el mal nacidos,
Ni doctos, en el aula ejercitados
De Jehová el velo á levantar osados,
Ni empíricos, de pueblos aplaudidos.
Fueron la gloria de la patria mia,
Los que al culto del bien se consagraron
Para felicidad de los mortales;
Y el sacerdocio en la sabiduría
Ejercieron los dos, pues enseñaron
Ciencia del mando y ciencias naturales.

XXI.

Á la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1830.)

Rompe los lazos de prision impía
El pardo ruiseñor, y el bosque umbroso
Torna á alegrar su cántico armonioso
En el horror de la tiniebla fría.
Yo, así venciendo con tenaz porfía
El rigor de un decreto poderoso,
Vuelvo libre á gozar vida, reposo
En este asilo grato al alma mia.
Y complacido en el murmullo blando
Del raudal de esa fuente (2) cristalina,
Que la acacia (3) de Mila va ocultando,
Humilde imploro á la piedad divina,
Que, este día mil veces renovando,
Siembre de flores tu vivir, *Paulina*.

XXII.

Á la excelentísima señora doña Paula del Acebal de Huet.

La esperanza acompaña á la inocencia,
Por la esperanza la virtud existe,
Cuando su fuerte mano el mal resiste,
Cuando la tiende á la beneficencia.
Tú, esperanza del bien, la inteligencia
De la santa equidad al bueno diste,
Como á Colon los mares sometiste,
Y los cielos de Newton á la ciencia.
Tú das vida y calor y movimiento
Al mundo, á mundos mil, al universo,
A cuanto en el espacio á ver se alcanza.
Si en la profundidad del firmamento
Un infierno ha de haber para el perverso,
Será la eternidad sin esperanza.

Piedrahíta, 28 de Abril de 1833.

XXIII.

LA DUDA.

Á mi señora doña Ramona del Acebal.

Á ruegos del amor, la idalia diosa
Sus gracias prestar quiso á la hermosura
De una mortal sensible, amable y pura,
Y en el regazo maternal dichosa.
Con su divina mano, poderosa,
Se desciñó la mágica cintura,
Que el universo en llama de ternura
Funde, y del cielo la mansión gloriosa.
En este ceñidor iba envolviendo
De la tierna doncella el pecho ileso
La maliciosa Venus sonriendo,
Y después que en sus lazos la hubo preso,
El beso del placer la dió, diciendo:
No sé si *te doy paz* en ese beso.

Piedrahíta y Abril 21 de 1833.

(2) y (3) Alude á una fuente y una acacia del jardín de la casa paterna de la señora doña Paula.

(1) Don José Nicolás de Azara, diplomático y hombre de estado;
don Agustín de Azara, naturalista.

XXIV.

Á la jura de la Constitución por S. M. la Reina, en 18 de Junio de 1837.

Yo vi á Cristina en el solemne día
Que cual reina la ley del bien juraba,
Donde senda de flores la guiaba
Y anra de bendiciones la seguía.
El beso de Dione aparecía
En su boca gentil si saludaba
Al pueblo, que por madre la aclamaba
Y de amor homenaje la ofrecía.
¡Salve!... ¡que el cielo en maldición confunda
Al infractor del pacto soberano,
Del trono y de la ley firme cimiento!
Entre la madre de Isabel segunda
Y el presidente del honor hispano
Un ángel escuchaba el juramento.

XXV.

Una hermosa á la luz del Himeneo (1).

Fué un tiempo tu beldad tan poderosa,
Que llegó á disculpar tu tontería;
La saudez en tu boca se aplaudía
Por salir entre el nácar y la rosa.
Cuando la edad á tu cabeza hermosa
La interior hermosura dar debía,
Amor me aseguró llegado el día
De hallar en tí mi suerte venturosa.
Obedecí á su voz, rogué impaciente
Que tu destino á mi destino unieses;
Mas cuando me alumbró la nupcial tea,
Cuando entre lo pasado y lo presente
Me pongo á comparar, ¡dudo que fueses
Tan necia entónces como luégo fea!

XXVI.

EN LA MUERTE DE CECILIA (2).

(1839).

«Cede en tu terca lid, débil anciano»,
Gritó la Muerte en el funesto día
En que su amable víctima me asía;
«Eres más ciego y más que yo inhumano,
»Hoy la eligió mi inexorable mano,
Porque serás mañana presa mía,
Y en misero abandono gemiría
La enlutada á que asido estás en vano.»
Dijo; y hundió á la huérfana en la tumba,
Adonde el paso trémulo dirijo,
Donde en torno de mí la voz retumba
Que de muerte me anuncia el plazo fijo.
¡Oh soledad! sepúltame clemente
El musgo y sombra y llanto de tu fuente.

XXVII.

VATICINIO (3).

De himeneo á la voz, la idalia diosa
Benéfica descende ya del cielo,
Y aplaude Mantua, y ve en el patrio suelo
La sacra huella en que nació la rosa,
De Citéres la risa poderosa
Sombras disipará de llanto y duelo,
La cipria mano entre el púrpureo velo
Recogerá la prenda venturosa;
La pondrá en su regazo, y descendiendo

(1) SOMOZA permaneció siempre soltero. Tal vez por eso escribió esta diatriba indirecta contra el matrimonio.

(2) Ahijada de SOMOZA.

(3) En este soneto, escrito por SOMOZA á los setenta años de edad, hay como un reflejo de otro titulado *La Duda*, compuesto muchos años antes (Nota del Colector.)

Su propio ceñidor, donde está impreso
De las gracias el dón, la irá envolviendo,
Y al amor español que así haya preso,
El beso maternal dará, diciendo:
«La paz y libertad va en ese beso.»

Piedrahita, 30 de Julio de 1850.

XXVIII.

LA LUZ ELÉCTRICA.

Á Prometeo Alcides ha vengado
Del negro buitre que sobre él tendía
El ala, y garra y pico hundiendo había
En el gigante al Cáucaso amarrado.
El genio se levanta, y denodado,
Su antorcha agita, y luz al mundo envía,
Y el mundo admira, y duda, y desconfía,
Que siglos de tinieblas le han cegado.
Hijos de la verdad, que en la alta ciencia
De la naturaleza estais leyendo
La ley que dicta y guarda el cielo mismo;
Númenes de la eterna omnipotencia
Sois, como Prometeo, conduciendo
Luz, electricidad y magnetismo.

XXIX.

Al fanático sacerdote que atentó á la vida de S. M. la Reina doña Isabel II.

La juventud, la gracia y la hermosura
Vi de una madre que en el templo oraba,
Y el fruto de Himeneo presentaba
Al cielo, agradeciendo su ventura.
La lealtad española ingénua y pura
Sus votos une, y al Eterno alaba,
Por el dichoso instante que anhelaba,
Do Reina y pueblo mutuo amor se jura.
Pero un sér por las furias arrojado,
Entre la pompa, el fausto y galas y oro,
Quiso que el llanto y que la sangre brote.
¡En la inocencia se vengó del hado!
«¿Qué víctima más grata al dios que adoro?»,
Dijo, y clavó el puñal el sacerdote.

XXX.

Á LA MAGDALENA.

*Unxit pedes Jesu, et extersit capillis suis
Et domus impleta est odore unguenti.*

Á la virtud, cuando habitara el suelo,
Su imperio la belleza sometía,
La faz encantadora que atraía
El mundo al sonreír, lloró ante el cielo.
Calmóse el huracán que en raudos vuela
El mar de las pasiones embestia;
Fué la tiniebla luz, la noche día,
Alzando la verdad su eterno velo.
La paz logró en la tierra una victoria,
Y á las plantas del Justo por trofeos
Se vieron los placeres, los amores;
Las insignias del triunfo de más gloria,
Las armas de la lid de los deseos,
Suspiros, besos, lágrimas, olores.

ODAS.

I.

A FRAY LUIS DE LEÓN.

Al cielo, en fin, te alzaste,
Y en luz resplandeciente convertido,
Verás, cual anhelaste,

*Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido* (1).

Allí tu mente admira
La inmensidad de la celeste esfera,
Que en el espacio gira,
Y mole inútil fuera
Si en globos dividida no estuviera.

Cada astro luminoso,
En su nocturno brillo innumerable,
Rueda majestuosos
En zona invariable,
Separado á distancia incalculable.

¡Oh altura inconcebible!
Cada rayo de luz de allá enviado,
Cuando es acá visible,
Mil días ha empleado
En descender desde que fué lanzado.

Un ámbito profundo
Equilibra su peso y movimiento;
Es de un mundo otro mundo
Contrapeso y cimiento,
Que al universo entero dan asiento

Diferente y constante
Destino á cada globo le ha cabido,
Es fijo ó es errante,
Atrayente, atraído,
Impulsor de otro globo ó impelido.

Ya solitariamente,
Ya marcha de satélites cercado,
O de faja esplendente,
O en círculo ignorado,
De tenebroso manto rodeado.

Ya cometa encendido
Por los desiertos del espacio vaga,
O en mar de luz hundido
Su lumbré, que se apaga,
Renueva, y abrasar al mundo amaga.

De catástrofes tales
El teatro es el ámbito del cielo,
Mientras que á los mortales
En el oscuro suelo
Natura tiende de ignorancia el velo.

Un astro que perece,
Y mundos desquició en el firmamento;
Cual fósforo aparece,
Que ardió, corrió un momento,
Se apagó al horizonte ó llevó el viento;

Que es á nuestra flaqueza
El orbe de la tierra que habitamos,
Un mundo de grandeza,
Y único le admiramos,
Y los mundos cual átomos miramos.
Así nos envanece,
Átomo imperceptible, opaco y leve,
Globo un millón de veces
Menor que el que te mueve,
¡Oh del humano orgullo cárcel breve!

Calcinado planeta,
¿Qué antiguo caos te agitó en su seno?
¿Qué funesto cometa?
¿Por qué, de escombros lleno,
Eres ceniza, escoria, vidrio y cieno?

¿Y es del hombre la cuna
Y el féretro este punto limitado?
¿Vivir en forma alguna,
De globo en globo alzado,
De perfección en perfección no es dado?

Si; que alternando un día
Con cuantos tienen en la luz su asiento,
La inmensa jerarquía
Del bien recorrer cuento,
Y eterna escala ve el entendimiento.

II.

AL RIO TÓRMES.

Tus márgenes en fuego
Vi en humo infernal envuelto el día.

Mavorte, en furor ciego,
¡Oh Tormes! detenia
Tus ondas, que de víctimas henchía.

De Arapiles famoso
Vi el campo de batalla, hoy convertido
En yermo silencioso,
Donde el ala ha tendido
El tiempo, que los males da al olvido.

Tu vega es hoy hollada
Por la raza que ignora lo pasado,
Y como sepultada
Otra raza ha quedado
En este cementerio dilatado,

Donde dió paz la muerte
Á las contrarias huestes y naciones,
Donde juntó la suerte
En pálidos montones
Cráneos de opuestas sectas y opiniones.

¡Ayl! que no sólo al crimen
Y á la demencia este sepulcro encierra,
Ni á los que al bueno oprimen,
Ni á los que le hacen guerra,
Ni á los dominadores de la tierra.

Blanquean, olvidados,
Honrosos huesos de españoles brazos,
Contra el orgullo alzados,
Y que los viles lazos
Hicieran de los déspotas pedazos.

Despojos barre el viento
De juventud y gracia y hermosura,
Que el error de un momento
A eterna desventura
Trajo, de amor siguiendo la ley dura.

En pos de sus amantes
Las olas de la lid las alcanzaron,
Y cuellos y semblantes,
Y miembros que encantaron,
Al buitre del desierto abandonaron (2).

Guarda, piadoso río,
Sus restos.... grato á la virtud sincera
No fuera el canto mío
Si en él no maldijera
A esos que un vil error héroes creyera,

III.

EL SEPULCRO DE MI HERMANO.

Del tiempo la corriente
Los años y los siglos precipita;
Mas ¿dónde está su fuente?
¿En qué mar deposita
Los años y los siglos que nos quita?

Si al hombre fuera dado
Hundir su vista en la caverna oscura
Que tragó lo pasado,
Desde allí, por ventura,
Lograra ver la eternidad futura.

La misteriosa esfera
Del saber y virtud abarcara,
Y el término midiera
De la encantada vía
Que hacía su perfección los seres guía.

¿Por qué este mármol frío
No me muestra la huella silenciosa
Del caro hermano mío?
¿Con mano poderosa
La muerte entre los dos echó esta losa!

En ella suspiraba
Mientras la noche el manto tenebroso
Sobre mí desplegaba,
Y el viento quejumbroso
Dejaba los cipreses en reposo.

La luna, que se alzara,
Un débil rayo entónces enviando,
El sepulcro alumbrara,
Las sombras alargando
Y luz á mis cansados ojos dando.

(2) ¿Qué de españolas jóvenes, esposas ó amantes de oficiales franceses, perecieron en la retirada! (Nota del Autor.)

(1) Versos de la oda de Leon á Felipe Ruiz.

Vi alzar su incierto vuelo
 Á una pintada mariposa en tanto,
 Cual si para consuelo
 Viniera, en mi quebranto,
 A darme aliento y enjugar mi llanto;
 Como si me dijera:
 «Quien muertes llora, admire mi alegría;
 Venci á la Parca fiera
 Como á la noche el día;
 Tres vidas cuenta ya la vida mia.
 »Era gusano inerte,
 Y hoy vuelo ante la luz como la aurora;
 Que en la tumba la muerte
 Mi existencia mejora,
 Me da vida de amor, mis alas dora.»
 ¡Ay, mariposa bella,
 Guíame por la escala de esperanza,
 Que á la más alta estrella
 Desde la tierra alcanza,
 Y los seres de un mundo en otro lanza!

EPISTOLAS.

I.

Á UN AMIGO DISGUSTADO DEL MUNDO.

Quien desde su agujero ve riendo
 Cual mundo nuevo la mundana bola,
 Esc solo es el sabio, á lo que entiendo.
 No le hará la fortuna la mamola,
 Por querer, en su rueda encaramado,
 Asir la mecha de su calva chola;
 Ni rodará, de allí precipitado,
 En honra, en fama, bienes y persona
 Para siempre jamás descalabrado.
 Todo el que sobre cívica corona
 Saltar ha visto el popular chinarro,
 Que vayan, dice, y busquen una mona
 Por arrimar el hombro coge el carro
 Al que, más generoso que prudente,
 Logró sacarle del inmundo barro.
 «*El brazo se partió*, grita la gente
 Que dentro va; mas ¿quién le mete al necio
 En arrimar el hombro de repente?»
 Para no agradecer, rebaja el precio
 El vulgo al beneficio, cuya suma
 Con suma igual cancela de desprecio.
 Pero apartemos pensamiento y pluma
 De rancios apotegmas y triviales,
 Más repetidos que del mar la espuma.
 Supongo tus agravios sin iguales,
 Cual los del estrujado entre paveses,
 Por chiste de señores y juglares;
 Supongo que de paz el beso dices
 Al rucio, en cuya albarda caballero,
 Del mundo huyendo vas y sus revases.
 Mas de la soledad en el sendero
 Una sima oscurísima se ofrece,
 A la incauta virtud despeñadero;
 Antro fatal, que el ánimo entorpece,
 Es la profundidad del egoísmo,
 Do el corazón helado se endurece.
 Ni basta que te libres de este abismo,
 Pues hay otro más hondo todavía,
 Boca funesta del infierno mismo.
 Allí la criminal misantropía
 Entre fantasmas lúgubres cavila,
 Y acecha y aborrece y desconfía:
 Y el centelleo del puñal que afila
 La estremece, y su sombra teme armada,
 Y en delirante fiebre se aniquila.
 Una senda aparece poco usada,
 Que á la felicidad puede llevarte
 De la agradable condición privada:
 No temas, si la emprendes, fatigarte;
 Hallarás en pisarla complacencia,

Ni querrás luego de ella desviarte.
 La senda, en fin, de la beneficencia;
 Por ella, en medianía deliciosa,
 Útil harás y grata tu existencia.
 Pero esta *medianía* misteriosa
 Dorada en balde Horacio nos presenta,
 Pues la encontramos píldora amargosa;
 Píldora que al tragarla se revienta,
 Y es porque el paladar está obstruido,
 Y en estómagos débiles no asienta.
 «¡*Medianía!* ¡oh placer! clama un perdido,
 ¡Cuán dichoso contigo yo viviera,
 A quinientos ducados reducido!»
 Mas téngalos por una vez siquiera;
 Hétele en el garito: *Copo y gano*,
 Grita, fulla, provoca una quimera,
 Danle de palos, llega un escribano,
 Va en una cuerda y en Melilla pára,
 Donde á la *medianía* invoca en vano.
 ¿Pues aquel mayorazgo? ¡Con qué cara
 Á graves cargos bajamente aspira,
 Y en hacer antesalas no repara?
 Con renta y sin afares, ¿qué suspira?
 La dulce *medianía*, según dice.
 —¿Has visto otra chulada?... pero mira;
 La belleza que adora el infelice
 Desmáysese cual flor del ciezo ajada,
 En viendo una berlina, y le maldice.
 Olla española en fuente abigarrada,
 Que la mesa del Cid honrar solía,
 No la puede arrostrar la desdichada.
 Así el buen hombre á la tesorería,
 En tren corriendo de caballos píos,
 Va á buscar la dorada *medianía*.
 «*Allá se avengan con sus desiertos*,
 Dirá con gravedad cierto sujeto,
 Que yo he dado de mano ya á los míos.»
 En vida independiente, ocio completo
 Logro, de afán y de cuidado exento;
 Mi única ocupación, mi único objeto
 Es el de cultivar mi entendimiento:
 En verano el nativo campo gozo;
 En el invierno la ciudad frecuento;
 Y para ser feliz, pues aún soy mozo,
 Lo que me falta conseguir espero,
 Sin que presuma ser de ciencia un pozo:
 Pasar por la capilla es lo que quiero,
 Y doctor salmantino he de firmarme.
 «¿Quién es ese pedante majadero,
 »De risa muerto, vas á preguntarme,
 Cuya felicidad del grado espera?
 Nómbramele, que quiero, por holgarme,
 »La borla tremolar en su mollera
 Con que Almagro á sus reucas condecora
 A golpes de tambora titerera.»
 ¡Mas cuál te santiguaras si yo ahora
 Calladito al oído te dijese,
 Bajo el sigilo que el pudor minora:
 «Pues, amigo del alma, yo fui ése!!!»

II.

SOBRE LA FELICIDAD.

EN ESTRAMBOTES.

Dicesme que te parece
 Cosa imposible decir:
 ¡Vi un dichoso!
 Mas es porque le oscurece
 Su retirado vivir
 Silencioso;
 Mientras que los descontentos
 De su suerte en inquietud
 Continúa están.
 Su afán en sus movimientos
 Y ruidosa multitud
 Diciendo van;
 Y juzgan falso y forzado
 Y aparente aquel sosiego
 Envidiable

Del sabio que no es llevado
En un torbellino ciego
Y mar mudable.

Al débil su estolidez
Felicidad no consiente
Disfrutar,

Ni al soberbio su altivez,
Ni el atrabiliario intente
A ella aspirar.

La felicidad no habita
En alma que estas pasiones
Aposenta.
Limpia mansion necesita
Y que de preocupaciones (1)
Esté exenta.

Las preocupaciones son,
En poética figura,
Las Arpias,
Que tienen el fatal dón
De tornar hiel la dulzura
De tus días.

A estos monstruos infernales
Pocos osan ausentar
Ni hacer frente,
E intrépidos á los males (2)
Verdaderos, despreciar
Los aparentes.

La pompa, la elevacion,
Dignidades y opulencia
Es la ventura
En la vulgar opinion,
Que juzga por la apariencia,
Y es locura.

¡Loco será el que se siente
En rueda que ha de volver
Fortuna inestable!
¡Locura será que aumente
Su circunferencia un sér
Tan vulnerable!

Guarde el lidiador el pecho,
Puesto en perfil de tal suerte,
Que la espada
De adversidad menor trecho
Hallar pueda en que le acierte
La estocada (3).

Las artes y la lectura,
Los campestres ejercicios
Provechosos,
Son de posesion segura,
No caros como los vicios,
Ni azarosos.

Dado es al sabio un placer
De más estima, nobleza
Y calidad:
El estudio de su sér,
El de la naturaleza
Y la verdad.

Así, en las alas del genio
Del bien Sócrates llevado,
Elevó el vuelo;
De Nêwton así el ingenio,
Hasta la luz trasportado,
Midió el cielo.

Y aunque no á todo mortal
Dado sea conseguir
Tal beatitud,
Existe un bien sin igual,

(1) El que cree á Dios un tirano, ó que el honor se cuega de una cinta, ó que la pobreza es afrenta, ó que las riquezas aumentan los goces hasta el infinito, etc., ha de pasarlo mal precisamente. (*Nota del Autor.*)

(2) No negarémos que hay males reales; no dirémos, como los estóicos, que no es mal el dolor; pero queremos que el dolor real no sea agravado por la imaginación, y que una pisada de un tonto en una controversia no duela más que la dada por una hermosa en un baile. (*Id.*)

(3) El que para ser feliz necesita ser muy rico, estar muy condecorado, ocupar los puestos de más autoridad, ser amado de las más hermosas, y que éstas le sean las más fieles, es difícil que logre tantas cosas, y una sola que le falte es suficiente para hacerle infeliz. El mundo es como un teatro, en que el más gordo se halla más estrechado en el asiento y suda más que el delgado. (*Id.*)

No imposible de adquirir,
Que es la virtud (4).

CANCIONES.

I.

Á LA CASCADA DE LA PESQUERUELA (5).

¡Cómo te precipitas,
De peña en peña dando,
Torrente, y vas gastando
En espuma el raudal?
El cieno impuro agitas
Del lago, en que cayendo,
Le rompes con estruendo
Al ronco trueno igual.

Tu curso estrepitoso
Un insondable abismo
Cava para tí mismo
Con terco frenesí;
Y al fondo cavernoso,
Ciego, contigo lanzas
Cuanto en tu curso alcanzas,
Cuanto se acerca á tí.

Desnuda tu ribera
De trébol, musgo y flores
Dejas, y los amores
Turbas del ruseñor.
Su nido en la bardera,
Sus polluelos alados
Son ¡ay! arrebatados
De tu embate al furor.

La tórtola otros ecos
Busca á su tierna queja,
Busca léjos la abeja
Sombra, silencio y paz:
Se ve de espinos secos
Tu contorno erizado,
Do el iobo está emboscado
Y el alcotan voraz.

A la hiedra que cerca
Tu roca trepar quiere
La inquieta cabra, y muere
Devorada, al subir.
¡Ay! del pastor que acerca
A tu sombra el ganado;
Su imprudencia el cuidado
Tiene que maldecir.

Ese orgulloso salto,
Ese continuo ruido,
¡A qué va dirigido?
¡A perderte en el mar!
Donde, de juicio falto,
Tu desvanecimiento
Corre á merced del viento,
Para siempre á vagar;

Mientras la humilde fuente
Al pié tuyo formada,
Benéfica y callada,
Regando el prado va;
Su trenzada corriente
Oculta en la verdura,
Y abundancia y frescura
Al valle y selva da.

Si un tronco, si una peña
Su camino embaraza,
Les huye ó les abraza,
Burlando su intencion:
No en penetrar se empeña

(4) No se habla aquí de la virtud heroica, sino de la probidad, de la honradez, de la beneficencia, ejercida, no por deber, no por miedo, no por ostentacion, sino por inclinación y por gusto, como gusta el ambiente de la primavera; como gusta ponerse ropa limpia. (*Nota del Autor.*)

(5) Hermosa hacienda del mayorazgo de SOMOZA.

(*Nota del Colector.*)

La escondida maleza;
 Sábia naturaleza
 Guía su inclinacion.
 Ya por anchos canales,
 Ya por rústica zanja,
 Frutos dando á la granja,
 Dando pompa al jardin;
 Y en secos arenales
 De yermos, que ameniza,
 Su cauce se desliza,
 Benéfico hasta el fin.
 Su fin, tan apacible
 Como el azul del cielo
 Que mientras regó el suelo
 Se reflejaba en él;
 El fin apetecible
 De la vida del bueno,
 De quien fué aquel sereno
 Arroyo imagen fiel.

II.

Á LA LAGUNA DE GRÉDOS.

Entre escarpadas puntas
 De una sierra nevada,
 Sobre otra sierra alzada,
 El hondo lago vi:
 Vi el lago en que sepultas
 ¡Oh Grédos! mil torrentes,
 Que elevadas pendientes
 Hundien por siempre en tí.
 Ruedan las olas dentro,
 La salida buscando,
 Y en derredor bramando
 De su eterna prision;
 Pero luego en su centro
 Cesa el ruido espantoso;
 Silencio pavoroso
 Sigue á su agitacion.
 Tendió el ala en el polo
 El viento del desierto,
 Y el lago, al soplo yerto,
 Es hielo inmóvil ya.
 El cardo triste y solo
 En su orilla nacido,
 De Bóreas al silbido,
 Sobre él huyendo va.
 Densa niebla oscurece
 Su cumbre, asiento eterno
 Del trono del invierno,
 Hijo del Septentrion.
 Entre ella resplandece
 Nevado el ventisquero,
 Vuela en su reverbero
 Deslumbrado el halcon.
 Busca incierto su nido,
 Y del etéreo cielo
 La alba nieve del suelo
 No acierta á distinguir.
 La escarcha el pino erguido
 Sacude inútilmente,
 Sus ramas tristemente
 Hace el peso crujir.
 El águila despierta
 Sobre el césped marchito
 De la roca, y su grito
 Vaga en la soledad.
 ¡Ay laguna desierta!
 Ese témpano helado
 Semeja del malvado
 La insensibilidad.
 La congelacion fria
 Del ccrazon humano,
 Que el huracan insano
 Del vicio endureció,
 Luto y melancolia
 Cubre el antro insondable,
 Que en yermo inhabitable
 El tiempo trasformó,
 Muro de rocas cerca

La inaccesible orilla,
 Do el rayo jamas brilla
 De benéfica luz,
 Jamas allí se acerca
 Céfito puro y blando,
 En sus alas llevando
 Esperanza y salud.
 Su estéril esperanza,
 Venenos da homicidas,
 Que á las entumecidas
 Víboras den vigor.
 Plegue á naturaleza
 En un temblor horrible
 Hundirte, ¡oh insensible
 Páramo de terror!

III.

Á UNA DESDEÑOSA.

No extrañára ¡oh desdeñosa!
 El que mi amor te ofendiera,
 Si yo la culpa tuviera
 De que tú fueras hermosa.
 Cuenta de mi inclinacion
 Pide á la naturaleza,
 Que es quien te dió esa belleza,
 Bajo de esta condicion.
 Como al sol le dió su lumbre,
 No para que á él le adornase,
 Sino para que enviase
 Luz que al universo alumbre;
 Así el cielo á tí tambien
 Te dió beldad para mí,
 Sin que dependa de tí
 El que goce yo ese bien.
 Sé yo gozar la fragancia
 De las flores sin cogerlas,
 Sin ajarlas, ni ponerlas
 En mi seno ni en mi estancia.
 Sé la frescura gozar
 De las ondulantes fuentes,
 Sin bañarme en sus corrientes
 Ni su pureza enturbiar.
 Y sé yo gozar del sueño
 Entre alamedas amenas,
 Sin pensar que son ajenas,
 Ni curar quién es el dueño.
 Sueñe mi temeridad
 Ser dueño de tu hermosura,
 Goce de ella mi ventura,
 Y ten tú la propiedad.
 Si á pocos satisfaria
 Soñada la posesion,
 Ilusion por ilusion,
 Menos molesta es la mia.
 Molesta el niño llorando,
 Si no alcanza, si no toca,
 O si no lleva á la boca
 La cosa que está mirando;
 Y no hay forma de acordarse,
 Cuando suspira por ella,
 De cómo es la llama bella,
 Y que el asirla es quemarse.
 ¿Quién sabe si yo tambien
 Hubiera la llama asido,
 Si no me hubiera tenido
 Léjos de ella tu desden?
 Te debo esa obligacion,
 Aunque sé que no lo has hecho
 Por mirar á mi provecho
 Ni tenerme compasion.
 Mas déjate de guardar,
 Como el avaro, el tesoro,
 Que estando á la vista el oro,
 Alguno le ha de robar.
 Ni esperes que el amador
 Te pida de amar licencia,
 Mientras la correspondencia
 No sea una ley de amor.

IV.

LA SED DE AGUA.

De la fuente Ines volvía,
Y el peso la fatigaba
Del cántaro que llevaba,
Pues quince años no tenía.

Contra su seno agitado
Su blanco y desnudo brazo
Ceñía con dulce abrazo
Aquel cántaro envidiado.

Descargóle, y tomó aliento
Sobre una florida alfombra,
Bajo la sonora sombra
De un olmo que mece el viento;

Cuando acertára a pasar
Por aquel sitio Lisardo,
El mancebo más gallardo
De todos los del lugar.

El llevaba sed, y al ver
El cántaro, le dió más,
Y díjola: «Ines, ¿me das
De ese cántaro á beber?»

Ella los ojos alzó,
Y mirando su semblante
Halagüeño y suplicante,
Respondióle: «¿Por qué no?»

Y con su mano graciosa
La punta del delantal
Pasaba por el brocal
Del cántaro, vergonzosa.

«Excusado es tanto esmero
En limpiar el borde, Ines,
Dijo el zagal, si no es
Que otro ha bebido primero.»

Ella dijo: «En el vasar
Siempre por mi madre ha estado
Este cántaro guardado,
Sin dejármelo estrenar.»

Bien lo conoció el mancebo
Cuando comenzó á beber,
Que es fácil de conocer
Agua de cántaro nuevo.

Y como miéntras bebía,
A la zagala miraba,
Su boca se refrescaba,
Pero su pecho se ardía.

«No bebas tanto, zagal,
Decía Ines, retirando
El cántaro y suspirando;
Hacerte pudiera mal.»

Lisardo, por el contrario,
Se empeña en beber sin tasa,
Y el cántaro por el asa
Arrebata temerario.

Pero lo que sucedió
Con semejante violencia
Fué que en la fatal pendencia
El cántaro se rompió.

El grito más doloroso,
Por la cuitada lanzado,
A los ecos fué llevado
Por el viento vagaroso;

Y de color y sentido
Privada, al suelo viniera,
Si el mancebo no la hubiera
En sus brazos recibido.

«¡Ay, triste de mí! exclamaba
Cuando, en su acuerdo volviendo,
Los bellos ojos abriendo,
En llanto los inundaba;

«Mi madre bien me decía
Que el cántaro no expusiera;
Mas yo, que tan frágil era
El cántaro no creía.

«¿Quién había de negar
Una sed de agua, ni quién
Pensára que el hacer bien
Tan caro suele costar?

«—No lo hice á mal hacer,
Dijo el mozo á Ines; perdona

Si las quiebras mi persona
Te puede satisfacer.

«Dame la mano, y de aquí
Los dos á tu casa iremos;
A tu madre la dirémos
Cómo el cántaro rompí;
«Que yo de barro tan tierno
No le juzgué ciertamente,
Mas, pucs fué un día á la fuente,
No había de ser eterno.»

V.

A DOÑA MARÍA S. DEL ACEBAL DE ARRATIA.

Una sola vez te vi,
Y aunque tan de paso fué,
Escucha si aproveché
La mirada que te di.

Vi en tu porte gentileza
Y en tu gesto y apostura
Garbo, aseo, compostura,
Y en tus modales nobleza.

Vi que el mirar penetrante
Negras pestañas templaban,
Y en oscuras sombras daban
Honestidad al semblante.

Vi tu boca sonreirse,
Y sentí lo que sintiera
Piadoso mortal que viera
El Paraíso entreabrírse.

Vi la nieve acumulada
En torno al airoso cuello,
Vi entre el rizado cabello
Al cándido seno entrada.

Y allí yo, por la apariencia,
De amor juzgué el templo ver;
Pero me dijeron ser
El de la beneficencia.

VI.

EL BESO.

A Lesbia.

Si tus dos labios un día
A mis dos labios unieras,
Todo el placer que me dieras
Para tu gloria sería.

Cuanto sentir y gozar
Me concediera el amor,
Tanto en tu gloria y honor
Me concediera cantar.

Cantaría el dulce aliento
Que tu boca respiraba
Cuando á la mía tocaba
Con trémulo movimiento;

La ambrosía más sabrosa
Que la hebea para mí,
Si ofrecida era por tí
Entre el azahar y la rosa;

Y aquel ruido delicioso
Que tus labios susurraron,
Mientras los mios libaron
Aquel bálsamo precioso.

Ruido grato y lisonjero
Más que el de sonora fuente,
En la canícula ardiente,
Al sediento pasajero.

Así mi lira sonára,
Y tu beso y mi canción
En toda edad y región
Se aplaudiera y se cantára.

Ni amante había de haber
Que el beso de amor sentir
Lograra, sin bendecir
Al dios autor del placer.

VII.

Al natalicio de la señora doña Paula del Acebal y Arratia.

(1827.)

Con qué fulgor insólito
 Veo brillar la aurora;
 Nuevo matiz colora
 Su cándido arbol;
 El cielo más espléndido
 Se arma de lumbré pura,
 Su carro hoy apresura
 Más refulgente el sol.
 Todo rebosa júbilo
 En este fausto día,
 Todo inspira alegría
 En cielo, tierra y mar;
 Y por la vaga atmósfera
 Oigo clamar: «*Paulina*,
 La rubia, la divina,
 La bella del lunar;
 »Que el coro de las náya les,
 Cantando sus loores,
 Anuo tributo en flores
 Ofrece al día natal.
 »Deja, Ramona (1), el mórbido
 Lecho que te emperrea;
 Disfruta la belleza
 Y gozo universal.
 »Vén, y con pecho fervido
 Tal día celebremos,
 A *Lina* consagremos
 Nuestro fraterno amor;
 Y pues tal dicha ¡oh niñenas!
 Nos concedéis propicios,
 Cual hoy mil natalicios
 Denos vuestro favor.»

VIII.

MIS DESEOS.

CANTILENA.

Al cumpleaños de la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1829.)

Si el cielo á mis deseos
 Benévolo accediera,
 Yo no le pediría
 Ni mandó ni riquezas,
 Ni regir ostentoso
 En rauda carretela
 De caballos de Arabia
 La rápida carrera;
 Ni en palacio de mármol
 Espléndido viviera,
 Si émulas en su ornato
 Las artes competirían;
 Y despreciar sabría
 El poder y las rentas,
 El comercio y las naves
 De Francia y de Inglaterra;
 Más humildes mis votos
 Otra ventura anhelan;
 Tornar, Lita, á mi infancia
 Al cielo yo pidiera,
 Y vagar por los campos
 De la progeñe nuestra,
 Y subirte en mis hombros
 Hasta la cumbre enhiesta
 Del peñascoso Unguino,
 Y enseñarte la sierra,
 Y la cántabra costa
 Do el bravo mar se estrella;
 Mientras tú silenciosa,
 Con tus manitas tiernas
 Cruzadas en mi frente,

(1) Doña Ramona, hermana de doña Paulina.

Vas segura y contenta.
 Si tal vez fatigado
 Le sentára en la hierba,
 Tu angelical sonrisa
 La gratitud expresa,
 Y apénas tu boquita
 De rosa medio abierta,
 Balbuciente, mi nombre
 A pronunciar acierta.
 ¡Ay, años infantiles!
 ¡Cuán dulce impresion dejan
 Los gozes inocentes
 Con que la vida empieza!
 Lita, seamos niños,
 Torne la infancia nuestra,
 Olvida el cumpleaños,
 Mas nunca á tu poeta.

MADRIGALES.

I.

¡Temes, pastor, la corte lisonjera,
 Cual halagüeño viento que engañoso
 Precede al torbellino pavoroso?
 Mas si la corte por ventura fuera
 Como la del palacio de la Aurora,
 Cuando entre el oro y púrpura del día
 Sobre el trono de Mayo reina Flora;
 Si enmedio de las Gracias descendiera
 La más gentil, la que su coro guía
 Y las horas del bien al suelo envía;
 Si con ledo semblante á tí volviera
 Los ojos que en el pecho encienden llama,
 La sonrisa que en puro amor le inflama,
 Y á tus trémulos labios ofreciera
 Benéfica la nieve de tu mano,
 ¡Zagal! ¡no te tornáras cortésano?

II.

RETRATO DE LESBIA.

Sonrisa de la aurora es tu semblante,
 Que anuncia el puro día,
 Mientras Venus el rayo vacilante
 Entre las sombras de la selva envía.
 Tan dulce tu mirada
 Entre oscuras pestañas centellea,
 Cual, por frondosos álamos templada,
 La estiva luz febea;
 Pero la sombra para mí más grata
 Es la de tu cabello,
 Cuando sus trenzas céfiro desata
 Y tiende por el cnello,
 Que del cisne en candor vence la pluma;
 Aunque maldigo sombra que oscurece
 Los dos globos de espuma
 Que en raudal de alabastro amor ofrece.

ROMANCES.

I.

Al natalicio de la señora doña Paula del Acebal de Arratia.

(1826.)

«¡Oh! si la armoniosa lira
 Tuviera yo de Cienfuegos,
 No tan medroso mi labio
 Sofocára sus acentos

Sino que con voz robusta
 Cantára los altos hechos
 De Almanzor, y las batallas
 Y las justas y torneos
 De los moros de Granada,
 Amantes y caballeros.
 Mas no; motivo más dulce
 Y más agradable empleo
 Fuera cantar de tu Oriente,
Paulina, el fausto suceso,
 Y aunque por mis rudos sonos
 No has de medir mis deseos,
 Halle disculpa en la causa
 La liviandad del obsequio.
 Viniste al mundo; las gracias
 Tu blanda cuna mecieron;
 Céres, que en tu mes preside,
 Te dió sus blandos cabellos,
 Y al besarte sus aristas,
 Tu suave éctis hiriendo,
 Señal sangrienta estamparon,
 Lunar gracioso imprimieron.
 Creciste, y la amable rosa
 Y los inocentes juegos
 Yo vi de tu edad primera,
 Yo tu andar guíe el primero.
 No más lindo de Citéres
 Fuera el rapaz, ni más bello,
 Con boca de rosa y nácar
 Y sus azules ojuelos;
 Cual fueras, *Paulina*, entónces,
 Ni ménos bella te encuentro;
 Que si ángel fuiste en tu infancia,
 Ahora inmortal te desco,
 Para que como hoy mil siglos
 Cumplas, de ventura llenos,
 Siempre en juventud hermosa,
 Y de la tierra ornamento.»

II.

A UNA EXTRANJERA.

Aura leve y blandas olas
 La nave impelen y halagan
 De la extranjera que el cielo
 Conduce á española playa.
 Así, al nacer la de Gnido,
 Mecen su cuna las aguas,
 Y en cerco sonoro hierven.
 Y en cándida espuma saltan.
 Iris por el viento vuela,
 Flora por el campo vaga,
 Y el placer ciñe la tierra
 En benéfica lazada.
 Placer benéfico ordena
 También tu voz en las almas
 Sensibles, honestas, nobles,
 ¡Oh extranjera bienhadada!
 Si tus armónicos ecos
 De polo á polo llegáran,
 El genio del mal huyera,
 Y el siglo de oro tornára.
 Virtud respiran tus labios,
 Difúndenla tus miradas,
 Tus movimientos la llevan
 Adonde pones la planta.
 Su ceñidor te dió Vénus,
 Su casto velo Diana,
 La esposa de Jove el cetro,
 Su égida invencible Pálas.
 El niño Amor te precede
 Con sus fuegos y sus armas,
 Pero sin venda en los ojos,
 Ni sobre los hombros alas.
 ¡Salve! oh númen que en el templo
 De las Musas y las Gracias,
 Al culto del bien convidas
 La juventud castellana!

III.

A don José Mintegui, catedrático jubilado de la universidad
 de Salamanca.

(1828.)

Cuatro lustros han pasado
 Desde que dió el primer trueno
 La maldecida tormenta
 Que vomitó el Pirineo.
 Cuatro lustros se han cumplido,
 ¡Y qué de estragos en ellos!
 ¡Qué pocos han resistido,
 Cual tú, al huracán violento!
 Así en la talada selva
 Un roble firme y derecho
 La destruccion atestigua
 A los siglos venideros,
 Y á su solitaria sombra
 Descansando el pasajero,
 La desolacion contempla
 Que corrió por el desierto.
 Al soplo de la borrasca
 Desapareció del suelo
 La generacion entera
 Que nacer tus ojos vieron;
 Y el mismo imprudente Eolo,
 El mismo dios de los vientos,
 Que los lanzaba á la tierra,
 Arrebatado por ellos,
 Sobre una roca africana
 Fué de miserias ejemplo.
 Tú, en tanto, en el torbellino
 De la tempestad envuelto,
 Mostrabas que sólo es fuerte
 Y sólo inmutable el bueno.
 Ni el rayo de la calumnia
 Halló en qué cebar su fuego,
 Y resbalóse apagado,
 Sobre tu virtud cayendo.
 ¡Feliz patria si sus hijos,
 De quienes fuiste maestro,
 La ciencia de tu conducta
 Estudiaron y aprendieron!
 ¡Feliz yo si al lado tuyo
 Alcanzo del bien el tiempo!
 El tiempo del bien, que entrambos
 Pronosticado tenemos,
 En que un benéfico ambiente
 La oscura nube rompiendo,
 Bajas pasiones disipe,
 Y puro descubra el cielo.
 Ni ei justo se verá entónces
 Al peligro de no serlo,
 Ni la honradez será insulto
 A los demas hombres hecho,
 Que cual público delito
 Persiguen con édio eterno.

IV.

ROMANCE GITANESCO.

¡Con que, es fijo, chaira mia,
 Que tu gracia he camelado,
 Que al cielo subí en presona
 Y al sol detuve en mis brazos!
 ¡A qué ahora, fortuna, ¡
 Te burlas de un desdichado?
 Si no puedes sostenerme,
 ¿Por qué me subes tan alto?
 El triunfo de las morenas.
 De los cuerpos del dechado,
 Y un alma.... que Dios en prueba
 De su poder ha formado.
 Todo fué de este *ganchoso*:
 Yo amarinaba aquel barco,
 Entre borascas de dichas,
 Un mar de gracias surcando.
 A oscuras las tres potencias,
 Y todo el juicio murciado,

Suspiro lo venidero,
Y no gozo lo pasado.
¡Qué estrella tan desdichada
Lucirá sobre tu chairo,
Si le faltan las *carañas*
Y el columpio de ese garbol!
No hay más muerte que una muerte,
El *churi* de tus agravios;
Mi condenación eterna,
Chaira mía, está en tus manos.

EPIGRAMAS.

I.

LA CARIDAD.

Á la puerta de Tomasa
Vino un galán á llamar,
Muy ajeno de pensar
Que estaba el marido en casa.
Este á responder salía,
Cuando ella en el pasamano
Gritó: «Dios le ampare, hermano.
Que se le dará otro día.»

II.

LA CODICIA.

Negocia, gana, atesora,
Economiza, aprovecha,
Gasto y deseos estrecha,
Deja el gozar por ahora;
Que el premio de tu cordura,
Aunque hoy pases vida amarga,
Será tenderte á la larga
Mañana en la sepultura.

III.

EL MONJÍO DE JUANA.

Á todo perro cristiano
Su mano y dote ofrecía
Juana; mas nadie, hasta el día,
Admitió, lo que es la mano.
Y para dejar bienquisto
Su honor, quiere la diehosa
Que la trague por esposa,
A falta de bobos, Cristo.

IV.

Á un amigo indiscreto, que le dijo un chiste desabrido,

Es agradable la sal,
Y es saludable también;
Mas se ha de conocer bien
El gusto de cada cual.
Amargo podrás hacer
Lo que quieras sazonar;
Que suele hacer rechinar
Solo un grano sin moler.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

Á UNA NOVIA EN EL DÍA DE LA BODA.

EPITALAMIO.

¡Delante del señor cura
Diste la mano y el sí!

¡Lástima tengo de tí,
Inocente criatura!
¿Sabes, niña, lo que das?
¿Sabes que te estremecerás
Si lo que das hoy supieras
Cual mañana lo sabrás?

Mañana, con lento paso,
Irás en vano á buscar
A tu madre y á llorar
En sus brazos el fracaso.

No esperes, cuitada mía,
En tu madre compasión;
Que es de bronce el corazón
De las madres aquel día;

Y te ordenará severa
Que cumplas como deber
Lo que por delito ayer
Su merced juzgado hubiera.

Trasformó aquel negro instante
En que cediste tu mano,
A tu madre en un tirano,
Y en un verdugo á tu amante.

Hoy te vas á someter
Al inhumano rigor
Que te condena á un dolor
Por cada ajeno placer;

Hoy por la senda caminas
Que sembraron los amores,
Para tu amante de flores,
Pero para ti de espinas.

Es de néctar para él
El cáliz que á ofrecer vas;
Pero tú no libarás
Hoy sino tragos de hiel.

El cielo te dé, señora,
En el trance sufrimiento,
Y la rueda del tormento
Pare el dedo de la aurora.

¡La aurora de la experiencia,
Y el día de reflexión,
En que la meditación
Infunde á la mujer ciencia!

Pues la permiten subir
Al tálamo sin saber
Ni lo que la toca hacer,
Ni lo que ha de recudir.

II.

HIMNO FÚNEBRE

Á UN HOMBRE DE BIEN MUERTO EN 1811.

*Nobles hijos del bien, si al sendero
Camináis del honor y la gloria,
Escuchad en mi canto la historia
De un antiguo español caballero.*

Condénole á vivir la fortuna
Entre guerras civiles y bandos;
Cual de Aleides los monstruos nefandos,
Los rencores cercaron su cuna.

La desgracia, en su escuela severa,
Le mostró de la sabiduría
Las lecciones, que nunca sabría
De doctores que en aulas oyera.

A la sombra de rústico techo
Gozar quiso existencia ignorada,
A la santa verdad consagrada,
Siendo templo del culto su pecho.

¡Ay qué poco duró su ventura!
De la patria la voz le reclama,
A los puestos de mando le llama,
Y le impele y le lanza á la altura.

«Obedece, le dice Minerva;
Los que culto en mis aras rindieron,
Sacerdotes y víctimas fueron:
Tal honor la virtud te reserva.

La virtud inflexible te ordena
Que, las riendas del carro tomando,
La carrera del público mando
Acometas con frente serena.

No la altura en que vas elevado
Desvanezca tu vista y tu mente :
No atosigue tu pecho el ambiente
Entre nubes de incienso mezclado.

Lucha, emprende el combate tremendo,
En que domes, sujetes, destruyas
Las pasiones de todos, las luyas,
En dos lides continuas venciendo.

Amor mismo, que paz venturosa
Antes fué, guerra es ya á tus deberes,
Triunfa de él si por tí ver no quieres
De otros buenos la suerte afrentosa.

Del olímpico atleta la palma
Es la dicha suprema inefable ;
¡ Alta dicha, mayor, más durable,
Recompensa la fuerza del alma !

¡ Por tí solo, delicia del fuerte,
Nunca en pechos vulgares sentida,
De Epicteto fué dulce la vida
Y de Sócrates dulce la muerte ! »

Dijo Pálas; su alumno animoso
En el público estadio se arroja,
Y entre polvo y sudor y congoja,
Toca el término y meta glorioso.
¡ Salve ! y dadme guirnalda de rosas
Para el bueno que al mal combatiera,
Y á la envidia y calumnia venciera
Al impulso de acciones honrosas.

*Nobles hijos del bien, que al sendero
Camináis del honor y la gloria,
Benedicid y llorad la memoria
Del antiguo español caballero.*

III.

EL CALUMNIADOR.

CUENTO.

Érase un ermitaño,
Ó por mejor decir, era un santero ;
Pues el uno, según el Diccionario,
Hablando del primero,
Es un contemplativo solitario
Dado á la penitencia :
Estotro, vagamundo todo el año,
Por huir del trabajo y la abstinencia,
De su demanda y de su alforja hacia
La copa de Amaltea,
Con variedad y profusión colmada
En la despensa y troje de la aldea,
En el tarro y zurron de la majada.

En una de éstas un mastín había,
La envidia y el honor de las cabañas:
Nacido, cual Pelayo, en las montañas,
Gesto audaz, torvo ceño, fosca vista,
Gran garra, ronca voz, cerviz enhiesta ;
El animal, en fin, más quimerista
Del honrado concejo de la Mesta.
Pero su aceda condicion nacía
De lealtad: sobre el hato se tendía,
Sin desplegar su boca en todo un año
Si no le alborotaban el rebaño.

Este desde cachorro tamañito
Tomó tal ojeriza, encono y tema
Con el de la demanda,
Que le puso en la extrema
Alternativa de perder la tanda
Cotidiana, dejando aquel distrito,
O sufrir cada día un fiero asalto,
Que á ser zamarreado le exponía.
El hombre, que, en continuo sobresalto,
Con la vida jugada se veía,
Se acordó, en fin, piadosa y felizmente
De que la caridad bien ordenada
Le mandaba evitar cualquier perrada.

« Si yo, dijo entre sí, fuera valiente
Con el chuzo en que el báculo remata
Le pudiera esperar tras de una mata
Y envainarse todo á espeta-perro ;
Pero ¡ y si el golpe por desgracia yerro ?

No señor: es mejor darle zarazas ;
Mas seré sospechado : ¡ majadero !
Quedar bien con el mundo es lo primero.
Pero ¡ válgame Dios ! ¡ no he de hallar trazas
Para quitar la piel á este demonio ?....
Levantémosle un falso testimonio.... »
Dicho y hecho: al apriose se encamina ;
El perro, que le siente,
Sale en su busca, pero inútilmente:
Porque ya encaramado en una encina
Halló al siervo de Dios, que de repente
Exclamó en alta voz : « ¡ Hijos !.... ¡ cuidado !....
¡ Guárdense del mastín, que va rabiado ! »

Con esta breve plática la gente
Se conmueve, se agita, se convoca,
Cunde la voz fatal de boca en boca,
Y el animal, proscrito y acosado
Del fuego, plomo, acero, piedra y palo,
Espiró en opinión de perro malo.

Y si en esto se hubiesen acabado
Los males, ¡ vaya en gracia !
Mas, ciegos, como suelen por desgracia,
Los inconsiderados aldeanos
Cuando tienen las armas en las manos,
Tras de la raza de los perros dieron,
Y sicilianas visperas hicieron.
Luego se amplió á los gatos la sentencia
Por los peritos en jurisprudencia,
Diciendo ser el mal comunicable
Por mordedura, y ésta inevitable
Entre perros y gatos, mayormente
Cuando, para vestir el expediente
Anterior, el derecho lo exigía,
Pues el no condenarles argüía
Tal ilegalidad en el asunto,
Que anulaba la muerte del difunto.

Así en aquel concejo se fallaba ;
Pero en los de otros pueblos, alarmados
Del supuesto peligro de la rabia,
Providencia se daba,
No ménos general ni ménos sábia,
Contra todas las bestias y ganados
Del pueblo referido,
Vedándoles la entrada en sus mercados
Y en los pastos comunes del partido ;
De modo que las reses perecieron,
No pudiendo en su egido mantenerse,
Ni tampoco salir para venderse.
Item, sus dueños confinados fueron,
Y dentro de su término encerrados
Hasta el año y el día,
Por si estaban ó no del mal tocados ;
Pasado cuyo tiempo, en romería
Ir á Valdegimena (1)
Libremente pudiesen,
Y á soplos saludarse, si quisiesen.
Pero no llegó el caso, porque ántes
De cumplir la penosa cuarentena
La miseria barrió los habitantes.

IV.

La renuncia de un sabio del Oriente en la corte del Mogol (2).

TROVA EN OCTAVAS REALES.

Es en el laberinto de la vida
Hilo precioso el claro entendimiento.

(1) Valdegimena, santuario en la provincia de Salamanca, donde acuden los hidrófobos.

(2) Esta composición fué remitida á don Juan Meléndez Valdés, en el año de 1811, con la siguiente carta :

« Mi estimado amigo y maestro : Con mucho gusto complazco á usted, escribiéndole francamente mi opinión sobre su situación actual.

» Es necesario que conozca usted que no es á propósito para esa corte. Tampoco lo fué usted para la de Godoy ; debiera ya haber escarmentado. Doce años tenía yo cuando usted me recitaba, dándome con su dedo en la mejilla :

¡ Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido ! etc.

» Estos eran los principios de usted, que hubiera seguido siempre,

Sin él, al hombre el tino y la salida
Faltará á cada paso, á cada intento.
Beldad, riqueza, cuna distinguida,
¿Qué vale, de qué sirve, sin talento?
¿Qué es el poder sin la sabiduría?
¿Qué es la virtud si el juicio no la guía?

Esta verdad un sabio del Oriente
Procuraba grabar en la memoria
De Corán, Gran Mogol, que atentamente
La escuchaba. Yo dudo si esta historia,
Singular y admirable ciertamente,
Al sabio ó al Mogol da mayor gloria.
Un sabio al Gran Mogol amonestaba,
Y un Gran Mogol al sabio no empalaba.

Pero de este prodigio que refiero,
Hace larga mencion, en su viaje,
Mandesto, un alemán y caballero,
Que del Duque de Holstein fué un tiempo paje.
Este del indio mundo con esmero
Estudió las costumbres y el lenguaje,
Y en virtud de su larga residencia,
Mercede alguna fe, en mi inteligencia.

El dicho autor de dicho sabio cuenta
Que fué por el Mogol rajá nombrado,
Título por allá de honor y renta;
Mas que el sabio, no obstante, retirado
Trataba de vivir, haciendo cuenta
De que en los tiempos que hemos alcanzado
Es mar la corte, y de privanza el viento
Seguro anuncio de huracan violento.

Mandó, empero, el Mogol llamar al sabio,
Cual otras, una vez á conferencia,
Y éste, por evitar hacer agravio
A mil quejosos de esta preferencia,
Por excusar el desplegar su labio
En asuntos de grave trascendencia,
Pingióse enfermo, se metió en la cama,
Y una ayuda se echó, que así se llama.

Cuando el Emperador noticia tuvo
De la dolencia y de la medicina,
Después que un rato meditando estuvo,
Tomó una providencia peregrina,
Y que el concepto de chistosa obtuvo
En la elegante corte mogolina;
Sucediendo en un viérnes este paso,
Que, como al punto se verá, es del caso.

Los viérnes besamano extraordinario
Hay de rameras; veinte mil y pico
Tavernier cuenta; ¡vaya un seminario!
A bien que el nombre del testigo indico,
Que este veraz y noble lapidario,
Baron en Francia y negociante rico,
Desnudas dice que las vió y despaño,
Haciendo habilidades en palacio (1).

«Vayan, dijo el Mogol, por órden mia,
Ciento de éstas al sabio en comitiva,
Y ante él hagan lo que una vez al día
Hago yo sin usar de lavativa;
¡Funeστο dón el de sabiduría,
Si del dón de regir al mortal priva!
Sús, díganle que van porque contemplo
Lo que en su situacion mueve el ejemplo.»
¡Dulce, preciosa, amable independencia
Tú inspiras, tú conduces, tú acompañas
A la virtud y verdadera ciencia!
A tí la historia debe mil hazañas

si á mi señora doña Andrea (sabe usted que se lo he dicho á ella) no se la hubiese antojado ser *excelencia*. Dice que nadie quiere, como ella, á su *monsurito*. Pero no sabe quererle si no le aconseja que deje al instante destino y honores. Y con este motivo, y porque tambien me encarga usted procure alegrarle el ánimo, me ocurre el caso acaecido en una corte de Oriente, como usted habrá leído en los viajeros, y he de tener la osadía de enviárselo en verso.

»Medite usted mi carta, y quiera á JOSÉ SOMOZA.

(1) En la capital (dice Tavernier) se cuentan más de veinte mil mujeres públicas. No pagan contribucion, pero se las obliga todos los viérnes á presentarse con su rectora y música delante del balcon del monarca, para danzar en su presencia, á no ser que un enuoco las haga señal de retirarse. Estas mujeres tienen cuerpos tan flexibles, que cuando el monarca entró en Musulipatan, nueve de ellas representaron perfectamente la figura de un elefante. Cuatro figuraban las piernas, cuatro el cuerpo, y una la trompa del animal. El Emperador foa encima, sobre una especie de trono. (Nota del Autor.)

De valor, de constancia y de paciencia.
Por tí ruge una purga en las entrañas
De un sabio, en lecho de dolor postrado
Y de cien prostitutas asaltado.

Ya inundan del Rajá los aposentos
Con disoluta risa y torpes gritos;
Huellan, triscan con pasos turbulentos
Ricas alfómbas, vasos exquisitos.
Ni los libros respetan, ni instrumentos
Científicos, ni doctos manuscritos,
Y sobre ellos, ¡qué horror! como en cloaca,
Van ya á evacuar su comision bellaca.

Oyó el sabio el decreto, y de rodillas
Postrado, tocó el suelo con la frente;
Después, vuelto á las damas que en cucullas
Le cercaban, «Cumplid, dijo, fielmente,
Y haced de vuestros cuerpos maravillas,
Segun la letra del decreto y mente
Del Gran Mogol, señor de los señores;
Mas cuenta con hacer aguas menores;
»Que pues la imperial munificencia
Tuvo á bien omitir tal circunstancia,
No infringiréis su ley, ni la decencia,
Ante un rajá encargado en su observancia;
Y al indicio menor de incontinencia,
Por mis eunucos, y en mi propia estancia,
Cien azotes daré á cada ramera,
Para ponerla sal en la mollera.»

Cual trueno en petulante locutorio
Cual hueca voz de pedagogo adusto
En aula de gramático auditorio
Silencio general produce y susto,
Así en el deshonesto consistorio
El comentario del decreto augusto,
Que somete al rebenque sanguíuario
El tornátil marfil del tafanario.

Por la primera vez se abate y calla,
Avergonzada, pálida y corrida,
La canalla, á quien cerca otra canalla
De sexo y condicion meretricida,
Que el vapulante látigo restalla.
A su vista la grey de mala vida
Huye, y huyendo se llevó consigo
Lo que vino á soltar y yo no digo.

Vuelven al trono y dan del sabio queja,
Plañen, cuentan el chasco por desquite;
La boca abrió el Mogol de oreja á oreja,
Y á imperial carcajada soltó el dique;
Y para eternizar la moraleja,
Mandó que la ocurrencia se publique,
Notorio haciendo así de gente en gente
Lo que vale el ingenio en el Oriente.

No faltaron bracmanes, sin embargo,
Que en forma silogística impugnaron
Al sabio; otros tomaron á su cargo
Defender las rameras, y graznaron
En un acto pedante, oscuro y largo,
O en tafetan impreso deliraron,
Y á gritos y patadas se carpián
Que las aulas abajo se venían (2).

Tal bregan los carneros en la brama
Cuando un impetu ciego los anima;
Un animal en otro se encarama,
Y en el lomo de aquél otro se empina;
Otro aquel grupo que el furor inflama
Tumba con testera repentina,
Y el tope que te tope menudean,
Y sus frentes estúpidas humean.

Mas Corán, de argumentos enemigo,
Mandó coser la boca á los doctores;
Pena ordinaria y oriental castigo
Que allí dan á importunos charladores (3);

(2) La ciudad de Benáres es la universidad de la India, donde concurren los bracmanes, que al cabo de diez ó doce años de carrera obtienen la cualidad de doctores. (Nota del Autor.)

(3) Los castigos ordinarios, dice el caballero Forbin, son coser la boca á los que hablan demasiado, y desgarrársela á los que no hablan bastante. Por muy ligeras faltas se cortan las piernas ó se arrancan los dientes. Es necesario que sea muy venial para no ser condenado más que á una paliza, ó á sufrir entre las niñas cañas medidas á golpe. Apenas hay señor de la corte á quien esto no haya sucedido. Sorprendido yo, continúa Forbin, pregunté á monsieur

Y á n yo, si mogol fuese, tambien digo
Que á más de cuatro bocas de censores
Un lilvan á lo ménos ccharia;
Pero, pues no lo soy, cierro la mia.

V.

Á una señora que me consoló en mi infortunio (1).

Ajosento que asilo has dado á un triste,
Jardin que con tus auras le halagabas,
Frente que en su llorar le acompañabas,
Arbol que acento á sus suspiros diste,
Decid á quien, de mi compadecida,
Su riano me tendió piadosamente,
Y el sudor ha enjugado de mi frente,
Que la desgracia es siempre agradecida.

VI.

Á CECILIA (2).

EPITAFIO.

Minerva meció su cuna,
De las artes rodeada,
Por ellas vivió encantada,
Sin amor y sin fortuna.
Fortuna y amor tambien
Quisieronla hacer dichosa,
Fatal juzgó el don la diosa,
Y dijo á la muerte: «Vén.»

VII.

DESCANSA EN PAZ.

QUINTILLAS.

Como niebla perezosa
Al roble en invierno asida,
Era mi vida enojosa,
Hasta que alumbro mi vida
Una mirada piadosa.
¡Oh bendecido momento,
De cuyo pasado encanto
El dulce estremecimiento
Queda, y suspiros y llanto
Me dicen que vivo y sientol
Recuerdos son mi existencia,
De aquella fugaz ventura,
De aquel vivir en presencia
De discrecion, de hermosura,
De virtud y de inocencia.
Recuerda el alma y admira
Los arides generosos
Que el genio del bien inspira,
Para tornar venturosos
Cuantos desgraciados mira.
Tal vez la mansion pisando
Del triste, veló el semblante,
Como la luna, en gauiando
Al perdido caminante,
Se va en nubes ocultando.

Constance (un frances favorito del Emperador) si me hallaba expuesto á semejante trato; díjome que esto no se entendia con los extranjeros, pero mentia, porque snpe despues que él mismo habia sufrido una paliza en el anterior ministerio. (Nota del Autor.)

(1) «Janas contrajo Somoza matrimonio; pero habia recogido á una niña (Cecilia), huérfana de un compatriota suyo (el diputado Nuñez). Le habia dado esmerada educacion, y la queria como á hija. Murió ésta, jóven todavía, lo cual fué para él causa de gran sentimiento. Una distinguida señora se lo llevó á su casa (calle de Embajadores, núm. 22), para consolarle y distraerle. En esta ocasion le dedicó Somoza estos versos.» (Don Simbaldo de Mas.—REVISTA PENINSULAR, t. II.)

(2) Murió en Madrid, á 15 de Febrero de 1839. Habia nacido en Piedrahita, el día 10 de Enero de 1809. Yace en el cementerio de la puerta de Toledo, nicho 373.

Ya, cual águila en su vuelo,
La luz arrastra, y no teme,
Si el trueno estalla en el cielo,
Que el fuego sus alas queme,
Y el rayo la clave al suelo.
¡Ay! aquel ser destinado
Á inspirar virtud y aliento
Despareció ántes que el hado
Mi sér, mi amor y mi acento
Haya hundido en lo pasado.

VIII.

En el állum de doña Maria S. del Acebal de Arratia.

«¡Afortunado papel,
Que vas á ser hojeado
Por dedos que ha suavizado
El rocío del clavel,
»Mil veces te acercaras
Á unos halagüeños ojos
Sin que desdenes ni enojos
Te nublen su luz jamas;
»O á la boca deliciosa,
Tus sílabas pronunciando,
Como el céfiro sonando
Entre el jazmin y la rosa;
»Y estarás cerca tambien
De aquel seno encantador,
Donde, si no late amor,
Arde la fragua del bien!

IX.

Á UNA COQUETA (3).

Eres saga parancera,
Y dejan enteleridos
Tus ojos paradisleros

(3) Somoza escribió en un momento de buen humor estas cuartetas ininteligibles. Dice en una carta á una señora, amiga suya (28 de Octubre 1844), que las escribió «para estudiantes de Salamanca, excitándoles á estudiar nuestro Dicionario.

Debajo de los versos escribió Somoza las siguientes lineas: «Hé aquí un romance en que no hay una palabra que no se halle en nuestro Dicionario. Su asunto es una *Coqueta*, y así lo entenderán todos; pero cabalmente esa voz no es castellana ni en tal sentido está en el Dicionario; es decir, que es preciso hablar francés para ser inteligible. Y es, por cierto, gran miseria, tener la casa llena de riquezas y echarse á pedir limosna.»

Nos ha parecido oportuno poner aquí una traduccion de estos versos, la que, aunque no enteramente literal, basta para dar idea del sentido que aquéllos encierran:

Eres bruja cazadora,
Y dejan sobrecogidos
Tus ojos acechadores
Los pájaros en los nidos.
El que está en las ramas, cae,
Y el de alto vuelo que pasa;
Que es tu balcon red sutil,
Y cetrería tu casa.
Son tus labios amapolas,
De tanto daño ocasion
Cual de un matadero el hacha
O de un trabuco el cañon.
De nada sirven ejemplos;
El escape es por demas;
Remedio, ni ánn por ensalmo,
Y no hay respiro jamas.
Ni del rudo segador
Es tan ingrato el trabajo
Cuando en Agosto bracea
Con mayoral á destajo;
Pues los que, orzando, navegan
De tu inconstancia en el mar,
Cual chusma, á maroma asidos,
Bregan, gritan sin cesar.
Hábil y astuta, repartes
El aparente rigor,
Y con tus artes malvadas
Mueren mártires de amor.
Mas, vaso tosco, tu pecho
De algun mascarón será,
Y amante zafio y palurdo
La corona ganará.

Los pájaros en los nidos,
 El oto perchado cae
 Y el altanero que pasa;
 Que es tu balcón arañoelo,
 Y cetrería tu casa.
 Son tus labios ababoles
 De tanta noxa ocasión,
 Cual hoja de matarife
 O abocardado cañón.
 No valen los paradigmas,
 Y el regate es por demas,
 Ni nosomántica cura
 Ni se da reple jamás.
 Ni del burdo dallador
 Es tan ingrato el trabajo
 Cuando en calina bracea
 Con obrajero á destajo;
 Pues los que, orzando, marean
 De tu inconstancia en el mar,
 Cual chasma á gúmena osidos
 No dan tregua al salomar.
 Repartes matreramente
 El perfunctorio rigor,
 Y en tu nefaria onomancia
 Mueren semaxios de amor.
 Pero, anáglifo, tu pecho
 De algun recoquin será,
 Y amante de paletoque
 La pancarpia ganará.

X.

Traducción de un fragmento del *Orlando* de Ariosto (canto xvi).

Graves y muchas son de amor las penas,
 De las cuales probé la mayor parte,
 Y á mi costa lecciones harto buenas,
 Que aprendí, puedo dar como de un arte;
 De ellas, por tanto, están mis trovas llenas,
 Sin que de la verdad nunca me aparte,
 Que si un mal grave juzgo, otro ligero,
 Cuenten con que mi juicio es verdadero.
 Digo y dije, y diré mientras viviere
 Que quien se mira en digno lazo preso,
 Aunque el rigor de la esquivéz sufiere,
 Aunque le abrumen del desden el peso,
 Aunque su bien el tiempo detuviere,
 Aunque el mal se prolongue con exceso,
 Con tal de que el objeto lo merezca,
 Llorar no debe, aunque de amor perezca.
 Llore el que vive encadenado y siervo
 De halagüeño mirar ó gentileza,
 En que se oculta un corazón protervo,
 A perfidia inclinado y á vileza.
 Huyera en vano, y cual herido ciervo,
 Aumenta de su llaga la crudeza,
 Y de sí y de su amor avergonzado,
 Ni osa quejarse, ni sanar le es dado.
 Esto al joven Grifon le sucedía,
 Su error, sin enmendarse de él, miraba,
 El vil é incúo proceder veía
 De Oricilia sin fe, que le burlaba;
 Pero su amor á su razón vencía,
 El apetito al juicio dominaba.
 Su dama es criminal, pérfida, infame;
 Fuerza es, con todo, que la busque y ame.

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

THE

ADVERTENCIA.

Á la coleccion que precede, de poetas ilustres del siglo XVIII, juzgamos indispensable añadir algunas obras de otros escritores de menor renombre poético (*minora sidera*), pero muy señalados, sin embargo, en la historia literaria del mismo siglo, ya por su mérito absoluto, ya por la influencia que ejercieron, ya por la fama que alcanzaron.

Mayor extension habíamos intentado dar, en un principio, á esta parte complementaria de la coleccion. Pensábamos incluir en ella copiosas é interesantes muestras de poesía popular, y algunas tambien, aunque escasas, de otros poetas hoy olvidados, que, con mayor ó menor fundamento, se granjearon en su tiempo bastante celebridad.

Pero esto nos habria obligado á dar desmedido ensanche á la presente coleccion, y hemos tenido que renunciar á nuestro primer propósito, y malograr los trabajos que con tal fin habíamos hecho. Pondremos, sin embargo, á continuacion, siquiera para memoria de sus nombres, la lista de algunos de aquellos poetas, entre los cuales no habíamos incluido á los famosos jurisconsultos D. Manuel María Cambronero, D. Tiburcio Hernandez, D. Venceslao Argumosa, D. Juan Gualberto González y otros que, aunque sin blasonar de poetas, escribieron algunas veces excelentes versos.

Hé aquí la lista de los poetas suprimidos :

Alvarez de Toledo (D. Ignacio).
Arroyal (D. Leon de).
Bayle (D. Agustin).
Benegasi y Lujan (D. José).
Bogiero (El Padre Basilio).
Caveda (D. Francisco de Paula).
Cielo (Sor María del).
Fernandez Navarrete (D. Martin).
Galvez (Doña María Rosa).
García Suelto (D. Tomas).
Huarte (El canónigo D. Cayetano María de).
Ibañez de la Rentería (D. José Agustin).
Lassala (El Padre D. Manuel).
Mármol (El Dr. D. Manuel María del).
Martinez Colomer (Fray Vicente).
Marujan (D. Juan Pedro).
Matute y Gaviria (D. Justino).

Montengon (El Padre D. Pedro).
Mor de Fuentes (D. José).
Navarro (D. Jacobo Vicente).
Nieto y Molina (D. Francisco).
Nifo (D. Francisco Mariano).
Nuñez (El doctoral D. Antero Benito). Usaba en sus escritos el seudónimo *Amato Benedicto*.
Pison y Vargas (D. Ramon de).
Robleda (D. Manuel).
San Jerónimo (Sor Ana de), hermana del poeta Conde de Torrepalma.
Santa Teresa (Sor Gregoria Francisca de).
Silvela y García de Aragon (D. Manuel).
Suarez (El Padre Pascual).
Trigueros (D. Cándido María).
Ureña (El Marqués de).
Villarroel (D. José).

Y algunos otros.

1848-1849

1848-1849

1848-1849

1848-1849

DON JUAN DE FERRÉRAS.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en la Bañeza en 1632. Sacerdote ejemplar, sabio autor de la estimada obra *Sinópsis histórica de España*, y el segundo de los fundadores de la Academia Española. Amigo del célebre Marqués de Mondéjar. Fué en Madrid cura de San Pedro y de San Andres. Bibliotecario mayor del Rey. Murió el día 8 de Junio de 1733. Fué varon de grande autoridad, como puede inferirse del respeto con que hablan de él (áun despues de su fallecimiento) los dos sabios redactores del *Diario de los literatos de España*, don Juan Martinez Salafranca y don Leopoldo Jerónimo Puig (Prólogo del tomo VII.—1758).

Don Blas Antonio Nasarre, que escribió y publicó el *Elogio histórico* de su amigo FERRERAS (1756), habla de su aptitud poética y aplaude especialmente sus octavas al Príncipe de Asturias, que entónces fueron admiradas, y la posteridad ha olvidado:

Dejó un tomo de *Poesías varias*.

Ademas de las citadas octavas, sus obras poéticas más conocidas son las siguientes, impresas en Madrid:

La Paz de Augusto; auto del nacimiento del hijo de Dios. En verso.

Divertimiento de Pascua de Navidad; obra en prosa y verso.

Escribió en latin varias obras.

POESÍAS.

El Príncipe nuestro señor da vida y libertad á una paloma,
que volando cayó á los piés de la Reina nuestra señora (1).

Del gran Filipo la primer centella,
Que rayo aprende á ser en su ardimiento,
Las duras plantas con su blanda huella
Heladas pisa, dándolas aliento;
Cualquiera que su hermosa planta sella,
Vuelve á vivir con nuevo movimiento,
Pues al verse animar de su contacto,
Hace la escarcha con las flores pacto.

Los mirtos, las estatuas y las fuentes
Le juzgan por la edad dulce Cupido,
Míranle ya con muestras diferentes
Y le extrañan del traje desmentido;
De su rostro las señas florecientes
Le hacen equivocado y conocido,
Cuando el desnudo, el movimiento, el arte
Dicen que es duro Amor y tierno Marte.

Lustro y medio contaba de su vida,
Previendo mil siglos á su fama,
Cuando de los jardines divertida,
El ócio apaga la nativa llama;
La misma ociosidad que le convida
A la gloria inmortal tambien le llama,
Porque nunca se olvida su memoria
Que la vida de un rey sólo es su gloria.

El arte de reinar dificultoso

Estudio debe ser el más temprano,
Que los fáciles años presuroso
Ocupe lentamente al soberano;
Del incierto futuro cuidadoso
Enseñe providencias á su mano;
Que al giro de la humana contingencia
Prudencia puede haber, aunque no ciencia.

Saber le importa distinguir el vicio,
Las artes de la paz y de la guerra,
Lo que de sus vasallos es perjuicio,
Cuanto bien suyo en el comun se encierra;
Y como en tiernos años tanto juicio
Se admiró en pocos, el dictámen yerra
Del que no juzga que ha de ser preludio
Aun la misma niñez de tal estudio.

Pasaba con sosiego aquella estancia,
Y la estatua tal vez le detenía;
Preguntaba, del tiempo en la distancia,
En aquel jaspé helado quién vivía;
Del autor observaba la arrogancia,
Y del muerto la viva simetría,
Y lógico el discurso heróico infiere
Que quien vive en imagen nunca muere.

Aspero el cierzo á soplos fatigaba,
Destemplando la estancia su ardor frio,
Y en los desnudos troncos que azotaba
Creyó asombrar su generoso brio;
En sus vanos esfuerzos despreciaba
El bello Luis su loco desvario,
Y cuanto el viento enfurecido crece.
Su constancia los miembros endurece,

Desairado, corrido, dejó al viento,

(1) Esta composicion conceptuosa fué leida en la Academia Española el año de 1715.—La publicamos únicamente como muestra del estilo poético del diligente y sabio historiador. (Nota del Colector.)

Del ímpetu burlando con que inspira,
Y dando á conocer cuál es su aliento,
Para nuevo ejercicio se retira;
De un elemento pasa á otro elemento,
Porque aire y fuego su vigor admira,
Y á impulso de su diestra hacer mayores
Solicita sus regios esplendores.

Ya pide el arcabuz, que mano diestra
Con repetido afán en yunque duro
Fabricó, porque en bólica palestra
Muertes escupa el fuego en humo oscuro;
En los rayos de plomo nos demuestra
Que el ceño de las Parcas mal seguro
Este mal añadió, que burle fiero
Los furores templados del acero.

Con cautela registra cuidadosa
Cuanto el cóncavo hierro en sí contiene,
Con la vara examina la engañosa
Nube oprimida, que en su centro tiene;
Atiende al pedernal y á la ominosa
Chispa el menudo pábulo previene,
Porque injuric tardanzas del oído,
Visto el estrago y no escuchado el ruido.

Contra la compasión, siendo más fuerte
El vínculo tenaz de la obediencia,
Tenía destinada ya á la muerte
De las aves de Pafos la inocencia;
No sabe distinguir la amarga suerte
El cuerpo de la culpa ó la apariencia,
Porque suele tal vez al apetito
Servir la sencillez, y no el delito.

Iluminaba la Farnesia aurora
Aquella estancia con su luz flamante,
Aclamándola todos vencedora
De la luz halagüeña del diamante;
Y como de Filipo el sol adora,
Gustosa fija la atención constante,
Embelesada de tan diestro ensayo,
En el ardor de tan hermoso rayo.

Salió á ser blanco á la mayor destreza,
Émula una paloma de la nieve,
Y como la luz real al sol ateza,
La dió en su ceguedad vuelo no leve;
Con el susto que ató su ligereza

Besó los piés á quien la vida debe,
Porque ruínas entre sombras reales,
En vez de ser infaustas, son vitales.

El Príncipe, que observa el tardo vuelo,
Obscuos respirando y atenciones,
El ardor de su impulso trueca en hielo
Con pereza que ilustra sus blasones;
Si indulto debe al venerado cielo
A que el ave fió sus aflicciones,
El respeto que heróico la perdona
De su culto se labra su corona.

Desde el asilo real mano grosera
De su fortuna intenta con desaire
Salga á la libertad, que lisonjera
La previene con bárbaro donaire;
El yerro enmienda el Príncipe, y ligera
Deja que goce en la region del aire
La vida el ave, que concede atento
A tanta inmunidad su rendimiento.

Otra al punto soltaron, que violenta
Rompiendo el viento con inquieto giro,
La innata libertad librar ostenta
De la quieta opresión de su retiro;
Cuando aplicando con destreza atenta
Lince la vista al índice del tiro,
Porque á sus piés despojo sirva luego,
Soltó la blanca mano todo el fuego.

Apénas se eximió la aurora pura
Del pasmó á los precisos embarazos
Que la urbanidad y la hermosura
Causa el primor en sucesivos lazos,
Cuando amante el cariño se apresura
A coronar sus hombros con sus brazos,
Porque si sus acciones son asombros,
Sean premio y corona de sus hombros.

«Vive inmortal, le dice con el labio
Que sella junto su jazmín y rosa,
Alcides niño, para desagravio
De tu nación amante, fiel y honrosa;
Y pues tu ardor atento, siempre sabio,
Pudo hacer una acción tan gloriosa,
Prevéngate la fama mil blasones
A lo inmortal de las demás acciones.»

FRAY JUAN INTERIAN DE AYALA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Definidor de la orden de la Merced. Doctor en teología y filosofía, y catedrático de idioma griego y sagradas letras en la universidad de Salamanca. Fué insigne orador sagrado, y uno de los fundadores de la Academia Española. Compuso un libro célebre, *Pictor Christianus*. Falleció el 20 de Octubre de 1750.

Encontramos las siguientes composiciones, inspiradas por la lectura de los poetas latinos Marcial, Ausonio y Juvenal, en un libro, hoy raro, que con el título *Opuscula poetica quæ quondam lusit aut panxit R. A. P. M. Fr. Ioannes Interian de Ayala*, dió á luz en Madrid, en la imprenta del convento de la Merced, el año de 1729, fray Francisco de Ribera. Casi todas las poesías son latinas, y en verdad muy notables.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

¿Piensas tú que á las iras celestiales
Han escapado, Licio, esos dichosos,

Que entre el aplauso y la fortuna ociosos,
Nunca vieron el rostro de los males?

Pues pasa un poco desde los umbrales
Al seno de sus ánimos viciosos;
Verás cómo en los pechos ambiciosos
Se atropellan las penas infernales.
Su noticia castiga su violencia,

Su delito en horrible parasismo
Anticipa el rigor de la sentencia.
Mira, pues, si hay tormento en el abismo,
Mayor que el de tener en la conciencia
Aclor, juez y testigo de sí mismo.

II.

La enmienda, Aurelio, en quien incauto fia
Para entregarse al vicio tu cuidado,
¿No ves que es dulce error, que ha fabricado
Ociosa y pertinaz la fantasía?
¿Del deseo la indómita porfía
Pretendes refrenar, cuando, engañado
Del aparente cebo del pecado,
Ciego se arroja, y loco desvaría?
Si el respeto perdistes al juicio,
El deslíz sólo á la caída sobra,
Siguiendo á la caída el precipicio.
Una pasión temeridades obra;
Y la vergüenza en séquito del vicio,
El que una vez la pierde, no la cobra.

III.

Fabio, si acaso á los humanos bienes
Llegar pretendes por razón alguna,
O hallar piensas propicia á la fortuna
Con virtudes y méritos que tienes;
Te engañas, no advirtiéndote que previenes
Al sublime lugar senda importuna,
Por más que ilustres prendas, una á una,
De inútil esplendor ciñan tus sienes.
Trata, pues, de emprender delitos tales
Que merezcan castigos y venganzas;
Y ellos te elevarán á tus iguales.
Esto has de hacer; supuesto que no alcanzas
Que á la virtud entre pobreza y males
Sólo se ofrecen frias alabanzas.

IV.

Si la paz, la virtud, la fe se adoran
En templos sacros, en augustas aras;
Si votos pios, víctimas no raras
Su altar oprimen y sus techos doran,
¿Por qué el dinero y la riqueza ignoran
Cultos y templos? Fabio, ¿no reparas
Cuán ingratas se muestran, cuán avaras,
Aun con su Dios, las manos que atesoran?
Mas á este de su fe nómén tirano
Divinidad le rinden nuestros vicios,
Y dan adoración nuestros ejemplos;
Y no es mucho su imperio soberano
Desprecie materiales sacrificios,
Si acá en los corazones tiene templos.

V.

Oh riqueza infernal, oh idolatrada
Ruina de los mortales corazones,
Cebo vil de apetitos y pasiones,
Enemiga del hombre declarada.

Tú la austera virtud, tú la reglada
Modestia santa de inclitos varones
Desterrastes á bárbaras regiones,
Por quedar en la nuestra entronizada.

Por ti los vicios reinan, las costumbres,
Manchadas de impresiones peregrinas,
El lustre pierden del candor primero;
Y, á la pérfida luz de tus vislumbres,
El poseer las prendas más divinas
Importa ménos que el tener dinero.

VI.

Idos, Musas, os digo, enhorabuena;
Dejaos de armonías y concentos,

Pues á oídos y estómagos hambrientos
Ni el arpa gusta, ni la lira suena.

¿Qué aprovecha la armónica faena
Al que escaso de gustos y contentos,
Cerrado en dos estrechos aposentos,
Si el puchero llegó, faltó la cena?

¿Qué pretendéis, decid, con inspirarme
Renombre, eternidad, aplauso, fama,
Y de esta vanidad alimentarme,

Si al cerrar ingenioso el epigrama
Me molesta el cuidado de faltarme
Un pobre cobertor para mi cama?

EPIGRAMAS.

I.

Confíesote, Calistrato, soy pobre;
Confieso que lo soy y lo fui siempre;
Si tal se llama quien honesto vive,
Y no desea aquello que no tiene.

Pero soy caballero y erudito,
Tanto, que lo que á pocos en la muerte
Les concede la fama á su memoria,
Á mí, viviendo aún, me lo concede.

Tú eres rico, tu casa cien columnas
Con ostentosa máquina sostienen,
Y en el precioso fondo de tus cofres
Vertió fortuna pródiga sus bienes.

Tus trojes llena del fecundo Nilo
Dorada copia de cosecha fértil,
Y de francesa lana los vellones
Todo el esfuerzo del guarismo vencen.

Esto somos los dos. Pero repara
Que lo que soy, tú serlo nunca puedes;
Y lo que tú eres, cuando más presumas,
Lo puede ser cualquiera de la plebe.

II.

Porque, con riquezas tales,
En triste necesidad,
Me prestas la cantidad
De ciento y cincuenta reales,
Piensas ya que mucho vales.
Te engañas; y, á un leve amago
De la razón, ver te hago
Que el grande, en tales apuestas,
No eres tú, que me los prestas,
Sino yo, que te los pago.

III.

De Jove el bulto, que hierro
Formó de artífice ufano,
Tocó antes de ayer la mano
De Alcon, médico por yerro.
Hoy ya en hombros como á entierro
Le llevan, ¡caso fatal!
Que no evitó tanto mal,
Ser (que es todo lo posible),
Ni como piedra, insensible,
Ni como Dios, inmortal.

IV.

Muchacho que con fatal
Susto, que parece enredo,
Solicitado del miedo,
Quiebras copas de cristal;
Te advierto que en caso tal
Obres ménos aturrido;
Porque yo siempre he entendido,
Si es más de lo conveniente,
Que tropiezan igualmente
El cuidado y el descuido.

LA PIEDAD FILIAL.

Desde el funesto incendio de la patria,
 Por medio del ejército triunfante,
 Sobre sus hombros á su padre Anquises
 Sacando Enéas, de piedad imagen,
 La dolorosa pérdida temiendo

Del dulce peso, con afecto amante,
 Entre el recelo y el valor confuso,
 Decía así, mirando á todas partes:
 Dejádme ir libre, griegos vencedores;
 Pues ha de ser la gloria de este lance,
 En vos ninguna, arrebatar á un viejo;
 Y en mí infinita, libertar á un padre.

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Madrid, el 4 de Julio de 1676. Siguió en los primeros años de su juventud la carrera de las armas, y fué teniente capitan de caballos-corazas. Retirado de la milicia sin haber salido todavía de la mocedad, desempeñó durante casi toda la primera mitad del siglo XVIII, esto es, desde principios del siglo hasta 1747, el cargo de fiscal de comedias. El Duque de Osuna, su constante protector, le otorgó un empleo en las oficinas de su casa. Fué casado, y dejó un hijo y una hija. Murió en Madrid, en la calle de las Veneras, esquina á la plazuela de Santo Domingo, el 4 de Setiembre de 1750. Á pesar de que se acercan á ochenta las obras dramáticas que pertenecen positivamente á este fecundo ingenio, sólo veinticuatro de ellas se han publicado en coleccion, en dos tomos en 4.º — No conocemos esta coleccion, ni logró encontrarla el diligente señor de La Barrera (*Catálogo del Teatro antiguo español*, página 69). Pero la hubo de tener en las manos el fidedigno Alvarez y Baena, pues no sólo la menciona, sino que afirma que, entre las comedias de la coleccion, «se halla una zarzuela titulada *Milagro es hallar verdad*, que puso en música don Francisco Coradigni, y se ejecutó en el coliseo del Príncipe, año de 1852.» (*Hijos de Madrid*, tomo III, página 70.)

Son muy escasas las poesías líricas que se conocen de CAÑIZARES, y poco dignas de su gloria dramática. Sólo como curiosidad literaria, y tambien como muestra del estilo enfático del tiempo, publicamos ahora algunos versos de aquel insigne escritor.

Hay poesías suyas de escasa importancia en varios libros de su época. Escribió las siguientes relaciones de exequias celebradas, en Madrid, en honor de varios príncipes de la familia real de Francia:

España llorosa sobre la funesta pira, el augusto mausoleo y regio túmulo que á las sacras, ilustres, generosas cenizas de su serenísimo padre Luis de Borbon, Delfín de Francia, hijo del invictísimo Marte frances Luis XIV, el Grande, mandó construir, erigir y edificar nuestro generoso, invencible y amado monarca de dos mundos, emperador de la América, y dignísimo hijo suyo, don Felipe V de este nombre, que Dios prospere..... en el religioso y real convento de la Encarnacion de esta corte, en 26 de Setiembre de 1711. Escrito de orden de su excelencia (el Duque de Frias), por el capitan teniente de caballos-corazas, DON JOSÉ DE CAÑIZARES. — En Madrid, año de 1711, en 4.º

Pompa funeral y reales exequias, en la muerte de los muy altos, muy poderosos y muy excelentes príncipes, Delfines de Francia, los serenísimos señores don Luis de Borbon y doña María Adelaida de Saboya, á cuya memoria inmortal los consagra su augustísimo hermano y señor nuestro don Felipe V. — Celebróse en el convento de San Jerónimo de esta corte, á 19 de Agosto de 1712. — Sin lugar ni año de impresion, en 4.º

POESÍAS.

ROMANCE (1).

Si de la gloria más alta
Es origen el estudio,
El más noble se dedique
A la más digna admiración del mundo,
Sea cátedra en que aprendan
Constancia, fervor y culto,
La que de ese Pilar forma
A la enseñanza silla, y solio al triunfo.
Pues sin María, ¡qué ciencia
Lograr la victoria supo,
Cuando la sabiduría
Al aula de su seno se redujo?
Del sacro Pilar dimane
Raudal de letras tan sumo,
Hiriendo Moisés su cielo
Piedra que brota en él mares fecundos.
Si viva en su angusta imagen
Su semejanza nos trujo,
Vivos nos concede en ella
De su piedad el norte y el recurso.
Universidad, eternas
Tus duraciones presumo,
Si al sacro Pilar fiada,
Dura el héroe los siglos del alumno.
Cuanto puedas, cuanto quieras
Que has de lograr conjeturo,
Si es tu estudio aquel objeto
En que obró el cielo cuanto quiso y pudo.
Para ser patrona tuya
Cortó diáfanos rumbos,
Y en los piélagos del aire
Vino imprimiendo un sol en cada sulco.
Estudia en ella, que es libro
Que omnipotente compuso
El Padre, y con solo un Verbo
Explicó de su amor todo el asunto.
Estudia, y de su columna
Sobre el capitel seguro,
Arca más feliz contrasta
De opuestas ignorancias el diluvio.
Darte esfuerzo la batalla
A que te apresures mucho
Para lograr la victoria,
No fué persecución si no es influjo.
Al combate se le debe
El trofeo, pues ya juzgo
Merecer á tu clemencia
Perdonado el error por el impulso.
En tu capilla tus gozos
Aun no cumplen su instituto;
Que fervores tan inmensos
No se ciñen á instantes tan caducos.
Aun más allá de los tiempos
Lugar se hará un celo puro,
Que anhelando á durar siempre,
Sentir no ser eterno es más tributo.
¡Oh Augusta de las ciudades
César y del orbe junto,
Goza tú en él, Zaragoza,
Un cielo que le anuncia el nombre tuyo!
Y tú, general glorioso,
Sabio literal concurso,

(1) Esta composición y la siguiente están sacadas de un certamen poético, celebrado por la universidad de Zaragoza, con motivo de un decreto del papa Inocencio XIII, en honor de la santa imagen de Nuestra Señora del Pilar. Publicóse el certamen con este ampuloso y extravagante título: *Aliento feroporoso, respiración festiva, voz sonora, en que la universidad de Zaragoza*, etc. Fué uno de los jueces el célebre doctor don Blas Nasarre. (*Nota del Colector.*)

Atiende á mi afecto y suple
Mi tosca lira y mis acentos rudos (2).

EN EL MISMO CERTÁMEN.

QUINTILLAS,

Que algun consuelo os prometa
Manda la Academia al vuelc;
Mas lo imposible me aprieta,
Pues se sabe que un poeta
Jamás tiene ni un consuelo.
Ver á un poeta medrar
Con el premio y el favor,
Si se pudiese lograr,
Fuera el milagro mayor
De la Virgen del Pilar.
Pues libros, hermosas piezas
En poetas dislocados,
Si de gordas sutilezas,
Ya son libros sus cabezas,
Pero están descuadernados.
Quien por el premio se muere,
Y de la Virgen le espera,
En el no dársele infiere
Que Su Majestad pudiera
Mas Su Majestad no quiere.
El poeta que es venal
Y de los premios no goza,
Cura á su codicia el mal;
Que para eso hay hospital
De ingenios en Zaragoza.
El metal es cosa fiera
Y á todo poeta mata;
Que á no ser así, cualquiera
Su medallica tuviera;
Pero ta, que son de plata (3).
No sé si el certámen, pues
(Pero cogeráme el carro),
Me alargará en premios tres,
El *Quevedo*, de Bizarro,
O el *Lunario*, de Cortés (4).
Afuera imaginaciones,
Musa, no en eso repares,
Que á mis infaustos horrones
Darán veinticuatro nones,
Y logro *Los Doce Pares* (5).
Mas ya las leyes rompí
Del certámen, los vocablos
Mezclando agudos aquí;
Ya premio y juicio perdí;
Anda con todos los diablos.
Pero de nuevo he de entrar
Al premio de oxe y de moxe,
Póngame de par en par
La Universidad de poste,
Que muero por el Pilar.
Como ensalce yo á María,
Y á ingenios de malas trazas
Consuele esta poesía,
Siendo de conitería,
Más que me den calabazas.

(2) No obtuvo premio CAÑIZARES.— Los premiados en este asunto del certámen fueron don Bernabé de Palafox y Marta, marqués de Lazan, nieto del Conde de Rebolledo; don Agustín Gabriel de Montiano y Luyando. (*Nota del Colector.*)

(3) Eran medallas los premios del certámen. (*Id.*)

(4) También fueron premios las *Obras de Quevedo*, con estampas, impresión de Pláncles, y el *Lunario*, de Cortés. (*Id.*)

(5) La *Historia de los Doce Pares* era premio. (*Id.*)

QUINTILLA.

Es mi nuevo fundamento
El Pilar, con circunstancia
Del rezo en el documento,
Que da gloria al argumento,
Por lo eficaz de la instancia.

GLOSA.

Ilustre arcópagó, el día
Que á tus piés te dedicaste,
A tu elevacion fundaste
Antigua basa en María;
Pero como docta y pia
Tu devocion va en aumento,
Crecen virtud y talento
Y pregoná tu fortuna;
La piedra de esta columna
Es mi nuevo fundamento.
Sólo un heroico triunfante
Requisito le faltaba
Al Pilar, que se fundaba
Sobre una opinion constante;
Ya están por tu celo amante
Con premio tu vigilancia,
Nuestra fe con más constancia;
Y, si es del rezo el indulto
Circunstancia de su culto,
El Pilar, con circunstancia.
Catedrático dichoso,

Doctor ilustre, es agravio
No aclamar dos veces sabio,
Al que es sabio y fervoroso;
Tu espíritu religioso
¡Oh Aragón! nos presta aliento;
Tu aviso afine el portento
Que á España da gloria tanta,
Con que la victoria canta
Del rezo en el documento.

La nube que el sol ardiente
Finge medrosos desmayos,
Al disiparla sus rayos,
Crédito le da luciente.
Así al Pilar eminente
Ilustra débil intento
De eclipsar su lucimiento,
Viendo el que á la luz acuda
Trocada en prueba la duda,
Que da gloria al argumento.

Pero si tanto camino
En el aire que acrisola,
Por su nacion española
Rompiendo esta imagen vino;
Si María la previno,
A pesar de la distancia,
Sólo para su ganancia,
No hay que dudar su asistencia,
Comprobando la influencia
Por lo eficaz de la instancia (1).

(1) No fueron premiados tampoco estos versos. (Nota del Colector.)

FRAY JUAN DE LA CONCEPCION ⁽²⁾.

AL REY DON FERNANDO EL SEXTO.

OCTAVAS (3).

Si nunca de Helicon en la corriente
Bañé mis labios, nunca del Parnaso
La siempre excelsa bi-partida frente
Trepasó con diligente paso;
Si la sagrada inspiracion ardiente
Jamás solicité por ningún caso,
¿Qué súbito furor, qué nueva llama
El pecho anima, el corazón inflama?
¿Qué no esperado impulso misterioso
Hace que el labio duros grillos rompa,
Y que aplicado al cóncavo estruendoso
De bien cavada, retorcida trompa,
Al ámbito del aire vagoroso
Dé inspiraciones con sonora pompa,
Para que llegue el eco resonante
Al más opuesto clima, al más distante?
Pero ya mi discurso, recobrado
De aquel furente rapto del sentido,
La fatídica niebla ha disipado,
Y penetrar intenta lo escondido
De un afecto tan grande y elevado,
Y cual suele torrente reprimido
Romper su estrecha marginal, deshecho,
Por el cauce del labio, brota el pecho.
Sin duda que el magnánimo, el prudente,
El constante, el afable, el religioso

Príncipe ilustre, jóven excelente,
Rama feliz de tronco tan dichoso,
De un trágico fatal breve accidente
Desterrado el asombro pavoroso
Que la faz eclipsó de toda España,
De brillante esplendor su esfera baña.

Fernando, en fin, el Sexto, á quien la fama,
Por timbre más excelso y elevado,
El ídolo de España le proclama,
Al trono real se mira destinado.
Ya le busca la gloria, ya le llama
Un vasto reino, espacio limitado,
Al que, en más dulce grato cautiverio,
En cada pecho logra un nuevo imperio.

Francia y España en emulada gloria,
Cada cual, no sin causa, pretendia
De Luises y Fernandos en la historia
Arrogarse el laurel que merecía;
La fama, de los cuatro á la memoria,
La política ensalza y la fe pia;
España venció en fin, pues en Fernando
De todos el trasunto está adorando.

El rugiente león cuyo bramido
De la alta esfera el ámbito horroriza,
El sueño de sus miembros sacudido,
La garra extiende, la melena eriza;
A un lado y otro mira enfurecido,
Corona es la guedeja, que se riza,
Y al ver su bruta majestad severa,
Se estremece aún la más valiente fiera.

Todo es placer la tierra, todo el viento
Inspira blando salvaz lisonjeras,
Enfrena el mar el ímpetu violento,
Cesa el graznido de aves agoreras;
La palpitante calma del contento
Ocupa aún á las almas más severas,

(2) Véase lo que decimos de este famoso carmelita en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*.

(3) Publicamos esta poesía, llena de los resabios de la decadencia, para que se vea que FRAY JUAN DE LA CONCEPCION, á pesar de su depravado gusto, tenía á veces entonación de poeta.

Y de modo se altera y se complace
El mundo, que parece que renace.

Aun el pequeño Manzanáres quiere,
De juncos y espadañas coronado,
Manifestar la dicha que hoy adquiere,
Pues habrá de ocupar su verde prado
Lusitana sirena, que prefiere
Al terno de las gracias de contado,
A quien el Istro y Tajo, por fortuna,
De nácar y coral labraron cuna.

Bárbara (1), digo, en cuyas alabanzas,
De la más veloz pluma es torpe el vuelo,
Aquella que un tesoro de esperanzas
Promete al mundo y retribuye al cielo.
Y en iguales equívocas balanzas,
Piedad y gentileza, ciencia y celo,
Sabe unir con esmero tan realzado,
Que en lo adquirido sobra lo heredado.

Feliz España, pues así asegura
La dicha, que hasta aquí la hizo triunfante,
Siendo á la duracion de su ventura
Paréntesis fatal un solo instante.
El curso de tus glorias apresura
La perezosa edad, para que amante,
En éxtasis fantástico, mi idea
Adivine lo mismo que desea.

Mas ya, de asombro y de respeto lleno,
Me parece que el caos tenebroso
De los hados rasgó su oscuro seno,
Y que un jóven advierto, portentoso,
Que á bárbaras regiones pone freno,
Que de justicia y paz vive anheloso,

Y que dar logrará, Jove segundo,
Freno al mar, ley al sol, envidia al mundo.
Y pues que tanta gloria habrá logrado,
En las delicias de un feliz reposo,
Hará que el labrador rija su arado,
Que halle premio á su afán el estudioso;
Colocando en el más sublime grado
Justicia y religion, porque dichoso,
Cerrando el templo del bifronte Janc,
Vuelva el siglo de Augusto y de Trajano.

Pero ¡adónde mi loca fantasía,
De un exceso de amor arrebatada,
Sin valladar intrépida corría,
La rienda del discurso desatada?
A la estrecha prision que la oprimia
Se vuelva ciegamente enajenada,
Pues es para emprender tan arduo intento,
Sacrilega aún la voz del rendimiento.

Aquí es bien que, doblada la rodilla,
Lleno de asombro y miedo reverente,
Ante el monarca á quien rendido humilla
Uno y otro hemisferio la alta frente,
Busques, oh corazón, una sencilla
Disculpa en que tal vez grato y elemento,
Si á la memoria tu atencion reduces,
Ilumine tus sombras con sus luces.

Perdonad, gran señor, si inadvertido,
De mi lealtad y mi pasión llevado,
Al simulacro que adoré rendido
Con mi torpe expresion he profanado;
Y si es que tanto honor he merecido,
Sólo á tus pies, mi amor pide, postrado,
Que dando de deidad en todo indicio,
Mires la voluntad, no el sacrificio.

(1) La reina doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI.

DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LUYANDO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Valladolid, el 4.º de Marzo de 1697. Quedó huérfano en la niñez, y fué cariñosa y esmeradamente educado por su tío don Agustín Francisco de Luyando, regente de la audiencia de Mallorca, y más adelante fiscal del Consejo. Cultivó la poesia desde edad muy temprana, y en aquella era, infeliz para las letras, le granjeó alguna fama su poema en octavas *El robo de Dina*. A poco más de veinte años compuso un melodrama, titulado *La lira de Orfeo*, que fué cantado con aplauso en Palma de Mallorca, el año de 1719. Ocho años despues vino á Madrid, ya con cierta fama de aventajado cultivador de las letras. Su honradez y laboriosidad llamaron la atencion del ministro don José Patiño. Más adelante le confió éste en Sevilla, donde se hallaba á la sazón la corte, una comision delicada de carácter internacional, y el buen desempeño de don AGUSTIN GABRIEL le abrió las puertas de los honores y de los empleos del Estado. Llegó á ser Oficial mayor de la Secretaría de Estado, del Consejo de su majestad, su secretario en la cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, individuo de número de la Academia Española, consiliario en la Academia de San Fernando, y director perpétuo de la Academia de la Historia, de la cual fué el verdadero creador. También contribuyó muy eficazmente á la fundacion de las academias de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla. Su nombre pasó con gloria á las naciones extranjeras. La Academia Imperial de Ciencias de San Petesburgo le envió espontáneamente (en 1759) el diploma de académico, y también le nombró individuo suyo la entonces famosa Academia poética de los Árcades de Roma, dándole el nombre de *Leghinto Dulichio*. Fué asimismo individuo de una academia que, algunos años ántes de su fallecimiento, fundaron los portugueses en Bahía de Todos-Santos.

En las academias Española (1) y de la Historia trabajó con incansable celo, y contribuyó, cual

(1) Fué admitido en la Academia Española el 6 de Marzo de 1736. Corrigió con suma diligencia el tomo VI del *Diccionario de autoridades de la lengua castellana*, desde el principio del tomo hasta el fin de la página 60.

ningun otro, al desarrollo y progreso de sus respectivos institutos. Era de esos hombres que encuentran tiempo para todo, porque saben metodizar su vida. La Academia de San Fernando consignó en sus actas, con las siguientes honrosas palabras, la memoria que dejó en ella este varon insigne.

«Perdió la Academia en su muerte, ocurrida en 1.º de Noviembre de 1764, uno de sus más celosos individuos. En los diez años que sirvió su consiliatura apenas hubo día en que no procurase hacerle algun servicio..... Su amor á la nacion, su genio afable, y la ternura de su co-razon, le ponian, en lugar de los hijos que le negó la naturaleza, á los pobres más desvalidos que frecuentaban estas aulas. Todos le conocian, y él conocia á todos. Los animaba, los atraia y les inspiraba la aplicacion, ya con liberalidades, ya con su natural dulzura y agasajo..... La oracion y las églogas con que añadió gracia y decoro á las distribuciones de los premios en los años de 1754, 1756 y 1763, son prueba, así de la perfeccion con que poseyó la oratoria y la poética, como del gozo con que las hacia servir en obsequio de esta Academia.»

C.

POESÍAS.

ÉGLOGA AMOROSA (1).

LISARDO.—PALEMON.

Por un monte poblado
De robles y de encinas,
Que dan sombra apacible al fresco suelo,
Baja precipitado,
De unas quiebras vecinas,
El ruidoso caudal de un arroyuelo;
Bien que el rápido vuelo,
Tal vez entretenido,
Se extiende mansamente,
Hasta que ya el pendiente
Le vuelve á despedir del claro nido,
Derramándose undoso
Por el valle, que riega perezoso.
Aquí del verde aliso
Y el álamo copudo
La hermosa pompa se dilata y crece,
Y el pié sólo, que quiso,
Pero que nunca pudo,
Hollarle ó detenerle, lo padece;
Porque el cristal parece
Que con quejas desnuda
Del césped, que le calza,
La raíz, y que alza
Contra el tronco, que opone la piel ruda,
Su cristalina saña,
Que le hermosa más que no le daña.
Mil pájaros canoros
Saltan de rama en rama,
Y en mal distintas clases divididos,
Se responden sonoros;
Otros sobre la grama
Buscan el alimento divertidos;
Tambien con sus gemidos

La tórtola procura,
En su viudez penosa,
Consolarse amorosa;
Y en fin, porque no falte á la hermosura
De un márgen y otro flores,
Se confunden fragancias y colores.

A este sitio llegaba
Lisardo, solo y triste,
La fresca tarde de un alegre día;
Su ganado guiaba,
A quien ya no resiste
Se esparza por el valle, mientras fia
Su gran melancolía
A suspiros y voces,
Que fueron escuchadas
De las ondas quebradas,
Y el eco fiel las repitió veloces;
Así, pues, pena tanta
Como le aflige, doloroso canta.

LISARDO.

Nunca para mí sea
Del sol la lumbre grata,
Ni me divierta este paraje ameno;
No su corriente vea
La fugitiva plata
Sin el llanto á que triste me condeno;
Ni del frondoso seno
Me llame dulcemente
La música sonora
De turba voladora,
Que no la escucha quien de véras siente;
Mis males den unidos
Todo el dolor á todos los sentidos.
Sirvame de tormento
Lo que fuera alegría
En quien tuviese el corazon más sano;
Falte seguro asiento
Dentro del alma mia
A la delicia, que me busca en vano;
Aquel monte, este llano,
Deseado retiro
De amantes venturosos,
Me ofendan enojosos,
Si bien reparo, lo que escucho ó miro;
Pues en mi vida inquieta
Son torcedor que á la memoria aprieta.
El zagal, la pastora
Que finos se requieren,
Que con ternura fiel se corresponden,
La que rie, el que llora,
Cuando unidos inquieren
La pena ó gozo que en el pecho esconden,

(1) MONTIANO era muy dado á las églogas. Dos leyó en juntas solemnes de la Academia de San Fernando. El 5 de Octubre de 1747 leyó con aplauso en la Academia Española otra égloga (que conserva manuscrita este docto cuerpo), dividida en cuatro partes, con extension y trazas de poema. A estas églogas y á varias otras poesías líricas de MONTIANO que tenemos á la vista, preferimos la titulada *Egloga amorosa*, que hallamos autógrafa en las actas de la Academia del Buen Gusto. Aunque tiene más vigor y más vida de los que suele poner MONTIANO en sus versos, no la publicamos como dechado de inspirada y gallarda poesia, sino porque creemos que el carácter de la presente coleccion requiere que presentemos muestras, aunque no perfectas, de obras poéticas de varones insignes, que influyeron activamente por cualquier camino en la depuracion del idioma castellano y en el movimiento de nuestra historia literaria.

Esta observacion se refiere igualmente á algunas composiciones de otros poetas. (Nota del Colector.)

A mi dolor responden;
 Si pregunto afligido
 Cómo templar pudiera
 Tan constante gemido,
 Tan duro afán, indignacion tan fiera:
 Tú, me dicen, tú amaste,
 ¿Y de sufrir tan presto te olvidaste?
 Mi silencio, que aprueba
 La eficacia del cargo,
 Con su misma inacción se desanima;
 La duda, que renueva,
 De su dolor amargo,
 Sólo á que sienta más le determina;
 Si á discurrir se inclina
 Para el alivio el medio,
 Cuanto objeto parece
 Que proporcion me ofrezca,
 Más distante descubre mi remedio;
 Y así el hilo á que acudo,
 Le rompo cuando pienso que le anudo.
 El ave que ligera
 Visita libremente
 El valle, el monte, la espesura, el prado,
 Mi envidia desespera
 Al ver que felizmente
 Consigne lo que falta á mi cuidado;
 Ni quedo consolado
 Si el cazador la insulta;
 Que no siempre la muerte
 Azar es de su suerte,
 Y á mí jamás este rigor me indulta;
 Y así en sentir convengo
 Que goza libertad que yo no tengo.
 El árbol, si desnudo
 Padece la inclemencia
 De la escarcha fatal, del cierzo frio,
 Por más que el tiempo crudo
 Le injurie con violencia,
 La primavera aguarda y el estío,
 Cuando con nuevo brío
 Hojas y ramas viste;
 No así yo, que tolero
 Pesar, que nunca espero
 Se alivie, aunque mi pecho le resiste;
 Y es la mayor querella,
 Que esté con esperanza, ó yo sin ella.
 La dura tez deshace
 De la tierra el arado,
 Y aun sus entrañas despedaza activo;
 Pero fecunda nace
 La espiga, y ve logrado
 Cuanto buscó la industria y el cultivo;
 Sólo yo no recibo
 De mi sudor la paga,
 El corazón perdido
 Y el pecho compelido
 Al afán, sin que en él se satisfaga;
 Y á mi estrella lo imputo
 Que me sobre el trabajo y falte el fruto.
 En el anciano robre
 El palomo amoroso
 De su consorte los arrullos goza,
 Y en el tálamo pobre,
 Todo gusto y reposo,
 Con la inocente dicha se alborozó;
 No como yo solloza
 O gime sin aliento,
 Que da nataraleza
 El premio á su fineza,
 Sin la pension de un leve sentimiento.
 ¿Qué dolor más injusto
 Que sufrir la memoria de mi gusto!
 La hiedra trepadora
 Con el olmo se enreda,
 Los nudos estrechísimos dobiando;
 Sus verdores mejora,
 Y entre las ramas queda
 El triunfo de su union asegurando;
 Mas yo, infeliz, llorando
 Mi pérdida ventura,
 Sin arrimo que aliente
 Mi vida, infaustamente

Con el ejemplo mi tormento dura,
 Que aquellos firmes lazos
 Acriminan el ocio de mis brazos.
 La morada violeta,
 Que humilde se asegura
 Entre las verdes hojas donde vive,
 Libre mano no inquieta
 Su escondida ventura,
 Ni del austro los ímpetus recibe,
 Ni tiene quien la prive
 De su contenta vida;
 Y yo, misero, siento
 Que no es mi abatimiento
 Defensa á nuevo enojo ó nueva herida.
 ¡Oh desconsuelo! ¡oh saña!
 ¡Que la aproveche lo que á mí me daña!
 Del peñasco eminente
 Que más opuesto al Noto
 Contra el desden del tiempo se amotina,
 La no humillada frente
 Baja á besar el soto,
 Del duro rayo inevitable ruina;
 De la nube vecina
 Pensó romper el ceño
 Con torpe resistencia,
 Mas dobló su violencia
 Con el contraste de tan vano empeño;
 Que así ¡ay de mí! sucede
 Al que provoca á quien vencer no puede.
 En fin, todo me avisa,
 Si todo lo reparo
 Con la atención prolija de mis males,
 Mudanzas de Marfisa,
 Mi triste desamparo,
 Rigores á mi fuerza desiguales;
 ¿Qué aprovechais, leales
 Pensamientos honorosos,
 Si no acertais la cura
 De tanta desventura?
 Y tú, que á los más tristes, más quejosos,
 Oh soledad, consuelas,
 ¿Por qué solo me afliges y desvelas?
 ¿Interesas, acaso,
 En aumentar mis penas?
 ¿O estás por una ingrata cohechada,
 Para que á cada paso
 Se añada á mi cadena
 Un eslabon que la haga más pesada?
 Mas ¡ay! que está engañada
 Mi destemplanza loca;
 Tú no puedes burlarme,
 Y yo para matarme
 Tengo mucha pasión, fortuna poca;
 Ciego error es el mío
 Culparte y perdonar mi desvario.
 Tampoco al dulce dueño
 De mi vida le acuso;
 Necia hasta aquí se dilató mi queja;
 Yo merecí el despeño,
 Mi cólera me expuso
 Al mal que ahora de mi bien me aleja;
 Que una imprudencia deja
 Tal vez sin esperanza
 Al que nació infelice,
 Y en vano contradice
 A un justo enojo entónces la templanza;
 Porque airada belleza
 Gradúa de delito la fineza.
 Si ofendida pastora,
 Si irritada hermosa,
 Yo erré, yo delinquí, yo solo he sido
 Quien lo que más adora
 Enojó, y su ventura
 Acercó á los ultrajes de un olvido;
 Y aunque ya, arrepentido,
 A la piedad apelo,
 Tarde, tarde la imploro,
 Tarde suspiro y lloro,
 Que está á mi voz ensordecido el cielo,
 Marfisa mal vengada,
 Y mi razón confusa y desmayada,
 Prosigue, pues, prosigue

En despreciarme, y sea
 Objeto de tus iras mi constancia;
 Nunca el furor mitigue
 Tu crueldad, nunca crea
 Tu corazon mi fe, mi tolerancia;
 Nunca ceda á mi instancia
 Tu agravada belleza,
 Ni aunque te sirva amante,
 Jamas un leve instante
 Te obliguen mi cariño y mi fineza;
 Sufra quien no ha sabido
 Sus glorias conservar favorecido.
 Mas ¡ay! que miente el labio,
 Y el alma no quisiera
 Que su bárbara voz obedecieses;
 Sí, que culpa y agravio,
 O perdonado fuera,
 O en la memoria no le consintieses;
 Que como tú vivieses
 Sin la ofensa en los ojos,
 Ni en el pecho la saña,
 Fuera ménos extraña
 Mi terrible pasion en sus enojos;
 Bastándole á mi muerte,
 Sin otro horror, el ánsia de perderte.
 Ver que ya en aquel risco
 No esperas, cual solías,
 De mis corderos la feliz manada;
 Ver que busca otro aprisco
 La tuya, que querías
 Junta al pacer y áun al dormir mezclada;
 Ver que ya en la majada
 No se recibe el voto
 Con que mi fe sincera
 Te obsequió la primera
 A quien afable no pusiste coto;
 Ver, en fin, tu mudanza,
 Sobre para que pierda mi esperanza.
 Sin ella este martirio
 Crüel y riguroso
 Me acabára, Marfisa, prestamente;
 Presagio es el delirio
 Que oprime sin reposo
 La vida, que ya esfuerzo débilmente;
 Que el dolor no consiente
 Respiracion sin susto,
 Facultad sin flaqueza,
 Consuelo sin tibieza,
 Ni sin zozobra diversion ó gusto;
 La plácida costumbre
 Del sueño es ya molesta pesadumbre.
 Tan como cierta espero
 La ruina lamentable
 Que, firme en mi turbada fantasía,
 Pálido aspecto fiero
 De sombra formidable
 Trágico abulta la congoja mia.
 Dirá la fama un dia,
 Cuando á los siglos cuente,
 Por digna de memoria,
 Mi lastimosa historia,
 No sólo aquí, pero de gente en gente:
 «De Lisardo el destino
 Fué errar, le castigaron, murió fino.»
 Así se lamentaba
 El pastor afligido.
 Quando de entre unas peñas, donde atento
 Palemon escuchaba
 El eco dolorido,
 Salió con mudo paso, torpe y lento,
 Fiendo el movimiento
 Al trémulo cayado,
 Y con serio semblante,
 Vuelto al confuso amante,
 De anciano estilo natural cuidado,
 Sin afectar razones,
 Profirió estas seguras expresiones.

PALEMON.

Jóven que neciamente
 Al frenesí tirano
 De amor te arrojas, por tu culpa ciego,

Huye de su inelemente
 Poderío inhumano,
 No arives más con el suspiro el fuego;
 Resuelve desde luego
 Seguir el desengaño,
 Que nadie sin hallarle
 Se queda, si al buscarle
 No le acobarda en el principio el daño;
 Ese ardor mal nacido,
 Quien le quiere extinguir le ve extinguido.
 No que deidad se nombre,
 Ni que su origen sea
 De aquella, parto infame de la espuma;
 No, Lisardo, te asombre,
 Mentida es Citherea,
 Como del niño infiel la alevé pluma;
 Porque no se presume
 Vil el comun defecto
 Que á tantas almas vicia,
 Le inventó la malicia,
 Sagrada estirpe á tan sensual afecto;
 Siendo sólo una llama,
 Que con el humo lo que enciende infama,
 Amor es aquel fiero
 Implacable homicida,
 Aquel duro, aquel bárbaro tirano
 Que contra el libre fuero
 Del alma y de la vida
 Vierte fatal el tósigo inhumano;
 Suya es aquella mano,
 Que aplica, nunca escasa,
 En el vaso que ofrece,
 El fuego que entorpece,
 O al contrario la nieve con que abrasa;
 Pues ¿quién fundó esperanza
 En dueño que no admite la templanza?
 Un gusto pasajero,
 Que nunca sin azares
 Le tuvo el ménos triste, el más dichoso;
 Un gusto que primero
 Se ceba en los pesares,
 Tardo en venir, llegando presuroso;
 Un gusto que engañoso
 No cumple lo que ofrece;
 Y en fin, Lisardo, un gusto
 Que más que en él se goza, se padece,
 ¿Te ha de vencer de modo
 Que falte ya tu entendimiento en todo?
 ¿Qué tabla, por fortuna,
 Constante y dilatada,
 Adorna la pared del templo infame?
 ¿Cuándo pasion alguna
 No acabó malograda?
 ¿Quién no gimió como de véras ame?
 ¿Qué verdad, aunque clame
 La rabia, fué creída?
 ¿Qué ternura en el labio
 Se libró de un agravio?
 ¿Qué beldad no olvidó lo bien servida?
 ¿Quién, en fin, sin desvelos,
 Quién sin tristeza quiso? ¿Quién sin celos?
 Vuelve, vuelve los ojos
 Al antiguo ejercicio
 Que te hizo señalado allá en la aldea;
 No más locos despojos,
 Ni injusto sacrificio
 Al solo afán en que tu fe se emplea,
 Yo sé lo que desea
 Tu pasion atrevida,
 Y sé que la hermosa
 Que anhelas por ventura,
 Está por propio dueño defendida;
 Pues ¿qué intentas, qué quieres,
 Si no es tuyo ese bien, cuando le adquieres?
 ¿Por ventura el deseo
 Descubre mayor gloria
 En vencer los rigores de una ingrata?
 Yo, Lisardo, no veo
 Que cifre esa victoria
 Circunstancia que pueda serte grata,
 Que el antojo combata
 Con furor y osadía

Por floridos laureles,
Es de amantes novelos,
Pero empeñar el gusto y la porfía
Por ya marchitas hojas,
Es trofeo no digno de congojas.
Tú, que un tiempo mostraste
Tan altos pensamientos,
Que el más notado de la envidia fuiste,
¿Cómo, di, te olvidaste
De tus nobles intentos,
Y así á una torpe idea te rendiste?
No, amigo, no; desiste
De tan loco embeleso,
De tan injusta instancia,
De tan necia constancia,
Y ya que en tus pasiones el exceso
Le juzgues conveniente,
Sé amante, pero nunca delincuente.
Ea, Lisardo, vamos,
Sabrás en el camino
Lo que dictan mis canas y experiencia:
Buen material llevamos;
Que el cielo me previno
Tal vez para remedio á tu dolencia.
Esfuerza la paciencia,
Que no ha de estar ociosa,
Si aplicas, convencido,
A mi voz el oído;
Vamos, pues, que la sombra perezosa
Llega ya al horizonte,
Y el sol á las espaldas de aquel monte.

OCTAVAS (1).

(Premiadas en tercer lugar.)

No morirás, si estas enamorado,
Kostka divino, que consigue luego
La atendida eficacia del cuidado

(1) Damos á la estampa estas alambicadas octavas, no por su mérito poético, que no es grande, sino como curiosidad de historia literaria. Fueron escritas en 1727 con motivo de una *Justa Política* celebrada en Murcia. El asunto está expresado en las siguientes palabras del programa:

«San Estanislao de Kostka, estando de huésped en casa de un hereje, cayó mortalmente enfermo, y no podía conseguir que le administrasen el viático.... Un ángel le dió visiblemente la sagrada Comunión, y con ella la vida también del cuerpo.... Desempeñen este caso los poetas en seis octavas. El primer premio será una bandeja de plata con dos garrafitas de cristal azul, boquillas y tajaras de plata. El segundo un reloj de faltriguera, de plata, con su cadénilla. El tercero una caja de tabaco, de marfil, con pintura y cristal, y dos pañuelos de seda.»

Alivio al mal cuanto atención al ruego;
Ofendate el hereje, que obstinado
La dicha intenta limitarte ciego;
Que así será tu afecto más ardiente,
Pronto el remedio y breve el accidente.
Vivias á merced de lo que amabas,
Porque de solo amar, Kostka, vivias,
Y capaz del objeto que adorabas,
Tanto como adorabas, entendias;
En el bien por quien tierno suspirabas,
Todo cuanto esperabas adquirias;
Con que á la vida, al noble entendimiento
Nutriste del benéfico alimento.

¡Cuánto yerra quien torpe te convida,
Por obsequiarle, con manjar grosero
En mesa del antojo presidida,
Pues para tí no es éste el verdadero!
Quien vive por comer, ése decida
Cuál gradúa en su aprecio de primero;
Tú comes por vivir, y así te adula
Banquete donde Dios sacia tu gula.
No al barro quebradizo permitiste
Licencias de señor; más advertido,
Al alma, que es divina, concediste
Dominar uno y otro infiel sentido;
Y como en tal estado la pusiste,
A más exacta obligación ceñido,
Sin repugnar de fácil ó de adusto,
Sólo la gracia satisfizo al gusto.

Bien quisiera el ardor que me posee,
Dilatarse en tu elogio, Kostka santo,
Pero es justo que débil titubee
Al descubrir en tí milagro tanto;
Mi voz, por más que placida se emplee
En distinguirte, cederá al quebranto;
Sólo mi pasmo á tu virtud dirijo,
Si vive Cristo en tí, según colijo.

A tanto sacramento se acobarda
La inexperta osadía de mi pluma,
Y de respeto detenida ó tarda,
Reduce el curso á compendiosa suma;
Dios, á quien todo tu deseo guarda
En el altar del pecho, es bien presume
Discernir lo que vives, cómo y dónde;
Pues que fué tu comida, en él se esconde.

Alcanzó el primer premio fray Domingo Lopez, del orden de Predicadores. El segundo el célebre don Diego Cernadas, cura de Frui-me. El tercero DON AGUSTIN DE MONTIANO.

Ya gozaba MONTIANO de cierta fama de poeta. Acababa de publicar su poema *El Rupto de Diana*. ¡Cuánto le mortificaría verse vencido por el cura de Frui-me, uno de los malos copleros de aquel tiempo! (Nota del Colector.)

DON JUAN DE IRIARTE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en el puerto de la Orotava ó de la Cruz, de la isla de Tenerife (Canarias), el 15 de Diciembre de 1702. A los once años de su edad (1715) le envió su padre á París para que allí recibiese una educación literaria esmerada. Dos años después pasó á Ruan en compañía de Mr. Hely, amigo de su padre y antiguo cónsul de Francia en las islas Canarias. Fueron tan singulares los progresos de IRIARTE en todos sus estudios, y especialmente en los idiomas griego y latino, y aventajó de tal manera á todos sus condiscipulos, según declaración escrita de los mismos profesores franceses, que se juzgó indispensable enviar de nuevo á París al brillante alumno, para que perfeccionase su educación en el célebre colegio de *Louis-le-Grand*.

Ocho años consecutivos permaneció DON JUAN DE IRIARTE en este colegio, y allí adquirió la ins-

truccion fundamental á que debió el llegar á ser uno de los hombres más eruditos de su tiempo.

Volvió á Orotava despues de haber residido algun tiempo en Lóndres. Pero habiéndose encontrado con la triste novedad del fallecimiento de su padre, se decidió á pasar á Madrid, adonde llegó á fines de 1724.

Allí, por su amor al estudio y su asidua asistencia á la Biblioteca Real, llamó la atencion del padre Guillermo, *Guillermo Clarke*, confesor del rey Felipe V y del bibliotecario mayor *don Juan de Ferreras* (1). Con las alabanzas de estos doctos varones empezó á cundir el buen concepto que IRIARTE se iba granjeando, y solicitado por personas de jerarquía eminente, fué preceptor del Duque de Béjar, del Duque de Alba y del Infante don Manuel de Portugal durante la permanencia de este príncipe en la corte de España. En 19 de Abril de 1729 fué admitido como *escribiente* en la Biblioteca Real, y en 4 de Enero de 1732 le nombró el rey *bibliotecario*. Allí se encontró en su natural esfera. Su vida fué desde entónces una serie no interrumpida de tareas literarias y de investigaciones bibliográficas.

Su profundo conocimiento de las lenguas antiguas y modernas llamó la atencion del *Marqués de Villartas*, ministro de Felipe V, y en 21 de Febrero de 1742 fué nombrado oficial traductor de la primera secretaría de Estado.

Escribió algunos artículos notables por su excelente crítica en el *Diario de los Literatos de España*. En la *Academia Española*, que le admitió en su seno el 6 de Agosto de 1843, se distinguió en alto grado por su erudiccion y laboriosidad. Allí leyó un *Discurso sobre la imperfeccion de los Dictionarios*, una *Crítica de las famosas endechas de don Antonio de Solís á la conversion de San Francisco de Borja*, y otros opúsculos importantes.

Escribía versos latinos con mayor facilidad que versos españoles, y en latin compuso ingeniosas poesías, tales como *Taurimachia Matritensis sive Taurorum ludi, Matriti die Julii 30, anno 1725, celebrati*, y las que leyó en las distribuciones de premios de la *Academia de San Fernando*, á la cual pertenecía como académico honorario. Don Vicente García de la Huerta, á pesar de su orgullo, no tuvo á mengua traducir en verso castellano algunas de las composiciones latinas de DON JUAN DE IRIARTE. En las *Obras sueltas* del insigne bibliotecario se imprimieron dos de estas traducciones, hechas en romance heróico: la una titulada *Accion de gracias de la Real Biblioteca á Carlos III*; la otra, *Regocijo público en las felices bodas de los serenísimos príncipes nuestros señores*.

Los trabajos que hizo como bibliógrafo y bibliotecario son inmensos, y tanto más ejemplares cuanto que éstos son de aquellos que cuestan mayores faenas y proporcionan menos gloria. Sólo citarémos la *Paleografia griega*, que entresacó de los innumerables manuscritos de este idioma que habia manejado; y el catálogo anotado de estos manuscritos, que se imprimió en 1869, en fólío, con este título: *Regiæ Bibliothecæ Matritensis Codices MSS. Joannes Iriarte, ejusdem Custos, Manuscriptorum museo olim prepositus, idemque Regis Interpres intimus, excussit, recensuit, notis, indicibus, anecdotis pluribus vulgatis illustravit*. Contiene este catálogo, entre otras cosas, noticias de más de cincuenta códices, que copió por su propia mano el famoso Constantino Lascáris.

El trabajo incesante y sedentario de DON JUAN DE IRIARTE agotó sus fuerzas y acortó su vida. Murió el 23 de Agosto de 1771, á los sesenta y ocho años de su edad. No habia dado todavía la última mano á su excelente *Gramática latina, en verso castellano*, cuya revision confió poco ántes de morir á su sobrino don Tomás de Iriarte, el cual cuidó de darla á la estampa pocos meses despues de la muerte de su tio.

En dos elegantes tomos en 4.º mayor se publicaron, el año de 1774, las *Obras sueltas* de DON JUAN DE IRIARTE, á expensas de la aristocracia madrileña. La idea en sí misma y el lujo de esta edicion, que lleva al frente un precioso retrato del autor, compuesto y dibujado por Maella y primorosamente grabado por Carmona, pueden considerarse como un lisonjero homenaje debido al talento y á las virtudes del sabio bibliotecario.

Del apacible y candoroso carácter de DON JUAN DE IRIARTE nada puede dar más exacta idea que la carta que á poco de su fallecimiento escribió á su sobrino el célebre y erudito *padre fray Enrique Florez*. Nos complacemos en publicarla á continuacion:

(1) El historiador *don Juan de Ferreras* fué el segundo Bibliotecario Mayor que tuvo la Real Biblioteca fundada por Felipe V en 1712.

«Me precio de ser uno de los más favorecidos de su amabilísimo tío, y él fué quien me persuadió á escribir *La España Sagrada*. Pero sobre todo arrebató mi memoria y mi amor aquel raro conjunto de prendas que atesoraba; aquella universal noticia de todo; aquel gusto tan delicado, que en cada cosa tocaba lo más fino; aquella grande humildad en tanto como sabía; aquella boca de oro, cuyos labios jamás mancharon á ninguno; aquella pronta acomodación de cada cosa á lo que sólo á él se le ofrecía, y todos aplaudíamos al oírla; aquel sabio modo de aprovecharse de cuanto había leído para la rectitud de sus operaciones; aquella conciencia tan pura y delicada, que daba el primer lugar al santo temor de Dios, y á mí me edificaba y confundía. El sufrimiento, paciencia y resignación que en los últimos días mostraba en las continuas aflicciones con que el Señor le purificó, me enternecieron varias veces, viendo á un hombre de tan inculpable vida pedirme le encomendase á Dios para que le perdonase. Digo esto por regalar mi memoria con la suya; pues le amé de corazón, y nunca me olvidaré de tal amigo, encomendándole á Dios, y encomendándome á él, para que alabe por mí á quien le hizo tan bueno y tan amable.»

C.

POESÍAS.

EPIGRAMAS.

I.

El imposible mayor
Que halla Ovidio, es que del fuego
Nazca el agua. Yo lo niego,
Que he visto llorar de amor.

II.

Puso fijas en el suelo
Las flores el Criador;
Mas la mariposa es flor
Que anda errante por el cielo.

III.

La beldad más superior,
Si de discreción carece,
¿No sabes lo que parece?
Flor vistosa sin olor.

IV.

Quien se acicala y repule,
Quien presume en el vestir,
O quiere que gusten de él,
O gusta mucho de sí.

V.

A un prior tartamudo.

De muy ligero en la misa
El prior me reprehende;
Y yo demostraré que él
La dice mucho más breve.
Tartamudeando repite
Cada palabra tres veces;
Y así, mientras yo una misa,
El tres juntas decir suele.

VI.

Todo lo vence el amor,
Todo lo consume el tiempo;

¿Cuál de los dos puede más,
Aquel niño, ó este viejo?

VII.

Casi igual suma se advierte
De gente muerta y nacida,
Con tener sólo la vida
Una puerta, y mil la muerte.

VIII.

Frutos de España.

En seis cosas se aventaja
A todos el suelo hispano:
Caballos, toros, ovejas,
Vinos, aceites y granos.

IX.

Tanto como en el hablar
Excede el hombre á las bestias,
Excede á los hombres mismos
El que habla con elocuencia.

X.

La primavera, el estío,
El otoño y el invierno,
Dime en breve, ¿qué producen?:
Flores, mieses, frutas, hielos.

XI.

Al león esculpido por Felipe de Castro,

Un león hay en el Retiro,
Otro en el nuevo palacio;
Hizo á aquél naturaleza,
A éste la mano de Castro.

Pero si con el viviente
Al esculpido comparo,
Éste parece monarca,
Aquél parece vasallo.

XII.

Aunque al espejo se miran
Las mujeres con frecuencia,

En el vidrio nunca ven
Que es de vidrio su belleza.

XIII.

De una muchacha rica y muda.

Rica y muda es la doncella,
Mil andan al rededor;
Dos dotes á cual mejor
Lleva quien case con ella.

XIV.

Mandan las cosas humanas,
A su arbitrio, el oro y hierro;
Y entre sí estos dos metales
Se dividen el imperio.

XV.

Cuando la tierra presume
Parir en el oro y hierro
Dos hijos fieles, produce
Dos tiranos, sin saberlo.

XVI.

Yace aquí enterrado un hombre,
Tierra enterrada en la tierra;
Sepultura y sepultado
Viene á ser en una pieza.

XVII.

Condicion del hombre.

Los que al hombre definian
Ente que sabe reir,
Mejor pudieron decir:
Digno de que de él se rian.

XVIII.

A la decadencia de la tipografía en Venecia.

Entrando Apolo en Venecia,
Se complace en advertir
Cuánto el arte de imprimir
Allí florece y se aprecia.

Ve tanto libro estampado
Sin el más ligero error,
Con tal limpieza, primor,
Magnificencia y cuidado.

¡Qué estancia tan gratal dijo,
¡Qué digna de mi eleccion!
En ella mi habitacion,
Con mi docto coro, fijo.

Mas luego, no bien repara
Que, opuesta la vil codicia
A la noble industria, vicia
Moldes de fama tan rara,

Cuando irritado se ausenta
De la ciudad pervertida,
Y en su eterna despedida,
Con estas voces la afrenta:

«A estar fundada en el cieno
De la Estigia; á ser mansion
Ya del avaro Pluton,
No de Apolo, te condeno.»

XIX.

¡Por qué *consorte* ha de ser
Por comun de dos tenido?
Porque á veces suele hacer
El marido de mujer,
Y la mujer de marido.

XX.

La luz hermosa del fuego
A la mariposa engaña,
El sol mismo la fomenta,
La imágen del sol la mata.

XXI.

En alabanza de Luis Vives.

¡Valencia! ¡qué! ¡de ese modo
Hijos sin seso concibes!
¡Qué haces del juicio?..... Luis Vives
Se lo llevó, al morir, todo.

XXII.

Ciego fué el poeta Homero,
Ciego el músico Salinas;
Mas fué en sus artes divinas
Cada cual claro lucero.

XXIII.

El poder de Vénus.

¡Cuán poderoso demuestras,
Oh Vénus, cuán formidable
A entrambos orbes tú númer,
Como esposa y como madre!
Pues un marido has logrado
Que á Jove los rayos hace,
Y un hijo que al mismo Jove
Con sus incendios combate.

XXIV.

A Alfonso el Sabio.

Un rey sabio contradice,
Oh gran Platon, tu sentencia;
Pues á pesar de su ciencia,
Hizo á su reino infelice.

XXV.

Las comedias de Terencio
Abril (1) en España vierte;
Mas con tal oscuridad,
Que más que Abril, es Diciembre.

XXVI.

Ya tenemos una bula
Que comer carne concede;
Así tuviéramos otra
Que mandára que la hubiese.

XXVII.

A la abeja semejante,
Para que cause placer,
El epigrama ha de ser
Pequeño, dulce y punzante.

XXVIII.

¡En la guerra el cuerpo humano,
Para qué fuerzas desea,
Si ya sólo se pelea
Con un dedo de la mano?

(1) El insigne filólogo *Pedro Simon Abril*.

XXIX.

Al Tajo, en una avenida.

¡Cómo con hinchadas olas
Intentas, soberbio Tajo,
Ofender ese pensil,
Recreo digno de Carlos?
No te irás, no, sin castigo,
Por más que huyas, anhelando
Esconder tu delincuente
Raudal en el Oceano.
El delito que en Castilla
Cometiste temerario,
Verás muy presto, verás
En Portugal castigado.

XXX.

Al insigne don Luis de Velasco, defensor del castillo del Morro,
en Cuba.

Del Morro el muro por tierra
Yace todo, y sólo en pie
Del gran Velasco se ve
El valor que el pecho encierra.
Cae, al rigor de la guerra,
Cubierto de mortal hielo;
Mas á tocar en el suelo
No bien su cuerpo llegó,
Cuando de España subió
La gloria á tocar el cielo.

XXXI.

Al mismo asunto.

Levántense á otros héroes valerosos
Obeliscos, estatuas y trofeos;
Que del Morro las ruinas, oh Velasco,
Son para tí más altos monumentos.

XXXII.

Al mismo asunto.

Al Morro, mas no á Velasco,
Lograste rendir, oh inglés;
Antes un mundo rindieras
Que un soldado como aquel.

XXXIII.

Al mismo asunto.

Emplea en el gran Velasco,
Tus dos clarines, oh fama;
Lamente el uno su muerte,
Cante el otro sus hazañas.

XXXIV.

Dos son las enfermedades
Que el hombre padece al año:
Una que llaman invierno,
Otra que llaman verano.

XXXV.

Al alto peinado que usan ahora las mujeres.

En forma de torre sube
El peinado mujeril,
¡Oh qué de diosas Cibéles
Se pasean por Madrid!

XXXVI.

A un ruiseñor.

De un árbol en la copa más frondosa
Un ruiseñor su dulce canto glosa;

III. Ps.-XVIII.

Si el árbol sólo vale una floresta,
También el ave sola es una orquesta.

XXXVII.

A Lisboa, medio arrasada por el terremoto é incendio, y saqueada
por el populacho (1755).

No bastando que la ira
Contra una ciudad se cebe
De cuatro elementos, mira
Cómo con ellos conspira
El quinto, la infame plebe.

XXXVIII.

Si Páris y Adán te viesen,
Cintia, tan bella y humana,
La manzana aquél te diera,
Este de tí la tomara.

XXXIX.

¡Tal doblar por los difuntos!
Cuando para siempre callan
Los hombres, es cuando aturden
Más parleras las campanas.

XL.

¡No ves al toro que cava
La tierra con la pezuña?
Antes de embestir al hombre,
Ya le abre la sepultura.

XLI.

¡Que con la leche de burra
Así la salud recobre!
Más les debo á los borricos
Que les debo á los doctores.

XLII.

A las cuatro formas del reloj.

¡Qué bien con cuatro artificios
Variado el reloj, en rueda,
Polvo, agua y sombra, remeda
Del tiempo los cuatro oficios!
De la rapidez da indicios
Con que éste desaparece;
Pues rueda en girar parece,
Al polvo en volar imita,
Cual agua se precipita,
Cual sombra se desvanece (1).

XLIII.

Al Viérnes Santo.

Campanas callan y coches,
Todo está quieto en Madrid;
Que sólo hoy, que muere Cristo,
Se puede en Madrid vivir.

XLIV.

A una estatua admirable de San Bruno.

Bruno y su famosa efigie
No se parecen bastante;
A él le impide hablar su regla,
Manda hablar á aquélla el arte.

(1) Traducción en lengua toscana, del conde don Juan Bantista Conti.

XLV.

Silbido es la lengua inglesa,
Es suspiro la italiana,
Canto armonioso la hispana,
Conversacion la francesa,
Y relincho la alemana.

XLVI.

A los cantores mercenarios.

Si atraer los pedernales
Supo Orfeo con su lira,
Hoy tambien hácia sí tira
El músico los metales.

XLVII.

Epitafio de un borracho.

No riegues, oh caminante,
Con lágrimas mi sepulcro;
Que las lágrimas son agua.
Y el agua no es de mi gusto.

XLVIII.

A un retrato de Fernando VI.

De Fernando las prendas personales
El arte copia; mas sus prendas reales
¿Quién á copiar se atreve?
Sólo el amor que á sus vasallos debe.

XLIX.

A las excavaciones de Herculano.

Nápoles, ¡qué dos portentos!
De sus entrañas arroja
Fuego un monte, una ciudad
Obras del ingenio brota.

L.

A la pronunciacion del idioma inglés.

La inglesa voracidad
No es fácil se satisfaga;
Pues es nacion que se traga
De su lengua la mitad.

LI.

Yace un poeta aquí tan desgraciado
Como los malos versos que escribia;
Con ellos los gusanos se han cebado,
Y hoy con su cuerpo tienen un buen día

LII.

Apénas hay guerra, escoge
Ya todo aldeano esposa;
Y cuando Marte le acosa,
A Vénus luego se acoge.
Pobre gente, ¡cuánto yerras!
De la guerra huyendo vas,
Y no ves que oprimen más
De un matrimonio las guerras.

LIII.

Su dolor no llame agudo
Quien llora con frenesí.
El gran sentimiento es mudo,
¡Triste de aquel que no pudo
Decir siquiera: ay de mí!

LIV.

A la Academia Española, siendo su director don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, duque de Alba.

¡Oh qué dicha en dos Fernandos
Logras, insigne Academia!
De un monarca el patrocinio,
De un duque la presidencia.
Próximo el uno á los reyes,
Al regio solio te acerca;
Próximo el otro á los dioses,
Hasta los cielos te eleva.

LV.

A la expulsion de los Jesuitas.

El portugues á esta grey
Como pontífice ha echado,
El frances como abogado,
Y el español como rey (1).

LVI.

A cuantos encuentras das
Besos en prueba de amor;
Si me amas, hazme favor
De no besarme jamas.

LVII.

Jura que es niña doña Anita, y miente;
Que yo la cuenta de sus años llevo.
Pero ahí está en París el puente Nuevo,
Que será nuevo mientras fuere puente.

LVIII.

Traduccion de un epigrama latino de Juan de Valencia.

Ana piadosa labró
Para los pobres vivienda;
A muchos de toda hacienda
Su marido despojó.
Quisiera saber quién vió
Matrimonio que haya sido
Más conforme, más unido;
¿Qué accion de dos tan igual!
Ana hizo el hospital,
Y los pobres, su marido (2).

LIX.

Epitafio de un perro.

Si entraba un ladron, ladraba;
Mas si entraba un galan, no;
Así me estimaban tanto
Mi señora y mi señor.

LX.

Subió Fabio al Parnaso,
Y desde entónces
Se ven dos animales
En aquel monte.

LXI.

El señor don Juan de Robres,
Con caridad sin igual,

(1) De las tres expulsiones de los Jesuitas dijeron en París que Portugal obró como papa, anulando el instituto; Francia como abogado, por las formalidades empleadas, y España como rey.

(2) Esta misma idea está reproducida en el célebre epigrama que va señalado en esta misma página con el número LIX.

Hizo este santo hospital,
Y también hizo los pobres (1).

LXII.

El que una vez fué casado,
Y otra se vuelve á casar,
Ese vuelve á navegar
Después de haber naufragado.

LXIII.

Vivid en mi aprecio iguales,
Y acompañadme perennes,
Memoria, si acuerdas bienes;
Olvido, si ocultas males.

LXIV.

Si pagas mi amor sincero,
Al doble me agradarás;
Si me aborreces, espero
Que no me aborrecerás
Tanto como yo te quiero.

LXV.

Sobre las hermosuras, que siempre tienen algún defecto.

Mujer hermosa no espero
Encontrar sin tacha humana;
Eva tuvo su manzana,
Las demás tienen su *pero*.

LXVI.

A los boticarios.

Los golpes que el boticario
Da en su almirez ó mortero,
Los dobles primeros son
Que anuncian cualquier entierro.

LXVII.

Caso y dicho verdadero.

Por inclinarse á coger
Cierta alhaja con presteza,
Dan cabeza con cabeza
Un marido y su mujer.
Ansioso éste de saber
Si fué el golpe en ella igual,
Mujer, dijo, ¿te he hecho mal?
Ella respondió que no;
Y él al punto replicó:
Esa no es mala señal.

LXVIII.

Sobre la oscuridad de los versos de don Luis de Góngora.

Del oscuro Licofron
Mereces, Góngora, el nombre;
Que si él fué griego entre griegos,
Tú eres griego entre españoles.

LXIX.

Sobre aquel mote aplicado á Colon:

*A Castilla y Aragón,
Nuevo Mundo dió Colon.*

Los genoveses no dan,
Ni dieron en tiempo alguno;

Sólo el genoves Colon
Dió por todos, dando un mundo.

LXX (2).

Cuando está sola, jamas
Llora por su padre Gelia;
Cuando viene alguno, entónces
A llorar sus ojos fuerza.
Mira, Gelia, que no siente
Quien busca aplauso á sus penas;
Sólo aquel que siente á solas
Es el que siente de veras.

LXXI.

Mío es, Fidentino, el libro
Que recitas; mas te juro
Que recitándole mal,
De mío se vuelve tuyo.

LXXII.

Preguntas, Flaco, cuál quiero,
Y cuál no quiero la amiga;
No la quiero ni muy fácil,
Ni tampoco muy esquivá.
Entre aquestos dos extremos
Me gusta la medianía;
Ni quiero lo que atormenta,
Ni quiero lo que fastidia.

LXXIII.

Pides te lea mis versos;
No lo haré, Céler, te juro;
Que oír no quieres los míos,
Sino leerme los tuyos.

LXXIV.

Que eres linda, lo sabemos;
Que eres rica, es cosa clara;
Y de muchacha, ¿quién puede
Negarte tal circunstancia?
Pero cuando con exceso,
Aurelia mía, te alabas,
Dejas de ser linda, dejas
De ser rica y ser muchacha.

LXXV.

El que recitando ajenos
Escritos, fama pretende,
No debe comprar el libro;
Comprar el silencio debe.

LXXVI.

Mis versos, Lelio, críticas,
Los tuyos teniendo ocultos.
O no critiques los míos,
O saca, Lelio, los tuyos.

LXXVII.

Dices, Veloz, que yo escribo
Tuy largos mis epigramas;

elocuente maestro Alejo Vanegas, escritor ilustre de la primera mitad del siglo XVI, en su libro *Agonía del tránsito de la muerte*. Así dice:

«Allí se verá la fábrica de hospitales, si nació del socorro de pobres, ó de habellos hecho primero.» (*Nota del Colector.*)

(2) Este epigrama y los siguientes son traducciones de Marcial. Algunos pocos de los anteriores son traducciones de autores griegos.

(1) El pensamiento de este agudo epigrama no es original de IRIARTE. Ya, sin intención festiva, lo había expresado también el

Tú sí que los haces breves,
Puesto que no escribes nada.

LXXVIII.

Con gala nueva del día,
Mi toga Zoilo moteja;
Ella á la verdad es vieja,
Pero á lo ménos es mia.

LXXIX.

¿Por qué, Póntico, has querido
Cortar la lengua á tu siervo?
¿No sabes que lo que él calla,
Lo está publicando el pueblo?

LXXX.

Que te regale mis libros
Pides, Quinto, con empeño;
No los tengo, que los tiene
Allá Trifon, mi librero.
No soy tan necio, me dices,
Que dé plata por tus versos;
Tampoco lo soy yo tanto,
Que te regale con ellos.

LXXXI.

Tiene Taís dientes negros,
Lecania los tiene blancos;
Pues los de Taís son suyos,
Los de Lecania prestados.

LXXXII.

Basa á todos en voz alta
Publica que es moza y bella;
Pues ya es maña vieja en ella
Celebrar lo que le falta.

LXXXIII.

Que en casa nunca ha cenado
Bien puede Filon jurar;
Pues se queda sin cenar
Cuando no está convidado.

LXXXIV.

Aunque tu elocuencia ves
Loada por mucha gente,
No ercs, Pomponio, elocuente;
Tu comida sí que lo es.

LXXXV.

Eres feliz, y andas triste.
Cuidado, amigo, cuidado
No lo sepa la Fortuna;
Pues dirá que eres ingrato.

LXXXVI.

¿Por qué piensas que mis libros
No te envío, Pontiliano?
Porque temo que los tuyos
Me has de remitir en cambio.

LXXXVII.

En mi casa no hay dinero,
Sólo quedan tus regalos,

Oh Régulo, que vender.
¿Quieres, Régulo, comprarlos?

LXXXVIII.

Tu *Polifemo*, oh Severo,
Es tan grande y horroroso,
Que bien pudiera causar
Al mismo Cíclope asombro.

Pero *Scila* no es menor;
De suerte que si ambos monstruos
Juntares, ha de tener
El uno miedo del otro.

LXXXIX.

En diez mil reales compró
Baso unas togas de grana,
Del color más fino y bello,
Y en ellas tuvo ganancia.
¡Qué! ¿logró acaso la dicha
De comprarlas muy baratas?
No por cierto. Pues ¿por qué?
Porque dejó de pagarlas.

XC.

¿Sabes por qué de casarme
Con mujer rica no gusto?
Porque no quiero, ni es justo,
A mi mujer sujetarme.
Al marido la mujer
Inferior se muestre en todo;
Prisco, este sólo es el modo
De que iguales puedan ser.

XCI.

Todos los días, oh Varo,
Compones doscientos versos;
Pero ninguno recitas.
Esto es ser loco y ser cuerdo.

XCII.

¡Oh Catula, la más bella
Y más prostituida dama,
Cuánto quisiera que fueses
MénoS bella y más honradal

XCIII.

A los autores antiguos
Admiras sólo, Vacerra;
Sólo alabas, sólo aplaudes
A los difuntos poetas.
Permite, amigo, que en esto
Complacerte no pretenda;
No estimo tu voto en tanto,
Que por lograrle me muera.

XCIV.

Todas tus amigas son,
Afrania, viejas ó feas;
Mas donde quiera que vas,
Las llevas por compañeras.
Por convites, por teatros
Y pórticos las pascas.
De esta suerte logras ser
Siempre moza, siempre bella.

XCV.

Haces, oh Paula, muy bien
Con Prisco en querer casar,

Prisco no quiere aceptar,
Bien hace Prisco tambien.

—
XCVI.

Fabio, á quien todos los años,
Oh Bitinico, me acuerdo
Que seis mil sextercios dabas,
Sin dejarte nada ha muerto.
Mas no te quejes; que á nadie
Da más que á ti, segun veo;
Pues anuales con su muerte
Te deja seis mil sextercios.

—
XCVII.

Cioe puso esta inscripcion :
Cioe fecit, donde encierra
Sus siete esposos la tierra.
¿Qué más llana confesion?

—
XCVIII.

Debe, Fabricio, á tu vena
Más de mil versos el baño
De Clandio, que todo el año
Mantiene mesa tan buena.
Pero ya ligo á entender
De tus elogios el arte;
Lo que quieres no es bañarto,
Fabricio, sino comer.

—
XCIX.

Los lectores, los oyentes,
Aprueban, Aucto, mis versos;
Sólo un poeta no tersos
Los halla, ni muy corrientes.
Mas yo, sin tales esmeros,
Deseo que mis guisados
Gusten á los convidados
Más bien que á los cocineros.

—
C.

Obligas á escribir versos,
Estela, á tu convidado.
Escribirlos obligado
Bien podrá, pero perversos.

—
CI.

Las cosas que hacen feliz,
Amigo Marcial, la vida,
Son el candal heredado,
No adquirido con fatiga;
Tierra al cultivo no ingrata;
Hogar con lumbre continua;
Ningun pleito; poca corte;
La mente siempre tranquila;
Decentes fuerzas; salud;
Prudencia, pero sencilla;
Igualdad en los amigos;
Mesa sin arte exquisita;
Noche libre de tristezas,
Sin exceso en la bebida;
Mujer casta, alegre; y sueño
Que acorte la noche fria;
Contentarse con su suerte,
Sin aspirar á más dicha;
Finalmente, no temer
Ni anhelar el postrer día.

—
CII.

Cuando convidas, Luperccio,
A muchos que no conozco

No te quejes si no asisto;
No me gusta comer solo.

—
CIII.

Fácil es en las desgracias
Menospreciar el vivir.
El valor está en que el hombre
Se atreva á ser infeliz.

—
CIV.

Por qué á tantas mozas bellas
Escribes, Fausto, no sé;
Lo que sé de cierto es que
Ninguna te escribe de ellas.

—
CV.

Para ablandarte las fauces,
Que affige una tos continua,
El médico te receta
Las más suaves medicinas.
Mándate que tomes miel,
Tortas de dulce, pastillas,
Y todo lo que á los niños
Lágrimas y enojos quita.
Pero por eso no cesas
De tóser todos los días.
Dime, pues, Partenopeo,
¿Esa es tos, ó es golosina?

—
CVI.

Quien á llamarte vicioso
Se atreve, Zoilo, ha mentido.
Vicioso no eres, por cierto;
Eres, Zoilo, el vicio mismo.

—
CVII.

Irás y enconos tomar
Mucho á los ricos les vale;
Pues más barato les sale
El aborrecer que el dar.

—
CVIII.

Nunca lleva á los convites
Hermógenes servilleta;
Antes bien siempre acostumbra
De los convites traerla.

—
CIX.

No extrañes que tantas veces
Engañen á Fabulino,
Aulo, pues un hombre honrado
 Toda su vida es novicio.

—
CX.

Las veces que al año estás
Enfermo, pasan de diez;
Pero el mal no para tí,
Sí para nosotros es;
Pues luégo que convaleces,
Regalos quieres te den.
Ten, Policarmo, vergüenza;
Enferma bien de una vez.

—
CXI.

Por no loar á los dignos,
Loa á todos Calistrato.

¿Quién podrá, dime, ser bueno
Para quien ninguno es malo?

CXII.

Sea picaza ó perdiz,
Si es uno el sabor, ¿qué importa?
Pero como ésta es más cara,
Se sigue que es más sabrosa.

CXIII.

Calle la bárbara Ménfis
Sus pirámides famosas;
La fábrica de sus muros
No pondere Babilonia;
No los primores se ataban
De tu templo, Efcisia diosa;
Y el altar de astas poblado
Hoy á la deidad esconda;
Del mausoleo que pende
En el aire, y nos asombra,
No ensalcen con sus elogios
Tanto los Carios la gloria;
Al cesáreo Anfiteatro
Cedan las mayores obras,
Y no pregone la fama
Más que ésta sola por todas.

CXIV.

Cuando el mar pasó Leandro
Por ver á su dulce prenda,
Y se sintió de las olas
Oprimido, y ya sin fuerzas,
Cuentan que les dijo, viendo
Su inexorable violencia:
Perdonadme mientras voy;
Sepultadme cuando vuelva.

SONETO.

Diferencia entre el cisne y el poeta.

¿Con el cisne es posible que compares
Al poeta? ¿No ves que es diferente?
Mancha en su pluma el cisne no consiente;
Pero el poeta tiene sus lunares.
Ama aquél los acuáticos lugares,
Y ansioso les agota la corriente;
Este no en charcos de la Aonia fuente,
Si de Baco se sacia en los lagares.

Mientras su vuelo el cisne alzar no sabe,
Con el suyo el poeta se levanta;
Tiene éste, cuando jóven, voz más suave,
Si viejo adquiere aquél mejor garganta;
Vivo escribe el poeta; muerta, el ave;
Ella su muerte, él las ajenas canta.

EL PASTOR DICHOSO.

(Traducción del frances) (1).

Todo pastor á su dueño
Celebra, y de amores habla;
Yo tambien quiero explicar
El que tiene oculto mi alma.
Amo (no lo niego) á un Dios,
De quien mi vida dimana;
El sólo de amor es digno,
El sólo siempre me agrada.
Una sola prenda á veces
Tiene el bien que se idolatra;
Mas el Dios á quien adoro,
Encierra todas las gracias.
Cual flor del campo, su luz
Pierde la beldad humana;
La del Padre de los tiempos
Nuevo esplendor siempre alcanza,
Desdénosa la hermosura,
Se complace en ser buscada;
Dios me busca, y por ganarme,
Con finezas se adelanta.
Si Dáfnis llora sus penas,
Sorda Fili no se apiada;
El Señor áun mis deseos
Oye, y suspiros no aguarda.
De amante Cambia Amarilis,
Violando la fe jurada;
Mi dueño no es inconstante,
Y así no temo mudanzas.
Con la muerte el fin amor
De Silvia y Tírsis se acaba;
Pero el mío más allá
Del mortal plazo se alarga.
Tiernos pastores, amad
Al Dios que adoro; éste os ama,
Y pretende ser amado.
¿Por qué os negais á sus ansias?
Ofrézcale fervoroso
Cada cual la voz y el alma,
Repitiéndole mil veces:
Te amo, oh Dios, que tanto me amas.

(1) El original es del padre Porée, sabio jesuita, que fué maestro de retórica de Voltaire. (Nota del Colector.)

EL DUQUE DE BÉJAR.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Era uno de los individuos de la célebre *Academia del Buen gusto* (1749-1751). Usaba en ella el seudónimo de *El Sátiro*. Las poesías inéditas que ahora publicamos, pertenecen á las actas de esta Academia, que posee el señor don Pascual de Gayángos.

POESÍAS.

LA SOLEDAD.

SONETO (1).

Si quieres feliz vida, si inocente,
 La que es reflejo del candor primero,
 Búscala en el aprisco, en el otero,
 No en la ciudad, confusa é insolente.
 No insaciable del oro sed ardiente,
 No infiel aura de vulgo lisonjero;
 No envidia, ni favor perecedero
 Signe á la selva, á quien huyó la gente.
 Ni el cetro teme, ni el imperio anhela;
 Honor, riqueza, ni temor le para,
 Ni otro bastardo afecto le desvela.
 ¡Quién los donados techos ignorára,
 Y u estruendo, sus engaños, su cautela,
 Y en tí descanso, oh soledad, halláral

LA VIDA DE LA ALDEA (2)

ROMANCE.

¡Es así, docta Academia,
 Que ensañas á tus clientes
 A aventurar sus aciertos,
 Por no resistir tus leyes?
 ¡Del cortesano embeleso,
 Que haga transición pretendes
 Del útil ocio del campo
 A las lecciones agrestes?
 ¡Soy yo Demócrito, Pirro,
 El Petrarca ó Antisténés,
 Que sólo por ser más hombres
 Se apartaron de las gentes?
 ¡Yo, de las áulicas ondas
 Siempre agitado á vaivenes,
 Quieres que cante en el golfo
 Seguridades del muelle?
 ¡Usurparé á tanto asunto
 De la pastoril Euterpe
 La zampoña, ó de Guevara
 El clarín más elocuente?
 Pero habiendo de animarla
 De mi musa el soplo débil,
 Por más que en acorde trompa,
 Sonará bocina siempre.
 Mas ¡qué dado, si en tu gremio
 Nace más dulce Hipocrene,
 Se ofrece el Pindo más fácil,
 Y tu Deidad manda empujese? (3).
 ¡Oh! ¡Cuánto la luz hermosa
 Más apacible amanece
 A la choza, que la aguarda,
 Que al palacio, que le teme!
 No sin razón, pues apenas
 Los mal tejidos caucelos
 Del roble, retama y junco
 Su rayo penetra breve,
 Se dispierta el aldeano
 A mil cándidos placeres,
 Al tiempo que al poderoso
 Zozobras mil acometen.
 Y así cuando Febo dora
 Sus altivos capiteles,
 Los rayos que reverberan,
 No le alumbran, mas le hieren.

Aquí el álamo y la encina,
 Gustoso dosel silvestre
 Son al pastor vigilante,
 Al pasajero que duerme.
 Cuando allá, entre los primores
 Que el oro y la seda tejen,
 De cada torzal que labra,
 Se ve una espada que pende.
 Si alfombra ó lecho florido
 El verde prado previene
 Al pastor, que le marchita,
 Al arador, que le hiende,
 Allá entre mullidas plumas,
 La corte á su amante ofrece,
 Si blanduras que adormezcan,
 Sobresaltos que desvelen.
 Brindando está el arroyuelo,
 Del campo argentada sierpe,
 Al cazador afanado,
 Antes que la sed le aqueje;
 Cuando allá en penada copa
 Del más digno Ganimédes,
 El más venturoso Jove
 A gotas el néctar bebe.
 Aquí en mal pulida tabla,
 Si ya no le suple el césped,
 Se ponen simples manjares,
 Las frutas, el queso y leche;
 Allí en doradas vajillas,
 Sobre nevados manteles,
 Puede haber más opulencia,
 Pero más sazón no puede.
 Todo el día aquí se pasa
 Entre gustos inocentes;
 Ya el cordero, que retoza,
 Ya el jilguero canta alegre,
 Ya el tímido conejillo,
 Ya la corredora liebre,
 La perdiz, que corta el aire,
 El ruiseñor, dulce siempre.
 La bien tejida espesura,
 La murmuradora fuente,
 La variedad, que deleita,
 La soledad, que suspende.
 El ave en frondoso nido,
 El bruto en su inculto albergue,
 En la alcándara el halcón,
 El ganado entre sus redes.
 El Mayo con los esquilmos,
 El Agosto con las mieses,
 Con vendimias el Octubre,
 Con sus nevadas Diciembre.
 Todo contribuye, todo,
 A las delicias campestres;
 Bien como todo en las cortes
 Destierra el puro deleite.
 Allí habitan los cuidados,
 Las congojas, los reveses,
 Con que agita la fortuna
 Su nunca seguro eje.
 Allí es el centro de muchos,
 Que buscando neciamente
 Los concursos y el bullicio,
 De la sociedad son pestes.
 Estos hacen al gran Tulio
 Que la soledad anhele
 El que en la amistad sociable
 Puso todos sus placeres.
 No allí la modestia priva,
 Lo sencillo no divierte,
 Lo lícito no recrea,
 No es la virtud quien merece.
 La multitud, ¡cuánto enfada!
 La ambición, ¡qué no pretende!

(1) Este soneto es imitación de Séneca. Fué leído en la Academia del Buen Gusto el 12 de Junio de 1749. (Nota del Colector.)

(2) Asunto dado al poeta en la Academia del Buen Gusto. (Id.)

(3) La Deidad es la condesa de Lemos, presidenta de la Academia. (Id.)

La dignidad, ¿cuánto abruma?
 La riqueza, ¿qué no vence?
 Si la turba adulatora
 Los vanos arios guarnece,
 Con bajas adoraciones,
 Aun más que corteja, ofende.
 Si los honores y el fausto
 Tantos idólatras tienen,
 Es porque, como ignorantes,
 Veneran lo que no entienden.
 Estas son, si mal copiadas,
 De aldea y corte la suerte,
 Digno asunto para un Tulio,
 Dibujo para un Apéles.
 Bien que si en él apurasen
 Sus voces y sus pinceles,
 Pocos dejarán la corte,
 No habrá quien la aldea pueble.
 Pues ¿qué será con mi brocha?
 ¿Qué con mi estilo silve-tre?
 Con que, si al precepto basta,
 Cese ya el romance, cesc.

CONTRA LA VANIDAD Ó SOBERBIA.

(Asunto de Academia.)

ROMANCE (1).

Quando aquel polvo sagrado
 Recuerda el de nuestro origen,
 Convirtiendo vanos gozos
 En siempre memorias tristes;
 Cuando enseñan las cenizas
 A los lozanos Abriles
 Cuan presto el prado se agoste,
 La flor cuán breve se incline;
 Contra el más nocivo monstruo,
 Que ya en la esfera el pie fije,
 Ya entre rosas se disfrace,
 Ya entre verdores se abrigue,
 Estrago, cicuta ó áspid,
 No hay astro que no amancille,
 No hay pensil que no inficione,
 Ni planta que no atosigue.
 Contra la vanidad, digo,
 Aquella alevosa esfinge,
 De quien, si la oyere incauto,
 No habrá pasajero libre,
 Temerosa, si obediente,
 Hoy mi pluma se dirige;
 ¡Oh si me diera su ciencia
 Quien otro Edipo me finge!
 Áspid astuto, engañoso,
 Que entre abrojos ó jazmines,
 Te alimentas con los vicios,
 Y con las virtudes vives.
 Anfíbio de extraña especie,
 Que con iguales ardides
 Infestas mundanos golfos
 Y los más sacros pensiles.
 Hable el cielo, cuando activa
 Su tez manchar presumiste,
 Viendo, á tu aliento, ya opacas
 Sus luces inextinguibles.
 Hable, si no, Eden sagrado,
 Habitación apacible
 De nuestros padres dichosos,
 A tus silbos, ya infelices.
 Hable de Sennaar el campo,

Que insano padron erige,
 Donde sepulte su infamia,
 No su memoria eternice (2).
 Hable soberbio Nabuco,
 Por más que á deidad aspire,
 Cuando escarmientos de un tronco
 Los suyos le vaticinen.
 Ni la virtud, por excelsa,
 De tus rigores se exime,
 Ni en el Líbano sus cedros
 Tu fiero impulso resisten.
 Aquel rey, pastor valiente,
 Que osos y leones rinde,
 Los bélicos ensayando
 Con los triunfos pastoriles;
 Aquel cuyo noble pecho
 Tanto al divino se mide,
 Que logra en sus perfecciones
 Ser el que mejor le imite.
 Si al ver inmenso su pueblo,
 Tu vana impresion admite,
 Luego ilora exterminado
 Al que triunfante le engrie.
 Aquél entre los monarcas,
 De piedad ejemplo insigne,
 A cuyo favor el cielo
 Tropas alistó invencibles;
 Cuando estrechada su corte,
 Armada diestra invisible
 Inmenso ejército acaba
 De sólo un golpe que esgrime;
 Cuantos ostenta tesoros,
 Porque el asirio le admire,
 Si hoy sirven al vano fausto,
 Mañana al despojo sirven.
 Esto las letras sagradas,
 Esto las profanas dicen,
 En tantas voces, que enseñan,
 Como escarmientos repiten.
 Yace el orbe entre tinieblas,
 Y en el seno de Anítrite
 Nada la ardiente carroza,
 Que intrépido jóven rige (3).
 Llora en mal lograda fuga
 El cretense sus ardides,
 Viendo á Ícaro despenado
 Cuando vuela más sublime.
 Porque es bien que uno en el cielo,
 Otro en el golfo eternicen
 Estragos que todos teman,
 Intentos que nadie imite.
 Mas ¿dónde gira mi vuelo?
 No escarmentado ya olvide
 Tragedias de quien, osado,
 A más que alcanzó compite.
 Tema, si no, la Academia,
 Cuyas deidades no admiten
 Por excusas renitentes,
 Obediencias insufribles.
 Baste, pues, ya de invectiva,
 Sin que alguno fiscalice
 Que vanidad y soberbia,
 Mi lógica no distingue.
 Pues en genérico asunto,
 Difícilmente prescinde
 Quien lógico ni poeta
 Es, sino obediente. Dije.

(2) Alude á la Torre de Babel, que los hijos de Noé levantaron en el valle de Sennaar. (Nota del Colector.)

(3) Faeton, que pereció por su intento de conducir el carro del Sol. Es, como Ícaro, simbolo leyendario de la soberbia temeraria.

(Id.)

(1) Fué leído en la Academia del Buen Gusto el 24 de Abril de 1749.
 (Nota del Colector.)

DON PABLO DE OLAVIDE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

I.

Pasó en Lima, capital del Perú, donde habia nacido, los primeros años de su juventud. Completó su educacion en la universidad de Alcalá de Henáres. Habiéndose distinguido en Madrid por su laboriosidad y su talento, el Conde de Aranda le llevó consigo, como secretario, cuando fué á París en calidad de embajador. Vuelto OLAVIDE á España, fué nombrado Asistente de Sevilla, y allí concibió varios importantes proyectos. Uno de ellos el de reformar en España el arte teatral. Otro, cuya realizacion le fué encomendada, el de desmontar y poblar una parte de la áspera y desierta Sierra-Morena. Caminos, posadas, poblaciones, restos de antiguas fábricas, todo lo que hoy atestigua todavía el benéfico influjo del reinado civilizador de Carlos III en aquellas breñosas comarcas, se debe al espíritu ilustrado y emprendedor de OLAVIDE.

Persecuciones de la Inquisicion, promovidas acaso por la malevolencia y la envidia, y en alguna parte justificadas por el imprudente lenguaje de OLAVIDE en materias de religion, lenguaje que era escándalo en los labios de tan alta autoridad y en una nacion tan apegada á sus creencias, cortó el vuelo á aquella brillante carrera (1). Encerrado en un monasterio de Sahagun, de donde el mismo Inquisidor General le permitia salir alguna vez, se fugó á Francia, y de allí pasó á Venecia. Su ocupacion favorita, durante la emigracion, fué el cultivo de las letras y la composicion de libros de carácter ascético y religioso. Entónces escribió *El Evangelio en triunfo*, los *Poemas cristianos*, y la traduccion en verso de los *Salmos de David* y de los *Cánticos de Moisés*.

El Evangelio en triunfo, obra que se hizo en breve muy famosa, demostró que OLAVIDE habia nacido para creyente, y no para reformador impío, y desvaneció desde luégo las antiguas preveniciones que contra él se habian suscitado. Fué llamado á España y recibido con aplauso y consideracion. Pero, cansado de los vaivenes de la vida, se retiró á un pueblo de Andalucía, donde pasó sus últimos años modesto, tranquilo y olvidado. Murió en 1803.

C.

(1) Véase la curiosa relacion del autillo de OLAVIDE en la *Vida Literaria de don Joaquín Lorenzo Villanueva*.—Lóndres, 1825.

POESÍAS.

ECOS DE OLAVIDE (2).

Señor, misericordia; á tus piés llega
El mayor pecador, mas ya contrito,
Que á tu infinita paternal clemencia
Pide humilde perdon de sus delitos.
Perdónalos, Señor; oye piadoso
El doliente clamor de mis gemidos;
Segun la multitud de tus piedades
Lava las manchas de mis muchos vicios.
Lávalas más, Señor; haz que tu sangre
Borre, y no deje más de mis delirios,
Que tu gloria de haberlos perdonado,
Y mi dolor de haberlos cometido.
Conozco mi maldad; veo que es grande;
Que no puedo ocultármela á mí mismo,

Y sé que, si tu sangre no la borra,
Ha de ser para siempre mi suplicio.
Pequé, pequé, Señor, en tu presencia;
¡Osado te insulté! fui tu enemigo;
Mas perdon; justifica tus promesas,
Y venza la piedad en tus juicios.
Sé que soy delincuente; mas, ¿qué mucho,
Si vengo de un origen tan indigno,
Si nací de mi madre en el pecado,
Y en un mundo tan torpe y corrompido?
Mas tú, que la verdad amas piadoso,
Te has dignado mostrarme, compasivo,
De tu sabiduría los secretos,
Y de la confesion el beneficio.
Allí me rociarás con el hisopo,
Con la sangre preciosa de tu Hijo
Me lavarás, y quedaré con ella
Más blanco que la nieve y el armiño,
A mis oídos les darás entónces

(2) Esta composicion fué escrita por OLAVIDE en su retiro y desierto de Sahagun. (Nota del Colector.)

Con tu perdón consuelo y regocijo,
Y mis huesos exánimes y yertos
Serán ya de tu cuerpo miembros vivos.

Aparta, pues, tu vista de mis culpas;
Vuelvan mis ojos á mirar á Cristo,
Y lávame, Señor, con esa sangre
Que pródigo derramas hilo á hilo.

Un puro corazón cria en mi pecho,
Un corazón que sea de tí digno;
Mi espíritu renueva, y haz que sea
Tan recto, como injusto fué el antiguo.

No me arrojes, Señor, de tu presencia,
Que eres nuestra salud, guía y camino;
Alúmbreme tu luz, y no me quites
De tu Espíritu Santo el dulce auxilio.

Vuélveme á la alegría de tu gracia;
Vuelve á reconocermé por tu hijo;
Confírmame en tu amor, y que ya siempre
Te sirva fervoroso y sometido.

Tu santo nombre alabarán las gentes;
Yo mostraré tu senda á los inicuos,
Y admirando tu gran misericordia,
A tí convertiránse los impíos.

¡Oh Dios de mi salud, Dios de clemencia!
Líbrame del mortífero atractivo
De la carne y la sangre, y tu alabanza

Mi lengua entonará todos los siglos.

Tú, Señor, abrirás mi torpe labio,
Este labio que tanto te ha ofendido,
Y ya ferviente ensalzará tu gloria
Con fieles cantos, con amantes himnos.

Porque si tú quisieras otra ofrenda,
Ninguna te negara el amor mío;
Pero no quieres tú más holocausto
Que un puro amor y un ánimo sumiso.

Un espíritu fiel y atribulado
Para tí es el más digno sacrificio,
Y nunca has despreciado los clamores
De un corazón humilde y compungido.

Señor, pues amas, y descas tanto
A tu siervo salvar, dispon benigno
Que en la inmortal Jerusalén de mi alma
Se libre de tu amor el edificio.

Aceptarás entónces las ofensas,
Los holocaustos que te son debidos,
Y de tu altar mi corazón pendiente,
Arderá en incesante sacrificio.

Gloria se cante al *Padre* soberano,
Esta gloria también cántese al *Hijo*,
Y al *Espíritu Santo*, que es Dios nuestro
Uno en esencia y en personas trino.

DON DIEGO ANTONIO REJON DE SILVA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Caballero murciano de la Orden de San Juan, del Consejo de Su Majestad; su Secretario; Caballero maestrante de la ciudad de Granada; Consiliario de la *Academia de San Fernando*; individuo de número de la *Academia Española*, y honorario de la de San Carlos de Valencia; Oficial de la primera secretaría de Estado. Falleció el 5 de Diciembre de 1796 (1).

POESÍAS.

FÁBULA DE CÉFALO Y PRÓCRIS,

EN OCTAVAS JOCO-SERIAS (2).

A hacer octavas tengo de atreverme,
Sin que tenga temor á las octavas;
Pero no, que es forzoso contenerme
Al pensar si saldrán mansas ó bravas;
Mas pues todo consiste en resolverme,
Quitándole al Pegaso rienda y trabas,
Parto á escribir; el nimen desabrocho;
Pues ¿qué son las octavas? Ocho y ocho.

Invocar en mi amparo, será justo,
Ese del cielo pastelón brillante,
Mas ¿qué digo? La voz no dará gusto
A cualquier critiquillo malignante;
Y así á mudar estilo yo me ajusto;
Diré, farol diurno rutilante;
Y si aún con esto pone algún reparo,
Apolo sol; no puedo hablar más claro.

Y así repetiré tiernos clamores

Con ansia, con anhelo y con porfía,
Para lograr de Apolo los ardores
Y los soplos afables de Talía;
Vengan estos envueltos en fulgores,
Porque pueda alentar la musa mía,
Que con luces y ráfagas no teme,
Y haya quien sope, puesto que hay quien queme.

Esto supuesto, ya la pluma *Tibio*.
Pisuerga (que es lo mismo), ó bien Jarama;
Doblo el papel, y con estilo majo
A todo consonante le hago cama;
Ya subo al bipartido, ya de él bajo,
Ya me agarro á una peña, ya á una rama,
Y canto sin que nadie me lo quite;

Pues ¿quién podrá estorbar el que yo grite?

Erase una muchacha como un oro
Por lo preciosa (no por lo amarilla),
Que en esto ofendería su decoro,
Cosa que no merece la chiquilla;
Era tal, que podía entrar en coro
Con el clavel, la rosa y maravilla;
No juzguen desmedidos los loores,
Que aunque flores eché, no gasto flores.

Blanco de la atención fué su cabello,
Siendo negro; sus ojos dos estrellas;
Alabastro y cristal su frente y cuello,

(1) Véase lo que se dice de sus obras poéticas en el *Bosquejo histórico-crítico*, pág. CLXIV.

(2) Escrita por los años de 1760, siendo el autor mozo todavía. (Nota del Colector.)

Mas ¿por qué, musa mía, te atropellas?
Boca, nariz, pestañas, todo bello;
Dos cositas que sé, de nieve pellas;
Sus mejillas, jazmines y claveles,
Sus dientes, Margaritas ó Isabeles.

Era su talie un Marzo por lo airoso;
Estrújulo su pié fué por lo breve,
Asombro su cintura en lo donoso,
(Puesto que todo aquí pintar se debe),
Cada cual de sus cejas arco hermoso,
Carmin sus labios, y sus manos nieve,
Y si el repetir nieve es barbarismo,
Hagámosla de hielo, que es lo mismo,

No blasone de hermosa doña Elena,
La que fué de Teseo tan querida,
Ni tampoco se alabe Polijena,
Que en su tiempo se vió tan aplaudida,
Puesto que la que pinto diera pena
A las tres celebradas que en el Ida
Destinaron por juez de su argumento
La capital de Francia sin acento.

Si me he quedado corto en el retrato,
Perdon quiero pedir de mi delito,
Que yo por estas cosas no me mato,
Y ni una flauta se me da, ni un pito;
Pues si repara el docto, el mentecato,
La voz alzando, levantando el grito,
Que no acerté el dibujo á su hermosura,
Tenga paciencia y pase por pintura.

Prócris se llamó, pues, aquesta dama,
Hija de un Erictonio, rey de Atenas,
Que así la historia al tal monarca llama,
Sin que otra cosa cuente de él apénas;
Sin decirnos si fué guapo de fama,
O si tuvo sus arcas bien rellenas;
Con que ignoramos, para más desdoras,
Si Erictonio era rey de espadas ú oros.

Entre rico damasco colorado,
Que á los soplos del viento se batía,
Entre el buen tafilete y el brocado,
La referida Prócris se veía;
Habilidades propias de su estado
Con tal velocidad las aprendía,
Que en la danza y el canto asombro daba,
¿Y al bastidor? ¿Qué cosa! Lo bordaba.

Sus tres lustros tendria la donecilla,
Cuando la sarna del amor picante
Empezando á sentir, diria ella:
¿Qué comezon es ésta tan punzante?
¿Cómo todos mis gustos atropella?
Pero yo la dijera: No te espante,
Que la sarna de amor, si bien se apura,
Encuentra en breve tiempo coyuntura.

Causa fué de su afán y su cuidado,
Con el firme teson de sus porfías,
Céfalo, un mozalvete bien peinado,
Más galán que los *Calles* y *Garcías* (1),
Sin melindres, airoso, despejado,
Más soplado que treinta chirimías;
En fin, un pisa-azul, por si se pierde
El llamar al que es lindo pisaverde.

Que sería valiente no hay dudarse,
Por que es cosa que debe suponerse,
Tanto, que los *Bernardos* arrimarse
Podrían, y los *Cides* esconderse;
Bernetes y *Roldanes* no jactarse,
Serrallongas y *Narros* detenerse,
Porque el muchacho (jaque con esmeros)
En humos excedía á los *Romeros* (2).

Después de un galanteo prolongado,
En que habria, sin duda, lo corriente,
El billete expresivo y el recado,
El fogoso suspiro, el ánsia ardiente;
Mirando el rey al novio porfiado,
Se fraguó el matrimonio de repente:
Los conciertos se hicieron en un trote,
Ni habria disensiones por la dote.

Como fué su cariño prodigioso,
Le graban una vida afortunada

(Supongo por afaible el buen esposo,
Y no juzgo la novia porfiada);
Era tranquilidad, era reposo
Su casa, y en Atenas envidiada,
Ya mirais cuantos bienes atesora;
Pues todo se hizo noche por la aurora.

Era Aurora una ninfa bien dispuesta,
Que al nuevo esposo amaba tiernamente,
Y aunque los tiros del cariño asesta,
Siempre al galán encuentra negligente,
Pues Céfalo desprecia la propuesta,
Porque agraviar á Prócris no consiente,
Diciendo: Donde está la esposa mía,
¿Qué aurora, ni qué sol de mediodía?
Mirando despreciada su fineza,
Hizo á patadas que temblára el suelo,
Y culpando del jóven la dureza,
Discurra que á su mal ya no hay consuelo;
Suspira, gime y pierde su cabeza
En esta confusion no poco pelo;
Llora como una niña sogá á sogá,
Que llorar hilo á hilo fuera droga.

Con más rabia que siente un poetilla
Cuando no puede hallar un consonante,
Quedó con la repulsa la chiquilla,
Que para ver desprecios no hay aguante;
Sufocos padeció; ¡qué maravilla,
Si de sus garras se escapó el amante!
Y estaba más picado (no se note)
Que el zapato de maja, ó el jigote.

Por vengarse de Prócris la taimada,
A Céfalo le dijo misteriosa:
«No esté tu voluntad asegurada
De la que simulando está tu esposa;
Si se mira por otro festejada,
No será, á lo que juzgo, desdeñosa;
A tu testa amenaza gran quebranto,
Que de la mia yo no lo levanto.»

No dejó, á estas razones, de admirarse,
Y por salir de sustos y temores,
De mereader dispuso disfrazarse,
Y requebrar á Prócris con amores;
Piezas de tela ofrece sin pararse,
Que así ablandar discurra sus rigores,
Porque, para rendir á las bellezas,
No hay mejores cañones que estas piezas.

Empezó la batalla confiado
De que hallaría en Prócris una roca,
Y la misma experiencia le ha mostrado
Que es más blanda que seda la que toca;
Las telas desvalija, ya asustado
(Que con razon el pobre se sofoca),
Y, bien á su pesar, por fin entiende
Que aquella que le compra es quien le venda.

Entonces, declarándose, la dice:
«¿Cómo injusta me tratas de esta suerte?
¿Cómo podré sufrir (¡ay infelice!)
De tales celos el tormento fuerte?»
Ella, turbada, no lo contradice,
Y escapa, temerosa de su muerte,
Más ligera.... (de solfa usen las Musas)
Que las semicorcheas y las fusas.

Corriendo por los montes la zagala,
Llegó á un valle de flores maravilla,
Que el pensil más hermoso no le iguala,
Ni le llega al tacon ó zapatilla;
Mas ¿qué digo? La pluma se resbala,
¡Con tacones el valle! habrá rencilla;
Mas ¿qué importa? con cuestras y barrancos
Esta vez ha de verse puesto en zancos.

Pintar la hierba de este valle hermoso,
En donde la delicia tuvo cuna,
Llamándola esmeralda, fuera ocioso,
Y una cosa, á mi ver, muy importuna;
Pero diré que siendo tan frondoso,
Mala hierba jamas se notó alguna
Que al olfato pudiese darle pena;
Con que toda sería hierbabuena.

Un arroyuelo manso cruza el valle
(Que todo arroyo debe ser sufrido),
Al que discurro, no podré encajalle
Epiteto que venga aquí nacido;

(1) Guanes cómicos.

(2) Heroes de jácara.

¡Sierpe de plata! No le viene al tallo,
Ademas que ya es dicho repetido;
¡Líquido aljofar! Lo dirá un panarra;
¡Cítara de cristal! Eso es guitarra.

Procede el tal arroyo de unas fuentes
(Porque de todo el valle demos señas)
Que en los vecinos riscos eminentes
Brotan por las junturas de unas peñas;
Ellas son dulces, ricas, transparentes,
Cristalinas, hermosas y risueñas;
Porque en el orbe no ha de haber persona
Que haya visto jamas fuente llorona.

En este valle..... Pero ¿cómo olvido
El hacer de sus aves la pintura,
Cuando cualquiera de ellas siempre ha sido
Un pasmo en la delicia y la dulzura,
Clarín de pluma, rémora al oído,
Sonoro anuncio de la luz ventura,
Cadente admiración..... Mas, vive Apolo,
Que están pintadas ya con esto solo.

En este valle entonces asistía
Diana, de sus ninfas festejada;
Quiso Prócris hacerlas compañía,
Y halló que es requisito estar pelada;
Ley que cualquiera al punto la creía
Por injusta, pueril, descabellada;
Que á la verdad es una rara cosa
Que se pare en pelillos una diosa.

Echar á tierra su cabello traza,
Pues lo manda el decreto del destino,
Y quedó su cabeza calabaza
En lo pelada, porque así con vino;
Con un arco y un perro de gran raza
La diosa agradeció su afecto fino;
Juzgar malo al lebre, sin duda es yerro,
Y esto sí que sería darle perro.

Porque en nada faltemos á la historia,
El dicho perro se llamó Lelape,
Para el cual no hubo pieza transitoria,
Pues ninguna siguió que se le escape;
Ser alguacil podría (no es falaria),
Dirá alguno al mirar que tanto atrape;
Pero no, que soltaba cuanto alcanza,
Y no hay en alguaciles esta usanza.

Dicen que lo que tocan luego muere
(Tratando de las flechas), los autores,
Por estar en contacto (el que leyere
Verá si cito mal á estos señor. s);
Y si, con todo, el caso no creyere,
Es preciso que pierda los temores,
Los recelos, las dudas, las sospechas,
Que médicos vi yo como las flechas.

Dejemos nuestra ninfa en la fatiga
De la caza, y volvamos al marido,
El que ya en los furores se mitiga,
Y dos dedos no está de arrepetido;
Ya la furia de celos no le instiga;
Ya procura olvidar lo sucedido,
Porque á un casado (cosa es muy notoria),
Le conviene ser corto de memoria.

Ir á buscar á Prócris al instante
Determinó con mil satisfacciones
(Ya vemos convertido en suplicante
Al mismo que llevó los coscorriones);
De la tal mutación nadie se espante,
Porque están los ejemplos á montones,
Y para verse (con razon me fundo),
Ya es Aténas, sin duda, todo el mundo.

Muy floja me ha salido la octavilla,
No discurre que en esto la hago ofensa,
Mas así ha de quedar, que apretadilla
No se verá si no se pone en prensa;
Lo que no logrará la pobrecilla,
Y hace muy mal si vana en ello piensa;
Porque ya salen tantos papelones,
Que no hacen impresion las impresiones.

Parte al monte con marcha acelerada,
Porque ver á su esposa es lo que anhela;
Hállala, y aún mirándola pelada,
Ruega y suspira allí que se las pela;
A lo cual ella dijo, perturbada:
«Llévame, si el llevarme te consuela;

Por verme tan pelada no hagas duelo,
Que á esto te solicito, no con-pelo» (1).

El entónces, más tierno que un cabrito,
A quien no faltó lumbré para asarse,
La respondió, llorando en alto grito:
«No debe en tu cabeza repararse;
Que perdonés, te ruego, mi delito,
Porque las paces puedan ajustarse;
De mercader olvida mi aparato,
Porque yo no me acuerdo de tu irato.»

Contentos se volvieron á la corte,
Dando un córte á los lances de su suerte;
Y Céfaló, con otros de su porte,
Con honestos recreos se divierte,
El de la caza siempre fué su norte,
Y en la pesca tambien su gusto advierte,
Que el mancebito con destreza y maña
Era buen pescador y buena caña.

Ni aquel bruto ladrón de las colmenas
Que racional parece en ser goloso;
Y porque son las frases de mi ajenas,
Quiero decir clarito que es el oso;
Ni el tigre, cuyos dientes causan penas,
Le pasmaron; que á Céfaló bric-o
Tanto le amedrentó, según percibo,
Como el tigre pintado, el oso vivo.

En suma, al jabali vence galante,
Sin que puedan servirle los colmillos;
Sus flechas triunfan del león rapante,
Y á los ciervos el miedo pone grillos;
La pantera se muestra palpitante,
Cinocéfaló y Pardo, tanañillos;
Que para él, como la flecha apreste,
Era lo mismo el pardo que el celeste.

Que con cualquiera fiera daba al traste
Ya de mi cazador he ponderado,
Y de caza mayor aquesto baste,
Que dicho por mayor no dará enfado;
Y en el tirar al vuelo? No hay contraste,
Que al más diestro le deja amilanado;
Porque al ave que rápida volaba,
Es sabido, en el aire la mataba.

No es posible que aquí por menor cuente
De las liebres y zorras, cuantas mata
(Y á las zorras venian lindamente
Conceptillos, que el nimen no relata);
Salgamos de este punto de repente,
Y en ansia á lo picante se rebata;
Aquí, pluma, te pido yo, que corras,
Que no es bueno pararse con las zorras.

En el monte se estaba todo el día,
Por lo cual ya su esposa sospechaba;
En esto, pesarosa iba y venía.
Pero es mejor decir que se paraba;
Estas palabras entre sí decía
Cuando á los fieros celos se entregaba:
¡Si habrá en la selva ninfa que le mueve,
Y así querrá pagar lo que me debe!

En esta duda no faltó un parlero
Que la dijo: «Tu esposo entre las breñas
A cierta ninfa busca placentero,
Y Aura es su propio nombre, por más señas;
Con tu pasión no cumples si á este fiero
A cogerlo en el lance no te empuñas.»
Creyó Prócris al punto su desaire,
Sin reparar en que lo dicho es aire.

Era verdad que Céfaló, cansado,
Cuando el rigor del sol la selva ardía,
Entre ramas espesas retirado,
Refrigerios al aura la pedía;
Por su nombre la llama, y engañado
Alguno, que sus voces atendía,
Aunque no conoció que el aura es viento,
Fué á Prócris con el soplo ó con el cuento.

Por pillar á su esposo en el garlito,
Y por ver la que juzga dama bella,
Del monte registró todo el distrito,
Buscando los vestigios de su huella;
Esperarie trazó muy calladito,
Que el ansia de saber, mucho atropella;

(1) Con-pelo, equivoco imperfecto de conpelo. (Nota del Colector.)

Con que, de Prócris, ya es sabida cosa
Que aunque no fuese limpia, fué curiosa.

Oculto, pues, en una densa jara,
Ve á su esposo bajar por la ladera;
Ella en mover las ramas no repara,
Y Céfaló juzgó ser una fiera;
El arco entónces con valor prepara;
Advierte, incauto amante, considera
Que ésta es la primer vez (¡destino raro!)
Que no ha de ser acierto tu disparo.

Mas ¡cómo á sericidades yo me inclino,
Olvidando mi estilo tararira?

No, señores, no quiero este camino,
Por la gira, mejor mi musa gira;
Vaya fuera lo culto y lo ladino,
Porque el alegre adufe, y no la lira
(Como le ha ejecutado), acabar ose
Lo que la historia apunta, borda ó cose.

A nuestro cazador volvamos presto,
Que quedó con el brazo levantado;
Mas ya no es menester, que con arresto

▲ las jaras la flecha ha disparado;
Ya á su Prócris mató (¡plance fanesto!),
Ya el pecho de alabastro la ha pasado,
Y ya quedó, mirando su accion fatua,
Como debe un consorte, como estatua.
En sí volviendo el infeliz amante,
Supongo que lloró largo y tendido;
Que la hierba regó y la flor fragante,
Y también el peñasco endurecido;
Con que, si en esto echaba el pié delante
A cuantos han llorado y han sentido,
Que á marcos lloraria es evidente,
Porque llorar á rios es corriente.

Entre congojas..... Pero ya no quiero
Referir sus gemidos y clamores;
Ya se cansa el adufe ó el pandero,
Y ya Apolo me niega sus favores;
Ademas que osadia considero
El decir lo que callan los autores;
Y pues hablar no debo de memoria,
Este es el cuento, y acabó la historia.

DON RAMON DE LA CRUZ.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DON RAMON FRANCISCO DE LA CRUZ CANO Y OLMEDILLA nació en Madrid, de padres nobles, en la parroquia de San Sebastian, el día 28 de Marzo de 1751. Fué Oficial Mayor de la Contaduría de penas de cámara y gastos de justicia del reino, individuo de la real Academia de Buenas Letras de Sevilla, y de la de los Arcades de Roma con el nombre de *Lariso Diano*.

Como autor de sainetes, zarzuelas y otras obras dramáticas, fué poeta muy agudo y fecundo. Sempere (tomo II, pág. 254) publicó, en 1785, un catálogo, que le fué entregado por el mismo DON RAMON DE LA CRUZ. Comprende doscientas veinte obras dramáticas. Despues escribió otras muchas. Pasan de trescientos los títulos que de ellas se conservan.

Cultivó poco la poesía lírica. Sólo algunas composiciones de este autor, casi todas festivas, han llegado á manos del colector.

POESÍAS.

En la muerte del octavo Duque de Osuna, ocurrida el día 1.º de Abril de 1787.

ENCOMIO FÚNEBRE.

Repara en esta losa,
Mortal, y no la mires con espanto.
Aquí el cadáver de Giron reposa,
Del piadoso Giron, Duque de Osuna,
Que fué desde la cuna.
Aun más digno de envidia que de llanto,
Por sus altas virtudes peregrinas.
Corrige tu dolor; y si imaginas
Con voz doliente repetir su nombre,
Ansioso de su vida y tu consuelo,
Póstrate, calla, escucha, y no te asombre
La suya, que te llama desde el cielo.

A tan rápido vuelo
Le dió su caridad alas y brío,
Fué dócil desde niño, y religioso;
Fué despues, sujetando su albedrío,
Buen vasallo, buen padre, buen esposo,
Buen hermano, buen jefe, buen amigo,
Y de nadie enemigo,

En todo bueno, y para todos bueno,
Vinculó la virtud en sus Estados.

Al vicio puso freno,
Y la justicia, el orden y la gloria
Iban delante de él y sus soldados.
Grande; pero más grande su memoria,
Será eterna en las almas y en la historia.
Osuna, España, el mundo, que le aclama.
Dictan del Duque la inscripcion que empieza:
Mayor que su grandeza fué su fama,
Y él mayor que su fama y su grandeza.....
Sigue; y luego concluye de esta suerte:
No lloreis, hombres; envidiad su muerte.

EPITAFIO.

En esta fosa ¡oh mortal!
Yace el gran Giron, de quien
En este siglo fatal
No hay uno que diga mal,
Uno que no diga bien.

Á LA SEÑORA DUQUESA DE MEDINASIDONIA.

ROMANCE.

Muy excelente señora :

Señora, ya Ucenia sabe
Que salimos de Madrid
Al otro día de un martes.

Miércoles el más feliz
Que contaron los anales
De mi historia, si en la historia
Pudiera yo tener parte.

Día en que el *Alba* (1) mostró
Para todos el semblante
Adusto, y jamás le he visto
Para mí tan favorable.

Pues viendo que un mal poeta
Que tenga lugar no es fácil
En el carro del sol, quiso
Con su propia luz honrarme.

Yo aseguro á Vucelencia
Que no se me da un tomate
Del dicho carro del sol,
Como el del *Alba* no falte.

Que en aquél pueden temerse
Precipicios y volcanes,
Y en éste sólo se encuentran
Luces, honras y bondades.

En aquél sólo el discurso,
Por sendas extravagantes,
Corre países, adonde
Son las venturas imagen.

Y en éste con más descanso,
Siempre por caminos reales
(Salvo El Espinar), se palpan
Sabrosas felicidades.

Yo renuncio, desde luego,
Los Eliseos inmortales
Por los campos de Corneja (2),
Si no eternos, saludables.

Renuncio el mar de Sicilia
Por Tórmes, á cuyo margen,
Si no hay sirenas que adulen,
Hay truchas que me regalen.

Item, renuncio el Alfeo,
Con sus ninfas y corales,
Por los que llevan pendientes
Las serranas de este valle.

Item, renuncio el Parnaso,
Supuesto no hay heroicales,
Donde, como aquí, conejos
Nos ofrezcan á millares.

Item, renuncio el alcázar
Soberbio, que á las deidades
Bosquejó la fantasía,
Sin llegar á fabricarle,

Desde que vi en otro alcázar,
Concluido cuanto cabe
En la experiencia, el buen gusto,
La bizarría y el arte.

Otro cuya arquitectura,
Sin haber orden que guarde
De los conocidos, es
Más prolijo y elegante.

Tan simétrico, tan justo,
Que los Vitrubios y Abrahães
Ortelios (3) no cesarian
De estudiar para imitarle.

No es su todo el que á la vista
Se representa admirable,
Solamente que lo es más
Reconocido por partes.

No hay piedra en él que con todas
Las demas piedras no iguale,
Puerta ó ventana que enfrente
No tenga su semejante.

¡Qué bella ocasion, señora,
Era para dilatarme
En el plan de este edificio,
Si yo entendiera de planes!

Y cuando á mi voluntad
Mis talentos igualasen,
¡Qué ocasion de hacer mi fama
Feliz con sólo pintarle!

Pero á un asunto tan serio,
Tan magnífico y tan grande,
Que clama por epopeyas,
No ha de atreverse un romance.

Ni donde hay tanto que ver,
Puede valer el dictámen
De un ciego dos veces, por
Sus ojos y sus alcances.

Supongo que los ingenios
Y vistas más perpicaces,
Para describirle habian
Muchos años de admirarle.

Al ver la majestuosa
Mole, las extensas calles
De sus jardines, y aún otras
Externas inmensidades,

Dieran los pasos tan torpes,
Que conjeturo que ántes
Se saldrian del empeño
Que entráran por los zaguanes.

Y cuando entráran, al ver
Tan magnífica, tan grave
Cómoda distribucion,
¡Qué harian? Lo que yo : pasmarse,

Al ver lo rico, lo raro
Y exquisito, tan iguales
En el adorno de bronce,
De colgaduras y jaspes;

Al ver que los pavimentos
Compiten con los cristales,
Y salones infinitos,
Y ventanas á millares;

Al ver tantas oficinas
Subalternas tan capaces,
Surtidas de cinco fuentes,
Que perennes se derramen;

Al ver la extension de minas,
De acueductos y de estanques,
Donde entre estatuas de mármol
Cristalina el agua sale;

Al oir lo que asombrados
Refieren los naturales,
De que este soberbio alcázar
Fué adusto barranco ántes;

Que costó seiscientos mil
Carros de tierra llenarle,
Y hacer la violencia á un rio
De dejar su antigua madre;

El genio más perpicaz
¡Qué haria? Lo que yo : cansarse
En mirar, sin hallar modo
De que el sentido se sacie.

Y, en fin, si hay algun ingenio
Capaz de ser un Timántes,
Píntelo, que yo no quiero
Que mis pinceles lo manchen.

Todos saben el buen gusto
De su dueño, todos saben
Su espíritu, su poder
Y su estudio en todas clases.

Con que, siendo esta obra suya,
Está dicho que es exámen
De artifices, y el esfuerzo
Mayor de todas las artes.

Pero ¡qué digo? Ya escucho
Los críticos calumniarme
De adulador. Quien lo crea
Venga á verlo, y despues hable.

Mas ¡ay! ahora que me acuerdo,
Yo empecé á contar el viaje,

(1) El *Alba* forma equívoco con el título del Duque de *Alba*, en cuyo suntuoso palacio de Piedrahita, hoy destruido, se hallaba don RAMON DE LA CRUZ cuando escribía este festivo romance. (Nota del Colector.)

(2) Valle por donde corre el rio Corneja, que le da su nombre. (Idem.)

(3) Alude al sabio geógrafo de Felipe II, el belga *Abraham Ortelio*, que llamó grandemente la atención de Europa con la publicación de un *Atlas* (el primero conocido), que dió á luz con el título *Theatrum orbis terrarum*. (Id.)

Y embobado en la posada,
No pude ir más adelante.
Por Dios, señora, que Ucencia
Me perdone, y no lo extrañe,
Que cstay loco, y con razon;
Vamos hablando por partes.

Nuestro viaje fué tan breve,
Divertido y sin azares,
Como el paseo del Prado,
En coche, una buena tarde.

El Duque, mi señor, que
Entró en el coche, cobarde
Por sus males, que ellos solos
Pudieran acobardarle,

A la primera jornada
Se olvidó de su carácter,
Y en la segunda le vimos
Hacer el papel de jaque.

¡Y si viera Vucelencia
Con qué gracia que lo hace!
Parece un Francisco Estéban
En las piernas y el semblante.

Salteador destos contornos,
Por peñas y matorrales,
No hay conejo que perdone,
Ni fatiga que le canse.

Pues ¡Navarro! Otro qué tal;
Cazador tan formidable
Es ya, que treinta conejos
Ha muerto *secundum artem*.

Aunque hay varias opiniones
De que los conejos saben
Ya que es doctor, y de miedo,
Al verle cerca, se caen.

Yo, en todo caso, le he dicho
A fray Manuel que se escape,
No sea que por el pelo
Se equivoquen, y le maten.

Pues, aunque poco importára
Que hubiera en el mundo un fraile
De ménos, ni en Piedrahita
Hiciera falta notable,

Tan enamorado está
Nuestro Navarro del aire
Del frailecito, que no
Se harta de requiebrarle.

Y yo les llevo la cesta,
Por ver los monstruos verbales
Que producen los amores
Entre duendes y gigantes.

Volvamos á su Excelencia,
Que sube, baja, entra y sale,
Duérme con sueño tranquilo,
Come mejor y con hambre.

Su buen color, su alegría
Y agilidad nos persuaden
Que le son agradecidos
Estos suelos y estos aires.

Pues sus vasallos le quieren
Más que las hijas al padre,
Las mujeres al cortejo,
Y la vieja al chocolate.

Yo apuesto que en esta tierra
No desean y no aplauden,
Tanto como á su señor,
A los buenos temporales.

Por lo que á mí toca, estoy
Hecho un bausan perdurable,
Siempre ocioso, y los sentidos
Cansados de recrearse.

Hasta el tacto, sin ofensa
De la ley, saca su parte,
Ya en lo fresco de las aguas,
Ya en lo mullido del catre.

No cenar y estar ahito
Son mis únicos achaques,
Que hartar á un poeta, sólo
El Duque de Alba lo hace.

En fin, señora, el asunto,
Si no resuelvo dejarle
Empezado, es una cosa
De no acabar y acabarme.

Ni es razon que lo que á mí
Me divierte, á Ucencia canse,
Cuando no por el concepto,
Por el modo de explicarle.

Sacrificio á Vucelencia
Mi veneración constante,
Y mi gratitud, que es todo
Cuanto hay en mis facultades.

Al señor Duque igualmente,
Si escucha mis disparates,
Que supla las malas coplas
Por lo que mi afecto vale.

Pido á Dios que á Vucelencia
Por muchos años la guarde
En su compañía, y los
Llene de prosperidades.

Piedrahita, veinte y ocho
Del mes de días más grandes,
Año de un uno y dos sietes,
Y un cinco en todo almanaque.

A la muy noble señora
Duquesa, mucho más grande
Que por Medina-Sidonia,
Por sus prendas y su sangre.

¿Quién logra mayor interes: España en tener rey tan justo, ó nuestro católico monarca en poseer tan fiel reino? (*Asunto dado en una justa académica.*)

ROMANCE.

A heróico asunto previene
Débiles voces mi lira,
Si puede ser la obediencia
Disculpa de la osadía.

En el fiel de mi respeto,
La lealtad y la justicia
De la nacion y el monarca,
Empeños graves peligran.

Y en la caja de la duda
Yace la idea tan fija,
Que, iguales los pesos, sólo
Es mi pluma la corrida.

¡Yo votar contra mi patria
Ó mi rey, cuando me avisan
El mérito de ambas partes
Lo crítico del enigma?

Si sacar entre las sombras
La luz, primer maravilla
Fué de Dios, ¿cómo entre luces
Podrá el hombre distinguirla?

Luz es Carlos, con que España
Ve su fortuna y se anima:
Luz en España, que á Carlos
Le dió el sér y le ilumina.

Pues, ¿quién entre las dos llamas,
Que, celosas de sí, brillan,
Distinguirá, siendo topo,
Cuál es la ménos activa?

La política persuade
En Carlos esclarecida
Cuna, inflexibilidad,
Valor, prudencia y justicia;

En España honroso aliento,
Lealtad á sus reyes fina,
Y abundancias, que se muestran
Por más que se desperdician;

Cuyas partes, compitiendo
En monarca y monarquía,
Recíprocamente unen
Igualdad que los sublima.

Si es grande mérito en Carlos
Saber la lección esquiva
Del reinar, y acreditar
La ciencia con repetirla;

Mérito es en la nacion,
Que un Seminario conquista
A Carlos del trono, mientras
Dios éste le disponia.

Si la religion de Carlos,
En la escuela de Josías
Aprendió que sólo es ella

La que al reino felicita ;
 También supo hacer España
 Arados de sus cuchillas
 Para el grano de la fe,
 Que regó con sangre limpia.
 Si Carlos el heredado
 Ánimo nos acredita,
 Cuando jóven en lo que obra,
 Cuando rey en lo que dicta ;
 También de España conoce
 Todo el orbe con envidia
 Las lealtades cuando sufre,
 El esfuerzo cuando lidia.

Con que, entre nacion y rey,
 Por más que luces compitan,
 Siempre el ardor equivoco,
 Aunque el reflejo divida.

Quedar iguales no pueden
 Tampoco, porque serian
 Supresiones del problema,
 Del precepto rebeldia.

Pues aquí de la razon
 Imparcial y peregrina
 Luces inferiores, que
 A vista del sol no ardan,
 A Carlos dan la victoria,
 Porque no haya fantasia
 Que ni por discurso pueda
 Competir sin que se rinda.
 España es la interesada,
 Porque, aunque nacion tan rica
 Y tan leal logre Carlos,
 Será sólo por sus dias.

Sean muchos, pero ella
 Debe contar su propicia
 Edad por siglos de oro,
 De Carlos con las reliquias.

Y más cuando su crianza
 A hijos y vasallos sirva,
 Para los unos de ejemplo,
 Y para otros de doctrina.

Si los infantes, que son
 Sucesion de nuestra dicha,
 Nunca pueden ser fianza
 De tan apreciable vida,

España es la que interesa
 Cuanto goza y pronostica.
 ¡ Oh, llegue el interes tarde,
 Porque mucho Carlos viva !

A Maria Santísima de los Dolores, de la Pnobia de Montalban,
 año de 1759.

Al pié de la cruz estaba
 Esa Reina dolorida,
 Viendo pendiente á su Hijo
 Para afirmar nuestra dicha.

Cuyo espíritu fallece
 De pesares y agonías,
 Al ver que cumple la espada
 En su alma la profecía.

¡ Oh cuán llena de dolores !
 ¡ Oh cuán triste y afligida,
 Al ver á su único Hijo,
 Fué aquella madre bendita !

Ea, Madre, de amor fuente,
 Haz que la fuerza distinga
 De tu dolor, y en el llanto
 Te haga mi fe compañía.

SONETO.

¡ Qué importa que me llegue á celebrar
 Cualquiera que mis obras llegue á oír,
 Y que al teatro vea concurrir
 Al que más odio le llegó á mostrar ?
 ¡ Qué importa que me vengan á buscar
 Los que más ansias tienen de lucir,
 Y qué importa me alienten á escribir
 Los mismos que se ocupan en borrar ?

Si de letra de molde en un papel
 Me llama Nifo (1), ingenio motilon,
 Con tan sólidas pruebas como él,
 La pluma arrojo : — Pero ten, Ramon,
 Y espanta con la rama del laurel (2)
 Que te ha dado la Arcadia, á ese moscon.

CONTRA NIFO.

DÉCIMAS FAMILIARES.

Yo no extraño lo que dice
 Nifo de mí, ni sus modos,
 Porque él dice mal de todos,
 Y despues se contradice.
 El es ingenio infelice,
 Y por más que use de tretas,
 Aquellas pocas pesetas
 Que con sus obras ganó,
 Sabemos se las hurtó
 A extranjeros y poetas.

No siento que sin razon
 Me muestre su ira sangrienta ;
 Lo que yo siento es que mienta
 A costa de mi opinion.
 Es hombre sin religion ;
 Pues si la crítica mia
 A alguno zaherir podia,
 Cuando se la consulté
 Y su impresion le fié,
 ¿ Para qué me la aplaudia ?

Siendo él vano sin segundo,
 Que me lo llame me espanta,
 Pues él me siguió la planta,
 Cual la sigue á todo el mundo.
 Yo, aunque soy poco profundo,
 Callé con la reflexion
 De que era propia pasion
 De quien, por más que promete,
 Sólo hemos visto un sainete
 Malo y una traduccion.

Como á mí me conviniera,
 Aunque corto literario,
 Yo sé, contra su diario,
 Cómo y de quién tradujera.
 Pero sigo otra carrera,
 Y es ántes mi obligacion
 Que una necia obstinacion ;
 Si no, le habia de poner
 Como Molière y Voltaire (3)
 A Tricotin y Freron.

En un diario has plantado,
 Como perdido, un sainete
 Mío : pregunta, pobrete,
 Cuántos tuyos se han ganado.
 Con este hombre atolondrado
 Estoy que me despepito ;
 Dime, crítico maldito,
 Ya que en esto te impresionas,
 ¿ Por qué tambien no pregonas
 El único que has escrito ?

Mis obras recopilando,
 Ha hecho un sainete de intento ;
 El debe de estar hambriento,
 Que anda siempre rebuscando.
 Este hombre me va ensalzando,
 Pues en sus obras se ve
 Que siempre ha tomado pié
 De lo mejor que le sale,
 Y cuando de mí se vale,
 Señal que tiene de qué.

Si sus rasgos enemigos
 Llegan á ofenderme, en suma

(1) Este es aquel estimable y laborioso fundador de la obra periódica *Correo general de España*, del cual, por su escaso talento crítico y poético, hicieron mofa Moratin, Forner y otros escritores de cuenta. (*Nota del Colector.*)

(2) Acababa de recibir el título de Arcade de Roma, cuyas armas ora una guirnalda de laurel y pino. (*Id.*)

(3) Pronúnciense estos nombres *Molier* y *Volter*.

Tengo manos, tengo pluma,
Y superiores amigos.
Saque Nifo, por testigos
De mi númen en agraz,

Mis obras, y vaya en paz;
Mas si escribe impunemente
Que son maliciosas, miente,
Y le haré ver que es mendaz.

DON LUIS JOSÉ VELÁZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Málaga, el jueves 5 de Noviembre de 1722 (1). Su padre se esforzó en darle la educación más esmerada. Entró en 1755 en el Colegio Imperial de San Miguel de Granada. Después de estudiar lógica y jurisprudencia, pasó al Colegio de los Clérigos Menores de Málaga, donde se dedicó á la filosofía aristotélica y á la teología escolástica. Sirviéronle estos estudios para recibir más adelante el grado de doctor teólogo, que le despachó en Roma, en 1745, el cardenal Sforzza. Su verdadera vocacion no le llamaba á estos estudios áridos y abstractos, y en breve se consagró al cultivo de la historia, de las antigüedades y de la amena literatura. En la *Academia del Tri-pode*, establecida en Granada, en casa del Conde de Torrepalma, fué recibido en 1745, y empezó á distinguirse por su claro ingenio y su afición á la poesía. En esta academia, siguiendo la regla en ella introducida, tomó el nombre poético de *El Caballero Doncel del Mar*.

En 1750, conexionado ya en Madrid, adonde había venido por primera vez dos años ántes, con los literatos de mayor cuenta y autoridad, entró, con el seudónimo de *El Marítimo*, en la *Academia del Buen Gusto*, que celebraba sus juntas en la casa de la Marquesa de Sarria, el 5 de Setiembre de 1750 (2).

La Academia de la Historia le nombró Académico en Abril de 1751, y asimismo le admitieron en su seno la Academia de Buenas Letras de Sevilla y la de Inscripciones y Bellas Letras de París.

El Marqués de la Ensenada, admirador sincero de VELÁZQUEZ, le confió, en 1752, el honroso encargo de hacer y escribir el *Viaje de España*, que con este título fué publicado en 1765. Por influencia del mismo ministro recibió también VELÁZQUEZ el hábito de Santiago. La amistad y proteccion de Ensenada fueron más adelante motivos de persecucion contra el Marqués de Valdeflores. «En el año de 1766 (dice Sempere) fué arrestado, de orden de Su Majestad, en la casa de la Marquesa de la Vega de Santa María, donde moraba. Fué conducido al castillo de Alicante, y después al de Alhucemas; y últimamente, por Enero de 1772, devuelto en libertad á su patria, donde murió el mismo año, de un insulto apoplético, hallándose retirado, con su madre y hermanos, en una casa de campo á una legua del pueblo.

»Á su arresto en Madrid se le embargaron todos sus libros y papeles; y aunque al tiempo de su libertad se mandó por Su Majestad que se le volviera cuanto se le había embargado, se extraviaron muchos de los manuscritos.»

Véase, como complemento de esta noticia, lo que decimos de VELÁZQUEZ en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* (tomo I de esta coleccion).

C.

(1) «Á las cinco de la mañana. El mismo día, mes y hora había nacido su padre, el primer Marqués de Valdeflores, diez y nueve años ántes. (SEMPERE Y GUARINOS.)

(2) Consta en un acta de la Academia, firmada por *El Humilde*. (MONTIANO.)

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE DON LUIS JOSÉ VELÁZQUEZ.

OBRAS IMPRESAS.

Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España. Publicado de orden de la Academia de la Historia (1752), Madrid, en la oficina de Antonio Sanz, impresor del Rey y de la Academia; en 4.º mayor.

Orígenes de la Poesía castellana (1754), Málaga, en la oficina de Francisco Martínez de Aguilar; en 4.º

Anales de la nación española, desde el tiempo más remoto hasta la entrada de los Romanos; sacados únicamente de los escritores originales y monumentos contemporáneos (1759); Málaga, en la oficina de Francisco Martínez de Aguilar; en 4.º

Conjeturas sobre las medallas de los reyes godos y suevos de España (1759); Málaga, en la oficina de Francisco Martínez de Aguilar; en 4.º

Noticia del Viaje de España, hecho de orden del Rey, y de una nueva historia general de la nación, desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516; sacada únicamente de los escritores y monumentos recogidos en este viaje. Madrid, en la oficina de D. Gabriel Ramírez, 1765; en 4.º

Colección de diferentes escritos relativos al Cortejo, con notas de varios, por Liberio Veranio. Esta obra

satírica se imprimió por primera vez en 1763, y se reimprimió en 1764.

OBRAS MANUSCRITAS.

Apología de la religion cristiana contra los impios de estos tiempos.

Historia crítica de las calumnias fulminadas por los Étnicos contra los cristianos primitivos.

Lecciones gongorinas.

Crítica sobre los escritos de Arnobio.

Disertacion sobre una medalla de Tarragona, que representa á Tiberio Aug., Julia Aug. y Druso César.

Historia de la ciudad de Málaga.

Ensayo sobre la Historia Universal.

Geografía de España.

Teoría de las medallas de España.

Memorias históricas de Berbería.

Descripción del reino de Túnez.

Descripción del reino de Marruecos.

Conocimiento y uso de los antiguos documentos originales y contemporáneos de la historia de España.

Historia natural de España (incompleta).

Discursos sobre los descubrimientos en el Sacro Monte, Torre Turpiana y Alcazaba de Granada.

Conocimientos humanos.

Várias poesías, mucha parte de ellas satíricas, con notas marginales.

POESÍAS.

IDILIOS (1).

I.

Cintia, estás engañada si has creído
Que te hace más bella y más brillante
El prolijo atavio del vestido
Y el adorno excesivo del semblante;
Ese artificio vano,
Que tanto tus cuidados interesa,
De una vez ha quitado á tu belleza
El primor más divino y soberano.

Ya tus manos no son tan celestiales,
Tus mejillas tan bellas,
Ni tu frente tan blanca y peregrina;
Tus labios no son ya finos corales,
Ni tus ojos estrellas,
Ni tú toda tan bella y tan divina;
Ya en tí, Cintia, no veo aquella gracia,
Ni aquel amable hechizo,
Que con tanta eficacia
Arrastró mi albedrío
Hasta á hacerme adorar mi desvarío.

Ese anhelo y cuidado,
Y ese esmero tan vivo
En el adorno y vana compostura,
Para mí te han quitado

Aquel grande atractivo
Con que ántes me arrastraba tu hermosura;
Tan tibiamente sigo la locura
De la antigua pasión, de cuya pena
Tanto tiempo há que arrastro la cadena,
Que apenas, Cintia, me detiene á amarte
La costumbre que tuve de adorarte.

Entonces me tenía aprisionado,
Más que lo superior de tu belleza,
La amable sencillez de tu hermosura,
Y aquella candidez tan noble y pura,
Con que libre dejabas que ostentase
Sus primores en ti naturaleza;
¡Ay, Cintia, qué tesoros te has quitado,
Y de cuán mayor precio y noble oficio
Que los que en tí acumula el artificio!

Si buscas los diamantes,
¡Habrá otros más puros y brillantes
Que tus divinos ojos?
Tus dos ojos, con cuyas luces bellas
Ni el sol luce, ni brillan las estrellas,
¡Qué oro hallarás que iguale á tus cabellos,
Ni qué rubíes á tus labios bellos?
¡Qué púrpura y qué plata habrá tan rara,
Que pueda imitar, Cintia, los colores
De tu pecho, tus manos y tu cara?
¡Dónde el arte podrá encontrar primores
Para copiar con más feliz intento
El ménos decoroso movimiento
De ese garbo divino de tu cuerpo
Y ese aire celestial de tu persona?

Aun á los mismos dioses inmortalces

(1) Estas poesías inéditas de VELÁZQUEZ están copiadas de las actas de la Academia del Buen Gusto. (Nota del Colector.)

Enamorára, Cintia, tu hermosa,
Si ese afectado adorno y compostura,
Que ni á su mismo artifice perdona,
No afcase tus dotes naturales.

Pero si tú no ajases la belleza
Con que quiso dotarte, Cintia, el cielo,
¿Qué corazón habría tan de hielo,
Que no abrasasen tus divinos ojos?
¿Qué alma habría tan ruda,
Ni qué pecho tan bárbaro y ferino,
Que no rindiese el mérito divino,
Oh Cintia, de tus prendas celestiales?
¿Qué fuera de los miseros mortales
Y qué fuera de mí, cuando hoy adora
Mi obstinada locura

Aun las manchas del sol de tu hermosura?
Mas ¡ay! Cintia, ¿tan pocos atractivos
En ti han quedado para aprisionarme,
Que necesites de otros aún más vivos,
Para volver de nuevo á cautivarme?
¿Tan poco intolerable y poco duro
Me ha sido este tirano cautiverio,
Que yo mismo procuro
Decirte, sin recelo de mi pena,
Cómo debes labrarme la cadena?
Cintia, tú no me creas;
Deja, pues, que ese adorno y atavío
Te deje hermosa á ménos riesgo mío;
Pues en ello consigo fácilmente,
Si fe no te merece cuanto he dicho,
Encontrar mi descanso en tu capricho.

II.

(Imitación de unos disparates del *Caballero Marino*.)

Esos ojos, mi bien, por que suspiro,
Son hechos de finísimo zafiro;
Tus labios carmesíes
Son dos bellos rubíes;
Tus dientes celestiales,
¿Qué son sino unas perlas orientales?
Y esas divinas manos,
Cuyas ardientes flechas
Aun las temen los dioses soberanos,
De mármol candidísimo están hechas.
Ese mórbido pecho,
En cuyo espacio breve
Está depositada tanta nieve,
De alabastro finísimo está hecho.
Toda de piedra, Fili, estás formada;
Mas ¡ay! ¿quién pensaría
Que una mujer helada,
Hecha de mármol y de nieve fría,
Tan solamente para mí tuviera
El corazón y el alma hechos de cera?

III.

Apénas divisó el travieso infante
De Celia la beldad, cuando al instante,
Festivo y desalado,
Se arrojó tierno en el regazo amado.
En él juega, retosa (1)
Y bulle blandamente,
Y extiende una vez y otra el inocente
La dulce mano por la cara hermosa.
Celia entre tanto, más afectuosa,
Viendo que el niño en esto se interesa,
Lo abraza una y mil veces y lo besa.
«Por aqueque grandísimo cariño
Que me tienes, le dice Celia al niño,
Más amorosa y ménos lisonjera,
Apretándolo más entre sus brazos,

Tantísimo ha de ser lo que te quiera,
Hermoso hechizo de la vida mía,
Que sólo he de pensar de noche y día
Comerte á besos y matarte á abrazos.»

En esto vuelve, y en la hermosa cara,
Que aún el mismo Cupido la envidiara,
Con más ánsia le da y con más excesos
Un infinito número de besos.
Yo, furioso entre mí y desesperado
De ver cuán francamente había logrado
En su hermosura el inocente niño
Lo que sólo debiera á mi cariño,
Mirando á Celia en la rabiosa calma,
Con los ojos le dije y con el alma:
«Pues de ese dulce empleo
Para morir me basta á mí el deseo
Que dentro de mi mismo pecho lidia,
Mátame de deseo y no de envidia.»

SONETOS.

I.

En tanto que el avaro codicioso
Llora la suerte del caudal perdido,
Y el cortesano vive sin sentido
Por ganarse el favor del poderoso;
Y mientras sin quietud y sin reposo
El ciego enamorado, enfurecido,
La vida acecha del rival temido,
Arrebatado de furor celoso;
Yo, léjos de tan misero desvelo,
Amo el ocio, la paz, la independencia,
Y sólo en mi quietud mis dichas fundo;
Los ojos alzo libremente al cielo,
Sin empacho los pongo en mi conciencia,
Y no espero otro bien en este mundo,

(25 Febrero 1751.)

II.

Estos suspiros, que del pecho mío
Ha arrancado lo ardiente de mi pena,
A cuyo duro oficio me condena
La fuerza de mi propio desvarío;
Queden aquí á pesar del tiempo impío,
Amada Celia, pues amor lo ordena,
Para gloria inmortal de la cadena
Que hoy arrastra cautivo mi albedrío.
Que pues tan firme amor ha de acabarse
Cuando la muerte airada nos divida,
Y una fe tan constante se consuma;
Quiero, por si así puede eternizarse,
Cuando no pueda amarte con la vida,
Adorarte yo entónces con la pluma.

III.

Pastores que del Bétis en la orilla
Contentos conducís vuestro ganado,
Desde que el claro sol alegra el prado
Hasta que en él su hermosa luz no brilla;
Y volviendo de noche á la aldeilla
A tomar el descanso deseado,
La dulce esposa con el hijo amado
Os reciben con paz y fe sencilla;
Vosotros sois los únicos mortales,
Para cuya delicia inventó el cielo
Cuantos bienes el ancho mundo encierra;
Y ¡ay del que, á vista de contentos tales,
Ni encuentra paz aún en el patrio suelo,
Ni halla fe ni verdad sobre la tierra!

(1) *Retosa por retoza*. Desliz de poeta andaluz. (Nota del Colector.)

DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació SALAS en la villa de Jaraicejo, provincia de Extremadura. Fué Capellan Mayor de la Real casa de Santa Maria Magdalena de Recogidas de Madrid, y Académico honorario de la Academia de San Fernando. En 1797 publicó en Madrid la coleccion de las poesías que hasta entónces habia escrito, dedicando esta coleccion á su hermano el general don José de Salas. El primer tomo comprende el *Observatorio rústico*, del cual se habian ya hecho cinco ediciones, la parte principal de los *Elogios poéticos* publicados en 1773, y varias poesías sueltas, *sérias* y *jocosas*. El segundo tomo está dedicado á la paráfrasis en verso castellano de las *Lamentaciones de Jeremías*, himnos, cánticos y secuencias de la Semana Santa y Pascua de Resurreccion, y otros cantos sagrados. Contiene ademas este tomo el *Compendio práctico del púlpito*, obra en prosa del mismo autor.

La vida de DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS fué tan sosesgada y tan sencilla, que no sería aventurado decir que este hombre excelente y modesto no puede tener biografia. Toda ella se reduce á un simple recuerdo de sus virtudes evangélicas.

Este recuerdo está consignado en el epitafio y en la breve noticia que consagró á SALAS don Leandro Fernandez de Moratin, los cuales nos complacemos en reproducir aquí.

C.

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO DE DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.

En esta veneranda tumba, humilde
Yace Salicio: el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
Al trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro,
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

NOTA BIOGRÁFICA DE SALAS, ESCRITA POR MORATIN.

DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS, Capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso, se hallan algunos muy preciosos. El *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de San Anton*, y alguna otra de sus obrillas burlescas merecen leerse. Su persona valia más que sus escritos.

El Príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle y darle alguna de las mejores prebendas de España. SALAS se lo agradecía, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenía un hermano Exento de Guardias, y

una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de SALAS, que iba al estribo del Rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el Rey parar el coche, y que llamase al capellan, el cual se acercó sin admiracion, sin timidez ni orgullo. Le habló el Rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenía de leérselos á la Reina; le encargó que no dejase de enviarle, por medio de su hermano, cualquiera cosa que en adelante escribiese. SALAS, agradeciendo el favor de Su Majestad, prometió cumplir el encargo, despidiéndose, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya le suponía maestra sala de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatían fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrían á buscarle cuando le veían de lejos, le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto la merecía. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

DE DON JUAN SEMPERE Y GUARINOS.

(Biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III.)

El SEÑOR SALAS ha estudiado la naturaleza en sí misma, y, para mejor observarla, ha habitado muchas temporadas, de propósito, en el campo. Fabricó una casa rústica, á su manera; trató con labradores y pastores, no con el fastidio con que lo suelen hacer los cortesanos, precisados por la necesidad ó casualidad, sino íntimamente y como quien encontraba en aquel género de vida su complacencia, informándose de todas sus prácticas y acciones. Por eso las pinturas son las más propias y exactas. Pero algunos echan ménos en ellas la belleza ideal, esto es, aquella elegancia y noble gracia con la cual los mejores maestros hacen más agradable la misma naturaleza, escogiendo de ella lo más hermoso, y quitando las imperfecciones que chocan al sentido.

POESÍAS.

DALMIRO Y SILVANO.

ELOGIO DE LA VIDA DEL CAMPO,

EN VARIOS METROS.

*Beatus ille qui proci
negotiis, etc.*
HOR., *Epođ.*, Od. 2.

SILVA.

DALMIRO.

Dichoso aquel que, como tú, Silvano,
Distante del bulicio
De las grandes ciudades y la corte,
Habita el campo sano;
Léjos está del vicio,
Y sólo la quietud sigue por norte;
Yo con rumbo seguro
Imitarte procuro
En tu feliz reposo,
Pues yo también pretendo ser dichoso.

SILVANO.

Enhorabuena sea,
Y lo logres así, Dalmiro amigo,
Como tu paz desea,
Disfrutando conmigo
Los abundantes bienes
Que en estos valles á la vista tienes.

DALMIRO.

Yo, que fui largo tiempo cortesano,
Como ya te canté pasados días,
Retirado á estos montes,
Dejé el deleite vano,
Y hallando aquí seguras alegrías
En los anchos y claros horizontes,
La mansion que este prado me prepara,
Por el mayor palacio no trocará.

SILVANO.

Yo también, ciudadano en otro tiempo,
Y en los quebrantos de la inquieta vida,
Tocando el desengaño,
Tomé la fiel medida,
Para huir de las redes del engaño;
Y habitando gozoso
Este campo espacioso,
No haya miedo que vuelva
A dejar ya jamás la quieta selva.

DALMIRO.

Aquí, donde las cabras despeñadas
Bajan precipitadas,
Formando de la sierra en las mansiones,
Con inquietas pendientes divisiones
(Dando á las fuentes celos)
Vivientes arroyuelos,
En puros manantiales
De los valles frondosos,

Bebemos puras aguas naturales,
Sin resabios viciosos
De civiles conductos,
Las más veces dañosos,
Pues sus artificiosos acueductos,
De la cal ó metales,
Infunden acrimonia á los raudales.

SILVANO.

Aquí donde la avena,
Para nuestro contento,
Nos da el rudo instrumento,
Que por los montes cóncavos resuena,
En vez de las heroicas poesías
De los pasados días,
Gozosos componemos,
En el modo más fácil que podemos,
Para que alegres canten las pastoras
En sosegadas horas
Y coros unisonos,
Sencillas letras y agradables tonos,
Disfrutando pacíficos y gratos
Castos amores y seguros tratos.

DALMIRO.

Aquí, donde despues del quieto sueño
De la tranquila noche despertamos,
Antes de amanecer, atentamente
En el cielo observamos,
Al tiempo ya de huir el triste ceño
De las opacas sombras de Saturno,
El Oríon brillante por su turno,
Y otras estrellas mil que conocemos,
Que á los valles preparan la llegada
De la risueña aurora sonrosada,
Del canto de las aves aplandida,
Anunciando á los montes la venida
Del benéfico sol, que luego vemos
Con radiantes vislumbres
Dorar las altas puntas de las cumbres.

SILVANO.

Aquí, donde las plácidas pastoras,
De intencion y de cuerpo siempre sanas,
Se ven á todas horas
Encarnadas, robustas y contentas,
Con vestiduras anchas y sencillas;
Al paso que las tristes cortesanas
Oprimidas están y violentas
Con estrechos vestidos y calzados;
En los amenos prados
De quieta paz gozamos y reposo,
Y de toda discordia carecemos,
La inquietud y el afán no conocemos,
Y al fin, en este valle venturoso,
En todo soy, Dalmiro, afortunado,
Pero en mi triste amor, muy desgraciado.

DALMIRO.

Yo adoré una beldad allá en la corte,
Que me dió muchos celos y quebrantos;
Yo la quise, Silvano, por consorte,
Y ella, siempre inconstante,
Ocasiones le dió de muchos llantos
A mi pecho verídico y amante;
Era vana y altiva,
Voltaria y vengativa,
Pues con raro capricho y ligereza
Despreciaba el tesón de mi firmeza,
Y entre tantos galanes como via,
Su corazón mudaba cada día;
Pero aquí la pastora
A quien el alma adora,
Es sencilla y segura,
De una firme verdad y una fe pura,
Y á su bondad atento,
Yo no puedo explicarte mi contento.

SILVANO.

En el amor dichoso que me cuentas,
Mi fortuna á la tuya en todo cede,
Pues al revés con Fílis me sucede.

DALMIRO.

Cuéntame, pues, de Fílis los rigores,
Y tus amantes ansias violentas,
Y te diré de Dóris los amores.

ANACREÓNTICAS.

SILVANO.

Pues escucha el dolor del alma mía,
Por corto desahogo de mi pena,
Desde el primero día
Que la ví de mis ansias bien ajena:
Sentada estaba Fílis
En un ameno prado,
De mil flores sembrado,
Habitation frondosa de Amarílis;
Con su mano graciosa,
Ya una rosa cortaba,
Ya un clavel deshojaba,
Ya una abeja ahuyentaba temerosa,
A las flores vecinas,
Las otras más distantes
Envidiaban amantes,
Obsequiosas y finas,
Pues á ninguna de ellas la pesár:
Estar donde su mano la alcanzára.
A las ligeras aves
Las alas les pedían,
Para ver si podían
Con impulsos suaves
Volar sin embarazo
Y venir á ponerse en su regazo.
A veces con despejo
Un pájaro espantaba,
Y á veces con gracejo
La mano atravesaba
En alguna corriente,
Y el agua detenía blandamente.
En esto se empleaba,
Así se divertía,
Así pasaba el día,
Y pacíficamente reposaba;
Mas yo, que la miraba,
De amor y pena lleno
Al ver mi triste seno
Con tan duro quebranto,
Exclamé al cielo santo:
Haced que ella me quiera,
Y que de penas muera,
Como yo estoy penando,
Ya que ella de mi amor se está burlando.
¡Oh Fílis venturosa y sosegada!
Hoy eres envidiada,
Igualmente de mí que eres querida,
Dúlete de mí pena desmedida;
Y pues en este prado,
En donde has reposado,
Tu descanso se mira satisfecho,
Vuélvete hácia mi pecho,
Y como te has holgado con las flores,
Hazlo con mis amores.
A este punto llegaba
De mi razonamiento,
Cuando mirando atento,
Vi que se levantaba;
Yo quedé sin aliento
Al ver que con ligera planta esquivo
Por el valle se iba,
Y aumentando su fuga mi tormento
Con las echadas flores de su asiento,
Que por irla mirando,
Poco á poco se fueron levantando;
Ellas y yo, cual girasol amante,
Siguiendo su semblante,
Extendiendo los cuellos
A ver sus pasos bellos,
Observándola fuimos,
Hasta que al fin de vista la perdimos;
Y ellas en pié otra vez de aquesta suerte,
Esperando su vida y yo mi muerte,

Queríamos á porfia
A ver si vuelve Filis otro día
A hacer de ellas asiento
Y á duplicar ingrata mi tormento.

DALMIRO.

Dóris y yo solemos
Salir al verde prado muy temprano,
Las redes y añagazas disponemos,
Con que alegres cogemos
Los pájaros que vienen sin medida,
Con el calor molesto del verano,
Al agua que por cebo les ponemos;
Yo voy, y por mi mano
En la red prevenida
Escojo el más pintado y más gracioso,
Y á Dóris con primor se le presento,
Que llena de contento
Le toma con ahínco presuroso,
Le mira y le acaricia
Con singular delicia,
Y luego con su mano delicada
El cuello le repasa muy contenta,
Y la pluma le deja más sentada,
Los cañones le cuenta
De la cola y el ala,
Y con alguna cinta le señala;
Le toma por los pies, la mano ondea,
Y ansioso por huir, él aletea,
Y luego cuidadosa,
Le recoge en el puño blandamente,
Dejando descubierta solamente
La cabeza graciosa,
Le besa muchas veces en el pico,
Le dice mil requiebros inocentes;
Y de su cautiverio lastimada,
De la mano apretada,
Entre sus bellos dedos transparentes,
Aflojándole va muy poco á poco,
Y con tierno ademan, al fin le suelta.
El, tomando una vuelta,
De regocijo loco,
Va diciendo que Dóris es hermosa,
Afable y generosa,
Y en su canto fecundo
Alabándola va por todo el mundo,
Con halagüeño silbo y dulce acento;
Y á casa nos volvemos al momento,
Llenos de paz, descanso y alborozo,
Con muchos pajarillos y más gozo.

SILVANO.

Yo vi sobre un romero
Un pájaro ligero,
Que hacía el suelo volaba,
Y en la hierba picaba,
Al romero subía,
Y alegre gorjeaba;
Filis, que le vió un día,
Contenta le llamaba;
El pájaro venía,
Y en su mano posaba;
Con él se divertía,
Y luego le soltaba;
El pájaro volvía,
Y así se recreaba
En cogerle y soltarle todo el día;
Y al ver el pajarillo afortunado,
De crecido dolor arrebatado,
Le dije pesaroso:
¡Quién así como tú fuera dichoso!

DALMIRO.

Al pié de un alto fresno recostado,
Junto á la fresca margen de un arroyo,
Entre el blando susurro de las aguas,
De la mansa corriente
A la sombra feliz tranquilamente,
Escuchaba, de gozo enajenado,
Sobre el ligero apoyo
De un florido ramillo,
A un alegre y pintado pajarillo,

Que con dulce gorjeo
En el valle ofrecía
Grata satisfaccion á mi recreo
En la quieta estacion del mediodía,
Cuando improvisamente
Advertí que, asustado de repente,
El pájaro tomando recio vuelo,
Se remontó hasta el cielo;
Sentí pasos, y al punto volví airado
A ver el agresor inadvertido
Que le había espantado,
Cuando vi, con fortuna de mi alma,
A mi dueño querido,
Que á mi pecho traía mayor calma;
Y en tan feliz acaso,
Acercándose á mi con dulce paso,
Trocando en alegría el sentimiento,
La dije, poseído de contento:
Llega, Dóris hermosa,
Y á esta sombra crecida,
Que con el fresco viento,
A la paz y al descanso nos convida,
Sentada sobre el verde pavimento,
A mi lado reposa,
Y ojalá, bella Dóris, si te fueras,
Que mil veces volvieras,
Aunque mil pajarillos me espantáras,
Y otras mil diversiones me quitáras.

SILVANO.

Una clara mañana
Del Mayo delicioso,
Cuando el sol coronaba
Los matizados chopos,
Cuando el céfiro blando,
Con halagüeños soplos,
Movía de los sauces
Los pendientes adornos,
De las rústicas vides,
Que entre lupios viciosos
Y entretejidas hiedras
Guarnecían sus troncos,
Con cuyo dulce ruido
El jilguero canoro
En repetidos trinos
Alternaba gozoso
Entre las espesuras
De los crecidos olmos,
Al compás del susurro
De los mansos arroyos,
Cuando el florido espino
Por el espacio todo
De la tranquila selva
Esparcía copiosos
Perfumes, que de aromas
Inundaban el soto,
A divertir mis tristes
Cuidados amorosos
Salté, poblando el aire,
Con lamentable tono,
De repetidas quejas,
En ayes lastimosos;
Y al llegar á una fuente
Escuché sobre el tronco
De un solitario fresno
Los arrullos quejosos
De una tórtola triste,
Que de su ausente esposo
Se quejaba afligida,
Y con acento bronco,
Parece que á las otras
Decía de este modo:
Ya no hay fe en los amantes,
Ya no hay amor dichoso,
Ya es todo fingimiento,
Ya es inconstancia todo;
Al escuchar su pena,
Vi que no era yo solo
De un amor desgraciado
Miserable despojo;
Y si la tortolilla,
Ejemplo tan notorio

Del amor más constante,
Publica con asombro
Que su esposo la deja
En cruel abandono,
¡Qué haré yo de una ingrata,
Que siempre con enojo
Escucha mis suspiros,
Lamentos y sollozos?
Y pues no hay otro medio
En trance tan penoso,
Llore la tortolilla,
Llore, y lloren mis ojos.

DALMIRO.

Celoso estuve un tiempo
Por un soñado agravio
De mi Dóris querida;
Y con duro despecho,
Desatando mi labio
En queja repetida,
Di libertad á mi sentido pecho;
Mas Dóris, que inocente
De tal traición se hallaba,
Me escuchó muy serena
En la frondosa margen de una fuente;
Y al ver que no cesaba
De repetir mi pena,
Trazó con un engaño
Ingenioso y amante
Apaciguar mi daño,
Y mostrar de su afecto lo constante.
«Tienes razón, me dijo;
Detrás de la espesura
Que cubre el agua clara
De aquesta fuente pura,
Está, según colijo,
Oculta de mi bien la bella cara;
Asómate, que al punto
Verás en sus cristales
La causa de tus males;
Observa en su trasunto
Esto que te prevengo,
Y verás la razón que en ello tengo.»

Y yo entonces celoso,
Apariando las ramas,
Que la fuente cubrían,
Me asomé presuroso,
Y entre las verdas lamas,
Que las frescas orillas guarnecían,
En un pequeño trecho,
Por donde el agua estaba descubierta,
Vi mi semblante airado;
Yo me quedé admirado,
Alegre y satisfecho,
Resucitando mi esperanza muerta;
Contempléme dichoso,
Y conociendo de mi Dóris bella
El enigma ingenioso,
Mitigné mi querella;
Y viendo ya mi dicha declarada,
Con voz apresurada,
Muchas veces alegre repetía:
Este soy yo; ¡qué dicha, Dóris mía!

SILVANO.

Yo también con razón poco fundada
De Filis tuve celos cierto día,
Y ella, de mis congojas enterada,
Al oír de mis quejas la porfía,
Para hacerme tocar el desengaño,
Y aumentar más mi daño,
Sin dejarme resquicio de esperanza,
Y hacerme ver que á mí ni á nadie quise
(Como de su respuesta bien se infiere),
En tono de desprecio, burla y chanza,
Con semblante severo,
Me dijo displicente:
«Ten celos de mí propia solamente,
Pues yo, si no á mí misma, á nadie quiero.»

DALMIRO.

Mi Dóris cada día

En sus cerrados huertos
Registra los botones de las flores,
Y con gran alegría,
Cuando ya los ve abiertos,
Por pagar mis amores
Los recoge contenta,
Y las primeras flores me presenta.

SILVANO.

Pues Filis, siempre ingrata,
En los fieros rigores y despechos
Con que continuamente me maltrata,
En vez de bellas flores peregrinas,
Sólo ofrece á mis ruegos
Desdénosas y trágicas espinas.

DALMIRO.

El día venturoso
Que á mi Dóris hermosa
Dije que para esposa la quería,
Modesta y vergonzosa
El rostro con la mano se cubría,
Y por donde la mano no alcanzaba,
El honesto carmin se descubría,
Que testimonio daba
De su puro candor y su recato;
Disimuladamente se reía,
Y me miraba con semblante grato;
Quería responder y se turbaba.
Y á decirme su amor no se atrevía;
Con el afecto y el pudor luchaba,
Y articular palabra no podía;
Con sus modestos ojos declaraba
Lo que su honesto labio no decía,
Y yo, que en las señales que me daba,
Mi venturosa suerte conocía,
Por feliz me contaba,
Y ya desde aquel día,
Al ver su corazón casto y sincero,
Si ántes la quise mucho, más la quiero.

SILVANO.

Pues yo, siempre confuso y desdichado,
A Filis declaré mi pensamiento,
Y en vez de recibirle con agrado,
En cólera encendida y descontento,
Me dijo con disgusto y con franqueza
Que perdería el tiempo y la fineza;
Y aún, con un desengaño tan visible,
Yo no puedo olvidarla, ni es posible.

DALMIRO.

Escondido en el soto el otro día,
A Florindo escuché, que así decía:

ENDECHA REAL.

Al pié de un alto fresno
Se quejaba Florindo
De su edad avanzada,
Y de su triste misero destino.
¡Ay juveniles años,
Ay semblante florido,
Ay venturoso tiempo
En que de las pastoras fui querido!
¡Ay edad, repetía,
Cuyo dulce atractivo
Los ojos arrastraba
Del corazón más duro y más esquivo!
Tú, valle, en otro tiempo
Tú fuiste buen testigo
De los gratos amores
Que disfruté á la orilla de este río.
De la rubia Luisinda
Poseí los sencillos
Casi pueriles brazos,
Primer amor que tuvo el pecho mío.
Eramos tan pequeños,
Que mi labio lampiño
Aun no estaba cubierto
Del varonil reciente negro viso.

¡Qué inocentes requiebros
Y qué halagos tan finos
Ocuparon las horas
De aquel feliz pasado tiempo antiguo !
Tú, Jerte, bien lo sabes,
Pues á tu cristalino
Claro raudal mil veces
Enamorados celos nos pedimos.
Tú llevabas al Tajo
Los secretos avisos
De mis satisfacciones,
Y otras veces tambien de mis suspiros.
El día que no hallaba
En el soto sombrío
A mi amada Luisinda,
Con mi llanto corrias más crecido.
Mil veces te paraste
A ver nuestros cariños,
Y otras mil, de mis dichas
Envidioso, seguiste tu camino.
No permitió el estado
De civiles caprichos
Que enlazase Himeneo
Nuestros enamorados albedríos.
En tan duro quebranto,
En dolor tan crecido,
Por no morir de pena
Retirarme á otro valle fué preciso.
En él de otras zagalas
Tambien gocé benigno
Venturosos amores,
Y así pasé los años más propicios.
Pero ya que mis canas,
Con modo intempestivo,
Del tiempo, que aún no tengo,
Anticipadas, son falsos testigos.
Dorinda me desprecia,
Y con desden altivo
Se ofende de los ayes
Que desde aqueste tronco la dirijo.
No quiere que la mire,
Y con raro desvío,
Huyendo de mi lado,
Elige el más distante opuesto sitio.
De celoso me acusa,
Sin ver que este delito,
Si yo no la adorara,
En la vida le hubiera cometido.
Yo la vi en otro tiempo
Que con ménos esquivo
Y ceñudo semblante
Me permitia afable algun alivio.
Pero ya me aborrece
De suerte que imagino
Que mis propios obsequios
Serán ya mis mayores enemigos.
Y pues soy desgraciado
En todos mis designios,
No encuentro más remedio,
Que morir al rigor de mi martirio.

SILVANO.

Oyendo un pajarillo que cantaba,
Y toda mi atencion arrebatada,
Contemplando mi muerte,
Afligido le dije de esta suerte :

ROMANCE.

Lisonjero pajarillo,
Que en gorjeos y cadencias
Ejecutas mil primores,
Con voz grata y halagüeña,
Sobre el natural apoyo
De aquea rama ligera
Toma dilatado vuelo,
Y cruzando las esferas,
Acelera tu camino,
Y al ameno sitio llega
En donde la ingrata Filis

Sus ganados apacienta,
Y esos mismos apacibles
Gorjeos, que me recrean,
Y otros muchos más, si sabes,
Repíteselos á ella :
Diviértela, pajarillo,
Y dila.....; pero ¡qué pena
Cubre el pecho al contemplar
Que de modo que te entienda,
Nada le podrás decir
Del rigor de tanta ausencia !
¡Qué lástima, pajarillo,
Que tú no sepas mi lengua !

DALMIRO.

Ausentábase Dóris de estos valles
Al rayar la primera luz del día ;
Pero yo, desvelado y congojoso,
A los más altos cerros me subia,
Y con afán ansioso
Por el largo camino la seguia ;
A veces me cansaba,
Y en la florida tierra me sentaba,
Y reparado ya por algun tanto,
Volvia á mi quebranto,
Y subiendo á la cima de algun monte,
Todo el ameno campo registraba,
Hasta que descubria
Señales de la prenda que buscaba ;
Ya divisar solia
Por el triste horizonte
La luz que se me huia ;
Y el polvo que el camino levantaba,
Que como parda nube la cubria,
De su situación seña me daba,
Y de corto crepúsculo servia
A la abundante luz que se alejaba,
Cual suele por un rato escasamente
Quedar iluminado el occidente.
La vista al claro cielo levantaba,
Las manos enlazaba y comprimía,
A veces á la tierra me inclinaba,
Y tan amargamente me afligia,
Que las flores pisaba,
Sin ver dónde el errante pié ponía ;
Triste me lamentaba,
Y con voz lastimosa así decia :
Yo pierdo en Dóris hoy una hermosura,
Un talento y virtud, que igual no tienen,
Un honesto agasajo y una gracia,
Una sinceridad y un alma pura,
Con otras muchas prendas que convienen
A su grande belleza y mi desgracia,
Pues su mérito aumentan,
Y hoy á mi con su fuga me atormentan ;
No los rayos brillantes
De costosos diamantes,
No el rizado cabello
De artificiosa mano,
No el lustroso tejido,
No el adorno del cuello,
Ni aliño cortesano,
No la nueva figura del vestido,
El calzado pulido,
El ajustado talle, ni otras cosas
Que las damas hermosas
Que viven en la corte
Suelen seguir por norte,
Con mil artificiosos aparatos,
Que aprecian con tesón los insensatos,
Me tienen, Dóris mia, de este modo ;
Que es sólo tu bondad, tu fe segura,
Que eres tú sola, sola tu hermosura,
Porque tú sola vales más que todo.

SILVANO.

Y la constante Dóris aquel día,
Dejándote, Dalmiro, ¿cómo iria ?

DALMIRO.

Ella, que violenta se ausentaba,
Aun más triste se fué que yo quedaba.

SILVANO.

Pues yo con mayor pena,
Aunque ménos dichoso,
Otro día funesto y desgraciado,
En que se ausentó Filis de este prado,
Sentido y pesaroso,
Con más justas razones me dolía,
Y con sencillo amor la preguntaba
Que cuándo volvería,
Y ella, que como siempre me escuchaba
De su grato tesón en la porfía,
Jamás, me dijo con semblante fiero,
Porque ya ningún día,
Por no volverte á ver, volver no quiero.

DALMIRO.

Estos días pasados que del soto
Algun tiempo, Silvano, ausente estuve,
Oye una carta que de Dóris tuve:

«Pastor, que de mis ojos
Ausente y fugitivo,
Hace ya que te lloro,
Sin encontrar alivio,
Días que mi tormento
Me los cuenta por siglos;
Tú, que en los verdes prados
De esos amenos sitios
Vives entre zagalas,
Alegre y divertido,
Bien distante y ajeno
De los tormentos míos,
Has de saber que un día,
Por templar mi martirio,
Llegué hasta la cabaña
Del rústico Salicio,
Y en las floridas plantas
De su bello recinto
Una roja amapola
Corté con regocijo,
Y al tiempo de prenderla
Sobre el blanco pellico,
Al soplo violento
Del céfiro atrevido,
Se deshojó, volando
Por desiguales giros;
Yo, mirándola atenta,
Al ver su fin marchito,
Su frágil permanencia
Y trágico destino,
Afligida la dije,
Con un tierno suspiro:
A Dios, vivo retrato
Del amor de Dalmiro.»

SILVANO.

Está fina, quejosa y bien dispuesta.

DALMIRO.

Pues escucha, Silvano, la respuesta.

OCTAVA.

Si la suerte de tí me tiene ausente,
Y de mí fe constante recelosa,
En mi memoria estás siempre presente,
Y no tienes razón de estar quejosa;
Mi corazón te adora firmemente,
Sosiega, bella Dóris y reposa,
Pues con tanta experiencia, yo me admiro
Cómo piensas así de tu Dalmiro.

SILVANO.

En la oculta mansion de una arboleda,
Filis el otro día
Cantaba sosegada
Con dulce melodía,
Creyendo que de nadie era escuchada,
Pero yo, que la oía,
De repente salí lleno de gozo,
Y rendido á sus piés, con alborozo
La dije la siguiente poesía:

MADRIGAL.

Si el celebrado dios de los poetas
Pudiera, por milagro de su lira,
Hacer que en todo el orbe resonara
El dulce acento que tu voz respira,
¡Oh cuánto su poder se celebrara
Por todos los espacios que el sol gira!
¡Cuánto la bella fama no cantara
Por el clarín retórico que inspira!
¡Y cuánto dignamente
La venturosa gente,
Con mil admiraciones,
Te llenaría al fin de aclamaciones!
Mas yo, en nombre de todos,
Te tributo infinitos rendimientos,
Pues todos son debidos
A tus altos talentos,
Y músicos primores nunca oídos,
Jamás debidamente celebrados,
Ni jamás con el oro bien pagados;
Pues si el oro es un premio que se encierra
En los groseros senos de la tierra,
Tu mérito contemplo,
Que sólo en los Eliseos tendrá ejemplo:
En ellos con Terpsicore reposas,
Y la diestra Calíope te alabe
Con su heroica grandeza,
Como tú lo mereces y ella sabe,
Pues ésta es la moneda en que los dioses
Dieron el justo precio á tu destreza,
Siendo las dos, dos prendas inspiradas,
De su sagrado núnmen derivadas,
Tocando peregrinas
En la suprema clase de divinas.
Escuchó mis obsequios, pero, ingrata,
En vez de agradecer mi elogio justo,
Manifestó disgusto,
Y en venganza juró, con duro pecho,
No volver á cantar, y así lo ha hecho.

DALMIRO.

Al concertado son de su instrumento,
Dóris también cantaba una mañana,
Llenando de armonía el claro viento,
Porque mi Dóris bella
En cantar y tañer es soberana.
Oye, en elogio de ella,
El siguiente soneto, que gozoso,
La dije enamorado y obsequioso:

SONETO.

Herido de tu voz el dulce viento,
Tañido el instrumento por tu mano,
Jamás el valle oyó tan soberano,
Delicado, armonioso y grato acento:
Suspense el prado y á tu voz atento,
Al escuchar que excede de lo humano,
Convencido confiesa que es en vano
Buscar otra delicia ni contento.
Transformada en graciosa Filomena
La dulce agilidad de tu garganta,
Prodigiosa tu mano en cuanto toca
Con halagüeño impulso y voz serena,
La suave dulzura que me encanta,
Destilas por tu mano y por tu boca.

Escuchóme contenta, y desde entónces
Canta todos los días, muy pagada,
Sólo por saber ya que á mí me agrada.
Oye la bella letra que, en mi abono,
Ayer la oí cantar con dulce tono:

CANCION.

Más quiero la cabaña
De mi pobre Dalmiro
Que todos los rebaños

Del poderoso Anfriso.

Más estimo el nevado
Vellon de su pellico
Que las lustrosas sedas
De costosos tejidos.

Sin él todo me falta;
Con él, para mi alivio,
Me surten estas selvas
De cuanto necesito.

Cuando su voz escucho,
Desciende del oído
Hasta mi amante pecho
Todo el consuelo mío.

Con encarnado almagre
Su nombre tengo escrito
Sobre la blanca espalda
De un tierno corderillo.

Muchas veces le leo,
Y otras tantas repito
La venturosa suerte
De mi feliz destino.

El cordero, contento,
Anda siempre conmigo,
De mi halagüeña mano
Dulcemente atraído.

Más vale mi cordero
Que todos los apriscos
De las mansas ovejas
De estos amenos sitios.

Regalásele quiero
A mi amado Dalmiro,
En prueba de lo mucho
Que constante le estimo.

Cuando era corderilla,
Él, liberal y fino,
Me regaló la oveja
Que le parió tan lindo.

Suyo será el cordero,
Y en siéndolo, imagino
Que será de mí entonces
Aun mucho más querido.

Porque todas las cosas
Que en estos valles miro,
Como no sean tuyas,
En nada las estimo.

Más deseo el reposo
De su albergue pajizo
Que los dorados techos
De reales edificios.

En él gozar espero
Mi descanso tranquilo,
Cuando el dulce himeneo
Enlace nuestros castos albedríos.

SILVANO.

Tú eres, Dalmiro, en todo afortunado,
Al paso que yo soy tan desgraciado;
Y en testimonio claro y verdadero,
Oye el nuevo dolor que te refiero.

DALMIRO.

Cuenta, Silvano amigo, tus dolores,
Porque suelen, contados, ser menores.

SILVANO.

El pié del rudo tronco de una encina,
Sobre una tosca piedra reclinado,
Enfrente de los restos de una ruina
Que hay en lo más oculto de este prado,
Para dar á mi pena desahogo,
Cantaba con ahogo,
En triste y ronco tono, amargas quejas,
Infundiendo pavor á las orejas
De todos los vivientes,
Que en los valles contiguos
Oían las dolientes
Funestas expresiones
Que esparcía mi voz por sus mansiones,
En sáficos y adónicos antiguos;
Oye la pena mía,
Y el acerbo dolor que prorumpia:

SÁFICOS Y ADÓNICOS.

Corre sin tasa, triste llanto mío,
Y lleva á Filis la noticia infausta
De que á las manos de su esquivo ceño
Vivo penando.

Sepa que fiero su desden altivo
Es el verdugo que mi corta vida
Me va quitando, con penosa y lenta
Muerte tirana.

Su duro pecho, parto de las rocas,
Su ingrato genio, de las fieras hijo,
Siempre me tiene con continuo y raro
Largo tormento.

De mis lamentos y de mis suspiros,
Que por la selva suenan solitarios,
Aprende nuevos ayes la viuda
Tórtola triste.

Las agoreras y nocturnas aves
Oyen con susto los confusos ecos
De mis continuas desveladas quejas
Toda la noche.

La blanca luna, la nocturna sombra,
La aurora bella y el lucero claro,
La luz del día y el dorado Febo,
Me hallan llorando.

El recio golpe de la inquieta espuma,
Que bate altiva las vecinas rocas,
No hacen tan triste y espantoso ruido
Como mi llanto.

La rota quilla de la infausta nave,
Al fiero impulso del crecido viento,
No es tan funesto temeroso acaso
Como mi pena.

Ojalá, Filis, que jamas te amara,
Que así mi pecho, lleno de fatigas,
Ahora se viera, cual en otros tiempos,
Libre y tranquilo.

No hay en el mundo mal tan cauteloso,
Muerte ni daño ménos advertido,
Como el tirano fiero amor, que astuto,
Mata callando.

Con dulces gracias, en halagos tiernos,
Al pecho brinda que se engolfa incanto,
Y al fin ofrece con desden y celos
Trágico sínes.

Él desconfía sin motivo alguno,
Él se fastidia cuando más desea,
Él aborrece lo que quiere fino,
Y él es un cáos.

Él se asegura y él se contradice,
Él vitupera y él alaba á un tiempo,
Él jura firme y él promete fácil,
Y nada cumple.

Él se enfurece y él se desenoja,
Él es amigo y enemigo á veces,
Y la inconstancia para sus empresas
Es su cimiento.

Solo mi triste pecho dolorido,
Lleno de penas, de congojas lleno,
Es, para darme repetidas muertes,
Firme y constante.

¡Oh qué dichoso, quién de sus saetas
Se libra cauto, se resiste fuerte,
Y nunca prueba su eficaz y activo
Dulce veneno!

Ten piedad, Filis, de mi dura suerte,
Haz venturoso mi cruel destino,
Y ten por cierto que ántes que te olvide
Faltará el mundo.

Acabé, y al momento alcé los ojos,
Y vi á Filis, que atenta me escuchaba,
Y por dar más aumento á mis enojos,
De mis amantes ansias se burlaba.

DALMIRO.

Cada vez con tus quejas,
A compasion de nuevo me provocas,
Y admirado me dejas,
Pues hallo que es de Filis (según veo),
Para tu fiel deseo,

El corazón más duro que las rocas.

SILVANO.

Yo siempre fui, Dalmiro, desdichado,
En el presente tiempo y el pasado,
Y por distintos modos,
No sólo los amores pastoriles
Originaron mis quebrantos todos,
Que también los civiles
Alteraron mi paz y mi contento
Por rumbos más extraños,
Y en prueba verdadera de mis daños,
Oye, y duelete más de mi tormento:
Yo quise en la ciudad donde vivía,
Una gallarda joven, que obsequiosa,
A mis ansias leal correspondía;
Era fina y hermosa,
Apacible y honesta,
Recatada y modesta,
De constante firmeza y de fe pura,
Y palabra segura;
Que también hay beldades
De firme corazón en las ciudades;
Pero el adverso hado,
Para que siempre fuese desgraciado,
Trocó mi feliz suerte
En mi mayor quebranto
Con su temprana muerte;
Préstame atento oído,
Y escucha con espanto,
De gemido en gemido,
La fúnebre elegía y triste canto,
Que con este motivo tan funesto
Hice bañado en llanto,
Y ahora con la pena,
Que cruel nuevamente me enajena,
Echando á mi desgracia el triste resto,
Con amargo dolor te manifiesto.

DALMIRO.

Ya te escucho, Silvano,
A tus crecidas ansias vigilante,
Y ojalá que, propicio en adelante,
Sea el cielo contigo más humano.

SILVANO.

Oye, pues, la canción en que mi pecho
Prorumpió al fin, en lágrimas deshecho:

ELEGÍA.

Rompa el misero són de las entrañas,
Con el triste gemido de mi acento,
El enlutado viento,
Y en suspiros frecuentes,
Acompañe mis lágrimas dolientes.
Llore sobre las ruinas de un cadáver,
Que edificio se vió, donde vivía
Un alma que fué mía,
El estrago espantoso
Del prodigio mayor y más hermoso.
No cese de llorar eternamente
La pérdida fatal é irremediable
De un corazón amable,
Y de un alma tan pura,
Que añadió tanto timbre á su hermosura.
Publique mi dolor de polo á polo
La pena desmedida y el despecho
Que de mi triste pecho,
Con ímpetu rabioso,
Me arrebató la dicha y el reposo.
Fijos los ojos en la tierra dura,
La mejilla en la mano reclinada,
De lágrimas regada,
Contemplando mi pena,
Humedezco la seca y tosca arena.
Del crecido dolor arrebatado,
Extendiendo los brazos miro al cielo,
Piso confuso el suelo,
Despedazo el vestido,
Y nuevo á compasión con mi gemido.

Las lágrimas vecinas á los labios
Corren hasta los senos de la boca,
Y el dolor que provoca
Mi triste y dura estrella,
Vuelve á beber el corazón por ella.
Aquellos ojos donde hallé consuelo,
Yacen enjutos, tristes y cerrados,
Oscuros y empañados,
Y en lo que fué alegría,
Hoy encuentro el dolor del alma mía.
Llamo á mi bien y ya no me respondo,
Escucho con silencio atentamente,
Discurro diligente,
Lloro, suspiro, callo,
Busco el alivio, pero no le hallo.
Con el dedo en el labio, pido á todos
La suspensión atenta y el recato;
Pero más me arrebató
Al ver que de su boca, ya cerrada,
Ni sale aliento ni se escucha nada.

El claro resplandor que de sus ojos
Al cristalino sol hizo la salva,
Y envidia fué del alba,
Ya para mi quebranto,
Cubre la triste noche con su manto.
Aquellas dos estrellas peregrinas,
Que tan crecidas dichas me influyeron,
Ya desaparecieron,
Ya me las ha ocultado
De la muerte el sacrilego nublado.
En cristalinas lágrimas bañada,
La vista melancólica y sentida,
A las flores convida
A que lloren con ella
La vecindad perdida de su huella.
Ya huiré de los sitios deliciosos,
Donde alegre gocé tiernos amores
Entre los apacibles ruiseñores,
Y sólo llegarán á mis oídos
Los ayes de los buhos doloridos.

No haré mullido asiento de las flores,
Sólo entre las malezas de los prados
Esparciré lamentos alternados,
Y el pecho tejerán para mi sueño
La nociva cicuta y el beleño.
Páreceme que escucho de las aves,
En afligido canto y silbo tierno,
Con sentimiento eterno,
La falta irremediable
De su voz balagüeña y agradable.

Ya faltó para siempre de mi oído
Aquel gracioso tono y dulce acento,
Que con tanto contento,
En apacible calma,
Recreaba los senos de mi alma.
Las manos que miré resplandecientes,
Aquellas que toqué con tanta dicha,
Ya, para mi desdicha,
Veo en tiempo tan breve,
Sin mezcla de carmin, de sola nieve.
Vista ya eterno luto para siempre
Este mi triste cuerpo miserable,
Y al són desagradable
Del misero lamento
Vaya siempre el dolor en más aumento.

No deseo el alivio en mi quebranto,
Antes bien solicito que la pena,
De compasión ajena,
El nudo de la vida desenlace,
Y con mi bien me lleve donde yace.
Sólo es la dura muerte el bien que espero,
Ella sola podrá darme alegría;
Pues como el alma mía
Ni vive ni reposa,
Sólo allá con mi bien será dichosa.
Tal me tiene mi pena, que ya ignoro,
Aunque vivo me veo, si estoy vivo,
Y de su brazo esquivo
Al duro golpe, creo
Que he muerto con mi bien y allá la veo.
Duelete de mi mal, sañuda muerte,
Escucha de mis ruegos la eficacia,

Y atenta á mi desgracia,
Restituye otra vez, compadecida,
A mi dueño y á mí la dulce vida.

DALMIRO.

Haz ya por olvidar pasadas penas,
Y de filis los ásperos rigores,
Y cerca de estas márgenes amenas,
Sobre los frescos céspedes sentado,
Disfrutando del prado los verdores,
De tus mortales ansias distraído,
Entrega tus congojas al olvido,
Y oye, para aliviarte en tu cuidado,
La vida más feliz que has escuchado.
Ya sabes que el pastor Silvio dichoso
Era un rico señor que allá en la corte
Tuvo empleos honrosos y elevados,
Gloriosos ascendientes celebrados
En ilustres abuelos;
Y ahora más que entónces venturoso,
Con su bella consorte,
Una pequeña hija muy graciosa
Y otros tiernos hijuelos,
Habita la frondosa
Campiña que se extiende hasta la sierra,
Dueño de cuanto encierra,
En ganados, plantíos y labores,
Esa tierra espaciosa,
Abundante de frutos y de flores,
Siendo en la quieta suerte que ha elegido
Más rico y más feliz que nunca ha sido:
Oye su vida, pues; que al escucharla,
Te darán mil deseos de imitarla;
Está, Silvano, atento,
Que ella es tan natural como te cuento:

MADRIGAL.

Apénas amanece se levanta,
Almuerza bien y sale á ver su hacienda,
Se vuelve al mediodía,
Y come sin zozobra ni contienda;
Por la tarde pasca, ríe y canta
Con jovial alegría;
Llega la noche, se recoge á casa,
Y ve á sus gentes que contentas juegan,
Oye las gracias de sus tiernos hijos,
Se divierte sin tasa,
Y á los criados que del campo llegan
Pregunta por sus hazas y cortijos,
Por sus frutos, ganados y labores,
Y rodeado al fin de sus pastores,
Gañanes, hijos y mujer sencilla,
En un crecido plato ó escudilla
Cena con regocijo y con descanso,
Y disfruta despues el sueño manso.

SILVANO.

Una vida tan quieta y sosegada,
Bien puede ser de todos envidiada,
Y en las crecidas penas con que lidio,
Yo mucho más que nadie se la envidio.

DALMIRO.

Oye un bello soneto,
Que con pluma sucinta
Y metro concertado,
Me escribió el otro día con agrado,
Y su quietud en él así me pinta:

SONETO.

Jamas la soledad me contradice,
Su quietud á la mía da lecciones,
Oigo aquí de la paz mudas razones,
Que su silencio extático me dice.
Ningun traje ni porte aquí desdice,
En ella no hay discordias ni cuestiones,
Estímulos, ejemplos ni ocasiones,
Que hagan á la razon que se deslice;

Ni el feliz me da celos importunos,
Ni la ambicion aviva mi desco,
Hallando en todo así dicha colmada;
Pues en estos retiros oportunos,
Como nadie me ve, ni á nadie veo,
Nadie sabe de mí, ni yo sé nada.

SILVANO.

El sabio contenido
De ese bello soneto es el dechado
Que de todos debiera ser seguido,
Y yo, de su verdad estimulado,
Ya, Dalmiro, prometo
Olivar á esa ingrata y vivir quieto.

DALMIRO.

Pues escucha de nuevo atentamente
Esta letra sencilla,
Que los días pasados,
En tonos afinados,
Al són de mi rabel acordemente
Canté á su tierna hija jovencilla,
Junto á la choza del zagal Emilio,
En este alegre pastoril

IDILIO.

Graciosa pastorcita,
Que en una edad tan tierna,
Habitas con tu padre
La solitaria selva,
Distante del bullicio
De la ciudad inquieta,
Logra dichosamente,
En su espesura amena,
La paz con que te brindan
Las márgenes risueñas
De los claros arroyos
Y las gargantas frescas:
Goza al pie de los fresnos,
Sobre la verde hierba,
Apacible reposo,
Y en las corrientes bellas
Tu delicada mano
La clara copa sea
Con que la sed apagues,
Si acaso te atormenta;
En el florido soto
Corte feliz tu diestra
La rubicunda rosa
Y cándida azucena,
El fragante tomillo,
La espigada aljendra,
El morado cantueso
Y la sana verbená.
Llama los pajarillos
Que por el aire vuelan,
Que ellos vendrán al punto
A tu mano halagüeña,
Pues venturosos saben,
Por dichosa experiencia,
Que ella los acaricia,
Y liberal los suelta.
Escucha los gorjeos
Con que la filomena,
En deliciosos silbos,
Tu regocijo aumenta.
Con los tiernos corderos
Y cabritillos juega,
Y en los copados olmos
La blanca mano emplea
En alcanzar los nidos
De las aves pequeñas.
Cria los tiernos pollos
En tu falda, y en ella
Abríguelos tu aliento,
Déles tu boca en perlas
Más abundantes gracias,
Tus ojos más belleza,
Dulce cebo tu mano,
Y ejemplo tu inocencia,

Alcanza sin recelo
 La zarzamora negra,
 No temas que la espina
 De la zarza te ofenda,
 Pues todo queda grato
 Donde tu mano llega,
 Y en el inculto suelo
 Donde estampas la huella,
 Jamas nacen abrojos
 Ni venenosas hierbas;
 En vez de ásperos cardos,
 Flores brota la tierra,
 Y en amenos jardines
 Se transforma la arena.
 Los fieros animales,
 Que por gala grosera,
 En rudas pieles visten
 Puntas de dura cerda,
 Con suave ventaja,
 A tu vista la truecan
 En dóciles bedijas
 De fina lana y seda.
 Descuelga de los sauces
 La templada vihuela,
 Y al suave concento
 De sus sonoras cuerdas
 Entone tu garganta
 Alguna cantilena
 Con que dejes las aves
 Por un rato suspensas,
 Y hasta los arroyuelos
 Su corriente detengan,
 Pues no hay cosa en el prado
 Que no te escuche atenta.
 La cándida paloma
 Sea de tu pureza
 Símbolo venturoso,
 Y enigmático emblema,
 Cuando cruza los vientos
 Con sus alas ligeras,
 Esparciendo por ellos
 Los aromas que lleva
 De las floridas ramas,
 Donde su nido deja.
 Del riguroso Agosto
 En la abrasada siesta,
 Si en el sombrío valle
 Al descanso te entregas,
 En tu tranquilo sueño
 Dulcemente te ofrezcan
 Sombras las altas vides,
 Lecho la fresca hierba,
 Y aumenten tu sosiego
 Las fuentes lisonjeras.
 En el templado Mayo,
 Cuando á comer te sientas,
 Con feliz abundancia
 Te traigan á la mesa,
 Frutas el dulce otoño,
 Carnes la primavera,
 Blanco pan el verano,
 Y el invierno la fresca
 Delicada bebida
 En la helada belleza
 De los cándidos copos
 De la nevada sierra.
 Para mayor regalo,
 Las cabras que apacientas
 Te den la blanca leche,
 El queso tus ovejas,
 Y la fecunda vaca
 La reciente manteca.
 En el hueco de un árbol
 Labre la diestra abeja
 Algun panal sabroso,
 Que por tu mano mesma
 Alegrementemente alcances
 De la ruda corteza,
 Y la miel que destilen
 Los senos de la cera
 Sea tu dulce postre,
 Sirviendo de bandeja

Algunas verdes hojas
 De la enlazada hiedra.
 Y pues en la espesura
 De la abundante selva
 El peral y el manzano,
 El nogal y la higuera,
 El cerezo y el guindo,
 Y cuantos entre peñas
 Sazonados frutales
 Los arroyuelos riegan,
 En sus dorados frutos
 Tributos te presentan,
 Recógelos, pastora,
 Y á tu padre le lleva,
 En limpios canastillos
 Que de mimbres ligeras
 Por tu graciosa mano
 Fabriques con destreza,
 La porcion más madura,
 Más escogida y gruesa;
 Porque en su compañía,
 Gustándolos contenta,
 Cuando con él los partas,
 Más dulces te parezcan.
 Corta la tierna paja
 De la reciente avena,
 Y alguna pipitaña
 Adereza con ella,
 Y, entre tus tiernos labios,
 El instrumento sea
 Que en inocentes tonos
 Sus ocios entretenga.
 Aumenta su contento,
 Y aprende de la bella
 Índole de su pecho
 Las venturosas sendas,
 Que tantos ascendientes,
 Que los anales llenan
 De celebrados hechos,
 Te dejaron abiertas;
 Sigue en la quieta vida
 De la inculta maleza,
 Y con honestos juegos
 Los días lisonjea,
 Pues con estos empleos
 Gozarás placentera
 De paz y de reposo,
 Descanso y complacencia,
 Y huirán de estos bosques
 La inquietud, la discordia y la tristeza.

SILVANO.

Con mucho regocijo te he escuchado,
 Y tu canto gracioso
 Debe ser celebrado
 Del rabadán más culto y más curioso,
 Pues estas poésias pastoriles,
 Claras y naturales,
 Te son más geniales
 Que las altas, heróicas y civiles.

DALMIRO.

Con todo, yo deseo que me oigas,
 Para dar digno fin á nuestro asunto,
 En el heróico estilo, un merecido
 Elogio á la cultura
 Con que Silvio procura
 Ilustrar este campo, enriquecido
 Por su benigna mano,
 Antes, en sus mansiones
 Y rústica maleza,
 Abrigo peligroso de ladrones
 Y el fiero malhechor más inhumano;
 Y ya con gentileza,
 En sus amenos prados
 Albergue venturoso de ganados,
 Escuela de cultivos y labores,
 Pensil de bellas flores,
 Y en sábias competencias,
 Recreo de la industria y de las ciencias,
 Oye un soneto culto,
 Que, del supremo Apolo por indulto,

Quiero dejar grabado
Sobre el crecido tronco
De este sauce elevado,
Al apacible són del ruido ronco
De este río que baña
La frondosa mansion de mi cabaña,
Que aunque han sido de mí muy poco usados
Los oscuros estilos figurados,
Quiero dar á entender de aqueste modo
Que aquí tambien se sabe hacer de todo.

SONETO.

Ya en la ruda mansion donde perpleja
Sólo el ave nocturna se escuchaba
Y el sordo silbo de la sierpe brava,
Se oye el balido de la mansa oveja;
Ya rompe el hierro de la aguda reja
El valle que infeundo se miraba,
Y el bosque que en malezas abundaba,
Al más ameno sitio se asemeja.
Sus rebaños por el Apolo guía,
Dulces jugos la vid ofrece á Baco,
Io paze la fresca y alta hierba,
Amalthea da en él fecunda cría,
Y en lo que imperio fué del fiero Caco,
Reinan ya Juno, Céres y Minerva (1).

SILVANO.

Ya, Dalmiro, descubro,
Por estar en la fábula instruido,
El oscuro sentido
De los bellos tercetos elegantes
De tu heróico soneto,
Eruditos, concisos y brillantes;
En Apolo, que fué pastor de Admeto,
Las ovejas nos pintas de ese prado;
En Baco, el dulce vino regalado,
Y en lo, vaca hermosa,
Que temiendo de Juno los enojos,
Fué guardada por Argos con cien ojos,
Significas la gruesa y numerosa
Porcion de este ganado;
En la cabra Amalthea,
Que á Júpiter crió, bien es se vea
Que estas inquietas reses nos figuras,
Y en el infame Caco, ladrón fiero,
Nos acuerdas de aquestas espesuras
El abrigo que hallaba el bandolero
En las rudas malezas,
Y ya por las bellezas
De la sabia Minerva, Juno y Céres,
Reducidas á cultas posesiones,
Nos pintas con placeres,
Las cosechas, industria y poblaciones;
Perdona si el sentido
De tus bellas figuras no he entendido.

DALMIRO.

Todo lo has penetrado;
Pero, como no todos
Intruidos se hallan igualmente,
No entienden el estilo figurado
Por elegantes modos;
Y así, amigo, yo creo firmemente
Que es de la fiel retórica en los filos,
Para herir y mover los corazones
Y convencer con sólidas razones,
Poca la utilidad de estos estilos
Para la mayor parte de la gente,
Y que debe tomarse la figura
De la naturaleza con lisura,
Como en tiempos pasados
Lo hicieron los poetas celebrados.

SILVANO.

Soy del mismo sentir, pues la experiencia
Enseñándolo está con evidencia;
Y puesto que se acerca el mediodía,

Adios, Dalmiro amigo, hasta otro día.

DALMIRO.

Detente un poco más, y escucha atento,
Para nuevo dechado
De la vida feliz que te pondero,
Esta oda, extractada con cuidado
Y puntual esmero
Del Epodon de Horacio,
Que á mi mano llegó casualmente;
Y por no estar despacio,
Darémos fin con ellas por ahora;
Oye, que sin demora
Te la voy á leer muy brevemente:

Beatus ille, etc.

LIRAS.

Feliz el que, apartado
Del mundo y su bullicio,
Como en siglo dorado,
Vive en el ejercicio
De uncir los propios bueyes,
Dando á sus campos saludables leyes.
Ni Marte con la guerra le enfurece,
Ni Licurgo en gobiernos le ejercita,
Ni Neptuno en los mares le estremece,
Porque el peligro evita,
En tranquila morada,
Del timon, de la toga y de la espada.
Huye los peligrosos
Magníficos umbrales,
No ve los desiguales
Raptos de los altivos poderosos,
Burlando en ruda choza y pobre hato,
La lengua aduladora y doble trato.
Quieto, nada le altera;
Parco, todo le sobra,
Y en vida placentera,
No ofrece con zozobra
Oblacion importuna
Al ídolo civil de la fortuna.
En su escasa campiña,
Pobre, pero contento,
El inútil sarmiento
Poda en su propia viña,
É ingiere sus frutales,
Entretejiendo así bienes y males.
Con mano placentera
La corva hoz á las doradas mieses
Aplica, ó la tijera
Al blanco vellocino de sus reses,
Y el premio á sus fatigas
Los vellones le dan y las espigas.
En precisa tarea,
Aun más que fatigado, divertido
Vive, sin que la idea
Estimule el sentido
Con locas invenciones
Ciegos caprichos, vanas ilusiones.
Sombra le teje la copada encina,
Lecho le forma la menuda grama,
Desde donde examina
El arroyo, la flor, el ave y rama,
Y en ellos reverencia
De inmensa Sér inmensa providencia.
Pone lazos al tordo codicioso,
Acecha al temeroso conejillo,
Mata al lobo y al oso,
Aprisiona al pintado pajarillo,
Y así en su diversion y su contento
Halla su propio abrigo y su sustento.
La abeja, en su república oficiosa,
Tributa á su salud y á su regalo
Máquina prodigiosa,
Donde sin intervalo,
Dulce se saborea
El paladar, la vista y aun la idea,
Danle frutos opimos
En várias estaciones
Sus olivas y vides á racimos;
Cuyos gratiosos dones

(1) Este soneto alude á las nuevas poblaciones de Sierra-Morena.

Producen á porfía

Su precioso alimento y su alegría.

El cristalino arroyo despeñado,

Claro, aunque lisonjero,

Le dicta en su cuidado

Alivio placentero,

Y el césped en que alegre se reclina

Le ofrece verde copa peregrina.

Observa en su carrera,

Para el repartimiento de las horas,

Los luminosos astros de la esfera,

Que en sus brillantes giros y demoras

Le sirven con sus rumbos y hermosura

De natural cuadrante y de lectura.

Ve en el cielo el cometa,

Cuya gran novedad no le da susto,

Le admira, no le inquieta,

Obsérvale con gusto,

Sin que halle su rudeza

Mal presagio en su cola ni cabeza.

Truene Jove en el cielo,

Brame en el mar Neptuno,

No le causa desvelo

Ni sobresalto alguno;

Porque á quien los temores son ajenos,

Ni asustan ondas ni estremecen truenos.

Tiene el tiempo medido

Con sus ocupaciones,

Y nunca en sus acciones

El orden ha invertido

Que reparte sin sustos

Con Dios, con su trabajo y con sus gustos.

Llega á su casa, donde ya la esposa

Le tiene preparada

Comida sazónada,

Limpia y apetitosa,

Sin el nocivo ardiente

Picante incitativo del Oriente.

A la orilla del fuego en el invierno,

A la sombra de un sauce en el verano,

Pone su mesa, y con sosiego interno

De sus comodidades goza ufano,

Y sin grandes dispendios,

Sabe templar carámbanos é incendios.

Es la salsa gustosa

Que mueve su apetito y su consuelo,

El natural gracejo del hijuelo,

La honestidad sencilla de la esposa;

¡Oh cuánto el cortesano se afligiera

Si lo que en esto ignora conociera!

Feliz (vuelvo á decir) el que, apartado

Del mundo y su bullicio,

Vive sin artificio,

Al cultivo entregado

De sus campos, en donde placentero,

Logra delicias del candor primero.

SILVANO.

Gracias te doy, Dalmiro, por el tiempo

Que tu lección discreta y elegante

Con tanta utilidad me ha detenido,

Dejándome de nuevo convencido

De una felicidad tan importante,

Que así afirma la paz del sér humano,

Con lo cual mucho más mi anhelo crece;

Y si otra cosa ya no te se ofrece,

Adios, sabio Dalmiro.

DALMIRO.

Adios, Silvano.

ADVERTENCIA

QUE PUSO SALAS AL FRENTE DE SUS POESÍAS
EPIGRAMÁTICAS.

Abí te ofrezco, lector, esa pequeña coleccion de poesías hechas en varios tiempos, metros y asuntos: la mayor parte de las jocosas son de mi juventud, y por eso

hallarás entre ellas algunas sobre el gusto del equívoco y juego de la voz. He añadido muchas, no sólo por la variedad, sino porque en las materias festivas no dejan de tener su gracia, siempre que el equívoco no sea muy repetido, pueril y voluntario. Y al fin, porque siendo éste el último vicio de nuestra poesía, veas en ellas los pecados poéticos de mi primera edad, en que me dominaba este gusto, y de que he procurado despues buscar la enmienda en la imitacion de nuestro antiguos poetas de estilo grave, claro y sencillo.

CRÍTICA DE LAS VELETAS

EXTRAORDINARIAS DE MADRID, COMPUESTAS Y ADORNADAS CON ATRIBUTOS INOPORTUNOS Y AJENOS DE ESTAR EN AQUELLOS PARAJES.

En la cúpula de la iglesia parroquial de San Miguel habia una veleta, cuya pala se componia de una efigie del Santo sobre una mala figura del diablo, amenazándole con una espada, y dando vueltas con el ímpetu del aire; y viéndola el autor, dijo:

Todos podemos creer
De dónde los aires vienen,
Pues los dos que lo previenen,
Muy bien lo pueden saber:
Sólo podrá suceder
Que el diablo mienta insensato;
Pero el Santo poco grato
Dirá, al ver su falsedad:
Pícaro, di la verdad,
Mira que si no, te mato.

Sobre la iglesia del hospital de San Pedro, y de la torre de la parroquia, están en las veletas las llaves del cielo, con que regularmente pintan al Santo; á las cuales corresponde la siguiente

DÉCIMA.

Puestas con grande desvelo
Y con arrogante gala,
De la veleta en la pala
Se ven las llaves del cielo:
El autor lleno de celo,
Con justísima razon,
Las colocó en conclusion
En la altura en que se ven,
Para que más cerca estén
De las puertas donde son.

En la torre de la parroquia de Santa María sirve de veleta un ángel, asestando hácia la parte donde viene el aire un dardo, flecha ó lanza, en esta forma:

Hay en la torre lucida
Tres globos asegurados,
Unos y otros colocados
En disminucion medida:
Sobre la punta crecida,
Hácia donde el aire carga,
Con ademan de botarga,
Se ve un angelon ligero,
En figura de torero
Picando de vara larga.

Sobre las dos torres de San Cayetano hay dos cigüeñas que sirven de veleta, sin duda por alusion á que estas aves acostumbran á hacer sus nidos en semejantes parajes.

Ligeras y preparadas
Para dar del aire señas,
Hay dos famosas cigüeñas
En las torres colocadas.
Allí siempre avecinadas,
De los vientos en la lid,
Son, por semejante arid,
Las únicas que *ab aeterno*
Se habrán quedado en invierno
En las torres de Madrid.

Sobre la media naranja de la antigua capilla de San Isidro Labrador, con alusión á la profesion del Santo, están todos los apocros de la labranza.

DÉCIMA.

En alto se ve al desgair
La rústica coleccion,
Sin duda con intencion
De hacer surcos en el aire.
Con ligereza y donaire,
Se observa de cuando en cuando
Un aguijon volteando,
Prevenido á toda ley,
Para arrear algun bucy,
Si acaso pasa volando.

Sobre el alto cascaron de la iglesia de San Basilio hay una mitra, cruz, báculos y demas insignias episcopales, con alusion á la dignidad que obtuvo el santo fundador.

Sobre el alto cascaron
Hay puestas, á buena luz,
Mitra, báculos y cruz,
Que sirven de conclusion.
Con justísima razon,
Del promontorio rotundo,
Ancho, elevado y profundo,
Creerse puede, en rigor,
Que es la cabeza mayor
Que habrá con mitra en el mundo.

En la iglesia de la Victoria están en la veleta las armas ó escudo de la Religion, en esta forma:

Encima de un espigon
Se ve una inscripcion patente,
Que señala claramente
Charitas en un renglon.
Esta excelente invencion
Toda falsedad derriba,
Pues es una cifra viva,
Que publica con verdad
Que se halla la caridad
Sólo de tejas arriba.

En la antigua casa del Salvador está en la veleta el mundo, que acostumbra á ponerle en la mano.

Prueba da clara y desnuda
La veleta con razon,
De la moderna opinion
Que todo sistema muda;
Pues el autor fué, sin duda,
Del singular sentimiento
De que al impulso del viento,
Con las vueltas que ella da,
En vez de la esfera está
En el mundo el movimiento.

En la del Buen Suceso se ve una estrella en medio de la pala, sin duda por la pueril alusion al juego de vocablo con que concluye la siguiente

DÉCIMA.

Tan extraña invencion hallo,
Que sería más discreta,
Si, como es para veleta,
Fuera para algun caballo.
El autor echando el fallo
A toda infausta querella,
Hoy á la veleta bella,
Para hacerla con gran seso
Veleta de buen suceso,
La hizo nacer con estrella.

En las de las Comendadoras, y parroquias de Santiago y San Juan, se ven los respectivos escudos de las Órdenes Militares.

DÉCIMA.

Por la continúa contienda
Que con los aires mantienen,

Un claro derecho tienen
A la mejor encomienda.
Razon es se las atienda
En cualquiera regalia,
Pues con tanta valentía
Y singulares alientos
Rifiendo están con los vientos
Que vienen de Berbería.

Sobre el tejado del Gabinete de la Historia Natural hay una paloma con un ramo de oliva en el pico, sirviendo de veleta.

Sobre el bello Gabinete,
Con la oliva misteriosa
Se ve una paloma hermosa,
Que á los aires se somete.
Razon es no se la inquiete
En el sitio en que se ve;
Pues siendo el lugar en que
Se guarda todo animal,
Ella la feliz señal
Trae al arca de Noé.

En el colegio de Santo Tomas sirve de veleta el perro con que pintan á Santo Domingo, el cual con la cola gobierna el aviso de los vientos, en esta forma:

Con ligereza no poca,
Del chapitel en el fin
Se ve un pequeño mastin
Con un hachon en la boca.
Cuando el calor le sofoca,
El perro por varios modos,
Ajeno de coger lodos,
Con diligencia y donaire
Se vuelve á tomar el aire
Por donde lo arrojan todos.

DÉCIMAS Á VARIOS ASUNTOS.

En elogio de un pintor de mucha habilidad en retratar.

Es tan cabal el cotejo
Que en retratar has hallado,
Que tu pincel ha llegado
Donde no pudo el espejo;
Y si al mirar su bosquejo
En una fuente tan fiel,
A manos de amor criel
Murió Narciso, ¿qué hiciera
¡Oh gran pintor! si se hubiera
Asomado á tu pincel?

Al ver tu grande destreza,
Creo que por agradarte,
Ya se ha sujetado al arte
La misma naturaleza;
Tal es el alma y viveza
Que á todos llegas á dar,
Que te se puede llamar,
Al ver tus retratos bellos,
Segundo padre de aquellos
Que llegas á retratar.

Llegando con atencion
Tus retratos á mirar,
Ellos, sin saber hablar,
Dicen á todos quién son;
Pero ya será razon
En tus elogios cesar,
Pues sólo podré llegar
Lo que es tan justo á decir,
Cuando yo sepa escribir
Como tú sabes pintar.

Es tu modestia tan rara,
Que ya dejo de alabarte,
Oh pintor, por no sacarte
Los colores á la cara:
Tu habilidad nada avara
Multiplica sin segundo
Retratos, y me confundo

Al ver tanta propiedad,
Creyendo por la verdad
Que vas duplicando al mundo.

A otro pintor que hizo un retrato sumamente parecido.

Puede el hombre más sensato
De tu pincel inferir
Que le ha vuelto á producir
En las líneas del retrato :
Al ver su fiel aparato
La naturaleza bella,
Pudiera formar querella,
Con un asombro profundo,
De ver que hay hoy en el mundo
Quien haga tanto como ella.

A una señora de gran hermosura y de mucha habilidad para la música.

Habilidad y hermosura
Competir en tí se ven,
Sin saber de cierto á quién
Por superior se la jura ;
Mas por cierta conjetura ,
Si no me engaña el deseo,
Me parece que en tí veo,
Con ventajosa manera,
Una Euridice heredera
De la habilidad de Orfeo.

Receta segura contra la hipocondría.

Vida honesta y arreglada,
Hacer muy pocos remedios,
Y poner todos los medios
De no alterarse por nada :
La comida moderada,
Ejercicio y diversion,
Nunca tener aprension,
Salir al campo algún rato,
Poco encierro, mucho trato,
Y continúa ocupacion.

A un amigo del autor que le decía que por qué no pretendía sus ascensos, y procuraba salir á mayor empleo.

Como es toda mi intencion
La de vivir descansado,
El más pequeño cuidado
Es mi mayor dotacion :
Si me diera la ambicion
La riqueza sin guarismo,
Por un cierto silogismo,
Que vendría á ser infiero,
Deño entónces del dinero,
Y ahora lo soy de mí mismo.

A un amigo que visitaba á otro muy á menudo, y le daba señoría sin tenerla, porque le diera chocolate por las mañanas.

Quando á visitarle viene
De tal manera le engalla,
Que el tal le da cuanto halla,
Y él le da lo que no tiene.
Tan favorecido viene
A estar con sus cortesías,
Que casi todos los dias
Le traga como un orate
Jícaras de chocolate
A trueque de señorías.

A un gloton que jamás comía en su casa.

¡ Oh tú ! almacén general,
Que en pitagórica empresa
Trasmigras de mesa en mesa,
Como embudo racional,
Allá en el ancho canal
De tu estómago portátil,
Se halla un ácido volátil,
Tal, que en cualquiera funcion

Digiere con perfeccion
Hasta los huesos de dátil.

En nombre de un escribiente á quien su amo daba muy poco de comer.

(Imitacion de Gerardo Lobo.)

Los filósofos con brío
Sostienen por gran certeza
El que en la naturaleza
No se da lugar vacío.
Yo de su opinion me rio,
Al verme hambriento reclamo,
Y de física este ramo
Nunca hubieran defendido,
Como hubieran conocido
A mis tripas y á mi amo.
Quando la tarea toma
De dictarme, le pregunto :
¿ Qué pongo ? y él dice punto ;
Jamás me dice que coma.
La risa á mí se me asoma,
Y él entónces irritado,
Me dice : desvergonzado,
Yo pondré á tu boca freno ;
Y yo respondo : eso es bueno,
Que así probaré un bocado.
Del hambre obligado exclamo,
Y un dia que me examina,
Le respondí en la doctrina :
Contra la gula mi amo.
El, al escuchar que clamo,
Más me amenaza, y yo al ver
Que voy á desfallecer,
Le dije : puede usted al punto
Ir á buscar un difunto,
Que le sirva sin comer.

Sistema de pretendientes.

Hacer gala placenteros
De títulos honorarios,
Y aprender por diccionarios
La ciencia de los libreros :
Importunar lisonjeros
Con teson impertinente,
Cultivar un buen agente,
Dar con diligente modo
Memoriales para todo,
Y esperar eternamente.

A un soltero muy divertido y enamorado.

Muy contento viene á estar
Con cualquier carga gravosa,
Como no tenga otra cosa
Que le impida enamorar :
No hay persona en el lugar
Que viva con más contento ;
Mas como todo su intento
De casarse viene á ser,
El vive de apeteer
Su propio arrepentimiento.

Epitafio para un hombre que fué muy flaco, y de las señas y genio siguiente :

Este original del Greco,
Acartonado y enjuto,
Fué de color de escorbuto,
Carilargo y anquiseco.
Habló grave, tosió hueco,
Y fué un grandísimo maza ;
Más capaz con su cachaza
Y adormitada paciencia,
De reñir una pendencia
Sobre un grano de mostaza.

Epitafio para un vagamundo mal entretenido y peor inclinado.

Aquí yace una malicia,
Que siempre fué acompañada

De una intencion depravada
Y una ratera codicia:
Sólo encontró su delicia
En las ermitas de Baco:
Fué discípulo de Caco,
Y jamas se llegó á ver
Sin botella, sin mujer,
Sin naipes y sin tabaco.

Epitafio para un calesero que fué muy comedor.

Mientras vivió caminando
El que yace en esta huesa,
Dió martirio de calea
A cuantos llevó arrastrando;
Pero aquí está ya pagando
De su vida los excesos;
Pues si en sus varios sucesos
Fué bñitre para tragar,
Para haber de atormentar
Fué tambien quebranta huesos.

Epitafio para el ilustrísimo señor Obispo de Osmá, confesor que fué de Carlos III.

Murió de avanzada edad
Este prelado, en quien ves
El celo, el desinterés,
El retiro y la equidad;
En modestia y gravedad
A todos se aventajaba;
Premios al mérito daba,
Luégo que le conocia;
Mas ¿qué mucho, si aprendia
De aquél á quien enseñaba?

Retrato de un hombre de bien, y amigo del autor.

No murmura ni maldice,
Es manso de corazón,
Obra en justicia y razón
Y piensa bien lo que dice.
Su traje en nada desdice,
Procede con realidad,
Habla siempre la verdad,
Socorre al necesitado;
Es noble, rico y letrado,
Y no tiene vanidad.

El nuevo peinado llamado la Caracalla.

Este peinado aplaudido
Es un antiguo peinado,
De nuevo resucitado,
Y de las damas seguido.
Un autor muy conocido
Dice que es una antigualla,
Tomada de una medalla
Que se halló en el Herculano,
Donde se ve así un romano
Del tiempo de Caracalla.

Epitafio para un perro que fué muy poltron y sosegado.

Muerto yace y sepultado
En este triste rincón,
El perrillo más poltron
Que en el mundo se ha criado.
El pasó la vida echado,
Y su pereza perruna
Para todos fué oportuna;
Pues con su diente leal
Jamás á nadie hizo mal,
Por no hacer cosa ninguna.

A un general de un mérito sobresaliente.

Si viviera, considero
Que en la presente ocasion,
Con justísima razón,
Hiciera tu elogio Homero.
Diria que verdadero

Tu mérito desmedido
Ha realizado y cumplido,
En tus victorias completas,
Cuanto los grandes poetas
De sus héroes han fingido.

Verdadero retrato de la calle de San Anton de Madrid.

Perros, borricos y machos,
Viejas horribles y eternas,
Bodegoncillos, tabernas,
Y suciedad de muchachos;
Gran número de borrachos,
Juramentos y disputas,
Cáscaras de várias frutas,
Verduleras y cabrerros,
Muchos chiquillos en cueros
Y rabancras astutas.

Una mujer de mala vida.

Es una arpía inhumana,
Veneno de licenciosos,
Escarmiento de golosos
Y ruina de gente sana;
Monstruo que come sin gana,
Anillo de todas manos,
Azote de hombres livianos,
Género comun de dos,
Censo de San Juan de Dios,
Y hacienda de cirujanos.

JUICIO IMPARCIAL,

ó definicion crítica del carácter de los naturales de los reinos y provincias de España.

EL ESPAÑOL EN GENERAL.

El español es honrado,
Es esforzado y valiente,
Es moderado y prudente,
Buen marino y buen soldado;
Es obediente y callado,
Es generoso y sufrido,
Ingenioso y advertido;
Y con tal disposicion,
Por falta de aplicacion
Es un tesoro escondido.

CASTILLA LA VIEJA.

Es el castellano viejo
Hombre de buen corazón
Y de muy sana intencion
Para dar un buen consejo;
No es hombre de gran despejo,
Es algo lerdo y mohino,
Y el fruto más peregrino
Que su sencillez encierra,
Es sólo el que da su tierra,
El pan pan, y el vino vino.

CASTILLA LA NUEVA.

Castilla la Nueva es
País sano y agradable,
La gente bastante amable,
Mas afecta al interés;
Todos los campos que ves
Cultivados con ardor,
Harán mucho más que un Cid,
Sin catar jamás el pan,
Si un año con otro dan
Cebada para Madrid.

ASTÚRIAS.

El asturiano, cerdoso,
Bajo, rechoncho y cuadrado,
Forcejado y mal formado,
Es un mixto de hombre y oso;
Su carácter es honroso,

Hombre de bien, mas sin maña
 Todo lo emprende con saña,
 Y son, según les inclina
 Su afecto á mozos de esquina,
 Las acémilas de España.

MARAGATOS.

Los maragatos, bonazos,
 No son bestias por un tris,
 Pues cualquiera del país
 Es un pobre calzonazos;
 Venciendo mil embarazos,
 Van y vienen muy aprisa
 Con sus lienzos; y es la risa,
 Que así como me lo quiero,
 Se llevan nuestro dinero,
 Aunque nos dan la camisa.

GALICIA.

No se les puede negar
 A los gallegos más legos,
 Que vale por mil gallegos
 El que llega á despuntar;
 No prueba su paladar
 Más que coles y pan seco,
 Y hasta el anciano más clueco
 Baja el verano á segar
 Con gusto á todo lugar,
 Méenos al Lugar de Meoco.

VIZCAYA.

El vizcaíno severo,
 Con dureza nunca oída,
 Prefiere siempre á su vida
 La defensa de su fuero;
 Es amigo verdadero,
 Es un mercader honrado,
 Es marinero arrestado,
 Y es capaz con entereza,
 Sin cansarse la cabeza,
 De escribir más que el Tostado.

NAVARRA.

Navarra, en la realidad,
 Da de sí la gente honrada;
 Y aunque es un poco pesada,
 Guardan palabra y verdad;
 En todo tiempo y edad
 Son terribles comedores,
 Igualmente bebedores,
 Y todos son traficantes,
 Asentistas, comerciantes,
 Indianos y capadores.

RIOJA.

Es la gente riojana
 Oficiosa de manera,
 Que muy bien á otra cualquiera
 La puede cardar la lana;
 Es fuerte, robusta y sana,
 Y tiene todo su gozo,
 Desde el más viejo al más mozo,
 Vivir en campaña rasa,
 Y abandonando su casa,
 Pasar la vida en un chozo.

MONTAÑES.

Es del montañes la gloria,
 Guardar por antigua prenda,
 En una pequeña hacienda
 Una grande ejecutoria;
 Del noble país la historia
 Toda alojería embebe;
 Y creo, pues se le debe
 Al montañes esta maña,
 Que es la nobleza de España
 Más cercana de la nieve.

MADRID.

Aun las personas más sanas,
 Si son en Madrid nacidas,
 Tienen que hacer sus comidas

De píldoras y tisanas;
 Diamantes como avellanas,
 Estirado corbatin,
 Ricas vueltas y espadin
 Suele ser su adorno bello;
 Mas siempre marcado el cuello
 Con sellos de Anton Martín.

ALCARRIA.

El alcarreño sencillo
 En su modo de vivir,
 No sabe jamas salir
 De entre romero y tomillo;
 En cualquiera lugarcillo
 Se cria gente muy fiel,
 Echan los pobres la hiel
 Trabajando como brutos,
 Y al fin son colmados frutos
 Es un poquito de miel.

MANCHA.

Al que llega á caminar
 Por la Mancha, sin falencia
 Le enseñan con gran frecuencia
 La horca ántes que el lugar;
 No gustan de trabajar,
 Es gente de poca espera,
 Arman pronto una quimera,
 Y nunca de hambre se mueren;
 Pues son dueños, cuando quieren,
 De lo que tiene cualquiera.

EXTREMADURA.

Espiritu desunido
 Anima á los extremeños,
 Jamas entran en empeños,
 Ni quieren tomar partido;
 Cada cual en sí metido,
 Y contento en su rincón,
 Aunque es hombre de razón,
 Vivo ingenio y agudeza,
 Vienen á ser por pereza
 Los indios de la nación.

ANDALUCÍA.

Al andaluz retador,
 Y excesivo en ponderar,
 No se le puede negar
 Que es gente de buen humor;
 Viven sin pena y dolor,
 Galantean á sus madres,
 Jamas están sin comadres,
 Y en sus desafíos todos
 Se dicen dos mil apodos,
 Y luégo quedan compadres.

ARAGON.

El aragones osado,
 Todas las cosas emprende
 Con teson, y las defiende
 Con espíritu arrestado;
 Testarudo y porfiado,
 A nadie cede su gloria,
 Y para formar su historia
 Jamas perdona fatiga,
 Y aspira siempre á la intriga,
 Al dominio y la memoria.

CATALUÑA.

El catalan oficioso,
 Carruajero, navegante,
 Mercader y fabricante,
 Jamas vive con reposo:
 En un país escabroso,
 A costa de mil afaes,
 Marca tierras, hace planes;
 Y aunque sea en un establo,
 Al fin por arte del diablo
 Hace de las piedras panes.

VALENCIA.

Valencia, fuera de chanza,

Que infunde á todos infiero
Un espíritu ligero,
Muy dispuesto á la mudanza;
Llevan muy floja la panza,
Son de corazon muy frio,
Habitan siempre en el rio,
Y al fin tienen de este modo
La sustancia para todo
De gente de regadio.

MALLORCA.

Del mallorquin el tesoro
Es el aceite y el vino,
Aborrece al argelino
Y á toda casta de moro;
Aman la plata y el oro,
Y guardan bien su peculio;
Todo el año es mes de Julio,
Y con rara devocion
Dan culto y veneracion
A su Raimundo de Lulio.

MURCIA.

El murciano, trabajando
Alegre en su barraquilla,
Al són de una guitarilla
Pasa la vida cantando;
El suele de cuando en cuando
Jugar una morisqueta;
Pero es su intencion escueta
Cuidar de sus naranjicos,
Criar cuatro gusanicos
Y guiar una carreta.

PORTUGAL.

Piensa el portugues finchado
Que es más que un rey de otra parte,
Que sujeta al mismo Marte
Y que al mundo ha dominado;
Que á todos la ley ha dado,
Que es más fuerte que Sanson,
Más sabio que Salomon,
Y creyendo lo que vez,
Todo, todo esto es
Un terrible mentiron.

CANÁRIAS.

El canario, siempre vago,
Buscando en el mar su vida,
Hace toda su comida
Con un plátano y un trago:
Los ingleses con halago,
Sacan el fruto que encierra
Su fértil y hermosa tierra,
Y vienen á ser con maña
Vasallos del rey de España
Y hermanos del de Inglaterra.

AMÉRICA.

El indiano con ardid
Vence mil riesgos, y gana
Mucho dinero en la Habana
Para gastarlo en Madrid;
El vive en continua lid,
Y su paradero es,
Con todo el afan que ves,
El ser pretendiente eterno
De un hábito, de un gobierno,
O un título de marqués.

SONETOS.

DESCRIPCION DE LAS CUATRO ESTACIONES
DEL AÑO.

I.

INVIERNO.

Cubierta la escarpada y alta cumbre,
En el rígido invierno, con la nieve,

El agitado viento el árbol mueve,
Y el yerto labrador busca la lumbre.
De las nubes la espesa muchedumbre
El claro sol á oscurecer se atreve,
Alterando los rios, cuando llueve,
De su nativo curso la costumbre.
La granizada, escarcha y duro hielo
Erizan al pastor con fria saña,
Y al punto que la antorcha clara y rubia
Del fugitivo sol oculta al cielo,
Duerme Silvio abrigado en su cabaña
Al recio són del viento y de la lluvia.

II.

PRIMAVERA.

A los soplos del céfiro templado,
Amanece sereno y claro el día,
Y desterrada ya la estacion fria,
De esmeralda se viste el verde prado.
De los tiernos pimpollos coronado
Se ve el chopo en la selva más sombría,
Y el abierto boton con alegría
Deja el suelo de grana matizado.
Sale Nise al jardin y coge rosas,
Disfruta el cazador el campo bello,
Deliciosos amores canta Fabio,
Y recostado en hierbas olorosas,
El rústico zagal levanta el cuello,
Y á la dulce zampoña aplica el labio.

III.

VERANO.

Toca la cumbre del sereno cielo
La benéfica luz de los mortales,
Y apenas ve de Cáncer los umbrales,
Abrasa el seco y agostado suelo:
El tosco segador busca consuelo
Del arroyo y la fuente en los cristales,
Cuyos frescos y líquidos raudales
Apaciguan su sed y su desvelo.
Recoge el labrador la mies dorada,
El tardo buey la trilla y acarrea,
El cansado gañan duerme á la sombra;
Y al mirar su cosecha asegurada,
Vuelve con esperanza á su tarea,
Y con ella en su afan nada le asombra.

IV.

OTOÑO.

Del abrasado sol la rubia cara
Se vuelve á la region del polo helado,
Y viendo ya su fruto sazonado,
Silvano á la vendimia se prepara.
Examina la vid su mano avara,
Y cortando el racimo delicado,
En el lagar antiguo y remostado
Le exprime, y en vasijas le separa.
A las primeras lluvias oficioso
Rompe la tierra el rústico aldeano,
Cuida el simple pastor la tierna cría,
Vuelve aquél otra vez, y presuroso
Renueva el hondo surco y siembra el grano,
Que espera recoger con alegría.

V.

LAS CUATRO EDADES DEL HOMBRE.

NIÑEZ.

Al mundo sale del nativo seno
El hombre, de congajas rodeado,
Y en la inocente cuna reclinado,
De defensa y razon se mira ajeno.
De amargo llanto y de ternura lleno,
En abundantes lágrimas bañado,

Busca el materno pecho regalado,
Y en él duerme pacífico y sereno.
Va creciendo después, y poco á poco
De la edad el estímulo le instiga
A los inquietos juegos y disputas.
Ligero corre de alegría loco,
Y suele ser el fin de su fatiga
Un pájaro, una flor ó algunas frutas.

VI.

JUVENTUD.

Luégo que el viso del reciente bozo
Cubre el adulto labio floreciente,
El influjo de Júpiter ardiente
Infunde alientos al robusto mozo.

Todo lo emprende con valor y gozo,
Siendo de aquella edad regularmente
La diversion y empleo más frecuente
La danza, el regocijo y alborozo.

Cuál en el rudo campo se ejercita,
Cuál se entrega al amor y al galanteo,
Cuál en las ciencias busca su bonanza,
Cuál navega y comercia, cuál milita,
Siendo todo el afán de su deseo
La mujer, el aplauso y la esperanza.

VII.

EDAD DE CONSISTENCIA.

El sol de la razón llega dichoso
Al cenit de la edad de consistencia,
Y del hombre el talento y la prudencia
Forman el equilibrio venturoso.

Para su quieta vida y su reposo,
Mujer elige con madura ciencia,
Más que por el íman de su presencia,
Por su modesto porte virtuoso.

Busca para su casa el alimento,
Paga el justo tributo establecido,
El da para la guerra el hijo amado,
Llenándose de gozo y de contento,
Al ver que con su industria ha socorrido
A su esposa, á sus hijos y al Estado.

VIII.

ANCIANIDAD.

Pende de la cabeza reverente
El nevado cabello respetable,
Y cubre del anciano venerable
El flaco rostro y la arrugada frente.

Disimula pacífico y prudente,
Aconseja la suerte más durable,
Corrige al joven con semblante amable,
Y persiade sabio y elocuente.

Sobre un bastón nudoso se reclina,
Y en movimientos tímidos y escasos
De la edad decaída que le agrava,
Desanimado y trémulo camina,

Y entre turbados macilentos pasos
Tropieza en el sepulcro, donde acaba.

IX.

DESCRIPCION DE LAS VIDAS SIGUIENTES.

DEL CAZADOR.

Apénas con risueña y blanda cara,
Desde el ancho balcón del horizonte,
La deliciosa aurora baña el monte,
Sale Silvio á gozar de su luz clara.

Registra el arcabuz y le prepara,
Rinde al ave por más que se remonte,
Y al punto que se oculta Faëtonte,
Vuelve, y de su cansancio se repara.

Su mujer en los brazos le recibe
Con semblante apacible y halagüeño,

Toma y ve con placer lo que ha cazado,
Y con ello la cena le apercibe :
Cena alegre, y después se entrega al sueño,
Sin temor, sin envidia y sin cuidado.

X.

DEL LABRADOR.

Al matutino canto valeroso
Del arrogante gallo, se levanta
El fuerte labrador, á quien no espanta
El trabajo más rígido y penoso.

Al animal domado y perezoso
El yugo pone y la cerviz quebranta,
Sale, y en su labor alegre canta,
Divertido, pacífico y gozoso.

Rompe la sazónada y blanda tierra,
Aplica el aguijón al buey pesado,
Toma algún corto y fácil alimento,
Y apénas por la cima de una sierra
Declina el sol, se vuelve, aunque cansado,
A cenar con sus hijos muy contento.

XI.

DEL PASTOR.

Suele el pastor que duerme prevenido
Dispertar al ladrido de algún perro,
Que sigue el fiero lobo por un cerro,
Animoso, tenaz y embravecido.

Reconoce el ganado en el sonido
Del destemplado y rústico cencerro,
Y en la limpia sarten de tosco hierro
Prepara el desayuno apetecido.

Ordeña en tarros la abundante leche,
Forma después el queso delicioso,
Abre la red y suelta su ganado :

Y como allí no hay nadie que le acceche,
Templa el tosco rabel, y con reposo
Canta su amor alegre y sosegado.

XII.

DEL AMBICIOSO.

En sus vastas ideas desvelado,
El ambicioso deja el blando lecho,
Y jamás con su suerte satisfecho,
Pasa desde un cuidado á otro cuidado.

Necia y ocultamente dominado
De artificiosas máquinas su pecho,
Acrédor se juzga de derecho
Al empleo más digno y elevado.

De sus vanos deseos combatido,
No disfruta jamás el bien presente,
Haciéndole infeliz su propio anhelo,

Y al fin, de toda paz desposeído,
Solo reina en su espíritu impaciente
El ánsia, la codicia y el recelo.

XIII.

DE UN HÉROE.

De gloriosas empresas animado,
Del aplauso y la fama conducido,
Sólo pretende hacerse conocido
En la ocasión y lance señalado.

En los grandes trabajos arrestado,
Disimulado, intrépido y sufrido,
Aspira al ostentoso y preferido
Lugar entre los hombres más honrado.

Despreciando los riesgos y la muerte,
Se entrega á los peligros de tal modo,
Que ama ménos su vida que sus glorias,

Intentando vivir de aquesta suerte,
En el tiempo que vive, el tiempo todo
Que imagina vivir en las historias.

XIV.

Al feliz primer parto de la reina nuestra señora doña María Luisa de Borbon, siendo princesa de Asturias.

Ya se dignó aquel Dios de cuya mano
Depende de los hombres el consuelo,
Derramar generoso desde el cielo
El deseado bien al pueblo hispano.

El noble, el labrador y el artesano,
Cada cual solicita con anhelo
Modos de acreditar su heroico celo;
Alegres con un don tan soberano.

A los principes Dios concede un hijo,
Al católico rey un nieto augusto,
A las leyes reposo y confianza,
A la corte feliz un regocijo,
Al rebelde enemigo un nuevo susto,
Y á toda la nacion una esperanza.

XV.

A la temprana muerte del mismo señor Infante primogénito.

Aquel de la nacion tan deseado,
Y á sus rendidos votos concedido,
Hoy, en vez de monarca esclarecido,
En protector eterno se ha trocado.

De celestial diadema coronado,
Mejoró con su muerte de partido,
Pues logró ser al fin tan preferido,
Que Dios le anticipó mejor reinado.

El heredero infante venturoso,
Por una donacion de eterno juro,
Goza la posesion inalterable
Del reino más feliz y más glorioso,
Que en su menor edad fué más seguro,
Y en no ser de este mundo más durable.

XVI.

Epitafio para un viejo de mal genio, de pequeño cuerpo y gran espíritu, á quien sus parientes en vida comieron cuanto tuvo, y habiendo sido acosado de burlas y chascos por causa de su ridícula figura, por lo cual él se irritaba mucho con los muchachos.

Aquí encierran los hados inhumanos
Al que se vió por rumbos diferentes,
En la vida comido de parientes,
Y en aqueste sepulcro, de gusanos;
Su cuerpecillo fué de los más sanos,
Su semblante encarnado, blancos dientes,
Pequeña talla, lomos excelentes,
Y un corazon más grande que sus manos.
Su genio impertinente y mal sufrido,
Seguido de muchachos y bufones,
Le tuvo siempre en guerra desmedida;
Pero ya llegó el tiempo prefinido
En que goza la paz de otras regiones
El que jamás la tuvo en esta vida.

CASOS Y CUENTOS VERDADEROS.

Caso visto por el autor.

Habia en un esquinzazo
Un cartel de torear,
Y encima de él colocaron,
Por rara casualidad,
Otro de funcion de iglesia;
Y alguno, sin reparar,
Rompió del cartel de arriba
A lo largo la mitad,
Y de éste y el de los toros
Quedaron sin discrepar
Todos los medios renglones
En figura lineal;
Y en la línea que formaba
Entre todos los demas,
Decia un medio renglon;

Por la tarde picará.....
Y seguia el otro medio:
Fräy Fulano de Tal.
Casualidad que, por cierto,
Fué rara casualidad.

Caso acaecido en la plazuela de la Cebada.

Un arriero andaluz,
Animoso como él mismo,
Vicndo que erraban un macho
Tan soberbio y tan maldito,
Que nadie le sujetaba,
Lleno de arrogancia, dijo:
Déjenme solo con él,
Que solo y sin otro auxilio,
Le sujetaré al instante.
Hicieronlo así, y asido
A un pié del macho, al momento
El animalejo esquivo
Tiró una coz, y arrojó
Al andaluz atrevido
A la mitad de la calle.
Levantóse con ahinco,
Miraba por todas partes,
Y los demas, aturridos
De ver su serenidad,
Le preguntaron: amigo,
¿Qué buscas? y él respondió:
¿Qué he de buscar, vive Cristo?
Busco la pata, pues ¡qué!
¿No me la traje conmigo?

Exageracion de un andaluz.

Riñeron dos andaluces,
Y dijo al otro el más guapo:
Vive Dios que si te cojo
Y te tiro por lo alto,
Cuando vuelvas á caer
Sentirás más que el porrazo,
El hambre que has de pasar
En un camino tan largo.

Caso ingenioso.

Alojaron á un sargento
En casa de un boticario;
Este quiso resistirlo,
Pero no pudo excusarlo.
Apeló contra la fuerza
A la industria, y á un muchacho
Hizo con grande secreto
Trajese disimulado
Una víbora: el sargento
Preguntó muy asustado,
Viendo el reptil venenoso,
La novedad de aquel caso;
Y el boticario le dijo:
Las víboras escaparon
Del cajon donde las tengo,
Y las andamos buscando;
Esta ha parecido ahora,
Y en este conflicto estamos.
El sargento, temeroso
De un riesgo tan declarado,
Con una prisa indecible
Recogió todos sus trastos,
Y haciendo una cortesía
Dejó en paz al boticario.

Astucia de un soldado.

Por el reino de Galicia
Un soldado caminaba,
Y llegando á un lugarcillo,
Entró alegre en la posada.
Preguntó á la mesonera
Que qué de comer le daba
Y ella le dijo que en todo
El lugar no habia nada;
Y el soldado replicó

Con astucia y con cachaza :
 ¡ Habrá algunos guijarritos
 De aquellos que hay en el agua
 De este arroyo que se ve,
 Que cerca del lugar pasa?
 Eso, señor, á montones,
 Respondió, pero ¿ qué saca
 Para comer, de que yo
 Vaya ahora y se las traiga ?
 Es que yo, dijo el soldado,
 Tengo el secreto y la gracia
 De cocerlos, y ponerlos
 Más sabrosos que unas natas,
 Y yo le enseñaré á hacerlo.
 Alegre como una pascua
 La sencilla mesonera
 Fué por ellos, con el ansia
 De enriquecerse con cosa
 Que tanto le acomodaba.
 Trajo una buena porcion,
 Y el soldado preguntaba :
 ¿ Hay aceite ? Sí, señor :
 ¿ Hay huevos y pan en casa ?
 A todo dijo que sí ;
 Y el buen soldado, con maña,
 Hizo de todo una sopa,
 Y se la comió con gana.
 Y viendo la mesonera
 Que los guijarros dejaba
 Y lo demas se comia,
 Le dijo muy admirada :
 ¿ Por qué dejais los guijarros ?
 Y él la respondió con gracia :
 Esos se dejan despues
 Que ya han dado la sustancia.

OCTAVAS.

I.

Epitafio para el sepulcro de un pretendiente de poco mérito, que siempre solicitó grandes empleos, y murió sin ninguno.

Siempre buscó el empleo su esperanza,
 Y la temprana muerte su fatiga,
 Jamas en lo que tuvo halló bonanza,
 Ni su dolor ansioso se mitiga,
 Y en el bien que pretende y que no alcanza
 De manera la pena le atosiga,
 Que el solícito afan de su deseo
 Antes halló la muerte que el empleo.

II.

Pintura y descripción del traje de un arriero.

Monterilla redonda, atravesada
 De alguna gruesa aguja con bramante,
 Varejon en el cinto por espada,
 Gordos botones de metal brillante,
 Follaje en el calzon, calza atacada,
 Coleta de grosero y duro ante,
 Con dos solapas bien cubierto el pecho :
 Ved aquí un arriero hecho y derecho.

III.

En elogio de la providencia adoptada para los campos-santos.

¡ Viva la providencia saludable
 Que á Dios da culto y á los hombres vida !
 Huya la corrupcion abominable
 De su sagrada casa esclarecida :
 Respire en el templo el agradable
 Aromático olor que á orar convida ;
 Triunfen ya los incienso primitivos,
 Y no maten los muertos á los vivos.

IV.

Descripción jocosa del membrillo.

Padre de la agri-dulce mermelada,
 Robusto fruto del fecundo otoño,
 Freno de la diarrea desbocada,
 Socio de la amacena y el madroño,
 Dentera de la gente delicada ;
 Tú haces desde Pekin hasta Logroño
 Las ropas odoríferas y sanas,
 Encerrado en las arcas aldeanas.

V.

Retrato de los currutacos.

Zapatos en figura de lanceta,
 De un crecido pirámide el sombrero,
 Ajustado calzon, corta chaqueta,
 Peinado de indio bravo y oso fiero,
 En vez de charreteras agujeta,
 Y á modo de hospiciano y choricero,
 Cubrirse de un angosto y largo saco :
 Ved aquí en realidad un currutaco.

MADRIGALES SERIOS Y JOCOSOS.

I.

A un amigo que iba de obispo á la India oriental en tiempo calamitoso.

No fué de la fortuna contingencia
 El venturoso estado
 A que Dios te ha elevado
 Por justa providencia,
 Que fué de ésta decreto venerado ;
 Bien te muestra tu ciencia,
 Tu mérito acendrado,
 Tu porte acrisolado,
 Tu gran desinterés y tu prudencia.
 El cielo piadoso,
 Con su mano indulgente,
 Remedie por la tuya las desdichas
 De un infeliz país calamitoso
 Y á su afligida gente,
 Para que venturoso,
 Este nuevo destino del Oriente
 Sea el Oriente de mayores dichas.

II.

A cierto joven militar de grandes esperanzas, con el motivo de su temprana y repentina muerte.

En el durable bronce atentamente
 Caliope su elogio preparaba,
 Y Júpiter pensaba
 Premiarle dignamente :
 La historia entre su gente
 Lugar le destinaba,
 Y el artífice diestro le labraba
 Estatua reverente :
 El laurel se jactaba
 De coronar su frente,
 Y la palma igualmente
 Autorizar su mano meditaba,
 Pero improvisamente
 Fué de la dura Parca sorprendido,
 Y á su saña rendido,
 De su espíritu activo y animoso
 Apagada se vió la ardiente llama,
 Y al influjo del hado riguroso,
 Tomando su fortuna nuevo aspecto,
 Quedaron sin efecto
 Su elogio, premio, estatua, gloria y fama.

III.

A un amigo que estaba para casarse con una señora muy hermosa y célebre poetisa.

No te puedes casar, Lisardo amigo,
En poético cargo de conciencia,
Con Filis, como tienes concertado,
Y á decirte me obligo
Que es nulo tu tratado,
Si no practicas nueva diligencia;
Pues aunque ella es mujer, es de otra especie,
Siendo sin duda alguna
Su ingenio y su hermosura más que humanos;
Y así tu amor mi aviso no desprecie,
Pues siendo el Pindo centro de su cuna,
En los límites toca soberanos:
Mira ahora, Lisardo, cuánto dista
De nuestra humana clase su talento,
Y considera atento,
Para que con seguro y firme paso
Tu conciencia serenes y reposes
En tan estrecho caso,
Si puedes, sin dispersa de los dioses,
Casarte con un ángel del Parnaso.

IV.

A un mozo que se casó con una vieja rica de las señas siguientes.

Érase una mujer vieja y fruncida,
Morcona, roma, calva, patituerta,
Desdentada, arrugada y tierna de ojos,
Corcovada, pequeña y consumida,
Y de un color al fin como una muerta,
Con verrugas, con fuente y anteojos,
Y algun parche pegado á trecho á trecho
En la cara, en el cuello y en el pecho;
Perdida de obstrucciones y de flatos,
Y otros mil enfermizos aparatos.
Vióla Lisardo un día, y espantóse,
Y ella, que conoció su repugnancia,
Pretendiendo á Lisardo por marido,
La bolsa le enseñó, y él alegróse,
Y quedando así el jóven complacido,
Miróla de otra suerte, y en sustancia,
Le pareció ya rubia y aguilena,
Alta, derecha, blanca y encarnada,
Graciosa y agradable,
Y una persona al fin tan apreciable,
Que con cara risueña,
Sin reparar en nada,
Lleno de regocijo y de contento,
Se desposó al momento;
Pues contra su decoro,
Al codicioso jóven, con tal dicha,
Del oro por el rápido portento,
La vieja susodicha
Le pareció una niña como un oro.

V.

Descripción de la vida de la mujer de un labrador.

Apénas se levanta de la cama,
Barre la casa y pone la comida,
El almuerzo prepara sin medida,
Cala la sopa, y á sus hijos llama,
Sale luego á la huerta,
Y cerca de la puerta
Corta la flor primera ó el retoño
Que dan la primavera y el otoño,
Y ordeñando una vaca,
Que suele estar atada de una estaca,
Saca la gruesa leche por azumbres,
Y de pues en sus viñas y frutales,
Y regados broncales,
Llena un cesto de frutas y legumbres.
Peina luego algun hijo diligente,
Y el muchacho impaciente,

Lloroso é indigesto,
A cada peinadura pone un gesto,
Cuida de sus gallinas,
Y luego presta el pan á las vecinas,
Dándole á la más pobre y más escasa
La comida que sobra de su casa.
Pasa luego al tinado,
Donde ceba algun cerdo,
Y llenando el dornajo de salvado,
Echa despues el heno preparado
Al bucy cansado y lerdo,
Que al rudo comedero tiene atado.
A sus hijos remuda la camisa,
Que ella hiló de la estopa
Del más crecido lino
Que se crió en el huerto de un vecino,
Y sacando despues la mejor ropa,
Les viste muy de prisa,
Y si es día de fiesta se va á misa.
Pone luego la mesa á su marido,
Y tomando algun jarro muy crecido,
Se baja á la bodega,
Y en el punto que llega
Le llena en una cuba ó un pellejo
Del generoso vino más añejo,
Hasta que se derrama lo que sobra,
Y come sin afán y sin zozobra.
Quita la mesa y friega,
Y si hace ya calor, la casa riega.
Sale luego á la puerta, y hacendosa
En el suelo se sienta,
Y con maña curiosa
Hila, devana y cose muy contenta.
Cuenta por novedad á una vecina
Que á su casa llegó la golondrina,
Que ha visto ya aquel año la cigüeña,
O que oyó la halagüeña
Simple voz del crquillo que ha llegado,
O el sencillio gracejo
Del avión, la tórtola y vencejo,
Que vienen á su tiempo acostumbrado;
Que se quebró la rueca,
O que sacó los pollos una llueca;
Que compró algun cedazo ó un harnero,
Que se cayó en el pozo algun caldero,
O que atenta ha observado
Del oscuro horizonte en las figuras,
Las señales de lluvia más seguras,
Que su diestro marido la ha enseñado.
Acecha por la luz de un agujero
A los traviesos hijos, que gozosos
Se columpian airosos
En las volantes puntas de un madero;
Celebra sus pueriles regocijos,
Hasta que ve que alguno de los hijos
En el simple equilibrio se descuida
Por mirar á un cordero ó una cabra,
Y dando una caída,
En algun podernal se descalabra:
Ella sale asustada de repente,
Y tomando al muchacho diligente,
Le tiende en un escaño,
Y despues de azotarle le ata un paño.
Al ruido llega el padre,
Y con esto se acaba la contienda,
Y la enojada madre,
Más templada, les saca la merienda,
Los acuesta temprano,
Y á todos los desnuda por su mano.
Despacha sus pastores y gañanes,
Poniendo en un costal de lienzo grueso
Aceitunas y queso,
Pimientos, ajos, sal y algunos panes.
Toma la almohadilla,
Y á la luz de la vela que más brilla,
Se divierte cosiendo,
Hasta que el sueño así la va viniendo,
Y acostándose al fin con gran descuido,
Duerme con tanta paz como el marido.

VI.

Con motivo de haber arruinado la pequeña casa de campo que el autor mandó hacer en los altos que hay saliendo por la puerta de Recelletos, camino de la Fuente Castellana.

Por vivir con descanso en esta vida,
Nada quise tener en este mundo;
Tentóme la ambición, y hice una casa,
Aunque de una estructura tan escasa,
Que en su justa medida,
El diámetro mayor y más profundo
Era de nueve pies estrechamente;
Pero la ruda gente
Que por aquellos campos gira errante,
Viendo con evidencia
Que en la filosofía,
De sus sabios preceptos ignorante,
En tener esta casa me excedía,
Por enseñarme tan divina ciencia,
La derribó inhumana,
Llevándose la puerta y la ventana;
Y en este para mí dichoso día,
Con discreta y benigna violencia,
Prudentes me robaron
El único cuidado que tenía,
Y más feliz que estaba me dejaron.

VII.

Con motivo de haberla vuelto á componer.

Arruinada la casa ciertamente,
Creí ya no tener cuidado alguno;
Pero improvisamente
Se me fueron viniendo uno por uno,
Todos mucho mayores que el pasado,
Y yo, desengañado
De que poder el hombre estar sin uno
Es un caso negado,
Viendo lo que me pasa,
De volverme al primero formé empeño;
Y conociendo ser el más escaso,
Del mal el ménos, dije en todo caso,
Reparando otra vez la estrecha casa,
Y volviendo al cuidado más pequeño.

VIII.

A cierto amigo de las señas siguientes.

En tu escasa fortuna te imagino
El hombre afortunado,
Que en este mundo inquieto
Puede vivir más quieto,
Alegre y descuidado;
Pues en todo paraje y ocasiones,
Para vivir tranquilo, sin segundo,
Tu pobreza te libra de ladrones,
Tu pequeño destino de envidiosos,
Y tu fea mujer de licenciosos:
Ve si hay más que temer en este mundo.

IX.

A un amigo que aconsejaba al autor que se sirviera de mujeres para el mayor aseo de la casa.

Yo no quiero mujeres, porque, en suma,
Si la mujer es moza es arriesgada,
Y con desgracia suma,
Cuando es vieja no sirve para nada;
Y así en todas edades,
Por tan graves razones,
O tendré que sufrir murmuraciones,
O sus enfermedades;
Y si es por el aseo,
Yo en todas partes veo
Que aunque ellas con la fama se han cargado,
Hay hombres que lo son demasiado.
Y al fin, viendo en el mundo lo que pasa
En cosas que se ven á cada paso,
Me sirvo de un honrado hombre soltero,

Y mujeres no quiero,
Porque tener deseo, en todo caso,
Más limpia la conciencia que la casa.

X.

A un amigo que le decía que por qué no imprimía sus papeles por su cuenta.

Yo doy de mil amores
El trabajo y ganancia á mi librero,
Huyendo de tratar con impresores,
Y otras cosas que infiero,
Que costarán molestia y sinsabores.
Y últimamente, amigo, porque quiero,
Viendo mi bolsa escueta
De oro, de plata y cobre,
Si á fuerza de ser pobre,
Puedo llegar á ser un buen poeta.

XI.

En elogio de uno de los mayores generales de nuestros días, con el motivo de haber escrito un gran elogio de Virgilio.

Si por cantar de Enéas las victorias
Con elegante pluma el Mantuano
Mereció de tu mano
Tan profundo respeto y tantas glorias,
¿Qué no merecerá en lo venidero
El que, como Virgilio y como Homero,
Con elegancia y tono competente,
Pueda cantar las tuyas dignamente?

XII.

A la bella estatua de Apolo puesta nuevamente en una de las fuentes del Prado, empezada por el difunto Álvarez, y concluida por don Alfonso Vergaz.

Si el Apolo, Vergaz, fuera Narciso,
Al punto que á la fuente se asomara,
Viendo la perfección de su figura,
De sí mismo otra vez se enamorara,
Contemplando del arte la hermosura.
No crean los poetas que su lira
Puede elogiar la estatua dignamente;
Pues creo ciertamente
Que llevar ya Vergaz de polo á polo
Su elogio merecido,
Sólo está concedido
A la lira inmortal del mismo Apolo.

FÁBULAS.

I.

El muchacho y la abeja.

Un inocente muchacho
Con gran descuido dormía
Muy cerca de un colmenar,
Donde una abeja maldita,
Sin saber por qué razón,
Se encendió en sangrienta ira.
Picóle; pero dejó
Tras del aguijón las tripas,
Como les sucede siempre
A todas las pobrecillas.
El muchacho la maldijo
Por su notoria injusticia,
Y cargado de razón,
De esta suerte la decía:
Daño me has hecho, es verdad,
Pero te cuesta la vida,
Pues por hacer mal á otros,
Tú te haces más á tí misma.
Así los murmuradores

Que con lenguas atrevidas
Ofenden la buena fama
Del prójimo, por envidia,
Hacen que muera la suya
A manos de su malicia.

II.

Los leopardos y el mono.

Con unos leopardos
Se introdujo un mono,
Por ver que contentos
Jugaban al morro.
Mudaron de juego,
Y empezaron otro,
En que los muchachos,
Cerrando los ojos,
Para ver si aciertan
Reciben mamporros.
El mono los daba
Sin fuerza, y los otros
No sentían daño,
Y acertaban pronto.
Tocóle al pobrete
Ponerse en el potro,
Pero al primer golpe
Perdió medio lomo.

Acertó al instante,
Y encogióse de hombros,
Lloró su desgracia,
Y les dijo á todos
Los entremetidos,
Que no entren en corro,
Ni se anden en juegos
Con los poderosos.

CONTINUACION DE LA FÁBULA DE ROMAN DE PINOS (1),
INSERTA EN EL DIARIO DE 10 DE JUNIO, Y AMPLIA-
CION DE SU MORALIDAD.

III.

El labrador y el río.

Un río salió de madre,
Y un labrador muy experto
Le dejó que se extendiese
En vez de poner remedio.

Reprobaban su descuido
Sus incautos compañeros,
Y el labrador les decía:
Dejadme, que yo me entiendo.

Con la gran inundación
Se regó todo el terreno,
Y el labrador precavido
Sembró con tino discreto,
En la tierraazonada,
Trigo, cebada y centeno.

Correspondió la cosecha
A medida del deseo;
Y entonces cuantos lo vieron
Decían, de asombro llenos:

La prudencia de este hombre
Fué el origen de este acierto,
Pues vemos que en este caso
Sacó del daño provecho.

Iba á hacer el fabulacio,
Y me dijo mi tintero:
Déjalo, no es menester,
Pues no hay quien entienda eso.

IV.

El buey y la rana.

Una rana sosegada
Vivía entre unos juncuales,
Adonde se acercó un buey
Muy manso, pesado y grave.

La rana se estuvo quieta,
Y ajustaron amistades,
Fiada la rana en su
Mansedumbre inalterable.
Echóse el buey á dormir
Junto á ella; pero el diantre
Hizo que diese una vuelta
Y sin querer la estrípase.
Lloraba el buey la desgracia,
Y la rana entre fatales
Agonías le decía:
Yo agradezco tus pesares,
Pero si acaso no muero,
Tendré presente en mis males
Que, por muy buenos que sean,
Para evitar estos lances
Es preciso vivir lejos
De los grandes animales.

HABIENDO GANADO UN AMIGO DEL AUTOR UN PLEI-
TO, EN CUYO SEGUIMIENTO HABIA GASTADO CUAN-
TO TENÍA.

V.

La mona y la cotorra.

Un señor indiano
Tenía una mona
Atada á una reja,
Junto á una cotorra.
En la misma casa
Servía una moza
Muy caritativa,
Llamada Victoria,
Que á la cotorrita
Cuidaba gustosa:
Saltáronse un día,
Y armaron camorra,
La mona atrevida
Y el ave chillona.
Descuidóse ésta,
La mona pillóla,
Y llena de gozo,
La gran picarona
La fué desplumando
Con mucha pachorra.
La cotorra triste
Con voz lastimosa
Pedía socorro
A su protectora,
Y á gritos decía:
Victoria! victoria!
Tú también, amigo,
La cantas ahora,
Después de pelado
Como la cotorra.

VI.

Fábula literaria.

En un pobre guardillón
Un sastre tenía un tordo,
A quien había enseñado
A decir en tono ronco,
A fuerza de repetirlo,
Borracho, Perico, Antonio,
Con otras mil bagatelas
Que se enseñan á los otros.
Escapóse una mañana,
Y se fué con vuelo pronto
Al tejado de una torre
A vivir con otros tordos.
Puesto sobre la veleta
Llamó la atención de todos,
Y habló la lengua del sastre,
Causándoles gran asombro.
Ofrecióse á poco rato
Hablar en idioma propio,
Y por haberle olvidado
Con un desprecio notorio,
Dijo tanto desatino,

(1) Anagrama de don Ramon de Pison.

Que el charlatan auditorio
A silbos y carcajadas
Aturdió todo el contorno.
¡ Cuántos con afectacion
Suelen hablar de este modo,
Porque superficialmente
Hacen estudio muy corto
De elegir lengua extranjera,
Y con culpable abandono,
Olvidando y no aprendiendo,
Suelen ignorarlo todo !

VII.

Fábula política.

Un jabalí y un corzo,
De hambre ya casi muertos,
A un pavo real hallaron,
Y auxilio le pidieron.
El animal hermoso
Ofreció de su cuello
Y matizada cola
Los brillantes arreos.
Nada de eso nos sirve,
Los dos le respondieron :
Pasaron adelante,
Y hallaron sobre un fresno,
Cantando mil primores,
A un manchado jilguero.
Pidiéronle socorro,
Y él ofreció lo diestro
De sus trinados silbos
Y afinados acentos.
Los dos necesitados,
Aunque lo agradecieron,
Muy tristes le responden :
Nada nos sirve eso.
Poco despues hallaron
Por su camino estrecho
A una oficiosa hormiga
Haciendo su acarreo :
La súplica repiten,
Y ella con paso lento
Los lleva generosa
A su oculto granero.
Al jabalí le manda
Que con su hocico diestro
Hoea hasta que descubra
De su almacén los senos.
Hízolo con ahínco
El animal hambriento,
Y encontró de cebada,
Trigo, avena y centeno,
La porción suficiente,
Con que los dos comieron.
Su protección la ofrecen
Los gratos compañeros,
Y uno al otro se dicen :
De hambre hubiéramos muerto
Vestidos con las galas
Del pavo platero,
Y también divertidos
Con el dulce gorjeo
Del diestro jilguerrillo
En lance tan estrecho.
¡ Oh necesaria hormiga,
A tí te agradecemos,
En tan urgente caso,
La vida y el sustento !

Fábulario.

¡ Quién duda que al labrador
Se dirige todo esto,
Y la urgente protección
Que exige de los gobiernos ?

RESPUESTA QUE DIÓ EL AUTOR Á UN AMIGO SUYO, QUE
LE INSTABA PARA QUE ADMITIESE UN DESTINO DE
MÁS HONOR Y DOTACION, PERO DE MAYOR RESPON-
SABILIDAD Y TRABAJO QUE EL QUE TENÍA.

VIII.

Fábula filosófica.

Juntos un macho y un asno
Por un carril caminaban :
El macho, todo cubierto
De riquísimas enjalmes,
Llevaba una carga de oro ;
Y el asno, sobre una albarda
De pobre y grosera jerga,
Un corto saco de paja,
Ufano el macho al principio
Del camino se jactaba,
Burlándose del borrico,
De su riqueza y sus galas.
Después de andar muchas leguas
Llegaron á la posada,
Y el amo con diligencia
Un gran pesebre prepara
Para el macho, y con franqueza
Se le llena de cebada ;
Y al asno en otro más chico
Le puso con mano escasa
Una pequeña porción
De la carga que llevaba.
El descansado borrico
Comia de ella sin tasa ;
Pero el macho, que cansado,
Sin alegría ni gana,
No pudo probar bocado,
Así al borrico le habla :
¡ Oh dichoso compañero !
Tú mejor partido sacas
De tu pequeña fortuna
Que yo de mis abundancias,
Pues tú comes y yo no,
Yo trabajo y tú descansas,
Y en el caso que me hallo,
¡ Qué saco, en ventura tanta,
De lo mucho que me sobra,
Si el apetito me falta,
Ni del oro con que el amo
Enriquece mis espaldas,
Si en vez de añadirme dicha,
Su gran peso me maltrata ?
Ten, pues, amigo, por cierto
Que se saca más ventaja
De ser asno descansado
Que de ser macho de carga.

ROMANCE.

A cierto autor de un estilo tan oscuro y confuso como se verá en el siguiente.

Murciélagos occidentales,
Que en literales tinieblas,
Con pluma de buho escribes
Cosas ni malas ni buenas,
¡ Qué lechuza te dictó
El cúmulo de sentencias
Que con silbo de mochuelo,
Entre sombras nos presentas ?
Mudando siempre de medio,
Con tantas inconsecuencias,
Parece que sólo aspiras
A barajar las ideas,
Dejando á todo lector
En oscuridad eterna.
Tu pesadez inaudita
Nos aturde las cabezas
Con los disparados tiros
De la metralla que encuentras
En los ocultos rincones
De las obras extranjeras
Escribe á la luz del día,
Y la oscura noche deja,

Apaga la lamparilla,
Ten las ventanas abiertas
En el gótico edificio
De tu ahumada mollera :
Habla claro, pues si no,
Ni Barrabás que te entienda.

ANACREÓNTICA.

Al feliz nacimiento del Principe de Asturias don Fernando.

En el frondoso Prado
Del matritense suelo,
Ameno sitio ahora,
Y árido en otros tiempos,
Cuyos crecidos troncos
Sostienen placenteros,
Como firmes columnas,
Los enlaces estrechos
De entretejidas ramas,
Que tocando en el cielo,
Forman bóvedas verdes
De artesonados techos;
Sentado al pie de un chopo,
Trasportado del sueño,
Vi en imágenes vivas
Todo lo que refiero :
En un espeso bosque
De agigantados fresnos,
Entre mirtos y rosas,
Formaban blando lecho
Una preciosa cuna
De oro bruñido y terso,
Guarnecida de piedras,
En cuyo digno centro
Dormía con descanso
Un infante tan tierno,
Que de recién nacido
Era todo su aspecto,
Blanco, rubio, encarnado,
Y gracioso en extremo.

Con sus doradas alas,
Entre grupos espesos,
Sombra suave y grata
Le tejían los genios :
Las ninfas arrojaban
Por todo el pavimento
Del ameno recinto
Floridos ramos bellos
De verdes madre selvas,
Tomillos y cantuesos,
Y las canoras aves,
Con silbos y gorjeos,
Arrullos tributaban
A su tranquilo sueño.
Céres, Flora, Minerva
Y la graciosa Vénus
Rodeaban la cuna,
Y llenas de embeleso,
Cuál con las verdes ramas
De enlazados renuevos
De laurel y de oliva
Le hacía fresco viento ;
Cuál, en su propia boca
El índice poniendo,
A todos los vivientes,
Con recatado sello,
Porque no despertara,
Imponía silencio,

Y con la diestra mano,
En ademanes lentos,
La cuna le mecía
Con blando movimiento ;
Cuál en sus sonrosadas
Mejillas y en su cuello
Con apretados labios
Le daba ósculos tiernos,
Y cuál en su preciosa
Barba y labio sereno
Con impulso suave
Tocaba con el dedo,
A cuyo fiel contacto,

El infante despierto,
Una grata sonrisa
Las mostraba balagüño.
Yo, al mirar tanta gracia,
Pregunté con anhelo :
¿ Quién es este precioso
Niño que miro atento ?
¿ Es acaso Cupido,
O el rubio Dios de Délos ?
Y Marte, que á su lado
Le mostraba en un lienzo
Las virtudes heroicas
Y generosos hechos
Que imitar esperaba
De sus padres y abuelos,
Me respondió gozoso
Con semblante risueño :
El principe Fernando,
Nuevo pimpollo regío
De Carlos y de Luisa,
Delicia de estos reinos
Y gloria del dichoso
Carpetano hemisferio.

SEGUIDILLAS FILOSÓFICAS DIRIGIDAS

Á LA TINAJA DE DIÓGENES.

En la tinaja y dueño
Veo juntarse
La casa más pequeña
Y hombre más grande ;
Siendo un palacio,
Que es todo cuanto cabe,
Cabiendo el amo.

Su eleccion fué oportuna
Para el descanso ;
Que en casa chica caben
Pocos cuidados ;
Siendo constante
Que casi todo obra
Como ellos faltan.

EL PÁJARO PRISIONERO.

Quejas de un pajarito encerrado en una jaula, y en manos de una niña.

Niña tierna, que me tienes
En tan estrecha prision,
Mira que me han puesto en ella
Los extremos de mi amor.
Yo creí las asechanzas
De un astuto cazador,
Que fingió con su reclamo
De mi consorte la voz.
Atraída de su engaño
Mi violenta pasión,
Por no precaver el riesgo,
El precipicio encontré.
Caí en la red, y me veo,
Por falta de precaución,
Rodeado para siempre
De amargura y de dolor.
Escarmienta en mi desgracia,
Y mira, niña, qué son
Irremediables los daños
De un incauto corazón.
Dame ya la libertad,
Porque benigno el amor
Te la dé á tí, si te ves
Algun día como yo.

DEFINICION DE LAS FERIAS DE MADRID.

Preguntando al autor un amigo qué había visto en las ferias, respondió :

Jícaras, platos, pucheros,
Sillas, mesas, escritorios,
Bancos, canapés, espejos,

Unos mancos y otros cojos.
 Estampas de San Onofre
 Y cuadros de San Oroncio,
 Aquéllas viejas y ahumadas,
 Y éstos borrados y rotos;
 Hierro viejo, rucdos nuevos,
 Y de estera algunos rollos;
 Cazos, sartenes, escobas
 Y servicios bien notorios;
 Avellanas, acerolas,
 Melones buenos y gordos,
 Y el dote de Dulcinea
 En tinajas del Toboso;
 Mil figuras ambulantes,
 Originales del Bosco,
 Y otras cosas que no digo,
 Porque ya las saben todos.

AJUAR Ó MUEBLES QUE VIÓ EL AUTOR EN VÁRIAS CASAS.

En la de un cura de una aldea.
 Cuatro sillas de vaqueta,
 Un breviario muy viejo,
 El Gonet, Silveira y Barcia,
 Y un balandran con sus flecos.

En la celda de un religioso descalzo.
 Un taburete de pino,
 Una tarima y un banco,
 Jicara y chocolatera,
 Un libro devocionario,
 Una cruz, y á la ventana
 Un orinal boca abajo.

En la celda de una monja.
 Una estampa, un relicario,
 Un barrito y un ceston
 Para enviar los regalos
 A su padre confesor.

En la casa de un indiano.
 Tibores, china y bandejas,
 Charoles, cocos y barros,
 Rosarios de filigrana,
 Un mico y un papagayo.

En la casa de un sabio.
 Un tintero mal compuesto,
 Algunas sillas sin órden,
 Una mesa lisa y llana
 Con la *Biblia* y el *Quijote*.

En la casa de un pretendiente.
 Un legajo de papeles,
 Un almacén de deseos,
 Muchos pasos, y ante todo
 La *Guía de Forasteros*.

En la casa de un poeta.
 Un vestido siempre roto,
 Distracciones y conceptos
 Mal color, enjuta cara
 Y poquisimo dinero.

En la casa de una señora petimetra.
 Un espejo, un tocador,
 Olorosísimas aguas,
 Flores, mantecas y enredos,
 Y poquísima sustancia.

En el cuarto de un paje.

Una casaca manchada,
 Una camisa muy puerca,
 Gran hambre, y muchos deseos
 De asaltar una dispensa.

En la casa de un sastre.

Un perro, un gato y un tordo,
 Una silla y una mesa,
 Un gran cajón de retales
 Y un bello par de tijeras.

En la de un zapatero.

Una gaceta atrasada,
 Un pilguero y un pardillo,
 Los *Doce Pares de Francia*,
 Con el *David perseguido*.

En la de un barbero.

Una guitarra, un chaquete,
 La historia de Tamerlan,
 Unas bolsas, un estuche
 Y su piedra de amolar.

En la de un músico.

Oberturas y sonatas,
 Partituras y conciertos,
 El instrumento que tocan,
 Y cada día un proyecto.

En la de un pintor.

Gran tiento y mucho pincel,
 Colores siempre de sobra,
 Pecados originales,
 Poco arte y mucha copia.

EPIGRAMAS Á DIVERSOS ASUNTOS, EN DIFERENTES METROS.

Habiendo visto el autor las malas fachadas de San Sebastian y del Hospicio, peor ésta que la otra, preguntó con admiración á la estatua de San Sebastian:

Santo de tanto valor,
 ¿Que haceis en tal frontispicio?

Y le respondió:

Yo bien conozco en rigor,
 Que á no estar en el Hospicio,
 No podia estar peor.

Hizo igual pregunta á la de San Fernando que se halla colocada en la fachada del Hospicio, y contestó:

Me encuentro con tanto afán
 Entre hierros tan crecidos,
 Que es mejor, en tal desman,
 Estar con los retraidos,
 Como está San Sebastian.

A la célebre estatua de San Bruno que se halla sobre la puerta de la Hospedería de los Padres Cartujos, calle de Alcalá.

En la Historia Natural
 Debía estar colocado
 Un san Bruno tan cabal,
 Por ser, sin ejemplo igual,
 Un monje petrificado.

Epitafio para un pretendiente.

Aquí yace sepultada
 De un pretendiente prolijo

La esperanza más osada :
O César ó nada, dijo,
Y se salió con ser nada.

Epitafio para un hombre de muy poco mérito, que había sido amigo de vestir bien, y por esto tenido por hombre de alguna importancia.

Aquí yace, peregrino,
Entre gusanos, aquel
Que aunque fué un grande pollino,
A fuerza de trapo fino,
Llegó á hacer un gran papel.

A uno que traía á cuestas un compañero, que se había maltratado una pierna :

En el lance acaécido,
Aunque le llevas así,
¿ Cuánto quieres apostar
Que á él le pesa más que á tí ?

A un amigo que se quejaba de que le hablaba con demasiada claridad.

El amigo y el espejo
Tienen entrambos á dos
Un mismo oficio, y así,
El más claro es el mejor.

A uno que entraba á beber en una taberna porque estaba enamorado de la tabernera.

Con diferentes intentos
Que á beber viene imagino;
Pues él en sus pensamientos
Por el vaso bebe el vino,
Pero por ella los vientos.

A un amigo que había ofrecido al autor unas pasas, y siempre se olvidaba de enviárselas.

De las pasas ofrecidas
La mitad te comerás,
A ver si no te se olvida
Enviar la otra mitad.

A un amigo que le decía que por qué había hecho tan pequeña una casa de campo que acababa de hacer.

Yo busco aquí un campo grande,
No de la casa el tamaño,
Y la hice chica porque
Quedára más grande el campo.

Epitafio para uno que pasaba por sabio, y despues imprimió algunas obras de muy poco mérito.

Aquí yace, viador,
El que nos hizo creer
Que era un sabio, y en rigor,
Se metió luego á escritor,
Y lo echó todo á perder.

A un amigo que halló riñendo con un mozo de corcel que llevaba unos talegos de dinero.

Calla y deja la cuestion,
Porque á pesar tuyo infiero
Que todos, en conclusion,
Como le ven con dinero,
Le habrán de dar la razon.

A un médico de muy pocos aciertos que acababa de morir.

La prueba de que la muercie
No perdona hombre nacido,
Es ver que no ha perdonado
Hoy á su mayor amigo.

A un amigo que iba con un empleo mejor que el que tenía á un lugar donde había muchas tercianas.

Ajustada bien la cuenta,
Creo, si bien se examina,
Que vas á gastar en quina
El exceso de la renta.

Epitafio para un caballero que fué sumamente pródigo.

Aquí yace aquel que tuvo
Gran familia, gran boato,
Gran mesa, y hasta las deudas
Más grandes que sus estados.

Epitafio para otro que fué sumamente miserable.

Aquí comen los gusanos
A un infeliz que, mezquino,
Mató de hambre á su familia,
Y él se murió de lo mismo.

Respondiendo al bello epigrama de don Juan de Irlarte, en que define el carácter de los genoveses de este modo :

« Los genoveses no dan,
Ni dieron en tiempo alguno;
Sólo un genoves, Colon,
Dió por todos dando un mundo. »

Respuesta.

Nada Colon llegó á dar,
Aunque genovés bizarro,
Pues no hizo más que enseñar
Lo que Cortés y Pizarro
Se tuvieron que tomar.

A una señora llamada doña Rufina, diestra cantora, que cantaba un duo con un mal músico, llamado don Serafin.

Don Serafin y Rufina
Cantan ; mas de esta manera,
Ella como un serafin,
Y él como si no lo fuera.

Viendo unos cañones de artillería colocados en el alto del Retiro

Estos cañones de bronce,
Más que de cisne elocuentes,
Son, para persuadir,
Cicerones de los reyes.

Definicion del coche.

Es del coche la virtud,
Cuando no hay necesidad,
Gasto, ruido, vanidad
Y poquísima salud.

Habiendo sabido el autor que á un dependiente del hospital le habían hecho un gran regalo en dinero, y á otro compañero suyo un elogio en poesia.

A Fernando con fortuna
Le regalan un bolsillo,
Y á don Jacinto con versos
Tan solamente el oido.
Aquél saca más de Crespo
Que éste de Homero y Virgilio;
Que á quien protegen poetas,
Jamás puede morir rico.

A un poeta que hacía pasar por suyas las poesías de don José Iglesias.

Don Beltran vende por suyas
Las poesías ajenas,
Y así es pequeño castigo
El sacarle á la vergüenza,

Pues la merece mayor
El que es un ladrón de Iglesias.

Respuesta á un estudiante de edad de trece años, por el elogio que hizo del autor en el diario de 31 de Mayo.

Gracias, amigo estudiante,
Por un elogio que excede
A mi mérito y tu edad;
Estudia, adelanta y crece,
Hasta que, según empiezas,
A tanta perfección llegues,
Que hagas honor á tu patria,
Y nuestra esperanza llenes.
De mi elogio sólo digo
Que, como niño, no adviertes
Mis defectos, que verás
En edad más competente.
Crece más, vuelvo á decir,
Y cuando llegues á veinte,
Veremos si en elogiarme
Te mantienes en tus trece.

Habiendo leído el autor los elogios que ha merecido al *Censor mensual*, le suplica lo siguiente:

Señor Censor, yo os suplico
Que me dejes de elogiar;
Porque, *justè vel injustè*,
Sin querer me acarreas
Mil enemigos poetas,
Que son dos millones más
Que si fueran de otra clase,
Y aún más me perjudicais,
Porque viéndome clogiado
Me va entrando vanidad,
Que es el mayor enemigo
Que me podéis agregar;
Enemigo que á cualquiera,
En cualquiera facultad,
En lugar de hacer progresos,
Hace volver hácia atrás.

Oyendo pregonar por guindas garrafales las ordinarias y malas, dijo el autor á un amigo:

A las guindas ordinarias
Llama garrafales guindas,
Y de cuanto lleva, sólo
Es garrafal la mentira.

Habiéndole contado al autor que se había ahogado un hombre por haber apostado con otro á estar más tiempo debajo del agua, dijo:

A estar debajo del agua
Ganó el difunto la apuesta;
Pero también la ganó
A estar debajo de tierra.

Oyendo cantar á un clérigo el *Pater noster* muy desentonado, en una misa solemne, dijo á sus amigos, concluida:

Tan mal cantó el *Pater noster*,
Que nunca el coro entonado
Respondió con más razón:
Sed libera nos à malo.

Habiendo cantado del mismo modo el diácono el *ite missa est*, añadió:

Itè (dijo) *missa est*,
Pero con tan poca gracia,
Que todos se hubieran ido
Aunque no se lo mandára.

A un famoso tocador de flauta.

Toca con tanta emoción
Su delicado instrumento,
Que parece, en conclusión,
Que sopla su entendimiento,
Y sueña su corazón.

A un mozo que per casarse con la hija de un herrador se puso al mismo oficio.

Sus ideas amorosas
Son de ser afortunado,
Y el pícaro amor le ha puesto
A los pies de los caballos.

A un mozo que ponderaba de bonita y pobre á una mujer.

Dices que la niña es
Bonita y necesitada,
Dos cosas que avivarán
Tu apetito y tu esperanza.

Habiéndole contado que un perro de un hortelano á nada tenía miedo sino á una cigüeña que había en la huerta, dijo:

Eso se puede creer,
Pues para el grande y el chico,
Mujer y con tanto pico,
Muy bien se debe temer.

Habiéndole preguntado al autor cuál sería la razón porque los mejores poetas contemporáneos suyos, como Ayala, Huerta, Iriarte, Moratin, Iglesias, Cadalso, Gonzalez y Ferner, etc., habían muerto antes que él, y mucho más mozos, respondió:

Ellos han muerto y yo vivo;
De cuyos casos infero
Que es fuerza ser mal poeta
Para vivir mucho tiempo.

Habiéndole contado que un chico llamado Miguel tenía mucho juicio, pero que el día que se dedicaba á enredar, era insufrible, dijo:

Miguel, aunque tiene juicio,
Alguna vez se desmanda;
Con juicio es un San Miguel,
Y sin juicio su peana.

Habiéndole enseñado un revocador el plan que tenía dispuesto para revocar una casa, lleno de mil defectos, dijo:

Nada me agrada el intento,
Por los defectos que ves,
Y así lo que importa es
Revocar tu pensamiento.

En elogio de José Delgado (Pepe Hillo), autor de la *Tauromaquia* (1).

Delgado la *Tauromaquia*
Escribió con tanto acierto,
Que á propósito parece
Que usó de pluma de acero,
Tinta de sangre de toro,
Tintero y cendal de cuerno.

Habiendo oído cantar á un músico muy viejo y ronco, cuyo apellido era Fuente, le dijo:

Esa voz intercadente,
Que no se deja entender,
Más tiene, á mi parecer,
De cascada que de fuente.

Al retrato de un vicioso.

A un vicioso retrató
Un pintor de poca maña,
Tan sin arte, tan sin reglas,
Y de tan horrible cara,
Que en vez de su cuerpo, hizo
El retrato de su alma.

Epitafio para don Manuel Alvarez de la Peña, insigne estatuario español y director de la Real Academia de San Fernando.

Aquí yace un escultor,
Que, por su grande destreza,

(1) Este famoso torero, á pesar de su destreza, murió desgraciadamente en las astas de un toro.

Le echarán ménos los hombres
Y le llorarán las piedras.

Para don Juan Pablo Forner, autor de várias y buenas poesías.

Su muerte fué muy temprana;
Pero al fin es cosa cierta
Que no morirá su fama
Tan presto como el poeta.

Habiendo visto el autor un cuadro de la Trinidad, original de Claudio, retocado y echado á perder por un mal pintor.

El Hijo por redimirnos
Padebió muerte afrentosa,
Y el pintor en este cuadro,
A porrazos de una brocha,
Se la hizo padecer
A todas las tres Personas.

Habiendo visto otro de la venida del Espíritu Santo, original de Carducho, cubierto de polvo y telarañas, y colocado en una sucia trastería, le dijo á un amigo:

No merece, amigo, estar
Una paloma tan pura
Y de tan grande hermosura,
En tan inmundo lugar;
Del cielo bajó propicia,
Por más que en el mundo hagan,
A desterrar la inmundicia
De nuestra humana malicia,
Y mira cómo le pagan.

Habiendo visto algunos excelentes retratos hechos por Goya:

La naturaleza excedes,
Y tu fama será eterna,
Si de envidia no la mata
La misma naturaleza.

Habiendo encontrado el autor á un jóven que se estaba burlando de un hombre muy viejo, le dijo:

Tú merecias que Dios,
Por su providencia justa,
No te dejara llegar
A la edad de que te burlas.

A otro que se burlaba de un corcovado.

Yo hallo en tí mayor defecto;
Pues, si bien se considera,
Lo que á él le sobra de cuerpo
Te falta á tí de prudencia.

A otro que se reía de un hombre que llevaba la capa torcida, siendo él bisojo.

Tú te ríes de su capa
Porque la lleva torcida;
El bien puede enderezarla;
Mas yo creo que en tu vida
Tú podrás enderezar
Los ojos con que la miras.

A una mujer que iba vendiendo nueces en una cesta muy pequeña y dando muchas voces.

En la pequeña porcion
De aquesta fruta que vendes,
Y con los gritos que das,
Nos haces ver claramente
Cuánto, sin duda, mayor
Es el ruido que las nueces.

Preguntando al autor á qué se parecía una mujer que iba vendiendo acerolas, dijo:

Esa que vende acerolas,
En hacer-olas, discurro
Que más se parece al mar
Que á otra cosa de este mundo.

A una bella estatua de san Pedro de Alcántara, ejecutada por el señor Vergaz, para colocarse en la capilla de la Cruz de la ciudad de Jerez de los Caballeros.

En original y copia
Dos gracias veo brillantes,
En el Santo la de Dios,
Y en la estatua la del arte.
De la Cruz en la capilla
Con propiedad se coloca
Un santo que siempre tuvo
Una cruz tan meritoria,
Que unida con la capilla
Estrecha de la reforma
Del penitente Francisco,
Le acarreo tanta gloria.

Confesion ingenua de una jóven.

A un viejo quiero y á un mozo,
Aunque por distinta ley;
Pues al mozo es por su cara,
Y al viejo por la del rey.

Respondiendo á una impugnacion.

Tus desatinos lei,
Que me hicieron mucha gracia;
Y aunque pides la respuesta,
Acaso tardaré en darla;
Mas con todo te prometo
Que con zumba y con cachaza,
Cuando acabe de reir,
Te responderé sin falta.

A cierto caballero que estaba muy enamorado de la hija de un ciego.

La desgracia de ese ciego
Para tí fortuna fuera;
Que así, no viendo en su hija
Tan extremada belleza,
No te verias ahora
Mucho más ciego por ella.

Habiendo encontrado el autor á un lechero y un aguador que iban juntos, diciendo el primero: leche, leche, y el segundo: agua, agua, dijo:

Leche y agua van diciendo;
Y yo creo que dirán,
El lechero una mentira,
Y el aguador la verdad.

De otro modo.

Leche y agua dicen juntos,
Y juntas ellas irán;
Por lo cual entre los dos
Dirán sólo una verdad.

Respuesta que dió el autor, siendo estudiante, á un condiscípulo suyo, que le impugnó disparatadamente.

Con enojo literario
Quise responder á un bestia,
Tan pesado como necio;
Y por hablarle en su lengua,
Probé á rebuznar; no supe,
Y le dejé sin respuesta.

En elogio de un célebre escultor con el motivo de haber hecho una bella estatua de San Miguel.

Tu san Miguel está hecho
Con tal destreza y tal gracia,
Que confesará cualquiera,
Al mirar la bella estatua,
Que en materia de escultura
Sabes más que su peana.

Gajes de los victos.

Una vida disipada,
Sensual y sin virtud,
Acarrea desgraciada
Pobreza, poca salud
Y vejez anticipada.

Habiendo escrito al autor un amigo suyo, poeta, los días de San Francisco de Asís por equivocación, siendo Francisco de Salas, le respondió:

Francisco de Salas soy;
Pero creo que acertastes
Hoy en escribir los días,
Pues contemplando por partes,
Francisco se encuentra en mí,
Y Salas en tu romance.

Hablándole preguntado al autor un amigo suyo en qué fundaba su felicidad temporal, le respondió:

Las dos columnas que afirman
Toda mi felicidad
Para mi paz interior,
Son no temer ni esperar;
Por no esperar no pretendo,
Por no temer no hago mal;
Mucha quietud te prometo,
Si me quieres imitar.

A la nueva estatua de san José Calasanz en la Escuela Pía de la calle de Hortaleza.

En actitud natural,
Con el dedo señalando
Al niño que está á sus piés,
Fijos y abiertos los labios,
Con dos distintos respetos
Parece que está enseñando:
Como Calasanz los niños,
Como estatua, estatuarios.

Habiendo leído el autor algunas fábulas de su amigo don Ramon de Pison.

Son tus fábulas, Pison,
Por su constante verdad,
Ejemplo y moralidad,
Fábulas que no lo son.

Habiéndole preguntado al autor cuáles eran las cuatro urgencias más inevitables del hombre, respondió:

Las cuatro más necesarias
Urgencias del hombre son,
A mi corto parecer,
Hambre, sed, sueño y amor.

A un hijo de Madrid muy pesado, muy sordo y muy necio.

Musas, á todos decid,
Y decidlo con empeño,
Que éste, en vez de madrileño,
Es un leño de Madrid.

Dando la enhorabuena al célebre poeta Forner por su nuevo destino de Fiscal.

De Fiscal la enhorabuena
Os doy con gusto cabal,
Y también por complaceros,
Por si pueden evitar
Mis poéticos delitos
El teneros por fiscal.

A un amigo con fama de rico, que se quejaba de que le habían robado,

El robo de que te quejas
No te hubiera sucedido

Si ántes te hubieran robado
La fama de ser tan rico.

Asistiendo el autor á las honras de un caballero, en cuyo túmulo habían puesto, contra las órdenes del ordinario, un gran número de hachas, ambleos, velas y morteretes, dijo:

A tan honrado difunto
La ganancia no le arriendo,
Si él está entre tantas llamas
Como las que aquí le han puesto.

Habiendo encargado al autor que llamase vieja á una señora que negaba serio, y acababa de cantar un juguete muy antiguo, dijo:

Aunque es antiguo el juguete,
Sabemos todos que es,
En la dama que le canta,
Más antiguo el cantar bien.

Oyendo tocar á un mal organista, llamado don Longinos, en un órgano que tenía el teclado en el costado derecho, como el de las Salesas de Madrid, dijo:

Herido por el costado,
Se queja el órgano á gritos
Del gran daño que le hace
El organista Longinos.

Respuesta que dió el autor á uno que en una disputa le llamó loco.

Para prueba de que creas
Que no estoy loco, te basta
Ver que yo no te respondo
Del modo que tú me hablas.

A una señorita de corta edad que tocaba bien varios instrumentos.

En oro se convertía
Cuanto el gran Midas tocaba,
Y cuanto toca esta niña
Todo se convierte en gracia.

A los reyes, nuestros señores, con motivo de habersa detenido para una batida de lobos en la villa de Jaraicejo, patria del autor.

Los reyes, por nuestra dicha,
En Jaraicejo pararon,
A dar la muerte á las fieras,
Y la vida á sus vasallos.

Con el motivo de caer en un mismo día san Fermin y el beato Lorenzo de Brindis, dijo el autor á los navarros:

Brindis y Fermin se juntan;
Sin duda será la causa
El que San Fermin sin brindis
No puede haber en Navarra.

A uno que siempre quería comprar barato.

Al económico avaro,
Que comprar barato intenta,
Jamás le sale la cuenta,
Porque lo barato es caro.

A cierto predicador que dijo un sermón traducido del francés al pié de la letra, y cuya limosna le valió siete duros.

Como el sermón fué francés,
La limosna yo no dudo
Que debió ser siete luises
En lugar de siete duros.

A una señora recién casada con el motivo de llevarla á recreación á la villa de Cabeza del Buay.

¡Con qué conciencia ni ley
A una señorita honrada
La llevan, siendo casada,
Hasta Cabeza del Buay.

Habiendo visto el autor á un mono muy feo que rifaban, entre otras cosas, para una fiesta de san Antonio Abad, dijo:

Con un mono que da espanto,
He llegado á discurrir
Que aquí quieren repetir
Las tentaciones del Santo.

Con motivo de la mucha gente que acudió á la comedia del *Diablo predicador*.

Si se debe gradüar
Por la gente que aquí viene,
Es preciso confesar
Que muchos amigos tiene
El diablo en este lugar.

Con motivo de llamarse Gil el que hacia el papel de diablo.

Gil predica la limosna,
Y al ver que recoge tanta
Haciendo el papel de diablo,
Dice la gente admirada:
¡Habrä demorio de Gil,
Y la limosna que saca!

A Miguel Garrido, que hacia el papel de fray Antolin.

Fray Antolin predicando,
Con su gracia tan notoria,
Mucho más que con el texto,
Hizo reir con sus glosas.

Habiéndole contado al autor que fray Antolin habia hecho reir á la gente en la comedia del *Diablo predicador*, y el loco de la comedia del *Delirio* habia hecho llorar á todos, dijo:

Sin echarse á delirar,
¿Quién pudiera discurrir
Que con gracia singular
Un loco hiciera llorar,
Y un fraile hiciera reir?

A Bernardo Gil haciendo el papel de loco en la comedia del *Delirio*.

Gil hace el papel de loco
Con tal propiedad y acierto,
Que á él y á toda la gente
Vi locos á un mismo tiempo:
A Gil loco de dolor,
Y á la gente, de contento.

Respuesta que dió el autor á uno que decia que aunque las comedias de magia tenían buenas entradas, era un disparate representarlas.

Si es disparate, yo infiero
Que en los cómicos sería
Más disparate en el día
No querer ganar dinero.

A un viejo que queria mucho á una señora llamada doña Juana.

Al mirar de doña Juana
La hermosura y el despejo,
Está en riesgo todo viejo
De ser viejo de Susana.

En elogio de don Melchor Ronzi, célebre profesor de violin.

Orfeo y Ronzi se hallaron
Para tocar un concierto
En el famoso teatro
De Júpiter y de Vénus;
Y despues de cotejar
Sus sonoros instrumentos,
Troquemos, Orfeo dijo,
Y Ronzi dijo: No quiero
Hacer semejanse trueque;
Pues tú ganas y yo pierdo.

Habiendo visto el autor un volante de librea que llevaba en la gorra un graui plumaje.

Ninguno como el *Volante*
Debe con más propiedad
Llevar las plumas, pues ellas
Nacieron para volar.

A las cuatro estaciones del año, puestas en la fuente de Apolo, enpezadas y concluidas por el difunto Álvarez.

Álvarez, tus estaciones
Nos presentan sus efectos
En tan bellas actitudes
Y modo tan verdadero,
Que con toda propiedad
Me parece que estoy viendo
En primavera y verano
El otoño y el invierno,
Flores, espigas y frutas,
Nieves, escarchas é hielos.

A don Juan Adan, con el motivo de las bellas obras que tiene prevenidas para el Real sitio de Aranjuez.

Si de Álvarez y Vergaz,
Por su mérito profundo,
Debo hacer justos elogios,
Para ser en todo justo,
¿Qué no deberé decir
Del primer hombre del mundo?

Preguntándole al autor qué juicio hacia del gentio que concurria á pasearse al Prado, respondió:

En la baraja del Prado
Hay muchos bastos y copas,
Pocos oros, muchos ases,
Malillas siempre de sobra,
Y con los inmensos coches,
Arrastres á todas horas,
Algun caballo de espadas,
Ningun rey, y muchas sotas.

Al abuso de las patillas inventadas en Francia para hacer las caras más feas, y adoptadas en España por imitacion.

Entre las várias patillas
Con que el vulgacho ha querido
Desfigurar sus semblantes
Por un extraño capricho,
Hay algunas tan crecidas,
Que cubriendo los carrillos,
Forman tal grupo de barbas,
Que parecen capuchinos.
Hay otras largas y angostas
Como colas de borricos,
Y otras tan extravagantes
Entre los hombres más finos,
Que en la figura de sables
Forman tan extraño giro,
En dos bien acicalados
Semicirculos torcidos,
Que hacen que todos sus dueños,
Como se ve en los escritos,
Entre paréntesis lleven
La cara á renglon seguido.

A un caballo de posta muy flaco.

Este caballo de posta,
Enfermo, débil y enjuto,
Con propiedad va corriendo
Por la posta al otro mundo.

En elogio de Isidoro Málquez, actor en la tragedia de *Los Hijos de Edipo*.

En el trágico carácter
Sobresales de manera,
Que aunque es tragedia muy grande
La que diestro representas,

Para el teatro tu falta
Sería mayor tragedia.

A una hermosa dama que en una visita se cubría la cara con el abanico.

Con el abanico cubres
El rostro; que es necesario
Para que no abraze el sol,
Que se interponga un nublado.

A la subida del pan que hicieron los tahoneros en tiempo de una lluvia muy favorable.

Veo con admiracion
Que el pan, por mucho que llueva,
Se pone sobre las nubes
Cuando el agua baja de ellas.

A un cocinero que se habia separado de su mujer.

Mal á su mujer queria
Un cocinero afamado,
Y acaso consistiria
En que él guisados hacia,
Y ella algun desaguizado.

Habiendo visto en el Prado á un presidario castigado por haber hurtado bellotas en el Pardo.

Al que por bellotas sufre
Una pena tan gravosa,
Bien se le puede llamar
Un animal de bellota.

A la muerte del autor, para cuando llegue el caso.

Mi epigramático genio
Pide á Dios con eficacia
Que cuando llegue la hora,
Sea en su divina gracia,

Mi muerte tan breve y buena
Como el mejor epigrama.

Para pedir á Dios el agua por intercesion de san Isidro y de su esposa santa Maria de la Cabeza.

SONETO (1).

Glorioso labrador justificado,
Que con tu santa venerada esposa,
Desde la humilde esteva venturosa
Hasta el cetro inmortal fuiste elevado.
Tú, que tras del impulso del arado,
Fecundaste con mano generosa
La porcion más amena y espaciosa
Del carpetano suelo afortunado;
Pues veis nuestra aficcion y desconsuelo
En la gran sequedad que el campo encierra,
Y la abominacion que el hombre fragua,
Alcancen vuestros méritos del cielo,
Y reguemos con lágrimas la tierra,
Para que Dios la riegue con el agua.

Por accion de gracias por haber llovido.

Eficaz protector, Isidro santo,
Compañera feliz, Maria bella,
Ya vencesteis la infausta y dura estrella
Que influya críel nuestro quebranto.
Gracias os da Madrid por favor tanto,
Pues ya el agua templó nuestra querella,
Cuyo insigne favor de nuevo sella
La dicha que en vos halla nuestro llanto.
En nuestros pechos hoy se verifique,
Por la gran confianza que en vos tienen,
De este nuevo favor para memoria,
Que al paso que la tierra fructifique,
Hagan tan dignos frutos, que nos llenen
De abundancia inmortal y eterna gloria.

(1) Hemos hallado, manuscritos, este soneto y el siguiente entre los papeles de Jovellanos. (Nota del Colector.)

DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Poeta cómico y lírico de fines del siglo pasado, muy popular, aunque de escaso mérito. Son lindas las décimas que escribió con el título *Memorial en estilo burlesco*. Su comedia *El Pintor fingido* es agradable.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

En 1789 imprimió en Pamplona un canto épico en octavas, titulado *Extremos de lealtad y valor heroico navarro*. Coscuella, en folio. RODRIGUEZ DE ARELLANO era natural de Navarra: lo dice él mismo en este poema.

Publicó en 1806 sus *Poestas várias* (imprensa de Repullés, un tomo en 12.º). Las dedicó á la Marquesa de Santa Cruz, con quien le unian vínculos de agradecimiento. No incluyó en la coleccion de sus poesías una silva lánguida é interminable (51 páginas en 4.º), que, en 1789, publicó en Pamplona con este título: *Navarra festiva, en la aclamacion de su católico monarca el señor don Carlos IV*.

Compuso, tradujo y refundió várias obras dramáticas. Veintiseis de ellas han visto la luz pública. Se le atribuye, además, *La Lealtad, ó la Justa Desobediencia*, comedia publicada con el nombre de *Gil Lorena de Arozar*, anagrama imperfecto de RODRIGUEZ ARELLANO.

POESÍAS.

ODA AL ALTÍSIMO.

Pues ves ¡oh musa mía!
 El órden admirable de las cosas,
 Y cuántas relaciones prodigiosas
 Encierra su armonía,
 Canta en tono elevado
 Al Hacedor de todo lo criado.
 A una voz hizo el cielo,
 La tierra, el sol, la luna y las estrellas,
 Brutos, aves y peces, flores bellas,
 Que ornan el verde suelo;
 Y por fin hizo al hombre,
 Mística copia de su esencia y nombre.
 Créador increado,
 Fin y principio de cuanto es, ha sido,
 Y de cuanto será, reconocido
 Se ve, y glorificado
 En cuantas criaturas
 Pueblan la tierra y las esferas puras.
 Por él, en la erizada
 Fria estacion, los montes eminentes
 Se coronan de nieve, que en mil fuentes
 Y arroyos desatada
 Por el favonio blando,
 A los valles descende murmurando.
 Él hace que la aurora
 Al campo vierta animador rocío;
 Que espigas dore el abrasado estío,
 Y que Pomona y Flora
 Canten sus atributos
 Con flores bellas y sabrosos frutos.
 Desde su rico asiento,
 Árbitro de los bienes y los males,
 De los rápidos orbes celestiales
 Regula el movimiento;
 Y con frágil arena
 Del Ponto airado la soberbia enfrena.
 De sus manos sagradas
 Tiene en la diestra la clemente oliva,
 Y en la siniestra el rayo, que derriba
 Las torres elevadas
 Y alcázares costosos,
 Que erigen los mortales orgullosos.
 Magnífico, insondable,
 Todo es fecundidad, todo clemencia,
 Todo justicia, todo providencia,
 Y en todo es inefable;
 Pues su sér excelente
 Cabe en sí mismo, y no en la humana mente.

De bienaventurados
 Espíritus inmensa muchedumbre
 Rodea el trono de su excelsa lumbre;
 Y en su amor abrasados,
 Con admirable canto
 Le apellidan, ¡oh Santo, Santo, Santo!
 ¿Quién de tu fortaleza.
 De tu bondad y ciencia dignamente
 Podrá cantar, Señor omnipotente?
 Nadie; que en la grandeza
 De tu insondable abismo,
 Eres tú solo lengua de tí mismo.

EPIGRAMAS.

I.

A la mi dulce señora,
 A la que entre todas bella,
 Es de mis dichas estrella,

Y á todo el mundo enamora;
 A la que me vuelve loco
 Y me aprisiona en sus redes,
 ¿No la conocen ustedes?
 —No señor,— Pues yo tampoco.

II.

Doce calvos casualmente
 Se juntaron cierto día,
 A oír un fraile que tenía
 Don y fama de elocuente;
 Pero él ántes de empezar
 Los miró, y torciendo el gesto,
 Dijo: *Señores, ¿qué es esto?*
 ¿Es iglesia ó melonar?

II.

De un clavel en la frescura,
 Que besar Fili solía,
 Se escondió Cupido un día,
 Por sorprender su hermosura;
 De tiempo á distancia poca
 Fili el beso satisfizo;
 Salió Cupido, ¿y qué hizo?
 Quedar cautivo en su boca.

IV.

De parto estaba, y penoso,
 La pobre mujer de Lucas;
 Ponia el grito en los cielos,
 Sordos á sus quejas muchas;
 Lucas tambien se quejaba
 De verla en tanta apretura;
 Y ella, para consolarle,
 Le dijo: *No me consumas;*
No llores por mis dolores,
Que tú no tienes la culpa.

CUENTOS.

I.

De un rico dorado coche
 Tiraban cuatro muletas,
 Muy jóvenes, muy briosas,
 Y de condicion revuelta;
 Pararon junto á una casa,
 A tiempo que por la acera
 Pasaba un fraile muy gordo;
 Y deteniéndose á verlas,
 Receloso de algun cosque,
 Iba ya á dar media vuelta,
 Cuando el cochero le dijo:
 Bien puede su reverencia
 Pasar, porque son seguras;
 Y el fraile, con mucha flama,
 Repuso: *¿Qué son seguras,*
Las coces ó las muletas?

II.

Una misma habitacion
 Ocupaban dos hermanos

Tan parecidos, que nadie
Podía diferenciarlos;
A uno de ellos pretendía
Hablar en secreto un payo;
Al portero llama, y éste
Le dice muy mesurado:
¿A cuál de los dos buscáis?
—Al alto.— Los dos son altos.
—Busco al más flaco.— Los dos
Son iguales en lo flaco.
—Busco al que es casado, y tiene
Una mujer que es un pasmio.
—Los dos tienen dos mujeres
Que es cada una un milagro.
—Pues, señor, busco al que silban
Por la calle los muchachos.
—Amigo, aún eso no basta,
Porque los silban á entrambos.

SONETOS.

I.

Huye animoso, mísero forzado,
Del cantiverio que le tuvo en pena,
Y ante las aras cuelga la cadena
En que vivió feliz aprisionado.
Así yo, del amor escarmentado,
El alma toda de contento llena,
Cuelgo en las aras de la paz serena
El hierro que me tuvo esclavizado.
¡Oh desden venturoso, que rompiste
Prision de tantos años en un día!
Bendigo tus influjos celestiales:
Y para demostrar cuanto pudiste,

En vez de tabla ofrezco el alma mía,
Y con ella la historia de mis males.

II.

¡QUÉ MISERIA!

Larga carrera amar, la vida breve;
Duro el principio y lleno de tormento;
Dudoso el acertar, y á par del viento
Es la ocasión precipitada y leve;
Por más que su doctrina blanda apruebe
El Amor de su escuela en el asiento,
Mil penas suele dar por un contento,
Y éste tan frágil como al sol la nieve.
Verdugo del deseo es la esperanza;
Los celos furia son, y luégo llega
La posesión del tedio á los umbrales;
Y sin embargo, ¡tanto aplauso alcanza
Secta tan vil, en sus engaños ciega!
¡Miseria condición de los mortales!

III.

Del halago del vicio seducido,
Abandoné de la virtud la senda;
Viví sin modo, término ni rienda,
En infames deleites sumergido;
Malogré de mi edad lo más sufrido,
Huyendo aún los recuerdos de la enmienda;
Y el desengaño, en fin, corrió la venda
Con que tuve el discurso entorpecido;
Vine; pero me hallé tan diferente,
Que era una sombra miserable y vana,
Al alto sér del hombre cotejado;
Y ahora, triste, lloro amargamente;
Pues de los gustos de mi edad lozana
Sólo remordimientos me han quedado.

ROMANCES.

I.

ABENZULEMA.

Sobre una alfana pintada
De manchas blancas y negras,
Veloz como el pensamiento,
Y hermosa como ligera;
El rayo de Andalucía,
El asombro de la guerra,
El honor de los Gazules,
El gallardo Abenzulema,
Absorto en sus pensamientos,
Lleno de tristes ideas,
Desde Coín á Granada
Caminaba á rienda suelta;
Sobre los hombros plegado
El capellar, cuyas sueltas
Puntas á embates del viento
En varios giros ondean;
Bajo la marlota rica
Jacerina cota lleva,
Y las tocas del turbante
Acerrado casco aprietan;
Corvo alfanje damasquino
Del lado siniestro cuelga,
Y una lanza de dos hierros
Airosamente mancha;
Poderosa adarga embraza,
En cuyo fondo se muestra
El firmamento pintado,
Y en medio una grande estrella,
Con una arábica cifra
Que su contorno rodea,
Y dice; *Si ésta me falta,*

Mas que todas se oscurezcan.

Apresurado camina
A una quinta, cuyas cercas
El fresco y claro Genil
Con sus puras aguas riega;
Que allí le espera Zoraida,
Zoraida, su amada prenda,
Maravilla de hermosura,
Y mucho más de firmeza;
Porque su padre Aliatar
Casarla quiere por fuerza
Con un moro mal nacido,
Pero rico en gran manera;
Y del peligro avisado
El valiente Abenzulema,
A socorrer su querida
En alas de su amor vuela.
Contra la robusta alfana
Se irrita, porque quisiera
Que sus mismos pensamientos
Igualase en ligereza;
Y ya derramaba flores
Al campo el alba serena,
Y del deseado sitio
Distante estaba una legua;
Cuando detienen los pasos
Veloces de su carrera
Tristes femeniles ayes
Que á su oído el viento lleva.
Atento á escuchar se para;
Repíete el aire las quejas,
Y animado á un tiempo mismo
Del valor y la nobleza,
Enristra la fuerte lanza,
La adarga al pecho sujeta,
Y se dirige hácia donde
Las voces dolientes suenan.
Un escuadron de cristianos

A pocos pasos encuentra,
Que conducían cautivos
A Aliatar y su hija bella;
Pero no tan pronto el rayo,
Desprendido de la esfera,
Con rápido curso mide
Distancias de cielo y tierra,
Como el valeroso moro
Con los enemigos cierra,
Sin que la desigualdad
Del número le detenga;
A éste hiere, á aquél derriba,
A uno mata, á otro atropella,
Y rota la aguda lanza,
Al corvo cuchillo apela;
Valientes son los cristianos,
Pero el moro es una fiera,
Que le han robado los hijos;
Venganza ó muerte desea.
Adonde descarga el golpe,
Es vana la resistencia,
Que no es de la dura Parca
Más formidable la diestra.
Al martillar de las armas
Retumba la fértil vega,
Esparciéndose el estruendo
Hasta la nevada sierra.
No decae un solo punto
Del moro la fortaleza;
Pero las fuerzas decaen,
Que no son los hombres piedras.
Mide el suelo envuelto en sangre,
Tanto suya como ajena,
Cuando el cristiano adalid
Que aquella tropa gobierna,
Y admirando del mancebo
El brío, tuvo suspensas
Sus nunca vencidas armas

Mientras duró la pelea,
Con solo una voz las iras
De sus soldados refrena,
Que como sacres voraces
Se arrojan á la presa.

Era el Alcides de Murcia,
El Fajardo, á quien debiera
Hacer estatuas la fama,
Coronando sus proezas.

Desmontando del caballo
Al fuerte moro se acerca,
Y estrechándolo en sus brazos,
Le dice de esta manera:

«Valiente eres, africano;
Gallardamente peleas;
En tu empeño reconozco
Tu virtud y tu nobleza.

»Si hombres como tú defienden
De Granada las almenas,
Difícilmente pondremos
Las rojas cruces en ellas.

»Yo te doy la libertad,
Y también por tí la tengan
Esa mora y ese anciano
Que he cautivado en la vega.

»Si enemigos te persiguen
O necesidad te aqueja,
Soy Fajardo, en Murcia vivo;
Allí hallarás cuanto quieras.»

Atónito el noble moro,
Derrama lágrimas tiernas;
Que lo que no hizo el acero,
Lo consiguió la fineza.

«¡Bien se conoce, le dice,
La sangre que arde en tu venas!
¡Ahora veo que Granada
De su caída está cerca!

»¿De qué sirve que sus muros
Lanzas y adargas defiendan,
Si enemigos corazones
Conquistáis de esa manera?

»Más que la vida me has dado;
Porque yo no la quisiera,
Perdiendo esa hermosa mora,
Que es alma de mis potencias.

»Permite ponga los labios
Donde las plantas asientas.....»
No lo consiente el Fajardo,
Y sus abrazos renueva.

Despidense enternecidos;
A la hermosa quinta llegan
Los tres cautivos, ya libres,
Donde sus dichas celebran;

Y Zoraida las heridas
Cura de su Abenzulema,
Más con amantes cariños
Que con saludables hierbas.

Y así que hubo recobrado
Sus debilitadas fuerzas,
Aliatar le dió á Zoraida
Justo pago á tanta deuda.

II.

EL PAJARILLO CONSOLADOR.

En torno de su querida,
Cautiva en estrecha jaula,
De un tirano cazador
Por la crueldad villana,

Un pajarillo inocente,
Que con ternura la amaba,
Con inquietud extendía
Las leves veloces alas;

A impulsos del sentimiento
Que su corazón traspasa,
Muerde los hierros crueles
Que de su bien le separan;

Pero viendo á tanto empeño
Todas sus fatigas vanas,
Los melancólicos ojos

Fijando en su bien amada,
Con los acentos dolientes
Que del corazón exhalaba,
Parece que la decía

Con enamoradas ansias:

«Ten paciencia, prenda mía,
Porque la fortuna varía,
Estable sólo en no serlo,
También de adversa se causa.

»Suele llegar la ventura
Cuando es menos esperada;
No hay cosa que se resista
Al tiempo y á la constancia,

»Tiempo llegará sin duda
En que en las selvas amadas
Convirtamos en dulzuras
Las que ahora son desgracias.

»En el mágico silencio
De las soledades gratas,
Bajo sombras apacibles,
Y junto á las fuentes claras,

»Disfrutaremos gozosos
La dulce paz deseada,
La paz de los corazones,
Nuevo sér á amantes almas.

»Si todo en el oíste espira,
Si todo muere y acaba,
¿Han de ser para nosotros
Sin remedio penas tantas?

»¿Quién nos hará desdichados
Si te amo y tú me amas!
Pierdase todo, bien mío,
Menos amor y esperanza.

»Yo en tanto suavizaré
La prision que te maltrata,
Cantando de tu hermosura
Las perfecciones y gracias.

»Padeeceré si padeeces,
Yo cantaré si tú cantas,
Yo lloraré si tú lloras,
Todo tuyo y mío nada.»

Dijo el tierno pajarillo,
Y alegró á su prenda amada,
Que con el pico de rosa
Correspondió tan humana,

Que por entre duros hierros
Su alimento le regala.
Fuése alegre, que con poco
Se contenta el que bien ama.

III.

DESPEDIDA.

Para siempre os abandono,
Pastoras de Manzanáres,
Porque mi querida Celia
No quiere que os acompañe.

Ella dice que depende
Su dicha de mis verdades,
Y que el ponerlas á riesgo
No es muy seguro dictámen.

Sólo de no conocerse
Sus desconfianzas nacen;
Que si no, ¿cómo cupiera
El tener celos de nadie?

Diréis, ¿quién es esa Celia,
Para que tanto la ensalces?
¡Ah! no pisó otra más bella
Del río la verde margen.

El cielo todo en su alma,
Todo el sol en su semblante,
Toda la gracia en sus ojos,
Y todo el brío en su tallo.

Esta es mi Celia; notad
Si, para que la idolatre,
En tan soberano objeto
Tengo disculpa bastante.

Tiempo fué en que yo burlaba
De los gallardos zagales,
Tratando como locuras
Sus sentimientos amantes.

Para vengarse el dios ciego
Hizo que á Celia mirase.

Y entre mirarla y rendirme
No sé cuál pudo ser antes;

Pero amor quedó burlado,
Porque siempre hicieron y hacen
Felices correspondencias
Dichosas cautividades.

No me veréis cual solía,
En vuestras fiestas y bailes,
Acompañar con la lira
Vuestros rústicos cantares.

Sólo con mis pensamientos,
Ya en el monte, ya en el valle,
Cantaré dichas de amores
En mis dulces soledades.

— Pero, Celia, ¿no es posible
Que tal vez llegue á olvidarte?
Me dice que no, y la creo;
¿Cómo ha de mentir un ángel?

Con que, si os deajo, pastoras,
Es fineza, y no desaire;
Porque Celia es muy celosa,
Y yo demasiado amante.

LETRILLAS.

I.

Aquel pobre estudiançon

Tan pelado de cogote,
Yo le vi egruir el garrote
En más de una oposicion,

Y de razon en razon
Concluir al más preciado,
Y mendiga el desdichado
Porque no supo adular;

Andar.

Ese que tan grave pasa,
Es politicon profundo;
Quiere gobernar al mundo,
Y no gobierna su casa;

Discurre y habla sin tasa,
Es muy grande proyectista,
Pero mayor petardista,
Pues no hace sino estafar;

Andar.

¿No ves aquella indecente,
Cuya desnudez irrita?

¿No la ves cómo tiritaba
Y se da diente con diente?

Pues dice que no lo siente,
Que hace tiempo de calor,
Y que está envuelta en sudor,
Por más que vea nevar;

Andar.

¿Ves aquella que blasona
De gran señora en un coche?

Pues yo la vi que de noche
Comerciaba de buscona,
Y ya luce la persona,
Porque trata sin desden

A un rico Matusalen,
Que la ha sacado á volar;
Andar.

Aquel es un mercader

Que va á la escuela de Cristo;
Pero en robar es tan listo
Como el mismo Lucifer;

Lo que diez le costó ayer,
Hoy lo vende á veinticuatro;
Pero nunca va al teatro,
Porque se quiere salvar;

Andar.

El que pasa por allí
Con la cabeza torcida,
No oye una misa en su vida,
No estando la corte aquí;
Que entonces acude, si,
De palacio á la capilla,
Donde se postra y humilla
Porque le vean orar;
Andar.

A una familia mató
Esa vieja redomada,
Que á la niña desdichada
Que la acompaña robó;
Como á hija la crió,
Y dedicándola al vicio,
Hace de su infamia oficio,
Vendiéndola sin cesar;
Andar.

Estas y otras muchas gentes
Que contar prolijo fuera,
Viven como si no hubiera
Penas para delinquentes;
Mas yo sé de diferentes
Que el Peñon y Cartagena
Les darán posada buena
Cuando las vean llegar;
Andar.

II.

Madre, la mi madre,
Yo tengo un aquel,
Que dentro del pecho
Siento no sé qué;
Yo vide el disanto
Un lindo doncel,
Más fresco y hermoso
Que el florido mes;
Sus cabellos de oro,
De plata su tez,
Rosas sus mejillas,
Sus labios clavel;
Sus ojos de fuego
Sin duda, porque
Sólo de mirarlos
Me sentia arder.
Sacóme á la danza,
¡Qué alegre bailé!
Y me dijo cosas
Más dulces que miel.
Acabose el baile

Al anochece,
Y me hallé en tinieblas
Al verme sin él.

Afligida entonces,
¡Cuánto me acordé
De los girasoles
De nuestro verjell!
Porque el sol apenas
Se llega á esconder
Tras de esas montañas
Que en frente se ven,

Al punto les entra
Tanta languidez,
Que las cabecitas
No pueden tener;
De la misma suerte
Yo, madre, quedé
Marchita, angustiada,
Al irse mi bien.

Deaquí á dos disantos
Prometió volver,
Pero para entonces
Yo me moriré.

Ni el sueño conozco,
Ni puedo comer,
Y lloro y me quejo
Sin saber por qué.

El campo me enfada,
La aldea tambien,

En nada hallar puedo
Ni un leve placer.

Sobre el corazon
Un peso cruel
Aun de que suspire
Me embarga el poder.
Me abraso y me hielo,
Y á mi parceer,
Si este mal prosigue,
Desesperaré.

¡Ay, madre! ¿qué es esto?
Dígame lo que es;
Si me ha dado hechizos
El lindo doncel?

— Con la causa aciertas
De todo tu aquel;
Hechizos de amores
Te han dado á beber.

— ¿Y no habrá remedio?
— ¿Pues no le ha de haber?
— ¿En dónde? — En la iglesia.

— Pues, madre, ¿qué haceis
Que no me lleváis?
— Ya te llevaré.

— ¿Cuándo? — Cuando vuelva
Tu amado doncel,

Y diga ante el cura
Que te quiere bien;
Que éste de tus males
El remedio es.

III.

¿Y qué tenemos con eso?

Está el médico ocupando
La mesa del mediator,
Olvidado del dolor
De uno que dejó espirando;
Prosigue alegre jugando,
Y en tanto que se divierte,
Paga el otro con la muerte
Del guadaña el embeleso:
¿Y qué, etc.

El que ayer era un pelon,
Y no pasó de cochero,
Hoy la echa de caballero
De antiquísimo blason;
Quiere que le llamen *don*,
Porque agradó su mujer
A un señor, que mantener
Quiere con pompa su exceso;
¿Y qué, etc.

Un pícaro es festejado
Porque con gracia murmura,
Y no se halla honra segura
De su labio envenenado;
Pero yo soy despreciado
Porque quiero asegurar
Que es de buenos el honrar,
Y el no hacerlo poco seso;
¿Y qué, etc.

A un hombre mantuve yo
De limosna muchos dias;
A fuerza de picardías,
A un gran puesto se elevó;
Ayer junto á mí pasó,
Y del favor olvidado,
Por no verme, hácia otro lado
Volvió la cabeza tieso;
¿Y qué, etc.

Memorial burlesco que compuso el autor para un íntimo amigo suyo, pintando la suma infelicidad en que se hallaba, y solicitando la protección de un caballero de mucho valimiento.

DÉCIMAS.

Pues que la fama inmortal

Tan piadoso os considera,
Sedlo conmigo siquiera
En leer este memorial;
Os contaré de mi mal
Las crueles tiranías
Que acabando van mis dias;
Porque son, en mi conciencia,
Grandes, como vuecencia,
Y extremadas, como mias.

Con once años de abogado,
Que son once eternidades,
Once mil necesidades
Son, señor, las que he ganado;
Totalmente rematado
Del hambre me llego á ver;
No me puedo en pie tener,
Y en tan desdichado abismo,
Si no me como á mí mismo,
No tengo ya qué comer.

Pronto oiréis que perdí
Mi flaco vital estambre,
Pues no puedo comer de hambre,
Y el hambre me come á mí;
Pocos dias há lei
Que la dieta natural
Preserva de todo mal,
Y dije con impaciencia:
Si es segura esta sentencia,
Yo debo ser inmortal.

En San Felipe-el-Real
Hay un retrato divino
Del beato Tolentino,
Tan vivo, tan natural,
Tan perfecto, tan cabal,
Que al mirar tanta destreza,
La vista á dudar empieza
Si su ajustado nivel
Es efecto del cincel
O de la naturaleza.

Yo, que miré el perdigon,
Embistiéndole engañado,
Le di tan fuerte bocado,
Que le quité medio alon;
No fué rémora á mi accion
La dureza en lance tanto;
Y por comer, sin espanto
Proseguí con ansia ciega;
Y si el sacristan no llega,
Creo que me como el santo.

En mis vestidos enfada,
Y la colera despierta,
Verlos tanta boca abierta,
Y yo la mia cerrada;
De banderas rodeada
Se mira la ropa mia,
Y en desdicha tan impía,
Señor, si lo consideras,
Verme con tantas banderas
Me ha de dar alferería.

Entre otras ropas, ufano,
Sólo al tiempo ha resistido
Un manto, más raído
Que conciencia de escribano;
De pringue está tan lozano,
Que si alguna visitilla
De cumplimiento me pilla,
Si acaso llego á sentarme,
Cuando quiero levantarme,
Saco colgando la silla.

Como la suerte me humilla
A estado tan lastimero,
Habito un cuarto tercero
Con honores de guardilla;
Libre estoy de la polilla,
Pues por partes mil quebrado,
Furioso el viento irritado
Entra á verme; y para mí,
Lo mismo es vivir allí,
Como vivir en el prado.

Para librarme del trato
De mucho infernal raton,
Me veo en la precision

De tener conmigo un gato;
Al llegar del sueño el rato,
Se pone de centinela;
Y aunque nada me consuela,
Me río entre mis enojos,
Sólo de ver que sus ojos
Me suelen servir de vela.
Tan flaco, tan vejestorio
Estoy con lo que padezco,
Que me dicen que parezco
Desertor del purgatorio;
A todo el mundo es notorio
De mi fortuna el desaire;
Y sin que sea donaire,
Como há tanto que no como,
Me pongo en las piernas plomo,
Porque no me lleve el aire.
Para cañon de escopeta
Me dijeron que servía;
Pero, señor, en el día
Ni aun sirvo para lanceta;
Yo os juro á fe de poeta,
Juramento en mí el más propio,
Que tanta flaqueza acopio,
Que si entran á visitarme

Mis amigos, para hallarme
Se valen de microscopio.
Y pues ya por mis razones
No ignorais el mal que paso,
No seais conmigo escaso,
Lloved en mí bendiciones;
Participe vuestros dones
Un ingenio abandonado,
Que yo pediré postrado
Al sumo Sér poderoso,
Que os haga á vos tan dichoso
Como yo soy desdichado.

EL CUERDO Y EL NECIO.

FÁBULA.

En pos de las moscas,
Que le impacientaban,
Un necio, corriendo
Por toda la casa,
Contra ellas furioso
Blandía una vara,
Sin sacar más fruto

Que el de alborotallas;
Para una que hería,
Mil se le escapaban;
Y en tan fatigosa
Desigual batalla,
Estaba el tal hombre
Que el quilo sudaba;
Entónces un cuerdo,
De miel delicada
Un vaso dispone,
Con que sin tardanza,
Al olor suíve
Que el manjar exhala,
Acude á millares
La moscuna casta;
La miel pegajosa
Sus alas embarga;
Y al verlas ya presas,
Con adusta cara
Dijo el cuerdo al necio
Aquestas palabras:
*Con miel, no con palos,
Las moscas se caen;
Lo que no la fuerza,
El agrado alcanza.*

DOÑA MARÍA DE HORE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en 1742. Así en Cádiz como en Madrid, llamó la atención de la sociedad brillante é ilustrada, por su singular hermosura, por su lujo, por su elegancia y por su clarísimo entendimiento. Para expresar la simpática admiración que á todos causaba, llamábanla en Cádiz la *Hija del Sol*. Con permiso de su esposo, el caballero don Estéban Fleming, se retiró al monasterio de Santa María, de Cádiz, donde profesó el 15 de Febrero de 1780.

«DOÑA MARÍA DE HORE, dice Cambiaso, escribió un tomo de poesías ántes de su retiro al convento, un legajo de otras posteriores, algunas obritas piadosas y la nominada *Silva*. Todo esto lo legó á su confesor el Excmo. é Ilmo. señor don Pedro Cháves de la Rosa, obispo que fué de Arequipa y patriarca electo de las Indias, quien lo depositó en poder de doña Teresa Figueroa, vecina de San Fernando, adonde yo lo ví el año de 1816. Otro gaditano posee algunos versos originales de la misma señora. Impresas corren varias composiciones, traducciones de salmos y del *Mater dolorosa*, una novena á la Esperanza, etc....., de suerte que con los trabajos poéticos de esta erudita monja se pueden formar algunos tomos. Por nimiedad quemó y rompió otros muchísimos, y los que se conservan se deben al citado señor obispo, que no consintió, desde que lo supo, semejantes escrúpulos. Los versos de esta señora retratan su carácter, esto es, la amabilidad, el buen gusto, el amor, y manifiestan su mucha lectura.»

Muchos versos de DOÑA MARÍA DE HORE, procedentes de la colección de manuscritos poéticos que poseía el señor don Martín Fernandez de Navarrete, nos fueron franqueados por su nieto el señor don Eustaquio Fernandez de Navarrete, ilustrado y laborioso caballero, cuyo prematuro fallecimiento deploramos sinceramente. De estos versos sólo publicamos escasa parte, como muestra del estilo de la escritora. Los demas, como su *Despedida de las damas de la tertulia de don Antonio Ulloa*, que dejó escrita al marchar de Cádiz á Madrid, y su correspondencia poética con don Gonzalo de Cañas, aunque sembrados de ingeniosos rasgos, son poco dignos de la estampa por su desaliño y sobrado familiar eutonación.

Se ha conservado el siguiente soneto que le dedicó el Marqués del Mérito, con motivo de su entrada en el monasterio de Santa María :

Ya en sacro velo esconde la hermosura,
Y en sayal tosco el garbo y gentileza,
La *Hija del Sol*, á quien, por su belleza,
Así llamó del mundo la locura.

Entra humilde y alegre en la clausura,
Huella la mundanal falaz grandeza ;
Triunfadora de sí, sube á la alteza
De la santa Sion mansion segura.

Nada pueden con ella el triste encanto
Del mundo, su ilusion y su malicia ;
Antes lo mira con horror y espanto.

Recibe el parabien, feliz novicia,
Y recibe tambien el nombre santo
De hija amada del que es *Sol de Justicia*.

C.

DEL SEÑOR DON EUSTAQUIO FERNÁNDEZ DE NAVARRETE.

Las personas que conocen los versos de DOÑA MARÍA GERTRÚDIS DE HORE acaso desearian en ellos mayor entonacion y más cuidado de que el estilo, agradable cuando se sostiene, no degenerase en prosaismo ; pero debe tenerse en cuenta que no escribió para el público ; que hizo muchos versos de sociedad, en que hubiera parecido pedantesco tratar de dar á la frase más colorido poético, y que, satisfecha con agradar á sus numerosos amigos, no sólo se contentaba con emplear los medios que le bastaban para lograrlo, sino que arrinconaba luégo sus papeles, hijos de la inspiracion del momento. Debe sobre todo tenerse presente la época en que escribia. De los dos méritos que puede tener un escrito, el absoluto y el relativo, el primero, que es muy raro en las obras del hombre, sólo puede en rigor exigirse de aquellos afortunadísimos escritores que vinieron al mundo cuando las lenguas en que escribian llegaban á su auge, el gusto á su perfeccion y la nacion en que vivian á la cúspide de la grandeza ; tales son, por ejemplo, los que immortalizaron los siglos de Augusto y de Luis XIV ; á los demas es preciso juzgarlos principalmente, segun las circunstancias en que escribieron. ¿Sabemos lo que hubiera hecho el autor del poema del Cid, si hubiese alcanzado los tiempos de Ercilla ? Los versos de la HORE deben referirse á los años que mediaron entre 1760 y 1780. En este tiempo el gongorismo estaba ya vencido ; pero restaba por vencer un coplerismo, insulso cuando no grosero, que era casi la única poesía que se estilaba. Cuatro composiciones de Luzan en noble tono, pero faltas de naturalidad y de jugo, no bastaban á formar escuela ; don Nicolás Fernandez de Moratin y el gaditano don José Cadalso, nacidos por los mismos años que la poetisa, apenas escribian cuando ésta era ya conocida ; y tampoco sus versos la pudieran servir de modelo. Meléndez no publicó los primeros hasta 1785, y en el tiempo de que tratamos aún escribia con mano tan insegura que pudiera acaso recibir lecciones de nuestra gaditana. Esta señora, pues, careció de persona que guiase y enmendase sus primeros ensayos, y le advirtiese los escollos que convenia evitar ; todo lo que valen sus poesías se debe á su sano instinto. En general sus versos excitan nuestra simpatía, porque retratan un alma bondadosa, y tienen dulzura, ya que no correccion ; son fáciles, como de una persona á cuya imaginacion se presentan limpiamente las ideas, y en general castizos, como de escritor que conoce la lengua. Cuando entró monja, condenó al fuego los que le vinieron á las manos ; y es de presumir sufriesen esta pena los mejores ; pues aquellos en que estuviesen con vivacidad retratadas sus pasiones de jóven, es natural que fuesen los que más excitasen sus escrúpulos. No se continuó el sacrificio, porque no consintió en tal estrago su director espiritual don Pedro Chaves de la Rosa, obispo de Arequipa y despues patriarca de las Indias. De los versos que quedaron se formó un tomo en 4.º, y éste, juntamente con un legajo de várias obrillas piadosas, lo dejó á su confesor, quien depositó tan apreciables papeles en doña Teresa de Figueroa, vecina

de San Fernando, en cuyo poder existían aún en 1816. De monja hizo varias composiciones y traducciones de salmos, en las cuales luce tanto el espíritu de devoción como el poético. Dicen que de sus versos se pueden formar algunos tomos, y el señor Cambiasó, en su *Diccionario de hijos ilustres de Cádiz*, se lamenta de que no se hayan publicado. Nosotros creemos que el público, acostumbrado á los muchos hermosos versos que se han hecho después que calló la lira de la poetisa gaditana, no podría satisfacerse con su lectura, pero que tampoco debe condenarse por completo al olvido á esta bella escritora del siglo XVIII.

POESÍAS.

A GERARDA.

LA VIDA DE LA CÔRTE:

Disculpándose porque tardó en contestarla.
Carta familiar.

Ya, Gerarda mía,
Tu amistad severa
Culpará mi olvido
Con injusta queja;
Mas cuando á tu vista
Disculpas ofrezca,
Calmará tu enojo
Mi amistad sincera.

En el gran tumulto
Que aquí se presenta,
Los días se huyen,
Las noches se vuelan.
Aun aquel descanso
Que á nuestra existencia
Prescribe en sus leyes
La naturaleza,

Si no lo hurta todo,
Algo lo cercena
De las diversiones
La alegre tarea.

Los sentidos solos
Son los que aquí reinan;
Pues sujetan ellos
Hasta las potencias.

La música dulce,
La danza ligera,
La cómica farsa,
La triste tragedia;

El bárbaro circo
De gentes y fieras,
A quien la costumbre
Permite ó tolera;

Sensibles afectos
Ya olvidan, ya acuerdan,
Agitando activas
Pasiones diversas.

Mira qué sosiego
Tomará entre ellas
Vacilante pulso,
Si á escribir empieza.

Apénas la pluma
Al papel se entrega,
Cuando la retiran
Distracciones nuevas;

Esto ha motivado
Mi tardía respuesta,
Que con mi desco
Volado se hubiera.

Mas ahora, torciendo
La llave á la puerta,
Por tí mi amistad
A todo se niega.

¡Cuánto deseaba
Mi fe verdadera
Celebrar, amiga,
Tus dulces endechas !....

¡Dichoso Fileno !
Tu pesar consueta,
Pues tales memorias
Te ofrece la ausencia.

Mas si acaso injusto
A olvidarla llegas,
Amor y su madre
Castigos prevengan;

Los celos te acosen,
Desdencs te ofendan,
Y si amas á otra,
Despreciado mueras....

Gerarda, perdona,
Porque mi fineza
Exhaló expresiones
Que tal vez no apruebas;

No tardará mucho
El día en que pueda
Abrazarte fina,
Hablarle contenta.

Pues ahora tan sólo
Repetir me dejan
Que siempre en su pecho
Fenisa te lleva.

Á UN PAJARILLO.

Infeliz pajarillo,
Que apénas empezaste
A gozar de tu imperio
La libertad amable,

De los continuos riesgos
Que amenazan el aire,
Antes de conocerlos,
Víctima á ser llegaste.

¡Cuánto dolor me causa
El mirar que se añade
A tus lindos colores
El matiz de tu sangre !

Parece en la tristeza
Con que las alas bates,
Que me pides socorro
En tu mudo lenguaje.

Te lo daré amorosa,
Y si logro sanarte,
Tendrás en mis cuidados
Con mi *Diana* parte.

Sobre su blanco lomo
Vendrás á pasearte,
Volándote á mi pecho
Siempre que yo te llame.

Ni probarás prisiones
De dorados alambres,
Ni cortaré á tus alas
Los pintados plumajes.

Mas si después que el fruto
Logres de mis afanes,
Ingrato á mis finezas,
Volando te escapares,
Plegue al cielo que encuentres,
Oh pajarillo infame,

Ya lazo que te prenda,
Ya tiro que te mate.

ANACREÓNTICAS.

EL NIDO.

I.

Yo miré en un hucco
De mal juntas vigas
Haciendo su nido
Una golondrina.

Vi que de la tierra,
Donde agua caía,
Formaba una mezcla,
Que llevaba arriba.

Y que, cuidadosa,
Con el pico unía
Las pequeñas partes
Que juntando iba.

Luégo que á su gusto
La casa fabrica,
A solo alhajarla
Con cuidado aspira.

Las plumas más blandas
Del pecho se quita,
Porque encuentre lecho
La esperada cría.

Dejéla en su obra,
Pasáronse días,
Volvi, y encontréla
Llena de alegría.

A tres pajarillos,
Que amante acaricia,
Con las alas cubre,
Con el pecho abriga.

Tal vez se levanta,
Y á buscar camina
El tierno sustento,
Que ya necesitan.

Y tal vez su amante
Su cuidado evita,
Trayéndole insectos
Que halló en la campiña.

Los tiernos polluelos
Contentos se agitan,
Con pico y con alas
Demuestran su dicha.

Vieras á la madre
Con cuánta justicia
Reparte el sustento
Que ansiosos codician.

Vieras..... mas ¡qué digo ?
Veráslo algún día;
Vén, aquí te aguardan
Campestres delicias.
Salud, paz, contento
Aquí encontrarías.

Vén, que aquí te espera
La ternura mía.

II.

Déjame que lloro;
Déjame que sienta;
¡Ah, muchacho infame!
¡Pobres avezuelas!
Ayer ¡ay Mirtilo!
Volvia contenta
A ver de mi nido
Las amables prendas.
Vilo ¡ay triste vista!
¡Nunca yo lo viera!
Deshecho y rompido,
La mitad en tierra.

Un muchacho aleve
Con una cañuela
Seguia obstinado
La villana empresa.
El resto del nido
En las vigas queda,
De un triste polluelo
Inútil defensa.

Pero el inhumano
Abatirlo intenta;
Percibolo, grito,
Corro en su defensa;
Mas no llegó á tiempo,
Que el pájaro apénas
De las vigas cae
Y en mi pecho queda,

Los dos pajarillos
Robados se lleva;
No puedo seguirlo
Por el que me queda.

La madre los mira
Puesta en una teja,
Y en su triste canto
Llora su tragedia.

El que yo guardaba
Ya palpita y tiembla
Y en mis mismas manos
Muertecito queda.

Y pues ya tú sabes
Mi angustia y mi pena,
Déjame que lloro,
Déjame que sienta.

III.

Al poner unas siemprevivas, despues de amor-
tado, á un hijo que se le murió de virue-
las.

Estas hermosas flores,
Que adorno fueron mio,
Y hoy con trémula mano
Entretejo y matizo,

A esas tus yertas sienes,
Conforme, las dedico;
Ultimo dón funesto
Del maternal cariño.

Entre tus frios dedos,
Conforme, sólo aplico

DOÑA MARÍA DE HORE.

Esta flor, que retrata
La afliccion que reprimo.
Por lo que me has costado,
Por lo que te he querido,
Pide que me dé fuerzas
El Hacedor divino.

Su purísima Madre
Tambien tu madre ha sido;
Pídele que me otorgue
Resignacion y auxilio.....

Tomad, piadosa gente,
Yo os entrego mi hijo,
Ya ni tocar su rostro
A mis labios permito.

Ya su espíritu habita
En más dichoso sitio;
Y tras sí se ha llevado
Sentimiento y sentidos.

De la naturaleza
Ceda el impulso altivo
Al superior decreto
De Dios, que así lo quiso.

IV.

Amado primo mio,
No creas á mi amiga,
Pues de antiguos papeles
No quedan ni áun cenizas.

Tú no has de contentarte
Con místicas poesías,
Que son las que á mi pluma
Sólo están permitidas.

A profanos asuntos
No puedo dirigirla;
Pues ya de mi memoria
Tan distantes se miran.

Ya mi nimen rehusa
La invocacion antigua
Del mentido Parnaso,
De sus fingidas ninfas.

Ya desde que á mi frente
Ciño la hermosa cifra
Del *veni electa mea*,
Que aseguró mi dicha,

Las rosas con que Vénus
Me coronó algun día,
Vi caer deshojadas,
Pisadas y marchitas.

Desdeñé de la tierra
Ternuras fementidas,
Y del amor divino
Me hice dichosa víctima.

De Mirtilos y Ergastos
Olvidé las noticias,
Y al pastor más amante
Le dediqué mi vida.

Rompí ó entregué al fuego
Cuanto serme podia
Fomento á unas memorias
Ya de mí aborrecidas.

Y así en vano pretendes
De algun modo adquirirlas;
Que en esto no te puede
Servir tu afecta prima.

V.

¡Hasta cuándo, Gerarda,
Tu peregrino ingenio
En frivolos asuntos
Malgastará sus vuelos?

¡Hasta cuándo, sectaria
De la fingida Vénus,
A sus indignas aras
Tributarás incienso?

¡Hasta cuándo has de darles
Infelice fomento
A tus mismas pasiones
Con tus amantes versos?

Esas luces tan claras
Que te concedió el cielo
No le causen enojos,
Mas tribútenle incienso.

Tambien laud de amores
Templaba yo otro tiempo,
Creyéndole sonoro
Cuando más descompuesto.

Yo lloré ingratiitudes,
Yo ensalcé los afectos,
Empleando en uno y otro
Las dulzuras del metro.

Pero ya, arrependida
De tan bajos empleos,
Sólo á dignos asuntos
Dedicarlo pretendo.

Tu, amada compañera,
Sigue tambien mi ejemplo;
No aguardes que algun día
Lo exija el escarmiento.

A esferas encumbradas
Elévase tu ingenio,
Cruce el nimen volando
Los ámbitos del cielo.

No tejas más laureles
A ese enemigo sexo,
Que sólo en nuestra ruina
Fabrica sus trofeos.

Si la mente te niega
Sublimes pensamientos,
Y sólo te sugiere
Los frívolos y tiernos,

La Virgen que adoramos,
Dando á tu lira aliento,
Será el nimen divino
De tus primeros versos.

Y luego que tus voces
Llenen de gozo el viento,
Verás cuán diferentes
Guirnaldas te tejemos.

Verás caer marchitas
Esas rosas de Vénus,
Y perder la fragancia
Que ántes fué tu embeleso.

Del más sacro Parnaso
Subirás á lo excelso,
Y el monte de Helicon
Mirarás con desprecio.

Ea, Gerarda mía,
Remóntese tu vuelo,
Y perdona á Fenisa
Tan osado consejo.

SONETO (1).

Estaba Febo en el Parnaso un día
Repartiendo guirnaldas diferentes,
Y de Helicon al són de las corrientes
Terpsicore festivas danzas guía.

Fenisa (2), que del Bétis ascendia,

Osada llega entre otros concurrentes,
Y al ver de todos adornar las frentes,
¿Dónde está, dice, la corona mía?

Febo, al verla de galas adornada,
Aparta, le responde; la riqueza
En mi imperio feliz no tiene entrada.

Pero ella le contesta con presteza:
Si eso no más en mí te desagrada,
Coróname, que abrazo la pobreza.

(1) Escrito poco ántes de renunciar al mundo.

(2) Nombre poético de la autora.

ODA.

Bellísima Diana,
Que en sólo luminoso,
De tu tálamo odioso
Libre te ves y ufana,
Compadece el pesar que á mí me afana.
Tú puedes desde el cielo
En el Látnio encumbrado
Ver el pastor amado
Que causa tu desvelo,
Y á mí me priva amor de este consuelo.
Tú, cuando al mundo ocultas
Tu luz en pardas sombras,
Sobre verdes alfombras
Bajar no dificultas,
Y en vivas glorias tu penar sepultas.
Mas yo, que triste miro
La montaña vecina,
De quien léjos camina
El bien por que suspiro,
Mi pena lloro y mi alentar admiro.
No há mucho, bella diosa,
Que estos amenos prados,
De tu luz alumbrados,
Me vieron venturosa
Tan amada vivir como amorosa.
También fuiste testigo
De aquella despedida,
De cuya injusta herida
Mal el dolor mitigo,
Mientras ausente de mi amor prosigo.
Mas si á esta pena mía
Los celos se le añaden,
Y ellos me persiaden
Que en vano su alegría
Hoy de tan nuevo amor mi pecho fia;
Si tal vez considero
Que en este mismo instante,
Infel mi ingrato amaute,
Oye en su desvarío
Protestas de otro amor que no es el mio;
Sabré, desesperada,
Borrar como conviene,
Cual la de Mitilene,
Poetisa desgraciada,
La culpa de vivir enamorada.

ENDECASÍLABOS.

I.

MEDITACION.

Los dulcísísimos metros que tu pluma
Hoy me dirige, amada amiga mía,
Fueran el refrigerio más gustoso,
Si admitieran alguno mis fatigas;
La paz, con que el amor y la fortuna
La bella union coronan á porfía
De tantas bellas almas, que su culto
Engrandecen con ver que se dedican,
Celebrára, si acaso ser pudiera,
Que por bien estimára la alegría;
Mas yo, que la conozco cierto anuncio
De tristezas, pesares y fatigas,
Compadezco las almas que, engañadas,
En su inconstante duracion se fian,
Y huyendo del contagio que las cerca,
Me acojo á mi feliz melancolía.
Si ésta cede al encanto que le ofrecen
De tu discurso las pinturas vivas,
Mil finestros objetos me prevengo
Porque conserven las tristezas mías.
¡Qué estado tan feliz! ¡quien le conoce

No apetece más gustos ni más dichas,
Pues libre del temor y la esperanza,
Piensa en la nada, y nada le lastima.
El aire brama en recios huracanes,
La tierra toda tiembla estremecida,
Fuerterescuadras sorbe el mar airado,
Alcázares destruye llama activa;
Perecerá, si perecer le toca,
Pero no temblará con cobardía
El sabio corazon que reconoce
Que nada pierde con perder la vida.
No reirá cual Erácrito del mundo
Vanass perecederas alegrías,
Ni llorará, Demócrito, las tristes
Funestas consecuencias que las sigan.
Mas como aquel filósofo del Támesis,
Huyendo, sí, sus engañosas dichas
Y los vanos objetos que interpene
Para que la verdad se nos resista,
Se entra por los altísimos cipreses
Y con puro deleite ve y visita
Sepulcrales cavernas, á quien sólo
De la muerte blandones iluminan;
Y leyendo piadosos epitafios
De los pasados, su memoria viva
Se complace en tan lúgubre ejercicio
Y con cuidado pisa sus cenizas;
Yo exclamaré con él, que aquel imperio
En que la muerte en trono de ruínas
Soberana se ostenta á los humanos,
Un asilo le ofrece á sus desdichas.
Aquí el alma ha de entrar, y aquí es preciso
Que el pensamiento siempre se dirija,
Y para su consuelo y su remedio
Triste contemplacion cual goce admita.
¡Cuán mortal es ¡oh Dios! para el orgullo
Y cuán suave á la verdad benigna
De estos cóncavos siempre tenebrosos
El aire que gustoso se respira!
¡Sí, sí, divino Young! contigo entro;
Al ver tu ejemplo, mi valor se anima,
Y de tí acompañado sin recelo,
Compararé la muerte con la vida.
De aquélla el horroroso y triste aspecto
Me atreveré á mirar con frente altiva,
Y en los sepulcros de las almas grandes
Las palmas cogeré que tú me brindas.
Mas ¡dónde voy?..... perdona mis discursos,
Mi distraccion perdona, amiga mía,
Que del inglés filósofo la cuarta
Noche me arrebató la fantasía (1).
No, aunque me ves gustosa en mi tristeza,
Dejes de condenarla y combatirla;
Yo no merezco tu piedad, pues necia
Busco remedios que mi mal no alivian.
¡Por qué soy desgraciada? ¡qué me aflige?
¡Venecen mi corazon las penas mías?
No, pues ya la costumbre las ha hecho
Indiferentes quasi, por continuas.
A veces los delirios de la mente
Deslumbran mi insaciable fantasía,
Y este breve consuelo, rigurosas
Leyes de esta república me privan
Por un espacio, que cual siglos cuento,
Aunque los cuenten todos como dias.
¡Feliz tú, que viviendo en otro mundo,
Disfrutas de la amable compañía
De tus amigas, sin que estorbo alguno
Venga importuno á acibarar tu dicha.

II.

A SUS AMIGAS (2).

Ya llegó, en fin, el venturoso día;
¡Oh queridas amigas! el sendero

(1) Alude, como se ve, á *Las Noches*, de Young, muy admiradas en aquel tiempo. (*Nota del Colector.*)

(2) Versos escritos por DOÑA MARÍA DE HORE poco ántes de su profesion. (*Id.*)

De la dicha encontré, y os engañaba
 La tierna compasión de vuestro pecho.
 Ya la nave que anduvo por el golfo,
 Expuesta al choque de contrarios vientos,
 Sin temor de huracanes y borrascas,
 Logró al cabo en el mar seguro puerto.
 Ya aquella peregrina caminante
 Que vuestro lado disfrutó algún tiempo,
 Fijó el dudoso pié, para su dicha,
 Del desengaño en el sagrado templo.
 En la santa quietud de sus murallas,
 Léjos de hallar el arrepentimiento
 Que tantas veces, casi persuadida,
 Temer le hicieron los avisos vuestros,
 Halló la paz, el gusto, la alegría,
 Los placeres, el gozo y el sosiego
 Que en ese caos de pesar y angustia,
 Pompa, amor, juventud, jamás le dieron.....
 Aquí amanece el día, y sin cuidados
 Su belleza á gozar sólo despierto,
 Y despues de rendir ante las aras
 Gracias y adoracion al Sér supremo,
 A la labor dedico algunos ratos;
 Otros en la lectura me divierto,
 Y la pluma me ponen en la mano
 Gusto y obligacion al mismo tiempo.
 Ya de algunas amigas la memoria,
 De plática sabrosa el embeleso,
 Y con gusto dejando mis tareas,
 Corro á mostrarles gratitud y afecto.
 Pero de cuantas dichas proporciona
 Este feliz retiro que poseo,
 No hay ninguna que tanto me complazca
 Como la amable sociedad de adentro.
 En el trato agradable de sus gentes
 Más atencion disfruto que merezco,
 Y es en la voluntad de cuantas hablo,
 El hacerme favor constante empeño.
 Las ya de edad me tratan como á hija,
 Yo les pago con todo mi respeto;
 Y con la alegre juventud disfruto
 Candor y vida, y diversion y juego.
 Ved, pues, si en esta plácida existencia
 Queda que apetecer á mis deseos,
 Sino que no negueis á mi cariño
 Noticias vuestras que constante espero.

POESÍAS MÍSTICAS.

I.

A vos, padre amoroso
 De tanto ingrato hijo,
 Nueva pródiga llega
 Hoy al umbral nativo.
 A vos, dueño absoluto
 De todo bien nacido,
 La fugitiva esclava
 Vuelve á pedir los grillos.
 ¡Perdon, pastor amado
 Del numeroso aprisco!
 La descarriada oveja
 Busca el redil antiguo.
 A vos, Rey soberano,
 De infinito dominio,
 La rebelde vasalla
 Hoy implora benigno.
 A vos, Criador eterno,
 Todo en esto lo he dicho,
 Humilde criatura
 Está pidiendo auxilio.
 Bien sé que no merezco,
 Señor, lo que suplico;
 Mas yo de vos no quiero
 Justicia, gracia pido.
 Dádmela para amaros,
 Como podeis vos mismo;

Y dadme, si conviene,
 Salud para servirlos.
 Pues ántes me la disteis,
 Cuando mi desatino
 Sólo para ofenderos
 Disfrutarla ha sabido;
 No será bien que ahora,
 Cuando mejor la aplico,
 La robustez y fuerza
 Negueis al cuerpo mio.
 Ved que para buscaros
 Mi anhelo me ha traído
 De nuestra santa madre
 Al santo domicilio.
 No hagais que, de los males
 El cuerpo combatido,
 Le obliguen á que busque
 Fuera de aquí su alivio.
 Borrad, Señor, mis penas,
 O dadle al pecho mio
 Aquel santo despeggo
 Que tanto necesito.
 No haya en mi más cuidado,
 Mi Dios, que el de servirlos,
 Recuperando el tiempo
 Que perdió mi descuido.
 Vos, que me tolerasteis
 Cuando con ciego olvido
 Corria desbocada
 El campo de los vicios;
 Cuando de las virtudes
 Imploro el patrocinio,
 Que acogeréis mi ruego
 En mi humildad confío.
 Pero ¡ay de mí! ¿qué espero,
 Cuando en mi pecho frio
 No prenden las centellas
 De vuestro amor divino?
 Cuando el perdon anhelo,
 Señor, de mis delitos,
 Aun las voces me faltan
 Para saber pedirlo.
 Cuando en vuestra presencia
 Me postro y aniquilo,
 ¿Cómo oso levantarme
 De vuestros piés benditos?
 ¡Ay, mi Jesus amado!
 Ya el corazon os rindo,
 De sus culpables yerros
 Del todo arrepentido.
 Ya del mundo detesto
 El ponzoñoso brillo,
 Los traidores halagos,
 Los necios atractivos.
 Mas ¡ay de mí! ¿quién sabe
 Si éste es rencor altivo
 Por lo mal que ha pagado
 El mundo mis servicios?
 Yo quiero detestarlo
 Sólo por vos, Dios mio,
 Aun cuando me brindára
 Con bienes infinitos.
 Ese tirano monstruo
 Supo con sus hechizos
 Alguna vez hacerme
 Torcer ¡ay! el camino.
 No es ésta la primera
 Que rompiendo los grillos,
 Busqué de vuestras llagas
 Los resplandores vivos.
 Mas ¡oh error sin disculpa!
 El paso entorpecido
 Vuelvo atras, ¡accion digna
 De un eterno castigo!
 ¿Cómo no brotan luego
 Del pecho empedernido
 De gratitud ardiente
 Lágrimas y suspiros?
 Vos tambien me inspirasteis
 El buscar este asilo.
 Pues ¿á quién se lo debo,
 Señor, sino á tu auxilio?

Vos me allanásteis cuantos
 Imposibles ha habido ;
 Vos mostrásteis al alma
 Sus falsos enemigos.
 Pues vos, mi Dios, ahora
 Me habeis de dar benigno
 De la perseverancia
 El dón que ansiosa pido.
 Y vos, Madre amorosa
 Del más perfecte Hijo,
 Ayudad compasiva
 Mis ruegos repetidos.
 Haced que de mis culpas
 Se borre el negro libro ;
 Que yo sabré gustosa
 Sufrir lo merecido,
 Si de que ha de acabarse
 Con la esperanza vivo ;
 Y que despues, contenta,
 Al Dios por quien suspiro,
 Con vos, oh Madre mia,
 Veré siglos de siglos.

II.

Á JESUS.

SILVA.

¡ Vos, mi Jesus, en una cruz clavado,
 De angustias traspasado,
 De escarpias suspendido,
 Y aún del sagrado cútis mal vestido,
 Segan la furia hebreá
 Os destrozó nuestra mortal librea !
 ¡ De amigos y discípulos dejado,
 De enemigos crüeles traspasado,
 Herida la cabeza en mil abrojos,
 De polvo y sangre tûmidos los ojos,
 Los brazos relajados,
 Cada mano rasgada,
 Y cargando en los piés ensangrentados
 La persona sagrada ;
 A la vista una Madre dolorida,
 Que os aflige afligida ;
 Un discipulo amado,
 Del dolor abrumado ;
 Una amorosa y triste Magdalena,
 Entregada á la pena ;
 Y viéndoos sin consuelo
 En la tierra, apelar quereis al cielo.

Pero desamparado
 Aun vuestro eterno Padre os ha dejado,
 Y entre tormento tanto
 Parece que no cabe más quebranto !
 Mas ¡ ay ! que cabe más, bien lo imagino ;
 Pues cuando me examino,
 Al verme en mar de culpas sumergida,
 ¡ Ay Dueño de mi vida !
 Que son ellas, consiento,
 En esa cruz vuestro mayor tormento ;
 Pues al ver malograda
 Vuestra pasion sagrada,
 Al ver tanta fineza

Correspondida con tan cruel dureza,
 Obra en vos, mi Jesus, dolor tan fuerte,
 Que aumenta sus angustias á la muerte.....
 Suspended, suspended tantos pesares ;
 Mi corazon, Señor, llorando á marcs
 Os implora amoroso ;
 Sed conmigo y con vos, mi Dios, piadoso ;
 Cese vuestro dolor, y pues estriba
 En que esta ingrata viva
 A vuestros piés postrada,
 Con vuestra sangre vuelva á ser bañada.
 ¡ Piedad, Señor, piedad, cesen enojos,
 Volved, volved vuestros amantes ojos,
 Que aunque el polvo los ciega,
 Á quien llorando llega
 Vos no sabeis negarlos,
 Pues yo con mi dolor quiero limpiarlos ;
 Yo, aquella que atrevida
 El campo de la vida
 Corrí desenfadada,
 Cual bestia desbocada,
 Cuando bárbara y necia no veia
 Lo mucho que os debía,
 No de los beneficios generales,
 Que en tantos son iguales,
 Sino de aquellos que ostentar queria
 Vuestra bondad conmigo,
 Y los que llaman más vuestro castigo.

Quisiera repararlos ;
 Mas ¡ ay ! que al numerarlos,
 Ofuscada la mente,
 En vano es que lo intente,
 Pues corrida de verme tan dendorá,
 Temo la cuenta en desgraciada hora.
 Yo recibí el talento,
 Y no sólo con él nada ganaba,
 Mas con modo violento
 Sólo para perderlo lo empleaba.
 ¡ Ay infeliz de mí ! que mi malicia
 Clamando está, Señor, á tu justicia.
 Mas ¿ qué temo ? ¿ por qué me desespero ?
 ¡ Para qué está Jesus en un madero ?
 ¡ Por qué derrama ese precioso esmalte,
 Sino porque no falte
 Remedio á mi dolor ? Pues ¿ qué me aflijo,
 Si de mi Dios el Hijo,
 Siendo mi Dios tambien, hoy amoroso
 Satisface piadoso
 La deuda que mi culpa ha contraido ?
 ¡ Oh mi dulce Jesus, de amor herido !
 Sea vuestra piedad siempre alabada,
 Sea vuestra bondad glorificada.
 Nunca más ofenderos
 Ni de vista perderos.
 Fijad, mi amado bien, en mi memoria
 La lastimera historia
 De vuestro padecer y vuestra muerte,
 Porque viva de suerte
 Mi corazon á vuestro amor atento,
 Que ni ofenderos pueda el pensamiento,
 Y entregada la vida
 Con ansia repetida
 A tan dulce memoria,
 Logre, en fin, poseer la eterna gloria.

DON IGNACIO LOPEZ DE AYALA ⁽¹⁾.

ELEGÍA.

Ornato que dan las nobles artes á la naturaleza.

Ciega pasión y loco devaneo
Arrastra y precipita al hombre, cuando
Cree igual su poder á su deseo.
Si mano compasiva, arrullo blanco
No le fomenta cuando débil nace,
La vida acaba, que empezó llorando.
De un mal creciendo en otro, inferior yace
A la fiera veloz, que su indigencia
O más fuerte ó más parca satisface;
Y el que creyó gozar la preeminencia
De los demás vivientes, mal contento
Su suerte culpa y llora su inclemencia.
¿Dó está el imperio en tanto abatimiento?
¿O dó halla el hombre causa á su fiera,
Ni origen á su altivo pensamiento?
Tú sola, tú, sagaz naturaleza,
Pródiga madre, rey le has coronado
Por dar un ejemplar de tu grandeza.
La luz etérea, que en su pecho osado
Encendistes, el fuego que le inflama,
De tu divino sér comunicado;
Esa voraz é inextinguible llama
Su peso arrastra, y levantando el vuelo
A do su origen y su ardor le llama,
Cuanto la tierra ofrece y cubre el cielo
Su mente abraza, y animoso cria
Cuanto cubre el Olimpo, ofrece el suelo.
Del infansito abandono en que yacia,
Se eleva con los dones que su mano
Copia de su fecunda fantasía.
Del grave peso vencedor, ufano
Sigue y se acerca á la suprema idea,
Que enciende y llama al corazón humano.
Artífice feliz, cuanto desea,
O inflama al pecho ó mu ve su desvelo,
Halaga al gusto, al corazón recrea,
Cuanto embellece al variado suelo,
Al ámbito del aire luminoso,
Al mar profundo, al cristalino cielo,
Sujeta con espíritu animoso,
Y, criador universal, figura
Más ordenado el mundo y más hermoso.
Con osadía igual á su ventura,
Corrige y cria otra naturaleza
De más beldad, de perfección más pura;
Y vencida primero la dureza
De la necesidad, con nuevo aliento
Busca, no satisfecho, más belleza.
Pues de moles terrenas descontento,
Del pecho, el alma y corazón presenta
Los ímpetus, la paz y el movimiento.
Por su divina mano el bronce alienta
Amor, odio, tristeza ó alegría,
Dulce sosiego, indignación violenta.
Al pecho infunde miedo ú osadía;
La tabla, ántes grosera, me entenece,
Vistiendo su pasión la pasión mía.
Con su pincel mi sentimiento crece,

Mis lágrimas conduce por trofeo,
Y un dolor imitado me estremece.

Terror inspira el duro bronce, y leo
La turbación, espanto y alarido
Del que bramar entre serpientes veo.

El arco, el brazo, el rostro enfurecido
Del dios advierto, que vengó á Latona,
Y de su flecha el volador ruido.

Siento el ímpetu y arte que blasona
El gladiador, que intrépido pretende,
Vencido, muerte, ó vencedor, corona.

Del sacro fuego que en el alma prende
Tan grande es la virtud; tal la ventura
Que en la informe materia vida enciende.

El mundo vuelve á la ignorancia oscura
Si no le anima el arte; sufre el hombre
De su antigua opresión la suerte dura.

Sin artes, caos que á la vista asombre
Será la tierra; el hombre confundido
Fiera entre fieras mezclaría su nombre.

Lo envuelve todo el tenebroso olvido,
Si las artes no avivan su memoria,
Y detienen los tiempos que han corrido.
El lustre, el nombre y celebrada gloria
Aun de dioses se ignora, ó son baldones
E infausta mancha de la humana historia.

Mas tales son del arte los blasones,
Que Vénus como núnem se aborrece,
Y su estatua recibe adoraciones.

Merced del grande espíritu que ofrece
En mármol, bronce ó piedra, inmortal vida,
O en débil tabla, que jamás fenece.

Por tus esfuerzos, arte esclarecida,
Del héroe vive y vivirá la hazaña,
Sin que el transcurso de la edad lo impida.

Hubo reyes é imperios; en campaña
Congregadas naciones; Marte airado
Blandió su pica y desbravó su saña.

En polvo, en sangre y muerte sepultado,
Su infelice valor ha perecido
Cual humo leve al viento disipado.

Faltó del arte el noble colorido,
Faltó vivo cincel que propagara
De un siglo en otros siglos el ruido.

Que el poder, la grandeza y virtud rara
Vive porque el artífice resnena,
Y el de los héroes con su nombre ampara.

Ni el veloz Joven, ni la infiel Lacena,
Ni los Dólopes viven, ni Argos dura,
Antandro y Troya son desierta arena;

Mas los libra de olvido y muerte oscura,
Y en sus rasgos les presta eterna fama,
¡Oh Dios de Smirna! tu inmortal pintura.

Alma feliz, á la que el cielo llama
Por senda tan gloriosa; alma escogida,
Si llegas á la lumbré que te inflama.

¡Oh! no te espante la áspera subida;
Que el ánimo celeste más se alienta
Cuanto el laurel con más afán convida.

Concibe al cielo, oh pecho en quien fomenta
Su luz el arte, pues la eterna gloria
Que al héroe das, en tu favor se aumenta.

Unida de los dos la ilustre historia,
Su ardiente espada y tu ingeniosa mano
Llevarán por los siglos la memoria.

Copiad del protector y soberano
La virtud inmortal, que si atrevida
Mostrar la edad pudiese esfuerzo vano,
Os volvieran sus hechos á dar vida.

(1) Autor de la tragedia *Numancia destruida*. Catedrático de poesía en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid, académico de honor de la Academia de San Fernando. Leyó esta composición, notable por la firmeza de la entonación y del sentido estético, en el acto de la distribución de premios de dicha Academia, en 1784. (Nota del Colector.)

D. TOMAS JOSÉ GONZÁLEZ CARVAJAL.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Sevilla el 27 de Diciembre de 1755. Estudió teología y jurisprudencia, y llegó á ser helenista y latinista muy aventajado. En 1794 fué nombrado Oficial de la Secretaría de Hacienda, y en Marzo del año de 1795 Intendente de las nuevas poblaciones de Sierra-Morena y Superintendente de la de Almuradiel, en la Mancha. Se distinguió notablemente en La Carolina siguiendo las huellas del célebre don Pablo Olavide. Sordo á las sugerencias de su antiguo amigo el Conde de Cabarrús, se negó con la mayor entereza á jurar á José Napoleon, y huyó de Madrid, disfrazado, exponiéndose á graves riesgos, hasta llegar á Sevilla en Enero de 1809.

En 30 de Marzo de 1815 fué nombrado Secretario de Estado y del despacho de Hacienda. En 24 de Agosto del mismo año dejó el Ministerio, y dos dias despues fué nombrado Director de los Estudios Reales de San Isidro.

Más adelante fué, por sus ideas liberales, blanco de las persecuciones políticas de la época. Fué preso, y al cabo confinado en Sevilla á fines de 1815. Allí vivió durante algunos años, casi siempre en el campo, consagrado exclusivamente al estudio. En 1821 fué nombrado Consejero de Estado. En 1825 anduvo errante, evitando nuevas persecuciones; y más adelante, despues de 1829, fué sucesivamente Ministro del Supremo Consejo de la Guerra, individuo del Consejo Real de España é Indias, Prócer del reino y Caballero gran cruz de Isabel la Católica.

Escribió, entre otras varias obras, un *Elogio histórico de Arias Montano*, que se imprimió en el tomo VII de las *Memorias de la Real Academia de la Historia*. Granjeóle esclarecida fama su elegante y fiel traduccion en verso y prosa de los Salmos y de los libros poéticos de las Santas Escrituras. Le abrieron sus puertas las ilustres Academias Española y de la Historia. Murió este sabio y virtuoso anciano en Madrid, el 9 de Noviembre de 1854, de edad de cerca de ochenta y un años.

C.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA,
EN LA CUEVA DE MANRESA.

Herido de una bala, y más herido
De la espada que aguda el alma pasa,
Olvidado del lustre de tu casa,
Huyes, Ignacio, el mundanal ruido.

Al mérito renunciabas adquirido,
Desnudo ya del yelmo y la coraza,
Y Manresa te ve lanzar sin tasa
Con amargo dolor triste gemido.
El soldado que huye, llora y grita
Por una sola herida, no es valiente;
Mas no es ese dolor el que te agita.

Otra herida interior tu pecho siente,
Que del laurel que nunca se marchita
Ceñirá un día tu gloriosa frente.

II.

CONTRA LA PEDANTERÍA DE ALGUNOS
LITERATOS ROMANCISTAS.

¿Quieres medrar? aplicate á la historia;
Déjate de latinos y de griegos,
Escríto busca de escritores legos,
Lléname de sus citas la memoria.

Dános de antigüedad en pepitoria
Túrdulos, turdetanos y gallegos:
Roba un archivo, copia cuatro pliegos,
Y gana prez y fama y lustre y gloria.
No se te olvide de Boscan ó el Dante
Algun retazo, que parlando infieras.
Si damas hay ó clérigos delante.

Y pretende seguro cuanto quieras
De conseguir, si sabes ser pedante,
Que es la mejor de todas las carreras.

III.

CUANDO SE COMENZARON A USAR
LOS PANTALONES.

Tiene Beltran Claquin unos calzones
Con que se cubre desde los sobacos

Pecho, cintura, vientre y muslos flacos,
Hasta las pantorrillas y talones.
¿Quién podrá concertar las opiniones
De tanta variedad de currutacos,
Unos de grande talla, otros retacos,
Unos de largo pelo, otros pelones?
Cada uno, según su cuerpo y talle,
Dar la ley quiere en gala y en arreo
A los demás, con tal que no se halle
En casa, en la tertulia, en el paseo,
En el café, en la iglesia, ni en la calle
Quien vaya más ridículo y más feo.

IV.

Voy á hacer un soneto, porque ahora
De sonetos está la musa mía,
Que hay quien muda dictámen cada día,
Y mi musa lo muda cada hora.
No es mucho ser mudable, si es señora;
Y yo, que le conozco la manía,
Temo, si me descuido, que se ria
De mí, porque es un tanto burladora.
Pues que si rematado aquel cuarteto
Se le antoja una décima ú octava,
No hay que acordarse más de tal soneto.
Mas loado sea Dios, que ya se acaba
En añadiendo al último terceto
Este verso, no más, que le faltaba.

ODAS.

I.

AL ESPÍRITU-SANTO,

EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS.

La fuerza poderosa
Cantaré del amor en este día,
Y la maravillosa
Llama en que Dios ardía,
Y el soberano don que al suelo envía.
En el principio eterno
Sin principio ni fin, del Padre era
El Verbo sempiterno,
De inefable manera,
Imágen fiel, sustancia verdadera.
El Padre lo engendraba
Y en eterno esplendor lo producía;
El uno al otro amaba,
Y del fuego que ardía
El Espíritu-Santo procedía.
¡Oh clara, luminosa,
Generación eterna, inenarrable!
¡Oh procesion dichosa
De amor inagotable,
Abismo profundísimo, insondable!
Por tí el orbe criado
En el fuego de amor húego se inflama;
Que de uno en otro lado
Prende la sacra llama,
Y todo arde en un punto, y todo ama.
Ama su centro el grave,
Ama lo leve la sublime esfera,
Ama el pez, ama el ave,
Ama la agreste fiera,
Y la planta y la flor á su manera.
Amor respira el cielo,
Amor la tierra, amor las aguas puras,
Y con acorde anhelo
Do quier, amor, procura
Al Hacedor unir las criaturas.
Que en dulce consonancia
Del amor siguen todas la armonía,
Y amor es la sustancia
Que las sustenta y cria,

Mientras torpe afición no las desvía,
Cual de Eden en el huerto
A nuestro común padre desviara,
Y en triste desconcierto
La armonía trocará
Del orbe, y su destino malogrará.
Volaste huyendo al cielo,
Santo amor, y sus flores en abrojos
Convirtió triste el suelo,
Y en llanto nuestros ojos
Su paz, y nuestras dichas en enojos.
Mas ya vuelves ahora
Para no te ausentar, y renovado
El mundo ya te adora
Por aquel enviado
Que triunfó de la muerte y del pecado.
¡Oh, bien venido seas,
Parácleto eterno!, que con tus dones
Nos nutres y recreas!
Lluevan tus bendiciones
Sobre nuestros contritos corazones.
Y nunca profanado
Se vea ya tu templo, ni su lumbré
Y esplendor eclipsado,
Ni el alma se acostumbre
Del pecado á sufrir la pesadumbre.
Si alguna vez caemos,
Tú á levantarnos vén, y tú nos guía
Y alumbrá, si no vemos;
Y si el pecho se enfria,
Vén, y tu calor santo en él envía.
Vén, y nos fortalece,
Si alguna vez nuestro valor flaquea;
Y tu ley enderece
El pie, si se ladea,
Si tímido se para ó titubea.
Sople el impetuoso
Viento en el alto techo, y resonando
El ámbito espacioso,
Y amores derramando,
Lleve tras sí las almas arrastrando.
El fuego centellante
Que sobre los apóstoles ardía
Al pecho de diamante
Al alma seca y fría
Ablande y dé calor en este día.
Y unidos y enlazados
En tus lazos, oh amor omnipotente,
De pueblos apartados
Haz una sola gente,
Un corazón, un alma solamente.

II.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Sáfica.

Madre divina del amor hermoso,
Madre prudente del temor sagrado,
Madre fecunda del saber eterno,
Dulce María;
¿Cuál será el canto con que más te agrade
De los humanos que con sacra lira
Dulce resuenen? Porque tus loores
Cantar anhelo.
O ya del ángel el anuncio llegue
A tu retiro, y pronunciado apenas
El sí dichoso, sobre tí se lance
Sombra divina,
Y rodeada de su misteriosa
Virtud, el Verbo de tu sangre pura
Cuerpo se forme; y una vez tomado,
Nunca lo deje;
O ya del parto, de dolor exenta,
Llegue la hora tanto descada,
Y el hijo nazca, del intacto vientre
Fruto suave,
Y reclinado del pesebre duro
Entre las pajas, adorarlo veas
Ángeles, reyes, astros y pastores,
Brutos y plantas;

O bien lloroso, si se siente herido
De la cuchilla que la ley ordena,
Cándido néctar de tu casto pecho
 Temple su llanto;
O lo presentes en el santo templo
Y lo dediques en olor suave
Al Padre Eterno, que del cielo mira
 Tanta pureza;
O fatigada de buscarlo un día,
Y de llorarlo como ya perdido,
Allí lo halles, de la ley, sentado,
 Docto maestro;
O de las bodas el escaso vino
Le representes con modestia pia,
Y generoso con el agna pura
 Vino provea;
O de sus hechos el aplauso suene
Entre la plebe que por rey lo aclame,
Y luego sea de la plebe misma
 Victima triste,
Y de la hueste que traidor ordena
Júdas impío, conducido vaya,
Como la oveja por los carnívoros
 A la matanza;
O valerosa de la cruz al lado
Firme subsistas, y la espada aguda
De Simeon el fiel y dolorido
 Pecho penetre,
La voz oyendo generosa y clara
Con que ya exangüe, lívido, anheloso
Grite y ofrezca de su vida al Padre
 Ultimo aliento;
Y retirada de la muchedumbre,
Al lado siempre de tu nuevo hijo,
Cuya tutela te dejó mandada
 Cuando moria,
La vida pases en retiro santo
Hasta que el cielo coronarte vea
De serafines, y su luz hermosa
 Huelle tu planta;
Donde tu carne virginal y pura,
Ya separada de la santa alma,
Luego se una, y al eterno gozo
 Vuele con ella;
Y allí tu Hijo, del poder inmenso,
De la sin tasa paternal clemencia,
Con que socorras á los que te invoquen,
 Dueño te haga;
Sea de gloria, de dolor ó gozo,
A tí, Señora, dedicar deseo
Sola mi canto, pero lo resiste
 Rústica musa.
Plectro divino bastaría sólo
Para loarte como yo querría,
Y el mio, atado con cadencia dura,
 Aspero suena.
Mas si te place que mi poesía
De tus elogios instrumento sea,
Tú la desata, y en acorde acento
 Templa mi lira,
¡Oh si mi canto resonase ahora
Cual tú cantabas á Isabel un día!
Mas aquel astro celestial y puro
 No es imitable.
Bástame sólo, y viviré contento,
Que mientras viva, tolerable suene
A tus oídos, y cantando un día
 Plácido muera.
Y desasida del humano velo,
Por tu favor el ánima guiada
Al cielo sea, donde no se acabe
 Nunca su canto.

III.

A SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

Oda votiva.

Irritó la primera
Rebeldía del hombre al justo cielo,
Y abrió á la muerte fiera

La entrada en este suelo,
Su alegría trocando en triste duelo.
De males aquejado,
Sintió entónces el hombre el duro frio,
El calor abrasado
Del ardoroso estío,
Y el vapor y la niebla y el rocío.
Y tarde pesaroso
Abre los ojos, y con largo llanto,
Del fruto deleitoso
Conoce y llora, cuanto
Le queda de dolor y de quebranto.
Oyólo desde el cielo
El Supremo Hacedor, y de su hechura
Compadecido, el velo
Rasgó, con que natura
Sus ricos dones ocultar procura.
¡ Del dedo omnipotente
Cuánta virtud con plantas y animales
Vió la mísera gente,
Y en secos minerales,
Puesta para remedio de sus males!
Vió allí la fuerza activa
De la mosca de Apulia, la grandeza
Del opio, de la viva
Plata la sutileza,
Y la amarga febrífuga corteza.
Mas aun que con divina
Luz le fué de este modo descubierta
La sabia medicina,
El con mano inexperta
Muchas veces halló la muerte cierta.
De nuevo conmovida
Del Criador la paternal clemencia,
Que vió tan triste vida,
Tanta crúel dolencia,
Tan inconstante y frágil existencia;
Al noble peregrino,
Que bajo el nombre y forma de Azarías
Condujo en su camino
Sano y salvo á Tobías,
Y curó al padre y alargó sus días,
Le dió que remediasse
Toda humana dolencia, y de divina
Virtud participase
Su mano peregrina,
Y de Dios fuese él mismo medicina.
Abatió su guadaña
La muerte entónces, y del crudo acero
Embotada la saña,
Viéndose de su fuero
Desposeída y su poder primero,
Gritó: «Luego es en vano
De mi segur y mi arrogancia fiera
El rigor inhumano,
Si, uno solo que muera,
Es necesario que el Arcángel quiera.»
Dijo, y desde aquel día
A solo Rafael subordinada,
El que herir ya sentía
Su hoz envenenada,
La salud por él cobra descada.
Así yo, Arcángel santo,
Postrado al mal en doloroso lecho,
Y de mortal quebranto
Herido el flaco pecho,
A tí clamando, en lágrimas deshecho,
Viendo de la consorte
Amada y tierna el misero gemido,
Que no hay quien la conforte,
Y del hijo querido
El juvenil aliento ya perdido,
A tí clamando dije:
¿ Adónde estás en tan tremenda hora?
Del mal que así me aflige
Vén á salvarme ahora,
Vén, Rafael, con mano bienhechora,
Ya del nevado monte
Se deslizaba al mar la noche fria,
Y en opuesto horizonte
La luz resplandecía
Que empezaba á rayar del claro día;

Ya blando y dulce sueño
 A coronar mis sienes empezaba
 Con suave beleño,
 Y en sueños yo te hablaba,
 Y en tu mano benéfica esperaba ;
 Mientras del caso grave,
 Desatando mis poros repentina
 Traspiracion suave,
 Me salvó tu divina
 Proteccion, sin humana medicina.
 Y luégo á la mañana,
 Cuando gozoso el médico veía
 La curacion temprana,
 A tí lo atribuía,
 A tí sólo las gracias repetía.
 Y yo, de nueva vida
 A tí deudor, ensalzaré en mi canto,
 Con alma agradecida,
 Tu nombre sacrosanto,
 Por quien ya no me da la muerte espanto.

IV.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Cenaba la postrera
 Noche el santo Pastor con su rebaño,
 Como lo deseó con gran deseo
 Antes que padeciera.
 Amábalo sin par ; y con extraño
 Rapto su amor en inmortal recreo,
 Próximo ya á la muerte,
 Más vigoroso y fuerte
 Se ostenta ; y, cual la llama
 Que, en angosto recinto comprimida,
 Por fuera se derrama,
 Sin que nada le impida,
 Rompe el límite estrecho de la vida.
 Y de la noche bella,
 Que venció en esplendor al claro día,
 Consagró para siempre la memoria,
 Instituyendo en ella
 La sacrosanta augusta Eucaristía.
 Completóse de amor la dulce historia
 Con este sacrificio ;
 Y el Pastor, que propicio
 Por sus ovejas muere,
 Mal con esta fineza satisfecho,
 Aposentarse quiere
 En el humano pecho,
 Sabroso pasto y dulce manjar hecho.
 Gustar el hombre quiso
 De la fruta del árbol prohibida,
 Y el funesto manjar temprana muerte
 Le da en el paraíso.
 Muere Jesus, y en celestial comida
 Le da la vida con trocada suerte ;
 Y cuando se despide,
 Le encarga que no olvide
 Que ha por él derramado
 Su sangre, y muerto, porque más le deba,
 Por él crucificado,
 Y que de amor en prueba,
 Como su carne, y que su sangre beba.
 Gratísima memoria,
 Irrevocable eterno testamento,
 Pan del alto Querub apetecido,
 De la futura gloria
 Prenda y señal, y rico heredamiento
 Del nuevo pueblo en Gólgota adquirido ;
 Los que de tí dudaron,
 De amor poco alcanzaron ;
 Pues si la ardiente llama
 En flaco y mortal pecho no consiente
 La ausencia del que ama,
 ¿ Un pecho omnipotente
 Morir querría para estar ausente ?
 Era tu fortaleza
 Al poder de la muerte comparada,
 Un tiempo, amor, igual ; mas ya rompiste
 De la naturaleza

Las leyes ; y la muerte acobardada
 Cediéndote su imperio, te pusiste
 Mas allá de la vida
 Con el hacha encendida
 En la ferviente mano,
 Abrasando en amores celestiales
 Al corazon humano,
 Y dando á los mortales
 Nuevo vivir en años eternos.
 Feliz el que te adora,
 Más feliz si te hospeda dignamente,
 Felicísimo, en fin, si te desea,
 Si de tí se enamora,
 Y á tí unido, contigo solamente,
 Dulce pan, y en tí vive y se recrea.
 ¿ Quién diera al pecho mío,
 Tan áspero y tan frío,
 Que de amor lo abrasara
 La viva llama, y que la uncion divina
 Su dureza ablandara ?
 Ven, gracia peregrina,
 Haz un milagro más, y á tí me inclina.

V.

Á SAN FERNANDO,

REY Y PROTECTOR DE ESPAÑA.

El día que lloraba
 España de Fernando el Animoso
 La muerte, y descansaba
 El héroe glorioso
 Con triunfo eterno en inmortal reposo,
 Llorando le decía :
 « No me dejes así, monarca santo,
 A la dura porfía
 Sujeta y al quebranto
 Del árabe feroz, que temo tanto. »
 Al trono de luz pura
 Miró entónces Fernando, y los destinos
 Vió de la edad futura,
 Los arcanos divinos,
 Y los hechos de España peregrinos.
 Allí al quinto Fernando
 Luchar ve con el duro sarraceno,
 Y del morisco bando,
 Que resistió al onceno
 Don Alfonso, triunfar, de gloria lleno ;
 Y á tanta valentía
 Rendida al fin Hispánica famosa,
 Brillar su monarquía
 Libre de vergonzosa
 Esclavitud, y rica y abundosa ;
 Desde la excelsa cumbre
 De su prosperidad saltar los mares,
 Y de celeste lumbre
 Guiada, mil altares
 Alzar en remotísimos lugares.
 Entre tanta victoria,
 Ve que aunque la mordaz envidia ciega
 Negar quiera su gloria,
 Nuevos rumbos navega,
 Y á la fe y religion un mundo entrega.
 Y luégo tremolando
 En Europa y en Asia sus pendones,
 Y en Africa domando
 Las bárbaras naciones,
 Dilatarse con anchas posesiones.
 Del luminoso rayo
 Sigue á la clara luz indeficiente,
 Mas ¡ ay ! que ve el desmayo
 De España decadente,
 Su próxima ruina ve presente.
 ¡ Ay ! Ve..... ¡ traicion impía !
 ¡ Ay ! Ve cautivo al séptimo Fernando
 Con torpe alevosía,
 Y en olas mil luchando,
 Del Estado la nave zozobrando.
 Mas ve que el vergonzoso
 Yugo sacude el bravo turdetano,

Y vélo victorioso
Sobre Bailén, y ufano
Arrastrar las banderas del tirano.
Ve al aragonés fiero,
Que en Zaragoza vence, despreciando
El plomo y el acero,
Morir al fin luchando
Entre la peste y el francés nefando;
Morir lleno de gloria,
Para gozar feliz y eterna vida
En brazos de la historia,
La frente denegrida
De verde lauro y de ciprés ceñida.
Y al cántaro indomable,
Al catalán robusto, al fiel gallego
Con guerra perdurable
Arder en vivo fuego,
Resistir y sufrir, y vencer luégo.
Vuelta entónces á España
La grave faz, que á Marte airado enfrena,
«No temas ya la saña,
Dice, de la agarena
Turba, sino al que bebe en Loira y Sena,
» Con fatal agasajo,
Huésped infiel, del Ebro la corriente
Y el Guadiana y el Tajo
Pasando de repente,
Día vendrá que dominarte intente.
» Mas siempre incorruptible
Descansará mi cuerpo en la ribera
Del Bétis apacible,
Y allí la Gália fiera
Nunca subsistirá, por más que quiera,
» Id, y la tumba fría
Rodeando, elevad altos clamores
Al cielo noche y día,
Quemad gratos olores,
Y al sepulcro cubrid y ornad de flores.»
Dijo; y la fuerte España
Entónces escribió: «Sobre la orilla
Que al claro Bétis baña
Colocaré mi silla,
Y mi alcázar será la gran Sevilla.»
Vuelve el tiempo su rueda
Presurosa cien lustros, y en los años
Que siguen, blanda y leda,
Descuida, de tamaños
Males adormecida y tantos daños.
Al golpe, en fin, despierta
Que le dió el enemigo, traspasada
La mal vendida puerta;
Y empuñando la espada,
Toca el clarín en Hispalis sagrada.
Mil huestes numerosas
Se le allegan y unen á porfía,
Que corren presurosas,
Marchando noche y día,
Y arrojan al francés de Andalucía.
Arrojánlo vencido,
Prisionero, infeliz, menesteroso,
Cobarde y desvalido,
Al que entró tan brioso,
Tan arrogante, altivo y orgulloso.
Mal luégo defendida
La inexpugnable y alta Somosierra,
Poniéndose en huida,
Prepara nueva guerra,
Y su senado en Hispalis encierra.
Del ancho baliarte
Armas, víveres, ropas y dinero
Van para cada parte
Por todo el reino entero,
Donde cada español es un guerrero.
Arde cual fulminante
Rayo el inglés y el bravo lusitano,
La llama centellante
Enciende ya al germano,
Al tardo ruso, al tímido otomano.
Albión opulenta
Mil tesoros prodiga en ricos dones;
Sin número ni cuenta
Crecen las municiones,

Los soldados, las armas, los cañones.
En tiendas y talleres,
En repuestos, en ferias y mercados,
No joyas de mujeres,
No cintas ni tocados,
Galas solo se ven para soldados.
No hay sueño, no hay reposo;
Teme, oh Soult, teme, oh Víctor, teme ahora,
Sebastiani insidioso,
Teme á la vengadora
Nación que de dos mundos es señora.

VI.

EN LA REVOLUCION FRANCESA.

Á SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

Acorre, hijo del trueno,
Acorre de tu España á la cuita;
Mira cerca el veneno,
Mira cómo la incita
El galo que en su error se precipita.
Nada está ya seguro;
Hasta la faz de Europa ha cambiado;
Un hombre bajo, oscuro,
Reyes ha destronado,
Y al sucesor de Pedro ha despojado.
¡Triste y amarga era,
En que el pueblo engañado no procura
Libertad verdadera,
Sino injusta soltura,
Y perdición y oprobio y desventura!
Y encuentra quien lo guíe
En tan errado y necio desvarío,
Y su conducta fie
Al filósofo impío.
Al ateo, al hereje y al judío.
Y que su templo vea
Con el pagano rito profanado,
Y relajada crea
Del monarca sagrado
La obediencia y la fe que le ha jurado.
Y luégo los extremos
Ejerza en él de su furor y saña,
Como visto lo hemos
(¡ Oh detestable hazaña !)
En la región que Sena y Loira baña.
Ejemplo lamentable,
Contagio en tal frecuencia y cercanía,
Jacobó, inevitable
Si tu voz no nos guía,
Y de tal precipicio nos desvia.
En tí la confianza
Cifra, más que en los timbres y blasones
Que España noble alcanza,
De ser á sus Borbones
Apoyo fiel, envidia á las naciones.
En tí solo confía
Corrijas las ideas criminales
De una filosofía
Nueva á sus naturales,
Y principio fatal de muchos males;
Y corrige con ellas
Esa nueva y feroz desenvoltura
De mozos y doncellas,
Con mano fuerte y dura,
Antes que llegue al colmo la locura.
Antes que de maldades
Rebosando en la copa la medida,
Y en villas y ciudades
La fe ya corrompida,
Busque la religión otra guarida.
Y el triste pueblo sea
Presa del enemigo, que tirano
Abra el Estrecho, y vea
Al bárbaro africano
Renovar la jornada de Juliano.
Mal ya poco temido,
Que debiera excitar nuestro cuidado,
Sin dar tanto al olvido

Que si crece el pecado,
Allí tiene el azote reservado.

VII.

EN LA GUERRA CON LOS INGLESES.

Á SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

¡Oh quién pudiese ahora
Las regiones pasar con presto vuelo,
Que el sol calienta y dora!
¡Quién penetrára al cielo,
Y recorriera de tu gloria el velo!
¡Cómo allí te vería,
Lleno de honor, oh santo Cebedeo,
El cáliz que algún día
Anheló tu deseo
Bebiendo ya con inmortal recreo!
Premio que mereciste
Por otro cáliz lleno de amargura
Que á Cristo aquí ofreciste,
Con fe firme y segura
De conseguir por él tanta ventura.
Cortado el sacro cuello,
Y la preciosa sangre derramada,
Con palma y laurel bello
Te aseguran la entrada
Con tu Maestro en celestial morada.
La silla que imprudente
Le pedía tu madre, ya te ha dado,
En que, de refulgente
Esplendor rodeado,
Un día te verémos asentado.
El día que el supremo
Juez de vivos y muertos señalare,
Y de uno al otro extremo
Del mundo resonare
La voz con que á juicio los llamare;
Líbranos aquel día
Del rigor de su ira, Apóstol santo,
Y tu dulce porfía,
Pues con él puede tanto,
Supla lo que faltare á nuestro llanto.
Y mientras esto llega,
Mira cómo tu España se ve ahora
De guerra en cruda brega,
Donde tu cuerpo mora,
Y por tí al verdadero Dios se adora.
Mírala, y vuelve luego
Tus ojos al inglés, que apoderado
De los mares, y ciego
De codicia guiado,
La paz ha tantas veces estorbado.
O templa su porfía,
Y haz que se canse de la dura guerra,
O cual caudillo y guía
Nos fuistes en la tierra,
Sélo en el mar, y su furor aterra.
Aterra el insolente
Orgullo con que quiere avasallarnos,
Míralo, puesto enfrente
De Cádiz, insultarnos,
Saltear nuestras naves y robarnos.
Si tu brazo no acude,
¡Quién librarnos podrá de tal afrenta?
¡Quién hay que nos ayude
En la fiera tormenta
Que ya en el horizonte se presenta?
Solos y desvalidos,
La tropa sin pagar, pobre el erario,
Los bienes consumidos
Que ha dado el santuario,
Y expuestos de fortuna al viento vario.
Defiéndenos á España
Por cuanto el mar extiende su rodeo;
Guárdanos la montaña,
Oh ilustre Cebedeo,
De Pirene y el término europeo.
No quede alguna parte
Por donde airado y fiero el enemigo,
O con astucia y arte

El engañoso amigo
Entre, y sea más duro su castigo.
Así tu cuerpo santo,
Guardado cual riquísimo tesoro,
Se acate y mire tanto,
Que con igual decoro
Lo respete el cristiano y tema el moro.
Y el venturoso día
En que reciba el premio deseado,
Salga con alegría
Del panteon sagrado,
De fieles españoles rodeado.

VIII.

AL NIÑO DIOS,

PRESENTADO POR SU MADRE EN EL TEMPLO.

Canten otros la gloria
Del furibundo Marte, que derrama,
Al són de la victoria,
La sangre del que ama
Con claros hechos ilustrar su fama.
Canten de Citerá,
De la reina de Páfos y de Gnido,
Los triunfos que vocea
Cuanto amante rendido,
Y el carcax y las flechas de Cupido.
O de la blanca aurora,
Asomada á las puertas del oriente,
La luz consoladora,
O de Febo luciente
El incansable carro y rayo ardiente.
O del cristal sonoro,
Suelto corriendo por el verde prado,
Las arenas de oro,
O el cóncavo estrellado,
O de Diana el rostro plateado.
Mientras la musa mia,
Arrebatada en generoso vuelo,
Dejando á Polymnia
Y al falso dios de Delo,
Paz á la tierra canta, y gloria al cielo.
La raíz aparece
De Jessé con el vástago ofrecido,
De Jacob resplandeece
La estrella, y el Ungido
Del seno de la Virgen es nacido.
Rásguese el sacro velo
Que cubría el augusto santuario;
Entre ya sin recelo
Al íntimo sagrario
El judío, el gentil, el pueblo vario.
Jehovah, ya propicio,
Ni ara sangrienta, ni ferviente hoguera,
Ni herido sacrificio
De la cuchilla fiera
Admite, sino amor y fe sincera.
Oh pueblos, oh naciones,
Venid, que entre el pagano y el judío
No habrá más distinciones;
Venid á un señorío
Los del clima abrasado y los del frío.
¡Miserable especie humana!
Esculpió Dios en tí su imagen pura;
Borróla una manzana,
Borróla tu locura (1);
¡Qué cosa habrá ya en tí firme y segura?
Perdióse eternamente,
Mas noble que tú, el ángel en el cielo.
Tú, por inobediente
Perdida estando, al suelo
Baja Dios mismo á remediar tu duelo.
Que aunque para ofenderle
Tu osadía bastó, no así bastara
Para satisfacerle
Tu llanto, ni se hallara
Víctima que la ofensa compensara.

(1) Estos versos están inspirados por un pasaje de san Cirilo, capítulo V. (Nota del Colector.)

Una Virgen, exenta
De toda ley, se humilla, y obediente,
En medio se presenta
Del pueblo delincuente,
Limpia, intacta, purísima, inocente.
Y al que la ley ordena
Lleva en sus brazos á cumplirla, cuando
La pesada cadena
Reduce á yugo blando,
Las figuras y símbolos cesando.
El mismo es sacrificio
Y sacerdote, y nûmen, que lo ofrece,
Y lo acepta propicio,
Y con él te merece
El perdón, y con él su gloria crece.
Un día en el Calvario
Su sangre verterá, dará su vida
Por tí, y al santuario
Celestial admitida,
Recobrarás la herencia ya perdida.
Ahora en el regazo
De su Madre te llama á que lo adores,
Donde con dulce lazo
Une á los pecadores
Con el Padre en castísimos amores.

IX.

AL NIÑO DIOS,

PRESENTADO POR SU MADRE EN EL TEMPLO Y PUESTO
EN MANOS DE SIMEON.

Baja con presto vuelo,
Musa divina, á modular mi canto,
Baja del alto cielo,
Y dí del sacrosanto
Día que el pueblo fiel ensalza tanto.
Y dí de la sagrada
Raice de Jessé cómo florece
La vara deseada,
Y cómo resplandece
La estrella de Jacob, que hoy amanece.
¡Oh venturoso día,
En que anunciando altísimos arcanos,
Trémulo recibía
Simeon en sus manos
La salud de los miseros humanos;
Y elevados al cielo
Blandamente los ojos, y- cumplido
Viendo su dulce anhelo,
Cantó como en su nido
Canta el cisne á morir apercibido!
« Suelta ya de la oscura
Cárcel, Señor, el ánima mezquina,
Pues tuve la ventura
De ver tu luz divina
Y la salud que el hombre no imagina.
» Tu luz, que ya aparece
Despertando las gentes y naciones;
La gloria con que crece
En timbres y blasones
El pueblo que te rinde adoraciones.»
Cantó, y del sacro coro
Responde en el empíreo la armonía:
« Salud, honor, decoro,
Gloria, paz, alegría
Al Cordero y al Padre que lo envía.»
Y del sublime asiento
Donde juzga el Señor á los mortales,
Bajan en un momento,
Con prendas y señales
De amor y paz, mil genios celestiales.
Del templo la sagrada
Bóveda penetrando, á la manera
Que la luz derivada
De la celeste esfera
Por el puro cristal pasa ligera,
Entran, y en radiante
Cercos se postra el escudron alado
Ante el divino Infante,

Que está en el regalado
Regazo de su Madre recostado.
¿Qué diré, musa, ahora?
Templa otra vez la citara suave,
Y con voz más sonora,
Armoniosa y grave
Resonará mi canto en alta clave.
El que con rayo y trueno
Conturba con horrisono estampido
Del mar el ancho seno
Y cae el cedro erguido
A su imperiosa voz estremecido;
El que romper pudiera
Los ejes de la tierra en un instante,
Por quien corre la esfera
Con pasos de gigante,
Derramando su luz el sol brillante,
¿Es el mismo que ahora,
Falto de todo, de miserias lleno,
Siente, padece y llora,
Niño, mortal, terreno,
Víctima triste del pecado ajeno?
¿El que del obstinado
Querubín eclipsó la excelsa lumbre;
Y el hombre, colocado
Del bien en la alta cumbre,
Condenó á triste y dura servidumbre,
Y errante verlo quiso,
Y le cerró con puertas de diamante
La entrada al paraíso,
Ya con blando semblante
Lo mira y busca y solicita amante?
Eterno amor divino,
Espíritu de paz y de consuelo,
Tú al hombre peregrino
Dejaste en este suelo,
Por venir á buscarlo desde el cielo.
Tú pusiste en los brazos
De una doncella el Hijo omnipotente,
Tú rompiste los lazos
De la cautiva gente,
Tú lo ofreciste víctima inocente;
Tú lo ofreciste al Padre,
Por tí se presta al duro sacrificio
La generosa Madre
Con ánimo propicio;
Por tí triunfa la gracia y muere el vicio.
No la celeste llama
Consumirá la hostia en este día;
Ardor más puro inflama
El pecho de María,
Y olor de suavidad al cielo envía.
En brazos virginales
Veo, como en su altar, la ofrenda cara
Con que de los mortales
La salud se prepara,
Y veo arder el holocausto y ara.
Veo que al cielo llega
El sacro fuego respirando amores,
Y en llegando sosiega
Del Padre los rigores
Contra el hombre infeliz y sus errores.
Los ángeles, cubriendo
El rostro con sus alas, en profundo
Silencio estaban viendo
De carne, cual segundo
Adán, vestido al Criador del mundo.
Atónitos admiran
Unida á la deidad la húmil natura
Del hombre, que allí miran;
Y dicen: ¡A qué altura
Pudo elevar tan baja criatura!
Resuena el alabanza;
Démosle nuestras cítaras de oro;
Y pues á tanto alcanza
Su gracia y su decoro,
Alternará su voz en nuestro coro.

X.

Á LA CONCEPCION EN GRACIA

DE LA VÍRGEN MARÍA.

Divina criatura,
 Limpidísimo espejo en que se mira
 El Dios que te ha criado,
 De tu concepcion pura
 Cantar desco; tú mi canto inspira,
 Tan dulce y acordado,
 Que de una en otra gente
 Pasando la memoria,
 Suene con él tu gloria,
 Mientras el mundo sus edades cuente.
 El inefable arcano
 Enséñame á tratar de tal manera,
 Que alabe dignamente
 Del Hijo soberano
 La gracia que en tí luce y reverbera,
 Como de sol naciente
 En clarísima aurora;
 Y gloria suya sea
 La luz que te hermosea
 Y por él te distingue y condecora.
 Cayeron á millares
 Los príncipes del cielo en el abismo,
 Al fuego condenados
 Y á perpetuos pesares;
 Y los hombres también fueran al mismo
 Suplicio destinados,
 Si Dios, que te salvára
 De peligro tamaño,
 Para evitar el daño,
 En tu virgineo vientre no encarnára.
 Engañó la serpiente
 Astuta á la mujer curiosa y vana,
 Fingiendo hacerla diosa;
 Y ella hizo inobediente
 Al hombre, que gustando la manzana,
 No consiguió otra cosa,
 Con el fatal bocado,
 Que de una sola herida
 Quitarse á sí la vida,
 Y á todo su linaje desdichado.
 Dios, que con tal esmero
 Formado habia al hombre, y esculpido
 En él su semejanza,
 Enojado primero,
 Luego que del infiel corazón vido
 La temprana mudanza,
 Aborreció su hechura,
 Y como disgustado
 De haberlo ya criado,
 Detestó tan ingrata criatura.
 Entónces desplegando
 En su divina mente el anchuroso
 Lienzo de lo futuro,
 Vió el miserable bando
 De los hijos de Adán, que presuroso
 Hacia el Báratro oscuro
 Corria delincuente,
 Y que en todo él no habia
 Sino tú, Madre mía,
 Quien no hubiese creído á la serpiente.
 Generacion ingrata,
 Hija de ingrato padre y madre aleve,
 ¿Qué pérfida injusticia
 Te ciega y arrebató?
 Contra tu Dios á resistir se atreve
 Tu ingénita malicia,
 Y en el primer pecado
 Toda junta cayeras,
 Si toda junta fueras
 Convidada á probar aquel bocado.
 Y en efecto, caíste
 Con prematura y torpe rebeldía,
 Y aun ántes que existieras;
 Del modo que pudiste,
 Contra el cielo mostrastes tu osadía
 Y miras altaneras;

Mas viendo tu desgracia
 El Dios de las piedades,
 Opuso á tus maldades
 El inmenso torrente de su gracia.
 Y á la que vió con ella
 Prevenida ab eterno de su mano
 Vuelto el rostro amoroso,
 Mirándola tan bella,
 Resto inocente del linaje humano,
 Eligela piadoso
 Para que se presente
 Por todos al combate,
 Y venza y desbarate
 Y pise la cerviz de la serpiente.
 Y de ella nazca luego
 El nuevo Adán, que, libre de pecado,
 A la ira del Padre,
 Con tierno y dulce ruego,
 El cuerpo á padecer aparejado,
 De casta Virgen Madre
 Sin varon concebido,
 Ofrezca, y ésta sea
 La hostia en que se vea
 Dios aplacado, el hombre redimido.
 Como en la tenebrosa
 Noche el trueno espantoso, el Noño fiero,
 El rayo centellante,
 La lluvia tormentosa
 Arruinar amenaza el orbe entero;
 Y luego en un instante,
 Si serena aparece
 La clarísima aurora,
 Del día precursora,
 Cesa el temor, el riesgo desaparece;
 Así la justa ira
 Cede allí su lugar á la clemencia;
 El Dios de la venganza
 Desarmado se mira
 A la vista feliz de la inocencia;
 Y de nueva alianza
 Cerrado el testamento,
 El humano linaje,
 Borrado ya su ultraje,
 Lleno se ve de gloria en un momento.
 Porque de la manchada
 Generacion, sin mancha concebida,
 Intacta y pura nace
 La bienaventurada
 Madre del que le viene á dar la vida;
 Y por ella renace
 El perdido derecho
 En la hostia placable,
 Acepta y agradable,
 Con que á Dios deja el hombre satisfecho.
 ¡Oh arca venturosa,
 Destinada á guardar hostia tan bella!
 ¡Oh floresta cerrada!
 ¡Oh fuente misteriosa,
 Que la mano de Dios bendice y sella!
 Tu alma inmaculada,
 Tu carne casta y pura
 Prendió de Dios los ojos,
 Y templó sus enojos,
 Y del cielo rompió la cerradura.

XI.

Á LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Levántate del suelo,
 Cristalino vapor, que de frescura
 Llena el aura suave,
 Y en sosegado vuelo,
 Poco á poco extendido hasta la altura
 Del claro sol, con grave
 Majestad y decoro
 En torno lo rodea,
 Y su carro hermosea
 Con esmaltes de nácar, plata y oro.
 Templa así sus ardores
 Y mitiga la luz inaccesible

De la brillante esfera,
Y esparce entre las flores
Aquella suavidad apetecible
Que el campo refrigera
Del ardor del estío,
Y lo fecunda luego
Con silencioso riego
En menudo blandísimo rocío.

Así tú, Virgen pura,
Por divina atracción arrebatada
Del suelo en que yacías,
Y puesta en tal altura
En cual nunca se vió cosa criada,
Interponiendo, pías,
Del Padre á los rigores,
Tus preces maternas,
Das sombra á los mortales
Y templos de su ira los ardores.

Y cuando el hombre malo,
Que al enojado Dios mirar no osára,
Se siente arrepentido,
En vos halla regalo,
Con que del mal pasado se repara;
Y así fortalecido,
Mirando en vos, Señora,
Su dulce medianera,
Cobra aliento, y espera
Aplacar la justicia vengadora.

Un tiempo tu pureza
Y tu humildad atrajo al Sol divino,
Que quiso en tus entrañas,
Depuesta su grandeza,
Habitar nueve meses de continuo.
Y las gentes extrañas,
Al salir de tu seno,
Rendidas lo adoraron,
Y ver con él lograron
De alegría y de paz el mundo lleno.

Ahora ya subido
En el trono de gloria de su Padre
Con inmortal reposo
El Hijo esclarecido
Del casto vientre de la Virgen Madre,
Atráela amoroso,
Como á la niebla fría
Atrae el sol dorado,
Y sube con su amado,
Que la llena de paz y de alegría.

De allí sus bendiciones
Generosa derrama en este suelo,
Con dulces esperanzas
De gracias y perdones
A los que en ella ponen su consuelo.
Tú, pues, que nos alcanzas
Tanto bien, oh Señora,
Haz que tu Hijo amado
Olvide el mal pasado,
Que arrepentida el alma siente y llora.

Haz, Virgen soberana,
Que cuando llegue de la triste vida
La hora postrimera,
El ánima cristiana
Valerosa del cuerpo se despida,
Y con fe verdadera
Y esperanza amorosa
En tus manos se entregue,
Y á feliz puerto llegue,
Donde celebre tu Asunción gloriosa.

XII.

Á LA FE.

Oh Fe, virtud sincera,
Madre de la esperanza, hija del cielo,
Riqueza verdadera
Del justo, que sin duelo
Ver descorrido espera el santo velo;
El velo con que cubres
De densa oscuridad la luz futura,
Y al paso nos descubres

Senda firme y segura,
Por do lleguemos á eternal ventura;
Y de ella poscidos,
Ya no necesitamos de tu guía;
Y absortos los sentidos,
Contemplan aquel día
Lo que aquí la esperanza prometía.

Dichoso el que constante
Siga tus pasos y de tí confíe;
Su corazón amante
Al bien eterno guíe,
Y de todo tropiezo se desvíe.

Por tí Abel ofreciera,
Más generoso que Cain, su hermano,
Lo mejor que tuviera

A Dios con larga mano;
Por tí su sacrificio no fué vano.

Y el fuego que del cielo
A consumir bajó la ofrenda cara,
Premio fué de su celo;
Aunque el otro envidiara
Lo que no mereció su mano avara.

Por tí Henoc agradable
Fué siempre á Dios; y arrebatado un día
Por su mano adorable
Del suelo en que vivía,
Aun hoy lo oculta de la tumba impía.

Por tí Noé, advertido
Del estrago que al mundo amenazaba,
Aunque no era creído,
Continuo predicaba
Y el arca en que salvarse preparaba.

Por tí Abraham, obediente
A la voz del Señor, su casa deja;
De su patria y su gente
Voluntario se aleja,
Y en extraña región vive sin queja.

Porque allí peregrino
Espera en otra parte la morada
Que arquitecto divino
Le tiene preparada

En ciudad por su mano edificada.
Por tí, siendo tentado,
Fiel Abraham, á la cuchilla fiera
Ofrece el hijo amado,
Hijo de quien espera
Numerosa progenie y duradera.

Creyendo que el que á Sara
Dió tal hijo, ya estéril, y él anciano,
Aunque allí lo inmolara,
Puede, y está en su mano,
Volvérselo con vida salvo y sano.

Tú el firme fundamento
Eres de cuantos bienes esperamos;
Tú eres el argumento
De lo que no alcanzamos
A ver ahora y tanto deseamos.

¡Oh! llegue el feliz día
En que tú y la esperanza retiradas,
Con perpétua alegría
El alma las moradas
Habite para el justo reservadas.

XIII.

Á LA ESPERANZA.

De tí, oh firme y segura
Ancla con que Salem es sostenida
Del golfo en la bravura,
El alma combatida
Por las olas y vientos de esta vida;
De tí cantar deseo,
Que has sido en mil contrastes de fortuna
Mi luz y mi recreo;
De tí, por quien ninguna
Suerte me ha sido grave ni importuna.
¡Quién, si no tú, nos diera
Seguridad en mar tan borrascoso?
¡Dónde sin tí pudiera
Hallar dulce reposo

El débil, si lo oprime el poderoso?
 Los bienes repartidos
 Por el sabio Hacedor con larga mano,
 Los tiene el rico asidos,
 Y ve con inhumano
 Pecho carecer de ellos á su hermano.
 Domina la injusticia
 En el hombre, el rencor y la venganza,
 La insaciable codicia,
 La voraz destemplanza,
 Y lo alejan de tí, dulce Esperanza,
 Porque con doble empeño
 El traidor enemigo le aconseja
 Que, una vez hecho el daño,
 En vano ya lo deja,
 Cuando eterno penar se le apareja.
 Y le oculta aleroso
 Cuánto debe esperar, mientras viviere,
 A un Dios tan piadoso,
 Que al que se corrigiere
 Siempre ayudar, siempre salvarle quiere.
 El que siendo tentado
 Siente, oh dulce Esperanza, su flaqueza,
 Por tí es asegurado,
 Si á resistir empieza,
 Que del cielo tendrá la fortaleza.
 Mas si al golpe primero
 Cede cobarde, y rinde su albedrío,
 El enemigo fiero
 Cobra osado más brío,
 Porque lo ve inconstante, tardo y frío.
 Y en mísera ruína,
 De que nunca ó muy tarde se levanta,
 Cae, si tú, oh divina
 Virtud, con unción santa
 No consolidas la dudosa planta.
 Los que, desconocidos,
 Tu galardón eterno despreciaron,
 En torpeza sumidos,
 De tí desconfiaron,
 Y á toda impudicia se entregaron.
 ¡Oh! Nunca así confíe
 El ánima orgullosa y presumida,
 Que de sus fuerzas fie,
 Evitar la caída;
 Mas no se dé, si cae, por perdida.
 Ni crea, desechada,
 Que no habrá ya quien levantarla quiera,
 Pues culpa confesada
 Pronto perdón espera,
 Aunque mil veces repetida fuera.
 ¡Oh dulce compañía
 De esta vida mortal, prenda segura
 De muerte santa y pía
 Y de eterna ventura,
 Si te acompaña fe sencilla y pura!
 Nunca nos desampares
 Por más que nos ofrezca el mundo insano
 Disgustos y pesares,
 Y al pérfido tirano
 Desconfianza inspire y terror vano.

XIV.

Á LA CARIDAD.

De amor cantar hoy quiero,
 Probar quiero á decir cómo se ama
 Lo que creo y espero;
 Vén, oh sagrada llama,
 Entra en mi corazón y el pecho inflama.
 ¡Qué virtud hay divina,
 Sin la cual en el hombre muerta yace
 La fe? ¡Qué pergrina
 Prenda le satisface,
 Y da mérito y colmo al bien que hace?
 Si mil lenguas hablára
 De hombres y de ángeles ahora;
 Si los montes mudára
 Mi voz encantadora,
 Resonando á compas dulce y sonora;

Si la sabiduría
 Que á los hombres ilustra, en mí estuviera;
 Si la fortuna mia
 Toda distribuyera
 A los pobres, y pobre yo me hiciera;
 Si del tiempo futuro
 El velo descorriendo á sus arcanos,
 Penetrase lo oscuro,
 Y á los ciegos humanos
 Los misterios mostrase soberanos;
 Si con duro artificio
 Macerase mi cuerpo, y apretado
 Del áspero cilicio,
 Y al fuego retostado,
 Lo trajese así siempre castigado;
 ¡De qué me serviría
 Todo, si aquella prenda me faltaba?
 Hueco metal sería,
 Que al aire resonaba;
 ¡Pues á qué tanto dón me aprovechaba?
 Venga por todos ellos,
 Venga en hora feliz tan rica prenda,
 Y el ánima á sus bellos
 Documentos atienda,
 Y con eso de amor la ley aprenda.
 Y sepa que el que ama
 Es paciente, es benigno, no envidioso,
 No urde maligna trama,
 No busca codicioso
 Su propio bien, no es vano ni ambicioso.
 No es fiero ni iracundo,
 No piensa mal, no goza en las maldades
 En que se goza el mundo;
 Gózase en las verdades,
 Y espera y cree, y sufre adversidades.
 ¡Oh dulce amor sagrado,
 Que el que una vez lo admite y lo mantiene,
 Ya vive asegurado
 Del bien que le previene
 En la futura edad, que fin no tiene!
 Ya allí no hay esperanza,
 Ya allí no hay fe, que todo está patente,
 Sólo de amor alcanza
 La viva llama ardiente
 A durar encendida eternamente.
 Amor es Dios, unido
 Con Dios está el que amor conserva puro,
 Y aun sin haber salido
 Del hondo valle oscuro,
 Ya de su clara luz goza seguro.

XV.

Á LA VIDA PRESENTE.

¡Qué es la vida presente,
 Que con vano atractivo nos halaga?
 ¡Quién hay rico y potente
 Tanto, que satisfaga
 En todo á su querer, por más que haga?
 ¡Quién hay que no desee,
 Estando bien, mejor estar un día?
 ¡Quién, cuando ya hoy posea
 Lo que ayer pretendía,
 Por tener más no aumente su porfía?
 Y si alguno, contento
 Con su suerte, no envidia la grandeza
 Del rico y opulento,
 Envidia la nobleza,
 Que tal vez le negó naturaleza.
 ¡Quién puede estar seguro
 De injusto usurpador, de falso amigo,
 De testigo perjuro,
 De encubierto enemigo,
 Que se esconde á la ley y á su castigo?
 ¡Quién se vió en alto puesto
 Por favor ó por mérito elevado,
 Que no pueda ser presto
 Al suelo derribado,
 Y aborrecido viva ú olvidado?
 Y cuando la fortuna

Se te ría tan grata y lisonjera,
Que no temas alguna
Desgracia venidera,
¿Quién salud te asegura duradera?
¿No sabes que la vida
Del hombre en este suelo es flor temprana,
Rozagante y lucida,
Y fresca á la mañana,
Y á la tarde marchita, seca y vana?
¿A quién no hiela el frío
Del aterido invierno? ¿A quién no abrasa
El ardoroso estío?
Y ¡cuánto mal se pasa
Cuando falta la nieve ó leña en casa!
Mientras que sin abrigo
Sufre escarchas y soles no sin daño
El mísero mendigo;
Y el rico pasa el año
Arrimado á su estufa ó en el baño;
Al uno y otro espera
Igual suerte al morir; y el que afianza
La suerte verdadera
De eterna bienandanza,
Ya para él, pobre ó rico, no hay mudanza.
Aquí falta la hacienda;
Muere aquí el padre, el hijo y el hermano,
Y ya no hay quien defienda
Al huérfano, que en vano
Auxilio espera de tutor tirano.
Pues ¿dónde está el hechizo
De tan amarga vida y tanto anhelo?
¿Quién grata nos la hizo,
Si nunca falta duelo
Y llanto en ella, y mal y desconsuelo?
Gocemos, mientras dura,
Del corto tiempo en que aspirar se puede
A la eterna ventura,
Que á todo bien excede,
Y que sólo á los justos se concede.
Mas no amemos la vida
Temporal y penosa, sino en cuanto
A gozar nos convida
Por ella el cielo santo,
Placer sin fin ni mezcla de quebranto.

XVI.

Á LA VIDA FUTURA.

¡Oh bienaventurada
Vida eternal la del que de este suelo,
Su corona labrada,
Rasgado el mortal velo,
Sale, para reinar siempre en el cielo.
Donde del peso grave
De corruptible cuerpo redimida
El ánima suave
Y siempre nueva vida
Entra á gozar no ántes conocida.
Y ve en el Sér supremo
La esencia de las cosas que ignoraba,
Y con placer extremo,
Del bien que nunca acaba
La posesion obtiene que anhelaba.
Y absorba en la hermosura
De aquel divino Sol que la recrea,
Se embebe en su luz pura
Y en amarlo se emplea,
Y más amar y más amar desea.
Amor inextinguible,
Deseo sin angustia ni fatiga,
Afan apetecible,
Que junta en santa liga
Solicitud ardiente y paz amiga.
Allí de soberanos
Espíritus el alma acompañada,
De placeres mundanos
La memoria borrada,
Habitará la celestial morada.
Y sobre el sol y luna,
Sin temor, colocada de diverso

Estado de fortuna,
Ya próspero, ya adverso,
Mirará como un punto el universo.
Y llena de alegría,
Libre al ver estos horribidos lugares
Donde esclava vivía,
Ángeles á millares
Oírán entonar dulcísimos cantares,
Que uniendo con la suya
Las angélicas voces, y cantando
El eterno aleluya,
Y á Jehovah alabando,
Siglos así sin fin irán pasando.
Y cuando llegue el día
En que el supremo Juez castigar quiera
La humana rebeldía,
Y en gloria duradera
La obediencia premiar y fe sincera,
El cuerpo que en la tierra
Dejó yerto cadáver denegrido,
Y oscura tumba ciega,
De gloria revestido
Y esplendor le será restituido.
Y en santa compañía
Juntos allí los dos, de paz gozando
Y perpétua alegría,
Y á Jehovah alabando,
Siglos así sin fin irán pasando.
Ya dócil compañero
No le hará oposicion. El peso grave
Que la oprimió primero,
Moverá como el ave
Veloz, y con impulso más suave.
Nuevo el celeste velo,
El sol nuevo, la luna renovada,
La faz de nuestro suelo
Por el fuego purgada,
Contemplará gozosa y admirada.
Y el ámbito espacioso
Recorriendo del orbe mejorado,
Irá tras del esposo,
Que marcha coronado,
De vírgenes sin cuento rodeado

XVII.

AL SER SUPREMO.

Inmenso soberano,
Eterno Dios, Señor del alto cielo,
De la tierra, del mar, del orbe todo,
Hechura de tu mano,
¿Quién recorrer pudiera el denso velo
Que me oculta tu sér, ó de qué modo,
De tu sabiduría
Un rayo alcanzaria
A penetrar mi mente tenebrosa!
¿Quién conocer me diera
Tu majestad, grandeza y hermosa!
¿Quién, cuando tu justicia rigurosa
Se muestra más severa,
Ver cómo la contiene tu blandura!
¿Quién de este mortal lazo me soltara,
Para poder mirarte cara á cara!
Tú solo, Señor, eres;
No hay otro sér que tú. Ninguno vive
Ni es en terrestre ni en celeste esfera,
Aunque se llamen seres,
Sino el que de ti vida y sér recibe.
Todos penden de tí; de tal manera,
Que si una vez alzáras
Tu mano, y los dejaras,
Dejarían de ser en un momento.
¡Oh Santo, Santo, Santo!
¿Quién como tú? ¿Quién á cantar tu gloria
Basta su voz, su luz, su entendimiento?
¿A quién no causa espanto
Tal majestad, cuya inefable historia,
De su curiosidad y atrevimiento
Tiene al hombre la pena preparada,
Reduciéndolo al centro de su nada?

Con saber que tú eres
Dios mío, y que tú al justo remuneras
En perpétua alegría y bienandanza
Con eternos placeres,
Y que ántes mucho de los siglos cras,
Y pasados los siglos, sin mudanza
Serás eternamente
El mismo que al presente,
Esto me basta, y más saber no quiero,
Hasta que llegue el día
En que, compadeciendo la flaqueza
Y el torpe origen de mi sér primero,
Salves al alma mía
Del abismo infernal, desde el alteza
Oyendo de tu trono á mi abogado,
Hijo tuyo, y por mí crucificado.
¡Ay cómo ya deseo
Engolfado me ver, de tus divinas
Perfecciones el piélago sulcando
Con inmortal recreo!
Como el pez que por sendas cristalinas
Gira, suavemente resbalando,
Que el cuerpecillo leve
A todas partes mueve,
Y por ninguna término le halla
Al líquido recinto,
Mientras el hombre presumido y vano,
Sujeto siempre en desigual batalla
A estrecho laberinto,
Si se atreve á medir el oceano
Inmenso de tu sér con su flaqueza,
De tu gloria lo oprime la grandeza.

XVIII.

Á LA REINA MARÍA LUISA DE BORBON.

Si de la pena mía
El doloroso acento
Tan veloz penetrase el aire vano.
Que desde Andalucía
Volase en un momento
Al venturoso suelo castellano,
Donde con larga mano
Desde el trono de oro
La reina de occidente
Sobre la hispana gente
Derrama de sus gracias el tesoro,
Acaso la moviera
A compasion mi suerte lastimera.
Pudo feliz Orfeo
Al reino despiadado,
Trasteando la citara sonora,
Mover á su desco.
Yo, más afortunado,
Del hispano y del indo á la señora
Mover pudiera ahora
Al tierno sentimiento
Con el humilde canto;
Que templado con llanto
El débil instrumento,
Su bondad supliría
Lo que á mí me faltase de armonía.
Ya cuento nueve años (1)
Entre risos y breñas
En soledad perpétua sumergido;
Y con ecos extraños
Se cansan ya las peñas
De repetir el són de mi gemido.
Las aguas del olvido,
Trocando en Manzanáres
El curso del Leteo,
Ahogan mi deseo
Y eternizan mi mal y mis pesares.
¡Ay triste del que pena,
Arrastrando, Fortuna, tu cadena!

(1) Ya cuento nueve años.

Este tiempo há que el poeta reside en Sierra-Morena, y en la segunda parte de esta estancia se queja del olvido de la corte. Concluye esta estancia con un apóstrofe á la Fortuna, con quien habla en las dos siguientes. (Nota del Autor.)

Yo gocé de tu gloria,
El tiempo que te plugo,
Con placer ni envidioso ni envidiado (2);
Y ahora tu memoria
Me sirve de verdugo;
Que mal es para un triste el bien pasado.
Ya el camino trocado
Que llevó mi ventura,
Los que ayer me aplaudían
Hoy de mí se desvían;
Que si es cierto que son de piedra dura
Los pechos de la corte,
De íman deben de ser, y tú su norte.
Confieso que me fuera
Útil tu desengaño,
Y á vivir á mis solas me enseñara,
Si junto no trajera
Consigo tanto daño,
Que ni aún vivir apénas me dejara (3).
Las piedras arrancara,
Las selvas movería
Mi lamentable canto,
Si expresase algun tanto
Del tormento que sufre el alma mía,
Viéndome aquí olvidado,
Enfermo, solo, pobre y desterrado.
¿Cuál puede ser la vida (4)
Donde se ve cercada
Del temor horroroso de la muerte,
Y con hacha encendida
La discordia malvada
La solicita y turba de tal suerte,
Que el ánimo más fuerte
No puede haber reposo,
Donde el ódio y la envidia,
El dolo y la perfidia
Y las del enemigo cauteloso
Asechanzas mortales
Son como anuncio de mayores males?
De males que limando (5)
Van tan secretamente
El delicado alambre de la vida,
Que no se sabe cuándo
El misero doliente
Está seguro de insanable herida;
Hasta que ya, perdida
Del todo la esperanza,
El padre se entristece,
La madre desfallece,
Y maldice su suerte y malandanza
Y el país donde mora,
Y llora el hijo, y la consorte llora.
Tres veces he sufrido (6)
En mi familia cara
De Atropos cruel el golpe fiero,

(2) Con placer ni envidioso ni envidiado.

Alude á los cinco años que sirvió en la secretaría del Despacho de Hacienda, donde gozó de favor y crédito, sin envidia de nadie. Continúa comparando aquel estado con el actual, y quejándose de sus amigos, que lo han olvidado viéndolo abandonado de la Fortuna, con la cual sigue hablando en la siguiente estancia. (Nota del Autor.)

(3) Que ni aún vivir apénas me dejara.

Apénas hay filosofía que baste para sufrir la soledad, cuando no se goza en ella salud ni paz. Que es á lo que aluden estos versos y el resto de la estancia. (Id.)

(4) ¿Cuál puede ser la vida.

Aquí empieza á explicar lo que anunció arriba, y especialmente las contradicciones, competencias, persecuciones y recursos injustos con que ha tenido que batallar en aquel destino, hasta el extremo de amenazarle dos veces con la muerte. (Id.)

(5) De males que limando.

Describe en esta estancia la desolación y desconsuelo de una casa donde hay algun enfermo reducido al último extremo por las calenturas intermitentes que allí se padecen, como se ha verificado y verifica con frecuencia cuando llegan á envejecerse y resistir á la curación. (Id.)

(6) Tres veces he sufrido.

Se queja de las muertes que han reducido allí su familia á la mitad de sus individuos, y del peligro en que han estado los que quedan, especialmente el mismo, que llegó á perder toda esperanza de salud. Para su restablecimiento ha venido con real licencia á esta ciudad (Sevilla), cuyo viaje, y la circunstancia de haber estado en ella anteriormente la Reina nuestra señora, le da motivo para la figura con que concluye esta estancia, y la del encuentro del Bétis, y su razonamiento en las dos siguientes. (Id.)

Y otras tres he tenido
Que á mí me arrebatára
Y á las dos prendas que en la vida quiero.
Y como el marinero
Que ve rota la antena,
Atravesando á nado
El piélago salado,
Ansioso lucha por besar la arena,
Llega á la playa undosa,
Jura odio eterno al mar y allí reposa;
Así yo, maltratado
De mi fatal destino,
Iluia de los montes Marianos,
Cuando el Bétis sagrado,
Saliéndome al camino,
Señas me haciendo con el rostro y manos,
Y de juncos lozanos
Y verdes espadañas
Coronadas las sienas,
«Tarde, me dijo, vienes
Si buscas á la flor de las Españas.
Vinieras algun dia,
Que yo á besar sus piés te llevaria.
» Búscala en Manzanáres
O en el dorado Tajo,
Que allí felices hace sus riberas.
Llórale tus pesares,
Cuéntale tu trabajo,
Que es piadosa, y no querrá que mueras;
Corre, vuela, ¿á qué esperas?
Mis playas ya no pisa,
Dichosa mi corriente,
Cuando el mar de occidente
Llevaba el dulce nombre de Luisa,
¡Ay! que repite ahora,
Cuando triste su ausencia y falta llora.»
Dijo, y el ancho pecho
Y el cuello y frente orosa
Escondió, sepultándose en la arena;
Y del profundo lecho
El agua presurosa
Sube, y herida con el golpe suena.
Yo entonces de mi pena
Sentí el dolor más fuerte,
Pues no hay otro que sea
Mayor á quien desea
En grave mal librarse de la muerte,
Que saber el remedio,
No habiendo ¡ay triste! de encontrarlo medio.
¡Quién me diera que el rio
Con curso retrogrado
Llevase ahora á la feliz Castilla
El tierno llanto mío!
¡Oh, quién de un desdichado
Hiciera resonar en la alta silla,
Del orbe maravilla,
El misero lamento!
¡Seria yo tan sólo,
Del uno al otro polo,
De las piedades de Luisa exento?
Más fácil creeria
Que faltase su luz al claro dia.
Si mi canto, señora,
Con eco tan lejano
Sonára acaso en tan sublime altura,
Oyelo, y bienhechora
Tu generosa mano
Temple el rigor con que la suerte dura
Acabarme procura.
Un aura más suave
Respire yo algun dia,
Y de la reina mia
Con plectro más feliz cantando alabe
La gracia y la belleza,
Nunca vista en el trono, y la grandeza;
Y vuelto á mis Penates,
En dias sosegados,
Tus hijos ya y tus nietos coronados,
Te aplauda con los rates
En laureada tropa,
Madre de los monarcas de la Europa.

XIX.

Á LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

EN LA ENFERMEDAD DEL REY,

EN EL AÑO DE 1833, EN LA GRANJA.

¡Qué alabaré primero
En Cristina? ¡La gracia y la belleza
De aquel rostro, mansion de los amores?
¡El aire placentero,
Modesto y grave; el brío y gentileza
Que copiar no han sabido los pintores?
¡El prodigioso encanto
Con que á cuántos la ven hechiza tanto?
¡Alabaré, en el lecho
Del moribundo esposo, la porfía
Con que, llorosa, amante y esforzada,
Anhelaba su pecho
Poder salvarlo de la muerte impía?
¡O la oracion humilde y animada
Con que su ardiente celo
Logró aplacar la cólera del cielo?
¡O su firme esperanza?
¡O la fidelidad con que los votos
Hechos en la tormenta, no rehusa
Cumplir en la bonanza,
Clavado ya el timon y los pilotos
Seguros? ¡O la gracia con que excusa,
Disimula y perdona
Yerroos que han ofendido su corona?
Eleva, musa, el canto,
Alza la voz, ya trémula y cansada.
Para ensalzar el nombre de Cristina;
Y si te pone espanto
Subir hasta la excelsa y encumbrada
Ilustre y nueva senda en que camina
Su alma bienhechora,
Tu voz suspende y su bondad adora.
Mírala del gobierno
Empuñar el timon, y manejarlo
Con sin igual destreza y valentia.
Mira, con amor tierno
Cómo busca el camino, y sabe hallarlo,
De hacer rica y feliz su monarquía;
Y admira cuán hermosa
Es la virtud de reina en una esposa.
¡Cuán apacible y grata
Aparece, cual iris en el cielo,
Y el turbión de tenebrosa nube
Disipa y desbarata,
Que inundar amenaza el triste suelo!
¡Cuán benigna y prudente al trono sube,
Contrapuestas pasiones
A templar, y á robar los corazones!
¡Oh! digna sucesora
De la grande Isabel, veas un dia
A la hermosa princesa que, heredera
Del nombre, lo es ahora
Del cetro que feliz ella regía.
¡Oh! benévolo á España el cielo quiera,
Sus votos escuchando,
Bendecir á Cristina y á Fernando.
A Fernando y Cristina
Bendiga el piadoso y justo cielo;
Y cuando vincular en ellos quiera
Progenie masculina,
Déles el dulce y paternal consuelo
De ver á su Isabel en la primera
Silla Real sentada
Que le tenga en Europa preparada.

XX.

Á SAN JOSÉ.

Llévame, musa mia,
Al alto cielo santo
En alas de tu noble fantasía;
Y remóntame tanto,
Que sin tomar reposo,
En vuelo generoso,

Hacia el trono santísimo del Padre
 Me acerques, donde vea
 Al santo anciano que mi amor desea.
 Al que de la sagrada
 Virgen, en quien florece
 La raíz de Jessé tan celebrada,
 Esposo ser merece,
 Y del Verbo encarnado
 Por padre reputado,
 Con que el misterio á Lucifer se esconde,
 Llévame á do lo vea,
 Y cante allí lo que mi amor desea.
 Al justo que, dudando
 De lo que ven sus ojos,
 Y el honor de la esposa respetando,
 Por no causarle enojos,
 Ausentarse medita,
 Y cuando solicita
 Llevar á ejecucion su pensamiento,
 Un ángel lo asegura
 En que su casta esposa es virgen pura.
 Y de esto asegurado,
 En silencio profundo
 Adora humilde en ella ya encarnado
 Al Salvador del mundo.
 ¡Ay, José venturoso,
 En qué dulce reposo
 Quedó tu alma en tan feliz momento!
 Véate yo algun día
 Donde ya no hay quien turbe tu alegría.
 Como luego turbada
 Se vió por el tirano
 Heródes, cuando hiciste la jornada
 Al reino egipciiano;
 Y cuando ya perdido
 Llorabas al querido
 Hijo del Criador de tierra y cielo,
 Sin saber dónde estaba;
 Cuidado que á tí solo se fiaba.
 Ahora ya seguro
 Vives eternamente
 De no perderlo más, donde con puro
 Amor siempre presente
 Lo ves, y de él gozando
 Te estás y recreando.
 ¡Ay, José, protector de viadores,
 Llévanos algun día
 Donde estemos contigo en compañía!
 Si por mal y pecados,
 Que nuestra infiel natura
 Produce, merecemos ser privados
 De tan alta ventura;
 Tu el perdón solicita
 Del Cordero, que quita
 Con su sangre la mancha torpe y fea
 Del alma pecadora
 Que se lo pide y se arrepiente y llora.

XXI.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Aunque el pecho agitado se inflamase
 Del estro armonioso,
 Y la rústica cítara sonase
 Con eco numeroso,
 Cual conviene, Señora, á tu alabanza,
 Jamas resonaria;
 Y perdida del todo la esperanza,
 Mi loca fantasía
 Confundida, la voz enmudeciera
 Y el cántico cesára,
 Y, corrido, la cítara rompiera
 Porque más no sonára;
 Y puesto de rodillas en el suelo,
 Levantadas las manos,
 Llamaría los ángeles, del cielo
 Felices cortesanos,
 Que entonáran con música suave,
 Con dulce melodía
 Los santos himnos que cantar no sabe

La humana poesía.
 Y corriendo veloz en un momento
 Las celestes esferas
 En alas de mi mismo pensamiento,
 Mas que el viento ligeras,
 Vería de tu trono rodeada
 La angélica capilla,
 Que en hermosas hileras ordenada
 Doblando la rodilla,
 La guirnalda de rosas inmortales
 Que corona su frente,
 A tus pies generosos y reales
 Pondría reverente.
 Entónces á cantar se empezaría,
 Tomada tu licencia,
 Tu pureza y piedad, tu monarquía,
 Tu honor y tu excelencia,
 Cantarian en tonos nunca oídos,
 Oh altísima Señora,
 Que sois de los mortales afligidos
 Dulce consoladora;
 Que ceñida de estrellas la cabeza,
 Con el cetro en la mano,
 Reináis sobre los santos con grandeza
 Y poder soberano;
 Que á sola vos tal gloria era debida,
 Y honor tan elevado.
 Por haber sido sola concebida
 Sin mancha de pecado;
 Que de vos, por altísimo destino,
 Con modo misterioso
 Es el Dios que adoramos uno y trino,
 Hijo, Padre y Esposo;
 Que el Espíritu Santo en vos ha hallado
 Esposa fiel, y el Padre
 Dulce Hija, y el Hijo muy amado
 Maravillosa Madre.
 Y aquí, viendo la gloria que mereces,
 Con santo regocijo
 Repetirían una y muchas veces:
¡Virgen Madre del Hijo!
 Otro más alto elogio no hallarian
 Que dar á tu grandeza,
 Y humildes como yo, confesarían
 Tu gloria y su bajeza.
 Mas por no enmudecer en tu alabanza,
 Con acorde contento,
 Elevada su idea á lo que alcanza
 Creado entendimiento.
 Cantando á una con las virginales
 Esposas del Cordero,
 Entonaría en voces celestiales
 El coro todo entero:
 «Inferior es á tí cuanto es y ha sido
 Y puede ser que sea;
 Todo lo que no es Dios, á tí rendido,
 En servirte se emplea.
 Sobre tí, para envidia del infierno,
 No hay más que Dios eterno.»

XXII.

Á LA VÍRGEN MADRE DE DIOS.

¡Oh tú la más gloriosa
 De todas las doncellas,
 Alta y sublime más que las estrellas;
 La leche generosa,
 Cuando niño, le has dado
 De tus pechos al Dios que te ha criado!
 Con el Hijo precioso
 Tú nos restituiste
 Cuanto pudo quitarnos Eva triste.
 Al mísero y lloroso
 Mortal del cielo abiertas
 Le pones tú las ya cerradas puertas.
 Por tí el Rey soberano
 La entrada nos consiente,
 Por tí, alcázar de luz resplandeciente,
 ¡Oh! celebre el humano
 Linaje redimido

La vida que á esta Virgen ha debido.
 A tí la gloria sea
 Por siempre, Jesus, dada,
 Que naciste de Virgen tan preciada;
 Y al Padre darse vea
 Y al Espíritu Santo
 De gloria y alabanza eterno canto.

XXIII.

EN LA INVASION FRANCESA,
 Á LA SANTÍSIMA VIRGEN, APARECIDA Á SANTIAGO.

Si de mi lira fuese
 Alguna vez el métrico sonido
 Tan grato, que pudiese
 En el dulce ruido
 Vencer al que cantó la Flor de Gnido;
 Y en mágico trofeo
 Tras de mí arrebatase selva y prado,
 Triunfante como Orfeo,
 Y en tono desusado
 Fuese mi verso al cielo levantado;
 No armas ni proezas
 De varones, no gracias cantaría
 De frágiles bellezas,
 Que mueren en un día,
 Sino el nombre sagrado de María.
 Por quien la iberá gente
 Fué los primeros tiempos visitada,
 Cuando el hijo valiente
 Del trueno su jornada
 Hizo en aquella tierra afortunada.
 Cantaría la gloria
 Del venturoso pueblo, y la hazaña
 De más grata memoria
 Por cuanto el Ebro baña,
 Y de uno al otro mar se extiende España.

Y cómo el sacro río,
 Admirado de ver aquel portento,
 Paró su raudal frío,
 Y el incesable viento
 Suspendía su acción y movimiento.

Cuando al cielo la vista
 Elevando Jacobo, suspiraba
 Por la dulce conquista
 Que su amor anhelaba
 Y con celo apostólico clamaba:
 Que la incrédula gente
 Doblar al yugo la cerviz impía;
 Y al Hijo omnipotente
 Con humilde porfía

Los ruegos de la Madre interponía;
 Y vió aquella sagrada
 Columna descender, y sobre ella
 De luces rodeada

La celestial doncella,
 Fija en el capitel la planta bella;
 A tanta maravilla

En plateado grupo se juntando
 Los peces á la orilla,
 Al aire respirando,
 De las húmedas grutas se alejando.

Y el sonoro concierto
 Diría de las aves, y el hermoso
 Brillar del cielo abierto,
 Y el canto armonioso
 Que sonaba en el aire luminoso.

Y luego la memoria
 Del templo á breve espacio reducido
 Cantaría, y la gloria
 Con que puso en olvido
 Los más famosos que en el mundo han sido.

De aquel que enriqueciera
 De príncipes y reyes á porfía
 La devoción sincera,
 Cuando la patria mía
 Señora de dos mundos florecía.
 Mas tú, Jacobo, ahora
 Ves aquel templo, entónces dedicado
 A tan alta Señora,

Tan santo y tanpreciado
 Por el galo feroz ya profanado?
 ¿Lo ves, y así lo dejas?
 Y serás insensible á nuestro llanto
 Y sordo á nuestras quejas?
 Ay, no lo seas tanto,
 Que me embarga el dolor y cesa el canto.

XXIV.

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE VILLAFRANCA,
 EN LA MUERTE DE SU PRIMOGÉNITO.

El que no haya probado
 De la Parca el rigor, como yo un día,
 Que con crúel irresistible acero
 Y con golpe doblado,
 Cuando más rozagante florecía
 Unido al tronco el vástago primero
 Que el amor produjera,
 Embota en él la pérdida tijera;
 Y deja en un momento
 Llena de duelo el ánima mezquina
 Del padre, y de la madre desolada
 El pecho sin aliento;
 Ese podrá, la cítara divina
 Pulsando, lamentar la no pasada
 Ni conocida pena,
 Y hallar placer en la desdicha ajena.
 En igual desvarío
 Buscando yo tal vez ese consuelo
 A la soledad triste en que quedára,
 Crecía el llanto mío
 Con más dolor y más amargo duelo;
 Y si en aquel momento no arrojára
 La cítara funesta,
 Ya vi cerca de mí la muerte presta.

Por eso á tí, señora,
 No convienen endechas ni elegías
 Que entretengan y alarguen tu tormento.
 Quizá templarlo ahora
 Pudieran las sublimes poesías,
 Que con celeste inspiración y aliento
 Divino y alto tono
 Cantó David desde el dorado trono.

Con ellas sujetaba
 A las cuerdas del órgano suave,
 Y amansaba del genio la bravura,
 Que á Saul aquejaba.
 Con ellas alentado, de la grave
 Pérdida de Absalon el amargura
 Templó; y alzó con ellas
 Su esclarecido nombre á las estrellas.

Yo también alzaría
 Con mis versos el tuyo, si pudiese
 Mi canto levantar á tal alteza,
 Que alternar á porfía
 Con Nicasio y Celenio mereciese (1),
 Ensalzando tu gracia y tu belleza;
 Y del que te alabara

Mejor, en ser vencido me preciára.
 Pero, pues no me es dado
 Con los vates subir á la alta cumbre
 Del elevado Pindo, mi deseo
 Ceñiré moderado
 A mitigar tu justa pesadumbre
 Con los dulces cantares del hebreo
 Augusto personaje,
 Cual lo permite el español lenguaje.

XXV.

AL JURAMENTO DEL REY Á LA CONSTITUCION,
 EN 1820.

Con el hacha encendida
 La discordia feroz, en nuestro suelo,

(1) Don Juan Nicasio Gallego y Don Leandro de Moratín, que hicieron versos á este asunto.

La nacion más querida
 Del piadoso cielo
 Llenaba de terror, espanto y duelo.
 Seis veces su carrera
 Por la eclíptica el sol revuelto habia,
 Y ardiendo en saña fiera,
 Aquí y allí corria,
 Y todo lo turbaba y confundia,
 En tanta desventura,
 El misero español precipitado
 No hallando paz segura
 Por uno ni otro lado,
 Gemia en su rincon desalentado,
 Y de amargura lleno,
 «¿Quién hubiera, decia, que nos diese
 Ver un dia sereno,
 Y clara apareciese
 La verdad, y la paz ya amaneciese!
 »Y el pueblo al fin unido
 Con el monarca tanto deseado,
 De uno y otro partido
 Tan recio y empeñado
 Viésemos el ardor apaciguado!»
 Oyó del alto cielo
 El Padre de los hombres soberano
 El triste desconsuelo,
 Y quiso por su mano
 La suerte mejorar del pueblo hispano.
 Y luego en un momento
 La tristeza convierte y amargura
 En placer y contento,
 Y el rigor en blandura
 Trueca, y las asperezas en dulzura.
 Y al inclito Fernando
 Valor le inspira, que á la furia odiosa
 De la mano arrancando
 La tea tenebrosa,
 La arroja al mar, y la nacion reposa.
 Gloria al Eterno sea,
 Que el orbe rige en siglos eternos.
 Pasmado el mundo lea
 Y aplauda en sus anales
 De Fernando los hechos inmortales.
 La verdad aparece,
 La ve Fernando, y viéndola, la ama.
 Crece el júbilo, y crece
 La viva ardiente llama
 Del fervoroso pueblo que lo aclama.
 Y hasta el cielo llegando,
 Y ya en la tierra á la Verdad triunfante
 La Justicia mirando,
 Vuelto el grave semblante,
 Y apacible, á la Paz, que está delante,
 «Baja, le dice, luego,
 Baja á la tierra, y de tu altar sagrado
 Enciende el dulce fuego,
 Y estrecha en apretado
 Lazo á Fernando con su pueblo amado.»
 Baja la amable diosa,
 Y el código le entrega, en que asegura
 La nacion generosa
 Su paz y su ventura,
 Y la union con su rey constante y pura.
 Lo admite placentero;
 Un nuevo esmalte añade á su grandeza,
 Jurándolo él primero;
 Y así á reinar empieza
 Sobre las almas con mayor firmeza.
 ¡Oh lazo venturoso!
 ¡Oh estrecha union de todos aplaudida!
 Que hará más poderoso
 Al Rey y más temida
 Su potencia, y su dicha más cumplida.
 Y tú, nacion felice,
 Que lo amó siempre toda, y con sincera
 Gratitud lo bendice;
 En gloria verdadera
 Serás de hoy más de Europa la primera.

XXVI.

EN LA PROXIMIDAD DE UN PARTO,

ANUNCIO AL HIJO DESEADO.

Alma que desde el cielo
 Has bajado á dar vida al tierno infante
 Que hoy nace en este suelo,
 Un ánimo constante
 Prepara en él y un pecho de diamante,
 Porque del proceloso
 Siglo en que nace venza á la porfía,
 Y siempre victorioso,
 De la caterva impia
 Los ataques rechace noche y dia.
 Ni ambicion lo domine,
 Ni sórdida codicia lo envilezca,
 Ni amor lo desatine,
 Ni elogio lo envanezca,
 Aunque más se repita y lo merezca.
 Y á la justicia asido,
 No lo turbe ni saque de su asiento
 El mundanal ruido,
 Ni favorable viento
 De fortuna falaz le dé contento.
 Y cuando le sopláre,
 Si seguirla es forzoso, cautamente
 La siga; mas prepare
 Ya puerto, en que prudente
 Halle asilo, si cambia de repente;
 Donde de la divina
 Luz se deje guiar, que á todo hombre
 Alumbrará y encamina;
 Y allí nada le asombre,
 Y alma virtud haga inmortal su nombre,
 Con que del sabio padre
 Retrate fiel la sin igual cordura;
 Y aunque la envidia ladre,
 Halle así más segura
 Su opinion, y más firme su ventura.
 Educacion selecta
 Tenga en su juventud, que lo preserve
 De perniciosa secta,
 Y exento lo conserve
 Del ciego error en que hoy el mundo hierve.
 No sepa ni los nombres
 Que con tanto furor hoy nos dividen;
 Ni fie de los hombres
 Que sus derechos miden
 Por lo que el gusto y la pasion les piden.
 De la filosofía
 Templan el ceño, en él duro y severo,
 Euterpe y Polymnia;
 Ni sea tan austero,
 Que pueda parecer rústico y fiero,
 Tal es la disciplina
 Que á tu hijo, Ramon, mi amor desea,
 Y que fácil Lucina
 Grata á la madre sea,
 Y ella crecer y florecer le vea.
 Y tú, con hijo y madre,
 De nieve ya la frente coronada,
 Maestro, abuelo y padre,
 Veas la bienhadada
 Progenie de tu mesa rodeada.

LETRILLAS.

I.

PINTURA DE UN CURRUTACO.

Orilla de una fuente
 Un jóven currutaco,
 Idólatra de Vénus
 Y de Adónis esclavo,
 Con tal delicadeza

Estaba recostado,
 Por no descomponerse
 La gentileza y garbo,
 Que más bien que dormido
 Parecía pintado.
 A observarlo me puse,
 Y héte aquí su retrato :
 Sombrerito redondo
 De diadema de santo,
 Puesto como al espejo,
 Para nunca quitarlo ;
 Tan alto que no toque
 La cúspide del ángulo
 Que formen dos mechones
 Que por la frente abajo
 Vienen hasta las cejas
 Con descuido estudiado.
 La barba sumergida
 Dentro de un corbatazo
 Que tape si se ofrece
 Lo que abra el cirujano.
 Pelada la cabeza ;
 Y de pelo tan largo
 Poblada casi toda
 La cara y tan rizado,
 Que apenas se divisan
 La nariz y los labios.
 Con pasitas de Angola
 El contorno encrespado
 De la infeliz mollera ;
 Y el pecho puesto un clavo,
 Que cierra la camisa
 Guarnecida, mostrando
 Oro por fuera, y dentro
 Flaco y femenil barro.
 El justillo entreabierto,
 Casacon *usque ad tales*,
 Caizon de punto estrecho,
 Tan indecente y claro,
 Que nada oculta, y puede
 Afrentar á Priapo.
 Medias abigarradas
 Con botas de verano ;
 Y un garrote de loco,
 Tan recio como el brazo,
 De poco más de vara,
 Que llevan en la mano
 Sin saber lo que llevan
 Bastantes currutacos,
 Y si algunos lo saben,
 Es menester atarlos.

II.

EN EL AÑO 1823.

Nula fuera mil veces
 Mi plaza del Consejo (1),
 Con tal que no anulara
 La de mi cocinero.
 Si no anulára el coche
 En el último tercio
 De una vejez cansada
 Ya con setenta inviernos.
 El bordado uniforme.
 Las plumas del sombrero,
 De necios pretendientes
 El mentido cortejo :
 La patada del guardia,
 La entrada en aposento
 Real, en las sesiones
 Tener el primer puesto ;
 Los honores de infante,
 De la Excelencia el eco,
 Que en el salón resuena,
 No me importan un bledo.
 Mi coche y mi cocina ;
 Tras de eso voy y vengo.
 Pero cocina y coche

No puede haber sin sueldo,
 Y eso es lo que me falta
 Y eso lo que pretendo.
 Si el coche se me niega,
 Denme cocina al ménos ;
 Que sé vivir sin coche,
 Mas sin comer no puedo.

EPÍSTOLAS.

I.

Á UN AMIGO,

QUEJÁNDOSE DEL ATRASO QUE PADECIA EN SU
 CARRERA Y DE SU PENOSO DESTINO.

Aquí, Gaspar, con mísero trabajo
 Me tiene la fortuna reducido,
 En mi clase, al lugar más pobre y bajo.
 Que si bien es ilustre y distinguido,
 Pudiera serlo más, si no estuviese
 Entregado mi mérito al olvido.

Del cual no hablára yo, si no supiese
 Que no hay otro recurso al olvidado,
 Sino es que se prohíba también ése.

A mi suerte debí ser educado
 Por noble padre en liberal doctrina,
 Que pudiese ser útil al Estado ;

Y en la lección y larga disciplina
 De las ciencias profanas y sagradas
 Con la erudición griega y la latina ;

Y las luces entonces despreciadas,
 Que del álgebra toma y geometría
 El físico, por mí fueron buscadas.

Yo fui quien la moral filosofía
 En mis escuelas enseñé el primero,
 A la juventud dando cierta guía,

Por donde el fundamento verdadero
 Hallase de lo recto y de lo justo,
 Y no errase de Témis el sendero.

Y tal vez se leyeron sin disgusto
 Mis escritos en nobles asambleas,
 Que mandaba formar Cárlos Augusto.

En donde consagraba mis tareas,
 No por el mío, por común provecho,
 Promoviendo benéficas ideas,

Con que el artista en domicilio estrecho,
 Y en el campo la noble agricultura,
 Y el comercio en los mares, á despecho

Del extranjero, que su mal procura,
 Floreciente y feliz, á nuestra España
 Prosperidad trajesen y ventura.

Estas fueron las artes y la maña
 Con que haber procuraba en favor mío
 La pública opinion, que nunca engaña.

Tratóme la fortuna con desvío
 En la corte, por mi solicitada
 Cinco años con tedio y con hastío.

En esto ya mi juventud pasada,
 Habiendo militado veinte años
 A mis propias expensas sin soldada,

Y sufrido en mi hacienda tantos daños,
 Que tarde ó nunca conseguir pudiera
 Verme libre de estafas y de engaños ;

Sin que yo lo pensára ni supiera,
 Al bonroso destino fui llamado,
 En que tuvo principio mi carrera.

Cinco años en él ejercitado.
 El caloroso Julio y frío Enero
 Me vieron igualmente atareado ;

Y por pronto que el último lucero
 Apagase su luz, el claro día
 Me hallaba trabajando á mi primero.

Y cuando, alguna vez, la noche fria
 Inclinaba su sombra al occidente,
 No había descansado todavía,

Para que el oficioso pretendiente

(1) Allí le á la exoneración de los Consejeros de Estado en 1823.

No maldijese el ocio y la pereza
Que maldecía en otros impaciente.

Este celo, Gaspar, y esta dureza
Fueron cual lima sorda quebrantando
Las fuerzas que me dió naturaleza.

Hubiera yo elegido el torpe y blando
Camino del engaño y la lisonja,
Con que veía otros ir medrando,

Estaría más hueco que una esponja,
Y el porte de mi vida no trocará
Por el mimo y regalos de una monja;

Y como tantos medran, yo medrará,
Sin que la tos de noche me afligiera,
Ni el pecho y la cabeza se quejara.

Pero quiso mi suerte que naciera
Bajo de signo tal, que prefiriese
De la virtud el áspera carrera;

Y que de muchos el ascenso viese,
Sin trabajo y sin mérito adquirido,
Y descubrir la causa no quisiese.

Pero mucho dirás que me he excedido:
Y es que cosas se ven, que harán que hable
El hombre más prudente y comedido.

Y aunque callar sería muy loable,
El que en particular se ve agraviado,
Si en general se queja, es disculpable.

Digo, pues, que por mal y triste hado,
Buscando algún alivio, hallé un desierto
Donde vivir enfermo y olvidado.

¿Quién creyera del áspid encubierto
El veneno encontrar entre las flores?
¿Quién temiera tormentas en el puerto?

La triste soledad, y los horrores
De la discordia, de la malhadada
Insaciable codicia los ardores,

Juntos en la region desventurada
Donde alivio buscaba á mi fatiga,
Me esperaban ocultos á la entrada;

Y reunidos en temible liga,
De repente me asaltan y rodean
Como traidora hueste y enemiga.

Los que discordes entre sí guerrear,
Negados á la paz, á su partido
Traerme cada cual se lisonjean.

No hay uno que con otro esté avenido,
Todos son enemigos; solamente
Para mi daño se han tal vez unido.

La codicia los lleva ciegamente
A apoderarse en cuanto ven sus ojos;
Todos quieren ser ricos de repente.

Si el que manda se presta á sus antojos,
Débil es; si se opone, es un tirano;
Si se detiene y duda, les da enojos.

Si las gracias reparte por su mano
Con cuerda discrecion, y el que las pide
Las consigue, se jacta necio y vano

De ser árbitro ya del que preside,
Y que nada le es árduo, pues en todo
Por su desseo su poder se mide;

Y engañando las gentes de este modo,
Corre la voz, y buscan su tutela
El jugador, el vago y el beodo.

Recíbelo ya el jefe con cautela,
Temiendo autorizar su desvarío,
Y en observar sus pasos se desvela.

Empiézase á saber este desvío,
Y se interpreta de él, y se murmura
Que es volubilidad del genio mío.

Y con esto la plebe mal segura
Sacude licenciosa y tascas el freno
Del único poder que la asegura;

Y al que ayer alababa justo y bueno,
Lo amenaza mañana en la taberna
Con el puñal, el tiro y el veneno.

¡Oh cuánto es infeliz el que gobierna
Gente así colectiva, condenado
A perpétuo disgusto y guerra eterna!

Ojalá, y esto fuese imaginado,
Y no me viera, cual me vi dos veces,
De traidora cuchilla amenazado.

Y del hado ojalá las esquivaces
Apurar no me hicieran cada día

El cáliz del dolor hasta las heces.

Aumentándose más la pena mía
Con verme en soledad, y sin consuelo
De dulce y amigable compañía;

Mas ya temo te canse el triste anhelo
Con que mi pluma se atreve
Elevarse hasta ti con torpe vuelo.

Y si lo dicho á compasion te mueve,
Muévate más lo que en el pecho queda:
Pues de mi mal la historia no es tan breve,

Que resumirse en una carta pueda.

II.

Á DON JOSÉ DE VÁRGAS Y PONCE.

¿Qué pretendes de mí, Várgas amigo,
Con esta que me escribes larga historia
Del vano rimador? Si por castigo

De aspirar temerario á la alta gloria
De los divinos vates, el enojo
Sufre del justo Apolo, ¿su memoria

Quieres hacer la afrenta y el sonrojo
De los buenos poetas? ¡Ay cuán vano,
Ay de cuánto peligro es ese arrojo!

Míralo bien; y si consejo sano
De fiel amigo aprecias, tal empeño
Déjalo para ingenio más liviano.

Que non es de sesudos ese ceño,
Nin de homes de pro tal fantasía,
Nin de cordatos delirante sueño,

Con que ofender la noble poesía,
Virgen esquiva y casta, que si niega
Su favor al galán, y lo desvia

De sí con aspereza, y no se entrega
Fácil á su capricho, más amada
Debe por eso ser, y cuando llega

Su esquivéz á rendir, más estimada.
Si tú de ciencias y de nobles artes
Y de letras la miras rodeada,

Esos son otros tantos baliarte
Con que, si no eres sabio, se defiende
De tí, y así te obliga á que te apartes

Y la dejes; que en vano se pretende
Con verso vano eternizar el nombre
De quien, si algo estudió, de nada entiende.

¿Qué quieres que te diga? No soy hombre
Que de poeta ni de sabio precie,
Ni aspire á merecer alto renombre;

Mas no puedo sufrir que se desprecie
Y se ultraje y ofenda la divina
Arte en que el sacro númer á la especie

Humana dió la celestial doctrina.
Del Padre de los hombres soberano,
Que desde el polo al ecuador domina,

Y los ejes sostiene con su mano
De esta bóveda inmensa, el alto origen
Trae la casta virgen. ¡Cuán en vano

Tus inútiles tiros se dirigen,
Y con cuánto peligro, á tal alteza!
Tanto que si sus miras no corrigen,

Temo que prestos sobre tu cabeza
Vuelvan del alto empuje rechazados,
Y conozcas entónces su flaqueza.

Que los que al cielo escupen engañados,
Presumiendo de aliento y valentía,
Suelen así quedar escarmentados.

¿Tú contra la divina poesía?
No, mi Várgas, por Dios. Si los desdenes
De la celeste diosa tu osadía

Irritaron tal vez, á que refrenes,
Sábía y prudente, tu furor te llama;
Mas no á que así maldigas de sus bienes.

Algo de su bondad, porque te ama,
Te concede benigna; no le seas
Ingrato; de su amor la dulce llama

Ceba en tu pecho, y cuando en vano creas
Esperar el favor, á pocos dado,
Con que elevarte, como yo, desees

A la cumbre del Pindo, sosegado
Descansa, como yo, y desiste luego;

Pero no la maldigas, mal pecado.
 No crecerá con el errado y ciego
 Empeño tu opinion, en que metido
 Te veo ya; desiste, y á mi ruego,
 Dócil, en fin, con lo que te ha cabido,
 Contento, como yo, celebra y canta
 Los altos vates que en el mundo han sido.
 Elévate, si puedes, y levanta
 Hasta el cielo tu canto; y si no puedes,
 Nada en esto por fuerza se adelanta.
 Pero desconocer altas mercedes
 Que á otros hizo la diosa, es desvario
 Que no debe salir de tus paredes,
 Ni que lo sepa el mundo. Ese desvío
 De lo que estima y siente el orbe entero,
 Ese desden, ese juzgar tan frio
 De Tibulo, de Horacio, Ovidio, Homero,
 De Virgilio, de Mena y Garcilaso,
 Y á todos los medir por un rasero
 Tal como á falderillos del Parnaso,
 Despreciando á la diosa que los cria
 Y los duerme y arrulla en su regazo;
 Eso, amigo, es ya tanta demasia,
 Que el que sepa que no eres ignorante
 Tendrá por envidiosa tu porfia;
 Y quizás en tu daño se adelante
 A decir te atreviste, siendo niño,
 Tus pasos á medir como gigante,
 Y á dar como estudiado desaliño
 Lo que tal vez pereza ó impotencia
 Pudiera parecer. No, no te río;
 Pues aunque me has tentado la paciencia
 Con tu dura y amarga diatriba,
 No puede entre los dos haber pendencia.
 Sino que como quieres que te escriba,
 Sin admitirme dilacion ni excusa,
 Ni dejar que Isabel me la reciba;
 Obligada por ti mi pobre musa,
 En tono habló más circunspecto y grave
 Tal vez del que festivo tu humor usa.
 Bien quisiera ponerlo más suave;
 Mas falta el tiempo, y ruego me perdonces
 Que no lo lime, suavice y lave;
 Y así concluyo. Si sus altos dones
 Te niega Apolo, en adquirir pesetas
 Emplea el tiempo y no haya más cuestiones.
 Haz esto y deja en paz á los poetas,
 No su ingenio desprecies tan severo,
 Y á desacreditarlos no te metas,
 Porque puede morderte algun faldero.

AL CARDENAL DE BORBON.

ELEGÍA.

Casi há un lustro, señor, la vez primera
 Que el claro Bétis, émulo del Tajo,
 Logró veros pastor de su ribera.
 Hijo del Bétis yo, con agasajo
 Humilde os recibí, y os di hospedaje,
 Si bien á tal persona pobre y bajo.
 Aceptado por Vos en homenaje
 De amor, á que con pecho piadoso
 Vuestra bondad no quiso hacer ultraje;
 Que el excelso varon y generoso
 Honra del pobre el ánimo sincero,
 Y desprecia del rico el dón precioso.
 En el campo feliz donde el guerrero
 Alonso, vuestro abuelo, de Castilla
 Vino á desbaratar el moro fiero;
 Del inmortal, que tuvo vuestra silla,
 Escritor don Rodrigo acompañado,
 Por quien su nombre en las historias brilla;
 De dos reyes seguidos, y ayudado
 De Haro y Nuñez, la sublime altura
 Del monte penetró nunca pisado;
 Y desde allí bajando, con bravura
 De leon generoso rugie y brama,
 Destroza y mata y vence en la llanura;
 Y excediendo en sus hechos á la fauna,
 Las astas y las flechas agarenas

Al cielo suben en ardiente llama.
 Porque tantas enbriecieron las arenas,
 Que celando con ellas sus hogares
 El soldado triunfante á manos llenas,
 Mientras Febo dos veces los solares
 Rayos tendió sobre el marcial trofeo,
 No pudo consumir tantos millares.
 Y dejando á los reyes el saqueo
 Rico de Mahomat, siguió, desnudo
 De vil codicia, el inmortal deseo
 De verdadera gloria, y así pudo,
 A la Bética abriendo doble puerta,
 Añadir un blason á vuestro escudo.
 En aquel sitio, pues, donde despierta
 Siempre está la memoria de aquel día,
 Y con él vuestra gloria descubierta,
 Yo, y conmigo la dulce prole mía
 Y mi cara consorte, os esperaban,
 Llenos de confianza y alegría.
 Las caducas encinas prolongaban
 Sus ramas siempre verdes, y frescura,
 Recreo y sombra á vuestro paso daban.
 Aquel día sonó con más dulzura
 El canto de las aves, y las fieras
 Su fiera trocaron en blandura.
 Olvidaron el pasto en las praderas
 Las ovejas, y el dulce ramoneo
 Las cabras bulliciosas y ligeras.
 Suspendió á todas el comun deseo
 De ver del Bétis al pastor sagrado,
 Que nioto del valiente corifeo
 Por quien gozan en pasto regalado
 Los otros y valles de la sierra,
 Supo trocar espada por cayado,
 Por blanda y dulce paz la dura guerra,
 Por sacra mitra el morrion de acero,
 Cetro por cruz, y por el cielo tierra,
 Y fué de los Borbones el primero
 Que consagró su juventud florida
 Al Dios de las batallas por entero.
 ¡Oh cuánto es la virtud esclarecida
 En el alma de un grande, y cuán hermosa
 La que en blanco y hermoso pecho anida!
 En el rostro que cubre nieve y rosa
 Parece que se sienta con más gusto
 Esta del hombre celestial esposa;
 Que aunque siempre es hermoso el varon justo,
 La virtud que aparece por defuera
 Melancólica y triste, nos da susto.
 Y en vos, señor, con risa placentera,
 Llena de majestad y de decoro,
 La virtud resplandece verdadera,
 Y si os viera venir el bravo moro,
 Que de Alonso el valor amedrentara,
 Rendido á vuestros piés el cetro de oro,
 Ni huir quisiera, ni oponer osara
 Defensa á tal virtud y gallardía,
 Y en un punto os temiera y os amara:
 Pues no hay gente tan bárbara é impía,
 Que no arrastrara con linan secreto
 Vuestra afabilidad y cortesía.
 Y así del Tajo al Bétis fué completo
 Por do quiera, señor, vuestro camino
 El triunfo del amor y del respeto.
 De mí, pues, desterrado y peregrino,
 Peregrino en los montes Marianos,
 Donde aún me tiene mi fatal destino,
 ¿Qué se pudo esperar? Esfuerzos vanos
 De humilde can, que al dueño lisonjea,
 Y blando halaga con la lengua y manos,
 Y lo sigue, y le salta y lo rodea,
 Se le rinde, lo mira y nunca tales
 Muestras le da de amor como desca;
 Compensándose afectos tan leales
 Con que el señor aprecie su ternura,
 Y del aprecio dé blandas señales.
 Así yo tuve por feliz ventura
 Que quisierais honrar mi pobre techo,
 Y unir tanta bajeza á tanta altura.
 Y con esto quedara satisfecho,
 Si ya no me obligara dura suerte
 A implorar la piedad de vuestro pecho,

Dos veces á las puertas de la muerte
Me he visto, y á mi madre y mis dos hijos
Rindió de su guadaña el golpe fuerte.

Libradme de los hados que prolijos
A mí y al resto de mi prole cara
En un lugar me claman siempre fijos;
En un lugar donde fortuna avara,
Ostentando en mil bienes su riqueza,
En solo la salud la escaseará.

¡Oh bendita mil veces la pobreza
Que concede gozar en propios lares
De moderado bien sin escaseza!

¡De qué sirve abundancia de manjares,
De qué poder, autoridad y mando
Donde el aire malsano respirares?

¡Visteis, señor, cuán apacible y blando
Espiraba favonio entre las flores
De mi jardín, al paso derramando

Aromas de suavísimos olores?
Pues aquélla es el aura envenenada
Que produce la fiebre y sus ardores.

Y cuando la campiña plateada
Se ve con el aljófár de la aurora,
Así cae la gente desdichada.

Como cuando de Ceres atesora
El labrador los dones en verano,
Que Pomona produce y Febo dora,

Del segador á la robusta mano
Se ven caer espigas á manojos,
Encrespada la arista y seco el grano.

Tambien, señor, si vieron vuestros ojos
La corte que continuo me rodea,
Pensareis me consuela, y me da enojos.

El que conmigo come y se pasea,
Y á obedecerme vive destinado,
En procurar mi daño se recrea;

Y tal vez se complace, mal pecado,
De verme injustamente perseguido
Y de horrible asesino amenazado.

Nueve años continuos le sufrido
La alternativa de mi dura suerte,
Por una á otra parte combatido;

O por fiero rival, con golpe fuerte,
O por la envidia, la calumnia y dolo,
O por la enfermedad, ó por la muerte.

Cualquiera de estos males basta solo
A estrellar y perder la navicilla
Que así combate en su furor Eolo.

Embiste el fiero mar la humilde quilla
Y la empuja y levanta hasta la altura
Del ardiente zenit do Febo brilla.

Recházala Aquilon, y mal segura,
Corre el piélago inmenso, y contra el Noto
Rompe jarcia y timon y arboladura;

Hasta que, sin gobierno ya el piloto,
O abandona la nave á su destino,
O de algun númen tutelar devoto,

La ayuda implora y el favor divino.
Así yo, gran señor, en esta cruda
Borrasca de mis males imagino,

Como tu gracia y tu favor no acuda,
Que no llegaré al puerto deseado,
Pues no tengo otro amparo ni otra ayuda.

Aquel día, por mi tan celebrado,
Tuve la primer vez esta esperanza,
Que por vos fui de todos envidiado.

Después fui á buscarlos donde alcanza
A la bética orilla el Oceano
Y volví con la misma confianza.

Tercera vez, señor, mi pobre llano
Albergue os recibió, cuando envidioso
Tajo arrebató al Bétis soberano,

Para siempre tal vez, el dón precioso
De su amable pastor, que ausente llora,
Y entónces ya me consentí dichoso.

Mas, pues veis que mi suerte no mejora,
Aunque una y otra y otra vez espera,
Doléos ya del que repite ahora:

Casi un lustro há, señor, la vez primera.

SÁTIRAS.

I.

CONTRA LAS COSTUMBRES DEL TIEMPO.

Para cantar los males que padece
La cara patria, dame, musa, ahora
Aspero plectro, que convierta el canto
En triste lloro y en lamento y luto.

El rayo asolador de dura guerra,
La paz costosa, pero no segura;
De la horrorosa peste los estragos,
Que las ciudades populosas deja
Desiertas, y cadáveres horribles
Amontona, de fúnebre aparato
Privados, en el campo, y conducidos
Por los que al otro día sobre ellos
Caen heridos con el fiero golpe
De la fiebre funesta; que ninguno
Alejar puede la tremenda hora
En que las negras sombras de la muerte
Le oculten para siempre el claro día.

La tierra, que del peso de los muertos,
Al parecer, sentida, se estremece
Dentro en sus senos, ó que ya los abre
Y ensancha más para tragar los vivos.
El edificio tiembla, que el romano
O el godo fabricó sobre sillares
De eterna duracion. La humilde casa
Se desploma al vaiven, crujen las vigas,
Blandean las techumbres, y las puertas
Sacudidas rechinan en los quicios
Con temeroso són. Los moradores
Salen á cielo abierto, y abandonan
El caro albergue, donde ya no asilo,
Sino funesta sepultura hallan.

El cielo, que, de bronce donde lanza
Estivos rayos el ardiente Febo,
Niega al suelo sediento su rocío;
En las playas que baña el Oceano
Abre sus cataratas, y de ellas
Lluvia arroja incesante. Ya la urna
Del claro padre Bétis rebosando,
Enturbia su corriente impetuosa;
Ya fuera de las márgenes derrama
El inmenso raudal; pastos, sembrados,
Huertas, sotos, dehesas, todo es rio,
Que ya no tiene limites ni orilla.
El bravo toro, la fecunda vaca,
Con el pintado y tierno corderillo,
Que bala en pos de la lanuda madre,
Delicias del pastor, en la alta cumbre
Timidas buscan el abrigo, y pacen
Huéspedes de las aves y las fieras.

La voraz hambre deja las aldeas
Ya desoladas, y á los campos huye,
Donde la gente misera perece,
Olvidada del rico, que derrocha
Y gasta y triunfa en fiestas y saraos.
En altos montes y soberbias torres
Tremolando su pálida bandera,
Guerra amenaza, y sujetar pretende
A su imperio (no ántes conocido
En ciudades y villas populosas,
Centro comun del ocio y del regalo)
Muelles y afeminados habitantes,
Turba insensata, cuya torpe vida,
De placer en placer, de vicio en vicio,
Corre á la perdicion, y tras sí lleva
Al miserable pueblo, arrebatado
Del pernicioso ejemplo, que provoca
La ira de los cielos en su daño.

Faltó la educacion, y roto el freno
Que á la juventud libre contenia,
Cae precipitada, y se despeña
Al abismo de males, en que yace
Sumergida, con mengua lastimosa
De la España infeliz. Esta es la fuente
De donde, cual torrente impetuoso,

Manan los daños que la patria llora.
La edad de nuestros padres, ya cansada
De la virtud austera de los suyos,
Nos produjo á nosotros, que empezamos
A declinar al mal, y nos hereda
Otra generacion más corrompida,
Cuyos hijos al fin darán lecciones
De la prostitucion y de la infamia,
Y escarmiento tal vez al mundo entero.
¡ Oh siglo ! ¡ oh corrupcion ! ¡ oh desventura !

Contaminó las bodas el infame
Y sórdido interes; y de la antorcha
Nupcial en vez de arder la pura lumbre,
Centellean pavesas hediondas,
Y el humo cubre el tálamo brillante
Que preparó la vanidad; infausito
Túmulo del honor; y el amor huye
De la bastarda union y la detesta.
¡ Oh, qué generacion esperarémos
Del vínculo infeliz ! ¡ Oh, qué virtudes
Hallarán que imitar en tal progenie
Los hijos y los nietos desgraciados !
La liviandad y el lujo los ejemplos
Son que de ellos imitan, contagioso
Mal, que en la ciudad toda se difunde
En plebeyos y nobles sin reserva,
Y de lo que era afrenta se hace gala.
Así van las costumbres, y sin ellas,
¿ De qué provecho nos serán las leyes ?
¿ Quién las observa ya, ni quién se atreve
Con animoso pecho y fuerte mano
El gusto á contrastar del poderoso
En defensa del pobre desvalido ?

Suda y se afana el misero colono,
Llevando el peso del calor y el día
Sobre las tierras del señor ingrato,
Que en blando lecho, en regalada mesa,
En espléndido tren consume y gasta
El fruto de su afan y el de sus hijos;
Familia tributaria, que sirviendo
Al lujo y opulencia del magnate
Cuenta ya dos ó tres generaciones:
Y hoy va cantando tras del corvo arado,
Ya robusto gañan, el que en mantillas
Dormido sobre el yugo de los bueyes
Iba, mientras su madre disponia
La rústica comida en la cabaña.
Mas porque el rico labrador ofrece
Mayor arrendamiento, ó anticipa
Las rentas al señor, son arrojados
Los infelices del amado suelo,
Sin piedad, que miraban como propio
Después de tantos años; y no saben
Dónde se acomodar, que no perezca
El misero ganado allí nacido,
Ni donde colocar su pobre apero.
Dureza horrible, que, en miseria hundido,
Llorará el primogénito algun día,
Lleno de rentas, sin poder gozarlas;
Y entregadas sus anchas posesiones
En presa al mercader y al usurero,
Comerá escasamente por su mano,
Y enriquecerse los verá con ellas.

Míralo luego despechado y solo
En un rincón del caserón desierto,
Que heredó enhiesto, y conservar no supo,
Lleno de telarañas y goteras;
Entre la humilde mesa y pobre cama
Luchar con la pobreza y el orgullo,
Y despreciar con aire fastuoso
Al rico, deslindando su linaje;
Mientras adula al mañstral sencillito
Porque lo calee y vista de prestado,
Y se alaba después de la destreza
Con que lo engaña y burla cada día.
¡ Desdichada nobleza, en lo que paras,
Cuando el lujo y los vicios te despeñan !

Dejar debiera el noble por herencia
Principal la virtud entre sus hijos,
Mas que el oro purísimo preciado;
Que al que sin ella hereda grandes bienes,
Instrumentos del mal hereda sólo,

Y estímulos del vicio. Corre ciego
La frecuentada senda del deleite;
Disipa insano en licenciosa vida
El bien no merecido; y estragando
El ánimo y el cuerpo con placeres
Vergonzosos é infames, al sepulcro
Lo lleva presto la vejez temprana,
Sin que nadie lo llore. Ni aún el hijo,
Que, heredando sus vicios, nunca hereda
Tanto caudal que á sustentarlo baste.
Testigo sea el aldeano Hortulio,
Que allegó tantos bienes, y á su hija,
Por hacerla señora, la hizo pobre.
Funeata vanidad, ¡ de cuántas bodas
Fuiste principio, que se lloran luego !
Quiere en buen hora labrador honrado,
O tú, industrioso y rico comerciante,
Ennoblecir la casa, ó restaurarla
En el lustre que tuvo, ya perdido
Por injurias del tiempo, que en un siglo
Al plebeyo tal vez y al noble ignala.
Pero no á tanta costa, que de un golpe
Pierdas lustre y caudal, mientras que el yerno,
Jugando y disipando con la dote
Que debiera aumentar, tus nietos haga
Más pobres que él, y aún cree que te honra,
Si no es que ya te mira con desvío,
Y se desdén de llamarte padre.

En tanta corrupcion, ¿ adónde iremos
El remedio á buscar, ni qué castigo
O qué escarmiento nos será bastante ?
Rebeldes en el mal, nos endurece
El azote continuo, y ya no hay cosa
Que nos espante ni produzca enmienda.

¡ Ay desgraciada y triste patria mia !
Adormecida en falsa paz, ni el duro
Golpe te despertó de la pasada
Guerra terrestre, ni el que viene ahora
Sobre tí á descargar el enemigo,
Que te has buscado, temes, en los mares
Tan poderoso. Sola, desarmada,
Sin naves, sin ejército, sin oro,
¿ Quién te socorrerá ? ¿ Por qué la ira
No temiste del cielo, en doble azote
De contagiosa peste y hambre fiera
Tan declarada ya ? Vistes al Bétis
Rojo y embravecido derramarse
Por una y otra orilla, arrebatando
La encadenada puente, que no pudo
Su furia resistir con las amarras
Del cien doblado cáñamo, y el duro
Fierro del eslabon ensortijado
En el robusto poste, que blandea
Del rápido torrente ruidoso
Al empuje feroz. Viste la sierra
Hundirse en valle, y sobre el valle llano
Alzarse nuevo cerro, confundidos
Los límites que un tiempo dividian
Las ricas posesiones; y con ellas
Confundidos también y desolados
Pueblos enteros, que la humilde choza,
El débil toldo, la barraca oscura
Buscan en cambio del dorado techo
O del tejado vil, pobres y ricos
Con igual suerte. ¿ Qué portento queda
Que te pueda mover ? tu desventura
Llora mi triste corazón ahora;
Y plegue á Dios, si la virtud austera
No corrige tus males, que no llore,
Patria infeliz, tu perdición un día.

II.

SÁTIRA CONTRA LA ENVIDIA.

No me des, musa, dulces y sonoros
Los versos que solias; dame ahora
El metro duro de cadencias graves,
Males sin cuento, desventuras, llores,
Amargos dones de la infiel Pandora,
No quieren voz ni música suaves,

De las nocturnas y agoreras aves,
Aspero plectro imite el són doliente.
Del rugir del león, del temeroso
Aullar del lobo siga el espantoso
Bramido, y de la horrióna serpiente
Agudo silbo forme el contrapunto;
Y cuando todo el desencuerto junto
De tan ásperos scnes no bastare
A expresar el dolor de un mal externo,
Supla el Averno lo que aquí faltare.
Porque allí donde estás ahñrojada,
Pálida envidia, es donde sólo pueden
Cantarse cual conviene tus hazañas.
Allí donde, del cielo destronada,
La rabia y el rencor, que nunca ceden,
Despedazan tus miserías entrañas;
Y acosada de horribles alimañas
Y fieras ponzoñosas y cruéles,
Quieres huir, y no hallas el camino;
Y aunque conoces que al rigor divino
Tu culpa provocó, nunca te duéles;
Porque la sed ardiente de venganza
Te abraza el pecho, y como á Dios no alcanza,
Vuelves contra su imágen en la tierra,
Incitando las furias infernales,
A los mortales para hacer la guerra.

Al són, pues, de mi trompa destemplada,
Música á tal asunto conveniente,
Cantaré cuál por tí desierto el cielo,
Y poblado el abismo, y engañada
Con engaño mortal la humana gente,
Males no cesan de llover al suelo,
Cantaré libremente, y sin recelo
De tus murmuraciones y tus quejas,
Agitado del númen que me inflama.
Mi voz ardiendo en la sagrada llama
Salga veloz, y abraze tus orejas;
Y corriendo los ámbitos del mundo,
No pare hasta llegar á lo profundo
Del lago oscuro, centro de los males,
Desde donde alevosa nos insultas,
Y á do sepultas miseros mortales.

Oh númen criador, á quien primero
Asaltó de esta fiera la osadía,
En lo más alto del sublime trono,
Una brasa del místico brasero
Que se enciende en tu templo cada día,
Purifique mi voz, temple mi tono.
Aquel odio perfecto y santo encono,
De que el poeta-rey se gloriaba,
Color me dé para la fiel pintura,
Y tan al vivo exprese la figura,
Que el voraz tiempo, que con todo acaba,
Conserve entera la infeliz historia.
Ni de los hombres falte en la memoria,
Para que el temeroso pensamiento,
De unas en otras discurriendo edades,
A sus maldades guarde el escarmiento.

Vision de paz, Jerusalén gloriosa,
Santa Sion, alcázar del Cordero,
Descanso eterno de las almas puras,
Cuéntame tú la guerra victoriosa
En que, triunfante del fatal lucero,
Preso con invencibles ataduras,
En las tinieblas le arrojaste oscuras,
Donde eclipsados para siempre yace.
¿En qué paró tan envidioso anhelo?
¿Cómo caíste, Lucifer, del cielo
El día mismo que tu gloria nace?
Saber te dió el Señor, gracia y nobleza,
Y á enviudar te atreviste su grandeza;
Quisistete igualar con Dios eterno,
Y en un momento de infeliz memoria
Desde la gloria diste en el infierno.

¿Quién vió rebelión más atrevida
Que la de aquella turba desgraciada
Que en el cielo perdió la envidia fiera?
Luzbel, cuya soberbia fermentada
Quiso turbar la celestial morada,
Y á Dios quitára el trono, si pudiera.
A los suyos habló de esta manera:
«Semejante al Altísimo he nacido,

Sobre aquilon colocaré mi trono:
No le obedeceré. Tema mi encono
El que no me siguiere, si me ha oído.»
Dijo, síguenle muchos; mas el fuerte
Miguel, vibrando el rayo de la muerte.
«¿Quién como Dios?», les dice; y con el mismo
Soudo de esta voz amedrentados,
Caen precipitados al abismo.

Del empinado risco no se arroja
El caudaloso y rápido torrente,
Troncos y peñas tras de sí llevando,
Ni con denuedo y furia tal se enoja
Con los estorbos que se encuentra al frente.
Puentes, muros y torres derribando,
Cual tú, envidia feroz, rompistes, cuando
Despeñada caíste, los que el cielo
Diques te opuso; y el jardín sagrado
Que riegan cuatro ríos, y plantado
Había Dios en el humano suelo,
Te atrevistes á hollar con furia insana,
Para excitar por la fatal manzana
Otra rebelión, con que querías
Que, así como la tuya, nuestra suerte
Fuese la muerte por eternos días.

No lo lograste todo; mas ¡ay triste
Del humano linaje! ¡cuántos daños
Le causó tu perfidia en un momento!
Incierto y breve término pusiste
A la vida del hombre, que por años
Sano y feliz viviera ciento y ciento,
Y cual ciego infeliz de nacimiento,
Que asegurar no sabe el lento paso
Sin temer cada instante una caída,
Turbada la razón y pervertida
La voluntad, quedó del triste acaso
Tardo al bien, presto al mal, sin luz, sin guía.
Entregado á su propia fantasía.
Y si el Hijo de Dios no se humanára,
A su cargo tomando aquel pecado,
Desesperado como tú quedaría.

La guerra, pues, con que turbar en vano
Quisiste el cielo, mueves alevosa
Entre el cielo y la tierra, porque al ménos
Rebelde el hombre á Dios, su soberano,
Perdiese, como tú, la venturosa
Eterna suerte que se da á los buenos;
Y la santa concordia, que terrenos
Y célicos espíritus unía,
Tú convertistes en discordia fiera,
Disponiendo que el hombre resistiera
Al que al ángel del cielo obedecía.
Luego fácil te fué con mano dura
Y sañudo rencor al sin ventura
Caín armar, haciéndolo el primero
Que entre los hombres á la muerte airada
Diese entrada sin plomo y sin acero.

La tierra entónces por la vez primera
Bañar se vió de púrpura inocente,
Derramada por mano fratricida;
Y resonar oyó la lastimera
Voz con que exhala el ánima doliente
El pestrer ay en la última partida.
Las piadosas entrañas conmovida
Abrió, para guardar aquel tesoro
Del santo cuerpo allí sacrificado,
Y paso dar al ánimo sagrado
A do esperase con mayor decoro,
Con firme fe y certísima esperanza,
El día de su triunfo y su venganza;
Mientras el asesino rencoroso,
De mil remordimientos acosado,
Vive turbado y muere sin reposo.

Desde aquel punto, endurecido el suelo,
Que espinas ya y abrojos producía,
Frutos opimos del primer pecado,
Y hecho de bronce el ántes blando cielo,
Sordos á tanto mal, á tu porfía
Abandonan el hombre desgraciado.
Entra contigo el escuadron malvado
De las tropas que siempre te rodean,
El odio, la perfidia, la asechanza,
La calumnia, la ira y la venganza,

Y todo lo destruyen y saquean.
 El dolo triunfa, y la verdad postrada,
 La virtud perseguida y ahuyentada,
 El mérito escondido, el alto empleo
 Usurpado, vendida la justicia,
 Sirven á tu milicia de trofeo.
 ¿Quién, sino tú, del venerable anciano,
 De altísimas promesas heredero,
 Turbó los días con amarga pena,
 Cuando del hijo en la tremente mano,
 Destrozada por oso carnícero,
 La vestidura vió, de sangre llena?
 A lamentar perpétuo se condena
 Del mancebo la suerte desdichada
 Llorando hasta el sepulcro; y más haría,
 Si supiese la torpe alevosía
 De los hermanos, que por la soñada
 Grandeza y la exquisita vestidura,
 Vendido como siervo, de la oscura
 Cueva lo sacan, para de esta suerte
 Darle en esclavitud ignominiosa
 Vida más dolorosa que la muerte.

Contra David el asta fementida
 Dos veces arrojaste, y porque errada
 Te salió tu intención y mal deseo,
 Nueva asechanza á la preciosa vida
 Dispones con política malvada
 En las armas del duro filisteo;
 Vuelve á tu vista con marcial trofeo,
 De laurel y de gloria coronado,
 De populares coros aplaudido,
 Que diez mil enemigos ha vencido
 Por mil de que Saul haya triunfado.
 Irritado con esto y enojoso,
 Darle prometes la querida esposa
 Por cien prepucios, para que así sea
 Víctima de su amor, si á entrar se atreve
 En tan alevé y desigual pelea.

Contra tu infiel y torpe alevosía
 Prevalece su heroico denuedo,
 Y doble precio le presenta ufano
 Del que su infame trato le pedía.
 En suspicaz y vergonzoso miedo
 Convertido el rencor, su cobardía
 Lo persigue y le teme noche y día.
 El generoso, huyendo, lo perdona
 Cuando en Engaddi la ocasión se ofrece
 De vengarse, y al fin, como merece,
 De la vida privarlo y la corona.
 Repetido este ejemplo, y admirado,
 Y á elogiar su virtud como forzado,
 Segunda vez la criminal porfía,
 Cada vez más rebelde, se repite,
 Y con su amor compite tu falsía.

Si del mundo recorro los anales,
 Siempre te veo de malicia armada,
 Guerra le haciendo á la virtud sincera.
 En su choza el pastor, en sus reales
 Alcázares el príncipe, sentada
 Te ve á su lado, cuando no lo espera,
 Con astucia falaz y lisonjera
 Granjeando su trato y compañía;
 A éste separas de la fiel consorte,

Aquél haces que arroje de su córte
 Al que leal en ella le servía.
 ¿Quién numerar pudiera los pesares
 Con que afliges al hombre, los lugares
 En que tu influjo malignante y vario
 De mil modos extiende su veneno,
 Hasta ver lleno de él el santiario?

El santiario, de virtud amable,
 De amor, de paz, de dulce mansedumbre,
 De tolerancia paternal deschado,
 Tú, serpiente feroz y detestable,
 Enroscada en su seno, pesadumbre
 Lo vas á hacer del pueblo desgraciado.
 ¿Quién, sino tú, de sangre salpicado,
 Con la imagen de Cristo por bandera
 En la siniestra mano, en el combate
 Animando á que robe y á que mate
 Al soldado feroz, el asta fiera
 Blandir le hace con la diestra mano
 Al sacerdote, al monje? Cuyo insano
 Furor, contra sus reyes y señores
 Infel, propaga por la grey que paze,
 Y gemir hace ovejas y pastores.

No más cantar, que cuando aquí he llegado
 Falta la voz; y el plectro, fatigado
 De herir las cuerdas con cadencia dura,
 A la mano resiste y ya desca
 Canto que sea de mayor dulzura.

III.

A DOS CRIADOS QUE TENIA

ESTANDO CESANTE.

Una asturiana cerril
 Y un gallego sin domar
 Componen la servidumbre
 Con que vine de Alcalá.
 Con ella sigo en Madrid,
 Contento á no poder más;
 El barre á regañadientes,
 Ella guisa bien ó mal;
 Cuando los llamo no vienen,
 No vuelven cuando se van,
 El salario anda corriente
 Y lo cobran muy cabal.
 Así estuvieran tan pronto
 Al servir como al cobrar;
 El uno al otro se sirven
 Con muy buena voluntad;
 Mas á los amos no saben
 Sin gruñir y regañar.
 Ambos á dos son muy fieles,
 Que no lo puedo negar.
 Mas no sé, si no lo fueran,
 Qué me podrían robar.
 Mucho los dejo salir,
 Poco les hago rezar,
 Y así no dudo me sirvan
 Con amor y lealtad,
 Hasta que hallen otro amo
 Que les aumente un real.

DON JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Játiva, el día 10 de Agosto de 1757. Fué sacerdote, y se consagró en un principio con ardor á los estudios eclesiásticos. También se dedicó á la filosofía y á las letras amenas. « En Játiva (dice en su *Vida literaria*) estudié las humanidades á estilo grotesco, según el plan miserable que regía en aquella época, y de cuyo naufragio se salvaron pocos.... No tuve una buen

alma que me inspirase gusto, ni me mostrase el camino por donde á él se llega; hasta que en la universidad de Valencia di en manos de mi catedrático de filosofía, don Juan Bautista Muñoz, el escritor de la *Historia del Nuevo Mundo*, uno de los españoles más doctos del siglo pasado, consumado filósofo y político, ciceroniano en el lenguaje y de vasta doctrina, como lo acreditan las *Disertaciones* con que enriqueció la edicion que hizo en Valencia de *Fray Luis de Granada*.... Muñoz fué más adelante mi director y Mecénas en Madrid.»

En 1792 fué elegido individuo de la Academia Española, por influencia de su íntimo amigo don Pedro de Silva, hermano del Marqués de Santa Cruz, que era á la sazón director de aquel esclarecido cuerpo literario. Poco despues fué nombrado individuo de la Academia de la Historia.

Principió á darse á conocer en la imprenta periódica y en várias obras como ultramontano. Despues cambió de rumbo, y fué tachado de jansenista. La corte pontificia, en 1822, se negó á recibirle como ministro plenipotenciario de España; dando motivo este ruidoso incidente á que saliera de Madrid, en 28 de Enero de 1825, el Nuncio Monseñor Giustiniani. Diputado en las Cortes de 1815 y de 1820, fué víctima de duras persecuciones políticas. Vivió emigrado en Inglaterra durante sus postreros años, y allí publicó su autobiografía, que tituló *Vida literaria* (Londres, en la imprenta de A. Macintosh, 1825), libro muy ameno é importante por los juicios y datos históricos que contiene. Hay, ademas, una biografía de VILLANUEVA en la última edicion del folleto titulado *Las Angélicas fuentes ó El Tomista en las Cortes*.

Compuso varias obras religiosas, entre ellas *El Año cristiano de España* (Madrid, imprenta Real, 1791 á 1799, trece tomos); *De la leccion de la Sagrada Escritura en lenguas vulgares* (Valencia, por don Benito Monfort, 1791, en folio); *De la reverencia con que se debe asistir á la misa* (Madrid, imprenta Real, 1791, en 8.º mayor); *Tratado de la Divina Providencia*, dividido en ocho libros, en prosa y verso. Es un ameno diálogo, por el estilo de los *Nombres de Cristo* de fray Luis de Leon.

Su vocacion de poeta era escasa. Pero no dejó de cultivar la poesia con mediano éxito. Hacia fines del siglo XVIII publicó una traduccion en verso del *Carmen de Ingratis*, de san Próspero, que mereció general aprecio (*Poema de san Próspero contra los ingratos*, Madrid, por don Antonio de Sancha, 1783, en 8.º). De ella se han hecho várias ediciones. «El juicio favorable (dice el mismo VILLANUEVA) que debió la version de san Próspero á los poetas de aquel tiempo, casi me llevó al resbaladero de seguir esta vocacion. Mas lícele frente y le cerré la puerta.»

Más adelante, ya en edad avanzada, cambió de propósito y escribió muchas poesías, de las cuales una gran parte se publicó en Dublin.

Sostuvo polémicas encarnizadas con varios escritores, y especialmente con el doctor don Antonio Puigblanch, el cual, ofendido de algunos escritos de VILLANUEVA, singularmente del opúsculo titulado *Don Termópilo* (1), procuró defenderse, zahiriéndole sin templanza alguna, pero á menudo con fundamento, en un libro titulado *Opúsculos gramático-satíricos contra el doctor don JOAQUIN VILLANUEVA*, publicados en Lóndres en diferentes épocas, y reunidos despues en dos tomos (1852).

Murió en Dublin el 23 de Marzo de 1857, á la edad de ochenta años.

C.

OBRAS DEL DOCTOR DON JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.

1. *El Poema de san Próspero contra los ingratos*, traducido del latin, en verso, é ilustrado con notas.
2. *Oficio de la Semana Santa*, en castellano.
3. *De la obligacion de celebrar el santo sacrificio de la Misa con circunspeccion y pausa*.
4. *De la reverencia con que se debe asistir á la Misa, y de las faltas que en esto se cometen*.
5. *Catecismo del Estado*, segun los principios de la religion.
6. *Cartas de un obispo español*, sobre la carta del ciudadano Grégoire, obispo de Blois.
7. La continuacion del *Año cristiano*, en diez y nueve tomos.
8. *Viaje literario á las iglesias de España* (con su hermano don Jaime.)

(1) «Aunque muy ofendido de él, estaba yo muy distante, quando emprendí escribir la *Visita del Dómine Gafas* (VILLANUEVA) al *Dómine Lucas*, de extender mi censura á su persona. Su *Don Termópilo* me afligió no poco, por cuanto fué como una ventana que, abierta á mis ojos, me dejó ver todo el infierno junto en el corazón de su autor.» (PUIGBLANCH, *Opúsculos gramático-satíricos*.)

9. *El Kémpis de los literatos.*

10. *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, con 50.000 artículos. (Perdió el manuscrito en uno de sus azarosos viajes.)

11. *Memoria sobre un bajo relieve hallado en Játiva.*

12. *Mi Viaje á la corte.*

13. *Defensa de las Cortes*, en contestacion á la carta pastoral de Grégoire y cinco obispos franceses.

14. *Las Angélicas fuentes ó El Tomista en las Cortes.*

15. *El Jansenismo.*

16. *De la Divina Providencia*, tratado escrito en prosa y verso.

17. *Poesías diversas*, que llegaron á formar cuatro volúmenes.

18. *Anotaciones al primer tomo de la version castellana de los Salmos* traducidos por D. Tomas Gonzalez Carvajal.

19. *Dictámen sobre la reforma de las casas religiosas.*

20. *Otro sobre la celebracion de un Concilio nacional.*

21. *Incompatibilidad de la monarquía universal y absoluta y de las reservas de la Curia Romana con los derechos y libertades políticas de las naciones.*

22. *Discursos sobre las libertades de la Iglesia española.*

23. *Contestacion que dió á la censura de sus obras*, fulminada por la Inquisicion.

24. *Observaciones sobre la Apología del Altar y del Trono* del P. Vélez, obispo de Ceuta.

25. *Apuntes sobre su prision en Mayo de 1814, y contestacion á la impugnacion que de ellos publicó don Antonio Alcalá Galiano.*

26. *Cartas de don Roque Lcal á un amigo suyo.* (Sobre disciplina externa.)

27. *Mi despedida de la Curia Romana.*

28. *Diccionario etimológico de España y Portugal.*

29. *Traduccion de la Teología Moral de Palei.*

30. *Catecismo moral para instruccion de los fieles en sus deberes con Dios.*

31. *Vida literaria, ó Memoria de sus escritos y opiniones.*

32. *Cartas hibernicas* (sobre sus viajes en Irlanda).

33. *Glosario latino del Fuero Juzgo.*

34. *Sentencias y máximas morales para una religiosa* (sobrina suya).

35. *Sobre la leccion de la Biblia en lenguas vulgares*, y su respuesta á la impugnacion del jesuita Navarro.

36. Varios artículos notables, escritos durante su emigracion en Lóndres. Los dió á luz en el periódico que se publicaba en dicha capital con el titulo de *Ocios de españoles emigrados.*

POESÍAS.

ODAS.

I.

LA AUSENCIA.

De Dios estando ausente,
Hallo en la soledad consuelo; en ella
Sube el deseo ardiente,
Y lleva su querella
Al que lanzó en el pecho esta centella.
Y el ánima descansa.
Aunque dobla la ausencia su tormento;
Porque el trato la cansa
Del siglo, y el lamento
Y el ¡ay! á él enviado es su contento.
¡Oh amor! ¡qué poderío
Tienes! ¡cómo encadenas al que olvida
Al mundo y su atavío!
Y en el collado anida
Do fué la sangre por amor vertida.
Señor, ¡cuán á tu costa
Nos enseñaste á amar! ¡Oh! ¡quién mereco
Esc fuego que agosta
La culpa y la amortece,
E inflama al que de él huye y le aborrece!
Que al que de sí olvidado
Te olvida, llamas; y aún cuando cayere,
Alárgasle el cayado;
Y si al caer se hiere,
Oleo y vino le das, con que no muere.
¡Cómo en el vivo horno
De tal amor no ardo, y si á mí viene,
En contra de él me torno,
Y aunque estalle y me atruene,
Nada de hacerle guerra me detiene?

II.

LA ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

*Ecce rex tuus venit sedens super
pullum asinæ. (JOH., XII, 15.)*

Magnífica es tu entrada,
Señor de tierra y cielo,
En la que reina fué de las naciones;
A lo sumo ensalzada
Por niños y garzones,
Al ver hoy un modelo
De la humildad con que bajaste al suelo.
Rey eres de los reyes,
Sin principio es tu trono,
No es breve ó mundanal tu señorío;
Reino que va á tus greyes,
De hoy más es reino mío;
De tu cetro blasono,
Pues contigo en tu gloria me coronó.
Hosana al que naciera
De David, canta leda
Salem, y llega el eco al alto polo;
Y responde la esfera,
Y Febo en cuanto oyólo,
Desciende de su rueda,
Por ver dó está sin ramos la arboleda.
La palma y el olivo
Te rinden su hermosura,
Deshaciéndose el bosque en tu alabanza;
Da saltos el cautivo
Con la cierta esperanza
De su pronta soltura,
Viendo al que á reseatarle se apresura.
¡Oh Rey benigno y manso!
Tu gala es la pobreza,
Tu fausto el menosprecio del tesoro,
El afán tu descanso,
Tus placeres el lloro,
La humildad tu grandeza,
Pues á la cruz tu pompa se endereza,

III.

LA CARIDAD.

Al que el polvo cegára
 Del mundo, y en su humo le anochece,
 Salga á la lumbre clara;
 Ya el amor amanece,
 Por do se alegra el yermo y reverdece,
 Sin casto amor, valia
 No tiene la virtud; aunque se aliñe
 Martirio y profecía,
 Y todo bien se apiñe,
 Sin caridad es bronce que retiñe.
 Que cual excede el oro
 En valor al estaño, y su hermosura
 Cabe él es sin decoro;
 Así sola es oscura
 Sin amor la virtud y mal segura.
 Toda virtud se encierra
 En el amor, por él alcanza vida;
 Todo vicio destierra,
 Todo lo bueno anida
 En su alcázar, y el mal no halla guarida.
 Por amor la fe vive,
 Confía sin recelo la esperanza:
 A sufrir se aperece
 El justo á quien alcanza
 Ajeno-dolo, envidia ó asechanza.
 En el valido lucha,
 Duélese en el piadoso y compasivo;
 Los denuestos escucha,
 Callando, en que el altivo
 Prorumpie contra el pobre y el cautivo.
 Bienes con la largueza
 Reparte; con el lánguido doliente
 Se cubre de tristeza;
 Benigno es y paciente;
 No hay extraño dolor que no lamente.
 Emulacion no cabe
 En ella, ni es soberbia ni dañina,
 Mas á todos suave;
 Del proprio bien declina
 Siempre, y hácia el ajeno se encamina.
 No suena burlería
 En su boca, ni rastro de sospecha
 En su seno se cria;
 Ajeno mal la estrecha,
 Y hácela prorumpir en triste endecha.
 Con el próspero goza,
 Con el atribulado se entristece;
 Con el preso solloza;
 Y si su llanto crece,
 Ella tambien llorando desfallece.
 ¡Oh dulce poderío
 El del amor! ¡Oh fuerza no medida!
 ¡Quién vencerá tu brío?
 ¡Cuándo conoció huida
 Anima de tus armas guarnecida?
 Triunfas de lo muy fuerte:
 Lo árduo acometes; á tu imperio
 Rendida está la muerte;
 Al alma en refrigerio
 Pones, y á su enemigo en cautiverio.
 No con lanza y rodela,
 Ni entrando por la hueste á sacomano
 Tomas la ciudadela;
 Mas con beso de hermano
 Ganas y haces amigo al pecho insano.
 Con ser muy opulenta
 La casa del Señor, rica, abastada,
 Ninguna alhaja cuenta,
 Que al amor comparada,
 No quede en precio y en valor menguada.
 Que á quien caridad tiene,
 Hinchén todas sus dádivas de lleno;
 Ella en sí las contiene;
 Sin ella todo es heno;
 Con ella soy yo en Dios, y él en mi seno.
 ¡Qué temes, alma mia,
 Pedir fuego de amor con ánsia extrema?
 Carro es éste de Elia,

Que á la region suprema
 El ánima levanta, y no la quema.
 Mas si quema y consume,
 Quema de mundo y carne la atadura;
 La adversidad absume;
 De la plata no pura
 Traga la escoria, aumenta la blancura,

IV (1).

Bebe fuentes y rios
 El ardoroso Febo;
 Bébele á él la luna
 Sus cándidos reflejos.
 Bébele al golfo el aura
 Su evaporado seno.
 Sediento bebe el campo
 Las nieves y los hielos;
 Beben las secas plantas
 El jugo de su suelo.
 Beben los ambiciosos
 Honra trocada en cieno;
 Los vientos el avaro
 Bebe tras el dinero.
 Si el orbe todo bebe
 A diestro y á siniestro,
 ¡Cómo ríais conmigo,
 Porque tambien yo bebo?

V.

Llámanme pellejo,
 Porque siendo viejo,
 Bebo como mozo,
 Y trisco y retozo
 Como un zagalejo;
 Y empino mi copa
 Despues que la sopa,
 De Málaga henchida,
 Remienda mi vida
 Y abrevia mi ropa.
 Discordia, querella,
 Ni oilla, ni vella;
 Si amaga una riña,
 Me escapo á mi viña
 Con vaso y botella,
 Y á par de una fuente
 Remojo mi diente,
 Y en un montecillo,
 De salvia y tomillo
 Coronó mi frente.

VI.

MAYO.

En valles, en laderas,
 Y aún entre duras rocas,
 Al plácido murmullo
 De fuentes bullidoras,
 Que tras breve sultura
 Los rios aprisionan,
 Del céfiro al impulso
 Todas las plantas brotan.
 Ora el clavel fragante,
 Envidia de la aurora,
 Rompe el verde capullo
 Con sus trepadas hojas;
 Ora sus blandas hebras
 En las templadas horas,
 Más que el musgo y el geldre,
 Las lilas eslabonan.
 En púrpura bañada
 Osténtase la rosa,
 De la espina burlando,
 En cuyo seto mora.
 Por entre crespos lazos
 La granadilla asoma,
 El decoro mostrando
 Con que su sien corona.

(1) Esta oda y las dos siguientes son imitaciones de Anacreonte.

De nieve cual espuma,
Blanco el jazmín se arroja,
A embalsamar el aura
Que entre sus matas ronda.
¡Oh cuál ries, Gavino,
De esta pintura tosca,
En que el pincel deslustra
Lo que matiza Flora!
Mientras colmados cestos
De fresas olorosas
De los Elísios campos
A tu dintel aportan.

VII.

Alerta, marinero,
Que el leño es frágil que tu vida fia,
Y cruje el noto fiero,
Y la ola porfia,
Y del polo tu rumbo se desvia.
Alerta, caminante,
Que acecha el saltador en emboscada,
Astuto y vigilante,
Y esgrime ya su espada
Para atajarte el paso en la calzada.
Alerta, poderoso,
Que en blanco lecho duermes con descuido;
Que el ladrón cauteloso
Tu casa sin ruido
Mina, y te robará sin ser sentido.
Alerta tú, oh soldado,
Que vela el enemigo en su trinchea,
Y con paso callado
Hacia tí va, y rodea
Tu haz, por sorprenderte sin pelea.
Alerta, pastorcillo,
Que anda ya el lobo en torno de tu apero,
Y afila su colmillo
Por matarte un cordero,
Mientras cantas tú y huelgas en tu otero.
A tí embiste, oh cristiano,
El lobo y el ladrón, y la mar fiera
Y el luchador insano;
Vela y ora, y espera;
Vencido no será quien persevera.

VIII.

EL VAQUERO DE IRLANDA.

Doliame yo un día,
Al cruzar las Ibéricas montañas,
De la sencilla gente que allí via
En miserables cabañas,
Andando por las peñas,
Sin calzado siquiera de espartañas.
Mas un pobre vaquero,
Al verme de su suerte condolido,
Llegóse á mi bajando de su otero,
Y me dejó corrido,
Mostrando cuanto estima
Lo mismo que á mi tanto me lastima.
«De muchos es temida,
Dijo, esta soledad, porque el ruido
Aman del bravo mar, do es combatida
Del Noto enfurecido
La agitada barquilla
Que en el golfo naufraga, ó en su orilla.
»Mas la vida serrana,
Sobre segura, es plácida y gozosa;
Linda en ella es la tarde y la mañana,
Y la noche sabrosa,
Do so áspero techo
Vicia el sueño suave al duro lecho.
»Que á las puertas no frisa
De mi cabaña viperina lengua,
Ni de ira ó venganza la pesquisa,
Ni calumnia que mengua
El honor; mi cuidado
Sólo es si asalta el lobo mi ganado.
»No curo si mis hechos
Pregonarán las lenguas lisonjeras,

Sino si dan patatas mis barbechos,
O si van mis terneras
Por entre carrizales
Mejor que por quebrados peñascales.
»Mientras otros mezquinos
Arden en sed de mando ó de dinero,
Tendido yo á la sombra de estos pinos,
De salvia y de romero
Hago al raso mi cama,
Y duermo al són del beceril que brama;
»O de la ronca lira
De Patricio, el zagal de esta majada,
Que algunas veces al cantar suspira,
Cuando de su vacada
Asaltando el portillo,
Se escapa por el monte algún novillo.
»Dispiértanme los gallos
Al rayar el albor por este egido;
Mas no el anhelo de tener vasallos,
Ni ménos el bufido
Del que ayer era hormiga,
Y hoy á los elefantes atosiga.
»No envidia aquí el contento
Del que es de torvos ojos acechado,
Ni del que de loores tras el viento
Anda desalentado;
Séame yo boyero,
Y sed siquier de imperios heredero.
»Tengan gozos sin cuento,
En opiparas mesas y en saraos,
Los que en las sombras buscan su contento;
Y en mal seguras naos,
Que á hundirse se apresuran,
Sus preciosos tesoros aventuran.
»Mi mesa es pobre y sencilla,
Mas de paz siempre y de placer colmada;
De mal cocido barro mi vajilla,
Pero jamás manchada
Por boca lisonjera,
O por quien odia la verdad sincera.
»Por entre estos breñales
Canto nuestras antiguas melodías;
Acompañame á veces los zagales
Con rudas sinfonías;
O prefiero el sencillo
Trinado de la alondra ó del pardillo.
»Del orbe y de su hechura
Contemplo desde un cerro la armonía;
Y de sus maravillas sin medida
Saco que es burlería
La que llama grandesa
El mundo, que se acaba cuando empieza.»
En tanto que así hablaba
Con tosca lengua el sabio ganadero,
Del Pindárico monte me acordaba,
Do es poeta el cabrero,
Y do nadie hace caso
Del mundo, en relinchando su Pegaso.

SONETOS.

I.

LA PROSPERIDAD.

Oh tú, que á la inconstancia y la bravura
Del mar te arrojas, y llegar esperas
De Indostan ó de China á las riberas
A acopiar oro y perlas sin medida:
Sin dejar de tu choza la angostura,
Ni exponerte á fortunas lastimeras,
Si ser quisieres próspero de veras,
Seríaslo muy luego y con hartura.
Desprecia el vano mundo y su ufania,
Pon al deseo término, y trabaja
En agradar á Dios y obedecerle.
Pues nunca es pobre quien en él confía,
Ni pequeño en sus ojos quien se abaja,
Ni miserable quien aspira á verle.

II.

EL TÉRMINO.

Vase, y no vuelve el agua de Segura.
Y entra en el mar con Tigris, Nilo y Duero,
Y luego no dirás por qué sendero
Va cada cual del golfo por la anchura.
Así el grande y el chico se apresura
De la vida hácia el hálito postrero;
Y al caer de la muerte bajo el fuero,
Quedan grana y buriel de una figura.
¿En qué se funda tu esperanza vana?
Erguidas torres labras sobre arena;
De sueños son tus planes un volúmen.
Corre tras hoy el día de mañana;
Un instante con otro se encadena,
Dan en la eternidad, y allí se sumen.

III.

LA CONSTANCIA.

Fundióse de Ocejón la helada nieve;
Del Bóreas el soplo estrepitoso
Cesó, y á su recinto tenebroso
Huyeron el granizo y aguanieve.
De su caverna sale el aura leve,
Y ayudada del carro luminoso.
Verdor inspira al campo, y delicioso
Pomo al frutal que su riqueza embebe.
¡Feliz el que de Enero la tristura
Sufre, esperando que abrirá por Mayo
Sus senos la fecunda primavera!
Y ¡ay de aquel que desmaya en la apretura,
Por no pensar que el hielo del Moncayo
Aumenta en Julio el trigo en la ribera!

IV.

LA VIDA HUMANA.

En tierra salta el marinero osado,
Y miéntras clava la quebrada entena,
A nuevo derrotero se condena,
De los pasados riesgos olvidado.
Torna del monte el leñador cansado,
Y al sentarse á tomar su sobria cena,
Sus cañamos y espartos encadena
Para ir mañana al árbol desmochado.
Rompió ayer el cantero los breñales,
Y hoy vuelve con el sol por la coluna
Que dejó mal labrada en la cantera.
Así pasan su vida los mortales;
Sítianlos los trabajos en la cuna,
Y los siguen en toda su carrera.

V.

LO DURABLE.

Cayeron los soberbios torreones,
Fábricas de fenicios y troyanos,
Los murados alcázares ufanos
Que alzaron Ciro, Creso y Scipiones.
Lodo son ya los timbres y blasones

De los asirios, medos y egipcianos;
A un mismo polvo héroes y villanos
Vuelven, y pelintrines y mandones.
Sólo aquel edificio no perece
Que labró la virtud, y aquella gloria
Dura, que en Dios se funda y á El aspira;
Cual humo lo demas se desvanece,
Sin dejar de sí huella ni aun memoria,
Pues todo es ilusion, sombra y mentira.

VI.

LA GRATITUD.

Encarámate, oh hiedra, y de verdura
Cíñe al desnudo álamo la frente,
Que dejó el cierzo lánguido y doliente,
Sin lustre, sin decoro ni hermosura.
A llegar á su copa te apresura,
Y del frescor le adorna que inelemente
Le arrebató el invierno de repente,
Y al mísero da parte en tu ventura.
Que pues te prestó él en su opulencia
Tronco donde estuvieses sostenida,
Y ramas do extendieras tu belleza,
Justo será que ahora en su indigencia,
Siendo á tu bienhechor agradecida,
Partas con él tu gloria y tu riqueza.

VII.

LA INCONSTANCIA.

De luz llenando su órbita la luna,
Alegre pasa desde oriente á ocaso,
Y un atrevido can le sale al paso,
Y ladra porque torne hácia su cuna.
Ella igual y segura la importuna
Solicitud escucha, y no hace caso,
Y su carrera sigue sin atraso,
Y andando ve su rostro en la laguna.
¿Cómo tú, por un astro estimulado
A ser constante y firme, retrocedes
De la santa vereda do has entrado?
Justo será que alguna vez remedies
A quien te puso el cielo por dechado.
Pues en los dones y en el sér le excedes.

VIII.

LA CAUTELA.

Pues del febeo carro el rayo ardiente
Me abrasó castigando mi osadía,
Pedir del orbe al Señor
Al rostro cauto, de su brillo ausente;
Busque yo en clara noche la clemente
Faz de la luna, que sin burlería
Hinche el humano pecho de alegría
Con fria luz de plata refulgente.
Pues llama que consume y no acrisola,
Es para mí peor que niebla oscura,
Y crudo hielo que la sangre euaja;
Lumbre que los breñales arrebola,
Y luego roba al prado su verdura,
Es brocado que sirve de mortaja.

LETRILLAS Y CANTILENAS.

I.

¿Quién sino el amor hiciera
Que bajara
Dios á nacer do muriera?
Si no lo ordenára amor,
¿Quién osára,

De temblor,
Viendo el mal en que cayera,
Pedir del orbe al Señor
Que tomara
Carne en que morir pudiera?
¿Quién, etc.

Del seno le hizo bajar
Del Padre al suelo,
A se inmolar
En sacrificio cruento,
Por de sí me enamorar,

Y de un vuelo
Levantarme hasta su asiento.
¿Quién, etc.

Ni en hombre ni en ángel creo
Tal valor,
Ni aun deseo
De redimir con la vida,
Y dar su sangre en trofeo
Al pecador,
Porque sane de su herida.
¿Quién, etc.

Sólo en amor sin igual
 Cupiera
 A este hospital
 Venir Dios cual medicina
 A morir siendo inmortal,
 Porque hubiera
 El malo salud divina.
¿Quién, etc.

II.

LA TRANSFORMACION.

No á los veinte limadas
 Fueron mis cantilenas,
 Ni á los catorce escritas,
 Como las de Villégas;
 No en los floridos lustros
 De juventud risueña,
 Cuando encantó la lira
 De fray Luis á Iberia;
 Mas de la erguida cima
 Al declinar la cuesta
 En que mi edad cansada
 Rayara en los sesenta;
 Cuando en albor al pico
 De la nevada sierra
 Mis mal peinadas canas
 Exceden, no semejan;
 Cuando mi flaco cuerpo,
 Do es piel y hueso apenas,
 Que al repechar desmayo,
 Porque no le arrebate
 Aura que pajas lleva,
 Sobre encinal nudoso
 Cayado se sustenta.
 ¡Canto acaso cual Polo (1)
 Del Turia en las praderas,
 O bien como Meléndez
 De Tórmes en isletas?
 No : en escarpados cerros (2),
 Cabe carrascas viejas,
 Que cual adarve ciñen
 Mi lóbrega caverna;
 De un peñascal tajado
 Oyendo entre las breñas
 Graznidos de los cuervos,
 Ruidos de las fieras.
 De un lado aullan lobos
 Que inerte grey otean,
 Del otro ladran canes
 Que tras la liebre anhelan.
 Zorros, gatos monteses,
 Garduñas, comadrejas
 Mi corralejo asaltan,
 Y tiernos pollos llevan.
 Diviértome en ver cabras
 En enrisgadas crestas,
 Que apenas soy seguro
 Si cabras son, ó peñas;
 Mal techadas cabañas
 De heno ó seca mielga,
 Que por do quier despiden
 El humo de las teas.
 Del retamero al eco
 Mi berrocal retiembla,
 Que arranca toscos cantos
 De las novales tierras.
 ¡Dó aquí lindos jardines,
 Que henchidos caces templan,
 Sus cuadros abrevando
 Bien como el Nilo al Delta?
 ¡Dónde frondosos parques
 De murta y de verbená,
 De sándalos guarnidos
 Y verdes alamedas?

Espinos son mis flores,
 Hortigales mis huertas,
 Páramos mis verjeles,
 Poblados de culebras,
 Ni la amarilla oliva,
 Ni el saúz de la floresta
 El turbio caño lame
 De mi lodosa alberca.
 Si al oriente me vuelvo,
 Creo estar en Armenia;
 Si hácia do muere el día,
 De Libia en las arenas.
 De Nitria los barrancos,
 Los yermos de Siberia,
 Si al mio los comparo,
 Son bosques de Minerva.
 Nunca el céfiro blando
 Se entró por estas cuevas,
 Que á Arcades pastores
 Torna de miel las lenguas.
 Ni el eco de las flautas
 A mi bardal se acerca,
 Que tañen los zagales
 Del Tajo en sus aldeas.
 Cencerros cascarrones
 De vacas y de ovejas,
 Zambombas y pandorgas,
 ¡Oh! por mi mal no huelgan.
 Si acaso ronco albogue
 En el Antrucio suena,
 A su compas se ensayan
 Más roncacas castañuelas.
 ¡Qué será cuando el Noto
 Forma con él orquesta,
 Que el alto pino raja
 De la fragosa selva?
 Súbitos chaparrones,
 Desportillando tejas,
 En charcos do no hay vado,
 Por poco no me anegan.
 Del sol la estiva brasa
 Retuéstame y me quema;
 De la inverniza luna
 La fría luz me hiela.
 Yo en tanto en mi covacha,
 So pavorosas breñas,
 De escarchas embestido
 Y nieves que me asedian;
 No viendo sino luto
 En tártago y adelfa,
 No oyendo sino ayes
 En abarraz y estepa;
 De la region lejano
 Do Enero es primavera,
 Cuando los elementos
 Con más furor se encespan;
 Plácido el rostro al trono
 Do el Rey de reyes reina,
 Alzo, que en su ancho palmo
 El orbe entero cierra.
 De duelo y pavor libre
 Loo su providencia,
 Y día y noche canto
 Al sán de dulce avena.
 Recorro de su escaño
 Las fúlgidas lumbreras,
 Y adoro el poderoso
 Dedo que las volve.
 El baratro diviso
 Do el tronido se engendra,
 Cuyo fragor al parto
 La cervatilla acerca.
 Entrome por los silos
 Do el vendaval se eneneva,
 Que contra oculto escollo
 Las góndolas estrella.
 Veo alzarse en el aire
 Riscosas cordilleras,
 Do es del rayo la fragua,
 La mina de la piedra;
 Brotar de ellas los copos
 Que el peñascal blanquean,

Colar el alquitara
 Que el agua trueca en perlas.
 ¡Oh! cuál me quedo aborto
 Al ver en hazas yermas,
 Con el calor fecundas,
 Cómo la mies prospera.
 Y cómo sin ser vistas,
 Por matorrales vuelan
 Semillas que producen
 Plantas que no se cimbran.
 Hé aquí cómo el desierto
 Me transformó en poeta,
 Sacando vivas llanas
 De entre cenizas muertas.

III.

EL TRANSITO.

*Corred, arroyuelos,
 Que os aguarda el Miño.
 Volad, horas, días,
 Meses y años míos,
 A llenar los lustros,
 A sellar los siglos.
 Juventud lozana
 Que robas al niño
 La edad inocente,
 Falta de albebrío;
 La vejez te acocha,
 Que, sin ser sentidos,
 Desiguales sulcos
 Hará en tus carrillos.
 Mas ella entre tanto
 Irá hácia el lucillo,
 Do son las tinieblas
 Del perpétuo olvido.
 Corred, etc.*

Suelta, oh primavera,
 Tus rubios jacintos;
 De fruta despoja
 Ciruelos y guindos;
 Pues ya en sus umbrales
 Te espera el estío,
 Con vides ornadas
 De tiernos cercillos.
 Tras él el otoño,
 Pisando racimos,
 Dará á las bodegas
 Generosos vinos.
 Mas luégo el invierno,
 Con hielos y frios,
 Árboles y arbustos
 Dejará marchitos.
 Corred, etc.

Derrama, oh aurora,
 Tu fresco rocío
 En los hondos valles
 Y en los altos riscos;
 Que en pos de tí viene
 Con dulce sonrisa
 Quien sorbe los lagos
 Y bebe los ríos.
 Sus lumbres presume
 Alzar á do es Sirio;
 Mas desde su cumbre
 Desciende al abismo.
 No ensalces, oh luna,
 Tu rostro lampiño,
 Que en loco muy luégo
 Será convertido.
 Corred, etc.

Tus lanzas no ostentes,
 Sanguinario espinoso;
 Aromas no esparzas,
 Fragante tomillo;
 No entoldeis el campo,
 Sauced del Epiro;

(1) Gil Polo.

(2) Descripción del sitio de España donde compuso el autor la mayor parte de sus obras poéticas.

Ni hagais de la grama
Burla ó del lentisco
Cipreses y cedros
De Arabia y Egipto.
Vendrán huracanes,
Turbiones, pedriscos,
Voraces incendios
Que os cerquen en giro;
Y á frias pavesas
Seréis reducidos.
Corred, etc.

Huid, babilonios,
Relumbra ya el filo
De pérsicas haces
En vuestro recinto.
Dejad las campiñas,
Sidonios y tirios;
Que ya no son vuestros
Viñedos ni olivos.
Abate tu orgullo,
Macedon invicto,
Pues va á ser en trozos
Tu imperio partido.
Desciende del trono,
Miseró Rodrigo,
Que ciñen ya el Bétis
Los bárbaros libios.
Corred, etc.

IV.

BLACK ROCK (1).

Cuando á *King's Town* (2) fueres,
Entra en mi barraca,
De las de Black Rock
La más bien labrada.
No hallarás portero,
Ni rejas ni tapias,
Ni perros de presa,
Que al morder no ladran
Serás alojado
En rústica estancia,
Do hay mesas de pino
Y sillas de paja.
Hallarás, en cambio
De cama emplumada,
Forrados de estopa
Jergones de lana.
No son mis cortinas
De seda bordadas,
Sino de bayeta
Con cairel de sarga.
No andarás pisando
Alfombras de Holanda,
Sino tablas toscas
Medio acepilladas.
Mi lujo es la huerta,
Mi huerta es alhaja;
Riéganla las nubes
Con agua filtrada.
Miento si te ofrezco
Racimos, naranjas,
Dátiles, melones,
Higos ó granadas.
Mas á falta de esto
Tendrás verdolagas,
Nabos y pepinos,
Apios y espinacas.
Daréte estofados
Solomos de cabra,
Patatas de carnero
Y orejas de vaca;
Y en vez de la sopa

Que estilan en Francia,
Macarrones gordos
Más que los de Italia;
Quesos con gusanos,
De Chéster y Parnia,
Y manteca fresca.
Cual la nieve blanca.
Para cada día
Te tendré guardadas
Melodías nuevas
Con adufe y flauta.
Bailarán las viejas
De nuestra comarca,
No las segnidillas
Que vi yo en la Mancha
Con las castañuelas
Repiquecadas;
Mas con anteojos
Sérias zarabandas.
Y con tosecos zuecos
Pastoriles danzas.
El mar surcarémos
Que mis campos baña,
En un barquichuelo,
Si estuviere en calma;
Mas si soplan cierzos,
A puerta cerrada
Al whisky y al ponche
Les darémos caza.
En días screnos,
Al romper el alba
Irémos en busca
De leche no aguada;
Cuando así pasares
Un par de semanas,
Pica de soleta,
Si mi plan te enfada.

V.

LA CARAVELA (3).

Mi caravela
Puesta en franquía,
Falta de guía,
De remo y vela,
Con galanía
Rápida vuela.
Va sin barqueros
Ni bogadores,
Sin remadores
Ni canoeros,
O ensambladores,
Buzos, gavieros;
Sin almirantes,
Pajes, grumetes,
Que en los trinquetes
Tañan discantes;
Y sin machetes
Los mareantes
Rapagoncetes.
No há calafates
Ni galeotes
Que por azotes
Sufran combates,
Y de Boótes
Digan dislates:
Méños pilotos
Con doctas trullas,
Que sin barbullas
Sigan los notos,
O halacabullas
Que lancen votos.
No tiene quilla,
Cable, chicote,
Ni calabrote,
Gavia, escotilla,
Ni camarote,

Banco ni silla.
No há amuradas,
Bitas, motones,
Boyas, timones,
Ni aun arrumbadas
Que en las monzones
Lleven rociadas;
Bordas, brandales,
Drizas, mojeles,
Cabos, cordeles,
Dalas, canales
De otros bateles,
Ni aun embornales.
Va sin gavietas,
Sin castilletes
Ni cubichetes,
Sin gumenetas
Ni guimbaletes,
Cocles, dunetas.
No lleva escotas,
Burdas, guardines
De bergantines
O galeotas,
Lastres ruines,
Pipas ni botas.
No há catavientos,
Branques, amarras,
Chopas bizarras
Con sus asientos,
Griales, jarras,
Ni bastimentos.
Sus derroteros
Entre pantanos,
Lajas, medianos
Y atoladeros,
Cayos lozanos,
Golfos parleros;
Recelo atascos,
Vienen turbiones
Y cerrazones,
Vientos, chubascos,
Y aun encontrones
Sobre peñascos.
Ya da guñada,
Ya gualdrapazo,
Ora zarpazo,
O bien arfada,
O de rechazo
Viene grupada.
Entre bajíos
Y farallones
Saltan tablones,
Alijo líos,
Dando enviones
Pierdo los bríos.
Si me dan caza,
Navego á jorro;
Sudo y no corro;
Si á la esquiraza
Pido socorro,
Llevo amenaza.
Pero ¡qué temo
Duelo, apretura,
Ni encalladura?
En riesgo extremo
Dios es mi amura,
Cristo mi remo.

VI.

LO QUE BASTA.

*Como tú no me faltes,
Pan de mi alforja,
Como tú no me faltes,
Todo me sobra.*
Pase el avariento
Su vida en congoja,
Oro atesorando
Que la paz le roba.
El invidio triste
Su pecho carcoma,

(1) Aldea distante tres millas al Este de Dublin, en el camino de *King's Town*.

(2) Pueblo moderno junto al mar, con puerto, distante seis millas de Dublin, en las inmediaciones de *Dunleary*.

(3) Es una muestra del lenguaje de la marina española. (*Nota del Autor.*)

La altura plañiendo
Del que le hace sombra.
Ruede el ambicioso
Su dura atabona,
Los sesos moliendo
De fragua su honra.
Invente el privado
Groseras lisonjas,
Para sacar raja
Del poder que adora.
Ostente el hidalgo
Con hinchada boca
Su panza de burra
Del cerco de Troya.
Los nobles bisonos
Desparramen onzas
Por ver en sus armas
Duales coronas.
Sulque el comerciante
Del golfo las ondas,
Por traer cargadas
De perlas sus flotas.
Del gloton sostenga
La pródiga bolsa
Los platos y vinos
De la vita bona;
Mientras de mi prado
Tendido en la sombra,
Cante repicando
Mi tosca zampona :

*Como tú no me faltes,
Pan de mi alforja,
Como tú no me faltes,
Todo me sobra.*

VII.

MI VIAJE Á GRANADA.

Ver quisiera, Abdon,
La bella Granada,
El cerro de Elvira,
La Sierra-Nevada.
Llamábala Amete
La ilérica Arcadia,
Y contaba de ella
Lindezas extrañas.
Llévame á la grupa,
O iréme yo á pata,
Aunque Gil se ria
De mis zancas largas.
Al paso verémos
De Archena y de Alhama
Los fértiles campos,
Las cálidas aguas.
Buscarémos oro
Del Darro en la playa,
Y en la de Genil
Chinitas de plata.
Del Veiro en la orilla
Por las frescas bargas
Apios cogerémos,
Lechugas y malvas.
En el Monachil
Pescarémos carpas,
Que no son mejores
Las de Guadiana.
Del monte á la cima
Irémos á gatas,
Do es hace seis siglos
La mora encantada;
Que diz que en la cueva
Do tañe y do canta,
Hay sargas de perlas
Y ricas alhajas.
Con placer verémos
Desde la Alpujarra,
Por do los fenicios
Vinieron á España;
Y desde la torre
Do es la campana,
De ovejas y bueyes

Rústicas majadas;
Del fuerte de Biba
El foso y la escarpa,
Y del Aceituno
La torre encumbrada;
Donde de Abenáriz
La tumba deseara,
De los Alporchones
Muerto en la batalla.
En sus armerías
Hallarémos lanzas,
Alfanjes, pedreros,
Saetas y aljabas.
Cuando visitemos
La reina sultana,
Haránnos zalemas
Sus pajes y damas,
Sus negros gigantes,
Sus blancas enanas.
A sus lindos parques
Tendrémos entrada,
Y de los leones
A la angusta sala,
O bien de azulejos
O jaspes solada.
De Torres Bermejas
Yendo á la Alcazaba,
Verémos sus puertas
De bronce labradas;
En Generalife
Retratos, estatuas
Y bustos de reyes,
Califas y Omaras;
Fuentes de alabastro,
Rápidas cascadas,
Por entre mimbreras,
Mirtos y espadañas.
En el Albaicín
Labrarémos casa,
De troncos de alerce
Con techo de paja.
Que tal la tuvieron
En su edad dorada,
Zegries, Maliques,
Gomelos y Mazas.
De allí atisbarémos
Cómo juegan cañas
Los Abencerrajes
Para honrar á Zaida.
Quedito saldremos
Al romper el alba,
A oír á los jeques
Cantar sus lilailas.
Y en anocheciendo,
Si la luna es clara,
A ver en la Vega
Sus libicas zambas.
¿Tuerces el hocico?
¿Pones mala cara?
Voló mi viaje;
Llévole la trampa.

ROMANCES.

Apólogos morales de San Cirilo,
el Filósofo (1).

I.

LA PALOMA.

A beber llegó á la fuente
Una cándida paloma,

(1) Floreció en el siglo IX. Sus *Apólogos* se publicaron en el siglo XV. De ellos hizo otra edición Baltasar Cordero, en Viena, el año 1630.

(Son solo apólogos de San Cirilo estos tres primeros romances.)

Cuyas argentadas alas
El sol en su vuelo dora;
Venise en sus ojos vislumbres
Como de piedras preciosas,
Brillale el cuello, y las plumas
Perlas parecen y aljófar.
No advirtiéndole que su orilla
Fétido estiércol enloda
(Que su negror verde grama
Ocultára como alfombra),
Pone en el cieno los pies,
Y sin valerse se ahonda;
No veis ya en ella lindeza,
Pues fué mancillada toda.
El cieno entónce con risa,
Burlando de su deshonra,
Gozoso del mal que hiciera,
Como vencedor blasona.
¿Cómo se oscureció el oro,
Dice, y se mudó á deshora
Aquel lucido color,
Tornándose en fea escoria?
—Nace mi daño, responde,
De que mis pies aprisionas;
Y ¿quién eres tú? me di.
—Cienso soy.— Porque me tocas,
Prosigue, quedé manchada;
Tú, inmundo lo limpio tornas;
El agua, al contrario, lava
Y el resplandor arrebola.
El lustre, cuando es nativo,
Fácilmente se recobra;
Mas do es natural la horrura,
Allí para siempre mora;
La mia la sobrehez,
La tuya el sér inficiona;
Por do tú mismo te acusas,
Pues lo que es limpio desdoras;
Inmundo te quedas tú,
Y lo puro con más gloria.
El can rabioso, aunque muerde,
No echa de sí la hidrofobia;
En sí se guarda el veneno
Aspid que al sabio emponzoña.
¿Por qué lastima la espina?
Porque de suyo agarrocha;
El pez que ennegrece el mar,
Lleva la tinta en la boca.
Así el daño que hace el malo,
Primero su pecho encona.
Yo, en bañándome, más linda,
Sin tí, tornaré y hermosa.
Tú, no mudando de sér,
En tu fetor empeoras.
Cobrar podrá la inocencia
Lo que la infamia le roba;
Mas de ella el infamador
Nunca jamas se despoja.
Esto la paloma dijo,
Y gallarda y victoriosa
Fué al baño, sin aguardar
A que el cieno le responda.

II.

LA HORMIGA.

Rastrojos y pegujares
En el rigor del estío
Iba una hormiga cruzando
A la rebusca del trigo;
Cuando con limpidas alas
Mirándose de improvisó,
Echó á volar por los aires
Con orgullo y regocijo;
Y hallando una filomena
Que cantaba en un aliso,
¿Quién eres? le dijo.— Soy
Un ligero pajarillo,
Que por alegrar los campos
Con mi canto, dejo el nido.
Halló luego á una abejita

Chupando un verde tomillo :
 ¿Quién eres, dime, te ruego,
 Y á dó guías tu camino?
 —Volando de flor en flor,
 Responde, con artificio,
 Para labrar los panales,
 Sácoles jugo y rocío.
 Al oír esto la hormiga,
 Sus blancas alas bendijo,
 Y con la natura hablando,
 Así soltó su zumbido :
 Gracias doy á tu largueza,
 Que me sacó de mi silo,
 Librándome del afán
 En que hasta ahora he vivido.
 Yo no romperé calzadas
 Por entre peñas y riscos,
 Ni por ellas paja ó grano
 Arrastraré á mi escondrijo.
 Que en la region de la luz,
 Y entre arrayanes y mirtos,
 Con jilgueros moraré,
 Con ruiseñores y mirlos.
 Mas ¿hay, preguntó á la abeja,
 Algun riesgo en estos sitios?
 — Muchos y por todas partes,
 Respondió; rígidos frics,
 Bochornos y tempestades,
 Y huracanes imprevistos;
 Sin contar del gavilán
 Las uñas y el corvo pico,
 Ni de la emboscada araña
 La red de mallados hilos.
 — ¡Guárte! dijo la hormiguilla;
 Y al decir esto, dió un brinco;
 Mas confiada en sus alas,
 Sin soltarlas fué á otro aprisco.
 En tanto corrió ligero
 El can que abrasa el estío,
 Y en pos del templado Octubre
 Llegó el Diciembre marchito;
 Sobrevenien agnaceros,
 Cierzos, hielos excesivos;
 Falta el manjar, llega el hambre;
 La hormiga, dando un suspiro,
 Volveré á mi coveznela,
 Dijo en tono dolorido.
 Mas ¡ay! hallóla cerrada,
 Y aunque llamaba contino.
 ¿De dónde vienes? ¿Qué traes?
 Le dicen desde el asilo.
 Vengo del aire, responde,
 Y alas me traigo conmigo.
 — ¡Alas? Aquí no las hay,
 Ni cabe sino el que mijo
 Trae, ó cebada, ó centeno;
 Y el que no, no es admitido.
 Desesperada la hormiga,
 Bufando, perdido el tino,
 Abominando del aire,
 Loando su rinconcillo,
 Ahora entiendo, exclamó,
 Ser falaz la aura del siglo,
 Que quien la busca, no es sabio,
 Pues ama su precipicio;
 Que es inquieta y mal segura,
 De lazos llena y garlitos,
 De paz falta y de sosiego,
 Por do es el libre cautivo.
 ¡Oh cuán dichosa es la cueva
 Do busca el humilde abrigo.
 Siempre estable y sin mudanza,
 Y sin miedo de enemigos;
 Do es sabrosa la hermandad,
 Segura de ajenos tiros,
 Region de bienes vitales,
 Lejos de estruendo y de ruido!
 Así á la hormiga hizo cuerda
 El llanto y dolor prolijo.
 Mas no la sacó del riesgo
 Su desengaño tardío.

III.

EL GALLO.

Viendo un gallo que entendia
 Los movimientos del cielo,
 Y que era reloj su canto
 Del pastor y el marinero,
 Subió, hinchado de su ciencia,
 A la rama de un cerezo,
 Y encaramando la voz.
 Cantó con erguido cuello.
 Óyete desde su cueva
 La zorra, y cruzando cerros,
 Va hácia él, y al pié del árbol
 Sentándose, con buen gesto,
 Gran gala tienes, le dijo;
 Ciertó eres músico diestro;
 ¿Qué te mueve á henchir el aire
 De tan sabrosos gorjeos?
 Muéveme, respondió el gallo,
 El conocer que preveo
 El alba, y áun siendo noche
 Me avisa que viene Febo.
 Y ufano con mi alta ciencia,
 Rebosando de contento,
 Sin poderme contener
 Abro el pico y garganteo.
 Muy sabio debes de ser,
 Dijo la zorra riendo;
 A las celestes lumbreras
 Igualate tu talento.
 Tan desaforado elogio
 Puso al gallo más soberbio;
 Cantó otra vez, y al cantar
 Saltó la zorra de presto.
 ¿Por qué saltas? dijo el gallo.
 De gozo salto, pues huelgo
 De que con tanta razon
 Rebese en placer tu pecho.
 Permíteme, de mi gozo
 Para muestra, darte un beso;
 Así verás que te estimo,
 Y te acato y te venero.
 Con las melosas palabras
 Y el tonillo lisonjero
 De la zorra, encandilado
 El gallo, alargó el pescuezo.
 Ella entónces, acuciosa,
 Metiéndole en su garguero,
 ¡Oh gallo, gallo! le dijo,
 ¿Dó está tu saber y acierto?
 Por tu soberbia perdiste
 La ciencia y la vida á un tiempo.
 ¿Cómo te glorias, zorra,
 En la iniquidad que has hecho?
 Clamaba el gallo. Arte es,
 Dijo ella, y no denuesto,
 Humillar al docto vano
 Que de sí no tuvo acuerdo.
 Sábete que hinchó la ciencia,
 Cuya hinchazon es divieso,
 Que en llegando á reventar,
 Llega tarde el escarmiento.
 Grato es al oído loco
 Del loor el embeleso,
 Mas rompe y vuela montañas
 Si llega á pasar del cuero.
 Fuera de camino anda
 El sabio que no es modesto,
 Que con ser astuto el lobo,
 Fingese á las veces lelo.
 El astro que más se abaja,
 Más alumbra el hemisferio,
 Y apenas brilla el que más
 Se remonta en su apogeo.
 De los ojos es más claro
 Y más agudo el pequeño;
 Y de muy vil gusanillo
 Veis en la cola un lucero.
 ¿Qué sabes, gallo, si ignoras
 De quién eres hijo y nieto?

Y si sabías ser gallo,
 ¿De dó tan gran devaneo?
 ¿Puede ser más fatua mezcla.
 Que orgullo en lo que hay tropiezo,
 Y ciencia con vanidad,
 Que pone al docto en aprieto?
 Al llegar aquí la zorra,
 Dejando á los dientes fieros
 Hacer su oficio en el gallo,
 Le abrió en un punto su entierro.

IV.

EL PASTORCILLO.

*Laudator temporis acti
 Se puero.
 (HORAT., Ep. ad. Pisones.)*

¿Qué tiempo aquel, Bermejillo,
 Cuando por medio real
 Nos daban un par de albarcas
 Y un cordon para el gaban!
 Cuando en mostrando dos cuartos
 En la alhóndiga del pan,
 Nos llenaban el zurron
 De rosas de candel:
 Cuando en tafiendo una giga
 A gusto del capataz,
 Decia: Comed á pote
 Bellotas del carrascal.
 ¿Qué de tortillas nos daban
 Los cartujos del Panlar,
 Y truchas asalmonadas,
 Fritas con limon y sal!
 ¿Te acuerdas cuando en Octubre
 Los tordos en el pinar
 Nos llevian á docenas
 Por delante y por detras;
 Y de cuando por Enero
 Blas Horcajo y Gil Damian
 Nos daban de su cochino
 (Con perdon) media canal?
 ¿Del solomo que comimos
 Con tortas de mazapan
 En el chozo de Perote
 Los dias de Carnaval?
 Y que nos dijo su abuela:
 ¿Zagales, quereis bailar?
 Bebed ántes media azumbre
 De este vinillo hipocras.
 ¿Cuántas zampoñas rompimos
 Rondando por el lugar,
 Cantando la gloria excelsa
 La noche de Navidad?
 Y aquella tia Melchora,
 Al rescoldo de su hogar,
 ¿Qué de cosas nos contaba
 De Oliveros y Roldan!
 ¡Oh, qué tiempos! ya volaron
 Para no volver jamas;
 Como el Tajo, que no es Tajo
 Desque se mete en la mar.

V.

EL CABRERO DE GURLOUGH (1).

Siendo yo humilde cabrero
 De Gurlough en las montañas,
 Soé que era rabadan
 En los cerros de la Arcadia.
 Mi zurron era de armiños,
 De bocado las albarcas,
 El casquete de tisú,
 Los peales de escarlata,
 Y de oro bruñido el cinto,

(1) Lago del condado de Limerick, en Irlanda, famoso por los antiguos monumentos que se conservan en sus cercanías.

Y de raso la zamarra.
El cuerno de la manteca
Era de marfil del Asia;
Tornóse el asno camello
De las turcas caravanas.
A mis rústicos banquetes
De manteca y de patatas,
Sucedían pavos, faisanes,
Perdices, pollas asadas,
Jamones, tartas, pasteles,
Compotas de frutas varias,
De las que cubrir solían,
Durante la edad dorada,
Las sibaríticas mesas,
Persas, griegas y romanas.
En pos de mí los zagales
Iban de aquellas majadas;
Y el que me vía risueño,
Alzaba en alto las palmas.
Quién quesos, quién requesones,
Quién rica leche de vacas,
Quién primales, quién andoscos
Me traía á mi cabaña.
Con sus laureles Apolo,
Y Marte con su carrasca,
Me coronan, y sus flechas
Me da Cupido y su eljaba.
Las driadas y napeas,
De silvanos rodeadas
Y faunos, quemando espliego,
Todo el ambiente embalsaman.
Si negras nubes retruenan,
Si rayos las peñas rajan,
Si remolinos de viento
Cedros y pinos destallan;
De ninfas plácido coro
Se llega á mí, y en volandas
Me llevan á su templete
De jaspes y de pizarras.
¡Qué riqueza! ¡Qué opulencia!
¡Qué decoro en mi comparsa!
¡Con qué cantares tan dulces
Mis oídos regalaban!
Al són de los caramillos
Saltan del bosque las matas,
Danzan ciervos con carneros,
Océtrales bueyes con gamas.
¡Quién sabe sobre esta dicha
Las cuentas que yo me echaba?
Si me dieran á escoger,
Por duques no me trocará,
Y por pérdida tuviera
El ser señor de la Irlanda.
Mas ¡ay de mí! ladra el perro;
Despéganse las pestañas,
Y al sentarme sobre el heno,
Me hallé sólo con mis cabras.

VI.

LA EDAD DORADA.

En aquella edad dorada
Que don Quijote dichosa,
Y otros más lerdos que Sancho
Llamaron edad heróica;
Cuando por los carrascales
Siempre andaban de camorra
Los héroes y las pjaras
Por partirse las bellotas;
Cuando brotaban las huertas
Deidades como alcachofas,
Y no en platos, sino en aras
Eran puerros y cebollas;
Cuando estaban por nacer
Los reposteros de Troya,
Y sus ar es de cocina
Aun no diera á luz Borgoña;
Cuando ni los marmifones
Ni su adalid Barbarroja
De mil leguas saludarán
Las playas de Macedonia;

Cuando el fino paladar
De los medos y epirotas
Era de hierro colado,
De esparto ó de piedra tosca;
Cuando con ajos y berros
Se desayunaba Roma,
Y á excuso, que era impiedad
Comer sus dioses por sopa;
Cuando ni pavos cebados
Vician las mesas, ni pollas,
Ni cochinitos de leche,
Ni codornices, ni chochas;
Ni de ponche é hipocras
Rastro había ni memoria,
Y menos de chocolate,
Ron, te, ni café de Moka;
Ni hostigáran los gallegos
Las sardinas y las ostras,
Andando libre el besugo
Por la cantábrica costa;
Cuando del indico mar
A su salvo por las ondas,
Cual góndolas, las ballenas
Cruzaban y las marsopas,
Porque nadie esparaveles
Sabía labrar, ni sogas,
Algerifes, ni garlitos,
Ni aun red de pescar pijotas;
Ni parían bacalao
Los bancos de Terranova,
Ni las conchas desbullaban
Los indios de California;
Cuando del Tigris y el Ebro
Por las riberas frondosas
Asomaban las madrillas,
Y se las dejaban solas;
Y los sollos y espetones,
Arenques, breccas y alosas
No vieran gángüles nunca
En el golfo de Mallorca;
Cuando salían del Bétis
Los albures y las bogas
A escuchar por sus riberas
La sevillana parola;
Cuando no había tabacos
Rapé, de polvo, ni hoja,
Ni eran frezal las narices,
Ni chimenea las bocas;
Y las pajillas y puros,
La flor baja y bergamota
Eran voces tan arcanas
Como la lengua de Angola;
Cuando de cardos y acelgas
Se componían las ollas,
De chícharos y espinacas,
Y, á lo más más, achicorias;
Y para toros y cañas
Se guardaban las almortas,
Y el aceite, ni de vista
Conocía á la escarola;
Cuando el mechar un faisán
Era caso de deshonra,
Y el trinchar pavos reliquia
De la secta de Mahoma;
Cuando los pobres conejos,
Tan acosados ahora,
Y las liebres á su anchura
Daban saltos por las lomas;
Y en viéndose una perdiz
Allá por los montes de Oca,
Los Ordoños y los Cides
Le rendían sus tizonas;
Entónces ¡ay! ¡qué tristura
Causaba el oír la hora
Llamada de los yantares,
Y más á gente giotona!
Que en vano alicas buscárais,
Hormigos, masas ni roseas,
Ni las mecladas terneras,
Ni albardillas, ni compotas.
¡Melindres? ni por asomo.
¡Pastelón? pica en historia.

¡Albóndigas? ésa es grilla.
¡Queso helado? Dale bola.
Ya tomáran un pistrache,
O jigote, ó cachafolla,
O un tasajo chaumascado
Con los tizos de una choza;
Que cuando la alboronía
Comenzó á usarse en Europa,
R picaron las campanas
Los reinos de la redonda;
Que fué cuando se invitaron
Los bodrios en Babilonia,
En China la majarrana
Y en Persia la mazamorra.
Ya entónces la edad de plata
Andaba por la maroma,
Siguiósele la del hierro,
Que ha dejado tanta escoria;
Por señas que en aquel tiempo
Se conquistó Trapisonda,
Que despues se tragó el mundo,
Y le inundó de colonias.
Ahora llaman desastrada
Aquella edad venturosa;
Mas ¡quién? cuatro fiñiquinaques,
Que sólo gustan de bromas.
Decid, fatuos, ¡quién entónces,
Como hoy dengues y peonzas,
Se entraba de mogollón,
O estaba á la sopa boba?
Durante el siglo de oro
Contrabando eran las gorras,
Y el arrimar la alabarda,
Y más el hacerse porra.
Pegotes no se sufrirían,
Sino de engrudo ó de cola,
Y petardos sólo en puertas
Al incendiárlas la tropa.
Ni daban los charangueros
Vomitivos á las bolsas,
Pues ni fungueiros ni dijés
Se compraban, ni aun aljofar.
Usábanse por junquillos
Las herculanas garrotas,
Y por hilos de abalorio
Sartales de agallas fofas.
A las minas fué á parar
Un recamador de tocas,
Y á galeras un chalan
Por introductor de modas.
La tienda de una modista
Se mandó quemar en Botania,
Sus cenizas llevó el Austro
A los montes de la Etiopía.
Así la frugalidad
Por do quiera estaba en boga,
Y nunca hallaban portillo
Lujo, faufarría ni pompa.
Lo mejor era que á nadie
Se le cortaba la ropa,
Ni torciera la amistad
Aun en los vientos de proa.
Para la astuta cizaña
Había cepos y argollas,
Encorazado era el chisme,
Y emplumada la lisonja;
La impostura y la falsía
Moraban en la picota;
La verdad iba desnuda,
Y la mentira sin sombra.

VII.

EL LITERATO.

Quisiera ser por un año,
O por un mes cuando menos,
Tulio, Virgilio ú Horacio,
Platon, Píndaro, Anacréon,
Sólo por un raro antojo,
Digno de un hidalgo pecho;
Y es por verme retratado

Con los pinceles del Greco,
De Rafael ó Velázquez,
Vandiek ó el Españolito.
Al mirarme un cronista
O un eradito archivero,
Llamando á los circunstantes,
Dijera : Ved aquí á Alceo,
U otro más famoso autor,
Tebano, Tirio ó Armenio.
Éste es quien mojó la oreja
En las sátiras á Persio,
A Lókmán en las ficciones,
En los donaires á Enio;
Más caldeo que Arfaxad,
Más que Demóstenes griego,
Más árabe que Almanzor,
Latino más que Terencio;
Que si bien, como Colón,
No descubrió mundos nuevos,
Anduvo del mundo antiguo
Por todos los pericuetos.
Con mi retrato ó mi estatua,
Bien fuese en mármol ó en yeso,
Diéranse por muy honrados
Los más célebres museos.
Tiráranse los bonetes
Estos críticos modernos
Sobre el solar de mi alcurnia
Y el blason de mi abolengo.
Tal dijera : fué de Moca;
Otro : no, sino de Alepo;
Quién andaluz, quién murciano,
Quién me llamára manchego;
Así por lustros y áun siglos,
Como se cuenta de Homero,
Por llamarse patria mia
El orbe anduviera en pleitos.
Viéranse desenterrar
Mis carcomidos fragmentos,
Colgar escolios y notas
A mis prosas y á mis versos.
Cuántos, si hallasen lagunas,
Irian al redopelo
Sobre quién con mayor tino
Lográra llenar mis huecos.
Ahora, como estoy vivo,
Visto y calzo, como y bebo,
No hay un buen alma que atienda
A si soy vizeo ó soy tuerto;
Ni trate de averiguar
Dó está en el mapa mi pueblo,
Ni si mi panza de burra
Es de los heroicos tiempos.
Ningun Apéles del día
Me pinta al óleo ó al fresco;
No hallo un Fídias que me entalle
Siquiera de medio cuerpo.
Aunque andan por ese mundo
Rodando mis mamotretos,
Nadie se mueve á ilustrarlos
Con glosarios ó comentarios.
No hay quien les ponga variantes
Al márgen ó al pié; que en ello
Claro está cuán gran servicio
Hicieran al orbe entero.
De apéndices no se hable,
O índices por alfabeto;
Y así andan mis pobres libros
Como mendigos en cueros;
En qué mejor se empleáran
Elzevirio, por ejemplo,
Didot, Plantino, Bodoni,
O el impresor del colegio,
Que en dar á luz en octavo
Las obras que en folio he impreso?
¿Qué hacen esos grabadores,
O litógrafos, que al texto
Con láminas y viñetas
No dan un mérito nuevo?
¿Cuántos libros hallaréis
Con mil grabados superfluos,
Que sirven de diversion

Al que no sabe leerlos?
Diréis que no enseñan nada;
¿Y no es algo dar recreo
Con un lago, con un bosque
O una caza de conejos?
A los encuadernadores
Les diera con la de rengó,
Porque el oro prostituyen
Y las pieles de Marruecos.
Llenas son las bibliotecas
De tomos que yo desprecio,
Con córte y cantos dorados,
De tafilete cubiertos.
Los míos, que serán pasmo
De los siglos venideros,
Andan en busca de galgos
Que les leguen sus pellejos.
Y áun esto, con ser tan triste,
No es lo peor de mi cuento :
Lo amargo, lo que me roe
Y me calcina los huesos,
Es que me tengan por sandio
Los doctos de medio pelo.
Si tal vez en las tertulias
O en la calle me presente,
¿ ostentar mi coramvóbis,
Que al orbe infunde respeto,
¿Qué rechifla! ¿Qué sarcasmos!
¿Qué risotadas! ¿Qué gestos!
Y esto, no los cachivaches,
Sino los de pelo en pecho.
¿Soy yo acaso la tarasca,
O el culebrón de Toledo,
O me he vuelto de improviso
Palillo de barquillero?
¿Y qué, son sólo ademanos?
También llueven vituperios.
Ved, dicen, el pedanton,
Literato churrullero,
Corneja que se engalana
Con los plumajes ajenos;
Don Hermógenes, don Guindo,
Don Naranjo, don Camueso,
Bachiller de Calasparra,
Licenciado de Hontiveros.
Uno me tira tronchazos,
Otro cantos, que es más negro;
Pero ¿cómo? dirigidos
A la copa del sombrero.
Quién se me sube á las barbas,
Quién me mesa los cabellos;
Quién, sin decir agua va,
Me convierte en basurero.
¿Ay de tí! misero mundo,
De tontos poblado y necios,
Por no decir de envidiosos
Del mérito y del talento,
Que al paso que hasta la luna
Ensalzan á un majadero,
Metén bajo siete estados
A los floridos ingenios.
Por librarme de moscones,
Quisiera ser de los viejos;
Admirarianme entónce
Los que hoy me llaman ciruelo.

VIII.

LOS REFRANES.

Un insigne pedanton,
Que yace ya en el lucillo,
Para quien niños de teta
Eran modernos y antiguos;
Glosador de Despanterio,
Corrector de Calepino,
Tiraba á nuestros refranes
Como á real de enemigo.
Decía que Sancho Panza
Los forjaba á su capricho,
Al alternar con torreznos
Los tragos de su botijo,

Y que el Comendador griego (1),
Que de ellos compuso un libro,
Fué un plagiarlo del Quijote,
Pues vivió en su mismo siglo.
De esto trataba en su escuela
Para instrucción de los niños,
En la mesa, en el paseo,
En invierno y en estío.
Sobre ello escribía arengas,
Odas, coplas, cantareillos;
Dos veces que tuvo fiebre,
Allá se fué su delirio.
Un día de cumpleaños,
Comiendo con cuatro amigos,
Tomó por el asa un jarro
Que hacía un par de cuartillos,
Y arqueando las pestañas,
En hueco tono les dijo :
No extrañéis, mis camaradas,
Que haya desaparecido
De España la sencillez
Y el carácter primitivo,
Desde que abortó la Mancha
Esos refranes malditos,
Que mienten más que dan agua
Las cataratas del Nilo.
¿Cómo es eso de mentir?
Dijo un huésped; siempre he oído
Que nuestros refranes hablan
La verdad, como los niños.
Enfurrúñose el pedante,
Echóse al colete el tinto,
Y dijo : Escuchadme atentos,
Y sabréis cuántas son cinco.
Dice un refran que no duerma
El que tuviere enemigos;
Yo digo : acéñtese pronto,
Y ronque hasta el sol salido.
Otro diz que honra y provecho
No caben en un recinto;
Yo veo que es acatado
El que tiene un buen bolsillo.
Bien canta Marta, si es harta,
Dicen las mozas de Pinto;
Lo que quiere el harto es cama,
Y más, si es harto de vino.
Dicen : No hay sordo peor
Que quien dar no quiere oídos;
Peor es quien oye, y abre
En la otra oreja un portillo.
En el mal paso el postrero,
Es refrán de peregrinos;
Majaderos, si hay mal paso,
Id por donde no hay peligro.
Quien da presto, da dos veces,
Dijo un pordiosero á un rico;
Y él contestó : Al que da presto
Le sacan luego hasta el quilo.
Diz que dicen las verdades
Los locos; ¡gran desatinó!
Lo cierto es que el que habla claro
Por más que loco es tenido.
Bodas y riñas de prisa,
Oigo á cuatro sabidillos;
Decid : De espacio en casaros
Y en saludaros á tiros.
Diz que quien todo lo quiere,
Todo lo dé por perdido;
Enmiéndese : A la madeja,
Si quereis pillar un hilo.
Dineros, cantaba un sastre,
Y no consejos, os pido;
Contéstele : Sin consejo
Perdió el dinero á un mal hijo.
Que es voz de Dios la del pueblo,
Dicen hoy los chirlos mirlos;

(1) Alude al famoso catedrático de Salamanca en el siglo XVI, Hernán Núñez de Guzmán, llamado *El Comendador Griego*, que formó un catálogo de seis mil refranes castellanos. (Nota del Colector.)

¿No saben que de pateta
Suele á veces ser bufido?
No por mucho madrugar,
Va el sol más pronto á los riscos;
Esto decia en su catre
A mediodía mi primo,
Poltronazo, sin vergüenza,
Que en el huerto de su tío,
Timbado bajo una higuera,
Se hacia alcanzar los higos.
Aquí un segundo remejo
Dió el pedante á su galillo;
Y quedó tan mal parado,
Que no pudo decir: brindo.

IX.

MI IMPERIO.

Si llegase á verme electo
Emperador de la China,
Como al darle dos reales,
Me lo anunció cierta egipcia;
Riéndome á carcajadas
De chinos areopagitas,
La secta de literatos
Volvierá patas arriba.
Nadie me pase, dijera,
De la primera cartilla;
Del que aprenda el a-be-ce,
Ya es la carrera cumplida.
Al que quisiera ser sabio,
Yo no se lo impediría;
Mas fuéralo por el plan
Amasado en mi oficina.
Hicírale yo estudiar
A don Palmerín de Oliva,
Al del Febo, y otras obras
De andante caballería;
Mas no al Quijote de Sancho,
Do Benengeli delira;
Que á no ser por Dulcinea,
El orbe le escupiría.
Y de la edición de Ibarra,
Con tantas láminas finas,
Mandára hacer encenruchos
Para las confiterías.
Ni alcázares en Pekín
Ni murallas dejaría,
Que atajan el curso al viento,
Y son estorbo á la vista.
Ni en cacique ni en santón,
Ni en mandarín de provincia
Los mechones consintiera,
Que afean su coronilla.
A los ricos, de pantallos
Con que sus salones pisan,
Y de sus purpúreas calzas
Los despojára, y diría:
Calzad de hoy más alpargates,
Quédense las cebejlinas
Para astutos cortabolsas,
Que andan siempre de puntillas.
Esa plata sepultada
En las sepulcrales islas,
En hombres de palafreñes
Vaya á mi tesorería.
Dos navios de tres puentes,
Cargados de piedras finas,
Regalára á los manolos
Del barrio de Maravillas;
Por do quedase memoria
De que en Madrid comí guindas
De Toro y pan de Vallecas
Y albaricoques de Olias.
No dejára á sol ni á sombra
Sortilegos ni alquimistas,
Ni jugadores de manos,
Ni sardos con marmotinas.
Mas con los de cuerda floja
Otra conducta tendría,

Y con los que sobre palos
Atrancan como cabritas.
Arlequines, saltinbanquis,
Purichinelas, diría,
Venid á ilustrar mi imperio.
Que está aún envuelto en mantillas.
Desterrára al Negro Ponto
A los maestros de esgrima,
Por ser más que el aguardiente
Fomentadores de riñas.
Fuera mis grandes compinches
Los poetas que improvisan,
Se entiende, si sus saudeces
Fuesen alabanzas mías.
Las fábricas destruyera
De la chinesca vajilla,
El heroísmo imitando
Del que echó abajo la mia.
E hiciera ir de Alcorcón
Platos, tazas, escudillas,
En que mil veces vi á hidalgos
Comer en la Mancha migas.
Diera fuego á los telares
Donde los rasos fabrican,
Para abrir un buen mercado
A las jergas de Galicia.
De los árboles frondosos
Que cercan sus praderías,
Ni uno dejára por muestra,
Todos los hiciera trizas;
Que es llamar los gorriones
A las tierras sembradas,
Que cercenen el grano
Que debe entrar en la cilla.
Las fondas trocára en ventas
Do los pelgares se abrigan,
Y duerma á carroña rasa
El lardo que se descuida.
De las casas de recreo
Hiciera caballerizas,
Y quédese para bueyes
Solazarse en la campiña.
No consintiera en invierno
Congregar-se en las cocinas
Las viejas con las mozelas
A contar sus brujerías;
Ni á los viejos que de mozos
Sirvieron en la milicia,
Echar tajos y reveses
Por dorar su cobardía.
Al que me hablase otra lengua,
Árabe, griega ó latina,
Le daría pasaporte
Para Dalmacia ó Panfilia.
Chino, chino, que esto basta;
Lo demas son gullorias;
Las lenguas en estofado,
Que así las comi en Sevilla.
Hiciera mis camareros
A los que emplean el día
En abrir el apetito
Y digerir la comida.
Pero un mes de pan y agua
Le mandaría en una ermita
Al que arrima la alabarda
Donde nadie le convida.
No admitiera mensajeros,
Tártaros, medos ni seitas,
Gentes que andan husmeando
Lo que se asa en las cocinas.
Y al cabo, ¿á mí qué me importa
Que esté en guerra el moscovita,
O saber el cumpleaños
Del gran visir de Turquía?
Lo que hace al caso es tenderme
En alfombras damasquinas,
Sin dar oídos á chismes
Del Preste Juan de las Indias.
¿Qué dentelladas darán
A mi plan los estadistas,
Que el mundo ven por embudo,
Casados con su rutina!

¿Qué fuera si rastreasen
Que le fraguó en su celdilla,
Entre enriscados barrancos,
Un bellaco archimandrita?
Mas quien sepa otro mejor,
Levante el dedo y lo diga;
Y si fuere sorlo-mudo,
Ponga un cartel en la esquina.

X.

ZAYE.

Desde la hermosa alcabala
Que á Játiva señorea,
Registra Adulce, su alcaide,
La poblacion y su vega;
A tiempo que en yegua torda,
Bozal y casquimuleña,
A subir por Carraixet,
Zegri, el de Alberique, llega.
La adarga es de liso cuero,
El arpon de plata tersa,
Y de peltre jacerino
La cota y las brafoneras.
Brilla el borne del bofordo
Centellea la arandela,
Y echan fuego el capacete,
El morrion y las grevas.
Siguele gran cabaigada
Con caretos de cernejas,
Parte van á la estradiota,
Y los demas á la pierna.
Cruzan los caces y azarbes,
Que fertilizan las huertas,
Y á la Losa se encaminan,
Donde esta tarde hay gran fiesta.
Que aquel valeroso Zaide,
En paz iris, rayo en guerra,
De aspecto bravo y feroz,
Lengua apacible y discreta,
A quien fué el cielo propicio,
Y la suerte nunca adversa;
Con ligereza de viento,
Con rapidez de cometa,
En medio día rindió
Las torres de la Costera;
Y en el cerro de Santa Ana
Alzóle estatua Zulema,
El que las huestes murcianas
Desbarató en Orihuela;
Y de Játiva la flor
En su triunfo cañas juega,
Y alcancias, al estilo
De los Azarques de Teba.
En mohinos alazanes
Con amarillos librea
De Surió el rápido rio
Escarceando atraviesan,
Y del repecho en la cima
Con Zegri y su gente encuentran.
Llegan juntos á la plaza,
Do de arrayan y majuelas
Y de lauros el palenque
Labrada tiene la cerca.
Dejan cascos y caireles,
Visten petos y baberas,
Embargan la adarga al pecho,
Toman careajes y flechas.
Al són de los clarinetes,
Atabales y trompetas,
Con lindos penachos bajan
Azarques con sus empresas.
En verdes corazas unos
Traen escrita esta letra:
Venció Zaide; en el arzon
Otros: *Ganó Zulema.*
Púsose fin á la justa
Con zambras, gigas y leilas,
E hicieron la noche día
Las bujías, las crisuelas,

Velones, mariposillas,
Millares de candelijas,
Rojos y cárdenos vasos,
Fanales, hachas y hogueras.

XI.

AMETE.

No en bordadas almocelas,
No en aljubas ó almaleques,
Pantuflos ó cebellinas,
Ni en forrados alquiceres;
Sino de gabán cubierto
Sale de Játiva Amete,
Con sus polainas gayadas
Y gavión y zaragüelles.
Mas lleva so el gandujado
Almofares y belmeccs,
Baberas, grevas y jacos,
Celada y otros arneses.
Dirige el paso hácia Albaida,
Do están los Almocadenes,
Que acaudillan Almohades,
Lanceros y Bacinetes.
Registrar quiere el alcázar,
Sus torres y chapiteles,
Para darle conquistado
A Lutar, el de Luchente;
Mas al acercarse al muro,
Divisando el capacete,
El es; lluévenle azagayas
Y bofordos como nieve.
Quiere huir, mas no le es dado,
Que salen y le sorprenden.
Dioscientos eran y él uno :
Solo soy, ¿qué haceis, alevés?
¿Para qué tantos carcajes
Contra quien ni un dardo tiene?
Ellos, ciegos de furor,
Con sendos chuzos le hieren;
Cae y tiñe el blanquizar
La roja sangre caliente.
Vienen desde Alfarrasi

Los esforzados Zenetes,
Y alzándole de entre el polvo,
De lauro ciñen su frente.
Vuela por todo aquel valle
Triste rumor de su muerte,
Y bajan miles de alarbes
Montados en palafrenes.
A otro día en negras andas
El verio cadáver vuelven;
Más que sangre sus heridas,
Los ojos lágrimas vierten.
Recibenle planideras
De la muralla de Oriente,
Y en un punto corre el lloro
Adonde el día fenece.
Van las moras destocadas,
El cabello hasta las sienes,
Con briaes de lilaila,
Guarnecidos de morlescos.
Marga viste el Alfaquí,
Sin garzota va el alíerez,
Los Alarifes borlones,
Los Azarques alfaremes.
No se ven allí alquinales
De naranjado ó de verde,
Ni gramallas de limiste,
Ni gorras de peldefebre;
Ni ménos suenan laudes,
Arpas, pitos ni rabeles,
Sino albogues y añafils,
Y atabales que ensordecen.
Nadie canta ya con gala,
Ni gorjea de falsete;
Todos bronceamente á una
Entonan tristes motetes.
Decídlo, Zéid, pues lo visteis,
Y Zelim, el de Mogente,
Si acompañasteis el duelo
Que Játiva le previene.
Murió Amete á mano osada;
De Guad-Amar le celebran
Las deliciosas riberas,
Y de Bellus los verjeles.
Los Xerifes como á igual,
Como á espejo los Muleyes,

Las Zaidas como á gentil,
Como á bravo los Gomeles.

XII.

EL ROBO.

Por el puerto de Bisquert
Bajaban de siete en siete
Trescientos almoravides
Con Soliman á su frente;
Van cincuenta en alfaraces,
Otros ciento en palafrenes,
Los demas eran peones
De Mariola y allende.
Como no los vió Vernisa,
Que era cubierta de nieve,
Muy á su salvo y sin sangre
El Cantal Gentil sorprenden.
Desfila Tarfe, y con él
Otros cuarenta hácia Oriente,
Antes que risueña el alba
Asume sus rosicleres.
Bien sabe que en los adarves
De Játiva hay almacenes
De cebada y candíal,
De forraje y alcaceles;
Y recordando el ardid
Con que robó á los de Gélves,
Apéase del caballo,
Lanza de sí los arneses,
Fingiéndose ser un pelgar
Que á cureña rasa duerme.
Preséntase con harapos
Junto á la Sirera fuente,
Y pide en la casamata
Al guarda que le aposente.
Y mientras le está escuchando
El que la puerta defiende,
Al soslayo le saluda
Como Judit á Holoférnes;
Estaban ya apercebidos
Y en acceho los Zenetes;
Llegan, y de todos granos
Cargaron dos mil toneles.

CANCIONES.

I.

EL ESPÍRITU.

Moras en mí, oh Espíritu divino;
Mas por dónde no sé ni cuándo entrarás;
Siéntote en mí y no veo tu camino.
Sales, tornas, te quedas, no á las claras;
Nadie sabe á dó vas ni de dó vienes,
Ni en quién ó cómo tu mansion preparas.
¿Tus huellas quién las viera ó tus andenes?
Sobre las nubes vuelas, tus calzadas
Entre los astros cruzas sin vaivenes;
Y descendes del suelo á las majadas,
Y entras en mí, mas no por el sentido,
Que rastro no hay en él de tus pisadas.
Ni te admite del céfiro el zumbido,
Ni con manjar te mezclas, ni la mano
Puede tocar tu fuego ó tu latido.
¿Por dónde entraste, pues? Búscolo en vano.
Porque no entró ni vino desde afuera,
Como va á la ciudad el aldeano.
Mas ¿de dentro de mí cómo viniera,
Si él es limpio y yo inmundo; noche oscura
Mi corazón y él cándida lumbrera?
Sobre mí sube, y en mayor altura
Dicenme estar; inclino humilde el vuelo,
Y no puedo llegar hasta su hondura,

Si miro á lo de fuera acá en el suelo,
Muéstrase allí, mas de mi vista huye;
Vuélvome á lo interior, y éste es tu cielo.
Y entiendo que á mi vida contribuye,
Y que en él soy y que por él me muevo,
Y que en mí muerte y todo mal destruye.
Mas si no le diviso, ¿por dó pruebo
Que está él en mi ánima presente
Y que le inspira sér y aliento nuevo?
Porque es vivo este espíritu y ferviente,
Y da vigor al ánimo caído,
Y le sana tambien si está doliente;
Y comienza á arrancar lo mal nacido,
Y á reparar el muro ruinoso,
Y el yermo trueca en un vergel florido;
Y á lo seco da riego, y lo escabroso
Allana, y lo torcido torna derecho,
Y el Noto calma en golfo proceloso.
No entendí yo que entraba él á mi pecho
Por seña, ni por voz, ni por figura,
Por moverse ó andar de trecho en trecho;
Mas porque al bien mi alma se apresura,
Conozco que el Espíritu está en ella,
Y porque hallo en mis lágrimas dulzura.
De que ya el vicio en mí no deja huella,
Y burlo su furor y alevosía,
Infiero que su espada le degüella.
Como en alcázar veo el alma mía,
Y que la infernal huete en mi terrero
No ejerce su poder y tiranía.
Mas ¿por qué vuelve osado este guerrero
Cuando de mí el Espíritu se ausenta?

Y cual olla que hierve en el brasero,
Al fuego unida su calor aumenta,
Y se enfria, si de él es dividida;
Así yo caigo, si él no me sustenta;
Por esta seña advierto su partida,
Pues sin él queda el alma desolada,
Enferma, triste, lánguida, oprimida;
Hasta que otra vez torne, y esforcada
Con su aliento la deje y consolada.

II.

EL ÁGUILA.

*Vos ipsi vidistis.... quomodo portaverim
vos super alas aquilarum. (EXOD., XIX, 4.)*

¿No viste cómo el águila rapante,
De tierno afecto maternal vencida,
Hace su nido en apartadas breñas,
En peñasco ó en pico inaccessible,
O en risco que el asalto no conoce,
Do la altura defiende sus polluelos,
Y que al sacarlos á volar al viento,
Anda por cima de ellos revolando;
O bien, cuando del vuelo se fatigan,
Tiende las alas y su nido entero
Lleva sobre sus cándidos mantones,
Para volverlos á do estén seguros
De las flechas y dardos del montero;
Y si en tanto ve lutas y escarcelas,
Y del chuchero escucha el alarido,
Y atisba los halcones con pihuelas,
Y otras aves en jaula marjoladas,
Surca el aire con rápida carrera,
Y hasta no ver el suelo se remonta
A do esmeril no llega ni cuadrillo;
Y si del peso de ellos oprimida,
A las regiones inferiores baja,
No por eso los suelta, ántes del pecho
Pone á los pasadores y saetas,
Para que en él se emboten, y á los hijos
No engañe de la alcándara la astucia,
Ni el espiñque sorprenda ó la losilla?

Así el Hijo de Dios, viendo los riesgos
Del linaje de Adán, acometido
Por válidos y astutos adversarios,
Desde el excelso trono de su gloria
Bajando al suelo, con amor de padre
Sobre sus hombros nos llevó consigo,
Y juntamente de la culpa el peso
Que se apropió, con ser del todo nuestra.

Y cuando vino de tiniebla el hora,
En que quiso del cielo á la justicia
Satisfacer la deuda del delito,
Hízose escudo nuestro, cota y muro,
Do jugasen los tiros del infierno,
Y pabellon do el hombre esté seguro.

A tí y á mí, que habíamos pecado,
Venían los azotes, las salivas,

Bofetadas, espinas, empellones,
De que la ingratitud nos hizo dignos;
A tí y á mí los clavos y la lanza,
Y el descoyuntamiento de los huesos,
Y las horas de lánguida agonía,
Y del paterno aliento el desamparo,
Y el espirar en trágico cadalso,
Y de amigos la fuga, y de enemigos
La sed rabiosa y el furor saciado.

Mas ¡oh fragua de amor inextinguible!
¡Oh caridad eterna, á cuyo lado
Son los volcanes todos nieve y hielo!
La perdición del nido deseaba
El invido montero, al hombre sólo
Acataba sus dardos; mas el pecho
Del Hombre-Dios con ellos atraviesa,
Que de abrasada caridad herido,
Por sus hijos la sangre y vida ofrece.

¿No le ves en la cruz, del orbe todo
Cargado con las culpas, cuyo peso
La cabeza le dobla desangrada?
¿No escuchas su clamor? ¿No ves su lloro,
Y los cárdenos golpes que nos curan?
¿Veis? A su espalda están los yerros nuestros,
Que la ignorancia y la maldad fabrican;
En él estamos todos ayuntados
Por secreto misterio, como miembros
Con la cabeza, é hijos con el Padre;
De cuya union resulta que con gozo
A los hijos, muriendo, da su vida.
Sobre sus hombros puso allí su imperio,
Para que siendo blanco de los tiros,
Quedase el siervo con su herida sano.

No fué su muerte como la de Curcio,
De Lécócoras, Codro y Meneceo,
Que por la su república ofrecieron
La vida, sin esguince ni quejura;
Victimas del orgullo, aunque loados
Por quien de amor no alcanza la fineza.
Jesús murió matando la ponzoña
Del espíritu malo que heredamos;
Muriendo por nosotros, nos dió vida
De cielo, siendo muerte de la muerte,
Por extraña manera en su sepulcro
A los que por él viven escondiendo:
Do halla el muerto á sus crímenes, origen
De nuevo sér y perenal corona.

Y ya, cuando eran salvos sus hijuelos,
Remontando su vuelo al alto trono
De do bajó para salvar al orbe,
Llevó tras sí los miseros cautivos,
Sin cormas ya, sin grillos ni cadenas,
Y al elevarse, cuando de los aires
Hendía los incógnitos senderos,
Viéndole cómo pasa de las nubes
Y á la vista humanal desaparece,
Absorta exclama toda la natura:
¡Oh, cuán altos pusiste tus nidales,
Refugio de los flébiles mortales,
A do no llega mal ni desventural

III.

LA QUEJA.

¿Ves el ánsia con que viene,
De sed la cierva acosada,
Bramando;
Que ni mastin la contiene,
Ni el que la está tras celada
Acechando?

Así el ánima sedienta
De la fuente de agua viva,
Va en pos de ella;
Y con los riesgos no cuenta
Del que por verla cautiva
Se atropella.

Do quiera su sed publica,

Y el deseo que le dura
Tan subido;
Cual la viuda tortolica
Cuando llora con tristura
Su marido.

Y ánsia por la soledad,
Donde su llanto concierte,
Con que vive;
Por si el risco habrá piedad
De la tan sabrosa muerte
Que recibe.

Como madre que no calla
Su tierno amor no fingido
Y muy cruel;
Porque buscando no halla
El hijuelo que ha perdido,
Y va tras él;

Y jamas cierra la boca,
Por los sitios indagando
Do estuvieron;
Así con cordura loca
Ando á todos preguntando
Si te vieron.

Pues tan recios son mis males,
De suyo y por su porfía
Peligrosos;
Que á los ásperos breñales
Contándolos, los haria
Ser piadosos.

¿Cómo tú, carne malvada,
Fementida y alevosa,
Del bien huyes,
Y poco te da, y aún nada,
De esta mi joya preciosa

¿Que destruyes?
¿Y no te causa pesar
Mi daño, ni tu ruina
Tan certera,
Para te hacer esquivar
La caída repentina
En tu carrera?

¿Y ese placer, mi enemigo,
Con que á eternos dolores
Te condenas,
No acaba siquier contigo
Que evites los torcedores
De mis penas?

Suele el reclamo engañar
Con falsas voces trocadas,
Y sorprende
A la tordeña en alar,
O en la liga se enamadas,
Y la vende.

Pero tú, oh carne, al reclamo
De mi mal, que no te olvida,
Y de ti cura,
Vén adonde yo te llamo,
Y serás de gozo henchida
Sin mesura.

EPIGRAMAS.

I.

Hubo en Méjico un virey
De quien contaba mi tia
Que se impuso la árdua ley
De oír á todos, pues decía:
Para esto me ha puesto el Rey.

Comenzábale á informar
Un indio de su negocio;
Y él le solía alentar,
Diciéndole: Aun tengo ocio,
Proseguí hasta acabar.
Y en habiendo concluido,
Contestaba él al cuitado:
¿Nada pusiste en olvido?
Pues por esta oreja ha entrado,
Y por estotra ha salido.
Luego que corrió esta voz,
No volvió nadie á su audiencia;
Pues vale más el feroz
Que ha en su sequedad prudencia,
Que el que halaga y da una coz.

II.

Comian dos camaradas
En la fonda de Aranjuez
Chochas y pollas asadas,
Que colaban remojadas
Con Esquivias y Jerez.
No consta quién bebió más,
Sino que á Gil dijo Blas:
Gilillo, mucho bostejas;
Y Gil: ¿Qué tal estarás,
Que te veo dos cabezas?

III.

Sacaron un pavo asado
En una opipara mesa,
Para que en siendo trinchado,
Como siempre se ha estilado,
Tome cada cual su presa.
Al llegar la fuente á un payo
Con albarca y boreguí,
Volviéndose de soslayo,
Dijo muy serio al lacayo:
Eso es mucho para mí,

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

EL ESTALLIDO.

DÉCIMAS.

Por do quier llega á mi oído,
Como un grito que me atruena,
No grito, sino estallido,
Que me espanta y enajena
Y hace perder el sentido.
Paro mientes al clamor,
Y advierto, no sin pavor,
Que el cielo, la tierra y mar
Cercan á una mi hogar,
Y de mí exigen amor.

Pues dicen: Quien nos ha hecho,
Por amor nos sujetó
A tu servicio y provecho,
Y con amor nos selló
Y nos puso en este estrecho.
Si eres ingrato á este don,
Mira la cruz por pendon
Del Redentor de Israel;
Y pues por tí muere él,
Dale en pago el corazón.
¿Cuál el incendio será
De que hace su pecho alarde,
Si una ascua que bajó acá
Quema al mundo, y tanto arde
Que nunca se apagará?
Da, oh Dios, á mi pecho helado,
Pues tu amor le ha conquistado,
Que de amor se deje herir,
Y que no pueda vivir
Sino en tu amor abrasado.

II.

Á LA EPIFANÍA.

HIMNO.

Buenas nuevas os traigo desde el
[cielo];
El Ungido nació, Señor del orbe,
En Betlehem de Judá, como el profe-
Dicho lo había, [ta
Cántale ledo de ángeles el coro,
Muéstrale un astro, del Oriente. vie-
[nen
Príncipes, rinden, como digno obse-
Místicos dones. [quío,
A Dios incienso y al difunto mirra,
Oro en tejos al Rey; así, adorando
Los tres á uno, le confiesan trino
Con tres ofrendas.

III.

LA DEGOLLACION DEL BAUTISTA.

*Misso spicula ore, praecepit offerri
caput ejus in disco. (MARC., VI, 27.)*

ELEGÍA.

¿Del festín, y en tus dias,
Heródes inhumano,
Turbas las alegrías
Con juramento insano,
Y por cumplirle, á tu sayon envías
A saciar el encono de Herodías?
¿Y adulando el deseo
De la desenvoltura,
En medio del recreo
Empieas tu bravura
En dar de una liyana al devaneo

La cabeza del justo por trafico?

Al que plácido oyeras
Cuando te echaba en cara
Tus torcidas carreras,
Hoy entre la algazara,
Y sordo á sus querellas lastimeras,
Entrégasle á pasiones carniceras.

Mira en esa cabeza
Lánguida y desangrada,
Lengua que tu dureza
Arguye, ya eclipsada
Su vista, no del filo á la cruz,
Sino por el horror de tu torpeza.

Cerrada está su boca,
Y tiemblas al miralla,
Pues tu soberbia loca
Oye de ella, aunque calla,
Que ese gran crimen contra tí provo-
Un furor que su fallo no revoca. [ca

IV.

EPITAFIO DE ANACREON.

De un grano de racimo atragantia-
A la Estigia laguna fué enviado [do,
El respetable anciano que reposa
So esta marmórea losa,
Ceñid vos esta piedra, [hiedra,
Oh lauro, y vos tambien ceñidla, oh
Hermosea este sitio tú, olorosa
Y siempre fresca rosa;
Mas lejos de él la vid, lejos la uva
Crúci y fermentida,
Que al viejo Anacreon quitó la vida.
Dicen que Baco destrizó su cuba [ron
Y odio juró á los pámpanos, que die-
Muerte al gran vate que los siglos vie-
[ron.

V.

LOS CAMALEONES.

FÁBULA DE LOKMAN, TRADUCIDA DEL ÁRABE.

Allá en la Arabia Petrea,
Mi padre, que Alá perdone,
Yendo á remendar colmenas
Con cortezas de alcornoque,
Vió en torno de un elefante
Andar mil camaleones
Con tanta boca abierta,
De viento hinchando los boses.
Ninguno de él se alejaba,
Hácenle todos la corte;
Y al dar vueltas á su trompa,
Iban mudando colores.
A unos miraba con ceño,
A otros saludaba á coces;
Cuál queda desorejado,
Otro lleva pasaporte;
A éste le pega un bufido,
A aquél le convierte en poste;
A uno enristra en su colmillo,
Sobre otros las patas pone;
A cual clavára la vista,
Y déjale hecho un bodoque.
¿Escarmentar? Nada ménos;
Redóblanse las legiones,
Hácenle todos la rueda
Sin descansar día y noche;
Mírelos él una vez,
Más que en pos los apiole.
Esto contaba el buen viejo
En el monte á sus pastores,
Y sacaba de este cuento
Qué sé yo cuántas lecciones.

VI.

LAS AVECILLAS EN UN
NEVASCO.

PASTORELA.

Venid, avecillas,
Venid á mi umbral,
Do la Providencia
Os guarda el manjar.
Vén tú, gulloria,
Vén lútea, vén lar,
Pinzon, jilguerillo,
Malvis y zorzal.
No porque la nieve
Cerró el pejugal
Penseis ya que el cielo
Quiere que muráis,
Por entre el ramaje
Los picos entrad,
Y hallaréis fragmentos
De buen candeal.
A los pobres doy
Entero mi pan,
A vos las migajas
De mi capataz.
Del cielo sin nubes
Llueve este maná;
El, no yo, regala
Vuestro paladar.
Llegad, que no hay riesgo;
Mi voz no es falaz;
No escondo cimbel,
Cáncana ó alar.
No soy bahrero
Cubierto en jaral;
Gózome y me alegro
De veros volar.
Durante el banquete
Mi voz escuchad,
Y os daré consejos,
Que cuenta os tendrán.
No extendáis las alas

Sin tornar la faz,
Por si os sigue el rastro
Pella ó gavilan.
De cantos extraños
Siempre sospechad,
Y más de reclamo;
Y si es dulce, más.
Do espartillos viéreis,
¡Guarte! no acudais,
Que en ellos hay liga
De astuto rapaz.
No esquilmeis el fruto
De haza ú olivar;
Comed el deshecho,
Que el cielo os le da.
Así en su cabaña
Las habla un zagal;
Y ellas, las tontuelas,
Comer y callar.

VII.

LO POCO.

DÉCIMAS.

Más pesa en la quilatera
Una perla ó un barrueco,
Que mil chinas de ribera;
Por él no se toma en trueco
De guijos una cantera.
No se cambia una vajilla
De pedernal ó de arcilla
Por un almuerzo de plata,
Ni un vasar de hoja de lata,
De oro por una escudilla.
¿Qué es la semilla del pino,
Sino un mequino piñon?
Échala junto al camino,
Y ya asoma su mugron
Por cima del Apenino.
Chica es la niña del ojo;
Mas si el hombre no es bisojo,
Cosa no tiene en su cara

Que, si á ella se compara,
Sofion no lleve y sonrojo.
Más que del mástil ó eslera,
Depende del gobernalle
El que el navio á deshora
No dé en un placel y encalle,
O se abra cual zarzamora.
De lana se hace el limiste,
Pero nadie de él se viste,
Si con el dedal la aguja
La mano armada no empuja,
Y en hilvanarle no insiste.
Menuda cosa es la araña,
Y mata con su veneno;
Cúica la pulga tacaña,
Y si se os lanza en el seno,
No pegaréis la pestaña.
No mireis, pues, con desden
Al pequeño mal ó bien;
Pues aún el más vil deshecho
Puede acaso de provecho
Ser, y de daño también.

VIII.

EL PAJARILLO.

El labrador que da voces
Y apedrea al pajarillo,
Espántale y no le toma,
Y apenas le acierta tiro;
Mas el cazador que apaña
Calzatreas y armadijos,
O silba con bretador,
Le sorprende de improviso.
Así el que á la descubierta,
De otro se ve perseguido,
Cautélase de él y huye,
Pues sabe ser su enemigo;
Mas quien, del adúlador
Fiándose, le da oídos,
Va en pos de su esclavitud,
Y él mismo se pone grillos,

IX.

UN CUENTO (1).

TERCETOS.

Mi tío don Bermudo, que esté en gloria,
Luégo que cumplí yo los veinte años,
Viendo lo poco que avanzaba en Coria,
Y que un pegujaruelo de castaños
Y almendros, heredado de mi abuelo,
No alcanzaba á arroparme los calcaños,
Ni por antruejo á darme morteruelo,
Descando elevarme á gran pujanza,
A Madrid me envió con muy buen celo.
No me envió; me dijo la esperanza
Que tenía de verme en otra altura,
Si allá partiese cedo sin tardanza;
Y que si bien mi edad no era madura,
No había visto en mí cosa que oliese
A argado, chicleo ó travesura.
Respondíle yo entonces: Aunque base
Donde usted pisa, en nada satisfago
El ansia con que cura mi interés.
Dile á mi tía Aldonza este mal trago;
Hubo llanto, regañó y chamusquina;
Creíame romero de Santiago,
Del Capitolio y aún de Palestina;
Y eso que no veía en mí petaca,
Bordon, ni calabaza, ni esclavina.
Pregúntole á mi tío: ¡Habrà una jaca

Que haya sacado un medio pasitrote,
Y para ropa alforjas ó una saca?

— Para viajes bueno es un garrote,
Me respondió; más libre que en maleta
Va sobre las costillas el capote.

— Y qué, ¿he de caminar como poeta,
A pata y sin rocín, con estafero?

¿Pues para qué he aprendido la jineta?

¡Iré pordioseando y sin dinero?

— Calla, bobo; para esa pavonada,
Es mejor que camines escotero.

Habrà diez años hice igual jornada

Sin amacas, sin cofres ni fardelos,

Y sin más provision que una pescada.

Llevaba únicamente en dos garnieles

El corbatin del día de la boda,

Y de mi viejo archivo los papeles.

— Pues tanta sobriedad no me acomoda,

Le contesté, porque jamas olvido

Que corre por mis venas sangre goda.

Yo no voy á Madrid sin un vestido

De glasé con gorbion, ó de franela,

Sin un forlon que meta gran ruido:

Sin julo ó alfaraz con su albardela,

Y una recua que lleve mi fardaje;

Así saldrán de cada cabañuela,

Admirados al ver tal equipaje,

A preguntar si es conde el señorito

Que con tanto esplendor hace viaje.

No me despojo yo del sobrescrito

Que han dejado en sus armas mis mayores,

Ni sus laureles piso ni marchito.

¿Para qué se estarán los pasadores

(1) E: una memoria de las armas y piezas de armadura antiguas de España.

En esa nuestra inválida armería,
 Chuzo, guja y gorguz de batidores?
 Parece mi salón una herrería
 Con tanto arpon, carcaj y broquetele,
 Broncha, camelo, obus de batería,
 Lanza, dardo, corcesca y camelete,
 Daga, espiche, alavesa y espingarda,
 Gerifalte, esponton y pistolette.
 ¿Qué sirve de Fortuño la alabarda,
 De Pelayo la chispa y jabalina,
 La macana, la gubia y la lombarda,
 Ganadas en la toma de Medina?
 A millares están las almaradas,
 Los ganchos y conteras, y una mina
 De aderezos de dagas y de espadas,
 Espadines, floretes y bullones.
 Y flechas con ballestas empulgadas.....
 — Más útiles te fueran cien doblones,
 Saltó mi tío.— Pero no los tengo,
 Dije, ni aun dos foluces ó gitones.

Rica armería y misero abolengo.
 Camisotes sin número y viseras
 Hinchén mis cofres desde tiempo luengo;
 Millones de espaldares y esquinceras,
 De escampiles, gramallas, coseletes;
 Y mi techumbre llena de goteras.
 Dejéronme farfanes sus casquetes,
 Los piqueros sus peltas y plaquines;
 Pero huecos y ociosos mis moñetes.
 Más al caso me hicieran mahozmedines
 O meajas ó doblas castellanas,
 Y aunque fuera cascajo á celemines,
 Porque dejar sin moga partesanas,
 Y sin arienzos grandes gadarneses,
 Es como dar salud con almorranas,
 Y repartir gorgojo con las mieses.—
 Aquí paró el proyecto de Bermudo;
 Quien gustáre de tales entremeses,
 Salga á la calle y los verá á menudo.

X.

EL DESCONTENTADIZO.

A quien muda, Dios le ayuda.
 No sé qué genio es el mío,
 Que jamás me hallo contento;
 Si hace calor, quiero frío;
 Si hay calma, deseo viento;
 Ya huyo, ya desafío;
 Hoy de seda me atavío,
 Luego de sarga lanuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Heredé una librería
 De códices del Oriente,
 Y dije, irritado un día:
 Hoy mismo la trocaría
 Por dos frascos de aguardiente.
 Dila al primer pretendiente,
 Sin que otro postor acuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Yendo á vadear el Darro
 En mi coche de colleras,
 Se atascaron en el barro
 Las dos mulas delanteras;
 Rompieron las vidrieras,
 Y yo cogí un buen catarro,
 Y dije: Traedme un carro,
 Do hasta la madera suda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Tuve un prado artificial,
 Do pastaba mi ganado;
 Dile por un cebadal;
 Mas hundiéndose el tapial
 Antes que fuese sembrado,
 Le troqué, de puro enfado,
 Por una cabra barbuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Seis meses usé montera
 Sin gorro ni redequilla,
 Pero mi blanda mollera
 No podía ya sufrilla,
 Y la colgué en la espetera;
 Y hubo quien por ella dicra
 Una gata bigotuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Vecino fui seis semanas
 De un miserable lugar,
 Mas las gentes aldeanas
 Me llegaron á cansar,
 Y fuíme á las toledanas.
 De allí huí, pues las campanas

No me dejaban hablar,
 Y quedó mi lengua muda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Dos cortijos me vendieron
 En Loja y uno en Motril,
 Y en cambio de ellos me dieron
 Cuatro corazas de añil,
 Que antes de un mes se pudrieron.
 Fortuna que me añadieron
 Dos sogas para mi azuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Fumé dos años en pipa,
 Mas la eché por la ventana,
 Pues me dolía la tripa;
 Luego por una chiripa
 Logré puros de la Habana;
 ¿Y quién sabe si mañana
 Fumaré tallos de ruda?
Que al que muda, Dios le ayuda.

Cuando viajo por mar,
 Rabio por saltar en tierra;
 Luego no puedo parar,
 Y estoy en continua guerra
 Hasta volverme á embarcar.
 Un *Quijote* hice quemar,
 Por ser su letra menuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Tuve un campo de pepinos,
 Que nunca le vi mejor
 En tierra de capuchinos;
 Mas fastidióme su olor,
 Y le di por seis pollinos;
 Troquélos por dos cochinos,
 Con una vaca ventruda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

De dos batas que compré
 En la feria de S.ºgovia,
 Una de oro la bordé
 Para dársela á mi novia,
 Y al cabo no me casé;
 La segunda la cambié
 Por unos guantes de aluda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Servíame una criada
 Que nunca gastó bambolla,
 Pero limpia, remilgada,
 Que guisaba bien la olla
 Y añadía una empanada,
 Tal vez con una pescada
 O una perdiz con cebolla.
 Troquéla por una embrolla

Con una vieja dentuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Así se me pasa el año
 En canabalaches y trueques;
 Cambio plata por estaño.
 Brillantes por zarambeques,
 Y nunca me desengañó.
 Cual antaño, tal ogaño,
 Siempre estoy de casamuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Unos me llaman badajo,
 Otros zaranda, otros criba,
 Porque ayer patas abajo.
 Y hoy me ven patas arriba;
 Ya tieso, ya cabizbajo;
 Petrimetre, ó espantajo;
 Ya hurraño, ya retozon;
 Y siempre sin ton ni són.
 Mas mi ligereza estriba
 En que dice en Alagon
 Toda la gente sesuda:
Que al que muda, Dios le ayuda,
Si va con buena intencion.

XI.

EL AMA.

Cual ama que dando el pecho
 A su niño, le adormece,
 Y con el néctar le acalla,
 Cuando cantando no puede;
 Así el malo, dando al necio
 De su lisonja la leche,
 Le infunde funesto sueño
 Y de él hace lo que quiere.

XII.

EL ORGULLO.

Peña roja, peña roja,
 No hagas gala de tu alteza,
 Que otras más altas que tú
 Han dado consigo en tierra.
 Mira á tu ocaso, y verás
 Desmoronada otra peña,
 Que en ufania contigo
 Y elevacion compitiera.
 Y si este ejemplo no alcanza,
 Tiende la vista á Montesa,
 De un secreto viento á impulso,
 Como una granada abierta.
 Tan fácilmente se hunden
 O en escombros se truecan

Picos, riscos y breñales,
Y muy firmes cordilleras;
Que nada de lo de acá
Dura con gloria perpétua,
Sino verdad y virtud;
Dichoso quien las posea.

XIII.

EL ENGAÑO.

DÉCIMAS.

Que la mentira dorada
Y el dolo con mascarilla

Deje á una bestia engañada,
Que no advierte su celada,
Ni puede, no es maravilla;
Mas que el vicio y el error
Ciegue con falso esplendor
Al de lindo entendimiento,
Al sabio mueve á lamento,
Y al justo llena de horror.
Al pródigo, dadivoso
Llama el necio; y al osado,
Esforzado y generoso;
Magnifico al orgulloso,
E inútil al mesurado;
Que la lengua engañadora

Hasta los crímenes dora;
Y la astucia en hacer mal,
De consuno en un portal
Con la fuga del bien mora.
Mas la sensata cordura
Sólo sabe vivir bien,
De no hacer lo malo cura;
Y si ve su catadura,
Torna el rostro con desden.
Ignora la avilantez,
No sabe hablar con doblez,
Al bienhechor no es ingrata,
Y en su proceder retrata
El candor de la niñez.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

Nació en Cádiz, de ilustre familia, el 10 de Junio de 1760, y siguió con fruto desde su primera juventud la carrera de la marina militar. Pero las letras absorbieron muy luégo la mayor parte de su atencion y de sus tareas. Siendo todavía guardia-marina escribió un *Elogio de Alfonso el Sabio*, que fué premiado por la Real Academia Española. Diputado en las Cortes de 1815 y 1814, apoyó activamente el sistema político inaugurado con el célebre código constitutivo promulgado en 1812. Esta circunstancia le obligó á vivir oscurecido desde el momento en que fué derrocado el sistema constitucional, hasta el restablecimiento del mismo en 1820. Entonces fué nuevamente elegido diputado á Cortes, y se trasladó á Madrid para desempeñar su cargo. Pero al comenzar el siguiente año de 1821, el 6 de Febrero, le sorprendió la muerte, á los sesenta años de su edad.

Fué individuo de las Academias *Española*, *de San Fernando* y *de la Historia*. Esta última le honró de un modo especial, confiriéndole el cargo de *Director*, en 1804. Fué asimismo director de la Sociedad Económica de Cádiz. Entre sus muchas obras en prosa llamaron principalmente la atencion de los literatos el citado *Elogio de don Alfonso el Sabio*; la *Vida del Marqués de la Victoria* y la de *don Pedro Niño*, que forman parte de la *Biblioteca de marinos ilustres*; la *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, obra muy erudita, que aunque fué presentada á la Academia Española, no alcanzó el premio en el certámen (1791); *Servicios de Cádiz desde 1808 á 1816*, discurso premiado por la misma ciudad; el *Elogio histórico de Ambrosio de Morales*; la *Vida de Ercilla*, concluida poco ántes del fallecimiento del autor; y en fin, gran número de discursos académicos y de bosquejos críticos.

Su muerte fué sinceramente sentida. Poco despues de ella se publicó en el *Diario científico, político y mercantil* de Barcelona (2 de Abril 1821) la siguiente oda, escrita en el artificial y aliñado estilo peculiar de aquel tiempo:

Á LA MUERTE DEL APÓSTOL DE LA ILUSTRACION PÚBLICA, DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE,
DIPUTADO DE CORTES POR MADRID, SU BUEN AMIGO J. M. B.

VARGAS, perenne socio de las Musas,
De artes y letras sólo enamorado,
Llévóte el hado y mi ventura, grita
La santa Témis.
¿Qué habrá ya dulce para mí? repite:
Oh ciudadanos del congreso angusto,
Fáltóme un justo, que hoy mi gloria hiciera,
Hoy mi delicia.
¿Dó ya las sales? ¿Qué del claro ingenio?
¿Dó el que alto alcázar fabricó á Minerva?

Suyo el que hierva del saber la llama
En pechos libres.
Suyo que Iberia del felice suelo
Lance al de ilustre y al de suerte oscura,
Que inerte dura, y á la patria es sólo
Peso y manecilla.
Al pueblo amado, cuya dicha votos
Te costó tantos, que la edad no borre,
Piadoso acorre, liberal cual ántes,
Ora en el cielo.

II.

DE DON NICOLAS MARÍA DE CAMBIASO.

(Diccionario biográfico de la isla de Cádiz.)

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE sentó plaza de caballero guardia-marina en la compañía de la Isla de Leon el día 4 de Agosto de 1782..... Instruido en las humanidades y en las lenguas latina, francesa, italiana, inglesa y lemosin antiguo, se le escogió para la guardia de honor del serenísimo señor Conde de Artois (después Carlos X, rey de Francia) en Algeciras, adonde por Real orden pasó, y se halló en la batería flotante *El Tallapiedra*, del mando del Príncipe de Nassau, en el ataque que se dió á Gibraltar en 15 de Setiembre del dicho año de 1782. Luégo se embarcó en el navío *San Fernando*, de la escuadra de don Luis de Córdoba, y se halló en el combate sobre cabo Espartel en 20 de Octubre.

Ascendió á alférez de fragata, y hecha la paz en 1785, fué uno de los oficiales escogidos por el señor Tosiño para auxiliarle en sus sublimes trabajos, y á VARGAS se fió todo el cuidado del *Atlas hidrográfico*.....

Siendo ya en 1795 teniente de navío, tuvo que abandonar la corte para embarcarse en el *San Fulgencio*, cuando se declaró la guerra á la Francia, y perteneciendo á la escuadra de don Juan de Lángara, concurrió á varias campañas de mar, á la entrada y ocupacion de Tolon, y á varias comisiones en Génova, Cerdeña y Roma, en cuya capital fué presentado por nuestro embajador Azara á toda la corte eclesiástica y al cuerpo diplomático.

Aprovechándose de la habilitacion de su navío, formó una coleccion de antiguas lápidas é inscripciones romanas de Cartagena, cuyo Ayuntamiento, después de darle las debidas gracias, las colocó en las galerías y salas de su casa consistorial. El señor Jovellanos le nombró en 1797 individuo de una Junta de instruccion pública. En 1799 lo destinaron á Tarragona para dirigir el embarco de las tropas que se disponian para reconquistar la isla de Menorca. En 1800 le mandó el Ministerio de Marina pasar á Guipúzcoa á desempeñar algunas comisiones. Dirigióse á Zaragoza, visitó al paso, en Barbuñales, al señor don José Nicolás de Azara, retirado en su casa nativa por las intrigas de la corte de aquel tiempo. Incorporó el puerto de Pasajes á la Corona, y unió á Fuenterrabía y su comarca al reino de Navarra.

Después de 1808 quedó oscurecido cuando los franceses mandaban en Madrid; libre de ellos, empezó á publicar un *Diario militar* para estimular á nuestros soldados. A la nueva ocupacion de Madrid por los mismos extranjeros, salió para Cádiz, donde fué empleado por la Regencia del Reino. Desde 1805 era capitán de fragata.

La provincia de Madrid le nombró por su diputado á las Cortes de Cádiz de 1815. De resultas de la abolicion de aquel sistema, lo mandó el Gobierno á Sevilla para arreglar el Archivo de Indias.

Tenía bellisimas cualidades, y sus propios talentos no eran, á sus ojos, sino derechos que habia adquirido para ser más modesto, como dijo Buffon de otro sabio. Gustábale mucho el habla antigua castellana. *Inoportuno sería* (dijo Navarrete, hablando de VARGAS á la Academia de la Historia) *recordar entre nosotros su genio candoroso, su franqueza sin cautela, su aplicacion sin límites, su laboriosidad, su amor á este instituto.*

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE,

QUE FORMÓ EN CÁDIZ SU AMIGO EL LECTORAL DON ANTONIO MANUEL TRIÁNES, VARON DOCTÍSIMO.

OBRAS IMPRESAS.

1. *Derrotero del Oceano*; un tomo en 4.º En su extensa introduccion la historia de la Geografía, y en especial la de España.

2. *Descripcion de las islas Pithiusas y Baleares*. Madrid, 1787.

3. *Derrotero del Oceano septentrional*; un tomo.

4. *Plan de educacion para la nobleza*; 1786, en folio.

5. *Relacion del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa María de la Cabeza*. Madrid, 1788.

6. Otro tomo que refiere el segundo y último viaje, complemento del anterior.

7. *Importancia de la historia de la Marina española*. Madrid, 1807.
 8. *Varones ilustres de la Marina española. Vida de don Pedro Niño*, primer conde de Buelna. Madrid, 1807.
 9. *Vida de don Juan José Navarro*, primer Marqués de la Victoria. Madrid, 1808.
 10. *Elogio del rey don Alonso el Sabio*; premiada por la Real Academia Española. Madrid, 1782.
 11. *Discurso* pronunciado en la Academia de San Fernando el año de 1790, impreso de orden de la misma. Contiene la historia del grabado en Europa.
 12. *Discurso de entrada en la Sociedad Económica de Madrid*, 1789. Su argumento es el origen de estos cuerpos y sus ventajas.
 13. *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*. Abraza la historia de nuestra lengua, siglo por siglo. Madrid, 1793.
 14. *El Diario militar*. Madrid, 1812, varios cuadernos.
 15. *Servicios de Cádiz desde 1808 á 1816*. Discurso que obtuvo el primer premio de los ofrecidos por la ciudad. Cádiz, 1818.
 16. *El Tontoronton*. Cádiz, 1818.
 17. *El Varapalo*. Cádiz, 1818.
 18. Poema criticando los mayorazgos. Madrid, 1820.
 19. *El Peso-duro. Poema épico burlesco en octavas* (en dos cantos). Madrid, 1813, imprenta que fué de Fuentenebro, calle de Jacometrezo, en 8.º (No llegó á imprimirse el canto II.)
 20. *Dictámen sobre Almirantazgo*, 1820.
 21. *Dictámen sobre un archivo general*, 1820.
 22. *Dictámen sobre ilustracion del reino*, 1820.
 23. *Proclama de un solteron á las que aspiren á su mano*..... Por Gomez Fuentenebro y compañía, 1808, en 8.º; un folleto de 32 páginas. (En 1830 se reimprimió en Valencia esta sátira, refundida y muy mejorada.)
- OBRAS MANUSCRITAS.
24. *Disertacion histórica sobre el rio Vidasoa*, con un plano. Prueba que perteneció siempre á España. Escrita de orden del ministro de Estado; un tomo en 4.º
 25. *Tablas de vitalidad y mortalidad de Guipúzcoa desde 1701 hasta 1800*, con un discurso sobre el estado de dicha provincia; un tomo en 4.º
 26. *Informe histórico-político de cuanto contiene el puerto de Pasajes, y sus incidencias desde el siglo XIII*. De orden del Rey; un tomo en folio, presentado al ministro de Marina.
 27. *Elogio histórico de Ambrosio de Morales, y juicio de todas sus obras*.
 28. *Reglas para hacer los elogios de los hombres ilustres*.
 29. *Noticia, extracto y juicio de todos los historiadores generales de España*.
 30. *Apología de la literatura española*; un tomo en folio.
 31. *Tratado de la aritmética*, para que sirviese en las academias de guardias-marinas. Fué escrito en 1783.
 - 32, 33, 34, 35, 36. *Cinco discursos*, leídos en la Academia de la Historia, sobre el estado de la historia de España, el de los archivos de las ciudades, el de sus historiadores particulares, la necesidad de viajes literarios, etc.
 37. *Disertacion sobre las fiestas de toros*; su origen, introduccion en España y males que ocasionan; escrita por orden de la Academia de la Historia.
 38. *Disertacion sobre una piedra romana hallada en Vergara*.
 39. *Historia general de la Marina* (traducida del frances).
 40. *Vida de Pedro Navarro*.
 41. *Vida de Hugo de Moncada*.
 42. *Discurso* dando cuenta de su segunda Direccion de la Academia de la Historia, y del estado de ésta.
 43. *Elogio de don Antonio Escaño*.
 44. *Reforma de escuelas*. Discurso que ganó el primer premio en la Sociedad de Sevilla.
 45. *Discurso de entrada* en esta Sociedad.
 46. *Apuntes para la educacion de las señoritas*.
 47. *Plan de seminarios*, con notas y glosas.
 48. El primer tomo de la *Marina española*.
 49. *Disertacion* histórico-legal que prueba el legítimo y no alienado derecho de S. M. y sus vasallos á la posesion y pesquería de Terranova.
 50. *Vida de Juan Sebastian El Cano*.
 51. *Vida de los tres Generales Oquendos*.
 52. *Historia de Guipúzcoa*.
 53. *Noticias históricas de los parientes mayores de Guipúzcoa*.
 54. *Descripcion é historia de Cartagena*.
 - 55, 56, 57. *Descripciones históricas* de Sevilla, Tarragona y Murcia (no concluidas).
 58. *Elogio de don Vicente Tosiño*. Lo mandó imprimir la Academia de la Historia.
 59. *Vida de Pedro Mártir de Anglería, primer dean de Granada*.
 60. *Discurso histórico-geográfico de la villa de Huelva*.
 61. *Elogio de Marínco Sículo*.
 62. *Vida de Ercilla*, critica y análisis, para una nueva edicion de *La Araucana*.
 63. *Plan de reforma para la Real Casa de Pajes*. Escrito, por orden de S. M., en 1798.
 64. *Plan para los colegios de San Telmo*, escrito en 1804.
- Tambien escribió la vida de otros muchos varones ilustres de la marina.
- Igualmente quedaron entre los papeles de VARGAS otros escritos de menor importancia, no comprendidos en el anterior catálogo.
- Algunos de los títulos de este catálogo no son enteramente exactos. Se advierte desde luego que el lectoral Triánes escribía muchos de ellos de memoria.
- El poema criticando los mayorazgos (núm. 18)

se publicó con este título: *Los ilustres haraganes, ó Apología razonada de los mayorazgos.*

Faltan en el catálogo las siguientes obras impresas:

Oda que en el gozo de oír la noticia del nacimiento de los dos Infantes, estando en el arsenal de Cartagena..... escribió DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE,

alférez de fragata de la Real Armada, y la ofrece á los pies de la Princesa, nuestra señora. Madrid, 1783, por don Joaquín Ibarra, impresor de cámara de su majestad; un cuaderno en 4.º, de hermosa impresion.

Egílona, tragedia.

POESÍAS.

PROCLAMA DE UN SOLTERON Á LAS QUE ASPIREN Á SU MANO (1).

Antes que te cases
Mira lo que haces.

(Proverbio.)

No son todos los maridos
De una suerte bien tratados,
Ni querría más ducados
Que los que hay arrepentidos.

CASTILLEJO, *Condiciones de las mujeres.*

Frescas viuditas, candidas doncellas,
Al veneno de amor busco triaca;
Ya más no quiero ser Perico entre ellas;
A la que guste ofrezco mi casaca.
Hoy, si hacen migas nuestras dos estrellas,
Mano por mano, juego á toma y daca.
Niñas, ojo avizor; hoy me remato.
¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?
¿Están ustedes muchas? ¡Jesus, cuántas!
Y allí viene un tropel..... ¡Vaya! esto es hecho.
¿Será posible con tan lindas plantas
Que yo me quede ogaño de barbecho?
¡Qué coro celestial! Como unas santas
No miran si soy tuerto ó contrahecho.
¿A flor tan ruin acude tal enjambre?
¿Y dirán que hay mal pan si es buena el hambre?

Pues callen, si es posible, breve rato,
En cuanto aplico mi cabal medida.
Con la que al justo venga me contrato,
Y maridito cuente de por vida.
Si me aprieta, renuncio á tal zapato;
Suelto me lameré. La despedida
Disimule el desaire y no se ofenda,
Que no es para envidiada tal prebenda.

Oigan en rimas á la pata llana
(Y rabie la hermandad del verso grifo),
Porque no quiero en zarzas ver mi lana,
El pacto marital con que me rifo.

(1) Esta chistosa sátira *contra las mujeres* debía de provocar á ingenios femeniles á escribir otra sátira, análoga, *contra los hombres*. Así ha sucedido en efecto. La señorita doña Micaela de Silva ha publicado, en 1863, con el título, *Un Novio á pedir de boca*, una notable composición, que es á un tiempo imitación, contraposición y aguda represalia de la *Proclama de un solteron*. Las dos siguientes octavas, tomadas al azar, podrán dar idea de la firmeza y gala de estilo, de versificación y de pensamiento con que está escrita la sátira de la señorita de Silva:

Yo no puedo sufrir la extravagancia
Del hombre desdeñoso y altanero
Que á la mujer prescribe la ignorancia,
Como si fuera en la familia un cerro.
Con tal de que á sus hijos dé lactancia,
Que le cuido la ropa y el puchero,
Si á lo demás no atiende su cariño.
Cátedras hay en donde aprenda el niño.
Esto es hacer á nuestro sexo agravio.
Podrá muy bien el preceptor ajeno
Hacer al hombre un eminente sabio,
Pero á su madre atañe hacerle bueno;
Que los consejos de su amante labio
El niño guarda en su inocente seno,
Y rara vez el hombre, por fortuna,
Olvida el bien, si lo aprendió en la cuna.

(Nota del Colector.)

Rubia guedeja peinará la rana,
Y ántes habrá coplero sin Rengifo,
Que me atrape ninguna, si no hallo
La que voy á pintar. ¿Callan ó callo?
No quiero en fea público cilicio,
Ni en belleza sin par mi quita-sueño;
Antes que necia, venga un maleficio,
Y ántes que docta, un toro jarameño.
Léjos de mí la que se incline al vicio;
Léjos de mí virtud de adusto ceño.
¿Pido peras al olmo? ¿Al sol celajes?
Agora lo veredes, dijo Agrájes.

Yo busco una mujer boca de risa,
Guardosa sin afán, franca con tasa,
Que al honesto festín vaya sin prisa,
Y traiga entera su virtud y gasa;
No sepa si el sultan viste camisa,
Mas sepa reparar las que haya en casa;
Cultive flores, cuide pollas cluacas,
Despunte agujas y jorobe ruecas.
El padre director no la visite,
Ni yo pague la farda en chocolate;
Que rece poco y bien (2), riñas me evite;
No sea gazmoña ni con ellas trate,
Solo mentarla toros la espírite;
Primo no tenga capitán ni abate;
Probar el vino por salud lo intente;
Pero ¿tomar tabaco? Aunque reviente.

Conozca que sin mí vale la misa,
Que una cosa es marido y otra paje;
Ir pegado á su piel como camisa
Fuera pagar ridículo peaje.
¿A quién no causa menosprecio ó risa
Esposo con honores de bagaje?
Unidos, si señor, mas sin que sea
Ella mi sombra, yo su guarda-mea.
Por quita allá esas pajas no alborote
La casa toda, ni oiga la vecina
Si se pegó el guisado; nadie note
Que habla al pobre marido con vocina;
Dulcinea la busco, no Quijote;
No haga de gallo quien nació gallina.
Ponga el amor á sus vivezas dique,
Sin que á fuerza de amor me crucifique.

La que oye brujas, duende la desvela
Y ve en cada esquinzazo la fantasma;
Que al mal ladrón de miedo enciende vela,
Que al entrar el murciélago se pasma,
Que á cada trueno grita y se las pela,
Aplique á otro tumor su cataplasma.
Vedo en vocablos melindroso dengue,
Como la que al demonio llama el *mengue*.

Dulce no pruebe con goloso dedo,
Ni cace pulgas y ante mí las mate;
De cobarde ratón no finja miedo,
Ni lucio gato mi cariño empate (3);
Fuera doguito, que si eructa acedo
Cueste más muecas que la rima al vate,
¿No da toda mujer picaros ratos,

(2) No es menester advertir que esto se entiende en contraposición *de mucho y mal*. (Esta nota y las demás de esta composición son del autor.)

(3) *Celle qui de son chat fait son seul entretien*. (BOILEAU, sat. X.)

Sin que traiga ademas perros y gatos?

De que nuestro vecino vaya ó venga
Jamás haga platillo á la ventana;
Ni flatos gaste, ni vapores tenga,
Gimiendo sin cesar rolliza y sana (1);
Al tocador los siglos no entreteenga,
Y no almuerce á las mil de la mañana;
En paz las horas cuéntelas conmigo,
Una de amante, veintitres de amigo.

De trato señorial, de porte serio,
Procure sin afán la buena fama;
Huya el descoco y aire de misterio;
Sepa de burlas, odie la soflama,
No haga la niña, no hable con imperio,
Y no viva en la calle ni en la cama,
Ni la moda poniendo por escudo,
Nadie estudie en sus carnes el desnudo (2).

Sólo en pensarlo pierdo los estribos.
¿Cuándo doncella ó recatada esposa
Se vieron en España en cueros vivos?
¡Oh siglos! ¡Oh costumbres!..... Quejumbrosa
Musa, ¡chiton! Los tiempos primitivos
Goza mi patria (¡presuncion gloriosa!)
Del feliz paraíso, dando pruebas
De ser todos Adanes, todas Evas.

Digo, volviendo al destripado cuento,
Que mi futura y muy señora mía
Ni ha de hacer de mi hogar triste convento,
Ni casa con resabios de behetría.
Mano á mano con ella yo contento,
Ella gozosa en dulce compañía,
Mudo silencio no me dé modorra,
Ni vértigos mujer fondo en cotorra (3).

Cuando por dicha caro fruto tenga,
Corra á mi cargo señalar compadre;
Con *hijo mio* no me empiece arenga,
Ni exija que á mi suegra llame madre;
No porque tarde pocas noches venga,
En farsete ó tenor me gruña ó ladre.
Niña que luzca su procaz bolero,
Ni chico fabulista no los quiero (4).

No espere que yo sufra en su embarazo
De antojos la ridícula cadena (5);
Joya del viejo, del galán abrazo,
Trayendo á casa cuanto ve en la ajena.
¿No es una gracia que hasta el fin del plazo
El marido simplon, ánima en pena,
Sustos temiendo, flujos y traspiases,
Esté el sandio de parto nueve meses?.

Ni la sucia costumbre asaz frecuente
De cenar en la cama arrellanada,
Y mientras males al marido miente,
Reprueba el guiso, riñe á la criada,
Y ensarta ave-marias juntamente,
Todo al compas de grave cabezada;
Pues glotona, devota, floja y bronca,
Masca á un tiempo, murmura, reza y ronca.

¿Y qué diré de la que á trochemoche
De su gran dote sin cesar blasona,
Rompe galas sin fin, vive en el coche,
Luciendo en todas partes su persona;
De visita en funcion mañana y noche,

(1) *Et douce fois par jour, dans leur molle indolence,
Aux yeux de leurs maris tombent en défaillance.*

(BOILEAU, *ibid.*)

(2) *Nuda humero Psecas infelix, nudisque mamillis.*

(JUV., *sat.* VI, v. 490.)

(3) *Celle qui toujours parle, et ne dit jamais rien.* (BOILEAU, *ibid.*)
Gonzalo Fernandez de Oviedo, con ser criado de doña Isabel la Católica, dijo, sus razones tendría:

La mujer de mucho pico
De muchos es despreciada.

(4) Es maña casi general de los padres hacer salir al niño á que diga la fabulita. El muchacho empieza con voz chillona y despacible:

Por entre unas matas,
Seguido de perros, etc.

¡Y á fe que es buen rato para los circunstanciales!

(5) *Quodque iom non est, et habet vicinus, enuntur;* dice Juvenal. Con todo, no lo aplica á los antojos, que sin duda son uso gótico, que enesta bochornos á un buen marido, pero de que sale sin ejemplar libre su bolsa.

Locuras con locuras eslabona,
Derrochando sin término ni cuenta,
Y porque trajo seis gasta sesenta? (6).

No en mis días sufrir la extravagancia
De que falsa española se me engringue;
Que hasta el pan y turron quiera de Francia;
Que con París me muela y me jeringue,
Y á flaca bolsa chupe la sustancia
El modista frances monsieur La-Pringuc.
Seda de Murcia, paño de Segovia,
Manteil gallego..... ¿No? Pues vade, novia.

Marimacho no luzca en un caballo
En su rollizo muslo pantalones;
De ningún tribunal me explique fallo,
Ni por sólo intrigar suba escalones,
Ni de escribir sus dedos erien callo
Por tener hasta en China conexiones,
Pues más quisiera al mes un galanteo
Que no oírle exclamar: ¡Juan, qué correo!

Zurcir á cada paso un *ya*..... ¿me explico?

Con *que*... Pues.... ¿eh? mi sufrimiento abisma.

¿Y aquel en horas no cerrar el pico
Por cada duelo, que renueva un cisma?
¿Y aquel dale que dale al abanico
En visita ¿con quién? consigo misma?
¿Y el no soltar espejo ó cornucopia,
Jamás harta de ver su imagen propia?

No mi mujer visite á todo el mundo
De sangre azul por ser de sangre goda.
¡Pobre de mí surcando el mar profundo!
Que vino..... que se va..... que se acomoda.
¡Yo correr noche y día furibundo,
Pésame tras festin, duelo tras boda!
¡Yo malgastar al año mil pesetas
En renovar diez veces las jirjetas!

No sufro..... dije poco: yo abomino
De naipes en mujer el gusto ciego,
Y en el monte, malilla ó reversino
Ver fundir mi candal á lento juego.
¿Lento? ¡ya, ya! ¡Gracioso desatino!
No es sino acometerle á sangre y fuego,
Como antaño Leonor la mojitata,
Que jugó su berlina y volvió á pata (7).

Pierde; ¿y que? ¿Nada más? Iras y enojos
Vomita en casa, despechada y ciega;
Rayos escupen sus airados ojos;
¿Triste el criado que á su encuentro llega!
Son de su fatua cólera despojos
Cintas, flores, airon; con todos pega;
Sobre el lecho vestida se derroca,
Rayos lanzando su blasfema boca.

Trague la mar la falsa y zalamera,
Que dice relamida: «Esposo mio,
¿Ves aquel nubarrón? No salgas tuera.
Guarda la cama mientras quiebra el frio.
¡Pluguiese al cielo que por ti tosiera!
No más prado, mi bien; ya cae rocío.»
Y de envidia se come y se remuerde
Si al paso encuentra una viudita verde.

Léjos de mí la dueña publicista,
Hecha edecan con faldas del dios Marte,
Que de Alejandro explica la conquista,
Marchas, vados, botín, parte por parte (8);
No pierda simulacro ni revista;
En batalla campal con Bonaparte,

(6) *Prodiga non sentit pereuntem fœmina censum;
Non unquam reputant quanti sibi gaudia censum.*

(JUV., *ibid.*, v. 361 y 364.)

(7) Despreaux dibujó un valiente cuadro de las jugadoras, á que me remito, por llamarme la atencion otra cosa más seria. Juvenal no satirizó el juego de naipes en las mujeres romanas; luego las romanas no jugaban. No jugar las mujeres habiendo barajas, es materia imposible; luego no había barajas en tiempo de Juvenal. Pero es así que con muy buena lógica infirió Cervantes que las había, si no hallada aviso á los anticuarios) al menos reducida á límites conocidos. Algo es algo: *in magnis voluisse sat est*. ¡Quiera Dios que llegue el día en que sea inavergüable la época de su ninguno!

(8) *Hec ead-æ novit, quid toto fit in orbe,
Quid Seres, quid Thracæ agant.....*

(JUV., *ibid.*, v. 401.)

Sueña que de un revés le deja cojo,
Y del golpe al marido vácia un ojo.
Contempla el pobre tuerto á su heroína
Envuelta siempre en mapas y gacetas,
Y el Juan Lanas se dice: «¡Alma mezquina!
¿Cuándo tendrán su vez rotas calcetas?
¿Cuándo dará una vuelta á la cocina?
¿Visto ni cómo bombas ni sacetas?
¿Hay desgracia mayor, más triste estado
Que estar con Montecúculi casado?

¡Mala landre devore á patizamba,
Y amén de chata tiesa y linajuda!
Porque tuvo un abuelo butibamba,
En su obsequio el esposo en vano suda.
Encarece los tiempos del rey Vamaba,
Manda severa y habla campanuda,
Y ni advertencias ni labor consiente
En honra y gloria del señor pariente.
«Sébase, dice, que mi quinto abuelo
Fué copero mayor del rey Perico,
Y en memoria tres cubas y un majuelo
Tengo en mi escudo, y por cimera un uico.
Adórnanle dos mitras y un capelo.....»
Basta, basta; de alcurnias no me pico;
Fórrese en sus diplomas y blasones,
Y cómanla con ellos los ratones (1).

Tampoco sabihonda: ¡Dios me guarde!
Asco da la mujer sobre un *in-folio*.
La que á Plauto comenta y hace alarde
De ilustrar á Terencio en un escolio;
La que cita á Nason mañana y tarde,
Apostillando á Grevio y á Nizolio,
Vaya, si gusta, con Ovidio al Ponto
Y busque entre los getas algun tonto.
¿Dómine por mujer? ¡Purista! ¡Cuerno!
¿Qué tilde escapa de sus uñas horro?
¡Armar un zipizape sempiterno
Porque en lugar de gorra dije gorro!
Ó bien porque escribi sin *h* invierno
Verme tratar de bárbaro y de porro,
Y dar la casa y la quietud al diablo,
¿Por qué? ¡Crimen atroz! ¡Por un vocablo! (2).
Otro sí, traductoras abrenuncio;
Harto habla una mujer sin diccionarios.
De caletre infeliz pícaro anuncio
Es llenar de sandeces los diarios.
De Jansenio y Molinos trate el Nuncio,
De hierbas y jarabes boticarios,
Los pilotos del viento y de la luna.....
¿Qué toca á la mujer? Mecer su cuna.
¿De nada ha de hacer gala? Si: de juicio.
¿No ha de tomar noticias? De sus cras.
¿Jamás ha de leer? No por oficio.
¿No podrá disputar? Nunca de véras.
¿No es virtud el valor? En ollas vicio.
¿Cuáles son sus faenas? Las caseras;
Que no hay manjar que cause más empacho
Que mujer trasformada en marimacho (3).
¡Voto á brios! Lo mejor se me olvidaba,
La sal del huevo, la esencial receta.
Primero unido con astrosa esclava

De medio palmo de atezada geta;
Antes marido de una infame Cava
Y al remo vil de bárbara goleta,
Que sufrir en ruzer ni en cosa mia
La nueva secta de *sensiblería*.
¡Sus desmayos pintar? ¡Ociosos anhelo!
Pues no lo hiciera ni el pincel de Goya.
¿Matan pollo ó pichon? ¡Válgame el cielo!
Baja el soponcio al punto por tramoya.
¿Se va Paquita? ¡Toma Juana el velo?
¿Se murió el colorín? Aquí fué Troya;
Ya le dió el patatús: ¡San Timoteo!
¡Qué gestos, qué bregar, qué pataleo!
Mas ¡hola! ¿Dónde están? ¡Y mi auditorio?
Ni una abispa quedó del abispero.
¿Ni una siquiera? Más que un locutorio
Habla esta soledad. ¡Bodorrio huerio!
Convirtiósse en viudez mi desposorio;
No hay esperanzas; me quedé soltero.
¡Suceso extraño! ¡Cosa nunca oída!
Primer sermón sin hembra no dormida.

Adios, amigas; próspero viaje;
Mi paz huyera de teneros cerca.
Más quiero en pobre ermita mi hospedaje
Que vivir con mujer veluble, terca,
Locuaz, sosa, gazmoña, abencerraje,
Fisgona, ruda, necia, altiva, puerca,
Falsa, golosa, y..... basta, musa mía:
¿Cómo apurar tan larga letanía?
Quédense, que ya es tarde, en el tintero
La que al de Padua lo zambulle al pozo,
La que jalbega el arrugado cuero,
La que con vidrio y pez se rapa el bozo,
La que trece no sienta á su puchero,
La que al rosario toma cuenta al mozo,
La que reza en latin sin saber jota,
O hace de linda siendo una marmota.

La que escudriña toda ajena casta,
La que come carbon y cal merienda,
La que el habano fuma y rejon gasta;
La que de rifa en rifa lleva prenda,
La que en reir es agua por canasta,
La que no compra y va de tienda en tienda,
La que cura los males por ensalmo
Y siembra chisnas mil en medio palmo.
La que al marido más que el mozo sisea,
La que engulle sin él, con él no cena,
La que siempre sentada está deprisa,
La que sale á semana por novena,
La que atranca á pillar la última misa,
La que lleva en la bolsa una alacena,
La que escabecha el pelo por la noche
Y se charola el rostro como un coche.

Mas, ¿quién el guapo que á contar se atreve
Sus gracias todas? Con menor faena
Dirá las gotas que un invierno llueve,
Y del cerúleo mar la rubia arena.
Confieso, porque el diablo no me lleve,
Que es un ángel mujer que sale buena (4).
¡Así el cielo de allá me la enviara
De veinte abriles y donosa cara!

AL SEÑOR DON ÁNGEL SAAVEDRA.

EPÍSTOLA (5).

Angel: fugaz la vida se escabuve (6);
A su fin corre el hombre como todo,
Y de esta ley fatal en vano huye.

(4) *Rara avis in terra, nigroque similima cygno.*

(5) Hemos sacado ésta y las siguientes poesías de VARGAS, que se imprimen ahora por primera vez, de los papeles autógrafos conservados por la señora doña Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero) y don Angel de Saavedra, duque de Rivas, y principalmente de la colección de poesías inéditas de su tiempo que poseía el célebre don Martín Fernández de Navarrete, amigo de VARGAS y encomiador de sus merecimientos ante la Academia de la Historia. Algunos otros versos de VARGAS tenemos en nuestro poder; pero los juzgamos tanto triviales, y totalmente indignos de la posteridad. (*Nota del Colector.*)

(6) *Escabuye* por *escabulle*. Sería difícil aclarar ahora si es licencia poética ó descuido nacido de la pronunciación andaluza. (*Id.*)

(1) Juvénal se excedió á sí mismo cuando dijo (v. 166):

*Malo venusinam, quam te, Cornelia mater
Grachorum, si cum magnis virtutibus offers
Grande supercilium, et numeras in dote triumphos.
Tolle tuum, precor, Annibalem, victumque Syphacem
In castris, et cum tota Carthagine migra.*

Boileau, como picado, luchó con él en aquel trozo de su sátira que acaba:

*Allez, Princesse, allez, avec tous vos ayeux,
Sur les pompeux debris des lances espagnoles,
Coucher, si vous voulez, aux champs de Cerisoles.*

(2) *Hanc ego, quæ repetit, volvitque Falemónis artem
Servata semper lege et ratione loquendi,
Ignotosque mihi tenet antiquaria versus,
Nec curanda viris opice castigat amice
Verba. Solacismum licet fecisse marito.*

(JUV., *ibid.*, v. 451.)

(3) Por eso hay na la mémos que una obra latina, que cuélgan á Valente Acicalido, consagrada á demostrar esta recóndita verdad: *Mulieres non esse homines*.

El persa Ciro y Ataulfo el godo
Y, si las hubo, mil generaciones
Fueron un tiempo y ya son polvo y lodo.
¿Qué queda de aquel rey de macedones
Susto de Roma, domador de Grecia?
¿Qué del que le dictó sabias lecciones?
Virtud, saber, de la huesuda recia
Resisten la segur desapiadada,
Y nunca mueren. Ambas cuendo aprecia.
No de tu sangre calidad prestada,
Dorado techo no, ni todo oro
Te hará inmortal. Saber, virtud, ó nada.
Pues, sí, amigo. Junta este tesoro;
Estas dos clases busca de moneda,
Y por lograrlas sude cada poro.
Del voluble vivir fija la rueda;
Y pues asaz le diste al fiero Marte,
Sea de paz tu virtud tranquila y leda.
Sólo acude brioso al estandarte
Si la patria peligra, ó la amenaza
El Atila moderno, Bonaparte.
¿Cuál tu dulce saber? Llenar la plaza
Con que Apolo te brinda en el Parnaso,
Que de pereza no ocupó Arriaza.
De genio y dotes anchuroso vaso,
Con todo le halagó naturaleza;
Y él sus grillos forjó. ¡Triste fracaso!
Si te dejas ganar de la pereza,
Esta Circe transforma en torpes brutos
Ingenios de vigor y de nobleza.
Granar impide los opimos frutos
La pereza, de España crudo azote.
No están mis ojos, al decirlo, enjutos.
En ti tal vicio no es decir se note;
Tu noble ardor confieso que me pasma.
Ojalá que el ejemplo no lo embote.
Corto aliento lo da pecho con asma;
Y dar coplitas, y aunque sean sonetos,
Es de poesía apenas la fantasma.
El poeta varón robustos fetos
Anima y pare, do su númen brilla,
Que siempre duren, que releen sus nietos.
¿Qué coplas sueltas viven hoy de Ercilla?
Pues antes que lector á la *Araucana*,
Faltarán castellanos en Castilla.
Héte aquí tu rival. Suda y afana;
Pues te quitó que fueses el primero,
Quítale solo ser. ¡Envidia sana!
El, hidalgo cual tú, cual tú guerrero,
En campaña os nació temprano bozo,
Alternando la pluma y el acero.
Sé tú cual fué, honor y timbre y gozo
De la nación, en verso tan sublime
Que á Virgilio supera en más de un trozo.
¿No te arrebató y mueve, mi Ángel, dime,
Habla tan noble, máximas tan bellas?
¿No te elevas con él? ¿Gimes si gime?
Pues ¿qué serás si lo perfecto sellas
Tomando un héroe sólo cual conviene,
Sin seguir de su plan torcidas huellas?
Manos á la labor. ¿Qué te detiene?
Aprovecha tus fuegos juveniles,
Que el hielo de la edad temprano viene.
Las Musas favorecen los abriles;
Aunque hembras divinas, al fin hembras,
A Nestores prefieren los Aquiles.
Si ahora de jóven aras, plantas, siembras,
Cogerás miés copiosa. Te lo clama
Hace tiempo mi fe, bien lo remiembras.
Quiero que vivo goces de tu fama,
Y á porfía señalen tus laureles
Al anciano el rapaz, al niño el ama.
No te digo que arrojes los pinceles
Con que á natura robas el oficio;
Homero sea rival en ti de Apéles.
De mente y mano mutuo el ejercicio
Tu arte señala, muestra tu talento;
El cielo en ambos para ti propicio.
Cuerpo y figura presta al pensamiento,
Como anima lo muerto tu poesía;
Canta lo inmaterial y pinta el viento.
Canta y serás cantado en algun día:

Tu dama pinta, pinta las ajenas;
¡Ah! que el diablo se llevó la mia.
Muertas y vivas, rubias y morenas
Te dará suyas (pero nunca plata).
La amistad y el buen gusto de Rodénas (1).
¡Ah! ¡Con qué vida tu pincel retrata!
Si es una ninfa, hétela que corre;
Si un loro, va á decir: *daca la puta*.
Sacó el genio la suya. ¿Quieres borre
Ese de mi carácter vivo rasgo?
Antes Sevilla venderá su torre.
Pues si es tu antojo retratar un trasto,
Avisame, verás cómo á tí vuello,
Y prouto y dócil tu desco complasgo (2).
Más tú, sumiso, de mi santo celo
Oye la voz; fabrica tu renombre,
Y eleva tu opinion al alto cielo.
Yo quiero á mi nación formar un hombre
Yo te quiero la honra de tu siglo:
Canta á Cortés, enlázzate á su nombre,
Y tu pincel en mí copie un vestigio (3).

IIueca, Abril 9 de 1815.

(1) Tesorero militar en Sevilla, amigo de ambos, aficionado á las letras. (Nota del Colector.)

(2) *Complazgo* por *Complazgo*: otro desliz de pronunciacion andaluza. (Id.)

(3) EPÍSTOLA A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE,

EN CONTESTACION Á OTRA SUYA (*).

Tanto placer al cazador sudoso
No ocasiona la fresca fuenteçilla,
La dulce sombra, el sueño delicioso,
Como tu docta epístola, do brilla
El resplandor de tu saber divino,
Ha ocasionado á mi amistad sencilla.
Ya anhelaba saber á dó el destino
Te condujo despues que abandonaste
Las márgenes del Bétis cristalino;
Pues desde el punto y hora que faltaste,
Las Musas sus favores me han negado,
Y juzgo que contigo las llevaste.
Y á la verdad bien claro lo han mostrado
De tu graciosa carta los renglones,
Porque ellas, cual se ve, los han dictado.
Con paternal amor sábias lecciones
Tus tercetos me dan, y me señalan
De la inmortalidad los escalones.
Cual dices, ¡ay de mí! sé que se exhalan
Las grandezas del mundo, porque á todos
Los brazos de Saturno al fin igualan.
Griegos, romanos, árabes y godos
Por ejemplo me pones. Sus fortunas
Sé que acabaron por diversos modos.
Donde verjeles hubo ora hay lagunas,
Barrancos y malezas do ciudades,
Que de famosos héroes fueron cunas,
Y en desiertos y yermas soledades
Populosos imperios se tornaron.
¡Tanto alcanza el rigor de las edades!
Su terrible poder, que no evitaron
Arcos, colosos, obeliscos, muros,
La virtud y el saber siempre hurlaron.
Pues el bueno y el sabio á los futuros
Siglos lleva su fama y su memoria,
Más vividoras que los bronceos duros.
Así tú, ¡oh VARGAS! padre de la historia,
Eterno vivirás, que tus escritos
Treparon á la cumbre de la gloria.
Y antes los astros se verán marchitos
Que dejes de tener admiradores,
Pues en vida ya logras infinitos.
¿Y cuándo faltarán, dime, lectores
A tu elogio del rey que fué modelo
A desdichados y á legisladores?
Amigo, como á tí te ha dado el cielo

(*) Con gusto publicamos aquí la contestacion dada por don Angel de Saavedra, despues duque de Rivas, á la epístola de VARGAS.

El borrador autógrafo de esta contestacion, que hasta su propio autor habia olvidado, desdendiéndola acaso como pecado poético de la mededad, nos ha sido benedictamente franqueado por nuestra esclarecida amiga, la señora doña Cecilia Böhl de Faber (*Fernán Caballero*). No sabe el que esto escribe si le alcanza su cariñosa parcialidad en favor del difunto duque de Rivas, con quien le unian tantos vinculos; pero juzga esta composicion digna de ser salvada del olvido, como muestra del númen del ilustre autor de *Don Alvaro* en los primeros años de su juventud, aunque no sea más que por el desentranamiento y lezanía con que está refundida la fábula de *El Águila y el Cuervo*. (Nota del Colector.)

AL GENERAL DON PEDRO AGUSTIN GIRON,

MARQUÉS DE LAS AMARILLAS (1), EN SUS DIAS.

Canto héroeico (2).

Ni al taimado y sutil *Pedro Urdimalas*,
Que ufano vuela de la fama en alas;

De la inmortalidad á la alta cima
Subir seguro con altivo vuelo,
Hoy tu cariño mi talento estima
Capaz de acompañarte, ¡ay! y te engañas,
Que es tan corto que al suelo se aproxima.

Ora cante los hechos, las campañas
Del gran Hernán Cortés, ó de Quiñones
Las amorosas inclitas hazañas,

Mi voz empañará tales acciones,
Pues un acento débil envilece
Más que ensalza á los altos campeones.

Mas este desempeño no me empece
Implorar de las Musas las caricias,
Aunque me burlean y mi afrenta crece.

Pero á pesar que no me son propicias,
Versos y versos sin cesar escribo,
Cual suele el gacetero sus noticias.

En tus cartas me exhortas expresivo
A ser rival del afamado Ereilla,
Cuyo renombre siempre estará vivo.

Pero me asusta aquella fabulilla,
Que te la he de contar, aunque la sabes
Desde que repasabas la cartilla.

La carnívora reina de las aves,
Cortando presurosa el vago viento
Al raudal impulso de sus alas graves,

Descendió de las nubes, y al momento
Un hermoso cordero arrebatando,
Se remontó veloz al firmamento.

Presenciolo un vil cuervo, y deseando
Al águila igualar en poderio,
Sus fuerzas con las suyas comparando,

«¿No dió natura esfuerzo al pecho mío?
¿Alas, garras y pico no me ha dado?
Pues otro tanto ejecutar confío.»

Dijo, y áun de excederle esperanza lo,
Sobre un cordero andaz se precipita,
Que retozaba en el hermoso prado.

Mas cual en blanca miel mosca maldita,
Se quedó aprisionado en los veliones,
Sufriendo por su orgullo justa grita.

Si el atrevido cuervo las lecciones
Supiera con que Horacio dirigía
A la cumbre del Pindo á los Pisones,

Tal afrenta sin duda se aborrraría,
Porque cauto primero consultara
Lo que su fuerza conseguir podía.

La aplicacion del cuentecillo es clara,
Y yo sin duda alguna el cuervo fuera
Si de Ereilla las glorias emulára.

Pero acabo de hallar una manera
De complacerte haciendo el nombre mio
Personaje de fama duradera.

¿Acaso vistes en el bosque frío
Crecer la verde hiedra entrelazada
Con las ramas del álamo sombrío,

Y en tan robustos brazos sustentada,
La que sola jamas alzarse puede,
Los vientos azotar engalanada?

Pues yo será razon que la remede,
Y que para triunfar del tiempo ingrato
Mi nombre con tu excelso nombre enrede.

Manos á la labor, concede un rato
A mi amistad, y logren mis pinceles
De tu rostro sacar un fiel retrato;

Y aunque desaliñados y noveles,
Conseguirán, pintando tu semblante,
Mayor nombre que tienen los de Apéles,
Y hétéme ya famoso en un instante.

Sevilla, 15 de Abril de 1815.

ANGEL DE SAAVEDRA.

(1) Abuelo del actual Duque de Ahumada.

(2) Debemos igualmente esta composicion á la bondad de Fernan

Ni á *Perico* inmortal de los *palotes*,
Verbi-gracia de zotes;
Ni al llamado á la lucha de salero,
Picame Pedro, que *picarte quiero*;
Ni al que puso al descoco final tasa,
Entrando como Pedro por su casa;
Ni á *Perico* entre ellas,
Feas si doctoras, tontas si sen bellas;
Ni al que dijo al oir, *madruga, Pedro!*
Yo sirvo en Guardias y roncando medro;
Ni al *Pedro* del refran que *el fuego atiza*
Por gozar la ceniza;
Ni al que debe esquivar profano baile,
Periquito hecho fraile;
Ni al *Pedro* que se halló (gran marrullero)
Viejo para cabrero;
Ni al tieso de los tiosos, grande ó chico,
Que es el pié de Perico;
Ni al poseedor tenaz y sin desmedro,
Tú te las tienes, Pedro;
Ni al rival firme de don Juan, *don Pedro*,
Que Calderon y Lope trujo á redro;
Ni á *don Pedro el Cruel*, que (guarda, Pablo)
Un rey fué Saratan, fondó en diablo,
Ni al *Rey Perico* que rabió por gachas
(Que yo, de rey, rabiára por muchachas),
Ni al *Periquito Rey*, ni al *Periquito*
Última vela cuando el viento es Tito,
Ni al *pericon* que en la tranquila calma
Mueve una encina cual flexible palma,
Ni al ciprés ó nogal, álamo ó cedro,
Que el mazo y el cincel hizo *San Pedro*,
Ni al San Pedro que diz: *bueno está en Roma*,
Aunque, añaden, no coma,
Miren si comerá pavos y bueyes
El pastor de pastores y de reyes;
Ni á mi tipo y retrato verdadero,
El noble postillon *Pedro ligero*.
Ninguno de estos tales es llamado,
Ningun *Pedro Fernandez* tendrá estrado;
Ni hallará aplausos en mi heróico metro
Petrus in cunctis et nihil in Petro,
Ni á *Perico* y *Marica*
Cataplasma se vende en mi botica.
Lágrimas de San Pedro, ciento á ciento,
Periquillo Sarmiento
Llevará si no calla. En su caldera
Pedro Botero, rancia cocinera
Freirá, si alguno por venir de raza
De Péttriz, Perez, Piédrola, Pedraza,
Quiere meterse en coro..... Mis renglones
Enfáticos dirijo
A mi Pedro Augustin, de los Girones
Nata, marido como padre é hijo;
Que le empecé á querer en sus pañales,
Y le he visto subir como la espuma,
Flor de los Generales,
De dotes y amistad notable suma:
A éste vuela, no más, mi tarda pluma.

Caballero. No tiene galas poéticas, ni alcance alguno en la intencion; pero no titubeamos en darla á la estampa, porque este hacinamiento de todas las formas proverbiales del nombre de Pedro nos ha parecido un capricho literario muy adecuado para dar idea de la indole festiva y juguetona del ingenio de VARGAS PONCE. (Nota del Colector.)

VERSOS ESCRITOS

POR VARGAS PONCE PARA EL ALBUM
DE LA MADRE DE FERNAN
CABALLERO.

Una hoja me ministra
Tu libro, de admiradores,
Y de tan lindos señores
Yo quiero alargar la ristra.
Donde Moreau y Arriaza,
Únicos en su talento,
Se honran juntos, ¡un jumento
A pedir se atreve plaza?
¡Es nuevo que agna bendita
Tome igual en lo cristiana,
Como una jóven lozana,
Vieja caduca y marchita?
El sol, radiante topacio,
De luz y fuego reboza (1)
Para la pajiza choza,
Para el mármoleo palacio.
No soy vieja de alcohol,
Ni tal permita Maria;
Pero para mí es usía
Una cosa como sol.
Sin culta filosofía,
Conceptos ni seriedad,
Cuenta con fina amistad
Y con cándida alegría.
Amor, esquivéz ó celos,
Más que afectos, son castigo;
Yo comer quiero contigo,
En miel nadando, buñuelos.
Sea con lira ó con zampoña,
Te ensalzaré sobre mil
Si abjuras de lo servil
Y del licenciado Oña (2).

VERSOS DE VARGAS,

ANCIANO, Á UNA NIÑA DE QUINCE
AÑOS QUE SE LLAMABA
AURORA (3).

Dulce y rosada Aurora,
Cuya grata presencia
Nueva vida concede,
Como al prado, á la selva.
Que saludan las aves,
Y cándida azucena
Y nacarada rosa
Dan aroma á tus perlas.
Desde que no te admiro,
Noche medrosa y negra
Tendió sus tristes alas
Y cobijóme en ellas.
Ni cuento que, hasta verte,
Clara luz me amanezca,
Ni que nadie me alivie
El pesar de tu ausencia.
El Bétis te codicia,
Te llama y te vocera,
Para besar tus plantas,
Para cubrir tus huellas.
Cuarte, cuarte, almo rio,
Que en cuanto la requieras
De amores, que desoye
Más que Diana austera,
Tus arenas de oro
Y todo el oro arena
Son á sus castos ojos,
A un corazón de piedra.
Ojalá que algun cedro
Preste tronco á esta hiedra

Y con felices lazos,
No como *mata'muera*.
Y ojalá que un momento
Me recuerde risueña,
¡Un momento, mi Aurora!
¡Un momento siquiera!

AL TORERO SAAVEDRA,

ALIAS, EL PILLO CORDOBES..... ÁN-
TES DON ÁNGEL DE SAAVEDRA,
POETA ESCLARECIDO.

Sermon en Carnaval (4).

¡Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo *ángel*,
Tu torpe sandez te muda!
Antes que tan nobles prendas
Empañe gentil locura,
La plebeya y vil garrocha
Niega á tu mano..... y escucha.
Contigo pródigo el hado,
Clara estirpe, rica cuna,
Unió con tu lindo rostro
Y tu gallarda figura.
Hallaste gracia en Apolo,
Y sin esquivéz las Musas,
Y merced al sacro influjo,
El núnem en tí madruga;
Antes que bozo tu cara,
Fácil verso dió tu pluma,
Y con fatiga bien poca,
Lograste alabanza mucha.
De *Suero* la lid honrosa (5)
Leyó la crítica audasta
Con placer, y ni la envidia
Halló márgen á censura.

De *Ataulfo* y *Alíatar*
En éxtasis magna turba,
Entre lágrimas y aplausos
Tu nombre y fama divulgan (6).

De tan felices principios
Gozosa la España augura
Que en edad, en patria y estro
Nuevo Luciano la ilustra.

Mas ¡ay! que ya degenera
Tal virtud, y ya se enluta,
Y con disfraz indecente
Eclipsa sus luces puras.

Ya sigues al útil bruto,
Siguiendo costumbre bruta,
Que si la razon condena,
El hábito no disculpa.

Quando al invasor soberbio,
En la más sagrada lucha,
Por sus aras y sus muros
La España sus hijos junta,

Todos por tí se interesan,
Y su bella faz demudan
Las ninfas del patrio Bétis,
Que de tu riesgo se asustan.

Helada quedó su sangre
Caliente al correr la tuya,
Y como propio miraron
El rigor de tu fortuna.

Por tu salud las plegarias,
Desde la enriscada Astúrias
Hasta la opulenta Gádes,
El cielo no sordo escucha.

Mas ¡ya, pervertido jóven,
Por esas entrañas duras

Quién podrá mostrar zozobras
Ni lucir grata ternura?

Yo por mí, pese á mi enojo,
Pensé amarte hasta la tumba,
Mas ya te odio, te execro,
Tu memoria me espeluzna.

¡Ojalá que negro toro,
Ministro del sér que injurias,
Con su media luna te abra
Vergonzosa sepultura!

¡Ojalá!.... ¡Qué mal que finjol
Plegue al cielo darte cura,
Como á tus heridas nobles
Y á queja que mi alma inunda.

El juicio vuelva á tu mente,
Sólo de vaoir presunas
Contra invasores soberbios,
No en bestias que al hombre ayudan.

Deja pasión tan tillana,
Y serás, con gloria suma,
El amor de nuestras hembras
Y el honor de nuestras musas.

ROMANCES.

I.

A DON JOSÉ DE MAZARREDO.

Habiéndole entregado VARGAS, para leer, el
único ejemplar que tenía de su *Elogio de*
don Alonso el Sabio, se lo pidió el día de
los Inocentes de 1782 con el siguiente ro-
mance.

Señor don Doblon de á ocho,
Puesto que á todos agradas;
Mente de bronce dorado,
Por lo que luce y aguanta.
Honra y blason, lauro y gloria
De tu alcurnia y de tu patria,
Pues por tí no es tanta afrenta
Haber nacido en Vizcaya;
Tú, que ser puedes blason
De las milicias urbanas,
Y aun director general
De la portuguesa armada:
Escucha, que no es pedirte;
Oyeme cuatro palabras,
Y sírvate de consuelo
Que no he de hablar de la escuadra.
Apenas vestí por tí
Esta maldita casaca,
Que á tantos hombres de bien
Con galoncitos engaña.
Entré por aquel cuartel
Donde penan tantas almas,
En purgatorio de alférez,
Querer serlo de fragata;
Pagué con gusto patente,
Pasé sin él caravañas,
Y del asentista Caco
Unos alimentos caca:
Pasé también, por fortuna,
Una sala y otra sala,
Y jugué con los estudios
Al juego de pasa pasa.
Brigadier habilitado
Fuí, grado que se equipara
A los maestros por lioma,
Que en las religiones andan.
Subí de guardia-marina
A guardia de corps, escala
Que entónces dió mil envidias,
Y ahora da mil matrancas.
Creíme bajá de tres colas,
O gran visir, ó gran Lama,
Y á mis compañeros Sanchos
Ya repartía Baratarías.

(1) *Reboza* por *reboza*; otro desliz de son-
nancia en andaluz. (*Nota del Colector.*)
(2) Alusiones festivas y familiares, cuya
verdad significa que no conocemos. (*Id.*)
(3) Aurora Böhl de Faber, hermana de *Fernan*
Caballero. (*Id.*)

(4) Este ameno romance fué dirigido en
1815 á don Angel de Saavedra, después du-
que de Rivas, con el objeto de corregirlo de
la afición que entónces manifestaba á ejerci-
tarse en la taumatiquia. (*Nota del Colector.*)

(5) Alude á *El Paso honroso*, poema de Saa-
vedra, cuyo héroe es *Suero de Quiñones*. (*Id.*)

(6) Alude á las primeras obras dramáticas
de Saavedra. (*Id.*)

Salí al mar, y por más señas,
Fui sin comida y sin cama,
Porque es fijo que el servicio
Proporciona mil ventajas.
Llegué al campo, y engullíme
Una boronía de parlas,
Medio cocha la francesa
Y cruda la castellana (1).
Mil disparos presencié;
¿Son pocos? Al cubo vayan,
Porque yo estoy bien seguro
Que hubo locas esperanzas.
Por tener parte en la torta,
Que al fin salió chamuscada,
En el *Tulla-piedra* (2) entré.
Que hasta el nombre esperanzaba.
Mucho al arca de Noé
Su figura asemejaba,
Y contenía igualmente
Mil especies de alimañas.
¿Qué de hazañas admiré
En una y otra cucarda!
¡Ah fama! busca trompetas.
¡Ah Pepe! vuelve á las chanzas.
De mí sólo decir puedo
Que discurrí á las vegadas,
Unas morir estrellado,
Otras pasado por agua.
Aparecióse á la aurora
Una que llamaron lancha;
Y creía yo.... la misma
Nave de los Argonautas.
Al echarme de falondos,
Se me magulló una nalga,
A quien la otra, por burla,
Llamaba la cardenala.
Me embarcaste, y al instante
Sufrí una dura borrasca,
Con que dije para mí,
Buen principio de semana.
Del mar grande y el mar chico
Aré la espumosa espalda,
En un navíazo amigo,
Que si otros vuelan, él nada.
Lo demas de mi viaje
Tú lo sabes, y no es gracia
Decir á un hombre ocupado
Más que cosas de importancia.

Llegué á Cádiz, y aquí estamos
Al principio de la carta,
Si es que lo es lo presente,
Que por mí llámese haca.
Aquel mismo día supe
Que, en tener extravagancias,
Ya no se quitan un pelo
Las academias y damas,
Que la Española premió,
Por su regalada gana,
Mi discurso de un Alfonso
De las bragas atacadas.
Tiempo has tenido de verlo,
Y como otros mil lo aguardan,
Te estimará lo volvíces
Con la órden de mañana,
A esto solo se reduce
Todo lo dicho, en sustancia;
Pero al modo de una vieja,
Cuando de sus culpas trata,
Al confesor, velis nolis,
De su cómplice le ensarta
No sólo el nombre, sino
El número, calle y casa;
Así.... el aplicar el cuento
Es cosa muy chabacana,
Y vale más que lo deje

(1) Alude á la mezcla de españoles y franceses que hubo en el sitio de Gibraltar, de 1782. (*Nota del Colector.*)

(2) Nombre de una de las famosas baterías flotantes en que se halló el antor sobre Gibraltar. La mandaba el príncipe de Nassau, y fue la primera que se incendió. (*Id.*)

Por un cumplido de pascuas.
Ojalá que las que vienen
Seas cardenal patriarca.....
¿Y María Antonia? dirás,
Pues buen remedio: casarla.
Ojalá que no te enfades
Al ver esta confianza;
Mira, soy guardia-marina,
Reflexiona, estoy de guardia;
El día propio de chascos,
Y tú una manta mojada;
Motivos todos bastantes
A sufrir la *inocentada*.

II.

A don Manuel España, pidiéndole el segundo tomo de *La Aracana* de Ercilla, y remitiéndole el primero.

A vos, señor don Manuel,
A quien el Pindo consagra
Los reverentes obsequios
De métricas alabanzas;
A vos, que de la Helicon
Bebeis el agua sin tasa,
Siendo así que en vos no es
Ordinario el beber agua;
A vos, que cuando al Pegaso
Fiais ufano las nalgas,
De soberbio que se pone,
No hay forma que aguante ancas;
A vos, que todas las musas
Por obteneros se arañan.
Echándoos más discreciones
Que fea que no se casa;
Si bien, de puro cortés,
A todas les haceis cara,
Y vais gritando hácia ellas:
Santiago, cierra España.
A vos, que del mismo Apolo
Disfrutais las confianzas,
Y en todas vuestras acciones
Tencis gracia gratis data.
A vos, por último, á vos....
Yo don Gregorio Guadafia
Desde esta mi humilde choza
Os mando salud y gracia.
Sepades que asaz gustoso
Di cabo ya á las hazañas
Que el buen home Alonso Ercilla
Nos enhebra en su *Aracana*.
E queriendo, si vos place,
Continuar en la folganza
De su leyenda, magüer
Otros cuidados me claman,
Rendidamente os suplico
(Ca siempre humillado fabla
Home que á guisa de ruego
Cosa que le tañe apañia)
Que por el mismo conducto,
Dejando la griega parla,
Logre yo el segundo tomo,
Dándoos por éste mil gracias.
Dadlo, pues, por don Gaiferos,
Por el caballo de Vamba,
Por las *tres Anades madre*,
Y el rucio de Sancho Panza.
Dadlo por el rey Perico,
Aquel que rabió por gachas;
Por el cuerno de Roldan
Y por la ampolla de Francia;
Dadlo por el gran tablado
Del Córpus y por sus danzas;
Dadlo por los seis gigantes,
Y dadlo por la tarasca.
Así Júpiter tonante
Os dé con mano bizarra,
Con una mujer estéril,
Una suegra y tres cuñadas;
Así todos los planetas
Sus influjos os repartan,

Y que Vénus y Mercurio
Entren tambien en la danza;
Así cuatro mil mosquitos
Os arrullen en la cama,
Y así junto al occidente
Os salgan diez almorranas;
Así logreis, chanzas fuera,
Tanta plata, tanta plata,
Que su guarismo tan sólo
Pueda averiguarlo—VARGAS.

III.

Á UNA SEÑORA.

Porque no le gusto á usted
No me tengo de afligir,
Pues veo que no se alegra
Con saber me gusta á mí.
Por abandonar su amor
Estoy, señora, en un tris,
Y verle el fin á mi pena
Antes que ella vea mi fin.
¿Haya cosa! Aquí no hay más,
Dejarlo y no resistir;
Si usted dice á esto de no,
Yo digo á aquello de sí.
No, sino, estarse penando
Con la solfa de ¡ay de mí!
El día sin sosegar,
Y la noche sin dormir!
Tragarse una pesadumbre
Como uno pudiera anís,
Y sufra usted mis desprecios,
Y llámese usted infeliz!
¿Y esto por qué? porque dió
Su hermosura en mi nariz;
Pues ya me huele á conejo,
Si antes me olía á perdiz.
Yo riño con mi apetito
Hasta entrarlo por carril,
Que gusto con sinsabor
Para mí es gusto ruin.
¿Qué quiere? ¿que yo me pu lra
Para lograr un deslíz,
Que si tantito me voy,
Tambien me puede podrir?
No me acomodo, señora,
En causarme yo á mi esplin,
Y que me cueste llorar
El que me haga reir.
En llegando á incomodarme,
Digo, con el gran Solís,
Que me lo dispense el diablo,
Que no le puedo servir.
Estar siendo de una esquina
Estafermo un día y mil,
Con más paciencia que un
Descendiente de Levi,
Y cual gato por Enero
Rondar tapias de un jardín.
Es como en tiempo de entónces
Servia á Jimena el Cid.
Por pretender á una bella
Ser eterno espadachin,
Esto es idénticamente
Cortejar á lo Amadis.
Pero ya ¡cuerpo de tal!
La dama más serafín
Se desea á fin de Marzo
Y fastidia á dos de Abril.
Cualquier trasto de galán
Pulido, tantico así,
Le sobran más pretendientes
Que antecámaras en Madrid.
El mi vida, el alma mia,
Mi bien, mi consuelo, mi....
¿Qué linda recancanilla!
¿Qué donoso retintín!
Ya es más lacónico el gusto,
Más conciso el proferir,

Más precisa la elocuencia,
Y el ingenio más sutil.
Ya el entenderse es la gala,
Entenderse sin decir,
Y las más veces conviene
Pegarla de zahorí.
Yo, mi reina, pongo en uso
Cuanto precepto escribí,
No gasto á Ceilan sus perlas,
Ni sus oros al Ofir;
Jamás engasté una boca
En el coral y el rubí;
A un diente le llamo un diente,
Y á una vieja mi Cain.
Con que, supuesto lo dicho,
Querermé ha de ser así;
Feliz seré si me admite;
Si no, no seré infeliz.
Tengo dicho en buen *romance*
Cual es mi fin hasta aquí.....
Y este que á usted la dirijo,
Hasta aquí llegó su fin.

A don Francisco Márquez, pintor, quéjase VARGAS de la tardanza en dibujarle un elefante que le pidió para la portada del poema *La Posmodia* (1).

DÉCIMAS.

Márquez mio, sin mohina,
Responde de buen talante,
¿Esperas que el elefante
Te lo envíen de la China?
O porque no se termina
La ardua cuestión de Inglaterra,
Por librarlo de la guerra
O de todo otro fracaso,
¿Eas dicho que paso á paso
Te lo conduzcan por tierra?
Si tan mala cuenta das
A mis primeras razones,
¿No ves, hombre, que te expones
A que no te ocupe más?
Al verte, pues, como estás
Tan remolon y tan tardo,
De tal suerte me acobardo
Por tu pesadez maldita,
Que hasta la gana se quita
De pegarte otro petardo.
Si no fuera judaizante
Por esperar al Mesías,
¿Cuál estaré en tantos días
Que ha que espero al elefante?
A posma ten por constante
Nadie en el mundo te gana,
Y el gremio de la pavana
Cantar puede palinodia,
Pues contigo es la *Posmodia*
Una vedija de lana.
A no aplicar tu eficacia
A que venga por respuesta,
Juro á Apolo y juro á ésta

(1) Sabido es que este poema del Marqués de Ureña lleva como emblema en la portada un elefante encerrado en una jaula.
(Nota del Colector.)

Que no has de verme la gracia.
Aun mi furor no se sacia
Con castigos tan humanos;
Ojalá te entren insanos
Cursos tales y tan grandes,
Que estés, hasta que lo mandes,
Con las bragas en las manos.

CANTILENAS.

I.

Soledad apacible,
Dulce regalo mio,
Con quien paso la vida
Seren y divertido;
Tú eres causa que goce
Aquel bello atractivo
Que embarga las potencias
Y enajena el sentido.
A tí sola consagro
Mi gusto agradecido;
Tú eres el digno objeto
Que obliga mi cariño.
Afuera, mundo vano,
Afuera, infiel amigo,
Ya obligarme no puede
Lo falso de tu hechizo.
No temo tus rigores,
No temo tus peligros;
Que para mayor daño
Me basto yo á mí mismo.
Ya estoy desengañado,
Y, á mi bien advertido,
Procuraré cuidoso
Evitar el peligro.
El mundo sólo sirve
De aumentar precipicios
Donde es preciso muera
El infeliz caído.

La soledad me trae
Los medios muy distintos;
Conozco lo que gano
Viendo lo que he perdido.
Y así yo te prometo
El más firme cariño,
Y juro conservarlo
Como lo he prometido.
Antes sólo buscaba
Un concurso lucido,
Donde pudiera verme
De todos aplaudido.
Ahora ansia mi anhelo
Un secreto retiro,
Donde á morir aprenda
Quien vivir no ha sabido,
Enmendar procurando
Los yerros cometidos,
Y consultar tan sólo
Por consuelo los libros.
Leeré del grande Aquiles
Los hechos peregrinos,
Cantados altamente
Por Homero divino.

Aprenderé de Enéas
Lo piadoso y sufrido,
Leyendo sus trabajos,
Escritos por Virgilio.
Admiraré lo heroico
De Cortés atrevido,
Sujetando á su patria
Antárticos dominios.
Hazañas inmortales,
Que en sublimado estilo
Solís robó afanoso
Al tiempo fugitivo.
No saldré del destierro
A que me ha conducido
El grave desengaño
De lo falaz del siglo.
Allí me estará siempre
En la gruta metido
Que formé en corto trecho
De peñascos unidos;
Y esperaré conforme
Que llegue un parasismo
Que de esta triste vida
Quebrante el frágil hilo;
Y atento á las mudanzas
Que ocasionan los siglos,
Daré breve epitafio
Noticia á los vecinos
Del grande bien que goza
Quien consigue advertido,
Huyendo á la campaña,
Vivir consigo mismo.

II.

Á LA FORTUNA.

Fortuna, quien se fia
De tu inconstancia es loco,
Quien presumido dice
Que tú no existes, bobo;
Pero quien te desprecia
Es sin duda uno y otro.
El cuerdo en su retiro,
Sincero sin rebozo,
Incapaz de lisonja,
No te ofrece sus votos.
Mira las variedades
Con tan tranquilo rostro,
Que ni apetece honores,
Ni teme los enojos.
Deja te erija templos
Pueblo supersticioso,
Que esclavo de sí mismo,
Venció todos los otros.
Deja que tanto necio
Adule al poderoso
Para adquirir un cargo,
Ladron de su reposo.
El solo en paz serena,
De falacia remofo,
No por granos de incienso
Pide granos de oro.
No anhelando tus dichas,
No tiembla á tus enconos,
Sólo con no buscarte
Te encuentra, y es dichoso.

Mantuvo VARGAS familiar y sabrosa correspondencia con la madre de Fernán Caballero. Este esclarecido novelista, nuestro amigo, ha tenido la bondad de escribirnos lo siguiente: «Registrando los papeles de mi madre, he hallado muchas cartas de Blanco-White, Rojas Clemente, el Magistral Cabrera, Arriaza, é innumerables de VARGAS, de mucha chispa, pero todas empañadas con su chocarrería.»

En estas cartas hay muchos versos festivos, escritos

á veces con sobrada llaneza, como no destinados á la publicidad. De ellos copiamos los siguientes, anteponiéndoles las explicaciones familiares del mismo VARGAS:

«Soy bromoso y siempre lo fui. Con estos versos presenté las poesías de Arriaza, Meléndez y Garcilaso á una señorita á quien dediqué la tragedia que algun día verá usied.—VARGAS.»

Dulce Meléndez Valdés,
 Arriaza y Garcilaso;
 Tú, Pepita, de miel vaso,
 Muy más dulce que los tres.
 Tierno Garcilaso es
 Y el togado y el marino;
 Tú, Pepita, sér divino,
 Muy más tierna que los tres.
 Muestra Arriaza, cual ves,
 Y Vega y Valdés finura;
 Pepita, flor de hermosura,
 Tú, más fina que los tres.
 Sobre la grey hechicera
 Que los genios del Parnaso
 Librarán de triste ocaseo
 A Pepita la primera,
 Entre la amena lección
 De obras tan encantadoras,
 P'arta Pepita las horas,
 Y con nadie el corazón.

«Disputé yo, por hacerlo rabiarse, según me sugiere mi afable índole, con el presuntuoso Meléndez Valdés acerca de lo fácil que era el género anacreóntico. Desafiéme á que hiciera una letrilla. Es la que he hallado y copio, porque se escribió después de dicha de repente.—VARGAS.»

Yo vi zagal imberbe,
 Del amor oprimido,
 Lanzar ardientes rayos,
 Rayos, que no suspiros.
 Cerca de este infelice,
 Viejo de casi un siglo,
 Lleno del padre Baco,
 Cantaba como un mirlo.
 ¡Hola! (á mi sayo dije),
 El traidor de Cupido
 La mocedad amarga
 Con tan duro martirio.
 ¡Y de un viejo mi Baco
 Hace un ente tan vivo?
 Vaya amor noramala;
 Echa, muchacho, vino.

Á UNA AMIGA,

DÁNDOLE QUEJAS POR NO HABERLE ESCRITO.

¿Quién te ha dicho mal de mí?
 ¿Quién ha trazado mi suerte,
 Y mimado en tus cariños,

Me hace probar tus desdenes?
 Ni eres viuda Judith,
 Ni yo gentil Holofernes;
 No tu silencio, cuchillo,
 Mi traquiarteria cercene.
 Mi tragedia no leerás
 Si la tragedia cometes
 Que deja á *ti suspiramos*
 Mi ansiosa sed de leerle.
 Esa tu Aurora y mi sol
 La ruego que se interese
 Por este cándido niño,
 Que en sólo pucheros crece.
 El campo ameno que pisas,
 Bajo tu planta se seque;
 Para boca tan cerrada.
 Nadie cace, nadie pesque.
 El blanqui-negro lenguado,
 Ni la corredora liebre,
 Ni el langostino Sofía,
 Ni *Barril* (1) de lenguas pruebes.
 Si no enristras dulce pluma
 Que hacía este amiguito vuela,
 Con firma que claro diga
 La que por tí vive y bebe.

«Cierra ésta la siguiente anacreóntica con que en el año 1793 contesté á un excelente himno de mi Jovellános, sintiendo mi ida á la guerra.—VARGAS.»

Hombres sandios, ¿dó vais?
 ¿Dónde está vuestro juicio?
 ¿Vive más ó más sano
 Quien mata más vecinos?
 ¿Goza de su pastora
 Más tiernos los cariños
 Quien en su patria deja
 El tálamo vacío,
 Sin rabadan la hacienda,
 Y sin padre los hijos?
 ¡Oh, mal haya, mal haya!
 ¿Quién, desalmado, altivo,
 En daño de la Europa
 Formó el primer navío,
 Y en daño y mayor daño
 Del malhadado indio!
 Aquella tierra es suya,
 Aquel cielo no es mío.....
 Quédese con su oro,
 Con su metal mezquino,
 Que junto no equivale
 De mi amada á un suspiro.

(1) Nombre de un amigo de la madre de Fernán Caballero.

DON FRANCISCO DE PAULA NÚÑEZ Y DÍAZ.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Sevilla, en 1766. Estudió en aquella Universidad filosofía, teología y cánones. Fue cura del colegio náutico de San Telmo, y capellan de honor de Su Majestad en la Real capilla de Granada, en cuya universidad enseñó filosofía. Murió en la misma ciudad por los años de 1852.

POESÍAS.

ODAS.

I.

Adan admira la naturaleza. Sentimientos de su gratitud al contemplarla.

Canta, mi dulce lira,
Del alto Dios dictada, omnipotente,
En valeroso acento,
Aquel placer divino y gozo ardiente
De Adan, cuando le inspira
El supremo Creador el alma aliento;
El soplo divino su noble busto
Enciende en hermosura,
Brilla en sus ojos luégo lumbre pura,
Y el pecho alienta augusto.

Claro sol difundia
Al nuevo Olimpo los candores puros:
Su cuadriga fogosa
Gallardo, en medio los celestes muros
Del orbe, conducia;
La fábrica á la vista grandíosa
Súbite brilla del mortal felice:
¡Dios! exclama arrobado,
Y el monte *Dios* repite, *Dios* el prado,
Dios la caverna dice.

Cual suele el rauda vuelo
Levantar á las líquidas regiones
El águila, ya el lazo
Roto que la retuvo en las prisiones,
Y libre en vago cielo
Gira ufana, y se encubre en el regazo
Inmenso de la luz; y ya engolfada
En el raudal fecundo.
Audaz se esfuerza, y vuela hácia el profundo
Febo, precipitada;

Así en el cerco estrecho
Del orbe, no capaz de su grandeza,
Felice discurría
Adan, buscando la inmortal belleza.
Arde en su augusto pecho
De la beldad la imagen: ni del día
La calma el astro que fulgente mira:
Osado más se encumbra
En el fulgor divino que vislumbra,
Y absorto así suspira.

¡Eterno, el orbe clama,
Tu majestad! ¡El orbe, trono augusto
De tus piés adorables!
¡Cielos! ¡load su sér, load su busto,
Que en mí grabó; cual llama
Resplandezco en bellezas insondables.
Alaba, ¡oh creación, oh grandiosa
Creación, templo erigido
A su gloria! Con eco enardecido
La mano poderosa;

La mano, que difunde
Felicidad, de donde en trono alzado
Sobre astros rutilantes,
El cetro inmenso rige, hasta el helado
Centro que horror confunde:
¡Quién los orbes que giran fluctuantes
En el profundo espacio así equilibra?
¡Quién del astro del día
El fecundo esplendor con mano pia
Hasta la tierra vibra?

Sonó tu voz, ¡oh Inmenso!
Tiembla el caos á su imperio, los profundos
Senos rasga, confuso,
Al vago espacio los envueltos mundos
Aborta; ya el extenso
Mar, de la tierra por la faz difuso,
En cavernas horribles se aglomera;
Nacen los altos montes;
Extiéndense los valles, reverbera
Luz en los horizontes.

Nació el sol, las montañas
Sus cumbres de altos cedros erizaron,
Y los bosques umbríos
Los hojosos ramajes enlazaron
En espesas marañas;
Brotan las fuentes, corren raudos ríos
A los valles sedientos; las colinas,
Por causas diferentes,
Adornan murmuriosas las corrientes
De aguas cristalinas.

El prado allí atesora
En frías hojas rozagantes flores;
Los céfiros suaves
Exhalan sus balsámicos olores;
La selva allá colora
Con dulcísimas pomas; de las aves
Aquí resuena el amoroso acento;
El bosque, el monte, el llano
Cubres ¡oh Eterno! de verdor lozano,
De las bestias sustento.

¡Oh cuánto sér viviente
Anima el universo! Los collados
Trepan, ora ligeros,
O en los frescos raudales exhalados
Templan la sed ardiente;
Ora pacen los prados placenteros;
Unos surcan del mar el golfo undoso,
Cruzan otros el cielo:
¡Todo vive y respira, todo el suelo
Alienta, oh Poderoso!

Dijo, y voló ligero
Un genio celestial del alta cumbre:
Venturoso, tú el dueño
Eres, le dice, de esta hermosa lumbre,
Y luégo lisonjero,
De laurel inmortal ciñe halagüeño
Su augusta frente, y de vislumbre dora
El rostro: en ambrosía
Bañó el labio, y rasgando el aura fría,
En ámbar se evapora.

II.

LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Campos desiertos, pueblo inmenso un día,
Decid á Tirsi en esos restos vagos
De todo lo mortal la suerte impía:
¡Ay ilustres estragos!
¡Cómo desmazonadas
Yacen columnas, lares, templo augusto,
Dioses y aras sagradas
Al corvo arado del gañan robusto!
¡Ay, cuál vacila y tiembla al paso rudo
Del bucy, cuál se desploma al leve viento
La muralla, que el choque hender no pudo
Del ariete violento!
Eco, tú en las arenas

De ese circo aplaudiste sus victorias,
 Ora, triste, resuenas :
 « Yace Itálica : aquí yacen sus glorias. »
 ¡ Padre Bétis ! De ficras es guarida
 La patria de los dioses soberana,
 Por todo el orbe inmenso esclarecida.
 Cuando tú, á la romana
 Púrpura, en alta quilla,
 Siguiéndole el gran pueblo, al César viste
 Partir desde tu orilla,
 ¡ Cuán vano el ancho seno entumeciste !
 ¡ Tristes memorias, pálidas señales,
 Que el tiempo adrede nos dejó, celoso
 De tu poder ! ¿ A dó tus penetrales,
 Trajano glorioso,
 Fueron, dó el Capitolio,
 Dó las carrozas y el clamor lozano,
 Que lleva al sacro solio
 Por luenga calle al cónsul soberano ?
 Ya todo se rindió, todo, al destino
 Mortal : en vano sombras mil, cuidosas
 Aun de renombre eterno, al peregrino
 Las huellas cautelosas
 Tuercen ; que la vil suerte
 Este postrer honor les niega avara,
 Y oscura niebla vierten
 En los rostros que un tiempo en luz bañára.
 No ya retumban por el vago muro,
 De inmenso pueblo gritos fervorosos,
 Al mirar estrecharse al pecho duro
 Los atletas briosos ;
 Tan sólo el eco suave
 De la flauta, que llora en las vecinas
 Selvas el caso grave,
 De Itálica resuena en las ruínas.
 O si Diana cubre la llanura
 De verdes lumbres, ya el luciente giro,
 Terminando del bosque en la espesura,
 El profundo supiro
 Del pastor, que la aurora,
 El pecho de mil sombras asaltado,
 En su recinto implora,
 De apriscó incauto de la noche instado.
 Sombras que en medio de las ruínas crecen
 De Itálica, y tristísimos lamentos,
 Cual de ejércitos, se oyen, que perecen,
 Y relinchar violentos
 Y correr los caballos,
 Y del fuego que abrasa un eminente
 Alcázar, los estallos.
 Tal es la fama en la vecina gente.
 ¡ Oh ley en lo mortal nunca violada !
 Tírsi, tú, que al vivir eternamente
 Aspiras, en virtud de alto alcanzada
 Orlar debes tu frente ;
 Que alma virtud tan sola
 De lo caduco, y grave y corrompido
 Al varon acrisola,
 Y lo hace claro y libre del olvido.
 Así del gran Fernando la memoria
 Del tiempo superó la inmensa cumbre,
 Del hispalense muro la victoria
 Lo baña en clara lumbre ;
 Y ensalza á Hermenegildo
 El mismo alcázar que lo vió postrado,
 Y el lauro á Leovigildo
 De eterna infamia es y sombra orlado.

III.

Á LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA.

Dios, Dios, mortales : el sagrado acento
 Oid, Dios..... todo el orbe inmenso clama.
 Aun el astro luciente
 No ilustra los palacios del Oriente,
 Y ya la alma natura
 En montes, prados, esplendor derrama,
 No sé qué sentimiento
 El céfiro dulcísimo murmura ;

Al alto Olimpo nueva luz decora,
 Las aves, engañadas, sus loores
 Tributan á la aurora,
 Y desplagan sus hojas ya las flores.
 Del alcázar celeste el ancho velo
 Se rasga : ¡ dulce encanto ! El eminente
 Solio del Sér inmenso
 Descubro ; la mansion que con intenso
 Y eterno esplendor brilla,
 Y los genios felices que al Potente.....
 Mas ¿ quién con raudal vuelo
 Se remonta de Dios á la alta silla ?
 En torno ya la bóveda estrellada
 Resuena con suavísimas canciones :
 « Es de Dios la hija amada,
 Es la que rompe al hombre las prisiones. »
 Sobre el pecho divino reclinada,
 En castísimo amor toda encendida,
 Liba la Virgen pura
 Del sacro Padre la inmortal dulzura ;
 Mientras que en gozo santo
 Bañado el Dios piadoso, á su elegida
 Abraza, y la morada
 Celestial le tributa dulce canto.
 Los montes y los cedros se inclinaron ;
 El aire enmudeció, y en él pendientes
 Las aves escucharon :
 Oid, Dios habla, venturosas gentes :
 « Desciende ya, descende al triste suelo,
 Hija dilecta, celestial criatura,
 De la ropa luciente,
 Despojo de tu madre inobediente,
 Vístete, y sus albores
 Aumenten de tu rostro la luz pura.
 Antes que el alto cielo,
 Antes que el sol con almos resplandores,
 Los orbes ilustrase, ya mi aliento
 Tu preeminente sér habia creado ;
 El vasto firmamento
 Contigo por mi mano fué formado.
 » Triunfa, feliz ¡ oh ! triunfa, y la victoria
 Aplandirán los coros celestiales.
 No temas ; sin recelo
 Pisa la sierpe y burla su desvelo.
 Impenetrable arcano
 A su astucia, las puertas eternas
 Abranse de mi gloria,
 Y el asiento brillante el hombre ufano
 Ocupe. Sí, tu Dios ¡ oh mi elegida !
 Descenderá á tu templo no violado,
 Y nuevo sér y vida
 Recibirá el linaje desgraciado. »
 Cual de Oceano las aguas cristalinas
 A la vista de Febo resplandecen,
 Cuando en carro luciente
 Gallardo asoma por el ancho Oriente,
 O cual la nube pura,
 A quien sus almos rayos enriquecen
 Con luces peregrinas ;
 Así la Virgen en la inmensa altura
 Brilla, á la vista del Criador amante,
 ¡ Oh dicha ! ¡ Eterna dicha ! Ya descende
 Del trono rutilante,
 Y el claro espacio presurosa hiende.
 Sobre purpúreas nubes reclinada
 Y de triunfantes huestes asistida,
 Mil iris la ancha esfera
 Con su fulgor divino reverbera ;
 Ya, ya toca la tierra.
 ¡ Ay ! mas ¡ qué horror ! la puerta ennegrecida
 De la infernal morada
 Rechina, y al mortal tímido aterra :
 Retumba el hondo Averno en mil clamores,
 Y entre el vapor y el humo corrompido
 Que arrojan sus ardores,
 Aparece el dragon enfurecido.
 Eriza las escamas fulminantes ;
 Brama y bate sus dientes aguzados ;
 Sus ojos bernejean,
 Y los negros venenos azulean
 En la inflada garganta :
 Embiste ; pero ¡ ah ! sus piés turbados

Se tuercen vacilantes :
 Tiembla, se esfuerza y lánguida levanta
 La cerviz, ¡vano aliento! Desmayada
 La rinde al fuerte pié que ya le oprime,
 Triunfa, ¡oh Inmaculada!
 Canta la tierra, y el Averno gime.

IV.

Las bellezas poéticas del cristianismo sobre las de la gentilidad.

Tú, ¡santa religion! tú el pecho inflama,
 El pecho do mentida
 Divinidad sopló profana llama.
 ¡Oh lira! más subida
 Suena, y la alta pujanza
 Del brazo omnipotente, bien la Esencia
 Que dió sér al Olimpo, y en balanza
 Lo libra, ó la presencia
 Velada de querubes encontrados,
 Canta, mi lira, en sonos acordados.
 Aun lanza so la altísima montaña
 El oprimido aliento
 Encélado, y de Júpiter la hazaña
 Brilla, y el vencimiento;
 Mas la inmortal victoria
 Que eterno oprime al quernbin impío,
 ¿No inflama nuestro pecho? ¿Quién la gloria
 Igual a poderío
 Del que vibrando el rayo foribundo
 Etéreas huestes desplomó al profundo?
 Cual resplandecen en su lumbre pura
 Los atrios de la aurora,
 Brillaba así la angelical natura.
 La falange traidora
 De Luzbel dijo: «El velo
 Yo rasgaré de Dios; la silla mía
 A par suyo pondré.....» Mas cantó el cielo:
 «Suma Soberanía,
 ¿Quién como tú? Luzbel, astro luciente,
 ¿Quién te apagó?» — «La mano omnipotente.»
 Tú también, Sinaí, di cuál glorioso
 En tu empinada cumbre
 Dicta la santa ley; cuál espantoso
 Tu inmensa pesadumbre

Tiembla, sobrecargada
 Del poderoso Dios; cuál llama pura
 Vomita, y humo horrendo, la abrasada
 Falda, y en la espesura
 La roja luz del rayo reverbera,
 Retumba el trueno y brama la ancha esfera.
 ¡Y quién mira del mar los senos fíeros
 Tornar en remolino
 Lanzas, caballos, petos, caballeros;
 O el golfo cristalino
 Pendiente cual montaña,
 Que ancha fué por el medio dividida,
 Y al pueblo que huye de la egipcia saña,
 Brindarle con la huida,
 Que el brazo no bendiga poderoso,
 Y de Jove se olvide mentiroso?
 ¡Ah! sienta de tu lanza, sienta el brío,
 El brío desolante,
 El pecho del primer mortal, que impío
 De tu brazo triunfante
 La gloria entre enemigos
 Dioses oscureció, y la alma Esencia,
 Sacrilégio, divide. ¡Ay qué castigos
 Le tiene tu potencia!
 No el peñasco en la cumbre siempre instable,
 Ni el corazón le crece devorable.
 Brama, sí, sumergido en negro fuego,
 Y furioso rechina
 Los dientes, y retuerce sin sosiego;
 Y acá y allá reclina
 El cuerpo encadenado:
 Do quiera espectro horrible, y sombra y llamas:
 Sobre tu solío eterno ¡oh Dios! sentado,
 En tanto le derramas
 En su pecho enconado los furores,
 Muerde tu lanza y jura mil rencores.
 ¡El malvado! ¿Y qué más pudo el impío?
 Los más torpes mortales
 Levantó sobre el ara el mármol frío.
 Honores celestiales
 Recibió allí el humano,
 El noble racional al bruto indigno
 Inclínó humilde el rostro soberano;
 Y el sacrificio digno
 Era su propia sangre, el tierno infante
 De Moloc en los brazos humeante.

EL ABATE DON JOSÉ MARCHENA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

DEL SEÑOR DON GASPAR BONO SERRANO.

El abate MARCHENA, por haber sido incrédulo, no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no menos apetecido que honroso. De todos modos son muy dignas de ser leídas algunas de sus obras literarias. Publicadas éstas en el extranjero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han circulado entre nosotros, como las de otros ingenios, amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

DON JOSÉ MARCHENA nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de don Antonio y doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educación muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico, por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Según informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octo-

genario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender más qué gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como deseaba su familia. En cambio se ocupaba con el mayor ardor en aprender la lengua y literatura francesas. Algunas de las obras que publicó posteriormente manifiestan su aprovechamiento en uno y otro idioma.

No es cierto que se ordenara de diácono, como propalaron muchos años después en són de burla algunos de sus émulo. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que le conocieron personalmente, mi apreciable amigo el señor don Fernando de Olmedo y López, canónigo de la catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente por encargo mío los libros de órdenes de aquel arzobispado, y de sus diligencias resulta que jamás pasó de grados menores.

Imbuido MARCHENA en las ideas volterianas, comenzó á manifestar opiniones tan osadas como irreligiosas, que no podían ni debían tolerarse en la católica España. Encausado por la Inquisición y próximo á ser encarcelado, se refugió en Gibraltar, y desde allí se trasladó á Francia, donde acababa de estallar la revolución. No tardaron en darle á conocer en París su actividad y talento, y sobre todo su *facilidad verdaderamente asombrosa en hablar y escribir el idioma del país y otras lenguas*, como dice Michaud.

Marat fué el primero que le buscó y ofreció su amistad, franqueándole las columnas de su periódico, *El Amigo del Pueblo*, de cuya redacción tuvo el español la cordura de separarse muy pronto, horrorizado de las ideas de sangre y exterminio que vertía sin cesar aquel cínico y furioso tribuno. A fin de escudarse contra el resentimiento y venganza de Marat con la protección de Brissot, procuró afiliarse en el partido de la Gironda, sufriendo con admirable estoicismo las vicisitudes y horribles padecimientos que le ocasionó aquella adhesión. Precisado á huir precipitadamente de la capital, se dirigió al mediodía de la Francia; mas habiéndole detenido en el camino, lo condujeron á París con el representante Duchâtel y el marsellés Riouffe, autor de las *Memorias de un arrestado* (1), en las que dice, hablando de MARCHENA: *Yo no he visto jamás un alma más enérgica ni más ardiente*.

Bien lo demostró poco después, insultando desde un calabozo de la Conserjería á Robespierre, á cuya voz rodaban entonces en la guillotina las más poderosas cabezas. Degollados por su orden Danton, Desmoulins, Lacroix y otros, fué perdonado MARCHENA, lo que no era de esperar. Mas, en lugar de dar las gracias, como hubieran hecho otros, al opresor y verdugo de la Francia por su inusitada clemencia, osó desafiar su terrible poder y ferocidad, escribiéndole desde su prisión las siguientes palabras en una cuartilla de papel: *Tirano, tú me has olvidado*; y al inmediato día otro billete concebido en estos términos: *¡O máteme, ó dame de comer, tirano!* Tanta firmeza de alma no pudo ménos de hacer profunda impresión en el ánimo de Robespierre, quien no solamente perdonó tamaña audacia, sino que quiso utilizar aquel indomable carácter para llevar á cabo sus sanguinarios proyectos. MARCHENA, empero, rechazó con indignación las muestras de protección y benevolencia con que quiso halagarle aquel hombre desalmado.

Al fin fué vencido y ajusticiado este monstruo, á cuya caída contribuyó no poco con su travesura y talento la famosa española Teresa Cabarrús, tan conocida después con el título de princesa de Chimay. La Francia respiró, y MARCHENA recobró su libertad, como tantas otras víctimas que gemían en las cárceles, esperando hallar en el cadalso el término de sus padecimientos. Entonces fué nombrado de la *Comisión de Salud Pública*, y comenzó á escribir en *El Amigo de las leyes*, periódico que dirigía Poultier. La persecución le vino entonces de parte de sus mismos correligionarios, que á voz en grito le acusaban de *retrógrado*. No era MARCHENA muy capaz de perdonar á sus contrarios, que lograron por fin destituirle de su destino. De aquí es que por vengarse lanzó contra los jefes del partido dominante, Tallien, Legendre y Fréron una granizada de folletos, que rebosaban la hiel y el veneno de su ira y de su indignación. Estos apasionados escritos, al paso que causaban mucho daño á sus adversarios, produjeron á su autor no escasas amarguras y sinsabores. En esta época fué cuando, hallándole en la calle un amigo suyo, y vién-

(1) Este curioso libro del Baron Riouffe, Girondino, nacido, no en Marsella, como aquí se indica, sino en Roma (1764), es uno de los que dan más clara idea de los horribles excesos de la Revolución

francesa. Su título es el siguiente: *Mémoires d'un détenu, pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre*. (Nota del Colector.)

dole armado de un sable más grande que él mismo, díjole con burlona sonrisa: *MARCHENA, ¿lón-de vas, pegado á ese desconunal chañote?* Este chiste produjo algunos epigramas, con que uno de sus émulos (hombre de talento y buen humor) trató de ridiculizar su pequeña estatura y deformidad repugnante; porque *MARCHENA* no solamente era *feamente feo*, sino que más que figura humana parecía un *sátiro de las selvas*, como ha dicho uno de sus biógrafos.

En 1797 aparece atacando encarnizadamente al Directorio, el cual, aplicándole la ley sobre los extranjeros, le mandó salir del territorio de la república. Mas al ser conducido por la fuerza armada hácia la frontera de Suiza, recibió gracia del *Consejo de los Quinientos*, al que habia apelado, y se le confirmaron, como deseaba, los derechos de ciudadano frances, que venia disfrutando hacia cinco años. Esta prerogativa le valió el nombramiento de Secretario, con que le agradeció el general Moreau cuando en 1801 se le confió el mando del ejército del Rhin.

Parece increíble que en medio de una vida tan agitada y llena de peligros, tuviera *MARCHENA* humor y tiempo para cultivar las letras; y sin embargo, no hay cosa más cierta. Por entónces escribió una obrilla, que, aunque de muy breves dimensiones, llamó la atención de los doctos, dando con ello su autor una prueba más de su buen gusto, de su ingenio y travesura. Publicó una canción francesa bastante libre, cuya lectura excitó la indignación del austero Moreau, que reprendió con militar aspereza al impúdico vate. Éste, por disculparse, aseguró á su jefe que aquellos versos no eran más que una versión literal de otros inéditos de Petronio. Efectivamente, á los dos días presentó al general un fragmento latino, que decia haber copiado de un manuscrito antiquísimo de la biblioteca de Sant-Gall.

No dejaba de ser verosímil aquella invención á causa de las numerosas lagunas que ofrece el *Satyricon* de Petronio. *MARCHENA* habia llenado una de ellas con tal artificio y destreza, que su adición parecia necesaria para la inteligencia y complemento del texto. Publicado el pretendido fragmento, se hizo una formal averiguación, y algunos literatos lo tuvieron por original de Petronio, y su autenticidad fué reconocida y anunciada en los periódicos por uno de los más distinguidos críticos de Alemania. Alentado *MARCHENA* con el feliz éxito de su ingeniosa superchería, quiso repetirla; pero no pudo conseguir el segundo lauro á que aspiraba. Fingió que habia descubierto en un papiro del Herculano cuarenta versos inéditos del delicado y tierno Catulo. Pero Eichstaedt, eminente profesor de Jena, hizo patente la falsificación. Más feliz fué en esta parte algunos años despues el poeta italiano Leopardi, cuyo himno original á Neptuno pasó entre los más eruditos y perspicaces por traduccion de un manuscrito griego recién descubierto. De todos modos, el humanista español se acreditó en toda Europa de un gran latinista.

Otra prueba dió poco despues de su talento, y sobre todo de su capacidad para aprender los mas difíciles idiomas. Moreau pidió á su secretario la estadística de una parte no muy conocida de Alemania. No sabia entónces *MARCHENA* el alemán. Pero comenzando á estudiarlo inmediatamente con ardor y constancia, pudo muy pronto leer las mejores obras escritas en aquel idioma que trataban de la materia. El informe que dió fué tan cumplido, que mereció los más entusiastas elogios. Cuando Moreau cayó en desgracia, volvió á París, y *MARCHENA* tuvo la hidalguía de acompañarle en la adversidad, como le habia acompañado en los dias de su prosperidad y de su gloria.

Tan noble comportamiento influyó en la colocación de *MARCHENA* en 1808, en el que volvió á España como secretario de Murat. Pero no bien llegó aquél á Madrid, fué encerrado en un calabozo de la Inquisición. El príncipe frances intercedió en su favor con don Ramon José de Arce, Inquisidor general y Arzobispo de Zaragoza, aunque inútilmente, porque el prelado se negó con firmeza á dar libertad al preso. Entónces Murat envió una compañía de granaderos, que sacó á su secretario de las prisiones del Santo Oficio. *MARCHENA*, en venganza, escribió contra aquel tribunal un epigrama, tan escaso de sal y de chiste, como lleno de hiel y ponzoña, y que revela únicamente la irritación y la ira del autor, y su ineptitud, además, para las composiciones favoritas de Marcial y de Quevedo.

Bien diferentes son los bellos y sencillos versos que dejó escritos el sabio y humilde fray Luis de Leon en las paredes de la Inquisición de Valladolid.

Algo más vale otro epigrama que escribió *MARCHENA* para ridiculizar la traduccion de la tragedia de Voltaire, *La mort de César*, publicada entónces por el ministro Urquijo (1).

(1) Ambos epigramas pueden verse en las poesías de *MARCHENA*.

Si MARCHENA no era poeta epigramático, tenía gran disposición para la poesía elevada.

El gobierno del rey José nombró al vate redactor de la *Gaceta de Madrid* y Archivero Mayor del Ministerio del Interior, concediéndole además una pensión para publicar sus traducciones del francés. Las dos que hizo en verso del *Hipócrita* y del *Misántropo*, de Molière, se representaron con aplauso varias veces en los teatros del Príncipe y de la Cruz; y en recompensa fue nombrado *Cuallero de la orden española*, instituida por José Napoleon. Moratin solia llamar á esta condecoración *la cruz del Pentágono*, aunque también tuvo la triste gloria de adornar su pecho con ella.

Cuando dicho príncipe se vió precisado á salir de Madrid, amenazado muy de cerca por nuestras armas vencedoras, y retirarse con su ejército al reino de Valencia, MARCHENA siguió la corte del intruso con los Ministros, Consejeros y demas comprometidos por aquella causa. En la ciudad del Cid solia reunirse casi todos los dias, con algunos literatos y poetas de su partido, en la libreria de don Salvador Fauli, en la que hacia procaz alarde de sus opiniones antireligiosas. Melendez, Quinto, Moratin y otros de sus compañeros impugnaban sin tregua al impio abate, que con sus grandes conocimientos y verbosidad inagotable se defendia vigorosamente contra todos. Podia aplicársele muy bien lo que de Ismael dice la Santa Escritura: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum*.

El mencionado librero, que tenía hijos de corta edad, á quienes deseaba educar cristianamente, escandalizado con las perorates sacrilegas de MARCHENA, fué á visitar á éste en su propia casa, para suplicarle que se abstuviese de aquellas conversaciones delante de su familia. Mas no fué poco su asombro al encontrar al volteriano disputador muy engolfado en la lectura de la *Guia de pecadores* del venerable fray Luis de Granada. Viendo pintadas MARCHENA en los ojos del timorato Fauli la admiración y la sorpresa, le dijo sonriendo y con la mayor formalidad las siguientes inesperadas palabras:

«No es extraño que usted se espante de verme tan embebecido, estudiando este libro piadoso. Pero va usted á espantarse mucho más de lo que va usted á oír, advirtiéndole que es la pura verdad. ¿Ve usted este volúmen, que por lo ajado manifiesta haber sido tan manoseado y leído como los Breviarios viejos, en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues consiste en que hace más de veinte años que lo llevo conmigo, sin que se pase día en que yo deje de leer alguna de sus páginas. El me acompañó en tiempo del terror en los calabozos de París: él me siguió en las precipitadas marchas con los Girondinos; él vino conmigo a las orillas del Ruin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me sucede con este libro una cosa, que no puedo explicar-me á mí mismo. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer, porque conviene mi enten limiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que mientras lo estoy leyendo me parece que soy tan cristiano como usted y como las monjas y como los misioneros que van á morir por la fe católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma un libro tan admirable.»

Este hecho tan extraño lo oí en Valencia de boca del mismo Fauli en 1827. Me dijo tambien que habia llamado mucho la atención de los compañeros de MARCHENA, cuando supieron el caso. Años despues me refirió el mismo suceso el señor don Juan Nicasio Gallego, que lo habia sabido por un amigo del abate, á quien este se lo habia contado.

Despues de la memorable batalla de Vitoria, en que José Napoleon fué arrojado del territorio español, MARCHENA se retiró á Francia, fijando su residencia, primero en Nimes, y despues en Montpellier y Burdeos. En 1820 volvió á Madrid, pero ni en el Gobierno ni en los particulares halló simpatías, por haber servido á Murat, que tan tristes recuerdos dejó en la corte y en toda la nacion con los horribles sucesos del 2 de Mayo. A principios del siguiente año terminó infelizmente sus dias, olvidado de todos y en el mayor abandono y pobreza (1). Solo despues de su fallecimiento se acordaron de él algunos afrancesados, que hicieron sus funerales con alguna pompa, pronunciando en su elogio varios discursos.

Publicó muchas traducciones del inglés y del francés, y varias obras originales en prosa y verso. Conocia muy á fondo los clásicos griegos y latinos, y se esforzó, con buen éxito no pocas veces, por imitar las admirables bellezas de aquellos modelos de la antigüedad. Quiso latinizar en cierto

(1) Tenemos á la vista un apunte autógrafa de don Bartolomé José Gallardo, que dice así:

Murió DON JOSÉ MARÍA DE JESÚS MARCHENA en

Madrid en 1821. Fué enterrado en Santa Cruz; digo, allí se celebró su funeral, á que asistí. Le costó Mackron, en cuya casa murió. (Nota del Colector.)

modo la lengua de Cervántes, introduciendo en ella los más osados giros y el hipérbaton de Ciceron y de Horacio.

Su tragedia, titulada *Polixena*, escrita en vigorosos y magníficos versos, es muy digna de figurar al lado de la *Raquel* de Huerta, de la *Numancia* de Ayala, del *Pelayo* de Quintana y del *Edipo* de Martínez de la Rosa. Sus traducciones de las dos preciosas comedias de Molière *El Avaro* y *La Escuela de las mujeres*, están hechas con maestría. También tradujo del francés la comedia *El Amigo de los hombres* y *El Egoísta*, y finalmente *Los dos Yernos*.

Sus *Reflexiones sobre los emigrados franceses*, que escribió en compañía de Valmalette, se publicaron en París en 1795, y al año siguiente su *Espectador francés*; y en 1797 su *Ensayo de teología*, que fué refutado por el doctor Heckel. Los *Anales de viajes* insertaron su *Descripción de las Provincias Vascongadas*. Escribió también la biografía de Meléndez Valdés, que no pudo imprimir, sorprendido por la muerte.

La obra que tal vez ha dado más á conocer su nombre entre los que cultivan las letras, es la que publicó en Burdeos á principios de 1820, y se titula: *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, que es una colección de los mejores trozos de nuestros más distinguidos poetas y prosistas. Precede un largo discurso preliminar, que está escrito con saña verdaderamente volteriana. No eran de esperarse los rasgos de impiedad y de cinismo que hormiguean en aquel opúsculo, cuyo objeto no debió ser otro que recomendar á la juventud las joyas más preciadas de nuestra literatura, que él por otra parte supo escoger y reunir en su libro con mucho acierto. Éste era MARCHENA. Si se levantáran del sepulcro los venerables Juan de Ávila, Leon y Granada, y los piadosos y respetables Mariana, Rioja, Herrera y Solís, y tantos otros ilustres y cristianos varones, cuyos nombres y escritos aparecen allí, precedidos de aquella infame sátira de su religion y de su patria, protestarian á la faz del mundo con toda la energía y sublime elocuencia de que eran capaces contra el audaz y sacrilego libelista, que no se avergonzó de falsificar nuestra historia civil y literaria, para aclimatar en España, aunque inútilmente por fortuna, los funestos errores en que él estaba tan imbuido y obcecado. Nadie diría que es el autor de algunas estrofas de su ya citada *Oda á Cristo Crucificado*.

Si el vate de Utrera hubiera sido sinceramente religioso, y se hubiera dedicado con asiduidad á la poesía sagrada, para la que le adornaban las más bellas dotes, no sólo hubiera dejado en la historia de nuestra literatura un renombre tan esclarecido como envidiable, sino que tal vez la nación española no tendría que envidiar el día de hoy ni á Inglaterra su Milton, ni á la Alemania su Klöpstock, ni á Italia, en fin, su divino cantor de la *Jerusalén libertada* (1).

II.

DEL SEÑOR DON SEBASTIAN MIÑANO,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

DON JOSÉ MARCHENA era un jóven muy pequeñito de estatura, pero de un talento muy grande; que se escapó á Francia huyendo de la Inquisición. Carecemos de noticias individuales de su nacimiento y estudios, pues sólo tuvimos el gusto de verle en su casa en Madrid pocos días ántes de morir, en principios del año 1821. La analogía de sus ideas con las de los Girondinos le hizo participar de su suerte, aunque quiso su fortuna que sobreviviese al tirano Robespierre. Cuando salió de la cárcel de resultados de la reacción del 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794) le dieron una plaza de escribiente en la Comisión de Salud Pública, y empezó á trabajar en la redacción de *El Amigo de las leyes*. Mas como el partido thermidoriano se dividió pronto en dos fracciones, tuvo MARCHENA la desgracia de aficionarse á la que perdió su preponderancia en Agosto de 1795, y al instante le privaron de su empleo y del sueldo que le daban en el periódico. Entónces se dedicó

(1) El Colector no participa de este último juicio, dictado sin duda por el entusiasmo. En su opinión, el ingenio de MARCHENA se halla á mucha distancia

de la fantasía trascendental de Milton, del vuelo místico de Klöpstock y de las brillantes galas del Tasso.

á escribir folletos, principalmente contra Tallien, Legendre y Fréron, los cuales, fastidiados de sus diatribas, le denunciaron como uno de los agitadores de las Secciones de París, que se rebelaron el 5 de Octubre de 1795 contra la Convención, y de sus resultados fué proscrito MARCHENA. En 1797 tambien le persiguió el Directorio, en virtud de la nueva ley llamada de 21 Floreal, contra los extranjeros, y le llevaron de brigada en brigada hasta las fronteras de Suiza. Allí reclamó los auxilios de Madame de Staël, que le habia conocido en París; pero no quiso recibirle (1). Entónces acudió al Cuerpo Legislativo reclamando los derechos de ciudadano frances, que pretendia haber obtenido, y en efecto se le declaró tal, y pudo volver á Francia. Habia publicado muchos escritos poco piadosos, y cuando le agregaron á la Administracion de Contribuciones para el ejército del Rhin, dió á luz en Basilea, un folleto que dijo ser un fragmento de Petronio, pero que en realidad era todo invencion suya y de las más licenciosas. Volvió á París tan pobre como cuando habia salido, lo cual no dejó de admirar, sobre todo en aquel tiempo, en un Perceptor de contribuciones. Fué por algun tiempo secretario de Moreau, y tomó mucha parte en sus desgracias ocurridas en 1804. Desde entónces permaneció en París ocupándose en la literatura, y particularmente en traducciones, como la que hizo del inglés de la *Ojeada del doctor Clarke sobre los progresos del comercio y poblacion de Inglaterra*; la traduccion del *Tartufe*, de Molière; la del *Emilio*, de Rousseau, etc., etc. No volvió á España hasta que se restableció la Constitucion de Cádiz en 1820, y murió, como ya hemos dicho, poco tiempo despues (2).

ADICION A LAS ANTERIORES NOTICIAS.

Deseoso el Colector de adquirir pormenores auténticos de la vida del abate MARCHENA, escribió con este objeto, há muchos años, al señor don José de Lira, residente en París.

Este caballero pasó en Francia la mayor parte de su vida, y así por su respetable carácter, como por su ilustracion y por la circunstancia de haber vivido muchos años en trato íntimo con don Leandro Fernandez Moratin, el abate Melon, don Manuel Silvela y otras personas que conocieron muy de cerca á MARCHENA, se hallaba más que otro alguno en el caso de suministrar exactas noticias.

La contestacion del señor Lira contiene los rasgos principales del carácter histórico y literario del célebre escritor.

El tono íntimo y familiar en que está escrita, da á la carta un color especial de sinceridad y mayor realce á la fisonomía moral de MARCHENA.

« París, 27 de Octubre de 1859.

» EXCMO. D. SR. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

» Mi apreciadísimo señor y amigo: Deseoso de complacer á usted, he ido á visitar al campo á un amigo mio, en cuya memoria confiaba yo mucho, por haber sido éste compañero del mismo MARCHENA en el Ministerio del Interior, desde la formacion de este Ministerio en el año 8 ó 9, hasta la retirada del año 15.

» Tal vez por la avanzada edad de mi amigo, sus recuerdos son aún más vagos y escasos que los míos, y no me queda más recurso que apelar á lo poco que me dicta mi ya fatigada memoria.

» He conocido á MARCHENA, pero no muy particularmente; sólo le he visto y oído hablar algunas veces en Madrid, en tiempo de José I, al cual sirvió, como queda indicado, esto es, en calidad de Oficial primero del mencionado Ministerio; y no me acuerdo haber leído de él sino algunas cosas sueltas; pero sí conservo memoria de lo siguiente: Físicamente era chico, casi contrahecho y feo. Su conversacion era animada y graciosa, aunque mordaz en sumo grado, y habia recibido

(1) La ilustre escritora recibió á MARCHENA, pero en forma poco amistosa. (Nota del Colector.)

(2) Algunas de estas noticias de Miñano constan

en varios Diccionarios Biográficos, entre otros, la *Biographie universelle*, y la *Biographie moderne*; París, 1816.

tales dotes de la naturaleza, que habria dejado obras tan duraderas como nuestra lengua, si su juicio no hubiera estado en razon inversa de su muchísimo talento. Esta misma opinion tenian de él Silvela y Moratin.

»No ascendió en el Ministerio ni fuera de él, acaso por su genio malo y violento, y por su morcadidad, de la cual se cuentan cosas increíbles, así como tambien de sus pasmosas rarezas, entre las cuales se cita la de haber domesticado un jabalí, el cual dormia en su alcoba (1). A principios de la Revolucion francesa vino á Paris, no sé si forzosa ó voluntariamente, y tuvo relaciones más ó ménos íntimas con muchos personajes célebres de aquella época, inclusa Madame de Staël, pero muy particularmente con el *convencional* Brissot, de quien fué primero amigo y luego secretario, si no me engaña la memoria.

»Cuando en 1795 subió este último al cadalso, se vió nuestro héroe obligado á refugiarse en Suiza, y segun me refirió Moratin (habrá sus treinta y seis ó treinta y ocho años), era cosa de alquilar balcones para oírle contar lo mal que le recibió Madame de Staël en Coppet, en donde creia el pobre proscrito hallar asilo.

»Ha de haber en Madrid un drama suyo (2), tan atestado de galicismos, que era objeto de criticas muy severas de cuantos le habian leído ú oído. Digo oído, porque tengo idea de que ha sido representado. ¡En la actualidad acaso sería un modelo de castizo lenguaje!!!

»De resultados del mal éxito del tal drama, se puso á estudiar la lengua *exclusivamente* en antiguos, por manera que en escritos posteriores cayó en el extremo opuesto.

»En su emigracion con José I tradujo para estos editores algunas obras francesas bastante mal; pero no se le puede juzgar por ellas, porque no le valian ni lo necesario para pan, *que no tenía*, y por consiguiente, le sucedia lo que sucede en tal caso á todo traductor, por más que haya estudiado y comparado las dos lenguas.

»En Madrid han de tener ustedes lo poco que ha escrito en España, y en particular sus traducciones de Molière, en las cuales, segun se repetia en aquel tiempo, pululan los arcaísmos.

»Es cuanto puedo decir acerca de nuestro personaje, republicano en Francia y Josefino en España.

»Sabe usted, señor de Cueto, cuanto le quiera y estima, etc.

»JOSÉ DE LIRA.»

(1) La criada de MARCHENA dejó un día abierta, por descuido, la puerta principal. El jabalí escapó por la escalera, cayó, y se perniquebró. Profundo pesar causó el lance á MARCHENA. Pero se decidió al cabo á matar al jabalí, y á ofrecer su carne á varios amigos en un banquete. A los postres leyó MARCHENA una elegía que habia compuesto en loor del animal querido.

Como extravagancia capital, y como testimonio del loco alarde que de su incredulidad hizo MAR-

CHENA algunas veces en Paris, merece citarse el siguiente letrero que colocó sobre su puerta: *Aquí se enseña por principios el ateísmo.*

Várias personas nos han referido estos hechos, especialmente el distinguido escritor y bibliógrafo don Serafin Estébanez Calderon, que conocia perfectamente las circunstancias principales de la vida de MARCHENA. (*Nota del Colector.*)

(2) Tal vez se refiera el señor Lira á la tragedia *Polixena*. (*Id.*)

POESÍAS.

A CRISTO CRUCIFICADO.

ODA.

Canto el Verbo divino,
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no criada;
Ni cuando de victoria
La cien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo infierno,

Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el padre levantada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrisono-tonante,
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el rauda viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremecieron,

Ni en el postrero día,
Acrisolando el orbe con su fuego,
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fría,
Que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luégo
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué y será, todo consume;
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,
Los justos gloria eterna se merecen.
Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la cruz clavado.
El alma cielo uniendo al bajo mundo.
Libre ya el hombre, y el tirano fero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
Do el pendon del pecado
Tremolaba, brillando la cruz santa;
Tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
Cuando al oscuro imperio
Descendiste del duro cautiverio
Tus escogidos á librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linaje?
¿Dó los blasones que te envanecian,
Dó está de Adán la culpa y su memoria,
Dó los que rey del siglo te decian?
¿Cómo el hijo del hombre tu cabeza
Quebrantó con ultraje!
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas
Tú, que la erguida frente levantabas
Más que de Horeb la cumbre,
¿Oh coloso de inmensa pesadumbre!
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del oriente al ocaso
En alas de mil ángeles pasea
Tu vencedora cruz, Verbo divino;
Ni es de hoy más Israel único vaso
De eleccion, que al altísimo destino
De hijos de Dios nos elevó tu muerte:
Con tu sangre la fea
Mancilla de la culpa en nos lavaste,
Y cual los querubines nos tornaste.
¡Oh, gloria sin segundo
Al Redentor, al Salvador del mundo,
Por quien nos cabe tan felice suerte!
Ya miro el venturoso
Día que tu cruz santa el orbe hermana
Con vínculo de amor indisoluble:
Plácida caridad, almo reposo
Y paz perpétua reinan; la voluble
Fraude tragó el infierno en su honda sima;
La libertad cristiana
Para siempre ahuyentó la tiranía,
Y los tiranos bajo quien gemia,
Triste el linaje humano
Derrueca el Cristo con potente mano,
Que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa
Es ley de libertad, y los tiranos
En balde se coligan contra el Verbo;
El los quebrantarán con fuerza tanta,
Cual león que destroza el flaco cervio,
Cual rompe el barro frágil metal duro:
Iguales los cristianos
Y libres vivirán siempre sin sustos,
El Cristo reinará sobre sus justos;
El orbe renovado,
De la Sion celeste fiel traslado
Será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cuál mi inflamado pecho
Ansia por ver tu gloria, y las venturas
Del linaje humano que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
Traspaso, y veo volar la serie triste
De los males del tiempo venidero,
Y las culpas futuras;
Mas tu gracia, Señor omnipotente,
Desciende, en fin, y tornase inocente
El mundo iluminado

Con tu ley, y en tu amor santificado,
Y despojado del Adán primero.

EPÍSTOLA Á DON JOSÉ LANZ.

SOBRE LA LIBERTAD POLÍTICA.

¡Oh dulce Lanz! mi juventud lozana
Ya para siempre huyó, cual agostada
Rosa que brilla sólo una mañana.
Cerca está ya de mi la fatigada
Corya vejez, de muerte precursora,
De áchaques y quebrantos rodeada.
¿Dó estas, ¡oh juventud! ¿Dónde está agora
De aquel semblante mío la frescura?
¿Donde del claro Tórmes la pastora,
Que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura
Me dió á gustar? Mi luz es eclipsada,
Ya sepultado yago en noche oscura.

Pronto la férrea Parca no aplacada
Irresistible va á precipitarme
En el voraz abismo de la nada.

Dulce esperanza, ¡oh! ven á consolarme.
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
Quien me dió el sér, ¿no puede conservarme

Mas allá de la tumba? ¿Está ceñida
A este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien le mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo, ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Si de toda moral la norma ha sido
Nuestro propio interes, ¿por qué en la historia
Siempre el perverso vive aborrecido?

Me es de Neron odiosa la memoria,
Porque temo morir de sus crueldades
Víctima? ¿Qué interes tengo en la gloria
De Focion? ¿Qué me importan las maldades
Del infame Tiberio? ¿De Trajano.
Qué bien hacerme pueden las bondades?

No calumniemos el linaje humano:
El malo á las ideas generosas
Un vil origen atribuye en vano.

No, Lanz, de las acciones virtuosas
Estímulo es la noble simpatía,
El egoismo vil de las viciosas.

De Helvecio errada la filosofía
Convence en esta parte la conciencia,
Que es de nuestra razon la mejor guía.
Vano fuera alegarnos la experiencia,
Que sólo enseñar puede lo que ha sido;
Quien lo que debe ser dice, es la ciencia.

Tiranos é impostores se han unido
Para ahogar la virtud, y yo me admiro
Que sus esfuerzos más no hayan podido.

En todas partes la violencia miro
En el trono sentada, y exhalando
La libertad el último suspiro;

Del despotismo el horroroso bando,
La vil supersticion, la intolerancia
La sanguinosa espada blandeando;

La feroz anarquía que la Francia
Corre y tala y asuela; cual abrasa
Celeste rayo ¡a suntuosa estancia

De reyes, junto con la humilde casa
Del pobre labrador, y vuela ardiente,
Consumiéndolo todo por do pasa.

¿Qué haces, dó te despeñas, imprudente
Pueblo? ¿La libertad sin moral quieres?

¿Qué dios te sopla ese furor demente?
¿Piensas, atropellando tus deberes,
Que más sean tus derechos respetados?

¿De cuán fatal error víctima eres!
Así es: los pueblos desmoralizados
Hoy sus cadenas rompen, y otro día
Se forjan grillos mucho más pesados.

De la ignorancia siempre la anarquía
Ha sido inseparable compañera,
Como la libertad lo es de Sofía;

Mas todos los delitos que esta fiera
Comete, culpa son del despotismo,

En cuyo horrible seno ella naciera.

Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.

¡Ah! sepamos templar hasta la ardiente
Ansia del bien: el hombre es perfectible;
Pero se perfecciona lentamente.

¿El efecto fatal de la terrible
Revolucion francesa cuál ha sido?
La guerra general, un lujo horrible,

El orbe por dos pueblos oprimido,
Repúblicas y reinos devorados,
De Europa el equilibrio destruido,

De la filosofía los sagrados
Principios por la chusma de escritores
Con descaro increíble calumniados;

De cuanto del delirio en los furores
Un populacho vil ejecutará,
Culpados los más célebres autores.

El amor del trabajo, do cifrará
Sus virtudes la clase laboriosa,
Ora la sed del mando reemplazará.

Donde los proletarios su horrorosa
Dominacion ejercen, ¿la anarquía
Qué vínculo social disolver no osa?

En el abismo de la tiranía
Al pueblo precipita la licencia,
Que por sus falsas máximas se guía.

Así el Vesubio lanza con violencia
De sus entrañas rocas inflamadas,
De la atraccion veciendo la potencia.

Mas luego por su peso arrebatadas
Caen, y abrasan los campos convecinos,
Y sepultan ciudades desoladas.

Tal un pueblo empeora sus destinos
Cuando se entrega á locas sugestiones
De demagogos, de alentar indinos.

Con las horribles exageraciones
De la revolucion, el despotismo
Perpétuamente asusta á las naciones;

Como si el más absurdo fanatismo
De un vulgo vil fuese razon bastante
Para que en un profundo parasismo

Los pueblos se aletarguen, y triunfante
De los esfuerzos de animosos pechos.
La soberbia opresion vaya arrogante.

El hombre jamas pierde sus derechos;
Cobrar la libertad es siempre justo;
Romparamos nuestros grillos, que deshechos

Al suelo caigan, y que pongan susto,
Cayendo, á los tiranos maeilentos
Que nos oprimen con su cetro injusto.

Sofisma es confundir con los violentos
Furores de la plebe arrebatada
De una nacion los grandes movimientos.

Cuando la propiedad es respetada,
Cuando la humanidad al pueblo guía,
Cuando toda opinion es tolerada,

¿Puede nacer acaso la anarquía
De una revolucion sólo funesta
A los fautores de la tiranía?

Nueva lógica, amado Lanz, es ésta,
Olvidar la violencia perdurable
Del déspota, y la furia descompuesta

Alegar de la plebe, cuya instable
Cólera se apacigua en un momento,
Como las olas de la mar, mudable.

Ma de tres siglos hace que el sangriento
Infame tribunal del Santo Oficio
A España oprime con furor violento;

Y dos años no más el ejercicio
Fatal de la anarquía duró en Francia.
¿Cuál causa de los dos más perjuicio?

La riqueza, el comercio, la abundancia,
¿De cuál de los dos pueblos han huido?
¿Dó está el saber, y dónde la ignorancia?

Tal la revolucion francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrastrando del ejido:

Empero el despotismo las entrañas
Desecha de la tierra donde habita,
Cual el volcan que vive en las montañas,

Y con perpétuo movimiento agita

El suelo que su lava esteriliza,
Y cuanto más destruye más se irrita.

La esclavitud es quien desmoraliza
Los pueblos, quien sofoca los talentos,
Y quien toda virtud inutiliza.

Ni tampoco están libres de violentos
Vaivenes las naciones más esclavas,
Y de internos terribles movimientos.

Cual mugen del Océano las bravas
Olas, cuando la tierra se estremece
Y la mar rompe sus cerradas trabas,

Un pueblo esclavo, cuando se embravece,
Con sus cadenas se arma, y desbocado,
Ningun delito en su furor le empeece.

Contemplemos el suelo malhadado
De la Persia infeliz, de la Turquía,
Por un dueño absoluto dominado.

Las discordias civiles, la anarquía
Son siempre inseparables compañeras
Del despotismo y de la tiranía;

Y de consuno las monstruosas fieras
Sangre beben, de sangre se alimentan,
Y las naciones devorando enteras,
Siempre con llanto y sangre se sustentan.

Á LICÓRIS.

ELEGÍA.

Del airado Mavorte la crueza
¡Oh! no cantes, mi lira, ni la insana
Sed de sangre, el furor y la fiera;

Mas di de Vénus, reina soberana
De Páfos, el poder, di los amores
Y de las gracias la belleza humana.

Canta del dios vendado los loores,
De Cupido certero las doradas
Flechas, su blanda risa y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadadas
Aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
Enciende mis entrañas frias y heladas.

¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente
Súplica, por mi mal bien acogida!
¡Oh condicion de amor cruda, inclemente!

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida
Piedad muestra en su rostro, y apostura
Dulce el falso, y sonrisa fementida.

«Del Bétis á la orilla una hermosura
(Amarla es tu destino eternamente)
Te ofrezco; parte, corre á tu ventura.»

Dijo, y voló: yo loco encontinente
El Manzanáres dejo, y desalado,
Al Bétis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay más libertad, ¡ay! ya aborrojado
Licóris en durisimas prisiones
Me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones
Arrastro, mientras que tormenta horrible
Levantán en mi pecho las pasiones.

Amor en fuego ardiente, inextinguible
Me abrasa sin cesar, jamas la hoguera
Aparta, que esquivar me es imposible;

Que el crúel me persigue por do quiera,
Cual sierva, á quien letal punta acerada
El costado rompió con llaga fiera,

Que el monte, el llano corre la cuitada,
El doliente bramido al cielo alzando,
Del rabioso dolor siempre aquejada:

Así mi cruda pena va aumentando
La aguda flecha con que amor me ha herido,
Siempre el enfermo pecho lastimando.

La imágen de Licóris, el bruído
Cabello de azabache, la alta frente,
El sonrosado labio, el cuello erguido,

Y el hablar y el reir suavemente,
Amor grabó con punta de diamante
En el mezquino corazón doliente.

Mora Licóris en mi pecho amante,
Licóris mora en él: vos, amadores,
De Gnido desertad la ara humeante,

Ved cuál la abandonaron los amores,
Y á Licóris festivos rodeando,
De guirnaldas la ciñen de mil flores.
El sangriento Cupido está aguzando
La inevitable flecha, y falsa risa
Va por sus labios péfidos vagando.
¡Quién de mi dulce bien vió la sonrisa,
Y cantar pudo la ambición, la guerra,
Que los tronos trastorna, rompe y pisa?
Obra de un Dios maligno es nuestra tierra;
El duelo la pasea de continuo,
Que todo bien léjos de sí destierra;
Y cuando el placer muestra su divino
Rostro, nosotros, necios, le esquivamos,
¡Oh del error efecto el más indino!
Que la flor de la vida así pasamos;
La vejez nos señala el tenebroso
Atraído que en vano tristes evitamos.
Gusta, Licóris mía, el delicioso
Néctar de amor, ahora que te es dado
Del tiempo, del placer nuestro envidioso,
Y nunca sin desdicha despreciado.

APÓSTROFE Á LA LIBERTAD.

¡Oh lauro inmarchesible, oh glorioso
Hado de nación libre, quien te alcanza
Llamarse con verdad puede dichoso!
¡Libertad, libertad! tú la esperanza
Eres de cuanto espíritu brioso
El despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,
A vida nueva al punto resucitas.
El pueblo de Minerva, el de Quirino,
Si la historia pregona sus loores,
Y si con esplendor lucen divino,
Del tiempo y del olvido vencedores,
A la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
Que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
Y á Focion y á Aristides coronaron.
A Jéfferson y á Washington inflamas
En tu sagrado amor, y otro hemisferio
Consume luégo entre voraces llamas
Los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas,
Y de las leyes fundas el imperio,
Siempre absoluto, porque siempre justo,
Que la igualdad social mantiene augusto.

DE LA INQUISICION (1).

La horrible Inquisición, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugo, y bebió el azúfre de Aqueronte,
Aun agita sus teas horroroso,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo en Grecia misera desierta
Su frente esconde entre las nubes yerta.

Á LA TRADUCCION DE LA TRAGEDIA DE VOLTAIRE («LA MORT DE CÉSAR», POR URQUIJO.

EPIGRAMA.

Ayer en una fonda disputaban,
De la chusma que dramas escribía,
Cuál de entre todos el peor sería:
Unos Moncín, Comella otros gritaban.
El más ma'o de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.

SOBRE EL AMOR (2).

En los amenos campos, entre flores,
Entre el galán novillo y el ligero
Potro, nació también el dios de amores.

Aquí se ejercitó también el fiero
En lanzar el arpon ¡ay! rudamente,
Tan penetrable agora y tan certero.
No ya el ganado, la doncella siente
La cruda herida, y doma el inhumano
La condicion del jóven más valiente.
El oro desperdicia el mozo insano
Por él; de su ingratisima, aterido,
Ronda las puertas al cascado anciano;
Y la doncella tierna sin ruido
Las plantas mueve, y frustra la cuidosa
Madre que vela con atento oído.
Palpando por la estancia tenebrosa
Camina á do la atiende el fiel amante,
Y descansa en sus brazos amorosa.
¡Infeliz el que flecha penetrante
Hirió de amor, y bienaventurado
El que le vió este dios de buen talante!
Ven también á la fiesta, dios vendado,
Mas léjos de nosotros ten tu ardiente
Saeta, ten léjos el arpon alado.
Cantidad al dios de amor: abiertamente
Le invoque cada uno á la majada,
Y á su pecho le llame ocultamente,
O á voces el que quiera: ¡ya enredada
No veis la turba en juegos amorosos,
Y la danza lasciva comenzada?
Jugad; que los caballos tenebrosos
Unce la noche, el escuadron lucido
De los astros la siguen silenciosos.
En pos viene el Morfeo adormecido,
Que las alas batiendo tardamente,
Espira sueño, y deja en él sumido
Al hombre y la alimaña juntamente.

ELOISA Á ABELARDO (3).

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo,
Donde reina la paz sincera y justa

(3) Esta epístola no es original de MARCHENA. Es una paráfrasis de la *Épître de Héloïse á Abelard* que Colardeau había traducido, no menos libremente, de la celebrada obra de Pope. El original inglés dista bastante de ser una obra sublime, como se proclamó en su tiempo. Es una bellísima composición, llena de primores retóricos, de ingeniosos artificios, de perfecciones acalémicas, que expresa admirablemente el *sentimentalismo* literario que estaba en auge en aquella era. Pope desplegó en ella todas las galas de estilo y de concepto de que era capaz su pluma ejercitada y seductora. Pero le faltan las tres circunstancias que más podían avalorar una obra de semejante índole: verdad, sencillez, emoción. En las verdaderas cartas de Eloïsa, publicadas en Francia, no campea por cierto la civilización de Pope; pero en aquel latín bárbaro hay frases que han brotado del corazón. El alma se presenta desnada, porque la pasión la devora, y la religión impone á la mujer, como á víctima de sus pecados, el sacrificio de una confesión absoluta sin miramiento alguno terrestre. La Eloïsa de Pope *siente pensando*; e- to es, siente poco. Está á mil leguas del siglo XII. Es una lady de la época moderna, una inglesa soñadora y disertada, que se paga de mas a do de las descripciones poéticas y de las cavilaciones ideológicas, y se co- mplace vanidosamente en ostentar ingenio.

Ni en gusto, ni en arte, ni en estro, estaban Colardeau y Marchena á la altura de Pope. Colardeau amplifica en los parajes más importantes del asunto, y no comprende la sobriedad y la delicadeza en que es el poeta inglés consumado maestro. Marchena no es más pulcro que Colardeau; pero es ménos afectado, y tiene el buen gusto de evitar que Eloïsa se llame *Estrel* á sí propia, como ridículamente lo hace en las obras de Pope y Colardeau.

Todas las expresiones felices, como aquella *tas lárgrimas son mías* (tears are mine), son de Pope. En la forma, como en los pensamientos, respaldase siempre la superioridad del poeta inglés, creador de esta famosa heroida. Véase un ejemplar, tomado al azar:

Thy image steals between my God and me,
Thy voice I seem in ev'ry hymn to hear,
With ev'ry bead I drop too soft a tear.
When from the censor clouds of fragrance roll,
And swelling organs lift the rising soul,
One thought of thee puts all the pomp to flight,
Priest, tapers, temples, swim before my sight.....

(Pope.)

Dans nos cantiques saints c'est ta voix que j'entends.
Quand sur le feu sacré ma main jette l'encens,
Lorsque de ses parfums s'élève le nage.
A travers sa vapeur je crois voir ton image:
Vers ce phantôme aimé mes bras sont étendus;
Tous me veux sont distraits, égarés et perdus.

(1) Esta octava y las dos anteriores son muestras de un poema heroico de MARCHENA, titulado *La Patria á Ballesteros*.

(2) Traducción de un trozo de la elegía I.^a, lib. II, de Tibulo.

En sosegado y plácido retiro,
Y la virtud austera y penitente
Sujeta á la razon el albedrío,
¿Qué tempestad, qué horror tan impensado
Vuelve á turbar el corazón tranquilo
De esta débil mujer? ¿Qué nueva llama
Se aviva en lo interior del pecho mío?
¿Quién reanueva mi ardor mal apagado?
¿Amor, cruel amor! ¿Tu fuego antiguo
Empieza á renacer en mis entrañas
Después de tantos años? ¿Qué delirio!
¡Infeliz Eloisa, ya pensabas
Haber de amor la llama sacudido,
Y aún amas, y conservas encubierto
De engañosa ceniza un fuego vivo!
¡Oh Abelardo! ¡Oh placer! ¡Oh dulce nombre!
Estos rasgos de mí tan conocidos,
Esta carta, estos tristes caracteres
Por tan preciosa mano dirigidos,
Cien veces los he visto, y otras tantas
A mi amorosa boca los aplico;
Sí, Abelardo, cien veces y otras tantas.
¡Oh Abelardo, mi bien!.... Pero ¿qué digo?
¿Y en esta soledad tan tierno nombre
Me atrevo á pronunciar, y aún á escribirlo?
Perdona, Dios benigno; á tus altares,
Inmenso Dios, me postro y sacrificio.
Tu ley, tu ley terrible me prohíbe
Escribir al esposo más querido.
Ya Eloisa obedece tu mandato....
¡Mas cuán en vano á resistir me animo!
Si el corazón me dicta las palabras,
¿Cómo podrá la pluma resistirlo?
¡Oh triste soledad! ¡Oh horror! ¡Oh claustros!
¡Prisioneros infelices del destino!
Mármoles insensibles, piedras duras,
Que no logra ablandar el dolor mío;
Yertas cenizas, cuyas sombras frías
Aplacamos con flores y con himnos;
¿Quién fuera cual vosotras insensible!
En vano desde el trono del Empíreo
Me llama todo un Dios; mi pecho cede
De la naturaleza al yugo indigno;
En vano invoco al cielo en mi socorro.
La oración, las plegarias, los silicios,
Mi llanto y confusión no son bastantes
Para apagar la llama que respiro.
Apénas vieron mis turbados ojos
La carta que escribistes á tu amigo,
En aquel mismo instante; oh Abelardo!
Se renovó el dolor de mi martirio;
Acá á mis solas te contemplo y veo,
Y á veces me parece que te miro
Con placentero y halagüeño rostro,
La sien orlada de amoroso mirto,
Gustoso y satisfecho entre mis brazos,
Rindiendo al dios de amor tus sacrificios.
Otras te miro solitario y triste,
Cubierto de cadenas y cilicios,
Pálida la color, el rostro hermoso
Con ayunos y lágrimas marchito,
En la quietud del ignorado claustro,
Buscando en los altares dulce arrimo.
Allí la santa religion, opuesta
A nuestro amor, intenta desunirlo;
Y cortando cruel con dura mano

Le temple orné de fleurs, nos fêtes et leur pompe,
Tout ce culte imposant n'a plus rien qui me trompe....
Etc.

(Colardeau.)

Cuando se entonan los sagrados himnos
Ante el augusto altar del Dios supremo,
Solo tu voz resuena en mis oídos....
Etc.

(Marchena.)

En la iniciativa del pensamiento, en la vizorosa concisión de la frase y hasta en la naturalidad de la expresión, la ventaja es siempre del poeta británico.

Don Juan Maria Manry rindió tributo á la moda de las *heroídas*, que pasó como pasa todo cuanto es falso y afectado, haciendo tambien una traducción (en octavas) de la obra de Pope. Esta traducción es más literaria que la de MARCHENA, pero más fría. MARCHENA en medio de su desaliño, deja ver en el estío de algunos pasajes, que tenía un alma apasionada. (Nota del colector.)

Lazos con tanto amor y tiempo unidos,
Quiere hacer de Abelardo y Eloisa
Dos seres olvidados de sí mismos.

¿Y podrémos, podrémos sin desdoro
Menospreciar lo mismo que quisimos,
Abandonar la fe, el amor, la gloria
Y el bien con tantas penas adquirido?
No, Abelardo, no puede tu Eloisa
Vivir indiferente á su destino.
Escribeme, formemos otros lazos:
Yo lloraré tus males, tú los míos.
El eco, acostumbrado tantas veces
A oír lamentos de amadores finos,
Repetirá tus quejas y las mías.
¿Podrán quitarnos nuestros enemigos
Hasta el consuelo, acaso, de querernos?
¿Cómo podrán privarnos de este alivio?
Mis lágrimas son mías libremente,
Y regarán sin tregua el suelo frío.

Mas ¡ah! que tú, Abelardo, tú me dices
Que el llanto en que me anego y aniquilo
Tan solamente se le debe al cielo,
Al cielo, que tenemos ofendido.
Pero ¡qué en vano intentas persuadirme!
Todo al perderte lo perdí contigo.
Al contemplar que para mí no vives,
Que no te he de ver más, que te he perdido,
A tí solo mis lágrimas se deben,
Por tí yo peno y lloro de continuo.
Hazme saber tus males y tus bienes,
Escribeme, Abelardo, yo lo pido.

El arte de escribir, don de los cielos,
El arte encantador y seductivo
De oír, de hablar y de tratar sin verse,
Un comercio tan dulce y tan activo,
Sin duda fué invención de dos amantes;
El puede hacer pasar un fiel suspiro
Del frío Bóreas al opuesto Antártos.
¿Qué bien que expresa un ánimo encendido,
En la agitada pluma de un amante,
La sincera elocuencia del cariño!
Allí sin el rubor que turba el alma,
Ostenta amor su plácido dominio,
Y vierte sin rodeos ni apariencias
Su ardiente llama el corazón sencillo.
Nuestra union fué legítima y sincera,
Los hombres la acusaron de delito,
¿Y el cielo, el mismo cielo nos acusa!

Cuando se unió tu corazón al mío,
Cuando tú me ofrecistes, con el nombre
Sagrado de amistad, el amor mismo,
Me pareció que tus hermosos ojos
Daban un resplandor puro y divino.
Turbada con tu vista, anonadada
En el gustoso error de mis sentidos,
Yo misma me buscaba los engaños
Y preparaba á mi prision los grillos.
Te tuve por mi dios, yo lo confieso,
No tuve más querer, más albedrío
Que el mover de tus labios amorosos.
Tú me pintabas el amor benigno,
Afable, bienhechor, tierno y humano.
Con esto de tus labios á los míos
La dulce persuasión se introducía,
Y el hechicero ardor de tu atractivo.
Eloisa te amó: siguió en tu busca
Los pasos del placer no permitidos,
Sin tener de su Dios en aquel tiempo
Sino la sombra de un recuerdo frío.
Todo te lo cedí: mi honor, mi gloria
Te rendí muy gustosa en sacrificio;
Mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo;
Tú fuiste mi querer, tú mi destino,
Mi anhelo, mi placer, mi alma, mi todo:
Todo, Abelardo, lo encontré contigo.

Cuando, tu mano asida de la mía,
Quisiste unir nuestros afectos finos
Con el terrible lazo de himeneo,
Mi amor, mi mismo amor lo contradijo.
¿Qué intentas, te decia, loco amante?
Abelardo, el amor no es un delito;
¿Por qué pretendes, pues, esclavizarlo

A las tiranas leyes del capricho?
 El nació puro, libre, independiente,
 ¿Por qué tiranizarlo y oprimirlo?
 Unábase con el lazo de himeneo
 Corazones más bajos y más tibios,
 Mas no los de Abelardo y Eloisa.
 Yo encuentro en el amor mi bien, mi alivio,
 Al verdadero amor nada le falta,
 Ni tiene falsedades ni desvíos.
 Amemos mutuamente, penetremos
 El arte de estrecharnos y de unirnos,
 Sepamos agradarnos, y esto basta,
 Que amor ha de buscarse en amor mismo.
 Imagina, Abelardo, que un monarca,
 Prendado de mis pobres atractivos,
 Pone á mis piés el cetro y la corona,
 Y que ostentando con amor rendido
 Su poder, su opulencia y su reinado,
 Se lo ofrece á mi amor en sacrificio:
 Verás cual menosprecia tu Eloisa
 De tanto bien el aparente brillo,
 Cual pospone al amor de su Abelardo
 Oro, grandeza, honor, el reino mismo.
 Tú, Abelardo, lo sabes; de mi pecho
 Solo tienes el trono y el dominio;
 Sólo tu corazón es mi riqueza,
 La grandeza y los bienes á que aspiro.
 Los títulos que inventa la fortuna
 Sólo con risa y menosprecio miro,
 Jactánzome de ser tu enamorada.
 Si hay un nombre más tierno, si más digno
 Que exprese mi pasión con mayor fuerza,
 Ese será, Abelardo, el nombre mío.
 ¿Qué dulce es el amor! ¿Qué lisonjero
 El ver correspondido un fiel cariño!
 ¿Quién más feliz que dos tiernos amantes,
 Que en reciproca llama consumidos,
 Un mismo pensamiento los anima?
 En dulce arrobamiento sumergidos,
 Sola una voluntad sus pasos guía
 Por los senderos del amor benigno;
 La risa y el placer los acompaña,
 Y del constante amor el noble instinto
 Nuevo placer les muestra y nueva gloria.
 Jamás su corazón se ve vacío
 De la dulce ilusión de lo que adoran:
 Ella preside á su placer continuo,
 Y con seguridades mil ofrece
 De males y disgustos el olvido.
 ¿Dichoso aquel que ama, y más dichoso
 Aquel que ve su amor correspondido!
 ¿Dichoso á quien amor nunca abandona!
 Que á solo amor es dado y concedido
 El bien de hacer felices á los hombres.
 Sacrifiquemos al amor propicio,
 Si buscamos el bien, que el amor solo
 De la humana ventura es el camino.—
 Así pensaba yo, cuando, enojada
 Y envidiosa del bien en que nos vimos,
 Una mano cruel y temeraria
 Trocó en pesar nuestro feliz delirio....
 Dichosos si el destino que nos rige,
 Dejára alguna vez de perseguirnos;
 Pero aún otras desgracias nos aguardan,
 De un abismo corremos á otro abismo.
 Acuérdate, Abelardo, de aquel día
 Que ante las sacras aras ofrecidos,
 Al mundo renunciando y á su pompa,
 Víctimas del amor entrambos fuimos.
 Tú mismo con dudosa y débil mano
 Fuistes del acto el fúnebre ministro:
 Tú me pusiste el velo consagrado:
 Mis tristes ojos, de penar rendidos,
 Bañaron con sus lágrimas (en vano)
 El hábito sagrado y los cilicios;
 Y el corazón, de amor no satisfecho.
 En otro nuevo amor quedé cautivo.
 El cielo mismo oyó, no sin espanto,
 Los votos que uno á otro dirigimos.
 Las bóvedas del templo resonaron,
 El sol oscureció su hermoso brillo,
 Y la luz que alumbraba en los altares,

Lució con un color triste y sombrío,
 Vén, pues, lumbrera de mis tristes ojos,
 Vén, Abelardo, vén; el hado impío
 No me prive también de tu presencia,
 Que éste es el bien postrero que te pido....
 De nuestro amor cautivas nuestras almas,
 Volverán á sus dulces desvarios.
 Yo me abraso, de amor el vivo fuego
 Otra vez avasalla mis sentidos:
 Déjame recostar en tu regazo,
 Juntar tus dulces labios á los míos,
 Y unidos con estrecho y tierno lazo,
 Respirar un amor y un fuego mismo.
 ¿Qué momentos! ¿Te acuerdas, Abelardo?
 ¿Qué encantos! ¿Qué placeres! ¿Qué deliquios!
 ¡Oh Abelardo! ¡Oh ventura!.... ¡Oh qué tormento
 ¡Tiempo pasado ya, recuerdos tristes,
 Que aumentan el dolor de mi martirio!....

Pero ¿qué dices, desgraciada monja?
 No, Abelardo, no escuches mis delirios;
 Otros placeres hay, otros contentos:
 Sé tú mi luz, y muéstrame el camino;
 Vén, sí; pero no vengas á querermme,
 Vén á enseñarme, como buen amigo,
 A postrarme á los piés de los altares,
 A dirigir mis llantos y gemidos,
 Bajo la suave ley de tu obediencia,
 Al cielo, de mis culpas ofendido.
 Vén, y piensa á lo ménos que las monjas
 Que habitan este lóbrego recinto
 Un director piadoso necesitan,
 Que gobierne sus santos ejercicios;
 Ellas recogerán desde tus labios
 La voz sagrada de su Esposo amigo,
 Y bajando con dócil obediencia
 A tu severa voz el cuello erguido,
 Se harán más llevaderos con tu ejemplo
 La soledad y horror en que vivimos.
 Tú fundaste estos muros, tú volviste
 La soledad de inhabitables riscos
 En prados deliciosos, tú dictaste
 La ley sagrada y dulce en que vivimos (1).
 Las vírgenes humildes que la siguen,
 Sus deseos al cielo sometidos,
 Te necesitan, oye sus clamores,
 Que yo en nombre de todas te lo pido.

Mas ¡ah, qué caridad tan engañosa!
 ¿Qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!
 Yo soy sola, Abelardo, quien te llama:
 Ven, pues, de los amantes el más fino,
 De todos los esposos el más tierno,
 Mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo.
 Tu infeliz Eloisa no, no puede,
 Ni aún seguir la virtud sino contigo.
 Los árboles frondosos que rodean
 Los muros de este fúnebre edificio,
 Cuyas cimas se pierden en los cielos,
 El lúgubre ciprés, el pino erguido,
 El dulce murmurar entre las flores
 Del arroyuelo manso y cristalino,
 La diligente abeja que recoge
 El néctar en las flores embebido,
 El susurrar del céfiro apacible
 Cuando templá el ardor del seco estío,
 La grata variedad, la hermosa vista
 De estos bosques amenos y floridos,
 Nada templá mi ardor ni mi tormento,
 Porque el funesto y triste dolor mío
 Anubla con su lóbrega influencia
 Tan dulce amenidad, tan grato hechizo.
 Agóstase la fresca y verde hierba
 Al soplo abrasador de mis suspiros,
 Y la pálida flor se troncha y cae,
 Agobiando su vástago marchito;
 El céfiro no es blando ni apacible,
 Y en vez de dulces y acordados trinos,
 Cánticos sólo de tristeza y llanto

(1) Alude á haber sido Abelardo, ya en sus últimos años, el fundador de *El Paracletto*, convento de monjas, junto á Nogent-sur-Seine, en el cual se hallaba Eloisa. (Nota del Colector.)

Entonan los pintados pajarillos.

Tal es este lugar, donde cautiva,
Triste y anseante de mi amante vivo.

Sólo soy inocente y virtuosa

Cuando la ausencia de mi amante olvido,

Y al contemplar de mi virtud la causa,

Cien veces me arrepiento y la maldigo.

¿Yo sujetar mi amor? ¿Yo poner freno

Al fuego que es mi dicha y mi suplicio?

¿Y podrá hacer esfuerzo tan terrible

Un corazón tan débil como el mío?

¡Ay! ántes que la calma y el reposo

Vuelva en mi corazón á hallar asilo,

¡Qué cúmulo de angustias que me esperan,

Esperanzas, temores y desvios!

Yo podré amar, sentir, arrepentirme,

Querer y no querer á un tiempo mismo.

¿Y qué no podré hacer? Lo podré todo,

Ménos aborrecer lo que he querido.

¡Oh funesta pasión! ¡Oh duro yugo,

Que turbas la quietud de mi retiro!

¡Quién eres, Eloisa! ¿No conoces

El deber que te impone tu destino?

Entre un Dios y un amante colocada,

¿Ha de ser el amante preferido?

Oye, pues, ¡oh gran Dios! mis oraciones,

Libreme tu poder de un enemigo,

A quien mi pecho resistir no sabe.

¡Ah! cuando invoco tu poder divino,

Más que el exceso de mi ardiente pecho,

Temo el efecto ¡oh Dios! de tus auxilios.

¡Oh amables y sencillas compañeras,

Que la santa virtud unió conmigo,

Inocentes y candidas palomas,

Que en el claustro esparcís vuestros gemidos

En vuestro pecho, sólo en vuestro pecho

La robusta virtud triunfa del vicio,

Y vuestra vida austera y penitente

Destierra el fuego del amor indigno:

Sólo le concedéis el amor casto

De vuestro corazón puro y sencillo.

¡Oh, cuán felices sois! Insensibles

Del amor terrenal al fuego activo,

Serenos días y tranquilas noches

Pasáis en sosegados ejercicios,

Y no perturba vuestra dulce calma

De la pasión el imperioso grito.

¡Oh sosegada y apacible vida,

Con cuántas véras y dolor la envidio!

Al despertar de la rosada aurora

Mi corazón se abrasa en fuego vivo,

Traspone el claro sol los altos montes,

Y no calma el rigor de mi martirio,

Y el tranquilo silencio de la noche

Aviva más y más su ardor maligno;

Cuando me embarga el sosegado sueño,

Me duermo en el regazo de Cupido.

El con hermosas y ligeras aias

Acaricia mi pecho enternecido:

El me recuerda las pasadas noches,

¡Memorias de mis gustos ya perdidos!

Preséntaseme en sueños Abelardo,

Oigo su voz, le veo, y me imagino

Volver á hallar el inefable encanto

Que el lisonjero amor lleva consigo.

El pecho, en nuevas llamas abrasado,

Renueva mil terneces y cariños....

Mas ¡ah! que cuando más me lisonjea

Este gusto engañoso, este delirio,

Despierto, y corre la razón el velo

A mi placer soñado y fugitivo.

¡Dichoso tú, Abelardo; ya en tu pecho

Amor no ejerce su fatal dominio....

¿Y piensas que por eso he de olvidarte?

¡Oh Abelardo! No puedo; los cilicios,

Las duras leyes, que detesto en vano,

La dura austeridad y su retiro,

No te pueden horrorar de mi memoria.

Mi corazón en duelo sumergido,

Llorando implora al cielo y su clemencia;

La angusta majestad del triste sitio,

La presencia de Dios, la horrible imagen

De cadáveres yertos y podridos,

No pueden distraer mi fantasía.

Sólo tu imagen veo, sólo miro

La ilusión adorada de Abelardo.

Cuando se entonan los sagrados himnos

Ante el augusto altar del Dios supremo,

Sólo tu voz resuena en mis oídos;

Tomo en mi mano el trémulo incensario,

Que eleva el humo denso hacia el Empíreo,

Y entre la espesa nube que se forma,

Que estás allí, Abelardo, me imagino.

Tiendo en vano los brazos, no te encuentro,

Y mi deseo y turbación maldigo.

El templo y sus sagradas ceremonias,

La pompa de los días más festivos,

No alcanzan á fijar mi inquieta mente.

Postranse los espíritus divinos

Ante el altar de Dios, cuando se ofrece

Su augusto y adorable sacrificio;

En medio de los cánticos sagrados,

Cuando sólo se escuchan los suspiros

De algun alma contrita y humillada,

Y de santo temor sobrecogido,

El sacerdote ofrece el holocausto,

Mi corazón cobarde y fementido

Sólo á Abelardo invoca: nada puede

Apagar este ardor ni resistirlo.

Pero ¿dónde me arrastra mi locura?

¡Desgraciada de mí! ¿Qué es lo que digo?

¡Huye de aquí, cruel, huye, Abelardo,

Que ya se acerca el plazo prevenido!

El aliento me falta.... El tierno pecho

Próximo siente su postrer asilo....

Déjame estos instantes á lo menos;

Aléjate á país desconocido;

Habitemos los límites opuestos

En que el orbe se encuentra dividido.

Separe nuestro amor el mar inmenso,

Si basta el mar inmenso á dividirlo.

Cuando mi alma, á Dios ya convertida,

Se arranque con el último suspiro,

Temo encontrar tus pasos señalados,

Que renueven mi amor mal extinguido.

Adios, placeres, ilusiones, dichas,

Ensueños otro tiempo tan queridos;

Adios, errores que á mi tierno pecho

Pintó tan dulces mi fatal delirio;

Acaben ya el placer y las delicias;

Apáguese de amor el fuego activo,

Y su funesta y encendida llama

Halle mi pecho indiferente y frío;

Mi corazón á Dios se vuelva al cabo,

Pues de todo, al dejarte, me despidió....

Pero ¿qué triste voz que me intimida

Y turba el corazón despavorido?

Será.... Sí, ya es la hora de mi muerte,

Ya se me acerca el término prescrito.

Una noche velaba, arrodillada

De un sepulcro en la losa; de improviso

La funeraria lámpara se apaga.

Cesó en el templo el resplandor sombrío,

Cuando de una vecina sepultura

Llegó esta triste voz á mis oídos:

«Detente, cara hermana, no te turbes;

Yo fui lo que eres hoy; nuestro destino,

Que unió nuestros deseos en la vida,

También despues de muertas quiere unirnos.

Yo viví como tú: mi débil pecho,

De una pasión violenta poseído,

Se abrasó con inciertas esperanzas,

Que echó por tierra mi cruel destino.

En la profundidad de estos sepulcros,

En silencio jamás interrumpido,

Se anonada el amor, la dura suerte

Sumerge en largo y duradero olvido

Sus gustos y placeres engañosos.

El siempre vencedor, nunca vencido,

El orgulloso amor cede á la muerte,

A su guadaña fúnebre rendido.

Muere, pues, mas no temas á la tumba,

No temas al que llaman vengativo,

Que es un Dios de piedad, á quien le mueven

Las lágrimas de un pecho arrepentido.»
 ¡ Oh Dios! Si esto es así, si sois tan bueno;
 Si mis pasadas culpas y delirios
 Se borran con el llanto, de mi muerte
 Venga luego el momento apetecido.
 ¡ Oh *Gracia* luminosa! dón del cielo,
 Virtud que nos prometes bienes fijos,
 No sujetos á tiempo ni mudanza,
 Acaba de una vez : córtese el hilo
 A mis cansados dias, y mi alma
 Traslada á las moradas del Empíreo.
 Yo me muero, Abelardo, vén, no tardes,
 Vén á cerrar mis ojos oprimidos
 Con el pesado sueño de la muerte;
 Vén y recoge el último suspiro
 Con el postrer aliento de mi vida (1);
 Y tú, cuando el destino, más tardío,
 Ponga fin á la tuya, cuando el tiempo
 Marchite los preciosos atractivos
 Que tanta pena y lágrimas me cuestan,
 Haz que se junte en un sepulcro mismo
 Tu ya helada ceniza con la mía:
 El mismo Amor sobre su mármol frio
 Grabará por su mano el epitafio,
 Que así dirá al curioso peregrino:
 « *Causó violento amor su desventura;
 Guárdate de imitar su desvario.* »

ABELARDO Á ELOISA (2).

¡ Quién pudiera pensar que en tantos años
 De religiosa y retirada vida,
 Tanta oracion, ayunos, penitencias,
 Despues de tantas lágrimas vertidas,
 Cuando ya el blanco hielo de los años
 Va arrugando la tez de mis mejillas,
 De mi pasado amor aun dure el fuego?
 Yo tambien extinguido lo creia;
 Mas ¡ cómo me engañaba! De esta calma,
 De esta serenidad pura y tranquila,
 Que sólo cabe en corazones castos,
 ¡ Cuán distantes estamos, Eloisa!
 Júzgalo por tí misma; ¡ ay! esa carta,
 Con tanto ardor y exaltacion escrita,
 Con palabras tan tiernas y elocuentes,
 Amor llevó la pluma al escribirla;
 Solo amor es capaz de tanto fuego,
 Amor dictó las expresiones vivas,
 Bastantes á avivar la oculta llama
 Que en mi ya tibio pecho se escondia.
 No hay remedio, esta llama abrasadora,
 Cuando en un débil corazon se abriga,
 Si númen superior no la combate,
 Si, de nuestras miserias condolidas,
 De Dios la omnipotencia no la apaga,
 En vano intenta el hombre resistirla.
 Yo lo sé por mi mal; no habrá recurso
 De cuantos la razon persuade y dicta,
 Que contra amor no llame en mi socorro;
 Cilicios, oraciones, disciplinas,
 Nada ataja su fuego irresistible;
 Es de naturaleza tan maligna,
 Que cuantos más obstáculos le pongo,
 Más con la oposicion crece y se aviva.

(1) Abelardo, que murió en 1142, tenía veintidos años de edad más que Eloisa. Esta murió en 1164, esto es, también veintidos años despues que Abelardo. Recordando estas circunstancias, parece impropio que sea la jóven Eloisa la que llame al viejo Abelardo para que cierre sus párpados. Pero la literatura artificial de aquel tiempo antepone el tono declamatorio y el espíritu novelesco á la elocuencia de la verdad y hasta á la verosimilitud histórica. (*Nota del Colector.*)

(2) Esta contestacion de *Abelardo* á la epístola de *Eloisa* no es obra de Pope. Es una imitacion de las varias heroicas que, siguiendo las huellas de Ovidio y de Pope, escribieron en Francia La Harpe, Colardeau, Beauchamps y algunos otros.

La presente epístola y la anterior estuvieron prohibidas durante mucho tiempo en España. Se imprimieron al cabo, pero sirviendo de texto copias muy imperfectas. Al darlas ahora de nuevo á la estampa, hemos confrontado los impresos con antiguos manuscritos; adoptando, de éstos, las correcciones y supresiones que hemos juzgado convenientes. (*Id.*)

¡ Oh si pudiera yo significarte
 Con qué dolor me oprime y martiriza
 La memoria fatal de aquellos tiempos,
 De aquellas horas por mi mal perdidas,
 En que un amor contento y satisfecho
 A la felicidad nos conducía!
 ¡ Engañoso camino, senda errada,
 Amena en los principios y florida,
 Despues, cuando ya el fin se va acercando,
 Sembrada de malezas y de espinas!
 Las flores que hermocean la ribera,
 Mil colores y aromas las varian:
 Allí una fresca y encantada rosa
 Sus olores suavisimos espira;
 Más allá un tornasol enamorado
 A los rayos del sol su faz inclina;
 Una vana azucena en otra parte
 Ostenta su bizarra lozanía.
 Nada de esto es hermoso y halagüeño,
 Exclama mi pasion enfurecida:
 Más bella es mi Eloisa, más hermosa,
 Más puro es el color de sus mejillas,
 Que la derecha y cándida azucena:
 El mismo sol que las influye y cria,
 Si con sus bellos ojos se compara,
 Méenos hermoso y más oscuro brilla.....
 Una calle formada de arrayanes
 Me lleva á una distante casería,
 Término encantador de mi paseo:
 La simple risa y el placer la habitan;
 Una agraciada y tímida aldeana
 Gobierna cuidadosa la familia,
 Los pequeñuelos hijos la rodean:
 Uno con inocente y dulce risa
 Pide á su madre pan, otro la halaga,
 Otro sube á la trémula rodilla
 Del cariñoso padre; ella, gozosa
 Y en inocentes gustos sumergida,
 Reparte á todos con igual cariño
 Sus maternales besos y caricias.
 ¡ Oh qué escena tan triste y tan funesta!
 ¡ Qué terribles imágenes se excitan
 En un alma de amor toda ocupada!
 ¡ Oh amado objeto de dolor y envidia!
 ¡ Quién fuera cual vosotros! ¡ Quién pudiera,
 Estrechado en los brazos de Eloisa
 Con el sagrado, indisoluble lazo,
 Lograr el alto fin que nos anima!
 ¡ Qué bien habrá que pueda compararse
 Con esta posesion dulce y tranquila
 De un objeto tan tierno y tan querido?
 Cuanto producen las remotas Indias,
 Por un solo momento de este estado,
 ¡ Cuán despreciable para mí sería!
 ¡ Con cuánto gusto, rabadan humilde,
 Con el calor, por la floresta umbría,
 Cantando, llevaria los ganados;
 O cuando por la tarde el sol declina,
 De la dura labranza fatigado,
 Los perezosos bueyes guiaria!
 En el umbral de nuestra triste choza,
 Ya con la cena preparada y limpia,
 Culpándome de tardo y negligente,
 Solicita Eloisa esperaria.
 El sencillo querer, la paz hermosa,
 Las voluntades para siempre unidas,
 El mútuo suspirar, el amor tierno,
 Fuera el manantial de nuestra dicha;
 Y cuando la callada y triste noche
 Cubre de oscuro luto las campiñas,
 En el seno inocente de mi esposa
 La risa y el placer me cercarian.
 Pero ¡ oh vanas quimeras! ¡ Oh ilusiones!
 ¡ Dichas que nunca se verán cumplidas!
 ¡ Idos léjos de mí..... Ya se acabaron
 La ilusion, los contentos, las delicias,
 Los gustos que otro tiempo me sobraban.
 Ya nada soy..... Con la venganza indigna
 Que tomaron de mí mis enemigos,
 Sólo me aguarda el llanto y la ignominia
 Con esto me levanto despedido,
 Sin esperar la simple despedida

De la cortés y tímida aldeana,
Que de mi turbación sobrecegada,
Lo que es humillación y abatimiento
Atribuye á virtud con fe sencilla.

Otras veces absorto en mis ideas,
Sin que mis pasos la razón dirija,
Subo á la cumbre de escabrosa peña;
De allí descubre la ambiciosa vista
Una llanura inmensa en que á lo lejos
Se ve un camino que á mi patria guía.
La memoria, confusa y agitada,
Me acuerda mil imágenes antiguas,
Dormidas algún tiempo; un montecillo
Me oculta con lo erguido de su cima
La morada feliz donde crecieron
Los inocentes años de Eloísa.
Aquél es el jardín donde, á mis ruegos,
Rindió turbada su esquivaz altiva;
Allí, en vez de las últimas lecciones
De una sábia y veraz filosofía
Con que instruí su corazón honesto,
Las tiernas y amorosas elegías
Que amor dictaba al elocuente Ovidio,
Su engañoso maestro le exponía.

¡ Con qué imaginación, con cuánto fuego,
Al leer los suspiros de Corina,
Sus ardientes conceptos expresaba!
El amor y las gracias atractivas
En su risueña boca se asentaban;
Y mientras tanto, oculta y sin sentirla,
La llama del amor más abrasado
En su inocente corazón ardía.

¡ Oh cuántas veces el rubor sencillo
Que asomó á sus mejillas encendidas,
Daba en su rostro indicio manifiesto
Del afecto interior que producía!
¡ Cuántas veces atónita, anhelosa,
Con suspiros la voz interrumpida,
Trémula y agitada, no acertaba
Ni áun á explicar la idea concebida!

Yo te enseñé el querer; fui el maestro
De la engañosa y páfida doctrina
Que corrompió tu cándida inocencia;
Yo, en vez de la pureza y alegría
Que en tu sincero pecho se albergaba,
Sembré el error, la pena y la perfidia;
Yo te conduje al claustro solitario,
Donde una voluntad no persuadida
Hizo á Dios el tremendo sacrificio
Del resto miserable de sus días.
Un hábito funesto, un velo triste
Cubre el verdor, la gala y gallardía
Del cuerpo más hermoso y más esbelto;
Los bellos ojos, cuya luz solía
Causar envidia á tantas hermosuras,
Hoy en la tierra con dolor se fijan.
¿ Qué hará mi dulce bien en este instante?

Absorta en su dolor y confundida,
¿ Se habrá olvidado ya de su Abelardo?
No; que aun su corazón gime y palpita,
Y no puede olvidar mientras el alma
Al débil cuerpo permanezca unida;
Y áun más allá, cuando la dura muerte
Con mano helada nuestro ardor extinga,
En lo interior de los sepulcros fríos
Arderán nuestras pálidas cenizas.

No hay hora ni momento en que esta idea
No me atormente y sin cesar me aflija,
Ni objeto en que el amor no se me ofrezca:
Voy al coro, y allí la fantasía
Me representa el coro en que humillada,
Y en tu dolor absorta y confundida,
Con lágrimas amargas y abundantes
Lloras á Dios tus culpas y las mías.
Salgo á recreación, y me paseo
Por la florida y verde pradería,
Y allí amor disfrazado en bellas formas,
Cual sierpe entre las flores escondida,
En cada nuevo paso que voy dando,
Nuevo placer y nuevo ardor me inspira.
La verde hierba que entapiza el prado,
Las flores que le adornan y matizan,

El arrayán á Vénus consagrado,
La vid silvestre al olmo entretejida,
El acordado són que van formando
Las hojas con el viento sacudidas,
El trinar de las aves, el murmullo
De la risueña y clara fuenteceila;
Todo cautiva el alma y la embebece,
Todo al placer parece que convida.
Corre un arroyo sosegado y manso,
Que lleva su corriente dirigida
Al solitario albergue donde tiene
Su triste habitación mi dulce amiga.
Tú eres feliz, exclamo al contemplarlo,
Tú bañas el convento donde habita
La causadora de mis tristes males;
Tú riegas las fragantes clavellinas
Que ella cultiva con su mano hermosa.
Tal vez en tu corriente cristalina,
Al declinar de la abrasada tarde,
Buscará la frescura apetecida.
Tú sabrás sus secretos más ocultos;
Tal vez sentada en la frondosa orilla,
Sus ojos fijos en la blanda arena,
En actitud confusa y pensativa,
Derramarán copioso y triste llanto;
Y tal vez, sin pensarlo, confundidas
Se mezclarán en tu corriente clara
Sus lágrimas amargas con las mías.

Confuso en estas tristes reflexiones,
Se me pasan las horas sin sentir las,
Y á más andar la noche va viniendo;
El sol alumbra á los opuestos climas,
Los astros que iluminan en su ausencia
Con majestad parece que caminan,
Y no abandonan su inmutable asiento;
La luna, á nuestro globo más vecina,
Del sol, que la ilumina frente á frente,
La luz refleja y triste nos envía;
Entonces sí que en corazones tiernos
Ejerce la imperiosa tiranía
El duro amor de su orgulloso mando,
Y al más ligero impulso conmovida,
Con el quieto silencio de la noche,
Cede la relajada y débil fibra.
Entonces á su mal toda entregada,
La triste y voladora fantasía,
Separada del resto de los seres,
Sólo ve los objetos en sí misma.
Por la noche suspira el triste amante,
A quien la cama plácida y mullida
No basta á conciliar el dulce sueño,
Que de su ojos huye y se retira;
Los importunos celos le rodean,
De su fineza mal correspondida
La triste imagen sin cesar le inquieta,
Y entre el dolor y el llanto repartidas,
Mil años y áun mil siglos le parecen
Las horas perezosas y tardías.

Otro amante feliz, al mismo tiempo,
Maldice de la aurora la venida,
Porque á su amor contento y satisfecho
La noche con su sombra patrocinara.
Yo en la noche también suelto la rienda
A mi imaginación enardecida,
Y busco en mil ejemplos que acumulo,
Disculpa á la pasión que me domina.
Todos los hombres aman; el salvaje,
Que vive sin cultura y policía,
Ama á su dulce y cara compañera;
El tostado africano, el fiero escita,
Y áun los irracionales también aman:
Ama el pez en su estancia húmeda y fría,
Y por el aire en acordados trinos
Cantan su amor las tiernas avecillas;
Sigue el león á la leona fiera,
El ciervo á la ligera cervatilla;
Detras de la becerra brama el toro,
Y en los espesos ramos escondida,
Lamenta y gime con suspiros tiernos
Su triste amor la viuda tortolilla.
Así cuando, en el soto, desde lejos
La yegua entre los árboles divisa

Desbocado el caballo generoso,
 Con inquieto furor bufa y relincha,
 Y no hay freno que baste á sujetarlo.
 El clefante y la pequeña hormiga,
 El sencillo cordero, el lobo hambriento,
 El sapo tardío y la ligera ardilla,
 El insecto á la vista imperceptible,
 Y la ballena enorme que domina
 Con su ancha mole los inmensos mares,
 Todos sienten de amor la llama activa.
 Amor de la feraz naturaleza
 Las varias producciones vivifica;
 El reproduce en los amenos prados
 Las flores deshojadas y marchitas,
 Y de las plantas útiles al hombre
 Los dulces frutos sazonados cria;
 El extiende á los seres más remotos
 Su dilatada y vasta monarquía;
 Por él baja la piedra hácia su centro,
 Por él las aguas hácia el mar caminan;
 El hace generoso al avariento,
 Y al más cobarde influye valentía;
 Por él el atrevido y ciego amante,
 Arrostrando del piélago las iras,
 A nado lo atraviesa por la noche,
 Sin temor ni respeto que lo impida:
 Cuanto es mayor el riesgo y el estorbo,
 Más el amor lo allana y facilita.
 Amor ablanda el corazón más duro,
 Y al hombre más feroz rinde y mitiga;
 Por amor llora el héroe más valiente,
 Por él la madre tierna y compasiva
 Estrecha en su regazo el fruto amado
 De sus pasadas glorias y alegrías;
 Por él el viejo consumido y cauto,
 Que vecino al sepulcro ya se mira,
 Ve en sus robustos hijos el apoyo
 De los cansados años de su vida.
 De amor es cuanto vive; cuanto alienta
 Por la virtud de amor siente y respira;
 Amor es todo, sin amor no hay nada,
 Todo al imperio del amor se humilla.
 Si amor es, pues, tan fuerte; si en el mundo
 De su activo poder nadie se libra,
 Si él todo lo subyuga, abarca y rinde,
 ¿Seré el único yo que le resista?
 Tales son los continuos pensamientos
 Que ahora mi mente y corazón agitan,
 Y esta furia, esta llama, esta locura,
 No hay esfuerzo que baste á reprimirla.
 Póngome en oración, y perturbado,
 Sólo á Eloisa mi pasión medita,
 Recojo mi atención á la lectura,
 Y en cada pensamiento, en cada línea,
 La historia de mi amor se me presenta,
 Hasta que al cabo mísera y rendida
 Con la continua agitación el alma,
 Los párpados al sueño ya se inclinan.
 Aun así mis delirios me persiguen;
 Mil imágenes tiernas de otros días,
 En que astuto el amor se me disfrazó,
 Vuelan en derredor de la tarima
 Donde descansa el fatigado cuerpo;
 Y cuando ya entre el sueño y la fatiga
 Batallando la máquina, suspensa,
 Ni bien despierta está, ni bien dormida,

Oigo el reloj.... las doce....., y á maitines
 Trémula la campana nos avisa.
 Vístome, y voy al coro apresurado;
 La senda que á la iglesia me encamina
 Pasa por el vecino cementerio,
 Y, la imaginación despaavorida,
 Con la terrible imagen de la muerte,
 El cabello de espanto se me eriza.
 Miedo infunde el silencio pavoroso;
 Las copas lentamente conmovidas
 De los cipreses fúnebres redoblan
 El misterioso horror que me intimida,
 Y las voces del cábaro importuno
 Ecos son de mortal melancolía.
 De los tristes objetos que me cercan
 El pavor las imágenes duplica.

La planta temerosa y vacilante
 Pisa con susto las cenizas frías
 De tantos compañeros que en el claustro
 Unió un destino y una suerte misma;
 Allí descansa el virtuoso Erasto,
 Su proceder sincero, su fe viva,
 Con el retiro austero y penitente,
 Venció la llama del amor maligna,
 Y en su serena y arrugada frente
 La paz de la virtud llevaba escrita.
 Aquellos son los huesos de Filandro,
 Del tierno y fiel amigo á quien solía
 En otro tiempo el misero Abelardo
 Comunicar sus bienes y sus dichas.
 ¡Cuántas veces sus útiles consejos,
 Cuando un amor críel me consumía,
 Por un breve momento le atajaron!
 Una amistad sincera nos unía.
 ¡Ya murió! ¡Ya no existe!.... Mi desgracia
 Aun de este dulce bálsamo me priva.
 Yo también moriré, también la muerte
 Cortará el hilo á mis amargos días,
 Con tanta pena y lágrimas pasados,
 Cuando una suerte infausta y enemiga
 Persigue al hombre desgraciado y triste,
 Que sólo aguarda angustias y fatigas,
 La muerte es el refugio: en ella sola
 Ve el término feliz de sus desdichas....

Mas ¿dónde voy, arrebatado y ciego?
 ¿Podrá darte á entender la pena mía,
 Por mucho que se empeñe en explicarlo,
 La serie de mis males infinita?
 No, Eloisa, no puede: adios, bien mio,
 Otras plumas más tiernas y expresivas
 Pintarán los afanes de esta llama,
 Que no se acabarán ni aún con la vida.
 Los venideros siglos, y los pueblos
 Que la ternura y la constancia admiran,
 Conservarán de nuestro amor la historia
 En mármoles y broncees esculpida.
 Servirá de ejercicio á los ingenios;
 Ningun alma sensible, al referirla,
 Dejará de verter lágrimas tristes;
 Y en tanto que la dulce poesía
 Tenga lustre y honor, mientras se juzgue
 La noble compasión de aplauso digna,
 Y á la activa pasión que nos oprime
 La especie humana se sujete y rinda,
 Será eterno y llorado entre los hombres
 El amor de Abelardo y Eloisa.

DON TEODORO LA CALLE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Los únicos versos líricos que conocemos de este poeta, que recibió su educación literaria en el siglo XVIII, son los que publicamos á continuación. Es una epístola que adquirió en otro tiempo cierta celebridad, y cuyo manuscrito se juzgaba perdido há muchos años. Sólo conserva-

ba algunos fragmentos en su envidiable memoria nuestro ilustrado amigo el señor don Ramon de Mesonero Romanos, el cual tuvo la bondad de escribirlos para nosotros. Recientemente hemos encontrado la composicion entera.

APUNTE DEL SEÑOR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

Esta magnífica carta elegíaca, ó como se quiera llamar, fué escrita á la señora doña María Manuela Prieto, por don TEODORO LA CALLE, literato y periodista de Cádiz en 1812, condenado á uno de los presidios de Africa por sus escritos é ideas liberales. Este apreciable sujeto, á quien he tratado mucho despues, tuvo siempre desgraciada suerte, y no consiguió alcanzar una posicion ventajosa áun en los años de 1820 al 1825, en que triunfaron sus ideas y sus amigos los señores Calatrava, Argüelles, etc. Murió despues de 1833 en Madrid.

Antes de la invasion francesa, sólo era conocido por su desgraciada traduccion del *Otelo* de Ducis.

POESÍAS.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARÍA MANUELA PRIETO (1).

Epistola (2).

Thymo mihi dulciior Hyblee.

¡Clóris! Gloria y honor del sexo hermoso,
Que mi amargo penar compadeciendo,
Infundes siempre con tu voz amable
A un triste corazon dulce consuelo!
¡Con qué rasgos podré, con qué pinceles,
Al orbe presentar un fiel bosquejo
De tu heroica virtud! ¡Ah! si el destino,
Que del suelo español con vituperio
Arrebató la libertad sagrada,
Volver hiciese el venturoso tiempo
Que, cual sombra fugaz, cual sueño grato,
Las almas libres recreó un momento.....
Si la razon á dominar volviera,
Si recobrarse la verdad su imperio,
Tu claro nombre entónces, reunido
Al de los nobles héroes que quisieron
En siglo convertir de honor y gloria
Este siglo de horror, siglo de hierro,
El olvido y la muerte evitaria;
Mas, ¡oh dolor! despues que nuestros cuellos
Con torpe yugo el despotismo agobia,
Despues que grita el delirante pueblo
Vivas á la opresion, muerte á la patria;
Despues que arrastra, en la miseria envuelto,
De servidumbre el ominoso carro
En que triunfante el déspota soberbio
El pendon del terror desplega, y huella
A su planta feroz nuestros derechos,
¡Quién ya su pluma á la virtud consagra?
¡Quién el amor aviva en nuestros pechos
De la santa verdad? ¡Quién la inocencia
Quiere arrancar al opresor sangriento?

¡Ay! que abatidas las sublimes almas
A quien propicio concediera el cielo
El deseo del bien, su labio sellan;
Mientras tranquilo el corazon de acero
Del alevé egoísta, derramando
Sobre el patriota el infernal veneno
De la horrible calumnia, á la fortuna
Ofrece ansioso su venal talento.
Si; las musas, las artes, la elocuencia,
Frutos preciosos del humano esfuerzo,
Que á suavizar nuestra existencia amarga,
O á llevar la virtud al alto templo
De la inmortalidad se dedicaron,
Cuando á la augusta ley nuestro respeto
Rendimos, al crujir de las cadenas,
Despavoridos, de la España huyeron.
¡Y sumergidas quedarán ¡oh amiga!
En el sepulcro del olvido eterno
Tus patrióticas ansias, tus suspiros,
Por aliviar de la desgracia el peso
A tanta ilustre víctima, que hoy sirve
A la osada perfidia de trofeo?
¡Del voraz tiempo la fatal guadaña
Podrá arrastrar á sus abismos ciegos
De tu impávido pecho la firmeza,
Que al dulce hechizo de tu amable sexo
Dando hermoso realce, fué, benigna,
Del cautivo patriota el embeleso?
¡Qué! Si decreta la voluble suerte
Un porvenir dichoso á nuestros nietos.
¡Se ha de ignorar en él que tu entereza,
Cuando el fatal terror tenía yertos
A tantos corazones, arrostraba,
Por consolar al justo, el duro ceño
De los viles satélites que prestan
Su brazo al opresor, el doble aspecto
Del alevoso espía, que en el llanto
De la inocencia busca su recreo,
Del sátrapa insolente los desdenes,
Y el triste horror de lóbregos encierros?

Pero escucho tu voz, que con dulzura
Me va á reconvenir: «Yo no pretendo
Del bien obrar, á que me guía sólo
Mi puro corazon, el vano premio
De que mi nombre celebrado sea.
La amistad, la virtud, el vivo anhelo
De que su rabia los tiranos calmen;
El ver en dura esclavitud gimiendo
Al que excitó con elocuente labio
A destrozarse de la opresion el cetro;
Odiar el despotismo, amar las leyes,

(1) Véase acerca de esta señora la noticia contenida en la nota de la pág. 562, t. II de esta coleccion de *Poetas líricos del siglo XVIII*.

(2) Escrita en el presidio de Alhucemas, el año de 1816.

Hemos tomado por texto de esta composicion una copia hecha de mano del doctor don Pedro Antonio Márquez, que se conserva entre los papeles del célebre humanista Sanchez Barbero.

Acercá de esta epistola escribió el señor don Juan Engenio Hartzenbusch lo siguiente: «Los versos de esta epistola, aunque no de los mejores, aventajan mucho á los que el mismo don TEODORO DE LA CALLE empleó en su traduccion de *El Otelo* ó *el Moro de Venecia*.» (*Revista de España, de Indias y del extranjero*, t. XI, 1848.) (Nota del Colector.)

Y hacer feliz nuestro fecundo suelo :
 Esto mi tierno pecho conmovia ;
 No el hacerme jamas ruidoso objeto
 De la equívoca fama ; no la busco.
 Ver libre nuestra patria es mi deseo,
 Verla en bárbaros grillos mi quebranto ;
 Y á la esperanza renunciar no puedo
 De que en breve los rompa, y si engañada
 Vivo, ni fama, ni la vida quiero.»

Esto dices, mi bien ; así me expresas
 De tu alma bondadosa los conceptos.
 ¡Quién como yo tu corazón conoce !
 Mas, respetando tu pensar modesto,
 Replicarte podré que las virtudes,
 La belleza, el amor, los nobles hechos
 Dignos de imitación, nunca podrían
 A la futura edad servir de ejemplo
 Si, á despecho del tiempo, no reciben
 Un nuevo sér en manos del ingenio.
 Pues si repugna la moral severa
 De la lisonja el pestilente incienso,
 No reprueba loores que tributa
 Sencilla lengua al mérito perfecto,
 Ni estorba que á los héroes asegure
 Un sabio apreciador renombre eterno.
 Y aunque irritado el vengador de Grecia (1)
 En las ondas arroja con desprecio
 El cuadro infiel que la rudeza forja
 De un necio adulador ; á pesar de esto,
 Lamenta que á sus inclitas hazañas
 Falte el pincel espléndido de Homero.

Pero, si, sorda á mi razón, desechas
 De más felices genios el obsequio,
 ¡Quién privarte podrá del fiel tributo
 Que á tu alma generosa humilde ofrezco ?
 ¡Cómo borrar de un pecho agradecido
 El constante favor, el dulce afecto
 Con que tú, y esa hermana que te imita,
 De gracias norma, de virtud modelo,
 Del terror despreciando los amagos,
 Con suave pluma y varonil acento
 En mi horrible mansion sonar hicisteis
 De la amistad los consolantes ecos ?
 ¡Oh, cuán ruda, cuán débil es la lengua,
 Cuán frívola la pluma, cuán grosero
 El lenguaje común para expresaros
 De un grato corazón los sentimientos !

En punzantes zozobras sumergido
 Yacia yo ; me lastimaba ménos
 Mi propio padecer que los horrores
 Que está la triste humanidad sufriendo.
 ¿Son hombres ? á mi mismo me pregunto.....
 ¿Son semejantes míos los que veo ?
 ¿A un igual suyo así el mortal degrada ?
 ¿Son hombres, ó son pálidos espectros
 Hu dos de la tumba, ó son acaso
 Culpables sombras que lanzó el Averno ?
 Fuertes cadenas en sus pies rechinan ;
 Muestran desnudos sus inmundos cuerpos ;
 Hedionda fetidez en torno esparcen ;
 Hambre anuncian sus rostros macilentos ;
 Su débil brazo las fatigas rinden ;
 Sus carnes pasto dan á los insectos ;
 Gritos, injurias, amenazas, golpes
 Sin reposar provocan su despecho ;
 Y cuando á suspender tan crudos males
 Viene entre sombras el inquieto sueño,
 La odiosa vida detestando, postran
 Sobre peñascos sus dolientes miembros.
 ¡Ay ! hombres son, mi duda se disipa ;
 Mas no son hombres, sino monstruos fieros,
 Los que su alma insensible despojando
 De tierna compasión, á los tormentos
 La despreciada humanidad entregan,
 Y miran con semblante placentero
 De la aflicción los lamentables gritos,
 De la miseria el repugnante aspecto.
 « Pero son delinquentes ; la justicia
 Con su inflexible vara á los perversos

Vigilante persigue, y de este modo
 Dulce tranquilidad gozan los buenos,»
 No es la justicia, no, La tiranía
 Es la que así disfraza con el velo
 De la adorable Astrea sus furors ;
 El despotismo, el pérfido gobierno
 Es de delitos manantial perenne.
 Donde rige la ley, donde con celo
 Son las útiles artes protegidas,
 Donde no arranca el mísero sustento
 A la crédula plebe la impostura ;
 Donde á la muerte, á la indigencia expuesto
 Un pueblo no se ve, porque en delicias
 Nade y en ocio viva el palacio ;
 Donde lo justo y útil se prefiere,
 Donde el que rompe de la tierra el seno
 De su afán y sudor recoge el fruto,
 Nadie en los vicios busca su alimento.—

Así exclamaba yo, desalentado
 De esta escena de horror, así mi pecho
 La indignación que el despotismo inspira
 Procuraba exhalar. De espanto lleno,
 Por la negra mansion mi vista giro,
 Y objetos sólo de aversion encuentro ;
 Se aumenta mi penar, mi dolor crece
 Cuando en tanta desgracia considero
 Que aún la amistad más fúea, intimidada,
 De igual desastre con razón huyendo,
 Me negará su voz, y en abandono
 Voy á morir del universo entero.

Lánguido, débil, en mi lecho caigo.....
 Cuando ¡oh Dios!... ¡Oh virtud!... ¿Que es lo que leo ?
 Calman de mi destino los rigores,
 De mis cadenas se aligera el peso ;
 ¡Aun vive la amistad ! Y ya por digno
 De envidia, y no de lástima, me tengo.
 Tu carta..... ¡qué placer!..... Al devorarla,
 El corazón rebosa en tal exceso
 De arrebatado gozo, que sentirlo,
 Mas no expresarlo con el labio puedo.
 Tal me deleita tu elegante pluma,
 Cual claro arroyo al agitado ciervo,
 Fresco rocío á desmayada rosa,
 Norte seguro al navegante incierto,
 Reciente flor á laboriosa abeja,
 Al dócil corderillo el prado ameno,
 Copiosa lluvia al agostado campo,
 Suave fragancia al céfiro risueño.
 Desde tan fausto día, ¡qué favores,
 Sin cesar me prodigas !..... ¡Con qué celo
 Animas mi esperanza !..... ¡Con qué pruebas
 Me muestras tu cariño !..... Y no cabiendo
 De tu afectuoso pecho los ardores,
 De amistad en los límites estrechos,
 A prometerme vas....., pero reprima
 El alma aquí su voz, y hable el silencio.
 ¡Cielos ! Quien no conoce, quien no siente
 De tu adorable corazón el precio,
 Con los hombres no viva, y aún las fieras
 Rehúsen darle albergue en sus desiertos.

¡Oh, quién me diera la elocuencia y gracias
 De los sublimes celebrados genios
 Que la triunfante Roma y culta Atenas
 Vieron nacer ! Entonces mis acentos
 De celebrar tu nombre fueran dignos.
 Entonces..... mas ¡qué digo ? ¿No estoy viendo
 De los tiranos el furioso brazo,
 Que ataja de mi pluma el raudó vuelo ?
 ¡Cómo evitar su vengativa saña,
 Si á percibir alcanzan que me atrevo
 A entretejer laureles, mezclar flores,
 Que tu frente patriótica ciñendo,
 Inflexible enemiga te proclamen
 Del yugo vil que nos echaron ellos ?

¡Y á tal afrenta, á tal baldón abates
 Tu cuello, patria mía ? ¡Y tus guerreros,
 Tus propios hijos son los que en coyunda
 Transforman tus laureles ? Para esto,
 Del fiero galo la sangrienta espada
 Con impávida frente resistiendo,
 Vimos talar tus fértiles campiñas,
 Y convertidos tus incautos pueblos,

(1) Alejandro Magno.

Desde Pirene hasta la Hercúlea fauce,
 En sepulcros, escombros, piras, yerinos?
 ¡ En balde Mayo su verdor esmalta
 Con nuestra sangre! ¡ En balde ensalzarémos
 De Astorga, de Rodrigo las cenizas,
 De Zaragoza el trágico desnudo,
 De Gerona el aliento numantino,
 De Bailén los laureles halagüeños,
 De Talavera la dudosa palma,
 De Medellín los insepultos huesos!
 ¡ Ay! En vano sus ondas enrojecen
 El Tórnes, el Guadiana, el Tajo, el Ebro,
 Y al regazo de Tétis precipitan
 Corazas, carros, lanzas, esqueletos!
 ¡ Qué acerbo fruto coges de tu sangre,
 Desventurada España! ¡ Qué?... Tu intento
 A mudar de verdugos se limita,
 No á ser libre y feliz.... Repara el premio
 Con que el tirano al fin te galardona;
 En cadenas, patíbulos, destierros
 Paga tu amor y ceba vengativo
 Su cólera en tus hijos predilectos.
 ¿ Y estás tranquila siendo esclava?... ¿ Olvidas
 De ser libre ó morir los juramentos?
 ¿ Olvidas cuando, en júbilo anegada,
 Del fatal bronce el espantoso estruendo,
 Con que el furor frances creyera ufano
 Exterminar de tu existencia el resto,
 Tú, serena, impertérrita, impasible,
 El templo augusto de la ley abriendo,
 En sus aras prometes no tan sólo
 Al yugo odiado del extraño imperio
 Tus hijos arrancar, mas nunca, nunca
 Sucumbir de un tirano á los preceptos?
 Todo fué entónces paz, amor, concordia;
 Todo ahora disgusto, afán, recelo.
 La verdad tiembla, la virtud se esconde,
 Se entibia la amistad, huye el contento....

Traicion, hipocresía, fanatismo,
 Sus negras armas con furor blandiendo,
 A sus horribles plantas sacrifican
 Virtudes, patria, honor, saber, talento....
 Mas si á la luz aparecer no puede
 La preciosa verdad sin que al momento
 Víctima sea de la atroz perfidia,
 Huyamos, Clóris, su inminente riesgo.
 Así el cauto piloto á la tormenta
 Cede, y no fia al piélagos soberbio
 Su nave, hasta el momento que en reposo
 Cambien su agitacion los elementos.
 Al huracan de la opresion cedamos,
 Y miéntras luce un astro más sereno,
 Aspira sólo á que tu vista inclines,
 En soledad y de tiranos léjos,
 A estas débiles líneas, que dichosas
 Serán si logran merecer tu aprecio;
 El corazon las dicta entre latidos....
 Lee.... conserva en tu sensible pecho
 El ingenuo homenaje que te rinde
 La gratitud que á tus finezas debo.
 Si el dón admites, mi ventura colmas;
 Y si al rigor de mi destino adverso
 Dejar la vida quise, ya gustoso
 Por rendirla á tus plantas la conservo.
 Mas si entre tanto la inclemente Parca
 Llega, y la noche del reposo eterno
 Al infalible límite conduce
 Mi sér, y al polvo y á la nada vuelvo....
 Vén, y vierte una lágrima en mi tumba,
 Con ella, mis cenizas movimiento
 Y vida cobrarán, y al dirigirte
 Entre pena y placer su adios postrero,
 Verás que si la muerte con su golpe
 Mi alma pudo llenar de desconsuelo,
 Fué por privarme de decirte en vida:
 Reina en mi corazon, vive en mis versos.

DON FRANCISCO DE PAULA CASTRO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL SEÑOR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

Nació en Sevilla el 2 de Abril de 1774: estudió matemáticas en los Estudios de la Sociedad Económica de aquella ciudad, presentándose á exámen público, y siendo premiado en los tres años de curso. Terminada la filosofía, y principiado el estudio de la medicina en la universidad de su patria, se dedicó al comercio sin abandonar su afición á las letras; adquiriendo siempre y leyendo las mejores obras españolas, italianas, francesas é inglesas de humanidades, historia, geografía, y otros ramos de erudición. Muchas de sus poesías fueron leídas, con varios discursos, en la Academia de Letras Humanas de que fué individuo. Murió en 16 de Marzo de 1827. Fué de trato apacible y generoso para todos, y singularmente solícito para sus amigos.

POESÍAS.

ODAS.

I.

El arroyuelo.

De la sierra eminente
 Baja el arroyo undoso,
 Y tuerce incierto por el valle herboso,

En giros mil, su plácida corriente.
 Las aguas cristalinas,
 Entre guijas saltando,
 Repite el eco su murmurio blando,
 Que vuela por praderas y colinas.
 Más que el alba risueño,
 Su alegría derrama,
 Las bellas flores y menuda grama
 Salpicando de perlas halagüeño,

La adelfa allí lozana
 En su cristal se mira,
 Y manso el arroyuelo en torno gira
 Por matizar las aguas con su grana.
 La dulce Filomena
 Se lamenta á deshora
 La oscura noche, y cuando ya la aurora
 El prado esmalta con su luz serena,
 En vagoroso vuelo
 Céfito entre las flores
 Girando bullicioso, sus olores
 Destila sobre el líquido arroyuelo.
 Todo, arroyo dichoso,
 Te brinda y lisonjea :
 ¡ Oh, siempre eterno tu corriente vea
 El dulce bien que gozas dichoso !
 Cual tú, me vi algún día
 Del placer rodeado ;
 Ya tenebrosa noche, acongojado,
 Me cerca por do quier en mi agonía.
 De mi pasada gloria
 Y de mi mal presente
 Oprimen ¡ ay ! el ánimo doliente
 Unidos, el tormento y la memoria.
 Amor de tiernas flores
 Tejió mis dulces lazos :
 Quiso librarme, mas hallé los brazos
 Comprimidos del hierro á los rigores.
 Otro tiempo cantaba
 Sus dichas transitorias ;
 Y tras su carro, alegre, las victorias
 Del pérfido con himnos ensalzaba ;
 Ora un amargo río
 Manan mis tristes ojos,
 Y ostenta cruda mano mis despojos,
 Triunfo de su tirano poderío.
 ¡ Ay ! ¿ dó huyó mi contento ?
 ¡ Dó las dichas horas ?
 ¡ A quién ¡ ay triste ! á quién tu pena lloras,
 Si no has de hallar alivio á tu tormento ?
 De mi felice suerte
 Pasó la primavera ;
 Y no el misero pecho hallar espera
 Otro término al mal sino la muerte.
 Pues teme, arroyo amable,
 Que el abrasado estío
 Robe tu gozo, cual la suerte el mío.
 ¡ Ay ! mi dicha acabó ; nada hay estable.

II (1).

Imperio del hombre sobre la naturaleza.

¡ Dó arrebatada con divino aliento
 El alma en raudó vuelo se trasporta ?
 Del oriente al ocaso
 Rodar mil globos ve. Los mira absorta
 Rayos lanzar de enardecida lumbre,
 Y eternal movimiento
 Frenar su augusto paso :
 Circundan su luz pura
 Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
 Ve ya de Olimpo alzado.
 Mortales ¡ oh ! callad ; que de natura
 La divina beldad decir me es dado.
 De natura, do en solio refulgente
 El Dios del trueno reina. ¡ Y elegiste,
 Señor, en mil esferas
 La baja tierra, y habitarla diste
 Y someterla con supremo mando
 Al felice viviente ?
 Por do quier mil lumbreras
 Cercan su faz lozana,
 Y el aire esmaltan con destello blando.
 Nace la aurora al mundo,
 Y le matiza de zafir y grana ;
 Dórale el sol con su esplendor fecundo.
 Y vosotras, antorchas brilladoras,

Cuyo fulgor tembloso el negro manto
 Rasga á la noche umbría ;
 Aurora bella que en nevado llanto
 Derramas vida al fatigado suelo,
 Mar de luz, que las horas
 En la region vacía
 Mides, y las sazones
 Tornas al año, revolviendo el cielo ;
 Y tú, polo luciente,
 ¡ Sólo á ilustrar del hombre las mansiones
 Os destinó la mano omnipotente !
 ¡ Mas qué nuevo vigor, qué nueva vida
 Se esparce por el globo venturoso ?
 A do el punzante cardo,
 Do el descarnado leño, victorioso
 Del voraz tiempo, la cerviz alzára,
 La adelfa enrojecida,
 Y el oloroso nardo
 A par del trébol erece :
 Cela en su cáliz la azucena, avara
 Del licor, miel sabrosa ;
 Y plácido favonio se adormece
 En las fragantes hojas de la rosa.
 El dulce fuego que natura amiga
 En su seno abrigaba, difundido
 Sobre la madre tierra,
 Quebranta el hielo agudo, que aterido
 Cubriera de los campos el tesoro.
 Brota la tierna espiga
 Que el rubio grano encierra ;
 El prado reverdece ;
 El arroyuelo entre guijuelas de oro,
 Bullicioso saltando,
 Retrata el lirio que á su márgen crece,
 Y ufano se desliza serpeando.
 ¡ Y quien vuelve ¡ oh natura ! en juveniles
 Tus ya caducos días ? ¡ Quién el velo
 Que esconde marañada
 Tu inculta profusion, con fuerte anhelo
 Desenrolla potente ? La malciza
 En hermosos pensiles,
 O ya en grata morada,
 ¡ Cual brazo activo torna ?
 Del intrincado bosque la aspereza
 Mudó en feraz llanura :
 El nudo tronco de verdor se adorna,
 Y tolda el prado en eternal frescura.
 Tú, oh mortal, sólo tú, que del augusto,
 Del Sér eterno que los seres manda,
 El dominio del suelo
 Y el saber recibiste. Cede blanda
 Natura á tu querer : no el bosque inunda.
 Ya del selvaje arbusto
 Con estéril desvelo.
 Tú, extendiendo su vida,
 Perfeccionas los seres que fecunda.
 Do lanzó su veneno
 La sierpe y el reptil, ora acogida
 El corderuelo encuentra en prado ameno.
 En la lodosa ciénaga, cubierta
 De muerte y corrupción, ya se levanta
 El anchuroso muro :
 Inmenso pueblo con segura planta
 Huella el oculto lago. En la colina,
 Otro tiempo desierta,
 Brinda el fruto maduro
 Que á la vid hermosea,
 Y bajo el peso su follaje inclina.
 El buey, falto de aliento,
 El breñoso erial tardo rodea,
 Y abre en los surcos el eoman contento.
 Trisca el rebaño, y dulce hierbezuela
 Pasta en vez del nenúfar venenoso
 Que infestaba el collado (2).

(2) Singular parece en verdad que el autor escogiese el *nenúfar* como pasto nocivo, para contraponerlo al pasto saludable. El *nenúfar*, planta acuática que prospera en lagunas y ríos, no es en manera alguna adecuado ni para apacentar ganados, ni para *infestar collados*. No es, por otra parte, como afirma Castro, planta ponzoñosa. Los turcos hacen con él una bebida popular, y en la India se emplea como alimento su farinácea simiente. (Nota del Colector.)

(1) Publicamos esta oda con las correcciones que hizo en ella don Félix José Reinoso. (Nota del Colector.)

Prisionero el raudal en cauce ondoso
El campo halaga con murmurio lento;
Ni ya crecido asuela
En curso arrebatado
La mies y la cabaña.
Arbitro el hombre del terrestre asiento,
Al piélago profundo
Tambien sojuzga la violenta saña,
Y la union, que rompió, devuelve al mundo.

Mas ¡oh! ¡qué genio en su furor destierra
La ventura y la paz? Orgullo insano,
Ambicion insaciable
El hombre respiró. Torna inhumano
Contra sí mismo el desleal acero
Que fecundó la tierra:

Y la morada amable
Del placer y el reposo,
¡Ay! es ya del dolor. Él es el fiero,
Oh natura, que absorbe
Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
Lleva en triunfo la muerte por el orbe.

Tente, cruel: ¡á dó la rabia insana
Te lleva!..... Mas no escucha, y el arado
Deja, y solar paterno;
Deja el taller, y en paso acelerado
El dulce altar del himeneo deja.
¡Cuán inútil se afana
La esposa en lloro tierno!

Del niño desvalido,
Del padre anciano, bárbaro, se aleja;
Feroz á coronarse
De luto y destruccion se arroja ardido,
Y en sangre ajena y propia va á saciarse.

En vuestra paz y union el mundo fia
Su ventura y reposo. Sólo es fuerte
El hombre al hombre unido:
¡Y el furor os divide! ¡Ay, ya la muerte
Vuela en pos de su presa, y la ordenada
Fila arrebatada impía!
El monton denegrido

Los inánimes seres
La blanda hierba cubren, anegada
Con la sangre espumante.
Al hierro de tu hermano ¡oh triste! mueres,
Y auxilio en vano imploras del triunfante.

¡Bárbaros! ¡Y fijais de la victoria
El sangriento pendon sobre los restos
Del orbe destrozado?

¡Y brillan el laurel y oliva puestos
En la homicida frente? ¡Fementido,
Canta al Hacedor gloria
En su altar desolado?

Ese feroz contento
¡Cuánto encierra dolor! ¡Cuánto gemido!

Ya tus lívidas alas
Bates, contagio, al corrompido viento,
Y la campiña y las ciudades talas.

¡Fiero mortal! Ante tus piés natura
Marchita yace, en congojoso lloro
La pura faz manchada.

Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
De vida y ser, despedazando impio,
Hórrida sepultura

Lo tornas, do lanzada
En tinieblas de muerte
Yace la creación. ¡Ay! del natío
Alcázar soberano

La dichosa mansion feroz convierte
En túmulo de escombros el humano.

III.

La salida del sol.

Ya la rosada aurora en el oriente
El alto carro por la esfera guía,
Y el manto matizado al aire dando,
Vaga por él en ondas refulgente,
Cual iris aparece en claro día.
En derredor los céfiros tornando,
Con soplo dulce y blando

Se mecen en la rica cabellera,
Que en brillos celestiales reverbera
De pura lumbre, el mundo esclareciendo;
Sus rayos esparciendo,
Siembra de mil colores su carrera.

En un lugar sombrío, rodeado
De altos cipreces y de verde helecho,
La opaca Noche estaba recostada.
El Silencio en sus brazos inclinado,
Su favor disfrutaba satisfecho;
Del negro manto en torno circundada
La diosa, y coronada
De tierna adormidera, habia esparcido
Por el inmenso globo adormecido
A las ligeras sombras; y á deshora,
Pareciendo la aurora,

Muestra su horrible furia en un gemido.
Cual sangriento leon del monte umbrío,

De la rabiosa hambre devorado,
Se precipita á la llanura amena,
Y misera cabaña, de su brío
Ostentando el poder, y denodado,
Con fiera encrespando la melena,

De espanto y terror llena
Al cuitado rebaño, que á su aliento
Fuera triste trofeo, si al momento
Los celosos zagales no gritáran,
Y altivos no ahuyentáran

A la terrible fiera de su intento;
Y entónces ella, los lúcentes ojos
Brotando fuego ardiente, y la ancha boca
Un abrasado aliento y sangre impura,
Se vuelve á su pesar, siendo despojos
Del terrible dolor que la provoca;
Los duros troncos de la selva oscura;
Mas en su saña dura,
No huyendo, velozmente se retira;
Así la Noche de la Aurora mira
Con furor la carrera reluciente
Dejando lentamente
Los brazos del Silencio envuelta en ira.

De resplandor brillante rodeado
El alto carro del señor de Delo,
Y uncidos los caballos inmortales,
Se muestra al mundo en vuelo arrebatado,
De clara luz llenando el almo cielo.
El rojo dios, de rayos celestiales
La sien ceñida, iguales

Los esparce doquiera, y el chasquido
Del látigo, de perlas guarnecido,
Se repite mil veces por la esfera.
Delante su carrera

Siembran las horas de rubí encendido;

Mil dardos de una vez de puro fuego
Contra la Noche el bravo dios arroja,
Traspassando su largo y negro manto.
Huye precipitada, y el Sosiego

La sigue presuroso, y su congoja
Procura moderar y amargo llanto.
La cercan el espanto,

Y las lúgubres sombras en su huida.
Tal una cierva de la flecha herida,
Y de los fieros canes acosada,
Tiembra y huye azorada,
Evitando la muerte en su guarida.

De la falda del Áthos hasta el Pelio,
Conmoviendo al gran peso el ancho mundo
Dos pasos solos de la enorme diosa,
No teme allí del rubicundo Delio
El rayo fulminante: en lo profundo
De las ondas cavernas se reposa,
Y esconde dolorosa
Su amarga pena. En tanto del oriente
El hijo de Latona refulgente
Por la alta esfera el carro iluminado
Conduce sosegado,
Llenando de placer la triste gente.

ELEGÍA.

Á LA TEMPRANA MUERTE DE DÓRIS.

Dedicada á Fileno (1).

¡Ay! ¿Dónde está? ¿Dó súbito se ha huido
La amable Dóris, cual del sol ardiente
Débil niebla ante el rayo enardecido?

Bajastes al ocaso, del oriente,
Sin tocar el cenit, tierna azucena,
Que el noto fiero deshojó inclemente.

¡Y quién amargo lloro en larga vena
A tí, oh triste, dará, Fileno mío,
En dolor tan agudo, en tanta pena?

De mis cansados ojos baja un río,
Y al pecho oprime el caso lastimero,
Robando al corazón la fuerza y brío

Vén, vén, mi caro amigo, y duradero
Y eterno llanto vierta, lamentando,
Sobre su tumba nuestro amor sincero.

¡Ay! la santa amistad, la losa alzando,
Con ella se escondió; y el lazo amigo,
Que á Dóris nos unió, rompe llorando.

¡Oh, cuántas gracias arrastró consigo
Al sepulcro voraz, sin tiempo abierto,
Ora de su beldad mudo testigo!

Cercan en torno allí su tronco yerto
La eternidad y corrupcion, y helado
De silencio y horror se ve cubierto.

En silencio y horror, Fileno amado,
Yace del bello cuerpo la apostura,
Y el rostro celestial yace mudado.

De sus rasgados ojos la ternura
Sin luz; mudo el acento y melodía,
Que el alma arrebató con su blandura.

¡Cómo otro tiempo en plácida alegría
Del sacro Bétis la feraz ribera
Bajo sus plantas florecer veía.

Y orlada de jazmín la cabellera,
Cual del alba el lucero resplandeciente,
Brillar entre las ninfas la primera!

El río alzando la rugosa frente,
De las mojadas ovas coronado,
Paró, al verla, su rápida corriente.

Atento escucha el canto regalado,
Y una dulce sonrisa se derrama
De los labios del dios embelesado.

Por su náyade Bétis la proclama,
Y el coro virginal en torno de ella
Danzando alegre, su deidad la llama;

Y la armoniosa voz de Dóris bella
Procuran imitar: ¡ay! cual burlando
Del necio empeño, su cantar descuella.

¡Misero! yo la vi lecciones dando
En medio el tierno coro venturoso
Que en vano remedó su acento blando.

Mas Bétis ora en eco lastimoso
Dóris dice, y las ninfas desparecidas
Repiten el acento doloroso.

Las sienes del ciprés mustio ceñidas,
Sin orden el cabello destrenzado,
¡Ay! las manos al cielo alcanzan torcidas.

No ya, Dóris, tu acento delicado
En celestial dulcísima armonía
Será consuelo al pecho fatigado.

¡Oh mil veces y mil funesto día,
Que para amargo duelo amaneciste,
Trocando el tierno gozo en agonía!

Y tú, muerte cruel, ¿á quién heriste,
Ciega, con tu cuchilla penetrante?

(1) Nombre poético de Reinoso. A la muerte de esta misma Dóris, escribió Reinoso una oda, dedicada á CASTRO, á quien, siguiendo la ridícula costumbre del siglo último, da el nombre poético pastoril de *Cratilo*. Empieza de este modo:

Vives, vives, oh Dóris. ¡Ah! no muere,
Triunfa quien las cadenas
De la mortalidad rompe glorioso.
Etc.

Esta es aquella oda que, transformada, sirvió á Reinoso, muchos años después, para llorar la muerte de don Pedro Alcántara Sotelo.
(Nota del Colector.)

No sabes, despiadada, lo que hiciste.

Tú, infiel, arbolas el pendón triunfante
De tu saña feroz, mientras que gime
Envuelta en el pesar la madre amante.

Ni más la dulce hermana al pecho oprime
El pecho de su Dóris; desolada,
En el mármol sus lágrimas imprime.

¡Oh, cuán vano es tu afán! ¡ay! no apiada
Tu Horo á la implacable; ya reposa
En sus helados brazos la cuitada;

Y la noche eternal, su silenciosa
Caverna abriendo, súbito se lanza
Sobre la cara presa, pavorosa.

No el voto, no el clamor misero alcanza
Del mezquino mortal acongojado:
Se abrió ya el fatal libro, no hay mudanza.

¡Y cuál mortal emprendiera osado
Hacer frente á la parca destructora,
Ni acometer el tenebroso vado?

¡Ay! yo, Fileno, yo, si donde mora
Entrar la planta permitido fuera,
Y oídos dieran al que tierno implora,

¡Oh, con cuánta alegría la volviera
Al seno maternal y dulce abrazo
De la misera hermana lastimera!

Yo la tornára al amistoso lazo,
Que la santa virtud, ora atligida,
Formaba leda en fraternal regazo.

En tanto la maldad es cometida:
Vive el inicuo, y la virtud su palma
Ve arrebatar en trozos dividida....

Pero ¡cuán necios somos! ¡ah! ya calma
El agudo dolor, respira el pecho,
Rasgóse el velo que ofuscaba al alma.

Aquel á cuya planta espacio estrecho
Fueran mil y mil orbes, el Potente,
El Dios de amor, en caridad deshecho,

Ante los tiempos eligió en su mente
De mil males librar la prenda cara,
Cortando en flor su juventud ardiente;

Así como del vástago separa
La rosa el jardinero, y á cubierto
De la ventosa tempestad la ampara,

O cual pastor cuidadoso en el desierto,
Antes que Enero su raudal desate,
Forma el redil, á sus corderos puerto.

Si, mi caro, cesó el rudo combate
Para la tierna Dóris, cesó el llanto,
Cesó de las pasiones el embate.

¡Oh consuelo! mitíguese el quebranto:
No hemos perdido á Dori; arrebatada
Al mal ha sido por el númen santo.

¡Qué á nosotros espera en la cansada
Y estrecha senda de la triste vida,
De la opresión en la infernal morada?

¡Ay! el dolor sin fin, la fementida
Calumnia detractora, el vil desprecio,
La insolente injusticia repetida.

Opresso y opresso el mortal necio,
Víctima de maldad, triste perece,
Del orbe maldición y menosprecio.

Vuela el día, y el tiempo desaparece:
Fueron los años, las naciones fueron:
La maldad sola eterna permanece.

Los vivientes estatuas erigieron
Al malvado viviente; al virtuoso
Bajo la fiera planta confundieron.

¡Tumba feliz! ¡Morada del reposo,
Do el humano linaje en paz dormido,
Ni el mal recibe ni le da orgulloso!

En ella, oh justo, acabará el gemido:
Huye á su seno con ligera planta,
Asilo en el naufragio concedido.

Sólo al inicuo su morada espanta;
Prisionero infeliz, de horror cercado,
Temblor y llanto eterno le quebranta.

Que tú, el semblante de esplendor bañado,
Dejas triunfando la mansion impura,
De libertad y vida coronado.

Mostrarás algún día en el altura,
Y á la justicia repondrá en la tierra
El que dió justas leyes á natura,

Su voz la muerte y la maldad destierra,
Y fomentando al soberano acento,
Se anima el polvo que la tumba encierra.
Alzase el trono: el universo atento
Temblando aguarda el divinal mandato;
Sus alas plega el asombrado viento.

Habla el potente Dios, su acento grato
Es vida al pueblo fiel, rayo encendido
De eterna maldición al pueblo ingrato.
¡Oh! ve, Fileno, el día do cumplido
Nuestro gozo será, y, en coro santo
Por siempre á Dóris nuestro amor unido,
Comenzará el placer, cesará el llanto.

LOS PASTORES AMANTES.

ÉGLOGA.

Poeta. — Dameta. — Anfriso.

POETA.

El fiel Dameta y desgraciado Anfriso
En las risueñas márgenes floridas
De un sonoro arroyuelo,
Bajo la fresca sombra de un aliso,
Con dulce són y voces doloridas,
Cantan su amargo duelo.
Ambos sufren de amor la llama ardiente;
Y en su contrario hado,
Cuál se lamenta de su bien ausente,
Y cuál de su pastora abandonado.
Los árboles del bosque parecían
Inclinar sus cabezas levantadas,
Compadeciendo el afligido llanto
Que entre suspiros mil los dos vertían.
Vosotras, que del Bétis las sagradas
Orillas habitáis, Ninfas, y el canto
Entendisteis de Anfriso y de Dameta,
Vuestras voces prestadme,
Y sus sentidos versos inspiradme.
A los brazos de Tétis caminaba
El encendido Febo, que del monte
La alta cumbre doraba,
De púrpura esmaltando el horizonte,
Cuando Dameta, en lastimado acento,
Así cantó á los valles su tormento:

DAMETA.

Vientecillos, volad, volad ligeros,
Y á do Filis los campos embellece,
Llevalle mis suspiros lastimeros.
Decidle que mi mal no se minora,
Y cómo el llanto crece
Desde que sale el sol hasta la aurora.
Cual la amorosa tórtola viuda,
En lo espeso del bosque retirada,
Se abandona á su pena y suerte cruda,
Con gemidos el aire ensordeciendo,
Así yo de mi amada
La triste ausencia lloro falleciendo.
Cuento á los ceñillos mi querella;
Ellos sólo me escuchan compasivos.
El dulce nombre de mi Filis bella
Repiten sin cesar por la llanura
Los ecos fugitivos,
Aumentando al oírlos mi amargura.

ANFRISO.

Resonad, resonad con mi gemido,
Cumbres sombrías, del terror morada;
Clori infiel me desprecia, y al olvido,
Sus promesas y amor abandonando,
Deja mi fe burlada,
Y de verme acabar se está gozando.
Lloro la ingratitud de una zagala,
Que pude un tiempo ¡ay triste! llamar mía,
En quien lo falso con lo hermoso iguala,
El alba es su sonrisa; y luz más pura
Que al prado el sol envía,
Brilla en los ojos de la infiel perjura.
En estos troncos que mi dicha vieron,

Grabé amorosos versos, que la ingrata
Coronaba de flores; perecieron
Las flores, y los versos se han borrado,
Tal el ciezo arrebató
La tierna mies al labrador cuitado.

DAMETA.

Troncos desnudos del verdor lozano,
Cuando os deja el otoño; dulces aves,
Que cesáis de cantar ido el verano;
Prado que dejan mustio sin su aliento
Los céfiros suaves,
Cual vos ¡ay! mi perdido bien lamento.

Olvida ya sus cantos amorosos
El ruiseñor; no encuentran grato abrigo
En los desnudos árboles ñudosos,
Al triste ganadillo los pastores;
El ábrego enemigo
Marchita á su nacer las tiernas flores.

Todo la ausencia de mi Filis llora.
Vuelve, Filis, ¡ah! vuelve. Di, ¿qué encanto
Te aleja por mi mal de quien te adora?
¿Los campos que ahora pisas son más bellos?
¿O tiende el verde manto
Más floreciente primavera en ellos?

ANFRISO.

Mientras el tardo buey desfallecido
Vuelve al tierno reposo, fatigado,
Y en remolinos de humo escurecido
De la vecina aldea se ve el cielo,
Resuene, en són turbado,
Por la montaña mi funesto duelo.

Ya el reluciente Arturo viene dando
Flor á los prados y á las ramas fruto,
La natura adormida despertando.
Se pinta el bosque, y las ramosas viñas
Prodigan su tributo,
De racimos orlando las campiñas.

Todo premia el trabajo vigilante
Del labrador; mas Clori, siempre dura,
Huye cruel de su olvidado amante.
En pos del mío un tiempo su ganado
Condujo á la llanura,
Ora por no encontrarme deja el prado.

DAMETA.

Benigno favorece, Amor, el ruego
De quien suspira ausente. No florezca
El valle donde habita; dulce riego
En él no llóre el alba, ni frondoso
El verde aliso crezca;
Los lirios queme el hielo riguroso.

Cubra, oh zagala, el aterido invierno
Los campos que detienen tu venida;
El águila resuene en silbo eterno,
Alejando la fértil primavera....
Mas no; siempre florida
A tu mirar se esmalte la pradera.

El jazmín brote y la púrpura rosa
En torno de tus plantas; dulce aliento
El aura espire, y en corriente undosa
Gire sesgo el arroyo, resbalando
Por el florido asiento:
Dichosa vive, oh Filis; yo penando.

ANFRISO.

Al pié del sauce recostado estaba,
Del sauce ¡ay sin ventura! do algún día
La pérdida de flores coronaba
Con su traidora mano mi cabeza;
Cuando en la selva umbría
La deidad pareció de la maleza.

«¿Qué mágico poder el rostro bello,
Pastor, me dice, en pálido ha tornado,
Suelto al aire y sin flores el cabello?
Rota la flauta yace: al triste lloro
Sin término entregado,
No oyen las ninfas tu cantar sonoro.

»Cuida de tí, zagal, deja el lamento.»
Dijo: y entró en el bosque prestamente.
¿Qué otro mago poder sino el tormento

Con que al pecho trabaja amor tirano?
 ¡Ay! ni mi voz doliente
 ¿Qué podrá ya sino gemir en vano?

DAMETA.

Tal vez mi Fili en el dichoso prado,
 Dichoso ¡ay! que goza en su hermosura
 El bien que á un triste amante le es negado,
 Ora en lecho de flores recostada
 Lloro mi desventura,
 Y se apresta á la vuelta deseada.

En tanto ¿dejaré la dulce avena
 De algun tronco en las ramas suspendida,
 Dando al olvido mi amorosa pena?
 ¿O bien con su armonía mitigando
 El ánimo afligida,
 Me hallará el alba mi dolor cantando?

En el oriente claro el sol poncrse
 Verás, Fili; verás cesar, al viento,
 Las ondeantes hojas de moverse :
 No despedir la luna al valle umbrío
 Su luz del albo asiento,
 Primero que yo olvide el amor mio.

ANFRISO.

¡Oh amor, dios del amor, que de continuo
 Te aplaces en llenar de amarga pena
 El corazon al amador mezquino!
 Si al triste así castigas inclemente,
 Que arrastra tu cadena,
 ¿Quién, ái, tu yugo sufrirá obediente?
 Oid, oid, zagales, mis clamores:
 No arda de hoy más en el altar tirano

El puro aroma, ni las tiernas flores
 Cifian en torno el ara despiadada;
 Huid su arpon insano,
 Que al lloro entrega el ánima cuitada.
 Del Etna abrasador, amor, saliste,
 O entre los riscos del Caucasos horrendo
 Fiero y críel la luz primera viste;
 No el rayo por las nubes, cual tú bravo,
 Rompe, su seno abriendo.
 Mas ¡oh inútil clamor! yo soy tu esclavo.

POETA.

Así Anfriso y Dameta al triste canto
 Con abundoso lloro fin pusieron,
 Y el denegrido manto
 Sacudiendo la noche, se extendieron
 Del hondo valle al elevado monte
 Las voladoras sombras, rodeando
 En torno el horizonte.
 Entónces el rebaño desparecido
 Conducen al redil: no el sueño blando,
 Ni la callada noche, que al reposo
 Los mortales benigna convidaba,
 Calmar pudieron el gemido amante.
 Ya el Boótes lumbroso,
 Dando la vuelta al polo rutilante,
 Hacia el sonoro mar se despeñaba,
 Y el llanto enardecido
 No dejaban los miseros pastores.
 En él los encontró la blanca aurora,
 Cuando desde el oriente enrojecido
 Matiza y á las flores
 Y monte y valle de su luz colora.

DON JOSÉ MARÍA ROLDAN.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL SEÑOR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

Nació en Sevilla el 24 de Agosto de 1771. Cursó en aquella universidad las ciencias eclesiásticas, á cuyo estudio dedicó gran parte de su vida, sobresaliendo por su profunda y clásica instrucción en la doctrina y disciplina de la Iglesia: instrucción dirigida por un juicio ilustrado, y amenizada con las flores de las humanidades. Persuadido á que el estudio filosófico de éstas contribuye más que ningun otro á difundir el buen gusto en las ciencias más graves, estableció en dicha ciudad, con otro que aún vive (1), la Academia de Letras Humanas, donde se reunieron los más estudiosos y dispuestos jóvenes de aquella capital. Esta academia duró desde Mayo de 1795 hasta fin de 1801. Fruto de ella fueron las presentes y otras varias poesías de su autor. Con motivo de la publicación de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escribió en castellano un sabio y elegante comentario del Apocalipsis, que ha quedado inédito. Fué cura de San Márcos de Jerez, y posteriormente de la parroquia de San Andrés de Sevilla: de carácter abstraído y melancólico, celoso en su ministerio, severo en sus principios y en sus costumbres. Murió en 9 de Enero de 1828.

ADICION A LA ANTERIOR NOTICIA.

El *Sermon de Corpus*, predicado en la catedral de Sevilla el 22 de Mayo de 1818, y publicado por primera vez en la *Revista de ciencias, literatura y artes* de la misma ciudad (1837), es un eloquente y acabado discurso, que se conserva autógrafo, del Sr. Roldan, modelo de párrocos en San

(1) Es el mismo Reinoso, autor de esta noticia. (*Nota del Colector.*)

Márkos de Jerez de la Frontera y San Andrés de Sevilla; insigne escritor y poeta, profundísimo teólogo, y uno de los miembros más ilustres de la moderna escuela sevillana. De lo cual dan imperecedero testimonio sus excelentes composiciones publicadas en el *Correo de Sevilla* y en la *Coleccion de Poesias selectas castellanas* de don Manuel José Quintana, su larga y docta correspondencia literaria con los señores Reinoso y Lista, y sobre todo, su admirable exposicion del libro del *Apocalipsi*, titulada *El Ángel del Apocalipsi*, que se guarda entre los más preciosos manuscritos de la Biblioteca Colombina; siendo lamentable no se haya dado á luz para satisfaccion de los amantes de las letras y para honra de su patria.

J. F.-E.

POESÍAS.

ODAS.

I.

A la venida del Espíritu Santo.

¡Qué divino esplendor al alto cielo
En viva luz enciende!
Arde Olimpo; ¡la llama brilladora,
Cual lluvia desparecida, en presto vuelo
Por las auras sonoras se desprende.
De ardientes globos se corona el muro
De Salén y Sion: las cimas dora
A Palestina infiel su fulgor puro.

Canta, oh mi lira; tu sublime acento
Penetre la alta esfera:
Himnos canta á Jehová vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudal viento
Y resonante llama. Su carrera
Anduvo sobre el trueno y torbellino;
De ciencia y vida, y de valor triunfante
Llenó el orbe su espíritu divino.

«Murió, dijo Salén: fenezca el nombre
De ese Cristo fingido.

Su grey perezca; cual arista leve
Al fuego puesta, acabe su renombre.»
¡Contra el Santo, Sion! El cuello erguido
Sinedrio alzó y la voz; y nuevo ensayo
Dicta contra el Excelso. ¡Y el alevé
Así provoca el vengativo rayo!

Mas ¿quién contra Jehová? del alto trono,
Do con diestra extendida
Sacó los orbes de la oscura nada,
Vió de Moria la cumbre; el fiero encono
De sus príncipes vió. Despavorida
La humilde grey se oculta y enmudece.
Vióla el potente Dios, y desvelada
La faz, en dulce lumbre resplandece:

Lumbre que eterno amor vierte inflamado
En el inmenso seno,
Y el resplandor de su semblante aviva.
Depone el rayo en su furor alzado,
Y al gremio triste inclina el rostro, lleno
De ternura y amor. «Pequeña grey,
Alienta, dice, y triunfa: eterno viva
Tu nombre, esposa fiel del almo rey.»

Habló el Padre, y del pecho viva llama
Súbito nace fuera,

Y el ancho cielo llena de ambrosia.
Seren el viento de su luz se inflama,
Y la tierra en mil brillos reverbera.
Arde de Pedro la mansion dichosa
En vellones de luz; ¡Salén impía!

¡Ay! sólo cegó á tí su lumbre hermosa
Las vírgenes en gozo arrebatadas,
Del hondo pecho herviente
En fuego celestial, sacros loores
Al alto númen cantan insiniradas,
El ternuzuelo niño balbuciente

Refiere su vision al justo anciano;
¡Feliz! que ya penetra sin errores
De la salud del mundo el grande arcano.

En medio la infiel turba alzado Pedro
Ensalza la victoria

Del ungido de Dios, y cuál vencida
Yace la fiera Parca, y torna arredro
Su descarnada faz. Dice la gloria
Del que sentado en la celeste cumbre
De Empíreo, igual al Padre, nueva vida
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.

Cuál su lenguaje, ¡oh Dios! Oyóle el griego
Y en sonos no aprendidos

Los misterios entiende, que el linaje
Maldice de Jacob, en ira ciego:
Le oyó el romano; oyóle el que floridos
Los prados huella del Ofir arabio;
Y el orbe entero al Dios rinde homenaje,
Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.

Mas ¿quién surca los plácidos raudales
Que vierte en onda pura

Sonoroso el Jordan? Prole divina
Nace al mundo entre gozos celestiales
Reengendrada en sus aguas. Del altura
Nueva Salén descende: allí el Inmenso
Nuevos altares á su honor destina,
Do más puro se eleve el grato incienso.

Del culto impio las sangrientas aras
Yacen en vil escoria.

No ante Moloc en holocausto horrendo
Hierne con filo atroz víctimas caras
El hombre; de Jehová y su viva gloria
El eterno esplendor es sacrificio:
Es la víctima ya, que al Dios tremendo
El rostro airado tornará propicio.

¿Quién de Marte los bárbaros pendones
Plegó en paz deliciosa?

Alzó Pedro la luz, y el Vaticano
Paz clamó: en tierno lazo las naciones
Se estrechan abrazadas. Paz, gozosa
La tierra en derredor; Paz, de su asiento
El mar resuena: el Padre soberano
Paz y hermandad grabó en el firmamento.

II.

A la resurreccion de Jesucristo.

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta
Bajo la losa fria
El santo de Israel, el pecho herido
La temblorosa faz de horror cubierta,
Triste el mundo gemia
En densa niebla y en temor sumido:
En medio la alta cumbre
Doliente el sol oscureció su lumbre.
La despiadada muerte poderosa,
Blandiendo su guadaña,
Con la divina sangre ya teñida,

En torno del sepulcro silenciosa
 Gira con fiera saña,
 Y el humanal linaje, envanecida,
 Con ponderoso hierro
 En pena arrastra del antiguo yerro.
 Mas Jehová de esplendores inmortales
 En densa luz velado,
 Del alto empuje en el supremo asiento,
 Do sustenta del orbe los quiciales,
 Y el curso arrebatado
 Fija á los astros su imperioso acento;
 Habló con voz tonante,
 Que sonó de la aurora al mar de Atlante.
 «¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano
 (Dice) del inocente
 El nombre ha de borrar? ¿El almo nombre
 Que el firmamento adora? No; que en vano
 Contra el brazo potente
 Osó el abismo. Triunfará, y el hombre
 De antigua tiranía
 Será de hoy libre: la victoria es mía.»
 No encendido tan súbito en la altura
 Globo de luz brillante
 Por el aire en la noche se desprende,
 Cual del padre Abrahán la mansion pura
 El ánima triunfante
 Rápida deja y el sepulcro hiende.
 Síguela el coro santo
 Que anheló su venida en largo llanto;
 La oscura tumba en célicos fulgores
 Se inflama: nueva vida
 El pecho sangrentado hinche glorioso,
 Y el rostro baña en cándidos albores.
 Se alzó, y en voz subida
 Venci, dice: y con eco armonioso
 Tierra y mar resonaron,
 Y del orbe los polos retemblaron.
 «Venci. Del cielo las eternas puertas
 Con planta venturosa
 El humano entrará. Satan impio
 Logró en vano con artes encubiertas
 La estirpe numerosa
 Del hombre esclavizar: ya el reino umbrío
 Cayó; mi fuerte mano
 Rompió los hierros del audaz tirano:
 » Salud, mortales; el amargo lloro
 Desterrad: nuevo día
 A la tierra nació. Piadoso el cielo
 De inmarcesibles bienes el tesoro
 Abundoso os envía;
 De bienes, que de Eden el grato suelo
 Jamas ¡oh! fecundáran,
 Y en vano vuestros padres suspiráran.
 » ¡Oh Dios! tu brazo fué, tú lo juraste.
 La espada, que potente
 Me ceñiste, triunfó. Tú las naciones
 A mis piés, y los pueblos subyugaste.
 Vuela de gente en gente
 Mi nombre: victoriosos mis pendones
 Del Tártaro profundo,
 Tremolan por los ámbitos del mundo.
 » Cayó, cayó Salén, Roma, tu solio
 ¿Dó está? ¿Dó las que el viento
 Enseñas vanas desplegó ondeantes?
 Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,
 Y fijó eterno asiento
 Mi religion. Ante ellas vacilantes
 Cayeron derrumbadas
 Al ciego error las aras levantadas.
 » Hijo del trueno, vuela; el pueblo ibero
 En tu celo ardoroso
 Feliz su gloria cifra: eterna gloria
 Reservada á la fe. Del nombre fiero
 En conflicto dudosos
 Triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.
 ¡Oh vírgenes sagradas!
 Cantad, del yugo infame libertadas.»
 Dijo: y la cruda Parca el sacro acento
 Oyó, y en triste aullido
 Lanzóse presto al tenebroso lago.
 Estremeciósse el avernal asiento;
 Y con ronco alarido

Luzbel, gimiendo su fatal estrago,
 Salió del negro trono,
 Y rompió el cetro con feroz encono.

III.

El natal de Filis.

¡Qué célicos placeres
 Espira por do quier natura toda
 En tan sereno y delicioso día!
 ¡Cuál la radiante esfera
 En nueva luz ardiendo reverbera!
 ¡Ah! que de Filis bella
 Tornan los bellos días, en que el cielo
 A la tierra envió de su hermosura
 Una copia acabada,
 Cual pudiera tener beldad criada.
 Pues canta, lira mía,
 Canta en acorde sôn armonioso
 De tan dulce belleza la alta gloria.
 ¡Oh! suene concertado
 Al Olimpo tu verso arrebatado.
 Canta cuál rutilante
 Febo con nuevos rayos su cuadriga
 Por las cumbres del cielo va subiendo;
 De blanda lumbre y oro,
 En la tierra sembrando su tesoro.
 Favonio placentero
 La dulce llama esparce, de natura
 Los maternos senos fecundando;
 La pradera florece
 Y en vistosos matices embellece.
 Como baja risueña
 Vénus Citere en luminoso giro,
 De amores mil en derredor cercada,
 Y con ligero vuelo
 Corta veloz el esplendente cielo;
 Y á los Eliseos campos
 Llega, do se levanta Asido bella
 Entre lucientes pámpanos y espigas.
 Su carro sobre el viento
 Suspende, y se oye el divinal acento
 Que dice: «¡Oh sobrehumana!
 Salve, dulce beldad, del suelo ibero
 Esclarecido honor; vive, y eterna
 Mi célica alegría
 Goce la tierra en su dichoso día.»
 Y el manto desprendiendo,
 De mil flores cargado, al aura blanda
 En ámbares suaves se perfuma
 La esfera cristalina,
 Y en más bellos colores se ilumina.

IV.

Canto de Febo en loor de Milena, poetisa.

De rosas y jazmín la sien orlada
 Enmedio la pradera,
 Lado el rostro levanta Primavera,
 En derredor cercada
 De cefirillos mil, que el manto ufano
 Cargados de esmeraldas y rubíes
 En ondas le sauden, y el tesoro
 De azul, de grana y oro,
 Que de matices borda monte y llano,
 Derraman sobre lirios y alelíes.
 El aterido Invierno
 Huye con faz turbada
 A la hórrida region, do su morada
 Tienen las Furias: la radiante esfera
 En nueva luz ardiendo resplandece:
 Las florecillas el Favonio tierno
 Con leve soplo mece;
 De frondoso verdor el prado viste,
 Y entapiza su lecho el arroyuelo,
 Que se desliza en giro sonoro,
 Del cristalino hielo
 Los lazos desatados. Todo triste,

Se torna luégo hermoso ;
Y con belleza y gracia nunca usada
Se ostenta ya natura renovada.
Su cuadriga luciente
Frenando Apolo, del rosado oriente
Vibraba su fulgor; y manto oscuro
A la noche rasgando, mira léjos
El remoto contin, do culto puro
Su númen recibiera, y yace ahora
En vergonzoso olvido despreciado ;
Mas descubriendo el hado
Del mortal, nunca visto, en voz sonora
Así cantó de los futuros tiempos :
« Hesperia ¡ oh alma Hesperia ! la edad vino
En que tu gloria señalado había
El oculto destino :
Llegó felice el día,
En que, de entre destrozos levantado,
Mi templo en tí será : furor sagrado
A encender tornará mortales pechos ;
Y los heróicos hechos
Cantará, arrebatado, el vate hispano
Que á olvido dará al Griego y al Mantuano.
Si ; sonarán de nuevo numerosos
Los ecos de Leon, del divo Herrera,
Del que cantó de Elisa, sobrehumano,
La triste muerte en dolorido acento.
Que así en tí mi primera
Gloria se ha de cobrar. ¡ Oh, cuán sin cuento
Los vates han de ver que inmortalicen,
Alma Iberia, tu honor ! Ventura tanta
Los cielos te predican.
» Mas ¡ qué espíritu sacro se levanta
En la elisia mansion, y al ancho llano,
Do Lete ondoso gira,
Mi plectro hace sonar, y el soberano,
El alma nombre que Helicon canta
En sonora lira !
Padre, oh Jove, loores eternos,
En cítaras de oro,
Te dé en Olimpo el refulgente coro
De los númenes santos. Tú á Hipocrene
Aumentarás de las canoras diosas
La tropa, que en ardores celestiales
El gení, enciende del mortal felice.
Conoce ¡ oh, Melpomene !
Caliope ¡ oh ! conoce, ve, Thalia,
Tú, Clio, ninfas todas, las hermosas
Hijas del sumo rey, ved ya la hermana
Que el alma padre os da : tan alta gloria
Daré Asidonia á la region hispana.
Por ésta mis altares algún día
Con nuevo honor en numerosa tropa
Los vates cercarán, y el dulce acento
Subirá en himnos al celeste asiento.
¡ Oh, tú, virgen sagrada !
Vén ya, Milena, vén ; ansiosa espera
Iberia en tí su honor ; vén, y ensalzada
Por tí su fama llene el ancha esfera. »
Dijo Febo, y calló : y el cielo santo,
Que atento oyó su canto,
Repitió de Milena el nombre hermoso
Con eco armonioso.

V.

El hombre vivificador y destructor de la naturaleza.

Inspira tú á mi plectro más sonoro
El canto ¡ oh musa ! en abundante vena,
Y mi inflamado acento
La gloria cantará de la natura,
Ora que Febo en ráfagas de oro,
Velada la alta frente, el orbe llena
De nueva luz y perenal contento,
Y en musgosa verdura
Renovada de invierno la faz triste,
Florido Mayo las praderas viste.
Mas ¡ qué diestra, en saber omnipotente,
Así fecunda la anchurosa mole ?
Jehová, tu sacro acento

Sonó cual trueno : Olimpo luminoso
Tembló á tu augusto pié, y el giro ardiente
La esfera suspendió. Gloriosa prole
Del humano, á tí habló del alto asiento
El padre poderoso :
« Tú, rige el bajo mundo y cuanto encierra
En hondos senos la inmutable tierra. »
Oyó natura el eternal mandato,
Y al hombre ofrece en pródiga largueza
El dorado tesoro,
De flores mil cercada la ancha frente :
De flores que jamás el suelo ingrato
Revistieran en nítida belleza,
Bordando el prado de esmeralda y oro,
Si la reja luciente
No el rudo seno maternal rasgára,
Que Delio en vivas lumbres fecundára.
Si ; que el Potente á la mansion del toro
El sol llamó, que, en rosas coronado,
La inflamada cuadriga
Domando, vida llueve al hemisferio.
De los vientos sopló sonante el coro,
Alcíes vertiendo al verde prado,
Y al ancha vega la dorada espiga.
De Céres el imperio
Feraz creció, y entre ámbares suaves
La esfera hunde el pueblo de las aves.
En sesgo giro con murmurio blando
Resbala lido al prado el arroyuelo
Sobre tersos tapices
De lirios y jazmín, tiernas verduras
En pos del hombre plácido regando.
De aljofarada hierba al mustio suelo
Engalana, y esmalta de matices
Las sombrosas llanuras,
Cuando las altas cimas el aurora
De rosadas vislumbres pinta y dora.
En el ríscoso monte fiero el bruto
Sólo pastaba la espinal maleza,
O ya en sordo rugido,
Atronando la selva el rudo bando
Entre abrojos buscaba el toco fruto.
Alzó el humano el cetro : la fiera
Todo viviente amansa, y sometido
Al imperioso mando,
En ordenadas tropas sigue al hombre,
Y escucha dócil de su labio el nombre.
El rojo toro, la cerviz corvando
Al toco arado, en surcos extendidos
Esconde ya fecundo
El tierno grano, que en espiga de oro
Meciera en ondas el Favonio blando.
En tanto la ovejuela á los ejidos
Triscando baja, y al Señor del mundo,
De su crespo tesoro,
En tersos copos de argentada lana,
Preciosas vestes le tributa ufana.
Vivificante amor, de la alta cumbre
En esplendente vuelo mil delicias
Entre rosas vertiendo,
A la humaua morada se desprende ;
El orbe llena de su dulce lumbre,
Y al tierno esposo, en cándidas caricias
A la esposa lazado, el pecho hirviendo
En sacro ardor enciende :
Corrió el velo Himeneo ; el ancho mundo
De nuevos reyes se pobló fecundo.
Sobre la muelle arena luégo alzadas
Las ciudades se vieron, del humano
Alcázares lumbrosos.
Bramante el mar en vano del ibero
Apartó al indo : en olas encrespadas
Nadantes orbes al imperio hispano
El imperio enlazaron victoriosos,
Do sus rayos primero
Titan vibrando, del rosado oriente
Los albos rostros descolora ardiente.
Mas ¡ qué númen fatal el vago mundo
Súbito despojó de su hermosura ?
Enmedio el negro lago
Bramó con ronco aullido, y la cadena
Rompió el ímpio furor, de lo profundo

Muerte, guerra, gritando; guerra dura
 Al humano linaje. Guerra, estrago
 El Averno resuena:
 ¡Ois, ois? Ya hiere el aire blando
 De las falanges el fragor infando,
 Huyó la blanca paz: ¡Mavorte fiero
 Los pendones alzó, y tembló la tierra
 Bajo el pié ensangrentado.
 La atroz Parca blandiendo la guadaña,
 Entre hondívago polvo un pueblo entero,
 Y mil y mil en el sepulcro encierra.
 Sonó la trompa, y de metal armado,
 Ardiendo en impia saña,
 Fiero homicida de su propio nombre,
 Contra el hombre la espada esgrime el hombre.
 Entre armiseno horror fallece yerto
 Del dulce amor el reino delicioso,
 ¡Cuántos frutos sagrados
 De cándido himeneo hundió en la nada
 El tremendo cañon! Su vigor muerto,
 Yace el orbe en silencio pavoroso.
 Allí fué la ciudad; á Jehová alzados
 Templos aquí; la espada
 Esta vega asoló: tiernos frutales
 El bronce, ardiendo allá, tornó eriales.
 Así en la inculta Libia, nunca hollada
 De humana planta, en arenoso suelo
 Huesos mil amarillos
 Rugiendo el bruto fiero desparciera.
 A do jamas natura engalanada
 Su tesoro mostró, la vida el cielo
 Derramó de su luz, en tiernos brillos
 Sonrosando la esfera.
 ¡Ah! sí: que, humano, el hombre anima el mundo,
 Y el hombre lo devasta furibundo.

VI.

CÁNTICO DE JOSUÉ.

A Jehová por la victoria de Ayalon.

Cantemos á Jehová. Su heroico hecho
 De Ayalon en el llano
 Mi labio ensalzará. Los altos sonos
 A Jehová entona el inflamado pecho.
 Su brazo soberano,
 Y de Jacob los inclitos varones,
 Cuál la estirpe insurgente
 Perdieron de Canaam, y el nombre insano
 Mi acento llevará de gente en gente.
 Habló el Potente, y, á su diestra alzada,
 En Jericó los muros
 Cayeron: cayó Hai. La mano amiga
 Nos tendió Gabaon. Salem turbada
 Lo oyó, y los pechos duros
 Contra aquel pueblo generoso instiga
 De sus impíos guerreros:
 «Venid, dijo á los príncipes impuros,
 En Gabaon vibremos los aceros.
 »Vibremos, y caerán. Mi invicta lanza
 De Canaam la gloria
 Rebatirá á Jacob. Sus: los despojos
 Dividid.» Señor Dios, tú su venganza
 Serás; en tu memoria
 Está Israel. Te alzaste; en sus enojos
 Ardiendo aquel impio
 Te vió, y tembló, En tu diestra la victoria
 Llevas, y en tu siniestra el poderío.
 Los cielos se inclinaron: los querubes
 Son su cuadriga ardiente,
 Sus desplegadas alas raudo viento.
 En densa niebla y fulgurantes nubes
 Veló la augusta frente,
 Que sus llamas enciende al firmamento.
 Se paró; y retemblaron
 Las altas cumbres; bajo el pié fulgente
 Los Amorreos montes se encorvaron.
 Airado está Jehová, El Poderoso

Contra Ayalon su ira
 Fulminó: allí del asta centellante
 Lanzó el rayo en fragor estrepitoso.
 En torno el muro gira
 El sañoso escuadron. Dijo arrogante
 Su rey: «Venid, perdamos
 La insana grey que contra nos conspira:
 Fió en Jacob; su nombre destruyamos.»
 De Lahú allí vinieron iracundos
 Los fuertes: sus pendones
 Alzó Faran, y los que el monte Albeo
 Poblaron: en su encono furibundos,
 Los eglonios varones,
 Con ellos se juntaron. Del hebreo
 Jehová es salud: armado
 Su brazo repotente las naciones
 Soterra, y frena el orbe prosternado.
 Habló á su siervo: «El brazo tiende; ¡oh! tiende
 La diestra vengadora
 Contra Salem y Hebron: en sus depojos
 Saciarse mi pueblo. Vibra, enciende
 El asta asoladora:
 Sus frentes hollará, en mis enojos
 Lo juré, Yo el Eterno.
 Mi nombre es Jehová; mi faz adora
 El encumbrado cielo, el hondo averno.»
 Erguido el duro cuello, el insolente
 Vió de sus pabellones
 La gloria, y dijo necio: «A la mañana
 Embrazará mi diestra el arco ardiente.
 Subiré mis bridones,
 Sus muros hollará mi planta ufana.»
 Súbito el nuevo día
 Nació: allí de Farán los escuadrones
 Vi postrados; en Beth Eglon yacia.
 Cayó Tafia. ¿De Oham dó la fiera
 Está? ¿Dó los guerreros,
 Los valientes de Enac? Cual débil humo
 Raudo aquilon, de Hebron la fortaleza
 En bélicos aceros
 Israel disipó. Del cielo sumo
 En lluvia horritonante
 Los combate Jehová: sus dardos fieros
 Granizó el alta diestra fulminante.
 Vibró, y ardieron cual arista seca
 Ante la llama avara.
 ¿Quién sube por Bethóron? Los robustos
 De Salem vi turbados en Azeca,
 Y dije: «¡qué! ¡salvará
 En su seno la noche á los injustos?»
 Alcé la voz, y atento
 El sol me obedeció: su giro pára
 La luna, y oye mi imperioso acento.
 ¿Quién semejante á ti? Tú hablas venganza:
 ¿Quién como tú valiente,
 Santo, eterno Jehová? De tu alma gloria
 Los cielos dan loor, Tú la pujanza
 Postraste, y dura frente
 De Canaam. ¿Quién al sol en tu victoria
 Detuvo? En la alta esfera
 Lo frenara tu brazo altipotente,
 Cual fogoso bridon en su carrera.
 Lo oyeron las naciones y saltaron
 De pavor. Desfallece
 Jabin; resonó en Dor el eco horrible.
 En su encono los pueblos se juntaron
 Contra Israel, y crece
 Cual llamas su maldad. Mas el Terrible
 De su airado semblante
 Lanzará presto el rayo, que estremece
 A su estruendo la esfera vacilante.
 El lo juró con eternal acento,
 Cuando el brazo extendido,
 En Babel dividió la humana gente.
 En medio la ancha tierra eterno asiento
 A su pueblo escogido
 Señaló: allí su diestra omnipotente
 Los pondrá, y las naciones,
 En torno el almo nombre esclarecido,
 Entonarán en métricas canciones,

DON CRISTÓBAL DE BEÑA.

APUNTE BIOGRÁFICO.

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

BEÑA era hombre culto é ilustrado y de excelente trato. Se habia formado como literato en la escuela del siglo XVIII. Hablaba con perfeccion el inglés y el frances. Cuando el escocés Downie organizó la *Legion* llamada de *Leales Extremeños* (1811), nombró capitan y secretario suyo á BEÑA, á quien habia conocido en Cádiz. Escribió éste en algunas obras periódicas con los Carnereros (don José y don Mariano) y con el médico Moya Luzuriaga, bajo la direccion de Capmany.

Era fácil y gallardo versificador, y en prueba de ello citaré una epístola suya, en cuartetos esdrújulos, de la cual recuerdo todavía algunos versos. Sanchez Barbero escribió por los años de 1806 un soneto insultante contra el Conde de Haro, despues Duque de Frias (1); con ocasion de lo cual, se dijo en Madrid que el ofendido habia hecho castigar al insolente escritor. BEÑA, amigo particular del Conde, escribió una epístola burlesca, que empieza de este modo:

Salve, de Juvenal docto discípulo,
Salud, alumno fiel del cantor Ápulo,
Á quien las musas tejen ya solícitas
Verdes coronas de laurel Castálido.

¡Guerra al audaz! Juremos, sabio crítico,
Talar entre los dos su imperio alárabico,
Que yo, para embestir á aquestos míseros,
Que tremoláras, esperaba, el lábaro.

Contra cierto señor de grandes títulos,
Y de glorioso tronco digno vástago,
Osó escribir con furia de frenético

Coplas infames, cual pudiera un vándalo.

Y el tal señor, ardiendo en justa cólera,
Envió media docena de sus fámulos
Que, al ritornelo de la afrenta métrica,
Le tocasen la solfa al uso arábigo.

No altivo muestres más tu frente herética,
Ni con tus versos des nuevos escándalos;
Que para confundir tu musa bárbara,
Le sobran á mi musa diez-mil dáctilos....

(El Duque de Rivas dictaba estos versos en 1864, esto es, un año ántes de su muerte. El ilustrado anciano no recordaba otras estrofas relativas á aquella anécdota, testimonio de la aspereza de las costumbres á principios del siglo actual.)

BEÑA, emigrado en Lóndres, publicó allí un tomo de poesías medianas, titulado *La Lira de la Libertad*, 1831.

Era ante todo repentista.

(1) Nuestro amigo el señor don Ramon de Mesonero Romanos conserva, entre sus papeles curiosos, una copia de este aciago soneto, hecha de mano del don José María de Carnerero. Empieza así:

Grandísimo de España, Conde de Haro,
Etc.

El soneto no es para publicado.

(Nota del Colector.)

POESÍAS.

MEMORIA DEL DOS DE MAYO.

CANCION.

*Tum vero manifesta fides, Danaumque patescunt
Insidie..... ¡ Quis funera fando
Explicet, aut possit lacrymis equare furorem?*

(VIRGILIUS.)

(1812.)

*¡Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel funebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió;
Cuando Mántua sus hijos veía
Oponer á la bárbara gente
La desnuda, la impávida frente,
Que al tirano del orbe arredró?*

Cien falanges de acero cubiertas,
Avezadas al pérfido halago,
No creyeron que frágiles puertas
Abrigasen valor sin igual;
Y sedientas de ruina y estrago,
De su rostro la máscara tiran,
Y las calles frenéticas giran,
Esgrieniendo el oculto puñal.

Mas el pueblo la trompa guerrera
Y el fusil, impertérrito, escucha,
Que sus pechos en súbita hoguera
Encendió la feliz libertad.

Donde quiera se traba una lucha,
Ni dan ayes las vírgenes vanos;
Todas arman las cándidas manos,
Todas gritan: ¡ Valientes, mata!

Yace allí el opresor oprimido,
Allí el jóven intrépido yace,
Que de plomo raudísimo herido,
Libre pudo y vengado morir;
Muere, sí; y en su muerte se place,
Cuando mira que al vándalo fiero,
Ni le salva su cota de acero,
Ni sus artes le pueden servir.

Se redoblan los golpes y heridas;
Más y más el estrépito crece,
Y allá dejan las ínclitas vidas
Los que en oro su nombre tendrán;
El tronar del cañon ensordece,
Y arde el aire con rápido fuego,
Y los bronceos, aún cálidos, luego
Nuevas muertes de sí lanzarán.

Todo es sangre y horrores y muerte,
Todo es armas y bélico estruendo,
Que al cobarde, al inválido, al fuerte,
Armas puso en la mano el furor.
¡ Mas cuál ruido percibese horrendo
Tras dolosa pacífica calma?
¡ Qué gemido tristísimo el alma
Va cubriendo de yerto pavor?

¡ Ellos son! ¡ Ellos son! Ya murieron,
Desarmada la intrépida diestra;
Ellos ¡ay! los que indómitos dieron
Alto ejemplo de ilustre teson.
La victoria es, oh mártires, vuestra;
Que oyó el hecho, y atónita España
Se aprestó con magnánima saña,
Y arboló de venganza el pendon.

De su sangre con largo tributo
Desde entónces el vándalo paga
Llantos, muertes y huérfano luto,
Que aquel día miraba Madrid.
Ni, una vez encendido, se apaga
El volcan de esta cólera justa,
Y si á esclavos un déspota asusta,
Teme á un pueblo que corre á la lid.

*¡Quién reprime su enojo y su llanto,
Recordando aquel funebre día,
Que la noche con cárdeno manto
Empapado de sangre cubrió?*

SONETOS (1).

I.

Improvisado con piés forzados.

Á NAPOLEON.

Más vano que Jusef y *Abenamar*,
Colgar quisiera al orbe del *menique*,
Bonaparte, con cuerpo de *alfenique*,
Traidores ojos, cara *verdemar*.

Pero aunque logre al diablo *desatar*,
Aunque sus malas mañas *alambique*,
Aunque de fiero y valentón se *pigne*,
Y aspire el universo á *trastornar*;
Yo su furor vandálico no temo,
Pues nunca comera manchego *arrope*,
Aunque llegue su audacia hasta el *extremo*;
Que aunque boga con fuerzas de *cielope*,
Si el viento de fortuna quiebra el *remo*,
Su nave hundida mirará hasta el *tope*.

(1809.)

II.

Improvisado en Cádiz, al ver la primera moneda que llegó á
aquella ciudad con la efigie de José Bonaparte.

De las Españas y las Indias rey
Se titula en su busto el baladron,
Por llamarse no más Napolcon,
Y mandar de asesinos una grey.
Mas quiebra de verdad la eterna ley
En darse ese dictado fanfarron,
Pues no le pertenece ni un terron
De los que arando rompe el tardo bucy.

No importa, no, que pérfido cincel
Una en su escudo el águila imperial
Con los leones que se burlan dél,
Y con la insignia de Aragon fatal;
La patria mia borrará con hiel
De union tan execrable aun la señal.

III.

Improvisado, al ver un retrato á la aguada de la señora Condesa
viuda de Tilli-Serclaes, en 1812.

Apura tus deseos, amor,
Si este traslado llegas á mirar

(1) El Duque de Rivas conservaba en la memoria este soneto; los dos siguientes. Fueron dictados al Colector por el Duque mismo.

De la que tantos celos puede dar
A la divina madre del Amor.
¡No ves del rostro el célico esplendor,
De los ojos la gracia singular,
La dulce boca que convida á amar,
Y del seno blanquísimo el primor?...,,

Mas ¡ay! la superficie del papel
No te la ofrecerá como la vi
Cuando prestó sus gracias al pincel.
Ten, sensible amante, piedad de tí,
Besa el retrato y gózate con él,
Y huye de la Condesa de Tilli.

FÁBULAS.

I.

LA ESCALERA DE MANO Y EL FAROLERO.

Cierta noche, ya á deshora,
En su cuarto un farolero
Escuchaba grandes voces,
Cuando él solo estaba dentro.
Levantóse de la cama,
Juzgando que fuese sueño,
Pero cada vez más claros
Oía distintos ecos.
¡Cómo no había de oírlos,
Si estaban muy descompuestos
De su escalera portátil
Los escalones riñendo!
Paróse absorto á esencharlos,
Y entendió que los primeros
A los últimos decían:
«Vosotros sois los plebeyos,
Que nosotros por más nobles
Ocupamos alto puesto.»
Riéndose los de abajo
Respondían: «¡Bueno es eso!
Y Pues de la misma madera
No hemos sido todos hechos?
— Ya, reponían los otros,
Mas, porque sucios no estemos,
Siempre el amo sus zapatos
Limpia en vosotros primero.
— Si no fuéramos nosotros
De esta máquina sustento,
Los últimos replicaban,
No hablaríais así soberbios,
Porque seríais tal vez
Carbon destinado al fuego.
— Dispúsole la fortuna,
Contestábanles aquéllos,
Y siempre sobre vosotros,
Mas que os pese, estar debemos.»
De tan fútil arrogancia
Indignése el farolero,
Y acercándose al rincón,
Y la escalera cogiendo,
Puso lo de abajo arriba,
Y les dijo: «Caballeros,
A dormir; que en adelante
Han de ser, voto á mi abuelo,
Los que eran primeros, últimos,
Y los últimos, primeros.»

Cada clase un escalón
En las repúblicas es;
No se olvide el *papelón*
De la escalera al revés
En cualquier revolucion.

II.

EL LORO, EL GATO Y LA VIEJA.

Cierta vieja con esmero
Criaba un loro y un gato,
A qué grande zalamero,

Pero éste de esquivo irato,
Si bien cazador certero,
Deseoso de lograr
Ser en todo preferido,
Trató el loro de halagar
A su señora el oído
Con un inútil charlar.
El gato, muy al revés,
Jamás á su dueña hablaba,
Mas dos á dos, tres á tres,
Los ratones atrapaba,
Poniéndolos á sus piés.
En un tiempo que en ratones
La casa todita hervía,
La vieja mil expresiones
Al útil gato le hacía,
Celebrando sus acciones;
Pero el lorito, no obstante,
Siempre sus delicias era,
Y á su jaula iba al instante
Cuando venía de fuera,
Y le llamaba su amante.
Porque habiendo él observado
Que su flujo era la edad,
La decía descarado:
«Ama mía, ¿no es verdad
Que á los treinta no has llegado?»

Y con esto y con gritar
Siempre que había visita,
«No hay dama que en el lugar
Con mi señora compita»,
Llegó su afecto á ganar.
Así que, para él buscaba
La vieja lo mejorcito;
Todo al loro se le daba,
Todo era para el lorito,
Y el gato de hambre rabiaba.
De modo, que el pobre, al ver
Cuán de poco le servía
Limpia la casa tener,
Y que nada merecía
Su servicial proceder,
De la casa se fugó,
Ya apurado el sufrimiento;
Mas de ratones se vió
La casa llena, al momento
Que el gato de ella faltó.
La vieja su chocolate
Cien veces halló roído,
Que ni arcon ni escaparate
Le tenía guarecido
Del ratonil alicate.
Y aunque el loro se ofreció
A remediar aquel daño,
Ni un ratón pillar logró,
Ni le pillara en un año,
Que á charlar sólo aprendió.

Si aprecio siempre se hiciera
Del hombre trabajador,
Y ensalzado no se viera
Tanto vil adulador,
Más la sociedad valiera.

III.

EL MOCHUELO Y EL TOPO.

Todo el mundo sabe
Que el mochuelo tiene

Brillantes ojazos
Azules y verdes;
Pero nadie ignora
Que la luz le ofende,
Que ama las tinieblas,
Que por ellas muere,
Y es de día ciego,
Y de noche duende.
Cierta pajarraco
De esta odiosa especie,
Tuvo con un topo,
De ojos harto breves,
Razones muy serias,
Debates muy fuertes.
Una madrugada
Antes que de Oriente
La risueña aurora
Las puertas abriese,
Defendía el topo
Que todos los seres
Cuando el sol asoma
Se ponen alegres;
Que la luz es madre
De todos los bienes,
Y que al claro día
Nada se parece,
Que vida y colores
Al mundo le vuelve.
La opinión contraria
El otro sostiene,
Diciéndole al topo:
«Y á usted ¿quién le mete
En hablar de cosas
Que apenas entiende?
Si naturaleza
Dadó á usted hubiese
Los ojos rasgados
Que adornan mi frente,
Vaya.... ¡mas si apenas
Tiene con qué verme!
Sepa el señor mío
Que la noche excede
Con mucho á ese día
Que alaba sin verle.
La noche al reposo
Convida y previene,
Trabajos y afanes
A la luz suceden,
Y....» Ya tras el alba
Sacaba esplendente
Su carro encendido
El sol, como suele,
Y al triste avechicho
Sus rayos le hieren,
Y en un tronco hueco
Procura esconderse.
Pregúntale el topo:
«Compadre, ¿qué tiene?»
Mas él sin respuesta
La espalda le vuelve.
Cuál sea la causa
El topo comprende,
Y del embustero
Vengarse bien quiere;
Pero aunque á sus ojos
No la luz ofende,
Fáltale soltura,
De vigor carece,
Y así cabizbajo
Va á buscar su albergue,

Donde se encuentren á miles
Hombres, como el mochuco, que serviles
Huyan de la ilustración,
Muy bien pueden los topos liberales
Dejar de ser tan topos animales,
O dejarse poner el albardón.

IV.

LAS ABEJAS Y LOS ZÁNGANOS.

En un valle frondoso
Tenía su morada
Cierta enjambre de abejas bullicioso,
Que llegó á ser república ilustrada.
El ocio y la pereza,
Sesudas, proscribieron,
Y al ver que la abundancia y la riqueza
Siempre los pasos del afán siguieron,
Del cáliz de las flores
Solicitas chupaban
La esencia y fragantísimos olores
Que artificiosamente trabajaban;
Y todas á porfía
La obligación cumpliendo,
Sin perdonar trabajo noche y día,
Iban de cera y miel su valle hinchendo.
Entre ellas admitidos,
Y un tiempo respetados,
Por ser de alas más luengas revestidos,
Los zánganos vivían descansados.
Iguales en figura,
Si en porte desiguales,
Para tener, sin trabajar, bartaña,
Supieron darse tonos magistrales;
Y así entre ellos se usaba
La vil hipocresía,
Que aquel que más de sobrio se jactaba,
Ese mayor porción de miel comía.
Un tiempo las abejas
Sufrieronlos prudentes;
Mas como todo se volviese quejas,
Y fuesen cada vez más insolentes,
Por fin determinaron
Hacer varios decretos,
Y como ley eterna promulgaron
Que todos al trabajo están sujetos.
Los zánganos mamones
Ni de esto hicieron caso,
Mas ellas, esgrimiendo sus rejonos,
Los echaron del valle más que á paso.

Si en esta sociedad, en que vivimos
Tantos zánganos hay perjudiciales,
¿Por qué con tal estupidez sufrimos
Coman sin trabajar nuestros panales?

V.

EL ESCOPLA, EL MAZO Y EL CARPINTERO.

En el banco de un pobre carpintero
Disputa reñidísima trabaron,
Sobre cuál á su dueño era más útil,
El escoplo cortante y bota mazo.
Decía aquél, que á su invencible filo
El más grueso tablon no era embarazo,
Rompiendo hasta los nudos resinosos,
Y al filo por doquier abriendo paso.
Replicábale el otro con cachaza,
Que si él no diese el golpe necesario,
De poca utilidad sería al dueño
El escoplo tener bien afilado,
Y que pues el impulso de él nacía,
Suyo debía ser también el lauro.
Enojóse el escoplo gravemente,
Colérico también se puso el mazo,
Y cuando más fogosos disputaban,
Habiéndolos oído, llegó el amo,
Que cogiendo el escoplo con la izquierda,

Y luego el mazo en la derecha alzando,
Dijo: «Tú filo la madera dura
Traspasa, escoplo mío, no hay dudarlo,
Y tú la dirección que necesita,
Tú se la prestas, mi querido mazo;
Mas nada el uno sin el otro vale,
Y por eso á la vez uso de entrambos.»

La ley y su ejecución,
En un estado cualquiera,
Cual mazo y escoplo son;
Uno sin otro es quimera.

VI.

EL CULEBRON Y EL LGBO.

Un culebron un día
El cuello enhiesto alzaba,
Probando si podía
Marchar como en dos piés,
Y en vano lo intentaba;
Su cuerpo, acostumbrado
A andar siempre arrastrado,
Caía de traves.
Vióle un taimado lobo,
Y dijo: «¡Bravo empeño
No sea, hermano, bobo,
Que se ha de lastimar;
«Si ya desde pequeño
Jamás quiso empujarse,
Locura es molestarse,
Que hoy no lo ha de lograr.»

Racionales culebrones,
Que arrastraís en la ignorancia,
¿Las antiguas opiniones
Abjurar os veré yo?
El descaro y petulancia
Con que hicisteis, siempre necios,
A la ciencia mil desprecios,
Respondiendo están que no.

VII.

EL LEON, EL CAMELLO Y EL TIGRE.

Un leon muy poderoso,
Debajo de cuyo imperio
Vivió por demas gustoso
De los de cuatro piés el vasto pueblo,
En su consejo de Estado
Concedió el lugar primero,
Sólo por ser su privado,
A un idiota colosal camello;
Y el mérito que tenía
Para ejercer tal empleo
Ninguno lo conocía,
Por más que el rey le honraba con exceso.
Fué el caso que una ocasion,
Deliberando en secreto
Sobre cierta expedicion,
Que era preciso hacer en un desierto,
Se trataba seriamente
De buscar todos los medios
Para que la bruta gente
No careciese en él de agua y sustento;
Y despues que hubieron dado
Su parecer, malo ó bueno,
En punto tan delicado
Algunos del cuadrúpedo congreso,
Llegó el caso de que hablase
El favorito camello,
Que con tosca y ruda frase,
Sin preludio, perifrasi ó rodeo,
Expuso su parecer,
Y era, «que, *nemine excepto*,
Cuanto hubiese menester
Llevase cada cual sobre sus huesos.»
Un tigre astuto y ladino
Replicóle en el momento;

« Si á lo rudo del camino,
Se añade el embarazo de tal peso,
» Se morirán de cansados
Sin llegar al fin propuesto,
Y entonces son excusados
La discusion, el arte y tu proyecto. »
— « Y ¿por qué ha de ser, gritó
El corcovado camello,
Cuando sin molestia yo
Cuarenta arrobas donde quiera llevo,
» Y aunque no llegue á encontrar
Ni un cenagoso arroyuelo,
Sin beber me sé pasar
Quince soles seguidos por lo ménos? »
A la solucion precisa
De tan bestial argumento
Soltaron todos la risa,
Y aun al leon se le asomó á los bezos;
Mas el tigre, enfurecido,
Vomitó dos mil denuestos
Contra el bruto, que engreído
Juzgaba más que todos haber hecho;
Y al monarca guedejudo
Dijo, el semblante volviendo :
« Ya ves, señor, cuán agudo
Discurre tu apreciado consejero;
» Si al elegirle juzgaste
Por su volúmen su ingenio,
Muy mucho te equivocaste,
Porque *un camello siempre es un camello.* »

Cuántos hay que por desgracia
Ocupan muy altos puestos,
A los cuales aplicarse
Puede bien de esta fábula algun verso.

VIII.

LAS MONAS Y LA ABUBILLA.

Proyectaron las monas en Tetuan
Academia de música tener,
Y para dirigirla, con afán
Quisieron un buen músico poner.
Fijóse edicto á toque de clarín,
Llamando á todo pájaro cantor,
En que ofrecieron títulos sin fin
Al que fuese elegido por mejor.
Así que hubo un concurso sin igual
De pretendientes, muchos de aptitud,
Que todos presentaron *memorial*
Para empleo de tanta magnitud;
Entre ellos el ufano colorín,
El canario y el mirlo silbador,
El cardenal vestido de carmín,
La oropéndola y dulce ruiseñor.
Con verdad ó sin ella, cada cual
Sus méritos expuso en el papel;
Prodigio de la ciencia musical
Este en los sonos, en la voz aquél.
Mucho ántes de llegar á decidir
Quién la academia había de ordenar,
Más de una mona se dejó decir
Que al ruiseñor trataban de nombrar;
Pero, llegado el día de eleccion,
La fétida abubilla electa fué,
Que formando en *cu-cu* su diapason,
Más apta era que todos, ya se ve.

¿ Por qué, monas con habla, sin rubor
Los pobres pretendientes convocaís,
Si en el puesto debido al ruiseñor
La abubilla cien veces colocáis?

IX.

LA PANADERA Y EL HARNERO.

Cierta panadera,
Nueva en el oficio,
Compró diez costales,
Al parecer de un excelente trigo;

Mas revuelto estaba
Con avena y millo,
De modo que siempre
Sacaba un pan moreno y desabrido,
La pobre queria
Que fuese exquisito,
Para que acudiesen
A comprárselo todos los vecinos;
Y así diligente,
Fuese el tiempo frio,
Fuese caluroso,
Lo llevaba ella misma hasta el molino;
Y despues la harina
Con afán prolijo,
En el cornedero
La pasaba al traves de un lienzo fino.
Pero ni por csas;
El trigo era el mismo,
Y apenas hallaba
Quien quisiese comprarle un pancillo
Quejándose de esto
Haciendo el cernido,
Y al frágil cedazo
Decia que era suyo aquel delito;
Pero un viejo harnero,
Que, dado al olvido
Como trasto inútil,
Yacia en un rincón, así le dijo :
« Si ántes de molerlo
No cribas el trigo,
¿ Qué ha de sucederte,
Cuando ni se halla puro ni está limpio. »
» Este en otros tiempos
Era mi ejercicio;
Si en él me repones
Verás qué pan amasas tan florido. »

Bien hará cualquiera,
Que al que gobernáre
Con la panadera
Llegue á comparar;
Y más si afirmáre
Que sin un harnero
Su afán y su esmero
Se pueden frustrar.

X.

LOS RATONES Y EL GATO.

Perseguia en la casa de un ricote
Un marrullero gato
Al pueblo ratonil, que sin recato
Untaba en todas partes su bigote,
Y en todas partes lo roía todo.
Hizo el gato de modo,
Y con tanta destreza
Por fin llegó á tomarles los caminos,
Que apenas asomaba la cabeza
El infeliz ratón en su guarida,
Cuando ya entre los dientes asesinos
Pagaba la imprudencia con la vida.
Los ratones formaron su consejo
Para ver de tomar una medida
Con que tener á salvo su pellejo;
Y hubo quien propusiese
Que le debían de embestir á una,
Porque, además de que él estaba viejo,
Siempre al valiente ayuda la fortuna.
Pero como arriesgado pareciese
Lo de atacarle á rostro descubierto,
Esta proposicion fué despreciada.
« Nada de fuerza, nada,
Dijo un ratón de hocico colmilludo,
A quien todos tenían por sesudo;
Yo he discurrido un medio portentoso,
Que es una friolera,
Y ha de darnos la vida y el reposo.
— ¿Cuál es? ¿Cuál es? — Despacio; si viniera
No con tanto silencio ese maldito,
Pocos cayeran, cierto, en el garlito;
Pues bien, ¿ hay más que atarle en una pata

Un grueso cascabel de bronce ó plata,
Cuyo són nos avise de que viene?
Así lugar sobrado
El más cobarde ratonzuelo tiene
Para esconderse descansadamente,
Dejándole burlado »

El gato, casualmente
Estaba haciendo entónces centinela,
Detras del agujero agazapado;
Pudo escuchar la dicha bagatela,
Y dando un maüllido,
Y echando por la boca espuma y hiel :
« ¡ Quién, les gritó, ha de ser el atrevido,
Que me venga á poner el cascabel ? »

Muchas veces sucede á una nacion
Que aquellos que la deben de guardar,
Si es algo peliaguda la cuestion,
En lo del cascabel vienen á dar.

XI.

EL HERRADOR Y EL POTRO.

« Yo te la plantaré, por vida mia »,
Cierro herrador con vanidad decia

XII.

LAS RANAS Y EL SAPO.

Érase una ancha laguna,
De verde lama cubicita,
Donde innumerables ranas
Pasaban la vida quietas.
Pero como las pasiones
A todo viviente alteran,
Con su gobierno empezaron
A mostrarse descontentas.
Hoy quitan uno, mañana
Ponen otro en forma nueva,
De éste pronto se fastidian
Y ya el antiguo desean.
De modo que al fin se vieron
En peligrosas contiendas,
Defendiendo unas lo mismo
Que muchas otras detestan;
Y tratando de encontrar
Un medio, en cualquier manera
Para remediar sus males,
Que muchos y graves eran,
Se convinieron por fin
En nombrar por su cabeza
A un sapo, que en sus orillas
Gran reputacion tuviera.
Coronáronle en efecto
Con la régia diadema,
Y, sin saber lo que hacian,
Le juraron obediencia.
Mas el taimado, en el trono

Miróse sentado apenas,
Cuando empezó á hacer *sapadas*,
Y con no vista soberbia
Contribuciones exige,
Veneraciones ordena,
Y hace dar al punto muerte
A la pobre que se queja.

Las ranas su error conocen,
Pero ya se hallan sin fuerzas,
Y sufren tristes el yugo
Que ellas se labraron necias.

Si en las naciones del mundo
Tal vez alguna se encuentra
A quien la fábula punce,
Mal hará si no se enmienda.

XIII.

LA GOLONDRINA Y EL JILGUERO.

Tenía su nido
Cierta golondrina
En un pobre establo,
Detras de una viga;
Casa muy segura,
Mas de poca vista.
Cierta jilguerillo,
Cantor de por vida,
En frente al establo,
Sobre una alta encina,
En medio la copa

A un potro de valiente catadura,
Cuando le iba á poner una herradura,
Sin saber que al dichoso animalito
De sus bravatas se le daba un pito.
Hizo atarle de manos y de piés,
Y con un grueso cáñamo despues
Al hocico le dió crudo tormento,
Sin que hiciera el más leve movimiento;
En seguida, cogiendo el pujavante,
El martillo y tenazas, arrogante
Le insultaba diciendo : « Señor jaco,
Usted la llevará, voto al dios Baco »,
Y con aire de triunfo se acercaba,
Y el potro ni por esas resollaba.

Atónita mirábalo la gente,
Cuando el forzado bruto de repente,
Sufrir más tal ultraje no pudiendo,
Y las trabas añicos mil haciendo,
Le privó de la vista y de la voz
Derribándole al suelo de una coz.

Sufre callando el pueblo con teson
De un gobierno la bárbara impiedad,
Hasta que, estimulándole un baldon,
Pónese, como el potro, en libertad,
Y venga con la fuerza su razon.

Colgó su guarida,
Y de allí zumbaba
Siempre á su vecina
Cada vez que alegre
A los campos iba.

« Magnífica casa
Tiene usted, decia,
De buen ver, por cierto,
De fachada linda.
¿ Tiene buenas luces ?
Diga usted, amiga;
Deben ser sin duda
Mejor que las mías »;
Y tras esto luégo
Saltaba la risa.

Mas duróle poco
Tal bufonería,
Porque siendo al dueño
Sus ranas precisas,
Con hierro cortante
Desmochó la encina,
Y el triste jilguero
Se halló sin guarida,
Mientras que gozosa
Vió la golondrina
Intacto su nido
Tras la negra viga.

El que por ocupar un alto puesto
A la seguridad prefiere el fausto,
Siempre á graves caidas se halla ex-
[puesto

XIV.

LA ARAÑA Y EL MOSCON.

Tendió la araña, diestra tejedora,
Su fuerte red un día,
Y al gusano y la mosca voladora
A cientos los prendia;
Mas dió un moscon en ella, que atrevido,
Sin cuidar de sus lazos,
Atravesó por medio del tejido,
Y la hizo mil pedazos.

Las leyes suelen ser tela de araña,
Que rompe cuando quiere el poderoso,
Mientras sufren los débiles su saña.

XV.

LA PIEDRA DE AMOLAR Y EL CUCHILLO.

Al lector.

Un cuchillo muy viejo y muy roñoso
Con una piedra de amolar reñia,
Porque aun cuando ella más se revolvia,
No por eso él estaba más lustroso;

« Si no me das un filo portentoso,
Poca destreza tienes », la decia;
Y la piedra taimada respondia :
« ¿ En dónde está el acero generoso ? »

— Se gastó. — Pues no quieras neciamente
Echarme á mí la culpa que no tengo,
Cuando es tuya la falta solamente. »

¿ Lo entendiste, lector ? Pues te prevengo.....
Mas te veo reir malignamente;
Adios, y sabe que ni voy ni vengo.

DON JOSÉ MARÍA BLANCO Y CRESPO.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS Y CRÍTICAS.

DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

(*Apunte autógrafo, de la coleccion del señor Sancho Rayon.*)

Nació en Sevilla el 11 de Julio del año 1773, de padres excesivamente devotos, especialmente el padre, don Guillermo White, irlandés de origen, y vice-consul inglés en aquella ciudad. De los cuatro hermanos que fueron, dos varones y dos hembras, éstas dos se encerraron en claustros de monjas. Sólo el hermano menor, don Fernando, siguió la carrera militar, y luégo se casó y estableció en el comercio de Sevilla.

La educacion del don JOSÉ MARÍA fué esmerada, añadiendo en ella al conocimiento que desde su infancia tomó de la lengua inglesa dentro de su misma casa, el de la francesa, italiana, latina y rudimentos de la griega. Cursó en la Universidad la teología, dedicándose al propio tiempo á estudios de buen gusto, de lo que dió muy buenas pruebas en la Academia de Humanidades, establecida particularmente, y á solas expensas de aficionados. Se ejercitó tambien en la música, y sobresalió tocando el violin.

Aunque destinado á la carrera eclesiástica, más por dar gusto á sus padres que por inclinacion propia, fluctuó don JOSÉ MARÍA entre amores profanos, si bien castos, con una señorita de Sanlúcar de Barrameda, y el amor divino. La consideracion hácia sus padres, los consejos de algunos amigos, la distraccion proporcionada por otro, unos ejercicios de San Ignacio de Loyola bajo la direccion del célebre padre don Teodomiro Diaz de la Vega (novicio jesuita al tiempo de la expulsion), prepósito de San Felipe Neri de Sevilla, hubieron de herir la viva imaginacion de don JOSÉ MARÍA, y decidieron tal vez su suerte en la eleccion de un estado, que acaso le hizo infeliz para siempre por no ser el de su vocacion verdadera.

Ordenado ya *in sacris* don JOSÉ MARÍA, entró el año 1798 ó 99 en el colegio llamado Mayor de Maese Rodriguez de Sevilla. En 1801 hizo oposicion á la canonjia magistral de Cádiz, y de allí á poco obtuvo tambien por oposicion la de la Real Capilla de San Fernando en Sevilla.

No sé precisamente el año en que pasó á Madrid, ni el en que regresó á Sevilla. De sus ocupaciones en la Corte quedan indicios por lo que escribió Capmany de la tertulia de Quintana, de quien BLANCO era muy amigo. Paréceme, sin afirmarlo, que el objeto ostensible de su ida fué enterarse del sistema de Pestalozzi y de los ejercicios gimnásticos de Amorós.

La llegada de la Junta Central á Sevilla cogió ya á BLANCO allí. Compuso una oda en celebracion de este suceso, y fué nombrado capellan de ella para decir la misa. Con Alvarez Guerra (don Juan), Lista y don Juan Nicasio Gallego, redactó el *Semanario Patriótico* mientras se publicó en Sevilla.

La invasion de los franceses en Andalucía trajo á BLANCO á Cádiz en fines de Enero de 1810 huyendo de los invasores, ántes que entrasen en Sevilla, de donde salió con el Embajador de Portugal el dia 24 del referido mes; dia, ó mejor dicho noche, en que salió tambien la Junta Central.

Falto don JOSÉ MARÍA de medios de subsistencia en Cádiz, y confiando en su talento, en las relaciones de su familia en Inglaterra, en lo bien que poseia la lengua de aquel país, en la cual llegó despues á escribir varios epúsculos correctos y elegantes, muy en breve se embarcó para Lóndres. Pudo tambien influir en esta resolucion algun otro motivo que más adelante diré.

Apénas llegado á Inglaterra, salió á la defensa del Duque de Alburquerque, que tuvo cuestiones con la Junta de Gobierno de Cádiz sobre provisiones para su ejército, y á la muerte del Duque compuso una bella elegia.

Dió á luz el periódico intitulado *El Español*, que por su gran despacho para América debió valerle mucho. BLANCO aseguraba que mientras lo publicaba ningun auxilio recibió del Gobierno inglés, pero que cesada la publicacion, Canning le habia señalado 200 libras esterlinas anuales con que se sustentase.

Fué muy notable que desde Inglaterra cuidase tanto don JOSÉ MARÍA de dar notoriedad al decreto de la Junta Central sobre convocacion de Cortes por estamentos, cuya supresion se atribuyó, ignoro con que fundamento, al Oficial Mayor de la Secretaría de la Junta, que ya se ha dicho ser especial amigo de BLANCO. Muchos otros, que tambien lo eran suyos, recibieron el tal decreto, impreso en Lóndres, con sobre de puño del don JOSÉ MARÍA, quien ademas habló bastante de él en su periódico.

Pasó grandes temporadas BLANCO en la Universidad de Oxford, lo que sin duda hubo de contribuir á que se decidiese á abrazar la reforma eclesiástica anglicana. Otro motivo fué, en mi concepto, el que he indicado que pudo influir en su viaje á Inglaterra, y que, á mi ver, léjos de serle desdoroso, hace honor á los naturales sentimientos de su humano corazon. De la intimidad de BLANCO con una mujer habian procedido varios hijos, y si, de un lado, dolia á BLANCO que esta noticia llegase á sus padres, por el penoso efecto que habia de producirles, de otro lado, no le dolia ménos la desgraciada reputacion que iba á quedar á la mujer, y especialmente á los inculpal'es hijos. Ausentándose de España con aquélla y éstos, ocultaba BLANCO la fatal noticia á sus padres, y profesando el protestantismo, quitaba toda nota de sus hijos, y podia darles carrera, como efectivamente la dió, en el ejército de la India, al único que le restó.

Lan. entábase BLANCO de que su estrella lo hubiese unido siempre á gente mistica, como le habia sucedido con la que tuvo que ligarse en Inglaterra, y ántes igualmente en su casa de España, áun cuando el misticismo de ésta fuese por la religion católica y el de aquélla por la protestante. Con el fin, que él pensó seguro, de robustecerse en esta última, como doctrina que juzgaba más evangélica, se aplicó intensamente al estudio del griego para leer y comprender perfectamente los libros del Nuevo Testamento. No parece que este trabajo le dejó muy satisfecho respecto á una ni otra comunión. Sin embargo, á poco de esta confesion, escribió privada y públicamente lo contrario, é imprimió su *Evidencia á favor del cristianismo*.

Murió en Liverpool el 20 de Mayo de 1841.

DON JOSÉ MARÍA BLANCO, fué hombre de entendimiento claro y de escogida erudicion. Componia lindos versos con suma facilidad. Su carácter era poco firme; dejándose arrastrar, por consejos ó instigaciones del momento, á variar dócilmente de opiniones. Tenía alma generosa, y hubo expatriado á quien ofreció el dinero que á la sazón poseia, que, segun dijo, era solamente 25 libras disponibles, único ofrecimiento de este género que en parte ni por otra persona alguna se hizo á tal emigrado durante los diez años y medio de su expatriacion. Verdad es que el emigrado no necesitaba ni aceptó tal auxilio; pero se halla cierto de que lo habria tenido si lo hubiese necesitado. Aunque por inequívocos testimonios y servicios amistosos que de él habia anteriormente recibido BLANCO podia estimarse su ofrecimiento como deuda de gratitud ó reciprocidad de correspondencia, siempre es laudable en BLANCO que la recordase al cabo de muchos años que habian mediado, y en tiempos y circunstancias de tantos desengaños.

En los últimos años de BLANCO, se le vió dominado de melancolía y humor tétrico. Esquivaba generalmente el trato con españoles. Atribúyolo á que la vista de algunos podría parecerle censura de su conducta en la mudanza de religion y en sus escritos acerca de la América, y la vista de otros le promoveria tristes recuerdos de una patria y de unos amigos que se creia imposibilitado de recobrar.

NOTICIA AUTOBIOGRÁFICA.

Extracto del periódico trimestral *Variedades ó Mensajero de Lóndres*, publicado en Lóndres por el REVERENDO JOSÉ BLANCO-WHITE, en los años 1823, 1824 y 1825. Este extracto fué hecho por don Bartolomé José Gallardo. (Coleccion de autógrafos del señor Sancho Rayon.) Despedida de BLANCO-WHITE, autor de las *Variedades*, á los hispano-americanos (tomo II, página 299; Octubre 1.º de 1825).

..... «¿Qué le importa al mundo que el que este escribe sea ó no, al acercarse á la vejez, *cristiano de corazon*? — Poco ó nada seguramente en sí; pero mucho, si se considera el resultado

experimental que su *mudanza* presenta.... Con esta idea describí el giro de mi enter limiento y opiniones en la obra que escribí, dos ó tres años há, en inglés, bajo el título de *Letters from Spain* (*Cartas desde España*), por don LEUCADIO DOBLADO; nombre en que disfracé el mio, pues LEUCADIO se deriva de otra palabra griega, que significa BLANCO, y DOBLADO hace alusión á la repetición en español de mi verdadero apellido WHITE, cuya dificultad de pronunciaci6n y ortografía ha hecho que en España me llamen BLANCO comunmente.

»Entre las dichas *Cartas* he insertado una pequeña *Memoria* sobre la formacion del carácter y opiniones de un *j6ven eclesiástico español* (que soy yo mismo)....

»¿Qué hay, pues, que impida el que, como ciertas obras empiezan con un *Compendio de la vida del autor*, las *Variedades* concluyan con un bosquejo, no tanto de mis acciones, como de mis ideas?....

»Mi nacimiento fué en Sevilla, á 11 de Julio de 1773, de padres nobles aunque no ricos.

»Mi padre, don Guillermo, fué hijo de un comerciante irlandés. Yo, como su hijo mayor, fui destinado al (comercio) escritorio, donde aprendí á escribir, contar y la *lengua inglesa*, que tanto me ha servido en esta época de mi vida.... Las instancias de mi madre, que era mujer de gran viveza y talento, pudieron lograr que me diesen un *maestro de latinidad*....

»Yo aborrecia los copiad6res, conocimientos y facturas, y el encerramiento continuo del *escritorio*; y viendo eternamente ante mis ojos á los *can6nigos* y *prebendados* de la catedral, se me antojó ser *clérigo*; y este antojo fué declarado *vocacion*, á los doce ó trece años de mi edad, por los teólogos profundos que frecuentaban mi casa.

»Á los catorce años me procuraron la *tonsura*, á título de suficiencia; y ya sólo habia que tratar de empezar mis estudios con la poquisima *latinidad* que habia adquirido.

»Pero aquí se presentó una dificultad enorme. El confesor de mi padre era un reverendísimo Presentado, *del órden de Santo Domingo*. — Mi madre, y toda su familia, era en extremo parcial de los *Jesuitas*....

»Entre estas dos *escuelas* pendia mi suerte; pero no estuvo mucho tiempo indecisa, porque el padre Presentado hizo caso de conciencia el que me enviasen al colegio dominico..... donde se enseñaba la filosofía por un autor semi-bárbaro, llamado Goudin (1); y la teología por la *Summa* de *Santo Tomas*. El tal colegio era una viva imágen del estado de Europa en el siglo xiii.... Mi padre... decidió al momento que su hijo habia de beber los puros raudales de la *ciencia tomística*...

»Por fortuna tenia un gabinetito de libros, entre los cuales se hallaban las *Obras de Feijóo*. Empecé á leer su *Teatro Crítico*, y tal fué el placer que me daban sus *Discursos*, que no soltaba el libro de las manos.

».... Entre los estudiantes de teología de aquel tiempo se hallaba un excelente j6ven, don Manuel del Mármol, que despues fué.... compañero mio en la Real Capilla de San Fernando.... Yo fui uno de sus primeros discípulos particulares entre los muchos que ha educado. El fué quien me enseñó los principios de *geografía*.... Tambien me dió Mármol la primera idea que yo tuve de *poesía española*.

»Pero á quien más debí en punto á *bellas letras*, de que sólo el nombre se conocia en Sevilla, fué á don Manuel María de Arjona, que murió no há mucho, siendo can6nigo penitenciario de Córdoba.

»Este hombre, cuyos talentos eran de los más distinguidos que ha tenido España, tomó la beca en el *Colegio Mayor* (de maese Rodrigo) de Sevilla, al tiempo que yo empezaba á estudiar teología.

»La amistad que entablamos ent6nces, él como mi maestro, y yo como uno de los tres ó cuatro j6venes que, por afición y sin obligacion alguna, instruía casi diariamente, fué de las más íntimas y sinceras que he disfrutado en el mundo.

»Arjona fué quien desarrolló mis facultades intelectuales, y en su compañía se fortalecieron. Jamas cesará mi corazon de agradecer á tan excelente amigo, ni de sentir su temprana pérdida.

»Bajo la *direccion de Arjona* se estableció en Sevilla una *Academia de Letras Humanas*, que continuó por unos seis años.

(1) Alude probablemente al matemático y astr6nomo francés del siglo xviii, Matias Berliard Goudin.

(Nota del Colector.)

»Del gusto que reinaba en ella, y de los talentos poéticos de sus individuos, se dieron algunas muestras al público.

»Las principales son dos *Cantos heróicos*, uno por don Félix José Reinoso, y otro por don Alberto Lista, que honrarian á hombres maduros de cualquiera nacion, cuanto más á unos jóvenes que habian salido de la atmósfera de ignorancia que rodeaba á la capital de Andalucía.

»Pasando por alto la historia de mi juventud, en cuanto no tiene conexiön con el objeto de este bosquejo, que es el de *dar idea del rumbo de mis opiniones religiosas*, me apresuro á describir los trámites que me llevaron á la *incredulidad*, despues de haberme ordenado de *sacerdote*.

»Mis primeros años pasaron bajo el influjo de la educaciön religiosa más esmerada. Mis padres eran en extremo devotos, y yo seguí sus pasos desde temprano. Tenía mi *director espiritual* en San Felipe Neri, y hacia allí ejercicios casi todos los años.

»..... Acabados mis estudios, y habiendo tomado mis grados, fui elegido *colegial del Mayor de Santa María de Jesus*, universidad de Sevilla; y gozando aún el honor de vestir su beca, recibí el órden del sacerdocio.— Esta fué la época más devota de mi vida.... Pasaba el tiempo en predicar, en el confesonario y en la lectura de libros de *teología* y *devociön*....

»En breve hice oposiciön á la canonjía Magistral de Cádiz, y pocos meses despues á la *Magistral de la Capilla Real de San Fernando de Sevilla*, que gané cuando sólo tenía veintiseis años.... (1801). Mas no habia pasado un año cuando.... me ocurrieron las dudas más vehementes sobre la *religion católica*.... Mi fe vino á tierra.... hasta el nombre de *religion* se me hizo odioso.... leía sin cesar cuantos libros ha producido la Francia en defensa del *deísmo* y *ateísmo*....

»Diez años pasé de este modo.... (1810), me avergonzaba de ser *clérigo*, y toda mi ambiciön se encerraba en prolongar la *licencia del Rey*, que me permitia vivir en Madrid, donde, por no entrar en ninguna iglesia, no vi las excelentes pinturas que hay en las de aquella córte. ¡Tan enconado me habia puesto la tiranía!

»Entraron los franceses, siguióse el 2 de Mayo; volví, maldiciendo mi suerte, á Sevilla á ejercer mi *odioso oficio de engañar á las gentes*.

»Pero, gracias al cielo.... llegué á *Inglaterra*. — Y no pude ménos de persuadirme de que mi cabeza estaba llena de *errores*.... persuadíme de que en comparaciön de las gentes de letras de este pais, yo *me hallaba en profunda ignorancia*. Esto me indujo á aplicarme noche y dia, no sólo para *mantenerme con las producciones de mi pobre pluma*, sino para adquirir conocimientos que las hiciesen algo más dignas del aprecio público.

»El resultado de este plan fué que por *cuatro años* estudiaba y escribía á razon de *diez horas* en las veinticuatro. De este modo adquirí el conocimiento de la *lengua griega*, y me familiaricé con el *idioma inglés*.

»A poco tiempo de haber llegado á Lóndres fui por casualidad á la iglesia protestante de Saint James.... Una especie de casualidad habia puesto en mis manos la *Teología natural de Paley* (1), que el señor canónigo Villanueva ha traducido poco há al español....

»En breve vino á mis manos la otra obra de Paley en *Defensa de la verdad de la religion cristiana*, cuyos dos tomos tengo traducidos al español, y probablemente pronto verán la luz....»

Nota de Gallardo. Así se nos hizo *protestante* el canónigo BLANCO, despues de haberse hecho descreído, libertino, etc.

DE DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

(Crónica de Ambos Mundos, 1860.)

Harto diversa de la de Arjona, Lista y Reinoso, fué la suerte de BLANCO, y muy agitada y notable. Abrazó con fervor la causa de la independenciä española, y la sostuvo con su pluma en *El Semanario Patriótico*. Ofendido, no sin causa, pero mucho más de lo justo, porque la *Junta Central* le mandase expresarse con más moderaciön que solía, al tratar de los actos del Gobierno, cesó de escribir, y lo anunció así en términos que probaban la existencia de cierto grado de libertad para manifestar los hombres sus opiniones, hasta entónces en España no conocido. Desde

(1) Guillermo Paley, teólogo y moralista inglés. (Nota del Colector.)

aquel momento cobró aversion al Gobierno español, y entrados que fueron en Andalucía los franceses, hubo de trasladarse, huyendo de ellos, á Cádiz, y de allá á Inglaterra, patria de sus antepasados. El apellido de éstos era *White*, voz inglesa que en castellano significa *Blanco*, y al venir á España aquella familia, prefirió, á llamarse como ántes, distinguirse con la traduccion castellana de su nombre. Vuelto DON JOSÉ BLANCO á Inglaterra, agregó al nuevo apellido el antiguo inglés, viniendo á llamarse BLANCO-WHITE; nombre que hizo famoso en la tierra de que, siendo descendiente, pasó á constituirse hijo. Empezó á publicar en Lóndres un periódico mensual en lengua castellana, con el título de *El Español*, cuya vida no duró ménos de cuatro años cabales, y que, en sus números primero y segundo, sustentó las doctrinas despues llamadas liberales, de que *El Semanario Patriótico* habia sido el principal propagador en España. Pero desde el número tercero del mismo periódico, se dedicó quien lo escribía á defender la causa de los americanos que en Carácas y Buenos-Aires se levantaron contra la autoridad del Gobierno de su madre patria, protegiéndolos, hasta cierto punto, los ingleses. Alzóse con esto contra BLANCO un clamor furioso, fundado por cierto si se hubiese contenido en límites razonables; pero que, por lo destemplado y extremado, casi justificó la acrimonia con que él empezó á defenderse. Una vez irritado el escritor anglo-hispano, cuyo genio era ágrío y violento, ya formó empeño en vituperar todo cuanto hacian el Gobierno y pueblo de la nacion que ántes era su patria; desaprobó todos los actos de las Córtes de 1810, no como parcial del sistema antiguo de la monarquía española, sino abogando por uno mixto y á la inglesa; volvió con violencia por el interes de Inglaterra contra el de España en todas cuantas disputas ocurrieron entre los Gobiernos de la una y otra potencia, desavenidos á veces, aunque siguiesen siendo íntimos aliados; y de los americanos, ya en guerra con la ántes su metrópoli, vino á ser como periódico de oficio. Su aversion á todo lo español llegó á hacerse, en el que se titulaba español, verdadera mania. Siendo sacerdote y canónigo, confesó que habia sido incrédulo y atea, ó poco ménos, y, declarándose convertido al cristianismo, lo fué á la secta protestante, llamada *iglesia anglicana*, mostrándose de la fe católica violento contrario. En várias obras dejó señales de su odio á su patria y religion antiguas. En punto á nuestra literatura negó que hubiese en España poesia, digna de llamarse tal, y aún pasó al desvarío de decir que, por várias razones, ni podia haberla.

Aunque al principio de su nueva carrera fué patrocinado por algunos *whigs* ingleses, abrazó allí el partido *tory*, particularmente tratándose de la emancipacion de los católicos, contra la cual esgrimió su pluma. Habia venido á ser escritor inglés de grande fuerza y crédito, y uno de los ídolos de los fieles de su bando. Pero, en hora para él menguada, cuando un ministerio *tory*, en 1829, al cabo se resolvió á conceder á los católicos los derechos que persistia poco ántes en negarles, BLANCO, sin aprobar el hecho, sostuvo que el ministro *Peel*, principal culpado, merecia disculpa, y abogó por que fuese reelegido para ocupar en la Cámara de los Comunes el puesto que tenia de representante por la universidad de Óxford, que para consultar á sus comitentes habia renunciado. El consejo, aunque juicioso, fué tachado de apostasia, y por lo mismo que BLANCO se habia señalado tanto en su oposicion á los católicos, hubo con él ménos miramiento en quienes furiosamente pertinaces esperaban más de uno de sus principales campeones, en la hora de una prueba terrible. Perdió, pues, su concepto el malaventurado escritor, y las ventajas que conservó en punto á recursos pecuniarios no bastaron á consolarle de tanta pérdida. Todo ello labró é hizo gran mella en su ánimo, de suyo propenso á la desconfianza y á la ira, y del descontento con que miraba á los ántes sus amigos, pasó á sentirse poco satisfecho de la causa que en comun con ellos habia sustentado. Habia sido católico, y despues incrédulo, y era anglicano, lo cual muestra que si, por algun tiempo, no vacilaba en sus opiniones, tampoco sentia repugnancia á poner de nuevo en juicio lo que creia la verdad. Así es que, volviendo atras hacía la incredulidad, de anglicano se convirtió en *unitario*; secta que, renovando los errores de Arrio, si admite ambos Testamentos, Viejo y Nuevo, niega el Misterio de la Trinidad, y no reconoce por Dios á Jesucristo, aunque sí por santo y Mesías. En tanta mudanza procedió como hombre de bien el nuevo apóstata ó converso, pues renunció un beneficio ó prebenda de la iglesia anglicana, cuya renta era lo que tenia para subsistir, y se condenó en su vejez á la pobreza, ó á buscar la vida á costa de esfuerzos penosos. Pobre ya, mudó de residencia, y en la á que se trasladó, fundó una capilla de su recién abrazada secta, pero duró poco en su nueva situacion, sobreviniéndole en breve la muerte. Quien más favoreció su memoria, no pasó de tratarle con cierta compasion, tan ofensiva, cuanto lo es la censura más amarga.

POESÍAS.

ODAS.

I.

A la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora (1).

De célico placer y gozo lleno
 El pecho arrebatado
 Se dilata, y el fuego desusado
 No cabe ya en mi seno.
 Céfiro vuela en torno presuroso
 De mi olvidada lira,
 Y entre sus cuerdas plácido me inspira
 El canto delicioso.
 Naturaleza toda de hermosura
 Nueva se ve adornada,
 Y risueña la tierra está bañada
 De celestial dulzura.
 Más claro el sol se muestra y resplandece
 Con dulces esplendores;
 El prado se matiza en mil colores
 Y mil flores ofrece.
 Corre ya el duro hielo desatado,
 Y pierde su aspereza
 La escarpada montaña; su braveza
 El leon despiadado.
 Pacen en uno el tigre y el cordero,
 Y en la débil cabaña
 Seguro está el ganado, ni la saña
 Teme del lobo fiero.
 Recoge el labrador la apetecida
 Espiga no sembrada;
 Y ya la corva reja abandonada
 Se mira enmohecida.
 Todo es placer, que ya el Omnipotente
 Vuelve el rostro piadoso
 Al mundo desdichado, y amoroso
 Salva á la humana gente.
 Excita nuestro Dios su fuerte brazo,
 Y el instante apresura
 En que el velo mortal á la criatura
 Se unirá en fuerte lazo.
 Forma, del negro sello libertada,
 La poderosa mano,
 Digna Madre que al Hijo soberano
 Dé carne inmaculada.
 Gozoso el mundo en tan felice dia,
 Ya presiente cercano
 A su libertador, y el inhumano
 Yugo que le oprimia,
 Sacude de su cuello lastimado;
 Y el opresor violento
 Cubre el altivo rostro, y macilento
 Huye precipitado.
 Libre es el Universo; y las naciones
 De la tierra, postradas,
 Celebran, de ternura arrebatadas,
 Las disueltas prisiones.
 Rotas mira el tirano de su imperio
 Las pesadas cadenas;
 Y que á sufrir va misero entre penas
 Infame cautiverio.
 Mira de Adán la prole venturosa
 De nuevo ennoblecida,
 Y en gloria de los hombres convertida
 Su astucia cautelosa;
 Brama, y en odio vil y en ira ardiendo,

II.

A Carlos III, restablecedor de las ciencias en España.

(1795.)

Despues que hubo la mano omnipotente
 De entre la escuridad del caos confuso
 Sacado á luz el universo todo,
 Las puertas inmortales
 Del Olimpo se abrieron, y en brillante
 Tropa los altos númenes la ocupan,
 Y la fábrica inmensa
 Confusos miran, y á su autor ensalzan.
 Mas no fué dado á la gloriosa turba
 La gran mole entender que tanto admiran;
 Que el Padre de las cosas sólo quiso
 A Febo luminoso, á quien el mando
 Cedió del universo, hacer patentes
 Sus escondidos senos, y los hados
 Que rigen lo futuro.
 Y así luego que el néctar y ambrosía
 Les dió á gustar en copas refulgentes,
 De su gloria y poder quiso hacer muestra
 El Padre soberano: y de sus obras
 En dulce voz y cítara sonora
 Febo cantó, y atento oyó el Olimpo.
 La eternidad cantó, y el hondo seno
 Del caos sin principio, y cómo el tiempo
 Empezó su carrera; cómo el orbe
 Origen tuvo, y cómo la alma tierra.
 Las estrellas cantó, y el movimiento
 De los cielos, y cómo la luz pura
 Ilustró al mundo en vivos resplandores.
 Dijo la instable luna, y la suave
 Armonía del cielo sonoro.
 Mas cuando el hombre dijo, que por padre
 Del humano linaje
 Formó en la tierra mano poderosa,
 El velo oscuro alzó, que el hado eterno
 Oculta aún á los ojos celestiales,
 Y del tiempo futuro el ancho espacio
 Se miró esclarecido.
 ¡Oh, cuánto dijo de la prole inmensa
 Del hombre, y sus acciones hazañosas!
 ¡Cómo cantó las guerras y los males
 Que inundaron la tierra, los varones
 Sublimes por sus hechos y memoria!
 Y cuando ya de los postreros dias
 Quiso cantar, el elevado acento
 Templando, no trofeos ni despojos
 Sonó su sacra lira;
 Que con más dulce fuego los laureles,
 En sangre no teñidos
 Mostrar quiso á los ojos soberanos,
 Que á mil gloriosas sienes ya destina.
 «Un tiempo vendrá, dice en voz canora,
 En que mis aras profanadas mire,
 Y mi poder fenezca en torpe olvido.
 ¡Oh qué pálida niebla se dilata,
 Cubriendo el mundo con oscuro velo!
 Ya donde de mis luces brilladoras
 Al influjo sagrado
 Se dilató mi imperio, la ignorancia
 Fija su trono, y á su voz se rinden
 Los miseros mortales.
 Manda, y se le obedece: calla muda
 La tierra ante su rostro, y oprimida
 Gime por largo tiempo entre congojas,

(1) Leida en la Academia de Letras Humanas de Sevilla el 13 de Diciembre de 1795. Un año antes (el 8 de Diciembre de 1794) habia leído Blanco en la misma Academia otra oda al propio asunto. Solo tenía á la sazón diez y nueve años. (Nota del Colector.)

¡Hesperia! tú otras veces venturosa
 Mansion de mis alumnos, tú su estrago
 Sientes más infeliz, y cuando brilla
 Benéfica mi luz, y las naciones
 A esclarecer empieza,
 Aun yaces triste entre la oscura sombra.
 » Mas ya el libertador que te destina
 El alto cielo, miro: ya lo veo
 De laureles ceñido
 Tu almo trono ocupar, y abandonando
 De Parténope el suelo, á ti la gloria
 De sus triunfos ceder, y orlar tu frente
 Del esplendor con que adornó la suya.
 Por él de la ignorancia el monstruo horrendo
 De tí se ve arrojado, y anhelante
 Buscar asilo en el profundo Erebo.
 Ya las artes renacen: ya mi fuego
 Arde en sagrados pechos, y sus voces
 Mi nombre ensalzan al eterno Olimpo.
 ¡ Oh! ya la tierra alegre se esclarece,
 Libre del fiero monstruo; y la brillante
 Luz de la celestial sabiduría
 Al mundo ilustra, y en su amor lo inflama.
 » Héroe glorioso, cuyo sacro nombre
 Los hados me descubren, ¡ cuándo, cuándo
 El día llegará que con sus rayos
 Esclareciendo tan heroicos hechos,
 De la tierra esté el cielo envidioso! »
 Calló Febo; y el alto firmamento
 Paró el curso sonoro:
 Y ansioso el tiempo, corre apresurado
 Por ver lo que ha escuchado.

III.

A Apolo pidiéndole restablezca sus altares en Sevilla.

(1796.)

Baja del cielo en carro luminoso,
 Señor de Delo, y con tus luces bellas
 Ilustra los confines de Occidente,
 Y aquí do el muro Bétis generoso
 De Híspalis baña, esparce tus centellas.
 Baja también el arco omnipotente
 Del hombro suspendido,
 Y de tu honor perdido
 Venganza tomarás, y el bando insano
 Disparará tu mano.

Baja, y verás la turba que al sagrado
 Coro desprecia, y de Helicon profana
 La no manchada fuente, y la gloriosa
 Cumbre blasfema con furor osado.
 Verás rota tu lira soberana;
 Verás del Bétis la ribera undosa,
 Do tu gloria pusiste,
 Cuál yace sola y triste,
 Y sólo habita en su recinto hermoso
 Silencio pavoroso.

Tristes despojos de tu antigua gloria
 Allí verás, y miserables señales
 De un impío furor. ¡ Oh! profanados
 Tus altares están, y, en vil escoria
 Sepultadas tus aras, desiguales
 Colinas forman. Ya donde entonados
 Fueron himnos suaves,
 Sólo agoreras aves
 Resuenan, y con áspero lamento
 Ensonordecen el viento.

¡ Y mirarás acaso con semblante
 Sereno tu ignominia? ¡ Qué! ¿ tu nombre
 Dejarás abatido? ¡ Abandonada
 Podrás ver la ribera, que brillante
 Iluminaste un tiempo? ¡ Y do el renombre
 Creció del sacro Pindo, ver pisada
 Sufrirás la sonora
 Citara, en que canora
 La voz de Herrera al cielo tus loores
 Ensalzó, y sus amores?

Embraza, embraza el arco poderoso,
 Y pon en él de las doradas flechas,
 Que la prole de Niobe traspasaron,

Hiere, y verás el bando sedicioso
 Huir precipitado, cual deshechas
 Nubes, que fuertes vientos disiparon;
 Hiere, que la ribera
 Del Bétis placentera
 Se alegre, y al mirar la torpe huida,
 Recobra nueva vida.

Brilla, y verás al punto tus altares
 Con nuevo honor; verás tornarse amenas
 Tus márgenes amadas; la alegría
 En ellas morará; dulces cantares
 Publicarán tu gloria, y sus arenas
 No envidiarán la antigua melodía;
 Que al acento divino
 Verán el cristalino
 Curso parar las aguas, y, enfrenadas,
 Escuchar sosegadas.

IV.

A Licio (1).

Torna del año la estacion amena,
 Y ya el agudo hielo
 Del monte al valle corre desatado:
 Ya con luz más serena
 El sol fecunda el aterido suelo,
 La tierra anuncia el fruto deseado,
 El prado se florece,
 Y de verde esmeralda se enriquece.

Las aguas que sus límites pasando
 Cubrieron la llanura,
 Cuando del Bétis el furor deshecho
 Híspalis vió temblando,
 No amenazan del campo la hermosura;
 Que recogido ya el antiguo lecho,
 La orilla floreciente
 Halaga con su plácida corriente.

¡ Con vigor nuevo, oh Licio, ves la tierra
 Cuál rejuvenecida
 Adorna ahora su rostro lisonjero
 Con cuanto hermoso encierra?
 Aguarda, pues, que Febo le despidá
 En el estivo ardor su rayo fiero,
 Verás cuál desaparece
 El lozano verdor que la embellece.

Así nada hay estable. Los crüeles
 Soplos del noto airado
 Ceden del dulce céfiro al aliento;
 Del Mayo los verjeles
 Quema Agosto de espigas coronado;
 Luégo el otoño alivio da al sediento
 Campo, y muestra su frente
 Con mil opimos frutos reluciente.

Vemos, Licio, del tiempo repetido
 En sucesion constante,
 El año renacer de nuevo al mundo;
 Mas cuando ya cumplido
 De nuestra vida el término, el instante
 Fatal llegáre, entónces en profundo
 Olvido sepultado,
 Del tiempo nuestro nombre será hollado.

¡ Cuán necio es quien pretende su memoria
 De la comun ruína
 Librar en duros mármoles, que acaba
 El tiempo con su historia!
 De la inmortalidad se le destina
 Solo el asiento á quien su nombre graba
 Y sus heroicos hechos
 Con solo amor en los humanos pechos.

V.

A las Musas.

(1796.)

¡ Cuál deidad ó cuál héroe, lira mía,
 Resonará en tus cuerdas? ¡ Qué sagrados
 Himnos, ó cuyos nombres entonados

(1) Lista,

Gloriosa harán tu suave melodía?
 ¿Cuál hecho las riberas
 Del Permeso florido
 Entre el ruido
 De su corriente
 Escucharán, bañando las praderas
 Más dulce y blandamente?

A tí solo, glorioso, eterno coro,
 A quien del Pindo la mansion sagrada
 El cielo dió, mi voz por tí inspirada
 Cantará, y de tus dones el tesoro.
 Tus glorias, si el aliento
 Soberano me enciende,
 Por cuanto extiende
 Sus resplandores,
 Delio, se escucharán, y el ancho viento
 Llevará tus loores.

Por vos, oh claras ninfas de Helicon,
 Por vos su pecho arrebatado mira
 El dichoso mortal á quien la lira
 Distéis, y en ella celestial corona.
 Por vos naturaleza
 No le esconde su seno;
 Mas ya sereno
 Su rostro puro
 Pródiga muestra, y su inmortal belleza
 No oculta en velo oscuro.

Mira entónces la faz resplandeciente
 De la madre comun enardecido,
 Y con sonora voz canta atrevido,
 El seno oculto á la profana gente.
 Canta como la aurora
 Con sonrosada mano;
 Al soberano
 Febo el camino
 Prepara, y con la bella luz colora
 Del semblante divino.

Cuál bordando las nubes de rubíes,
 Y el cielo dulcemente humedeciendo,
 El campo dilatado va cubriendo
 Con encarnadas rosas y alelíes;
 Cuál, si bramó alterado
 El austro ó noto fiero,
 En placentero
 Aliento leve
 Ante su hermoso rostro ya mudado,
 Las tiernas flores mueve.

Canta cuál la carrera en su seguida
 Emprende Febo, cómo la ancha esfera
 De sus rayos bañada, reverbera
 La eterna luz que al mundo le da vida;
 Cómo, precipitado
 Ante el carro lumbroso,
 Con paso odioso
 El tiempo anhela,
 Y de fugaces horas rodeado
 Con prestas alas vuela.

Canta cómo al Océano sonoro
 Llegando, de su luz en la onda fría
 Despoja el carro que ilumina el día,
 Y tiembla en ella el eje ardiente de oro;
 Canta la noche oscura
 Siguiendo sus pisadas,
 Y las calladas
 Horas, que al mundo
 Descanso dan de la fatiga dura,
 En silencio profundo.

¡Ah, sí! pródigo el cielo en tí derrama,
 Sagrado coro, en abundante vena
 Sus dones, y de honor se mira llenar
 La tierra por tu aliento é ilustre llama.
 Salve, pues, y amoroso
 Tu fuego da á mi pecho;
 Que en él deshecho
 Diré tu gloria:

Del tiempo haré mi nombre victorioso,
 Y eterna mi memoria.

VI.

De Albino á Fileno, en la muerte de Norferio (1).

(1797.)

Lloras, Fileno, y baña el llanto ardiente
 Tu rostro al despuntar la nueva aurora,
 Y lloras cuando Febo ya colora
 Las nubes de occidente.
 Tu rostro do moraba la alegría,
 Pálido ahora se mira y macilento,
 Y de llorar tus ojos sin aliento
 Huyen la luz del día.
 ¿Y quién, Fileno, de tu amarga pena
 Libre mira su pecho? ¿Quién no gime?
 ¿Quién, cuando así la Parca el hierro esgrime,
 Lo ve con faz serena?
 ¿Quién de Norferio en la infelice suerte
 No llorará el rigor del fiero hado,
 Y de Hesperia el honor arrebatado
 Por la envidiosa muerte?
 Gime la patria, gime el almo coro,
 El mismo Apolo gime, y su gemido
 Repite el sacro Pindo, que movido
 Se ablanda al triste lloro.
 ¿Mas piensas tú, bañado en llanto eterno,
 El paso detener al alma cara,
 O conmovér á la deidad avara
 Con tu lamento tierno?
 ¿Quién al hombre podrá romper el velo
 Que su vista perturba y oscurece!
 Se ve mortal, y más su orgullo crece,
 Y clama contra el cielo.
 El mundo de ruínas ve cubierto;
 Laureles, armas, cetos destruidos
 Entre escombros ¡ay! yacen olvidados
 En áspero desierto.
 ¿Por qué, si todo acaba, el orgulloso
 Mortal pretende, en llanto consumido,
 El decreto en sí solo ver rompido
 Del cielo riguroso?

VII.

El triunfo de la beneficencia (2).

¡Crimen, horror, desolacion!..... ¡es cierto
 Que hay en la tierra sosegado asilo
 Contra vuestro furor? ¡Seguro puerto
 Encontrará el mortal desventurado,
 Donde el sangriento filo
 Huya de la maldad, enarbolado
 Sobre el cuello inocente?
 ¿Habrá dónde esquivar su rayo ardiente?
 De obscura sombra la anchurosa tierra
 Cubierta ven mis ojos. La perfidia,
 El odio, y cuantos monstruos dentro encierra
 El cavernoso pecho carcomido
 De la pálida envidia,
 Vagan en escuadron enfurecido,
 Y esgrimen sus aceros:
 ¡Ah! ¿no escucháis los ayes lastimeros?
 No sueño, no; mirad, á la vislumbre
 Que esparce el hacha, del furor sangriento

(1) Albino, Blanco; Fileno, Reinoso; Norferio, Forner.
 (2) Esta oda fué leída el 23 de Noviembre de 1803 en junta pública de la Sociedad Económica de Sevilla.
 Quintana admiraba esta composicion. Escribió acerca de ella en el *Memorial Literario* (Marzo de 1806) las siguientes palabras:
 «Su autor ha dado en esta oda una muestra señalada de su talento para la poesia lírica, sacando tan hermoso partido de un asunto tan trillado y apurado ya por otros..... La invencion poética; la disposicion sencilla; la nobleza y dignidad de los pensamientos; las galas de imaginacion con que están vestidos; el carácter de melancolía y ternura que se siente en toda ella; la elegancia, finidez y dulzura del estilo; la belleza de la versificación tan varia y tan fácil, á pesar de la regularidad á que ha querido sujetarse el poeta; todo, en mi sentir, la hace todavía más digna del gran teatro del público, que de la solemnidad donde fué recitada.» (*Nota del Colector.*)

El estrago fatal. La pesadumbre
 Ved de los hierros que con presta mano
 Cierra el terror violento,
 Ministro fiel del escuadron tirano.
 La turba aprisionada
 Sólo espera ya el golpe de la espada.
 Mirad : ved la discordia. Desparecida
 Al viento la encrespada cabellera
 Se agita entre las sombras : su homicida
 Diestra reparte á la pasmada gente
 Aceros con que hiera
 El pecho fraternal del inocente
 Mortal , que no pensara
 A las manos morir que ántes amara
 ; Oh , cuál sacude de mortal veneno
 La antorcha emponzoñada ! ; Las centellas
 Cuál ¡ ay ! prenden ! ; Cuál arde el mundo lleno
 De un trápico furor ! El monstruo horrible
 Que sembró las querellas
 Se para , y llama á su escuadron terrible
 Para que en los despojos
 Venga á cebar los encendidos ojos.
 Juntos los monstruos que abortó el Averno,
 Con amarga sonrisa están mirando
 El destrozo crüel y el odio eterno,
 Fruto de la discordia rencorosa ,
 La tierra dominando :
 « Cese ya nuestra fuerza poderosa ,
 Dicen , que los humanos
 Se causarán la muerte por sus manos. »
 ; Voz de desolacion y de horror llena ,
 En mal de los mortales proferida !
 ; Voz que á la tierra á destruccion condena ,
 Del hombre ciego por fatal encanto
 ; Ay ! siempre obebecida.
 ; Qué mano enjugará su amargo llanto ?
 ; O cuál piadoso oido
 Habrá que escuche su mortal gemido ?
 ; Ah ! ; quién lo ha de escuchar ? ; El que se atreve
 A ensangrentar el homicida acero
 En el incauto pecho , ó el que aleve
 Halaga , ántes de herir , al infelice
 Con labio lisonjero ?
 ; Dónde está el corazon que no maldice ,
 En lágrimas deshecho ,
 Alguna ingratitud de humano pecho ?
 ; Dónde el labio inocente no manchado
 De horrible maldicion contra la dura
 Mano del hombre ? ; Sér desventurado ,
 Nacido para el mal tuyo y ajeno !
 De pena y amargura
 Por tí se mira el universo lleno ,
 Y ; Pero qué armonia
 Suspende de improviso el alma mia ?
 ; Qué hermosa luz del cielo desatada
 Baja á mi corazon ? ; Dó están ? ; Dó fueron ?
 ; Los monstruos ah ! Los vi , Precipitada
 La inmundia hueste huyó : cual presto rayo
 De aquí desaparecieron.
 ; Qué vigor celestial , de su desmayo
 Recobrando á la tierra ,
 De su alma faz la palidez destierra ?
 ; Oh ! ; qué es de mí ? ; Qué soberano acento
 En mi labio nació ? Canto sublime
 Dentro del pecho borbotando siento.
 ; Quién eres , oh deidad , que en mí lo enciendes ?
 ; Dó estás ? tu nombre dime.
 Te miro , númen santo ; ya descendes
 De la cumbre del cielo ,
 Hendiendo con tu luz su puro velo.
 Desciendes ¡ ah ! ; Cuál templo venturoso
 Recibirá sus plantas inmortales ?
 Mas ¡ oh placer ! Su giro luminoso
 Dirige á este lugar. Ya el rostro miro
 Con luces celestiales
 Resplandecer : los ámbares respiro
 Que esparce por el viento
 De la celeste diosa el puro aliento.
 Amor , tranquilo amor su rostro espira ,
 Y calma deliciosa , cual derrama
 El aura matinal cuando suspira ,
 D. spertando entre nubes la alba aurora ,

De sus ojos la llama
 Envidia es de la estrella precursora
 Del día , y al oriente
 Empañan los reflejos de su frente.
 Cual la luna en el cándido celaje
 Tempa y aumenta á un tiempo su belleza ,
 Tal , bajo el sutilísimo ropaje ,
 Cela y descubre la gallarda diosa
 Su oculta gentileza :
 Empero muestra cual virgínea rosa
 El pecho torneado
 De celestial candor sólo velado.
 De sueltos genios un hermoso bando
 En torno de ella siembra los colores
 Del iris con sus alas. Revolando
 Otros mil juguetean á su planta
 Con festones de flores.
 Mas un coro gentil sus glorias canta :
 ; Ois ? *Beneficencia* ,
 Eco dice , imitando su cadencia.
 Salve , dicen , amable hija del cielo ,
 Del misero mortal consoladora.
 A su clamor descende en presto vuelo.
 Más dulce que la lluvia al mustio prado ,
 Tu vista encantadora
 Será al hombre , que , en lágrimas bañado ,
 Sin esperanza gime
 De hallar quien de sus males se lastime.
 Oiste su clamor , y condolida
 Del empero dejaste la alta cumbre.
 Ven , ¡ oh hermosa ! cual niebla ennegrecida
 Huye ante el rayo del brillante Febo ,
 Así al mirar tu lumbrere
 El mal , bramando , se lanzó al Erebo.
 ; Ah ! ; quién dirá tu gloria
 Si nace de tus ojos la victoria ?
 ; O quién dirá el riquísimo tesoro
 Que por tu mano el ciclo al hombre envia ?
 Aun no giraba el sol sobre eje de oro ,
 Ni de su ardiente rostro derramaba
 La hermosa luz del día ,
 Y ya al mortal tu amor le preparaba
 De su autor en el seno ,
 De riqueza y placer un mundo lleno.
 En el seno inmortal donde naciste
 Hija de su bondad , cuando la inmensa
 Mente le vino estrecha. Tu rompiste
 Los lazos de la nada , y de otros seres
 La muchedumbre densa
 Por tí nació á la luz y los placeres.
 En el Sér soberano
 La fuente de la vida abrió tu mano.
 La abrió , y brotó cual rápido torrente
 El mar de fuego que inundó el umbrío
 Seno del caos ; su esplendor fulgente
 De soles lanza el escuadron glorioso
 Al espacio vacío.
 Allí Febo bañó su rostro hermoso
 Con rayos animados ,
 De virtudes prolíficas preñados.
 ; Quién si no tú , Beneficencia amable ,
 Fecundó de la tierra el seno ruco ?
 ; Quién si no tú del piélago insondable ,
 De montes en fortísima cadena ,
 La furia enfrenar pudo ?
 ; Quién si no tú vistió la faz amena
 Del prado con verdura ,
 Y dió á la opaca selva su espesura ?
 Del hombre eternamente enamorado ,
 Tú fuiste quien de pompa y de riqueza
 Cubrió su felicísima morada.
 Por tí , en alas del céfiro mecida ,
 Hija de tu terneza ,
 Bajó la primavera. A su venida
 Brotó el campo las flores ,
 Y ardieron en los pechos los amores.
 Mas cuándo como raudo torbellino
 Desatados los males devastaron
 Al mundo , y el dolor en el mezuquino
 Corazon del mortal semilla impia
 De los llantos sembraron ;
 ; Quién al misero entonces tenderia

La mano bienhechora?
 ¿Quién si no tú, deidad consoladora?
 Tú, convirtiendo en bálsamo el veneno,
 Hiciste que el remedio allí naciera
 Donde nació el dolor. Llanto sereno
 Más delicioso al corazón hallaste
 Que risa placentera.
 Impío dolor, los males que causaste
 Perdieron su amargura
 Cuando el llanto nació de la ternura.
 Llanto de compasión, aljófár leve,
 Más fecundo de bienes que el rocío
 Que el alba por el Mayo al prado llueve;
 Parezca el corazón que no ha probado
 Tu dulce poderío;
 Y al que sin tí ver pudo á un desdichado,
 Le haga probar el cielo
 De llorar solo el triste desconsuelo.
 Mortales que seguís la fugitiva
 Imágen del placer, que, vana sombra,
 Es mientras más buscada más esquivo,
 Atras volved. Las matizadas flores
 Con que el camino alfombra,
 Abrojos son que causan mil dolores.
 ¡Ay de mí, qué gemidos
 Os guardan sus halagos fementidos!
 De la benigna diosa el templo santo
 Mas sabrosos placeres os prepara.
 Venid, y compasivos vuestro llanto
 Al llanto del dolor y la indigencia
 Mezclad sobre su ara.
 De allí elevado, cual sutil esencia
 Formando hermosa nube,
 Veréis que al trono del Eterno sube.
 Sube, y llegando ante el lumbroso asiento
 Do rige de los orbes el destino,
 Su vista atrae en sesgo movimiento
 Hacia los hombres; y el amor se enciende
 En su rostro divino.
 A la mirada que sobre ellos tiende,
 Se unen con dulce lazo
 De la Beneficencia en el regazo.

VIII.

A la instalacion de la Junta central de España.

No más, no más, oh patria, enmudecido
 Te podré contemplar; naces gloriosa
 A mi amor otra vez y á mi esperanza,
 Y el canto de victoria te es debido.
 ¡Días de horror! La nube tenebrosa
 De muerte y destruccion que te cercaba
 Atónito miraba,
 Y postrada al dolor el alma mía,
 Y un yerto horror corriendo por mis venas,
 Más quise no gozar la luz del día
 Que verte moribunda entre cadenas.
 Sí: yo las vi en tus manos
 Cuando en tu seno maternal cayeron
 Tus caros hijos, por la vez primera
 Heridos del puñal de esos tiranos.
 ¡Oh amada patria! Si la sangre fuera
 Único alivio á tus acerbos males,
 Tuya es también la sangre de este pecho;
 En noble ardor deshecho
 Al ver volar tus hijos denodados
 A salvarte ó morir, gemí, y la suerte
 Envié de tus inclitos soldados.
 Mas no sólo el acero
 Y el cañon destructor te amenazaba,
 Que á no tener más armas ese fiero,
 Nunca temiera ¡oh patria! verte esclava.
 ¡Ah! no cesó tu riesgo en la victoria,
 Vengada sí quedaste, no segura:
 Ya de la orilla impura
 Del Sena, en sangre libre mancillado,
 Con ominoso vuelo
 La discordia infernal partido había,
 Y se agitaba por tu hermoso suelo.
 Ya, ya devora con sangrientos ojos
 Víctimas mil y mil: ya las centellas

De funesta ambicion deja sembradas,
 Y pábulo les prestan los enojos.
 El tirano de Europa las pisadas
 De su númen genial atento mira,
 Y en silencio traidor la llama espera
 Del vengador volcan por que suspira:
 «Sirva tu mismo ardor, oh nacion fiera,
 Clama, á ponerte el yugo
 Que al mundo todo destinar me plugo.»
 «¿Qué! ¿Aun restan hombres? ¿La servil cadena
 Desdeña ese rincon del continente,
 Cuando mi nombre y mi temor lo llena?
 Por límites fijé los anchos mares
 A mi futuro imperio,
 Y sólo esos feroces insulares,
 A quien defienden las hinchadas olas,
 Pudieran escapar al cautiverio.
 ¡Mas qué insulto! ¿Las armas españolas
 Impenetrable muro
 Serán á mi ambicion? Parezca España,
 Parezca, si: lo juro,
 Sus mismas manos vengarán mi saña.»
 «¿Quién de esos atrevidos campeones
 Moderará el ardor? La sed de mando
 Dividirá bien pronto los pendones
 Que el vano nombre unió de su Fernando;
 En tanto que en prisiones
 Melancólica sombra va acabando,
 Mantenga la traicion mi antigua gloria;
 Venga yo, que el oprobrio es del vencido,
 El vencedor es dueño de la historia.»
 Mas ¡ah! tronando el cielo
 La blasfemia escuchó, y al punto alzado
 En medio de los campos de Castilla,
 No, exclamó el númen del ibero suelo;
 No, resuenan los plácidos verjeles
 Que el sacro Tajo baña,
 No, dicen de su orilla los laureles,
 Y allá en eco lejano,
 No, repiten los montes de la España,
 No, responde bramando el Oceano.
 No es vencedor el vil, ni las traiciones
 Tienen poder contra los nobles pechos;
 Nuestros heroicos hechos
 Pasmada escuchará la edad futura,
 Y tú el ódio serás de las naciones;
 Mira cuál se apresura
 El valiente español, y estrecha el lazo,
 El lazo fraternal que te estre-mece;
 Mira cuál de la patria en el regazo
 Su altivo amor de independencia crece.
 La patria es su deidad, hé aquí su templo:
 Al punto abriendo las ferradas puertas
 De las régias mansiones
 Que la negra traicion dejó desiertas,
 La dulce voz de patria,
 Resuenan los dorados artesones
 No acostumbrados á tan alto acento.
 «Pueblos de Iberia, ved aquí el momento,
 Prosigue el númen sacro, en que sellada
 Va á ser la independencia generosa
 Que está con vuestra sangre ya comprada.
 »Pueblos, jurad (alzada está allí el ara)
 Que execración al universo sea
 Del oro ó del poder el alma avara;
 Y el que encendiese la funesta tea
 De la discordia en tan gloriosos días,
 No encuentre asilo en el paterno suelo;
 Con pasos temerosos,
 Y en eterno desvelo,
 Esquive, agonizando, sus hogares,
 Y al querer reposar entre sus lares,
 De la justicia santa
 Sienta siempre el cuchillo en su garganta.»
 Dijo el númen, y un grito de alegría
 Confirmó el juramento sacrosanto,
 Y del suelo español, llena de espanto,
 Para siempre voló la tiranía.
 Los vientos entre tanto
 Por la faz de la Europa conmovida,
 Susurran libertad, y las naciones,
 Alzando al cielo la temible frente,

Y respirando enconó,
Hacen temblar al déspota en su trono.

IX.

Los placeres del entusiasmo.

¿Quién el suave aliento de las musas,
El delicioso aliento que otras veces
De celestial ardor llenó mi pecho,
Vuelve á excitar en él? ¡Ah! ¿Quién despierta
Del sueño en que yacía
La casi ya olvidada lira mía?

Aliento soberano, dulce fuego,
Que animaste mis años juveniles,
Volaste como sombra fugitiva,
Y contigo el placer. El universo,
Cubierto de tristeza,
Perdió para mis ojos su belleza.

Mis ojos que vagaban inocentes
Ansiosos de admirar, y que encontraban
En cada objeto nuevo nuevo encanto,
Tímidos ya no saben do fijarse:
Que en la misma hermosura
Encubierta recelan la amargura.

Dulce ilusión, que al alma enajenada
Con tu mágico hechizo, de los males
Haces perder la sensación funesta;
El que, á la odiosa luz del desengaño,
Llega á verte en huida,
¡Ay! para siempre llórete perdida.

Yo te perdí; mas no faltó en mi pecho
Tu memoria jamás. ¡Ah! no envidioso
De tu favor, en almas más felices
Te vi nacer; el gérmen de tus bienes
Les di en la poesía,
Y en su placer me gozaré algún día.

¡Jóvenes venturosos! ¡Qué tesoro
En ella se os prepara! ¡Cuál os miro
Gozar enardecidos sus caricias
Y cantarlas en ecos armoniosos!
Cantad, que á vuestro acento
Mi antiguo fuego renovarse siento.

Así el cansado anciano, al ver alzada
El ara del amor para sus hijos
Bajo el árbol paterno, que la suya
Cubrió también, recuerda sus amores;
Nuevo aliento recibe,
Y en el placer ajeno otra vez vive.

Cantad: puro entusiasmo soberano
Ofrece desplegado á vuestra vista
De la naturaleza el cuadro inmenso.
A la luz encantada de su antorcha
La niebla desaparece,
Que á mis cansados ojos la oscurece.
¡Ah! ¿la veis? ¡Cuán hermosa! la belleza
Se ofrece ya á mi vista en trono augusto
Dominando los orbes. De su rostro
Nace la luz que al universo anima;
Sus ojos celestiales
Anuncian gozo y vida á los mortales.

Mas ¡qué grupo de nubes encendidas
Se ven en torno de ella? Mil deidades
Tienen allí su asiento. Almas felices
A quien Apolo inspira el sacro fuego,
Vosotras las miráis,
Y ¡oh! decid las delicias que gozáis.

Allí miráis la matinal aurora
En un lecho de rosas, matizado
Con las lucientes perlas del rocío,
Cándida sonreír. A su sonrisa
La noche coge el velo,
Y con ella sonríe todo el cielo.

Detras veis al luciente rey del día
Mandar con riendas de oro los caballos
Que tiran su carroza. Las estrellas
Ceden á su carrera el firmamento,
Y las fugaces horas
Siguen solas las ruedas voladoras.

En pos corren del carro luminoso
Las deidades, que en curso invariable
Mudan de faz al mundo, El yerto invierno

Sigue, la escarcha y lluvia destilando
De su alba cabellera,
Y abre el paso á la hermosa primavera.

La hermosa primavera conducida
Entre mil cefirillos, que voltean
En torno de su boca embalsamada,
Para bañar las alas en su aroma.
Al verla deja el sueño
El campo, y viste su verdor risueño.

Y luego viene el abrasado estío,
De doradas espigas coronado,
Derramando riquezas. El otoño
Su ardor calma en seguida. En su semblante,
Del año la esperanza
Conduce, y se renueva la labranza.

Mas ¿no veis allá un bosque delicioso
Poblado de hermosuras? En los prados,
Que sus erguidos árboles entoldan,
¡Oh, cuántas ninfas, cuántas diosas miro
En tropas agrupadas,
De un enjambre de amores rodeadas!

Unas buscan los riscos, y en sus quiebras,
Cubiertas de festones ondeantes
Entrelazados de hojas y de flores,
Se ocultan. De las urnas que sostienen
Salta el limpio arroyuelo,
Y gira aljofarando el verde suelo

Otras aman los bosques, y á sus troncos
Ligan la amable vida. Otras los valles
Escogen por morada, y cuando Flora
En Abril aparece, de sus manos
Cogen las flores bellas,
Y siguen, esparciéndolas, sus huellas.

¿Y quién es? ¡Ah! ¿Quién es aquella hermosa
Deidad que allí aparece, oscureciendo
Con su amable esplendor la luz de día?
Decid: ¿no veis? El orbe todo en calma
Parece que la mira,
Y enardecido en muda voz suspira.

Las fragorosas alas coge el viento,
Y amoroso se esconde entre las hojas
Del enramado bosque. Embebecido
Calla tranquilo el mar, y en sus orillas
Mira con faz serena
Jugar las blandas olas con la arena.

Mas ¡qué dudar? ¡Quién, reina de Cíteres,
Podrá desconocerte? En tu regazo
Conduces al amor. Vates dichosos,
Amados de las musas, vuestra gloria
No debisteis á Apolo;
Vuestro Dios tutelar es amor solo.

¡Oh, bajo cuántas formas se os presenta!
¡Cuán variadas voces á la lira
Sabe prestar! Tú, tierno Anacreonte,
Niño lo miras, burlador gracioso,
Traidor en sus caricias,
Y tus versos respiran sus delicias.

Ya lleno de candor entre pastores
Lo ves vagar sin las amargas flechas,
Encantador Virgilio, á quien las gracias
En la cuna besaron. El tus labios
Escogió para nido,
Y en ellos se reposa adormecido.

Mas cuando de sus ojos centellantes
Espira el vivo fuego, que las almas
Enciende de los hombres y los dioses,
¡Cuán dulce suena la armoniosa lira
En manos del poeta,
Cantando el dulce ardor de su saeta!
¿Mas es él? ¿Es amor? ¿Quién su sonrisa
Mudó en ceño feroz? ¿Quién el acero
Puso en su tierna mano? De su antorcha
El dulce ardor en abrasada hoguera
Mirad cual se convierte,
Amenazando destrucción y muerte.

Decid, decid su estrago y sus furiosos,
Hijos de Melpomene. Almas sublimes,
Hablad y destrozad el pecho mío
De horror y compasión. ¡Cuánta dulzura
¡Oh! qué placer y encanto
Sabeis unir con el dolor y el llanto!

Tened, tened, crueles. ¡Por qué el pecho

De una joven amante atravesado
Veré con el puñal del que la adora?
No la veré morir; la vista huyo,
Tiemblo, gimo y suspiro,
Y la horrorosa escena otra vez miro.
¡Oh ilusión poderosa! ¡Oh magia! ¡Oh fuego
Celestial de las musas, que embellece
Hasta el mismo dolor! No, no abandones
De la verdad severa al duro imperio
El alma afortunada
Que se mira en tu error embelesada.
¡Error feliz! ¡ah! sólo con la vida
Debieras acabar! ¡Qué ven los ojos
Desnudos de tu venda? La morada
Del dolor es la tierra; aquí su trono
Tiene fijo, y en vano
Se quiere huir de su certera mano.
Si es que el que vió la luz, en triste lloro
Ha de acabar la mísera carrera
De la penosa vida, y de los males
Ha de apurar la copa emponzoñada,
¡Dichoso si su daño
Dormido espera en tan amable engaño!

X.

La voluntariedad y el deseo resignado.

¡Qué rápido torrente,
Qué proceloso mar de agitaciones
Pasa de gente en gente
Dentro de los humanos corazones!
¡Quién que verlo pudiera
Furioso, desfrenado, ilimitable,
En el mundo creyera
Que hubiese nada fijo, nada estable!
Mas se enfurece en vano
Contra la roca inmóvil del destino,
Que con certera mano
Supo contraponerle el Sér divino.
¡Sús! ¡reyes de la tierra,
El oro omnipotente y el acero
Acumulad, que encierra
En su oculto tesoro el orbe entero.
Llamad de sus hogares
Cuanto cultivan el fecundo suelo,
Y mueran á millares,
O suplicando ó maldiciendo al cielo.
Truene el estrepitoso
Cañon por tierra y mar; alce el trofeo
Su ceño sanguinoso
Desde el indó Himalaya al Pirineo.
Silbando cual serpientes
Engendradas del mar, vuelen las naves,
Que, de hálitos ardientes
Animadas, superan á las aves (1).
No las arredre el viento,
Ni del mar las corrientes escondidas,
Y á este nuevo elemento
Cuanto fuerzas se opongan sean rendidas.
Parezca que entredicho
Ha puesto á la verdad la fuerza ciega,
Y que contra el capricho
Toda la raza humana en vano briega.
Bien pronto la tormenta
Que suscitó el querer de un hombre vano,
Creciendo, lo amedrenta
Y paraliza su atrevida mano.
No así el que sometido
A la suprema voluntad, procura
El bien apetecido
Sin enojado ardor y sin presura.
¡Deseo silencioso,
Fuera del corazón nunca expresado!
Tú eres más poderoso
Que el que aparece de violencia armado.
Cual incienso suave
Tú subes invisible al sacro trono,
Sin que tus alas grave
La necia terquedad ni el ciego encono.

Del escondido ruego
Por el querer divino limitado,
No perturba el sosiego
Ni temor del azar ni horror del hado.
Liverpool, 28 de Enero de 1840.

ÉGLOGAS.

I.

CORILA.

(1796.)

Tiende la aurora el sonrosado manto
Ya sobre el mundo, y con su luz divina
El aire, que recibe el tierno llanto
En sus ligeras alas, se ilumina.
Y la noche, que inclina
El negro carro en paso perezoso,
El opuesto hemisferio oscureciendo,
El astro luminoso
Huye, que va la tierra esclareciendo.
Gozoso el prado al ver el nuevo día,
Ostenta sus riquezas, y en las flores
Plácida se perfuma el aura fría,
Que en los campos derrama sus olores.
De nuevo á los amores
Vuelven las avocillas bulliciosas;
Resuena con el canto la enramada,
Y en tropas vagarosas
Cantan al claro día la alborada.
Deja en tanto el albergue afortunado,
Su manadilla pobre conduciendo
Corila hácia un ameno y fértil prado,
Todo el mundo de amores encendiendo;
Y mientras que paciendo
Van sus mansas ovejas la abundante
Hierba con que la tierra las convida,
Así del pecho amante
Cantó por aliviar la cruda herida.
«¡Ay! ¡de qué sirve amar, si el amor llena
De quebranto y dolor á una cuitada?
¡Mísera pastorcilla, á la cadena
De este críel tan duramente atada!
¡Ay de mí desdichada!
¡Quién me quitó el sosiego delicioso,
Que anidaba en mi pecho, y en lamento
Mudó el dulce reposo?
Nunca esperé de amar un tal tormento.
»Y no es arder la pena que me obliga
A quejarme de amor; que cuando inflama
De amor el tierno aliento, su fatiga
Es el más grato premio del que ama.
¡Ah! yo sentí esta llama
¡Triste de mí! en un tiempo, y en mi seno
Un palpar dulcísimo sentía,
Que todo el pecho lleno
Me dejaba de súbita alegría.
»No gozo ya, infeliz, de la dulzura
Y celestial placer, que enajenaba
Mi corazón sencillo; sólo dura
Un amargo recuerdo que me acaba.
¡Oh! cuando yo esperaba
Estar siempre á tu vista, Silvio amado,
Envidioso al mirar nuestros amores,
Te ausenta el fiero hado.
¡Cuándo merecí yo tales rigores?
»Si este es el premio, amor, que le preparas
A quien te sirve fiel, y á quien rendido
Siempre ofreció sus dones en tus aras,
¿Cómo te vengarás siendo ofendido?
Mas ¡ay! que tú has querido
Burlar de mi inocencia, y tus dulzuras
Mostrándome críel, con fiero engaño
Trocaste en amarguras,
Y ahora te deleitas en mi daño.
»Y si es que en ver penar tu placer tienes,
Y tu deleite encuentras en mis males,

(1) Los barcos de vapor.

Vuélveme al que apartado me detienes,
Y se harán mis heridas más fatales.
¡Ay! mil ansias mortales
Dame que sufra, amor, ante sus ojos;
Ante su rostro aviva en mí tu fuego,
Y venga tus enojos :
Dame que mire á Silio, y muera luego. »
Lloró Corila; y Febo que el oriente
Con su rayo ilustraba y encendía,
Derramando su lumbré refulgente
Del monte opuesto por la cumbre fría,
El llanto que corría
Dulcemente del rostro á la pastora
Amoroso miró : y, enardecido,
Nueva luz atesora
Y esparce por los campos ya extendido.

II.

EL MESÍAS.

Cantad, oh vos, de la sagrada Elía,
Virgenes venturosas, dulces himnos,
En tanto que las selvas y los prados
Escuchan de mi voz enardecida
Los ecos, que jamas en prado ó selva
Tan altos fueron de pastor cantados.

Tú, soberano Espíritu, que hiciste
Anunciar otro tiempo al sacro vate
Su bien al mundo, tú me inspira ahora ;
Y su sagrado canto repetido
Por mí será á los cándidos pastores.

Vendrá un tiempo, exclamaba arrebatado,

¡Tiempo feliz! en que una virgen pura
Conciba, y á luz dé un amable infante.

El tronco de Jesé florece ufano;

Brota una flor el vástago frondoso,

Que de celeste espíritu agitada

El ancho cielo llena de su aroma.

Cielos, haced bajar vuestro rocío,

Que la naturaleza prosternada

Le aguarda ya en silencio respetoso.

La tierra, sí, de crímenes purgada

Será, y la antigua fraude confundida ;

La incorrupta justicia al universo

Se mostrará, del cielo descendiendo ;

Con su nevado manto la inocencia

La tierra cubrirá, y de verde oliva

La paz le tejerá bella corona.

Corre veloz ¡oh tiempo! y de este día

Al mundo brille la celeste lumbré.

Vén, oh divino infante, te prepara

Naturaleza mil sencillos dones ;

Derrama los perfumes que respira

La alegre primavera, y por los prados

Brilla más que esmeralda su verdura.

El humilde Saron al cielo envía

Nubes de puro incienso, y del Carmelo

La cumbre florecida resplandece.

Vén, que ya te dispone blando lecho,

Y brotan en tu cuna tiernas flores.

Mas ¡qué voces, qué voces el desierto

Llenan de gozo? Preparad, mortales,

Los caminos; un Dios, un Dios se acerca.

Del monte el eco un Dios, un Dios, repite.

La gloria del Eterno á tí descende :

Recibe alegre, oh tierra, el dón precioso.

Montañas allanaos, alzad, oh valles,

Humillad, cedros, la cerviz frondosa :

El Salvador se acerca. El alto cielo

No turbarán ya más de los mortales

Los gemidos dolientes y suspiros.

La muerte yace atada en duros lazos,

Y pálido el tirano del abismo

Gime entre las ruínas de su imperio.

Como un pastor al abundoso valle

Conduce su ganado, y entre tanto

Que paze la menuda hierbezuela

Numera cuidadoso sus corderos,

Y si tal vez de la manada incauto

Se apartó alguno errante, por la selva

Lo busca fatigado, y en sus hombros
Lo vuelve alegre al conocido aprisco ;
Tal vez, de fresco ramo convidados,
Los corderillos tiernos se le acercan,
Y pacen en su mano sin recelo :
Así el pastor de pueblos, amoroso,
Cuidará su rebaño, y los humanos
Disfrutarán seguros su ternura.
Ya las guerras cesaron : las agudas
Espadas ya no más en vuestros campos
Brillarán, ni la trompa en los guerreros
Encenderá furoros homicidas.

El labrador solícito convierte
La feroz lanza en podadera humilde,
Y el hierro de la espada en el arado
Hiende la tierra en extendido sulco.

Tiempo dichoso, en que á la fresca sombra

Del álamo sentado el pastor mire,

Entre placer y asombro conmovido,

Cubrirse el yermo prado de azucenas,

Y convidado del murmullo grato

De las sonoras fuentes, sus cristales

Mire brotar del árido desierto.

El tímido cordero con el lobo

Triscará por los montes y los valles ;

El tigre, de su furia ya olvidado,

Será entre algres tropas de garzones

Con lazadas de flores conducido.

El toro y el león en un establo

Pacerán sin rencilla el mismo heno.

Y el pequeñuelo infante, acariciando

La víbora y la sierpe, sus colores

Celebrará con inocente risa.

Jerusalén, Jerusalén divina,

Levanta la cabeza coronada

De esplendor celestial. Mira cubierto

Tu suelo en derredor, y de tus hijos

Admira la gloriosa muchedumbre.

Mira cuál de los últimos confines

A tí vienen los pueblos prosternados,

De tu serena lumbré conducidos.

El incienso quemado en tus altares

Sube en ondosas nubes. Por tí sola

Llora el arbusto en la floresta umbría

Sus perfumes; por tí el Ofir luciente

Esconde el oro en sus entrañas ricas.

Goza, oh Sion, la apetecida gloria.

Vé que ya el cielo rasga el bello manto,

Y en soberana luz, mas que el sol pura,

Te inunda ; luz brillante, que la noche

Nunca osará turbar con sus tinieblas.

Á DON JUAN PABLO FORNER.

EPÍSTOLA.

(1796.)

Sufrid, señor, que en tanto que se afana

Confusa en torno la molesta tropa

Que á tu favor aspira con porfía,

Breves instantes de mi débil musa

A tí llegue el acento, y en su gozo

Del sacro coro el gozo tierno mires.

¡ Dichosos días en que al fin del premio

Llega á gozar la ciencia, y colocada

En alto puesto luce y brilla al mundo !

No sólo ya de estériles doctrinas

Fruto tendrá el ingenio, que sus dogmas

Furioso sigue y con tesón defiende ;

Ni de sabio el renombre reservado

Será al que enfurecido en la palestra,

De las musas odiada, en voces roncás

Busque de la verdad la sombra vana.

¡ Infusta ciencia, que del vulgo necio

Distingue sólo al que la sigue y busca,

Porque más necio su ignorancia encubre

En huecas voces, que con aire grave

Pronuncia como oráculo infalible !

¿ Qué es ser sabio sino una estéril pompa,

Que hace dañoso al que mejor pudiera

Ser útil á los hombres? Quien de sabio

Llega á alcanzar la fama, que el estudio
De gruesos tomos, fiera catadura
Y lúgubre vestido le atrajeron,
Bien puede en ocio vil pasar los días,
Y en torpe languidez tranquilas horas.
Ya manda con imperio, y su dominio
Ejerce sobre el vulgo de ignorantes,
De cuyo afán é industria, sosegado,
Recibe los tributos que á su ciencia
Y á su saber profundo son debidos :
Ya si se ve la patria acometida
De un tirano opresor, seguro el sabio
Se recoge á su hogar, y allí en sosiego,
Y sin temor de súbitas heridas,
Los ejércitos manda, y á su agrado
Dispone las batallas; que exponerse
Ante la hueste armada á ver perdido
En breve espacio el dilatado estudio,
Fuera grande impiedad. La necia sangre
Derrámese en buen hora; á necias manos
Las armas pertenecen, que á los sabios
(Exclaman altamente) ilustrar sólo
Conviene con las útiles doctrinas
Al mundo todo, y la verdad mostrarle.
Mas ¡ay! si la verdad, oscurecida
Por impíos dogmas, su brillante lumbre
Pálida torna, y lángido su influjo
Al mortal llega, cual por densa nube
Pasa trémulo el rayo, que otras veces
Alentó el campo y fecundó su seno :
Impune entónces el error se esparce
En vanas formas, y la vista débil
Del hombre turba, que en la espesa sombra
Solo y sin luz al precipicio guía
Sus inciertas pisadas. ¡Quién la senda
Le mostrará, si el que debiera entónces
La mano darle, tímido se oculta,
O envuelto yace en la comun ruína?
No es dado más á la mezquina turba,
Que del saber el nombre y puesto ocupa.
¡Cuál hado, ó cuál espíritu en su enojo
Domina al mundo con infandas leyes?
En torno de la tierra la ignorancia
Revuela, y de sus alas ponzoñoso
Licor esparce, y en sopor maligno
Detiene á los mortales, cuyos ojos,
Errantes y turbados, en su daño
Su dicha ven. El denegrido rostro
De falsa luz rodea, y colocando
Su inmundo pié sobre las santas aras
De la sabiduría, el sacro incienso
Recibe; y á su sombra defendiendo
La turba vil de sus adoradores,
Con ellos parte su dominio, y gime
El mundo ya cautivo en sus cadenas.

Mas ¡ah! señor, que un fausto y feliz día
Se anuncia ya á las ciencias, y no en vano
Gozas el premio á tu saber debido.
De tí esperan venganza á sus agravios
Las injuriadas musas, y á tí solo
Fian su honor. ¡Y á quién mejor pudieran
Fíarlo si no á tí, que sus altares
De aves inmundas, y nocturnos buhos
Con mano victoriosa defendiste?
A tí, á quien sus misterios soberanos
Jamás ocultos fueron, el castigo
Reservan de su injuria. Sí, ya el tiempo
Se llega, en que á sus aras, no manchadas
Con vil ofrenda, sin temor se acerque
Gloriosa tropa, que con manos puras
Queme el sagrado incienso, que otras veces
Se ofreció ante un inmundo simulacro.
Del elevado trono en que se ostenta,
Arroje la ignorancia, y sus secuaces,
Desnudos ya del engañoso brillo,
Mofa sean del pueblo, que otro tiempo
Se rindió ante sus plantas temeroso.
¡Ch, venga el día, día deseado,
En que su gloria el Helicon te aclame,
Y su esclarecedor el mundo todo!

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

CANCION DE LA ALBORADA.

Traducción libre de Gésner.

Salve ¡oh temprana y sonrosada aurora!
Salve ¡oh cándido día!
Ya tu serena luz el cielo dora
Tras la montaña umbría.
Ya vibrando en las aguas fugitivas
De la undosa cascada,
La tierna hierba de centellas vivas
Deja toda esmaltada.
Tiembla sobre las hojas el rocío
Ante el naciente rayo,
Cobra el verdor del valle nuevo brío,
Vuelto de su desmayo.
Céfiro que dormía entre las flores,
Despierta, y bullicioso
Llama á los venticillos voladores
De su lecho oloroso.
Trisca la leve tropa. Cuál se mece
En las flores vecinas,
Cuál vuela hasta do el prado se florece
De lirio y clavellinas.
Los sueños engañosos revolando
Entre la niebla oscura,
Con ella hacía occidente en denso bando
Huyen de la luz pura.
Así, volando en torno á mi querida,
Enjambres de amorcillos
Se enlazan de la trenza desparcida
En los rubios anillos.
Céfiros ¡ah! volad, volad ligeros,
Y á la cabaña agora
Llegad, jugueteando placenteros,
Do duermes mi pastora.
Llevad en mil esencias olorosas
Las alitas mojadas,
Y en sus mejillas de jazmín y rosa
Dejadlas derramadas.
Girad en derredor del blando lecho,
Y entre juegos lascivos
Leves posad en su nevado pecho,
Y en sus labios esquivos.
Y en despertando la zagala mía,
Susurrad al oído,
Cual junto á la cascada ántes del día
Su nombre he repetido.

II.

UNA TORMENTA NOCTURNA EN ALTA MAR.

SILVA.

¡Gran Dios, gran Dios, qué miro!
El sol se sumergió, y el negro velo
Desarrolló la noche sobre el cielo;
Mas con plácido giro
Una hueste de estrellas se derrama
Por la ancha faz del alto firmamento.
¡Cuál reverbera la gloriosa llama
Del gran Señor del día! (1)
Cuál, rayos no prestados
Por las regiones del espacio envía (2).
¡Oh Dios, y qué soy yo! Punto invisible
Entre tanta grandeza :
Aquí sentado sobre un mar terrible,
Tiemblo al ver su fiereza.
No há mucho, oh mar, que te miré halagüeño
Con bonancible y plácido reposo,
Bullendo en risa amable,
Juguetear con este enorme leño
¡Traidor, ¡oh! quién juzgara

(1) Los planetas.

(2) Las estrellas fijas,

Que tu favor no fuese más estable!
 ¡Por qué mudas color? ¡Por qué oscureces
 El espejo grandioso en que miraba
 El estrellado cielo su hermosura?
 ¡Tan presto ¡ay de mí! acaba
 De un plácido entusiasmo la dulzura!
 Embebecido ¡oh Dios! cuando contemplo,
 En religiosa calma,
 Esta tu habitacion, tu eterno templo,
 A tu trono inmortal vuela mi alma,
 ¡Oh! si del bien supremo
 Pudiese aquí mirar la no turbada
 Imágen, y gozarme en su belleza!
 Mas de uno al otro extremo
 Del planeta inferior en que resido,
 El mal hace su nido,
 Y por él agitada
 La gran naturaleza,
 Parece apotecar su antigua nada.
 ¡Oh, cómo gime el viento!
 Con lúgubre concierto agudas voces
 Parecen lamentarse entre las velas,
 Y estremecer sus telas
 Con perpétuo temblor, aunque veloces
 A escapar se apresuran.
 ¡Oh, cuán mal aseguran
 Los marineros sus desnudas plantas!
 Al ciclo te levantas
 Y bajas al abismo, oh frágil nave,
 Cuál leve pluma, ó cuál peñasco grave.
 ¡Por qué no busco asilo
 En el estrecho y congojoso seno
 Del cerrado navío?....
 Nó; rompa aquí, si quiere, el débil hilo
 De mi vida la suerte:
 No me arredra la muerte,
 Mas si viniere, ¡oh Dios! en tí confío.
 ¡Por qué temer? ¡No estás en la tormenta
 Lo mismo que en la calma más tranquila?
 La nube, que destila
 Aljófár, en presencia de la aurora,
 No es tuya, como aquesta que amedrenta
 Con su espesor mi nave voladora?
 ¡Y qué es morir? Volver al quieto seno
 De la madre comun de tí amparado;
 O bien me abisme en el profundo cieno
 De este mar alterado;
 O yazga bajo el césped y sus flores,
 Donde en la primavera
 Cantan las avecillas sus amores.
 Oh traidores recuerdos que desecho,
 De paz, de amor, de maternal ternura,
 No interrumpais la cura
 Que el infortunio comenzó en mi pecho!
 Imágen de la amada madre mía,
 Retírate de aquí, no me derritas
 El corazon que he menester de acero,
 En el amargo día

De angustia y pena, que azorado espero.
 ¡Tú, imágen de mi padre, que me irritas
 A contender con el furor del hado,
 Consérvate á mi lado!
 Que aunque monstruo voraz el mar profundo
 Me sepultare en su interior inmundo,
 Contigo el alma volará hácia el ciclo,
 Libre y exenta de este mortal velo.

Liverpool, 15 de Noviembre de 1839.

III.

CANCION (1).

¡Oh! ¡qué anhelar es este que me inspira?
 ¡Qué agitacion, qué dulce y puro ardor!
 Sin yo querer resuena ya mi lira,
 Sin yo querer al aire doy mi voz.
 Nunca esperé que don tan noble el cielo
 Diérame á mí sin pena ni afanar;
 Supo el amor mi cuita, y rasgó el velo,
 Vi un mar de luz, y en él miradme ya.
 ¡Dichosa yo! Con alas venturosas
 Penetraré donde reside el bien,
 Coronaré con inmortales rosas
 De eterno olor la enardecida sien.
 No más temer, no más dudar, me siento
 Del suelo alzar, cercada de esplendor;
 Tímida fui; pero de hoy más mi acento
 Será el clarín del bien y del honor.

IV.

LA CANTORA.

SEGUIDILLAS (2).

1.

Me dicen que los ecos
 De mis canciones,
 Pondrán luego á mis plantas
 Mil corazones.
 No quiera el cielo
 Tengan en fin sus dones
 Tan vil empleo.



No quiero aduladores:
 La ambicion mia
 Es propagar la llama
 Que en mí respira.
 Llantos no quiero;
 Valor, virtud, franqueza
 Ganen mi pecho.

(1) De la novela de Blanco *La Huérfana Española en Inglaterra*.

(2) De la misma novela.

DON JOSÉ VICENTE ALONSO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Ávila el año de 1775, y fué bautizado en la parroquia de San Vicente. Sus padres fueron don Vicente Alonso y García y doña Petronila Montejo. En edad temprana pasó á Granada, donde alentado por la proteccion y amistad que le dispensaba el obispo señor Moscoso, siguió sus estudios jurídicos y literarios, dando de sí favorable concepto.

En 31 de Mayo de 1794 recibió la borla de doctor en derecho civil en la universidad de aque-

lla ciudad. En el año siguiente fué nombrado por el claustro de la misma universidad sustituto de la cátedra de la Academia de Vísperas de derecho civil; y más adelante, en 1807, regente de la cátedra de economía política.

Ya en 21 de Mayo de 1798 se habia recibido de abogado de la Chancillería de Granada en su Real Acuerdo; y en 1802 se le confirió en propiedad la relatoría del mismo Real Acuerdo. En 1811, por haber quedado sin ejercicio la relatoría del Real Acuerdo que ejercía, hizo oposicion á otra civil del mismo Tribunal, y la obtuvo, como la anterior, con general aplauso. La Real Academia Latina Matritense le nombró socio de número en 13 de Abril de 1817 (1). Se casó dos veces; y la familia, las letras y el dulce trato de amigos sinceros, que estimaban sus nobles prendas y admiraban su claro y donairoso ingenio, hicieron su vida útil y venturosa.

Escribió muchos versos líricos, segun el gusto dominante en su época, y algunas obras dramáticas: *El Celoso corregido*, zarzuela bufa en dos actos, que fué representada por primera vez en Granada el 22 de Octubre de 1818, con música del maestro don Francisco García de Valladar; *El amor y la lealtad*, paso, con música y baile, compuesto para celebrar el casamiento del rey don Fernando VII con la princesa doña Isabel de Braganza; y el agudo y popular sainete *Pancho y Mendrugo*. Tradujo del frances, en prosa, una comedia en cinco actos, *Cárlos y Carolina*; en asonante endecasílabo, la tragedia, de Colardeau, *Astarbé*; y en tercetos, la famosa elegía inglesa, de Gray, *The Country Church-Yard*. Publicó sus primeras poesías en *El Mensajero*, periódico literario, que se publicó en Granada en los últimos años del siglo XVIII.

Las obras que le granjearon más fama son: un poema en sesenta y siete octavas, *La horrible venganza*, cuyo asunto es verdaderamente singular y escabroso; y el sainete *Pancho y Mendrugo*.

Falleció ALONSO en Granada el 25 de Junio de 1841. Los literatos granadinos publicaron para honrar su nombre una *Ofrenda poética*.

C.

(1) Constan estos datos biográficos en los papeles que conservan en Granada los hijos de don JOSÉ VICENTE ALONSO.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

El Amor desagradoado.

Al Amor encontré cierto día
En cazador astuto trasformado,
Y al parecer venía tan cansado,
Que el arco apenas sostener podía.
Todo cubierto de sudor venía,
Flojo el vestido, el pecho destapado,
Y aunque el agua buscaba sofocado,
Ni fuente encuentra, ni arroyuelo habia.
Yo le ofrecí piadoso el llanto mío,
Que si ardiendo le brota el dolor fiero,
No regaba los montes otro río.
Pero él entónces, duro y altanero,
Tirando un dardo, con furor impio,
Tu sangre, dijo, no tu llanto quiero.

II.

La triste imaginacion.

En esa horrible fosa, á que algun día
Mi cuerpo, ya del alma despojado,
Para no más volver, será llevado,
Entro con mi caliente fantasía.
¡Ya se empieza á podrir la carne mía!
¡Ya me roe el gusano el hueso helado!
¡Ya me reduzco á polvo! ¡Oh tiempo osado!

¡Ya nada soy de lo que ser solía!
Triste silencio, olvido tenebroso,
Perpétua noche, náusea, hedor inundo
Allí están, y el espanto pavoroso....
Pero este pensamiento tan profundo
Nada puede conmigo, pues gozoso
Sigo mis necedades en el mundo.

III.

La audiencia del Amor.

La audiencia el ciego Amor abierto habia,
Segun la usanza de su corte vana,
Y en sus puertas de hierro estaba ufana
La horrenda guardia que á su voz servia.
Su sálío el ciego dios allí tenia
Sobre un monton de flechas; é inhumana
Por servirle la muerte allí se afana,
El suspiro, el lamento y la agonía.
Triste á su vista llevo y prisionero,
Y así que aquel soberbio me apercibe,
Un grito dió desesperado y fiero.
Y abriendo el labio do la rabia vive,
Pruebe éste, dijo, mi rigor severo....
Y el hado en mármol el decreto escribe.

IV.

El poder del tiempo.

Tus placeres huyendo ¡oh vulgo insano!
Corro á las soledades de contino,

Y con el pensamiento allí examino
 Los imperios y el tiempo más lejano.
 Del asirio y el persa busco en vano
 Los vastos pueblos que tragó el destino,
 Pasó el griego esplendor, y encuentra el tino
 Rastros apenas del poder romano.
 Nino, Ciro, Alejandro presurosos
 Dad al tiempo voraz duro castigo,
 ¿En dónde estais, oh Césares gloriosos?
 Polvo se han vuelto; en vano me fatigo:
 Si lleva al Létes héroes poderosos
 El tiempo destructor ¿qué hará conmigo?

V.

El rigor.

Si intentas con engaños industriosa,
 Ser conmigo cruel, fiera homicida,
 ¿De qué sirve el ardor contra mi vida,
 Cuando puedes matarme por hermosa?
 Si me muestras tu cara primorosa,
 La muerte harás que sea apetecida,
 Si con cautela hieres escondida,
 Es acción de asesino vergonzosa.
 Puedes matarme más seguramente
 Mostrándome tu angélica figura,
 Sin juntar lo cobarde á lo inclemente.
 Pero es tan sin igual mi desventura,
 Que porque tu rigor un triunfo aumente,
 Niegas una victoria á la hermosura.

VI.

A Lucrecia.

Hiere á Lucrecia su puñal violento,
 Y dando ejemplo de constancia al mundo,
 Ejecuta en el pecho sin segundo
 De heroica acción honrado atrevimiento.
 Parece que bastaba su tormento
 Para causarle golpe más profundo;
 Mas no pudo con ánimo iracundo
 Esperar la matase el sentimiento.
 Abre la horrenda herida, porque quiere
 La injuria redimir; y ántes que clame
 La ofensa del esposo, honrada muere.
 Nadie cruel por esta acción la llame;
 Heroica fué Lucrecia, pues prefiere
 La muerte con honor á vida infame.

VII.

La respuesta del Amor.

Pregunté un día á Amor: ¿por qué entre tantos,
 Como á su dura ley viven sujetos,
 Producia tan varios los efectos:
 Risas en unos, y en los otros llantos.
 Unos sufren pesares y quebrantos
 Porque ven mal pagados sus afectos;
 Otros volubles, llenos de defectos,
 Celebran mil trofeos en sus cantos?
 Amor, que á mi pregunta estuvo atento,
 Me dió con desenfado esta respuesta:
 Yo doy al más amante más tormento.
 Díjeme: á la razón ley es opuesta;
 Y él me responde, al irse por el viento,
 Soy soberano, mi razón es ésta.

VIII.

La memoria.

Siendo yo tan pequeño todavía,
 Que en inocentes juegos me ocupaba,
 La belleza de Tirsa idolatraba,
 Y diosa, no mujer, me parecía.
 Díjela: yo te amo; y lo sentía
 El corazón que por la lengua hablaba;
 Y cuando con un beso me pagaba,
 Aun no sabes de amores, me decía.

Sensible luego de otro se enamora;
 Yo con la edad llegué á sentir el peso
 De la ardiente pasión que me devora.
 Entre desdenes la amo con exceso;
 Ella de mi pasión se olvida ahora,
 Y yo aún me acuerdo de su dulce beso.

IX.

A Tirsa indiferente.

Preso por Tirsa en delicioso encanto,
 Amor la sigue donde el paso gira;
 Habla, si ella habla, Amor; calla, suspira,
 Y por vivir en ella puede tanto.
 Le enseña Amor sus gracias y su canto,
 Y si se enciende en compasión ó en ira,
 Inseparable, Amor, siempre se mira
 Presidiendo sus ceños ó su llanto.
 Cuando del baile ostenta los primores,
 Sus pies agita Amor, ó los detiene
 Cual mueve alegre el céfiro las flores:
 Amor, en frente y ojos se entretiene;
 Sus cabellos y labios son amores;
 Sólo en el corazón amor no tiene.

X.

La comparacion.

Ninfas de estos alegres alrededores
 Que tan altivas presumis de hermosas,
 Que el cuerpo ornais con telas primorosas,
 Y el cabello con lazos y con flores.
 Sabed que Tirsa, Tirsa, mis amores,
 No usa de esas cautelas engañosas,
 Y que os vencen sus gracias milagrosas
 Como á la estrella el sol con sus fulgores.
 Cual la fresca azucena que florece
 Por la madre natura cultivada,
 Así de Tirsa la hermosaura crece:
 No es tan bella la luz de la alborada
 Como Tirsa gentil cuando aparece
 A mis ojos de lejos destocada.

XI.

La mudanza.

Quien espera lograr firme ventura
 En pecho femenino, ¿qué loco espera!
 Pues cuando más feliz se considera,
 Halla entónces la fe menos segura.
 Hija del mar al fin es la hermosura,
 Como él, ora se amansa, ora se altera,
 Sin ser más vática en la celeste esfera
 La que muda tres veces la figura.
 El desengaño que este aviso inspira
 No es un secreto que revelo ahora;
 Es ya desórden con que el tiempo gira;
 Porque en el pecho de quien ciego adora,
 Si el gusto así que nace luego espira,
 Jamas la desventura se mejora.

XII.

La moderacion en los deseos.

Ansioso corra el mar el navegante
 Por engrosar sus lucros y su hacienda;
 Quede muerto el soldado en la contienda
 Por dejar de valor prueba bastante:
 Mausoleos y pórticos levante
 Quien la lisonja quiera que le atienda;
 El rey grandes ejércitos extienda
 Por conquistar la tierra más distante.
 Trabaje, en fin, por tierra y mar profundo
 La loca gente con codicia extraña,
 Que en mi sola pobreza yo me fundo:
 Ya la mayor ventura no me engaña,
 Sea á todos pequeño el ancho mundo,
 Que yo quepo muy bien en en mi cabaña.

XIII.

Imprecación á la muerte.

¿Adónde estais, oh parcas venenosas,
Ensayando el furor? ¿Por qué insolentes
De ciudadanos fieles y valientes
Cortais las vidas caras y preciosas?
¿Cómo en triste viudez tantas esposas
En el mundo dejais indiferentes?
¿Cómo apartais los niños inocentes
De las maternas manos cariñosas?
Volvéos contra mí; vengad la suerte;
Abreviádmela la hórrida partida,
Yo me sujeto á vuestra mano fuerte;
Pero ¡ay! qué imprecación tan mal oída:
Para la muerte de otros sobra muerte,
Y sobra en mí, para morir, la vida.

XIV.

El juramento inútil.

Cuando me ató de amor el lazo estrecho,
La razón en mil yerros tropezando,
Juré que huyendo de su ruego blando,
Nunca más sobre mí tendría derecho.
Logré mi libertad, y ver deshecho
El duro lazo que me fué tramando,
Hasta que poco á poco fui notando
De nuevas llamas inflamarse el pecho.
Volviendo sobre mí, miré quebrada
La ligera promesa, á un blando ruego
Por mí mismo sin fe sacrificada;
Que juramentos contra el niño ciego
Son votos de tormenta ya pasada,
Que en la serenidad se olvidan luego.

XV.

El desengaño.

¿Quién, Alsino, eres tú? ¿Tu bajo estado
No te confunde, no te desengaña?
Cuál es tu hacienda, di, cuál tu cabaña?
Dónde están tus colmenas, tu ganado?
¿Qué has de ofrecer á Tírsis, confiado,
Si te oye alguna vez ménos huraña?
¿No será oferta de su altar extraña
Un zurrón pobre, un pastoril cayado?
Ansias, suspiros, lágrimas y ruegos
Para quien desconoce la ternura,
Es cual la luz con que se alumbraba el ciego.
Que es tal la condición de la hermosa,
Que el poco amor enciende más su fuego,
Y donde sobra amor falta ventura.

XVI.

La tenacidad.

Huyen los años; corre tras los míos
La edad veloz; caminan las tardanzas,
Entre consumidoras esperanzas
La mocedad gastando con desvíos.
Pierde la voluntad todos sus bríos

CANTINELAS.

I.

La apariencia.

Muestra un viento ligero
En calma el mar undoso,
Y luego tormentoso
Asusta al marinero,

Así de engañadora
Es mi bella pastora.
Cuando la vez primera
Miré sus ojos bellos,
Me prometieron ellos
Amor y fe sincera;
Pero este juramento
Se lo ha llevado el viento.
Amantes que mirando
Estais mi pena dura,
¿Probásteis por ventura
Lo que estoy yo pasando

Por esta engañadora
Dulcisima pastora!

II.

La tortolilla.

Estaba una tortolita
Sobre un álamo frondoso,
Con arrullo lastimoso,
Quejándose al sordo viento:
Una paloma sencilla,

A la continua acción de las mudanzas;
La tientan otra vez las confianzas,
Y otra vez vuelve á antiguos desvaríos
Así se pasa el tiempo mal seguro,
Continuamente fabricando engaños,
Con que á todos promete un bien futuro:
Mas yo que sufro los terribles daños
De tan incierta vida, ¿qué procuro,
Si no sé aprovechar los desengaños?

XVII.

El abatimiento.

Se pone el sol, y entre la sombra oscura
La escasa luz del día se desmaya;
La negra mano de la noche raya,
Y con nubes el cielo desfigura.
Ya no diviso el pueblo allá en la altura;
El ciprés no distingo de la haya,
Sólo se escucha en la distante playa
Quebrar las olas en la peña dura.
La mano en la mejilla, miro al cielo,
Y lleno de mortal melancolía,
Lloran mis tristes ojos sin consuelo.
Sólo un alivio mi dolor tendría;
Que de esta noche eterno fuese el velo,
Y nunca más amaneciese el día.

XVIII.

El juramento quebrantado.

A Limano jurábele Filena
Guardar la fe que á su pasión debía,
«Antes la luz me falte», repetía;
Y sus promesas escribió en la arena.
El viento que la mueve y desordena
Poco á poco lo escrito deshacía,
Y al verlo la pastora, falsa y fría,
De su memoria lo borró sin pena.
Así la fe se guarda y asegura
En pecho femenino; ¿qué documento
Para quien cifra en ella su ventura,
Si aún la que ofrece amor con juramento,
Cuanto dice y escribe, y cuanto jura,
Es arena que mueve cualquier viento!

XIX.

Ejemplo de amor que nadie ha imitado.

Luego que se llevó la parca fiera
A Euridice preciosa al sueño eterno,
Tomó Orfeo el camino del infierno,
Y llega de Aquéronte á la ribera;
Allí la condición dura y severa
Domó con canto compasivo y tierno,
Y el adusto barquero sempiterno
Por llevarlo á la opuesta se acelera.
A la gran playa del Cocito arriba,
Recorre el reino del eterno llanto,
Llega de Plutón á la presencia altiva.
Embelesa al Cerbero con su canto;
Logra le vuelvan á su esposa viva.....
¿Qué casado después hizo otro tanto?

Que con pena la escuchaba,
Cuál era, la preguntaba,
La causa de su tormento.
«¡Ay desdichada de mí!
Lloro mi esposo perdido,
Que despojo infausto ha sido
De un astuto cazador.
—Huye, infelice, de aquí.
¿No temes su suerte ingrata?
—No, porque si él no me mata
Me matará mi dolor.»

III.

El retrato.

Si en la Ródia Academia
Aprendistes el arte,
Pintor, pinta á Cinapria
Cual yo te la pintaré.
Muele en la lisa piedra
Colores á millares,
El clavel y la rosa,
El jazmín y el granate.
Pídele su madeja
A Febo rutilante,
Ensaya sus colores,
Que no serán bastantes.
Píntame de Corina
Los ojos negros, grandes,
Con el fuego que Vénus
Se presentaba á Marte;
Píntame de sus cejas
El ébano brillante,
Con gracia las divorcia,
Y en arcos las reparte;
Pinta unos labios rojos,
Donde las gracias salten,
Do los amores trisquen
Y los placeres hablen.
Muele, muele azucenas
Si el cuello has de pintarme,
El cuello, que sostiene
Todo el peso de Atlante.
Pinta..... mas no la pintes;
Déjala; no te cansees,
Que está mejor grabada
En el alma su imagen,

IV.

La respuesta sencilla.

Hallábame yo un día
Con Tírsa en una sala,
Escribiendo unos versos
Mientras ella bordaba.
Estábamos por suerte
Espalda con espalda,
Y era fuerza por verla
Que volviese la cara;
Miré una vez, y otra,
Y ciento, y entre tantas,
Siempre á sus dulces ojos
Los míos se encontraban.
Mojaba yo mi pluma,
Mas ántes que formara
Una dición, tenía
Otra vez que mojarla.
Ella su fina aguja
Mil veces enhebraba,
Y al mirarme, del ojo
La seda se le escapaba.
Díjome: «me parece
Que muy poco trabajas;
Pues tu labor, respondo
No va más avanzada.
—Es que yo quiero verte.
—Lo mismo á mí me pasa.
—Pues, ea, no me mires,

Toma un beso y trabaja.»
Díomele, y al momento
Volvímonos la espalda;
Pero al renglón primero
Torné amante á mirarla,
Y cuando yo creía
Que oficiosa bordaba,
Advierto que risueña
Mirándome se halla.
Díjela: «¿á qué me miras?
—¿Sabes por qué miraba?
Para reñirte al punto
Que volviesses la cara.
—No es ésa, ducño mío,
De mirarme la causa.
—¿Pues cuál es?—Que sin verse
No viven nuestras almas.»

V.

El interés y el amor.

La Cipria deidad un día
Que Cupido la enfadó,
Con una flor le azotó,
Y él llorando de ella huía.
El juró al Estigio lago,
Sobre su carcax valiente,
Renunciar eternamente
Al materno dulce halago.
De puerta en puerta, sin tino,
Mendigando el pobre andaba,
Y á cualquiera le rogaba
Aliviase su destino;
Todo el que le conocía
Se negaba á agasajarle,
Y en lugar de acariciarle,
Con desden le despedía.
Pues la experiencia no escasa
Tiene mil veces probado
Que siempre amor y soldado
Están bien fuera de casa.
Con la esperanza ya muerta
De hallar acogida alguna,
Llegó el Amor por fortuna
A una casa que halló abierta.
El dueño que la habitaba,
Viejo, seco y silencioso,
Con cara de lobo ansioso,
El Interés se llamaba.
Nunca su tiempo perdía;
Pues si le hablaban atentos,
Más que no á los cumplimientos,
A su negocio atendía.
Este con afable modo
Al triste Amor acogió,
Un pacto con él formó,
Y le hizo dueño de todo.
Aceptó Amor el partido,
Y dió á su huésped humano
De oro el arco soberano
En muestras de agradecido.
El Interés, que era diestro,
El arco apenas tomó,
Cuando en él se ejercitó,
Y en herir se hizo maestro.
Mostrando en pruebas después
De su invencible valor,
Que á quien no hiere el amor
Sabe herir el interés.
El el arco dirigía
Al Amor, con quien andaba,
Porque si Amor ciego estaba,
El desde lejos veía.
Por eso hicieron á fe
Liga tan indivisible,
Que en el día es imposible,
Que uno sin el otro esté.....
Con su felice memoria,
Una anciana abuela mía,
Esta fábula decía,

Que vale por una historia;
Mas para que el documento
No parezca general,
Voy á sacar su moral,
Haciendo aquí su comento.
Se acabó la edad discreta
En que hubo amor verdadero,
Que amistad y amor sincero
Son hoy sueño de poeta.
Aquel platónico amor
Que ninguna paga espera,
Es ya sólo una quimera
O un delirio del honor.
Amor puro, desprendido
De todo bajo desseo,
En mi tiempo no lo veo,
Sólo en versos lo he leído.

ODAS.

I.

En los días de Tírsa.

Si en tus puros altares,
En honor de este día, Tírsa hermosa,
No humean á millares
Aromas de Pancaya prodigiosa;
Si en tu grata memoria,
Con votos mil y mil aclamaciones,
No ves para tu gloria,
Fundir estatuas, erigir padrones;
Si á los gratos ardores
Del oloroso cedro no van juntas,
Coronadas de flores,
Cien blancas reses de doradas puntas;
Y si después no adviertes
Los carros, en el circo polvoroso
Sangrientas luchas fuertes,
Ni en la carrera al joven animoso;
Es porque no dispensa
Avarienta fortuna á un bajo estado
De la distancia inmensa
Que va del cetro de oro al vil cayado.
En las verdes orillas
De estas pobres y rústicas cabañas
Hay sólo florcillas,
Tiernos juncos, groseras espadañas;
Estas chozas amenas
Sólo tienen pintados pajarillos,
Dulcisimas colmenas,
Pobres tarros, manchados corderillos;
Ecos desafinados
Por la rústica flauta producidos,
Versos enamorados
En los fáciles olmos esculpidos:
De una simple pastora
Son estos dones ventajosas prendas,
Mas de ti, mi señora,
Ni son ni deben ser dignas ofrendas.
Mas un alma que tengo,
¿De que me sirve si hoy no la cediera?
A ofrecértela vengo,
Admitela, mi Tírsa, que es sincera.
Tu nombre en ella veo
Mejor grabado que en el bronce duro;
Eterno templo sea,
Donde se libre del poder futuro.
Segura en él y ufana
Viva del tiempo y del destino ingrato;
Quémese el de Diana,
Que éste no teme enojos de Erostrato.
La torre puede hundirse,
Puede faltar firmísima columna,
Mas pues no ha de morirse,
Con el alma no lucha la fortuna,

II.

La memoria de Tírsa en la ausencia.

En este sitio delicioso y grato,
Donde respira libertad y gusto,
Donde el robusto labrador sencillo

Vive contento :

Donde el rebaño la naciente hierba
Despunta alegre en el variado monte,
Y el horizonte en desiguales cumbres

Mira risueño :

Aquí do calla la rastrera chusma
De aduladores del poder erguido,
Y está dormido el interés del oro

Que nos deslumbra :

Aquí do trisca la pastora alegre
Sobre la alfombra de pintadas flores,
Y sus amores inocente muestra

Sin sobresalto :

Donde unas veces á la sombra grata
Del viejo chopo ó la robusta encina,
La flauta fina melodiosa suena

Al aire vago :

O ya sacando del panal hoyoso
El dulce fruto de oficiosa abeja,
Contento deja con el tarro lleno

Afan prolijo :

O ya siguiendo el vagoroso vuelo
Del ave jonia, ó la veloz huida
Que por su vida codiciosa sigue

Tímida liebre.

En este sitio, donde la natura
Gozosa muestra su poder fecundo
Y alegra el mundo, en desconsuelo yace

Misero Albano :

A Tírsa llama, pero Tírsa léjos
Su voz no oye, su penar no mira ;
Albano espira, y la pastora alegre

Quizá se goza :

Quizás el voto que al amor hiciera
Infel quebranta, y de la fe jurada
No queda nada que tras sí no lleve

El negro olvido.

Si así sucede en el feliz Eliseo,
Verás un día que mi sombra errante,
Siempre constante, desmentir no puede

Su juramento.

Contigo unida para siempre entónces,
En su contento perenal gozosa,
Mi sombra ansiosa no tendrá otro eco
Que amor á Tírsa.

III.

A la muerte de Licori.

¿De qué me sirve, primavera hermosa,
Que nueva vida á tus pensiles vuelvas,
Y aquestas selvas llenas de frondosos

Alamos verdes ?

¿De qué me sirve que por estos valles
Frescas rosas esparzas y violetas,
Tiernas mosquetas, azucenas blancas,
Cárdenos lirios ?

¿De qué me sirve que por sus orillas
Vierta la fuente perlas orientales,
Y en sus cristales el divino Febo

Néctares beba ?

De qué me sirve que por la campiña
Salte tocando tierno pastorcillo
El caramillo con que da á su Nive

Música alegre ?

¿De qué me sirve que pintadas aves
A coros trinen al romper el alba,
Y en dulce salva ilamen al radiante

Cándido Apolo ?

De qué me sirve que mis corderillos
Corran jugando tras las madres blancas,
Y, sin carlancas, sueltos mis mastines

Júbilo muestren ?

¿De qué me sirve cuanto al prado vuelves,

Si no me vuelves mi Licori amada,
Flor marchitada por la saña impía

De ábrego fiero ?

¡Ay cara esposa, por mi mal difunta !
¡Ay dulce prenda, por mi mal perdida !
¡Preciosa vida !... ¿Cómo no me has dado

Trágica muerte ?

¿Que viste en Tírsi, dime ? ¿Qué delito
Pudo ofenderte ? ¿Cómo le dejastes,
Y no llevastes tras de tí al cuitado

Su ánima triste ?

Allá te has ido, á la region más pura,
Ausente y léjos de tu Tírsi amado,
Quien inundado de copioso llanto

Misero muere.

¡Ay ! Queda sola, en sempiterno olvido,
De estos cipreses lúgubres colgada,
Y destemplada, á los futuros siglos,
Cítara mía.

IV.

A la salud.

Vé, mezquina ambicion, llega á la cama
Del lánguido doliente,
Muéstrale todo el oro que la fama
Pondera en el Oriente.

Muéstrale del Brasil, muéstrale abiertas
Tus entrañas profundas,
Repítele los dones, las ofertas
En que falsa te fundas.

Azul zafiro, rígidos diamantes,
Granatas encendidas,
Y las perlas preciosas y brillantes
En sus conchas metidas.

Con alcatifas de Aquemenia (1) adorna
Su casa ; de oro sca ;
Derrama los primores con que se orna
El cuerno de Amaltea.....

Monstruo insaciable, astuto, ¿qué me quieres ?
Te dirá entre gemidos :
En nada estimo todos tus placeres,
Placres corrompidos.

Sobre dura vigornia el día entero,
Con fuerte brazo erguido,
Es más dichoso el afanado herrero
Con el carbon teñido :

Atando el nauta la grosera amarra
Al fuerte cabrestante,
Es más feliz bogando por la barra
Con sereno semblante.

Sufre el desprecio, alegre, el vil forzado,
Si el cuerpo tiene ileso,
Aunque el descualzo pié nueva cansado
Del vergonzoso peso.

Embozado el mendigo en roto manto
Que el frío no resiste,
Contento va de puerta en puerta, en tanto
Que la salud le asiste.

Si yo la recobrara, surcaria
El mar osadamente,
Y despreciando riesgos, llegaría
Hasta el lejano Oriente :

Del desnudo salvaje no temiendo
Arcos, flechas, ni alfanjes,
Iria nuevos pueblos descubriendo
Del lado allá del Ganges.

Mi poderosa armada estremeciera
Las cóncavas entrañas,
Y cargada despues el mar las viera
De riquezas extrañas.

La casa de soberbio frontispicio,
Que labrara con ellas,
Donde se viese el pródigo artificio
De piedras las más bellas,

No fuera cual la vuestra, ¡oh ciega gente
De la virtud privada !
Un templo construyera solamente
A tí, salud amada.

(1) Así llaman á la Persia algunos poetas. (Nota del Colector.)

V.

Al excelentísimo señor Conde del Montijo en los días del rey don Fernando VII.

Las peñas descendieran
De las altas montañas desprendidas,
Y de Dauro las aguas conmovidas
A mi voz la corriente suspendieran,
Como lo pudo Orfeo,
Si igualára mi canto á mi deseo.
Y el valor que de gloria
Y de peligros se mostró sediento,
Eterno hiciera con sonoro acento
En el dorado libro de la historia;
Y ninguno primero
Fuera que el inmortal Portocarrero.
A España pintaría
Llorosa y afligida en triste duelo,
Desaliñado y roto el negro velo
Con que su pena y su dolor cubría,
Y la hermosa garganta,
Tapete siendo de extranjera planta.
Y la trompa guerrera
A la orilla del Sena resonando;
Y cual se va juntando
De Mavorte criel la turba fiera;
La pesada coraza
Que al sanguinoso Gale no embaraza;
El relincho fogoso
De normando impaciente; el alarido
De tanto jóven, por su mal salido
Del materno regazo cariñoso;
El águila enastada,
El duro bronce y la tajante espada.
Oye cómo rechina
El carro donde Marte va sentado,
De llamas y de muerte rodeado,
¡Ay, cuán aprisa, España, se avecinal
¡Y tú yaces sentada,
Y de tus mismos hijos engañada?
El alto Pirineo
Los mira y baja la elevada frente,
¡Ay, que ya pasa la rabiosa gente!
¡Cuánto de muertes y de penas veo!
¡Ay, orillas hermosas
Que el Bétis borda de amaranto y rosas!
Mas el jóven guerrero
Ya tiende á su socorro mano amiga;
Corre, vuela, persuade, ruega, obliga,
Y el ocio torpe sacudió ligero.
Eléctrica centella
Estalla, asusta, alumbra, rompe, huella.
Y del ardid infando
Burlado deja el temerario empeño:
Lejano gime el soberano dueño,
Cuando él su libertad está trazando,
Y el Eterno movido,
Presta á su ardiente ruego grato oído.....
Y Inégo fué enviado
Fernando al suelo que nacer le viera.
A aquellos que llenaron su carrera
Galaron vino y recompensa dando,
Y al excelso Montijo,
En mi nombre á Granada manda, dijo.
Y en el alto Veleta
Los soberanos ecos resonaron,
Los labios inocentes pronunciaron,
«Viva feliz quien nuestro bien decreta»,
Y lo goza Granada,
De sus virtudes siempre enamorada.
Y en el alegre día,
Al natal de su dueño consagrado,
Magnífico presenta y delicado
Lujo, que al Asia oscurecer podía:
El Egipto altanero
Cedió esta vez al gran Portocarrero.

VI.

El placer inocente.

Inocente placer, contento puro,
Que en la union de dos almas interviene
¡Por qué no te detienes?
¡Por qué no he de gozarte yo seguro?
Mira que no es posible,
Si ya no se hace nueva,
Hallar un alma, si tus gustos prueba,
Más tierna que la mía, y más sensible.
Seducidos los débiles humanos
A mentidos placeres sacrifican,
Los unos se salpican
Con la caliente sangre duras manos;
Los otros apetecen
El pálido dinero;
Otros quieren mandar el mundo entero,
Pero ¡oh placer! ningunos te merecen.
Naturaleza dulce y halagüeña
Los mira y tuerce la asustada cara,
De placeres avara,
De sus funestos gustos se desdeña.
El horrendo estampido
Del cañon pavoroso,
Que dió á sus sienes el laurel glorioso,
Grato suenan, si quieren, en su oído;
Que al mío solamente oir le agrada
El quejido y arrullo enamorado
Del palomo pintado
Que en el caliente nido da á su amada;
O bien el tierno beso
Con que se saborea,
Los giros con que airoso se pasea
Para obligarla al amoroso exceso.
O ver bajar de la empinada sierra
Al torvo bruto de placer guiado
Hasta el valle esmaltado,
Buscando amante la cerril becerra;
El fuerte resoplido
De su nariz hinchada,
La erizada cerviz, la cola alzada,
El resonante y áspero bramido.
O ya cuando al nacer la hermosa aurora,
La codorniz en el ameno prado,
Ausente de su amado,
Con voz doliente le reclama y llora;
Y luégo que la oyera
El consorte feliz,
Parece con su canto que la dice:
Aquí estoy; ya te he oído; voy, espera.
O en medio de la noche pavorosa,
Cuando del can la voz y el hombre calla,
Y Júpiter estalla
El rayo con su mano poderosa,
Oír la dulce queja
Que el amante apenado,
Sin que le asuste Júpiter airado,
Repite asido de la amiga reja.
En próspero viaje confiada
Ligera nave el hondo mar hendiendo,
Va alegre prometiendo
A avaro mercadante empresa osada,
Cruje luégo furioso
En la atrevida entena
El aquilon, la troncha y desordena,
Y sepulta con ella al ambicioso.
Mancebo osado en polvorosa lucha
A su enemigo ciñe en duro lazo,
Y ya cansado el brazo,
La muerte sufre y la victoria escucha,
La clamorosa gente
Alza el grito furioso,
Y con un ramo de laurel odioso
Se adorna, necia, la eclipsada frente.
En mis serenos días no amanezca
Uno con esos gustos señalado....
Bárbaro sea llamado
Aquel que por su mal los apetezca;
Que las lascivas vides
Por los olmos subiendo,

Amor proclaman; y al amor siguiendo,
Quiero sus triunfos más que los de Alcides.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LIRA.

Las quejas á Tirsa.

Corazon lastimado,
¿Por qué lloras y tiembles descontento?
¿Qué es lo que te ha pasado?
Cuéntame tu tormento,
¿Dónde estás corazon que no te siento?
En tu dolor injusto
Te quejas del amor de Tirsa bella,
Si es ella de tu gusto,
No lo eres tú del de ella;
Quéjate, no de Tirsa, de tu estrella.
Advierte la distancia
Que desde Albano á Tirsa puso el cielo;
Tú pagas la arrogancia
De tu atrevido vuelo
Con vivir condenado á eterno duelo.
Que amor no consintiera
Que la flecha mejor de sus arpones
Contigo se rompiera,
Cuando ella á sus prisiones
Puede llevar altivos corazones.
¿Suspiras y enmudeces?
¿Y tornas luego al lloro desabrido?
¿Presumes que enterneces
A un pecho endurecido?
¡Ay, pobre corazon, que te has perdido!
¿Qué vale la ternura?
¿Ni qué aprovecha amar como tú amas?
Helada Tirsa y dura
Se resiste á tus llamas,
Y se goza en el llanto que derramas.
¿No le diste mil veces
De amor pruebas sin tasa, y descreída,
Pagó con esquivaces
Tu pasión encendida?
Pues, corazon, olvida á quien te olvida.
¿Dice que sí, y lo jura!
Si Júpiter con rayos castigará
La débil criatura
Que la fe quebrantará,
Rayo ninguno á Júpiter quedará.
¡Ay, corazon cobarde,
Qué digno eres de tu dura suerte,
De ella hace Tirsa alarde,
Y sin compadecerte,
Con tu dolor se burla y se divierte.

II.

Riesgos del matrimonio (1).

Falto de autoridad y experiencia,
Debo callar del conyugal estado
Los bienes y los males en conciencia.
El nudo de himeneo venerado,
Dulce parece al que en soltura vive,
Y yugo insoportable al que está atado.
Mas la razón al hombre lo prescribe,
Pues de la patria aumenta la riqueza,
Aunque atormenta á aquel que le recibe.
La ley del cielo y la naturaleza,
Allá en el paraíso, le enseñaron,
Y dióle al mundo, y le dará firmeza.
Por él los grandes reinos se formaron,
Por él los hombres en el hijo tierno
Sus hechos y su nombre eternizaron;
Pero decía un práctico moderno,
«Que entre estos pocos bienes hay mil males,
Y que media mujer es medio infierno;»
Decía que en los lazos conyugales,
Para darle tormentos al marido,
La necia y la discreta son iguales:
Que dos días enlace tan querido
Solos buenos tenía: el de la boda,
Y el que va la mujer al negro olvido;
Que ni rica ni pobre le acomoda,
Pues mengua con la pobre la riqueza,
Y la rica en la casa manda toda;
Que del marido aturde la cabeza
La que de sábia tiene la manía,
Y si es tonta, le muele su rudeza;
Si goza de salud y lozanía,
El tiempo pasa en zambra y devaneos.
Si es enferma, en quejarse noche y día;
Que la noble no sacia sus deseos,
Si no manda humillando á los criados,
Y le añade á su escudo estos trofeos;
Que hermosa y fea causan mil enfados,
La fea porque asusta su figura,
La hermosa con orgullo y desagrados.
Aman la moda, y siguen su locura,
Descando una cosa en cada hora,
Sin que su vanidad encuentre hartura.
Su gusto lo extranjero sólo adora,
La moda más costosa es la más nueva,
Y lo raro las llama y las devora.
Juego y frivolidad siempre se aprueba
Por la mujer; y el tiempo malgastando,
En gastar plata el gusto sólo ceba.»
Así el práctico duro iba formando,
Con sentimiento mío, y lengua amarga,
El elogio mordaz del sexo blando:
De otros vicios me dió noticia larga,
Por ver si me atraía á su partido,
Pero en vano su fuerza en mí descarga.
Yo estoy por las mujeres decidido;
Nunca del matrimonio fui contrario,
Así de él lo bueno he referido,
Y lo malo lo dijo mi adversario.

(1) Cuanto se dice es una invectiva contra la superficialidad que de ordinario caracteriza á las mujeres, la cual suele ser un obstáculo para que se aumenten los matrimonios, no siendo el ánimo del autor atacar tan respetable unión. (Nota del Autor.)

III.

EPIGRAMA.

A una señorita tuerta, que acariciaba á un niño también tuerto.

Un lucero le faltaba
De sus dos á Tirsa bella,
Y un niño á quien halagaba,
Tan precioso como ella,
Sin otro también estaba.
Corrigiérase el rigor
De la suerte, si él le diera

El que tiene, por favor:
Pues ella una Venus fuera,
Y él un retrato de Amor.

IV.

EPIGRAMA Á COLASA.

¿Qué es esto que por mí pasa?
Yo siento el pecho oprimido;
Vaya, no hay duda, Colasa,
El amor se me ha metido
En el alma, y me la abrasa.

¿Te ofende mi frenesí?
¿Desapruebas mi pasión?
¿Dices que el tiempo perdí?
Sosiega tu corazon,
Colasa, que no es por tí.

V.

LA MORADA DEL AMOR.

LETRILLA.

Curiosa me preguntaba
Clöe, llena de candor,

¿En dónde habita el amor?
 ¡La inocente lo ignoraba!
 El amor, Clöe, mantiene
 Su brillante trono alzado
 Sobre todo lo criado,
 Que á su ley sujeto tiene:
 Anima amor la natura
 En el sol, rey de la esfera;
 Brama en la mar altanera,

Y en el arroyo murmura:
 Sobre el carro de la aurora
 Abre las puertas del día,
 Y arde ó muere á su porfía
 El fuego que el cielo dora:
 Su soplo en aquella flor
 Vierte aroma delicioso,
 Y aquel nardo primoroso,
 De él recibe su color:

Bajo la humilde violeta
 Tal vez se esconde y reposa,
 Y versátil mariposa
 Burla tu mano indiscreta;
 Mas si se llega á fijar,
 Y los disfraces desvia,
 En tus ojos, Clöe mía,
 En tus ojos le has de hallar.

VI.

LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS,
CONTRAIDA AL GLOBO TERRÁQUEO.

FANTASÍA.

(Traduccion del italiano.)

Míralos. ¡Ay! los diques se rompieron
 De la piedad inmensa retenia
 El mar horrible del divino enojo....
 De mil en mil las encendidas ondas,
 En torrentes de fuego despeñadas,
 Baján rodando de una en otra esfera,
 Hasta cubrir el humeante mundo
 Que atónito contempla su fracaso....
 Ya arden los bosques; y al crujir horrendo
 De los frondosos troncos, acompaña
 El áspero rugido de las fieras....
 Se hienden, y se parten, y descubren
 Los montes sus entrañas; y encendidos
 Arrojan globos de betun y azufre;
 Y derretidas sus robustas basas,
 Con espantoso ruido se desploman....
 Brama la mar; y en su ferviente espuma
 Blanquean ya los abrasados huesos
 De los monstruos que un día allí nadaron;
 En fuego envuelta la ciudad perece,
 Y en recios remolinos levantado,
 Sube y se pierde el miserable polvo,
 Último resto de la especie humana.
 Alzase en tanto de la tierra el humo,
 Cual densa nube del impuro incienso
 Que exhalaba el altar donde finaron
 Las víctimas postreras de la ira.
 La espada centellante del Dios fuerte
 Blandiendo vuela, no sobre las alas,
 Que ya sin fuerza mueve el frío Bóreas;
 Sino en un encendido torbellino,

Que arrebatado en su veloz carrera,
 Parece que llevar quiere la ruina
 Hasta los otros mundos más lejanos.
 La muerte y el pecado ya sin uso
 Van á esconderse por la opuesta parte
 A la negra prision de do salieron.
 Ya de la eternidad al hondo seno
 El tiempo vuelve; y en la corva espada
 Lleva cargados los pasados siglos;
 Y ya cubierta la invisible frente,
 Taciturna y tremenda, hacia su hijo,
 Del infinito círculo saliendo,
 La Eternidad se acerca á recibirle;
 Y al verse el tiempo en sus horrendos brazos,
 Baja las alas, se estremece y muere....
 La señora inmortal por siempre huella
 Al tiempo y la cadena de los siglos,
 Y el abrasado mundo con su nombre
 En la infinita oscuridad se pierde.

Mira de nuevo la terrible noche
 Universal.... la inerte, la infecunda
 Noche, que vuelve á recobrar su imperio,
 Y á ocupar el vacío do fué el mundo....
 Las formas y la luz ya perecieron:
 Todo es silencio.... oscuridad.... y todo
 De la natura el pantcon presenta.
 Yo, reducido en el inmenso espacio
 Por una eternidad á átomo leve,
 Dividido del tiempo, nado errante
 De tiniebla en tiniebla. ¡Ah! me figuro
 Que de nuevo desórden impelido
 A otra órbita hermosa soy llevado
 De un mundo luminoso.... pero vuelvo
 A caer otra vez en la alta noche
 En donde aún suena aquella voz potente
 Que en el principio despertó á la tierra
 De su primera inercia; voz que al cabo
 Entre espanto y horror hundió por siempre
 La culpa, el hombre, el mundo con los siglos.

DON EUGENIO DE TAPIA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Ávila el 18 de Julio de 1776. Estudió teología y jurisprudencia, y reconociendo que carecía de vocacion para la carrera eclesiástica, se decidió por la carrera de la magistratura. En Londres, donde pasó año y medio siendo todavía mozo, aprendió la lengua inglesa; ventaja que aprovechó despues para dar ensanche á su educacion literaria. La invasion francesa en 1808, y las azarasas vicisitudes políticas de la nacion española en la primera mitad del presente siglo, fueron causa de que gran parte de la vida de TAPIA haya sido una serie de inquietudes y sinsabores.

Juntamente con Quintana, el esclarecido poeta, con el cual le unió constantemente la amistad más estrecha, redactó TAPIA en Madrid el célebre *Semanario patriótico*. Más adelante continuó redaciando este periódico en Cádiz, adonde llegó el año de 1810, despues de haber residido

algun tiempo, con su esposa, en Valencia y en Sevilla. Se habia alejado siempre de todos aquellos puntos á los cuales se acercaba el ejército de Napoleon. En Cádiz mereció especiales distinciones de parte de su amigo el señor don Ignacio de la Pezuela, Ministro de Gracia y Justicia. Allí fué vocal de la Junta Suprema de Censura, y director de la *Gaceta* del Gobierno.

En 1814 regresó á Madrid, y al año siguiente, denunciado falsamente como conspirador, fué preso y procesado. Despues de pasar nueve meses en los calabozos del Santo Oficio, fué declarado inocente por el tribunal, y recobró su antiguo empleo (1). En 1820 fué nombrado Director de la Imprenta Nacional, y elegido Diputado por la provincia de Ávila. Se distinguió en las Cortes como individuo de la Comision de Instruccion pública, tomando parte activa en la redaccion del plan de estudios publicado en 1821.

A la caida del gobierno constitucional (1825) se retiró á Barcelona, y despues á Francia, y no volvió á Madrid hasta que pudo hacerlo sin peligro en 1851. Trabajó con notable asiduidad en el proyecto de Código civil, que fué presentado al Gobierno, en 1856, por la Comision especial nombrada especialmente para redactarlo. En este mismo año fué segunda vez elegido diputado por la ciudad de Ávila. Fué individuo de la Direccion general de Estudios. Suprimida ésta, vocal del Consejo de Instruccion pública, y últimamente (1845-1847) Director de la Biblioteca Nacional. Distinguióse siempre por su laboriosidad incansable, por su ilustracion y por la independencia de su carácter. Más apegado á las glorias del saber que á los incentivos del mando y de los honores oficiales, renunció varios cargos importantes, entre ellos el de Subdelegado de Fomento, que le confirió el Rey á propuesta del ministro don Javier de Búrgos, y el de Senador en 1858.

Honrado por S. M. la Reina con la Gran cruz de Isabel la Católica, que no habia solicitado, y jubilado á demanda suya en 1847, se consagró hasta su muerte al cultivo de la jurisprudencia y de las letras. Falleció el 4 de Agosto de 1860 á la edad de 84 años.

Una de las honras literarias que más halagaron á DON EUGENIO DE TAPIA, fué la de pertenecer á la *Academia Española*. Entró en ella en 1814, al propio tiempo que Quintana y Martinez de la Rosa.

En vida del mismo TAPIA (1859), publicó en Madrid don Juan del Valle una sucinta biografia de aquel distinguido escritor. De ella están tomadas principalmente las anteriores noticias.

JUICIO CRÍTICO DE «EL CENSOR», PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO.

(Madrid, 1821.)

Algunas de las composiciones insertas en esta coleccion, principalmente las *satíricas*, han visto ya con aplauso la luz pública bajo el nombre de *El Licenciado Machuca, habitante de la casa negra*. Son conocidas en toda la nacion la instruccion y las virtudes del SEÑOR TAPIA, igualmente que los infortunios que ha sufrido por la causa de la libertad. Nosotros al mismo tiempo que nos complacemos en anunciar al público sus poesías, aprovechamos esta ocasion de tributarle el homenaje de nuestro reconocimiento en calidad de españoles, así como la nacion, nombrándole por su Diputado, le ha distinguido con la mayor prenda de su confianza.

Esta coleccion, ademas de las composiciones satíricas, contiene algunas octavas de un poema épico, várias composiciones, ya graves ya ligeras, pero todas del género filosófico, y una cantata al Nacimiento del Mesías.

Las prendas generales del estilo en estas piezas de tan diversos géneros son una extraordinaria correccion en la pureza y propiedad de la frase y en la armonía de las palabras. Este mérito en el dia es tanto más relevante cuanto es poco comun. No se encuentran aquellas expresiones hinchadas, aquellas construcciones violentas, que tal vez afean las producciones de la escuela de Cienfuegos. Los versos del SEÑOR TAPIA se deslizan plácidamente sin ofender ni el jui-

(1) El mismo TAPIA da circunstanciada noticia de esta persecucion en una nota impresa al fin de sus *Poesías*, en la edicion de 1821.

cio ni los oídos del lector. Rara vez tiene la valentía de Valbuena ó de Góngora; algunos podrán tacharse de débiles, pero ninguno de bajo ni de hinchado. Su cuerda es siempre acomodada al carácter de un poeta filósofo. La naturalidad y sencillez, siempre sostenidas sin degenerar en trivialidad, constituyen el carácter de su estilo, adornado frecuentemente con las imágenes más bellas de la poesía, y desleído en una versificación fácil y suave. En cuanto á la construcción y movimiento de la frase poética, nos gustan más las sátiras y los romances que las demas composiciones, en donde se echa ménos algunas veces aquella elasticidad vigorosa de la armonía, aquel corte atrevido del período y del verso, que es necesario en las composiciones líricas y en la epopeya.

Las formas poéticas de la sátira están manejadas con mucha destreza, y sus pensamientos en este género tienen una ingeniosidad natural que no se esperaba, y que por lo mismo produce más efecto. En la sátira del café introduce á un pedante hablando de historia, y exclama:

«¡Que discurra un mortal *con tanta prisa!*
Dos siglos se ha tragado en dos minutos.
Ya no hay godos; paciencia. Los Califas
Vienen en procesion: *Alá les guarde.*»

Y cuando viene á hablar de la historia natural:

«¡Cuál charla
De montes, de volcanes y de minas,
De rayos, de relámpagos y truenos!
Valedme, Santa Bárbara bendita.»

El diálogo de los dos pisaverdes afrancesados en la misma sátira es tambien muy gracioso; no ménos que la batalla de los libros, imitada de Boileau, y cuyo gérmen debemos á Cervántes, en el canto heroico-burlesco de *La Envidia literaria*. El romance de *La Posada* no lo imitó el autor de nadie: para componerlo no fué necesario más que viajar por ciertas partes de España, porque entónces *facit indignatio versum*.

El diálogo entre Cecilio y Ernesto tiene ideas y locuciones originales, y muy propias del género satírico. Tales son éstas:

«Verás hoy un moznelo barbi-raso,
Que aún siente el escozor de la palmeta.
Habérselas con Lope y Garcilaso.....
Te casas.

ERNESTO.

No haré tal.....
Tú, empero, la cautivas, la desvelas
En la callada noche..... ¿Qué más quieres?
Me destinó, al nacer, mi buena estrella
Para sabio y no más.»

Las composiciones de circunstancias, como la *Égloga sepulcral*, el *Monólogo del Censor* y la *Tonadilla entre el diccionarista y el filósofo triunfante*, aunque tienen muchos pasajes graciosos, y el mérito de haber quizá acarreado al autor una persecucion, honrosa para él, bajo el reinado del poder absoluto, sin embargo son piezas cuyo interes muere con el de los sucesos ó personajes de que hablan (1), señaladamente la primera, que es una trova de Garcilaso, y que, en calidad de trova, no es comparable nunca con las poesías originales.

La sátira de *La Holgazanería* es la que más se acerca á la manera de Juvenal, porque hay en ella más indignacion que ridiculez. La descripción del siglo de oro, puesta en boca del haragan, es admirable:

(1) Por esta razon no publicamos ahora estas composiciones, ni la titulada *La Envidia literaria*. (Nota del Colector.)

«Esta la vida fué del siglo de oro,
Comer, beber, tenderse á la bartola,
O correr en el bosque tras las ninfas.
A fe que no eran bobos nuestros padres.»

Describiendo el escudo de armas de un segundon, dice que tiene

«Por remate un ave de rapiña :
¡ Linda menestra, á fe, para un convite! »

Reprende con la acrimonia propia de este género la afición á los toros, madre á un tiempo é hija de la holgazanería, y los vicios que ésta produce: entre todos ninguno le irrita más que la costumbre introducida de hablar mal de las mujeres que no se han dejado seducir:

«¡Oh pundonor antiguo castellano!
¿Dónde te ocultas? Defender las damas,
Tal fué la ocupacion de nuestros padres.
No en vergonzosa ociosidad sumidos
Blandir la lanza, acometer al moro,
Y de la patria acrecentar la gloria,
Guerra de alevos al honor hacian.»

Hablemos ya del fragmento épico (1). Consiste en algunas octavas de los tres primeros cantos de un poema, cuyo asunto es celebrar la conquista de Sevilla por Fernando III, el Santo. Convenimos con el autor, en que no tiene la historia española muchos sucesos que sean tan adecuados como éste para la epopeya. En él se mezclan grandes acciones y hazañas verdaderas con las tradiciones portentosas del vulgo. Añádase á esto la piedad del conquistador, que hace muy oportuna la introduccion de los agentes celestiales en un acontecimiento que iba á decidir cuál de las dos religiones debería dominar en la Península, la de Jesucristo ó el islamismo. A nosotros nos parece este asunto más grave, más noble y más digno de la trompa épica, que el que Batteux propone á los épicos franceses en la reconquista de Orleans; porque es casi imposible que la Poncella no despierte algunas ideas ridículas, mucho más despues del ingenioso é impuro poema de Voltaire, el cual al escribirlo no puede ser ménos sino que tuviese presentes las expresiones de Batteux y pensase en ridiculizarlas.

Aunque la conquista de Sevilla es una accion grande, maravillosa y nacional, ha sido muy desgraciada hasta ahora. Conocemos dos poemas sobre este asunto. El primero es *La Conquista de la Bética*, que entre el inmenso número de sus octavas no tiene una que sea buena: su autor Juan de la Cueva, el más prosaico de los poetas de la escuela sevillana. El segundo está escrito en redondillas, que es el metro ménos épico que hay en la poesia castellana. Lo más particular es que el autor se propuso traducir *la Jerusalem* del Tasso en su poema, y así lo hizo; y es fuerza confesar que sus redondillas son buenas: tienen todo el vigor de que es capaz esta especie de versos.....

Vengamos ya á las poesías sueltas. La *Epístola á Fabio*, á pesar del terrible nombre de Rioja, que recuerda su título (2), está llena de hermosas descripciones y de excelentes pensamientos filosóficos,

«Cuando en Oriente
Reina glorioso el sol, y las espigas
Se mueven ondeando al blando soplo
Del aura matinal, el valle inmenso
Un piélago dorado representa.»

(1) No lo publicamos en la presente coleccion, especialmente consagrada á la poesia lírica. (*Nota del Colector.*)

(2) Movido acaso por esta observacion, TAPIA llamó despues á esta composicion *Epístola á un amigo* (*Idem.*)

En toda la epístola domina el colorido de este hermoso cuadro, en el cual todo nos agrada, excepto el verso, que no es tan poético ni tan gráfico como otros que pudieran sustituirsele.

Como ésta es una composición filosófica, y en las poesías de este género debe reinar la verdad, no será fuera de propósito que discurramos acerca de un punto de historia política, que se toca con motivo de las estatuas conocidas bajo el nombre de *Toros de Guisando*.

Nadie ignora que César fué un tirano; pero es un error bastante vulgar el creer que la lucha entre aquel hombre extraordinario y Pompeyo, y, después de muerto éste, la parcialidad de sus hijos tenía por objeto decidir si Roma había de ser libre ó esclava. Aunque en el partido de Pompeyo estaba el gran nombre de Catón, esto no prueba que Pompeyo fuese amante de la libertad, sino que aquel rígido republicano siguió entre las dos facciones que dividían la república, la que pensaba que sería ménos funesta á la libertad. En una palabra, Catón no temía tanto á la vanidad ambiciosa y á veces pueril de Pompeyo, como al genio atrevido y dominante de César. Allegóse á esto que las costumbres de César eran muy depravadas; y aunque su rival no fuese mucho mejor en materia de moral, todavía el velo de decencia con que se cubría, manifestaba su respeto á la antigua virtud, y esto debió bastar para granjearle afecto en el corto número de sus prosélitos, á cuyo frente estaba Catón.

Pero la cuestión, que se decidió en los campos de Farsalia y después en los de Munda, no fué la libertad de Roma, sino el nombre de su tirano, y las formas, bajo las cuales había de tiranizar. Estúdiase con cuidado la vida de Pompeyo, y se verá que ejerció realmente la tiranía ántes que César aspirase á ella. Fué el sucesor de la dictadura de Sila, sin el nombre ni las crueldades. Augusto, después de la batalla de Accio, no ejerció en Roma un poder más extenso que el que obtuvo Pompeyo ántes de su huida de Italia.

Ni podía ser de otra manera. La existencia de la república romana estaba ligada á la moral: apenas ésta se corrompió, murió la libertad. Los Gracos quisieron resucitarla; pero se sepultaron en su tumba. El poder del pueblo cedió al de los procónsules. Si el nombre de república duró algunos años, fué por el arte con que el Senado oponía á la ambición desenfrenada de los unos la ambición naciente de los otros; pero en la realidad no hubo república desde la caída de los Gracos. El equilibrio que conservaba cierto simulacro de tranquilidad no era el de los poderes consular y tribunicio, sino el de los hombres. Ahora bien, cuando la suerte de un Estado depende de los hombres y no de las instituciones, no hay verdadera libertad.

Pompeyo fué uno de los ciudadanos más ambiciosos; el amor de Sila y sus victorias le colocaron al frente de la república. A la verdad, no quiso llamarse rey como César; pero fué tan tirano como él. Si hubiera triunfado en Farsalia, acaso no se hubiera obstinado en alcanzar una denominación inútil; pero no hay duda que su triunfo hubiera costado más sangre al imperio romano. No se crea que lidió contra César por la causa de la libertad, sino para abatir á un rival que aborrecía, y cuya reciente gloria envidiaba. Si Pompeyo quería que Roma fuese libre, ¿por qué instituyó el primer triunvirato?

Así, si hemos de seguir la verdad histórica en las poesías filosóficas, no nos es lícito mirar á los partidarios de Pompeyo ni de sus hijos como defensores de la libertad romana porque pelearon contra un tirano. Unos lidian contra el déspota para destruir el despotismo; así lidiaron los romanos contra Tarquino. Otros lidian contra el déspota para sucederle en el despotismo; por este motivo lidió la parcialidad de Pompeyo contra César: y esta verdad es evidente en la historia, si se examina con cuidado la conducta pública del alumno de Sila.

No sabemos que los hijos de Pompeyo hiciesen la guerra contra César en otra parte que en Andalucía, donde la batalla de Munda decidió la suerte del imperio. Los comentarios de Julio César describen muy á la larga los trances de aquella guerra, y no hablan de ninguna acción en la parte central ni septentrional de España. Sin embargo, no nos atrevemos mas que á proponer este argumento negativo contra lo que se dice en una nota, hablando del monumento llamado *Toros de Guisando* (1).

La cantata de *El Nacimiento del Mesías* tiene la soltura que se requiere en los versos destinados al canto. *La Sombra de Volseo* está perfectamente traducida. Nadie diría que está trasladada de otro idioma, si el autor no lo anunciase.

(1) Á consecuencia de estas observaciones, TATIA modificó su nota en ediciones posteriores. (*Nota del Colector.*)

Los tres romances *La Niñez*, *La Juventud* y *La Vejez*, nos hacen desear que el autor se dedique á este género de composicion, exclusivamente española. En él, más que en otro alguno, brillan las gracias del lenguaje: las repeticiones, los contrastes y la armonía de una versificación fácil y natural son las dotes propias de este metro, que se apropia maravillosamente á toda especie de asuntos. El señor TAPIA lo emplea en consideraciones filosóficas y morales, siguiendo el ejemplo de nuestros antiguos poetas, entre ellos Lope de Vega; y las embellece, acomodándolas con mucha felicidad á las formas poéticas del romance.

En el primero, despues de describir al niño que quiere coger la mariposa fugitiva, ó el iris que se desvanece ante la vista, exclama:

«Tales son, niño inocente,
Todas las venturas nuestras:
Mudables como la luna,
Como el viento pasajeras.»

La imagen del niño, que compite en la carrera con el corderillo, es muy propia de este género, y al mismo tiempo original.

El razonamiento del anciano en el romance de *La Vejez*, está lleno de gravedad y unción; los últimos versos son excelentes:

«Tal fué del hombre inocente
En las primeras edades
La vida, cuando aún el oro
No compraba los pesares.»

El principio del romance al Sepulcro de Elisa es hermoso; pero esta composicion decae hácia el fin. Las descripciones que embellecen estas piececitas están hechas con mucha verdad:

«Reina el silencio en el campo;
Y apenas del aura leve
Al blando soplo las copas
De los árboles se mecen.....»

La armonía de estos versos es suave y sorda, como el silencio que quiere describir:

«Si de Abril pintas la noche,
Serena y cándida veo
La luna, que el ancho espacio
Va solitaria corriendo.»

Ni la lengua, ni el oído encuentran en estos versos ningún obstáculo. El arte de conformar la armonía con el pensamiento es el arte de los poetas.

Entre todas las poesías de esta coleccion, ningunas nos han agradado más que los romances; y sólo hemos sentido que sea tan corto su número. Nos parece que el autor los ha corregido con más esmero que las otras piezas.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE TAPIA.

Várias óperas y obras dramáticas, traducidas del francés en las mocedades de TAPIA, que merecieron los aplausos del público. Entre ellas la tragedia *Agamemnon*, de Lemercier, representada con éxito extraordinario, en 1800, por Isidoro Máiquez.

Várias sátiras políticas, escritas en Cádiz, que no se incluyeron despues en las *Poesías de Tapia*.

Historia de la civilización española desde la invasión de los árabes hasta la época presente. Madrid, en la imprenta de Yenes, 1840. Cuatro tomos en 8.º

Febrero Novísimo. Valencia, 1828 y 1829. Diez tomos en 4.º

Manual de práctica forense. Un tomo en 8.º

Manual de inventarios y partición de herencias. Un tomo en 8.º

Prontuario de testamentos y contratos. Dos tomos en 8.º

Elementos de jurisprudencia mercantil. Dos tomos en 8.º mayor.

Cartas á Sofia, en prosa y verso, sobre la física

la química y la historia natural, traducidas del frances. Cuatro tomos en 8.º

Guía de la infancia, ó lecciones amenas é instructivas. Un tomo en 8.º

Discurso histórico-crítico sobre la decadencia del imperio musulman en España, y restauracion política de la monarquía castellana. Un cuaderno en 8.º

Poesías. Madrid, 1832. Dos tomos en 8.º El tomo primero comprende las poesías líricas y satíricas, y la tragedia traducida *Agamenon*. El segundo tomo las comedias originales *La Madrastra* y *Amar desconfiando* ó *La Soltera suspicaz*. En la primera edicion de las poesías de TAPIA (1821), hay cinco composiciones (*Las Navidades*, *La Envidia literaria*, *La Muerte de la Inquisicion*, *El Censor angustiado*, *Tonadilla á duo*, que el autor no juzgó conveniente incluir en la edicion de 1832). Tampoco incluyó en ella el romance satírico *El Hombre de los caras*, publicado en los *Ensayos satíricos* que lió á luz en 1820 (Imprenta Nacional) con el pseudónimo *El Licenciado Machuca*.

La Bruja, el Duende y la Inquisicion, poema romántico burlesco, y otras composiciones satíricas. Este libro se publicó en Madrid con el pseudónimo *Don Valentín del Mazo y Correa*.

Viaje de un curioso por Madrid. Un folleto en 8.º

Los cortesanos y la revolucion, novela de costumbres. Madrid, 1838. Dos tomos en 12.º

El Hijo predilecto ó la parcialidad de una madre, comedia en cuatro actos y en verso. Fué impresa en 1839. No se ha representado.

Oda al Excelentísimo señor don Nicolás de Azara. Se imprimió en el *Semanario Pintoresco*.

Oda al Excelentísimo señor don Manuel José Quintana. Se imprimió en la *Corona Poética* que se repartió el día de la coronacion de aquel ilustre poeta.

Tratado de la educacion de las niñas, y *Manual de lectura para las mismas*, por M.^{me} Campan. Obra premiada por la Academia Francesa, y traducida por DON EUGENIO DE TAPIA y don Juan Nicasio Gallego. Dos tomos en 8.º

Contestacion á un artículo de Mr. Durrieu, inserto en la *Revue des Deux Mondes*, sobre la HISTORIA DE LA CIVILIZACION ESPAÑOLA. Se imprimió á continuacion de la *Biografia* de TAPIA. Madrid, 1856.

El Talisman ó Ricardo en Palestina, novela de Walter Scott. Traducida por DON EUGENIO DE TAPIA y don Juan Nicasio Gallego. Tres tomos en 8.º

Un falso novio y una niña inexperta, comedia original en tres actos y en verso. Se imprimió á continuacion de la *Biografia* de TAPIA. 1859.

POESÍAS.

SÁTIRAS.

I.

EL SÓRDIDO INTERES.

Basta, basta, Camilo; no te empeñes
En hacerme escribir contra los vicios;
De censurar el arte no me enseñes.

¿Yo satírico? ¡Guarda! Mil perjuicios
Pudiera ocasionarme esta osadía,
En vez de tus soñados beneficios.

¿Y porque yo declame, ó burlon ría,
Se han de enmendar los necios y malvados,
Cediendo á la razon? ¡Qué bobería!

Nuestros males están muy arraigados;
Nadie quiere, además, ponerse en cura;
Con que, son los remedios excusados.

Jamas tendrá pudor ni compostura
Belisa, que en el coche va ostentando
De su turgente pecho la blancura.

Ni aunque un siglo esté yo satirizando,
Sus deudas pagará Licinio el noble,
Por más que á su acreedor ve mendigando.

Es el viciado corazon de roble,
Y aunque le saje sátira punzante,
No hay que esperar que á la razon se doble.

¿Y cuál sátira, di, será bastante
A lanzar con vigor del pecho humano
El sórdido interes?..... Con el brillante

Metal del Potosí compra un anciano
Rugoso, temblador, la virgen bella,
Cuyo pecho el amor abrasa en vano.

Vendela el padre vil; van en pos de ella
Al profanado altar el empachoso
Tedio, la enemistad, ¡Oh dura estrella!

No en tus brazos, Florinda, el cariñoso
Infante sonreirá, ni el nombre tierno
De padre oirá jamas tu yerto esposo.
¡Qué noches; ay! el aterido invierno
Te guarda! Sin amor, atormentada
De tu verdugo y celador eterno.

No pára aquí tu mal; con voz cascada
Te hablará el ochenton de sus amores,
Te asordará su tos acatarrada.

Querrá mimarte..... ¡Oh sandío! no desdore
Tan amable beldad; ¡secos sarmientos
Cuándo viste enlazar con frescas flores?

No pugnan entre sí los elementos
Con tal contrariedad, cual tú y Florinda,
Que me penetra ya con sus lamentos.

Su faz, en otro tiempo alegre y linda,
Por tu causa, tirano, amarillea,
¿Y quieres que á tu amor dócil se rinda?

La discordia ¡ay de tí! sopla su tea
En el lecho nupcial, y los vecinos
Oyen á media noche tu pelea.

¡Oh cuánta vocería y desatinos
Lanzas por esa boca desdentada
Contra aquellos dos soles peregrinos!

Florinda, al fin, de tu rigor cansada,
No pudiendo sufrir ultraje tanto,
De sus padres se acoge á la morada,

Y á sus piés jura con amargo llanto
Mil muertes preferir á tu presencia:
Tal es su indignacion y tal su espanto.

Así el vil interes con su influencia
Profana escandaloso, y amancilla
Del matrimonio santo la excelencia.

No ménos murmurar hace en la villa
Tu litigio, marqués, interminable,
Perpétuo manantial de ódio y rencilla.

¿A tu hermano, pupilo y miserable,

Robar pretendes la paterna hacienda?

¡Oh corazón de roca inexorable!

Porque tu campo ó tu olivar se extiende

Algunas varas más, ¡hombre insensato!

¡Mueves contra tu hermano tal contienda?

Y luego esa ambición, ese boato

Caerá en la estrecha y pavorosa tumba,

Do los insectos te darán buen trato.

Ni por ésas, Camilo; ni la zumba

Ni el sermón más patético hacen mella

En quien tras de este vicio se derrumba,

Conciencia, honor y todo lo atropella;

Ya lo ves en don Cosme, el usurero,

Cómo á su triste prójimo desuella.

Y eso que cree en el juicio venidero,

Y cargan en su espalda ochenta arillos,

Y el asma se le sube hasta el gargüero.

Dados tiene á interés algunos miles,

Mas ¡qué interés! ¡Oh Dios! Ciento por ciento;

¡Y no le agarran ya cien alguaciles?

Misero el labrador y macilento

Va á su tienda fatal, mejor diría

Guarida donde Caco hizo su asiento;

Cuéntale sus desgracias, la sequía

Que del año anterior perdió las mieses,

Y el fuego que ha arruinado su alquería.

Necesita sembrar, por cuatro meses

Busca dinero á préstamo; otro modo

No halla de resarcir tantos reveses.

«Yo te remediaré; malo está todo,

Dice el ladrón, los tiempos son fatales,

Circula poca plata. ¡Qué período

» Tan largo de inacción!.... Pero mil reales

Te prestaré con su hipoteca al canto,

Y volviéndome al mes dos mil cabales;

» Yo no sé quién hoy día haga otro tanto;

Mas mi pecho se ablanda como cera

Cuando oigo de mi prójimo un quebranto.»

Arde en coraje el rústico, y quisiera

Ahogar entre sus brazos al malvado

Que insulta á la virtud de esta manera;

Mas le reporta su infeliz estado;

Pide rebaja en la monstruosa usura,

Y ofrece en hipoteca su ganado.

Nada consigue; el mercader le jura

Que no puede hacer más. Ya la paciencia

Pierde el agricultor. «Alma tan dura

» Como las rocas, dice, en penitencia

Haga Dios que mendigues afanoso,

Y caridad no encuentres ni clemencia!....»

Mas ¡qué diré del tráfico horroroso

Que hace de sangre humana el europeo

En el suelo del Africa ardoroso?

Zarpa la nave, ¡ay Dios! llena la veo

De negros infelices; sus gargantas

El hierro oprime; en su semblante leo

La pena atroz que los consume. ¡Oh cuántas

Amargas horas en el suelo indiano

Verán correr los tristes! ¡No te espantas,

¡Oh morador de Europol tú, que humano

Osas llamarte cuando vil codicia

Te hace ser insensible con tu hermano?

Y no encubrir pretendas tu injusticia

De religión con el mentido velo,

Mezclando la impiedad con la avaricia.

La santa religión, hija del cielo,

A maltratar, á esclavizar no enseña,

Sino á sembrar el bien y á dar consuelo.

Como á bestia de carga se domeña

Al negro desdichado, y se le trata

Cual si de bronce fuese ó dura peña.

¡Oh sed abominable de la plata!

El hombre codicioso, por saciarte,

Ni la virtud ni el pundonor acata,

¡Quieres que más escándalos ensarte,

Camilo? No acabará en todo el día,

Ni hiciera más al fin que molestarle.

Harta pena en sí lleva el alma fría,

Que cebada con ansia en el vil oro,

No conoce la paz ni la alegría,

Y su mayor verdugo es su tesoro.

II.

LA HOLGAZANERÍA.

«¡Oh qué regalo! el haragan exclama,
Es levantarse tarde, ir á los toros,
Comer luego en la fonda, en el teatro
Y en los bailes pasar la noche entera,
Y nada trabajar en todo el día.
Esta la vida finé del siglo de oro,
Comer, beber, tenderse á la bartola,
O correr en el bosque tras las ninfas;
A fe que no eran bobos nuestros padres.»

No lo extrañes, Fabian, los arroyuelos
Diz que manaban leche, miel sabrosa
Las robustas encinas, donde quiera
La tierra liberal les daba frutos,
Y sin llevar bolsillo, en todas partes
Cual cuerpo de sultan se regalaban.
Mas ahora no es así; la madre tierra
No da frutos de balde, las encinas
Sólo llevan bellota, y los arroyos
Brindan con agua clara, no con leche,
La miel dinero cuesta, sin dinero
No da la rubia Céres sus espigas,
Y todo, todo al fin cuesta dinero.

Preciso es trabajar para adquirirle,
Beneficiar la mina, arar la tierra,
Correr los anchos mares comerciando,
Hilar, tejer, en la encendida fragua
Derretir los metales.... ¡Qué me canso?
Si no eres mayorazgo, y comer quieres,
Por fuerza has de remar, pese á tu cuerpo.

¡Te amarga la lección? Vuelve la vista,
Mira á un hidalgo, que hermanados lleva
El don y el hambre. ¡Desdichado mozo!
Nació tarde, paciencia, no es su culpa.
Llévose el primogénito la casa,
Un huerto, un olivar, y él quedó asperges.
Holgar tan sólo y murmurar le gusta,
Y contemplar su rancia ejecutoria.
Ofrecele el blason punzantes chuzos
(¡Para su hambre canina mal agüero!)
Y cajas, y banderas y cañones,
Y por remate un ave de rapaña;
¡Linda menestra á fe para un convite!
Cual lobo hambriento el infeliz aulla,
Y de sus flacos hombros ya raida
Cuelga la capa en desiguales puntas,
Y triste amarillez su rostro afea.

Mira, por el contrario, ¡qué robusto
Y alegre el labrador coge las mieses
Debidas á su afán! Hermosa prole
Cécale en torno, y la aplicada esposa
Mesa abundante y limpia le prepara.
Mesa envidiada por el guapo Estéban,
Que un cigarro fumó por desayuno,
Y con Curro el torero la mañana
Invirtió en disputar si entró el estoque
Por medió de la cruz, ó al lado izquierdo
Se inclinó cuatro líneas. ¡Oh destreza!
¡Oh picara afición! Por tí reposan
El día de labor los menestrales,
Y de media semana las ganancias
Dejan en la taberna y el tendido,
Y ayunan la otra media. Enhorabuena
El afanoso inglés nos aventaje
En industria y comercio, y nuestras lanas
Luego nos venda en paño convertidas,
Con centupla ganancia. ¡Eso qué importa,
Si tú tendido en el mullido lecho
Duermes de media noche á medio día,
Y luego más en regalada siesta?
Duermes tranquilo, y sueñas que en tu patria
Rios de plata en abundancia corren,
Que en profusión la tierra mana frutos,
Y que á todos nos hace mayorazgos.
(¡Así fuera verdad!) Con esta idea
Tiéneste por señor, y al extranjero
Miras cual ganapan, que destinado
A servirnos está. ¡Mozo inexperto!
Si tu grata ilusión no desvanece

El tropel de mendigos que te acosa
Donde quiera que vas, torna la vista
A esa larga cadena de infelices
Que al africano suelo van forzados.

Pregunta sus delitos. Ese jóven
Mimado, te dirán, no aprendió oficio,
Dióse á tatur, y con sutil destreza
Los naipes al tallar escamotaba,
Y por él cien familias se arruinaron.
Aquel otro haragan y vagabundo,
De ánimo andaz y de rapantes niñas,
En los grandes concursos, de un bolsillo
Calaba el fondo, y con marcial llaneza
Trasladaba á su bolsa el oro ajeno.
Aun más infame aquél, tráfico hacia
Del honor conyugal..... Mas corre, oh Musa,
El velo del pudor sobre este crimen,
Que abortó para mengua del humano
La torpe ociosidad..... De ella son hijos
El fraude inicuo, y el amor impuro
Y la ciega ignorancia. Aquel Narciso,
Que de fino se precia y caballero,
Si dónde está Marruécos le preguntas,
Junto á Pekin, dirá; mas no es preciso
Tan léjos acudir; di que en el mapa
Te señale á Valencia, y si no pone
El dedo en Portugal, que ardan mis libros.
Pero si luego á murmurar le brindas,
Verás qué erudición y qué soltura
De lengua tiene; el penetrante dardo
No tan rápido va cortando el viento.
Tajos acá y allá sin duelo tira,
Mil honras caen á los primeros golpes;
No hay deudo ni amistad que le contenga,
Ni á tu virtud, Narcisa, acrisolada
Perdona su furor: falsa, gazmoña
Dice que es tu modestia, y que á escondidas
Prestas oído al seductor infame,

Él quiso serlo, ¡vill y despreciado,
Con la calumnia atroz vengarse intenta.
¡Oh pundonor antiguo castellano!
¿Dónde te ocultas? Defender las damas,
Blandir la lanza, acometer al moro,
Y de la patria acrecentar la gloria,
Tal fué la ocupacion de nuestros padres.
No en vergonzosa ociosidad sumidos
Guerra de alevos al honor hacían,
Ni con los torpes vicios infestados,
El seno de la patria laceraban;
Mas sus nietos, impávidos corriendo
Del garito al burdel, de fonda en fonda,
Consumen sin honor la pingüe herencia
Que costó tanto afán á sus mayores.
Consúmenla, trampean; no hay amigo
Que no lleve un petardo; todos huyen
De su lengua falaz escarmentados.
Pide más la manceba; no hay qué darle,
Y ella entónces, esquivando y burladora,
A otro incauto se entrega y le despluma.

Huyamos de esa turba, caro amigo,
A la tierra del vasco laborioso,
Donde en rústico hogar la virtud mora.
Allí verás al labrador honrado
Con incansable afán colmar la tierra
De opimos frutos; si con él comparas
A esos hijos ociosos del deleite,
Endebles y raquíticos. ¡la risa
Podrás acaso contener? ¿Has visto
Entre débiles mimbres alto chocho
Cubrir el río con sus anchas ramas,
Y á la avenida rápida y profunda
Serenamente resistir? Así el membrudo
Labrador aventaja á esos pigmeos
Que cual traviesos monos de la Libia
En jugar y comer la vida emplean.

III.

LOS TOROS.

No me hables de Lóndres,
De Roma y París,
Que toros no lidian
Los hombres allí.
¡Dichoso el que puede
Gozar en Madrid
Funcion tan gloriosa,
Que empieza en Abril!
El lunes se huelga,
¡Qué grato vivir!
Se come, se monta
En un calesín,
Y al circo volando
Van ciento, dos mil.
¡Qué ruido á la entrada!
¡Qué hirviente bullir,
Cual reses que salen
De estrecho redil!

Empieza el despejo
Con pompa gentil,
Y corre la plicbe,
Famélica y ruin,
Cual huye acosado
Feroz jabalí;
Ya limpia la arena,
Se ve concurrir
Del plácido Bétis
Y el claro Genil,
Vistosa cuadrilla
Dispuesta á morir.
Tomando la vénia
Del jefe civil,
Que manda la plaza,
Se apresta á la lid.
Ya va con la llave

El listo alguacil,
Le silban, y corre,
Y excita el reir.
Se da la señal,
Y suena el clarín,
Y se abre la puerta
Del hondo toril.
El toro se arroja
Furioso á cmbestir
Cual rayo que lanza
Tronante fusil.
Sevilla el valiente
Le espera al salir,
La pica enristrada
Cual bravo adalid.
Al bote primero
Clavó en la cerviz
El hierro, y la fiera
Cedió sin herir.
¡Qué aplauso! No he visto
Mayor frenesí.
¿Qué valen las glorias
Antiguas del Cid?
Mas ¡ay! que el segundo,
Cual torpe aprendiz,
Ha errado la vara,
Y piensa en huir.
El toro acomete;
¡Ay pobre de tí!
En vano te agarras
Ansioso á la crin.
El útil caballo
Inerte, infeliz,
Espira sangriento
En trágico fin;
Y tú á las cornadas
Ya temes morir.
Llamando á la Virgen
Y al santo Crispín,

No tiembles, que *Montes*,
Serenó y gentil,
Tendió ya su capa
Color carmesí.
El toro te deja,
Y corre al carmin,
Y burlale *Montes*
Con mágico ardid.
Entónces te mueves,
Mirando al cenit,
Como una tortuga,
Maton baladí.
Te ayudan, y tornas
Pesado á subir
En otro caballo
Más ético y vil.

En tanto *Sevilla*,
Como á un maniquí,
Revuelve su jaco
De ardiente nariz.
El toro hace frente,
Escarba, y así
Se miran, se amagan;
¡Oh sabio Merlin!
Aquí de un encanto,
Si no, el adalid
Es víctima triste.....
No en vano temí;
Venció como César
El toro malsin.
Caballo y jinete,
Cual tierno alhelí,
Sangrientos, postrados,
Rodando..... Acudid,
Pedestres toreros,
El riesgo está aquí.
Salvad á *Sevilla*,
Que va á sucumbir.
Le salvan, ¡qué gloria!

Perece el rocin,
Que en una tahona
Pudiera servir.
Dos nuevos caballos.....
¡Qué flacos venis!
Son galgos, no pueden
¡Ay, Dios! resistir.
Murieron; van cuatro.....
¡Aun otros pedís?
¡Oh gente más dura
Que el turco Selin!
Ya basta; allá vuela,
Cual rauda neblí,
Con dos banderillas
El diestro *Joaquín*.
Al toro de frente
Provoca á la lid,
Y parte la fiera,
Cual rayo, á embestir.
El hierro punzante
Se clava; aplaudid,
Que el toro da brincos
Como un volatin.
Detras le persigue
Ligero andarin,
Que clava en las nalgas
El dardo sutil.

Mas ya toca á muerte
El ronco clarín;
Con capa y estoque,
Ufano de sí,
Al triunfo glorioso
Va el jaque. Pedid
Que el cielo le ampare;
¡Oh, buen matachín!
La suerte es adversa,
Erraste, infeliz;
A un lado el estoque,
Como un espadín,
Pusiste..... ¡Qué silbos!
Te llaman servil;
Es voz de la plebe,
Ladran de mastín;
Ayer te aplaudía:
La plebe es así.
Te dan otra espada,
Y vuelves á herir;
Tropiezas en hueso,
Estás muy rocin;
Degüellas al cabo
En torpe deslíz
Al toro; *requiescat*,
Tú logras vivir.

No siempre es el toro
Un bravo animal;
Lo mismo sucede,
Hablando en verdad,

Al hombre; éste es manso,
Y aquél montaraz.
Hay toros que temen
La vara fatal,
Y nunca hacen frente,
Y huyendo se van.
Contra estos bastardos
Lo más eficaz
Es fuego; lo pide
El pueblo á la par,
Con voz tronadora
De fuerte gañan.
Los cohetes estallan,
Y el toro fugaz
Bramando, brincando
Da acá para allá,
Traspasa la valla,
¡Oh misero azar!
La turba de chulos
Y guapos, que está
Gozando de cerca
La lid racional,
Se aturde, se agolpa,
Ve al toro detras.
¡Dios mío, qué cuernos!
¡Qué aspecto infernal!
Abrid esa puerta,
Que va á destripar
Un ciento, y la patria
De luto estará.
Ya se abre, y el toro
Forzado á parar,
Al circo se torna,
Y allí con afán
De nuevo le punzan;
¡Encono bestial!
¡A un buey trata el hombre
Con tanta impiedad!

A veces demanda
La plebe locuaz
Los canes rabiosos
De fuego en lugar.
Dos perros de presa
Con ansia voraz
Se lanzan al toro,
Y en pos otro par.
La fiera hace frente,
Embiste, y un can
Herido en el aire
Se ve voltear.
En tanto los otros,
Con arte sagaz,
Se ciñen al cuerpo,
Y presa hacen ya.
Sacútese el toro
Con fuerte bramar,
Y deja dos canes
Rendidos atras,

Y hiere al tercero,
Que duro y tenaz,
Asido á la oreja
No cede jamas.
El toro le huella,
Le punza, le da
Cien vueltas; en vano,
Parece inmortal.
Acuden los otros,
Se aferra al ijar
El uno, cual tigre
O lobo rapaz,
Y muerde, y la sangre
Comienza á brotar;
Y el duro colmillo
Parece un puñal.
El otro á la oreja
Con fiero ademan
Se tira, desgarrá;
Se ven centellar
Sus ojos, cual fuego
De ardiente volcán.
El toro, rendido,
No puede acornar,
Y brama, y de sangre
Le corre un raudal.

Entónccs terminan
Su triste penar
La espada sangrienta,
Y el hierro auxiliar
Que clava en la nuca
El diestro oficial.
Sonoras esquilas
Se escuchan; mirad,
Tres mulas galanas
Corriendo á la par
Con sendos zagales,
Que corren aun más,
Se acercan, engancha
Del muerto animal
Los cuernos un jóven
Membrudo y audaz.
El látigo estalla,
Y vuela el zagal,
Y brinda la plebe
Ruidosa y procaz.

Dejadme, ya basta,
Dejadme escapar;
No quiero más toros,
Que angustia me dan.
Pisando el caballo,
Sumiso y leal,
Sus propias entrañas,
¡Podré yo gozar?
Adios, compatriotas,
Me voy á Tetuan;
Más quiero ver monas,
Que toros matar,

IV.

EL TEATRO.

No puedes figurarte, amado Próspero,
Cuánto me place el género dramático.
Cuando se anuncia al respetable público
Por la primera vez nuevo espectáculo,
Vuelo á tomar billete como el céfiro,
Aunque den apretones cien gagnápiros.
En especial si el drama es de los horribidos,
Que docta multitud llama románticos,
Compuesto por autor, cual Dumas célebre,
A quien sueles llamar galo-vandálico.
Seis reales de vellón gasto económico,
Si es la comedia de poeta clásico,
Que entónccs los asientos semi-rústicos
Suelen estar desiertos como un páramo;
Empero tres pesetas sin escrúpulo

Desembolso cual rico aristocrático,
Para ver y gozar en sillón cómodo
Los bellos dramas del ingenio tártaro.
Ayer hicieron uno fiero y lúgubre
En seis actos partido, y no eran párvulos,
Y del uno al siguiente en los intervalos
Se pudiera cenar; somos flemáticos.
Hubo decoraciones muy exóticas,
Noche de tempestad, truenos, relámpagos,
Convento, panteón, ruinas y cárceles,
Guerreros, brujas, capuchinos, cuákeros.
Si quieres un bosquejo de la fábula,
No te le podré dar, porque en mi cálculo,
Para un drama á lo ménos y dos óperas
Sobraba material con aquel farrago.
¡Qué memoria pudiera al primer ímpetu
Abrazar aquel todo tan gigántico,
Y luego en miniatura y en esdrújulos
Darte razón en tono didascálico?

Faltaban además orden y método,
Y el autor, que en las letras es anárquico,
Volaba á su placer con libre péñola
Sin motivar los incidentes rápidos.
Luego nos trasladaba en cambio súbito,
Cruzando cual fragata el mar Atlántico,
De un mundo al otro, y al hogar doméstico
Tornábamos ligeros como un pájaro.
Duraba la función seis años íntegros,
Se mezclaba lo cómico y lo trágico,
Hubo gritos horrendos, y yo, misero,
Saqué mi pobre chola como un cantaro.
Dicen que esto es sublime graves críticos,
Y quien lo afirma en tono más dogmático
Es aquel don Hermógenes filólogo,
Que ayer hablaba así.... ten calma y trágalo:
«Dichosa edad en que el ingenio intrépido
Corre sin trabas de la tierra el ámbito,
Y en el humano corazon metiéndose,
Las hirvientes pasiones mira extático.
Toma un suceso de leyenda gótica,
Y forma un drama aterrador, fantástico,
Que desde el Bétis al helado Vístula
Mueve y penetra con efecto mágico.
Ora se oye gemir doncella tímida,
Perseguida atrozmente por un bárbaro
Sin conciencia ni ley, raptor de vírgenes,
Más impuro y voraz que Sardanápalo;
Ora, cubierto con horrible máscara,
Un marido brutal derrama impávido
La sangre de su esposa, á quien despotico
Un rey colmó de honores en su tálamo.
Pero nada es igual en fuerza enérgica
A una Lucrecia de inmorales hábitos,
No como la romana que purísima
Abrió con el puñal su pecho cándido;
Estotra es furibunda cual Euménide,
Tan audaz y lasciva como un sátiro,
Que ama á su propio hijo con frenética
Incestuosa pasión.... ¡amor satánico!
Ella delira, trueno, tiene vértigos,
Y convida á un festín, y con vil ánimo
Da atroz veneno á los festivos huéspedes;
Y en medio de los brindis y los cánticos
Se ven aparecer horribles féretros,
Rezando el miserere frailes pálidos
Que á bien morir ayudan. ¡Oh, qué tétrico
Estaba allí el autor, qué apotegmático!
Me horripilaba; en convulsion galvánica
Vi perecer lo ménos ocho zánganos,
Y el manco querido, y la.... ¡qué término
Daré á esta furia del horrendo báratro!
¡Lucrecia atroz! que se levante Sófocles,
Y á aprender venga el colorido Trágico.
Vosotros de otra edad, ingenios frígidos,
Más que en noche de Enero los carambanos,
Nunca supisteis con el metro armónico
Pintar horrores, desgarrar con bárbaro
Furor el tierno pecho. Esta es la cúspide
Del humano saber, ¡oh pobres clásicos!»
Así decía el sabio don Hermógenes,
Contra quien sueles tu censorio látigo,
Próspero, levantar, y cuya crítica
En tu docta opinión no vale un rábano.
Acuérdome del día en que impugnándole,
Con grande sorna, y con semblante plácido,
«¿A qué pintarnos tan horrendos crímenes,
Dijiste, á qué excitar, genios misántropos,
Ardiendo en civil guerra la Península,
Pasiones fieras, é irritar los ánimos?
Más valiera purgar el suelo ibérico
De torpes vicios con ingenio cáustico,
Y esgrimiendo las armas del ridículo,
Zurrar bien la badana á tanto gárrulo;
Al necio que se precia de político,
Y se hace el sentencioso diplomático,
Sin saber jota del derecho público,
Ni de la historia patria un solo párrafo.
Azote duro al escritor hipócrita
Que en bastardo lenguaje galo-hispánico,
Ostenta libertad y amor patriótico,
Y todo es interés y amor metálico.

No faltará materia á cien satíricos
Para cebarse y divertir los ánimos,
Si quieren engolfarse en este píclago
Que tienen tan revuelto los cismáticos.
Mas si un signo fatal, ¡oh musa cómica!
Te lanzó del salón escenográfico
Para siempre jamás, y quiere Júpiter
Que nos tornemos gótico-románticos;
No váyais á buscar, ingenios mímicos,
Que pensais escribir para los páparos,
Allá en el horizonte septentrional
Sombras, horror, sangrientos espectáculos.
Aquí en el suelo hispano, tierra clásica
De amor y de portentos, tendrá pábulos
Constante vuestra musa. Aquí los árabes
Os darán mil asuntos más dramáticos.
Su tierno amor, sus orientales fábulas,
De un alcázar brillante el lujo asiático,
Donde las perlas y diamantes índicos
Brillan como lucero en cielo diáfano;
El noble pundonor de gente gótica,
Que en incansante afán siguiendo el lábaro
De la sagrada cruz, el sarraacénico
Yugo destroza del emir fanático;
Los terribles encuentros, las frenéticas
Pasiones de dos pueblos antipáticos,
Ambos de ardiente corazon, intrépidos,
Duros, terribles, y á la par magnánimos;
Esto interesa más, genios prolíficos
Del Parnaso novel, que ese catálogo
De dramas novelescos soporíferos,
Que delirios semejan de somnámulos.»
Así, animado tú de amor patriótico,
Próspero, hablabas; y el congreso apático
Bostezaba al oír tus doctas máximas,
Como en largo sermón pueblo selvático.
No te canses, amigo: es fatal época;
Habríamos de sufrir penosos tártagos,
Aguantando en la escena hermafrodítica
Monstruos de dos especies enigmáticas.
Veremos derramar, cual en patíbulo
De horrenda guillotina, sangre á cántaros,
Lamentarse el actor con frases gálicas
Juntas al español en necio diálogo;
Veremos.... ¡qué sé yo!.... Demonios, ángeles,
El juicio postrimero, el negro Tártaro.—
¡Y qué diré del edificio escénico,
Propio en todo rigor para funámbulos,
Fundado en calle estrecha, sin un pórtico
Donde abrigarse, y esquivar el rápido
Movimiento de un coche? ¡Oh gente estúpida,
Etronizada en el pescante elástico!
¡Cómo atropellas al pedestre misero,
Cómo enarbolas el sonante látigo!
En la puerta las gentes amontonanse;
Penetrar quiero, y el tropel tiránico
Me estruja, me revienta; casi exánime
Paso el umbral, vencido ya el obstáculo.
¡Qué me espera después? Un olor fétido,
Y á guisa de caverna un largo tránsito,
Que con dudosa luz y aire mefítico
Conduce á los asientos diplomáticos.
Ya estoy en la luneta; ¡suerte pícaral!
Tócame un mal asiento, voto al chapiro!
Entra, después que yo, fornido sátropa,
Presenta un barrigón rotundo, báquico,
Cual de una iglesia la elevada cúpula,
Y al verle á par de mí, sufro cual Tántalo;
Encojo cuanto puedo el flaco estómago,
El resopla ruidoso como el ábrego,
Y enderezando á mí la mole esférica,
Se adhiere más, é inmóviles quedámonos.
Hace un esfuerzo al fin el prócer sólido,
Y retira el enorme tabernáculo,
Y pasa, y libre soy; ¡qué sudorífico!
Si dura más, espiro como náufrago.
Próspero, ¡qué estrechez! Cuando el artífice,
Contra sana razón y el gusto itálico,
Construyó este embrión arquitectónico,
¡Eran los españoles como sábalos?
Mientras yo me repongo de las náuseas
Que me excitó el gastrónomo fantástico,

En la grande *Cazuela*..... ¡voz ridícula!
 Como si el bello sexo amable y placido
 Fuese potaje vil expuesto al público
 En loza de Alcorcon; somos románticos....
 En la cazuela, digo, horrible estrépito
 Se oye y voces agudas en són áspero,
 Cual suele don Cristóbal en los títeres
 Agitarse y chillar como lunático.
 ¡Y qué han de hacer, amigo, aquellas miseras
 En estrecho lugar inundo y cálido,
 Cual en barril arenques saladísimos,
 Comprimidas, prensadas? ¡Oh selváticos!
 Los que á las hembras adorais cual ídolos,
 Los que su amor gozais tiernos y lánguidos,
 ¡Cual triste cuadro de afligidas ánimas
 Podeis mirarlas con enjutos párpados?
 De allí aparto los ojos, y volviéndolos
 A más digno lugar, defectos bárbaros
 Hallo tambien, los palcos estrechísimos,
 Con luz escasa, con olor de pábilo;
 Tiendas semejan de tratante misero,
 Que hace en la feria su mezquino tráfico.
 Aun te pudiera hablar de otros desórdenes
 Que en la escena se notan con escándalo;
 Empero basta ya para una epístola,
 Y me canso además de buscar dáctilos.

ELEGÍAS.

I.

Á la muerte de la Duquesa de Frías.

(1830.)

Salud, campo sombrío;
 Morada del silencio y de la muerte,
 Salud; en tu recinto pavoroso
 La pena exhalaré del pecho mio.
 La soledad, el fúnebre reposo
 De estas calladas tumbas, la tristura
 Del erguido ciprés, el negro manto
 Que la medrosa noche al aire tiende,
 Caros objetos son á mi quebranto.
 Cual triste meteoro aquí desciende,
 Sombra de Osian, y el arpa que tañias
 Cuando en aciagos dias
 Cantabas de tu Oscar la desventura,
 Y la temprana muerte de Malvina,
 Sueña más triste, y en el mármol hueco
 De los sepulcros frios,
 El canto del dolor repita el eco.
 ¡Qué valen ¡ay! la gracia peregrina,
 La discrecion, el halagüeño encanto
 De una beldad contra la Parca fiera?
 Ella su brazo destructor levanta,
 Y la belleza cae cual tierna planta,
 Que destroza en la quinta placentera
 El sañudo huracan. Así lozana
 Cayó la dulce esposa
 Del noble prócer, mi bondoso amigo,
 Ayer ornato de la corte hispana,
 Y hoy triste polvo. En orfandad llorosa
 Del conyugal amor la cara prenda
 Corre del padre al seno atormentado,
 Y con él gime, y á su madre llama.
 En vano aguardas que tu voz atienda,
 Niña inocente; el cielo ha separado
 Con abismo profundo
 Tu ternura y su amor; no se halla senda
 Que de la eternidad torne á este mundo.
 ¡Y nunca, nunca en el salon brillante
 Do competir se ven tantas bellezas,
 Descollará cual palma la elegante,
 La discreta *Piedad*! ¡Nunca en mi oído
 Volverá á resonar aquel acento
 Con que su labio el pecho conmovia,
 Ya derramando en tierno sentimiento
 Bálsamo de consuelo al afligido,

Ya inspirando la paz y la alegría
 Cuando en tono festivo razonaba,
 Y bella se mostraba
 Como la aurora al anunciar el día....
 Así la vió brillar maravillado
 El Bétis en su placida ribera,
 Y luego el mar que las murallas baña
 De la ciudad de Alcides,
 Cuando la noble España
 Juró no recibir ley extranjera,
 Y opuso el pecho á las sangrientas lides.
 Fué entónces de su esposo
 Angel consolador, fué compañera
 Impávida en el trance peligroso,
 Cuando el cañon tronaba.
 Y junto al puro lecho de Himeneo
 La estrepitosa bomba reventaba.
 Tras el carro triunfal de la victoria
 La vió despues llegar el Manzanára,
 Ufana con la gloria
 Del esposo feliz, que recobrando
 Los perdidos hogares,
 Su amor cantaba y sin igual ventura
 Con dulce lira y con acento blando.
 Ecos son hoy de duelo y amargura
 Los que fueron de amor. Roto en el suelo
 Yace el laud sonoro,
 Y en la estancia ducal, ayer henchida
 De placer inefable,
 Y ya cubierta de enlutado velo,
 Nunca se oirán pulsar las cuerdas de oro.
 Mas ya por el desierto inmensurable
 Del éter azulado
 Guia la blanda luna silenciosa
 El carro nacarado;
 Con su pálida luz bañarse veo
 El grande mausoleo
 Donde por siempre la beldad reposa.
 ¡Es ilusion, ó inmóvil contemplando
 El sarcófago triste allí aparece
 Solitario un mortal? Hondo gemido
 Se exhala de su pecho y me estremece.
 De esposa el nombre tierno
 Pronuncia con acento dolorido....
 El es; ¡cuánta amargura
 La viudez ha vertido en aquel pecho
 Donde ántes se albergaba la ventura!
 ¡Consolarle podré?... ¡Miserico amigo!
 ¡A qué en este lugar de olvido eterno,
 De eterna desunion, buscar amores?
 Todo lo devoró la tumba fria,
 Insensible á gemidos y dolores.
 Ella guarda tambien la prenda mia,
 El fruto de mi amor. No hay esperanza,
 No hay compasion aquí. — Ni yo la imploro;
 Deja libre correr mi amargo lloro,
 Deja que un aire impuro aquí respire;
 Que al pié del mármol, en oscura noche,
 Ante el pálido espectro que horroriza,
 Yo solitario espire,
 Y que en la misma tumba sepultado
 Donde yace mi bien, su pecho al mio
 Se junte, y su ceniza á mi ceniza.
 — Si en ciego desvario
 Corra el triste mortal, arrebatado
 De una pasion insana,
 Cual leve arista por el rauda viento,
 ¿Qué vale la razon? Justo es, amigo,
 Sentir, llorar; la gracia sobrehumana
 Y la tierna bondad guarda esa tumba;
 Mas ¡será tan acerbo el sentimiento,
 Que tu pecho magnánimo sucumba?
 ¡Ay! sin ti, ¿qué seria
 De esa inocente que el consuelo espera
 De su padre no más? Torna á sus brazos;
 Dejemos esta lúgubre morada,
 Donde tu lastimera
 Voz se pierde en el seno de la nada,
 Un vale sempiterno
 Di á tu querida esposa, y en ferviente
 Plegaria, que hasta el trono del Eterno
 Lleve la religion con lengua pura,

Pide que en lazo de inmortal ventura
Os estreche á los dos eternamente.

II.

EL SUICIDIO.

Ya con ceñuda frente
En el nebloso Támesis reinaba
El invierno inclemente.
El turbulento mar ronco bramaba,
La tormenta anunciando,
Y á la flotante nave amenazando,
La nave que opulenta
Del Ganges remotísimo volvía
A saciar de Damon la sed del oro
En que su pecho codicioso ardía;
Mas vano es su esperar; que ya violento
El vendaval asalta al frágil pino,
Y le estrella en la playa peñascosa,
Y gentes y tesoro
Húndense en espumoso remolino.
Subido en la atalaya descollante,
Pálido y azorado,
Ve su barco Damon ya zozobrando.....
Ve su fin desastrado;
Y cual de inculto bosque en la espesura
El rápido huracán brama deshecho,
Así el misero exhala de su pecho
El hirviente furor, y su fortuna
Frenético maldice una vez y otra,
Y vuelve á maldecir en ronco acento;
Hasta que al fin, cansado
De repetir al aire vanas quejas,
A su mansion camina despechado.
Allí su casta esposa,
Dechado de virtud y tierno afecto,
Le espera cuidadosa,
En ademán doliente suspirando,
Y al ver de su Damon el fiero aspecto,
Y los airados ojos centellando,
Tierno llanto derrama,
Y de su mal la causa le pregunta.
El con trémula voz, ¡no viste, exclama,
El mar sañudo hincharse,
Rugir, abrirse luego, y mi navío,
Y mi dicha con él y mi esperanza
En sus hondas entrañas sepultarse?
«¿Y tu dicha, con él, y tu esperanza,
Repite la infeliz, y el amor mío
Aun á darte consuelo ya no alcanza?
¡Ay! cuán otro Damon era aquel día
En que eterno cariño me juraba
Al enlazar su mano con la mía.
Entonces no alentaba
Su pecho el interés; dichoso entonces
Conmigo y apacible,
Placer sólo y amor era su vida.
Mas luego que á surcar el golfo horrible
Tras el oro lejano
Le enseñó, por mi mal, un falso amigo,
Fué al amor la riqueza preferida,
Al gozo la inquietud; y en vano, en vano
Con ruego cariñoso
Quise atajar la rápida violencia
De una servil pasión, que me robaba
El corazón amante de un esposo.

Ella venció por fin..... ¡Y la opulencia
Anhelada lograste
En cambio del amor que abandonaste?
¡Ay! vuelve á la razón, vuelve al cariño,
Que brindándote están con mejor suerte.
La granja deleitosa
Y los fértiles campos que en su muerte
Dejó mi padre amado,
Te volverán la calma venturosa,
Que la instable fortuna te ha llevado.
Allí de la feroz naturaleza
Los dones cogéremos,
Y en rústica llaneza
Felices y envidiados viviremos.»
Cual suele en una noche tenebrosa
Brillante aparecer la blanca luna,
Saliendo de una nube tempestosa,
Luego en otra esconderse,
Y en más densa tiniebla oscurecerse;
Así en tanto que suena
De la aligida esposa el tierno acento,
Ríe la paz serena,
Y templada del avaro la fiera.
Mas vuélvele á aquejar el pensamiento
De su fatal riqueza
Con doblado furor, y le domina,
Y sólo á muerte y destrucción le inclina.
No más, no más consuelo; arrebatado
El bárbaro consorte
Deja á su compañera y sus hogares,
Y de hierro mortal el brazo armado,
Lleva á un bosque vecino sus pesares.
¡Ay! detente, cruel, mira á tu esposa,
Mírala congojosa
Tu ausencia lamentar; vuelve, ¡infelice!.....
¿Se engaña mi deseo,
O en medio de la selva ya le veo
Su planta detener sobresaltado
Al ruido estrepitoso del torrente,
Que arrebatadamente
Cae de aquel alto monte despeñado?
Héle inmóvil, y yerto y silencioso
Su estado contemplar; ora le espanta
Con su abismo insondable
La angustia eternidad, ora angustioso
A la posteridad lleva su mente,
Y allí ve á la justicia inexorable
Su memoria infamando,
Y horribles maldiciones
En su tumba desierta pronunciando.
Mas luego en contrapuesta alternativa
Las gratas ilusiones
Del placentero amor se le presentan,
Y su ánimo enternecen abatido.
¡Ay! ¡cuál luchan con él y le atormentan
Encontradas pasiones!
Ya empieza con acento dolorido
Su martirio á exhalar..... Acude, vuela,
Esposa desdichada,
Arrojáte á sus brazos desalada,
Y blanda y amorosa le consuela.
Mas ¡ay! en vano; que el feroz despecho
Ya le asalta otra vez y le enajena,
Y no hay consuelo á tan amarga pena.....
¿Qué escucho? ¡El mortal golpe! ¡Justo cielo!
Damon yace en la tierra ensangrentado,
Y á su inocente esposa ha sepultado
En eterna viudez y desconsuelo.

LETRILLAS.

I.

LA NUEVA NOMENCLATURA
GALO-HISPANA.

Dice, caro amigo,
Fabio el cortesano,
Que es el castellano

Pobre en la dicción.
¡Mira qué aprensión!

Y él del extranjero
Voces nuevas toma,
Funde nuestro idioma,
Y hácele gascon.
¡Mira qué aprensión!

Clase y jerarquía

Voces son del moro;
Rango es más sonoro,
Dice el fantasma.
¡Mira qué invención!

Él ha introducido
Notabilidades,
Y capacidades,
Y cotización.
¡Mira qué aprensión!

Usa financiero

Si habla de la hacienda,
No hay quien le comprenda,
Todo es confusion.

¡Mira qué invencion!

Éntrome en la Bolsa,
Háblanme de *prima*,
Lúcas se me arrima,
Pídeme un *cupon*.

¡Mira qué aprension!

Zoilo el periodista
Sigue la reforma,
Quiere *dar la norma*
En la locucion.

¡Mira qué invencion!

Llama á sus rivales
Serres *refractorios*,
Puros *doctrinarios*,
Gente de *fusion*.

¡Mira qué aprension!

Brilla en la *polémica*;
Si alguien su honor mancha,
Toma la *revancha*,
Ruge cual leon.

¡Mira qué invencion!

Club llama á la junta,
Ve la trama *sorda*,
Óyele que *aborda*
Franco la cuestion.

¡Mira qué aprension!

Él nada pretende,
Los ministros huye,
Y se *constituye*
En la oposicion.

¡Mira qué invencion!

Hay en la política
Marcha acelerada,
Marcha retardada,
Y emancipacion.

¡Mira qué aprension!

Hay oscurantismo,
Tabla de derechos,
Hay rampantes pechos
Hijos de opresion.

¡Mira qué invencion!

¡Ves los corazones
Cómo fraternizan?
Todos simpatizan,
Todo es efusion!

¡Mira qué aprension!

¡Dices que no entiendes
Esta algarabía?
Hombre, si es del día,
Lengua de fusion.

Ya que la extranjera
Hueste allá no a-oma,
Hay en el idioma
Franca intervencion.

II.

Á UNA POETISA.

No siempre á la hermosura
Da generoso el cielo
Las dotes peregrinas
De animador ingenio;
Es la bondad entonces
Flor linda en un desierto,
Que aromas no respira,
Ni enciende los deseos.
Empero si se hermanan

Las gracias y el talento,
Es joya la hermosura
De inestimable precio.
Cuando tu linda mano
Pulsa el sonoro plectro,
Y ensalza de la patria
Esclarecidos hechos;
El corazon se enciende
Con palpitante anhelo,
Y de la lid ansia

El pavoroso estruendo.
De tu elocuente labio
Brotan sonoros versos,
Que excitan las pasiones
Del agitado pecho.
Yo embelesado escucho
Tus mágicos acentos;
Y arrebatado á veces
Exclamo enloqueciendo:
¡Oh si en mi pecho ardiese
El juvenil incendio
Que versos me dictaba
En más felices tiempos,
Yo de tu dulce lira
Siguiera el noble ejemplor!

III.

EL ESCRITOR MALDICIENTE.

Imitando á fray Gerundio
Pedantino el deslenguado,
Los estudios ha dejado,
Y se ha metido á escritor;
¡Ay demonio de señor!

Él no sabe ciencia alguna,
Ni humanidades siquiera,
Y con tan pobre mollera
Pretende ser orador.
¡Ay demonio de escritor!

Á un periódico abastece,
Y á fuerza de petulancia,
Quiere suplir su ignorancia
Echándola de doctor.
¡Ay demonio de señor!

Ora toma por su cuenta
Al caudillo que derrama
Su noble sangre, y le llama
Cobarde, necio y traidor.
¡Ay demonio de escritor!

No sabe sumar, y escribe
De economía y de hacienda;
¡Habrá cristiano que entienda
La jerga de este hablador?
¡Ay demonio de señor!

Llama pícaro al ministro
Que no le ha dado un empleo;
No le anima otro deseo
Que hacerse rico y señor.
¡Ay demonio de escritor!

Á reformar los estudios
Su pluma de ganso vuela,
El pedante de la escuela
Se vuelve fiero censor.
¡Ay demonio de señor!

Él sólo entiende de planes,
Á todos bárbaros llama;
Las desvergüenzas derrama
Como arriero jurador.
¡Ay demonio de escritor!

El mayor deleite, en suma,
De este animal furibundo,
Es tratar á todo el mundo

Como al toro el picador.
¡Ay demonio de señor!

Pero ya le vuelve el mundo
Las tornas, y le desprecia,
Y llama á su pluma necia,
Y á él el insulso detractor.
Vaya al diablo el escritor.

ROMANCES.

I.

EL MAR EN ESTÍO.

Huyendo del rayo ardiente
Que el sol á la tierra lanza,
Busco, oh mar, en tus riberas
La frescura regalada.
¡Oh cuán sosegado ahora
Con tus ondas azuladas,
Roncamente murmurando,
Llegas á besar la playa!
Luégo esquivo te retiras,
Mas en volver poco tardas,
Y nuevamente la arena
Cubres de espuma y la bañas.
Rizando la superficie
De tus cristalinas aguas,
Vuela el céfiro, y refresca
Después la tierra agostada.
Mi pecho ansioso le aspira;
¡Cuál su aliento me regala,
Templando el herviente fuego
Que en mis venas circulaba!
Mas ya los linos hinchendo,
Hace que las naves partan,
Y oprimen las corvas quillas
Del mar la cerúlea espalda.
¡Cuál vuelan! ¡Con cuánta pompa,
Cual si en el golfo reináran,
Le cruzan, y en triunfo llevan
La bandera desplegada!
El cielo benigno os guía,
Y allá en las remotas playas
No encontréis, en vez del oro,
Guerra ó dolencias infaustas.
Más humildes y más cuerdos,
Otros en ligeras barcas,
Aquí, sin perder de vista
Su familia y su cabaña,
Tienden las redes falaces,
Donde queda aprisionada
Muchedumbre de vivientes,
Que libres ántes nadaban.
Los pescadores gozosos
Vuelven con la presa ansiada,
Y en la arena el tenaz diente
De las áncoras se clava,
Cual afanosas hormigas
Que corren atropelladas
Al muerto insecto, y le cercan
Y le asen con voraz ansia;
Así de mozos membrudos
Y de mujeres tostadas
Confuso tropel acude
Y á los barcos se abalanza.
La presa en cuévanos hondos
Al punto se desembarca,
Y del pescado latiente
Brillan al sol las escamas;
Al sol, que ya fatigado
Va á apagar su inmensa llama
En las olas de Occidente,
Tomándolas encarnadas.
¡Qué espectáculo presenta
El universo! De grana
Y oro esplendente en ocaso

Vense las nubes pintadas,
 Rico pabellon que cubre
 Las eminentes montañas,
 Do la púrpura se mezcla
 Con el verde de su falda,
 De rubíes tachonado
 Muéstrase el mar, se resbalan
 Las ondas, y en cada una
 El sol su imagen retrata.
 Huye el color rubicundo,
 Y en repentina mudanza
 Se doran, y resplandecen
 Como topacios las aguas.
 Oro es la cumbre del monte,
 Oro las nubes que vagan
 Por el éter, rayos de oro
 Cruzan el aire y me eucantan.
 Mas esta ilusión vistosa
 Huye también, y me engaña.
 Verdes se tornan los montes,
 Y azules las ondas claras;
 Pinta el cárdeno las nubes,
 Y anuncia la noche infausta.
 ¡Infausta!.... No; que los vientos
 No rugen con cruda saña
 Como allá en el triste invierno
 Cuando los pinos desgajan.
 Entónces sí que la noche
 Es tenebrosa y aciaga,
 Y ofrece visiones tristes,
 Que al débil mortal espantan.
 Alzanse como gigantes,
 Y tienden sus negras alas,
 Anunciando horror y muerte,
 Las destructoras borrascas.
 Del mar hierve el hondo seno,
 Y sus olas agitadas
 Van á estrellarse bramando
 Sobre la costa escarpada.
 ¡Ay entónces de la nave,
 Que perdida y solitaria
 Por los desiertos undosos
 A merced del Bóreas vagal
 Mas ahora todo es sosiego,
 Todo dulzura y bonanza,
 Y no se oye más que el soplo
 De las susurrantes auras.
 Por la bóveda celeste
 Sube en su tronco de nácar
 La luna con faz risueña,
 Lanzando el pesar del alma,
 Juega su luz en el golfo,
 Y reverberan las aguas,
 Y sus corrientes parecen
 Raudales de pura plata.
 Corren entónces alegres
 Mil jóvenes á la playa,
 Que durante el largo día
 Ardorosos palpitaban.
 Con presteza, de sus hombros
 Sueltan la enojosa holanda,
 Y cual ágiles atletas
 En el pielgao se lanzan.
 Cortan nadando las olas,
 Y una confusa algazara
 Se mezcla al ronco murmullo
 Del mar que las rocas baña.
 En otra parte, festivas,
 Y hermosas como las Gracias,
 Las ninfas al mar se entregan,
 Y él las mece y las halaga.
 Mas de repente maligno
 Hinch a sus olas y brama,
 Y á la ribera arenosa
 Ellas huyen espantadas,
 Así las blancas palomas,
 Cuando el milano amenaza,
 A su pacífico albergue
 Con vuelo rápido marchan.
 No extrañéis, ciegas beldades,
 Que con súbita mudanza
 La aparente mansedumbre

Del mar se convierta en saña.
 ¡Qué es vuestro pecho inconstante,
 Sino imagen que retrata
 De ese voluble elemento
 Las vicisitudes varias?
 Ora escucháis cariñosas
 Las lisonjeras palabras
 Del amante enternecido,
 Y todo es gozo y bonanza;
 Ora los rabiosos celos
 Os alucinan y ensañan,
 Y á veces por mero antojo
 Alarde hacéis de inhumanas.
 ¡Feliz sólo el que en los brazos
 De una esposa dulce y casta
 Ve deslizarse las horas,
 Que á los consortes pasan!
 Un puro amor los estrecha;
 No turban sus quietas almas,
 Ni el recelo tormentoso
 Ni la pérdida inconstancia.
 Bendice su union el cielo;
 En prole inocente y grata
 El amor se reproduce
 Que á los consortes abraza.
 Así tranquilos el valle
 Cruzan de esta vida amarga,
 Cruel arroyo cristalino
 Que manso las flores baña;
 Y no como el mar undoso,
 Imagen de la inconstancia,
 Que ya se ofrece risueño,
 Ya rugiendo al orbe espanta.

II.

EL SOLITARIO.

En los agostados campos
 Reinaba el estío ardiente,
 Y un aura blanda mecia
 Los rubios dones de Cérés.
 Hunde en el nublado ocaso
 El sol su dorada frente,
 Y la tormenta en el aire
 Su velo fúnebre tiende.
 Entre tanto por un valle,
 Donde no hay humano albergue,
 Marcha el guerrero Gonzalo,
 Solo, abatido y doliente.
 Viste pavonada cota,
 Y de la cimera penden
 Negras plumas, demostrando
 El duelo amargo que siente.
 Lleva en la cuja su lanza,
 Que un alto pino parece,
 Con morada banderola,
 Que el céfiro apenas mueve.
 Todo es yermo solitario
 Do quiera los ojos vuelve
 El adalid, y no léjos
 Ve una montaña eminente.
 Pero ya el trueno en el valle
 Retumba, se inflama el éter,
 Y cae serpeando el rayo,
 Y el pino erigido se enciende,
 Bufa el bridon espantado,
 Clávale el noble jinete
 La espuela, y al pié de un cerro
 Veloz llega y se detiene.
 Otra vez hórrido estalla
 El trueno, y súbitamente
 Rásgase la negra nube,
 Y el agua cae á torrentes.
 Bajo un roble corpulento
 El adalid se defiende,
 Y un edificio en la cumbre
 Del monte ver le parece.
 Entre resinosas jaras
 Sube y peñascos pendientes,
 Y un arruinado castillo

A la vista se le ofrece.
 Pálida alumbra la luna,
 Que sale del turbio Oriente,
 Aquel sitio pavoroso,
 Digna mansion de la muerte.
 De un lado y otro Gonzalo
 Los inquietos ojos vuelve,
 Y encaminase á una puerta
 Que mira cerrada al frente.
 Con el cuento de la lanza
 Pulsa, y respondiendo en breve
 Un anciano respetable,
 Preséntase cortésmente.
 De su macilento rostro
 Barba plateada pende,
 Y sus macerados miembros
 Cubre sayal penitente.
 «¡Quién es, dice, el que perdido
 Auxilio buscando viene?
 — Un caballero cristiano
 A quien persigue la suerte,
 Repone el huésped. — Si alivio
 Un anciano daros puede
 Que del pesar en la escuela
 Ha aprendido á condolerse,
 Entrad, señor, que á lo ménos
 Paz hallaréis en mi albergue,
 Y quien serviros procure
 Con voluntad obediente.
 — El cielo tantas bondades,
 Responde el guerrero, premie»;
 Y saltando en tierra, abraza
 Al anciano estrechamente.
 Puesto el bridon á recaudo,
 Una escalera descendien,
 Que á la estancia conducía
 Donde el solitario duerme.
 Allá en la bóveda oscura
 Crujir se oye roncamente
 La armadura de Gonzalo
 Cuando sus plantas se mueven.
 En el fondo de la estancia
 Arde una luz tristemente,
 Y á su reflejo sombrío
 La cruz sagrada aparece.
 Rústico asiento, labrado
 Por sus manos toscamente,
 A Gonzalo el cenobita
 Para descansar ofrece.
 Deja el escudo y la lanza,
 Y sientase, y hondamente
 Suspirando, así da rienda
 Al martirio que padece:
 «¡Feliz, venerable anciano,
 Quien, de los hombres alevés
 Huyendo, en la soledad
 Goza tranquilos placeres!
 Y no como el desdichado
 Que no halla quien le consuele,
 Y gravemente ofendido,
 Su triste vida aborrece.»
 Al decir esto suspira,
 Y alto silencio sucede,
 Como el que reina en la tierra
 Antes que la nube trueque.
 «Así mi pecho agitado,
 Le replica el penitente,
 Fué un tiempo víctima triste
 De las pasiones crüles;
 Mas pronto, desengañado
 De venturas aparentes,
 Que cual sirenas halagan,
 Y con su encanto nos pierden,
 Busqué en estas soledades
 El puro y almo deleite
 Que otorga el cielo á quien huye
 De los mundanales bienes.
 Pero desahogad conmigo,
 Señor, el pecho doliente,
 Si el mal que le martiriza
 Este anciano saber puede.
 — Amor, responde Gonzalo,

Me atormenta de esta suerte,
Y el mal ha llegado á punto,
Que ya remedio no tiene.
Una pérdida mujer,
Que amarme juró por siempre
En la ausencia me ha vendido
Por otro, y ya me aborrece.
Pero no de esta ventura
Gozar largo tiempo espere
Mi odioso rival, que pronto
Se la robará la muerte.
Con esa lanza..... — ¡Es posible,
Repone con alma ardiente
El anciano, que, oprimida
La patria por los infieles,
Un caballero cristiano
Así dominar se deje
De una pasión vergonzosa,
Que le amengua y envilece?
La gloria á la lid os llama:
Vuestro hierro se ensangrienta
En los árabes tiranos,
Y no en cristianos jinetes.
¡A la fe del Salvador,
Que ultrajes tantos padece,
Preferiréis el encanto
De una belleza, que, leve
Como el viento, ya dispensa
Favor, ya injustos desdenes?
Olvidadla; que no es digna
Doncella que así procede,
Del amor de un caballero,
Que prez honrosa merece.
No envidiéis á ese enemigo
Una ventura aparente;
Que de igual alevosía
El será víctima en breve.»
Dijo; y cual lluvia copiosa,
Que oportuna al campo viene,
Cuando asolador incendio
Corre del bosque á las mieses,
Así templea el solitario
Con su razonar prudente
El volcan de amor y celos
Que en el triste pecho hierve.
Por la cruz que al pecho lleva
El caballero promete
Así que raye la aurora
Partir á Jaen la fuerte,
Donde el santo rey Fernando
Preparando está sus huestes,
Para marchar á Sevill'a
A coger nuevos laureles.

III.

LA NIÑEZ.

Por el sonrosado Oriente
Sale la aurora risueña,
Y su esplendor apacible
A los vivientes alegra.
Tú así en el mundo apareces,
Niñez inocente y tierna;
Los amores te acarician,
Las Gracias siguen tus huellas.
En tu pecho bondadoso
No lidian pasiones fieras,
Ni la destructora espada
Limpia tu débil diestra.
Horror te excitan las armas,
Y si el cañon ronco truena,
Al seno que te dió vida
Llorosa y pálida vuelas.
La paz tan sólo y los juegos
Te cautivan y embelesan,
Y no del oro ó del mando
La sed ansiosa te aqueja.
¡Dichosa edad! ¡Cómo envidio,
Cuando el pesar me atormenta,
Al infante candoroso

Que en el campo se recrea!
¡Cuál corre en pos de un jilguero!
¡Cuál se afana! ¡Qué de vueltas
En vano da! La avecilla,
Burlándose de él, inquieta
Aquí alza el vuelo, allá posa,
Ora á la mano se acerca,
Ya la esquivo, y ya cansada,
Trinando de allí se aleja.
A la inquieta mariposa
Ora en una flor acecha,
Y con silenciosa planta
A par de sus alas llega.
La mano tímido tiende,
Y al coger la ansiada presa,
Huye á otra flor, y el suspenso
Contemplándola se queda.
Su candor, embelesada,
La amorosa madre observa,
Le llama, y con dulces besos
El engaño recompensa.
Después, para entretenerle,
El iris bello le muestra,
Que del cielo arrebolado
Se lanza á la fértil vega.
¡Oh cuál le admira y suspende
El arco inmenso! A la tierra
Asido le cree, y tocarle
Impaciente ya desea;
Mas luego se desvanece,
Y la ilusión placentera
Cual sombra rápida pasa,
Y apenas gozarse deja.
Tales son, niño inocente,
Todas las venturas nuestras,
Mutables como la luna,
Como el viento pasajeras.
¡Triste de tí si algun día,
Dejando las que ahora anhelas,
Otras buscas, que engañosas
Traen la amargura encubierta!
Cual tú, cándido otro tiempo
También yo fui; la pradera
Mil recreos deleitosos
Ofrecía á mi inocencia.
Al retozon corderillo
Ya acariciaba mi diestra,
Y otras veces competía
Con él en veloz carrera.
Ora del espeso bosque
En la intrincada maleza,
Buscando el oculto nido,
Pasaba la ardiente siesta;
Ya el trompo en rápidos giros
Con la resonante cuerda
Correr hacia, ostentando
Mi agilidad y destreza.
Tal vez embebido alzaba
Mi vista á la esfera inmensa,
Y volar junto á las nubes
Via al águila altanera.
Todo era nuevo á mis ojos;
Más claro el sol y más bella
El alba me parecía,
Y más pomposa la selva.
Crecí, y amor..... Pero basta;
Saber no debes mis penas;
Que tú de amores no entiendes,
Ni los celos te interesan.
Mas ya la oficiosa madre,
Siguiendo á su dulce prenda,
Con gozo inefable torna
A la pacífica aldea.
Allí junto al corvo arado
Su fiel consorte la espera,
Y en su pecho una y mil veces
Al hijo adorado estrechan.
Signe á las tiernas caricias
La frugal y limpia cena,
Que con sencillez gracejo
El niño parlero alegra.
Luego al sabroso descanso

Éste, rendido se entrega,
Y en sueños al campo vuelve,
Y de nuevo se deleita.

IV.

LA JUVENTUD.

Lozana, inquieta y fogosa
Vuela, atropellando riesgos,
La juventud, tras el logro
De sus vehementes deseos.
Así la orilla del Bétis
Potro indómito y soberbio
Corre, y á su lado el río
Humilde parece y lento.
Lanza amor su ardiente flecha
Contra el incauto mancebo,
Que piensa encontrar la dicha
Donde le aguarda el tormento.
Por sus centellantes ojos
Asoma el rápido fuego
Que le devora, y abrasa
Al idolatrado objeto.
Cuando cubierto de sombras
Yace el orbe en grato sueño,
El silencioso las puertas
Abre del hogar paterno.
Corre alegre á la morada
De su bien, y en dulce acento
Exhala sentidas quejas,
Y promete amor eterno.
Desde la reja le escucha
Su amada, y le da consuelo;
Y hasta que brilla la aurora
No cesa el coloquio tierno.
¡Ah! ¡si durara esta dicha!
Mas no, que en breve los celos
Asaltan al ciego amante,
Y martirizan su pecho.
De una mirada inocente,
De un urbano acatamiento,
Forma la ilusión un crimen,
Y finge un rival molesto.
Adios entónces ternura,
Felicidad y sosiego,
Y coloquios deliciosos,
Y músicas y festejos.
Todo es pena, todo rabia;
El amador macilento
Y trémulo se presenta
Al ídolo de su afecto.
No es ya un esclavo rendido,
Sino un tirano violento,
Que ni aun conoce las leyes
Del decoroso respeto.
Ella defiende angustiada
Su virtud, y juramento
Hace de olvidar á un hombre
Tan osado y altanero.
¡Vano propósito! En breve,
Desengañado y más cuerdo,
Perdon la pide el amante,
Y aviva de amor el fuego.
Así la pasión agita
En desórden turbulento
Al jóven que en su delirio
De la razón rompe el freno.
Otro, ambicioso de fama,
Abandona el patrio suelo,
Y surca el mar proceloso
En busca de un mundo nuevo.
Allí sagaz escudriña
De la tierra el hondo seno,
Y quiere á naturaleza
Arrebatarse sus secretos.
En la mina tortuosa
Ya observa el metal funesto,
Que la insaciable codicia
Está ansiosa recogiendo;
Ya de allí sale, y osado

Trepa el monte, y ve sereno
 En sus entrañas ardientes
 Hervir el volcán tremendo.
 Tal vez en la fría noche
 Pone su salud á riesgo,
 Observando de los astros
 El reglado movimiento;
 Tal vez con prolijo estudio,
 Campo y bosques recorriendo,
 Extrañas plantas acopia,
 Descubre vivientes nuevos,
 Y de estos bienes cargado
 Vuelve envanecido al puerto.
 Al són de la marcial trompa
 Se inflama el otro, que ciego
 En pos de la gloria marcha
 Con intrépido denuedo.
 Ya á los tronantes cañones
 Pone el acerado pecho;
 Ya esgrime la ardiente espada,
 Y víctimas caen sin cuento.
 El fiero alazán que monta,
 Arrojado como el dueño,
 Huella con herrado casco
 Armas, banderas y muertos.
 Ora más terrible suena
 De la batalla el estruendo,
 Y al claro sol oscurece
 La nube del humo denso....
 ¡Victoria, victorial! Dadme
 Laurel que cña al guerrero
 La sien polvorosa, suenen
 En su loor gratos versos.
 ¿Volverá á su amada patria?
 ¡Ay! no, que ya más sangriento
 Nuevas lides apetece,
 Busca más ricos trofeos.
 A perecer, desdichado,
 Corres, de tu madre lejos,
 Que detesta acogojada
 Tu temerario ardimiento.
 ¡Cuán otros son tus placeres,
 Joven pacífico y tierno.
 Que á las placenteras Musas
 Dedicas el fugaz tiempo!
 ¡Con qué expresion enamoras!
 ¡Cuán puro y noble es tu afecto!
 Y si en retratar te empleas
 El bellissimo universo,
 ¡Con qué viveza se imprimen
 En mi mente los objetos!
 La corriente cristalina
 Oigo del manso arroyuelo,
 Y allá entre las verdes ramas
 Del céfiro el blando aliento.
 Si de Abril pintas la noche,
 Serena y cándida veo
 La luna, que el ancho espacio
 Va solitaria corriendo.
 Entónces el orbe yace
 En adormido silencio;
 Y esta paz y este reposo
 Yo embelesado contemplo.
 ¡Gloria á tu lira! Por siempre
 Resuenen sus dulces ecos,
 Y en buen hora á otros inflame
 Del cañón el ronco trueno.

V.

LA VEJEZ.

Salud, venerable anciano,
 Benigno el cielo te guarde,
 Para enseñar con tu ejemplo
 La virtud á los mortales.
 Al borrasco tumulto
 De pasiones inconstantes
 Ha sucedido en tu pecho
 La bonanza inalterable,
 Sereno el alba te encuentra

Cuando á despertarte sale,
 Sereno te ve la noche,
 Que amedrenta á los culpables.
 Tú del deleite engañoso
 No gustas el fatal cáliz,
 Ni el error ya te seduce
 Con ilusiones falaces.
 Para tí el dorado alcázar
 Es triste y penosa cárcel,
 Y esclavos de la fortuna
 Los orgullosos magnates.
 Miéntras ellos de sus vicios
 Y su pompa hacen alarde,
 El anciano bondadoso
 Al campo tranquilo sale.
 En su nevado cabello
 Juega el céfiro suave,
 Regalándole de paso
 Con mil aromas fragantes.
 Entónces de nueva vida
 Siente su pecho animarse,
 Y en éxtasis delicioso
 Contempla el orbe admirable.
 ¡Qué de escenas lisonjeras
 Le ofrece el tendido valle
 Cuando el sol desde Occidente
 Dora los montes y sauces!
 ¡Cómo recrean su oído
 Los dulcísísimos cantares
 Del ruiseñor, que á su amada
 Llama al amoroso enlace!
 «¡Dichoso retiro! exclama;
 Aquí está, aquí, la inefable
 Virtud con reposo eterno
 Brindando al hombre inconstante.
 Aquí la verdad ofrece
 Sus tesoros celestiales,
 Que la envidia no emponzoña,
 Ni el tedio molestos hace.
 Do quiera gratos objetos
 Acuden á deleitarme,
 Ya vuelva al campo los ojos,
 Ya al firmamento los alce.
 Allí en el inmenso espacio
 Me embelesa el sol radiante,
 Cuando torrentes de fuego
 A los planetas reparte;
 Acá las doradas mieses
 Y el candoroso semblante
 Del labrador me recrean,
 Haciendo el retiro amable.
 ¡Venturoso una y mil veces
 El que en estas soledades
 Los bienes goza del campo
 Libre de inquietos afanes!
 En su pecho no se abriga
 La ambición loca, insaciable,
 Ni á turbar su quietud viene
 La trompa del fiero Marte.
 Liberal le ofrece el suelo
 Sustento abundoso y fácil,
 Las pieles caliente abrigo,
 Grata diversion las aves.
 Tal fué del hombre inocente
 En las primeras edades
 La vida, cuando aún el oro
 No compraba los pesares.»
 Así discurre el anciano,
 Que con afán incansable
 Allí en sus años floridos
 Corrió tras bienes fugaces;
 Engañóle la fortuna,
 Juguete fné miserable
 Del error, y el desengaño
 Le ahuyentó de las ciudades.
 El desengaño prudente,
 Que sin mentidos disfraces,
 Retrata cuál es al mundo,
 Frívolo, falso y mudable.
 Por eso cuerdo el anciano
 Huye de la turba frágil,
 Que tras vanas ilusiones

Corre incauta á despeñarse;
 Por eso el retiro busca,
 Y los campestres hogares,
 Donde al insolente vicio
 No ve rendir homenajes,
 Donde la leve calumnia
 Su hiel amarga no esparce,
 Ni hollado por la injusticia,
 Gimiendo el mérito yace.
 ¡Dichosa edad, en que el hombre
 Caminar sereno sabe
 Al sepulcro, donde á un tiempo
 Riquezas y honores caen!
 Así cristalino arroyo
 Cruza sosegado el valle,
 Y muere en el hondo río,
 Cerca de su verde márgen.

VI.

EL SEPULCRO DE ELISA.

Ya muere el día; en ocaso
 Una luz dudosa y breve
 Lucha con las pardas sombras
 Que por do quiera se extienden.
 Reina el silencio en el campo,
 Y apenas del aura leve
 Al blando soplo las copas
 De los árboles se mecen.
 Por un valle solitario
 Marcha Celio lentamente,
 Hondos suspiros lanzando,
 A la mansion de la muerte,
 Donde á la ominosa sombra
 De arrayanes y cipreses
 Yace su esposa adorada,
 Cual flor que el arado hiere.
 No tan preciosas cenizas
 Guarda el mármol, ni aparece
 Grabado de Elisa el nombre
 Con dorados caracteres;
 Un rústico monumento,
 Alzado en el blando césped,
 A la virtud candorosa,
 Mejor que el mármol, conviene.
 Llega Celio; ante el sepulcro
 Se arrodilla reverente,
 Besa la fúnebre piedra,
 Y tiernas lágrimas vierte.
 Despues de largo silencio,
 En que á su turbada mente
 La felicidad pasada
 Se representa mil veces,
 «¡Qué breve, exclama, es la dicha!
 ¡Cuán deleznales los bienes
 Que á los míseros mortales
 El mundo engañoso ofrece!
 Yo el más feliz de los hombres
 Fuí.... De tan dulces placeres
 Sólo me queda el recuerdo
 Para más enristecerme.
 ¡Oh muerte odiosa! ¿Qué hiciste?
 ¡Por qué no esgrimes, aieve,
 Tu guadaña, y á la tumba
 Me arrojas do Elisa duerme?
 Mas ¡ay! que tú, siempre injusta,
 Del infeliz desatiendes
 Los ruegos, y á los dichosos
 En tus venganzas prefieres.
 ¿Quién ¡ay! amará la vida?
 ¿Quién no ansiará su fin breve
 Por huir de estos martirios,
 Que jamas alivio tienen?»
 Dijo; y apenas el eco
 El último acento vuelve,
 Cuando el pavoroso sitio
 Se ilumina de repente.
 Un bellissimo mancebo
 Desde las nubes descendiendo
 Volando, cual amorosa

Paloma que al nido vuelve.
 Su faz noble y peregrina
 Como un astro resplandece,
 Y de las candidas alas
 Rayos de luz se desprenden.
 En el sepulcro de Elisa
 Pára, y á Celio se vuelve,
 Y con voz que dulce halaga,
 Le consuela de esta suerte:
 «No así, mortal engañado,
 Te angusties ni desesperes;
 Que Elisa en el alto empireo
 Goza de inmortales bienes.
 Imitala en sus virtudes,
 Y con ella para siempre
 Serás feliz.» Esto dicho,
 La vision desaparece.
 Celio, postrado, da gracias
 Al cielo, que le protege,
 Y á la virtud entregarse
 Con pecho firme resuelve.
 Cubre de flores la tumba,
 Y suspira tiernamente,
 Y aborto en dulces memorias,
 A su hogar desierto vuelve.

VII.

LA POSADA.

Montado en su parda mula,
 Tan trotona como falsa,
 Camino de Andalucía
 Va un hidalgo de la Mancha.
 Delante lleva espolista,
 Grande maleta á las ancas,
 Hondas alforjas colgando,
 Y en ellas bota preñada.
 De tiempo en tiempo refrena
 A la traviesa alimaña,
 Empina la bota y fuma,
 Y espolea con las zancas.
 Así, pensando en sus viñas,
 En su Aldonza y su vacada,
 A tiempo que el sol se esconde
 Llega al meson y se pára.
 Tiénele el mozo el estribo,
 Se apea con gran cachaza,
 Y una sucia maritórnes
 Sale á dar la bien-llegada.
 Entra en la cuadra la mula,
 Y entra tambien la mulata,
 Y allí con el espolista
 Tiernos coloquios entabla.
 En tanto el finchado hidalgo
 Entra en la cocina ahumada,
 Donde unos arrieros guisan,
 Otros roncan y otros charlan.
 Saluda cortés, y nadie
 De su hidalguía se cata,
 Que esto de urbanos modales
 No se estila en las posadas.
 Pide cuarto; el posadero
 Le dice que tenga calma,
 Y llamando á Maritórnes
 Vuelve á tenderse á la larga.
 El hidalgo, muy mohino
 De esta llaneza tan zafia,
 Sale al portal, donde un perro
 Y seis mendigos le ladran.
 Da limosna, acuden otros
 Con zalameras plegarias,
 Y él aburrido se sienta
 En el arcon de la paja.
 Viene por fin Maritórnes
 Con una llave tamaña,
 Más propia para cochera
 Que para cuarto de casa;
 Y una escalera subiendo,
 Alta, estrecha y derrengada,
 Abre el cuarto, pertrechado

Con las siguientes alhajas:
 Mesa con piés de tijera,
 Lustrosa de puro rancia,
 Que ascendió no há mucho tiempo
 De la cocina á la sala;
 Un taburete de encina,
 Cosa en verdad no muy blanda,
 Y dos sillas de baqueta,
 Una coja y otra manca.
 La tarima de cordeles,
 Un jergon de poca paja,
 Y un colchon de duras tripas,
 Como entre guijarro y lana;
 Un velon de cardenillo,
 Sin tijeras ni pantalla,
 Y pegadas con engrudo
 En la pared dos estampas.
 En este lujoso albergue
 Entra la flor de la Mancha;
 Pregunta qué hay de cenar;
 Respóndele: «Lo que traiga.»
 Manda subir las alforjas,
 De ellas el repuesto saca,
 Que en dos tortillas consiste,
 Medio queso y seis manzanas.
 Tiende luégo Maritórnes
 Un mantel de gorda hilaza,
 Y la vajilla coloca
 Al mantel proporcionada.
 Dos vasos de verde vidrio,
 Una ancha y panzuda jarra,
 Dos platos de Talavera,
 Llenos de costras y rajas;
 Un tenedor con dos puntas
 Muy torcidas y embotadas,
 Un cuchillo sin ninguna,
 Pero con mellas muy largas.
 Cena el hijodalgo solo,
 El espolista le escancia,
 Y á su lado Maritórnes
 Como una cotorra charla.
 Enflaquecese la bota,
 La frugal cena se acaba,
 Y la montaraz doncella
 El duro lecho prepara.

Tiéndese el huésped cansado,
 No entre sábanas de holanda,
 Sino entre estopa y anjeo,
 Que el blando cutis desgarran.
 Apenas se queda á oscuras,
 Acuden con hambre y rabia
 Mil antropófagos bichos
 Que la tarima albergaba;
 Unos le punzan brincando,
 Otros del cuello se agarran,
 Y allí con posma y ahinco
 Le chupan y le desangran.
 Da el desdichado mil vueltas;
 Las uñas tiende con saña,
 Mas cuando al pecho las lleva,
 Siente el picor en la espalda.
 El enemigo es artero,
 La noche oculta sus trazas,
 Sus ataques son seguros,
 Irresistibles las armas.
 El cuerpo del buen manchego
 Es un campo de batalla;
 Si da porrazos, se hiere;
 Si hinca, las uñas se clava;
 Cansado al fin de la lucha,
 Pide luz, sube descalza
 Maritórnes, y del hombro
 Le cuelga airosa la manta.
 El hidalgo encapotado
 Sale de la alcoba infausta,
 Y hace que el colchon le tienda
 Maritórnes en la sala.
 Ella obedece gruñendo,
 Extiende brazos y zancas,
 Y por no ver tal vestigio,
 Vuelve el hidalgo la cara.
 Hecha la cama en el suelo,

Se va sin decir palabra
 El marimacho bravo,
 Dando bostezos de á cuarta.
 Quédase el hidalgo á oscuras,
 Y libre de las punzadas,
 Ya empieça á gozar del sueño
 La dulzura y la bonanza;
 Mas un arriero de pronto
 Que le roban la cebada
 Grita, y en el cuarto bajo
 Una pendencia se trava.
 Cien voces suenan á un tiempo,
 Cien perros á un tiempo ladran,
 Y hasta los asnos rebuznan,
 Y en el concierto acompañan.
 El mesonero reniega,
 La mesonera regaña,
 Todo es confusion y bulla,
 Nadie cede, nadie calla.
 Dura la gresca tres horas,
 Vela el hidalgo otras tantas,
 Y ya al olor de su carne
 Vuelven los bichos de marra.
 Impaciente deja el lecho,
 Abre un poco la ventana,
 Y, al ver la luna, prorrumpe
 En estas tiernas palabras:
 «¡Oh quién viviera en tu seno!
 ¡Oh quién contigo rodara,
 Por no tratar á estas bestias
 De dos y de cuatro patas!
 Juro por mi amada Aldonza
 No hacer ya más caminatas,
 Aunque al chantre, mi sobrino,
 No vuelva á ver en su casa.»
 Aborto en mil pensamientos
 Se pasea por la sala,
 Y oye jurar los arrieros,
 Que van saliendo á dar agua.
 Rechina el porton mil veces,
 Van y vienen alimañas,
 Y las paredes y el techo
 Retiemblan con las patadas.
 En esto, alegrando el mundo,
 Al Oriente asoma el alba,
 Y á la cocina el hidalgo
 Bien despabilado baja.
 Manda aparejar la mula,
 No almuerza, porque no hay magras;
 Pide la cuenta, y en ella
 La mano el huésped le carga;
 Un real le pone de ruido,
 Y al ver partida tan rara,
 Lleno de cólera, dice
 El manchego estas palabras:
 «¡Pagar yo por hacer ruido!
 ¡Yo, que en noche tan penada
 No he desplegado mis labios,
 Cuando se hundia la casa!.....
 «Por cama, luz y asistencia
 Dos duros.....» ¡Oh! pese al alma
 Del potro que cuesta tanto,
 Y de la ruin luminaria.
 El posadero ladino
 Aun dice que le hace gracia,
 Y el infeliz caminante.
 Por no reñir, paga y calla.
 Pídele para alfileres
 Maritórnes. ¡Esto falta?
 Dale un real, monta á caballo,
 Y el latrocínio se acaba.
 Se abre el porton, y saliendo
 El hidalgo de la casa,
 Exclamó, dando un suspiro:
 «¡Oh posadas de mi patria!»

VIII.

LA TERTULIA DE LA ALDEA.

Á convalecer de un asma
 Que le atormentaba el pecho,

El cortesano Dalmiro
 Marchó de Castilla á un pueblo;
 Y por solazarse un rato
 En su duro cautiverio,
 Escribe á Floro, y le cuenta
 Sus mezquinos pasatiempos.
 «Mientras tú, dice, en la corte
 Gozas de tantos recreos,
 Yo en la tertulia del Chato
 A lo patan me divierto.
 Es el Chato un hombre gordo,
 Primer alcalde del pueblo,
 Que empina el jarro, y se duerme
 En la sesión del concejo.
 Luégo que tiende su manto
 La noche del crudo invierno,
 Al resplandor de las teas,
 Que dan luz y grato incienso,
 Acuden los tertulianos,
 Y ante todos el barbero,
 Cuya sonora guitarra
 Es el alma del festejo.
 En pos llega don Patricio,
 Sabio y respetable médico,
 Que á todos cura sus males,
 Salvo los que mueren de ellos.
 Inexorable y ceñudo
 También acude el maestro,
 Que es verdugo de los niños,
 Cuando no le dan dinero.
 Presentase el escribano,
 Que es decididor y travieso,
 Y con él dos regidores,
 Y otros honrados zopencos.
 Falta bosquejar ahora
 Brevemente el otro sexo,
 Cuyas gracias dan realce
 A este animado congreso.
 Fresca, rolliza y ufana,
 Gran narradora de cuentos,
 Es Leonarda la alcaldesa,
 A quien estimo y respeto.
 Es su rival la escribana,
 Vivaracha, de ojos negros,
 Muy aficionada á chismes,
 Y aun más á los largos pleitos.
 La médica varonil,
 Alta, de color moreno,
 Entre aquéllas sobresale,
 Cual ciprés junto al romero.
 Ya he pintado las tres Gracias,
 Y á las otras ninfas dejo;
 Porque en verdad son tan feas,
 Que al mirarlas me estremezo.
 Completa ya la tertulia,
 Se da principio al concierto;
 Pula la lira el rapista,
 Y todos guardan silencio.
 Cuatro gallardas parejas
 Salen á lucir sus cuerpos;
 Manchegas piden, y ajustan
 El liso crótalo al dedo.
 Canta el barbero una copla
 Con bronca voz de becerro,
 Y comienza alegremente
 El ruidoso taconeo.
 Sigue el canto, en raudas vueltas
 Giran mozas y mancebos,
 Y alzanse nubes de polvo,
 Y todo es caos y estruendo.
 Destémplase la guitarra,
 Que ya parece un cencerro,
 Y los danzantes rendidos
 Se tornan á sus asientos.
 Para reparar las fuerzas
 Circula, en vez de refresco,
 Fino tinto en verdes vasos,
 Y á veces sucios buñuelos.
 Juegos de prendas al baile
 Siguen, y luce su ingenio
 El alcalde presidente
 Que grita, «Anton Perulero»

A su voz mágica, todos,
 Formando vistoso cerco,
 Van á imitar varias artes
 En continuo movimiento.
 Este, con puño robusto,
 Remedando al sucio herrero,
 Machaca duro, y le sirven
 De yunque sus propios huesos.
 Aquél imita con gracia
 Al mañoso pastelero,
 Que es oficio socorrido,
 Y célebre, en estos tiempos.
 Sangrador el escribano
 Se hace, ¡feliz pensamiento!
 Porque es fama en la provincia
 Que sangra bien á los pueblos.
 El médico muy sensato
 Imita al sepulturero,
 Que en abrir fosas profundas
 Todos le suponen diestro.
 En el rescate de prendas
 Hay grande bulla y contento,
 Y felices ocurrencias
 De los patanes traviesos.
 Luego que en la torre avisa
 El reloj con golpes lentos,
 Que es ya llegada la hora
 Del descanso y del silencio,
 Se despiden las palurdas
 Con ruidoso cotoreo;
 Todas á la vez accionan,
 Y todas hablan á un tiempo.
 Menos locuaces los hombres
 Calan montera ó chapeo,
 Y en lacónica nobleza
 Dicen: adiós, caballeros.
 Esta, Floro, es la tertulia
 Del Chato, puesta en compendio,
 Rústica, pero heredada
 De sus honrados abuelos.
 Fastidiado y aburrido
 Tiéndome en el duro lecho,
 Y cuando empieza á arrullarme
 Blandamente el dulce sueño,
 De repente loca turba
 De enamorados mozelos
 Con necio canto y relinchos
 Interrumpe mi sosiego.
 Al són áspero y seguido
 De un guitarrillo parlero,
 Lanzan á sus maritornes
 Píropos en toscos versos.
 A la música acompaña
 El ladrido de los perros,
 Y hasta que despunta el alba
 No cesa el dulce concierto.
 Convidame á una partida
 De campo; ¡cuánto padezco!
 Allí cual lobos devoran,
 Y beben como tudescos.
 Amigo, más quiero el asma;
 A Madrid, Floro, me vuelvo;
 Y si me entierran, paciencia;
 No veré más lugareños.

IX. — 1.

LA FAMILIA ALCARREÑA
Y LAS JUNTAS PATRIÓTICAS.

En un lugar de la Alcarria
 Moraba un señor hidalgo,
 No de los vanos y hambrientos
 Que en España abundan tanto;
 Sino de aquellos dichosos
 Que apellidan mayorazgos,
 Dueños de una rica hacienda
 Adquirida sin trabajo.
 De renta ademas tenía
 Doce mil reales al año,
 Que en réditos le pagaba

Un hebreo cortesano.
 Era de temperamento
 Frio, pacífico y manso,
 Y en política tenía
 Pensamientos moderados.
 Gustábase más que todo
 El despotismo ilustrado,
 Gobierno mixto, que en Francia
 Fué de moda muchos años;
 Mas cuando la ilustración
 Despótica vino abajo,
 Se hizo puro estatutista,
 Y acérrimo doctrinario.
 Estaba con doña Irene
 De Pontevedra casado,
 Señora de rancia alcurnia,
 De mucho viento en los cascos;
 Tercera á veces, habladora,
 Partidaria de don Carlos,
 Que estar casada debiera
 Con un faccioso navarro.
 Fruto de esta unión hidalga
 Era el jóven don Pascasio,
 Héroe de la grave historia
 Que la Musa me ha dictado.
 No era tonto, como suelen
 Nacer otros mayorazgos;
 Mas poco estudió, y quedóse
 En el puente de los asnos.
 Preciábase de buen mozo,
 Era gastador y franco,
 Dado á la caza y al juego,
 Y á las ninfas inclinado.
 El Estatuto regia,
 Y ya el año treinta y cuatro
 Iba á hundirse en el abismo
 Con los demas que pasaron,
 Cuando doña Irene un día,
 Con su esposo conversando,
 Alegre, ufana y pomposa,
 Le dice: «No hay que dudarlo,
 Nuestro rey vendrá muy pronto
 Victorioso á su palacio;
 Habrá festejos, iremos
 A la corte á recrearnos.
 La cruz de Carlos tercero,
 O el hábito de Santiago,
 Obtenrémos para el hijo,
 Y le veremos cruzado.»
 El marido sonriendo,
 Con la copa y un cigarro,
 Allá verémos, decía,
 Y continuaba fumando.
 Tú no lo crearás, repuso
 Doña Irene con enfado,
 Porque lees esos papeles
 De Madrid anti-cristianos;
 Yo lo sé por fray Lorenzo.
 Ese fralle es un naranjo,
 Respondió, lanzando el humo,
 Don Sempronio de Velasco.
 La noble alcarreña entonces,
 Viendo de tal suerte ajado
 El mérito de un varón,
 Que era su consultor nato,
 Indignada y encendida
 Como un tomate encarnado,
 Llamó á su consorte impío,
 Y dejóle renegando.
 El, sereno, como queda
 La luna tras un nublado,
 Siguió fumando en su silla
 Hasta apurar el habano.
 Pasó el año treinta y cinco,
 Y no vino el rey ansiado
 Por la hidalga, que al Mesías
 Estaba inquieta aguardando.
 Su esposo ya no la hablaba
 Del redentor de los gansos,
 Por no verla tan rabiosa,
 Y encrespada como un gallo,
 Su hijo, que sólo pensaba

En la baraja y los galgos,
A políticos asuntos
Era poco aficionado.

Opinion propia no tiene,
Es eco de todos bandos;
Con su madre, absolutista,
Con el padre, doctrinario.

Vino el año treinta y seis,
Año de bulla y freidango;
Hubo juntas..... De las juntas
Es preciso decir algo.

El pueblo español fué siempre
A las juntas inclinado:
Junteros como en el día
Hubo en los tiempos de antaño.

En Avila los magnates
Con el pueblo se juntaron,
Para quitar la corona
Al débil Enrique cuarto.

Formaron los Comuneros
Su junta de nombre santo,
Para poner cortapisas
Al poder del quinto Cárlos.

Juntas hubo en las provincias,
Allá cuando aquel chubasco
De franceses, que vinieron
Con Murat á esclavizarnos.

Luégo hubo junta central,
Que en vez de centralizarnos,
Huyó á Cádiz, donde tuvo
Que morir, mal de su grado.

Hubo junta Provisoria
Cuando el pueblo soberano
La Constitución del doce
Hizo jurar á Fernando.

Esta juntero-manía
Se extiende á todos los ramos;
Ved la Guía. ¡Qué de juntas
Nuestros monarcas crearon!

Sólo el buen Cárlos tercero,
Que era rey justo y sensato,
Gustaba poco de juntas,
Si es cierto el siguiente caso.

Propúsole cierto día
Uno de sus secretarios
La formación de una junta
Para un negocio de Estado:

Y el Rey le dijo: No quiero
Más juntas; voy sospechando
Que son como las mujeres
Mundanas, de comun trato;

Cuanto más se juntan, menos
Suelen concebir. ¡Oh canto
Monarca! Si ahora vivieses,
Vieras mil juntas de sabios.

X. — 2.

UN MILITAR VALIENTE.

Después que se alzó en la Granja
Aquel bizarro sargento,
Que dió con las bayonetas
La ley al hispano pueblo,

Volvimos al año doce,
A gatas retrocediendo,
Como en el fondo del río
Suelen andar los cangrejos.

La máquina del Estado
Dió un estrepitoso vuelco;
Los urbanos en milicia
Nacional se convirtieron.

Todos fueron alistados.
Y don Pascasio el primero,
Porque gana le tenían
De su lugar los plebeyos.

Su madre, desesperada,
Pide venganza á los cielos;
Más quisiera verle moro
Que á la Reina defendiendo.

Pero él, que lucir quería

Sa garbo y su gentil cuerpo,
Y el manejo del caballo,
En que se juzgaba diestro,

Consuela á la triste madre,
Y le dice: Estoy resuelto;
Serviré en caballería,
Como que soy caballero;

Y si en alguna refriega
Me hallaré en peligro, el viento
No volará más aprisa
Que yo, de la muerte huyendo.

Voy á hacer de paño fino
El uniforme completo,
Y cual conviene á mi esfera
Me presentaré en el pueblo.

A Guadalajara parte;
Los militares pertrechos
Acopia, y engalanado
Se pavonea con ellos.

Torna á su lugar, erguido,
Las armas y el chacó bello
Esplandecen, no le falta.
Más que el valor de un guerrero.

Al verle entrar, ¡qué de envidias
Se suscitan! ¡Cuántos celos!
Las beldades alcarreñas
Le saludan bendiciendo.

Aun su madre, que ántes daba
Tales muestras de despecho,
Viendo tan galán al hijo
Siente un plácido consuelo.

Su tierno padre le abraza;
¡Qué airoso estás! dice el viejo,
A tan gallarda presencia
Corresponde heroico aliento.

Formanse tres compañías
De los jóvenes solteros,
Que el militar ejercicio
Aprenden en breve tiempo.

De á caballo, sólo cuenta
El lugar doce guerreros,
Pero doce mil hazañas
Piensa ejecutar con ellos.

Pronto la ocasión se ofrece
De acreditar su ardimiento
A estos bravos defensores
De los hogares paternos.

Cerca del lugar talando,
Robando á los pasajeros,
Con unos treinta bandidos
Llega un partidario horrendo.

Llamábanle por mal nombre
Pujavante; hombre perverso,
De la facción de Cabrera
Capitan rudo y grosero.

Los milicianos le buscan,
Le encuentran, se enciende el fuego,
Viva Isabel, éstos gritan,
Y viva Cárlos aquéllos.

Los malvados combatían
Como los Partos, huyendo,
Y en pos corren bravamente
Los caballos alcarreños;

Sólo don Pascasio ceja,
Porque le entorpece el miedo,
Y el comandante le grita:
¡Dónde está el valor? A ellos.

Esfuézase el hijodalgo,
Corre, y en aquel momento
Vuela silbando una bala,
Y cae su caballo muerto.

Rueda el infeliz Pascasio,
Herido el cráneo, sangriento,
Y pide misericordia,
Y confesion de sus yerros.

¡Victoria! en tanto clamaban
Sus bizarros compañeros,
Que al enemigo ahuyentaron
Con vergonzoso escarmiento.

Tornan al lugar, y llevan
Al hidalgo y á un plebeyo
Tambor herido, en un carro

Que se destinó al intento.

Al ver doña Irene al hijo
Tan mal parado, ¡qué es esto?
Clama, Pascasio, alma mía,
¿Quién te hirió? Mátele el cielo.
¿Quién me hirió?... ¡Buena pre-
No estaba yo para verlo! [guntal
Que en aquel trance terrible
Se turban los más serenos.

Que venga el facultativo,
Y me registre el cerebro,
Y ataje con una venda
La sangre que está corriendo.

Viene el profesor bisoño,
Que era un jóven bullanguero,
Y miéntras cura al herido,
Exclama: «¡Glorioso encuentro!»

Dar la sangre por su patria
Es el lauro más excelso;
¡Dichosos los que en el campo
Mueren por tan caro objeto!

— Y usted, replica Pascasio,
Que tanto alaba estos hechos,
¿Por qué en lugar de ayudarnos,
Se estuvo en casa tan quieto?

— Mi profesion es curar
A los que están padeciendo,
Y defender en la plaza
De la nación los derechos.

— Con la palabra es muy fácil
Jidiar, del combate léjos,
Mas con las armas batirse
Es arduo y terrible empeño.

«Yo fui cómodo patriota
Como vos, y novelero,
Y entónces no me aquejaban
Dolores ni molimientos.

«Ahora derramo la sangre
Por primera vez, y veo
Que cuesta mucho la patria,
Que grande valor no tengo.»

Y diciendo estas razones
Se entró mustio en su aposento,
Y su madre compasiva
Le hizo meterse en el lecho.

XI. — 3.

LOS FACCIOSOS Y EL SAQUEO.

Vengar juró *Pujavante*
La afrenta de su facción;
Pide más gente á Cabrera
El comandante feroz.

Recibe pronto el auxilio,
Y cuando se oculta el sol,
Marcha por un bosque, á guisa
De lobo hambriento y traidor.

Llega al lugar alcarreño
Que á los bandidos venció,
Antes que despunte el alba
Pintando el bello arrebol.

Corre la facción las calles
Resuena el ronco atambor,
Viva Cárlos quinto, gritan,
Y la santa Inquisición.

Los milicianos dormían
Sin recelar tal traición,
Y al despertar con los gritos
Sienten un frío pavor.

Algunos, más atrevidos,
Prepáranse, y á la voz
De Isabel Segunda lanzan
El rayo devastador.

Cual tigre herido que ruge
Y vuela con rabia atroz,
Destrozando la maleza,
En busca del que le hirió,

Así la turba facciosa,
En horrenda confusion,
Destroza puertas, aplica

XII.—4.

UN VIAJE Á MADRID.

Un dendo en Madrid tenía
Don Sempronio, de gran testa,
Director, que no dirige,
Pero cobra una gran renta;
Fino y sagaz cortesano,
Voluble como veleta,
Siempre adherido al Gobierno,
Como al olmo está la hiedra.

Este, sabiendo el desastre
De la familia alcarreña,
A quien debió en otro tiempo
Mí obsequios y finezas,
En una atenta misiva
Conduélse de sus penas,
Exhortando á don Sempronio
Que en la corte se establezca.

Doña Irene, agradecida
A expresiones tan atentas,
Corresponde al cortesano
Admitiendo la propuesta.
Su marido condesciende
Con ejemplar obediencia,
Que en hablando la señora
No hay poder que la contenga.

A un mayordomo se encarga
El cuidado de la hacienda,
Y ya en los preparativos
Del viaje sólo se piensa.

La desgracia es que no pueden
Ir desde el lugar en ruedas,
Porque el camino es fragoso,
Entre barrancos y cuevas.

¡Oh España! ¡reino dichoso
Si otros gobiernos tuvieras,
Y no chupáran tu sangre
Tantas gordas sanguijuelas!

Vino á torrentes la plata
Del Nuevo Mundo, y con ella
El reino cruzarse pudo
De caminos y de acequias.

El agricultor entónces
Hallando fáciles sendas
Para trasportar sus frutos,
Más productivo al campo diera.
¡Gobernantes malhadados,
Qué ceguedad fué la vuestra!
Pudisteis poblar la patria,
Y la dejásteis desierta.

Por vosotros tiene ahora
Que marchar en una yegua
Doña Irene hasta Compluto
A tomar la diligencia.

Iba la buena señora
En unas jamugas viejas,
Expuesta al sol, acosada
De tábanos que la aquejan.

Camina á par su marido
En un caballo babieca,
Troton, que relincha á veces
Viendo junto á sí la hembra.

Don Pascasio va montado
En una mula traviesa,
Que respinga al menor bulto
Aguzando las orejas.

Pendientes van las alforjas
Con la bota y la merienda,
Y cuatro pollos atados,
Que de las jamugas cuegan.

Con este innoble equipaje,
Ya entrada la noche, llegan
A Alcalá, donde descansan,
Y temprano se despiertan.

Viene de Guadalajara
El coche, y en él se encierran
Con las siguientes personas,
Que el propio destino llevan :

Un canónigo muy gordo,
Un militar calavera,

Y un matrimonio con cuatro
Chiquillos que travesan.

Embarcada ya la gente,
Grita el mayoral : « ¡Manchega!
Comisarial », y con las voces
Cruje el látigo y resuena.

Doña Irene estremecida
Con tan rápida violencia,
Se agarra con ambas manos
Del colgante, y á él se aferra ;

Empero por su fortuna
Duró poco la carrera,
Y de repente las mulas
Toman el paso de recua.

Entónces la mayorazga,
Libre del temor, contenta,
Al canónigo saluda,
Y la taravilla suelta.

¡Qué de sandeces le dijo
Sobre el clero y las iglesias,
Y los diezmos, y los días
Festivos, y medias fiestas!

El era de buena pasta
Y de escasa inteligencia,
Y lamentábase mucho
Del desfaldo de las rentas.

El militar atrevido,
Oyendo tan graves quejas,
Toma la palabra y dice :
« Se acabaron las prebendas.

» El soldado necesita
Vestirse y comer, la guerra
Se hace con dinero, y todo
Debe consumirse en ella. »

El canónigo callaba
Por no armar una pendencia ;
Pero doña Irene toma
A su cargo la defensa,

Y dice : « ¡ Bueno sería
Dejar á todos por puertas,
Y que los soldados solos
Triunfen y coman y beban.

» No señor, todos tenemos
Derecho á comer; las rentas
De cada cual son sagradas,
Y él solo dispone de ellas.

» Yo, por ejemplo, disfruto
Un vínculo: si vinieran
A quitármele, diría
Alto allá, que esta es mi hacienda;

» Y aunque fuese el Padre Santo
Un litigio le pusiera.
Que para eso hay tribunales
Y leyes que nos protejan. »

La disputa iba á empeñarse
Con calor, si no cruziera
El látigo nuevamente.
Haciendo correr las bestias.

Enrédase por desgracia
En la mula delantera
Un cordel, ésta se traba,
Se agita, bufa y cocea ;

Las de atrás hacen lo mismo,
Y se mueve una contienda
De coeces, y el conector
No puede regir las riendas.

Salta el coche, disparado
Sale de la carretera,
Y en un ribazo sombrío
Con ruido estallante vuelca.

Cae doña Irene debajo
Del canónigo, que pesa
Siete arrobas y seis libras,
Por romana de Sigüenza.

Señor canónigo, grita
La sofocada alcarreña.
Por Dios, que reventio : el pobre
No puede mover las piernas.
Es un pesado elefante,
Cual cúpula de una iglesia
Su barriga, y no es posible
Que á un lado ni otro se tuerza,

El fuego deverador.

Arden unas casas, otras
Presa del malvado son,
Y en ellas roba y saquea,
En nombre del santo Dios.
De las tímidas doncellas
No se respeta el pudor,
Suben sus ayes al cielo,
Pide el anciano perdón.

Por do quiera no se escuchan
Sino lloros y clamor,
Que se mezclan y confunden
Con el trueno del cañón.

En un sótano temblando,
Cual si fuera un malhechor,
El hijodalgo cobarde
Se esconde como un ratón.

Solos sus padres quedarán
En un desierto salón,
Y en él entran los caribes
Con rostro amenazador.

Dinero piden, é Irene
Dice con trémula voz :
Señores, yo soy carlista,
Y aguardo al rey, mi señor.

Piedad... No hay piedad que valga,
Dinero sin dilación,
Grita un monstruo, y la amenaza
Con el hierro matador.

Ella entónces á su cuarto
Conduce al fiero sayón ;
Allí guarda su tesoro,
Allí tiene el corazón.

Roban el oro, la plata,
Las joyas, y cuanto halló
Su ansiosa codicia ; á todo
Hace presa el vil ladrón.

Ya la aurora iluminaba
Con pálido resplandor
Aquel espantoso cuadro
De crimen y maldición,

Cuando á retirada tocan
Los facciosos con temor,
Que sangrientos y cobardes
Siempre los malvados son.

Lleváronse los ganados
Que encierran en derredor,
Y ni un animal viviente
Para el cultivo quedó.

Libre ya el pueblo, se ocupan
Los jóvenes con ardor
En apagar el incendio
Que tantos daños causó.

Arruinadas se lamentan,
Con angustiosa aflicción,
Centenares de familias,
Que una noche empobreció.

Sale, cubierto de polvo,
Del tenebroso rincón
El tímido don Pascasio,
Quejándose del dolor ;

Y al verle su madre exclama :
Hijo de mi corazón,
Perdido lo habemos todo,
Todo, ménos el honor.

¿ Y eran estos los carlistas
Que usted me recomendó ?
Dice Pascasio ; al demonio
Quiero en mi casa mejor.

Estoy bien desengañada,
Tienes, Pascasio, razón ;
Renuncio ya á ese partido
Que todo me lo robó.

Tan repentina mudanza
No extrañes, caro lector,
Que el interés puesto en pugna
Siempre vence á la opinión.

Tiraban de él don Sempronio,
Don Pascasio; ¡vanas fuerzas!
Como si á tirar de un carro
Dos hormigas se pusieran.
Por fortuna doña Irene
Era flaca, ágil y suelta,
Y escurrióse cual anguila
Por entre una y otra pierna.

Todos de algun contratiempo
Con voz lúgubre se quejan:
Quién se ha lastimado un brazo,
Quién de un chichón se lamenta.

El conductor y el zagal
Juran en tanto y reniegan,
Poniendo en órden las mulas,
Que ya cansadas se aquietan.

La mole inmensa del coche
Entre todos enderezan;
Se engancha, y aquéllas parten,
Y el coche cual ántes rueda.

Sin otro azar á la corte
Sanos los viajantes llegan,
Aunque molidos los cuerpos
Y silenciosas las lenguas.

El dardo de don Sempronio
Los aguardaba en la puerta
De Alcalá, y en otro coche
A su habitación los lleva.

XIII.—5.

LA PROVISION DE UN EMPLEO.

Después de haber descansado
Diez horas en muelles camas,
Los huéspedes alcarreños
Sin pereza se levantan.

El director con sabroso
Desayuno los aguarda,
Y en la mesa colocados
De esta manera les habla:

«Vosotros habeis perdido
Muchos bienes, y se trata
De ver cómo os recompensa
Agradecida la patria.

«Anoche vacó un empleo
En mi oficina; la plaza
Vale mil pesos pagados
Al corriente, en buena plata.

«Yo gozo de gran favor
Con el ministro, me paga
Los servicios que le tengo
Prestados en cosas arduas.

«Pienso pedirle este empleo
Para tí, Pascasio; es ganga
Con mil pesos encontrarse
De la noche á la mañana.»

Doña Irene enloquecida
No sabe cómo dar gracias,
Y, levantándose, el hijo
A su bienhechor abraza.

Don Sempronio, conociendo
De Pascasio la ignorancia,
Dice á su dardo: «Esperemos
Otra ocasion, demos largas.

«El chico no tiene estudios,
Ni aun buena letra; cuando haya
Aprendido aquí en la corte
Las doctrinas que le faltan,

«Entónces en el destino
Podrá darse buena traza,
Hacer un papel airoso,
Y cumplir como Dios manda.»

Al oír el cortesano
Reflexiones tan sensatas,
Fija la vista en su dardo
Y suelta una carcajada;

«Bien se conoce, Sempronio,
Que no sabes lo que pasa
En Madrid, dice; desecha
Los hábitos de la Alcarria.

» Pesca el destino si puedes,
Antes hoy que no mañana,
Porque este lugar se ha hecho
Puerto de arrabata-capas.

«Aquí no se necesita
Ciencia, *patriotismo* basta,
Satisfaccion de sí propio,
Y un poco de petulancia.

» En otro tiempo un destino
Muchos sudores costaba,
Estudios, carrera, empeños,
Largos meses de antesala;

» Mas hoy un barbi-lampión
Que hace el patriota, que charla,
A los mejores empleos
Del Estado se abalanza.

— Es un evangelio, dice
Doña Irene alborozada;
Pascasio á toda esa turba
De monos lleva ventaja;

» Es noble, ha tenido buena
Educacion, esmerada,
Estudió latin.... no mucho,
Pero con eso le basta.»

Don Sempronio, que temia
La contradiccion amarga
De su esposa, selló el labio,
Fumando con gran cachaza.

En la noche de aquel día
Vuela el director, en alas
Del deseo, al salon regio
Donde el ministro despacha.

Pondera de su sobrino
Las prendas que le faltaban,
Píntale valiente, herido
En la contienda de marras;

Exagera con destreza
Las pérdidas y desgracias
De la familia, lanzando
Suspiros que traspasaban.

Conmovióse Su Excelencia,
Que era tierno y de buen alma,
Y con semblante halagüeño
Contestó, don Félix, basta.

Quiero daros esta prueba
De estimacion, con la plaza
Contad, si no hay pretendiente
De mejores circunstancias.

No dió lugar Su Excelencia
A que otro se presentara
Con más mérito, y Pascasio
Logró lo que tanto ansiaba.

¡Qué placer hubo aquel día,
Cuántos brindis, qué algazara!
Doña Irene estaba loca,
Su hijo de gozo brincaba;

Mientras el buen don Sempronio
Con su inalterable calma,
Viendo á la madre y al hijo
Saltar, reía y fumaba.

Don Pascasio, acompañado
De su tío, á dar las gracias
Fué al ministro, y quedó absorto
Cuando vió grandeza tanta.

Aquella fila de coches
Que en la plazuela esperaban
A sus dueños, la escalera
Tan magnífica, la guardia,

Los silenciosos porteros,
Las inmensas antesalas
Cubiertas de ánimas tristes
Que por un destino claman;

Todo le admiró; mas esto
No era sino sombra, nada,
Si con el regio despacho
Del ministro se compara.

Allí sí que el pretendiente
Se confunde y se anonada,
Viendo al ídolo, á quien rinden,
Sumisos los hombres, párias.

Al hablarle don Pascasio
Siente su lengua trabada,

Y su tío cortesano

Toma por él la palabra.

¡Cuántas frases lisonjeras
Dijo al ministro! ¡Cuán bajas
Adulaciones, que fueron
Con regocijo escuchadas!

Su Excelencia, agradecido,
En monoslabos habla,
Y con el gesto halagüeño
Los despide, y los encanta.

Saliendo de allí don Félix,
Llena de placer el alma,
A su sobrino dirige
Esta allocucion extraña:

» Ya que el destino has logrado,
Te dará algunas lecciones,
Y serás afortunado
En tu carrera, si pones
En observarlas cuidado.

» Si quieres obrar con tino,
Y tener siempre ventura,
Sigue al Gobierno, y procura
No apartarte del camino

Que él lleva; es regla segura.
» Cuando esté por el progreso,
Echa tú siempre delante,
Cual ligero caminante;

Mas si vuelve al retroceso,
Retrocede tú al instante.
» Yo, mudando de opinion,
He servido al despotismo,

Al Estatuto lo mismo,
Luégo á la Constitucion,
Y serviré al tragalismo.

» Lo que importa es conservar
El destino con la renta,
Y, si se puede, medrar;
Esta es, sobrino, la cuenta
Que todos deben echar.

» El patriotismo en la boca
Ten siempre; en cualquier apuro
El nombre de patria invoca,
Y estarás siempre seguro

Y firme como una roca.
» Procura á algun escritor
Ganar, que los hay venales,
Y á costa de algunos reales,

Te hará el necio adulador
El mejor de los mortales.
» Y si luégo un intamonas
Saca tu lindo retrato,

Como ahora se usa, barato.
Te haccs insigne, y te entonas
Como un grande literato.»

XIV.—6.

LA MUERTE.

Tus dichas, ¡oh mundo!
Son sueños no más,
Que rápidos pasan
Cual sombra fugaz.

Contento vivia
Pascasio, y en paz
Sus padres gozaban
Ventura sin par.

Irene orgullosa
Aspira ya á más,
Y sueña, y al hijo
Ve en alto lugar.

Mas hiere á su esposo
Con dardo mortal
La Parca; ¡traidora!
No tienes piedad.

El buen alcarreño,
Que nunca hizo mal,
Hundióse en la tumba
Por siempre jamas.

Irene se affige
Con vivo pesar,

Que siempre, aunque terca,
Amó á su mitad.

De lágrimas vierte
Pascasio un raudal,
Que nunca su padre
Le diera un pesar.

Tambien, aunque duro
Por hábito ya,
Lamenta don Félix
El trance fatal;

Que no pudo el trato
De corte falaz
Ahogar en su pecho
La dulce amistad.

Venid, libertinos,
Venid á tomar
Lección de ternura,
De amor natural;

No de ese bastardo
Violento y fugaz,
Que pintan los libros
De autor inmorál.

Después que á la yerta
Ceniza se da
Estéril tributo
De honor funeral,

Irene se torna
Llorosa al lugar;
Que asuntos la llaman
De grande entidad.

No quiere á Pascasio
Consigo llevar,
Que teme exponerle
A un riesgo fatal;

Y jura que pronto
A verle vendrá,
Y él queda gimiendo
En triste orfandad.

XV.—7.

LA FALSA AMISTAD.

Compañero de Pascasio
Era un joven andaluz,
Promovedor de alborotos,
Sólo por el bien común;

En Málaga bullanguero,
En la oficina un atun,
Pero el mayor intrigante
Desde Moscovia al Perú.

Llamábase el malagueño
Don Serafin Abedul,
Nieto de un moro africano,
Más malo que Belcebú;

Pronto á vender á los hombres
Como Júdas á Jesus,
Republicano, ó carlista,
Cristiano ó turco, según.....

El interés era el móvil
De este pícaro gaudil;
Pide prestado, y no paga,
Y ni áun muestra gratitud.

El á Pascasio juraba
Con tierna solicitud
Amistad pura y sincera,
Y le llamaba de tú.

Hoy que le ve tan lloroso,
Con luto, huyendo la luz,
Se affige también, y ostenta
Una mentida inquietud.

Y dice: «Amado Pascasio,
Este mundo es una cruz
Muy pesada para el triste
Que sufre como Saul.

»Bastante has llorado, olvida
Los muertos y el atand;
Y pues eres rico, goza,
Saca el oro del baul;

»A los románticos deja
El horroroso capuz

De la noche, y los pesares
Que nos roban la salud.»

Aquella lengua maldita,
Cortante como segur,
Hace que olvide á su padre,
Pascasio; ¡qué ingratitud!

A una partida de campo,
Donde habrá ninfas y albur,
Convidan á el alcarreño,
Y acepta; es un avestruz.

Llega el día señalado;
La aurora en el orbe azul
Brilla; prepárase todo
Para el festejo; tun, tun,

Llama el cochero á la puerta,
A montar la gente, sú;,
Mas la fiesta en otro cuadro
Pintaré con más quietud.

XVI.—8.

EL DIA DE CAMPO.

Orillas del Manzanares,
Donde no se ve una ninfa,
Para público recreo

Hay una especie de quinta;
No como aquellas de Italia
Que en los libros se nos pintan,
Ornadas con bellos cuadros,

Con muebles y alhajas ricas,
En medio á un frondoso parque
Con mil fuentes cristalinas,
Y estatuas de terso mármol
Con que se encanta la vista.

Las de acá son más humildes,
Gente pobre las habita;
Unas parecen tabernas,
Otras semejan ermitas.

Negras están las paredes,
Los techos son toscas vigas,
Y el suelo un enladrillado
Que las plantas martiriza.

No hay cómodas, no hay espejos,
Ni sofás, ni blandas sillas,
Sino bancos derrengados
Y mesas medio podridas.

El adorno es una estampa
De las ánimas benditas,
Donde las profanas moscas
En el verano se anidan.

El parque es un jardinillo
Y una noria que rechina,
Regando enanos arbustos,
Que dan sombra á las gallinas.

En vez de estatuas, hay cantos
Con que labrar se podrían,
En lugar de ámbar, estiércol,
En vez de rosas, espinas.

La música es el gruñido
De los cerdosos coristas,
Y una ronca voz que entona
Las añejas seguidillas.

En dos coches alquileres
A aquel sitio se encaminan
Seis galanes oficiosos,
Dos jamonas y tres niñas.

Casadas eran aquéllas,
De matrimonio ya ahitas,
Aunque sus tiernos maridos
Las mimaban y servían.

Las niñas eran alegres,
Obsequiosas y muy lindas;
No las comparo á las Gracias,
Porque es lisonja ya fría.

Llegaron al Manzanares
Contentos, sin grande prisa,
Y al ver la casa de campo
Se acrecentó su alegría.

Puesto el pié en tierra, al jardín
Bulliciosos se encaminan,

Para disfrutar los juegos
Del columpio y la sortija.

Por desgracia en el primero
Dos manolas se mecían,
Y en el segundo dos majos
Ostentaban su pericia.

Viendo ocupados los puestos
La cortesana cuadrilla,
Torna á la casa, y el monte
Con algazara principia.

Dura el juego hasta las cuatro,
Las señoras se fastidian,
Y á impulso del hambre piden
Con instancias la comida.

Tiéndese un mantel de anejo
En dos mesas convulsivas,
Que para tantas personas
Hubo precisión de unir las.

A tales muebles y ropa
Corresponde la vajilla,
Que por ser parte esencial
Es forzoso describirla.

Diciz platos de Talavera
Con dos fuentes denegridas,
Tres verdes vasos, con fondo
Oscuro como la tinta;

Once eucharas de palo,
Que en el color parecían
De sándalo, mas de un haya
Eran veteranas hijas;

Un cuchillo despuntado;
Tenedores no se estilán,
Que donde hay uñas y garras,
Sobran los muebles que pinchan.

En derredor de la mesa
Hay bancos de cofradía,
Asientos muy descorteses
Para nalgas femeninas.

Colocados ya los once
Sin ceremonia, cosidas
Las personas de ambos sexos
En estrecha comitiva,

Sudando todos, empiezan
A salir de la cocina
Los manjares; ¡oh banquetel
Aquí empiezan las desdichas.

Una cazuela de arroz,
Negra como una morcilla,
Es el primer comestible
Que al apetito convida.

Los tertuliantes con ansia
Al rancho común se tiran,
Pero el arroz está ahumado
Y tiene gusto de acibar.

Entre tanto el cocinero,
Que era un mozo de Galicia,
La olla prepara, con brio
Vuelve lo de abajo arriba;

Mas tuércesele la mano,
Los garbanzos se extravían
Y caen al suelo, seguidos
De la vaca y dos gallinas.

El gallego lo recoge
Con sus garras poco limpias,
Y lo traslada á una fuente
De las dos que pinté arriba.

Desde el comedor observan
Aquel desastre las niñas,
Hacen ascos, y protestan
Renunciar á tal comida.

Los demás siguen su ejemplo,
No más olla, todos gritan;
Y vienen en lugar de ella
Seis perdices bien manidas.

Tras éstas, jamon y huevos,
Aquél duro como encina,
Y éstos con negros ribetes
De la sartén renegrida.

Sólo un plato de empanadas,
¡Gloria á la pastelería!
Mereció grandes elogios
De la engañada cuadrilla,

Por postres queso manchego,
Con unas aceitunillas,
Negras, en salsa encarnada
De pimiento, exquisitas.

El banquete fenecido,
Todos en gozosa trisca
Corren al jardín, y juegan
Al columpio y la sortija.

Dan vueltas mil, y se rien
Y cantan, y en las orillas
Del humilde Manzanáres
Resuena la voz festiva.

Escóndese el sol, y montan
Con ufana gallardía
En los calientes simones,
Y las secas ruedas chillan.
Con lentitud á la corte
Llegaron. ¡Hermoso día
De campo en el Manzanáres!
Ya pasó; Dios le bendiga.

XVII. — 9.

LA EXTREMAUNCION.

Uno de los referidos
Tertulios, aquella noche,
En el lecho descansando
Sintió vehementes dolores.

No era cólico; su esposa
El mal de antiguo conoce,
Que yo describir no quiero,
Porque tengo mis razones.

Por órden de la señora
Llaman al médico; el noble
Paciente se lamentaba
Con desapacibles voces.

Deja abierta por descuido
La puerta el sirviente; entónces
Llega con la extremauncion
Un anciano sacerdote;

Y en vez de subir al cuarto
Del piso segundo, en donde
De accidente repentino
Se estaba muriendo un hombre,

Entra aquí, oyendo el quejido
Del enfermo, y se dispone
A darle en los piés y manos
Las venerandas unciones.

El, si bien era cristiano,
No se hallaba tan conforme,
Ni con vocacion sincera
De recibir tales dones;

Y dice: ¡Qué vais á hacer?
Yo me llamo Simon Torres,
No estoy en riesgo de muerte,
Sino duro como un bronce.

»Lo que sufro es.... de almorranas
(Con perdon, este es su nombre);
Se me ha encendido la sangre
Por beber tantos licores.

— ¡Jesús! ¡Jesús! clama el cura,
¡Qué delirio tiene el pobre!
— No delira, está en su juicio,
La mujer replica. — ¡Lo oyes?»

Dice el preste al sacristan,
«Me has comprometido, torpe;
Siento este error en el alma,
Señora; ustedes perdonen.»

Fuése rezando, y Simon
Dijo á su mujer: ¡Qué noche!
Aquel farol moribundo
Me daba mil trasudores.

«Juro no volver al campo,
Ni beber copas ni ponche,
Que es muy terrible la muerte,
Y nosotros pecadores» (1).

(1) Este es un suceso verdadero acaecido en Madrid, y aún viven (1838) algunos de los sujetos que lo presenciaron.

XVIII.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Si yo fuera de esos yates
Que gustan de adulaciones,
Te dijera mil piropos,
Te echaría lindas flores.
Diría que eran tus ojos
Dos resplandecientes soles,
Tus mejillas frescas rosas
De los más bellos colores,
Tus dientes perlas (se entiende
Que con ellas no se come),
Coral tus labios, tu talle
Cual airosa palma, en donde
Los céfiros travesen,
Y se mecen los amores.

A mí, niña, no me gustan
Las tales comparaciones;
Si el mentir es de poetas,
No quiero llevar tal nombre;
Que á mí la verdad me gusta
Sin afeites ni arboles.
Con ella, pues, por delante
Te diré en breves razones
Que eres muy linda y graciosa,
Sencilla y de bello porte,
Muy amante de tus padres,
Que tiernos te corresponden.

Que nunca gastas melindres,
Ni entretienes con ficciones,
Ni das citas, ni haces guiños,
Ni padeces convulsiones.

Esta enfermedad de moda
En este siglo que corre
Es muy general, amiga,
Dios te libre si te coge.

La infeliz que la padece
Amarga pasa la noche;
¡Ay, cómo el lecho retiembla!
¡Qué gemidos, qué aflicciones!

Pero no creas por eso
Que se lastiman los hombres;
Son fieras, se les antoja
Que esas son meras ficciones.

¡Qué bárbaros! No les mueven
Esos ayes tan atroces,
Y á carcajadas se rien
De nervios y contorsiones.

Dicen que allá en las novelas,
O en los trágicos actores
Que retratan de la vida
Las desgracias y pasiones,

Sientan bien esos soponcios
Y gestos y retemblores.
Dichosa tú que no sientes
Tan amargas ilusiones,

Ni gimies como hace el buho
En la solitaria torre;
Sino que gozosa vives
Y la inocencia te acoge,

Y cuando al sueño te entregas
Te cercan gratas visiones.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LA VARIEDAD.

Per troppo variar natura è bella.

El aforismo italiano
Es verdadero, á fe mía,
Y cuanto más se varía,
Más gozo siente el mundano.

España ofrece un modelo
De variedad; ¡cuántas gentes

De costumbres diferentes
Ha visto en su fértil suelo!

Varios fueron sus señores,
Cartagineses, romanos,
Vándalos, suevos, alanos,
Godos y moros traidores.

Tuvo á la vez reyes mil,
Cristianos y sarracenos,
Malos, medianos y buenos,
Desde el Deva hasta el Genil.

Hubo reyes de Leon,
De Navarra, de Castilla,
De Galicia, de Sevilla,
De Córdoba, de Aragon.

De Murcia, de los Algarbes,
De Valencia, de Almería;
Y toda esta algarabía
Fué debida á los alarbes.

Hubo en Vizcaya señor
De casa solar y rica,
Y so el árbol de Guernica
Fué el pueblo legislador.

Hubo Condes extranjeros
En la insigne Barcelona,
Raza feudal, valentona,
Terrible en sus desafueros.

España, que la coyunda
Recibió de tantos reyes,
En sus códigos de leyes
Ha sido la más fecunda.

Fuero-Juzgo, Fuero Real,
Fuero viejo de Castilla;
Cada ciudad, cada villa
Tuvo código foral.

Leyes de Estilo, Partidas,
El antiguo Ordenamiento
De Alcalá.... ¡qué entendimiento
Abarca tantas medidas?

Y luégo, por conclusion,
El fárrago amontonando,
Vino, leyes disparando,
La gran Recopilacion.

Creció la mole estupenda
Con los autos acordados,
Y los pobres abogados
Sudaban con tal molienda.

Luégo pragmáticas Reales,
Y decretos sin guarismo;
¡Válgate Dios qué embolismo
Para los pobres curiales!

Pues de trajes en materia
¿Dónde hubo tal variedad?
¡Oh qué grata amenidad
Si se pudiesen en feria!

Impúdicos zaragüelles
Viste el sutil valenciano,
Que en el fogoso verano
Le sirven de adorno y fuelles.

Gorro lleva el catalan,
Largo, tosco, rubicundo;
Y aunque el sol abrasa al mundo,
Con gorro sigue en su afán.

Media azul y gran sombrero
Usa el terco aragones,
Y el pecho al aire le ves
Aunque reine el crudo Enero.

¡Braga morisca y chapeo!....
Por cierto lindo retrato;
Está chulo el maragato
Con este traje en paseo.

Con colete castellano,
Del tiempo de Carlos Quinto,
Puesta la vara en el cinto,
Bien campea el segoviano.

A par de él un andaluz
Con chupita de alamares
Viene, quitando pesares,
De la tierra de Jézur.

Cada provincia de España
Es un reino diferente
En usos, costumbres, gente,
Que entre sí parece extraña.

De un andaluz á un galiego,
De un murciano á un alaves,
Mayor diferencia ves
Que de un gascon á un noruego.
Mas de tanta variedad
¡Al fin qué fruto sacamos,
Si á este gran todo no damos
La conveniente unidad?

II.

LA CREACION.

MEDITACION POÉTICA (1).

Di, Númen celestial, el verdadero
Origen de la tierra; quién dió vida
A tantos orbes, y al mortal primero
En delicioso Eden dicha cumplida.
De la santa verdad por el sendero
Dirige á la razon, que pervertida
La voz siguiendo de engañosa ciencia,
Desconoce de Dios la omnipotencia.

Cuando plugo á la mente creadora,
Cesó la nada, y comenzó del mundo
La materia á existir; no en hervidora
Revuelta confusion de caos profundo,
Sino ordenada ya, con previsora
Ciencia y designio, y con poder feenndo;
¡Máquina prodigiosa do se muestra
De Omnipotente artifice la diestra!

Empero este gran todo inerte yace
De tinieblas cercado, hasta que siente
De vida el soplo que flexible le hace,
Dilatando su seno blandamente.
Brilla la luz que al Hacedor complace,
Luz de risueña paz, de alba naciente;
Que aún no existe del sol la grande hoguera,
Ni recibe su ardor cóncava esfera.

Del piélago insondable que cubría
A la abismada tierra, vase alzando
Denso vapor, y como nube mubria
Sobre sedienta mies, se ve flotando.
Aéreo, inmenso mar, que de alegría
Cubrirá el suelo, y de rocío blando;
Vencero rico de vital sustento,
Que en diáfana region tiene su asiento.

A las restantes aguas inferiores
Vuestro sitio ocupad, dijo el Eterno;
Y ellas, como los vientos bramadores
Huyen al espirar rígido invierno,
Corren con veloz ímpetu; temblores
Cual de hirviente volcan en hondo averno
Sufre la tierra; ¡oh Dios! ¡será llegada
Su destraccion, y volverá á la nada?

Al contacto del agua ardiendo en torno
Sus varios combustibles elementos,
Aquel inmensurable hervidor horno
Hace temblar sus sólidos cimientos.
Estallan truenos mil, todo es trastorno;
Álzanse las montañas, monumentos
De eterna duracion, sin profunda
Abrese al mar, que rápido la inunda.

Descubierto ya el suelo, y el sonante
Mar en su inmenso cauce aprisionado,
Muéstranse de las selvas la gigante
Froncosa tribu, y el verdor del prado.
Mas no se oye en aquellas el tronante
Rugido del leon, ni el acordado
Canto del ruiseñor; silencio triste
Reina do quier, ningun viviente existe.

Súbite el Hacedor, rico tesoro

De galas y placer da á la natura;
Púrpúreo manto recamado de oro
Cubre del grande sol la mole oscura.
Al brillar él, innumerable coro
De astros acata á Dios con su luz pura;
Y á alegrar en la noche al mudo suelo
Tiende la luna su argentado velo.

¡Seres, apareced! pues de la vida
La puerta os abre el Todopoderoso
En este suelo virgen, que os convida
Con sustento vital y ornato hermoso.
Ya por primera vez la águila erguida
Sus alas tiende, al Ararat risco
Vuela con majestad, desde allí otea,
Y absorba mira al sol y se recrea.

Pueblan el aire en tanto dulces trinos
De alada muchedumbre, que se ufana
Con sus ricos plumajes peregrinos,
Y canta á Dios en la jovial mañana.
A la par en los senos cristalinos
Gira nadando multitud galana
De vistosos pescados, presidiendo
La acuátil turba el Leviatan tremendo.

En el suelo despues, árido y duro,
Tomando formas mil reina la vida;
Con el feo reptil de aliento impuro
Se ve la blanca oveja confundida;
Ruge el fiero leon en bosque oscuro,
Y la airosa girafa envaneceida
Cual palmera gentil alza su cuello,
Su piel ostenta y su contorno bello.

¡Gloria al Señor! Los montes escarpados,
Los valles solitarios y sombríos,
Las florestas y bosques dilatados,
Las voladoras aves, los bravios
Huéspedes de las selvas, los ganados,
El turbulento mar, los claros rios,
Que sus ondas benéficas derraman,
Hacedor de los mundos le proclaman.

Hacedor de los mundos repitiendo
Los astros van en raudo torbellino;
Llena el inmenso espacio aquel estruendo,
Que tributa homenaje al Sér divino.
El eco en leves ondas va subiendo
Al empíreo invisible, do en continuo
Rapto los querubines se enajenan,
Y las arpas angélicas resuenan.

Aun falta la más grande, la postrera
Obra de Dios..... el hombre..... Héle formado
Del barro humilde, cual si estatua fuera
De bello serafin inanimado;
Pero su faz respira placentera
Al soplo del Criador que le ha alentado;
Y la divina imágen en la mente
Se estampa de este sér inteligente.

Álzase absorto, y clava allá en el cielo
Sus expresivos ojos, y la lumbré
Ve del radiante empíreo, y en el suelo
Postrado adora á Dios, en dulcedumbre
De arrobo celestial alzar el vuelo
Quisiera, y con humilde servidumbre
Ante el trono alentar de Jehová santo,
Su nombre repitiendo en dulce canto.

Despues de tributar culto debido
Al supremo Hacedor, en torno mira
Una vez y otra Adán, y sorprendido
Ve que en el centro de un verjel respira;
Prodigio encantador, no parecido
Al labrado jardin que el hombre admira
En regio alcázar, con marmoreas fuentes,
Y estatuas de metal resplandecientes.

Aquel es un celeste paraíso
Do mana el néctar, donde el aura pura
Cargada va de aromas, donde quiso
Dios derramar el gozo y la ventura:
Flores muy más preciadas que el narciso,
La rosa y el jazmin, honda espesura
De fructíferas plantas, que el sol dora,
Suelo que inmensos bienes atesora.

En medio á esta floresta, más lozano
Que los árboles todos, se levanta
El que produce fruto sobrehumano,

(1) El inglés mister Ure, catedrático de física é individuo de las Sociedades geológica y astronómica de Londres, publicó en 1829 una obra titulada *A new System of Geology*, cuyo principal objeto es hacer ver la conformidad de la narracion de Moisés acerca de la Creacion y del Diluvio, con los actuales conocimientos físicos y datos geológicos. El asunto está desempeñado con maestria, los argumentos son fuertes, y la obra toda abunda en observaciones ingeniosas. A este sistema está arreglada la presente composicion.

Preservador de muerte (1), única planta
Que el mundo vió, cuando en el pecho humano
Reinaba la inocencia y la paz santa,
Y Adán gustaba, sin amargo luto,
La celeste ambrosia de aquel fruto.

Al par frondoso el árbol de la ciencia
Vedado al primer hombre, falso brinda
Con manjar de bellísima apariencia,
Y muerte es su sabor; siempre así linda
En medio á nuestra frágil existencia
Con los males el bien. ¡Ay del que rinda
Culto al orgullo impío, y ciego intento
Con el cielo medir su altiva frente!

Corre hacia el bello Eden sonoro río,
Que de lejanos montes se despeña;
Cual mar se tiende, y con pujante brío
Por inmenso canal que Dios le enseña
Gira espumoso; en líquido rocío
Baña el jardín y obstáculos desdeña,
Y á dar vida á otro suelo enardecido
Corre en cuatro raudales dividido (2).

Vaga por sus orillas, hermanada
Con el lobo rapaz, la mansa oveja;
Aun no se ve la tierra ensangrentada,
Libre el halcón á la paloma deja;
Ni del fiero león amedrentada
La cierva velocísima se aleja.
Natura liberal les da sustento,
Y nada turba el mundanal contento.

Todo lo observa Adán con embeleso,
Todo el orbe es placer y pompa y gala;
Juega en la flor el céfiro travieso,
Y perfumes balsámicos exhala.
Nunca la tierna madre infantil beso
Con tal ánsia gozó, cual se regala
Con el murmullo Adán y ecos suaves
Del agua cristalina y de las aves.

Al blando arrullo de tan gratos sonos
Ríndese al sueño por la vez primera;
Y el Sér dispensador de tantos dones,
Raudal descendiendo de la azul esfera
Para formar dos puros corazones,
Uniendo á Adán con digna compañera;
¡Estrecha union que el cielo santifica,
Y los goces humanos multiplica!

Del costado de Adán, cual fuente pura
De oculto manantial, á la luz sale,
Dechado de candor y de hermosura,
Eva gentil, que en todo sobresale.
Su aliento es aura dulce que murmura,
No hay fresca rosa que á su tez iguale,
Sus ojos cual luceros centellean,
Y sus cabellos de oro al aire ondean.

Cuando despierta el sorprendido esposo,
Y ve aquella beldad tan peregrina,
Siente latir su corazón gozoso,
Y exclama en tierna voz: ¡Obra divina!
Que á alegrar vienes el vergel hermoso,
Dios para esposa mía te destina,
Y me lo inspira así; de mí eres parte,
No habrá dicha mayor que siempre amarte.

Ella pagar promete su terneza

Con entrañable amor. ¡Par bienhadado
Cual no se vió después! En gentileza,
En dócil complacencia y tierno agrado
Ella le excede; en ánimo y grandeza
Es superior Adán: él destinado
Nació á ampararla, y á regir el suelo;
Ella á querer, y á derramar consuelo.

En dulce union las fugitivas horas
Ven tranquilos correr; ora en el seno
De recóndito bosque, do sonoras
Auras refrescan el recinto ameno,
De misterioso amor encantadoras
Dichas gozan y paz; así sereno
De la tórtola á par sencilla y mansa,
Consorte arrullador ledo descansa.

Ora oficioso Adán de los pendientes
Sabrosísimos frutos, que hermosean
A las flexibles ramas, do bullentes
Aves mil se enamoran y gorjean,
Escoge los dulcísísimos presentes
Que el gusto de su amada lisonjean;
Ella recibe el dón con grata risa,
Más halagüeña que del mar la brisa.

Enlazados, tal vez, curiosos giran
Acá y allá por el jardín sombrío;
El puro ambiente con placer respiran,
Y al ver su dilatado señorío
Con tierna gratitud al cielo miran,
Y el himno entonan sonoro y pío,
Que recibe el gran Dios, cual puro incienso,
De su bondad en el tesoro inmenso.

En gozosa labor ya de las flores
Que entre el mirto se esconden y las gualdas,
Escogen las más gratas en colores
Para tejer bellísimas guirnaldas;
Ya de los arroyuelos bullidores,
Que corren entre campos de esmeraldas,
A un vergel predilecto el curso inclinan,
Y en su florida margen se reclinan.

¡Tiempo feliz! cuando entre Adán y el cielo
Sombra no había de mortal delito,
Cuando su dicha y su constante anhelo
Cifraba en serte fiel, Dios infinito,
Y puro como el ángel en el suelo,
Como el ángel también era bendito;
Cuando dotado de saber profundo
Dominaba cual rey el ancho mundo.

Con él era feliz en union santa
La más alta beldad, tierna y graciosa,
Cual brillante arrebol que al Orbe encanta,
Cual fresco lirio de la selva umbrosa.
No hay expresion que alcance á dicha tanta,
Ni existe ya esa union tan candorosa;
Vióla una vez, no más, el sol radiante,
Pura como su luz vivificante.

¡Ah! si la ley siguiera Adán sumiso
De su grande Hacedor, jamás los dones
Perdiera del risueño Paraíso,
Ni en su pecho lidiáran las pasiones;
Nunca viera en su espíritu indeciso
Batallar encontradas opiniones;
La alma virtud, á la verdad unida,
Diéranle eterno gozo, inmortal vida.

Entonces, cual de fuente cristalina
Arroyo encantador, corrido hubiera
Por la estirpe de Adán gracia divina
Sin rastro criminal, paz duradera.
Mas ¡oh dolor! que pérdida y dañina
Saltó bramando de infernal hoguera
La primer culpa, y corrompió la fuente,
Y heredó su maldad la humana gente.

(1) El árbol de la vida.

(2) En el capítulo II del Génesis se dice que estos cuatro brazos en que se dividió el río del Paraíso, se llamaron Phison, Gehon, Tigris y Eufrates. Los dos últimos son bien conocidos, pero acerca de los dos primeros discrepan mucho las opiniones de los intérpretes de la Sagrada Escritura. El sabio Calmet opina que el Phison es el Fasis, río célebre de la antigua Colquida, el cual tiene su nacimiento en las montañas de la Armenia, y que el Gehon es el Osus, que tiene su origen en el monte Imaus. Véanse estos artículos en su *Diccionario crítico-geológico y geográfico de la Biblia*.

III.

LA PAZ Y LA GUERRA.

CANCION.

El padre ardiente del día
Sobre estos campos derrama

Con su benéfica llama
La abundancia y la alegría,
Y dones sus rayos son.

¡Bendición!
Pero luego los devora
Con ánsia feroz la guerra,
Y tiñe en sangre la tierra,

Y viuda la esposa llora,
Y no encuentra compasión.
¡Maldición!

Con embalsamado aliento
Y alas de pluma dorada,
Por la llanura espigada
Corre murmurando el viento,

Y da vida al corazón,

¡Bendición!

Mas viene despues tronando
El eco de los tambores,
Y anuncia muertes y horrores
Del uno y el otro bando,
Y reina la confusion,

¡Maldición!

Con sus ondas argentinas
Se desliza el arroyuelo,
Viste de flores el suelo,
Retrántase las colinas
En su plácida mansion,
¡Bendición!

Mas luégo con sangre humana

Se tiñe aquella agna pura,
Y ya en la fresca verdura
De la juventud lozana
No se oye dulce cancion.
¡Maldición!

IV.

Epístola á un amigo, escrita desde el monasterio de Guisando (1).

En tanto que la córte seductora
Te ofrece, Arnaldo, con risueño aspecto
La copa del deleite, yo tranquilo
De un claustro en el retiro silencioso
Contemplo la virtud. ¡Ah! ¡qué engañados
Corren los hombres tras la vana gloria,
Tras el oro, el poder! Dulces sirenas
Son al principio estos falaces bienes,
Y luégo monstruos que devoran. Huye,
Huye de ellos, amigo, y vén al campo,
A este retiro vén, donde natura
Bienes y paz en profusion derrama.
¡Con qué dulzura en los frondosos bosques,
Donde respira el aura mansamente
De tu laud resonarán las cuerdas!
El plácido sosiego de este sitio,
Su grata amenidad, y de las fuentes
El bullir murmurante, tiernos himnos
Convivan á entonar. Embelesado
Gozo aquí el espectáculo grandioso
Que á describirte va tímido el númen.

Entre dos altos montes, cuyas cumbres
Corona airoosamente el pino erguido,
Una vega se tiende dilatada,
Que abunda en rica miés; cuando en Oriente
Reina glorioso el sol, y las espigas
Se mueven ondeando al blando soplo
Del aura matinal, el valle inmenso
Un piélago dorado representa.
Al mismo tiempo arreboladas brillan
Las transparentes nubes, y vestido
De espléndido ropaje el universo
Se presenta á la vista. ¡Oh! ¡quién me diera
Poder pintar la majestuosa pompa
Con que el sol marcha en su carroza de oro,
El gozo universal, los gratos himnos
Que en el campo resuenan, y esta vida,
Este nuevo vigor que el pecho sientel
Tuyo es, oh sol vivificante, el fuego
Que en las hondas entrañas de la tierra
Circula y nutre el arraigado gérmen,
Que luégo brota en deliciosa planta.
Tuya es, oh padre augusto de la aurora,
La gala de los campos, tuyo el brillo
Con que trémulo el lago reverbera.

¡Y tú, Arnaldo, sumido en esa impura
Mansion de los deleites, ni este gozo
Sentirás que me alienta, ni esta escena
Magnífica verás! ¡Oh malhadado
Quien el aura vital del bosque umbrío
No puede respirar!..... Mas ya el ardiente
Sol se remonta, y en torrentes lanza
Su irresistible fuego; grata sombra
Y paz me ofrece la frondosa sierra
Do tienen los austeros cenobitas
Su quieto albergue; de la cumbre al llano
En rústico desórden esparcidas
Veo mil y mil plantas. Aquí tiende
Un espeso nogal sus anchas ramas,
Y al par compite la pomposa higuera;
Allá el olmo coposo, el mirto oscuro,
Y de Minerva el árbol favorito,
Un bosquecillo forman apacible,
Que refresca una fuente cristalina.

Desde ella un arroyuelo murmurando
Deslizase fugaz, y á bañar corre
El lúgubre ciprés que de las tumbas
Recuerda la quietud, y el verde lauro
Que del grande Maron ciñó la frente.
¡Con cuánta majestad entre dos robles
Descuellan este castaño corpulento!
Su tronco, envejecido por tres siglos,
Da sombra á una caverna tortuosa,
De hiedra revestida; aquí los rayos
Jamás penetran del ardiente Febo,
Aquí el silencio reina; éste el albergue
De un solitario fué. Yo te saludo,
Mansion de la virtud; tu fresco seno
Me guarece del sol, tu almo retiro
De la humana perfidia me defiende.
Aquí mi pecho un aire refrescante
Aspira con placer; aquí mi oído
Con el blando susurro se deleita
Del enjambre afanado, que en un roble
Labra el dulce panal. Así las horas
En que el fogoso Sirio tiraniza
Los agostados campos, entretengo
En dulce calma y regalado temple.
Viene la tarde, y de Occidente sopla
El céfiro travieso, y en las ramas
Se mece y juega, y desde allí se lanza
Al claro arroyo y las alillas bate,
Encrespando las ondas sonoras.

Sale á espaciarse entónces por la sierra
El cenobita humilde, en cuyo rostro
La paz y la inocencia se retratan.
Con él me asocio, y en coloquio grave,
Ora las maravillas ensalzamos
Del eterno Hacedor, ora los vicios
Lamentamos del hombre, que el hermoso
Cuadro del universo desfiguran.
Del sol Poniente los dorados rayos
Nuestra atencion despiertan, y volviendo
Los ojos al ocaso, tras el monte
Vemos medio escondido el disco inmenso
Del fatigado sol; su frente augusta
Ornada va con arbores de oro
Y viva grana, que despues se torna
En cárdeno color. Allá al Oriente
La cresta de los montes se ilumina
Con sonrosada luz, miéntras el valle,
Hondo y sombrío, de la noche anuncia
La próxima venida. Otros objetos
Ya apenas se distinguen que las piedras
Donde quedó de César victorioso
La funesta ambicion eternizada (2).
Aquí en esta llanura, caro amigo,
Los infelices hijos de Pompeyo
Lidieron por la patria; sepultados
Yacen aquí tambien los generosos,
Los valientes hispanos, que en defensa
De la oprimida Roma combatieron.
Mas ¡ay! en vano; la fortuna osada,
Arrancando el laurel á la victoria,
Ciñó al usurpador la altiva frente.
Triste silencio, soledad medrosa
Reinó despues en el profundo valle.
Al estrépito de armas y caballos,

(2) Los monumentos de piedra, conocidos con el nombre de *toros de Guisando*, existen en el valle que aquí se describe, á poca distancia del monasterio. Tienen más bien la figura de elefantes sin trompa, y en sus cuerpos están esculpidas varias inscripciones, por las que se ve que en aquel sitio se dió una reñida batalla entre César y los hijos de Pompeyo.

(1) Este monasterio está situado en un desierto, á corta distancia de San Martín de Valdeiglesias.

Al ronco són de las marciales trompas,
Suspiros desmayados sucedieron
De mil pálidas sombras; ahora mismo,
Que la enlutada noche va tendiendo
Su manto pavoroso, tristes ayes
Paréceme que suenan en mi oído.

Repaso con dolor la amarga historia
De la humana ambición, hasta que alzando
La vista al firmamento, de los astros
La inmensa muchedumbre me arrebata.
Del Polo al Sur con rapidez corriendo,
Mis codiciosos ojos examinan
Innumerables mundos separados
Con inmensas distancias. ¡Oh prodigio!
¿Qué fuerza impele á tan enormes globos,
Sin que jamás en su veloz carrera
Un punto se extravíen? ¿Cuál fué el soplo
Que encendió tantos soles? ¿De su fuego
Dónde el pábulo está? Mi mente absorta
Se pierde en este piélago insondable,
Y adora al Hacedor.... ¡Ay! entre tanto
Allá en Oriente la apacible lumbre
De la amorosa luna, que triunfante
Sale á enseñorear las pardas sombras,
Lleno su disco, enrojecido, ofrece
Una imagen del sol; mas pierde luego
El color rubicundo, y su faz muestra
Bella y luciente cual bruñida plata.
Tornan á aparecer campos y montes,
Que el manto de la noche cobijaba;
Mas no pintados con hermosas tintas,
No en gradación luciente separados,
Obra del claro sol; confusa escena,
Dudosa luz, objetos engañosos,
Me ofrece el campo solitario. ¡Ay triste!
Que entónces mil amargos pensamientos
Asaltan al espíritu angustiado
En confuso tropel. Las ilusiones
Del mentido placer vuelan cual sombra,
Y alza su voz en el latiente pecho
El inflexible juez que me censura.

«¿Qué hiciste, exclama, en el Abril florido
De tu vida, oh mortal? Suelta la rienda
A tus locas pasiones, desoyendo
De la razón el saludable aviso,
Corriste en pos del criminal deleite.
Aquí entre tanto la virtud tranquila,
Ora en éxtasis dulce, de natura
Los sublimes prodigios contemplaba,
Ora en ferviente súplica al Eterno
Por el mortal culpado intercedía.
Tiempo es de enmendar ya; la fría tumba
Se abre tal vez, ansiando devorarte.»

Así clama la rígida conciencia,
Y yo trémulo torno al santo albergue;
Y en el silencio de la noche triste
Invoco al cielo, y su piedad imploro.

V.

Al feliz alumbramiento de la Reina, nuestra señora, doña Maria
Cristina de Borbon.

OCTAVAS.

Del piélago sonoro de Occidente
Inmensa nube de vapor sombrío
Se alza tal vez, y eclipsa de repente
La roja luz del abrasado estío.
Pálido el labrador, del rayo ardiente
Despojo teme ver su caserío;
Y el helado granizo, á más, le espanta,
Que la dorada mies fiero quebranta.

Pero ni el rayo asolador encierra
La oscura nube, ni la piedra fría,
Sino la fresca lluvia que á la tierra
Próvido el cielo por su bien envía.
Cae mansamente el agua en la helca sierra,
Y torna al seco valle la alegría;
Píntase el Iris con maíz hermoso,
Que paz anuncia y plácido reposo.

Aun más que el labrador, triste se azora

La ilustre Mantua cuando ve á Cristina
Pálida como luz de turbia aurora,
Lanzando de su boca peregrina
Un ¡ay! doliente; el pueblo, que la adora,
Sus mustios ojos á la tierra inclina,
Temiendo ver en el alcázar fuerte
La imagen pavorosa de la muerte.

Mas alza luego á la celeste esfera
Su faz bañada en lágrimas, rogando
Al eterno Hacedor, y placentera
Escena se le ofrece. Relumbrando
Más que radiante sol de primavera
La imagen mira del tercer Fernando,
Que así le alienta con hablar sonoro
Desde la nube recamada de oro:

«Magnánima nación, que mi estandarte
Intrepida siguiendo hasta Sevilla,
Al moro, que pensaba esclavizarte,
Doblar sumiso hiciste la rodilla;
Siempre el Eterno se dignó escudarte,
Y propicio á tu ruego y fe sencilla,
Salvó á tu rey de esclavitud odiosa,
Y hoy patrocina á la adorada esposa.

»Del empireo feliz raudo descendiendo
El ángel protector, cesa el quebranto
En el dorado alcázar cuando tiende
Sobre él su vuelo el parainfante santo....
Cumplido está el mensaje, ya se extiende
Del grato parabien el dulce canto;
Ya el fruto besan del amor dichoso
La tierna madre y el augusto esposo.

»Retrato fiel de la virtud materna,
Trasunto de sus gracias y hermosura,
Será la que hoy desalentada y tierna
Lágrimas da en tributo á la natura.
Tras este gozo la bondad eterna
Os guarda, no dudeis, mayor ventura;
Un príncipe tendréis, iberos fieles,
A quien dará la gloria sus laureles.

»En su pecho veréis cuál se retrata
La virtud de sus ínclitos mayores,
Y en cuanto el ancho imperio se dilata
Sonarán dulcemente sus loores....
Mas ya Fernando al Hacedor acata
Postrado, respondiendo á sus favores;
Seguid, hijos de Mantua el alto ejemplo,
Y en himnos de piedad resuene el templo.»

Dijo; y no de otra suerte que el sonido
Del arpa en blandos ecos espiraba,
Cuando, ante el arca del Señor rendido,
El augusto Profeta la pulsaba;
Del santo Rey así desvanecido
El fatídico aliento dulce acaba.
El aire iluminado se oscurece,
Y la vision hermosa desaparece.

Retumba en tanto, al anunciar la nueva,
El tronante cañon, y hasta la cumbre
Del frío Guadarrama el eco lleva
Anuncio tan feliz; la muchedumbre
Himnos de gratitud al cielo eleva,
Que no dicta la innoble servidumbre;
Y en la margen del claro Manzanáres
Oyense resonar dulces cantares.

Gloria al monarca que á su pueblo inspira
Tan acendrado amor; gloria á la bella
Deidad que el castellano absorto mira
Cuando en la corte como sol destella.
Hijos de Apolo, sús; pulsad la lira,
Alegres cantos entonad con ella;
Por que ya cesó el dolor, y lodo el gozo
Hinche la mansion régia de alborozo.

¿Oís el eco de robusta trompa
Pronto correr la inmensidad del cielo?....
Ella es, la fama, que en alegre pompa
Camina rapidísima; á su vuelo
¿Cuál nube se opondrá, que ella no rompa
Hasta llegar á la region del hielo?
Su voz oyen á un tiempo el Hecla frío,
Tostado el Atlas, y el Pirene umbrío.

Y se escucha en las márgenes amenas
Del cristalino Turia, do, ceñida
La sien de verde lauro y azucenas,

Primavera da al campo alegre vida.
En medio á la ciudad cuyas cadenas
Rompió el invicto Cid, su esclarecida
Sombra aparece, el suelo se ilumina,
Y glorias mil el héroe vaticina.

Cantan las bellas ninfas de Valencia,
Cual otro día, ¡oh Reina! en que dichas
Gozaron de tu angélica presencia,
Sembrando el suelo de amaranto y rosas,
A su voz en suave competencia
Las riberas del Bétis deliciosas
Con ecos apacibles corresponden,
Y las ninfas del Tajo les responden.

Alza su frente el caudaloso Duero,
Y rompe el velo de la niebla fría,
Para escuchar el himno lisonjero
Que el castellano fiel al cielo envía.
En la márgen extensa del Ibero (1)
Se repite la plácida armonía,
Y el Fluvia alza su voz en gozo tanto,
Y en el lejano Miño se oye el canto.

Ved cuál se enlazan, y en compas festivo,
Al grato són de cítara sonante,
Con pié hieren la tierra fugitivo
Las gracias y el amor, y rozagante
El feliz Himeneo, Compasivo
El pecho de Amaltea, la abundante
Copia derrama sobre el suelo hispano,
Y dicha eterna ofrece al Soberano.

VI.

LA CORONA DE ORO.

ODA.

Al señor don Manuel José Quintana (2).

¡Oyes cómo te aclama reverente
El pueblo en derredor? Grata armonía
Suena do quier; en resonante coro,
Que inunda de placer el alma mía,
Te celebran los vates, y tu frente
Ornar intentan con corona de oro.
Digno eres de ella; el pueblo no se engaña
En tan grande ovación; que tú, constante,
Sus fueros defendiste
Cuando á romper el yugo degradante
A sus hijos llamó la noble España;
Y ni al amago del tirano fiero
Tu corazon indómito rendiste,
Ni jamas con acento lisonjero
Endiosaste al poder. Los altos hechos
De gloria y de virtud, y los varones
De fama esclarecida,
Que al ver la patria misera oprimida
Alzaron de Castilla los pendones,
Estos los temas fueron
De tu canto sublime. Ora en la escena
Al inclito Pelayo retratabas,
Modelo de constancia y heroísmo,
Que á la hueste agarena
Hunde con mano férrea en el abismo,
Mientras arde en amor con llama impura
La infeliz Hermesinda,
El terror hermanando y la ternura,
Como en fiera tormenta
De borrascoso mar á veces linda
Aparece entre nubes tronadoras

(1) El Ebro.

(2) Quintana, conmovido con la lectura de esta oda, escribió á TAPIA la siguiente carta:

«Querido amigo mío: Mil y mil gracias por los bellos versos publicados ayer en *El Clamor*, en los cuales manifiesta usted tan noble y solemnemente el afecto y aprecio en que me tiene; demostración digna de una amistad de cincuenta años, jamas desmentida ni por uno ni por otro, y entregada siempre á unos mismos estudios, á unas mismas miras y á unos mismos principios. Aseguro á usted que al leerla he tenido uno de los momentos más agradables de mi vida; y que si mis achaques habituales me lo permitieran, hubiera corrido al instante á dar á usted un abrazo de agradecimiento y de cariño. Mas no siendo esto posible, recíbalos usted en estos cortos renglones; quedando yo siempre su afectísimo amigo y compañero. — MANUEL JOSÉ QUINTANA. — Madrid, 1.º de Octubre de 1854.

La estrella del amor. — Su gloria oster.ª
En Tarifa Guzman. Penoso duelo
Su pecho oprime; en la terrible lucha
No hay para el padre misero consuelo.
«Antes la patria sea,
Que del hijo el amor», el héroe clama;
Y la piedad no escucha,
Y al campo lanza del injusto moro
El acero fatal..... ¡Pente, oh verdugo!.....
Mas ¡ay! que el tierno infante al padre llama
Con moribunda voz y amargo lloro.
Canto de execración el bardo entona;
Cubre el oprobio del infiel la tumba;
Brilla en la de Guzman áurica corona.

En Trafalgar retumba
El pavoroso trueno
Del cañon que vomita horrenda muerte,
Y las ondas sonoras
Del mar revuelven las tajantes proras.
Al agresor britano, alivio y fuerte,
Acometen con ánimo sereno
Los hijos de la Iberia, enrojeciendo
El piélagos espumoso.
Oyese de tu lira el són tremendo,
Oh gran Quintana, que mezclado sube
Con el ronco clamor de la pelea
Y el humo denso en vaporosa nube;
Y allá en el templo augusto
De la inmortalidad, do tan brillante
Lugar te espera, en letras de diamante
Un genio escribe los sentidos versos
En que el honor campea
Del rojo pabellon que al aire ondea.

Aun resuena en mi oído
Aquella voz robusta, atronadora,
Que desde la alta sierra
Lanzaba por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Oh recuerdo! ¡oh placer! Tu musa entónces,
Emulando á la antigua de Tirtéo,
Al patriota español encardeía,
Que empuñando el acero
Para lidiar en desigual contienda,
«¡Guerra eterna, gritaba, al extranjero,
Que el suelo hispano dominar pretenda!»
En fuego sacrosanto
De libertad tu corazon ardía,
Rayos lanzaba tu grandioso canto,
Y el pueblo, entusiasmado, te aplaudía.
¿Qué fué negado á tu fecundo númen?
El cantó la grandeza aterradora
Del mar inmensurable,
Siguiéndole veloz de polo á polo;
El pintó la belleza encantadora,
La gracia deleitable
De la danza gentil..... Luégo, evocando
Las sombras de los reyes
En el oscuro panteon, lamenta
Sus altos desafueros y el olvido
De las antiguas vuerandas leyes.
¡Saludable lección, terrible ejemplo,
Que en el augusto templo
El poeta fatídico presenta!
Suena despues en eco dolorido
Tu lúgubre canción, oh gran Padilla.....,
¡Salud, ilustres mártires! Castilla
Vuestro arrojo admiró muda y opresa;
Mas ora al són de roncós atambores
Os tributa en la huesa
Con penetrante voz justos loores.
¡Celebre Gutenberg! El vate hispano
Da nuevo lustre á tu glorioso nombre,
Y, al ensalzar tu prodigioso invento,
Muestra cómo su influjo sobrehumano
Ahuyentó al tenebroso fanatismo,
Dió vida y libertad al pensamiento
Y el solio hizo temblar del despotismo.

¡Gloria á tí, vate ilustre, á quien el cielo
Destinó tantos dones!
Tú, cual antorcha, en el hispano suelo
Brillas con luz espléndida, enseñando
En sublimes lecciones

A la estudiantina juventud, Profundo
 Historiador, y crítico eminente,
 Modelo de amistad, ¡qué dulces horas,
 Tu saber admirando,
 Cerca de ti gocé! También un día
 Me lamenté contigo amargamente,
 Cuando el bando opresor nos perseguía,
 Cuando el pueblo español con honda pena

Arrastraba la bárbara cadena.
 Hoy gozas en reposo
 De tus virtudes y afanosa vida
 El justo galardón; hoy se adelanta
 De la posteridad el fallo honroso,
 Que te da la corona merecida.
 ¡Honor al siglo de cultura tanta!
 Madrid, 28 de Setiembre de 1854.

DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en la villa de Campanario, provincia de Badajoz, el 13 de Agosto de 1776, de padres honrados, pero pobres, Juan Lorenzo, labrador, y Ana Lucía Blanco. Estudió filosofía en Salamanca. En 1814 huyó de España. Desde Lisboa pasó á Bristol en un buque portugués, y de allí á Londres. En 1820 regresó á Madrid y recobró el antiguo cargo, que habia obtenido en Cádiz, de Bibliotecario de las Cortes. En 1837 fué diputado por la provincia de Badajoz.

Rayaba en pasión la afición que tenía á las investigaciones literarias, y llegó á ser uno de los bibliógrafos más sabios de su tiempo. Como escritor se distinguió principalmente por su vena satírica, aguda á veces, y siempre resuelta y agresiva. Ocasionóle esto no pocos sinsabores; y como no cabían en su carácter mucha circunspección y cautela, llamó sobre sí la atención del Gobierno, y fué blanco de algunas persecuciones políticas, por su discolia condición y sus opiniones exaltadas, en el reinado de Fernando VII. En el tumulto que estalló en Sevilla, al embarcarse el Gobierno provisional, el 15 de Junio de 1825, perdió GALLARDO sus escritos literarios, filológicos y bibliográficos, que, animoso é infatigable en el cultivo de las letras, restableció más adelante. Murió en Alcoy, en Setiembre de 1852.

Se han publicado circunstanciadas biografías de GALLARDO en el *Semanario Pintoresco* y en *El Eco de Ambos Mundos* (1855).

CATÁLOGO DE LAS OBRAS DE DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO (1).

1. Lo primero que escribió fué la crítica en verso de una piececita poética, hecha por dos condiscípulos suyos, en elogio de la graciosa del teatro de Salamanca la señora N. Bota. (Se ha perdido.)

2. *El Soplon del Diarista de Salamanca*. Periódico de cortas dimensiones.

3. *Defensa de las poesías de Iglesias, contra la calificación que de ellas hizo el Santo Oficio*. Opúsculo célebre y ruidoso que imprimió en Salamanca, pero que no le dejaron publicar (á GALLARDO), habiendo sido recogido inmediatamente por el Tribunal de la Fe, con tan extremada rigidez, que sólo pudo salvarse un ejemplar, compuesto de los pliegos de capilla, que el autor habia tenido cuidado de remitir por el correo, según que se iban imprimiendo, á su hermano don José Antonio, que residía en Extremadura. Este ejemplar fué después recobrado por el autor para regalarlo á la señora Marquesa de V..., que

deseaba poseer una obra suya, que nadie tuviese, y á quien GALLARDO estaba en la obligación de complacer. Ni el escritor, ni su familia, por más diligencias que han practicado, han podido volver á ver jamás este ejemplar, lo que hace presumir con razón otra pérdida harto sensible para la literatura española (*sic*).

Imprimió en Salamanca, en el periódico ya citado, y en otras publicaciones de aquel tiempo, varias composiciones poéticas.

4. En 1803 hizo y publicó las traducciones de dos obritas importantes: *El discurso de Mr. Mihert sobre la conexión de la medicina con las ciencias físicas y morales, y la Higiene del doctor Presarín*.

5. Entre 1806 y 1808, dió á luz *Consejos sobre el arte de la predicación*.

6. *Apología de los palos* dados al Excmo. Sr. don Lorenzo Calvo de Rozas por el teniente coronel don Joaquín de Osma (Firma la introducción, en Cádiz, 18 de Febrero de 1811).

(1) Debemos este catálogo á la bondad de los señores Zarco del Valle y Sancho-Rayón. (*Nota del Colector*.)

7. *Cartapel á don Guazo y Cartazo* al Censor (*Dos juguetillos literarios (sic)*).
 8. *Diccionario critico-burlesco* del que se titula *Diccionario manual*, etc. Obra escrita en contra de la titulada *Diccionario razonado manual*, para inteligencia de ciertos escritores que por equivocacion han nacido en España. (Está escrita esta obra por el canónigo Ayala.) (Hay de la de GALLARDO once ediciones.) (1).

9. *Defensa del Diccionario* (2).

10. *Carta-blanca*. Folleto (3).

11. *Zurribanda al Zurriago*. Folleto. Estos dos fueron escritos desde el año 1820 al 23.

12. *Diccionario ritmico*; pronto para darlo á la imprenta.

13. *Diccionario razonado y autorizado de la Lengua Castellana* (casi concluido).

14. *Gramática filosófica de la lengua castellana*.

15. *Coleccion de poesías inéditas*, de autores españoles poco conocidos.

16. Muchos apuntes y trabajos para una *Historia critica del ingenio español*. (Manuscritos; fueron perdidos y saqueados estos apuntes, en Sevilla, el 13 de Junio de 1823.)

17. *Cuatro palmetazos bien plantados, por el Dómine Lucas á los gaceteros de Bayona*, por otros tantos puntos garrafales que se les han soltado contra el buen uso y reglas de la lengua y gramática castellana, en su famosa critica de la *Historia de la literatura española*, que dan á luz los señores Gomez de la Cortina y Hugalde-Mollinedo. Cádiz, 1830. (Lo compuso en la misma ciudad de Cádiz.)

18. *Las letras de cambio ó los Mercachifles literarios. Estrenas y aguinaldos del bachiller Tomé Lobar*. Opúsculo publicado en Madrid, en los primeros meses de 1834. Imprenta de don Mariano Calero, en 8.º (4).

19. *El Criticon* (á principios de 1835.) (5).

(1) Segun el señor don Luis María Ramirez y de las Casas-Deza (Biografía de GALLARDO), los autores del *Diccionario razonado manual* fueron los diputados señores Freile Castrillon y don Justo Pastor Perez. El *Diccionario critico-burlesco* produjo en Cádiz un escándalo trascendental. Las Cortes, en sesion secreta (18 de Abril de 1812), resolvieron dirigir á la Regencia una reclamacion vigorosa contra aquel libro, que fué considerado insultante para la religion. A consecuencia de este ruidoso asunto, fué GALLARDO encerrado en el castillo de Santa Catalina. El diputado Megia lo defendió en las Cortes y logró que fuese absuelto. (*Nota del Colector.*)

(2) Esta defensa es la contestacion al informe de la *Junta censoria* sobre el *Diccionario critico-burlesco*. La escribió GALLARDO estando encarcelado, y la publicó el 17 de Mayo de 1812. Este escrito, en verdad erudito é ingenioso, pero inspirado por un espíritu poco sincero y visiblemente cauteloso, lejos de disculpar á GALLARDO, causó en el publico sensato una impresion desfavorable al autor.

(3.)

(3) Pertenece á la polémica acerba y personal que GALLARDO sostuvo contra el abate Miñano. Fué publicada la *Carta blanca* en un folleto. A ella contestó don Sebastian de Miñano en el número 47 de *El Censor* (23 de Junio de 1821). (*Id.*)

(4) Violento y mordaz ataque contra don Francisco Javier de Burgos, don Alberto Lista, don Sebastian de Miñano y don José Gomez Hermosilla. GALLARDO envió el folleto á Burgos, á la sazón Ministro de la Gobernacion, con una carta muy sarcástica. Burgos llevó muy á mal el proceder de GALLARDO. Este se escondió y no pudo ser habido. Se formó causa al impresor, el cual fué hábilmente defendido por don Salustiano de Olózaga, abogado muy jóven entonces. (*Id.*)

(5) Sólo cinco números se publicaron de *El Criticon*. Contienen curiosas é importantes noticias bibliográficas, y censuras criticas y satiricas contra Reinoso, Quintana, Durán, Breton de los Herreros y otros. (*Id.*)

20. *Carta critica sobre una nueva traduccion, en verso, de la Iliada de Homero por don Miguel José Moreno*. Manuscrito. Chiclana, 26 de Setiembre, 1826.

21. Discurso en contestacion á Martinez de la Rosa (6).

22. Los artículos *Sensaciones*, *Sensorio*, y *Sentidos*, en el *Diccionario de medicina y cirujia* de Ballano.

23. Una larga *Correspondencia* inédita.

ADICION AL CATÁLOGO ANTERIOR.

Papeletas bio-bibliográficas. Para formar idea de la importancia de estos estudios y apuntamientos bibliográficos, véase el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, premiado por la Biblioteca Nacional. Madrid, imprenta de M. Rivadeneyra. Hasta ahora, 2 tomos; 1863 y 1866.

El verde gaban, ó el Rey en berlina; poema jocoserio en sextillas. Se publicó en Londres un episodio, en el periódico *O Portuguez*.

Várias poesías líricas. (Las más hasta ahora inéditas.)

Zapatazo ó zapatilla, y á su falso BUSCAPIÉ un puntillazo. Juguete critico-burlesco, por DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, en carta á los redactores de *La Ilustracion*, con varios rasgos sueltos de otras sobre la falsificacion de *El Buscapié*, que Adolfo de Castro nos quiere vender como de Cervantes. Madrid, imprenta de la viuda de Búrgos; 1851; en 8.º

Observaciones sobre la HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, por FEDERICO BOUTERWECK. (GALLARDO no llegó á publicar este opúsculo.)

Artículo copiado de las adiciones y refundicion de algunos títulos y artículos del Proyecto de reglamento para el gobierno interior del Congreso. (GALLARDO imprimió y repartió á los diputados este escrito, cuyo objeto era impedir la supresion del cargo de Bibliotecario de las Cortes, que él mismo desempeñaba (1838). La dureza y el carácter personal de las censuras de GALLARDO contra algunos diputados, especialmente contra Muñoz Maldonado, le acarrearón graves disgustos. Burgos, en sus *Anales del reinado de Isabel II*, refiere este suceso en touo apasionadamente hostil á GALLARDO.)

Sobre el asonante en la poesia castellana. (Artículo publicado en el *Diario de Sevilla*.)

Historia critica del ingenio español. Tenía ya material para seis tomos.

Vida de Tirso de Molina; que habia de ser publicada con la comedia inédita del padre Tellez, *La Peña de los Enamorados*.

(6) GALLARDO era diputado por la provincia de Badajoz, pero no pronunció en las Cortes este discurso. Se contentó con imprimirlo. Es una refutacion donairoza, pero petulante y descomedida, de aquella celebrada peroracion de Martinez de la Rosa, en que proclamó como programa las famosas palabras *Faz, orden y justicia* (1837). (*Nota del Colector.*)

Diccionario autorizado de la lengua castellana.

Prosodia, ó arte rítmica española.

Diccionario ideopático español, ó Tesoro de las voces y frases que posee la lengua española para la expresión de los afectos, conceptos é ideas. Con autoridades de escritores clásicos.

El Triunfo del Rosario; poema burlesco, en dos cantos, en sexta rima.

El Coloquio de las camisas, ó las camisas parlantes; poema.

Además tenía GALLARDO preparadas para su publicación, con notas y observaciones críticas é históricas, las obras siguientes:

Un romancero.

Un cancionero.

El Pindo español; colección de poesías castellanas antiguas y modernas. (Unos doce tomos.)

El Teatro antiguo español; con su historia crítica.

La Constanza, farsa de Castillejo. La descifró GALLARDO del confuso original, que se hallaba en la biblioteca de El Escorial, y le había sido confiado con este objeto. Tuvo el sabio bibliógrafo la desgracia de perder este original, como había perdido el de *La Peña de los Enamorados*, de Tirso, y otros preciosos manuscritos.

Don Quijote de la Mancha, con ilustraciones críticas y la Vida de Cervántes.

POESÍAS.

LA SEMANA.

ROMANCE.

Lunes.

El lunes por la mañana
Salí á paseo la Inés:
Me encontré con la inhumana,
Dije, postrado á sus piés:
«Señorita, si V. gusta,
Mi corazón le daré»;
Y respondió mesurada:
Mañana al anochecer.

Martes.

El martes, siguiente día,
En su calle me paré,
Y la vi salir airosa,
Mas bien ángel que mujer.
Alargué el paso, y la dije:
«Señorita, esperaré»;
Y responde la taimada:
Mañana al anochecer.

Miércoles.

Miércoles, lleno de gozo,
Por dicha la vi también
Salir con su madre al lado:
«Ay de mí!..... ¿Si le hablaré?»
Al punto que me vió, dice:
No me puedo detener,
Tenga paciencia y aguante:
Mañana al anochecer.

Jués.

El jués, yo desvelado,
Disperté al amanecer:
Al punto marché á su casa,
Y cerrada la encontré;
Volví luego, y ella duerme;
Y entre sueños dicéme:
Ya no es hora, que hace frío:
Mañana al anochecer.

Viérnes.

Viérnes, fué el gusto cumplido,
Que hablarle á solas logré,
Y merecí contestase
A todo afable y cortés;
Mas al llegar á pedirle
El favor de ántes de ayer,
Con grande sorna responde:
Mañana al anochecer.

Sábado.

Llegó el sábado, que un siglo
Se tardó á mí parecer,
Y rendido la pregunto:
Señorita, ¿me ama usted?
Si me ama, yo la amo;
No sea ya más cruel;
Consuélese, dijo entonces:
Mañana al amanecer.

Domingo.

Gozoso al fin, el domingo
La fui su mano á besar,
Y retirándola ingrata,
Con irónico ademán,
Dice: «la semana entera
Bien se puede trabajar,
Pero la Iglesia nos manda
El domingo descansar.»

A TIRSIA Y CARMINDA, GADITANAS (1).

Donde el furibundo Alcides
Su férrea clava rompió,
Reinan dos bellas hermanas,
De las almas soberanas,
«Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

Quien ambas ve, ambas adora,
Que entre ambas no hay elección,
Porque si Tirsia es hermosa,
¿Es Carmina tan graciosa!

«Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento
Se me bulle el corazón.»

Entre gracia y beldad pura
(Tal gira entre flor y flor,
Revolante mariposa,
Que va y vuela y no se posa);
«Entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

Las almas roba Carmina
Con su labio encantador;
Tirsia roba los sentidos
Con sus ojuelos dormidos;

(1) Doña Teresa y doña Carmen Verjes.
(Nota del Colector.)

«Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

Su boca es rosa fragante,
Sus cejas arcos de amor,
Su gentil seno jazmín,
Y sus mejillas carmín;
«Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

El libre cuello Carmina
Rindió á la ley de aquel dios
Cuya tirana coyunda
Los corazones circunda,
«Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

Mas yo otra ley no conozco,
Ni rige al mundo otro dios,
Sino el ciego dios Cupido,
Que con las flechas me ha herido
«¡Ay! de las dos;
Y cual hoja de olmo al viento,
Se me bulle el corazón.»

Por el dios, ninfas gentiles,
Que tan lindos os formó,
Doléos de este cuitado
En vuestro amor abrasado;
«Y entre las dos,
Como tan buenas hermanas,
Repartid mi corazón.»

EPÍSTOLA

Á DOÑA MARÍA DEL ALBA,

escrita en Cafarnaú, á nueve días de Chiróna.

Qué quieres saber de mí,
Dices, flor de las Marias,
Cómo entretengo los días
En este zaguizami.

Item-más: quieres saber
Cómo es esta soledad. —
Natural curiosidad
(Al fin como de mujer).

Dígotte que soy contento
En satisfacer tu antojo;
Pues no dará grande enojo
Un cuento que es chico cuento.

Voy á darte, una por una,
En dos razones la mía:
Oye: aquí es un soplo el día,

Y la soledad ninguna.

Solo, ménos desgraciado
Fuera, ¡juro por Apolo!
Porque, en fin, más vale solo
Que estar mal acompañado.

Pero tanta compañía
Me pica la retaguardia,
Que me tiene en viva guardia
Una en ristre todo el día.

No la multitud desciende
(Si enemigos tan crüeles)
De Zegries ni Gomeles,
Ni de los moros de Allende.
Sangre pura de Castilla
Les alimenta el coajar
De la casa de *Pulgar*,
De los nobles de *Chinchilla*. —

Fuera de esta compañía,
(Si es tal la del enemigo),
Aquí á solas, yo conmigo
Paso el tiempo noche y día.

Mi albergue es entrecuril,
Lobera, vivar de zorra,
Antro, zahurda, mazmorra,
Y, si algo hay más vil, más vil.
Más largo es en la Noruega
El día que en este abismo,
Y aún el del infierno mismo,
En negro, al de aquí no llega.

El sol es fama que nunca
Penetró en este lugar,
Porque se teme ensuciar
En tan inmundia espelunca.

Pero si en esta caverna
Es un relámpago el día,
A bien, divina María,
Que la noche es sempiterna.

En estas noches, que son
Los días de por acá,
Te diré de pe á pa
Cuál es mi eterna canción.

Leo, río, rabio, lloro,
Canto, silbo, fantaseo: —
Lloro, rabio, río, leo....
(Al revés todo de coro).

Tal vez entre-día empiezo
A rezar en son de curas (1);
Pero como estoy á oscuras,
No veo lo que me rezo.

Rezo con todo hasta tanto
Que llega á rendirme el sueño;
Que el rezar es el beleño
Para mí de más encanto.

Duermo como niño en cuna,
Soñándome paraísos:
Y al despertar.... ¡ay! ni visos
Encuentro de dicha alguna. —

Esta es la vida que paso,
Y esta la tierra que piso:
¡Ay amiga! así lo quiso
Este mi destino escaso.

Pero este brete infernal
Fuera, adorable María,
En tu dulce compañía
Paraíso terrenal.

(Sevilla: estando el autor preso en la cárcel llamada de los Señores; año de 1824.)

A CARMINDA.

Para ser divina en todo
La que es de mi vida dueño,
De ángel tiene el corazón,
Los ojos de azul del cielo.

Ojos que sus ojos no,
No ven ojos hechiceros;

Que sólo á verlos alcanzan,
Ojos que sus ojos vieron.
De ángel tiene el corazón, etc.

Vivo carmin sus mejillas,
Es alabastro su cuello,
Y de azucenas y rosas
Florido pensil su cuello.
De ángel tiene el corazón, etc.

Cadenas son de cupido
Las trenzas de su cabello,
Y de corazones red,
Si las tiende al vago viento.
De ángel tiene el corazón, etc.

Es de su boca de perlas,
El armónico concierto,
Regalo para el oído
Y para el alma embeleso.
De ángel tiene el corazón, etc.

¡Oh, quién pudiera beber,
Para alivio de su pecho,
Del búcaro de sus labios
Los ámbares de su aliento!
De ángel tiene el corazón,
Los ojos de azul del cielo.

LOS CONFITES DE CUPIDO.

CANTILENA.

Si vas, niño hermoso,
Con ala veloz,
Y al dueño adorado
De mi corazón,
Pintando el tormento
Que en mi pecho siento,
Haces que palpito: —
Te doy un confite.

Dile que en su ausencia
Mi vida es penar,
Y que sin su cielo
No faltan jamas
Ni á mi pecho enojos,
Ni llanto á mis ojos.
Si esto le repites: —
Te doy dos confites.

Si de la madeja,
Envidia de Ofir,
Desatas travieso
El lazo gentil,
Y de la que adoro
Traes dos hebras de oro
(Aunque se las quites): —
Te doy tres confites.

Como de sus ojos,
Cual brilla al albor
Llanto de la aurora
En naciente flor,
Cogiendo una perla
Que pueda yo verla,
Me la facilites: —
Te doy seis confites.

Deja el arco y flechas;
Yo te los tendré:
Corre, vé volando
A mi dulce bien;
Y si este suspiro,
Que del alma espiro,
A su alma trasmites: —
Te doy diez confites.

Luego otro en retorno
Logra conseguir
De su hermoso labio
De ardiente rubí.
Logra lo que pido,
Y te doy, Cupido,
Cuanto solicites.
Y.... *para confites.*

(Desterrado en Chielana, 1826.)

LOS OJOS HECHICEROS.

¡Ay! ojos flecheros,
Rayos de Cupido,
Ojos hechiceros!
Por piedad os pido,
Si no me quereis,
Que no me mireis....
Muérome de amor
Si me mirais, ojos:
Muero de dolor,
De angustia y de enojos
Si no alcanzo á veros, —
¡Ojos hechiceros!
Si no me quereis
¡Ay! no me mireis!
Placer de los cielos
Al alma inspirais,
Que infierno de celos
Tornais, si os tornais
A otros, placenteros. —
¡Ojos hechiceros, etc.
¡Qué virtud allá
Teneis escondida,
Que quita, que da
La muerte, la vida,
Dulces ó severos? —
¡Ojos hechiceros, etc.

Que mireis graciosos,
Que mireis con ceño,
Siempre sois hermosos
¡Gloria á vuestro dueño!
¡Ojuelos parleros!
¡Ojos hechiceros, etc.
Sois tan peregrinos,
Que Vénus por esos
Los suyos divinos
Da en cambio, y dos besos.
¡Tanto ánsia el teneros! —
¡Ojos hechiceros, etc.

Simple mariposa
Que á la antorcha gira,
Tiende el ala hermosa
Y á su fuego espira:
Yo al de esos luceros. —
¡Ojos hechiceros, etc.
Mas si el ánsia cruda
Que mi pecho siente,
Y á la lengua muda
Decir no consiente,
Llega á condoleros; —
¡Ojos hechiceros!
Si bien me quereis....
Mirad que mireis!

(Chielana, 1827.)

BLANCA-FLORES.

CANCION ROMÁNTICA.

«¡A qué es puertas y ventanas
Clavar con tanto rigor,
Si de par en par abiertas
Tengo las del corazón!»
Así con su madre á solas
Lamenta su reclusion,
La bella niña cenceña,
La del quebrado color:
De amargo llanto los ojos,
El pecho lleno de amor;
Y de par en par abiertas
Las puertas del corazón.

«¡Madre, la mi madre, dice,
Madre de mi corazón,
Nunca yo al mundo naciera,
Pues tan sin ventura soy!
Atended á las mis cuitas,
Haced de mí compasión,
Y de par en par abridme
Las puertas del corazón,

(1) A recitar salmos, que son entre los libros santos, al fin como el más poético, el que más recrea el ánimo del paciente.

Yo me levantára un día
Cuando canta el ruiseñor,
El mes era de las flores,
A regar las del balcon.
Un caballero pasára,
Y me dije: «¡Blanca Flor!»
*Y de par en par abríame
Las puertas del corazon.*

Si blanca, su decir dulce,
Colorada me paró;
Yo callé, pero miréle,
¡Nunca le mirára yo!
Que de aquel negro mirar
Me abraso en llama de amor;
*Y de par en par abrí
Las puertas del corazon.*

Otro día, á la alborada
Me cantára esta cancion:
«¿Dónde estás la blanca niña,
Blanco de mi corazon?»
En laud con cuerdas de oro,
Y de regalado són,
*Que de par en par me abriera
Las puertas del corazon.*

El es gallardo y gentil,
Gala de la discrecion;
Si parla, encantan sus labios,
Si mira, mata de amor;
Y, cual si yo su sol fuera,
Es mi amante girasol;
*Y abríome de par en par
Las puertas del corazon.*

Yo le quiero bien, mi madre,
(¡No me lo demande Dios!)
Quiérole de buen querer,
Que de otra manera no.
Si el querer bien es delito,
Muchas las culpadas son,
*Que de par en par abrieron
Las puertas del corazon.*

Vos, madre, mal advertida,
Me clavais reja y balcon.
Clavad, madre, norabuena:
Mas de esto os aviso yo,
Cada clavo que clavais
Es una flecha de amor,
*Que de par en par me pasa
Las telas del corazon.*

Yo os obedezco sumisa,
Y no me asomo al balcon.
«¿Que no hable?»—Yo no hablo.—
«Que no mire.»—¡Miro yo?—
Pero «que le olvide», madre....
Madre mía, olvidar no;
*Que de par en par le he abierto
Las puertas del corazon.*

En fin vos amásteis, madre:
Señora abuela riñó:
Mas por fin vos os velásteis,
Y á la fin fin nació yo.
Si vos reñís, como abuela,
Yo amo cual amásteis vos,
*Al que abrí de par en par
Las puertas del corazon.*

(Castro-el-Rio, donde se hallaba desterrado
el autor, 1828.)

EL DUEÑO INGRATO.

LETRA PARA MÚSICA.

Improvísada en Castro-el-Rio, á insinuacion
de una amiga de Cádiz, 1828.

En tu dulce soledad
¡Oh noche plácida!
Cautiva lloro,
En grillos de oro,
El tiránico rigor
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.

Y á tu incierto resplandor,
¡Oh luna pálida!
La sombra esquivá,
O fugitiva
Busco ciega del amor
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.

Arrancando un triste ¡ay!
Del pecho lánguido,
De amor y pena
El alma llena,
Me lamento del rigor
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.

Hago al eco en voces mil
Que en hondos cóncavos
Mi amor repita,
Y así compita
Con mi amor el desamor
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.

Si, bañada en rosicler,
El alba aljófares,
Yo vierto en tanto
Amargo llanto,
Sin templar nunca el rigor
¡Ay dolor!
De un dueño ingrato.

En tus alas de zafir,
Suave céfiro,
Lleva volando
El eco blando
De mi voz, y sienta amor
¡Qué dolor!
Mi dueño.... grato.

Á ZELINDA.

PRESO Y AUSENTE.

Romance.

Ausente, y en tierra ajena,
Sin la luz de tus luceros,
Entre garamantas fieros
Arrastro ruda cadena,
Y el alma en tí, bien que adoro,
Cantando engaño mis penas,
Como al són de sus cadenas
El cautivo en grillos de oro.
Tiempo fué ¡tiempo dichoso!
Cuando libre y prosperado,
Gozando ufano tu lado,
Viví en plácido reposo.

Otra aura no respiraba
Que la que tú respiraste:
Luz que tú no reflejaste

Mis ojos nunca alumbraba.

Como en espejo brillante
En tus ojos me veía,
Y en ellos tu amor leía,
Cual ellos mi fe constante.
Mas aquí, ¡qué ven mis ojos,
Si no sombra y soledad,
Horror en vez de beldad,
Y en vez de contento enojos?

Perdido tan gran tesoro,
No hay bien que mi mal no aumente,
Te adoro como presente,
Y como ausente te lloro.
La imaginacion celosa
Te me retrata en mil modos,
Para mi tormento todos,
Y de todos siempre hermosa.

Ya con labio encantador
Cautivas las atenciones;
Ya robando corazones
Rindes y matas de amor.
Ya penosa y fugitiva
A la margen de la fuente,
Desertas al són bulliente
De su plata fugitiva (1).

¡Oh momento crudo y fiero
De la triste despedida!
De allí no perder la vida,
De mil y mil muertes muero.

Fijo, en mi alma clavado,
Tengo aquel ¡ay! lastimero,
Que tras el adiós postrero
Bebí de tu labio helado
Aun en lágrimas deshecho,
Parece que repetidos
Oigo el són en mis oídos,
Y el eco en el hondo pecho.

De tu afecto y tus enojos
Para tierna y fiel señal,
Me dejaste en tu cendal
Una perla de tus ojos,
Que, lloradas de pasión,
Anegan con pena esquivá
Lágrimas de sangre viva
Que airanco del corazon.

Tal á fuentequilla pobre,
Si preciosa en sus cristales,
Ahogan en sus raudales
Las ondas del mar salobre.
Hundiome la dura ausencia
En un negro calabozo,
Cuando me arrebató el gozo
De tu divina presencia.

Llorando me halca la aurora,
Llorando me deja el sol,
Cuando su grato arrebol
Las nubes apenas dora.
Y ya hubiera fallecido,
A no alentarme el tener
Esperanza de volver
A verme á tu cuello asido.
En tanto, de angustias ciega
Se consume el alma mía:
Un día alcanza á otro día,
Y el de mis dichas no llega.
¡Ay, cuándo querrán los cielos
Que goce en eternos lazos,
El regalo de tus brazos
Y la luz de tus ojuelos!

(Castro-el-Rio, 1829.)

(1) Alusion á la fuente de la Plata en Chila.

EL DUQUE DE AHUMADA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DON PEDRO AGUSTIN GIRON, marqués de las Amarillas, primer duque de Ahumada, nació en San Sebastian el 2 de Enero de 1778, y falleció en Madrid el 17 de Mayo de 1842.

Fué uno de los hombres más esclarecidos de su tiempo. Así en el campo de la guerra como en el de la política, dió claros testimonios de elevada aptitud; en aquél demostró pericia, saber, actividad, valor; en éste principios, convicciones, y especialmente firmeza de carácter, prenda tan inestimable y tan rara en épocas azarosas y turbulentas.

A la edad de diez y seis años empezó su brillante carrera militar, alistándose como simple voluntario en las tropas que mandaba su padre, el teniente general don Jerónimo Giron y Moctezuma, marqués de las Amarillas. Tuvo parte en las campañas del Rosellon y de Cataluña en 1795 y 1794; en la expedicion contra Mahon en 1800; en la guerra de Portugal en 1801; en el sitio de Cádiz por los ingleses en 1807; y despues en la recia y prolongada guerra contra los ejércitos de Napoleon. Ya entónces, en la madurez de su talento militar, contribuyó con sus eminentes servicios á grandes resultados en las operaciones de la guerra, y aún logró, mandando en jefe, importantes triunfos; señaladamente la victoria de Aranjuez, y, en union con los ingleses, la de Arroyo-Molinos, en la cual quedó enteramente derrotado el general frances Girard. Cupo, asimismo, á GIRON la gloriosa suerte de ser el general español que «al frente de un ejército organizado, disciplinado y aguerrido por él, despues de contribuir poderosamente á la célebre batalla de Vitoria, arrojó á los franceses al otro lado del Vidasoa» (1).

Siguieron á la paz de 1814 épocas infelices, de aquellas en que preponderan las pasiones y no los principios. Las vicisitudes de la vida pública de DON PEDRO AGUSTIN GIRON fueron por consiguiente várias é inesperadas. Aunque poco ántes elevado á la categoría de teniente general, quedó, á la vuelta del Rey, apartado de la esfera política por la animosidad de los partidos. A consecuencia del cambio fundamental ocurrido en 1820, se vió repentinamente nombrado Ministro de la Guerra. Continuaba, si bien por otro rumbo, el viento de la parcialidad y de la intolerancia, y no era dable á GIRON (ya entónces Marqués de las Amarillas por muerte de su padre) conservar mucho tiempo un cargo donde no pudiese seguir sin tregua el camino recto y generoso que le señalaban sus sanas doctrinas y la inflexible lealtad de su alma. Despues de haber sido consecutivamente Director general de Ingenieros, emigrado en Gibraltar, y Capitan general de Granada y Andalucía, fué nombrado, en el testamento de Fernando VII, individuo del Consejo de Gobierno, creado para ilustrar con sus consejos á la Reina Gobernadora, durante la minoridad de su augusta hija. En 1834 fué nombrado Presidente del Estamento de Próceres del Reino, y más adelante elevado á la dignidad de Grande de España de primera clase, con el título de DUQUE DE AHUMADA. En 1835 entró de nuevo en el Ministerio de la Guerra. El espíritu revolucionario, desencadenado en 1836, le obligó á volver á la vida privada, en la cual siguió cultivando las ciencias y las letras, que habian sido siempre para él consuelo y recreo. Dejó, entre sus manuscritos (2), varios estudios de botánica y agricultura, de ciencia militar, de historia y de matemáticas, y ademas una elegante traduccion, no terminada, del célebre *Tom Jones* de Fielding.

La poesia no era la vocacion favorita y preponderante del DUQUE DE AHUMADA. Pero la cultivaba con gusto y sin esfuerzo. No era, en realidad, para él, más que uno de los varios caminos

(1) El general don Antonio Remon Zarco del Valle.

(2) Debemos la comunicacion de estos manuscritos á la bondad de nuestro respetable amigo el difunto Duque de Ahumada, hijo de aquel ilustre general.

de esparcimiento intelectual, que se presentan naturalmente á las capacidades múltiples y elevadas como lo era la suya. Su sátira militar y su epístola á Venelio alcanzaron no escaso éxito, porque al paso que reflejan las costumbres de su tiempo, demuestran cuán intensa aversión despertaban en el ánimo austero é independiente del poeta los abusos de la corte y de la milicia de aquellas épocas revueltas.

C.

POESÍAS.

SONETOS.

I.

Al vencedor de Bailén, con motivo de los magníficos obsequios y justas demostraciones de aprecio que ha recibido á su paso por Portugal.

Cuando al alzar la denodada frente
Hizo España temblar al Corso fiero,
Tú fuiste, oh gran Castaños, el primero
Que vió á sus piés el águila insolente.

Al eco de tus triunfos su corriente
Atónitos detienen Tajo y Duero,
Y esgrimiendo alentado el noble acero,
Saeude el yugo el Portugués valiente.

Al armigero estruendo, embravecido
Acorrió el fiel Breton, y su victoria
De Vimieiro hizo el nombre esclarecido.

Recuerda al verte el Luso tanta gloria,
Y con su amor te muestra, agradecido,
Que de su libertad sabe la historia.

Tuy, 5 de Abril de 1812.

II.

Á UN CLAVEL.

Entre esas hojas de esmeralda y plata,
Bañadas del aljófar matutino,
¡Cuál tu matiz rosado y purpurino

Brilla, oh clavel, en consonancia grata!

No sin razon como á su rey te acata

Este verjel en flores peregrino,

Y hasta esa hermosa que de Páfos vino,

De entrar en lid contigo se recata.

¡Pues qué, si empapa el aura vagarosa

Su blando aliento en tí y en torno veo

Tu esencia difundirse deliciosa,

¡Qué hay, oh flor, más allá, y á tu desco

Qué resta que anhelar?..... ¡Ser de mi esposa?.....

Vén, pues, á ser de su beldad trofeo.

5 Marzo 1815.

III.

El oro en mil bordados reluciendo,

De cintas mil el noble pecho ornado,

La roja banda de uno al otro lado

La insignia de los héroes sosteniendo;

La relumbrante placa en que luciendo

Se mira al santo Rey, de héroes dechado,

El ronco parche por honor tocado,

Y el claro acero al suelo descendiendo;

Mil sombreros que inelina presuroso

Aquel respeto que á atencion sujeta

Hacia un caudillo ilustre y venturoso.

¡Pues ves tanto oropel, Lise discreta,

Tanto brillo y adorno tan vistoso?.....

¡El buen señor no tiene una peseta!

6 Febrero 1817.

Á LA ESPERANZA.

Vén, ¡ay! compasiva diosa,
Vén, deliciosa esperanza,
Y del triste pecho lanza
Tanta pena congojosa.

Fija en mí, desventurado,
Los ojos consoladores,
Y da alivio á los dolores
Del corazon destrozado.

Tú, cuando la onda bramante
Se eleva hasta el firmamento,
Das fortaleza y aliento
Al osado navegante.

Tú al asalto horrible incitas
Al impaciente guerrero,
Y entre el fuego y el acero,
Su noble ardimiento excitas.

Por tí deja el lecho blando
El montero en la mañana,
Y trepa á la cumbre cana,
Aves y fieras burlando.

Tú, cubriendo de mil flores
La coyunda de Himeneo,
Término das al deseo
De encendidos amadores.

Por tí el arador tostado,
Hendiendo la tierra fria,
A su seno el grano fia
Que está á Ceres consagrado.

Postrado en mezquino lecho,
Por tí aún vive el miserable;
De tu voz el eco amable
Alienta su triste pecho.

A la virtud que ultrajada
Se mira en el mundo insano,
Premio ofreces soberano
En otra mejor morada.

Tú, en fin, celestial doncella,
Tutelar de los mortales,
Haces más leves sus males,
Y su ventura más bella.

Desciende, pues, alma diosa,
Vén á mí, dulce esperanza,
Y del triste pecho lanza
Tanta pena congojosa.

1814.

A MI NIETO PEDRO AGUSTIN

GIRON (1),

en el día de su cuarto natalicio.

Tierno niño, há cuatro años
Que viste la luz del día,
Entre el gozo y la alegría
De los que te dieron sé;

(1) Nuestro digno y excelente amigo el actual Duque de Ahumada.

Y los infantiles paños
Apénas te recibieron,
Cuando en torno á tí acudieron
La nobleza y el poder.

Creciste entre los halagos
De tiernos padres y abuelos;
Su dulce amor, sus desvelos
Cifrados vistes en tí;

Pero en dias tan aciagos
Viniste á esta infausta tierra,
Que la discordia y la guerra
Tan sólo hallastes aquí.

Presto así rudos vaivenes
Estremecieron tu cuna,
Y viste en vária fortuna
Los objetos de tu amor;
Y no ya regios desdenes,
Cual otro tiempo, sufriendo,
Sino injusto blanco siendo
Del anárquico furor.

Por eso á extranjero suelo
Llevaron tu tierna infancia,
Y en la malqueriente Francia
Empezaste el pié á afirmar.

Y allí, tu precoz anhelo
Endulzando su existencia,
Con tu donosa presencia

Aliviabas su pesar.

Del Sena luégo la orilla
Holló tu planta inocente,
Y el habla de aquella gente
Te fué en breve familiar;
Pero no la de Castilla
Se borró de tu memoria,
Que, aun tan niño, hiciste gloria
De saberla conservar.

Vuelto al fin al patrio seno,
Debiste á tu buena estrella
De Alcide en la ciudad bella
Tu dulce madre abrazar.
Llamaste á tu padre, lleno

De tu burlada ternura....
Tu padre en la lucha dura
Su lealtad hace brillar.

Pero vendrá, niño hermoso
El tan anhelado día
En que lleno de alegría
El tierno beso le des;
Y en que á su cuello amoroso
Enlaces los tiernos brazos,
Por la paz ya hechos pedazos
El fuerte yelmo y paves.

En tanto crece y prepara
A la virtud y al saber

Un alma que debe ser
Terso dechado de honor.
Y pues que tu estirpe clara
Altos deberes te impone,
Noble esfuerzo en tí corone
De tu cuna el esplendor.

Tú viste la luz colmado
De fortuna con los dones;
Del cielo las bendiciones
Recibistes al nacer.
Y él querrá, mi niño amado,
En tí agotar sus favores,
Y de mirros y de flores
Tus bellos años tejer.

Á VENELIO.

EPÍSTOLA.

El corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
RÍOJA.

Deja, Venelio, la engañosa corte,
Centro de odiosidad, donde con mengua
De tu carácter noble y elevado
Tus amigos te ven, y de tu aldea
Corre á gozar los bienes verdaderos,
La amable paz, la libertad sin precio.
¿Qué alcanzarás en la mansion insana
Do el vicio y la bajeza á par campean?
La altiva frente de laurel cubierta
Inclinar al favor, y sus desdenes
Verte forzado á devorar riendo;
Tolerar del artero cortesano
El falso rostro y corazon dañino,
Que encubren mal las relumbrantes galas;
Sufrir tranquilo el repugnante aspecto
De la virtud hollada, escarnecida,
Y á su enemiga la maldad triunfando....
¿Y es esto para tí? ¿Baldon tamaño
Mirar á indiferente quien su vida
A la austera virtud consagró siempre?
¡Oh! rompe ya animoso la cadena
Que en esa Mantua degradada, inicua,
Te tiene aprisionado, y deja huyendo
De tanto mal la atmósfera apesada.
¿Al que un imperio conservó á la España,
Cuadrar puede el papel de cortesano?
Si en dos cortes le diste nuevas glorias,
Cual Hernando conserva tu entereza,
Y despreciando el humo palaciego,
Como él, los regios disfavores sufre.
Gimió ahogado el vencedor de Otumba
En oscura prision, y ¿será extraño
Que allá en la noche del olvido yazcan
Tus altos hechos, tu firmeza heroica?.....
¿El premio al merecer, cuándo lo has visto
Dispensar en las cortes, de los buenos
Siempre envidiosas, enemigas siempre?
¿Cuál mayor galardón, cuál más glorioso
Al constante varón que el que concede
La fama en sus aplausos justiciara?
Ella, claro Venelio, ella te aclama
Por segundo Cortés, y allá en el pecho
De los nobles vasallos, que á Fernando
En la antigua Análmac leales fueran,
Su nimen tutelar, su firme apoyo,
Su redentor en tí recuerdan siempre.
¿Y el premio á tanto afán? ¿Podrán las artes
De los áulicos viles alcanzarlo,
Por más que arranquen con inicua mano
El galardón que al mérito se debe?
¡Oh! nunca así será, que condolido
De nuestro mal el Hacedor supremo,
Un valladar insuperable puso
Entre el astuto vicio y las virtudes;

Y brillan las del bueno, como luce
Entre las sombras de la oscura noche
El suave resplandor de clara luna;
Empero á mancillarse están expuestos
Entre el contagio de la corte insana.
Huye, pues, su mortífera ponzoña,
Déjala por tus lares, y en su seno
Vén á gozar en deleitosos olvido
La apacible quietud. Con ella brinda
El campo á los que á amarle han aprendido
Entre el tumulto del falaz alcázar.
Escenas de placer tan sólo en torno
De tí verás en tu mansion dichosa,
Ora presidas con medido paso
Al perezoso andar de tus arados,
Y el suelo mires sus entrañas duras
Abrir al rubio grano, que esparcido
Por diestra mano en los profundos surcos,
Con dulces esperanzas te recrea;
Ora tendiendo en el ventoso Marzo
La vista por tus campos, las alfombras
De gajo verde admires ya nacidas,
Y entre las ondas de la mies fecunda
Te enoje la amapola, que altanera
Su inútil frente de carmin ostenta;
O en oro convertidas las espigas
Contemples el frescor de la mañana,
Y mientras el sol sus rayos abrasados
Deja templar al matinal rocío,
Las tropas de tostados segadores
Alegre sigas, y en los muelles haces
Goces ya de tu afán el dulce fruto;
A la era polvorosa acudas luégo,
Y en los montones del opimo grano
La Providencia del Criador admires,
Y al cielo alzando con amor los ojos,
Tu humilde gratitud, y un alma pura
De tanto bien en cambio le consagres.

De esta felicidad al sobresalto
Con que en las cortes miserables se vive,
¿Cuánta no es la distancia! Aquí la vida
En curso fácil y risueño pasa,
Dejando en pos recuerdos deliciosos;
Allí corre fugaz, y entre mil sustos,
Zozobras y ansiedad, tristes memorias
En indeble rastro tras sí deja;
No de otro modo que el fatal torrente,
Que corriendo furioso la campiña
En cieno y broza déjala inundada,
En tanto que apacible el claro Bétis
Besando de Romúlea el noble muro,
Con sosegado curso sus arenas
Revuelve, y de oro su ribera esmalta.
La paz aquí, la guerra allí obstinada;
Aquí el contento, allí inquietud y susto
En parangón te ofrece, ¿é insensato
Buscarás el sufrir? ¿Al bien constante
Preferirás soñadas esperanzas
De un porvenir, si en ilusiones rico,
Miserico en realidad? Alza, Venelio,
La frente generosa, y de esc polvo

De baja esclavitud en que ora gimes,
A ser dueño de tí vén á tu aldea,
Aquí no ofenderá tu vista, al ménos,
El odioso espectáculo que ofrecen
Los áulicos salones; no á tus ojos
El brillo irritará de mil cobardes
Que viste abandonar la lid sangrienta,
Y agora, en puestos encumbrados, miras
Al valor insultar que no tuvieron.
La sencillez del campo deleitoso,
Con mil y mil escenas halagüeñas,
La enojosa impresion de tantos males
Sabrá borrar de tu angustiada mente,
Y el bien te ofrecerá que te huye ahora.

Vén, oh Vencio, vén, y en dulce calma
Burlando de las córtés la locura,
Las sosegadas horas pasaremos;
Y cuando en la estacion de sus amores
La selva con su júbilo convida,
Ajenos de cuidados importunos
Descolgarémos la vihuela de oro,
Y al pie de un sauce unidos cantarémos
El triunfo de la patria, y de sus héroes
La constancia indomable y altos hechos,
Asunto digno de inmortal memoria.

Sevilla, Julio de 1816.

SÁTIRA.

¡Cuán diferentes eran sus abuelos!....
Quizá dará calor así á sus pechos,
Y aspirarán á la heredad gloria,
Émulos dignamente de sus hechos.

L. L. DE ARGENSOLA.

¡Ves, Elpino, aquel fiero con bigotes
Que en retorcido curso hasta los ojos
Suben, y no sin pena el corvo sable
Arrastra en pos de sí, cubierto el pecho
De bigarradas cintas y medallas,
Y que marchando en paso decidido,
Con su torvo mirar nos amenaza?
Pues ése es un cobarde; en Somosierra,
Cual tímido conejo agazapado,
Lo cautivó el frances; mas junto á Búrgos,
Por el favor de un clérigo patriota
Logró escapar, se presentó á la Junta,
Y un grado consiguió. Luégo en Ocaña
Al combate volvió, mas dispersóse
A los primeros tiros, y escamado
Juró nunca más ver del Galo el rostro.
De uno en otro depósito de entónces
Pasó la guerra en paz, y religioso
Siempre á la fe del noble juramento,
Ni oyó más el silbar del plomo ardiente,
Ni el tronar del cañon, ni áun con antecjo
Vió el centellante herir de las espadas,
En la vil sangre del centrario tintas.
No hubo subinspector ni comandante
De marcial hospital, á quien activo
Sus útiles servicios no ofreciese.
¡Ay, cuántos perfilados memoriales,
Cuántas instancias con primor escritas
Dirigió al general! ¡Cuántas propuestas
De observacion, de puestos interiores,
De partidas movibles, consagradas
A la extraccion de granos y caudales.
Y de guerrilla, en fin, no hizo á las Cortes!
Hasta que desahuciado ya por todos,
Y ardiendo en ira el pecho corajudo,
En la jornada de Chiclana ilustre,
Su nombre uniendo á triunfo tan glorioso,
Del Santi-Petri se acercó á la orilla.
Cubrióse así de lauro inmarcesible;
Asentó su opinion, y doña Angustias,
Rancia beldad que frisa en los cincuenta,
Patrona á un tiempo y deliciosa amiga
De nuestro Campeador, con ruego y lloros
Pudo alcanzar del primo diputado,
Que en una de las mil marciales Juntas
A su amador pusiera de escribiente.
Cádiz, Madrid, miraron sus hazañas

Despues acá; café no hubo ni plaza
De la Alameda al polvoroso Prado,
Que no escuchase de su voz tronante
El torrente locuaz.... ¡Cuántas batallas
No dió y ganó, la llena copa en mano!
¡Qué candillo, por diestro y venturoso,
Logró evitar su critica severa?

Así vivió de la una á la otra plaza,
De uno en otro café, bordel y juego,
Hasta que vino el Rey.... mas ¡chito! Elpino,
No digas que despues, el pecho lleno
De justa indignacion, á dos tenientes,
Guerreros valerosos, más antiguos,
Empero, que él, de fieros liberales
Acusó á su pesar, llevado sólo
Del ciego amor que siempre hubo á Fernando,
Logrólos apartar, y de su celo
En premio obtuvo la primer vacante.
Llovió despues el doble galoncillo,
Y aunque en nada sirvió; aunque ignorante
Ni áun saludó maniobras ni ordenanza;
Aunque no pensó nunca en otra cosa
Más que en saber qué mes, qué dia, qué hora
Debe acudir por la inganada paga,
Logró dejar la doble charretera,
Y en cambio ver sus mangas adornadas....

Esta es su fiel historia.... mas quitemos
La vista del odioso personaje,
Que adornará mejor una cadena
En Centa ó El Peñon, que las insignias
Emblemas del honor que nunca tuvo....
Así va todo.... pero observa, Elpino,
Aquel talludo coronel que adorna
Del café bullicioso los umbrales,
Y sentado á sus puertas transparentes,
Del Santo Godo Rey la insignia luce,
Premio á la ancianidad; pues ese mismo
Aquí juró al frances, y en la rolina,
En tanto que más dignos españoles
Con su sangre regaban nuestros campos,
Pasó jugando de una á la otra aurora.
Mas valióle el favor, y algunas onzas,
Inicuo fruto de ominosas velas,
Lograron horadar el alambique
En que su honor y patriotismo entraron.
Purifícóse, en fin, y allí le tienes
Ya cacareando entre la turba ociosa.
Mas no con esto satisfecho creas
Que el vil está, levanta el grito al cielo
Al ver que de la patria los campeones
A los supremos rangos ascendieron
Y él atras se quedó.... No lo tolera.

¡Y tiene quien le escuche y aún le aplauda!
¡Tan sin par imprudencia, tal descaro
Podrá, Elpino, sufrirse!.... Pero cata
Aquel qué viene allí de negro fraque
Y redondo sombrero, que lo tienes
Sin titubear por mozo de una tienda;
Pues es un militar: fué prisionero
Por largos años, aprendió el idioma
En que habló el gran Condé, y algun retazo
Leyó de Jomini; con esto ufano
Se tiene por un Alba, y con desprecio,
Con lástima insultante mira á todos.
Háblale de las líneas interiores
De operacion, de puntos de partida,
De base militar.... todo lo alcanza;
Mas él es capitán, y ni una jota
Entiende de mandar su compañía.
El último á llegar es siempre á todo,
No cuida del soldado, ni se cura
De que esté bien ó mal; *masita, sobras*,
Son para el tal vocablos peregrinos.
No respeta á sus jefes; tiene á ménos
A ningun general hacer saludo,
Ni siquiera los mira; pero sabe
Lo que pasó en Rosbach, y eso le basta.

Si yo quisiera en las supremas clases
De la sátira el látigo temido
Hacer crujir, ¡ay! cuántos á tus ojos
En severa revista pasarían
Dignos de indignacion y aún más de mofa,

Vieras allí bordados relumbrantes
 Que jamas hirió el sol, ni ajados fueron
 Por la importuna lluvia de los campos.
 El rojo ceñidor llevaba vieras
 Por quien nunca miró la sangre roja
 Salir á borbotones de la herida
 Del vencido frances, y á cuya oreja
 Jamas llegó el silbido pavoroso
 Del plomo destructor; otros verias
 Que hasta el confin del África arenosa
 Su pavor los llevó, y agora ufanos
 De su baldon su gloria mayor hacen.
 En pos de éstos, Elpino, te mostrára
 La turba de ignorantes, que cual nube
 De dañinas langostas ha invadido
 De nuestras huestes los primeros cargos,
 Y de la ciencia de la guerra alcanzau
 Lo que un guardian de austeros recoletos.
 Mas el uno fué Exento, el otro es Grande;
 Aquél casó con una camarista,
 Estotro fué vocal de la *Suprema*
Junta de su lugar, y los empeños,
 Las mañas, la aficion, á alguno el oro
 Y el vencedor moler los sacó adelante.
 Y ¡qué! ¡éstos han de ser por mengua nuestra
 A los que de la patria los destinos,
 Su independencian y gloria se confien?
 ¡Son éstos, por ventura, los valientes
 Que de Bailén en los gloriosos campos

Al frances humillaron? ¡Los que en Zara,
 En San Marcial, Vitoria, condujeron
 Los triunfantes pendones de la patria?
 ¡Los que atónito viera el padre Ibero
 Y el memorable Ter, en larga lucha
 Más firmes resistir que el alto muro
 Que en su heróico recinto los guardaba?
 ¡Serán éstos los nietos de los héroes
 Que el África admiró? ¡De los que á España
 Un nuevo y rico mundo sujetaron?
 ¡De aquellos animosos que en la hermosa
 Y trabajada Italia tantas veces
 Del árbol de victoria se cifieron?
 ¡De los que en San Quintín..... Disculpa, Elpino,
 El que en mis ojos brille involuntaria
 La comprimida lágrima que arrancan
 La indignacion y el santo amor al suelo
 Que nos viera nacer: do quier sus fastos
 Llenos están de ejemplos memorables;
 No hay una de sus páginas gloriosas
 Que no recuerde heróicos y altos hechos.....
 ¡Y en este suelo en palmas tan fecundo,
 Tan ruin semilla se produce y medra!
 ¡Qué dirias, oh Cortés, y tú, Gonzalo,
 Claro blason de la española gente,
 Qué dirias al ver la débil turba
 De estos degenerados adalides!
 ¡Son éstos vuestros hijos? ¡Serán éstos
 Los que heredaron vuestro nombre?..... ¡Oh patria!

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

(Del ADELANTE, periódico de Salamanca; 1861.)

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS, doctor teólogo en la Universidad de Salamanca, nació en un pueblecillo cercano á la misma ciudad. Modesto al par que ilustrado y virtuoso, no hizo ruido en el mundo. Sus obras, todavía inéditas, prueban que su instruccion era superior á la ordinaria, y que en su ministerio no habia *ratos ociosos*, puesto que de tal manera empleaba los que le dejaba libres el cargo parroquial. En el Viso, junto á Illescas, en Sonseca, Alcabon y el Casar de Talamanca, donde murió ha pocos años, hay aún testigos que recuerdan las virtudes y verdadera caridad de aquel buen eclesiástico. No le libraron, sin embargo, de persecuciones. Era *liberal*, y tuvo que pagar tamaño pecado, viéndose relegado en el convento de Recoletos Observantes del Castañar, en los montes de Toledo. La vida de recogimiento no era para él un sacrificio, y cuando el célebre Arzobispo señor Inguanzo pidió informes acerca de su comportamiento al Padre Guardian y otros dos Reverendos: «El doctor don PEDRO ANTONIO MÁRCOS, le contestaron, cura párroco del Viso, ha venido aquí á edificarnos con su doctrina y con su ejemplo.» Vivió y murió pobre: ocho reales eran todo el caudal que tenia en casa el día de su fallecimiento. Sus feligreses le pagaron grande tributo de lágrimas. Íntimo amigo de don Francisco Sanchez Barbero, socorrió cuanto pudo á este ilustre poeta y buen patricio mientras vivió en el presidio de Melilla. La correspondencia que siguió Sanchez Barbero con don PEDRO ANTONIO MÁRCOS, y con el hermano de éste, don Miguel, á quien tanto ha conocido y apreciado Salamanca, es un documento honroso para los tres que mediaron en ella.

DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS, sumamente versado en las lenguas sábias, dejó, ademas de la traduccion de las *Lamentaciones de Jeremías*, otra de la *Batracomiomachia*, de Homero, un estudio sobre los profetas, que elogian mucho las personas competentes, una traduccion de *El Cura de Aldea*, y varias composiciones poéticas, todas inéditas.

ADICION Á LA ANTERIOR NOTICIA.

Á estas escasas noticias podemos añadir que era tal la autoridad que como aventajado humanista ejercía el sabio doctor Márcos sobre los hombres más notables de la escuela Salmantina del último siglo, que Sanchez Barbero, aunquepreciado de su propia capacidad literaria, le consultaba acerca de sus obras. A él dirigió el mismo Sanchez la espístola latina, que se publicó al frente de su *Gramática Latina* (Madrid, 1829).

Publicó el doctor Márcos, en *La Tercerola*, periódico que salió á luz en Madrid por los años de 1820 á 1823, algunas poesías, que en verdad no pasan de la medianía. Escribió una composición poco inspirada, á la muerte de Sanchez Barbero.

C.

POESÍAS.

LA BATRACOMIOMAQUIA,

Ó SEA BATALLA ENTRE LAS RANAS Y LOS RATONES,

poema traducido del griego (1).

El coro todo de eliconias musas
A inspirar venga mi hervoroso pecho,
Que á cantar voy la lucha porfiada
Que atizó Marte, autor de lides ciego,
Y sobre mi rodilla en enceradas
Tablas grabé para inmortal recuerdo.
¡Oh, quién me diera que con fama eterna
Resonara por todo el universo
La gallardía con que pelearon
Contra las ranas los ratones fieros,
De los gigantes, de la tierra aborto,
Imitando el insano atrevimiento!
Cual fuese la ocasion de furor tanto,
Oíd, mortales, que á cantar empiezo:
De las uñas de un gato á duras penas
Escapando un raton, llegó sediento
De un charco á orilla, y en el agua dulce
Metía á su placer su hocico tierno.
Gozalagos le atisba, y con voz hueca
Le dice: «¡Ola! ¡quién eres, extranjero?
¿De dónde á estas riberas has venido?
¿A quién debes el sér? De todo quiero
Que sin faltar á la verdad me informes,
Porque si yo por tu relato advierto
Que en nada mientes, mi amistad, mi casa,
Muchos y ricos dones te prometo.
Yo el rey soy Carinflado, á quien las ranas
De este charco tributan fiel respeto.
Hijo soy de Legamio y Aguasmanda,
Que en la margen de Eridano se unieron
De amor en dulces lazos. Tu hermosura,
Tu bizarría y preeminencia observo,
Tu brío en las batallas, y la insignia
De dignidad real en ese cetro.
Ea; de tu prosapia dame cuenta,
Que ansioso de tu boca oírla espero.»
Contestando el raton: «Es bien extraño,
Dijo, que sólo á tí se haya encubierto

El esplendor de mi linaje claro,
A dioses, hombres y aves manifiesto.
Robamigas me llamo; y es mi padre
Zampatortas, raton de ánimo excelso.
Del gran rey Tragapiernas, hija ilustre,
Dientimonda, mi madre, en agujero
Oculto me parió. Con higos, nueces
Y otros manjares mil de tanto precio
Me crió. Mal podrán hacerse amigos,
Si en nada se parecen dos sujetos.
Tú vives en el agua; yo, al contrario,
De cuanto el hombre come me alimento.
El pan floreado, la anchurosa torta,
Anisada y metida en hondo cesto,
Las piernas, entretelas y asaduras,
De rica leche el bien prensado queso;
Dulce mostillo, que envidiosos miran
Los bienaventurados desde el cielo,
Cuántas viandas con mil artes guisan
En limpias ollas diestros cocineros
Para regalo de glotones, yaean
De mi diente sutil bajo el imperio.
Nunca me vió la espalda el enemigo,
Espantado al crujir de los aceros.
Pronto, sí, siempre en las primeras filas,
Alarde hice de valor guerrero.
No me infundió pavor hombre ninguno,
Por forzado que fuese y corpulento.
Sobre su lecho alguna vez le asalto,
Y le muerdo la yema de los dedos;
Le tiro de las piernas, y él tranquilo,
Sin curarse de mí, sigue durmiendo.
Dos enemigos, que me son fatales,
Sobre el globo terráqueo sólo temo,
El gabilan y el gato. Una maldita
Trampa hay tambien donde tal vez tropiezo
Con ventura falaz; pero es el gato
Mi enemigo entre todos más tremendo,
Que astuto con su garra escudriñando,
Me sorprende en secretos agujeros.
Yo jamas como rábanos, acelgas,
Apios ni berzas; calabazas ménos;
Estas verduras aprovechan sólo
A estómagos de jugos como el vuestro.»

A estas razones con falaz sonrisa,
Respondió Carinflado: «Forastero,
Muchas glorias predicas de tu panza,
Pero nosotros mucho más tenemos,
En tierra y agua, que tu vista admire.
A las ranas dió Jove que ambos fueros
Gozasen; por la tierra andar saltando,
Y en las aguas hundir libres sus cuerpos.
Si de todo quisieres enterarte,
Verás cuán fácilmente te lo muestro.
Monta sobre mi espalda, y con tus manos

(1) Aunque, por regla general, nos hemos propuesto no incluir en esta colección sino poesías originales, no titubeamos en publicar esta traducción, inédita, del doctor Márcos, así por el burlesco desembarazo con que está hecha, como por la singularidad del poema. El traductor, como se ve por sus autógrafos, seguía la vulgar creencia de que la *Batracomiomachia* es obra de Homero. Es una linda, rápida y chistosa parodia de la *Iliada*; y nadie imagina hoy que pudiese asaltar al poeta soberano la extraña tentación de burlarse de su inmortal epopeya. La tradición helénica atribuye la composición de la *Batracomiomachia* á Pigres, príncipe de Caria, el cual vivió en tiempo de Jérges, esto es, unos seis siglos después de Homero. (Nota del Colector.)

A mis hombros agárrate sin miedo
De que caerte puedas; y en un soplo
A mi palacio llegarás contento.»

Esto dicho la espalda le presenta,
Y de un brinco sobre él saltó ligero
El raton, que gozoso, siempre asidas
Las manos del Inflado al tierno cuello,
Iba mirando la vecinas playas,
Navegando en un buque tan velero.
Mas ya que sintió al fin que iban las olas
Por instantes su espalda humedeciendo,
Allí fueron los lloros, los pesares,
Y rabioso arrancarse los cabellos.
Las piernas apretaba á la barriga;
Con rapidez no usada dentro el pecho
Le palpitaba, clava sollozando
En la tierra sus ojos turbulentos.
Y un helado terror de él se apodera,
Arrastrando la cola como un remo,
A tenderla empezó sobre las aguas,
Importunando á Júpiter con ruegos
Que llegar le dejase á tierra firme;
Pero las olas más iban creciendo.
Entonces, apretando los pulmones,
Razones tales arrancó del pecho:

«Bien de otro modo el Toro á su querida
Europa, haciendo de su lomo asiento,
La trasportaba á Creta navegando;
Tal como á mí me lleva este perverso
A su palacio, sobre sus costillas,
Del agua alzando el cuerpo amarillento.»

Aparece á deshora una espantosa
Culebra, que empinando el cuello enhiesto
Sobre el agua, á los dos dejó asustados.
Sin mirar Carinflado en más respetos,
Ni atender al peligro en que quedaba
De perecer su triste compañero,
De la laguna al fondo se zambulle,
Y escapa así del inminente riesgo.
El raton desdichado, panza-arriba,
Nadando sobre el líquido elemento,
Las piernas apretaba, y despedía,
Dando diente con diente, su resuello.
Ya se hundía en el agua, ya sobre ella
Hincapié con las zancas iba haciendo,
Mas sin poder salvarse. Su zalea,
Cuanto más se empapaba, más el peso
Aumentaba, y le hundía. Convenido
De que se ahogaba ya sin más remedio,
Desesperado dice: «No á los dioses
Ocultarás el vil procedimiento
De dejarme caer, cual de una roca,
Desde la altura de tu extenso cuerpo
En el agua, maldito Carinflado.
Si lidiaras conmigo en firme suelo
A correr, á puñadas, brazo á brazo,
O á cualquier ejercicio violento,
No me ganarás tú; y aún en las aguas,
Sólo á traición me vences, embustero.
Mas Jove que lo ve, me hará vengado;
Y hará en tí todo el bando ratonesco,
Sin que evitarlo puedas, tal castigo,
Que á los traidores sirva de escarmiento.»

Así dijo, y sin más lanzó el cutido
Del alma el postrimer vital aliento.

Recostado á la orilla Lameplatos,
En blando césped, vió el cadáver yerto
Sobre el agua. Chillando horriblemente,
Corrió á dar parte del fatal suceso
A los ratones, que al oírlo braman,
Y les hierve la cólera en los pechos.
En córtes generales determinan
Juntarse desde el punto que el lucero
Del alba salga en el siguiente día:
Y el bando hacen saber los pregoneros,
Que ordena á todos concurrir sin falta
De Zampatortas al alcázar régio,
Padre del infelice Robamigas,
Que panza arriba en cristalino lecho
Yace yerto cadáver, no á la orilla,
Sino á la flor del agua, allá en el centro
Del piélago nadando. Ya á la aurora

No faltaba ninguno en el congreso.
Zampatortas, que en ira y rabia ardía,
Tomando la palabra, habló el primero:

«Aunque yo solo, amados compatriotas,
De las ranas sufrí males inmensos,
La infausta suerte á todos amenaza.
¡Desdichado de mí! Tres hijos cuento
Perdidos por mi mal. Atrapó al uno
Al asomarse incauto á su agujero,
Una gata feroz, que con sus uñas
Menudas trizas hizo hasta los bucosos.
Hombres críeles al segundo cogen
En una trampa, artificioso invento,
Que llaman ratonera, de infortunios
A nuestra raza manantial perpétuo;
Y sin piedad allí lo sacrifican.
Carinflado ¡qué rabia! al predilecto
De mis entrañas, de su augusta madre
La prenda más querida, el embeleso
De nuestros ojos, pérfido lo ahoga
En un profundo charco. Compañeros,
Al arma, al arma; cada cual apreste
Su más terrible y cómodo armamento.

A batalla campal contra las ranas
Salgamos, de armas guarnecido el cuerpo.»

Con tan vehemente alocucion movidos,
Todos á armarse presurosos fueron
Con las armas que Marte les ofrece,
A quien toca en las guerras el gobierno.
Las piernas cubren con lucentes grevas,
Que de vainillas de habas verdes diestros
Una noche forjaron, á porfia
Las matas con sutil diente royendo.
Fuertes corazas de la piel de un gato,
Que desollaron con osado aliento,
Bien chapadas con cañas fabricaron
Para defensa de sus firmes pechos.
De cáscaras de nuez morriones hacen,
Y los arneses de cándides viejos.
Las lanzas eran como agujas largas,
Que Marte les labró de fino acero.

Gallardos salen á la guerra armados;
Y las ranas, así que lo supieron,
Saltan del agua y al paraje vienen
Do tener acostumbran sus consejos.
La desastrosa guerra consideran:
Cuál el motivo del hostil proyecto
Pudiera ser, atónitos indagan;
Cuando un trompeta aproximarse vieron
Con cetro en mano. Cataorzas era
Hijo del animoso Oradaquesos,
La guerra les intima en voz sonora:

«¡Oh ranas! de ratones mensajero,
Os anuncio, les dice, que con armas
Salgaís á pelear en campo abierto.
Ahogado sobre el agua á Robamigas
Ha visto mi nacion con sentimiento:
Y que de este fracaso, Carinflado,
Vuestro rey, fué el autor, también sabemos,
A sostener la hazaña con la espada,
Si á tanto llega vuestra audacia, os reto.»

Dijo, y la espalda vuelve. En los oídos
De las ranas aúllivas largo tiempo
Resonó el arrogante desafío,
Dejando atolondrados sus cerebros.
A Carinflado reconviene todas,
Y él, puesto en pié, les dijo: «Yo no he muerto
A tal raton, ni perecer le he visto.
El fué, sí, quien se ahogó, porque inexperto
Se arrojó sobre el lago de las ranas,
Remedando el nadar por pasatiempo.
Y ahora á mí los pícaros me culpan,
Cuando inculpable soy. Pero bien presto,
Si seguir os plugiere mi dictámen,
Sentirán los ratones todo el peso
De su perfidia; porque ya en mi mente
Un plan seguro y fácil me he propuesto.
Encima de las márgenes del charco,
Donde haya más barrancos, nos pondremos
Ceñidos de armas; y cuando ellos lleguen
A arremeter, asiendo de sus yelmos
Cada cual al que tenga más cercano,

En el charco á la par damos con ellos,
Que oprimidos del peso de las armas,
Siendo para nadar unos zopencos,
Se ahogaran sin recurso. Aquí gozosos
Levantamos entónces un trofeo,
Do la fama repita con su trompa
La ratonimatanza en claros ecos.»

Calló, y á buscar armas todos corren.
De hojas de malvas borceguies tersos
A sus piernas ajustan. Las acelgas
Anchurosas y verdes firmes petos
Les suministran. Con primor no visto,
Las hojas de la berza, honor del huerto,
Para broqueles aderezan. Ponen,
En vez de lanzas en el ristre, sendos
Juncos largos y agudos; y las conchas,
De caracoles suplen el defecto
De cascos bronceados. Guarnecedos
Con estas armas, dándoles aliento
El coraje que hierve en sus entrañas,
Tomando posiciones del estero,
Al borde en los barrancos más tajados,
Blanden sus lanzas, vomitando fieros.

Júpiter, á los dioses convocando,
Subir les manda al estrellado cielo.
De la guerra terrible les da parte,
Del número y valor de los guerreros;
Muchos y excelsos, que con luengas lanzas,
No están á pelear ménos resueltos
Que cuando los Centauros y Gigantes
El celestial alcázar combatieron.
Quién á las ranas, quién á los ratones
Su divino favor preste, risueño
Pregunta á todos; y con dulce agrado
La palabra á Minerva dirigiendo,
«Hija, le dice, tú darás tu auxilio
A los ratones, que en tu angusto templo
Andan saltando siempre, y participan
De las ofrendas del devoto pueblo,
Y gozan los perfumes que embalsaman
Tu trono y ara con olor sabeo.»

A Júpiter Minerva así responde:
«Si á los ratones en peligro extremo
Yo viera ¡oh padre! no los auxiliara,
Porque de ellos sufrí males sin cuento.
Arpar mis diademas, los faroles
Apagar por chuparse los mecheros
Con el mayor descaro, son injurias
Que las tengo clavadas en el pecho.
¡Y si en esto parasen!.... ¡Insolentes!
Han osado también roer mi pelo,
Que yo misma tejí de sutil trama
Y fino estambre, hilado por mis dedos
Con mil apuros; pues tomé al fiado
La lana, y no he cumplido con el dueño,
Ni he satisfecho al sastre las hechuras,
Que por la dilacion me exige premio.
Por esto los ratones me fastidian,
Pero las ranas no me enfadan ménos.
Entiendo que no tienen sano el juicio,
Porque cuando volví del campamento,
Cansada del trabajo de la guerra
Primera, y por demas falta de sueño;
Mis ojos no pugué en toda la noche;
¡Tanto fué el alboroto que trajeron!
Con dolor de cabeza desvelada,
Así que cantó el gallo dejé el lecho.
Batallan como quieran, á ninguno
Con nuestro auxilio ¡oh dioses! ayudemos,
No sea que algun dardo nos alcance
De los que ellos disparan desde léjos;
Pues cuando se encarniza la refriega,
No reparan de dioses en respetos,
Y aquí desde el empireo, sosegados,
Del guerrero espectáculo gocemos.»

La persuasiva arenga de Minerva
Convenció á sus divinos compañeros,
Que en lugar oportuno se colocan.
Preséntase á sus ojos el sangriento
Pendon que dos alféreces traían:
El bélico clamor dos trompeteros
Clíñes con espanto al aire esparcen,

Redoblando sus toques á degüello.
Desde el Olimpo Júpiter Saturnio
Tronó en señal de desastroso agüero.

Hasta el hígado el vientre atravesando,
Antes que nadie estrena Vocinglero
Su lanza en Fuertelame, que alto grado
Tenia entre la flor de los guerreros:
Precipitado cae, y con el polvo
Asqueroso quedó su fino pelo.
Su lanza en esto Minacuevas clava
En la tabla del pecho á Cienolento,
Con fuerza tanta, que la negra muerte
Le arrancó el alma al desplomarse el cuerpo.
Acélgano, despues, á Cataorzas
El corazon traspasa. Violento
Pantraga el vientre rompe á Garlagarla,
Y el alma vuela de sus frios miembros.
Moribundo le mira Gozalagos,
Y el paso á Minacuevas dirigiendo,
Con una enorme piedra de molino
Le dió un golpe mortal en el pescuezo,
Y eterna oscuridad cerró sus ojos.

Va sobre él Fuertelame, y con su acero,
A Gozalagos con certero golpe
Los livianos (1) le saca, y al momento
Zampacoles, tomándole las vueltas,
Se echa del lago en el fondéadero,
Y con denuedo lidia desde el agua;
Herido Fuertelame viene al suelo,
Y no rebulle. Se enrojece el agua
Con la sangre que arroja de su cuerpo
En la playa tendido, y en sus tripas
Y sebosas entrañas todo envuelto.
Charquiano, enfurecido, en las orillas
Del charco mata al bravo Oradaquesos.
Al ver á Roepiernas, temeroso
Huye saltando al lago Carriceño,
Roto el escudo. Vuela disparado
Por Gustaguas un canto, y el cerebro
Hunde al rey Mascapiernas, que despide
Despachurrados sus mezcquinos sesos
Por la nariz, teñidos en la sangre
Que el suelo inunda. El bravo Vuelcacienos
Alanceado cae por Lameplatos,
Y queda sepultado en sueño eterno.
A Usmeon acechando Sorbeovas,
Le agarra y trae con tenaces dedos
Por un talon al charco, y con el agua
Añuzcado, cerrósele el garguero.
Robamigas batalla enfurecido,
Al ver los suyos en el campo yertos,
Y la ancha panza rompe de Lodanio,
Metiéndole hasta el hígado el acero:
Cae el cadáver yerto á sus piés mismos,
Y descende el espíritu al averno.

Pisacienos lo ve; y una pellada
De lodo le arrojó, que el entrecejo
Le aplasta, y por muy poco no le ciega.
Entónces el raton, en ira ardiendo,
Brama de rabia, y con robusta mano
Una peña levanta, que en el suelo
Era carga pesada á nuestro globo,
Y brioso la arroja á Pisacienos
De rodillas abajo, y como alheña
La canilla derecha le ha deshecho,
Tendiéndole en el polvo panza-arriba.
Gritanio á defenderle va corriendo
Con lanza en ristre, y pasa á su contrario
Con ella el vientre, y al tirar del hierro,
Arrárcale con mano poderosa
El entresijo é intestino recto,
Que por el ancho suelo desparrama.
Pancome, que esto observa desde léjos,
Pues quedó fuera de combate, cojo,
Junto á la charca con dolor intenso,
Se tiró, como pudo, en una zanja,
Por temor de pagar con el pellejo.
Con un pié herido escapa Carinflado,
Y á ocultarse en el charco va ligero,
De Zampatortas acosado. Y éste

(1) Los boses.

Que le veia casi sin aliento
 Caer precipitado, á él se abalanza,
 La atroz injuria de vengar sediento.
 Mas Verdiovando, que el peligro advierte
 En que se ve su triste compañero,
 Por entre los más bravos se abre calle,
 Y ya que cerca está, con brazo diestro
 A Zampatortas una lanza vibra,
 Que sin poder atravesar los cueros,
 En la adarga quedó firme clavada.
 Bizarro si los hay un raton nuevo,
 A quien torcer ninguno el brazo pudo
 Si á luchar se ponía cuerpo á cuerpo,
 Adalid que otro Marte representa,
 Del noble Panacecha el hijo tierno,
 Robaparte, el gallardo, el valeroso,
 El solo en batallar y vencer riesgos,
 A la margen del lago se presenta,
 Y ufano, como aquel que estaba cierto
 De que todas las ranas no podían
 Contrarestar su denodado esfuerzo,
 Por más que peleasen, les intima
 Que su exterminio tiene ya resuelto.
 Y era tan grande su ardoroso brio,
 Que uno fuera el decirlo y el hacerlo,
 Si el padre de los dioses y los hombres
 No hubiera á su bravura puesto freno,
 Compadecido de las tristes ranas,
 Que no tenían de salvarse medio.
 La frente alzando el hijo de Saturno,
 Declara así su compasivo afecto :
 « ¡ Qué enorme empresa miro que acomete
 Osado Robaparte y altanero !
 Sus aterrantres voces de exterminio
 Contra las ranas, danme gran tormento,
 Pero allá vaya la guerrera Palas,
 Y tambien Marte, sin perder momento,
 Y por más que confie en su pujanza,
 Desistirá del belicoso empeño. »
 A esta propuesta así responde Marte :
 « ¡ Oh hijo de Saturno, yo comprendo
 Que de Pálas y Marte el poder sólo
 A las ranas no sirve de provecho.
 Marchemos todos juntos en su ayuda ;
 O el arma fuerte esgrime, que el portento

Asombroso y fatal á los titanes
 Obró, cuando la muerte á los que entre ellos
 De más valientes se preciaban, diste,
 Ahérrojado á Encélado trayendo,
 Y á la indomable raza de gigantes
 Duras cadenas anudando al cuello. »
 Dijo : y el hijo de Saturno vibra
 El rayo fulminante, y con el trueno
 Retumbando la bóveda celeste,
 Retemblar hizo el vasto firmamento.
 Rodeando su brazo poderoso,
 Lanza con furia ingente el rey del cielo
 El rayo aterrador de los mortales,
 Que bajó serpeando en presto vuelo.
 Despavoridos ranas y ratones
 Quedaron todos con tan recio estruendo.
 Mas los ratones, recobrando el brio,
 Sin reparar en sustos pasajeros,
 En columna cerrada por los grupos
 De las ranas con ímpetu rompieron.
 Y no hubieran dejado rana á vida,
 Si Júpiter, propicio, con empeño
 No ayudára á las ranas, enviando
 De tropas auxiliares un refuerzo.
 Grande caterva de repente vino
 De campeones, que sin ser herreros,
 Tienen lomos á yunques parecidos ;
 Sus garras corvas, el andar travieso,
 De tenazas armados los hocicos,
 Visojos, zambos, de huesudos miembros,
 Anchos de espaldas, de hombros relucientes
 De manos largas, miran por el pecho,
 Teniendo dos cabezas, cuatro patas
 Por banda mueven con gentil sosiego.
 Pieles de concha llevan, son de trato
 Aspero y duro : llámanse Cangrejos.
 A los ratones, piés, manos y colas
 Atarazan, dejando el tronco escueto,
 Y en vano los ratones los arredran,
 Que sus lanzas resaltan en los cueros.
 Por fin, ya sin aliento los cuitados
 Que quedaron con piés, huyen ligeros.
 Paró al poner del sol la lucha horrenda,
 Siendo su duracion de un día entero.

DON PABLO DE JÉRICA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Vitoria el 15 de Enero de 1781. Estudió filosofía con los religiosos dominicanos de aquella ciudad, y derecho romano en la universidad de Oñate. Poco inclinado á los estudios graves, los dejó para dedicarse al comercio, que habia sido la profesion de su padre, y pasó á Cádiz con este designio por los años de 1804. Frustráronse allí sus esperanzas de hacer fortuna. Una espantosa epidemia y la gloriosa, pero funesta batalla de Trafalgar paralizaron por aquellos tiempos el movimiento mercantil. Sobrado de tiempo para consagrarse á sus aficiones favoritas, JÉRICA aprendió el italiano, el inglés y el portugues, y compuso muchas poesías. Durante los primeros años de la invasion francesa, cultivó en Cádiz la amistad de varios literatos distinguidos, que allí acudieron con motivo de las circunstancias, y se dió á conocer, publicando en los periódicos varios artículos, y no pocas composiciones fugitivas. Despues residió algun tiempo en la Coruña, en cuyos periódicos publicó asimismo algunos escritos.

Por la imprudencia de algunos de sus actos, nacida de sus vehementes opiniones liberales, fué, en 1814, sentenciado á presidio por diez años y un día. Se libró de esta pena refugiándose en

Francia. Allí vivió algun tiempo en puntos más ó ménos cercanos á la frontera. Fué tenido por conspirador, y encarcelado en Pau por orden de las autoridades francesas. A los tres meses de prision recobró su libertad, y se estableció en París, donde pasó unos tres años dedicado á estudios literarios. En 1820 regresó á España, y fué sucesivamente comandante del batallon de voluntarios de Constitucionales de Vitoria, individuo de la Diputacion provincial de Álava, y en 1825, alcalde constitucional de Vitoria.

Derrocado el sistema constitucional, fué perseguido por breve tiempo; pero no quiso entónces emigrar, y permaneció sosegado en su casa al cuidado de sus bienes. Algun tiempo despues realizó su caudal; abandonó para siempre su patria; compró haciendas en Francia, cerca de Dax; se casó con una señorita francesa, y obtuvo del rey de Francia carta de naturaleza, con todos los derechos anejos á la calidad de frances.

De las poesías de JÉRICA se han hecho várias ediciones:

Ensayos poéticos; Valencia, 1814.

Id. París, 1817.

Poesías; Vitoria, 1822.

Id. Burdeos, 1851. (En esta edicion hay algunas noticias de su vida política y literaria.)

Publicó ademas: *Coleccion de cuentos, fábulas, descripciones, anécdotas, diálogos, etc., sacados de comedias antiguas españolas*. Burdeos; 1851, en 16.º

JUICIO CRÍTICO DE DON FERNANDO JOSÉ WOLF.

(*Floresta de rimas modernas castellanas*. París; 1837.)

La mayor parte á la par que la mejor de las composiciones poéticas de JÉRICA, consiste en *fábulas, cuentos jocosos y epigramas*. Su ingenio fácil, festivo, libre y mordaz, se brindaba de buen grado á estos géneros de composicion, en los que supo lucir gracia, soltura, malicia y agudeza; aunque es forzoso confirmar lo que ha advertido al publicar sus poesías el mismo poeta: «que no aspira al mérito de autor original.»

POESÍAS.

EPIGRAMAS.

I.

MI PROPÓSITO.

Ya que me siento capaz,
Escribiré sin reparo.....

—Mira no te cueste caro
Tu númen acre y mordaz.

—No, señor, ¡qué desatino!
¿Acaso hay uno que lea
Sátiras, que no las crea
Hechas contra su vecino?

II.

¿LO QUE PUEDE UNA PASION!

En un salon hácia el mar,
Se hallaba desesperado
Gil, amante desdeñado;
Y se queria matar.

En esto, perdido y ciego,
Le dió de ahogarse tal gana,
Que abrió al punto una ventana.....
Y la volvió á cerrar luego.

III.

De un periódico muy malo y muy caro, titulado *La Gaceta del Comercio*, que publicaba en Cádiz el padre Ruiz, cura del Sagrario.

El papelon que 'os mártes
Y los viérnes nos espetan,
No es Gaceta de Comercio,
Es comercio de gaceta.

IV.

A un médico que desafió á un terciinario.

Advertid, señor Mallorca,
Que si le diéreis la muerte
Con la espada, vuestra suerte
Será morir en la horca.

Siendo doctor ¡buena gana
Teneis de desafiarle!
Aguardad para matarle
A que le dé la terciaria.

V.

EL INGENUO.

Es mi Filis instruida,
Tanto, que aún sabe callar;

Su hermosura es singular,
Y en todo, todo, es cumplida.
Siempre ha solido tener
Entre todos gran concepto;
¡Ay! pero tiene un defecto
Grandísimo..... que es mujer.

VI.

EL CASAMIENTO A LA MODA.

[ñor.
¿Quieres casarte, Fabio?—No, se.
—Hay una niña.....—Mas que hubie.
[ra tres.
—Vamos, quizá le cobrarás amor.....
—¡Ya val!—Tiene quince años, pero es
De juicio y de talento superior.
—No la quiero, no.—Mira que mi Ines
Es hermosa; si quieres, le daré
Cien mil ducados.—¿Sí? Me casaré.

VII.

EL AVISO OPORTUNO.

Sabe, Juan, puesto que vas
Tras de Ines, si has de alcanzarla,

Que cuesta mucho lograrla,
Y haberla logrado, mas.

VIII.

EL JUEZ INGENUO.

Callad, dijo un magistrado
Al oírse un gran ruido
En la sala del juzgado;
¡Por Dios que estoy aturrido!
Diez causas he sentenciado
Sin haberlas entendido.

IX.

LA NIÑA TIMORATA.

Que venga mi confesor,
Dijo, estando enferma, Ines:
Preguntáronle, ¿quién es?
Y añadió: Fray Salvador,
Así que se le llamó,
Dijeron en el convento:
Iria; pero es el cuento
Que há diez años que murió.

X.

A un mal autor que anunciaba una obra
á menudo en los periódicos.

Nos dices que tu librejo
Se vende en casa de Bosc;
Que allí se encuentra es seguro;
Pero que se vende, no.

XI.

DE UN MAL PAGADOR.

¡Qué casaca tan hermosa!
—Es de paño de Sedan.
—Bien se conoce, Roldan.
¿Te cuesta mucho? —No es cosa.
Por ella en casa de Prada
Treinta duros me han cargado.
—Muy cara sale.—Al fiado.
—Siendo así, sale por nada.

XII.

REFLEXION OPORTUNA.

¡Ha dado en decir la gente
Que con la bella Leonor
Casais vuestro hijo menor.
¿Es verdad? — Es evidente.
—Pues le falta todavía
Algun juicio.—¡Voto á tal!
Si le tuviera cabal,
¿Pensais que se casaria?

XIII.

EL DIABLO SABE MUCHO.

Á Job el diablo tentó
Con tanta solicitud,
Que los bienes, la salud,
Y los hijos le quitó.
Mas no pudiendo vencer
Su virtud con inquietarle;
Trató de desesperarle.....
Y le dejó la mujer.

XIV.

A un jefe cojo y manco que huyó de una
batalla.

El suceso ha demostrado
Que no es en parte verdad
Lo que de tu manquedad
Y cojera han propalado.
Pues vemos que al ser batida
En Uclés tu division,
Si fuiste manco en la accion,
No fuiste cojo en la huida.

XV.

Habiendo preguntado al autor qué le había
parecido un drama representado en Cádiz,
y compuesto por el difunto Duque de Híjar,
contestó con este epigrama:

Grande el número de actores;
Grande el autor, su Excelencia;
Grandes los actos, señores;
Y más grande la paciencia
De tantos espectadores!!!

XVI.

EL USO HACE MAESTRO.

Muy bien habla Sinforosa,
Y que la palma le den
En eso, pide orgullosa;
Mas no es mucho que hable bien,
Pues jamas hace otra cosa.

XVII.

De un ratero muy diestro en hacer desapare-
cer relojes, sortijas, etc.

Juega de manos Tomas
Con sutileza asombrosa,
Cual no se verá jamas:
Si él llega á ver una cosa,
Su dueño no la ve más.

FÁBULAS.

I.

EL RATON DENTRO DEL QUESO.

Mientras en guerras
Se destrozaban
Los animales
Con justa causa,
Un ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Estaba siempre
Dentro de un queso.

Juntaban gente,
Buscaban armas,
Formaban tropas,
Daban batallas:
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Pasaban hambres
En las jornadas,
Y malas noches
En malas camas;

Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Ya el enemigo
Se ve en campaña;
Al arma todos,
Todos al arma;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

A uno le hieren,
A otro le atrapan,
A otro le dejan
En la estacada;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Metido siempre
Dentro del queso.

Por fin lograron,
Con la constancia,
Sin enemigos
Ver la comarca;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Metido siempre
Dentro del queso.

Mas ¿quién entonces
Lograr alcanza
El premio y fruto
De tanta hazaña?
El ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Que siempre estuvo
Dentro del queso.

II.

EL LEON CON JAQUECA.

Altercando los brutos,
Sus riñas y reyertas,
Causaron (dice el texto)
A su rey el leon una jaqueca.
Quédase, pues, en cama;
Y á visitarle llegan
Los dignos sucesores
De Hipócrates, Galeno y Avicena.
Alárgales el pulso,
Enséñales la lengua;
Y al punto conocieron
De donde procedia la dolencia.
El más viejo de todos
Habló de esta manera:
Señor, el vulgo necio [zas.
Es un monstruo feroz con cien cabe-
Chillan, aullan, ladran,
Maullan y berrean;
Balan, relinchan, mugen,
Y gruñen y rebuznan y cocean.
Tal bulla y gregueria
En vuestra real cabeza
Ha causado afecciones,
Estimulando la suprema esfera.
En la ocasion presente,
Con régimen y dieta,
Se cortarán del todo
Del mal las ulteriores influencias.
Mas en lo sucesivo
Debe la ley suprema,
A tales accidentes [tas.
Cerrar con gran rigor todas las puer-
El rey y el su Consejo
El tal proyecto aprueban,
Por ser acomodado
A la real salud y conveniencia.

Y ordénase al momento,
 Por una ley severa,
 Que muera todo bruto
 Que chiste en adelante sin licencia.
 Así es como se forma
 El código de penas,
 Si las dicta el capricho,
 El gusto é interés del que gobierna.

III.

EL LEON ENFERMO
Y LA ZORRA.

Como enfermase el leon,
 A visitarle llegaron,
 Segun es uso y costumbre,
 Inquietos los cortesanos.
 Muy infelices serémos,
 Decían, si nos quedamos
 Sin monarca tan piadoso,
 Tan liberal y tan sabio.
 Animal hubo en el corro
 Que en tono muy encumbrado,
 Puso al leon en la nubes
 Con los encomios más altos,
 Accidentóse el enfermo,
 De suerte que á breve rato
 Corrió entre los animales
 Que el rey habia espirado.
 En esto dijo la zorra
 Que más le habia elogiado :
 Pues, señores, si está muerto,
 Bien podemos hablar claro.
 Digamos ya sin rodeos
 La verdad en canto llano :
 El tal rey ha sido siempre
 Un verdugo sanguinario,
 Un déspota el más injusto,
 El más ingrato y tirano.....
 Pero al oír nn rugido,
 Añadió : ¡cuerpo de tantos !
 ¿Ann vive? No he dicho nada,
 ¡Viva nuestro soberano !

IV.

EL CUCO Y EL GRAJO.

El grajo fué á la ciudad ;
 Y cuando al bosque volvió,
 El cuco le preguntó
 Con necia curiosidad :
 ¿Es admirado el mi día
 De nuestro canto el primor ?
 ¿Qué dicen del ruiseñor
 Y su grata melodía ?
 ¿Qué opinion forma la gente
 De la alondra, que hasta el cielo
 Remonta alegre su vuelo,
 Cantando tan dulcemente ?
 —A todos el canto agrada
 De los dos.—Pero de mí,
 ¿Qué se piensa? Vamos, di.
 —De tí nadie dice nada.
 —¿Como que nadal ? Pues qué ?
 ¿No me tienen por cantor ?
 ¿Me hacen tan poco favor ?.....
 Pero yo me vengaré.
 Ya que conmigo es injusto
 Y poco imparcial el hombre,
 Yo celebraré mi nombre,
 Y lo haré más á mi gusto.

V.

EL ASNO DE JUAN RANA.

Tenía un borrico
 El tio Juan Rana,

DON PABLO DE JÉRICA.

Lleno de tumores,
 De materia y lacras.
 Todas las costillas
 Tenía matadas,
 Tanto, que el mirarle
 Compasion causaba.
 Verdad es que el pobre
 Tenía una albarda
 Vieja ya y raida,
 Pero muy pesada.
 Queriendo aliviarle
 El tio Juan Rana,
 Le quitó de encima
 La pesada albarda.
 Empero el borrico
 Quiso recobrarla ;
 Y le dijo el amo :
 Mira que te mata.
 No importa, responde
 El asno : es pesada,
 Es verdad ; me agobia,
 Me muele, me cansa ;
 Pero há tanto tiempo
 Que sufro su carga,
 Que ya acomodarme
 No puedo á dejarla.
 Entónces furioso
 Le dijo Juan Rana
 (Echándole encima
 La pesada albarda) :
 ¡Ah bruto ! reniego
 De tí y de tu casta :
 Por tonto mereces
 Suerte tan infausta.

Pueblos oprimidos,
 Con vosotros habla
 Esta fabulilla
 Que parece nada.
 Si cuando los sabios
 Con reformas tratan
 De hacer llevaderas
 Todas vuestras cargas,
 Seguis el ejemplo
 Del asno de Rana,
 Mereceis por tontos
 Suerte tan infausta.

VI.

EL BAILE DE LOS BRUTOS.

Dieron los brutos un baile ;
 Y asistir quiso formal
 El burro, por no ser ménos,
 Como todos los demas.
 Tambien fué de los primeros
 Aquel cerdoso animal
 A quien de ordinario pintan
 Con San Antonio el Abad.
 No bailaron, por supuesto ;
 Porque, ¿cómo han de bailar
 Personas de tal empaque
 Y de tanta gravedad ?
 El mono, el perro y el oso,
 Sí, como era de esperar,
 Bailaron bien, y lucieron
 Su extremada habilidad.
 Y, á pesar de las envidias
 Que nunca suelen faltar,
 Lograron en el concurso
 Un aplauso general.
 Y el cerdo y asno ¿qué hicieron ?
 Quizá me preguntará
 Algun lector muy curioso,
 Y le añadiré veraz :
 Lo que hicieron uno y otro
 Bien se puede adivinar :
 El cerdo estuvo roncando,
 Y el burro dió en rebuznar.
 ¿A qué comedia ó concierto,

A qué baile ó sociedad,
 No asiste un par de zopencos
 A dormir ó á criticar ?

VII.

EL DESEO Y EL GOCE.

Suspiró el deseo ;
 Y el goce le dijo :
 ¡Qué triste te veo !
 Consuélate, hijo.
 Demos sin tardanza
 Fin á tus dolores ;
 Puedan tus amores
 Cumplir su esperanza.
 Vén, hijo, conmigo :
 Recobra el reposo ;
 Vén, pues soy tu amigo,
 Yo te haré dichoso.
 Con esto en su seno
 Cogióle ; le dió
 Su dulce veneno,
 Y al punto espiró.

VIII.

EL MUCHACHO Y EL PERRO.

Yendo un muchacho á la escuela
 Con el almuerzo en la mano,
 Cierto perro conocido
 Le fué siguiendo los pasos.
 Haciale zalamero
 Muchas fiestas con el rabo,
 Poniéndosele delante,
 Y dando continuos saltos.
 Bien se yo lo que tú quieres,
 Dijo risueño el muchacho,
 ¡Picaron ! y al decir esto
 Le dió un mendrugo tamaño.
 Doblabá el perro las fiestas ;
 Multiplicaba los saltos,
 Segun veía que el niño
 Mendrugos iba arrojando.
 Mas cuando vió que el almuerzo
 Del todo se hubo acabado,
 Entónces, rabo entre piernas,
 Se alejó más que de paso.
 Como quien mira visiones
 Se quedó el jóven incauto
 Sin almuerzo y sin amigo.
 ¡Pobre inocente ! los años
 Le enseñarán que en el mundo
 Tan vil proceder no es raro.

IX.

EL JILGUERO.

Tenía una señora un pajarito,
 Tan alegre, tan mono, tan bonito!.....
 Un precioso jilguero,
 Que venía á la mano liscnjero.
 Le hacia la señora
 Mil caricias y fiestas cada hora :
 La jaula le limpiaba
 Con mano que el marfil aún no iguala.
 En su tersa blancura : [laba
 Tal era la ternura
 Con que aquella señora le queria,
 Y los extremos que con él hacia
 Tantos, que algún amante,
 Al verla tan constante
 Con su querido pájaro, é ingrata
 Con quien de amor la trata,
 Envidiaba celoso
 Al pajarito hermoso.
 Empero en este mundo, yo lo juro,

Nada hay fijo ó seguro.
Al darle la comida
Un día la señora se descuida;
Y al ver la puerta abierta,
El jilguerito, que aguardaba alerta,
Escapóse volando,
Su triunfo por los aires celebrando.
La señora creía
Que tal vez volvería
Después arrepentido,
Qu-riendo recobrar el bien perdido.
Decía: ¿cómo, cuándo
Encontrará vagando
La dicha que conmigo aquí lograba?
Mas no consideraba
Señora tan amable,
Que es bien la libertad tan estimable,
Que sin ella la vida regalada,
Los tesoros del mundo no son nada.
No volvió el jilguerito, y no me es-

[panto:
Pues en un caso igual yo haré otro
[tanto.

X.

EL RATON Y SU HIJO.

A cierto raton machucho
Tenian postrado en cama,
Sin esperanza de vida,
Sus años y sus desgracias.
Siéndole ya necesario
Pagar tributo á la parca,
A su heredero decia
Estas sentidas palabras:
Aquí te dejo, hijo mio,
Una porcion, no mediana,
Que pudo juntar mi industria,
De quesos, nueces y pasas.
Si moderas tus deseos,
Sin comer otras viandas,
Pasarás vida tranquila,
Y no te faltará nada.
Por el contrario, si buscas
Goloso buenas tajadas,
Ten sabido que los gustos
Tarde ó temprano se pagan.
Con esto murió; y el hijo
Se salió de casa en casa,
Oliendo por donde guisan,
A la siguiente mañana.
Un poquito de tocino,
Que suspendido se hallaba
Dentro de una ratonera,
Le detuvo en la jornada.
Al principio receloso
Se contuvo; y áun es fama
Que dió dos pasos atras,
Temiendo alguna asechanza:
Pero el olor del tocino
Le dió de comerle gana:
Pasa adelante, le muerde,
Y el triste cayó en la trampa.

La cosecha de consejos
En ningún tiempo fué escasa:
Mas cuando son necesarios,
Se nota que, por desgracia,
Darlos es cosa muy fácil,
Y ejecutarlos muy árdua.

XII.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Entre muchas manzanas un mu-
[chacho
Inexperto, jovial y vivaracho,
Quiso escoger, con afición golosa,
Por creerla mejor la más hermosa,

Empero luégo que la vió partida,
Con gusanos por dentro, muy podrida,
Decia pesaroso: madre amada,
Otra quiero, pues ésta está dañada.
Después, andando el tiempo, le qui-

[sieron

Casar perfectamente; mas tuvieron
Que ceder á su gusto: el desdichado
Estaba ya perdido enamorado.
Casóse con mujer muy agraciada;
Pero salió tan picara y taimada,
Que de tal casamiento el lazo eterno,
Más bien que matrimonio, era un in-

fierno,

¡Oh, jóvenes, sabed que en esta vida,
La mejor intencion saldrá fallida,
Si os dejais seducir por la apariencia,
Sin querer aprender de la experiencia.

XII.

EL CABALLO Y SU AMO.

Cuéntase que un mal jinete
Compró un hermoso caballo,
Que siendo potro, gustaba
De dar corbetas y saltos.
No atreviéndose á montarlo,
Algunos le aconsejaron
Que le tapase los ojos;
Y así lo montó á su salvo.
Ea este descubrimiento
Creyó tener un hallazgo;
Y salió un día á la caza
Con su potro muy ufano.
Pero al pasar un camino
Lleno de quiebras y cantos,
El pobre animal á ciegas,
No acertaba á dar un paso.
Pica el jinete la espuela;
Quiere trotar el caballo:
Tropieza y vienen al suelo
El alazan y su amo.

Ni á los brutos ni á los hombres
Será jamas acertado
Que les haga andar á ciegas,
Quien quisiere gobernarlos;
Pues tras de ser peligroso,
Convien, por el contrario,
Para que caminen bien,
Dejarles que vean claro.

XIII.

LOS CANGREJOS.

En yo no sé que parte
Formaron los cangrejos,
Há ya bastantes años,
Una cámara baja ó parlamento.
Reunidos que fueron,
Nombrado el presidente,
Y abiertas las sesiones
Del modo más formal y más solemne,
Notando los abusos
Mas dignos de reforma,
Dijeron los más sabios
Trozos divinos de elocuente prosa.
Entre nosotros siempre
Lo más notable ha sido
No andar hácia adelante,
Sino hácia atras, por no se qué capri-
Remedemos, decian, [cho.
Abuso tan notable,
Haciendo que los hijos
Eviten el defecto de los padres.
Así lo decretaron
Los diputados todos,

Ménos algunos rancios
Montados al estilo de los godos.
Diéronles mil lecciones;
Pero fueron perdidas,
Porque ninguno quiso
Dejar una costumbre tan maldita.

¡Habrá pueblo en Europa
Tan dado á Barrabas,
Que quiera á lo cangrejo
Marchar siglos y siglos hácia atras!

XIV.

LOS GATOS.

Era Mizmiz, cuando jóven,
Gracioso gatito;
Con todo se divertia
Jugueton, alegre, vivo.
Los señores de la casa
Tenian un bello niño,
Que pasar con él solia
Muchos ratos distraido.
Y porque con él jugase,
Le dieron un ratoncillo,
Que le ponía delante,
Atado de un débil hilo.
Ya Mizmiz le perseguia,
Al parecer atrevido;
Ya le temia cobarde;
Ya le coge, ya da brincos.
Diviértese, y está léjos
De dañar al ratoncillo;
Y ni áun siquiera imagina
Que fuese tal su destino.
En esto allí se aparece
Mifuf, gatazo, su tío,
Al raton echa la zarpa,
Se lo traga medio vivo,
Y encarándose á Mizmiz,
En grave tono le dijo:
¡Oh, jóven necio y ajeno
De todo saber y juicio!
Aprende ya desde ahora
Que quien tuviere enemigos
Debe quitarlos de enmedio,
Si se le ponen á tiro;
Y todo lo que no sea
Asaltarlos, destruirlos,
Es andarse por las ramas,
Mizmiz, y tiempo perdido.

XV.

LAS ABEJAS.

Las abejas, república industriosa,
Lección á los humanos provechosa,
Viendo que cada día
El número de zánganos crecia,
Para el bien del estado,
Pidieron su extincion en el senado.
Una abeja prudente,
No ménos sentenciosa que elocuente,
Dijo de esta manera:
En el presente caso se pudiera
Usar para el efecto
De algun medio eficaz; pero indirec-
Irán cada momento [to.
Los males en aumento,
Si luégo no se atajan:
Estos comen la miel y no trabajan,
Pues no hay que echarlo á broma,
Quien aquí no trabaje que no coma.
Esta ley promulgada,
Fué puesta en su vigor, tan acertada,
Que al fin no quedó uno
De tanto ocioso zángano importuno.

Si por vana y gravosa, [tuna,
Alguna clase ¡oh pueblo! te impor-

Sin hacer otra cosa,
Quítale la ración, y díle : ayuna;
Que es remedio probado
Para verla extinguida de contado.

XVI.

EL AMOR Y EL PUDOR.

Como era tan niño Amor,
Y siempre queria holgar,
Le solia acompañar,
Muy solícito el Pudor.

Déjame, le dijo un día,
Que yo no me perderé;
Por todas partes iré
Sin tu eterna compañía.

Y el Pudor le replicó;
¿No quieres ya mis consejos?
Fues á fe que no irás léjos,
Si no te acompaño yo.

XVII.

LA PERRA FALDERA.

Llamábase Leal, porque lo era,
Una perra faldera,
Que tenía por ama [ma.
Una hermosa, gallarda, amable da-
Si alguno se acercaba,
Al punto la perrita le ladraba;
Y en su deber constante,
Era de noche guarda vigilante.

Queriendo con secreto y á deshora
Hablar con su cortejo la señora,
Una noche dejó la puerta abierta;
El vino, y la Leal, que estaba alerta,

Daba tales ladridos,
Que, aunque estaban dormidos,
Vecinos y criados despertaron.
¿Qué es esto? ¿Qué sucede? pregunta-

El galán callandito [ron.
Se retiró, diciendo: ¡ah can maldito,
Aguarda mis venganzas;
Pues has robado en flor mis esperan-

La mañana siguiente, [zas.
De acuerdo con el ama y en caliente,
A la Leal preciosa,
Dio fiera muerte, por estar rabiosa.

El que sirve á los déspotas viciosos
Con hechos virtuosos,
Sin halagar sus vicios y pasiones,
Debe aguardar, en todas ocasiones,
Como de un enemigo,
En vez de justo premio, gran castigo.

XVIII.

EL RUISEÑOR.

En un bosque frondoso,
Un ruiseñor, con tono melódioso,
Encantos aumentaba
A la bella estación en que cantaba.
Y mientras sus amores
Publicaba con músicos primores,
Llegó un rapaz milano
Y asíóle entre sus garras inhumano.
El triste al ver perdida
Su amable libertad, su dulce vida,
Cantaba de manera
Que las más duras peñas conmoviera.
Pero el milano, duro é inclemente,
Sin escuchar su música doliente,
Dividiéndole fiero,
Lo devoró con pico carnícero.

Siempre ha sido el intento
Del hombre virtuoso y de talento,

Insuficiente y vano
Para vencer la saña de un tirano.

ROMANCES.

I.

EL DESPECHO DE ELISA.

Orillas del Avendaño,
Quejábase el otro día
De su zagal inconstante
La bella zagala Elisa.

Suelto el hermoso cabello,
De triste luto vestida,
Entre suspiros ardientes
Así llorosa decia:

Después de tales promesas,
De tan sabrosas caricias,
¿Romper, ingrato, pudistes
El lazo que nos unía?

Libre ya de aquella llama
En que por mi amor ardías,
¿Pudiste, cruel, dejarme
Burlada y escarnecida?

¿Oh mil veces infelice
La que en los hombres se fia!
Mas de tan funesto engaño
Sabré vengarme en mí misma.

Y pues la muerte es tan dulce
Para quien odia la vida,
Las aguas del Avendaño
Ahogarán las penas mías.

En esto á precipitarse
Presurosa se encamina;
Mas la idea de la muerte
La contiene, la horroriza.....

Por cierto que soy muy loca,
Dijo dejando la orilla:
¿Hay tantos zagales! ¿tantos!
Y sólo tengo una vida.

II.

EL DESENGAÑO AMOROSO.

La rueda de la fortuna
Da vueltas y no se para;
Si es un día favorable,
Será otro día contraria.

Entre los varios caprichos
De su perenne inconstancia,
Los descuidados perecen,
Los prevenidos se salvan.

Para pasar una vida
Más libre, más descansada,
Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.

Yo quería..... mal he dicho;
Mejor diré, yo adoraba
Al depósito más bello
De los donaires y gracias.

No hay colores suficientes,
No hay enérgicas palabras,
No hay hipérbolos bastantes
Para poder retratarla.

Nuestros constantes amores,
Que acrisoló la desgracia,
Dejarse atrás prometían
Cuanto celebra la fama.

Pero la mujer más firme,
La que de veras nos ama,
Está cerca de olvidarnos,
Sin tener firmeza en nada.

Un primo suyo que vino
De vuelta de una campaña,
Y es militar, de los muchos

Que tienen asco á las balas;
Con su lucido uniforme,
Con su relumbrante espada,
Deslumbró los lindos ojos
En que mi amor se miraba.
¡Cuánta frialdad desde entonces!
¡Qué diferencia! ¡La ingrata!
Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.
La pérfida, la traidora,
De mi pasión se burlaba,
Dando por siempre al olvido
Las promesas más sagradas.
Y pues en tales deidades
Sólo encuentra quien las ama,
En el mar del desengaño,
Viles sirenas que matan;
Con la prudencia de Ulises
Fortifiquemos el alma:
Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.

III.

A un amigo que me escribió á París pregun-
tándome cómo me iba, y qué amores tenía
en su ausencia.

Flora se llama la bella
De los divinos ojuelos,
Por quien en dulce agonía
Tiernísimamente muero.
¡Oh qué firmes nos amamos!
¡Qué constantes nos queremos!

Cual dos tórtolas amantes
Damos de ternura ejemplo.
Bien sé que corre la envidia
Murmurando por el pueblo;
Dispertando la discordia,
Para turbar mi sosiego.

Sé que la hermosa Paulina,
Porque la quise algún tiempo,
Está contra estos amores
Furiosa y llena de celos.

Sé cuánto dicen las viejas;
Pero sus dichos desprecio:
Florilla es mi bien, mi todo;
Ella me quiere, y la quiero.

A nadie le debo un cuarto;
Y no me falta dinero
Para ir pasando la vida,
Según mi humor y mi genio.

Tengo amigos, aunque pocos,
Que bastan, cuando son buenos;
Y estoy libre de negocios,
De cuñados y de suegros.

Cuando quiero cantar canto;
Cuando quiero beber bebo;
Cuando quiero salir salgo;
Si me acomoda no vuelvo.

Cuando hago algún disparate
Grande, mediano ó pequeño,
Seguro esta que me riña
Mi mujer, pues no la tengo.

Bien pudiera, como Ovidio,
Llorar también mi destierro;
Aunque no estoy en Melilla (1),
Si no en París salvo y bueno;

Mas en vez de escribir *Tristes* (2),
Escribiré alegres versos:
Con Demócrito me entieren;
Que á Heráclito le prefiero.

Uno espera la amnistía
Para ver el patrio suelo,
Y la amnistía no viene
A cumplir su buen deseo.

Otro pasará sin ella,
Que tiene muy buenos pesos,

(1) Fui desterrado á Melilla por diez años y
un día, por constitucional, el año de 1814.

(2) Alude á los conocidos versos de Ovidio.

Y no hay más patria en el mundo
Que vivir libre y contento.
Yo de las dos opiniones
Puedo ponerme en el medio,
Vivo aquí bien, y en España
Viviré bien, si allá vuelvo.
Y mientras llega aquel día,
Paso sin sentir el tiempo :
*Florilla es mi bien, mi todo ;
Ella me quiere, y la quiero.*

IV.

A UNA ZAGALA.

No, zagaleja preciosa,
No me vuelvas á mirar;
Que son muy lindos tus ojos,
Y á quien miran hacen mal.
Vengo de tierras lejanas,
Y he navegado en un mar
En que no evita naufragios
El piloto más sagaz.
De cerca vi á las sirenas;
Sonó su canto falaz,
Y como no soy Ulises,
Las hube al fin de escuchar.
Empero, restituido
A mi nativo lugar,
Debe ser este mi puerto
Contra toda tempestad.
Dejaré á nuevos Jasones
Que vayan á conquistar
Velloquinos y Medeas;
Pues temo su crueldad.
Vivir tranquilo desco;
Mi juventud pasó ya;
Ya para mí los amores,
Más que placer, son pesar.
Hay en el pueblo mocitos
A quienes guía la edad
Al templo de los placeres,
Y por tí suspirarán.
A un enemigo que tengo,
Quisiera verle penar;
Mírenle tus lindos ojos,
Que á quien miran hacen mal.

CUENTOS.

I.

EL CURA VIZCAÍNO.

Cierto cura vizcaíno
Solia siempre llevar
Escondido un gran machete;
Y llegándose á notar,
Se lo reprendió el obispo
Con mucha severidad,
Como cosa tan opuesta
Al decoro clerical.
El dijo que lo llevaba
Con la mira de ahuyentar
Una cáfila de perros
Que habia en la vecindad.
Con todo, añadió el obispo,
Más acertado será
Que lleve usted el breviario,
Y use del medio eficaz
De leer el evangelio
De San Lúcas y San Juan;
Y replicó el vizcaíno,
Con no poca seriedad:
Aun entónces mi machete
Tampoco estará de más ;

Que no son grandes latinos
Los perros de mi lugar.

II.

EL NOVIO Y EL CAPUCHINO.

Cierto jóven que á casarse
Gozoso se preparaba,
A los piés de un capuchino
Se arrodilló una mañana,
Y le rogó muy humilde
Que sus culpas escuchára.
Confieso, dijo, que quiero,
Que idolatro á una muchacha ;
Pero todo está dispuesto,
Y hoy mismo, padre, nos casan.
Contóle otros pecaduelos
El novio, muy á la larga ;
Y el fraile tomaba polvos,
Sin chistar una palabra.
Dicho ya el *ego te absolvo*,
Extrañando le dejaba
Escapar tan bien librado,
Antes de volver á casa.
Dijo el penitente : padre,
¿ No me manda rezar nada,
Ni hacer otra penitencia
Que mis culpas satisfaga ?
A qué contestó mi fraile,
Componiéndose las barbas :
¿ Qué más penitencia quiere ?
¿ No me ha dicho que se casa ?

LETRILLAS.

I.

LOS DIAS DE BELISA.

La flor de la aldea,
Zagaleja linda,
Modelo de gracia
Que todas envidian,
Porque te sonries
Cuando Blas te mira,
Te dice tu madre
No seas tan niña.

Trece Abriles solos
Han dado, Belisa,
Lirios á tu cuello,
Rosa á tus mejillas ;
Y ella en siete lustros
Pierde el ser bonita,
Dándole así en rostro
Que seas tan niña.

El vecino bosque,
Mientras se retira
Febo con sus rayos
A lejanos climas,
A pasar la sicsta
Grato nos convida :
Vén con las zagalas,
No seas tan niña.

Vén á jugar, vamos ;
Que en union sencilla
Celebrar debemos
De tu santo el día :
Si bailar contigo
Tu zagal codicia,
No se lo rehuses,
No seas tan niña.

De tu dulce boca

Saber solicita,
Si tiene en tu pecho
Su amor acogida :
¿ Temes como al lobo
Simple corderilla,
Y á tu madre llamas !
No seas tan niña.

Su vista te alegra ;
Y si en tí por dicha
Sus miradas tiernas
Amoroso fija,
Tu naciente seno
Sin cesar se agita :
Dile que le quieres ;
No seas tan niña.

Págale amorosa
Con blandas caricias ;
Pues amarte jura,
Mientras tenga vida :
Dale un beso en prendas
De tu fe sencilla ;
Tiempo es ya de amores ;
No seas tan niña.

II.

SOBRE EL AMOR.

Tener con una idea
La mente divertida ;
Sentir su alma oprimida
Con un grato dolor ;
Mirar á cada instante
Su amado bien presente,
Es eso cabalmente
Lo que se llama amor.
Dejar triste su amiga ;
Volver gozoso á hablarla ;
Y no poder tocarla
Sin un violento ardor ;
Llamarla á todas horas
Mi vida, mi embeleso,
Precisamente es eso
Lo que se llama amor.
Hallar un bien cumplido
En un favor ligero ;
Tener por un mal fiero
Cualquiera disfavor ;
Reír, llorar, y hallarse
Temiendo y esperando,
Esto es vivir pasando
La enfermedad de amor.
Reñir y hacer las paces ;
Volver á reñir luego,
Mas no encontrar sosiego
Hasta querer mejor ;
Y hallar en tiernos lazos
El premio apetecido ;
Esto es y siempre ha sido
Lo que se llama amor.

III.

LA ZAGALA ALEGRE.

*Ahora que soy niña, madre,
Ahora que soy niña,
Déjeme gozar ahora,
Sin que así me riña,*

A una donosa zagala
Su vieja madre reñía,
Cuando pasaba las horas
Alegres, entretenida;
Y ella, su amor disculpando,
Con elocuencia sencilla,
Cantando al són del pandero,
Así mil veces decía:
Ahora que soy niña, etc.

¡Qué mal nos hace Salicio,
Si cuando pasa me mira,
Y me tira de la saya,
O en el brazo me pellizca?
No piense, madre, que busca
Mi deshonra; no lo diga:
Mi gusto solo, y su gusto,
Queriéndome así, codicia.
Ahora que soy niña, etc.

También nuestro señor cura
Me suele llamar la linda,
Y muchas cosas me dice
Que no me pesa de oírlas.
Que me casará, me ha dicho,
Con Blas el hijo de Gila;
Sino que Blas, como es tonto,
De agradarme no se cuida.
Ahora que soy niña, etc.

Cuando casada me vea,
Hecha mujer de familia,
Me sobrarán mil cuidados,
Me faltará mi alegría.
Por eso quisiera, madre,
Pasar alegre los días
Que me restan de soltera
En bailes, juegos y risas.
*Ahora que soy niña, madre,
Déjeme gozar ahora,
Sin que así me riña.*

IV.

LAS COMPARACIONES.

Niños que se hallan dispuestos
A llorar como á reír,
Sin saber lo que desean;
Los amantes son así.

Veletas que fácilmente
Con el viento más sutil
Se mueven á todas partes;
Las mujeres son así.

Melon que parece bueno,
Y malo suele salir
De nueve veces las ocho;
El casamiento es así.

Avés que vienen de léjos
Cuando se acerca el Abril,
Y por Octubre se escapan;
Los amigos son así.

Mujer liviana que oculta
Con albayalde y carmin
Su pálida podredumbre;
El hipócrita es así.

EPITAFIOS.

I.

Á UN GRAN PEREZOSO.

Aquí yace un perezoso,
Que, al acabar la jornada,
Dijo: voy á ser dichoso:
Ya no tendré que hacer nada.

II.

Á UN FRAILE.

Aquí fray Diego reposa,
Y jamás hizo otra cosa.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LOS CAMBIOS.

Filís, avara y esquivia,
Quiso emprender el comercio,
Y exigió de su Leandro
Tres corderos por un beso.

Al otro día el negocio
Fué para el zagal más bueno;
Pues de la pastora obtuvo
Tres besos por un cordero.

Otro día viendo Filís
A Leandro ménos tierno;
Se creyó feliz con darle
Tres corderos por un beso.

Hoy que se ve despreciada,
Dará el rebaño y el perro
Por un beso que el ingrato
Da á Nise, su amado dueño.

II.

CARÁCTER DEL VERDADERO
FILÓSOFO.

El filósofo siempre es tolerante,
De la verdad amante,
De la virtud amigo,
De los vicios acérrimo enemigo;
Accesible, sencillo, bondadoso,
Su centro es el reposo;
Humanidad respira,
Su dulce trato probidad inspira;
Para el error clemente,
Se muestra inexorable al delincuente.
Socorre con largueza
Del verdadero pobre la pobreza,
Y reprende severo
Al holgazán y vago pordiosero.
Los abusos critica,
Y á reformarlos con tesón se aplica;
Jamás el envidioso
Logra turbar su plácido reposo,

Ni es el mérito ajeno
Para su corazón mortal veneno;
Acógele más bien, alaba, estima,
Y promueve y anima:
Si escribe, son lecciones
De verdad y virtud sus producciones;
No busca el interés ó gloria vana
Que escribiendo se gana;
Procura, sí, afanoso
Hacer al hombre bueno y venturoso,
Y al fin tan solo alcanza
Ver frustrada del todo su esperanza;
Mírase calumniado,
Perseguido, ultrajado....
Sirvenle de consuelo
Su recto proceder y heróico celo;
Y su ardor multiplica,
Y al bien de los demás se sacrifica.

III.

CANCION TIROLESA.

DE MÚSICA CONOCIDA.

Antes era yo bonita,
Mas arrugase mi tez;
Y se acerca la maldita,
Malditísima vejez.

Antes muchos me querían,
Y se penaban de mí;
Que era diosa me decían,
Y yo necia les creí.

Mil recuerdos lastimeros
Me guarda la senectud,
Por los goces pasajeros,
Que logré en mi juventud.

¡Ay qué delicias aquéllas!
¡Y ésta que pena cruel!
Siendo bella entre las bellas
Yo tuve un amante fiel.

Muchos días he perdido
Que ahora quisiera lograr;
Mas al tiempo una vez ido
Le es imposible tornar.

¡Ahora sí que gozaría!
¡Cuál me inundará el placer!
Pero fué la suerte mía
Ser sensible y padecer.

A unas aguas que caen precipitadas
en el Avendaño.

SONETO.

[tura,
Aguas, que descendiendo desta al-
Caeis sobre las peñas descarnadas,
Adonde en blanca espuma levantadas,
Ofendidas mostráis más hermosura;
Si hallais esta dureza tan segura,
Para qué porfiais, aguas cansadas,
Há tantos años ya desengañadas,
Contra roca tan áspera y tan dura?
Volved atrás atravesando el prado,
Por él caminaréis más libremente,
Hasta llegar al fin tan descado.
Pero quizá el amor no lo consiente,
Y de la libertad os ha privado;
Que en mi pasión me sucedió ignal-
[mente,

D. MANUEL NORBERTO PEREZ DE CAMINO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL SEÑOR DON SANTIAGO PEREZ DE CAMINO (1).

Nació en la ciudad de Búrgos en 6 de Junio de 1785, de padres nobles, que le dieron una educación esmerada.

En el seminario conciliar de San Jerónimo de dicha ciudad, cuya beca vistió, cursó los tres años de filosofía con general aplauso.

Dedicado á la jurisprudencia, cursó esta facultad en las universidades de Oñate, Osma, Valladolid y Alcalá, donde recibió el grado de Doctor, dejando en todas ellas recuerdos de su aplicación, y de su aventajado entendimiento.

Como adornos de educación aprendió los idiomas frances, inglés é italiano, y cultivó con esmero la música, dedicándose á la guitarra, al piano y al canto.

Se recibió de abogado de los Reales Consejos, en el Supremo de Castilla, á la edad de veinte y dos años, y se incorporó en el Colegio de Madrid, dando á conocer en la defensa de algunas causas sus conocimientos filosóficos y jurídicos, y sus prendas oratorias.

A fines del año 1807, á propuesta de la sala de Alcaldes de Casa y Corte, fué nombrado agente fiscal de este tribunal, y al año siguiente, fiscal interino de ella por el gobernador del Consejo de Castilla don Arias Mon y Velarde, á quien correspondia este nombramiento. Ejerciendo este empleo le encontró José Napoleon en su primera entrada en Madrid, y en él le dejó cuando se retiró á Vitoria. Sin embargo de que, en el corto espacio que los franceses ocuparon la capital, desempeñó su cargo bajo la autoridad del gobierno intruso, no sólo no fué reconvenido por la Junta Central, sino que continuó en sus funciones con grande aprecio de ella, del público y de la Sala.

Al ocupar de nuevo los franceses á Madrid, CAMINO intentó partir para Sevilla, donde se hallaba entonces el gobierno; pero ¿con qué orden? El Consejo de Castilla y la Sala de Alcaldes permanecieron en la capital, y PEREZ DE CAMINO creyó que su deber era no apartarse de la Sala. Cediendo por todas partes de dudas y peligros, justamente desconfiado de la inexperiencia propia de sus veinticinco años y medio, juzgó que lo más cuerdo era elegir por norte al Tribunal en que servía, y seguir las huellas de los respetables magistrados que le componían.

Poco despues se le confirió en propiedad, sin solicitarlo, la fiscalía de la Sala, y con ella la de la Junta Criminal que se le habia agregado.

Desempeñó ambos cargos hasta el año de 1812 en que fué nombrado miembro de las Juntas que sucedieron á los Consejos; y á fines de dicho año se le confirió el nombramiento de Gobernador de la Sala.

Entónces escribió el notable discurso de apertura del Tribunal, que imprimió y publicó á instancias de éste.

Lleno de amor á su patria, cifró todo su empeño, y siempre con extraordinario éxito, en sacar á salvo á los españoles acusados de conspiración contra el gobierno de José Bonaparte. Uno de ellos, eclesiástico del Hospital general, Fray F. Muñoz, religioso dominico, que no pudiendo resistir al impulso de su gratitud, hizo en 1819 un viaje á Burdeos, donde sabía que residía el que le habia arrancado de los brazos de la muerte, para postrarse á sus piés y asegurarle su eterno reconocimiento.

(1) Este ilustrado y estimable caballero, hermano del poeta, nos franqueó bondadosamente los versos inéditos de DON MANUEL NORBERTO, cuya parte más escogida ahora publicamos. (*Nota del Colector.*)

Retirado á Francia en 1814 por temor á la persecucion violenta y á la excitacion de pasiones populares que el Gobierno establecido en Cádiz desde 1809 fomentaba contra todos los que se hallaban en el caso de CAMINO, se dedicó á cultivar la literatura, su pasion favorita.

Aficionado á la poesia, su alma elevada y sensible encontraba en ella tranquilidad y consuelo en medio de las amarguras de la emigracion. Víctima de las discordias civiles, cantó en octavas reales á la reina del mundo *La Opinion*, poema que publicó en Burdeos (imprenta de Lawalle, 1820), precedido de un discurso preliminar, escrito con miras filosóficas y en vehemente estilo.

En 1829 dió á luz asimismo una *Poética*, que siete años ántes tenía escrita (1). Su modestia le retraia de la publicacion de esta obra, hasta que habiendo dado á luz su *Poética* don Francisco Martinez de la Rosa, en el mismo año CAMINO se decidió á imprimirla, ya para que los jóvenes tuviesen donde escoger, ya porque creyó que la especie de versos en que estaba escrita daria más facilidad para grabar en la memoria los preceptos del arte que la silva de su predecesor. A este poema agregó tres sátiras, imitacion de Juvenal, y una composicion francesa, dirigida á su esposa, nacida en Francia, como testimonio de gratitud á la mano benéfica que le tendió en su desgracia. Antes de la *Poética* habia publicado tambien su traduccion en verso de los poemas de Gabriel Legouvé *Le Mérite des Femmes*, *Les Souvenirs*, *La Sépulture* y *La Melancolie* (Burdós, 1822), y dos odas sueltas á Luis XVIII, y al enlace de Fernando VII con doña Maria Cristina de Borbon.

Acababa de retocar y poner en limpio, para darla á la imprenta, la traduccion en verso castellano de las *Geórgicas de Virgilio* (2), *Las elegías de Tibulo* y *Los amores de Catulo*, con una coleccion bastante copiosa de poesías originales, cuando, fortalecido con los auxilios de la religion católica de quien siempre fué hijo sincero, dejó de existir el 12 de Noviembre de 1842, en Cusac-Médoc con la mayor tranquilidad, llevando, sin embargo, al sepulcro el desconsuelo de que sus restos mortales no descansáran en su patria, que tan ardientemente habia amado.

(1) Véase el juicio de esta *Poética* en el *Bosquejo histórico-crítico de la poesia castellana en el siglo XVIII*, tomo I de la presente coleccion.

(2) Esta traduccion manuscrita se conserva en poder de la familia del señor don SANTIAGO PEREZ DE CAMINO.

POESÍAS.

ANACREÓNTICAS

Y CANTILENAS.

I.

EL BESO.

¿Qué haces, Delia enemiga?
Guarda tus acres besos,
Guárdalos, Delia impía,
Que desfallezco y muero.
No más tus albos brazos
Enlace á mi cuello;
No más el seno mio
Sienta latir tu seno.
De mi anhelante boca
Lleva inhumana léjos
El néctar de tus labios,
El ámbar de tu aliento.
Ni oiga yo tus supiros,
Ni tus quejidos tiernos:
¡Ay! respirar me deja,
Que desfallezco y muero.
En mi delirio amante
Me hielo, y ardo á un tiempo;
Mis rodillas flaquean,
Grave respira el pecho.

La voz me falta, anubla
Mi vista opaco velo.....
Huye, y guarda tirana
Tus ponzoñosos besos.

II.

EL AMOR AUSENTE.

La purpurada aurora
Brilla ya en el oriente;
Corina deja el lecho,
Y al campo sale alegre.
En el florido prado,
No léjos de ella, advierte
Un rapaz que camina
Con paso diligente.
Son del amor sus gracias,
Pero ni aljaba tiene,
Ni venda que le ciña
Las infantiles sienas.
Su pequenuela mano
Una tea sostiene;
Mas ¡ay! no está encendida,
Ni humo ni luz se advierte.
«¿Quién será este muchacho?»
Dice: y la planta leve,
En pos del tierno infante

Dirige velozmente.

Le alcanza, y acaricia
Sobre el seno de nieve,
Y en blanda voz le dice:
Lindo rapaz, ¿quién eres?
Si no eres el dios ciego,
Al ciego dios pareces,
Tu hermosura es la suya,
Lindo rapaz, ¿quién eres?
Si tu madre has perdido,
Vente conmigo, vente;
Dormirás en mi seno,
Regalos mil daréte.
Y el rapaz le responde:
Incauta, ¿qué pretendes?
No por linda te fies;
Soy el amor ausente.

III.

EL CONSEJO.

Deja el campo á Diana,
Deja, Fausto, á Minerva,
La gloria de las artes,
El lauro de las ciencias.
Deja que libres vaguen
Por el bosque las fieras,

Y que otros atormenten
Con dudas su cabeza.

Tu abril ríe, la hora
De los placeres suena;
Ciñe de verde mirto,
Ciñe de rosa nueva

Tu sien, corre á los brazos
Que te abre la belleza:
¡Del arroyo la linfa,
Ves cual pasa ligera?

Nuestros Abriles pasan
Más presurosos que ella,
Goza el tuyo. ¡Infelice
Del que imprudente deja

Para la edad madura
Placeres y ternezas!
Crudo el amor entónces,
Sus votos menosprecia,

Y, en vez de triunfo y dicha,
Sólo le ofrece penas.

Vén, vén á mi retiro,
Aquí á la sombra fresca
Del olmo, aquí al murmullo

De la fuente parlera,
Baco y amor respiran.

Mientras el dulce néctar
Vierten en rubias ondas

Las ánforas añejas,
Yo saboreo el beso
En los labios de Delia,

Que blanda cede á veces,
Y á veces, picarueta,
Porque se lo arrebate,
Finge que me lo niega.

IV.

A DON S. SARÁCHAGA.

Otros, Damon, ensalcen

Las playas gaditanas,
Otros los vastos llanos
De la opulenta Mancha,

La risueña Valencia,
La dichosa Granada,
O los campos que beben
Del Segura las aguas.

De Plinto los esclavos
A los cielos levanta,
Del Oriente las perlas,
De Méjico la plata.

Y aquel que de las artes
Precia la noble fama,
El patrio suelo deja
Por la famosa Italia.

Mas yo al Lacio y al Bétis,
Y á las Indias doradas,
Las campiñas prefiero,
Que el Manzanáres baña.

Aquí á la fresca sombra
De corpulentas hayas
Del Euro aspiro el soplo,
Templo del can la llama.

Aquí en paz, y en el seno
De la amistad preciada,
El puro Valdepeñas
Bebo en segura taza.

Y aquí respira el gozo,
Y el encanto del alma,
Delia, que dulce ríe,
Delia, que dulce canta.

V.

EL RETRATO.

Vén á mi voz, Corina,
Que con pincel osado,
Discípulo de Apéles,
Quiero hacer tu retrato,

Alza la faz radiante,
Tiende el nevado brazo,
Quita el celoso encaje
Del seno de alabastro.

Amor mi mano guía.....
¡Oh pensamiento insano!
¡Quién me inspiró el orgullo,
Que así me ha deslumbrado?

Tu semejanza pinto,
¡Mas dónde está el encanto
Que á los cielos trasporta
Mi pecho enajenado?

¡Dó el candor de tu frente,
Dó la miel de tus labios,
Dó la dulce sonrisa,
Que ahuyenta los cuidados?

¡Quién retrata, Corina,
Tu seductor halago,
La magia de tu marcha,
De tu mirada el rayo?

¡Ay loco! ¡Ay prenda mía!
Mi desmayada mano,
Vencida por tus gracias,
Deja en borron el cuadro.

VI.

LEANDRO Y GALATEA.

Al pié de un alto roble,
Leandro y Galatea,
En dulce compañía
Pasan la tarde fresca.

La ciudad populosa
Los enoja y molesta,
Tiernos enamorados
La soledad anhelan.

Gózanla ahora juntos,
Y libremente en ella,
Sus amorosas ánsias,
Desta manera expresan:

LEANDRO.

Es dulce á los sembrados,
Es dulce á las florestas,
Del sol resplandeciente
La risueña presencia.

Dulces son frescas lluvias
A las verdes praderas,
Tú eres al pecho mio
Mas dulce ¡oh Galatea!

GALATEA.

Dulces son en Agosto
Las mieses á las eras,
Dulce es al bosque umbrío
La voz de Filomena:

El céfiro á las flores,
El raudal á la huerta;
Tú eres al alma mía
Mas dulce, cara prenda.

LEANDRO.

Celebrada es de todos
La donosa Griselda;
Todos á Laura llaman
La Vénus desta tierra;
Mas así como Febo
Eclipsa las estrellas,
Así cuando pareces
Eclipsas su belleza.

GALATEA.

Mil apuestos mancebos,
Cuando sola me encuentran,
En vivas expresiones
Su pasión me ponderan.
¡Qué dura y desabrida
Me parece su lengua!
Tu voz á mis oídos
¡Qué blandamente suena!

LEANDRO.

Si curiosos te miran,
La inquietud me atormenta,
Devórame los cielos
Si alguno á tí se acerca.
¡Porqué no te ha formado
La diosa de Citera,
Para mí solo amable,
Para mí solo bella?

GALATEA.

Ayer tarde á Corina,
Corriendo en la ribera,
Al saltar un arroyo,
Disce cortés la diestra.
Si ménos cortesano
Con las lindas te muestras,
Yo ganaré en sosiego
Lo que de urbano pierdas.

LEANDRO.

Primero los poblados
Habitarán las fieras,
Y á los voraces lobos
Se unirá la cordera.
Del sol la eterna lumbre
Verás primero muerta,
Que olvidarte, bien mio,
Mi ardor amante pueda.

GALATEA.

Antes, piadosa, corte
La parca mi existencia,
Leandro idolatrado,
Que mudable te vea.
Antes me ofrezca al mundo
De oprobio vil cubierta,
Que de infieles acuses
Mi amor y mis promesas.

LEANDRO.

Las vacas y los toros
Que estos collados pueblan,
Las ovejas nevadas
Que pastan en la sierra,
Todo mi cara madre
Me lo dejó en herencia,
Y todo á los piés tuyos
Leandro lo presenta.

GALATEA.

A mí la suerte escasa
No me ha dado riquezas,
Ni, aunque hermosa me llames,
Me dotó de belleza.
Díome un pecho sensible,
Do por mi dicha extrema,
Tú eres primera llama,
Tú serás la postrera.

LEANDRO.

Enlázame en tus brazos,
A tu seno me estrecha,
A mí anhelante boca
Tu fresca boca llega.
Hazme igual á los dioses,
¡Por qué á mi ardor te niegas?
Tu aliento es ambrosía,
Manan tus labios néctar.

GALATEA.

Cuando tocas mi mano,
Y en la tuya la cierras,
Raudales de delicias
Circulan por mis venas.
Mi pecho desfallege,
Mi mente se enajena.....
¡Ay! déjame, Leandro.
Si no quieres que muera,

LEANDRO.

Por fin se acerca el día
Que fijó la prudencia
Paternal, para unirnos
Con la coyunda eterna.
Felicísimo día,
¡Por qué tan lento llegas!
Días que venís antes,
¡Pasad, pasad aprisa!

GALATEA.

Dichosa yo mil veces
Cuando mi estrella quiera
Que en vez de tierna amante,
Me llame esposa tierna.
Cuando me sea dado
Prodigarte finezas,
Y recibir las tuyas,
Sin que el pudor se ofenda.

LEANDRO.

Sucedarán entónces
El gozo á las tristezas,
Y los castos placeres
A la austera reserva.
De esposas el modelo,
Mi amor hará que seas,
Nombrada en la comarca
La feliz Galatea.

GALATEA.

De tí ocupada el día,
De tí la noche negra,
Me verán. De tu imagen
El alma mia llena,
Triste si tu padeces,
Contenta si te alegras;
Décil á tus deseos,
Querré lo que tú quieras.

LEANDRO.

No; do vagan tus ojos
Allí verás que vuelan
Los míos, de mis gustos
Serán los tuyos regla.
Mi vida es toda tuya;
Cuando la suerte adversa
Me arrebaté, mi sombra
Te seguirá en la tierra.

GALATEA.

No me siguieras mucho:
Si tan mísera fuera,
Que de tí me privára
Golpe de muerte horrenda.
Luégo sobre la losa,
Que tu polvo cubriera,
Pondriase: «Aquí yacen
Leandro y Galatea.»
Aquí término ponen
A la dulce contienda,
Y uno al otro abrazados
El roble amigo dejan.
Amor guía sus pasos
Por escondida senda,
Y entre rosas y mirtos
A la ciudad les lleva.

VII.

LECCION DE AMOR.

Cumplido ha ya tres lustros
El hermoso Menandro,
Y el bozo le sombra
Los sonrosados labios.
Si en juegos inocentes
Pasó hasta aquí sus años,
Ya de amor en la llama
Siente el pecho abrasado,

Gustos, inclinaciones,
Todo en él ha mudado,
Sólo placeres pide,
¿Dónde podrá encontrarlos?
A sus ardientes ojos
Lais se ofrece acaso,
Lais la gaditana,
La del talle encantado.

Sus gracias arrebatan
Al mancebo liviano,
Y encendido en pos della
Guía imprudente el paso.

Dueño es ya de la hermosa,
Mas ¡ay! desventurado,
Muertas halla sus gracias,
Y el tedio en sus halagos;

Y al seductor prestigio
Sucede el desengaño.
Amor, exclama entónces,
¿Dónde están tus encantos?
¿Son estos tus deleites?

Y el dios le dice airado:
«Mis verdaderas dichas
No se compran, Menandro.»

VIII.

A MI ALDEA (1).

Madrid, ¿qué importa
Que ufano ostentes
Altivas torres,
Soberbias puentes;

Que en tus colinas,
El prócer more,
Que tus palacios
Mármol decore,

Y que brillante
De oro te vea?....
Más que tú vale
Mi humilde aldea.

Allí me abriga
Simple morada,
De tristes penas
Nunca asaltada.

Y allí poseo
Huerto murado,
De un limpio arroyo
Siempre bañado.

En él risueña
Flora reposa,
Y á su almo aliento
Se abre la rosa.

Copados olmos,
Que entre sus brazos
Ciñen las vides
Con tiernos lazos.

En él ayuntan
La umbrosa frente,
Y el paso cierran
Al sol ardiente.

Y el pingüe otoño,
Con mano amiga,
Sin cuento bienes
En él prodiga.

¿Cuál ver agrada
Sus ricos dones,
Ver arrastrando
Pardos melones,

Verdes sandías,
Y en la espallera
Mirar colgando
La fresca pera;

Y desde el suelo,
Con fácil mano,

Coger las pomas
En el manzanol
Madrid, el necio
Tu esclavo sea,

¡Cuánto más vale
Que tú mi aldeal
Doquier que della
Los ojos tiendo,

Dulce me rie
Cuanto estoy viendo.
Aquí se esmalta
La verde alfombra,

Allí la encina
Da grata sombra.
Lejos, alegre
Salta el cordero.

Rumia la vaca,
Muge el ternero:
Y al són cauroso
De simple arena,

Tiernos zagales
Dicen su pena.
Y entre las guijas,
Claro vagando,

Raudo arroyuelo
Va murmurando.
Ya se despeña
Bravo torrente,

Ya sonora
Brotó una fuente.
Y entre los anchos
Valles frondosos,

Humedeciendo
Prados herbosos.
Con grave paso,
Por madres hondas,

De mansos rios,
Corren las ondas.
Cien caserías,
De paz abrigo,

Risueñas alzan
Su techo amigo.
Doradas mieses
Entre ellas mecen,

Que blandamente
Los vientos mecen;
Y allá, cubriendo
Los horizontes,

El cuadro cierran
Espesos montes.
¡Paisaje espléndido!
¡Gratas riquezas!

Empero el campo
¿Qué es sin bellezas?
¡Cuál aquí bullen!
¡Cuál juguetean!

Selvas y ejidos
¡Cuál hermosean!
Tal entre flores
Gira volando,

De mariposas
El fugaz bando.
Tal hechicera,
Por la espesura,

Vaga de Cintia
La corte pura.
No brilla en ellas
Carmin prestado,

Su faz el vicio
No ha marchitado.
Es de corales
Su boca hermosa,

Lirio es su seno,
Su frente rosa.
Decir no saben
Lo que no sienten,

Lo que desean
Nunca desmienten.
No te amo, dicen,
Cuando no quieren;

Si dicen que aman,
De amor se mueren,

(1) En esta composición y en alguna otra introducimos leves variantes que hallamos en otro manuscrito, y mejoran en algo el texto primitivo. Son, según indicios, correcciones del autor mismo. (Nota del Colector.)

¡ Oh, qué delicia
Ver su hermosura,
Dar á sus almas
Vida y ventura!
Tal es la mia;
Propicio el hado
Rey de sus gracias
Me ha coronado.
Y amado dellas,
Dellas amante,
El día es hora,
Y la hora instante.
Jamás el tedio
Mi pecho aqueja,
Su grata risa
De mí le aleja.
Si el campo abraza
Estiva siesta,
Duermo en sus brazos
En la floresta.
Si al sol brillante
La noche lanza,
Formo con ellas
Festiva danza.
Ya con pié leve
Brinco volando,
Ya en ancha rueda
Giro danzando.
El zagalejo
Con su instrumento
Mide, suspende,
Da el movimiento;
Y de cien troncos,
Radiante hoguera,
La fiesta alumbra
La noche entera.
¡ Y qué, si Baco
De su alegría
Vierte aquí el néctar
A la voz mía?
¡ Si á par de fresca
Limpia corriente,
Ya descendiendo
Febo á occidente,
Festín campestre,
Que yo bendigo,
Mozos y hermosas
Junta conmigo?
La mesa cubren
Crasos tostones,
Verdes lechugas,
Dulces jamones.
Jerez á un lado
Fogoso salta,
Al otro el vaso
Dora Peralta.
Y el vaso apenas
Se ve colmado,
Pide al copero
Nuevo cnidado.
Buscan ansiosos
En los licores
Júbilo y fuego
Los bebedores.
Se habla, se grita,
Se canta el vino,
Del vaso al grato
Són cristalino:
Y en el delirio
Que el dios prepara,
Todo es contento,
Todo algazara.
Autor del puro
Feliz recreo,
La comun dicha
Yo saboreo;
Y con dos Gracias
En torno mío,
Bobo, hablo y como,
Canto, amo y río.
Mirtos y yedras
Ciñan mis sienes,

Y eternos goce
Tamaños bienes.
Á otro fortuna
Dé sus favores,
Puestos brillantes,
Claros honores;
Otro tu encanto,
Madrid, posea;
Yo diré siempre:
¡ Gloria á mi aldea!

ODAS.

I.

Á GALATEA.

[sa,
¡ Por qué desdénas, Galatea hermo-
Del tierno Delio las ardientes ansias,
Y el eco blando de su amante ruego,
Por qué desdénas?
Antes que el fuego de tus ojos viera,
Cual jóven pino de la selva gloria,
Tal se ostentaba con altiva frente
Bello y lozano.
Marchito ahora, su frescura pierde,
Marchito ahora, palidez le empaña,
Triste le encuentra la radiante anro-
Triste la noche. [ra,
Tú, Galatea, que sus males causas;
Tú, Galatea, remediarlos debes;
Debes piadosa de su grave pena
Ser el consuelo.
Si cruda empero su dolor insultas,
Y amor tan fino con rigores pegas,
Beldad impía, de Citeres teme,
Teme las iras.
Si dichas guarda la benigna diosa
Al blando pecho que agradece y ama,
Que el mar sañudo la engendró en su
Prueba el ingrato. [seno

II.

AL GARONA (1).

Garona candaloso,
Que en plácidos cristales
Por anchurosos valles caminando,
Al Océano undoso
Diriges tus raudales,
Sembrados y viñedos fecundando,
Séfreme, que cantando
Al són de triste avena,
En doliente armonía,
Diga del alma mía
La nunca merecida mortal pena,
Y que en amargo lloro
Empañe de tus ondas el tesoro.
Hermoso estás si dora
De Céfalo la esposa

(1) En las notas á su traducción del poema *Los Recuerdos*, de Legouvé (1822). publica PÉREZ DE CAMINO esta poesía *Al Garona*, precedida de las siguientes palabras: «De todos los pueblos, España es la que ha sufrido más duramente el azote de la prescripción..... El autor de esta nota es uno de aquellos á quienes la desventura comun trajo á la patria de Montaigne. En ella ha llorado siete años la mayor de las injusticias; mas entre todas las aflicciones que atormentaban su alma, la más dolorosa era la de verse denunciado como enemigo de la patria, por la cual había expuesto su reposo, su vida y sus bienes. Esta idea cruel le acompañaba á todas partes como una sombra aterradora; turbaba su vigilia, desvelaba su sueño. Pasando un día solitario por las márgenes del Garona, esta triste idea le inspiró las siguientes querellas.»

Tu caudal, cuando rie en el oriente;
Lo estás si te colora
De purpurada rosa
Febo, cuando descendiendo al occidente.
Si la luna fulgente,
Sobre tus ondas brilla,
De verse enajenados,
Olvidan sus cuidados,
Los que vienen con ellos á tu orilla;
Mas para mis pesares,
¡ Ay, Garona, si fueras Manzanares!
Gratas son las campiñas
Que adornan tus riberas,
De Cères y de Baco son amadas.
En sus alegres viñas,
En sus frescas praderas,
Que despanan rebños y vacadas;
Y en sus tierras labradas,
Sin perdonar sudores,
Derrama de continuo,
De su cuerno divino
La pródiga abundancia sus favores.
¡ Qué son para mí, empero,
A par del mal perdido suelo ibero?
Campiñas hospitalas,
Duras comparaciones
Perdonad de mí mal á la aspereza.
Fuentes son pereñales,
De ricas producciones,
Yo admiro vuestros dones y largueza.
Superad en belleza,
Gratitud lo consiente,
Aun á las inhumanas
Campiñas castellanas:
Mas habla á mis sentidos solamente
Vuestra pingüe verdura,
Y habla el ibero suelo á mi ternura.
Fué en éste do mis ojos
Pequeñuelos se abrieron
A la esplendente luz del firmamento.
En éste, los despojos
De los que el sér me dieron
Encierra venerando monumento.
Díome allí su contento
La amistad hechicera;
Allí entre ansias oríeles
De compañeros íeles.
El invariable amor mi vuelta espera,
Y allí en la noche umbría
Me llora en casto lecho el alma mía
¡ Cuándo á tu amigó seno
Volveré, santa tierra?
¡ Cuando veré tus fuentes y tus rios,
Y al pié de fresca sierra,
El ardor templaré de tus estíos?
Y los oídos míos,
¡ Cuando llegará el día,
Que oigan dulce vihuela,
Y en blanda cantinela
De un nacional concierto la armonía,
Que, de gozo deshecho,
Saltar el corazón haga en el pecho?
Luis, generoso y pío,
Luis, de mi suerte fiera
Templa el rigor con paternal cuida-
Pero si el señorío [do (2);
De su imperio me diera,
Y me viese en el trono sublimado;
Y si el metal preciado
Que acopia el peruano
A su Francia ayuntase,
Con que solo olvidase [no,
Yo tu dulce memoria, oh suelo hispa-
¡ Esto y más despreciara
Primero que olvidarte, patria caral
¡ Patria! celeste nombre.
¡ Patria! dulce es amarte, [do.
Y muy más dulce aún ser de tí ama-

(2) Alude al rey de Francia Luis XVIII, que le socorria en su desgracia. (Nota del Colector.)

¿Dónde se encuentra el hombre
Que puede abandonarte,
O vivir de ti ¡oh patria! abandonado?
Si en mi pecho acuitado,
De la alegre esperanza
De verte no sintiera
La llama lisonjera,
Y de alcanzar en ti gloria y bonanza,
El hilo de mi vida
Cortado habria ya parca homicida.

No bien rayó suave
De mi razon la lumbré,
Tu amor de mis acciones fué la guía.
Si de la ciencia grave
Tregar quise á la cumbre,
Y alcanzar en la escuela nombradía;
Si imberbe todavia,
Al deleite negado,
Con penosa tarea,
Sacerdote de Astrea,
Su oráculo tremendo he pronuncia-
Por tu amor fui movido, [do;
Y aun si erré alguna vez, por él ha
¿Por él, y el hado adverso, [sido.
Aun el sacro retiro
De los paternos lares me ha negado?
¿Por él, y al universo,
Y á los siglos me miro
Como vil patricida denunciado?
En tan misero estado,
¿Cómo hallará contento
Mi corazon herido?
¿En qué sitio escondido,
Hundiré mi insufrible abatimiento?
¿Virtud, ¡oh virtud pura!
¿Nombre vano serás por desventura?

Mil veces bienhadado,
Quien al cielo piadoso
Debió el nacer en humildad dorada,
Sin verse arrebatado
A seguir afanoso
Del pérfido poder la senda odiada.
En púdica lazada
Unido á tierna esposa,
Ya su campo labrando,
Ya en sosiego gozando
Los besos de su prole cariñosa;
Del olimpo á los seres
Hace envidiar sus cándidos placeres.
¿Qué le hace que cruenta
La discordia vomite
De su boca infernal odio y rencores?
¿Que plebe turbulenta,
Rabiosa se concite,
Y que truenen de Marte los clamores?
Mientras que en sus furores,
El huracan violento
Estruendoso derriba
Torre, que se vió altiva
De opulenta ciudad el ornamento,
Su pavorosa saña
Respetar la pacífica cabaña.

Misero solamente,
Y nacido en mal hora,
Aquel á quien destino poderoso
Ató el cuello inocente,
Cual á mí, de traidora,
Cruda fortuna al carro peligroso.
Bogando en mar furioso,
Inexperto piloto,
Con nave mal segura,
¿Cuán en vano procura,
Blanco del aquilon y el bravo noto,
Sin guía y norte cierto,
Llegar feliz al suspirado puerto!
¿Oh muerte, muerte cruda!
Si está tu avara mano
Presta á cortar mi estambre delicado,
Deten de tu sañuda
Daga el golpe tirano
Hasta que logre ver el suelo amado.
Mas ¡ay! si ha escrito el hado,

Que lejos de la España,
Victima dolorosa,
De suerte rigurosa,
Cubra mi triste polvo tierra extraña,
Muerte, vea yo ahora,
De mi amargo existir la última hora.

III.

A doña Manuela Zapata,
Condesa de Berberana, recobrada de una
grave enfermedad.

Pía es naturaleza
Cuando varia, Mirtila, en su rique-
Tras el Enero triste [za,
Nos da las gayas flores,
Y de verde esmeralda el campo viste:
Cuando enfrenando el noto, el euro

[alienta,
Y la calma nos da tras la tormenta.
Pero cuánto es más pía,
Si en su bondad constante,
Sus favores nos vierte cada día
Con maternal cuidado, [dado.
Y nos conserva el bien que nos ha
Cuando de nuevo gozo
Tu candidez cordial, tu trato amigo,
Dichas que en mi pesar creí perdidas,
Admiro su terneza y la bendigo.
¿Día fausto á mi pecho
Aquel en que su mano
Te arrancó del dolor al crudo lecho!

En medio del ardor que mi alma [siente,

Ver tal vez yo podria indiferente
Crecer la primavera
De virgen hechicera,
Brillante en su beldad cual flor tem-
Que su fragante cáliz [prana,
Abre al aura vital de la mañana.
Tal vez indiferente ver podria [do,
La hermosa que las gracias han orna-
Ora con pié fugaz batiendo el suelo,
Siga de Terpsicore el leve vuelo;
Ora al acorde sôn de arpa canora,
Una voz desenvuelta encantadora:
Mas ¿dónde está, Mirtila, el pecho

[helado,
Que sin tierna emocion contemplar

[puede
Aquella cuya sien de su guirnalda
Dulce amabilidad ha coronado?
Desta social virtud tú eres dechado;
Tú del áspero ablandas la rudeza;
Tú rindes la altivez del orgulloso;
Quien vive á par de tí vive dichoso,
Y tu cara dulzura,
Por siempre de las almas
El venturoso imperio te asegura.
¿Oh, gózate feliz, alma celeste!
Pueda el genio inmortal, que á su [cuidado

Tiene el rico tesoro de tus dias,
Ornarle de placeres y de rosas,
Y el hilo de tu vida delicado,
De las parcas impías
Robar á las tijeras ominosas,
Pueda eterno guardar el triste suelo,
Del tiempo subyugando el poderío,
Ese de tu bondad almo consuelo,
De tu sexo el honor, dicha del mio.

IV.

En nombre de los españoles refugiados
en Francia, á Su Majestad Cristianísima
Luis XVIII.

Á sublimes canciones, [mio;
Quiere altivo encumbrarse el númen

¿Qué hazañas, qué varones
Celebrará mi voz, brillante Clío?
¿Serán esos valientes
Que al arrogante Anibal humillaron,
Y á las llamas ardientes,
Por no vivir vencidos se entregaron?
¿Será tú alta memoria, [lo,
¡Oh claro numantino! inmortal sue-
Que á España tanta gloria,
Y á Roma preparaste tanto duelo?
¿O mi lengua encendida,
De gratitud en ecos desatando,
Tu gente esclarecida, [do?
Francia hospital, ensalzará cantan-
¿Qué inmensa muchedumbre
A mi atónita vista se presenta?
¿Quién á la excelsa cumbre
Podrá osado trepar, en que se osten-
En su cima te veo, [ta?
Radiante de heroismo y ardimiento,
Ilustre Clodoveo, [to.
Que al trono y á las aras diste asien-
Allí están los Marteles,
Alzando á par de tí la noble frente,
Y allí entre mil laureles,
El domador está del Occidente.

Y tú, caudillo santo,
Justo dispensador de sábias leyes,
Y tú, del galo encanto, [reyes,
Que brillas, astro hermoso, entre los
Héroes, que derrocaste
De la insolente liga el crudo bando,
Y el triunfo sublinaste,
Vencedor de tí mismo, perdonando.
Allí.... ¿mas á qué intento
Se perderá en los siglos mi desvelo,
Cuando pio á mi acento,
Oh deseado Luis, te ofrece el cielo?

El cielo, que en su ira
Los Atilas consiente y los Nerones,
Si plácido nos mira,
Príncipes como tú da á las naciones.

¿Dónde están los furores,
Y el clamor y el estruendo de la guer-
¿Dónde están los horrores, [ra?
Que enlutaron tristísimos la tierra?

Como benigno ahuyenta
Aquilón suspirado la temida
Bramadora tormenta,
Halos así ahuyentado tu venida....

En alcázar oscuro,
Muerde el orin las armas del soldado,
Vive el justo seguro,
Y florecen las letras y el arado.

Mirad al trono amigo
La modesta virtud alzar el vuelo;
De la lis al ab igo, [lo.
La humanidad consuela al triste sue-

Sin la tuya, ¿qué fuera,
Gran rey, desta familia que en su sa-
Condena suerte fiera [ña,
Al llanto y al dolor en tierra extraña?

Vilipendiada, errante,
Sin caudillo, sin bienes, sin hogares,
Halla en tí un padre amante,
Y halla bienes y honor, y amigos la-
Y al universo dice [res.

La voz de tus favores elocuente,
Que puede un infelice,
Aunque le acuse un rey, ser inocente.

Del Macedon violento,
¿Por qué engrandece el mundo las
Al alto firmamento, [acciones?
¿Por qué alzamos Pericles y Leones?

Cien veces admirado
Habemos so la púrpura un guerrero,
Que el poder ha ilustrado,
Con brillantes hazañas de su acero;

Y cien un nuevo Octavio,
Del Parnaso allanando los caminos,
Hizo el canoro llanto
Resonar de cantores peregrinos;

Y del dios homicida,
 Rasgando los cruentos estandartes,
 A los pueblos dió vida,
 Dándosela á las ciencias y á las artes.
 Mas ser del orbé amores,
 Y blando convertir del desgraciado
 Las espinas en flores,
 A los Títo, y á ti fué sólo dado.
 Alma sublime tanto,
 Centro de la virtud, de ella contento,
 En mi modesto canto,
 De nuestra gratitud oye el acento.
 Mientras nuestra existencia,
 Por un soplo de vida esté animada,
 Tu gran munificencia, [da.
 Será en nuestros conciertos publica-
 Ya los oye el Garona,
 Y si el hado, sensible á tantos males,
 Nuestros votos corona,
 Los oirán del Ebro los raudales.
 Nuestros renuevos tiempos
 De nuestro amor aprenderán á amar-
 Y en los ecos eternos [te,
 De la citara nuestra á celebrarte,
 Y en remotas edades,
 A par de las cien lenguas de la histo-
 De tus raras bondades, [ria,
 Consagrarán sensibles la memoria.
 Guardad, guardad, oh parcas,
 Días tantos, y en ellos un modelo
 Guardad á los monarcas,
 Su padre al galo, al triste su consuelo.

V.

Á UN SUICIDA.

¡Qué furor inhumano,
 Qué horroroso ministro del abismo,
 Tu frenética mano
 Armó, Lisias cruel, contra tí mismo!
 ¡Ni la dulce ternera
 Del caro hermano, del sencillo tío,
 Ni su negra tristeza,
 Pudieron detener tu brazo impío!
 ¡No el morir sin que oyeras
 El paternal adiós.... léjos de España!
 ¡No el que yacer debieras
 En solitaria tumba y tierra extraña!
 Dejáras al malvado
 Salvarse del clamor de su conciencia,
 Abreviando aterrado
 Su agitada, su misera existencia.
 Dejáras tus furoros
 Al que de la aflicción yace en el lecho,
 Devorando dolores, [pacho.
 Cerrando á la esperanza el inuerto
 Pero tú, que en sosiego
 Vías lucir tus días venturoso,
 Como el plácido fuego
 Luce del sol en el Abril hermoso;
 Pero tú, á quien lozana
 Reía de la edad la flor primera,
 ¡Por qué fiera insana,
 Por qué has precipitado tu carrera?
 Por tigres fué engendrado,
 Pecho debió tener de duro acero,
 Quien cortó el delicado
 Estambre de sus días el primero.
 Las madres, las esposas,
 Naturaleza, patria, ciencia, gloria,
 En voces espantosas [ria.
 Maldicen, hombre odioso, tu memo-
 En la edad postrimera
 Hará en el universo detestarte
 Esa tu rabia fiera: [te.
 Ni el nombre de Catón podrá salvar-
 ¡Qué, la horrorosa muerte
 Por ventura no se abre hartos cami-
 Sin que de nuestra suerte [nos,
 Forcemos, insensatos, los destinos!

Elle de acero crudo
 Eriza los sangrientos batallones,
 Forja el puñal agudo,
 Y horada los borrisonos cañones.
 Encendió el firmamento
 Con rayo abrasador, abrió los mares,
 Y entregó al avariento
 Del indomable Ponto á los azares.
 Cubrió letal veneno
 Bajo el oro traider del occidente,
 Y del placer sereno,
 Emponzoñó cruel la pura fuente.
 Este en copa dorada,
 Aquél de la amistad la halla en los
 Ya el ara venerada, [lazos,
 Ya del amor la encierran los abrazos.
 ¡Do tornaré los ojos
 Que no haya pen-trado su guadaña,
 Que no pueblen despojos
 De su feroz, inevitable saña?
 ¡Y quién á detencella
 Será bastante en su impiedad avara?
 Su pié cruento huella
 Virtud, gracias, saber, cetro y tiara.
 ¡Oh tú, que de la vida
 Sigues fugaz la rápida corriente,
 Y áun de parca homicida
 Te arrojas á los filos imprudente;
 ¡Ni áun el furor eterno
 Provocas de su mano sanguinosa!
 ¿Acaso en el averno [sa?
 Se hallan amigos, hijos. dulce espo-
 ¿Acaso el gozo ansiado?
 ¡Y cómo quebrantar osas demente
 Depósito sagrado, [te?
 Que el sér te ha confiado omnipoten-
 Haces altivo alarde
 De ese heroísmo estúpido á que cedes.
 Jactancioso, cobarde,
 Mueres, porque el dolor sufrir no pue-
 O de la Providencia, [des.
 Desconociendo ingrato los favores,
 ¿Crees que tu existencia
 De la muerte aniquilan los horrores?
 Y á divinos placeres,
 A eterna vida, á celestial morada,
 Insensato, prefieres
 El silencioso abismo de la nada?
 Cuánto más denodado
 Es el que fuerte, entre el penar mo-
 Mantiene, fiel soldado, [lesto
 El que se le ordenó difícil puesto.
 Ciudadano celoso,
 Conserva un defensor al patrio suelo;
 Buen padre, buen esposo,
 De su esposa y sus hijos es consuelo.
 Paciente en la amargura,
 Paciente del dolor en el quebranto,
 De una vida futura
 La religion enseña el dogma santo.
 Y el provechoso aliento
 De dulces esperanzas deja al bueno,
 Y al crimen turbulento [no.
 De sempiternas penas guarda el fre-
 Tú este buen ciudadano,
 Tú, Licias, este sabio habrias sido:
 Jamas al eco insano
 De la triste impiedad se abrió tu oído.
 El error de un momento
 Extravió tu brazo solamente,
 Más digno de lamento [te.
 Cuanto en tal ceguedad más inocen-
 Oh sombra malograda,
 Los adioses recibe postrimeros
 Que mi musa enlutada
 En ayes te consagra lastimeros!
 Plegue que tu alma pura,
 Gozando esté morada placentera,
 Y que la tierra dura
 Tu despojo mortal cubra ligera.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

LA CONSULTA.

Señor letrado, quisiera
 Me dieseis un parecer,
 Soy soltero, y quiero esposa,
 ¿Quiero mal, ó quiero bien?
 La que me gusta es bonita,
 Tiernos ojos, voz de miel.
 —Si es tan linda la muchacha,
 Cásate al punto, Javier. —

Mas ojuelos zalameros,
 Sabrán zainos atraer
 De amadores pisaverdes
 A mi morada un tropel,
 Y tomo lo que usted sabe
 Que en tal caso hay que temer.
 — La reflexion es prudente.
 No te cases, no, pardiez.

Con todo, es dulce ser padre,
 Y en los hijos renacer,
 Que de vos y vuestra esposa!
 Sean un retrato fiel;
 Que crezcan y que consuelen
 Nuestra misera vejez.
 — ¡Hijos ¡ay! sabroso nombre!
 Cásate al punto, Javier.

Mas si los hijos dan gusto,
 Dan pesadumbre tambien:
 Ademas, ¿quién me asegura,
 Que no se engañen tal vez
 Los inocentes, que el santo
 Nombre de padre me den?
 — ¡Ay Javier, todo es posible!
 No te cases, no, pardiez.

Sin embargo, el sabio dice
 Que hombre solo no está bien;
 Y en efecto, es triste cosa
 Frio lecho sin mujer;
 Mesa sola, y en amores
 Del azar á la merced.
 — Sin duda que es cosa triste:
 Cásate al punto, Javier.

Muy bien; mas por no estar solo
 Olvidais que deberé
 Tolerar con la consorte
 Las comadres diez á diez.
 Y en el suegro un pedagogo,
 Y en la suegra un lucifer.
 — ¡Oh cruda infernal caterva!
 No te cases, no, pardiez.

Deste modo aconsejaba
 Al indeciso Javier
 Don Bartolo de Quincoces,
 Gran jurista de Almaden.
 Como el consejo es discreto,
 Si en asunto tan aguel
 Deseas, lector prudente,
 Que mi dictámen te dé,
 Eco del sabio letrado,
 Decirte osaré con él:
 Harás bien si no te casas;
 Si te casas harás bien.

II.

PELIGROS DEL PRIMER PASO.

Título á Filis amaba,
 Filis por Títo ardía,
 Mas no sé por qué la impla

Del mancebo se esquivaba.
Retirando al sol escaso
Cierta día su ganado,
Los dos en un verde prado
Se encontraron por acaso.
Era Titiro travieso,
Y el amor y la ocasión,

Triunfaron de su razón,
Y dió á la zagala un beso.
La niña llora y se aleja,
Y al mozo llama insolente;
Empero al día siguiente,
Sin lloro besar se deja.
Al otro, con tierno afán,

Ofrece un labio de rosa,
Y al otro, con boca hermosa,
Devuelve lo que le dan.
Cupido mirando el caso,
Volaba alegre y reía,
Y en una encina escribía
Sólo cuesta el primer paso.

III.

TRIUNFO DE LA CONSTANCIA.

Amante que te juzgas desgraciado,
Porque desdenes ves y ves rigores,
No entibies de tu pecho los ardores,
Que al fin ruego de amor es escuchado.

No nace tierna poma ya madura,
Ni el cáliz al nacer abre la rosa;
Soles la ingrata poma hacen sabrosa,
Soles dan á la rosa su hermosura.

No hay ninguna beldad tan desabrida,
Que no tenga por lauro el ser amada:
No hay ninguna beldad tan despiadada,
Que al ruego no se muestre condolidada.

Ese hielo que ves, esc despegó,
Vela el volcan que abrasa sus entrañas:
So la nieve que cubre sus montañas,
Hecla en su seno guarda un mar de fuego.

Rogad, rogad; oh jóvenes amantes;
Ni desden os arredre ni tibieza.
Amor despierta amor. Vuestra terneza
Coronada veréis, si amais constantes.

IV.

Á UNA CÉLEBRE PIANISTA (1).

¡Qué nuevo, qué dulcísimo sonido,
Laura, en mi oído atónito resuena!

¡Qué poder para mí desconocido
Trasporta el alma mía y la enajena!
Eres, oh Laura, tú la que ha podido
Darme dicha tan noble y tan serena?

¡Será tan solamente un sér humano
El que pulsa tu mágico piano?

Otro al eco celebre de su lira,
De la trompa de Homero el sán canoro;
Otro á la ardiente Safo si suspira,
O de Maron la cítara de oro.

Yo el nûmen que en tu música respira,
Yo de tu genio armónico el tesoro,
Y tu fuego, del alma hechizo y pasmo,
Celebrará la voz de mi entusiasmo.

Oíd de Filomena la voz pura,
Y el siempre vário y amoroso canto,
¡Cuál del bosque enternece la espesura!
¡Cuál suspende las almas su quebranto!
Su variedad, empero, su ternura,
¡Qué son á par del poderoso encanto
Con que arrebatas tú, cuando sonora
Corre el mar! tu mano vencedora?

Huyen al negro averno estremecidos,
Así que á modular fácil empieza,
Las penas y los llantos doloridos,
Y la amarga inquietud y la tristeza;
Cuanto deleita el alma y los sentidos,
Risa, ilusión, placer, gloria, terneza,
Acorren de tu sôn al eco blando,
Y en derredor de tí juegan volando.
¡Quién, hechicera Laura, te ha enseñado
A dar vida y palabras á un sonido?

¡Quién te ornó de ese tacto delicado
Que hace blando gemir el bronce herido?
¡De quién fácil vagando en el teclado
A mover la piedad has aprendido,
Y, después de tronar recios furiores,
A suspirar la voz de los amores?

Haydn mueve, arrebatada el alma mía,
Y en deleite la embriaga y en contento
Si otro, Laura, que tú de su armonía
Ofrece á mis oídos el portentoso;
Mas ¡qué nueva, qué dulce tiranía
En mi sensible pecho triunfar siento,
Cuando acordes tus ecos celestiales,
Me hacen sentir sus ecos inmortales?

Tañes, y ora de Ariadna el dolor tierno
Sonar oigo en la pérfida ibera (2),
Ora siento el zumbido del crudo invierno,
Y el nacer de la alegre primavera (3).
Ora, al sublime acento del Eterno,
Veo enfrenado el mar, brillar la esfera,
O, del Eden vagando en la verdura,
Río del primer hombre á la ventura (4).

¡Y qué, Laura, diré, si abandonada
De tu imaginación al fuego ardiente,
Sin importunos guías, inflamada
Por tu divino genio solamente,
Ya corriendo el teclado acelerada,
Ya tañendo suave y mansamente,
Al alma comunicas, que te admira,
El santo ardor del nûmen que te inspira?

¡Oh, cuál triunfas entónces! En el cielo
El extático oyente se figura.
No te juzga nacida en este suelo;
Tiénete por celeste criatura.
En su ilusión feliz, en su desvelo,
Cree que del Pindo abandonó la altura
Una musa gentil, y que tu asiento
Ocupa en el armónico instrumento.
¡Por qué esta edad, cual fábulas desprecia
Los milagros del plectro armonioso,
Cuando al canto rendidos vió la Grecia
La roca, el monte, el tigre sanguinoso?
A quien te escucha, á quien sensible aprecia
Los prodigios de tu arte portentoso,
No sorprenden de Anfion el alto muro,
Ni el plácido sopor del guarda duro.

Alegres, cual te place, ó entristecees,
Inflamas á tu antojo las pasiones:
Mueves, templas, agitas, endureces,
O derrites los tiernos corazones.
¡Ay de mí, dulce Laura, cuántas veces,
Gozando yo la magia de tus sonos,
Han vibrado, de tu arte al poderío,
Las mas ocultas fibras deste mío!
Cuántas veces, iluso, enajenado,
La vista en tí clavada, de amor muerto,
Mi humildad olvidando, quise osado....
¡Mas dónde va mi nûmen inexperto?
Deten, incauto, el vuelo arrebatado,
Deja el temido Ponto y toma puerto;
Que harto has hecho en cantar con verso llano
Los portentosos de Laura en el piano.

(2) Alude á la escena de *Ariadna abandonada*, de Haydn.

(3) Al *Oratorio de las cuatro estaciones*, del mismo.

(4) Al *La Creación del mundo*, del mismo.

(1) PÉREZ DE CAMINO no había cumplido aún diez y siete años cuando escribió estas inspiradas octavas.

V.

EL PROSCRIPTO (1).

CANCION.

Ausente en tierra extranjera
Un español desgraciado,
La faz vuelta al suelo amado,
Se queja desta manera :

Del paterno Manzanáres
Dulces vegas, dulces prados,
¿Cuándo me darán los hados
Que consoleis mis pesares?

Dejando vuestra alegría,
Dejé padres, dejé amores,
Y aquí tan sólo dolores,
Circundan al alma mía.

Del paterno Manzanáres, etc.

Volvedme el suelo querido
Que la crueldad me cierra;
Vea yo la santa tierra,
Do mi niñez ha crecido.

Del paterno Manzanáres, etc.

Vea yo el nativo techo,
Vea el bien por quien respiro,
Y en sus labios el suspiro
Pueda exhalar de mi pecho.

Del paterno Manzanáres, etc.

VI.

Á DELIA.

¿Por qué con tristes llantos
Empaños, Delia mía, tus encantos,
Vanidades que fueron lamentando,
Y de adversa fortuna los rigores?
Acaso la ventura es compañera
Del falaz esplendor de los honores?
So la grata verdura
Se oculta la serpiente venenosa,
Y entre la espina dura
Tal vez do más acerba
La suerte nos parece,
Más fácil el placer su copa ofrece.

Cuando veo al periodo deleitoso
De Flora y los amores,
Al estío de mieses coronado,
Y al otoño abundoso
Sucedan del invierno á los rigores,
Y que en vez de praderas
Esmaltadas de flores,
Y de ricos sembrados,
Y de la vid dorada,
Sólo se ve la nieve, que hacinada
Montañas cubre y valles y poblados;
Que al genital aliento
Del favonio y el céfiro suaves,
Al variado concierto de las aves,
Y al alegre sonido
De rabeles melosos,
Sucedan el estrépito y zumbido
Del aquilon y el noto procelosos,
Exclamo entristecido :

¿Por qué naturaleza, crado invierno,
Para nuestro tormento te ha criado?
O ya que tu existencia le plugiera,
¿Por qué en los tristes límites del polo
No estás eternamente encadenado?
Mas cuando considero [tes
Que el soplo de los vientos inclemen-
Aglomera en las nubes los torrentes,
Que el monte y el otero
Y el hondo valle en rios mil inundan;
Que sus frescos raudales,
Y la cuajada nieve que del cielo

Desciende mansamente,
Y de copos sin cuento cubre el suelo,
Mullen la dura tierra y la fecundan;
Y que sin la benéfica influencia
De nieves y aguaceros

No podría esmaltarse en primavera
De flores y esmeralda la pradera;
No enriquecerse el campo
Con los dones de Ceres en Agosto,
Ni el placentero otoño

Los toncles colmar de dulce mosto;
Veo que sabiamente,
Madre naturaleza

Erizó del invierno la aspereza;
Y el lenguaje mudando,
Ven, dice la voz mía,
Con tus hielos y vientos y crudeza,
Ven constante á tu vez estacion fria.

Viendo á la noche oscura
Robar del claro día la luz pura,
Desde su trono de ébano tendiendo
Los tenebrosos velos

Por la bóveda inmensa de los cielos;
Y que en vez de la vida y alegría
Que esperece por doquiera,
En torrentes de lumbre,

Del rutilante sol la eterna hoguera;
De la naturaleza [ga,
La triste noche el movimiento embar-
Envuelve el mundo en sombras pavo-

[rosas,
Y hace reinar la oscuridad amarga,
El terror, el silencio y la tristeza,
Maldigo las tinieblas horrosas.

Mas luego cuando miro
Que es la noche benéfico beleño
Que ofrece á los mortales fatigados
El saludable bálsamo del sueño,
A sus débiles miembros

Calma suave dando,
Y provechosa tregua á sus afanes (2),
Bendigo el claro día,

Y bendigo tambien la noche umbría.
Si vuelo á los alcázares soberbios,
Y del pobre visito los umbrales, [les.

Desengaños doquier encuentra igual-
El que de un Creso ve voluptuoso
La orgullosa indolencia,

Y mira sus palacios encumbrados,
Sus carrozas brillantes,
Sus esclavos dorados,

Su fausto, su grandeza, su opulencia;
Y volviendo la vista fatigada
A la humilde morada

Del útil labrador y el artesano,
En cambio de esplendor y de riqueza,
Sólo halla olvido y misera pobreza;

Si el cielo le dotó de un pecho huma-
[no,
Exclama con acento enternecido :

¿Por qué el hado tirano
Los bienes tan injusto ha repartido?
Mas cuando considera

Que el rico, al parecer afortunado,
Por mil negros cuidados devorado,
Ni en la mullida pluma,

Ni entre la fina holandá,
Puede hallar el reposo deseado;
Entre tanto que el pobre sin desvelo

Goza sueño tranquilo,
Reclinado en inculto duro suelo :
Que al rico tiranizan y atormentan

Mil crueles pasiones,
De su tedio, la tristeza, la dolencia,
De sus disipaciones

Funesta consecuencia,
Emponzoñan su misera existencia;
Entre tanto que el pobre, sano y fuer-

Vive sin desear, en dulce calma, [te,

Con la risa en los labios, [ma;
Con el contento y con la paz del al-
Hallar que si la suerte al poderoso,
Dió esplendor y grandeza y montes

[de oro,
Hizo al pobre olvidado más dichoso.
Así encuentran doquiera los mor-

[tales
Los bienes confundidos con los ma-
Y el que armando su pecho [les,

De grave fortaleza,
Opone al crudo mal heble enteroza,
Y del bien saborea las dulzuras

En las mil variedades de la vida,
Puede, bien mio, hallar gozo y ventu-
¿Qué importa que el destino [ras.

Nos cierre del poder y de la gloria
El brillante camino,
Y nos arroje, duro,

De humilde condicion al seno oscuro?
Nos queda todavía
Honesta medianía;

Nos quedan amor tierno,
Y de santa amistad sagrados lazos,
Y siempre que gozar de los contentos

Podamos de reciproca ternéza.
Sin tristes inquietudes ni embarazos,
¿Por qué llorar del hado la aspereza?

Que guarde el ambicioso los hono-
[res
Y el brillo de los puestos encumbra-

[dos,
¿Qué perderé con ellos,
Mas qué amargos cuidados

Y trabajos penosos,
Y el funesto poder de hacer ingratos,
Y el funesto poder de hacer quejosos?

Unidos en mi placido retiro,
Morada placentera
Del mundo y del poder desconocida,

Amor endulzará de nuestros días
La placida carrera.
Sin su celeste llama ¿qué es la vida?

El héroe circundado
Del pomposo aparato de sus triunfos,
Sin ella se contempla desgraciado,

Y el misero á quien duros atormentan
Del hado los rigores,
Se juzga venturoso,

Si le vierten su copa los amores.
Amor, amor, tú sólo
Saciare el alma sabes :

Tú solo haces alegres y suaves
Nuestros días; ¡oh Dios! tempestuosos;
Tú ahuyentas los pesares enojosos,

Tú calmas los dolores,
Y tú la senda hermosa
De la felicidad sienbras de flores.

Vén, amor, á mi ruego,
Y por siempre en tu fuego,
De Delia el corazon y el mio abrasa;

Y danos que sin tasa,
Disfrute el labio ardiente
De tu néctar divino eternamente.

Tales son, Delia cara,
Mis votos encendidos :
Véalos yo cumplidos,

Hasta que de mis días muerte avara
El estambre sutil rompa homicida.
Y logre yo que entonces

Cierre los ojos míos
Triste, Delia, tu mano dolorida.
Y si la suerte dura,

Quisiere en un abismo de amargura
Y negra soledad precipitarme,
De tu pura virtud privando al suelo,

Y mi triste existencia prolongando,
¡Oh Delia, Delia mía! [lo.
Seguir tu amada sombra pido al cie-

(1) Estas coplas deberán cantarse con la música del romance francés *A peine au sortir de l'enfance*, etc., de la ópera de *Joseph*, música de Mehul. (Nota del Autor.)

(2) Suprimimos aquí algunos versos por la excesiva desmezcle de su carácter materialista.

VII.

LA BELLEZA Y EL PUDOR.

CUENTO.

Á la Marquesa de G....

¿Por qué, Florinda hermosa,
La causa me preguntas querrellosa
De los desdenes míos?
Si el amor tiene ardores,
Tiene también tibiezas y desvíos.
¿Y sabes, si queriendo descubrirte
Los dolores que guardo comprimidos,
No se deslizará la lengua mía,
Y si tal vez decirte no podría
Lo que sonar no debe en tus oídos?...
Mas ¿insistes airada, y triste bañas
En congojoso llanto tu faz linda?
A complacerte voy, bella Florinda;
Mas antes que revele mi secreto,
Contarte me permite breve historia,
Que me ofrece oportuna la memoria:

Luégo que el rey Saturno destro-
La negra edad de hierro [nado,
Lanzó del mundo al siglo bienhadado,
Jove, compadecido [do,
De los humanos males,
La belleza crió para consuelo
De los dolientes míseros mortales.
Ornaban á la nueva
Divina criatura
Todas las perfecciones
Que embriagan los sentidos,
Que inflaman el ardor de las pasiones.
Dióle su tez de púrpura la aurora,
Su frescura y aromas le dió Flora,
Diana gallardía, Juno imperio,
Y la blanda Citeres
La mágica cintura do se abrigan
Risas, juegos, amores y placeres.
Los hijos de la tierra,
Al ver la ninfa bella,
En ardientes deseos encendidos,
Vuelan precipitados en pos della.
Mas á las gracias mil de la hermosa-
No quiso el hado fiero [ra
Que los dioses juntáran el encanto
Del recato severo.
Libre con demasia
La nueva Citeres en sus halagos,
Pródiga de sus dones,
Ni alimentar sabía
Celestes ilusiones,
Ni con dulces rigores
Sazonar sus favores;

Y los que ántes corrian á sus brazos,
Cansados de gozar sin embarazos,
Pasando del amor al tedio frío,
Apénas la admiraron,
Su fácil hermosura despreciaron.

De la ninfa el dolor fué sin medi-
En la aflicción sumida [da,
De pena tan impía,
¿Qué hará en sus amarguras?...
Mientras así decía,
Por entre solitarias espesuras,
Hacia un ameno valle por acaso,
De sus errantes piés dirigió el paso.

El raudal de un arroyo cristalino,
Que serpea entre guijas bullicioso,
Este valle fecundo deleitoso.
Cubre sus praderías verde alfombra,
Y el roble añoso y el enhiesto pino,
Le dan severa y apacible sombra.

Allí el pudor moraba,
Apuesto como Apolo,
La flor de juventud en él brillaba;
La decencia en su porte,
El rubor en su frente,
Y un velo delicado
Por Minerva tejido,
Por las modestas Gracias adornado,
En sus hombros flotaba trasparente.

De púdicas miradas
Los tímidos ardores,
La reserva, el misterio silencioso,
De la santa inocencia
Los purpúreos colores,
La muelle resistencia,
Los modestos desvíos,
Y el casto suspirar, y el casto anhelo,
Todo brillaba en el celeste velo.

No bien de la hermosura
Oyó el puro doncel la desventura,
Tendiéndola los brazos,
Al marfil los suspende de su cuello
En cariñosos lazos.

Con besos fraternales,
Enjuga de sus ojos
Los líquidos cristales;
Y cubriéndola el seno peregrino
Con su velo divino,
«Vuelve, le dice tierno,
A fijar de los hombres la inconstan-
Ya á endulzar sus pesares, [cia,
Tu imperio será eterno
Si deste santo velo te adornares,
Pero triste de tí si le olvidares.»

Dijo, y así adornada la belleza,
Vino de nuevo á deleitar al mundo;
Y desde aquel momento afortunado,
Desdenes y tibiezas

Solamente ha probado,
Cuando mal advertida ó cuando ciega
Del velo del pudor se ha despojado.
Tal es, Florinda bella,
La historia que me inspira tu quere-
¿Pretendes todavía [lla,
Que se declare más la lengua mía?

VIII.

Epigrama con ocasion de la toma
del trocadero por el Duque de Angulema,
en 1823.

[ro :
Muérase de estupor el mundo ente-
Angulema ha tomado el Trocadero,
Y en él, con cuatrocientos batallones
Ha domado el furor de... dos cañones!

IX.

Á UN AMIGO.

¿Por qué pretendes, Lisardo?
Que entre ciegos desvarios,
De la inconstante fortuna
Me abandone al turbellino?

¿Quieres que en pos de quimeras
Busque inquietud y martirios,
Y viva en amarga lucha,
En vez de libre, cautivo?

Contento en mi medianía,
Contento con ser querido,
Ni ajenas dichas me pesan,
Ni ajenos bienes envidio.

¿Qué me importan la opulencia
Y el vano esplendor del Indo,
Si soy venturoso dueño
De la hermosa por quien vivo?

¿Qué me importa que otros moren
En sus palacios altivos,
Si mi amada no desdénia
La humildad de mi retiro?

Y las glorias ¿qué me importan
Y sus ilustres peligros?
Mis peligros son placeres,
Y mi gloria el dueño mío.

Otros á Belona sigan,
Yo sus contiendas no admiro,
Y á sus pomposos laureles
Prefiero el plácido mirto.

Gocen ellos de sus triunfos,
Yo de mi bien los suspiros,
No sin su dulce sonrisa,
No sin sus dulces cariños.

X.

VENTURA CONYUGAL.

Á AURELIO.

Epístola.

Después de manejar la ardiente espada,
Y de ensalzar á Roma con sus triunfos,
Volvíar los Emilianos al arado.
Así tú, sus virtudes emulando,
Después de haber llevado á la victoria
Cien veces los hispanos batallones,
A cultivar los campos paternales
De la paz al abrigo, Aurelio, vuelves.

Afortunado aquel á quien fué dado
Triunfar de la embriaguez de un nombre claro,
Y después de pagar sagradas deudas,
A la patria su brazo consagrando,
El estruendo de Marte y sus laureles
Ir á olvidar en la paterna herencia,

En los campos se encuentran solamente
Los sencillos placeres: sólo en ellos
Hallar el pecho alegría y paz el alma.
Céres es de las penas enemiga,
Y el contento y sosiego la acompañan.
Cuando miran colmar los labradores
De doradas semillas sus paneras,
¿Les iguala en ventura el cortesano?
Cuando á la fresca sombra de alta encina
Ven poblar de sus cándidas ovejas
El valle dilatado, el monte espeso;
Y cuando al sol benigno del otoño
Ven dorar de sus vides los racimos,
Y lleno el corazón con la esperanza
De la nueva cosecha, en limpio lecho
Saborean del sueño la ambrosía,
¿Qué monarca su suerte no envidiara?

Mas para ser feliz no basta el campo,
Ni bastan de la gloria los recuerdos,
Si late un corazón en nuestro seno
Al casto amor y á la beldad sensible.

Tú de este corazón estás dotado;
Y cuando te lo dió naturaleza,
Te destinó á vivir, Aurelio mío,
En la púdica union de un sér amable.
De esta madre comun sigue las leyes,
Y á tu felicidad da complemento.

Toma en tu juventud amante esposa,
De tu vida y afanes compañera.
¡Triste del celibato, triste el pecho
Que de un cándido amor no cede al fuego!

Amor es el encanto de la vida,
Y una consorte honesta el bien supremo.
El orden y la paz siguen sus huellas
A la mansion nupcial: sus tiernos ecos
Al corazón penetran de su esposo;
Y ahuyentan de él pesares y cuidados,
Y el placer donde quiera que se ostenta,
Rie de sus virtudes al perfume.

En vano detractores Juvenales
Calumnian de estos seres la inocencia;
De la antorcha nupcial la eterna llama
Confunde sus acentos impostores.
No así corren los hombres á las penas;
Si Jantipas (1) aborta el negro averno,
Hyparetas (2) da al cielo, que ultrajadas
Devoran en silencio mil pesares,

Y en su justo dolor tan sólo exhalan
De santa mansedumbre los suspiros.
Si una feroz Semíramis sus manos
En la sangre ha teñido de su esposo,
Castilla ha visto á la sublime Elvira,
Para salvar al suyo ir á la muerte:
Y los lugares mismos, que imprudente
Manchó con liviandades Mesalina,
De Lucrecia ilustró la sangre pura.....

¡Descas que corone tu himeneo
El ángel de las dichas conyugales?
Grata amabilidad, dulce cariño
Reinen en tus palabras. Indulgente
Sostenga tu prudencia un sexo débil.
¡Quieres guardar su fe? Guarda la tuya;
Y en la eleccion presidan solamente
De la razon severa los consejos.

Elegir felizmente: hé ahí la grande,
La delicada em; resa. ¡Venturoso
Quien triunfa en ella! Su envidiable vida
De verde mirto y de risueñas flores
Siembran el tierno amor y el casto gozo.

En el silencio, pues, de las pasiones
Elige tu modesta compañera.

No las gracias tan sólo te cautiven:
Las gracias y el pudor ornén su frente.
Huella con filosófico desprecio
La vanidad del rango y de la cuna,
Y del oro á la sed cierra tu pecho;
Y huye de esas moradas turbulentas,
Siempre á la ociosidad y al vicio abiertas:

Huye de la mansion do la indolencia
Triunfar deja el desorden; do soberbio
El lujo destructor alza su trono;
Y huye principalmente, Aurelio caro,
Del lugar do insolente la molicie,
Entre livianas galas y entre afeites,
Provoca del adultero la audacia:

Allí no está la amiga de tu vida.
Guia, empero, tus pasos á ese asilo,
Donde en el casto seno del retiro,
Delicias de su esposo, una matrona
Dirige de su casa las haciendas,
Y con mano económica reparte
Los bienes que conserva pr visora;
Do, cuando á su consorte llora ausente,
Al encubrirse el sol, cierra la puerta,
Y á la luz de la lámpara, cercada
De sus amantes hijos y sirvientes,

De él ocupada el alma, ora y trabaja.
La virgen que se educa en su regazo,
Y á la sombra feliz de sus cuidados
Crece pura y fragante como el lirio,
Esa tu esposa sea; sus virtudes
Harán tu dicha y honrarán tu nombre.
Tu enojo sufrirá mansa y paciente,
Con la dulce sonrisa de sus labios
El gozo aumentará de tus placeres,
Y cuando á tu morada fatigado
Te vuelvas del afán de tus labores,
Enjugará su mano cariñosa
El sudor de tu faz, y su ternura
Habrá ya preparado en limpia mesa
Manjares que reparen tu flaqueza,
Y de añejo tonel dorado néctar.

Si en lecho de dolor te ve postrado,
¡Quién de una esposa amante los desvelos
Podrá, Aurelio, igualar, quién el cariño?
En su amarga inquietud, de sí olvidada,
En derredor de tí fijará el alma.
La verá á par de tí la luz del día:
En callada inquietud la oscura noche,
Velará á tu testera infatigable,
Y el más leve respiro de tu aliento
Resonará en el fondo de su pecho.
¡Oh santa union! ¡Oh dichas inefables!

¡Y qué diré, si miras de tí en torno
Crecer de tus amores dulces frutos,
Si su virtud naciente te promete
Honrados herederos de tu nombre,
Y de tu ancianidad consoladores?
Cuando los tiernos labios de un infante
Bañucean cariños á su padre,
Cuando sus manecitas inocentes
Se enlazan á su cuello, ¡qué deleites
Son á deleites tales comparables?

Un prudente retiro, los halagos
De una familia honrada; éstas las fuentes
Son de las dichas puras de la vida.
La dulce confianza se halla en ellos;
En ellos de amistad la santa llama,
Consuelo en los pesares y dolores,
Y celestes reciprocos placeres:
Júbilo, paz, amor, virtud, cariño,
A gozar te apresura bienes tantos;
Ese el divino eden es en la tierra.

XI.

Á DELIA.

ELEGÍA.

Ya resuena en mi oído
Del vendabal horrisono el zumbido.
Ya de las hiperbóreas cavernas,
En torbellino rápido girando
Vienen la triste niebla, el duro hielo;
Y el yerto invierno el manto desplegando,
Con macilento velo
La lumbre del mundo nos encubre,
Y en negra oscuridad envuelve el suelo.
Guarda el buey el establo,
Y el triste marinero su barquillo
Cierra en el puerto al áncora amarrado,
Por el fiero huracán amedrentado,
Y la lluvia, la niebla, el frío, el viento,
Me hacen desamparar el campo amado,
Y encerrar solitario en mi aposento.

En él abandonado á mis quebrantos,
¡Qué haré sin el remedio á males tantos?
¡Qué haré sin tu solaz y compañía,
Oh dulce, mal perdida Delia mía?

En tanto que brillaba
De los risueños días la belleza,
Y que naturaleza
Sus gracias y sus dones ostentaba,
La grata variedad de su riqueza,
Del sol esplendoroso la luz pura,
El esmalte del campo,
Su verdor y frescura,

(1) Jantipa, esposa de Sócrates, famosa por su genio bronco y desabrido. (Nota del Colector.)

(2) No nos ocurre quién pueda ser esta Hyparetas, que presenta aquí PÉREZ DE CAMINO como dechado típico de mansedumbre conyugal. No puede ser la Danaida del mismo nombre, que, según la leyenda mitológica, asesinó á su esposo la noche misma del día de sus bodas. (Id.)

Y del gañan tostado
 Las fecundas labores,
 Calmaban de mis penas los rigores,
 Y á veces, por la magia
 De tan hermosos cuadros trasportado,
 Se abría á la esperanza
 Mi corazón llagado,
 Y la de verte ¡oh Delia! un fausto día
 Mi pecho arrebatada de alegría.
 Mas ahora en mi asilo aprisionado,
 Herido de profundas aflicciones,
 Y sin más distracción en mi desvelo
 Que la del pobre fuego con que templo
 La crueldad del hielo,
 ¡Oh, cuál huyen de mí las ilusiones!
 Doquier torno la vista
 Sólo encuentro dolores,
 Y dentro de mí mismo
 Están por mi desgracia los mayores:
 Pues mi tirana lúgubre memoria,
 Me traza de continuo,
 Con tintes más que nunca tenebrosos,
 De mi infelice historia
 Los sucesos mortales,
 Y mi espíritu flaco y abatido
 Sucumbe bajo el peso de mis males.
 ¡Adónde están ¡oh Delia! aquellos días,
 En que estrechado á ti con tierno lazo,
 Riberas del sereno Manzanáres,
 Te decia mi amor en mis cantares?
 En que á la fresca sombra descansando
 Del viejo tronco amigo,
 Que de nuestras primeras
 Dulces declaraciones fué testigo:
 Amarme eternamente me jurabas,
 Tus íntimos afectos me decias,
 Y á mi amoroso beso
 Con tu beso amoroso respondias,
 Adónde están, oh Delia, aquellos días?
 ¡Qué plácidos, qué alegres me lucieron!
 En tu amor embriagado,
 Fuera de tu belleza,
 Nada más codiciaba mi cuidado.
 Tú mi mente saciabas y sentidos.
 El campo solitario,
 Los ruidos bulliciosos
 Igualmente, gozados á tu lado,
 Eran al pecho mío deleitosos.
 De ti tan solo amante,
 Al resto de la tierra indiferente,
 Mecido en tu regazo placentero,
 Era para mí ¡oh Delia! el mundo entero.
 Una sola mirada
 De tus brillantes ojos
 Ahuyentaba de mí duelos y enojos.
 Al són melodioso
 De tu divino acento,
 Mi seno palpitaba de contento:
 Y gozoso, encantado,
 Imaginando eternos
 De la instable fortuna los favores,
 Veía el curso todo de mi vida
 Sembrado de placeres y de flores.
 ¡Con qué gratas quimeras
 Mi espíritu nutrias amoroso,
 Cuando tú me lucias tiempo hermoso!
 Si de una cara madre, me decias,
 Sañuda me privó la parca impía,
 Los cielos á mi bien me han deparado,
 Que amable suplirá con sus cariños
 Y su ternura el maternal cuidado.
 Enlazado con ella
 En cadenas propicias,
 Mis días volarán entre delicias.
 Mío será su pecho, mío su alma,
 Así como es señora
 Deste pecho y desta alma que la adora.
 Comunes nos serán las penas graves
 Y los gozos suaves,
 Y, por una ventura reservada
 A los humanos seres,
 Sentiremos á medias los pesares,

Y gozaremos dobles los placeres.
 ¡Oh vanos pensamientos!
 ¡Qué ha sido de vosotros?
 De mis dichas ¡qué ha sido?
 Todo lo arrebataron recios vientos.
 Todo al perderte, Delia, lo he perdido.
 ¡Ya no contemplaré tu faz divina!
 ¡Ya no veré la frente donde rien
 Las castas gracias y el placer sereno!
 ¡Ya no gozaré el sueño entre tus brazos
 Sobre el cisne mullido de tu seno!
 Inmenso espacio ahora nos separa.
 El Pirene, erizado
 De negros bosques, de fragosa sierra,
 Del país venturoso que te guarda
 A mi amorosa planta el paso cierra.
 Argos fatal, el implacable encono
 De la cima de la áspera montaña
 Me aterra con eterna cruda zaña;
 Y tal vez en el libro del destino
 Escrito tiene ya la parca dura,
 Que léjos de tus gracias,
 Y que léjos del polvo de mis padres,
 Me dé tierra extranjera sepultura.
 ¡Léjos de mis mayores!
 ¡Léjos del dueño mío!
 ¡Y qué amiga ceniza
 Circundará la mía
 De negra tumba en el silencio frío?
 ¡Qué mano cerrará mis muertos ojos?
 ¡Quién me dirá los últimos adioses,
 Cuando al asilo umbrío
 Guite fúnebre pompa mis despojos?
 Muchas veces al día,
 Del seno, do los guarda mi ternura,
 Saco el caro marfil en donde el arte,
 La imagen imprimió de tu hermosura,
 Y la sutil madeja de cabello
 Que con está suspendido de mi cuello;
 Prendas que tú me diste, dolorida,
 En nuestra lastimera despedida.
 Cuando miro estas raras perfecciones,
 Que fueron el encanto de mi vida;
 Cuando estos ojos miro,
 Cuya brillante lumbre
 Era muerte de altivos corazones:
 Estos radiantes ojos do yo via
 En mi encendido anhelo
 Cerrarse, abrirse y sonreír el cielo;
 Y cuando estos cabellos contemplando
 El donaire recuerdo con que sueltos,
 Y en bucles mil flotando
 Por tu garganta hermosa
 El lirio realzaban y la rosa,
 Y despues considero
 Que de todo una sombra en estas prendas
 Me ha dejado tan sólo el hado fiero,
 Mil suspiros ardientes
 En mi angustiado pecho se atropellan.
 Mis labios, apegados
 Sobre estos dos objetos adorados,
 En ellos mi dolor y mi amor sellan,
 Y en lágrimas dolientes,
 De mis ojos cansados,
 Corren inagotables tristes fuentes.
 Así en amargas penas alternando
 Paso los negros días
 Sus sombras á la noche demandando:
 Sus sombras, pues tan sólo en sus horrores
 Hallan alguna tregua mis dolores.
 La tenebrosa noche destinada,
 Entristeciendo el cielo,
 A redoblar de un misero el desvelo,
 La noche con su carro pavoroso
 Y su lúgubre calma es mi consuelo,
 Y aun á veces en ella soy dichoso.
 De padecer rendido
 Mientras alumbra el sol á los mortales,
 Suele, cuando la noche tiende el manto,
 Ceder, sin que lo advierta mi tristeza,
 A su debilidad naturaleza;
 Y encontrando el remedio de mal tanto

En su causa importuna,
 Me halla tal vez en brazos del reposo
 El carro silencioso de la luna.
 Entónces del país en donde moran
 Los engaños risueños,
 Descienden á mi alivio por momentos
 Mil alegres ensueños,
 Y con ala ligera
 Juegan en mi agitada cabecera.
 Os veo entónces plácidos raudales
 De la feliz Iberia,
 Claro, nativo cielo,
 Florestas, bosques, campos burgaleses,
 Gloria del castellano patrio suelo.
 Os veo; de alegría
 El corazon deshecho,
 Vuelo al tranquilo techo
 Do vi la luz del día;
 Y ante él postrado, sumergido en llanto,
 Mil y mil veces beso el umbral santo.
 Os veo entónces, madrileños valles,
 Y á tí, limpio tranquilo Manzanáres;
 Y á tí te veo, á tí principalmente,
 Mas que nunca de encantos
 Y de constante fe resplandeciente,
 Beldad á quien adoro,
 Mi solo amor, mi lumbre, mi tesoro.
 Yo te veo, te toco, te oigo, te hablo.
 Mis brazos con tus brazos se encadenan;
 Mi cuello se une á tu nevado cuello,
 Y mis labios aspiran
 El ámbar que los tuyos
 Entre nácar y púrpura respiran.
 ¡Quién puede referir las castas dichas
 Que amor prodiga y que la noche encubre!

¡ Oh placeres ! ¡ Oh amor ! ¡ Oh caro dueño !
 ¿ Por qué toda mi vida no es un sueño ?
 ¡ Mas tú, Delia, te acuerdas de tu amante ?
 ¿ Te cuesta algunas lágrimas su ausencia ?
 ¿ Cuál es el bosque umbroso,
 ¿ Cuál es la soledad que los suspiros
 Recoge de tu pecho congojoso ?
 ¡ Ah, cuántos seductores
 Cercarán tu beldad : qué de asechanzas,
 Péridos, tenderán á tus amores !
 ¡ Cuántos en su despecho
 Vencer intentarán tu virtud pura,
 Pintando desleal mi firme pecho !
 ¡ Crueles, aun quereis arrebatar me
 El solo bien que entre desgracias tantas,
 Le plugo á la fortuna conservarme !
 ¡ Oh Delia ! miéntas tanto que palpites
 Mi corazon amante
 Dentro del seno mio,
 Por tí serán mi amor y mis desvelos.
 Tú sola reinarás en mi albedrío,
 Tu mirada primera
 Decidió del destino de mi vida,
 Y si ia ingrata suerte
 No me concede verte,
 Sino cuando la edad encanecida
 Haya mi frente trémula nevado;
 Y cuando al abrazarte,
 Débil tiemble mi brazo desecado,
 Aun verás en mis ánsias,
 Aun sentirás en las caricias mias,
 Ia que en mi pecho ardía dulce hoguera,
 En los floridos días
 De mi fausta y brillante primavera.

DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL ILMO. SR. DON FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Nació DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE en Lorca, provincia de Murcia, á 25 de Diciembre de 1785. Fueron sus padres los señores don José María Musso y Albuquerque y doña Joaquina Pérez Valiente y Brost, hija de los Condes de Casa-Valiente. Educóse en Madrid, en clase de interno, en el Seminario de Escuelas Pías de San Fernando de Lavapiés, y después, puesto bajo la direccion del padre Chevalier, clérigo de la emigracion francesa, estudió la filosofia en San Isidro, y matemáticas en la Real Academia de San Fernando. Trasladado á Lorca, á poco estalló la guerra de la Independencia, en la cual, abrazando la causa de la patria, fué individuo de la Junta de Murcia cuando apenas contaba veinticinco años. Por entónces contrajo matrimonio con la señora doña María de la Concepcion Fontes y Reguera, de singular virtud y belleza.

Profesando las ideas liberales desde su aparicion en España, obtuvo, en 1822, el primer premio de elocuencia, propuesto por la Real Academia Española, cuyo asunto fué un discurso gratulatorio á Fernando VII por haber jurado la Constitucion; mas, distinguiéndose por la templanza de sus opiniones, fué jefe del partido moderado en Lorca, y sufriendo el embate de las contrarias, hubo de emigrar á Gibraltar, en 1822. Restituido á su patria, y fijando su residencia en Madrid, se dedicó exclusivamente á las tareas literarias, ingresando sucesivamente en las Reales Academias Española, de la Historia, Greco-Latina, y de Ciencias Naturales. Obtuvo premio en público concurso por el estudio de la botánica, y escribió la descripción y precio de los cuadros para el catálogo del Museo.—En 1855 fué nombrado por el Ministro don Javier de Búrgos Subdelegado de Fomento de la provincia de Murcia, cuyo gobierno ejerció hasta que en 1854 fué

trasladado al de Sevilla. Allí se negó con lealtad y noble entereza á formar parte de la Junta que en 1835 se creó contra el Gobierno central. Vuelto á la corte y á sus tareas literarias, en ellas perseveró, siendo una de las lumbreras de sus Academias, hasta que en 31 de Julio de 1838 espiró en brazos de sus hijos y de sus mejores amigos. Dotado de vasta instruccion, exquisito gusto é infatigable laboriosidad, buen padre y buen patricio, sobresalió Musso, no ménos por la pureza de su fe, por la rectitud de sus ideas y por su vida ejemplar.

POESÍAS.

Á LOS ESPAÑOLES, EN SUS DISCORDIAS CIVILES.

(1823.)

¿Qué insólito furor en vuestras venas
Arde, españoles, hoy? Aun humeante
En sangre ajena y vuestra la campaña,
Ya os enardece rabia devorante
Las fieras almas de piedad ajenas.
¡Y el campo en sangre baña,
Vuelta contra vosotros vuestra saña!
¿Dó vais?..... ¿dó vais, frenéticos y airados?
¡Proclamaís libertad y dais la muerte!
¡Oh dura, infanda suerte!
De furias infernales agitados,
Volveis en torno centellantes ojos,
Haciendo muestra del puñal sangriento.
¡Sólo se escucha fúnebre lamento,
Sólo se miran pálidos despojos!
¿Dó os precipitan ya vuestros enojos?
¡Hispano á hispano! ¡oh crimen!... ¡oh miseria!...
¡Hermano á hermano!..... ¡oh despiadada Iberia!
Ajena de consejo generoso,
Presto el brazo sacudes enemigo,
Y á tus piés yace todo derribado;
El amigo demándate el amigo,
La esposa dulce el malogrado esposo;
La tierna madre el hijo regalado.
Mas tú, moviendo el pié desatentado,
Los oídos cerraste empedernida,
Y con feroz sonrisa respondiste
A su gemido triste.
Mientras, el claro varon cayó sin vida;
Al rozagante jóven marchitaste;
Robaste el brío al inclito guerrero,
Y á los sabios la lengua;
¡Oh ceguedad! ¡oh vilipendio! ¡oh mengua!.....
¿Dó tus glorias están? ¿Dó tu corona?
¡Vano clamor!..... ¡el cielo te abandona!
Cubre, nuncia de ira poderosa,
De Gádes á Pirene espesa niebla;
Horrisono fragor el alma en hielo
Torna, y súbito rasga la tiniebla
Llama fugaz; con furia estrepitosa
Cárdenas alza el mar ondas al cielo;
Hendiendo el aire vago en presto vuelo,
Lanza el infierno funeraria tea;
Con amarilla faz y ensangrentada,
Tiende la mano osada
Contra tí, Hesperia; y llama á la pelea,
Y acuden á su voz monstruos horribles.....
¿Adónde están tus hijos invencibles?
Voces de ¡herid! ¡matad! el labio suelta;
Vibra el hierro sediento,
Buscando ansioso en quien sus iras bebe;
Muertes escupe el bético tormento,
Y á tierra viene, en polvo y humo envuelta,
La robusta ciudad, ceniza leve.
No así, al mover Cartagines alevé
Tenaz ariete contra tí, oh Sagunto,
En la hoguera, que intrépida encendiste,
Leál te consumiste;
Que con tu fin lloró su escarnio junto.

No así cuando cansaste la arrogancia
De Roma, oh gran Numancia,
Uno vió y otro ejército deshecho,
Domada, la del mundo domadora,
Por muro opuesto tu esforzado pecho.....
¿Cómo tan alto honor hoy calla mudo?
¿De vos un pueblo igual nacer no pudo?
¡Oh de antigua virtud triste memoria!
¡Oh ilustre sangre en vano derramada!
¿Por qué la augusta sien mostraste ornada,
Oh excelso fundador, de nueva gloria?
¿Por qué, sobre el Ausonio derrocado
Al brazo tuyo en su ruina armado,
Noble Ataúlfo, el trono godo alzaste?
Cual otro sol de Hesperia resplandeces,
Si loa no mereces
Mayor, oh Recaredo, que doblaste
A Jehová en culto cierto la rodilla.
¡Oh tú, por quien, depuesto el ceño torvo,
La gótica nacion leyes recibe,
Y á mover el arado se apercibe
La diestra, que vibraba el arco corvo!
¡Oh tú, que los pendones de Castilla
Tremolas en la espléndida Sevilla,
A dó tus pasos victorioso lleva
Dios, que á su seno desde allí te eleva!
Virtud preciada esta región dichosa
Con argentada luz vivificaba,
Y de sus labios con la voz suave
Los corazones fuertes alentaba;
El alma te aclamaba congojosa,
Rendido el sufrimiento al peso grave,
Porque el rigor de inquieto afán acabé.
Luégo, postrada ya la media luna,
Escarlar presto la sublime esfera
Vuestra ambicion quisiera,
Y robar el timón á la fortuna.
No el dique, por el dedo omnipotente
A la soberbia puesto de los mares,
Frenos bastó á poner al pensamiento,
Desafiar del húmedo elemento
Osáis en quilla frágil los azares;
Do sus rayos sepulta el sol iciente,
Tierra buscaís por otro floreciente;
Y quebrando sus puertas eternas,
Hollasteis de otros orbes los umbrales.
Monarcas, de vosotros ignorados,
Vieron sobre sus cuellos la cadena,
Que del cielo enviados,
Pusieron allí vuestros soldados.
¿Qué pueblo no lloró su fin presente,
Si vuestra fuerza le amagó inclemente?
¿Qué trono estuvo en pié? ¿Ni cuál escudo
Pudo bastar á vuestro embate rudo?
Oprobio ahora, escarnio de naciones,
¿Cómo, cogido ignominiosa afrenta
Habeis, en la carrera, por laureles?
No Iberia agraviados reparar intenta,
Sino empañar sus timbres y blasones.
De odio mutuo sus hijos beben hieles,
Al rencor inhumano sólo fieles.
¡No hay fe, no hay más amor! Léjos ya vuela
La justicia, y la paz el rostro esconde;

Mas al clamor responde
 La discordia, y sus términos asuela.
 ¡Ved cuál yace de España la grandeza!
 ¡Ved cuál por vos la patria resplandece!
 Es ésta vuestra ingénita braveza,
 Y el santo fuego que la mente inflama,
 Y gloria y dicha perennal derrama?
 ¡Oh cielo! ¡oh Dios! Al descubrir apenas
 Su lumbré en un abismo la esperanza,
 ¡Saltadora venganza
 A que los suma en otro los condenas?
 Cual nómada león, á quien dormido
 Astuto cazador con hierro oprime,
 Despierto ya, revuelve la guedeja,
 Iracundo avalanzase, forceja,
 Y el lazo desatar, que le reprime,
 Queriendo en vano, atronador rugido
 Despide, y cae, de su furia herido;
 Tal la que vuestros ánimos enciende,
 ¡Mientras más la agitaís, más os ofende!
 ¡Tenedla, suspended el loco intento!....
 ¡Desventurado error! ¡Miserá España!
 Sombra, que aun no tocada ya es perdida,
 Adorais.... ¿Qué ilusión así os engaña?
 ¿O qué mentido bien finge el acento?
 ¿Fué nunca el frenesí quietud cumplida?
 ¿La cárcel libertad? ¿La muerte vida?
 Blandiendo la cuchilla, las dulzuras
 Quereis gozar, que niega suerte avara
 Al delito, y depara
 Al que levanta al cielo manos puras.
 ¡Nunca Pelayo el ánimo encendiera
 Al Astur! ¡El alfanje sarraceno
 Nunca envainará el vencedor tirano!
 ¡Oh!.... ¡Preso siempre el cuello del cristiano
 Al yugo musulmán, del Agareno
 La aborrecida ley triunfado hubiera!
 El Godo á impulso bárbaro muriera;
 Mas sus nietos la hazaña no borrrán.
 ¿Quién á ruina tal tendrá su llanto?
 Escándalo seréis á las edades,
 Y vendrán de entre bárbaras regiones
 Diciendo: «¿Qué se hicieron las ciudades?
 ¿Dónde está el trono que se alzaba tanto?
 ¿Dónde páran los fuertes campeones?»—
 Mas oirán repetir lúgubres sonos:
 «A España fin los españoles dieron.»
 Unióse el deshonor á la perfidia,
 Hija de seca envidia,
 Y maldades sin número nacieron.
 Siglo en culpas fecundo trajo el nuestro,
 Harto de sangre y oro; el albedrío
 Rindió el guerrero en tálamo manchado
 A bellezas inmundas desbocado;
 De iniquidades caudaloso río
 Arrebata el desnudo, apaga el estro.
 En vano en són siniestro
 Invoca, libertad, tu poderío
 Gente dura al honor, al vicio blanda....
 ¡No hay libertad do la virtud no manda!

EL TRIUNFO DE JESUS.

¡Alégrate, Sion! Éste es el día
 De paz y de contento;
 ¡Torne, torne á tu pecho la alegría!
 ¡Cese el triste lamento!
 El cilicio depou, alza del suelo;
 Unge la faz brillante;
 Mueve la voz; ¡la suya eleve al cielo
 La cítara sonante!
 ¡A tí viene tu Rey! Del tenebroso
 Abismo se levanta;
 Venció al dragon; aclámale glorioso;
 Nuevo loor le canta.
 ¡Hosana al vencedor! Al que fué hecho
 Señor de las naciones;
 ¡Cayó, cayó el soberbio ya deshecho!
 Rotos vió sus pendones.
 Humille el mundo la ceñuda frente;
 Suba, ensálcese el valle;

Manc aguas vivas de Sion la fuente,
 Que á sedientos acalle.
 Florece vária, y gózase la tierra;
 Huye el mar, y se asombra
 Cuando en Oriente fulgido destierra
 El sol la parda sombra.
 ¿Quién es el que á las huestes confundidas
 Derribó con su aliento?
 Y ¿quién sobre sus tiendas abatidas
 Colocó el alto asiento?
 Dejó el trono, y los cielos se inclinaron
 Bajo su pié divino,
 Y cual hoja flexible se arrollaron
 Cuando á su pueblo vino.
 A salvar á Israel el brazo extiende,
 Que armó de saña é ira;
 Al lago profundísimo descende,
 Y de allí le retira.
 Sobre El en vano con bramido horrendo
 La boca abrió furiosa;
 La devorada presa dió gimiendo
 La muerte pavorosa.
 ¡Sal, hija de Sion! Ya resplandece
 En tu alcázar su lumbré;
 Ante ella, de los astros se oscurece
 La inmensa muchedumbre.
 Sobre el alado trueno cabalgando
 El universo agita,
 Y el flamígero rayo disparando,
 Al impio precipita.
 No poder basta, no furor altivo
 A resistir alcanza;
 ¿Quién á probar se atreve del Dios vivo
 La terrible venganza?
 ¡Ojalá á mi clamor pio respondas,
 Y paz al alma digas,
 Y de la muerte en la mansion me escondas,
 Mientras al orbe castigas!
 A tu rigor mi vida desatada,
 El polvo vil la herede;
 Hasta que entre ruínas desquiciada,
 La esfera ante Tí rueda.
 Dulce sueño durmiendo, del olvido
 En la cárcel estrecha,
 Tu voz entonces herirá mi oído
 Cual penetrante flecha.
 Y volaré, y veré la refulgente
 Luz, que tu solio viste,
 Y el alma coro oiré que reverente
 En torno tuyo asiste.
 Reina en tu pueblo; solo Tú domina
 Del uno al otro polo;
 Sé siempre, ¡oh Dios! con hostia de tí dina
 Adorado Tú solo!

SONETOS.

I.

Elfrida, reina de Inglaterra (1).

No en amor, sino en iras encendida
 Y de furor nublada la alba frente,
 Tributo humilde rinde al Rey potente,

(1) Elfrida, reina de Inglaterra, segunda esposa del rey Edgar. Dotada de incomparable belleza, llegó su fama á oídos del Rey, el cual envió á su favorito Ethelvoldo á que se cerciorase de si ésta era cierta, y la pidió á su padre. Enamorado de ella Ethelvoldo, la pidió y obtuvo para sí; mas no faltó quien lo descubriese al Rey, que dijo á su ministro que quería dispensarle la hora de visitar á su mujer.

El afligido esposo reveló á ésta todo lo sucedido, suplicándole ocultase su belleza á los ojos del Monarca; mas Elfrida, indignada de que aquella s'perchería le hubiese arrebatado la corona, desplegó todos sus encantos á la vista del Rey, el cual se prendió de ella, y habiendo ase-inado á Ethelvoldo, le dió su mano (*). (Nota del Autor.)

(*) Esta dramática leyenda ha servido de asunto á un poema trágico, con coros, á la manera de los antiguos, del poeta inglés del siglo XVIII, Guillermo Mason. (Nota del Colector.)

Fingiendo obsequio su rencor, Elfrida;
De su fatal belleza envanecida,
De la corona el rapto no consiente,
Y olvida al amador, que en llanto ardiente
Envuelta el alma le entregó rendida.
De la rabia que el pecho le devora
Ministra impía, á su ambicion insana
Trono cruento dió mano traidora.
¡Oh de infame hermosura gloria vana!
Con sangre compra, del que fiel la adora,
Odio del mundo y nombre de tirana.

II.

A Letizia Cortesi, en la ópera *Zelmira*.

Alza osado el puñal ministro de ira,
Y la audacia Antenor muda en despecho,
Mientras suena el aplauso al alto hecho
Con que defensa al padre fué Zelmira.
Elisa parte, lánguida suspira,
Y con gemido el corazón deshecho,
Lanza lloroso adios, y rinde el pecho
Del opresor, que ya piedad respira.
Mas cuando usurpa tu cantar divino
De ambas, Letizia, el nombre, ¿á quién no mueve
A repetir suspenso tus loores?
Así fué de tu voz alto destino
Que vencidas las almas siempre lleve,
Ya fiera mandes, ya abatida llores.

III.

A su esposa, la señora doña María de la Concepcion Fontes, con ocasion de haberse cubierto el rostro con la mantilla al divisarla.

No corras, no, con tímido recelo
Sobre la del amor lumbre divina,
Por hurtarla á mis ojos, la cortina,
Con nubes escondiéndome ese cielo.
En vano la ocultó cándido velo,

Si el corazón solícito adivina
Y va á coger la rosa peregrina,
Pasando el muro con osado vuelo.
¡Deja, mi bien, que al verla se enajene
Quien á solas gozándola suspira,
Porque su ardiente sed no alivio tiene!
¡Ablanda el pecho; ve que se retira
La juventud, y helada vejez viene.....
Y ya que no el amor, el tiempo espiral

LA CIERVA HERIDA.

Con la roja sangre tiñiendo
La menuda hierba,
Desalada al bosque va huyendo
Mal herida cierva.

Rompe el seno la flecha dura;
Cobrar quiere aliento;
Con cansado esfuerzo procura
Dar la voz al viento.

¡Y al salir, quedándose helada,
Voz y aliento pierde!
Se derriba al fin desangrada
En la alfombra verde.

Y la faz levanta llorosa,
Y hácia el cielo mira,
Y la noche al ver tenebrosa
Doliente suspira.

Ya la frente lánguida abate;
De su dura suerte
Ya vencida, acaba el combate
La tirana muerte.....

Do gozarse un tiempo solia
Entre tanto brama,
Y á la madre, que ya no le oía,
El cervato llama!

DON FÉLIX MARÍA HIDALGO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en San Fernando, por los años de 1790. Estudió en la universidad de Sevilla filosofía y jurisprudencia, y humanidades con Lista, Blanco y Reinoso. Fué nombrado Catedrático interino de Literatura en la misma universidad, en 1822; en el propio año Alcalde constitucional de Sevilla, y en 1825 Juez interino de primera instancia de Cádiz. En 1854 obtuvo la plaza de secretario del Gobierno civil de la provincia de Huelva. Murió en 1855.

Su obra más conocida es la traducción de las *Églogas de Virgilio*, la cual, según opinion de doctos críticos, es acaso la más perfecta que de estas églogas se ha hecho en versos castellanos. Fué publicada en Sevilla (imprenta de H. Dávila, Llera y compañía, 1829), con ilustraciones extensas y curiosas notas, llenas de erudicion y sano criterio.

POESÍAS.

ODAS.

I.

La España restaurada por la victoria de Ballen (1).

¡Qué furioso escuadron se precipita
De la escarpada cumbre de Pirene
Sobre la gran Hesperia, que olvidada
Yacía en paz amada?
¡Es el Romano fuerte y aguerrido,
Invicto domador de las naciones,
Que con altivo brazo belicoso
El yugo ponderoso
Impone al cuello de soberbios reyes?
¡Es el Vándalo fiero, que vibrando
En la fornida diestra el asta fuerte,
Entre orfandad y muerte
Del antiguo Jafet la porcion bella
Envuelve atroz, y en nube tenebrosa
El genio oscureciendo,
La tártara ignorancia va esparciendo?
Cual hórrida tormenta que engendrada
Allá en el seno del helado Arturo
Del Aquilon y Bóreas en los brazos
Vuela, y en mil pedazos
Ardiendo en fuego cárdeno se rompe
Sobre el campo de espigas, que alma Céres
Pródiga diera al labrador paciente;
El, con sudosa frente
Cultivando la tierra, esperó el premio
De su rústico afán; mas ¡ay! el hado
Le roba su esperanza y su alegría;
Mira la nube impia
Talar el campo fértil y opulento,
Ya en tostadas pavesas convertido;
Do quier lleva los ojos,
De la enemiga llama ve despojos.
Tal orgulloso viene amenazando
Ese fiero escuadron. Nobles Iberos,
Volad; ¡ay! que, en sus fuerzas confiada,
Política malvada
Cubre con seductor cándido velo
El dolo astuto y la ambicion furiosa.
¡No veis, no veis la turba vocinglera
Que con planta ligera
Corre atrevida la engañada Europa,
Desolacion sembrando, sangre y muerte,
Desde el ameno Tajo al Istro undoso
Y al Vístula selvoso?
Ved las régias diademas desceñidas
Con sacrilega mano. Los gemidos
De la asolada tierra,
¡No os moverán á la forzosa guerra?
Mas ¡ay! necios se fian, y la turba
De la alta sierra se desliza ufana,
Y el seno de la Iberia va inundando,
Sus víctimas contando.
Mirad, mirad cuán insolente y fiera
La tresdobla máscara se quita
De su faz orgullosa é insultante
El águila rapante.
Sobre la ilustre prole de Pelayo
¡Cuántos baldones lanza, cuánta muertel
Ya, españoles, la patria consternada,
Por la traicion violada,
Pisa la margen del profundo abismo;
Y entre dolor y confusion y espanto,
Su libertad querida

Llorais, vilmente á la maldad vendida.
Como Trinacria en tenebrosa noche
De ominosos relámpagos cargada,
Tiembra aterrada, súbito gimiendo
Al estampido horrendo
Con que el Etna bramante precipita
De su profundo y abrasado seno
Cárdenos globos en ardiente nube
Que hasta los cielos sube,
Amenazando la terrible muerte,
Y el misero habitante pavorido
En medio del fragor estrepitoso,
Con pecho congojoso
Huye veloz el mal seguro lecho
Por preservar la amable dulce vida,
Tal Iberia engañada
Gimió á los golpes de traidora espada.
¡Y triunfarás? ¡Con atrevida mano
Sobre la fuerte Iberia cargarías
El torpe yugo que á la Europa inflama?
¡Ah! derrama, derrama
Ibera sangre en caudalosos rios;
Serás vándalo atroz, serás furioso
Homicida traidor; mas ¡ah! no aguardes
Con ardidés cobardes
Ligarla, fementido, en tus prisiones.
¡Cuándo del miedo el rostro pavoroso
Vió la española gente? En lid abierta
Logrará franca puerta
A su gloria inmortal y á tu castigo;
Así del Atlas el leon rugiente,
Rompiendo su cadena,
Destroza al cazador sobre la arena.
Que no el constante y valeroso Ibero
A vil esclavitud se rinde torpe,
Cual los hijos estúpidos del Nilo;
Ni á tu sangriento filo
Teme, como el cobarde degradado
Habitador del Lacio; ni tus armas,
Cual Esclavon, implorará rendido,
Librando seducido
En pérdidas promesas su ventura,
Y si versátil la fortuna ciega,
Ayudada de Marte estrepitoso,
Te ensalzó victorioso
Sobre Jena y Friedland, teme que sea
La grande Iberia á tus laureles tumba,
Y, tu orgullo domado,
Gimas, *tirano*, á su valor postrado.
Y gemirás, traidor..... Que ya el sagrado
Fuego de la lealtad y patriotismo
En tu pecho prendió, ya se levanta
Con vengadora planta
A lavar su ignominia con tu sangre
El Ibero ultrajado; el que otro tiempo
Hizo temblar el alto Capitolio
Y de Quirino el solio;
Aquel que en ocho siglos de victorias,
Les africanas huestes aterrando,
Rompió animoso la cadena impla
Que la España oprimia,
Es el que marcha altivo y denodado
A rescatar su rey, su honor, su patria.
Tiembra, tiembra, *tirano*,
Que el cetro caiga de tu impura mano.
Marchad, marchad á la victoria excelsa,
Hijos del gran Pelayo..... ¡Mas qué lumbre
Hiere mi vista? Bien como el tonante
Ministro fulminante
Vengador de Saturno? ¡Cuál abrasa
Los pechos españoles! ¡Veis cuál sale
Del almo seno de Hispalis la bella,

(1) Esta oda fué publicada en Sevilla, el año de 1803.

Y su viva centella
Corre voraz y la traición consume,
Y quema hasta las huellas del delito?
¿No advertís cuál reluce amenazando
A ese pérfido bando,
Y muestra á los Iberos la ardua senda
De gloria y libertad? ¿No veis el monstruo
Cuál sobre el trono impío
Vacila errante en su pensar sombrío?
Sí, *tirano*; la insignia del combate
Que pende ya del hispalense muro
Tu soberbia confunde. Ya en tus iras
De la serpe respiras
El ponzoñoso aliento; ya sintiendo
Cual los laureles tuyos mal habidos
Se desenlajan de tu impura frente,
Tu ambición más demente
En furores inútiles se exhala;
Ellos, empero, de tus sienes huyen,
Y á ceñir van en triunfo duradero
Las del valiente Ibero;
Del intrépido Ibero, que arrojando
Las legiones del mundo vencedoras,
Te intima justa guerra
Y da salud á la oprimida tierra.
¡Oyes, oyes cuál truena el estampido
Del cañon homicida, estremeciendo
Las bases del fragoso Mariana?
¿No ves la muerte insana
Cuál vaga enfurecida en tus falanges?
Mira, *tirano*, mira ya rendido
Tu famoso adalid, Dupont el fiero,
Al valiente guerrero,
Al invencible, al inmortal *Castaños*;
Mira cuál te arrebató de Marengo
El laurel decantado; cuál glorioso
Se ensalza victorioso
Sobre el campo de Andújar. Sí, una muestra
Sola de su valor y su pericia
Aterra tus legiones
Y anuncia libertad á las naciones.
Félice tú, *Castaños*, y el augusto,
Sabio *Senado*, que ordenó tus glorias.
Entonad, españoles, ya dichosos,
Himnos armoniosos
De eterna gratitud á los varones,
A los famosos héroes, que supieron
Restaurar la patria ya perdida,
La libertad, la vida.
Sí; que la madre Iberia en el oscuro
Cáos de confusión vagaba incierta,
Cayendo ya al abismo de la nada;
Y tronó denodada
Entonces vuestra voz: *España sea*,
Y España fué. Vivid, vivid felices,
Y grabad vuestros nombres
En la memoria eterna de los hombres.

II.

El triunfo de la constancia española (1).

Ellos son, ellos son. Rasgóse el velo
Que ocultaba sus pérfidas traiciones.
¡Sangre, sangre no más! Ved los verdugos
En horrible matanza encarnizados
Contra el pueblo indefenso, que clamaba
Ultrapasado su honor, su rey vendido.
Trocóse la amistad en tiranía,
Y el hospedaje en negra alevosía.
¡Libertad, libertad! Númen sagrado,
Faro de salvación y de venganza!
Libertad, libertad, Mántua pregona.
En alas de los vientos voladores
El eco de la gloria conducido,
Los altos montes libertad repiten;
Y los ríos corriendo presurosos
La esparcen por los mares anchurosos.

El fiero monstruo del clamor herido
Sobre el trono de muerte vacilando,
Una sima horrorosa ante su planta
Súbito abrirse vió. ¿Tiemblas, perjuro?
España sola tu poder insulta;
España sola te provoca á guerra;
Y vengada de tí con fiera saña,
Tumba de tu poder será la España.
Sí, sí, traidor. En pechos españoles
No se hermanan virtud y tiranía.
Esas fieras legiones, que inundaron
De llanto y sangre y de terror la Europa,
No lucharon jamás con hombres libres.
Morir, sólo morir. Tu sangre odiosa,
Mezclada con la nuestra en mar cruento,
Brotará la salud y el escarmiento.
Ve como vuela al campo de venganza
El guerrero español, desnudo el pecho,
Mas de valor y rabia guarnecido;
Sin armas, sin caudillos, sin banderas
Te busca ¡aleve! en desigual combate;
Como el león herido á su contrario
Va furibundo, y con rugido horrendo
Lo despedaza, el monte estremeciendo.
Mas ¡qué furor de guerra se levanta?
¿Cuál truena en derredor!... ¿Retiembla el suelo?
¿En dónde están?... Vencidos. ¿Los traidores!...
En un día pagaron su perfidia.
¡Oh manes de Madrid! ya estais vengados.
Cubrid, doncellas, de azucena y rosas
Los caminos, que marchan prepotentes
Al Capitolio ibero los valientes.
Ya somos libres. El augusto Bétis
Alzóse airado, y en su inmenso seno
Los sumergió. El Turia embravecido
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y los traidores, de pavor cubiertos,
Huyen; y el Ebro en rápida corriente,
Con bramar espantoso, á los salados
Mares lleva sus cuerpos destrozados.
¡Loor, gloria sin fin! Mas ¡qué! ¿resisten?
¿Otro torrente, y otro, de asesinos
Del fragoso Pirene se desprenden?
En vano su baldon borrar procuran.
Si aún resta que vencer, nuevo escarmiento,
Nuevo lauro será. La misma espada
Que enlutara sus sienes ominosas,
Aun brilla en nuestras manos victoriosas.
Guerra, guerra y horrores. El impío
En estrago y crueldad su infamia oculta.
La triste madre mira degollado
En su regazo al hijo que adoraba;
El ministro de Dios con ignominia
Es víctima sangrienta; tierna virgen,
Vil despojo de insulto abominable,
Perece sobre el lecho, inconsolable.
Aquí y allá, y en derredor los pueblos
Y el sacrosanto penetral, do habita
El Dios de paz, sacrilegos incendian.
Una hoguera la patria. Al cielo suben
Envueltos en las llamas sus delitos.
El sol veló su faz cuando los techos
Con horrible fragor se desplomaron,
Y al infante y la madre sepultaron.
No es la patria el hogar. La patria vive
Dentro del pecho. Talen y destruyan.
Si el mar rompiendo sus eternos grillos
Sobre la tierra adelantará un paso,
La fuerza que á los tigres y leones
Ayunta y rige, y taja las montañas,
Ni á enfrenarle jamás fuera potente,
Ni á esclavizar á la española gente.
Lágrimas de rencor vierte el anciano,
Porque la espada sostener no puede.
La triste viuda al huérfano venganza
Le pide de su padre asesinado.
Llora el amor. Las teas encendidas
De Himeneo se apagan; la corona
Nupcial, trocada en casco refulgente,
Cine del joven la gallarda frente.
¡Cuánta lucha do quier! A la montaña
Trepas ardiendo el cañon, y centellando

(1) Fué premiada esta oda por la Sociedad Económica de Amigos del país de Sevilla. (Nota del Colector.)

Otro á la par pasca la llanura.
Cunde el fragor, retumban las esferas;
Roba el humo la luz, sus rayos tristes
El sanguinoso acero multiplica;
Y al hondo mar la sangre caudalosa
En raudal encendido va espumosa.

Tendió la muerte sus horrendas alas.
Todo es luto. Se obstinan los valientes;
Y los traidores; se huyen, y se buscan;
Se acometen, se hieren, se destrozan.
Allí Gerona y Zaragoza invictas
Sepultan vencedores y vencidos.
Do quier furioso el homicida bando
Muerte y esclavitud marcha gritando.

Una esperanza á los valientes resta;
Salvar gloriosos el honor intacto
De sus mayores, y morir. ¡Oh! ¡dónde,
Dónde, Pelayo estás! Vuelve á la vida,
Inclito autor de la familia hispana;
Vuelve y empuña su terrible acero,
Y torne á ver la esclavizada tierra
Cuánta excelsa virtud tu tumba encierra.

¡Oh, vuelve, vuelve! A las riscosas breñas
Mira otra vez tu pueblo refugiado
De otra nueva traición más horrorosa.
Los campos ¡ay! de tu valor testigos,
Los pueblos que tu brazo rescatara,
Toda tu herencia... ¡Oh Dios! Mas ¡ah! no temas;
No temas, no, que manche nuestra historia
Los fastos inmortales de tu gloria.

Mira asediado en el hercúleo puerto
Al pueblo, que dos mundos abarcaba,
Cuál clama salvación. El eco vuela,
Y en la Albuera retumba, y va á estrellarse
Del Tórmes rojecido en la corriente.
Llevada por el Austro y por el Noto,
Del mar del hielo hasta la ardiente arena,
La voz de gloria y salvación resuena.

Al eco poderoso conmovida
La triste Europa, en sus robustas manos
Sintió los hierros, y tembló. La vista
Giró en torno de sí, y el ara santa
De independencia en el preciado seno
Vió de Gádes arder; como la aurora
Del polo brilla, y á su lumbre pura
Se precipita al mar la noche oscura.

La vió, se conoció, y enfurecida
Quebrantó las cadenas ominosas
Que su valor indómito aherrrojaban.
¡España! ¡España! en repetido acento
Clamó; y España, desde elcano Volga
Resonó hasta el Atlante. España invicta,
Es la señal que lleva á la victoria;
España es el modelo de la gloria.

¡A dónde esos feroces confundidos
Huyen? Tened; áun resta á la venganza.
No, no es bastante la vertida sangre
Nuestro honor á lavar. Dadnos, perjuredos,
Dadnos al rey que nos habeis robado;
¡Oh! dadnosle.... En Vitoria los alevés
Aterrados sus lauros nos dejarán,
Y en la fuga sus restos se salvarán.

Sus, valientes; que mueran, repetan
Los hijos de Barcino. El brazo armado
Iba ya á descargar el postrer golpe,
Y los traidores, de pavor cubiertos,
Pálidos á Fernando nos presentan;
Y á Fernando y la patria vencedora
Celebra el pueblo Ibero alborozado
De lauro sempiterno coronado.

¡Oh patria! ¡oh patria! Dame que mi vida
Espire en tu cantar. Dame que lleve
Tu fausta gloria á los remotos siglos;
Que tiemblen á mi acento los tiranos;
Que te acaten los pueblos belicosos,
Y eternamente la traición repitan;
Y vengados admiren tus leones,
Que dieron libertad á las naciones,

En la primera misa de don Manuel María Barrera y Toloxano; en la profesión de su hermana, la monja sor María de la Concepción, de la Santísima Trinidad, celebradas las dos en el convento de Santa María de los Reyes de Sevilla, el 7 de Junio de 1818.

CANTATA.

Dios lo ordenó, y al punto las cadenas
Rompió su pueblo amado.
El píclago salado
A su imperio las olas dividiendo,
Por sus rojas arenas
Abrió senda á Israel; y con estruendo
Sobre el pérfido egipcio desplomado,
Le dejó como piedra sepultado.

Dios lo ordenó, y el fiel Aaron se eleva
De entre el pueblo escogido,
Y se eleva también su hermana santa
Entre las hijas de Abraham. La virgen
Con voz alegre canta
El himno de alabanza y de victoria,
Al vencedor de Faraon debido;
Y la mística sangre y el incienso
Su hermano ofrece en el altar sagrado,
Do la gloria reside del Inmenso.

No ménos venturosos,
Redimidos por Dios del mundo insano,
Una nueva María, un nuevo hermano,
A un ara más sagrada
Hoy se llegan gozosos.
Vedlos, vedlos allí. La inmaculada
Hostia de paz, de salvación y vida
El va á ofrecer al Dios de las piedades;
La hermana enardecida
Tres holocaustos de su amor le ofrece;
Y unida con su Dios en mudo santo,
Así comienza el victorioso canto.

Cantemos al fuerte,
Que de Egipto fiero
Postrando al guerrero,
Su gloria ostentó.

Mi Dios es mi fuerza;
Rompióme los lazos,
Y en dulces abrazos
El yugo tornó.

De tu herencia santa
Al monte me lleva,
Do firme se eleva
La eterna Salem.

Mansion deliciosa
Por tí fabricada;
Perenne morada
Del gozo y del bien.

¡Venturosa María! El poderoso,
Que estremera los orbes con su ceño,
Es el Dios del amor. Del mundo dueño,
Por tu inocente corazón suspira.
Ese pacto sagrado,
Que te da por esposo
Un Dios omnipotente y amoroso,
A sellar va con su divina sangre.
Mira á tu caro hermano,
Recien ungido por la excelsa diestra,
A sus aras subir, y, colocado
Entre vivos y muertos,
Cual otro Aaron en medio los desiertos,
Interponer la víctima sagrada
De reconciliación y de ventura
Entre Dios y los hombres.
Víctima que asegura
La salvación del mundo; que destruye
El imperio del mal.... Mira cuál vierte
La sangre del cordero, por fianza
De tu nueva alianza;
Y el pecho ardido en sacrosanto fuego,
Así ofrece tus votos y tu ruego:

Recibe, oh Dios eterno,
Con semblante propicio
El grande sacrificio,
Del mundo redención.
Recibe, oh Dios, los votos

De tu ferviente esposa,
Como prenda amorosa
De su feliz union.

La doblada alianza,
Que hoy, Señor, has obrado,
De tu trono sagrado
Te digna confirmar.
De oracion el incienso
Elevará tu esposa;
Yo la sangre preciosa
Pondré sobre tu altar.

Mas ¡oh! ¿no veis la llama que descende
Sobre el ara sagrada? ¿Veis cuál prende
En la víctima santa, y la consume?
El fuego es, sí, que Dios ha derramado,
Y por el orbe quiere que se extienda,
Y en santo amor le encienda.
Es el fuego de Dios, que con agrado,
Oh fiel ministro, recibió tu ofrenda,
Y del hombre culpado
Por mediador y amparo te ha elegido;
Del Dios que ha recibido,
Oh Virgen venturosa,
Tus votos, y te acepta por esposa;
El fuego, oh sacerdote,
Consumidor del crimen, que te manda
Difundir. A tan alto ministerio
Te destina; y á tí, Virgen dichosa,
Conservarle te ha dado,
Y entonar himnos á su autor sagrado.

LOS DOS HERMANOS.

Cantemos unidos
De Dios en loor,
Y al orbe digamos
Tan alto favor,

1.º

Su poder vencedor alabemos,
Que del golfo voraz nos libré.

2.º

Y su amor inefable ensalcemos,
Que de suyo tal prenda nos dió.

1.º

Yo tus bondades,
Dios de piedades,
Anunciaré.

2.º

En tu ternura
Dulce ventura
Yo gozaré.

1.º

Yo tus bondades
Anunciaré.

2.º

Dulce ventura
Yo gozaré.

LOS DOS.

Cantemos unidos
De Dios en loor,
Y al orbe digamos
Tan alto favor.

1.º

Cantemos unidos,

2.º

Y al orbe digamos

LOS DOS.

Su eterno loor,
Su eterno loor,

EL PADRE JERÓNIMO PÉREZ DE LA MORENA,

DEL CONVENTO DE LOS AGONIZANTES.

Luzan, en su *Poética*, dice:

«A principios de este siglo (xviii), el PADRE MAESTRO PÉREZ DE LOS AGONIZANTES escribía con elegancia y gusto, y es lástima que sus versos no se hayan dado á la estampa.»

A pesar de la autoridad crítica de aquel insigne preceptista, manifestamos, sin rebozo, en nuestra *Historia crítica de la Poesía castellana del siglo xviii* (1), las dudas que nos asaltaban de que hubiese quien escribiera versos con *elegancia y gusto* en aquel periodo de perversa poesía. Deseosos de poner en claro este fenómeno de historia literaria, hicimos investigaciones en varias bibliotecas públicas y particulares de España, y hasta en Roma, donde se hallan los archivos de la órden á que pertenecía el PADRE PÉREZ. Pero todo en balde.

Muy recientemente, y por una casualidad harto inesperada, hemos sabido que existen en una coleccion manuscrita de obras várias, de la Biblioteca Nacional, algunas poesías del PADRE PÉREZ DE LOS AGONIZANTES (2). Estas poesías son veinte sonetos burlescos y unas insignificantes coplas. De estos sonetos habíamos visto algunos (anónimos) en el cúmulo de papeles poéticos que

(1) Véase el tomo I de esta coleccion, página xiii.

(2) Códice M-202.

de Salamanca vinieron á nuestras manos, al formar la presente coleccion, y en las actas de la famosa *Academia del Buen Gusto* (1).

El estilo es, en algunos de los sonetos, más llano y natural de lo que se usaba en aquella época, pero la intencion festiva es tan manoseada y trivial, que no podemos ménos de creer que á poesías de más alto linaje aludia Luzan cuando tanto encarecía el valor de los versos del PADRE MAESTRO PÉREZ DE LOS AGONIZANTES.

Como muestra, publicamos aquí cinco sonetos, los cuatro primeros con las variantes de los manuscritos de Salamanca, en los cuales nos parece el texto más correcto y la versificación más limpia y esmerada.

El único pormenor biográfico que conocemos de este poeta es, que el día 23 de Mayo de 1681 presidió una academia poética celebrada en el convento de los padres clérigos regulares, ministros de los enfermos, vulgo *Agonizantes*. Así consta del libro de esta academia, que aquel mismo año se dió á la estampa en Madrid, en la imprenta de Atanasio Abad.

Los versos del PADRE PÉREZ que contiene este libro no confirman, por cierto, las laudatorias palabras de Luzan.

De varios de los sonetos puede inferirse que el PADRE PÉREZ residió algun tiempo en Roma.

C.

(1) En el cuaderno de los sonetos del PADRE PÉREZ, leídos en la *Academia del Buen Gusto*, hay nueve que no están contenidos en el códice de la Biblioteca Nacional.

POESÍAS.

SONETOS BURLESCOS.

I.

DEFINICION DEL AMOR.

No es el amor rapaz, ni tiene fuego,
No es benigno, cruel, dulce, ni amargo,
No es corto, no es angosto, ancho, ni largo,
Ni tiene alas, ni carcaj, ni es ciego.

No es frio ni es calor, verdad ni juego,
Guerra ni paz, desvelo ni letargo,
Ni está la voluntad sobre su cargo,
Como el tenerla él tambien lo niego.

Verbi gracia : es amor (aquí mi musa)
Una cosa tan grande y tan tremenda,
Que á quien más la examina es más confusa.

Pero aunque es tan difícil, yo la senda
La he de hallar, aunque tanto se rehusa;
Es el amor..... el diablo que lo entienda.

II.

DELICIAS CAMPESTRES.

Hervia ya la leche en el caldero,
Y el rabadan el pan desmigajaba,
Cuando la fresca aurora se asomaba,
Anunciando otro día al crudo Enero.

La hermosa Filis, alma del otero,
Al olor de las sopas madrugaba,
Y Pascual perezoso bostezaba,
Acordando la bota lo primero.

El cabrito, con grata mansedumbre,
Mientras que al sol ponerse no podia,
Al calor se acercaba de la lumbre.

¡Oh dulce cuadro del helado invierno!

Todo temblaba y el caldero hervia.....
Y á mí de todo se me daba un cuerno.

III.

DURA LEY DEL SONETO.

Dulce calma anunciaban los colores
Del iris bello al campo, que asustado
Estuvo en la tormenta de un nublado,
Temiendo el fin de plantas y de flores.

Alegres ya los tristes labradores,
Volvian á tomar el corvo arado;
Otra vez se escuchaban en el prado
Los cantos de los tiernos ruiseñores.

Salpicada de perlas, parecia
Que el cielo con estrellas remedaba
La húmeda hierba que la luz heria.

Todo vida y solaz y amor brindaba.....

Mas ¿dónde vas, risueña fantasia?

¿No ves que es un soneto, y que se acaba?

IV.

CADA CUAL EN SU LUGAR.

Murió el más buen zagal que en nuestros sotos
Guardó los bueyes y tocó la flauta;
Fué envidia á sus paisanos, y fué pauta
A los más celebrados y remotos.

Medidos tuvo á palmos estos cotos,
Y no hubo nido de aveilla incauta
De quien no consiguió su mano cauta
Los hijos presos ó los huevos rotos.

La cartilla en su mente no cabia,
Y aunque era en todas partes un idiota,
En los bailes del pueblo se lucia.

En fin, el cielo como quiere dota;

Este pobre zagal sólo sabía
 Guardar los bueyes y apurar la bota.

V.

JULIO CÉSAR (1).

Fué Julio César el mayor bonete
 Que honraba el Capitolio; el más astuto,
 Cuerto, sagaz, prudente y resolute

(1) Este soneto fué leído en la *Academia del Buen Gusto* el 28 de Enero de 1751. Es de los pocos que el PADRE PÉREZ dedica á asuntos graves. Lo reproducimos aquí para hacer notar que era tan genial en el poeta la tendencia *humorística*, que hasta en estos casos busca el camino de la chanza para expresar, entre burlas y véras, conceptos elevados.

Lo mismo hace en otro soneto descriptivo de Roma, que acaba

Hombre de manos y de gabinete.

Y siendo así, se la pegó al pobrete
 Un amigo, llamado Marco Bruto,
 Que llenó á Roma de funesto luto,
 Metiéndole un cuchillo de Albacete.

Dicen que le mató porque, taimado,
 Sembraba beneficios, y cogía

La libertad del pueblo y del Senado.

Si esto pasó, matarlo fué obra pia,
 Por ser delito nunca exagerado
 Hacer de la virtud la tiranía.

con una chuscada de perverso gusto, y empieza con esta noble entonación :

Pirámides, columnas, torres, muros,
 Templos, anfiteatros y colosos,
 Arcos triunfales, huertos deliciosos,
 Bronces profanos, mármoles impuros.....

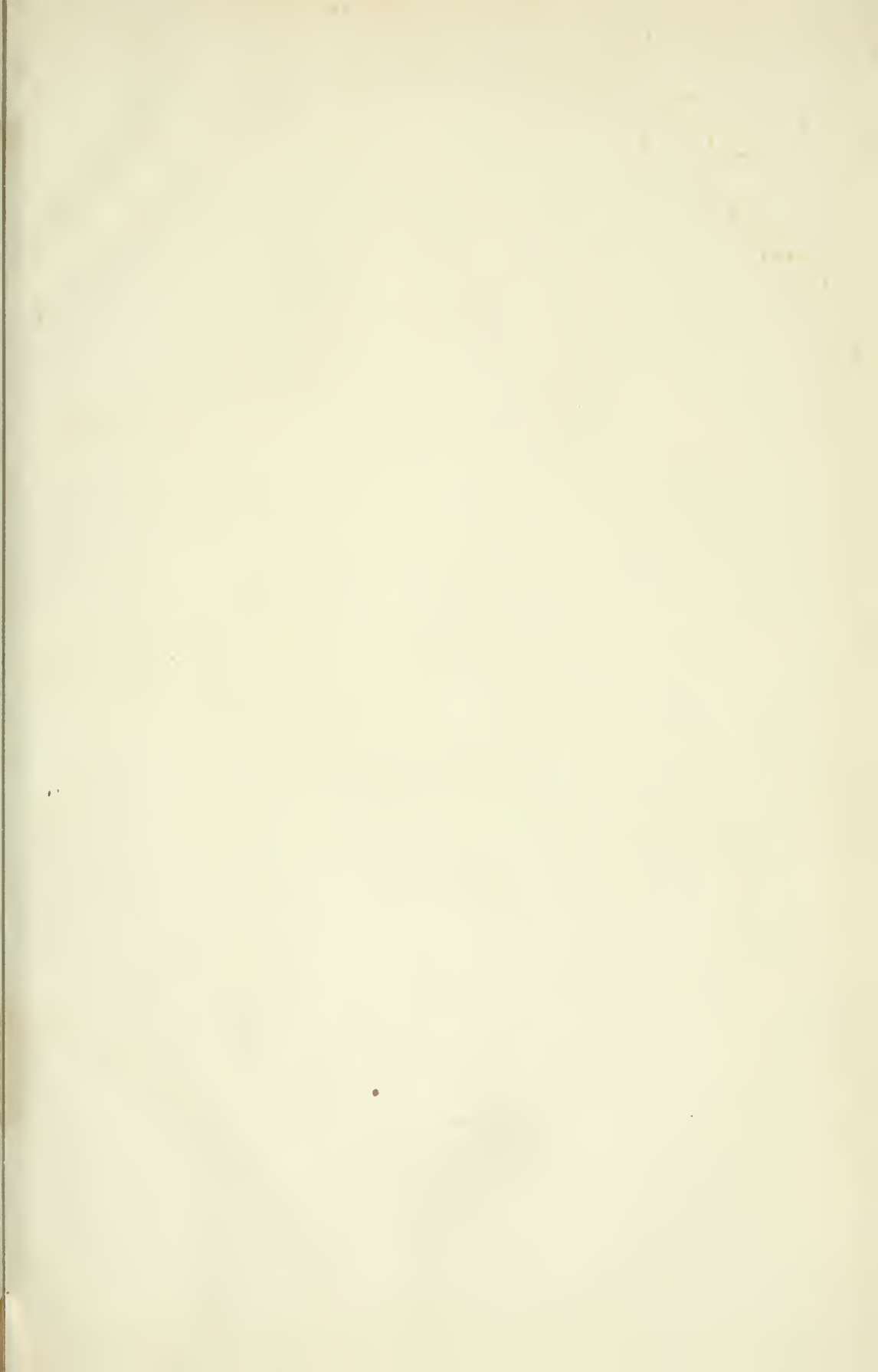
(Nota del Colector.)

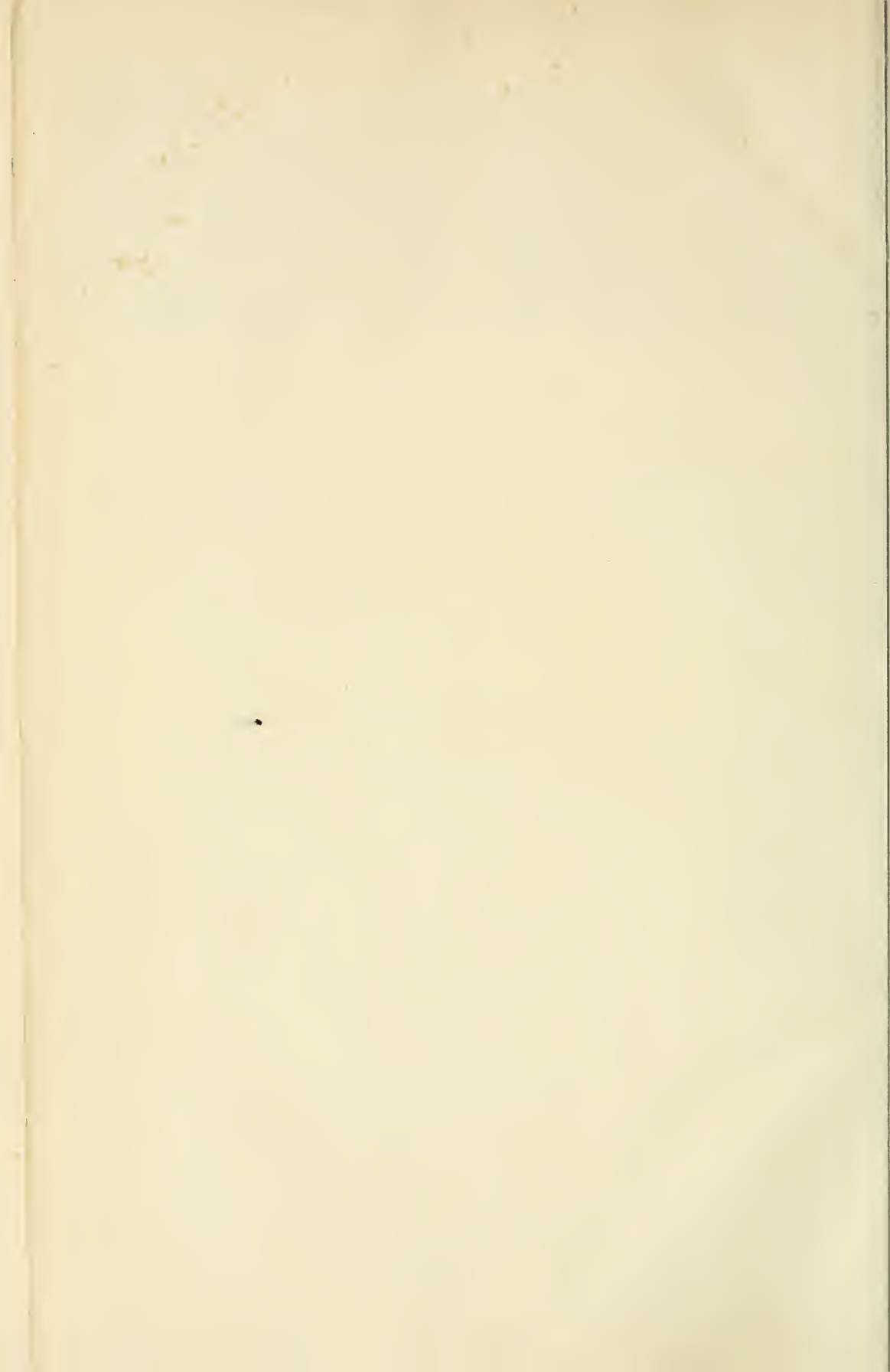
ÍNDICE.

	Páginas.
Advertencia..	v
Catálogo de poemas castellanos..	vii
DON NICASIO ÁLVAREZ DE CIENTUEGOS.	
Noticias biográficas..	1
Poesías..	7
DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA Y SUPERVIELA.	
Noticias biográficas y juicios críticos..	57
Poesías..	45
DON JUAN MARÍA MAURY.	
Noticias biográficas y juicios críticos..	135
Vision apologetica..	163
Poesías..	172
DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.	
Noticia biográfica..	184
Juicios críticos..	188
Poesías..	194
DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.	
Noticia biográfica..	207
Juicio crítico..	209
Poesías..	212
DON DIONISIO SOLÍS.	
Noticia biográfica..	255
Poesías..	257
DON ALBERTO LISTA.	
Noticia biográfica..	269
Poesías..	272
DON JUAN NICASIO GALLEGO.	
Noticias bio. ráficas..	393
Poesías..	399
Exámen del juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era..	426
DON JAVIER DE BURGOS.	
Noticia biográfica..	445
Poesías..	Id.
DON JOSÉ SOMOZA.	
Noticia biográfica, escrita por él mismo..	451
Recuerdos é impresiones..	455
Poesías..	464
Advertencia..	481
DON JUAN DE FERRERAS.	
Noticia biográfica..	485
Poesías..	Id.
FRAY JUAN INTERIAN DE AYALA.	
Noticia biográfica..	484
Poesías..	Id.
DON JOSÉ DE CAÑIZARES.	
Noticia biográfica..	486
Poesías..	487
FRAY JUAN DE LA CONCEPCION.	
Poesías..	488
DON AGUSTIN DE MONTIANO Y LEVANDO.	
Noticia biográfica..	489
Poesías..	490
DON JUAN DE IRIARTE.	
Noticia biográfica..	495
Poesías..	495

	Páginas.
EL DUQUE DE BÉJAR.	
Noticia biográfica..	502
Poesías..	505
DON PABLO DE OLAVIDE.	
Noticia biográfica..	505
Poesías..	Id.
DON ANTONIO REJON DE SILVA.	
Noticia biográfica..	506
Poesías..	Id.
DON RAMON DE LA CRUZ.	
Noticia biográfica..	509
Poesías..	Id.
DON LUIS JOSÉ VELAZQUEZ.	
Noticia biográfica..	515
Poesías..	514
DON FRANCISCO GREGORIO DE SALAS.	
Noticia biográfica..	516
Poesías..	517
DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.	
Noticia biográfica..	548
Poesías..	549
Doña MARÍA DE HORE.	
Noticia biográfica..	555
Poesías..	555
DON IGNACIO LOPEZ DE AYALA.	
Poesías..	560
DON TOMAS JOSÉ GONZALEZ CARVAJAL.	
Noticia biográfica..	561
Poesías..	Id.
DON JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.	
Noticia biográfica..	585
Poesías..	585
DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.	
Noticias biográficas..	601
Poesías..	604
DON FRANCISCO DE PAULA NUÑEZ Y DIAZ.	
Noticia biográfica..	612
Poesías..	615
EL ABATE DON JOSÉ MARCHENA.	
Noticias biográficas..	615
Poesías..	621
DON TEODORO DE LA CALLE.	
Noticia biográfica..	650
Poesías..	651
DON FRANCISCO DE PAULA CASTRO.	
Noticia biográfica..	655
Poesías..	Id.
DON JOSÉ MARÍA ROLDAN.	
Noticia biográfica..	658
Poesías..	659
DON CRISTÓBAL DE BEÑA.	
Apunte biográfico..	645
Poesías..	644
DON JOSÉ MARÍA BLANCO Y CRESPO.	
Noticias biográficas y críticas..	649
Poesías..	654

	<u>Páginas.</u>		<u>Páginas.</u>
DON JOSÉ VICENTE ALONSO.		Poesías.	710
Noticia biográfica.. . . .	665	DON PABLO DE JÉRICA.	
Poesías.	664	Noticia biográfica.. . . .	715
DON EUGENIO DE TAPIA.		Poesías.	714
Noticia biográfica.. . . .	671	DON MANUEL NORBERTO PEREZ DE CAMINO.	
Poesías.	677	Noticia biográfica.. . . .	721
DON BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.		Poesías.	722
Noticia biográfica.. . . .	700	DON JOSÉ MUSSO Y VALIENTE.	
Catálogo de sus obras.	Id.	Noticia biográfica.. . . .	755
Poesías.	702	Poesías.	754
EL DUQUE DE AHUMADA.		DON FÉLIX MARÍA HIDALGO.	
Noticia biográfica.. . . .	705	Noticia biográfica.. . . .	756
Poesías.	706	Poesías.	757
DON PEDRO ANTONIO MÁRCOS.		EL PADRE JERÓNIMO PEREZ DE LA MORENA.	
Noticia biográfica.. . . .	709	Poesías.	741







CIRCULATE AS MONOGRAPH

PQ
6171
A2B5
t.67

Biblioteca de autores
españoles

PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

